


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00036910129

Por qué habla el hombre, p384
Cómo meditar: métodos, pp 55-58,
capts XIX-XXVI.
Imitación de Xto, 382...
Especies de comparación, 96-97.

BIBLIOTECA

Discrecion, 350 a

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO UNDÉCIMO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

DEL

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA,

CON UN PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR,

POR DON JOSE JOAQUIN DE MORA.

TOMO TERCERO.



MADRID,

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,

CALLE DE JESUS DEL VALLE, NÚM. 6.

1849.

ortolicie partes, p. 506 B.

TRECE SERMONES

DEL V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA.

SERMON EN LA FIESTA DE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR,

Y DOCTRINA SOBRE EL EVANGELIO DE SAN LÚCAS, EN EL CAPÍTULO SEGUNDO, QUE DICE ASÍ:

CAPITULO PRIMERO.

En aquel tiempo, cumplidos los ocho dias en que se habia de circuncidar el Niño, fué llamado su nombre Jesus, como lo habia llamado el Angel ántes que fuese concebido en el vientre de su Madre (*a*). Hasta aquí son palabras del Evangelio.

§. I.

Cuatro piadosas consideraciones sobre este Evangelio.

Acerca del misterio de la sagrada Circuncision debes considerar cómo luego al octavo dia del nacimiento del Niño quiso comenzar el oficio de Redemptor; que es padecer trabajos, y derramar sangre por tu remedio. Aquí puedes considerar cuál sería el dolor del corazon de la sacratísima Vírgen, cuando viese que su Hijo y del eterno Padre, comenzaba en tan tierna edad á perder de su carne y sangre, y con cuánto acatamiento y devocion recogeria aquellas preciosísimas reliquias.

Considera tambien al Niño, ó por decir mejor, á la eterna sabiduría de Dios en aquel Niño, padeciendo, llorando, derramando lágrimas de dolor de su herida, el cual solia ser tal, que acontecia muchas veces morir, y es de creer que en él sería tanto mayor, cuanto su sacratísima humanidad fué mas delicada y sensible. Pues siendo esto así, ¡qué sintió la Vírgen cuando vió correr el cuchillo ó navaja por la carne del Niño tan querido! ¡Con cuánto dolor de sus entrañas, con cuántas lágrimas de sus ojos se esforzaria por acallar á su Hijo, juntándole á su rostro, y poniéndole en la boca el pecho! ¿Qué sentiria el sancto Josef (que fué por ventura el ministro desta circuncision)? ¡Con cuánta compasion ejercitaria este oficio, viendo por una parte correr la sangre del Niño, y por la otra las lágrimas de la Madre, los cuales él tanto amaba! ¡Oh Rey de gloria, esposo de sangre, desposado con la naturaleza humana, cuán grande fué el amor que tuvistes para con los hombres, y el rigor para con vos; pues tan temprano quisistes por nosotros ensangrentar vuestra preciosa carne, y experimentar los filos de la espada, que despues habia de acabar vuestra vida! Oh sol de justicia, arrebolado de mañana y de tarde, al nacer y al morir bañado en vuestra sangre! Suelen decir: Arreboles en la mañana, á la tarde son con agua. Los arreboles de vuestra circuncision son pronósticos de la grande lluvia de la tarde, en vuestra muerte, cuando abiertas las cataratas del cielo y rasgadas las venas de vuestro sacratísimo cuerpo, por todas partes lloveréis sangre. Mas los arreboles de la tarde no son señales de aguas y lluvias, sino de serenidad; y así fué, Señor; porque acabado el martirio de vuestra pasion, con vuestra muerte matastes la nuestra, con los arreboles de vuestra sangre deshicistes los nublados de nuestros pecados.

Considera tambien la inestimable caridad y humildad del Hijo de Dios en comenzar tan temprano á padecer por los hombres, y á recibir en sí el remedio de nuestro mal. Dijo Sant Bernardo á este propósito (*b*): En la circuncision del Señor hallamos qué amar, y qué imitar, y de qué maravillarnos. Vino el Salvador al mundo, no solo para nos redimir con su sangre, sino para nos enseñar con su doctrina: vino nuestro Redemptor para librarnos, y nuestro Maestro para enseñarnos. Porque así como no nos aprovechara saber el camino estando encarcelados, así no nos aprovechara sacarnos de la cárcel, si no nos mostrara el camino; porque andando desencaminados, el que primero nos hallara, nos volviera á la cárcel. Como Redemptor nos sacó de las prisiones, como Maestro nos enseñó el camino. Por esto en la edad mas crecida nos dió manifiestos ejemplos de paciencia, humildad y caridad, y de todas las virtudes, y en su niñez los comenzó á dar, aunque encubiertos y disimulados. Porque haciéndose hombre, se hizo ménos que los ángeles; mas circuncidándose al octavo dia, pareció menor que los hombres, pues tomó las vendas de llagado y pecador. ¿Qué haceis circuncidando este Niño? ¿Temeis por ventura no venga sobre él la maldicion que dice: El varon que no fuere circuncidado perecerá de su pueblo (*c*)? ¿Podrá el Padre olvidar al Hijo de sus entrañas? ¿O no le conocerá si no está señalado con esta señal? Antes si fuese posible desconocerle, por esta señal le podria desconocer. Mas ¿qué maravilla es que la cabeza reciba en sí el remedio para sus miembros? Muchas veces recibe el brazo sano la sangría que ha menester el pecho enfermo, y el hígado y bazo. Desta manera es hoy la cabeza sana cauterizada por los miembros enfermos. No es maravilla que quiera ser circuncidado por los

(*a*) Luc. 2.

(*b*) D. Bern. serm. 3. de Circuncis. (*c*) Gen. 17.

hombres, el que viene á morir por los hombres. Todo enteramente se nos dió, y todo se entregó á nuestro bien y provecho.

Considera tambien despues de su caridad, su humildad; esta quiso que resplandeciese en toda su vida, como raiz y fundamento de todas sus excelentes virtudes. ¿Qué mayor humildad, que tomar imágen de pecador el que venía á librarnos de nuestros pecados, y querer parecer culpado el que venía á desterrar toda culpa? El Cordero sin mancilla, sin tener necesidad de circuncision, dice Sant Bernardo (*d*), quiso ser circuncidado; el que no tenia herida, tomó la venda. No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, que tiene vergüenza de los remedios, gloriándose á veces en las mismas culpas; malos en lo uno, y peores en lo otro. El que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parecer pecador; nosotros no lo queremos parecer, y querémoslo ser.

§. II.

Del dulcísimo nombre de Jesus.

Despues de circuncidado el Niño, dice el Evangelista (*e*), que le llamaron Jesus, que quiere decir Salvador. Este glorioso nombre fué primero que por los hombres, pronunciado por la boca del Angel. El que trajo la embajada á la Vírgen, le dijo que llamase á su Hijo Jesus. Y lo mismo dijo el que apareció al sancto Josef, y añadió la razon del nombre, diciendo que él sería Salvador de su pueblo (de los predestinados), librándolos de sus pecados. Bendito sea tal nombre, y bendita tal salud, y bendito el dia en el cual tales nuevas se oyeron en el mundo. Hasta aquí, Señor, todos los salvadores que enviastes á vuestro pueblo, pusieron en salvo cuerpos y haciendas, casas y heredades; mas las almas se quedaban como ántes en la miserable servidumbre de sus pecados, y por ellos subjectas al demonio. Mas ¿qué aprovecha al hombre conquistar y enseñorear al mundo, quedándose esclavo del pecado, por donde venga á perder el alma? Para remedio de tanto mal viene este nuevo Salvador, para que la salud de todo el hombre sea cumplida; para que salvando las almas, remedie los cuerpos, y librando de las culpas, nos libre de las penas, para que salve todo el hombre. Esta salud desearon los patriarcas, pidieron con tantos clamores, y esta prometieron de parte de Dios, y predicaron los profetas. Esta fué aquella con que acabó la vida, y mitigó los trabajos de su muerte el sancto patriarca Jacob, diciendo (*f*): Tu salud esperaré, Señor. Sobre estas palabras dice el intérprete caldeo, como si por mas palabras dijera: No espero la salvacion de Gedeon, hijo de Joas, que es salvacion temporal; ni la de Samson, hijo de Manue, que es transitoria; espero la del ungido Hijo de David, cuya redempcion será espiritual y eterna. ¡Oh bienaventurada salud, digna de tal Salvador! Cada cual desee lo que se le antojare; anteponga los bienes de la tierra á los del cielo, los transitorios á los eternos, la salud del cuerpo á la del alma: yo con el sancto Patriarca deseo esta salud: en este deseo desfallece mi ánima con el profeta David (*g*). Sálvame, Señor, de mis pecados; líbrame de mis perversas inclinaciones; sácame de la servidumbre destos tirannos; no me dejes seguir el ímpetu bestial de mis pasiones; defiende la dignidad de mi ánima; no permitas que sea yo esclavo del mundo, y tenga por ley de mi vida el juicio de tantos locos; líbrame de los apetitos de mi propria carne, mas sucia de todos los tirannos; líbrame de los vanos deseos, y vanos temores, y vanas esperanzas del mundo; mas sobre todo, líbrame de tu enemistad y desgracia, y de tu ira, y de la eterna muerte que della se sigue. Concedida esta libertad y salvacion, reine quien quisiere en el mundo, y gloríese en el señorío de la tierra y de la mar; porque yo con el Profeta me gloriaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Salvador (*h*).

Esta es la salud que este Salvador trajo al mundo, y esta significa este nuevo nombre que le llaman el dia de su circuncision, *Jesus*. Cuando el cristiano oye este nombre, hásele de representar luego un Señor tan poderoso, tan hermoso, tan misericordioso, de tan grandes obras y efectos maravillosos, que arruina y deshace todo el ejército del demonio, despoja á la muerte, pone silencio al pecado, quita la jurisdiccion al infierno, libra á los cautivos y tirannizados, y los limpia de sus culpas, y los restituye en tanta hermosura, que los ojos de Dios se aficionan á sus almas, y su bondad los abraza y hace reinar consigo eternamente.

Entre muchos males tres mas principales vinieron con el pecado. Servidumbre del demonio, muerte, infierno. El que nos libró del pecado, nos libró destos tres males causados por el pecado, y él mismo nos dió prendas ciertas de vida eterna, que es acá vida de gracia y amistad de Dios, dones de su liberalidad, favores suyos, particular providencia de Padre con nosotros, y corazones de hijos para con él; las cuales cosas todas se pierden con el pecado, y á todas somos restituidos por la gracia y merecimientos deste Salvador; por donde se ve con cuánta razon se llama Salvador y salud nuestra.

¡Oh nombre glorioso, nombre dulce y suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios en su eternidad, y por los ángeles traido del cielo á la tierra, deseado en todos los tiempos! Deste nombre huyen los demonios, y se espantan los poderes infernales; por él se vencen las batallas, con él cesan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, á él se acogen los atribulados, él es la general medicina de todos los enfermos, y con él resucitan los muertos, y en él tienen toda su esperanza los pecadores. ¡Oh nombre mas dulce que la miel, mas blanco que la leche, mas suave que todo el suave licor! ¿Que otra cosa, dice Sant Bernardo (*i*), es el nombre de Jesus, que miel en la boca, melodía y música en las orejas, hermosura de los ojos, y alegría en el corazon? Pues todos los bienes nos vinieron con este gloriosísimo nombre, digamos de corazon con el Apóstol (*k*): En nombre de Jesus todos se arrodillen en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria del Padre.

Adora pues, alma mia, abraza y besa este sanctísimo nombre, mas dulce que la miel, mas suave que el oleo, mas medicinal que el bálsamo, mas poderoso que los poderes del mundo. Este es el nombre con cuya invocacion los pecadores se salvan; porque no se dió otro nombre ni otra virtud debajo del cielo á los hombres, por el cual hayan de ser salvos, sino este (*l*). ¡Oh nombre de

(*d*) D. Bern. serm. 1. de Circumc. (*e*) Luc. 1. Matth. 1.
(*f*) Gen. 49. (*g*) Ps. 118.

(*h*) Abac. 3. (*i*) D. Bern. serm. 15. sup. Cant. (*k*) Phil. 2.
(*l*) Act. 4.

todo consuelo y deleite, nombre glorioso, digno de estar escrito y grabado en el corazon! Oh pues, hombre flaco y desconfiado! si no bastó la ternura del recien nacido para darte ánimo á llegar á él, baste la virtud y eficacia deste nombre para que ya no huyas dél. Llégate con reverencia confiadamente, y dile con el devotísimo Anselmo (m): ¡Oh Jesus! por la honra de tu nombre sé para mí Jesus. ¿Qué quiere decir Jesus, sino Salvador? Muestra pues, Señor, en mí el efecto de tu nombre.

(m) Et Bern. serm. 4. in Caden Dom. in fin.

SERMON EN LA FIESTA DE LOS REYES,

Y DOCTRINA SOBRE EL EVANGELIO DE SANT MATEO, EN EL CAPÍTULO SEGUNDO, QUE DICE ASÍ:

CAPITULO II.

Como fuese nacido Jesus en Betlem de Judea, en tiempo que reinaba Heródes, he aquí adonde vinieron unos sabios del Oriente á Hierusalem, diciendo: ¿Adónde está el que es nacido Rey de los judíos (a)? Porque vimos su estrella en Oriente, y somos venidos para adorarle. Oyendo Heródes la venida destos sabios, y lo que decian, turbóse, y con él se turbó toda Hierusalem. Y juntando todos los príncipes de los sacerdotes, y letrados de la ley y del pueblo, preguntóles adónde (segun las Escripturas) habia de nacer Cristo. Dijéronle que segun el profeta Miqueas (b), era el lugar de su nacimiento, Betlem de Judea. Porque decia: Tú, Betlem, tierra de Judea, no eres (como pareces) la menor entre las principales tierras de toda Judea, porque de tí ha de salir el capitan gobernador del pueblo mio de Israel. Oyendo esto Heródes, llamó aparte y secreto á los sabios orientales, y preguntóles menudamente del tiempo en que primero habian visto la estrella; y bien informado dellos, díjoles: Id pues á Betlem, y sabed deste Niño, y en hallándolo, hacedme luego un mensajero que me avise, para que yo vaya á adorarlo. Creyéronlo así los sabios, y fuéronse contentos. Salidos de Hierusalem, he aquí adonde se les apareció la estrella que ántes habian visto en Oriente, la cual agora iba delante dellos guiándolos, hasta ponerse parada sobre el lugar donde estaba el Niño. Viéndola estar, fué su gozo grande sobremanera, y entrando en la casa, hallaron el Niño con María, su Madre, y prostrados en tierra lo adoraron, y abiertos sus tesoros, ofreciéronle dones de oro, incienso y mirra: y siendo avisados en sueños que no volviesen á Heródes, tomaron otro camino, y volviéronse á sus tierras. Hasta aquí son palabras del Evangelio.

§. ÚNICO.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Acerca de la adoracion y ofrenda de los reyes, considera primeramente cuán grande fué la devocion destos sanctos varones; pues vinieron de tan léjas tierras, y se pusieron á un tan largo y tan peligroso camino, y á tantos trabajos como en él pasaron, por ver con sus ojos corporales al que ya habian visto con los del alma, teniéndose por bienaventurados con esta vista. Lo cual sin duda es para grande confusion nuestra, que tan mal acudimos á la casa de Dios á oir su palabra y los divinos oficios, adonde á tan poca costa y trabajo podriamos ver y adorar al mismo Señor que ellos con tanto trabajo buscaron y adoraron.

(a) Matth. 2. (b) Mich. 5.

Considera lo segundo, la fe destos sanctos Reyes, la cual de tal manera convenció y cautivó sus entendimientos, que los hizo adorar por verdadero Dios y Señor del mundo, al que vieron en el mas pobre y bajo lugar del mundo. No les ofendió la bajeza y pobreza de tal lugar, ni la ternura del Niño nacido de trece dias, llorando, para dejar de creer que el que lloraba en el pesebre, era el que tronaba en el cielo. ¿Qué haceis, sabios, dice Sant Bernardo (c), qué haceis? ¿A un niño aposentado en un pesebre adorais, envuelto en pobres pañales? ¿Adónde veis que sea Dios? El lugar de Dios es el cielo, y si en la tierra le quereis hallar, ha de ser en su templo. ¿Cómo vosotros le adorais en un portal, acostado en un pesebre? Si es Rey, ¿adónde de los reales palacios? ¿Qué es de la multitud de los cortesanos? ¿Es por ventura el real trono el pesebre, y los cortesanos, María y Josef? ¿Cómo unos hombres sabios hacen cosas que parecen de ignorantes, como es adorar por Dios á un Niño tan pobre, y ofrecerle sus tesoros? Todas las dificultades que la humana prudencia allí hallara, venció en ellos la luz del cielo y divina gracia que traian en sus almas, sojuzgando la razon á la fe, reverenciando el humano juicio á la sabiduría de Dios.

Mas razon hubo para creer lo que les decia la guia del cielo, que lo que vian con los ojos corporales, y decia la humana razon; pues en nuestros sentidos y razon puede haber muchos engaños, mas no en la divina revelacion. Esto entendieron los mismos filósofos gentiles, de los cuales dijo uno: A los que se rigen por instinto y lumbre del cielo, no les conviene tantear las cosas con la prudencia humana, sino en todo seguir la luz del cielo. De donde tenemos ejemplo eficacísimo para no hacer caso de razones de la prudencia humana cuando se encontraron con la palabra de Dios y con la luz del Evangelio. Por donde si el Evangelio dijere (d), que son bienaventurados los pobres, los humildes, los perseguidos y atribulados, y los que lloran, y aborrescen, y crucifican sus vidas por Dios, no dudemos ser esta bienaventuranza comenzada acá, aunque lo contradiga toda la prudencia humana. Por eso no te pongas á tantear y decir: ¿cómo es posible esto, pues todo el mundo huye de estas cosas, y las aborrece? ¿Cómo en las lágrimas puede haber gozo, cómo en los trabajos descanso, cómo en el menosprecio gloria, cómo en la mortificacion la paz, cómo en la cruz reino, cómo en la renunciacion de todas las cosas el señorío dellas? No te pongas á examinar esto con la razon; conténtate con la luz del cielo, que dice que el Evange-

(c) D. Bern. serm. 1. in Epiph. circ. med. (d) Matth. 5.

lio es verdad de Dios y lumbre del cielo. Y como estos sanctos Reyes guiados al pesebre por Dios, no hicieron caso destas razones humanas, porque traian el testimonio del cielo, así tú no debes hacer caso de todos los pareceres y juicios del mundo, cuando vieres en contrario la palabra de Dios y luz del Evangelio. Dé voces el mundo, y reclame contra la palabra de Dios la carne, ladre toda la prudencia humana, aleguen los sabios de la tierra costumbres inmemorables, defiéndanse con ejemplos de vidas de príncipes, reyes y emperadores: todo es un poco de aire y vanidad contra la luz del cielo y doctrina del Evangelio.

Considera lo tercero la alegría inestimable que estos sanctos varones recibieron cuando acabado ya el curso de su peregrinacion tan prósperamente, siguiendo la guia que les habia sido dada del cielo, llegaron al lugar tan deseado, y hallaron aquellas dos lumbreras del cielo, Madre y Hijo, aquel niño y aquella doncella que tanto deseaban. Si tan grande fué la alegría que recibieron cuando saliendo de Hierusalem les apareció la estrella que los guiaba, que, como dice el Evangelista *(e)*, se alegraron con grandísima alegría, ¿cuánto mas se alegrarian con el mismo á quien les guiaba esa estrella? Mucho mas alegra el fin de la jornada que el camino, el puerto mas que la navegacion, mas el coger que el sembrar, mas la posesion que la promesa, y mas el fin que los medios, y mas la gloria que la gracia. Pues si tanto se alegraron con la estrella, que era la guia para este puerto, y el medio para este fin, ¿cuánto mas se alegrarian con lo que buscaban con tanto deseo, cuando lo hallasen? No hay lengua que esto pueda decir, ni entendimiento que lo pueda entender.

Mas si tal fué el gozo destos sanctos varones, cuando acabado su camino os hallaron, Señor mio, en un portal en tanta bajeza y pobreza, ¿cuál será el alegría del justo cuando acabado el curso de la peregrinacion desta vida trabajosa y valle de lágrimas, te hallare en tu reino, en tu sagrado palacio, no envuelto en el heno en un pesebre, sino en el trono de tu gloria; no en los brazos de la pobre Madre, sino en el seno del eterno Padre; no en la bajeza de la humildad, sino en la gloria y majestad con la cual eres gloria de los bienaventurados?

Y si tan grande fué la alegría de los reyes, ¿cuánto sería mayor la de la sacratísima Vírgen, viendo las lágrimas y presentes de la devocion destos sanctos, viendo ya comenzar á extenderse el reino de Dios, que le habia dicho el ángel Sant Gabriel; viendo tan prósperos principios del conocimiento de su Hijo entre la gentilidad, que ella tanto deseaba? ¿Qué lágrimas de gozo correrian por aquellas mejillas, qué colores se le irian y vendrian en aquel sacratísimo rostro, qué ardores y sentimientos serían los de su corazon con estas y otras consideraciones?

Mas ¿cuánto sería mayor la alegría del corazon de aquel amador de las almas, que por ellas venía del cielo á la tierra, cuya voluntad era hacer la del Padre eterno, que era la conversion del mundo, cuando en las primicias destos reyes viese la conversion de los hombres, la salud de las almas, la confusion del demonio, la gloria de Dios, el triunfo del pecado, las victorias de los mártires, la multitud de los confesores, monjes, vírgenes y solitarios, que tan gloriosamente habian de triunfar del mundo por él? Alégrate, ó sancto Niño, con tus prósperos y tan dichosos principios, y recibe estos dones que ya te comienzan á ofrecer aquellos que tú con tu sangre has de redimir. Y tú, ó sacratísima Vírgen, esfuérzate y cobra ánimo, que ya los pueblos y príncipes de los confines de la tierra te comienzan á honrar, para que despues te llamen bienaventurada todas las naciones de la tierra; porque como fuiste la mas humilde de todas las criaturas, así seas la mas honrada de todas ellas.

Llégate pues agora, ó alma mia, con estos sanctos y sabios, y húmilmente prostrada ante este sagrado pesebre, adora y ofrece tambien con ellos tus dones á tu Salvador. Ellos ofrecieron oro, que es el mas precioso de los metales; tú ofrece caridad y amor deste Señor, que es la mas preciosa de las virtudes. Ellos ofrecieron incienso, que quemado sube á lo alto con suavidad contra todos los malos olores; tú ofrece oracion que levanta los corazones de la tierra al cielo, y vale contra todos los torpes apetitos de nuestra carne. Como el buen olor es contra el malo, así la devocion del corazon es contra los malos olores de los sucios apetitos. Cómo esto sea, no lo entenderá el que nunca se vió por algun tiempo devoto. Ellos ofrecieron mirra amarga, mas saludable y de suave olor; tú ofrece un corazon contrito y un cuerpo mortificado. Amarga es la mirra, mas preserva al cuerpo de corrupcion, y es olorosa. Amarga es la penitencia y mortificacion al cuerpo, mas presérvalo de corrupcion, y es suave al espíritu; preserva al cuerpo de la corrupcion de los sucios deleites, y de los gusanos de los vicios. Esta es la virtud desta mirra espiritual. Como el estómago estragado con la demasía de manjares dulces, es purgado con purgas amargas; así las conciencias estragadas con los deleites sensuales han de ser curadas con la amargura de la mortificacion, so pena que han de hervir con los gusanos de los vicios. Decidme, ¿no es gusano el sucio deleite? Entra halagando, muerde riendo, emponzoña deleitando y mata consintiendo. Pues bienaventurado aquel, cuyas manos (esto es, cuyas obras) siempre están destilando mirra escogida, ungiendo con ella su cuerpo, y preservándolo de toda corrupcion con los actos de mortificacion.

Estos pues son los dones que habemos de ofrecer al Señor con estos sanctos Reyes. De los cuales la mirra pertenece á los principiantes, el incienso á los aprovechados y el oro á los perfectos. Por tanto si tu caudal no alcanza á ofrescer el oro de la caridad perfecta, ni el incienso de la devocion, á lo ménos ofrece á tu Señor mirra de corazon contrito y cuerpo mortificado, que de aquí, con el favor divino, irás subiendo de grado en grado, hasta que vengas á cantar con el Profeta, diciendo *(f)*: Trocastes, Señor, mi llanto en gozo, rasgastes mi saco (que es el espíritu de tristeza), y cercástesme de alegría.

Acabada esta ofrenda con los sanctos Reyes, con ellos nos volvamos á nuestra region por otro camino. Dice Eusebio Emiseno: Este mudar camino, significa la mudanza de nuestra vida. Entónces volvemos á nuestra region por otro camino, cuando negando nuestro viejo hombre, aborrecemos la soberbia, amamos la humildad; cuando de airados nos hacemos pacientes y mansos, cuando aborrecemos las costumbres de la mala vida pasada.

(e) Matth. 2.

(f) Psalm. 29.

Y no sé por cierto, hermanos mios, por qué nos han de agradar mas los caminos ásperos de los vicios, que los llanos de las virtudes. En la humildad se halla el descanso, la tranquilidad y paz. Porque como ella sea de su natural pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan adonde quebrar las fuerzas de sus ímpetus furiosos. Blandamente se allanan las grandes ondas de la mar en la arena, que con grande ruido suenan y baten las altas peñas; cualquiera encuentro que venga á dar sobre el humilde, como no le resiste, ántes baja la cabeza, despídele de sí, dándole lugar, y dejándole pasar. Toda la braveza de la mar es contra las altas rocas y peñascos, y pierde su furia en la blandura de las llanas y blandas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles bajos y humildes. Los caminos de los soberbios son quebrados, llenos de barrancos y peñascos; porque adonde está la soberbia, está la indignacion, allí la ferocidad, allí la inquietud y desasosiego; porque aun acá padezca el soberbio esta justa condenacion, y acá comience el malo su infierno: como el alma del bueno dende acá tiene ya principio de su gloria en la quietud de su conciencia.

SERMON EN EL DOMINGO DE LAS OCTAVAS DE LA EPIFANÍA,

EN EL CUAL SE CANTA EL EVANGELIO DEL NIÑO PERDIDO, QUE ESCRIBE SANT LÚCAS EN EL CAPÍTULO SEGUNDO, Y DICE ASÍ:

CAPITULO III.

Siendo ya el Niño de doce años (a), *subiendo sus Padres á Hierusalem, segun la costumbre del dia de la fiesta, quedó el Niño Jesus en el templo, sin que ellos lo entendiesen. Y despues que lo echaron ménos, y le buscaron tres dias con grandísimo dolor, finalmente le vinieron á hallar en el templo asentado en medio de los doctores, oyéndolos, y preguntándoles muy sabiamente, poniéndolos en admiracion con la alteza de su prudencia y de sus respuestas. Viéndolo allí, fuéron maravillados, y díjole su Madre: ¿Hijo, por qué lo hiciste así? Yo y vuestro Padre con gran dolor os buscábamos. Respondió el Niño: Pues ¿adónde me buscabais? No sabiais que en las cosas de mi Padre me habeis de hallar? No fué entendida esta respuesta dellos. Bajóse con ellos, y vino á Nazaret, y érales subjecto. Y su Madre guardaba todas estas palabras en su corazon. Y Jesus iba siempre aprovechando delante de Dios y de los hombres, en sabiduría, edad y gracia.* Hasta aquí son palabras del sagrado Evangelio.

§. ÚNICO.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Entre los sagrados misterios de la infancia del Salvador, es dulce la consideracion de cómo se quedó en el templo. Adonde muchas veces acontecerá que buscándole con su Madre, se hallen los perdidos.

Para con esto considera primeramente cuán grande fué el dolor que la sacratísima Vírgen padeció en estos tres dias de la ausencia corporal de su Hijo. El que quisiere entender algo de lo mucho que sintió, ha de presuponer que el dolor y los demas afectos se fundan en el amor; de manera que cuanto fuere mayor el amor, tanto lo será mayor el temor, el dolor y el gozo, y los demas accidentes que en él se fundan. Procure pues primero entender la grandeza del amor de la sagrada Vírgen á su Hijo, el que desea sentir algo del dolor que ella sintió con esta pérdida. ¿Mas quién podrá explicar este amor? Este fué el mayor de todos los amores que en el mundo hubo, ni es posible jamas se pueda hallar. En solo este se juntaron en heróico y soberano grado los dos amores, el uno de naturaleza, y el otro de gracia en la perfeccion posible. Amor de naturaleza, cual es el de madre para con hijo, y este en la Vírgen, cual nunca se halló en madre; tanto mayor, cuanto fué mas nueva esta manera de Madre, sola, sin compañía de padre; y Hijo tan digno de ser amado, ni fué, ni será.

Pues el amor de gracia tambien se halló aquí en mas alto grado que se puede hallar en pura criatura; porque fué á la medida de la gracia de la Vírgen. Este amor crecia cada dia con los continuos actos de virtudes, merecedores de mayor gracia. Pues si los rios cuando llegan á la mar, tanto entran mas poderosos, cuantas son mas sus acogidas de otros, ¿cuál estaria en este tiempo el amor de la Vírgen, si era á la medida de su gracia, que luego en su principio fué mayor que la del mas alto serafin? ¿Cuántas eran las acogidas de gracia á este tiempo, habiendo en tantos años hecho tantos actos merecedores de acrecentamiento de gracia? ¿Cuál era pues esta creciente de dos tan caudalosos rios de amor?

A la medida deste amor fué el sentimiento y dolor de la pérdida del amado. Tres dias pasó la Vírgen en este martirio; aquí sintió los filos de la espada que le habia dicho el sancto Simeon que habia de traspasar su corazon (b); iba este dolor creciendo con los años de su Hijo. Acordábase que pasados pocos dias de su nacimiento le buscaba Heródes para matarle (c). Despues que volvió de Egipto, tuvo el mismo temor de Arquelao, hijo de Heródes (d), y como de temor del mal padre se fué huyendo á Egipto; así venida de Egipto, por temor del mal hijo, se apartó en Galilea. Habíasele pasado en huidas hasta allí la vida en temores y sobresaltos, temia agora mayores peligros; del cual temor era tal su dolor que ni hay lengua que lo pueda decir, ni entendimiento que lo pueda entender.

Qué haria en las noches la sacratísima Vírgen, bien se deja entender; acudiria en la oracion al Padre eterno, allí desplegaria su corazon, y derramaria sus lágrimas. Este es el commun puerto y acogida de los justos en todas sus tribulaciones, como dice David (e): Tú eres, Señor, mi esperanza en el dia de la tribulacion. La forta-

(a) Luc. 2.

(b) Luc. 2. (c) Matth. 2. (d) Matth. 2. (e) Psal. 58.

leza del rico, dice el Sabio (*f*), es su riqueza; mas el favor de Dios es la torre inexpugnable del justo; allí se acoge y es amparado. Allí pues diria (*g*): Solo vos, Señor, sabeis las ansias de mi corazon y mis dolores, como solo sabeis la grandeza de mi amor. Declaradme, Señor (por quien sois), en qué os he desagradado por donde me quitastes el depósito de vuestro tesoro. Vuestra gracia me le dió, vuestra misericordia hasta agora me le conservó; no me le quite vuestra justicia, pues todo este negocio es gracia. ¿Adónde estais, hijo mio? Adónde comeis y bebeis? Adónde reposais? ¿Cómo no soy yo la que os sirve? ¿Por qué me dejastes? ¿Estais por ventura al sereno, al frio, tratando con vuestro eterno Padre? ¿Por qué os apartastes de mí, y á mí de vos? ¡Oh nuevo peregrino! Oh tierno y delicado trabajador, ¿cómo tan temprano comenzais á trabajar y padecer! Oh sol, que con tus rayos descubres todas las cosas, descúbreme el Señor de todas! Oh Padre eterno, que con la estrella guiastes á los orientales á que viniesen á adorar á vuestro Hijo y mio, guiadme para que yo le halle, y le adore, y le ofrezca el oro de mi amor, el incienso de mi oracion, y la mirra de mi amargo corazon!

Estas ú otras cosas mejores diria la sacratísima Vírgen. Cuando ya el Señor quiso dar fin á este tan lastimoso martirio, y mudar las lágrimas de dolor en lágrimas de alegría, no le habiendo hallado al fin de la primera jornada entre los parientes y conocidos, y pasada esta primera noche en lágrimas y oracion, bien de mañana volviéronse la sancta Vírgen y el sancto Josef á Hierusalem. Agora, Señora, vais bien encaminada para hallar á vuestro Jesus, que perdido no se suele hallar entre los conocidos y parientes, ántes ahí se suele perder. Por lo cual mandó Dios á Abraham que saliese de casa de su padre, de su tierra y de entre sus parientes (*h*). Maravilla fuera hallar allí á vuestro Hijo, adonde él manda salir á los hijos de los hombres; y maravilla será si no le hallais en el templo; porque cada cosa se debe buscar en su lugar. Pues vuestro Hijo es Dios, buscadle en el templo, que es el lugar de Dios. El templo es casa de oracion; ahí hallaréis á vuestro Hijo Dios. Cuando tú, hermano, te hallares triste y desconsolado, tibio, seco, sin centella alguna de devocion, y juzgares que has perdido á Dios, búscale en su casa, en el templo: esto es, en el lugar de la oracion, que sin duda le hallarás, si fiel y humildemente perseverares; y conocerás haberle hallado, cuando allí hallares alivio, devocion, esfuerzo, alegría.

Pues cuando la sacratísima Vírgen entrada en el templo, alzando sus ojos, vió aquella luz que tanto deseaba; cuando la mujer, trastornada toda la casa, halló su joya que habia perdido (*i*), ¿quién podrá entender (cuanto mas decir) cuál fué su alegría? Las mismas lágrimas se le quedaron corriendo; mas trocóse la causa dellas: ántes las sacaba el dolor, mas agora el grande gozo. Hermosa es la misericordia de Dios, dice el Sabio (*k*), como la sombra en el estío, dulce como el agua fria en la sed, como el sol y serenidad despues de las espesas y oscuras nubes y tempestad. ¿Cuál sería aquella misericordia, aquella luz y serenidad, despues de la tempestad y tinieblas de sus dolores y tristeza? ¿Cuál aquella fuente de agua viva y de vida, despues de tal ardor y sed? No aguardó que se acabase la leccion y disputa; llegó á su Hijo luego (que no habia de que tener empacho ni vergüenza), ni le sufrió dilacion su gozo; llega y abrázale con la piadosa queja que nos dice el Evangelista. Y oyendo ellos su respuesta, mas no entendiéndola (lo que por ventura se debe entender de los doctores que no advirtieron que se habia dicho Hijo de Dios, en decir que se habia quedado por entender en las cosas de su Padre).

Dice que se bajó con ellos á Nazareth, y que les era obediente y subjecto. Notad, dice Sant Bernardo (*l*), quien á quien es subjecto; Dios á los hombres. Dios, cuyos súbditos son los ángeles, se inclinan los principados y obedecen las potestades, obedece á María, y por ella á Josef. Maravíllate destas dos cosas, y mira cuál es de mayor admiracion, la humildad de tal Hijo, ó la dignidad de tal Madre; lo uno y lo otro pide grande consideracion, y es cosa digna de toda admiracion. Que Dios sea obediente y subjecto á una mujer, es humildad sin ejemplo; y que una mujer tenga autoridad para mandar á Dios, es dignidad sin par. Entre las excelencias de los sanctos y sanctas vírgines, por muy guande se canta, que siguen al Cordero por donde quiera que vaya (*m*). Si tan grande gloria es á los sanctos seguir al Cordero, ¿cuál es la de la Vírgen sacratísima, que va delante, y el Cordero la sigue? Deprende, hombre, á obedecer á ejemplo de tu Dios; deprende, tierra, á subjectarte, á ejemplo de tu Criador; deprende, polvo, á hacer lo que te mandan; avergüénzate, ceniza, de ensoberbecerte, pues Dios se humilla y se subjecta á los hombres; no te antepongas á todos, que eso es anteponerte á tu Criador. Cuantas veces quieres subjectar y mandar á los otros, tantas quieres anteponerte á Dios. Si no puedes seguir al Cordero adonde quiera que va y sube, síguele á lo ménos adonde por tí bajó. Quiero decir, si no puedes subir á la alteza de la virginidad, á lo ménos síguele por el segurísimo camino de la humildad, de la cual si las vírgines se apartaren, ya no seguirán al Cordero en todos sus caminos.

¿Quién á quién ya se desdeñará obedecer, pues ve al Señor del cielo y de los ángeles obediente en la tierra á los hombres? Si la sabiduría de Dios, que es su Hijo, si todo su poder y majestad así se subjecta, que sigue y sirve á una mujer tejedora, y casada con un carpintero, ¿cómo no se confunden con esto los presuntuosos, los que andan tasando y midiendo (como con un compas) las cortesías con que han de tratar á los otros? Si vemos cómo aquí se pone el cielo debajo de la tierra, ¿cómo la tierra y ceniza no tiene empacho de subirse sobre el cielo, desdeñándose de imitar y parecer á Dios?

Despues desto considera los ejercicios en que tu Salvador se ocupó hasta los treinta años que comenzó á predicar; porque él no anduvo en los estudios, como lo dice el Evangelio que dijeron los fariseos, envidiosos de la acepcion de su doctrina (*n*): ¿Cómo sabe este letras, que nunca estudió? Pues mucho ménos apariencia tiene que se holgase y estuviese ocioso, trabajando siempre Josef, tenido por su padre. Mal parece hoy el mozo ocioso, hijo de padres pobres; realmente el Señor tuvo en la tierra el oficio de carpintero, trabajando con Josef para sustentar á sus padres y dar limosna á los pobres. Dicen los evangelistas que le menospreciaban los sacer-

(*f*) Prov. 10. (*g*) Prov. 18. (*h*) Gen. 12. (*i*) Luc. 15.
(*k*) Eccl. 35.

(*l*) Bern. homil. 1 sup. Miss. post med. (*m*) Apoc. 14. (*n*) Joan. 7.

dotes y letrados, diciendo: ¿Quién es este sino un hijo de un carpintero, y del mismo oficio de su padre (o)? Mas si leemos de muchos sanctos, que siendo mozos eran edificacion y ejemplo de virtud, recogimiento, y de frecuencia de sanctos ejercicios, visitando las iglesias, oyendo los divinos oficios y sermones, y atentos á las obras de misericordia y bien de los prójimos, ¿qué será razon sintamos deste Señor, que no solo vino al mundo para ser Redemptor á su tiempo con su muerte y pasion, mas tambien para Maestro con su doctrina, y ejemplo nuestro con su vida? ¿Cuáles eran sus tratos y conversaciones con los que trataba y conversaba, que cierto es que trataba con todos, el que habia por todos escogido esta vida comun, el que venía para enseñar á todos? ¿Cómo frecuentaba el templo? ¿Cuántas veces perseveraba en la oracion por nosotros; pues para sí no podia merecer desde el punto de su concepcion? ¿Cuánto sentia y lloraba las ofensas que via cometer contra Dios? Cuánto le dolia la perdicion de las almas? No hubo madre que así llorase y sintiese la pérdida del único hijo muerto. A la medida de su innocencia sentia las ofensas de Dios. Mas cuanto excedia á los hombres y ángeles en caridad, tanto fuéron mayores sus dolores, y sentimientos, y trabajos, para que fuesen mayores sus merecimientos para nosotros, y mas copiosa nuestra redempcion. Y cuanto estos fuéron mas voluntarios, tanto los escogió mayores, para prueba de su mayor caridad y bondad. Y aunque en este tiempo no hacia obras públicas, enseñó mucho en enseñarnos á callar y tener silencio hasta que tengamos edad conveniente para enseñar, y seamos por Dios llamados á este ministerio de la predicacion del Evangelio.

(o) Matth. 13. Marc. 6.

SERMON EN LA FIESTA DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA,

CUANDO LLEVÓ Á PRESENTAR SU NIÑO AL TEMPLO, ADONDE LE RECIBIÓ EL SANCTO SIMEON, Y CONOCIÓ ANNA; DE LO CUAL DICE SANCT LÚCAS, CAPÍTULO SEGUNDO, ASÍ:

CAPITULO IV.

Despues de cumplidos los dias de la purificacion de María, segun la ley de Moisen (a), llevaron al Niño Jesus al templo para presentarlo al Señor, segun que estaba escripto en la ley (b); la cual mandaba que todo hijo varon que abriese el vientre de su madre, fuese sanctificado y ofrescido al Señor. Y asimismo para ofrecer la ofrenda que mandaba la ley de las paridas, que era un par de tórtolas ó de palominos. Y habia un hombre en Hierusalem llamado Simeon, el cual era justo y temeroso de Dios, y vivia esperando la consolacion de Israel, y el Espíritu Sancto moraba en él. Y habia recibido respuesta del Espíritu Sancto, que no veria la muerte hasta que viese al ungido del Señor. Y á la sazon, movido por el Espíritu Sancto, vino al templo, y como trajesen al niño Jesus sus padres para hacer lo que era costumbre segun la ley, él le tomó en sus brazos, y alabó á Dios, y dijo: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun la promesa de tu palabra. Porque ya han visto mis ojos tu salud; la cual aparejaste ante la cara de todos los pueblos, y será luz para que sean alumbradas las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel. Y estaban el Padre y la Madre de Jesus maravillándose de las cosas que dél se decian; y bendíjolos Simeon, y dijo á María, su Madre: Mira que este Niño está puesto en el mundo para caida y para levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo. Y tu ánimà será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos. Y habia una mujer profetisa, llamada Anna, hija de Fanuel, del tribu de Aser. Esta era mujer de muchos dias, y habia vivido con su marido siete años dende su virginidad, y era viuda hasta los ochenta y cuatro años de su edad. Esta nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones dia y noche. La cual sobrevino á esta misma hora, y alababa á Dios, y hablaba dél á todos los que esperaban la redempcion de Israel. Y despues que acabaron todo lo que habian de hacer segun la ley, volviéronse á la provincia de Galilea, á su ciudad de Nazareth, y el Niño crecia, y era confortado, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Hasta aquí son palabras del Evangelio.

(a) Luc. 2. (b) Exod. 13. Lev. 13.

§. I.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Acerca deste sagrado misterio considera primeramente la humildad de la Vírgen, cómo cumplido ya el número de los dias que señalaba la ley, estando ella por palabras expresas de la misma ley exempta de la ley de la purificacion de las paridas (como la que con aquel sagrado parto habia quedado mas pura que las estrellas), todavia se subjectó á la ley commun, y quiso la mas pura de las vírgenes ponerse en la cuenta de las casadas, y de las otras mujeres paridas, y la purísima entre las que no lo eran, para ser purificada con ellas. De manera que como su Hijo, siendo la misma innocencia, sanctidad y pureza, quiso ser circuncidado como los que tenian pecado, tomando la imágen de pecador: así su sacratísima Madre, siendo purísima, quiso ser contada entre las que no lo eran; porque así en la Madre como en el Hijo, tuviésemos perfectísimo ejemplo de humildad.

Lo segundo podemos considerar el espíritu de la pobreza y misericordia que aquí resplandesce en esta ofrenda de la Vírgen; pues no ofreció cordero, que era ofrenda de ricos, sino un par de tórtolas ó palominos, que era ofrenda de pobres. Donde se ve cuán buena maña se dió en repartir con los pobres la que habiendo (ménos habia de un mes) recibido tan ricos presentes de los reyes, ya no tenia caudal para ofrecer un cordero, quedándose en el mismo estado pobre que tenia cuando parió á su Hijo: cómo aquella que llena del Espíritu Sancto entendia que la voluntad de su Hijo era de rico hacerse pobre, para enriquecernos.

Cumplido pues ya el número de los dias que señalaba la ley para que se purificasen las paridas, despidiéndose la Vírgen sacratísima de aquel sancto pesebre, dejándolo lleno de lágrimas, y de gracias para la devocion de los fieles, partióse á Hierusalem para cumplir con el mandamiento de la ley, que realmente no la comprehendia. Entra pues la Vírgen con su Niño en los brazos por las puertas de la ciudad. ¡Oh sancto Niño! veis aquí la ciudad en la cual (segun que de vos está profetizado) habeis de obrar grandes maravillas (*c*). Aquí habeis de hacer una hazaña mayor que fué criar el mundo : que mas es redimir el mundo que criarlo, cuanto mas os costó lo segundo que lo primero. Este es el campo señalado para el desafío contra el famoso gigante Goliat (*d*) : con un báculo y cinco piedras le venceréis, y cortaréis la cabeza con sus armas, destruyendo la muerte con la muerte, y el pecado con la pena del pecado. Esta es la tela adonde habeis de justar, paseadla agora despacio, porque tengais muy bien conocidos los pasos della. Agora la paseais á caballo, despues la pasearéis á pié. Agora en los brazos de vuestra Madre, mas despues llevando vos la cruz sobre vuestros hombros. Aquel monte que veis asomar, es el particular lugar. ¡Oh qué encuentro daréis y recibiréis en él! Allí derramaréis toda vuestra sangre. ¡Oh cuán diferente ofrecimiento de vos mismo será aquel, y el de hoy! Hoy seréis ofrecido y redimido : allí seréis ofrecido y Redemptor. Hoy seréis redimido con cinco siclos que darán por vos : allí será el mundo redimido con cinco llagas que recibiréis por él. Hoy seréis ofrecido en los brazos de Simeon; mas allí en los brazos de la cruz. Este es hoy sacrificio de la mañana; aquel será el de la tarde.

Entra pues la Vírgen en el templo material para ofrecer el templo vivo espiritual que lleva en sus brazos. ¡Oh maravillosa novedad! Es ofrecido el templo en el templo, Dios á Dios; preséntase delante de Dios el que nunca se apartó de Dios; es redimido el que es redempcion del mundo; es ofrecido por manos de la Vírgen la ofrenda de todo el mundo. Vuelve la Vírgen el depósito al que se le dió : corren los rios á la mar de donde salieron, para que vuelvan á correr. ¿Qué habia de hacer la Madre sino dar todo lo que tenia, teniendo tales ejemplos de largueza en su Hijo? Veia cómo su Hijo venía dado á los hombres en precio de su redempcion, en ejemplo de su conversacion, en viático y provision de su peregrinacion, en compañía de su destierro, en premio de su bienaventuranza, ¿pues qué habia de hacer la que conocia en su Hijo tal largueza? Lo que hizo fué darle su celestial tesoro.

No se presentó hoy esta ofrenda solamente á Dios; sino que tambien se entrega hoy por la Vírgen á toda la Iglesia, y le recibe (como procurador de toda ella) el sancto Simeon. Y así aquel por el cual suspiraron todos los siglos, por cuya esperanza y penosa dilacion estaban como en desfallecimiento y desmayo todas las almas de los justos, hoy por manos de la sacratísima Vírgen es entregado á la Iglesia, y ella le recibe en los brazos del sancto Simeon : y por autoridad de toda la sanctísima Trinidad es ratificada la escriptura desta donacion; por el autoridad del Padre en las divinas Escripturas; por voluntad del Hijo, que se entregó para nuestro Redemptor; por el Espíritu Sancto, que le prometió á el sancto Simeon, y le mandó que lo viniese á recibir; por la sanctísima Vírgen, que como verdadera Madre poseia este tesoro, se nos hace hoy esta donacion firmísima. En todos los otros misterios de la vida de Jesucristo aun no le habia recibido la Iglesia con esta manera de solemnidad, ni estaba del todo en su pacífica posesion; mas hoy por manos de la Vírgen, persona commun, y en el templo de Dios, lugar commun, siendo procurador por la Iglesia el sancto Simeon, persona commun y profeta, recibe la Iglesia este don, y es introducida y amparada en esta posesion, y desto se gloría hoy y canta, diciendo : Recibimos, Señor, vuestra misericordia en medio de vuestro templo (*e*). Venid pues hoy todos los fieles á agradecer y solemnizar esta merced al templo, pues de todos y para todos es : todos los que teneis sed venid á las aguas; los que no teneis oro ni plata, venid que se da de gracia(*f*). Corred, viejos, cantad con el sancto viejo Simeon : venid, viudas y ancianas, alabad con la sancta Ana : corred, doncellas, alegraos con María : venid, casadas, que María es casada : y corred, varones, ceñios de fortaleza con Josef, varon de edad perfecta : corred, niños, juntaos al Niño Jesus : corred, justos, recibid aumento de gracia : corred, pecadores, recibid el perdon : y venid, ángeles, y admiraos de ver á Dios redimido, y á la Vírgen mas pura que vosotros purificarse, y la divina libertad subjectarse á la ley. Deprended en la escuela deste Niño cuán alto es Dios, el cual mira á los humildes en el cielo y en la tierra (*g*).

Tambien es misterio digno de consideracion la combinacion desta ofrenda de la sacratísima Vírgen, que con la ofrenda de infinito valor, cual era su Hijo, juntó otra de tan poco precio y de los mas pobres, como eran un par de tórtolas ó de palominos; porque de aquí aprendamos á juntar nuestras pobres obras y flacos servicios con los inestimables merescimientos de Cristo, porque se les pegue á los tuyos el precio y valor de los suyos. La yedra por sí no se levanta del suelo; mas arrimada á un árbol sube tanto como el mismo árbol : así nuestras obras por sí son de ningun valor ni provecho, y arrimadas á las de Cristo suben y toman el precio de las de Cristo, árbol de vida que sube hasta el cielo. Junta tus oraciones con las de Cristo, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos con los suyos, tus vigilias con las suyas, y así las ofrece al eterno Padre, para que con las de Cristo reciba las tuyas. Con el presente de la linda fruta se reciben las hojas en que va envuelta. Una gota de agua por sí no es nada, mas echada en una tinaja de vino conviértese en vino, y no se tiene el vino por aguado por tan poca agua. En respecto de las muchas y purísimas obras de Jesucristo de infinito valor, no son todas nuestras obras una gota de agua, y juntándolas con las de Cristo, no las pueden estragar; ántes ellas toman el sér y valor de las de Cristo, y así las recibe el Padre eterno, porque nuestras obras hechas en gracia (por la cual somos miembros de Cristo) son obras de Cristo, y son de tal precio que no las puede el mismo Dios premiar con ménos que consigo mismo.

Tambien es de consideracion que la ofrenda que aquí se junta con Cristo es ofrenda de aves, y aves cuyo canto es gemido; para que entiendas cuál es la vida de los buenos en este destierro, gemir y volar; y de lo uno se sigue lo otro : del vuelo de la consideracion se sigue el

(*c*) Psalm. 73. (*d*) 1. Reg. 17.

(*e*) Psalm. 47. (*f*) Isai. 55. (*g*) Psalm. 112.

gemido de la compunccion. Los buenos cuya consideracion es en la divina bondad, en su destierro, en las miserias desta vida, en los pecados, peligros y engaños del mundo, no pueden dejar de vivir en continuo gemido. Dicen con el Profeta (*h*): Fuéronme mis lágrimas pan de dia y de noche, miéntras decian á mi alma: Adónde está tu Dios?

Considera tambien el alegría y consolacion que en este dia recibió este sancto profeta Simeon. Los Evangelistas ordinariamente no escriben mas que los misterios, dejando todo lo interior (que son los afectos y sentimientos de las personas), á nuestra pia y devota consideracion. Cuáles fuéron los interiores movimientos y alegría deste sancto varon, viendo con sus ojos, y recibiendo en sus brazos al que conoció Redemptor del mundo, ¿quién lo podrá explicar? Via este sancto Profeta el mundo lleno de maldades y pecados, via los millares de almas descender cada dia á los infirnos, doliale esto entrañablemente (como verdadero justo), deseaba tanto el remedio destos males, cuanto le dolian; sabía que este estaba en la venida deste Señor, daba voces de dia y de noche, clamando y suspirando por ella, acordándose de lo que estaba escripto por Isaías (*i*): Los que estais acordados del Señor, no calleis ni ceseis de importunarlo, hasta que haga á Hierusalem materia de alabanza en toda la tierra. Pues cuando este sancto varon viese ya cumplidos tan largos y tan penosos deseos, cuando viese el fructo de sus lágrimas y oraciones, cuando viese al que él llamaba, al Hijo en los brazos de la Madre, como la piedra preciosa engastada en oro, y no contento con verlo, lo tomó en sus brazos, y allí lo adoró y reverenció, ¿qué haria, qué diria, qué sentiria, qué lágrimas derramaria, qué gracias y alabanzas daria á quien para tanto bien lo tuvo guardado? ¡Con qué devocion, con qué amor y con qué reverencia y temor extendió sus brazos para recibir en ellos aquel celestial tesoro! ¡Qué arroyos de lágrimas correrian por aquellas mejillas y venerables canas! ¡Cuán blandamente lo apretaria con sus brazos entre sus pechos! ¡Qué dulces besos le daria! Cómo diria con la esposa: Hallado he á mi esposo, al que mi alma ama: téngolo, y no lo soltaré!

Mas ¡cuál fué el gozo de la sacratísima Vírgen viendo las lágrimas y devocion del sancto viejo, considerando por cuántas partes comenzaba ya á resplandescer la gloria de su Hijo, y cómo cada dia crecian mas los testimonios de quien era! Mas esta alegría no fué del todo pura, sino mezclada con un amarguísimo dolor, que comenzó aquí, y duró por toda la vida. Porque cuando aquel varon lleno del espíritu de Dios, entre la confesion de las alabanzas del Niño comenzó á profetizar los grandes trabajos y contradicciones que el mundo le habia de hacer, y el cuchillo de dolor que habia de traspasar la innocentísima alma de su Madre, allí se le echó el acíbar en todos los contentos de su vida; porque nunca tuvo despues contento tan puro, que no fuese aguado con el sobresalto y temores deste dia. Cuyos trabajos, cuanto ménos distinctamente conocia, tanto su grande temor se los hacia sospechar mayores. ¿Qué haceis, sancto varon, por qué quereis dar materia de perpetuo dolor á la innocentísima Madre de tal Hijo? ¿No valiera mas dejarla por agora en su simpleza, y no darle noticia de cosa que le ha de ser martirio para toda la vida? ¡Oh si supieses, Simeon, qué manantial de dolores le has descubierto en esas pocas palabras, y cuál es la pena que le ha causado tu profecía! Si no lo supiera, viviera en paz y alegría con la presencia de su Hijo; mas ya su vida será una perpetua cruz y una muerte prolija. ¡Oh cuántas lágrimas, oh cuántos gemidos excusaras con tu silencio! ¿Qué consejo fué el tuyo, sancto varon? ¿Por qué dijiste lo que parece que tanto importaba callar? Consejo fué no tuyo, sino del Espíritu Sancto; el que te lo reveló te lo mandó decir. No enseña el Señor lo que se ha de decir, callando el tiempo en que se ha de decir: el que es Maestro de lo uno, lo es tambien de lo otro.

Pues, Señor, enseñadnos por qué quisistes lastimar así el corazon de la innocentísima Vírgen. ¿Por qué la que hiciste tan libre de culpa, quereis que viva siempre con tan dura pena? Sin duda creo que fué por hacer en todo conforme la Madre al Hijo; y que como esta Vírgen era la mas perfecta de las perfectas, participase de la mayor gloria del Sancto de los sanctos. Y porque la mayor gloria de su Hijo fué padecer tanto por la honra del Padre, no fué razon que desta gloria careciese su sanctísima Madre. Y así como el Hijo desde el punto de su concepcion tuvo siempre en su entendimiento el negocio de su venida y su cruz, y siempre padecia con la memoria della; así tambien su Madre siempre tuviese presente esta misma cruz, con cuya memoria siempre padeciese.

¿Adónde pues están agora los que infaman los trabajos, los que tanto los aborrescen, los que tanto huyen las persecuciones, los que con todas sus fuerzas por mar y por tierra, por hierro y por fuego buscan el descanso, poniendo en él su felicidad? Si estos fueran verdaderos bienes, dellos tuvieran mas abundancia estas dos mejores personas, Hijo y Madre. Y si los trabajos fueran verdaderos males, no tuvieran ningunos. Pues enfermo, pobre, atribulado, ¿de qué te quejas, si Dios te trata como trató á tal Hijo y á tal Madre? Por muy escogida medicina tiene el esclavo enfermo la que el padre dió á su único hijo amado; ¿pues por qué nos tenemos por mal librados si el Padre eterno nos cura con la medicina de los trabajos, de los cuales dió mas á las dos mejores personas del mundo, y sus mas queridas? ¿Cómo no tienen los cristianos con tal ejemplo por mercedes y favores de Dios los trabajos? A quien esta razon no convence á consolarse con los trabajos, no sé con qué le pueda persuadir.

§. II.

Ejercicios de la sancta viuda Anna.

Despues desto considera los ejercicios y vida de aquella sancta viuda Anna, ejemplo de todas las viudas, y aun de las casadas y vírgines, de la cual dice el Evangelista (*k*) que nunca salia del templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones dia y noche. Convenientes ejercicios para las viudas son los ayunos y las oraciones. El ayuno mortifica la carne, la oracion levanta el espíritu; el ayuno sanctifica el cuerpo, la oracion purifica el ánima; el ayuno mortifica las pasiones, la oracion hinche el corazon de buenos deseos; el ayuno templa la vihuela, la oracion hace la música; el ayuno merece las consolaciones espirituales, la oracion las recibe; el ayuno limpia el alma de los vicios, la oracion la adorna con las virtudes; con el ayuno peleamos contra el demonio, mas con

(*h*) Psalm. 41. (*i*) Isai. 62.

(*k*) Luc. 2.

la oracion triunfamos de Dios. Y son tan conexas estas virtudes entre sí, que apénas se halla la una sin la otra; porque ni en el trabajo del ayuno y asperezas corporales podria el hombre perseverar sin el regalo de la oracion, ni la oracion se puede bien ejercitar sin la templanza del ayuno.

En estos dos ejercicios perseveraba esta sancta viuda hasta la edad de los ochenta y cuatro años, adonde tan poca necesidad habia de ayunos para domar su cuerpo, así por la mucha edad, como por el antiguo hábito de la castidad. Con todo ayunaba la sancta vieja, como ayunaban aquellos sanctos ancianos del desierto; no ya para domar su carne, sino para levantar su espíritu, y para hacer perpetua guerra al amor proprio, y para despedir de sí todos los cuidados de las cosas temporales, y darse del todo á las espirituales. A los tales revela Dios sus misterios, y les da parte de sus secretos, y les descubre la buena nueva de su Evangelio, como lo dijo el Profeta (*l*): ¿A quién enseñará Dios su sabiduría? A quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? Responde él mismo: A los destetados de la leche, á los apartados de los pechos. Esto es, á los que por su amor se apartaron y destetaron de los regalos y deleites del mundo; porque los que por él renuncian todos los consuelos y regalos del cuerpo, él los hinche de los consuelos de su divino espíritu para siempre.

(*l*) Isai. 28.

SERMON EN LA FIESTA DE LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA,

SOBRE EL EVANGELIO DE SANCT LÚCAS, QUE DICE ASÍ (*a*):

CAPITULO V.

En aquel tiempo fué enviado el ángel Sant Gabriel por Dios á una ciudad de la provincia de Galilea, llamada Nazaret, á una vírgen desposada con un varon, cuyo nombre era Josef, de la casa de David; y era el nombre de la Vírgen, María. Entrando el Angel adonde estaba, saludóla diciendo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Turbóse la Vírgen oyendo tales palabras, y estaba entre sí pensando en la salutacion. Respondió el Angel, y díjole: No temais, María, porque hallastes gracia en los ojos de Dios. Advertid que concibiréis en vuestro vientre, y pariréis un hijo, al cual llamaréis Jesus. Este será grande, y llamarse ha Hijo del Altísimo. Darle ha el Señor Dios la silla de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre. No tendrá su reino fin. Dijo María al Angel: ¿Cómo será esto? porque propósito tengo de no conocer varon. Respondió el Angel: No será negocio de varon; el Espíritu Sancto vendrá sobre vos, y la virtud del muy Alto os hará sombra, y lo que de vos naciere por modo sancto, será llamado Hijo de Dios; y notad que vuestra prima Isabel tambien ha concebido un hijo agora en su vejez; y la llamada de todos estéril, ya está en el sexto mes de su preñado, porque no hay cosa imposible á Dios. Dijo María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Hasta aquí son palabras del Evangelio.

§. ÚNICO.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Acerca deste altísimo y divinísimo misterio de la Encarnacion del Verbo divino, considera primeramente aquella inmensa caridad y amor que Dios mostró al mundo; pues no habiendo de su parte alguna necesidad de los hombres, solamente por las entrañas de su infinita caridad, envió su unigénito Hijo para nuestro remedio, para ennoblecernos con su encarnacion, sanctificarnos con su justicia, enriquecernos con su gracia, enseñarnos con su doctrina, animarnos con su ejemplo, redimirnos con su sangre, resuscitarnos con su muerte. Este es aquel grande beneficio que el mismo Salvador encareció á sus discípulos, diciendo (*b*): En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo, para que los que creyeren en él (esto es, creyéndole, lo amaren y obedecieren) no perezcan, ántes alcancen la vida eterna. Y habiendo otros muchos medios para este negocio, escogió el Señor este, para él mas costoso, por ser para nosotros mas provechoso; no mirando á su trabajo sino á la honra y provecho de sus enemigos, cuales todos estábamos.

(*a*) Luc. 1.

Lo segundo considera la admirable conveniencia deste misterio. Desta consideracion no se hartaba Sant Augustin el primero año de su conversion, considerando el alteza del consejo divino sobre la salud del género humano (*c*). Convino que así como por un hombre entró la perdicion en el mundo, así por otro entrase el remedio; y como por la soberbia de uno, que siendo hombre deseó ser Dios, fuímos todos condenados, así por la humildad de otro nuevo hombre, que siendo verdadero Dios se humilló á hacerse verdadero hombre, fuésemos todos reparados.

¿Con qué se podian pagar mejor nuestras deudas que con la sangre del Hijo de Dios? Con qué se podia mas ennoblecer la naturaleza humana que haciéndose Dios hombre? ¿Quién podia mejor negociar nuestros negocios que el Hijo de Dios? Quién podia abogar mejor por nuestra parte con Dios, que el summo Sacerdote del Padre eterno? Quién pudo ser mejor tercero entre Dios y los hombres, que el que era Dios y hombre? Como Dios y juez guardando la justicia, y como hombre y parte procurando para los hombres la misericordia. Como hombre se encargó de nuestras deudas, y se hizo fiador y principal pagador, y con el divino caudal pagó á Dios. Aprovechóse del título de hombre para deber, y del de Dios para pagar. No se pudo inventar medio mas conveniente, en el cual se juntase todo cuanto era necesario para nuestra salvacion. Como dice Sant Leon papa (*d*): Si no fuera verdadero Dios, no pudiera dar remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos pudiera dar ejemplo. Como verdadero Dios, Redemptor; como verdadero hombre, Preceptor y Maestro.

(*b*) Joann. 3. (*c*) August. lib. 9. Confes. cap. 9. (*d*) S. Leo. serm. 1. de Nativ. Dom.

No pudo ser igual medio para declararnos el Señor la grandeza de su bondad y misericordia, y la severidad de su justicia, que este, adonde tantas cosas hizo para castigo del pecado, y tantas para el perdon del pecador. Item, para declarar la excelencia de nuestras ánimas, y el valor de la gracia, y la grandeza de la gloria, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado, la dignidad del hombre por tal precio redimido, ¿qué medio pudo ser igual á este? La grandeza de cada cosa destas se descubre con la excelencia del precio de la sangre de Jesucristo nuestro Redemptor.

Pues para curar las llagas de nuestra alma, que eran tantas y tan grandes, ¿qué medicina se pudo aplicar de igual eficacia? Qué mayores ejemplos para animarnos y avergonzarnos, que los del Señor, que era Dios y hombre? ¿Con qué se pudo curar mejor la soberbia del hombre, que con la humildad de Dios? Con qué nuestra avaricia, que con la pobreza del que siendo rico escogió la vida pobre? ¿Cómo se pudo mejor reprimir la ira del hombre, que con el ejemplo de la paciencia de Dios humanado? ¿Con qué se pudo mejor confundir nuestra desobediencia, que con la obediencia de Cristo hasta la muerte de cruz? ¿Cómo se pudieron mejor curar las demasías en los regalos de nuestra carne, que con los dolores y asperezas de la suya? Cómo se pudo mejor vencer nuestro desamor que con tal amor? ¿Con qué nuestro desagradecimiento, que con tales beneficios? Con qué se pudo mejor despertar nuestro descuido, que con tal providencia? Con qué mejor se pudieron esforzar los desmayos de nuestra desconfianza, que con tales prendas de amor y tales merescimientos de Redemptor?

Considera aquí las virtudes y excelencias de la Vírgen escogida de Dios para Madre suya; y acuérdate que así como ántes que Dios criase á Adam le aparejó la casa en que habia de morar, que fué el paraíso terrenal; así ántes que saliese á este mundo el segundo Adam, su Hijo humanado, primero le aparejó otro paraíso espiritual, que fué el cuerpo y el alma desta sacratísima Vírgen. Y como de aquel dice la Escriptura (*e*) que estaba plantado de diversas plantas y flores de grande hermosura, así este segundo fué plantado de diversas virtudes y dones celestiales de grande hermosura, que podia causar grande deleite al mismo Dios. Y proveyó el Espíritu Sancto que á los tres años de la niñez de la Vírgen fuese llevada y presentada en el templo, para que allí estuviese depositada, templo en templo; ella mejor templo espiritual de Dios, en el templo material, reedificado por el sacerdote Zorobabel (*f*). Allí comenzó á resplandescer en estas flores de virtudes y gracias divinas, guardadas como en huerto muy cerrado; de las cuales dice Sant Hierónimo: Procuraba la Vírgen ser la primera en las vigilias y oraciones de la noche, y en la ley de Dios la mas sabia, en la humildad la mas humilde, en cantar los salmos la mas frecuente, en la caridad la mas ferviente, en la limpieza la mas pura, y en todas las virtudes la mas perfecta. Todas sus pláticas eran llenas de gracia, porque su corazon estaba lleno de Dios. Continuamente oraba y meditaba en la ley del Señor dia y noche. Delante della ninguna osaba hablar una palabra descompuesta, ni se riyese alto. Siempre bendecia á Dios, y cuando la saludaban, respondia: Gracias á Dios. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo.

(*e*) Gen. 2. (*f*) 1. Esdr. 4.

Cuando el Angel la visitó, estaba la Vírgen recogida en el lugar donde solia recogerse á la oracion; aunque la casa era pequeña y pobre, no faltaba en ella este lugar, adonde tenia sus libros devotos, los salmos y los profetas; y por ventura (como la sancta Judit) su cilicio, su diciplina para aquel sacratísimo cuerpo que tan poco lo merecia. Y principalmente es de creer que en este tiempo estaria su espíritu levantado en alguna altísima contemplacion; y no falta quien dice que en aquel paso del profeta Isaías que hablaba della misma (*g*). Una Vírgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será Emanuel (Dios con nosotros), con deseos de que fuera tal su dicha, que mereciera servir á esta Vírgen · y que á este tiempo y sazon vino el Angel con la embajada de Dios, que la escogia para Madre de su Hijo.

Considera tambien despues de aquella tan dulce y tan graciosa salutacion del Angel, las maravillosas virtudes desta Vírgen, que tan maravillosamente resplandescen en todo este diálogo divino, su virginidad, su fe, su silencio, su humildad. Su humildad en la turbacion de las palabras tan honrosas del Angel. No hay para el verdadero humilde cosa mas nueva ni mas extraña, que oir proprias alabanzas, ni para el tal hay cosa de mayor temor. No teme tanto el rico avariento que le hurten sus dineros, ni tanto los procura esconder, cuanto el verdadero humilde teme las alabanzas, y procura esconder sus gracias de los hombres, que son los ladrones que roban el tesoro de la humildad. Su silencio resplandesce en que hablando el Angel tantas veces, y con tantas palabras cada vez, la Vírgen habló tan pocas veces, y con tan breves y sucintas razones. ¡Oh qué ejemplo para doncellas! El principal decoro de las vírgenes es silencio y vergüenza. Su virginidad y amor inestimable que tenia á esta virtud, se declara en aquellas palabras que respondió al Angel cuando dijo: ¿Cómo será esto? porque yo no conozco varon. Como si con mas palabras dijera, segun Sant Bernardo (*h*), sabe mi Dios que su esclava tiene hecho voto de perpetua virginidad; mas si su Majestad ordena otra cosa, y dispensa en este voto para tener tal Hijo, alégrome del Hijo que me da; mas duéleme de que se dispense en el voto, y en todo estoy subjecta á su divina voluntad. ¡No sé yo que se pudiera decir cosa mayor en alabanza de la virginidad y honra de la sacratísima Vírgen, en caso de pureza virginal, que verla estimar en tanto esta virtud, que ofreciéndole dignidad de Madre de tal Hijo, no bastó para quitar el dolor de la pérdida de su propósito virginal! ¡Oh maravillosa alabanza desta virtud! Oh piedra preciosa de valor inestimable, tan preciada de los buenos y tan pisada de los malos! La Vírgen llena del Espíritu Sancto siente la pérdida desta virtud, dándole por recompensa inestimable dignidad de Madre de tal Hijo; y el hombre sensual no duda trocarla por un torpe deleite, y no hace caso de su pérdida, ántes tiene por tormento guardarla.

Resplandesce tambien aquí la fe de la Vírgen sacratísima, porque no puso duda en tan grandes maravillas como el Angel le decia. No pidió señal como Zacarías (*i*), siendo mayores cosas las que le decia el Angel, que las que le dijo á Zacarías: ántes como verdadera hija de Abraham, imitadora de su fe, así como él creyó que las promesas de Dios de la propagacion de los des-

(*g*) Isai. 7. (*h*) D. Bern. homil. 4. sup. missus est et serm. de Assumpt. 4. et serm. post Assumpt. de verbis Apoc. (*i*) Luc. 1.

cendientes por Isaac, no se habia de estorbar por mandar Dios que se le sacrificase, considerando que Dios ni es contrario á sí mismo, ni se olvida de sus promesas; creyó que la descendencia de Isaac se multiplicaria como las estrellas del cielo, aunque le sacrificase; porque le podia Dios despues de muerto resuscitar, como le habia podido dar; así creyó que obrándolo Dios, podia ser madre y vírgen. Y así dicen los sanctos (*k*) que cuando la Vírgen dijo: ¿Cómo será esto? que no dudó del hecho, sino preguntó el modo. Aunque el Angel satisfizo á todo, al hecho y al modo, diciendo: Será obra de aquel Señor, al cual todo es posible. Con la honra de Madre de tal Hijo no perderéis la gloria de Vírgen.

Dice el devotísimo Bernardo (*l*): Oistes, Vírgen, el hecho y el modo, lo uno y lo otro son cosas maravillosas y de grande gozo. Gozaos pues, hija de Sion, y alegraos, hija de Hierusalem. Y pues á vuestros oídos dió el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de vuestra boca la respuesta de alegría que esperamos, para que con ella entre la alegría y gozo en nuestros huesos afligidos y humillados. Oistes que concebiréis y pariréis, y con la honra de madre gozaréis de la gloria de vírgen, por ser obra de solo el Espíritu Sancto, y no de hombre. Mirad que aguarda el Angel vuestra respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva con ella al que á vos le envió. Esperamos nosotros tambien, Señora, esta vuestra celestial respuesta de misericordia, á los cuales tiene justamente condenados la divina justicia, de la cual pensamos ser libres por vuestras palabras. Por la palabra de Dios eterno fuimos todos criados, y con todo morimos; y por vuestra palabra serémos agora remediados para que no muramos eternalmente. Esta os pide (ó piadosa Vírgen) el triste Adam desterrado del paraíso con toda su posteridad, y lo mismo Abraham, Isaac, y Jacob, y David, con todos los otros padres vuestros abuelos sanctos, los cuales están detenidos en tinieblas y sombra de muerte. Esto mismo pide el universo mundo derribado á vuestros piés, y no sin causa; porque desta respuesta depende todo el consuelo del universo, la redempcion de los cautivos y la salvacion de todos los hijos de Adam. Responded pues, Vírgen, que vuestra respuesta esperan los cielos, la tierra y el infierno, y el mismo Rey y Señor de todo. Cuanto le agradó vuestra hermosura, tanto desea agora vuestra respuesta, con la cual determina restaurar toda la naturaleza humana. Aquel á quien tanto agradaste callando, aguarda que le agradeis hablando. Suya es la voz que dice (*m*): ¡Oh hermosa entre todas las mujeres, haz que oiga yo agora tu voz! Si vos, Señora, haceis que él oiga agora vuestra voz, él hará que vos veais el misterio de la salvacion del género humano. Por ventura, Señora, ¿no es esto lo que deseábades y buscábades, aquello por qué gemíades, y dias y noches suspirábades? ¿Sois vos, Señora, aquella para la cual se guardaron estas promesas, ó esperamos por otra? Vos sois por cierto, y no otra. Vos sois aquella prometida, aquella esperada y deseada, de la cual vuestro sancto padre Jacob, estando para salir desta vida, esperaba la salvacion, diciendo (*n*): Tu salud esperaré, Señor. ¿Para qué esperarémos de otra lo que á vos se ofrece, y lo que por vos se cumplirá, si dais con una palabra vuestro consentimiento? Responded, Señora, de presto al Angel, ó por mejor decir, á Dios por el Angel. Responded una palabra, y recibiréis otra palabra. Dad la vuestra, y recibid la del eterno Padre. Dad la transitoria, y recibid la eterna. ¿Por qué temeis, Señora? Por qué os deteneis en responder? Pues creeis, confesad, responded y recibid. Cobre agora vuestra profunda humildad una sancta osadía, y vuestra vergüenza confianza. No conviene que vuestra virginal simplicidad se olvide de la prudencia. No temais aquí, Señora, presumpcion, aunque sea agradable en la vergüenza el silencio. Agora, Vírgen, mas necesaria es la piedad en las palabras. Pues habeis, bienaventurada Vírgen, abierto el corazon á la fe, abrid la boca á la confesion, y las entrañas al Criador. Mirad que el deseado de todas las gentes está llamando á vuestra puerta. Mirad no se os vaya si mucho os deteneis, y buscaréis despues con dolor al amado de vuestra alma. Levantaos, Señora, corred y abrid. Levantaos por la fe, corred con la devocion, y abrid por la confesion.

(*k*) D. Bern. homil. 4. sup. missus est post med. (*l*) D. Bern. ibid. (*m*) Cant. 8. (*n*) Gen. 49.

Hé aquí (dice la Vírgen) la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Siempre á la divina gracia fué muy familiar la virtud de la humildad: escripto está que Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia (*o*). Por esto responde húmilmente la humilísima, para aparejar conveniente morada á la divina gracia. Hé aquí (dice) la sierva del Señor. ¿Cuál es la grandeza desta humildad, que no se deja vencer de la mayor honra, ni se engrandece con la mas alta gloria? Despues de escogida para madre no se olvida del nombre de esclava; llamada al mas alto lugar toma el postrero. No es gran cosa en las cosas pequeñas ser humilde, mas es admirable guardar la humildad en las mas altas. Hágase (dice) en mí segun tu palabra. Hágase: esta palabra es significativa del grande deseo que la Vírgen tenia deste misterio. O por ventura es oracion con la cual pide la Vírgen lo mismo que de parte de Dios le promete el Angel. Promete el Señor, y eso que promete quiere que le pidamos, y por eso promete, para despertar la devocion á que se lo pidamos con confianza, para honrar la devota oracion, y decir que ella meresció lo que el Señor ántes le queria dar; mas quiso que fuese este el medio para conseguir el cumplimiento de las promesas del Señor. Todo lo sobredicho es del bienaventurado doctor Sant Bernardo.

Considera cómo en el punto que la Vírgen dijo aquellas palabras, en ese mismo se juntó el Verbo divino con la naturaleza humana en las entrañas de la Vírgen por obra de toda la sanctísima Trinidad, aunque se atribuye esta obra con particularidad al Espíritu Sancto; porque como de nuestra parte no pudo haber merescimientos para recibir tan señalada merced de Dios, sino que salió de su infinita bondad y amor, y estos son los atributos del Espíritu Sancto, por esto se dice que este misterio fué obra del Espíritu Sancto. Mas ¿quién podrá entender ó decir las maravillas que en este punto fuéron obradas en las entrañas de la Vírgen? ¿Quién podrá declarar los sentimientos y afectos del corazon desta Señora, y los resplandores en su entendimiento con aquella nueva entrada de toda la sanctísima Trinidad? Quede esto cubierto con sagrado silencio para la consideracion de las almas devotas.

(*o*) Jacob. 4.

SERMON EN LA FIESTA DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR,

SOBRE EL EVANGELIO DE SANT JUAN, QUE DICE ASÍ (*a*):

CAPITULO VI.

En aquel tiempo, el domingo siguiente despues del viérnes de la cruz, vino María Magdalena muy de mañana al sancto sepulcro, y vió quitada la piedra, y que no estaba ya allí el cuerpo del Señor; y no hallándolo, púsose allí á llorar, y inclinándose otra vez á mirar al lugar donde le habia visto sepultar, vió dos ángeles en el lugar del cuerpo, uno á la cabecera y otro á los piés, los cuales le dijeron: Mujer, ¿á quién buscas, y por qué lloras? Respondió ella: Porque de aquí llevaron á mi Señor, y no sé adónde le han puesto. Y volviendo el rostro del sepulcro hácia el Huerto, vió al Señor, mas no le conoció. Díjole el Señor: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella creyéndo que era hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, tomástesle vos? Decidme adónde le teneis, porque yo me le lleve. Dijo el Señor: ¿María? Respondió ella: ¡Maestro! arrojándose por abrazarse dél. Díjole el Señor: No me toques, sino ve luego y di á mis hermanos que subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios (dicho esto desaparecióseie). Vino luego María Magdalena con estas nuevas á los discípulos, diciendo: Ví al Señor, y dijo que os dijese esto y esto. Y en este mismo dia de parte de tarde, estando juntos y cerradas las puertas por el miedo de los judíos, vino el Señor, y puesto en medio de todos, díjoles: Paz sea con vosotros. Y diciendo esto, mostróles las manos y el lado. Alegráronse los discípulos viendo al Señor. Volviólos á saludar con las mismas palabras, diciendo: Paz sea con vosotros. Yo os envío como mi Padre me envió. Dichas estas palabras, soplándoles añadió: Recibid el Espíritu Sancto, cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos.

En este tiempo Tomas, uno de los doce, dicho por otro nombre Didymo, no estaba en la compañía cuando vino Jesus. Despues que vino diéronle todos las buenas nuevas, diciendo: Vimos al Señor. Respondió Tomas: Eso no creeré yo sin tomar tambien la experiencia con mi tacto, entrando estos dedos en los agujeros de los clavos, y esta mano en el lado por donde entró la lanza. Pasados ocho dias, estando todos en el sacro cenáculo, y con ellos Tomas, vino otra vez el Señor cerradas las puertas, y apareció en medio de todos, y saludólos, diciendo: Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomas: Entra tus dedos por los agujeros de mis manos, y tu mano en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomas, y dijo: Dios mio, y Señor mio. Díjole el Señor: Porque me viste, Tomas, me creistes: bienaventurados los que no me vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo el Señor en presencia de sus discípulos, que no están escriptas en este libro. Estas se escribieron para que creais que Jesucristo es Hijo de Dios, porque creyéndolo así, alcanceis la vida eterna por él. Hasta aquí son palabras del Evangelio.

(*a*) Joan. cap. 20.

§. I.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Este es el dia que hizo el Señor, gocémonos y alegrémonos en él (*b*). Todos los dias hizo el Señor que hizo el tiempo; mas este se dice particularmente ser obra del Señor, porque en él acabó la mas excelente de todas sus obras, que fué la obra de nuestra redempcion. Pues así como esta se llama por excelencia obra de Dios, por la ventaja que hace á todas las obras, así tambien este se llama dia de Dios, porque en él se acabó esta mas excelente obra de Dios.

Tambien se dice que este dia hizo el Señor, porque todo lo que se celebra en este dia es obra suya. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se mezclan cosas que nosotros hicimos; siempre hay en ellas alguna cosa de pena, y la pena es hija de la culpa, obra nuestra; mas en este misterio no hay cosa de pena, sino destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, todo puramente de Dios.

En tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse los discípulos de Cristo, alegróse el cielo, alegróse la tierra, hasta al mismo infierno cupo parte desta general alegría.

Mas claro se mostró el sol en este dia que en todos los otros; razon fué que sirviese al Señor con su luz en el dia de su alegría, como le sirvió escondiendo sus rayos en el dia de su pasion. Los cielos, que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este dia con doblada claridad resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese pues el cielo, y tú, tierra, toma parte desta alegría; porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo, que todos los domingos cuando se levantaba á los maitines, era tanta el alegría que recibia con la memoria del gozo deste dia, que le parecia que oia una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decian: En tu resurreccion, Cristo, *Alleluia*, los cielos y la tierra se alegren, *Alleluia*.

Pues para sentir alguna cosa del misterio deste dia, considera primeramente cómo el Salvador acabada ya la jornada de su pasion, con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió de la cruz á los infiernos, para dar cabo á la obra de nuestra redempcion (*c*); porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos (*d*).

Descendió pues el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe un sancto doctor por estas palabras (*e*): ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego

(*b*) Psalm. 117. (*c*) Psalm. 15. (*d*) Act. 2. (*e*) Euseb. Emis. homil. 1. de Resurrect.

aquella eternal noche resplandesció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los príncipes de Edon, y temblaron los poderes de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaan (*f*).

Y todos en medio de sus tinieblas comenzaron entre sí á murmurar, y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandesciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno! Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario! Acreedor es este, no deudor; quebrantador nuestro, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿adónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuera culpado, no sería tan osado. Si tuviera alguna escuridad de pecado, no resplandescieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas, y causada nuestra perdicion! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y agora en el de la cruz las perdimos.

Tales cosas decian y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel dia habian salido desta vida. Allí estaba un profeta aserrado (*g*), otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro (*h*), y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! Oh nobilísimo tesoro! Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres pobladores del mundo, que así como fuéron los primeros en la culpa, así lo fuéron en la fe y esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que despues volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del Diluvio (*i*). Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el Testamento de Dios, y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios (*k*). Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo (*l*). Allí estaba el sancto padre de los doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendicion de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnacion del Verbo divino (*m*). Allí estaba tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra el sancto Bautista (*n*); y el bienaventurado Simeon (*o*) que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio dél, y recibirlo en sus brazos, y cantar ántes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenia tambien su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro, del Evangelio (*p*), que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas sanctas estaba allí gimiendo y suspirando por este dia; y en medio de todos ellos (como maestro de aquella capilla) aquel sancto rey y profeta David repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo (*q*): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de dia y de noche, miéntras dicen á mi alma: ¿Adónde está tu Dios? O sancto rey, si esa es la causa de tu lamentacion, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho ántes en espíritu cantaste cuando escribiste (*r*): Bendijiste, Señor, tu tierra, sacaste de cautiverio á Jacob, perdonaste la maldad de tu pueblo, disimulaste la muchedumbre de sus culpas. Y tú, sancto Hieremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destruicion de tu ciudad y templo; porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada (*s*).

Pues como aquellas dichosas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? ¡Cuán de véras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo (*t*), cantarian todos diciendo: Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar! ¡Con qué corazon aquel primero padre del género humano, derribado ante los piés de su Hijo y Señor, diria: Venistes ya, muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa; venistes á cumplir vuestra palabra, y no olvidastes á los que en vos esperaban! Vuestra grande piedad venció á la dificultad del camino, y la grandeza del amor á la de los trabajos y dolores de la cruz.

No se puede con palabras declarar el alegría destos sanctos padres; mas sin comparacion era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasion. ¡Oh cuán por bien empleados dió entónces todos los trabajos de su vida, y los dolores de su muerte, cuando vió el fructo que comenzaba á dar aquel sagrado arbol de su cruz! Con dos hijos que nacieron al sancto patriarca Josef en Egipto, olvidó todos sus trabajos (*v*); y para significar esto llamó al primero Manases, diciendo: Hízome el Señor olvidar todos mis trabajos, y la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiria el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿Cuando aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

§. II.

De la gloriosa Resurreccion de Cristo Señor nuestro.

Mas ¡oh Salvador mio! ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo sanctísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos, Señor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje, como al que entró en la batalla (*x*). Vuestro sanctísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma sanctísima entró á despojar el infierno; repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habeis vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella

(*f*) Exod. 15. (*g*) Isai. secund. Epiphanium. (*h*) Hierem. secundum Hieron. (*i*) Genes. 8. (*k*) Genes. 17. (*l*) Genes. 22. (*m*) Gen. 27. (*n*) Matth. 14. (*o*) Luc. 2. (*p*) Luc. 16.

(*q*) Psalm. 41. (*r*) Psalm. 84. (*s*) Hierem. fuit lapidatus à Judæis secund. Hieron. et Epiphanium in eius vita. (*t*) Exod. 15. (*v*) Genes. 41. (*x*) 1. Reg. 30.

lastimosa figura con que lo habia dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fria, amortajado, y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya mas de la media noche, y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo sanctísimo; ¿y qué tal (si piensas) le volvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube escura en la parte del poniente al tiempo que el sol se va á poner; el cual tomándola delante, y hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada, que compite con él en hermosura. Pues así despues que aquella ánima gloriosa se envistió en aquel sancto cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz, y toda su fealdad en hermosura, y del mas afeado de todos los cuerpos hizo el mas claro y hermoso. Desta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos, dechado de nuestra resurreccion.

Esta salida figuró el sancto patriarca Josef cuando salió de la cárcel, y le tresquilaron sus cabellos, y vistieron de ropas reales, y le pregonaron gobernador de toda la tierra de Egipto (*y*). Aquí sale el Señor tresquilados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor de todo lo criado. Este es el sancto Moises (*z*) sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder de Faraon. Este es el sancto Mardoqueo (*a*), despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales; el cual vencido ya su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel sancto Daniel (*b*) salido de entre los leones, sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de sus enemigos. Este es aquel valeroso Samson (*c*), que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquel sancto Jonas (*d*), entregado á la muerte por librar della á sus compañeros; el cual entrando en el vientre de aquella grande bestia, al tercero dia salió en la playa de Nínive, con cuya predicacion escaparon de lás divinas amenazas. ¿Quién es este que entre las quijadas de la bestia carnicera no pudo ser mordido della? ¿Y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de vida? ¿El que sumido en el profundo, la misma muerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador, á quien arrebató aquella cruel bestia insaciable, que es la muerte; la cual despues que le tuvo en la boca, conociendo la presa, no la pudo tener; porque aunque la tierra despues de muerto le tuvo, hallándolo ajeno de culpa, no pudo tenerlo; porque no la pena sino la culpa hace el hombre infame.

§. III.

De cómo se apareció Cristo Señor nuestro á su sanctísima Madre.

Ya, Señor, habeis glorificado esa carne sanctísima que con vos padeció en la cruz; acordaos que tambien vuestra sanctísima Madre es vuestra carne, y que tambien padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro Apóstol (*e*) que los que fuéron compañeros de vuestras penas, tambien lo serán de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todos vuestros trabajos, justo es que tambien agora lo sea de vuestra gloria. Serenad, Señor, aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido despues del tempestuoso invierno.

Estaria la sanctísima Vírgen en aquella hora orando, y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona daba voces al Hijo muerto, diciendo (*f*): Levantaos, gloria mia; levantaos, salterio y vihuela; volved triunfador al mundo; recoged, buen pastor, vuestro ganado; oid los clamores de vuestra afligida Madre; y pues estos fuéron parte para os hacer bajar del cielo á la tierra, estos os hagan agora subir del infierno al mundo. En el medio destas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre vivo y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, ni resplandesce tan claro el sol de mediodía como resplandesció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias, y aquel claro espejo de la gloria divina. Vió aquel sacratísimo cuerpo resuscitado y glorioso, despedidas todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituida y acrescentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habian sido espadas de dolor, ya le son fuentes de amor. Al que habia visto penar entre los ladrones, ya ve glorioso entre las almas sanctas y ángeles. Al que la encomendó de la cruz al discípulo (*g*), ve cómo agora extiende sus brazos, y la regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve agora resuscitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; abrázalo y pídele que no se le vaya (*h*). La que al pié de la cruz enmudecida de dolor no sabía qué decirle, ágora enmudecida de alegría no le puede hablar.

¿Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento comprehender adónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras mas bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y conjecturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa desta alegría, considera la que recibió el sancto patriarca Jacob, cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á Josef su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto (*i*). Dice la divina Escriptura que cuando le dieron estas nuevas fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto, y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escriptura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Si Josef mi hijo es vivo, solo este bien me basta; iré y verle he ántes que me muera. Decidme pues agora, si el que tenia consigo otros once hijos, tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenia por muerto y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo, ¿cuál fué la alegría de la sacratísima Vírgen, que no tenia mas de uno, y este tal y tan querido, cuando despues de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de sí resus-

(*y*) Genes. 41. (*z*) Exod. 2. (*a*) Ester 6. (*b*) Dan. 14.
(*c*) Judic. 16. (*d*) Jonæ 2. (*e*) Roman. 8.

(*f*) Psalm. 56. (*g*) Joan. 19. (*h*) Cant. 3. (*i*) Genes. 45.

citado y tan glorioso, y Señor de todo lo criado? Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera su corazon sufrir, si con particular milagro no fuera confortado por Dios. ¡Oh Vírgen bienaventurada! Básteos, Señora, solo este bien; básteos que vuestro Hijo sea vivo, y que le tengais delante, y le veais ántes que salgais desta vida, para que no os quede mas que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabeis consolar á los desconsolados por vuestra causa! Ya no le parece grande aquella primera pena en comparacion desta alegría. Si así consolais á los que por vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones; pues así por vos han de ser remuneradas.

SERMON EN LA FIESTA DE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR.

CAPITULO VII.

Hoy celebra la sancta madre Iglesia una de las mas principales fiestas del año. Esta es de la subida del Señor al cielo, la cual, como dice Sant Bernardo (*a*), es el fin de todas las fiestas de Cristo, y dichoso término de todos sus caminos y trabajos. El es el que descendió, y subió sobre todos los cielos, para cumplimiento de todas las cosas necesarias para nuestra salvacion (*b*). Para tratar algo desta fiesta tan gloriosa, en lugar de Evangelio, digamos con brevedad la historia della, como se puede colegir de Sant Lúcas en los Actos de los apóstoles (*c*). Y luego en segundo lugar dirémos del misterio desta subida, y en tercero de los fructos que della nos crecieron.

§. I.

Historia de la gloriosa Ascension de Cristo, Señor nuestro.

Cuanto á lo primero, Sant Lúcas nos dice que pasados cuarenta dias despues de la resurreccion (que hoy se cumplen), despues de haber el Señor en todo este tiempo aparecido muchas veces á sus discípulos, como se llegase ya la hora de su gloriosa subida, llamólos á todos, y sacándolos fuera de Hierusalem, llevólos al monte Olivete, que es junto á Betania. Si me preguntas si allí se halló su benditísima Madre, dígote que no hay duda. ¿Cómo se habia de partir el Hijo un tan largo camino sin despedirse de su Madre? ¿Habia de verlo subir en la cruz, y no lo habia de ver subir á los cielos? ¿Habíale de ver padecer los trabajos del monte Calvario, y no habia de gozar de la gloria del monte Olivete? No es esa la condicion de Dios, sino que si padeciéremos con él, gozarémos tambien con él; y si fuéremos compañeros suyos en sus dolores, tambien lo serémos en sus contentos. Si los apóstoles que desampararon á este Señor en su pasion, y della les cupo tan poca parte, fuéron convidados á esta fiesta, la bienaventurada Madre á quien tanta parte cupo deste cáliz, y tanto participó desta pena, ¿habia de ser excluida desta fiesta? No por cierto. Allí estuvo, allí se despidió della, allí vió con sus ojos levantarse el fructo de su vientre sobre las estrellas del cielo.

Junta aquella religiosa compañía, comienza el Señor á dar órden en lo que despues de su partida habian de hacer, y díjoles: Vosotros seréis mis testigos en Hierusalem, y en todo Judea y Samaria, y en toda la tierra. Como si les dijera: vosotros, mis hijos, ovejas de mi manada, fuísteis testigos de toda mi vida, habeis oido mi doctrina, y visto los ejemplos que os tengo dados, las obras que hice, las contradicciones que padecí, los tormentos, injurias y muerte que sufrí. Vistes mi resurreccion, y agora veréis mi ascension. Id pues con la bendicion de mi Padre por todas las regiones del mundo, y por todas las islas de la mar, y predicad mi Evangelio á toda criatura, y dad estas buenas nuevas al mundo: que el Hijo de Dios se hizo hombre para hacer á los hijos de los hombres dioses; que murió para matar su muerte; que resucité para su gloria, y que subí á los cielos para abrirles el camino y aparejarles allá lugar. Yo os envío así como me envió mi Padre. Desengañad á los hombres; perdonad los pecados, hacedlos participantes de mis trabajos y de mi muerte. Decidles que no amen la vanidad, y las cosas transitorias, y las riquezas perecederas; que teman á Dios; que hay juicio y dia de cuenta; que Dios es testigo y juez de sus obras, y que ha de premiar á los buenos, y castigar á los malos; á los unos con gloria eterna, y á los otros con penas eternas.

Dichas estas palabras, como se llegase ya el tiempo de la partida, viendo los hijos la soledad que les quedaba de todo su bien, y la orfandad de tan amoroso Padre, unos prostrándose se le echaban á sus piés, y se los besaban, otros con amor y reverencia le asian de las manos, y todos decian á una voz, llorando: ¿Cómo, piadoso Señor y Padre, nos dejais solos, huérfanos y tan desconsolados entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin padre, los discípulos sin maestro, las ovejas sin pastor, los soldados sin capitan? ¿Adónde, Señor, vais sin nosotros, adónde quedarémos sin vos, qué vida ha de ser la nuestra?

Respondió el Señor: No os congojeis, hijos mios, que no os dejo, como pensais. Decis que quedais solos; ántes yo me quedo con vosotros hasta la fin del mundo en el sacramento del altar (*d*). Decis que os desamparo, no os dejaré huérfanos, que iré y vendré á vos, y alegrarse ha con estas venidas vuestro corazon (*e*). Decis que os dejo desconsolados; yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador (*f*). Decis que os dejo flacos en medio de tantos y tan fuertes contrarios; buen remedio, sosegaos en la ciudad, no salgais á tratar con ellos hasta que de lo alto seais vestidos de fortaleza (*g*).

Mas veamos ya qué dice la sanctísima Madre. Desea de irse con su Hijo; mas no es razon que en un punto queden los hijos huérfanos de padre y de madre. Quédese en lugar de su Hijo por Madre, por maestra, por amparo. Ea, Señor, que se llega la hora de la partida, y os aguarda toda la corte del cielo. Levantáos, Señor, á vuestro descanso, vos y el arca de vuestra sanctifica-

(*a*) D. Bern. serm. 2. de Ascens. (*b*) Joan. 3. Ephes. 4. (*c*) Act. 1.

(*d*) Matth. 28. (*e*) Joan. 14. (*f*) Joan. 14. (*g*) Luc. 23.

cion (*h*). El arca del tesoro de donde se pagó la deuda universal de todo el mundo. Arca en la cual caben todos los tesoros de Dios. Arca de la sanctificacion de todos los predestinados. Arca de amistad, por la cual fuimos todos reconciliados. Levantaos, Señor, y llevad con vos esa arca de vuestra sanctísima humanidad, para que la que fué compañera de los trabajos lo sea tambien de vuestra gloria, y la que estuvo con vos crucificada en el madero, con vos reine en el cielo.

Levantóse pues esta arca, y comenzó á subir aquel cuerpo glorioso á lo alto con su propria virtud; íbaseles subiendo, y tras sí se llevaba los ojos y corazones de los suyos, que atónitos estaban y suspensos mirando cómo se les iba su Elías. ¡Qué vista, qué atencion, qué impresion de ojos en ojos, de corazon en corazones! Puestas y juntas las manos delante los pechos, dice Sant Lúcas (*i*), subia al cielo, y les daba su bendicion. ¡Oh, quién allí se hallara en aquella hora para que le alcanzara parte de aquella bendicion, y se despidiera deste Señor! Sentia esto el bienaventurado Sant Augustin, el cual dulcemente se quejaba, diciendo (*k*): Fuístete, mi consolador, y no te despediste de mí: subiendo á los altos cielos echaste la bendicion á los tuyos, y no lo ví. Dijeron los ángeles que otra vez volverias, y no los oí.

Mas ¿qué lengua podrá agora explicar con cuánta solemnidad y gozo fué aquella sacratísima humanidad recibida en el cielo? Costumbre fué muy usada entre los romanos, cuando algun grande capitan habia hecho grandes hazañas, y ganado grandes victorias, y subjectado muchas gentes al Imperio Romano, honrarle con el triunfo de un solemnísimo recibimiento, haciéndole nueva entrada, rompiendo la muralla, acompañándolo todos los grandes, dando voces todo el pueblo pregonando sus alabanzas, y sus victorias y virtudes; y él en un carro triunfal gloriosísimo, rodeado de los mas nobles prisioneros suyos, presos con cadenas de oro, y él esparciendo moneda. Con esta pompa y gloria entraba el noble vencedor de algun reino ó nacion.

Pues segun esto ¿qué os parece que haria aquella corte celestial á este noble triunfador del mundo, del demonio, del pecado y de la muerte, y del infierno, y tan acompañado de tantas y tan nobilísimas ánimas, libres de aquel tan antiguo cautiverio? ¿Cuál fué la solemnidad de aquella entrada? ¿Qué cantos, qué músicas, qué alabanzas de ángeles? ¿Cuántas voces y aclamaciones de los que decian (*l*): Quién es este que viene de Edom, ensangrentadas sus ropas? Vestido viene de gloria, y sube con la grandeza de su virtud. ¡Oh, Señor, y qué mudanza es esta tan admirable! ¡Quien os vió, y os ve agora; quien os vió en aquel viérnes, y quien os ve en este juéves; quien os vió en el monte Calvario, y os ve en el monte Olivete! ¡Allí tan solo, y aquí tan acompañado; allí clavado en un madero, y aquí levantado sobre las estrellas; allí crucificado entre dos ladrones, y aquí acompañado de almas sanctas y de ángeles; allí condenado y enclavado, aquí libre y libertador de condenados; finalmente, allí muriendo, y aquí triunfando de la muerte!

Fué Jacob á la tierra de Mesopotamia huyendo la ira de su hermano (*m*), y como hombre que iba huyendo, iba solo y pobre: con solo su báculo pasó el Jordan; mas al cabo de cierto tiempo, volviendo por allí con grandes riquezas y muy próspero, acordándose con cuánta soledad y pobreza habia por allí pasado, levantando los ojos al cielo, dijo: Con un palo en la mano solo pasé este rio Jordan algun tiempo; mas agora muy acompañado de gente y de ganado. Figura fué de Jesucristo, nuestro Salvador, el cual pasó las aguas desta vida con el báculo de su Cruz, y resuscitado vuelve á pasarla para el cielo, acompañado de hombres y de ángeles, de los sanctos que desde el principio del mundo estaban en el limbo aguardando su venida, los cuales él sacó, y agora subian con él acompañándolo. Allí iba el innocente Abel y el justo Noé, el obediente Abraham y el casto Isaac, el fuerte Jacob y el prudente Josef, el manso Moises y el sancto Ecequías, el elegante Isaías y el afligido Hieremías, y el pacientísimo Job. Entre todos David con su arpa danzando delante del arca del Testamento, convidando á todos á las divinas alabanzas, diciendo (*n*): Cantad al Señor cantar nuevo, porque hizo maravillas. Pide David cantar nuevo; porque ningun cantar viejo responde á la grandeza desta fiesta, ni puede igualar con el merecimiento della. Nueva gloria, con nuevas alabanzas y con nuevos cantares ha de ser celebrada. Pues ¿qué cantar nuevo cantarémos, real Profeta? ¡Mirad cuán buena y cuán deleitosa cosa es morar los hermanos juntos y conformes (*o*)! Hermanos son en Cristo su alma y su cuerpo: estos acá moraban en diversos lugares; el cuerpo padecia los tormentos, y el alma gozaba de los deleites eternos. Mas en este dia ya moran juntos, ya gozan juntos entrambos gloriosos, juntos suben al cielo; y los que toda la vida fuéron desiguales, agora participan una misma gloria. Lo dicho baste cuanto á la historia; digamos algo del misterio.

§. II.

Del misterio de la gloriosa Ascension de Cristo, Señor nuestro, y de los bienes que nos vinieron por él.

El pincipal fin porque la Iglesia celebra las fiestas de nuestro Salvador (dejando aparte su imitacion), es encender nuestros corazones en su amor. Como el fin de toda la ley de gracia sea amor, para despertar en nosotros este amor, nos pone delante la multitud de los beneficios recibidos por este Señor, lo mucho que nos amó, lo que por nosotros padeció por declararnos mejor este amor; porque la consideracion destos beneficios encienda en nosotros este amor.

Y una de las consideraciones mas poderosas para despertar en nosotros este amor, es ver cuán enteramente se entregó este Señor á nuestro provecho, y cómo en todas sus obras quiso ser mas nuestro que suyo: desde el dia de su nacimiento hasta el de su gloriosa Ascension no hizo obra ni dió paso en que quisiese ahorrar trabajo para sí, ni dejase de procurar bien para nosotros. Dice Sant Juan en sus Revelaciones (*p*), que vió salir del trono de Dios y del Cordero un hermosísimo rio claro como el cristal, el cual en sus riberas de una y otra parte estaba adornado de hermosísima arboleda, toda de una especie de árbol de vida, que llevaba cada mes su fructo, y que las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. Todo el árbol era de provecho, hojas de salud y fructo de vida, figura de nuestro Salvador, verdadero árbol de vida, cuya vida, ejemplos y doctrina,

(*h*) Psalm. 31. (*i*) Luc. 24. (*k*) Aug. lib. Med. Tri. cap. 41. tom. 9. (*l*) Isai. 63. (*m*) Gen. 32.

(*n*) Psalm. 97. (*o*) Psalm. 132. (*p*) Apoc. 22.

todo fué para nuestra salud y vida. Vino á este mundo para alumbrarnos con su doctrina, conversó con los hombres para informarnos con su ejemplo, murió por redimirnos con su sangre, quiso ser sepultado para vencer nuestra muerte, descendió á los infiernos para saquear nuestros adversarios, resuscitó de entre los muertos para darnos firme esperanza de nuestra resurreccion, subió hoy á los cielos para abrirnos el camino, está allí asentado tomando la posesion por sí y por todos nosotros, envió el Espíritu Sancto para que nos hiciese espirituales y sanctos, y fuese nuestra guia cierta en este camino del cielo, como lo hizo con el sancto rey David, que dijo (q): Tu espíritu bueno, Señor, me llevará á la tierra de rectitud y verdad. De tal manera se nos dió, y entregó, y nos amó, juntándonos consigo, que parece que mas nos quiso que á sí mismo. De sí dice Job (r), que no comió bocado á solas sin partir con el peregrino. Mucho mejor se dirá esto de nuestro Salvador Jesucristo, el cual todo se comunicó á los hombres. No tiene cosa la cabeza que no comunique á sus miembros, ni Cristo nuestra cabeza que no nos comunique.

Y si me preguntais cómo se verifica esto en este misterio, ya que en los demas sea cosa clara, digo que aunque aquí no lo parezca, por faltarnos aquí su presencia corporal visible, y ausentársenos y faltarnos sus palabras, que eran palabras de vida, y sus ejemplos, que eran tan grandes estímulos de virtud, y sus milagros tan firmes testimonios de nuestra fe, y particularmente en tal mudanza de estado, como es de viandante (en el cual nos merecia tanto cada hora estando acá con nosotros) á comprehensor allá, adonde ya no nos puede merecer cosa: á todo respondo que no ménos debemos al Señor por este misterio que por todos los demas. Para lo cual debes presuponer, que así como cuando este Señor descendió del cielo á la tierra, de tal manera bajó á la tierra, que no desamparó el cielo; así tambien cuando subió de la tierra al cielo, de tal manera subió al cielo, que no desamparó la tierra: porque el subir y mudar lugar, dejando uno y tomando otro, no es de la divinidad, que todo lo hinche y no puede mudar lugar, sino de la humanidad. Ni aun segun la humanidad subió de tal manera que del todo nos dejase sin ella; porque así como cuando Elías subió (s), dejó la capa á Eliseo, su discípulo; así cuando nuestro Salvador subió, nos dejó acá la capa: esto es, así se nos quedó sacramentalmente, que vemos ahí en el altar el palio suyo, que son los accidentes sacramentales, debajo de los cuales creemos firmemente que está este Señor divino y humano.

Presupuesto pues este principio católico, oye ya cuántos y cuán maravillosos fructos se nos siguieron desta subida suya. Primeramente, el mayor aprovechamiento que el hombre puede recibir en esta vida, es crecer en aquellas tres altísimas virtudes teologales, reinas de todas las otras, que son: fe, esperanza y caridad, con las cuales derechamente honramos á Dios. Para crescimiento en todas ellas aprovecha, segun Sancto Tomas (t), este misterio de la admirable Ascension. Primeramente para perfeccion de la fe, porque á la razon de la fe pertenece que sea de cosas que no vemos; y así convino que Cristo, que es objecto de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista, para que nuestra fe fuese de mayor merecimiento que la de Sancto Tomé, á quien fué dicho (v): Porque me viste, Tomas, me creiste; bienaventurados los que sin ver, me creyeron.

Enciende esta subida nuestro amor á las cosas del cielo; porque cierto es, segun lo dice nuestro Salvador (x), que adonde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazon. Así como el avariento siempre tiene su corazon en los dineros, y el ambicioso en las honras, y el carnal en sus deleites; así siendo Cristo á los buenos todo su tesoro y heredad, y toda honra y gloria, y todos los deleites; pues, como dice Sant Ambrosio (y), todas las cosas tenemos en él, claro está que poniéndonos el Señor este tesoro en el cielo, allí nos obligó á poner nuestros corazones. El sancto rey David por tener todo su tesoro en Dios, decia (z): Yo, Señor, ¿qué quiero, ó en el cielo, ó en la tierra? A solo vos busco, y á solo vos quiero. Pues ¿por qué no dirá otro tanto el cristiano que á solo Dios tiene por su tesoro, por su honra y por sus deleites? Por esta causa los sanctos, cuando vivian en este mundo, solo moraban acá con los cuerpos, y todos sus pensamientos tenian puestos en el cielo. Todo mi trato y conversacion, decia el Apóstol (a), es en el cielo. Esto por estar allá aquel tesoro suyo, en cuya comparacion todo el mundo no estimaba en lo que pisaba. A esto convida él á los colosenses, diciendo (b): Hermanos, si resuscitásteis con Cristo, buscad las cosas de lo alto, adonde está Cristo asentado á la diestra del Padre; en aquellas poned vuestro amor y gusto, y no en las de la tierra. Como si dijera: Hermanos, si habeis ya imitado la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo con la novedad de la mudanza de vuestras vidas, dejando la sensual y siendo ya espirituales, imitadle tambien en su ascension, y como él se subió á la diestra del Padre, subid vosotros tambien con vuestros corazones, levantándolos á la contemplacion y amor de las cosas del cielo, dejando las de la tierra. En las cuales palabras quiere el Apóstol, que pues Cristo que es nuestro bien todo está en el cielo, allí tambien estemos nosotros con los corazones, allí nuestros pensamientos, nuestra esperanza, y hablar de Cristo sea nuestro gusto: que esto es muy proprio de los que de véras aman, hablar y tratar con gusto de los que aman. De allá habemos de esperar el remedio de nuestras necesidades, el alivio de nuestros trabajos, la luz para nuestros negocios, y la ley para nuestra vida. Finalmente, quiere el Apóstol que así como todo este mundo inferior se gobierna y depende de las influencias del cielo, así toda nuestra dependencia sea de Cristo, nuestro Salvador, que está en el cielo, y de sus merecimientos, y por él esperemos todo lo que nos conviene. Porque los que de allí no dependen todos en su esperanza, fe y amor, sino de las cosas de acá, de las riquezas caducas y de los favores humanos; estos con sus pensamientos y obras niegan lo que confiesan con sus palabras; pues confesando que Cristo es todo su bien, su justicia y su sanctificacion, y de quien esperan lo que les falta, que es la consumacion de su bienaventuranza y gloria (de la cual ya Cristo está tomando la posesion por todos los predestinados, para los cuales él la ganó), con toda esta confesion de palabras, de obras muestran tener todo su amor en las cosas de acá, de las cuales tanto

(q) Psalm. 142. (r) Job. 31. (s) 4. Reg. 2. (t) D. Thom. 3. part. quæst. 57. art. 1. ad 3

(v) Joan. 20. (x) Matth. 6. (y) Tom. 3. sup. epist. ad Colos. cap. 2 et 3. (z) Psalm. 72. (a) Philip. 3. (b) Colos. 3.

gustan, y tanto procuran. Estos ó no creen lo que confiesan, ó á lo ménos no entienden lo que hacen.

Fortalece tambien este misterio nuestra esperanza de la otra vida, de la cual se nos dan aquí certísimas prendas: una de las cuales es ver que aquella sacratísima humanidad, tomada de nuestra naturaleza humana, y aquella carne y huesos que habia estado en el sepulcro, es ya recibida en la inmortalidad; vemos que aquella naturaleza, á la cual se cerraron las puertas del cielo, esa las abre para sí y para todos los suyos; vemos que aquella naturaleza humana, que fué echada por un ángel del paraíso terrenal (*c*), y se le defendia la entrada en él por un querubin con una espada, hoy la vemos subir sobre todos los coros de los ángeles, y dejar abajo los querubines, á poner los piés sobre los serafines, y asentarse á la diestra de Dios (*d*). Vemos aquella naturaleza, á la cual el Señor dijo (*e*): Polvo eres, y en polvo te has de volver, que está ya en posesion de la gloria. Pues ¿por qué no esperará semejante participacion de gloria el que es de la misma naturaleza, si fuere participante de la misma gracia? No hay por qué desconfiar, sino ántes mucho por qué confiar, y decir con Sant Augustin: Adonde reina mi carne, allí pienso yo reinar; y adonde enseñorea mi sangre, pienso yo ser señor.

Mas no es sola esta la prenda de nuestra cierta esperanza; hay otra mucho mayor sin ninguna comparacion: ésta es ser Cristo nuestra cabeza, y nosotros sus miembros, si estamos unidos con él por gracia. Pues si nuestra cabeza hoy entra á tomar posesion del cielo, ¿adónde es razon que estén los miembros, sino adonde su cabeza? No solo es cierta la esperanza nuestra, que siendo miembros de Cristo por fe y gracia, allá irémos adonde está Cristo; mas tambien es cierto que ya Cristo tomó la posesion por sus miembros.

Hay otro consuelo grande para el hombre, que aquel á quien Dios puso por procurador y proveedor de todo el bien de los hombres, á cuyo cargo está el proveer todas nuestras necesidades, y el que ha de ser nuestro Juez, y nos ha de premiar, ese es el que nos amó tanto, que tomó á su cargo nuestro remedio; tan á su costa, que se hizo hombre por nosotros, y trabajó treinta y tres años por nosotros, y se puso en una cruz por nosotros, y hoy sube á tomar posesion de los bienes eternos por nosotros.

Pues quien nos amó tanto, que nos buscó con tantos trabajos, y nos buscó para darnos tantos bienes, y que nunca nos olvidó en sus trabajos, ¿cómo no faltando en él ese mismo amor, y estando ya en tanto descanso, tan libre de trabajos, nos puede olvidar? Ya los bienes están ganados para nosotros: quien tuvo tanta caridad que nos los procuró con tanto trabajo, ¿quién le habrá mudado la condicion y el amor, siendo Dios que dice: Yo soy Dios, y no me mudo (*f*), que ya no nos quiera dar, estando en descanso, lo que nos ganó con tanto trabajo?

(*c*) Gen. 3. (*d*) Psalm. 17. (*e*) Gen. 3.

(*f*) Malac. 3.

SERMON EN LA FIESTA DE PENTECOSTES.

CAPITULO VIII.

Precepto es de los retóricos que la mejor parte de la oracion se guarde para la postre; porque se queden los oyentes con este dulce en los labios, y juzguen del todo de la oracion por este buen dejo. Este artificio parece que guardó la divina sabiduría en el proceso de la vida de nuestro Salvador, porque la acaba con la mas dulce despedida y mas alto misterio que podia ser, que fué con la venida del Espíritu Sancto sobre aquella nueva Iglesia.

Cuánta sea la dignidad deste misterio entenderá algo el que considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de Cristo se ordenaron como medios á este fin. Porque así como por nosotros bajó del cielo, así por nosotros conversó en el mundo, predicó, hizo maravillas, murió, resuscitó y subió á los cielos: en todos estos misterios obró nuestra salvacion, y porque toda esta consiste en tener al Espíritu Sancto en nuestras almas, síguese que á este fin fuéron ordenados todos los otros misterios como medios. Y así la nobleza de los medios da testimonio de la nobleza del fin.

Siendo pues tanta la excelencia deste misterio como se entiende por la de los medios por los cuales se procuró, es mucho de notar que no es ménos la suavidad y dulzura dél. De gustos (dicen) que no se debe disputar, y así es verdad; cada uno tendrá su gusto en los divinos misterios que habemos tratado. A uno será dulcísima la consideracion del Niño en el pesebre, otro le escogera en el templo, ó en el huerto, ó en los tribunales, ó en la coluna, ó coronado, ó con la cruz á cuestas, ó puesto en la cruz, otro en su resurreccion, otro en su admirable Ascension.

De mí confieso que me alegro grandemente con la venida del Espíritu Sancto, considerando los efectos que hace en el ánima adonde mora. ¿Qué cosa puede ser mas dulce de contemplar, que ver al Espíritu Sancto hacer su morada en el alma. Allí está enamorándola, encaminando, alumbrando, animando, castigando, esforzando, purificando y enriqueciéndola de sus divinos dones. ¿Qué cosa mas dulce que considerar á Dios en el alma como á maestro en su cátedra enseñando nuestra ignorancia, como médico con el enfermo curando nuestros males, como hortelano en su huerta cultivando y arrançando las malas yerbas y plantando las buenas, como pastor con su ganado procurándole los buenos pastos, defendiéndole de los lobos, y como piloto guiando su nave al puerto seguro?

Quien con atencion considerare el alteza del Espíritu Sancto, y por otra parte nuestra bajeza, no podrá dejar de espantarse y deleitarse con maravillosa dulzura viendo en Dios tanta benignidad. ¿Qué cosa puede ser de tan grande admiracion, como considerar un Dios tan grande, tan poderoso y tan glorioso, que se incline á morar en el corazon del hombre mas pobre, y allí estar haciendo todos los oficios que habemos dicho? Y si esto

hiciera así como quiera, y nos llevara al cielo, aunque fuera de los cabellos, fuera grande misericordia; mas que esto haga con tanto amor, y que busque para esto tantos medios, ya con temor, ya con amor, ya con inspiraciones interiores, ya por las lenguas de sus predicadores, ya con regalos, ya con azotes, ya despertándonos, ya esforzándonos, ya amonestándonos; y todo esto tan continuamente, con tanta providencia y cuidado, que parece que desocupado de todos los negocios del cielo y de la tierra, asiste todo con cada uno en particular, ¿qué cosa puede ser de mayor admiracion y mas dulce para la consideracion? Realmente así como el corazon humano ninguna otra cosa hace perpetuamente sino estar exhalando de sí espíritus vitales y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto (como corazon deste cuerpo místico de la Iglesia) siempre está influyendo en los que son miembros deste cuerpo, unidos no solo por fe, sino tambien por gracia.

De aquí es que todos los buenos propósitos, todos los buenos pensamientos, sentimientos, y lágrimas y deseos, son como exhalaciones deste divino espíritu, sin el cual no podemos tener solo un buen pensamiento. Con esta consideracion ¿quién no se derretirá todo en amor, considerando esta tan especial y amorosa providencia de tal Señor? A quién no mueven aquellas palabras que dice el Profeta encareciendo este misterio (*a*): Tu Dios y Señor te trajo de Egipto por todo este camino, de la manera que el padre amoroso trae en sus brazos el niño que regalada y tiernamente ama; así te trajo hasta este lugar, que son las puertas de la tierra de promision. Entenderá esto de véras el justo, cuando ya acabado el curso de su peregrinacion y destierro, se vea llevado por este Espíritu á las puertas del paraíso. Allí verá claramente cómo nunca pudiera llegar á tal lugar, sino fuera guiado por este divino Espíritu. Lo mismo nos significó el mismo Profeta en un cántico, adonde dice (*b*): Como el águila provoca á volar sus hijos volando sobre ellos, y tomándolos sobre sus alas y hombros, así los sacó el Señor de la tierra y cautiverio de Egipto á la tierra de promision, de la cual los hizo señores. ¿Qué mayor regalo y providencia puede ser que lo que significan éstas palabras?

Y la razon por qué la obra de nuestra sanctificacion, siendo igualmente de las tres personas divinas, con particularidad se atribuye al Espíritu Sancto, es porque así como la obra de la encarnacion se le atribuye, por ser obra de inestimable bondad y amor, que son atributos apropriados al Espíritu Sancto, así se le atribuye la de nuestra sanctificacion, por ser eso mismo obra de inestimable bondad y amor. Y si no, decidme, ¿qué mayor amor y suavidad se puede pensar, como venir aquella altísima Majestad á communicarse al hombre con tanta familiaridad, que le diga aquellas palabras tan amorosas (*c*): Hijo mio, muy honrado y regalado es en mis ojos Efrain, niño delicado: despues que en él hablé, esto es, despues que con él traté de paces y amistad, no le perderé de vista ni de mi memoria? Qué padre pudo hablar de hijo muy querido con mayor regalo y dulzura en su ausencia? Qué puede mas un amoroso padre hacer con su hijo, que honrarle, animarle, descubrirle su amor y sus entrañas, y ofrecerle su perpetua providencia? ¿De dónde procedió esto, sino de sola aquella incomprehensible bondad del Señor? ¿Qué halla en nosotros porque Dios así nos trate? ¿O qué tiene el hombre, porque así Dios se le incline? ¿Para qué ha menester Dios al hombre, que tanto hace con él? Todo esto nace en Dios de su infinita bondad y amor, que son atributos del Espíritu Sancto; y esta bondad es la mas dulce consideracion que puede tener la criatura de su Criador, y el hombre de su Dios.

(*a*) Deut. 1. (*b*) Deut. 32. (*c*) Hier. 31.

Mas veamos la historia deste misterio. Una de las cosas de que mas veces el Señor hizo mencion en su Evangelio, fué del Espíritu Sancto y de su venida. Esto prometió á gritos, cuando dijo (*d*): El que tiene sed, venga á mí, y beba. Dice Sant Juan (*e*): Esto dijo, entendiendo por el agua el espíritu que daba á quien en él creia. Esto prometió muchas veces á sus discípulos; con la esperanza desta venida los consoló al tiempo de su partida, diciendo (*f*): Yo os enviaré otro maestro, otro consolador para todos vuestros trabajos. Esto ántes que muriese, y esto repitió por veces despues de resuscitado (*g*). Con esto fué la despedida postrera, diciendo (*h*): Estáos quietos en la ciudad hasta que seais vestidos de la virtud de lo alto.

Podemos decir que una buena parte del Evangelio fue una profecía de la venida del Espíritu Sancto. Como los profetas lo fuéron de Cristo, así se hizo Cristo profeta del Espíritu Sancto. Donde tambien crece la consideracion de la alteza de tal misterio, que tuvo á Cristo por profeta. Con este aviso y esperanza se volvieron los discípulos del monte Olivete á Hierusalem, al sacro cenáculo, adonde se recogió el ganado del buen pastor, que serían en aquella casa juntos, hasta ciento y veinte personas. Y si quereis saber qué hacian allí, dice Sant Lúcas (*i*): Todos perseveraban en oracion, con María, Madre de Jesus. Acordábanse de aquellas palabras de su Maestro (*k*): Si vosotros siendo malos sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mejores las debeis esperar del buen Padre celestial, que dará el buen espíritu á los que se lo pidieren? Avisados con esta doctrina, y asegurados con estas prendas, pedian de dia y de noche con perseverancia este buen espíritu prometido.

¿Qué haceis, bienaventurados discípulos? ¿Para qué os cansais? Lo que tantas veces vuestro Maestro os prometió, ¿puede faltar? No por cierto; no mudará de parecer, no faltará de su palabra. Así es, mas con todo esto, cuando Dios determina hacer una cosa, tambien determina los medios con que ha de tener efecto lo que determina; y el mas ordinario medio que Dios ordenó para la consecucion de todas las mercedes que hizo al mundo, ha sido la oracion de los justos. Por este medio quiso nuestro Señor que viniesen á efectuarse las cosas mayores del mundo. ¿Qué cosa mayor pudo ser que la encarnacion del Verbo divino? Pues ¿qué clamores, qué voces y oraciones de patriarcas y profetas precedieron á esta venida? Sabiendo esto el profeta Isaías, decia (*l*): Los que os acordais del Señor, no ceseis de importunarle hasta que haga á Hierusalem materia de alabanza en toda la tierra con la venida de su Hijo. ¿Qué cosa mayor que la venida del Espíritu Sancto? Esta se alcanzó, no solo por el sacrificio de Cristo, sino tambien por la oracion de Cristo. Yo rogaré al Padre, y daros ha otro con-

(*d*) Joan. 7. (*e*) Joan. 14. (*f*) Joan. 15. (*g*) Joan. 16.
(*h*) Luc. 24. Act. 1. (*i*) Act. 1. (*k*) Matth. 7. (*l*) Isai. 62.

solador, dijo él consolando á sus discípulos (*m*). ¿Qué cosa mayor que la fundacion de la Iglesia? Esta se fundó por la oracion de Jesucristo, segun que lo dice el Padre eterno á su Hijo (*n*): Pídeme, y darte he las gentes por heredad, y por tu posesion los términos de la tierra. Y como la fundacion della se alcanzó por oracion, así tambien su conservacion, segun que lo dijo el Señor á Pedro (*o*): Yo rogué por tí, Pedro, porque no desfallezca tu fe. ¿Qué mas se puede decir? Las oraciones de Joaquin y Sancta Anna nos dieron á nuestra Señora. Las oraciones de Zacarías y Sancta Elisabet nos dieron á Sant Juan Bautista. Las oraciones de Sant Esteban nos dieron al apóstol Sant Pablo. Las oraciones de Sancta Mónica y sus lágrimas dieron á la Iglesia un Sant Augustin. Veis aquí por qué oraban los apóstoles y pedian la venida del Espíritu Sancto, para que por su ejemplo entendamos nosotros qué es lo que habemos de hacer para que recibamos este mismo espíritu: orar con humildad, y con fe y perseverancia, como ellos hicieron.

Mas cuando decimos oracion, no entendemos el pasar de corrida y sin atencion muchos salmos ó cuentas de *Pater noster* y Ave Marías, sin mirar que hablamos con Dios, lo que muchos hacen, cuya oracion mejor se puede decir distraccion: la oracion ha de salir del corazon, y no solo de la lengua. El deseo de los pobres oyó el Señor, dice David (*p*). Y en otro lugar (*q*): Clamé con todo mi corazon, óyeme, Señor. El que así ora es oido. La pólvora que hace subir nuestras oraciones al cielo, es el interior gemido y afecto del corazon.

Tal era la desta Iglesia congregada en el sacro cenáculo, pidiendo la venida del Espíritu Sancto. Veíanse huérfanos, sin su Maestro en medio de tan poderosos contrarios; entendian que todo su remedio estaba librado en la venida deste segundo Maestro; no sabían cuánto esta venida se habia de dilatar; clamaban de dia y de noche de lo íntimo de sus corazones, diciendo: ¿Cuándo, Padre eterno, nos habeis de enviar ese consolador que nos prometió vuestro Hijo? ¿Cuánto se nos ha de dilatar esta tan grande misericordia? Mirad, Señor, á nuestro desamparo y nuestro gran peligro. Mirad que nos sustenta solamente esta esperanza de vuestra misericordia, y la promesa de vuestro Hijo. Nosotros somos los que con él permanecimos; por él dejamos lo que poseiamos y lo que esperábamos; por él hoy somos corridos en el mundo, y andamos infamados, y á sombra de tejados recogidos, sin osar parecer delante de las gentes; no es justo sean desamparados de vos los que son perseguidos por vos. Honrad, Señor, á vuestro Hijo en nosotros, y en esta tan grande misericordia; mostrad cuánto os agradó la grandeza de la obediencia suya tan perfecta.

Estas ó semejantes palabras repetian todo aquel tiempo que en esta demanda perseveraban. Estaban tambien en esta compañía las devotas mujeres que solian seguir á nuestro Salvador en todos sus caminos, y le sustentaban con sus haciendas, y lo habian acompañado fielmente en la vida, y en la muerte, y en su sepultura, iguales en fe y esperanza á los discípulos. Mas sobre todo estaba allí la sacratísima Madre del Salvador, como presidente de todo aquel sagrado colegio en ausencia de Cristo, guiando aquel ganado al secreto del desierto (que es el retraimiento y soledad de la oracion), como la que sabía cuánto importaba la perseverancia en este sancto ejercicio para recibir al Espíritu Sancto. ¡Oh dichosa compañía! Oh quién allí se hallara y oyera aquellos suspiros y gemidos, y viera aquellas lágrimas, y perseverara en aquellas oraciones, y viera el rostro de aquella sacratísima Reina de los ángeles, y aquella serenidad en medio de los arroyos de lágrimas que de sus ojos corrian, y viera cómo despertaba á todos y los disponia para la venida del Espíritu Sancto! Era ella la esposa del Espíritu Sancto, sabidora de sus secretos, testigo de sus misterios y maravillas, y sabía muy bien cómo se debian aparejar los corazones para tal morador dellos. Entendia cuán proprio medio era para recibir este divino Espíritu la oracion, y á esta los estaba animando.

Ya que no nos cupo esta tan dichosa suerte de hallarnos allí, pluguiese á Dios que nos aconteciese algunas veces lo que suele á muchos tahures en el juego, que adonde los toma la noche, los halló la mañana; como á ellos en el juego, á nosotros en la oracion; porque no creo yo que quien así velàse llamando á este espíritu, y como otro Jacob luchando hasta la mañana (*r*), que lo despedirian vacío y sin la bendicion.

Estando pues ellos perseverando en oracion, pasados ya diez dias de la subida del Señor á los cielos, en el mismo dia de Pentecostes (que era una solemnísima fiesta que en aquel tiempo se celebraba, en memoria que en tal dia habia Dios dado la ley en el monte Sinaí, cincuenta dias despues de haber sacado su pueblo de Egipto), tal dia bajó sobre aquella nueva Iglesia el Espíritu Sancto, con un recio aire y sonido, en lenguas de fuego, y asentóse sobre sus cabezas. Fué tal la luz que recibieron, tal el amor y suavidad que sintieron en sus corazones con Dios, que los sacó fuera en público, pregonando á gritos, en todas las lenguas, las maravillas y grandezas de Dios.

Ya dejamos dicho que los que están considerando los divinos misterios del Evangelio, no deben contentarse con mirar la historia por defuera en la letra, sino procurar con ojos interiores penetrar y llegar á los ánimos de las personas que allí se nos representan; conjecturando por lo que se ve defuera en el cuerpo del misterio, lo que encierra dentro. Entrando pues con esta consideracion en este sacramento, aquí vemos que unos pobres hombres, flacos y cobardes, pues el mas esforzado dellos, á la voz de una moza habia negado tres veces á su Señor y Maestro (*s*), acorralados todos y escondidos en una casa, atrancadas las puertas de miedo de los enemigos de Jesucristo, salen á deshora tan animosos y valerosos, que á gritos predican las maravillas de su Maestro.

Sabemos que en este dia recibieron el divino Espíritu con tanta abundancia de dones y gracias, que despues de la Vírgen sacratísima no hubo hombres, ni habrá, mas agradables á Dios. Ellos fuéron las primicias y la primera paga de aquel grande sacrificio de Jesucristo crucificado. En virtud de la sangre de Cristo, con este divino Espíritu de tal manera fuéron estos hombres transformados en Dios, que así como las palabras del mismo Dios son artífices de nuestra fe, así lo son las destos hombres despues de la venida del Espíritu Sancto sobre ellos; porque hasta una carta misiva de cualquiera de los apóstoles es

(*m*) Joan. 14. (*n*) Psalm. 28. (*o*) Luc. 22. (*p*) Psalm. 9. (*q*) Psalm. 118.

(*r*) Gen. 32. (*s*) Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. Joan. 18.

escriptura sagrada, como lo que Jesucristo predicó, y como si el Espíritu Sancto, ó el Padre eterno la escribiera; porque el sagrado escriptor es como instrumento de Dios; y como el instrumento en la mano del que escribe, es la lengua del Profeta y del Apóstol (*t*). Pues segun esto, ¿cuál podemos pensar fué en los apóstoles la luz, el amor, la suavidad que sintieron recibiendo este divino Espíritu? Cuál el celo de la gloria de Dios? Cuál la fortaleza para por ella poner sus vidas? Cuál fué el conocimiento que se les dió de aquella infinita bondad? Qué fué lo que vieron de la hermosura de Dios? Qué suavidad sintieron? Qué fuerza fué aquella que los hizo abrir las puertas y sus bocas, y pregonar á gritos aquel Señor por el cual estaban infamados y medrosos de los ojos de las gentes?

De Sancta Catalina de Sena leemos que volviendo en sí de un grande rapto que habia tenido en una oracion, comenzó á repetir muchas veces estas palabras: Vi los misterios escondidos, vi los misterios escondidos que no se pueden decir. Y como su confesor le rogase que le declarase alguna de las cosas que habia visto, respondióle: Verdaderamente, Padre, que así formara conciencia, y me acusara si presumiera decir algo de lo que vi, como grave. Porque lo ménos excede tanto á la grandeza de las mayores cosas que acá comprehende un entendimiento, que no hay palabras con que se pueda declarar; ántes las que se pueden decir parece que significan lo contrario de aquello que vió el entendimiento, levantado y esforzado con la luz del divino Espíritu.

Pues ruégoos agora que me digais, si tales cosas vió aquella sancta doncella, que tanto ménos fué que los apóstoles alumbrada con mucho menor luz deste divino Espíritu, que vieron aquellos en cuyas ánimas resplandecia aquel sol meridiano con tan grandes resplandores; ¿qué verian, qué sentirian, qué gustarian, qué harian viéndose abrasados en divino fuego, transformados en Dios con tan inmensa luz? Creo cierto que si no respiraran dando las voces que dieron, aliviando sus pechos de la fuerza grande que en ellos hacia su sentimiento, ó por especial favor no fueran confortados, que sus corazones se hicieran pedazos, como suelen las tinajas mal cocidas reventar con la fuerza del mosto. Creo cierto que fué tal su luz, tanta la suavidad, tan grande el conocimiento de la bondad infinita y hermosura de Dios, tanto lo que le amaron y desearon agradar, que si cada uno dellos tuviera mas vidas que hay en el cielo estrellas, todas les parecieran pocas para ofrecer por gloria y honra de Dios. Creo cierto que fué tal su deseo desta gloria y honra de que fuese conocido, amado, honrado y adorado en el mundo, y de que todos los hombres fuesen participantes del gozo que ellos tenian, y de que viesen lo que ellos veian, que cada uno dellos escogiera padecer las penas del infierno por muchos años, y hacerse desta manera anatema de Cristo por Cristo, y bien de los prójimos, y gloria de Dios. Esta caridad de Dios y de los prójimos, este celo de la honra de Dios abrió las puertas y soltó sus lenguas, y les daba priesa á decir con tanto fervor á los hombres en todas las lenguas las grandezas de Dios, llamando á todo el mundo á la participacion de lo que ellos veian y gustaban. Ardian, morian, abrasábanse y derretíanse en celo de la honra de Dios, y por él en el fuego del amor de las almas.

Y no fuéron defraudados de lo que tanto deseaban, ni era razon que no fuesen eficaces las centellas que de tal incendio salian por sus bocas. Y así de una llamarada salida de sus corazones por sus bocas, abrasaron tres mil hombres; de otra, otro dia cinco mil; y así cada dia fuéron abrasando el mundo, hasta llegar sus llamas á los fines de la tierra (*v*), haciendo que Dios, que solamente era conocido (y mal servido) en Judea, fuese conocido y amado en todo el mundo. De manera que ellos abrasados, abrasaron; inflamados, inflamaron; heridos, hirieron; vivificados y sanctificados por el espíritu del cielo, vivificaron y sanctificaron la tierra. En esta escuela han de aprender los predicadores para predicar las palabras vivas que dan vida; porque las palabras de corazon frio no pueden abrasar, ni las muertas dar vida.

(*t*) Psalm. 44.

(*v*) Psalm. 75.

SERMON EN LA FIESTA DEL SANCTISIMO SACRAMENTO,

SOBRE EL EVANGELIO DE SANT JUAN, QUE DICE (*a*):

CAPITULO IX.

En aquel tiempo dijo el Señor á sus discipulos: Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo estoy en él. Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por el Padre; así el que me comiere vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo, no como aquel manná que comieron vuestros padres, y murieron. El que come este pan vivirá para siempre. Hasta aquí son palabras del sancto Evangelio.

Celebra hoy la sancta madre Iglesia fiesta del sanctísimo Sacramento del Altar, en el cual está verdaderamente el cuerpo de nuestro Salvador para gloria de la Iglesia y honra del mundo, para compañía de nuestra peregrinacion, para alegría de nuestro destierro, para consolacion de nuestros trabajos, para medicina de nuestras enfermedades, para sustento de nuestras vidas. Y porque estas mercedes son tan grandes, es muy alegre y grande la fiesta que hoy hace la Iglesia; verdad es que esta fiesta habiendo de ser toda espiritual, ya la tienen los hombres toda convertida en vanidad. Aunque hay muchas cosas que decir deste divino misterio, tratarémos algo de la necesidad deste sacramento, por conformarnos con el Evangelio, y así de los admirables efectos que obra en las almas de los que dignamente le reciben; porque por una parte den gracias, y se inflamen en fuego de divino amor del Señor que tan grandes bienes les procuró, y para que deseen y procuren

(*a*) Joan. 6.

llegarse muchas veces al altar por gloria de Dios, y gozar de tantos beneficios. Si esto entendiesen los hombres, no dilatarian las communiones de año á año, ántes desearian llegarse muchas veces al dia, si fuese lícito.

§. I.

De la necesidad deste sacramento.

Pues cuanto á lo primero, comenzando por la necesidad deste sacramento, vése por esta razon. Todas las cosas que tienen vida, tienen su mantenimiento proporcionado para su conservacion. Vemos que las unas tienen su mantenimiento en la tierra, otras en las aguas, otras en el aire, cada cual en su manera. De aquí se sigue que pues Dios quiso que el hombre viviese dos vidas, una animal y natural, y otra sobrenatural y espiritual (que es vida divina), necesario fué proveerle de mantenimiento para esta segunda vida, como le proveyó para la primera. Esto hizo cuando instituyó este divino Sacramento, manjar divino para vida divina. Cuando se recibe dignamente deifica al hombre, y le hace divino, y otro Dios por participacion.

Tambien se declara esta necesidad por otra razon. Así como nuestros cuerpos tienen necesidad del continuo nutrimento y manjar, por razon del natural calor, que es como el fuego de la lámpara, que siempre está gastando el aceite que es su nutrimento; porque si á este continuo gastador no proveyésemos de mantenimiento, consumiria la sustancia de nuestros cuerpos, y desfalleceria nuestra vida natural: á este modo la vida espiritual tiene necesidad deste nutrimento y sustento, por razon de otro calor, no natural, sino pestilencial, que tenemos dentro, que es el fuego de nuestros apetitos, al cual los teólogos llaman yesca del pecado. Este nos está siempre incitando y provocando á mal, y nos enflaquece en el bien; porque cuanto mas se esfuerzan los apetitos de nuestra sensualidad, tanto se enflaquecen los deseos espirituales. Por esto nos proveyó la divina sabiduría deste divino manjar, para que con su virtud y gracia, y con los maravillosos efectos que en nuestras almas obra, repare en nosotros el estrago deste pestilencial calor, y encienda nuestros deseos, alumbre nuestro entendimiento, inflame nuestra voluntad, fortalezca nuestros propósitos, esfuerce nuestros corazones, y nos aficione á las cosas divinas, para que con estos dones y reparos nos rehagamos en este camino del cielo, y nos conservemos en esta vida espiritual.

De aquí nace que las almas que dignamente frecuentan este sacramento, están como un niño que tiene buena ama, de mucha y buena leche, que está gordito, y bien criado, y hermoso, y parece que crece á ojo cada dia; ó como un árbol plantado á las corrientes de las aguas, con las cuales siempre está verde y vistoso. Mas los que no se llegan sino mal y tarde á esta mesa, ni gozan deste regalo celestial, son como árboles del desierto y mala tierra, que ni llevan fructo de provecho, ni tienen hermosura. Están como hombres que ha dias que no comen en año de hambre, desfigurados y flacos, que no se pueden tener en los piés. Tal está el hombre en la vida espiritual, cuando está mucho tiempo sin comer este celestial pan. En nombre deste tal dice el Profeta (*b*): Secóse mi corazon, porque me olvidé de comer mi pan. Esta es la causa porque está hoy el pueblo cristiano tan debilitado y flaco, tan desemejado de la hermosura que solia tener. Porque en los tiempos pasados, con el buen ejemplo de la vida de los cristianos se convertian los infieles, mas agora es tal la vida de los que se llaman cristianos, que por sus malos ejemplos son causa de que los infieles blasfemen de Cristo, y estamos tales por faltar en la frecuencia deste divino sustento. Esta fué la principal causa de la institucion deste sacramento, la cual muestra bien la necesidad que dél tenemos. Veamos agora algo de los efectos que obra en nuestras almas, adonde verémos esta necesidad mas clara y palpablemente.

§. II.

De los efectos deste sacramento.

La primera virtud y efecto deste sacramento es dar gracia; y aunque este efecto sea commun á todos los sacramentos de la ley de gracia, á este pertenece tan altamente, que por excelencia se dice Eucaristía, que quiere decir, sacramento de gracia. Es la razon desto, como dice Sancto Tomas (*c*), porque en este sacramento está entera y verdaderamente Cristo nuestro Salvador, el cual así como viniendo corporalmente al mundo dió al mundo vida de gracia, así viniendo sacramentalmente al alma, le da tambien esta misma vida, si no pone impedimento. Por lo cual parece que este manjar es un singular remedio que el Señor instituyó contra aquel venenoso bocado que nuestros padres comieron (*d*). Porque como de aquel se dijo: En cualquier dia que dél comiéredes, moriréis; así por el contrario se dice deste (*e*): El que comiere deste pan vivirá para siempre. Este es el primero efecto suyo, aunque general á todos los sacramentos de la ley de gracia.

El segundo efecto es proprio á este sacramento, y por él se diferencia de los otros, y es una espiritual refeccion y reparo del alma que le recibe. Porque así como el que come, cobra nuevas fuerzas y aliento con el manjar, de tal manera, que si estaba desmayado, se esfuerza, por lo cual la comida se llama refeccion, y es como una restitucion de lo que se le habia quitado por el natural calor, continuo gastador; así este espiritual manjar es una restauracion y renovacion de las fuerzas espirituales del alma, con el cual cobra nuevo espíritu y aliento para andar en el camino de la virtud. Por esto se llama por otro nombre Viático, que quiere decir, provision de caminantes; porque por virtud deste manjar se rehace el hombre y cobra fuerzas para andar este camino. Por lo cual convenientísimamente fué figurado por el pan que el Angel trajo al profeta Elías, con el cual cobró fuerzas y aliento para caminar cuarenta dias y cuarenta noches, hasta llegar al monte de Dios, Oreb (*f*). Estas fuerzas y aliento nos da la devocion (causada por este sacramento), cuyo oficio es sacudir de nuestra alma la pereza, y hacer un corazon alegre en el servicio del Señor. Por donde parece que uno de los principales medios para alcanzar la verdadera devocion, es la frecuencia deste sacramento, cuyo efecto ella es.

Es tercero efecto deste sacramento deleitar con maravillosa dulzura el paladar del alma. No se contentó aquel gran Señor con que este sacramento fuese saludable, á modo de purga desabrida, sino con que fuese suavísimo, no ménos que provechoso: no solo que sanase

(*b*) Psalm. 101.

(*c*) 3. p. quæst. 75. art. 1. (*d*) Genes. 2. (*e*) Joann. 6.
(*f*) 3. Reg. 19.

y sustentase, sino que tambien deleitase y animase. Así convino á la grandeza de su infinita bondad y amor, proveyendo á nuestra necesidad. Quiso el eterno Padre mostrarnos las entrañas dulcísimas de su paternal amor en la dulzura deste sacramento, como dice Salomon que las mostró cuando envió el suavísimo manná á su pueblo (*g*), como dulce Padre á regalados hijos, mostrándoles su dulzura con la del manjar que les proveyó. Esto convino para nuestro remedio, porque esta misma suavidad nos encendiese en el amor de tal Señor, y nos destetase de todas las dulzuras de la tierra. Cuán grande sea la suavidad deste sacramento, dice Sancto Tomas (*h*), que nadie lo puede declarar; porque allí se gusta esta espiritual suavidad en su misma fuente, que es Cristo. No fuera razon que habiendo Dios puesto tanta suavidad en todas las diferencias de manjares para la recreacion de nuestros paladares, así de los malos como de los buenos, dejará de ponerla mucho mayor en este divino manjar para sus escogidos. Es cierto que cuanto este manjar es mas noble, y se ordena á mas alto fin, y para mejores criaturas, tanto es de mayor dulzura y suavidad. Mas esta no la reciben todos, sino los que con paladar bien purgado y sano le comen. Desventurados de aquellos que dicen que nunca han hallado en este divino manjar esta suavidad; porque es cierta señal que nunca se han llegado á esta mesa dignamente.

Otro efecto tiene, que se sigue del que acabamos de decir, y este es mitigar el ardor de nuestras pasiones y apetitos, y esta es la mayor medicina y remedio contra los incentivos y llamas del pecado original. Porque como este sacramento (bien recibido) hinche el alma de amor, de devocion, de gusto y suavidad, y de deseos del cielo, cuanto estos deseos mas crecen, tanto se disminuyen y menoscaban los de nuestros apetitos sensuales, vencidos y rendidos de los espirituales. Por lo cual dijo Sant Bernardo (*i*): El que siente disminuido en sí el furor de la ira y los ardores sensuales, el apetito de la honra y cobdicia, y se viere vivir con quietud destas pasiones, entienda que esto es fructo deste divino Sacramento.

Escriben los poetas, que una sibila confeccionó un pan, el cual dándole al can Cervero, amansó sus furias de tal manera, que lo adormeció, y quedó el camino libre y seguro á los pasajeros. Fabulosa es aquella historia, mas es muy propria comparacion para darnos á entender la virtud admirable deste sacramento, y la causa de su institucion. Porque viendo aquel Señor, proveedor del mundo (que no falta en las cosas necesarias), que todos tenemos dentro de nosotros otro can Cervero de tres gargantas insaciables (que son los tres apetitos, conviene á saber, de honra, hacienda y deleites), para que este cruel monstruo no nos despedazase, consagró esta manera de pan, con tal virtud, que pudiese amansar y adormecer el furor destas pasiones, para que no inquietasen nuestras almas. Por aquí parece cuán grande remedio sea este contra la furia destas pasiones, y cuánta necesidad tenemos deste manjar. Tambien se ve cuán ignorantes desta necesidad son los que ni se llegan á esta mesa, y murmuran de los que se llegan. Si no nos maravillamos del que por sentirse mordido del perro que rabia, va á buscar al saludador, ¿por qué nos maravillamos y murmuramos de los que conociendo en sí este can Cervero, acuden á este divino pan? No es otra la razon, sino porque estos murmuradores ignoran su propria necesidad y dolencia, y la virtud deste divino remedio, del cual no tienen experiencia.

Otro efecto deste sacramento es darnos fortaleza contra la fuerza de nuestra estragada inclinacion y todos los malos apetitos, para romper por todas las dificultades que se nos ofrecen en el camino de la virtud. Deste efecto dijo David (*k*): Pusístesme, Señor, una mesa bien proveida, de la cual yo saco fuerzas para resistir á todos los contrastes de los que me procuran ofender. A esta mesa cobraron fuerzas los sanctos mártires, con las cuales se hicieron invencibles, y triunfaron del mundo y sus tirannos, del demonio y sus asechanzas, de la carne y sus regalos. Este pan fué figurado en aquella grande y admirable hogaza cocida en el rescoldo, de la cual se escribe en el libro de los Jueces (*l*), que rodando por una ladera abajo, vino á dar sobre las tiendas de Madian, y las desbarató y destruyó. Desta figura entendemos que con la virtud deste divino pan prevalecieron los mártires contra las fuerzas de los tirannos, y triunfan hoy los escogidos de toda la potencia de sus enemigos visibles é invisibles; y si vemos pocos mártires y pocos vencedores, es porque pocos se llegan á esta mesa como deben. Dice Cipriano (*m*): No está dispuesto para el martirio aquel que en este sacramento no se arma para el peligro, y es necesario que desfallezca el alma de aquel á quien este sacramento no enciende.

Por esto uno de los mas saludables consejos que se pueden dar en esta vida, es que cuando el hombre se viere cercado de angustias y tribulaciones, de tentaciones y peligros, acuda á este único y singular remedio que para tales tiempos nos dejó el Señor. Vi yo personas en medio de grandes tentaciones acudir á esta medicina, y hallarse luego maravillosamente socorridas. ¿Qué ménos se puede esperar de tan piadoso Señor y amoroso Padre, cuando su criatura con humildad y confianza llega á él para aprovecharse de los remedios que le dejó? ¿Cómo podrá aquí faltar su misericordia y su palabra, si no falta nuestra fe, si no falta nuestra esperanza? Con este divino pan debemos comer nuestros trabajos; y aquí será certísimo proverbio: Todos los duelos con pan son ménos, y pierden su amargura. Cocieron los hijos de los profetas unas yerbas para comer, y cuando uno cató la olla, halló que amargaba como la hiel: dijeron al sancto profeta Eliseo (*n*) cuán mal recado de olla tenian, siendo ya hora de comer; remedióle el Profeta con facilidad, pues con solo echar un poco de harina en la olla de las berzas, se volvió dulce la comida. El que en las dificultades, desabrimientos y amarguras desta miserable vida desea hallar consolacion, mezcle en ellas esta harina, lléguese á esta mesa, y hallará la dulzura que le haga sabrosos sus trabajos.

Mas concluyamos los efectos deste divino manjar en pocas palabras. El principal entre todos es unirnos con Cristo, y hacernos participantes de todos sus merecimientos, de su virtud, de su gracia y de su espíritu. Esto es estar unido con Cristo, ser miembro de su cuerpo: por esta union tiene lugar esta tan rica participacion. Esto se hace por virtud desta sagrada Communion. Por esto quiso el Señor que este sacramento se administrase en especies de mantenimiento; porque como lo

(*g*) Sap. 16. (*h*) D. Thom. opusc. de Sacram. Altar. lect. 4.
(*i*) D. Bern. serm. in Cœna Domin. tom. 1.

(*k*) Psalm. 22. (*l*) Judic. 7. (*m*) D. Cypr. epist. 2. (*n*) 4. Reg. 4.

que comemos se viene á convertir en nuestra misma substancia, así cuando recibimos este sacramento dignamente nos hacemos una cosa con Cristo, viviendo en la vida espiritual con su mismo espíritu. Así como del muy cursado en la doctrina de Aristóteles decimos que le ha comido y entrañado en sí, y que es otro Aristóteles; en este sentido el que bien comulga, decimos que es otro Cristo, por participacion de su gracia, de su espíritu, y de la imitacion de su vida. De aquí nace que viendo el Padre eterno así adornado al hombre, y convertido en su hijo por esta manera, tiene la providencia dél, que el padre bueno y amoroso del buen hijo y obediente; y así le guarda la herencia del reino eterno, aunque no sea hijo natural, sino de la gracia y adopcion, al cual las leyes humanas dan todos los privilegios de hijo natural. Por lo cual el que dignamente frecuenta este sacramento, ya no vive por sí, ni se gobierna por sí, sino por el espíritu de Cristo que mora en él, como el Señor lo significó por aquellas palabras que escribe Sant Juan (*o*): Porque mi Padre está en mí, es la vida que vivo conforme á la de mi Padre, que en mí mora: así la vida de aquel en quien yo moro (porque me comió por gracia) será conforme á la mia, y por eso no humana sino divina. Por donde parece que no es otra cosa commulgar, que dar por nuestra boca entrada á Cristo á nuestra alma, en la cual el espíritu de Cristo tenga el gobierno de nuestra vida; pues el gobernador de casa (que era el espíritu del hombre) perdió el tino y prudencia del gobierno, cuando perdió la gracia y la inocencia. De suerte que así como en la mar, cuando el piloto falta, ponemos otro en su lugar; así conviene hacer en nuestra alma, y hacemos cuando dignamente commulgamos: damos el gobierno al espíritu de Cristo, confesándonos inhábiles para gobernar.

(*o*) Joann. 6.

Estos son los efectos que se nos siguen desta benditísima union con Cristo, obrada por este sacramento. Y si me preguntares, por qué quiso el Señor que esta communicacion se nos hiciese por este medio; respóndese que como el Señor vió que un manjar fué la pérdida de todo el mundo, así quiso que otro fuese universal remedio; y como quiso que su Hijo fuese nuestro Redemptor, así quiso que por medio deste sacramento (en el cual real y verdaderamente está nuestro Redemptor), se nos aplicase y communicase la gracia desta redempcion. Y no sin maravillosa conveniencia; porque así como la perdicion entró por un Adam, cuya culpa luego communican nuestras almas en juntándose con su carne; así quiso que otro segundo Adam fuese causa de la salud del mundo, por su summa sanctidad y justicia, y que esta se nos communicase por la union y contacto de la carne y sangre de Cristo que está en este sacramento. En figura desto leemos en el Evangelio (*p*), que sanaban los enfermos tocando á Cristo con fe; para enseñarnos que mediante este espiritual contacto de Cristo participamos su gracia; como por el tacto ó junta de nuestras almas con la carne de Adam se nos communica su culpa.

(*p*) Luc. 6.

SERMON EN LA FIESTA DE LA ASUMPCION DE NUESTRA SEÑORA,

SOBRE EL EVANGELIO DE MARTA Y MARÍA, QUE SE CANTA EN LA MISMA FIESTA (*b*).

CAPITULO X.

Entre todas las fiestas que la sancta Iglesia celebra de nuestra Señora, ésta es la mas gloriosa; porque en todas las otras (por grandes que sean) siempre se mezcló algun poco de trabajo y amargura (porque todo cuanto hay en esta vida tiene mezcla del lugar adonde estamos, que es destierro y valle de lágrimas); mas esta fiesta (que ya no es de las desta vida) está libre destos tributos: y no solo no hallamos en ella lo que en las otras (mezcla de amargura), ántes un finiquito de toda pesadumbre.

El Evangelio que se canta en este dia, si le miramos en sola la letra, no tiene conveniencia con esta fiesta; mas considerando el espíritu escondido debajo desa letra, ninguno se pudo cantar mas á propósito en este dia. Trata cómo entrado Jesucristo en un lugarejo (situado al lado del monte Olivete) llamado Bethania, fué hospedado de una honrada mujer, llamada Marta, que tenia una hermana llamada María. Entrado el Señor, fué bien recibido de las hermanas, y asentándose á descansar del trabajo de su camino, María se asentó á sus pies, del todo descuidada de lo que se habia de aparejar para Cristo y los que le acompañaban; toda llevada de su vista del Señor, colgada de las palabras de su boca. La mayor entendia en proveer el manjar corporal para el Señor y para los suyos, y la menor en apacentar su propria alma con la doctrina del cielo. Y como recibia espiritual sustento en su alma, así tambien le ministraba á la de Jesucristo suavísimo con su devocion: de manera que Marta toda ocupada en procurar á Cristo y á los suyos el sustento corporal, María estaba toda suspensa, recibiendo de Cristo el sustento de su alma propria, y con esta devota suspension ministrando tambien al alma de Cristo dulcísimo manjar.

(*a*) Luc. c. 10.

Estos dos ministerios hizo la Vírgen á Dios, tanto mejor que estas dos hermanas, cuanto era mejor que ellas, si miramos esta letra por de dentro en el espíritu. Y la excelencia destos sus grandes servicios al Señor, declaran cuál sería el dia de hoy el premio que por ellos se le dió. Eran aquellas hermanas señoras principales; tenian allí una casa fuerte. La Vírgen sacratísima (en el sentido espiritual) es la casa fuerte y castillo inexpugnable adonde el Señor de todo fué recibido cuando entró de nueva manera en este mundo. Ella le sirvió como Marta, y contempló como María: ella escogió la mejor parte, la cual gozará para siempre. Vamos declarando cómo fué Marta y María; y cómo ministró al Señor de ambas maneras perfectísimamente.

Primeramente la Vírgen es este fuerte castillo, inexpugnable por la fortaleza de su fe. Todos los sanctos merecen este nombre; mas la Vírgen con particular excelencia sobre todos. Della canta la Iglesia aquellas pala-

bras del Esposo á la Esposa (*b*): Así como la torre de David fortalecida al derredor de fuertes baluartes, y proveida de todo género de armas de las mas fuertes. Esta torre es el alma de la Vírgen, bastecida por el Espíritu Sancto de todas las municiones, pertrechos y provisiones que se pueden desear en un buen fuerte. Allí puso el Espíritu Sancto todos sus dones, y los hábitos infusos de todas las virtudes. Fué tal su fortaleza, que toda la potencia del mundo y del infierno no pudieron en ella derribar una almena, ni hacer el menor daño; porque ni mella de culpa venial le pudieron causar.

Mujer dice que era; porque oyendo su grande excelencia no la tuviésemos por de otra naturaleza mas levantada, ó angélica. Mujer era de carne y sangre, en el mundo vivia, con la gente del mundo trataba, á las naturales necesidades de su cuerpo subjecta, sobre los lazos y peligros deste mundo andaba; mas su perfeccion era mayor que humana, y sobre los espíritus angélicos enriquecida por el Espíritu Sancto, el cual tuvo tan á su cargo este castillo, que en sesenta años y mas de vida nunca excedió el compas de la razon en las mismas necesidades naturales; en comer, en beber, en dormir, en hablar, en callar ni en pensar. Grande cosa fué andar aquellos tres siervos de Dios en medio de las llamas de la grande calera de Babilonia, sin quemárseles un hilo de sus vestidos, ni un cabello de sus cabezas (*c*); mas fué mucho mayor andar esta Vírgen mas de sesenta años en medio de las ocasiones deste mundo, sin desmandarse ni en una palabra ni en un pensamiento.

La causa desto fué estar tan bien proveida de todas las armas de los mas fuertes, tan enriquecida de los dones del Espíritu Sancto, que siempre estuvo en ella como en su vivo sagrario. Allí estaban todas las armas de los fuertes, mejor empleadas que estuvieron en ellos. Dice Sant Augustin: Ninguna gracia fué concedida á algun sancto, que no se concediese en mucho mas alto grado á la madre del Sancto de los sanctos. Y Sant Hierónimo (*d*): A todos los sanctos se repartieron las gracias por partes, y uno resplandesció mas en una, y otro en otra; mas á la Vírgen se dieron todas y cada una en mayor grado que tuvo ninguno; por lo cual fué castillo mas proveido y fuerte.

Fué casa adonde fué Dios aposentado; porque aunque sea verdad que todos los justos son moradas de Dios, esta Señora lo es por excelencia, como Vírgen de las vírgenes, sin primera, ni segunda, ni semejante: así ella con excelencia grande es casa y morada de Dios, en la cual por mas nueva y especial manera moró el Señor, no solo espiritualmente en su alma por mayor abundancia de gracia que en los sanctos, hombres y ángeles, mas tambien en sus virginales entrañas, humanándose y haciéndose allí su natural hijo. Y así ella con mucho mayor excelencia que todos los sanctos y que todos los serafines es templo vivo de Dios, sagrario del Espíritu Sancto, tabernáculo del arca del Testamento, silla de la divina sabiduría, trono de Salomon, paraíso de deleites de nuestro nuevo y segundo Adam.

Esta es aquella casa figurada en el aposento que aparejó aquella buena mujer casada, para el profeta Eliseo, cuando tratando su pensamiento con su marido, le dijo (*e*): Hermano, este hombre que tantas veces viene á ser nuestro huésped, me parece siervo de Dios; si os parece, holgaria que le hiciésemos allí una cuadra con una cama, y una silla, y una mesa con una vela, y que tenga él allí para sí apartado del tráfago de casa. Veis aquí las alhajas que el Espíritu Sancto puso en el aposento que aparejó para el Verbo divino. El aposentillo es su humildad, la cama la quietud de su oracion y contemplacion, la mesa el fructo de sus buenas obras, la silla de asiento la perseverancia, el candelero con su vela es la luz de la doctrina y el ejemplo de la vida. Estas cinco cosas significan las cinco principales virtudes de la sacratísima Vírgen, y las que debe procurar el que desea ser morada de Dios.

La primera es la perfecta humildad. La segunda la oracion. La tercera el bien obrar; porque no sea todo el decir, Señor, Señor: fe y palabras sin obras. La cuarta la perseverancia, por la cual mandó el Señor que le sacrificasen la res con oreja y cola. La quinta, despues de estar aprovechado en sí, aprovechar á otros con la luz de la vida y doctrina, segun lo que dice Sant Juan (*f*): El que oye y obedece á Dios, llame á su hermano para que venga adonde él fué llamado. Desta manera se apareja la casa á Dios, y desta manera la aparejó la Vírgen: por donde es tanto mejor casa de Dios que ninguna criatura, cuanto fué mejor aparejada.

Fué esta vírgen Marta la mas solícita en servir á su Hijo: si Marta le recibió en su casa, la Vírgen le recibió en sus entrañas: si Marta le sirvió, ella le parió, le envolvió en pañales, le reclinó en un pesebre, le crió á sus pechos con mayor cuidado que jamas crió madre á hijo: ella le llevó en sus brazos á Egipto, trabajó de sus manos dias y noches para sustentarle: ella le acompañó en su muerte, como le habia seguido toda su vida. Si es Marta la que recoge el peregrino, y viste al desnudo, ¿cómo no lo será la que recogió á Dios en sus entrañas, y dellas mismas le vistió? De la mujer fuerte escribe Salomon (*g*), que hizo una tela de lienzo, y que la vendió, y dió al Cananeo, con que se ciñese. ¿Qué tela y que cíngulo es este? La sacratísima humanidad, con la cual se estrechó el que no cabe en los cielos. Este vestido le vendió el dia de su encarnacion, y hoy se le pagan el dia de su asumpcion.

No le conviene ménos el nombre y oficio de María que el de Marta. ¿Cuántas mas veces gozó ella que María de aquellas divinas palabras á los piés de su Hijo? ¿Con qué voluntad enseñaria tal Maestro á tal discípula? Con cuánto gusto emplea el labrador sus trabajos en la cultura de la buena tierra? ¿Cuán de buena gana le entrega la simiente? ¿Con qué contento suelta el pescador sus redes al rio fértil? Nueve bienaventuranzas cuenta el sabio, y entre ellas pone hablar Dios á la oreja del que oye (*h*). ¿Pues qué orejas fuéron tan obedientes como las de la Vírgen? ¿Con cuánta voluntad le hablaria su Hijo y Señor? ¿Cuántas veces asentada á la mesa se olvidó de comer la Vírgen, considerando con maravilla y pasmo de ver comer á su mesa aquel que estando allí era sustento en la gloria á los ángeles? Cuántas veces durmiendo su Niño, estaba ella junto á él de rodillas adorando y considerando cómo dormia el que siempre velaba sobre su Iglesia? ¿Cómo dormia el que sin cesar era la providencia del mundo, y el Criador de tantas almas como cada momento cria en diversas partes del mundo?

(*b*) Cant. 4. (*c*) Dan. 3. (*d*) D. Hier. tom. 9. serm. 1. de Assumpt. (*e*) 4. Reg. 4.

(*f*) Apoc. 22. (*g*) Prov. 31 (*h*) Eccles. 3.

Cómo dormia aquel en cuya mano estaban los corazones de todos los reyes del mundo, para que no hiciesen cosa sin su voluntad ó permision, el que disponia y gobernaba los imperios y monarquías, y movia los orbes celestiales? Si el profeta Isaías dice (*i*), que perdia el sueño de la noche con los deseos de Dios; y el profeta David, siendo rey, madrugaba con este mismo cuidado (*k*), ¿qué haria la Vírgen con tanta mayor gracia y amor, y que tanto mas presente miraba y contemplaba al que amaba su alma?

Si el oficio de María es contemplar en Dios, ¿cuándo dejó la Vírgen este oficio por mas ocupada que estuviese? De los monjes de los desiertos de Egipto escribe Casiano, que trabajando en obras de manos, no dejaban la oracion mental, haciendo con las manos el oficio de Marta, y con los corazones el de María. Son tales como los pájaros que volando comen, como las golondrinas y vencejos, y otros, y tal dicen que era uno de los compañeros del patriarca seráfico Sant Francisco, por decir que en él estaban tan juntas estas dos vidas, activa y contemplativa, que la una no estorbaba á la otra; porque así trabajaba orando, como si no orara; así oraba trabajando, como si no trabajara. De aquellos misteriosos animales que iban uncidos al carro adonde iba la gloria de Dios, se dice que con tener alas con que volaban, que por debajo de las alas tenian brazos, y se asomaban las manos por los vuelos (*l*), figura de los perfectos que traen las manos obradoras debajo de las alas de su contemplacion; obrando contemplan, y contemplando obran.

Sant Buenaventura aconseja á los varones devotos, que curando un enfermo, visitándole, ó al pobre, ó cuando hicieren alguna de las obras de misericordia corporales, que se les represente que realmente ministran, sirven y visitan al mismo Cristo; porque con esta consideracion juntarán con su obra la contemplacion. Pues si esto hacian, y esto aconsejan los sanctos, ¿qué haria la mas sancta de todos los sanctos, la que no habia menester imaginar y figurar en el prójimo á Cristo, en el siervo al Señor, y en la criatura al Criador, pues sabía que veia al mismo Cristo? Si la Magdalena acabando de salir de sus pecados, con tal abundancia de lágrimas de devocion lavó los piés de Cristo, enjugándolos con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos (*m*), y con estas obras exteriores no disminuia su contemplacion interior, mas con estas obras la acrecentaba, ¿qué pasaria en el corazon de la Vírgen cuando envolvia á su Niño, cuando lo vestia y desnudaba, cuando lo echaba y levantaba, y cuando entendia en todos los ministerios de las que crian? No estaba en estas obras de sus manos ocioso su corazon; lo que nos significó el Evangelista en estas palabras (*n*): María conservaba todas estas cosas, tratándolas y confiriéndolas en su corazon.

Pues la que tales y tantos servicios hizo á este Señor, ¿qué premio recibirá hoy dél por ellos? Por eso se canta en este dia este Evangelio, en el cual en figura destas dos hermanas se representan los servicios desta Vírgen. Si los servicios son grandes, y el rey muy poderoso, liberal y agradecido, de grandes servicios grande premio se debe esperar. Y pues los de la Vírgen fuéron los mayores de todas las puras criaturas, cierto es será mas premiada que todas. Si Lucifer por ser el mayor de los soberbios cayó en el mas bajo lugar, la Vírgen, la mas humilde de los humildes subirá al mas alto; pues la condicion del Señor es derribar los soberbios y levantar los humildes (*o*). Si la honra de la madre es honra del hijo, y deshonra del hijo, como dice el Sabio (*p*), el padre sin honra, ¿qué lugar tenia guardado tal Hijo para tal Madre, pues la honra della era honra del mismo Hijo?

Y si es verdad, como lo dice el Apóstol (*q*), que cada cual recibirá el galardon segun sus trabajos, ¿cuál será el galardon de la que tantos trabajos padeció? ¿Cuáles fuéron sus dolores en la circuncision de su Hijo? ¿Cuál su sentimiento en las profecías de Simeon? ¿Cuáles sus trabajos en la huida con su Hijo á Egipto entre gente bárbara? ¿Qué dolores en los tres dias, cuando siendo ya Niño de doce años se le quedó en Hierusalem? ¿Cuáles sus trabajos en las persecuciones de su Hijo en toda la vida? Cuáles los dolores que sufrió al pié de la cruz? ¿Cuál la soledad que sintió de la ausencia de su Hijo, doce años que vivió acá despues que se subió al cielo? Dejando á la consideracion piadosa del alma devota todos estos trabajos, este último (que parece menor) ¿quién lo podrá entender? Algo entendia desto David, que decia (*r*): ¡Ay de mí, que mucho se alarga mi destierro! Entendíalo el Apóstol cuando decia (*s*): Grandes son mis deseos de salir de las prisiones y cárcel deste cuerpo, y verme con Cristo.

Sentencia es de los doctores, que uno de los mayores trabajos de cuantos padescieron los sanctos en esta vida, fué sufrir la misma vida despues que conocieron á Dios. Dellos se dice que tuvieron la vida en paciencia, y la muerte en deseo. Pues ¿qué se puede pensar de la Vírgen en esta parte, deseando tanto mas ver á Cristo, cuanto fué mas que todos sancta y amadora de Cristo? Dice la divina Escritura (*t*) que se moria la madre del mozo Tobías con ansias de ver á su hijo, porque se pasaban algunos dias del plazo puesto para su venida: ¿qué haria la mas amorosa Madre del mejor Hijo por verle, en ausencia de doce años? Si es comun voz de todos los sanctos (*v*): Así como el ciervo (cansado y caluroso, seco de séd) desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios: ¿cuáles serían los deseos de la que era Madre de Dios? Solo Dios sabe lo que su Madre padesció en estos doce años de ausencia. Solo él sabe lo que su corazon sentia cuando decia aquellas palabras de la oracion, enseñada por su Hijo: *Adveniat regnum tuum* (*x*). Venga ya, Señor, vuestro reino. Y tambien la resignacion de su obediencia en la otra peticion: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (*y*).

Pues ¿por qué, Señor, quisistes que esta innocentísima Vírgen padesciese tanto como padesció, y que su martirio fuese tan prolongado? Todos los trabajos de la Vírgen (en su manera) fuéron para nuestro provecho, como los de su Hijo. Quiso él que su Madre fuese general ejemplo, y espejo y consuelo á todas las mujeres del mundo. Quiso que la Vírgen fuese ejemplo de vírgenes, y el tiempo que fué casada, ejemplo de las casadas, y de las viudas y sin hijos, viviendo desta manera en esta soledad; porque en ella tuviesen ejemplo y consuelo, y á ella, como experimentada en todo, acudiesen confiada-

(*i*) Isai. 26. (*k*) Psalm. 5. et 67. et 118. (*l*) Ezech. 1.
(*m*) Luc. 7. (*n*) Luc. 2.

(*o*) Luc. 1. (*p*) Eccl. 3. (*q*) 1. Cor. 3. (*r*) Psalm. 119.
(*s*) Philip. 1. (*t*) Tob. 10. (*v*) Psalm. 41. (*x*) Matth. 6.
(*y*) Ibidem.

mente á pedir socorro. Por eso, dice el Apóstol (*z*), quiso Jesucristo ser atribulado, para que fiásemos dél que se compadesceria de los atribulados: tal quiso hacer á su Madre, para darnos en ella la misma confianza, que se compadescerá de los afligidos la que tanto lo fué.

Pues si el galardon de Dios ha de ser conforme á los trabajos, y conforme á los servicios y merescimientos, y mayormente á la caridad, quien tales servicios hizo, quien es de tantos merescimientos, quien fué mas abrasada en caridad, ¿cuál será su premio y galardon? No hay aquí qué responder mas de lo que dice Sant Bernardo (*a*): Como la Vírgen hospedó al Hijo de Dios cuando vino al mundo, en lo mejor del mundo, que fué su propria alma y sus virginales entrañas, así cuando sale deste mundo y entra en el cielo, es cosa cierta que fué por Dios aposentada en el mejor lugar del cielo, que es la mano derecha de su Hijo, para que allí pueda decir (*b*): A la sombra de mi deseado estoy asentada, su fructo es dulcísimo á mi paladar.

Mas ¿qué lengua podrá explicar los privilegios deste dia, y la gloria desta subida? Porque por particular privilegio pone Sant Dionisio (*c*) que se hallaron los sanctos apóstoles presentes á la hora de su felicísimo tránsito, que fué materia de grande consolacion á la sacratísima Vírgen, y á ellos tambien, aunque no pudieron dejar de tener grande sentimiento, viendo que ya quedaban del todo huérfanos de Padre y Madre visibles acá en la tierra.

Otro privilegio fué que su sacratísima carne no vió corrupcion (*d*), sino que fué preservada como la de su Hijo. Murió ella sin duda, como murió su Hijo, y estuvo algun tiempo sepultada, como su Hijo; mas por él fué resuscitada, y subida en cuerpo y alma. Esto afirma Sant Augustin por estas palabras (*e*): Aquella virginal carne, de la cual el Hijo de Dios tomó carne, pensar que fué entregada á los gusanos, ni lo oso decir, ni lo puedo creer.

Otro privilegio fué el solemnísimo recibimiento que le fué hecho por su Hijo, y por todos aquellos celestiales cortesanos. De alguno de los que se hallaron presentes quisiera yo oir la relacion. De otra manera, quien no la vió, no sabrá hablar della, sino por algunas conjecturas y argumentos de las cosas de acá. De algunos sanctos sabemos por historias dignas de ser creidas, que saliendo sus almas de los cuerpos fuéron acompañadas de los ángeles, y otras con músicas que se oyeron. Del Evangelio sabemos (*f*), que fué el ánima del mendigo Lázaro llevada por los ángeles al seno de Abraham, que era el limbo de los sanctos padres; porque las puertas del cielo aun no estaban abiertas por Jesucristo. Leemos del bienaventurado obispo Sant Martin (*g*), que se oyeron celestiales músicas hasta el lugar de su sepultura. Esta manera de honra se hizo á muchos sanctos: ¿cuál se puede pensar que se hizo á la mas sancta y Madre de Dios?

Por tres consideraciones festejaron esta entrada todos los moradores del cielo. La primera, por ser ella Madre de Dios, y por eso Reina sobre todos; y viendo que en esto servian á Dios, á quien sobre todo desean agradar. La segunda, por merecerlo ella, por ser tanto mayor que ellos en sanctidad, cuanto los excede en dignidad; y lo uno y lo otro sabían ellos. La tercera, porque sabían lo que le debian por haber sido ella (despues de su Hijo) la medianera de su gloria, por cuyas manos ellos gozaban del fructo del árbol de vida, que es Jesucristo, Hijo desta Vírgen.

Pues conociendo todo esto clarísimamente, ¿qué harian aquellos nobilísimos cortesanos el dia que se les ofrecia mostrar lo que amaban á su Señor, y que conocen el merescimiento y dignidad desta Señora, y su propria obligacion á mostrar su agradescimiento en el dia de su coronacion de Emperatriz de los cielos y del mundo? Aquí procuraron todos (cada cual como pudo) mostrar la voluntad que tenian al Hijo y á la Madre, y su proprio agradescimiento. ¿Con qué gozo se despobló el cielo empíreo, y la salieron á recibir al medio destos aires? Si en su vida andando en este mundo tuvo mil ángeles de guarda, segun dicen los sanctos doctores, ¿cuántos millares trajeron estos consigo para acompañarla á la salida deste mundo? ¿Qué recibimiento fué, y qué encuentro el de aquellas dos celestiales procesiones, de la que de acá salió con ella, y de la que de allá la salió á recibir? Qué gozo, que alabanzas, qué músicas, qué melodías, qué alegría tan commun y general?

En el segundo libro de los Reyes se escribe (*h*), que cuando el rey David pasó el arca del Testamento al lugar que le tenia aparejado, que fué con solemnísimo acompañamiento de todo el reino, y con grandes júbilos y músicas. Pues si al acompañamiento de aquella arca material, que fué figura desta sacratísima, y su traslacion tambien fué figura desta gloriosa Asumpcion, se hizo tan solemne procesion de todo Israel, ¿cuál sería la fiesta de todos los cortesanos del cielo cuando llevasen esta espiritual arca adonde corporalmente estuvo el mismo Dios, al lugar que le tenia aparejado en el cielo?

Mas ¡con cuánta admiracion de todos los celestiales espíritus! ¿Qué fué para ellos ver una mujer subiendo sobre todos los coros de los ángeles, tomar su asiento al lado de Dios? Esta fué grande novedad para ellos, ver una criatura, tan inferior á la naturaleza angélica, subir sobre todos los serafines. Porque nadie tiene por novedad ver volar una ave altísima; mas todo el mundo está mirando con admiracion cómo un hombre anda sobre una maroma. No se maravillan los cortesanos de ver uno de sus ciudadanos, criado en corte, hablar discreta, cortada y propriamente; mas si desta manera oyesen hablar á un pastor, vestido de pellejos, calzado de abarcas, con un cayado en la mano, serles ya cosa muy nueva. No se maravillan los ángeles de la primera jerarquía de ver la alteza de los querubines y serafines criados en el cielo, purísimos espíritus; mas maravíllanse (con mucha razon) de ver que siendo tan inferior á ellos la naturaleza humana, lo mas flaco desta naturaleza, que es la mujer, nacida y criada en el desierto deste mundo, lleno de tantos males y tantas ocasiones de pecados, suba escureciendo las estrellas con su pureza, y sea mas pura que toda la naturaleza angélica, criada en el cielo, tan alejada de carne y sangre; de manera que lo que era en naturaleza menor en los hombres acá en la tierra, es mejor que lo mejor de la naturaleza angélica allá en el cielo.

Maravillados pues desta grande novedad, comenzaron á decir entre sí: ¿Quién es esta que sube á nosotros dese

(*z*) Hebr. 4. (*a*) D. Bern. serm. 1. de Assumpt. post med. (*b*) Cant. 2. (*c*) D. Joan. Damasc. orat. 2. de dormit. Virg. circa fin. (*d*) Psalm. 15. (*e*) Aug. Serm. de Assumpt. cap. 3. et 6. Damasc. ut sup. circ. init. (*f*) Luc. 16. (*g*) Eccles. in Offic. aña. 7. et resp. 7. et 8.

(*h*) 2. Reg. 6.

desierto del mundo, llena de deleites, recostada sobre su amado (*i*)? Su gracia es como la del alborada, su hermosura es como la del sol, y la majestad que trae es como la de los grandes ejércitos bien ordenados, y la fragancia de sus vestidos hinche el cielo (*k*).

Y si la admiracion, sabida la causa, da alegría, ¿cuál fué la alegría causada de tanta admiracion? En la alegría desta subida ponen hoy mas los ojos y atencion las almas devotas. En la alegría de los ángeles, en la alegría de los hombres sanctos, patriarcas y profetas, en la alegría de Jesucristo, y en la alegría desta sacratísima Vírgen, Señora de todos, y Madre de Dios. ¿Cuál sería la alegría de los ángeles en el dia de la coronacion de su Emperatriz, restauradora de sus sillas? Cuál sería la alegría de los hombres, viendo tan gloriosa aquella por la cual vian que gozaban de la gloria? Cuál sería la alegría de los profetas, viendo presente la que tantos años ántes habian visto en espíritu? Cuál sería el alegría de los patriarcas, viendo aquella estrella de Jacob, cuyo resplandor habia alumbrado sus almas, cuya esperanza habia sustentado sus vidas, cuya memoria habia consolado sus muertes? ¿Con qué devocion (cuando la vieron) le dijeron aquellas palabras, que en figura desta Señora fuéron dichas á la sancta Judit (*l*): Tú, gloria de Hierusalem, tú, alegría de Israel, tú, honra de nuestro pueblo, bendita eres, hija, en el Señor, porque por tí gozamos el fructo de la vida?

¿Mas quién podrá pensar el alegría del corazon de la Vírgen Madre con la vista del Hijo tan amado, y tan glorioso, y tan deseado, cuando despues de adorarlo como Señor (como todos los espíritus bienaventurados hacen) le abrazó y dió y recibió paz en su rostro como ninguno? ¿Cuál fué la dulzura de su corazon cuando oyó aquellas tan regaladas palabras con que su Hijo la llamó, diciendo (*r*): Levántate y date priesa, amiga mia, paloma mia, y ven; porque ya se pasó el invierno; cesado han ya las aguas y el rigor de los frios, ya brotan las plantas y se visten de flores los campos? ¿Quién podrá explicar la grandeza desta alegría? Si cuando el patriarca Jacob llegado á ver al hijo que tenia por muerto, gobernador de toda la tierra de Egipto, prorumpió en aquellas palabras significativas de tanto gozo, diciendo (*n*): Ya, hijo mio, moriré alegre, ni la muerte podrá acabar en mí el alegría de haberte visto, y dejarte cual te veo; ¿cuál sería el alegría desta Vírgen cuando acabados doce años de ausencia corporal de su Hijo, por el cual de noche y de dia gemia, viese delante sus ojos á su Hijo, Señor de todo lo criado? ¿Por cuán bien empleados daria entónces sus trabajos, sus ayunos, sus dolores, sus caminos, sus lágrimas? ¡Oh dichosas lágrimas que merescieron tal consuelo! ¡Dichosos ayunos que merescieron tal hartura! ¡Y dichosos trabajos á los cuales se siguió tanto descanso! Pues el alegría del Hijo viendo á su Madre ya despenada y del todo libre de las angustias deste valle de lágrimas, ¿quién la entenderá? Cuanto era mayor la caridad del Hijo que la de su Madre, y cuanto es Dios mas prompto á hacer mercedes (por su infinita bondad é infinita riqueza) que la criatura es prompta á recibirlas por su necesidad; tanto fué aquí mayor la alegría del hijo que la de la Madre.

Pues entrada en aquélla celestial corte, la sancta competencia de los deseos de aquellos celestiales moradores es de dulce consideracion; á la naturaleza humana le parece que le pertenecia por hija natural y legítima. Mas en esta naturaleza las vírgenes decian que las pertenecia para que en su coro fuese la corona de todas: pues ese era su nombre y singular gloria, Vírgen de las vírgenes. Pídenla los mártires para sí, diciendo que ella fué mas martirizada que todos. Los apóstoles dicen que es suya, por ser la dignidad apostólica mayor, y ella su Señora y Maestra particular. Los ángeles dicen que á ellos pertenece mas; porque si segun la verdad de la carne ella es de la naturaleza humana, segun la grandeza de su dignidad y de su gracia, es mas que la naturaleza angélica.

Mas á todos se da por respuesta, que no pertenecia á la singular dignidad de la Madre de Dios estar en coro particular entre las criaturas humanas ni angélicas, siendo ella Reina y Señora sobre todas, y tal convenía fuese su lugar como su dignidad, y despues de Dios fuese sobre todo, en coro particular, adonde no tenga igual; porque sea singular en la gloria la que lo fué en la vida, y en los merescimientos, y en dignidad; y así fué colocada al lado de su Hijo. Este asiento y lugar suyo fué figurado en la honra que el rey Salomon hizo á su madre Bersabé, de la cual dice la Escriptura (*o*) que visitando un dia á su hijo, salió el rey Salomon á recibirla, y mandándolo él, fué puesto un trono junto al trono real, en el cual se asentó la madre junto á su hijo, el cual le dijo: Pedid, señora, lo que quisiéredes, que no es razon que á tal madre su hijo le niegue cosa. Semejantemente es hoy colocada la Madre del verdadero Salomon; allí está, allí reside con grande gloria suya y provecho nuestro, gozando de su Hijo, procurando por su pueblo. A ella debemos acudir en todos nuestros trabajos y necesidades, á ella oremos, á ella nos encomendemos, ella es nuestra medianera para con su Hijo, como él lo es para con el Padre. Roguemos pues al Hijo por su Madre, y al Padre por su Hijo, que nos dé perseverancia en su gracia, y despues su gloria.

En la fiesta del nascimiento de nuestra Señora puédese leer el sermon que está adelante en la fiesta de su concepcion, capitulo XII.

(*i*) Cant. 8. (*k*) Cant. 6. (*l*) Judic. 15. (*m*) Cant. 2. (*n*) Gen. 46.

(*o*) 3. Reg. 2.

SERMON EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANCTOS,

QUE TRATA DE SU PREMIO Y GLORIA, SOBRE LAS POSTRERAS PALABRAS DEL EVANGELIO DE SANT MATEO, CAPÍTULO V, QUE DICEN: *Gozaos, y alegraos, que vuestro galardon es grande en el reino de los cielos.*

CAPITULO XI.

Una de las cosas que mas suele mover los hombres al trabajo es la esperanza del premio, tanto mas cuanto lo esperan mayor. Porque como sea tan grande la fuerza del proprio amor, todas las veces que se le pone delante algun bien, da de espuelas al corazon para que se ponga al trabajo por alcanzarlo. Por donde parece que una

de las cosas que es mas parte para inclinar nuestro corazon al amor de la virtud, es la grandeza del galardon della. Con este convida hoy en el Evangelio el Salvador á sus discípulos, poniendo á cada virtud su proprio premio; y al fin de todas estas virtudes (á que llama bienaventuranzas) pone por remate del Evangelio estas palabras: *Gozaos, y alegraos, porque vuestro galardon es grande en el reino de los cielos* (*a*). Por lo cual no será fuera de propósito tratar hoy desta materia, así por esta razon, como tambien por la fiesta que hoy celebra la sancta madre Iglesia, de Todos los Sanctos, de cuya bienaventuranza conviene hoy tratar.

Cuán grande sea el premio y gloria de los sanctos, ni la humana elocuencia ni la angélica lo podrán explicar. Porque, como dice el Apóstol (*b*), ni el ojo lo vió, ni la oreja oyó, ni subió al corazon humano la grandeza del premio que Dios tiene guardado para los que le temen. Porque, como dice Sant Gregorio (*c*), ¿qué lengua podrá explicar, ó qué entendimiento comprehender cuáles sean los gozos de aquella ciudad soberana? ¿Qué cosa sea ver á los hombres entre los ángeles, ver la cara de Dios, gozar de aquella luz infinita, y vivir en perpetuo contento sin recelo de la muerte?

Mas dado caso que ninguna destas cosas se pueda explicar como ella es, todavía por algunas conjecturas podemos rastrear algo de lo que allí hay. La primera sea la consideracion de la excelencia del artífice desta obra. La segunda el tiempo que en ella gastó. La tercera el fin para que la aparejó. La cuarta la generosidad de ánimo deste Señor. La quinta el precio que nos pide por ella. Digamos pues algo, haciendo discurso por estas conjecturas.

Cuanto al artífice desta obra, es el mismo Dios, cuyo saber, poder, bondad es sin número, en todo infinito; cuya obra es todo lo criado, visible é invisible. Si los oficiales de la obra que procuramos entender son estos tres, poder infinito, saber infinito y bondad infinita, ¿cuál será la obra que saldrá desta oficina, tomada muy de propósito; donde el Espíritu Sancto con su bondad infinita quiere dar á los hombres todo género de descanso, gozo y gloria; y el Hijo con su infinita sabiduría sabe ordenar en qué y cómo; y el Padre con su infinito poder puede dar el cumplimiento de la obra, segun que la quiere el Espíritu Sancto por su bondad, y la dispone el Hijo por su saber? ¿Qué obra saldrá de artífice de infinito poder, saber y bondad? ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Jacob; y tus tiendas, Israel, dice el Profeta (*d*), como los valles con arte plantados de frescas arboledas, como los reales jardines junto á los rios, y como los cedros plantados junto á las corrientes de las aguas, como los edificios fundados por mano de Dios, y no de los hombres! Concluye desta manera el Profeta, dando á entender que lo que va de Dios á los hombres, eso va de obras de Dios á obras de hombres.

Esto parecerá mas claro, si consideramos que ha millares de años que entiende Dios en esta obra; porque luego que comenzó este mundo, comenzó Dios esta obra, y nunca alzó mano della, ni la alzará miéntras durare el mundo. De toda la fábrica deste mundo visible, dice el Sabio (*e*), el que vive en todas las eternidades crió todas las cosas juntas. Y David (*f*): El lo dijo, y todo salió luego á luz, del no ser al ser; él mandó, y con solo querer, todo fué hecho. De manera que no gastó mas tiempo en hacer que en querer. Mas en esta altísima obra ¿cuánto la procuró desde Adam, y por todos los patriarcas y profetas, por los cuales prometió enviar á su Hijo al mundo á proseguir esta obra? Despues de venido, ¿qué le costó? ¿Cuánto predicó y trabajó, y cuánto sudó? ¿Cuánta sangre derramó? Poneos á considerar cuánta sea la variedad de los sanctos que hasta agora ha habido, cuánta su multitud, de todos estados y profesiones, y de todas edades; todos fuéron piedras vivas para asentar en aquel templo vivo y en aquella ciudad de paz, labradas con tantas diferencias de labores, cuantas maneras de virtudes y gracias obró en ellos el Espíritu Sancto. Pues si este mundo, que en tan breve espacio fué criado, salió tan acabado y hermoso (como vemos), ¿qué tal será esotro espiritual mundo, en el cual tantos millares de años se empleó y emplea hoy la omnipotencia, la infinita sabiduría y bondad de Dios?

Consideremos tambien el fin para que fué ordenada esta obra, que fué para glorificar allí al Señor, y para honrar á todos sus escogidos. Mas para esta consideracion es necesaria otra; y es, considerar cuán á su cargo toma este Señor de honrar á los que le honran, y cuánto desto se precia. Esta consideracion excede á nuestro entendimiento. Consideremos cuánto suele honrar el Señor aun acá á sus amigos, pues puso debajo de su obediencia todas las criaturas deste mundo. ¿Qué cosa fué ver al capitan Josué (*g*) mandar al sol que detuviese su curso, y que así parase, como el bien mandado caballo subjecto á las riendas que lleva en su mano el que le gobierna? Dice la divina Escriptura: Aquello acaesció así obedeciendo Dios á la voz del hombre. ¿Qué fué ver al profeta Isaías (*h*) dar á escoger al rey Ecequías, qué queria que hiciese del mismo sol; si le placia mas que le mandase apresurar su carrera, ó que se volviese atras? Qué cosa mas admirable que ver á un hombre puesto en la tierra obrar en el cielo, y que le obedezca el curso de los planetas, y el movimiento del cielo; alterar los caminos y leyes de los orbes celestiales, tan inviolablemente guardados en todos los siglos? Y siendo el sol en esta gran máquina celestial como el timon ó gobernalle por el cual ese grande piloto Dios gobierna y rige este mundo visible, que entregue este Señor este gobierno universal en las manos de un hombre que á su albedrío le vuelva y revuelva, ¿no es cosa que excede toda admiracion humana? Y no se ha el Señor con sus amigos como se usa acá, que suele salir verdadero el proverbio que dice: A muertos y á idos no hay amigos; como á Dios todo le es presente, no solo honra á sus amigos vivos, acá delante de los hombres, sino (de ordinario) mucho mas despues de muertos honra sus huesos y cenizas, y el lugar adonde se pudrió su cuerpo. ¿Quién no engrandece al Señor, viendo cómo honró el lugar de los huesos de Eliseo (*i*), en cuyos huesos secos escondió virtud para dar vida y resuscitar al muerto? Quién no conoce el cómo honra Dios á sus sanctos, viendo cómo cada año se dividia la mar, y huian las aguas en el dia del martirio de Sant Clemente por espacio de tres millas (una legua), para que entrasen los hombres á reverenciar el lugar y sepultura de un hombre muerto, que en su vida habia honrado á Dios y padescido trabajos por él? Las

(*a*) Matth. 5. (*b*) 1. Cor. 2. Isaí. 64. (*c*) Vid. tom 1. lib. 4. cap. 26. (*d*) Num. 24. (*e*) Eccl 18. (*f*) Psalm. 118.

(*g*) Josue 10. (*h*) Isai. 38. (*i*) 4. Reg. 13.

cadenas en que habia sido Pedro encadenado por Dios, quiso el Señor que fuesen honradas con particular fiesta en toda la Iglesia, para que se vea cuán amigo es el Señor de sus amigos, cuán honrador de sus honradores, á los cuales así honra en vida y en muerte, á sus almas y á sus cuerpos, y á las mismas prisiones, y á sus ropas, zapatos, cilicios, porque tocaron á sus cuerpos. Mas todo esto ¿qué es, pues á la misma sombra de Pedro dió virtud para dar salud (*k*)? ¡Que lo ménos que puede ser en el honrador de Dios, honre el Señor tanto, que le dé virtud para que dé salud y vida, la cosa mas preciada que hay acá! ¿Esto no es dar á la sombra de Pedro una manera de omnipotencia? No se contentó de haberla dado á Pedro, sino á su sombra tambien.

Si en tanta manera es el Señor amigo y honrador de los que le honran, aun en este destierro, que no es el lugar de premiarlos, sino de trabajar y merescer; ¿qué tal será aquel lugar que él tiene aparejado para honrarlos de propósito, y premiarlos de manera que al mismo Dios crezca honra de las honras que les tiene aparejadas?

Ayudará á dar luz á esta consideracion si añadimos otra. Consideremos pues cuán largo y liberal es este Señor en pagar servicios. ¿Parécete (de lo que queda dicho) si fué bien pagada aquella barca y redes que Pedro dejó por el Señor (*l*)? ¿Fué bien pagada acá la obediencia de Josué á la ley de Dios, pues se honra con mandar que le obedezca el sol, y declarar que Dios mismo obedeció á su obediente? Fué bien pagado (aun acá) Sant Clemente? Pues la pobreza de Sant Francisco ¿quién no la ve hoy enriquecida en todo el mundo? Grande fué el servicio que hizo el patriarca Abraham con aquella asomada de sacrificarle su querido hijo Isaac (*m*). Mas considera tú de qué manera le pagaron acá este servicio. Por aquel hijo le prometió Dios del mismo hijo mas hijos que las estrellas del cielo y que el polvo de la tierra. Y lo que mas es, por el sacrificio de aquel hijo le prometieron el sacrificio del Hijo de Dios, por el cual habian de ser benditas todas las naciones del mundo (*n*). Pues los servicios de David ¿cuán bien pagados fuéron (*o*)? Una vez estuvo pensando hacer una casa á Dios, y luego le envió un profeta á darle los agradescimientos, diciendo que la obra se guardaria para su hijo Salomon, y que su buena voluntad agradecia, por la cual le prometia casa y reino perpetuo (*p*). Todo ésto nos declara la magnificencia del real corazon de Dios en hacer grandes mercedes por pequeños servicios. Siendo pues la gloria una gratificacion y paga universal de todos los sanctos, y el dador de ella tan largo, ¿cuál se podrá imaginar será aquel eterno premio?

Juntad á la consideracion de la largueza de Dios la grandeza del precio que pide por aquella gloria, para que podais por este precio conjecturar qué tal debe ser. No pidió ménos por esta gloria que la sangre y vida de su Hijo, de infinito valor; y no pudo ser menor el precio para venderse de justicia igual. De manera que por las tristezas de Dios se compraron para el hombre los gozos del cielo; y por los trabajos de Dios, acá el descanso de allá para el hombre. Para que el hombre fuese puesto entre los coros de los ángeles allá, hubo Dios de ser puesto entre dos ladrones acá. Díme pues (si se puede decir) ¿cuál es la excelencia del bien que aguarda al hombre; pues para que se te diese fué necesario que Dios fuese preso, azotado y abofeteado, escarnecido y justiciado, y puesto con la mayor afrenta (que pudo ser) en un palo? Más se declara por este medio la grandeza de aquel premio, que por todo lo que habemos dicho ni pueden decir los ángeles. Mas sobre esto, que es la medida y peso, se nos pide como por añadidura y contrapeso que tomemos nuestra cruz, y sigamos á Cristo, y que cortemos los piés y manos que nos fueren escándalo y ocasion de pecado, y así arranquemos nuestros ojos, y que con ninguna obligacion de persona tengamos ley ni amistad, que nos sea ocasion de pecado. Neguemos amigos, hermanos, padres, y dejemos hacienda y á nosotros mismos (*q*), y estemos aparejados á padecer ántes mil martirios que cometer una culpa mortal.

(*k*) Act. 5. (*l*) Matth. 19. (*m*) Gen. 22. (*n*) Gen. 22.
(*o*) 2. Reg. 7. (*p*) Psalm. 131.

Y lo que mas es de maravillar, que cuando seamos tales, como nos mandan que seamos, dice aquel tan largo y liberal Señor, que nos da la gloria de balde, habiendo pedido por ella lo último de potencia que se puede pedir. Dice él por Sant Juan (*r*): Yo soy principio y fin de todas las cosas, y daré al que tuviere sed á beber agua de vida, de balde. Y el Apóstol dice (*s*): La gracia y la gloria son dones de Dios, graciosamente dados. ¿Cuál será pues aquel bien por el cual tanto se pide, y despues que todo esto demos, nos dicen que se nos da de gracia; siendo el que lo dice summa verdad y summa liberalidad? Mas porque lo digamos todo en una palabra, este bien es universal, por dos consideraciones. La primera, porque contiene la multitud de todos los bienes; y la segunda, porque es universalmente participado de todos.

Para entendimiento destas dos consideraciones deste bien, se debe notar que todos los bienes desta vida son bienes particulares; porque ninguno encierra en sí todos los bienes, sino una pequeña parte, y el otro otra parte, y todos juntos los que hay en esta vida no dividen en partes lo que hay en aquel todo, que allá nos aguarda; ántes en respecto de aquel todo junto el todo que se divide en los bienes de acá, todo lo que acá se halla, aunque lo juntásemos, sería en respecto del todo que esperamos, ó como nada, ó como la tierra en respecto del cielo; la cual (si creemos á los matemáticos) es como punto de un círculo muy grande.

Todos los bienes que acá se pueden hallar, dividen los filósofos en tres diferencias: honestos, útiles y deleitables. Todo cuanto acá se puede hallar, ha de estar en uno destos tres lugares. O será bien honesto, ó bien de provecho, ó bien de deleite. Mas aquel soberano bien que esperamos, comprehende en sí todas estas diferencias con otra mayor excelencia que se pueden hallar acá en las mismas criaturas. Mayor la luz, que acá se halla en el sol; mayor hermosura, que acá se halla en el campo florido y en el cielo estrellado; mayor dulzura, que acá se experimenta en la miel y azúcar, y en todas las conservas que con estas dulzuras se hacen; mayor honra, que en todas las dignidades y monarquías de acá; y mayor provecho, que en todas las riquezas de la tierra, y de la mar, y de todos los mas preciosos metales y piedras; y mayor deleite y mas limpio, que se puede hallar acá en todos los deleites mas puros del mundo.

(*q*) Matth. 10. (*r*) Apoc. 1. (*s*) Rom. 6.

Es aquel universal bien como sería un árbol grande que llevase todos los fructos, cada cual el mas excelente que se hallase de su especie; como una flor que en diversas hojas tuviese la diferencia de todas las colores, y gracia y olores de todas; y como un manná de todos los sabores; y como un grande piélago y mar, adonde corren y se juntan todos los demas rios. Es finalmente un tal bien, que solo él basta para dar mayor satisfaccion y hartura á nuestra voluntad, que todos los bienes de acá, cuando uno solo los pudiera poseer todos. Así como el sol siendo uno solo es mas bastante para satisfacernos de luz, que la infinita multitud de tan resplandescientes estrellas, con ser unas mas claras que otras; así aquel bien universal es solo mas parte para satisfacer y henchir nuestros deseos, que todos juntos los bienes de acá. Pues si vemos que esta tan grande ventaja hace acá una criatura á otras, ¿cuál será la que hace el Criador de todo, que es este bien universal de que vamos tratando? Decidme pues: si sola una gota de los bienes de acá (siendo todos juntos en respecto de aquel bien infinito, ménos que una pequeña gota de agua en respecto de todas las aguas de los rios y mares, y que han caido sobre toda la tierra), como es una grande honra, una grande hermosura, un grande tesoro, un grande deleite, basta (segun muchas veces vemos) para sacar una persona de juicio, ¿qué sería si un hombre encontrase con un summo bien, en el cual en summo grado estuviesen la summa riqueza, la summa hermosura, la summa honra y el summo deleite, con una firme certeza de que lo habia de gozar para siempre? ¿Aquí no sería menester que Dios fortaleciese el corazon del hombre para que no saliese de tino? Este hallaron aquí por fe y por firme esperanza dél todos los que Dios alumbró; por lo cual ni sabían qué hacer, ni qué dar, ni qué padecer y sufrir á cuenta de alcanzar este bien.

La segunda consideracion de la universalidad deste bien, es ser universalmente participado. Para cuyo entendimiento se ha de notar, que así como los bienes desta vida son particulares, así dan gusto y contento á particulares sentidos. Unos con su hermosura deleitan la vista, otros con su melodía á los oídos, otros al olfato con su fragrancia, otros al paladar con su suavidad y dulzura, otros con su verdad al entendimiento, y otros con su nobleza y bondad á la voluntad; de manera que (por la mayor parte), cada uno de nuestros sentidos del cuerpo y potencias del alma, está casado con alguno destos bienes particulares, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que no quiere admitir otros amores ni deleites, sino los de sus proprios objetos. Mas aquel bien universal infinito, universalmente participado, de que hablamos, communícase y es participado de todas las potencias de nuestra alma, y á todos los sentidos de nuestro cuerpo; de manera que todo el hombre, cuerpo y alma, parte por parte, sentidos y potencias, goza dél sin tasa y sin medida; con tanta abundancia, que así como la tierra harta de agua deja correr la que no puede beber, así el bienaventurado no tendrá parte en su alma ni en su cuerpo que no goce de aquel bien: todo estará empapado en aquella gloria. ¿Cuál se para la cidra cocida en azúcar, sino como un terron de azúcar? Así estarán los bienaventurados en almas y cuerpos gozando de aquel bien universal, y universalmente participado, todos empapados y como endiosados.

Sobre todo debes considerar que toda esta multitud de bienes encerrados en este bien infinito, se perciben y se gozan todos juntamente, sin que el gozo y gusto de una potencia ó de un sentido divierta al otro del gozo de su objecto. No se compadesce esto en los gozos de acá cuando concurren juntos. Es tan estrecha (en el estado desta vida) la capacidad de nuestra alma, que no pueden en ella entrar las cosas juntas, sino como hilo á hilo, y gota á gota, y aun así entradas no se pueden gozar juntas, porque la atencion y gusto de una no da lugar á gozar de la otra. Vemos que si los ojos están ocupados en una hermosura, aunque haya una concertada música, no puede el hombre juzgar y atender á las dos cosas juntamente; una dellas se alza con la atencion, y deja la otra ayunas. Mas en aquella bienaventurada vida son los moradores habilitados por Dios, y hechos capaces para recibir mucho, y gozar muchos juntos, sin que el perfecto gozo de uno impida el del otro sentido ó potencia, que goce perfectamente.

Y deste universal gozo de todas las potencias y sentidos resulta una commun alegría, como una música muy concertada, que resulta de la variedad de las voces. Pues (segun esto) ¿qué será ver allí de una vista la hermosura de aquella ciudad, la multitud de sus ciudadanos, el concierto y órden de sus moradores, la riqueza de aquellos palacios y gracia de aquellos edificios? Qué será ver á Dios, ver la distincion de las tres hierarquías en los nueve coros de los bienaventurados espíritus? Qué será ver la autoridad de aquel sacro senado apostólico, la majestad de aquellos nobles veinte y cuatro ancianos, que vió Sant Juan (*t*), que estaban asentados en sus tronos en la presencia de Dios? Qué será oir aquella música angélica, y aquellos cantores y cantoras; aquella capilla de tanta diferencia de voces, cuanto será el número de los escogidos? Oyó Sant Juan que cantaban esta letra (*v*): Bendicion, claridad y sabiduría, hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza, sea á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. *Amen.*

Y si la consonancia de voces es dulce de oir, ¿qué será ver y experimentar el armonía y concordancia de los cuerpos y almas, y tan á una cantar: *Ecce quam bonum*, etc. (*x*). ¡Mirad qué cosa tan buena y tan alegre ver morar los hermanos en uno, en una paz, conformes en una voluntad, en un amor y de un querer! Y ¿cuánto mas dulce será ver la consonancia y armonía entre los ángeles y hombres, la conveniencia de las dos naturalezas humana y angélica? Mas sobre todo, ¿cuánto mas admirable y dulce la de la naturaleza divina con la humana, la de Dios con la de los hombres? ¿Qué gloria será ver aquel Cordero sin mancilla, siguiéndole tantos coros de vírgenes (*y*) vestidos de ropas blancas, con palmas en las manos, coronados de pureza, con nueva música de letras apropriadas á solos ellos? ¡Oh dichosos y bienaventurados los ojos que vieren tal procesion, y mas bienaventurados los que en ella se hallaren! Oh con cuán breve contienda se gana tan grande gloria! ¿Qué será ver aquellos campos de hermosura, aquellas fuentes de vida, aquellos abundosos pastos sobre los montes de Israel (*z*)? Qué será asentarse á aquella mesa, tener asiento y silla entre tan nobles convidados, y meter la mano con Dios en un plato: esto es, gozar de aquella

(*t*) Apoc. 4. (*v*) Apoc. 7. (*x*) Psalm. 132. (*y*) Apoc. 14. (*z*) Ezech. 34.

misma gloria con la cual él es bienaventurado? Allí comen y gozan, cantan y alaban, entran y salen, gozando de pasto de suavidad inestimable. Allí estará asentado el sagrado coro de los apóstoles; allí el glorioso número de los profetas; allí el ejército poderoso de los mártires, gozando para siempre de sus gloriosos triunfos; allí estarán remunerados los misericordiosos, que recibiendo á su mesa los pobres peregrinos, pasaron sus patrimonios á los tesoros de los cielos (*a*), y echando su pan sobre las corrientes de las aguas, vinieron despues de mucho tiempo á hallar junto lo que por Dios habian derramado.

Este es el premio que Dios tiene guardado para los suyos; por donde no sé yo qué excusa tienen los amadores deste mundo para no procurar este tan grande bien, si no es que todavía están del parecer de aquellos que en los tiempos antiguos decian á los profetas (*b*), que no querian comprar esperanzas de cosas venideras con trabajos presentes; porque todas las promesas de Dios se venían á cumplir á largos plazos. Mas ya esta excusa no tiene lugar, pues no es lo que solia en tiempo de la ley, cuando las esperanzas de los justos miraban muy léjos sus premios, aguardando al Mesías, y la muerte del summo Pontífice de los bienes venideros (*c*), para que por ella se alcanzase perdon á los culpados, y libertad á los desterrados. Con este deseo murieron todos los justos antiguos, como se declara en aquellas palabras del sancto patriarca Jacob (*d*): Tu salud esperaré, Señor, mirándola de léjos. En figura de lo cual mandó Dios á Moises que subiese á lo alto de un monte, y que veria la tierra de promision; y de allí la saludase ántes de su muerte (*e*).

Con esta fe y esperanza salian desta vida los antiguos, certificados que aportarian á la gloria, aunque despues de largos tiempos. De donde se ve cuán mas calificada fué la esperanza de los sanctos antiguos; aunque de mejor suerte y ventura la nuestra; porque ellos para ser perdonados, libertados y premiados, aguardaban la muerte del verdadero summo Pontífice, del Mesías; mas nosotros muy de cerca esperamos nuestro premio en virtud desa muerte ya pasada, al punto que llegue la nuestra, si por nuestra culpa no hay impedimento. De manera que el plazo de nuestras esperanzas no es largo, como el de las esperanzas de los antiguos; por lo cual los malos de aquel tiempo rehusaban servir á Dios, y no les despertaba el amor del premio; porque aunque le creian grande, figurábanle muy léjos. Mas para nosotros es tan corto el plazo, cuan cortas son las vidas, y breves los dias del hombre (*f*). Pues si se tuvo por dichoso el otro filósofo, por haber nacido en tiempo de Sócrates, del cual se le podian pegar algunas buenas costumbres, ¿cuánto es mayor la dicha del cristiano que nació en la ley de gracia, adonde hallamos la mesa puesta por Cristo, el limbo ya cerrado, y el cielo abierto; adonde (si no queda por nosotros), el postrero dia de nuestra breve vida es el primero en la vida eterna?

¡Oh dicha y ventura no estimada ni conocida deste mundo! Al justo aquí comienza su gozo con la consideracion de su cercano premio. No siente el mártir los tormentos con la consideracion de su corona. Decid: ¿por qué un muchacho que es primogénito en una casa rica, es tan estimado, y se le hace tanta cortesía, sin otras virtudes y merescimientos, y desde luego se le ofrecen ricos y honrados casamientos; sino porque le miran como heredero de un grande mayorazgo? Pues si á este, no por poseedor de presente, sino porque se espera que lo será (siendo esto tan incierto, como cada dia vemos, que suelen morirse primero los hijos que sus padres), de presente le honran por lo que por ventura no será; ¿por qué no se tendrá ya por rico y bienaventurado aquel que es heredero de Cristo, el cual cuando nace ya halla que murió, y que para entrar en la posesion de todo este mayorazgo no tiene que aguardar muerte ajena, sino la propria suya? No hay mayor dilacion que la de su propria vida tan breve. Dice David (*g*): Cuando el Señor enviare á sus amados el sueño de la muerte, luego despertarán en la heredad ganada por aquel Señor Hijo Jesucristo, que fué fructo del vientre virginal. ¿Cuál es esta heredad, sino la del reino de los cielos, y el mismo Señor dellos, como lo significó el Profeta, diciendo (*h*): El Señor será su posesion y heredad?

Corramos pues agora que es tiempo, hermanos, y démonos priesa por alcanzar este bien. Desembarazaos de los cuidados de la hacienda, no os engañen las promesas del mundo, no os detengan los halagos de vuestra sensualidad. Cortad de una vez todas las prisiones que os detienen en el mundo, y no os detengais en desatarlas, y volad al puerto de la salud eterna. Desnudos y como os halláredes, tomad este camino; y el que está en lo alto, no baje á tomar nada de su casa (*i*); porque en este negocio toda la priesa es menor que la que nos conviene, y mas lijero correrá el que se hallare mas vacío. Y si os parece que os queda mucho en el mundo, Cristo os es suficientísima recompensa, por cuyo amor no es nada todo lo que se puede dejar. Poned los ojos en que toda la corte del cielo os está esperando. Los ángeles aguardan vuestra venida, y el mismo Señor de los ángeles la procura delante del eterno Padre (*k*). Toda aquella compañía bienaventurada, segura ya de su gloria, está solícita por la vuestra. El Espíritu y la Esposa dicen (*l*): Ven; y el que oye, diga: ven; y el que tiene sed, venga tambien, y beba agua de vida graciosamente.

Mirad cuántos son los que os dan voces y convidan á esta fiesta. El Espíritu Sancto con sus interiores inspiraciones siempre os llama; la Esposa de Cristo, que es la Iglesia, os llama con sus divinos oficios y misterios que cada dia celebra. Los que están ya llamados y asentados á esta mesa por gracia, arden con el celo de teneros por compañeros, y con sus oraciones y lágrimas lo piden á Dios, y os llaman con los ejemplos de sus vidas. El cielo y la tierra, y todo lo que en ellos hay, cada cosa en su manera, nos está llamando, y nos convida á esta fiesta, y nos predica este descanso, y nos promete esta corona, y nos sirven para esta jornada. Entendamos pues cuál sea este bien que nos espera; pues á todo lo criado tiene puesto en cuidado de vernos gozar desde aquí por gracia, lo que allá se nos ha de dar por gloria.

(*a*) Marc. 10. Luc. 18. Eccl. 11. (*b*) Isai. 28. (*c*) Jos. 20.
(*d*) Genes 49. (*e*) Deut. 32. (*f*) Job. 14.

(*g*) Psalm. 126. (*h*) Deut. 18. (*i*) Matt. 24. Marc. 13.
(*k*) D. Cipr. lib. de Mort. cir fin. (*l*) Apoc. 22.

SERMON EN LA FIESTA DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

CAPITULO XII.

Hoy celebra la sancta madre Iglesia, fiesta de la concepcion de nuestra Señora. Y con mucha razon por cierto celebramos el dia en que fué concebida la que fué principio de nuestra vida, puerta de nuestro remedio, llave de nuestra libertad, medianera de nuestra redempcion. Mucha razon tenemos para decir: bendito sea el año, el mes, la semana, el dia, la hora y el punto en que este mundo recibió tanto bien, y fué concebida la que habia de concebir á nuestro Redemptor, la que habia de ser templo vivo de toda la sanctísima Trinidad. Deste templo habla David, cuando dijo (*a*): A vuestra casa, Señor, conviene la sanctidad en la longura de los dias.

Dos casas tuvo el Señor en este mundo muy señaladas, sobre todas cuantas tuvo y tendrá. La una fué sobre todas con excelencia grande, la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, en la cual mora toda la divinidad de Dios corporalmente, como dice el Apóstol (*b*); y despues desta, las entrañas virginales de nuestra Señora, en las cuales moró por espacio de nueve meses. Estas dos casas fuéron figuradas en aquellos dos templos que hubo en el tiempo que duró el viejo Testamento; el uno edificado por Salomon (*c*), y el otro por Zorobabel (*d*), venido el pueblo del cautiverio de Babilonia, adonde habia estado setenta años. Entre estos dos templos hay una conformidad y dos diferencias. Confórmanse en haber sido de un mismo Dios; diferenciáronse en que el primero fué mucho mas rico sin comparacion, y de mas obra y primores que el segundo. La segunda diferencia fué en las fiestas de los dias de sus dedicaciones. El dia de la dedicacion del templo primero, todo fuéron músicas, sacrificios y divinas alabanzas; mas no así en el dia de la dedicacion del segundo, en el cual unos cantaban, y los otros lloraban (*e*). Cantaban los que no habian visto el primero, y parescíales el segundo muy bien; mas los viejos que veian cuánto le faltaba para llegar al otro, lloraban viendo que no se les restituia lo que habian perdido.

Esto nos acontesce hoy en el dia de la dedicacion destos dos templos místicos, llamando dia de la dedicacion al dia de la concepcion de cada uno dellos; porque cada cual en tal dia y punto fué dedicado y consagrado á un mismo Dios. En el dia de la concepcion del Hijo todos cantan, todos engrandescen y alaban á Dios. Las alabanzas deste dichoso dia cantó la sancta vieja estéril y preñada del grande Bautista (*f*), cantó la serenísima Vírgen, y celebró con aquel mas famoso de los Cantares: *Magnificat anima mea Dominum*, etc. Todos confiesan ser obra de solo el Espíritu Sancto, ser vellon empapado con el rocío del cielo, estando toda la era seca, y no haber allí rastro de cosa humana; por lo cual nadie dubdó no poder haber en ella cosa de culpa, y adonde esta no hay, falta la razon de lágrimas, y hay materia de toda alegría y alabanzas del Señor.

Mas en la dedicacion deste segundo templo, que fué el dia de la concepcion de la Madre, unos cantan y otros lloran. Cantan los unos, y dicen: Toda eres hermosa, mi amiga, y no hay en tí mancha (*g*). Otros mirando que no fué esta dedicacion y concepcion como la primera, por sola obra del Espíritu Sancto, sino que hubo de por medio varon, como en todas las concepciones ordinarias, sospechan algo de culpa. Y por esta razon lloran, y dicen con el Apóstol (*h*): Todos en Adam pecaron y tienen necesidad de la gracia de Dios. Mas todos concuerdan que fué luego llena de todas las gracias y divinos dones; porque tal convenía que fuese la que era concebida para concebir al Hijo del eterno Padre.

Para cuyo entendimiento es menester que nos acordemos, que así como ántes que Dios criase al hombre, le edificó la casa y le aparejó morada, así convino lo hiciese con el segundo y mejor Adam. Y como es razon que haya semejanza y conveniencia entre el lugar, casa y persona que allí ha de ser aposentada, así lo hizo Dios con Adam, al cual como habia de formar en grande y excelente dignidad, en sér bienaventurado, así le aparejó lugar convenientísimo, al cual la divina Escriptura llama paraíso de deleites (*i*). Era este lugar de claro cielo, de admirable temperamento, de grandes arboledas, graciosas frescuras, muchos rios, claras fuentes, infinita diversidad de flores y frutas. En medio deste vergel plantado por Dios, estaba con admirable y aventajada hermosura el árbol de vida (*k*). Estaba mas una caudalosísima fuente, adonde brotaba el abismo, la cual en cruz se dividia en cuatro rios que regaban todo aquel vergel y paraíso de deleites. Toda aquesta lindeza de lugar pedia la dignidad de la persona para quien se aparejaba.

Así como para el primer Adam aparejó Dios lugar tan conveniente á su dignidad, así tambien convino que lo hiciese con el segundo Adam, con tanta mayor ventaja y excelencia, cuanto era mas excelente Jesucristo que el primer hombre. Mas este lugar para nuestro segundo Adam no habia de ser terreno y material, sino celestial, como su morador, segun aquello del Apóstol (*l*): El primer Adam de la tierra, terreno; mas el segundo del cielo, celestial. Este paraíso fué el alma de la Vírgen sacratísima, adornada por el Espíritu Sancto, adonde se halla espiritualmente para recreacion del segundo Adam todo lo que habia en el paraíso terrenal para contento del primero. Allí estaba la rosa de la paciencia, el lirio virginal, la violeta de la humildad, la verdura de la esperanza, con todas las diferencias de dones y perfecciones que el celestial hortelano y jardinero habia plantado en su vergel y huerto, del cual dice el que le plantó (*m*): Huerto cerrado eres, hermana mia; huerto cerrado, y fuente con llave. En medio deste paraíso estaba tambien el árbol de vida, que era la palabra de Dios, de la cual su alma sacratísima se mantenia. Allí estaba tambien aquella caudalosísima fuente que riega todo este paraíso, que era la divina gracia, infundida en el alma desta sacratísima Vírgen, con mayor abundancia que en todas las puras criaturas, para que regase este paraíso espiritual; y las plantas de hábitos infusos

(*a*) Psalm. 92. (*b*) Colos. 3. (*c*) 3. Reg. 7. (*d*) 1. Esdr. 5.
(*e*) 1. Esdr. 3. (*f*) Luc. 1.

(*g*) Cant. 4. (*h*) Rom. 3. (*i*) Genes. 2. (*k*) Genes. 2.
(*l*) 1. Cor. 15. (*m*) Cant. 4.

de todas las virtudes, para que cresciesen en frescor y verdura, en flores y fructos de vida eterna.

Cuánta fué esta gracia, cuánto cresció en las virtudes, cuáles fuéron sus merescimientos, no lo puede explicar la lengua humana; mas entendemos que son inefables. La razon por donde esto entendemos es, porque sabemos que la divina sabiduría hace todas las cosas conformes á los fines para que las ordena, y así leemos que escogió á Ooliab para maestro de la fábrica del arca (*n*), al gran Bautista para precursor suyo (*o*), á Pedro para su vicario (*p*), á Pablo para predicador de las gentes (*q*). Y es cierto que á cada cual hizo idóneo ministro del ministerio para que los quiso. De aquí entendemos que pues escogió á esta Vírgen para la mayor dignidad que puede caber en pura criatura, síguese que la previno y dispuso con la mayor gracia y mayores dones. Y así es certísimo que una de las cosas en que Dios mas declaró su bondad, su omnipotencia é infinita sabiduría, fué en la perfeccion y sanctidad del alma de la sacratísima Vírgen. Y si Dios nos infundiese luz para conoscer la perfeccion desta singular obra de sus manos, veríamos cómo en sola esta, mejor que en todo lo criado, resplandescen sus divinas perfecciones y atributos, su poder, su bondad, su saber; de manera que ni el cielo con todos los planetas, con toda la hermosura de sus estrellas, y sol, y luna; ni la tierra con toda la variedad de sus animales, plantas, flores, fuentes, rios y todo lo que añadió el arte; ni toda la grandeza de la mar, y la infinita multitud y varieded de sus peces; ni el aire lleno de aves, mas ni el cielo empíreo lleno de ángeles, con el órden y distinccion de sus hierarquías y coros, y los ministerios y oficios con que sirven á la divina Majestad, todo lo que Dios hizo en las obras de naturaleza, no nos descubririan tanto de las divinas perfecciones suyas, como la perfeccion que él puso en esta sacratísima ánima.

Si dice David (*r*) que es Dios admirable en sus sanctos, ¿cuánto mas lo será en aquella, en la cual amontonó todas las prerogativas, gracias y dones de todos los sanctos? Mas suben de punto á este concepto dos particulares consideraciones. La primera, que se compadezca en una criatura de carne y sangre mayor perfeccion que en el mas alto serafin, y esto ántes que saliese del vientre de su madre á esta luz. No es maravilla que un muy primo oficial haga en plata y oro obras maravillosas, de delicados primores y bien asentadas labores, porque la materia subida da lugar y las sufre; mas que esas mismas y mejores haga en barro, es cosa de mayor admiracion. De ver volar una águila y subirse á las nubes nadie se maravilla, mas todo el mundo se admira de ver andar un hombre sobre una maroma. Que un serafin sea adornado de mil gracias y perfecciones, nadie se admira, por ver que se asientan en una naturaleza espiritual purísima; mas que esas perfecciones y mayores se hallen en una alma vestida de carne, metida en un cuerpo subjecto á tantas miserias, administrada por sentidos corporales, y que no se le pegase dellos nada, y sea mas pura que las estrellas, y pase de un vuelo todos los coros de los ángeles, y exceda á la perfeccion de los serafines, ¿qué cosa puede ser de mayor admiracion?

Que una dama que no entiende en mas que en asistir á la reina, ande pulida y limpia, ¿qué maravilla? Mas que llegue el aseo y limpieza de una mujer que no sale de la cocina entre las ollas, calderas y cazos, y tizones y carbon, á tal extremo que al cabo de sesenta años deste ejercicio anduviese mas limpia, y sin el olor de aquel lugar, que las damas en las galas, ¿no sería cosa mayor que toda admiracion? Pues ¿qué ménos es que esto considerar el alma desta sacratísima Vírgen encerrada en un cuerpo mortal, administrada por estos sentidos corporales, y que en sesenta y mas años nunca ninguno de sus sentidos se le desmandase tanto como un cabello en grueso? Que jamas sus ojos se desmandasen en ver, nunca sus oídos en oir, nunca su paladar en gustar, nunca su lengua en hablar? Que siendo forzoso acudir á todas las necesidades naturales, al sustento del comer, beber, dormir, al tratar, hablar, responder, negociar, y salir de casa, y tratar con las gentes; que todo fuese con tanto compas, peso y medida, que jamas dijese una palabra de mas, ni tuviese un pensamiento, ó un primero movimiento de pesadumbre, ni un afecto, ni tómase un bocado de mas? ¿A quien no pone en admiracion tal concierto? ¿Quién vió jamas tal eloj, tan perfecta uniformidad é igualdad? ¿Qué mayor puede ser la de los mismos cielos?

La segunda consideracion que levanta la admiracion de tan extremada perfeccion, es ver cómo llegó á tanta alteza con tan pocos ejercicios. El apóstol Sant Pablo discurria por el mundo, predicaba á los gentiles, disputaba con los judíos, escribia á los ausentes, socorria á los presentes, padescia injurias, persecuciones, prisiones, cárceles, hambre, sed, calor, frio, desnudez, desagradescimientos, traiciones, naufragios, azotes, piedras; mas esta sacratísima Vírgen no entendia en estas obras, porque la condicion y estado de mujer no lo sufria. Sus principales ejercicios (despues del servicio y criar á su Hijo) eran espirituales; eran obras de la vida contemplativa, no faltando á las de la activa cuando era razon. Pues ¡no es cosa de admiracion, que con tan poco estruendo de obras exteriores, con solo lo que pasaba en silencio dentro de aquel sagrado pecho, dentro de aquel corazon virginal, mereciese tanto con Dios, ganase tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo, que subiese sobre todo lo criado y pasase los serafines! ¿Pues qué pasaria en aquella alma de noche y de dia? Qué maitines, qué laudes, qué consideraciones eran las suyas, qué *Magnificas* cantaba? ¡Quién tuviera ojos para penetrar cuáles eran sus espirituales sentimientos, sus éxtasis, los ardores de aquel virginal corazon, los excesos de divino amor, los resplandores de su entendimiento, y lo que pasaba en el *Sancta Sanctorum* de su pecho! Todo lo veia el Espíritu Sancto, cuando enamorado desta obra de su bondad, decia (*s*): Hermosa eres, amiga mia, hermosa eres; tus ojos son de paloma, demas de lo escondido; esto es, hermosa de fuera, y hermosa de dentro; hermosa á los ojos de las criaturas, y mas hermosa á los ojos de Dios.

¿Cuál sería la maravilla si viesemos un tan excelente músico, que en una vihuela de solas dos ó tres cuerdas ó en un monacordio de solas dos ó tres teclas, hiciese todas las diferencias de obras, y toda el armonía de música que otro buen músico en un instrumento perfecto? No es menor maravilla que esta sacratísima Vírgen con

(*n*) Exod. 36. (*o*) Luc. 1. (*p*) Matth. 16. (*q*) 2. Cor. 3.
(*r*) Psal. 67.

(*s*) Cant. 4.

solo el ejercicio de la vida contemplativa principalmente, y con solo el corazon hiciese tantas y tales obras, y diese tantas y tan suaves músicas á Dios, que le fuese mas agradable que todo cuanto crió, y que todos los ángeles. De aquí se ve cuán poco vale la excusa de los que dicen que no tienen con qué servir á Dios; porque ni tienen hacienda que distribuir por él en obras de misericordia, ni salud y fuerzas para las de penitencia; pues basta que haya corazon con que amar á Dios. ¿En qué entendian aquellos padres antiguos del desierto, sino en las obras de la vida contemplativa? Este ocio es el mayor de los negocios; y este no hacer de manos, es sobre todo lo que se puede hacer. Dentro de sí alaba á Dios el alma; dentro de sí ora, y dentro de sí adora; allí cree, allí espera, allí teme y allí ama; allí se humilla, allí reverencia, allí llora y allí se consuela y alegra; allí hace todas las cosas, tanto mas puramente, cuanto mas ocultamente; y tanto mas agradablemente á Dios, cuanto mas escondidas de los hombres.

Pues tornando agora á nuestro propósito, tal convenía que fuese, y de tal manera convenía saliese á este mundo la que venía escogida para Madre de Dios, para que el medio fuese proporcionado al fin. Donde así como aquel templo de Salomon fué una de las mas famosas obras que hubo en el mundo, porque era la primera casa que se edificaba, no para príncipe de la tierra, sino para Dios del cielo; así convino que este espiritual templo fuese tal, cual convenía para mejor morada de Dios, que fué el templo de Salomon. Llena de toda sanctidad y pureza convenía fuese el alma que se aparejaba para ser morada de Dios. ¿Cuál convenía fuese la carne de la cual habia de tomar nuestra humanidad el Hijo de Dios, sino purísima, libre de toda corrupcion de pecado? Como el cuerpo del primero Adam fué formado de tierra vírgen (*t*), ántes que viniese sobre ella la maldicion que le alcanzó despues del pecado; así convino fuese formado el cuerpo del segundo Adam de otra carne virginal, libre y exempta de toda corrupcion y maldicion de pecado. Por lo cual fué la Vírgen figurada en el arca del Testamento (*v*), que Dios mandó fabricar de madera de Setim, que es incorruptible, para significar la incorrupcion y pureza desta sacratísima Vírgen, arca mística del verdadero manná del cielo, y pan de los ángeles, aquella vara de la raiz de Jesé, sobre la cual se asentó el Espíritu Sancto (*x*).

Tambien fué figura desta Vírgen aquel costoso, hermoso y famoso trono de Salomon (*y*), del cual dice la Escriptura que era de marfil y de purísimo oro, y que no se hallaba semejante obra en todos los reinos del mundo. Ella es el trono de Salomon, de la sabiduría del Padre, del Rey pacífico, pacificador entre Dios y los hombres (*z*). Ella es el huerto cerrado, y fuente sellada (*a*). Ella es la puerta del templo á la parte oriental (*b*). Nadie comió del fructo deste huerto cerrado, ni bebió de las aguas desta fuente sellada, ni entró por esta puerta cerrada, sino el mismo Dios. Solo este Señor poseia á toda esta sacratísima Vírgen; sus potencias, sus sentidos, era su cuidado; su deseo, su amor. Dice el glorioso Augustino: Todas las obras de toda la vida desta Vírgen estuvieron atentas á Dios que residia en el medio de su corazon, segun que de ella dice David (*c*): Dios en medio della, nunca será allí movido; el Señor la ayudará muy temprano en la mañana, ó (como traslada este lugar Sant Jerónimo) luego en el nascimiento de la mañana; esto es, luego en el principio de la vida, adonde fué llena de gracia y de los divinos dones. Tales convenía fuesen los cimientos de la obra que Dios queria levantar en tanta alteza. Si el sancto Job dice de sí (*d*): Del vientre de mi madre salió conmigo la misericordia; ¿qué podrá decir la que habia de ser Madre de la misma misericordia? Pues si Hieremías (*e*) y Sant Juan Bautista fuéron ántes sanctos que nascidos (*f*), el uno para profeta y el otro para precursor, mas que profeta, ¿qué dirémos desta Vírgen, escogida para Madre del Señor de los profetas, pues segun la dignidad que Dios da á uno, le previene con la gracia y suficiencia que es necesaria para hinchir su ministerio?

Esta es la fiesta que hoy celebra la Iglesia para muchos efectos. El primero, para dar gracias al Señor que nos dió esta verdadera Madre, restauradora de mas que nos quitó la primera, que nos fué madrastra (*g*): aquella principio de nuestra perdicion, y esta de nuestra redempcion. Lo segundo, para despertar en nosotros una grande admiracion de la sabiduría, bondad y omnipotencia de Dios, que pudo, supo y quiso poner un tan grande tesoro, y conservarle en vaso tan flaco, y criar la mayor perfeccion en el mas flaco subjeto, cual es el corazon de la mujer. Lo tercero, para aficionar nuestras voluntades, y encender nuestros corazones en amor y devocion de la perfeccion desta sacratísima Vírgen, porque conociéndola, la amemos; y amándola, la procuremos imitar; imitándola, la invoquemos; invocándola, ella nos alcance la gracia, por la cual la veamos despues desta vida en la glória.

(*t*) Genes. 2. (*v*) Exod. 25. (*x*) Isai. 11. (*y*) 3. Reg. 10.
(*z*) Ephes. 2. (*a*) Cant. 4. (*b*) Ezec. 42. (*c*) Psalm. 45.
(*d*) Job. 31. (*e*) Hier. 1. (*f*) Luc. 1. (*g*) Aug. ser. 18. de Sant.

SERMON EN LA FIESTA DEL NASCIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR,

SOBRE EL EVANGELIO DE SANT LÚCAS, CAPITULO SEGUNDO, QUE DICE ASÍ (*a*):

CAPITULO XIII.

En aquel tiempo se publicó un edicto de César Augusto, en el cual mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino, presidente de Siria. Mandábase que todos fuesen cada uno á su tierra, á escribirse y pagar cierta moneda, y profesar obediencia al Imperio Romano. Pues conformándose con esta ley, subió Josef de la provincia de Galilea, y de la ciudad de Nazaret á la provincia de Judea, y á la ciudad de David, que se llamaba Betlem, porque era de la casa y familia de David, para protestar allí con María, esposa suya, que iba preñada. Y acaesció que estando allí, se cumplieron los dias de su parto, y parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y acos-

(*a*) Luc. 2.

tóle en un pesebre; porque no habia otro lugar en aquel meson.

Habia en aquella region unos pastores, que á la sazon estaban velando y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado; y el Angel del Señor vino á ellos, y la claridad del Señor los rodeó, y temieron con gran temor; y díjoles el Angel: No querais temer; mirad que os denuncio unas nuevas de grande alegría, que será para todo el pueblo, que os es nacido hoy un Salvador, que es Cristo, nuestro Señor, en la ciudad de David. Y esta señal os doy, que hallaréis al Niño envuelto en pañales, y puesto en el pesebre. Y luego á deshora se juntó con el Angel una muchedumbre del ejército celestial, que alababan á Dios, y decian: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Y como los ángeles se apartaron dellos, y se fuéron al cielo, los pastores hablaban entre sí, diciendo: Pasemos hasta Betlem, y veamos este misterio que el Señor ha obrado, y nos ha revelado. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María y Josef, y al Niño puesto en el pesebre: y viéndolo, conocieron lo que les habia sido revelado acerca deste Niño; y todos los que lo oyeron se maravillaron, y de las cosas que les habian sido dichas por los pastores; y María guardaba todos estos misterios, confiriéndolos en su corazon. Y los pastores se volvieron, alabando y glorificando á Dios, por todo lo que habian oido y visto, segun que les habia sido revelado. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

§. I.

Consideraciones piadosas sobre este Evangelio.

Vengamos agora al misterio. Uno de los mas dulces pasos de toda la vida de nuestro Redemptor es este, y mas lleno de maravillas y doctrinas. En este dia, dice la Iglesia (*b*), los cielos destilan miel; y en este nos amaneció el dia de la redempcion nueva, de la reparacion antigua y de la felicidad eterna.

Salid pues agora, hijas de Sion, dice la Esposa en los Cantares (*c*), y mirad al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre, en el dia de su desposorio, y en el dia del alegría de su corazon. O ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid agora de todos los cuidados y negocios del mundo, y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos á contemplar á vuestro Salomon, pacificador de los cielos y tierra; no con la corona que le coronó su Padre cuando lo engendró eternalmente, y se le communicó todo, sino con la que le coronó su Madre, cuando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad. Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no sobre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este dia de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el dia de la alegría secreta de su corazon, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redemptor.

(*b*) Eccles. in Offic. Nativ. Resp. 2. (*c*) Cant. 3.

Mas para proceder en este misterio ordenadamente, considera primero los trabajos que la sacratísima Vírgen pasaria en este camino que hizo de Nazaret á Betlem: porque el camino era largo, los caminantes pobres y mal proveidos, la Vírgen muy delicada y vecina al parto, el tiempo áspero para caminar; y por el mal aparejo de las posadas, á causa de ser tantos los huéspedes que de tantas partes acudirian. Camina tú en espíritu esta sancta romería, y con pureza y simplicidad de niño, y con humilde y devoto corazon sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos sanctos peregrinos, y escucha cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios; unas veces orando, y otras dulcemente platicando; y así trocando los ejercicios, vencian el trabajo del caminar. Camina pues tú, hermano, con ellos, para que siendo compañero en el camino y en el trabajo, lo seas despues del alegría y de la gloria del misterio.

Considera la extrema pobreza y humildad que el Rey del cielo escogió en este mundo para su nascimiento; pobre casa, pobre cama, pobre Madre, pobre ajuar, y tan pobre aderezo, que la mayor parte de lo que allí sirvió, no solo fué pobrísimo y bajísimo, sino tambien, como dice Sant Bernardo (*d*), prestado, y prestado de bestias. Tal fué la posada que escogió el Criador del mundo, y tales los regalos y deleites temporales que tuvo aquel sagrado parto, y aquella Vírgen parida.

Estando pues en esta posada, dice el Evangelista que se cumplieron los dias del parto de la Vírgen, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escripturas divinas. Llegó aquella hora de la cual pendia la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado; por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los sanctos. Era la media noche, mas clara que el mediodía (cuando todas las cosas estaban en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta), y en esta hora tan dichosa, sale de las entrañas virginales á este nuevo mundo el unigénito Hijo de Dios, como esposo que sale del tálamo virginal de su purísima Madre. Mas ¿de qué manera salió? Como lo canta la Iglesia, diciendo (*e*): Como sale el rayo de la estrella, sin que pierda de su entereza ni hermosura, así la sacratísima Vírgen nos parió la luz eterna, la cual mas sanctificó á su purísima Madre.

Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias (*f*), y apareció vestido de nuestra carne, y acompañado de todas aquellas penas y miserias (excepto las de ignorancia y malicia), con que nacen los otros hombres. De suerte que ya puede él decir por sí, aquellas palabras del Sabio (*g*): Soy yo tambien hombre mortal como los otros, del linaje terreno de aquel que primero que yo fué formado; y en el vientre de mi Madre tomé substancia de carne, y despues de nascido recibí este aire commun á todos, y caí en la misma tierra que todos; y la primera voz que di, fué llorando como todos los otros niños, porque ninguno de los reyes tuvo otro orígen en su nascimiento:

(*d*) D. Bern. serm. de Passion. post. init. (*e*) Eccles. in pros. Nativ. (*f*) Sap. 18. (*g*) Sap. 7.

todos tienen una misma manera de entrar en la vida, y una manera de salir della.

Considero yo en estas palabras, que si se cuenta por grande humildad en este que habla en persona de rey, contar de sí estas bajezas que tenia communes con los otros hombres, ¿cuánto será mas maravilloso la humildad que haya querido bajar á ellas el Criador de todo? Cuánto mayor maravilla es que se quisiese hacer otro segundo Adam, y que dél se puedan decir entre los hombres aquellas palabras que por ironía y manera de escarnio se dijeron del primero Adam? Veis aquí á Adam como uno de nosotros, que sabe de bien y de mal (*h*). Veis aquí al Salvador del mundo, á la gloria del cielo, al Señor de los ángeles, á la bienaventuranza de los hombres, y á la sabiduría eterna engendrada ántes del lucero de la mañana, que por boca de Salomon tan magníficamente se gloría, diciendo (*i*): No estaban aun criados los abismos, y ya yo era concebida; aun no habian brotado las fuentes de las aguas, aun no se habian asentado todos los montes en sus lugares, ante todos los collados ya yo era engendrada. Veis aquí con principio al que era sin principio. Veis aquí hecho, al que era Hacedor de todas las cosas; que sabe ya de bien y de mal, sabe de lágrimas y de penas, sabe de trabajos, de dolores, ansias y gemidos. De todo sabe, y no poco, sino mucho: pues, como dice Isaías (*k*), él es varon de dolores, y que sabe de enfermedades.

¿Pues qué cosa puede ser de mayor maravilla? ¡Oh Señor Dios nuestro, dice Sant Cipriano (*l*), cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Verdaderamente vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo, ni de la firmeza de la tierra (estando cercada de un cielo tan movible), no de la sucesion de los dias, ni de la mudanza de los tiempos (en los cuales unas cosas se secan, otras reverdecen; unas mueren y otras viven), de nada desto me maravillo; sino maravíllome de ver á Dios en el vientre de una doncella; maravíllome de ver al Todopoderoso en la cuna; maravíllome de ver cómo á la palabra de Dios se pudo pegar carne, y cómo siendo Dios substancia espiritual, recibió vestidura corporal. Maravíllome de tantas expensas, y de tan largo proceso, y de tan grandes espacios como se gastaron en esta obra. En mas breve tiempo se pudiera concluir este negocio, y con una palabra de Cristo se pudiera redimir el mundo, pues con una se crió. Mas bien parece cuánto mas noble criatura sea el hombre racional que este mundo corporal, pues tanto mas se hizo para su remedio.

En los otros misterios todavía hallo salida; mas en este la grandeza del espanto roba todos mis sentidos, y con el Profeta me hace clamar (*m*): Señor, oi tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé pasmado. Con mucha razon por cierto os espantais, Profeta; porque ¿qué cosa mas para espantar, que la que aquí en pocas palabras nos refiere el Evangelista, diciendo: Parió á su Unigénito, y envolvióle en unos pañales, y acostóle en un pesebre, porque no halló otro lugar en aquel establo? ¡Oh venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarse con admiracion en silencio! ¿Qué cosa mas admirable, que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está asentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus piés es la tierra, que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo), le pariese su Madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas acomodado? ¿Qué persona tan baja llegó jamas á tal extremo de pobreza, que por falta de otro mejor abrigo se entrase á parir en un establo, y á poner su hijo en un pesebre? ¿Quién juntó en uno dos extremos tan distantes como Dios y pesebre? ¿Qué cosa mas baja que pesebre, que es lugar de bestias, y qué cosa mas alta que Dios, que está asentado sobre los querubines? Pues ¿cómo el hombre no sale de sí, con la consideracion de dos cosas tan distantes, Dios en un establo, Dios en un pesebre, Dios temblando de frio, Dios envuelto en pañales, Dios llorando?

¡Oh Rey de gloria, oh espejo de innocencia! ¿qué á tí con estos cuidados, qué á tí con el frio y desnudez, qué á tí con las lágrimas, qué á tí con el tributo y castigo de nuestros pecados? ¡Oh caridad, oh piedad, oh misericordia incomprensible de nuestro Dios! ¿Qué haré, Dios mio; qué gracias te daré? ¿Con qué responderé á tantas misericordias, con qué humildad serviré á esta humildad, con qué amor á este amor? ¿Cómo agradeceré tal beneficio? Véome por todas partes cercado de tantas obligaciones, véome como anegado debajo de las olas de tantos beneficios, y no veo cómo salir de la obligacion de tan grande cargo. Antes se me figuraba que merecia mil infiernos el que te ofendia; mas agora, despues de tan nuevos y tan grandes beneficios, ya no hay pena que baste para castigo del que no te ama. Bendito seas para siempre, Dios mio, que con tales cadenas me prendiste, y tales pesas echaste á mi corazon para llevarlo á tí, y con tales beneficios y misterios quisiste encenderme en tu amor, y confirmarme en tu esperanza, y aficionarme al trabajo, y á la pobreza, y á la humildad, al menosprecio del mundo y al amor de la cruz. El Señor, dice el Profeta (*n*), está en su sancto templo: el Señor tiene en el cielo su silla. Pues ¿cómo se trocó el templo por establo? Cómo se mudó el cielo en pesebre? Creo cierto que cuando los sanctos en la contemplacion salian de sí, y quedaban enajenados y transportados en Dios, era considerando esta tan grande maravilla, y esta tan grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que en este caso habia acaescido. A lo ménos los filósofos deste mundo así lo sentian, cuando decian que la predicacion del Evangelio era locura (*o*), pareciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y subjectarse á tan grandes miserias y penas. Pues hasta aquí llegó la bondad, y misericordia, y el amor de Dios para con los hombres, que hizo tales cosas por ellos, que los hombres las tuvieron por locura. Elegantemente dijo un sabio: Amar, y tener seso, apénas se concede á Dios. Así vemos aquí á Dios (ya que no era posible caer este desfallecimiento en él) como salido de sí (á juicio de los hombres), y transportado ó transformado en el hombre: tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor. Plantó

(*h*) Genes. 3. (*i*) Prov. 8. (*k*) Isai. 53. (*l*) Cypr. serm. de Nativ. Christ. per tot. (*m*) Abac. 3.

(*n*) Psalm. 10. (*o*) 1. Cor. 1.

Noe una viña despues del Diluvio, y bebió tanto vino della, que vino á salir de sí, y quedar desnudo y hecho escarnio de su mismo hijo (*p*). Pues así tú, Dios mio, plantaste los hombres en este mundo como vides de una viña, y fué tan grande el amor que les tuviste, que por ellos veniste como á salir de tí, y á quedar muerto y desnudo en una cruz hecho escarnio de tu pueblo.

§. II.

Consideraciones piadosas de las virtudes que se representan en Cristo en el pesebre, y que debemos imitar.

Perseverando mas en la consideracion deste sagrado pesebre, hallarás en él motivos, no solo para el conocimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino tambien para toda virtud. Aquí aprenderás humildad de corazon, aquí menosprecio del mundo, aquí aspereza de cuerpo, aquí aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio (*q*). Sabía muy bien este médico y Maestro del cielo, cuánta innocencia y paz mora en la casa del pobre de espíritu, y cuántas guerras, y desasosiegos, y cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas: y por esto luego desde la cuna y del pesebre (como de una cátedra celestial), la primera licion que leyó, y la primera voz que dió fué condenando la cobdicia, raiz de todos los males, y engrandeciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto, dice un doctor (*r*), nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel establo. ¡Oh dichosa casa! Oh establo mas precioso que todos los palacios reales, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios enmudecida, tanto mas claramente habla, cuanto mas calladamente nos avisa!

Mira pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo no te apartes deste establo donde la palabra de Dios callando llora; mas este lloro es mayor elocuencia que la de Tulio, y aun que las músicas de los ángeles del cielo. Aquel resplandor de la gloria del Padre es envuelto en pañales; mas con que se hayan de limpiar las manchas de nuestros pecados. Aquí la hartura de los ángeles es sustentada con un rayo de leche; mas leche que cria la simplicidad de los humildes, hasta llegar á su madura perfeccion. Aquí se nos vuelve en cebada el pan de los ángeles, con que se sustenten los piadosos jumentos, y se esfuercen á llevar la carga de los mandamientos divinos.

Todos estos bienes, con otros innumerables, nos representa y communica este glorioso misterio: por lo cual con mucha razon exclama un religioso doctor, diciendo (*s*): ¡Oh cuán glorioso y cuán amable es tu nascimiento, Niño Jesus, que sanctifica el nascimiento de todos, reforma la naturaleza dañada, deshace los agravios del enemigo, rompe la escriptura de nuestra condenacion, para que el que tiene dolor de haber nascido condenado, pueda ya, si quiere, volver á renascer salvo (*t*)! Verdaderamente tú eres, Niño misericordioso, á quien sola la misericordia hizo Niño: aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en tí (*v*). Verdaderamente tú, Niño misericordioso, nasciste, no para tí, sino para nosotros: pues nasciendo buscaste nuestro remedio, y no tu acrescentamiento. Por eso es dulce cosa contemplar á Dios Niño, y no solo dulce, sino poderosa y eficaz para curar nuestras llagas.

(*p*) Gen. 9. (*q*) Matth. 5. Luc. (*r*) D. Bern. serm. 5. de Nativ. (*s*) Guarrico Abad. (*t*) Joan. 3. (*v*) Psalm. 84.

Mas con todo esto siempre vuelvo á aquello que mas dulcemente sabe: conviene á saber, que por eso se quiso hacer semejante á los hombres, por ser mas amable á los hombres: porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mí de alegría cuando veo que aquella soberana Majestad vistió la naturaleza divina de mi carne, y me admitió, no para una hora, sino para siempre, á las riquezas de su gloria. Hízose hermano mio el Señor mio: ya el temor que tenia á mi Señor es vencido del amor de mi hermano. Y por esto, Señor mio, de buena gana oigo decir que reinas en el cielo; mas de mejor que naces en la tierra; porque esta consideracion arrebata mi aficion, y la memoria deste beneficio enamora y enciende mi corazon.

Estábase mi Señor en el cielo oyendo las alabanzas y músicas de su gloria, haciendo maravillas en lo alto, y en lo bajo, y en los abismos; yo estaba atollado en el cieno, lleno de miserias y trabajos, y perdida la esperanza de verme libre. El en la gloria, y yo en la miseria; él admirable, y yo miserable. Pues aquel que era admirable á los ángeles, inclinó los cielos, y descendió, y hízose consiliario de los hombres. Trocóse el nombre de Majestad en nombre de piedad, y el que era admirable en el cielo, viene á ser consiliario en la tierra. Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria, é inclinóse al lado donde yo estaba, sin que le pesase. Estaba yo en el profundo del cieno, y él extendió su brazo á la obra de sus manos, y sacóme del profundo de las aguas; y sacado, lavóme; y lavado, vistióme; y vestido, reparóme; y reparado, confirmóme; y del todo me dejó remediado. Dióme la mano cuando nasció, sacóme cuando predicó, lavóme cuando murió, vistióme cuando resuscitó, reparóme cuando subió al cielo, y confirmóme cuando envió al Espíritu Sancto: y así del todo me remedió.

Inefable es la suavidad y misericordia del Salvador, que señaladamente resplandece en su infancia y ternura de sus miembros, y en esta figura de Niño. Está Dios colgado de los pechos de una doncella, liado con una faja; y cuando le desenvuelve su Madre, extiende sus bracitos y piés, sonríese como Niño, y con sus alegres ojos mira á la Madre, halagándola con su semblante; y con ser él un piélago de suavidad, aquí lo hace mas suave la ternura de sus miembros. Esta dulcedumbre es incomparable, y esta piedad inefable: ¡que vea yo á Dios que me crió, hechó Niño por amor de mí! Y á aquel de quien ántes se decia (*x*): Grande es Dios y muy loable, agora se diga de él: ¡Niño es Dios y muy amable!

§. III

Consideraciones piadosas de las virtudes que resplandecieron y ejercitó nuestra Señora asistiendo á este dulcísimo misterio.

Habiendo así mirado al Hijo, pongamos tambien los ojos en la Madre, que no es la menor parte deste misterio. Considera pues el alegría, la devocion, las lágrimas y la diligencia desta Señora, y mira cuán perfectamente ejercitó aquí ambos oficios de Marta y de María. Mira con cuánta solicitud y diligencia sirve en todo lo que pertenece á este Niño; pues ella lo toma en sus brazos, envuélvelo, desenvuélvelo, apriétalo, abrázalo, adóralo,

(*x*) Psalm. 47.

bésalo, y dale la teta. Todo este negocio para ella es lleno de gozo; porque ningun dolor ni injuria hubo en aquel parto.

No hubo allí, dice Cipriano (y), necesidad de baños ni lavatorios que se suelen aparejar á las paridas; porque no habia recibido ninguna injuria la Madre del Salvador, la cuál parió sin dolor; porque la concepcion no fué obra de varon ni con deleite dañoso. El fructo maduro y sazonado soltóse del árbol que lo traia, y no fué necesario arrancar con fuerza lo que voluntariamente se nos ofrecia. Ningun tributo se pagó en este parto, y como no precedió deleite en la concepcion, no hubo usura de dolor en el parto. No convino que la que era innocente fuese afligida de balde. No consentia la divina justicia que aquel sagrario del Espíritu Sancto fuese agraviado con las injurias de las otras mujeres, pues en sola la naturaleza communicaba con ellas, y no en la culpa.

Los aderezos de casa que allí faltaban, aunque los hubiera, no hubiera ojos que los miraran; porque la presencia del Niño así ocupaba los ojos de los que entraban, que en solo él se veia la summa de todos los bienes, y no habia para qué mendigar de las criaturas lo que en sí sola representaba la omnipotente niñez. Mas no faltaba allí el servicio de los ángeles, ni tampoco la presencia del Espíritu Sancto. Allí (sin duda) estaba, allí poseía su palacio, allí adornaba el templo que para sí habia dedicado, y allí guardaba su sagrario, y honraba aquel tálamo virginal, y alegraba con inestimables consolaciones aquella sacratísima ánima, y ojeaba della las injurias de todos los peregrinos pensamientos: de manera que no estaba allí la ley de la carne contradiciendo á la ley del espíritu; ni habia cosa que turbase la paz de su corazon con alguna repugnancia. El Niño mamando á los pechos de la Madre gozaba de aquella leche proveida del cielo; y la fuente del sagrado pecho infundia en la boca del Niño purísimo licor. El corazon de la Madre estaba lleno de tales deleites, que sobrepujaban su entendimiento, creciendo por ambas partes una maravillosa alegría, cuando por un cabo la devocion y humildad de la Vírgen, y por otro la benignidad y suavidad de Dios se encontraban y juntaban en uno. Hastá aquí son palabras de Cipriano.

§. IV.

Consideraciones piadosas, porque en este misterio se manifiesta tanto la gloria y humildad de Cristo Señor nuestro.

Despues de la vista devota del pesebre abramos los oídos para oir las músicas de los ángeles, de los cuales dice el Evangelista, que acabando uno dellos de dar estas tan alegres nuevas á los pastores, se juntó con él una muchedumbre de ejército celestial, y que todos á una voz cantaban por aquellos aires alabanzas á Dios, diciendo: Gloria sea á Dios en los alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. ¿Quién jamas vió juntarse en uno, por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria, como dicen entre sí, estar entre bestias y ser alabado de ángeles, estar en un establo y resplandescer en el cielo? Quién es este tan alto y tan bajo, tan grande y tan pequeño? Pequeño en la carne, pequeño en el establo, y pequeño en el pesebre; mas grande en el cielo, á quien las estrellas servian, grande en los aires donde cantaban los ángeles, grande en la tierra, donde Heródes y todo Hierusalem temia. ¿Pues que quiere decir en un mismo misterio, por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Qué altibajos son estos que juntó en uno la sabiduría de Dios?

(y) Cypr. serm. de Nativ. Crist. cir. init.

Oye agora, hermano, la causa deste misterio. Dos cosas debes considerar siempre en la persona de Cristo; conviene saber, quién era, y á lo que venía. Si miras quién él era, á él convenía toda gloria y toda honra; porque era Hijo de Dios natural, único: mas si miras á lo que venía, á él convenía toda humildad y toda pobreza porque venía á curar nuestra soberbia. Por esto si miras atentamente, hallarás en todos los pasos de su vida sanctísima juntas en uno siempre dos cosas: por una parte grande humildad, y por otra grande gloria. Grande humildad es ser Dios concebido y estrecharse en el vientre de una mujer; mas grande gloria que sea la concepcion por obra del Espíritu Sancto, y la Madre Vírgen ántes del parto, y en el parto, y despues del parto. Grande humildad es nacer en establo; mas grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad es estar entre bestias; mas grande gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como pecador; pero es grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al bautismo entre publicanos y pecadores; mas grandísima es la gloria de abrírsele los cielos, sonar la voz del Padre, y verse sobre él el Espíritu Sancto en figura de paloma: y los pregones y temores de Sant Juan Bautista. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz; pero grandísima gloria fué escurecerse el cielo, temblar la tierra, despedazarse las piedras, abrirse las sepulturas, aparecer los difuntos, hacer sentimiento todos los elementos.

Todo esto era razon que así fuese; porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro convenía á la dignidad de la persona que la curaba: lo uno para quien él era, y lo otro para el negocio á que venía. Por lo uno dijo Sant Juan (z): Vimos la gloria deste Señor (esta fué la grandeza de sus maravillas) conforme á quien él era, unigénito del Padre, y así hacia obras de Dios. Y por lo otro dijo Isaías (a): Vímosle, y no tenia figura de quien era: y deseámosle ver el mas despreciado de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos.

Y puesto caso que lo uno pertenezca á su gloria, y lo otro para nuestro ejemplo; si bien lo miras, verás que así lo uno como lo otro era todo para nuestro bien; porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y con lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto si te escandaliza la humildad de Cristo, para no creer que es Dios el que ves tan humillado, mira la gloria que acompaña á esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la Majestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa parece el nacer Dios de mujer; mas no lo es si miras la gloria con que nace. Indigna cosa parece morir; mas no el morir con tan gloriosas señales. El morir descubrió la grandeza de su bondad, y el morir con tales señales descubre la gloria de su poder. Con lo uno (segun dijimos), edifica nuestras costumbres y nos enciende en su amor, y con lo otro alumbra nuestros entendimientos y nos confirma en la fe. Y por esto no es ménos hermoso este Señor á los ojos de quien lo sabe mirar en su bajeza, que en su gloria. Hermosísimo es en el cielo, y hermosísimo

(z) Joann. 1. (a) Isai. 53.

en el establo; hermosísimo en el trono de su gloria, y hermosísimo en el pesebre de Betlem; hermosísimo entre los coros de los ángeles, y hermosísimo entre los brutos animales.

Considera mas, que si los ángeles en tal dia cantaron y solemnizaron este misterio con glorias y alabanzas, dando gracias por la redempcion que nos vino del cielo, no siendo ellos los redimidos, ¿qué deben hacer los redimidos? Si ellos así dan gracias por la gracia y misericordia ajena, ¿qué deben hacer los que fuéron redimidos y reparados por ella?

SERMON,

EN QUE SE DA AVISO, QUE EN LAS CAIDAS PÚBLICAS DE ALGUNAS PERSONAS DE BUENA REPUTACION, NI SE PIERDA EL CRÉDITO DE LA VIRTUD DE LOS BUENOS NI CESE NI SE ENTIBIE EL BUEN PROPÓSITO DE LOS FLACOS,

compuesto

POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO,

en lo último de sus dias.

AL CRISTIANO LECTOR.

Costumbre ha sido siempre en la Iglesia de todos los ministros de la palabra de Dios, acudir con su doctrina á las necesidades espirituales della; y de aquí procedieron tantos libros que en diversos tiempos se han escripto contra diversas herejías, y otros que trataron de la divina Providencia, contra los que (viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana) la negaron. Y no solo con sus escripturas, sino mucho mas con la doctrina de sus sermones, procuraron ocurrir á estas necesidades, alumbrando y desengañando á la gente de poco saber. Pues considerando yo agora algunas necesidades que se han ofrecido en nuestros tiempos, y á que los predicadores y ministros de la palabra de Dios deben acudir, ya que por causa de la edad no puedo ejercitar este oficio; quise con el favor divino ayudar algo con la escriptura, suplicando á nuestro Señor muy de corazon, quiera él dar virtud á estas palabras, para que prendan en los corazones de los que las leyeren, y les dén luz y conoscimiento de lo que en semejantes ocasiones deben hacer. Y si esta escriptura no bastare para enfrenar á los que en estos casos hablan con poca caridad y mucha soltura, á lo ménos aprovechará á los flacos y pusilánimes, para que ayudándoles nuestro Señor, no desmayen ni desistan de sus buenas obras y sanctos propósitos.

ARGUMENTO DESTE SERMON.

Dos principales males se siguen cuando alguna persona de reputacion de virtud cae en algun error ó pecado público. El uno es descrédito de la virtud de los que son verdaderamente buenos; pareciendo á los ignorantes que no se debe fiar de ningun bueno, pues este que lo parecia vino á dar tan grande caida. El otro es el desmayo y cobardía de los flacos, que por esta ocasion vuelven atras, ó desisten de sus buenos ejercicios. Y en estos casos, así como son diversos los juicios de los hombres, así lo son tambien sus afectos y sentimientos, porque unos lloran, otros rien, otros desmayan; lloran los buenos, rien los malos, y los flacos desmayan y aflojan en la virtud, y el commun de la gente se escandaliza. Pues de todas estas cosas con el favor y ayuda de nuestro Señor pretendo tratar en este sermon, é inducir á todos los fieles á lo que en semejantes casos (segun Dios y toda buena razon) deben hacer y sentir.

CAPITULO XIV.

SERMON DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ÓRDEN DE LOS PREDICADORES, SOBRE ESTAS PALABRAS DE SANT PABLO.

Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego no nuror? (2, Corint. II.) Esto es: *¿Quién está flaco en el espíritu, que yo no me compadezca dél? ¿Y quién se escandaliza, que yo no me abrase?* Nuestro glorioso padre Sancto Tomas en una muy devota oracion, en la cual pide á nuestro Señor muchas virtudes y gracias, una de las principales es, que siendo tantas las alteraciones y mudanzas desta vida, nunca desfallezca entre las prosperidades y adversidades della; sino que en las prosperidades le dé gracias, y en las adversidades tenga paciencia, y así ni en las unas se levante y envanezca, ni en las otras se acobarde y desmaye. Dejemos agora las prosperidades, pues tan fuera están nuestros tiempos dellas, y tratemos de las adversidades de que estamos por todas partes cercados.

Entre estas unas son corporales, como son las guerras, hambres y mortandades; y otras espirituales, que tocan mas en lo vivo, como son las herejías que hacen guerra á la fe, y los malos ejemplos y vida estragada de los malos, que perjudican á las buenas costumbres. Los cuales ejemplos, que son hechos y dichos de los malos, son tan poderosos para dañar, que sus palabras cunden como cáncer, y sus hechos inficionan y matan las ánimas, por las cuales Cristo derramó su sangre. Contra los tales dice Sant Bernardo (*a*): Si el Salvador dió su sangre en precio y redempcion de las ánimas, ¿no os parece que le persigue mas (cuanto en sí es), el que con malas palabras y malos ejemplos aparta las ánimas de su servicio, que el que derrama la sangre que él ofreció por ellas? Y si el demonio se llama homicida en el Evangelio (*b*), porque mata las ánimas, incitándolas á pecar, ¿no será tambien homicida el que con sus malas palabras, mala vida y mal ejemplo hace lo mismo?

Mas entre los malos ejemplos que se ofrecen en la vida humana, el mas dañoso es cuando una persona, tenida en grande reputacion de sanctidad, viene á caer en algun público pecado; porque aquí es donde los buenos lloran, y los malos rien, y los flacos desmayan; y final-

(*a*) D. Bern. in Flor. cap. 192. de Scand. (*b*) Joan. 8.

mente casi todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos.

Contra estos no tengo otra mas eficaz respuesta que la que Sant Augustin da en un caso semejante (*c*), que fué la caida de una persona religiosa, de los que militaban debajo de su regla y compañía. Donde el sancto doctor, predicando contra el escándalo del pueblo, dice estas palabras: Decidme, hermanos, ¿por ventura mi casa es mejor que el arca de Noé, en la cual de tres hijos que este sancto tuvo, el uno fué malo (*d*)? Por ventura es mejor que la casa del patriarca Jacob, en la cual de doce hijos que tuvo, solo se alaba el uno, que fué Josef (*e*)? Por ventura es mejor que la casa del patriarca Isaac, en la cual de dos hijos que le nacieron de un parto, el uno fué escogido de Dios, y el otro reprobado (*f*)? Por ventura es mejor que la casa de Cristo nuestro Salvador, en la cual de doce apóstoles que él escogió, uno le fué traidor y lo vendió (*g*)? Por ventura es mejor que aquella compañía de los siete diáconos, llenos del Espíritu Sancto, escogidos por los apóstoles para tener cargo de los pobres y viudas, entre los cuales uno, por nombre Nicolao, vino á ser heresiarca (*h*)? Por ventura es mejor que el mismo cielo, de donde tantos ángeles cayeron (*i*)? ¿Será mejor que el paraíso terrenal, en el cual los dos primeros padres de todo el género humano, criados en justicia original y gracia, cayeron (*k*)? Hasta aquí son palabras del bienaventurado Sant Augustin.

De las cuales colegimos dos cosas: la una, que no se debe nadie espantar, como de cosa nueva, que en todos los estados, por perfectos que sean, haya algunos pecadores: la otra, que no habemos de juzgar por los que caen á los demas que quedan; como lo vimos en este mismo discurso, donde entre esos que cayeron, quedaron otros muchos que perseveraron en su virtud. Y por aquí entenderémos la poca razon que tienen los que se maravillan y escandalizan cuando alguna persona notable desvara y cae. Porque ¿quién mas sancto que David, varon escogido y conforme á la voluntad de Dios, y lleno de espíritu profético, y vemos cuán feamente cayó? Quién mas sabio que Salomon, que tantos misterios y maravillas alcanzó y escribió, y vemos á qué extremo de mal llegó, pues vino á adorar los ídolos (*l*)?

Y destos ejemplos pudiéramos traer muchos, de que están llenas las historias eclesiásticas: uno quiero referir aquí, que se escribe luego al principio de las vidas de los padres del yermo; y este fué, que un monje que moraba en lo mas apartado de aquel desierto, el cual habia vivido muchos años ejercitándose en grandes abstinencias y virtudes admirables, y recibido de Dios muchas revelaciones, con espíritu de profecía, y con esto, á cabo de muchos años y de muchos sanctos trabajos, recibió de nuestro Señor tan grande favor, que por los ángeles era proveido de mantenimiento; porque llegada la hora del comer, entrando mas adentro de su cueva, hallaba un pan muy blanco y muy suave, que comia dando gracias á Dios, y gastando lo mas del dia en himnos y oraciones. Viéndose pues honrado con tantos favores, vino á reinar en su corazon un pensamiento, de que por el mérito de sus trabajos habia alcanzado tan grandes favores. Y como sea verdad lo que dice Salomon (*m*), que ántes de la caida se levanta el corazon del hombre, comenzó el demonio á solicitarle por esta via, y armarle lazos para la caida. Y dejando aparte el proceso de toda esta tentacion, que fué largo, finalmente vínose á inflamar su corazon con tan grande ardor del vicio sensual, que se determinó de dejar el yermo, y así lo hizo, aunque en el medio del camino le acudió nuestro Señor, y lo revocó de su mal propósito. Por aquí pues verá el hombre la poca razon que tiene para escandalizarse destas caidas de nuestros tiempos, pues son cosas tan antiguas y tantas veces vistas.

Y no es razon que porque unos caigan condenemos á todos los otros, ni por la sanctidad fingida de los unos, juzguémos que todos los otros son tales. En la ley vieja hubo muchos falsos profetas, muchos mas que verdaderos; mas no por aquellos muchos malos dejamos de recibir los que fuéron buenos, como los cuatro mayores, y los doce menores, y algunos otros. Pues si por los muchos malos de aquellos tiempos no se desacreditaron los pocos buenos, mas razon es que no sean desacreditados agora los muchos buenos que quedan, por los pocos que caen.

Tambien al principio de la Iglesia hubo muchos falsos apóstoles, de los cuales se quejaba el Apóstol, diciendo que eran obreros engañosos, y que se transfiguraban en los verdaderos apóstoles de Cristo. Y no es de maravillar, dice el Apóstol (*n*), pues Satanas se transfiguraba en ángel de luz, que sus ministros se atrevan á contrahacer á los verdaderos ministros de Cristo. Mas su fin (dice él) será conforme á sus obras. Pues siendo esto así, ¿cuán grande yerro sería que por la máscara destos falsos apóstoles dejásemos de creer á los verdaderos?

Tambien entre los discípulos de Cristo hubo algunos que se escandalizaron de su doctrina, y se fuéron de su escuela, por lo cual el Señor dijo á los que se quedaron (*o*): ¿Vosotros tambien quereis os ir? A lo cual respondió Sant Pedro por todos: ¿Adónde irémos, Señor, pues tienes palabras de vida? Mas aunque aquellos se escandalizaron y se fuéron, quedaron los doce, y los setenta discípulos que despues predicaron la buena nueva del Evangelio. Tambien entre aquellos sanctos monjes del desierto hubo algunos engañados del demonio; mas no debemos juzgar por estos á otros muchos sanctísimos padres.

Mas descendiendo á las cosas humanas, ¿cuántas veces acaesce que una honrada casada viene á ser comprehendida en un adulterio; mas no por esto luego condenamos á todas las casadas? Y si condenan por algunas á todas, sería desatino; no es menor que por un bueno que cae, ó por un hipócrita que se descubre, luego juzguemos por tales á todos. A este propósito hace lo que acaesció al profeta Elías (*p*) estando en una cueva en el monte Oreb, huido de la reina Jezabel, que lo buscaba para matarlo. Al cual apareció Dios (que nunca desampara á los que son perseguidos por él), y díjole: ¿Qué haces aquí, Elías? El respondió: He celado y vuelto por la honra del Señor Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han desamparado tu ley, y derribado tus altares, y muerto á tus profetas, y he quedado yo solo, y agora búscanme para matarme. A esto le respondió el mismo Señor, y entre otras cosas le dijo: No eres tú solo

(*c*) D. Aug. tom. 2. epist. 137. ad Cler. et Popul. Hipon. circa fin.
(*d*) Genes. 6. (*e*) Genes. 9. Genes. 37. (*f*) Genes. 25. (*g*) Joan. 13.
(*h*) Act. 6. (*i*) Apoc. 12. (*k*) Genes. 3. (*l*) 2. Reg. 11. 3. Reg. 4. 3. Reg. 11.

(*m*) Prov. 18. (*n*) 2. Cor. 11. (*o*) Joan. 6. (*p*) 3. Reg. 19.

(como piensas) en quien ha quedado la fe conmigo, que en ese pueblo que tú tienes por tan perdido (y lo es), tengo yo guardados siete mil hombres, que no se arrodillan al ídolo Baal. Esto parece pues que se puede con razon responder á los que por la caida pública de uno, piensan que todo es ya perdido, y que no hay que fiar de nadie por bueno que parezca; pues tiene Dios otros muchos siervos escondidos que el mundo no conósce.

Este juicio redunda tambien en daño de los mismos que esto juzgan; porque con esta siniestra opinion que tienen de los buenos, pierden el fructo que pudieran sacar de su doctrina y buen ejemplo, demas de ser este juicio temerario, y de cortos y precipitados entendimientos, é injurioso á los buenos, que deben ser muy reverenciados; pues á sola la virtud se debe la honra y la reverencia. Contra estos milita un decreto del papa Cefirino, el cual hablando destos juicios, dice así: Temeraria cosa es juzgar los hombres los secretos é intenciones de los corazones, y no viendo de fuera sino obras buenas, temeridad es por sola sospecha condenar las personas; pues consta que solo Dios sabe los secretos de los corazones (*q*). Dice Aristóteles que una de las causas por donde los hombres yerran en el juicio de las cosas, es no considerar todo lo que hay en ellas, y moverse fácilmente á determinarlas por mirar algo, y no mirarlo todo. Y este suele ser uno de los medios por donde el demonio engaña á muchos.

Para lo cual tenemos ejemplo en Balaan, y en el rey de los mohabitas, el cual, viendo que Balaan mirando todo el ejército de los hijos de Israel asentado en un valle, y pareciéndole desde allí muy hermoso, le comenzó á bendecir y alabar: indignado desto el rey (que lo habia traido para maldecir al pueblo), le dijo (*r*): Vamos á otro lugar, desde el cual no veas todo este pueblo, sino parte, y quizá de allí le maldirás. Pues esto mismo hace el demonio para engañarnos, haciendo que en estos casos pongamos los ojos en uno solo que cae, y no miremos los muchos que están en pié, y perseveran en la virtud. Y así nos arrojamos muy de priesa á juzgar las cosas sin mas deliberacion. Por donde prudentemente dicen los juristas, que la precipitacion en la determinacion de las cosas es madrastra del juicio de la verdad.

Preguntará pues agora un hombre que desea salvarse, lo que debe hacer en estos acaescimientos. Respondo que (pues el Apóstol dice que á los que aman á Dios (*s*) todas las cosas suceden para mayor bien suyo) lo que debe hacer en estos casos, es no condenar á los otros; sino temer á sí mismo, y escarmentar en cabeza ajena, y mirar que si aquel cayó de un estado tan perfecto, mas cerca está de caer el que no es perfecto. Pues de semejantes caidas no toman los siervos de Dios ocasion para estimar á sí y despreciar á los que cayeron, sino para vivir de ahí adelante con mayor temor y desconfianza de sí mismos, diciendo entre sí: Yo soy hombre como aquel, y concebido en pecado como él, y subjecto á las mismas tentaciones que él: ni tengo mas prendas de Dios que él, y navego en el mismo mar que él, sin haber llegado á puerto seguro; ni sé si tengo don de perseverancia hasta la fin; el cual sé que no cae debajo de merescimiento (porque lo da Dios á quien él es servido), ¿pues qué hay en mí para que no corra el mismo peligro que aquel? Por esto muy á propósito me previene el Apóstol, diciendo (*t*): El que piensa que está en pié, mire por sí, no caiga. Si cae David y Salomon, pobre de mí, ¿qué haré yo? Este es pues el fructo que saca el humilde y siervo de Dios de semejantes caidas: mas temor, mas humildad, mayor cuidado de huir todas las ocasiones que le pueden atravesar el pié para caer, y no condenar á muchos por ejemplo de uno.

Y advierta tambien quien en estos casos desea acertar, que no se indigne contra aquel que cayó, ántes se compadezca de su caida, y no pierda la esperanza de su emienda. Porque muchas veces las grandes caidas vienen á ser ocasiones de grandes penitencias y mudanzas de vida. En las vidas de los padres del yermo se escribe de una religiosa que, despues de veinte años de vida perfecta, vino á dar una muy fea caida; y desesperada y aborrecida de sí misma, fué á acabar de perderse al mundo. A la cual un sancto monje, tio suyo, por nombre Abraham, revocó de aquel estado por un medio extraordinario: y fué tal la penitencia que hizo, que en solos tres años que vivió vino á hacer milagros. Pero mas admirable ejemplo es el del rey Manases, de quien cuenta la Escriptura divina (*v*) que hinchó á Hierusalem de sangre de profetas, entre los cuales aserró al gran profeta Isaías. Y por estos pecados fué llevado preso á Babilonia, y puesto en hierros (*x*); donde la pena le abrió los ojos que habia cerrado la culpa; y hizo tal penitencia, que por ella no solamente fué perdonado y librado de la cárcel, mas tambien restituido en su reino, habiéndolo dejado tan estragado y ocupado de idolatrías, que por estos pecados (de que él fué causa), siendo él perdonado, el reino fué destruido, y llevado á Babilonia cautivo: tan grande es la misericordia de Dios, y tanto puede para con él la penitencia despues de muy grandes culpas. Lo cual he dicho para que nunca desconfiemos de la caida de nadie, por grande que sea.

§. I.

Del sentimiento que los buenos tienen en las caidas de sus prójimos, y de la alegría de los malos.

Lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para remediar el daño que destas caidas se suele seguir, que es perderse el crédito de la virtud. Mas agora tratarémos de los otros efectos que de aquí suelen seguirse (segun arriba tocamos), que son llorar los buenos, y reir los malos, y desmayar los flacos.

Tratemos primero de las lágrimas de los buenos, las cuales proceden de la naturaleza y condicion de la caridad, de la cual virtud dice el Apóstol (*y*) que no se alegra con la maldad, mas alégrase con la verdad. Porque como los buenos aman á Dios sobre todas las cosas, y á los prójimos como á sí mismos, no pueden dejar de sentir los males dellos, y mas los espirituales que tocan en lo vivo; y por esto tienen muchas causas por qué llorar.

Lloran, porque sienten la muerte del ánima que cayó; lloran, porque el justo se desvió del camino de la justicia; lloran, por ver que el que era hijo de Dios, se hizo, pecando, esclavo del demonio; lloran, por ver que aquel lobo infernal arrebató una oveja de la manada de Cristo, y se la tragó; lloran, por ver diminuido el reino de Cristo, y acrescentado con un vasallo mas el del demonio; lloran, por ver que una estrella que resplandecia y alumbraba con la luz de su buen ejemplo, se eclipsó y escu-

(*q*) 1. Reg. 16. (*r*) Num. 23. (*s*) Rom. 8.

(*t*) 1. Cor. 10. (*v*) 4. Reg. 21. (*x*) 2. Paralip. 33. (*y*) 1. Cor. 13.

reció; lloran, por ver la esposa de Cristo adúltera con el demonio; lloran, porque conocen la pérdida que le vino con el pecado; porque sale Dios por la una puerta, y el demonio se entra por la otra, y se apodera de la posada: de manera que la que era templo vivo del Espíritu Sancto, se hace cueva de serpientes y basiliscos. Esta es la causa del dolor y sentimiento de los buenos cuando ven los pecados de sus prójimos, mayormente los de aquellos que habian de ser luz y guia de los otros.

De aquí procedian las lamentaciones de Hieremías, en las cuales lloraba tan amargamente los pecados de su pueblo, que vino á decir aquellas palabras de tanto sentimiento (*z*): ¡Oh vosotros que pasais por este camino, mirad si hay dolor semejante á mi dolor! Y no ménos lloraba Isaías esta calamidad, sin querer admitir consolacion alguna, sino hartarse de llorar los males de sus prójimos, y los castigos dellos. Y dice así (*a*): Nadie trate de consolarme, porque mi dolor es tan grande, que no admite consuelo. De aquí tambien procedieron las lágrimas del Apóstol (*b*), que derramaba por los que pecaron y no hicieron penitencia de sus pecados, como lo escribe á los de Corinto. De aquí el dolor que muestra en la epístola á los de Galacia, diciendo (*c*): Hijuelos mios, que torno á pariros de nuevo con dolores, hasta que Cristo sea formado en vosotros. Mas todo esto es poco en comparacion de lo que escribe á los romanos (*d*), haciendo un solemne juramento, y trayendo al Espíritu Sancto por testigo de lo que afirma, diciendo que era continuo el dolor y tristeza de su corazon, por ver la ceguedad de los judíos sus hermanos; ofreciéndose á ser anatema de Cristo por amor dellos: que es carecer por algun tiempo de todos los bienes y riquezas que esperaba de Cristo. Pues ¿qué diré de las lágrimas de otros sanctos? ¿Con qué lágrimas lloraba Sant Cipriano (*e*) las caidas de los que por temor de los tormentos de los tiranos habian negado la fe? ¿Cuál era el sentimiento de nuestro padre Sancto Domingo, de quien se escribe (*f*) que se derretian sus entrañas, como la cera en el fuego, con el celo y dolor de la gente que perecia, por sus pecados? Cuál el de su hija, Sancta Catalina de Sena (*g*), la cual con un nuevo y extraño encarecimiento y dolor de la perdicion de las almas, pedia á su Esposo que atapase con ella la boca del infierno para que ninguno entrase allá?

Es tambien admirable el sentimiento del sancto profeta Esdras, que redujo el pueblo de Israel del cautiverio de Babilonia á Hierusalem (*h*), el cual viendo el pecado que el pueblo habia hecho, casándose con mujeres gentiles contra la ley de Dios, fué tan grande su sentimiento, que rasgó sus vestiduras hasta la misma camisa, y arrancó los cabellos de su cabeza, y mesó los pelos de su barba; y prostrado ante la presencia de Dios, extendiendo sus manos, dijo que se confundia y avergonzaba de levantar sus ojos ante la divina Majestad: y esto no por sus pecados proprios, que no los tenia, sino por los de su pueblo.

Para que por este ejemplo vean los hombres desalmados que triunfan y hacen fiesta en las caidas de sus hermanos, cuán léjos están deste afecto y sentimiento. Lo cual tengo por una grande señal de reprobacion, así como lo contrario es señal de predestinacion. Y esto se puede entender por aquella vision del profeta Ecequiel (*i*), en la cual le mostró Dios en espíritu seis hombres como puestos para pelear, entre los cuales estaba uno vestido de lienzo, y traia unas escribanías colgando de la pretina, como escribano, y á este dijo Dios que fuese por medio de la ciudad de Hierusalem, y pusiese una señal ó letra que llaman *Thau*, desta forma, *T*, sobre las frentes de los que hallase llorando y gimiendo por las ofensas y abominaciones que se hacian contra Dios. Y á los seis soldados mandó que fuesen por la ciudad, y que á todos los que viesen sin esta señal en la frente pasasen á cuchillo, sin piedad de sano y enfermo, hombre ni mujer, viejo ni mozo, y á ninguno perdonasen, comenzando desde el sanctuario. No señaló lugar material de la ciudad, sino calidad y estado, como si dijera: Comenzad por los ministros de mi casa, por el summo Pontífice, por los cardenales y obispos, por los prelados y curas, por los frailes y clérigos. Por lo cual entiendo (como dije) ser este gemido y sentimiento una señal de predestinacion. Estas lágrimas eran de varones sanctos y honradores de Dios.

Mas, ¿qué dirémos aquí de las lágrimas del mismo Señor de los sanctos, el cual sabemos que lloró sobre la misma ciudad de Hierusalem (*k*), no tanto por la destruicion de los costosos edificios, cuanto por la causa, que fué el pecado de no haber recibido á su Salvador? Pues, ¿qué cosa mas admirable y mas digna de la bondad de Dios, que llorar el mismo juez ofendido los pecados que contra él se cometieron, y las penas con que se habian de castigar?

¿Qué diré tambien del sentimiento de los mismos ángeles, especialmente de los de nuestra guarda, cuando ven miserablemente caidos á los que ellos tan solícitamente guardaban? Sobre lo cual dice Sant Augustin hablando con Dios (*l*): Señor, cuando hacemos buenas obras alégranse los ángeles, y entristécense los demonios; mas cuando las hacemos malas alegramos á los demonios, y privamos (cuanto en nosotros es) de su alegría á los ángeles. Porque, como ellos se alegran cuando un pecador se levanta y hace penitencia (*m*), así los demonios se alegran cuando un justo cae y desampara la penitencia.

Y para confirmacion desto no dejaré de referir aquí lo que acaesció á uno de aquellos sanctos padres del yermo, el cual, despues de haber llegado á la cumbre de las virtudes, comenzó á envanecerse, y atribuir á sus merescimientos y trabajos la sanctidad que tenia: y conociendo esto el demonio, que entiende cuán cerca está la caida del que así se levanta, tomó forma de mujer de buen parecer, y llegando á boca de noche á la cueva del monje, lloraba y rogaba le diese lugar en ella, porque en aquella noche no la despedazasen las fieras. Vencido él de la piedad, la recibió. Luego el enemigo lo comenzó á inflamar con un fuego infernal; y tanto pudo, que finalmente el desventurado, vencido de la furiosa pasion, extendió los brazos para abrazarla: y luego el demonio dió un grande y terrible aullido, y deshízose en el aire como sombra, dejando burlado al miserable, cautivo de su pasion. Estaba allí una gran cuadrilla de demonios esperando este suceso, y vista la victoria, levantaron voces de grandes risadas, diciendo: ¡Ah, monje, monje,

(*z*) Tren. 1. (*a*) Isai. 22. (*b*) 2. Cor. 12. (*c*) Galat. 4. (*d*) Rom. 9. (*e*) S. Cypr. serm. de lapsis. (*f*) Eccls. in Offic. (*g*) In ejus vita. (*h*) 1. Esdr. 9.

(*i*) Ezech. 9. (*k*) Luc. 19. (*l*) D. Aug. in Soliloq. tom. 9. cap. 27. (*m*) Luc. 15. Prov. 18.

que te levantabas hasta el cielo! ¿cómo has caido en el infierno? Aprende pues, aprende que el que se levanta será humillado. ¿Veis pues por este ejemplo el alegría y fiesta que hacen los demonios en nuestras caidas? Veis cumplido lo que dice Sant Augustin (*n*), que como los ángeles se alegran cuando un pecador hace penitencia, así los demonios, capitales enemigos nuestros, se alegran y triunfan cuando un justo desampara la penitencia.

Pues si esta alegría es propria de los demonios, enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos juzgar de los que en estas caidas se alegran, sino que tienen el espíritu de los demonios, pues así se alegran como ellos? Y si la alegría de los demonios nace de ser enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos aquí juzgar de los que así se alegran, sino que son enemigos de Dios y nuestros? Porque si fueran amigos llorarian nuestros males, y no se alegrarian con ellos. Dijo nuestro Salvador (*o*) que Zaqueo, el publicano, y de linaje de gentiles, era hijo de Abraham, porque imitaba las costumbres de Abraham. En la Escriptura sancta, de aquel se llama uno hijo, cuyas obras imita; pues ¿cuyos hijos llamarémos á estos que imitan al demonio, y se alegran de lo que él se alegra, y hacen fiesta de lo que él la hace, sino del mismo demonio?

Estos con sus escarnios son impedimentos de la virtud, ponzoña del mundo, escándalo de los flacos, compañeros de Heródes, que buscan á Cristo en las ánimas de los nuevos para matarlo; lobos vestidos de piel de oveja para engañar; zizania que ahoga la simiente de la palabra de Dios, porque no crezca en las ánimas: hombres desalmados, que no tienen de cristianos mas que la crisma, y la fe y esperanza muertas: para que por esa fe que tienen sean juzgados y condenados cuando desta vida partieren.

Cuán diferente era el espíritu y ánimo del grande emperador Constantino, de quien se escribe esta tan memorable sentencia: Si viese caido un sacerdote en algun pecado, yo mismo le cubriera con mi manto, por evitar el mal ejemplo y escándalo que de aquí se sigue á los flacos. Pues considerando el Apóstol estas caidas, y sintiendo el escándalo que de aquí se seguia á los flacos, dice (*p*): ¿Quién está flaco que yo no lo esté? ¿Y quién se escandaliza que yo no me abrase? ¡Quién tuviera ojos para ver de la manera que ardian las entrañas deste apóstol, cuando veia una ánima, por quien Cristo derramó su sangre, caer del estado de la gracia, en las uñas y garganta del dragon infernal! Esto sentia tambien el real profeta David cuando decia (*q*): Consumíame viendo á los prevaricadores. Dando á entender el sentimiento de su corazon, viendo las maldades que se cometian contra Dios.

§. II.

De la gravedad del pecado del escándalo, y de cómo Dios lo castiga.

Mas ¿quién declarará con palabras la gravedad deste pecado que llamamos escándalo? Y por escándalo no entendemos aquí la admiracion y espanto que los hombres conciben con semejantes caidas, sino que por este término (escándalo) entendemos en rigor de teología, cualesquier palabras y obras con que damos á otros motivos para pecar y apartarse del camino de la virtud. Pues cuán grande sea este pecado decláralo el Salvador en el Evangelio por estas palabras (*r*): Quien quiera que escandalizare uno destos pequeñuelos que en mí creen, seríale mejor que con una piedra de molino fuese sumido en el abismo de la mar. ¡Ay del mundo por razon de los escándalos! porque supuesta la malicia de los hombres, no pueden faltar escándalos; mas miserable de aquel por quien el escándalo viene.

Ni faltan ejemplos para declarar la gravedad deste pecado. Todos sabemos cuán grande fué el pecado de David cuando tomó la mujer ajena, y mató á su marido (*s*); y lo que nuestro Señor encareció en este pecado, fué el escándalo, diciendo: Porque diste motivo á las naciones comarcanas de blasfemar el nombre del Señor, poniendo mácula en él, y diciendo que era injusto, pues habia escogido para rey de su pueblo un hombre que tales insultos cometia. Y por esto le envió el mismo Señor á decir que el niño que habia nacido de aquel adulterio, moriria en pena deste escándalo. Y por mas oraciones que hizo David, y mas lágrimas que derramó por la vida de aquel niño, nunca Dios le quiso oir.

Y aunque este es un grande argumento de la malicia deste pecado, otro quiero contar de dos sacerdotes, hijos del summo sacerdote Helí; los cuales usaban tan mal del oficio sacerdotal, que retraian los hombres del culto y servicio de Dios. Y así dice la Escriptura (*t*): En gran manera era grande el pecado destos dos mozos delante de Dios; porque escandalizados los hombres dejaban de sacrificar. En este tiempo habló el Señor al muchacho Samuel (*v*), mandándole que dijese á Helí que él haria un tan grande castigo en el pueblo de Israel, que quien quiera que lo oyese le retiniesen las orejas; porque sabiendo él el escándalo que sus hijos daban al pueblo, no los castigó con el rigor que el caso pedia. Y el castigo que de ahí á poco se siguió fué, que viniendo los filisteos á hacer guerra á los hijos de Israel, en la primera batalla les mataron cuatro mil hombres (*x*); por lo cual los capitanes del ejército enviaron por el arca del Testamento, en que tenian puesta su confianza, para que los defendiese de sus enemigos. Traida pues el arca, sucedió el negocio tan al reves de lo que pensaban, que trabada la batalla (cosa de grande admiracion) los filisteos mataron treinta mil hombres de los hijos de Israel, y prendieron el arca del Testamento; y los dos sacerdotes, hijos de Helí, que venían con ella, murieron en la misma batalla; y la mujer del uno dellos, oyendo las nuevas de la muerte de su marido, luego malparió, y murió en el parto; y el summo sacerdote (que era ya muy viejo) oidas estas tan tristes nuevas, y mas la prision del arca (que sobre todo sintió), estando sentado en una silla, cayó de espaldas, y quebróse la cabeza y murió. Por donde se entenderá con cuánta razon habia dicho el Señor, que por aquel pecado de escándalo, él haria un tan ejemplar castigo, que á quien quiera que lo oyese le retiniesen las orejas.

Pues ¿quién oyendo este tan terrible azote no tiembla deste pecado, el cual en cierta manera podemos decir ser el mayor de los pecados, por grandes que sean? Porque todos los otros pecados, aunque sean grandes, no dañan mas que al que los hace; mas este daña á sí y á

(*n*) D. Augus. in Soliloq. tom. 9. cap. 27. (*o*) Luc. 19.
(*p*) 2. Cor. 11. (*q*) Psalm. 118.

(*r*) Matth. 18. (*s*) 2. Reg. 12. (*t*) 1. Reg. 2. (*v*) 1. Reg. 3.
(*x*) 1. Reg. 4.

muchos que aparta del camino de Dios. Pues ¿con qué se satisfará este daño, que es matar una ánima que Cristo compró con su sangre? Porque si oro es lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que esa sangre costó.

Mas con todo esto procure el hombre descargarse desta culpa en la manera que le fuere posible. Del sancto fray Raimundo de Peñafort (que recopiló las Decretales, por las cuales hoy se gobierna la Iglesia) se escribe que tomó el hábito del órden de Predicadores; y la causa fué, porque habia persuadido á un mancebo que no fuese religioso nuestro; y con ser docto, herido con este escrúpulo, parecióle que no tenia otro medio mas conveniente para satisfacer este daño, que tomar él el mismo hábito que habia impedido. En la ley (*y*) antigua mandaba Dios que el que hiriese á una mujer preñada, y la hiciese abortar y malparir, estando ya la criatura en el vientre animada, que pagase con su propria vida la que habia quitado á la criatura. Pues esto mismo hacen los que con escarnios, y vanos temores y mofas, retraen de los sanctos ejercicios á los que han concebido en sus ánimas á Cristo con el buen propósito de servirlo. De donde se sigue, que si estos mofadores se condenaren, no solo padecerán las penas de sus proprias culpas, sino tambien por las de aquellos que pervirtieron. Por lo cual todo entenderá el cristiano cuán justo fué aquel ay, y aquella exclamacion de Cristo, cuando dijo (*z*): ¡Ay del mundo por razon de los escándalos!

Y con ser esta culpa tan grande no faltan algunos cristianos que, ó por ser faltos de devocion, ó por su particular mala inclinacion, tienen una manera de asco y hastío á todos los ejercicios de devocion, y á las personas que los ejercitan, diciendo que son devocioncillas y cosas de mujercillas. Y de aquí nace que cuando sucede alguna caida destas, luego se alegran, y hacen fiesta, y se confirman en la mala opinion que tienen destas cosas. A los cuales está ya promulgado el azote de Dios por Salomon, que dice (*a*): El que se alegra en la caida de su prójimo, no quedará sin castigo. Porque ó en esta vida ó en la otra, será mas rigurosamente castigado.

Y no faltan algunos predicadores que tienen el mismo afecto y disgusto de aquestos; y aun pasan tan adelante, que vienen á vomitar en los púlpitos la poca devocion que tienen en sus corazones; los cuales parece que de mastines que habian de guardar el ganado, se hacen lobos que lo derraman; pues habiendo de animar y esforzar á los flacos, y reprimir las lenguas de los maldicientes, los ayudan con algunas puntadas que dan en sus sermones, con que desmayan y escandalizan los pequeñuelos.

Y para afear esto no dejaré de referir aquí una providencia notable del serenísimo rey de Portugal Don Enrique, el cual siendo cardenal é inquisidor general deste reino, tenia cuidado cuando alguna persona que profesaba virtud y devocion era castigada por el Sancto Oficio, mandar á todos los predicadores que no hablasen palabra alguna con que se pudiese entibiar y enflaquecer la devocion del pueblo. Este era pecho verdaderamente cristiano, muy semejante al que el Apóstol tenia cuando decia (*b*): ¿Quién está flaco, que yo no lo esté, y quién se escandaliza, que yo no me abrase? Pues así temia este príncipe el escándalo que los pusilánimes conciben con las palabras dichas en aquel lugar de verdad. Y si á los predicadores parece bien el celo deste cristianísimo príncipe, procuren imitarlo, y entiendan que su oficio es esforzar los flacos en estas ocasiones, y no desmayarlos; pues basta al diablo su malicia (*c*), sin que ellos la acrescienten favoreciendo á los que por su poca devocion condenan la devocion de los otros.

Estos son los que suelen decir que basta rezar un *Pater noster*, y commulgar una vez en el año, y no curar desas novedades y sanctimonias. Pues ¿qué dirán estos á Sant Pablo, el cual quiere que los hombres hagan oracion en todo lugar (*d*), y en otra parte aconseja hacer oracion sin cesar (*e*)? Y en otro lugar, á los colosenses, repite la misma sentencia por estas palabras (*f*): Daos á la oracion con toda instancia, velando y perseverando en ella con hacimiento de gracias. Pues si Sant Pablo, en quien Cristo hablaba, nos pide tan continua oracion, ¿cómo decis vos que basta un *Pater noster*? Y si no os mueve lo que dice Sant Pablo, muévaos el mismo Cristo, el cual dice que conviene siempre orar sin cesar (*g*). Y en otro lugar, apercibiéndonos y previniéndonos para el dia de la cuenta que todos habemos de dar (pues todos habemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo), nos manda que velemos y hagamos oracion en todo tiempo, para que seamos merecedores de escapar de todas las plagas que han de venir al mundo ántes del juicio final (*h*). Cotejemos pues agora estas palabras y consejos de Cristo con vuestros pareceres. Vos decis que un *Pater noster* basta en este tiempo; Cristo dice tantas veces, como habeis oido, que hagamos oracion sin cesar. Una de dos ha de ser, ó el Evangelio yerra, ó vos errais; pues los pareceres son contrarios. El Evangelio es imposible errar; luego síguese que vos sois el que errais y os engañais. Mas replicaréis diciendo que cuando Cristo lo dijo convenía aquello, y agora conviene lo que vos decis. Bien sabía esto el Hijo de Dios, que es juez de todos los siglos, y no hace la distinccion que vos haceis de tiempos á tiempos; ántes cuanto estos fueren mas peligrosos, tanto mayor necesidad hay destas armas espirituales; como lo mostró el mismo Señor, cuando al tiempo de su pasion armó sus discípulos con ellas, diciendo (*i*): Velad y orad; porque no caigais en tentacion. Pues luego, ¿qué tan grande desatino es al tiempo de la batalla rendir las armas, cuando las hubiérades de tomar? Porque si es gran peligro hacer esto en las batallas corporales, ¿cuánto mayor será en las espirituales, que son mas peligrosas, y donde se aventura mas, que es perder la vida eterna?

Mas á todo lo que hasta aquí se ha dicho me podeis responder: Padre, esta continuacion de oracion que vos alegais de Sant Pablo y del mismo Cristo, no pertenece á los preceptos y mandamientos divinos, sino á los consejos, á que no estamos obligados. Porque en la Iglesia cristiana hay perfectos é imperfectos; hay flacos y principiantes, á los cuales Sant Pablo da leche de doctrina, como á niños (*k*); y esta es la mayor parte del pueblo cristiano. Respondiendo pues á esto, querria yo dar aquí un grande y necesario desengaño á todos los que desean salvarse. Sabed pues que por flacos y principiantes que sean los hombres, están obligados á evitar todo pecado mortal, so pena de estar en mal estado; y entre los mortales el de la fornicacion, que es el mas

(*y*) Exod. 21. (*z*) Matth. 18. (*a*) Prov. 17. (*b*) 2. Cor. 11.

(*c*) Matth. 6. (*d*) 1. Tim. 2. (*e*) Ad Thes. 5. (*f*) Ad Col. 4. (*g*) Luc. 18. (*h*) Luc. 21. (*i*) Matth. 26. (*k*) 1. Cor. 3.

ocasionado. Por donde en el primer concilio que se celebró en la Iglesia, en que se hallaron los apóstoles, en Hierusalem, fué muy detestado este vicio; porque moviéndose en el principio de la Iglesia una grande duda sobre si los que se convertian de la gentilidad á la fe estaban obligados á guardar la ley de Moises (*l*), en este sacro concilio se determinó que no estaban obligados á esta guarda; sino que les mandasen que se apartasen del pecado de la fornicacion, y de comer las carnes sacrificadas á los ídolos. Y es cosa de notar que habiendo otros muchos pecados mortales que todo fiel cristiano está obligado á evitar, de solo este se hizo mencion en aquel primero concilio de la Iglesia nueva. Preguntaréis la causa. Esta es ser este pecado el mas ocasionado de cuantos hay; porque tiene el hombre al enemigo de sus puertas adentro; por donde aunque no haya demonio que le tiente de fuera, la concupiscencia y la mala inclinacion de su carne basta para hacerle guerra continua. La cual inclinacion es tan vehemente, que confiesan los teólogos que en ninguna parte quedó la naturaleza humana mas cruelmente herida por el pecado original, que en esta inclinacion que sirve para la propagacion del género humano. Pues como los apóstoles, llenos del Espíritu Sancto, entendian muy bien esta teología, aquí pusieron mayor recaudo, donde reconocian mayor peligro. Y conformándose el apóstol Sant Pablo con este decreto apostólico, escribiendo á los de Tesalónica les encomienda esta misma guarda por estas palabras (*m*):

Hermanos, ruégoos y pídoos con toda instancia, que procureis agradar á Dios, y vivir de la manera que yo os enseñé; pues bien sabeis (dice él) los preceptos y mandamientos que de parte de Cristo os tengo dados; porque la voluntad de Dios no es otra que la sanctificacion de vuestras vidas, y esta es apartaros de toda fornicacion, para que sepa cada uno conservar su cuerpo con sanctidad y honra, y no con deseos apasionados, como hacen los gentiles que no conocen á Dios; los cuales andan sumidos en el cieno deste vicio carnal. En las cuales palabras veréis cómo resume el Apóstol la voluntad de Dios, y la sanctificacion del hombre en apartarse deste vicio sensual. Por donde considerando aquel grande monje Antonio el estrago que este espíritu de fornicacion hacia en el mundo, tuvo deseo de ver cosa que tanto daño hacia. Al cual apareció en figura de un negrillo muy feo, y así le dijo el sancto: En figura vilísima me has aparecido, por eso de aquí adelante no te tengo de haber miedo.

Digo pues que por nuevo y principiante que sea un cristiano, está obligado á vencer este enemigo tan familiar y tan poderoso, guardando castidad. Y sabemos, como dice Sant Augustin (*n*), que entre todas las batallas de los cristianos, las mas recias son las que militan contra esta virtud, donde es cotidiana la batalla, y muy rara la victoria. Y lo que es aun mas de temer, que no solo estamos obligados á guardar castidad en el cuerpo, sino tambien en el ánima. Ca por esto dijo el Salvador (*o*): Quien viere una mujer y la cobdiciare, ya tiene cometido adulterio en su corazon. Porque en el juicio de Dios todo es uno, la obra y el deseo determinado della, así en el bien como en el mal. Por donde tanto mereció Abraham (*p*), estando con propósito de sacrificar su hijo, como si de hecho lo sacrificara; y así no ménos peca el que desea cometer este pecado, que si por obra lo cometiera. Pues segun esto (como Sant Hierónimo dice) ¿quién se gloriará de tener casto y limpio su corazon, si no procura todas las otras diligencias que se requieren para la guarda desta limpieza?

Entre las armas que nos conviene tomar contra este vicio, la primera es la oracion (de que arriba tratamos), que es arma general contra todas las tentaciones del enemigo. Otra es la templanza en la mesa, porque enflaquecida la carne con la abstinencia en comer y beber, enflaquécense tambien los apetitos y encendimientos que nacen della. Otra es la guarda de los ojos, que son puertas del ánima, por las cuales muchas veces entra la muerte, como entró á David (*q*), y á nuestra primera madre (*r*). Otra es, y muy principal, huir las ocasiones deste vicio, y la communicacion de personas de sospechosa edad, aunque sean virtuosas; porque estas aficionan mas los corazones con la muestra de la virtud. Y es tan grande esta tentacion, que segun Sant Augustin afirma (*s*), en su tiempo vió por esta ocasion caidos cedros del monte Líbano, y guias de la manada y grey de Cristo: esto es, personas de grande sanctidad, enredadas en este pecado, de cuya caida no dudaba yo mas (dice él) que de Ambrosio y Hierónimo. Ved pues agora vos, qué debe de hacer la vara tierna del desierto, cuando ve caidos cedros del monte Líbano. Quiero decir, ¿que deben sentir los que son como cañas vanas, que se mudan á todos vientos, cuando ven estos tan fuertes y tan levantados en sanctidad, tan feamente caidos?

Pues si estos por solo no evitar la ocasion susodicha, dieron tan gran caida, ¿qué será de vos, hombrecillo flaco, que tan léjos estáis desta sanctidad, y decis que para ir al cielo basta un *Pater noster*, sin esas novedades y sanctimonias de algunos? No quiero alegar contra vos otro testigo sino vuestra misma conciencia. Meted la mano en vuestro seno, y examinad los secretos y rincones de vuestro corazon, y ved los que esto decis y haceis, de la manera que guardais la limpieza de vuestra ánima, y muchos hallaréis en quien se verifica lo que dice Sant Pedro (*t*): Tienen los ojos llenos de adulterios y de delitos que nunca cesan. Y dice esto, porque están tan desapercibidos y desproveidos de armas espirituales contra este vicio, que apénas abren los ojos para ver cosas de cobdicia en este caso, que no la deseen. Y esto es lo que llama Sant Pedro delito que nunca cesa; porque por maravilla se ofrece á los tales esta ocasion, que no dén de ojos en ella, por no andar apercibidos con estas armas susodichas.

§. III.

Reprehension de los flacos que por vanos temores aflojan de sus buenos propósitos.

Mas dejemos agora estos, y vengamos á los flacos, de los cuales dijimos que en estas caidas públicas de los buenos, desmayan y desisten de sus buenas obras y devotos ejercicios, por miedo del mundo. Los que esto sienten, y así lo hacen y dicen, mas parece que viven con el mundo, que con Cristo; pues por temor del mundo dejan á Cristo. Debrian los tales acordarse de lo

(*l*) Act. 15. (*m*) 1. Thes. 4. (*n*) Aug. tom. 10 serm. 250. et 23. post. Trin. cap. 2. (*o*) Math. 5.

(*p*) Genes. 22. (*q*) 2. Reg. 11. (*r*) Genes. 3. (*s*) Aug. apud D. Thom. opusc. 64. cap. de Peric. familiar. muli. (*t*) 2. Pet. 2.

que aprendieron en las cartillas, que es ser el mundo uno de los tres enemigos del ánima, no ménos pernicioso que los otros dos. Por donde á este atribuye el Salvador la ceguedad de los príncipes de los judíos (*v*), los cuales conociendo que él era el verdadero Mesías, no lo osaban confesar. Porque, como dice el mismo Señor (*x*), amaron mas la gloria del mundo que la de Dios. Y á otros tambien reprehende por la misma causa, diciéndoles (*y*): ¿Cómo podeis vosotros creer, pues buscais la honra y gloria unos de otros, y no curais de la verdadera gloria que viene de Dios?

Pues con estos juntemos los que por este mismo respeto del mundo no osan declararse con buenas obras por siervos de Cristo. Contra los cuales dice Salviano: ¿Cuál es la honra que tiene Cristo entre sus cristianos, cuando mostrarse uno siervo suyo es caso de ménos valer? Por este miedo humano le negó Sant Pedro (*z*). Y no es tanto de maravillar que hubiese vergüenza de parecer discípulo de un hombre preso y reputado por engañador del mundo; mas vos pasais adelante, porque teneis vergüenza de parecer discípulo de Cristo, confesando que reina en los cielos y en la tierra, y está asentado á la diestra del Padre. Con razon podemos temer que en el dia del juicio tomará Dios á Sant Lorenzo, ó á cualquier otro mártir, y mostrando las señales de las heridas que recibió, os dirá: Este sancto no dudó confesarse públicamente por discípulo mio, aunque sabía cuántas heridas le habia de costar; y vosotros por unas niñerías y vanos temores del mundo, dejasteis de declarar por las obras ser discípulos mios.

De manera que el mundo es honrado de vosotros, desamparando por él á Dios. Si el mundo aprobare nuestro servicio, serviréis á Dios; y si lo reprobare y contradijere, dejaréis á Dios. De modo que en el albedrío del mundo está puesto vuestro servicio para con Dios. Pues ¿cómo no veis cuán grande sea este descomedimiento contra aquella tan soberana Majestad? Contra los tales dice el mismo Señor (*a*): Quien tuviere vergüenza de parecer mi siervo delante de los hombres, yo me despreciaré de tal siervo cuando venga en mi majestad y gloria, en presencia de mi Padre y de sus ángeles. Destos dice Salomon (*b*): *Aversio parvulorum interficiet eos.* Quiere decir: que por temores de niños y de cosas de aire vienen á apartarse del bien. De los mismos dice David (*c*): Por miedo de las saetas de las ballestillas de los niños desisten de los ejercicios virtuosos, dejan las buenas obras, y se apartan de Dios. ¿Qué son sino ballestillas de niños las murmuraciones y nombres ignominiosos con que el mundo persigue á los flacos? Muchos de los cuales son como bestias espantadizas, que sin haber cosa de peligro, se espantan y huyen. Porque bien mirado, sombra es y cosa de aire todo lo que el mundo hace y puede hacer en disfavor de la virtud.

Crece aun este miedo de los pusilánimes y flacos, cuando la caida de algun bueno, ó tenido en tal cuenta, viene á ser castigado públicamente por el Sancto Oficio; porque este es el caso con que mas se acobardan los que aun no están fundados y arraigados en la virtud. Y este es un temor tan contra razon, como si las ovejas tuviesen miedo de su mismo pastor, que es el que con mayor solicitud las guarda y defiende de los lobos. Porque ¿qué otra cosa es el Sancto Oficio sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religion cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y toque en que se prueba la fineza de la doctrina, si es falsa ó verdadera? Y si lo quereis ver, extended los ojos por Inglaterra, Alemania, Francia, y por todas esas regiones septentrionales donde falta esta lumbre de la verdad, y veréis en cuán espesas tinieblas viven esas gentes, y cuán mordidas están de perros rabiosos, y cuán contaminadas con doctrinas pestilenciales. Y ¿qué fuera hoy de España, si cuando la llama de la herejía comenzó á arder en Valladolid y en Sevilla, no acudiera el Sancto Oficio con agua á apagarla? Y por aquí veréis, que como entre las plagas de Egipto fué una cubrirse toda la tierra de tinieblas escurísimas (*d*); mas en la tierra donde habitaban los hijos de Israel habia clarísima luz; así podemos con razon decir, que estando todas esas naciones escurecidas con las tinieblas de tantas herejías, en España y Italia por virtud del Sancto Oficio resplandesce la luz de la verdad. Así que, hermanos, los que sois católicos y dados á los ejercicios de virtudes y buenas obras, no teneis por qué temer. Porque, dice el Apóstol (*e*), los príncipes y jueces de la república no son para causar temor de las buenas obras, sino de las malas. Si quieres no temer este tribunal, haz buenas obras y por él serás alabado. De modo que este sancto tribunal no es contra vos, sino por vos; porque á él pertenece hacer huir los lobos de la manada, y proveerla de pasto conveniente, que es de doctrina sana y limpia de todo error.

Teman pues los malos y los engañadores; mas los que sinceramente buscan á Cristo con las buenas obras y ejercicios virtuosos, no tienen por qué temer. Cuando aquellas sanctas mujeres iban al sancto sepulcro á ungir el cuerpo del Salvador, aparecióles un ángel con el rostro resplandesciente como un relámpago (*f*), con lo cual espantadas las guardas de los soldados cayeron en tierra como muertos; á las sanctas mujeres consoló el ángel con blandas palabras, diciéndoles: *Nolite timere vos.* Como si dijera: Estos enemigos de Cristo y siervos del demonio teman y tiemblen, y caigan en tierra como muertos, pues tienen por qué temer; mas vosotras que buscais á este Señor, y venis á ungir su cuerpo, y á hacerle este devoto servicio (aunque no necesario), no teneis por qué temer, sino por qué alegraros, pues hallaréis vivo al que buscábades muerto, y daréis esta buena nueva á todos sus discípulos. El rey Asuero, que era un gran monarca, tenia puesta pena de muerte á quien entrase en la sala donde él estaba, sin ser llamado. Entró pues la reina Ester sin su licencia (*g*), y viendo al Rey airado, desmayóse y cayó en tierra. Entónces el Rey, como la amaba mucho, la esforzó y consoló, diciéndole que no temiese; porque aquella ley no se entendia en ella, sino en los atrevidos y descomedidos. Pues conforme á esto os digo, hermanos, que el justísimo tribunal del Sancto Oficio no es para que teman los domésticos y familiares siervos de Cristo, sino los ajenos engañados y pervertidos con falsas doctrinas. Y por tanto sabed que la mayor ofensa que le podeis hacer al Sancto Oficio es aflojar en la virtud y buenas obras por este temor tan sin fundamento.

(*v*) Joan. 12. (*x*) Joan. 2. (*y*) Joan. 5. (*z*) Luc. 22. (*a*) Luc. 12. (*b*) Prov. 1. (*c*) Psalm. 63.

(*d*) Exod. 10. (*e*) Rom. 13. (*f*) Matth. 28. Marc. 16. (*g*) Esther 5. et 15.

Mas por ventura dirá alguno destos flacos : veo que una persona que tenia grande opinion de sanctidad, y frecuentaba los sacramentos y oraciones con mucho cuidado, vino á dar en una caida pública, y temo yo no venga tambien este azote por mi casa; esto es lo que me hace desmayar. Pregúntoos yo agora, ¿cuántas personas os parece que habrá en la Iglesia cristiana que se ocupen en buenas obras y sanctos ejercicios sin ninguna ficcion ni engaño, que no han caido, ántes vemos á muchos perseverar en la virtud hasta el fin de la vida? Pues ¿qué seso es poner los ojos en una persona ó en otra que cayó, y no en tantas virtuosas que perseveran? ¿Por qué os ha de mover mas la flaqueza de los pocos para desmayaros, que la constancia de muchos (de que está llena la Iglesia) para esforzaros? Porque es cierto que el Espíritu Sancto que bajó sobre los apóstoles el dia de Pentecostes (*h*), nunca mas desamparó ni desamparará la Iglesia, y así siempre habrá muchos en la Iglesia que sean templos vivos, donde él haga su morada; los cuales despreciando el mundo con sus locos juicios y pareceres, se rijan por este Espíritu y doctrina de la Iglesia. Siendo pues esto así, ¿por qué ha de poder mas con vos la caida de algunos pocos, que la perseverancia de todos aquellos en quien el Espíritu Sancto mora?

Quiero mostraros con un ejemplo cotidiano la poca razon que en esto teneis. Decidme : ¿cuántas mujeres mueren de parto? Diréis que algunas. Pues ¿dejan por esos miedos de casar? Claro está que no. Porque sería gran locura, por las que desa manera peligran, dejar de casar. Porque no se mira sino que esas muertes no son ordinarias en las mas casadas. Pues ruégoos me digaïs : si por las que se mueren de parto, no es bien dejar de casar los padres á sus hijas y remediarlas, ¿por qué no usaréis deste mismo discurso en el negocio de vuestra salvacion, que es no poner los ojos en los pocos que caen, sino en millares de buenos que perseveran en el bien? ¿Muchas mujeres que mueren de parto no os desmayan para dejar de casar, y los pocos que caen de la virtud os acobardan y retiran del bien? ¿Teneis ojos para mirar los pocos malos ejemplos, y estáis ciegos para ver los buenos ejemplos de tantos que están y perseveran en la virtud?

¿Quereis que os diga de dónde nace este juicio tan pervertido? Nace del grande amor que teneis al mundo y á los bienes temporales, y del poco que teneis á Dios y á los bienes espirituales; y por esto lanzas y peligros que se os atraviesen, no bastan á apartaros de procurar los temporales; y una pequeña paja que se os ponga delante, os hace desmayar en el amor de los espirituales. Allí engullis y tragais los camellos, y aquí os ahogais con un mosquito. ¿Queréislo ver mas á la clara? Decidme, ¿cuántos hombres de los que van á las Indias, son los que vuelven ricos y prósperos? ¿No son mas los que ó mueren en la jornada, ó se quedan por allá por no volver sin riquezas? ¿Cuántos de los que navegan, se traga la mar? Cuántos mueren en las guerras? Diréis que muchos. ¿Dejan pues los hombres por esos peligros de muertes, de navegar y militar, ó ir á las Indias? Claro está que no; porque el grande amor del interese les hace tragar todos esos inconvenientes. Y con ser esto así, basta para desistir de lo que toca á la salvacion de vuestras ánimas una sola sombra de peligro. Veis luego la raiz donde procede este desórden. Y esto es de lo que Sant Augustin hablando con Dios se queja y maravilla, diciendo : Soberano Hijo de Dios, á quien el Padre eterno entregó todo juicio, ¿cómo consientes que los hijos de la noche y de las tinieblas trabajen y hagan mas por las riquezas perecederas y por las vanidades del mundo, que nosotros por tí que nos criastes de nada, y redimiste con tu sangre, y nos tienes prometida tu gloria? Pues ¿qué cosa mas desordenada y mas injuriosa á la divina Majestad, que anteponer el polvo de los bienes de la tierra, á quien nos promete los tesoros del cielo?

Cuán diferentes eran los ánimos de los cristianos en la primitiva Iglesia, pues viendo cada dia las cárceles llenas de mártires, y las calles y plazas regadas con su sangre, viéndolos despedazar, y arrastrar, y desmembrar, y asar en parrillas, y cocer en calderas de pez hirviendo, todo esto no bastaba para apartarlos de la fe y amor de Cristo, y para vos basta una sombra de peligro tan pequeño. ¿Qué léjos estáis de decir aquellas palabras del Apóstol (*i*) : Quién nos apartará de la caridad y amor de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia, la desnudez, la hambre, el peligro, la persecucion, la espada? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, etc., ni otra criatura alguna podrá apartarnos del amor de Cristo. Y á vos, hermano, un mosquito basta para esto : parece que está en vos la virtud asida con alfileres, pues tan pequeñas ocasiones bastan para hacérosla dejar.

§. IV.

Por qué permite Dios estas caidas y escándalos en el mundo.

¿Mas por ventura, preguntará alguno, cuál sea la causa porque nuestro Señor (por quien se gobierna la Iglesia) permite estos escándalos y caidas, con otros mayores males, como son varias sectas y herejías que hacen mayor daño? A esto responde el mismo Señor, diciendo (*k*) : *Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat, utrùm diligatis Deum in toto corde, et in tota anima vestra, an non.* Quiere decir : ¿Permite Dios que seais tentados, para que se manifieste si amais á Dios con todo vuestro corazon y ánima ó no? Pues por esto permite él estos escándalos y tentaciones; porque por aquí se vea quién ama á nuestro Señor de véras, y quién no; y quién es leal y fiel, y quién desleal é infiel; quién es fuerte y constante, y quién caña liviana que se mueve á todos vientos. Veis aquí, hermanos, el fructo que se saca destos escándalos, que es conocimiento de vos mismo, en que se funda la verdadera humildad, fundamento de toda la vida espiritual. Porque en estos peligros sucede lo que dice Salomon (*l*) : Que el justo permanece como el sol; mas el loco se muda como la luna.

La diferencia destos dos estados declaró el Salvador con una comparacion que dice así (*m*) : Los fuertes edifican sobre piedra firme, y por esto no hay batería que los derribe, y los flacos edifican sobre arena, y por esto cualquier viento ó lluvia les derriba la casa. Lo mismo tambien se ve en la trilla del pan, donde el viento se lleva la paja liviana, mas el sólido trigo se queda en su lugar. El oro y la plata echados en el fuego se purifican y quedan mas hermosos (*n*) ; pero la paja se convierte en ceniza, y la leña en negro carbon.

Lo mismo nos declara el Eclesiástico por otra seme-

(*h*) Act. 1.

(*i*) Rom. 8. (*k*) Deut. 13. (*l*) Eccl. 27. (*m*) Matth. 7. (*n*) Sap. 3. Eccl. 2.

jante comparacion, diciendo (*o*): *Vasa figuli probat fornax: et homines justos tentatio tribulationis.* Quiere decir, como declara Sant Augustin (*p*): El vaso de barro bien amasado echado en el horno se fortalece y endurece mas; pero el mal amasado, con el mismo calor revienta y estalla. Pues esto mismo acaesce á los hombres buenos y malos, ofrecida la ocasion de la tribulacion.

Y por todas estas comparaciones entenderéis que los flacos que con la ocasion de las caidas ajenas desmayan y desisten de los buenos ejercicios, son, como deciamos de la luna, que cada dia se muda, son como pajas que lleva el viento, son como barro mal amasado que revienta en el horno, son como caña vana que con cualquier soplo de viento se muda, y finalmente, son como el loco que fundó su casa sobre arena, y así cualquiera tempestad la derriba. Esto solo debe bastar para que se conozcan y se avergüencen los flacos y pusilánimes de la poca firmeza y constancia que tienen en la virtud.

Y como importa mucho que se conozcan los flacos para que se humillen, así tambien conviene que se conozcan los fuertes, por el gran fructo que se sigue de ser conocidos por tales; y lo uno y lo otro se descubre en semejantes ocasiones y tentaciones; lo cual dice el Apostol por estas palabras (*q*): *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt, manifesti fiant in vobis.* Quiere decir: Conviene que haya en el mundo herejías y engaños de hombres malvados, para que con esta ocasion se conozcan los verdaderamente buenos, los cuales ni con esta ocasion, ni con otra alguna se alteran ni pierden su virtud y constancia. Y con esto quedan refinados y apurados como el oro en la fragua, donde se prueba su fineza. Y así confiesa el Profeta haber sido probado y examinado, diciendo (*r*): En el fuego de la tribulacion, Señor, me probaste y no hallaste maldad en mí. Y importa tanto que el verdaderamente bueno sea probado y conocido por tal, que el mismo Apóstol (*s*) hace un largo memorial de todas sus virtudes, y trabajos, y cárceles, y azotes, y naufragios que habia padecido por Cristo, y de las grandes revelaciones que tenia, hasta decir que fué llevado al tercero cielo. ¿Pues para qué fin esto? Para acreditarse con los de Corinto, á quien habia predicado y convertido á la fe, y queria probar que era verdadero apóstol de Cristo, para que se fiasen de su doctrina, y no diesen crédito á los falsos apóstoles que pretendian desacreditarle. De modo que deste crédito pendia la verdad de la doctrina que él habia predicado. Por donde entenderéis cuánto importa que el bueno sea conocido por verdaderamente bueno; pues por esta causa permite nuestro Señor los escándalos y las herejías, para que se conozcan los aprobados y verdaderamente buenos. Porque con esto nos aprovechamos de sus ejemplos, y de sus documentos, y consejos, y doctrinas; mayormente siendo los buenos como carbones encendidos, que abrasan y encienden á aquellos con quien tratan.

Para lo cual contaré aquí un ejemplo memorable que refiere Sant Augustin (*t*) de dos caballeros recien desposados, los cuales saliéndose al campo y apartándose á una ermita, y hallando allí entre los libros del ermitaño la vida del grande Antonio, leyendo en ella determinaron renunciar al mundo y entregarse á Dios. Y por este ultimo ejemplo las doncellas con quien estaban desposados hicieron lo mismo entrando en religion. Tanto pueden los buenos ejemplos. ¿Qué mas diré (*v*)? El mismo Sant Augustin que hasta los treinta años de su edad fué hereje maniqueo, movido por este ejemplo destos desposados, vino á ser de hereje una lámpara clarísima del mundo. De quien canta la Iglesia, que despues de los apóstoles y profetas, tiene el segundo lugar en la Iglesia cristiana (*x*).

Veis aquí pues respondido á la causa por qué permite nuestro Señor haber estos escándalos en la Iglesia, para que por ellos el perfecto é imperfecto, el fuerte y el flaco sean conocidos. Y el que se hallare fuerte dé gracias á Dios por su fortaleza; y el que se hallare flaco se humille, y diga con el Profeta (*y*): Si el Señor no me ayudara, poco faltó para dar una gran caida. Por esta causa pedia David (*z*) que le tentase y le examinase; porque hasta verse en alguna tribulacion no podia tener entero conocimiento de sí mismo. Porque muchos se engañan con una sombra é imágen de virtud, y con una ternura de corazon que llega hasta derramar lágrimas; los cuales con todo esto desmayan y caen en el tiempo de la tribulacion.

§. V.

Del uso y frecuencia del sanctísimo Sacramento, y de la necesidad que dél tenemos para la defensa de nuestros espirituales enemigos.

Al fin deste sermon (aunque salga algun tanto del propósito principal) me pareció tratar del uso y frecuencia del sanctísimo Sacramento, y de la necesidad que tenemos dél; porque esta es la que da motivo á los poco devotos para murmurar della, pareciéndoles ser demasiada. Y por esto será razon tratar della, y de los abusos que acerca desta frecuencia pueden entrevenir. Y pues la divina Providencia no permite males sino para sacar dellos algunos bienes, veamos los que destas ocasiones debemos sacar. De lo cual algo dijimos al principio deste Sermon, mas agora añadirémos lo demas.

Y aunque en este género de argumento hable generalmente con todas las personas; pero mas particularmente con las mujeres que con los hombres. Y dígolo, porque no sé qué plaga es esta, que siendo este divino Sacramento el mayor tesoro y el mayor beneficio que despues de la sagrada Pasion se ha hecho al mundo, las mujeres parece que se han alzado con él; porque á muy pocos hombres vemos frecuentar este misterio. Por donde parece que para las mujeres es menester freno, y para los hombres agudas espuelas. Y no sé qué espuela sea mas aguda, que decirles ser esta omision y negligencia suya, en alguna manera, semejante al mayor de cuantos pecados ha habido en el mundo. Escandalizaros heis desto. Pues para que no os escandaliceis, acordaos de que caminando nuestro Señor la postrera jornada á ofrecerse en Hierusalem en sacrificio y redempcion del mundo, viendo la ciudad comenzó á llorar la calamidad grande que le estaba aparejada (*a*), y esto por no haber querido reconocer el tiempo de su visitacion, ni aparejarse para recibir aquel tan grande beneficio que les ofrecia Dios con la venida de su unigénito Hijo, para la salud y remedios destos. Pues ved agora vos la semejanza que

(*o*) Eccl. 27. (*p*) D. Aug. ibid. (*q*) 1. Cor. 11. (*r*) Psalm. 16. (*s*) 2. Cor. 11. (*t*) D. Aug. 8. confes. cap. 6.

(*v*) D. August. ibid. cap. 8. (*x*) Eccles. in Offic. (*y*) Psalm. 93. (*z*) Psalm. 25. (*a*) Luc. 19.

tiene vuestra negligencia con aquella culpa; pues ofreciéndoseos el mismo Señor cada dia en la Iglesia para remedio y salud de vuestras ánimas, no quereis recibir el bien que se os entra por las puertas. Por tanto vea cada uno la cuenta que dará á Dios desta negligencia, pues ofreciéndoseos él con tanta gracia, no le quereis abrir las puertas de vuestras ánimas.

Estos son pues los que dicen (como ya dijimos) que basta rezar un *Pater noster*, y comulgar una vez en el año como lo manda la Iglesia; y que esotros espirituales ejercicios son para los que caminan á la perfeccion, y no para los imperfectos y flacos, que es la mayor parte de la Iglesia. Quiero yo pues agora daros otro desengaño no ménos importante que el pasado. Y para esto quiero tomar este negocio dende sus principios, y traeros á la memoria que fuistes bautizados, y que ántes del bautismo érades vasallos del demonio, y pertenecíades á su reino, y por virtud deste sacramento fuistes librados deste vasallaje y cautiverio, y allí renunciastes al demonio con todas sus pompas y vanidades; y os armaron caballeros con todas las armas de las virtudes, para pelear con este enemigo; y señaladamente os ungieron con el santo oleo, como antiguamente se ungian los luchadores; porque habíades de pelear y luchar con este enemigo y con todos los demas. Y por esta razon os previene luego el Espíritu Sancto para esta batalla, diciendo (*b*): Hijo, allegándote al servicio de Dios apercíbete con un sancto temor, y apareja tu ánima para la tentacion. Y está tan cierta y aplazada esta batalla, que el sancto Job dice (*c*) que la misma vida del hombre es milicia y batalla sobre la tierra.

Y reconociendo esto la Iglesia, manda dar cada noche un pregon general por todas las iglesias de la cristiandad, apercibiéndonos para esta guerra con aquellas palabras del apóstol Sant Pedro, que dice (*d*): Hermanos, velad y estad sobre aviso; porque el demonio vuestro adversario, como leon rabioso anda buscando á quien tragar. Y el apóstol Sant Pablo al mismo tono tambien nos previene y apercibe, declarándonos la potencia y fortaleza de nuestros adversarios, y las armas con que nos habemos de defender, diciéndonos (*e*). No es nuestra pelea contra enemigos de carne y de sangre, sino contra los príncipes y potestades del infierno, y contra los espíritus malignos que andan por este aire; y despues de declaradas muchas armas para esta pelea, finalmente concluye con esta, diciendo: *Per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu, et in ipso vigilantes, in omni instantia, et obsecratione.* En las cuales palabras encomienda la instancia y continuacion de la oracion, tan encarecidamente y con tanta repeticion de las mismas palabras, queriendo que velemos en este ejercicio en todo tiempo. Y hace tanta fuerza en la oracion, porque estos enemigos no pueden ser vencidos sino con socorro del cielo, y la oracion es el correo que va allá, y lo trae consigo en la tierra. Lo cual avisaba el Apóstol, como quien conocia las fuerzas de nuestros adversarios; porque pues ellos nunca cesan de combatirnos, nosotros no debemos estar descuidados.

Y cuáles sean estos enemigos, en la cartilla lo aprendiste, que son mundo, carne y demonio. Y por mundo entendemos los hombres mundanos y vanos, que con sus pompas, y vanidades, y malos ejemplos nos incitan á mal. Y entendemos tambien por mundo los hombres malos y perversos, que con injurias, infamias y agravios, deshonras y falsos testimonios nos tientan de paciencia, y hacen guerra á la caridad, provocándonos á odios y malquerencias.

Por carne entendemos lo que llaman los teólogos *Fomes peccati*, que es el apetito sensual, con sus malas inclinaciones y deseos, que es el manantial y seminario de todos los pecados. Y estos apetitos y pasiones atiza y enciende el mismo demonio, de quien se escribe en el libro de Job (*f*) que con su soplo hace arder las brasas, que son los apetitos y ardores de nuestra carne. Y del mismo dice otra cosa terrible (*g*), y esta es que á veces los enciende de manera que arden como aceite que está hirviendo á borbollones. Y esto acaesce en algunas pasiones y tentaciones tan furiosas y vehementes, que le parece al hombre imposible vencerlas, puesto caso que en esto se engaña.

Del tercer enemigo, que es el demonio, no trato; porque ya sabeis que en el Evangelio se llama tentador (*h*), porque es su continuo oficio, sin perdonar á nadie. Porque (como dice Sant Leon, papa) ¿á quien dejará de tentar, pues se atrevió á tentar al mismo Hijo de Dios? *Tantum enim sibi de naturæ nostræ fragilitate promisserat, ut quem verum experiebatur hominem, præsumeret posse fieri pecatorem.* Quiere decir: Tanto se prometia de la flaqueza de nuestra naturaleza, que viendo que este Señor era hombre, presumió que tambien podia ser pecador.

Quiero pues agora, hermanos, entrar con todos en cuenta. Si nos consta por lo dicho que toda la vida del cristiano es una batalla perpetua, y esta con enemigos tan astutos, tan poderosos, y tan crueles y malos; y no va ménos en la victoria que el paraíso ó el infierno, y en el sancto Bautismo fuimos ungidos y armados para esta milicia, ¿cómo vivimos tan descuidados y desapercibidos? ¿Qué es de la oracion? Qué es de la guarda de los sentidos? Qué es del socorro de los sacramentos? Qué es del huir las ocasiones de los pecados? Qué es de los ayunos y penitencias? Qué es de la guarda del corazon con todas las otras armas desta caballería? Mayormente sabiendo que no perdonan á chicos ni á grandes, ni á perfectos ni imperfectos; pues se atrevieron á tentar al mismo Hijo de Dios. Y vos quereis excusar á los principiantes y novicios en la virtud, sabiendo que esos tales están tanto mas cerca de caer, cuanto ménos raices tienen echadas en la virtud. Porque si el principiante y el imperfecto estuviese mas libre y mas seguro de los combates del enemigo, tuviérades alguna razon; mas no lo está, sino en tanto mayor peligro cuanto es mayor su flaqueza; y así mayor necesidad tiene de armas y reparos para defenderse. Clara cosa es que el castillo muy fortalecido y pertrechado fácilmente se defiende, mas el flaco y desapercibido mayor necesidad tiene de socorro. Pues lo mismo decimos de los cristianos fuertes y flacos; el fuerte en medio de las llamas está seguro, mas el flaco á veces un soplo de viento, como es una vista de ojos desmandada, basta para derribarlo.

Y descendiendo mas en particular, tres géneros de armas usaban los cristianos en la primitiva Iglesia, que eran continuos sermones, y la sagrada Comunion, y la continua oracion. Las cuales declara Sant Lúcas, di-

(*b*) Eccles. 2. (*c*) Job. 7. (*d*) 1. Pet. 5. (*e*) Ephes. 6.

(*f*) Job. 41. (*g*) Job. 41. (*h*) Matth. 4.

ciendo (*i*): *Erant perseverantes in doctrina Apostolorum, et communicatione fractionis panis, et orationibus.* Quiere decir: Ocupábanse en oir la palabra de Dios de la boca de los apóstoles, y en la sagrada Communion, y en el ejercicio de la oracion. Y mas abajo dice que perseverando las mañanas en oracion en el templo, ibaná sus casas á recibir la sagrada Communion (porque no habia entónces Iglesias para este efecto), y con estos tres sanctos ejercicios se fundó la Iglesia, y se crió, y creció hasta llegar á su perfeccion.

Mas entre estas armas espirituales la mas poderosa es la sagrada Communion. Y así dice Sant Juan Crisóstomo (*k*): *Ut leones spirantes ignem, ab illa mensa discedimus, terribiles dæmonibus effecti.* Quiere decir: Con la virtud deste divino manjar salimos tan esforzados como leones que echan fuego por las bocas, y hacemos temblar los mismos demonios. Por donde Sant Hierónimo, donde nuestra letra dice (*l*): *Panem angelorum manducavit homo*; traslada él (*m*): *Panem fortium manducavit homo*: El pan de los fuertes comió el hombre. Para significar la fortaleza espiritual que este sacramento da á quien dignamente lo recibe. Y por esta causa habiendo nuestro Señor revelado á su Iglesia en tiempo de Sant Cipriano una grande persecucion que se le aparejaba (*n*), escribe este sancto obispo, con otros treinta y siete obispos, al papa Cornelio, que dispense con algunos cristianos que estaban privados de la sagrada Communion, para que con la virtud deste divino Sacramento estuviesen fortalecidos y armados para la confesion de la fe. Porque (como dice él): *Idoneus non potest esse ad martyrium, qui ab Eclesia non armatur ad prœlium. Et mens deficit, quam recepta Eucharistia non erigit, et accendit.* Quiere decir: No tiene esfuerzo para recibir martirio aquel á quien la Iglesia no armó con este sacramento. Porque es cierto que aunque en la torre de David (*o*), que es la Iglesia, haya todo género de armas espirituales para pelear en esta milicia, ninguna hay tan poderosa como la sagrada Communion; de lo cual tienen experiencia muchos que viéndose muy apretados del enemigo, y probando otros remedios, ninguno hallaron mas eficaz que este divino Sacramento, recibiéndolo con toda la humildad y reverencia que se le debe; por el cual casi miraculosamente fuéron librados.

Siendo pues la vida del cristiano una perpetua guerra (como dijimos), y estando cercados de tan crueles y poderosos enemigos, y siendo la mejor arma de todas este divino manjar, ¿cómo dejamos de aprovecharnos deste grande esfuerzo que el Hijo de Dios nos dejó para esta batalla? Cómo pasan tantos tiempos sin aprovecharnos deste socorro? De otra manera se hacia esto en el principio de la Iglesia, donde los fieles commulgaban cada dia. La cual costumbre se continuó hasta el tiempo del papa Anacleto, que fué el quinto despues de Sant Pedro. Y conforme á esto se alega un decreto suyo, en que dice (*p*): *Omnes fideles, paracta consecratione, communicent, qui noluerint Eclesiasticis carere liminibus: Sic apostoli docuerunt, et Sancta Romana Eclesia tenet.* Quiere decir: Todos los fieles, acabada la consagracion de la misa, reciban el sancto Sacramento; porque así lo enseñaron los apóstoles, y así lo tiene la sancta Iglesia romana. Y aun mas os diré, que las iglesias de España continuaron esta misma frecuencia hasta el tiempo de Sant Hierónimo, como él lo escribe en una epístola á Licinio Bético (*q*). Lo cual redunda en grande gloria de nuestra nacion, por haberse conservado tanto tiempo en ella esta devocion.

Dirá pues alguno: siendo esto así, ¿por qué la Iglesia no nos obliga á commulgar mas que una vez en el año? A esto responde Sancto Tomas (*r*), que la causa es la malicia y poca devocion de los tiempos. Porque al principio, cuando hervia la devocion de aquellos primeros cristianos, se recibia este sacramento cada dia. Despues, diminuyéndose la devocion, el papa Fabiano redujo esta obligacion á las tres pascuas del año (*s*). Y como las cosas de la vida humana van siempre de mal en peor, y una licencia trae otra licencia, y un vicio otro vicio; viendo esto el papa Innocencio III, redujo esta obligacion á sola la pascua de Resurreccion (*t*), y esto no sin grande consejo y prudencia. Porque las leyes generales comprehenden fuertes y flacos, y los flacos son los mas. Y destos hay muchos enredados en pecados de que no quieren salir: unos enemistados, que no se quieren reconciliar; otros que tienen usurpados los bienes ajenos, y no quieren restituir; otros que andan en bandos muy apasionados, heredados de padres y abuelos, sin dar fin á ellos; otros que traen pleitos injustos de que no quieren desistir, y ya que mas no pueden, dilatan la causa con agravio notorio de la justicia; y otros aun mas enredados que estos, en afecciones sensuales, de que no lleva remedio apartarlos. Pues si á estos que tan obstinados están en su mal vivir obligase la Iglesia á commulgar muchas veces en el año, correria gran peligro, ó que no obedeciesen, ó se atreviesen á commulgar indignamente, por no desistir de su pecado. Y por este tan justo respecto no los quiere obligar la Iglesia mas que una vez sola, dándoles un año entero de espera para descargarse de sus pecados, y habilitarse para la sagrada Communion. Mas con todo eso los obliga á una communion; porque si esto no hiciese, por ventura estarian toda la mayor parte de la vida sin commulgar, pues vemos agora que á poder de censuras, y penas, y publicacion de su desobediencia, los traen á la communion: lo cual es indicio, que si no fueran compelidos y tenidos por infames, nunca se llegaran á este sacramento, por no desistir de su pecado. Y por esto la Iglesia con mucho consejo, ni los quiso obligar á muchas communiones, porque los tales no commulgasen indignamente; ni quiso dejar de obligarlos á una, porque si no los obligara, muchos dellos estuvieran sin commulgar toda la vida.

§. VI

Del aparejo y disposicion que se requiere para la sagrada Communion.

Pues dejando á estos miserables que por fuerza van á la communion, tratemos de los que no están en mal estado, y procuran su salvacion. Y pues habemos ya declarado la virtud y eficacia deste sacramento, para exhortarnos á frecuentarlo conviene que tratemos desta

(*i*) Act. 2. (*k*) Tom. 5. homil. 61. ad Pop. Antioch. et homil. ad Neoph. (*l*) Psalm. 77. (*m*) Hebræo. (*n*) Cyprian. Epist. 2. post med. (*o*) Cant. 4. (*p*) Anaclet. apud. D. Thom. 3. par. quæs. 80. art. 10. ad 5.

(*q*) D. Hier. tom. 1. epist. ad Lucin. (*r*) D. Thom. ubi sup. (*s*) D. Thom. ibi (*t*) D. Thom. ibi.

frecuencia; y lo que hace mas al caso, del aparejo que se requiere para ella.

Pues para esto la primera cosa y la mas esencial es limpieza de todo pecado mortal. Porque aunque hay otros sacramentos que se pueden administrar á los que están espiritualmente muertos, este es sacramento de vivos; porque comer es obra de vivos, y este sacramento es manjar espiritual que se come, y por esto quien le recibe con conciencia de pecado mortal, come y bebe juicio y condenacion para su ánima, como lo dice el Apóstol (*v*). Y por esto Sant Crisóstomo (*x*) llamó á esta mesa terrible, y que está llena de fuego para quemar á los que indignamente se llegan á ella; y así lo que es vida para unos, es ocasion de muerte para otros. Conforme á lo cual dice un doctor, que como el sol, el agua y el aire, crian y hacen crecer las plantas que tienen sus raices vivas en la tierra, y por el contrario se secan, corrompen y pudren las que no tienen las raices vivas; así este sacramento sustenta y acrecienta la gracia á las ánimas que viven en Dios; mas las que están muertas, con él se endurecen, y se ciegan, y se apartan mas de Dios. Lo cual vimos bien claramente con el malvado Júdas (*y*), de quien se escribe que acabando de recibir la sagrada Communion, entró en él Satanas. Ya habia entrado cuando trató con los sacerdotes de la venta de Cristo, mas entónces entró en él mucho mas poderosamente; y así no se pudo contener que no fuese luego á efectuar la prision del Salvador. Y por esto le dijo el Señor (*z*): Lo que haces hazlo presto. Mostrando en estas palabras que no recelaba la batalla de la pasion, mas ántes deseaba verse ya en ella. Esta misma comparacion se pone en el mantenimiento corporal, el cual como da vida y sustenta á los sanos, así suele dañar á los cuerpos enfermos, lo mismo hace este manjar espiritual.

Esta es la primera cosa que se requiere para commulgar dignamente. La segunda es, segun Sancto Tomas (*a*), actual devocion: que es llegarnos con amor y temor á este pan de vida. Porque del amor nace el deseo y hambre dél, y del temor, la reverencia y acatamiento que se le debe, y los temerosos como los amorosos honran á Dios, allegándose por amor, y absteniéndose por temor. Desta manera honraron á este Señor, Zaqueo, el publicano (*b*), recibiéndole en su casa, y el centurion (*c*) confesándose por indigno desta honra. Pero regularmente hablando, como dice el sancto Doctor (*d*), mas agradan á este Señor los que se llegan por amor, que los que se abstienen por reverencia y temor. Porque mas alabado es en las sanctas escripturas el amor que el temor.

Y como son diferentes los afectos, así conviene que lo sean los avisos y consejos que acerca desto se han de dar á los unos y á los otros; porque los unos han menester freno, y los otros espuelas. Pues á los que han menester espuelas, que son los temerosos, se debe dar el aviso que en esta materia da Sant Cirilo, diciendo (*e*): Sepan todos los hombres bautizados y hechos participantes d la gracia de los sacramentos, que si por un temor ó religion fingida están mucho tiempo sin commulgar, que se alejan del remedio de sus ánimas. Porque aunque esta excusa parece que nace de algun religioso temor, es materia de escándalo, y es lazo para las ánimas. Y por esto conviene trabajar con todas las fuerzas por limpiar el ánima de pecado, y asentado este fundamento de la buena vida, allegarse con grande confianza á recibir la verdadera vida, que es el mismo Cristo.

A estos tambien cuando están muy medrosos de commulgar por no ver en sí la devocion y fervor que desean, se les debe decir lo que el Salvador respondió á los que le calumniaban porque comia con publicanos y pecadores, diciendo que no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos (*f*), y que no vino á este mundo á buscar los justos, que ningunos habia, sino á los pecadores, de que estaba lleno el mundo. A los pecadores llama el Señor con entrañas de caridad, y con palabras suavísimas, diciendo (*g*): Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados con el peso de vuestra mortalidad y de vuestros pecados, porque yo os daré alivio y refrigerio.

Otra cosa se debe decir á los tales de grandísimo esfuerzo y consolacion. Y esta es que los que no tienen conciencia de pecado mortal (que será por haberse ya enteramente confesado), y no sienten en sí propósito de cometer pecado mortal, no teniendo contricion verdadera, sino sola atricion, llegándose con esta disposicion á la sagrada Communion se hacen de atritos contritos. De donde se infiere una cosa de grande consolacion y esfuerzo, y de grande admiracion de la divina bondad, que por tantas vias encamina nuestro remedio. Y esta es, que puede un hombre llegarse á commulgar en tal disposicion, que si entónces muriese sin la communion, se condenaria, y commulgando se salvaria; porque con sola atricion nadie se puede salvar; mas si con atricion se junta el sacramento, hácese el hombre de atrito contrito, y se pone en estado de salvacion. Tanto puede la virtud deste sacramento. Mas no por esto deje el hombre de hacer todo lo posible para llegarse dignamente á este divino misterio. Todo esto procede de la virtud inestimable del sacratísimo cuerpo de Cristo nuestro Salvador, el cual, como dice Sant Cirilo (*h*), da esta vida á los que dignamente le reciben, y los hace incorruptibles é inmortales como él lo es. Porque no es este cuerpo de quien quiera, sino de la misma vida, y así participa la virtud del Verbo encarnado, y está lleno de la virtud de aquel por quien todas las cosas viven y son. Porque como el hierro encendido en el fuego, quema tambien como el fuego, por participar el calor del fuego; así tambien porque el cuerpo de nuestro Redemptor está unido con el Verbo divino, participa la virtud suya, y por esta participacion hace los efectos proprios al Verbo divino, y así da vida como él. Esta es pues una de las causas que debe mover á todos los fieles á frecuentar este divino Sacramento para, recibir esta vida. Con esto se pueden animar los demasiadamente temerosos, representándose á nuestro Señor como enfermos y pecadores, para cuyo remedio dice él que vino (*i*). Y tambien se pueden excusar diciendo al Señor, que él con su acostumbrada piedad los convida y llama, prometiéndoles refeccion y alivio de sus trabajos. Esto baste para esfuerzo de los temerosos que han menester espuelas.

(*v*) 1. Cor. 11. (*x*) D. Chrysost. tom. 3. homil. de Prodit. Jud. et loc. sup. citat. (*y*) Joan. 13. (*z*) Joan. 13. (*a*) D. Thom. 3. p. quæst. 8. art. 10. in corpor. (*b*) Luc. 19. (*c*) Matth. 8. (*d*) D. Thom. ibi ad 3. (*e*) D. Cyril. lib. 3. in Joa. cap. 6.

(*f*) Luc. 5. (*g*) Matt. 11. (*h*) Tom. 1. lib. 4. in Joan. cap. 14. de August. tract. 26. in Joan. circ. fin. (*i*) Luc. 5.

§. VII.

De la reverencia y acatamiento que se requiere para la sagrada Communion, y de los abusos que acerca de esto puede haber.

Vengamos agora á los que han menester freno, que son los que por amor se llegan á esta mesa celestial con hambre, y deseo que de este amor procede. Y digo esto, porque como el amor á veces es atrevido, es menester enfrenarlo con la discrecion y templarlo con el temor, como lo aconseja David, diciendo (*k*): Servid al Señor con temor, y alegraos delante dél con temblor. Pues este temor concebirán en sus ánimos, considerando los castigos que nuestro Señor tiene hechos por algunos desacatos semejantes. Entre los cuales es muy notable uno de los hijos del summo sacerdote Aaron (*l*); los cuales, porque no ofrecieron á Dios sacrificio con fuego del sanctuario, con que habia de ser ofrecido, salió fuego del sanctuario y quemó á entrambos, sin que les valiese ni la dignidad de su padre, ni la privanza de su tio Moises, que hablaba con Dios cara á cara como un amigo con otro. Y hecho esto, dijo el mismo Dios (*m*): Seré sanctificado en aquellos que se llegan á mí. Quiere decir: Que si llegaren indignamente y con pecado, que los castigará; y con el castigo mostrará cuán justo y sancto es, pues no consiente pecado sin castigo.

A este ejemplo añadiré otro no ménos temeroso: y fué así: que el rey de Egipto, por nombre Filopator, vino á Hierusalem, y entró en el templo, y ofreció sacrificio á Dios (aunque infiel), y pretendió entrar en el mas sagrado lugar del templo, que se llamaba *Sancta Sanctorum*, adonde estaba el arca del Testamento, y el propiciatorio de oro entre los dos querubines; en el cual lugar no podia entrar sino solo el summo sacerdote, y esto una sola vez en el año (*n*). Y como el rey porfiase por entrar en aquel lugar tan sagrado, recibió luego el castigo de su loco atrevimiento, cayendo en tierra medio muerto: de donde le sacaron sus criados en brazos, porque no acabase de morir allí. Pues si desta manera castiga Dios á quien se atrevia á entrar en el lugar adonde estaba el arca del Testamento y el manná, que no era mas que figura deste sanctísimo Sacramento, ¿cómo castigará á los que atrevidamente se llegaren al que por aquella arca era figurado, sin el temor y reverencia que á tan grande majestad se debe?

Notorio es tambien el ejemplo del sacerdote Oza, el cual súbitamente fué muerto (*o*) porque puso mano en el arca, creyendo detenerla que no cayese. Dicen los rabinos que la razon deste castigo fué porque hacia oficio de sacerdote, no se habiendo apartado de su mujer, y estando obligado á contenerse. Y considerando esto el rey David, que la llevaba á su casa con grande solemnidad, concibió tan gran temor deste castigo, que no se atrevió á ello; y así la mandó depositar en casa de Obededom. Y oyendo despues la prosperidad y grandes mercedes que Dios habia hecho al dueño de aquella casa, con sancta cobdicia juntó el sancto rey con el temor que tenia, el amor y confianza; y así no dudó llevar el arca á su casa; pues tambien pagaba Dios la posada. Pues segun esto, los que se quieren llegar dignamente á este misterio, hagan lo que el sancto rey hizo, y juntando con el amor y confianza el temor, lléguense á esta mesa celestial á gozar de sus divinos fructos.

(*k*) Psal. 2. (*l*) Lev. 10. (*m*) Exod. 33. (*n*) Heb. 9. (*o*) 2. Reg. 6.

§. VIII.

Abusos que hay en la frecuencia de la sagrada Communion.

Esto baste por agora, y de aquí recogerémos los abusos que hay en el uso desté divino Sacramento, de donde proceden las querellas y escándalo de muchos, que se apartan de esta frecuencia, porque ven á muchos que commulgan á menudo, y que ninguna mudanza hacen en sus vidas, ántes tienen sus pasiones, y apetitos, y ambiciones, y cobdicias tan encendidas como los demas.

Otros hay que commulgan por estilo y pura costumbre, sin tener los deseos y hambre que pide este pan celestial. Otros commulgan con la misma desgana que estos, los cuales por solo ver commulgar á otros quieren tambien ellos commulgar. En lo cual particularmente son señaladas algunas mujeres, diciendo: Pues fulana y fulana commulgan tantas veces, bien puedo yo tambien hacer lo mismo.

Otros hay que commulgan por sola obligacion, sin moverlos alguna particular hambre ó devocion; como puede acontecer á algunos religiosos, los cuales tienen por estatuto commulgar cada ocho dias, ó cada quince. Y puede acaescer algunos ménos devotos hacer esto, no por devocion, sino porque los necesitan á ello. Todos estos aprovechan poco ó nada con el uso deste pan celestial.

Acerca de lo cual contaré lo que me aconteció con una persona que commulgaba muchas veces, y con todo esto vivia con alguna licencia y soltura. Y maravillado yo que la frecuencia deste sacramento, que tanta eficacia tiene para mejorar las vidas, no mejorase la suya, le pregunté la causa dello. A esto me respondió, que á la verdad él no se aparejaba con la devocion y disposicion necesaria, y que commulgaba mas por necesidad que por voluntad; porque un confesor le habia conmutado ciertos votos en esta frecuencia; por donde luego entendí que la causa de su poco aprovechamiento era su poca devocion.

Porque habeis de saber, que como las causas naturales obran conforme á la disposicion que hallan en la materia, por donde el fuego quema con facilidad la leña seca, y no así la verde, por no estar dispuesta para recibir la forma del fuego; así tambien las causas sobrenaturales, que son los sacramentos causadores de la gracia, obran conforme á la disposicion que hallan en el ánima. Y de aquí procede haber algunas personas que tienen por costumbre commulgar á menudo, sin sentir en sí mejoría. Y muchos sacerdotes, á cabo de veinte años que celebran, no reconocen en sí mudanza alguna; y la causa es, porque los unos y los otros no frecuentan este sacramento con la disposicion y aparejo que se requiere. Y esto es lo que señaladamente ofende á los que desto murmuran, no viendo en ellos la mejoría que desta frecuencia se esperaba.

§. IX.

De la frecuencia de la sagrada Communion.

Dicho ya del aparejo para este divino Sacramento, digamos agora de la frecuencia dél. Lo cual en parte se puede entender por lo que hasta aquí está dicho. Pues para esto no se puede dar regla general que cuadre á todos: no mas que una medida de vestido para todos los cuerpos. Porque en este negocio se ha de tener respecto al estado, y á la manera de vivir y aprovechamiento de cada uno, y al aparejo que tiene para allegarse á este sa-

cramento con ménos nota, y á la condicion de la persona, y á otras circunstancias semejantes.

Y porque la principal regla se debe tomar del mayor aprovechamiento ó menor del que commulga; segun esto á unos bastará commulgar las principales fiestas del año, á otros cada mes, á otros cada quince dias, y á otros cada semana, como Sant Augustin lo aconseja (*p*). Asimismo Sant Buenaventura, con ser un tan grande contemplativo, y tan grande maestro de la vida espiritual, como lo muestran sus escripturas, en un tratado que escribió de la perfeccion de la vida, á una hermana suya, no quiere que haya mas frecuencia deste divino manjar que de ocho á ocho dias: si no hubiere (dice él) alguna grande hambre deste pan celestial; porque piadosamente se cree ser esta de Dios, cuando concurre con ella el testimonio de la buena vida. Y así queda el negocio reducido al prudente y experimentado confesor. El cual, segun el estado de la persona, la pureza de la vida, el ejercicio de la oracion y buenas obras, y el aprovechamiento en la mortificacion de todas las pasiones, puede alargar ó estrechar las licencias.

Tambien se debe tener respecto á la edad, mayormente en las doncellas, á las cuales conviene mas el recogimiento y encerramiento, que á todas las otras condiciones de personas, por el ejemplo de Dina, hija del patriarca Jacob, que tanto mal causó con su poco recogimiento (*q*). Y á estas, y á las viudas de ménos edad, de que Sant Pablo hace memoria (*r*), conviene avisar que no pongan todo su aprovechamiento en solo lo que hacen en la iglesia; sino que trabajen por traer la iglesia á su casa; esto es, que hagan iglesia de los rincones della, y que allí tengan todo su trato y communicacion con Dios, como lo hacian en sus cuevas aquellos sanctos del desierto, que sin esta commodidad de iglesia alcanzaron tan grande perfeccion; y hurten un pedazo del sueño de la noche, para vacar á Dios nuestro Señor cuando todas las cosas están en silencio.

Y imiten el ejemplo de Sancta Catarina de Sena, la cual fué muy maltratada de sus padres, porque como persona que se ataviaba para el Esposo, cortó los cabellos que tenia hermosos. Y enojados desto sus padres, le quitaron la celda en que se recogia, y la hicieron servir en todas las cosas de casa. Mas la sancta no perdió por eso nada de su aprovechamiento, porque fabricó en su imaginacion una celda, y haciendo cuenta que su padre era Cristo, y su madre nuestra Señora, y sus hermanos los apóstoles, andaba tan ocupada en esta imaginacion, que no echaba ménos la falta de la celda. Y esto mismo aconsejaba ella á su padre confesor que hiciese, deseosa de que él gustase de lo que ella gustaba. Y algo desto debrian hacer todas las mujeres de poca edad, y salir ménos veces á la iglesia; y estas, acompañadas, ó de sus padres, como Sant Ambrosio lo escribe de nuestra Señora (*s*), ó con parientes de edad y gravedad.

Y aunque, generalmente hablando, no se deba dejar lo bueno, por el escándalo que llaman de fariseos, cual es el de los que contra razon se escandalizan, mas algunas veces será virtud y caridad tener respecto aun á estos, cuando son flacos, no siendo con notable pérdida nuestra. Lo cual confirma Sant Bernardo en una de sus epístolas por estas palabras (*t*): De buena voluntad careceré de cualquiera provecho espiritual, si no se puede adquirir sin alguna nota ó escándalo. Porque donde hay escándalo, hay detrimento de caridad: y maravillaríame yo (dice él) que pudiese alcanzarse alguna ganancia con el ejercicio espiritual, interviniendo en el menoscabo de la caridad. Este aviso, aunque sea general para todos, pero señaladamente pertenece á las doncellas.

Y así á estas, como á las casadas, se debe aconsejar que nunca por sus espirituales ejercicios dejen de cumplir con las obligaciones de justicia: que son obedecer y servir enteramente las mujeres á sus maridos, y las hijas á sus padres; porque siempre lo que es de obligacion se ha de anteponer á lo que es de voluntad y devocion. Y á todas en general se debe aconsejar que las confesiones, cuando son frecuentes, sean breves, por la nota que se da á todas las gentes que dicen: ¿Qué tiene aquella que acusarse, que tanto se está confesando tan á menudo?

§. X.

Avisos para los flacos y imperfectos en la virtud.

Y porque en este sermon no solo pretendemos animar los flacos, sino tambien avisarlos de algunas cosas para que estén mas libres de peligros, y dén ménos ocasion á los maldicientes de murmurar, apuntarémos aquí algunos documentos, entre los cuales uno es, avisarles que pongan todo su estudio y diligencia en conocerse, humillarse y aniquilarse en la presencia de nuestro Señor, acordándose de aquel ejemplo notable del grande Antonio, el cual vió todo el mundo lleno de lazos, y espantado de cosa tan grande, exclamó diciendo: ¡Oh quién escapara de tantos lazos! Y luego oyó una voz, que le dijo: La humildad. Y puede tener el hombre por cierto que nunca hasta hoy el humilde cayó, ni fué desamparado de Dios nuestro Señor. Y ninguno hasta hoy se levantó en su pensamiento, que no fuese desamparado y cayese. Lo cual confirma Salomon, diciendo (*v*): Antes de la caida se levantará el corazon del hombre. Y en otro lugar (*x*): A la caida precede la soberbia; y al humilde de espíritu sucede la gloria. Y lo mismo significó el profeta David, su padre, cuando dijo (*y*): Cuando se levantare en alto el corazon del hombre, Dios se levantará mas alto para derribarlo de su alteza.

El segundo aviso procede de la misma humildad, que es encubrir el hombre, cuanto le sea posible, sus buenas obras, y los favores que recibe de Dios. Lo cual encomienda el Señor con tanto encarecimiento, que viene á decir (*z*), que no sepa una mano lo que hace la otra. Sabe él muy bien la liviandad de nuestro corazon, el cual compara el sancto Job (*a*) con la hoja del árbol, y con una paja seca, que cualquier soplo de vanidad la menea. Sabe cuán delicado y cuán peligroso es el vicio de la vanagloria, el cual toma ocasion de nuestras mismas virtudes para envanecernos. Los otros vicios se vencen con las virtudes que les son contrarias; mas este, de las mismas virtudes toma ocasion para levantarnos, y levántanos para derribarnos (*b*). Y por esto ni á los mismos confesores debe el penitente dar parte de las virtudes ni

(*p*) D. Aug. tom. 3. lib. de Eccles. dogmat. cap. 53. et tom. 10. serm. 28. de verbis Domini apud D. Thom. 3. part. quæst. 80. art. 10. (*q*) Gen. 34. (*r*) 1 Cor. 7. (*s*) D. Ambr. lib. 2. de Virg. post init. Virg. intra domum.

(*t*) D. Bern epist. 82. in med. (*v*) Prov. 18. (*x*) Prov. 29. (*y*) Psalm. 63. (*z*) Matth. 6. (*a*) Job. 13. (*b*) D. Aug. in Reg. Monac. tom. 2.

de los favores que ha recibido de Jesucristo nuestro Señor, si no hubiere alguna particular necesidad para ello.

Otro aviso es contra unas obediencias que suelen dar algunas mujeres devotas á sus padres espirituales. Porque como ellas por una parte oyen tanto alabar la virtud de la obediencia, y por otra nacen con una inclinacion de subjectarse á sus mayores, ambas cosas las inclinan á esta manera de subjeccion y obediencia, cuando no tienen otros superiores á quien se subjecten. Y aunque generalmente hablando, toda obediencia sea buena; pero esta es muy peligrosa, porque della nace una muy familiar amistad entre el penitente y el padre espiritual; la cual suele el demonio poco á poco fomentar y atizar de tal manera, que, como Sancto Tomas dice (*c*), muchas veces esta amistad espiritual se trastorna y se muda en carnal. Y debe la persona acordarse y temblar del ejemplo que arriba pusimos, que Sant Augustin refiere, de las caidas de los altos cedros por ocasion destas amistades espirituales. Basta para las cosas que succeden de mas peso, tomar consejo con el padre espiritual, cuando es persona para eso, acordándose que está escripto (*d*) que aunque el hombre tenga muchos amigos con quien esté en paz, pero el consejero se ha de buscar uno entre mil. Para dar á entender que ha de ser muy escogido aquel á quien habemos de entregar la llave de nuestro corazon, y el gobernalle de nuestra vida. Y por muy dichosa se puede tener una ánima á quien Dios depara tal consejero; porque tambien este es don de Dios. En pago de sus buenas obras, proveyó nuestro Señor á Cornelio, centurion, de semejante consiliario, diciéndole (*e*): Envía á llamar á Pedro, porque él te dirá lo que te conviene hacer para tu salvacion. Y á Saulo, de Ananías (*f*).

Otro aviso muy importante es, que las personas espirituales ni hagan caso de algunas revelaciones, ni las admitan, y mucho ménos las deseen. Porque en sintiendo el demonio este deseo, luego se transforma en ángel de luz, y siembra revelaciones de algunas cosas que pasan en otros lugares, de que él da noticia á quien quiere engañar; y tambien de algunas cosas que están por venir, que él puede alcanzar por conjecturas, conociendo por las causas de los negocios, los efectos que pueden succeder dellas; y muchas veces acierta en algunas cosas destas, con las cuales se acredita para hacerse creer en otras falsas y perjudiciales. Y estas revelaciones, principalmente á personas espirituales; porque á estas acomete él mas veces, mayormente cuando las ve deseosas de saber alguna cosa por via de revelacion. A mis manos llegó un hombre virtuoso, al cual (habiendo hecho muchas oraciones para saber una cosa que mucho deseaba), apareció el demonio en figura de ángel, y díjole una grande falsedad; y en esto entendió que aquel era demonio, y no ángel bueno. Otra mujer honrada tuvo el mismo deseo de saber de una ánima de un difunto, sobre lo cual hizo muchas oraciones, ayunó muchos dias á pan y agua, con lo cual se le desvaneció la cabeza, y vino casi á perder el seso; y entónces le apareció el demonio, diciéndole, que para qué queria saber el estado de las otras ánimas, pues la suya habia de ser condenada. Con esta grande imaginacion, no solo vino á perder totalmente el seso, sino (lo que es mas para sentir), vino á echarse en un pozo; lo cual pasó así certísimamente en nuestros dias. A Fray Rufino, uno de los compañeros de Sant Francisco, apareció el demonio en figura de Jesucristo crucificado, dándole por consejo que desamparase á Sant Francisco, y se fuese á un monte á hacer vida solitaria, para gastar todo el tiempo en oracion. Y estuvo tan determinado en esto, que si no intervinieran muchas oraciones y lágrimas de Sant Francisco (el cual le mostró que aquel crucifijo era demonio), todavía pasara adelante con su determinacion. De semejantes ejemplos que estos, están llenas las historias de los padres del yermo; mas estos bastarán agora para que las personas devotas no procuren, ni admitan, ni hagan caso de revelaciones; ántes las tengan por ilusiones, y con esto estarán mas seguros. Porque si nuestro Señor quisiere revelar alguna cosa, él dará órden cómo se sepa la verdad della.

Otro aviso servirá para algunas mujeres que profesan virtud, encomendándoles el recogimiento de sus casas; y que eviten, cuanto les sea posible, segun la condicion de su estado, demasiados discursos de unas partes á otras, y coman su pan con silencio. Porque una de las cosas que Salomon (*g*) nota en algunas mujeres es, que no pueden sufrir la quietud, ni tener los piés sosegados en casa, sino andando de una parte á otra. Lo cual es cosa que impide mucho el recogimiento del corazon; porque en el cuerpo inquieto no suele estar el corazon recogido. Y mas particularmente eviten el communicar en casas de señoras nobles; porque como algunas dellas tengan maridos, hijos y hijas, pretenden casamientos y haciendas para ellos, y salud en sus enfermedades; y tampoco les faltan pleitos y negocios, y para todo suelen pedir socorro de oraciones á este linaje de mujeres, y hacerles por esto algunas limosnas. Y entendiendo ellas que estas caridades se les hacen por el olor de la virtud, á veces procuran de parecer mas sanctas de lo que son, y aun de contar algunas revelaciones y favores de Dios. Y por aquí halla el demonio entrada para pervertirlas y engañarlas. Por tanto, si son pobres, conténtense con un pedazo de pan, y trabajen por ganarlo con sus manos, porque así dice Sant Hierónimo que lo hacia nuestra Señora; y negocien con Dios lo que les falta, y no anden por casas ajenas vendiendo sanctidad para ganar de comer.

Juntemos pues agora el fin con el principio, suplicando á nuestro Señor, que pues él tiene en su mano los corazones de todos los hijos de Adam, él los rija y enderece de tal manera en semejantes ocasiones, que ni pierdan el crédito de la virtud de los buenos, ni entibien el buen propósito de los flacos. Y pues él nunca permite males sino para sacar bienes dellos, lo que debemos sacar en las caidas destos nuestros hermanos, es conoscimiento de nuestra flaqueza y peligro de nuestra vida; pues todos caminamos por un camino, todos navegamos en un mismo mar, y todos somos combatidos de unos mismos enemigos; y por tanto en esta vida no hay seguridad, mayormente siendo tan profundos los juicios de Dios; pues muchos navegando prósperamente toda la vida, al tiempo de tomar puerto, dieron á la costa. No se alaban, dice Sant Hierónimo (*h*), en el pueblo cristiano los principios, sino los fines. Júdas comenzó muy bien, y fué escogido de Jesucristo por uno de sus apóstoles;

(*c*) D. Thom. opusc. 64. de peric. famil. mulier. D. Aug. apud D. Thom. ibi. (*d*) Eccl. 6. (*e*) Act. 10. (*f*) Act. 9.

(*g*) Prov. 2. (*h*) D. Hier. tom. 9. in Reg. Monac. cap. ult. de pœnit. et miseric. Dei.

y de apóstol se hizo demonio, y acabó tan mal. Sant Pablo comenzó persiguiendo la Iglesia, y fué despues el mayor defensor della. Por tanto los siervos de Dios, en estas caidas públicas (como todos seamos de una misma masa) vienen á hacerse mas temerosos, mas humildes, mas cautos y mas desconfiados de sí mismos, y mas confiados en Dios, y mas rendidos y subjectos á él; pues él solo nos puede guardar destos peligros.

Verdad es que prudentemente examinado este negocio, hallarémos que por maravilla el Sancto Oficio tiene que hacer con un hombre derechamente virtuoso, sin ningun respeto del mundo; sino que su principal negocio es contra los burladores, y engañadores, y hipócritas, y lobos vestidos en pellejos de ovejas; estos son los que castiga, y este castigo no habia de causar en los buenos temor, sino alegría y confianza, viendo las ovejas que tienen pastor que las defiende de los lobos, y procura su remedio. Mas el vulgo ignorante y ciego no sabe examinar estas cosas, y de cualquier castigo destos toma ocasion para enflaquecer á los buenos, habiendo de ser lo contrario. Esto basta para esta materia; lo demas enseñará el Espíritu Sancto, que es maestro de humildes: al cual sea gloria y honra en los siglos de los siglos. *Amen.*

Laus deo, beatissimœque virgini Mariœ de Rosario, et dulcissimo suo B. dominico patri nostro.

COMPENDIO Y EXPLICACION
DE LA DOCTRINA CRISTIANA,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA NECESIDAD QUE HAY DE SABERLA, Y DE LA DECLARACION DE LOS ARTÍCULOS DE LA FE.

AL CRISTIANO LECTOR

El M. R. P. Fr. Enrique de Almeyda, de la órden de Predicadores.

Este Compendio de Doctrina Cristiana sacó el V. P. M. Fr. Luis de Granada, de gloriosa memoria, mas de treinta y cinco años ha en Portugal y en la lengua portuguesa, para con él suplir la falta de predicadores que habia en las montañas de aquel reino; y diósele en su materna lengua, porque fuese mejor entendida la doctrina á todos tan necesaria. Algunas veces dije yo á su autor que nos le diese en lengua castellana, porque doctrina tan importante se divulgase mas generalmente. Respondióme que andaba meditando aquel insigne libro que se intitula Introduccion al Símbolo de la fe; que si Dios le diese mas vida, pensado tenia hacer lo que yo le pedia, y condescender con muchas personas que le pedian lo mismo; y que él tenia entendido de personas graves, que aguardando que él sacase este libro de portugues, mejorándole en lengua castellana, le guardaban este respeto. Y en particular me dijo que el Padre Ramirez, de la Compañía, famoso predicador desta doctrina, le habia pedido lo mismo que yo, y que aguardando este libro no sacaba otro de lo que habia predicado á este propósito. Acabósele la vida no mal lograda, ántes bien empleada, y no tuvo lugar su intento. Viendo defraudado mi deseo, aguardé algunos años á ver si salia por algun buen traductor, y viendo que se dilataba, y hallándome con tiempo y lugar acomodado (sabe el Señor con cuán piadoso intento), tomé este atrevimiento: del mismo Señor fio el buen suceso. No fué pequeño mi trabajo, no solo por ser mucho mayor que mi suficiencia, sino tambien por mi pobreza; por la cual no alcancé un escribiente mejor que yo. Y así por mis proprios pulgares saqué dos veces esta traduccion, en la cual gasté mas de tres años. Recíbela pues, cristiano lector, y dirás que ni mi trabajo fué mal empleado, ni mi insuficiencia estragó tanto, que no quede la obra oliendo á su autor. Verás aquí en compendio toda la doctrina necesaria á todo cristiano, tan bien sacada de los sanctos y doctores, como se esperaba del ingenio del buen P. Fr. Luis de Granada. *Vale.*

PRIMERA PARTE

DEL

COMPENDIO Y EXPLICACION DE LA DOCTRINA CRISTIANA,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA NECESIDAD QUE HAY DE SABERLA, Y DE LA DECLARACION DE LOS ARTÍCULOS DE LA FE.

CAPITULO PRIMERO.

Texto de la doctrina cristiana.

El Per signum crucis.

Por la señal de la sancta Cruz ✝ de nuestros enemigos ✝ líbranos, Señor Dios nuestro, ✝ en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto. ✝ *Amen* Jesus.

El Padre nuestro.

Padre nuestro que estás en los cielos, sanctificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. *Amen* Jesus.

El Ave María.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fructo de tu vientre, Jesus. Sancta María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, agora y en la hora de nuestra muerte. *Amen* Jesus.

La Salve.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A tí llamamos los desterrados hijos de Eva; á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y despues deste destierro muéstranos á Jesus, fructo bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Vírgen María! Ruega por nos, Sancta Madre de Dios, para que seamos dignos de los prometimientos de Jesucristo. *Amen.*

El Credo.

Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Sancto, y nasció de Sancta María Vírgen, padesció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado, descendió á los infiernos, y al tercero dia resuscitó de entre los muertos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Sancto, la sancta Iglesia católica, la comunion de los sanctos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida perdurable. *Amen.*

Los artículos de la fe

Son catorce. Los siete pertenescen á la divinidad, y los otros siete á la sancta humanidad de nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Los que pertenescen á la divinidad son estos.

El primero, creer en un solo Dios Todopoderoso. El segundo, creer que es Padre. El tercero, creer que es Hijo. El cuarto, creer que es Espíritu Sancto. El quinto, creer que es Criador. El sexto, creer que es Salvador El séptimo, creer que es Glorificador.

Los que pertenescen á la sancta humanidad son estos.

El primero, creer que nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, fué concebido por obra del Espíritu Sancto. El segundo, creer que nasció de Sancta María Vírgen, siendo ella vírgen ántes del parto, en el parto y despues del parto. El tercero, creer que rescibió muerte y pasion por salvar á nosotros pecadores. El cuarto, creer que descendió á los infiernos, y sacó las ánimas de los sanctos padres que estaban esperando su sancto advenimiento. El quinto, creer que resuscitó al tercero dia de entre los muertos. El sexto, creer que subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. El séptimo, creer que vendrá á juzgar los vivos y los muertos: conviene á saber, á los buenos para darles gloria, porque guardaron sus sanctos mandamientos; y á los malos pena perdurable, porque no los guardaron.

Los mandamientos de la ley de Dios

Son diez. Los tres primeros pertenescen al honor de Dios, y los otros siete al provecho del prójimo. El primero, amar á Dios sobre todas las cosas. El segundo, no jurar el nombre de Dios en vano. El tercero, sanctificar las fiestas. El cuarto, honrar padre y madre. El quinto, no matar. El sexto, no fornicar. El séptimo, no hurtar. El octavo, no levantar falso testimonio ni mentir. El

noveno, no desear la mujer de tu prójimo. El décimo, no cobdiciar los bienes ajenos. Estos diez mandamientos se encierran en dos; en amar á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo.

Los mandamientos de la sancta madre Iglesia

Son cinco. El primero, oir misa entera todos los domingos y fiestas de guardar. El segundo, confesar á lo ménos una vez dentro de un año, ó ántes si espera peligro de muerte, ó ha de comulgar. El tercero, comulgar por Pascua florida. El cuarto, ayunar cuando lo manda la sancta madre Iglesia. El quinto, pagar diezmos y primicias á la Iglesia.

Los sacramentos de la sancta madre Iglesia

Son siete. El primero, bautismo. El segundo, confirmacion. El tercero, penitencia. El cuarto, comunion. El quinto, extrema-uncion. El sexto, órden. El séptimo, matrimonio.

Las virtudes teologales

Son tres. Fe, esperanza y caridad.

Las virtudes cardinales

Son cuatro. Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Los dones del Espíritu Sancto

Son siete. Primero, don de sabiduría. Segundo, don de ciencia. Tercero, don de entendimiento. Cuarto, don de consejo. Quinto, don de piedad. Sexto, don de fortaleza. Séptimo, don de temor de Dios.

Los fructos del Espíritu Sancto

Son doce. Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, verdad, modestia, continencia y castidad.

Las bienaventuranzas

Son ocho. Primera, bienaventurados los pobres de espíritu, porque dellos es el reino de los cielos. Segunda, bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Tercera, bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Cuarta, bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Quinta, bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Sexta, bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Séptima, bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Octava, bienaventurados los que padescen persecucion por la justicia, porque dellos es el reino de los cielos.

Las obras de misericordia

Son catorce: las siete espirituales, y las siete corporales.

Las siete espirituales son estas.

La primera, enseñar al que no sabe. La segunda, dar buen consejo al que lo ha de menester. La tercera, corregir al que yerra. La cuarta, perdonar las injurias. La quinta, consolar al triste. La sexta, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos. La séptima, rogar á Dios por vivos y difuntos.

Las siete corporales son estas.

La primera, visitar los enfermos y presos. La segunda, dar de comer al hambriento. La tercera, dar de beber al sediento. La cuarta, vestir al desnudo. La quinta, dar posada al peregrino. La sexta, redimir al cautivo. La séptima enterrar los muertos.

Los pecados capitales que llaman mortales

Son siete. El primero, soberbia. El segundo, avaricia. El tercero, lujuria. El cuarto, ira. El quinto, gula. El sexto, envidia. El séptimo, pereza.

Contra estos siete vicios hay siete virtudes.

Primero: contra soberbia humildad. Segundo: contra avaricia largueza. Tercero: contra lujuria castidad. Quarto: contra ira paciencia. Quinto: contra gula templanza. Sexto: contra envidia caridad. Séptimo: contra pereza diligencia.

Los enemigos del alma

Son tres. Mundo, demonio y carne.

Las potencias del alma

Son tres. Memoria, entendimiento y voluntad.

Los sentidos corporales

Son cinco. Ver, oir, oler, gustar y tocar.

Los novísimos ó postrimerías del hombre

Son cuatro. Muerte, juicio, cielo y infierno.

La confesion general.

Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Vírgen María, al bienaventurado Sant Miguel Arcángel, al bienaventurado Sant Juan Baptista, á los sanctos apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo, y á todos los sanctos, y á vos Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Vírgen María, al bienaventurado sant Miguel Arcángel, al bienaventurado Sant Juan Baptista, y á los sanctos apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo, y á todos los sanctos, y á vos Padre, que rogueis por mí á Dios nuestro Señor. *Amen.*

CAPITULO II.

De las partes principales de la doctrina cristiana, y de la manera que se ha de enseñar.

Todos saben que son cuatro las principales partes desta doctrina: conviene á saber, artículos de la fe, mandamientos, oracion y sacramentos. Mas la razon y necesidad destas partes no la saben todos con ser cosa dignísima de ser sabida: ántes sin ella no se puede saber nada.

Pues para esto es de saber que tres cosas se requieren para ser uno verdadero cristiano. Estas son querer, saber y poder; las cuales son de tal manera necesarias, que no basta la una sin la otra.

Primeramente es necesario que el hombre quiera de todo corazon servir á Dios y guardar sus mandamientos;

y que esté tan persuadido en esta parte, que aunque sepa que hay muchos caminos en el mundo, por los cuales caminan otros hombres, esté firmemente determinado á caminar por solo este.

Lo segundo se requiere, despues desta determinacion, que sepa cuáles son estos mandamientos, y cuáles las cosas con las cuales ha de procurar agradar y servir á nuestro Señor. Porque así como aprovecharia poco estar yo determinado de servir á un rey, si no supiese cómo y en qué cosas le habia de servir: así tampoco aprovecharia desear servir á Dios, si no supiese en qué le habia de servir.

Lo tercero que despues desto se requiere, es poder; porque aunque yo esté determinado á servir, y sepa en qué tengo de servir, si no tengo fuerzas para el tal servicio (porque las cosas que se piden exceden la facultad y poderío de mi naturaleza) faltando este poder, ni aprovecharía el querer ni el saber.

Pues á estas tres cosas provee suficientísimamente la doctrina cristiana con aquellas cuatro partes principales, artículos y mandamientos, oracion y sacramentos. Con los artículos de la fe inclina eficacísimamente nuestros corazones al amor y obediencia de nuestro Señor, proponiéndonos para esto tan grandes galardones y premios, tan grandes obligaciones y beneficios y dones de parte de Dios, y tambien tan grandes disfavores, amenazas y temor, si no respondemos á nuestra obligacion, que la menor cosa destas que atentamente se considerase, era bastante para robar todos los corazones, y llevarlos en pos de sí. Estos artículos summariamente contiene el Símbolo de la fe, cuando trata de la grandeza de Dios, de su omnipotencia, de los beneficios de la creacion, conservacion, gobernacion, redempcion, encarnacion, nacimiento, pasion y resurreccion y ascension de Cristo, y de su venida á juzgar el mundo, premiando los buenos y castigando los malos: que son los principales estímulos y motivos de la religion cristiana para persuadirnos y movernos al bien, y apartarnos del mal.

A lo segundo, que es el saber, nos provee con la doctrina de los mandamientos, mostrándonos allí las fuentes de toda la virtud y justicia, declarándonos distinctamente lo que habemos de hacer para agradar á nuestro Señor, y merecer su amistad. Y para mayor declaracion destos mandamientos, se acrescientan aquí todas las especies y maneras de pecados que se pueden hacer contra ellos; así de los siete llamados capitales, como de todos los demas.

A lo tercero, porque la naturaleza por el pecado quedó tan flaca y tan mal inclinada, que no es poderosa con todas sus fuerzas y albedrío para guardar esta ley (por ser la ley espiritual, y el hombre carnal: ella rectísima, y el hombre torcido) para esto (que era lo mas necesario) nos provee suficientísimamente con la oracion y sacramentos; porque la oracion tiene por oficio pedir el socorro de la gracia para el cumplimiento de la ley, y los sacramentos tienen virtud de dar la gracia. Y así por estos dos medios se alcanza el poder, que es la mas principal de las tres cosas tan necesarias que habemos dicho. Lo cual jamas soñaron los filósofos, ni alcanzaron, ni dió la misma ley de Dios antigua, hasta que el Hijo de Dios vino al mundo y nos la merescíó por su pasion. Porque, como dice Sant Juan (*a*), la ley fué dada por Moises; mas la gracia para poder guardar esa ley, fué dada por Cristo.

(*a*) Joann. 1.

Por aquí entenderá el hombre clarísimamente la excelencia desta doctrina, sus principales partes, y la suficiencia y necesidad dellas, y la ventaja que hacen las unas á las otras. Porque en el primero y mas bajo lugar ponemos el saber; porque el saber (como dice Aristóteles) muy poco aprovecha para la virtud. Por lo cual aprovechó tan poco la ley ántes del Evangelio; porque la ley, segun dice el Apóstol (*b*), solo daba el conoscimiento de lo que convenía hacer, mas no las fuerzas para obrar. En el segundo lugar ponemos el querer, que nos da la fe, con la grandeza de los intereses, y premios, y amenazas que nos propone. Y en el tercero y mas alto lugar ponemos el poder, que por la gracia se alcanza; la cual gracia pedimos en la oracion, y recibimos en los sacramentos: y este es el fin y cumplimiento de todo.

Por aquí tambien se entenderá lo que principalmente añadió el Evangelio á la ley, que fué la gracia, de donde nasce este soberano poder que habemos dicho, sin el cual el saber y querer no bastaban; y así era la ley insuficiente é imperfecta hasta que el Evangelio suplió su imperfeccion.

Tambien por aquí se entenderá cómo nos hayamos de aprovechar desta celestial doctrina, para que no la sepamos de balde. Porque de los misterios de la fe nos habemos de aprovechar para inclinar nuestros corazones al amor y temor de Dios, y al agradescimiento de sus beneficios, y á la obediencia de sus mandamientos. De la doctrina de los mandamientos nos habemos de aprovechar para entender su voluntad, y saber en qué le podemos agradar ú desagradar. Mas de la oracion y sacramentos nos habemos de aprovechar para con el uso dellos alcanzar espíritu, fuerzas y gracia para poner por obra lo que manda la ley. Desta manera ninguna cosa nos faltará de las que se requieren para perfeccion y cumplimiento de la profesion cristiana.

Esta es la doctrina que la Iglesia católica en su principió enseñó con grandísimo cuidado. Esta era la predicacion de aquel tiempo, y lo que en las públicas y particulares congregaciones se trataba. Aquí está summado y recopilado todo cuanto está sembrado por las escripturas en profecías, y figuras, y cerimonias, y sacrificios: todo declarado en el Evangelio por la boca del Hijo de Dios, confirmado con sus maravillosas obras. A esta breve ciencia se han de arrimar, y con ella se han de salvar los profundos y muy fundados letrados: y estas letras conviene que sepan los simples y sin letras, si no se quieren perder.

Cuando me paro á pensar en las grandes calamidades que han venido á la cristiandad, las guerras y las ceguedades introducidas por el demonio, la diversidad de errores y falsas doctrinas, conozco que por singular beneficio y misericordia divina se ha conservado la pureza de la verdad en nuestra España, y no ha permitido Dios que el poder de tanta confusion y obscuridad ofuscase la luz desta doctrina. Todos acudimos á este guion despues de nuestras porfías: y así la tiene librada el Señor de todos los peligros del mundo, y de tanta diversidad de parésceres y opiniones. Lo cuál es razon que reconozcamos, y confesemos que ha sido por la conservacion deste sin-

(*b*) Rom. 7. et 8.

gular beneficio del cielo: y así entendamos la obligacion que tenemos á ponerla por obra y defenderla.

Aventajados somos sobre los antiguos en presumpcion de cristiandad, y otras cosas que no es necesario declarar; y ojalá estuviéramos iguales con ellos en el estudio y diligencia de enseñar la doctrina cristiana, y de tomar cuenta de cómo se ejercita. Sermones habia antiguamente de doctísimos y sanctísimos varones, que con grande celo de fe y caridad gobernaron sus iglesias (e): mas ni por esto cesaba el oficio de catequizar, que es enseñar á los mozos y novicios en la fe las principales partes y lugares de la doctrina evangélica, que son los que aquí habemos dicho. Grandísimo fué el provecho que con esta manera de enseñar se hizo; y grandes cristianos, fuertes y constantísimos mártires salieron desta escuela. Ni se cometia tal cargo sino á hombres de excelente vida y grandes letras. Esto paresce claro por la Iglesia de Alejandría, que tanto floresció en el mundo con grande número de doctores y mártires: adonde los mismos apóstoles tuvieron este oficio de que vamos tratando. No quiero comparar aquí nuestros tiempos con aquellos, ni tratar de cuán grande afrenta sería hoy para muchos predicadores descender á tan baja cosa como les pareceria enseñar el credo y los mandamientos.

Vengamos al remedio desto, si remedio se puede decir tan blanda medicina como es la que pide el mundo para tan grandes y envejescidas llagas: que como son las que siempre, tiene por cosa áspera y escandalosa decirle que vuelva á la virtud antigua. Para los antiguos vicios muy fácil es de llevar, y los autoriza con la antigüedad: el bien antiguo es el que aborresce; y siendo tan amigo de novedades, en solos los vicios y pecados ama y alaba la constancia: aquí alega luego costumbres, y blasfema de cosas nuevas.

REMEDIO PRIMERO.

Para que se sepa la doctrina cristiana.

Dejemos pues por cosa superflua el verdadero remedio, y vengamos á otros mas fáciles. Entre los cuales el primero sea, que puesto que esta doctrina principalmente sea para gente nueva (y solamente concurrian á ella los novicios en la religion, cuando este catecismo se usaba), sería bien (y aun creo que es necesario por nuestros pecados) que la deprendan muchos de mayor edad, para que puedan ser maestros de sus familias, provocándolos al ejercicio della con el ejemplo y castigo, y tomándoles cuenta della. Esto no ha de ser solamente tomar esta doctrina de memoria, como oracion de ciego, sino con tal declaracion (aunque breve) que dé verdadera noticia de lo que contiene tal misterio, ó mandamiento, ó sacramento, y declare su verdadero uso y provecho. Desto ha de tener especial cuidado el padre de familias, acordándose que se le ha de pedir estrecha cuenta de los que están á su cargo. ¡Oh si para esto se cercenase un poco de tiempo del que se toma para vanas ocupaciones! Mas por nuestros pecados, como el padre ni tiene cuidado ni propósito de dar buen ejemplo á sus hijos, ménos le tiene de enseñarles esta doctrina: que si lo primero se hiciese, yo aseguro que lo segundo no se dejase de hacer; porque lo uno es tan cierto compañero de lo otro, que luego se va en pós de él.

(e) Ambros. et Aug. pluries, de Exposit. Symboli.

REMEDIO II.

Mas cuando los padres no tienen esta habilidad para enseñar á sus hijos, á lo ménos, si tienen posibilidad, les deben procurar buenos maestros ó ayos, los cuales con doctrina y ejemplo los enamoren de la virtud, y los encaminen por el camino de la verdad, y sobre todo los enseñen la grandeza del beneficio de la redempcion, el grande y excesivo amor que nos tuvo el eterno Padre, y nuestro Redemptor Jesucristo ántes que nasciésemos; y cuánto nos amará si nos conservamos en aquella limpieza que él nos communicó con su sangre. Esto será fácil al celoso maestro, porque las plantas tiernas son muy fáciles de guiar, si con destreza son encaminadas.

REMEDIO III.

Lo tercero que despues se requiere, es que los padres trabajen todo lo posible por apartar á sus hijos luego desde su niñez de las malas compañías, y procurarles las buenas, sin seguir en esto el consejo de la vanidad, de que communmente usa el mundo, que procura solamente sus iguales ó aventajados, con los cuales se honren, amando esta honra, aunque esté acompañada de los vicios, por huir la bajeza, aunque la acompañe la virtud.

REMEDIO IV.

Tambien deben tener mucho cuidado de los libros en que leen, porque en ninguna manera tomen en sus manos, ni lean, ni oigan leer libros de mentiras, y fábulas, y deshonestos, y lascivos. Siempre y en toda edad fué esto perjudicial y nocivo, mas mucho mas en la de los tiernos años; porque las cosas que en esta edad se tratan, son las que mas quedan en la memoria y se pegan al corazon; porque todas son como unas imágenes impresas en una blanda cera. La edad experimentada en la virtud, puede con mas seguridad leer libros; aunque hay algunos tales, que nadie los habia de tomar en las manos.

Mas á los que comienzan á abrir los ojos en el mundo, no se les puede permitir cosa mas dañosa que dejarles los libros que agora se usan. Cosa es de admiracion, que habiendo en la república diligencia para evitar muchas cosas, de las cuales se podia seguir poco daño; que para los libros que han de leer los cristianos, haya tan poco cuidado, dejando la puerta abierta para todos los que no contienen errores en la fe; no poniendo tasa á los libros vanos, no considerando los daños que dellos se siguen. Verdaderamente libros veo yo, que me parece que consentirlos es consentir un pecado público.

Quiero agora dejar esto, que es mas largo de lo que paresce, y solo digo que el padre que desea á su hijo buen cristiano, ha de procurar que en los primeros años comience luego á desenvolver su lengua en las alabanzas de Dios y de su Hijo Jesucristo, Redemptor y Señor de los hombres; y este sea el primero estudio en que emplee su entendimiento y memoria; ni oiga ni lea otra cosa que loores de la virtud y de las obras cristianas, exhortaciones y esfuerzo para ellas, aborrescimientos y vituperios contra los vicios y pecados, porque ántes que entienda lo que son, ya esté acostumbrado á maldecirlos y blasfemarlos.

Y finalmente que en todo lo que le dieren que lea, y todo lo que le enseñaren, vaya encaminado á formar en el mozo un ánimo generoso, despreciador de todo aquello que el mundo estima, y preciador de sola la virtud, y de la gracia y amistad de Dios. Si pensasen los cristianos en el dia que se han de ver juzgados juntamente con los gentiles, y de cómo allí ha de parescer la diligencia y el cuidado que estos tuvieron en criar sus hijos, siendo solo su fin criarlos para las virtudes y ejercicios políticos; y la que hoy ponen los padres que dicen que crian sus hijos para cristianos; parésceme que desde ahora sería razon que se corriesen, y temiesen la cuenta que se les ha de pedir, y el cargo que se les ha de hacer.

Muchos habrá que se excusarán con decir, que les falta la posibilidad para hacer lo que habemos dicho, porque son hombres que han de ganar de comer por sus manos, y que en el mismo ejercicio han de criar á sus hijos, para que deprendan en qué ganar de comer; adonde por fuerza estarán tan ocupados, que no les quedará lugar para el estudio destas doctrinas. Bien podría yo decir á estos, que no hay ocupacion que excuse al hombre de ser cristiano, ni para que deje de saber lo que es necesario para salvarse. Tambien les podria preguntar si es verdad que ningun tiempo les sobra del ejercicio de sus oficios, ó para sus pasatiempos, ó para otras vanidades. Y si es verdad que para esto no les falta, ¿cómo no le tienen para lo que les importa la salvacion? Si tuviesen de véras amor á la vida cristiana, cierto es que no les faltaria tiempo para los ejercicios de cristiandad. Más está el lugar para estas obras en el corazon y en la voluntad, que en los dias y tiempos. Esto baste para el aviso de criar bien los hijos, y enseñarles esta sancta doctrina. Pasemos ya á la primera parte della, que es el símbolo de la fe, á que llaman el *Credo*.

CAPITULO III.

De la primera parte de la doctrina cristiana, que es el símbolo ó Credo (que contiene el conoscimiento de Dios), adonde se declara qué cosa sea creer en Dios.

Dejamos dicho que la primera parte de la doctrina cristiana es el *Credo*. Para lo cual es de saber que en el hombre hay dos principales partes ó potencias, que son entendimiento y voluntad, y ambas quiere Dios que se empleen en su servicio; porque el espíritu del hombre esté reformado, estándolo estas dos principales potencias.

Comenzando pues por la primera, quiere Dios que el entendimiento del hombre esté verdaderamente alumbrado y enseñado, y tenga tan claro conoscimiento de su Criador, que no yerre en este conoscimiento de su sér y de su poder, de su voluntad, de su justicia, de su misericordia, de su saber, y de los beneficios que ha hecho al hombre, y de continuo está haciendo; para que conforme á este conoscimiento lo sepa estimar y adorar, y sepa acudir á él, ofrescerse á él, esperar en él, y fiarse dél, aconsejarse con él, y darle gracias por todo. No quiere el Señor que el hombre se engañe en el concepto que ha de tener de su Dios, ni le finja de otro manera de lo que él es en sí, ni tenga en esto falso conoscimiento, y engañosa imaginacion; porque entónces ni adoraria á Dios, ni se fiaria del verdadero Dios, sino de aquel falso dios que él tiene en su imaginacion. De aquí es, que el que yerra en lo principal de la fe, que es el conoscimiento del verdadero Dios, va perdido; porque erró la puerta, y ningun otro camino puede tomar por donde no se pierda.

Y si me preguntais en qué puntos consiste la summa deste conoscimiento de Dios, digo que este cuidado tomó por todos nosotros la Iglesia; la cual así por no dejar lugar á que cada uno dijese su parecer en esto, presumiendo de dar sentencia y seguir su juicio, como tambien para que con mayor brevedad y concierto lo pudiésemos todos saber y encomendar á la memoria, juntó una summa de todo esto en ciertos artículos, en los cuales (enseñada por el Espíritu Sancto, y mediante su divina luz informada de la verdad de las divinas escripturas) summó y puso por singular órden y concierto lo mas señalado y principal que la religion cristiana profesa, tiene y cree de su Dios.

Estos artículos son doce, aunque algunos los summan en catorce (*a*); mas en esto va poco, porque ni en los catorce hay palabra de mas, ni en los doce la hay de ménos. Y á estas verdades llamaron artículos; porque así como en el hombre hay artículos ó coyunturas, que son las partes por las cuales se manda y gobierna; así á estas verdades llamaron artículos, por ser las principales partes de nuestra fe, por las cuales se gobierna el cuerpo místico de la Iglesia, y como por unas coyunturas, por estas verdades se juntan en este cuerpo unos miembros con otros. Porque todos los fieles que en la verdadera confesion destas verdades concurren, son miembros deste sancto cuerpo, y los demas hombres no; ántes son apartados y extraños.

ESTOS ARTICULOS EN LATIN DICEN ASÍ:

1. *Credo in Deum, Patrem omnipotentem, Creatorem cœli et terræ.*
2. *Et in Jesum Christum Filium ejus unicum, Dominum nostrum.*
3. *Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex MARIA Virgine.*
4. *Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus et sepultus.*
5. *Descendit ad inferos, tertia die resurrexit á mortuis.*
6. *Ascendit in cœlum, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis.*
7. *Inde venturus est judicare vivos et mortuos.*
8. *Credo in Spiritum Sanctum.*
9. *Sanctam Ecclesiam Catholicam, Sanctorum Communionem.*
10. *Remissionem peccatorum.*
11. *Carnis resurrectionem.*
12. *Vitam æternam.* Amen.

EN CASTELLANO DICEN ASÍ:

Sant Pedro. 1.

Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

Sant Andres. 2.

Creo en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.

Sanctiago mayor. 3.

Creo que fué concebido por obra del Espíritu Sancto, y nació de Sancta María Vírgen.

(*a*) D. Thom. 2. 2. quæst. 1. art. 8.

Sant Juan. 4.

Creo que padesció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.

Sancto Tomas. 5.

Creo que bajó á los infiernos, y al tercero dia resuscitó de entre los muertos.

Sanctiago menor. 6.

Creo que subió á los cielos, y está asentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Sant Felipe. 7.

Creo que vendrá desde allí á juzgar los vivos y los muertos.

Sant Bartolomé. 8.

Creo en el Espíritu Sancto.

Sant Mateo. 9.

Creo la sancta Iglesia católica, y la communion de los sanctos.

Sant Simon. 10

Creo la remision de los pecados.

Sant Tadeo. 11.

Creo la resurreccion de la carne.

Sant Matias. 12.

Creo la vida perdurable. *Amen.*

Agora es necesario que comencemos á declarar todo esto por órden. Mas porque para entenderlo mejor y con mayor facilidad hará mucho al caso dividirlo primero en sus partes, será bien que comencemos por la division del *Credo*, y luego pasarémos á la declaracion de cada una de las partes.

Para lo cual es de saber que este *Credo* que contiene estos doce artículos que habemos dicho, se divide (segun la mas propria division) en tres partes, conforme á las tres personas divinas. En la primera parte se trata de la persona del Padre y de las cosas que se le atribuyen; en la segunda del Hijo y de las que se le atribuyen; y en la tercera de la persona del Espíritu Sancto, y de sus atributos.

A la persona del Padre se atribuye la creacion y el poder; no porque estas dos cosas no sean de toda la sanctísima Trinidad igualmente, sino porque á la persona del Padre solamente es proprio ser la primera, y no producida de otra persona, como el Hijo, que es engendrado del Padre; y el Espíritu Sancto, que es producido del Padre y del Hijo; y por ser el Padre principio sin principio, le damos la primera parte y principio del *Credo*.

Al Hijo se atribuye la sabiduría y la redempcion, porque es Verbo, y Palabra eterna del Padre, y declaró la voluntad del Padre á los hombres en el mundo, y encarnó por los hombres, y los enseñó y murió por ellos; y por esto dámosle la segunda parte.

A la persona del Espíritu Sancto se atribuye la gracia y sanctificacion de los hombres: á él conviene la tercera parte del *Credo*. Y porque la razon de todo esto se dará adelante, no resta sino que comencemos á tratar la declaracion destos artículos; y dellos tratarémos no solo con la especulacion del entendimiento, sino tambien con la práctica de la voluntad.

Sabida cosa es que hay dos maneras de fe, una fria y muerta, sin obras (como luego declararémos), otra amorosa, inflamada con caridad, que no se contenta ni queda satisfecha con lo que cree, sino que pasa adelante, y pone por obra lo que cree. Y conforme á esta manera de fe procederá la declaracion de los artículos della, procurando aficionar y inclinar la voluntad á las cosas que conosce y cree el entendimiento, en lo cual está la summa de todo bien.

Mas ántes que entremos en la declaracion del *Credo*, será necesario que primero declaremos las dos palabras primeras dél, que son estas: *Creo en Dios*. Porque puesto que contadas estas palabras, sean pocas y de pocas sílabas, tienen tan grande eficacia, que quien quiera que las pronunciare de corazon, y sintiere lo mismo en su ánima que pronuncia con su lengua, sin dubda alcanzará la vida eterna. Pero para que nuestras ánimas gocen dellas, es menester que se declaren.

Comenzando pues de aquella palabra *Creo*, hase de notar que hay tres maneras de creer. Porque decimos: Creo á Dios, y creo que hay Dios, y creo en Dios. *Creo que hay Dios*, es el primer escalon que habemos de subir para nuestra salvacion; esto es, que creamos que hay Dios, y que es verdad cuanto deste Señor se escribe en la sancta Escriptura. A esta fe llamamos historial, y es commun á nosotros, y á los demonios; porque tambien ellos creen desta manera. *Creer á Dios* es el segundo grado para nuestra salvacion; y es creer que Dios es verdadero, y que habla verdad, y es la misma verdad, y por esta razon dar crédito á sus promesas y á sus amenazas. Esta fe es commun á todos los cristianos, así malos como buenos, justos é injustos. *Creer en Dios* es el tercero grado propincuo á nuestra salvacion, porque esta manera de fe nos hace poner en Dios toda nuestra confianza, amándolo como á summo bien, y encaminar á él por la ejecucion de las buenas obras, como á nuestro último fin. Esta fe es particular y propria de aquellos fieles que juntamente son buenos y guardan justicia. Y esta llaman los teólogos fe viva ó formada; de la cual dice Sant Pablo (*b*), que obra por la caridad; y á los tales justifica esta fe.

Segun esta distincion de creer, podemos entender cuál es la fe por la cual somos justificados, y que nos hace salvos. Esta sin dubda es una virtud que Dios infunde en nuestras almas, por la cual conoscemos y tenemos por cierto que Dios es solo uno en esencia, y trino en personas, y tenemos por ciertas y averiguadas verdades todas cuantas cosas están escriptas en la divina Escriptura; y tenemos certísima confianza de todas las divinas promesas, y sancto temor de todas sus amenazas, y estamos resignados nuestras vidas y todas nuestras cosas en su divina voluntad; y finalmente por su respecto huimos el mal, y hacemos el bien, y padescemos los trabajos; y todo por su mayor honra y gloria.

Esta es la fe tan engrandescida y alabada en las sanctas escripturas, mayormente en el nuevo Testamento. Desta habla el Eclesiástico, diciendo (*c*): Todas tus obras haz con fe de tu ánima, porque esta es el cumplimiento de los mandamientos. Quien cree en él, tiene cuidado de lo que él le manda, y quien confía en él, no recelará algun daño. No piense nadie que cualquiera fe le basta, ni se precie del vano y ocioso título de la fe; porque la fe sin caridad y sin la compañía de las buenas obras, que no está fortalescida con la obediencia de los divinos mandamientos, esta es muerta, como dice el apóstol Sanctiago (*d*), y á nadie puede justificar. Mas habemos

(*b*) Galat. 5. Rom. 4. (*c*) Eccl. 32. (*d*) Jacob. 2.

de entender y creer que para creer en Dios con esta manera de fe viva, no basta la industria humana ni todas nuestras fuerzas; ántes es merced y don de Dios, y á él habemos de pedir que nos la dé, y nos la aumente y conserve. Por lo cual dijo el Señor á Sant Pedro cuando le confesó por Hijo de Dios (*e*): No te enseñó eso la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y á los fieles que le seguian, dijo (*f*): Esta es obra de Dios, que vosotros creais en aquel que él envió. Ninguno puede venir á mí, si el Padre, que me envió, no le trae, y yo le resuscitaré en el postrero dia. Escripto es en los profetas, que los hombres serán enseñados por el mismo Dios.

Otros muchos testimonios de la divina Escriptura trae Sant Augustin en el libro de la Predestinacion de los Sanctos á este propósito (*g*); mas sobre todo estriba en la sentencia del Apóstol, que dice (*h*): Tal confianza tenemos de Dios por Cristo, que no somos suficientes para pensar algo de nosotros, como de nosotros, ántes creemos que toda nuestra suficiencia es de Dios. La cual sentencia citándola Sant Augustin, dice luego (*i*): Noten este lugar y ponderen bien estas palabras los que piensan que en nosotros está el comenzar á creer, y que despues Dios ha de suplir lo que nos falta. ¿Quién no ve que algo ha de pensar el hombre ántes que crea? Nadie se arroja á creer alguna cosa sin primero pensar en lo que ha de creer. Pues si en la religion cristiana (de la cual habla el Apóstol) confesamos que aun no somos suficientes para pensar nada sobre lo que habemos de creer, siendo así verdad que nadie puede creer sin pensar ántes algo, pues dice el Apóstol que aun para este pensamiento ántes de la fe no somos suficientes, ¿cuánto ménos serémos suficientes para creer? Sea pues la confesion cristiana: para ningun principio desta fe tenemos suficiencia de nosotros, sino recebido por merced y don de Dios.

Mas dirá alguno: si eso es así, por demas vamos á oir los sermones; en vano trabajan los predicadores. Digo que por todo lo dicho yo no quiero excluir estos medios, por los cuales el Señor suele infundir en los corazones este divino don; ántes confesamos que para esta fe es necesario el libre consentimiento de nuestra voluntad, y que por oir la palabra de Dios se engendra en nuestros corazones la fe, y que para esto nos ayudan los predicadores. Pero decimos con Sant Augustin y con las sagradas escripturas, que para que nuestra voluntad quiera oir, rendirse, y obedeseer, y creer, es habilitada y dispuesta por Dios, sin cuyo llamamiento no puede venir á la fe. Porque como está escripto en los Proverbios (*k*): El Señor es el que da los ojos para ver, y los oídos para oir. Por lo cual dice el Apóstol (*l*): De gracia sois hechos salvos por la fe, y esto no por vosotros; que don fué de Dios, porque ninguno se glorie. Por tanto, segun Sant Augustin dice (*m*), en vano trabaja la lengua del que predica, si el Señor con su gracia no edifica en el ánima. Necesario es oir la palabra de Dios, y en mucho se ha de tener al predicador, y necesario es que nuestra voluntad se aplique á la palabra de Dios; mas con todo, este don de la fe á Dios lo habemos de atribuir. Por tanto en Dios solamente nos habemos de gloriar, no en nuestra industria, ni en la del predicador. Esto baste acerca de la palabra *Credo*.

Agora veamos la significacion y razon deste nombre *Dios*. Quién sea verdadero Dios, ya lo habemos dicho: que es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Sancto, tres personas distinctas, mas solo un Dios, un sér, una esencia. Y porque no todos saben la importancia deste vocablo *Dios*, conviene que se declare. Los griegos derivan este nombre de *Theos*, que quiere decir temor; porque de todos es temido, ó por ventura se dice *Dios* de otra palabra griega *Deos*, mudando la *Th* en *D*, que quiere decir Veo, ó miro, como de atalaya ó lugar de socorro, para dar á entender que Dios todo lo ve, y á todo está presente, y prompto para socorrer á los suyos. Los alemanes le llaman *Goth*, conforme á otro vocablo suyo que dice *Guth*, que quiere decir, bueno; porque solo Dios es por sí esencialmente bueno, como él lo dice (*n*).

Tambien habemos de notar que de tres maneras usamos deste vocablo *Dios*; unas veces con su propiedad, otras por alguna semejanza, otras segun la falsa opinion de los gentiles. Propriamente usamos deste vocablo *Dios*, cuando por él queremos significar al verdadero Dios, trino y uno. Por semejanza y communicacion de alguna perfeccion usamos dél cuando hablamos de los príncipes y monarcas, de los muy poderosos y de los varones sanctos, segun lo que dice David (*o*): Yo dije: todos sois hijos del Alto, y sois dioses. Y por la misma razon son así llamados en otras partes de la divina Escriptura los gobernadores (*p*).

Tambien habemos de notar que por dos respectos podemos hablar del verdadero Dios, ó considerándolo en sí mismo segun su esencia, ó en sus obras y efectos. Considerado segun su esencia, no hay nombre que nos le pueda representar, ni le cuadre para declararle y difinirle, segun que fué dicho al patriarca Jacob (*q*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es marvilloso? Por lo cual el Señor dijo á Moises (*r*): Yo soy el que soy; dirás á los hijos de Israel: el que es, me envió á vosotros. Mas si consideramos las obras en que se nos manifiesta, con que nos hace mercedes, podemos segun ellas darle muchos nombres, como vemos que se los da la divina Escriptura, que unas veces le llama Señor, otras Altísimo, otras Ayudador, Defensor, Vida, Luz, Misericordia, y Misericordioso, y otros muchos.

Nótese tambien que cuando hablamos ó pensamos en el verdadero Dios, ni habemos de hablar ni pensar de otra manera que de un espíritu ó substancia eterna, buena, infinitamente poderosa y sabia, sin principio y sin fin, invisible, incorpórea, inmensa, incomprehensible, simplicísima, inefable, inmovible, inmutable, presente en todo lugar, primer principio de todas las cosas, por quien todo lo que es tiene su sér y se conserva, y que es aquella cosa que ni puede ser, ni pensarse mayor, ni mejor, ni mas prefecta. Tal espíritu y tal substancia habemos de imaginar todas las veces que hablamos ó pensamos en Dios. Mas inquirir curiosamente esta substancia para determinar su naturaleza, no nos pase por el pensamiento; porque es grande presumpcion y desvarío. De lo dicho quedan declaradas estas dos primeras palabras del Símbolo, *Creo en Dios*.

(*e*) Matth. 16. (*f*) Joan. 6. (*g*) Joan. 6. Esai. 16. Hier. 31. (*h*) 2. Cor. 3. (*i*) De præd. Sanct. c. 2. t. 7. et Retract. l. 1. c. 23. t. 1. (*k*) Prov. 20. (*l*) Ephes. 2. (*m*) Psal. 126. Aug. ad hunc oc. tom. 8

(*n*) Matth. 19. (*o*) Psal. 81. (*p*) Exod. 22. Psal. 46. (*q*) Gen. 32. (*r*) Exod 3.

Agora pasemos á la declaracion del primer artículo.

CAPITULO IV.

Del primer artículo de nuestra sancta fe.

Las palabras del primer artículo de nuestra sancta fe son las siguientes: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.* En estas palabras tenemos en summa lo que estamos obligados á creer y sentir de la primera persona del sacratísimo misterio de la sanctísima Trinidad: conviene á saber, que es Padre, que es todopoderoso, que es criador del cielo y de la tierra. Padre se dice, así porque naturalmente es Padre de nuestro Señor Jesucristo, como porque es Padre por la creacion de todas las criaturas, y Padre por gracia de todos los fieles, como lo dice Sant Juan (*a*): Dió poder á todos los que creyesen en su nombre, para que en virtud desa fe fuesen hechos hijos de Dios.

A Cristo, natural Hijo suyo, engendró eternalmente por via de entendimiento de sí mismo, por sí mismo, de su propria substancia, él solo, sin otra compañía ni ayuda, y así le engendró de su propria substancia, que no le communicó parte, sino toda. Mas por esta generacion no lo hizo otro Dios; porque aunque por esta generacion son distinctas personas, no son dos dioses; ni el Padre fué primero en tiempo que el Hijo, ni se puede entender sin su Hijo; ántes como á los dos es commun una misma esencia y deidad, así les es commun una misma eternidad.

A los fieles (siendo ántes nascidos desdichadamente segun la carne de Adam) los reengendró el eterno Padre, no de su substancia (como á su único Hijo natural), sino por la simiente espiritual, que es la palabra de la verdad, por su mismo Hijo natural, verdadera y eterna palabra de Dios, y por el Evangelio, y por los sacramentos mediante la fe viva y la virtud del Espíritu Sancto, como lo declaran los sanctos apóstoles Sant Pedro, y Sant Pablo, y Sant Juan (*b*), y esto no por los merescimientos dellos, sino por su grande misericordia y eterna determinacion.

Bendito sea Dios, dice el Apóstol (*c*), y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos reengendró á esperanza viva y perpetua herencia en los cielos. Y reengendrándolos desta manera, no los hizo de su substancia, aunque los hizo participantes y compañeros de su naturaleza (esto es, de su inmortalidad, claridad, y gloria sempiterna), y herederos de la vida eterna, para que la participen y gocen della, así como él, aunque cada uno en su grado; pero de la misma gloria.

Mas aunque la primera manera de engendrar convenga y sea propria á la primera persona de la sanctísima Trinidad, á la cual por excelencia llamamos Padre: esta segunda manera de paternidad espiritual es igualmente commun á todas tres personas, y no ménos conviene al Hijo y al Espíritu Sancto que al Padre. Por lo cual el profeta Esaías, hablando de la persona del Hijo, le llamó Padre del siglo venidero (*d*), y con el mismo espíritu que el Profeta llama la Iglesia á la persona tercera, esto es, al Espíritu Sancto, Padre de los pobres (*e*).

Mas porque veamos cuanta es la excelencia en que Dios tiene la razon de Padre sobre todos los que en la tierra se llaman padres, se pone en el Credo aquella singular adicion, *Todopoderoso.* Aunque muchos se llaman padres, ninguno con verdad se puede decir padre todopoderoso. Solo Dios es Padre todopoderoso. Es su poder igual á su querer; porque con solo su querer hizo el cielo y la tierra, y se hace cuanto hoy se hace en el cielo y en la tierra, aunque parezca á los hombres imposible, y sobrepuje á la razon humana, á cuyo poder comparado todo el poder de la tierra, del infierno y del cielo, no es tanto como el menor grano de arena comparado á toda la tierra y redondez del cielo, y cuanto una muy pequeña gota de agua comparada con toda la que ha llovido y lloverá sobre la tierra, y con cuanta llevan los arroyos, los rios, y tiene la mar.

Y saber que Dios es Padre todopoderoso, ayuda maravillosamente para despedir todas las razones humanas que se ofrescen en los dificultosos artículos de la fe, y vale para confirmarnos en ella; porque cualquier cosa que nos ponga delante Satanas ó sus ministros, los infieles, judíos, y gentiles, y herejes, todo lo podemos deshacer con sola esta razon: á Dios no es cosa imposible, como lo dijo el Angel á la Vírgen nuestra Señora (*f*), y como dice David (*g*): Todo cuanto el Señor quiso, hizo en el cielo y en la tierra, en la mar y en todos los abismos. Y aunque con particularidad el poder se atribuye al Padre, con igualdad conviene tambien al Hijo y al Espíritu Sancto; porque todas tres personas son una misma virtud y esencia.

Agora veamos en qué manera declaró Dios esta su omnipotencia. Esto hizo en la obra de la creacion del cielo y de la tierra, sacando del no ser al ser todas las cosas con sola su voluntad. Primeramente los cuerpos celestiales con todo su ornato, el sol, la luna, las estrellas con sus influencias y operaciones; crió el cielo mas alto y excelente, llamado Empireo, que es el asiento de la divina Majestad, adonde gozan de su clara vista los bienaventurados, y es el lugar que llamamos el paraíso y la gloria. Este crió lleno de espíritus angélicos, que se dividen en tres hierarquías, y estas tres en nueve coros que hay de bienaventurados espíritus (*h*). Crió este tan hermoso mundo, lleno de tanta diversidad de criaturas, y todas muy buenas, como lo dice la Escriptura (*i*): Vió Dios todas las cosas que habia hecho, y eran muy buenas. Mas como dijimos que el poder y omnipotencia era commun, igual del Hijo como del Padre, y del Espíritu Sancto como del Padre y del Hijo, aunque con particular razon y consideracion se aplicaba al Padre; así decimos que este efecto de la creacion, que con particular consideracion se apropria al Padre, es tan comun á todas tres personas, como lo es la unidad de la esencia y substancia. Y que la creacion sea obra commun á todas tres personas, lo significó y lo dijo claramente el Espíritu Sancto por David en el salmo 32: Por la palabra del Señor fuéron establecidos los cielos, y por el espíritu de su boca fué hecha toda la virtud dellos. Adonde diciendo, *Señor,* dijo la persona del Padre, y por la *palabra* del Señor, entendió la persona del Hijo, y por el *espíritu de su boca*, entendió el Espíritu Sancto, tercera persona en el sacratísimo misterio de la sanctísima Trinidad.

Y porque del mismo principio es la conservacion que

(*a*) Joann. 1. (*b*) 1. Petr. 1. ad Tit. 1. Joann. 1. (*c*) 1. Petr. 1. (*d*) Esai. 9. (*e*) In Sequent. Fest. Pentecost.

(*f*) Luc. 1. (*g*) Psal. 134. (*h*) Dionys. de Cœlest. Hier. (*i*) Gen. 1.

la creacion, en confesándole por Criador, le habemos de confesar por conservador y gobernador de todo; pues tiene por él la conservacion, como por él tiene el sér; porque no consiente aquella bondad soberana (con el amor que tiene mas que de padre), que alguna de sus criaturas perezca ó venga á menoscabo por falta de provision para sustentarse en su sér, sin su disposicion y voluntad, que así tiene cuenta y providencia de sola una de sus criaturas, como si mas no hubiera en el mundo, y así basta para todas, como para una. El lo dijo por Sant Mateo (*k*) : Poco precio valen en la plaza cinco pajarillos, pues aquellos no cayeron en el lazo del cazador sin particular voluntad de Dios, que quiso que cayesen hoy aquellos, y no otros. Pues si esta providencia tiene Dios de los pájaros, criados para vuestro servicio, ¿cuánto mas cuidado tendrá de vosotros? Yo os digo de verdad que hasta los cabellos de vuestra cabeza tiene contados, y uno no perderéis sin su providencia. Más os precia él que á los pájaros, y tanto mayor será la providencia que de vosotros tendrá, que de los pájaros, cuanto va de hombres á pájaro, y de la estima en que Dios tiene al hombre, al precio en que tiene á un pájaro. Para esto hace mucho al caso lo que el Señor dice por Sant Juan (*l*) : Mi Padre todavía obra, y yo obro. Como si mas claramente dijera : Aunque está escripto que Dios cesó al séptimo dia de la obra de la creacion, ni él ni yo cesamos iamas de la obra de la conservacion, con la providencia que tenemos de conservar todas las especies de las cosas criadas. Por lo cual dice David (*m*) : El Señor me gobierna, no temo que me faltará cosa : el Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? Y en otra parte (*n*) : Los ojos de todos están puestos, Señor, en vuestras manos, y de vos todos reciben su mantenimiento en el tiempo conveniente : abris vuestra liberal mano, y á todos dejais satisfechos con vuestra bendicion.

Estas dos tan maravillosas obras, como son la creacion y gobernacion ó conservacion de todo lo criado, nos dan grande luz y conoscimiento de Dios. Descúbrennos su poder en tan grande y tan maravillosa obra, su bondad en hacer esto sin ningun interes proprio; pues como á él no le faltaba cosa, nada habia menester. Descubrió y manifestónos su sabiduría en el gobierno de todo, y órden y concierto que en todo puso; su grande magnificencia con el hombre, para cuyo servicio crió todo este mundo visible; su grande misericordia, en que siendo nosotros tan ingratos á todos estos beneficios, no deja él de perseverar en estas generales y communes mercedes, alumbrando con su sol, así al malo como al bueno, y lloviendo así en la heredad del pecador como en la del justo. Esta es en summa la declaracion y confesion deste primer artículo. Veamos agora la práctica dél, como la abrace nuestra voluntad.

§. I.

De la práctica deste artículo.

El fructo de la fe y entendimiento deste primer artículo es que así como confesamos en Dios omnipotencia, bondad y sabiduría, magnificencia y misericordia, y en cada atributo destos infinidad; así le tengamos aquel temor y obediencia, aquel amor y confianza, que á tal Señor y Padre todopoderoso se debe.

(*k*) Matth. 10. Luc. 12. (*l*) Joann. 5. (*m*) Psal. 22. (*n*) Psal. 144.

FRUCTO PRIMERO.

Y comenzando por la confianza, pide este artículo, que en todos nuestros trabajos, angustias y perplejidades nos acojamos á él con confianza de hijos, á Padre que conocen omnipotente, infinitamente bueno, sabio y misericordioso; teniendo por certísimo que pues es nuestro Padre que nos crió del no ser y de la nada al ser, y sér mas excelente de todas las criaturas visibles; y pues es omnipotente é infinitamente bueno, por lo primero puede, y por lo segundo quiere favorecernos en todo tiempo y lugar que habiéndole menester le llamáremos. Y como por omnipotente no queda lugar de dubdar de su poder, y por infinitamente bueno y amoroso Padre, no hay por qué dubdar de su querer; así por ser infinitamente liberal, no queda lugar de dubdar de que nos socorrerá con liberal socorro, con abundancia, y en tiempo conveniente, así al cuerpo como al alma. Y asentado esto en nuestros corazones, quedamos señores dellos, exentos y libres de todo temor de Satanas, del mundo y de la carne. Porque si Dios está de nuestra parte, ¿qué contrario puede ser temido? Con esta consideracion dirémos con el profeta David (*o*) : En el medio de la sombra de la muerte estoy seguro, creyendo que tu, Dios mio, estás conmigo. Si contra mí vinieren éjercitos, sin miedo de mi corazon los mirarán mis ojos (*p*); porque en medio de todas las guerras esperaré en este Señor omnipotente, infinitamente bueno. El me recogió en su tabernáculo, y en lo mas secreto dél me escondió en el dia del trabajo. Púsome en lo alto de un fuerte, donde señoreé á todos mis enemigos. Desta fe de que el Señor es nuestro Padre universal por el beneficio de la creacion, y que como Padre nos ama mas que nunca hombre padre quiso á hijo, y que con tal amor y omnipotencia es infinitamente bueno, nasce en nosotros esta confianza y sosiego en nuestros corazones.

FRUCTO II.

Y sin este hay otro fructo muy importante desta misma fe; y es que conociendo ser Dios Padre nuestro por tantos títulos, desta consideracion nasce un entrañable amor con Dios, y una filial y alegre obediencia y resignacion de nuestra voluntad en la de tan amoroso Padre. Item, que conozcamos que dél tenemos todos los bienes corporales y espirituales, de cuerpo y de ánima, y por todos nos conozcamos deudores y obligados, y demos las gracias que pudiéremos, y llamemos todas las criaturas á que nos ayuden á alabar tal Padre y Señor, por el cual habemos de estar promptos y aparejados á soltar y perder todo lo que tenemos y este mundo nos puede dar, en tal de no dejar de obedescer á tal Señor y Padre en el menor de sus mandamientos; pues no puede ser pequeño ni de pequeña obligacion el mandamiento de Señor tan grande; y así habemos de rendir á este Señor nuestro entendimiento y voluntad, alegre, llana y humildemente; y sin curiosidad nos subjectemos á creer todo aquello que la Iglesia católica romana nos propone; creyendo deste Señor que es verdadero en todas sus palabras, sancto en todas sus obras, maravilloso en todos sus juicios. Tambien habemos de tener atencion á aprovecharnos de sus divinos beneficios en aquel uso que él es servido que dellos usemos. De ma-

(*o*) Psal. 22. (*p*) Psal. 26.

nera que de la fe de su divina Providencia nos aprovechemos para esperar en él mas que en ninguna criatura, no en nuestra industria, segun lo que dice David (*q*) : No desampara Dios á sus sanctos (esto es, á sus escogidos), ántes para siempre los conservará y guardará.

RUCTO III.

Tambien se descubre aquí otro tercero fructo desta misma fe; esto es, que en las almas de los justos causa una esperanza firmísima, y una consolacion perpetua; mas si al hombre le falta la fe, ó la justicia y bondad de vida, todo cuanto esperare y se prometiere, no se llamará virtud de esperanza, sino presumpcion y engaño. Porque puesto que los malos son por algun tiempo amparados por Dios y prosperados, no á estos, sino á los justos, segun el Apóstol (*r*), son las promesas divinas de la presente vida, y de la bienaventurada venidera eterna. De los tales solamente habla David cuando dice (*s*) : Bienaventurados todos los que esperan en el Señor.

§. II.

De los que pecan contra este artículo.

Mas para que entendamos mas perfectamente este artículo, hace mucho al caso entender cómo contra él pecamos; para que de los observantes y de los transgresores recojamos cumplidamente la guarda y práctica deste artículo. Pecan contra este artículo los que creen que hay muchos dioses; tambien los que niegan la divina Providencia, y dicen que Dios no tiene cuidado ni gobierno de las cosas de acá; sino que ellas succeden acaso y por fortuna. Item, pecan contra este artículo los agoreros, hechiceros y supersticiosos, que dejando el poder de Dios, y no subjectándose á su providencia y divina voluntad, piensan por otros medios salir con sus intentos y alcanzar sus pretensiones. Tambien pecan gravísimamente contra este artículo los que desesperan, cargados de la consideracion de la divina justicia, y de la gravedad de sus pecados pasados, ó por desastres y casos de la adversa fortuna. Y á esto suelen venir los que no están de véras fundados en la fe del poder, del saber, y de la misericordia del Señor, y de su infinita bondad.

CAPITULO V.

Del segundo artículo de nuestra fe, y del misterio de la sanctísima Trinidad.

El segundo es : *Creer en Jesucristo, único Hijo de Dios, Señor nuestro.* Aquí comienza la segunda parte del *Credo.* En el segundo artículo confesamos, que puesto que Dios sea uno y de única sustancia y sér, es trino en personas. Es decir, en una naturaleza divina, y en un sér y poder, y en un amor y querer, están tres personas; y estas no son tres dioses, sino un Dios; porque no hay en esta Trinidad mas de un sér, y una voluntad, y un poder. Para ser tres dioses habian de ser tres séres, tres substancias, tres poderes, tres voluntades; como vemos que es acá entre tres hombres. Mas porque esto no es ni puede ser en la sanctísima Trinidad, por eso no es mas de un Dios, pues aunque sean tres personas, no hay entre ellas otra diferencia, que la una engendró eternalmente, y no fué engendrada; y esta se llama Padre; la otra por ser engendrada (por excelente modo, inefable, mas alto que nuestro entendimiento puede comprehender) se llama y es Hijo; y la otra es el Espíritu Sancto, que procede del Padre y del Hijo; y desta tercera persona tambien tenemos su artículo distincto, adonde se cumple enteramente la confesion del misterio de la sanctísima Trinidad. Esto basta que entienda el cristiano deste misterio; y en lo demas encoja las alas de su entendimiento, adorando y reverenciando sin curiosa especulacion.

Hablando pues de la segunda persona, que es el Hijo, de quien trata este segundo artículo, confesamos que el eterno Padre tiene un Hijo tan eterno como él, y en todo igual á él, engendrado de su substancia por via de entendimiento, que conociéndose y entendiéndose á sí perfectísimamente, produce aquella viva imágen de sí mismo, la cual sale de infinita perfeccion, como él es infinitamente perfecto; y esta misma imágen es el Hijo eterno y único, á diferencia de los hijos adoptivos por la gracia, que son todos los buenos. Mas este Jesucristo es natural Hijo de Dios, consubstancial, igual, eterno, resplandor y gloria del Padre, que todas las cosas sustenta y rige con la palabra de su virtud; á quien constituyó el Padre por heredero de todas las cosas (*a*); por quien hizo al mundo; del cual y en el cual siempre tuvo su contentamiento, como enseñan los sanctos apóstoles y evangelistas. Este Hijo por otro nombre se llama Verbo ó palabra del Padre; tambien se llama imágen suya; y cada cual destos nombres nos representa algo desta divina generacion. Hijo se llama, para que entendamos que es de la misma substancia del Padre, y tan Dios como el mismo Padre. Palabra se llama, para dar á entender que esta generacion, aunque es substancial, no es material, sino espiritual; porque es por via del entendimiento. Y llámase imágen y figura de su substancia, porque es viva y verdadera representacion de todo aquello que hay en la substancia del Padre, con entera perfeccion; así como la imágen impresa en la cera con un sello, contiene en sí todo cuanto hay en el sello, excepto que la imágen es del sello, y no el sello de la imágen; así todo lo que tiene el Padre tiene el Hijo, excepto que el Hijo nasce del Padre, y no el Padre del Hijo.

Esta es la summa deste inefable misterio, y no es mucho que no le entendamos; porque ¿cuántas son las cosas visibles y obras de las manos del Señor, que nosotros no podemos comprehender? Pues ¡cómo nos maravillamos, que al mismo Dios (sobre todas sus obras incomprehensible) no comprehendemos! Esta gloria habemos de dar á nuestro Dios; que por grande é inefable, inmenso é infinito, no es comprehensible de la criatura. Tal conviene que sea el verdadero Dios, y tal conviene que sea su naturaleza y grandeza. Tal le confesemos, cual las divinas escripturas nos dicen que es; y no queramos ser curiosos investigadores de su inefable é incomprehensible naturaleza, acordándonos que está escripto (*b*) : El escudriñador de la Majestad será oprimido de la gloria. Y en otro lugar dice (*c*) : No busques las cosas mayores que tu capacidad; porque muchos cayeron por esta causa, ocupando la vanidad sus sentidos. Así en este lugar y misterio como en todos los

(*q*) Psal. 36. (*r*) 1. Tim. 4. (*s*) Psal. 33.

(*a*) Hebr. 1. 1. ad Col. 1. Joann. 1. 1. Col. 2. Matth. 28.
(*b*) Prov. 25. (*c*) Eccl. 3.

otros que no podemos comprehender, debemos decir con el Apóstol (adorando con admiracion): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría de Dios; cuán incomprehensibles son sus juicios, y cuán escondidos sus caminos (*d*)!

§. I.

Explicacion del misterio de la Encarnacion de nuestro Redemptor Jesucristo.

Esta es la primera parte deste segundo artículo, que trata de la divinidad de la persona del Hijo. En la segunda comienza á tratar del misterio de su humanidad, cuando dice: *Creo en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.* En las cuales palabras confesamos que el Padre celestial con acuerdo y consejo eterno envió á su Hijo para que haciéndose hombre y compañero de los hombres, los sacase y librase del yugo y subjecion del demonio, y les alcanzase perdon, reconciliándolos con el Padre eterno, y fuese capitan suyo, Rey y Señor, para que con su favor sean defendidos del pecado, y tenga fuerzas y aliento para servir á Dios, y obedescer sus leyes y mandamientos; y por esta causa le atribuimos estos nombres; es á saber, *Jesucristo, Señor nuestro;* porque eso es *Jesu*, Salvador.

Quiso el Padre eterno que fuese este su nombre, y así lo mandó por el Angel, el cual declaró la razon de tal nombre, diciendo (*e*): Porque él ha de salvar á su pueblo del cautiverio y miseria del pecado, y habia de volver los hombres á la gracia del eterno Padre, y á la herencia de los bienes del cielo.

Cristo quiere decir ungido; y es llamarle rey, profeta y sacerdote. El coronar de los reyes antiguamente era ungirlos. Cristo es nuestro verdadero Rey, del cual dijo el Angel que reinaria en la casa de Jacob para siempre (*f*). Perfectísimamente ejercita en la Iglesia cristiana este oficio de rey.

El rey es cabeza de todo el reino, y su oficio es amar á sus vasallos, regirlos, y gobernarlos, y defenderlos, cumplirlos de justicia, favorescerlos en sus trabajos, socorrerlos en sus peligros, pelear y poner la vida por librarlos de sus enemigos, ordenarse á sí y á todas sus cosas para bien de sus vasallos, y no descansar hasta llevarlos á su debido fin. Veis aquí el oficio y las condiciones de buen rey. Estas nunca se hallaron en su perfeccion en ningun rey, como en Jesucristo para con nosotros los cristianos. El verdaderamente nos ama, nos rige, nos defiende, nos favoresce y ampara de nuestros enemigos, que son el pecado, el demonio, el infierno, la carne, la muerte; en tanto grado, que dió su vida por nosotros en una cruz, desde la cual bajó á los infiernos á libertar á los suyos.

Por esta misma causa se llama *Señor nuestro*, porque aunque sea universal Señor de todo lo criado, y de todos los reyes y monarcas del mundo, particularmente se llama de los que con efecto rescató con su preciosa sangre, por el cual título somos mucho mas suyos que lo es el esclavo comprado por oro ó por plata.

Estos tres nombres le convienen por razon de su sacratísima humanidad tomada por nosotros, que es uno de los mas principales artículos de nuestra fe, por la cual confesamos dos naturalezas en la persona del Hijo de Dios, y dos generaciones, una eterna y otra temporal; la primera, por la cual ántes de todo tiempo en su eternidad fué engendrado del Padre; y la segunda, por la cual temporalmente nasció de la siempre Vírgen su Madre. Por la primera es Dios verdadero, y por la segunda es hombre verdadero. La primera generacion excede todo ingenio criado; no nos la mandan entender, sino creer, adorar y reverenciar. Mas porque el Hijo de Dios, verdadero Dios, se quiso hacer verdadero hombre, y hijo del hombre, bueno es preguntarlo y saberlo; aquí es la inquisicion loable, religiosa y de grande fructo.

Y la causa deste misterio fué, porque por el pecado de nuestros primeros padres cayó toda la naturaleza humana en la tirannía de Satanas, en el pecado y condenacion de la muerte eterna, tan irremediablemente, que ningun hombre por mas justo y sancto que fuese, se podia librar desta condenacion; y así cada dia iban los hombres sin remedio de mal en peor, y aunque Dios justísimamente estaba airado contra los hombres, con todo, como Padre piadoso, en medio de su saña se acordó de su misericordia, y no quiso que pereciese para siempre el hombre que él habia criado á su imágen y semejanza. Por lo cual luego en el principio del mundo, y en todas las edades, dió Dios esperanzas al mundo de enviarles su socorro. Esto significó cuando amenazó á la serpiente, diciéndole que el hijo de la mujer le quebraria la cabeza (*g*); y cuando prometió Dios á Abraham que en un hijo suyo habian de ser benditas todas las naciones de la tierra (*h*), y cuando por Moises les prometió salvador natural, nascido de su proprio pueblo (*i*); y en muchos lugares y profetas le señaló de qué tribu y de qué linaje, que sería del de David (*k*); y de qué madre, que sería una vírgen ántes y despues del parto. Llegándose pues el tiempo del cumplimiento destas promesas, y desta grande misericordia, envió Dios á su Hijo al mundo para la redempcion de los hombres, para que levantase los caidos, recogiese y buscase los perdidos, y diese vida á los muertos.

Y si alguno me pregunta por qué para este efecto no envió el eterno Padre alguno de sus ángeles, oiga la respuesta, tan breve como verdadera. Convenía enviase medianero cuya intercesion fuese delante de Dios mas eficaz, y para con los hombres mas afectuosa; y para esto convenía que fuese este medianero de la naturaleza de los extremos, entre los cuales se habia de poner, y así ninguna cosa pudo ser tan conveniente como que este tercero fuese de las dos naturalezas, divina y humana: esto no podia caber en el ángel. Tambien este medianero convenía que fuese tal, que satisfaciese por el hombre á Dios; para hacer esta satisfaccion no habia caudal en el ángel; porque como el pecado sea de ofensa infinita, solo poder infinito podia satisfacer, y infinito poder no cabe en ángel; y pues el hombre era el pecador, hombre convenía hiciese la satisfaccion. Por estas razones se hizo el Hijo de Dios hombre; y siendo Dios y hombre, hallábase en tal supuesto hombre que padesciese con caudal de Dios, con el cual pagase. Baste lo dicho para declaracion deste segundo artículo. Vengamos agora á la práctica y sentimiento dél.

(*d*) Rom. 11. (*e*) Matth. 1. (*f*) Luc. 1.

(*g*) Gen. 3. (*h*) Gen. 22. (*i*) Deut. 18. (*k*) Mich. 5. Psal. 131. Esai. 7.

§. II.

De la práctica deste artículo.

Los que fueren verdaderos vasallos y siervos de tan buen Rey, sentirán en este artículo mas cosas que yo sabré decir, por no tener tan empleado mi corazon en su servicio, como fuera razon. Mas representando en mí la persona de uno de los buenos, diré algo de lo mucho que aquí se puede sentir.

Todas las veces que rezo este artículo, se me representan las mismas consideraciones que dejamos apuntadas en el primer artículo; mas en este se me despiertan con mayor eficacia, viendo que no se contentó Dios con criarnos, y para nuestra conservacion darnos todo este mundo lleno de tantos dones, sino que echase el resto de todo cuanto le fué posible dar á los hombres, con darles á su Hijo con todo su poder y eternas riquezas, no solo para librarnos de todos nuestros males, sino tambien para enriquecernos con todos sus bienes. Cuando considero cuánto Dios en este don dió mas á los hombres de lo que ellos se atrevieran á pedir, ni pudieran desear ni pensar, y con esto se me representa el excesivo amor que Dios en este don declaró á los hombres, y por otra parte cuán mal conoscido de los hombres está este infinito don y beneficio, el poco agradescimiento nuestro, y cuán mal nos aprovechamos dél; es tan grande la vergüenza y afrenta, y quedo tan corrido, que querria huir de mí mismo por no verme, y á veces me toma tal aborrescimiento de mí mismo, que deseo hallar quien me vengase de mí, y tengo en poco á los que hacen caso de mí, siendo tal, y como que me enojo dellos porque no me conoscen, ni me hacen el tratamiento que yo merezco por mis pecados.

Todas las cosas que bien me suceden, me parece que me condenan, y que mis pecados acarrean y guian estos buenos sucesos, para que al cabo sean testigos para mi condenacion: y ofreciéndoseme con esto á la memoria aquel dia en el cual tengo de ser juzgado, acaesce desatinarme de manera, que me parece que busco ya donde esconderme; y es tal la confusion de mi corazon, y la turbacion de mi lengua, y las colores que en la cara se me parescen, y el cómo me desfiguro, que muchas veces me duran por grande espacio, y con mucha fuerza no puedo desechar de mí esta congoja. Parésceme que ni tengo de tener lengua con que responder, y que tenerla sería mayor desvergüenza; porque estando en tal juicio, adonde no tendrá lugar la mentira, no podré yo decir que creí verdaderamente este artículo, pues fué tal mi vida, como si no le creyera; tal el desagradecimiento, como si tal no hubiera recibido.

Mas cuando busco el remedio y socorro para mis tribulaciones, y el perdon para mis pecados, la confesion deste artículo súbitamente me muda y pone en mí otro nuevo corazon; porque veo que para tan grandes males como son mis culpas, me hizo Dios tan grande merced como fué darme su Hijo para mi remedio, mi rescate, mi sacerdote, mi sacrificio, mi cordero, mi sanctificacion, mi justicia, mi Señor, mi amparo, mi guia; luego me paresce que me toma de la mano y me lleva delante del Padre eterno, y que allí responde por mí, y que por lo que á mí me falta, ofresce él una copiosa y sobrada redempcion; y la consideracion de la fe que tengo deste artículo, trueca las desconfianzas en firme esperanza, mis tristezas en alegría, y mi desasosiego en reposo. Si no fuésemos tan flojos, nunca saldriamos de la consideracion deste artículo sin nuevas mercedes y señales de la amistad de Dios, y con nuevos alientos de servir á tal Señor, y nuevo odio contra el pecado y demonio.

Esta es la práctica deste artículo, cuya consideracion no es mucho cause en los corazones fieles los efectos que habemos dicho, ántes hay mayor razon para que nos maravillemos cómo con la consideracion de la fe y confesion deste artículo no se acuerde el cristiano ni haga conferencia de tal recibo de mercedes y de tal gasto, para temer el dia de la cuenta.

§. III.

De los que pecan contra este artículo.

Desta declaracion se ve manifiestamente cuáles son los que pecan contra este artículo; porque así como dijimos en el primer artículo, que pecaban contra él los que buscaban el remedio de sus pretensiones fuera de Dios, no fiados de su gobierno y providencia, así decimos que pecan contra este segundo artículo los que para con Dios buscan otra entrada, y fian de otra cosa mas que de su único Hijo, Señor y Redemptor nuestro.

El que creyere alcanzar perdon de sus pecados por otros medios, asperezas, rigores y penitencias, no fundando todo esto en los merescimientos de Jesucristo, este no alcanzará nada, y pecará de nuevo contra este artículo; por lo cual todas las oraciones, así de la Iglesia como de todos sus miembros, van encaminadas y fundadas en los merescimientos deste medianero. Todos nuestros merescimientos son como unos pedazos y sobras de las riquezas de Jesucristo, y si algun valor tienen, como lo tienen, todo esto por ser arrimados á los merescimientos de Cristo: esto es, porque la oracion de Cristo dió valor á la mia, el ayuno de Cristo á los mios, y así en todas nuestras obras ha de ir delante como luz dellas Jesucristo, ofresciéndolas por él al Padre eterno, y fiando no de nuestras obras, sino del merescimiento de Cristo, que les da el valor, cuando estamos por gracia unidos con Cristo, como miembros suyos místicos.

De aquí nasce que peca contra este artículo el que cree que por su propria industria y buenas obras tiene mas merescimientos y vale mas que otros. Estos son semejantes al fariseo que pensaba que era mejor que los demas, por su propria industria y en virtud de sus buenas obras; era decir: Gracias á Dios y á mis manos (*l*). Esto es no entrar por la puerta. El verdadero fiel ha de decir: Gracias á Dios por Jesucristo, gracias al Padre que nos dió su Hijo, gracias al Hijo que nos dió todos sus merescimientos, toda su vida y su muerte; por él valen nuestras obras, y el querer y desear obrar por Jesucristo, nos fué dado ese buen deseo, por él se nos dió virtud para ponerlo por obra, por él habemos de pedir el don de la perseverancia. Todos son dones alcanzados por Jesucristo, él es nuestra justicia y nuestra sanctificacion. Esto es ser Jesucristo nuestro Rey y Señor. Vamos al tercero artículo.

(*l*) Luc. 18.

CAPITULO VI.

Del tercer artículo de la fe, y de la consideracion y uso dél.

Dicen las palabras del tercero artículo, hablando de Jesucristo: *El cual fué concebido por obra del Espíritu Sancto, y nasció de Sancta María Vírgen.* Así este como los demas que se siguen del Hijo, son como declaracion del segundo artículo, y de las propriedades de nuestro Redemptor Jesucristo, y nos dan mayor conoscimiento de su persona, y nos dicen lo que hizo por nosotros, y de qué manera nos fué dado por Señor, y el fin que habemos de mirar siguiéndolo.

Dos cosas se nos enseñan en este artículo, y ambas muy importantes para el conoscimiento deste misterio, y para ser agradescidos y subjectos á Dios. La primera es haberse hecho hombre el Verbo divino. La segunda es la innocencia y pureza dese hombre. Tenemos pues tal Redemptor, que por la parte de Dios tiene la misma sanctidad que su Padre; y por la parte de hombre es purísimo é innocentísimo; porque el autor desta concepcion fué el Espíritu Sancto.

El fué el que formó el cuerpo, tomando la materia de lo mas puro de la sangre virginal, y juntó el alma con el cuerpo. Allí sirvió la Vírgen con su sacratísima sangre, y todo lo demas fué obra del Espíritu Sancto; la Vírgen purísima, y la obra sanctísima, como del Espíritu Sancto, todo salió purísimo y sanctísimo. Tal convenía que fuese el que venía á desterrar todo pecado de los hombres, á los cuales comunicándoles parte de su sanctidad y limpieza, habia de hacer tan limpios, que pudiesen parescer delante de los ojos de Dios, y serle agradables en virtud deste agradable, al cual habemos de mirar y procurar imitar, y á él, como á blanco, habemos de enderezar nuestras obras, nuestras palabras y pensamientos. Esto es lo que habemos de creer y confesar en este artículo: vengamos á la práctica dél.

§. I.

De la práctica deste artículo.

Este misterio nos enseña la limpieza que debemos imitar todos los que somos miembros de Cristo, y el medio por donde la habemos de alcanzar; porque así como este Señor fué concebido, no por la via y modo ordinario de los otros hombres, aunque es verdadero hombre, sino por obra del Espíritu Sancto, y por esto fué todo puro y sancto; así el verdadero cristiano ha de renacer deste mismo espíritu, y por él ha de cobrar un nuevo sér de gracia, por la cual ya no ha de vivir segun las leyes del mundo, ni segun los apetitos de su carne, sino segun este divino espíritu, del cual son guiados, regidos y gobernados los que son hijos de Dios por la adopcion de la gracia. De manera que como Dios por esta adopcion tiene para con ellos corazon de Padre, así ellos tengan para con Dios corazon de hijos, cuya vida sea conforme al espíritu que han recibido, que les dió nuevo sér, nueva luz, nuevo corazon y nuevos deseos, para que así sea nuevo hombre, y acabado ya en él todo lo viejo y muerto, resuscite otro nuevo hombre, nueva criatura, segun nuestro Adam celestial. Desta manera cumplimos con la práctica deste misterio, imitando cuanto nos fuere posible la pureza de Jesucristo, favorecidos del mismo espíritu que fué el autor de su purísima concepcion. Cristo fué todo sancto y purísimo por virtud del Espíritu Sancto, sea tambien el cristiano sancto, pues ha sido por aquel mismo espíritu reengendrado y sanctificado. Este espíritu es la divina simiente, porque el que desta manera nasce, desde aquel punto es hijo de Dios.

En este artículo, por ocasion de la concepcion y verdadera humanidad de nuestro Señor Jesucristo, se nombra su sacratísima Madre, para enseñarnos la verdad de la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, que no fué hombre fantástico, sino verdadero; pues nos nombran su verdadera Madre. Tambien hace esto mucho al caso para lo que dejamos dicho del misterio de la limpieza del Redemptor, y de la que vino á obrar en nosotros; porque así como él fué concebido por el Espíritu Sancto y por obra divina; así su Madre fué Vírgen purísima, y tal permanesció siempre, así en el parto, como ántes y despues del parto tal perseveró. Y como por ser la Madre verdadera madre y verdadera mujer, confesamos ser el Hijo verdadero hombre; así en ser concebido por el Espíritu Sancto sanctamente de sanctísima y purísima Madre siempre Vírgen, conoscemos y confesamos ser su sacratísima humanidad innocentísima y purísima; pues su Madre es tan diferente de todas las madres, y de su concepcion y nascimiento fuéron tan desterradas todas las circunstancias de todos los nascimientos y concepciones de los hijos de Adam. Tambien en todo lo dicho se nos declara la limpieza que en nosotros viene á obrar este grande amador de la limpieza. Tambien nos convida este artículo á la consideracion de la limpieza de la purísima Vírgen; pues fué escogida para madre del autor de toda pureza. Ella (despues de su Hijo) se nos pone por imitacion y retrato de toda pureza, para que entendamos cuánto agrada á Dios la limpieza de cuerpo y alma, y en ella engrandezcamos esta maravillosa obra del Omnipotente. Esto baste cuanto á este tercero artículo.

§. II.

De los que pecan contra la fe y confesion deste artículo.

De lo dicho se saca regla para conoscer cuando no cumplimos con la práctica de la confesion deste artículo; porque cuando no se cuida desta limpieza, ni se precia desta tan noble generacion que habemos dicho, ántes estima en mas la ruin casta y generacion de su carne, y á esta ama, y regala, y cumple sus apetitos; este tal con su vida contradice á la confesion deste artículo, y no conosce la práctica dél, ni se quiere della aprovechar.

El pecado del tal se paresce mas claramente cuando resiste al Espíritu Sancto, y hace esto siempre que llamándolo Dios (ó por la secreta inspiracion en su corazon, ó por la palabra del Evangelio, ó por los ejemplos de los buenos) le convida á este nuevo nascimiento, nueva vida y nuevas costumbres, y que aborrezca el pecado y las inmundicias de los sensuales apetitos, y ame hacerse hermano de Jesucristo, imitando su limpieza; porque así como él fué todo puro, limpio y sancto, por ser su concepcion obra deste divino Espíritu, así desta misma fuente le vendrá esta nobleza de nascimiento y pureza de vida.

Cuando estas inspiraciones y estos llamamientos tiene en poco, entónces resiste al Espíritu Sancto. El que esto hace, se puede confundir y avergonzar grandemente en

la consideracion deste artículo, pues confiesa con la boca lo que menosprecia con sus obras.

CAPITULO VII.

Del cuarto artículo y sus consideraciones.

El cuarto artículo es creer que como Jesucristo fué verdadero hombre, *así verdaderamente murió por nosotros, sentenciado en el tribunal y judicatura de Poncio Pilato, y como verdaderamente muerto, fué sepultado.* Como confesamos en Jesucristo dos naturalezas, una divina y otra humana; así confesamos que como por ser Dios era inmortal, creemos que por ser verdadero hombre pudo morir, y como muerto ser sepultado, como los otros hombres mueren y son sepultados; y como la muerte en los hombres no es otra cosa que apartarse el ánima del cuerpo, así confesamos que Cristo murió, apartándosele el ánima del cuerpo á fuerza de los tormentos; dando él lugar á esto (que no pudiera ser contra su voluntad), como dió lugar á la hambre que detuvo de su poder absoluto en los cuarenta dias del ayuno del desierto, despues de los cuales dió lugar á la hambre.

Mas la causa y consejo desta muerte y apartamiento del ánima de tal cuerpo (por el cual se acabó la vida mas preciosa que todas las vidas), se puede dar de muchas maneras. Sea la primera, que el eterno Padre quiso que de tal manera fuesen los hombres remediados, que su justicia quedase satisfecha; y que esto fuese por hombre, y de la generacion de Adam; pues hombre Adam habia sido el culpado. Siendo pues infinita la ofensa, por ser contra infinita Majestad, no pudo persona que fuese finita satisfacer por ella; y así no pudo encargarse deste negocio persona que fuese pura criatura: y habiendo de ser persona divina, como en la divinidad no puede caber pena, como no puede caber culpa, fué divino acuerdo que el Redemptor fuese Dios, y fuese juntamente hombre; porque como Dios, tendria dignidad infinita para satisfacer; y como hombre, naturaleza pasible para poder padescer las penas debidas á las culpas humanas, de las cuales él se encargaba á pagar por ellas, haciéndose fiel y abonado fiador, que se obliga y hace de la deuda ajena propria; por esto quiso morir y dar por los hombres su vida, para que fuese su sangre un vivo y perpetuo sacrificio, lleno de inocencia, y sanctidad, y valor infinito, delante de los ojos de su Padre para perdon de los hombres. Esta sea la primera causa de la muerte de Jesucristo, la consideracion del divino consejo.

Mas si consideramos esta muerte por parte de los hombres, fué la causa della la maldad dellos; que por ser tan grande, no pudo sufrir tanta bondad y justicia como vieron en Jesucristo, cuya vida condenaba la de los fariseos y sacerdotes de aquel tiempo, que se levantaban con el nombre de la sanctidad y virtud; cuya maldad y falsedad mostraba claramente la vida y doctrina de Cristo; y esto despertó en ellos cruel invidia y aborrescimiento, por verle á él recebido y reverenciado del pueblo, y ellos menospreciados y condenados por la doctrina y vida de Cristo; cuyas reprehensiones no pudieron sufrir, y á cuenta de que ellos no cayesen de su estima, no quisieron que el mundo fuese desengañado.

Bien vieron ellos que Cristo enseñaba la verdad de la divina Escriptura; bien les remordia á ellos la consciencia, que siendo ellos obligados á ser maestros de la verdad, y ejemplo de virtud, eran los mas injustos y mayores pecadores; bien les alumbró la clara doctrina de Jesucristo para conoscer que la suya dellos era falsa, supersticiosa, enderezada á su propria honra y provecho; mas quisieron mas para sí la gloria y honra del mundo que para Dios, y mas el temporal provecho que cogian, que el eterno y del cielo que les predicaba Cristo. Y por esto, como á mortal enemigo, le procuraron la muerte, y tal, cual su aborrescimiento y odio les pedia.

De aquí se puede claramente ver cuán injusto es el mundo en sus justicias, cuán ciego en sus juicios, cuán amigo de sus venganzas, cuán cautivo de sus apetitos, cómo ni tiene medida, ni conosce misericordia; y que todo esto se sigue en no recibiendo la palabra de Dios, sin la cual son admitidos todos los pecados. Fuéron las circunstancias de la pasion y muerte de Cristo tan extraordinarias, porque de su muchedumbre y grandeza conjecturemos la grandeza y profundidad de la voluntad y amor con que este Señor murió por la honra de Dios y provecho de los hombres. Tambien quiso que fuese tal su muerte, para que los amadores de la virtud deprendiesen en él lo que podian esperar del mundo; pu s así trató al mayor bienhechor que jamas habia tenido.

Fué en su muerte extendido y clavado en una cruz; por cuya virtud allí fué muerto y crucificado el pecado que reinaba con tirannía en nuestra carne, para que en ella reinase el espíritu por virtud de aquella espiritual regeneracion de que poco ha hablamos. Fué sepultado, para que claramente constase de su muerte, y verdad de su resurreccion. Y lo segundo, porque considerásemos cuán hasta el cabo llegó el quitar el poder á la maldad que reinaba en nuestra carne, crucificando por ella la suya, que era innocentísima, pues no paró hasta ponerla en la sepultura; mostrándonos por este misterio obrado en la suya, cuán rendida nos dejaba la nuestra. Lo tercero, por pagar con su muerte la commun deuda de todo el género humano, obligado á muerte por la sentencia y condenacion dada contra la primera desobediencia; porque nosotros mereciamos por nuestras culpas todo género de penas, las recibió sobre sí el que venía á satisfacer por todos, y quiso sufrir persecuciones, prisiones, escarnios, injurias, bofetadas, azotes, heridas, y el cruel y afrentoso género de muerte de cruz. Así, porque mereciamos la muerte, no solo temporal, sino tambien la eterna, por eso quiso él ser muerto y sepultado. Mas por la honra de la divinidad (que nunca se apartó de aquella purísima carne) no pudo ella ser injuriada con la corrupcion, segun lo que estaba escripto (*a*): No entregarás tu Sancto á la corrupcion; mas puso su sagrado cuerpo en la sepultura, porque limpiase las nuestras, dándonos prendas de sacar de las sepulturas nuestros cuerpos, como habia librado nuestras almas de la eterna muerte.

Todo esto testifican las divinas escripturas. Por nuestros pecados, dice el Apóstol (*b*), fué Jesucristo entregado á la muerte. Y él mismo en otro lugar dice (*c*): Encaresce Dios la grandeza de su caridad para con los hombres, en que siendo actualmente pecadores, y estando (como dicen) con las manos en la masa de nuestras culpas, Cristo murió por nosotros: ¿cuánto mas agora que ya por él somos justificados, es razon confiemos que por el mismo que nos justificó, habemos de ser salvos? Y á los corintios dice (*d*): Aquel que, por expe-

(*a*) Psal. 15. (*b*) Rom. 4. (*c*) Rom. 5. (*d*) 2. Cor. 5.

riencia, no sabía qué era pecado, quiso que fuese sacrificado por los pecadores; porque por su justicia fuésemos todos justificados. Y en otra parte dice (*e*) : Cristo nos libró de la maldicion de la ley, puesto en el madero, lugar y pena de malditos. Y escribiendo á un obispo su discípulo, dice (*f*) : Sin dubda Cristo destruyó la muerte, y pasando por ella, nos descubrió la inmortalidad. Finalmente en la carta que escribe á los de su pueblo, hablando de Jesucristo, dice (*g*) : Porque los hombres eran de carne y sangre, él participó su naturaleza, para que pudiendo morir, con su muerte destruyese el que tenia el imperio de la muerte, que era el demonio, y librase á los que con el temor de la muerte por toda la vida estaban subjectos á la servidumbre. Y un poco mas adelante dice (*h*) : Por su propria sangre entró una vez en el sanctuario de Dios. Si la sangre de los cabrones y toros, y las cenizas de la vaca bermeja esparcidas, limpiaban antiguamente los cuerpos, ¿cuánto mas virtud tendrá para limpiar las ánimas la verdad de aquellas figuras? La sangre sin mancilla de Jesucristo, que por el Espíritu Sancto se ofresció á sí mismo á Dios, como cordero sin mancilla, ¿cuánto mas limpiará nuestras consciencias de las obras del pecado, para que sirvamos á Dios vivo? Conforma con esto lo que dice el Apóstol Sant Pedro (*i*) : Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo, y púsolos en el madero de la cruz, por cuyas llagas nosotros sanamos, para que muriendo al pecado, vivamos á la justicia. En otro lugar dice (*k*) : Cristo murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrescernos á Dios mortificados en la carne, mas vivificados en el espíritu.

§. I.

De la práctica deste artículo.

Todas son riquezas que nos ganó Jesucristo; lo que resta es, que nos sepamos aprovechar dellas; porque si esto no hacemos, él se quedará con sus riquezas, y nosotros con nuestra pobreza y pérdida. Mas entónces usamos de los bienes que nos ganó, cuando confiados de Jesucristo, le pedimos favor contra los enemigos del alma, en particular contra nuestra sensualidad, tomando fuerzas de la fe, y en el espíritu que nos da, y trabajando de castigar nuestros cuerpos con ayunos, y disciplinas, y ejercicios de penitencia y aspereza, como dice el Apóstol Sant Pablo que lo hacia (*l*). Esto es imitar el misterio de los martirios con que la sacratísima humanidad de Cristo fué atormentada, y á imitacion suya no habemos de descansar hasta ponerla en el sepulcro; esto es, hasta que sea muerta: quiero decir, que no nos haga mas guerra que si fuera muerta.

§. II.

De los que pecan contra la fe y confesion deste artículo.

De lo dicho se entiende cuáles son los que pecan contra la fe y confesion deste artículo, que serán aquellos que no pusieren toda su fe y esperanza en la sangre de Jesucristo, aunque con esta fe y esperanza son las buenas obras necesarias; mas su principal confianza no ha de ser en sus obras, sino en las de Jesucristo, por las cuales tienen valor las nuestras. Pecan tambien contra este artículo aquellos que ó por miedo de algun daño, ó por amor de algun interese, aflojan en las cosas que creen ser voluntad de Dios. Van tambien contra la confesion deste artículo los que tienen tan regalada su carne, que aunque ven claramente que les es en grande perjuicio del espíritu, con todo la perdonan y dejan irse enseñoreando : tanto les duele cartigarla y refrenarla.

Asimismo pecan contra este artículo aquellos que sabiendo por experiencia cuánto ganan con los ejercicios de penitencia para subjectar su carne, al mejor tiempo los dejan. Estos dan á entender que estiman en poco la ofensa de Dios; porque habiendo comenzado tales ejercicios, ó por haber caido, ó para preservarse de no caer en pecado; reclamando su carne, estimaron en mas el cuidarla, que se duelen de haber pecado, y temen de pecar. Bien se ve cuán léjos están los tales de ponerla debajo de los piés y en la sepultura, dejándola tan subjecta y rendida como si estuviera muerta. De manera que los que en tales pasos y ocasiones, como tengo dicho, se vieren, luego han de acudir á la confesion deste artículo y á su consideracion; tomándose á sí mismos cuenta, ¿qué quiere decir que el Hijo de Dios Jesucristo nuestro Redemptor fué sentenciado á muerte en el tribunal de Poncio Pilato, y que fué muerto y sepultado? Si esto hicieran, á mi cargo que se correrian y afrentarian de ver cuán diferentes son sus obras de la confesion de su fe.

CAPITULO VIII.

Del quinto artículo de la fe, y de la práctica dél.

El quinto artículo nos manda *creer que el alma de Jesucristo descendió á los infiernos.* Este artículo es de grande misterio y de grande admiracion. Admirable cosa es pensar el amor que este Señor (Hijo de Dios) nos tuvo; pues ni se contentó con haberse hecho hombre, y sufrir tantos años las groserías de los hombres, ni con dar su vida con tal género de muerte por ellos; sino que tambien quiso por los hombres bajar á tan vil lugar. Grande debe ser el misterio y razon desto. A mi juicio creo que no crió Dios medicina tan eficaz para curar alguna enfermedad corporal, como lo es la consideracion deste misterio contra un mal espiritual que atormenta á muchos, no cualesquier, sino de aquellos que tenemos por mejores.

Mas veamos primero el entendimiento deste artículo. Por este artículo se nos manda creer que al punto que Jesucristo espiró en la cruz, luego su sacratísima ánima bajó á aquel lugar del infierno, llamado el limbo de los sanctos padres, adonde estaban detenidas las ánimas de todos los fieles que habian muerto y pasado desta vida en la fe y esperanza deste Redemptor (que era el sacrificio que habia de abrir el cielo, y hacer libre y franca la entrada á la vista de Dios), y que de allí los sacó, alumbrando (en el punto que bajó) sus tinieblas, y quitando los impedimentos que allí los detenian; mostrando allí su poder contra el infierno, triunfando del fuerte armado (*a*).

En esta bajada se declara la profundísima humildad del Hijo de Dios, y la sed que tuvo de nuestra salvacion, y el amor con que obró y acabó todo el misterio de nuestra redempcion. Este le hizo no contentarse con haber puesto su cuerpo en la cruz, adonde sus enemigos le habian tratado segun su odio y crueldad; sino que tambien quiso emplear su ánima en tan humilde jornada; porque

(*e*) Galat. 3. (*f*) 2. Tim. 1. (*g*) Hebr. 2. (*h*) Hebr. 9. (*i*) 1. Petr. 2. (*k*) 1. Petr. 3. (*l*) 2. Ad Cor. 11.

(*a*) Luc. 11.

aunque él no bajó allá como culpado, sino como vencedor, con todo fué señal de su amor y de su humildad, pudiendo con solo querer dar fin á aquel negocio; mas querer él en persona bajar á lugar tan bajo y desterrado del cielo, al horror de la fealdad y escuridad de la cárcel del demonio, fué obra de grande humildad. Bastaba esta consideracion para afrentar la soberbia del mundo. ¿Quién, considerando esta bajada, hará caso de todo cuanto ha hecho, hace, y espera hacer y padescer en servicio, en gloria y honra de Dios y provecho de sus prójimos?

§. I.

De los que pecan contra la fe y confesion deste artículo.

La consideracion pasada basta para que el que mas hace se tenga por muy soberbio cuando á su imaginacion subiere pensamiento de que hace algo. Tambien pecan contra la confesion deste artículo los que ponen término á su buen obrar, creyendo que ménos les basta, que ya son virtuosos bastantemente; porque el verdadero aprovechar es creer que todo cuanto hacen en honra y gloria de Dios y provecho del prójimo, es como si no fuese, en respecto de nuestra obligacion; y con esta consideracion debemos bajar y humillar nuestros pensamientos, y tambien estar ciertos de la bondad de la divina Providencia, y del cuidado que tiene de los que en esta vida se encomiendan á él, pues tanto tuvo de aquellos que tanto tiempo habia que eran muertos. ¡Cuánto se pudiera aquí decir de aquellos que habiendo hecho muy poco, les parece que han hecho tanto, que hay mucha razon de descansar, y se desdeñan de entender por sus personas en muchas cosas de su obligacion, diciendo que basta encomendarlas á otros, que no es razon que ellos se ocupen en todo, y se bajen á las cosas que pueden mandar hacer por otros! Pero vamos á la otra parte deste artículo, que dice así

§. II.

De la segunda parte deste artículo.

La otra parte deste artículo dice así: *Al tercero dia resuscitó de entre los muertos.* De manera que nos mandan por este artículo que creamos y confesemos que el que por nosotros dió su vida y murió en la cruz con tales tormentos y con tantas afrentas, escarnescido de todos, grandes y pequeños, de los que allí estaban, y de camino pasaban; ese mismo al tercero dia (contándose el de su muerte) resuscitó; que su sanctísima ánima subiendo del infierno, de aquel lugar llamado limbo, adonde habia bajado á sacar á sus fieles, acompañada de todos ellos, vino al sancto sepulcro, y juntándose otra vez con el cuerpo (que estaba muerto y tendido en la losa fria, frio y desfigurado) por virtud de la divinidad, que nunca se habia apartado del ánima ni del cuerpo, salió de aquel lugar vivo y glorioso, dejando el sepulcro cerrado, y burladas todas las diligencias de la malicia de los fariseos.

El entendimiento deste artículo es, que habiendo muerto el Hijo de Dios para satisfacer por los hombres, no consintió el eterno Padre que le detuviese mas el sepulcro que el término del tiempo que era suficientísimo para probar la verdad de su muerte, y hacer admirable su resurreccion; y restituyó á vida inmortal y gloriosa, para mas no morir, al que por su honra habia puesto la vida mortal con tanta deshonra y afrenta. Quiso que cónosciese el mundo quién era aquel á quien tan malamente habia condenado. De manera que le sacó victorioso y triunfador del demonio, y del mundo, y del pecado, y del infierno, y de la muerte; y fué declarado Hijo de Dios, y Dios todopoderoso. Porque como en todo el discurso de su vida (y particularmente en su muerte) se habia mostrado Hijo del hombre, y hombre verdadero, así en la gloria de su resurreccion se declaró ser Hijo de Dios y verdadero Dios, pues se levantó de la muerte por propria virtud.

Tambien somos nosotros en su resurreccion certificados que por virtud della serémos resuscitados de la muerte de la culpa á la vida de la gracia. Si Cristo no resuscitara, todavía permaneciéramos en nuestros pecados, dubdosos si nos habia alcanzado perdon dellos, y si estábamos ya libres de la tiranría de Satanas. Mas pues resuscitó por propria virtud, y salió victorioso, rendidos todos sus enemigos y nuestros, no queda ninguna dubda sino que verdaderamente somos puestos ya en libertad, redimidos, justificados y reconciliados con Dios. Por lo cual con grande confianza dice el Apóstol (*b*): Cristo resuscitó para nuestra justificacion. Y Sant Pedro afirma (*c*) que por la resurreccion de Cristo queda nuestra consciencia segura y aparejada para delante de Dios.

Otro fructo cogemos tambien deste misterio, que es resurreccion é inmortalidad. Porque si creemos, como dice el Apóstol (*d*), que Cristo murió y resuscitó; así por virtud destos misterios, por muerte y resurreccion, llevará para sí con él los que murieren en esta fe de Jesucristo; y como por Adam todos nascen muertos (*e*), sin vida de gracia, así por Jesucristo todos resuscitan y viven; y para la vida inmortal reformará el Señor la bajeza de nuestro cuerpo, conformándolo con el suyo clarísimo, segun que lo enseña el Apóstol (*f*). Tambien por este misterio entendemos y creemos que como Cristo resuscitó corporal y verdaderamente, así espiritualmente resuscitó con él nuestra vida espiritual y de gracia, nuestra justicia, nuestra paz. Este fructo sacamos de su resurreccion.

De aquí se saca otra consideracion; y es que como los trabajos de la vida de Cristo y su afrentosa muerte fructificaron la gloria de su resurreccion, así los que nosotros sufriéremos en la mortificacion de nuestras potencias y sentidos, han de fructificar una gloriosa victoria de nuestras pasiones y del pecado, que es la muerte del ánima. Y los que desta manera pelean y salen con esta victoria, estos ejercitan la práctica deste artículo, particularmente si así se levantaron, que tienen firmísimo propósito de ántes reventar que pecar: estos se puede decir que ya son immortales, pues los tales han de continuar la vida de gracia con la vida de la gloria.

Tambien es digno de consideracion el órden destos divinos misterios. Con el derramamiento de su sangre lavó nuestros pecados, y deshizo la obligacion que habia contra nosotros, y satisfizo de justicia á su Padre. Por ser su sacratísima carne crucificada, venció la maldad de la nuestra, y nos dió gracia y fuerzas para vencerla. Por haber bajado al infierno, y despojádolo, echó al demonio del señorío que tenia tiranizado en este mundo. Por resuscitar por su propria virtud, venció nuestra muerte, purgándola de todo el veneno y malicia que án-

(*b*) Rom. 4. (*c*) 1. Petr. 3. (*d*) 1. Cor. 15. (*e*) Ibid. (*f*) Philip. 3.

tes tenia. Y cumplidos estos divinos misterios, quedaron rendidos nuestros enemigos, carne, pecado, infierno, mundo, demonio, muerte. No conviene pues que viva con descuido el que sabe que hay dia de pedir cuenta del recibo de tales beneficios y mercedes.

CAPITULO IX.

Del sexto artículo de la fe.

El sexto artículo dice desta manera, hablando consiguientemente de Jesucristo: *Subió á los cielos, y está asentado á la diestra de Dios Padre.* Luego en las palabras deste artículo se ofresce la consideracion de cuán bien paga Dios los trabajos que por él se padescen. Como todo lo que Jesucristo en esta vida dijo, hizo y pensó, todo lo encaminó á la gloria y honra del eterno Padre; así el Padre, cuarenta dias despues de haberlo resuscitado, lo subió á los cielos, y le honró poniéndole á su mano derecha; que es decir, que lo hizo Señor de todo, no solo de lo que él en este mundo ganó (que fué el reino de los hombres, que él alumbró, y enseñó, y reconcilió; y puso debajo de la obediencia de Dios), mas en pago destos servicios le puso el Padre debajo de su dominio, no solo esos hombres rendidos, sino tambien los obstinados; y no solo los ángeles buenos, sino tambien los malos; y allí está Rey y Señor universal de todo: para que, como dice el Apóstol (*a*), al nombre de Jesus, arrodille toda criatura, en el cielo, en la tierra y en el infierno; y todos confiesen que nuestro Señor Jesucristo está con esta gloria á la diestra de Dios Padre. Mas habemos de entender que esta subida de Jesucristo no fué segun su divinidad, que esta todo lo hinche, y no toma y deja lugar; subió y mudó lugar segun la humanidad, llevando aquel cuerpo y ánima adonde ántes no habia estado.

Mas consideraciones provechosas tiene esta subida. La primera, para enviar de allí el Espíritu Sancto, segun lo que él habia dicho (*b*): Si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el Espíritu Sancto. La segunda, para darnos esperanza de que nosotros le habiamos de seguir, como él lo dijo á los discípulos (*c*): Adonde yo estuviere, estaréis vosotros; si yo fuere delante, aparejaros he el lugar. La tercera, para que allí, delante del eterno Padre, sea nuestro abogado, y haga nuestros negocios.

Mas cuando oimos que está asentado á la mano derecha del Padre, no debemos imaginar un grande trono material, y á Dios en figura corporal; porque no es así, ni desta manera Dios tiene partes, y lados derecho y izquierdo; lo que habemos de entender es, que aquel hombre Jesucristo, porque es divina persona, segun la cual es consubstancial con el Padre, está en su igualdad de esencia, y autoridad, y poder, y que de allí gobierna cuanto hay en el cielo, y en la tierra, y en todo lo criado; y esto es estar señoreándolo todo de asiento.

§. I.

De la práctica deste artículo

Muéstranos tambien este artículo la manera cómo nos habemos de haber con Jesucristo; que es adorarlo ya en espíritu, despues que apartó su humanidad de nuestros ojos; habemos de servirle con cosas espirituales, dándole nuestro corazon y voluntad, fiando dél y de sus palabras, esperando sus promesas, temiendo sus amenazas. Adonde esto hay, luego todas las obras que de tal fe nascen, son espirituales. Luego pondrá en práctica la profesion deste artículo el que tuviere dado su corazon á Cristo y fiare dél; porque el tal no tiene puesto su corazon en la tierra, sino en el cielo; ni tiene su esperanza en la criatura, sino en Dios. Siendo nuestra confesion de corazon que Cristo es nuestro tesoro; y siendo verdad que allí tiene cada cual su corazon adonde está su tesoro; el que de corazon confiesa que Cristo está en el cielo, allí ha de tener su corazon, y por las cosas del cielo ha de suspirar. Aquellas llamarémos obras del cielo, que Dios vino á enseñar y á obrar en este mundo, como son fe, justicia, limpieza contra el pecado.

Mas el cristiano que así tiene puesto su corazon en las cosas de la tierra, que estas estima en tanta manera que en ellas tiene su confianza, dellas espera el remedio y y socorro de sus tribulaciones y trabajos; este niega con las obras lo que en este artículo confiesa con las palabras, pues confesando á su Rey y su bien en el cielo, él tiene su amor en la tierra; y confesando que tiene de su parte á Jesucristo, á la diestra de Dios Padre, esto es en igualdad de poder al Omnipotente en todo, él se abate vilmente á esperar y pedir el socorro de las criaturas.

§. II.

Recapitulacion de lo que hasta aquí se ha dicho de la persona de Cristo, de los misterios de su sacratísima humanidad, y lo que dellos se debe sentir.

Recapitulando pues lo que hasta agora habemos dicho de la persona del Hijo, y de los misterios de su sacratísima humanidad, y de lo que en la consideracion dellos se debe sentir, digo primeramente que cuantas veces traemos á la memoria y practicamos esta segunda parte del Credo, no nos contentemos con creer estos misterios, y todo cuanto de nuestro Señor Jesucristo se nos declaró, como creemos á una muy verdadera historia; porque si mas adelante no pasa nuestra fe, no sobrepujará á la fe que tienen los demonios, los cuales creen firmemente que nuestro Redemptor es Hijo unigénito de Dios, como paresce en muchos lugares del Evangelio (*d*); creen asimismo que es verdadero hombre, y que padesció, y fué quitado de la cruz y puesto en la sepultura, y que su ánima bajó á los infiernos, y despojó todo el limbo de los padres sanctos, y que resuscitó al tercero dia, y que subió á los cuarenta de su resurreccion á los cielos, y que está asentado á su mano derecha, tan poderoso como el Padre; y creen que de allí ha de venir en la fin del mundo riguroso juez, y como á tal le temen (*e*). Mas por esta fe no son justificados, por mas que temen, y tiemblan, y se derriban á su sanctísimo nombre (*f*).

La fe que nos justifica es aquella que cree que todo lo hizo por nuestro bien y salud, que por esto bajó del cielo, por subirnos allá; para esto se hizo él natural Hijo de Dios hombre verdadero, para hacer á los hombres participantes de su divina naturaleza, dioses por participacion, hijos de Dios, y hermanos suyos por gracia, herederos por él y con él de los bienes eternos; que por tanto fué concebido por obra del Espíritu Sancto, y de purísima Vírgen ántes del parto, en el parto, y despues del parto (á fuera de convenir tal concepcion á la divinidad de su persona) para limpiar nuestra concepcion y nascimiento (el cual por sí es inmundo en pe-

(*a*) Philip. 2. (*b*) Joann. 16. (*c*) Ibi.

(*d*) Matth. 8. Marc. 5. Luc. 8. Act. 19. (*e*) Jacob. 2. (*f*) Philip. 2.

cado, y digno de eterna condenacion), y tambien para nos engendrar otra vez (por virtud de su espíritu) en nuevas criaturas, en otra nueva vida de gracia; que por esto fué crucificado, muerto y sepultado, para librarnos de nuestras culpas, y de la maldicion de la ley, y muerte y pena eterna: por esto descendió á los infiernos, por triunfar del demonio, despojándolo, y librando de aquel lugar á los suyos; por esto resuscitó, rompiendo las ataduras y prisiones de la muerte, para hacernos seguros de nuestra libertad, y que ya no tenga mas poder sobre nosotros Satanas, ni el pecado, ni la muerte, ni el infierno, y para justificarnos en vida de gracia, y darnos cierta esperanza de su gloria, y certificarnos de que en algun tiempo nuestros cuerpos resuscitarán: por esto subió á los cielos, y se asentó á la diestra del Padre, para abrirnos el cielo, que estaba ántes cerrado para todos, y para enviarnos de allí el Espíritu Sancto, y para hacer allí nuestras partes, y procurar nuestros negocios, y para que de allí presida y gobierne todo lo alto y lo bajo, como Señor de todo, como él lo dijo (*g*): Dado me es todo el poder en el cielo y en la tierra; y por esto volverá finalmente en el fin del mundo juez de vivos y muertos, para premiar á los buenos, y castigar á los malos.

Y pues tan abundantemente y de tantas maneras tenemos en él nuestra salvacion, es justo, y necesariamente se nos manda que en él solo pongamos toda nuestra confianza, y á él en todos nuestros trabajos acudamos, como á cierto refugio y seguro puerto: en solo él nos gloriemos y consolemos, como con inestimable tesoro, y digamos con el Apóstol (*h*): Dios no perdonó á su proprio Hijo, ántes por nosotros le entregó á la muerte: pues ¿qué nos podrá negar, ó que le quedó dándonos á su Hijo, en quien él tiene todas sus riquezas? ¿Quién osará acusar á los escogidos de Dios? Dios es el que justifica, ¿quién reprobará lo que él aprueba? Cristo Jesus por nosotros murió y resuscitó, y está asentado á la diestra de Dios Padre, abogando por nosotros. Tal conviene que sea nuestra fe, para que con razon nos gloriemos en ella; porque desta manera no creen los demonios ni los malos cristianos.

Mas para que esta fe de todas partes esté cuadrada y perfecta, es necesario acompañarla con la imitacion de las obras de Cristo. Porque, como dice el Príncipe de los apóstoles (*i*), muriendo él, nos dejó señaladas las pisadas suyas, para que le sigamos. Pues leemos de Cristo que siendo igual con su eterno Padre, universal Señor de todo lo criado, se abajó á hacerse hombre, tomando forma de siervo. Aquel tiene la perfecta fe deste artículo, que por mas claro que sea y grande en este mundo, en sangre ó en riquezas, dignidad ó sanctidad, se humilla delante de Dios, y se reconosce ser ceniza y polvo, y siendo grande delante de los hombres, á ninguno menosprecia (*k*). Aquel tiene perfecta fe de que Cristo padesció injustamente, que con esta consideracion lleva con igualdad de ánimo todas sus injustas persecuciones (*l*). Esto es seguir las pisadas de Cristo (*m*), y como confesamos que murió por nosotros, así habemos de procurar morir por él espiritualmente, trabajando cada dia para acabar en nosotros el hombre viejo, las costumbres de la vida pasada, los malos deseos y apetitos de nuestra carne.

Y pues él manda que en el amor de nuestros hermanos le imitemos, amándolos como él nos amó; aquel tiene la perfecta confesion y fe de que Cristo puso la vida por nosotros, que está aparejado para poner la suya por sus prójimos cuando lo pida la caridad, y fuere gloria y honra de Dios. Aquel tiene perfecta la fe de que Cristo resuscitó para nunca mas morir, que habiendo (por la gracia y misericordia del Señor) resuscitado de la muerte de la culpa á la vida de gracia, tiene firmísimo propósito de no volver á la muerte de la culpa. Finalmente, aquel tiene viva y perfecta fe de que Cristo, su vida, subió á los cielos (*n*), y se los abrió, y tiene aparejado lugar, que en estas consideraciones toma gusto sobre cuantas cosas hay en la tierra, y allí sube de continuo con sus suspiros y deseos, y andando en la tierra conversa como ciudadano del cielo, deseando salir de las prisiones deste cuerpo para verse con Cristo; de tal manera que adonde confiesa que está su tesoro, allí de véras tiene puesto su corazon.

CAPITULO X.

Del séptimo artículo de la fe, y del uso dél.

Son las palabras del séptimo artículo estas: *Y de allí ha de venir á juzgar los vivos y los muertos.* Todavía va hablando de la segunda persona de la sanctísima Trinidad, del Verbo divino encarnado, de Jesucristo nuestro Redemptor, del cual despues que nos mandaron creer que estaba asentado en la igualdad del eterno Padre, como se declaró en el sexto artículo, en este séptimo nos mandan creer y confesar que en el fin del mundo desde allí ha de volver. Esta será segunda venida del Hijo de Dios al mundo, y muy diferente de la primera. Porque la primera fué de inestimable humildad y mansedumbre; mas la segunda será de grande majestad y terror. Y porque Jesucristo por honra del eterno Padre quiso venir al mundo en tal figura, que fué de los hombres despreciado, y como el peor del mundo juzgado y sentenciado, por eso le dió el Padre en sus manos y en su poder á todos los hombres, para que por su sentencia sean, ó premiados, ó castigados y condenados. Allí creemos que se acabará el mundo visible: digo el movimiento de los cielos, las generaciones y corrupciones, y el nascer y morir de los hombres. Porque puestos todos los que hasta aquel dia hubieren nascido en sus lugares segun sus merescimientos, los unos gozarán de Dios para siempre, y los otros le perderán para siempre.

La fe y confesion deste misterio por una parte nos debe causar gozo y alegría, y por otra gran temor y espanto; consuelo y gozo, viendo cuán de nuestra parte tenemos al juez para dia de tanta tribulacion, y que tenemos tales prendas de que nos ama, que confesamos que murió por amor nuestro. Mas por otra parte hay razon para temer en gran manera, si consideramos lo que á este Señor debemos, y la vida que vivimos, y que este Señor que nos ha de juzgar, de tal manera se ha de haber en este juicio, que el principal respecto que ha de tener en él ha de ser, que la honra de su Padre sea satisfecha, y su justicia cumplida, y todos los pecados castigados. Porque así en la primera venida como en la segunda,

(*g*) Matth. 18. (*h*) Rom. 8. (*i*) 1. Petr. 2. (*k*) Rom. 12. Matt. 11. Luc. 21. (*l*) 1. Petr. 2. (*m*) Rom. 6. Ephes. 4. Gal. 5 Timot. 2.

(*n*) 1. Joann. 3. 2. Cor. 12. Rom. 6. 1. Petr. 4. 2. Petr. 4. Coloss. 3. Phil. 2. Matth. 6.

siempre lo principal se tenga cuenta con la gloria y honra del Padre, la cual así resplandesce en la justicia y castigo del pecado, como en la misericordia y premio de la virtud. Por eso nos avisa tantas veces en su Evangelio (*a*), que nos aparejemos para aquel juicio, en el cual se nos ha de hacer cargo y pedir cuenta estrecha hasta de la palabrilla ociosa.

El tiempo cierto y dia determinado es de fe que no se puede saber. Dijo nuestro Señor Jesucristo que era secreto escondido en el pecho del Padre (*b*), del cual el Padre no le habia dado comision para que él lo dijese á los hombres: *Vendrá á juzgar vivos y muertos*. De dos maneras podemos entender estas palabras. La primera es, que llame vivos á los que no se habrán muerto ántes del fuego universal, y muertos á todos cuantos no vieron aquel fuego, ni llegaron á aquel tiempo. El segundo entendimiento es, que vivos se llaman los buenos, y muertos los malos; vivos los de la mano derecha, y muertos los de la mano izquierda; vivos los que serán premiados con la gloria y vida eterna, y muertos los que serán condenados á las penas del infierno, á muerte eterna.

La consideracion deste artículo á todos puede causar saludable temor, á buenos y á malos. Mas el temor de los buenos será filial y reverencial, considerando aquella grande majestad con que vendrá el juez (delante cuyos ojos no son limpias las estrellas, y tiemblan), no les juzque con el rigor de su justicia, apartada su misericordia; sabiendo que desta manera todas nuestras justicias y virtudes son asquerosas (*c*). Por lo cual los buenos se humillan y rinden, no teniendo en algo todas sus obras buenas (*d*); ántes desas mismas temen, y ponen toda su esperanza y firmeza en la sangre de su Redemptor, esperando que el que por su bondad los redimió, con su misericordia los ha de juzgar.

Pero á los malos, que solamente temen las penas y castigos, tambien les será de provecho esta consideracion, si del todo no tienen hecho pacto con el infierno; porque muchas veces acontesce que viendo (con la consideracion) el pecador el tormento que le aguarda, aunque no ame á Dios por quien él es, ni por lo que con tal amor interesa de honra y provecho, de premios temporales y eternos, por lo que á sí mismo se ama, comienza á temer aquellas eternas penas, y por divina gracia y misericordia comienza á apartarse de los pecados, á los cuales ellas amenazan, y poco á poco viene á dejar por Dios las culpas que habia comenzado á dejar por solo temor de la pena; y así viene á amar de corazon al Señor.

Por lo cual nadie debe condenar este temor servil, que para los principios muy bueno es. Por lo cual dél está escripto (*e*): Conviértanse los pecadores en el infierno, y todas las gentes que se olvidan de Dios. Convertirse en el infierno, no habla con los que están allá (que esos ya no tienen remedio), sino con los de acá. Es decir: Si no sois buenos por amor de Dios, ni le amais por lo que él meresce, y por lo que os promete, siquiera temedle por las penas que os amenazan. Resplandesce aquí la misericordia divina, que á todos se communica; á unos por amor (lo cual le agrada), y á otros por temor, los cuales no desecha.

Aquellos en cuyos corazones jamas entra ninguno destos temores, y viven quietos en sus maldades, estos paresce que no tienen ninguna fe deste artículo. Y pluguiera á Dios que no fuera tan grande el número destos escarnescedores. No tienen mejor nombre los tales, que confesando por una parte que ha de venir Jesucristo en grande majestad á juzgar al mundo, con eternos premios para los buenos, y eternas penas y tormentos para los malos, así menosprecian las promesas, y así temen poco las amenazas, como si creyeran que lo uno y otro fuera burla digna de escarnio y mofa. ¡Oh cuántos hoy dicen en sus corazones, y aun lo declaran con sus lenguas, que de aquí al dia del juicio hay mil mundos, y que cuando venga, ya ellos estarán en uno de dos lugares, segun la sentencia y suerte que en sus muertes les cupiere en su juicio particular, que se hace en la muerte, adonde se da la sentencia que no se ha de mudar en el juicio universal; y que ya ciertos desto, aunque sea mala, la tendrán mucho ántes tragada, y no se les hará cosa nueva; y que así aquel dia para ellos no será tan temeroso como se lo representan los predicadores! Otros creen que aquello se les predica, no porque así haya de ser, sino para retraerlos de los pecados; como en realidad de verdad aquel dia será de la mayor misericordia y general jubileo, y que el infierno no se hizo para los cristianos, sino para el diablo y para los que no son cristianos.

Mas la verdad católica es, que todas estas consideraciones son blasfemias hechas y dichas contra la fe y confesion deste artículo. Son presumptuosas esperanzas de vanos y duros entendimientos, que no quieren rendirse á entender mas de lo que les da gusto y licencia para estarse en sus vicios. Pero mal que les pese, sepan los desventurados lo primero, que cuanto mas tardare aquel dia, tanto es peor para ellos, si perseveran en sus culpas. Lo segundo, que aunque todos los que vivimos, cada uno haya pasado su particular juicio, ha de ser tal aquel dia, que el mismo demonio que está condenado tantos mil años há, desde que cayó esta temiendo y temblando deste dia, y de la pública condenacion que allí ha de oir con todos los que le siguieren.

§. ÚNICO.

De la historia y órden del juicio universal.

Y porque la consideracion deste juicio enfrena nuestro corazon, y cria en él temor de Dios, será bien que digamos aquí algo de la historia y órden dél. Mas hase de presuponer que no hay lengua que pueda declarar, ni entendimiento que pueda comprehender la menor de las tribulaciones de aquel dia. Por lo cual el profeta Joel (*f*), queriendo hablar de la grandeza dél, hallóse tan atajado de razones, y tan embarazado, que comenzó á significar esto con una voz informe, solamente significativa de admiracion, diciendo: ¡Ah, ah, ah, qué dia será aquel! Aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y miseria, dia de tinieblas y escuridad, dia de tinieblas y de truenos, dia de trompeta y estruendo sobre las fuertes ciudades y sobre las altas esquinas.

Si quieres saber, hermano, cuál será este dia, párate á considerar las señales que están escriptas que le han de preceder: porque por las señales conoscerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta y dia. Las señales serán las que nos dice el Salvador (*g*): Que precederán grandes guerras, alteraciones y desasosiegos en el mundo; porque se levantarán gentes contra gentes, y reinos

(*a*) Matth. 12. (*b*) Matth. 24. (*c*) Isai. 64. (*d*) Job. 9. (*e*) Psal. 9.

(*f*) Hier. 30. Joel 2. Amos 5. Soph. 1. (*g*) Matth. 24.

contra reinos, y habrá grandes terremotos, pestilencias, hambres, y prodigios, y apariciones en los aires.

Mas sobre todas estas cosas será mas espantosa la persecucion de aquel mayor de todos los perseguidores de la Iglesia, llamado Anti-Cristo, el cual no solo con fuerza de armas y tormentos horribles, sino tambien con dádivas y promesas, y con fingimiento de sanctidad, y grandes milagros aparentes, hará contra la Iglesia mas cruel persecucion que todas juntas las que ántes padesció. Pues piensa tú agora, dice Sant Gregorio (*h*), qué tiempo será aquel, cuando el piadoso mártir ofrescerá sus miembros al verdugo, y el mismo tiranno hará los milagros (aunque falsos) delante del mártir. Será tan grande la tribulacion de aquellos dias, cual nunca ántes fué en este mundo, ni jamas será (*i*). Y si la misericordia de Dios no proveyera en abreviar aquellos dias, ninguno pudiera perseverar en tal tribulacion, ni salvarse; mas acortarlos ha Dios por amor de sus escogidos.

Despues destas señales habrá otras mas espantosas, mas propincuas al dia del juicio; las cuales aparecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas. Destas habla el Señor por Ecequiel (*k*): Yo haré que se escurezcan sobre tí las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y escurecerse ha la luna: no resplandescerá con su luz; y haré que todas las luminarias del cielo se entristezcan y hagan plancto sobre tí, y cubriré de escuridad toda la tierra. Habiendo tantas alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues toda se gobierna por el cielo? Vemos que cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los demas della (como miembros) se turban y alteran, y que toda la república hierve en disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por los cielos, como por su cabeza, andando las cosas del cielo tan alteradas y fuera de su curso y órden natural, ¿qué tales estarán estas cosas inferiores, que son los miembros y partes deste mundo?

¿Cuál estará el aire sino lleno de truenos, relámpagos, y encendidos cometas? Cuál estará la tierra, sino sacudida con los muchos temblores, que arrancarán las peñas, y allanarán los montes, y llena de espantosas y hondas aberturas? La mar se embravescerá de manera, que serán sus ondas tan altas y furiosas, que parescerá que por momentos quiere cubrir toda la tierra. A los vecinos atemorizará con su altura, á los distantes espantará con sus bramidos que se oirán por muchas leguas. ¿Cuáles andarán entónces los hombres? ¿Qué atónitos? ¿Cuán confusos? Cuán perdido el consejo? Cuán acabado el gusto de todas las cosas? Cuán enmudecidos y turbados? Dice el Salvador (*l*) que se verán las gentes en grande aprieto y confusion, y andarán los hombres flacos, consumidos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que sospecharán que han de venir sobre todo el mundo. Porque aunque serán grandes las que verán, y mucho para temer, creerán ser vigilia y víspera, y mensajeros de otras mucho mas espantosas. ¿Qué es esto (dirán unos á otros), qué significan estos pronósticos? ¿Cuál ha de ser el parto de tal preñez? ¿En qué han de parar tales alteraciones de todos los elementos?

Así andarán los hombres espantados y desmayados caidos los brazos, y derribadas las alas de sus corazones, pasmados de verse unos á otros tan desfigurados, que juzgando á sí por los otros, será bastante causa para desmayar. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos todo el deseo y cobdicia de adquirir; tan ocupados con la grandeza del temor, que no solamente desto se olvidarán, sino tambien de comer y tomar el sustento de la vida. Todo el cuidado se empleará en buscar lugares seguros para asegurarse de los frecuentes terremotos, que serán tales, que no solo los fuertes edificios no serán segura acogida, mas ni tampoco las cuevas; porque los temblores sacudirán y arrancarán las peñas, y allanarán los montes. Y así desto como de los rayos y tempestades del aire, y crecientes de la mar, y avenidas de los rios, perderán el tino y todo consejo, y no sabrán qué hacerse: irse han á entrar por las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á buscar los poblados, por guarecerse en las casas de los hombres. Todas las criaturas andarán desta manera mezcladas y confusas. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros, no sabiendo el fin en que han de parar tan espantosos principios. Faltan palabras para encarescer este negocio, y todo lo que se dice es mucho ménos de lo que allí se verá.

Vemos agora cuando en la mar se levanta una brava tempestad y tormenta, ó cuando en la tierra hay algun grande terremoto, truenos, relámpagos y rayos, cuáles andan los hombres, cuán medrosos, cuán cortados, cuán pobres de esfuerzo, cuán faltos de consejo. Pues ¿qué será cuando el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo alterado con propria tormenta en cada elemento, amenazando el sol con su luto, y la luna con color de sangre, y las estrellas centellando, como que las sacude de sí el cielo? ¿Quién en tal tiempo comerá? Quién dormirá? Quién tendrá un punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desventurada suerte la de los malos, sobre cuyas cabezas amenazan todos estos pronósticos; y dichosa la de los buenos, para los cuáles todas estas cosas serán favores, y mensajeros alegres de la prosperidad que les ha de venir presto!

Despues destas señales llegárseles ha la venida del juez, delante del cual vendrá un diluvio de fuego que abrasará y tornará en ceniza toda la gloria deste mundo (*m*). Este fuego á los malos será principio del fuego eterno, y á los buenos principio de su gloria, que andarán en él como los tres mancebos en la calera de Nabucodonosor (*n*) alabando á Dios; y á los que algo tuvieren que satisfacer, purgatorio de sus culpas. Aquí fenecerá toda la gloria del mundo; acabarse ha el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generacion y corrupcion de las cosas, la variedad de los tiempos, con lo demas que del movimiento de los cielos depende. Así lo escribe Sant Juan (*o*), que vió un ángel muy poderoso vestido de una nube muy resplandesciente, el cuál tenia su cara como un sol, y el arco del cielo le servia de diadema de su cabeza, sus piernas eran semejantes á unas grandes columnas de fuego, y tenia puesto un pié sobre la mar, y otro sobre la tierra: dice que vió cómo este ángel levantando el brazo, y juntamente la voz, entonó espantosamente con este juramento: Vive el Señor para mí siempre, que no ha de haber mas tiempo, no ha de haber mas movimiento de cielos, ni producciones de cosas (y lo que mas es)

(*h*) Lib. 32. Moral. cap. 15. (*i*) Matth. 24. (*k*) Ezech. 32. Isaí. 13 Joel 3. Matth. 24. (*l*) Luc. 21.

(*m*) Psal. 93. Daniel 7. (*n*) Daniel 3. (*o*) Apoc. 10.

ni lugar de penitencia, ni de merescer, ó desmerescer.

Despues deste fuego, dice el Apóstol (*p*), vendrá un arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta, que sonará en todas las partes del mundo, y en lo mas alto del cielo, y mas profundo del infierno: con la cual llamará á todos los nascidos á juicio. Esta es aquella espantosa voz de la cual decia Sant Jerónimo (*q*): Agora coma, ó beba, ó duerma, en todos lugares y tiempos suena espantosamente en mis oídos aquella voz: levantaos muertos y venid á juicio. ¿Quién apelará deste emplazamiento, ó quién podrá rehusar este juicio, y declinar jurisdiccion? Quién no temblará á tal llamamiento? Esta poderosa voz forzará á la muerte á que vuelva todo cuanto en el mundo robó, y de todo la despojará. Dice Sant Juan que á esta voz la mar entregó los muertos que tenia (*r*), y que lo mismo hizo la tierra, y el infierno, y la muerte. ¿Qué cosa será ver allí parir la mar y la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver correr de tantas partes en uno tantos ejércitos de naciones de gente? Allí estarán los Alejandros, los Daríos, los Césares de los romanos, los reyes y poderosísimos monarcas del mundo: mas con otro hábito y otro semblante, con otros pensamientos muy diferentes que los que en este mundo tuvieron. Allí se juntarán todos los hijos de Adam, para que cada cual sea juzgado segun sus obras.

Estando pues todos en un lugar esperando la venida del juez, bajará Cristo, á quien el Padre eterno constituyó juez de los vivos y muertos (*s*); y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz, y llamándolos á la penitencia; así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira á los que no se quisieron aprovechar de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que, como dice Isaías (*t*), andarán buscando adónde esconderse, de temor de la majestad de su vista. Será tan grande este temor, que, como dice Sant Juan (*v*), los cielos y la tierra querrán huir, y no hallarán dónde esconderse.

Delante del juez vendrá el estandarte real de la cruz para testimonio del remedio que Dios envió al mundo, del cuál no se quiso aprovechar (*x*). Esta cruz justificará allí la causa de Dios, y dejará á los malos sin excusa y sin consuelo. Entónces dice el Salvador que llorarán todas las naciones de la tierra (*y*), golpeando y hiriendo sus pechos. ¡Oh cuánta razon tendrán de llorar! Llorarán porque ya no habrá lugar de huir de la divina justicia, ni de acogerse á la misericordia con la penitencia; llorarán por la confusion presente, y por la grandeza de los tormentos por venir; llorarán su desastrado nascimiento, y su triste suerte, y su desventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán amargamente, y como atajados por todas partes, y pobres de consejo, herirán sus pechos sin remedio.

Entónces el juez mandará á los ángeles que aparten la cizaña del trigo (*z*), á los malos de los buenos, y á las ovejas de los cabritos; y que sean puestos los cabritos á la mano izquierda, y las ovejas á la derecha (*a*). ¡Oh dichosos y bienaventurados aquellos que allí serán puestos á la mano derecha! Atribúlame, aflígeme, Señor, aquí; aquí, Señor, corta, abrasa y mata; porque allí me pongas á tu mano derecha.

Luego se comenzará á celebrar el juicio, y á tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel (*b*). ¿Mas de qué cosas se nos ha de pedir allí cuenta, y se nos ha de hacer cargo? Dice el sancto Job (*c*): Todos los pasos de mi vida teneis, Señor, contados. Y si te paresce mucho esto, que se pida cuenta de tan pequeña obra como un paso; espántate mas de lo que dice el Señor por Sant Mateo (*d*), que te pedirán allí cuenta de la menor palabra ociosa, y será lo mismo del menor pensamiento: y no solo de lo que hicimos ó pensamos prohibido, sino tambien de todo lo que dejamos de hacer siendo obligados. Si con verdad dijeres: Señor, yo no juré; dirá el juez: Juró tu criado ó tu hijo, y no le castigaste. Y no solo de las malas obras, sino tambien de las buenas nos pedirán cuenta: ¿con qué ánimo, con qué intento, qué fin tuvimos cuando las obramos? De todos los momentos y puntos de nuestra vida nos demandarán cuenta cómo los gastamos. Pues si esto creemos, ¿dónde nasce en nosotros con tal fe tanto descuido? ¿En qué confiamos? ¿Con qué nos aseguramos en medio de tantos peligros?

Pues acusadores y testigos allí no han de faltar: nuestras mismas consciencias serán testigos y acusadores. Testigos serán tambien y acusadores todas las criaturas, que clamarán contra nosotros, por cuán mal usamos dellas haciéndolas servir á nuestros vicios. Sobre todo será mayor testigo el mismo juez á quien ofendimos. El mismo lo dice por el profeta Malaquías (*e*): Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros, y adúlteros, y perjuros, y contra los que buscan calumnias por quedarse con el precio del jornalero, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y oprimen á los extranjeros y peregrinos, sin considerar que yo lo veo todo.

Será allí grande acusador el demonio, dice Sant Augustin (*f*), que sabrá muy bien alegar de su derecho, y dirá: Justísimo juez, segun justicia á estos traidores has de sentenciar por mios agora, pues siempre lo fuéron, y en todo me siguieron, y hicieron mi voluntad. Tuyos, Señor, eran ellos por muchos títulos (*g*), pues tú los criaste, y los conservaste en la vida por medio del servicio de todas las criaturas que á ellos subjectaste: mas sobre todo porque con tu sangre y vida los redimiste; y ellos con sus pecados deshicieron en sus almas tu imágen y semejanza, y pusieron la mia; desechándote á ti se abrazaron conmigo; despreciaron tus mandamientos, y guardaron los mios; con mi espíritu se gobernaron, y mis obras imitaron; por mis caminos anduvieron, y en todo siguieron mi partido.

Oida esta acusacion, pronunciará el juez esta sentencia (*h*): Andad, malditos de mi Padre, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Luego volviéndose con alegre semblante á los buenos, les dirá (*i*): Venid, benditos de mi Padre, tomad la posesion del reino para vosotros aparejado desde el principio del mundo. Así irán los buenos á la vida eterna, y

(*p*) 1. Thes. 4. (*q*) Hieronymus in Regul. Monach. tom. 9. de Timire judicio. (*r*) Apoc. 20. (*s*) Luc. 2. Matt. 1. Matth. 19. Matth. 35. Luc. 9. et 21. (*t*) Isaí 2. (*v*) Apoc. 20. (*x*) Matth. 24. (*y*) Apoc. 1. (*z*) Matth. 13.

(*a*) Matth. 25. (*b*) Daniel. 7. (*c*) Job. 14. (*d*) Matth. 12. (*e*) Malach. 3. (*f*) Augustin. tom. 4. (*g*) Lib. de Salutarib. document. cap. 26. (*h*) Matth. 25. (*i*) Matth. ibid.

los malos al fuego eterno, que durará para siempre, adonde arderán y padescerán miéntras Dios fuere Dios, maldiciendo la divina justicia, blasfemando de su gloria, dando bocados en todo lo que alcanzaren de sus carnes. Este es el proceso y la historia de aquel tan espantoso juicio; por donde cada cuál verá lo que le importa aparejarse, por que escape de las llamas eternas.

CAPITULO XI.

Del octavo artículo y de la confesion dél.

Dicen las palabras del octavo artículo: *Creo en el Espíritu Sancto.* Aquí comienza la tercera parte del Credo, porque ya dijimos cómo se dividia en tres partes, y la razon desta division. Tambien queda ya dicho que aunque las obras de Dios en nosotros sean de una misma esencia, y por eso de todas las tres personas de la sanctísima Trinidad, con todo, unas particularmente se atribuyen á una de las personas, y otras á otra, por la consideracion de alguna particular conveniencia. Y pues ya ésto queda asentado, y tratamos en la primera parte de las obras que atribuimos al Padre, y en la segunda de las que se atribuyen al Hijo, resta que en esta tercera parte digamos del Espíritu Sancto, y de las obras que se le atribuyen.

Este artículo contiene dos cosas. La primera es creer que de la persona del Padre y de la del Hijo procede una tercera persona, que es de un mismo sér, y esencia, y bondad, y poder, y así es verdadero Dios. Aquí se acaba de confesar el misterio de la sanctísima Trinidad, por el cual confesamos en una esencia distincion de personas; mas no tres dioses, sino solo un Dios; porque una sola es la esencia commun á todas tres, y de todas communicada, no por iguales partes, dividiendo esa esencia en tres partes, una para esta primera persona, y otra parte para la segunda persona, y otra para la tercera; sino que así confesamos esta igualdad, que creemos que todo el sér, y poder, y saber, y bondad, y esencia que tiene el Padre, se halla igualmente enteramente en el Hijo, y todo cuanto hay en el Padre y en el Hijo, está perfectísimamente en el Espíritu Sancto.

Y aunque cada una destas tres personas sea sancta, y sea espíritu, no es esta la razon por que damos este nombre Espíritu Sancto á la tercera persona, sino por la manera de su produccion; porque así como á la segunda persona llamamos Hijo por ser engendrado, así á la tercera llamamos Espíritu Sancto, por ser espirado. O por otra razon mas clara para los que no son letrados: llámase así, por la obra que le atribuimos que hace en nosotros, que es inspirar en nosotros (ó por decirlo mas claro), por ser en nosotros el autor de la vida espiritual, en la cual nos alienta este divino Espíritu. Desta razon se entiende la segunda parte que este artículo contiene, que es creer que todo nuestro bien, todas aquellas obras con que agradamos á nuestro Señor, son agradables por la virtud deste divino Espíritu.

Mas por ventura parescerá á alguno ser esto contrario á lo que queda dicho en la segunda parte, que toda nuestra esperanza y todo nuestro bien era por Jesucristo, del cual reconociamos ser todo lo que teniamos y esperábamos tener; y agora parece que esto mismo atribuimos al Espíritu Sancto. A esto se responde que toda la obra de nuestra redempcion, primeramente es de toda la sanctísima Trinidad. Ordenacion y acuerdo fué de todas las tres personas, que la segunda se hiciese hombre y pagase las deudas de todos los hombres, y satisficiese á toda la sancta Trinidad. Estaba Dios en Cristo reconciliando á sí mismo el mundo (*a*). Era Cristo verdadero Dios y verdadero hombre, y como hombre padescia; y por estar esa humanidad unida al Verbo, mediante el ánima, sus obras eran de valor infinito para satisfacer á toda la sanctísima Trinidad, para que nos recibiese en su amor y gracia.

Mas porque de las tres divinas personas á la segunda fué encomendado este negocio, y el Hijo fué el que aparesció en este mundo hecho hombre, y él solo fué el sacrificio y la causa meritoria deste perdon y desta gracia; con muy grande razon y conveniencia la obra de la redempcion (que principalmente es de toda la sanctísima Trinidad en commun) se atribuye al Hijo en particular.

Mas porque el tener los hombres verdadero conoscimiento y fe de todos los misterios que por nosotros obró el Hijo de Dios hecho hombre en este mundo, y la memoria de todo lo que nos dejó mandado, y el amor á su doctrina y á la limpieza de vida que nos enseñó, no son cosas que las humanas fuerzas pueden cumplir sin la gracia y favor divino; la dicha obra, aunque sea de toda la sanctísima Trinidad, con particularidad la atribuimos al Espíritu Sancto, porque á esta tercera persona se atribuye la bondad y amor de Dios; y porque de la bondad y amor que Dios nos tiene, nasce como de dos fuentes el querer el Señor hacernos buenos y darnos su gloria, todos los efectos que en nosotros hace este amor de nuestro Señor, que son todas nuestras buenas obras, palabras y deseos, y todo lo bueno que en nosotros hay, atribuimos al Espíritu Sancto, que entiende en nuestra sanctificacion.

De manera que decimos que toda nuestra redempcion, de primera y principal autoridad es obra de toda la sanctísima Trinidad; mas por particular consideracion se atribuye al Hijo, como á ejecutor desta divina ordenacion; y porque el conoscimiento de todo esto era tan necesario (que sin él todo no fuera de provecho), y las fuerzas y voluntad de agradescer y servir á nuestro Señor estos beneficios recibidos, nasce en nosotros como efecto de la bondad del Señor, y del amor que nos tiene, y esta bondad y amor (con particular consideracion) se atribuye al Espíritu Sancto, por eso decimos que cuanto hay de bueno en nosotros, debemos al Espíritu Sancto, y que de sus dones depende nuestra vida espiritual. A él atribuimos que nos da aliento para que recibamos á Jesucristo, y cumplamos sus mandamientos, y abracemos sus consejos; porque aunque Cristo se nos dió, no lo supiéramos nosotros recibir sin esta virtud que atribuimos al Espíritu Sancto.

Será pues la confesion deste artículo, demas de tener y creer firmemente que de las dos personas, Padre y Hijo, procede una tercera persona, tan verdadero Dios como el Padre y como el Hijo; confieso tambien que ultra de ser obra commun de toda la Trinidad mi justificacion, por particular conveniencia se atribuye á la tercera persona; y digo que todas nuestras fuerzas para bien vivir y perseverar, nos vienen de lo alto por el Espíritu Sancto; sin el cual ningun bien habria en nosotros; aunque querernos el Espíritu Sancto communicar estas fuerzas, este favor y gracia, sea por haberlo sudado, y

(*a*) 2. Corint. 5.

trabajado, y merescido Jesucristo para nosotros por el sacrificio de su pasion.

§. I.

De los que obran conforme á la fe y confesion deste artículo, y de los que pecan contra ella.

De aquí se ve cuáles son los que por obra y voluntad confirman esta confesion, y cuáles son los que en hecho de verdad van contra ella. Aquellos de véras conforman su vida con la fe y confesion deste artículo, que desconfiando de sus fuerzas y proprias obras, su principal esperanza ponen en la misericordia divina, cuyo socorro siempre piden. Mas aquellos hacen contra lo que deben á la fe y confesion deste artículo, que aun ántes que comiencen algun bien, ya están contentos de sí y satisfechos por lo que en sus propósitos y pensamiento proponen hacer, fiados de sus diligencias. En este número entran tambien aquellos que, despues de haber hecho algun bien, ó que tenga color dello, desto mismo quedan tan pagados, que desean las gracias dello, como si dijesen: gracias á mis manos; y por esto no solo lo pierden todo, sino que ofenden gravemente á Dios, á quien se deben todas las gracias. Tambien pecan y hacen contra la fe y confesion deste artículo los que resisten á los llamamientos del Espíritu Sancto, que los llama con divina inspiracion á la perfeccion de la vida cristiana, y se hacen sordos.

§. II.

De los siete dones del Espíritu Sancto.

Mas pues habemos dicho que el Espíritu Sancto, mediante sus dones nos hace vivir justamente, será razon digamos cuáles y cuántos son estos dones. Hablando el profeta Isaías de Cristo nuestra cabeza, y de cómo sobre él y sobre su místico cuerpo (que es la Iglesia) reposaria el Espíritu Sancto con toda la plenitud de sus dones, sumólos en número, de siete por estas palabras (*b*): Descansará sobre él el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad, y henchirle ha el espíritu del temor del Señor. Estos divinos dones proceden con admirable órden, subiendo por sus grados, comenzando donde los acabó de contar el Profeta; esto es, desde el temor del Señor, hasta el espíritu de la sabiduría.

I Don. Temor de Dios es divino don que nos incita á una reverencia filial, que teme desagradar á tan buen Señor y Padre, tan digno de todo nuestro amor. A este recelo llama Sant Augustin temor casto, que nasce de caridad (*c*).

II. El espíritu de piedad es don del Espíritu Sancto, el cual nos inclina á que con ardientes deseos y alegre afecto honremos á Dios pura y rectamente, y amemos y hagamos bien al prójimo, aunque no lo merezca por sí, por solo amor de Dios.

III. El espíritu de la ciencia es don de Dios; por este nos ocupamos en el conoscimiento de nuestro proprios defectos, y cómo saldrémos de los presentes y podrémos evitar los venideros.

IV. El espíritu de fortaleza es don del Espíritu Sancto; por el cual perseveramos fuertes y constantes en la fe y en los buenos ejercicios, con aquella fortaleza que el Apóstol desafiaba á todo lo criado, diciendo que nada le podria apartar del amor de Dios (*d*).

V. El espíritu de consejo es don de Dios; este nos enseña cuáles son las cosas en que mas le habemos de agradar y honrar.

VI. El espíritu de entendimiento es don del Espíritu Sancto; y este nos muestra y descubre el verdadero y católico entendimiento de las cosas divinas.

VII. El espíritu de la sabiduría es don del Espíritu Sancto; el cual aparta el corazon y le despega de todas las cosas temporales y terrenas, y le transporta todo en la contemplacion de las divinas y celestiales; en las cuales reposa con suavidad y gusto.

Estos habemos de alcanzar y mejorar en nuestras almas, pidiéndolos al Padre eterno por los merescimientos de Jesucristo su Hijo, nuestro Salvador. Prometiólo así Jesucristo, cuando dijo (*e*): Si vosotros siendo malos sabeis dar á vuestros hijos buenas dádivas, ¿con cuánta mas razon vuestro Padre celestial (que es summamente bueno) dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere como se debe pedir? Y Sanctiago dice (*f*): El que tuviere necesidad de sabiduría, pídala á Dios; que él la da á todos (los que bien se la piden) abundantemente, y pídala con fe, sin alguna dubda.

Por estos siete dones del Espíritu Sancto nos facilita el Señor en todas las virtudes, en particular en las tres principales de todas, llamadas teologales, fe, esperanza y caridad; y asimismo en las cuatro morales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; á todas despierta, esfuerza, inflama, para que estén siempre promptas y diligentes en sus proprios ejercicios; porque la fe, esperanza y caridad son levantadas por el don de la sabiduría y del entendimiento; la prudencia, por el don de la ciencia; la justicia, por el don de la piedad; la fortaleza moral, por el don de la fortaleza, don sobrenatural; la templanza, por el don del temor del Señor.

Estos siete dones del Espíritu Sancto destruyen y matan en nuestras almas otros siete movimientos que el espíritu maligno levanta en los que viven segun los deseos de su carne, que son los siete llamados capitales, ó raices y principios de todos los males. Destos leemos en el Evangelio que el Señor echó siete demonios del alma de una mujer (*g*); porque por su divino Espíritu, que vino á comunicar al mundo, echó de las almas las siete raices de todos los vicios. Porque venido el Espíritu mas poderoso, echó fuera el espíritu de toda maldad, reformando en el ánima toda justicia (*h*).

El espíritu de temor arranca la soberbia, y planta la humildad (*i*), porque el fin de la humildad es el temor del Señor.

El espíritu de piedad (por el cual nos gozamos del bien de nuestro prójimo) arranca la invidia. Con la paciencia, dice Sant Pedro (*k*), guardad la piedad, y con la piedad el amor de los hermanos.

El espíritu de la ciencia (que desecha la locura) arranca del alma la ira, que siempre está acompañada de la locura, segun lo que está escripto (*l*): La ira reposa en el corazon del loco.

El espíritu de ciencia nos enseña que nos habemos de haber con los que injustamente nos ofenden, como se ha el sano con el enfermo, ó con un niño, ó con un fre-

(*b*) Isai. 11. (*c*) August. Sup. Ep. ad Galat. 4.

(*d*) Rom. 8. (*e*) Luc. 11. (*f*) Jacob. 1. (*g*) Marc. 16. (*h*) Luc. 11. (*i*) Prov. 8. (*k*) Petr. 1. (*l*) Eccl. 7.

nético (*m*); á los cuales solemos sufrir palabras y obras injuriosas, sin hacer caso dellas, riéndonos de lo que dice y hace el niño, y compadeciéndonos del enfermo y frenético; y no dejamos de procurarles la salud (*n*).

El espíritu de la fortaleza echa fuera el espíritu de la pereza y tristeza espiritual, desarraigando del ánima todo el mal hastío: deshace los nublados, alegra y aclara el ánima, sustentándola con la esperanza, segun aquello del profeta Isaías (*o*) : En la esperanza y silencio será vuestra fortaleza. Y Neemías dice (*p*) : No esteis tristes, que el gozo del Señor es nuestra fortaleza. Y el apóstol Sanctiago (*q*) : Cuando alguno se hallare triste, haga oracion con ánimo sufrido y fuerte, y cante alabanzas al Señor; esto es, levante dentro de sí y despierte el don de fortaleza, con el cual ore con gemidos á Dios.

El espíritu de consejo destierra del alma la avaricia; porque este don nos hace libremente escoger lo mejor; conviene á saber, procurar enriquecernos de bienes espirituales, y hacer el tesoro en el cielo y no en la tierra, conformándonos con el consejo del Salvador, que dice (*r*) : ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si se pierde y padesce daño su ánima?

El espíritu del entendimiento degüella á la gula (*s*), que se suele señorear de solos aquellos que son como brutos, que tratan de henchir el vientre.

El espíritu de la sabiduría apaga el fuego de la lujuria (*t*); porque por este don gustamos y nos deleitamos en las cosas de Dios, y aborrescemos (como á cosas asquerosas) los sensuales deleites.

Pidamos pues al eterno Padre estos siete dones de su divino Espíritu, por los merescimientos de su Hijo Jesucristo, Salvador nuestro; para que podamos echar de nosotros esta mala cuadrilla de siete sucios espíritus, y digamos con el profeta David (*v*) : Criad, Señor, en mí un corazon limpio; renovad en mis entrañas un espíritu recto y justo; no me despidais de vuestra presencia, ni aparteis de mí vuestro Espíritu Sancto. Volvedme y restituidme, Señor, la alegría de vuestra salud, y confirmadme con vuestro principal espíritu.

CAPITULO XII.

Del nono artículo de la fe, y de su uso y consideracion.

El nono artículo nos manda confesar *que hay una Iglesia católica y sancta, sanctificada por la gracia del Espíritu Sancto*. Iglesia quiere decir tanto como juntamiento ó congregacion, convocada debajo de unas mismas leyes y estatutos. Y segun esta significacion de Iglesia, todos los cristianos, adonde quiera que estén repartidos por todo el mundo, no hacen mas de una Iglesia universal; porque todos ellos confiesan un Dios, un Salvador Jesucristo, una fe, un baptismo, una obediencia á la Iglesia romana.

Y esta es sancta, porque tales son todos, como miembros de un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y son sanctificados por el espíritu de Cristo, que es el Espíritu Sancto.

Católica se llama, que es decir universal y sola, la cual comprehende todos los tiempos desde Abel hasta la fin del mundo, y todos los lugares adonde hay cristianos, y sola la verdadera, y que á todos recibe cuantos quieren

(*m*) Prov. 12. (*n*) Eccl. 17. (*o*) Isai. 30. (*p*) 2. Esdr. 8. (*q*) Jac. 5. (*r*) Matth. 16. (*s*) Rom. 16. (*t*) Eccl. 11. (*v*) Psal. 50.

profesarla, y sola la que dice verdad en prometer á sus profesores y guardadores el cielo y los bienes eternos.

Mas si alguno preguntare en qué número y cuenta habemos de poner, y qué lugar habemos de dar á los malos cristianos obstinados en sus pecados, porque ni los llamarémos herejes, ni osarémos decir que son miembros vivos de la Iglesia sancta, y del cuerpo de Jesucristo que niega á los tales, y dijo á semejantes : Vosotros teneis por Padre al diablo (*a*).

A esto se responde que estas palabras, *Iglesia sancta*, tienen dos significaciones. Segun la primera, significa la congregacion de todos los que no difieren en una confesion de un Dios, una fe, un baptismo, un Salvador Jesucristo, una obediencia al romano Pontífice, aunque con las corruptas costumbres y mala vida parezca que no creen, lo que con las palabras confiesan. A los tales sufre aquí Dios y la Iglesia, como el labrador sufre la cizaña entre el trigo en el campo, porque arrancándola no haga daño al trigo. Y desta manera solamente los infieles y herejes están fuera de la Iglesia. La segunda significacion de *Iglesia sancta*, no admite mas de aquellos que realmente son sanctos, y están en gracia, y son vivos miembros deste cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y viven esta vida de gracia, vivificados por el Espíritu Sancto, que es el mismo Espíritu de Jesucristo, el cual en la Iglesia sancta hace esta union de los buenos con Cristo, como de vivos miembros con su cabeza Cristo. Y destos habla con propriedad y mas claridad la segunda parte del artículo, que dice : *Creo la communion de los sanctos*. Los que no están en gracia son dignos de ser llorados; porque son de la Iglesia solamente cuanto al hacer gente y número, y no cuanto al merescimiento: son cristianos de nombre, y no de verdad de vida; pues su vida no es vivificada con el espíritu de Cristo, ni son miembros vivos de su sancto cuerpo, ni de véras aman á Cristo, ni son sus amigos, como él lo dice (*b*) : Vosotros seréis mis amigos, si guardáredes mis preceptos y mandamientos.

Mas hay destos á los herejes gran diferencia, y es ménos dificultosa su conversion; porque no están apartados de la confesion de la verdad, ni están implicados en errores del entendimiento. Con todo les tengo grande lástima, y deseo preguntarles, y que me dijesen, qué corazon tienen, y qué es lo que sienten cuando confiesan este artículo, que hay acá en el mundo una congregacion de gente á la cual el Espíritu Sancto communica sus dones, y los hace limpios y sanctos, sabiendo ellos (por el testimonio de sus consciencias) que no son desta compañía y congregacion; ántes son de aquellos cuya cabeza es el demonio, capital enemigo de Jesucristo. ¿Con cuánta razon se debia turbar de corazon el que llega á la confesion deste artículo acusándole su consciencia de pecado mortal, por el cual está enemigo de Dios, y esclavo del demonio?

Este artículo nos enseña cuánto nos importa desear y procurar la paz de la Iglesia, y en cuánta reverencia y acatamiento debemos tener su doctrina, y cuánto debemos respectar y honrar á los que sirven á Dios, y son ejemplares; y los que hacen lo contrario, pecan contra la confesion deste artículo.

(*a*) Joann. 8. (*b*) Joann. 15.

§. ÚNICO.

De la segunda parte deste artículo, que es creer la communion de los sanctos.

Lo que se sigue en este artículo, *es creer la communion de los sanctos*. Entre todos los que están en gracia, y son vivos miembros del místico cuerpo de Jesucristo, se halla una maravillosa communicacion entre sí, y con Jesucristo, y con el Espíritu Sancto. Con Cristo, como con su verdadera cabeza, que influye y communica sus merescimientos á los que están con él unidos como vivos miembros por gracia. Con el Espíritu Sancto, porque él es el que les da esta vida de gracia, y la causa en ellos, y en ellos vive, mora y reina, y los hace en su manera mas unos entre sí que los miembros de un cuerpo humano, los cuales decimos que todos viven con una vida, porque todos son animados con una misma ánima. Tambien están unidos entre sí, porque todos participan de un mismo espíritu, y de la virtud de una misma cabeza, y siendo miembros de un mismo cuerpo, de necesidad se sigue communicarse los bienes y los males. Communican todos en los sacramentos, en los sacrificios, en las oraciones, ayunos y limosnas, y tanto mas tiene cada uno, cuanto mas se multiplican y crescen estas obras, y se extiende esta religion; y por el contrario, cuanto estas obras se apocan, y esta religion se estrecha y pierde en el mundo, tanto va cresciendo la pérdida en cada uno de nosotros en particular, cuanto va siendo mayor en communi. Esto significan estas palabras, *communion de los sanctos*; entendiendo por sanctos todos los que aquí están en gracia.

Los que merescen este nombre, viven en esta caridad y liberal largueza con sus prójimos, communicándoles largamente todo lo que tienen, y creen que siempre reciben mas que dan; sintiendo humildemente de sí, y mucho de todos los demas, que son mas ricos de bienes espirituales, y tienen mas de que hacerlos participantes y communicarles.

Segun todo lo dicho, aquel va contra la fe deste artículo, que teniéndose por rico de bienes espirituales, se alza con ellos, queriendo ser solo y estimado por tal, y que paresce que le pesa de que otro sea ó parezca mejor que él. Tambien van contra la confesion deste artículo los que tienen en mas el acrescentamiento de sus bienes temporales y perecederos, que el de los espirituales y eternos, y aquellos que dejan de procurar el ensalzamiento de la fe y su extension, por el interes de sus pretensiones particulares. Todos estos que tienen en mas bien su particular que el bien commun, claro muestran que no son miembros vivos deste cuerpo místico de Cristo, ni participan deste espíritu y desta vida; porque el miembro vivo ama mas la conservacion del todo, que su particular vida; como se ve que la mano y brazo naturalmente se opone y defiende su cabeza, recibiendo el golpe con proprio peligro, por bien y conservacion del todo.

CAPITULO XIII.

Del décimo artículo de la fe.

Con el décimo artículo confesamos *la remision de los pecados*. Esto es, que por los merescimientos de Jesucristo, y por la virtud de su sangre hay en la Iglesia autoridad y poder para perdonar pecados, para que el hombre que por ellos cayó en desgracia de Dios, tenga en esta vida á mano el remedio para volver á su amistad y gracia.

Este es un artículo de gran consuelo para los hombres, y no sé yo decir el sentimiento y gozo de mi corazon cuando esto considero. Por una parte me esfuerzo á pelear contra mis pecados y maldades, y aunque es grande el temor si tengo de caer, es mayor el consuelo de tener por cierto que ha habido muchos, hay, y habrá, que despues de haber pasado mucho tiempo en sus pecados, en el camino de perdicion, desterrados de Dios, y de su amor y gracia, por su bondad y misericordia los redujo, y tornaron á cobrar este bien, y fuéron admitidos á su amistad, y gozan hoy grande gloria, y que esto que fué, es y será. Mas sobre todo (en este caso como en todos) nuestro gozo y alegría ha de ser por la gloria y honra que desto redunda á Dios, y á la sangre de su Hijo Jesucristo, Redemptor nuestro. Y cierto paresce que en ninguna cosa tanto esto se manifiesta, ni tanto descubre el valor de la sangre de Jesucristo en los ojos del eterno Padre, como en dejar abierta esta puerta por la cual el pecador pueda volver á Dios todas las veces que dél se apartare, aunque haya andado mas perdido que el hijo pródigo en todas las maldades y abominaciones.

Por donde paresce que contra la confesion deste artículo particularmente pecan aquellos que poniendo los ojos en la multitud y fealdad de sus pecados, se deslumbran, desmayan, y desesperan, y desconfían de la misericordia de Dios. Estos (con su hecho) niegan haber en la Iglesia remision de pecados; pues en los tales no hay esperanza de Dios, ni creen que es mayor su misericordia, que no puede ser vencida de todas nuestras maldades.

CAPITULO XIV.

Del undécimo artículo de la fe.

El undécimo artículo nos manda *creer la resurreccion de la carne*. Conviene á saber, que ántes que nos juntemos á juicio universal, todos habemos de resuscitar y volver á tomar estos mismos cuerpos, para no morir otra vez por apartamiento de las almas de los cuerpos, y así en cuerpo y ánima habemos de ser presentados delante del universal Juez. Esta es una de las cosas que mas espantó á todos los sabios del mundo; porque sin don de fe no puede la capacidad humana entender las maravillas de Dios, por lo cual está escripto (*a*): Sino creyéredes, no entenderéis. Mas al cristiano con el don de la fe se le hace cosa clara entender que á quien pudo criar tódas las cosas de nada, le será muy fácil rehacerlas de algo: esto es, nuestros cuerpos de la tierra en que se han vuelto y convertido, ú de las cenizas, ú de la mar, y de cualquiera cosa en que se hayan convertido, aunque sea muy poca materia, y se hayan transformado por mil transmutaciones, porque solo el que puede criar, puede aniquilar; y así toda la industria de la malicia humana no bastó para aniquilar un cuerpo de un mártir, ni podrá aniquilar una hormiga, y Dios sabrá sacar las reliquias de nuestros cuerpos de donde quiera que estuvieren en la tierra ó en la mar, y cada año vemos las diferencias de fructos de la tierra que el Señor cria del agua y de la tierra por ministerio del sol y de las influencias del cielo; y ninguna destas causas segundas tiene

(*a*) Joann. 8.

virtud, sino recibida de Dios, el cual por sí solo obra con mayor perfeccion que por las segundas causas, criaturas suyas. Y así podrá resuscitarnos á todos cuando él fuere servido.

CAPITULO XV.

Del último artículo de la fe.

Es el último artículo, que en aquel dia del juicio universal serán los buenos llamados á la posesion de todos los bienes eternos, para que los gocen en cuerpo y alma para siempre jamas, y que los malos serán allí sentenciados á tormentos eternos en cuerpo y alma para la eternidad de Dios.

Y porque entre todas las cosas que confiesa la religion cristiana, las que mas poderosas son con el corazon humano para despertarle al amor y temor de Dios, son las consideraciones del premio que Dios tiene para los buenos, y del castigo que está amenazado á los malos; destas dos cosas quiero tratar en el fin del Credo, en este postrero artículo, mas copiosamente que en la declaracion de los precedentes, y con esta materia concluir esta primera parte deste tratado de Doctrina cristiana.

Comenzando pues por la consideracion del premio que Dios tiene aparejado para sus escogidos (presuponiendo primero que ni la lengua humana tiene suficiencia para explicarlo, ni el entendimiento para entenderlo como ello es), para descubrir algo deste bien infinito, puedes considerar estas cinco cosas. La primera, la excelencia del lugar, señaladamente su grandeza. La segunda, el gozo de la excelencia de la compañía. La tercera, la clara vision de Dios. La cuarta, la gloria de los cuerpos. La quinta, la duracion y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

§. I.

De la hermosura y excelencias del lugar de la gloria y su grandeza.

Considera primeramente la hermosura del lugar, la cual nos dibuja Sant Juan en figura en el libro de sus Revelaciones, por estas palabras: Uno de los siete ángeles habló conmigo, diciéndome (*a*): Ven, y mostrarte he la Esposa, mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad de Hierusalem, que decendia del cielo, la cual resplandescia con la claridad de Dios, y la lumbre della era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Estaba cercada de un muro grande y alto, y entraban á ella por doce puertas, y á cada puerta estaba portero un ángel. Los cimientos de aquella muralla eran piedras preciosas, y de tan admirable grandeza, que cada una de las doce puertas estaba abierta y labrada en sola una piedra. La plaza desta ciudad era finísimo oro, puro y resplandesciente, mas claro que un vidrio cristalino. No vi allí templo, porque Dios y el Cordero es allí el templo. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, porque la claridad de Dios la alumbra, y su luz es el Cordero. Mostróme mas el Angel un rio de agua viva, claro como un cristal, que salia del trono de Dios y del Cordero, y pasaba por el medio de la ciudad. Y en el medio de la plaza, y de una parte y de la otra del rio en sus riberas, estaba plantado un árbol de vida que llevaba doce fructos en el año, cada mes el suyo; y las hojas deste árbol eran medicinales para salud de las gentes. Nunca allí se vió ni verá algun género de maldicion; allí permanescerá para siempre la silla de Dios y del Cordero, y allí sus siervos le servirán, y tendrán su nombre escripto en sus frentes, y siempre verán su cara, y reinarán en los siglos de los siglos.

(*a*) Apoc. 21.

Cata aquí dibujada la hermosura deste lugar; no para que hayas de pensar que haya en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por estas entiendas otras muy mas excelentes espirituales, figuradas por estas.

El asiento desta ciudad es sobre todos los cielos; su grandeza y anchura excede toda medida; porque si la menor estrella es mayor que toda la tierra, y algunas noventa veces mayores, y siendo tantas, y quedando espacio y vacío para muchas mas, ¿qué tan grande, no solo será este cielo estrellado, sino el que abraza todos los cielos? Esta inmensa grandeza no cabe en los entendimientos humanos.

Pues si preguntas por las labores de aquel lugar, no hay lengua que esto pueda declarar; porque si esto que paresce por acá á los ojos de los pecadores y mortales, es tan hermoso, ¿qué será lo que está de la otra parte para los ojos de los bienaventurados? Y si vemos que por el arte y manos de hombres se hacen aquí obras tan vistosas y de tanta hermosura, que espantan á los ojos de quien las mira, ¿cuál será lo que allá tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz que él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán amables son, dice el Profeta (*b*), tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Cobdicia y desfallece mi ánima contemplando los palacios del Señor.

Lo que principalmente suele ennoblecer una ciudad es la calidad de los ciudadanos; y estas son tres, si son nobles, y muchos, y bienavenidos y concordes. Mas en esta parte ¿quién podrá declarar la nobleza desta ciudad, que destas tres cosas tiene tanto, que en cada cosa es consumada? Si miramos á su nobleza, todos sus moradores son hijosdalgo, y no ménos que hijos de Dios por participacion. Pues el número y poblacion desta ciudad, dice Sant Juan (*c*), que vió una tan grande compañía, que deja de decir cuántos, por ser innumerables. Concuerda con Sant Juan, Daniel, diciendo (*d*): Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cient mil millares asistian delante dél. Y no pienses que allí la multitud es (como acá) causa de confusion; ántes cuanto mayor multitud, mas órden, mayor concierto y armonía; porque aquel que con tan maravillosa concordia ordenó los movimientos de los cielos y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre, y conosciendo su virtud y propriedad, ese ordenó aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso órden y concierto, que á cada uno dió su lugar segun su merescimiento. Un lugar es el que allí tienen las vírgenes, otro el de los confesores, otro los patriarcas, otro los sanctos mártires, otro los apóstoles y evangelistas. Y de la manera que están repartidos los hombres, lo están en su manera los ángeles, divididos en tres hierarquías, que se reparten en nueve coros; sobre todos los cuales está el trono de la serenísima Reina de los ángeles; la cual por no tener par ni semejante,

(*b*) Psal. 83. (*c*) Apoc. 7. (*d*) Dan. 7.

hace coro por sí. Mas sobre todo lo criado preside la sacratísima humanidad de Cristo, que está asentada á la diestra de la Majestad de Dios en las alturas.

Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas calles y plazas; mira la órden destos ciudadanos, la hermosura desta ciudad, y la nobleza de sus moradores. Salúdalos á cada uno por su dignidad, y pídeles el sufragio de su oracion. Saluda á toda esa dulce patria, y como peregrino que la mira desde léjos, envíala con los ojos el corazon, diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promision, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendicion, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardin de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos y peleamos, pues no será en tí coronado sino el que fielmente peleare.

Pues ¿qué diré de su paz y concordia, con ser tan nobles y tantos? Su paz y concordia es inefable; porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfeccion, á la cual pertenesce hacer todas las cosas communes. Allí es donde se goza el fructo y efecto de aquella oracion de Jesucristo (*e*): Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor; así como nosotros lo somos por naturaleza. Porque allí son todos entre sí mas unos que los miembros de un cuerpo; porque todos participan en un mismo espíritu, el cual da á todos un mismo sér y una bienaventurada vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar en los miembros de un cuerpo natural tan grande concordia, y paz, y amor, siendo los miembros tan diferentes en hechura, y forma, y oficios, y ejercicios, ¿qué mucho es que el espíritu divino, por quien viven todos los escogidos, y es como ánima comun de todos, cause entre los miembros del cuerpo místico de Cristo otra mayor union y conformidad, pues es mas noble causa, y de mas excelente virtud, y que da mas noble sér?

Y si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas communes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un cuerpo), y tambien en el amor de las madres para con los hijos (las cuales es muy cierto que se huelgan tanto con los bienes de los hijos, como con los suyos proprios), siendo esto así; ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los escogidos, pues á cada uno ama mas que la buena madre acá al buen hijo? Porque, como dice Sant Gregorio (*f*), aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno es toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí? Síguese que pues el número de los bienaventurados es casi infinito, que tambien serán casi infinitos los gozos de cada uno dellos. Síguese mas, que cada uno tendrá las excelencias de todos; pues lo que no tuviere en sí, tendrá en los otros.

Los bienaventurados son espiritualmente aquellos hijos del sancto Job (*g*), entre los cuales fué tan buena la hermandad, amor y communicacion, que cada uno dellos por su órden hacia un dia de la semana convite á todos los otros en su casa; de donde resultaba que no ménos participaria cada uno de la hacienda de los otros, que de la suya propria; y así lo proprio era commun á todos, y lo commun era proprio de cada uno. Esto obraba en aquellos sanctos hermanos el amor fraternal. Pues ¿cuánto es mayor la hermandad de los bienaventurados, y cuánto mayor el número de aquellos hermanos, y cuánto mas bienes y riquezas de que gozar?

Segun esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allí los serafines (que son los mas altos espíritus y mas llegados á Dios) cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condicion, y la claridad de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? Qué convite nos harán luego los querubines, en los cuales están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? Qué tal será el de los tronos y dominaciones, y de todos los otros bienaventurados espíritus? Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, y con sus palmas en las manos, y con las insignias gloriosas de sus triunfos (*h*)? Qué será ver juntas aquellas once mil vírgenes, y aquellos diez mil mártires, imitadores de la gloria de la cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? Qué gozo será ver aquel glorioso diácono con sus parrillas, mas resplandesciente que las llamas en que ardia cuando desafiaba á los tirannos, y cansaba y vencia los verdugos con su sufrimiento? Qué será ver la hermosísima vírgen Catarina, coronada de rosas y azucenas, con la rueda de las navajas? Qué será ver los siete nobles mozos Macabeos, con su piadosa y valerosa madre, despreciadores de las muertes y tormentos por la guarda de la ley de Dios (*i*)? Qué collar de oro y de pedrería será tan hermoso de mirar, como el cuello del glorioso Baptista, que quiso mas perder la cabeza, que disimular la torpeza del rey adúltero (*k*)? Qué púrpura tan resplandesciente, como el cuerpo de Sant Bartolomé, por Cristo desollado? Qué será ver el cuerpo de Sant Esteban, señalado con los golpes de las piedras, sino ver una grande y bien labrada corona, sembrada de rubíes y esmeraldas (*l*)? ¿Y vosotros, príncipes gloriosos de la Iglesia, que tanto resplandesceréis, el uno con la espada, y el otro con el estandarte glorioso de Cristo con que fuisteis coronados (*m*)? Pues ¿qué será gozar de cada una destas glorias como si fuese propria? ¡Oh convite glorioso, oh banquete real, oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Váyanse pues los mundanos á sus banquetes á romper los vientres con sus excesos. Tal convite como este convenía para Dios, donde tales manjares se serviesen.

Sube aun mas arriba sobre los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana, y embriaga con maravilloso dulzor la ciudad de Dios. Alza los ojos y mira aquella Reina de misericordia, llena de la claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, y de cuya grandeza se glorían los hombres. Esta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, bendita sobre todas las mujeres (*n*).

Mira que gozo será ver esta Señora y Madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre; no ya con los sobresaltos y temores de lo que el sancto Simeon le habia profetizado (*o*); no ya llorando y buscando por todas las partes á su Niño; sino con inestimable paz asentada á la diestra de su Hijo, sin temor de perder jamas

(*e*) Joann. 17. (*f*) D. Greg. lib. 4. Moral c. 42. in princ. (*g*) Job 1.

(*h*) Apoc. 7. (*i*) 2. Marc. 7. (*k*) Matth. 14. Marc. 6. (*l*) Act. 7. (*m*) August. in Mannual c. 6. (*n*) Apoc. 12. (*o*) Luc. 2.

aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche para escapar el Niño de Heródes, huyendo en Egipto (*p*); ya no se verá mas al pié de la Cruz, recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caian, llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor; ya no padescerá mas el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el maestro, y al criado por el Señor (*q*); ya no se oirán mas aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decia (*r*): Quién me diese que yo muriese por tí, Absalon, Hijo mio, Hijo mio Absalom. Ya todo esto se acabó; y la que en este mundo se vió mas afligida que toda pura criatura, se ve ya ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel summo bien, y diciendo: Hallado he aquel que amaba mi ánima; téngolo, no le dejare (*s*).

Y si este es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz? Cosa será por cierto, como dice Sant Bernardo (*t*), llena de toda suavidad, que vean los hombres á un hombre criador de los hombres. Por honra propria tienen acá los de una genealogía ver á un deudo hecho cardenal ó papa; pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuesta sangre, asentado á la diestra del Padre y universal Rey de toda la tierra y de los cielos? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vean que el Señor de la posada, y commun Criador de todos, no es ángel, sino hombre? Si los hombres tienen por propria honra la que se hace á su cabeza (por la union que hay con la cabeza), ¿qué será allí donde tan estrecha es la union entre los miembros y su cabeza? Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan para darle debido encarescimiento. ¿Quién será tan dichoso que merezca gozar de tanto bien? ¡Oh dulcísimo Señor! ¿Cuándo será aquel dia, cuándo paresceré delante de tu cara, cuándo me veré harto de tu hermosura, cuándo veré ese rostro en quien desean mirar los ángeles?

§. II.

Del gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.

Pues ¿qué será sobre todo esto ver aquella divina esencia, en que consiste la gloria esencial? Grandes motivos de gloria son los que hasta aquí habemos dicho; mas todos son pequeños, comparados con este. De Isacar se dice (*v*) que vió el descanso que era bueno, y la tierra muy buena; y por esto puso los hombres al trabajo, y se hizo tributario. El descanso y la gloria de los sanctos buena es; mas la tierra que lleva este descanso, muy buena es en superlativo grado; porque esta es la divina esencia, de cuya contemplacion depende la gloria esencial de todos y del mismo Dios. Esta es la que sola puede dar á nuestras ánimas perfecto reposo. Toda la dulcedumbre y suavidad de las criaturas bien puede dar deleite al corazon humano, mas no hartura. Pues si todos estos bienes susodichos tanto deleitan, ¿qué tanto deleitará aquel bien que tiene en sí en summo grado las perfecciones de todos los bienes? Y si la vista de las criaturas es tan graciosa, ¿qué será ver aquella divina cara, y lumbre, y hermosura en quien resplandescen todas las hermosuras? Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan communicable; y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria y poder del Padre, la sabiduría del Hijo, y el amor y bondad del Espíritu Sancto?

Allí verémos á Dios, verémos á nosotros mismos, y verémos todas las cosas en Dios. Dice Sant Fulgencio que así como el que tiene todas las cosas delante de un espejo, y de una vista ve al espejo, y á sí, y á todas las cosas en el espejo; así cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la divina esencia, delante, verémos á él y á nosotros, y segun el conoscimiento mayor ó menor que dél tuviéremos, verémos en él todas las criaturas. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará mas saber; porque tendrá delante todo lo que se puede saber. Allí descansará él de la voluntad, amando aquel bien universal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay mas que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera henchirá la boca de nuestro corazon, que no le quedará mas que desear.

Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado; conviene á saber, fe, esperanza y caridad, cuando á la fe se dará por premio la clara vista de Dios, y á la esperanza la posesion, y á la caridad imperfecta, la caridad en su perfeccion. Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío, y hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se canta aquel cantar cuasi nuevo, que Sant Juan oyó cantar (*x*). El cual llama cuasi nuevo, porque con ser una commun alabanza que responde á una commun gloria poseida de todos, es siempre nuevo cuanto al gusto y suavidad, no encanece, ni se envejece la alegría de los sanctos, como no se envejecerán sus cuerpos; porque el que hace los cielos estar siempre nuevos á cabo de tantos años, ese Señor hará que la flor de su gloria esté siempre verde, y que nunca se marchite.

§. III.

Del gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.

Aquella es la gloria esencial de las ánimas; mas aquel justo juez y Padre tan liberal no se contenta con solo beatificar las ánimas de sus escogidos, sino que por honra dellas extiende tambien su magnificencia á glorificar sus cuerpos, y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡Oh amador de los hombres, honrador de los buenos! y ¿qué tiene que ver la carne, en todos sus apetitos como bestia, con el sanctuario del cielo? La carne que como bestia habia de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada en el cielo entre los ángeles? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no paresce conveniente que la tierra esté sobre el cielo.

Mas aquel que dijo á Abraham (*y*): Honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por ser hijo tuyo; ese es servido de hacer este favor á los cuerpos de los sanctos por el parentesco que tienen con las ánimas dellos. Quiere tambien este Señor que el que ayudó á llevar la carga, entre tambien en el repartimiento de la gloria; y que así como el ánima por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene despues á participar la gloria de Dios; así el cuerpo, que

(*p*) Matth. 2. (*q*) Joann. 19. (*r*) 2. Reg. 18. (*s*) Can. 3.
(*t*) Bernard. serm. 11. in Cœna Dom. (*v*) Gen. 49.

(*x*) Apoc. 14. (*y*) Gen. 17.

contra su brutal naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga tambien á participar la gloria della, y desta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos, y, como dice el Profeta (z), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarescidos ya sobre la luz del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquellas músicas de tanta suavidad, que una sola voz bastaria para adormecer los corazones de todos los hombres. El sentido del olfato será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá (que el aire derrama y acaba), sino de cosas permanecientes, proporcionadas á la gloria de allá. El gusto será lleno de increible sabor y dulzura, no para sustentacion de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entónces el ánima del bienaventurado, cuando por la mortificacion y guarda de los sentidos, que duró tan poco tiempo, se vea así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar suelo ni cabo á tan grandes deleites? ¡Oh trabajos bienaventurados! Oh servicios tan bien galardonados! Oh maravilla, no para hablar, sino para sentir y desear! Oh qué bien empleadas serán mil vidas por tal vida!

§. IV.

Del gozo de la duracion y eternidad en todos estos gozos.

Veamos agora por qué tanto espacio se concede esta tan grande bienaventuranza á los que una vez son admitidos á ella. Sola esta consideracion nos debria bastar para hacernos andar dando voces y llamando á todos los trabajos, que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á Señor que tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará este galardon tantos millares de años, cuantas estrellas hay en el cielo y mucho mas. Durará tantas centenas de millares de años, cuantas gotas de agua han llovido y lloverán sobre la tierra, y mucho mas. Durará miéntras Dios durare, que será en los siglos de los siglos; porque escripto está (*a*): El Señor reinará para siempre, y mas (*b*): Y tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generacion en generacion.

Pues ¡oh Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion! suplícote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea yo privado deste soberano bien. Señor Dios mio, que tuviste por bien de criarme á tu imágen y semejanza, y hacerme capaz de tí, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para tí. Mi parte sea, Dios mio, en la tierra de los vivientes. No me dés, Señor, en este mundo descanso ni riqueza, todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Ruben en la tierra de Galaad, y perder el derecho de la tierra de promision (*c*). Una sola cosa pedí al Señor, y esta siempre buscaré : que more yo en su casa todos los dias de mi vida (*d*).

(*z*) Isai. 61. (*a*) Exod. 15 (*b*) Psal. 144. (*c*) Num. 32. (*d*) Psal. 26.

CAPITULO XVI.

De la segunda parte deste artículo; que es de la pena de los del infierno.

Es la segunda parte deste postrer artículo, creer que así como hay gloria y premio para los buenos, hay tambien pena y castigo para los malos. La consideracion de las penas y castigo que allá aguarda á los condenados, es grandemente provechosa para muchas cosas.

Lo primero aprovecha para animarnos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se animaba Sant Jerónimo, cuando decia (*a*) : Por el gran miedo que tengo de las penas del infierno, me tengo condenado á la aspereza de la penitencia deste desierto.

Lo segundo aprovecha, como dice Ricardo (*b*), para vencer las tentaciones del enemigo, cuando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror destas penas, y apagamos la llama del deleite ántes que arda, con la memoria de las llamas que para siempre han de durar. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos padres del yermo, que siendo tentado con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas, para probar cuánto las podia sufrir, y como se le hiciesen intolerables, volvióse contra sí, diciendo : Si no puedo sufrir este poco de calor por un breve espacio, ¿cómo podré sufrir el fuego eterno?

Lo tercero aprovecha esta consideracion para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduría (*c*), y aun de la caridad, y despues della es el mayor freno para todo el mal.

Lo cuarto aprovecha para temer el pecado, visto el castigo eterno que por él se da. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan, osan cometer un pecado.

Dos grandes maravillas han acaecido en el mundo en este género de cosas. La una, que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros como hizo entre los hombres, no fuese de muchos creido. Y la otra que los fieles, creyendo estas cosas, vivan de manera como si no las creyesen. Maravilla grande fué (entre muchas), que habiendo el Señor resuscitado á Lázaro (*d*), quedasen en su infidelidad muchos de los que se hallaron presentes, y gran maravilla es tambien que entre los fieles que creen tan grande gloria para buenos, y tan eternas penas para malos, haya tantos que osen ofender á Dios. Admirable es despues de tal doctrina y tales milagros tal infidelidad : y admirable despues de tal fe tales costumbres.

Mas porque esto mas viene por falta de consideracion que de fe, por tanto es importantísima la consideracion de las cosas de la fe : para que entendida la grandeza de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa, para la cual está aparejada tal pena.

§. I.

De dos maneras de penas que hay en el infierno.

Aunque sean innumerables las penas del infierno, todas se reducen á dos : á pena de sentido, y á pena de daño. Pena de sentido es la que allí atormentará los cuerpos y sentidos de los condenados. Pena de daño es haber de carecer para siempre de la vista de Dios. Estas dos

(*a*) D. Hier. Lib. de Custodia. Virg. ad Eusthoch. t. 1. post init.
(*b*) Ricard. tract. de Plagis, quæ in fine erunt. (*c*) Ecc. 1. et 25
(*d*) Joan. 11.

maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado. El primero es el amor desordenado de la criatura, y el otro que se le sigue, es el menosprecio de Dios. A estos dos males responden estas dos maneras de penas. Al amor y deleite sensual recibido en la criatura, responde la pena del sentido; porque el que se deleitó en las cosas por Dios vedadas, pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa. Al menosprecio de Dios responde el perderle para siempre; porque pues el hombre primero desechó de sí á Dios, justo es que para siempre sea desechado dél. Y porque entre estos dos males, el postrero (que es el menosprecio de Dios) es sin comparacion mayor que el primero, por eso la pena de daño (que á este mayor mal y desórden responde) es sin comparacion mayor que todas las penas que atormentarán á los cuerpos y sentidos.

Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es el fuego, que allí es de tanta actividad y eficacia, que, segun dice Sant Agustin (*e*), este nuestro de acá es como pintado si se compara con aquel. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino tambien las ánimas, y de tal manera las atormentará, que no las consumirá; porque así la pena sea eterna. Lo cual, segun Sant Agustin (*f*), se hará por especial milagro; porque Dios que dió á cada cosa su propriedad y naturaleza, dió esta á aquel fuego: que atormente y no consuma.

Pues mira tú agora qué sentirian los malaventurados, estando siempre acostados en tal cama como esta. Y para que mejor puedas entender esto, párate á imaginar lo que sentirias si te echasen en una grande calera, cual fué la que encendió Nabucodonosor en Babilonia (*g*), cuyas llamas subian cuarenta y nueve cobdos, y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará; porque si este nuestro fuego (que comparado con aquel es como pintado) así atormenta, ¿qué hará aquel? No me paresce que sería necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso, y hacer aquí una estacion, y sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria á ella, y no ménos intolerable, que será un tan horrible frio, que excederá al mayor de la tierra, como excede el fuego de allá al de acá. Este será el miserable refrigerio de los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job (*h*), de las aguas de nieve á los calores del fuego, sin hallar algun medio, respondiendo la pena á la culpa; porque como nunca los malos acá quisieron el medio, adonde se halla la virtud, sino los extremos, adonde están los vicios, pasando del fuego sensual á la frialdad de la avaricia: allá los pasarán del extremo del fuego, al extremo de frio, y no quedará género de tormento por probar, al que ningun género de deleite quiso dejar de gustar.

Y no solamente los atormentará el frio y el fuego, sino tambien los mismos demonios, tomando figuras horribles de fieras y monstruos, y con otras peores, por ellos inventadas. Con tan espantosas vistas atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos, y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos y redes de Satanas. Esta pena es mayor que parece, y que nadie puede pensar; porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido, y aun muerto de espanto con la vista, y aun con la imaginacion de algunas cosas temerosas, y muchas veces sola la sospecha dellas nos suele erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras? Especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio, pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las escripturas sagradas.

En el libro de Job dice así (*i*): ¿Quién descubrirá la haz de su vestidura, y quién será poderoso para entrar en su boca? Quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al rededor de sus dientes está el temor; su cuerpo es como un escudo de acero cubierto de escamas, tan trabadas entre sí, que ni aun un poquito de aire puede pasar por ellas. Su estornudo es un relámpago, sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana; de su boca salen hachas como de tea encendidas, y de sus narices sale humo como de una olla que hierve; con su resuello hace arder las brasas, y de su boca salen llamas. Pues ¿qué tanto espantará allí un tan horrible monstruo como por estas semejanzas nos es aquí figurado?

Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomparable, que habrá allí para castigos de los atavíos y olores que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo; como lo amenaza Dios por Isaías, diciendo (*k*): Porque se envanecieron las hijas de Sion, y anduvieron los cuellos levantados, halconeando con los ojos, y pavoneándose con su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los pobres y desnudos; por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza, y despojarlos ha de todos los atavíos profanos, y darles ha en lugar de los suaves olores, hedor, y en lugar de la rica cinta una soga, y en lugar de los cabellos ondeados y enrizados la calva pelada, y en lugar de la faja de los pechos un cilicio. Esta es la pena aparejada para los atavíos profanos.

Para sentir algo desta pena, párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tiranno crudelísimo inventó para atormentar á los hombres; el cual tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo, y atando á los dos, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto con su hedor mataba al vivo. Pues si te paresce muy horrible este tormento, como lo era, ¿qué tal será aquel que procederá allí de la compañía de casi infinita multitud de cuerpos de los dañados? Allí se dirán á cada uno de los miserables condenados aquellas palabras de Isaías (*l*): Descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto; debajo de tí se tenderá la polilla, y la frazada que te cubrirá serán gusanos.

Y si esta pena se dará á las narices, ¿cuál será la que se dará á las orejas, con las cuales se cometen muchos mayores pecados? Serán estas allí atormentadas con perpetuos gemidos, voces, y clamores, y blasfemias que allí sonarán (*m*). Como en el cielo no suena otra cosa que *alleluyas* perpetuas y alabanzas divinas (*n*); así no suena otra cosa en el infierno sino blasfemias y maldiciones contra Dios (*o*), con una desordenada gritería de infinitas voces desiguales, entre el sonido de los martillos de los verdugos atormentadores. En la cual será tanta la con-

(*e*) August. tom. 10. App. de Divers. serm. 59. cap. 18.
(*f*) August. ibi et aliis locis. (*g*) Dan. 3. (*h*) Job 24.

(*i*) Job 41. (*k*) Isai. 3. (*l*) Isai. 14. (*m*) Apoc. 16.
(*n*) Apoc. 19. (*o*) Job 18.

fusion y variedad de las voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería, que ni cuando Troya se perdió, ni cuando Roma se ardia, es todo como sueño y nada en comparacion de lo que allí pasará.

Para sentir algo desta pena, imagina agora que pasases por un valle, el cual estuviese lleno de cautivos, y de heridos y enfermos, que todos estuviesen quejándose, gimiéndose, lamentando y gritando con una confusion de voces de hombres y mujeres, niños y grandes. ¿Pues qué parescerá aquel espantoso ruido, de tan gran número de condenados, los cuales perpetuamente no harán otra cosa sino gritar, y blasfemar, y renegar de Dios y de sus sanctos? Estos serán los maitines que allí se cantarán, esta la triste capilla del príncipe de las tinieblas; allí serán cofrades y hermanos todos los maldicientes y murmuradores, y los que dieron sus oídos á las mentiras del enemigo (*p*).

Tampoco faltará allí su tormento al paladar muy regalado, pues leemos en el Evangelio la sed que padescia aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al sancto Patriarca pidiéndole sola una gota de agua, significando el tormento y pena de su paladar y lengua.

§. II.

Del tormento que padescen en el infierno los sentidos y potencias interiores del alma.

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo; pero serán mucho mayores las penas de los sentidos interiores y potencias del ánima, á los cuales han de caber tanto mayor parte de la pena, cuanto fuéron mas negligentes en atajar la culpa.

Porque primeramente la imaginacion será allí atormentada con una tan vehemente aprehension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa podrá pensar. Porque si vemos que con un dolor agudo no podemos (aunque lo deseamos) apartar dél el pensamiento, despertando siempre el dolor nuestra imaginacion, ¿cuánto mas acaecerá esto allí, adonde el dolor es intolerable? Desta manera la imaginacion avivará el dolor, y el dolor á la imaginacion, para que por todas partes crezca el tormento. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que miéntras vivieron acá, nunca quisieron meditar cómo escaparian las penas de allá; porque los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

La memoria los atormentará cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad y de sus deleites pasados, por los cuales compraron tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenian aquellos bocados que tan dulces les parescian. Entre todas las maneras de adversidades, una de las mayores, dice un sabio (*q*), es haberse visto en prosperidad, y despues bajar á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos deste mundo vuelvan los ojos atras, y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia de las cosas desta vida en que acá vivieron, y vean allá la presente esterilidad, adonde no se alcanza una gota de agua; y vean los regalos trocados en dolores, amarguras y trabajos, y las músicas en gemidos, ¿qué tormento será el desta memoria?

(*p*) Luc. 16. (*q*) Boetius. de Conso.

Mas mucho mayor será cuando se pongan á medir la duracion de los placeres pasados con la de los tormentos presentes, y vean cómo los placeres pasaron como humo, y que los tormentos presentes durarán para siempre. ¿Pues qué dolor será aquel y qué gemido, cuando echada bien esta cuenta vean que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por los deleites soñados padescen tormentos eternos?

Esta pena será la de la memoria: mas será mucho mayor la del entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nasce aquel gusano remordedor de la consciencia, con que tantas veces nos amenaza la Escriptura divina (*r*); el cual noche y dia siempre morderá y roerá, apascentándose en las entrañas de los malaventurados. El gusano nasce del madero, y siempre está royendo el madero de do nasció; y así este gusano que nasció del pecado, siempre tiene pleito con el pecado que lo engendró.

Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que allí tienen siempre, cuando consideran lo que perdieron, y la causa por qué lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita delante, esta siempre (aunque en balde) les está comiendo las entrañas, y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para tanto bien, y no me quise dél aprovechar! Tiempo hubo en que me ofrecian este bien y me rogaban con él, y me lo daban de balde y no lo quise. Por solo confesar mis pecados, me los perdonaban; por solo pedir á Dios remedio, me lo otorgaban; por solo un jarro de agua fria, me daban la vida perdurable. Agora para siempre lloraré, ayunaré y me arrepentiré de lo que hice, y todo será sin fructo. ¡Oh como ya se pasó aquel tiempo y nunca mas volverá!

¿Qué me dieron porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que dellos hubiera de gozar por tantos años cuantas arenas hay en las orillas de la mar, todo esto era nada en comparacion de la menor pena que aquí se pasa; y no dándome nada desto, sino sola una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por esta tengo de padescer eterno tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado sea tal trueque, y maldita la hora y punto en que así me cegué! Oh ciego de mí! Oh miserable de mí! Oh mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y malditos mis padres que me regalaron, maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví (*s*). Maldito sea mi parto, y mi nascimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese sér. Dichosos y bienaventurados los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron.

Desta manera los miserables maldecirán á todas las criaturas, y principalmente á aquellas que les fuéron causa de su perdicion. Así leemos en las vidas de los padres, de un sancto varon que vió en revelacion un grande y hondísimo pozo, lleno de llamas de fuego, y en medio de ellas andaban dos hombres, padre é hijo, atados uno á otro, maldiciéndose con grandísima rabia. El padre decia: Maldito seas, hijo, que por dejarte rico me hice usurero, y por serlo me condené. Respondia el hijo: Maldito seas, padre, que pensando que me hacias

(*r*) Marc. 9. (*s*) Hier. 20.

bien, me destruiste; pues me dejaste la hacienda mal ganada, con la cual me condené.

Sobre todo esto ¿cuáles serán los tormentos y dolores de la mala voluntad? En ella está siempre una envidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les estará siempre royendo las entrañas, no ménos que aquel gusano susodicho. Desta pena dice David (*t*): El pecador verá, y airarse ha; y con sus dientes regañará, y deshacerse ha; y el deseo de los malos perescerá. Tendrán tambien un grande aborrescimiento y odio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar. Así como el perro rabioso, herido con la lanza, da bocados en ella; así aquellos querrian (si les fuese posible) despedazar á Dios, porque saben que él es el que les hinca la lanza, y el que desde lo alto les hiere con la espada de su justicia.

Tienen tambien grandísima obstinacion en lo malo; porque no les pesa, ni porque son malos, ni porque lo fuéron acá; ántes quisieran haber sido peores; y si les pesa de la vida pasada, no es por algun amor de Dios, sino por el proprio; porque hubieran escapado de tanto mal con otra manera de vida. Con esto se les junta una perpetua desesperacion; porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan della que los podrá jamas perdonar, y aun porque están ciertos que nunca tendrán fin ni remedio sus penas. Y esta es la causa de sus blasfemias, y de aquel deslenguamiento contra Dios; porque como ya no esperan nada dél, procuran vengarse dél en lo que pueden; esto es, con sus lenguas rabiosas.

§. III.

De la pena que llaman de daño, que se padesce en el infierno.

¿Quién podrá creer que despues de todas estas penas susodichas queda aun mas que padescer? Pues es cierto que todas las penas pasadas son como si no fuesen, en comparacion de lo que queda por decir. Mira tú agora cual será esta pena, pues tan terribles tormentos como son los sobredichos, son como nada comparados con ella; porque todas las penas que hasta aquí habemos dicho, pertenecen (por la mayor parte) á la pena del sentido; despues de la cual resta hablar de la pena del daño (que arriba tocamos), que es sin comparacion mayor; lo cual paresce claro por esta razon. No es otra cosa pena, sino privacion de algun bien que se poseia, ó se esperaba poseer, y cuanto es mayor este bien, tanto mayor es la pena que se recibe cuando se pierde; como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer dél será mal infinito y el mayor de todos los males.

Demas desto, como Dios sea centro del ánima racional, y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nasce que apartar esta ánima de Dios le es el mas penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice Sant Crisóstomo (*v*) que mil fuegos infernales juntos no darian al ánima tanta pena como le dará este apartamiento de Dios. No se puede explicar con palabras hasta dónde llega este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras cuando apartan á los hijos de sus padres, y á las mujeres de sus maridos, respecto de aquella division y apartamiento eterno.

Para entender algo desto párate á considerar aquel tan horrible género de muerte con que algunos tirannos atormentaron á muchos mártires; los cuales hacian doblar dos puntas ó ramas de dos árboles, y á cada una ataban un pié del mártir, y soltando las ramas, resurtian con tanta fuerza á sus lugares naturales, que abrian en dos partes el cuerpo por las piernas, volando las entrañas por el aire. No tiene comparacion este cruel apartamiento de las partes del cuerpo, con aquel del ánima y Dios, que no es la parte, sino el todo del ánima, el cual apartamiento no será con la brevedad con que las ramas dividian aquel cuerpo, sino que durará miéntras Dios durare.

§. IV.

De las particulares penas de los condenados.

Sobre todas las penas susodichas hay aun otras; porque estas son generales y communes á todos los condenados; mas sobre estas hay otras particulares, señaladas y proporcionadas á cada uno segun la calidad de su delito, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo (*x*): Medida se dará contra medida; porque así lo determinó el Señor en su corazon duro y fuerte en el dia del estío. El estío significa aquí el furor de la divina justicia; el corazon duro, la terribilidad de la sentencia que castigará culpas temporales con penas eternas; la medida contra medida será la cantidad y proporcion de la pena conforme á la calidad de la culpa. Allí ha de resplandescer la hermosura y órden de la divina justicia, dando á cada uno su merescido, segun la condicion de su pecado.

Desta manera dice un doctor que serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad; los perezosos con aguijones encendidos; los glotones con hambre y sed; los carnales serán envestidos con hediondas llamas de piedra zufre; los envidiosos aullarán como perros rabiosos, con dolores entrañables; los soberbios y presumptuosos serán llenos de perpetua confusion, y así todos los demas.

Pues ¡oh idólatras del mundo, amadores de honras, allegadores de haciendas, inventores de nuevos trajes, y comidas, y deleites! ¿qué haréis allí? ¡Oh ciudad de Babilonia, quién tomase agora llanto sobre tí, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo (*y*): Si conocieses agora tú! Oh si conocieses cuán caro te han de costar estos bocados, y cuán crueles te han de ser allí esos ídolos que agora adoras! Los que comen la fruta ántes de tiempo, es por fuerza que les haya de hacer dentera; y así por que los mundanos quisieron gozar ántes de tiempo del descanso, y hacer paraíso en el lugar de destierro, estaba claro que algun dia les habia de hacer dentera este bocado, segun que lo amenazó Dios por su Profeta, diciendo (*z*): Todo el hombre que comiere las uvas en agraz, sepa cierto que le han de amargar y le han de hacer dentera. Aquel come las uvas ántes que maduren, que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra; al cual le amargará despues este bocado, cuando sea castigado con el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar ántes de tiempo.

(*t*) Psal. 111. (*v*) Hóm. 48. de Pap. infra med.

(*x*) Isai. 27. (*y*) Luc. 19. (*z*) Jere. 31.

§. V.

De la eternidad de todas estas penas del infierno.

Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con la terribilidad de los tormentos, la eternidad de no haberse nunca de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han cient mil; y estos acabados, comenzarán tantos millones de millones de años, y mas que son las estrellas del cielo, y todos los granos de arenas que hay á las orillas de la mar. Y despues de todo esto cumplido, comenzarán á padescer de nuevo; y así andará la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Isaías (*a*), desde ayer el valle de Tofet: aparejado esta por mandamiento del Rey; su mantenimiento es fuego y mucha leña; y el soplo del Señor Dios de los ejércitos, así como un arroyo de piedra zufre corriente, soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado desde ayer; esto es, desde el principio del mundo, para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba; y la materia que sustenta este fuego no es posible acabarse ni disminuirse con el tiempo.

Y porque estén seguros que este fuego nunca se apagará, por eso tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo; los cuales como sean inmortales, nunca jamas se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará. Gran cosa sería si pudiesen los hombres entender algo desta duracion como es. Porque sin dubda esto sería un gran freno de nuestra vida; y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes, para que por estos se pueda entender algo de lo que esto es.

Párate pues á considerar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores, y cuanto es mayor su delito, tanto es menor el fuego con que los queman, para que sea mas largo su tormento. ¿Mas qué tanto mas puede ser lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir de espacio al tormento? Apénas podrá esto ser un dia natural. Pues dime agora, ruégote: si tan terrible y tan inhumano género de tormento paresce este, que por ventura no dura veinte y cuatro horas, y con poco fuego, ¿qué tal será aquel que durará para una eternidad, y con tan grande fuego como queda dicho? ¿Quién podrá señalar la ventaja que hay de tormento á tormento? Pues si por escapar un hombre de aquel pequeño tormento no habria camino, ni trabajo, ni peligro á que no se pusiese, ¿qué sería razon que todos hiciésemos por escapar los excesivos tormentos eternos?

Piensa tambien cuán terrible género de tormento era aquel que inventó el cruelísimo Falaris, de quien se escribe que mandaba meter al hombre que habia de justiciar, en el vientre de un toro hecho de metal, y hacia darle fuego por bajo para que el miserable atormentado se fuese poco á poco consumiendo y tostándose con el calor del metal, sin poderse apartar un poco de un lugar á otro, ni tuviese otro remedio sino arder, y bramar, y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto que no se le estremezcan las carnes en solo pensarlo?

Pues dime agora, cristiano: ¿qué es todo esto en comparacion de los infernales y eternos tormentos, sino ménos que el tormento soñado, y mucho ménos? Pues si solo pensar estas humanas invenciones de tormentos nos espanta, ¿qué hará el padescer los eternos? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera mas que uno solo entre todos los hijos de Adam el que desta manera hubiera de padescer, bastaba para hacernos temblar á todos. No era mas que uno entre los discípulos de Cristo el que le habia de vender, y cuando él dijo (*b*): Uno de vosotros me entregará, todos comenzaron á temer y entristecerse, por ser el caso tan grave. ¿Pues cómo no temblamos nosotros, sabiendo cierto que es estrecho el camino de la vida, que es infinito el número de los locos, que el infierno ha dilatado sus senos para los muchos que van á él (*c*)? Si esto no creemos, ¿dónde está nuestra fe? y si lo confesamos, ¿adónde el juicio y la razon? y si hay juicio y razon, ¿cómo no damos gritos y voces por las calles? Cómo no nos vamos á los desiertos á hacer penitencia por escapar los tormentos eternos?

Esta es la mayor pena de los condenados, saber que su pena correrá á las parejas con Dios en la duracion; porque no tendrá jamas fin. Si los malaventurados creyesen que despues de cient mil cuentos de años su pena se habia de acabar, esto tendrian por grandísimo consuelo, porque aunque tarde, su pena tendria fin; mas están ciertos que no tendrá fin su mal. Dice Sant Gregorio (*d*): Allí es la muerte sin muerte, y el defecto sin defecto, y el fin sin fin; porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto no sabe desfallescer. Por esto dijo el Profeta (*e*): Así como ovejas están puestas en el infierno, y la muerte los pascerá. La yerba que se pasce, no se arranca; porque queda viva la raiz, que es el orígen de la vida, donde torna á revivir, para que otra vez se pueda pascer. Por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se pasce, y siempre revive. Desta manera se apacienta la muerte en los malaventurados; y así como la muerte no puede morir, así nunca se hartará deste pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamas de tragar este bocado; porque ella tenga siempre que comer, y los malos siempre que padescer.

(*a*) Isai. 30.

(*b*) Matth. 26. (*c*) Matth. 7. Eccles. 1. Isai. 5. (*d*) Lib. 9. Moral. c. 18. (*e*) Psal. 48.

SEGUNDA PARTE.

EN LA CUAL SE TRATA LA DECLARACION DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

CAPITULO PRIMERO.

Declaracion de cuánto nos importa la guarda de los mandamientos de Dios, con otras cosas á este propósito.

Hasta aquí habemos tratado de los artículos de nuestra fe; mas aunque de la doctrina de la fe, dicha en la declaracion de los artículos, se podria sacar la de las obras, mirando que segun lo que cree, así le cumple vivir y obrar; mas porque no todos tendrian esta habilidad, será bien, ya que habemos dicho la doctrina de la fe, digamos agora la de las obras, la cual está escripta en los diez mandamientos de la ley que Dios dió á su pueblo, adonde declaró con qué obras queria ser servido. Lo cual hizo tan llana y abiertamente, que ninguno, por poco que sepa, lo puede dejar de entender.

Pero ántes de poner las palabras de la ley, con las cuales fuéron dados estos mandamientos, quiero decir algunas cosas que tuve por provechosas para nuestro propósito. Y sea la primera, quién escribió esta ley y la dió. La segunda, qué tan provechosa es. La tercera, nuestra obligacion á guardarla.

Cuanto á lo primero, tenemos de la Escriptura, que el mismo Dios fué el autor que la escribió con su dedo en dos losas, segun leemos en el Exodo, por estas palabras (*a*): Eran aquellas tablas hechas por obra del Señor, y en ellas estaba grabada la escriptura de Dios, etc. Siendo pues Dios el autor y el escriptor desta ley, dignísima es de ser estimada y preciada de todos; porque si las leyes del rey son reverenciadas y acatadas, siendo de hombre, por ser rey, ¿con cuánta mas razon lo deben ser las leyes y mandamientos de Dios?

Cuanto á lo segundo, tiene esta ley estos provechos para los que la guardan. Primeramente danos á conoscer los pecados (que es avisarnos de los peligros), y muéstranos cuándo y de qué manera, y cuán gravemente pecamos, segun que lo dice el Apóstol (*b*): Por la ley tenemos el conoscimiento del pecado. Y en otro lugar (*c*): No conozco cuál es el pecado, sino por la ley. Y este conoscimiento tiene grande fuerza para provocarnos á buscar la gracia de Dios, y hacer penitencia de nuestras culpas.

Lo segundo, esta misma ley nos enseña cuáles son verdaderamente las buenas obras, que son aquellas en las cuales cumplimos la divina voluntad, segun aquello del Apóstol (*d*): La ley es sancta, y el mandamiento justo y bueno. Para todo esto es la ley manifiesta prueba, y nos da verdadera experiencia y entendimiento para saber si cumplimos la voluntad de Dios, y si en las obras nuestras nos movemos por su espíritu; porque (como dice el Apóstol) los que andan al gusto de la carne, no tienen el espíritu de Dios.

Cuanto á lo tercero, la ley es una jurisdicion espiritual que nos refrena de los males, y nos enseña la vida honesta y concertada. Por lo cual dijo el Apóstol (*e*): La ley es nuestro ayo. Y luego añade: La ley fué puesta para reprimir los quebrantadores della. Pues tantos y tan necesarios son los fructos desta divina ley, conviene que la tengamos sobre nuestras cabezas, honrándola y guardándola.

Mas si alguno pregunta, ¿qué tenemos que ver los cristianos del tiempo de la ley de gracia con la ley y preceptos dados al pueblo de la ley escripta? De aquella ley ya nosotros somos libres, segun lo dice el Apóstol (*f*): No estais ya subjectos á la ley, sino á la gracia.

A esto se responde que todo el Evangelio y doctrina de Cristo no es otra cosa que una perfectísima declaracion de los diez mandamientos, como se ve claramente en el capítulo quinto de Sant Mateo. Y de aquí se sigue que la perfecta guarda de los diez mandamientos, á nosotros los cristianos pertenesce mejor que al pueblo antiguo; y cuando dice el Apóstol (*g*) que Cristo nos libró de la ley, no entiende de los diez mandamientos, sino de la ceremonial, y de los juicios, fueros y gobierno de aquel pueblo. El mismo Cristo nos libró deste engaño, para que nadie pensase que no estaba obligado á la ley de los diez mandamientos, cuando dijo (*h*): Nadie piense que yo vine contra la ley y profetas, ántes mi venida fué para que perfectamente se cumpliese; y ántes faltará el cielo y la tierra, que yo permita que de la ley falte por cumplir una palabra, ni una sílaba, ni una tilde; y el que otra cosa enseñare, de palabra ú de obra, no tendrá parte en el reino del cielo. Mas el que enseñare como yo enseño, y viviere segun la ley, este será grande en el reino del cielo.

Pero primero que tratemos en particular de cada uno destos mandamientos, digamos con brevedad cuál es el fin y intento desta ley; el cual sin dubda no es otro sino enseñarnos cómo en todas nuestras interiores y exteriores obras pretendamos agradar al Señor, y representemos en nuestras vidas (á nuestro modo) la bondad y pureza de Dios. Esta voluntad suya nos declaró el Señor en estos diez mandamientos, y las obras que en estos mandamientos nos enseñan, son la práctica de la fe que profesamos. Estos fuéron dados á Moises en dos tablas de piedra; la primera contenia solo los primeros tres preceptos que pertenescen al divino culto, á la honra y

(*a*) Exod. 31. Exod. 32. (*b*) Rom. 3. (*c*) Rom. 7. (*d*) Rom. 8.

(*e*) Galat. 3. (*f*) Rom. 6. (*g*) Galat. 4. (*h*) Matt. 5.

gloria de Dios; y la segunda contenia los otros siete que miran al provecho del prójimo; y son estos siete como ramos que salen de los tres primeros.

Tambien se debe aquí notar la division que ponen los doctores entre estos mandamientos; porque á unos llaman afirmativos, y á otros negativos; porque los unos entran mandando y ordenando algunas cosas que se han de hacer, como cuando dice: Sanctificarás las fiestas, honrarás á tus padres. Otros se llaman negativos, porque entran defendiendo alguna cosa, como: No tendrás dioses ajenos, no matarás, no hurtarás, etc.

Y segun esta distinccion, es algo diferente la obligacion destas dos maneras de preceptos, porque los afirmativos obligan siempre, en este sentido: que nunca es lícito hacer contra ellos; mas no nos obligan á que siempre estémos en la actual ejecucion de lo que significan; diciendo que obligan siempre, mas no por siempre; como se declara por este ejemplo. Este mandamiento: Honrarás padre y madre, obliga siempre, porque nunca será lícito quebrantarlo; mas no obliga por siempre, porque no me obliga á estarlos siempre honrando de obras ú de palabras, sino cuando fuere menester. Mas los mandamientos negativos obligan siempre y por siempre en todo tiempo; porque siempre estoy obligado á no tomar el nombre de Dios en vano, á no matar, á no hurtar; y por esto no cumple el que tiene lo ajeno contra voluntad de su dueño, con tener propósito de restituir adelante, si puede luego restituir; porque es mandamiento negativo, que obliga siempre y en todo tiempo que puede.

Mas aquí se debe mucho notar que todo mandamiento negativo encierra en sí ó presupone uno afirmativo; y al contrario, que todo mandamiento afirmativo encierra en sí ó presupone otro negativo. Declarémos esto. Este mandamiento de honrar á nuestros padres, que es afirmativo, presupone y encierra en sí este negativo: No los desacatar, ni dejarlos de socorrer habiendo menester nuestro socorro. Este primero mandamiento: No tendrás dioses ajenos, que es negativo, incluye este afirmativo: A mí solo tendrás por verdadero Dios, y como á tal me honrarás y servirás. Estas cosas se han de considerar generalmente en cada uno destos diez mandamientos, para entenderlos bien.

CAPITULO II.

Del primer mandamiento de la ley de Dios.

Las palabras del primer mandamiento son estas: *No tendrás dioses ajenos delante de mí.* Este mandamiento aunque se da en forma de negativo prohibiendo el culto de los ídolos (como queda dicho), encierra en sí uno afirmativo, que solo al Señor (dador destos preceptos) tengamos por verdadero Dios, sirviéndole, amándole y honrándole como á tal.

Para el entendimiento deste precepto se deben notar dos cosas. La primera, que este es el mayor de todos; segun que el Señor lo enseñó por Sant Mateo, respondiendo á un letrado que le preguntó por el mayor precepto de la ley (*a*). Allí respondió que este era el mayor, y señalólo allí con las palabras afirmativas; y aquella mayoría que allí le dió, no fué solamente en órden, llamándolo mayor por decir primero, sino mayor de todas maneras que se pueden pensar, mayor en dignidad, perfeccion, obligacion, valor y merescimiento. Porque así como hay en el mundo diversas maneras de personas á las cuales estamos obligados; porque diferente es la obligacion que tenemos á los padres, de la que tenemos á los señores, y otra tenemos á los prelados, otra á los maestros, otra á los amigos, y otra á los bienhechores; mas ninguna destas obligaciones ni todas juntas, pueden compararse con la que tenemos á Dios. Ninguno tan padre, ninguno tan natural y tan buen rey, ninguno tan amigo y tan bienhechor, ni tal maestro; y estos títulos derramados por muchas personas, y en casi todas imperfectamente communicados, en solo Dios se halla en perfectísimo grado cada uno, por donde hacen este mandamiento de infinita perfeccion y obligacion, de tal manera que cuanto Dios nos es mas padre, rey, señor, bienhechor, amigo, que todos aquellos á los cuales por tales títulos estamos obligados; tanto es mayor la obligacion que tenemos á este mandamiento, que á todos los otros.

De aquí es que todos los otros mandamientos se han de reglar por este; porque tanto mas ó ménos nos obligan, cuanto mas ó ménos sirven á la guarda deste primer precepto. Declárome: La obligacion de obedescer á los señores y á los prelados, en tanto nos obliga, en cuanto no fuere estorbo para el cumplimiento deste precepto de honrar, y servir, y obedescer á Dios; como lo declaró el Príncipe de los apóstoles cuando dijo á los príncipes y sacerdotes, que les habian mandado que no predicasen la gloriosa resurreccion de Jesucristo (*b*). Preguntado Sant Pedro por ellos, cómo no habian obedescido lo que les habia sido mandado, respondió: Porque Dios nos mandó predicar, y es mas razon obedescer á Dios, que á los hombres.

Otro ejemplo: Precepto es honrar los padres, mas este no obliga cuando la voluntad del padre se encuentra con la voluntad de Dios. Puede acontescer que Dios llame á un mozo á la religion; el padre le quiere en el mundo; en tal caso, dice Sant Jerónimo (*c*), si el padre con lágrimas se postrare atravesado en la puerta porque el hijo no pase; pisar al padre y pasar, por cumplir la voluntad del Padre eterno, es piedad, y mayor religion que obedescer al padre carnal.

Vese tambien la perfeccion y merescimiento deste mandamiento, en que no hay ejercicio en que tanto se merezca, ni con el cual tan presto se llegue á la perfeccion, como con ocuparse siempre en amar á Cristo nuestro Señor, alabarle, y contemplar en él, y ejercitarse acá en aquel oficio que siempre se ha de hacer allá. Por tanto el verdadero cristiano esto ha de tener por último fin de todos sus ejercicios en esta vida; aquí ha de enderezar todas sus obras, esto ha de pedir á nuestro Señor en todas sus peticiones, esta ha de ser la mas continua ocupacion suya; de tal manera que tenga por perdido el tiempo que se le pasare sin amar, hablar ó pensar en Dios, ó hacer alguna cosa por su amor.

La segunda cosa que aquí se ha de notar, es que este primero mandamiento de la ley es la práctica del primero artículo de la fe. Aquel primero artículo nos dice lo que Dios meresce; y este precepto manda obrar lo que se le debe por quien es. Dice el primero artículo: Dios es Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la

(*a*) Matt. 22.

(*b*) Act. 5. (*c*) D. Hier. epist. ad Helliod. apud D. Thom. 2. 2. quæst. 101. art. 4.

tierra. Dice el primero precepto : Si tú crees y confiesas por tal á ese Señor, sírvele como á tal, adóralo como á tal, hónralo como tal Señor y tal Padre merece.

Declaremos esto mas. Tú confiesas que este Señor es tu Dios y tambien tu Padre, no solo por la creacion, sino (con mayor merced y gracia) por la adopcion, que por los merescimientos de su Hijo natural, Jesucristo, te adoptó por hijo en el baptismo, y allí te dió espíritu y corazon de hijo. De aquí se sigue la obligacion de amarlo como verdadero Padre, tanto mas cuanto mejor Padre que todos los padres, con todo tu corazon y con todas tus fuerzas, pues siempre esto será ménos que tal Padre meresce. Ora, si como le confiesas Padre, tambien crees que es todopoderoso, debes poner en él toda tu confianza con tal firmeza, que en todas las tribulaciones y aprietos desta vida, y cuanto mas cerradas vieres todas las puertas de las criaturas para remedio tuyo, entónces cree que él te pone en ese cerco, no como cruel sino como misericordioso, que te necesita á que acudas á tu Padre, y busques el entero remedio que en él solo se halla, y levantes tus ojos á los montes de donde te ha de venir el socorro (*d*); acude á él, y escóndete debajo de las alas de su divina Providencia, fiado que ni le falta para contigo el querer y amor de buen Padre para remediarte, ni el poder, pues es todopoderoso. Tal estaba David cuando decia (*e*): El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré (*f*)? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo (*g*)? Pues el Señor me rige, no me faltará nada.

Si le confiesas tu Padre, acude á él. ¿Cuál es el hijo que se ve afligido y conoce á su padre por bueno, amoroso y poderoso, y puede acudir, y no acude á pedir socorro á su padre ? El cristiano que no acude ni fia de Dios en todos sus trabajos, lo que confiesa con las palabras niega con las obras. Si un buen amigo, se ofende de la desconfianza de su amigo, cuando ve que en tiempo de necesidad acudió á otro ménos amigo y ménos poderoso á valerse, ¿cuánto se ofenderá Dios, que te manda que le creas y confieses Señor, amigo, Padre, todopoderoso, si ve que en tiempo de tus trabajos no acudes y fias dél, y llamas primero á las puertas de las criaturas, que á sí mismas no bastan, cuanto ménos á tí?

Mas si le crees y confiesas por Padre, como de tal recibe con humildad y paciencia los castigos que de su paternal mano te vienen, besando el azote; porque, como dice el Apóstol (*h*): ¿Qué hijo hay sin castigo de su padre? Ten por cierto que todo lo que te sucede, próspero ó adverso, viene guiado por la mano deste Padre; por lo cual conviene que del todo te resignes en su divina voluntad y providencia, creyendo firmemente que hasta los cabellos de tu cabeza tiene contados (*i*). Si es Criador de todo, á él conviene alabes y dés gracias por todo lo que crió; pues todo es suyo, y todo te lo dió graciosamente por sola su bondad; por lo cual no se te habia de pasar dia ni hora sin hacerle gracias por todos los beneficios que de su mano has recebido, y por toda esta fábrica del mundo diputada á tu servicio.

Item, si le confiesas por Padre, conviene (como buen hijo) que ninguna cosa tanto desees y procures como su gloria y honra, y ninguna cosa te dé tanta pena como ver los desacatos y ofensas contra él; de tal manera que esta pena y celo consuma tus entrañas, y digas con el profeta David (*k*): Vi los prevaricadores de tu ley, y por esto me consumia y desfallecia de ver en cuán poco estimaban quebrantar tu ley y ofenderte, y perderte y perderse.

Si le confiesas por padre, y Padre tan rico y tan poderoso, quien es hijo de tal Padre, ¿de qué se debe tanto preciar y gloriar, como desta nobleza? ¿Qué casa tan antigua puede ser en nobleza y riquezas, como poder llamar á boca llena á Dios, Padre? Ten por cierto que así como en antigüedad de nobleza, riqueza y poder, nadie se le iguala; así nadie se puede comparar con él en voluntad, providencia y amor de Padre.

Tambien se sigue de aquí que pues es Padre, y Padre todopoderoso, como Señor de todo lo criado, á él (por estos títulos Padre y Señor) se le debe con el amor de Padre el temor de tan grande Señor. Y esto es lo que él dice por un profeta (*l*): El hijo honra á su padre y el siervo á su señor. Padre y Señor me confesais; pues si soy vuestro Padre, ¿qué es del amor de padre que me teneis? Y si soy Señor, ¿cómo no me temeis? Como la confesion de Padre pide amor, así la de tan grande Señor pide temor, que en todo lugar y tiempo nos haga andar humildes delante de tan grande Majestad, delante la cual tiemblan las columnas del cielo, y toda la máquina del mundo; y con particular reverencia en los lugares sagrados y divinos oficios. Finalmente á él habemos de amar mas que á todas las cosas, mas que á la hacienda, mas que á los hijos, y mujer, y honra, y vida; y todo lo habemos de aventurar y perder ántes que ofender á Dios; porque de otra manera seguirse y ha, que otra cosa habia mas preciada que Dios, si por no perderla le ofendiamos y dejábamos su amistad y gracia.

De aquí se sigue que todo el buen cristiano, como está obligado á amar á Dios sobre todas las cosas, así ha de asentar en su corazon no ofenderle por ninguna, ni por todas ellas; así como la noble y virtuosa mujer está determinada de ántes morir que hacer traicion á su marido. Y este es el toque y exámen de nuestro aprovechamiento, cuanto crecemos en este propósito de ántes padescer todos los tormentos de los mártires, que hacer contra Dios una ofensa mortal, quebrantando uno de sus divinos preceptos. ¡Oh si el Señor fuese servido hacernos tanta merced y misericordia, que al tiempo de la ocasion de ofender á Dios, por no perder alguna cosa de nuestro gusto ó grande interes, pusiese en nuestra imaginacion hacer un aprecio y comparacion, poniendo en una balanza todo lo que aventuramos perder ofendiendo á Dios, y en la otra al mismo Dios! Oh cómo se nos abririan los ojos, y veriamos que puestos á una parte mil mundos que hubiésemos de perder, y en la otra sola Dios, él vale mas solo, que todo; pues millares de mundos sin Dios es summa pobreza, y solo Dios es summa riqueza! Los que estimaren otra cosa mas que á Dios, serán en su manera semejantes en su culpa á los judíos, los cuales puesto Cristo y Barrabas delante, escogieron al homicida y dejaron al autor de la vida (*m*).

Esta es la declaracion deste precepto de amar á Dios sobre todas las cosas; y esto todo lo que se encierra en la guarda del primer mandamiento, el cual no comprehende solo una virtud, sino muchas. Comprehende el

(*d*) Psal. 12. (*e*) Psal. 26. (*f*) Psal. 26. (*g*) Psal. 22.
(*h* Hebr. 12. (*i*) Matt. 20.

(*k*) Psal. 118. (*l*) Malach. 1. (*m*) Matt. 27. Marc. 15. Luc. 23. Joan. 18.

amor de Dios y el temor, el agradescimiento á sus divinos beneficios, la obediencia á todos sus preceptos, humildad y paciencia á todos sus azotes y castigos, la confianza en él, con todo lo demas que debe el hijo al buen padre, el siervo al buen señor, y la criatura á su Criador.

Las obras deste mandamiento son honrar y servir al Señor, de todas las maneras que le creemos y confesamos; y así esperar y fiar dél, y llamarle en todas nuestras necesidades, obedescerle alegremente, buscar en todo su honra y gloria, recibir con paciencia los trabajos, alegrarse con el aumento de su honra y gloria, y dolerse de corazon de los desacatos y pecados contra su divina Majestad cometidos. Y para recoger en compendio todas las obras que la guarda deste mandamiento pide, digo que todas ellas se encierran en fe, esperanza, amor y temor de Dios; que son las obras que tambien dijimos que pedia el primero artículo de la fe. Y de aquí paresce claro aquello que dijimos al principio, que no es otra cosa este primer precepto sino un ejercicio y práctica que se debe seguir á la fe del primer artículo. Dijo el primero artículo: Nuestro Señor es nuestro Criador y nuestro Padre Todopoderoso. Dice el primero mandamiento: Pues eso crees, ámale como á tal Padre, espera en él como en tan poderoso, témele, y reveréncíale, y humíllate delante dél, como delante de tan gran Señor, sírvele por sus beneficios conforme tu poder, que nunca llegarás á tu obligacion; porque de tal fe como confiesas en el primero artículo, tales obras se te piden en el primer mandamiento.

Así como el que me advierte de que es rey una persona, y me enseña lo que yo ántes no conoscia, haciéndome saber de la dignidad de la tal persona, avisa de la cortesía con que le debo tratar y respetar; así diciéndonos el primero artículo que Dios es nuestro Criador, y nuestro Padre y Señor Todopoderoso, por el mismo caso nos advierte del tratamiento, amor y reverencia que le debemos. Mas porque nadie, por rudo que sea, pretenda ignorancia, esto mismo nos declara el primer mandamiento.

De lo dicho paresce claramente la maravillosa consonancia que hacen entre sí los artículos de la fe con los divinos preceptos de la ley, y la doctrina de la fe con la doctrina de las obras; que son las dos partes de la divina Sabiduría, convenientísimamente figuradas por aquellos dos querubines que estaban á los lados del arca del Testamento (*n*), que se miraban uno á otro, para dar á entender cómo estas dos principales partes de la divina Escriptura (fe y obras) se miran y responden con esta maravillosa consonancia.

§. ÚNICO.

De las maneras en que se peca contra este primero mandamiento.

De lo dicho queda claro con qué obras se quebranta este precepto; pues han de ser las contrarias de aquellas con las cuales queda dicho que se cumple. Los primeros quebrantadores son los que adoran los ídolos, y á los planetas ó á cualquier criatura. Este pecado, segun dice Salomon (*o*), es el mayor de los pecados, y principio y causa de todos, y por consiguiente, segun el Apóstol (*p*), no solo de todos los males de culpa, sino tambien de todos los de pena. Esta es la idolatría de los gentiles.

(*n*) Exod. 25. et 37. (*o*) Sap. 13. 14. (*p*) Rom. 1.

Otra segunda materia de idolatría se halla entre los cristianos, segun la cual, aunque no confiesan con la boca, ni creen con el entendimiento otro Dios que el verdadero, con las obras muestran tener de las criaturas el aprecio y estima que se debe á solo Dios; así las aman, y sirven, y esperan en ellas, y se gozan con ellas. Así lo hace el avariento con las riquezas y dineros, el ambicioso con las honras, el carnal con los deleites, y á veces la mujer con su marido, y el marido con su mujer. Todos estos son idólatras espirituales, y todos hacen dioses de las criaturas. Si un hombre tratase á otro con las cortesías debidas al rey, sin que se lo llamase, diríamos que realmente cuanto en sí es, le hace rey; así el que atribuye á la criatura lo que se debe á solo Dios, á esa de hecho hace su Dios. Por esta razon llama el Apóstol al avariento idólatra (*q*); porque así ama al dinero como á Dios, y mas recela perderlo, y en el dinero fia, y en él tiene puesta su esperanza, su alegría y contento; y por multiplicar sus dineros hace mucho mas que por Dios.

Y lo que digo del avariento, digo de la mujer que con esta demasía ama á su marido y á sus hijos, porque tambien se padesce naufragio en el puerto, como en la mar, en el lícito amor, si es demasiado, como en el ilícito, y pienso que el peligro del demasiado amor lícito es tanto mayor que el del amor ilícito, cuanto paresce mas seguro y ménos escrupuloso. Por lo cual temo que no ménos gente se pierde en los amores lícitos demasiados, que por los ilícitos; porque estos comunmente nos pungen y detienen las riendas con sus escrúpulos; mas los buenos del todo nos aseguran con la apariencia del bien.

¡Oh cuánto nos debia entristecer y lastimar este género de idolatría tan general en el mundo entre la gente fiel, que con la confesion de sus bocas dicen, y con su entendimientos sienten y conoscen que solo es uno el verdadero Dios, y que todo lo demas es engaño y mentira; y por otra parte sus corazones son templos de falsos dioses, adorando la vanidad de su linaje y sangre, la antigüedad de sus riquezas, los deseos de sus honras, la ambicion de los oficios y dignidades, sus vanos amores ó demasiados, sus sensuales deleites! Unos en todas, otros en algunas destas cosas están todos empleados, y rendidos, y aficionados con el amor y obediencia debida á solo Dios, haciendo su Dios de su afeccion; sobre la cual así andan desvelados, como si allí estuviese todo su bien y descanso; siendo esto proprio de Dios, ser la entera satisfaccion del ánima. ¡Quién pudiese con los tales cristianos, que se pusiesen á considerar las palabras con que está escripto este primero precepto! Luego verian como realmente eran idólatras; lo cual hoy ven tan mal, que como gravísima injuria oirian ser llamados idólatras, aun de aquellos que con buen celo se lo quisiesen mostrar.

Conforme á la declaracion deste mandamiento, en él se nos manda amar á Dios sobre todas las cosas; en las cuales palabras se prueba claramente la idolatría espiritual de que tratamos. Aquel ama á Dios sobre todo, que todo lo deja en caso que haya de perder á Dios, ó á cualquier destas cosas por sí, ó á todas juntas; y lo contrario desto hacen todos los que llamamos espirituales idólatras.

Mas con ser esto así verdad, si á cualquiera dellos

(*q*) Ephes. 5.

preguntamos si aman á Dios sobre todas las cosas, responden segura y confiadamente que sí por cierto, sin entenderse; ántes engañados de una imaginacion por la cual piensan que tenerle creido por grande, hermoso, justo y poderoso, bueno y misericordioso, y solo verdadero Dios, y que no dirán ni creen otra cosa, ántes tienen lo contrario desta confesion por gravísima blasfemia, parésceles que esto es amarlo sobre todas las cosas; y no miran los pobres que con este conoscimiento y fe no dan nada de su casa; y si algo dan es la imaginacion, mas no el corazon. Porque para amarlo y probar con obras lo que creen con el entendimiento y confiesan con sus palabras, requiérese que haya en sus corazones una grande estima de Dios, por la cual les parezca la cosa mas indigna y fea del mundo dejarle á él por alguna criatura, ó por todas, ó por mil mundos. Y que estas excelencias que en Dios confiesan, no las consideran como en pinturas, ó en cosa muerta, sino como en cosa viva, summamente excelente y perfecta, merecedora de todo nuestro corazon y amor; y que todo lo que no es él, puede embarazar y ocupar el corazon, mas no darle satisfaccion y cumplimiento de sus deseos; y así se vaya todo tras él, ojos y corazon.

Son asimismo gravísimos transgresores deste mandamiento todos los dados al arte mágica; por lo cual (realmente) son honrados los demonios. Tambien entran en esta cuenta los agoreros y adivinadores, y los que procuran revelaciones por las ánimas de los difuntos; y tambien los que acuden á favorescerse destos en sus necesidades, y que por ellos quieren saber algo. Todas estas cosas están defendidas por el Señor á los de su pueblo en el Levítico, adonde dice (*r*): No seréis agoreros, ni hagais caso de sueños. Y en el mismo libro (*s*): El hombre que fuere á los encantadores y adivinos, y hiciere pacto con ellos, muera por ello.

Aqui se puede preguntar si esta ruin gente nos puede hacer algun daño, por donde podamos con razon temer á estos malos hombres y malas mujeres, hechiceras y brujas. A esto se responde, lo primero, que ni estos ministros de Satanas, ni todo el infierno nos pueden (sin permision de Dios) hacer ménos un cabello de nuestra cabeza. Lo segundo, que alguna vez les da el Señor licencia por sus ocultos juicios, mas entónces no pueden exceder desta licencia un punto, y con ella se han visto hacer cosas espantosas, segun leemos en el libro del sancto Job (*t*). Lo tercero, que no por esto se sigue que los habemos de temer, sino á Dios, sin cuya licencia y permision nada pueden. Por lo cual cuando recibiéremos dellos algunos daños, recibamos el trabajo como castigo de Dios, y digamos como dijo el sancto Job (*v*): El Señor que lo dió (por lo que él es servido) lo quitó; como él lo quiso, así se hizo; él sea por todo alabado, y su nombre bendito (*x*), y conozcamos el toque de la mano del Señor.

Tambien son transgresores deste precepto los astrólogos que en todo se rigen y gobiernan por las estrellas, y á las influencias del cielo atribuyen todos sus sucesos prósperos ó adversos. Contra los tales, dice el Señor (*y*): Yo soy Dios que formé la luz, y crié las tinieblas; hago la paz, y crio el mal (de pena) para castigo del mal de la culpa, causada por el hombre. Yo el Señor de todo. Por lo dicho no quiero condenar lo que dice Sant Basilio (*z*), que en cosas es bien mirar á los avisos que el Señor nos da por los planetas, como si será el año lluvioso ó seco, y semejantes mudanzas naturales; por lo cual no se vedan los buenos reportorios; y por consiguiente es prudencia prevenirse y proveerse con tiempo, y avisar á los marineros y labradores. Y ningun prudente condenó esto. Antes el mismo Señor dijo: Háganse las estrellas, y estén asentadas en el cielo, y sean señales de los dias, y de las noches, y de los tiempos, y de los años (*a*). Mas usar mal de los planetas para saber el suceso de mi vida ó de la ajena en las obras que no dependen de las estrellas, sino de nuestro libre albedrío, demas de ser desvarío, puédese llamar idolatría.

Pecan asimismo contra este precepto los que usan de las cosas sacramentales, como son, pan bendito, agua, sal bendita, ó de la cera del cirio Pascual, ó de las candelas de las tinieblas, para supersticiones; porque la Iglesia no bendice estas cosas sino para darnos á entender que ninguna cosa es de provecho, sino bendita del Señor, encaminada de principal intento para su servicio, gloria y honra; y de otra manera no habemos de querer cosa. De manera que todo lo bueno y saludable que las dichas criaturas, y uso dellas puede obrar, demas de sus naturales propriedades, todo se ha de referir á sola la gracia y divina liberalidad. No quiero decir que no tengan tambien de la liberalidad divina sus mismas virtudes proprias y naturales, que sí tienen; sino que por la virtud de la bendicion no tienen virtud para supersticiosos efectos, sino para divina invocacion. Por tanto, cuando encendemos las candelas benditas contra los rayos, ó tomamos estas cosas benditas contra algun mal, no se ha de poner la esperanza de nuestro remedio en otra cosa que en las divinas palabras de que usó la Iglesia en tales bendiciones, que fuéron invocaciones de la virtud del Señor.

Quebrantan tambien este mandamiento aquellos que con ciertas palabras y caractéres incógnitos, conjuran las enfermedades, ó langosta, ó gusano, ó bestias fieras, ó agua, ó fuego, ó tempestades. Y aunque estos quedaban incluidos en el número de los hechiceros, quise con todo hacer especial mencion dellos, por su especial engaño y desvarío; que por usar de algunos nombres sagrados, y figuras que ellos tienen por buenas, les paresce que no solamente no agradan al diablo, ni hacen alguna manera de idolatría; ántes que hacen obra de hombres fieles, católicos y religiosos. Mas no quedarán libres de culpa; ántes tanto mas culpados, cuanto los nombres sanctos que mezclan con los no conocidos, son mas sagrados; tanto quedan ellos culpados.

Finalmente quebrantan este precepto los que la principal confianza de su salvacion tienen puesta en sus obras y proprios merecimientos, en su industria y justicia; y tambien los que los buenos sucesos temporales esperan desta propria industria, ciencia, prudencia, buenas partes naturales, y gracias adquisitas, y favores humanos, y amistades de grandes, nobles y ricos. No quiere Dios que de otro mas principalmente que de él fiemos en ningun caso, ni esperemos algun bien de alma ó de cuerpo, temporal ni eterno. Los que algunas cosas destas esperaren mas de los hombres que de Dios, necesariamente han de andar al gusto de los tales hom-

(*r*) Lev. 19. (*s*) Lev. 20. (*t*) Job. 1. et 2. (*v*) Job. 1. (*x*) Job. 19. (*y*) Isai. 45.

(*z*) D. Bas. in Hexam. (*a*) Gen. 1.

bres, y les han de hablar al sabor de su paladar, y no solo les han de disimular sus pecados, ántes les han de alabar sus vicios, cumplir sus injustos mandamientos. Este es pecado muy ordinario en los cortesanos, ser lisonjeros á los príncipes.

Resta para conclusion de la declaracion deste mandamiento, saber si es fácil ó dificultoso de cumplir, y qué cosas ayudan para su guarda. Lo primero, es cierto que este mandamiento no es tan fácil de cumplir como algunos piensan; porque su cumplimiento no está solo en conocer del que meresce ser sobre todo amado; es menester añadir á este conoscimiento obras que esto pregonen de nosotros, y ordenarnos á nosotros y á todas nuestras cosas, como á nuestro summo bien y último fin, á Dios; de manera que si se ofresciere perder alguna cosa de las muy amadas nuestras, ó á todas juntas, ó perder á Dios, todas las reputemos por basura, y con asco las arrojemos por no perder á Dios; para que así probemos ser él de nosotros sobre todas cosas amado. Esto no se puede negar sino que es negocio de gran dificultad; y no es de vulgar espíritu en ocasiones dejar el amigo y la cosa amada, la hacienda, honra y vida, por no perder á Dios, quebrantando uno de sus mandamientos. Digo que supuesta nuestra corrupta naturaleza, nuestra torcida inclinacion y la contrariedad de los enemigos de nuestra ánima, que es necesario particular socorro del cielo para el cumplimiento deste mandamiento. Mas esto no nos disculpa; porque ántes ha de ser despertador de mayor cuidado, pues este suelen pedir todas las cosas mayores y mas dificultosas. El que ha de caminar un camino que no puede excusar, tanto es mas solícito de su camino, y de lo que importa pasarle seguro, y buscar para él compañía y proveerse, cuanto mas cierto está de su peligro.

Dificultoso precepto es este, como grande, por el grande amor de Dios que pide sobre todas las cosas; mas grandes son tambien los motivos con que el Señor nos despierta á este grande amor, y grandes los favores para perseverar y crecer en él. Que haya en el mundo tan pocos amadores de Dios, es la causa porque hay pocos dados á la consideracion de las obras de Dios. ¿Cómo se ha de aficionar y enamorar el corazon humano, de Dios, si ni contempla su hermosura, su poder, su bondad y su misericordia, sus divinos atributos, y aquello que él es en sí, y cuál es para nosotros, segun se puede entender por los divinos beneficios recibidos? Los que de véras se desean emplear en el conoscimiento de tan grande cosa como es Dios, con grande diligencia le han de buscar, y procurar saber nuevas suyas, y ser informados de sus obras, por las cuales vengan en conoscimiento de su condicion. Y para darse y emplearse en tan grande negocio, tan digno de todo el hombre, ha de desocupar su corazon de todas las vanidades deste mundo.

Si á muchos bastó la consideracion deste mundo visible y de las obras naturales para concebir grande estima de Dios; ¿cuánto mas poderosa será la consideracion de las obras sobrenaturales y de gracia que nos dice la fe? ¿Qué será considerar á Dios hecho hombre, vivir, tratar, conversar entre los hombres, enseñarlos y alumbrarlos en sus ignorancias, sacarlos de sus errores, sanarlos de sus enfermedades, morir en una cruz por librarlos del poder del demonio, restituirlos á la gracia de Dios, hacerlos herederos del cielo, y de los bienes eternos (b)? No hay hoy en el mundo monstruo de tan horrible figura que así me pudiese espantar, como me espantaria si me certificasen de un hombre, que era dado á la consideracion de los misterios de nuestra fe, y que este no fuese grande amador de Dios.

CAPITULO III.

Del segundo mandamiento de la ley de Dios.

Las palabras del segundo mandamiento son estas: *No tomarás su Sancto nombre en vano.* Tiene grande consecuencia este segundo precepto con el primero; pidió el Señor en aquel todo el corazon; con el segundo, quiere que en las palabras se vea cuál está el corazon. El que de véras ama con el corazon, tiene cuidado de no ofender al amado con la lengua; ántes nunca se harta de hablar dél, y nunca se satisface, ni le parece que le basta la lengua para explicar lo que conoce. Con todo esto se nos da este precepto para mayor abundancia y mayor declaracion, por condescender la divina clemencia con nuestra gran rudeza.

Dáse modo de negacion; mas habemos de entender luego el mandamiento afirmativo que se encierra en esta negacion (segun la doctrina que habemos dicho en el primero capítulo), por el cual se nos manda la veneracion de su sancto nombre, alabándolo, dándole gracias, engrandeciéndole, invocándole, valiéndonos dél, predicándole, y manifestándole á los que no le conocen bien, confesando que en él consiste nuestro summo bien. Por el nombre de Dios puesto en precepto negativo, es significada la divina Majestad, á la cual va enderezada toda nuestra confesion, y á la cual se debe summo respeto.

Tomar este sancto nombre en vano, es tomarlo para malos ó vanos fines, habiendo de tomarlo para bienes nuestros espirituales, ó bienes corporales, encaminados todos para gloria y honra de Dios. Aquel toma el nombre de Dios en vano, que con él quiere autorizar su mentira ó salir con su injusta pretension y vano interes. Esto es un grande menosprecio é irreverencia de la divina Majestad. Es la razon desto, porque como el Señor sea summa verdad, summa sabiduría, summa bondad, de donde nos vienen todos los bienes, de quien solamente habemos de esperar todo lo mucho de la vida eterna, y lo poco desta vida, de la manera que nos sean necesarios para conseguir la otra, no ha de ser nombrada esta divina Majestad, significada en el nombre de Dios, sino para semejantes cosas, encaminadas á la gloria y honra de Dios; para darle gracias, para pedirle socorro y consejo, para que nos ampare y favorezca, y para despertar á nuestros prójimos á su conoscimiento, para confirmacion de verdad importante, para favor de los innocentes, finalmente cuando lo pidiere la caridad; y de tal modo, que en la manera de nombrarle se conozca la estima con que le tenemos en nuestros corazones.

De lo dicho queda claro cuáles son las proprias obras deste mandamiento por la parte del afirmativo que en sí encierra, y cuáles las prohibidas en cuanto negativo. Son las primeras la invocacion de su sancto nombre, para lo cual es necesario tener fe de su unigénito Hijo Jesucristo, nuestro Redemptor. Porque es tan grande nuestra indignidad, y de tal manera nos condena nuestra consciencia, que no osariamos esperar ningun bien,

si no fiásemos de los merescimientos y dignidad de nuestro medianero. Donde se sigue cuánto debe ser reverenciado y acatado su nombre. Tambien es obra deste precepto dar gracias al Señor; y estas son como una profesion del afecto interior, al cual nos obligó el primer mandamiento; porque como por aquel primero fuimos informados á que le honremos por universal Criador y autor de todos los bienes, á quien se debe summa obediencia y agradescimiento; así en este segundo se nos manda que desto demos testimonio delante de los hombres, gloriándonos de tal Señor, y despertemos los otros á que le conozcan y sirvan.

Tambien pertenesce á este mandamiento alabar al Señor por todas sus obras, agora succedan por nosotros prósperas ó adversas, confesando que las prósperas vienen de su liberalidad y misericordia, y las adversas de su justicia, merecida por nuestros pecados. Bendeciré al Señor en todo tiempo, dice David (*a*), y sus alabanzas siempre sonarán en mi boca. Son tambien obras deste precepto todas las oraciones y divinos oficios; así tambien evitar los juramentos, y castigar á los blasfemos, por los cuales el nombre del Señor es desacatado y maltratado entre las gentes.

Las obras que son contra este mandamiento, serán las contrarias á las que habemos dicho que son proprias del afirmativo incluso en el negativo, conviene á saber: no acudir á Dios en los trabajos, no darle las gracias debidas á todas sus obras, agora nos sean prósperas ó adversas, no procurar la gloria y honra de su sancto nombre, ó mezclarlo con conjuros y con empsalmos, á vueltas de nombres que se puede creer son malos y de demonios. Tambien los que invocan este nombre para pedirle venganza ó otras cosas ilícitas, los que usurpan las palabras de la divina Escriptura para cosas de donaire y burla, y mucho mas cuando para pláticas deshonestas, ó para fábulas, y para mostrar que no las creen, ó las tienen en poco. Tambien hacen contra este mandamiento los que cuando se nombra Jesucristo, ó su Madre bendita, no inclinan su cabeza, ni hacen reverencia; la cual debemos todos en el cielo, y en la tierra, y en el purgatorio.

Aunque mucho mas grave y derechamente pecan contra este mandamiento los que juran el nombre de Dios en vano; porque como sea derechamente contra Dios, de su condicion es mas grave que los que se cometen contra el prójimo, por graves que sean. Y no solo esto es verdad cuando jurando se expresa el nombre de Dios, sino jurando por la cruz, por el Evangelio, por el dia sancto, y por los sanctos, por la propria vida. Cualquier destos juramentos será pecado mortal, si juran con mentira, y es grave injuria de la divina Majestad. Verdad es que si fuese por inadvertencia, excusaria de mortal, por falta de la deliberacion y juicio que allí faltó. Mas esto no es excusa á los que juran por pura costumbre, y della no les pesa, ni desean salir, como se ve; porque no hacen ninguna diligencia por salir della. Estos no se excusan de pecado mortal jurando con mentira, porque supuesto que tienen esta costumbre sin pensar suyo (lo cual declaran en no hacer diligencia para salir della), es visto querer lo que necesariamente se sigue desta mala costumbre, que es jurar muchas veces lo que es falso; y así estos pecados se llaman voluntarios; porque quien ama el peligro, en él ha de perecer (*b*). De aquí se sigue que el cristiano estará obligado á procurar desarraigar de sí esta mala costumbre.

(*a*) Psal. 33.

Para contra esta costumbre mala, es aquel consejo del Señor, y despues dél, su Apóstol (*a*). El Señor dijo: En ninguna manera querais jurar; como si dijera: nunca á jurar os lleve la gana y voluntad, sino la necesidad de la caridad, y cuando esta no os forzare, vuestro uso de hablar (así para afirmar como para negar) sea doblar la afirmacion, diciendo: Lo que digo, cierto es así, sin dubda; y la negacion, no, no. Y con esto os debeis contentar en vuestras ordinarias pláticas, sin que se os dé mas porque os crean ó os dejen de creer. Y el apóstol Sanctiago (*d*): Hermanos mios, ante todas cosas no querais jurar. No querais, dice, conformándose con la doctrina que habia deprendido, no querais jurar por vuestra voluntad, sino compelidos de la verdad y necesidad de la caridad. Y esto de no jurar el nombre de Dios en vano, declara lo que comprehende, diciendo: No querais jurar ni por el cielo ni por la tierra, vuestro afirmar y vuestro negar sea sí por sí, y no por no; porque no os lleve la fuerza de la mala costumbre á jurar lo que no es verdad, porque no vengais á caer en el juicio y castigo de los transgresores del precepto divino (*e*).

Para el aborrescimiento deste pecado aprovechará conocer su gravedad. Y sea la primera consideracion, ser culpa contra el segundo precepto de la primera tabla; pues es cierto que la dignidad del precepto muestra la gravedad de su transgresion.

Tres órdenes de pecados distinguen los teólogos para conoscimiento de su gravedad, los primeros son los que se cometen contra los preceptos que derechamente pertenescen á la gloria y honra de la divinidad, como son los pecados de idolatría, desesperacion, odio de Dios. La segunda manera es de los que se hacen contra la honra de la sacratísima humanidad de Cristo, ó contra sus sacramentos, como son los sacrilegios, y profanar las cosas sagradas. Los terceros son los que se cometen contra los preceptos dados para bien y provecho del prójimo, para que vivamos en paz y en amor, como son todos los siete preceptos de la segunda tabla. Segun esta division queda claro lo que dicen los teólogos, que el juramento falso, de suyo y esencialmente es mas grave que matar un hombre, porque el homicidio derechamente es contra la criatura, mas el jurar falso es derechamente contra el Criador, contra la divina Majestad, trayendo á Dios, con grande injuria, por autorizador de una falsedad y mentira, que es lo mismo que hacerlo mentiroso y favorecedor de falsos en sus falsedades. Por esto con gran cuidado y solicitud debe procurar el siervo de Dios desterrar, no solo de sí, mas tambien de su familia esta pestilencial costumbre, acordándose de aquella sentencia del Sabio, que dice (*f*): El hombre jurador será lleno de maldad, y no se apartará de su casa el azote de Dios.

Sobre todos los pecados que contra este mandamiento se pueden hacer, es el de la blasfemia. Este está, como dicen, pared en medio con los tres mayores pecados del mundo, que son idolatría, odio de Dios, y desesperacion. Si al que tiene odio contra su prójimo llama San Juan homicida (*g*), al que tiene odio contra Dios,

(*b*) Eccli. 3. (*c*) Matth. 5. (*d*) Jacob 5. (*e*) Jacob ibi. (*f*) Eccli. 23. (*g*) 1. Joan. 3.

llamarémosle deicida, matador de Dios; y á este es muy semejante el blasfemo, que furiosamente maldice á Dios; porque este tal, si pudiese, en la hora de su furor despedazaria á Dios. Por esto dice Sant Agustin (*h*) : No pecan ménos hoy en su tanto los que blasfeman de Cristo agora que ya reina en el cielo, que aquellos que lo crucificaron estando en la tierra. Este pecado castiga Dios gravísimamente. Porque el rey Sennacherib (*i*) blasfemó de Dios estando en un ejército sobre el pueblo de Dios, castigóle el Señor enviando un ángel que mató del ejército, en que fiaba, ciento ochenta mil hombres. Y dentro de pocos dias fué el rey muerto por sus propios hijos (*k*), castigando con la rebeldía de los hijos matadores, al padre blasfemo contra Dios.

No suele ser este pecado de mujeres, mas esles á ellas familiar otro pecado semejante al de la blasfemia. Y es volverse contra Dios en sus trabajos, quejándose dél y de su providencia, y ponen mácula en su justicia, y dicen que no le agradescen la vida que les da, tan llena de trabajos, y maldicen los siglos de sus padres, y el dia de su nascimiento, y piden con ira y rabia la muerte, y quéjanse porque tarda, y á veces se maldicen y llaman á los demonios. Todo esto es género de blasfemia y lenguaje del infierno, y parece que pronostican pertenecer allí los que deste lenguaje usan.

Por tanto el que teme ir allí, huya de tal lenguaje aquí, procurando humillarse á la divina Providencia, recibiendo con paciencia los trabajos que Dios como piadoso Padre le envía para su bien; aunque no lo entienda, no debe pensar otra cosa de su infinita sabiduría y bondad; de la cual debe presuponer que no es mas posible hacer cosa mal hecha, que dejar de ser Dios.

Ten por cierto que no hay médico tan sabio ni tan amoroso para con su único y amado hijo, ó con su muy querida esposa, que con tanta consideracion mida las onzas y adarmes de la purga con que los desea sanar, como el Padre eterno mide los trabajos que te envía, como saludables purgas.

Mas si con todo te paresce que son sobre tus fuerzas, acuérdate de lo que dice el Apóstol, que pertenece á la fidelidad de Dios no dar trabajos sobre nuestras fuerzas (*l*). Tambien debes considerar que con la impaciencia no sacudes de tí la carga de los trabajos, ántes la haces mas pesada, y no solo pierdes el merescimiento de la paciencia, mas añades una grave culpa.

Mas si quieres de grandes trabajos hacer pequeños, toma el consejo de Sant Bernardo, comparándolos con una de cuatro cosas, ó con todas juntas. La primera, con los beneficios que tienes recibidos de la mano de Dios. La segunda, con los pecados muchos y graves, cometidos contra la divina Majestad. La tercera comparacion sea con las penas del infierno, por tus culpas merescidas. Y la cuarta, con la gloria del paraíso, que por trabajos se alcanza. Hecha esta comparacion con tus trabajos, los perderás de vista y te parecerán nada. ¿Cuánto es lo que padesces, si lo comparas con lo que has recibido de mercedes? Esta comparacion hizo el sancto Job (*m*) : Razon es padezcamos males merecidos, pues habemos recibido tantos bienes sin merecerlos. ¿Qué es lo que padesces, si lo comparas con lo que mereces por tus pecados? Pues ¿qué tanto es lo que sufres aquí, si por ello te perdonan las penas de allá? Y si miras á la gloria que está aguardando allá á los que con paciencia padescen acá, dirás con el Apóstol (*n*) : No son dignas todas las penas de acá para por ellas pedir la gloria de allá.

Somos pues en todo lo dicho enseñados cómo con reverencia habemos de tomar en nuestra boca el nombre del Señor, y cuáles son los que desacatadamente le tratan. Por lo cual asentanda esta doctrina en nuestros corazones, huyamos la pestilencial costumbre de jurar y traer vanamente el sacratísmo nombre del Señor, y concibamos en nuestros corazones horror y espantoso aborrescimiento de la blasfemia, y acostumbrémonos á bendecirle y invocarle, honrarle y darle gracias, para que por él alcancemos los premios que la divina Escriptura promete á los honradores de Dios : conviene á saber, que serán glorificados, libres de sus enemigos, que morarán para siempre en la casa de Dios, adonde le alabarán eternamente.

CAPITULO IV.

Del tercero mandamiento de la ley de Dios, y último de la primera tabla.

El tercero mandamiento en órden, y último de la primera tabla, dice : *Sanctificarás las fiestas.* Con este acaba el Señor de enseñar é instruir al hombre en cómo se ha de haber en el servicio de Dios. En el primer mandamiento, cuál habia de ser en el corazon; en el segundo, cuál en sus palabras; en este tercero, cuáles deben ser todas sus obras : aunque al parecer no se haga mas mencion que de la sanctificacion de las fiestas. Porque sanctificar las fiestas es decir que los fieles han de tener ciertos dias determinados para el divino culto, en los cuales se han de juntar en la Iglesia á los divinos oficios, y con las sagradas cerimonias exteriores han de profesar la obediencia á Dios, y con este público concurso y sanctas cerimonias se animen unos á otros dándose ejemplo. Es decir, sanctificar las fiestas con particular cuidado y devocion : en tal tiempo han de vacar á Dios los cristianos, invocándole, dándole con viva fe el corazon, las palabras y las obras; en tales dias se deben juntar á oir los sermones y los divinos oficios, y á celebrar las misas, y muchos á comulgar. No solo en este precepto es enseñado el cristiano cómo ha de tener cierto y determinado culto, con el cual en la Iglesia y Congregacion dé señal exterior visible de la fe invisible que tiene en su corazon, mas tambien es avisado que en tales dias oiga la palabra de Dios, por la cual ha de ser alumbrado de las verdaderas obras, del verdadero uso y fin dellas. Todo esto se encierra en estas palabras : *Sanctificarás las fiestas.*

Y porque no haya cosa que esto estorbe, mandó el Señor que en tales dias no se ocupasen los hombres en obras serviles. Y no se prohiben estas obras en tales dias porque de suyo sean malas, ántes por ellas (como por medios lícitos y honestos) pueden los hombres buscar el sustento para sí y para sus familias, y remediarse para huir la necesidad, que fuerza á buscar el sustento desta vida por malos medios. Mas porque el hombre no fué criado para quedarse en este mundo, sino para granjear aquí otra vida eterna, no quiso que gastase todo el tiempo en procurar esta vida de acá, sino que tuviese

(*h*) August. in tom. 10. serm. 59. in Joan. (*i*) 4. Reg. 19.
(*k*) Isai 37. (*l*) 1 ad Cor. 10. (*m*) Job. 2.

(*n*) Rom. 8.

dias señalados que le amonestasen de otra vida, en los cuales desembarazado de todas las obras serviles, que son derechamente medios para procurar el sustento desta vida de acá, se ocupase en otras obras mas generosas, espirituales, por las cuales haga reconoscimiento al Señor universal que lo crió y sustentó aquí, y le tiene prometida otra vida mas durable y de eterno descanso.

Y en la consideracion de cómo ha de servir á tal Señor, y ganar los bienes eternos, ha de ser su ocupacion los dias sanctos, que son como las primicias y diezmos del tiempo. Y esto quiere Dios que hagan juntándose en las iglesias, protestando con esto la commun fe y obediencia católica, y allí reciba la doctrina y mantenimiento espiritual. Y el cesar en tales dias de las obras serviles, le traerá á la memoria que los sudores y trabajos desta vida son castigos de la justicia de Dios, merecida por el primero pecado. Aunque estos mismos trabajos, despues de la venida del Hijo de Dios al mundo para nuestra salud y remedio, con la consideracion de los que él por nosotros padesció, se nos han vuelto en saludables purgas y medicinas contra los mismos pecados, si con paciencia los padescemos: que es volver la primera maldicion en bendicion. Y de aquí venga en conoscimiento de cuánto debe á aquel Señor que no solo le sustenta y lo bendice en los trabajos deste mundo, mas que al fin dellos le promete eterno descanso. Y ciertamente aquella se llamará y será verdadera fiesta eterna, en la cuál se harán las tales consideraciones, y dulces contemplaciones, y perfectas alabanzas, adonde la caridad está en su perfeccion; porque acá no es hermosa la alabanza en la boca del pecador.

Los que en tales dias se emplean en aquello para que ellos son instituidos, demas del eterno premio que les está guardado, reciben aquí otro, porque deste dia salen esforzados y recreados para los trabajos de los otros dias, necesarios para la vida humana. De manera que en semejantes dias se hace una provision de doctrina, de conoscimiento de todas las obras de cristiano, y se cobra alivio para los otros dias de trabajo. Quiere el Señor que estos dias sean sanctificados y dedicados á él y su servicio, como los demas son dedicados para nuestros negocios desta vida. Quiere que en estos dias, con dolor de nuestros corazones, consideremos nuestros pecados, y hagámos exámen de los que cometimos en aquella semana, y que dellos pidamos al Señor perdon, y nos ocupemos en mas ardientes oraciones, y procuremos llegarnos á los sanctos sacramentos, y levantemos los corazones al cielo, glorificando al Señor con himnos y cánticos espirituales, y seamos mas liberales y largos en las limosnas, y vivamos con mayor guarda y recato, y nos ejercitemos en las obras de misericordia, enseñemos á los que no saben, visitemos al enfermo y encarcelado, consolemos al desconsolado, asistamos mas á los divinos oficios. Esto es verdaderamente sanctificar las fiestas: que procuremos nosotros sanctificarnos en las fiestas.

Contra este precepto, en cuanto manda cesar de las obras serviles y corporales, pecan todos los que en tales dias trabajan sin legítima causa y necesidad, solo por cobdicia. Da este precepto la ventaja á la caridad, cuando por favorecer al prójimo necesitado trabajamos; como el Señor lo enseñó respondiendo al escándalo de los fariseos porque curaba y sanaba los enfermos en los dias sanctos (*a*). Mas el que por cobdicia y con poco temor de Dios trabaja ó manda trabajar á los suyos, peca mortalmente quebrantando un divino precepto, y escandalizando á sus prójimos con su mal ejemplo: y para algun freno de los tales diré aquí un ejemplo notable.

Leemos en la divina Escriptura, en el libro llamado de los Números (*b*), que estando un hombre un dia sancto haciendo una carga de leña, fué por ello acusado, preso y traido delante del sancto Moises, el cual le mandó poner á recaudo hasta consultar el caso con Dios, y saber qué castigo le mandaria dar. Fué la respuesta del Señor á Moises, que mandase sacar aquel hombre al campo, y que allí por todo el pueblo fuese apedreado, y así se cumplió. Tal pena quedó de allí adelante para los transgresores deste precepto, y así eran castigados en la ley vieja. No será menor la pena de los transgresores deste precepto, si no en esta vida, por ser la ley nueva y de gracia de mas blandura, será en la otra con pena eterna. Los transgresores de aquellos tiempos pagaban sus culpas, y si dellas se dolian, salvábanse; mas los quebrantadores de nuestros tiempos, si no se enmendaren, pagarán con penas eternas.

Hay otros quebrantadores deste precepto, y son aquellos que cesando de las obras serviles, no hacen otras obras de cristianos de las que habemos dicho: ántes sin otro cuidado de sus ánimas, gastan todo el dia en juegos y pasatiempos. Estos mal se puede decir dellos que guardan las fiestas, mirando el fin para que Dios los mandó guardar. Para solo holgar nunca Dios mandara cesar los oficios y trabajos.

Tambien son quebrantadores del fin deste precepto los que vienen á la iglesia, y en ella ó andan paseando y negociando, ó están parlando miéntras los divinos oficios y misa, estorbando la devocion á otros: estos mas parescen burladores y escarnecedores de las cosas sanctas, que cristianos.

Mas sobre todos estos, aquellos son peores, que diputan las fiestas para cosas profanas, juegos, bailes, representaciones, y lo peor de todo para deshonestidades. Esta manera de guardar las fiestas era propria de los judíos, y llorada por el sancto profeta Hieremías en sus Lamentaciones, diciendo (*c*): Consideraron sus enemigos el celebrar de las fiestas de mi pueblo, y burláronse y hicieron escarnios de sus dias sanctos.

Es esta una de las cosas dignas de lágrimas en el pueblo cristiano, ver de la manera que sanctificamos las fiestas. Porque no solo no hacen en tales dias aquellas obras para que Dios las mandó guardar, ni procuran enmendar las faltas de entre semana; mas ántes de propósito tienen diputados los dias sanctos para en ellos procurar las disoluciones y solturas que no pueden en los otros dias. De manera que el cesar de los oficios y obras corporales, que se ordenó para dar lugar á las espirituales, ordenan para ellos sus malos fines; y el dia diputado para pedir á Dios perdon de los pecados de entre semana, guardan ellos para hacer mas pecados que en todos los otros dias, haciendo de la triaca ponzoña, y enfermando con la medicina. ¿Qué esperanza se puede tener del enfermo que con los remedios empeora? Qué se puede esperar del que del dia de la fiesta, diputado para el servicio de Dios, se aprovecha para servir al demonio? Si es gran maldad no dar al Señor que

(*a*) Matt. 12. (*b*) Num. 15. (*c*) Hierem. Thren. 1.

te dió todos los dias, uno que reservó para sí, ¿que será no solo no emplearle en su servicio, sino diputarle para sus ofensas? Qué responderá este tal el dia de la cuenta?

CAPITULO V.

Del cuarto mandamiento de la ley de Dios, en órden, y primero de la segunda tabla.

En este cuarto mandamiento comienza la segunda tabla de las dos pizarras en que el Señor escribió esta ley. Y como en la primera nos enseñó el cómo nos habemos de haber con Dios, así en esta segunda nos enseña cómo nos habemos de haber con los hombres nuestros prójimos, qué respecto les habemos de tener, qué obras les debemos hacer.

Y porque la principal cosa que conserva entre los hombres la paz tan necesaria, es la obediencia, sin la cual ningun bien podria haber entre los hombres, desta es el primero mandamiento desta segunda tabla, el cual dice *que honremos á nuestros padres*.

En este nombre de honrar, no solo se nos manda una llana obediencia, sino tambien un grande respecto y acatamiento, como á instrumentos que Dios escogió para darnos este sér natural, y así los habemos de respetar, sean de la suerte que fueren, altos ó bajos, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres. Tambien en nombre de honrar se entiende, que los habemos de servir y socorrer como mejor pudiéremos, cuando nos hubieren menester. Tambien nos obliga á que les suframos sus pesadumbres y faltas de condiciones ó entendimiento. Porque en este término de honrar (que aquí se nos manda), se encierra un singular agradecimiento, deseando servir á Dios en ellos, la singular merced que Dios nos hizo por ellos. Ellos despues de Dios nos dieron el sér, y nos criaron y sustentaron con muchos trabajos y cuidados, con mucha paciencia de las pesadumbres é injurias del tiempo de nuestra niñez. Razon es que ya que no podemos responderles ni pagarles con servicios iguales á los beneficios que dellos recibimos, en ninguna manera faltemos con todos aquellos á los cuales nuestra posibilidad pudiere llegar; pues es cierto que nunca llegarémos á lo que debemos. Amemos á los que primero nos amaron, sirvamos á los que nos criaron, suframos á los que nos sufrieron. Ningun trabajo, ninguna pesadumbre nos pueden dar con su pobreza, con sus enfermedades, y con sus condiciones, y con su vejez y cansados años, que puedan igualar con los que les dimos, y con las ignorancias, porfías y desvaríos que suelen acompañar la primera edad que nos sufrieron. Mas como ellos nos tuvieron mayor amor que les tenemos, sintieron ménos nuestras pesadumbres que nosotros las suyas.

Sobre todo debemos respetar en ellos aquella superioridad que Dios quiso que tuviesen sobre nosotros. De la cual se entiende la lealtad y fidelidad que Dios quiere que tengan los hijos á sus padres, la cual los mismos animales nos enseñan. De las cigüeñas se escribe que cuando son tan viejas que ya no pueden volar ni buscar el sustento, se recogen á sus nidos, en los cuales los hijos las sustentan, partiendo con ellas de sus trabajos, compadeciéndose con maravilloso natural instinto, y apiadando á la cansada vejez de los que los sustentaron en su niñez. Si las aves que carescen de entendimiento, y con tan poco tiempo y trabajo se crian, hacen esto con sus padres; ¿qué será razon que haga la criatura racional, que conoce ser criado con tanto mas largo tiempo, mayor trabajo y costa, especialmente mandándole Dios esto con la espada en la mano, que es con la amenaza de un divino precepto?

Esto nos acuerda el Sabio diciendo: Honra á tu padre y jamas olvides los gemidos de tu madre (*a*): acuérdate que por ellos naciste en este mundo; sirve con tu trabajo algo de lo mucho que por tí trabajaron. Y el santo Tobías dijo á su hijo (*b*): No menosprecies á tu madre, hónrala todos los dias de tu vida: procura darle contento y huye de entristecerla. Acuérdate con cuánto recato te guardó en su vientre, huyendo los peligros del malparirte. Y en otra parte el Sabio (*c*): Con palabras y con obras, con todo sufrimiento honra á tus padres. Recrea, hijo mio, la vejez de tu padre, y guárdate de enojarle; y si alguna vez te paresciere que caduca ó que sabe poco, no por eso lo desprecies, ni te ufanes de verte mas poderoso y sabio que él.

Los padres deben ser solícitos en criar sus hijos, amándolos de corazon, y enseñándolos el amor y temor de Dios, y trátenlos con mansedumbre. Es todo esto conforme al consejo del Sabio, que dice (*d*): ¿Tienes hijos? Pues desde la niñez los debes domar y enseñar. ¿Tienes hijas? Guarda su honestidad, y no les muestres el rostro risueño. Si regalas á tu hijo, presto le sentirás soberbio contra tí: si con él jugares y holgares, darte ha mil disgustos. Ni con él rias, ni llores; porque te arrepentirás. No le dejes mandar en casa en su mocedad: anda sobre aviso para conocer su intentos y propósitos: dobla su cerviz cuando es mozo, azótale cuando niño, porque despues de duro no te desprecie y haga poco caso de tí; porque entónces te dolerá el corazon. Y en otro lugar (*e*): Enseña á tu hijo, y trabaja con él, porque sus pecados no te sean demandados. El Apóstol enseña á los padres, diciendo (*f*): Padres, tened cuenta de no provocar á ira á vuestros hijos; mas criadlos con doctrina y temor del Señor. Del fructo que cogen los padres de doctrinar y criar bien sus hijos, dice el Sabio (*g*): El padre que ama á su hijo, castígalo muchas veces, para que despues se alegre con él, y no lo vea andar por puertas ajenas. El padre que bien doctrina á su hijo, en sus virtudes será loado, y en el medio de sus prójimos será honrado.

Por lo dicho paresce claro cuán reprehensibles y crueles son los padres que con indiscreta piedad y demasiada ternura, por no castigar á sus hijos, los dejan estragar con solturas y vicios. Estos se pueden mas llamar crueles que piadosos, y mas negligentes que amorosos; ántes homicidas de sus hijos. ¿Qué mayor crueldad podíamos decir de un padre, del cual dijésemos que viendo que un hijo estaba ahogándose en un rio, que fué tan neciamente piadoso, que no pudiendo asirle sino de los cabellos, por no lastimarle un poco al sacar, le dejó ahogar? A este son semejantes los que por no entristecer con el castigo á sus hijos, los dejan zabullir y anegar en los vicios.

No sé con qué palabras pueda argüir tan maldita piedad. Veo que aun aquel rico gloton, entre los tormentos infernales, deseó que fuese enviado Lázaro á este mundo, con cuya predicacion, doctrina y castigo retrajese á sus hermanos de sus vicios, para que no fuesen al lugar de los tormentos que él padescia (*h*). Si tal cuidado y pro-

(*a*) Eccli. 7. (*b*) Tob. 4. (*c*) Eccli. 3. (*d*) Eccli. 30. (*e*) Eccli. 30. (*f*) Ephes. 6. (*g*) Eccli. 30. (*h*) Luc. 16.

videncia tuvo de sus hermanos un condenado, aunque no hacia aquello por caridad y bien de sus hermanos (que no hay allí caridad), sino por amor proprio, sabiendo que con la bajada dellos allá habia de crecer su pena por haberles él dado con su viciosa vida mal ejemplo para imitar sus vicios; acuérdese el cristiano padre de lo que se acordó un malaventurado hermano, y que de los vicios de sus hijos le ha de ser demandada estrecha cuenta.

Y si este ejemplo no los mueve, muévalos el ejemplo del sacerdote Helí, que por ser negligente en el castigo de sus hijos, á padre y á hijos mató Dios en un dia (*i*). Si desta manera castiga Dios á los negligentes en el castigo de sus hijos, sea el consejo de piadosos padres ganar á Dios por la mano, castigando agora á sus hijos moderadamente, porque no venga sobre padres y hijos el riguroso castigo de Dios.

Mas este castigo ha de ser con discrecion y mansedumbre, aguardando oportunidad y tiempo, cuando lo aconseja la razon, y no cuando lo pide la ira. Y ante todas las cosas procuren los padres apartar á sus hijos de las malas compañías, de juegos y ociosidad, y comenzarlos á imponer desde los pechos á no salir con sus antojos, quebrándole muchas veces al dia la voluntad, y castigarles las mentirillas, y los juramentos, y las golosinas, y que no anden siempre comiendo, ni sean tragones: no disimularles las maldiciones, y el mentar al demonio, ni decir palabras descorteses y descompuestas.

Y el mas poderoso y eficaz medio que puede haber para que los hijos salgan bien criados, modestos y corteses, es que no vean en sus padres ninguna cosa que no sea ejemplar y virtuosa; porque las costumbres de los padres son leyes á los hijos. Los que pueden, provean á sus hijos de buenos maestros, ocupándolos desde la tierna edad en honestos estudios. Enséñenlos á rezar y encomendarse á Dios, y á perseverar en la iglesia á la misa, sermon y divinos oficios con sosiego, y á confesarse algunas veces entre año. No los traten (en el semblante y palabra) con mucho regalo, mostrándoles amor y ternura, ni los dejen muchas veces salir con lo que quieren; porque no se hagan apetitosos, indómitos y voluntarios.

No pierdan los padres esta tan conveniente oportunidad que la naturaleza les da para los poder enseñar y castigar en los tiernos años; porque si en esto se descuidan, no alcanzarán otra. Todas las cosas tienen sus tiempos, en los cuales se hacen con facilidad; mas si estos se pasan, el trabajo que despues ponemos, es mucho, y el fructo poco ó ninguno. Procura el piloto no perder la oportunidad del tiempo; y el labrador la que piden las labores de sus heredades: mucho mas deben los padres aprovecharse del tiempo de la tierna edad de sus hijos, para rendirlos, doblarlos y enderezarlos; porque si esta dejan pasar, cuando despues los quisieren doblar, no podrán, ó los quebrarán, y no los enderezarán. Esto baste para la declaracion de la obligacion que tienen los hijos á sus padres, y la de los padres á sus hijos.

Mas porque por este nombre de padre y padres se entienden tambien los prelados, curas de ánimas y padrinos, los maestros ó preceptores, y padres de familias, y señores, y señoras, ó prelados, no será fuera de propósito decir aquí del respecto y acatamiento que se les debe por mayores; y tambien de la obligacion que ellos tienen para con sus súbditos y menores, y que están á su cargo.

Comenzando pues por los curas de ánimas y prelados, no pienso habrá gente de tan poco entendimiento, y tan mal enseñada, que no se sienta obligada á honrar á semejantes personas de todas maneras; porque si no hay quien no sepa la honra que se debe á los padres corporales, porque fuéron el medio del sér natural que tenemos, y porque nos criaron y sustentaron, ¿quién habrá (á lo ménos entre los fieles) que conociendo cuánto mas noble es el sér sobre natural y de gracia, en el cual vivimos y nos sustentamos mediante los divinos sacramentos, que no conozca el respecto y honra que se debe á los prelados y curas de ánimas, confesores y sacerdotes, que son los que nos administran estos divinos sacramentos?

A este respecto y honra nos persuade el Apóstol, escribiendo á su discípulo Timoteo, con estas palabras (*k*): A los sacerdotes que trabajan como deben, se debe doblada honra, mayormente á los que trabajan en la predicacion y doctrina. La honra que les manda dar es que los amemos de corazon, juzgándolos por dignos de toda honra y respecto. Lo segundo, que como hijos humildes recibamos su correccion, como de padres de nuestras almas, que nos desean y procuran la vida de gracia y la de gloria. Lo tercero, los debemos honrar con la provision del sustento necesario. Esto manda el Apóstol, no en un lugar de sus cartas, sino en muchos. Escribiendo á los tesalonicenses, dice (*l*): Rogamos os, hermanos, que mireis por aquellos que trabajan con vosotros, y os gobiernan y rigen por virtud del Señor, y os enseñan su sancta voluntad, porque estos (por el oficio que tienen) merescen que los ameis con encendida caridad, y tened con ellos paz.

Tener paz con los sacerdotes, confesores y predicadores, es obedescerlos y guardar lo que nos enseñan. Y escribiendo á los hebreos, dice (*m*): Obedeced á vuestros prelados, siéndoles humildes y subjectos; porque ellos velan sobre vosotros, con la solicitud de la cuenta que se les ha de pedir de vuestras ánimas; procurad ser tales para con ellos, que ejerciten con vosotros su ministerio con alegría; y no les seais causa que vayan gimiendo debajo de la carga y peso de su oficio.

Por consiguiente ellos, como pastores del ganado de Cristo, han de ser solícitos de apascentarlo con el pasto de la sana doctrina, acompañada con los ejemplos de su buena vida. Conforme á esto los amonestó el Apóstol, diciendo (*n*): Mirad atentamente por vosotros: esto es, por vuestra obligacion y por el ganado del cual sois pastores, puestos por el Espíritu Sancto, para que governeis esta Iglesia que Cristo redimió con su sangre. Lo mismo dice el Príncipe de los apóstoles (*o*): Ruego á todos los sacerdotes que hay entre vosotros, yo sacerdote como ellos, y testigo de la pasion de Jesucristo, y participante de aquella gloria suya que se descubrirá en el tiempo venidero, que apascienten el ganado que les es encomendado, procurándoles alegremente la provision, no mirando al particular interese y proprio provecho temporal, sino al bien del ganado; siéndoles un

(*i*) 1. Reg. 2. et 4.

(*k*) 1. Tim. 5. (*l*) 1. Thes. 5. (*m*) Hebr. 13. (*n*) Act. 20.
(*o*) 1. Petr. 5.

retrato de sancta vida, y acordándose que no son señores, sino cultivadores desta heredad.

Lo que toca á los maestros, preceptores ó ayos, á estos tambien cabe parte de la obligacion de los padres. Porque como los padres naturales engendran los cuerpos para esta vida natural, y los curas de ánimas y sacerdotes, mediante la gracia, por los sacramentos los reengendraron en la vida cristiana y de gracia; así á los maestros, preceptores y ayos incumbe informar á los que le son encomendados, no solamente en las letras, mas tambien en las buenas costumbres y honestos ejercicios, y principalmente en los principios de la doctrina cristiana.

Por este cuidado les deben los discípulos particular veneracion, y la cortesía, y acatamiento, y la obediencia, y temor, con amor y gradescimiento; y los padres les deben pagar liberalmente sus salarios ó estipendios. Y los preceptores, maestros y ayos, miren con cuidado por su obligacion, castigando los atrevidos y descorteses, y no disimulándoles los desacatos á los hombres, ni los agravios de sus iguales. Sobre todo se guarden de enseñarles nuevas doctrinas y extraordinarias opiniones en ninguna materia; solamente las cosas llanas, y recibidas de toda la Iglesia; porque son perjudiciales las doctrinas nuevas en corazones tiernos.

Digamos algo de la obligacion de los criados á sus señores, y de los señores á los criados. Deben los criados á sus amos amor y deseo de toda prosperidad y bien. Lo segundo, alegre obediencia en lo que les fuere por ellos mandado: entiéndese en todo lo que no fuere contra algun divino precepto. Lo tercero, que sean leales y fieles en las cosas que les fueren encomendadas, procurando el justo aumento de los bienes de sus amos, amando (con su persona) su honra y provecho.

Con los criados habla el Apóstol escribiendo á los de Efeso, diciendo (*p*): Obedeced á vuestros señores temporales con temor y tremor, con simplicidad de corazon, como á Cristo (*q*), y esto no ha de ser solamente cuando ellos os están mirando (que esto es servir por agradar al hombre), sino tambien en todo lugar, como siervos de Dios, pretendiendo principalmente en vuestros servicios servir á Jesucristo. Lo mismo dice escribiendo á Tito su discípulo (*r*), amonestando á los criados que sean subjectos, humildes y obedientes á sus señores, no siendo respondones, ni replicadores, ni engañadores; ántes siendo leales y deseosos de darles gusto. Tambien el apóstol Sant Pedro dice (*s*): Siervos, sed subjectos en todo temor y acatamiento á vuestros señores, no solo á los benignos y mansos, mas tambien á los recios de condicion y coléricos.

Y es de notar que en aquellos tiempos eran muchos fieles, criados y esclavos de infieles, y á estos persuadian los sanctos apóstoles que fuesen á sus amos y señores obedientes, subjectos en todo lo que les mandasen, que no fuese contra la ley de Dios.

Los señores y amos deben á sus criados y súbditos amor, benignidad, mansedumbre, proveerlos de las cosas necesarias, pagarles bien sus salarios, mirar si son temerosos de Dios y de buenas costumbres. Con los señores y amos habla el Sabio, diciendo (*t*): A tu siervo fiel ámale como á tu ánima, y trátale como á hermano.

(*p*) Ephes. 6. (*q*) Colos. 3. (*r*) Tit. 2. (*s*) 1. Petr. 2.
(*t*) Eccl. 33.

Y el Apóstol (*v*): Vosotros, señores, haced la razon con los vuestros, no los castigueis todo por el cabo, perdonad vuestras iras, y las amenazas hechas en tales tiempos; sabiendo que os importa ser perdonados del universal Señor que está en los cielos. En la epístola á los colosenses avisa á los señores y amos (*x*), diciendo: Sed justos con vuestros criados, acordándoos que es justísimo el comun Señor dellos y vuestro.

Lo dicho se entiende de los siervos y criados de casa. En su manera se entiende lo mismo de los jornaleros que vienen por dias; á estos se manda que hagan la obra lo mejor que pudieren, y á los amos que les paguen ese dia entera y fielmente; porque no haya justa querella de ninguna de las partes. Gravemente amenaza el apóstol Sanctiago á los que maliciosamente detienen ó niegan el jornal del que trabajó (*y*).

Por este mismo precepto se manda el respeto á todos los ancianos y de canas. Estos deben ser honrados de los mozos. Esta honra consiste primeramente en aquella acostumbrada cortesía de levantarse y descubrir la cabeza, y darles el mejor lugar, y callar, mostrando atencion y reverencia, cuando ellos hablan. Esto mandó Dios diciendo (*z*): Delante del anciano y cano levántate, y honra la persona del viejo. Lo segundo, honramos á los ancianos cuando con humildad oimos y tomamos sus consejos y se le pedimos; y conforme á esto dice el Sabio (*a*): Humíllate al viejo y no desprecies sus palabras: ántes oye con atencion sus sentencias; porque dellos aprenderás sabiduría y doctrina. Y los viejos tienen obligacion de vivir y conversar de tal manera, que merezcan esta honra mas por su vida que por sus años. El Apóstol escribe á su discípulo Tito, que amoneste á los viejos que resplandezca en ellos la templanza, castidad y prudencia, fe y caridad, y paciencia.

CAPITULO VI.

Del quinto mandamiento de la ley de Dios.

Son las palabras del quinto mandamiento: *No matarás.* Este precepto tiene tambien su razon y órden, como los demas que quedan dichos; porque convenientemente se sigue tras el precepto de la obediencia, este que nos manda en particular lo que habemos de hacer con todos los hombres, de cualquier condicion que sean. Y porque lo que naturalmente los hombres mas aman de todas las cosas deste mundo, es la vida, por eso se nos manda que ninguno por propria y particular autoridad quite la vida á su prójimo.

Digo por propria autoridad, porque el ministro de justicia, mandado por el que tiene la vara y guarda de la ley, no hace contra este precepto cuando ejecuta la sentencia de muerte, con tal que no haga esta ejecucion con odio y celo de venganza particular. Bien se puede holgar desta justa venganza de la república, á la cual pertenece castigar por sus ministros y jueces, y entresacar de sí los malos y perjudiciales miembros que perturban en ella la paz, y justicia, y servicio de nuestro Señor. Estos son justamente castigados por quebrantadores del cuarto mandamiento (que dejamos declarado de la obediencia) con grande turbacion y daño de la república y de las divinas leyes. Desta manera de matar no habla este quinto mandamiento, sino de la particular

(*v*) Ephes. 6. (*x*) Colos. 4. (*y*) Jac. 5. (*z*) Levit. 19.
(*a*) Eccl. 8.

venganza que los poco temerosos de Dios toman muchas veces de sus prójimos.

Por este mandamiento no solo se prohibe la obra, mas tambien el afecto y mal propósito del corazon; porque quien prohibe el efecto, tambien prohibe la causa. Las pasiones de donde procede el homicidio, son las siguientes: soberbia, ira, invidia, avaricia. Todos estos malos afectos son prohibidos por este quinto precepto, como causas de tan mala obra como es la muerte de mi prójimo. Y porque de tan malas causas no pueden ser buenos los efectos, todos son aquí vedados.

Oblíganos pues este precepto á que ni con obras ni con palabras, ni aun con el pensamiento, seamos perjudiciales y dañosos á nuestros prójimos. La raiz y principio de todos los males que nos hacemos unos á otros, está en el corazon, y de allí sale á la lengua y á las manos.

Por esta razon habemos de entender que principalmente son prohibidas en este precepto las pasiones que despiertan nuestro corazon al perjuicio y daño de nuestro prójimo; tanto ama Dios la paz, amistad y amor de los hombres unos con otros. Porque como todo el mundo sea criado para el servicio del hombre, y toda la fábrica deste mundo sea un traslado y muestra del amor de Dios, en ninguna cosa tanto se puede conocer este amor y esta liberalidad y largueza de Dios, como en la paz y concordia de los hombres que él crió para ser conocido en ellos.

De aquí es que los que andan con cuidado de la conservacion desta paz, y á cuenta de que esta no se pierda, huelgan de perder de su derecho, y sufren con paciencia; estos son manifestadores de Dios, como hijos suyos, amadores de que su Padre sea conoscido en ellos. Y así á los tales señala el Señor con el dedo y los llama hijos, diciendo (*a*): Bienaventurados los pacíficos, que los tales serán llamados hijos de Dios.

Estos dan testimonio de su Criador, representando la paz y concordia que deben entre sí tener los buenos hermanos, hijos de un buen padre; solos ellos usan bien del dominio de la tierra, segun el fin para que les fué dado. Por lo cual los que rompen y tienen en poco esta paz, y que por conservarla ni quieren aventurar cosa, ni sufrir nada, son apocadores de la obra de Dios, y declarados por sus enemigos; porque cuanto en ellos es, borran y deshacen aquel traslado por el cual Dios es en este mundo mejor representado y conoscido. Esto es lo que se contiene en este mandamiento.

Agora digamos sus obras afirmativas, y luego las negativas; porque aunque es negativo, no está sin su afirmativo. Esto es para que tengamos una llana y fácil explicacion de los mandamientos, en cuya buena declaracion se encierra todo lo que nos conviene hacer. Desta negacion, *no matarás*, se sigue que incluye en sí afirmacion; porque prohibiendo (como habemos dicho) los malos afectos del corazon, que son en perjuicio y daño del prójimo, es visto querer que nuestros afectos sean buenos, y en provecho y bien de nuestros hermanos; y prohibiendo las malas obras y palabras, es visto pedir las buenas; y pues los hombres son animales sociables, que se han de tratar y conversar mediante los afectos, palabras y obras, claro está que vedando lo malo, encomienda lo bueno.

Y así las obras deste precepto por la parte afirmativa son buenos afectos del bien de nuestros prójimos, deseándoles todo el bien, perdonándoles todos los agravios y injurias; compasion de su males y trabajos, paciencia para sufrirles sus faltas, socorrerlos en sus necesidades, rogar á Dios por ellos. Mas principalmente en este mandamiento es encomendada la paciencia, sin la cual no se puede conservar la paz y amor en la república y en la comunidad.

Y para cumplir con este mandamiento debemos pedir al Señor el favor y socorro de su divina gracia; porque nuestro corazon de su naturaleza es soberbio, y mal sufrido, y amigo de venganzas; y así es necesario pedir al Señor humildemente esta longanimidad de corazon que él nos manda que tengamos unos con otros; que nos haga mansos, amigos y estudiosos de la paz, y amor, y concordia; largueza de corazon para despreciar y tener en poco todo lo que fuere estorbo para la paz, aprestados y muy determinados á nunca dar mal por mal, sino con gloriosa venganza dar bien por mal. Y roguemos por los que nos hacen mal, confiados de la grande misericordia y bondad del Señor, que los ha de convertir, y hacerlos de enemigos amigos.

Las obras deste mandamiento por la parte que es negativo, ó (para hablar mas propriamente) las obras por las cuales él es quebrantado y menospreciado, son todo género de odio y malquerencia, toda invidia y venganza, palabras injuriosas en presencia ó en ausencia. Mándanos pues este quinto mandamiento primeramente que á nadie hagamos tanto mal como es quitarle la vida por propria autoridad y venganza, ni otro con nuestro favor ó consejo. Lo segundo, que no nos airemos, ni nos ensoberbezcamos, ni aborrezcamos á nadie, ni le echemos maldiciones, ni deseemos algun mal. Item, que de nadie nos burlemos pesadamente, de manera que le demos pesadumbre y se corra, y mucho ménos hagamos escarnio. Item, que no seamos temosos, ni amigos de traer contiendas, y guardarnos grandemente de sembrar discordias entre nuestros prójimos; que tratemos con todos verdad y llaneza, sin invenciones de mentiras y engaños; que no seamos duros y implacables cuando nos enojáremos, ni seamos crueles y sin misericordia; finalmente, que á nadie disfamemos, ni le quitemos la buena opinion que tiene.

Cuanto toca al exterior homicidio, dos causas ó razones nos han de poner terror y espanto para ni osarlo pensar. La primera, que este pecado no es humano, sino bestial y de las fieras; porque los hombres criólos Dios pacíficos, en señal de lo cual el hombre nasce sin ningun género de armas ofensivas ni defensivas; las bestias y aves, unas tienen cuernos, otras largos dientes, otras largas uñas, otras calzados los piés de duros vasos para acocear; mas el hombre del todo nasce desnudo, y menesteroso de piedad y blando tratamiento; porque así trate á los otros, como él desea y ha menester ser tratado.

La segunda consideracion es de lo mucho que el Señor aborresce este pecado; por lo cual antiguamente le castigó con gravísimas penas, y así quiere que sea hoy castigado. Esto consta de muchas partes de la divina Escriptura; y el primero y principal lugar es aquel del cuarto capítulo del Génesis, adonde fué por Dios dicho á Cain, primero homicida entre los hombres (*b*): La voz de la

(*a*) Matt. 5.

(*b*) Genes. 4.

sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra; por la cual tú serás maldito sobre la tierra, que abrió su boca, y bebió la sangre de tu hermano, derramada por tus manos; ella será vengadora contra tu maldad; porque por mas que la labres y cultives, no te ha de responder con el fructo. Andarás sobre la tierra vagabundo y como fugitivo, escondiéndote de las gentes.

A esto mismo pertenesce lo que está amenazado en el capítulo nono, adonde dice (*c*) : De la sangre de vuestras vidas pediré cuenta á las bestias, y á los hombres, y á los mismos hermanos; de manera que quiso Dios fuese irremisible este pecado en los tribunales de la tierra (*d*): Muera el que matare, no sea en poder de las partes y parientes del muerto perdonar al matador; aunque sean solos dos hermanos, muera el que mató; aunque los padres queden sin hijos, mas vale que con hijo matador. Y lo que dice que tambien tomará venganza de la bestia matadora del hombre, en aborrescimiento del homicidio, se declara por la otra ley en que mandó el Señor, que el buey ó toro que matase algun hombre, ó mujer, ó muchacho, que fuese apedreado, y no se comiese su carne (*e*), y que cuando estuviese ya el dueño por la justicia amonestado que prendiese su toro porque no hiciese algun mal recaudo, y él se descuidase, que el mismo dueño muriese en pena del que fué muerto por su descuido. Otros semejantes lugares se hallan en la divina Escriptura (*f*), de los cuales se saca cuán aborrescible sea á Dios el pecado del homicidio, y cuán grande sea la maldad de aquellos cuyos piés son lijeros para correr á derramar la sangre, y cuyas manos están ensangrentadas.

Y no solo son homicidas los que por sus manos matan, ó por sus falsos testimonios, sino los que tuvieron tal intencion y determinacion, aunque no se siguiese despues la obra, ó por no poder, ó por mudar de parecer, y haberse arrepentido. Son tambien matadores los que pudieron socorrer y librar al prójimo de la muerte sin manifiesto peligro de la propria, y no quisieron. Deste número son los avarientos que dejan perecer á los pobres. Tambien son homicidas aquellos que saben que está un inocente condenado á muerte, y no procuran con todas sus fuerzas librarlo. Está mandado por el Señor : No seas negligente en socorrer y librar á los que son llevados á la muerte. Añade luego (*g*) : Y no digas (por excusar tu negligencia) no bastan mis fuerzas; que Dios sabe el por qué lo dejas.

§. ÚNICO.

Consideraciones contra los odios y deseos de venganzas.

Porque hay muchos que tienen particulares ódios y deseos de venganzas, y algunos que les pesa dello, y sienten grande dificultad en vencer estas pasiones, para remedio deste mal pongamos aquí algunas consideraciones.

PRIMERA. El que se sintiere lastimado desta pasion contra su prójimo, que le ofendió, piense que ese prójimo suyo, tal cual es, por vilísimo que sea, es criatura de Dios, y no como el bruto, sino hijo que le costó su preciosísima sangre; y que por amor deste commun Señor es obligado á hacer todo lo posible, y que si en el hombre que le ofendió no hay razones para ser perdonado, que en Dios hallará muchas para perdonar por él. Mira lo que Dios merece por ser quien es, y lo que á ti te merece; por cuán obligado te tiene á su servicio, por las muchas mercedes que te tiene hechas; y (lo que mas es) por lo mucho que por tí sufrió, y luego verás cuán poco es tu caudal para recompensar con servicios tales mercedes, y cuán poco será lo que tú por él podrás padescer y sufrir, cuando todo el mundo te maltrate; en respecto de lo que Dios padeció por tí, ¿que habrás tu padecido y sufrido por su amor?

SEGUNDA. Acuérdate tambien de cuántas ofensas has cometido desde el dia que supiste pecar contra este Señor, que agora te manda perdonar. ¿Es mucho que tú perdones por el amor de un Señor que tanto te ha perdonado? Acuérdate cuán sin razon pide misericordia el que no supo usar de misericordia. No alcanzará de Dios perdon para sí el que no perdonare las ofensas que recibió de su hermano. Como cosa de disparate y temeridad condena el Sabio al que espera perdon de Dios, y no quiere perdonar á su hermano (*h*). El hombre, dice él, guarda en su pecho la ira y el odio, ¿y pide á Dios remedio (como si dijera, no lo alcanzará de Dios)? Con otro hombre como él no usó de misericordia, ¿y hace oracion á Dios por sus pecados? ¿Quien osará rogar por este tal?

TERCERA. Considera tambien el remedio que te da el Sabio contra la pasion del ódio y deseo de venganza, diciendo (*i*) : Acuérdate de tus postrimerías, y olvidarás las enemistades. Como si mas claramente dijera: Acuérdate que de aquí á pocos dias te has de ver en el paso de la muerte, adonde ninguna cosa mas desearás que hallar misericordia en los ojos de Dios; porque todos los otros deseos en aquella hora cesarán, y se trocarán en solo este. Siendo pues esto así, ten por cierto que una de las cosas que mas te pueden ayudar para que allí halles misericordia en Dios, es perdonar aquí los agravios recibidos. De aquí se sigue que en tu mano está hallar allí á Dios, cual le deseas hallar. ¿Quieres hallar allí á Dios misericordioso? Conviene que seas aquí misericordioso con tu hermano. Si quieres allí ser perdonado, perdona tú aquí. Ten por cierto que no hay tal bula para remision de pecados, como amar y perdonar á los prójimos; pues como dice el Príncipe de los apóstoles (*k*) : La caridad cubre la multitud de los pecados.

CUARTA. Considera tambien el grande mérito desta obra, porque no solo es medio eficaz para alcanzar perdon de los pecados, sino para enriquecer el alma con nuevos merescimientos. Porque una de las razones que los teólogos ponen del merescimiento en una obra, es la dificultad della; de manera que cuanto una obra de suyo fuere de mayor dificultad, tanto será de mayor merescimiento. Por esta razon el martirio es obra de tan grande merescimiento, porque es de tan grande trabajo y dificultad; y si en perdonar sintieres semejante trabajo, así recibirás de Dios semejante premio. De aquí se puede inferir que en perdonar una misma injuria puede merecer uno mas que otro, por la razon de mayor dificultad y sentimiento. De manera que aunque no seas mártir por la fe, podrás ser mártir por la caridad. Porque, como dice Sant Gregorio (*l*), sin el hierro y fuego podemos ser mártires, si de verdad conservamos la paciencia en nuestros corazones.

(*c*) Genes. 9. (*d*) Levit. 24. (*e*) Exod. 21. (*f*) Prov. 1. Isaiæ. 59. Psalm. 5. (*g*) Prov. 24.

(*h*) Eccl. 28. (*i*) Eccl. 7. (*k*) 1. Petr. 4. (*l*) D. Greg. tom. 2. hom. 25. super Luc.

Quinta. Considera tambien la dignidad y precio de la virtud de la misericordia en el perdon de las injurias, la cual por una muy alta manera nos hace hijos de Dios, imitadores de la realeza de su corazon; el cual manda á su sol que visite á los malos como á los buenos, y llueve sobre las heredades de los injustos como sobre las de los justos (*m*). Mas si te sientes duro, y no te mueve tanto el amor del bien como el temor del mal, considera la malicia del odio; la cual es tan grande, que la comparó el evangelista Sant Juan con el homicidio, diciendo (*n*): El que tiene odio contra su hermano, ese es homicida; porque en el juicio de Dios, matador es el que desea matar.

Sexta. Mas con ser este pecado tan grande, si fuera de aquellos que acabándose de hacer luego pasan (como el mismo matar, ó una blasfemia, un pecado de deshonestidad y otros semejantes, á los cuales luego se sigue el arrepentimiento), por esta parte fuera ménos mal; mas no es así, porque el odio y deseo de venganza suele durar mucho tiempo, y en algunos casi toda la vida: donde podrás ver cuántos pecados de odio se cometen dentro del corazon en todo el discurso de tan largo tiempo; y tantas veces en el juicio de Dios mata, cuantas deseó matar. No es esta culpa de odio como herida de espada, que corta y pasa; sino como de saeta que dejó dentro el hierro, que en cuanto no sale fuera, siempre está pudriendo y afistolando la llaga.

Séptima. Mas con este se junta tambien otro grande mal, que es traer este pecado consigo una cuadrilla de otros muchos pecados. Por lo cual dice el evangelista Sant Juan (*o*): El que ama al prójimo, anda en luz, y no ofende, ni tiene escándalo en su alma; mas el que tiene odio, anda en tinieblas; y por consiguiente este tropezará, y caerá muchas veces (*p*). Cierto es que teniendo odio contra una persona, luego nos parecen mal todas sus cosas, luego las juzgamos y condenamos; está contra ella muy presta la ira, la invidia, la detraccion y murmuracion, y otros males que destos malos afectos se siguen. Y lo peor es, que el que tiene odio no se contenta de andar solo en estas pasiones, ántes mete en la danza á todos sus amigos, y procura desaficionar á todos cuantos puede; y así á la semejanza del dragon procura derribar las estrellas en este abismo (*q*).

Octava. Mas si todo lo dicho no basta para doblar tu corazon á perdonar, y dejar el odio y deseo de la venganza, considera el ejemplo de aquel Señor, que tendido en el madero de la cruz, atravesado de clavos, coronado de espinas, abiertas sus espaldas con azotes, hecho un piélago de dolores (y á todo esto su innocentísima Madre presente), la primera palabra que habló, la primera voz que de aquel tan angustiado y cansado pecho arrancó, fué pedir al Padre eterno perdon para sus crucificadores (*r*). Pues ¿qué mayor desconocimiento, qué mayor ingratitud, que dejar pasar en vano, y no hacer caso de un tal ejemplo de perdon y amor, y hacerse ya sin fructo para los cristianos aquello que Jesucristo con tan encarecido ejemplo nos encomendó (*s*)? Esto es, cristiano, lo que debes considerar en tus injurias, y hacérsete han tan dulces, que vengas á sacar miel de la boca del leon (*t*): esto es, de la ferocidad, ira, y sinrazon del que ofendió. Y desta manera del tragador saldrá manjar, y del bravo y fuerte, dulzura. De manera que tus injurias, que tomadas á la ley del mundo te daban tormento, tomadas á la ley de Cristo te darán refrigerio.

(*m*) Matth. 5. (*n*) 1. Joan. 3. (*o*) 1. Joan 2. (*p*) 1. Joan. 3. (*q*) Apoc. 12. (*r*) Luc. 23. (*s*) Joann. 14. (*t*) Judic. 14.

CAPITULO VII.

Del sexto mandamiento de la ley de Dios.

No cometerás adulterio, dice el sexto mandamiento. Es negativo como el pasado; mas para entendimiento del afirmativo que en sí incluye, es de saber que la cosa que el hombre mas estima despues de su vida, es la honra de su mujer. Así lo muestra la experiencia en todos los hombres de razon y honra. Quiso Dios este amor entre los casados, y para él puso grandes prendas y natural inclinacion. Si el hombre conoce en su mujer sér y valor, de nadie hace tanta confianza como della, y ella de su marido. Tienen la vida y casa juntos, y todos los bienes y trabajos les son communes, y en los hijos igual parte. De aquí es que la mayor injuria que el hombre puede padescer, salva su vida, es tomarle su mujer, y á la mujer su marido; y es quebrantar aquella liga, y deshacer aquella amistad mandada por Dios (*a*). Por lo cual tras el mandamiento, *no matarás*, se sigue éste, *no serás adúltero*. Y así como el quebrantamiento del que dice, *no matarás*, es grande menosprecio de la obra de Dios; así el quebrantamiento deste sexto lo es de la fe que el Señor quiso que hubiese entre los casados, y de la certeza que Dios quiso que cada uno tuviese de su proprio hijo, para que tuviese cargo dél como de cosa tan propria, y tambien del grande sacramento que por el matrimonio es significado, que es el espiritual matrimonio de Cristo y la Iglesia redimida con su sangre (*b*). De todo esto hace escarnio y burla el adúltero.

Esto basta para algun entendimiento de la gravedad del pecado del adulterio. Mas es menester pasar mas adelante, y declarar si por este precepto es solamente defendido tomar la mujer ó el marido ajeno, ó si se extiende á mas. A esto se responde que para entero entendimiento deste mandamiento negativo, conviene que se entienda el afirmativo que en él se incluye; porque prohibiendo el adulterio, tambien se prohibe la raiz de donde nasce esta mala obra; porque si la raiz no fuese mala, no se daria por malo el fructo della. Quien avisa de la malicia del fructo, avisa de la malicia del árbol; pues no puede mal árbol dar buen fructo (*c*). Y así digo que en este mandamiento se prohibe el deshonesto ánimo consentido. Es pues aquí vedado todo el consentimiento feo, así como la misma obra. De manera que por el mandamiento afirmativo que este negativo trae consigo, se nos manda en este caso toda limpieza de cuerpo y ánima. Porque siendo el ánima morada de Dios, y el cuerpo morada del ánima; siendo Dios la misma pureza, quiere que todo sea puro y limpio; limpia alma, limpio cuerpo, limpios y castos ojos, modestas y honestas palabras, conversaciones, y tratos, y buenos ejemplos; con tan grande cuidado, que por nuestro descuido no juzguen de nosotros mal, y como no conviene á cristianos siervos de Dios. Estas son las obras deste mandamiento por la parte que es afirmativo.

De las obras dichas se sigue que las contrarias á este mandamiento son pensamientos torpes, palabras salidas de corazon deshonesto, encaminadas á este mal, livianas

(*a*) Marc. 10. (*b*) Ephes. 5. (*c*) Matth. 7.

conversaciones y tratos, y favorecerlos ó no estorbarlos. Pecan contra este mandamiento los padres, maestros, ayos, prelados, padres de familias, que en semejantes cosas son descuidados, y dan mal ejemplo á los suyos. Pecan contra este mandamiento los que por el regalado tratamiento de sus cuerpos dejan tomar fuerzas y crescer sus sensuales apetitos. Pecan gravemente los que tienen alguna compañía ó trato escandaloso, dando á todos que sospechar y en qué estropezar, porque en tal caso no basta tener limpio el corazon, sino que cuanto en sí es, mire por su fama y por la ajena, y por las enfermas consciencias de los prójimos, que no les dé ocasion de sospechar mal por su poco recato y miramiento.

Tambien peca contra este precepto, no solo el adúltero que toma la mujer ajena, mas aquel que tuvo ayuntamiento con alguna mujer, lo que llamamos simple fornicacion, como es de soltero con soltera, aunque sea con las públicas permitidas por las leyes humanas, no como cosa buena, sino como ménos mala, y por evitar otros mayores males. Tambien se prohibe el demasiado desenfrenamiento de los casados, particularmente adonde ni hay intento, ni esperanza de hijos, aunque no será mas de pecado venial.

Mas para entender bien la fuerza deste precepto, conviene advertir que no solo se prohibe aquí la torpeza de la obra consumada, y el consentimiento del corazon, sino tambien todo aquello que sopla y levanta la llama deste deshonesto deseo y propósito; como es la ociosidad y pérdida de tiempo, y superfluidad de ropas y galas, vanos juegos, cantares y bailes, gestos y ademanes descompuestos.

Mas aunque (á mi juicio) con lo que queda dicho tengo satisfecho á la declaracion deste precepto; para provocar y despertar mayor aborrescimiento contra este torpe vicio, quiero referir á este propósito algunos ejemplos sacados de las divinas Escrituras. Dice el Espíritu Sancto en el sexto capítulo del Génesis, que comenzando los hombres á multiplicarse sobre la tierra, que viendo los hijos de Dios (esto es, los honradores de un solo Dios, hijos de Set), las hijas de los hombres (esto es, de los hombres malos, que vivian como sin Dios), que eran hermosas, aficionados, juntáronse con ellas; y dijo Dios: Esto va malo; con hombres mas aficionados á carne que á virtud no permanecerá mi espíritu. Por este vicio se comenzó á encender y abrasar el mundo en aquel fuego contra el cual Dios envió el general Diluvio sobre toda la tierra (*d*). Por este vicio fuéron abrasadas aquellas cinco ciudades (*e*). Por solo el propósito de cometer deshonestidad con Sara, mujer de Abraham, fué el rey Abimelec castigado con esterilidad en todas sus mujeres, y por poco no le mató Dios, aunque él no pensaba que cometia adulterio (*f*). Esto mismo habia acontecido ántes con la misma Sara á Faraon, rey de Egipto (*g*), que por el mismo mal propósito fué herido de Dios él y su casa con muchas plagas. Por la fuerza que hizo á Dina, hija de Jacob, el príncipe Sichem, hijo del rey Hemor, rey de Sichar, no solo el autor del pecado, mas su innocente padre, y toda la ciudad, fuéron puestos á cuchillo todos los varones (*h*). Porque algunos del pueblo de Dios se aficionaron y trataron con los moabitas, mató Dios veinte y cuatro mil de su pueblo (*i*). Es alabado el sacerdote

(*d*) Genes. 7. (*e*) Genes. 19. (*f*) Genes. 20. (*g*) Gen. 12. (*h*) Gen. 34. (*i*) Num. 25.

Finees, que viendo á un príncipe de su pueblo entrar sin vergüenza á una señora madianita, tomó una espada y los cosió juntos en su pecado. Por un adulterio (afuera de millares de muertos en la batalla de los ciudadanos de Gabaa, y del tribu de Benjamin) fué abrasado y casi asolado este tribu, con su principal ciudad, villas y lugares (*k*). Dice la Escriptura sagrada que no le valió á Salomon su grande sabiduría contra este vicio; que así fué abrasado deste infernal fuego con las mujeres extranjeras, que le hicieron adorar los ídolos, y desamparar al verdadero Dios por sus mujeres (*l*). Por lo cual fué castigado por Dios, si no en sus dias, por amor del sancto rey David, su padre, en muriendo dividió la divina justicia el reino de Israel, y se apartaron con Jeroboam en Samaria diez tribus, y quedaron solos dos en Judea con Roboam, hijo de Salomon; el cual padesció muchas calamidades, así él como sus descendientes, en pena del pecado de Salomon.

Viendo pues tales ejemplos y avisos de la divina Escriptura, escarmentemos y huyamos, como de rabioso perro ó víbora, este torpe vicio en todas sus especies. Suene siempre en nuestros oídos aquella celestial trompeta (*m*): Huid de la fornicacion; porque todos los otros pecados que el hombre comete, son fuera de sí mismo; mas este torpe vicio es en perjuicio y injuria de su proprio cuerpo. ¿No sabeis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Sancto? Considerad pues que no sois vuestros, como la casa es de su dueño; Cristo es vuestro dueño, que os compró con su preciosa sangre, y por sus merescimientos mora en vosotros por gracia del Espíritu Sancto. Y en otra parte dice el mismo Apóstol (*n*): La fornicacion y cualquiera inmundicia no se nombre ni se conozca entre vosotros, como conviene á gente sancta, ni aun en palabras que suenen á deshonestidad, ni chocarrerías sin provecho, que denotan liviandad y poco seso. Nuestra lengua siempre hable alabanzas del Señor. En otro lugar dice (*o*): El lujurioso y avariento será contado y castigado con el idólatra, y así será excluido del reino de Dios. Esta es (dice él) la voluntad de Dios, que seais sanctos, y como sanctos estimeis vuestros cuerpos, y useis dellos como de vasos diputados para el altar, que solo sirven al altar, y no en pasiones y torpes apetitos, como las gentes que no conocen á Dios (*p*). No digamos mas deste mandamiento, dejemos lo demas á los confesores.

CAPITULO VIII.

Del séptimo mandamiento de la ley de Dios.

El séptimo mandamiento dice: *No hurtarás.* Este tambien es negativo, y trae consigo su afirmativo. Síguese convenientemente tras el sexto; porque despues del amor de la mujer, es el de la hacienda. Aquel dice: No tomes la mujer ajena; y este, no le tomes sus bienes; la razon que dimos en los otros mandamientos que prohiben alguna cosa, tiene tambien lugar en este. Dijimos que adonde se prohibe la obra, se prohibe la raiz de donde sale la tal obra; como quien prohibe un fin, prohibe el medio, sin el cual no se alcanza aquel fin. En este mandamiento, prohibiendo el hurto, se prohibe la raiz de donde sale esa mala obra. Son las raices del hurto,

(*k*) Judic. 20. (*l*) 3. Reg. 11. (*m*) 1. Cor. 6. (*n*) Ephes. 5. (*o*) 1. Cor. 6. (*p*) 1. Thess. 4.

avaricia y cobdicia de las cosas ajenas, la invidia dellas, y el menosprecio del que las posee.

Por lo contrario, con el afirmativo que se incluye en este negativo, se nos manda la preparacion de ánimo, que en este caso tenemos obligacion de tener. Esta preparacion es una anchura de alegre corazon y buena voluntad para nuestros prójimos, con la cual nos holgamos de todo su bien (como deseamos todos se huelguen con nuestros bienes), con voluntad de dar de los nuestros en caso de necesidad. Esta preparacion de ánimo facilita al hombre para el cumplimiento deste mandamiento, por la parte que encierra en sí el afirmativo.

Las obras contrarias á este mandamiento negativo, *No hurtarás*, son tomar lo ajeno contra voluntad de su dueño: aquí entra el persuadir á los hijos ajenos y esclavos, que hagan algo contra la voluntad de sus padres y señores, no siendo la voluntad del padre y señor contra la ley de Dios, que es el Padre y Señor universal, que sobre todo ha de ser amado, honrado, obedescido y temido. Y lo que decimos de los hijos miéntras están á cuenta de sus padres y tutores, se entiende de las mujeres sin licencia y voluntad de sus maridos. Destos no se ha de tomar cosa que se entienda que es contra la voluntad del Señor, padre, ó marido. Pecan contra este mandamiento los que no obedecen á las sentencias de sus alcaldes y jueces. Tambien los que traen pleitos injustos, ó á sabiendas los defienden y dilatan. Tambien pecan contra este mandamiento los que no pagan cumplidamente los diezmos y primicias; los señores que no pagan á sus criados, ó les dilatan las pagas con daño de los mismos, porque vengan á contentarse con ménos de lo que se les debe; los que mezclan las cosas que venden y dan uno por otro, ménos bueno, al precio de como vale lo bueno, y no dan justo peso y llena medida; los que traen contratos usurarios ó injustos; los que venden en mas al fiado que de contado, saliendo del precio riguroso que corre de presente, de manera que solo por fiar venden á mas; los que contra las leyes y estatutos votan en cabildos, y ayuntamientos, y cátedras, y elecciones; los que admiten personas indignas para oficios eclesiásticos ó seglares, ó las prefieren á las que son dignas; los jueces que disimulan con malos ministros y oficiales, que ó dañan del todo, ó menoscaban los negocios por insuficiencia ó malicia; porque estos son ladrones de la república; los que pueden y no socorren al prójimo en su grande necesidad.

Pecan contra este mandamiento los que desconfían de la verdad, bondad y providencia de Dios; por lo cual procuran medios ilícitos para remediarse. Desta desconfianza nasce el pensamiento de hurtar. Este demasiado cuidado que tenemos de nuestra honra, y del sustento honrado, y de lo que ha de quedar á los hijos, es la fuente de nuestras cobdicias, y de los muchos y graves males que dellas se siguen; que si verdaderamente se fiasen los hombres de las divinas promesas, y de la providencia de Dios, sin duda con solo no descuidarse de tomar los medios justos y lícitos, Dios les socorreria. Y cuando esto hiciéremos, aunque al presente nos parezca que el Señor no nos acude á nuestros intentos, habemos de tener por conveniente el succeso, como guiado por la divina sabiduría y bondad. Mas como á los mundanos y pecadores les falta esta confianza de Dios (cual tienen los buenos, como buenos hijos, fiados del buen padre) paréceles mejor procurar lo que desean, por los medios que ellos imaginan que son mas breves, aunque no sean tales, ántes que aguardarlo de Dios, de quien temen que al mejor tiempo les faltará; y que vale mas ver los bienes presentes, bien ó mal habidos, y valerse dellos, que esperarlos de Dios, que, ó no se los dará, ó si se los diere, no serán á la medida que sus cobdicias piden, y ellos creen que podrán alcanzar por medios humanos. Los cuales, aquellos les parecen mejores, que les prometen la mas breve consecucion de sus deseos.

De aquí nace no haber verdad, ni lealtad, ni amistad entre los hombres, vejar los superiores y señores á los menores, y el desobedecerles sus súbditos, quebrantarse las leyes sin respecto de verdad ni justicia; ni hay cosa segura de la cobdicia y maldad humana. Contra la cual ni basta obligacion de sangre, ni amistad de buenas obras recibidas, ni temor de Dios, ni vergüenza de las gentes y honra del mundo, ni la veneracion y religion de los templos y altares, para enfrenar tanta cobdicia, tantos hurtos, tantos sacrilegios secretos y públicos, claros y disimulados. De lo dicho queda fácil el conocimiento de todos aquellos que están comprehendidos por transgresores deste mandamiento, *No hurtarás*. Mas dejando agora aparte los ladrones y robadores públicos, que son conocidos de todos, y ellos conocen su pecado, de los cuales dice el Apóstol que no poseerán el reino de Dios (*a*), digamos primeramente de los usurarios, los cuales no solo se tienen por gravemente injuriados de que los predicadores los llamen ladrones, ántes creen que merecen ser contados entre los misericordiosos, como hombres que acuden y socorren á los necesitados. Y realmente serían dignos desta honra y opinion en el mundo, y premiados por misericordiosos, del Padre de las misericordias, si prestasen graciosamente por Dios y por amor del prójimo; mas si prestan porque les vuelvan mas por razon del empréstito, no hay duda que su liberalidad es avaricia, y su misericordia crueldad, porque desta manera chupan el sudor y sangre del pobre, y son legítimos ladrones.

Oigamos pues lo que la divina Escriptura dice de los tales. Dijo el Señor hablando con los de su pueblo (*b*): Si prestares tu dinero al pobre, no cobres dél con costas, como cobrador de rentas, cuando él realmente no puede, ni se lo prestes á usura; y si le prestaste sobre prenda, sobre su capa, ó sayo, ó frazada de la cama, y no le queda con qué cubrirse, vuélvesela ántes que se ponga el sol, porque si desabrigado y afligido del frio diere voces á mí, oirle he, que soy misericordioso. Y en otro lugar dice (*c*): Teme á tu Señor Dios; porque pueda tu hermano vivir contigo, no le dés tu dinero á logro, ni le pidas mas trigo que le prestaste. Justo y bienaventurado llama el profeta Ecequiel al que presta sin usura, ni recibe mas que dió (*d*). Mas por el contrario dice del usurero (*e*): Recibiste mas de lo que prestaste, y por tu avaricia pusiste pleito á tu hermano, olvidándote de mí (dice el Señor Dios), por esto despertaste en mí la ira y indignacion por tu avaricia. En otro lugar dice (*f*): No prestarás á logro, á tu hermano, dinero, ni trigo, ni otra cosa. Y en el mismo lugar: Prestarás á tu hermano porque Dios te bendiga. Esta doctrina predicó despues el Salvador, diciendo (*g*): Haced bien sin esperanza de

(*a*) 1. Cor. 6. (*b*) Exod. 22. (*c*) Lev. 25. (*d*) Ezech. 18. (*e*) Ezech. 22. (*f*) Leu. 25. (*g*) Luc. 6.

mas retorno, y no tomeis mas de lo prestado, y seréis hijos del Altísimo, y hallaréis el premio en el cielo.

Digamos algo de los que defraudan á sus hermanos con pesos ó medidas falsas. Dijo el Señor á los de su pueblo (*h*): No tendrás en tu casa diversos pesos, uno justo para amigos y conocidos, y otro falto para pasajeros, y que no son conocidos ni amigos; porque es cosa que Dios aborrece. Contra los tales, dice el profeta Amos (*i*): Oid, desolladores de pobres, que les vendeis las limpiaduras por trigo, y acortais la medida para vender, y ensanchais para comprar, y poseeis los dineros ajenos. Por ventura, ¿no son bastantes estos males para que tiemble la tierra y lloren sus habitadores? Allí pone gravísimas amenazas á toda la tierra que los consiente; porque pasen por las mismas penas hacedores y consentidores. A este propósito de los robadores con falsas medidas, dice el profeta Miqueas (*k*): ¿Quién aprobará tal maldad? Ardiendo está el fuego en la casa del malo, tesoros de maldad, y medidas desiguales, llenas de ira. ¿Aprobaré yo la balanza engañosa, con la cual los ricos tienen sus casas enriquecidas de maldad, mentirosos engañadores? Yo te comenzaré á herir por tus pecados (dice el Señor), tú comerás y no te hartarás, y serás de tus enemigos oprimido; sembrarás y no cogerás; molerás la aceituna y no sacarás para untarte; vendimiarás, mas no beberás el vino de tus uvas. Son amenazas contra los defraudadores con falsos pesos y medidas raidas.

Vamos á los que venden con engaño, ó vendiendo lo vil por precioso, ó por mas caro que communmente vale, tambien son del número de los ladrones. Con estos habla la Escriptura, diciendo (*l*): Cuando vendieres alguna cosa á tu hermano, no le hagas agravio. Y el Apóstol (*m*): Ninguno tenga desigualdad con su hermano, ni trate de engañarle en los negocios que con él tratare; porque castigará Dios á los tales, como os lo tengo testificado.

Tambien son comprehendidos en hurto (aunque ellos no lo piensan), los que pudiendo pagar, detienen las soldadas y partidos de los criados, y los jornales de sus peones y jornaleros. Con estos habla el apóstol Santiago, cuando dice (*n*): El jornal de vuestros peones que segaron vuestro trigo, está dando voces contra vosotros, y sus gritos suben y llegan delante del Dios de los ejércitos. A los de su pueblo dijo el Señor (*o*): El jornalero, siquiera sea tu hermano necesitado, siquiera tu vecino, ó extranjero, no se vaya á acostar sin su jornal pagado; porque su necesidad dará voces al Señor, y castigarte ha. Esto dejó muy encargado el sancto viejo Tobías á su hijo, diciendo (*p*): Nunca, hijo, detengas el jornal de tu obrero. Aquí miren los obreros que trabajen fielmente, y lleven bien ganado su jornal; porque de otra manera tambien serán contados con los ladrones.

Otra cuadrilla de gentes hay que tambien en alguna manera son ladrones, como son los avarientos falsos pobres, que fingen la necesidad que no tienen; y como estos, por otro extremo, los holgazanes y desperdiciadores de sus haciendas, y pródigos que echan á perder lo que es de sus hijos y de los pobres; los avarientos, cuya felicidad es ver el dinero en sus cofres, y allegar; y por eso á los suyos y á sí mismos niegan lo necesario, cuanto mas á los pobres, y así tambien en su manera son ladrones.

(*h*) Deut. 25. (*i*) Amós. 8. (*k*) Mich. 6. (*l*) Lev. 25.
(*m*) Thess. 4. (*n*) Jacob. 5. (*o*) Deut. 24. (*p*) Tob. 4.

CAPITULO IX.

Del octavo mandamiento de la ley de Dios.

Dice el Señor por este precepto: *No levantarás contra tu prójimo falso testimonio.* Este precepto con los dos que se siguen, son como una muy clara exposicion de todos los siete pasados. En este se prohiben los daños que se siguen de la lengua contra nuestros prójimos, y tiene principal lugar este precepto en los juicios públicos; porque en aquel tribunal se da crédito al testigo y al juez, y sus dichos allí son de grande autoridad y peso, y dellos puede parar mucho daño ó provecho al prójimo, así en la hacienda, como en la fama y vida. Por esto se manda que nadie sea testigo falso; diga su dicho llana y verdaderamente, sin calumnia ni malicia, sin ánimo de hacer mal. Tambien es falsario el que presenta á sabiendas el testigo falso, y el que se lo persuadió, y el escribano ó juez que entendiendo la maldad, disimulan y consienten. Es tambien falso testigo el juez que tuerce la ley, y no procura ser informado de la verdad.

Creo que si los hombres entendiesen la gravedad deste pecado de levantar falso testimonio, no se usaria tanto como hoy vemos. Es este pecado un atrevimiento contra Dios, tan desaforado, que es como decirle que miente; lo mismo es traerle por confirmador de nuestra falsedad y mentira. Pruébase esto desta manera. Dios es el sabidor de toda verdad, sabe quién la trata, y quién no: á él, como á único oráculo y juez della, habemos de acudir para saberla. Quiso que honrásemos tanto al hombre, por ser hecho á su imágen y semejanza, y como lugarteniente suyo en la tierra, que nos remitió al hombre para que él nos dijese lo que alcanzase della, y esto es cuando nos mandó acudir al juez para que dél supiésemos las verdades que nos importan saber, por medio de los testigos preguntados jurídicamente. Pues si estos, á los cuales Dios me remite, la tuercen, encubren, escurecen ó mudan, y hacen de la verdad mentira, y de la mentira verdad, ¿esto no es hacer á Dios mentiroso, siendo como lugartenientes de Dios aquellos, á los cuales Dios nos manda que acudamos, para dellos saber la verdad que Dios les mandó que inquiriesen? Por Moises envió el Señor este recado á los jueces (*a*): Oid á todos igualmente, y juzgad rectamente, agora sean vuestros parientes, ó no, sean vuestros naturales, ó extranjeros: así oiréis al pequeño como al grande, á cada cual valga su razon y justicia, acordándoos que este es juicio de Dios. ¿No veis como dice á los jueces, que ellos están en su lugar? Es decir: vosotros que estáis en lugar de Dios, y ejercitais el oficio de Dios, sois obligados á salir por la honra de Dios, procurando todo lo que os fuere posible ser justos y rectos como Dios; y el que ni lo procura, ni lo quiere ser en su tribunal, hace á Dios injusto y mentiroso; que es intolerable blasfemia.

Es este mandamiento negativo, y así como los demas negativos, trae consigo incluso su afirmativo. Pide con el afirmativo simpleza y llaneza de corazon, ánimo libre de toda malicia, y porque esto falta, sobran los falsos testimonios. Quiérenos el Señor sencillos, que no sentenciemos ántes de tiempo, ni nos inclinemos de presto á la peor parte; que tengamos prudencia de serpiente para huir toda la ocasion del mal, y velemos sobre nosotros, y tengamos con esto para con nuestros prójimos

(*a*) Deut. 1.

simplicidad de palomas; sintamos con ternura sus trabajos, que los favorezcamos, que hablemos bien dellos, y en cuanto en nosotros fuere, encubramos sus faltas, compadeciéndonos dellas.

De manera que por la parte que este mandamiento es afirmativo, nos prohibe no solo el falso testimonio, mas toda la palabra con la cual nuestro prójimo puede ser ofendido, y nos pone freno para que nuestra lengua nunca se desmande. Es nuestra lengua instrumento de ira, de la soberbia, de la lisonja y de la mentira, de la murmuracion y vanagloria. En un punto salen estas cosas del corazon mal acostumbrado, á la lengua desenfrenada. Estas son las armas mas á mano, y con las cuales mas presto tomamos venganza; y siendo la lengua la cosa con que de presto mas daños hacemos, es el daño de que ménos caso hacemos y nos emendamos. Por lo cual nos puso Dios este precepto para enfrenar nuestras lenguas.

Y así no solamente son quebrantadores deste precepto los que en juicio condenan falsamente al prójimo, mas tambien los que esto hacen en la plaza, ó en sus particulares conversaciones. Pecan los que descubren las faltas de sus prójimos; porque, aunque digamos verdad, el descubrirlo trae consigo cierta manera de falsedad; porque es contra la verdad de la ley natural, que dice: Lo que para tí no quieres, no procures á tu hermano; y contra la ley del secreto, sin resultar de descubrirlo ningun provecho público ni particular, sino daño y menoscabo del buen nombre, opinion y fama del prójimo.

De aquí se entiende cómo pecan tambien contra este precepto los que son grandes censores, y se dan á entender y quieren ser tenidos por celosos aborrescedores de los vicios, y que así los aborrescen en los otros, que del todo carecen de ellos en sí. Estos siempre murmuran de los que tienen mando y gobierno, poniendo en su modo de gobernar faltas, dando á entender que de otra manera mas puesta en razon fuera el gobierno si estuviera á su cargo. Estos son communmente envidiosos y ambiciosos, como Absalom (*b*), que murmuraba del gobierno del tiempo de su padre, disfamándolo porque le diesen el reino. El oficio de inquirir y saber las faltas ajenas, no es de celosos inferiores, sino de los superiores, á cuyo cargo está el emendarlas y castigarlas. Tambien es oficio de celosos predicadores, que las han de reprehender, y enseñar el gobierno cristiano; y aun los predicadores han de hacer esto con aquella modestia que les enseña la divina Escriptura y los sanctos.

Pecan pues contra este mandamiento todos los mentirosos, y todos los murmuradores y sueltos de lengua, y todos los hipócritas. Entran tambien aquí los vanagloriosos y lisonjeros, porque los unos y los otros son mentirosos y falsos.

Mas para saber cuándo una mentira es pecado venial ó mortal, hánse de notar tres diferencias de mentiras que nos enseñan los teólogos. La primera, cuando fué con intento de dañar, aunque no se siguiese el daño, es mortal, salvo si el daño pretendido fuese tan lijero, que su liviandad le excusase de pecado mortal, como en el hurto la parvidad de la materia excusa de mortal. La segunda, cuando con mi mentira pretendo aprovechar, y della no pretendo daño para ninguno, es pecado venial. La tercera es la mentira de burlas; aunque todos entiendan que me burlo, tambien es venial, y hase de huir, y no hacer costumbre en estas burlas, si no es que con ella solo pretendo aliviar mi melancolía ó la de otro; y no se ha de seguir mas que risa y alivio: en tal caso es virtud de urbanidad, como se ve en los vejámenes.

La mentira que es en daño de la fama, se ha de huir sobre todo; porque es derechamente contra este mandamiento, por el cual el Señor ampara la fama de cada uno. Con la lengua puede uno dañar á otro, no ménos que el ladron, adúltero y homicida. Ladron, adúltero y homicida se puede llamar, y por tal será condenado, el falso robador de la fama y honra de su hermano; homicida, porque con su venenosa lengua, como saeta herbolada, hiere la fama, que el hombre á veces estima mas que la vida; adúltero, porque ensucia con su torpe falsedad la hermosa y resplandesciente verdad; y ladron, porque con su falso testimonio roba la fama, que es de mas valor que la hacienda.

Prohíbese por este mandamiento la murmuracion; porque abre la puerta á la detraccion, que es el ladron de la fama. Tres males trae consigo la murmuracion. El primero es estar pared en medio con el pecado mortal; porque muy poco hay de la murmuracion á la detraccion, fácil es el paso del uno al otro. En comenzando uno á murmurar, presto pasa de los defectos naturales á los morales, de los communes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes, y dejan á sus prójimos entiznados, ú del todo infamados; porque comenzándose la lengua á calentar en la plática, enciéndese el deseo de encarecer las cosas, y enfrénase tan mal el apetito de nuestro corazon (que allí crece) de traer al otro á nuestro parecer, y que apruebe lo que decimos, que soltamos la rienda al encarescimiento, con el cual pasamos el término de la murmuracion á la detraccion.

El segundo mal de la murmuracion es ser siempre dañoso. No se pueden en él excusar tres males cuando ménos. Daña al que murmura, y á los que se calientan al fuego que la lengua murmuradora está soplando, y al ausente de quien se murmura. Tienen las paredes oídos, y alas las palabras, y los hombres son amigos de hablar y ganar voluntades, y congraciarse con otros, llevando y trayendo semejantes nuevas. De aquí nace que llega presto á las orejas del infamado, el cual luego se embravesce con quien le infamó, y de aquí se siguen, ó sangre, heridas y muertes, ó enemistades para toda la vida. Por lo cual dijo el Sabio (*c*): El escarnecedor y maldiciente será maldito; porque revolvió á los que estaban en paz. Todo esto nació á veces de sola una palabra perjudicial; porque una centella es principio de abrasarse una casa.

El tercero mal que acompaña á la murmuracion, es ser vicio muy aborrescible é infame entre los hombres. Todos aborrescen á las personas de malas lenguas, como á las víboras. Por lo cual dijo el Sabio (*d*): Es terrible cosa en la ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mas quieres tú que te diga, para que aborrezcas vicio tan dañoso é infructuoso? ¿Para qué quieres ser de balde infame y aborrecible á Dios y á los hombres?

Haz pues agora cuenta, hermano, que la vida del prójimo es para tí el árbol vedado, y por consiguiente que de todas cuantas cosas hay en el mundo puedes hablar si no en esta. Sean todos de tu boca honrados y vir-

(*b*) 2. Reg. 15.

(*c*) Eccl. 9. (*d*) Ibid.

tuosos, y ninguno sea de tu boca malo. Desta manera excusarás infinitos pecados y remordimientos de consciencia, y serás amado de Dios y de los hombres; porque de la manera que hablares de todos, hablarán todos de tí; y como honrares, serás honrado. Haz un freno á tu boca, y ten siempre atencion á engullir y tragar así de las palabras que oyes, como de las que querias decir, cuando vieres que llevan sangre. Y cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones, y serás grande emperador si sabes sojuzgar tu lengua. No cuides que te excusas deste vicio, por mas artificiosamente que murmures, alabando primero al que quieres reprehender; que entónces te haces semejante á algunos sangradores, que primero frotan y untan la tabla del brazo, que hieran y saquen sangre. Destos dice David (*e*) : Parecen sus palabras mas blandas que el aceite, y realmente son saetas. Es esta manera de murmurar tanto mas perjudicial y dañosa, cuanto mas artificiosa. Y con ser grande virtud el abstenerse de toda especie de murmuracion, resplandesce mas, y es mas loable y admirable, cuando ni murmuramos, ni queremos oir murmurar de los que nos han ofendido, porque cuanto es mas fuerte aquí el apetito de hablar ó oir mal de los que nos han ofendido, tanto es de mas virtuoso y generoso ánimo refrenarse en esta parte. Por esto conviene aquí el mayor recato, adonde es mayor el peligro.

Mas no te contentes con solo refrenar tu lengua de la murmuracion, sino tambien de oir los maldicientes, guardando el consejo del Sabio, que dice (*f*) : Tapa tus oídos con espinas, porque no oigas los maldicientes. No dice que tapemos los oídos con algodones (que parece mas commodo), ó con otra cosa blanda, sino con espinas, fué decir : No halle en tí blandura la lengua del maldiciente. Esto significó, y mas claramente lo dijo en otro lugar (*g*) : El viento cierzo deshace las nubes, y el semblante triste la lengua maldiciente. Si el que murmura es ménos que tú, á quien sin descortesía puedes hacer callar, luego le debes ir á la mano; y si es tu igual, procura cómo se mude la plática, y se corte el hilo de la murmuracion, ó por lo ménos cortesmente muestra pesadumbre, porque se vuelva del camino y lo deje; porque si te viere con buen rostro, darle has ocasion á que pase muy adelante, y serás con él igual en la culpa. Mal parece estarse calentando con gusto al fuego que quema la casa, estando obligado á tomar el cántaro y socorrer con agua.

Entre las murmuraciones la peor es murmurar de los buenos, y de los que se ocupan en las obras de devocion y piedad : esto es, retraer y acobardar á los flacos en el servicio de Dios, y cerrar la puerta á muchos que no osen entrar; porque aunque esto no sea escándalo para los mas aprovechados, eslo para los principiantes y novicios en la virtud. Y porque no tengamos en poco esta manera de escándalo, acordémonos de lo que dice el Señor por Sant Mateo (*h*) : Peor sentencia habrán allá los que escandalizan á los pequeñuelos, que tuvieron acá los que fuéron echados á la mar con piedras de molinos á los cuellos.

(*e*) Psal. 54. (*f*) Eccl. 28. (*g*) Prov. 25. (*h*) Matth. 18.

CAPITULO X.

Del noveno y décimo mandamiento de la ley de Dios.

Dice el noveno mandamiento : *No cobdiciarás la mujer de tu prójimo*. Y el décimo : *No cobdiciarás la hacienda ajena*. Parecióme juntarlos, porque la declaracion dellos va por un mismo camino, tanto que algunos dijeron que estas dos sentencias no hacian mas de un mandamiento; mas el uso y costumbre de la Iglesia los divide, y los pone en número de dos, y cuenta diez.

Mas parece que estos dos preceptos sobran y son superfluos; porque el noveno está declarado en el sexto, donde se prohibe el adulterio, y el décimo queda ya declarado en el séptimo, adonde se nos manda que no hurtemos. Este órden guardamos en la declaracion de todos los mandamientos, que en cada negativo declaramos otro afirmativo incluso en el negativo, y en los mandamientos afirmativos dijimos que habia inclusos otros negativos. Dijimos allí que por los afirmativos inclusos en aquellos negativos sexto y séptimo, se pedia no solo limpieza de manos y obras, sino tambien de corazon.

Con todo respóndese á esta duda, que no por esto se concluye que estos dos sean superfluos. Porque aunque sea verdad, y la razon así lo enseñe, que en sus sanctos mandamientos no solo pide Dios limpieza de manos y obras, sino tambien de corazon; eso lo pidió como secreta y encubiertamente con los mandamientos afirmativos, que dijimos que habiamos de entender inclusos en los negativos, como lo han entendido los doctos; mas la rudeza vulgar es grande, y la perversidad de la malicia humana poderosa para contradecir, y así contra ella fué necesaria esta expresa y manifiesta declaracion, para del todo convencer nuestra malicia, y no dejarle ninguna pretension de excusa con que desobligarse desta interior limpieza, si no hallase precepto que la mandase claramente. Esta fué la razon de poner estos dos postreros que prohiben los deseos, y piden limpieza de corazon, y son como una breve declaracion de los pasados. Como las obras son las que mas dañan y ofenden al prójimo, y estas son subjectas al juicio humano, en las cuales el hombre puede sentenciar, estas se pusieron en todos los mandamientos de la segunda tabla clara y distinctamente; porque esta es la justicia exterior, subjecta á la vista humana, y esta conocemos y pedimos unos á otros. Mas la otra justicia, que es interior, escondida de nosotros, esta pide Dios, que ve los corazones, y los quiere limpios, no contento con que no sea ofendido el prójimo, mas que ni tal cosa se nos asiente en el corazon; porque estemos muy léjos de hacerle mal, y nuestros corazones sean puros en los ojos de Dios. No se contenta con que yo haga buenas obras á mi prójimo, si acaso me queda contra él el mal deseo, ni bese manos que deseo ver cortadas, sino que así como los beneficios y mercedes que su Majestad nos hace, salen de una larga y benigna voluntad, llena de misericordia y amor, así quiere que nuestras obras sean para nuestros hermanos; que entre ellas y el corazon no haya diversidad ó fingimiento. Mas, como habemos dicho, siendo grande la rudeza de los hombres y la malicia, podia decir que no entendia estas sutilezas de los doctores, que Dios no habia dicho claramente. Por esto lo puso el Señor expresamente en estos dos últimos preceptos : *No cobdiciarás la mujer*

ajena : *No cobdiciarás los bienes ajenos.* Adonde claramente pide esta limpieza de corazon.

Cuán necesaria fué esta tan clara expresion de la limpieza de corazon, muestra bien la doctrina de los fariseos (*a*), segun la cual bastaba para cumplimiento de los mandamientos la justicia exterior de las obras : esto es, bastaba segun ellos no hacer mal, aunque le deseasen mal. De aquí nacia su grande arrogancia, de que en las obras exteriores no eran reprehensibles, aunque tenian sus corazones dañados, haciendo solo precio y estima de la justicia exterior que parece á los ojos de los hombres, y no de la limpieza del corazon, que hace al hombre justo en los ojos de Dios.

Tambien es aquí de notar que con estos dos mandamientos se nos prohiben unas obras que no parecen sujetas á la justicia humana; como es solicitar el criado y servicio ajeno, que se pase á nuestro servicio, y el hijo ajeno para casamiento. Son obras contra el décimo mandamiento, que estrecha nuestra cobdicia y ensancha la caridad, cuya propria declaracion es por el otro mandamiento, que dice : *Amarás al prójimo como á tí mismo.* Y por la ley natural : No hagas con tu prójimo lo que no quieres que él haga contigo.

Acerca de la cobdicia de la mujer ajena, es de notar que muchos no la cobdician por ser deshonestos y por adulterar; mas con todo desean que el marido se muriese, para que ellos la pudiesen haber por mujer. Esto tambien es contra este mandamiento, y contra la ley natural : lo que para tí no quieres, no quieras para el otro. Estos dos mandamientos, que son de ley natural y de caridad, bien sé que á los hombres carnales, y que no tienen ninguna experiencia de la libertad y alegría que la caridad trae consigo, son pesados; mas esto no es maravilla, porque á los tales todo el Evangelio y yugo de Jesucristo es pesadísimo. Bien puede el hombre procurar su provecho; mas esto ha de ser sin pasar las leyes de Dios, segun las cuales no puede hacer daño á su prójimo.

Tambien somos aquí avisados que procuremos subjectar nuestra mala inclinacion, haciéndonos cada dia mas señores della, y en particular en la cobdicia; porque desta nacen muchos males, y si desto nos descuidamos, nuestro descuido le añade fuerzas, y se resfrian en nosotros los buenos propósitos, y se apocan las divinas inspiraciones, y se enflaquece el libre albedrío.

Todo lo dicho es para que se entienda este secreto aviso que se nos da con estos dos mandamientos, dados de la mano del misericordioso Padre, y así llenos de claridad y remedios contra los engaños de nuestro enemigo, que con tanta diligencia y cuidado busca nuestra perdicion.

Mas no se engañe ninguno creyendo que por el mismo caso que entró en su corazon el mal deseo, luego entró el pecado; porque una cosa es sentir, y otra consentir : una ser tentado, y otra ser vencido de la tentacion. No hay pecado sin voluntad, ni voluntad sin gusto; si tu sentimiento no es con gusto, sino ántes con pesar, tan léjos estás del pecado, como del gusto. Enfermedad es de nuestra estragada naturaleza la inclinacion á lo malo; mas esto no nos es contado por pecado, por los merescimientos de nuestro Redemptor Jesucristo, mas estamos obligados á resistir á este sentimiento, refrenando nuestro corazon que no consienta, y nuestra voluntad que no obedezca; porque conservemos esta limpieza de corazon, y esto, segun dice el Sabio, podemos hacer (*b*). No nos vamos (dice él) con la voluntad tras los malos deseos. Segun la doctrina de nuestro Salvador (*c*) : Velemos y oremos, porque no seamos vencidos de la tentacion. Armémonos de virtudes contra los vicios, conforme al consejo del Apóstol, que dice (*d*) : Tomad las armas de Dios para que podais estar firmes en el dia de la tentacion. Ceñíos con la verdad y rectitud de intencion; vestíos el arnes de justicia; calzaos de buenos deseos, conformes al Evangelio de paz, y de todos los encuentros os escudad con la fe (en el cual escudo recibiréis las saetas del enemigo encendidas), y la celada de la firme esperanza de vuestra salvacion por Jesucristo, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Desta manera armados resistamos al diablo, y huirá de nosotros, segun dice el apóstol Sanctiago (*e*).

(*a*) Matth.

Por estos dos mandamientos se nos manda la diligencia en la guarda de nuestros corazones; porque, como dice nuestro Salvador (*f*), no lo que entra por la boca (sino es prohibido por la Iglesia, se debe entender, iba ya derogando las prohibiciones de manjares de la ley vieja), sino lo que sale del corazon, ensucia al hombre. Porque del corazon sale la ejecucion de los malos pensamientos, homicidios, fornicaciones, adulterios, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Por estos dos últimos preceptos vemos claramente cómo la ley es espiritual, para cuyo cumplimiento se pide puro corazon. Tambien nos dan á entender la dificultal del cumplimiento de la ley de Dios; porque pues pide pureza de corazon á hombre carnal, ¿quién podrá decir : Limpio y puro es mi corazon (*g*)? Conozcamos pues nuestra insuficiencia, humillémonos, y con ardientes deseos y con lágrimas pidamos la divina gracia, y con ejercicios de buenas obras la procuremos.

§. Único.

Del beneficio grande que Dios nos hizo en manifestarnos su voluntad por los divinos mandamientos.

Estos son los mandamientos por los cuales la divina bondad nos manifestó su sancta voluntad (beneficio nunca bien entendido, ni bien servido); estos ha de amar y guardar en su corazon todo fiel cristiano, como medio único necesario para su salvacion, por solo el cual, y no por otro, siendo adulto, Dios le quiere salvar. Por esto ha de tener por averiguado que el demonio, mundo y carne, se han de armar contra él, para solo procurar que los quebrante. Conviene pues resistirles valerosamente, y tener en poco todas las amenazas y daños que le pueden venir, porque de los valerosos es el reino del cielo (*h*); y este valor consiste en la guarda desta ley, como medio del todo necesario al adulto para ir al cielo. Por el cual perder todo lo que el mundo puede dar, y padescer todo lo que puede amenazar, es grande ganancia, y es trocar lo temporal por lo eterno.

Consideremos que estos enemigos que aquí nos persiguen, por una parte regalando, y por otra amenazando, estos despues desta vida no han de ser nuestros jueces y premiadores, sino crueles enemigos, acusadores de las cosas en que con ellos consentimos, y que el legis-

(*b*) Eccl. 18. (*c*) Matth. 26. (*d*) Ephes. 6. (*e*) Jacob. 4.
(*f*) Matth. 15. (*g*) Prov. 20. (*h*) Matth. 11.

lador desta ley y mandamientos ha de ser nuestro juez, y por ellos nos ha de juzgar, y premiar ó castigar.

Consideremos que demas de obedecer á tan gran Señor en la guarda desta ley, no es esto sin esperanza y promesa de gran premio, que será gozar de Dios eternalmente, asentados á su mesa, y comiendo en su plato; esto es, gozando de lo que Dios goza. Y demas desta certísima esperanza del eterno premio, tengamos por cierto los guardadores desta divina ley, que aquí tendrá Dios cargo de nuestra innocencia y de nuestra justicia, y favorecerá nuestros buenos propósitos, amparará nuestras buenas obras, en cumplimiento de sus divinas promesas.

Aquí ha de poner el guardador desta ley los ojos al principio de todas sus obras, para que las haga con ánimo alegre, y para tener en los trabajos paciencia, y perseverancia en todo lo bueno. Y cuando se viere afligido, considere que los trabajos de acá son breves y de poca dura, y que el premio que espera es eterno, y la consideracion del premio sin fin le dará alegría que venza la pena de su afliccion temporal.

Cuando por una parte te pusieres á pensar la sanctidad y hermosura de las obras que Dios te pide con estos mandamientos, y por otra parte la fealdad de tus malas inclinaciones, y la fuerza de tu mala costumbre, no por esto desmayes, viendo que no hay en tí fuerzas: acuérdate que Dios que te dió estos mandamientos, sabía tu insuficiencia para cumplirlos, y que eran menester otras fuerzas; y estas son las que Jesucristo te ha merescido por su sangre: él te alcanzó este favor y socorro para tu flaqueza, y gracia para bien obrar, mas poderosa que tu mala inclinacion.

De manera que estos mandamientos se han de considerar de nuestra parte con grande humildad, como del todo imposibles á nuestras fuerzas; mas por parte de la bondad de Dios, que nos obliga á ellos, con grande fe que con su gracia y favor saldrémos victoriosos de nuestros enemigos, los cuales Jesucristo, nuestro Redemptor, nos dejó por su sangre enflaquecidos y prostrados; de manera que si nosotros no queremos consentir con ellos, en ellos no hay potencia para hacernos fuerza.

Con todo somos tales, tal nuestra miseria, tantos los estorbos, y nosotros tan negligentes en hacer de nuestra parte lo que somos obligados para disponernos á la gracia, que por maravilla se halla quien cumpla estos mandamientos.

CAPITULO XI.

De los mandamientos de la sancta madre Iglesia.

Habiendo ya tratado de los mandamientos de Dios, digamos agora algo de los mandamientos de la Iglesia. Mas primero veamos qué es Iglesia, pues tiene autoridad de legisladora y hacer mandamientos.

Iglesia (dicen los doctores) es toda la universidad de los fieles que profesan la doctrina de Cristo, aunque estén derramados por todo el mundo; todos constituyen, componen y hacen un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, príncipe de todos los pastores y prelados desta única Iglesia, universal, sancta y católica. Esta fué por Jesucristo encomendada á Pedro y á todos sus sucesores (*a*).

Esta Iglesia es la cosa en este mundo mas amada de Dios; esta tiene enriquecida con grandes dones, beneficios y gracias espirituales, y esta tiene muy á su cuenta, guarda y defiende de todos sus enemigos y contrarios. Esta es la escuela adonde los hijos de Dios son criados y doctrinados en la verdadera ciencia, y ejercitados en la milicia espiritual. Esta es columna y fundamento de la verdad infalible, de la cual no sea lícito dudar; por lo cual ella tiene inviolable autoridad en sus determinaciones. Esta fundó Jesucristo con tanta firmeza (*b*), que nos hizo ciertos que todas las fuerzas de nuestros enemigos deste mundo y del infierno, no la pueden mover ni apartar de su firmeza, no la derribarán de la fe, esperanza y amor de Jesucristo.

Esta puso Dios como fuerte ciudad sobre la altura de un monte, á la clara vista de todos, para que á ella acudiesen y se acogiesen los que desean saber la verdad y salvarse; y no á las cuevas y conventículos de los herejes, que falsamente llaman y dicen (*c*): Aquí está Cristo. Esta es la blanca azucena que se ve en medio de las espinas de los infieles deste mundo. Esta es á quien Dios llama amiga, hermana, esposa (*d*): de cuyas gracias y excelencias trata todo el libro de los Cantares de Salomon; por cuya redempcion, sanctificacion, purificacion, congregacion y desposorio, el Hijo de Dios vino al mundo, y padesció tantos trabajos, y dió su vida en una cruz; y á quien dejó el sacramento de su sanctísimo cuerpo y preciosa sangre (*e*). Por esta rogó al Padre que nunca jamas desfallesciese en la fe. Desta es Maestro y gobernador el Espíritu Sancto. Deste divino Espíritu dijo Jesucristo (*f*): El os enseñará todas las cosas y os declarará mi voluntad.

Pues esta Iglesia, cuya autoridad es tan grande, juntó á los diez mandamientos de la ley otros seis para mejor guardar los diez. El primero es: *Guardar las fiestas.* El segundo: *Oir misa en las fiestas.* El tercero: *Ayunar cuando lo manda la Iglesia*; esto es, cuaresma, cuatro témporas y las vigilias de algunos sanctos (llamáronse así por este nombre, vigilias; porque antiguamente velaban y oraban á el sancto en su vigilia). El cuarto es: *Confesar todos los pecados con el cura* (si no es que por bulas ó otras gracias de las religiones se dispense, han de confesar una vez en el año con el cura). El quinto: *Comulgar una vez por pascua de Resurreccion.* El sexto: *Pagar fielmente los diezmos y primicias.*

Estos son los estatutos y mandamientos de nuestra sancta madre la Iglesia, recibidos en los tiempos pasados, confirmados con el uso y costumbre, y consentimiento de todos los fieles, conformes á toda piedad y razon, llenos de grandes provechos; que son bienes saludables y ejercicios de fe, humildad y obediencia cristiana, y para la vida política y concordia con el prójimo. Son señales de la verdadera religion, indicios de la piedad interior, con los cuales edificamos el pueblo y damos luz de buen ejemplo á todo el mundo. Finalmente sirven para guardar en nuestras obras lo que nos dice el Apóstol (*g*): Todas las cosas se hagan entre vosotros honesta y ordenadamente. Tambien sirven sobre todo para usar bien de la libertad cristiana, de la cual tantos usan mal, tomando della ocasion para sus demasías. De aquella licencia demasiada nos libran estos religiosos y

(*a*) Matth. 16.

(*b*) Ibid. (*c*) Matth. 24. Cant. 2. (*d*) Cant. 2. et 5. (*e*) Luc. 22. (*f*) Joann. 14. (*g*) 1. Cor. 14.

sanctos estatutos, los cuales enfrenan á nuestro apetito.

Esta libertad no se llama así porque nos da licencia para comer y beber á nuestro libre albedrío, sino porque nos libró de la tiranía de nuestras pasiones, de las cadenas de los apetitos, del servicio del pecado, del pesado yugo de la vieja ley, y nos da espíritu de adopcion de hijos de Dios, para que sin poner los ojos principalmente en el premio, como mercenarios, sino con amor de hijos, hagamos por agradar á nuestro Padre eterno las obras de cristianos, que es el cumplimiento de los divinos preceptos, y sirvamos á Dios en justicia y sanctidad (*h*), hechos siervos de la justicia, hijos de la obediencia, seguidores de la verdad y humildad, guardadores de la paciencia, amadores de la penitencia y de la cruz de Cristo, como dice el Apóstol (*i*): Vosotros, hermanos mios, sois llamados á la verdadera libertad, no para que os deis á los vicios de la carne, ántes por la caridad del espíritu sirvais unos á otros. Para esta caridad nos sirven todas las obras virtuosas, particularmente el cumplimiento destos estatutos y mandamientos de la Iglesia.

Y si agora no tratamos de cada uno dellos por sí, es porque de los dos primeros, que son guardar las fiestas y oir misa, ya tratamos en el tercero mandamiento de los diez de la ley de Dios, y tratarémos adelante de la misa, y cómo se debe oir. De los dos sacramentos de la confesion y communion, tratarémos en la materia de los sacramentos. Tambien tratarémos adelante de los ayunos. Del pagar de los diezmos tambien dejamos dicho en el séptimo mandamiento. Por tanto no hay para qué destos estatutos de la Iglesia tratemos mas en este lugar.

CAPITULO XII.

De los pecados en commun, así mortales como veniales.

Hasta aquí tratamos de los mandamientos de Dios; agora tratarémos de los pecados que se cometen contra estos mandamientos. Y aunque desto ya queda dicho algo en la declaracion de cada uno de los mandamientos, y lo demas se podia entender por lo dicho; porque no es otra cosa pecado sino deseo, dicho ó hecho contra los mandamientos de la ley de Dios; todavia será necesario tratar de los pecados por sí, por muchas causas.

La primera, porque mejor se conozcan las especies y diferencias dellos.

La segunda, para que se conozca la órden y causalidad que entre ellos hay; porque quien quiere evitar los efectos, es necesario procure evitar las causas.

La tercera, para conocer la gravedad de los pecados; porque no son todos iguales, unos son mas graves que otros; y conviene saber esto, porque se tema el mas grave mas, y se procure evitar con mayor cuidado. Mas para llevar algun órden en esta materia, primero tratarémos de los pecados en commun, y luego de los remedios contra ellos. Segundariamente de los pecados capitales. Lo tercero, de los pecados contra el Espíritu Sancto. Lo cuarto, de los pecados que claman al cielo.

§ I.

De los pecados en commun, motivos para aborrescerlos, y de las gradas por donde baja el hombre á ellos.

Cuanto á lo primero, pecado, como dice Sant Ambrosio (*a*) es quebrantamiento de la ley de Dios, y desobediencia de los mandamientos suyos; y es la cosa mas para temer y huir de todas cuantas hay; porque el fructo del pecado y su premio es la muerte (*b*). Dice el Señor por su Profeta (*c*): El ánima que pecare morirá. Y en el libro de la Sabiduría está escripto (*d*): El hombre por la malicia mata su ánima.

Y no puede ser en esta vida cosa mas desventurada que esta manera de muerte, por la cual el hombre se aparta de Dios y de todo bien, de la compañía de los sanctos, del gozo de los bienaventurados, del summo bien eterno, en cuyo conoscimiento y amor está toda nuestra bienaventuranza; y á mas de privarnos de todo bien, nos entrega á todo el mal, al poder de los demonios, para que pues con ellos communicamos en la culpa, con ellos padezcamos las eternas penas. Por lo cual con mucha rázon nos aconseja el Sabio, diciendo (*e*): Como de una serpiente, huye el pecado. Y el sancto viejo Tobías decia á su hijo (*f*): Todos los dias de tu vida procura traer á Dios en tu memoria, y nunca consentir en algun pecado, ni quebrantar los preceptos de nuestro Señor.

Para criar en nuestros corazones este odio que merece el pecado, puede ayudar mucho la consideracion de los castigos que Dios ha hecho contra el pecado; aquel espantoso castigo de los ángeles, el de los primeros hombres, el de Cain, Faraon, Nabucodonosor, de Saul y de David; el de los sodomitas y el de los hijos de Israel. Por estos castigos entenderémos algo del grande aborrescimiento que Dios tiene contra el pecado, y de cuán rigurosamente suele castigar á los malos; entendido esto, temerémos á Dios y procurarémos enmendar nuestras vidas, y tratar de nuestra salvacion. No de balde dijo Isaías (*g*): Este es todo fructo, carescer de pecado.

Para evitar este mal tan grande es de saber que por tres gradas baja el hombre al pecado. Estas se llaman sugestion ó representacion del demonio, y delectacion, y consentimiento. Por la sugestion nos representa el demonio, ó el mundo, ó la carne, algun mal pensamiento. Por el deleite toma nuestra carne ó nuestro corazon contentamiento en aquella mala representacion. El consentimiento es cuando ya la voluntad inclinada por el deleite, deliberadamente se determina al mal. En este consentimiento se consummó el pecado, y condena al hombre á las eternas penas, aunque no salga en la ejecucion de la obra exterior.

De manera que en la sugestion está la simiente del pecado, y en el deleite su nutrimento; mas en el consentimiento su proteccion. Estas tres cosas son como tres gradas para llegar al pecado; mas de aquí baja mas esta infernal escalera; porque del consentimiento se baja á la obra, y de la obra á la costumbre, y de la costumbre á la prescripcion en el pecado, y de aquí á gloriarse dél, y del gloriarse en el mal, á tener en poco toda la prohibicion puesta en los mandamientos de Dios, y de aquí á la desesperacion, y con esta la cierta condenacion.

Esta es la cadena en que van presos todos los condenados á la cárcel infernal. Por esto hace mucho al caso conocer este encadenamiento y derivacion de males de unos

(*h*) Ephes. 4. Rom. 6. Ad Tit. 2. (*i*) Ad Gal. 5.

(*a*) Ambros. tom. 1. lib. de Paradis. cap. 8. (*b*) Rom. 6. (*c*) Ezech. 18. (*d*) Sap. 1 et 16. (*e*) Eccl. 21. (*f*) Tob. 4. (*g*) Isai. 27.

en otros; porque el que espantado quisiere huir los postreros, procure huir los primeros. Y porque (como habemos dicho) la simiente del pecado es la sugestion en el pensamiento, es cierto que ahogando este pensamiento y esta mala simiente, y cortando esta primera raiz, en ella se cortan todos los ramos y fructos que della proceden.

Por lo cual uno de los saludables consejos es resistir al principio de la mala representacion, que no haga presa en nuestra imaginacion; porque desta manera merecerá mucho, y será fácil la victoria. Mas si deja pasar la representacion á la delectacion, seguirse han luego tres inconvenientes. El primero, que perderá el merecimiento que hay en esta primera resistencia de la sugestion. El segundo, que ofenderá á Dios, por lo ménos venialmente, deteniéndose en el deleite. Lo tercero, que se le hará tanto mas fuerte la batalla para resistir al consentimiento, cuanto mas se hubiere deleitado. Mejor se resiste el enemigo ántes de entrar, que despues que le habemos dado entrada. La paz en que vive el alma que resiste luego al principio á la mala representacion, y los remordimientos de consciencia y dificultades de que se libra, solo lo entiende el que lo tiene experimentado.

§. II.

De los remedios contra los pecados, y obras con que se satisface por ellos.

Mas porque ninguno en esta vida puede con verdad decir (*h*): Limpio está mi corazon, libre estoy de pecado; será bien que declarémos los remedios que la palabra de Dios, la sabiduría del Padre, nuestro Redemptor Jesucristo, nos dejó contra el veneno del pecado despues del consentimiento.

Es el primero y mas principal el del sacramento de la penitencia, sin el cual en vano busca otros remedios el hombre á quien la consciencia remuerde de pecado mortal. Este es el mas necesario remedio que nos dejó el celestial Médico despues del bautismo; fué su institucion cuando dijo á los sacerdotes (*i*): Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados. Hase de llegar el pecador allí con dolor de su corazon, que es el sacrificio que Dios nunca despreció; ántes sus ojos miran á los humildes, y sus orejas estén atentas á sus oraciones. Cuán necesario sea procurar este dolor para sanar con este remedio, Sant Augustin lo dice en el libro de la Medicina de la penitencia, por estas palabras (*k*): No basta mudar la vida dejando los pecados, si el hombre no satisface á Dios con el dolor de haberle ofendido, gimiendo humildemente, y añadiendo (segun su posibilidad) las obras satisfactorias.

Satisface por los pecados confesados la limosna, segun que está escripto en el libro de Tobías (*l*): La limosna libra al hombre de pecado y de la muerte, y no sufrirá que vaya á las tinieblas. Y en otro lugar dijo el Profeta (*m*): Redime tus pecados con limosnas, y tus maldades socorriendo á los pobres.

Tambien es remedio eficacísimo para redimir los pecados, el perdonar las injurias. Promesa es de Dios (*n*): Si perdonáredes de corazon los pecados de vuestros prójimos hechos contra vosotros, perdonaros ha Dios vuestros pecados contra él cometidos. Mas si no perdonáredes, no seréis perdonados.

Tambien satisface por sus pecados el que procura la salvacion de sus prójimos. Escripto está (*o*): El que convierte al pecador de su mal camino y error, á su propria alma libra de la muerte, y cubre la multitud de sus pecados.

Tambien es remedio contra los pecados la oracion humilde, cual fué la de aquel humilde publicano que hiriendo sus pechos, decia (*p*): Señor, apiádate de mí, pecador. Este fué el remedio de que se aprovechó el hijo pródigo, cuando habiendo vuelto sobre sí, se determinó de volverse á casa de su padre, y echarse á sus piés con estas palabras (*q*): Padre, grandemente pequé contra el cielo y contra vos; ya conozco que no merezco nombre de hijo vuestro; tratadme siquiera como á uno de vuestros criados, que tal tratamiento me sobra, con tanto que me admitais en vuestra casa.

Finalmente, se satisface por los pecados con el amor de Dios; como el orin se gasta en el fuego, adonde se purifican los metales; y con este fuego fué purificada aquella pecadora penitente á quien dijo el Señor (*r*): Sonle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

§. III.

De los pecados veniales y de sus efectos.

Pues ya habemos dicho de los pecados mortales y de sus remedios, digamos agora de los veniales, y luego de sus remedios. Pecados veniales son aquellas faltas y culpas por las cuales no perdemos á Dios y tienen fácil el perdon. Son culpas que aunque son fuera de la caridad, no son contra ella; como son palabras ociosas, risas y donaires sin propósito, un derramamiento de alma, comer, beber y dormir mas de lo necesario, cualquiera cosa que se hace contra razon, ó contra la medida que se debe guardar en las cosas; y es verdad que no se puede pasar esta vida sin estas faltas.

No son ellas mortales, pero son perjudiciales; porque ofenden los ojos de Dios, entristecen al Espíritu Sancto (á la manera de nuestro entender, como al esposo desagrada el pequeño desden de la esposa, la cual desea que en todo sea agraciada y discreta), impiden el fervor de la caridad y le disminuyen, escurecen en esta manera la conciencia, apocando su resplandor, é impiden el aprovechamiento en las virtudes, y disponen y facilitan para los mortales. Procuremos pues de despedir de nosotros estas sabandijas, y no tengamos en poco estas inmundicias; porque en la celestial ciudad de Hierusalem no ha de entrar cosa que no sea limpia (*s*). Y si en esta vida destas no nos purgamos, sernos han dañosas en la muerte; porque nos retardarán de la vista de Dios hasta que sean purgadas en el fuego del purgatorio, el cual aunque no es eterno, es mas grave que todo lo que en esta vida se puede padescer.

§. IV.

De los remedios contra los pecados veniales; y cómo no se deben tener en poco.

Los remedios deste género de culpas (segun el uso antiguo de la Iglesia) son los siguientes. La humilde acusacion de sí mismo, como la confesion general, ayu-

(*h*) Prov. 9. (*i*) Joan. 20. (*k*) D. August. de Medic. Pœnitent. Homil. 50. circ. fin. (*l*) Tob. 4. (*m*) Dan. 4. (*n*) Matth. 6.

(*o*) Jacob. 5. (*p*) Luc. 18. (*q*) Luc. 15. (*r*) Luc. 7. (*s*) Apoc. 21.

dando á misa, ó un golpe en los pechos con humildad, la oracion del *Pater noster*, el agua bendita, ó cualquiera afliccion corporal, tomada discreta y religiosamente, y cualesquiera religiosos ejercicios, así en provecho y bien del prójimo, como espirituales y de la vida contemplativa para con Dios.

Estos remedios procuran los siervos de Dios, tanto mas diligentemente, cuanto mas claramente consideran que de la palabra ociosa han de dar cuenta en el dia del juicio (*t*). Por lo cual decia el sancto Job (*v*): Temia yo en todas mis obras, sabiendo que vos, Señor, no perdonais al delincuente. Háse de entender la pena debida á la culpa; porque como por ser Dios summamente bueno, no dejará bien, por pequeño que sea, sin premio, acá ó allá; así por ser summa justicia, no dejará culpa sin castigo, acá ó allá. Y es cierto, como dice el Apóstol (*x*), que si fuésemos rectos jueces de nosotros mismos, y ganásemos por la mano á Dios, juzgándonos, sentenciándonos y castigándonos, Dios se contentaria, y no nos sentenciaria. Por esto es bienaventurado el que siempre vive con temor (*y*).

Guárdate, cristiano, no seas del número de aquellos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, ningun escrúpulo les queda para dejarla de hacer todas las veces que les da gusto. Acuérdate de aquel dicho del Sabio (*z*): El que no se recela de lo poco, presto caerá en lo mucho. Acuérdate de aquel proverbio: Por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Es decir: Quien menosprecia lo ménos, caerá presto en lo mas. Grandes casas se vienen por tiempo á arruinar, si no se hace caso de las goteras que pudren poco á poco la madera. Verdad es que no bastan siete ni siete millones de pecados veniales para hacer uno mortal; mas tambien es verdad lo que dice Sant Augustin por estas palabras (*a*): No menospreciеis los pecados veniales por pequeños; mas temedlos por muchos. Muchas hormigas matarán á un hombre. Menudos son los granos de arena, mas si della henchis un navío, hundirle ha. Menudas son las gotas del agua; mas esas hacen las grandes avenidas, y derriban las casas. Esto dice este tan excelente doctor, no porque sienta que muchos pecados veniales hagan un mortal; sino porque nos facilitan y disponen para él.

Mas es mucho de notar á este propósito una grave sentencia de Sant Gregorio, que dice (*b*): Muchas veces es mayor peligro caer con facilidad en las culpas pequeñas, que en las grandes. Porque la culpa grande, cuanto mejor se conoce, tanto mas presto della procuramos salir; mas de la pequeña, como no la tenemos en nada, tanto mas peligrosamente la repetimos, cuanto en ménos la tenemos. No menosprecies pues, cristiano, el pecado venial por pequeño, pues al fin es enemigo, como se ve por los daños que nos hace; y no hay enemigo, por pequeño que sea, que menospreciado no sea poderoso para dañar mucho.

CAPITULO XIII.

De los remedios generales contra todos los pecados, así mortales como veniales.

Ya que habemos dicho de los pecados en commun, así mortales como veniales, y de los remedios con que por ellos satisfacemos y quedamos purgados, digamos agora tambien en commun de otra manera de remedios, que son como preservativos para no caer en ellos.

Sea pues el primero asentar en el corazon un firmísimo propósito de morir mil muertes ántes que cometer un pecado mortal. De manera que así como una mujer noble y virtuosa siempre está aparejada para ántes morir que hacer un pecado contra su marido en caso de honestidad; así el cristiano ha de ser tan fiel á Dios, que siempre esté aparejado para padescer todo lo que se ofreciere, pérdida de hacienda, honra y vida, ántes que cometer un pecado mortal.

Para este propósito te aprovechará mucho considerar lo que se pierde por un pecado mortal. Son tales, tantas y tan preciosas las pérdidas en este naufragio, que el que bien las considerare, no podrá dejar de admirarse de ver la facilidad con que los hombres cometen un pecado mortal. Primero y principalmente se pierde la gracia y amistad de Dios, y se echa de casa el Espíritu Sancto, que estaba en el ánima, que era la mayor merced que Dios en este mundo puede hacer á una criatura; porque gracia y amistad de Dios no es otra cosa que una forma sobrenatural que hace al hombre participante de la divina naturaleza, que es ser Dios por participacion, como un virey es rey por participacion. Pues la amistad y privanza con Dios, que perdiendo la gracia, se pierde, ¿quién sabrá encarecer qué pérdida es? Si es gran desdicha y mala fortuna acá perder la gracia de un rey de la tierra, ¿qué será perder la privanza y gracia del Rey de los cielos y de la tierra?

Piérdense tambien las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales nuestra alma está adornada y ataviada en los ojos de Dios, y armada y fortalecida contra todo el poder de Satanas. Piérdese el derecho que se tenia al reino de los cielos; el cual tambien procede desa misma gracia, que es la prenda de la gloria; porque por la gracia se da la gloria, segun el Apóstol (*a*). Piérdese el espíritu de adopcion que nos hace hijos de Dios, y nos da espíritu y corazon de hijos para con él (*b*). Con este espíritu de adopcion perdemos aquella paternal providencia que el Señor tenia de nosotros, como buen Padre de sus hijos. Es este aquel grande bien en que tanto se gloriaba el profeta David, cuando decia (*c*): Mi gozo, Señor, es verme á la sombra de vuestras alas, entre aquellos que habeis recibido en vuestra proteccion y amparo.

Piérdese tambien la paz y serenidad de la buena conciencia. Piérdense los gustos y consolaciones del Espíritu Sancto, que exceden sin ninguna comparacion todos los regalos y gustos del mundo. Piérdese el fructo y mérito de toda la vida pasada. Todas las buenas obras que habia hecho, quedan como muertas ó mortificadas, hasta que revivan por nueva gracia. Piérdese la communicacion y participacion de todos los bienes de Cristo, de su sangre, de su gracia y de su gloria, por no ser miembro de Cristo vivo: cada una destas pérdidas es mayor que todo encarecimiento humano.

Mas veamos qué es lo que gana el hombre cuando con tanta pérdida se arroja en un pecado mortal. Su ganancia es ser luego raido del libro de la vida (aunque no de la predestinacion de la gracia), y segun la presente jus-

(*t*) Matt. 12. (*v*) Job. 9. (*x*) 1. Cor. 11. (*y*) Prov. 28. (*z*) Eccl. 19.
(*a*) D. August. tom. 2. epist. 108. de Bapt. et Pœnitent.
(*b*) D. Greg. tom. 2. 3. part. Pastoral, admonit. 34.

(*a*) Rom. 6. (*b*) Rom. 8. (*c*) Psalm. 62.

ticia es condenado á las eternas penas; es trocarse luego la suerte y ventura de la dignidad de hijo de Dios, en la miserable servidumbre de esclavo del pecado y del demonio. De templo y morada de la sanctísima Trinidad se convirtió en cueva de ladrones, y nido de serpientes, basiliscos y escorpiones. Queda el pobre cual se quedó Samson despues de tresquilados y perdidos sus cabellos (en los cuales tenia su fortaleza), flaco y semejante á todos los otros hombres, atado de piés y manos en poder de sus enemigos (*d*). Aquellos sacaron los ojos á Samson, y le hicieron moler en una atahona como bestia. En semejante miserable estado se queda el hombre que por un pecado mortal pierde todo el ornato de su alma (figurado en los cabellos de Samson), flaco para poder resistir á las tentaciones, atado para no poder bien obrar meritoriamente, ciego para el conocimiento perfecto de las cosas divinas, cautivo y subjecto á los demonios, para que siempre le hagan trabajar y entender en obras bestiales; esto es, en el cumplimiento de sus brutales apetitos.

¿Parécete, hermano, que es estado este para temer, parécete son pérdidas estas para recelar? ¿Cómo se compadece agora con juicio y razon de hombre y fe de cristiano, la facilidad con que vemos que se cometen los pecados? Verdaderamente cosa es tan mala un pecado mortal, que al que le conociere, considerando el mal que nos hace, no serán tan espantosos todos los demonios juntos, y ver el infierno abierto, como ponerle delante la ocasion de un pecado.

Baste lo dicho, hermanio mio, para firmar en tu corazon este propósito de nunca cometer un pecado. Cuando con alguna ocasion fueres provocado á pecar, aprovéchate destas consideraciones, y ponlas todas en una balanza; y en la otra el interese y golosina de lo que se te ofrece, y luego verás si es razon dar tales y tantos tesoros por tan vil y bajo precio; y no te hagas semejante al desventurado goloso y profano Esaú (*e*), que por un guisado de lantejas vendió la bendicion y primogenitura ó mayorazgo.

El segundo remedio importantísimo es huir las ocasiones de los pecados; cuales son malas compañías, juegos, conversaciones de personas sospechosas, así hombres como mujeres; porque sin dubda caerá el que no huyere la ocasion. Si un enfermo convaleciente estuviese con tal flaqueza, que no se pudiese tener en sus piés, sino que se cayese muchas veces de su estado, sin mas ocasion que la de su flaqueza, ¿qué resistencia tendria este para tenerse, si le diesen un empellon? Pues si el hombre por el pecado quedó en esta miserable flaqueza, de manera que sin otra ocasion cae muchas veces, ¿qué será si se pone en la ocasion, que es como un empellon para caer? Dicho está: El que ama el peligro, perecerá en él (*f*).

Es el tercero remedio resistir con presteza luego que sentimos la tentacion, poniendo los ojos del ánima en Cristo crucificado, en aquella piadosa figura que tuvo en la cruz, hecho arroyos de sangre y retablo de dolores, todo llagado y lastimado; y acordarte que aquel que tal ves, es Dios, que se puso allí por el pecado; y con esta consideracion temblar de hacer cosa que fué parte para traer á Dios á tal estado. En esta consideracion le has de llamar de lo íntimo de tu corazon, pidiéndole favor y gracia para librarte deste infernal dragon; y que no permita que tales dolores y pasion recibida por tí, te sea en vano y sin fructo.

Sea el cuarto el uso de los sacramentos. Estos son remedios recetados por el médico celestial Jesucristo, así para sanar como para preservar de los pecados. Estos son divinos beneficios de la ley de gracia. Y aunque el uso de los sacramentos es siempre de gran provecho, es con particularidad singular remedio para el tiempo de la tentacion acudir á los sacramentos de la confesion y del altar. Y si alguna vez (lo que Dios no permita) cayeres en pecado, en ninguna manera te acuestes en tu cama sin confesarte, si puedes, porque no sabes si amanecerás; y si no puedes, procura la contricion dél. Porque, como dice Sant Gregorio (*g*), el pecado que luego no se procura deshacer con la penitencia, con su proprio peso y carga nos lleva luego á otro y á otros.

El quinto remedio es la frecuente y devota oracion; porque en ella se pide la gracia y fortaleza contra el pecado, y se gustan las consolaciones del Espíritu Sancto, con las cuales fácilmente se desprecian las del mundo y de la sensualidad, y se alcanza el espíritu de la devocion esencial, que es una grande promptitud para toda virtud.

El sexto remedio es la licion de buenos libros, con la cual ocupamos bien el tiempo, y se alumbra nuestro entendimiento con el conocimiento de la verdad que en ellos se enseña, y se inflamma nuestra voluntad; y así se hace el hombre mas fuerte contra el pecado, y mas hábil para toda virtud.

El séptimo es ocupacion en obras pias y honestos ejercicios, porque el hombre ocioso es como la tierra holgada y no cultivada, que se hinche de cardos y espinas. Por lo cual dijo el Sabio (*h*): Muchos males enseñó la ociosidad al hombre.

El octavo es el ayuno y asperezas corporales, porque entre las alabanzas del ayuno esta es muy principal, que enflaquecido por el ayuno el enemigo doméstico, se enflaquecen tambien todos sus desordenados apetitos.

Por esta causa, y tambien por satisfaccion de nuestros pecados, y por la honra y imitacion de nuestro Señor Jesucristo, se da por muy saludable consejo que el cristiano procure cada dia (y principalmente los viernes), hacer alguna manera de abstinencia y penitencia, aunque sea pequeña, en el comer, en el beber y en el dormir, ó en orar y estar de rodillas, ó en sufrir alguna molestia, ó perdonar alguna ofensa, ó en negar su voluntad en las cosas de su gusto; porque esto aprovecha, no solo para remedio de los pecados, sino tambien para otras muchas cosas.

Noveno remedio es el recogimiento del silencio, y quietud ó soledad; porque, como dice Salómon (*i*), en el mucho hablar no faltará pecado. Y otro sabio dijo, Todas las veces que dejando mi soledad salí á tratar con los hombres, volví ménos hombre. Por esto el que quisiere despojar al pecado de una parte de sus armas, huya las conversaciones y compañías todo lo que pudiere, y de visitas y cumplimientos del mundo, sino las cosas precisamente necesarias. Si esto no hiciere, hallará por experiencia cuál vuelve á su recogimiento, cuán desconsolado y descontento, cuán llena la cabeza de represén-

(*d*) Judic. 16. (*e*) Gen. 25. (*f*) Eccl. 3.

(*g*) Gregor. tom. 1. lib. 25. sup. 34. Job. cap. 12. (*h*) Eccl. 3.
(*i*) Prov. 10.

taciones é imaginaciones de cosas impertinentes, que le dan bien en qué entender al tiempo que se quiere recoger para tratar con Dios.

El décimo es el exámen ordinario de cada noche, y tomarse cuenta de cómo gastó el dia, acusándose delante de Dios de la soberbia y vanagloria, de la invidia, odios y enemistades, de las sospechas y juicios temerarios, de la vana tristeza y disoluta alegría por las cosas deste mundo, de los deseos desordenados de los bienes temporales y de fortuna, de las tentaciones mal resistidas, así contra la fe, como contra la limpieza y castidad; de las mentiras y palabras ociosas, de los juramentos sin necesidad, de lás burlas y palabras mordaces contra los prójimos, de la pereza y negligencia en las obras de virtud, de la frialdad y tibieza en el amor de Dios, del desagradecimiento á los divinos beneficios: seco como astilla en la oracion, y frio en la caridad con los pobres. De todo esto en general y en particular procura dolerte, y pide perdon al Señor con firme propósito de emendarte. Y despues que así hubieres lavado tu estrado con tus lágrimas, como lo hacia David (*k*), dormirás con mas reposado sueño, y sentirás grande alivio en tu conciencia, y en tu ánima espiritual consolacion.

Para los que son tentados de algun particular vicio, del cual se sienten mas veces vencidos (como es ira, vanagloria, ó sensualidad, ó otro cualquier que sea), es grande remedio, allende deste exámen y confesion de la noche, armarse cada dia por la mañana con alguna particular oracion y nuevo propósito contra el tal vicio, pidiendo instantemente al Señor especial ayuda; porque esta manera de reparo cuotidiano hace mucho al caso para ganar vitoria contra el enemigo. Y no ayuda ménos para esto tomar cada semana una particular empresa, ú de vencer un vicio, ú de alcanzar una virtud; porque desta manera poco á poco va el hombre ganando tierra, y alcanzando virtudes, y apoderándose de sí mismo.

El undécimo remedio es vivir con cuidado de evitar todo pecado, aunque sea venial, pues los veniales nos disponen para los mortales, como ya dejamos dicho; porque quien hiciere hábito de temer y evitar los males menores, este estará mas léjos de incurrir en los mayores.

El duodécimo y último remedio es determinarse de véras de romper con el mundo, y con todas sus leyes, vanidades y cumplimientos, y menospreciar el qué dirán. Esta es la primera capitulacion de las amistades con Dios, segun aquella sentencia de Sanctiago, que dice (*l*): Quien quisiere la amistad de Dios, ante todas cosas se ha de declarar por enemigo del mundo; porque de otra manera es imposible servir á dos señores (*m*), que son de encontrados pareceres. Dios es la summa de todo bien, y el mundo, como dice Sant Juan (*n*), está armado de todos los males. Tenga pues por cosa cierta el que no rompiere con el mundo, y del todo le perdiere el respeto (en las cosas que se encuentra con la ley de Dios), que este hará muchos males por temor del mundo, y esto le hace siervo del mundo; pues á él teme desagradar, y por no desagradarle hace cosas en las cuales desagrada á Dios; en lo cual se ve que estima en mas al mundo que á Dios.

Estos doce remedios son generales contra todo género de pecados. Resta que digamos de los particulares

(*k*) Psalm. 6. (*l*) Jacob. 4. (*m*) Matth. 6. (*n*) 1. Joan. 2.

contra los particulares pecados, especialmente contra aquellos siete llamados capitales, por ser como fuentes y raices de todos los pecados. Vencidos estos primeros siete, como causas de los demas, son vencidos todos los otros, como sus efectos.

Mas lo que aquí es mucho de notar, es que en esta batalla no son tan necesarios buenos brazos para pelear, ni buenos piés para (á sus tiempos) huir, cuanto ojos para considerar; porque estas son las principales armas en esta milicia espiritual. Es el principal estudio de nuestro adversario de tal manera encubrir la tentacion, que no parezca mal, sino bien; no tentacion, sino razon. Cuando nos tienta de soberbia, ira ó cobdicia, persuádenos que es negocio puesto en razon desear aquella honra, ó aquella riqueza, ó aquella venganza; y que no procurarlo, sería contra razon. Desta manera cubre la ponzoña de su tentacion con la capa de la razon, para engañar aun á los que se precian de hombres llegados á toda razon.

Para ver esto, necesarios son los ojos que vean debajo deste cebo de la razon el anzuelo de la pasion y tentacion. Son tambien necesarios ojos, para que despues de entendido esto, sepamos considerar la malicia, y la fealdad y peligro, y los daños é inconvenientes, así presentes como por venir, que se siguen de aquel vicio de que somos tentados; para refrenar con esta consideracion nuestros apetitos, y para que temamos gustar aquello que vemos que gustado nos ha de causar la muerte. Apénas hallarémos mas eficaz remedio para resistir á todos los pecados, que esta manera de consideracion, á la cual llamamos ojos. Por donde aquellos misteriosos animales que vió el Profeta (*o*), que son figuras de los varones sanctos, tenian dos piés, dos manos, dos alas; mas ojos sin cuento, rodeados de ojos, para dar á entender que los siervos de Dios han de ser todos ojos, y que de ojos de consideracion tienen mas necesidad que de todas las demas virtudes; porque ellas se conservan con estos ojos. De aquí se saca cuánta necesidad tiene el cristiano de algun ejercicio de meditacion y consideracion, como de armas mas necesarias en esta milicia; pues la vida del cristiano no es otra cosa que una continua tentacion (*p*).

CAPITULO XIV.

De los siete pecados capitales, y primero de la soberbia, y de sus remedios.

Ya que habemos dicho de los pecados en general, y de sus remedios, digamos tambien de los pecados en particular, y de sus particulares remedios. Comenzando pues por los siete que vulgarmente se llaman mortales, cuyo mas propio nombre es capitales, ó cabezas y principios, como fuentes ó raices; porque no siempre llegan á ser mortales, mas siempre son principios y cabezas de todos los otros vicios, y dellos, como de una raiz dañada, nacen los fructos de todos los pecados y escándalos del mundo; como se ve claro en el enjambre de los pecados que nacen de la soberbia, de la avaricia y de la lujuria, y así de los demas.

Entre aquellos siete se cuenta y pone por primero el pecado de la soberbia, que es apetito desordenado de la propria excelencia, agora se esté encerrado y escondido dentro del corazon, agora se manifieste en las

(*o*) Ezech. 10. (*p*) Job.

palabras ó en las obras. A esta llaman los sanctos la madre, la princesa y reina de todos los vicios; mas sus particulares hijas (de las cuales siempre está rodeada) son ocho, conviene á saber, desobediencia, jactancia, hipocresía, porfía, pertinacia, discordia, curiosidad, presumpcion. Por los fructos se deja conocer la raiz de donde ellos nacen, cuál puede ser; pues dice el Señor, que el fructo nos enseña cuál es el árbol (*a*). Por esto aconsejaba el sancto viejo Tobías á su hijo (*b*): Hijo mio, nunca consientas que la soberbia tenga dominio en tu corazon ni en tus palabras, porque della nació toda la perdicion.

Cuando te sintieres tentado deste vicio, ármate contra él de las siguientes consideraciones. La primera, cuál fuiste ántes de nacido, y cuál despues que saliste á este mundo, y cuál cuando de aquí saldrás. Antes fuiste una vil y torpe materia, agora eres un costal de basura, y de aquí á poco serás manjar de gusanos. Pues ¿qué razon tiene para ensoberbecerse el hombre, cuyo nacimiento es culpa, cuya vida es miseria, y su muerte corrupcion?

Considera tambien aquel espantoso castigo de los ángeles, que por este pecado en un punto fuéron derribados del cielo en el infierno (*c*), y considera cuál es este vicio, pues pudo escurecer aquellas criaturas que resplandescian mas que las estrellas; y aquel que era allá mayor de los ángeles, por su mayor soberbia fué hecho el peor de los demonios en el infierno. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, tierra y ceniza? Ten por averiguado, que el que no perdonó á los ángeles soberbios, ménos perdonará á los hombres soberbios (*d*); porque Dios no es contrario á sí mismo, ni aceptador de personas, ántes así en el hombre como en el ángel igualmente le agrada la virtud, y aborrece el vicio.

Considera tambien aquella maravillosa humildad de tu Señor y Redemptor Jesucristo, Hijo de Dios, cómo por tí tomó tu baja naturaleza, y se hizo subjecto y obediente hasta la muerte, y tal muerte. Deprenda del Señor el criado, y la criatura de su Criador, y el hombre de su Dios. Deprenda la tierra á estar debajo de los piés, y deprenda el polvo á tenerse en lo que es, y el cristiano deprenda de Jesucristo, que fué manso y humilde de corazon (*e*). Si te desprecias de deprender del hombre, deprende de Dios, que como vino al mundo para tu Redemptor, así vino para tu maestro y preceptor; y como murió para te redimir, así murió tal muerte para te humillar. ¿Qué razon habia para que así se abatiese el Señor de la Majestad, sino para humillar nuestra soberbia? Porque (como dice Sant Augustin (*f*), todas las obras de Cristo son nuestra doctrina, y cristiano quiere decir imitador de Cristo; y ninguno merece este nombre, sino el que procura imitar á Cristo.

Considera tambien que la Vírgen nuestra Señora, y todos los sanctos, por donde mas agradaron á Dios, fué por la humildad; y porque se humillaron como la tierra, fuéron sublimados sobre los cielos; como por el contrario los ángeles, que se quisieron levantar en el cielo, fuéron derrocados hasta el infierno. Por lo cual dice Sant Augustin (*g*): La humildad hace de hombres ángeles, y la soberbia hace de ángeles demonios. Y Sant Bernardo dijo (*h*): La soberbia hace bajar de lo mas alto á lo mas bajo, y la humildad hace subir de lo mas bajo á lo mas alto. El ángel ensoberbeciéndose en el cielo, cayó hasta el abismo, y el hombre humillándose en la tierra, subió sobre las estrellas del cielo. El diablo soberbio, dice Sant Augustin (*i*), trujo al hombre soberbio á la muerte; y Cristo humillado restituyó al hombre humilde á la vida.

Si te ensoberbeces por la abundancia de los bienes temporales, espera un poco y vendrá la muerte á igualarnos á todos; que como nacimos sin nada, saldrémos de acá sin nada. Mira á las sepulturas de los muertos, dice Sant Crisóstomo (*k*), y busca allí algun rastro de la opulencia en que vivieron, ó alguna señal de los deleites y riquezas que acá gozaron. Muéstrame aquí los preciosos vestidos: ¿adónde están los pasatiempos y recreaciones? Adónde la numerosa compañía de criados, servidores y amigos? ¿Qué se ha hecho de los gastos, de los convites y banquetes? Qué ha quedado de los juegos y vanos regocijos? Llégate mas de cerca al sepulcro, y ahí de todo lo dicho no hallarás mas que huesos y gusanos envueltos en asquerosa y hedionda tierra. Este será el paradero de nuestros tan queridos cuerpos, aunque en mas regalos hayan pasado esta vida. Mas pluguiese á Dios que allí parase nuestra miseria, y no quedase mayor mal que temer y llorar. Queda otro mucho mas temeroso, que es el espantable juicio, la eterna condenacion, el inmortal gusano, y el fuego que no se acabará.

Si te ensoberbeces de la estima y honra, acuérdate cuán vana es, cuán frágil y quebradiza, cuán lijeramente vuela y se muda de gloria temporal en damnacion y confusion eterna. Considera cuando eres honrado y alabado, si eres digno desa honra ó no; si no lo eres, ya ves que no hay para qué desvanecerte con lo que los otros creen de tí, engañándose; y si tienes lo que ellos dicen, tampoco hay por qué levantarte con la honra de los dones del Señor; porque te harás indigno dellos, y te los quitarán. Confúndete pues cuando te honran sin merecerlo, y procura hacer verdad lo que de tí creen los otros; y cuando lo merecieres, da la gloria á Dios, que te dió aquello porque te honran; porque si te levantas con ella, cometes gravísimo hurto, hurtando la gloria de tu Señor.

Considera tambien cuán grande desvarío es querer pesar tu valor, y precio, y lo que mereces, con el juicio de los hombres, en cuya mano está el inclinar la balanza y peso adonde quisieren, y quitarte hoy lo que ayer te dieron, y mañana deshonrar al que hoy engrandecen. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, y otras pequeño, y otras nada, segun las mudanzas de sus pasiones. Voz fué de un mismo pueblo (*l*): *Benedictus qui venit in nomine Domini* (*m*), y *Crucifixe, crucifixe eum*: Bendito el que viene en el nombre del Señor, y luego: Crucifícalo, crucifícalo, en cinco dias. Desatino es poner tu tesoro adonde no te puedas dél aprovechar cuando quisieres, y te sea for-

(*a*) Matth. 7. (*b*) Tob. 4. (*c*) Isai. 14. (*d*) D. Bern. serm. 2. de Verbis Isaiæ. (*e*) Matt. 11. (*f*) D. August. tom. 4. lib. 83. qq. 4. tom. 9. de Sym. ad Catech. lib. 1. cap. 3.

(*g*) D. August. tom. 4. lib. unic. de Salut. docum. (*h*) D. Bern. lib. de Modo vivendi, serm. 38. et serm. cit. de Verbis Isaiæ.
(*i*) D. August. tom. 10. serm. 122. de Temp. serm. 3. de Passione Dom. (*k*) D. Chrysost. tom. 3. serm. de Fide, et Lege Naturæ.
(*l*) Matt. 21. (*m*) Joan. 19.

zoso mendigar de las manos adonde lo pusiste. Deposita pues tu honra en las manos de Dios, que es fiel depositario, y te la volverá á su tiempo, y es poderoso y sabio para podértela guardar seguramente, y fiel para te la restituir. Desprecia pues la gloria del mundo, y tendrás segura la gloria de Dios, que te la guardará en la vida, y te la volverá en la muerte.

Considera si deseas mandar y asentarte en el primero lugar y mas honrado, cuán presto pasa lo que deseas, y cuánto dura lo que allí pierdes. ¿Qué aprovecha reinar acá por pocos dias en la tierra, si allí se ha de perder el reino de los cielos para siempre? ¿Cómo podrás mandar á otros, no habiendo ántes obedescido á tí mismo? Para enseñorear á otros, es necesario que ántes sepas enseñorear á tí. ¿Cómo te atreves á dar cuenta de otros, pues de tí apénas podrás dar buena cuenta? Pues ¿qué será llegar pecados á pecados, pecados de tus súbditos á los tuyos, que se asentarán á tu cuenta? Durísimo juicio se hará, dice el Sabio (*n*), de los que presiden, y los poderosos padecerán poderosos tormentos.

Considera que los que se procuran aventajar sobre los otros, incurren en grandes dificultades, porque tienen muchos que lo procuran contradecir, y muchos que lo desean estorbar; mas por el contrario, ninguna cosa hay mas fácil al hombre, que el humillarse. Esto quiso enseñar un rey, que al tiempo de su coronacion, ante que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en sus manos, y la tuvo un espacio, como que le tomaba el peso, y dijo: ¡Oh corona, corona; preciosa mas que dichosa; quien bien te conociese, si en tierra te hallase, no te levantaria!

Considera, ó soberbio, que á nadie agradas. No puedes agradar al humilde, que aborrece tu altivez, ni al soberbio tu semejante; porque como pretende lo mismo que tú, aborréscete porque le quieres preceder, y se muere de invidia. Pues ménos puedes agradar á Dios, á quien tienes por mayor contrario, pues es el que poderosamente resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia (*o*). Pues ¿qué mayor mal que tener á Dios por contrario? De aquí es, que ni á tí mismo podrás contentar en este mundo, si vuelto á tí conoces tu poquedad y bajeza; porque no hallarás en tí cosa de peso ni de provecho de que (con razon) te puedas contentar, y mucho ménos en el otro mundo, adonde por tu soberbia serás condenado á las eternas penas de los demonios soberbios; porque parezcas en el castigo á los que quisiste parecer en la culpa. Donde dice Sant Bernardo, hablando con el soberbio (*p*): ¡Oh hombre (dice Dios), si te vieses, de tí te descontentarias, y á mí me agradarias; mas porque no te conoces, estás ufano de tí, y descontentasme á mí! Tiempo vendrá, en el cual, como no me agradas á mí, te aborrecerás á tí. A mí desagradarás por tus pecados, y á tí porque para siempre arderás. A solo el diablo agradas con tu soberbia, el cual por ella se hizo de graciosísimo ángel abominable demonio.

Considera que no sabes claramente si en toda tu vida heciste una buena obra por la cual te salves, que muchas veces los vicios tienen color de virtudes, y muchas virtudes se desvanecen por la vanagloria, y muchas veces nuestras justicias, examinadas en el juicio de Dios, se hallan ser injusticias; porque aquello que á los ojos de Dios es escuro, á los ojos del mundo pareció claro. Son muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres; á Dios agrada mas el pecador humilde, que el justo soberbio. Ten pues por cierto que has hecho mas males que bienes, y que tus buenas obras han llevado tanto de frialdad é imperfeccion, que desas mismas tienes mas de que pedir perdon, que razon de esperar premio y galardon. Mayormente que pocas veces se halla tan pura la buena obra, en la cual no se halle culpa, si Dios la quiere juzgar con el rigor de su justicia. Por lo cual dijo Sant Gregorio (*q*): ¡Ay de la vida virtuosa, si Dios la juzga poniendo aparte su piedad; porque por aquellas mismas cosas será confundido, por las cuales pensaba ser premiado! Porque nuestros males son siempre puramente males, y nuestras buenas obras nunca son puramente buenas, ántes van mezcladas con mil imperfecciones. Por esto dice el mismo Sant Gregorio en otro lugar (*r*): Muchas veces la malicia de nuestro adversario ciega de tal manera y tan sutilmente nuestros ojos, que nos hace entender que son virtudes los mismos vicios; y así esperamos premio de las cosas, de las cuales habiamos de temer el castigo. De aquí es que el que prudentemente se examina de sus mismas obras buenas, tiene mas temor que contento. Tal era el sancto Job, que decia (*s*): Temia yo tódas mis obras, sabiendo, Señor, que vos no perdonais (la pena) al delincuente.

§. ÚNICO.

De la principal causa de la soberbia, y de sus principales remedios.

Para que mejor puedas vencer este enemigo, sabe que la principal causa de nuestra soberbia es el engaño en nuestro proprio conocimiento, por el cual nos tenemos y estimamos en mucho mas que somos, y así el principal remedio será nuestro proprio conocimiento. Mírate pues á la clara luz de la verdad, y juzga de tí segun ella, sin lisonja, y no te dejes engañar de tu juicio. Imposible es que no te humilles si te conoces; porque te hallarás lleno de pecados, cargado con el peso deste mortal cuerpo, corrupto con las heces de los carnales deleites, envuelto en mil errores, espantado de mil temores y cercado de mil perplejidades, afligido con mil desastres, fácil para todo mal, embarazado y flojo para todo bien. Si te humillares demasiadamente, ni por eso perderás; ántes ganarás mucho, y todos te darán mas que tú te quitas. Mas si mucho te atribuyes, y tomas lo que no te conviene, muchos serán en quitarte aun lo que se te debe. Si vieres que alguno peca públicamente (aunque sea grave pecado), ni por eso te tengas por mejor, ántes en la caida de aquel teme la tuya, pues no sabes cuánto tiempo perseverarás en el temor del Señor. Todos somos flacos; mas tú debes de creer de tí que lo eres mas que todos. Procura saber las virtudes ajenas, y nunca los ajenos vicios; porque, aunque en algo seas mas que otro, si bien lo miras, en las mas cosas serás á muchos inferior. Así que no hay para qué presumas de tí, y desprecies á tu prójimo, si por ventura ves que él no puede lo que tú puedes en los ayunos y riguroso tratamiento del cuerpo; porque él te excede (quizá) en muchas virtudes mayores, como son paciencia, humildad y caridad. Mira pues no á lo que tienes, que no tiene tu prójimo, sino á

(*n*) Sap. 6. (*o*) Jacob 4. (*p*) Luc. 18. D. Bern. serm. 3. de Animat. 11. trat. de Gratia humilit.

(*q*) D. Greg. sup. 38. Job. c. 9. (*r*) D. Greg. lib. 3. sup. 2. Job. c. 25. (*s*) Job 9.

lo que te falta, que ves en el otro, en que le puedes imitar. Y este cuidado y pensamiento te conservará en la humildad, y te despertará el deseo de la perfeccion. Mas si miras á lo que tienes, y ves lo que á los otros falta, esta consideracion bastará para hacerte negligente en el estudio de la virtud.

Cuando por alguna buena obra sintieres en tu pensamiento algun estímulo de soberbia, entónces mira mas por tí, porque el proprio amor y contento de tí mismo no destruya tu buena obra; reprime tu soberbia con las palabras del Apóstol (*t*) : ¿Qué tienes, que no hayas recibido? Y si todo lo has recibido, ¿por qué te glorías de lo que no es tuyo? Mas si todavía te quieres gloriar, sea en el Señor, y será esto atribuyéndolo á él todo, y dándole la gloria y honra.

Las buenas obras que acostumbras hacer, de tal manera las esconde, conforme al consejo de nuestro Maestro y Redemptor (*v*), que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha; porque muy al descubierto acomete la vanagloria las buenas obras descubiertas. Cuando sintieres tu corazon tocado desta ponzoña, luego le aplica, como triaca, la memoria de tus pecados, y será esto curar una ponzoña con otra; mayormente si te acuerdas de algun abominable pecado que tienes muy aborrescido, y te da pena y hace horror cuando se te viene á la memoria. Dicen del pavon, que cuando está mas contento de su hermosura, mirando á la fealdad de sus piés, deshace su rueda. Si tú miras en lo mas feo de tu vida, desharás la rueda de tu vanidad. No te midas por lo que de tí creen los otros, ni creas á nadie de tí mas que á tí, y á lo que te dice tu conciencia. Si te oyes alabar, pregunta á tu conciencia si aquello que de tí dicen es verdad, y si ella dice que no, á ella como testigo de vista debes creer mas que á todos los que hablan de oidas. Mas si ella te dice que aquellos no te engañan, todavía con el escudo de la humildad te defiende de la vanidad, refiriendo á Dios la gloria, diciendo dentro de tí (*x*) : Por la gracia de Dios soy lo que soy. Examina pues primero en tí tus obras, como dice el Apóstol (*y*), y desta manera tendrás tu gloria en tí, y no en los otros.

Cuanto mayor fueres, tanto mas te humilla; porque si eres bajo, no haces mucho en humillarte; mas si eres grande y te humillas, alcanzarás una rara y muy grande virtud; porque la humildad en la nobleza, y honra, y riqueza, es la mayor nobleza de la nobleza, y la mayor honra de la honra, y mayor riqueza de la riqueza, y sin ella todas estas cosas pierden su valor y lustre.

Si quieres alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humiliacion; porque si no sufres ser humillado, nunca llegarás á ser humilde. Verdad es que muchos se humillan sin ser humildes; mas no es ménos verdad que la humiliacion es el camino para la humildad, como la paciencia es el camino para la paz, y el estudio para la sabiduría. Obedece á Dios, mas no te tengas por verdadero obediente y subjecto á tu Criador, si por él no te subjectas á otra criatura. Aborrece tu proprio parecer, y la afeccion de tu propria voluntad, y ríndete al parecer y voluntad de tus superiores y de los mas sabios, en cuyas manos el verdadero humilde entrega su parecer.

Esté siempre tu corazon lleno de tres temores; conviene á saber, cuando estás en gracia, cuando la pierdes y cuando la vuelves á cobrar. Teme cuando por conjeturas piensas que estás en gracia, no hagas por donde la pierdas. Teme cuando sabes que la has perdido, no te coja la muerte en estado de enemigo de Dios, y date priesa á volver á su gracia. Teme despues que crees la has cobrado, no la vuelvas á perder. Y estando lleno deste temor de Dios, no habrá en tí lugar de vana presumpcion y estima. Ten paciencia en las adversidades, particularmente causadas por tus prójimos; porque el verdadero humilde se prueba en el sufrimiento de las injurias, como nos enseñó nuestro Redemptor con su ejemplo, que maldiciéndolo, no maldijo, y cuando lo maltrataban y padecia, no amenazaba (*z*).

No desprecies ni hagas burla de los pobres, pues á la miseria del prójimo mas se debe compasion que escarnio. No seas muy curioso en tu vestido; porque el amador de preciosos vestidos no suele tener los pensamientos humildes. Nadie procura preciosos vestidos, sin que tenga mucho de vanagloria, y esto se deja entender, pues no los viste sino para bien parecer. Mas tambien te guarda del otro extremo; pues en siendo extremo, es vicioso, y así no vistas (si puedes) ménos que conviene á tu estado y calidad. Muchos artificiosamente pretenden agradar á los hombres, y buscan la vanagloria dando á entender que la huyen. No te desprecies de los oficios bajos; porque el verdadero humilde no desprecia los servicios humildes, ni los cree indignos de su persona, ántes de su propria voluntad se ofrece á ellos, como el que en sus propios ojos se estima en poco, y siente bajamente de sí.

(*t*) 1. Cor. 4. (*v*) Matth. 6. (*x*) 1. Cor. 15. (*y*) Galat. 6.

(*z*) 1. Petr. 2.

CAPITULO XV.

Del segundo pecado capital, que es la avaricia, y de los remedios contra él.

Llámase el segundo pecado capital avaricia, y es un deseo desordenado de hacienda. Por lo cual no solo llamarémos avariento al que por malos medios procura enriquecer, sino al que cobdicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las proprias. Las hijas desta madre son las siguientes : traicion, engaño, falsedad, inquietud, perjurio, violencia, falta de piedad, ó dureza de corazon. Este vicio condena el Apóstol en aquellas palabras (*a*) : Los que desean ser ricos, caen en la tentacion y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan los hombres á la muerte y perdicion; porque la raiz de todos los males es la cobdicia.

Cuando te sintieres tentado deste vicio, ármate contra él con las siguientes consideraciones. Considera cómo tu Dios, Señor de todo, apareció en este mundo hecho hombre, tan pobre, que no quiso poseer acá un palmo de tierra. Quiso nacer de madre pobre, y en lugar pobre, y ser envuelto en pobres pañales, y acostado en pobre y humilde cuna sobre pobre cama de pajas y heno. Y todo el tiempo que en esta vida vivió, fué grande amador de la pobreza, y menospreció las riquezas, y para compañía suya no escogió los ricos, sino los pobres. Mira pues ¿qué cosa puede ser de mayor abuso, que querer el hombre ser rico, viendo á su Dios, Señor y Criador de todo, nacer y vivir pobre para enseñarle á menospreciar las riquezas de acá? Ponga pues el hombre los ojos en su Dios, y con esta consideracion no solo llevará con

(*a*) 1. Tim. 6.

paciencia su pobreza voluntaria ó necesaria, sino con alegría y contento.

Considera cuán miserable es la vileza de tu corazon, y en cuán poco sabes estimar la nobleza de tu ánima, que siendo criada á la imágen de Dios, y redimida con su sangre (en cuya comparacion es de ninguna estima todo el mundo), tú te pones á peligro de perderla por un poco de hacienda, siendo toda la del mundo (en comparacion de tu alma) basura desaprovechada. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por las almas, y la diera por sola una alma; luego de mayor valor es sola una alma que todas las riquezas de este mundo. No son el oro y la plata las verdaderas riquezas, sino las virtudes de la buena conciencia, con las cuales se compra el reino eterno. Pongamos aparte la falsa opinion de los hombres, y luego verás que no es otra cosa el oro y plata que un poco de metal, que la invencion de los hombres hizo de estima y precio, y ese mismo oro y plata sabemos que entre otras naciones no se estima, y pasó mucho tiempo del mundo sin que se buscase ni se estimase. Mas nunca fué tiempo adonde la virtud no fuese estimada de Dios y de los hombres de juicio. ¿Por qué, siendo tú cristiano, has de tener en tanta estima aquellas riquezas que muchos filósofos del mundo sabiamente despreciaron? El discípulo de Cristo, llamado para las riquezas eternas, ¿ha de tener por tan grandes las que despreciaron los filósofos, que se ha de hacer siervo dellas? Aquel, como dice Sant Hierónimo (*b*), es siervo de las riquezas, que no las distribuye como señor, sino que las guarda como depositario ó tesorero (*c*): Esta es la diferencia que hay entre tener riquezas, y ser dellas señor, y en estar detenido dellas como esclavo; que este no hace mas que guardar sin animo de gastar, como siervo; y aquel usa dellas y las gasta en lo que conviene, como señor.

Considera tambien que no puedes servir á dos señores, á Dios y á las riquezas (*d*), ni puede el ánima del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas desta vida; así como no es posible mirar con uno de nuestros ojos al cielo, y con el otro á la tierra. Los deleites espirituales huyen del corazon ocupado en los deleites temporales; jamas podrás mezclar las cosas vanas con las divinas, las espirituales con las corporales, ni la luz con las tinieblas; de tal manera que juntamente gustes de las unas y de las otras. Delicada es, dice Sant Bernardo (*e*), la divina consolacion; no se da á los que buscan la humana. En vano procuras recibir el espíritu de Dios si primero no renuncias todos los contentos de la carne. Y la razon por qué tu alma anda mendigando los gustos por las criaturas, es porque te has olvidado de comer tu pan. Por tanto si quieres deleitarte en Dios, es necesario que dés de mano á estas cosas del mundo.

Considera que todos los bienes que el mundo puede dar á sus amadores, son pocos y engañosos; y que muchas veces desamparan á sus poseedores ántes de la muerte, y de la muerte adelante nunca los siguen. ¡Oh mundo malvado, que de tal manera quieres que sean tus amigos los hombres, que los haces enemigos de Dios, y los apartas de la compañía de los buenos!

Considera que aquel es mas miserable, á quien las cosas desta vida suceden mas prósperamente; porque los hacen mas confiados en esta falsa bienaventuranza de la mundana prosperidad. Sin dubda mas atormenta el amor de las riquezas con su deseo, que deleita con el uso dellas; porque enlaza el ánima con diversas tentaciones, provoca á los pecados, estórbale el descanso; porque nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor. Y asimismo nunca (ó raras veces) se adquieren grandes riquezas justamente, ni se conservan sin pecado; porque (como dice el Proverbio) el rico, ó es malo, ó es heredero del malo.

Considera cuán grande desatino es desear continuamente aquellas cosas que todas juntas no pueden hartar ni satisfacer el apetito, ántes mas le irritan y despiertan; porque la hacienda es para el avariento cobdicioso lo que es el agua al hidrópico, que cuanto mas bebe, mas se le enciende la sed; y por mas que tenga el cobdicioso, siempre suspira por lo que le falta. Y discurriendo siempre el solícito corazon por las cosas del mundo, cánsase, mas no se satisface; porque es tal su hambre, que nunca hace caso de lo que tiene cogido, sino de lo que le queda por cobrar. Por lo cual dice Sant Augustin (*f*): ¿Qué cobdicia es esta tan insaciable del hombre, pues aun los brutos tienen medida en sus apetitos? Cazan las aves y los brutos de rapiña cuando tienen hambre; y en estando hartos dejan de cazar. Sola la varicia del cobdicioso no tiene término en su deseo; porque siempre roba, y nunca se harta.

Mira tambien que adonde hay muchas riquezas, hay muchos que las coman, muchos que las gasten y muchos que las hurten. ¿Qué tiene el mas rico de sus riquezas mas que solo el proprio sustento? Deste sustento con mediano cuidado te podias descuidar, fiado de la divina Providencia, si pusieses tu corazon en Dios, que nunca faltó á los que en él esperan. Quien hizo al hombre necesitado de comer, no consentirá que perezca con un mediano cuidado. ¿Cómo puede ser que no faltando Dios á la menor criatura en el sustento, y vestido, y todo lo necesario para conservarse (*g*), falte al hombre, que hizo rey y señor de todas las criaturas?

¿Quién no ve cuán poco es menester para socorro de la necesidad? Es la vida del hombre breve, y corre á la muerte muy apriesa; ¿para qué es tanta provision para tan corto camino? Cuanto ménos te cargares, tanto mas libre y desembarazado caminarás esta jornada. Al cabo de la cual aquel se hallará mas contento, que ménos hubiere allegado; porque tendrá ménos de que dar cuenta. Aquel sale mas alegre deste mundo, que ménos procuró para esta vida; mas aquel sale con mas angustia y dolor, que acá deja mas oro y plata; porque nadie pierde sin dolor lo que poseyó con amor.

Considera tambien para quién juntas tantas riquezas; pues sabes cierto que como entraste en este mundo sin ellas, así has de salir desnudo y sin ellas. Pobre entraste, y pobre has de salir (*h*). Pues ¿para qué tantas ansias por vivir rico el que sabe que ha de morir pobre? Fácilmente, dice Sant Hierónimo (*i*), desprecia todas las cosas de acá el que considera en su muerte. Allí te desampararán todas tus riquezas, todos los amigos y criados, y solo te acompañarán tus buenas ó malas obras, y si todo tu cuidado fué en allegar las perecederas rique-

(*b*) D. Hier. sup. Matt. lib. 3. cap. 19. (*c*) D. Hier. lib. 1. sup. Matt. cap. 6. (*d*) Matt. 6. (*e*) D. Bern. serm. 5. in Natal. Domini.

(*f*) D. August. tom. 8. super Psalm. 39. et alibi sæpé.
(*g*) Math. 6. (*h*) Job. 1. (*i*) D. Hier. tom. 3. Epist. ad Paulin.

zas de acá, allí serás despedido para siempre de las eternas. En tres partes serán todas tus cosas divididas en aquella hora; el cuerpo será entregado á la sepultura, para que allí sea manjar de gusanos; el alma á los ángeles, ó á los demonios; y los bienes temporales á los herederos, que las mas veces son malos, desagradecidos, ó pródigos de lo que tú guardaste. Pues luego mejor será, segun el consejo de Cristo (*k*), destribuir los que pudieres á pobres, que te los lleven delante. ¿Qué mayor desatino puede ser, que dejar todos tus bienes adonde jamas tornarás, y no llevar ningunos al lugar adonde has de vivir para siempre?

Considera que Dios, como buen padre de familias, distribuyó en este mundo todas las cosas, y quiso que unos tuviesen y fuesen como mayordomos suyos, y otros fuesen necesitados de recibir de aquellos; unos que gobernasen, y otros que fuesen gobernados; unos pobres, y otros ricos; todo fué sabia y misericordiosamente ordenado, porque los unos bien gobernando se salvasen; y los otros bien obedeciendo: los ricos siendo agradecidos á Dios, y misericordiosos con los necesitados; y los pobres llevando con paciencia su pobreza. Pues si tú eres uno de los ricos y despenseros de Dios; ¿parécete que será razon que guardes para tí solo lo que recibiste no para tí solo, sino para repartir con los otros? De los pobres es el pan sobrado, dice Sant Ambrosio (*l*), que tú encierras para vender mas caro; de los desnudos los vestidos que se están gastando de la polilla, y remedio de los miserables el dinero sobrado en tu arca. Ten por cierto que á tantos haces agravio y hurtas sus bienes, á cuantos con los tuyos sobrados pudieras aprovechar.

Considera cuán agradable sacrificio es á Dios el de la misericordia, dando á Dios de lo que él te dió, á su cuenta recibe él lo que tú por él das al pobre. Lo que con uno destos pequeñuelos hicistes (*m*), dice el Señor (*n*), conmigo lo hicistes; yo lo tomo á mi cuenta. Y por lo contrario dice que se quejará que lo desamparastes y dejastes padecer, si no acudistes al pobre necesitado, de lo que á vos os sobra.

Considera que los bienes de acá temporales no son premio de virtudes, sino remedio de nuestras necesidades. Mira pues que succediéndote todas las cosas prósperamente, no hagas de los remedios de las miserias impedimentos de gloria, olvidándote del que te las da, no para atesorar y guardar, sino para tu remedio y de tus prójimos. No ames el destierro mas que la patria, ni hagas de los aparejos y provisiones del camino estorbo, ni te sea el socorro de la vida presente ocasion de la muerte eterna, si las riquezas que á unos son ocasion de salvarse, á tí lo son de condenacion.

Mas si no eres de los ricos, vive contento con tu suerte, acordándote de lo que dice el Apóstol (*o*): Teniendo con qué sustentarnos y vestirnos, vivamos contentos. Dice Sant Crisóstomo (*p*): El siervo de Jesucristo no se ha de vestir para bien parecer, sino para andar honestamente cubierto. Busca primero el reino de los cielos y su justicia, y ten por cierto que estas cosas necesarias á tu sustento no te faltarán (*q*): Dios que te crió para las cosas celestiales y grandes, no te faltará con las terrenales pequeñas. Si de Dios no fias que te ha de dar lo ménos; ¿cómo esperas que te dará el reino del cielo? Acuérdate que no es virtud la pobreza, sino el amor della. El pobre voluntario es semejante á Jesucristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre. Los que viven en pobreza y necesidad con paciencia, sin deseos de riquezas, hacen de la necesidad virtud, y serán premiados con los pobres voluntarios, que por parecer á Cristo, dieron de mano á las riquezas. Y como los pobres humildes y pacientes se conforman con Cristo, así los ricos por la limosna se reforman á Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo pobre en el pesebre, sino tambien los ricos poderosos le buscaron, y hallaron, y ofrecieron sus dones (*r*).

Tú que tienes que poder dar, da al pobre; que en el pobre lo recibe Jesucristo, y ten por cierto que en el cielo, adonde será tu perpetua morada, te está guardado lo que agora das por Cristo. Mas si en esta tierra escondes tus tesoros, no esperes hallar nada en el cielo, adonde nada enviastes por las manos de los pobres. ¿Cómo se llamarán tuyos los bienes que contigo no puedes llevar? Y no hay camino por donde enviarlos, sino por las manos de los pobres. Envía pues adelante para tu bien los bienes que mal que te pese habrás de dejar por tu mal. Los bienes espirituales son verdaderos y nuestros, que nos acompañan y nos aparejan morada en el cielo, y nunca los perdemos contra nuestra voluntad.

CAPITULO XVI.

Del tercero pecado capital, que es la lujuria, y de sus remedios.

Lujuria es un apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Hijas desta pestilencial madre son ceguedad de entendimiento, inconsideracion, inconstancia, precipitacion, amor de sí mismo, aborrescimiento de Dios, deseos desta vida, grande temor de la muerte y del juicio, y desesperacion de la vida eterna. Contra este vicio nos arma el Apóstol, diciendo (*a*): Todos los pecados son fuera de nuestros cuerpos; mas el deshonesto peca contra su cuerpo, y ensucia el templo que Dios consagró con su sangre. Y á los efesios dice (*b*): Toda fornicacion, ó inmundicia, ó avaricia no se nombre entre vosotros, como conviene á gente sancta.

Cuando te sintieres tentado deste torpe vicio, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes.

Primeramente considera en qué pára la flor de toda la hermosura del mundo; esto te dirá qué es aquello que deseas. Dice Sant Isidoro: Ninguna cosa mas aprovecha para domar la fuerza de los apetitos carnales, como la consideracion de cuál será despues de la muerte aquello que tanto amamos vivos.

Considera que cuantos mas deleites dieres á tu cuerpo, tanto ménos podrás satisfacer á tus torpes apetitos; porque estos falsos deleites no causan hartura, sino fatiga y hambre. Nunca el amor del hombre á la mujer se pierde; ántes apagado una vez, él se torna á encender, y con la mayor abundancia crece su pobreza, debilita los ánimos varoniles, perturba el entendimiento, y no deja pensar en otra cosa que en su torpe apetito.

Considera que el deleite deshonesto es breve, y la pena que se le dará perpetua; mira cuán desigual es el trueque, dar la paz y gozo de la buena conciencia por un breve y asqueroso deleite, y perder la gloria que siempre dura, y padecer la pena que nunca se acaba.

(*k*) Matt. 19. (*l*) Ambros. tom. 5. feria 5. post. cin. serm. 26. (*m*) Matt. 25. (*n*) Matt. ibi. (*o*) 1. Tim. 6. (*p*) Chrys. tom. 2. homil. 8. sup. Matt. c. 3. (*q*) Matt. 6.

(*r*) Matt. 2. (*a*) 1. Cor. 6. (*b*) Ephes. 5.

Considera cuán presto pasa el sensual deleite, y cuánto mas tiene de hiel que de miel, y cuántos males trae consigo. Primeramente estraga la fama, que es tesoro preciosímo, quebranta las fuerzas corporales, quita la salud preciosa, afea la hermosura de la juventud, cria enfermedades innumerables y abominables, hace temprana vejez, acorta la vida, escurece la luz del entendimiento. Y siendo esta la cosa mas excelente entre las naturales que Dios dió al hombre, este deleite es su principal enemigo y contrario. El deleite carnal ahoga la razon, hace perder el juicio, turba los sentidos, y no queda ningun lugar para entender las cosas divinas; ántes es tal la ceguedad que este sensual deleite cria en el alma, que del todo destruye el entendimiento de las cosas divinas.

Considera que ninguna hacienda hay tan gruesa, ningun tan grande tesoro, á quien la lujuria no acabe y consuma. El estómago y las partes que son instrumentos de los deleites sucios, tienen grande vecindad y amistad, y favorécense en los vicios, por donde vemos que (ordinariamente) los que son muy comedores y bebedores, son deshonestos; y al contrario, los dados á esta torpeza son comedores, y glotones, y vanos; y así en galas y banquetes consumen sus patrimonios; porque las mujeres enamoradas nunca se hartan de dineros, joyas y galas, y esto es lo que aman de sus amadores. Para cuyo ejemplo basta lo de aquel hijo pródigo, que en semejantes cosas gastó todo su patrimonio (*c*).

Considera cómo la limpieza corporal, particularmente la virginidad, es muy aventajada sobre el matrimonio; porque los vírgenes en esta vida imitan á los ángeles, y desde acá son ya semejantes á los espíritus celestiales. Dice Sant Hierónimo (*d*): Vivir en carne, libre de estas obras de carne, virtud es mas angélica que humana. Sola la virtud de la virginidad es la que en esta vida mortal imita y representa la pureza angélica. Sola ella guarda la costumbre de aquella bienaventurada ciudad adonde no hay desposorios ni casamientos. Esta es la que á los hombres terrenos hace angélicos por limpieza, y les hace gustar acá de las primicias de aquella celestial conversacion. Por esta se da en el cielo una cierta corona y singular premio. De los vírgenes dice el glorioso Evangelista en su Apocalipsi (*e*): Estos son los que huyeron el trato sensual de las mujeres, aun el lícito del matrimonio, y permanecieron vírgenes, y se hicieron seguidores del Cordero en todos sus caminos. Son particulares seguidores de Cristo, vírgen purísimo, los vírgenes. Y porque en esta limpieza (acá tan rara) se aventajaron mas, así allá con particular familiaridad se llegarán á Jesucristo. Estos tendrán allá particular gozo de la entereza de sus cuerpos, y gozarán de particulares privilegios, de los cuales no gozan los demas sanctos, sino por participacion de la commun caridad, por la cual les darán el parabien, gozándose con ellos de su excelencia.

Considera cuán hermosa y agradable es al Señor esta limpieza, por la cual los hombres ó se deben llamar ángeles terrenales, ó hombres celestiales. Los tales aparejan limpia morada al Espíritu Sancto, aborrescedor de la sensualidad, y alegre morador de las almas de los vírgenes. Es Dios tan amador desta virtud, que escogió para Madre de su Hijo la siempre Vírgen María, en la cual hizo el principal de sus milagros, naciendo della, salva siempre su entereza virginal. Tú que perdiste este tesoro, teme los peligros deste naufragio, y tanto mas debes huir las ocasiones, cuanto te sientes mas lastimado en este caso. Y así por ventura te acaescerá, como dice Sant Gregorio (*f*), que despues de la culpa te hagas mas cauto y fervoroso que fuiste en el estado de la innocencia. Y pues Dios disimuló contigo, y te aguardó en medio de tantos males, guárdate de hacer por donde pagues todo junto lo presente y lo pasado, y que sea tu error postrero mas grave que lo primero.

§ ÚNICO.

De otros remedios contra este vicio de la lujuria.

Es de notar que entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad; porque cada hora se siente la batalla, y pocas veces se conoce la victoria (*g*). Sabe muy bien nuestro adversario que es mas duro el combate de los sensuales deleites contra la continencia, que el del dinero y riquezas contra la pobreza voluntaria; porque este pelea de fuera, mas el otro hace guerra de dentro; por lo cuál es mas peligroso, porque dificultosamente nos podemos guardar del ladron de casa, cuál es el sensual apetito que nace de nuestra carne, y así es necesario grande vigilancia contra este vicio. Mas ten buen ánimo, que aunque este enemigo doméstico te pueda inquietar, no es poderoso para te vencer, si tú no quieres. Escripto está (*h*): Debajo de tu poder está tu apetito, y tú eres su señor: y así en tu mano está poder hacer de tu enemigo tu siervo. No consientas tú con él, que todos los demas descomedimientos que contigo usare, serán para tu bien, y te estará labrando tantas coronas, como ocasiones te diere para resistirle y vencerle.

Para esto sea el primero aviso, que le resistas luego al principio, y esto te será fácil; porque si eres negligente en desechar esta tentacion, y la dejas crecer y tomar fuerzas, sentirás grave dificultad en resistir al consentimiento. Porque, como dice Sant Gregorio (*i*), si la golosina del deleite se apodera del corazon, no le deja pensar en otra cosa: y así como la leña sustenta el fuego, así lôs pensamientos el fuego de nuestro corazon; por lo cual si los pensamientos son buenos, sustentan el fuego de la caridad; y si malos, son la leña del fuego de la sensualidad.

El segundo aviso sea la diligente guarda de nuestros sentidos corporales, en particular las orejas y los ojos. ¡Oh cuántas veces ha acontecido mirar con sencillez, y quedar el corazon herido! Y porque el mirar con poco recato, ó inclina ó ablanda el corazon, aconseja Salomon, y dice (*k*): No sean tus ojos ventaneros; apártalos de la mujer compuesta; porque cuando ménos pienses te hallarás preso.

Sea el tercero aviso que no te atrevas á estar á solas con la mujer; porque, segun Sant Crisóstomo (y la experiencia), entónces mas atrevida y fuertemente acomete el demonio; porque adonde no se teme reprehensor, allí es mas osado el tentador. Sola la soledad basta para convidar á todos los males. No fies de tu virtud pasada, aunque haya mucho tiempo que vives casto; porque

(*c*) Luc. 15. (*d*) Hieronym. tom. 9. serm. de Assumpt. post init. (*e*) Apoc. 14.

(*f*) Greg. lib. 9. sup. 9. Job. cap. 1. (*g*) August. serm. 250. Dom. 23. post Trinit. cap. 2. tom. 10 (*h*) Genes. 4. (*i*) Greg. lib. 6 in 1. Reg. cap. 2. circa fin. (*k*) Eccl. 9.

aunque la vejez parece que promete castidad, la soledad dió atrevimiento á los viejos para que acometiesen á la casta Susanna (*l*). Huye pues el familiar trato de las mujeres; porque oirlas, atrae los corazones; verlas, los daños; y hablarlas, los inflama; y todo su trato son lazos. Por lo cual dijo Sant Gregorio (*m*): Los que se han dedicado á la limpieza y continencia, no se atrevan á morar con mujeres; porque ninguno debe de sí presumir que miéntras dura con esta vida el calor vital, esté ya muerto y acabado el calor sensual. A este propósito dijo Sant Bernardo (*n*): Morar con una mujer, y ser casto, tengo por mas que resuscitar á un muerto. ¿Pues si tú no te atreves á lo que es ménos, cómo podrás lo que es mas? Yo no lo creeré de tí.

El cuarto aviso sea, que no consientas que ellas te presenten cosillas, ni tú las presentes, y mucho ménos billetes y cartas amorosas; porque todas estas cosas son como yesca en que se enciende el fuego sensual. Y si amas alguna por religiosa y sancta, ámala en tu alma, y no cures de visitarla mucho, á lo ménos sea en lugar que sin peligro la puedas ver y tratar. Acuérdate que la mujer echó al hombre del paraíso.

El quinto aviso sea procurar estar siempre bien ocupado, ó en licion de sanctas escripturas, ó en sanctas y honestas obras; porque no se descuida el demonio de enviar al ánima ociosa malos pensamientos, porque aunque cese de obrar, no cese de mal pensar, y son los malos pensamientos (como habemos dicho) leña que sustenta al fuego sensual.

El sexto sea aborrescer cuentos y palabras deshonestas, porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Y con mayor cuidado guarda tu lengua de semejantes cuentos y palabras; porque las palabras torpes corrompen las buenas costumbres (*o*). Acuérdate de lo que dice nuestro Redemptor (*p*): La lengua muestra cuál está el corazon.

El séptimo aviso es que seas templado en comer y beber; porque la abstinencia es la guarda de la castidad. Hinchéndose el vientre de vino y de manjares, fácilmente se derrama en deleites sensuales.

Sea el octavo el continuo cuidado de huir todas las ocasiones: porque segun Sant Augustin, y Sant Cipriano (*q*) el que quisiere victoria deste contrario, hala de procurar no aguardando, sino huyendo. En toda tentacion sensual haz cuenta que ya has cumplido tu deseo, y que del tal cumplimiento no te quedó mas que un puro arrepentimiento y remordimiento de tu conciencia, que te quedó llagada, y su paz perdida.

El noveno aviso y consejo de Sant Bernardo sea (*r*), que en toda tentacion, y en esta mas particularmente, te acuerdes de la presencia del ángel de tu guarda, y del demonio tu acechador y acusador, que siempre te están mirando, y están presentando todas tus obras á Dios, que las está mirando. Ora, si crees que siempre te miran tu guardador, y tu acusador, y el juez que te ha de juzgar, ¿cómo te atreves á hacer delante dellos lo que no osas hacer delante de un hombre, por bajo y ruin que sea? Acuérdate del rigor del divino juicio, y de aquellos fuegos eternos: cualquier pena se sufre con el temor de otra mas grave, y la llama del fuego sensual se apaga con la memoria del fuego eterno, sacando un clavo con otro.

Sobre todos estos avisos es mas poderoso contra toda tentacion, poner los ojos del ánima en aquella lastimosa figura que tuvo nuestro Redemptor Jesucristo en la cruz, y acordarse que todo aquello padeció por destruir el pecado; y ver cuán indigna cosa es volver á cometer aquello que á Cristo costó tanto trabajo para deshacerlo. Aquí debe el hombre clamar de lo íntimo de su corazon, pidiendo favor y socorro al Señor, diciendo (*s*): *Deus in adjutorium meun intende, Domine ad adjuvandum me festina*: Señor, estad atento para mi ayuda: apresuraos para ayudarme; haciendo la señal de la cruz sobre su corazon.

Tuvo esta devocion un sancto religioso; por lo cual en su sepultura fué hallada una hermosa cruz como de marfil, formada de los huesos de su mismo pecho, y las puntas de los brazos desta cruz se remataban en figura de flor de lirio: dando con esto el Señor á entender que la limpieza de la castidad, figurada en la blanca azucena, se habia conservado en aquel siervo suyo por la virtud de la cruz, de la cual él frecuentemente se armaba contra todas las tentaciones. Semejante ejemplo escribe Sant Bernardo de una monja de sus tiempos (*t*), la cual en todas ocasiones de tentacion hacia muchas veces la señal de la cruz sobre su corazon con el dedo pulgar, el cual despues de muchos años se halló en su sepultura sano, sin corrupcion, como cuando la enterraron.

CAPITULO XVII.

Del cuarto pecado capital, llamado invidia; y de sus remedios.

Invidia es una tristeza del bien del prójimo, y pesar de la felicidad de los otros: de los que son mayores, porque no se puede igualar á ellos; de los menores, porque se le quieren igualar; y de los iguales, porque se le igualan y compiten con él, como dice Sant Augustin (*a*). Cinco son las hijas desta mala madre: odio, escarnio, detraccion, alegría de males ajenos, y pena de las prosperidades. Desta manera invidiaba Cain á Abel, Saul á David, María á Moisés, los hijos de Jacob á su hermano Josef (*b*), y los fariseos á Cristo, por la cual le procuraron la muerte. Tal es esta bestia fiera, que á sus hermanos no perdona. Este es el pecado que el Señor acusa excusándose á sí, diciendo (*c*): Por la invidia del diablo entró la muerte en el mundo: y del diablo son imitadores todos los invidiosos. Contra este pecado dice el Apóstol (*d*): No tengais vanas competencias, provoçando y invidiándoos unos á otros.

Contra este vicio te puedes armar con las consideraciones siguientes:

Primeramente considera que todos somos hermanos naturales, pues todos venimos de unos padres carnales, Adam y Eva. Y tambien tenemos un padre espiritual, que es Dios; y una madre, que es la Iglesia; un comun hermano, que es Cristo: y como hermanos somos llamados á una herencia, que es del reino celestial, adonde

(*l*) Dan. 13. (*m*) D. Greg. lib. 7. epist. 34. cap. 39. (*n*) Bern. serm. 65. in cant. in medio. Vide D. Thom. opusc. 64. de Pericul. familiar. mulier. (*o*) 1. Cor. 15. (*p*) Matt. 12. Luc. 6. (*q*) Aug. tom. 10. serm. 250. Domin. post Trin. c. 1. Et D. Thom. opusc. 64. trat. de Peric. famil. mulier. (*r*) D. Bern. sup. Psalm. Qui habit. serm. 12.

(*s*) Psalm. 69. (*t*) D. Bern. in Doctrin. post. med. sup. Salve Regina. (*a*) Aug. tom. 10. lib. 50. Homm. homm. 20.
(*b*) Genes. 4. 1. Reg. 1. Num. 12. Genes. 37. (*c*) Sap. 2.
(*d*) Galat. 5.

como hermanos morarémos todos en una casa, en la cual el amor hará todos los bienes communes, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo. Pues siendo todos hermanos por gracia, y juntamente herederos con Cristo, y redimidos con su sangre, y tenemos una fe, y somos llamados á una misma gracia y gloria, ¿qué cosa mas natural y puesta en razon, que el amor entre los hermanos, y hacerse bien unos á otros, y holgarse el uno con el bien del otro? Por lo contrario, ¿qué cosa mas contra la ley natural, y fuera de razon, que alegrarse un hermano con el mal del otro, y pesarle del bien de su hermano? Tal es el invidioso.

Considera que son semejantes los invidiosos á los demonios, que tienen invidia y pesar del bien de los hombres, de sus buenas obras, y de las gracias y dones espirituales que de Dios reciben, y de los soberanos y eternos bienes que les aguardan: no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los pierdan, mas porque ven que cobran los hombres lo que ellos perdieron. Querria el demonio que todos fuésemos como él malaventurados y miserables. Tal es el invidioso que desea que todos sean como él. Acuérdate pues que aunque tu hermano careciese de los bienes de que tú le tienes invidia, no por eso los alcanzarás tú: no te pese, pues que los posee sin daño tuyo.

Considera que de todas las buenas obras de tu prójimo á tí te cabe parte, si tú estas en gracia y amor de Dios: y así cuanto tu hermano fuere mejor, tanto mas te aprovecha. Por lo cual contra sí mismo hace el invidioso que le pesa de la virtud de su prójimo: porque sino es bueno, no tendrá que communicarle.

Considera cuál es tu miseria y desventura, que de donde tu prójimo se mejora, tú empeoras; pudiendo mejorarte tambien, holgándote; porque la caridad hace todas las cosas communes.

Considera tambien que la invidia abrasa el corazon, seca las entrañas, cansa el entendimiento y no deja vivir alegre; y cómo castiga Dios al invidioso con su misma culpa, haciendo que ella sea el verdugo ejecutor de la divina justicia. Es la invidia como el gusano que nace en el madero, que allí hace el daño donde nace: nace la invidia en el corazon, y en ese hace el daño, y no en la persona que invidia. Y es cosa maravillosa, que ordinariamente los invidiosos andan descoloridos y amarillos, mostrando de fuera lo que sus corazones padecen allá de dentro. Es la invidia riguroso juez, que sentencia y atormenta á su mismo autor.

Considera que la invidia está siempre condenando al mismo Dios y á su largueza, que siempre está haciendo bien; pues ella está siempre invidiando los bienes de sus prójimos, y pesándole que los tengan, pues ellos no los pueden tener, si Dios no se los da: este mismo pesar es estar condenando la liberalidad de Dios.

§. UNICO.

De otros remedios contra este veneno de la invidia.

El mas eficaz remedio contra este veneno, es amar la humildad y aborrescer la soberbia; porque sin dubda ella es la madre de la invidia. Es propia condicion del soberbio no poder sufrir superior, ni aun igual; de donde nasce el invidiar á los unos y á los otros. Aparta tu corazon de todos los bienes deste mundo, y empléale en aquellos bienes eternos y espirituales que no se apocan por ser alcanzados de muchos, pues no solo para todos son unos mismos, sino que son mas á cada uno, cuanto son mas communicados á muchos, por virtud de la caridad. Por eso tienes invidia de los bienes de acá, porque tanto mas se apocan, cuanto crece el número de sus poseedores, que te quitan ó disminuyen lo que tú deseas.

Es tambien remedio muy eficaz para sanar deste mal, pedir á Dios de véras que haga bien á aquella misma persona que invidiamos bienes temporales ó espirituales; y procurar ayudarle en sus justas pretensiones. Nunca aborrezcas á alguna persona; ama á tus amigos en Dios, y á los que te hacen mal y persiguen, ama por Dios, el cual te amó y redimió siendo tú aun enemigo suyo, y dió su vida por librarte de la muerte eterna. Este Señor que así te obligó, te pide, como en servicio de tan grandes mercedes, que le imites, diciendo (*e*): Amad á vuestros enemigos, y haced bien á quien os aborresce. Habemos de habernos con nuestros enemigos, como el médico con el enfermo que procura sanar, amando al hombre y aborresciendo el mal. Desta manera amamos en nuestros enemigos lo que Dios hizo, y aborrescemos lo que en ellos hizo su malicia propria, y la astucia del demonio.

No digas en tu corazon: ¿Qué tengo yo que ver con este, qué parentesco y sangre, qué conocimiento, en qué me tiene obligado, ántes muchas veces ofendido? Contra estos pensamientos te debes oponer con la consideracion que no solamente sin merescimiento tuyo, mas con grandes desmerecimientos y pecados contra Dios, recibiste tú dél muchas mercedes, por las cuales te obliga á que por él hagas tú con tu prójimo lo que Dios hizo contigo. No ha Dios menester nuestros servicios; quiere que las mercedes dél recibidas, se las sirvamos en el prójimo. Procura hacer lo que te enseña el Apóstol (*f*), que es alegrarte con los que por sus buenos sucesos se alegran, y dolerte con los que se duelen por sus trabajos, porque por tí puede venir lo uno y lo otro; y cuando en tus gozos se gozaren contigo, crecerá tu gozo; y cuando en tus trabajos hallares quien contigo llore y te los ayude á sentir y llevar, se te harán mas fáciles; porque es promesa de Dios (*g*), que por la medida que midieres á los otros, por semejante recibirás dellos. Es razon que como miembros de un mismo cuerpo debajo de una cabeza, que es Cristo, nos sean communes los placeres y los pesares, y todos reciban por propio lo que á uno acontece de bien ó de mal, de contento ó de pesar. Esta es la summa de la caridad: que tal seas para tu prójimo, cual le quieres para tí; y lo que deseas para tí, querrás tambien para él.

CAPITULO XVIII.

Del quinto pecado capital, que es la gula; y de sus remedios.

Gula es un desordenado apetito de comer y beber. Son las hijas desta madre, cinco: alegría sin propósito, parlería, truhanería, inmundicia, embotamiento de sentido y de entendimiento. Deste vicio nos aparta nuestro Redemptor Jesucristo con estas palabras (*a*): Guardáos no cargueis vuestro estómago de manjares, y vuestros corazones de cuidados deste mundo. Y el Sabio

(*e*) Matth. 5. (*f*) Rom. 12. (*g*) Matth. 7. Lev. 6. (*a*) Luc. 21.

dijo (*b*): Muchos murieron por comer y beber en demasía, mas el abstinente vivirá larga vida.

§. UNICO.

De los remedios contra la gula.

Pues cuando deste vicio te sintieres tentado, podrás resistirle con las consideraciones siguientes:

Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano. Y esta es la primera batalla que te conviene vencer; porque tanto cuanto ménos la vencieres, tanto serán mas terribles las otras, y tú mas flaco para ellas. Por esto, comienza á vencer la gula, si quieres alcanzar victoria, porque si esta no vences primero, de balde trabajarás en las otras. Entónces podrás resistir á los enemigos que vienen de fuera, cuándo hayas muerto los de dentro. Con poco fructo hace guerra á los de fuera, el que dentro de su casa tiene los enemigos. Primero tentó el diablo á nuestro Salvador de la gula (*c*), queriendo apoderarse al principio de la puerta de los otros vicios.

Lo segundo pon los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador, el cual no solo con el ayuno de cuarenta dias y cuarenta noches, mas tambien de continuo, trató muy ásperamente su carne sanctísima, y padesció hambre no solo por nuestro remedio, como Redemptor, sino tambien para nuestro ejemplo, como Maestro. Pues si aquel que con su vista mantiene los ángeles, y da de comer á las aves del aire, padesció hambre por tí, ¿cuánta razon será que tú tambien por tí la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si padesciendo él por tí hambre, tú gastas la vida en procurar comer y beber lo mejor que puedes, y padesciendo él trabajos por tu salvacion, tú no los quieres padescer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor gustó en la cruz (*d*); porque, como dice Sant Bernardo (*e*), no hay manjar tan desabrido, que no se haga sabroso, si fuere templado con aquella hiel y vinagre.

Considera tambien la abstinencia de muchos sanctos padres del yermo, los cuales apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne, con todos sus apetitos, y pudieron, con el favor deste Señor, sustentarse muchos años con raices de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias, que parecen á los hombres increibles. Pues si aquellos así imitaron á Cristo, y por este camino fuéron al cielo, ¿cómo quieres tú ir adonde ellos fuéron, caminando por deleites y regalos?

Mira tambien cuántos pobres hay en el mundo, que tendrian por gran felicidad tener bastantemente de pan y agua, y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó mas largamente que á ellos; por lo cual no es razon que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula.

Considera cuántas veces con tu boca has recibido aquella hostia consagrada, y no consientas que por la misma puerta por donde tantas veces entra la vida, entre tambien la muerte, y el nutrimento y cebo de los otros pecados.

Mira otrosí que el deleite de la gula apénas se extiende por dos dedos de espacio, y por dos puntos de tiempo; y que es muy fuera de razon que á tan pequeña parte del hombre, y á tan breve deleite, no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres, por esta se hacen los insultos; para que la hambre de los pequeños se convierta en gula de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre eche todo el hombre en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno. ¿No miras cuán ciegamente yerras, pues el cuerpo que presto será manjar de gusanos, crias con manjares delicados, y dejas de curar el ánima que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambrienta de virtudes (aunque el vientre quede lleno de preciosos manjares), será condenada á los tormentos eternos? Pues siendo ella castigada no quedará el cuerpo sin castigo, porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado ó premiado. Así que despreciando lo que en tí es mas principal, y regalando lo que es de ménos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu misma espada te degüellas. Porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida, y te acompañará allá en los tormentos como aquí te siguió en los vicios.

Acuérdate de la hambre y pobreza de Lázaro, que deseaba comer de las migajuelas que se perdian de la mesa del rico gloton, y no habia quien se las diese (*f*); y con todo eso muriendo, fué llevado al seno de Abraham por manos de los ángeles, mas no así el rico gloton, vestido de púrpura y holanda, que cada dia henchia su vientre de regalados manjares, que fué sepultado en los infiernos. No puede cierto tener una misma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia, la felicidad de acá y la miseria; porque en la muerte succede la miseria á los deleites, y á los deleites la miseria. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados; dime agora, ¿qué ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de consciencia, que por ventura te atormentará perpetuamente, y enfermedades para la vejez. De manera que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste; y lo que no quisiste para tí, ántes lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en el reino del cielo.

Cuando te sintieres tentado de la gula, imagina que ya gozaste deste breve deleite, y que ya pasó aquella hora; pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada, sino que este deleite acabado deja triste el ánima, y vencido la deja contenta y alegre. Por lo cual es celebrado aquel consejo de un sabio, que dice: Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, acuérdate que el trabajo pasa, y la virtud persevera; mas al reves, si hicieres alguna obra torpe con deleite ilícito, el deleite pasará presto y permanecerá tu torpeza.

Considera que cuanto mas regalas tu cuerpo, tanto le eres mayor enemigo; porque por ese medio, así á él como al alma, condenas á los eternos tormentos, adonde hay hambre de todo bien, y sobra de todos los males. De manera que por un gusto temporal te condenas á eternas amarguras. ¡Oh qué breve es lo que deleita, y qué eterno lo que atormenta! ¡Qué corto el placer, y qué infinita la pena!

Considera que los manjares regalados sirven al cuerpo y dañan al ánima, engordan la carne y enflaquecen

(*b*) Eccl. 37. (*c*) Matt. 4. (*d*) Joan. 19. (*e*) Bern. serm. 42. de Pas. Dom.

(*f*) Luc. 16.

al espíritu, deleitan al paladar y despiertan los torpes deseos. Por lo cual dice Sant Ambrosio (*g*): La abstinencia es amiga de la virginidad, y enemiga de la deshonestidad; mas la hartura, destruidora de la castidad y sustentadora de la lujuria.

Considera que el comer demasiado y ántes de tiempo estraga la complexion y sustenta ménos el cuerpo; y cuanto mas crece el vientre, mas se acorta el entendimiento y mas se embota el ingenio, porque el vientre grueso no cria entendimiento delgado. Tambien enflaquece la vista, y acarrea enfermedades, y causa muerte temprana, conforme al dicho de Galeno: Mas mató la gula que la espada.

Si no quieres ser enredado en este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces, cuando la necesidad busca su satisfaccion y socorro, el deleite (que debajo deste manto está escondido) pretende cumplir su deseo; y tanto mas fácilmente engaña, cuanto con color de honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es menester grande cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite, y poner la sensualidad debajo del imperio de la razon. Pues si quieres que tu carne sirva y se subjecte al alma, haz que el alma se subjecte á Dios; porque necesario es que el alma sea regida por Dios, para que pueda regir su carne; y por esta órden somos maravillosamente reformados: conviene á saber, que Dios enseñoree la razon, y la razon al ánima, y el alma al cuerpo, para que quede el hombre todo reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del alma, si ella no se somete al imperio de la razon, y si la razon no se conforma con la voluntad de Dios.

Aquí se ha de notar el consejo de Sant Hierónimo (*h*), que es mucho mejor comer cada dia con templanza y á su hora, que no pasar dias de hambre, y despues con esta hambre comprar un hartazgo demasiado. Aquella agua es provechosa á la tierra, que viene blandamente y á sus tiempos; mas la que viene en grande demasía de tempestad, desflora y destruye las tierras.

Cuando llegas á la mesa, acuérdate que no vives para comer, ántes comes para vivir; mira que así tomes el manjar, que no te sea dañoso á la misma salud, y no te impida los estudios virtuosos, como la licion y la oracion. En tu comida y bebida no midas lo que tomares con tu deleite y gusto, sino con tu necesidad. La hambre se ha de vencer con cierto peso y medida, para que la comida sea saludable y se alargue la vida. De aquel famoso médico Galeno se dice que nunca se levantó harto de la mesa, y vivió ciento y veinte años. No te persuadimos que te mates de hambre, sino que no sirvas á la gula. No decimos que no sustentes tu cuerpo, sino que no le regales, porque no se rebele contra tu alma. Por lo cual dice Sant Bernardo (*i*): Razon es estrechar nuestra carne, mas no matarla; apremiarla, mas no acabarla; hacer que sirva, y no sea señora.

Tus ayunos sean á la medida de tus fuerzas y salud; sean puros, simples, templados, no supersticiosos. Teme el vino, en el cual está el incentivo de la lujuria; templa su ardor con el agua. Conténtate con manjar vulgar, fácil de guisar, y no cures de los muy regalados y costosos; porque si te regalas en tiempo de salud y de tu mocedad, ¿con qué recrearás la vejez, cuando el estómago está estragado y el apetito perdido?

(*g*) Amb. tom. 1. lib. 2. de Jacob. et Beat. vit. c. 10. (*h*) Hieron. tom. 1. ad Furiam de viduitat. servand. (*i*) D. Bern. serm. de S. Andr.

CAPITULO XIX.

Del sexto pecado capital, que es la ira; y de sus remedios.

Ira es desordenado apetito de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Las hijas desta serpiente son injurias, riñas, clamores, indignaciones, blasfemias.

§. ÚNICO.

Remedios contra este pecado y contra otros que dél nacen.

Contra esta pestilencia nos provee de medicina el Apóstol, diciendo (*a*): Toda amargura de corazon, toda ira, y indignacion, y clamor, y blasfemia, sea quitada de vosotros, y toda malicia; y sed unos para otros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Cristo os perdonó. Deste vicio dice nuestro Salvador por Sant Mateo (*b*): El que se airare con su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio, y quien le dijere necio, ó alguna otra injuria, será condenado á las penas del infierno.

Cuando este furioso vicio tentare tu corazon, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes.

Primeramente considera que aun los animales brutos (por la mayor parte) viven en paz con los de su especie. Los elefantes andan juntos, las vacas y las ovejas juntas en sus rebaños, los pájaros vuelan en bandadas, las grullas se revezan para velar de noche, y andan juntas: lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos y los delfines, y otros muchos animales. Pues la unidad de las hormigas, y concierto de las abejas á todos es manifiesta. Entre las mismas fieras crudelísimas hay paz commun. La fiereza de los leones cesa con los de su género. El jabalí no acomete á otro, un lince no pelea con otro, un dragon no se ensaña contra otro; finalmente, los mismos demonios, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de commun consentimiento conservan su tirannía: solamente los hombres (á quien mas convenía la conformidad y paz, y á quien es mas necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discordias, que es mucho para sentir. Siendo mucho para notar, que dando la misma naturaleza á todos los animales armas para pelear, á los unos piés para tirar coces, á otros cuernos, á otros colmillos y dientes, á las abispas y abejas aguijones, á las aves uñas y picos, tanto que hasta á los mosquitos dió habilidad para sacar sangre; pero á tí, hombre (porque te crió para paz y concordia), crió desarmado y desnudo, porque no tuvieses con qué hacer mal. Mira pues cuán contra tu naturaleza es procurar venganza, mayormente con armas buscadas fuera de tí, las cuales la naturaleza te negó.

Considera que el apetito de venganza es proprio de las fieras, y por consiguiente que si te dejas llevar de la ira, que bastardeas y tuerces mucho de la natural generosidad y nobleza humana, imitando la brutal. De un leon, escribe Eliano, que habiendo recibido una lanzada en una montería, al cabo de un año, pasando por allí el que le habia herido en compañía del rey Juba, y de mucha gente, el leon le reconoció, y rompiendo por toda la gente, sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido, y hacerlo pedazos. Destos son imitadores los hombres vengativos, los cuales pudiendo aman-

(*a*) Ephes. 4. (*b*) Matth. 5.

sar la ira con la razon y discrecion de hombres, quieren mas seguir el ímpetu y furor de bestias, como preciándose de la parte mas vil que tienen commun con ellas, mas que de la que tienen con los ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazon embravecido, ¿cómo no miras cuánto mas duro fué lo que el Hijo de Dios padesció por tí? ¿Quién eras tú cuando él por tí derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras con cuánta mansedumbre te sufre él, pecando tú á cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe, cuando á él te vuelves? Dirás que no merece tu enemigo perdon. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdone? ¿Quieres que Dios use contigo de misericordia, y tú quieres usar con tu prójimo de justicia (*c*)? Si tú enemigo no es digno de perdon, tú eres digno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo que por él perdones.

Considera que todo el tiempo que estás en odio, no puedes ofrecer á Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador por Sant Mateo (*d*): Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de tí, ve primero y reconciliate con él, y entónces vuelve á ofrecer tu don. Donde puedes claramente conocer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los prójimos, pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas, por buena que á tí te parezca. Por lo cual dice Sant Gregorio (*e*): Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos con paciencia los males que padecemos.

Acuérdate de la necesidad que tienes de que Dios te perdone, y es cierto que no te perdonará si tú no perdonas; como tambien será cierto que alcanzarás perdon de Dios, perdonando á tu hermano. Este es el remedio que mas á mano está para el perdon de nuestros pecados. Perdona pues, hermano, las culpas lijeras (que todo es poco lo que un hombre puede perdonar á otro, en respecto de lo mucho que cada cual de nosotros ha ofendido á Dios), y perdonarte ha Dios tus muchos y graves pecados.

Considera tambien quién sea ese á quien tienes por enemigo, porque forzadamente ha de ser justo ó injusto: si es justo, por cierto cosa es de grande temor, y para tí dañosa, querer mal á un justo, y ser enemigo de aquel que tiene á Dios por amigo; mas si es injusto, no ménos es cosa miserable y cruel, que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propria, y queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias, y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las discordias? Muy mas gloriosa manera de venganza es aquella que nos enseña el Apóstol, diciendo (*f*): Venced los males con los bienes: esto es, los vicios ajenos con las virtudes proprias; porque muchas veces tratando de tornar mal por mal, y no queriendo ser en nada vencido, eres mas feamente vencido, pues por lo ménos eres acoceado de tu ira, y vencido de tu pasion, la cual si vencieses, serías mas fuerte que el que á fuerza toma las ciudades (*g*); porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de tí, que las pasiones que están dentro de tí, y ponerte á tí mismo leyes, y refrenar y domar la bravísima fiera de la ira, que dentro de tí está

(*c*) Eccl. 28. (*d*) Matth. 5. (*e*) D. Greg. lib. 20. sup. 31. Job. cap. 29. (*f*) Rom. 12. (*g*) Prov. 16.

fortalecida, que ponerlas á otros. La cual si no quisieres reprimir, levantarse ha contra tí, y te hará hacer cosas de que mucho te pese despues de hechas. Y lo que peor es, que apénas podrás entender el mal que haces; porque al airado cualquier venganza parece justa, y casi siempre se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia, y así se encubre el vicio con color de virtud.

Considera cuando tratas de vengarte, ó por tí ó por justicia, que basta á cada dia su malicia (*h*): esto es, los trabajos que en él acontecen, y los desastres y cuidados que la vida trae consigo, que no se pueden excusar, y dan asaz en qué entender; por lo cual es desatino, que teniendo por tantas partes tantas ocasiones de desasosiegos, que no se pueden evitar, quieras tú cargarte de otros que puedes cristianamente dejár. No me digas que no quieres mal, sino que pides á la justicia que castigue el atrevimiento de aquel, que tú sabes que tu corazon no está muy llano, ni por via de justicia quedan buenas las voluntades, ni quietos los corazones. Mas por mansedumbre y paciencia, siguiendo el consejo dicho del Apóstol, se convence y confunde consigo mismo el que te ofendió, y muchas veces de enemigo se hace amigo fidelísimo, lo cual nunca vimos por justicia.

Considera tambien cuán poco es lo que padeces, en respecto de la gloria que esperas si tienes paciencia (*i*). Considera que no te han de succeder acá siempre las cosas al sabor de tu paladar, y que no usa Dios contigo de menor misericordia cuando te envía ó permite la adversa fortuna, que cuando te sucede la próspera, ántes esta muchas veces levanta el corazon en soberbia; mas la adversa le humilla, y con el dolor, como con una lima, purifica el corazon, y al hombre que andaba como fuera de sí, distraido, le hace volver sobre sí y recogerse, y con la próspera fortuna muchas veces se desvanece el hombre, y pierde las buenas obras que tenia hechas, y en la adversa purga y se limpia de las culpas cometidas en muchos años, y le preserva de otras para adelante. Las almas de los escogidos tanto mas se alegran en la paz de sus conciencias, cuanto mas tribulaciones padescen en esta vida, como ya tengan experiencia que de todo lo criado acá no pueden coger otro fructo que lágrimas, en solo Dios se alegran, y de solas sus ofensas se entristecen, y fácilmente perdonan las injurias, viendo cómo Dios sufre las de nuestros pecados.

Para vencer del todo este vicio, el mas poderoso remedio es procurar arrancar de raiz de nuestras almas el amor proprio de nosotros mismos y de nuestras cosas. Y demas desto, cuanto te sintieres mas inclinado á la ira, tanto debes andar mas sobre aviso armado de paciencia, proveyéndote para todo lo que te pudiere succeder; porque ménos mal nos hacen los golpes que vemos venir, de los cuales nos guardamos ó reparamos. Asienta en tu corazon de no despegar tus labios, ni decir palabra cuando te sintieres airado, ni te creas á tí mismo; mas ten por sospechoso todo lo que en tal tiempo te dijere tu corazon, puesto que te parezca muy conforme á razon. Dilata la ejecucion hasta que se abaje la cólera, y entre tanto reza dentro de tí la oracion del *Pater noster*. Plutarco refiere de un hombre principal y muy sabio, y privado de un emperador, que le habia dado este consejo: que cuando estuviese airado, no mandase hacer

(*h*) Matt. 6. (*i*) Rom. 8.

cosa alguna hasta que despacio consigo mismo pasase todas las letras del *a, b, c*; para darle á entender cuán desatinados son los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazon.

Y es cosa de notar, que siendo este el peor tiempo para deliberar lo que se debe hacer, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de ejecutar lo que tiene en el corazon. Por lo cual conviene resistir con grande discrecion y ánimo á esta tentacion; porque sin dubda, así como el que está tomado del vino, no puede asentar cosa que sea conforme á razon, y de que despues no se deba arrepentir; así el que está poseido de la ira, y ciego con los humos desta pasion, ningun asiento ni consejo puede tomar consigo, que por muy acertado que le parezca, otro dia por la mañana no lo condene. Porque cierto es que la ira, y el vino, y el apetito carnal, son los peores consejeros que hay. Por donde dijo el Eclesiástico (*k*): El vino y la mujer hacen salir de seso á los sabios. Por el vino entiende no solo el que bebemos, que suele escurecer la razon, sino cualquier pasion vehemente, que tambien la suele cegar; mas no deja de ser culpa lo que en tal tiempo mal se hace.

Cuando te sintieres indignado, procura divertirte en otros negocios; porque así como quitando la leña del fuego, cesa luego la llama, así desechando los pensamientos que despiertan la indignacion, cesa la furia de la ira.

Cuando tu sentimiento es con tus mayores, procura amar á los que de necesidad has de sufrir; que si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia disimulada se suele volver en rancor. Por lo cual cuando el Apóstol dijo (*l*): La caridad es paciente, luego añadió, y benigna; porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente, á los que sufre pacientemente.

Tambien es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano; porque apartándote del airado, darle has lugar para que pierda la ira, ó á lo ménos respóndele con blandura, porque dice Salomon (*m*) que la respuesta blanda quebranta la ira, la cual se enciende mas con exceso de palabras; y así contra el ímpetu de las injurias que te dicen, toma armas de paciencia; porque como un demonio no echa otro, así una ira no puede echar otra, porque un fuego auméntase con otro fuego.

Mas guarda en tu paciencia la pureza del corazon: no sufras por alcanzar opinion de bueno en el mundo. Cuando Dios te hiciere merced de darte paciencia en alguna ocasion, dale gracias por lo que con su favor ganaste, y compadécete de lo que perdió tu hermano que te injurió. Algunos fuéron en la ocasion sufridos y reportados, que por descuidarse de dar gracias al Señor por ello, fué el demonio solícito de representarles la sinrazon de su prójimo, y que fuera bien responderle, y comienzan á dar consigo trazas cómo buscarán ocasion de satisfacerse, y así pierden miserablemente lo que habian ganado, y son semejantes á los que siendo vencedores en la guerra, de la ocasion se dejaron vencer en la paz de la soledad. Y al piloto que habiendo sido diligente en la tormenta, de la cual salió bien, por su negligencia padeció naufragio en el puerto. Así son los que les pesa de haber sido sufridos, y convierten la primera virtud de la mansedumbre en la malicia de la venganza. El pecado destos es tanto mayor en los ojos de Dios (que ve los corazones), cuanto estos se huelgan mas del engaño del buen crédito que dellos tienen los hombres.

(*k*) Eccli. 19. (*l*) 1. Cor. 13. (*m*) Prov. 15.

CAPITULO XX.

Del séptimo pecado capital, que es la pereza, y de sus remedios.

Accidia es una flojedad y caimiento del espíritu para el bien obrar, y así es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. Deste vicio salen como ramas de un mal tronco otros muchos, como son: malicia, rancor, pusilanimidad, desconfianza, pesadumbre para cumplir los mandamientos divinos, derramamiento del corazon en las cosas vanas. El peligro deste pecado se conoce por aquellas palabras del Salvador, por Sant Mateo (*a*): Todo árbol que no diere buen fructo, será cortado y echado en el fuego. Y en otro lugar, exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia (virtud contraria á este vicio), dice (*b*): Abrid los ojos, velad y orad; porque no sabeis cuándo seréis llamados.

§. I.

Remedio contra la pereza.

Cuando te sintieres tentado deste vicio, aprovéchate de las consideraciones siguientes.

Primeramente considera los trabajos que pasó Cristo por tí desde el principio hasta el fin de su vida, cómo pasaba las noches sin sueño en los montes, haciendo oracion por tí; cómo andaba de una en otra provincia enseñando y sanando los enfermos; cómo se ocupaba siempre en las cosas que pertenecian á nuestra salvacion, y cómo en el tiempo de su pasion llevó sobre sus sacratísimos hombros cansados aquel grande y pesado madero de la cruz. Pues si el Salvador y Señor de la Majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razon trabajes por la tuya? Por librarte de tus pecados padeció aquel tan tierno Cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú á este ejemplo no quieres sufrir por tus pecados aun los mas pequeños? Mira tambien cuántos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fuéron por todo el mundo predicando, cuánto padecieron los mártires, y los confesores, y las vírgenes, y aquellos sanctos padres que vivian apartados en los desiertos, y cuánto todos los sanctos que agora reinan con Dios; por cuya doctrina y sudores la Iglesia tanto se dilató.

Considera tambien cómo ninguna de cuantas cosas Dios crió está ociosa; los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios; el sol, y la luna, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada dia dan una vuelta al mundo para nuestro servicio; las yerbas y los árboles de poco van creciendo hasta su justa grandeza, y dan cada año sus flores y fructos; las hormigas trabajan y juntan en el verano con que se sustentan en el invierno; las abejas hacen sus panares de miel, y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos; y hallarás lo mismo en todos los géneros de animales. Pues ¿cómo no habrás tú vergüenza, hombre capaz de razon, de tener pereza, la cual aborrescen todas las criaturas irracionales, por solo instinto de naturaleza?

Item, si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas (las cuales despues de ganadas con muchos trabajos, han de guar-

(*a*) Matt. 3. (*b*) Matth. 24.

dar con mucho cuidado y peligro), ¿qué será razon hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre han de durar?

Mira tambien que si no quieres trabajar agora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura despues te faltará lo uno y lo otro, como cada dia vemos acaescer á muchos. El tiempo de la vida es breve y lleno de mil estorbos; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar no lo dejes por pereza; porque vendrá la noche cuando nadie puede obrar (*c*).

Mira tambien que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia, y grande fervor de devocion para satisfacer por ellos. Tres solas veces negó Sant Pedro (*d*); mas todos los dias de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena (*e*) hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que habia cometido, aunque habia oido aquella tan dulce palabra de Cristo (*f*): Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar dejo de referir aquí otros que les duró la penitencia toda la vida, muchos de los cuales no eran tan pecadores como tú. Pues tú que cada dia acrescientas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia trabaja por hacer fructos dignos de penitencia; para que con los trabajos desta vida redimas los de la otra. Y dado que nuestros trabajos y obras parecen pequeñas; pero todavía en cuanto proceden de la gracia, son de grande merescimiento; por donde en el trabajo son temporales, y en el premio eternas. Por esto no consientas que este espacio de merecer se te pase sin fructo; y pon delante tus ojos el ejemplo de un devoto varon que todas las veces que oia el reloj, decia: ¡Oh Señor Dios mio, ya es pasada otra hora de las que vos teneis contadas de mi vida, y de que tengo de daros cuenta!

Acuérdate que por trabajos habemos de entrar al reino de Dios; y no será coronado el que no peleare varonilmente (*g*). Y si aflojas creyendo que asaz has trabajado en el tiempo pasado, acuérdate que está escripto: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Sin perseverancia, ni la obra es finalmente virtuosa, ni el trabajo tiene premio, ni la gracia final del Señor. Para enseñarnos esta perseverancia no quiso el Señor bajar de la cruz cuando se lo pedian los judíos (*h*), por no dejar imperfecta la obra de nuestra redempcion, y lo que habia dicho á su eterno Padre: Acabé la obra que me encomendastes. Por tanto, si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte; pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia, no cesemos de llevar nuestra cruz en pos de Cristo; porque de otra manera, ¿qué nos aprovechará haber navegado una larga navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto? Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios que nos amonesta que peleemos, nos ayuda para la victoria; ve nuestros combates, y nos socorre para que no desfallezcamos, y nos corona cuando vencemos.

Cuando te fatigaren los trabajos, toma este remedio. No compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que agora sientes en el trabajo de la buena obra, con el arrepentimiento y dolor que se suele seguir á la ejecucion del vicio; y el gozo de la hora del cumplimiento del vicio, con el gozo eterno que será premio de la virtud; y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el del vicio.

Vencida una batalla, no te descuides, ántes te apercibe luego para otra; porque como no puede estar la mar sin ondas, así esta vida no puede estar sin tentaciones. Y demas desto, el que comienza la buena vida, suele ser mas fuertemente tentado del enemigo, el cual no hace caso de lo que posee con pacífico señorío, si no de los que están fuera de su jurisdiccion. Así que todo tiempo debes velar, y estar á punto entre tanto que estuvieres en esta frontera.

Y si alguna vez sintieres tu ánima herida con la llaga de la culpa mortal, no cruces los brazos, ni arrojes las armas, rindiéndote al enemigo; ántes como el caballero esforzado procura tomar dél venganza, procurando tomar nuevo esfuerzo de la misma caida, y verás luego huir aquellos de quien tú huias, y perseguirás á los que te perseguian. Y si por ventura (como acontece en las batallas) otra vez fueres herido, ni aun entónces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente, no que nunca sean heridos, sino que nunca se rindan á sus contrarios; porque no es vencido el herido, sino el rendido. En sintiéndote herido, procura luego curar tu llaga; porque mejor se cura una que muchas, y mejor la fresca que la afistolada.

Cuando fueres tentado, no te contentes con resistir á la tentacion, ántes procura sacar della merescimiento con el favor de la divina gracia; y esto será degollar al enemigo con su misma espada. Cuando te sintieres acometido de gula, ó de la sensualidad, quita y cercena algo de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, y acrecienta algo en los sanctos ejercicios y abstinencia. Y si eres combatido de la avaricia, añade á las limosnas; y si eres estimulado de la vanagloria, tanto mas te humilla en todas tus obras. Desta manera temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de merescer y mejorarte. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca te ocupes tanto en las cosas de acá, que te olvides en tu ocupacion, de Dios; ántes della misma puedes suspirar, y levantar tu corazon, y negociar con él.

§. II.

De cómo Cristo crucificado es el remedio mas principal y eficaz contra todos los pecados.

Estos son los principales remedios que tenemos contra estas siete pestilenciales cabezas de todos los vicios; mas si quieres uno solo tan eficaz como todos juntos, el cual tengas muy á mano contra todos los pecados, pon los ojos en Cristo crucificado, adonde hallarás universal remedio. Cuando los hijos de Israel fuéron castigados (*i*), por el pecado de su murmuracion con Dios, con las serpientes ó tábanos tan ponzoñosos, que sus aguijones eran como de fuego, y sus punzadas mortales; clamando ellos á Moises pidiendo perdon de sus pecados, y Moises á Dios por ellos, el remedio que les fué dado por Dios, fué que les levantase Moises en un palo una serpiente de metal, y que los heridos que en ella pusiesen los ojos, sanarian. Fué admirable figura de la virtud que tiene la atenta consideracion de la vida y pasion de Cristo crucificado, por el cual sanamos del

(*c*) Joan. 9. (*d*) Luc. 22. (*e*) Matt. 26. (*f*) Luc. 7. (*g*) Act. 14. 2. Tim. 2. Matt. 24. (*h*) Marc. 15.

(*i*) Num. 21. Joan. 3.

veneno de la culpa, y de todos nuestros apetitos y pasiones; como se puede ver haciendo un discurso por todos los vicios.

Si eres tentado del vicio de la gula, pon los ojos en Jesucristo crucificado, y verle has en extrema necesidad de un jarro de agua, en la cual no pudo ser socorrido por su sacratísima Madre; aunque sus enemigos le socorrieron con la hiel y vinagre. ¿Será pues posible con esta consideracion procurar la demasía que pide nuestra gula?

Pues ¿qué diré de la virtud que tiene contra la avaricia? ¿Quién considerando la pobreza de Cristo en las cosas muy necesarias, podrá desear y procurar las superfluas? ¿Eres por ventura colérico, y con facilidad te airas y dices palabras injuriosas? Ruégote pues que pongas los ojos en el Hijo de Dios, rodeado de sus enemigos, tan gravemente injuriado de palabras y obras; y no de gentes extrañas, si no de sus mismos naturales, á los cuales él habia obligado con tantas mercedes, sanidades de enfermos, y resuscitaciones de muertos, y doctrina del cielo; y sobre todo en medio de sus injurias y tormentos, cuando en él no habia cosa sana que no estuviese lastimada; con la lengua, que tambien estaba afligida y seca de la sed, estaba rogando por los mismos sus matadores (*k*); ¡ será pues posible que con esta consideracion tendrás tú lengua para decir injurias, ó corazon para desear venganza?

Pues si quieres sojuzgar el espíritu de tristeza, oye á Jesucristo en la cruz, diciendo (*l*): Padre mio, ¿por qué me desamparastes? Mas luego para mostrar que en aquella hora no tenia desconfianza, ántes estaba lleno de toda esperanza, dijo luego (*m*): Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Para enseñarte que cuando te pareciere que estás mas desamparado, en ese desmayo te esfuerces mas, como haciéndote de la caida mas fuerte, fiado de aquel que no puede faltar á su promesa de estar con el atribulado que le llama (*n*). ¿Cómo podrás tú dejarte vencer de la tristeza, poniendo tus ojos en tanta sangre por tí derramada?

Si desesperas poderte vencer á tí mismo, mira que esta victoria de tí mismo no la has de fiar de tus fuerzas, sino de la virtud desta sangre; á la cual son muy fáciles las cosas que á tí son imposibles. Cuando vas á desconfiar de alcanzar alguna gracia, mira á Jesucristo crucificado, y considera que todo cuanto dél puedes esperar, es ménos que el don de habérsete dado, como allí le ves puesto.

Si la serpiente de la pereza te ha dado á beber su veneno, pon los ojos en el Crucificado por tí, y considera cómo te será á tí posible vencer al enemigo en tu ociosidad, cuando Jesucristo escogió tan trabajoso medio para vencerlo. No es posible que mirando allí no se confunda y avergüence tu flojedad y pereza. ¿Cómo te atreves con so color de la divina clemencia á perseverar en tu pereza, viendo cómo Jesucristo por tí nunca perdonó á ningun trabajo, hasta ponerse en una cruz, adonde no se le acabó la sed de padescer mas, si su carne mas pudiera? Cómo puedes consentir flojedad en tus miembros, comprados con tanta afliccion de los sacratísimos miembros de tu Redemptor?

¿Cómo podrá estar la soberbia delante de tanta humildad como resplandesce en la cruz de Jesucristo? Cómo estará la vanidad delante de tanto menosprecio y desnudez? Si con la vista de tal espectáculo no te enterneces, mas duro eres que las piedras que se partieron en la muerte de Jesucristo (*o*). Si con esto no despiertas, mas muerto estás que los muertos, pues estos despertaron y salieron de sus sepulturas. Si no tiemblas con esta vista, mas inmoble eres que toda la tierra, que tembló toda espantosamente. Si no te conviertes con tal ejemplo á mejor vivir, mas duro eres que aquel gentil centurion, que viendo lo que pasaba, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios; y mas que todo el pueblo que se volvió del Calvario á la ciudad, sollozando y hiriendo sus pechos de dolor.

Si el Hijo de Dios así se humilló; tú, hombre, ¿por qué te ensoberbeces? Si él fué tan pacífico, ¿por qué eres tú tan fiero? Humíllate, ceniza y polvo, y está cierto que no te bajarás tanto como por tí se bajó tu Señor. Confúndete, miserable, de no imitar á tu Criador. Si naciste bajo, ¿de qué te ensoberbeces? Y si noble, ¿por qué no imitas á aquel que siendo sobre toda alteza ilustrísimo, se humilló tanto por tí? Si eres ambicioso, ¿qué mayor honra y gloria, que parecerte al mismo Señor de la gloria? Si eres curioso y deseas saber, sábete que esta es la summa sabiduría, saber á Cristo crucificado (*p*).

Si yo hallase una alma que supiese bien leer en este libro, esta seria tan humilde, que verdaderamente creyese que era merecedora de las penas debidas á todos los pecados pasados, presentes y futuros. Lo cual parecerá imposible á los que no saben leer en este libro. Y aunque esta doctrina sea uno de los divinos secretos, todavía diré della una palabra. Cada uno de nosotros con verdad se puede tener por la causa de toda la pasion y muerte de Jesucristo, que es de precio infinito; y así midiendo sus culpas con su rescate, puede decir que son de infinita malicia; porque la de un pecado mortal es bastante para inficionar todo el mundo, como se vió en el pecado de nuestros primeros padres. Esto baste para nuestro propósito; y si mas copiosamente deseas ser enseñado, lee en el libro de Jesucristo crucificado; porque allí hallarás victoria de tí mismo, y toda sabiduría.

CAPITULO XXI.

De los pecados contra el Espíritu Sancto.

De las raíces de los siete vicios capitales salen unos pecados llamados pecados contra el Espíritu Sancto. Y son estos en tanta manera graves, que dellos dice nuestro Redemptor Jesucristo, que no se perdonan en este mundo ni en el otro (*a*). Esta ley puso Dios á los hombres, que ni les dará gracia en este mundo, ni en el otro gloria, si no aborrescen de corazon el pecado, con propósito de vivir bien. Y en los pecados contra el Espíritu Sancto, ni hay aborrescimiento de las culpas, ni propósito de enmienda dellas; y así cierran las puertas á las influencias deste sancto Espíritu, sin las cuales no hay salud. Porque pecado contra el Espíritu Sancto es una desesperacion de ser bueno, de la cual nace un menosprecio de la divina gracia y misericordia, de pura malicia; y un pecar de cierta ciencia, sin ignorancia ni flaqueza, sino con aborrescimiento á la virtud.

(*k*) Luc. 23. (*l*) Matt. 27. (*m*) Luc. 23. (*n*) Psalm. 90.

(*o*) Matth. 27. (*p*) 1. Cor. 2. (*a*) Matth. 12.

Para lo cual es de saber, que de tres maneras solemos pecar, ó por flaqueza, ó por ignorancia, ó por malicia. Los ejemplos harán esto claro. Porque al Padre eterno se atribuye la omnipotencia, decimos que es contra el Padre el pecado de flaqueza; y porque al Hijo atribuimos la sabiduría, decimos que contra el Hijo peca el que pecó de ignorancia, estando obligado á saber. Pecar por malicia es pecar de maldad pura, y porque la bondad se atribuye al Espíritu Sancto, decimos que el tal peca contra el Espíritu Sancto. Pecó Sant Pedro de miedo y temor cuando negó (*b*); fué pecado contra el Padre. Pecó Sant Pablo persiguiendo la Iglesia, celando la ley de Moises (*c*); pecó de ignorancia, porque tuvo celo sin la ciencia y sabiduría que estaba obligado á saber en la divina Escriptura, y pedir luz para ello á Dios; pecó contra el Hijo. Pecaron los fariseos de cierta ciencia, conociendo á Jesucristo (segun dijo el Señor en la parábola de los arrendadores de la viña, que dijeron (*d*): *Hic est hœres*: este es el hijo heredero, venid, matémosle), por el odio que le cobraron, así porque les argüía sus avaricias, como porque eran ambiciosos de la honra y aplauso popular, y Jesucristo era mas reverenciado y oido que ellos.

En este género de maldad hay seis maneras de pecados, conviene á saber: presumpcion de la divina misericordia; y el segundo, contrario á este, es desconfianza total desa misma misericordia: aquel por carta de mas, y este por carta de ménos; el tercero es contradiccion de la verdad conocida, el cuarto es invidia de la gracia espiritual ajena, el quinto obstinacion en el mal, y el sexto final impenitencia.

La presumpcion ó demasiada esperanza es cuando el hombre, pospuesto todo el temor de Dios, de tal manera se fía de la divina bondad y misericordia, que se derrama desenfrenadamente en todo género de pecados. Esto hacen hoy muchos que se llaman cristianos, y que se precian de devotos de la Vírgen, y bautistas, y evangelistas, mas no imitadores; y muchos herejes, los cuales por sola la divina mesericordia, sin hacer de su parte fructos ni obras dignas de penitencia, ni poner término á sus pecados, se piensan salvar, contra lo que dice el Apóstol (*e*): Por ventura, tú, hombre, ¿desprecias las riquezas de la bondad y sufrimiento de Dios? ¿No adviertes que esa benignidad te está llamando á la penitencia? Con esa dureza de tu corazon impenitente atesoras ira para el dia de la ira, en el cual se descubrirá sobre tí el justo juicio de Dios. Por lo cual el mismo Apóstol no solo encomienda la fe, sino tambien dice que con temor y tremor obremos nuestra salud (*f*). Contra este pecado nos amonesta el Eclesiástico, diciendo (*g*): No te asegures ni vivas sin temor del pecado perdonado, ni juntes pecados á pecados. No digas: Grande es la misericordia de Dios, no hará caso de mis pecados; porque la misericordia y la ira, ambas proceden de Dios, y su justicia contra los pecadores.

El segundo pecado, y contrario á este, es la desconfianza de la divina misericordia, cuando el pecador desconfía de alcanzar perdon de Dios, y la salvacion eterna. Este fué el pecado de Cain, diciendo (*h*): Mayor es mi maldad que la divina misericordia. Tal fué el pecado de Júdas, ahorcándose (*i*); como quiera que diga Sant Augustin (*k*) que ninguna penitencia es tardía si es verdadera, como pareció en el ladron penitente en la cruz.

El tercero pecado contra el Espíritu Sancto es la contradiccion á la verdad conocida. Esto se entiende, no de cualquiera verdad, sino de la que toca al divino culto, para depravar la sinceridad y pureza de la fe; como pecaron los fariseos que tan de propósito contradecian á Cristo, no pudiendo negar sus maravillas y milagros. Estos, dice David (*l*) que se asentaron en la cátedra de la pestilencia. Y á estos llama Sant Pedro maestros falsos que introducen sectas de perdicion (*m*). Y Sant Pablo los llama herejes, hombres corrompidos de entendimiento, y estragados en la fe (*n*); engañados por el espíritu de error, pervertidos y condenados por su mismo juicio.

Es el cuarto pecado invidia de la caridad y gracia del prójimo, cuando hay dolor y tristeza de los dones espirituales que misericordiosamente Dios le communica. Este pecado parece mas de Satanas que de hombre. Desta manera pecaron los escribas y fariseos que con tanta malicia y invidia procuraron impedir la divina gracia al tiempo que se comenzó á predicar el Evangelio (*o*).

El quinto pecado es la obstinacion en el mal. Este comete el hombre cuando tan porfiadamente sigue el mal, que dél no se quiere apartar, ni con consejos, ni con ruegos, ni con promesas del cielo, ni con amenazas del infierno. Tal fué el de Faraon (*p*), que tantas veces azotado de Dios, no se apartó de la tiranía del pueblo, y en ella acabó obstinadamente. Y semejantes son aquellos de quien dice el real Profeta (*q*): Son como la serpiente áspis, que pone una oreja en la tierra, y con la punta de su cola tapa la otra, por no oir la voz del encantador. Tales son los obstinados que se hacen sordos á la voz del predicador, y de la suave melodía de la doctrina de la Iglesia. Estos parece que dicen (*r*): Apártate de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos.

El sexto pecado contra el Espiritu Sancto es final impenitencia. Es cuando el hombre propone no poner fin á sus pecados, ni curar de hacer penitencia. Destos profetiza David, diciendo (*s*): La muerte de los pecadores es pésima. Estos con sus obras están diciendo (*t*): Confederados estamos con la muerte, y con el infierno tenemos hecho pacto.

Estos son los pecados contra el Espíritu Sancto, y son entre todos los pecados, gravísimos; los cuales ó nunca ó por maravilla se perdonan, porque ó nunca ó muy raramente los tales pecadores se convierten. Por lo cual nos conviene armar contra ellos, acordándonos de aquellas palabras del Apóstol (*v*): No querais entristecer al Espíritu Sancto; y de lo que dice David (*x*): Si hoy oyéredes su voz, no querais endurecer vuestros corazones, porque el corazon duro habrá mal en sus postrimerías (*y*).

CAPITULO XXII.

De los pecados que claman al cielo.

Despues de los pecados contra el Espíritu Sancto, se siguen otros gravísimos, los cuales dice la divina Escrip-

(*b*) Matth. 26. (*c*) Luc. 22. (*d*) Matth. 21. (*e*) Rom. 2. (*f*) Phil. 2. (*g*) Eccl. 5. (*h*) Genes. 4. (*i*) Matt. 27.

(*k*) August. lib. unico de vera et fals. pœnit. (*l*) Psalm. 1. (*m*) 2. Pet. 2. (*n*) 2. Tim. 3. Ad Tit. 3. (*o*) Act. 4. (*p*) Exod. 6. usq. ad 15. (*q*) Psalm. 57. (*r*) Job. 21. (*s*) Psalm. 33. (*t*) Isai. 28. (*v*) Ephes. 4. (*x*) Psalm. 94. (*y*) Eccl. 3.

tura que claman y dan voces al cielo, solicitando la divina justicia, pidiendo venganza: estos son cuatro.

El primero es homicidio. Tal fué el de Cain, como dijo el Señor (*a*): La sangre de tu hermano, derramada por tus manos en la tierra, está clamando á mí contra tí.

El segundo es el pecado nefando, del cual dijo Dios (*b*): El clamor de los de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado y crecido, y es su pecado muy grande. Y los ángeles dijeron á Lot (*c*): Queremos destruir estos lugares, porque sus clamores subieron á Dios. Y fuéron con fuego del cielo abrasados. Los escalones por donde aquellos desventurados bajaron á tanta fealdad de pecados, nos dijo el Profeta por estas palabras, hablando con la ciudad de Hierusalem (*d*): Esta fué la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, hartura, abundancia de todo y ociosidad, y dureza para con los pobres y necesitados.

El tercero es la opresion y mal tratamiento de los pobres, contra lo que Dios mandó con estas palabras (*e*): No entristeceréis ni affligiréis al extranjero, acordándoos que vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto (*f*): No hagais mal á la viuda ni al huérfano, que clamarán á mí, y oiré su clamor, y mi furor se indignará contra vosotros, y desenvainaré mi espada, y mataros he, y quedarán vuestras mujeres viudas, y vuestros hijos huérfanos. Por esta causa hirió Dios con tantas plagas la tierra de Egipto, y al cabo ahogó al rey Faraon y á todo su pueblo, por la crueldad que habia usado con los hijos de Israel extranjeros (*g*): Vi, dijo el Señor á Moises, la afliccion de mi pueblo, y oí sus clamores, por la crueldad que con ellos usaban los oficiales del rey; y sabiendo los dolores que padecen, bajé á librarlos de la subjeccion de los egipcios. Por Isaías dice el Señor contra los jueces, y en favor de los pobres (*h*): ¡Ay de los que haceis leyes injustas para oprimir en juicio á los pobres, y hacer fuerza á los que poco pueden, haciendo presa en las viudas, y robando á los pobres y huérfanos!

Es el cuarto pecado que clama al cielo, no pagar su trabajo al jornalero. Contra este pecado dice el apóstol Sanctiago (*i*): El jornal con que os quedastes de los segadores de vuestras mieses, da voces al cielo, y su clamor subió á los oídos del Señor Dios de los ejércitos. Y el Eclesiástico dice (*k*): El pan del necesitado es vida del pobre, el que se le quita, es derramador de sangre. Es como homicida el que niega el jornal á su prójimo: son hermanos en la culpa el homicida y el que detiene el jornal contra voluntad de su dueño. No negarás, dice Dios (*l*), el jornal al que trabajó contigo; si es pobre, el mismo dia le pagarás; porque este es el sustento de su vida, y si no se lo pagares, clamará á Dios, y serte ha contado á pecado.

Estos son los cuatro pecados que dice la Escriptura que claman al cielo pidiendo justicia, para dar á entender su gravedad, y cuán cerca tienen su pena, no solo en la otra vida, sino tambien en esta.

El fructo que se saca desta doctrina es el conocimiento de la gravedad de los pecados; porque nos apartemos de los mayores con mas temor, y purguemos lo que en esta parte habemos pecado, con mayor dolor. Tambien se conoce por aquí la diferencia que hay entre el sabio y el que no lo es, y entre el justo y el pecador, segun lo que dice Salomon (*m*): El sabio teme, y apártase del mal; el que no lo es, pasa por los peligros confiadamente. Y en otro lugar dice (*n*): El camino del justo es como el del sol, que va creciendo su luz hasta su perfeccion; mas el del malo es escuro, y no sabe adónde va á caer. Por lo cual es prudencia saber conocer todos estos barrancos, para sabernos guardar dellos como sabios.

(*a*) Gen. 4. (*b*) Gen. 18. (*c*) Gen. 19. (*d*) Ezech. 16. (*e*) Exod. 22. (*f*) Ibid. (*g*) Exod. 3. (*h*) Isai. 10. (*i*) Jacob. 5. (*k*) Eccl. 3. (*l*) Deut. 24.

(*m*) Prov. 14. (*n*) Prov. 4.

CAPITULO XXIII.

De los pecados ajenos y participados.

Declaradas todas las maneras sobredichas de pecados, en este último lugar digamos cómo los pecados ajenos se hacen proprios por participacion en ellos, esto es, cómo la culpa que otro ejecutó por su persona, puede tambien ser mia, porque se la mandé, ó aconsejé, ó se la consentí, pudiendo y siendo obligado á impedirla, y por otras maneras; de los cuales pecados se puede entender lo que dice el Apóstol (*a*): No comuniques con los pecados ajenos. Y en otro lugar dice (*b*): No comuniqueis en las obras infructuosas de las tinieblas, ántes las reprehended.

Esta comunicacion puede acontecer en nueve maneras: por mandamiento, por consejo, por consentimiento, por lisonja, provocando, callando, disimulando, defendiendo, ó amparando, ó participando.

Mandando pecó David en la muerte de Urias, que fué por su carta muerto (*c*).

Por consejo communicó Caifas en la muerte de Cristo, que él aconsejó (*d*).

Por consentimiento communicó Saulo en el pecado de la muerte de Sant Esteban, guardando las capas á los matadores (*e*): y hoy peca la madre que consiente que su hija sea mala mujer, y el juez que consiente que sus ministros lleven los derechos demasiados.

Aquellos communican en la culpa ajena, que por su lisonja son causa que se cometa algun pecado, ó que se huelgue del pecado cometido: cuando el malo en sus pecados es lisonjeado, levántase y provoca la ira de Dios.

Provocando communica en el pecado ajeno el que dice á su hermano que se vengue, y que si tal disimula, que no le tendrá por hombre, ni debe parecer entre hombres; como lo hizo la mujer del sancto Job, provocándole á blasfemias contra Dios (*f*). Y lo mismo es de todos los otros pecados que se hacen por nuestra persuasion.

Por silencio communicamos en los pecados ajenos, cuando dejamos de enseñar, de reprehender, de avisar, de amonestar á los que están á nuestro cargo. Desta manera pecan los gobernadores y jueces, disimulando las culpas que de oficio son obligados á castigar (*g*). Tambien los padres, y madres, y maestros pecan y communican en las culpas de los que están á su cargo, que ellos pueden castigar, y saben. A todos estos llama el Profeta (*h*) perros mudos, que no ladran contra los vicios. Y á otro profeta avisa el Señor que no se descuide en su oficio, diciendo (*i*): Si amenazando yo al malo, tú no lo avisares para que se aparte de su mala vida y no muera; él perseverando en su mal vivir, morirá por ello, mas á tí pediré cuenta de la perdicion de aquel.

(*a*) 2. Tim. 5. (*b*) Ephes. 5. (*c*) 2. Reg. 11. (*d*) Joan. 11. (*e*) Act. 7 (*f*) Job. 2. (*g*) 2. Reg. 2. Heli. (*h*) Isai 56. (*i*) Ezech. 3.

Tambien communica en el pecado ajeno el que disimula cuando es cosa probable que hablando y corrigiendo aprovecharia, y así pecan los que tienen del todo olvidado el precepto de la correccion fraterna.

La octava manera de incurrir en la culpa ajena es defendiendo ó amparando al autor, como escondiéndole y guardando sus hurtos, ó el amiga; favorecer al hereje, y al que lleva armas á los enemigos de la fe.

Peca últimamente por via de participacion aquel que alcanzó parte de hurto, sabiendo que era hurto. Tambien los que toman cohechos, y por ellos favorecen y salvan al que merecia ser condenado, de los cuales dice el Señor por el profeta Isaías (*h*): Tus príncipes y jueces son infieles, compañeros de ladrones, amigos de dádivas.

(*h*) Isai. 1.

Estas son las maneras en que podemos pecar y communicar en los pecados ajenos, de los cuales no fuímos los ejecutores principales, y serémos delante del juicio de Dios contados por cómplices y compañeros, como acá en la culpa, así allá en la pena.

Y háse de notar aquí que cuando el tal pecado fué en perjuicio de tercera persona, así como el principal autor es obligado á restituir, así lo es tambien aquel que communicó en su culpa por alguna destas nueve maneras. De manera que no solamente el que hurtó es obligado á restituir, sino tambien el que aconsejó, favoreció, lisonjeó, escondió, alcanzó parte, ha de restituir todo el hurto por entero; de manera que siendo casi todo el provecho ajeno, él está obligado á todo el daño.

TERCERA PARTE

QUE TRATA DE LA ORACION Y SACRAMENTOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la necesidad que tenemos de la divina gracia para guardar los mandamientos de Dios, y evitar los pecados.

Hasta aquí habemos declarado con brevedad los mandamientos divinos, y los pecados que se suelen hacer contra ellos, y vimos la perfeccion y pureza de vida que nos pide la ley de Dios. Porque quiere él que ante todas las cosas tengamos el corazon limpio, y luego las palabras y las obras, y así la vida toda. Quiere que en solo él esperemos, á él solo amemos con todo nuestro corazon, entendimiento y voluntad, y con todas nuestras fuerzas (*a*). Quiere que todos nuestros pensamientos, palabras, y obras, y vida, enderecemos á él, y todo sea á honra y gloria suya. Quiere que para con él seamos fieles, para con nuestros prójimos piadosos, para con nosotros mismos rigurosos. Quiere que no hagamos mal á nadie, no solo de obra, mas ni de palabra, ni aun nos pase de asiento por el pensamiento. Quiere que por su amor neguemos todas la cosas, y si fuere menester, á nosotros mismos. Quiere que nuestro principal negocio y cuidado sea de nuestra salvacion y del cielo, y que á esta cuenta menospreciemos todas las cosas de acá que nos pueden ser estorbo. Y sobre todo quiere que su amor, y gracia, y amistad, esté tan arraigada en nuestro corazon, que ni provecho, ni pérdida, ni honra, ni deshonra, ni halagos del mundo, ni amenazas, ni temor de muerte, ni amor de la vida, puedan ser parte para hacernos traspasar uno de los mandamientos de Dios. Quiere finalmente, que pues él es Sancto y la misma sanctidad, así seamos sanctos, y que viviendo acá en la tierra, nuestras costumbres sean celestiales, como conviene á hijos de Dios, imitadores de Jesucristo y herederos de su gloria.

Basta considerar todo lo dicho para que conozcamos nuestra inhabilidad para cumplir tan perfecta ley, y la necesidad que tenemos del divino favor y gracia para guardarla. Porque, como dice el Apóstol (*b*), sabemos que la ley es espiritual; mas yo carnal, entregado á mi mala inclinacion estragada, y hecho esclavo del pecado. Aunque estas palabras son breves, declaran maravillosamente la summa de todo este negocio.

Para cuyo entendimiento conviene traer á la memoria aquella perfeccion y pureza, en la cual Dios crió al hombre; porque como Dios hizo todas sus obras ordenadas y puestas en número, peso y medida, como dice el Sabio (*c*); así como dió al hombre ley sobrenatural y espiritual, así le crió con fuerzas espirituales y sobrenaturales, proporcionadas á la ley para poderla guardar; de manera que, como la ley era espiritual, así lo era el hombre. Por lo cual dice Sant Basilio (*d*), que juntamente crió Dios al hombre, y le infundió la gracia, para que con las habilidades naturales viviese vida natural de hombre, y con la gracia vida espiritual y divina.

Porque con esta gracia se da el Espíritu Sancto, y las obras deste Espíritu, como dice el Apóstol (*e*), son caridad, gozo, paz, paciencia, largueza de corazon, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Estas son las obras y efectos del Espíritu Sancto: con tales divinos favores y dones claramente se ve cuán bien podria el hombre vivir esta vida espiritual y divina.

Mas despues que el pecado se atravesó de por medio, perdió el hombre todos estos divinos dones y favores gratuitos, y del todo quedó inhábil para guardar esta ley. Quedó como sin alas, mandándole volar; y sin armas, siéndole forzado pelear; y perdidos los dones gratuitos, luego las habilidades naturales se estragaron, que ántes se conservaban con la gracia.

Como los cadáveres ó cuerpos muertos en tanto se conservan sin corrupcion, en cuanto están embalsamados y acompañados de la mirra, y en quitándosela, presto se corrompen y se hinchen de gusanos; así el hombre, miéntras estuvo en gracia, se conservó sano en los dones naturales; mas perdida la gracia por el pecado, todo se estragó.

(*a*) Matth. 22. (*b*) Rom. 7.

(*c*) Sap. 11. (*d*) Basil. sup. Psal. 32. (*e*) Galat. 5.

Un cántaro de vinagre basta para acedar toda una grande tinaja de muy buen vino; poca levadura basta para corromper mucha masa (*f*); y tal fué la malicia del pecado, que bastó para corromper y estragar toda la naturaleza humana, de manera que de piés á cabeza no quedó en ella cosa sana. Quedó el entendimiento ciego, la voluntad enferma, la irascible flaca para todo bien, la concupiscible fuerte para todo mal, la carne mal inclinada y regalona, los sentidos curiosos y derramados, la imaginacion inquieta y desasosegada, y todo el hombre pervertido y trastornado.

Mas si quieres saber las habilidades que tras el pecado succedieron en nosotros en lugar de las que por la gracia del Espíritu Sancto obraba, oye lo que dice el Apóstol (*g*) : Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicacion, torpeza, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, emulaciones, iras, peleas, disensiones, sectas, invidias, homicidios, demasías en comidas y bebidas, y otras cosas semejantes. Estos (dice el Apóstol) son los fructos, las obras y habilidades de la carne.

¿Parécete pues que fué buen trueque? ¿Es bueno el árbol que tales fructos lleva? ¿Está bueno el hombre que dentro de su casa y pecho tiene tal consejero, tal atizador de maldades? ¿Podrá bien con tales atizadores guardar una ley toda espiritual, y toda celestial, sacada del purísimo pecho de Dios? Luego muy bien dijo el Apóstol (*h*) : Sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido y entregado á la servidumbre del pecado. Siendo la ley espiritual, y el hombre carnal, poco ménos que un bruto animal, ¿qué habilidad tendrá para guardar esta ley? Si mudándose el hombre de espiritual en carnal, se mudara tambien la ley, acomodándose con el hombre, y haciéndose como él carnal (cual es la del moro y turco), no hubiera esta desproporcion entre la ley y el hombre, como hoy la hay, quedándose la ley espiritual, y habiéndose mudado el hombre de espiritual en carnal; por lo cual no le queda hoy ninguna habilidad para guardar la ley, que se quedó en su espiritual pureza.

Necesario será luego volver el hombre á la fragua, y reformarlo, y hacerlo de nuevo, infundiéndole otro corazon y otro espíritu; porque de otra manera, como dice el Salvador (*i*), lo que nace de carne, es carne, como lo que nace de espíritu, es espíritu. Como si dijera : La carne no tiene de su cosecha habilidad para guardar ley espiritual, si no es reformada y espiritualizada con el espíritu de Dios. De suerte que pues no se ha de hacer mudanza en la ley, es necesario que ésta se haga en el hombre, proporcionándolo y haciéndolo espiritual, semejante á la ley; porque de otra manera será imposible poderla guardar.

Mas por ventura eres curioso, y preguntas, ¿por qué dió Dios tal ley al hombre, que él por sus naturales habilidades no pudiese guardar?

Oye agora las causas desto, que sin duda son dignas de ser sabidas.

La primera fué, para hacernos humildes. Realmente no hay cosa que tanta parte sea para humillarnos y darnos á entender nuestra insuficiencia y flaqueza, como considerar por una parte la excelencia de la ley divina, y por otra nuestra inhabilidad para guardarla. Esto dijo el glorioso doctor Sant Augustin por estas palabras (*k*) : Los mandamientos imposibles no hicieron á los hombres transgresores, sino humildes; porque la excelencia de los mandamientos les mostró la inhabilidad de sus fuerzas, y este conocimiento los hizo humildes. Y en otro lugar dice lo mismo, singularmente por estas palabras (*l*) : Dióse la ley para que se buscase la gracia, y la gracia para que se cumpliese la ley, que no era posible cumplirse sin el favor de la gracia, y esto no por defecto de la ley, si no por culpa de nuestra carne, la cual culpa descubrió la ley, y la sanó la gracia. Y en otro lugar (*m*) : La ley descubrió la inhabilidad del hombre para su cumplimiento, y este conocimiento hizo suspirar y gemir al hombre por el favor de la gracia para cumplir la ley, y esta necesidad de pedir este favor, hizo al hombre humilde. Y esta es la primera causa y razon por qué Dios nos dió ley mas excelente que nuestras habilidades naturales.

La segunda fué, para hacernos no solo humildes, mas tambien devotos, como tomándonos por hambre, y que nuestra necesidad nos hiciese entrar por sus puertas; porque viendo cuán grandes cosas nos mandan sobre nuestras naturales fuerzas, y debajo de penas eternas, nos acogiésemos á él pidiendo el remedio para tan grande necesidad, y él nos diese su divina gracia. Por la ley, dice el Apóstol (*n*), se conoce el pecado y la miseria dél, y así como el conocimiento de la enfermedad hace al enfermo buscar al médico y la medicina, así el conocimiento de la enfermedad del pecado, que nos dió la ley, nos hace ir á buscar al médico verdadero, que es Dios, y la medicina, que es su divino favor y gracia.

Pongamos ejemplo que nos haga esto mas claro. Dice la ley : *No cobdiciarás*. Oido por el hombre este precepto, dice con el Sabio (*o*) : Sabiendo yo que nadie puede ser continente, si Dios no le da su gracia (y saber esto es gran sabiduría), fuíme á Dios, y presentéle mi oracion, y pedíle su favor y gracia para ser continente y libre de toda cobdicia. Por donde se ve que la ley de Dios nos remite al mismo Dios, para que por su favor guardemos lo que él nos manda, y le digamos con Sant Augustin (*p*) : Dadme, Señor, que pueda yo hacer lo que vos mandais, y luego mandad todo lo que quisiéredes. Por lo cual parece que no hay cosa que así nos mueva á llamar á Dios, y fiar dél, y así perseverar en la oracion, como la consideracion desta continua necesidad que dél tenemos; porque conociendo nuestra necesidad y pobreza, luego tomamos el remedio del pobre, que es pedir, y así acudimos luego á las puertas de la divina misericordia, y allí llamamos y pedimos la limosna de su divina gracia.

La tercera razon y causa, fué disponer los hombres para la venida de Jesucristo, dándoles claro conocimiento de su propria enfermedad y dolencia, y así de la grande necesidad del médico y de la medicina (esto es, de remediador y de remedio), para que con todo corazon amasen y deseasen aquel de quien tanto bien esperaban, y fuesen diligentes y solícitos en aprovecharse del remedio, si deseaban ser remediados. Porque cuanto es mayor el conocimiento de nuestra necesidad, tanto es

(*f*) 1. Cor. 5. (*g*) Galat. 5. (*h*) Rom. 7. (*i*) Joan. 3.

(*k*) August. tom. 7. de Grat. Christ. cap. 8. et 9. (*l*) Tom. 3. lib. de Spir. et litt. cap. 10. (*m*) Tom. 8. sup. Psalm. 102. post med. et Psalm. 118. conc. 27. (*n*) Rom. 3. (*o*) Sap. 8. (*p*) August. de Don. pers. cap. 20. et tom. 9. lib. Medit. cap. 41.

mayor el deseo, amor y estima del remedio y del remediador, y del uso deste remedio, el cual no fué otro que Cristo, Hijo de Dios, nuestro segundo Adam y nuestro segundo Padre, el cual mediante el sacrificio de su sangre satisfizo por nuestros pecados, y nos reconcilió con su Padre, y dél nos alcanzó el espíritu y gracia que habiamos perdido, mediante la cual fuimos habilitados para la guarda de su divina ley. Y para esto nos instituyó los sanctísimos sacramentos, por los cuales alcanzamos muchas veces este perdon y regeneracion, y esta gracia que nos hace agradables en los ojos de Dios, y nos habilita y esfuerza para el cumplimiento de su ley; y así parece que esta es la razon que nos mueve mas á amar á Cristo, y esperar en Cristo, y aprovecharnos de los divinos sacramentos, que son los remedios que para esto nos dejó. ¿Veis pues cuántos provechos tiene la ley, y cuántas razones tuvo Dios para darla sobre nuestras naturales fuerzas, puesto caso que en ella no estuviese nuestro entero remedio, sino en la gracia?

Por lo dicho parece cuán grande beneficio fué dar Dios la ley al hombre, aunque fuese mucho mayor darle la gracia (que es como el espíritu y alma de la ley), porque así como aunque el cuerpo sea necesario para la vida natural del hombre, mas con todo no se puede conservar sin alma; así aunque sea necesaria la ley para el buen gobierno político de nuestra vida humana, no se puede esta ley guardar sin la gracia. Por lo cual así como nuestro Señor despues de haber formado el cuerpo de Adam, infundió en él el espíritu de vida; así despues de trazado con la ley el órden de nuestra vida, infundió en nuestros corazones el espíritu de su gracia, enviándonos en el dia de Pentecostes al Espíritu Sancto; para que en el mismo dia que se formó el cuerpo de la ley, se infundiese el espíritu vivificador de la gracia.

Y pues esta gracia se alcanza por la oracion y por los sanctos sacramentos, destas dos cosas nos conviene tratar en esta tercera parte, para cumplimiento de todo lo que pide el tratado de Doctrina cristiana; y dirémos primero de la oracion, y despues de los sacramentos, y en el fin tratarémos algo de la misa; pues en ella se consagra el mayor de los sacramentos.

CAPITULO II.

De la necesidad de la oracion, y de la manera de orar.

Todo lo que queda dicho en el capítulo pasado, sirve para que se entienda la necesidad que tenemos de la gracia para cumplir la ley; y por consiguiente la que tenemos de la oracion, que tiene por oficio pedir la gracia. Porque no es otra cosa oracion, sino un piadoso afecto de nuestra ánima para con Dios, con el cual pedimos al Señor todo lo que habemos menester para esta vida, y para bien caminar á la eterna. Oracion es una de las virtudes mas necesarias y mas encomendadas en las divinas escripturas, y á la cual mas y mayores cosas se prometen. Promesa es de Jesucristo (*a*): Todo lo que orando pidiéredes, creed que os lo darán; y alcanzarlo heis. Y en otro lugar (*b*): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y responderos han. Y en otro lugar (*c*): Si vosotros, siendo malos, sabeis dar bienes á vuestros hijos, aunque ellos pidan mal, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que es summamente sabio, y summamente bueno, sabrá dar su sancto espíritu á quien le pidiere? Con tales promesas y esperanzas nos provoca el Señor á la oracion. Conviene pues que obedeciéndole gastemos la vida en este ejercicio de sus alabanzas, pidiendo el remedio para todas nuestras miserias.

(*a*) Marc. 11. (*b*) Luc. 11. (*c*) Matth. 7.

Y para esto tenemos hartos ejemplos en las escripturas sagradas. Elías (dice el apóstol Sanctiago) hombre era pasible como nosotros; mas orando al Señor, hizo que por espacio de tres años y medio no lloviese gota de agua sobre la tierra, y con la misma oracion volvió á alcanzar del Señor el agua y los fructos á la tierra. Orando Moises, fuéron vencidos los amalecitas (*d*). Y haciendo Samuel oracion, fuéron desbaratados los filisteos (*e*). Y por la oracion de Asá y Josafat reyes de Judá, fuéron vencidos dos poderosísimos ejércitos. Orando Jeremías, fué consolado por Dios en la cárcel. Orando Daniel, fué visitado de parte de Dios en la cisterna de los leones (*f*). Orando los tres mancebos en la calera de Babilonia, se les juntó el ángel, y con él alababan á Dios en el medio de las llamas (*g*). Orando el ladron penitente en la cruz, y con el alma en los dientes, negoció el paraíso (*h*). Orando la casta Susanna, fué libre de sus falsos acusadores (*i*). Orando Sant Esteban, vió los cielos abiertos, y á Jesucristo (*k*), y dél alcanzó la fe para Saulo. Con estos y otros muchos ejemplos en las divinas letras se nos muestra, no solo el fructo de la oracion, sino tambien nos llaman á la imitacion desta virtud. Por lo cual nos aconseja el Apóstol, diciendo (*l*): Orad de continuo, y en todas las cosas dad gracias al Señor. Y Sanctiago dice (*m*): Rogad unos por otros, porque todos os salveis; que mucho vale la oracion del justo, si es perseverante.

Este es uno de los mayores remedios que la divina Providencia ordenó para socorro de nuestras miserias, y para aplicarnos por él el favor y beneficio de nuestra redempcion; porque es tal y tan grande nuestra miseria, y tal nuestra flojedad en la virtud, y nuestras recaidas en los vicios, que aunque de parte de nuestro Redemptor esté ya copiosamente proveido para todos nuestros males, todavía es menester un continuo cuidado y trabajo para la aplicacion y uso desta redempcion. Y este trabajo y cuidado ha de ser en la oracion, para renovar y ganar cada dia lo que cada dia perdemos aflojando. Y pues el Señor tiene ya proveido todo lo necesario para nuestro remedio y provecho, nosotros debemos encaminarlo todo á su gloria.

Esta es la necesidad y verdadero uso de la oracion, y este fué siempre el ejercicio en la Iglesia, en todos sus ayuntamientos y congregaciones. Ella diputó oradores de oficio por todos los fieles; porque no todos pueden perseverar en este sancto ejercicio, ocupados en los oficios necesarios para la vida humana. Mas con todo quiso que para este fin en ciertos dias se juntasen todos los fieles en las iglesias, segun que ya queda dicho en el tercero mandamiento de la sanctificacion de las fiestas. Este es el uso de los divinos oficios que cada dia veis entre los eclesiásticos, y el oficio sacerdotal. Supla el Señor por su misericordia las faltas que hay en este tan necesario ejercicio, y provea siempre su Iglesia de tales oradores, que para con él sean parte de aplacar la divi-

(*d*) Exod. 17. (*e*) 1. Reg. 7. (*f*) Daniel. 6. (*g*) Daniel. 3. (*h*) Luc. 23. (*i*) Daniel. 13. (*k*) Act. 7. (*l*) 1. Thes. 5. (*m*) Jacob. 5.

na justicia, que los pecadores tan frecuentemente provocan.

§. ÚNICO.

De la manera que se ha de tener en orar.

Porque va mucho en el modo de orar, será razon se entienda la manera que en esto se ha de tener. Para lo cual es de saber que la principal disposicion que se pide para este sancto ejercicio, es el profundo conocimiento que el hombre ha de tener de sus miserias y faltas, y una desconfianza de las proprias fuerzas, confesando su grande inhabilidad y pobreza. Deste humilde conocimiento de sí ha de salir una viva fe, con la cual esté cierto que todo cuanto le falta, tiene copiosísimamente en los tesoros de los merescimientos de la sangre de nuestro Redemptor Jesucristo. Y de aquí le ha de nacer una grande confianza, que pues tal es el medianero entre Dios y el hombre, no puede dejar de ser oida nuestra oracion, y bien despachadas nuestras peticiones delante del eterno Padre, por los merescimientos de su Hijo y Redemptor nuestro, Jesucristo; pues el mismo Padre eterno amó tanto nuestro remedio, que sola su bondad y misericordia le solicitó á que nos enviase tal remediador y tercero. Y despues desto para pedir nuevas mercedes nos habemos de acordar y considerar las grandes ya recibidas, y darle por ellas infinitas gracias, pretendiendo siempre en nuestras peticiones que aquello sea en nosotros hecho, que ha de ser para mayor honra, y gloria, y servicio suyo.

CAPITULO III.

De las condiciones que debe tener la buena oracion.

El que está en la cuenta de la importancia y necesidad deste sancto ejercicio, y desea que su oracion sea agradable á nuestro Señor, sepa que es necesario que la acompañe con las condiciones siguientes.

La primera es que ore con grande atencion y reverencia; porque orar no es otra cosa que hablar con Dios. Y así habemos de considerar cuánta descortesía sería acá hablar con un rey, de manera que él entendiese que ni hablábamos con reverencia, ni con concierto, ni habíamos pensado con quién íbamos á hablar; porque esto no se podia atribuir sino ó á falta de entendimiento, ó (lo que mucho peor es) á sobrada descortesía y atrevimiento. Pues si para hablar á un rey de un pedazo de tierra se pide grande consideracion, estudio y respeto, con el cual acertar no se puede aventurar sino algun interese temporal, ¿con qué respeto y consideracion será razon que vamos para hablar con el Rey universal de todo lo criado, y con la infinita Majestad y sabiduría, y en negocios de nuestra salud eterna? Debe pues el que quiere hablar con Dios en la oracion, recogerse todo en sí, con todo el acatamiento y humildad que pudiere procurar, para ir delante de la divina Majestad. Contra esto hacen los que sin ninguna atencion ni devocion rezan muchos *Pater noster*, y Ave Marías, y salmos, sin que tengan otro cuidado mas de acabar y cumplir con el número de sus devociones, sin mirar ni atender qué dicen, ni con quién hablan. De estos puede el Señor decir lo que de otros dijo (*a*): Este pueblo hónrame con los labios, mas no con el corazon; que no está en lo que reza, ántes léjos de mí, en sus negocios y cuidados.

(*a*) Isai. 29. Matth. 15.

La segunda condicion que debe acompañar tu oracion es que tus palabras salgan del corazon, que á una oren espíritu y lengua, porque la atencion del corazon es como alma y vida de las palabras que pronuncia la lengua, porque represente con verdad nuestros deseos á Dios, el cual mejor oye el afecto del humilde corazon, que el grande concierto de las palabras. Esto quiso el Señor enseñar cuando dijo que nos recogiésemos para orar (*b*); porque en el lugar mas recogido y escondido oye el Padre eterno. Esta soledad que Dios nos manda que procuremos, no se ha de entender tanto del lugar apartado y solo (aunque este es conveniente, y ayuda), cuanto de la soledad de los cuidados, cuando para tratar con Dios los procuramos despedir todos, y todo el estruendo y ruido de las cosas y deseos mundanos; para que en este espiritual silencio y soledad derramemos nuestro corazon delante de Dios.

La tercera condicion del buen orador es que sea paciente para esperar al Señor, porque muchas veces dilata Dios el cumplimiento de nuestras peticiones, ó para probar nuestra fe, ó para que mas evidente sea nuestra necesidad, y mas estimemos el socorro, ó para despertar en nosotros mayor fervor y deseo, y por otras causas que nos convienen, aunque nosotros las ignoramos, y de la bondad del Señor siempre habemos de creer que todo lo ordena para nuestro mayor bien. Es esta virtud muy necesaria en la oracion para que se consiga el fructo della; porque hay muchos á los cuales la dilacion les causa desmayo, y este les hace perder toda la ganancia que habian ganado y habian de ganar.

La cuarta condicion es que procuremos estar en amistad del Señor con verdadero aborrescimiento de todo pecado; porque no contradiga la vida á la oracion, y deshaga la obra lo que pide la lengua, contradiciéndose.

La quinta condicion es que siempre nuestro principal intento y deseo sea encaminar nuestras peticiones á bienes espirituales que nos ayuden á encaminar á Dios, y siempre los temporales pidamos en órden á los espirituales, y en aquella cantidad y medida que nos ayuden, y no nos impidan nuestro principal negocio.

Es la sexta, que nuestra oracion vaya siempre acompañada de fe, y de una firme confianza de que Dios nos oirá, y será contento y servido de socorrernos cuándo y cómo mas nos convenga; y esta fe y confianza, para que sea cual conviene, habemos de fundarla en la misma bondad de Dios y en los merescimientos de su único Hijo Jesucristo, Redemptor nuestro, por el cual y en el cual habemos de rematar nuestras peticiones. Es pues el proprio oficio desta fe y confianza, tener por cierto que aunque por nosotros somos del todo indignos de ser oidos y socorridos, es tal la grandeza de la divina bondad, que para hacernos ciertos de que siempre nos oirá, nos previno, sin que se lo pidiésemos ni merescićsemos, con darnos su Hijo único por Redemptor, remediador y tercero nuestro; porque vea el hombre cuán confiado puede llegar á pedir á tal Padre por tal Hijo. Tambien es efecto desta fe, causar en nosotros una quietud despues de la oracion, que no nos quede tristeza, ni rastro de incredulidad en las cosas que así pedimos, dejados todos y fiados de la divina bondad y providencia.

(*b*) Matth. 6.

§. UNICO.

De algunas dudas que se pueden ofrecer acerca de las sobredichas condiciones de la oracion.

Antes que de aquí pasemos, será necesario responder á algunas dubdas que se pueden ofrecer sobre estas seis condiciones de la buena oracion.

Segun lo que queda dicho, el que ha de ir á orar, ha de ir acompañado de las tres principales virtudes, fe, esperanza y caridad. Parece que se cierra aquí la puerta al pecador, que ya que tenga fe y esperanza, estas dos sin caridad son como cadáveres y cuerpos sin alma, porque la vida de todas las virtudes es la caridad; y segun las condiciones de la oracion, solo será para los que están en caridad.

Otra segunda dubda nace desta misma. Si segun lo dicho, la oracion ha de ser en fervor de espíritu (que no puede tener el que no está en caridad y gracia), porque no ha de ser fervor de espíritu humano, sino del espíritu, que es don del cielo; pues si el pecador no lo tiene, ¿cómo orará?

Para la respuesta destas dos objecciones se debe primero notar, que la cierta y eficaz oracion será la del justo, que tiene estas tres virtudes teologales, en las cuales se incluyen todas las condiciones de la buena oracion; porque la fe da confianza al orador, y la caridad le enciende el fervor, y de la viva esperanza nace la paciencia perseverante. Mas con todo no excluimos á los pecadores deste remedio de la oracion, ántes ellos son los mas necesitados dél. Mas á aquellos debes entender que se cierra esta puerta, y no tienen parte en este socorro y remedio, que se están en sus pecados, y viven sin querer salir dellos.

Mas el pecador que se duele de su pecado, y lo acusa y condena, y procura salir dél, y todos los remedios que puede procura (como es quitar y apartarse de las ocasiones, y que desea no volver), para el tal es la oracion; en particular la que se emplea en pedir al Señor perdon dellos, y que le facilite la salida de algunas ocasiones, de las cuales le parece que no tiene salida, ni sabe cómo apartarse dellas. A este mira la misericordia del Señor, la cual siempre está inclinada á los pobres necesitados de su socorro; este clame al Señor, persevere, porque su misericordia no dejará de hacer su oficio, que es alumbrar, y remediar, y llevar adelante su obra, porque de su bondad y misericordia vino al tal pecador el aborrescimiento de su pecado y el deseo de salir dél, y todo esto no presupone merescimientos en el pecador; y como el hombre con su libre albedrío no resista á estas misericordias de Dios, despertará y encenderá en su corazon una centella deste espíritu y fervor, con el cual pelee contra el pecado; y poco á poco le irá dando de sus divinos dones, los cuales aunque al principio no sean tan crecidos, con todo son de inestimable valía y precio. Mas como en ellos haya sus grados, lo que se debe pedir es el aumento dellos, y que el Señor que por su infinita misericordia quiso poner las primicias de sus dones adonde poco ántes el demonio tenia su posada, y comenzó á despertar al que tan profundamente dormia, y previno con su gracia al que estaba siervo del pecado; él, por quien es, aumente sus dones y gracia, y la llegue al debido término, hasta que en el alma en que esto comenzó, la fe, y esperanza, y caridad hagan sus oficios, y entónces será oracion eficaz y de verdadero fructo.

Baste esto para respuesta de la primera objeccion, y desta respuesta se sigue la segunda. Porque claro está que cuando dijimos que la oracion habia de ser en fervor de espíritu, nunca entendimos del espíritu del hombre ni de la industria humana, sino del espíritu del cielo, que es don de Dios y don de verdadera oracion. Mas entiéndese que así como el pecador de quien vamos hablando (aunque no ore con tal oracion como el justo), con todo, este tal despertado y guiado del Señor, y sustentado de la mano de su misericordia, llegó á tener oracion saludable; así el que se siente sin espíritu de oracion, y conoce que por sus pecados le falta, debe esforzarse, y como pudiere, pedirlo al Señor; confesando que aun aquel desear y pedir, tal cual es, no lo tiene de sus fuerzas humanas, sino de la misericordia del Señor; y tener esto por señal que Dios le viene á llamar, y aparejarse á recibirle, y no resistir su llamamiento. Y el Señor que comenzó, hará tanto en él, que le dará el verdadero espíritu de oracion, si el hombre por su pecado y negligencia no estorbare al Señor. Mas es necesario que no sea tan bueno de contentar, que faltándole mucho, crea que ya ha llegado á este espíritu de oracion.

CAPITULO IV.

En el cual se declara la oracion del Padre nuestro.

Declaradas ya las condiciones de la buena oracion, será razon declarar la oracion del *Pater noster*, pues es la mas excelente oracion que podemos rezar, como se deja entender, por ser el autor della el mismo Redemptor nuestro Señor Jesucristo. En ella nos enseñó á pedir todo lo que nos conviene pedir para esta vida y para la otra, para nuestro provecho y para honra de Dios. Y saber que Jesucristo compuso esta oracion, y ordenó las peticiones della, esfuerza en gran manera nuestra confianza. ¡Cuán confiados pueden llegar en la presencia del eterno Padre aquellos que llevan las peticiones que su Hijo amado notó y compuso! Si es verdad lo que dice el Sabio (*a*), que Dios honra al padre en el hijo (esto es, cuando al hijo hace mercedes por los merescimientos del padre), ¡cuán confiados podemos ir pidiendo en el nombre de nuestro Señor y Padre Jesucristo, que tantos merescimientos tiene delante del eterno Padre! Y así parece que con ninguna otra oracion podemos pedir mercedes mas convenientemente delante de Dios, que con esta que nos enseñó su Hijo. Y para que hagamos esto mejor, entendiendo lo que vamos hablando con Dios en esta oracion, declararémos aquí sus siete peticiones; para que como fuéremos pronunciando las palabras, así vamos considerando el entendimiento dellas, segun esta declaracion, ó segun que el Espíritu Sancto le diere á entender.

§. I.

Proemio á la primera peticion.

Antes de la primera peticion de las siete que comprehende esta oracion, dice así (*b*): *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Esta fué la mas conveniente entrada que se pudo desear para comenzar á hablar con Dios; porque es la de mayor consolacion, mayor gloria y mayor confianza que se pudo dar al hombre. Para lo cual es de sa-

(*a*) Eccl. 1. (*b*) Matth. 6.

ber que por dos títulos es Dios Padre nuestro. El primero, por el beneficio de la creacion, pues él formó nuestros cuerpos y crió nuestras almas á su imágen y semejanza. Si acá llamamos padres á los que solamente fuéron instrumentos y ministros de nuestros cuerpos, sin tener ninguna parte en la creacion del alma, ¿cómo no será con mas razon llamado Padre el que sin ellos crió nuestras almas, y á ellos dió virtud para que fuesen ministros en la formacion de nuestros cuerpos? Mas éste primer título es general á todas las criaturas, pues solo él las crió, porque solo él puede criar. Otro mas alto título de paternidad hay en Dios para con los hombres, segun el cual solamente se dice Padre de los que están en gracia, porque á solos estos communica Dios el espíritu de su Hijo, á estos hizo herederos de su reino, para estos envió el Espíritu Sancto al mundo, á estos ama y dellos tiene especial providencia, como de muy queridos hijos. Y por ser esta providencia y amor tan grande, dice Jesucristo (c): No llameis á ninguno padre en la tierra, porque uno solo es el verdadero Padre, que está en los cielos. De manera que así como por excelencia Cristo solo es nuestro Maestro, porque todos los otros no se le pueden comparar; y así como Dios solamente es por excelencia y por esencia bueno, y no hay en el mundo quien delante dél se pueda llamar bueno; así solo él merece nombre de Padre, porque ni en beneficios, ni en amor, ni en entrañas de padre, ni en providencia de padre hay en el mundo quien delante dél merezca este nombre. Por lo cual dijo el profeta Isaías (d): Vos, Señor, sois nuestro Padre; que ni Abraham nos conoció, ni Israel tuvo que ver con nosotros. Dando á entender que todos los padres pierden este nombre cuando los comparamos con Dios.

Este gloriosísimo nombre nos ha de convidar al amor de tal Padre, y á darle gracias por tal gracia, y por todos sus beneficios, y acudir confiadamente á él en todos nuestros trabajos y necesidades, y como de verdadero Padre sufrir su castigo y azote, y procurar entender el por qué del castigo, para emendarnos, y aunque no lo alcancemos, humillarnos; y como buenos hijos debemos buscar y procurar en todo su gloria, y servirlo con espíritu de hijos y no de siervos; esto es, por quien él es y por lo que meresce, y no por miedo ni por el interese. A todo esto nos convida y nos obliga este nombre de Padre; el cual nos ganó Cristo, cuando siendo único Hijo de Dios por naturaleza, meresció hacer muchos hermanos suyos, hijos de su eterno Padre, por la adopcion de la gracia. De aquí podemos decir con humilde y sancta osadía: *Padre nuestro, que estás en los cielos, sanctificado sea el tu nombre.*

Y hase de notar *Padre nuestro*; porque decir en singular Padre mio, solo pertenece á Jesucristo, como á proprio y único Hijo natural, pero nosotros tenemos todos una igual filiacion por gracia. Tambien en esta palabra *nuestro*, somos avisados con qué humildad y caridad habemos de orar, reconociendo á todos por hermanos y nuestros iguales, como hijos de un Padre. Y tal debe ser nuestro trato con todos, no menospreciando á nadie, pues todos somos redimidos con un igual precio, de la preciosa sangre de Jesucristo, por la misericordia deste único Padre nuestro. De aquí tambien se colige cuán léjos ha de estar del orador toda invidia y particular intereses. Esto se denota en que en esta divina oracion no se hallarán estas dos palabras: *Mio*, ni *para mi*; como no hay *Padre mio*, sino *Padre nuestro*; así no hay *para mi*, sino *para nosotros*. De aquí se entiende que el principal título con que esta oracion se hace, es en nombre de la Iglesia. Siempre habemos con esta oracion de pedir la prosperidad de nuestra madre la Iglesia. Ningun don, ninguna merced espiritual ni temporal debe pedir el cristiano, en la cual quiera ser señalado y solo, sino que debe desear tener en ella por participantes á todos sus prójimos.

(c) Matth. 23. (d) Isaí. 63.

Que estás en los cielos. Aquí se despierta nuestra confianza, y tambien somos avisados cuán altamente habemos de sentir de Dios á quien llamamos Padre. Es verdad que Dios está en todas las partes, porque no tiene de tal manera diputado algun lugar, que estando allí, no esté en otro (como habemos de sentir del Angel), mas por una cierta consideracion le asignamos por morada el cielo; porque no podemos pensar otro lugar mas excelente, ni mas hermoso, ni de mayor majestad, ni mas apartado de toda imperfeccion, ni de mayor seguridad y perpetúidad, ni adonde mas resplandezcan la bondad y sabiduría de Dios, pues allí se ve á la clara. De manera que como acá por el edificio de una grande casa juzgamos del poder y riquezas del señor della, así la hermosura del cielo nos despierta á la consideracion del poder y saber de Dios. Tambien confesando que tenemos Padre en el cielo, nos despierta la consideracion de la miseria nuestra, pues peregrinamos acá en la tierra, tan apartados de la bienaventuranza del cielo, y en tanta contingencia y peligro, y subjectos á tan graves mudanzas. Tambien nos advierte esta palabra de la nobleza de nuestro orígen; pues de allí somos naturales, adonde confesamos estar nuestro Padre celestial, que nos crió para aquellas celestiales moradas, para tenernos siempre en su compañía. Y así debemos suspirar siempre por nuestra patria, y procurar con toda diligencia que nuestras obras parezcan á estos deseos.

§. II.

Primera peticion.

Lo dicho es como entrada y proemio desta oracion. Despues del cual se sigue luego la primera peticion, que es: *Sanctificado sea el tu nombre.* Hablando con Dios en el Padre nuestro, pedimos que su nombre sea sanctificado. En este lugar por el nombre de Dios habemos de entender el mismo Dios, su honra, su gloria, su noticia. Pedir que sea sanctificado, no es otra cosa sino pedir que sea conocido por quien es, y conforme á tal conocimiento honrado y servido. Este es afecto y deseo de buenos hijos, que sobre sus ojos tienen la gloria y honra de su Padre, y esta con todas sus fuerzas procuran.

Dos consideraciones hay aquí. La primera, el inflamado deseo que debe haber en nuestro corazon (si somos verdaderos hijos) de que Dios sea adorado y conocido de todas las gentes, que conozcan que es el verdadero Dios y Señor, y todo nuestro bien, y dolernos de corazon de que de tantas naciones es tan gravemente ofendido y blasfemado; pues vemos que muchos en el mundo están ciegos y engañados, puesta su confianza en el falso profeta Mahoma; otros envueltos en mil supersticiones y adoracion de las criaturas; y lo que es mas de llorar, que muchos que se precian de fieles, no tie-

nen mas de solo el nombre, negando claramente con las obras, lo que confiesan con las palabras; siendo con sus estragadas vidas grande escándalo para los infieles, á los cuales con sus obras dan ocasion que juzguen de nuestra fe por nuestras malas costumbres. Para todo esto pide el que es verdadero hijo á su Padre eterno que sea sanctificado su nombre, y esto se debe pedir con grande sentimiento y deseo.

La segunda cosa que se debe considerar aquí, es que esa misma honra y sanctificacion que deseamos que él tenga universalmente en todo el mundo, esa misma pedimos que él, que solo es poderoso, la traiga á efecto. En lo cual se nos enseña que aun eso que deseamos como hijos, de honrar á nuestro Padre, no podemos por nuestras fuerzas naturales, ni por nuestro juicio y entendimiento sabrémos acertar el cómo agradarle, sino que humildemente conozcamos nuestra insuficiencia, y que para todo, dél debemos esperar el favor y gracia. El nos ha de enseñar en todo, él nos ha de dar el aliento y espíritu para esto, él por sus escripturas y divinas inspiraciones, ó por buenos maestros, nos ha de dar la noticia de lo que quiere que hagamos en su servicio; y dél debemos esperar las fuerzas para el cumplimiento de lo que nos enseñare que hagamos. Mas conviene que pongamos de nuestra parte grande cuidado de que no recibamos de Dios en vano sus dones, sino que cuando de su larga mano recibiéremos los favores y ayudas que le pedimos, nos ayudemos con ellos. Y como los pecados solos sean los que ofendan, y los que son los enemigos de la honra y sanctificacion de su nombre; estos debe evitar y huir con todo cuidado el que hace esta peticion á Dios, y pedirle que la enemistad y aborrescimiento destos estorbadores de su gloria y honra, crezca siempre en su corazon y en todos los corazones, porque entónces de véras será sanctificado el nombre de Dios, cuando ningun pecado reinare en nuestros corazones, sino toda sanctidad y justicia.

Esta es la primera peticion que nuestro Señor y Redemptor Jesucristo nos enseñó á pedir á su eterno Padre, dándonos ejemplo en sí mismo, que siempre tuvo esto por fin y su principal negocio.

§. III.

Segunda peticion.

Venga á nos el tu reino. Son estas las palabras de la segunda peticion. En esta segunda se declara mas la primera, porque entre otras excelencias desta oracion esta es la una, que siempre las palabras siguientes son como mayor declaracion de las que han precedido. En esta segunda peticion no pedimos aquel reino segun el cuál Dios es Rey de todas las criaturas, como es universal Padre por el beneficio de la creacion, sino aquel reino segun el cual reina solamente sobre los justos, y que están en su gracia y amor. En este reino rige Dios y gobierna con suavísimo yugo, todo blando, suave y amoroso. A estos ampara con grande benignidad y misericordia; á estos da privilegios singulares de grandes exenciones, líbralos de todos los peligros, de la jurisdiccion del pecado, de la muerte y del infierno.

El tributo que á los vasallos deste Rey se pide, y el servicio, todo es de obediencia, amor y confianza de su Rey; y la subjeccion es libertad y franqueza. Es reino pacífico, adonde el cumplimiento de todas las leyes es paz y amor. Deste reino son todos los que verdaderamente sirven á Dios, y que procuran de no perder la libertad cristiana que Jesucristo les ganó, que es tener rendidos los pecados, y ser señores de sus pasiones.

Pedir que venga este reino, no es otra cosa sino pedir que este reino, que es en los buenos y justos, que se aumente; porque muy pocos son los buenos respecto de los malos, y pocos los justos, y muchos los pecadores, y grande el reino del pecado, y pequeño el de la sanctidad y justicia. Pedimos pues que aquel grande reino de pecadores se disminuya y apoque, y del todo se acabe, y que el pequeño reino de la justicia y sanctidad cada dia crezca y prevalezca: crezca la paz contra las disensiones, la verdad contra la mentira, la bondad contra la malicia, la caridad y amor de Dios contra el amor propio, todas las virtudes contra todos los vicios. Muchas cosas son las contrarias á este reino; en particular el demonio, el mundo y la carne, tirannos poderosos, y de muchos acompañados, todos diestros en malicias y en engaños.

Pedimos pues al Señor que no reine en nuestros corazones ninguno destos tirannos, no los apetitos de nuestra sensualidad, no los consejos del mundo, no pueda nada el demonio con sus embustes, solo el Señor sea de todos adorado, servido y amado, cuya divina voluntad sea nuestra ley, su palabra nuestra luz, y sus mandamientos nuestra alegría; ser suyos sea nuestra riqueza, y padecer por él nuestra alegría. El fin y remate deste reino es no tener fin; pues se ha de continuar con la bienaventuranza prometida. Y tambien pedimos que venga, que se acabe el peregrinar y el tiempo de pelear, y que venga aquel en el cual todo será triunfar, gozar y alabar.

Pedimos tambien perseverancia en este reino de gracia, para que alcancemos el que nos prometen de gloria. Pedimos que la divina Majestad abrevie la conversion de todo el mundo, porque se nos llegue la posesion del cielo; adonde hay seguridad de no apartarnos de su amor y servicio, adonde no habrá quien nos estorbe, adonde todos en una voluntad y concordia no cesarémos de alabarle, y darle gracias por la inefable merced de nuestra salud eterna. Esta peticion está llena de la caridad y amor de nuestros prójimos, para los cuales pedimos el espíritu del cielo, que los haga aquí por gracia vasallos deste Rey, y sean libres de la tirannía del pecado, y de las eternas penas del infierno, y herederos del cielo. Tambien pedimos que les venga este reino, por el cual sean libres de las miserias y trabajos deste mundo, y de las adversidades á que están subjectos; porque no solamente sus almas, sino tambien sus cuerpos gocen de paz.

§. IV.

tercera peticion.

Mas porque la venida deste reino que pedimos consiste en el cumplimiento y guarda de los divinos preceptos, por eso en la tercera peticion decimos: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.* Esta su voluntad es la que declaró con los diez mandamientos, y la que nuestro Redemptor nos declaró con su doctrina. Por el cumplimiento desta nos promete la bienaventuranza. Mas porque para esto hay de parte de nuestra estragada naturaleza tanta flaqueza y repugnancia, pedímosle húmilmente, reconociendo nuestra inhabili-

dad, que él por su misericordia socorra y lleve de la mano, y enderece todas nuestras obras, para que cumplamos con su favor y ayuda esta su sancta voluntad. Decimos que así se cumpla acá en la tierra, como allá se cumple en el cielo. Pues nos quiere para allá, razon es que desde acá nos parezcamos con los moradores del cielo: que esto nos será acá posible con el favor y gracia de nuestro Señor Jesucristo.

En esta peticion, bien considerada, confesamos muchas miserias y necesidades, y para todas ellas pedimos socorro y remedio. Primeramente pedimos favor para tan grande cosa como es ajustar nuestras costumbres con la divina voluntad; adonde confesamos nuestra total inhabilidad, confesamos nuestra mala inclinacion y ceguedad, confesamos la contrariedad que hay de nuestra voluntad estragada con la divina voluntad, confesamos la ignorancia que tenemos en la eleccion de lo mucho bueno que hay, la flaqueza para seguir lo bueno y resistir á lo malo, y confesamos soberbia en nuestra ciencia, siendo mera ignorancia, pues nos atrevemos á pedir muchas veces cosas que no sabemos si agradan á Dios; confesamos la delicadeza de nuestra mal acostumbrada carne para todo lo que juzga contrario á su sabor y gusto, confesamos nuestra desconformidad con las cosas que nuestro Señor ordena, la impaciencia que tenemos en los trabajos que él nos envía. Todas estas faltas nuestras confesamos, y de todas en esta peticion pedimos el remedio cuando decimos: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

Y es tanto como si dijésemos: Piadosísimo Padre, cuya infinita bondad no puede ser entendida, nosotros á quien por vuestra infinita misericordia adoptastes por hijos, confesamos húmilmente en el acatamiento de vuestra Majestad infinita, que no puede caber en entendimiento criado, humano ni angélico, cosa mas justa ni mas sabia que vuestra sanctísima voluntad; confesamos que ella es el camino para llegar á gozar de vos, y que no hay otro; mas no queremos locamente escondernos de vuestra infinita sabiduría, negando la inhabilidad y contradiccion que hay de nuestra parte para conformarnos con cosa tan justa, y á nosotros tan conveniente: y así confesamos la ignorancia en lo que tanto nos cumple, y la ceguedad de nuestros ojos para la luz de tanta hermosura; cuán engañados nos tiene este mundo, cuán poco sufridos somos en las adversidades que nos vienen de vuestra mano para nuestro bien, y cuán mal confiados en vuestra divina Providencia; y así sospechosos y temerosos de nosotros mismos y de nuestro saber, os pedimos por vuestra infinita bondad y misericordia seais servido guiarnos por vuestra mano á tanto bien, como es el cumplimiento de vuestra sancta voluntad, y que vos emendeis las faltas é ignorancias de nuestras peticiones, y reformeis nuestros deseos, y jamas permitais que venga á efecto cosa que nosotros intentáremos hacer contra vuestra sanctísima voluntad. Y desde agora os pedimos los azotes y castigos que vos viéredes que nos convienen; mas tambien pedimos la paciencia para ellos. Nunca, Señor, escucheis las peticiones de nuestra carne; de aquí las revocamos y damos por ningunas, y pedimos el cumplimiento de vuestra divina voluntad. Y porque sabemos que en el cielo no hay voluntad que en la menor cosa se aparte de la vuestra, ni mala inclinacion, ni cosa que la resista; por eso con gemidos de nuestros corazones, y con el conocimiento de nuestras faltas, os pedimos, Señor y Padre nuestro, nos deis acá una centella de aquel conocimiento tan acertado de allá, y de aquella confianza tan segura, y de aquella sabiduría que alcanzan; para que veamos acá que ninguna cosa hay tan buena, ninguna tan hermosa como el cumplimiento de vuestra sancta voluntad.

Esto contiene esta tercera peticion. En ella pedimos verdadera mortificacion de nuestra sensualidad y de todos sus apetitos, que son las fuentes de todos los estorbos desta sacratísima y divina voluntad.

§ V.

Cuarta peticion.

El pan nuestro de cada dia dádnoslo hoy. En las precedentes peticiones pedimos lo que era necesario para ser verdaderos hijos de Dios, y merecer ser moradores del reino de los cielos. En esta cuarta peticion nos enseñó nuestro Redemptor á pedir aquello cuya falta podria ser estorbo para alcanzar lo que en las otras peticiones pedimos; porque se nos quiten las ocasiones de caer. Pedimos aquí el necesario sustento de la vida.

Dos maneras hay de pan, significadas en esta peticion; y así del uno como del otro tenemos necesidad para pasar esta vida en servicio de Dios. Uno destos panes es espiritual; y este es necesario para el sustento de nuestra espiritual vida, que en nosotros es la principal: esta es la vida de la fe, animada con la caridad, la cual ha menester ser de continuo esforzada y reparada, porque no venga en diminucion, ó á perderse, ántes vaya cada dia en crecimiento. Este pan es Cristo nuestro Redemptor; pan del cielo venido (*e*), que da vida al mundo, y nos libra de la eterna muerte: este communicamos mediante su palabra. Por lo cual lo primero que aquí pedimos es el continuo y cierto ministro de la palabra de Dios; que nunca nos falte predicador evangélico que nos parta este pan limpio, sano, sin mezcla; que nos enseñe de todas maneras, acompañando con la sana doctrina la sanctidad de su vida. Mas porque, como dice el Apóstol (*f*), ni el que planta ni el que riega es alguna cosa, si el Señor no da el crecimiento, pedimos juntamente virtud y eficacia para la palabra: que el espíritu del cielo la asiente en nuestros corazones de manera que fructifique en nosotros, obrando los efectos para que ella nos es administrada, y alcancemos el espiritual sustento de la gracia que nos mereció nuestro Redemptor. Es tan grave el peso deste nuestro cuerpo, tan grande nuestro desmayo, que si cada dia no fuese esforzada nuestra fe por la mano del Señor, pocos se podrian sustentar en esta vida celestial y de gracia. Y como naturalmente seamos desconfiados, con facilidad caeríamos en grandes faltas, si nos faltase aquello que es necesario para pasar esta vida. De aquí es que tambien en esta peticion pedimos á nuestro Padre celestial el segundo pan y sustento para esta vida.

Larga y de inmensa liberalidad es la mano de nuestro Padre celestial para repartir á sus hijos el uno y el otro pan; pues con el primero nunca faltó al mundo, repartiéndolo por las manos de los buenos, de los patriarcas, y profetas, y sibilas, y en el tiempo de la gracia por su mismo Hijo, y por sus apóstoles, y apostólicos predi-

(*e*) Joan. 6. (*f*) 1. Cor. 3.

cadores: como está escripto (*g*), que por toda la tierra salió la noticia del Señor, y en los fines de la tierra la predicacion.

Pues del segundo pan y sustento de la vida natural, ¿quién no vé cuán larga y abundante mesa puso á buenos y á malos, á los hombres y á los brutos? ¿Qué cosa hay que tenga vida, á quien haya faltado la provision y sustento desa vida? ¿Quien no vé cuántas diferencias hay de vidas, que han menester diferentes manjares y sustento, y ninguna carece de su mesa? Y con ser tal la providencia de Dios en la provision de todas las cosas vivientes, que han menester mantenimiento, con todo nos manda su Hijo, nuestro Maestro y Redemptor, que pidamos á nuestro Padre celestial este pan; porque nunca olvidemos de dónde nos viene, ni lo agradezcamos á los cultivadores de la tierra, ni á nuestra industria y trabajo, ni nadie diga: Gracias á mis manos; sino: Gracias á nuestro Padre celestial, á quien la tierra, y los elementos, y toda la naturaleza sirve y obedece, y por cuyo mandamiento y voluntad aprovecha, ú deja de aprovechar nuestra industria y trabajo.

Por lo cual no habemos de dejar de trabajar y poner los medios humanos; porque esto seria tentar á Dios, y no querer conformarnos con el lugar adonde Dios por el pecado desterró la naturaleza humana, que es tierra de trabajos, y dijo á Adam (*h*): Con sudor de tu rostro comerás tu pan. Sería blasfemar y menospreciar esta divina Providencia. Mándanos pues, sobre habernos Dios mandado que vivamos por nuestro trabajo é industria, que esto mismo que buscamos arando, cavando y cultivando la tierra, eso le pidamos, reconociendo que todo le habemos de agradescer, y entender que no es parte nuestro trabajo y nuestra industria, sino el todo su bondad y providencia; pues nuestras mismas industrias, habilidades y trabajos son mercedes suyas, y caminos por donde nos envía este sustento; y pedimos el pan de cada dia, y que nos lo dé hoy.

No quiere que pidamos para muchos años, como infieles, ni como tasadores y determinadores de nuestra vida, que no sabemos cuánta será; no pedimos superfluidades ni demasías, sino pan necesario, y para de presente, y como una pasada; pues no somos nacidos para perpetuárnos acá, ni es esta nuestra patria, ni han de ser de acá nuestros placeres y contentos; no acá nuestro descanso: y así pedimos con limitacion en la calidad del sustento, pan, que dice lo necesario, y no el aparato y superfluo; y cuanto al tiempo, para hoy, fiando que quien diere mañana, dará para mañana, que quien da lo mas, que es vida, dará lo ménos, que es el sustento. Y como quien confiesa que va de camino á gozar de bienes eternos, así nos habemos de contentar como caminantes, que se contentan con lo razonable. Como habemos dicho, aquí no nos mandan estar ociosos, pidiendo sin trabajar; es esta una prohibicion, no de la industria y trabajo, sino un demasiado cuidado y cobdicia de algunos, que tienen mas confianza en su trabajo é industria, que en la bondad de la divina Providencia; con tan poca fe, que piensan que á cada paso les ha de faltar Dios, y creen que suplirán ellos esta falta con su demasiado cuidado, y esto es falta de confianza de Dios.

Nótese tambien que no decimos *dadme*, sino *dadnos*, pidiendo para muchos: enseñándonos que la caridad se ha de extender á pedir para todos, como hermanos; general debe ser nuestro cuidado, y como yo pido para muchos, así muchos piden para mí. Bien parece esta oracion á su autor, al que nos la enseñó, que vino al mundo para todos, y en esta vida hizo bien á todos, y enseñó á todos, y en su muerte murió por todos. Debe pues el buen orador orar por todos, pedir para todos, y recebir para todos, communicarse á todos, pues una es la fe con que pide y con que recibe. Por tanto mire el que recibió, ¿cómo puede negar á todos lo que recibió con la misma fe y oracion de todos, y pidió para todos? Proveyó aquí la inmensa caridad á todos, porque si aquel se olvidó de pedir para sí, á mí me manda que pida yo para él, pidiendo para los hermanos, y de lo que me dieren parta con él, que otro dia me olvidaré yo de pedir, y pedirá él para todos. No siempre lo que se pide para muchos se da en las manos de muchos, ántes es lo ordinario recebir uno para muchos; y sería ladron el que así recibiese, si no lo repartiese: luego mi prójimo recibirá unas veces para él y para mí, y yo otras para mí y para él. Estas y semejantes consideraciones debe tener el buen orador en esta peticion.

(*g*) Psal. 18. (*h*) Genes. 3.

§. VI.

Quinta peticion.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. El principal impedimento que podiamos tener para no alcanzar lo que tenemos pedido á nuestro Padre celestial, ó ya que alguna cosa alcanzásemos, para no poseerla ni gozarla con su bendicion, sería tenerle enojado, y estar fuera de su gracia. Por lo cual en esta quinta peticion pedimos que perdone nuestras faltas, que son nuestros pecados. Estas son nuestras deudas delante de Dios. Las cuales son muy frecuentes; porque nuestra flaqueza es muy grande, y nuestro esfuerzo muy flaco; y si Dios mira á nuestros pecados, ninguno habrá tan justo, que no tenga harto por qué ser condenado, si es juzgado sin misericordia. Por eso nos enseña aquí nuestro Redemptor y Maestro, que pidamos perdon de nuestros pecados; y pues esto nos manda, señal es que las puertas del perdon y de la divina misericordia siempre están abiertas para quien de corazon la pide.

Con esto nos enseña que solamente el perdon del eterno Padre nos puede enteramente librar de nuestros pecados, y absolvernos de nuestras deudas: no hay en el mundo quien sin el Padre eterno nos pueda dar carta de libertad de tales deudas. Y sin este perdon no podemos hacer cosa que baste para dejar de ser deudores: por lo cual le llamamos perdon suyo, y no paga nuestra; porque si en tales deudas no estuviese de por medio (en el juicio) la blandura de su misericordia, él quedaría en su sentencia justo, y nosotros siempre deudores y condenados.

Con esta misma peticion somos despertados á la penitencia, y á la memoria de nuestros pecados, y al conocimiento de cuán abominable cosa es ofender á tal Padre y Señor, y á que con grande y firme propósito de enmendarnos en lo venidero, pidamos perdon de lo pasado. Tambien somos aquí avisados de las flaquezas y faltas cuotidianas, y caidas de culpas veniales, y de la necesidad que tenemos de continua oracion.

Y dice: *Así como nosotros perdonamos á nuestros*

deudores. Cosa sería de grande menosprecio de la divina Majestad, que no perdonando nosotros á nuestros hermanos nuestras ofensas lijeras, le pidiésemos perdon de nuestros gravísimos pecados. ¿Qué pecado hay de hombre á hombre, que no sea levísimo, si se compara con cualquiera de las ofensas que hacemos contra Dios? Gravísimos parecian los pecados de David, y de grande ofensa y daño del prójimo, y escándalo del pueblo; mas cuando él puso los ojos en la grandeza de la bondad y divina Majestad ofendida, así perdió de vista la ofensa humana, que no haciendo caso della, dijo (*i*): A tí solo pequé, Señor. ¿Cuál pues y cuán abominable será el proprio amor y propria estima de aquel que perdiendo de vista la gravedad de sus proprios pecados contra la divina Majestad, no pierde de vista ni quiere perdonar la ofensa que recibió de su prójimo? Este, pidiendo cada dia perdon de sus pecados (demas de su ceguedad, pues no ve que no pide perdon, sino justicia contra sí, pues dice: *Perdona, Señor, así como perdonamos*), ¿no se ve bien claro que no tiene en nada la divina bondad ofendida, pues como cosa de poco momento pide perdon de las continuas ofensas, y como cosa de infinito precio, una sola propria ofensa de su hermano tiene por culpa indigna de todo perdon? Pues tal propria estima y tal menosprecio de la divina Majestad, ¿qué perdon merece, sino que pase por lo mismo que pide, cuando dice: *Perdona, Señor, así como nosotros perdonamos*: y así que experimente á Dios tal y tan duro y cruel contra sí, como él lo es para su prójimo?

Es la Iglesia cristiana, segun sus sanctas leyes, casa de grandísima paz y concordia entre el Padre para con sus hijos, y los hermanos entre sí mismos. De parte de nuestro Padre cierta y segura tenemos la paz, pues su Hijo natural nos dice que le pidamos cada dia perdon de nuestras culpas, que él con su paciencia y misericordia tornará á soldar la paz que por nosotros con él fué quebrada pecando. Aquel será verdadero hijo de tal Padre, que perdiere de su derecho y perdonare, á cuenta de que se vuelva á soldar la paz que se quebró por culpa del prójimo que nos ofendió. Y cuando en el ofensor hubiere tal pertinacia, que no se arrepienta del mal que hizo, ya que él tiene promptitud para hacer perdon público, y lo tiene hecho delante de Dios en su corazon, delante del Padre eterno está recibido por hijo, y tiene alcanzado perdon de sus culpas, como él perdonó la de su prójimo.

El verdadero cristiano no debe esperar que le hagan satisfaccion para perdonar; porque adonde hay satisfaccion, no se puede decir perdon, sino paga; y quien paga, no ha menester perdon. Habemos de considerar la manera que nuestro Señor tiene en perdonarnos nuestras deudas; porque ¿qué sería de nosotros, si Dios usase con nosotros de aquel rigor que muchos usan con aquellos que los ofenden? No tiene ménos caridad esta peticion que todas las otras pasadas, ántes parece mayor, como salga de unas mismas entrañas, las cuales parece que con cada cual destas peticiones se iban mas encendiendo. Porque como las otras fuéron communes para todos, y no particulares, así lo hace esta; y en aquellas cosas que mas nos importan, que es perdon de nuestros pecados. Pues ¿cómo es posible que yo pida (sin ficcion, y con toda verdad y de corazon) perdon de mis pecados y de mis hermanos, y que quiera que Dios les perdone aun aquello en que me ofendieron, por la parte que fué traspasamiento de divino precepto y ofensa de la divina Majestad, y que esa misma ofensa no quiera yo perdonar por aquella parte que fué ofensiva de mi honra y pundonor? Si de verdad le pido á Dios perdon de lo mas, que es de la culpa, segun que es ofensa divina, ¿cómo yo no le perdono y suelto lo que es tanto ménos y nada, como es mi ofensa en respecto de la de Dios, para provocar al mismo Dios á mi ejemplo? ¿Con qué rostro iria uno (que tuviese entendimiento, honra y vergüenza) á ser tercero y rogar á otro que perdonase cien ducados á Pedro, que está en extrema pobreza y necesidad, si el mismo que quiere hacer este oficio de tercero, tiene preso á este Pedro por diez reales? ¿Quién creerá que de véras tan riguroso ejecutor va á hacer oficio de piadoso rogador? Quién creerá que á este no le falta, ó el juicio, ó del todo la vergüenza?

Mas por esta peticion: *Como perdonamos á nuestros deudores*, no entendemos que se han de deshacer los contratos que no son contra la caridad, y que están por las leyes de justicia aprobados; porque esto es cosa muy distinta, y ántes los tales contratos (si se tratan con verdad) son para aumento de bien y provecho de ambas partes, y para paz y concordia. Tampoco entendemos por esta peticion que los ministros de justicia dejen de castigar los delitos, aunque sea con castigo de la misma vida (que es el mayor daño particular) para bien commun y de toda la república; porque eso no sería perdonar las culpas, sino favorecerlas, y caer ellos en mayores pecados.

No ha faltado quien fué de parecer que el hombre que está en odio con su prójimo, todo el tiempo que se siente con este deseo y propósito de venganza, cuando rezare esta oracion calle esta quinta peticion, porque no pida contra sí mismo. Y tuvo y tienen hoy esta opinion algunos, mas realmente los pobres van todos engañados de muchas maneras. Lo primero, el que está en tal odio, no ora como hijo del Padre eterno, y su oracion es vana, porque no ora con espíritu del cielo y de verdad, sino con mentirosa lengua, que no declara el corazon. Lo segundo, engáñase creyendo que será oido en las otras peticiones, escondiendo y callando esta. Lo tercero, el tal no ora como discípulo de Cristo, pues no ora como Cristo le mandó, ántes quita de la oracion que él hizo, lo que no le da gusto, y así el eterno Padre no aceptará su oracion, ni la conocerá por oracion de su Hijo. Lo cuarto, se engaña en pensar que huye su condenacion quitando esta peticion, la cual aunque la lengua calle, la misma oracion y su corazon le condenan. Otro disparate es creer que Dios está solo atento á su lengua y no á su corazon, siendo la verdad que mas caso hace Dios de los corazones que de las lenguas. Sepa pues el tal necio que todas las otras peticiones que hace no serán oidas, callando aquella; y sola aquella que calla estará dando gritos contra él, y será oida de Dios, y así alcanzará que no se le perdonen sus pecados, como él no perdona el de su prójimo. Verdad sea que hay algunos de tales condiciones, que aunque lo desean, no pueden desechar ni olvidar las quejas, ni ablandar sus corazones endurecidos con el odio y aborrescimiento; mas desto mismo les pesa, y desean

(*i*) Psalm. 50.

que Dios les ablande aquellos corazones, y guárdanse de procurar la venganza, ni de obra ni de palabra: estos pueden hacer esta oracion, y pidan con ella victoria contra sus pasiones; y el Señor dará su buen espíritu á los que lo hallan en sí ménos, y se lo piden con este humilde conocimiento.

§. VII.

Sexta peticion.

Y no nos dejes caer en la tentacion. Para entendimiento desta peticion es necesario que sepamos que Dios prueba muchas veces á los suyos, para que ellos mismos se conozcan, y sepan de sí qué tan constantes se hallan en el servicio del Señor, ó si son solamente amigos de mesa: esto es, entre tanto que les favorece la próspera fortuna, y son por siervos de Dios honrados y tenidos.

Otras veces nos castiga por nuestros pecados, por enfrenarnos ó retraernos, y que reconozcamos que íbamos fugitivos de la casa de nuestro Padre. Estas dos maneras de pruebas son buenas y provechosas, y nos vienen de la mano de nuestro misericordioso Padre eterno, para grande bien nuestro. Y el que en tales tentaciones es fiel, y no pierde la paciencia ni la conformidad con la divina voluntad, ántes le da muchas gracias, sale con mayores dones, y gracias, y mercedes de Dios, mayor humildad y conocimiento de sí mismo, y de la divina bondad.

Mas si en la tentacion cayere, no por eso se entienda que no fué de Dios; porque algo habia ántes de mal escondido, por lo cual el Señor le permitió esa caida, para levantarlo della mas humilde, mas temeroso de su flaqueza, mas desconfiado de sí, mas temeroso de Dios, con mayor luz de su bondad; y así se confunde cuando le llaman siervo de Dios; cree que á todos trae engañados, á todos tiene por buenos, y á sí solo por malo, y así de corazon de todos desea ser tenido por necesitado, y que todos le favorezcan con sus oraciones; queda para lo de adelante mas recatado y cauteloso, conoce mejor los peligros, y los teme, y dellos procura guardarse: sabe adónde debe acudir por el esfuerzo y socorro para estar sin caer.

De las adversidades que nos vienen por nuestras culpas, todos tenemos necesidad, porque siendo pecadores y prósperos, cebados de la prosperidad del mundo, no nos vamos á rienda suelta tras nuestras culpas, hallándonos bien siendo malos, caminando por el camino de la perdicion. De manera que si en las tentaciones y pruebas que nuestro Señor nos envía, no nos mejoramos, y dellas no salimos muy aprovechados, esto será por nuestra culpa y obstinacion; porque en ellas no hay sino blandura de misericordia, y llamamientos del Señor, que procura llegarnos á sí mas y mejor.

Destas maneras de tentaciones no se entiende nuestra peticion sexta. Otras tentaciones hay que son de nuestros capitales enemigos, diablo, mundo y carne. Como estas son de malos principios, siempre pretenden malos fines y nuestra condenacion. Destas pedimos á Dios que nos libre. Y tanto es decir: *No nos dejes caer en la tentacion*, como decir: Señor, aunque estas tentaciones no sean de las vuestras, pues vos nunca tentais para mal ni para derribar, sino para levantar y dar vida; porque ninguna cosa se puede hacer sin vuestro consentimiento y permision, rogamos á vuestra infinita clemencia que no deis lugar á que estos enemigos usen de su fuerza y malicia contra nosotros. Vos sabeis, Señor, cuán flacos somos, y cuán poderosos son nuestros enemigos; cuál es el ódio que nos tienen, y cuánta la diligencia para nos destruir. No consienta vuestra misericordia que por estos seamos tentados; y si lo fuéremos, de tal manera por vos seamos favorescidos, que no seamos vencidos en la tentacion; ántes haced, Señor, que aquello que ellos comenzaron para nuestro mal, se acabe en nuestro bien, quedando ellos confusos y vencidos, y nosotros alegres y vencedores, dándoos por ello la honra y gloria.

En esta peticion habemos de conocer nuestra flaqueza para resistir al poder de nuestros enemigos, y pedir siempre contra ellos el socorro del cielo para la victoria.

§. VIII.

Séptima peticion.

Mas libranos de mal. Amen. Esta es la séptima peticion, la cual es una mas abundante declaracion de la pasada, y una como recapitulacion de toda la oracion: y pedimos que aparte de nosotros todo aquello que nos puede apartar de nuestro Padre eterno. El principal mal que aquí debemos entender, y pedir que nuestro Padre aparte de nosotros, es el demonio y todos sus embustes y enredos. Este es el malo y autor de todo el mal, y á él habemos de tener por principal causa de todos nuestros males. El causó el pecado, él fué el autor de la muerte, él urdió nuestra caida, y todo su estudio y cuidado es procurarnos la condenacion eterna, nuestra perdicion de alma y de cuerpo.

De aquí habemos de tomar aviso, y cuando de nuestro prójimo recibiéremos algun agravio, le tengamos lástima que cayó en manos de nuestro enemigo, el cual le tomó por instrumento para hacernos mal; y nuestro enojo no ha de ser contra el instrumento, sino contra el autor. El que riñendo recibe de su contrario una herida, no procura vengarse de la espada, que fué el instrumento, sino del que trae la espada en la mano. Los que se procuran vengar del prójimo, y no del demonio, son semejantes al perro que muerde la piedra que le tiran. Mas aquel toma gloriosa venganza del demonio, que sufre con paciencia el agravio que recibió de su prójimo, á quien el demonio habia tomado por instrumento para hacerle pecar.

Cuando decimos: *Mas libranos de mal*, tambien pedimos en general para todos los prójimos, como en las demas peticiones. De manera que como pedimos ser libres del demonio, así pedimos que nos libre de todos los males que el demonio nos suele procurar, sabiendo que él no puede mas de aquello que el Señor le permite.

Concluye la Iglesia la oracion que nos enseñó nuestro Redemptor, con esta partícula *Amen*. Pedimos con ella confirmacion de todas las peticiones, rogando que no estorben nuestros pecados aquello que por la divina misericordia nos es prometido; sino que todo tenga su efecto. Con este *Amen* confirma Dios sus promesas: y porque la flaqueza de nuestra confianza siempre es muy grande, el Señor la esfuerza con esta afirmacion y como juramento del cumplimiento de su promesa: y esta repetimos nosotros, pidiendo esta confirmacion, la cual él fué servido hacer para esforzar nuestra fe.

CAPÍTULO V.

De dos principales obras que deben acompañar nuestra oracion, que son ayuno y limosna.

Entendida ya la manera de orar, y la oracion mas principal, es necesario que entendamos cómo debemos acompañar nuestras oraciones, cada cual segun sus fuerzas y posibilidad. Porque como solemos acá decir que ruegos secos valen poco con los hombres, así en su manera es esto verdad para con Dios, cuando los que pueden obrar se contentan con solo orar. Porque, como dice el Señor (*a*), no basta decir: Señor, Señor, para entrar en el cielo; es menester añadir á esas buenas palabras las buenas obras, en cumplimiento de la voluntad del Padre eterno. Por lo cual aconsejan todos los sanctos, que acompañemos nuestras buenas oraciones con buenas obras de misericordia, particularmente con ayuno y limosna, que son como dos alas de la oracion. Así lo aconsejó el Angel á Tobías, diciendo (*b*): Mas vale al hombre la oracion acompañada de ayuno y limosna, que montones de oro. Particularmente es necesario el ayuno para la oracion; porque descargando el cuerpo del peso del mantenimiento, queda mas hábil el espíritu para volar al cielo. Vemos por experiencia que cuando la garza siente los halcones, por poder escapárseles volando muy alto, procura hacer vómito y descargarse, para quedar desembarazada y lijera. Es pues el abstinencia y ayuno necesario para que nuestra oracion suba con mas lijereza y promptitud á lo alto.

§ I.

Del ayuno.

Tres maneras hay de ayuno. El primero es espiritual y general; que es refrenarse el hombre de todos los vicios, guardando la lengua de las malas palabras, el corazon de los malos deseos, y las manos de las malas obras. Es como una espiritual circuncision de todo lo superfluo y malo, así de las potencias del alma, como de los sentidos del cuerpo.

Hay otro ayuno llamado filosófico, porque fué usado de los filósofos virtuosos, que (como ellos decian), comian para vivir, y no vivian para comer: tomando el manjar en la cantidad que bastase para sustentar, y no buscando en los manjares la hartura y deleite del cuerpo.

La tercera manera de ayuno se llama canónico ó eclesiástico, cuando en ciertos dias del año hacemos abstinencia de carne, y no comemos mas de una vez al dia, conforme á la ordenacion de la Iglesia. Y este ayuno es para domar nuestra carne, y despertar nuestro espíritu, y satisfacer por nuestras culpas, y obedecer á los mandamientos de la sancta madre Iglesia, y alcanzar de Dios lo que le pedimos, mediante la humiliacion y afliccion de nuestra carne. Y á este ayuno nos llama el Señor por su Profeta, diciendo (*c*): Convertíos á mí de todo vuestro corazon con ayunos, y lloros, y planctos. Y un poco mas abajo dice: Tocad una trompeta en Sion, y sanctificad el ayuno.

Entónces sanctificamos nuestros ayunos, cuando los acompañamos con buenas obras; porque por aquí se alcanza el perdon de los pecados, y la gracia del Señor. Dice Sant Hierónimo (*d*), que Daniel, varon de sanctos deseos, mediante esta virtud del ayuno meresció el entendimiento de los divinos secretos. Los ninivitas por el ayuno aplacaron la ira del Señor (*e*). Moises y Elías por el ayuno de cuarenta dias merecieron la hartura y pasto de la communicacion con Dios (*f*). Jesucristo nuestro Redemptor y Maestro ayunó cuarenta dias con sus noches, para dejar con su ejemplo consagrados nuestros ayunos (*g*). El dijo á sus Apóstoles que habia un cierto género de demonios que no se vencian sino con oraciones y ayunos (*h*).

§ II.

De la limosna.

La limosna y misericordia es grande ayudadora de la oracion. La razon desto está clara al que entiende el artificio de la divina Escriptura; porque lo que principalmente pretendemos con nuestras oraciones, es provocar la divina misericordia para con nosotros, y que alargue su mano para el remedio de nuestras necesidades corporales y espirituales. Y como dijimos en la oracion del *Pater noster* en la quinta peticion, que aquel pedia bien perdon á Dios, que ya habia perdonado á su prójimo: así decimos que ningun aparejo mejor puede ser para la oracion, con la cual vamos á pedir misericordia al Señor, que ir acompañada con la que nosotros hicimos con nuestros prójimos.

Y hase de notar que la limosna no solo es provechosa porque ayuda á la oracion, sino tambien por sí misma es excelente virtud, y hace al hombre hijo de Dios, y imitador suyo en la cosa de que él mas se precia, que es en la misericordia. A esta virtud nos llama el Salvador, diciendo (*i*): Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial. Y mucho mas con su ejemplo, que andaba discurriendo de lugar en lugar, haciendo bien á todos, sanando los enfermos, y librando los que estaban oprimidos por el demonio, y alumbrado nuestra ignorancia con la luz de su doctrina (*k*). Dad, dice él (*l*), por Dios lo que os sobra de vuestro sustento, y seros han perdonadas vuestras culpas: dad limosna y atesoraréis tesoros que nunca se acaben: ganad amigos con esos dineros, que suelen servir á todas las maldades (*m*); porque cuando desfalleciéredes, os reciban los pobres en las eternas moradas, de las cuales ellos son señores (*n*). Y el Sabio dice (*o*): Contra el fuego es el agua, y contra el pecado la limosma. Y el ángel Sant Rafael dijo á Tobías (*p*): La limosna libra de la muerte, y es admirable purga contra los pecados, y por ella se alcanza la misericordia de Dios y la vida eterna. Y por lo contrario dice Sanctiago (*q*): Juicio sin misericordia aguarda al que no es misericordioso. Y el Señor por Sant Matheo (*r*): Bienaventurados los misericordiosos, que ellos alcanzarán misericordia.

Hay en las divinas letras ilustres ejemplos de los misericordiosos. Loth agradó á Dios por la virtud de la hospitalidad (*s*), recogiendo en su casa los peregrinos. Las limosnas de Tobías y del Centurion subieron hasta el cielo (*t*), y tuvieron á los ángeles por testigos, y por ala-

(*a*) Matth. 7. (*b*) Tob. 12. (*c*) Joel 2.

(*d*) D. Hier. tom. 2. lib. 2. contra Jovinianum. (*e*) Jon. 3. (*f*) Exod. 34. 3. Reg. 19 (*g*) Matth. 4. (*h*) Matth. 17. (*i*) Luc. 6. (*k*) Act. 10. (*l*) Luc. 11. (*m*) Luc. 12. (*n*) Luc. 16. (*o*) Eccl. 3. (*p*) Tob. 12. (*q*) Jacob 2. (*r*) Matth. 5. (*s*) Gen. 19. (*t*) Tob. 12. Act. 10.

badores. Zaqueo, por virtud de la limosna (*v*), de príncipe de publicanos se hizo espejo de los limosneros; porque despues de restituir cuatrotanto de lo que mal habia ganado, de lo suyo daba la mitad á los pobres. Tabita limosnera, por esta virtud fué resuscitada (*x*).

§ III.

De las obras de misericordia.

Misericordia, dice Sant Augustin (*y*), es una compasion del ánimo lastimado por socorrer á la necesidad del prójimo, y esta compasion le hace acudir con lo que puede. Y por esto este nombre de misericordia, que es la causa, se toma muchas veces por el efecto, que es el socorro y la limosna: conforme á lo que dice el Eclesiástico (*z*): La misericordia apareja lugar al hombre segun el mérito de sus obras. Y Sant Crisóstomo dice (*a*): La misericordia es fortaleza de nuestra salud, ornamento de nuestra fe, y perdon de nuestros pecados. Esta prueba los justos, esfuerza los sanctos, declara cuáles son los siervos de Dios. Sant Ambrosio afirma (*b*), que la summa de toda la vida cristiana es piedad y misericordia.

Y siendo muchas las obras de misericordia, los doctores las reducen á dos órdenes: conviene á saber, corporales y espirituales. Las corporales acuden á las necesidades del cuerpo, y las espirituales entienden en socorrer al alma. De las unas y de las otras tenemos en el sancto Job ilustre ejemplo. Dice él de sí mismo (*c*): Desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo; fuí ojo al ciego, y piés al cojo: era yo padre de pobres; y la causa que yo no entendia, con gran diligencia la procuré averigüar (*d*). Quebré las quijadas á los malos, para sacarles de los dientes la presa (*e*). No cerré la puerta al peregrino: siempre mi casa fué como meson de caminantes.

Y decendiendo en particular, en cada una destas órdenes se ponen siete maneras de obras. Las corporales son estas. Dar de comer al que tiene dello necesidad, y de beber al que lo ha menester, vestir al desnudo, redimir al cautivo, visitar al enfermo, recoger el peregrino, enterrar al defuncto.

Las espirituales son otras siete: Enseñar al que no sabe, reprehender al que peca, aconsejar al que está dudoso, consolar al triste, rogar á Dios por los prójimos, sufrir las injurias, y á los que nos son molestos y de pesado trato.

De las corporales dice Dios por Isaías (*f*): Parte tu pan con el hambriento; recoge los pobres peregrinos en tu casa; cuando vieres al desnudo, cúbrelo; no desprecies tu propria carne. Luego dice los fructos destas obras por estas palabras: Cuando hubieres hecho estas obras, ellas y todas las demas buenas tuyas irán delante de tí, y la gloria y providencia del Señor te amparará: entónces si llamares, Dios te oirá; si dieres á él voces, decirte ha: ¿Qué quieres? vesme aquí. El Evangelista despues de haber encarecido las obras de caridad y misericordia, dice así (*g*): Quien tuviere de los bienes temporales, y viere á su hermano necesitado de socorro, y con todo cerrare sus entrañas no acudiéndole, ¿cómo podrá el tal decir que tiene caridad, ó que ama á Dios? Luego añade: Mis hijos, no nos contentemos de significar á nuestros hermanos amor con buenas palabras, sino con la verdad de las obras. Destas obras dice nuestro Salvador y Maestro (*h*), que nos demandarán cuenta en el dia del juicio, adonde se dará á los misericordiosos la bendicion del Padre, y con ella el reino del cielo; y por lo contrario, á los que no usaron de misericordia, la maldicion con la damnacion eterna.

De las otras siete obras de misericordia espirituales, dice el Apóstol (*i*): Nosotros que estamos mas firmes en la verdad cristiana, debemos sufrir á los mas flacos, y no satisfacernos de nuestra firmeza, contentos de nosotros mismos; sino que procuremos ser en el bien apacibles á nuestros prójimos, aprovechando y edificando á todos, á imitacion de Jesucristo, que tuvo cuenta con nuestro remedio, y no con su sosiego y descanso. Y en la carta que escribe á los de Efeso, dice (*k*): Sed benignos y misericordiosos, sufriéndoos las faltas, y perdonándoos unos á otros, como Dios os perdonó por Cristo. Y á los mismos en otro capítulo (*l*): Sed imitadores de Dios, como sus hijos carísimos, y vivid en amor, como Cristo nos amó. Y á los colosenses (*m*): Como gente escogida y amada de Dios, vestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos unos á otros, y perdonándoos las quejas, como el Señor os perdonó. Y en la primera que escribe á los de Tesalónica, dice (*n*): Castigad á los malos, consolad á los pusilánimes, recibid los flacos, y sed sufridos para todos. Estas y otras maneras de obras de misericordia nos encomienda el Apóstol en diversas partes de sus epístolas, y mas con su ejemplo y vida: acomodándose á todos para bien de todos, resplandeciendo en todo género de obras de misericordia.

Y el que quisiere saber cuál sea el fin de todas las obras de misericordia, y cómo puede cumplir con todas, oiga al mismo Apóstol que dice: Llevános las cargas unos á otros (*o*); esto es, sufrios unos á otros, y desta manera cumpliréis la ley de Cristo, la cual dice el mismo Apóstol que consiste en caridad (*p*). Finalmente á cada uno de nosotros está mandado que tenga cargo de su prójimo (*q*), el cual mandamiento declaró el Señor cuando dijo (*r*): Todas las cosas que quereis que hagan con vosotros los hombres, esas haced vosotros con ellos, y habréis cumplido con la ley y con la doctrina de los profetas.

CAPITULO VI.

De los siete sacramentos en commun.

Antes que comience á tratar de los sacramentos en particular, diré con brevedad algo de todos ellos en commun, de la virtud suya y efectos, y de la razon por qué fuéron instituidos. Sentencia es commun de todos los filósofos, que la naturaleza no falta en las cosas necesarias. Es decir: Dios, que es autor de toda la naturaleza criada, así como crió todas las cosas para que fuesen y permaneciesen en su sér, así las proveyó de todo aquello que para la conservacion del sér de cada una era necesario. Pues si esto entendieron los filósofos destas obras de naturaleza, ¿qué será razon sintamos de la divina Providencia en las obras de gracia? Quien con

(*v*) Luc. 10. (*x*) Act. 9. (*y*) Aug. tom. 1. cap. 27. de Morib. Eccles. (*z*) Eccl. 16. (*a*) Chrysost. tom. 5. homil. de Miseric. (*b*) Ambr. sup. 1. Timoth. 4. (*c*) Job. 31. (*d*) Job. 29. (*e*) Job. 31. (*f*) Isai. 58. (*g*) 1. Joan. 3.

(*h*) Matth. 25. (*i*) Rom. 15. (*k*) Ephes. 4. (*l*) Ephes. 5. (*m*) Colos. 3. (*n*) 1. Tes. 5. (*o*) Galat. 6. (*p*) 1. Tim. 1. (*q*) Eccl. 17. (*r*) Matth. 7.

tanta largueza proveyó para el sustento desta vida corporal, ¿cuánto mas habrá proveido para el sustento de sér de la vida espiritual y de gracia? Pues como la vida de gracia consista en la guarda y cumplimiento de la ley de Dios, y ésta no se pueda cumplir sin el favor divino, necesario fué que pues Dios quiso que el hombre viviese esta manera de vida, que le proveyese con los favores de su gracia, sin la cual no se puede sustentar esta vida espiritual.

Proveyólo pues el Señor con grande abundancia con la institucion de los sanctos siete sacramentos, que son como unos celestiales arcaduces y medios por donde se nos communica la divina gracia, derivándose á nosotros de aquel infinito manantial del costado de Jesucristo. Porque, aunque Dios pudiera infundir en nuestras almas esta gracia sin estos medios (como muchas veces lo hace), todavía porque los hombres somos compuestos destas dos substancias, visible é invisible (que son cuerpo y alma), por esto, proporcionando el remedio con la persona á quien se debia, quiso que (de ordinario) esta gracia se le diese por estos medios, que tambien son compuestos destas dos cosas, visible é invisible. Visible ó sensible llamamos la materia y la forma en el sacramento, é invisible es la gracia que por él se da.

Por ventura dirás que para darnos esa gracia, ya que de ordinario Dios no la quiere infundir por sí solo inmediatamente, que bastaba un solo sacramento. A esto se responde, que así como la divina Providencia fué liberalísima en las cosas que pertenecen á la provision de la vida humana, porque son muchas las necesidades que tenemos, y no es un manjar para todos, ni para todos tiempos y edades; así porque en esa vida espiritual hay muchas necesidades para diversas edades y tiempos, proveyó el Señor de muchos y diversos sacramentos.

Y siguiendo agora el hilo de la comparacion de la vida espiritual á la humana y corporal, vemos que para principio desta menor vida tiene el hombre necesidad de una virtud llamada *generativa*, para que entre en esta vida por el nacimiento; y despues de nacido ha menester otra, llamada *aumentativa*, para que vaya creciendo; y otra que se llama *nutritiva*, para que despues de haber alcanzado el término de su crescimiento, se conserve; tambien ha menester otra, llamada *curativa*, para que si perdiere la salud, la pueda cobrar; y otra *reparativa*, para que habiendo desechado el mal, pueda recuperar las fuerzas y convalescer.

Estas cinco cosas proveyó el Señor para la vida espiritual, mediante la virtud de los primeros cinco sacramentos. El primero, que es el bautismo, sirve para entrar y nascer en esta espiritual vida; el segundo, que es el de la confirmacion, es para el crescimiento, y confirmarnos en esta vida por hombres hábiles para pelear; el tercero, que es el de la eucaristía, es para sustentarnos en esta vida; el cuarto es para curarnos, si enfermáremos, y es el de la confesion; el otro, que es el de la extremauncion, sirve para restituirnos á las primeras fuerzas. De manera que por el bautismo nasce uno, de hijo de hombre en vida, de hijo de Dios; ó de hijo de Adam, en hijo de Cristo; por la confirmacion cresce de niño, á grande y robusto; por la eucaristía se conserva en esas fuerzas varoniles; por la confesion se cura, si enfermó; por la extremauncion del todo convalesce á la primeras fuerzas. Este se ministra en el artículo de la muerte contra las reliquias del pecado; porque fué razon que en tan trabajoso tiempo, adonde el hombre apénas se puede ayudar por sí, tuviese quien de fuera le ayudase.

Estos cinco sacramentos son necesarios al hombre, considerándole en cuanto persona particular; mas si le consideramos en cuanto tiene otros dos oficios, uno de propagar y multiplicar la naturaleza humana, y otro de regir y enderezar los hombres al último fin para que fuéron criados, segun esta consideracion tiene necesidad de otros dos sacramentos, que son el del matrimonio, que nos da virtud para vivir en este estado casta y religiosamente, y criar los hijos en temor de Dios; y el otro sacramento es el de órdenes, que nos hace ministros de la Iglesia, para administrar estos sacramentos, y encaminar el pueblo á Dios. Mas porque ni para el uno ni para el otro era el hombre hábil sin la gracia de nuestro Señor, convino á su divina Providencia que no nos faltase en esta necesidad. Y para proveer á todo ordenó estos sacramentos.

Estos pues son los siete sacramentos, por los cuales el Espíritu Sancto nos communica sus dones y gracias para todos estos efectos, y esto, por haberlo merescido para nosotros nuestro Redemptor y maestro Jesucristo. De manera que así como Dios puso en el cielo siete planetas, por cuya virtud é influencias gobierna todo este mundo visible, que son todos estos cuerpos inferiores; así tambien instituyó estos siete sacramentos (que son como siete espirituales planetas), por los cuales influye y gobierna la Iglesia, y produce todas las virtudes y gracias en nuestras almas. Digamos pues en conclusion: los sacramentos son siete, necesarios en commun á la Iglesia; mas á cada uno de nosotros, en particular los cinco, son de necesidad, que son bautismo, confirmacion, eucaristía, confesion y uncion, y los dos voluntarios, matrimonio y órden.

CAPITULO VII.

Del bautismo.

De los siete sacramentos de la Iglesia, el primero, que es como puerta para entrar en ella, ó como un nascimiento en vida espiritual, de hijo de Adam á hijo de Jesucristo, es el sacramento del bautismo. Deste digamos summariamente cinco cosas. La primera, qué cosa es bautismo; la segunda, qué razon hay para que se diga sacramento, y quién le instituyó ó cuando; la tercera, de qué efecto y fructo es para nosotros, y las cerimonias con que la Iglesia lo administra; la cuarta, las condiciones que ha de tener el que ha de ser bautizado; la quinta será enseñar cuál es el oficio de padrino y madrina con sus ahijados.

Cuanto á lo primero, qué cosa sea bautismo, digo que bautismo es un lavatorio de agua, que tiene virtud de palabra de vida. Así le llamó el Apóstol, escribiendo á los efesios (*a*). Y escribiendo á Tito, le llama lavatorio de una nueva regeneracion (*b*). Dícese lavatorio de agua, porque los bautizados son bañados con agua, ó á lo ménos se mojan, como confesando que creen que como el agua tiene por oficio hacer limpio en las cosas corporales, eso hace el bautismo en las almas. Llámase regeneracion, que es otra generacion ó renovacion; porque en este sacramento otra vez nacemos espiritualmente, y somos limpios y sanctificados.

(*a*) Ephes. 5. (*b*) Tit. 3.

Cuanto á lo segundo, por qué el bautismo es sacramento, respóndese que porque le conviene la difinicion ó razon de sacramento. La difinicion de sacramento en commun, dice que es señal visible de la gracia invisible. De manera que en cada uno de los sacramentos hay estas dos cosas, materia y forma, que son cosas sensibles, y gracia invisible. Mas háse de advertir que los sacramentos no solo son señales de cosa sagrada, esto es, de la gracia invisible, sino que son señales eficaces obradoras de la gracia que significan. No solamente significan gracia, y amistad, y reconciliacion con Dios, sino que ellos la obran y causan en los que dignamente se llegan á ellos. Y estas dos cosas se hallan en el bautismo: esto es, señal exterior y gracia interior. Como el agua de su naturaleza tiene limpiar los cuerpos, en este sacramento esa agua nos dice que allí se limpia el alma; y no solo significa esa limpieza, sino que realmente la causa. Por lo cual dijo Sant Augustin (*c*): Esta agua que veis con natural virtud para limpiar el cuerpo, esta misma, junta aquí con las palabras y forma deste sacramento, tiene sobrenatural virtud (por la institucion de Jesucristo) para lavar el alma, y quitarle las manchas de los pecados. La virtud de las palabras de Cristo, que anduvo sobre las aguas; esa, junta con el agua en este sacramento, limpia el alma.

Y son las palabras de Cristo, instituidor deste sacramento, las siguientes: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto*. Dijo el Señor estas palabras despues de resuscitado, cuando mandó á sus discípulos que fuesen por el mundo á predicar el Evangelio (*d*). Diciendo que á todos los que recibiesen su doctrina, que los bautizasen con estas palabras que usa la Iglesia. El sentido de estas palabras es este, como si dijera el ministro deste sacramento: yo por esta señal visible (que es agua) te lavo en nombre de la sanctísima Trinidad, Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto, para que quedes en gracia reconciliado con Dios. Adonde parece que el sello desta alianza y amistad con Dios es el sacramento del bautismo.

Veamos lo tercero, de qué provecho y efecto sea este sacramento. Es su primero efecto librarnos de la tiranía del demonio; consiguientemente recibir perdon de todos los pecados, y quedar por los merescimientos de Jesucristo adoptados en hijos de Dios, herederos del cielo. Y estos fructos y efectos están figurados en las mismas cerimonias con que este sacramento se administra, principalmente adonde suelen sumergir la criatura en el agua; porque escondiéndole en el agua, significa que es sepultado, y libre del pecado y su tirannía; y al salir debajo del agua, significa que sale ya resuscitado con Cristo en otra nueva vida de gracia.

Y por la bendicion que primero se hizo sobre la pila del agua con solemnes oraciones y aquella uncion, se nos da á entender que ni la pila ni el agua tienen de su propria naturaleza el lavar el alma, sino por la divina virtud y obra del Espíritu Sancto.

El exorcismo y conjuro del demonio, así con las palabras, como con el soplo del sacerdote, principalmente se hace para que el espíritu maligno huya de allí, dejando el lugar al Espíritu Sancto.

Luego es señalado el que ha de ser bautizado con la señal de la cruz, por soldado de la milicia de Cristo, adonde el estandarte es la cruz. Esta se le hace en la frente, porque esta fe no se ha de esconder, sino confesar delante de todo el mundo.

Despues le dan á gustar la sal bendita, en señal que como salado, no ha de haber en el cristiano corrupcion de pecado, y sus palabras han de ser ordenadas con sabiduría, significada en la sal.

La saliva que se le pone en las narices y orejas, significa la palabra de Dios, que esta, le conviene oir, y discernir adonde se enseña puramente. Esto significa el ponerse en las narices, que conocen de los olores.

Despues le mandan renunciar á Satanas, y que confiese la fe de Jesucristo; porque acordándose despues lo que allí prometió, huya siempre las persuasiones del demonio, y siempre acuda á la doctrina de Cristo.

Tambien es ungido en el pecho el que viene al bautismo, y en las espaldas, como el que se apareja para luchar con todos los enemigos del ánima.

Despues de bautizado, le ungen la frente, como diciendo que ya está unido con Jesucristo.

Luego es cubierto con un velo blanco, que significa que es vestido de Cristo (*e*): esto es, de su innocencia y pureza, la cual ha de procurar guardar y conservar, para aparecer con esta vestidura de bodas cuando fuere llamado en la muerte.

Son estas sanctas cerimonias antiquísimas en la Iglesia, y por la mayor parte tradiciones apostólicas; y así son dignas de toda reverencia y estima.

Lo cuarto, cuáles deben ser bautizados. Decimos con la sancta madre Iglesia que se debe dar á los niños de pocos dias nascidos, y á los grandes recien convertidos, despues de enseñados en la fe. Muéstrase esto por firmísimas razones. Lo primero de los niños, cosa es cierta que la circuncision fué figura de nuestro bautismo, como lo fué el mar Bermejo: tambien es cierto que la circuncision se mandó dar á los niños de ocho dias. Por el mar Bermejo niños y hombres todos se salvaron, quedando allí todos los enemigos muertos. Y pues aquello se hizo en la figura, así se debe hacer acá en la verdad. Cristo, nuestro Redemptor, dijo (*f*): Dejad venir á mí los niños, porque de los tales es el reino de los cielos. Y á este reino de los cielos no hay entrada sino por el bautismo; luego los niños han de ser bautizados. En otro lugar dijo (*g*): No es voluntad de mi Padre que perezca uno destos pequeñuelos. Y no puede dejar de perecer el pequeñuelo que no fuere bautizado, como lo dijo el Señor (*h*): El que no creyere y fuere bautizado, será condemnado.

Y si me preguntais cómo creen los niños, respondo con Sant Augustin (*i*): Creen por otros, como pecaron por otros. Tienen fe infusa, aunque actualmente no creen por su fe; como tiene fe el fiel cuando duerme; y así el niño tiene fe, que no se salvaria sin fe, y cree actualmente por la fe de los padrinos, los cuales por su fe le alcanzaron al niño la fe infusa. Que uno pueda alcanzar fe á otro, se ve en el Evangelio, adonde los que traian al paralítico, le alcanzaron perdon de los pecados; y esto no fué sin fe, la cual le infundió el Señor, diciendo (*k*): Confía, y ten fe, hijo, que perdonados te son tus pecados. Convino á la misericordia del Señor perdonar y dar fe por fe ajena; pues vemos que por su justicia se

(*c*) D. Aug. tract. 80. in Joan. post. med. (*d*) Matth. ult. Marc. ult.

(*e*) Galat. 3. (*f*) Matth. 19. (*g*) Matth. 18. (*h*) Marc. 16.
(*i*) D. August. tom. 7. de Pecc. merit. et remis. cap. 19.
(*k*) Matth. 9.

condenan los niños que mueren sin bautismo, por pecados ajenos. Desta manera recibe el Señor en su gracia y en su fe al niño, por la fe y confesion de la Iglesia y de sus padrinos.

Agora vengamos al quinto punto, que pregunta, ¿á qué están obligados los padrinos? Porque aunque sea verdad que dijimos en el cuarto mandamiento de la ley de Dios algo deste cargo y obligacion de los padrinos, este es su mas proprio lugar. Significan los padrinos, ó por decirlo de otra manera, fuéron significacion de los padrinos de nuestro bautismo, aquellos que en tiempo de Jesucristo, mandándoselo él (*l*), le traian y presentaban los niños innocentes para que les pusiese sus sanctísimas manos. Este ministerio de padrinos es uso de la Iglesia, recibido de los apóstoles, segun que lo dice Sant Dionisio.

Estos traen á los niños al bautismo de Cristo, en su fe, y en nombre de la Iglesia; y se constituyen como fiadores destos, que no tienen entendimiento para obligarse. Por esto responden por ellos en todo lo que son preguntados, y así prometen poner diligente cuidado en las costumbres cristianas de sus ahijados. De aquí se deja entender la razon que hay para que se tenga consideracion en escoger padrinos, pues su oficio es tan importante. Por lo cual no se deben escoger mozos que no entienden lo que prometen, ni á lo que se obligan, ni el misterio deste sacramento. Han de procurar los padrinos cumplir enteramente su obligacion, cuando ven que lo han menester sus ahijados; y esto será cuando vean que sus padres carnales son descuidados, ó no saben enseñarlos, ó son huérfanos. Esto basta que sepamos en esta materia del bautismo. Y lo que sobre todo es necesario, es que ordenemos nuestra vida de manera que permanezca en nosotros la gracia y pureza que allí cobramos, significada en aquel velo blanco que allí se nos dió; porque perseveremos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, herederos de la bienaventuranza, cuya posesion esperamos en la vida venidera.

CAPITULO VIII.

Del sacramento de la confirmacion.

Conforme á la semejanza y comparacion que hicimos de la vida corporal y humana á la vida espiritual y de gracia, y de las virtudes naturales para esta vida natural, y los sacramentos, que tienen virtud sobrenatural para la vida de gracia; despues del sacramento del bautismo luego se sigue el de la confirmacion, que responde á la virtud aumentativa natural, necesaria á la vida humana ó animal.

Mas porque vamos ordenadamente, veamos primero qué cosa es confirmacion. Y en segundo lugar, de dónde vino el uso deste sacramento. Y lo tercero, por qué es sacramento. Lo cuarto verémos la significacion de las cerimonias con que se administra. Lo quinto, en qué edad se ha de recibir. Lo sexto y final, con qué intencion se debe dar y recibir, y qué efectos obra en el que bien le recibe.

La confirmacion es un sacramento por el cual se nos infunde la gracia y acrecentamiento de todos los dones del Espíritu Sancto; que son espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y espíritu de temor del Señor. Y porque ninguno se maraville cómo el Espíritu Sancto se da en este sacramento á los fieles, pues ya se les habia dado en el bautismo, entienda que de una manera se nos da el Espíritu Sancto en el bautismo, y de otra aquí en este de la confirmacion. En el bautismo se nos dió como purificador y renovador del alma; y en la confirmacion, como fortalecedor y aumentador de todo lo que nos habia dado en el bautismo. Y así se da en la confirmacion por esfuerzo, consolador en las adversidades, maestro en las dubdas, defensor en todas las tentaciones.

Entenderse ha esto mejor en la declaracion de lo segundo que prometimos: de dónde vino el uso deste sacramento. A lo cual decimos que los sanctos apóstoles usaron este sacramento; ellos orando y poniendo sus manos sobre las cabezas de los bautizados, bajaba visiblemente el Espíritu Sancto. Hay en los Actos de los apóstoles un señalado lugar, el cual así los doctores antiguos como los modernos entienden del sacramento de la confirmacion, y dice así (*a*): Oyendo los apóstoles que estaban en Hierusalem que los de Samaria habian recibido el Evangelio, enviáronles á Sant Pedro y á Sant Juan, los cuales llegados hicieron por ellos oracion para que recibiesen el Espíritu Sancto (porque aun no habian sido confirmados), y estaban ya bautizados en nombre de nuestro Señor Jesucristo; y despues de haber orado, pusieron sobre ellos sus manos y recibieron el Espíritu Sancto. De aquí es que Sant Clemente, que fué discípulo de Sant Pedro, en la epístola que escribió á los obispos Julio y Juliano, les dice: Todos deben darse priesa á renacer para Dios (esto se entiende á recibir la fe y bautizarse), y luego sean señalados por el obispo (esto es, confirmados, porque el ministro deste sacramento es el obispo), y recibirán la gracia de los siete dones del Espíritu Sancto (esto es, el aumento de todo lo que habian recibido en el bautismo), porque nadie sabe cuál será el dia postrero de su vida. Y Tertuliano, doctor antiquísimo, vecino á los tiempos de los apóstoles, dice (*b*): El cuerpo se lava (esto es, en el bautismo), y el alma se limpia; el cuerpo se unge (esto es, en la confirmacion), y el alma se consagra; el cuerpo se señala, y el alma se fortalece; con las manos se cubre la cabeza, y con el Espíritu Sancto se alumbra el alma. Destos testimonios parece claro, cómo desde los mismos apóstoles tenemos el uso deste sacramento.

Declaremos agora lo tercero, cómo se llama y por qué es sacramento. Ya queda dicho que en cada sacramento se han de considerar dos cosas: unas visibles ó sensibles, como es la materia y palabras; y lo segundo la gracia invisible. Estas dos cosas hay en la confirmacion; oleo, palabras y señal de cruz, que son señales visibles; y la gracia invisible prometida con estas palabras. Dice el obispo: *Yo te señalo con la señal de la cruz, y te confirmo con la crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto, para que seas lleno del Espíritu Sancto, y vivas vida eterna.* Y pues la confirmacion tiene materia cierta, y determinadas palabras y ministro, y es de fe que causa gracia, ninguna cosa le falta para que sea sacramento. Sus palabras se fundan en las promesas que Cristo hizo á los suyos de enviarles el Espíritu Sancto. Despues que el Espíritu Sancto dejó de bajar visiblemente por la imposicion de

(*l*) Matth. 19.

(*a*) Act. 8. (*b*) Tertul. lib. de Bapt. cap. 7. et lib. de Resur. Carn. cap. 8.

las manos de los apóstoles, por ordenacion dellos mismos se hace hoy en esta forma, y con esta materia del oléo sancto, para significar la invisible é interior uncion del Espíritu Sancto, y avisar al confirmado con esta suave uncion que ha sido alumbrado con la luz de la fe y encendido con el calor de la caridad, y que ha de oler por toda la vida con el olor de su buena fama. Así resplandezca vuestra luz, dijo nuestro Redemptor y Maestro (*c*), que sea honra de vuestro eterno Padre tener tales hijos. Y el apóstol Sant Pablo dice (*d*): Nosotros somos buen olor de Cristo.

Veamos agora algo de las cerimonias con que se administra. Primeramente se hace la señal de la cruz en la frente, como amonestándonos que la cruz de nuestro Crucificado ha de ser nuestra gloria y honra (*e*), y á Cristo habemos de confesar, aunque nos cueste la vida (*f*).

Luego nos da el obispo una bofetada, para avisarnos en el sacramento, adónde recibimos fortaleza, que esta ha de ser probada con el sufrimiento de las injurias, las cuales cuando fueren por honra de Cristo, no solo se han de sufrir, sino apetecer y desear.

De la edad que se ha de recibir. Agora se usa confirmar los niños en los brazos de sus madres; parecia mas conveniente aguardar los años de discrecion, así porque se acordasen, como porque supiesen siquiera la doctrina cristiana, y así se solia usar antiguamente. Y cuando tenian ya entendimiento bastante, los llevaban delante del obispo, y allí hacian la confesion de toda la fe, y la obediencia católica; y con esto libraban á los padrinos del cuidado que prometen tener de los ahijados. Esto consta por el concilio Aurelianense, en el cual se manda que los que vienen grandes á este sacramento, vengan ayunos, y primero confiesen la fe.

Resta que declaremos la intencion con que se ha de venir á recibir este sacramento. El que viene con entendimiento, ó el padrino del niño, vengan con firme fe que aquí se recibe el Espíritu Sancto, fortalecedor y aumentador de la gracia, y de todos los dones recibidos en el bautismo, y para ejecutor de nuestras buenas obras, y para poder resistir á todos los enemigos del alma. Estos son los principales efectos del divino Espíritu, recibidos en este sacramento.

CAPITULO IX.

Del sacramento de la penitencia y de sus tres partes.

Despues del sacramento de la confirmacion se sigue el de la penitencia. La necesidad que deste sacramento tenemos es esta. Acontece á los bautizados y confirmados lo que á todos los hombres suele acontecer en la salud corporal. Ninguno de los mortales nace ni se cria tan perfecto, que alguna vez no enferme; así ninguno queda por el bautismo y por la confirmacion tan robusto que alguna vez no caiga en pecados. Porque aunque por el bautismo se nos quitó la culpa y pena del pecado original, allí se queda siempre la mala inclinacion y naturales deseos de los pecados; y esto es en cuanto vivimos en este cuerpo mortal. Por cuyos estímulos muchas veces caemos no solo en culpas lijeras, sino tambien en gravísimos pecados; y para estas enfermedades espirituales fué menester tener á mano remedio, por virtud del cual nos pudiésemos curar y levantar despues de caidos, y ser

(*c*) Matth. 5. (*d*) 2. Cor. 2. (*e*) 1. Cor. 2. (*f*) Galat. 6.

libres y perdonados de las culpas y pecados cometidos. Porque de otra manera, ¿quién no desconfiara de poderse salvar?

El remedio que Dios nos dejó para sanar destos males, es el sancto Sacramento de la confesion ó penitencia. A este llaman los sanctos doctores segunda tabla, usando de metáfora ó semejanza del que en el naufragio se asió de una tabla y en ella escapó con la vida. Dijéronle segunda tabla, para dar á entender que habia ya habido otra enfermedad, en la cual por el pecado de nuestros padres habia el mundo padescido otro naufragio universal, y la primera tabla en que de él salimos, fué el bautismo. Pero si despues de bautizados, por proprios pecados padescemos otro naufragio, ya no ha de venir otra vez Cristo al mundo, como dice Sant Pablo (*a*), á librarnos del segundo naufragio, como vino por el primero. Y no nos queda otro bautismo sino esta segunda tabla, que es la penitencia. Para la cual dejó Dios en su Iglesia el poder de perdonar los pecados, al cual llamó llaves (*b*).

Pues deste sacramento de la absolucion y penitencia (por el cual todas las veces que cayéremos en pecado despues del bautismo, podemos salir al puerto de la salud y alcanzar gracia) tratarémos en este lugar, y dirémos tres cosas. La primera, qué sea este sacramento; la segunda, por qué es y se llama sacramento; la tercera, qué condiciones pide en nosotros para que dignamente le recibamos.

Cuanto á lo primero, digo que el sacramento de la penitencia es aquel sacramento con el cual el verdadero penitente es absuelto por el sacerdote de todos sus pecados, como por público ministro de la Iglesia y de Cristo. Dícese sacramento de penitencia, porque su virtud no tiene lugar sino en el pecador arrepentido. Es esto tan manifiesto, que no ha menester otra declaracion mas de lo que luego dirémos en la segunda dubda.

Acerca de la segunda cosa, por qué se dice y es Sacramento, respóndese: porque tiene las partes que los otros sacramentos, que son forma, y materia, y gracia invisible. La forma son aquellas palabras que dice el sacerdote, que son estas: *Yo te absuelvo de todos tus pecados, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto.* Estas son la substancia de la absolucion: las otras son oraciones que se hacen sobre el penitente. Aquellas son tomadas de las que usaba Cristo, cuando decia (*c*): Perdonados te son tus pecados. Fúndanse en la determinacion y palabra que Cristo dió á sus apóstoles cuando les dijo (*d*): Como me envió mi Padre, yo os envío; recibid el Espíritu Sancto: á quien perdonáredes sus pecados, serán perdonados; y á quien los retuviéredes, serán retenidos. Y en otro lugar: En verdad os digo que todo cuanto atáredes sobre la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatáredes, será desatado en el cielo (*e*).

La materia sobre que cae esta forma y absolucion son los actos del penitente, significativos de su buena disposicion, como aquel arrodillarse, y darse golpes, y gemir por sus culpas, y acusarse; y la materia remota los mismos pecados. Y las breves palabras del sacerdote, que son: *Yo te absuelvo*, tanto valen y quieren significar, como si dijera: Yo en lugar de Cristo te absuelvo.

(*a*) Heb. 9. (*b*) Matth. 16. (*c*) Matth. 9. Luc. 5. (*d*) Joan. 20. (*e*) Matth. 16.

Y aunque no se requiere que ponga la mano sobre el penitente para hacer la forma de la absolucion, si la pone, significa que la mano de Jesucristo (esto es, la virtud divina y gracia del Espíritu Sancto) está presente en este sacramento, y eficazmente obra la justificacion del pecador.

Veamos las condiciones que ha de llevar el buen penitente para que la absolucion tenga su efecto. A esto se responde que se requiere verdadero dolor y arrepentimiento de las culpas. Entónces el pecador verdaderamente se arrepiente, cuando deja su mala vida, y se vuelve á Dios con firme propósito de no ofenderle mas.

Para lo cual es de saber que el sacramento de la penitencia (segun la doctrina de los sanctos) tiene tres partes, conviene á saber: contricion, confesion y satisfacion.

La contricion es una intensa tristeza de dolor por los pecados cometidos, por haber ofendido á Dios, y esto con firmeza de propósito de emendar la vida, y de nunca mas pecar. Esta nace en nuestros corazones: primeramente de la atenta consideracion de la fealdad del pecado, y de la pena que por él merecemos; y lo segundo, del entrañable agradescimiento y memoria de los divinos beneficios recibidos; y lo tercero, de la consideracion del ardiente amor con que Dios nos ama, y de su inmensa bondad, siempre aparejada para recibirnos cada vez que á él nos volviéremos.

Mas para que eficazmente nos movamos con el conocimiento de la culpa y del castigo, y para que el dolor de haber ofendido á este Señor sea verdadero, es necesario que Dios le infunda en nuestros corazones: dél nos ha de venir. Porque, como dice el Apóstol (*f*), de Dios viene nuestra penitencia y la emienda de nuestra vida, con que nos libramos de los lazos y prisiones de nuestros pecados. Mas esto suele Dios hacer por algunos medios: unas veces llamando y regalando con beneficios y promesas, y otras con castigos y amenazas: unas veces exteriormente con la buena doctrina de los ministros de la Iglesia, otras con los buenos ejemplos de los buenos, otras interiormente en la licion de los buenos libros, y oracion, y meditacion, hablándonos nuestro buen Angel, y el mismo Espíritu Sancto, por cuya virtud finalmente nos determinamos. Por lo cual, para que esta contricion se crie en nosotros, conviene oir con atencion y devocion las palabras de Dios, y pedirle que nos dé su gracia para que obre en nuestros corazones.

La confesion, que es la segunda parte de la penitencia, es una humilde manifestacion de todos nuestros pecados al confesor, que está allí en lugar de Jesucristo. Y es de saber que en tres maneras podemos confesar nuestros pecados. Una, interiormente en nuestro corazon: la segunda, á nuestro prójimo, cuando le pedimos perdon de alguna ofensa que le hicimos: la tercera es sacramental. La primera es á solo Dios, y se debe hacer cada dia en el exámen de la conciencia, y la segunda todas las veces que ofendiéremos al prójimo; la tercera á solo el sacerdote expuesto para este oficio en el lugar de Dios, y como público ministro para este sacramento, señalado por la Iglesia.

Adonde se ha de notar que en caso de necesidad, y á falta de sacerdote examinado y expuesto, cualquier sacerdote puede oir en el artículo ó peligro de muerte al penitente, y absolverlo. Y si aun este faltase, haga el pecador la primera confesion mental, que no está obligado á confesarse (ni es bien) con quien no es sacerdote; porque no le puede absolver. La confesion sacramental de consejo se debe hacer todas las veces que nos acusa la conciencia de pecado mortal, y es de precepto hacerse ántes de llegar al sacramento del altar.

De la primera confesion mental hay muchos testimonios en la divina Escriptura. David dice en el salmo treinta y uno: Yo propuse de confesar mi injusticia delante del Señor, y tu perdonaste la maldad de mi pecado. Y Sant Juan dice en su Canónica (*g*): Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios, que nos perdonará.

De la segunda confesion se entiende lo que el Señor dijo por Sant Mateo y Sanctiago (*h*): Confesad unos á otros vuestros pecados. Unos á otros dice, no porque estemos obligados en ningun tiempo á confersarnos con nuestros iguales, que no son sacerdotes, sino para dar á entender la obligacion de la confesion del tiempo del Evangelio y ley de gracia. En la ley antigua los hombres no estaban obligados á la confesion vocal de sus pecados á otros hombres, ni al summo sacerdote, sino á la mental á solo Dios; mas agora que Dios honró tanto nuestra naturaleza, que se hizo hombre, ya se confiesa hombre con hombre. Eso quiere decir unos con otros, como si dijera: No á solo Dios, como bastaba antiguamente, sino tambien á aquellos hombres que para este oficio están por la Iglesia diputados y aprobados.

Desta tercera manera de penitencia y confesion sacramental se entienden todos los lugares del Evangelio, en los cuales Cristo prometió á Sant Pedro llaves, y dió poder á todos (*i*). Porque aunque en estos lugares no se hace mencion deste término y palabra *confesion*, necesariamente se presupone al poder que Cristo da de absolver y perdonar los pecados, ó de detenerlos; de absolver á los verdaderos penitentes, y detener á los que no vienen tales á este sacramento. Porque de otra manera, ¿cómo ó en quién podrán los sacerdotes ejercitar este tan grande poder y autoridad, si no oyen los pecados, para juzgar cuáles han de detener, y á cuáles deben absolver? Esto no lo pueden saber los sacerdotes si no se lo dicen los penitentes; pues no todos los pecados son públicos, ántes los mas son ocultos, y no llagan ménos al alma que los públicos. Por lo cual los unos y los otros tienen igualmente necesidad de perdon, y por el mismo caso del juicio sacerdotal en el sacramento de la confesion. Y así claramente se concluye que es necesaria la confesion vocal, y clara relacion de todos los pecados delante del sacerdote.

Y para esto se requiere diligente exámen de la conciencia. Y habiendo precedido este exámen, los que por flaqueza de nuestra memoria se olvidan, tambien son perdonados por virtud deste sacramento; mas quédanos obligacion de confesarlos cuando se nos acordaren, acusándonos á cautela, si por ventura se olvidaron por alguna falta de exámen; aunque este siempre debe ser tal, que cuando venimos á la confesion, tengamos por cierto que no se nos acordaria otra cosa por mas que lo pensásemos. Y háse de temer grandemente el dejar algun pecado mortal por vergüenza; porque el que esto hiciese, no engañaria á Dios ni al confe-

(*f*) Philip. 2.

(*g*) 1. Joan. 1. (*h*) Matth. 18. Jacob. 5. (*i*) Matth. 16. Joan 20.

sor, sino á sí mismo, segun que dice el Espíritu Sancto (*k*): Quien esconde sus pecados no se justificará; ántes hará un grande sacrilegio, y su confesion no valdrá nada, y el que los confiesa, alcanzará misericordia.

La tercera parte de la penitencia se dice satisfaccion. Mas porque nadie se ofenda con el vocablo satisfaccion, siendo así que con ninguna obra puede el hombre satisfacer á Dios, declaro que hay dos maneras de satisfaccion.

La primera es por la cual se nos perdonan las culpas y las penas eternas, y esta satisfaccion hizo Jesucristo por nosotros al Padre eterno. El fué el sacrificio por el cual se quitaron los pecados del mundo (*l*). Por virtud deste sacrificio, que se nos aplica en el sacramento del bautismo y en el de la penitencia, satisfacemos al Padre celestial; mas aplícasenos á la medida de nuestra disposicion.

La segunda satisfaccion es la que llamamos tercera parte del sacramento de la penitencia, de la cual al presente hablamos. Esta consiste en nuestras buenas obras, en la emienda de la vida, en huir de los pecados y de las ocasiones dellos, y en las obras penosas virtuosas, como son oracion, ayuno, vigilias, disciplinas, lágrimas, limosnas, sufrimiento en las injurias, y cosas semejantes, tomadas por voluntad, ó impuestas por los confesores. Sobre todas estas obras es el aborrescimiento de los pecados y de todas las ocasiones, y mejorar la vida. Sin estas dos cosas, ó no se perdonan los pecados, ó si fuéron perdonados, presto vuelven á ellos y á mayor condenacion, como parece en muchos lugares del Evangelio, mayormente en aquel sermon del glorioso Bautista á los que se venian á bautizar, á los cuales decia (*m*): Haced fructos dignos de penitencia.

Aprovechan todas estas obras penales para sanar las reliquias que quedan de los pecados, y contra nuestras malas inclinaciones; porque por ellas se viene á quitar la mala costumbre de pecar. Tambien aprovechan para que las penas temporales debidas por el pecado, ó del todo se perdonen, ó mucho se disminuyan. Y esto es de notar; porque perdonada en este sacramento de la confesion la culpa del pecado, no por eso se perdona la pena, sino que se conmutó la eterna en temporal, y la del infierno en la del purgatorio. Vése esto en el pecado del rey David, y en el del pueblo de Israel, los cuales despues de perdonados castigó Dios rigurosamente. Y la experiencia nos lo muestra en todos los males de pena, que sin dubda todos son castigos del pecado original, con ser verdad que la culpa dél se nos perdona en el bautismo. Por lo cual dijo el Sabio (*n*): Del pecado perdonado no te asegures: esto es, para dejar las obras satisfactorias. Y en otro lugar dice (*o*): Hijo, pecaste; no añadas mas pecados, ántes pide perdon de los que has cometido.

En conclusion digo que por este término *satisfaccion* no entendemos otra cosa que lo que dice Sant Juan (*p*): Haced fructos dignos de penitencia, que son obras contrarias á los pecados cometidos, y por las tales obras realmente se nos remiten las penas temporales. Mas esto no por su valor, sino por la fe y devocion con que las hacemos, y por la copiosa satisfaccion de los merecimientos de Jesucristo, adonde las tales obras estriban. Y no

(*k*) Prov. 28. (*l*) Joan. 1. (*m*) Matth. 3. Luc. 3. (*n*) Eccli. 5. (*o*) Eccl. 21. (*p*) Luc. 3.

dude el que tuviere estas tres partes de la penitencia, segun su posibilidad, sino que verdaderamente se le aplicará la satisfaccion de Jesucristo en este sacramento; esto es, que alcanzará cumplido perdon de todos sus pecados, y la divina gracia á la medida de su disposicion.

CAPITULO X.

De la primera parte de la penitencia, que es la contricion.

Lo que habemos dicho en el capítulo precedente, bastaba para entender las partes y la substancia deste sacramento. Mas porque este sacramento y el de la eucaristía son los mas usados y frecuentados, me parece necesario tratar dellos mas copiosamente para doctrina del pueblo cristiano y gente sin letras, para quien esta escriptura particularmente se ordenó.

Es pues de saber que entre todos los males que hoy reinan en el pueblo cristiano, no hay otro mas digno de ser llorado, que la manera que muchos tienen de confesarse cuando la Iglesia lo manda. Porque poniendo á parte aquellos pocos que viven con cuidado en el temor del Señor, y tienen cuenta con sus vidas, vemos cuán mal se aparejan para este sacramento aquellos que mas lo han menester, como son los que vienen á confesarse de año á año, cuan sin exámen, y sin dolor, y sin firmeza de propósito de la emienda, tan en perjuicio de sus almas. De donde nace que en acabando de comulgar, apénas han salido de la Cuaresma, cuando se vuelven á sus pecados. Lo cual parece que es hacer burla de la Iglesia, y de Dios, y de sus misterios y sacramentos, pidiendo cada año perdon, y luego volviendo á las mismas y mayores culpas.

El castigo que estos merecen es el que les suele venir de la divina justicia, que los deja andar en este juego y burla toda la vida, hasta que les viene su hora; adonde les viene lo que suele acaescer á los que nunca hicieron verdadera penitencia, cuyo fin, como dice el Apóstol (*a*), será conforme á la vida pasada, y como mal vivieron, mal morirán, y como siempre parece que burlaron de los sacramentos, así se hallarán burlados. Destos se queja el Señor por su Profeta, diciendo (*b*): No se convirtieron á mí de todo su corazon, sino con mentira. Adonde llama mentira á aquella falsa penitencia de los tales, que parece penitencia y no lo es; con la cual no engañan á Dios ni al confesor, sino al mundo y á sí mismos, contentos que han cumplido con el precepto.

El que desea convertirse á Dios de verdad (como cosa en que tanto le va), aquí le dirémos en pocas palabras lo que le conviene hacer, con los mas communes avisos que dan los doctores. Los cuales, aunque para los que han estudiado sean muy claros, á la gente commun (para quien se hizo esta doctrina) no lo son, como cada dia los confesores lo experimentan. Y así en cada una de las tres partes deste sacramento ya dichas, dirémos lo que se debe hacer.

§. I.

Del dolor de los pecados.

La primera y mas principal parte de la Penitencia es el arrepentimiento y dolor de los pecados, y este debe el penitente procurar con todas sus fuerzas, haciendo lo que hacia aquel sancto penitente, cuando decia (*c*): Revolveré, Señor, en mi memoria delante de tí todos los

(*a*) 2. Cor. 11. (*b*) Jerem. 3. (*c*) Isai. 38.

años de mi vida con amargura de mi corazon. Este dolor y amargura no ha de ser dispertado por la consideracion de las penas eternas merecidas por sus pecados, ni aun por lo que por ellos perdió de los bienes de gracia y de gloria, sino porque por ellos perdió la amistad de Dios, y le ofendió. Mas ántes que de aquí pasemos, declárome que no condeno la conversion que comenzó por la consideracion de las penas del infierno, como está escripto (*d*): Conviértanse los pecadores en el infierno: esto es, con la consideracion de las eternas penas aparejadas para los impenitentes; y así tampoco los que tienen dolor de que perdieron los bienes de gracia y de gloria; mas digo, que este dolor no basta para que sea parte de la verdadera penitencia (mas de para principio), que pide que sea este dolor principalmente por la Majestad divina ofendida, y por Dios sobre todo amado. Es bueno el temor del infierno para comenzar, mas no para que nos contentemos con este temor, que no nace de caridad, sino de proprio amor, y nuestro amor no hace verdadera penitencia, sino el de Dios, del cual dice Sant Juan (*e*): La perfecta caridad (que es amor de Dios) echa de nosotros el temor imperfecto y servil. Cuál haya de ser este dolor que se nos pide de haber ofendido á nuestro Señor, se deja entender; porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas el mayor de los dolores apreciativo.

Si quieres saber cómo se ha de procurar este tan grande sentimiento y dolor, dígote que lo pidas á Dios de todo tu corazon, porque don y gracia suya es, y una de las muy grandes; porque siendo esta la última disposicion para la justificacion, dicen los sanctos (*f*) que es mayor obra la justificacion del pecador, que la creacion del mundo, de parte de la dignidad de la cosa hecha; porque por la creacion las cosas no alcanzaron mas sér que natural, mas por la justificacion alcanza el hombre sér sobrenatural y divino. Así que verdadero dolor de contricion es don y gracia de Dios; y á él con toda humildad se debe pedir; y no hay dubda sino que nos le dará, pues dice por su Profeta (*g*): Convertios á mí, que yo me convertiré á vosotros. Dando á entender, que si hiciéremos de nuestra parte lo que debemos, que él hará de su parte, supliendo nuestras faltas. Porque aunque esta manera de dolor sea obra principalmente de Dios, con todo, el hombre está obligado á disponerse para ella con las consideraciones que á esto le pueden mover. Y para mayor luz darémos aquí los motivos de algunas consideraciones que á esto nos pueden ayudar.

La primera sea la consideracion de la Majestad ofendida, cuya grandeza, hermosura, bondad, misericordia y sabiduría es tan infinita, que aunque no nos hubiera obligado con beneficios, ni esperáramos dél nada; por solo ser él quien es, merecia que el hombre le sacrificase su vida, aunque tuviera mas vidas que estrellas tiene el cielo, y granillos de arena la orilla de la mar. De aquí podrás ver cuánta razon tienes de dolerte por haber ofendido á este Señor, al cual tú no solo no has ofrecido tu vida en su servicio, ántes habiendo él ofrecido su vida en una cruz por librarte de la muerte eterna y de tus culpas, tú se lo has agradecido y servido con poco ménos ofensas que hay en el cielo estrellas; y cuanto es de tu parte, otras tantas veces le has vuelto á crucificar (*h*).

(*d*) Palm. 9. (*e*) 1. Joan. 4. (*f*) Aug. trac. 71. in Joan. D. Thom. 1. 2. quæst. 113. art. 9. in corp (*g*) Zac. 1. (*h*) Heb. 6.

Tambien te puede ayudar para este dolor la consideracion de los divinos beneficios recibidos, que son sin cuento. Porque si bien sabes contar, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra, y nadan y vuelan, y todos los puntos de tu vida, el sol que te alumbra, el aire que respiras, la tierra que pisas, el pan que comes, el vino y agua que bebes, todas son mercedes de Dios. Mas por decir mucho en pocas palabras, todos los bienes y males del mundo, todos son beneficios suyos; pues todos los bienes crió para tí, y de todos esos males, que no han venido sobre tí, te libró. Pues ¿qué cosa mas digna de dolor y sentimiento, que el olvido de un Señor en cuyos brazos andabas, con cuyos beneficios vivias, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te gobernaba y conservaba? Qué mayor maldad, que haber perseverado tanto tiempo en ofender á quien de contino persevera en hacerte bien?

Tambien es saludable la consideracion de las penas eternas, y de nuestra muerte, y del rigor de la cuenta y juicio particular, y despues el universal. Cada cual destas cosas es de grande espanto, y tanto mas, cuanto de mas cerca nos está amenazando.

Tambien es poderosa la consideracion de la multitud, y gravedad, y fealdad de nuestros pecados, que se han multiplicado sobre el número de los cabellos de nuestras cabezas, y sobre las arenas de la mar. Porque si bien examinares la vida pasada, hallarás en ella tantas manchas y fealdades, que te maravillarás. ¡Cuántos ratos de tiempo perdidos, cuántos aparejos para bien obrar tan mal aprovechados, cuántos atrevimientos, cuántas invenciones de males, qué soltura de lengua, qué liviandad de ojos, qué desenfrenado corazon, qué rotura de conciencia, y qué desalmamiento de vida! Pues quien dentro de sí halla un tan grande estrago, ¿cómo no sentirá tan grande mal, y llorará con amargura de corazon?

En estas y semejantes consideraciones debe el pecador (que ha un año que no confiesa) ocupar su corazon y pensamiento por algunos dias, para despertar este dolor en su alma; y para esto leer en algunos libros que desto tratan, y rezar las oraciones que hay para este propósito; porque haciendo de su parte lo que buenamente puede, y ayudándose, haga el Señor como quien es, y le dé á beber un poco deste cáliz, el cual aunque tiene los principios amargos, el fin es suavísimo.

§. II.

De la firmeza en el propósito de no pecar.

La segunda cosa (y muy principal) que se requiere para la verdadera contricion, es una firmeza de propósito de nunca mas ofender á Dios en cosa grave de culpa mortal. Y como dijimos del dolor, así decimos deste propósito, que no ha de ser por miedo de la pena, ni aun por amor del premio (que todo esto puede nacer de nuestro proprio amor), sino principalmente por el amor de Dios, por no hacer cosa tan fea como es una ofensa contra la summa bondad, por no ofender y desgraciar á buen Padre, por no ser ingrato á tal bienhechor; como la buena mujer, que por lo que ama á su marido, tiene asentado en su corazon, ántes dejarse matar, que consentir en una traicion. Y así como tiene esta obligacion para evitar los pecados futuros, así la tiene de aborrecer y apartarse de los pecados presentes (entiendo mortales),

porque de otra manera la confesion sería sacrilegio y burla del sacramento, y acrescentamiento de nuevos pecados. Por tanto el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenacion de aquello que Dios ordenó para su salud, ante todas las cosas trabaje de apartarse de todo pecado mortal (como es el odio, ó alguna conversacion deshonesta, ó cualquier otro pecado), restituyendo la honra ó hacienda, y reconciliándose con sus prójimos.

Mas esto que digo de la enemistad, entiéndese de un odio, ó del escándalo que se sigue de no tratarse los parientes dentro de un lugar, y los muy vecinos, que se cree ser por mala voluntad; y no cuando la condicion de mi prójimo me es pesada, y me enfada su trato y término, y porque no se me pegue y me sea importuno no le quiero tratar; mas ningun mal le deseo, ántes le socorreria si me hubiese menester.

En la restitucion se ha de notar que se ha de hacer luego, si luego puede ser; y no basta el propósito de hacerla adelante, si luego puede, aunque sea con algun detrimento; particularmente si aquel á quien se debe está en aprieto, es necesario que se ponga luego el que debe en aprieto, por pagar. Y porque en esta materia hay mucho engaño en los malos pagadores, el que quisiere tener su conciencia segura, aconséjese con quien lo sepa desengañar; porque hay mucho que decir en esta materia de restituir y luego pagar.

Téngase tambien por aviso que no solo está obligado á la restitucion aquel que tomó la hacienda ó hizo algun daño, mas tambien el que fué causa en alguna de aquellas maneras de causas que dijimos atras en el capítulo de los pecados llamados ajenos, que fué el último de la segunda parte deste tratado; porque cada uno de los que fuéron causa del daño, está obligado á toda satisfaccion; y si uno satisfizo por todos, todos quedarán obligados á este que satisfizo.

El que tiene conversacion ó mal trato deshonesto, no cumple con procurar apartar el corazon, si no quita la ocasion; porque estando en ella, es casi imposible evitar el pecado. En este caso se engañan muchos gravemente, que justificando (á su parecer) el propósito y la intencion, creen que todo queda seguro; no mirando que en la ocasion les queda escondido el cierto peligro; particularmente despues que una vez se rompió el velo de la vergüenza, y se abrió camino para el mal; porque una vez abierta esta puerta (hablando moralmente) será imposible no pasar el mal adelante.

Y si me dices que es cosa muy dificultosa quitar la ocasion, por ser persona que no se puede dejar sin alguna nota, ó tú no puedes pasar sin aquel servicio ó socorro; á eso te respondo lo que dijo nuestro Redemptor (*i*): Si tu pié ó tu mano te escandaliza (esto es, si te es ocasion de pecado) corta el pié y la mano; porque mas vale entrar en el cielo cojo y manco, que en el infierno con dos manos y dos piés. Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo; que mas vale entrar al cielo con un ojo ménos, que al infierno con dos ojos. Cuando estos dichos de Cristo se hubieran de entender así literalmente, como algunos lo entendieron, y se cortaron, unos el pié, y otros las manos, y otro arrancó el ojo; aun no habia que espantarnos ni escandalizarnos, considerando que tanto nos importa quitar las ocasiones de los pecados, por los cuales perdemos á Dios, y el derecho del cielo, y nos condenamos á las eternas penas. Bien veo que el remedio es áspero y que escuece; mas cuántas veces vemos que por adelantar esta miserable vida (y no sabemos qué tantas horas la adelantamos) si nos dice el cirujano que nos va la vida en cortar el brazo y aserrar la pierna, nos ponemos á ello y á muchos mayores tormentos de hierro y fuego; y tras esto, ó adelantamos poco de vida, ó nos morimos en la cura; y por esto no condenamos al cirujano; porque la malicia grande del mal hizo ser rigurosa la cura: así hay enfermedades espirituales que no sanan con mas blandos remedios que estos. Y desto no tienen culpa la ley (que es rectísima y suave), sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza, y abriste la puerta para el mal, y fuiste osado á irritar una fiera, estando con ella en una misma jaula, adonde no hay cómo huir. Por esto no es mucho que agora pagues tu merescido, y cojas el fructo de lo que sembraste, y padezcas mucho en echar el enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta. Esto baste para lo que toca á las dos partes de la contricion, que son dolor de haber ofendido á Dios y firme propósito de no ofenderle mas.

(*i*) Matth. 5.

CAPITULO XI.

De la segunda parte de la penitencia, que es la confesion; y de las siete condiciones que ha de tener para ser verdadera.

Dicho ya de la primera parte de la penitencia, que es la contricion, digamos agora de la segunda, que es la confesion. El que quisiere acertadamente confesar (cosa que muy pocos saben hacer), despues que hubiere proveido aquellas cosas que habemos dicho acerca de la contricion, debe guardar las siete cosas siguientes.

§. I.

Primero aviso: del exámen de la conciencia.

La primera, debe tomar ántes tiempo para examinar su consciencia, procurando traer á la memoria todos los pecados pasados; tanto mas tiempo, cuanto ha mas que no se confesó. Y en esto debe poner aquel cuidado y diligencia que pondria en un grave negocio que mucho le importase, pues (en la verdad) no puede ser negocio de mayor importancia. Es esta diligencia tan necesaria, que si del todo faltase, la confesion sería ninguna; como lo es aquella adonde de propósito se deja de confesar un pecado. Porque (como dicen los doctores) todo viene á una cuenta, ó callar de propósito un pecado en la confesion, ó confesarse con tan poco exámen, que de fuerza se hayan de quedar algunos pecados.

Esto se habia de predicar á gritos por las plazas, por ser tan pocos los que esto saben, y tantos los que sin este exámen se van á los piés de los confesores. Los cuales (demas del sacrilegio que cometen) son obligados á hacer estas confesiones, y acusarse de cómo las hicieron sin preceder para ellas el exámen necesario; como lo está el que calló un pecado, por la razon que queda dicha. Y aunque hubiese tenido propósito de decir cuantos pecados se le acordasen, y concluyese su confesion con estas palabras: Destos pecados confesados, y de los olvidados, que por mi poco exámen no se me acuerdan, y me pesa de que se me olviden, digo mi culpa; con todo no cumple; porque el tal olvido no excusa, ántes acusa; porque no nace de flaqueza y poca memoria, si no de ningun exámen, y muy culpable negligencia.

Pues para no incurrir en estos inconvenientes, debe el hombre aparejarse y examinarse. Y la manera y órden deste exámen puede ser discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, contando cuántas veces ofendió en cada uno, por obra, por palabra, por pensamiento, con las circunstancias que agravan mucho; de lo cual tratarémos en este lugar.

§. II.

Segundo aviso: que se debe confesar el número de los pecados.

La segunda advertencia es, que tenga cuenta de declarar el número de los pecados, esto es, decir: Contra este mandamiento pequé tantas veces de obra, tantas de palabra y tantas de pensamiento; porque si este número no se declara, no será la confesion entera; mas si esto no puede decir con certeza, dígalo como le fuere posible, diciendo poco mas ó ménos. Mas si aun desto no tiene memoria (y es un pecado en el cual ha perseverado algun tiempo, como suele ser un pecado de odio y enemistad, ó un trato sensual), declare el tiempo que perseveró en este mal estado; porque por el tiempo se puede conjeturar (poco mas ó ménos) el número de los pecados que puede haber cometido en tanto tiempo. Mas si es pecado en el cual no hay este asiento y continuacion de tiempo, sino que lo repite muchas veces, como son juramentos, perjurios, blasfemias, y no se puede acordar del número, á lo ménos diga la frecuencia desta su mala costumbre, y si alguna vez vuelve sobre sí, y procura emendarse; porque entienda el médico el estado de su enfermo.

§. III.

Tercero aviso: de las circunstancias.

Tambien ha de advertir que no basta confesar la especie y número de los pecados, si no se confiesan las circunstancias dellos, cuando son tales, que tienen especial fealdad y repugnancia contra alguno de los mandamientos de Dios ó de la Iglesia. Porque, aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada con tales fealdades, que contradigan á otros mandamientos demas de aquel que primeramente quebrantó. El ejemplo hará esto claro. Pedro hurtó una espada para matar á Juan, por quedarse con su mujer. El primero pecado es el hurto contra el séptimo mandamiento (aunque no se haya seguido su intento de matar y tomar la mujer ajena); aquella obra de hurtar, por ser una, no es mas de un pecado, mas va acompañada de dos fealdades repugnantes á dos mandamientos: *No matarás*, y *No desearás la mujer de tu prójimo*. Y así este no cumple confesando con decir: Acúsome que hurté una espada; es necesario que diga las fealdades del intento con que hurtó, por ser contra otros mandamientos.

Mas hay otras circunstancias que ni mudan la especie del pecado, ni tienen particular fealdad contra algun mandamiento, como es hacer un pecado en dia de ayuno ú de fiesta, ó murmurar en la iglesia: son circunstancias veniales, y no hay obligacion de confesarlas de necesidad, aunque de consejo es bien hacerlo, como confesar los pecados veniales. Mas para saber hacer diferencia de unas circunstancias á otras (dejando lo mas á los prudentes confesores), pondré aquí algunas circunstancias de las que mas communmente somos obligados á declarar en las confesiones.

Primeramente, en los pecados sensuales es necesario declarar la circunstancia del estado de la persona con quien pecaste, porque hace diverso pecado el diferente estado de la persona. Una especie de pecado será con la soltera, otra diferente es con la casada, y otra con la religiosa ó con persona de órden sacro, y otra con la vírgen. Con soltera no vírgen, llámase simple fornicacion; con vírgen es estupro, y con casada adulterio; con pariente incesto, y con persona religiosa sacrilegio. Esto es necesario confesar, no solo cuando fué pecado de obra, sino tambien cuando fué de deseo consentido.

Tambien se ha de decir la circunstancia del escándalo en todos los pecados. Escándalo es dar ocasion á otro que peque, como solicitando á la mujer, ó convidando y llamando al juego, ó incitando al otro que tome venganza, etc. Por lo cual ha de añadir y declarar en el pecado sensual, si trabajó por inducir y persuadir á la persona que estaba segura, y no trataba de ofender á Dios.

Tambien se llama escándalo cometer la culpa á vista de personas, delante de las cuales pierde la buena reputacion en que ántes era tenido, y con este mal ejemplo les pudo dar ocasion á que tuviesen en poco el pecar y hacer otro tanto. Pongamos ejemplo. El eclesiástico que se pusiese á jugar á los naipes en cantidad, mas de lo que es un honesto entretenimiento, ó tratase disolutamente con mujeres, que fuese nota, ha de confesar su pecado de juego ó disolucion, y el mal ejemplo que dió.

Tambien es necesario confesar la circunstancia de lugar sagrado, particularmente en tres casos. Estos son, en pecado deshonesto, consumado por obra, ó por voluntaria polucion, ó derramamiento de sangre humana, ó hurto. La circunstancia del lugar muda especie á estos tres pecados, y los hace sacrilegios.

Item, se debe declarar la circunstancia de voto, aunque sea de cosa que sin voto estaba obligado á hacer, como el que votó de ser casto y limpio, ú de no herir, ni hacer mal á nadie, ni mentir; este tal ha de decir: Quebranté tal precepto, del cual tambien tenia hecho voto; porque viene á ser pecado por dos títulos y obligaciones.

§. IV.

Cuarto aviso: de cómo no se debe confesar mas que la especie del pecado.

Sea el cuarto aviso, habiendo el penitente señalado el número de los pecados con las circunstancias ya dichas, en lo que resta, no hay para qué decir mas que la especie del pecado, que es su proprio nombre, odio, fornicacion, adulterio, hurto, y no cuente una historia para decir un pecado. Y desta manera se podrian con brevedad y claridad confesar de muchos pecados en poco tiempo.

De lo dicho se infiere que no es necesario confesar los modos y maneras como hizo los pecados, mayormente en los sensuales: basta declarar el número y especie dellos, con las circunstancias que habemos dicho. Y aunque esta materia sea asquerosa y torpe, será necesario, para remedio de las torpezas, entrarnos un poco en este cieno, aunque algo se ofendan las castas orejas, para remedio de los que están aquí puestos del lodo, por sacarlos dél. Para esto es de saber que un pecado des-

honesto se puede cometer por pensamiento, ó por palabra, ó por obra consumada, ó por tocamiento. Si fué obra consumada, basta decir el nombre de la obra; es á saber, adulterio, simple fornicacion, estupro, incesto, sacrilegio, tantas veces; no es menester decir las menudencias que suelen acompañar los tales torpes actos, como son tocamientos, amplexos y ósculos. Si de palabra, basta decir: dije tantas ó por tantas veces palabras torpes con intento de provocar á mal, sin expresar las palabras. Y si fué pecado de pensamiento, diga el número y el estado de la persona, sin decirlo que pensaba, como algunos hacen (con gran confusion y vergüenza) sin ser necesario para el sacramento. Lo mismo será en el sueño deshonesto, en el cual despues de haber despertado se deleitó, y quisiera pasara en realidad, ó si tuvo causa mortal en vigilia. Cosas son estas bien claras; mas hay algunas personas tan ignorantes, que al mediodía tienen necesidad de luz para ver. Ni los escrupulosos deben querer otra manera de explicar sus pecados, que aquella que los doctores dicen que basta.

§. V.

Quinto aviso: de la manera de confesar los pecados del pensamiento.

Mas porque hay especial dificultad en saber cómo se han de confesar los pecados del pensamiento, digamos con brevedad el cómo se debe hacer. Para cuyo entendimiento es de saber, que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras, ó desechándolo con presteza y aborrescimiento: aquí no hay que confesar, porque no hay pecado, ántes merescimiento y corona, y es bien callar esto; ó deteniéndose algo, ni consintiendo, ni desechando: este es pecado venial mas ó ménos grave, segun se detuvo; ó determinándose de ponerle por obra en habiendo oportunidad, y aunque esta no se siga, es pecado mortal, y de la misma especie y gravedad que fuera la misma obra. Para delante de Dios no es ménos el deseo que la obra, por lo cual no meresció ménos el patriarca Abraham en querer sacrificar su hijo, que si de hecho lo ejecutara. Y así el tal deseo se ha de confesar, y el tiempo que duró en tal propósito. O puede ser quererse estar deleitando en el tal pensamiento, aunque no quiera pasar mas adelante á procurar la obra: tambien es mortal por el gran peligro en que se pone, advirtiendo que hace mal en deleitarse en tal pensamiento. Tambien podria acontecer advertir y detenerse en el tal pensamiento, no por deleitarse, sino por alguna curiosidad, teniendo por cierto que está ya tan léjos de aquello y de consentir, que por eso no teme de pensar en ello; este tal es temerario y presumptuoso, mas no le condenan los doctores á pecado mortal. Y sería pecado mortal, si advirtiendo lo que pensaba ser malo, no lo desechase, por gozar de solo el deleite del pensamiento.

Y esta manera de pecado (á que llaman los teólogos delectacion morosa) puede acontecer en todo género de pecados, aunque particularmente halla lugar en los pecados sensuales y en los de venganza; porque aquí es mayor el peligro de pasar presto del deleite al consentimiento, porque cuando el hombre se está cebando en el deleite, y la ira y deseo de venganza está hirviendo en el corazon, con facilidad pasará al consentimiento, si no procura echar al enemigo de casa, y no echa agua en aquella llama. En este pecado suelen con facilidad caer las personas habituadas en los pecados sensuales, las cuales cuando no tienen el aparejo que desean para la obra, hacen lo que pueden, y se revuelven en su pensamiento en el cieno de su deleite. Tambien están cerca de caer presto en esta morosa delectacion las personas heridas de la mala afeccion del amor sensual de otra persona, pensando en ella; porque tiene este tal amor gran fuerza para tirannizar el corazon, y llevarlo á lo que quiere, y hacerlo estar fijo en la cosa que ama, por lo cual se dice que el ánima está mas adonde ama, que adonde anima (*a*); mas adonde quiere, que adonde da vida. Por esto no hay cosa mas peligrosa que dar entrada á una afeccion desordenada, porque es admitir en casa un cruelísimo tiranno, y un destruidor de la inocencia, y despertador de infinitos pecados. Tambien se ponen en peligro de este vicio de morosidad sensual los que andan metidos en pensamientos de casar; porque, aunque los deleites del matrimonio sean á los casados lícitos, no lo son ántes que casen, porque el deleite está presente, y el casamiento por venir, el cual por muchas vias se puede impedir, y así el tal deleite no es lícito en tal tiempo. Tambien tiene gran peligro desta morosidad el casado ausente de su compañía, y el viudo que se está deleitando en los actos que le fuéron lícitos, por el peligro á que se pone de desear los ilícitos.

Entendida esta diferencia de pensamientos, es fácil negocio saberse acusar, como sabe que en ellos pecó, guardando la honra del cómplice.

§. VI.

Sexto aviso: de la noticia del cómplice ó compañero en su pecado, y cómo no se ha de excusar, y que debe buscar confesor para su alma, como médico para su cuerpo.

Así se debe confesar el penitente que guarde la honra de su prójimo, y no solo está á esto obligado fuera de la confesion, mas tambien en ella. Por lo cual de tal manera estudie declarar sus pecados, que calle los ajenos; ni jamas nombre la persona por su nombre proprio: basta decir, pequé tantas veces con persona de tal estado. Y si la circunstancia necesaria ha de dar clara noticia de la persona al confesor, busque otro, si buenamente puede, porque no haga este agravio á su prójimo; mas si esto no le es posible, y el confesor es persona prudente, adonde no se puede seguir ningun peligro, ni otro inconveniente que solo tener noticia de la segunda persona, puede bien decir la circunstancia; porque esto no es infamar la persona, pues no se dice en público, sino en el mayor secreto; ni lo dice con mala intencion, sino por la seguridad de su consciencia y verdad de su confesion.

Tenga tambien aviso el penitente que ni se excuse ni se acuse, para que ni peque (como dicen) por carta de mas añadiendo, ni de ménos quitando; ni diga lo dubdoso por cierto, ni con dubda lo que es cierto; mas ponga cada cosa en su lugar cuanto le fuere posible, porque para esto está obligado á tomar tiempo para el exámen de su consciencia.

Sea el último aviso, que el penitente desee y procure buscar tan buen médico para su alma, como suele para su cuerpo; pues no es razon poner ménos cobro en lo precioso que en lo vil, ni procurar mejor la vida tempo-

(*a*) Aug. apud D. Thom. 1. sent. dist. 25. quæst. 5. art. 3. ad 2.

ral que la eterna. Buscar confesor ignorante, es buscar una cierta guia para la eterna perdicion. Así lo dice el Salvador (*b*): Si un ciego adiestra á otro, entrambos caerán en el hoyo. Y hay hoy tantos destos ciegos (por nuestros pecados), que está el mundo lleno dellos, y de ahí viene grande perdicion de las almas.

Y por lo contrario es tan grande el provecho que se sigue de los buenos, prudentes y sabios confesores, que no sé cómo mejor encarecerlo, sino diciendo que á veces se sigue mayor provecho del buen confesor, que de la misma confesion. Pruébase esto, porque acaesce en sola una confesion con un bueno y sabio confesor mudar la vida, lo que no vimos en muchas confesiones hechas con confesores no tales. Y los que esto no procuran, pónense en grandísimo peligro; porque, como dice Sant Crisóstomo (*c*), no se pueden excusar por la ignorancia del confesor los que tenian á mano el conocidamente mas idóneo. Pues la verdad es salud y vida de los que la conocen, no es razon que ella ande rogando y buscando á los hombres, sino que ella sea la buscada y rogada.

CAPITULO XII.

De los casos en que la confesion es ninguna, y se debe volver á hacer.

Para que mas claramente se vea lo que importa cada una de las cosas que dejamos dichas, será bien poner aquí los casos mas communes, en los cuales, por no guardar lo que queda enseñado, viene la confesion á ser ninguna, y queda obligacion de reiterarla.

El primero es cuando el penitente está excomulgado, y se va á confesar sin procurar salir de la excomunion. Peca en venir al sacramento, y su confesion (segun la mas commun opinion) es ninguna.

El segundo es cuando vino á la confesion sin propósito de salir de todos los pecados y de las ocasiones manifiestas, ó no quiere luego restituir, pudiendo luego.

El tercero es cuando el confesor no era expuesto, ni tenia jurisdiccion para poderlo absolver, ó estaba excomulgado por su proprio nombre.

El cuarto, cuando el penitente mintió en la confesion, acerca de algun pecado mortal, ó lo callase, ó alguna circunstancia necesaria. Lo dicho del callar el pecado se entiende cuando conocia que era pecado mortal, ó lo tenia por tal, aunque en la verdad no lo era; mas cuando calló lo que no creia ser mas que venial, y despues se certificó que era mortal, basta confesarle otro dia sin repetir la confesion. Y esto mismo basta acerca de aquellas culpas que se cometieron en los años que no saben si tenian bastante uso de razon, las cuales algunas veces callaron de vergüenza, creyendo que cuando las cometieron no serían pecados mortales, por falta del uso de la razon, y despues para mayor satisfaccion las quieren decir: no es menester repetir otras confesiones, porque basta decirlos con la misma dubda con que algunas veces los callaron.

El quinto caso es cuando el penitente y el confesor eran ambos ignorantes, y en la confesion hubo cosas que pedian sabio confesor; porque en tal caso se debe presumir que el tal confesor no atinaria lo que convenía determinar.

Y es de notar que en cualquier de estos casos, en los cuales es menester reiterar la confesion, si se vuelve á hacer con el mismo con quien la habiamos ántes hecho, basta preguntar, si (poco mas ó ménos) se acuerda de los pecados de la confesion pasada, y si dice que sí, decir: Pues de todos los pecados de la confesion pasada me acuso, y de tal pecado mas, por el cual estoy obligado á reiterar esta confesion. Mas esto no tendrá lugar en el quinto caso, cuando ni el penitente ni el confesor se han mejorado en el saber, ántes no puede volver con el mismo.

Y porque hay pocas personas que siempre se hayan confesado tan bien, que nunca queden obligadas á reiterar, es muy sano consejo hacer una confesion general con un confesor idóneo, la cual sea como una red barredera que se lleve todas las faltas de la vida pasada; y de ahí adelante tener en las confesiones grande cuenta con todos estos avisos. Baste lo dicho cuanto á este sacramento de la penitencia.

CAPITULO XIII.

Del sacramento de la eucaristía, que es el de la sagrada Communion.

Despues del sacramento de la penitencia se sigue convenientemente el sacramento del altar, al cual no nos podemos llegar (siendo pecadores) sin preceder primero el sacramento de la confesion. Este sacramento del altar nos acrescienta la gracia ántes recibida en la confesion, y nos hace mas ciertos de la remision de los pecados, y nos arma contra las tentaciones, y nos inflama y provoca á la verdadera innocencia de vida.

Pues para tratar lo que pertenece á esta materia, digamos primero qué cosa es eucaristía. Lo segundo, quién la instituyó, y con qué palabras. Lo tercero, cuál sea la materia y forma deste sacramento. Lo cuarto, el fin para que fué instituido. Lo quinto, qué es lo que se requiere para que dignamente lo recibamos. Lo sexto, los fructos que sacan los que dignamente le reciben.

Cuanto á lo primero, decimos que eucaristía es el verdadero cuerpo y verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, que se nos da debajo de las especies de pan y vino, y todo el cuerpo y sangre esta en la hostia y en cada parte della, y todo en el cáliz, y en cada gota de las especies del vino. Esto conviene creer así firmísimamente, sin otra glosa, que aquello que allí adoramos y recibimos es el verdadero cuerpo y verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo. Y que allí no queda (despues de la consagracion) del pan y del vino mas de aquellos accidentes, color, olor y sabor, sin la substancia del pan y del vino; y así se engañan allí los sentidos. La substancia del pan y del vino pasaron en substancia del verdadero cuerpo y sangre, convirtiéndose una substancia en otra: esto no por el merescimiento y sanctidad del sacerdote, ni por su fe, sino por la potencia de las palabras de Dios, poderoso para todo lo que quisiere en el cielo y en la tierra. Y como la palabra de Cristo ni es ni puede ser dicha en vano ó falsamente, así es cierto que dichas las palabras de la consagracion por el sacerdote en persona de Cristo, allí está luego el verdadero cuerpo y sangre de Cristo; y en esta fe habemos de estribar mirando aquel sacramento, y no en lo que juzgan nuestros sentidos, ni aun la humana razon, así en este misterio, como en los demas de nuestra fe.

Lo segundo, por quién fué instituido, que no fué por

(*b*) Matth. 15. Luc. 6. (*c*) Videatur D. Thom. opusc. 64. cap. de peric. familiarit mulier.

otro que por el mismo Cristo, ya queda dicho : ¿mas con qué palabras? Estas hallamos en los Evangelios, y en el apóstol Sant Pablo. Díjolas Jesucristo en la última cena, adonde tomando el pan lo bendijo, y partiéndolo y dándolo á los de la mesa, les dijo (*a*): Tomad y comed, *esto es mi cuerpo*, que por vosotros será entregado á la muerte; esto haced en mi memoria. Y tomando el cáliz, dió gracias al Padre, y bebió de él; y luego se lo dió, como el pan, diciendo: Bebed desto todos, *porque esta es mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada para remision de los pecados.* Esto haced todas las veces que le bebiéredes, en mi memoria. Con estas palabras instituyó nuestro Maestro y Redemptor este sancto Sacramento. Las cuales palabras son claras y llanas, muy literales, sin alguna figura, y abiertamente afirman; y así se han de entender como ellas dicen, que allí está la carne y sangre de Jesucristo. Y quien otra cosa dice hace injuria á Jesucristo; porque ó no cree sus palabras, ó desconfía de su poder.

Vengamos á lo tercero, de la forma y materia deste sacramento. La forma son las palabras de su consagracion, y la materia es pan de trigo, y vino de uvas. Estas cosas escogió el Señor para darnos en ellas su cuerpo y sangre, por muchas causas; mas diré las dos mas principales. La primera es, porque el pan es más natural sustento del hombre, y conforta el corazon (*b*), y el vino cria la sangre, y alegra los espíritus. La segunda, porque el pan se hace de muchos granos unidos en una harina, y el vino de muchos racimos exprimidos en un vino, para darnos á entender que en este divino manjar consiste el mantenimiento de la vida del alma, y la communicacion con su cuerpo místico, que es la Iglesia, y el alegría de la buena conciencia.

Y quiso el Señor encubrir así su carne y sangre, que no lo viésemos, por dos razones. La primera, por el merescimiento de nuestra fe, que es de las cosas invisibles; y la segunda, porque no nos causase horror mandarnos comer carne y sangre humana visible: como diga Sant Juan, capítulo sexto, que en solo decir el Señor un dia: Si no comiéredes mi carne, y bebiéredes mi sangre, no podréis vivir (entiéndese vida de gracia), fué tal el espanto de algunos discípulos, que le dejaron y se fuéron de su escuela.

Y aquí es bien declarar, que no recibe ménos el seglar, recibiendo solas las especies de pan, que el sacerdote que recibe hostia y cáliz; pues todo Cristo está en la hostia, y todo en el cáliz; y no tiene el seglar por qué quejarse que no se le dan como el sacerdote le recibe, pues no recibe ménos, aunque de diferente manera. Dice Sant Hilario, que así como en la figura deste sacramento, què fué el manná, que Dios mandó coger por medida, para cada persona tanto (*c*), ni el que cogia mas, hallaba en su casa mas que aquello que Dios mandaba, ni el que cogia sola aquella medida que Dios mandaba, iba ménos proveido de sustento que el que de cobdicia cogia cuatro ó seis tantos; así acaesce acá, que el que toma hostia grande y el cáliz, no lleva mas, ni el que comulga con forma pequeña, lleva ménos. No es Cristo divisible, dice el Apóstol (*d*): el mismo Cristo reciben, mas no con Cristo igual gracia; porque allí se communica conforme á la disposicion y aparejo con que se llega el que le recibe; porque como la fuente se communica á cada cual que á ella va por agua ó á beber, conforme á su sed y á la vasija que lleva, así en este sacramento, que es fuente de gracias y dones, cada cual recibe conforme á su disposicion y aparejo. Por lo cual todo nuestro cuidado debe ser en aparejarnos para bien recibirle.

(*a*) 1. Cor. 11. Matth. 26, Marc. 14. Luc. 22. (*b*) Eccl. 29. Psalm. 103. D. August. tract. 26. in Joann. circ. finem. (*c*) Exod. 16. (*d*) 1. Cor. 1

Vengamos pues á lo cuarto, y sepamos el fin para qué el Señor instituyó este divino Sacramento. Este declara el Señor en las mismas palabras que les dijo á la mesa (*e*): Esto haced en mi memoria, para que os acordeis de mi pasion y muerte, y esta confeseis y prediqueis. Lo primero, para que con esta memoria nos despertemos y confirmemos en nuestra fe, confesando que su muerte fué nuestra redempcion y rescate, y que por su sangre fuimos lavados de las máculas de nuestras culpas, así de la que heredamos de nuestros primeros padres (que es la original, en la cual salimos á este mundo), como de todas las actuales que cometimos despues de nuestro bautismo. Lo segundo, para despertarnos á que le demos gracias por el inestimable beneficio de nuestra redempcion. Lo tercero, para animarnos á la guerra contra los vicios y aborrescimiento de los pecados, al amor de la virtud, y hacernos vivos miembros en este cuerpo místico de Cristo, y hacer obras dignas de nuestra cabeza Cristo. Lo cuarto, para hacernos liberales con nuestros hermanos, communicándonos todos á ellos, como Cristo en este sacramento se nos communicó, como nos lo declara el dársenos en pan y vino, que son una cosa sola de muchas, como una harina y pan de muchos granos, un vino de muchos racimos, así todos hacemos un cuerpo de Cristo, y todos somos sus miembros, y miembros unos de otros. Todos los miembros de un cuerpo son solo un cuerpo, y como en los miembros vemos que uno es miembro de todos, pues el ojo no ve para sí solo, sino para todos; ni el oido oye para sí solamente, sino para todos; y la boca no come para sí sola, sino para todos los miembros, así los que son verdaderos miembros en el cuerpo de Cristo, no son para sí solos, sino para todos. Luego justo es que nos parezcamos á los miembros de un cuerpo, concordes, amigos, favorecedores unos de otros. Esto nos quiso decir el Apóstol en aquellas palabras (*f*): Un pan y un cuerpo somos todos los que comemos de un pan y bebemos de un cáliz.

Lo quinto, de qué manera y con qué aparejo se deba recibir, dirémos mas copiosamente en el capítulo siguiente, como de cosa mas importante para doctrina del pueblo. Uno de los principales cuidados que deben tener los cristianos, es el aparejarse para bien recibir este divino Sacramento, que es de infinita virtud, así por lo que en sí contiene, que es Cristo, fuente de toda gracia, como porque en él se nos communica la virtud de su pasion, que es de infinito valor. Por lo cual cuanto fuere mayor el aparejo, tanto será mayor la gracia que allí se recibirá. Aquí es el cumplimiento de la promesa que nuestro Señor hace por David, diciendo (*g*): Dilata y ensancha la boca de tu corazon, que á esa medida te le hinchiré. Regla es de filosofía, que todos los agentes obran conforme á la disposicion que hallan en los pacientes; estando pues Cristo en este sacramento como

(*e*) 1. Cor. 11. (*f*) 1. Cor. 10. (*g*) Psalm. 80.

autor de gracia, conforme al aparejo que hallare en el alma que á él se llegare, así obrará y se le communicará. La experiencia desto ven los que celebran, y los que frecuentan este sacramento, del cual tanta devocion sacan, cual fué el aparejo con que se llegaron.

Mas no solo la esperanza deste fructo, mas tambien el temor de nuestro daño y peligro, nos debe hacer diligentes en esta parte; porque es general en todos los sacramentos de nuestra ley de gracia, que así como son de gran fructo á los que dignamente los reciben, así tambien son de grande peligro y daño á los que se llegan á ellos indignamente. Dice un doctor: Como el sol, el agua y aire ayudan á las plantas vivas y arraigadas, así mas presto consumen y acaban á las que no tienen vida ni virtud en su raiz. Desta manera pues los divinos sacramentos, que son las causas generales de nuestra salud, acrecientan la gracia en las ánimas que están vivas y bien dispuestas; mas si no lo están, ni van aparejadas, ellos mismos son la ocasion de mayor dureza, sequedad y corrupcion. Y esto señaladamente hace este sacramento; porque como él sea verdadero mantenimiento de las almas, así como el manjar corporal, siendo sustento de la vida, viene á ser contrario á ella, estando el cuerpo mal dispuesto; así lo viene á ser este manjar del alma, estando ella mal dispuesta cuando le recibe; y así viene á ser enfermedad y muerte para uno, lo mismo que es salud y vida para otro. De aquí es (hablando regularmente) que los que frecuentan este sacramento, ó han de ir cada dia mejorando ó empeorando, por el continuo provecho que cada dia reciben, llegando dignamente; ó por el continuo daño que cada dia padecen, por no llegar como deben. Por esta causa uno de los principales cuidados del siervo de Dios ha de ser aparejarse con toda diligencia, para evitar este daño por una parte, y por la otra gozar de tan inestimable provecho. Estas dos cosas le deben ser como dos espuelas que le despierten á que en esta parte haga lo que debe. Y para cumplimiento desta obligacion, debe guardar con todo estudio y diligencia las cosas que en el capítulo siguiente se escriben.

CAPITULO XIV.

De tres cosas que se requieren para dignamente comulgar.

El que desea llegarse como es razon á recibir este divino Sacramento, debe guardar con cuidado los siguientes avisos.

Primeramente debe reconocer que es tal la grandeza deste sacramento que, mirando á ella, ni el hombre ni el ángel se pueden aparejar dignamente, si el mismo Dios no nos habilita. Porque así como la criatura no es suficiente para disponerse dignamente á la gracia, sin gracia; así no se puede el hombre disponer dignamente para recibir á Dios, sin Dios. Por esto debe ser invocado con oraciones y ardientes deseos, para que él apareje la morada en que ha de ser recibido. Vemos que cuando el rey camina, y ha de hacer noche, ó posar en un pobre lugar, no espera que los vecinos de él aderecen ni cuelguen el aposento, pues ellos no pueden tener en su lugar colgaduras convenientes á la persona real, por lo cual van delante los aposentadores con el recado que para esto es menester. Y pues esto así pasa, justo título tenemos para pedirle, que pues él por su bondad y misericordia es servido de venir á posar á nuestra aldea, sea servido tambien por esta gracia hacernos otra, que será enviar delante su aposentador mayor, el Espíritu Sancto, con sus dones y gracias, que adorne el aposento en que su Majestad sea dignamente recibido.

§. I.

De la pureza de conciencia que para dignamente comulgar se requiere.

Presupuesto este conocimiento, la primera cosa que para esta sagrada Comunion se requiere, es pureza de conciencia, que es por lo ménos limpieza de todo pecado mortal; por razon de la cual dijo el Apóstol aquellas tan temerosas palabras (*a*): Examínese cada uno ántes que llegue á comer deste pan y beber deste cáliz; porque el que aquí come y bebe indignamente, condemnacion come y bebe para su ánima, pues no trata este sacramento con la reverencia y respeto debido al sacratísimo cuerpo de nuestro Señor.

Con particularidad pide este sacramento limpieza en dos géneros de pecados, que mas derechamente parecen contrarios á la condicion deste divino Sacramento, que son pecados de enemistad y odio, y de sensualidad y deshonestidad. Porque cuanto á lo primero, este sacramento es de union y amor, y en él participan los fieles todos un mismo espíritu, el cual tiene mas virtud y es mas poderoso para hacer á todos los fieles una misma cosa, que lo es el ánima para hacer una cosa los diferentes miembros de un cuerpo. Y dice Sant Augustin (*b*), que para significacion desto, quiso nuestro Redemptor instituir este sacramento en tales géneros de cosas, que ellas significasen uno de los mas principales efectos deste sacramento. Que el pan y el vino, como dos testigos verdaderos, nos dijesen: Como muchos granos de trigo hacen y componen un pan; como muchos racimos y granos se estrujan y hacen un vino, así el divino Sacramento que el Señor instituyó y dejó en estas especies de cosas, tiene divina virtud para hacer de muchos corazones (de los que dignamente le reciben) uno, recibiendo aquí todos un mismo espíritu. Pues siendo esto verdad, ¿qué cosa puede ser mas contraria á la condicion y efecto deste sacramento (que es juntar y unir) que llegarse á él con corazon diviso? Al que así llegare, dirá el Señor (*c*): Amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestidura de bodas? Vestidura de bodas es la caridad y amor de Dios y del prójimo. El que desea ser de los convidados á esta mesa, y no quiere salir della como aquel salió, procure esta ropa, guardando el consejo que le da el Señor, de las bodas, diciendo (*d*): Si ofrecieres tu ofrenda delante del altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna queja de tí, deja tu don al pié del altar, y vete primero á reconciliar con tu hermano, y hechas con él las amistades, vuelve á ofrecer tu don.

El otro pecado contrario á este sacramento, es cualquier deshonestidad; porque este sacramento (que en sí encierra aquella carne virginal) pide limpieza de cuerpo y alma; en tanto grado, que aun la sombra del deleite soñado tienen los sanctos por impedimento; juzgando ser poca reverencia llegarse aquel dia á este divino Sacramento, si no fuese obligado por la obediencia, ó

(*a*) 1. Cor. 11. (*b*) D. Aug. sup. tract. 26. in Joan. (*c*) Matth. 22. (*d*) Matth 5.

por honor de alguna solemnidad y fiesta (*e*). Mas aconseja Sant Bernardo (*f*), que el dia que nos aconteciere semejante ilusion entre sueños, sea tal nuestra reverencia, que nos tengamos por indignos, no solo de comulgar, mas tambien de llegarnos cerca de los altares y de ayudar á misa: tanta pureza pide al que ha de comulgar. Verá con cuánta razon aconseja esto este glorioso y sancto doctor, el que considerare que no solo para llegar a este sacramento, mas para orar, pide el Apóstol á los casados que dejen el trato conyugal (*g*). Si en la vieja ley, solo el sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel dia de la conversacion y trato con el pueblo (*h*), ¿qué mucho es que acá aconsejen los sanctos que nos apartemos por otro tanto de recibir á Dios, y de llegarnos al altar, y ayudar á misa?

El cristiano que se llega á commulgar con deseo de aprovechar, no se ha de contentar con la limpieza de los pecados mortales, sino tambien de los veniales, en cuanto le fuere posible; porque este género de pecados mortifica el fervor de la devocion, siendo este el mas proprio y mas conveniente aparejo para llegarnos á este sacramento. Y para alcanzar limpieza destos pecados, conviene que preceda la confesion dellos ántes de la communion; ó á lo ménos dolor y arrepentimiento, ó algunos otros actos de sanctos ejercicios de amor, para que con ellos se restituya el fervor de la devocion que por los tales pecados se habia perdido. Y el que dejase de hacer alguna destas cosas ántes de commulgar, no se excusaria de pecado, á lo ménos venial grave, por tal negligencia; y perderia mucho de la suavidad de la refeccion deste sacramento, que es el proprio efecto que él obra en las almas que le reciben como deben.

Mas al que le remuerde la conciencia de pecado mortal, á este es necesaria la confesion, so pena de pecado mortal; si no fuese en caso que sin grave escándalo no pudiese dejar de commulgar ó decir misa, y no tuviese copia de confesor; en tal caso procure contricion, con propósito de confesar en teniendo confesor, como lo dicen los doctores.

§. II.

De la pureza de intencion que se requiere para dignamente commulgar.

La segunda cosa que para commulgar dignamente se requiere, es pureza de intencion; esto es, celebrar ó commulgar por el fin que se debe hacer, y no por otro; porque como la intencion y fin de las obras es el que las da el sér y especie que les hace buenas ó malas, esta se debe mirar en todas ellas, y mas en esta; porque no pervirtamos las obras de Dios, usando dellas para diferente fin del que Dios les dió. Mas porque esto se entienda mejor, pongamos aquí los fines de los que mal y bien commulgan, para que así se vea mas claro lo que debemos seguir ó huir.

Vemos el dia de hoy muchos sacerdotes tan pervertidos, que su principal fin en celebrar es el interese. Estos son semejantes á aquellos dos hijos de Aaron (*i*), que ofrecieron á Dios sacrificio con el fuego ajeno; á estos el fuego del amor del dinero, y no el del amor divino los mueve á celebrar. A aquellos dos hermanos que con fuego ajeno sacrificaron, abrasó el fuego que contra ellos salió del Sanctuario; así á estos sacerdotes abrasará el fuego del infierno, si no hicieren penitencia deste pecado. ¿Quién pensara, Señor, cuando vos ordenábades este divinísimo Sacramento, que habia de ser tan grande el abuso de la cobdicia humana, que habia de tomar por medio de ganancia de tierra, lo que vos hicistes para ganar el cielo? Quién pensara que puesto un real en una balanza, y en otra Dios, que se habia de mover el hombre á celebrar mas por el real que por Dios?

Otros por pura fuerza, y á mas no poder, se llegan á comulgar; ó por temor del castigo, como los malos cristianos por pascua de Resurreccion. Debian estos considerar que con ropa de sayal nadie entraba en el palacio del rey Asuero (*k*): ¡cuánto ménos con este temor servil y bajo debia entrar al palacio de Dios, que es la Iglesia, ni asentarse á la mesa del altar! Con amor ha de ser recibido lo que con amor fué instituido; ni es razon se reciba con ánimo de siervo, lo que se dió con amor de padre.

Otros van á commulgar (como dicen) al hilo de la gente, por no parecer ménos que los otros, sin devocion, sin aparejo, y sin emienda mas un dia que otro. No son diferentes destos los que comulgan por sola costumbre; como hacen los que se han puesto en commulgar de tantos en tantos dias, sin procurar la emienda, solo por no dejar su costumbre. Estos debian mirar que aunque esta costumbre sea buena, no es este negocio á que nos ha de llevar sola la costumbre, sino la hambre del fructo que de aquí sacamos, y con el aparejo que para gozar deste fructo se requiere.

Otros se llegan con una golosina espiritual, y con apetito y deseo de suavidad y devocion sensible, teniendo este gusto como por último fin deste negocio, y no enderezando esta manera de devocion al fin que se debe enderezar, que es á abrazar la cruz de Cristo, y para servir al Señor con mayor alegría y promptitud de corazon.

Todos estos fines son avisos, y como portillos para entrar á hurtar, y no como fiel siervo á recibir las divinas mercedes. Entremos pues por las puertas que entraron los sanctos, procurando llevar la intencion que ellos llevaron; la cual no es siempre de una manera, sino de muchas y diversas, como declara Sant Buenaventura por estas palabras:

Muchos son los afectos é intenciones de los que se llegan bien á celebrar ó á comulgar. A algunos lleva el amor de Dios para traer por este medio el amado á sí. A otros mueve el conocimiento de su propria enfermedad y flaqueza, y van á buscar al Médico de sus almas, para que los sane y esfuerce. A otros lleva el conocimiento de sus deudas y pecados, para que mediante esta divina hostia y sacrificio de salud, satisfagan y sean perdonados. A otros lleva la priesa de alguna tribulacion ó tentacion, para que por virtud de aquel que todo lo puede, sean libres y amparados contra el enemigo. A otros inclina el deseo de alguna particular gracia, para que por medio de aquel á quien el eterno Padre nada puede negar, alcancen lo que desean. A otros mueve el agradecimiento de los beneficios recibidos, considerando que no podemos de nuestra parte ofrecer al Padre cosa mas agradable por todo lo que nos dió, que recibir este cáliz de salud.

(*e*) D. Thom. opusc. 64. et 3. part. quæst. 80. art. 7. (*f*) D. Bern. in doctr. post. Medit. sup. Salve Regina. (*g*) 1. Cor. 7. (*h*) Deut. 23. (*i*) Levit. 10.

(*k*) Esther 4.

A otros lleva á este sacramento el deseo de alabará Dios y á sus sanctos, pues no podemos honrarlos con otra mayor honra, que con ofrecer de nuestra parte este sacrificio de alabanza. A otros mueve el deseo de la salud de los prójimos y la compasion de sus trabajos, sabiendo que por la salud de los vivos y muertos ninguna cosa aboga con mayor eficacia delante de los ojos del Padre, que la sangre de su Hijo, que por los vivos y por los muertos fué derramada. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura.

Luego el que desea acertar en la pura y recta intencion que se requiere para llegar al altar, escoja el fin destos que mejor le cuadrare, y á ese enderece su intencion. Lo mejor será considerar primero todos estos fines y fructos, y ponerlos todos delante los ojos, y pretender por este divino medio conseguirlos todos. Mas el fin mas principal y mas proprio, es procurar por medio deste sacramento (en el cual está Jesucristo), recibir en nuestras ánimas el espíritu de Jesucristo, mediante el cual seamos transformados en él, y vivamos como él vivió, con aquella caridad y humildad, con aquella paciencia y obediencia, con aquella pobreza de espíritu y aspereza de vida, y con aquel menosprecio del mundo que él vivió. Esto es espiritualmente comer y beber á Cristo, y mantenerse dél.

Como podriamos decir de aquel que toda su vida gasta en el estudio de Aristóteles ú de Tulio, que lo tiene comido y bebido, y entrañado, y está hecho otro él; desta manera ha de comer el cristiano á Cristo (su vida y su doctrina), para transformarse todo en Cristo, y parecer otro Cristo; como el que de sí decia (*l*): Vivo yo, ya no yo, porque vive en mí Cristo. Este ha de ser nuestro fin principal, y con esto hacer lo que él nos mandó, que es celebrar en este sacramento la memoria de su sagrada Pasion, y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

§. III.

De la devocion actual que se requiere para mas digna y fructuosamente comulgar.

Lo tercero que para este sacramento se requiere, es la actual devocion. Para lo cual es de saber que este venerable Sacramento (así como todos los otros), tiene un efecto commun, y otro particular y proprio. El commun á todos los sacramentos es dar gracia al que se llega á recibirlo sin pecado; el proprio deste se llama (segun los teólogos) refeccion espiritual; que es un nuevo aliento y esfuerzo para toda virtud, y un gusto y suavidad de todas las cosas espirituales; porque así como el manjar corporal no solo es sustento de nuestra vida, sino tambien sentimos en el comer gusto, y despues ánimo y esfuerzo, así este divino manjar, no solo conserva y sustenta la vida espiritual con la gracia que da, sino que tambien deleita y esfuerza. Dice Sancto Tomas (*m*), que el deleite que aquí se recibe, no se puede explicar con palabras, porque como el que bebe en la misma fuente no sabe la medida de cuanto bebió, sino que fué lo que quiso, así en este sacramento se gusta desta suavidad en la propria fuente: esto es, en Cristo, contenido en este sacramento.

Pues para gozar deste tan grande beneficio, decimos que se pide actual devocion; porque como es necesario que haya semejanza entre la forma y la disposicion para introducir esa forma, no puede ser mejor aparejo para recibir aumento de devocion, que llegarnos con devocion y gusto. Vemos que cuanto la leña está mas seca y caliente, tanto está mas cerca de encenderse y hacerse fuego, que de su natural es caliente y seco.

Y si me preguntas qué cosa sea esta actual devocion, no sé cómo explicarme para que te lo dé á entender, sino decirte que es como una agua de ángeles; porque como esta se saca de diversas flores, y de diversas yerbas olorosas, y por eso huele, no á una cosa, sino á muchas; así te digo que esta devocion actual es un afecto espiritual suave, compuesto de muchos suaves afectos espirituales, de los cuales ha de ir llena el alma cuando se llega á este venerable Sacramento. Porque, como dice Sant Ambrosio (*n*), ¿con cuánta contricion y arrepentimiento, con cuántas lágrimas, con cuánto temor y reverencia, con cuánta limpieza aun corporal, con qué pureza de alma se ha de llegar á este divinísimo Sacramento, adonde se come y se bebe la misma carne y sangre de Jesucristo, adonde se junta el cielo con la tierra, lo alto con lo bajo, las cosas divinas con las humanas, adonde asisten los ángeles, y adonde Jesucristo es el sacerdote, y el sacrificio por inefable manera maravillosa? ¿Quién podrá dignamente tratar este misterio, si tú, Señor, no lo haces digno?

Y descendiendo mas en particular, para corresponder de nuestra parte con lo que pide la excelencia y grandeza deste sacramento, conviene que nos lleguemos á él, por una parte con grandísima humildad y reverencia, y por otra con grandísimo amor y confianza, y por otra con grande hambre y deseo deste pan celestial. Todas estas maneras y diferencias de afectos, piden las excelencias de este sacramento.

Pues para aparejarse desta manera el que le quiere recibir, conviene que tome algunos dias ántes, para que en ellos se ocupe en sanctas consideraciones, y en la pureza de su conciencia, y en sanctos ejercicios y oraciones, y se apareje con el sacramento de la confesion.

Aquí es digno de reprehension el atrevimiento de algunos sacerdotes que sin ninguna prevencion, adonde los toma la voz del que les llama y pide la misa, de allí se van á la sacristía á vestirse, riyendo y parlando de negocios seglares, y á veces de burlas y donaires.

No son dignos de menor reprehension los malos cristianos, derramados en todo género de vicios, cuando á cabo de un año vienen á confesar, que de los piés del confesor se van á la mesa del altar á recibir este Señor, sin celebrar vigilia á tan grande fiesta. No es bien aposentado un huésped, al cual no dan mas de un aposento barrido, sin otro aderezo; mas sería peor, si aquel aposento hubiese servido todo el año para bestias, y se contentase solamente el que allí quiere aposentar un honrado huésped, con haber echado las bestias y el estiércol, y lo llevase á él, estando aun hediondo. Tal es el que todo el año, lleno de torpezas y vicios, se contenta con decirlos mal ó bien, y no cura de gastar algunos dias en aplacar al Señor, ni en lavar con lágrimas la posada en que le ha de recibir, ni aderezar y componer con sanctas consideraciones. Este es un grande abuso en el pueblo cristiano; el cual quien quisiere estimarlo, y saber lo que es (pesán-

(*l*) Galat. 2. (*m*) D. Thom. opusc. 57. cap. 1. lect. 4.

(*n*) D. Amb. tom. 3. sup. 1. ad Corinth. Epist. 11. et tom. 5. Dom. 4. Advent.

dolo, no con el falso peso de Canaan, sino con el peso del sanctuario, que es el juicio de Dios, con que pesan las cosas los buenos), lea un sermon que hace Sant Cipriano *de lapsis* (*o*), y allí verá condemnada esta manera de atrevimiento. Hablando allí de los cristianos que habian desfallecido y faltado en la confesion de la fe por el miedo de los tormentos, y sacrificado á los ídolos, y despues desto, confesándose, se iban de presto á comulgar; ¿cómo (dice él) saliendo de los altares del diablo, teniendo aun las manos sucias del excomulgado sacrificio, os oseis llegar á tan sacrosanto sacrificio, y divinísimo Sacramento? Cómo estando todavía vuestros estómagos como regoldando con los pestíferos manjares de los ídolos, y hediendo vuestras gargantas con las hediondas exhalaciones de vuestras sucias comidas, ¿cómo os atreveis á llegar á esta celestial mesa, y arrebatar este sacratísimo cuerpo, como quiera que esté escripto: No coma esta carne el que no estuviere limpio, y por ello morirá el que se llegare atrevidamente? Los que desto no hacen caso, injuriosos son á este Señor; y es mayor agora su pecado, que cuando con el miedo de los tormentos lo negaron. Hasta aquí son palabras de te excelente doctor y glorioso mártir. Mira tú qué palabras mas para temer pudo decir.

Y si me dices que ya estás reconciliado con Dios por medio del sacramento de la confesion, dígote que con todo, no es razon que luego te llegues sin tomar primero algun tiempo para considerar la grandeza deste divino Sacramento. Reconciliado y perdonado estaba ya Absalon de su padre, por la intercesion de Joab (*p*), mas con todo no le fué concedido que entrase en palacio, ni paresciese delante del rey. Y desta manera le fué negada la entrada á su padre por espacio de tres años. Y pues al hijo perdonado se dilató tanto tiempo la vista de su padre, no sería mucho que á tí se dilatase por tres dias; pues mayores fuéron tus pecados contra Dios, que los de Absalom contra su padre.

Mas si me dices que si te detienes tres dias, que volverás á pecar, y que por esto te llegas luego, porque los nuevos pecados no te vuelvan á hacer indigno deste sacramento, á esto digo, que si los pecados son veniales, no es inconveniente (porque siete veces al dia cae el justo, y tienen el remedio fácil); mas si temes ó crees que serán mortales, ¿qué peor aparejo puede ser que llegarte al altar con una conciencia tan inconstante y tan poco determinada en el bien, que no esperas perseverar tres dias en buen estado? Qué es de aquel firme propósito de no ofender á Dios aunque te costasé la vida, con que fuiste á la confesion, que para ir á ella tal le habias de llevar? ¿Adónde está el amor de Dios sobre todas las cosas? No son tan flacas las fuerzas de la gracia, ni es tan fácil de hacer un pecado al verdadero penitente, que si el hombre pusiese mediana diligencia de su parte, no pudiese perseverar meses y años sin pecar mortalmente.

Mas querer obligar á esta mediana diligencia á los hombres carnales y sensuales, aunque sea por tres dias, es como querer sacar un rio de madre, que por tener de tantos años abierta su corriente, es negocio dificultoso sacarlo de allí. Y si con arte y fuerza se saca, luego en viendo la suya, corta y rompe por volverse á su antigua corriente. Así estos hombres, como ha tantos años que están acostumbrados á vivir con aquella miserable libertad de hacer y decir cuanto les pide su estragada voluntad y apetitos, querer sacarlos desta corriente, y obligarlos á resistir al ímpetu de su naturaleza depravada, esles un tan grande tormento, que no ven la hora de salir de aquella obligacion, y de volverse al curso de su mala costumbre. Por esto se dan tanta priesa por cumplir con aquella obligacion, para volver luego á la vida pasada. De manera que averiguando bien este negocio, y sacando en limpio la causa desta priesa, no es otra que el tormento grande que padecen en obligarse á ser buenos por espacio de tres dias, segun están habituados á no serlo. ¡Oh desdichados de vosotros! y ¿en qué estriba la presumpcion de salvaros, y ser compañeros de todos aquellos que fielmente pelearon y trabajaron; pues tan intolerable os es traer por solos tres dias el arnes y las armas desta espiritual milicia, y sufrir el yugo de la virtud, y caminar por donde caminaron todos los que se se salvaron?

Esto baste cuanto á lo que toca á la manera del aparejarnos para este sacramento. Restaba declarar los efectos que obra en las almas; mas desta materia trataremos abajo, en el sermon del Sanctísimo Sacramento.

(*o*) D. Cypr. serm. 5. de lapsis, post medium. (*p*) 2. Reg. 14.

CAPITULO XV.

Del sacramento de las órdenes.

Porque al sacramento de la eucaristía está annejo el de las órdenes, deste trataremos agora. Es cosa averiguada por relacion de los antiguos y sanctos doctores, que siempre hubo en la Iglesia ministros diputados á su ministerio, y para tratar y administrar á los fieles los sacramentos. Porque aunque en las divinas escripturas hallamos honrados los fieles con este nombre de gente sancta y sacerdotes, segun los llama el Príncipe de los apóstoles, por estas palabras (*a*): Vosotros sois linaje escogido y real sacerdocio; y el Evangelista en su Apocalipsi dice (*b*), que Cristo nos amó, y lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reino y sacerdotes de su Padre; estos lugares se han de entender espiritualmente, como se entiende por las mismas escripturas el nombre de reyes. Sacerdotes espirituales somos los cristianos, para ofrecer á nuestro Señor nuestros corazones humillados, y nuestros cuerpos mortificados, y sacrificios de alabanzas suyas, y de justicia é innocencia. Y desta manera somos reyes, cuando por estar rendidos y obedientes á los divinos preceptos, nos da el Señor virtud para que podamos enseñorear á nuestra carne y á nuestros desordenados apetitos, y gobernarlos por las leyes del espíritu.

Mas como demas destos reyes espirituales (que pueden ser con la gracia del Señor todos los cristianos) es necesario para la vida humana político y temporal gobierno, y que haya reyes y príncipes, gobernadores y jueces que gobiernen las repúblicas, administren justicia y sustenten la paz; á los cuales debe el pueblo honra y temor, segun el Apóstol (*c*), y sus servicios, derechos y tributos; así tambien allende de los sacerdotes espirituales, que deben ser todos los cristianos, conviene haya otros particulares ministros eclesiásticos, los cuales por otro particular título se llaman y son sacerdotes, á los cuales llama obispos, presbíteros (que quiere decir, mas ancianos), prelados, doctores, pastores, ministros de Cris-

(*a*) 1. Petr. 2. (*b*) Apoc. 5. (*c*) Rom. 13.

to, dispensadores de los divinos sacramentos y misterios. Y como no pertenece indiferentemente á todos los cristianos administrar los oficios de la república y su gobierno, sino á los puestos por los reyes y príncipes, y elegidos por las repúblicas segun las leyes; así no es lícito á todos los cristianos el ministerio espiritual, de manera que por ser cristiano y espiritual sacerdote, se atreva á entremeterse en la administracion de los divinos ministerios, y dispensacion de los sacramentos, de los cuales hay proprios y particulares ministros para esto por la Iglesia ordenados y diputados. Estos son los predicadores y doctores del sancto Evangelio, sacerdotes mayores y menores, para celebrar todos los oficios que á sus órdenes pertenecen. Y á solos aquellos pertenecen, que son legítimamente ordenados por los obispos.

Leemos de algunos que loca y atrevidamente usurparon semejantes ministerios y oficios, que por ello fuéron reciamente castigados por Dios; como cuentan las divinas escrituras de Dathan y Abiron, y de Ozías rey de Israel (*d*). A esta dignidad no se ha de llegar ninguno, sino llamado por Dios, segun el Apóstol (*e*).

Deste particular y proprio cargo y oficio de los ministros de la Iglesia tratarémos agora. Dirémos primero, qué son órdenes: lo segundo, por qué se llaman y son sacramentos: lo tercero, cuántas diferencias hay de órdenes, y los oficios de cada una dellas: lo cuarto, por qué fin fuéron instituidas: lo quinto, qué significan las cerimonias con que se dan.

Son las órdenes un sacramento por el cual se da la gracia y poder al que es escogido y legítimamente viene á ser ordenado, para ejercitar algun particular oficio como ministro público de la Iglesia. Esta difinicion es clara; solo digamos cuál se dirá llamado y escogido, y qué gracia se le da con las órdenes. Aquel se dirá justamente escogido y llamado, que es escogido y traido por Dios, y presentado por los prelados de la Iglesia, que segun las ordenaciones apostólicas tienen poder para dar órdenes. Conviene que preceda la eleccion y llamamiento de Dios, para que prósperamente suceda á él y al pueblo con él.

Mas cuál sea escogido de Dios, nadie lo puede saber con certeza; porque esto no lo muestra el Señor por señales sensibles; mas puede haber indicios de los cuales se puede colegir confiadamente esta eleccion; como si tiene inclinacion á este estado por gloria y honra de Dios, creyendo ser mas conveniente para salvarse; y si siente en sí habilidad para tal ministerio, y desea ser de provecho á sus prójimos. Mas porque Sant Juan nos enseña (*f*) que se deben probar y examinar los espíritus si son de Dios, y no se ha de creer á cada uno por su proprio testimonio, deben aquellos á los cuales está encommendado el exámen de los que han de ser admitidos, hacer grande diligencia por saber las costumbres de los tales, y no admitir los que saben que tienen ojo al provecho temporal, y que esto los trae á este estado; y procuren despedir de sí los tales examinadores todo afecto carnal, y deseen acertar, y no aceptar los que no merecen ser admitidos.

Deben procurar que sean católicos, modestos, castos, bien doctrinados, humildes, mansos, pacíficos, instructos suficientemente en las letras, hábiles, de buenas esperanzas, poderosos para persuadir la verdad, y convencer á los que la contradijeren. Tales condiciones se deben desear en los ministros eclesiásticos, y tales se deben buscar, y de tales esperanzas, para que sean dignamente llamados y escogidos. Así lo enseña el Apóstol, escribiendo á los obispos Tito y Timoteo (*g*): Los que tales no fueren, no deben ser admitidos; ántes se han de despedir.

A los dignamente escogidos y ordenados se da la singular gracia, la cual es una virtud por la cual son firmes y eficaces delante de Dios las obras de su ministerio, cuando las hacen por el órden que tienen de la Iglesia, aunque á veces no estén en gracia (digo los que son sacerdotes). Porque aunque se requiere que lo sean los que habemos dicho, mas los sacramentos que ellos administran no penden de la virtud del ministro, sino de la virtud de Cristo, y de las palabras con que los instituyó.

¿Por qué se dicen y son sacramentos? Digo que porque tienen lo que tienen los otros sacramentos, su forma y su propia materia, señal visible y gracia invisible. La forma son las palabras que el obispo les dice cuando da cada una de las órdenes, las cuales tienen virtud y fuerza por la institucion de Jesucristo. La materia y señal exterior en las órdenes menores es aquel entregar á los ordenados diversos instrumentos convenientes á sus ministerios. En el sacerdocio la forma son las palabras que dice el obispo: *Recibe el poder de ofrecer el sacrificio de la misa por los vivos y por los difuntos, en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Sancto*. Por las cuales formas y señales visibles se hace cierto el ordenado que recibe el don de Dios, que se le da en este sacramento para edificacion de la Iglesia.

Cuanto al número de las órdenes que en este sacramento se comprehenden, decimos que son siete. La primera es de los ostiarios ó porteros, la segunda de los lectores, la tercera son los exorcistas ó conjuradores, la cuarta de los acólitos, la quinta de los subdiáconos, la sexta de los diáconos, la séptima de los sacerdotes. Esta distincion de títulos no es nueva en la Iglesia; mas es antiquísima y declarada, parte por las escripturas y tradiciones de los apóstoles, parte por la doctrina de los antiquísimos y sanctísimos padres.

El oficio de los ostiarios era ser porteros de los templos y prohibir y vedar la entrada á los indignos, excolmulgados y penitenciados. El de los lectores, era leer y cantar las lecciones en el coro en los divinos oficios. El de los exorcistas y conjuradores, era invocar el divino nombre sobre los endemoniados, conjurando á los malos espíritus, ó para alanzarlos del todo, ó para que no atormentasen. El de los acólitos, demas de otros servicios del altar, era tener encendidos los cirios al tiempo del Evangelio, en señal de su luz; y así al tiempo de alzar la hostia y el cáliz. Del subdiácono es servir al diácono y cantar las profecías y epístolas. De los diáconos es servir al sacerdote y al obispo, y cantar el Evangelio, y procurar las lismonas para sustentar los pobres, y predicar. De los sacerdotes es ser ministros para consagrar, y catedráticos de la doctrina evangélica desde el púlpito, y ministrar los sacramentos.

Estos son los oficios de las órdenes desde el tiempo de los apóstoles, puesto que agora no están en uso todos

(*d*) Num. 16. et Psalm 105. 2. Paral. 26. (*e*) Hebr. 5.
(*f*) 1. Joan. 4.

(*g*) 1. ad Tim. 4.

los ejercicios dellos, mas que de los tres, subdiácono, y diácono, y sacerdote. Mas es de notar que aunque el sacerdocio es una órden individua, todavía comprehende diversos oficios, y dignidades, y poderes, y grados; unos son sacerdotes mayores, como patriarcas, arzobispos, obispos; y otros sacerdotes ordinarios, que tienen este nombre commun á todos los de misa; y sobre todos, como cabeza, el Summo Pontífice. Y estas distinciones ayudan mucho para que se guarde la unidad y concordia en la Iglesia; porque si todos fuesen iguales, fueran los pareceres tantos como las cabezas, y no hubiera superior autoridad que determinara lo que se habia de tener cierto.

Y para decir brevemente el oficio de los principales sacerdotes, que son los obispos, demas de lo que tienen commun con los sacerdotes menores, tienen consagrar la crisma y el oleo sancto, confirmar á los bautizados, y consagrar las iglesias y altares, dar órdenes, bendecir las vírgines religiosas. A los arzobispos y patriarcas, juntar sínodos, y tambien los obispos con sus curas, visitar sus obispados, finalmente ser solícitos de sí, y de todo el rebaño que está á su cargo.

Cuanto al quinto punto, para qué fué instituido este sacramento, y de qué provecho es á la Iglesia; demas que de lo dicho se puede entender, dice el Apóstol (*h*): A unos hizo Cristo apóstoles, á otros evangelistas, á otros pastores, á otros doctores, para cumplimiento del número de los escogidos, con diversos ministerios, para edificacion del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia. De donde se colige que fué este sacramento de órden instituido por Cristo; porque todos conozcan la verdad, y se conviertan, y se junten, y hagan miembros deste cuerpo de Cristo, y se cumpla el número de los que se han de salvar. Y deste fin para que este sacramento fué instituido, se saca en qué estima debe ser tenido, y cuánta reverencia debemos tener á los sacerdotes y ministros de la Iglesia, á los cuales dijo el Señor (*i*): Quien á vosotros obedece (esto es, en las cosas que como ministros de la Iglesia mandais y decis), á mí obedece: y quien os menosprecia, á mí desprecia. Y el Apóstol dice (*k*): Los sacerdotes que bien presiden y administran sus oficios, son dignos de doblada honra, mayormente los que trabajan en la doctrina del Evangelio.

Esta honra que les habemos de dar, consiste, como lo dice el Apóstol en muchos lugares (*l*), en que los obedezcamos, que los reverenciemos, que los amemos con caridad, que tengamos paz con ellos, que los sustentemos con lo temporal, pues ellos nos administran el pasto espiritual. Y en administrarnos esto ha de ser su principal cuidado, y no en la ganancia y provecho temporal. Y desto los amonesta á ellos su corona abierta, que no solo es por diferenciarlos de los seglares, sino mas principalmente tienen raida su cabeza porque su dignidad con aquella señal y divisa les amonesta que han de raer de sus corazones todos los superfluos cuidados; y por tales ha de tener el sacerdote todos los de hacienda y negocios seglares. Su principal negocio ha de ser procurar con diligente cuidado henchir su ministerio, fiando de Dios el suficiente sustento, sin desear lo superfluo.

(*h*) Ephes. 4. (*i*) Luc. 20. (*k*) 1. Tim. 5. (*l*) Heb. 13. 1. Thes. 5. Rom. 13. 1. Cor. 9.

CAPITULO XVI.

Del sacramento del matrimonio.

Al sacramento de las órdenes se sigue el del matrimonio; así porque el sacerdote es el ministro deste sacramento, segun dice el papa Evaristo, y lo manda el sagrado concilio Tridentino (*a*), y se requiere bendicion sacerdotal, como tambien por la semejanza y conformidad que hay entre estos dos sacramentos.

Matrimonio es aquella individua compañía del varon y de la mujer, segun las leyes de Dios y de su Iglesia. En el matrimonio, segun estas leyes, se hallan las partes y condiciones de los otros sacramentos. Tiene su propria forma y materia, y señales visibles de la gracia invisible. La forma son aquellas palabras con las cuales se declaran el uno al otro el consentimiento interior para el tal ayuntamiento y compañía y vida. Y las tales palabras tienen el vigor y virtud de aquellas que el Señor dijo en el Evangelio (*b*): El que hizo al hombre en el principio, crió al hombre y á la mujer, y dijo: Por esta dejará el hombre á su padre y á su madre, y acompañarse ha de su mujer, y serán dos en una carne. Pues á los que Dios juntó, no los aparte el hombre. Las señales visibles son aquel darse las manos y darse un anillo.

La gracia que en este sacramento reciben los que á él vienen con sancta intencion y temor de Dios, hace que se amen con amor casto, como Cristo amó á su Iglesia y la Iglesia á Cristo. La consideracion de que en este sacramento el hombre representa á Cristo, y la mujer á la Iglesia, los hará vivir con devocion, y respetarse y reverenciarse uno á otro, y amarse con sanctidad, y criar los hijos en el temor del Señor, proveyendo gente para el culto y servicio de Dios y de su Iglesia, y para poblar el cielo, y que este sea el principal intento en el uso del matrimonio. Esto hace la gracia que reciben en este sacramento.

Agora consideremos su significacion, la cual entenderémos de lo que dice el Apóstol (*c*): Nadie aborresce su propria carne, ántes la sustenta como mejor puede, y la regala, como Cristo hizo con la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. Por la cual dejará el hombre á su padre y á su madre, juntándose en una morada, vivienda y compañía con su mujer, y serán dos una misma cosa. La grandeza y excelencia deste sacramento es ser figura de la union de nuestro Redemptor Jesucristo y su Iglesia. Veis aquí adonde el Apóstol llama á este matrimonio sacramento y figura de aquella estrechísima amistad y union de Cristo y su Iglesia; en la cual todos los fieles somos una misma cosa, un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo. Y pues tan noble significacion (con la cual tanto se deben los hombres consolar) tiene el matrimonio, por sola esta razon (cuando otra no hubiera) se debia llamar y honrar con este nombre de sacramento.

Veamos cómo este sacramento debe ser recibido y conservado entre los hombres. Porque es verdadero sacramento, no hay duda sino que debe ser respetado y tratado con sanctidad, como los otros sacramentos. Digo pues que entónces le recibirán digna y sanctamente, cuando su fin en recibirle fuere la honra y gloria de Dios, y el salvarse en este estado, y guardaren para recibirle las leyes que tienen puestas Dios y su Iglesia. Y

(*a*) Sess. 24. cap. 1. (*b*) Matth. 19. (*c*) Ephes. 5.

entónces lo proseguirán y usarán bien dél los casados, cuando no olvidando el sancto fin que tuvieron, fueren temerosos y reverenciadores de Dios, y guardadores de su ley, amándose con amor honesto, no pretendiendo en su trato satisfaccion de la sensualidad, sino amor de fructo de bendicion para honra de Dios, ó medicina y remedio, guardando lealtad y fidelidad uno á otro, y acompañándose por toda la vida, sin procurar divorcio, y ayudándose y favoreciéndose uno á otro en las necesidades y trabajos. Desta manera representarán verdaderamente la union y amor de Cristo y la Iglesia.

El temor de Dios y su servicio conviene tengan siempre delante sus ojos los casados, así porque el Señor es el único instituidor deste sacramento, como porque fué establecido en el estado de la innocencia, como tambien porque sin el temor de Dios ninguna cosa tiene buen principio ni buen fin. El amor entre los casados ha de ser tal, que comprehenda las razones de todas las amistades y amores buenos, pues esta fué una de las causas de la institucion del matrimonio. Y esto significan aquellas palabras que leemos que dijo el Señor despues de haber formado á nuestro primero padre Adam (*d*): No es bien que el hombre esté solo; hagámosle compañía que le ayude, semejante á él.

Que el principal intento del uso del matrimonio haya de ser generacion, en la cual se dilate la religion cristiana y el divino culto, fué una principal razon desta institucion; otra fué la multiplicacion del linaje humano, que el Señor significó con aquellas palabras (*e*): Creced y multiplicad. Y como sobre los que se juntan con estos sanctos fines tiene Dios echada su bendicion, así tiene el demonio jurisdiccion y poder sobre los que se casan para satisfaccion de su sensualidad, como lo dijo el ángel Sant Rafael al sancto mozo Tobías (*f*).

La lealtad y fe entre los casados se requiere grandemente; porque de la propriedad del matrimonio es que sea entre solos dos, segun la reformacion evangélica, por lo cual el adulterio es capital enemigo del matrimonio. Contra el cual pecado dijo el Apóstol (*g*): Sea honrado en todas las cosas el matrimonio, y no se injurie la cama de los casados; porque el Señor vengará esta injuria que se hace á este sacramento, que significa la lealtad que la Iglesia tiene á Jesucristo, y el que no la guarda, hace particular injuria á la persona que representa. Esto habia de pensar la mujer: Miéntras guardo fidelidad á mi marido, represento la sanctidad de la Iglesia á Cristo, y represento una verdad católica; mas cuando quebranto esta fe á mi marido, pierdo la honra mayor que hay en este sacramento (que es ser figura de la union de Cristo y la Iglesia), y represento una mentira y abominable blasfemia: esto es, que la Iglesia ha hecho traicion á su Esposo Jesucristo. Y lo mismo debe pensar el hombre. Adonde se ve que mas gravemente peca en tal caso el hombre que la mujer, no solo porque Dios le hizo mejorado en fortaleza y prudencia, sino porque cuanto es de su parte hace mayor injuria á Jesucristo, á quien representa, representando en su traicion, que Cristo la hace á su Esposa. Esta consideracion será de grande horror y espanto á los casados cristianos, y mayor guarda para la fidelidad que se deben, que el temor de la muerte y pérdida de la honra.

Finalmente, entre los casados se requiere vivienda y morada perpetua. No consiente el matrimonio cristiano libello de repudio ni apartamiento, segun que lo dijo el Señor: Los que Dios juntó, no los aparte el hombre (*h*). Y el Apóstol lo mismo, por estas palabras (*i*): Yo os mando, y no yo, sino el Señor, que la mujer desechada de su marido por adulterio, que no se case con otro, y que el marido no deje á su mujer. De manera que cuando son apartados, ó por adulterio, ó por alguna de las causas que admiten los sagrados cánones por legítimas, para que no habiten juntos, viviendo el uno, el otro no se puede casar; porque aquel apartamiento no es descasarlos, sino apartar la compañía, que era causa de mayor ofensa de Dios, por no haber entre ellos paz.

Mas acerca de la doctrina deste sacramento puede alguno dudar de tres maneras. La primera, si puede uno contraer sin propósito de generacion, y permanecer sin el uso matrimonial, pues decimos que es principal causa de la institucion deste sacramento la generacion. Respóndese que sí, y que es alabado desto Sant Eduardo, rey, que permaneció vírgen con su esposa. Y fué verdadero el matrimonio entre la Vírgen y Sant Josef, porque no es esa sola la causa, ni la mas principal, sino es la indisolubilidad que figura aquel vínculo del Verbo divino y la naturaleza humana, de la cual es de fe que nunca se apartó ni apartará.

La segunda, si la generacion es razon principal, parece que los viejos y los impotentes no se podrán casar. Respóndese, que basta haya una de las razones y causas de la institucion deste sacramento para poderle recibir, y es tambien la razon y causa, juntar una firme amistad y compañía, y tambien que despues del pecado primero este sacramento tiene otra razon de su institucion, que es para remedio de la incontinencia. Por lo cual dice el Apóstol (*k*): Bueno es permanecer en pureza, mas no es de todos; y así por evitar la incontinencia, casaos.

Mas no aprobamos los casamientos que se hacen por amontonar riquezas, y mucho ménos aquellos cuyo principal intento es la sensualidad, los cuales no carecen de culpa, aunque no sea mortal, por los otros bienes que tiene este estado. A los tales amonestamos que corrijan el mal intento con que se juntaron, y procuren bien proseguir lo que mal comenzaron, y pedir perdon de las faltas, y procurar enderezar los intentos, como los verdaderos casados. Y el mas fuerte condescienda con el mas flaco, y acuérdese que ninguno dellos es señor de sí, ni se puede negar sin alguna muy justa causa, porque no sea ocasion á su compañía de buscar otra. Esto encomienda mucho el Apóstol (*l*).

Aquí quiero avisar que en todo caso se deben evitar los casamientos clandestinos, sin los padres ó los que tienen lugar de padres, y sin ministro eclesiástico (como lo ordena y manda el sagrado concilio Tridentino (*m*), que sea presente el cura ú otro de su comision y licencia, con dos testigos), porque no será válido; y se han de hacer primero las amonestaciones, las cuales si no se hicieron, aunque el cura haya estado presente y los testigos, por no haber guardado el órden, pecaron; y el cura debe ser castigado, si no fué necesidad que obligase á dejar las amonestaciones. Lo cual se puede hacer cuando probablemente se cree que se ha de procurar impedir maliciosamente: en tal caso bastará una amo-

(*d*) Gen. 2. (*e*) Gen. 9. (*f*) Tob. 6. (*g*) Heb 13.

(*h*) Matth. 19. (*i*) 1. Cor. 7. (*k*) 1. Cor. 7. (*l*) Ibid.
(*m*) Sess. 24. cap. 1.

nesiacion, ó dejarlas todas, consultando para esto al ordinario, y con su licencia. A los que no guardaren este órden, da por inhábiles el sancto Concilio, irritando el tal contrato, y manda que sean castigados los contrayentes, y el ministro y los testigos, segun el arbitrio del obispo ú ordinario. Y amonesta el sancto Concilio, que ántes de velarse y recibir las bendiciones en la Iglesia, ni cohabiten ni se junten, y que esta bendicion no se dé por otro que el mismo cura, ó por otro de licencia del ordinario ó del cura.

Item, manda que el cura tenga libro en que se escriban los casados, y los nombres del cura y de los testigos, con el año, mes y dia, lugar é iglesia. Tambien amonesta á los que se quieren casar, que tres dias ántes ó despues de casados, ántes de la consumacion del matrimonio, con diligente exámen de sus conciencias se confiesen y reciban el sanctísimo Sacramento del Altar. Y desea que en cada provincia se guarden las sanctas y laudables costumbres que en la celebracion deste sacramento se suelen guardar, sobre las que habemos ordenado y dicho. Digo tambien que se debe procurar con grande cuidado que sea libre el consentimiento de los que se casan, y que no haya ningun engaño, no solo en la persona, mas ni tampoco en el dote, por quitar para adelante la ocasion de discordia entre marido y mujer en esto y en todo; porque no venga el casamiento á parar en justo ó injusto divorcio.

Concluyendo este capítulo, digo que los casados procuren de vivir en su estado cristiana y justamente en paz y amor, con temor de Dios. Mas los que aun no lo sois, y teneis propósito de serlo, ante todas cosas poned delante vuestros ojos al Señor, y el deseo de agradarle, y de vuestra salvacion, y pedid al Señor la compañía que á esto os ayude, deseando sobre todo en ella la virtud, mas que las riquezas y gentileza. Aunque tambien es necesario considerar si hay con qué sustentar casa conforme al estado de cada cual, con que se pueda pasar la vida y sufrir las cargas del matrimonio. Puestos desta manera en las manos del Señor, y aconsejándoos ó dejándoos llevar del consejo y parecer de vuestros padres, ó de aquellos que teneis en lugar de padres, de quien os podeis fiar, comenzaréis vuestro estado como ordenacion sancta y divina, perseverando en el temor del Señor, pidiéndole sea vuestra vivienda pacífica y perpetua, y vuestra cama honesta y limpia, procurando criar los hijos en la doctrina cristiana y buenas costumbres, que es la mejor herencia que les podeis dejar. De otras cosas que pertenecen á este estado dejamos dicho en el cuarto precepto.

CAPITULO XVII.

Del sacramento de la extremauncion.

El séptimo y último sacramento es el de la extremauncion. Deste sacramento lo que nos conviene declarar primero, es saber quién fué el primero autor, y dónde comenzó el uso de ungir los enfermos: lo segundo, por qué esta se llama uncion, y es sacramento: lo tercero, qué efectos tiene: lo cuarto, cómo se debe recibir.

Del autor deste sacramento nos dice el Evangelista Sant Márcos (*a*): Iban los apóstoles enviados por el Señor predicando la penitencia, y echaban los demonios, y con el oleo ungian los enfermos, y sanaban. De manera que deste lugar del Evangelio se ve cómo los apóstoles, enviados por el Señor á predicar, comenzaron el uso de la sagrada Uncion de los enfermos. Y no hay que dubdar sino que esto fué particular mandamiento de Cristo, y no invencion propria. Síguese que como los apóstoles fuéron los primeros ministros ejecutores deste sacramento, así Cristo fué el primero instituidor.

Y de aquí tambien se ve la reverencia que se le debe, por quien le instituyó, y por los primeros ministros dél, pues no fué invencion humana, sino ordenacion de Dios y uso apostólico. Manifiesto es que los sanctos apóstoles no usaban desta uncion como de ungüento ó medicina natural, pues no lo puede ser el aceite para todas enfermedades generalmente: luego usábanle como cosa sagrada por su instituidor para medicina espiritual de las almas; pues el Señor no los envió á predicar y sanar como médicos y cirujanos corporales, sino como apóstoles, qué enseñasen y echasen del mundo las tinieblas de la ignorancia y mentira, con la verdad y luz del Evangelio, y en confirmacion hiciesen las maravillas y milagros, sanando los cuerpos en señal y testimonio de la salud que su doctrina obraba en las almas.

Y para mas abundante confirmacion desta verdad, oigamos lo que el apóstol Sanctiago el Menor nos dice (*b*): Cuando alguno de vosotros enfermare, haga llamar los sacerdotes de la Iglesia, y hagan oracion por el enfermo, ungiéndole con el oleo sancto en nombre del Señor; y la oracion fiel sanará al enfermo, y si tuviere pecados, serle han perdonados. En ponerse en nombre del Señor y con la oracion de los sacerdotes, se da á entender que no obraba allí la natural virtud del aceite, sino la sagrada y sacramental virtud que le habia puesto su instituidor. Bien pudiera para esta verdad traer aquí los testimonios de muchos muy antiguos y graves doctores que dicen lo que tengo dicho deste sacramento. Y así lo entendieron el divino Dionisio, Clemente, Ambrosio, Augustino, y otros que callo. Mas no quiero callar las palabras y sentencia de Teofilacto, el cual sobre el lugar que citamos en Sant Márcos, dice (*c*): Solo Sant Márcos nos cuenta cómo los apóstoles ungian con el sancto óleo á los enfermos; y Sanctiago, primo de nuestro Señor, nos dice que cuando enfermáremos, llamemos á los sacerdotes de la Iglesia, y que ellos hagan oracion sobre el enfermo, ungiéndolo con el oleo. Adonde abiertamente afirma Teofilacto que la uncion que los apóstoles hacian, es la que Sanctiago encomienda, y esta es la que este sancto doctor dice que usa hoy la Iglesia, y se cuenta por uno de los siete sacramentos, como abajo dirémos.

Dicho cómo el uso deste sacramento es desde el tiempo de los apóstoles, y que su instituidor fué Jesucristo, veamos cómo es sacramento. Respóndese, que porque tiene lo que los otros sacramentos; su determinada forma y materia, y señales visibles de la gracia invisible que por él se da. La forma son aquellas palabras que dice el sacerdote al tiempo que pone la uncion, que son estas: *Por esta uncion, y por su piísima misericordia te perdone nuestro Señor Jesucristo cuanto pecaste por la vista, por el oido, por el olfato, por el gusto, por el tacto, por tus pasos. Amen. Paz sea contigo.* Estas palabras tienen virtud y fuerza de su institucion, como se probó por los dos testimonios del evangelista Sant Márcos y del apóstol Sanctiago.

(*a*) Marc. 6.

(*b*) Jacob. 5. (*c*) Theoph. in cap. 6. Marc.

La materia y señal visible de que usamos en este sacramento, que significa la gracia invisible, es el oleo sancto. Da la razon del uso desta materia el mismo Teofilacto sobre Sant Márcos: dice (*d*) que el aceite recrea los miembros fatigados del trabajo, y sustenta en las tinieblas la luz que nos alegra, por lo cual significa la misericordia de nuestro Señor, y la gracia del Espíritu Sancto, por la cual sentimos esfuerzo espiritual y alegría cordial. Y con mas claridad y elegancia escribe Sant Cirilo la sagrada significacion deste sancto oleo. Por el aceite (dice él) es significada la misericordia de Dios, porque en sus calidades la representa; sube el aceite, y sobre todos los licores anda nadando, y la misericordia divina se exalta sobre todas sus obras, y sobre la divina justicia, y se descubre mas á los hombres que todas, como lo dice Sanctiago (*e*): La misericordia de Dios se exalta sobre su juicio. Y el Salmista (*f*): Sus misericordias son sobre todas sus obras. El aceite mitiga los ardores de las llagas, ablanda la dureza de las hinchazones, y limpia las heridas.

La misericordia de Dios es único y general remedio de todas las enfermedades del alma, que son las culpas. Así lo canta David, diciendo (*g*): Alaba mi alma al Señor, que perdona todos tus pecados, y sana todas tus enfermedades, cumple todos tus deseos y te corona con misericordia y piedad. Tambien fué uso entre los antiguos luchadores aparejarse para la lucha ungiéndose con el aceite. A los fuertes combatientes contra los demonios unge el Señor con el oleo de su gracia y misericordia, por el cual cobran fuerzas para salir con la victoria de tan dura pelea. Así que pues el sagrado oleo y uncion tiene sagrada significacion (como habemos visto en la doctrina destos sanctos doctores) con justa razon se llama y es sacramento.

Mas para que mas cumplidamente parezca la gracia que se da en este sacramento á los que dignamente le reciben, veamos algunos de los efectos que en ellos obra. Dice el apóstol Sanctiago (*h*): La oracion fiel salvará al enfermo, y levantarlo ha el Señor, y alcanzará perdon de los pecados. Adonde claramente promete el Apóstol el favor del Señor por la oracion fiel, junta con esta sagrada uncion, que allí se hallará presente, y le restituirá la salud, si le conviniere, ó le aliviará el trabajo y acrescentará su esperanza de la salud eterna, quitándole tambien del amor desta vida, y le esforzará para la lucha de las tentaciones de aquel tiempo, y contra el espanto de la muerte. Estos son los fructos de la sagrada uncion dignamente recibida.

Del fructo podemos conocer el árbol, y con qué devocion se debe recibir este sacramento. Con tal fe, que si le conviene, que le ha de ser salud corporal, y sin dubda para la del alma, por la misericordia de Dios, que obra en este sacramento. Cuando se hubiere de dar este sacramento, sea en tiempo que el enfermo esté en su entero juicio, para que se disponga á recibirle con devocion, y pueda entender lo que recibe, y decir esta oracion vocal ó mentalmente.

¡Oh Señor, Dios mio y Padre celestial! Yo, miserable pecador, os pido húmilmente por vuestro Hijo unigénito, nuestro Salvador, que entre tanto que se ungen mis pecadores miembros con el sagrado aceite visible, tengais por bien ungir interiormente mi alma, llagada y enferma, con el divino oleo de alegria, con la gracia del Espíritu Sancto y con vuestra infinita misericordia, y me libreis de todo el mal que por mis culpas tengo merescido, y alumbrarme con vuestra luz, y alegrarme con vuestra vista, que es vida eterna. Amen.

Y porque en la postrera hora se da priesa Satanas con mas y mas graves tentaciones, debe el enfermo despues de recibido este sacramento decir dentro de sí con ánimo muy confiado: Miembro soy de Cristo, soldado y luchador suyo, que eso significa haberme ungido en su nombre, segun la doctrina de los sanctos apóstoles. Pues agora, príncipe de las tinieblas, espíritu perdido, malvado y sucio, pártete de aquí, pues ya no hay en mí cosa tuya; pues mi Señor Jesucristo, salvador mio y condenador tuyo, te echó deste mundo. Perdido te tengo el miedo, armado con los divinos sacramentos y virtud de mi Redemptor; mayor es mi favor que tu malicia; mas están conmigo que contigo; por mí está toda la Iglesia de los sanctos orando, y por mí el mismo que te quitó todos los despojos y robos de tus latrocinios: pues debajo deste amparo, ¿qué tengo que temerte? Y desta verdad deste socorro tengo infalibles testigos y certísimas señales, que son los sanctísimos eclesiásticos sacramentos que me hacen certísimo de todas las divinas promesas en ellos comprehendidas.

A los que en tal tiempo se ocuparen en semejantes consideraciones, fielmente acudirá el Señor con la abundancia de consolacion y fortaleza, con que puedan vencer los temores de la muerte y los malignos acometimientos del demonio. Esto baste para conclusion de la materia deste sacramento y de todos los otros.

CAPITULO XVIII.

Del inefable sacrificio de la Misa, y de su significacion.

Porque entre todos los misterios de la religion cristiana el mayor es el de la misa (por razon del mayor de los sacramentos que en ella se consagra), será bien (ya que habemos tratado de los sacramentos y del uso dellos) tratar tambien del misterio de la misa, y de la manera que á ella habemos de asistir. Y para esto conviene primero declarar qué cosa es misa; porque entendido esto, queda luego entendido la grandeza del misterio, y la reverencia con que á él se debe asistir.

Misa es el mas alto sacrificio que podemos ofrecer á Dios, en el cual la Iglesia (por el ministerio del sacerdote) ofrece al Padre eterno á su unigénito Hijo, que por nosotros se le ofreció en la cruz. Solian los sanctos desde el principio del mundo ofrecer á Dios animales, como se lee de la ofrenda del sancto Abel, y se cree ofrecieron todos los buenos, y así lo leemos de Abraham, Isaac y Jacob, y del sancto Job, y estos sacrificios pidió en la ley. Fuéron aquellos sacrificios desde su principio como una confesion y protestacion que el Señor era criador, conservador y dador de todos los bienes, y como á universal Señor haciendo este reconocimiento, ofrecian un poco de lo mucho que dél recibian, haciendo gracias por todo. Y no solo aquellos sacrificios eran protestacion de fe y hacimiento de gracias por los beneficios, sino tambien una satisfaccion por los pecados cometidos, dando á entender en matar los animales para sacrificar, que ellos eran dignos de muerte por haber ofendido á tal Señor, y porque no tenian licencia de Dios para tomar la

(*d*) Theoph. ibi. (*e*) Jacob. 2. (*f*) Psalm. 144. (*g*) Psalm. 102.
(*h*) Jacob. 5.

muerte con sus manos, ni Dios lo queria: ellos en reconocimiento que la tenian merecida, ofrecian la de los animales, y pedian al Señor perdon de sus culpas.

Mas porque aquellos sacrificios eran imperfectos, y no tenian por sí mismos valor, sino conforme á la humildad y devocion del que le ofrecia, pues segun el Apóstol, era imposible haber en la sangre del animal virtud para quitar pecados (*a*), por esto vino el Hijo de Dios al mundo, y con inestimable celo de la honra de Dios y caridad de las almas, se hizo ofrenda y sacrificio para restituir la honra de su Padre, y satisfacer de rigor de justicia por nuestras deudas; y este hizo en la cruz, y fué de infinito valor por la dignidad de la persona que ofrecia, y por el amor con que se ofreció. Mas no por esto se ha de creer que Dios se deleita con los dolores y muerte nuestra; mas deléitase summamente con la caridad, piedad, mansedumbre, paciencia y summa obediencia de su unigénito Hijo, que con summa devocion, y summo amor, y con summo gozo ofreció su vida por gloria y honra de su Padre; y fué mucho ménos lo que padeció, que el amor con que padeció, y lo mismo fuera si tuviera mil vidas.

Fué este sacrificio tal y tan agradable al eterno Padre, que basta (cuanto es de parte del sacrificio) para perdon de todos los pecados del mundo, y de cient mil mundos, y para merescer todos los bienes eternos. Por esto despues de celebrado este sacrificio no quiso Dios mas sacrificios, y todos se perdieron de vista, como las estrellas en la presencia del sol. Por lo cual dijo á los de la ley vieja por uno de sus profetas (*b*): Ya no tengo mi voluntad ni mi corazon con vosotros, ni de vuestras manos recibiré ofrendas ni sacrificios; porque desde el Oriente hasta el Poniente es engrandecido mi nombre entre las gentes, y en todo lugar me ofrecen una ofrenda muy limpia. No es otra esta ofrenda sino la del Cordero sin mancilla, del cual dijo el grande Bautista (*c*): Veis ahí al Cordero de Dios; veis ahí el que quita los pecados del mundo.

Este sacrificio que se ofrece en la misa, es el mismo que se ofreció en el altar de la cruz en el monte Calvario, con la misma aceptacion y gracia aquí que allí. Tan fresca está hoy en el divino acatamiento, en este sacrificio, á los ojos del Padre eterno la sangre de su Hijo, como el dia que se derramó. El mismo sacrificio que se ofreció allí, se ofrece aquí, aunque no de la misma manera: allí fué visible y pasible; mas aquí se ofrece por otra excelente manera, sacramental, invisible y impasible.

Para cuyo entendimiento es de notar que Cristo, nuestro Salvador, es sacerdote, como dice David (*d*), segun el órden de Melquisedech. Y llámase así, por diferenciarse de los sacerdotes segun la órden de Aaron, que ofrecian sangre ajena, no propria, sino de animales. Melquisedech sacrificó y ofreció á Dios pan y vino, y dice el texto que era sacerdote del altísimo Dios (*e*). Cristo, nuestro Redemptor no ofreció sangre ajena, sino propria, por lo cual no se llama sacerdote segun el órden de Aaron, y llámase segun el órden de Melquisedech; porque en la última cena, despues del cordero, se dió en pan y vino á sus discípulos, y no solo se les dió, pero tambien allí se ofreció al Padre, para que lo aceptase en remedio de los pecados, y en memoria del sacrificio que de sí mismo habia de hacer en la cruz el dia siguiente.

(*a*) Heb. 10. (*b*) Malac. 1. (*c*) Joann. 1. (*d*) Psalm. 109. (*e*) Gen. 14.

Cuando en el sacrificio y oblacion de la misa ofrecemos al eterno Padre á su Hijo Jesucristo, no se le ofrecemos como él se le ofreció el Viérnes sancto en la cruz, sino como el dia ántes en el sacro Cenáculo en la cena; no ya cruento, como en la cruz, mortal y pasible; porque (como dice el Apóstol) ya resuscitó de entre los muertos, para mas no morir (*f*); mas ofrecémosle como él se ofreció en la cena, representando el sacrificio de la cruz. Ofrecémosle hoy así en la misa, dando gracias al eterno Padre, porque por este sacrificio nos recibió á su amistad. Por este sacrificio de la misa nos aplicamos á nosotros el fructo de aquel sacrificio, y por nuestros pecados ofrecemos en él al Padre eterno á su Hijo. Y hacemos en él oracion por el perdon de nuestros pecados, fiados de los merescimientos de Jesucristo. Y por él mismo pedimos todo lo que habemos menester para esta vida y para la otra. Item, pedimos al eterno Padre por Jesucristo, su Hijo, que aparte de nosotros los cristianos todos los males, y nos dé todos los bienes. Por este sacrificio y ofrenda se aplaca Dios, y nos son perdonados los pecados, y se nos aplica el fructo de su muerte. Es este sacrificio durable y eterno, porque Cristo es eterno sacerdote, y su sacerdocio dura para siempre, y su cuerpo y sangre es y persevera hostia, y sacrificio, y ofrenda para aplacar á Dios, como lo prueba el Apóstol, diciendo (*g*): Tuvo la ley muchos sacerdotes, porque eran mortales, y no podian permanecer; mas Cristo, que vive para siempre, tiene sempiterno sacerdocio. De manera que en este sagrado sacrificio de la Misa se perdonan los pecados por la conmemoracion y representacion que en ella se hace del único sacrificio de la muerte de Cristo, la cual en la misa se anuncia, se engrandece y glorifica. Y todo esto representa el sacerdote en todo, en sus actos, cerimonias, ornamentos, palabras, obras é intento.

Queda pues ya suficientemente declarado cómo la misa es sacrificio, y cómo concuerda con el sacrificio de la cruz, y cómo difiere. Y aquí es de notar que demas de lo dicho, que es lo esencial en la misa, hay en ella otras cosas que nos ayudan á ofrecer con mayor devocion este sacrificio, como son las oraciones, lecciones de la sagrada Escriptura, Epístolas, Evangelios, y las sagradas cerimonias, que despiertan la consideracion á los divinos misterios que en ella se representan, y tanto sacarémos mas fructo della, cuanto fuere mayor la devocion, y reverencia, y pureza con que la ofrecemos. Mas nótese que no solo el sacerdote ofrece, sino juntamente con él todos los que asisten á la misa. Dos cosas concurren en ella: una principal, que es el sacrificio y ofrenda, y otra accesoria, que son todas las cosas que preceden, como el aparejo, y confesion, y vestidos ó ornamentos, y las sanctas cerimonias y oraciones que la acompañan. Todas estas cosas accesorias sirven para despertar nuestra devocion, y para instruccion de nuestra vida y purificacion de nuestras conciencias, para que ofrezcamos mas dignamente y con mayor fructo y provecho de nuestras almas. Esto es lo que se comprehende debajo de nombre de misa.

(*f*) Rom. 6. (*g*) Hebr. 7.

§. ÚNICO.

En qué consiste la vida natural y corporal del hombre, y la espiritual; y de los medios con que se sustentan; y de cómo en la misa se hallan los medios y motivos con que se sustenta la vida espiritual.

De lo que queda dicho se infiere que la misa es uno de los mas altos misterios de la cristiana religion, y una excelente medicina para el reparo de nuestras vidas. Ya dejamos dicho que en el hombre cristiano hay dos vidas, una natural y corporal, que tenemos commun con los brutos, que consiste en el uso de estos cinco sentidos, y la otra sobrenatural y espiritual, por la cual parecemos á los ángeles; de la cual dice el Apóstol (*h*): Nuestra conversacion y trato principal es allá en los cielos. Esta consiste en el uso de todas las virtudes, principalmente en el de la caridad de Dios y del prójimo. Es vida, en la cual no tiene voz ni voto ningun afecto carnal, ni aun vale el de sola la razon, cuando se encuentra con la luz de la fe: su gobierno es la fe, y el divino espíritu y gracia de Dios. Pues como la vida corporal y animal tiene medios proprios á su sustento, que son los manjares convenientes á ella, y las medicinas y aires (porque una cosa es la vida, y otra los medios con que se sustenta), así la vida espiritual y sobrenatural tiene sus proporcionados medios para sustentarse y repararse.

Estos son el sermon, palabra de Dios viva; esta es la divina semilla que dice el Evangelio que sembrada en los corazones bien dispuestos, da fructo de vida eterna (*i*). El segundo medio es la licion, adonde falta el sermon. La licion buena es tambien palabra de Dios escripta, como el sermon es palabra de Dios hablada. El tercero es la consideracion de las cosas celestiales. Esta es luz del entendimiento, y como nutrimento y leña del fuego de la caridad, freno de nuestra vida, incentivo de la devocion, estímulo de todas las virtudes. El cuarto es el uso de los sacramentos de la confesion y communion, por los cuales se nos communica la gracia del Espíritu Sancto, que es el principio y fundamento desta vida espiritual y celestial. El quinto es la oracion, cuyo oficio es pedir la gracia; y cuando la oracion es la que debe ser, su premio es impetrar la gracia, con la cual se conserva esta vida espiritual, y nos defendemos de los enemigos y sus tentaciones, segun lo que dice nuestro Salvador (*k*): Velad y orad, porque no seais vencidos de la tentacion.

Estos son los principales manjares con que se sustenta esta vida, y destos se ha de aprovechar el que se desea sustentar en ella. Estos son los fundamentos desta morada de Dios, y estas las columnas desta obra. Sin estos no podrá el hombre perseverar mucho en esta vida y dichoso estado, por la fuerza de nuestros enemigos, por la flaqueza de nuestra carne, por la inclinacion mala de nuestra corrupta naturaleza, y por las innumerables ocasiones y lazos que nos pone el enemigo, contra el cual son estos medios las armas espirituales. Por lo cual querer el hombre conservarse en esta vida sin estos medios, es querer vivir en la otra corporal, sin comer, ó querer hacer una puente sin estribos.

Pues para que se vea claro la excelencia inmensa de este misterio de la misa (si hay mas que decir de lo dicho), digo que en ella están juntos todos estos medios y motivos de bien vivir, y todos en heróico y altísimo grado de perfeccion. De manera que en ella se hallan todos los reparos de la vida espiritual, todas las medicinas de nuestras enfermedades, todas las armas de nuestra milicia, para que con ellas nos defendamos de nuestros enemigos. Nuestra lucha y contienda no es solamente con carne y sangre, esto es, con hombres, sino mucho mas con toda la astucia y malicia del infierno, contra el cual nos son dados estos celestiales pertrechos y estas armas (*l*).

Primeramente en la misa hay sermon, palabra de Dios viva, que es el primero y mas importante medio para sustentarse en la vida espiritual, y este no debe faltar á la misa, por lo ménos los domingos y fiestas. Lo segundo, tambien hay licion, y de lo mejor de la Escriptura, que son las epístolas y evangelios. Lo tercero, allí se da muy copiosa materia de meditacion en los mementos: miéntras están en ellos los sacerdotes, pueden los oyentes considerar los misterios de la pasion, cada uno aquel en que mas gusto hallare. Todas las señales y cerimonias que allí hace el sacerdote, son para dar materia de consideracion; porque todas significan divinos misterios de la vida de Jesucristo, y en particular del misterio de su encarnacion y sacratísima Pasion. Lo cual no solamente representa con las cerimonias sagradas y partes de la misa, sino tambien en las mismas vestiduras diputadas para este ministerio.

Significa el amito con que cubre su cabeza, aquel velo que los soldados pusieron delante del sacratísimo rostro. El alva significa aquella ropa blanca con que Heródes le escarneció y lo volvió á Pilato, tratándolo como á loco. El manípulo en el brazo izquierdo, la soga ó cordel con que le ataron sus manos y brazos. La estola significa la soga con que fué amarrado á la columna. Y la casulla la vestidura de púrpura con la cual fué mofado de los soldados. Finalmente todo el sacerdote vestido de preciosos ornamentos, significa á nuestro Señor Jesucristo vestido en la sacristía de las virginales entrañas, y allí adornado de todos los dones y divinas gracias, para decir misa, y ofrecer el sacrificio de sí mismo en el altar de la cruz. Y esta debe ser nuestra consideracion cuando vemos al sacerdote vestido.

Lo cuarto, tambien interviene en la misa el uso de los sacramentos de la confesion y communion: la confesion precedió, y la communion solia en la primitiva Iglesia hacer tambien el pueblo con el sacerdote, como lo ordenaron muchos sanctos pontífices; especialmente los Sanctos Anacleto y Calixto, mandaron que todos los fieles presentes commulgasen acabada la consagracion, y el que no quisiese saliese de la iglesia. Acabóse aquel uso, y así se resfrió la caridad, y con ella las demas virtudes, y luego todas las fuerzas espirituales; porque nos habemos olvidado de comer nuestro pan (*m*). Mas ya que los fieles que asisten á la misa no cummulgan á ella sacramentalmente, pueden cada dia commulgar espiritualmente, considerando y adorando este misterio sacratísimo, como queda declarado, que esto es commulgar espiritualmente.

Lo quinto, tambien entreviene en la misa oracion, porque la mayor parte della es oracion de muchas maneras. Hay en ella oracion pública y secreta, oracion vocal y mental: y de todas estas maneras nos conviene

(*h*) Ad Philip. 3. (*i*) Luc. 8. (*k*) Matth. 26.

(*l*) Ephes. 6. (*m*) Psalm. 101.

orar, como lo pidiere nuestra devocion, la cual unas veces se enciende con una, otras mas con la otra, como dicen los sanctos.

El que quiere que su oracion sea eficaz, no debe parecer delante de Dios vacío; por lo cual el sacerdote que va allí á orar por sí y por el pueblo, tambien va allí á ofrecer por sí y por el pueblo la ofrenda mas agradable á Dios que puede ser, que es á su unigénito Hijo, el cual por una parte es tan grande ofrenda, que no puede ser igual, y por otra tan nuestra, como la hacienda de los padres es de los hijos. Es Jesucristo nuestro segundo Adam, y nuestro verdadero Padre. Padre del siglo venidero le llamó Isaías, hablando dél, y del tiempo de la ley de gracia y Evangelio(*n*). Como por ser hijos naturales de Adam, fuimos herederos tambien de su culpa y miseria, así por ser adoptados por Cristo, fuimos herederos de sus tesoros y merescimientos.

Veis aquí cómo en la misa hallamos todos aquellos medios por los cuales nos sustentamos en la vida espiritual, que es la vida cristiana. Y así es la misa como una ensalada de todas las flores, banquete de todos los manjares, espiritual triaca, compuesta de todas las cosas cordiales, saludables contra el veneno de la antigua serpiente, esto es, contra la malicia del pecado.

De lo dicho se colige con qué intento, devocion y reverencia debemos asistir á la misa, para oirla fructuosamente. Mas no quiero yo dejar esto á la consideracion de cada cual, pues no son todos de igual capacidad y entendimiento, porque todos entiendan cosa tan importante como es saber bien oir una misa.

CAPITULO XIX.

Del modo de oir y celebrar la misa, y de las disposiciones que se requieren para esto.

Habiendo ya declarado qué cosa es misa, trataremos agora el modo y manera como se debe celebrar y oir, y de las prevenciones que se requieren para bien hacer esto, y avisarémos de algunos abusos y negligencias que han entrado acerca deste misterio.

Para esto habemos de presuponer que uno de los misterios adonde nuestro entendimiento se pierde, no hallando pié ni suelo, es en este divino Sacramento, que Dios nos mandó repetir mas que todos los otros sacramentos, para renovar en nosotros la memoria de su sacratísima Pasion. Publicó este mandamiento en la última cena, cuando dijo (*a*) : Haced esto en memoria de mi muerte.

Y para cumplir con este precepto nuestra madre la Iglesia, y representar la grandeza deste sacramento sobre todos los otros, dando órden en las celebraciones de los otros sacramentoss, para la celebracion de unos manda tomar unas cosas sanctas, y para otros otras diferentes; mas para la celebracion deste sacramento quiere que sean muchas las cosas, y todas sanctas. Lo primero quiere que el ministro sea sancto, consagrado y ungido con oleo sancto, y demas desto se ha de sanctificar con otros sacramentos: las ropas y vestiduras no han de ser las ordinarias, sino otras de otra forma y hechura, benditas y diputadas para esto. Aunque para administrar el bautismo se manden tomar algunas, como son sobrepelliz y estola, sin pecado se puede dar sin esto; puede un soldado y una mujer en tiempo de

(*n*) Isai. 9. (*a*) Luc. 22.

necesidad bautizar, mas en ningun caso celebrar el que no es sacerdote, y este no sin pecado, dejando una destas vestiduras, si no fuese por olvido. El lugar y casa ha de ser sancto, para solo esto diputado, y la piedra ó ara, y los corporales y el cáliz, todas han de ser cosas benditas, y para solo esto diputadas. Todo esto se mandó antiguamente con decretos inviolables. Mandó esto el papa Félix con rigor en una epístola decretal, de la cual se sacó el decreto siguiente :

(*b*) *Como solamente los sacerdotes consagrados á Dios sean los ministros de la consagracion deste sacramento, y de ofrecer sacrificio sobre el altar, así no debe celebrarse sino en solos los lugares consagrados al Señor, los cuales llamamos iglesias y tabernáculos divinos; no se debe en otro lugar cantar misa ó celebrar, si no fuere en algun caso forzoso; y es mejor no oir misa ni decirla, que celebrar en otros lugares. Está escripto que dijo Dios á Moises* (*c*) : *No ofrezcas tus sacrificios en cualquier lugar que agradare á tus ojos, sino en el lugar que para esto escogiere tu Dios.* Estas son las palabras del decreto.

Ordenadas ya las cosas que concurren para la administracion deste sacramento, es menester saber cómo se deben aparejar los hombres para asistir á él, y ofrecer con el sacerdote, que todos deben pretender hacer lo que él hace en nombre de todos; y con este intento se han de componer, y aparejar, y venir á la iglesia, y dejar en sus casas, y fuera del templo la autoridad que tienen entre los demas; porque delante de la Majestad de Dios, ninguno ha de tener autoridad. Todo lo que no fuere negociar con Dios, aunque no sea malo, no se debe hacer ni entrar en la iglesia. Sant Bernardo cuando iba al coro, en tomando el agua bendita que suele estar á la puerta, solia decir á los cuidados que acompañan al oficio del prelado (*d*) : Pensamientos y cuidados mios, aguardadme aquí hasta que salga. No son los cuidados de la casa y familia malos, mas con todo, estos se han de dejar fuera de la iglesia, sino es cuando destos mismos queremos tratar con nuestro Señor, pidiéndole para ellos luz y favor. Dice el glorioso Sant Augustin en su Regla (*e*): En el oratorio (que es la iglesia) nadie haga otra cosa sino aquello para que fué hecho, y por lo cual se llamó oratorio, que es para orar y tratar con nuestro Señor.

Cristo nuestro Redemptor por dos veces azotó y echó del templo afrentosamente á los negociantes que allí vendian y compraban, y trocaban ó cambiaban (*f*), aunque todo eran cosas para el templo, porque tuviesen allí á mano los que venian, que ofrecer (lo cual habian introducido los sacerdotes por su avaricia), y dió al traste con las mesas, derramando los dineros por aquel suelo, diciendo : Mi casa es lugar de oracion, y no cueva de ladrones. En esta obra y con estas palabras mostró el Señor con qué obras es por nosotros profanado el sancto templo, y cuánta injuria se hace á Dios cuando en su iglesia hacemos mas de aquellas cosas para que fué fundada, que son orar, decir misa, confesar, sacrificar, predicar. Es el templo lonja ó casa de contratacion para el cielo : para esto se hizo, y no se ha de tratar allí otro negocio de obra, de palabra ni de pensamiento. Cierto

(*b*) Decreto del Papa Felix. (*c*) Levit. 4. (*d*) D. Bern. in doctr. post Medit. sup. Salv. Regin. (*e*) D. August. in Regul. Monach. tom. 2. epist. 109. (*f*) Matth. 11. Joann. 2.

es que nuestro Redemptor no castigó aquellos afrentosamente por la substancia de sus obras; porque comprar y vender palomas, y trocar un real en menudos, no es pecado, y mas con el fin que se hacia, de que hubiese que ofrecer: luego sola la circunstancia del lugar sagrado hizo malas aquellas obras, y dignas de público y afrentoso castigo de azotes como á negros.

Sant Márcos dice mas (*g*), que prohibió nuestro Señor que ni llevasen por el templo algun vaso de los que no estaban diputados para el servicio del templo, ni atravesar, entrando por una puerta y saliendo por la otra, haciendo paso y atajo de sus negocios por la iglesia. Pues si aquel templo diputado á sacrificios de animales, y en el cual no habia mas que el arca, que tenia una olla de manná, y la vara de Aaron, y las tablas de los diez mandamientos, quiso Jesucristo fuese tratado con tanto respeto y acatamiento, y castigó con tanto rigor obras que de suyo no tenian ninguna malicia, por sola la circunstancia del lugar; y el castigo fué tan riguroso de obras, que fué mas que apalearlos, y de palabras tan injuriosas, como llamarlos ladrones, ¿qué cuenta pedirá, y con qué castigo castigará á los profanadores de nuestros templos con obras de suyo malas, delante del sanctísimo Sacramento, y lugar diputado, no para ofrecer á Dios animales, sino para ofrecer en el sacrificio de la misa el mismo Hijo de Dios á su eterno Padre por los pecados de todo el mundo? De lo dicho queda entendido con qué ánimo deben venir los fieles á la iglesia, y cómo allí deben estar, y qué han de hacer.

Tambien conviene saber cómo deben estar allí corporalmente, esto es, en qué lugar. Para lo cual es de saber que el templo de Salomon tuvo tres apartamientos ó partes. La una mas secreta, llamada *Sancta Sanctorum* (*h*). En esta solamente entraba el summo sacerdote sola una vez en el año: era como un sagrario allá al altar mayor. La segunda se decia *Sancta:* era como la capilla mayor ó coro; en esta entraban solos los sacerdotes y ministros del templo. La tercera se decia *Atrio*: era como el cuerpo de la iglesia, para todo el pueblo. Aunque esta tercera parte tenia dos, una para las mujeres y otra para los hombres.

Los griegos siempre usaron en sus iglesias division de lugares para eclesiásticos y para seglares. El lugar de los clérigos era su coro en la capilla mayor, que lo ordinario estaba mas alto, y subian allí por algunas gradas. Siempre se guardó este respeto, que el seglar no tomase el lugar del eclesiástico: agora hay en esto harto descuido, y no menor en el modo de estar en la iglesia.

El ordinario estilo es, en tomando agua bendita, poner una rodilla, y hacer mal la señal de la cruz, y hacer una cerimonia de oracion, y luego tomar su silla ó banco, y cubrirse y asentarse, y parlar con su vecino. Al principio de la misa ayudan á la confesion; todo lo demas es estar asentados parlando, contentos con levantarse al Evangelio, y arrodillarse á *Sanctus, Sanctus*, hasta que consumen, echando algunas cuentas, ó rezando por un libro (y esto los que les parecen que mejor oyen misa) y el demas tiempo parlando; y acabada la misa, vanse contentos á sus casas.

Digamos pues cómo esto se ha de hacer; porque en esta parte creo que los mas pecan por ignorancia. Para oir misa fructuosamente la verdadera forma es la que la Iglesia ordenó con grande consejo. Para lo cual habeis de entender que todos nos juntamos para hacer misa; de manera, que no solo van los cristianos á oir misa (como ellos dicen), sino a hacerla con el sacerdote: vienen todos á hacer y á ofrecer con él este sacrificio, todos hablan por la lengua del sacerdote, todos ofrecen por sus manos, como cuando un pueblo envía á su señor un presente, aunque le traigan muchos, solo uno es el que da su recado y habla. A este modo se hace acá; todos hablan por el sacerdote, todos ofrecen por sus manos esta ofrenda. Verdad es que hay diferencia; porque en este ejemplo, aunque escogen el que ha de hablar, lo mismo podia hacer uno de los otros, que el que lleva el presente; mas en la misa no, porque el oficio de hablar por todos, y ofrecer por todos, así es proprio del sacerdote, que no lo puede hacer otro que no lo sea. Los demas, ó sirven á la misa, ó asisten con reverencia allí, como personas á las cuales importa aquel negocio, y en él les va mucho. Y este es el mejor libro y rosario que allí pueden rezar: considerar esto.

Por lo cual el sacerdote debe con voz clara, en tono alto, moderadamente decir la misa, de manera que sea entendido de los circunstantes en las cosas de la misa que la Iglesia quiso que así se dijesen, como son todas las que dice hasta las oraciones secretas: esto es, hasta el ofertorio; y dichas las oraciones secretas, en voz alta el prefacio, hasta *Benedictus qui venit in nomine Domini, hosanna in excelsis*. Los que dicen muy paso y bajo lo que han de decir en voz clara, privan al pueblo de la doctrina, y no hacen lo que la Iglesia manda hacer. Luego lo demas en silencio hasta el *Per omnia sæcula,* que se dice alzada la postrera hostia, para decir el *Pater noster*. El cual acabado, lo que se dice hasta el *Per omnia sæcula* despues de dividida la hostia, ha de ser en voz baja; y así la oracion *Domine Jesu Criste*, que se dice despues del *Agnus Dei,* y las otras hasta la *Communicanda,* que será en voz clara, y lo que resta, todo, hasta acabar el Evangelio de Sant Juan, que se suele decir despues de la bendicion.

CAPITULO XX.

Explicacion de lo que contiene la primera parte de la misa.

Para asistir con mas devocion á la misa, es de saber que la misa tiene tres partes principales. La primera es hasta que se acaba el sermon, ó si no le hay, hasta que se lavan las manos despues del ofertorio. En esta primera parte, que se llama misa de los catecúmenos, que son los que aun no son bautizados, los cuales están como novicios deprendiendo lo que piensan profesar, se contiene la preparacion y instruccion del pueblo para que dignamente pueda ofrecer aquel sacrificio.

Es la instruccion en la forma siguiente. Llegando el sacerdote vestido de los sagrados ornamentos, dice (haciendo primero la señal de la cruz), hablando con el pueblo (*a*): *Introïbo*, etc., ó *Confitemini Domino quoniam bonus.* Confesad al Señor con alabanza, que lo merece su bondad. Responde el pueblo (*b*): *Quoniam in sæculum misericordia ejus*. Así lo alabamos por bueno y por misericordioso. Poco va en que esta entrada no es de unas mismas palabras para todos los sacerdotes. Luego el sacerdote se confiesa generalmente á la Vírgen, y á todos los sanctos, y á los ministros, y á todo el pue-

(*g*) Marc. 11. (*h*) Hebr. 9.

(*a*) Psalm. 42. (*b*) Psalm. 106.

blo, y á todos pide húmilmente que rueguen á Dios por él, y todos lo hacen así; y luego todos se confiesan como lo hizo el sacerdote, y le ruegan que ruegue por todos. Y así generalmente ruega por todos; porque con esta confesion general les son perdonados los pecados veniales.

No es ociosa esta ordenacion de la Iglesia; mas es razon saber á qué fin el sacerdote (que primero que se vistiese ó saliese de la sacristía, estaba confesado y absuelto sacramentalmente) se confiesa otra vez generalmente con el pueblo y sus ministros, y á qué fin el pueblo y ministros, que no piensan commulgar, para solo asistir allí se confiesan generalmente con el sacerdote. Es la razon desto dar á entender que para llegar al altar á decir misa, y para oirla fructuosamente, ni el sacerdote, ni los ministros, ni el pueblo, han de llevar allí culpas que no se puedan perdonar y quitar con aquel acto de humildad de la confesion general, por la cual allí se quitan y perdonan los veniales. Por esto el sacerdote, aunque esté confesado, se vuelve á confesar, como diciendo (c): *Amplius lava me Domine*: Límpiame, Señor, mas y mas: y lo mismo hace el pueblo, deseando todos no perder cosa de los grandes fructos de la misa.

Esta prevencion es aun ántes de llegarse al altar, al cual llegando con profunda inclinacion y reverencia, pide con una oracion al Señor que le limpie de todo pecado, para llegar sancto al *Sancta Sanctorum* á tratar y consagrar tan alto sacramento. Luego besa el ara, y hecha la señal de la cruz en nombre de las tres personas de la sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, llégase al misal y comienza, y lo que él dice con los ministros, habia tambien de decir en la Iglesia todo el pueblo; mas para mayor sosiego, y para evitar confusion, por todo el pueblo lo dicen en el coro los eclesiásticos. Antiguamente los Introítos de las misas eran salmos enteros; mas por evitar prolijidad, ya con brevedad se dice en lugar del salmo uno ó dos versos. Estos Introítos representan los deseos, gemidos y oraciones de los sanctos antiguos, por la encarnacion del Verbo divino, como hallamos en muchos salmos, y en otros lugares de la sancta Escriptura.

Conforme á estos deseos se siguen los *Kíries*, que quieren decir: Señor, misericordia: Cristo, misericordia, etc. Con los cuales pedian los sanctos el cumplimiento de las divinas promesas de enviarles su misericordia: esto es, su Hijo, remediador de todas las miserias del mundo. Unos decian (d): Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salud (e). Envíanos, Señor, el Cordero que ha de enseñorearse de la tierra. Otros (f): ¡Oh cielos! enviadnos vuestro rocío: ¡Oh nubes! lloved sobre nosotros al justo: ábrase la tierra y engéndrenos al Salvador, y nazca juntamente con él la justicia. Con estos y con otros semejantes clamores solicitaban á Dios, y pedian esta misericordia sin cesar, conforme al consejo del Profeta, que dice (g): Los que os acordais del Señor, no calleis; importunadlo de noche y de dia hasta tanto que haga á Hierusalem materia de alabanza de Dios en la tierra. Esta repeticion destos clamores significa la repeticion de los *Kiries*. Lo cual, dice Sant Bernardo (h), es gran confusion de nuestros tiempos, pues no tenemos tanta devocion con la gracia recibida, como los antiguos con esa misma gracia esperada.

(c) Psalm. 50. (d) Psalm. 84. (e) Isai. 16. (f) Isai. 45. (g) Isai. 62. (h) Bernar. serm. 2. sup. cant.

Luego se sigue convenientemente el himno que entonaron los ángeles cuando el Señor nació, que es (i): *Gloria in excelsis Deo*, con el cual damos gracias al Señor por esta tan grande misericordia de habernos dado á su Hijo, y cumplido los deseos de los sanctos.

Acabado este himno, vuélvese el sacerdote al pueblo, y salúdalo con estas palabras: *Dominus vobiscum*. Es como confirmarles las nuevas que se les dieron en el himno, diciendo: Ya el Señor está en el mundo como prometió, y está con vosotros; por eso ya seguramente podeis orar al Padre, y pedirle mercedes por los merecimientos de su Hijo; y luego los convida á estas oraciones, diciendo: *Oremus*: Hagamos oracion, y luego la hace en nombre de todos, y conclúyela diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Cristum*, etc. Esto pedimos, Padre eterno, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo; pues en nosotros no hay merecimientos, recibamos por él lo que por nosotros no merecemos recibir. Y es de notar que ni aquí, ni en otra parte de la misa dice el sacerdote: Yo oro, sino oremos todos; porque él habla por todos, y ofrece por todos, como está dicho.

Despues de la oracion ó oraciones síguese la Epístola, que es una leccion para instruir al pueblo. Esta ya es del Testamento viejo, ya del nuevo; porque Cristo fué de los de la ley esperado, y de los del Evangelio recibido. A esta leccion está el pueblo asentado, hasta que se levanta el diácono para cantar el Evangelio, que es otra leccion. El cual saluda primero al pueblo, diciendo: El Señor sea con todos, y respóndenle: Así sea con tu espíritu. Esta leccion se oye en pié, descubiertas las cabezas, con reverencia y atencion, segun aquel decreto del papa Anastasio, que dice: *Por la autoridad apostólica mandamos que cuando se leen los sanctos Evangelios en la Iglesia, los sacerdotes y todos los fieles no estén asentados como á la Epístola, sino levantados, descubiertos y algo inclinada la cabeza, con reverencia y atencion oigan y adoren con fe las palabras del Señor que allí se leen.* Deste decreto se ve tambien cómo se ha de leer alto: ántes de comenzarse á leer se hace la señal de la cruz sobre el libro, en señal que allí se nos predica á Cristo crucificado. Esta señal hace el sacerdote ó diácono, y todo el pueblo sobre la frente, boca y pechos, en lo cual decimos que sin confusion ni vergüenza, nuestras frentes alegres, confesarémos con nuestras bocas á Cristo crucificado, que tenemos en nuestros corazones; teniendo esto por gloria y honra, aparejados para dar la vida por defensa desta verdad.

Para el tiempo del Evangelio encienden los acólitos cirios, dando con esto á entender que la doctrina del Evangelio alumbró nuestros entendimientos en el conocimiento de Dios, en las cosas del cielo y de la otra vida, y que esta doctrina nos enseña el camino de nuestra salvacion, sin la cual andábamos en tinieblas, y que Cristo crucificado fué el Maestro desta doctrina.

Despues del Evangelio se canta en los domingos y otras fiestas el Símbolo, adonde se nos proponen los artículos de la fe; porque la grandeza deste sacrificio pide grandeza de fe. Y á aquellas palabras: *Et homo factus est*, se hace aquella tan debida reverencia de arrodillar, adorando tan grande misericordia y tan grande grado de amor de Dios, como fué bajar á humanarse por nosotros

(i) Luc. 2.

y por nuestra salud. Acabado el sermon, subíase el diácono al púlpito, y de allí mandaba que se saliesen de la Iglesia los que aun no eran profesos, esto es, los que no eran bautizados. Hasta acabado el sermon no se defendia la entrada de la Iglesia á judío, ni gentil, ni hereje. Está el decreto desto en el concilio Cartaginense, por estas palabras: *El obispo no defienda á ninguno la entrada en la Iglesia á oir la palabra de Dios, ahora sea judío, gentil ó hereje, hasta la misa de los catecúmenos, que se acaba en las oraciones secretas, que se dicen ántes de comenzar el Prefacio*: el cual no se comenzaba hasta que se salian los que no eran bautizados, y los excomulgados y herejes; porque con el *Prefacio* se comienza la misa propria de los cristianos, aunque somos los bautizados obligados á hallárnos en estas dos misas, segun lo manda la Iglesia en el concilio Agatense, de *consecra. dist.* I., *Misas*, por estas palabras: *Mandamos á todos los seglares por especial ordenacion, que en el domingo oigan las misas enteras, de tal manera, que ántes de la bendicion del sacerdote no presuman salir de la Iglesia; y los que así no lo hicieren, sean por sus obispos públicamente confundidos.* Todo lo que se hace en la misa de los catecúmenos (que es todo lo que hay ántes del *Prefacio*) ordenó la Iglesia como un devocionario para aparejar los cristianos para la misa del sacrificio, que comienza en el *Prefacio*, y dura hasta la bendicion.

CAPITULO XXI.

Explicacion de lo que contiene la segunda parte de la misa.

La segunda parte de la misa comienza en el *Prefacio*, y dura hasta el *Pater noster*. En esta parte se hacen dos cosas: la primera es la consagracion del pan y del vino, que es nuestro sacramento: la segunda, el ofrecimiento destas cosas consagradas, que es nuestro sacrificio. Despues de haber el sacerdote lavado las manos, viénese al medio del altar, y con una profunda inclinacion hace humildemente una breve oracion; luego se vuelve al pueblo, y apercíbelos con estas palabras: Rogad á Dios, hermanos, que este sacrificio vuestro y mio, que de vuestra parte y mia ha de ser agora presentado delante de su divina Majestad, sea agradable á sus ojos.

Luego vuelto al altar hace su oracion ó oraciones en secreto, y acabadas, comienza en voz alta el *Prefacio* que, segun el glorioso doctor y mártir Sant Cipriano (*a*), es un apercibimiento mas particular con que se aparejan los cristianos para el sacrificio que se ha de hacer. Salúdalos el sacerdote con la acostumbrada salutacion: El Señor sea con vosotros: *Dominus vobiscum*. Luego pídeles que levanten sus corazones, apartándolos de los cuidados de la tierra, al cielo: *Sursum corda*. Responde el pueblo: Ya los tenemos con el Señor. Mas aquí procuren decir verdad; lo cual no sería, si estuviesen pensando en cosas de acá, cuando esto responden. Responde el sacerdote, ó añade á la respuesta del pueblo: Demos pues (con tales corazones levantados) gracias á nuestro Señor Dios por el beneficio de la muerte de su Hijo. Responde el pueblo: Es cosa digna y justa. Prosigue el sacerdote: Verdaderamente es cosa digna y justa, etc., hasta el fin; y acabado, así el sacerdote en el altar solo, ó con los ministros, como en el coro los que ofician la misa, y todo el pueblo, dan todos gloria al Señor, diciendo: *Sanctus, sanctus, sanctus*, tres veces, confesando las tres divinas personas en una esencia: Sancto es el Padre, sancto es el Hijo, y sancto el Espíritu Sancto, y con particularidad damos todos gracias por el beneficio de la encarnacion del Verbo divino, con estas palabras: Alabado sea el que descendió á nosotros en el nombre y virtud de Dios: que es decir, con verdadero sér y poder de Dios, para redempcion del mundo.

De aquí adelante en esta segunda parte, que es la mas sustancial de la misa, hasta el *Pater noster*, no habla el sacerdote con el pueblo, sino con solo el Padre celestial, con el cual trata los negocios que lleva suyos y del pueblo con secreto.

Consagra este inefable Sacramento en las especies de pan y vino; y consagrado, muéstralo al pueblo, para que como creen que allí está Jesucristo, Redemptor nuestro, Dios y hombre verdadero, así lo adoren. Lo segundo, aquel levantarle es ofrecerlo al Padre; y es el mismo sacrificio que se le ofreció en la cruz; la misma persona de Cristo ofrece aquí por su ministro el sacerdote, mas no de la misma manera: porque en la cruz estuvo visible y pasible, con sentimiento de sus heridas, traspasado de dolores; mas aquí está sacamentalmente invisible, impasible y glorioso; y así no se le ofrece agora en la misa, como él se ofreció al Padre en la cruz, sino como se ofreció al mismo Padre en la cena, para que lo aceptase en memoria de cómo el dia siguiente se le habia de sacrificar en remedio de nuestros pecados.

Esto ofrece el sacerdote en el silencio de aquel primero memento. Primeramente ofrece por la Iglesia católica; la cual pide quiera pacificar y gobernar por los méritos de aquel sacrificio. Luego ofrece por el papa, y por el obispo, y por el rey, que son aquellos á cuyo cargo está el gobierno de la Iglesia, así en lo espiritual como en lo temporal, y por todos los fieles, y por los que allí están; y con particularidad los que trae encomendados. Todo esto hace en persona de la Iglesia, por lo cual siempre habla en nombre de muchos: ofrecemos, oramos, dice; y no dice: ofrezco, oro. Y por esto, aunque el sacerdote sea malo, el sacrificio es de mucho provecho; mas será de mas provecho siendo bueno el sacerdote.

Despues hace otro sacrificio y ofrenda por los difuntos que salieron deste mundo en gracia, y están en purgatorio; y en particular por aquellos á quien tiene obligacion, por los cuales tuvo intencion de celebrar. Todo este tiempo, desde *Sanctus* hasta consumir, debe el pueblo estar arrodillado, encomendándose á Dios, y adorando con fe lo que allí hace el sacerdote en nombre de todos los que allí están. Cuando Moises subió al monte á hablar con Dios, pidiendo al Señor que le mostrase su rostro, fuéle respondido (*b*): Cuando pasare por aquí mi gloria, yo te entraré en un agujero de una peña, y te ampararé con mi mano derecha, entre tanto que yo pasare. Y cuando yo levante mi mano, verás mis espaldas, que mi rostro no le podrás ver. No puede el hombre ver á Dios cara á cara, en esta vida presente, como él se muestra en el cielo á los bienaventurados; por las espaldas le vemos acá: esto es, en las cosas criadas, en sus criaturas conocemos al Criador, y en los efectos á su causa; y esto es conocimiento natural; y así lo conocieron aun los filósofos, como lo dice el Apóstol (*c*). Mas por la fe le vemos los fieles en este sacramento debajo

(*a*) D. Cypr. in Can. de Cons. apud Ration. Divinor. offic. Dur. Rubric. de Præfat.

(*b*) Exod. 33. (*c*) Rom. 1.

de los accidentes de pan y vino, allí está la Majestad de Dios realmente, como en la persona de Cristo. Por esto cuando desciende la gloria de Dios á este monte (que es por el tiempo que está en el altar este sanctísimo Sacramento), los hombres nos habiamos de esconder en un agujero (si pudiésemos) de acatamiento y reverencia á la Majestad de Dios presente. Y desta consideracion nació que los religiosos, como gente mas alumbrada en los divinos misterios, no se contentan en este tiempo con estar como los fieles de rodillas, sino prostrados; solo el sacerdote está levantado en la presencia desta Majestad, negociando por todos. Solo Moises subia al monte y avisaba á todos que ninguno fuese osado poner sus piés aun en la halda del monte, so pena de muerte (*d*); y si acaso llegaba alguna bestia, tambien pasaba por la misma pena. Así se debe el pueblo cristiano ordenar en la Iglesia, con acatamiento, reverencia y temor del mal y castigo que le podrá venir por los desacatos y poca reverencia que allí tienen á la Majestad de la gloria de Dios presente, aunque encerrada en aquella nube del sancto Sacramento, porque no le pudiéramos ver descubierto.

CAPITULO XXII.

Explicacion de lo que contiene la tercera parte de la misa.

La tercera parte de la misa comienza en el *Pater noster* hasta la bendicion; y contiene esta tercera parte dos cosas: la una es la communion, y la otra el hacimiento de gracias. Despues de haber el sacerdote presentado á Dios su sacrificio, y con él todos los negocios que llevaba, vuelve á tratar con el pueblo, convidándolos á orar en la forma que el Señor nos enseñó. Mas porque habiendo nosotros venido á conocer al Señor por Dios y Criador nuestro, y á rendirnos por vasallos y esclavos, parecia atrevimiento llamarle Padre, apercibe el sacerdote al pueblo, diciendo: Oremos, hermanos; y pues estamos amonestados y informados con saludables preceptos del Señor, que por virtud deste sacrificio se hizo ya la satisfaccion de todos nuestros pecados, y somos reconciliados con Dios, y estamos en su gracia, y de esclavos y enemigos somos adoptados en hijos; confesando esta fe, osamos decir, hablando con la divina Majestad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, etc.

Aunque en esta divina oracion hay muchas cosas que notar, señaladamente es digna de consideracion la consonancia que tienen todas las peticiones della (que son siete) con su principio. Su principio es, Padre nuestro, que es la mayor gloria que puede ser. Pues porque se vea que no es título vacío de honra y provecho, síguense las peticiones que declaran la sustancia que hay en el título, y son proporcionadas tambien á corazon de hijos. ¿Qué cosas pueden ser mas convenientes á quien tiene corazon de hijo, que pedir y desear entrañablemente que su padre sea temido y honrado, que solo él reine y mande, y que en todo sea obedecido, y se cumpla su voluntad? ¿Qué cosa mas natural al hijo, que pedir á su padre el sustento, y esperar dél todo lo que sabe que puede darle? Qué cosa mas natural al hijo, que llegarle al corazon el sentimiento de la ofensa hecha á su padre? Qué cosa mas natural al hijo, que dolerse de haber ofendido á su padre, y pedirle perdon con toda humildad, y por amor de su padre perdonar de corazon á sus hermanos las ofensas? Qué cosa mas natural al buen hijo, que esperar de su buen padre el socorro y remedio de todos sus trabajos, si sabe que su padre puede? Todo esto es natural al corazon de hijo; y todo esto nos enseñó el Señor á pedir en esta oracion. Por donde así como dando á un hombre la posesion de un oficio, luego comienza á entender en las cosas que pertenecen al tal oficio; así en esta oracion, recibida la nueva dignidad de hijo de Dios en la entrada y título, luego comienza á declarar los deseos naturales de buen hijo, y á tratarse como hijo, y á pedir con la confianza de hijo; y así todas las veces que rezamos esta oracion, tomamos este grado y dignidad de hijos, y en ella nos confirmamos mas y mas cada dia; y en esto ha de ir fundado el que reza esta oracion.

(*d*) Exod. 19.

Acabada esta oracion, y otra que dice en silencio, vuelve á saludar al pueblo, sin volverse á él, y no con la forma de las palabras que solia, de *Dominus vobiscum*, sino con estas: *Pax Domini sit semper vobiscum*. La paz del Señor sea siempre con vosotros. Esto es declarar al pueblo el fructo de la pasion de Jesucristo, representada en este sacrificio, que fué pacificarnos con Dios; y así esta salutacion es juntamente oracion á Dios, que aquella paz que se alcanzó por virtud deste sacrificio, persevere en los oyentes que con él ofrecen; y prosiguiendo esta peticion, dicen tres veces (el pueblo por una parte, y el sacerdote por otra): *Agnus Dei*, etc. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, apiádate de nosotros.

Luego se sigue la communion; commulga primero el sacerdote y sus ministros (así se solia usar), y luego el diácono llamaba el pueblo con estas palabras: *Venite, fratres, ad communionem*. Venid, hermanos, á commulgar. Esto ya no se usa, que antiguamente lo mas ordinario era no decir misa sin que hubiese communion, mas esto no es menester. Misa es, y todos ofrecen, sin que commulgue mas del sacerdote que dice la misa. Nunca se dispensó que la communion se administrase por otro que por sacerdote, aunque el tiempo que se daba la sangre á los seglares, se permitió que la diese el diácono. Mas ojalá hoy se usara commulgar siempre algunos á la misa, pues la misa no se ordenó para que solamente fuese allí visto, sino para que fuese tomado y comido para sustento de nuestras almas; por lo cual entre otros nombres se llama este sacramento la cena del Señor. Por lo cual es grande descuido de los cristianos llegarse á él tan pocas veces, y dar tan de tarde en tarde este pasto á sus almas. Verdad sea que la Iglesia no nos obliga á mas que una vez por pascua de Resurreccion. Mas no se debe el cristiano contentar con solo guardar este precepto para no pecar, sino mas veces para aprovecharse. Dijo Sant Fabiano Papa y mártir, que no tenia por cristiano al que no comulgaba siquiera las tres Pascuas. De lo dicho tambien se sigue cuán mal hacen los sacerdotes que se hacen dificultosos en commulgar á los que lo piden.

Acabada la communion, vuelve el sacerdote á saludar al pueblo, y á convidarlo á la oracion y gracias por el beneficio recebido. Todas las oraciones despues de la communion son hacimiento de gracias. Y estas acabadas, el diácono despide al pueblo con el *Ite missa est*: Acabado es el sacrificio, y vuestra ofrenda ya es enviada al cielo: bien podréis iros á vuestras casas. *Deo*

gracias, responde el pueblo. Por ello damos gracias al Señor que nos trajo aquí, y de nosotros recibió el sacrificio; luego el sacerdote se vuelve y les da su bendicion, sin la cual está mandado que ninguno se salga de la Iglesia, segun decretos de algunos concilios.

No pienso que hay mejor manera de oir misa que la que tengo dicho, que es estar con atencion á lo que hace y dice el sacerdote, y esto ha ordenado la Iglesia, y el mejor devocionario de cuantos he visto, es el mismo misal. Amonestando otra vez el sacerdote que diga la misa en mediano tono, que sea bien entendido del pueblo, y leida con distincion y no entre dientes.

CAPITULO XXIII.

Del modo de oir fructuosamente el sermon.

El sermon es una continua licion que nos trae á la memoria la obligacion que tenemos á nuestro Señor, y nos declara los daños que se nos siguen de nuestros pecados, y un aviso de que nos apartemos del mal, y persuasion á todo el bien. Y de lo uno como de lo otro tenemos mucha necesidad, por ser muy grande nuestra flaqueza, y muy ordinario el olvido destas cosas que mas nos importan, por la industria del demonio, y continua guerra con nuestros enemigos: contra todos los estorbos de nuestra salud es singular remedio la doctrina y palabra del Señor, tantas veces encomendada por nuestro Redemptor, y por sus apóstoles, y por todos los sanctos doctores; y así debe ser buscada con diligencia, y oida con atencion.

Debe el cristiano (entre muchos predicadores) acudir á oir aquel que mas le descubre sus enfermedades, que mejores y mas saludables medicinas le aplica, que mas le mueve á devocion y aparta de lo malo, y mas le despierta el amor de lo uno y aborrecimiento de lo otro, y el temor de Dios. Y esto tome por regla para conocer la doctrina que le conviene buscar.

Cuanto mas frio se sintiere, tanto debe poner mayor diligencia en buscar la doctrina, entendiendo que por sus pecados y por la dureza de su corazon no hace impresion en él la palabra de Dios, ni halla en él entrada el espíritu del cielo, y humíllese de corazon, y procure emendarse, pidiendo á nuestro Señor destierre la dureza de su corazon, y le dé luz para que conozca la grandeza de su obligacion y de su peligro.

Con esto procure recoger su memoria y pensar atentamente sus pecados, que son las llagas de su conciencia, y lleve del sermon aquello que mas hace á su propósito, y el remedio que le dan para su salud, y procure luego usar dél. Mas habiendo muchas veces oido afear su pecado, si no siente en sí desaficion y aborrecimiento á él, ni propósito de emendarse, sepa cierto que es grande la ira de Dios contra él, y cierta señal de su condenacion, segun la presente justicia, y su mal estado. Por lo cual debe este tal temer grandemente; porque no sabe la hora en que sobre él ha de descargar la divina justicia, cogiéndole con el hurto en las manos en tan mal estado.

Estas son las reglas que se deben guardar para bien oir los sermones, y saber escoger el predicador y la doctrina, y entender lo que aprovecha. De aquí se puede fácilmente entender con qué atencion se debe oir el predicador, haciendo cuenta que oimos al mismo Dios, pues él mismo dijo, hablando á sus discípulos, y en ellos á todos los sacerdotes (*a*): Quien os oye, á mí oye, y así será premiado. Quien os despreciare, á mí desprecia, y así será castigado.

No ha de salir de su casa el cristiano, para la iglesia al sermon, descuidado, como suele á cosas que no importan; ha de ir con consideracion de su necesidad, con reverencia de la divina palabra, como buscando la luz del camino del cielo, pidiendo á nuestro Señor siempre sus divinas palabras en su corazon, y gracia para obrar lo que deprendiere.

CAPITULO XXIV.

Epílogo de lo contenido en estos libros de la explicacion de la doctrina cristiana.

Desta doctrina, y de la que habemos dicho de los artículos de la fe y guarda de los mandamientos, y del uso de los sacramentos y de la oracion, se colige cuál debe ser la vida y trato del cristiano con los prójimos, cuáles sus palabras, sus conversaciones, su hábito, y el concierto de toda su vida, y todo con la sencillez cristiana, sin vanidad de ostentacion ni soberbia, ni menosprecio de los que le parece no le igualan, ni invidia de los que se le adelantan: todo ejemplo de prudencia y honestidad y temor de Dios.

Los de mayor edad deben dar ejemplo á los de ménos años, amonestando las buenas costumbres con blandura de palabras, y los amonestados reconozcan con humildad la obligacion que tienen de recibir de buena gana los consejos y agradecerlos. Las madres enseñen á sus hijas el fin para que Dios las crió, y la obligacion de la profesion cristiana. Lo segundo, que vivan con tal honestidad y recato, que quiten toda ocasion de que de ellas se juzgue mal, huyendo que nadie peque por su poco recato, haciendo dellas algun mal juicio; ántes procuren que Dios sea alabado en ellas, viendo cómo en tal edad resplandece la virtud.

Enseñando los padres á sus hijos desta manera, procúranles vida honrosa, quieta y segura; porque aunque este mundo sea valle de lágrimas, y en él abundan los trabajos y ocasiones, los criados en virtud y confianza en el Señor, y su divina providencia y misericordia, con esta esperanza tienen paz en sus corazones, para pasar con alegre y esforzado ánimo por los trabajos desta vida, considerando su brevedad, y los fructos de la paciencia, y la verdad de las divinas promesas.

Y la consideracion mas frecuente que el cristiano debe tener, de la cual sacará grandes provechos, es la memoria de la muerte; no para desmayar ni entristecerse, ni para descuidarse de las cosas que tiene á su cargo, como hacen muchos, tomando esta memoria por mal agüero; de donde nace que nunca tratan sus cosas como hombres que han de morir, siendo la muerte tan natural á los mortales.

Muy diferente es el camino que nuestra doctrina enseña: ántes en la consideracion de la muerte halla el cristiano consuelo, acordándose cuán breves son los trabajos, y cuán eterno el premio de la paciencia en ellos, y que estos tienen fin, y no lo que nos han de dar. Tambien con esta consideracion de la muerte le vamos perdiendo el miedo para cuando venga, y así nos procuramos aparejar para que no nos tome desapercibidos. Esta memoria enfrena nuestra soberbia, y nuestra am-

(*a*) Luc. 10.

bicion y avaricia, engendra hastío de los placeres vanos de acá, y de todas las cosas con que este mundo nos suele entretener y engañar, viendo que todo nos lo ha de quitar de las manos la muerte.

Aunque nuestra carne tema por su natural flaqueza, rehuya y despida de sí esta memoria, es menester habituarla á ella, aunque mas mal le parezca, hasta que haga costumbre, y con facilidad considere las cosas de aquella hora. Con esta consideracion pone el espíritu freno á nuestra sensualidad, porque no se desmande con el olvido; y esta consideracion le es como un azote que le aparta del mal, y la encamina al bien. Esta memoria de la muerte y de su certeza, y de la incerteza de la hora, hace con el cristiano que de tal manera tenga proveidas y ordenadas sus cosas, que en la hora que Dios le llame, no tenga en qué detenerse y embarazarse, sino en dar gracias al Señor, que es servido de poner término á su peregrinacion y destierro, y encomendarle su ánima, para que por su sangre la lleve á gozar del premio que tan caro le compró, para que en compañía de todos los bienaventurados se emplee para siempre en sus alabanzas.

Grande es el yerro de los que aguardan para aquella hora el hacer su testamento, restituir sus deudas, componer sus cosas, perdonar las injurias, hacer memoria de sus pecados, procurar el dolor dellos, y pedir el perdon. El que ántes no provee estas cosas, allí le causan grande inquietud y desasosiego, y le despiertan grande guerra en el tiempo que la paz y quietud es mas necesaria, y mas escuridad cuando habia menester mas luz.

Aunque tuviésemos revelacion de cuándo y cómo la muerte habia de venir, y el tiempo que nos habia de dar, sería grande disparate guardar para aquel tiempo el componer y disponer nuestras cosas con los hombres, y las almas con Dios, cuanto mas no sabiendo la hora ni el cómo habemos de ser llamados á tan rigurosa cuenta.

Si el cristiano quisiere ordenar su vida segun lo que enseña esta doctrina, podrá tener la vida pacífica y mas gozosa que la de los príncipes de la tierra, y la muerte preciosa; porque la esperará con poco temor, recibirla ha como conocida, y mensajero pacífico de Dios, que le viene á llamar para que vaya á gozar de aquellos bienes que solamente puede dar aquel Señor que por su grande misericordia los ganó para nosotros, y los tiene prometidos. Al cual sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. *Amen.*

BREVE MEMORIAL

Y GUIA DE LO QUE DEBE HACER EL CRISTIANO.

Contiene summariamente lo que se debe hacer para la salvacion : algunas oraciones muy devotas para pedir el amor de Dios, y para otros propósitos : siete consideraciones para los dias de la semana, por donde deben empezar los que de nuevo se convierten á Dios : el Tratado del Vita Christi, en que summariamente se contienen los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, y otros misterios del sanctísimo Rosario : y el discurso del misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, por via de Diálogo entre Sant Ambrosio y Sant Augustin recien convertido.

POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

DE LA ÓRDEN DE SANCTO DOMINGO.

CAPITULO PRIMERO.

Summa de lo que debe hacer el cristiano para salvarse : qué sea el pecado mortal ; gravedad suya ; y diez y seis remedios contra todo género de pecados.

El mayor de todos los negocios del mundo (para el cual solo el hombre fué criado, y para el cual fuéron criadas todas las cosas del mundo, y por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo, y murió y predicó en el mundo), es la salvacion y sanctificacion del hombre. Pues el que de véras y de todo corazon desea cumplir con este tan gran negocio (en cuya comparacion es nada cuanto hay de los cielos abajo), la summa de todo lo que para esto debe hacer consiste en una sola cosa, que es en tener en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca jamas cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitan están determinados de morir ántes que hacer traicion, la una á su marido y el otro á su rey; así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traicion á Dios, la cual se comete por un pecado mortal; y pecado mortal llamamos aquí brevemente cualquiera cosa que se comete contra alguno de los mandamientos de Dios ú de la sancta madre Iglesia.

Y como haya muchas maneras destos pecados, los mas ordinarios y en que mas veces suelen caer los hombres, son cinco, conviene á saber : odios, carnalidades, jurar el nombre de Dios en vano, tomar lo ajeno, y murmurar é infamar al prójimo, y otros tales; el que destos se apartare, fácilmente podrá evitar todos los otros. Esta es la summa de todo lo que el buen cristiano debe hacer (comprehendida en pocas palabras), y esto basta para su salvacion. Mas porque cumplir con esta obligacion enteramente es cosa que tiene grandes dificultades, por los grandes lazos y peligros que hay en el mundo, y por la mala inclinacion de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo; por esto debe el hombre ayudarse de todas las cosas que para esto le pueden servir; y aquí está la llave de todo este negocio.

Entre las cuales la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal, para provocarse con esto al temor y aborrescimiento dél. Y para esto debe considerar dos cosas entre otras muchas. La primera, qué es lo que por el pecado mortal se pierde: y la segunda, qué tanto es lo que Dios le aborresce.

Cuanto á lo primero, por el pecado mortal se pierde la gracia de Dios, piérdese la caridad, y todas las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto que della proceden; piérdese el derecho de la vida eterna que se da por la gracia; piérdese el amistad de Dios nuestro Señor, y la adopcion y título de hijos de Dios, y el tratamiento y regalos de hijos, y la providencia paternal que Dios nuestro Señor tiene de todos aquellos que así toma por hijos. Piérdese tambien el fructo y mérito de todas las buenas obras que el hombre ha hecho desde que nació hasta aquella hora; y piérdese la participacion y communicacion de los bienes que se hacen por toda la Iglesia; y piérdese tambien el mérito de todos los bienes que el hombre hace de presente; finalmente, por el pecado se pierde á Dios (que es bien infinito), y gánase el infierno (que es mal infinito), pues priva de Dios y dura para siempre. De donde viene á ser, que el ánima que hasta entónces era templo vivo de Dios, y esposa del Espíritu Sancto, queda hecha esclava del demonio, y cueva de Satanas. Esto es en summa lo que por el pecado se pierde.

Mas cuánto sea lo que Dios le aborresce, conocerse ha esto por los castigos espantables que contra él tiene hechos desde el principio del mundo; especialmente por el castigo de aquel grande ángel, y de aquel primer hombre, y de todo el mundo con las aguas del Diluvio, y de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo, y de la destruicion de Hierusalem, y de Babilonia, y de otras muchas ciudades, reinos y imperios; y sobre todo por el castigo que se da en el infierno por un pecado; y mucho mas por aquel tan grande y tan espantoso castigo y sacrificio que se hizo en las espaldas de Cristo, el cual quiso Dios que muriese por matar y desterrar del mundo una cosa que él tanto aborrescia, como es el pecado. Quien estas cosas profundamente considerare, no podrá dejar de quedar atónito de ver la facilidad con que los hombres el dia de hoy hacen un

pecado. Esta es pues la primera cosa que sirve grandemente para evitarlo y aborrescerlo.

Lo segundo, ayuda tambien para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados; como son juegos, malas compañías, peligrosas conversaciones y pláticas desordenadas, y señaladamente la vista de ojos, y otras cosas semejantes; porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su proprio estado se cae y peca, ¿qué hará si la ocasion le tira por la halda, convidándole con la presencia del objeto, y con la oportunidad y facilidad para pecar; mayormente siendo verdad lo que communmente se dice, que en el arca abierta el justo peca?

Lo tercero, ayuda tambien para esto resistir al principio de la tentacion con mucha lijereza, y sacudir de sí la centella del mal pensamiento ántes que prenda en el corazon; porque desta manera resiste el hombre con grande facilidad, y con grande merescimiento; y si se tarda un poco, acresciéntase despues el trabajo de la resistencia, y pierde el merescimiento de la victoria, y comete con esta negligencia nueva culpa, que por lo ménos será venial, y á veces será mortal. Y para esto sirve levantar luego los ojos del ánima á Cristo crucificado, mirándolo con aquella dolorosa figura que estaba en la cruz despedazado, y descoyuntado, y corriendo sangre, pensando que todo aquello padesció él por el pecado; y pidiéndole instantemente fortaleza y gracia para vencerlo.

Lo cuarto, ayuda tambien á esto examinar cada dia, ántes que el hombre se acueste, su conciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel dia, y acusarse dello ante nuestro Señor, y pedirle perdon y la gracia para la enmienda dello; y á la mañana cuando se levanta, armarse y apercibirse con nueva oracion y determinacion contra aquel pecado ó pecados, á que se siente mas inclinado, y poner allí mayor cuidado, donde se siente mayor peligro.

Lo quinto, ayuda tambien para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque estos disponen para los mortales. Por donde así como los que temen mucho la muerte trabajan todo lo posible por excusar las enfermedades que disponen y abren camino para ella, así tambien los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima) deben cuanto sea posible evitar tambien los veniales, que son enfermedades que disponen para ella. Y demas desto, el que fuere solícito y fiel en lo poco, mucho de creer es que lo será tambien en lo mucho; y que quien anda con cuidado de evitar los males menores, mas seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir demasiado, tiempo mal gastado, mentiras livianas, y otras cosas tales, que aunque no quitan la caridad, apagan el fervor della (que es un gran mal), y aunque no matan el ánima, disponen (como dijimos) para la muerte della.

Lo sexto, ayuda tambien para esto la aspereza y mal tratamiento de la carne, así en el comer, como en el dormir y vestir, y en todo lo demas; la cual (como sea un manantial é incentivo de todos los pecados) cuanto mas flaca y debilitada estuviere, tanto mas débiles y flacos serán los apetitos y pasiones que della procederán. Porque así como la tierra seca y flaca lleva tambien flacas las plantas que en ella nacen; pero si es tierra gruesa, y está bien regada y estercolada, las lleva por el contrario muy verdes y muy poderosas; así tambien lo hace esta nuestra carne acerca de las pasiones que della proceden, segun estuviere mal tratada ó bien tratada.

Y demas desto cónstanos ya que el mayor enemigo y el mayor contradictor que tiene la virtud, es esta carne; la cual con la fuerza de sus apetitos, y con el deseo de su buen tratamiento y regalo, nos impide todos los buenos ejercicios, así de oracion, leccion, silencio, recogimiento, ayunos y vigilias, como todos los demas. Por donde si nos ponemos en costumbre de rendirnos y obedecer á sus apetitos, del todo nos queda cerrada la puerta á todos los ejercicios de virtud; y por el contrario, si nos habituamos á resistirla y contradecirla, y pelear contra todas estas viciosas inclinaciones suyas (alcanzada esta victoria, y hecho ya hábito desto con el uso del pelear), ninguna resistencia hallarémos en la virtud; porque ella por sí no es áspera ni dificultosa, sino por la corrupcion de nuestra carne.

Y por esto el verdadero amador de Dios no debe cesar ni dar descanso á sus ojos hasta que llegue á este grado de virtud, que venga á maltratar su cuerpo, ó como á un grande enemigo y tiranno (pues en hecho de verdad lo es), ó como á un esclavo ladron y de malas mañas, que le han de dar (como dicen) del pan y del palo; á lo ménos como á hijo que un padre virtuoso y discreto cria sin ningun regalo, ántes con todo rigor y aspereza, nunca mostrándole el rostro alegre, haciendo en esto fuerza á su natural aficion, por el bien del mismo mozo. Pues desta manera debe el siervo de Dios tratar su proprio cuerpo; y hasta que aquí haya llegado, no se tenga por aprovechado, ni aun por bien encaminado en la carrera de la virtud. Bienaventurado el que aquí llegó, el que así trata su cuerpo, el que así lo trae arrastrado, fatigado y maltratado, alcanzado de sueño y de mantenimiento; el que así lo hace por fuerza servir al espíritu, y el que así ha vencido la misma naturaleza. Porque el que esto hace, no vive ya segun carne y sangre, sino segun el espíritu de Cristo; ni milita ya debajo de las leyes de naturaleza, porque está hecho señor de la naturaleza, ni se puede llamar puramente hombre, porque es mas que hombre. Y si esto es así, por aquí podrás ver la perdicion del mundo; pues en ninguna otra cosa entiende sino en procurar por todas las vias posibles todo género de regalo y buen tratamiento del cuerpo, siendo esto una cosa tan repugnante y tan contraria al espíritu y Evangelio de Cristo.

Verdad es que todo esto se ha de hacer con discrecion y moderacion; mas esto á pocos es menester aconsejarse el dia de hoy. Y para acertar en esto, debe el hombre, todas cuantas veces se llega á la mesa, demas de la bendicion della, levantar el corazon á Dios y pedirle esta templanza, y procurar él cuando come por retenerla.

Lo séptimo, ayuda tambien para esto traer siempre grande cuenta con la lengua; porque esta es la parte con que mas fácilmente y mas veces pecamos; porque la lengua es un miembro muy deleznable, que facilísimamente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas; y asimismo en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas y otras tales. Por donde dijo el Sabio (*a*) que en el mucho

(*a*) Prov. 10. Prov. 18.

hablar no podia faltar pecado, y que la muerte y la vida estaba en la mano de la lengua; por lo cual es muy buen consejo, que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas de donde puedes recelar algun peligro, ú de murmuracion, ú de jactancia, ú de mentira, ú de vanagloria, que primero levantes los ojos á Dios, y te encomiendes á él, y le digas con el Profeta (*b*): *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circunstantiæ labiis meis.* Pon, Señor, una guarda á mi boca, y á mis labios una puerta de pestillo. Y junto con esto, miéntras hablares lleva grande tiento en las palabras (como lleva el que pasa un rio por algunas piedras que están en él atravesadas), para que no desvares en alguno destos peligros.

Lo octavo, ayuda el no dejar pegar el corazon con demasiado amor á ninguna cosa visible, sea honra, sea hacienda, sean hijos, ó deudos ó amigos. Porque este amor es un gran motivo casi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones y desasosiegos hay en el mundo. Por lo cual dijo el Apóstol (*c*) que la cobdicia, que es la demasiada aficion de las cosas temporales, era raiz de todos los males. Por esto debe el hombre vivir siempre con atencion y cuidado de no dejar pegar el corazon demasiadamente á estas cosas; ántes debe siempre tirarle del freno (cuando viere que se va de boca), y no querer las cosas mas de como ellas merescen ser queridas; que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el corazon dellos, y traspasándole á aquel summo, único y verdadero bien. El que desta manera amare las cosas temporales, no se inquietará por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá otras infinitas maneras de pecados que cometen los amadores destas cosas, ó por alcanzarlas, ó por acrescentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave de todo este negocio; porque sin duda el que este amor ha templado, señor es ya del mundo y del pecado.

Lo nono, ayuda tambien para esto la virtud de la limosna y mesericordia; por lo cual meresce el hombre alcanzarla delante de Dios, y ella es una de las grandes armas que hay contra el pecado. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*d*): La limosna del hombre es como bolsa de dinero que lleva consigo; y ella es la que conservará su gracia, como la lumbre de los ojos; y ella le defenderá y peleará contra sus enemigos, mas que la lanza y que el escudo del poderoso. Acuérdese tambien el hombre que todo el fundamento de la vida cristiana es caridad, y que esta es la señal por donde habemos de ser conocidos por discípulos de Cristo (*e*); y la señal desta caridad es la limosna y misericordia para con enfermos, pobres, atribulados, encarcelados, y para con todos los miserables, á los cuales debemos ayudar y socorrer segun nuestra posibilidad, con obras piadosas, y con palabras blandas, y con oraciones devotas, rogando al Señor por ellos, y ayudándolos con lo que tuviéremos.

Lo décimo, ayuda mucho para esto la leccion de los buenos libros (así como daña mucho la de los malos), porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento, nuestro maestro, nuestra guia, nuestras armas y todo nuestro bien; pues ella es la que hinche nuestro entendimiento de luz, y nuestra voluntad de buenos deseos; y con esto ayuda á recoger el corazon cuando está mas distraido, y á despertar la devocion cuando está mas apagada y mas dormida.

Lo undécimo, ayuda tambien para esto andar siempre en la presencia de Dios, y traerlo ante los ojos presente (en cuanto nos sea posible) como testigo de nuestras obras, y juez de nuestra vida, y ayudador de nuestra flaqueza; pidiéndole siempre como á tal con devotas y humildes oraciones el socorro de su gracia.

Mas esta continuada atencion no solo ha de ser á Dios, sino tambien al regimiento y gobierno de nuestra vida; de tal manera que el un ojo traiga siempre puesto en él para reverenciarlo y pedirle misericordia, y el otro en lo que hubiere de hacer y decir, para que en ninguna cosa salga del compas de la razon. Y esta manera de atencion y vigilancia es el principal gobernalle de nuestra vida. Y si no pudiéremos continuar esta manera de atencion á Dios, á lo ménos procuremos de levantar el corazon á él muchas veces entre dia y noche con algunas breves oraciones, las cuales para esto debemos tener diputadas. Y entre ellas es muy alabado de Casiano aquel verso de David que dice (*f*): *Deus in adjutorium meum intende: Domine adjuvandum me festina*, ó otros mil tales, que como este se hallarán á cada paso en el mismo Profeta.

Cuando nos acostamos, dice Sant Juan Clímaco que nos pongamos como estarémos en la sepultura. Y será bien decir el hombre sobre sí un responso, como sobre un difunto. Cuando despertáremos de noche sea diciendo un *Gloria Patri*, ó cosa semejante, y cuando abrimos los ojos por la mañana, sea diciendo (*g*): *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo*, etc. ó (*h*) *Diligam te Domine fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus*, ó cosa semejante; y cuando estuviéremos comiendo, dice el mismo Sancto que cada bocado remojemos en la sangre y en la hiel y vinagre de Cristo.

Lo duodécimo, ayuda la frecuencia de los sacramentos, que son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devocion, estribos de nuestra esperanza, socorros de nuestra miseria, tesoros de la divina gracia, prendas de su gloria y testimonios de su amor. Y por esto debe el siervo de Dios darle siempre gracias por este beneficio, y aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, usando dél á sus tiempos, unos mas á menudo, y otros ménos, segun el gusto de su devocion, y el fructo de su aprovechamiento, y el consejo de sus padres espirituales.

Lo décimotercio, ayuda la oracion, que es la que tiene por oficio pedir gracia (como los sacramentos lo tienen de darla), y así le corresponde por premio el alcanzarla cuando se hace como se debe hacer. Pues por esta pida el hombre al Señor entre todas sus peticiones principalmente esta: que lo libre de los lazos del enemigo, y que nunca le permita caer en pecado mortal.

Y porque debajo de nombre de oracion entendemos tambien la meditacion y consideracion de las cosas divinas, debe el hombre tener tambien sus tiempos y horas señaladas para darse á ella, y tambien sus materias diputadas en que se haya de ejercitar. Y para este propósito hace mucho al caso pensar en aquellas cuatro cosas postrimeras, que son muerte, juicio, paraíso y infierno;

(*b*) Psal. 14. (*c*) 1. Tim. 6. (*d*) Eccl. 17. (*e*) Joan. 13.

(*f*) Psalm. 69. (*g*) Psal. 62. (*h*) Psal. 17.

cuya consideracion ayuda singularmente á la verdadera penitencia, temor de Dios, menosprecio del mundo y aborrescimiento del pecado, segun aquello que está escripto (*i*): Acuérdate de tus postrimerías (que son estas cuatro cosas sobredichas), y nunca jamas pecarás. Vale tambien para esto y para todo lo demas la memoria de los beneficios divinos, y de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, especialmente de su sagrada Pasion, en la cual debe el hombre ordinariamente pensar.

Y en cada uno de los pasos que pensare, debe tener respecto y enderezar su intencion á estas cuatro cosas. La primera á compadecerse de los trabajos que el Hijo de Dios por nuestra causa padeció. La segunda á aborrecer el pecado, por cuya destruicion tantas cosas padesció. La tercera á imitar los ejemplos tan admirables de humildad, caridad, paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida como allí nos descubrió. Y la cuarta á conocer por ella la grandeza de su bondad, caridad, justicia y misericordia, para amar la bondad y caridad, temer la justicia y esperar en la misericordia que en ella nos descubrió.

Y ántes de entrar en la consideracion destas cosas, ayudará mucho para despertar nuestra devocion la leccion de algun libro espiritual y devoto (como son las Meditaciones de Sant Augustin, *Contemptus mundi*, y otros tales), ó rezar algunos salmos ó oraciones vocales, para lo cual pueden servir las que en este tratadillo van, para comenzar con esto á recoger el corazon y despertar la devocion, á lo cual señaladamente sirven las palabras devotas, que son (como dijo muy bien Sant Buenaventura) atizadores y fuelles de la devocion. Estos son los principales remedios que tenemos contra todo género de vicios; y á estos trece sobredichos añadiré aquí otros tres mas breves, que no ménos ayudarán que muchos de los pasados.

Entre los cuales el primero es huir la ociosidad, raiz casi de todos los vicios; porque, como está escripto (*k*), muchas malicias enseñó al hombre la ociosidad. La tierra ociosa se hinche de espinas, y el agua estancada, de sapos y otras inmundicias; y así tambien el ánima del ocioso se hinche de vicios, y se hace inventora de nuevas maldades.

El segundo remedio es la soledad, qué es madre y guarda de la innocencia, pues nos quita de un golpe las ocasiones de todos los pecados. Este es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al bienaventurado Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios despedir de sí, y dar de mano en cuanto le sea posible á todas las visitaciones, conversaciones y cumplimientos del mundo; porque en estas ordinariamente nunca faltan murmuraciones, escarnios, malicias, historias y otras cosas tales. Y si desto algunos se agraviaren, traguen esto por amor de la virtud; porque ménos inconveniente es tener á los hombres quejosos, que á Dios.

El tercero (que vale así para esto mismo, como para otras muchas cosas) es romper con el mundo, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo), porque todos estos miedos y respectos examinados bien, y pesados en una balanza, al cabo son viento y espantajos de niños y de bestias espantadizas que de nada se asombran. Y finalmente el que tuviere mucha cuenta con el mundo, imposible es que sea verdadero siervo de Cristo.

Tienes agora aquí, cristiano lector, diez y seis remedios generales contra todo género de pecado. Otros hay particulares contra particulares pecados, de que al presente no es necesario tratar. Mas para conclusion y guarda de todo lo susodicho debes traer siempre ante los ojos cuidado destas cuatro cosas: conviene á saber, de castigar el cuerpo, guardar la lengua, mortificar los apetitos de la propria voluntad, y traer siempre el espíritu recogido y puesto en Dios. Porque con estas cuatro cosas se reforman la carne, lengua, apetito y entendimiento, que son las cuatro principales partes por donde pecamos.

(*i*) Eccl. 7. (*k*) Eccl. 33.

ORACIONES MUY DEVOTAS PARA PEDIR EL AMOR DE DIOS Y OTRAS VIRTUDES.

A la serenísima infanta Doña María, el V. P. M. Fray Luis de Granada.

CAPITULO II.

Como es tan conocida en estos reinos la cristiandad y religion de V. A., parece que nadie le puede hacer mayor servicio, que quien le ofreciere alguna cosa que sirva á su religion y devocion; y porque entre todas las maneras de oraciones y devociones que hay, aquellas son mas aprobadas, que son tomadas de las palabras de la Escriptura divina y de los dichos de los sanctos, tomé yo atrevimiento á servir á V. A. con esta, que destas fuentes se ha cogido, la cual va repartida en ocho partes, conforme al número de las horas canónicas, que contadas con las laudes, hacen este número. El propósito destas oraciones (para que V. A. mas guste dellas) es este: tres partes de justicia comprehende la vida cristiana, que son: cumplir con las obligaciones que tenemos á Dios, á nosotros y á nuestros prójimos.

Entre estas obligaciones, la primera (que es la que tenemos á Dios) es la mayor, la cual comprehende muchas cosas; porque (como luego se dirá) á su divinidad se debe adoracion, á su Majestad reverencia, á sus perfecciones alabanza, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia y providencia esperanza, al señorío de su Majestad obediencia, á la posesion de todas las cosas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida. Estos actos de virtudes (como unos tributos y derechos reales) se deben á Dios. Y para cumplir en alguna manera con ellos, se ordenaron estas siguientes oraciones, refiriendo cada cual dellas á cada uno destos títulos, y acabándola con algun pedazo de un salmo de David, que deste propósito trate. Y quien estas oraciones rezare con aquella verdad, y con aquel afecto y sentimiento de corazon que pide cada obligacion destas, habrá cumplido en alguna manera con esta principal parte de justicia, de donde se derivan todas las otras. Juntamente con esto van aquí otras oraciones devotas, para sus propósitos, como V. A. verá. Cuya serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con favores del cielo.

PREÁMBULO PARA ÁNTES DESTAS ORACIONES.

CAPITULO III.

De la preparacion y ánimo con que se han de hacer.

Cuando te asentares, dice el Sabio (*a*), á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues conforme á este documento, el que se allega á tratar con Dios en la oracion, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente quién él es, porque tal corazon y tales afectos conviene que tenga para con él, cual es el que allí se pone delante. Levante pues húmilmente los ojos á lo alto, y mírelo asentado en el trono de su majestad, sobre todo lo criado, y considere cómo él es el que tiene en su vestidura y en su muslo escripto Rey de los reyes, y Señor de los señores (*b*), y tambien cómo él es infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable, y cómo tambien es benignísimo Padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo Redemptor y Salvador.

Y despues que así lo hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos, y hallará que por la parte que es Dios, merece ser adorado; por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado; por la que es bueno y hermoso, amado; por la que es terrible y justo, temido; por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedecido; por razon de sus beneficios merece infinitas bendiciones y gracias, y por ser nuestro Criador y Redemptor merece que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo; y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que á él solo pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador, de manera que á su divinidad se debe adoracion, á sus perfecciones alabanzas, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia esperanza, al señorío de su majestad obediencia, á la posesion de todas las cosas que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida.

Estas son las virtudes, y estos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar á este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos, los cuales aunque virtualmente se ejerciten y intervengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se ejercitan en la oracion; y esta es una de las mayores excelencias que ella tiene, que haciéndose como conviene, intervengan en ella los actos de todas estas nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad, humildad, religion, temor de Dios y otras tales, como claramente se verá en estas ocho oraciones siguientes (que todo esto contienen); las cuales por esto conviene que sean muy estimadas, y con mucha devocion y sosiego ejercitadas.

Y porque el justo al principio es acusador de sí mismo (*c*), y la puerta primera para entrar á Dios es la penitencia y la humildad, debe el hombre ántes que la comience, rezar devotamente la confesion general, ó alguno de los siete salmos penitenciales, y esto hecho comience su oracion.

(*a*) Prov. 23. (*b*) Apoc. 19. (*c*) Prov. 18.

OCHO ORACIONES DE LAS OBLIGACIONES QUE TENEMOS A DIOS, QUE PODRÁN LAS PERSONAS DESOCUPADAS DECIR TODOS LOS DIAS EN LUGAR DE LAS HORAS CANÓNICAS, DE UNA Ó DIVERSAS VECES, Y LAS OCUPADAS PODRÁN REPARTIRLAS POR LOS DIAS DE LA SEMANA.

CAPITULO IV.

Primera oracion: de los atributos y propriedades de Dios, adoracion y temor que se le debe, en lugar de maitines, o para el lúnes.

Si aquel publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino de léjos heria sus pechos, diciendo (*a*), Señor Dios, apiádate de mí, pecador; y si aquella sancta pecadora no osó parecer ante la cara del Señor, sino rodeando por las espaldas, se derribó á sus piés (*b*), y con lágrimas de sus ojos alcanzó el perdon de sus pecados; y si aquel sancto patriarca Abraham, queriendo hablar, Señor, con vos, decia (*c*): Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

Si estos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador, qué hará la podre y ceniza, qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe á vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar mis ojos lagañosos á vos, sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Bien veo que sois vos aquel Dios grande que vence nuestra sabiduría. Bien sé que ningun entendimiento criado os puede comprehender; mas con todo esto, aunque nadie os comprehenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en vos.

Pues ¡oh summo, omnipotentísimo, y misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, presentísimo, hermosísimo, fortísimo, estable y incomprehensible, simplicísimo y perfectísimo, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda; á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan; á quien ni el olvido quita ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan ni las futuras suceden; á quien ni el orígen dió principio, ni los tiempos aumento, ni los acaescimientos darán fin; porque en los siglos de los siglos permaneceis para siempre! Vos sois el que alcanzais de cabo á cabo juntamente, y disponeis todas las cosas suavemente; vos sois el que criasteis todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio, y las regis sin trabajo, y las moveis sin ser movido; vos sois todo ojos, todo piés y todo manos; todo ojos, porque todo lo veis; todo piés, porque todo lo sustentais; y todo manos, porque todo lo obrais. Vos estáis dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas, y no desechado; debajo de todas, y no abatido; encima de todas, y no altivo.

¡Oh summo y verdadero Dios, y summa y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura, de quién y por quién es

(*a*) Luc. 18. (*b*) Luc. 1. (*c*) Genes. 18.

bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandais que os pidamos, y haceis que os hallemos, y nos abris cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, á quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanecer. Vos sois de quien nadie se aparta sino engañado, á quien nadie busca sino amonestado, á quien nadie halla sino purgado. Vos sois aquel á quien conocer es vivir, á quien servir es reinar, y á quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

Pues ¡oh Rey mio y Salvador mio! ¿qué podré yo decir, pobre gusanillo, de la grandeza de vuestras alabanzas? Diré lo que vuestros profetas con vuestro espíritu dijeron (*d*). ¿Quién (dice Isaías) midió las aguas con el puño, y los cielos con un palmo? Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso, y los collados en una balanza? Quién ayudó el espíritu del Señor, ó quién fué su consejero y le enseñó algo? Todas las gentes son como un hilico de agua, y como un granico de peso delante dél: todas las islas son un poco de polvo en su presencia; y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes así son delante dél como sino fuesen; y como nada, serán reputadas en su presencia.

¿Pues qué diré, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría? Vos, Señor, dice el Profeta (*e*) entendisteis todos mis pensamientos desde léjos; y la senda y el hilo de mi vida vos la alcanzasteis. Vos visteis *ab æterno* todos mis caminos, y no hay palabra mia que vos no sepais; vos, Señor, conocisteis todas las cosas antiguas y venideras; vos me criasteis y pusisteis vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, mas alta de lo que puedo alcanzar. ¿Dónde me alejare de vuestro espíritu, y adónde huiré de vuestra presencia? ¿Si subiere al cielo, ahí estáis; y si descendiere al infierno tambien, os hallaré ahí presente? Si tomare alas por la mañana, y fuere á parar al cabo de la mar, de allí me sacara vuestra mano, y allí me sustentará vuestra diestra. Y dije: Por ventura las tinieblas me esconderán donde no parezca; y estas serán las que os descubrirán los hurtos de mis deleites; porque las tinieblas no son tinieblas delante de vos, y la noche será como dia en vuestra presencia. Vuestros ojos, dice un sabio (*f*), están sobre los caminos de los hombres, y vos teneis cuenta con todos sus pasos; no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran mal.

¿Pues qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? Dios, dice el Profeta (*g*), que es nuestro Rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristeis camino por la mar, y quebrantasteis las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrasteis la cabeza del dragon, y lo disteis por manjar á los pueblos de Etiopía. Vos abristeis fuentes y arroyos, y vos secasteis los rios de Ethan. Vuestro es el dia, y vuestra la noche; vos fabricasteis el sol y la mañana. Vos hicisteis todos los términos de la tierra; y el invierno y el verano obras son de vuestras manos.

Y en otro lugar (*h*): Señor Dios de las virtudes ¿quien será semejante á vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra verdad está alrededor de vos. Vos teneis señorío sobre el poder de la mar, y vos amansais el furor de las olas. Vos humillasteis y derribasteis al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratasteis vuestros enemigos. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra; la redondez della, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundasteis; la mar y el viento Aquilon que la levanta, vos le criasteis. El monte Tabor y Hermon, en vuestro nombre se alegrarán, y solo vuestro brazo es el poderoso.

Y no ménos altamente sentia el sancto Job de vuestra omnipotencia, cuando decia (*i*): En él está la sabiduría y la fortaleza, y él tiene el consejo y la inteligencia. Si él destruyere, no hay quien edifique; y si él encerrare al hombre, no hay quien le abra. Si detuviere las aguas, todo se secará; y si las dejare correr, todo se anegará. En el está la fortaleza y la sabiduría; y él conoce al engañador y al engañado. El trae los consejeros á locos y desastrados fines; y á los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta á los reyes gloriosos, y ciñe con una soga sus lomos. Hace los sacerdotes amenguados, y pone debajo de los piés los grandes señores. Muda las palabras de los sabios, y quita la doctrina de los viejos. Hace los príncipes viles y despreciados, y levanta los oprimidos. Descubre el profundo de las tinieblas, y saca á luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes y destrúyelas; y despues de destruidas tórnalas á restituir. Si él concediere paz, ¿quién condenará? Y si él escondiere su rostro, ¿quién lo mirará?

¿Pues qué diré de las riquezas de vuestra gloria, y de la vena de vuestra felicidad? Si pecares, dice un sabio (*k*) ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú, dañará tu maldad; y al hijo del hombre aprovechará tu justicia. Mas vos, Señor, tal sois, tan bienaventurado, y tan dentro de vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie teneis necesidad.

Esto es, Señor mio, lo que sois vos en vos; ¿mas qué es lo que sois para mí? ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Oh mi Dios y todas las cosas! Oh mi Dios y todas las cosas! Vos sois mi Dios, mi Criador, mi Gobernador, mi Redemptor, mi Salvador, centro y esposo de mi ánima, y mi último fin. Vos sois mi Padre y mi Rey, mi Señor y mi Pastor, mi Médico y mi Maestro, mi defensor y todas las cosas. Vos sois todo mi tesoro, mi heredad, mi esperanza, mi riqueza, mi alegría, y todo cuanto mas se puede desear.

Por tanto, Señor mio, á vos primeramente adoro con la mas profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoracion de Latría, que á vos solo se debe, y no á criatura alguna; de la manera que os adoran las dominaciones del cielo, y todas las criaturas del mundo, las cuales aunque no os conozcan, todavía no pueden cada cual en su manera dejar de adorar el sceptro de vuestra divinidad, y reconocer vuestra grandeza; porque vos solo sois Dios de los dioses, Rey de los reyes, Señor de los señores y causa de las causas. Vos sois *Alpha*, y *O*, que es principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio, y fin sin fin. Vos sois el que solo sois; porque todas las otras cosas (por altísimas que sean) tienen el sér imperfecto, dependente y emprestado; mas el vuestro es summo, perfecto, universal, y que de nadie depende sino solo de vos. Por lo cual con mucha razon se di-

(*d*) Isai. 40. (*e*) Psal. 138. (*f*) Job. 31. (*g*) Psalm. 73.
(*h*) Psalm. 88.

(*i*) Job. 12. (*k*) Job. 35.

ce (*l*) que vos solo sois el que sois, pues que todo lo criado no tiene sér delante de vos.

Pues confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, prostrado ante vuestro divino acatamiento con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados, que derribados ante el trono de vuestra Majestad, y poniendo sus coronas ante vuestros piés, os adoran y reverencian, confesando que todo lo que tienen es de vos. Pues así yo, la mas vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que vos sois mi verdadero Dios y Señor; y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro; y así pido á todas las criaturas que ellas tambien juntamente conmigo os alaben y adoren; y así las llamo y convido á esto con aquel cántico de vuestro Profeta, que dice (*m*):

Venid y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador; presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos le alabemos. Porque nuestro Dios es gran Señor, y Rey grande sobre todos los dioses; porque no desechará el Señor su pueblo; porque en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyas son. Suyo es tambien el mar, y él lo hizo; y la tierra fundaron sus manos. Venid pues y adoremos este Señor, y prostrémonos, y lloremos delante dél, porque él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo, ovejas de su manada. *Gloria Patri*, etc. *Sicut era*, etc.

CAPITULO V.

Segunda oracion: del temor que debemos tener á Dios; en lugar de laudes, ó para el martes.

Y así como á vos solo, Señor, se debe adoracion como á verdadero Dios, así tambien á solo vos se debe temor, y no á otro; segun que vos mismo nos lo testificasteis, cuando dijisteis (*a*): No querais temer los que matan el cuerpo, y no tienen mas en que hacer; sino temed aquel que despues de muerto el cuerpo, puede enviar el ánima al infierno. Esto mismo nos enseña la Iglesia, cuando dice (*b*): En presencia de las gentes no tengais temor; mas vosotros en vuestro corazon adorad y temed á Dios, porque su ángel anda con vosotros para os librar.

Témaos pues, Señor, mi alma y mi corazon, pues en vos (que sois todas las cosas) no ménos hay razon para ser temido, que para ser amado; porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo; y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son tambien las de vuestra justicia; y (lo que mas es para temer) sin comparacion son muchos mas los vasos de la ira que los de misericordia; pues tantos son los condenados, y tan pocos los escogidos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra Majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos; y sobre todo por la resistencia continua á vuestras sanctas inspiraciones. Témaos yo, y tiemble delante de vos, ante cuyo acatamiento tiemblan las potestades, y tiemblan las columnas del cielo, y toda la redondez de la tierra.

(*l*) Exod. 3. (*m*) Psalm. 94 (*a*) Matth. 10. (*b*) Eccles. in Offic. S. Michael. resp. 7.

Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? Quién no temblará de aquellas palabras que vos mismo decis por vuestro Profeta (*c*)? ¿Pues cómo? ¿A mí no temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que puse las arenas por término de la mar, y le puse mandamiento eterno que no quebrantará? Y embravecerse han, y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán. Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedescen, y temen por la grandeza de vuestra Majestad, ¿que haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles temen cuando os adoran, y cantan vuestras alabanzas, ¿por qué no temerán mis labios y mi corazon cuando me atrevo yo á hacer este mismo oficio? Miserable de mí, ¿cómo se ha endurecido mi alma? Cómo se han secado las fuentes de mis ojos, para no derramar muchas lágrimas cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo, con aquel que todo lo hizo de nada? Quiero, mas no puedo; porque no puedo todo lo que deseo. Vos, Señor, enclavad con vuestro temor mis carnes, y alégrese mi corazon para que tema vuestro sancto nombre.

Témaos tambien, Señor, por la grandeza de vuestros juicios, que dende el principio del mundo hasta hoy habeis obrado. Gran juicio fué la caida de aquel Angel tan principal y hermoso. Gran juicio fué la caida de todo el género humano por la culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del Diluvio. Gran juicio fué la eleccion de Jacob, y la reprobacion de Esaú; el desamparo de Júdas, y la vocacion de Sant Pablo; la reprobacion del pueblo de los judíos, y la eleccion de los gentiles, con otras maravillas semejantes, que sin que lo sepamos pasan de secreto cada dia sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra estar en la region y sombra de la muerte, y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas á otras tinieblas, y por trabajos temporales á tormentos eternos.

Témaos pues yo, Señor, por la grandeza destos juicios; pues aun no sé yo si seré uno destos desamparados. Porque si el justo apénas se salvará (*d*), el pecador y perverso ¿dónde parecerá? Si tiembla el innocentísimo Job del furor de vuestra ira, como del ímpetu de las olas hinchadas (*e*), ¿cómo no temblará quien tan léjos está de su innocencia? Si tiembla el profeta Hieremías (*f*), dentro del vientre de su madre sanctificado, y no halla rincon donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira (*g*), ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y despues acá no ha hecho sino pecar?

Témaos tambien, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis pecados, con los cuales tengo de parecer ante vuestro juicio, cuando delante de vuestra presencia vendrá aquel fuego abrasador, y al rededor de vos una grande tempestad; cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar á vuestro pueblo. Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades; delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no solo de palabras y obras, sino tambien de pensamientos. Donde tantos tendré por jueces, cuantos me precedieron en las buenas

(*c*) Hier. 5. (*d*) 1.Pet. 4. (*e*) Job 31. (*f*) Hier. 1. (*g*) Hier. 10.

obras; y tantos serán contra mí testigos, cuantos me dieron ejemplos de virtudes.

Y con esperar tal juicio no acabo de poner freno á mis vicios, ántes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados; todavía me envilece la gula, y me persigue la lujuria; me envanece la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la invidia, y me despedaza la murmuracion, y me levanta la ambicion, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad, y me entorpece la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí los compañeros con quien he vivido desde el dia de mi nascimiento hasta agora; estos son los amigos con quien he conversado, estos los maestros á quien he obedecido, estos los señores á quien he servido. Pues no entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo (*h*), porque no será justificado delante de vos ninguno de los vivientes; porque ¿á quién hallaréis justo si lo juzgáredes sin piedad? Pues por esto derribado á vuestros piés con espíritu humilde y atribulado lloraré con vuestro Profeta, y diré (*i*):

Señor, no me arguyais en vuestro furor, ni me castigueis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo: sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi ánima está grandemente turbada: mas vos, Señor ¿hasta cuándo? Convertios, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia; porque no hay en la muerte quien se acuerde de vos; y en el infierno ¿quién os alabará? Trabajé en mi gemido, y lavaré cada una de las noches mi cama; y con lágrimas regaré mi estrado. Turbado se me ha la vista de los ojos con el amargura del dolor, y envejecido he entre todos mis enemigos. *Gloria Patri*, etc. *Sicut erat*, etc.

CAPITULO VI.

Tercera oracion: de la gloria y alabanzas de Dios; en lugar de prima, ó para el miércoles.

En este ejercicio de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo por qué temer y por qué llorar. Mas con todo esto la grandeza de vuestra gloria así como nos obliga á adoraros y reverenciaros, así tambien á alabaros y glorificaros: porque á vos solo se debe el himno y la alabanza en Sion (*a*), por ser (como lo sois) un piélago de todas las perfecciones, y un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandeza, de suavidad, de majestad; en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en summo grado de perfeccion. En cuya comparacion toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura; y finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandesce, mucho ménos es delante de vos, que una pequeña candelica delante del sol.

Vos sois sin deformidad perfecto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentira verdadero, sin sitio donde quiera presente, sin lugar donde quiera todo: en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad summo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras sancto, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo, y para con los penitentes piadosísimo. Pues por tal, Señor, os confieso, y por tal os alabo, y glorifico vuestro sancto nombre.

Dadme vos lumbre en el corazon y palabras en la boca, para que mi corazon piense en vuestra gloria, y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (*b*), pido yo á todos los ángeles del cielo, y á todas las criaturas del mundo, que ellas juntamente conmigo os alaben, y suplan en esta parte mis faltas, convidándolas á esto con aquel glorioso cántico de aquellos tres sanctos mozos, que en medio de las llamas del fuego de Babilonia os cantaban, diciendo (*c*):

Bendito seais vos, Señor Dios de nuestros padres: y alabado y ensalzado en todos los siglos; y bendito sea el nombre de vuestra gloria, que es sancto: y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seais, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria: y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seais en el trono de vuestro Reino: y alabado y ensalzado, etc. Bendito seais vos, que estáis asentado sobre los querubines mirando los abismos: y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seais en el firmamento del cielo: y alabado y ensalzado, etc.

Todas las obras del Señor, al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos (*d*). Angeles del Señor, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Cielos, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Todas las aguas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Sol y luna, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Agua, lluvia y rocío, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Todos los espíritus de Dios, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Fuego y estío, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Frio y verano, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Heladas y nieves, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Noches y dias, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Luz y tinieblas, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Relámpagos y nubes, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Bendiga la tierra al Señor: alábelo y ensálcelo en todos los siglos. Montes y collados, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo, etc. *Gloria Patri*, etc.

CAPITULO VII.

Cuarta oracion: de los beneficios de Dios hechos al hombre: en lugar de tercia, ó para el jueves.

Tambien, Señor, os doy gracias por todos los beneficios y mercedes que me habeis hecho desde el dia que fuí concebido hasta el dia de hoy; y por el amor que desde *ab æterno* me tuvisteis, cuando desde entónces determinasteis de criarme, y redimirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habeis dado, pues todo cuanto tengo y espero vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias: y vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido; vuestras las fuerzas y la salud que me habeis dado, vuestro

(*h*) Psalm. 142. (*i*) Psalm. 6. (*a*) Psalm. 64.

(*b*) Eccl. 15. (*c*) Dan. 3. (*d*) Dan. 3.

el cielo y la tierra que me sustentan, y vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y peces, y los animales, y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mio, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar.

Pero mucho mayores os las doy porque vos quisisteis ser mio, pues todo os ofrecisteis y expendisteis en mi remedio: pues para mí os vestisteis de carne, para mí nacisteis en un establo, para mí fuisteis reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo dia, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunasteis, y orasteis, y velasteis, y llorasteis, caminasteis y padecisteis los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamas. Para mí ordenasteis y confeccionasteis las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente el mayor de los sacramentos (que es el de vuestro sanctísimo cuerpo), donde estáis vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mi deleite, para prenda de mi esperanza, y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazon con el sancto rey David (*a*):

Bendice, ó ánima mia, al Señor, y todas cuantas cosas hay dentro de mí bendigan á su sancto nombre. Bendice, ó ánima mia, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho. Porque él se apiada de todas tus maldades, y sana todas tus enfermedades. El libró tu vida de la muerte, y él te corona con misericordia y misericordias. El cumple todos tus buenos deseos, y renovarse ha tu juventud, así como la del águila. El Señor usa de misericordia, y hace justicia á todos los que padescen agravio. El enseñó sus caminos á Moisen, y á los hijos de Israel su voluntad. Misericordioso y piadoso es el Señor; largo de corazon y muy piadoso. No se ensañará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros segun nuestros pecados, ni nos dió nuestro merescido segun nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo á la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el oriente del occidente, tan léjos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de los que le temen; porque él conosce la masa de que somos compuestos. Acordóse que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus dias se pasan como la flor del campo. Porque despedirse ha su espíritu dél, y luego desfallescerá, y no tornará mas á su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera desde los siglos hasta los siglos sobre aquellos que le temen. Y la justicia dél sobre los hijos de los hijos destos, que guardan su Testamento, y se acuerdan de sus mandamientos para haberlos de cumplir. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todos. Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en virtud, y haceis sus mandamientos, y obedeceis á la voz de sus palabras. Bendecid al Señor todas sus virtudes, y sus ministros que haceis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras y en todos los lugares de su señorío: bendice, ó ánima mia, al Señor. *Gloria Patri, et Filio*, etc.

(*a*) Psalm. 102. per tot.

CAPITULO VIII.

Quinta oracion: del amor que debemos á Dios; en lugar de sexta, ó para el viérnes.

Y si tanta obligacion tenemos á los bienhechores por razon de los beneficios; si cada beneficio es como un tizon y un incendio de amor (*a*); y si segun la muchedumbre de la leña, así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazon? Si tanta es la leña de vuestros beneficios, y tantos los incentivos que tengo de amor; si todo este mundo visible y invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razon que sea la llama de amor que se ha de levantar dellos, sino tan grande como él?

Especialmente que no solo os debo yo amar por vuestros beneficios, sino es porque en vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, y todas en summo grado de perfeccion. Porque si por bondad va, ¿quién mas bueno que vos? Si por hermosura va, ¿quién mas hermoso que vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién mas suave ni mas benigno que vos? Si por riquezas y sabiduría va, ¿quién mas rico y mas sabio que vos? Si por amistad va, ¿quién mas nos amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cuyo es todo lo que tenemos sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si á los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién mas padre que aquel que dice (*b*): No llameis á nadie padre sobre la tierra; porque uno solo es vuestro Padre que está en los cielos? Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el esposo de mi ánima sino vos? ¿Y quién hinche el seno de mi corazon y de mis deseos sino vos? Si el último fin dicen los filósofos que es amado con infinito amor; ¿quién es mi principio y mi último fin sino vos? ¿De dónde procedí, y adónde voy á parar sino á vos? ¿Cuyo es lo que tengo, y de quién tengo de recibir lo que me falta sino de vos? Finalmente, si la semejanza es causa de amor, ¿á cuya imágen y semejanza fué criada mi ánima sino á la vuestra?

Esto se ve claro: porque si la manera de obrar presupone sér, y es conforme á él; donde hay semejante manera de obrar, hay semejante manera de ser. Y esta hay Señor entre vos y el hombre; porque no es otra cosa lo que los filósofos dicen, que el arte imita á la naturaleza, y la naturaleza al arte, sino decir que el hombre obra como Dios, y Dios como el hombre. Pues adonde hay tanta semejanza en obrar, y tambien es la semejanza en el sér, tan grande conviene que sea el amor. Pues si este título, y cada uno de todos estotros, por sí solo es tan suficiente motivo de amor; ¿cuál conviene que sea el que de todos estos títulos procede? Ciertameute la ventaja que hace la mar á cada uno de los rios que en ella entran, esta convenía que hiciese este amor á todos los otros amores.

Pues si tantas razones tengo yo, Señor Dios mio, para amaros; ¿por qué no os amaré yo con todo mi corazon y con todas mis entrañas? ¡Oh toda mi esperanza, toda

(*a*) Eccl. 28. (*b*) Matth. 23.

mi gloria, toda mi alegría! Oh el mas amado de los amados! Esposo melífluo. ¡Oh admirable principio mio, y summa suficiencia mia, ¿cuándo os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? Cuándo os agradaré en todas las cosas? Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á vos? Cuándo seré todo vuestro? Cuándo dejaré de ser mio? Cuándo ninguna cosa fuera de vos vivirá en mí? Cuándo me abrasará toda la llama de vuestro amor? Cuándo me arrebataréis, anegaréis, y transportaréis en vos? Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con vos, para que nunca me aparte de vos? Ay Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? Qué quitais de vuestra casa? Qué perdeis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia, deteneis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? Por qué han de vencer mis maldades á vuestra bondad? Por qué han de ser mas parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme?

Si por dolor y penitencia lo habeis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera mas haber padescido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra vos. Si por satisfaccion lo habeis, catad aquí este cuerpo miserable; ejecutad, Señor, en él todos los furores de vuestra saña, con tanto que no me negueis vüestro amor. No os pido oro, ni plata, ni aun os pido cielo, ni tierra, ni otra cosa criada; porque todo eso no me harta sin vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor suspiro; dadme vuestro amor, y bástame. ¿Por qué, Señor, me dilatais tanto esta merced? Por qué me veis penar dia y noche, y no me socorreis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? Hasta cuándo andará mi ánima fluctuando con tan grandes ansias y deseos? Miradme, Señor mio, y habed misericordia de mí.

No os pido la racion copiosa que se da á los hijos; con una sola de las migajuelas de vuestra mesa me contentaré; aquí pues me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa; aquí estoy mirándoos la cara, viendo cómo comeis y dais de comer á vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria; aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazon, para inclinar el vuestro á que hayais misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida; á vos solo quiero, á vos busco, vuestro rostro, Señor, deseo; y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro Profeta cantaré (c):

Ameos yo, Señor, fortaleza mia; el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador, y mi Dios, y mi ayudador; esperaré en él. El es mi amparo, y defensor de mi salud, y mi recibidor. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos. *Gloria Patri*, etc. *Sicut erat*, etc.

CAPITULO IX.

Sexta oracion: de la esperanza que debemos tener en Dios; en lugar de nona, ó para el sábado.

Y no solo me obliga todo esto á amaros, sino tambien á poner toda mi esperanza en solo vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? En quién tengo yo de esperar, sino en aquel que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? En quién tengo yo de esperar, sino en aquel que es mi Padre, y Padre todopoderoso? Padre para amarme, y poderoso para remediarme: Padre para quererme bien, y poderoso para hacerme bien; el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningun padre carnal de los suyos. ¿En quién finalmente tengo yo de esperar, sino en aquel que casi en todas sus Escripturas ninguna cosa hace sino mandarme que me llegue á él, y espere en él, y prométeme mil cuentos de favores y mercedes si así lo hiciere; dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, los beneficios hechos, y los tormentos padescidos, y la sangre derramada en confirmacion desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes, y repelones, y bofetadas por mí; y finalmente, de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada para mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que así me buscó cuando yo le huia? Cómo me negará el perdon cuando se lo pidiere, el que así me buscó cuando yo le huia? Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba?

Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en él, y con el sancto Profeta, en medio de todas mis tribulaciones y necesidades, esforzadamente cantaré (a): El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Si se asentaren contra mí reales de enemigos, no temerá mi corazon; si se levantare batalla contra mí, en él esperaré yo. *Gloria Patri*, etc. *Sicut erat*, etc.

CAPITULO X.

Séptima oracion: de la obediencia que debemos tener á los mandamientos de Dios; en lugar de vísperas, ó para el domingo.

Mas porque no está segura la esperanza sin la obediencia (segun aquello del salmista, que dice (a): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor), dadme vos, Dios mio, que con esta esperanza en vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros sanctos mandamientos; pues no ménos os debo yo esta obediencia, que todos los otros actos de religion, pues vos sois mi Rey, mi Señor y mi Emperador, á quien el cielo, la tierra, la mar, y todas las otras criaturas obedescen; cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado y guardarán para siempre.

Pues obedézcaos yo, Señor, mas que todas estas, pues os soy mas obligado que ellas. Obedézcaos yo, Rey mio y Señor mio, y guarde enteramente todas vuestras leyes sanctísimas. Reinad vos, Señor, en mí, y no reine mas en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tirannos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia; y solo vos, Señor, mandad y ordenad; y vos solo, y vuestro sceptro sea conocido, para que así se

(c) Psalm. 17.

(a) Psalm. 26. (a) Psalm. 4.

haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo.

¡Oh cuándo será este dia! Oh cuándo me veré libre destos tirannos! Oh cuándo no se oirá en mi ánima otra voz sino la vuestra! Oh cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradiccion en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad! ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno y descombrado este cielo, cuándo tan calladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbacion que altere esta paz y obediencia, y que impida este vuestro reino en mí?

Dadme vos, Señor, esta obediencia, ó (por mejor decir) dadme este señorío sobre mi corazon, para que de tal manera me obedezca él á mí, que del todo lo subjecte yo á vos. Y puesto en esta subjeccion, diga de todo mi corazon con el Profeta (*b*): *Legem pone mihi Domine, viam justificationum tuarum: et exquiram eam semper. Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. Deduc me in semitam mandatorum tuorum: quia ipsam volui. Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam. Averte oculos meos ne videant vanitatem: in via tua vivifica me. Statue servo tuo eloquium tuum, in timore tuo. Gloria Patri*, etc. *Sicut*, etc.

CAPITULO XI.

Octava oracion: de cómo el hombre debe resignarse todo en Dios; en lugar de completas, ó para el mismo domingo.

Y así como estoy obligado, Señor, á obedeceros, así tambien lo estoy á entregarme y ofrecerme á vos y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Vuestro, porque me criasteis y disteis este sér que tengo; vuestro, porque me conservais en él con los beneficios y regalos de vuestra Providencia; vuestro, porque me sacasteis de cautiverio, y me comprasteis, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre; y vuestro, porque tantas otras veces me habeis redimido, cuantas me habeis sacado de pecado.

Pues si por tantos títulos soy vuestro, y si vos por tantos títulos sois mi Rey, mi Señor, mi Redemptor y mi librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo; aquí me ofrezco por vuestro esclavo y cautivo; aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea mas mio, ni de nadie, sino vuestro; para que ya no viva sino para vos, ni haga mas mi voluntad, sino la vuestra; de tal manera, que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea segun vos, y para vos. Aquí me presento á vos, para que dispongais de mí, como de hacienda vuestra, á vuestra voluntad. Si quereis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonrado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí, para que no sea ya mas mio, sino vuestro; para que lo que es vuestro por justicia, lo sea tambien por mi voluntad.

Mas ¿quién podrá, Señor, hacer nada desto sin vos? Quién podrá dar un paso, ó quién os podrá dignamente nombrar sin vos? Por tanto dadnos poder para hacer lo que mandais, y mandad lo que quisiéredes. Acordaos, Señor, que vos mismo nos mandasteis instantísimamente que os pidiésemos, diciendo (*a*): Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han. Vos mismo tambien dijisteis por vuestro Profeta: Dios justo y salvador no hay sino yo; convertios á mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos. Pues si vos mismo, Señor, nos llamais, nos convidais y nos abris los brazos para que nos lleguemos á vos; ¿por qué no confiarémos que nos recibiréis en ellos? No sois vos, Señor, como los hombres que se empobrecen cuando dan, y por eso se importunan cuando les piden. No sois vos así; porque como no os empobreceis en lo uno, no os importunais en lo otro. Y por eso pediros no es importunaros, sino obedeceros, pues vos mandais que os pidamos; y tambien honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que vos sois Dios, y universal Señor, dador de todo, á quien todo se ha de pedir, pues de vos depende todo. Y así vos mismo nos pedis este linaje de sacrificio sobre todos los otros, diciendo (*b*): Llámame en el dia de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has.

Pues movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego á vos, y os pido tengais por bien darme todo esto que os debo yo; conviene á saber, que así os adore, así os tema y reverencie, así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazon, así tenga toda mi esperanza puesta en vos, así obedezca á vuestros sanctos mandamientos, así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvacion. Pídoos tambien, Señor, me otorgueis perdon de mis pecados, y verdadera contricion y confesion de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda mas en ellos ni en otros; y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazon, y recoger los pensamientos de mi imaginacion; para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme tambien todas aquellas virtudes con que sea no solo purificada, sino tambien adornada esta morada vuestra, que son temor de vuestro sancto nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, perfectísima paciencia, clara discrecion, pobreza de espíritu, perfecta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio; y sobre todo, ardentísima caridad para con mis prójimos y para con vos.

Y porque yo nada desto merezco, acordaos, Señor, de vuestra misericordia, que no presupone mas de miseria para curar de ejecutarse. Acordaos que no quereis la muerte del pecador, como vos mismo dijisteis (*c*), sino que se convierta y viva. Acordaos que vuestro unigénito Hijo no vino á este mundo (como él mismo lo dice) á buscar justos, sino pecadores (*d*). Acordaos de cuanto en este mundo hizo y padesció desde el dia que nació hasta que espiró en la cruz: no lo padesció por sí, sino por mí; lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados; y por él y no por mí os pido esta misericordia. Porque pues de vos se dice (*e*) que honraréis al padre en los hijos; honrad á él, haciéndome bien á mí. Acordaos que me socorro á vos, y me entro por vuestras puertas; y como á verdadero médico y Señor

(*b*) Psalm. 118.

(*a*) Matth. 7. Luc. 11. Isai 45. (*b*) Psalm. 49. (*c*) Ecech. 18. (*d*) Matth. 9. (*e*) Eccl. 3.

os presento mis necesidades y llagas; y con este espíritu os llamaré con aquella oracion que el profeta David compuso, diciendo (*f*):

Inclina, Señor, tus ojos y óyeme; porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque á tí estoy ofrecido; salva, Dios mio, este tu siervo, que espera en tí. Ten misericordia de mí, Señor; porque á tí clame todo el dia; alegra el ánima de tu siervo, porque á tí, Señor, la levanté. Porque tú, Señor, eres suave, y manso, y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oídos mi oracion, y atiende á la voz de mi suplicacion. En el dia de mi tribulacion clamé á tí, porque me oiste. No hay quien sea semejante á tí entre los dioses, Señor; no hay quien haga las obras que tú haces. Todas las gentes que hiciste, vendrán y adorarán delante de tí, Señor, y glorificarán tu sancto nombre. Porque grande eres tú, y obrador de maravillas; tú solo eres Dios. Guiame, Señor, por tu camino, y ande yo en tu verdad; alégrese mi corazon, para que tema tu sancto nombre. Alabarte he, Señor Dios mio, de todo mi corazon; y tu nombre para siempre glorificaré. Porque tu misericordia ha sido grande sobre mí; y libraste mi ánima del infierno mas bajo. *Gloria Patri*, etc. *Sicut erat*, etc.

CAPITULO XII.

Oracion al Espíritu Sancto.

¡Oh Espíritu Sancto, consolador, que en el dia sancto de Pentecostes descendisteis sobre los apóstoles, y henchisteis aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría! Suplícote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor.

Ven, ó Espíritu Sanctísimo, y envíanos desde el cielo un rayo de tu luz (*a*). Ven, ó Padre de los pobres. Ven, dador de las lumbres, y lumbre de los corazones. Ven, consolador muy bueno, dulce huésped de las almas y dulce refrigerio dellas. Ven á mí, limpieza de los pecados y médico de las enfermedades. Ven, fortaleza de flacos y remedio de caidos. Ven, maestro de los humildes y destruidor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven y salud de los que mueren. Ven, Dios mio, y aparéjame para tí con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriágame con el don de la sabiduría, alúmbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la ciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazon con el don del temor.

¡Oh dulcísimo amador de los limpios de corazon, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas ellas así abrasadas sean arrebatadas y llevadas á tí, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes! Oh dulcísimo amador de las almas limpias! Pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar á tí. Y para esto, Señor, derriba, mortifica, aniquila y deshaz en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas á tu voluntad, para que toda mi vida sea un sacrificio perfecto, que todo se abrase en el fuego de tu amor. ¡Oh quién me diese que á tan grande bien me quisieses admitir! Mira que á tí suspira, esta pobre y miserable criatura tuya, dia y noche (*b*): Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de todas las gracias? Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable, hasta la casa de mi Dios? Cuándo me veré harto con tu gloriosa presencia? Cuándo por tí seré librado de la tentacion, y en tí traspasaré el muro desta mortalidad? ¡Oh fuente de resplandores eternos! Vuélveme, Señor, á aquel abismo de donde procedí, donde te conozca de la manera que me conociste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos, *Amen*.

(*f*) Psalm. 85. (*a*) Eccles. in pros. Spirit. Sanct.

CAPITULO XIII.

Devotísima oracion para pedir el amor de Dios.

Inclinadas las rodillas de mi corazon, prostrado y consumido en el abismo de mi vileza, con toda la reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento Dios mio, ante tí, como una de las mas pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero sol de justicia, que se derraman por toda la tierra, y se communican liberalmente á todas las criaturas que no cierran las puertas para recibirlos. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo maestro una masa de barro, y un tronco nudoso recien cortado del árbol con su corteza; haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo hiciste. Hicísteme para que te amase; dame gracia para que pueda yo hacer aquello para que tú me hiciste.

Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto, y segun es grande mi bajeza, otra cosa mas humilde quisiera pedir; mas ¿qué haré? que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa mas principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que (viendo mi desamor) ordenaste un sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor. ¡Oh Salvador mio! ¿Qué soy yo á tí? ¿Para qué me mandas que te ame? ¡Y qué para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones! ¿Qué soy á tí, sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Qué eres tú á mí, sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿por qué no amaré yo á tí, siendo el que eres para conmigo?

Pues confiado, Señor, en todas estas prendas de amor, y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarecidamente que te amase; por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin tí. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado; y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me dés licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas; déjate amar de tus criaturas, amor infinito. ¡Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no solo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas (como de la lumbre del sol la de todas las estrellas)! ¿por qué no te amaré yo, por qué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

(*b*) Psalm. 41

¡Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas (así como del mar todas las aguas), ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena! ¿por qué no te amaré yo, pues el objecto del amor es la bondad?

¡Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas! ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones con amor?

Y si no te amo por lo que tú eres en tí, ¿por qué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recibió el sér que tiene. Los miembros aman á su cabeza, y se ponen á morir por ella; porque por ella son conservados en su sér. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el sér que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título destos falta á tí, Dios mio, porque no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el sér que tengo, muy mas perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este sér que me diste, mucho mejor que la cabeza á los miembros. Tú has de acabar lo que falta de esta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfeccion. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imágen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de tí lo tiene; y lo que le falta, de tí lo espera recibir; porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú; así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á tí; con quién ha de tener cuenta sino contigo; de cúyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos; cúyo ha de ser todo su amor sino de aquel cuyo es todo su bien? ¿Por ventura, dice Hieremías (*a*), olvidarse ha la doncella del mas hermoso de sus atavíos y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mio, eres todo el ornamento y hermosura de mi alma, ¿cómo será posible olvidarme de tí? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo yo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazon, Dios de mi corazon, y mi sola heredad, Dios para siempre. Ios, íos de mi casa todas las criaturas robadoras y adúlteras de mi Dios; arredráos y alejáos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras.

Pues ¡oh Dios mio y todas las cosas! ¿por qué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mio verdadero, Padre mio sancto, Señor mio piadoso, Rey mio grande, amador mio hermoso, pan mio vivo, sacerdote mio eterno, sacrificio mio limpio, lumbre mia verdadera, dulcedumbre mia sancta, sabiduría mia cierta, simplicidad mia pura, heredad mia rica, misericordia mia grande, redempcion mia cumplida, esperanza mia segura, caridad mia perfecta, vida mia eterna, alegría y bienaventuranza mia perdurable.

Pues si tú, Dios mio, eres todas estas cosas, ¿por qué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazon? ¡Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mio! ensancha mi corazon en tu amor; porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo, y andar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un rio de fuego arrebatado y encendido, dice el Profeta (*b*), que vió salir de la cara de Dios; hazme, Señor, nadar en ese rio, ponme en medio desa corriente para que me arrebate y lleve en pos de sí, donde nunca mas parezca, y donde sea todo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! Oh amor que siempre vives, y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazon del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en este fuego, siga yo á tí, mi amado, á lo alto; cante yo á tí mi cancion de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor.

Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, mas dulce que la miel, mas blanco que la nieve, mas deleitable que todos los deleites, mas suave que todo licor suave, mas precioso que el oro y piedras preciosas, y ¿qué digo cuándo esto digo? Dios mio, vida mia, única esperanza mia, muy grande misericordia mia, y dulcedumbre bienaventurada mia. ¡Oh todo amable, oh todo dulce, oh todo deleitable! Oh sanctísimo Padre, oh clementísimo Hijo, oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo mas íntimo de mi ánima, y en lo mas secreto della, vos, Padre amantísimo, seréis lo mas íntimo, y del todo me poseeréis? Cuándo seré yo todo vuestro, y vos todo mio? Cuándo, Rey mio, será esto? Cuándo vendrá este dia, ó cuándo, ó si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza, oh qué penosa dilacion!

Date priesa, ó buen Jesus, date priesa, no te tardes; corre, amado mio, con la lijereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel. ¡Oh, Dios mio, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazon, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, guia de mis caminos, compañía de mi peregrinacion, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas y maestro de todas mis ignorancias!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de tí (*c*)? Si me olvidare yo de tí, sea echada en olvido mi diestra; pégueseme la lengua á los paladares si no me acordare de tí. No descansaré, ó beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos, ni reposo á los dias de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazon para el Señor, y morada para el Dios de Jacob. Que vive y reina en los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO XIV.

Oracion para miéntras se dice la misa; en la cual se ofrece al Padre la muerte de su Hijo: tomada de muchas palabras de Sant Augustin.

Clementísimo y soberano Criador del cielo y de la tierra, yo el mas vil de todos los pecadores, juntamente

(*a*) Hierem. 2.

(*b*) Daniel. 7. (*c*) Psalm. 136.

con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio, que es tu unigénito Hijo, por todos los pecados que yo he hecho, y por todos los pecados del mundo. Mira, clementísimo Rey, al que padesce, y acuérdate benignamente por quién padesce. ¿Por ventura no es este, Señor, el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradecido?

¿Por ventura no es este el autor de la vida, el cual llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan cruelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mio, los ojos de tu Majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, sus manos innocentísimas corriendo sangre, y ten por bien de perdonar las maldades que cometieron las mias. Considera su pecho desnudo, herido con un cruel hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos piés (que nunca anduvieron por el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien enderezar los mios en el camino de tus sanctos mandamientos. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaecida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada con la presencia de la muerte?

Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redimido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaidos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, cómo riegan sus atravesados piés los arroyos de aquella sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona las culpas del redimido.

Este es nuestro fiel abogado delante de tí, Padre poderoso. Este es aquel summo Pontífice, que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena; pues él resplandesce rociado con la suya propria. Este es el sacrificio sancto, agradable y perfecto, ofrescido y aceptado en en olor de suavidad. Este es el Cordero sin mancilla, enmudecido ante los que le tresquilaban: el cual herido con azotes, afeado con salivas, injuriado con oprobrios, no abrió su boca. Este es el que no habiendo hecho pecados, padeció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué hiciste tú, ó dulcísimo Señor, porque así fueses juzgado? Qué cometiste, innocentísimo Cordero, porque así fueses tratado? Qué fueron tus culpas, y qué la causa de tu condenacion? Verdaderamente, Señor Dios mio, yo soy la llaga de tu dolor, yo la ocasion de tu muerte, y la causa de tu condenacion. ¡Oh maravillosa dispensacion de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno: ofende el reo, y es herido el innocente: comete la culpa el siervo, y págala su Señor. ¡Hasta dónde, ó Hijo de Dios, hasta donde descendió tu humildad! Hasta donde se extendió tu caridad! Hasta donde procedió tu amor! Hasta donde llegó tu compasion! Yo cometí la maldad, y tú sufres el castigo; yo hice los pecados, y tú padeces los tormentos; yo me ensoberbecí, y tú eres humillado; yo fuí el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí la tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad.

Mira pues agora, Padre eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrescido la mas preciosa ofrenda que se te podia ofrescer: hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre tí y mí este fiel abogado. Recibe con serenos ojos al buen pastor, y mira la oveja descarriada que él trae sobre sus hombros. Ruego, Rey de los reyes, por este Sancto de los sanctos, que sea yo unido con él en espíritu, pues él no tuvo asco de juntarse conmigo por carne. Y suplícote húmilmente que por esta oracion le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia (sin que yo te lo mereciese) me lo diste por Redemptor.

CAPITULO XV.

Oracion devotísima á nuestra Señora, en que se le pide alcance de su Hijo el perdon de los pecados.

¡Oh Vírgen gloriosa y bienaventurada, mas pura que los ángeles, mas resplandesciente que las estrellas, hermosa como el sol! ¿Cómo parecerá mi oracion delante de tí, pues la gracia que merescí por la pasion de quien me redimió, perdí por la maldad de mis culpas? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo mi demanda ser justa, osaré rogarte que me oigas.

¡Oh Reina y Señora mia! suplícote ruegues á tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia me perdone lo que contra su voluntad y mandamiento hice. Y si esto por mi indignidad no meresciere, séame concedido porque no perezca lo que el crió á su imágen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en tí: los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas de purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas.

Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Vírgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste tu amado Hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones; porque no se pierda por mi maldad lo que él redimió por su sangre; aquellas piadosas lágrimas que derramaste cuando la sangre del atormentado cuerpo de tu Hijo te mostraba el camino de la cruz, pon siempre en mi pensamiento, para que contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las manchas de mis pecados.

Porque ¿cuál pecador osará parescer sin tí ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo; pues ni el galardon por el bien se niega, ni la pena por el mal se excusa? Pues ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Vírgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado no gano por tu intercesion? Gran cosa te pido segun mis yerros, mas muy pequeña segun tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, segun lo que tú me puedes dar.

Reina de los ángeles, emienda mi vida, y ordena

todas mis obras de tal manera, que merezca yo (aunque malo) ser de tí oido con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio; porque desta manera los buenos te alaben, y los malos esperen en tí. Los dolores que pasaste en la pasion de tu amantísimo Hijo y Redemptor mio Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazon. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sosterná? Si tú me olvidas ¿quién se acordará de mí? Si tú (que eres estrella de la mar, y guia de los errados) no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo; y si me tentare, no me dejes caer; y si cayere, ayúdame á levantar.

¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? Quién te pidió que no le otorgases? Quién te sirvió que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Vírgen gloriosísima, que mi corazon sienta el traspasamiento que tenias cuando despues de bajado de la cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, no teniendo fuerzas para mas llorar, mirando aquella imágen preciosísima, de los ángeles adorada, y entónces de los malos escupida: y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo por la inobediencia del pecador.

Contemplo yo, Reina mia, cuál estabas entónces, los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazon, que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que entónces decias á los que te miraban (*a*): ¡Oh vosotros que pasais por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante á mi dolor! porque por ellas merezca yo ser oido de tí.

Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo; porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volver lo que de ella recibí: porque no me engañe la gloria perecedera de este siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuantas veces volviais á mirar el monumento donde tanto bien dejabais encerrado; porque alcance yo tal gracia de tí, que quieras volver á mirar mi peticion. Sea mi compañía la contemplacion de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no teniais otra cosa viva sino dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas, y comiendo el manjar de tus lastimosas contemplaciones: porque llorando el angustia que padesciste en la tierra, me hagas ver la gloria que merescistе en el cielo. *Amen.*

CAPITULO XVI.

Devotísima meditacion para ántes de la sagrada Communion, para despertar en el alma temor y amor deste sanctísimo Sacramento.

¿Quién eres tú, Señor mio, y quién soy yo, para que me ose llegar á tí? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí á Dios su hacedor? Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupcion, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno, y poderosa para todo lo malo? Qué es el hombre sino una ánima en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, y en sus apetitos sucio, y en sus deseos desvariado; y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande?

Pues ¿cómo una tan vil criatura se osará llegar á un Dios de tan grande Majestad? Las estrellas no están limpias delante de tu acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante de tí, los mas altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en tu presencia; pues ¿cómo te osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Bautista desde las entrañas de su madre sanctificado (*a*), no osa tocar tu cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de tu zapato. El Príncipe de los apóstoles da voces y dice (*b*): Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador; ¡y osaré yo llegarme á tí tan cargado de pecados! Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo delante de Dios (*c*), que no eran mas que una sombra deste misterio, no podia comer sino quien estuviese limpio y sanctificado (*d*), ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles estando tan ajeno de sanctidad?

Aquel cordero pascual, que no era mas que figura dese sacramento (*e*), mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes; pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual, sin tener este aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño, sin levadura de malicia? Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contricion? ¿Dónde está la pureza de las renes, y la limpieza de los piés, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo cómo seré recibido en esta mesa si me falta este aparejo; desta mesa fué desechado aquel que no se halló con ropas de bodas (*f*), que es caridad; y atado de piés y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? ¡Oh divinos ojos á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas! ¿qué será de la mia si ante ellos paresciere desnuda?

Tocar al arca del Testamento (que no era mas que figura deste misterio) fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó, llamado Oza, fué luego castigado con arrebatada muerte (*g*): pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los betsamitas mas que mirar curiosamente esta arca del Testamento cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento, dice la Escriptura (*h*) que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo. Pues, ¡oh misericordioso y terrible Dios! ¿Cuánto mayor cosa es tu sacramento que aquel arca? Cuánto mayor cosa es recibirte que mirarte? Pues ¿cómo no temblaré yo cuando me llegare á recibir un Dios de tan alta majestad y justicia?

Y si tanta razon tengo para temer considerando tu grandeza, ¿cuánto mas debo temer considerando mis pecados y mi malicia? Acuérdome, Señor, de muchas y muy graves culpas que tengo hechas contra tí. Tiempo hubo (y plegue á tu misericordia no lo sea tambien agora) cuando la cosa mas olvidada y ménos amada eras tú, hermosura infinita: y cuando el polvo de las criaturas tenia yo en mas que el tesoro de tu gracia, y la esperanza de tu gloria. La ley de mi vida eran mis deseos:

(*a*) Thren. Hierem. 1.

(*a*) Joan. 1. (*b*) Luc. 5. (*c*) Exod. 25. (*d*) 1. Reg. 21.
(*e*) Exod. 12. (*f*) Matth. 22. (*g*) 2. Reg. 6. (*h*) 1. Reg. 6.

la obediencia tenia dada á mis apetitos, y no tenia mas cuenta contigo que si nunca te conociera.

Yo soy aquel necio que dijo en su corazon (*i*) : No hay Dios; porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo habia. Nunca por tu amor trabajé, nunca por tu justicia temí, nunca por tus leyes me aparté de lo malo, nunca por tus beneficios te di las gracias que debia, nunca por saber que tú estabas en todo lugar presente, dejé de pecar delante de tí. Todo lo que mis ojos desearon les concedí; y no fuí á la mano á mi corazon para estorbarle ninguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? Qué otra cosa fué toda mi vida sino una perpetua guerra contra tí, una renovacion de todos los martirios que pasaste por mí? ¿Cuántas veces por la golosina de un deleite, ú de un poco de dinero (como otro Júdas) te vendí? Pues ¿qué será llegarme yo agora á recibirte, sino darte paz con el mismo Júdas, despues de haberte vendido? Qué hice las otras veces que commulgando y acabando de commulgar te ofendí, sino escarnecerte con los soldados que por una parte hincadas las rodillas te adoraban, y por otra con la caña te herian?

Pues, ¡oh Salvador juez mio! ¿cómo te osaré recibir en una tan vil y sucia morada? Cómo depositaré tu sagrado cuerpo en la cama de los dragones, y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos, y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estarás tú, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? ¡Oh flor del campo y azucena de los valles! ¿cómo quieres tú agora ser hecho manjar de béstias? Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos? ¡Oh amador de las ánimas limpias, que te apacientas entre los lirios, miéntras dura el dia y se inclinan las sombras! ¿qué pasto te pódré yo dar en este corazon, donde no nacen estas flores, sino cardos y espinas? Tu lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno destos colores; pues ¿qué silla te daré yo cuando entrares en ella?

Tu sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie habia sido sepultado; pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva donde te pueda yo sepultar? Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salia el hedor y corrupcion de mis pecados? Qué es mi corazon sino fuente de malos deseos? Qué mi voluntad sino cama y casa del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios, y con este aparejo á recibirte y á darte paz? ¡Oh Redemptor mio, confúndome de verme tal! Avergüénzome de ver cuál voy á la cama y á los brazos del Esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir. ¿Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, Rey de gloria, de recibir en tu casa, y tomar por esposa á la deshonrada por un tan vilísimo rufian? Tú, dices (*k*), has fornicado con cuantos enamorados has querido; mas con todo eso vuélvete á mí, que yo te recibiré.

Conozco, Señor, mi indignidad, y conozco tu gran misericordia. Esta es la que me da atrevimiento para llegarme á tí tal cual estoy; porque miéntras mas indigno fuere yo, mas glorificado quedarás tú en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechas, Señor, los pecadores; ántes los llamas y los traes á tí. Tú eres el que dijiste (*l*) : Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tú dijiste (*m*): No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos (*n*); y no vine á buscar los justos, sino á los pecadores. De tí públicamente se decia (*o*) que recibias los pecadores y comias con ellos. No has mudado, Señor, la condicion que tenias entónces, y por eso creo que agora tambien llamas desde el cielo á los que entónces llamabas en la tierra. Pues yo movido por este piadoso llamamiento, vengo á tí cargado de pecados, para que me descargues; y trabajado con mis proprias miserias y tentaciones, para que me dés refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane; y como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique.

Dicen que recibes los pecadores, y comes con ellos, y que tu manjar es la conversion de los tales. Si tanto te deleita ese convite, cata aquí un pecador con quien puedas comer dese manjar. Bien creo, Señor, que te deleitaron mas las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciaste sus lágrimas, ni la desechaste por pecadora; sino ántes la recibiste, y la perdonaste, y la defendiste; y por unas pocas de lágrimas le perdonaste muchos pecados.

Aquí se te pone, Señor, agora otra nueva ocasion de mayor gloria: que es un pecador con mas pecados, y ménos lágrimas. No fué aquella la última de tus misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenias hechas, y otras muchas te quedaban por hacer. Entre agora esta en la cuenta de ellas, y perdona á quien mas te ha ofendido, y ménos llora porque te ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar tus piés; mas tú tienes derramada tanta sangre, que bastaba para lavar todos los pecados del mundo. No te indignes, Dios mio, porque estando tal cual me ves, me oso llegar á tí. Acuérdate que no te indignaste cuando aquella pobre mujer que padescia flujo de sangre, se llegó á recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de tu vestidura; ántes la consolaste y esforzaste, diciendo (*p*) : Confía, hija, que tu fe te hizo salva. Pues como yo padezca otro flujo de sangre mas peligroso y mas incurable que este, ¿qué puedo hacer sino llegarme á tí para recibir el beneficio de mi salud? No has mudado, Señor mio, la condicion ni el oficio que tenias en la tierra, aunque te subiste al cielo. Porque si así fuera, otro evangelio hubiéramos menester, que nos declarara la condicion que tienes allá, si fuera diferente de la de acá.

Leo pues en tus Evangelios (*q*) que todos los enfermos y miserables se allegaban á tocarte, porque de tí salia virtud que sanaba á todos. A tí se llegaban los leprosos, y tú extendias tu bendita mano, y los alimpiabas. A tí venian los ciegos, á tí los sordos, á tí los paralíticos, á tí los mismos endemoniados, y á tí, finalmente, acudian todos los monstruos del mundo, y á ninguno dellos te negaste. En tí solo está la salud, en tí la vida, en tí el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para querer dar salud, cuan poderoso para darla. ¿Pues á dónde irémos los necesitados sino á tí?

(*i*) Psalm. 13. (*k*) Hier. 3.

(*l*) Matth. 11. (*m*) Matth. 19. (*n*) Marc. 2. (*o*) Marc. 2. (*p*) Matth. 9. (*q*) Luc. 6.

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no solo es manjar de sanos, sino tambien medicina de enfermos; no solo es fortaleza de vivos, sino resurreccion de muertos; no solo enamora y deleita los justos, sino tambien sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue segun pudiere, y tome de ahí la parte que le pertenezca. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesion y alabanza en este convite : yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna via puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar.

Si estuviere enfermo, aquí me curarán; y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán; y si muerto, aquí me resuscitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán; y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos; no por verme caido, porque el Señor levanta los caidos. No huiré dél (como hizo Adam por verse desnudo (*r*), porque él es poderoso para cubrir mi desnudez : no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia : no por verme con tanta pobreza, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, ántes le doy ocasion (miéntras mas miserable fuere) para que resplandezca mas su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego desde su nascimiento (*s*) sirvieron para que resplandesciese mas en él la gloria de Dios; y la bajeza de mi condicion servirá para que se vea cuán bueno es aquel, que siendo tan alto no desdeña cosas tan bajas. Especialmente que no se tiene aquí respeto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo, y tratarme como á tal.

Pues por esto te suplíco, clementísimo Padre, nuestro Salvador, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa á un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatas (*t*), queriendo en esto honrar al hijo, no por sí, sino por los méritos de su padre; así tú, eterno Padre, tengas por bien asentar á este pobre y disforme pecador á tu sagrada mesa, no por sí, sino por los merescimientos de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo, nuestro segundo Adam y verdadero Padre. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO XVII.

Oracion del angélico doctor Sancto Tomas, para ántes de la communion.

Omnipotente Dios y Señor mio, á buscar corre mi corazon, y vuela á recibir con summa ansia y reverencia al sacramento de tu Hijo y Señor mio. Voy, Dios mio, como el ciervo á la fuente de las aguas, el ciego á buscar la luz, el pobre á buscar el socorro, el necesitado de todo al todo rico, todo poderoso, todo liberal y todo misericordioso. Suplícote pues, Dios mio, á esa liberalidad y largueza sobre toda largueza y liberalidad, que sures mis enfermedades, sanes mis heridas, laves mis manchas, alumbres mis tinieblas, socorras mis necesidades, vistas mi desnudez, gobiernes mis potencias, sentidos y facultades.

Concédeme, Señor, que dignamente reciba á este pan de ángeles, Rey de reyes, Señor de los señores, Criador de lo criado, gozo, consuelo y remedio de todas las criaturas. Recíbate yo, Señor, con tanta reverencia y humildad, con tan grande contricion, con tan pura intencion, con tan tierna devocion, con tan constante fe, con tan cierta esperanza, con tan ardiente caridad, con tan profunda humildad, que mi alma sea sana y salva. Concédeme, Señor, te suplico, no solo que reciba el sacramento, sino al Señor, mérito, gracia, y virtud del sacramento.

¡Oh misericordioso Dios! Concédeme el cuerpo, alma, divinidad y humanidad de tu Hijo Jesucristo Señor mio. Dame en él, con él y por él, los tesoros de la gracia y las prendas de la gloria. Concédeme aquel mismo que nasció y salió del tálamo virginal de su Madre beatísima María. Concédeme que con él eternamente me una, me estreche, me enlace, me incorpore, y entre sus espirituales miembros sea en la gloria contado. Concédeme con tu Hijo preciosísimo el don sancto de la perseverancia en lo bueno, y una eficaz gracia de apartarme y resistirme á todo lo malo. Concédeme que á este mismo Jesus, Señor y bien de mi alma, que agora he de recibir sacramentado, lo vea en la gloria manifiesto, alabado y adorado de todas criaturas por todos los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO XVIII.

Oracion del ángélico doctor Sancto Tomas, para dar gracias despues de la communion.

Infinitas gracias te doy, omnipotente Señor Dios y Criador mio, por haberte dignado de que yo, indigno siervo tuyo, sin algunos merescimientos mios, sino por tu infinita misericordia y bondad, haya recibido el cuerpo verdadero de tu Hijo preciosísimo Jesucristo. Suplícote, Dios mio, que esta sancta Communion no sea por mis pecados ocasion de castigo, sino prendas seguras de mi salvacion, y eficaz intercesion para que yo sea perdonado de mis gravísimas culpas. Sea, Señor mio, este sancto Sacramento escudo de mi fe, fomento de mi esperanza, vida de mi caridad; sea direccion de mi amor, destierro de mis maldades, total destruicion de mis malas inclinaciones.

Crie en mí las virtudes, consérveme en las teologales, asegúreme en las cardinales, gobiérneme en las morales, concédame la humildad con la mansedumbre, la paciencia con el celo, y una debida obediencia á tus sanctos preceptos é inspiraciones. Séame una firme defensa contra mis enemigos visibles y invisibles : en mis trabajos remedio, en mis necesidades socorro, en mis dudas consejo, y en mis fatigas alivio. Quiete mis desordenados movimientos interiores y exteriores. Sea un eterno lazo y vínculo que no me deje apartar de tí; y un eterno sosiego, tranquilidad y descanso en tí.

Suplícote, Dios y Señor mio, que desde este inefable y sacramental banquete sea llevada mi alma por tu alta misericordia, y por los merescimientos de tu Hijo preciosísimo, á aquel celestial banquete en donde, ó eterno Padre, con el Hijo y con el Espíritu Sancto eres á las almas que te gozan, luz verdadera, hartura colmada, gloria consummada, felicidad perpetua, y alegría sempiterna. *Amen.*

(*r*) Genes. 3. (*s*) Joan. 9. (*t*) 2. Reg. 19.

CAPITULO XIX.

Meditacion muy devota para ejercitarse en ella el dia de la sagrada Communion, pensando en la grandeza del beneficio recibido, y dando gracias á nuestro Señor por él.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á darte, Señor, gracias por el beneficio que hoy me has hecho, es cierto que no te las podia dignamente dar. ¡Oh Dios mio, Salvador mio! ¿Cómo te alabaré yo porque me has querido en este dia visitar, consolar, y honrar con tu presencia? Aquella sancta madre de tu precursor, llena de Espíritu Sancto, cuando vió entrar por sus puertas á la Vírgen que dentro de sus entrañas te traia, espantada de tan grande maravilla, exclamó diciendo (*a*): ¿De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? Con cuánta mayor razon podré exclamar: ¿De dónde á mí tan grande bien, que no la Madre de Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí? ¿A mí, que tanto tiempo fuí morada de Satanas? A mí, que tantas veces le ofendí? A mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merescia nunca mas recibir á quien así deseché? ¿Pues de dónde á mí, Señor, que tú, Rey de los reyes, y Señor de los señores (cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra) hayas querido venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mio, quieres descender al infierno? Otra vez quieres ser entregado en manos de pecadores? Otra vez quieres nascer en un establo de bestias? Bien parece, Dios mio, que el mismo corazon que tenias entónces tienes agora, pues lo que hiciste una vez por los pecadores, eso haces cada dia por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitaras, todavía fuera esta una grande misericordia; mas que tú, Señor, hayas querido no solo visitarme, sino entrar en mí, y morar y transformarme en tí, y hacerme una cosa contigo por una union tan admirable, que merece ser comparada (como tú la comparaste) con aquella altísima union que tú tienes con el Padre (*b*), para que así como el Padre está en tí, y tú en él, así el que come de tí esté en tí, y tú en él, ¿qué cosa puede ser mas admirable? Maravillábase el rey David de que tú, Señor, quisieses acordarte del hombre, y poner en él tu corazon (*c*); pues ¿cuánto mayor maravilla es que Dios quiera no solo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una misma cosa con el hombre? Maravillábase el rey Salomon que quisiese Dios morar en aquel templo que él en tantos años habia edificado, y así decia (*d*):

¿Es posible que quiera Dios morar acá en la tierra con los hombres? Si no cabes en el cielo, y en los cielos de los cielos, ¿cuánto ménos podrás caber en esta casa que yo te he edificado? Pues ¿cuánto mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos, por otra mas excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima que apénas trabajó un solo dia en aparejarle la posada? Maravillávase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verle bajar del cielo á la tierra, y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella: y es razon que se maraville, pues esta fué la mayor de las maravillas de Dios, y la mayor de sus obras. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas de Espíritu Sancto, estaban mas limpias que las estrellas del cielo; y así aparejaron morada digna para Dios. Mas que este mismo Señor quiera morar en las mias (que son mas impuras que el cieno, mas obscuras que la noche, mas sucias que todos los albañales del mundo) ¿cómo no será esta tan grande maravilla? ¡Oh, bendígante, Señor, los ángeles por tan alta gracia, y por tan gran misericordia, y por tan excelente obra y muestra de bondad! Bien parece que eres summamente bueno, pues eres summamente communicativo de tí mismo, y pues tal y tan admirable medio buscaste para hacernos buenos.

Pues ¿qué será si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino Sacramento? ¡Oh cuán alegres nuevas me da de tí, Señor, este misterio, y cuán dignas de todo agradescimiento! Traeme firmado de tu nombre que eres mi Padre, y no solamente Padre, sino tambien Esposo dulcísimo de mi alma. Porque oigo decir que el efecto proprio para que este sacramento fué instituido, es mantener y deleitar las almas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa contigo. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazon; ¿de cuál corazon salió tal obra como esta? Porque union propriamente pertenece á los casados, y regalo no suele ser de Señor á siervo, sino de padre á hijo, y á un hijo chiquito y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenece no solo proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino tambien de cosas con que huelgue para su recreacion. Pues tal efecto de amor como este, quedaba, Señor, por descubrir al mundo; y este, se guardaba para el tiempo de tu venida, y para la buena nueva del Evangelio.

De manera que en la otra manera de sacramentos y beneficios me das á entender que eres mi Rey, y mi Salvador, mi pastor y mi médico; mas en este (donde por una tan alta manera te quisiste juntar con mi ánima, y regalarla con tan maravillosos deleites) claramente me das á entender que eres mi Esposo y mi Padre, y Padre que tiernamente ama á su hijo, como Jacob amaba á Josef entre todos sus hermanos (*e*). Esto me da á entender el efecto deste sacramento. Estas nuevas me da de tí. No hay doblez, Señor, en tus obras; lo que muestran por de fuera, eso es lo que tienen dentro.

Pues por este efecto conozco la causa, por esta obra juzgo tu corazon, deste tratamiento y regalo que me haces, tomo informacion para conocer el corazon que para conmigo tienes; porque si de aquel manná que cayó en el desierto se dice (*f*) que porque tenia todo género de sabor y suavidad, declaraba la suavidad y dulzura de tu corazon para con tus hijos, ¿cuánto con mayor razon se dirá lo mismo deste divinísimo manná, pues tiene tanto mayor suavidad? ¡Oh, manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refeccion de las almas, salud de los espíritus, convite real de Dios, y gusto de felicidad eterna!

(*a*) Luc. 1. (*b*) Joan. 6. (*c*) Psalm. 8. Job 7. (*d*) 3. Reg. 8.

(*e*) Genes. 37. (*f*) Sap. 16.

Pues ¿qué diré, Dios mio? Qué gracias te daré? ¿Con qué amor te amaré, si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú, siendo el que eres, así amas á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á tí, Esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima? Amete pues yo, Señor, cobdícıete yo, cómate yo, y bébate yo.

¡Oh dulcedumbre de amor! Oh inestimable dulcedumbre! cómate mi ánima, y del licor suavisísimo de tu dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡Oh caridad, Dios mio, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes, hazme crecer en tí, para que pueda yo gozar dignamente de tí! Oh dulzor y hartura de mi ánima! ¿por qué no soy yo del todo encendido y abrasado en el fuego de tu amor? ¡Oh divino fuego! Oh dulce llama! Oh suave herida! Oh amorosa cárcel! ¿por qué no soy yo preso en esa cadena, y herido con esa saeta, y abrasado con ese fuego de tal manera, que ardan y se derritan todas mis entrañas en amor? Hijos de Adam, linaje de hombres ciegos y engañados, ¿qué haceis? ¿En qué andais? ¿Qué buscais? Si amor buscais, este es el mas noble y mas dulce que hay en el mundo. Si deleites buscais, estos son los mas suaves, mas fuertes y mas castos que pueden ser. Si riquezas buscais, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y el piélago de todos los bienes. Si honra quereis, aquí está Dios, y con él toda la corte del cielo que os viene á visitar. Pues ¿qué mayor honra que tener tal huésped en casa, y toda la corte del cielo al derredor della?

Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, desde aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya mas mundo para mí, ya no mas deleites de mundo para mí, ya no mas pompa del siglo para mí; vayan, vayan léjos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que solo este es el verdadero y summo bien. El que come pan de ángeles no ha de comer manjar de bestias; el que ha recibido á Dios en su morada, no es razon que admita en ella otra criatura.

Si una mujer de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste sacramento, ¿cómo se bajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? Cómo abrirá la puerta de su corazon á pensamientos de mundo, quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y sanctificada con la presencia divina? No consintió Salomon que la hija del rey Faraon, su mujer, morase en su casa, por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del Testamento, aunque ya no estaba (*g*). Pues si este tan sabio rey no quiso que su propria mujer (y mujer tan principal) pusiese los piés en el lugar donde habia estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazon donde estuvo el mismo Dios? Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó?

Si por haber ofrecido el mismo rey Salomon sacrificio en el portal del templo (*h*), dejó aquel lugar sanctificado, para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánta mas razon será que no sea mi ánima, pues dentro della se recibió aquel á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tan honrado me dejas, Señor, con esta visitacion, dame gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que tú me diste. Nunca jamas diste á nadie honra, sin darle gracia para mantenerla; y pues aquí me has honrado tanto con tu presencia, sanctifícame con tu virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo.

Así lo hiciste siempre en todos los lugares que entraste. Entraste en las entrañas virginales de tu sacratísima Madre, y así como la levantaste á inestimable gloria, así le diste inestimable gracia para mantenerla. Entraste (estando aun en esas mismas entrañas encerrado) en casa de Sancta Isabel (*i*), y allí con tu presencia sanctificaste y alegraste su hijo, y hincliste su madre del Espíritu Sancto. Entraste en el mundo á conversar con los hombres, y así como lo ennobleciste con tu venida, así lo reparaste y sanctificaste con tu gracia. Entraste despues en el infierno, y del mismo infierno hiciste paraíso, beatificando con tu presencia á los que honraste con tu visitacion.

Y no solo tú, Señor, mas el arca del Testamento (que no era mas que sombra deste misterio) entró en casa de Obededom (*k*), y luego echaste tu bendicion sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se te hacia. Y pues has querido, Señor, tambien entrar en esta pobre morada, y ser hospedado en ella, comienza ya á bendecir á la casa de tu siervo, y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada tuya. Quisiste que yo fuese como aquel sancto sepulcro, en que tu sagrado cuerpo se depositase; dame las condiciones que tenia este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que tú me elegiste. Dame aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificacion con que muera á todos mis apetitos y proprias voluntades, y viva á tí.

Quisiste que yo fuese como una arca del Testamento, en que tú morases; dame gracia para que así como en aquella arca no habia otra cosa mas principal que las tablas de la ley (*l*), así dentro de mi corazon no haya otro pensamiento ni deseo sino de su sanctísima ley. Quisiste darme á entender en este sacramento que eras mi Padre (pues así me tratabas como á hijo, y hijo tiernamente amado); dame gracia para que pueda yo responder á este beneficio, amándote no solo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en tu amor, y la memoria sola de tu dulce nombre, baste para enternecer y derretir mi corazon. Dame tambien para contigo espíritu y corazon de hijo, que es espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor y confianza; para que en todos mis trabajos acuda luego á tí con tanta seguridad y confianza, como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama.

Quisiste sobre todo esto descubrir á mi ánima en este

(*g*) 2. Paralip. 8.

(*h*) 3. Reg. 8. (*i*) Luc. 1. (*k*) 2. Reg. 6. (*l*) 3. Reg. 8.

sacramento amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal. Dame pues ese mismo corazon para contigo, para que así te ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable, y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de tí. Esposo dulcísimo de mi ánima, extiende esos dulces y amorosos brazos, y abrázala de tal manera contigo, que ni en vida ni en muerte se pueda apartar de tí. Para esta union ordenaste este sacramento, porque sabías cuánto mejor estaba la criatura en tí que en sí; pues en tí estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca; mas echada en la mar, junta con su principio, permanece para siempre. Sácame pues, Señor, de mí, y recíbeme en tí; porque en tí vivo, y en mí muero; en tí permanezco, y en mí desfallezco; en tí soy estable, y en mí paso como pasa la vanidad. No te vayas pues, ó buen Jesus, no te vayas; quédate, Señor, con nosotros (*m*), porque viene la tarde, y se cierra ya el dia.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es tenerte hoy en mi casa (donde tan buena coyuntura tengo para negociar contigo á solas mis negocios), no será razon perderla. No te soltaré, Señor mio, de los brazos, contigo lucharé toda la noche, hasta que me dés tu bendicion (*n*). Múdame, Señor, el nombre viejo, y dame otro nuevo; que es otro nuevo sér, y otra nueva manera de vivir. Máncame el un pié, y déjame el otro sano para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero tu solo amor; para que desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos, á tí solo ame, á tí solo desee, en tí solo piense, contigo solo more, á tí solo viva, en tí estén todos mis cuidados y pensamientos, á tí acuda con todos mis trabajos, y de tí solo reciba todos los socorros. Y finalmente tú, Señor, seas todo mio, y yo sea todo tuyo: que vives y reinas en los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO XX.

Oracion para ántes de la sancta Extremauncion.

¡Oh Señor mio y Padre celestial! yo, miserable pecador, os pido húmilmente por vuestro unigénito Hijo, nuestro Salvador, que entre tanto que ungen mis pecadores miembros con el sagrado aceite visible, tengais por bien ungir interiormente mi alma con la gracia del Espíritu Sancto, y con vuestra infinita misericordia, y me librеis de todo el mal que por mis culpas tengo merescido. Alumbradme con vuestra luz, y alegradme con vuestra vista, que es vida eterna. *Amen.*

CAPITULO XXI.

Palabras que puede decir el enfermo dentro de sí con ánimo muy confiado, despues de recibir la sancta Extremauncion.

El haberme ungido en nombre de mi Señor Jesucristo mi Salvador, significa que soy miembro y soldado suyo, segun la doctrina de los apóstoles. Pues agora, príncipe de las tinieblas, espíritu perdido, malvado y sucio, pártete de aquí; pues ya no hay en mí cosa tuya, porque mi Señor Jesucristo, Salvador mio y condenador tuyo, te echó deste mundo. Armado con los divinos sacramentos y virtud de mi Redemptor, mayor es mi favor que tu malicia; más están conmigo que contigo. Por mí está toda la Iglesia de los sanctos orando, y por mí el mismo que te quitó todos los despojos y robos de tus latrocinios. Pues debajo deste amparo ¿qué tengo que temer? Y desta verdad y este socorro tengo infalibles testigos y certísimas señales, que son los sanctísimos sacramentos de la Iglesia, que me hacen certísimo de todas las divinas promesas en ellos comprehendidas.

CAPITULO XXII.

Modo y forma que se ha de tener en la consideracion de las cosas siguientes.

En este capítulo dirémos brevemente la manera y forma que se ha de tener en el ejercicio de la consideracion y oracion mental. Para lo cual debe el hombre primeramente buscar cada dia tiempo convenible, segun la condicion de su estado y de su vida; aunque el mejor tiempo de todos es el de la media noche ó el de la madrugada. El lugar tambien ayuda para esto (cuando es obscuro y solitario), para que así esté el corazon mas recogido, no teniendo en qué derramarse los sentidos. Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazon y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima á considerar qué es lo que quiere hacer, que es tratar de Dios, ó tratar con Dios, para recibir el espíritu y gracia del mismo Dios; y viendo cuán inhábil es de su parte para tan gran negocio, pida á aquel dador de todos los bienes, que recoja su corazon y lo guie y enseñe en este camino. Y para esto puede rezar algunas oraciones vocales ó salmos al principio del recogimiento (como arriba se dijo), para comenzar á encender su corazon con el fuego de las palabras divinas.

Luego puede tomar para cada dia un paso ú dos ó tres de la vida de Cristo para el tiempo de su ejercicio, y hacer cuenta que allí donde él está se celebra y trata este misterio, como se trató en su proprio lugar. El cual oficio pertenece á la imaginacion, que sabe figurar y representar todas estas cosas como pasaron, y como las dibujaria un pintor. Mire pues al Señor en el tal paso, lo que hace ó lo que padesce, y mucho mas el corazon con que lo padesce. De manera que no solo ha de mirar á Cristo por defuera, sino mucho mas lo que está encerrado en su ánima, que es la caridad, y la humildad, y la benignidad y mansedumbre con que hace todo lo que hace. Y en cada uno destos pasos podemos considerar aquellas mismas cinco cosas que señalamos en cada uno de los beneficios divinos: conviene saber, lo que se padesce, quién lo padesce, por quién lo padesce, por qué causa lo padesce, y de qué manera lo padesce; que es con aquel corazon, y con todas aquellas virtudes que dijimos. Porque cada una destas circunstancias declara mucho la grandeza del negocio y del beneficio. Y no se requiere de necesidad pensar de cada vez todas estas cosas juntas, sino unas veces puede el hombre detenerse en una circunstancia destas, y otras en otra, segun que el Espíritu Sancto lo moviere.

Debe tambien tener aquí respecto, cuando en esto piensa, á enderezar su atencion á aquellas cuatro cosas que arriba dijimos, que son á la compasion de los trabajos de Cristo, á la imitacion de sus virtudes, al aborrescimiento del pecado, y al conoscimiento de la bondad y caridad inmensa de Dios, que resplandesce en estos misterios, para movernos á amar á quien tan amable aquí se nos mostró.

Mas cuando el hombre entendiere en esto, no debe

(*m*) Luc. 24. (*n*) Genes. 32.

trabajar demasiadamente por exprimir á fuerza de brazos las lágrimas y la devocion, como hacen algunos, sino con un corazon humilde y atento (no caido, ni tibio, ni flojo) se presente á nuestro Señor, haciendo lo que es de su parte; porque el Señor hará lo que es de la suya. Y cuando ningun otro fructo de aquí sacare sino sequedad de corazon, conténtese con haber allí acompañado y hecho presencia al Salvador, y peleado con el desasosiego de su corazon, porque no carece esto de fructo, y grande fructo.

Ni debe desistir luego de su sancto ejercicio, si á las primeras azadonadas no saca agua, porque muchas veces se da al cabo, al que fiel y húmilmente persevera, lo que se niega á los principios, y aquí está la llave deste negocio. Por tanto trabaja, persevera y porfía; porque tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer á tiempos, que muchos años de trabajo que se pasaran por ellas eran muy bien empleados.

Verdad es que una de las principales causas desta sequedad, ó dilacion desta gracia, es traer el corazon muy ocupado en negocios exteriores y peregrinos, por donde con dificultad y tarde se viene á tomar de las cosas de Dios. Por esto conviene mucho traerlo, cuanto sea posible, siempre ocupado en sus cosas, porque andando siempre caliente y devoto con esta memoria, fácilmente se levanta á Dios cuando lo queremos levantar.

Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas. La primera, leccion ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazon ocupado en aquello de que anda lleno. Y la segunda y muy mas principal, trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios, y nunca perderlo de vista, ó á lo ménos levantar muchas veces entre dia y noche el corazon á él con algunas breves oraciones, tomando ocasion de las mismas cosas que vemos ó que tratamos; y así debe el hombre tener su manera de oraciones y consideraciones diputadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer, ó hablar, ó negociar; para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, ó cuando ve algunos males corporales ó espirituales de prójimos, para que todo le sea motivo de levantar el corazon á Dios, y así pueda conservar siempre en él con estos tizones el fuego de la devocion. Porque así como en la leña seca se enciende presto la llama, así tambien se enciende la devocion en el corazon que anda siempre caliente con el uso de la continua oracion, leccion y meditacion de las cosas de Dios.

Acabada la meditacion en la manera que dicho es, puede el hombre acabar su ejercicio con dar gracias al Señor por aquel paso que ha considerado, y por todos los otros beneficios divinos, y luego ofrescer aquel misterio al eterno Padre, y con él á sí mismo y todas sus obras, y luego pedir mercedes por esta tan rica ofrenda que le ofresció, que fuéron los trabajos de su unigénito Hijo. Y lo que debe cada uno pedir es lo que su necesidad le enseñare que ha menester; porque es este el mejor maestro de la oracion.

Por do paresce que pueden intervenir en este sancto ejercicio cinco partes principales, conviene á saber: preparacion, meditacion, hacimiento de gracias, ofrescimiento y peticion: no porque todo esto sea siempre necesario, sino para que tenga el hombre materia copiosa en que ocupar su corazon, y así tenga tambien mas estímulos é incentivos de devocion; porque lo que no se halla en una parte, á veces se halla en otra. Y despues de acabado este glorioso itinerario de la vida de Cristo, y corridas todas estas estaciones, con todo lo demas que se sigue despues dellas, debe tornar (como el sol despues de corridos los doce signos del cielo) á andar por esta misma rueda; porque no menor fructo se sigue en las ánimas deste espiritual movimiento, que del sol se sigue en el mundo. De manera que miéntras durare al hombre la vida, siempre ande por estos pasos de la vida de Cristo, aunque no debe por eso tener cerrada la puerta cuando el Señor le llamare á otra cosa con que su devocion sea mas ayudada.

SIETE CONSIDERACIONES PARA LOS DIAS DE LA SEMANA, POR DONDE DEBEN EMPEZAR LOS QUE DE NUEVO SE VUELVEN Á DIOS.

CAPITULO XXIII.

Consideracion de los pecados y proprio conocimiento; para el lúnes.

Este dia podrás entender en la memoria de los pecados, y en el conoscimiento de tí mismo; para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningun bien tienes que no sea de Dios; que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que ménos conoscias á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios. Discurre pues brevemente por los diez mandamientos, y por los siete pecados mortales, y verás que en ninguno de ellos hay en que no hayas caido muchas veces, por obra, ó por palabra, ó por pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos has de dar cuenta á Dios. Pues dime agora: ¿En qué gastaste la niñez, en qué la mocedad, en qué la juventud? En qué finalmente todos los dias de la vida pasada? En qué ocupaste los sentidos corporales, y las potencias del alma que Dios te dió para que lo conoscieses y sirvieses? En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? En qué tus oídos, sino en oir la mentira? ¿Y en qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones? Y en qué tu gusto, y tu oler, y tu tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los sanctos sacramentos que Dios órdenó para tu remedio? Cómo le diste gracias por sus beneficios? Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste de tus prójimos que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con ellos? Pues ¿qué responderás en aquel dia de la cuenta, cuando Dios te diga (a): Dame cuenta de tu mayordomía, y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates mas con ella? ¡Oh árbol

(a) Luc. 16.

seco y aparejado para los tormentos eternos! ¿qué responderás en aquel dia, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos della?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada dia, despues que abriste mas los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adam con muchas de las raices y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intencion que debrias, sino por otros respectos é intereses del mundo.

Considera otrosí, cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo; cuán amigo de tu propria voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones, y conversaciones, y risas, y parlerías. Mira otrosí, cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveido en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por esta órden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber, contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas del mar. ¿Por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, por sola costumbre y desprecio de Dios. ¿Mas en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. ¿Pues esta era la honra que se debia á tan alta Majestad? ¿Este es el agrasdecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡Oh miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!

Despues desto es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideracion en pensar tu nada: esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa mas que nada y pecado, y cómo todo lo demas es de Dios; porque claro está, que así los bienes de naturaleza como los de gracia, que son los mayores, son todos suyos.

Porque suya es la gracia de la predestinacion (que es la fuente de todas las otras gracias), y suya la de la vocacion, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes de que te puedas gloriar, sino nada y pecado? Reposa pues un poco en la consideracion de esa nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demas á la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú, y quién es él; cuán pobre tú, y cuán rico él. Y por consiguiente, cuán poco debes confiar en tí, y estimar á tí, y cuánto confiar en él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de tí lo mas bajamente que te sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad, y sin ninguna manera de sér. Piensa que eres un Lázaro, de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y del aire que recibes.

Derríbate con aquella pública pecadora á los piés del Salvador, y cubierta tu cara de confusion, con aquella vergüenza que pareceria una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traicion, y con mucho dolor y arrepentimiento de corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

CAPITULO XXIV.

Consideracion de las miserias de la vida humana; para el mártes.

Este dia pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como es esta miserable vida. Y aunque los defectos y miserias desta vida sean casi innumerables, tú puedes agora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el mas largo tiempo della es de setenta ú ochenta años; porque todo lo demas, si algo queda, como dice el Profeta (*a*), es trabajo y dolor. Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que mas es vida de bestias que de hombres; y el que se gasta durmiendo, cuando ni usamos de los sentidos ni de la razon (que nos hace hombres), hallarémos ser aun mas breve de lo que paresce. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apénas te parescerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan á esos setenta ó ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz? No sabeis, dice el Salvador (*b*), cuándo vendrá vuestro Señor; si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo basta para despojarnos della; como paresce por las experiencias cuotidianas de muchas

(*a*) Psalm. 89. (*b*) Marc. 13.

personas, á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y cómo nunca permanece en un mismo sér. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposicion, y cuánto es mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones, apetitos y cuidados, que á cada hora nos perturban. Y finalmente, cuántas sean las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer en un mismo estado, ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues dia y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Segun esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela, que siempre se está gastando, y miéntras mas arde y resplandesce mas se gasta? Pues ¿qué es nuestra vida sino una flor, que se abre á la mañana, y al mediodía se marchita, y á la tarde se seca?

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí), pues siendo fea nos paresce hermosa, siendo amarga nos paresce dulce, y siendo breve, á cada uno la suya le paresce larga, y siendo tan miserable paresce tan amable, que no hay peligro ni trabajo á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con gran detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan á perderla.

Lo sexto, considera cómo demas de ser tan breve (segun está dicho), eso poco que hay de vida está subjecto á tantas miserias, así del alma como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lágrimas, y un piélago de infinitas miserias. Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados, como en todas las edades de los hombres, y verás aun mas claro cuántas sean las miserias desta vida; porque viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

A todas estas miserías sucede la última, que es morir, la cual así para lo del cuerpo, como para lo del alma, es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del alma se ha de determinar entónces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará á entender cuán breve y miserable sea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda), y por consiguiente cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

CAPITULO XXV.

Consideracion de la muerte; para el miércoles.

La memoria de la muerte es una de las mas provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado, como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora de la cuenta.

Pues para esto considera primeramente cuán incierta sea la hora desta muerte; porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado, y ménos piensa que ha de venir, echando sus cuentas, y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice (*a*) que viene como ladron, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mas seguros y mas dormidos. Piensa luego todo lo que precede á la muerte, y lo que interviene en la muerte, y lo que se sigue despues della. Y para que mejor entiendas cada cosa destas, imagina que tú eres el que has de morir (pues á la verdad has de morir), y piensa desde agora todo esto que por tí ha de pasar.

Antes de la muerte piensa en la enfermedad grave que ha de preceder á la muerte, con todos los accidentes, hastíos, tristezas, medicinas, molestias, y noches largas que allí te han de fatigar, lo cual todo es camino y disposicion para la muerte. Porque así como ántes de entrarse por fuerza un castillo ó una ciudad, suele preceder una recia batería con que derriban los muros y fuertes por tierra, y tras esto es luego entrada y conquistada, así para esto suele preceder á la muerte una gravísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, y de tal manera los deja maltratados, que el alma, no pudiendo ya mas defenderse ni conservarse en ellos, los desampara y se va.

Piensa luego (cuando ya la enfermedad llega á lo postrero, ó el médico ó ella nos desengañan, y nos quitan la esperanza de la vida) las angustias que entónces te cercarán, y las cosas que se te representarán. Porque lo primero, allí luego se representa la salida desta vida, y el apartamienlo de todas las cosas que amábamos en ella, hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, y finalmente este mundo, este aire y esta luz que es á todos commun. Tras desto se representa todo el curso de la vida pasada, y todos los mas graves pecados que se han hecho en ella; especialmente tal y tal pecado mas grave, y la cuenta que entónces de todo esto se ha de dar, y la sentencia que por esto se ha de esperar. Pónese tambien ante los ojos el tiempo pasado y el venidero: y el pasado (como ya no es) paresce un soplo, y el venidero (como está porvenir y es eterno) paresce lo que es, que es infinito. Y con esto comienza el hombre á reprehenderse y condenarse, viendo que por placeres y bienes, que entónces le parecerán de un punto, está en peligro de padescer tormentos que durarán para siempre, y para remedio deste tan grande yerro comienza á desear espacio de penitencia, y condenar su negligencia, y á caer (aunque ya muy tarde) en la cuenta. Estas y otras semejantes olas y fatigas son las que (demas de la enfermedad) combaten y afligen al doliente en aquel trabajoso tiempo noche y dia sin parar.

Tras desto piensa luego en los accidentes y trabajos que intervienen en la misma muerte, que son aun mayores que los pasados. Mira cómo el cuerpo comienza ya á perder el calor natural, y los miembros las fuerzas y el movimiento, y quedar como si fuesen de piedra. Las partes altas y las extremidades se paran frias, la cara demudada, el color como de plomo, las cuencas de los ojos hundidas, los ojos envidriados, la boca llena de sarro y espuma, la lengua gruesa y torpe para hablar, y la garganta adelgazada. El pecho con angustias se levanta, los labios se vuelven azules, y los dientes pardos, y casi

(*a*) 1. Thes. 5.

todo el hombre viene á estar como muerto ántes que muera.

Aquí puedes tambien pensar en el sacramento de la extremauncion que en este paso se administra para ayudar en esta postrera batalla, y en todas las oraciones y sufragios de que la Iglesia usa en esta necesidad, cuando el hombre está ya tirando y agonizando á la salida desta vida, en la cual paga la deuda de las angustias con que en ella entró, padesciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padesció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada de la vida con la salida; pues la una y la otra es con dolores, aunque la una con los ajenos, y la otra con los proprios.

Despues desto considera lo que se sigue tras de la muerte, que es la suerte que al cuerpo y ánima ha de caber. La del cuerpo es la sepultura, en la cual te debes hallar con el espíritu presente, mirando cómo te llevan á enterrar, cómo te acompañan, cómo doblan por tí, cómo preguntan (los que oyen doblar) por el muerto, cómo te depositan en el sepulcro entre los otros huesos de los muertos, y te pisan, y dejan en aquel estrecho y obscuro aposento acompañado de perpetua soledad.

Dejando el cuerpo en este lugar, camina con tu propria ánima hasta el tribunal de Dios, donde irás acompañado por una parte de ángeles, y por otra de demonios, alegando cada cual de las partes, de su derecho; y mira la cuenta que allí se te pedirá del tiempo, de los beneficios y inspiraciones divinas, de los aparejos que tuviste para bien vivir, y de todos los males que hiciste, y aun de los mismos bienes, si no los hiciste como debias. Y considerando todas estas cosas, trabaja, hermano, por vivir agora de tal manera, cual entónces desearás haber vivido.

CAPITULO XXVI.

Consideracion del juicio final; para el juéves.

La consideracion del juicio final sirve para despertar en nuestras almas aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene á saber: temor de Dios, y aborrescimiento del pecado.

Despues que subió la Majestad de Cristo Señor nuestro al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora, que de la misma manera volveria otra vez este Señor á juzgar el mundo (*a*).

Considera pues las terribles señales que precederán á este juicio, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra; donde andarán los hombres atónitos y ahilados de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mira el sonido de aquella terrible trompeta, que sonará por todas las regiones del mundo, y aquella voz del Arcángel, que dirá (*b*): Levantáos, muertos, y venid á juicio. Mira el espanto que será resuscitar todos los muertos, unos de la mar, y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos que en este mundo tuvieron, para recibir en ellos segun el mal ó bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que estando los cuerpos de los muertos, unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces, y otros de los mismos hombres; de allí sabrá Dios entresacar á cabo de tantos años lo que es proprio de cada cuerpo, sin que se confundan los unos con los otros.

(*a*) Act. 1. (*b*) 1. Thes. 4.

Piensa en la venida temerosa del Juez, y en el espanto que los malos recibirán cuando lo vean venir con tanta gloria (*c*); pues dirán entónces á los montes que caigan sobre ellos y los cubran, por no parescer delante dél. Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos á la mano derecha, y los soberbios y desobedientes á la izquierda; y el espanto que los grandes deste mundo recibirán cuando vean allí los humildes y pobrecicos, que ellos despreciaron, levantados á tanta gloria.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá; pues nos consta por texto expreso del Evangelio, que hasta de una palabra ociosa se ha de dar cuenta en aquel juicio (*d*). Mete pues la mano en tu seno, y vuelve los ojos á toda la vida pasada, y acuérdate que todo el proceso y todas las torpezas della han de ser pregonadas y publicadas en aquella plaza.

Mira pues cuán terrible cosa será verse el malo allí por todas partes cercado de tantas angustias; porque á ningun lugar volverá los ojos, que no halle causas de temer (*e*). En lo alto estará el Juez airado, en lo bajo el infierno abierto; á la diestra los pecados que nos estarán acusando, á la siniestra los demonios aparejados para nos llevar al tormento; fuera de nosotros estará el mundo ardiendo, y dentro de nosotros la conciencia remordiendo. Pues cercado el malo de tantas angustias, ¿adónde irá? Esconderse es imposible, y parescer intolerable; porque si el justo apénas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parescerá (*f*)?

Ultimamente considera el trueno de aquella irrevocable sentencia que dirá (*g*): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanas y para todos sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber, etc. Donde verás el valor de las obras de misericordia, y el alegría y contentamiento que allí recibirá el que aquí fuere largo para con sus prójimos; y por el contrario, el tormento que recibirá el que por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí despedido del reino del cielo.

CAPITULO XXVII.

Consideracion de las penas del infierno; para el viérnes.

La consideracion de las penas del infierno es muy provechosa para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, y confirmarnos mas en el temor de Dios, y aborrescimiento del pecado.

Desde que la Majestad de Cristo Señor nuestro pronuncie final sentencia (*a*), irán los justos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. Pues para entender la condicion desta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los sanctos para esto nos dejaron. Imagina pues que el infierno es una obscuridad y un caos horribilísimo, y un lago que está debajo de la tierra abominabilísimo, y un pozo profundísimo, lleno de llamas de fuego. Imagina tambien que es una ciudad horrible y obscura, la cual está ardiendo con terribles llamas, cuyos moradores están dia y noche rompiendo el cielo con alaridos y desesperaciones, por la grandeza de los dolores que en ella padescen.

Piensa luego en la acerbidad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duracion dellas. Y cuanto

(*c*) Apoc. 6. (*d*) Matth. 12. (*e*) D. Greg. hom. 39. (*f*) 1. Pet. 4. (*g*) Matth. 25. (*a*) Matth. 25.

á la acerbidad, mira cuán intolerable tormento será el de aquel fuego, con el cual comparado este nuestro de acá, se dice que es como pintado. Y lo mismo has de entender del frio y del hedor que hay en aquel detestable lugar. La acerbidad destas penas se declara por el crugir de dientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escritura que hay (*b*).

Piensa tambien en la muchedumbre destas penas; porque allí hay fuego que no se puede apagar, y frio que no se puede sufrir, hedor horrible, y tinieblas palpables, como eran las de Egipto y mucho mas. Allí padescerán y penarán todos los sentidos, cada uno con su proprio tormento. Los ojos con la vista horrible de los demonios; los oídos con los gemidos y clamores lamentables de aquella miserable compañía y de aquellos crueles atormentadores, que ni se cansan de atormentar, ni saben qué es compasion, los cuales entónces escarnecerán y darán grita á los malos, diciéndoles: ¿Dónde está agora la gloria y fausto de vuestros estados, dónde las manadas de criados y lisonjeros que traíades alrededor de vosotros? Allí tambien padescerá el gusto y el tacto, con todo lo demas; y no ménos padescerán todos los otros miembros que fuéron armas y instrumentos del pecado, cada uno conforme á la calidad de su delito.

Despues de las penas exteriores del cuerpo piensa en las interiores del ánima, especialmente en aquel gusano que no muere, que es el remordimiento perpetuo de la conciencia, por razon de la mala vida pasada. Mas ¿quién será suficiente para pensar qué tan grande será el despecho y rabia que allí padescerán los malos, cuando consideren con cuán pequeños y cortos trabajos pudieran excusar tan grandes y tan intolerables tormentos? Y no ménos los atormentará la memoria de las prosperidades y deleites pasados, por donde vendrán á decir aquellas palabras de la Sabiduría (*c*): ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y el fausto de nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, ó como correo que va por la posta.

Sobre todo esto considera la duracion destas penas, las cuales nunca tendrán fin, ni despues de mil años, ni de mil cuentos de millares de años, ni despues de tantos años, cuantos se pueden contar con todos los números; porque allí ni habrá término, ni fin, ni redempcion, ni revista, ni apelacion, ni año de jubileo, ni lugar de penitencia, ni remision de culpa, sino perpetuo dolor y desesperacion en todos los siglos. Pues dime, hombre loco, si tener la mano solamente sobre unas brasas de fuego por el espacio de un credo, te pareceria intolerable tormento, y no habria cosa que no hicieses por excusar esta pena, ¿cómo no haces algo por no estar acostado en esta cama de fuego, que durará eternalmente en los siglos de los siglos?

CAPITULO XXVIII.

Consideracion de la gloria; para el sábado.

La consideracion de la gloria de los bienaventurados aprovecha para que por aquí se mueva el corazon al menosprecio del mundo y deseo de la compañía dellos.

Para contemplar la gloria que se da á los buenos, debes tambien imaginar el lugar della, segun la semejanza con que los sanctos lo escriben, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina pues una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa. Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, de todas las flores y frescuras que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad.

Despues desto mira primeramente qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo dechado donde resplandesce toda hermosura, toda bondad y toda suavidad, en cuya vision tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que deseares, segun la medida que te cupiere de gloria. Este es el libro que llaman de la vida (*a*), cuya orígen es eterna, cuya esencia es incorruptible, cuyo conoscimiento es vida, cuya doctrina es muy fácil, cuya ciencia es dulce, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar.

Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras esta, que es la vision clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fué crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo; pues en esto hacemos ventaja á los ángeles (*b*), en que el commun Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre y no ángel, aunque él sea todo en todas las cosas. Mira despues el gozo que el alma recibirá de la compañía y vista de la gloriosa Vírgen, Señora y abogada nuestra, y de todos los otros sanctos apóstoles, profetas, mártires, confesores y vírgines, que son innumerables, de cuyos gozos gozarás tú tambien con ellos, por la grandeza de la caridad que allí reina, y así lo que no tuvieres tú en tí, tendrás en ellos.

Considera tambien aquellos cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los sanctos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas á quien sirvieron, que son inmortalidad, impasibilidad, lijereza, y hermosura tan grande, que no se puede explicar.

Y no son menores los dotes de las ánimas, que son plenitud de sabiduría en el entendimiento, con destierro de toda ignorancia; y plenitud de alegría en la voluntad, con destierro de toda tristeza.

Destos dotes se siguen otros innumerables bienes; porque de aquí se sigue seguridad, por la cual no temerás ni ser vencido de tentacion, ni ser jamas despedido de tan hermosa compañía. De aquí tambien nasce summa libertad y sanidad, suavidad, amistad, honra, concordia, y finalmente todos los bienes; porque allí habrá todo lo que quisieres, y no habrá lo que no quisieres. ¡Oh bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los sanctos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la desigualdad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento, ni se altera con el tiempo que altera todas las cosas.

CAPITULO XXIX.

Consideracion de los beneficios divinos; para el domingo.

La consideracion de los beneficios divinos es utilísima, así para incitarnos á amar á quien tanto bien nos

(*b*) Matth. 22. Apoc. 10. (*c*) Sap. 5.

(*a*) Ad Phil. 4. Apoc. 3. (*b*) D. Bern. serm. 20. sup. cant.

hizo, como para entender la obligacion que tenemos á su servicio. Y es bien tener muchas cosas en que meditar; porque con la variedad dellas tengamos con que encender mas nuestro corazon, y excusar el hastío que aquí podria intervenir.

Y aunque los beneficios divinos sean innumerables, pero todos ellos pueden reducirse á estos ocho mas principales: conviene á saber, al beneficio de la creacion, gobernacion, redempcion, cristiandad, llamamiento, sacramentos, inspiraciones divinas, beneficios particulares y ocultos.

Pues cuanto al primer beneficio de la creacion, considera cómo ántes que Dios te criase, eras nada, y desa nada te hizo el Señor (*a*), no piedra, ni palo, ni serpiente, sino hombre, que es una nobilísima criatura, dándote ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa ánima con todas esas nobilísimas potencias que tiene para conocer á Dios, y ser capaz del summo bien.

Cuanto al segundo de la gobernacion, mira cómo el mismo Señor que te crió y sacó de no ser á ser, ese mismo te conserva en ese sér, de tal manera que lo que una vez te dió, siempre te lo está dando y conservando. Y mira cómo para este efecto crió toda esta tan gran máquina del mundo, con todas cuantas cosas hay en él, de las cuales unas sirven para mantenerte, otras para curarte, otras para enseñarte, otras para regalarte, y otras para castigarte; porque de todo es razon que haya en la casa del buen padre.

Cuanto al tercero de la redempcion, considera todos los pasos que este Señor dió por tí, y lo mucho que te dió, y lo mucho que le costó, y lo mucho mas que te amó: por donde verás el amor y gracias que por todo esto le debes. Y para sentir mas la grandeza deste beneficio y del pasado, imagina que á tí solo fuéron hechos estos dos grandes beneficios; pues aunque hayan sido hechos para todos, no ménos sirven para tí, que si para tí solo fueran hechos. Porque no ménos gozas tú de todas las cosas deste mundo y de todos los trabajos de Cristo, que si para tí solo fuera hecho todo.

Cuanto al cuarto, que es de la cristiandad, mira lo que le debes por haberte hecho cristiano, y nascido en tierra de cristianos; pues tanta es la muchedumbre de hombres que hay por esos mares y mundos, que nascen y mueren paganos, y se van á los infiernos. Pues ¿qué fuera de tí, si fueras uno desos; y qué debes á quién hizo que no fueses, etc.?

Cuanto al quinto beneficio, que es del llamamiento (si por ventura te ha Dios llamado, sacándote de pecado), mira lo que le debes por este beneficio, considerando cuánto tiempo te esperó, cuántos pecados te sufrió, cuántas inspiraciones te envió, y cuán benignamente te recibió; y qué fuera de tí si te tomara la muerte estando en pecado, como á muchos otros tomó, puesto caso que nadie puede saber de cierto si está fuera dél.

Cuanto al sexto, que es de los sacramentos, mira lo que le debes por el remedio que te dejó en los sacramentos de su Iglesia, y señaladamente en el sacramento del altar, donde se te da él mismo en mantenimiento y en remedio. Donde puedes considerar todos los favores y espirituales consolaciones que por medio deste venerable Sacramento habrás en este mundo recibido, y lo que por todo esto le debes.

(*a*) D. Aug. lib. 1. Conf. cap. 2. et 6. et in Solil. cap. 26.

Cuanto al séptimo, de las inspiraciones divinas, mira lo que debes á este Señor, porque continuamente te está siempre llamando y despertando á bien obrar; porque todos cuantos pasos buenos das, todos cuantos deseos, propósitos, pensamientos, movimientos y sentimientos buenos tienes, todos son beneficios y inspiraciones suyas, y obras desta especial providencia que tiene de tí. Pues ¿con qué le podrás pagar tan grande deuda?

Cuanto al octavo, que son los beneficios particulares y ocultos, aquí tienes que considerar todas las particulares mercedes, así espirituales como temporales, que Dios te ha hecho, y todas las preservaciones de males, así espirituales como temporales, de que te habrá librado, sin que tú por ventura lo hayas sentido. En esta cuenta entran todos los males de pena ó de culpa que padescen todos los otros hombres, los cuales tú tambien pudieras padescer. Ves aquel ciego, el otro tullido, el otro perniquebrado, el otro sacrílego, ó blasfemo, ó amancebado, ¿quién quita que no pudieras tú tambien estar así? Pues ¿qué dieras (si así te vieras) á quien te librara desos males? Adora pues, ama y sirve al Señor; porque él fué el que de todos esos males te preservó; pues no es ménos preservar del mal para que no venga, que curarlo despues de venido. Por aquí pues verás lo que debes á Dios por cada uno de sus beneficios, y por ellos mismos verás cuántas veces es Dios tu Padre; pues está claro que es Padre, porque te crió; y Padre, porque te conserva en ese sér que te dió; y Padre, porque te redimió; y Padre, porque en la cruz con tantos dolores te reengendró; y Padre, porque en el sancto bautismo te adoptó por hijo; y Padre, si despues de perdido por el pecado este título, lo volvió á renovar con el beneficio del llamamiento. Pues si tanto debes y quieres al que una sola vez fué tu padre, ¿cuánto mas debes al que tantas veces te ha sido Padre por tantas excelentes maneras? Cuánto mas le debes querer, y servir, y obedescer, y confiar en él, y recurrir á él en todas tus necesidades como á verdadero Padre?

Y para entender mejor la grandeza destos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son: quién lo da, á quién se da, por qué causa y en qué manera se da.

Cuanto á lo primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios. Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina deste mundo, con toda la universidad de criaturas que hay en él. Considera tambien la grandeza de su sabiduría, la cual se conosce por el órden, concierto y providencia maravillosa que hay en todas ellas. Porque si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey y Señor, habia de ser muy estimada, por la dignidad de quien la da.

Y no ménos crece la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es con la vileza del que lo recibe, que con la excelencia del que lo da. Por lo cual decia David (*b*): ¿Señor, quién es el hombre, para que tú te acuerdes dél, ó el hijo del hombre para que tú le visites? Porque si todo este mundo apénas es una hormiga delante de la majestad de Dios, ¿qué será el hombre que tan pequeña parte es deste mundo? Pues ¿cómo no será grande misericordia y maravilla, que un tan alto y tan

(*b*) Psalm. 8.

soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes á una tan pequeña hormiga?

Pues ¿qué será si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien, ni da un paso sin esperar ó pretender algun interes. Solo este Señor nos hace todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosa que redunde en provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola bondad y amor. Si no, dime : si eres predestinado, ¿por qué otra causa te predestinó, y despues te crió, y te redimió, y te hizo cristiano, y te llamó á su servicio? ¿Qué causa pudo haber aquí para tan grandes beneficios, sino sola la bondad y amor?

Ni hace ménos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos bienes ; que es el corazon y voluntad con que los hace ; porque todo cuanto bien nos ha hecho en tiempo, desde *ab æterno* lo determinó de hacer ; y así desde *ab æterno* con perpetua caridad y grandísima caridad nos amó, y por esta caridad y amor que nos tuvo, se determinó de hacernos todos estos bienes, y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual entiende con tanta providencia y cuidado, como si desocupado de todos los otros negocios no tuviera otro en qué entender, sino en la salud sola de cada uno. Aquí pues tiene el alma devota en que rumiar, como animal limpio, noche y dia ; donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida.

SUMMARIA HISTORIA Y CONSIDERACIONES DE LOS PRINCIPALES PASOS Y MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, Y DE OTROS MISTERIOS DEL SANCTÍSIMO ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA.

CAPITULO XXX.

Al cristiano lector, el V. P. M. Fr. Luis de Granada.

Las oraciones puestas á los principios (cristiano lector) sirven para el uso de la oracion vocal, la cual con palabras humildes y devotas habla y negocia con Dios. Esta manera de orar (entre otros muchos provechos que tiene) uno y muy principal es, ser un gran estímulo y incentivo de devocion, cuando mas derramado y frio está nuestro corazon. Porque como él sea tan malo de recoger en este tiempo (por el distraimiento de los pensamientos), no tenemos entónces otro mas fácil remedio que apegarlo á las palabras de Dios (que son como unas brasas y saetas encendidas), para que con ellas se encienda y dispierte á devocion.

Mas las siete consideraciones antecedentes para los dias de la semana, y el tratado presente, servirá al uso de la oracion mental, que se hace con lo íntimo del corazon, en la cual interviene la consideracion de las cosas celestiales, que es la principal causa de la devocion, como dice Sancto Tomas (*a*). De manera que así como los niños unas veces andan en piés ajenos, y otras (cuando ya son mayores) en los suyos proprios ; así el siervo de Dios debe tratar en la oracion con él, unas veces con palabras ajenas (pronunciándolas con toda devocion), y otras con las suyas proprias, que es con las que su devocion ó su necesidad le enseñare. En esta cuenta entra el ejercicio de la consideracion de las cosas divinas, que es el proprio pasto y mantenimiento de nuestra ánima.

Y entre otras muchas cosas que hay que considerar, una de las mas principales es la vida y pasion de Cristo, que es universalmente provechosa para todo género de personas, así principiantes como perfectas. Porque este es el árbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas ; las altas para los grandes (que por aquí suben á la contemplacion de la bondad, caridad, sabiduría, justicia y misericordia de Dios), y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo, y la fealdad de sus pecados, para moverse á dolor y compasion.

Este es uno de los mas proprios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por do quiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó, cuando (segun la translacion de Caldea) dijo (*b*) que los justos y fieles serían la cinta de las renes de Cristo, y que andarian siempre al derredor dél. Lo cual espiritualmente se hace cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta dél, ni le pierde jamas de vista, acompañándole en todos sus caminos, meditando en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual) sino, como dice la Esposa (*c*), un suavísimo bálsamo derramado, el cual (en cualquier paso que le mireis) está siempre echando de sí olor de sanctidad, de humildad, de caridad, de devocion, de compasion, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nasce que así como el que tiene por oficio tratar ó traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo á aquello que trata ; así el cristiano que desta manera trata con Cristo, viene con el tiempo á oler al mismo Cristo ; que es á parecerse con Cristo en la humildad, en la caridad, en la paciencia y en las otras virtudes de Cristo.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y despues apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditacion al ánima devota. De las cuales unas sirven para despertar la devocion, otras para la compasion, otras para la imitacion de Cristo, y otras para su amor, y para el agradescimiento de sus beneficios, y para otros propósitos semejantes. Imité en este tratado á otro que Sant Buenaventura hizo, llamado Arbol de la vida del Crucificado (que para este mismo efecto por este sancto doctor fué compuesto), y púselo así en este breve compendio, para que pudiese traerse en el seno lo que debe siempre andar en el corazon ; y así pudiese el hombre decir con la Esposa en los Cantares (*d*) : Manojico de mirra es mi amado para mí ; entre mis pechos morará. Tambien se han puesto las consideraciones de la venida á juicio, y la gloria del paraíso, y las penas del infierno, y el camino para lo uno y para lo otro, que es la muerte, tratando de la memoria della ; que son las cuatro postrimerías en que el hombre debe siempre pensar para no pecar. Y despues declaré brevemente de la manera que el hombre se habia de haber en estos sanctos ejercicios. Mas ántes que descendamos á tratar en particular destos misterios, quise poner un breve preámbulo del misterio de la En-

(*a*) D. Thom. 2. 2. quæst. 83. art. 3.

(*b*) Isai. 11. (*c*) Cant. 1. (*d*) Cant. 1.

carnacion de Cristo, que ayuda mucho para la consideracion y inteligencia de su vida sanctísima.

CAPITULO XXXI.

Preámbulo para ántes de la vida de Cristo, en el cual se trata del misterio inefable de su Encarnacion.

Acerca del inefable misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, la primera y principal cosa que hay que presuponer y considerar, es la grandeza de la bondad y sabiduría de Dios, que resplandesce en la conveniencia deste medio que escogió para nuestra salud. Del bienaventurado Sant Augustin se escribe (*a*) que al principio de su conversion no se hartaba de contemplar con una maravillosa dulcedumbre la alteza deste consejo que la divina sabiduría habia escogido para encaminar la salud del linaje humano. Pues quien quisiere sentir algo de lo que este sancto sentia, debe trabajar por entender el abismo de la sabiduría que en este divino misterio está encerrada. Para lo cual convendrá tomar este misterio desde sus primeros principios.

Pues para esto considera primeramente que hay Dios; lo cual es una verdad tan evidente, aun en lumbre natural, que no hay nacion en el mundo, por bárbara que sea, que no conozca ser así, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. Y si preguntas qué cosa sea Dios, eso no se puede explicar con palabras, sino confesando que Dios es una bondad, sabiduría y hermosura infinita, principio y fin de todas cosas, Criador, Gobernador, Señor y Padre de todo el universo, y una cosa tan grande, que ninguna otra se puede pensar mayor ni mejor, ni á quien el hombre esté mas obligado.

Lo segundo, piensa consecuentemente que ninguna cosa hay debajo del cielo mas justa ni mas debida, que amar, temer, servir y obedescer á este Señor, y vivir conforme á su sanctísima voluntad; esta es la cosa mas obligatoria, mas necesaria, mas honesta, mas honrosa, mas provechosa y mas hermosa de todas cuantas hay y puede haber en el mundo; y la que por mas de millares de títulos es debida, como está claro no solo en lumbre de fe, sino tambien de razon; como lo confiesan todas las naciones del mundo.

Lo tercero, considera profundamente cuán inhábil quedó el hombre por la caida de nuestros primeros padres para cumplir con esta obligacion; cuán ciego, cuán enfermo, cuán sensual, cuán terreno, cuán fácil para los vicios, y cuán pesado para las virtudes; cuán apetitoso para las cosas sensuales, cuán disgustoso para las espirituales, cuán cuidadoso de las cosas desta vida, cuán descuidado para las de la otra, cuán aficionado á su cuerpo, cuán olvidado de su ánima, cuán solícito por lo presente (que es momentáneo), y cuán descuidado de lo futuro (que es eterno); cuánta cuenta tiene con los hombres, cuán poca ó ninguna con Dios. Y la causa de todos estos males fué haber ofendido é indignado contra sí á Dios, y haberse con su propria culpa entregado al enemigo.

Lo cuarto, considera cuán conveniente cosa era que socorriese Dios al hombre en esta tan grande necesidad. Porque si es voz de toda la filosofía, que el autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues vemos que ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire hay animal, ni gusano, ni gusarapito, por pequeño que sea, á quien falte la divina Providencia), ¿cómo habia de faltar á la mas excelente de todas sus criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Y demas desto, si el hombre por malicia ajena habia sido derribado, razon era que la virtud ajena ayudase á quien la maldad ajena tanto desayudó; porque así fuese el hombre tan capaz de bien como de mal, pues le podia ayudar lo uno, como le pudo desayudar lo otro.

Lo quinto, mira tambien que para que este remedio y socorro fuese mas bien encaminado, convenía que viniese por el ministerio de uno; porque así como fué uno el que destruyó á todos, así tambien convenía que uno fuese el que salvase á todos; y así como uno fué el destruidor del género humano, así otro fuese su reparador: para que por el camino que habia venido la dolencia, por ese mismo viniese la medicina. Y demas de esto, porque esta órden guarda Dios en todo este universo, que en cada linaje de cosas haya una nobilísima que sea como cabeza de todas las otras, la cual influya y communique su virtud á todas ellas, y sea causa de toda la perfeccion que hay en ellas; como vemos en el sol, que es causa de toda la luz que hay en las estrellas; y en el primer cielo que se mueve, que es causa de todos los otros movimientos del mundo.

Pues conforme á esto convenía que en el linaje de las cosas sanctas hubiese un summamente sancto que las sanctificase á todas, y fuese causa de la sanctidad de todas.

Teniamos pues necesidad de un tal sancto que nos sanctificase, de un salvador que nos salvase, de un padre que nos reengendrase, de un rey que nos defendiese, de un sacerdote que por nosotros rogase, de un sacrificio que por nosotros se ofreciese, de un reconciliador que nos hiciese amigos con Dios, y de un fiel abogado y medianero que por nosotros interviniese. Pues si de todos estos títulos, y de todos estos oficios y beneficios tenia necesidad el hombre (que con tantas inhabilidades y manqueras habia quedado), ¿quién pudiera suplir mejor todas estas faltas, y soldar todas estas quiebras, y curar todas estas llagas, y hacer todos estos oficios, y ser medianero entre Dios y los hombres, que aquel que juntamente era Dios y hombre; tan amigo de los hombres (porque era verdaderamente hombre) y tan amigo de Dios (porque era verdadero Dios); tan hábil para deber (pues era del linaje del hombre culpado) y tan poderoso para pagar, pues era Dios todo poderoso? Claro está pues que así como no hay en el cielo ni en la tierra otra persona mejor que el Hijo de Dios, así nadie podia mejor dar cabo á esta obra (llevando el negocio por via y órden de justicia), que el mismo Hijo de Dios. Y así convenía por cierto que ello fuese, porque si en las obras de naturaleza dicen los filósofos que Dios siempre hace lo mejor y lo mas perfecto, mucho mas convenía esto en las obras de gracia, que cuanto son mas perfectas, tanto se deben hacer con mayor providencia.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar la muchedumbre de bienes y provechos que desta manera de remedios se siguieron? Porque dejados aparte otros muchos provechos, y supuesto la deuda general del linaje humano, y la inhabilidad con que habia quedado, así para amar á Dios, como para todas las otras virtudes; ¿qué medio podia haber mas conveniente para satisfacer á Dios, y conocer á Dios, y esperar en Dios, y amar

(*a*) D. August. lib. 9. Confes. cap. 6.

á Dios, y tener que ofrescer á Dios? Qué medio podia haber mejor? ¿Quién podia mejor satisfacer por deuda infinita, que un Señor de virtud y dignidad infinita? ¿Cómo podiamos tener mayor conocimiento de la grandeza, de la bondad, justicia, misericordia y providencia de Dios, que viendo lo que hizo por el hombre, y de la manera que castigó el pecado del hombre? ¿Qué mayor incentivo para esperar en Dios, que tener méritos de Cristo por nuestra parte? ¿Y para amar á Dios, que ponérsenos delante tal bondad, tal caridad y tal beneficio de Dios? Si la cuerda de tres ramales es dificultosa de quebrar (*b*), ¿cómo quebrará el amor que de tres tales motivos como estos se compone?

Pues para tener que ofrescer á Dios, ¿qué sacrificio se nos podia dar para descargo de nuestras culpas, y remedio de todas nuestras necesidades, mas eficaz y mas acepto, que la muerte del mismo Hijo de Dios? Pues para inclinar al hombre á la virtud de la humildad, de la paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida, ¿qué medio ni qué motivo pudiera haber mas poderoso que ver al mismo Dios tan humilde, tan paciente, tan obediente, tan pobre y tan maltratado por nosotros? Pues para criar en nuestros corazones odio contra el pecado, ¿qué motivo se podia dar mayor, que ver el odio que Dios mostró contra él, pues tantos y tan grandes extremos hizo por destruirlo? Piense pues el hombre cada cosa destas en particular y profundamente, y hallará por cierto que para ninguno destos fines pudiera haber medio mas conveniente, ántes le parecerá tan conveniente y tan á propósito de cada uno, como si para solo aquel fuera instituido. Y por aquí conocerá la sabiduría de Dios, que tan bien supo encaminar lo que convenía para nuestro remedio.

Mas por ventura dirás: ya que convenga tanto eso al remedio del hombre, no parece que conviene á la gloria de Dios abajarse tanto, que se hiciese hombre, y viniese á morir por el hombre. Esta objeccion nace de mirar los hombres al hombre de la manera que agora está, que es con todas las vilezas y desórdenes que le vinieron por el pecado, y pensando que todo esto tomó sobre sí el Hijo de Dios. Desengáñense pues, porque nada deso tomó sobre sí este Señor; porque él apartó la naturaleza, de la culpa (que es lo que Dios hizo, de lo que el hombre hizo), y tomando solamente lo que Dios hizo, dejó lo que el hombre hizo; aunque por nuestra causa tomó los tormentos y la muerte, que sin deberla padesció. Preservando pues la naturaleza de todos estos defectos, adornóla y ennobleció la (sobre todo lo que se puede encarecer) con tanta abundancia de riquezas espirituales, de virtudes, de sabiduría, de poder, y de gracias tantas y tan admirables, que no fué deshonra suya, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. No sería deshonra de un rey vestir un sayo de picote, si estuviese todo sembrado de franjas de oro y de piedras preciosas; porque la bajeza que tenia por parte de la materia, se encubria con la hechura. Y lo mismo hizo aquí el Hijo de Dios; porque aunque el paño era bajo, él lo supo adornar con tantas riquezas y labores, obradas por mano del Espíritu Sancto, que no fuese deshonra suya vestirse dél.

Porque claro está que ya que Dios queria hacerse hombre, en su mano estaba hacerse tal hombre, cual convenía que fuese el que habia de ser Dios y hombre; y así lo hizo. Y demas desto, el fin para que venía, requeria esta manera de hábito tan humilde; porque así como no es cosa indigna de la persona real vestirse de picote ó de sayal cuando va á cazar (porque para este propósito mas arma el sayal que la tela de oro), así tambien, pues el Hijo de Dios venía á reformar el mundo, que es hacer guerra á la vanidad, á las riquezas y deleites; este era el hábito que mas convenía para este propósito.

Con esta grandeza concuerdan todas las demas, así las que precedieron, como las que acompañaron y se siguieron despues deste misterio. Porque ántes desta venida precedieron entre judíos y gentiles infinitas profecías y figuras que la denunciaron y prometieron por todas las edades y siglos desde el principio del mundo; y cuando hubo de venir, vino tambien de la manera que convenía á tan alta Majestad. Fué concebido como convenía á Dios, por obra de Espíritu Sancto; nascido como Dios, porque de madre vírgen; conversó en este mundo como Dios, obrando infinitos milagros y haciendo infinitos beneficios; y murió como Dios, pues todos los elementos del mundo hicieron sentimiento en su muerte: despues de muerto resuscitó de los muertos, y subió á los cielos, y de ahí envió al Espíritu Sancto.

De manera que aunque él fué hombre como nosotros en la naturaleza, no lo fué en la indignidad y en la ignominia. Hombre fué de verdad como nosotros, mas concebido (como dijimos) de Espíritu Sancto, nascido de madre vírgen, alabado de ángeles, anunciado de profetas, y deseado de todas las gentes. Hombre fué como nosotros, mas hombre que sanctificaba á los hombres, que sanaba los enfermos, que alumbraba los ciegos, que limpiaba los leprosos, que hacia andar á los cojos y resuscitaba los muertos. Hombre fué como nosotros, mas hombre á quien obedescia la mar, á quien servian los elementos, á quien testificaban los cielos, de quien temblaban los demonios, y á quien glorificaban las voces de Dios. Hombre fué, y así murió como hombre; mas muerto venció la muerte, y sepultado saqueó al infierno; subió al cielo, y subido al cielo envió al Espíritu Sancto, y sanctificó al mundo. Y quien quisiere ver esta sanctificacion, ponga los ojos en aquella felicísima edad de la primitiva Iglesia, y verá los desiertos poblados de monjes, y los poblados llenos de mártires, de confesores, y de doctores, y de vírgenes. Verá derribados los templos de los ídolos, verá vencidos los tirannos, verá convertido el mundo, y entenderá que nadie era poderoso para hacer tan grandes maravillas sino Dios.

Lo que despues de todo se siguió, fué esta renovacion del mundo, acompañada con los triunfos admirables que en esta jornada alcanzó. Porque primeramente triunfó del reino del diablo (que casi en todo el mundo era adorado), cuyos altares y templos derribó. Triunfó del mundo, cuyos reyes y emperadores (no peleando, sino padesciendo) venció y subjectó. Triunfó de sus enemigos, cuya república y templo hasta hoy dia destruyó, y puso en perpetuo cautiverio. Y lo que mas es, triunfó del pecado que tan apoderado estaba de todos los hombres del mundo; pues tanta muchedumbre de sanctos se levantaron de nuevo, que vencieron este tiranno, vencedor de todos los reyes y emperadores del mundo. Y

(*b*) Eccles. 4.

finalmente, triunfó del infierno, pues lo saqueó; y tambien del cielo, pues nos lo abrió; y triunfará despues de la muerte, cuando le hará restituir todos los muertos, y volverá á la vida sus despojos. Por lo cual todo se ve claro cómo no es deshonra, sino grandísima gloria, hacerse Dios tal hombre cual aquí protestamos y confesamos que se hizo.

Ni hace contra esto haber padescido tan cruel y tan deshonrada muerte, pues en la muerte no hay deshonra, sino en la causa; porque así como padescer por maleficios es la mas amenguada cosa del mundo, así por el contrario, padescer por beneficios, esto es, por la patria, por la justicia, por la fe, por la castidad, y por la gloria y obediencia de Dios, es la cosa mas gloriosa y mas honrosa del mundo; y cuanto mayor fuere por esta causa la ignominia, tanto mayor será la gloria. Demas de que esta tan gloriosa muerte parió todas las muertes de los mártires, y todas las mortificaciones y virtudes de los confesores, y de todos los sanctos que ha habido en el mundo, los cuales con el ejemplo, esfuerzo y beneficio que desta gloriosa muerte recibieron, padescieron constantemente todo lo que convenía padescer por la virtud. Alaba pues, ó hombre, al Señor por este tan grande beneficio, considerando que pudiera él desamparar al hombre despues que pecó (sin perder por eso nada de su derecho), ó pudiéralo remediar por otro medio que no le fuera tan caro, y no quiso sino por este que á él era tan costoso, por ser mas conveniente para nuestro remedio. Y pues este Señor de tal manera se hizo nuestro medianero, que con sus merescimientos obligó á Dios, y con sus ejemplos á los hombres, el que quisiere valerse de sus merescimientos es razon que trabaje por imitar sus ejemplos.

CAPITULO XXXII.

De la encarnacion del Hijo de Dios: primero misterio gozoso del sanctísimo Rosario.

Despues que se cumplió el tiempo que la divina sabiduría tenia determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel Sant Gabriel á una vírgen llena de gracia, la mas bella, la mas pura y mas escogida de todas las criaturas del mundo; porque tal convenía que fuese la que habia de ser madre del Salvador del mundo. Y despues que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traia, y le declaró de la manera que se habia de obrar aquel misterio, que no habia de ser por obra de varon, sino por Espíritu Sancto; luego la Vírgen con humildes palabras, y devota obediencia consintió á la embajada celestial; y en ese punto el Verbo de Dios omnipotente descendió en sus entrañas virginales, y fué hecho hombre: para que desta manera, haciéndose Dios hombre, viniese el hombre á hacerse Dios.

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para nuestra salud (de la manera que en el preámbulo precedente está platicado), porque esta es una de las consideraciones que mas poderosamente arrebata y suspende el corazon del hombre en admiracion desta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud; dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como el medio por qué lo hizo; y mucho mas por el amor con que lo hizo, que sin comparacion fué mayor.

Despues desto pon los ojos en las virtudes excelentes desta Vírgen que Dios escogió para su templo y morada. Mira primeramente la pureza y gloria de su virginidad; pues ella fué la primera que trajo esta invencion al mundo, haciendo voto de perpetua virginidad. Mira su clausura y recogimiento, cual convenía á tal propósito; y los ejercicios espirituales de oraciones y lágrimas en que gastaria las noches y los dias en aquel su retraimiento. Mira el rigor de su silencio; pues entre tantas palabras como habló el Angel, habló ella tan pocas y tan necesarias. Mira tambien su humildad y obediencia en aquel final consentimiento que dió al Angel, diciendo: *Ecce ancilla Domini*, etc. La humildad en llamarse sierva la que era escogida por madre, y la fe en creer tan grandes misterios sin pedir señal, como Zacarías (*a*), y como otros pidieron; y la obediencia en resignarse y entregarse en las manos del Señor para lo que della quisiese hacer. Mas sobre todo esto es mucho mas para considerar los movimientos, los júbilos y los ardores que en aquel purísimo corazon entónces habria con la supervencion del Espíritu Sancto, y con la encarnacion del Verbo divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrescia, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fuéron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar á entender esto como ello fué?

CAPITULO XXXIII.

De la visitacion de nuestra Señora: segundo misterio gozoso del sanctísimo Rosario.

Como el Angel dijo á la Vírgen que su parienta Isabel en su vejez habia concebido un hijo, dice el Evangelio que se partió luego con gran priesa á visitarla. Y entrando en su casa, y saludándola humildemente, así como oyó Isabel la salutacion de María, saltó de placer el niño en su vientre. Y en este punto fué llena de Espíritu Sancto Isabel, y exclamó con una gran voz, diciendo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fructo de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan gran bien, que la Madre de mi Señor venga á mí?

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos: el niño Sant Juan, su Madre y la Vírgen. En el niño considera una tan extraña manera de movimiento y sentimiento como fué el que tuvo en la presencia de Cristo; porque allí le fué acelerado el uso de la razon, y le fué dado conocimiento de quién era el Señor que allí venía. De lo cual fué tan grande el alegría que recibió en su voluntad, que vino á hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grandeza del alegría del Espíritu Sancto. Donde podrás ver qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnacion de Cristo, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Sancto que fuese por este niño celebrado; y por consiguiente, qué es lo que deba hacer el que es ya hombre perfecto, que este niño encerrado en las angosturas del vientre de su Madre, tal sentimiento tuvo.

Mas en la Madre considera qué tan grande sería la admiracion y alegría desta sancta mujer con el súbito resplandor de tan gran luz (que es con el conoscimiento de tan grandes maravillas como allí le fuéron reveladas),

(*a*) Luc. 1.

pues en aquel instante por una muy alta manera le fué hecha revelacion casi de todo el discurso del Evangelio. Porque allí conosció que aquella doncella que tenia delante era Madre de Dios, y que habia concebido del Espíritu Sancto, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido, y que el mundo con su venida habia de ser reformado; y finalmente, allí conosció todo lo que el Angel con la misma Vírgen habia tratado. Pues si el estilo del Espíritu Sancto es dar el sentimiento de la voluntad conforme á la lumbre que da al entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y sentimientos de aquella sancta voluntad, precediendo tal lumbre en el entendimiento? No hay palabras que basten para explicar esto como es; porque por aquí veas cuán grandes sean los dones y favores de Dios aun en esta vida mortal para con los suyos.

Entendido por esta via el corazon desta sancta mujer, trabaja (como pudieres) por entender el corazon de la Vírgen, y las palabras de aquella maravillosa cancion que allí cantó sobre este tan alto misterio. Mira cuán alabada es allí la humildad, cuán detestada la soberbia, y cuán encarecida la misericordia, la fidelidad, y la providencia paternal de Dios para con los suyos. ¡Oh bienaventurada Vírgen! ¿qué sentia tu piadoso corazon cuando decias (*a*): Engrandesce mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, é hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso? Qué grandezas y qué maravillas eran esas? No es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la consideracion dellas. ¡Oh dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son á veces visitados y consolados de Dios!

CAPITULO XXXIV.

De la revelacion de la virginidad de nuestra Señora.

Vuelta la Vírgen á su casa, como el sancto Josef la vió preñada, y no sabía de dónde esto fuese, dice el Evangelista (*a*), que no queriendo acusarla, se quiso ir y desampararla, hasta que el ángel de Dios le apareció en sueños, y le reveló este tan grande misterio.

Acerca de lo cual primeramente considera la grandeza del trabajo que padesceria la Vírgen en este tiempo, viendo al esposo tan amado con tan grande turbacion y afliccion como consigo traia: para que por aquí veas cómo á tiempo desampara el Señor á los suyos, y los ejercita y prueba con grandes angustias y tribulaciones para acrescentar su perfeccion.

Considera tambien la paciencia, y el silencio, y la confianza con que la Vírgen padesceria este trabajo, pues ni por eso perdió la paz de su conciencia, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, ni perdió la confianza de que el Señor volveria por su innocencia; sino puesta en continua oracion, descubria y encomendaba al Señor su causa.

Piensa luego en la revelacion hecha al sancto Josef: para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, mortifica y da vida, derriba hasta los abismos y saca dellos; y cómo finalmente es verdad lo que dice el Apóstol (*b*): Sabe muy bien el Señor librar á los justos de la tribulacion.

Aquí puedes tambien considerar qué tan grande sería el alegría deste sancto varon cuando hallase innocencia en quien tanto deseaba hallarla, y qué tan grande sería el alegría de la Vírgen, viendo por una parte el esposo dulcísimo despenado, y vueltas sus lágrimas en alegría; y por otra considerando el socorro de la divina Providencia, y la fidelidad que el Señor mantiene con todos aquellos que fielmente esperan en él. Pues ¿qué sería ver allí con cuantas lágrimas el esposo pediria perdon á la esposa de la sospecha pasada? ¿Y con qué ojos la miraria de ahí adelante? Y con cuánta reverencia y acatamiento la trataria? ¿Y qué sería ver las lágrimas de la Vírgen, y las alabanzas con que alabarian á Dios toda aquella noche por este tan gran beneficio?

(*a*) Luc. 1. (*a*) Matth. 1. (*b*) 2 Petr. 2.

CAPITULO XXXV.

Del nascimiento del Hijo de Dios: tercero misterio gozoso del sanctísimo Rosario.

En aquel tiempo, dice el Evangelista (*a*), que mandó el emperador César Augusto que todas las gentes fuesen á sus tierras á escribirse. Por cuya causa la sagrada Vírgen caminó de Nazaret á Betlem á cumplir este mandamiento, donde cumplidos los nueve meses parió su Hijo, y (como dice el Evangelista) lo envolvió en pañales, y recogió en un pesebre, porque no tenia otro mas conveniente lugar en aquella posada.

Aquí puedes primeramente considerar el trabajo que la Vírgen pasaria en este camino, pues el tiempo era tan contrario al caminar, y ella era tan delicada, y la despensa y provision para el camino tan pobre. Camina pues tú con el espíritu en esta sancta romería, y sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos sanctos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, otras dulcemente platicando, y así alternando los ejercicios, vencian el trabajo del caminar.

Pon luego los ojos en la sacratísima Vírgen, y mira con qué amor y reverencia abrazaria aquel sancto Niño, cómo lo adoraria, con qué devocion lo arrimaria á sus pechos, y le daria su leche, y cuáles serían allí las alegrías de su corazon, cuántas las lágrimas de sus ojos, viéndose Madre de tal Hijo, viéndose abrazada con tal tesoro, y viéndose finalmente parida sin dolor y menoscabo de su pureza virginal.

Mira luego con cuánta devocion y compasion lo acostaría en aquel pesebre, donde hallarás maravillosos ejemplos de humildad, pobreza, aspereza y caridad del Hijo de Dios. ¿Qué mayor humildad que nascer en un establo? Qué mayor pobreza que los pañales en que fué envuelto? Qué mayor aspereza que ser en tan tierna edad reclinado en un pesebre? Qué mayor caridad que ponerse á padescer todos estos trabajos por nuestra causa el Señor de todo lo criado? Y mira cómo las cosas mas bajas escogió Dios, por do paresce que estas deben ser las mejores, aunque todo el mundo lo contradiga.

Tambien tienes aquí que mirar (demas de aquellas dos resplandescientes lumbres, Madre é Hijo) las lágrimas y alegría del sancto Josef, los cantares de los ángeles, y particularmente la devocion de los pastores. Y si tú quieres que te quepa alguna parte de esta fiesta, como á ellos, trabaja por imitar la simplicidad, la humildad, la pobreza y las vigilias dellos, y serás visitado de los ángeles, y cercado de luz como ellos. No seas doblado, ni malicioso, ni ambicioso; conténtate con las riquezas

(*a*) Luc. 2.

de la simplicidad, vive segun naturaleza, y luego este Niño, amador de simples y de niños, te hará participante destos misterios.

En cabo de todo esto mira cómo la sacratísima Vírgen meditaba y conferia todos estos misterios en su corazon, como dice el Evangelista (*b*), para que por aquí veas cuán alto y cuán divino ejercicio sea la consideracion de la vida de Cristo, pues aquella que fué consumadísimo dechado de toda perfeccion y contemplacion, tan á la continua se ejercitaba en él.

CAPITULO XXXVI.

De la circuncision del Señor.

Pasados ocho dias, dice el Evangelista que fué circuncidado el Niño, y le fué puesto por nombre Jesus: el cual nombre fué declarado por el Angel ántes que en el vientre fuese concebido (*a*).

Acerca deste misterio puedes primeramente considerar el dolor que padesceria aquella delicadísima y ternísima carne con este nuevo martirio; el cual era tan grande (especialmente al tercero dia), que algunas veces acontescia morir dél. Por donde verás lo que debes á este Señor, que tan temprano comenzó á padescer tan graves dolores, y hacer tan dura penitencia por las demasías y torpezas de tus culpas. Y mira cómo el primer dia de su nascimiento derramó lágrimas, y el octavo sangre; para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre cada vez mas.

Considera tambien el dolor y lágrimas de Sant Josef, que tan tiernamente amaba á este Niño (que por ventura fué el ministro desta circuncision), y mucho mas de su sacratísima Madre, que mucho mas le amaba; y mira la diligencia que pondria en arrullar y acallar al Niño (que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba), y con qué reverencia recogeria aquellas sanctas reliquias, y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conoscia.

Mira tambien cuán tarde comenzó el Hijo de Dios á predicar, y cuán temprano á padescer, pues á los treinta años comenzó la predicacion, y á los ocho dias padesció la circuncision, y comenzó á hacer oficio de Redemptor. Mira cómo aquel Esposo de sangre comienza ya á derramar sangre por su esposa la Iglesia. Mira cómo el segundo Adam, salido del paraíso de las entrañas virginales, comienza ya á saber de bien y de mal; y mira cómo aquel caudaloso mercader y Redemptor del linaje humano comienza ya á dar señal de la paga advenidera, derramando agora esta poquita de sangre en prendas de la mucha que adelante derramará. Por aquí verás con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comenzó á dar por el hombre este tesoro. Adora pues, ó ánima mia, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud; la cual sola bastara para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan superabundantemente satisfacer por nuestras culpas.

Mira tambien cómo hoy le ponen por nombre Jesus (que quiere decir Salvador), para que si la señal de pecador te desmayaba, te esfuerce este dulcísimo y eficacísimo nombre de Salvador. Adora pues, ó ánima mia, abraza y besa este dulcísimo nombre, mas dulce que la miel, mas suave que el oleo, mas medicinable que el bálsamo, y mas poderoso que todos los poderes del mundo. Este es el nombre que deseaban los patriarcas, por quien suspiraban los profetas, á quien repetian y cantaban los salmos, y todas las generaciones del mundo. Este es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocacion se salvan los pecadores.

(*b*) Luc. 2. (*a*) Luc. 2.

CAPITULO XXXVII.

De la adoracion de los Magos.

Entre las maravillas que acaescieron el dia que el Salvador nasció, una dellas fué aparecer una nueva estrella en las partes de Oriente, la cual significaba la nueva luz que habia venido al mundo para alumbrar á los que vivian en tinieblas y en la region de la sombra de la muerte. Pues conociendo unos grandes sabios (que en aquella region habia) por especial instinto del Espíritu Sancto, lo que esta estrella significaba, parten luego á adorar á este Señor. Y llegados á Hierusalem, preguntan por el lugar de su nascimiento. E informados desto, y guiándolos la misma estrella que habian visto en Oriente, llegaron al portalico de Betlem, y allí hallaron al Niño en los brazos de su Madre; y prostrados en tierra, le adoraron, y ofrescieron sus dones, que fuéron oro, incienso y mirra.

Donde puedes primeramente considerar la bondad y caridad inefable deste Señor, el cual apénas habia nascido en el mundo, cuando luego comenzó á communicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo con su estrella los hombres á sí desde el cabo del mundo: para que por aquí veas que no huirá de los que le buscan con cuidado, el que con tanta diligencia buscó á los que estaban tan descuidados.

Tambien puedes considerar la devocion, la fe y la ofrenda destos sanctos Reyes, y el misterio que por ella nos es significado. La devocion, en ver á cuánto trabajo y peligro, y á cuán largo camino se pusieron para ir á adorar á este Señor, y gozar de su presencia corporal: para que tú por aquí condenes tu pereza, viendo por cuán poco trabajo dejas muchas veces de gozar deste mismo beneficio, por no acudir á las iglesias, y frecuentar ahí los sacramentos. La fe, viendo con cuánta humildad y reverencia adoraron como á Rey y como á Dios al que estaba tan pobremente aposentado y acompañado; porque si fué grande la fe del buen ladron, que en la cruz conosció á este Señor, no es menor la destos sanctos Reyes, que en una tan grande humildad adoraron y reconoscieron la divinidad soberana. Mas la ofrenda que juntaron con esta fe, nos enseña que debemos acompañar nuestra fe con obras dignas de tal fe, pues la fe sin ellas está muerta.

Pero considerando mas profundamente el misterio desta ofrenda, hallarémos que en ella está significada la summa y cumplimiento de toda la justicia cristiana; porque tres cosas comprehende esta justicia, que son cumplir con Dios, y con nosotros, y con nuestros prójimos: y con estas tres partes cumple perfectamente quien estos tres dones espiritualmente ofresce; conviene á saber, le ofresce incienso de devocion para con Dios, y mirra de mortificacion para consigo, y oro de caridad para con sus prójimos.

Con lo primero cumple el hombre, trayendo una con-

tinuada oracion y elevacion del espíritu inflamado para con Dios. Con lo segundo, reformando todas las partes y fuerzas de su cuerpo y ánima, castigando la carne, mortificando las pasiones, enfrenando la lengua y recogiendo la imaginacion. Mas con lo tercero cumple socorriendo á las necesidades de sus prójimos con caridad, y sufriendo sus faltas con paciencia, y tratándolos benignamente con suavidad y buenas palabras. De suerte que el que quisiere ser perfecto cristiano, ha de tener en un corazon tres corazones, conviene á saber: un corazon devotísimo, humildísimo y inflamadísimo para con Dios, y otro rigurosísimo y vigilantísimo para consigo, y otro liberalísimo, sufridísimo y suavísimo para con los prójimos. Bienaventurado el que adora la Trinidad en unidad, y bienaventurado el que tiene estas tres maneras de corazones en un corazon.

Ultimamente puedes aquí considerar el alegría que la sagrada Vírgen recibiria en este paso, viendo la devocion y fe destos sanctos varones, y levantando los ojos á las esperanzas que aquellas primicias prometian, y viendo este nuevo testimonio de la gloria de su Hijo entre los otros que habian precedido, que eran Hijo sin padre, Vírgen y Madre, parto sin dolor, cantar de ángeles, adoracion de pastores, y agora esta ofrenda de reyes, venidos del cabo del mundo. Pues ¿cuáles serían aquí las alegrías de su ánima, y cuáles las lágrimas de sus ojos? Cuáles los ardores y júbilos de su purísimo corazon?

CAPITULO XXXVIII.

De la purificacion de Nuestra Señora: cuarto misterio gozoso del sanctísimo Rosario.

Cumplidos los cuarenta dias que mandaba la ley (*a*) para haberse de purificar la mujer que paria, dice el Evangelista (*b*), que fué la Vírgen á Hierusalem á cumplir esta ley, y ofrescer el sancto Niño en el templo, donde fué recibido en los brazos del sancto Simeon, que tanto tiempo aguardaba por este dia, y donde tambien fué conoscido y adorado por aquella sancta viuda Anna, que acudió allí á esta sazon. Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima desta Vírgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal mas pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de subjectarse á las leyes de la purificacion, y ofrescer sacrificio que pertenescia á mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevaban la Madre y el Hijo, del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no queremos parecerlo; mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo (*c*). Porque del Hijo se dice que despues de los ocho dias se subjectó al remedio de la circuncision (que era señal de pecadores), y de la Madre, que despues de los cuarenta dias se subjectó á la ley de la purificacion, que era sacrificio de no limpias.

Considera tambien la grandeza del alegría que aquel sancto Simeon recibiria con la vista y presencia deste Niño, la cual excede todo encarescimiento. Porque cuando este varon (que tanto celo tenia de la gloria de Dios y de la salud de las almas, y que tanto deseaba ver ántes de su partida á aquel en cuya contemplacion respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos); cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conosciese por revelacion del Espíritu Sancto que dentro de aquel cuerpecico estaba encerrada toda la majestad de Dios; y viese juntamente en presencia de tal Hijo, tal Madre, ¿qué sentiria su piadoso corazon con la vista de dos tales lumbreras, y con el conoscimiento de tan grandes maravillas? Qué diria, qué sentiria? Qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y alteracion de su rostro, y la devocion con que cantaria aquel suavísimo cántico, en que está encerrada la summa de todo el Evangelio? ¡Oh Señor, y cuán dichosos son los que os aman y sirven; y cuán bien empleados sus trabajos, pues aun ántes de la paga advenidera tan grandemente son remunerados en esta vida!

(*a*) Levit. 22. (*b*) Luc. 2. (*c*) Ibid.

Despues que así hubieres considerado el corazon deste sancto viejo, trabaja por considerar y entender el corazon de la sanctísima Vírgen, y hallarla has por una parte llena de inefable alegría y admiracion, oyendo las grandezas y maravillas que deste Niño se decian; y por otra, llena de grandísima y incomparable tristeza, mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este sancto varon del mismo Niño le profetizaba. Pues ¿por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese á esta innocentísima Esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? Por qué no estuviera este misterio debajo de silencio hasta el mismo tiempo del trabajo, para que entónces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazon con que esta doncella sea siempre vírgen, sino quieres tambien que sea siempre mártir? Por qué afliges á quien tanto amas, á quien tanto te ha servido, y á quien nunca te ha deservido, y á quien nunca te hizo por donde meresciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas; por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitacion de Cristo, y del premio de los trabajos; que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie pues infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios cuando se viere atribulado, pues la mas amada y mas favorecida de todas las criaturas, fué la mas lastimada y afligida de todas.

CAPITULO XXXIX.

De la huida á Egipto.

Despues que los sanctos Magos se volvieron á su tierra por otro camino, segun que les fué dicho por el Angel (*a*), viendo Heródes burladas sus esperanzas (como no tuviese nueva cierta del Niño), determinó matar todos los niños que habia en la tierra de Betlem, por matar entre ellos este que tanto deseaba. Entónces apareciendo el Angel en sueños á Josef (*b*), le dijo que tomase al Niño y á su Madre, y huyese con ellos á tierra de Egipto; porque Heródes andaba en busca del Niño para matarlo. El cual levantándose de noche, tomó al Niño y á su Madre, y se fué á Egipto, y estuvo allí siete años, hasta la muerte de Heródes; despues de la cual otra vez por el mismo Angel fué amonestado que se volviese á la tierra de Israel (*c*); porque ya eran muertos los que procuraban la muerte del Niño.

Aquí puedes primeramente considerar cuál sería el

(*a*) Matth. 2. (*b*) Ibid. (*c*) Ibid.

sobresalto que la Vírgen recibiria con esta nueva (viendo que un rey tan poderoso andaba en busca del Hijo que ella tanto amaba, para matarlo), y cuán lijeramente se levantaria y desampararia toda aquella pobreza que tenia, por poner en cobro aquel tan precioso tesoro; y qué lágrimas de compasion iria derramando por todo aquel camino sobre el rostro del Niño que en sus virginales brazos llevaba, viendo cómo ya comenzaban á cumplirse las profecías dolorosas de aquel sancto viejo Simeon, que eran las persecuciones y trabajos que aquel Señor habia de padescer.

Mira tambien cuál será la vida y los trabajos de aquella Señora todos los siete años que estuvo en tierra de gentiles, donde veia adorar piedras y palos en lugar del verdadero Dios; y donde tan poco refrigerio hallaria entre gente pagana para todas las necesidades que se le ofresciesen, especialmente siendo ella extranjera y pobre, y tan pobre, que por falta de cordero ofresció el dia de su purificacion un par de tórtolas ó palominos, que era la ofrenda de los pobres (*d*).

Y juntamente con esto considera cuán temprano comenzó este Señor á padescer destierros, y persecuciones, y contradicciones del mundo; para que por aquí entiendan los que fueren miembros suyos, y participaren su mismo espíritu, que no han de esperar ménos del mundo de lo que el Señor dellos esperó. Y así tambien entiendan que, como despues de nascido Cristo no faltó un Heródes que lo persiguiese, así despues de haber nascido él espiritualmente en nuestras ánimas, no han de faltar muchos Heródes que le persigan, y le quieran matar en ellas, para que no viva en nuestro corazon.

CAPITULO XL.

Del niño Jesus perdido, y hallado en el templo: quinto misterio gozoso del sanctísimo Rosario.

Y siendo ya el Niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem (segun la costumbre del dia de la fiesta) quedóse el niño Jesus en el templo sin que ellos lo supiesen (*a*). Y despues que lo hallaron ménos, y le buscaron tres dias con grandísimo dolor, vinieron á hallarlo en el templo asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente, y poniendo á todos en admiracion con la grandeza de su prudencia, y con sus respuestas.

Aquí puedes considerar primeramente cuán grande sería el dolor que la sacratísima Vírgen en estos tres dias padesceria, habiendo perdido un tan grande y tan incomparable tesoro; y con cuánta diligencia, con cuánto cuidado y con cuántas lágrimas lo buscaria por todas partes; y con cuánta devocion y humildad por una parte suplicaria á Dios le deparase aquel tesoro, y con cuánta obediencia, por otra, se resignaria en sus manos, y haria sacrificio de sí y de su amantísimo Isaac al commun Señor de ambos.

Pues ya cuando pasados estos tres dias de tan grande martirio, lo viniese á hallar en auto de tanta admiracion; ¿cuál sería allí su gozo y su alegría? ¡Cuán dulces abrazos le daria! ¡Cuántas lágrimas derramaria! ¡Cómo se encontrarian allí las lágrimas del dolor y del alegría juntamente! Las del dolor, por haberlo perdido; y las del alegría, por haberle hallado de la manera que le halló. Por donde conocerás cómo no es perpetua la consolacion ni la desconsolacion de los siervos de Dios en este mundo; porque el Señor que á tiempos los aflige y ejercita, á tiempos tambien los consuela (*b*); y segun la muchedumbre de los dolores de su corazon, así y mucho mayor es la de su consolacion.

Aprende tambien de aquí á no desmayar cuando algunas veces perdieres de vista este Señor (quiero decir, el alegría y consolacion espiritual que dél nos viene), pues esta sacratísima Vírgen lo perdió sin culpa suya, por sola voluntad y dispensacion divina. Y aprende tambien della á resignarte en las manos del mismo Señor cuando así le perdieres, estando aparejado á padescer el martirio desta ausencia por todo el tiempo que él fuere servido, aunque no por eso debes aflojar ni descuidarte cuando así te vieres, ántes en este tiempo debes andar con mayor recato, y buscar lo que perdiste, con mayor cuidado, como lo hizo esta Vírgen; la cual perdió á tiempos este tesoro para nuestro consuelo, y despues lo buscó para nuestro ejemplo, y finalmente lo halló para nuestro esfuerzo. Porque por esta causa hace el Señor estas ausencias, para darnos materia de todos estos ejercicios de virtudes. Vase, para humillarnos; viene, para consolarnos; y entretiénese, para probarnos, y purgarnos, y ejercitarnos, y darnos conoscimiento de lo que somos.

Lo último considera la subjeccion y obediencia deste Señor para con sus padres, de que hace mencion el Evangelista (*c*), para que espantado de tan grande obediencia, y confundido de tu gran soberbia, aprendas de aquí á subjectarte y obedescer no solamente á los iguales y mayores, sino tambien á los menores, por ejemplo deste Señor. Y mira cómo desde esta edad hasta los treinta años de su vida no se escribe ni que predicase, ni que hiciese alguna maravilla, aunque no hizo poco en callar todo este tiempo, para enseñarnos á no hablar ni predicar ántes de tiempo; para que el mismo Señor que es maestro del hablar, nos lo fuese tambien del silencio, que nos es mas necesario.

CAPITULO XLI.

Del bautismo del Señor.

Llegados pues los treinta años de su edad, caminó el Señor al rio Jordan á ser allí bautizado de Sant Juan á vueltas de los otros publicanos y pecadores (*a*).

Pues ¿con cuánta humildad y mansedumbre, y con qué hábito y semblante tan humilde se junta el Señor de los ángeles con los públicos pecadores, para recibir el remedio y el lavatorio de los pecados? ¡Oh hermosura del cielo! Oh fuente de limpieza y de vida, ¿qué á tí con el lavatorio de las inmundicias? Qué á tí con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado? No era razon que tan grande humildad como esta pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condicion del Señor es humillar los soberbios, y glorificar los humildes. Y así acaesció en este paso, porque allí se abrieron los cielos, y bajó el espíritu Sancto en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre, que decia (*b*): Este es mi Hijo muy amado en quien yo me agradé; á él oid. Y generalmente acaesció esto en todos los pasos de la vida deste Señor, que donde quiera que él mas se humilló, ahí fué mas particularmente glorificado de Dios. Nasce en un establo, y ahí es ala-

(*a*) Luc. 2. (*a*) Ibid.

(*b*) Psalm. 93. (*c*) Luc. 2. (*a*) Matth. 4. (*b*) Luc. 3.

bado y cantado en el cielo. Es circuncidado como pecador, y ahí le ponen por nombre Jesus, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se escurecieron los cielos, y tembló la tierra, y se rasgaron las piedras, y resuscitaron los muertos, y se alteró todo el mundo. Pues así en este misterio, por una parte es bautizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado por Hijo de Dios; para que por aquí vean todos los que fueren miembros suyos, que nunca jamas se humillarán por amor de Dios, que no sean por esta causa glorificados y honrados por el mismo Dios.

CAPITULO XLII.

Del ayuno y la tentacion.

Acabado el bautismo, fué llevado el Señor por el Espíritu Sancto al desierto, donde estuvo cuarenta dias ayunando, orando y padesciendo diversas tentaciones del enemigo (*a*). Todo esto es nuestro, y todo para nuestro bien: la soledad, para nuestro ejemplo; la oracion, para nuestro remedio; el ayuno, para la satisfaccion de nuestras deudas; y la pelea con el enemigo, para dejarnos vencido y debilitado nuestro adversario. Acompaña pues tú, hermano mio, al Señor en estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa; pues aquí se están haciendo tus negocios, y pagándose tus delitos. Imita en todo lo que pudieres á este Señor: ora con él, mora á tiempos en la soledad con él, y junta tus trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos agradables á Dios.

CAPITULO XLIII.

De la transfiguracion.

Desta soledad camina para otra soledad, y deste monte á otro monte: esto es, del monte de la penitencia, al monte de la gloria; y del monte del ayuno y oracion, al monte de la transfiguracion (pues el uno es camino para el otro), donde verás al Señor en presencia de los tres amados discípulos transfigurado, resplandesciendo su rostro como el sol, y sus vestiduras como la nieve (*a*). Donde en la voz del cielo conocerás al Padre, y en la nube al Espíritu Sancto (que templa con su gracia los ardores de nuestra concupiscencia), y donde verás á Moisen y Elías en medio de aquella gloria tratar con el Señor, de los dolores y tormentos de su pasion.

Oye tambien la voz de Pedro, que dice (*b*), sin saber lo que se decir: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os place, hagamos aquí tres moradas, una para vos, y otra para Moisen y otra para Elías. Por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro, porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo dellos, sabe á su tiempo consolarlos, y visitarlos, y darles algunas veces en esta vida á probar las primicias de la gloria advenidera, para que no caigan con la carga, ni desmayen en la jornada, ántes se esfuercen para el trabajo que les queda. Y cuán grandes sean estos deleites, Sant Pedro nos los da á entender; pues tan alienado y tan fuera de sí estaba en aquel tiempo, que no sabía lo que se decia, ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza del gusto que allí sentia, ni quisiera él jamas apartarse de

(*a*) Matth. 4. (*a*) Matth. 17. (*b*) Matth. 17.

aquel lugar, ni dejar de estar bebiendo siempre de aquel suavísimo licor.

Mira tambien que, como dice Sant Lúcas (*c*), estando el Señor en oracion, fué desta manera transfigurado: para que por aquí entiendas cómo en el ejercicio de la oracion suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida; y finalmente, un corazon tan esforzado y tan otro, que no paresce que es el mismo que ántes era, por haberlo desta manera transfigurado el Señor.

Y mira tambien lo que se trata en medio destos tan grandes favores, que es de los grandes trabajos que se han de padescer en Hierusalem: para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes, y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de tener el siervo de Dios en este tiempo, que han de ser determinaciones y deseos de padescer y poner la vida por aquel que tan dulce se le ha mostrado, y tan digno de que todo esto y mucho mas se haga por su servicio. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzuras, entónces ha de estar él pensando en los dolores que por él ha de padescer.

CAPITULO XLIV.

De la predicacion de Cristo y sus milagros.

Despues desto considera cómo llegado ya el Señor á edad perfecta comenzó á entender en el oficio de la predicacion y salvacion de las almas (*a*). Donde se te ofresce materia de considerar con cuánto celo de la honra de Dios, y con cuánto deseo de la salud de los hombres discurria este Señor por toda aquella tierra, de ciudad en ciudad, de villa en villa; ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria, predicando y haciendo tantos beneficios á los hombres, curando los enfermos, lanzando los demonios, enseñando los simples, recibiendo y perdonando los pecadores. Mira pues con cuánta caridad aquel buen Pastor andaba por los montes y valles buscando la oveja perdida, para traerla sobre sus hombros á la manada, y cuántos trabajos, pobrezas, frios, calores, persecuciones, contradicciones y calumnias de fariseos padesció andando en esto, predicando de dia, y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero Padre, Pastor, Salvador y remediador nuestro.

Mira tambien aquí cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversacion y remediarlos con su doctrina. Testigo desta misericordia es Mateo, el publicano (*b*); testigo Zaqueo, príncipe de los publicanos (*c*); testigo aquella mujer pecadora, que á sus piés fué recibida (*d*), y testigo la mujer adúltera, que tan benignamente fué perdonada (*e*). Sigue pues, ó ánima mia, este Señor con Mateo, y recíbelo en la posada de tu ánima con Zaqueo, y lava sus piés con lágrimas con la mujer pecadora, para que con ella tambien merezcas oir aquella dulce palabra: Tus pecados te son perdonados.

(*c*) Luc. 19. (*a*) Matth. 4. (*b*) Matth. 9. (*c*) Luc. 19. (*d*) Luc. 7. (*e*) Joan. 8.

CAPITULO XLV.

De la entrada en Hierusalem con los ramos.

Acabados los discursos y oficio de la predicacion del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel sacrificio de la pasion, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar de la pasion, donde habia de dar cabo á la redempcion del género humano. Y porque se viese con cuánta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este cáliz, quiso ser recibido este dia con grande fiesta, saliéndole á recibir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz, y diciendo (*a*): Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Junta pues, hermano mio, tus voces con estas voces, y tus alabanzas con estas alabanzas, y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo hace. Porque, aunque le debes mucho por lo que por tí padesció, mucho mas le debes por el amor con que padesció. Y aunque fuéron tan grandes los tormentos de su pasion, mucho mayor fué el amor de su corazon, y así mas amó que padesció, y mucho mas padesceria si nos fuese necesario. Sal pues al camino á recibir á este tan noble triunfador, y recíbelo con voces de alabanza, y con ramos de oliva, y palmas en las manos, y con tender tus proprias vestiduras por tierra para celebrar la fiesta desta entrada.

Las voces de alabanza son la oracion y el hacimiento de gracias; las olivas, las obras de misericordia; y las palmas, la mortificacion y victoria de las pasiones; y el tender las ropas por tierra, el castigo y maltratamiento de nuestra carne. Persevera pues en oracion para glorificar á Dios, y usa de misericordia para socorrer al prójimo, y con esto mortifica tus pasiones y castiga tu carne, y desta manera recibirás en tí al Hijo de Dios.

Aquí tambien tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos excesos. ¿Quieres pues ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco dias lo tuvo por peor que Barrabas, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo (*b*): Crucifícalo. De manera que el que hoy le predicaba por hijo de David (que es por el Sancto de los sanctos), mañana le tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabas. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal y mas inconstante en sus paresceres, que el juicio y testimonio deste mundo? Hoy dice, y mañana se desdice; hoy alaba, y mañana blasfema; hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos; hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabas. Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas y deste engañoso monstruo, que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su proprio interese.

No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano; y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros. Porque no tiene otro ningun peso para medir la virtud, sino solo su interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y de sus engaños? ¿A quién jamas guardó fielmente su palabra, á quién dió lo que prometió, con quién tuvo amistad perpetua, á quién conservó mucho tiempo lo que dió, á quién jamas vendió vino, que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de fiel, que á ninguno fué fiel. Este es aquel falso Júdas, que besando á sus amigos, los entrega á la muerte (*c*); este aquel traidor de Joab, que abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo (*d*). Pregona vino, y vende vinagre; promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar; peligroso para tener, y dificultoso de dejar.

¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto, en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parescer algo, de dentro vacío; por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso!

CAPITULO XLVI.

Preámbulo de la pasion del Señor.

Conclusion es de todos los doctores (*a*), que los dolores y tormentos que el Hijo de Dios sufrió en su pasion, exceden á todos cuantos dolores se han hasta hoy en el mundo padescido. Si preguntas la causa desto, entre innumerables maneras de causas y conveniencias que para esto hay, la principal fué la grandeza de su caridad, y la grandeza de nuestra necesidad, porque á la grandeza de su caridad pertenescia redimirnos copiosísima y perfectísimamente, y la grandeza de nuestra necesidad pedia esta manera de remedio tan grande, porque ¿quién podrá explicar cuán inhábil quedó el hombre por el pecado para todo lo bueno, especialmente para poner todo su amor, temor y esperanza en Dios, y asimismo para las virtudes de la humildad, de la castidad, de la paciencia, de la obediencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, de la aspereza de vida, de la victoria de sí mismo, y finalmente para todos los trabajos y ejercicios virtuosos? Porque como por el pecado quedó el hombre tan resfriado en el amor de Dios, y tan encendido en el amor de sí mismo, de aquí procedió quedar tan inhábil y tan manco para todo lo bueno.

Pues aquel Señor que vino á remediar todos estos males, convenía que remediase estos dos principales, transformando nuestro corazon de tal manera, que lo hiciese arder en el amor que estaba tan frio, y lo enfriase en el que estaba tan fervoroso.

Pues esto hizo nuestro benditísimo Salvador y reformador, no solo meresciéndonos y enviándonos al Espíritu Sancto para que hiciese aquesta tan excelente y maravillosa transformacion, sino tambien dejándonos en su vida, y mucho mas en su muerte, eficacísimos y potentísimos estímulos para todas estas virtudes. Para lo cual propondrémos agora los principales pasos y misterios de su sagrada Pasion, en la cual hallará el hombre tan grandes estímulos é incentivos, por una parte

(*a*) Matth. 21. (*b*) Joan. 19.

(*c*) Matth. 26. (*d*) 2. Reg. 3. (*a*) D. Thom. 3. part. quæst. 46. art. 6.

para amar, temer y esperar en Dios; y por otra para las virtudes contrarias á nuestra carne, como son humildad, paciencia y obediencia, con todas las demas, que no podrá dejar de quedar muchas veces atónito de ver cómo no arde el mundo en amor de tal Dios, y cómo no desea de padescer mil cuentos de martirios por tal Señor, segun son grandes los motivos que hallará aquí para lo uno y para lo otro.

CAPITULO XLVII.

De la cena del Señor, y el lavatorio de los piés.

Entre todas las obras memorables que obró nuestro Salvador en este mundo, una de las mas dignas de perpetua recordacion, es aquella postrera cena que cenó con sus discípulos, donde no solamente se cenó aquel cordero figurativo que mandaba la ley, sino el mismo Cordero sin mancilla, que era figurado por el de la ley. En el cual convite resplandesce primeramente una maravillosa suavidad y dulzura de Cristo en haber querido asentarse á una mesa con aquella pobre escuela (que es con aquellos pobres pescadores), y juntamente con el traidor que lo habia de vender, y comer con ellos en un mismo plato. Resplandesce tambien una espantosa humildad, cuando el Rey de la gloria se levantó de la mesa, y ceñido con un lienzo á manera de siervo, echó agua en un baño, y prostrado en tierra comenzó á lavar los piés de los discípulos, sin excluir dellos al mismo Júdas que lo habia vendido. Y resplandesce sobre todo esto una inmensa liberalidad y magnificencia deste Señor, cuando aquellos primeros sacerdotes (y en aquellos á toda la Iglesia) dió su sacratísimo cuerpo en manjar, y su sangre en bebida; porque lo que habia de ser el dia siguiente sacrificio y precio inestimable del mundo, fuese nuestro perpetuo viático y mantenimiento, y tambien nuestro sacrificio cuotidiano.

Mas ¿quién podrá explicar los efectos y virtudes deste nobilísimo Sacramento? Porque con él, por una manera maravillosa, es unida el ánima con su Esposo; con él se alumbra el entendimiento, avívase la memoria, enamórase la voluntad, deleitase el gusto interior, acreciéntase la devocion, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.

¡Oh maravilloso Sacramento! ¿Qué diré de tí? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, tú eres medicina de nuestras llagas, tú eres consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su Testamento, compañía de nuestra peregrinacion, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del divino amor, y prenda y tesoro de la vida cristiana. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas deste sacramento? Quién podrá agradecer tal beneficio? Quién no se derretirá en lágrimas, viendo á Dios corporalmente unido consigo? Faltan las palabras, y desfallece el entendimiento considerando las virtudes deste soberano misterio; mas nunca debe faltar en nuestras ánimas el uso y el agradescimiento dél.

CAPITULO XLVIII.

De la oracion del Huerto: primero misterio doloroso del sanctísimo Rosario.

Acabada pues la sacratísima cena y ordenados los misterios de nuestra salud, abrió el Salvador la puerta á todas las angustias y dolores de su pasion: para que todos viniesen á embestir sobre su piadoso corazon; para que primero fuese crucificado y atormentado en el ánima, que lo fuese en su misma carne. Y así dicen los evangelistas (*a*) que tomó consigo tres discípulos suyos de los mas amados, y comenzando á temer y angustiarse, díjoles aquellas dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad conmigo. Y él, apartándose un poco dellos, fuese á hacer oracion, para enseñarnos á recurrir á esta sagrada áncora todas las veces que nos halláremos cercados de alguna grave tribulacion. Y la tercera vez que oró, fué tan grande la agonía y tristeza de su ánima, que comenzó á sudar gotas de sangre que corrian hasta el suelo, y á decir aquellas palabras: Padre, si es posible, traspasa este cáliz de mí.

Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que habia de padescer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginacion suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo (por los cuales padescia), y el desagradescimiento de tantas ánimas, que ni habian de reconoscer este beneficio, ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella hasta correr en tierra. Y si la carne (que de sola recudida padescia estos dolores) tal estaba, ¿qué tal estaria el ánima que derechamente los padescia? Testigos desto fuéron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su sacratísimo cuerpo corrian; porque una tan extraña manera de sudor como este, nunca visto en el mundo, declara haber sido este el mayor de todos los dolores del mundo, como á la verdad lo fué. Pues ¡oh Salvador, y Redemptor mio! ¿de dónde á tí tanta congoja y afliccion, pues tan de voluntad te ofreciste por nosotros á beber el cáliz de la pasion? Esto hiciste, Señor, para que mostrándonos en tu persona tan ciertas señales de nuestra humanidad, nos firmases en la fe; y descubriéndonos en tí este linaje de temores y dolores, nos esforzases en la esperanza; y padesciendo por nuestra causa tan terribles tormentos como aquí padesciste, nos encendieses en tu amor.

CAPITULO XLIX.

De la prision del Salvador, y presentacion ante los pontífices.

Con cuánta prontitud y voluntad se haya ofrescido el Salvador por nosotros al sacrificio de la pasion (*a*), fácilmente se conoce, viendo cómo él mismo salió á los que le venian á prender, aunque venian tan pertrechados, y tan armados con linternas, y hachas, y lanzas. Y para que conociese la presumpcion humana que ninguna cosa podia contra la omnipotencia divina, ántes que le

(*a*) Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. (*a*) Joan. 18.

prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra; aunque ellos como ciegos y obstinados en su malicia, ni con esto quisieron abrir los ojos y conoscer su temeridad. Mas con todo esto el piadoso Cordero no cerró aun entónces las corrientes de su misericordia, ni dejó aquel suavísimo panar de miel de destilar gotas de miel; pues allí sanó la oreja del ministro, que Sant Pedro habia cortado, y detuvo sus manos de la justa venganza que en aquel tiempo se podia hacer. Maldito sea furor tan pertinaz; pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan gran beneficio se amansó.

Mas ¿quién podrá oir sin gemido de la manera que aquellos crueles carniceros extendieron sus sacrílegas manos, y ataron las de aquel mansísimo Cordero (que ni contradecia ni se defendia), y así maniatado como á un ladron ó público malhechor, le llevaron con grande priesa y grita, y con gran concurso y tropel de gente por las calles públicas de Hierusalem? ¿Cuál sería entónces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Señor y Maestro apartado de su compañía, y llevado desta manera vendido por uno dellos; pues el mismo traidor que lo vendió, sintió tanto el mal que hizo, que vino á ahorcarse y desesperar?

Preso pues desta manera el pastor, descarriáronse las ovejas: aunque Pedro (como mas fiel que los otros) seguia desde léjos al piadoso Maestro. Mas entrado dentro de la casa del Pontífice, á la voz de una mozuela negó tres veces al Señor con grandes juramentos y protestaciones, diciendo que no lo conocia, ni sabía quién era, ni tenia que ver con él. Entónces cantó el gallo, y miró el Señor con unos ojos piadosos á Pedro, y acordóse Pedro de lo que el Señor le habia profetizado: y saliéndose fuera (por no tornar á padescer escándalo con la ocasion del mismo peligro), lloró amargamente su pecado. O tú, quien quiera que seas, que á instancia y requerimiento de la mala sierva de tu carne negaste por obra ó por voluntad á Dios, quebrantando su ley, acuérdate de la pasion deste dulcísimo Señor, y sal fuera desa ocasion con Pedro, y llora amargamente tu pecado; si por ventura tendrá por bien mirarte aquel que miró á Pedro, con los mismos ojos que á él miró, para que alimpiado y purificado con Pedro, merezcas recibir despues con él al Espíritu Sancto.

Despues desta negacion mira cuán maltratado fué el Señor en casa del Pontífice; porque siendo él conjurado en virtud y nombre del Padre, que dijese quién era (como él por reverencia deste nombre diese testimonio de la verdad), aquellos que tan indignos eran de oir tan alta respuesta, cegados con el resplandor de tan grande luz, se levantaron furiosísimamente contra él, y como á blasfemo le comenzaron á escupir y maltratar. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles, y venerado de los hombres (el cual con su hermosura alegra toda la corte soberana), es allí por aquellas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonrado con vituperios, y cubierto con un velo por escarnio. Finalmente, el Señor de todo lo criado es allí tratado como un vil esclavo, sacrílego y blasfemo, estando él por otra parte con un rostro mansísimo y sereno: y así con blandas y comedidas palabras se quejó de uno de aquellos que lo herian, diciendo: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si no ¿por qué me hieres? ¡Oh dulce y piadoso Jesus! ¿cuál hombre, viendo esto, podrá contener las lágrimas, y no partírsele el corazon de dolor?

CAPITULO L.

De la presentacion ante Pilatos y Heródes, y los azotes á la coluna: segundo misterio doloroso del sanctísimo Rosario.

Pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los pontífices, otro dia por la mañana llevaron al Señor atado, á Pilatos, que en aquella provincia por parte de los romanos presidia, pidiendo con grande instancia que lo condenase á muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole, y alegando contra él tantas falsedades y mentiras, y pidiendo que perdonase á Barrabas, y crucificase á Cristo, él entre toda esta barahunda de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo tresquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder una sola palabra: tanto que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio, y tanta serenidad de rostro en medio de tanta confusion y gritería.

Mas aunque el Presidente sabía muy bien que toda aquella gente se habia movido mas con celo de invidia que de justicia; pero vencido con pusilanimidad y temor humano, determinó entregar al piadosísimo Rey en manos del cruel tiranno de Heródes, para que él lo sentenciase. El cual visto al Señor, y escarneciendo dél con toda su corte, y vistiéndolo por escarnio de una vestidura blanca, se lo tornó á remitir.

Entónces Pilatos (para satisfacer á la furia y rabia de los acusadores) mandó azotar al innocentísimo Cordero, paresciéndole que con esto se amansaria el furor de sus enemigos. Llegan pues luego los sayones, y desnudan al Señor de sus vestiduras, y atándole fuertemente á una columna, comienzan á azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir llagas á llagas, y heridas á heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse con ellas la tierra, y teñirse de sangre por todas partes. ¡Oh pues, hombre perdido que eres causa de todas estas heridas, ¿cómo no revientas de dolor, viendo lo que padesce este innocentísimo Cordero, que por tus hurtos es azotado? Mira tambien cuán grandes motivos tienes aquí para todas aquellas virtudes que arriba dijimos, especialmente para amar, temer y esperar en Dios. Para amar, viendo lo mucho que este Señor por tu amor padesció; para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados; y para esperar, considerando cuán copiosa redempcion y satisfaccion se ofresce aquí á Dios por ellos.

CAPITULO LI.

De la corona de espinas del Hijo de Dios: tercer misterio doloroso del sanctísimo Rosario. Y del *Ecce Homo*.

Acabado el martirio de los azotes, comiénzase de nuevo otro no ménos injurioso, que fué la coronacion de espinas. Porque vinieron á juntarse allí todos los soldados del Presidente á hacer fiesta de los dolores y injurias del Salvador; y tejiendo primeramente una corona de juncos marinos, hincáronla por su sacratísima cabeza, para que así padesciese con ella, por una parte summo dolor, y por otra summa deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza; otras lle-

gaban, como dice Sant Bernardo (*a*), hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado celebro.

Y no contentos con este tan doloroso linaje de vituperio, vístenle de una púrpura vieja y rasgada, y pónenle por cetro real una caña en la mano; y hincándose de rodillas dábanle bofetadas, y escupíanle en la cara; y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella en la cabeza, diciéndole: Dios te salve, rey de los judíos. No paresce que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos. Porque cosas eran estas que si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternecer cualquier corazon. Mas como era el demonio el que las inventaba, y Dios el que las padescia, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningun tormento, segun era grande su odio, ni á aquella tan grande piedad bastaban todos estos trabajos, segun era grande su amor.

Mira tú, ánima mia: deja de considerar agora la crueldad de los hombres y la malicia de los demonios, y vuelve los ojos á considerar la figura tan lastimera que allí tenia el mas hermoso de los hijos de los hombres. ¡Oh pacientísimo y clementísimo Redemptor! ¿qué figura es esa tan dolorosa? Qué martirio tan nuevo? Qué mudanza tan extraña? ¿Eres tú aquel que poco ántes discurrias por las ciudades predicando y haciendo tantas maravillas? Eres tú aquel que poco ántes en el monte Tabor resplandesciste con figura celestial, y vestiduras de nieve? Eres tú aquel testificado con voces del cielo por Hijo de Dios y Maestro del mundo? Pues ¿cómo se perdió aquella hermosura tan grande? ¿Qué se hizo aquel resplandor de tu cara? ¿Dónde están las vestiduras de nieve? ¿Qué es de la gloria de Hijo? Qué es de la dignidad y pompa de rey? ¿Este es el reino que tenian aparejado? ¿Esa es la corona, y la púrpura, y el cetro, y las cerimonias de rey? Esta es, Señor, la cura de mi soberbia, esta la satisfaccion de mis atavíos y regalos, este el dechado de la verdadera paciencia y humildad, este el camino de la cruz para el reino, y este el ejemplo del menosprecio del mundo. Esto me predican tus llagas, esto me enseñan tus deshonras, esto es lo que leo en el libro de tu pasion.

Pues como el Presidente tuviese claramente conocida la innocencia del Salvador, y viese que no su culpa, sino la envidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vias librarle de sus manos. Para lo cual le paresció bastante medio sacarlo así como estaba á vista del pueblo furioso; porque él estaba tal, que bastaba la figura que tenia (segun él creyó) para amansar la furia de sus corazones.

Pues tú, ó ánima mia, procura hallarte presente á este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras, mira con grande atencion la figura que trae este que es resplandor de la gloria del Padre, por restituirte la que tú perdiste cuando pecaste. Mira cuán vergonzado estaria allí en medio de tanta gente con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes pasados, las manos cruelmente atadas, y todo encogido y ensangrentado. Mira cuál está aquel divino rostro, hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rascuñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y como el sancto Cordero tenia las manos atadas, no podia con ellas, alimpiar los hilos de sangre que por los ojos caian; y así estarian aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas, y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre; finalmente tal estaba su figura, que ya ni parescia quién era, y aun apénas parescia hombre, sino un retablo de dolores, pintado por mano de aquellos malvados sayones, y de aquel cruel Presidente, á fin de que abogase por él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

(*a*) D. Bern. serm. 39 de Passione.

CAPITULO LII.

De la cruz á cuestas: cuarto misterio doloroso del sanctísimo Rosario.

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse por sentencia que el innocente fuese condenado á muerte, y muerte de cruz. Y para que por todas partes creciese su tormento y su deshonra, ordenaron sus enemigos que él mismo llevase sobre sí el madero en que habia de ser justiciado. Toman pues aquellos crueles carniceros el sancto madero (que segun se escribe era de quince piés) y cárganlo sobre los hombros del Salvador, el cual (segun los trabajos de aquel dia, y de la noche pasada, y la mucha sangre que con los azotes habia perdido) apénas podia tenerse en pié, y sustentar la carga de su proprio cuerpo; y sobre esta le añaden tan grande sobrecarga como era el peso de la cruz.

En este paso puedes considerar por una parte la mansedumbre inestimable del Salvador, y por otra la crueldad grande de sus enemigos; porque ni la mansedumbre pudo ser mayor, ni tampoco la crueldad. ¿Qué mayor crueldad, que desde la hora de la pasion hasta el punto de la muerte no darle una sola hora de reposo, sino añadir siempre dolores á dolores, y tormentos á tormentos? Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro lo escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz á cuestas; y todos finalmente se ocupan en darle tormento. Vuelven y revuelven, llévanlo y tráenlo de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice en pontífice, como si fuera un loco de atar, ó un público ladron. Pues ¿quién no se moverá á piedad, considerando un hombre tan manso y tan innocente, y que habia hecho tantos bienes á los hombres, y curádolos de tantas enfermedades, y predicádoles tan maravillosa doctrina; y despues le ve llevar con una cruz á cuestas por las calles públicas con tanta ignominia?

¡Oh crueles corazones! ¿cómo no os mueve á piedad tanta mansedumbre? Cómo podeis hacer mal á quien tanto bien os ha hecho? Cómo no mirais siquiera esa tan grande innocencia, pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra vosotros? ¡Quién me diera, ó buen Jesus, que yo te pudiera dar un poco de refrigerio en esa tan grande agonía! Toda la noche has velado y trabajado, y los crueles sayones á porfía se han entregado en tí, dándote bofetadas y diciéndote injurias; y despues de tan largo martirio, despues de enflaquecido ya el cuerpo, y desangrado con tantos azotes, cargan la Cruz sobre tus delicadísimos hombros, y así te llevan á justiciar. ¡Oh de-

licado cuerpo! ¿qué carga es esa que llevas sobre tí? ¿A do caminas con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues cómo, ¿tú mismo habias de llevar á cuestas los instrumentos de tu pasion? Aquí, ó ánima mia, lleva el Señor sobre sí toda la carga de tus pecados; dale gracias por este tan grande beneficio, y ayúdale á llevar esa cruz por imitacion de su ejemplo, y síguelo con las lágrimas desas piadosas mujeres que le van acompañando, y mira sobre todo esto, que si eso se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?

CAPITULO LIII.

De cómo el Hijo de Dios fué crucificado: quinto misterio doloroso del sanctísimo Rosario.

Llegado el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habian dejado en sus espaldas: y al tiempo de quitárselas harian esto aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad, que volverian á renovarse las heridas pasadas, y á manar sangre por todas ellas. Pues ¿qué haria el bendito Señor cuando así se viese desollado y desnudo? Es de creer que levantaria entónces los ojos al Padre, y le daria gracias por haber llegado á tal punto, que se viese así tan pobre y tan desnudo por su amor.

Estando pues así ya desnudo, mándanle extender en la cruz (que estaba tendida en el suelo), y obedesce él como cordero á este mandamiento, y acuéstase en esta cama que el mundo le tenia aparejada, y entrega liberalmente sus piés y manos á los verdugos para enclavar en el madero. Pues cuando el Salvador del mundo se viese así tendido de espaldas sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaria su piadoso corazon? Qué haria? Qué pensaria? Qué diria en este tiempo? Paresce que se volveria al Padre, y diria así:

¡Oh Padre eterno! gracias doy á vuestra infinita bondad por todas las obras que en todo el discurso de la vida pasada habeis obrado por mí. Agora, fenecido ya con vuestra obediencia el número de mis dias, vuelvo á vos, no por otro camino que por la cruz. Vos mandasteis que yo padesciese esta muerte por amor de los hombres: yo vengo á cumplir esta obediencia, y á ofrescer aquí mi vida en sacrificio por su amor.

Tendido pues el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comienza á dar golpes con el martillo, y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Vírgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazon; y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como este sin morir. Verdaderamente aquí fué su corazon traspasado con esta mano, y aquí fuéron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal.

Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y niervos del cuerpo se encogieron hácia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo lo demas. Y estando así cargado el buen Jesus hácia esta parte, tomó el ministro la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que hizo desencasarse los huesos de los pechos, y desabrocharse toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino: y así quedaron sus huesos tan distinctos y señalados, que, como el Profeta dice (*a*), los pudieran contar. Y desta misma manera de crueldad usaron cuando le enclavaron los sagrados piés. Y para mayor acrescentamiento de ignominia, crucificaron al Señor fuera de la ciudad en el lugar público de los malhechores, y entre dos famosos ladrones. Y los que por allí pasaban, y los que estaban presentes le escarnecian y baldonaban, diciendo: A otros hizo salvos, y á sí mismo no puede salvar. Mas el Cordero mansísimo hacia oracion al Padre por los unos y por los otros, y ofrescia liberalmente el paraíso al ladron que le confesaba.

Despues desto, sabiendo el Señor que ya todo era acabado, para que se cumpliese la Escriptura, dijo (*b*): Sed hé. Y en esta sed le sirvieron con darle á beber vinagre mezclado con hiel; para que pues la causa desta nuestra perdicion habia sido el gusto del árbol vedado, el remedio della fuese el gusto de la hiel y vinagre de Cristo. Y demas desto, no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase libre de tormento, y por esto quiso que la lengua tambien padesciese su pena; pues todos los otros miembros padescian cada uno su proprio dolor. Pues ¿qué sentirias tú en este paso, Vírgen bienaventurada? La cual asistiendo á todos estos martirios, y bebiendo tanta parte deste cáliz, viste con tus proprios ojos aquella carne sanctísima, que tú tan castamente concebisteis, y tan dulcemente criasteis, y que tantas veces reclinasteis en tu seno, y apretasteis en tus brazos, ser despedazada con azotes, agujereada con espinas, herida con la caña, injuriada con puñadas y bofetadas rasgada con clavos, levantada en un madero, y despedazada con su proprio peso, injuriada con tantas deshonras, y al cabo jaropeada con hiel y vinagre. Y no ménos viste con los ojos espirituales aquella alma sanctísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya temiendo, ya agonizando; parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasion de nuestras miserias, y parte por la compasion que de tí, su Madre dulcísima, tenia, viéndote asistir presente á todos estos trabajos; para cuya consolacion y compañía encomendándote al amado discípulo, dijo el benignísimo Jesus (*c*): Mujer, cata ahí tu Hijo.

Despues desto mira cómo el Salvador espiró haciendo oracion por nosotros con gran clamor y lágrimas, encomendando su espíritu en manos del Padre. Entónces el velo del templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entónces el mas hermoso de los hijos de los hombres, escurecidos los ojos, y cubierto el rostro de amarillez de muerte, paresció el mas feo de los hombres, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos, para revocar la ira del Padre que tenian merescida. Mira pues, ó sancto Padre, desde tu sanctuario en la faz de tu Cristo; mira esta sacratísima hostia, la cual te ofresce este summo Pontífice por nuestros pecados. Mira tú tambien, hombre redimido, cuál y cuán grande es este que está pendiente en el madero, cuya muerte resuscita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos y la tierra, y hasta las mismas piedras. Pues, ó corazon humano, mas duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te

(*a*) Psalm. 21. (*b*) Joan. 19. (*c*) Ibid.

mueve la compasion, ni te aflige la compuncion, ni te ablanda la piedad.

CAPITULO LIV.

De la lanzada del Señor, y la sepultura.

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron tambien los malvados ejecutar su furor en el muerto; y así despues de espirado el Señor, uno de los soldados le dió una lanzada por los pechos, de donde salió agua y sangre para lavatorio de nuestros pecados.

Levántate pues, ó esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como la paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos. Pon aquí tambien la boca para que bebas aguas de las fuentes del Salvador; porque este es aquel rio que salió de en medio del paraíso, el cual fecunda, riega y hace fructificar toda la sobrehaz de la tierra (*a*).

Finalmente viniendo despues aquel noble centurion Josef, y con él Nicodémus, habida licencia de Pilatos, quitando el sancto cuerpo de la cruz, lo envolvieron en una sábana limpia, con olorosos ungüentos, y pusiéronlo en un monumento. Donde aquellas sanctas mujeres que seguian al Señor en la vida, le sirvieron tambien en la muerte, trayendo ungüentos olorosos para ungir su sacratísimo cuerpo. Entre las cuales María Magdalena ardia con tan grande fuego de caridad, que olvidada de la flaqueza mujeril, ni por la oscuridad de las tinieblas, ni por la crueldad de aquellos malvados sayones, se podia apartar de la visitacion del sepulcro, ántes perseverando en aquel lugar, y derramando muchas lágrimas, despidiéndose los discípulos, ella no se despedia; porque era tan grande su amor, y tan grande la impaciencia de su deseo, que en ninguna otra cosa tomaba gusto, sino en llorar la ausencia de su amado, diciendo con el Profota (*b*): Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, miéntras dicen á mi ánima, ¿dónde está tu Dios? Pues, ó buen Jesus, concédeme, Señor (aunque indigno), que ya que entónces no merecí hallarme con el cuerpo presente á estas tan dolorosas obsequias, me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazon, y experimentando algo de aquel afecto y compasion que tu innocentísima Madre, y la bienaventurada Magdalena experimentaron este dia.

CAPITULO LV.

De la gloriosa Resurreccion del Hijo de Dios: primero misterio glorioso del sanctísimo Rosario.

Acabada ya la batalla de la pasion, cuando aquel dragon rabioso pensó que habia alcanzado victoria del Cordero, comenzó á resplandescer en su ánima la potencia de su divinidad, con la cual nuestro leon fortísimo descendió á los infiernos, venció y prendió aquel fuerte armado, y lo despojó de aquella rica presa que allí tenia captiva: para que pues el tiranno habia acometido á la cabeza, sin tener derecho contra ella, perdiese por via de justicia el que parescia tener sobre sus miembros. Entónces el verdadero Sanson, muriendo mató sus enemigos: entónces el Cordero sin mancilla, con la sangre de su Testamento sacó sus prisioneros del lago donde no habia agua; y entónces amanesció aquella deseada y nueva luz á los que moraban en la region de las tinieblas y sombra de la muerte. Y habida esta victoria, al tercero dia el autor de la vida, vencida la muerte, resuscitó de los muertos; y así salió el verdadero Josef de la cárcel del infierno por voluntad y mandamiento del Rey soberano, tresquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura é inmortalidad.

Aquí tienes que considerar el alegría de todos los aparescimientos que intervinieron en este dia tan glorioso: conviene á saber, el alegría de aquellos padres del limbo, que tantos años esperaron y suspiraron por este dia. El alegría de la Vírgen, que tanto padesció el dia de la pasion, y tanto se alegró el de la resurreccion. El alegría de las Marías, especialmente de la bienaventurada Magdalena, que tanto amaba este Señor, y tanto se alegró de verle resuscitado. El alegría tambien de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolacion recibieron en verle: y con esto ruega al Señor te dé á sentir alguna parte de lo que ellos este dia sintieron. Y no solo esta vez, mas otras muchas veces y de otras maneras les aparesció el Señor por espacio de cuarenta dias, comiendo y bebiendo con ellos: para que con estos argumentos confirmase nuestra fe, y con sus promesas esforzase nuestra esperanza, y con los dones que del cielo nos enviase encendiese nuestra caridad.

CAPITULO LVI.

De la admirable Ascension del Hijo de Dios segundo misterio glorioso del sanctisimo Rosario.

Acabados estos cuarenta dias, sacó el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete, y despidiéndose allí dulcemente dellos, y de su benditísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandesciente. Y desta manera abriéndonos camino para el cielo, llevó consigo sus prisioneros, é introdujo los desterrados en su Reino, haciéndonos ciudadanos de los ángeles, y domésticos de la casa de Dios.

Y así como en este mundo nos ayudó con sus trabajos, así allí nos ayuda con sus oraciones, haciendo en la tierra oficio de Redemptor, y en el cielo de abogado; porque tal convenía que fuese nuestro Pontífice, sancto, innocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho mas alto que los cielos; el cual asentado á la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando desde aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia, y repartiendo diversos dones á los hombres, para hacerlos semejantes á sí. Por donde así como él (que es nuestra cabeza) fué en este mundo afligido y martirizado con diversos trabajos; así tambien quiere él que lo sea su cuerpo, porque no haya deformidad ni desproporcion entre la cabeza y los miembros; porque grande fealdad sería, si estando la cabeza cubierta de espinas, los miembros fuesen delicados. Por esta causa fuéron tan atribulados los sanctos desde el principio del mundo, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, confesores, las vírgenes y los monjes, los cuales todos fuéron ejercitados, afligidos y purgados con diversas tribulaciones y diversos trabajos: y por esta

(*a*) Gen. 2. (*b*) Psalm. 41.

misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el dia del juicio (ordenándolo él así desde lo alto), los cuales despues con el Profeta cantarán, diciendo (*a*) : Pasámos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, á refrigerio.

Desta manera, asentado nuestro Pontífice en aquella silla, gobierna este cuerpo místico de su Iglesia. Gracias pues te dé, ó eterno Padre, toda lengua por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo, para que fuese por una parte nuestro gobernador, y por otra nuestro abogado; porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que él no era bastante para remediarlas.

CAPITULO LVII.

De la venida del Espíritu Sancto: tercero misterio glorioso del sanctísimo Rosario.

Despidiéndose la Majestad de Cristo Señor nuestro de sus muy amados discípulos el dia de su gloriosa y admirable Ascension, los mandó que se estuviesen en Hierusalem hasta que les enviase el Espíritu Sancto (*a*). Con este mandato se volvieron del monte Olivete al cenáculo, donde se recogió aquella innocente manada de los discípulos y discípulas del Salvador, que se componia de ciento y veinte personas; y de todos dice el Evangelista Sant Lúcas (*b*), que perseveraban en oracion con María, madre de Jesus, y con otras sanctas mujeres que seguian á este Señor. Estando pues todos ocupados en este ejercicio, diez dias despues que el Salvador habia subido al cielo, descendió el Espíritu Sancto en forma de un grande viento, y en figura de lenguas de fuego, y sentóse sobre la cabeza de los discípulos (*c*); y fué tan grande la claridad, el amor, la suavidad y conoscimiento de Dios que allí recibieron, que no se pudieron contener sin salir en público, y decir á grandes voces las grandezas y maravillas de Dios nuestro Señor.

En este misterio puedes primeramente considerar, para conoscer la grandeza y excelencia dél, cómo Cristo Salvador nuestro fué el profeta de la venida del Espíritu Sancto, y cómo todos los pasos y misterios de nuestro Salvador se ordenaron á él, porque todo cuanto el Salvador en esta vida hizo y padesció, á este fin lo ordenó, como quien tanto procuró en todas las cosas nuestra salvacion, la cual consiste en morar en nuestras almas el Espíritu Sancto.

Considera la ocupacion continua y disposicion de nuestra Señora, apóstoles, y demas sanctas mujeres, para recibir el Espíritu Sancto de quienes dice Sant Lúcas que estaban perseverando en oracion; para que entiendas lo que debes hacer si quieres recibir este divino Espíritu, que es pedirle con humildad y confianza perseverancia, y con voces y gemidos de corazon.

Considera la inmensa bondad de Dios para con los hombres, pues habiéndoles ya dado su unigénito Hijo, les dió agora al Espíritu Sancto. Y así como el Hijo de tal manera vino al mundo que tambien se quedó con nosotros en el sanctísimo Sacramento; así nos dió tambien al Espíritu Sancto, para que eternamente estuviese en la Iglesia y en los corazones de los fieles, enseñándolos y guiándolos por camino seguro á la vida eterna. En lo cual paresce que se hubo el eterno Padre con el mundo, como la madre que cria un hijo chiquito, al cual despues que ha dado uno de los pechos, le da tambien el otro, para que no le falte el mantenimiento con que se sustente.

Ultimamente considera los dones y gracias con que este dia enriqueció el Espíritu Sancto á los apóstoles; que fuéron tales, que despues de Cristo y su bendita Madre nadie fué tan enriquecido como ellos. Pues segun esto, ¿cuál sería la luz, el amor, la suavidad, el celo de la gloria de Dios, y la fortaleza que aquellos sagrados pechos recibirian? ¿Qué harian viéndose abrasados y transformados en Dios con aquella tan grande luz? Paresce que si en aquella sazon no dieran las voces que dieron, que reventaran y se hicieran pedazos, como las tinajas nuevas cuando hierven con el nuevo mosto.

CAPITULO LVIII.

De la Asumpcion de nuestra Señora: cuarto misterio glorioso del sanctísimo Rosario.

La historia deste misterio, segun Sant Hierónimo y otros sanctos, es que despues que Cristo nuestro Redemptor subió al cielo, su sanctísima Madre quedó en la tierra supliendo sus ausencias; y pasado todo el tiempo necesario para enseñar, consolar y animar á los apóstoles en la prosecucion de fundar la Iglesia, teniéndolos presentes, murió; y resuscitando por virtud de Dios, fué llevada al cielo en cuerpo y alma, y colocada en el mayor trono de la gloria despues de su Hijo, por ser Madre de Dios, y haberlo merescido por la alteza de sus obras, que fuéron mayores que las de todas las criaturas.

En este misterio puedes primeramente considerar cómo entre todas las fiestas que la sancta madre la Iglesia celebra de nuestra Señora, esta de su gloriosa Asumpcion se puede con mas razon llamar fiesta suya. Porque en todas las otras fiestas de sus misterios, aunque fuéron muy gloriosos, siempre hubo algo de la fruta desta tierra, que es valle de lágrimas: quiero decir, que siempre hubo alguna mistura de trabajos y dolor. Mas en la fiesta de hoy, como no es fiesta de la tierra, sino del cielo, no hay sombra ni memoria de trabajo.

Considera cómo habiéndose llegado el dia dichoso deste tránsito, su amantísimo Hijo la concedió, segun refiere Sant Dionisio (*a*), el que se hallasen los apóstoles presentes á su fallescimiento. Lo cual sería para la Madre de Dios materia de grande consolacion; mas para ellos de gran soledad, viendo que ya quedaban del todo huérfanos de Padre y Madre.

Considera cómo recostada sobre su amado Hijo, y acompañada de innumerables cortesanos celestiales, fué llevada al cielo en cuerpo y alma, donde fué recibida, con inexplicable alegría y júbilos, de toda la corte celestial. Lo primero, por la grandeza de los merescimientos de tan celestial Señora. Lo segundo, por ser Madre del Señor, á quien ellos aman sobre todo amor, y por cuyo servicio desean hacer todo lo posible. Y lo tercero, porque fué ella la medianera de su gloria, por cuyas manos recibieron el fructo de la vida; y así no hay lengua que pueda explicar el alegría con que la recibirian. ¿Cuál sería aquel recibimiento, qué voces, qué músicas, qué melodías, qué contentamientos?

Tambien puedes considerar el lugar donde fué colocada en la glória. Porque todos los cortesanos celestiales tienen derecho para pedirla. Los hombres dicen que á

(*a*) Psalm. 65. (*a*) Luc. 24. Act. 1. (*b*) Act. 1. (*c*) Act. 1.

(*a*) Ex S. Joan. Damasc. orat. 2. de dorm. Deipar circ. finem.

ellos pertenesce, por ser del linaje humano. Los ángeles decian que á ellos les pertenescia, porque aunque en la naturaleza era humana, la vida fué mas que angélica. Las vírgenes la piden para sí, porque fué guia y Reina de las vírgenes. Los mártires la piden, porque fué mas que mártir. Los apóstoles, porque fué señora y maestra suya: y así todos los demas de la gloria. Mas á esta demanda responde su amantísimo Hijo que no le conviene á la singular dignidad de Madre suya el estar en compañía de otros, sino que por sí sola haga coro aparte, siendo singular en la gloria, como lo fué en la vida. Y así la colocó junto á sí á su mano derecha, donde está para gloria de su Hijo y gloria nuestra, gozando de su Hijo, y haciendo el oficio de abogada por nosotros. A ella pues vamos en todos nuestros trabajos, á ella oremos, á ella nos encomendemos, á ella tomemos por medianera con su Hijo; al Hijo con el Padre, para alcanzar todo lo necesario para la gloria.

CAPITULO LIX.

De la coronacion de nuestra Señora por Reina de todo lo criado: quinto misterio glorioso del sanctísimo Rosario.

Deste glorioso misterio no se puede señalar historia, por consistir en la grandeza de gloria que por sus inmensos trabajos y merescimientos le fué dada á la Madre de Dios y Señora nuestra la Vírgen María. Porque si el apóstol Sant Pablo dice (*a*) que no hay capacidad humana que pueda explicar la gloria que communmente da Dios á sus escogidos, ¿cuál será la que dió á la que es mas sancta que todos los sanctos y espíritus angélicos, y Madre suya? Y así la grandeza desta gloria verémos claramente cuando la misericordia de nuestro Señor nos sacare desta cárcel, y llevare á su compañía.

Mas miéntras esta se dilata, podrémos por algunas conjecturas entender algo della. Porque esta gloria corresponde á los servicios desta Vírgen, á la profundidad de su humildad, á la alteza de su dignidad, y á la grandeza de sus trabajos.

Considera primeramente los servicios fervorosos y continuos desta Vírgen hasta que el Verbo eterno encarnó en sus purísimas entrañas, y los que despues ejercitó criando y sirviendo al Hijo de Dios, y acompañándolo hasta la cruz y sepultura; y los servicios y obras maravillosas desta celestial Señora despues de subido su amantísimo Hijo á los cielos. Y si la primera gracia que la dieron en su concepcion y primera sanctificacion fué tan grande que excedió á la de todos los sanctos y espíritus angélicos, y nunca estuvo ociosa, ni obró con remision, sino que continuamente y sin intermision fué obrando con toda la intension y perfeccion posible: ¿cuál sería al fin de setenta y mas años que vivió esta gloriosa Vírgen, y cuál la gloria correspondiente á esta gracia? Solo quien se la dió podrá dignamente explicarla.

(*a*) 1. Cor. 2.

Considera la profunda humildad de nuestra Señora, la cual fué la mayor de todas las criaturas, y la puedes en parte conjecturar por aquel heróico y inexplicable acto que desta virtud hizo, cuando eligiéndola por Madre de Dios la sanctísima Trinidad, ella se nombró esclava del Señor. ¡Oh acto de maravillosa humildad! La Majestad de Cristo Señor nuestro dice en su Evangelio (*b*) que el que se humillare será ensalzado, y el que se ensalzare será humillado: y así Lucifer por ser el mayor de los soberbios cayó en el mas bajo de los lugares. Pues la que fué la mas humilde de todas las criaturas, ¿dónde habia de estar sino en el mas alto lugar de la gloria?

Considera la dignidad de la Reina de todo lo criado, la cual es Madre de Dios, cuya maternidad dice el Evangélico doctor Sancto Tomas contiene dignidad casi infinita: y así es la mayor dignidad y privilegio de nuestra Señora. Y si la honra de la Madre es honra del Hijo, ¿qué lugar le habia de dar tal Hijo á tal Madre en la gloria, sino es á su mano derecha, haciendo coro aparte con todos los bienaventurados?

Ultimamente considera lo que dice el Apóstol (*c*), que cada uno recibirá el galardon (esto es, la gloria) conforme á sus trabajos; pues segun esta sentencia, ¿qué corona y qué gloria recibiria la que toda la vida trajo ante los ojos la cruz, la muerte y persecuciones de su Hijo? Y sobre todo esto, ¿qué trabajo fué para ella estar tantos años en este destierro, ausente del Hijo que tanto amaba, despues que subió á los cielos? Entendia esto el que decia (*d*): Deseo ser desatado y verme con Cristo. De todos los sanctos se dice que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia. Pues ¿qué haria esta Vírgen, siendo la mas Sancta de los sanctos, y la que tanto mas deseaba verse con su amantísimo Hijo? Solo él sabe lo que en este tiempo esta Vírgen padesceria; solo él sabe lo que sentiria cuando en la oracion decia: Venga á nos el tu reino. Y tambien la resignacion con que luego decia: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Pues como estos trabajos fuéron los mayores de toda pura criatura, así su gloria es la mayor de todas las puras criaturas.

(*b*) Matth. 23. (*c*) 1. Cor. 3. (*d*) Philip. 1.

DISCURSO

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS,

POR VIA DE DIALOGO ENTRE SANT AMBROSIO Y SANT AUGUSTIN, RECIEN CONVERTIDO.

COMPUESTO POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA,

de la órden de Sancto Domingo.

SACADO Á LUZ POR EL MUY R. P. M. FR. FRANCISCO DIAGO, CALIFICADOR DEL SANCTO OFICIO DE BARCELONA, DE LA ÓRDEN DE SANCTO DOMINGO.

AL PIADOSO LECTOR.

Entre todas las obras exteriores de Dios, que los teólogos llaman *ad extra*, la que mas campea y se lleva la palma es la del inefable misterio de la Encarnacion de su soberano Hijo, cuando para redimirnos y salvarnos se vistió de carne humana, y se hizo verdadero hombre. Porque siendo Dios summo bien, y por consiguiente communicable de sí mismo, no solamente así como quiera, sino summamente; tambien aquella será la mayor de sus obras con que se communicare á sus criaturas en summo grado: y esa es la de la encarnacion, por la cual recibe el Verbo divino y junta á sí en unidad de su persona á la naturaleza humana, communicándole su divina personalidad, y su increada existencia, y engrandeciendo en ella á todas las demas criaturas, como en cifra de todas ellas, que encierra algo de todas; de las piedras el sér, de las plantas el crecer, de los animales el sentir, y de los ángeles el entender.

Por eso el evangelista Sant Juan no supo decir el grado de la alteza del amor de Dios que en esta obra se encierra, sino que se remitió á la grandeza del don, diciendo (*a*): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret:* para que de la soberanía del don, pudiésemos rastrear el inexplicable grado del amor. Y por lo mismo el sancto profeta Zacarías dijo que esta obra salia de las entrañas de la divina misericordia (*b*): *Per viscera misericordiæ Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* Que parece no correspondiera con la grandeza de la visita, decir que salia de la misericordia de nuestro Dios, si no añadiera que salia de las entrañas y mas retirado dellas.

Siendo pues tan inefable esta soberanísima obra, ¿quién será tan atrevido que pretenda explicarla segun su merescido, por mucho y muchas veces que della hable ó escriba? ¿No quedará corta cualquier lengua, despues que hubiere desplegado las velas al viento, y navegado por el mar inmenso de tan profundo misterio? Entónces, como si no hubiese dado un paso, querrá emprehender otra vez la propria navegacion; y siempre, por mucho que ayudada de la gracia del Señor vuele y penetre, habrá de aspirar á la misma carrera.

En el V. P. M. Fr. Luis de Granada se ve esto bastantemente. Escribió de aqueste misterio en el Memorial de la vida Cristiana, y no satisfecho de lo que habia escrito, quiso segundar y

(*a*) Joan. 3. (*b*) Luc. 1.

tratar otra vez de la misma materia en las Adiciones al Memorial: y tan descontento como si no hubiera añadido palabra, escribió del mismo artículo tercera vez en la Introduccion al Símbolo de la Fe: y aun con ser verdad que alargó mucho la pluma entónces, con todo eso, viéndose ya muy viejo, en los postreros dias de su vida emprehendió cuarta vez tratar del mismo sugeto, á modo de un Diálogo entre Sant Ambrosio y Sant Augustin. Y parece que estos sanctos le fuéron tan favorables en el Diálogo, que muestra el V. P. M. Fr. Luis excederse en él á sí mismo, y dejar muy atras lo que ántes habia escrito del proprio misterio en tres diferentes ocasiones. Por eso, llegando á mis manos este Diálogo por las del P. Fr. Francisco Oliveira, que lo escribió, dictándolo el bendito viejo, no he podido dejar de sacarlo á luz, para que la dé, y guie de la manera que la escura fe lo sufre, á los devotos de tan soberano misterio que lo leyeren.

PROLOGO DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA AL LECTOR.

Considerando aquel insigne filósofo Séneca la fábrica admirable deste mundo, la grandeza de los cielos, el movimiento dellos, la hermosura de las estrellas, el curso de los planetas, la órden y sucesion de los tiempos, con todo lo demas que en este mundo se ve; maravillado de cosas tan grandes, vino á decir que la vida del hombre era muy mortal para entender las cosas inmortales, que son las obras admirables que el Autor de la naturaleza fabricó en este mundo visible. Pues si para la contemplacion destas cosas naturales parescia á este sabio corta nuestra vida, cuánto mas lo será para la de las cosas sobrenaturales y divinas, y para la mayor de todas ellas, que es la obra de nuestra redempcion?

Y por esto nos manda Dios por Isaías que dejemos de pensar en las otras obras suyas, y pongamos los ojos en esta, la cual escurece con la grandeza de su resplandor todas las otras. Pues segun esto, justa cosa es que lo poco que nos resta de la vida empleemos en esta consideracion; teniendo por cierto que ántes se acabarán las vidas de todos los hombres, que se puedan agotar las grandezas y maravillas que hay en ella. Y para esto nos aprovechará representarlas debajo de diversos hábitos y figuras, como quien viste un hermoso cuerpo de diversas ropas para darle mas gracia y mejor parescer.

A los que toman agua del palo para alguna enfermedad, aconséjanles los médicos que no solo al comer y cenar, sino tambien todas las horas que tuvieren sed beban della, por estar en ella el remedio de su mal. Y pues el remedio y medicina general de todos nuestros males es la pasion de nuestro Salvador, aprovechémonos de todas las ocasiones que se ofrescieren para pensar siempre en ella. Y por esta causa trataremos aquí della debajo de diversas figuras, declarando algunos lugares de la Sagrada Escriptura que della tratan, para que todo esto nos dé motivo para nunca desviar nuestros ojos della, pues en ella está nuestra vida.

Ni nos debe causar hastío tratar siempre una misma materia, porque muchas veces se explican mas á la larga algunas cosas que estaban brevemente tratadas; y así se entienden mejor, y despierta mas nuestra devocion: otras veces se añade alguna consideracion á lo que en otras partes está dicho, que entónces no se ofresció. Y haciéndose esto, es forzado repetir algo de lo que ya está en otras partes tratado, porque se entienda la consecuencia de las cosas, y el lugar y propósito á que pertenesce lo que se añade.

Agora me paresció tratar deste misterio debajo deste nombre que el Profeta significó, llamándolo invencion de Dios, y mandando que prediquemos esta su invencion al mundo: la cual fué ordenar que su unigénito Hijo viniese vestido de nuestra carne á remediar el género humano. Y dando el Profeta (*a*) gracias á Dios por este beneficio, nos convida á que todos tambien las demos, porque es muy alto su nombre, y que tal es esta obra que de su altísimo pecho procedió.

Mas todas las veces que della tratáremos, siempre habemos de presuponer que pudiera nuestro Señor por otras muchas maneras remediar el mundo; mas como él sea summamente perfecto,

(*a*) Isai. 12.

escogió esta, que era la mas perfecta, en la cual mas perfectamente se hallan las condiciones de las obras de Dios, que son misericordia y justicia, gloria suya y provecho del hombre.

Y parecióme tratar esta materia por via de Diálogo entre Sant Ambrosio y Sant Augustin; porque cónstanos por las historias destos sanctos, que Sant Ambrosio convirtió á Sant Augustin, y lo sacó de la herejía de los maniqueos, los cuales confesando que Dios crió las cosas altas y invisibles, decian que el demonio habia criado estas que vemos con los ojos. Mas desengañado ya Sant Augustin deste yerro, estaba aun ignorante de los otros misterios de nuestra religion, mayormente del misterio inefable de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios. Y así escribe él de sí mismo (*b*): *Quid autem sacramenti haberet, Verbum caro factum ne suspicari quidem poteram.* Por tanto introducirémos agora aquí á Sant Ambrosio, para que le dé luz deste misterio, como se la habia ya dado de los otros. Con cuya doctrina aprovechó tanto Sant Augustin en el conoscimiento dél, que como él escribe de sí mismo (*c*), despues de recibido el sancto Bautismo, no se hartaba en aquellos dias de considerar con una maravillosa suavidad la alteza del consejo divino sobre la salud del género humano: esto es, cuán excelente, y cuán conveniente, y cuán misericordioso medio fué la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, para la cura de todos nuestros males.

ARGUMENTO DESTE DIALOGO.

Pretende pues Sant Ambrosio en este Diálogo declarar á Sant Augustin la excelencia deste medio que la divina sabiduria inventó para la salud del género humano, sobre cualquier otro que la razon humana pudiera inventar. Y para esto pregunta Sant Ambrosio á Sant Augustin (supuesto el conoscimiento que tiene la commun dolencia del género humano por el pecado del primer Padre) qué remedio le parece que podria haber para esta commun dolencia, segun el juicio de la razon humana. A lo cual él responde: Que el remedio sería que algun hombre sanctísimo (como fué Abraham) ofresciese á Dios algun sacrificio que le fuese muy agradable, para que el daño que hizo la culpa de uno, deshiciese la sanctidad y justicia de otro. Haciendo pues Sant Ambrosio comparacion deste remedio al que Dios inventó, muestra claramente las ventajas que hace el un remedio al otro, de las cuales caresceriamos si por otro medio fuéramos remediados.

(*b*) Lib. 7. Conffes. cap. 19. (*c*) Lib. 9. Conffes. cap. 6.

DISCURSO DEVOTO

DEL

SOBERANO MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS,

POR VIA DE DIÁLOGO ENTRE SANT AMBROSIO Y SANT AUGUSTIN,

SOBRE AQUELLAS PALABRAS DE ISAÍAS :

Notas facite in populis adinventiones ejus, etc. (*a*).

Sant Ambrosio. Deseo saber (Augustino) cómo os va con la nueva luz y conoscimiento que habeis recibido de la verdad de nuestra fe.

Sant Augustin. No podré yo explicar con palabras el alegría y paz de mi corazon, y deseo que tengo de servir á nuestro Señor esta tan grande misericordia : y á vos tambien, por cuyo medio alcancé este bien. Porque considerando yo las angustias y perplejidades en que viví mucho tiempo, las cuales me hicieron caer en un tan grande despeñadero como es la secta de los Maniqueos; y viendo agora con la lumbre de la fe cuán grande ceguedad era esta, y cuán grande injuria se hacia á Dios en quitarle el título de universal Criador de todas las cosas, y atribuir parte desta gloria al demonio su enemigo, no me harto de darle gracias por haberme librado de tan horribles tinieblas.

S. Amb. Haceis muy bien en servirle agradescido por ese tan grande beneficio de la fe, que es especialísimo don de Dios, y fundamento de todos los otros dones y gracias suyas, las cuales así como se alcanzan con la oracion, así crescen con el agradescimiento. Mas deseo saber cómo (siendo vos hombre de tanto ingenio, y tan ejercitado en los estudios de la filosofía) pudisteis caer en tan gran ceguera como es atribuir al demonio la creacion deste mundo visible, y mas particularmente la del hombre.

S. Aug. Eso holgaré mucho de explicaros; porque la memoria de la confusion pasada me acrescienta el alegría de la paz en que vivo, como se alegra el marinero que escapó de la tormenta, cuando se ve en puerto seguro.

S. Amb. Si vos holgais de renovar la memoria de vuestros males pasados, yo tambien me alegro con vos, así por haberos ayudado á salir dellos, como porque la caridad hace proprios los bienes ajenos. Por tanto comenzad ya á tratar esa materia.

S. Aug. Digo pues, que la consideracion de las grandes maldades que veia en el mundo, me hicieron caer en este despeñadero. Porque consideraba los robos, los adulterios, los homicidios, las blasfemias, los pecados nefandos de los hombres bestiales, y las guerras tan continuas y tan sangrientas con que los hombres se matan y destruyen unos á otros, sin haber ni en la mar ni en la tierra lugar que no esté teñido con sangre humana. Miraba las traiciones, y conjuraciones, y levantamientos de pueblos contra sus señores, y las tirannías y fuerzas de los poderosos contra los flacos. Veia desterrada del mundo la fe, la verdad, la paz, la humanidad, la castidad, la justicia y la lealtad, sin tenerse ni padres con hijos, ni hijos con padres, ni mujeres con maridos, ni hermanos con hermanos. Veia por otra parte las idolatrías, y sectas, y supersticiones de todas las naciones, y los sacrificios dellas, unos cruelísimos, y otros deshonestísimos, y otros vanísimos. Veia desterrado del mundo el conoscimiento y temor de Dios, y en su lugar ser adorados y reverenciados los demonios sus enemigos. Pues ¿ qué diré de los odios rabiosos, y extrañas crueldades, y despedazamientos de miembros con que toman venganza unos hombres de otros? Qué diré de las naciones bárbaras, donde los hombres comen carnes humanas, y pesan los hombres en las carnicerías, como si fuesen carnes de animales? Mas porque esta materia de las desórdenes y males del mundo, y de la malicia del corazon humano no tiene suelo ni cabo, basta para entender algo desto, ver que el mismo Dios confiesa que un solo justo halló en aquella edad (que precedió ántes del Diluvio), que fue Noé (*b*), y que todos los demas de tal manera habian estragado y corrompido sus vidas, que indignado él por tantos males, anegó todo el mundo con las aguas del Diluvio.

Pues considerando yo por una parte la muchedumbre de tan horribles maldades como pasan en la vida humana, y por otra la perfeccion de las obras divinas, no me podia persuadir que de las manos de un artífice sabio (que todas sus obras hace con número, peso y medida) saliese una obra tan abominable como es el corazon humano, de donde todos estos males proceden. Esta consideracion me trajo un tiempo tan fatigado, buscando la orígen y causa de los males del mundo; y persuadido que no era posible ser Dios (que es la misma bondad), vine á caer en este despeñadero que tengo dicho.

S. Amb. Agora que me habeis declarado la causa del engaño, querria me descubriésedes la del desengaño,

(*a*) Isai. 12.

(*b*) Genes. 7.

para ver cómo habeis aprovechado con la doctrina que yo acerca deso os he dado.

S. Aug. Basta para esto el conocimiento del pecado original, por el cual entiendo el engaño de los maniqueos, que no supieron hacer diferencia entre la naturaleza humana, y la malicia humana; porque si esto hicieran, atribuyeran á cada una de las partes su oficio: á Dios la fábrica de la naturaleza, y al demonio la malicia de la culpa. Porque verdaderamente no crió Dios al hombre con las malas inclinaciones que saca del vientre de su madre, sino con tan grande perfeccion y pureza, que no sale tan compuesta la desposada el dia del tálamo, cuanto salió nuestra naturaleza de las manos de Dios el dia que fué criada. Mas por el pecado de aquella primera desobediencia se perdió el mayorazgo de la justicia y de la gracia. Y perdida esta, que conserva la naturaleza en su pureza, sucedió la malicia: así como quitada la sal de la carne se hinche de gusanos. Y lo mismo acaesció á nuestra naturaleza, quitada la sal de la gracia y de la justicia. Y de aquí sucedió la muchedumbre de los gusanos, que son todas aquellas obras de carne que el Apóstol refiere en la epístola á los de Galacia (*c*), que son fornicacion, torpezas, deshonestidades, lujurias, idolatrías, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, invidias, disensiones, sectas, homicidios, embriagueces, comeres desordenados y otros vicios semejantes. Y el mayor de todos estos males es nacer el hombre torcido y vueltas las espaldas á Dios, inclinado como bestia á las cosas de la tierra; y esto con una habitual inclinacion de amar á sí mas que á Dios y que á todas las otras cosas, que es la mayor monstruosidad que se puede pensar; y esto es lo que llamamos pecado original, por el cual nasce el hombre en desgracia de Dios, desterrado del paraíso, y sentenciado á muerte. Esta es pues la herencia que nos vino de aquellos primeros padres, los cuales por aquella desobediencia y traicion que cometieron, queriendo usurpar la semejanza de Dios, de quien tantos bienes habian recibido, perdieron el mayorazgo de la justicia y de la gracia, no solo para sí, sino tambien para todos sus hijos; y cuales ellos quedaron, tales engendraron á sus hijos.

§. I.

Explicacion y inteligencia del admirable misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios.

S. Amb. Veo, Augustino, que estáis bien instruido en la doctrina del pecado original; y porque por ella habeis alcanzado lo que tanto deseábades saber, que es la orígen y causa de los males de la vida humana, que no es otra que este pecado de que el demonio fué autor, y no Dios; y teneis tambien entendida la dolencia de la naturaleza humana, estáis agora muy bien dispuesto para que tratemos de la medicina y remedio della. Porque pues este mal nos vino por invidia del demonio, que quiso impedir el propósito y consejo de Dios, el cual pretendía reparar la caida de los ángeles con la creacion de los hombres: no era razon que el demonio triunfase de Dios, y se gloriase, diciendo que habia sabido mas que él, pues habia impedido por arte y industria lo que Dios tenia asentado. Así que justísima cosa era que este commun enemigo no prevalesciese contra Dios, y que Dios volviese por su honra, restituyendo al hombre en su primera dignidad, y habilitándolo con virtudes y gracias para que alcanzase el fin para que fuera criado.

Supuesto este fundamento, querria saber de vos, pues sois hombre de muy claro ingenio, y mas estando ya tocado de Dios, me dijésedes qué medio os parece que podria haber para restituir al hombre en su primera dignidad, y de enemigo y hijo de ira, hacerlo amigo de Dios y hijo de gracia.

S. Aug. Dificultosa cosa es la que me pedis, que siendo yo un hombrecillo ignorante, quiera adivinar los medios y caminos por donde la divina sabiduría ha de proceder para remediar al hombre. Mas pienso de vos que me preguntais eso por tomar ocasion de mi ignorancia para explicarme esa materia, la cual hasta agora no ha llegado á mi noticia. Mas por obedesceros diré como criatura racional lo que me dicta la razon, atento que hasta agora no ha llegado á mi noticia lo que la fe nos enseña acerca deste misterio.

Digo pues que el remedio para reconciliar con Dios al hombre caido, me parece sería que así como aquel hombre desobediente y presumptuoso ofendió á Dios con su soberbia y desobediencia, así hubiese otro sancto hombre que con su humildad y obediencia aplacase á Dios, y lo reconciliase con él. Así vemos que procede la medicina de los cuerpos, curando un contrario con otro contrario, lo caliente con lo frio, y lo frio con lo caliente, etc. Y así tambien procede la justicia, humillando al que se ensoberbeció, y desposeyendo de sus bienes al que robó los ajenos. Y pues en este negocio entreviene lo uno y lo otro, que es proveer de medicina para aquella comun dolencia, y de castigo proporcionado á aquella culpa, paresce que con lo uno y con lo otro se cumplia, entreviniendo en esto un hombre (como dije) humilde y obediente; para que el daño que nos vino por un hombre culpado, se remediase por otro innocente. Y porque Dios instituyó en la ley cierta manera de sacrificio para el perdon de los pecados, convenía ofrescerle un sacrificio que le fuese muy agradable, para que por él diese perdon general al mundo.

S. Amb. Proponed vos agora algun sacrificio de los pasados, para entender por ellos cuál habia de ser ese de tanta eficacia.

S. Aug. El primero sacrificio que hubo en el mundo fué el del innocente Abel (*d*), y este agradó tanto á nuestro Señor, por razon de la sanctidad y devocion del que lo ofresció, que envió fuego del cielo que lo consumiese, en señal del agradescimiento que habia recibido. Despues deste hubo otro grande sacrificio, que fué el de Noé (*e*), hombre tan sancto, que solo él entre tanta infinidad de malos, pudo conservar su bondad. El cual sacrificio fué tan agradable á Dios, que por él prometió de nunca mas enviar otro Diluvio semejante al mundo. Mas sobre estos dos tan principales sacrificios hay otro mucho mayor, que fué el de Abraham (*f*), que no solo fué sacrificio de sola obediencia, sino tambien de perfectísima fe. Porque por la obediencia estuvo aparejado para sacrificar un hijo que mucho amaba; y por la fe creyó que despues de muerto y quemado, Dios lo resuscitaria, para que se cumpliese la promesa que le habia dado de multiplicar los hijos deste hijo. El cual sacrificio agradó tanto á Dios, que por este hijo prometió al Patriarca tan-

(*c*) Galat. 5.

(*d*) Genes. 4. (*e*) Ibid. 8. (*f*) Ibid. 22.

tos hijos como las estrellas del cielo, y como el polvo de la tierra, y que entre ellos le daria uno por quien todas las gentes fuesen benditas. Este me paresce haber sido el mas excelente sacrificio del mundo; pues este no fué de animales brutos, sino de un hijo tan amado, y mas, ofrescido con tanta fe y obediencia. Digo pues que si hubiese otro hombre tan sancto, ó mas que Abraham, el cual ofresciese otro tal sacrificio como él, paresce que este sería conveniente medio para que Dios (pues es tan magnífico y piadoso) perdonase al mundo. Este paresce el medio que la prudencia y la razon humana podria señalar para este efecto.

S. Amb. ¡Oh! con cuánta razon dijo Dios por Isaías (*g*): No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros. Porque cuanta distancia hay del cielo á la tierra, tanta es la que hay entre mis caminos y los vuestros, y entre mis pensamientos y los vuestros. Esto veréis claramente, declarándoos yo una maravillosa invencion que Dios escogió para encaminar este negocio. Mas vos agora que estáis en estado de catecúmeno habeis de aparejar humildemente la fe para creer, y no la razon para disputar. Porque en las otras materias que se tratan entre sabios, es menester primero entender para creer; mas en las cosas de Dios, dice el Profeta (*h*), que no las entenderémos si no las creyéremos, y despues de creidas verémos la conveniencia y consonancia admirable dellas. Y demas desto, porque vos agora estáis en estado de discípulo y aprendiz, bien se os acordará lo que dicen los filósofos, que al que aprende le conviene creer ántes que el disputar.

Digo pues agora, que el consejo de la divina sabiduría fué que un tan grande negocio como era la redempcion y sanctificacion del género humano (mediante la cual los hombres son hechos hijos de Dios y herederos de su reino), no se cometiese á un puro hombre, sino á otro que, siendo verdadero hombre, fuese mas que hombre: hombre, para que represente la condicion del pecador; y mas que hombre, para darle remedio. Este fué un tan nuevo y tan extraordinario medio, que ni todos los entendimientos humanos, ni aun de los mismos ángeles (sacados algunos de los mayores á quien fué revelado) pudieran atinar ni pensar, y mucho ménos desear un tan excelente y conveniente remedio como este. Y por acortar palabras declararos he la summa deste misterio.

Para lo cual habeis primero de presuponer que como Dios sea summamente perfecto, así quiere que lo sean todas sus obras, y mas aquellas que son de mas importancia; pues vosotros los filósofos soleis decir en vuestras escuelas, que la naturaleza siempre pretende hacer lo que es mas perfecto. Demas desto habeis de entender cuánto mas excelente obra sea la obra de la redempcion que la de la creacion. Lo cual se ve por la diferencia de los fines de la una obra y de la otra. Porque el fin de la creacion es el sér natural de las cosas; mas el de la redempcion es la sanctificacion de los hombres, con que los levanta á un sér sobrenatural y divino, mediante el cual se hacen participantes de la gloria y naturaleza divina.

Digo pues que considerando aquel sapientísimo Gobernador cuánto mas excelente obra era la redempcion del mundo que la creacion dél, le paresció que convenía á la alteza de su sabiduría, que habiendo sido Dios el que crió el mundo, fuese una pura criatura la que lo redimiese; siendo, como está dicho, mayor la obra de la sanctificacion del mundo, que la de la creacion. Lo cual es en tanto grado verdad, que no digo yo la sanctificacion del mundo, mas la de un solo pecador, es habida por mayor cosa que la creacion del mundo, como consta por la ventaja que hace el fin de la una al de la otra, segun está dicho. Y pues Dios tiene ya testificado por sus profetas (*i*) que á nadie ha de dar la gloria que á él solo pertenesce, y constanos ser mayor la gloria de redemptor que de criador; no era justo dar la mayor gloria á su criatura, y tomar para sí la menor, de donde se seguiria que el hombre criado y redimido diria á Dios: Gracias os doy, Señor, porque me criastes; y á una criatura: Gracias os doy, porque me redimistes. No consintió pues aquella summa bondad que repartiésemos nuestro amor entre criador y redemptor, y por eso el mismo que fué nuestro Criador, quiso ser nuestro Redemptor.

Añado á esta conveniencia otra muy principal: si un pintor, el mas famoso del mundo, hubiese empleado toda su arte en hacer una imágen perfectísima, y acaso viniese á caer un tan gran borron de tinta en ella, que toda quedase estragada y escurescida, pregunto ¿quién sería suficiente para restituir aquella tabla en su primera perfeccion y hermosura, sino el mismo que la pintó? Pues por este ejemplo entenderéis lo que tratamos, porque claro está que el mismo Dios fué el artífice y el pintor de la hermosura de nuestra ánima, hecha á su misma imágen y semejanza, y adornada con los colores de todas las virtudes y gracias. Y constanos que por el borron de aquel primer pecado quedó ella tan escurrida y borrada, que ninguna cosa quedó en ella de aquellas gracias con que fué criada. Pues si Dios por su infinita bondad queria reformar esta imágen, y restituirla en su antigua pureza y hermosura (cuanto lo sufre la condicion del estado presente), ¿qué otro pintor habia de ser el reformador desta imágen, sino el mismo Criador?

Y aun aquí os diré una cosa que nos viene á propósito; y es, que porque la segunda persona de la sanctísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, se llama imágen y palabra del Padre (porque representa su divina esencia), y conforme á esta imágen fué criado el hombre; por esto entre las personas divinas se cometió mas á el Hijo, que al Padre ó al Espíritu Sancto, la obra de la redempcion y reformacion del hombre. Porque aquel á cuya imágen fué criado el hombre, reformase la imágen borrada dese hombre.

S. Aug. Parésceme que hasta aquí va todo eso que habeis dicho muy conforme á toda razon, y muy bien ordenado; mas deseo saber cómo pueda eso ser. Porque como aquí sea necesario satisfacer á Dios ofendido, para que así nos reciba en su primera amistad y gracia, y á Dios no es dado satisfacer ni merescer (porque esas son obras de criatura, y no de criador), ¿cómo podrá el que es verdadero Dios hacer esos oficios tan extraños de su naturaleza?

S. Amb. Para eso no habia mas que un solo medio, que es juntarse la naturaleza divina con la humana; para que de la humana tomase facultad para merescer y satisfacer, y de la divina se le communicase caudal para poder pagar.

(*g*) Isai. 55. (*h*) Ibid. 7.

(*i*) Ibid. 42. et 48.

S. Aug. Desa manera yo os confieso que sería eso posible.

S. Amb. Pues esa fué, hermano, la invencion que la inmensa bondad y sabiduría de nuestro Dios halló, para que en esta obra tan grande se hallase consumada y perfecta justicia.

S. Aug. Pues ¿de qué manera se pudieron juntar esas dos naturalezas tan distantes, en una persona?

S. Amb. Escogió Dios ante todos los siglos una Vírgen mas pura que las estrellas del cielo, y mas enriquecida con las virtudes, y gracias, y dones del Espíritu Sancto, que todos los ángeles; y quiso que su unigénito Hijo se encerrase en sus purísimas entrañas, y fuese concebido, no por obra de varon, sino por la omnipotente virtud del Espíritu Sancto. Y dese tálamo virginal saliese á este mundo perfecto Dios, y perfecto hombre del linaje de Adam, y sin la culpa de Adam; y hecho hombre, conversase con los hombres, trayéndolos al temor y conoscimiento de Dios con la doctrina de sus palabras, y animándolos con los ejemplos admirables de sus virtudes, y confirmándolos en la fe con la grandeza de sus milagros.

S. Aug. Atónito me hago con eso que decis, que es encerrarse aquel soberano Hijo de Dios en las entrañas de una mujer, y vestirse de carne, y hacerse hombre, y andar desconoscido, disimulada la dignidad real de su Majestad, tratando y conversando familiarmente con los hombres, y comiendo con ellos: cosa es esta que me pone en grande espanto y admiracion. Porque como yo estoy criado con la leche y doctrina de los filósofos, y veo al príncipe dellos, que fué Aristóteles, decir que Dios es acto puro, en lo cual brevemente confiesa que en aquella altísima substancia están todas las perfecciones que se pueden pensar, en tan alto grado, que no pueden crescer ni ser mas de lo que son; y añade mas, diciendo que es tan grande la pureza, y alteza, y simplicidad de su naturaleza, que no puede entender ni pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura; porque como todo lo que hay fuera dél sea menor que él, dice este filósofo que se apocaria si se abajase á pensar otra cosa fuera de sí, aunque no por eso deja de conoscer todas las cosas en su misma esencia. Pues quien está habituado á sentir de Dios esta tan grande alteza y pureza, oir agora que él se inclinase á esta bajeza, es cosa que suspende y agota mi entendimiento. Porque me descubre una tan grande y tan incomprehensible bondad de Dios, cuanto lo es su misma esencia; porque no es menor la bondad divina, que la esencia divina; y como esta es incomprehensible, así tambien lo es su bondad.

S. Amb. Si deso os espantais, mucho mas os espantaréis de lo que despues deso se siguió. Porque predicando este Señor al mundo, y reprehendiendo los vicios y maldades de los hombres, y en especial la hipocresía y avaricia de los sacerdotes y fariseos, movidos con odio y invidia de su gloria, se levantaron contra él, y no descansaron hasta entregarle á la muerte, y muerte de cruz, acompañada con otras muchas injurias y dolores; permitiéndolo así la divina bondad, y aprovechándose desta maldad para encaminar el remedio de nuestra salud. Porque con la muerte deste innocentísimo Cordero, que él no debia, fuimos librados de la que todos debiamos; y por el precio de su sangre fuimos rescatados del cautiverio del demonio, y por el sacrificio de su pasion se nos dió perdon general de todos los pecados. Veis aquí, hermano, en pocas palabras la resolucion y summa deste grande misterio, en la cual tendréis vos despues mucho en que pensar.

S. Aug. A cosas tan grandes, tan nuevas y tan extraordinarias, ¿qué puedo yo, padre y señor mio, decir? Faltan las palabras, falta el sentido, el entendimiento se agota, la lengua se enmudece, las fuerzas del ánima desfallescen considerando la inmensidad desa bondad y caridad de nuestro Dios. Mas quien se acordare de lo que acabé de decir de la incomprehensibilidad de la divina bondad, no extrañará haber padescido él todo eso por hacernos este tan grande bien. Porque si es proprio de la bondad hacer los hombres sanctos y buenos, y todo eso padesció él por esta causa, cuanto mayores tormentos y injurias padesció, tanto mayor gloria de sancto y bueno nos descubrió.

S. Amb. Esto entenderéis vos mejor, si consideráredes la muchedumbre innumerable de sanctos y sanctas que, despues desta muerte sagrada, en todas las partes del mundo se siguió. Pues ¿qué cosa mas propria y mas digna de aquella summa bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo? Y si decis que costó mucho esa obra, pues costó la vida, digo que cuanto fué mayor la costa, tanto fué mayor la gloria de quien tanto padesció.

§. II.

El hacerse el Hijo de Dios hombre, fué el mas conveniente medio que se puede pensar para redimir el linaje humano, y darle medios para conoscer, amar y imitar á Dios: que son las cosas principales que se requieren para ser sanctificado.

S. Amb. Mas agora, declarado ya este medio susodicho de nuestra salud, volvamos á lo que al principio propusimos, que es hacer comparacion deste medio al que vos proponíades del sacrificio del patriarca Abraham, ó de otro mas sancto que él, y veréis claramente cuánto mas excelente medio es este que ese que vos imaginábades.

S. Aug. Eso es lo que mucho deseo entender; porque las trazas y invenciones de Dios, y la disposicion de sus consejos, son dignísimos de ser sabidos.

S. Amb. Estad agora vos atento, y dejadme hablar un poco mas largo. Primeramente hallaréis que en ese medio que vos apuntasteis, falta una de las dos perpetuas compañeras de las obras de Dios, que son misericordia y justicia. Porque en ese medio hay misericordia, perdonando los pecados; mas falta la justicia, dejándolos sin castigo, que es contra la órden que Dios tiene puesta en todas sus obras; y contra la gloria suya, pues dice el Profeta (*k*) que á la gloria del rey pertenesce el juicio, que es hacer justicia; pues el rey que no lo hace, no meresce nombre de rey. Y es esta cosa tan anexa á la gloria de Dios, que el mismo Profeta dice (*l*) que el aparejo y ornamento de la silla real en que Dios se asienta es juicio y justicia. En las cuales palabras nos representa la majestad real de Dios, con que gobierna el mundo, dando á cada uno lo que meresce, segun las leyes de su justicia.

Y para significar que el castigo de los pecados redunda en gloria suya, dijo él despues de la muerte de los hijos de Aaron (*m*): Seré glorificado en los que se allegan á

(*k*) Psalm. 98. (*l*) Ibid. 88. (*m*) Lev. 10.

mí, mostrando en el castigo dellos cuánto me desagrada su maldad. Y tratando del castigo de Faraon, dijo él (*n*): Seré glorificado en la muerte de Faraon y de su ejército. En el cual hecho mostró él, no solo la gloria de su omnipotencia, sino tambien de su justicia, ahogando en las aguas al que mandaba ahogar en las aguas los niños innocentes. Leed los profetas, y veréis los castigos espantosos con que Dios amenaza y castiga á los malos, los cuales os harán temblar las carnes. Pues ¿cuántas ciudades, cuántos reinos tiene Dios destruidos y asolados por pecados? Pues no teniendo un tiempo mas que un solo altar en todo el mundo, en que se le ofresciese sacrificio, lo asoló y abrasó juntamente con su ciudad, como lo lamenta Hieremías, diciendo (*o*): Desechó Dios su altar, y maldijo el lugar de su sanctificacion. De modo, que mas quiso quedar en todo este mundo sin altar y sin templo, que dejar los pecados sin castigo. Mas ¿qué digo ciudades y reinos, pues todo el universo mundo que él habia criado en seis dias, destruyó con las aguas del Diluvio por los pecados dél?

Y para mostrar la determinacion que tiene de hacer justicia, cierra las puertas á las oraciones de los justos: y así manda al profeta Hieremías (*p*) que no haga oracion por su pueblo, porque no lo ha de oir. Y no solo á él, sino á otros sanctos no menores. Y así dice (*q*): Si se presentaren Moisen y Samuel delante de mí, no serán parte para reconciliarlos conmigo. Quítalos de mi presencia, y váyanse. Y si te preguntaren adónde irán, respóndeles; unos irán á morir á hierro, otros de hambre, otros á cautiverio. Y enviaré contra ellos cuatro géneros de plagas: espada que los mate, y perros que los despedacen, y aves del cielo y bestias de la tierra que los traguen. Esto dice por Hieremías. Y no es menor el amenaza que les envía por Ecequiel, porque cuatro veces repite en el mismo capítulo estas palabras (*r*): Si estuvieren entre ellos estos tres varones, Noé, Daniel y Job, y enviare contra ellos hambre, y pestilencia, y bestias para asolar la tierra, de modo que no quede en ella hombre, ni bestia; estos tres varones no serán poderosos para librar sus hijos y hijas destos castigos, sino ellos solos por su justicia serán librados.

Todas estas amenazas tan terribles nos declaran el rigor y entereza de la justicia de Dios, que es Juez universal deste grande reino suyo, que es el mundo: á cuya gloria pertenesce que la fealdad y mácula que los malos ponen con sus maldades en este reino, quite él con castigo dellos. Porque no paresce tan hermosa la cadena de oro en el cuello del rey, como el cuchillo ó la soga en el cuello del homicida y tiranno. Porque, como el Profeta dice (*s*), justo es Dios y amador de justicias, y sus ojos tiene puestos en la igualdad. Porque como á la rectitud de su justicia pertenesce que ningun bien quede sin galardon, así ningun mal sin castigo. Pues volviendo á nuestro propósito, en ese medio que vos (Augustino) señalábades, aunque se nos muestra la grandeza de la divina misericordia, no resplandesce ahí la justicia, de que Dios tanto se precia.

S. Aug. Eso no se puede negar.

S. Amb. De lo dicho tambien se sigue faltar aquí otras dos compañeras de las obras de Dios, que son gloria suya y provecho nuestro. Porque aquí se halla provecho del hombre, siendo perdonado; mas no gloria de Dios, pues las ofensas y injurias hechas á su Majestad quedan sin castigo. Porque la honra del ofendido es el castigo de quien lo ofendió.

S. Aug. Bien veo eso; mas deseo saber cómo se excusan esos dos inconvenientes en el medio que nuestro Señor escogió.

S. Amb. Eso queda entendido por lo pasado; porque tomando el Hijo de Dios la naturaleza humana en su misma persona, y padesciendo muerte de cruz, y ofresciéndola en satisfaccion por la culpa que todos debiamos, queda Dios glorificado, y el hombre á costa dél redimido. Porque mucho mas quedó él honrado con el sacrificio de su Hijo, que ofendido con todos los pecados del mundo. Veis aquí pues cómo en esta obra se hallan las condiciones de las obras de Dios, que son misericordia y justicia, gloria suya y provecho nuestro.

S. Aug. Agora entiendo con cuánta razon el Profeta llama esta obra invencion de Dios (*t*), en la cual tan perfectamente se hallan juntas esas divinas perfecciones (que parescen contrarias), cuanto por ninguna otra se pudieran juntar. Pero tan grande obra como esa, mayores provechos y conveniencias ha de tener; y esas quiero que me declareis.

S. Amb. A mucho me obliga vuestra peticion. Porque son tantas las conveniencias deste misterio, y tantos los fructos y provechos dél, que ni por lenguas de ángeles pueden ser bastantemente declarados. Porque ya vos podréis conjeturar, que tan grande cosa como es hacerse Dios hombre, y morir en cruz, no habia de ser para cosas pequeñas, sino para tan grandes y tan extraordinarias como lo es hacerse Dios hombre.

Pues tomando esta materia dende sus principios, habeis de saber que tres cosas principales se requieren para el negocio de nuestra sanctificacion, que son conoscer á Dios, amar á Dios, y imitar la pureza y sanctidad de Dios; las cuales tres cosas son tan hermanas y vecinas en sí, que de la una se sigue la otra. Porque del conoscer á Dios venimos á amarle, y de aquí á imitarle. Pues para estas tres cosas veréis agora cuán grandemente nos ayuda este misterio.

Porque comenzando por la primera, que es conoscer á Dios, era cosa dificultosa ántes deste misterio levantarse nuestro entendimiento al conoscimiento dél. Porque como ya sabeis que no puede nuestro entendimiento, miéntras mora dentro de la cárcel deste cuerpo, entender sino las cosas que le entran por estos sentidos corporales, que tambien son corporales (por que las espirituales no pueden entrar por ellos), por la cual causa ningun filósofo hasta hoy ha llegado á conoscer la substancia de nuestra ánima, por ser ella espiritual (aunque conoscemos los efectos della, pues mediante ella vivimos y sentimos, etc.); pues si es tanta la rudeza de nuestro entendimiento, que ni su propria ánima conosce, ¿cómo se levantará á conoscer á Dios, que es altísimo y purísimo espíritu?

Hubo antiguamente unos herejes que ponian en Dios cuerpo y figura humana; por donde un devoto ermitaño, creyendo ser esto así, contemplaba á Dios en esta figura. Y siendo desengañado y poniéndose á contemplar á Dios como puro espíritu sin cuerpo, no acertaba á pensar en él, ni hallaba tomo en esta contemplacion. Por lo cual

(*n*) Exod. 14. (*o*) Thren. 2. (*p*) Hier. 14. (*q*) Ibid. 15.
(*r*) Ezech. 14. (*s*) Psal. 10.

(*t*) 1. Par. 16. Isai. 12.

lloraba y decia: Hanme quitado á mi Dios. Siendo pues esta la condicion de nuestro entendimiento, que no se acomoda á contemplar las cosas espirituales sino envueltas en figuras corporales, grande beneficio de nuestro Dios fué hacerse hombre y vestirse de carne humana; porque si no nos aplicábamos á contemplarlo como á puro espíritu, le contemplásemos vestido de carne. Y así le contemplamos en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, y de su muerte acerbísima, y gloriosa Resurreccion y Ascension. Y desta manera vistiéndose Dios de nuestra humanidad, que es corporal y visible, nos levantó al conoscimiento de las cosas espirituales y invisibles. Porque por las obras de esta sagrada humanidad, ordenadas para nuestro remedio, nos levantamos al conoscimiento de la bondad de Dios, que á tantos extremos llegó por hacernos sanctos y buenos; y de la caridad de quien tanto nos amó, qué dió su vida por la nuestra; y de su grande misericordia, pues tomó sobre sí todas nuestras deudas para descargarnos dellas. Y no ménos se conosce por aquí el rigor de la divina justicia, pues ni á su proprio Hijo perdonó el Padre eterno, por haberse ofrescido á satisfacer por los pecados ajenos.

Mas no puedo dejar de detenerme un poco en la consideracion de la divina bondad, pues ella fué la causa original de todo nuestro bien. Porque primeramente, ántes que lleguemos á este misterio, gran bondad fué querer aquella soberana Majestad levantar un vil gusanillo sobre todos los cielos, y criarlo para hacerlo participante de su misma bondad y pureza, y despues, de su gloria: que es igualarlo (en lo que toca á este fin) con los querubines y serafines. Y es cosa notable ver en las sanctas escripturas con cuántas y cuán amorosas palabras nos llama él y convida á esta imitacion de su bondad y pureza. Y pasó tan adelante este deseo, que viendo cuánto importaba para alcanzar esta pureza hacerse él hombre, y morir en cruz para ofrecérsenos por ayudador y ejemplo della, no dudó descender hasta aquí por esta causa. ¿Qué es esto, Dios mio? Qué os va á vos en eso? Qué ganais si eso se hace, ó qué perdeis si no se hace, pues *ab æterno* ántes que criásedes el mundo, érades tan bien aventurado como lo sois agora? Qué amor es ese? Qué bondad es esa? Bastaba para argumento de vuestra bondad haber criado una criatura tan baja para fin tan alto: mas ¡que el deseo pasase tan adelante, que llegásedes á morir por hacerme bueno y bienaventurado, como vos lo sois! Cierto, Señor, obra de tal bondad como esta no se halla en todo lo criado, sino en solo el Criador. Y esta sola viene proporcionada y compasada al tamaño de vuestra bondad.

Abierto pues este camino, podréis vos filosofar y conoscer por este medio las otras perfecciones divinas que en este grande misterio resplandescen. Y entenderéis luego cuán acertada fué esta invencion de la sabiduría de Dios, para darnos conoscimiento de sus perfecciones; y cuán misericordiosa, pues así se disfrazó (si decir se puede) para acomodarse á nuestra rudeza. Y por esta causa llamándonos el Padre eterno al conoscimiento de su unigénito Hijo, al cual enviaba por nuestro maestro al mundo, dice (*v*) que compremos dél sin plata y sin alguna otra mercaduría, vino y leche. Dándonos á entender que en este sagrado misterio hallan los simples y los sabios en que poder ejercitarse, y con que aprovecharse. Porque leche es mantenimiento de niños, y vino es de los hombres. Para que entendamos que chiquitos y grandes, perfectos y imperfectos hallarán aquí pasto y mantenimiento proporcionado para sus ánimos.

S. Aug. Yo confieso que se nos descubren tanto esas divinas perfecciones por ese medio, que así como esa obra sobrepuja tanto á las otras obras divinas, como la lumbre del sol á la de las estrellas; así sola ella nos da mas claro conoscimiento desas perfecciones, que cuantas obras tiene hechas y puede hacer.

S. Amb. Ya pues por lo dicho entendeis cuánto nos ayuda este misterio para conoscer á Dios; veamos agora cuánto nos ayuda para amarlo. Digo pues que si era grande impedimento la rudeza de nuestro entendimiento para conoscer á Dios, mucho mayor lo era la desemejanza de nuestra vida para amarlo (que como vos mejor sabeis) la semejanza es causa de amor; pues el amor es union de voluntades y corazones.

Pregunto pues agora, ¿qué semejanza hay entre la alteza divina y la bajeza humana? Porque las cosas contrarias ó diferentes muy mal se pueden unir entre sí. Siendo pues esto verdad, ¿qué cosa mas diferente y mas distante una de otra que Dios y el hombre? Dios espíritu simplicísimo, el hombre espíritu sumido en la carne; Dios altísimo, el hombre bajísimo; Dios riquísimo, el hombre pobrísimo; Dios purísimo, el hombre impurísimo; Dios inmortal y impasible, el hombre mortal y pasible; Dios exento de todas las miserias, el hombre subjecto á todas ellas; Dios inmudable, el hombre mudable; Dios en el cielo, el hombre en la tierra; y finalmente, Dios invisible, el hombre visible; y como tal apénas puede amar lo que es invisible. Veis pues agora cuán grandes impedimentos hay de parte del hombre para amar á Dios. Porque siendo la semejanza causa de amor y de la union de los corazones, ¿qué semejanza hay entre Dios y el hombre, donde vemos tantas diferencias de parte á parte?

Pues ¿qué remedio para que haya semejanza donde hay tantas diferencias? Esta fué la invencion admirable de la divina sabiduría, la cual de un golpe cortó á cercen todos estos impedimentos del amor, haciéndose hombre. Porque veis aquí á Dios que era purísimo espíritu, vestido de carne; veislo abajado, veislo pobre, humilde, mortal y pasible, y subjecto á las mudanzas y cansancios de la vida humana, y sobre todo esto visible, para que el hombre que no podia amar sino lo que veia, vestido ya Dios desta ropa, no tenga excusa para dejar de amarle.

Y porque es tambien grande impedimento del amor la desigualdad de las personas, por donde se dice que no concuerdan bien, ni moran en una casa majestad y amor (*x*), veis aquí tambien quitada la desigualdad, cuando desta manera se abajó la Majestad, y se acomodó á nuestra poquedad. Lo cual divinamente nos representó el profeta Eliseo (*y*) cuando resuscitó el niño de su huéspeda, sobre el cual se acostó, encogiendo su cuerpo á la medida del niño; con lo cual se calentó la carne del niño muerto, y abrió los ojos y resuscitó. Pues ¿qué otra cosa nos representa esta tan extraña cerimonia del Profeta, sino haberse encogido aquel grande Dios que hinche los cielos y tierra, compasándose con el hombre, y estrechando su Majestad á la medida de nuestra humanidad, por su grande caridad, con la cual el mismo hom-

(*v*) Isai. 55.

(*x*) Vid. Bern. serm. 59. sup. Cant. (*y*) 4. Reg. 4.

bre vino á encenderse en el amor de quien así lo amó? Esta pues fué la invencion que la divina sabiduría inventó para ser amada de los hombres, acomodándose á la pequeñez y naturaleza dellos.

S. Aug. Como vais procediendo en esa materia, así voy abriendo los ojos, y viendo cuán admirable fué ése medio que la divina sabiduría escogió para levantar nuestra bajeza al conoscimiento y amor de cosa tan grande.

S. Amb. Mas no se contentó aquella soberana Majestad con quitarnos estos impedimentos de su amor, sino proveyónos tambien de grandes estímulos y incentivos de amor con la muestra de su bondad, y de la grandeza de los beneficios que se encierran en este summo beneficio.

Porque dos propriedades señaladas tiene el verdadero amor. La una es querer bien, y desear bien al que ama; y cuanto á esto no nos pudo el Hijo de Dios desear y procurarnos mas bien, que darnos bienes de gracia y de gloria; los unos para esta vida, y los otros para la otra. La segunda propriedad es padescer trabajos y dolores por la persona amada.

Pues esto vemos en la persona y vida de nuestro Salvador, y mucho mas en la muerte, y en los grandes dolores y tormentos que por librarnos de la muerte padesció. Y aquí interviene una cosa que suspende y arrebata las ánimas devotas en una grande admiracion.

Para lo cual habeis de presuponer que no solamente Dios, en cuanto Dios, no puede adquirir algo de nuevo; mas ni en cuanto hombre ganó ni meresció cosa que él ya no tuviese. Porque su gracia y gloria nunca mas cresció de lo que le fué dada en el instante de su concepcion; y la gloria de su cuerpo y de su sancto nombre en ese mismo instante la meresció. Y así ninguna cosa adquirió de nuevo que ya no tuviese.

Siendo pues esto así, ¿no es cosa que espanta haberse ofrescido á los mayores dolores que jamas se padescieron ni padescerán, sin caerle nada en casa, ni adquirir nada de nuevo para sí? ¿Qué novedad es esta? Qué cosa tan nunca vista? Porque generalmente vemos que todos los hombres no dan paso sin algun interese, ni se ponen á grandes trabajos sin grandes pretensiones. Pues ¿no es cosa de admiracion ver á este Señor en tan grande agonía y afliccion de espíritu, que bastó para hacerle sudar gotas de sangre, verle preso, maniatado, escupido, abofeteado, escarnescido, azotado, burlado de Heródes, coronado de espinas, pregonado por las calles públicas con la cruz sobre sus hombros, quebrantados con los azotes pasados, jaropeado con hiel y vinagre, y despues enclavado en una cruz entre dos ladrones, con su Madre presente; y que en todos estos trances, en todas estas batallas, en todos estos tormentos ejecutados en el mas delicado de los cuerpos, sin ningun linaje de consuelo, ni del cielo ni de la tierra; y que en todos estos tragos y dolores ninguna cosa medrase para sí, sino para los hombres?

Los mártires á cada azote que padescian se consolaban, acordándose que á cada golpe que les daban correspondia un mas alto grado de gracia y de gloria, de que eternalmente habian de gozar, y con esto se animaban y consolaban en sus dolores; mas nada desto habia lugar en Cristo, pues ninguno de sus tormentos padesció para sí, sino para los hombres; y lo que mas es, no solo por los buenos, sino por los malos y enemigos suyos, para que á costa suya ellos pagasen; y padesciendo él, ellos gozasen; y siendo él humillado, ellos fuesen ensalzados y librados de todos sus males. Lo cual es como si un padre se pusiese á remar en las galeras porque no remase un su hijo condenado á ellas. Pues desta manera este celestial Padre, viéndonos sentenciados á muerte, se ofresció á esta muerte tan trabajosa por darnos eterna y gloriosa vida. ¿Veis pues, Augustino, cuán grandes estímulos tenemos en esta sagrada humanidad para amar á Dios? De los cuales careciéramos, si por algun grande sancto, como vos apuntastes, fuéramos reparados.

S. Aug. Eso no se puede negar: y por ahí entiendo cuán larga y copiosa fué nuestra redempcion, pues tenemos tal Redemptor. Porque lo que va de Dios al hombre, eso va de redempcion á redempcion. Mas estoy deseando me declareis la tercera cosa que propusistes, que es la imitacion de Dios.

S. Amb. Fácilmente se puede entender por lo dicho, porque tal fué este medio que Dios inventó, que con ser uno solo, sirve tan perfectamente para cada una de las cosas que pertenescen á nuestra sanctificacion, como si para sola ella fuera instituido, como lo veréis agora en esta. Porque claro está que no hay persona que mas perfecta sea y mas digna de ser imitada, que es Dios; pues él es la primera regla, y él primer dechado de toda la virtud y sanctidad. Mas siendo necesario que veamos lo que habemos de imitar, fáltanos esta comodidad en él; no por parte suya, sino por la nuestra, que no alcanza á ver la grandeza de su pureza. Mas al hombre podemos claramente ver; mas no le podemos seguramente imitar, por su grande imperfeccion. Por donde no habia otro mas conveniente medio para esto, que juntarse Dios con el hombre, para que así tuviésemos á quien pudiésemos ver y seguramente imitar. Veis cuán á propósito viene esta invencion de Dios, para que tuviésemos un perfecto dechado, y un clarísimo espejo en que nos pudiésemos mirar, y humillar, y emendar; pues ya sabeis que aun los espejos materiales así se hacen, juntando una cosa clara, que es el vidrio resplandesciente y transparente, con una tela de plomo, que es escuro; y desta manera juntando lo claro con lo escuro, se viene á hacer este espejo material. Y conforme á esto nos proveyó nuestro Señor por este medio deste espejo espiritual, en el cual todas las virtudes de Cristo resplandescen, como lo podréis ver discurriendo por todos los pasos de su vida sanctísima.

S. Aug. Ese discurso haced vos, pues teneis tan perfecto conoscimiento della.

S. Amb. Veréis pues primeramente en la vida deste Señor el celo de la gloria de Dios, y de la salvacion de las ánimas, por las cuales andaba por todas las villas y lugares de aquella tierra predicando y buscando las ovejas perdidas de la casa de Israel. Veréis de la manera que ordenaba su vida, perseverando las noches en oracion, y gastando los dias en doctrinar las ánimas. Veréis la piedad para con los enfermos y leprosos, tocándolos con sus benditas manos, y dando salud á todos cuantos dolientes, y ciegos, y paralíticos se la pedian, sin jamas negarla á nadie. Veréis la fidelidad para con su eterno Padre, atribuyendo á él todas las obras que hacia, y las palabras que hablaba, refiriéndolo todo á la gloria dél,

sin tomar nada para sí. Veréis la misericordia de que usó con la mujer adúltera, y con la pública pecadora, y con el publicano que heria sus pechos, y con Sant Pedro que le habia negado: y finalmente con todos los que acudian á él. Veréis aquella extremada pobreza del Señor de todo lo criado; pues como él dijo (*z*), los pájaros tienen nidos, y las raposas cuevas, y él no tenia sobre qué reclinar su cabeza, ni con qué mantenerse, sino con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban. Veréis la blandura de que usó con sus discípulos; pues habiéndole ellos al tiempo de la prision desamparado, acabando de resuscitar, les envió aquella graciosa embajada con la Magdalena, diciendo (*a*): Ve á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios. Pues ¿qué diré de aquella inefable humildad con que se abajó á lavar los piés de sus discípulos, y entre ellos los de Júdas que lo tenia vendido? Qué diré de la paciencia con que sufrió tantas injurias, llamándole samaritano, y endemoniado, y engañador del pueblo? Qué de la benignidad con que trataba los pecadores, comiendo con ellos para ganarlos y traerlos á Dios?

Estos y otros semejantes ejemplos de virtudes hallarémos en su vida. Pues ¿qué será si entramos en su dolorosa muerte, y en el proceso de su sagrada Pasion? ¿Quién no quedará espantado considerando tantos ejemplos de humildad como se nos dan en toda ella? Porque toda ella paresce haber sido una tela tejida de pasos de humildad. Pues ¿qué diré de aquella obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz, y de aquella paciencia entre tantos dolores, y de aquella mansedumbre entre tantas injurias, y de aquel silencio entre tantos falsos testimonios, de que el mismo juez se espantó; y finalmente, de aquella benignidad con que rogó al Padre por los mismos que lo crucificaban? Estos y otros semejantes ejemplos tenemos en todo el discurso de la vida, y mucho mas de la muerte de nuestro Salvador; y ya vos veis de cuánta eficacia sean estos ejemplos, y cuán poderosos para movernos, pues son ejemplos de persona de tanta dignidad. Porque aunque el hombre sancto, que vos al principio proponíades, nos diera ejemplos de sus virtudes; pero ya vos veis cuánto va de ejemplos de criador á criatura. Porque que el hombre sea humilde, y sea obediente, y sea paciente, y sea pobre de espíritu y de cuerpo, no es mucho; mas que el Señor de la majestad sea humilde, y que el Rey de los reyes sea obediente, y el que es gloria de los bienaventurados padezca dolores, y el piélago de todas las riquezas sea pobre, y el que es pan de los ángeles padezca hambre, y el que viste los cielos y los campos de hermosura esté desnudo en la cruz; bien veis cuánto mas nos muevan estos ejemplos, que todos los de los sanctos, mayormente considerando que en todos estos trabajos (demas del ejemplo que nos daba) obraba nuestra salud.

S. Aug. Muy á la clara veo ser eso lo que decis, y resumiendo lo que está dicho, veo cuánto ayuda esa invencion de Dios para aquellas tres cosas tan importantes y principales que propusistes, que son conoscimiento de Dios, amor de Dios, y imitacion de la pureza del mismo Dios. Y de todo esto carresciéramos si por otro medio fuéramos redimidos. Y por eso con justa razon nos convida el Profeta á que alabemos á Dios, y prediquemos al mundo esta invencion que él para hacernos todos estos bienes descubrió.

§. III.

De otros principales bienes que se nos siguen del inefable misterio de la Encarnacion.

S. Amb. Alégrome porque vais entendiendo la excelencia deste medio, y desta invencion. Mas no es solo este el fructo que por aquí se alcanza, sino otros muy principales que aquí apuntarémos. Entre los cuales es uno, que en todo este proceso de la vida de Cristo, y en los misterios de su sagrada humanidad tienen los fieles devotos copiosa materia de meditacion con que se puedan ejercitar, y con que puedan cebar, y regalar, y edificar sus ánimas, y levantarlas al conoscimiento de la alteza de su divinidad por medio de la sagrada humanidad. Porque si (como está dicho) ella es un eficacísimo medio para levantarnos al conoscimiento, amor y imitacion de la pureza y sanctidad de Dios (de que arriba tratamos), todo esto y otras cosas mas hallarán los que en esta sancta meditacion se ocuparen, y por experiencia conoscerán que la vida de Cristo es aquel árbol que Sant Juan vió en su revelacion (*b*), que llevaba doce fructos, segun los doce meses del año, y que las hojas deste árbol (que son las palabras y doctrina de Cristo) eran para salud de las gentes. Es otrosí un vergel ó paraíso de deleites, donde se hallan tantas flores y frescuras de inestimable suavidad y hermosura, cuantas obras y palabras hay deste Señor.

Y tomando esta vida desde el principio hasta el fin della (que es desde la entrada en el mundo hasta la despedida dél), verémos que ella es un itinerario de todos los pasos y caminos que por nuestra causa anduvo el Hijo de Dios en este mundo: donde hallarémos tantas estaciones que visitar, cuantas cosas notables en todo el proceso de su vida hizo y padesció.

Y entre estas estaciones la primera es el pesebre y el portalico de Betlem, donde verémos al Señor de todo lo criado, pobre, humilde, colgado de los pechos virginales de su sanctísima Madre. En este paso es donde los grandes y verdaderamente sabios se hacen niños y humildes con el Niño Jesus, y aquí se regalan y enternecen con él, y se compadescen dél, viéndole tan pobre y desabrigado, y de aquí aprenden á despreciar las vanidades y regalos del mundo.

Luego pasan de aquí á la circuncision, y miran cómo aquel Esposo de sangre comienza ya á dar aquella poquita de sangre en prendas de la mucha que adelante habia de derramar.

De ahí se juntan con los sanctos Reyes, y le ofrescen ellos tambien sus dones, que son oro de caridad, y incienso de devocion, y mirra de mortificacion. Y caminan luego de Betlem para Hierusalem, y alégranse de ver aquel sancto Niño en los brazos de Simeon cantando loores á Dios, y profetizando la conversion del mundo y la salvacion de las gentes. Mas esta alegría duró poco; porque luego se levanta Heródes á perseguir el Niño, y es forzado huir con él la Madre á tierras extrañas para defenderlo deste tiranno. Desta manera pues caminan las ánimas devotas por todo este itinerario, haciendo sus estaciones en estos y otros semejantes pasos de la vida y

(*z*) Matth. 8. (*a*) Joan. 20.

(*b*) Apoc. 22.

muerte deste Señor; y como espirituales abejas andan revoleando por este jardin de flores, que nunca se marchitan, tomando dellas lo que sirve para fabricar el panar dulcísimo de la divina consolacion.

S. Aug. Mucho me he alegrado de oir todo eso; porque con esos pocos ejemplos me habeis abierto camino para que sepa yo filosofar en los otros, conforme á la luz que el Espíritu Sancto me diere.

§. IV.

Por el misterio inefable de la Encarnacion se nos dió el singular beneficio de tener á la Madre de Dios por especial abogada nuestra, y celebra la Iglesia las principales fiestas del año.

S. Amb. Pues otro singular beneficio se sigue deste. Porque haciéndose el Hijo de Dios verdadero hombre del linaje de Adan, forzadamente habia de tener Madre dese mismo linaje, y con esto, teniendo de nuestra parte al Hijo, tenemos tambien la Madre, la cual hallarémos por compañera del Hijo, no solo en los pasos de su sancta niñez, sino tambien en los dolores de su pasion, pues se halló con él al pié de la cruz. Y como se despierta nuestra devocion y compasion mirando en todos estos pasos al Hijo, tambien se despierta mirando á la Madre, que como persona conjunta se alegra con él, y padesce con él, pues el amor todas las cosas hacia communes: y así estuvo ella con el Hijo crucificado, crucificada; y con él sepultado, sepultada; y tambien con él resuscitado, resuscitada. Y como en el Hijo tenemos un grande y fiel medianero para con el Padre, así en ella tenemos una grande medianera para con el Hijo. Porque ni el Padre negará nada á tal Hijo, ni el Hijo á tal Madre. La cual con ser Madre de Dios, es tambièn Madre de misericordia y abogada de los pecadores, á los cuales ama; porque ve cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró.

Y sobre todo esto ve que los pecadores fuéron ocasion de que el Hijo de Dios tomase carne en sus entrañas, y ella fuese Madre dél. Y por esto los mira con ojos mas piadosos, y ellos con mas confianza acuden á ella en sus necesidades. Porque en el Hijo veneran la alteza de su divinidad, mas en la Madre reconoscen que es mujer, y que es propria de las mujeres la blandura y misericordia: pues la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza. Y aunque la memoria desta Vírgen sanctísima generalmente sea agradable á todos; mas particularmente lo es al devoto linaje de las mujeres, considerando que es mujer como ellas la que vino á ser Madre de Dios. Lo cual podréis notar viendo que en nombrándose en la Iglesia el nombre glorioso desta Vírgen, luego sentiréis en las mujeres una ternura de corazon, y unos devotos suspiros con que muestran el amor que la tienen.

S. Aug. Sea para siempre bendito el Autor de tanta maravilla, y el que por tantas vias procuró socorrer á nuestra miseria; pues con una sola obra nos proveyó de tantas ayudas para encender nuestro amor y esforzar nuestra esperanza. Porque los que recelan por sus culpas presentarse al Hijo, tomarán por remedio acogerse á la Madre, que no puede dejar de ser misericordiosa, pues tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia.

S. Amb. Pues otra cosa quiero añadir á las pasadas, que se sigue dellas. Porque es tal la órden y consecuencia de nuestros misterios, que de unos se siguen otros; y así de lo dicho se siguen las principales fiestas que la sancta madre Iglesia celebra en todos los años, para despertar con esto la memoria y agradescimiento de los beneficios divinos. Y en estas fiestas tan gloriosas se viste ella de fiesta, adornando sus templos y sus altares, haciendo alarde de sus riquezas y tesoros, componiendo oficios devotísimos que nos representen la historia de los misterios que celebra, atizando nuestra devocion con salmos, y cánticos, y himnos, y instrumentos musicales, como lo hacia el sancto rey David en su tiempo. Y con esta solemnidad celebra las fiestas de Cristo nuestro Salvador y de su sancta Madre. Y esta manera nos alegra y renueva la memoria de los beneficios de aquel piadoso Señor, que por tantas vias ayudó al negocio de nuestra salvacion. Y con la variedad destas fiestas y misterios, enciende y despierta mas nuestra devocion.

S. Aug. Cuanto mas procedeis en esta doctrina, tanto mas voy entendiendo los grandes bienes que nos vinieron por medio desta sagrada humanidad. Y agora voy mas conosciendo el consejo deste soberano Señor, el cual viendo la dolencia commun de nuestra naturaleza, y la muchedumbre de las heridas que de aquella primera culpa se siguieron, así nos proveyó de tantas maneras de ayudas como aquí habeis explicado.

§. V.

Del singular beneficio que se nos comunica por el inefable misterio de la Encarnacion, que son los sacramentos de la nueva ley.

S. Ambrosio. Con mayor razon podeis decir eso, si consideráredes otro singular beneficio que nos vino por mano dese Señor, que fuéron los sacramentos de la nueva ley, los cuales son unos como emplastos ordenados por este Médico sapientísimo para la cura desas heridas. Y estos no los podia instituir algun puro hombre, por sancto que fuese, sino solo Dios y hombre; porque como Dios, podia dar gracia, y como hombre, merescerla. Mas para tratar agora de la excelencia destos sacramentos, y de la necesidad dellos, y de las ayudas y beneficios que recibimos por ellos, era menester muy largo tratado. Y por eso, dejando esta materia para otro tiempo, solamente tocaré en el sanctísimo Sacramento del Altar.

Mas ¿qué podré decir yo, pobre y ignorante, de un tan grande misterio, que ni por lenguas de ángeles puede ser dignamente manifestado? Tiemblo verdaderamente en hablar de cosa tan alta. Mas una sola cosa aquí diré: que cuantas personas han vivido en temor y amor de Dios despues de la redempcion de Cristo, á este divinísimo Sacramento lo deben. Porque este es pan de vida que sustenta las ánimas en la vida espiritual. Este las esfuerza contra todas las tentaciones del enemigo; este las hace crecer en toda virtud; este les da gusto de las cosas del cielo, con el cual pierden el de las cosas del mundo; este ayunta las ánimas con Cristo, y las hace una cosa con él; este despierta la devocion, enciende la caridad y confirma la esperanza. Porque ¿qué no esperaré yo de un Dios que se me da en manjar, para que estando en mí me haga semejante á sí, y mi vida semejante á la suya? Por este sacramento nos hacemos participantes de los méritos de Cristo; porque no es otra cosa comer su carne y beber su sangre, sino hacernos participantes de lo que él con el sacrificio desta carne y sangre nos meresció. Por él se nos da prenda cierta de la gloria que es-

peramos, que es gozar de Dios, pues en este sacramento se nos da el mismo Dios. Este sacramento esforzó los mártires y sanctificó los confesores, purifica las vírgenes, consuela las viudas, emienda los casados, alegra los penitentes y honra los sacerdotes.

Pues ¿qué diré de la suavidad deste pan celestial? Mas desta no gustan todos, sino aquellos principalmente que arden en vivas llamas de amor de Dios. Para prueba desto, dejemos los ejemplos del alegría que recibe la madre con el hijo, y la esposa con su esposo despues de muchos años de ausencia, y pongamos los ojos en el alegría que recibió el patriarca Jacob cuando supo que su hijo tan querido Josef, que tan amargamente habia llorado, era vivo, y señor de toda la tierra de Egipto. Pues cuando lo fué á ver á Egipto, y le abrazó y dió paz en su rostro, ¿qué tan grande sería el alegría que este buen padre recibiria con el abrazo deste hijo, y qué tan grande la de tal hijo cuando se vió abrazado con tal padre? Pues segun esto, el ánima que tan verdaderamente meresce nombre de esposa de Cristo, y le ama con mayor amor que este padre á su hijo, y este hijo á su padre, ¿qué tan grande será la alegría que recibirá cuando en la hora de la sagrada Comunion se ve abrazada, y lo recibe dentro de sí misma, unida tan intimámente con él? Esto ¿quién lo podrá explicar? Porque esta alegría á veces es tan grande, que roba todos los sentidos, y los lleva en pos de sí con la fuerza desta tan grande suavidad. Mas qué, ¿qué digo cuando esto digo? Porque todo cuanto deste sacramento la lengua humana puede decir, y el entendimiento comprehender, es como nada en comparacion de lo que él meresce. Y de todos estos tan grandes bienes careciéramos, Augustino, si por esotro modo que vos decíades fuéramos redimidos.

S. Aug. Veo, padre, y alabo y glorifico al que tal invencion buscó para juntarse con el hombre y hacerlo participante de sus merescimientos, para que de lo que él nos ganó con tantos dolores y amargura de hiel, gozásemos nosotros con la suavidad deste pan celestial.

S. Amb. Mas no solo gozamos deste sacramento las veces que lo recibimos, sino tambien cuando en las misas lo adoramos, y cuando lo tenemos en nuestras iglesias: para que conozcamos el amor que nos tiene, pues quiere morar en la tierra con los hombres el que mora en el cielo entre los ángeles, para que su presencia acresciente nuestra devocion y reverencia, y para que cuando hiciéremos oracion en las iglesias, entendamos que no hablamos al aire, sino al mismo Dios que está presente y oye nuestras oraciones y gemidos.

Y en esto veréis la ventaja que hace nuestra Iglesia cristiana á la antigua Sinagoga. Porque en esta no habia en el templo otra cosa mas sagrada que el propiciatorio de oro, y una arca de madera donde estaban las tablas de la ley; mas nosotros tenemos por vecino de nuestras casas al mismo Señor que por esa arca era figurado, con quien platicamos cara á cara, y á quien presentamos nuestras necesidades y peticiones, confiando que quien nos ama tanto que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará léjos para remediarnos. Porque poco nos aprovechara estar cerca con su presencia, si no lo estuviera con su providencia.

S. Aug. Eso creo yo verdaderamente, pues no es nuestro Dios diferente de sí mismo, porque esto repugna á su verdad y simplicidad. Por donde lo que nos muestra en lo exterior, conserva en lo interior.

§. VI.

De otros singulares beneficios que nos vinieron por el inefable misterio de la Encarnacion: que son, ser Cristo nuestro perpetuo sacerdote y abogado ante el eterno Padre, y el esfuerzo de los mártires y de los que anhelan á la perfeccion evangélica.

S. Aug. Mas pasemos adelante, porque me paresce que no paran aquí los beneficios desa sagrada humanidad.

S. Amb. El tiempo, y la vida, y las palabras faltarán, pero materia de que hablar en este misterio nunca faltará. Síguesenos otro singular beneficio desta sagrada humanidad, que es tener un sacerdote eterno y un perpetuo abogado ante la cara del Padre, para remedio de nuestras infinitas miserias, así espirituales como corporales, que en esta vida nos tienen por todas partes cercados. En el tiempo de la ley no tenian los hijos de Israel otros abogados y valedores sino Abraham, y Isaac, y Jacob, y estos presentaban por su parte en sus necesidades para aplacar á Dios. Mas en la ley de gracia tenemos por nuestra parte por fiel abogado, no á los siervos de Dios, sino al mismo Hijo de Dios. El cual, no con palabras, sino con obras, aboga siempre por nosotros, representando ante la cara del Padre aquella sagrada humanidad y aquellas preciosas llagas que por gloria dél y remedio nuestro recibió. Y por esto nos esfuerza Sant Juan (*c*), si alguna vez desfalleciéremos, para que no desconfiemos, pues tenemos de nuestra parte un tan fiel y poderoso abogado ante la cara del Padre, que amansa la ira debida á nuestros pecados.

S. Aug. Gran providencia fué esa de nuestro Señor, y muy necesaria; porque estando el mundo tan lleno de pecados, ¿qué podriamos esperar de un Dios tan justo y tan enemigo dellos, sino otro segundo diluvio que nos destruyese á todos?

S. Amb. Ya es tiempo, Augustino, que ponga el silencio fin á esta nuestra plática, pues la materia no lo pone. Mas quiero concluirla con otro singular beneficio que desta sagrada humanidad se siguió, que es el esfuerzo de los sanctos mártires. Para cuyo entendimiento acordaos de aquella sentencia de Salomon, el cual dice (*d*) que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo; esto es, para gloria suya. Y por esto se dice (*e*) que los cielos y la tierra están llenos de su gloria; porque si hay ojos para saber mirar las cosas criadas y reducirlas á su principio, hallarémos que todas ellas predican la gloria, esto es, la sabiduría, la bondad y la providencia de su Hacedor. Mas como haya muchas maneras de glorificarle, la mayor es la de aquellos que de todo su corazon le aman. Porque quien mas le ama, mas de verdad lo glorifica; y aquel mas le ama, que mayores trabajos padesce por su amor; y porque los mártires fuéron los que mayores trabajos padescieron, esos fuéron los que mas le glorificaron con aquella tan grande fe, tan grande constancia, tan grande lealtad, que conservaron entre tan crueles, tan fieros y tan horribles tormentos. Porque ¿qué cosa mas gloriosa para Dios que tener siervos tan leales que se ofresciesen á padescer en unos cuerpos tan flacos y tan sentibles, como son los nuestros, y señaladamente los de las mujeres y doncellas de-

(*c*) 1. Joan. 2. (*d*) Prov. 16. (*e*) Isai. 6.

licadas, tan grandes y tan terribles tormentos con tan grande ánimo y fortaleza?

Cortábanles los piés y manos, sacábanles los ojos, arrancábanles los dientes, descojuntábanles los miembros, quebrantábanles las canillas de los huesos, echábanles plomo derretido en las bocas, rasgaban sus carnes con garfios y peines de hierro, freíanlos en sartenes, cocíanlos en calderas de aceite hirviendo, enterrábanlos vivos. A algunos encoraban con culebras dentro de los cueros, á otros encerraban en un toro de metal poniéndoles fuego por debajo.

¿Qué mas diré? Invenciones buscaban para atormentar, jamas vistas ni leidas. Porque aquel que fué grande homicida desde el principio del mundo, con el odio rabioso del nombre de Cristo, les enseñaba estas y otras tales invenciones de tormentos; y muchas veces en un mismo cuerpo ejecutaban todas cuantas podian, hasta que ni habia mas tormentos, ni mas fuerzas en los verdugos para atormentar, ni mas carne en el mártir en que ejecutar su furor. Y faltando las fuerzas á los verdugos, no faltaba al mártir la fortaleza y constancia; y despedazadas ya las carnes, estaba entera la fe y lealtad para con su Dios y Señor. Esta es pues la cosa con que nuestro Dios ha sido mas glorificado en este mundo. La cual basta para poner admiracion aun á los mismos ángeles, los cuales tambien en esta obra glorificaban á Dios, viendo la virtud y fortaleza que puso en una criatura de carne, y mas en una flaca doncella.

S. Aug. Si esas batallas bastan para poner admiracion á los ángeles, ¿cuánto mas deben bastar para ponerla á los hombres? Y así os confieso que ese efecto han obrado en mi ánima. Y en esto reconozco la grandeza de la divina gracia, que tal fe y tal constancia dió á esos fidelísimos y fortísimos caballeros. Porque tener tal firmeza en cosas que se alcanzan por razon humana (como es creer que hay Dios), no fuera mucho; pero tenerla en cosas que la razon humana no alcanza (como son los artículos de nuestra fe), y que se deje el hombre hacer mil pedazos ántes que negar un punto dellos, ¿quién no vé ser esta gracia divina, y no fortaleza humana?

S. Amb. Pues este tan grande esfuerzo que habeis oido, se debe á la sagrada humanidad de Cristo; porque él les meresció esa tan grande fortaleza con el sacrificio de su pasion; porque por eso dice Sant Juan (*f*), que las vestiduras blancas de que él vió vestidos los sanctos mártires, fuéron lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero; porque por el mérito de su preciosa sangre conservaron ellos la blancura y pureza de sus ánimas que los tirannos pretendian amancillar con sus abominables sacrificios. Y demas desto esforzólos tambien con su ejemplo, yendo en la delantera con la bandera de la cruz en la mano, vestido de aquella preciosa púrpura de su sangre: para que como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así se esforzasen los mártires en sus batallas, viendo que su Dios y Señor derramó la suya, no por sí ni para sí, sino por ellos.

S. Aug. Agora veo mas clara mi ignorancia; porque dese tan grande esfuerzo, que tanto redunda en gloria de Dios (por ser los mártires innumerables), carecieran ellos si por aquel medio que yo al principio propuse fuera el mundo redimido. Porque en este trance tan riguroso, ¿cuánta falta les hiciera carecer de tal capitan y tal compañero de sus trabajos, como era su mismo Dios y Señor?

S. Amb. Pues junto con ese beneficio, ponderad el esfuerzo que reciben todos los que anhelan á la perfeccion de la vida evangélica, para padescer otro linaje de martirio mas blando que este, pero mas molesto, por durar toda la vida, que es la mortificacion de nuestras pasiones y proprias voluntades. Y juntad la cruz de los que, como dice el Apóstol (*g*), crucifican su carne con todos sus apetitos y malos deseos, venciendo la naturaleza, y negando á sí mismos: y veréis cuánto nos ayuda para todo esto ver de la manera que aquel innocentísimo Cordero trató su carne purísima, no por su provecho, sino por nuestro ejemplo. Y juntad con estos los amigos del rigor de la vida, y enemigos de regalos, y amigos de abstinencia y penitencia; y juntad tambien con estos los tentados de diversas tentaciones, y los injustamente perseguidos; los afligidos con enfermedades, necesidades, y pobrezas, y muertes de sus queridos. Porque ¿dónde acuden estos á buscar ayuda en sus angustias, sino á las llagas de Cristo crucificado? Todos ellos se acogen á este puerto de salud, todos se consuelan con este ejemplo, todos beben desta fuente, todos acuden á esta general medicina de todos nuestros males, y para todos tiene este Señor los brazos abiertos y extendidos en la cruz.

S. Aug. Eso con todo lo demas que habeis dicho, me hace ver claramente la alteza del consejo de Dios, y la invencion tan admirable que buscó para encaminar el negocio de nuestra salvacion, obrando con una cosa sola tantos y tan grandes provechos. En lo cual veo cuán diferentes son (como dijisteis) los consejos y caminos de Dios, de los de los hombres. Porque ¿qué hombre ni qué ángel pudiera atinar á esa tan extraña invencion, como fue encarnar aquel grande Dios, y encerrarse en el vientre de una doncella, y morir en cruz para redimir el mundo? Mas aquella infinita bondad y sabiduría (que mira siempre lo mejor y mas perfecto) vió cuántos bienes de aquí se nos seguian, y en estos puso sus divinos ojos. Lo cual manifiestamente declara aquel medio que yo por mi corta razon propuse al principio; porque por este ejemplo se ve palpablemente de cuántos y cuán grandes bienes careciéramos, si por este medio fuéramos redimidos; que son todos los que me habeis declarado.

S. Amb. Pues por esto con mucha razon dice él por su Profeta, que demos al mundo noticia desta invencion de su bondad y sabiduría, y que nos acordemos que es muy alto su nombre, y que así fué altísima y admirable esta obra que él inventó para nuestro remedio.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, Augustino, principalmente sirve para confirmaros en la fe deste misterio; mas la fe se ordena á otra cosa mas alta, que es la caridad, sin la cual está muerta la fe. Y no hay cosa con que esta caridad mas se encienda, que con la consideracion deste summo beneficio. Que por él dijo nuestro Redemptor (*h*), que él habia venido á poner fuego en la tierra: porque tales obras y maravillas obró en ella para nuestro remedio, que ha de tener corazon mas que de piedra el que con ellas no se ablanda. Porque si en la ley antigua (*i*) mandó él á los hombres que lo amasen con todo su corazon, y con todo su entendimiento, y con todas sus fuerzas, no habiendo entónces padescido por la salud de los hombres, con cuánta mayor razon pedirá agora

(*f*) Apoc. 7.

(*g*) Galat. 5. (*h*) Luc. 11. (*i*) Deut. 6.

este amor; pues cuantos azotes, y bofetadas, y heridas, y injurias por esta causa recibió, tantos estímulos y incentivos de amor nos dejó. Y sabemos cierto que cuantos beneficios hasta hoy tiene él hechos al mundo y puede hacer, son como sombra, comparados con este. Por donde veréis, hermano Augustino, la obligacion que teneis á amar á este Señor con todas vuestras fuerzas, y gastar los dias y las noches en la contemplacion deste summo beneficio, para crecer mas en este summo amor. Y pues este Señor no se cansó de trabajar por amor de vos, no os canseis vos de pensar en sus trabajos y dolores, por amor dél.

S. Aug. No tengo aquí mas que preguntar, sino reconocerme por obligado toda mi vida á dar gracias á nuestro Señor, el cual así como por vuestra doctrina me libró de la herejía de los maniqueos, y me dió conoscimiento de la corrupcion de la naturaleza humana por el pecado original, así agora me ha dado el remedio dél, por la gracia de la redempcion de Cristo.

S. Amb. Esa gracia quiero que sepais, Augustino, que aunque se ganó generalmente, y meresció para todos, mas no gozan della todos, sino solos aquellos que se aplican á usar de los remedios que él para esto nos dejó, como lo hacen los fieles devotos y cuidadosos de su salud, no los perdidos y desalmados, que apénas se acuerdan de Dios. Al cual sea honra y gloria en todos los siglos de los siglos. Amen.

ORACION AL GLORIOSO PATRIARCA SANCTO DOMINGO,

QUE COMPUSO EL B. FR. JORDAN, SUCESOR INMEDIATO DEL GLORIOSO PATRIARCA,

en el oficio de maestro general del órden de Predicadores : con que cada dia orando se encomendaba en su padre y maestro Sancto Domingo. Por ser para los devotos del Sancto, de gran regalo espiritual, se pone aquí. Trasladóse del capítulo VII del libro II de la primera parte de la Historia de Sancto Domingo, fol. 200.

Sanctísimo sacerdote de Dios, confesor clarísimo, ilustre predicador, beatísimo padre Domingo, vírgen escogido de Dios, acepto y grato á la Majestad divina en tus dias entre cuantos vivian. Glorioso en vida, doctrina y milagros : teneros por abogado principal con Dios, nos es grande gozo y todo consuelo. Padre á quien entre los sanctos y escogidos de Dios mi alma reverencia con mucha y grande devocion, á tí doy voces del profundo de mi corazon en este valle de miseria. Acude, piadoso Padre, á esta pecadora ánima mia, desnuda de toda virtud y gracia, y envuelta en mil lazos de vicios y pecados. Socorre á esta infeliz y miserable alma mia, ó tú, dichosa y bienaventurada alma bendita del varon de Dios, á quien la gracia divina enriqueció con tan larga bendicion, que no solamente te sublimó en descanso bienaventurado, en reino pacífico y quieto, en gloria celestial; pero ensalzóte en estado tan alto, que con tu loable vida trajo otros innumerables á esa misma bienaventuranza. Despertólos con tus dulces consejos y saludables amonestaciones, enseñólos con tu suave doctrina, y provocólos con tu fervorosa y sana predicacion. Respóndeme, bendito Domingo, inclina la oreja de tu piedad á la voz de mi suplicacion. Mi alma pobre y mendiga, huyendo de sí á tí, se arroja á tus piés con cuanta humildad puede, y enferma y quebrantada se ofresce á tí. A tí suplica cuanto le es posible (cansada ya en esta vida mortal) que con tus poderosos méritos, con tus piadosas oraciones seas servido de sanarla, y vivificarla, y hinchirla del copiosísimo don de tu bendicion. Entiendo bien, y con verdad lo sé, y estoy muy cierto que puedes; fío de tu gran caridad que querrás. Espero en la inmensa misericordia del Salvador, que harás con su Majestad cuanto quisieres. Espero muy de véras en la mucha familiaridad que tienes con Jesucristo, como tan amigo suyo, y escogido entre mil, que no te negará esta gracia, ántes fío que alcanzarás del mismo Señor, tan amigo tuyo, esto y todo cuanto deseares. Porque ¿qué habrá que pueda negar el que de véras ama á quien tan tiernamente quiere bien? Qué tendrá que no te dé graciosamente, pues tú, ó padre, olvidado de cuanto hay en el mundo y fuera dél, no te empachaste en darte á tí mismo (liberalísimamente), y lo que mas podias pretender, por solo su servicio? Así lo hemos aprendido de tí, así te alabamos y te servimos. Tú, en edad tierna y en su primera flor, consagraste tu virginidad al hermoso Esposo de las vírgenes. Tú, á tu alma (consagrada en la sacra pila del bautismo, y adornada con dones preciosos del Espíritu Sancto), la ofreciste al enamorado castísimo Rey de los reyes. Tú, ejercitado por muchos dias en las armas de religion, propusiste en tu corazon grandezas. Tú, creciendo de virtud en virtud, aprovechaste siempre de bien en mejor. Tú, á tu cuerpo limpio, mas puro que el cristal, le hiciste hostia viva, sancta, apacible al gusto de la majestad de Dios. Tú, entrando en el camino de la perfeccion, emprendiste la mejor parte, y renunciando todas las cosas (quedándote desnudo) escogiste sobre todas ellas seguir á Cristo desnudo, y atesorar en los cielos. Tú, aborresciéndote á tí mismo valerosamente y abrazando tu cruz con robusto ánimo, trabajaste con estudio sancto seguir el rastro de nuestro Redemptor y verdadero capitan Jesucristo. Tú, abrasado en celo de Dios, encendido con fuego del cielo, con excesiva caridad te empleaste todo en perpetua religion apostólica, en voto de excelente pobreza, en fervor de espíritu vehementísimo. Y para tan maravilloso efecto fundaste, siendo primer padre, la órden de los hermanos Predicadores, alumbrado por un altísimo consejo de la Providencia divina, que mucho ántes lo tenia ya proveido. Tú alumbraste la sancta Iglesia por toda la grande capacidad del mundo con tus gloriosos méritos y ejemplos. Tú, desnudo del vestido de carne, sublimado á la corte celestial, subiste sobre todo lo que es deste mundo. Tú, vestido ya la primera estola de gloria, asistes por abogado nuestro ante la majestad del Señor de gloria. Pues suplícote, padre mio, socórreme á mí, devoto hijo tuyo y criatura tuya, y á todos mis amigos, á el estado universal de la Iglesia, y á todo el pueblo; pues con tan vivo celo deseaste la salud del linaje humano. Tú, padre, tras la bienaventurada Reina de las vírgenes, eres mi esperanza y mi dulce consuelo. Tú, mi único y singular amparo, pon los ojos piadosamente en mi favor. De tí solo me socorro; para venir á tí tengo aliento, conociendo tu grande amor. A tus piés me arrodillo, á tí invoco por patron, á tí llamo vertiendo lágrimas, á tí me encomiendo con cuanta devocion puedo. Suplícote tengas por bien recibirme, ampararme, defenderme y favorecerme con tu piedad, para que siendo intercesora tu gracia, merezca yo cobrar la gracia que con toda mi alma deseo, y halle misericordia en los ojos de Dios, y alcance remedio para salud desta presente vida, y de la futura. Así, así, buen maestro, te suplico me suceda; así, ilustrísimo capitan mio; así, clarísimo padre bienaventurado Domingo. En esto te suplico me ayudes á mí y á todos los hombres. Hallemos en tí verdadero favor con el Señor, pues eres verdaderamente suyo. Tú seas nuestro perpetuo amparo, y custodio ordinario de la grey del Señor. Guárdanos siempre, y guíanos; y pues á tí estamos encomendados, emiéndanos; y emendados, encomiéndanos á Dios, y despues deste destierro preséntanos gozosos y alegres ante el Señor, bendito, altísimo, Hijo de Dios, y fin y amor nuestro, Jesucristo nuestro Salvador : cuyo honor, alabanza, inenarrable gozo, y bienaventuranza perpetua, con la gloriosa Vírgen María y toda la corte de los ciudadanos del cielo, sin fin por todos los siglos de los siglos. Amen.

Laus Deo beatissimæque virgini Mariæ de Rosario, et beato Dominico patri nostro.

COMPENDIO DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL.

AL CRISTIANO LECTOR EL V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA.

Conocida cosa es, cristiano lector, que no es tan necesario el pan de la boca para sustentar la vida natural, como la doctrina de la palabra de Dios para conservar la vida espiritual. Esta doctrina nos enseña dos cosas principales, á las cuales se reducen todas las demas, que son el orar y obrar. Destas dos cosas están escriptos infinitos libros. Mas por ser esta doctrina tan necesaria á cada paso (por los continuos peligros y tentaciones de nuestra vida), quise yo aquí resumir en pocas palabras (recogidas de todos nuestros libros) lo que mas necesario me paresció para este propósito; para que se pudiese fácilmente traer en el seno lo que ha de estar siempre escripto en nuestro corazon.

Para lo cual recopilé aquí cinco breves tratados: uno de la oracion mental, sacado de nuestro libro de la Oracion y Meditacion, con todas las catorce meditaciones abreviadas que allí se ponen. Y puse este en el primer lugar, porque estas meditaciones (demas de darnos copiosa materia en que meditar) son tambien las mejores persuasiones y estímulos que hay para inducir los hombres á bien vivir. Por donde si luego á los principios no sirven para el ejercicio de la meditacion, servirán de persuasion, que es inducir los hombres al temor de Dios y mudanza de la vida.

Y porque no todos se aplican tanto al ejercicio de la meditacion (ó por sus muchas ocupaciones, ó por otras causas que puede haber), porque no falte á estos el socorro de la oracion, anadí otro tratado de la oracion vocal, donde se ponen muchas oraciones que sirven para alcanzar las virtudes mas necesarias á la edificacion de nuestras ánimas.

La necesidad que tenemos destos dos ejercicios, toda la Escriptura sancta á cada paso nos lo declara, por ser estas las armas mas manuales que hay contra nuestros adversarios, de los cuales andamos siempre cercados. Y por esto, miéntras dura la vida, habemos de andar armados con ellas; porque con la oracion armó nuestro Señor á sus discípulos la noche de su pasion, diciéndoles (*a*): Velad y orad, porque no entreis en tentacion. Y con la meditacion se armaba David, cuando decia (*b*): Si no tuviera, Señor, vuestra ley por continua meditacion, por ventura cayera en la tribulacion que me sobrevino. Y pues estas son dos armas tan ciertas y tan aprobadas para nuestra milicia, convenía recopilarlas en este breve manual, para tenerlas siempre á la mano.

Y porque al principio repartimos la summa de la doctrina cristiana en orar y obrar; habiendo ya tratatado de la oracion así mental como vocal, síguese que tratemos luego del obrar, que es como fin de la instruccion y órden de nuestra vida; teniendo aquí respecto señaladamente á los que de nuevo comienzan á servir á nuestro Señor. Y porque unos comienzan esta vida viviendo en el mundo, y otros entrando en religion, para esto tambien añadimos otros tratados, en los cuales se arrancan las espinas y zarzas de nuestras malas inclinaciones y pasiones, y en su lugar se ponen las plantas de las virtudes, que ordenan y perficionan nuestras ánimas. Y aunque estos dos postreros tratados parezcan en los títulos diferentes, mas con todo esto los documentos que en ellos se contienen (mayormente lo que se escribe de las virrudes), no ménos sirve para el un tratado que para el otro; pues todos los que desean salvarse, no tienen otro camino para esto, sino proceder de virtud en virtud, hasta ver el Dios de los dioses en Sion, que es en la gloria advenidera.

Y porque nada faltase para la instruccion cotidiana de nuestra vida, añadí aquí otro breve tratado, que es del aparejo de la sagrada Communion, y para la confesion que ha de preceder ántes della. Esto baste para preámbulo deste librito.

(*a*) Matth. 26. Marc. 14. (*b*) Psalm. 118.

COMPENDIO DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL.

TRATADO PRIMERO.

DE LA ORACION MENTAL.

CAPITULO PRIMERO.

Del fructo que se saca de la oracion y meditacion.

Porque este tratado breve habla de la oracion y meditacion, será bien al principio decir en pocas palabras el fructo que deste sancto ejercicio se puede sacar; porque con mas alegre corazon se ofrezcan los hombres á él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinacion de su corazon, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque á no estar esta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes, y alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el Apóstol (*a*): Huélgome con la ley de Dios, segun el hombre interior; pero siento otra ley é inclinacion en mis miembros, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva tras sí cautivo á la ley del pecado. Esta es pues la causa mas universal que hay de todo nuestro mal.

Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que mas aprovechan es la devocion; porque, como dice Sancto Tomas (*b*), no es otra cosa devocion, sino una promptitud y lijereza para bien obrar, la cual despide de nuestra ánima toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace promptos y lijeros para todo bien; porque ella es una refeccion espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Sancto, y un afecto sobrenatural, el cual de tal manera regala, esfuerza y transforma el corazon del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrescimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada dia; porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oracion, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinacion de bien obrar, allí el deseo de agradar y amar á un Señor tan bueno y tan dulce como allí se ha mostrado, y de padescer nuevos trabajos y asperezas, y aun de derramar sangre por él; y allí finalmente reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devocion, á esto respondió el mismo sancto doctor, diciendo (*c*), que por la meditacion y contemplacion de las cosas divinas; porque de la profunda meditacion y consideracion dellas, redunda este afecto y sentimiento en la voluntad (que llamamos devocion) el cual nos incita y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este sancto y religioso ejercicio de todos los sanctos; porque es medio para alcanzar la devocion, la cual aunque no es mas que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes, y es como un estimulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira cuán abiertamente lo dice Sant Buenaventura por estas palabras:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oracion. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oracion. Si quieres mortificar tu propria voluntad con todas tus aficiones y apetitos, seas hombre de oracion. Si quieres conoscer las astucias de Satanas, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oracion. Si quieres vivir alegremente, y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oracion. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oracion. Si la quieres sustentar con la grosura de la devocion, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y de deseos, seas hombre de oracion. Si quieres fortalescer y confirmar tu corazon en el camino de Dios, seas hombre de oracion. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oracion; porque en ella se recibe la uncion y gracia del Espíritu Sancto, la cual enseña todas las cosas; y demas desto, si quieres subir á la alteza de la contemplacion, y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oracion; porque este es el camino por do sube el ánima á la contemplacion y gusto de las cosas celestiales.

¿Ves pues de cuánta virtud y poder sea la oracion? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de lás escripturas divinas), esto baste agora por suficiente probanza: que habemos oido y visto, y vemos cada dia muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oracion. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar mas rica ni mas llena de todos los bienes que esta? Oye tambien lo que dice á este propósito otro muy religioso sancto doctor, hablando desta misma virtud.

En la oracion (dice él) se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazon, descúbrese la verdad, véncese la tentacion, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orin de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oracion, grandes son sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, á ella

(*a*) Rom. 7. (*b*) D. Thom. 2. 2. quæst. 82. art. 1. (*c*) D. Tom. ibi art. 3.

están siempre atentos los oídos de Dios. Esto baste agora para que en alguna manera se vea el fructo deste sancto ejercicio.

CAPITULO II.

De la materia de la meditacion.

Visto de cuanto fructo sea la oracion y meditacion, veamos agora cuáles sean las cosas que debemos meditar.

A lo cual se responde, que por cuanto este sancto ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquella será mas conveniente materia deste ejercicio, que mas hiciere á este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas, y todas las escripturas sagradas nos muevan á esto; pero generalmente hablando, los misterios de nuestra fe (que se contienen en el Símbolo, que es el Credo) son los mas eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del infierno, y de la gloria del paraíso (que son grandes estímulos para mover nuestro corazon al amor y temor de Dios), y en él tambien se trata la vida y pasion de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y estas son las que mas ordinariamente rumiamos en la meditacion. Por lo cual con mucha razon se dice que el Símbolo es materia propísima deste sancto ejercicio: aunque tambien lo será para cada uno lo que mas moviere su corazon al amor y temor de Dios.

Pues segun esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino (á los cuales conviene dar el manjar como digerido y masticado), señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los dias de la semana, unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fe; para que así como damos á nuestro cuerpo dos refecciones cada dia, así tambien las demos al ánima, cuyo pasto es la meditacion y consideracion de las cosas divinas; destas meditaciones las unas son de los misterios de la sagrada Pasion y Resurreccion de Jesucristro, y las otras de los otros misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al dia, á lo ménos podrá una semana meditar los unos misterios, y otra los otros, ó quedarse con solos los de la pasion y vida de Jesucristro nuestro Salvador (que son los mas principales), aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversion; porque son mas convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor, y detestacion de los pecados.

Síguense las primeras siete meditaciones para los dias de la semana. Y son muy convenientes para el principio de la conversion.

CAPITULO III.

Meditacion de los pecados, y conoscimiento proprio: para el lúnes en la noche.

Este dia podrás entender en la memoria de los pecados, y en el conoscimiento de tí mismo, para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro, cómo ningun bien tienes que no sea de Dios: que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que ménos conoscias á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios. Discurre pues brevemente por todos los diez mandamientos, y por los siete pecados mortales, y verás que en ninguno dellos hay en que no hayas caido muchas veces, por obra ó palabra, ó por pensamiento.

Lo segundo discurre por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada; y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta á Dios. Pues dime agora: ¿en qué gastaste la niñez? En qué la mocedad, y en qué la juventud? En qué finalmente todos los dias de la vida pasada? En qué ocupastes los sentidos corporales, y las potencias del ánima que Dios te dió para que lo conocieses y sirvieses? En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? En qué tus oídos, sino en oir la mentira; y en qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones; y en qué tu gusto, y tu oler, y tu tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los sanctos sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? Cómo le diste gracias por sus beneficios? Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuvistes de tus prójimos que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con ellos? Pues ¿qué responderás en aquel dia de la cuenta, cuando Dios te diga (*a*): Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates mas en ella?

¡Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos! ¿qué responderás en aquel dia, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos della?

Lo tercero piensa en los pecados que has hecho y haces cada dia despues que abriste mas los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adam con muchas de las raices y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intencion que debrias, sino por otros respectos é intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo; cuán amigo de tu propria voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones, risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveido en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por esta órden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu

(*a*) Luc. 16.

miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada: conviene á saber, contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar. ¿Por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y muchas veces sin interese, por sola costumbre y desprecio de Dios. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni vé lo que pasa en el mundo. ¿Pues esta era la honra que se debia á tan alta Majestad? ¿Este es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz? ¿Y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡Oh miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y muy mucho mas si con todo eso no sientes tu perdicion!

Despues desto es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideracion en pensar tu nada: esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa mas que nada y pecado, y cómo todo lo demas es de Dios; porque claro está que así los bienes de naturaleza como los de gracia (que son los mayores) son todos suyos.

Porque suya es la gracia de la predestinacion (que es la fuente de todas las otras gracias), y suya la de la vocacion, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes de que te puedas gloriar, sino nada y pecado? Reposa pues un poco en la consideracion desta nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demas á la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú, y quién es él; cuán pobre tú, y cuán rico él; y por consiguiente cuán poco debes confiar en tí, y estimar á tí; y cuánto confiar en él, amar á él, y gloriarte en él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de tí lo mas bajamente que te sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad, y sin ninguna manera de sér. Piensa que eres un Lázaro de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y del aire que recibes.

Derríbate con aquella pública pecadora á los piés del Salvador, y cubierta tu cara de confusion con aquella vergüenza que paresceria una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traicion; y con mucho dolor y arrepentimiento de corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

CAPITULO IV.

Meditacion de las miserias de la vida humana: para el mártes en la noche.

Este dia pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como es esta miserable vida. Y aunque los defectos y miserias desta vida sean casi innumerables, tú puedes agora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el mas largo tiempo della es de setenta ó ochenta años; porque todo lo demas, si algo queda, como dice el Profeta (*a*), es trabajo y dolor: y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que mas es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razon (que nos hace hombres, hallarémos ser aun mas breve de lo que paresce. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apénas te parescerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada); porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan á esos setenta ú ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz? No sabeis, dice el Salvador (*b*), cuando vendrá vuestro Señor; si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo.

Aprovecharte ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conoscido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo basta para despojarnos della, como paresce por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y cómo nunca permanece en un mismo sér. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanescen en una misma salud y disposicion; y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar, alterados con diversos vientos y olas de pasiones, apetitos y cuidados que á cada hora nos perturban; y finalmente, cuántas sean las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer en un mismo estado, ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro; y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues dia y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Segun esto, ¿qué es nuestra vida, sino una candela que siempre se está gastando, y miéntras mas arde y resplandesce, mas se gasta? Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al mediodía se marchita, y á la tarde se seca?

Por razon desta continua mudanza dice Dios por Isaías (*c*): Toda carne es heno, y toda la gloria della es

(*a*) Psalm. 89. (*b*) Marc. 13. (*c*) Isai. 40.

como la flor del campo. Sobre las cuales palabras dice Sant Hierónimo: Verdaderamente quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempos crecemos y descrecemos, sin jamas permanecer en un mismo estado, y cómo esto que agora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dudará llamar á nuestra carne heno, y á toda su gloria como la flor del campo. El que agora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho luego se hace mozo, y el mozo muy aína llega á la vejez, y primero se halla viejo que se maraville de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa que lleva tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas; y la que ántes era amable, de ahí á poco viene á ser aborrescible.

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí); pues siendo fea nos paresce hermosa, siendo amarga nos paresce dulce, y siendo breve, á cada uno la suya le paresce larga, y siendo tan miserable, paresce tan amable que no hay peligro ni trabajo á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan á perderla.

Lo sexto, considera cómo demas de ser tan breve (segun está dicho), eso poco que hay de vida está subjecto á tantas miserias, así del anima como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lágrimas, y un piélago de infinitas miserias. Escribe Sant Hierónimo (*d*) que Gerjes (aquel poderosísimo rey, que derribaba los montes y allanaba los mares), como se subiese á un monte alto á ver desde allí un ejército que tenia ajuntado de infinitas gentes, despues que lo hubo bien mirado, dice que se paró á llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cien años no estará vivo ninguno de cuantos aqui veo presentes.

¡Oh si pudiésemos (dice el glorioso Sant Hierónimo) subirnos á alguna atalaya, que desde ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros piés! Desde ahí verias las caidas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verias cómo á unos atormentan, á otros matan, unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verias bodas, allí llantos; aquí matar unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar; y finalmente, verias no solamente el ejército de Gerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos dias se acabarán.

Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados, como en todas las edades de los hombres, y verás aun mas claro cuántas sean las miserias desta vida; porque viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

A todas estas miserias sucede la última, que es morir, la cual, así para lo del cuerpo como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles; pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entónces lo que para siempre ha de ser.

(*d*) D. Hier. in Epit. Nep. circ. fin. tom. 1.

Todo esto te dará á entender cuán breve y miserable sea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda); y por consiguiente cuán digna sea ella de ser hollada y despreciada.

CAPITULO V.

Meditacion de la muerte: para el miércoles en la noche.

Este dia pensarás en el paso de la muerte, que es una de las mas provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado, como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa pues primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte; porque no sabes en qué dia, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará: solamente sabes que has de morir; todo lo demas está incierto, sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está mas descuidado y olvidado della.

Lo segundo, piensa en el apartamiento que allí habrá, no solo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino tambien entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de las casas, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire commun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste á cuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera tambien la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima despues de la muerte; porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor, que un hoyo de siete piés en largo, en compañía de los otros muertos; mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Esta es una de las mayores congojas que allí se padecen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras esta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar, la cual es tal que hace temblar, y aun á los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor; porque siempre viví con él. Allí pues se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada, como un escuadron de enemigos que vienen á dar sobre él; y los mas graves, y en que mayor deleite recibió, esos se representan mas vivamente, y son causa de mayor temor. ¡Oh cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecia tan dulce! Por cierto con mucha razon dijo el Sabio (*a*): No mires al vino cuando está rubio, y cuando resplandesce en el vidrio su color; porque aunque al tiempo del beber parece blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco.

(*a*) Prov. 23.

Estas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo; este es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia, por defuera dorado. Pues entónces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela deste juicio, y á decir entre sí: Miserable de mí, que tan engañado he vivido, y por tales caminos he andado, ¿qué será de mí agora en este juicio? Si Sant Pablo dice (*b*) que lo que el hombre hubiere sembrado eso cogerá, yo que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupcion? Si Sant Juan dice (*c*) que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y torpemente ha vivido?

Despues desto suceden los sacramentos de la confesion y communion, y de la extremauncion, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo; y así en este como en los otros, debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haria entónces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apénas le darán lugar.

Mira tambien aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los piés, yélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto, y luego la lengua no acierta á hacer su oficio; y finalmente con la gran priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y su virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padesce los mayores trabajos; porque allí está batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja; porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar: el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinacion de su causa, considerando lo que á cada una destas partes acaescerá. Mira pues cuál queda el cuerpo despues que su ánima lo desampara, y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que en él pasará, el doblar las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos; y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, ve luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva region, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido, hasta el cabo de una agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo. Y allí será cada uno juzgado segun la cuenta que diere de lo recibido.

(*b*) Galat. 6. (*c*) Apoc. 21.

CAPITULO VI.

Meditacion del juicio final: para el juéves en la noche.

Este dia pensarás en el juicio final, para que con esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano; conviene á saber, temor de Dios y aborrescimiento del pecado.

Piensa pues primeramente cuán terrible será aquel dia en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adam, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados y venideros; porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¿qué tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo?

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán este dia; porque, como dice el Salvador (*a*), ántes que venga este dia habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra; porque todas ellas sentirán su fin ántes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer primero que caigan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por esto las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan tenebrosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, ántes de la muerte muertos, y ántes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus proprios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez; y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio; y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Despues desto considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente, dice Job (*b*), no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno (*c*). Pues ¿qué sentirá entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia diga así: Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí porque así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imágen y semejanza: yo te dí la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redimí con mi propria sangre. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen: testigos estas llagas de piés y manos que

(*a*) Luc. 21. (*b*) Job. 25. (*c*) Job. 9.

en mi cuerpo quedaron: testigos el cielo y la tierra delante de quien padecí. Pues ¿qué hiciste desa ánima tuya que yo con mi sangre hice mia? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh generacion loca y adúltera! ¿por qué quisiste mas servir á este enemigo tuyo, con trabajo, que á mí tu Redemptor y Criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondisteis. Toqué á vuestras puertas, y no despertasteis. Extendí mis manos en la cruz, y no las mirasteis. Menospreciasteis mis consejos, y todas mis promesas y amenazas; pues decid agora vosotros, ángeles; juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña, ¿qué mas debia yo hacer por ella que lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios; los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no habia Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales, dice Isaías (*d*), en el dia de la visitacion y calamidad que os vendrá de léjos? ¿A quién pediréis socorro? ¿y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?

Lo quinto, considera despues de todo esto la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios, dice Isaías (*e*), están llenos de indignacion, y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras (*f*): Apartáos de mí, malditos, al fuego perdurable que está aparejado para Satanas y para sus ángeles? En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar: en el apartamiento, en la maldicion, en el fuego, en la compañía, y sobre toda en la eternidad.

CAPITULO VII.

Meditacion de las penas del infierno: para el viérnes en la noche.

Este dia meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditacion tambien se confirme mas tu ánima en el temor de Dios y aborrescimiento del pecado.

Estas penas dice Sant Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (segun él mismo dice) como un lago obscuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crugir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padescen dos penas principales: la una que llaman del sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa como no habrá allí sentido alguno dentro ni fuera del ánima, que no esté penando con su proprio tormento; porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que cada uno dellos pene con su proprio tormento, y pague su merescido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padescerán con la vision horrible de los demonios. Allí las orejas que se dieron á oir mentiras y torpezas, oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales, serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema, será amargada con hiel de dragones. Allí el tacto amador de regalos y blanduras, andará nadando en aquellas heladas, que dice Job (*a*), del rio Cocyto, y entre los ardores y llamas de fuego. Allí la imaginacion padescerá con la aprehension de los dolores presentes, la memoria con la recordacion de los placeres pasados, el entendimiento con la representacion de los males advenideros, y la voluntad con grandísimas iras y rabias que los malos tendrán contra Dios.

Finalmente allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar; porque, como dice Sant Gregorio (*b*), allí habrá frio que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, vision de demonios, confusion de pecados, y desesperacion de todos los bienes. Pues dime agora: si el menor de todos estos males que hay acá se padesciese por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar; ¿qué será padescer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarescer esto como es?

Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carescer para siempre de la vista de Dios nuestro Señor, y de su gloriosísima compañía. Porque tanto es mayor una pena, cuanto priva al hombre de mayor bien. Y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carescer dél será el mayor mal de los males, cual de verdad es este.

Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales hay otras particulares, que allí padescerá cada uno conforme á la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del invidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así las demas. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido; y la confusion conforme á la presumpcion y soberbia; y la desnudez conforme á la demasía y abundancia; y la hambre y sed, conforme al regalo y á la hartura pasada.

A todas estas penas sucede la eternidad del padescer, que es como el sello y la llave de todas ellas; porque todo esto aun sería tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinacion, ni diminucion, ni hay esperanza que se acabará jamas, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce; sino que es como un destierro preciso, y como un sambenito irremisible, que nunca jamas se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

Esta es pues la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padescen; porque si estas penas hubieran de durar por algun tiempo limitado, aunque

(*d*) Isai. 10. (*e*) Isai. 30. (*f*) Matth. 25.

(*a*) Job. 24. (*b*) Libr. 9. Mor. cap. 16. et deinceps.

fueran mil años, ó cient mil años, ó como dice un doctor, si esperasen que se habian de acabar en agotándose toda el agua del mar Océano, sacando cada mil años una sola gota del mar, aun esto les sería algun linaje de consuelo. Mas esto no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de su miseria con la duracion de su divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán; y cuando Dios dejare de ser lo que es, dejarán ellos de ser lo que son. Pues en esta duracion, en esta eternidad querria yo, hermano mio, que hincases un poco los ojos de la consideracion, y que como animal limpio rumiases agora este paso dentro de tí; pues clama en su Evangelio aquella eterna verdad, diciendo (*c*): El cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

CAPITULO VIII.

Meditacion de la gloria de los bienaventurados: para el sábado en la noche.

Este dia pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazon al menosprecio del mundo y deseo de la compañía dellos.

Pues para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él. Conviene á saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable; porque cuando el hombre lee en algunos graves autores, que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aun que hay algunas dellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos donde podrian caber otras muchas mas, ¿cómo no se espanta? Cómo no queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel soberano Señor que lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras; porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su Majestad, casa de sus escogidos, y paraíso de todos sus deleites?

Despues de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. Sant Juan dice (*a*) que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos. Sant Dionisio dice, que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparacion al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Sancto Tomas, conformándose con este parescer, dice que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporcion, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto cosa es esta que, si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus, aunque sea el menor dellos, es mas hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios de cada uno dellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, y alégranse las potestades, enseñoréanse las dominaciones, resplandescen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y aquel que siendo uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomon, que decia la reina Sabá (*b*): Bienaventurados los que asisten delante de tí y gozan de tu sabiduría: ¡qué será ver aquel summo Salomon, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Esta es la gloria esencial de los sanctos, este es el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera despues desto la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellos cuatro singulares dotes, que son sutileza, lijereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno dellos resplandescera como el sol en el reino de su padre. Pues si no mas de un sol que está en medio del cielo basta para dar luz y alegría á todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandescerán? ¿Pues qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupcion, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbacion, seguridad sin temor, conoscimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, honra sin contradiccion. Allí será, dice Sant Augustin (*c*), verdadera la gracia, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. Allí el premio de la virtud será el mismo que dió la virtud y se prometió por galardon della, el cual se verá sin fin, y amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandesciente y seguro; la compañía muy buena y agradable; el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban aquel summo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmura-

(*c*) Luc. 21. (*a*) Apoc. 7.

(*b*) 3. Reg. 10. (*c*) D. Aug. tom. 5. lib. 21. de Civit. Dei, cap. 30.

cion, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad!

¡Oh si se acabase ya esta contienda! Oh si se concluyesen los dias de mi destierro! ¿Cuándo llegará este dia? Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios?

CAPITULO IX.

Meditacion de los beneficios divinos: para el domingo en la noche.

Este dia pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos, y encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo.

Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas puedes tú á lo ménos considerar estos cinco mas principales: conviene á saber, de la creacion, gobernacion, redempcion y vocacion, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, cuanto al beneficio de la creacion, considera con mucha atencion lo que eras ántes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo y te dió ante todo merescimiento; conviene á saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima con aquellas tres tan nobles potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad; y mira bien que darte esta tal ánima, fué darte todas las cosas; pues ninguna perfeccion hay en alguna criatura, que el hombre no tenga en su manera: por do parece que darnos esta pieza sola, fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservacion, mira cuán colgado está todo tu sér de la Providencia divina, cómo no vivirias un punto ni darias un paso si no fuese por él; cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los pesces, los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada dia ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú tambien haber caido, si Dios por su piedad no te hubiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redempcion puedes considerar dos cosas: la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que el Salvador nos dió mediante el beneficio de la redempcion; y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los dolores que padesció en su cuerpo y ánima sanctísima para ganarnos estos bienes. Y para sentir mas lo que debes á este Señor por lo que por tí padesció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su sagrada Pasion: conviene á saber, quién padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce, y por qué causa lo padesce. ¿Quién padesce? Dios. ¿Qué padesce? Los mayores tormentos y deshonras que jamas se padescieron. ¿Por quién padesce? Por criaturas ingratas y abominables, y semejantes á los mismos demonios en sus obras. ¿Por qué causa padesce? No por su provecho, ni por nuestro merescimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocacion, considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del sancto Bautismo, y hacerte tambien participante de los otros sacramentos; y si despues deste llamamiento, perdida ya la innocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como se cortó á otros en ese mismo estado; y finalmente llamarte con tan poderoso llamamiento, que resuscitases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz? Qué misericordia fué, despues de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, vencer al enemigo y perseverar en lo bueno?

Estos son los beneficios públicos y conoscidos: otros hay secretos que no conosce sino el que los ha rescibido; y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los rescibió no los conosce, sino solo aquel que los dió. ¿Cuántas veces habrás en este mundo merescido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por alguna destas cosas, y no lo ha hecho? ¿Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y cortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos? ¿Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo á Sant Pedro (*a*): Mirad que Satanas andaba muy negociado para aventaros á todos como á trigo, mas yo he rogado por tí que no desfallezca tu fe? Pues ¿quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conoscer el hombre; mas los privativos, que no consisten en hacernos bien, sino en librarnos de males, ¿quién los conoscerá? Pues así por estos como por los otros es razon que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de su cuenta, y cuánto mas es lo que le debemos, que lo que podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

Y para entender mejor la grandeza destos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son, quién lo da, á quién se da, por qué causa, y en qué manera se da.

Cuanto á lo primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios. Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina deste mundo, con toda la universidad de criaturas que hay en él. Considera tambien la grandeza de su sabiduría, la cual se conosce por el órden, concierto y providencia maravillosa que hay en todas ellas. Porque si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey, habia de ser muy estimada, por la dignidad de quien la da.

Y no ménos cresce la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es la vileza del que lo rescibe, con la excelencia del que lo da. Por lo cual decia David (*b*): Señor, ¿quién es el hombre para que tú te acuerdes dél, ó el hijo del hombre para que tú le visites? Porque si todo este mundo apénas es una hormiga delante de la majestad de Dios, ¿qué será el hombre que es tan pequeña parte deste mundo? Pues ¿cómo no será grande misericordia y maravilla, que un tan alto y tan soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes á una tan pequeña hormiga?

Pues ¿qué será si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien, ni da un paso sin esperar ó pretender algun interese. Solo este Señor nos hace

(*a*) Luc. 22. (*b*) Psalm. 8.

todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosas que redunden en provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola bondad y amor. Si no, dime: si eres predestinado, ¿por qué otra cosa te predestinó, y despues te crió, y te redimió, y te hizo cristiano, y te llamó á su servicio? ¿Qué cosa pudo haber aquí para tan grandes beneficios sino solo la bondad y amor?

Ni hace ménos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos bienes, que es el corazon y voluntad con que los hace. Porque todo cuanto bien nos ha hecho en tiempo, desde *ab æterno* lo determinó hacer; y así desde *ab æterno* con perpetua caridad nos amó, y por esta caridad y amor que nos tuvo se determinó de hacernos todos estos bienes, y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual entiende con tanta providencia y cuidado, como si desocupado de todos los otros negocios, no tuviera otro en que entender sino en la salud de cada uno. Aquí tiene pues el alma devota en que rumiar, como animal limpio, noche y dia: donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida.

CAPITULO X.

Del tiempo y fructo destas meditaciones susodichas.

Estas son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar y ocupar tu pensamiento por los dias de la semana: no porque no puedas tambien pensar en otras cosas, y en otros dias allende destos, porque (como ya digimos) cualquiera cosa que induce nuestro corazon á amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, es materia de meditacion. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos, lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe, y los que (cuanto es de su parte) mas nos mueven á lo dicho; y lo otro, porque los principiantes (que han menester leche) tengan aquí casi masticadas y digeridas las cosas que pueden meditar; porque no anden (como peregrinos en extraña region) discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

Tambien es de saber que las meditaciones desta semana son muy convenientes (como ya dijimos) para el principio de la conversion (que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios), porque entónces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos puedan mover á dolor y aborrescimiento del pecado, y temor de Dios, y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones deste camino; y por esto deben los que comienzan perseverar por algun espacio de tiempo en la consideracion destas cosas, para que así se funden mas en las virtudes y afectos susodichos.

CAPITULO XI.

De las otras siete meditaciones de la sagrada Pasion, y de la manera que habemos de tener en meditarlas.

Despues destas se siguen las otras siete meditaciones de la sagrada Pasion, Resurreccion y Ascension de Cristo, á las cuales se podrán añadir los otros pasos principales de su vida sacratísima.

Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la pasion de Cristo. La grandeza de sus dolores, para compadecernos dellos. La grandeza de nuestro pecado, que es la causa della, para aborrescerlo. La grandeza del beneficio, para agradescerle. La excelencia de la divina bondad y caridad que se descubre, para amarla. La conveniencia del misterio, para maravillarnos dél. La muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen. Pues conforme á esto, cuando vamos meditando, debemos ir inclinando nuestro corazon, unas veces á la compasion de los dolores de Cristo, pues fuéron los mayores del mundo, así por la delicadeza del cuerpo, como por la grandeza de su amor, como tambien por padescer sin ninguna manera de consolacion, como en otra parte está declarado.

Otras veces debemos tener respecto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fuéron la causa de que él padesciese tantos y tan grandes dolores como padesció.

Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradescimiento, considerando la grandeza del amor que él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria: esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para merecernos su gracia, para humillar nuestra soberbia é inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias, y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandescen. En su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, caridad, humildad, benignidad, modestia, y en todas las otras virtudes que en todas sus obras y palabras, mas que las estrellas en el cielo, resplandescen, para imitar algo de lo que en él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que dél para esto recibimos, y así caminemos á él por él. Esta es la mas alta y la mas provechosa manera que hay de meditar la pasion de Cristo (que es por via de imitacion), para que por la imitacion vengamos á la transformacion, y así podamos ya decir con el Apóstol (*a*): Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.

Demas desto conviene en todos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padesce, y tener cuenta no solo con la historia de su pasion, sino tambien con todas las circunstancias della, especialmente estas cuatro, como arriba habemos tocado: esto es, quién padesce, por quién padesce, cómo padesce, por qué causa padesce. ¿Quién padesce? Dios todo poderoso, infinito, inmenso, etc. ¿Por quién padesce? Por la mas ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padesce? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, etc. ¿Por qué causa padesce? No por algun interes suyo, ni merescimiento nuestro, sino por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demas desto, no se contente el hombre con mirar lo que de fuera padesce, sino mucho mas de lo que padesce de dentro; porque mucho mas hay que contemplar en el ánima de Cristo, que en el cuerpo de

(*a*) Galat. 2.

Cristo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros afectos y consideraciones que en él habia.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comencemos á repartir y poner por órden los misterios desta sagrada Pasion.

Síguense otras siete meditaciones de la sagrada Pasion.

CAPITULO XII.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el lúnes por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que adelante se pone, se ha de pensar la entrada del Salvador en Hierusalem con los ramos, y el lavatorio de los piés, y la institucion del sanctísimo Sacramento.

Acabados los discursos y el oficio de la predicacion del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la pasion, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar donde habia de dar cabo á la redempcion del género humano. Y porque se viese con cuánta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este cáliz, quiso ser recibido este dia con grande fiesta, saliéndole á recibir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz y diciendo (*a*): Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Junta pues, hermano mio, tus voces con estas voces, y tus alabanzas con estas alabanzas, y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo hace. Porque aunque le debes mucho por lo que por tí padeció, mucho mas le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fuéron tan grandes los tormentos de su pasion, mucho mayor fué el amor de su corazon; y así mas amó que padeció, y mucho mas padesceria si nos fuera necesario.

Sal pues al camino á recibir este nuevo triunfador, y recíbelo con voces de alabanzas y con palmas en las manos, con tender tus proprias vestiduras por tierra para celebrar la fiesta desta entrada. Las voces de alabanza son oracion y el hacimiento de gracias; las olivas, las obras de misericordia; y las palmas, la mortificacion y victoria de las pasiones; y el tender las ropas por tierra, el castigo y mal tratamiento de tu carne. Persevera pues en oracion para glorificar á Dios, y usa de misericordia para socorrer al prójimo, y con esto mortifica tus pasiones y castiga tu carne, y desta manera recibirás con esto en tí al Hijo de Dios.

Aquí tambien tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos excesos. ¿Quieres pues ver en qué se puede estimar esta gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco dias lo tuvo por peor que Barrabas, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo (*b*): Crucifícalo, crucifícalo. De manera que el que hoy predicaba por hijo de David (que es por el mas sancto de los sanctos), mañana le tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabas. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal y mas inconstante en sus paresceres que el juicio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice; hoy alaba, y mañana blasfema; hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos; hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabas.

Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas, y deste engañoso monstruo, que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su proprio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano; y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros; porque no tiene otro peso para apreciar la virtud, sino solo su interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y engaños? ¿A quién jamas guardó fielmente su palabra? A quién dió lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿A quién conservó mucho tiempo lo que le dió? A quién jamas vendió vino que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de fiel, que á ninguno fué fiel. Este es aquel falso Júdas, que besando á sus amigos los entrega á la muerte; este aquel traidor de Joab, que abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la daga por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre. Promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar, peligroso para tener, y dificultoso de dejar.

¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parescer algo, dentro vacío, por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso!

§. I.

Del lavatorio de los piés.

Acerca deste misterio considera, ó ánima mia, en esta cena á tu dulce y benigno Jesus. Mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa, y lavando los piés de sus discípulos. ¡Oh buen Jesus! ¿qué es eso que haces? ¡Oh dulce Jesus! ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los piés de los hombres y ante los piés de Júdas? ¡O cruel! ¿cómo no te ablanda el corazon esa tan grande humildad? Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¡Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cordero! Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo! ¡Oh hermosas manos! ¿cómo podeis tocar piés tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar los piés enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Oh apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais viendo esta tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los piés? Maravillado y atónito Sant Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: ¿Tú, Señor, lavas á mí los piés? ¿No eres tú Hijo de Dios vivo? No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría

(*a*) Matth. 21. (*b*) Joan. 19.

de Dios en las alturas? ¿Pues tú me quieres lavar los piés? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza?

Considera tambien cómo acabando de lavar los piés, los limpia con aquel sagrado lienzo con que estaba ceñido. Y sube mas arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redempcion. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los piés sucios, y así ellos quedaron limpios, y el lienzo quedaria todo manchado y sucio despues de hecho este oficio. ¿Qué cosa mas sucia que el hombre concebido en pecado? ¿Y qué cosa mas limpia y mas hermosa que Cristo concebido del Espíritu Sancto? Blanco y colorado es mi amado, dice la Esposa (*c*), y escogido entre millares. Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas; y dejándolas limpias y libres dellas, él quedó (como lo ves en la cruz) amancillado y afeado con ellas.

Despues desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia, diciendo (*d*) : Ejemplo os he dado para que como yo lo hice, así vosotros lo hagais. Las cuales palabras no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino tambien á todas las obras y vida de Cristo; porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de las que en este lugar se nos representan, que son humildad y caridad.

§. II.

De la institucion del sanctísimo Sacramento.

Para entender algo deste misterio has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es tambien esposa suya.

Pues queriendo este Esposo dulcísimo partir desta vida, y ausentarse de su esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este sanctísimo Sacramento (en que se quedaba él mismo), no queriendo que entre él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria, sino solo él.

Queria tambien el Esposo en esta ausencia tan larga dejar á su Esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejóle la deste sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que la podia dejar.

Queria tambien entónces ir á padescer muerte por la Esposa, y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese (cuando quisiese) gozar deste tesoro, dejóle las llaves dél en este sacramento; porque, como dice Sant Crisóstomo (*e*), todas las veces que nos llegamos á él, debemos pensar que llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes dél. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor.

Queria tambien asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza deste bien pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas desta vida. Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza deste bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Queria tambien á la hora de la muerte hacer testamento y dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle esta que era la mas preciosa y provechosa que le pudiera dejar, pues en ella se deja Dios.

Queria finalmente dejar á nuestras almas suficiente provision y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su proprio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio Médico (el cual tan bien tenia tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este sacramento; y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituyó, nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras ánimas dél tenian, no menor que la que los cuerpos tienen de su proprio manjar.

CAPITULO XIII.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el mártes por la mañana.

Este dia pensarás en la oracion del Huerto, y en la prision del Salvador, y en la entrada y afrentas de la casa de Annas.

Considera pues primeramente cómo acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oracion, ántes que entrase en la batalla de su pasion; para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida, habemos siempre de recurrir á la oracion (como á una sagrada áncora), por cuya virtud, ó nos será quitada la carga de la tribulacion, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor.

Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres mas amados discípulos Sant Pedro, Sanctiago y Sant Juan, los cuales habian sido testigos de su transfiguracion; para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres el que tan glorioso se les habia mostrado en aquella vision. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras (*a*) : Triste está mi ánima hasta la muerte. Esperadme aquí y velad conmigo.

Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra (*b*), y prostrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oracion diciendo : Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y hecha esta oracion tres veces, á la tercera fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra.

Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que habia de padescer, y aprehendiendo perfectísimamente tan crueles dolores como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante

(*c*) Cant. 5. (*d*) Joan. 13. (*e*) Hom. 84. sup. cap. 19. Joann.

(*a*) Matth. 26. (*b*) Luc. 22.

todos los pecados del mundo (por los cuales padescia), y el desagradescimiento de tantas ánimas que no habian de reconoscer este beneficio, ni aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne que de solo recudida padescia esos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaria el ánima que derechamente los padescia?

Mira despues cómo acabada la oracion llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitan del ejército de Satanas. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor á los que le querian prender (*c*): ¿Así como á ladron salisteis á mí con espadas y lanzas? ¿Y habiendo yo estado con vosotros cada dia en el templo, no extendisteis las manos en mí? mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.

Este es un misterio de grande admiracion. ¿Qué cosa de mayor espanto, que ver al Hijo de Dios tomar imágen no solamente de pecador, sino tambien de condenado? Esta es (dice él) vuestra hora, y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que en aquella hora fué entregado aquel innocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa tú agora hasta dónde se abajó aquella alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos los males, que es, á ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merescian, era esta, él se quiso poner á esta pena, porque tú quedases libre della.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos contra aquel manso Cordero: unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como mas podia. ¡Oh cuán inhumanamente le tratarian! ¡Cuántas descortesías le dirian! Cuántos golpes y estirones le darian! ¿Qué de gritos y voces alzarian, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa? Toman aquellas sanctas manos, que poco ántes habian obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre; y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro ya encendido y sonroseado con la priesa del camino. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser obscurecido.

Luego puedes ir con el Señor á la casa de Annas, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una gran bofetada en su rostro, diciendo (*d*): ¿Así has de responder al Pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? Mira pues aquí, ó ánima mia, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbacion en aquella afrenta, y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara.

(*c*) Luc. 22.

CAPITULO XIV.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el miércoles por la mañana.

Este dia pensarás en la presentacion del Señor ante el pontífice Caifas, y en los trabajos de aquella noche, y en la negacion de Sant Pedro, y azotes á la columna.

Primeramente considera cómo de la primera casa de Annas llevan al Señor á la del pontífice Caifas, donde será razon que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que le dijese quién era, y respondiese á esta pregunta lo que convenia, aquellos que tan indignos eran de tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan bofetadas y pescozones: allí le escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro: allí le cubren los ojos con un paño, dándole bofetadas en la cara, y juegan con él, diciendo: ¿Adivina quién te dió? ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! Oh hermosura de los ángeles! ¿rostro era ese para escupir en él? Al rincon mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir; ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar mas despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza?

Despues desto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa; porque los soldados que lo guardaban escarnecian dél, como dice Sant Lucas (*a*), y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche, estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues, ó ánima mia, como tu dulcísimo Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche muy cruel! Oh noche desasosegada, en la cual, ó mi buen Jesus, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte. La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen, y esa toman agora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, y atormentando tus oídos; porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en tí penasen y trabajasen. ¿Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarian los coros de los ángeles en el cielo? Allá dicen: Sancto, sancto; acá dicen: Muera, muera: crucifícalo, cruci-

(*d*) Joann. 18. (*a*) Luc. 22.

fícalo. O ángeles del paraiso, que las unas y las otras voces oíades, ¿qué sentíades viendo tan maltratado en la tierra aquel que vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescia por los mismos que tales cosas hacian? ¿Quién jamas oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crecieron sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa, con la negacion de Sant Pedro (*b*): aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguracion, aquel entre todos honrado con el Principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una vez, sino tres veces en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conosce, ni sabe quién es. O Pedro ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conoscido? Mira que esto es condenarlo tú primero que los pontífices, pues dás á entender que él sea persona tal, que tú mismo te deshonras de conoscerlo. Pues ¿qué mayor injuria puede ser que esa?

Volvióse entónces el Salvador y miró á Pedro (*c*); íbansele los ojos tras aquella oveja que se le habia perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista; pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino tambien obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Sant Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Jesucristo.

Despues de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padesció á la columna. Porque el juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer á la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte.

Entra pues agora, ánima mia, con el espíritu en el pretorio de Pilatos, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, sin abrir él la boca, ni responder palabra á tantas descortesías como allí le harian. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que así lo pudiesen herir á su placer dónde y cómo ellos mas quisiesen. Mira cuán solo estaba el Señor de los ángeles entre crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, heridas sobre heridas. Allí viérades luego teñirse aquel sanctísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr á hilos por todas partes. Mas sobre todo esto, ¿qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaria abierta, adonde principalmente caian todos los golpes?

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriria, y cómo andaria por todo aquel pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni ayudase, ni proveyese de ningun lavatorio ni refrigerio de los que se suelen dar á los que así quedan llagados. Todas estas cosas son dignas de grande sentimiento, agradescimiento y consideracion.

(*b*) Luc. 22. (*c*) Ibid.

CAPITULO XV.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el juevés por la mañana.

Este dia se ha de pensar la coronacion de espinas, y el *Ecce Homo*, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

A la consideracion destos pasos tan dolorosos nos convida la Esposa en el libro de los Cantares, por estas palabras (*a*): Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazon. ¡Oh ánima mia! ¿qué haces? ¡Oh corazon mio! ¿qué piensas? ¡Oh lengua mia! ¿cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo Salvador mio! cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que se me pone delante, el corazon se me parte de dolor. Pues cómo, Señor, ¿no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron?

Pues para que sientas algo, ánima mia, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua deste Señor, y la excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la hermosura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Y despues que así le hubieres mirado, y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo tal cual lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazon atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo proprio. A tí mismo te pon en lugar del que padesce, y mira lo que sintieras, si en una parte tan sentible como en la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apénas lo podrias sufrir: ¿pues qué sentiria aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba maltratado, y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce Homo*, como si dijera: Si por invidia le procurábades la muerte, véislo aquí tal que no está para tenerle invidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey, véislo aquí tan desfigurado, que apénas paresce hombre. ¿Destas manos

(*a*) Cant. 3.

atadas qué os temeis? A este hombre azotado ¿qué mas le demandais?

Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldria el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traia para quebrantar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo; pues ellos eran tales, que bastaban (segun el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones.

Pues como Pilatos viese que no bastasen las justicias que se habian hecho en aquel sanctísimo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio, y asentóse en el tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya, y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes pasados, el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados; sino ántes la abrazó con summa caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina pues el innocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento; con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Vírgen, y cuando allá llegares, derribado ante sus piés, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los sanctos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia, y summa de toda perfeccion! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Vírgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona.

Camina pues la Vírgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde léjos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandescer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura.

Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas, mas al corazon de la Madre hablaba el del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué veniste aquí, paloma mia, querida mia, y Madre mia? Tu dolor acrescienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenesce á tu vergüenza y pureza virginal, compañía de homicidas y de ladrones.

Estas y otras mas lastimeras palabras se hablarian en aquellos piadosos corazones, y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la cruz.

CAPITULO XVI.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el viérnes por la mañana.

Este dia se ha de contemplar el misterio de la Cruz, y las siete palabras que el Señor en ella habló.

Despierta pues agora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio de la Cruz, por cuyo fructo se reparó el daño del venenoso fructo del árbol vedado. Mira primeramente cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo sin costura alguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desnudar aquel innocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra aquellos que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo; porque por el mérito desta desnudez, y con ella, se encubriese mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caimos.

Dicen algunos doctores, que para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo se la volvieron á poner, y á hincarle otra vez las espinas por el celebro, que sería cosa de grandísimo dolor; y es de creer cierto que usarian desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con él en todo el proceso de su pasion: mayormente diciendo el Evangelista que hicieron en él todo lo que quisieron (*a*). Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe y con tanta fuerza, que renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera que aquella grande llaga de las espaldas por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandesce. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frio que padesceria aquel sancto cuerpo, estando como estaba, despojado y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino tambien de los cueros y de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo él. Y si estando Sant Pedro vestido y calzado la noche ántes padescia frio;

(*a*) Matth. 17.

¿cuánto mayor lo padesceria aquel delicadísimo cuerpo estando tan llagado y desnudo?

Despues desto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padesceria al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las mas sensibles y mas delicadas partes del mas delicado de los cuerpos.

Mira tambien lo que la Vírgen sentiria cuando viese con sus ojos, y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caian. Porque verdaderamente aquellas martilladas y clavos al Hijo pasaban las manos; mas á la Madre herian el corazon.

Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y la fuéron á hincar en un hoyo que para esto tenian hecho, y cómo (segun eran crueles los ministros) al tiempo del asentarla, la dejaron caer de golpe, y así se estremeceria aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarian mas los agujeros de los clavos; que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, oh Salvador y Redemptor mio, ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se parta de dolor (pues en este dia se partieron las piedras) considerando lo que padesces en esa cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte; y embestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazon, tu ánima está afligida, y no admite consuelo por mi amor. Duros fuéron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mio, cosido con un madero, no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro; dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los piés, desgárranse las heridas de los piés con los clavos que tienen atravesados. Cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sosterná? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, sanctísima Vírgen, para este oficio! mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dello recibirá, será hincarse mas las espinas por el celebro.

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no ménos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ó buen Jesus, en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasion, la otra de compasion; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima sanctísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, ó buen Jesus, declarar lo que sentias, cuando considerabas las angustias de aquella ánima sanctísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada? ¿Cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? Cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas, que de sus purísimos ojos salian, y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan gran dolor?

Pues ¿qué pecho, dice Sant Bernardo (*b*), puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras, que no se muevan á compasion (¡oh dulcísima Madre!) considerando las lágrimas y dolores que padeciste al pié de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? Qué corazon puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y suspiros, y el quebrantamiento de tu corazon, cuando estando en este lugar viste á tu amado Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo, y no le pudiste vestir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar de beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por él; viste escupido su rostro, y no lo pudiste limpiar; finalmente viste sus ojos corriendo lágrimas, y no los podias enjugar, ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salia, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada con él. Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que aquel sancto viejo te pronosticó ántes que muriese, diciendo que un cuchillo de dolor traspasaria tu corazon.

Pues, ¡oh piadosísima Vírgen! ¿por qué, Señora, quisisteis acrescentar este dolor con la vista de vuestros ojos? Por qué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parescer en lugares públicos: no es de corazon de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra, y en su cama; ¡y vos venís á ver al Hijo morir por justicia, y entre ladrones en una cruz!

Ya que determinais de vencer el corazon de Madre, y quereis honrar el misterio de la Cruz, ¿para qué os poneis tan cerca della, que hayais de llevar en vuestro manto perpetua memoria deste dolor? Remedio no se lo podeis dar, sino ántes con vuestra presencia acrescentarle su tormento; porque solo esto le faltaba para acrescentamiento de sus dolores: que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados, y os viese al pié de la cruz Y porque estando al fin de la vida enflaquecidos los sentidos, y escurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podia divisar de léjos, os pusisteis tan cerca, para que claramente os conociese y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales (con cuya leche fué criado) hechos un piélago de dolor.

Mirad, ángeles, estas dos figuras, si por ventura las conoceis. Mirad, cielos, esta crueldad, y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor; escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador; echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados! Oh, tierra, de tanta variedad y hermosura vestida! si vosotros escurecisteis vuestra gloria en esta pena, si vosotros que érades insensibles, la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la Madre? ¡Oh vosotros, dice ella (*c*), que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante

(*b*) Vide ser. de Verb. Apoc. circa finem. (*c*) Hierem. Tren. 2.

á mi dolor! Verdaderamente no hay dolor semejante á tu dolor; porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

Despues desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la cruz, de las cuales la primera fué: Padre, perdona á estos, que no saben lo que se hacen. La segunda al ladron: Hoy serás conmigo en el paraíso. La tercera á su Madre sanctísima: Mujer, cata ahí á tu Hijo. La cuarta: Sed hé. La quinta: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? La sexta: Acabado es. La séptima: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Mira pues, ó ánima mia, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre: con cuánta misericordia recibió al ladron que le confesaba: con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado discípulo: con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres: con cuán dolorosa voz derramó su oracion, y pronunció su tribulacion ante el acatamiento divino: cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu, y se resignó todo en sus benditísimas manos.

Por do paresce cómo en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos. En la segunda, la misericordia para con los pecadores. En la tercera, la piedad para con los padres. En la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos. En la quinta, la oracion en las tribulaciones y desamparos de Dios. En la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia. Y en la séptima la perfecta resignacion en las manos de Dios: que es la summa de toda nuestra perfeccion.

CAPITULO XVII.

Meditacion de la pasion del Salvador: para el sábado por la mañana.

Este dia se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora, y el oficio de la sepultura.

Considera pues cómo habiendo ya espirado el Salvador en la cruz, y cumplídose el deseo de aquellos crueles enemigos que tanto deseaban verle muerto, aun despues desto no se apagó la llama de su furor, porque con todo esto se quisieron mas vengar y encarnizar en aquellas sanctas reliquias que quedaron, partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras, y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel.

¡Oh crueles ministros! Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no le quereis perdonar aun despues de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro, aquella amarillez y sombra de muerte; que aunque seais mas duros que el hierro y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansaréis.

Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre con que se sanan los pecados del mundo. ¡Oh rio que sales del paraíso, y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! Oh llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, sanctuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hiere las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable.

Despues desto considera cómo aquel mismo dia en la tarde llegaron aquellos dos sanctos varones, Josef y Nicodémus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descendieron en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Vírgen vió acabada ya la tormenta de la pasion, y que llegaba el sagrado cuerpo á la tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo, ni recibido dél los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que la dejen agora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan muerto.

Pues cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de la paz! llorad con esta sagrada Vírgen; llorad, cielos; y llorad, estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para solo esto le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es este por ventura vuestro dulcísimo Hijo? Es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fuéron vuestras alegrías antiguas? Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Vírgen.

Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decia: ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? ¿Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida, y agora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los mios muerto? ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Esta aquella figura mas clara que el sol de mediodía?

Lloraba tambien aquella sancta pecadora, y abrazada con los piés del Salvador, decia: ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima! si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés, y los lavé cuando en ellos me recibiste! Oh amado de mis en-

trañas! ¿quién me diese agora que yo muriese contigo? ¡Oh vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto? Desta manera lloraba y lamentaba toda aquella sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven al sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazon de la Madre con una oscura tiniebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeida de todo su bien, allí se le queda el corazon sepultado donde quedaba su tesoro.

CAPITULO XVIII.

Meditacion de la resurreccion y ascension del Salvador : para el domingo por la mañana.

Este dia podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y el aparescimiento á nuestra Señora, y á la sancta Magdalena y á los discípulos. Y despues el misterio de su gloriosa Ascension.

Cuanto á lo primero considera qué tan grande sería el alegría que aquellos sanctos padres del limbo recibirian en este dia con la visitacion y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darian por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegacion pasada, por el alegría que reciben el dia que vuelven á su tierra. Pues si esto hace la navegacion y destierro de un año, ú de dos años, ¿qué haria el destierro de tres ó cuatro mil años, el dia que recibiesen tan gran salud, y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera tambien el alegría que la sacratísima Vírgen recibiria este dia con la vista del Hijo resuscitado; pues es cierto que así como ella fué la que mas sintió los dolores de su pasion, así fué la que mas gozó de la alegría de su resurreccion. Pues ¿qué sintiria cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos padres que con él resuscitaron? Qué haria, qué diria? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus ojos piadosos, y los deseos de irse tras él, si le fuera concedido?

Considera el alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando viese al amado de su ánima, y se derribase á sus piés, y hallase resuscitado y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto; y mira bien que despues de la Madre á aquella primero apareció que mas amó, mas perseveró, mas lloró, y mas solícitamente lo buscó; para que así tengas por cierto que hallarás á Dios si con estas mismas lágrimas y diligencias le buscares.

Considera de la manera que aparesció á los discípulos, que iban á Emaus, en hábito de peregrino; mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y al cabo cuán amorosamente se les descubrió, y los dejó con toda la miel y suavidad en los labios. Sean pues tales tus pláticas, cuales eran las destos; trata con dolor y sentimiento lo que trataban ellos (que eran los dolores y trabajos de Cristo), y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía si tuvieres siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascension, considera primeramente cómo dilató el Señor esta subida á los cielos por espacio de cuarenta dias, en los cuales aparesció muchas veces á sus discípulos, los enseñaba, y pláticaba con ellos del reino de Dios. De manera que no quiso subir á los cielos, ni apartarse dellos, hasta que los dejó tales que pudiesen con el espíritu subir al cielo con él.

Donde verás que aquellos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo (esto es, la consolacion sensible de la devocion), que pueden ya con el espíritu volar á lo alto, y están mas seguros de peligro. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia de Dios, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos : esto es, regala los flacos, ejercita los fuertes, da leche á los pequeñuelos y desteta á los grandes, consuela á los unos y prueba los otros; y así trata á cada uno segun el grado de su aprovechamiento. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza; ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y viéndolo ellos, subió al cielo; porque ellos habian de ser testigos destos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de véras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia y de sus consolaciones, pregúntalo á los que lo han probado, que estos te darán dello suficientísimo testimonio.

Quiso tambien que le viesen subir á los cielos, para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia; porque este era el mas conveniente aparejo para recibir su gracia. Pidió Eliseo á Elías su espíritu; y respondióle el buen maestro (*a*) : Si me vieres cuando me parta de tí, será lo que pediste. Pues aquellos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo: los que sintieren su ausencia, y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Así lo sentia aquel sancto varon que decia (*b*) : Fuístete, Consolador mio, y no te despediste de mí: yendo por tu camino bendijiste los tuyos, y no lo vi: los ángeles prometieron volverias, y no lo oi.

Pues ¿cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Vírgen, del amado discípulo, y de Sancta María Magdalena, y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles, y desaparecer de sus ojos aquel que tan robados tenia sus corazones? Y con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacia tanto sentir su partida, por otra parte les hacia gozarse de su gloria; porque el verdadero amor no se busca á sí, sino al que ama.

Resta considerar con qué alegría, y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble Triunfador en la ciudad soberana : cuál sería la fiesta y el recibimiento que le harian : qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella noble ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir

(*a*) 4 Reg. 2. (*b*) D. Aug. tom. 9. lib. Meditat. cap. 41.

sobre todos aquella sacratísima humanidad, y asentarse á la diestra del Padre.

Todo esto es mucho de considerar: para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padesció mas que todas las criaturas, es aquí engrandecido y levantado sobre todas ellas, para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir, y ponerse debajo de todos para ser levantado sobre todos.

CAPITULO XIX.

De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la oracion.

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los dias de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que ántes desta meditacion pueden preceder algunas cosas, y seguirse despues otras, que están annejas, y son como vecinas dellas.

Porque primeramente, ántes que entremos en la meditacion, es necesario aparejar el corazon para este sancto ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer.

Despues de la preparacion se sigue la leccion del paso que se ha de meditar en aquel dia, segun el repartimiento de los dias de la semana, como arriba lo tratamos. Lo cual sin dubda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Despues de la meditacion se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y un ofrescimiento de toda nuestra vida, y de la de Cristo nuestro Salvador en recompensa dellos.

La última parte es la peticion, que propriamente se llama oracion, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entrevenir en la oracion; las cuales entre otros provechos tiene tambien este: que dan al hombre mas copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere de uno, coma de otro; y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta órden es siempre necesaria; mas todavía servirá esto para los que comienzan, para que tengan alguna órden é hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijere quiero que se haga ley perpetua, ni regla general; porque mi intento no fué hacer ley, sino introduccion, para imponer á los nuevos en este camino, en el cual, despues que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho mas el Espíritu Sancto, les enseñará lo demas.

CAPITULO XX.

De la preparacion que se requiere para ántes de la oracion.

Agora será bien que tratemos en particular de cada una destas partes susodichas, y primero de la preparacion, que es la primera de todas.

Puesto en el lugar de la oracion de rodillas, ó en pié ó en cruz, prostrado ó sentado (si de otra manera no pudiere estar), hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginacion, y apartarla ha de todas las cosas desta vida, y levantará su entendimiente arriba, considerando que lo mira nuestro Señor. Y estará allí con aquella atencion y reverência como que realmente le tiene presente; y con un general arrepentimiento de sus pecados (si es la oracion de la mañana) dirá la confesion general; y si es la oracion de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel dia ha pensado, hablado y oido, y del olvido que de nuestro Señor ha tenido, y doliéndose de los defectos de aquel dia, y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del sancto Patriarca (*a*): Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

Y con el fundamento destas dos palabras se puede un poco detener, pensando quién es el, y quién Dios, para humillarse profundamente ante tan grande Majestad; porque él es un abismo de infinitos pecados y miserias, y Dios un abismo infinito de riquezas y grandezas, y con esta consideracion le hará una grande reverencia, y se humillará delante de tan grande Majestad.

Y junto con esto suplique á este Señor le dé gracia para que esté allí con aquella atencion y devocion, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana Majestad, y que así gaste aquel tiempo de la oracion, que salga della con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio. Porque la oracion que no pare luego este fructo, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

CAPITULO XXI.

De la leccion.

Acabada la preparacion, se sigue luego la leccion de lo que se ha de meditar en la oracion. La cual no ha de ser apresurada, ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando á ella, no solo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho mas la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algun paso devoto, deténgase algo mas en él para mejor sentirlo.

Y no sea muy larga la leccion, porque se dé mas tiempo á la meditacion; que es tanto de mayor provecho, cuanto rumia y penetra las cosas mas de espacio y con mas afectos. Pero cuando tuviere el corazon tan distraido que no pueda entrar en la oracion, puédese detener algo mas en la leccion, ó ajuntar en uno la leccion con la meditacion, leyendo un paso, y meditando sobre él, y luego otro y otro de la misma manera. Porque yendo desta manera atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes, como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar, como otro Jacob, toda la noche (*a*) en el trabajo de la oracion. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando nuestro Señor la devocion, ó otra gracia mayor; la cual nunca se niega á los que fielmente pelean.

CAPITULO XXII.

De la meditacion.

Despues de la leccion se sigue la meditacion del paso que habemos leido. Y esta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginacion, como son todos los

(*a*) Gen. 32. (*a*) Ibid. 18.

pasos de la vida y pasion de Cristo, el juicio final, el infierno, el paraíso.

Otras es de cosas que pertenescen mas al entendimiento que á la imaginacion, como es la consideracion de los beneficios de Dios, de su bondad y misericordia, ó cualquiera otra de sus perfecciones.

Esta meditacion se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, segun que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditacion es imaginaria, habemos de figurar cada cosa destas de la manera que ella es, ó de la manera que pasaria, y hacer cuenta que en el proprio lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra, porque con esta representacion de las cosas sea mas viva la consideracion y sentimiento dellas; mas ir á meditar las cosas que allí pasaron en sus proprios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas, y por esta misma razon no debe el hombre hincar mucho la imaginacion en las cosas que piensa, por no fatigar en esto la cabeza.

Y porque la principal materia de la meditacion es de la sagrada Pasion, advertimos aquí que en este misterio se pueden considerar cinco principales puntos ó circunstancias que en él intervinieron, conviene saber: quién es el que padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce, de qué manera padesce, y por qué causa padesce.

Pues cuanto á lo primero, que es quién padesce, digo que padesce el Criador de cielo y tierra, el Hijo de Dios, summa bondad y sabiduría, el innocentísimo y sanctísimo Hijo de la Vírgen.

Quanto á lo segundo, qué es lo que padesce, digo que padesce gravísimos dolores, así en el ánima como en el cuerpo. Porque en el ánima padesció una incomprehensible angustia, considerando la ingratitud de los hombres acerca deste summo beneficio, la compasion de su innocentísima y sanctísima Madre, los pecados del mundo, presentes, pasados y venideros, por los cuales padescia. Mas en el cuerpo padescia frio, calor, hambre, cansancio, vigilias, injurias, traiciones; fué vendido de su discípulo, sudó gotas de sangre, fué escupido, abofeteado, tantas veces atado, desamparado, calumniado, falsamente acusado, azotado, escarnecido, vestido con vestidura de loco, coronado de espinas, tenido en ménos que Barrabas, inicuamente condenado; llevó la cruz á cuestas, fué crucificado entre dos ladrones, bebió hiel y vinagre, y al cabo murió muerte afrentosa en el monte Calvario en dia de la mayor solemnidad.

Lo tercero, se debe considerar por quién padesció; y cónstanos haber padescido por el hombre desobediente é ingrato, criado de nada, que de sí no puede, ni sabe, ni vale nada; por una criatura de la cual él jamas habia tenido, ni habia de tener necesidad alguna; por una criatura que le habia ofendido, y que le habia de ofender y desobedescer tantas veces.

Lo cuarto, se debe considerar cómo padesció; y hallarémos que padesció con tanta paciencia y mansedumbre, que jamas se indignó contra nadie; con tanta humildad, que escogió la mas ignominiosa muerte de aquel tiempo; con tanta promptitud, que salió al encuentro á sus contrarios; con tanta caridad, que llamó amigo al que le vendió. Sanó la oreja de quien le prendia, miró con ojos de misericordia al que le negó, y rogó por los que le crucificaban.

Lo quinto, se debe considerar por qué causa padesció; y cónstanos haber padescido por satisfacer á la justicia divina y aplacar la ira del Padre; por cumplir las promesas hechas á los patriarcas y profetas; por librarnos del infierno, y hacernos capaces del paraíso; para mostrarnos el camino del cielo con su perfecta obediencia; para confundir á los demonios, que por soberbia perdieron lo que los hombres ganan por humildad.

CAPITULO XXIII.

Del hacimiento de gracias.

Despues de la meditacion se sigue el hacimiento de gracias, para lo cual se debe tomar ocasion de la meditacion pasada, haciendo gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello nos hizo; como si la meditacion fué de la pasion, debe dar muchas gracias á nuestro Señor, porque nos redimió con tantos trabajos; y si fué de los pecados, porque lo esperó tanto tiempo á penitencia; y si de las miserias desta vida, por las muchas de que lo ha librado; y si del paso de muerte, porque le libró de los peligros della, y esperó á penitencia; y si de la gloria del paraíso, porque lo crió para tanto bien, y así de lo demas.

Con estos beneficios juntarás todos los otros de que arriba tratamos, que son: el beneficio de la creacion, conservacion, redempcion, vocacion, etc. Y así dará gracias á nuestro Señor, porque lo hizo á su imágen y semejanza, y le dió memoria para que se acordase dél, y entendimiento para que lo conosciese, y voluntad para que lo amase, y porque le dió un Angel que lo guardase de tantos trabajos y peligros, y de tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos (que no fué ménos que librarlo de la muerte eterna), y porque le hizo nascer de padres cristianos, y le dió el sagrado Bautismo, y en él le dió su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo.

Y con estos beneficios junte los demas beneficios generales y particulares que conosce haber recibido de nuestro Señor, y por estos y por todos los otros, así públicos como secretos, le dé todas cuantas gracias pudiere, y convide todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio, y con este espíritu podrá decir aquel Cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino: laudate, et superexaltate*, etc., ó el Salmo: *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus. Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia, et miserationibus*, etc.

CAPITULO XXIV.

Del ofrescimiento.

Dadas de todo corazon al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorumpe el corazon con aquel afecto del profeta David, diciendo (*a*): ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofresciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrescerle.

Y para esto primeramente debe ofrescerse á sí mismo

(*a*) Psalm. 118.

por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos para que haga dél todo lo que quisiere; y ofrescer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padesciere, para que todo sea á gloria y honra de su sancto nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padesció desde el pesebre hasta la cruz; pues todos ellos son hacienda nuestra, y herencia que él nos dejó en el nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este tan gran tesoro. Y así como no es ménos mio lo dado de gracia, que lo adquirido por mi lanza, así no son ménos mios los méritos y el derecho que él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no ménos puede ofrescer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su órden todos estos servicios y trabajos, y todas las virtudes de su vida sanctísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su caridad, con todas las demas; porque esta es la mas rica y mas preciosa ofrenda que le podemos ofrescer.

CAPITULO XXV.

De la peticion.

Ofrescida esta tan rica ofrenda, seguramente podemos luego pedir mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazon aquellas palabras del Profeta (*a*): Confiésente los pueblos, Señor: confiésente todos los pueblos.

Roguemos tambien por los prelados de la Iglesia, como son, papa, cardenales, obispos, con todos los otros ministros y prelados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediencia de su Criador. Y asimismo debemos rogar, como lo aconseja Sant Pablo (*b*), por los reyes, y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conoscimiento de la verdad.

Roguemos tambien por todos los miembros de su cuerpo místico; por los justos, que el Señor los conserve; y por los pecadores, que los convierta; y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo, y los lleve al descanso de la vida perdurable. Roguemos tambien por todos los pobres enfermos, encarcelados, cautivos, etc., que Dios por los méritos de su Hijo los ayude y libre de mal.

Y despues de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros, y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conosciere, y con esto pidamos por los méritos y trabajos deste Señor perdon de todos nuestros pecados, y enmienda dellos; y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos mas inclinados y mas tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel Médico celestial, para que él las sane y cure con la uncion de su divina gracia.

(*a*) Psal. 66. (*b*) 1. Tim. 2.

Despues desto acabe con la peticion del amor de Dios, y en esta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos (pues en esta consiste todo nuestro bien), podrá decir así.

CAPITULO XXVI.

Oracion muy devota, y peticion especial del amor de Dios.

Dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazon, con toda mi ánima, con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! Oh el mas amado de los amados! Oh Esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! Oh dulzura de mi corazon! Oh vida de mi ánima, y descanso alegre de mi espiritu! Apareja, Dios mio, apareja, Señor, una agradable morada para tí en mí, para que segun la promesa de tu sancta palabra vengas á mí, y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada á tus ojos, y hazme hombre segun tu corazon. Hiere, Señor, lo mas íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad.

¡Oh cuándo será esto! ¿cuándo te agradaré en todas las cosas? Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario á tí en mí? Cuándo seré del todo tuyo? Cuándo dejaré de ser mio? Cuándo ninguna cosa fuera de tí vivirá en mí? Cuándo ardentísimamente te amaré? Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? Cuándo me arrebatarás, y anegarás, y trasportarás, y esconderás en tí, donde nunca mas parezca? Cuándo quitarás los impedimentos y estorbos, y me harás un espíritu contigo, para que nunca me pueda mas apartar de tí?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! Oh dulzura de mi corazon! Oyeme, Señor, no por mis merescimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, endetézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa haga ni diga, sino lo que fuere á tus ojos agradable. ¡Oh Dios mio, amado mio, entrañas mias, bien de mi ánima! Oh amor mio dulce! Oh deleite mio grande! Oh fortaleza mia! valedme, luz mia, y guiadme á vos.

¡Oh Dios de mis entrañas! ¿por qué no te das al pobre? ¿Hinches los cielos y la tierra, y mi corazon dejas vacío? Pues vistes los lirios del campo, y das de comer á las avecillas, y mantienes los gusanos, ¿por qué te olvidas de mí, pues á todos olvido yo por tí? Tarde te conoscí, bondad infinita: tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. Triste del tiempo que no te amé: triste de mí, pues no te conoscia, ciego de mí que no te veia. Estabas dentro de mí, é yo andaba á buscarte por defuera. Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamas te deje.

Y porque una de las cosas que mas te agrada y mas hieren tu corazon es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, estos ojos con que te mire: conviene á saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla: para que mirándote yo con estos ojos, sea de tí

mirado con aquellos ojos con que miraste á Sant Pedro cuando le hiciste llorar su pecado; con que miraste al hijo pródigo cuando le recibiste, y le diste beso de paz; con que miraste al publicano cuando él no osaba alzar los ojos al cielo; con que miraste á la Magdalena cuando ella lavaba tus piés con lágrimas de sus ojos; finalmente con aquellos ojos con que miraste la Esposa en el libro de los Cantares, cuando le dijiste (*a*): Hermosa eres, amiga mia, hermosa eres: tus ojos son de paloma; para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le dés aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre parezca hermosa en tu presencia.

¡Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame, ayúdame, Señor, en todo! ¡Oh Padre todo poderoso! por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en tí, é hínchela de sanctos y devotos pensamientos. ¡Oh Hijo sanctísimo, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento, y adórnalo con el conoscimiento de la summa verdad, y de mi extremada vileza! ¡Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y de Hijo, por tu incomprensible bondad traspasa en mí toda tu voluntad, y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mio, y todo mi bien! Oh si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daria y traspasaria en tí; aunque ni este bastaria para amarte como tú meresces. Tú solo te puedes dignamente amar, y dignamente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo puedes amar cuanto ella meresce: de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, María, María, Vírgen sanctísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de innocencia, ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las obras de tu abundantísima caridad! ¡Oh vosotros bienaventurados sanctos y sanctas, y vosotros bienaventurados espíritus, que así ardeis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros, serafines, que abrasais los cielos y la tierra con vuestro amor; no desampareis este pobre y miserable corazon, sino alimpiadlo, como los labios de Isaías, de todos los pecados, y abrasadlo con la llama dese vuestro ardentísimo amor, para que solo á este Señor ame, á él solo busque, en él solo repose y more en los siglos de los siglos! Amen.

CAPITULO XXVII.

De algunos avisos que se deben tener en este sancto ejercicio de la oracion mental.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para darnos materia de consideracion, que es una de las principales partes deste negocio; porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideracion, y así por falta della faltan muchos en este ejercicio. Agora dirémos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque desta materia el principal maestro sea el Espíritu Sancto; pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir á Dios es arduo, y tiene necesidad de guia, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

(*a*) Cant. 1.

§. I.

Del primero aviso.

Sea pues el primero aviso este: que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las sobredichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en ella mas devocion, mas gusto ó mas provecho. Porque como en fin todo sirve á la devocion, lo que mas sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor, aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conoscida.

§. II.

Del segundo aviso.

Sea el segundo, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulacion del entendimiento, y procure de tratar este negocio mas con afectos y sentimiento de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oracion á meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar; lo cual mas es derramar el espíritu, que recogerlo, y andar mas fuera de sí, que dentro de sí. Pues para acertar en este negocio lléguese el hombre con corazon de una vejecica ignorante y humilde, y mas con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despavilado y atento para escudriñarlas: porque esto es proprio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

§. III.

Del tercero aviso.

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad, mas el presente pone tambien la tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber, que la devocion que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos (como algunos piensan, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como echizas, procuran alcanzar lágrimas y compasion cuando piensan en la pasion del Salvador), porque esto suele secar mas el corazon, y hacerlo mas inhábil para la visitacion del Señor, como enseña Casiano. Y demas desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan al ánimo tan atemorizado con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio, como cosa que experimentó haberle dado mucha pena.

Conténtese pues el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando (con una vista sencilla y sosegada, y un corazon tierno, y compasivo, y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar) lo que por él padesció; mas dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para expri-

mirlo á fuerza de brazos. Y esto hecho no se congoje por lo demás cuando no le fuere dado.

§. IV.

Del cuarto aviso.

De todo lo susodicho podrémos colegir cuál sea la manera de atencion que debemos tener en la oracion : porque aquí principalmente conviene el corazon no caido ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atencion y recogimiento de corazon, así por otra parte conviene que esta atencion sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud, ni impida á la devocion; porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos en lo que piensan (como ya dijimos). Y otros hay que por huir deste inconveniente están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos.

Para huir destos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atras, ni camine con peligro : así debemos procurar que vaya nuestra atencion moderada, no forzada con cuidado, y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditacion no fatigue la cabeza con demasiada atencion, porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

§ V.

Del quinto aviso.

Mas entre todos estos avisos el principal sea, que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devocion que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor; porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenesce que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te paresciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no meresces lo que no te dieron; y conténtate con haber hecho allí sacrificio de tí mismo, y negado tu propria voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado contigo mismo, y hecho á lo ménos eso que era de tu parte.

Y si no adoraste al Señor con la adoracion sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado. Y créeme cierto que este es el paso mas peligroso desta navegacion, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, en todo lo demas te irá prósperamente.

§. VI.

Del sexto aviso.

Y no es diferente documento del pasado, ni ménos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halla en la oracion (como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla, y sintiendo alguna ternura de corazon, piensan que han ya cumplido con su ejercicio), esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique, un pequeño rocío de agua, que no hace mas que matar el polvo, y mojar la tierra de fuera, sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra, y la deje harta de agua, para que pueda fructificar, así tambien es acá necesaria la abundancia deste rocío y agua celestial, para dar fructo de buenas obras.

Pues por esto con mucha razon se aconseja que tomemos para este sancto ejercicio el mas largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo, que dos cortos; porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginacion y quietar el corazon, y despues de ya quieto, levantámonos del ejercicio cuando lo hubiéramos de comenzar. Y descendiendo mas en particular á limitar este tiempo, parésceme que todo lo que es ménos de hora y media, ó dos horas, es corto plazo para la oracion; porque muchas veces se pasa mas que media hora en templar la vihuela, que es en quietar (como dije) la imaginacion; y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo de la oracion.

Verdad es que cuando el ejercicio se tiene despues de algunos otros sanctos ejercicios, mas dispuesto se halla el corazon para este negocio; y así (como en leña seca) muy mas presto se enciende este fuego celestial. Tambien en el tiempo de la madrugada sufre ser mas largo; porque es el mas aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrescer su cornadillo, como la pobre viuda en el templo *(a)*; porque si esto no queda por su negligencia, aquel que todas las criaturas provee conforme á su necesidad, proveerá á él tambien.

§. VII.

Del séptimo aviso.

Conforme á este documento se da otro semejante; y es, que cuando el ánima fuere visitada en la oracion ó fuera della con alguna particular visitacion del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofresce : porque es cierto que con este viento navegará el hombre mas en una hora, que sin él en muchos dias. Así se dice lo hacia nuestro padre Sancto Domingo, de quien se escribe que era tan particular el cuidado que en esto tenia, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir delante los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen communmente ser castigados con esta pena : que no hallen á Dios cuando lo busquen, pues cuando él los buscaba no los halló.

(a) Luc. 21.

SEGUNDA PARTE DESTE TRATADO,

EN QUE SE TRATA DE LA DEVOCION.

CAPITULO XXVIII.

Qué cosa sea devocion.

El mayor trabajo que padescen las personas que se dan á la oracion, es la falta de devocion que muchas veces en ella sienten; porque cuando esta no falta, ninguna cosa hay mas dulce ni fácil que orar. Por esta razon (ya que habemos tratado de la materia de la oracion, y del modo que podrá tener), será bien tratemos agora de las cosas que ayudan á la devocion, y tambien de las que la impiden, y de las tentaciones mas communes de las personas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devocion, porque sepamos ántes qué tal sea la joya porque militamos.

Devocion, dice Sancto Tomas (*a*) que es una virtud, la cual hace al hombre prompto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para el bien obrar. La cual difinicion manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande desta virtud, porque en ella está encerrado mas de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir, es la corrupcion de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinacion que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; y estas dos cosas nos hacen dificultoso el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa mas dulce, mas hermosa, mas amable del mundo.

Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la divina sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devocion. Porque así como el viento cierzo esparce las nubes, y deja el cielo sereno y desombrado, así la verdadera devocion sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entónces habilitada para todo bien; porque esta virtud de tal manera es virtud, que tambien es un especial don del Espíritu Sancto, un rocío del cielo, un socorro y visitacion de Dios, alcanzado por la oracion; cuya condicion es pelear contra esta dificultad, despedir esta tibieza, dar esta promptitud, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrescimiento del pecado, y dar al hombre por entónces otro fervor, otro espíritu, otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera que así como Sanson (*b*) cuando tenia cabellos, tenia mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo; y cuando estos le faltaban, era tan flaco como los otros: así lo es tambien el ánima del cristiano cuando tiene esta devocion, y flaca cuando no la tiene. Esta es pues la mayor alabanza que se puede dar á esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijon de todas las otras; y por esto el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas; porque no podrá sacar de harona á su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho paresce claro, qué cosa sea la verdadera y esencial devocion. Porque no es devocion aquella ternura de corazon ó consolacion que sienten algunas veces los que oran, sino esta promptitud y aliento para bien obrar; de donde muchas veces acaesce hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que esta devocion y promptitud muchas veces meresce aquella consolacion; y por el contrario esta misma consolacion y gusto espiritual acrescienta la devocion esencial. Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razon desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa del acrescentamiento desta devocion, que nos habilita para bien obrar, como dice el Profeta (*c*): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí cuando dilataste mi corazon; conviene saber, con el alegría de tu consolacion, que fué causa desta lijereza. Pues de los medios por do se alcanza esta devocion, pretendemos agora aquí tratar; y porque esta virtud es estímulo de todas las otras virtudes, por eso tratar de los medios por do se alcanza la devocion, es tratar de los medios por do se alcanzan todas las virtudes.

(*a*) D. Thom. 2. 2. quæst. 82. art. 1. in corp. (*b*) Iudic. 16.

(*c*) Psalm. 118.

CAPITULO XXIX.

De nueve cosas que ayudan á alcanzar la devocion.

Las cosas pues que ayudan á la devocion son muchas. Porque primeramente háce mucho al caso tomar estos sanctos ejercicios muy de véras y muy á pechos, con un corazon muy determinado y ofrescido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea; porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea dificultosa, y así tambien lo es esta, á lo ménos á los principios.

Ayuda tambien la guarda del corazon de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas turbaciones y movimientos apasionados; pues está claro que cada cosa destas impide la devocion, y que no ménos conviene tener el corazon templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

Ayuda tambien la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, de los oídos y de la lengua; porque por ella se derrama el corazon: por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razon se dice que el contemplativo ha de ser sordo, ciego y mudo; porque cuanto ménos se derrama por defuera, tanto mas recogido estará de dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad; porque no solo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazon, y las ocasiones de los pecados, sino tambien convida al hombre á que more dentro de sí mismo, y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que esta.

Ayuda otrosí la leccion de los libros espirituales y devotos; porque dan materia de consideracion, y recogen el corazon, y despiertan la devocion, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente; mas ántes siempre se representa á la memoria lo que abunda en el corazon.

Ayuda la memoria contínua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que Sant Augustin llama jaculatorias (*a*); porque

(*a*) D. Aug. tom. 8. in Psalm. 7. et 119.

estas guardan la casa del corazon, y conservan el calor de la devocion, como arriba se platicó. Y así se hallará el hombre cada hora prompto para llegar á la oracion. Este es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos que ni tienen tiempo ni lugar para darse á la oracion: y quien trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará mucho.

Ayuda tambien la continuacion y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados; mayormente á la noche, ó á la madrugada, que son los tiempos mas convenientes para la oracion, como toda la Escriptura nos enseña.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la diciplina, y otras cosas semejantes; porque todas estas cosas así como nascen de devocion, así tambien despiertan, conservan y acrescientan la raiz de donde nascen, que es esa misma devocion.

Ayudan finalmente las obras de misericordia; porque nos dan confianza para parescer delante de Dios, acompañan nuestras oraciones con servicios (porque no se pueden llamar del todo ruegos secos), y merescen que sea misericordiosamente recibida la oracion, pues procede de misericordioso corazon.

CAPITULO XXX.

De nueve cosas que impiden la devocion.

Y así como hay cosas que ayudan á la devocion, así tambien hay cosas que la impiden. Entre las cuales la primera es los pecados, no solo los mortales, sino tambien los veniales; porque estos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devocion; por donde es razon evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, á lo ménos por el bien que nos impiden.

Impide tambien el remordimiento de la conciencia que procede de los mismos pecados (cuando es demasiado); porque trae el ánima inquieta, caida, desmayada y flaca para todo buen ejercicio.

Impide tambien cualquier amargura y desabrimiento de corazon, y tristeza desordenada; porque con esto muy mal se puede compadescer el gusto y suavidad de la buena conciencia y de la alegría espiritual.

Impiden otrosí los cuidados demasiados: los cuales son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan al ánima, y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oracion, ántes allí mas que en otra parte la inquietan y divierten de su ejercicio.

Impiden tambien las ocupaciones demasiadas; porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazon para vacar á Dios.

Impiden los regalos y consolaciones sensuales; porque estas hacen desabridos los ejercicios espirituales. Y allende desto, el que se da mucho á las consolaciones del mundo, no meresce las del Espíritu Sancto, como dice Sant Bernardo (*a*).

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas; porque estas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios, y á las vigilias sagradas; porque el cuerpo pesado y harto de mantenimiento muy mal aparejado está para volar á lo alto.

(*a*) D. Bern. serm. 5. in Natal. Domin.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es querer oir y ver y saber nuevas; porque todo esto ocupa el tiempo, inquieta el ánima, y derrámala en muchas partes, y así impiden la devocion.

Impide finalmente la interrupcion de todos estos sanctos ejercicios, si no es cuando se deja por causa de alguna piadosa ó justa necesidad; porque es muy delicado el espíritu de la devocion, el cual despues de ido, ó no vuelve, ó á lo ménos con dificultad.

Y por esto así como los árboles quieren sus riegos ordinarios, y en faltando esto luego desfallecen y desmedran, así tambien lo hace la devocion cuando le falta el riego de la devota consideracion.

Todo esto se ha dicho así summariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria: la declaracion de lo cual podrá ver quien quisiere, con el ejercicio y larga experiencia.

CAPITULO XXXI.

De las tentaciones mas communes que suelen fatigar á los que se dan á la oracion, y de sus remedios.

Agora será bien tratar de las tentaciones mas communes de las personas que se dan á la oracion, y de sus remedios; las cuales por la mayor parte son las siguientes: La falta de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia é infidelidad, la desconfianza de aprovechar, la presumpcion de estar ya muy aprovechado. Estas son las mas communes tentaciones que hay en el camino: los remedios de las cuales son los siguientes:

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oracion acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fructo; sino póngase en la presencia de Dios como reo y culpado, examine su conciencia, mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sino ofenderle.

Desta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasion para mas se humillar, viendo lo mucho que peca; y para mas amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista dellos; porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso; á lo ménos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oracion con un poco de atencion y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. No es mucho durar mucho en la oracion, cuando es mucha la consolacion; lo mucho es, que cuando la devocion es poca, la oracion sea mucha, y mucho mayor la humildad, la paciencia y la perseverancia en el bien obrar.

Tambien es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, examinando con mucha atencion sus pensamientos, palabras y obras. Porque como entónces nos falte el alegría espiritual (que es el principal remo de esta navegacion), es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te

vieres has de hacer cuenta, como dice Sant Bernardo (*a*), que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se han caido los muros que te defendian. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh cuánta es la gloria del alma que desta manera batalla, que se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía!

Este es el toque principal en que se prueba la firmeza de los amigos, si son verdaderos ó no.

Contra la tentacion de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oracion, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos; aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y humildad. Y por esto cuando el hombre se hallare desta manera, debe volverse á Dios sin congoja (pues esto no es culpa, ó es muy liviana), y con toda humildad y devocion se diga: Veis aquí, Señor mio, quién yo soy; ¿Qué se esperaba deste muladar sino semejantes olores? Qué se esperaba desta tierra que vos maldijisteis, sino zarzas y espinas? Este es el fructo que ella puede dar, si vos, Señor, no la limpiais. Y dicho esto torne á atar su hilo como de ántes, y espere con paciencia la visitacion del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente le resistieres é hicieres lo que es en tí, debes tener por cierto que mucha mas tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

Para remedio de las tentaciones de blasfemias, es de saber que así como ningun linaje de tentacion es mas penosa que esta, así ninguna hay ménos peligrosa; y así el remedio es no hacer caso destas tentaciones; pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino ántes lo contrario: y así mas se puede llamar esta pena que culpa; porque cuan léjos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan léjos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas y no temerlas; porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

Contra las tentaciones de infidelidad, el remedio es que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas dellas exceden á nuestro saber. Y por tanto el que quiere entrar en este sanctuario de las cosas divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla, y no de serpiente maliciosa, y corazon de discípulo, y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el por qué de las obras divinas, cierre los ojos de la razon, y abra solo el de la fe; porque este es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas, muy bueno es el ojo de la razon humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa mas desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentacion es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es el no hacer caso della; pues mas es esta pena que culpa; porque no puede haber culpa en lo que la voluntad es contraria, como allí se declaró.

Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presumpcion, que son vicios contrarios, es forzoso que haya diversos remedios. Para la desconfianza el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto mas presto se alcanza, cuanto mas el hombre desconfía de su propria virtud, y confía en sola la bondad de Dios, á quien todo es posible.

Para la presumpcion, el remedio es considerar que no hay mas claro indicio de estar el hombre muy léjos, que creer que está muy cerca. Mírate tambien (como en un espejo) en la vida de los sanctos, y en la de otras personas señaladas que agora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un jigante; y así no presumirás.

Otra tentacion es el deseo demasiado de las consolaciones y gustos espirituales, y desprecio de los otros que no las tienen. Pues para remedio desta tentacion quiero declarar cuál sea el fin que se debe tener en estos espirituales ejercicios: para lo cual es de saber que como esta comunicacion con Dios sea tan dulce y tan deleitable, segun que dice el Sabio (*b*), de aquí nasce que muchas personas atraidas con la fuerza desta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir), se llegan á Dios, y se dan á todos los espirituales ejercicios, así de la leccion como de la oracion y uso de sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos; de tal manera que el principal fin que á esto los lleva es el deseo desta maravillosa suavidad. Este es un grande y universal engaño en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios y buscar á Dios, estos mas aman á sí, y buscan á sí (conviene á saber) su proprio gusto y contentamiento, que á Dios.

Y lo que mas es, que deste mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno mas ó ménos de perfeccion, cuanto mas ó ménos gusta de Dios, que es un engaño muy grande.

Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general: que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios, y el cumplimiento de la divina voluntad; por lo cual es necesario que muera la voluntad propria, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria á ella. Y porque tan gran victoria como esta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oracion, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa al cabo. Y desta manera y para tal fin, se pueden pedir y procurar los deleites de la oracion (segun que arriba dijimos), como los pedia David, cuando decia (*c*): Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confírmame con espíritu principal.

Pues conforme á esto entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí tambien entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros, que es, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que por

(*a*) Vid. Bern. serm. de Ver. Abac.

(*b*) Sap. 12. (*c*) Psalm. 50.

él hubiere padescido, así por hacer la voluntad divina, como por negar la suya propria. Por lo cual dicen muy bien los sanctos, que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oracion, sino la paciencia de la tribulacion, la abnegacion de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad; aunque para todo esto aprovecha grandemente así su oracion como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

Pues conforme á esto, el que quisiere ver qué tanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire cuánto crece cada dia en humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros, cómo sabe dar pasadas á las flaquezas ajenas, cómo acude á las necesidades de sus prójimos, cómo se compadesce y no se indigna contra los defectos ajenos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulacion, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazon, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos, cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discrecion, y sobre todo esto mire si está muerto al amor de la honra, y del regalo, y del mundo; y segun lo que en esto hubiere aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no segun lo que siente ó no siente de Dios. Y por esto siempre ha de tener un ojo, y el mas principal, en la mortificacion, y el otro en la oracion; porque esa misma mortificacion no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oracion.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA ORACION VOCAL.

CAPITULO XXXII.

De la utilidad y necesidad de la oracion vocal.

Aunque la oracion vocal sea de grande fructo y provecho para todos los tiempos, y para todo género de estados y personas, mas particularmente sirve para los que no se aplican bien al ejercicio de la meditacion, de que se escribe en el tratado precedente. Para los cuales (como ya dijimos), sirven grandemente las oraciones vocales; y mas particularmente para los que no saben latin: para los cuales servirá este tratado como de un devocionario en que ejerciten y despierten su devocion. Y para esto tambien servirá la doctrina del tratado precedente, en el cual se trata de las cosas que ayudan á la devocion, y de las que la impiden, procurando las unas, y despidiendo de sí las contrarias, para que con lo uno y con lo otro crezca su devocion. Y despues que hubiere algunos dias continuado estas oraciones, si tuviere tiempo conveniente, podrá ejercitarse en la oracion mental, que es en las consideraciones que se tratan en las meditaciones del tratado precedente; porque desta manera vamos poco á poco subiendo de lo mas fácil á lo mas dificultoso.

Aquí se siguen unas oraciones, con su preámbulo, que por estar impresas al pié de la letra en el tratado antecedente, desde el folio 182 hasta el 192, no se ponen aquí; las que podrá ver el lector.

TRATADO TERCERO.

EN EL CUAL SE CONTIENE UNA INSTRUCCION Y REGLA DE BIEN VIVIR, GENERAL PARA TODOS.

CAPITULO XXXIII.

Summa de lo que debe hacer el cristiano para salvarse. Qué sea el pecado mortal: lo que se pierde por él: aborrescimiento que Dios le tiene, y quince remedios suyos.

El mayor de todos los negocios del mundo (para el cual solo el hombre fué criado, y para el cual fuéron criadas todas las cosas del mundo; por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo, y murió, y predicó en el mundo) es la salvacion y sanctificacion del hombre.

Pues el que de véras y de todo corazon desea cumplir con este tan gran negocio (en cuya comparacion es nada cuanto hay de los cielos abajo), la summa de todo lo que para esto debe hacer consiste en una sola cosa, que es en tener el hombre en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida, ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitan están determinados de morir ántes que hacer traicion, la una á su marido y el otro á su rey, así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traicion á Dios, la cual se comete por un pecado mortal; y pecado mortal llamamos aquí brevemente cualquiera cosa que se comete contra alguno de los mandamientos de Dios, ú de la sancta madre Iglesia.

Y como hay muchas maneras destos pecados, los mas ordinarios, y en que mas veces suelen caer los hombres, son cinco: conviene saber, odios, carnalidades, juramentos en vano, tomar lo ajeno, y murmurar ó infamar al prójimo, y otros tales. El que destos se apartare, facilmente podrá evitar todos los otros. Esta es la summa de todo lo que el buen cristiano debe hacer, comprehendido en pocas palabras, y esto basta para su salvacion. Mas el cumplir con esta obligacion enteramente, es cosa que tiene grandes dificultades, por los grandes lazos y peligros del mundo, por la mala inclinacion de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo. Por esto debe el hombre ayudarse de todas las cosas que para esto le pueden servir; y aquí está la llave deste negocio.

Entre las cuales cosas la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal, para provocarse con esto al aborrescimiento dél. Y para esto debe considerar dos cosas entre otras muchas. La primera, qué es lo que por el pecado mortal se pierde; y la segunda, qué tanto es lo que Dios lo aborresce. Cuanto á lo primero, por el pecado mortal se pierde la divina gracia, y junto con ella todas las virtudes infusas que della proceden; y aunque no se pierde la fe ni la esperanza, piérdese tambien por entónces el derecho de la vida eterna, que se da por las obras hechas en gracia. Piérdese tambien el amistad de Dios, y la adopcion y título de hijos de Dios, y el tratamiento y regalos de hijos, y la providencia paternal que Dios tiene de todos aquellos que toma por hijos. Piérdese tambien el fructo y mérito de todas las buenas obras que el hombre ha hecho desde que nasció hasta aquella hora, y piérdese

la participacion y communicacion de los bienes que el hombre hace de presente, y finalmente por el pecado se pierde á Dios (que es bien infinito), y gánase el infierno (que es mal infinito), pues priva de Dios, y dura para siempre. De donde viene á ser que el ánima que hasta entónces era templo vivo de Dios, y esposa del Espíritu Sancto, queda hecha esclava del demonio y cueva de Satanas. Esto es en summa lo que por el pecado se pierde.

Mas cuánto sea lo que Dios le aborresce, conocerse ha esto por los castigos espantables que contra él tiene hechos desde el principio del mundo, especialmente por el castigo de aquel grande Angel, y de aquel primer hombre, y de todo el mundo con las aguas del Diluvio, y de aquellas cinco ciudades que ardieron con las llamas del cielo, y de la destruicion de Hierusalem, y de Babilonia, y de otras muchas ciudades, reinos é imperios; y sobre todo por el castigo que se da en el infierno por un pecado, y mucho mas por aquel tan grande y tan espantoso castigo y sacrificio que se hizo en las espaldas de Cristo, el cual quiso Dios que muriese por matar y desterrar del mundo una cosa que él tanto aborrescia, como es el pecado. Quien estas cosas profundamente considerare, no podrá dejar de quedar atónito de ver la facilidad con que los hombres el dia de hoy hacen un pecado. Esta es pues la primera cosa que sirve grandemente para evitarlo y aborrescerlo.

Lo segundo, ayuda tambien para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son juegos, malas compañías y conversaciones de hombres con mujeres, y señaladamente vistas peligrosas de ojos, y de otras cosas semejantes. Porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su proprio estado se cae y peca, ¿qué hará si la ocasion le tira por la halda, convidándole con la presencia del objecto, y con la oportunidad y facilidad para pecar, mayormente siendo verdad lo que communmente se dice, que en el arca abierta el justo peca?

Lo tercero, ayuda tambien á esto examinar cada dia, ántes que el hombre se acueste, su conciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel dia, y acusarse dello ante nuestro Señor, y pedirle perdon y gracia para la emienda dello; y á la mañana (cuando se levanta) armarse y apercebirse con nueva oracion y determinacion contra aquel pecado ó contra aquellos pecados á que se siente mas inclinado, y poner allí mayor recaudo, donde siente mayor peligro.

Lo cuarto, ayuda tambien para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque estos disponen para los mortales. Por donde así como los que temen muy mucho la muerte, trabajan todo lo que les es posible por excusar las enfermedades que disponen para ella; así tambien los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima), deben todo cuanto sea posible evitar tambien los veniales, que son enfermedades que disponen para ella. Y demas desto, el que fuere solícito y fiel en lo poco, de creer es que lo será tambien en lo mucho, y que quien anda con cuidado de evitar los males menores, mas seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir demasiado, tiempo mal gastado, mentiras livianas, y otras cosas tales, que aunque no quitan la caridad, apagan el fervor della.

Lo quinto, ayuda tambien para esto la aspereza y mal tratamiento de la carne, así en el comer como en el dormir y vestir, y en todo lo demas; la cual como sea un manantial é incentivo de los pecados, cuanto mas flaca y debilitada estuviere, tanto mas débiles y flacos serán los apetitos y pasiones que della procederán. Porque así como la tierra seca y flaca lleva tambien flacas las plantas que en ella nascen, pero si es tierra gruesa, y está bien regada y estercolada, las lleva por el contrario muy verdes y muy poderosas; así tambien lo hace esta nuestra carne acerca de las pasiones que della proceden, segun estuviere mal tratada, ó bien tratada. Verdad es que todo esto se ha de hacer con discrecion y moderacion; mas esto á pocos es menester aconsejarse el dia de hoy. Y para acertar en esto debe el hombre todas cuantas veces se llega á la mesa, demas de la bendicion della, levantar el corazon á Dios, y pedirle esta templanza, y procurar él, cuando come, por tenerla.

Lo sexto, ayuda tambien para esto traer siempre grande cuenta con la lengua, porque esta es la parte con que mas fácilmente y mas veces pecamos; porque la lengua es un miembro muy deleznable, que fácilmente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas; y asimismo en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas y otras tales. Por donde dijo el Sabio (*a*) que en el mucho hablar no podia faltar pecado, y que la muerte y la vida está en manos de la lengua. Por lo cual es muy buen consejo, que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algun peligro, ú de murmuracion, ú de jactancia, ú de mentira, ú de vanagloria, que primero levantes los ojos á Dios, y te encomiendes á él, y le digas con el Profeta (*b*): *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circunstantiæ labiis meis*. Y junto con esto, miéntras hablares, lleva gran tiento en las palabras (como lo lleva el que pasa un rio por algunas piedras que están en él atravesadas), para que no desvares en algunos destos peligros.

Lo séptimo, ayuda el no dejar pegar el corazon con demasiado amor á ninguna cosa visible, sea honra, sea hacienda, sean hijos, ó cualquier otra cosa temporal. Porque este amor es un gran motivo casi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones y desasosiegos hay en el mundo. Por lo cual dijo el Apóstol (*c*) que la cobdicia (que es la demasiada aficion de las cosas temporales) era raiz de todos los males. Por esto debe el hombre vivir siempre con atencion y cuidado de no dejar pegar el corazon demasiadamente á estas cosas, ántes debe siempre tirarle del freno (cuando viere que se va de boca), y no querer las cosas mas de como ellas merescen ser queridas, que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el corazon dellos, y traspasándole á aquel summo, único y verdadero bien.

El que desta manera amare las cosas temporales, no se desperecerá por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá otras infinitas maneras de pecados, que cometen los amadores destas cosas, ó por alcanzarlas, ó por acrescentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave de todo este negocio; porque sin duda el que este amor ha templado, señor es ya del mundo y del pecado.

Lo octavo, ayuda tambien para esto la virtud de la li-

(*a*) Prov. 10. et 18. (*b*) Psal. 40. (*c*) 1. Tom. 6.

mosna y misericordia, por la cual meresce el hombre alcanzarla delante de Dios, y ella es una de las grandes armas que hay contra el pecado. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*d*): La limosna del hombre es como bolsa de dineros que lleva consigo, y ella es la que conserva su gracia, como la lumbre de los ojos, y ella le defenderá y peleará contra sus enemigos, mas que la lanza y que el escudo del poderoso. Acuérdese tambien que todo el fundamento de la vida cristiana es caridad, y que es la señal por donde habemos de ser conocidos por discípulos de Cristo, y la señal desta caridad es la limosna y misericordia para con enfermos, pobres, atribulados, encarcelados, y para con todos los miserables, á los cuales debemos ayudar y socorrer segun nuestra posibilidad, con obras piadosas, y con palabras blandas, y con oraciones devotas, rogando al Señor por ellos, y ayudándolos con lo que tuviéremos.

Lo nono, ayuda mucho para esto la leccion de los buenos libros (así como daña mucho la de los malos), porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento, nuestro maestro, nuestra guia, nuestras armas y todo nuestro bien, pues ella es la que hinche nuestro entendimiento de luz, y nuestra ánima y voluntad de buenos deseos; y con esto ayuda á recoger el corazon cuando está mas distraido, y á despertar la devocion cuando está mas apagada y dormida.

Lo décimo, ayuda tambien para esto andar siempre en la presencia de Dios, y traerlo ante los ojos presente (en cuanto nos sea posible) como testigo de nuestras obras, y juez de nuestra vida, y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como á tal con devotas y humildes oraciones el socorro de su gracia.

Mas esta continua atencion no solo ha de ser á Dios, sino tambien al regimiento y gobierno de nuestra vida; de tal manera que el un ojo traigamos siempre puesto en él para reverenciarlo y pedirle misericordia, y el otro en lo que hubiéremos de hacer y decir, para que en ninguna cosa salgamos del compas de la razon. Y esta manera de atencion y vigilancia es el principal gobernalle de nuestra vida; y si no pudiéremos continuar esta manera de atencion á Dios, á lo ménos procuremos levantar el corazon á él muchas veces entre dia y noche con algunas breves oraciones, las cuales para esto debemos tener diputadas; y entre ellas es muy alabado de Casiano aquel verso de David, que dice (*e*): *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina*, ó otros tales como estos, que se hallarán á cada paso en el mismo Profeta.

Cuando nos acostamos, dice Sant Juan Clímaco que nos pongamos como estarémos en la sepultura, y que por esta manera de estar, pensemos en la hora que esperamos. Y será bien decir el hombre sobre sí un responso como un difunto. Cuando despertáremos de noche, sea diciendo un *Gloria Patri*, ó cosa semejante. Y cuando abriéremos los ojos por la mañana, sea diciendo (*f*): *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo*, etc., ó *Diligam te Domine fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus*, ó cosa semejante. Todas las veces que el reloj diere la hora, diga: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nació y murió por mí; Señor mio, á la hora de mi muerte acuérdate de mí. Y piense entónces cómo ya tiene una hora ménos de vida, y que poco á poco se acabará de andar esta jornada.

Cuando se asentare á la mesa, piense cómo es Dios el que le da de comer, y el que crió todas las cosas para su servicio, y dele gracias por la comida que le da, y mire á cuántos falta lo que á él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzaron con tanto trabajo y peligros.

Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima lijereza á la cruz, y mirar allí á Cristo descoyuntado y desfigurado, manando rios de sangre, y acordarse que la principal causa porque allí se puso, fué por destruir el pecado; y suplicarle ha con toda devocion no permita él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable, y que él con tantos trabajos procuró destruir. Y así dirá de todo corazon: Señor, ¡ que os pusiésedes vos ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitais, Señor, por esas sacratísimas llagas; no me desampareis, mi Dios, pues me vengo á vos. Si no, mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si vos me desamparais, ¿qué será de mí? ¿Adónde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, Señor Dios mio, y defendedme deste dragon, pues yo no puedo sin vos. Y será muy bien á veces hacer á mucha priesa la señal de la cruz encima del corazon, si estuviere en parte que la pueda hacer sin nota de nadie. Desta manera las tentaciones le serán ocasion de mayor corona, y de que mas veces levante el corazon á nuestro Señor; y desta manera el demonio, que venía por lana, volverá (como dicen) tresquilado.

Lo undécimo, ayuda la frecuencia de los sacramentos, que son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devocion, estribos de nuestra esperanza, socorros de nuestra miseria, tesoros de la divina gracia, prendas de gloria, y testimonios de su mano. Y por esto debe el siervo de Dios darle siempre gracias por este beneficio, y aprovecharse deste tan grande remedio, usando dél á sus tiempos, unos mas á menudo, y otros ménos, segun el gusto de su devocion, y el fructo de su aprovechamiento, y el consejo de sus padres espirituales.

Lo duodécimo, ayuda la oracion, que es la que tiene por oficio pedir gracia (como los sacramentos lo tienen de darla), y así le corresponde por premio alcanzarla, cuando se hace como se debe hacer. Pues por esta pida el hombre al Señor entre todas sus peticiones principalmente esta, que lo libre de los lazos del demonio, y que nunca le permita caer en pecado mortal.

Estos son los principales remedios que tenemos contra todo género de vicios. Y á estos doce sobredichos añadiré aquí otros tres mas breves, que no ménos ayudarán que muchos de los pasados. Entre los cuales el primero es huir la ociosidad, raiz casi de todos los vicios: porque, como está escripto (*g*), muchas malicias enseñó al hombre la ociosidad. La tierra ociosa se hinche de espinas, y el agua estancada, de sapos y de otras inmundicias, y así tambien el ánima del ocioso se hinche de vicios, y se hace inventora de nuevas maldades.

El segundo remedio es la soledad, que es madre y guarda de la innocencia, pues nos quita de un golpe las

(*d*) Eccl. 17. (*e*) Psalm. 69. (*f*) Ibid. 62. Ibid. 17.

(*g*) Eccl. 17.

ocasiones de todos los pecados. Este es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al beato Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo : Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios despedir de sí y dar de mano en cuanto le sea posible á todas las visitas, conversaciones y cumplimiento del mundo; porque en estos ordinariamente nunca faltan murmuraciones, escarnios, malicias, historias y otras cosas tales. Y si desto algunos se agraviaren, traguen esto por amor de la virtud ; porque ménos inconveniente es tener á los hombres quejosos, que á Dios.

El tercero (que vale así para esto mismo como para otras muchas cosas) es romper con el mundo, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo), porque todos estos miedos y respectos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son vientos y espantajos de niños y de bestias espantadizas, que de nada se asombran : y finalmente, el que tuviere mucha cuenta con el mundo, no puede ser siervo de Cristo.

TRATADO CUARTO.

EL CUAL CONTIENE UNA INSTRUCCION Y REGLA DE BIEN VIVIR PARA TODOS LOS QUE DE VERAS Y DE TODO CORAZON DESEAN SERVIR Á DIOS, MAYORMENTE EN LAS RELIGIONES.

CAPITULO XXXIV.

Al lector, el V. P. M. Fr. Luis de Granada.

Aunque el tratado que se sigue principalmente sirva para los que comienzan á servir á Dios en las religiones; pero casi todo lo contenido en él sirve tambien para todos los que quieren de véras y de todo corazon servir á este Señor, como en el principio deste libro dijimos. Mas lo que aquí se debe advertir es que el fin de la vida cristiana, al cual se enderezan todos los mandamientos y consejos divinos, y todos los estatutos y votos de las religiones, es la caridad, como el Apóstol dice *(a)*.

Mas en el principio deste tratado no tratamos luego deste fin, sino del que ha de tener el que toma á cargo la instruccion de un novicio recien salido del mundo, con las inclinaciones y malos hábitos que trae dél. Porque en este oficio principalmente ha de atender á destruir y mortificar todos estos malos hábitos é inclinaciones, y plantar en su lugar todas las virtudes contrarias á ellas. Porque así como el oficial que quiere enmaderar un palacio de un señor, la primera cosa que hace es quitar la corteza que el madero trae del monte, y despues lo acepilla, y hace en él las labores que quiere ; así entienda el criador de novicios, y el que quiere ser templo y morada de Dios, que primero ha de despedir de su ánima todos estos malos hábitos y siniestros que trae del mundo, y despues debe adornarla y hermosearla con las labores de las virtudes; y esto que es como fin del que cria un novicio, es medio para alcanzar el verdadero fin de la ley, que es la caridad, como dijimos. Porque mortificadas las pasiones, y plantadas las virtudes, queda la caridad reina y señora de todo el hombre. Porque como nuestra ánima sea substancia espiritual, así es amiga de las cosas espirituales; pero las aficiones desta vida tiran della para abajo, y le impiden la subida á lo alto, donde tiene su nido. Por donde así como una piedra que está detenida en un lugar alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego descenderia abajo, que es su proprio lugar; así tambien mortificadas en nuestra ánima las aficiones desordenadas que tiene á las cosas de la tierra, luego ella ayudada con la gracia se levantaria á lo alto, que es el lugar proprio de su morada.

(a) I. Tim. 1.

Y para eso se hace aquí tanto caso de la mortificacion de nuestras pasiones ; porque estas son las cadenas que tienen presa nuestra ánima, y le impiden esta subida.

Son tambien necesarias las virtudes, junto con esta mortificacion; porque estos son los instrumentos de que la caridad se sirve para sus obras, de la manera que nuestra ánima se sirve de sus potencias para las suyas.

CAPITULO XXXV.

De lo que deben hacer los maestros de los que empiezan á servir á Dios ; y fin que deben poner en sus ejercicios los que le desean servir con véras y acierto.

Antes que comencemos á tratar de los ejercicios y virtudes que ha de tener el que comienza á servir á Dios, es necesario declarar el fin de todo este negocio; porque la ignorancia dél es la que hace á muchos errar este camino.

El fin pues deste negocio es corregir y mortificar todos los resabios y siniestros de naturaleza, y hacer un hombre espiritual y virtuoso, para que así consiga el fin para que fué criado, que es Dios. El fin es criar un hombre nuevo, no de la tierra, sino del cielo ; no de carne, sino de espíritu ; no conforme á la imágen del Adam terreno, sino conforme á la del celestial; no segun los afectos y condiciones de la primera generacion de naturaleza, sino conforme á los de la segunda, que es por gracia. Finalmente, el fin es hacer aquello que mandó Dios al profeta Hieremías cuando le dijo *(a)* : Yo te he puesto para que arranques, destruyas, descepes, edifiques y plantes : conviene saber, para arrancar del ánima todos los apetitos y resabios que sacamos del vientre de la madre y de la corrupcion del pecado, y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, que son conformes á la nueva regeneracion y adopcion de hijos de Dios.

Por do parece que así como el que quiere hacer un jardin en un monte bravo, la primera cosa que hace es arrancar todo el monte, y luego plantar en la tierra limpia todos los frutales que quiere; así el que quiere hacer su ánima huerto cerrado y paraíso de deleites de Dios, la primera cosa que ha de hacer es arrancar della todas las malas yerbas, y todas las espinas de los vicios y siniestros de naturaleza, y luego plantar en su lugar todas las flores y plantas de virtudes y gracias.

Semejantemente hacen los que quieren pintar un hermoso retablo, que primero labran la madera, y le quitan toda la corteza y fealdad que la tabla saca del monte, y despues de acepillada y labrada pintan todas las figuras que quieren. Pues esta misma diligencia es agora necesaria en este estado en que la naturaleza quedó por el pecado (la cual ántes no lo era), para destruir las reliquias de aquella primera generacion, y adornar el ánima con las virtudes de la segunda.

Por donde así como entre las frutas hay unas que en cogiéndolas del árbol se pueden luego comer, y otras que primero es menester darles algun cocimiento, ó echarlas en conserva muchos dias para corregir y matar

(a) Hier. m. 1.

el verdor y amargura natural con que nacen; así debemos entender que en el hombre hubo dos estados, uno ántes de la culpa, y otro despues; y en el primero estaba tan sazonado y maduro, que no habia en él cosa que corregir ni que desechar; mas en el segundo tiene tanto que desechar y que corregir, que apénas hay en él cosa que no sea menester pasar primero por el fuego del Espíritu Sancto, para que por él pierda toda la malicia que tiene.

Este es pues uno de los principales puntos y avisos deste negocio: por do paresce cuán gran yerro es de los criadores de novicios, que ocupados y embarazados en otras cosas menores, no emplean todas sus fuerzas en este negocio de la mortificacion; porque de aquí nasce quedarse los hombres en el andar de la madre (que es, en solo lo natural, bueno ó malo), lo cual no es menor inconveniente que poner un madero en un edificio hermoso, así como se corta del monte, ó poner en la mesa unas aceitunas verdes como se cogen del árbol.

§. I.

Y pues el fin deste negocio es hacer un hombre bueno y virtuoso; porque no te engañes con cualquiera manera de bondad, has de saber que hay dos maneras de bondad: una natural (que es la de aquellos que naturalmente son bien acondicionados y mansos), y otra espiritual, que procede de la gracia, y del temor y amor de Dios, cual es la de todos los justos. Entre estas dos maneras de bondad hay tanta diferencia, que con aquella no se meresce gracia ni gloria, mas con esta se alcanza uno y otro.

Y por esto el principal cuidado del buen maestro ha de entender á que se infunda este espíritu de amor y temor de Dios en el ánima de su novicio, procurándolo por todos los medios que para esto sirven, cuales son, oracion, y consideracion, y uso de sacramentos, etc. Porque de otra manera todo lo que hiciere será un cuerpo sin alma, un Adam de barro sin espíritu de vida, que es cosa de muy poco provecho para la religion; porque por experiencia se ve que los que en las religiones no tienen mas que esta bondad natural, no son mas que un Juan de buen alma, que quien quiera los torcerá á lo que quisiere, que no saben decir de no á nadie, ni son para tener mano en cosa que se les encomiende. Por donde mucho mas vale un hombre mal inclinado de naturaleza, que con el temor de Dios pelea siempre con sus inclinaciones, que otro muy bien inclinado, si caresce deste temor. Porque, como dijo el Sabio (*b*): Mas vale el perro vivo, que el leon muerto; porque sin espíritu de vida ninguna cosa (por grande que sea) es agradable á Dios.

De lo dicho paresce claro cómo este fin susodicho comprehende dos cosas: la una desterrar del ánima todos los vicios, y la otra plantar todas las virtudes, pues lo uno necesariamente precede á lo otro; porque así como en las cosas naturales no puede haber generacion sin corrupcion, así no pueden en nuestra ánima engendrarse las virtudes, si no mueren primero los vicios; ni puede reinar libremente el espíritu, si no muere primero la carne. Estos dos fines habia conseguido el Apóstol, cuando decia (*c*): Con Cristo estoy crucificado en la cruz: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Porque en decir que estaba crucificado en la cruz, y que no vivia él, da á entender la muerte del hombre viejo con todos sus resabios y siniestros, que con el favor de la cruz de Cristo habia vencido; y en decir: Vive en mí Cristo, da á entender la resurreccion y vida del hombre nuevo, que no era ya conforme á los afectos de la carne y sangre, sino á las virtudes y ejemplos de Cristo.

Estos mismos dos fines comprehendió el Señor en aquellas palabras que dijo (*d*): Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque en decir niegue á sí mismo, puso delante el primero é inmediato fin, que es negar su propria voluntad y naturaleza con todos sus afectos y apetitos; y no tener ley con ellos, ni conocerlos para hecho de abrazarlos y obedescerlos. El segundo y último fin declaró cuando dijo: Sígame; esto es, siga todos los pasos y ejemplos de mi vida, y todas las virtudes que en mí hallará. Y en lo que dice: Tome su cruz (conviene saber, de trabajo y aspereza), declaró el principal medio é instrumento que para lo uno y para lo otro se requeria; porque ni el desterrar los vicios y vencer la naturaleza se puede hacer sin gran trabajo, ni tampoco el plantar las virtudes, porque así en lo uno como en lo otro hay dificultad.

§. II.

De donde claramente se colige cuál sea la condicion desta nueva milicia y profesion á que el hombre es llamado; porque no es llamado á vida regalada y descansada (como algunos imaginan), sino á la cruz, al trabajo, á la lucha contra sus pasiones, á la pobreza y desnudez, al sacrificio de sí mismo y de su propria voluntad; y finalmente, á aquella mortificacion que dijo el Señor (*e*): Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, solo él permanesce; mas si muere, da mucho fructo. El que ama á su vida, ese la destruye; y el que la pierde por amor de mí, ese la guarda para la vida eterna.

No es pequeña cosa vencer la naturaleza, y hacer de la carne espíritu, de la tierra cielo y del hombre ángel. Pues si para hacer lienzo de una yerba verde son menester tantos martirios y tanto trabajo (por razon de la distancia que hay entre lo uno y lo otro), ¿cuánto mas para hacer esta mudanza del hombre en ángel? Dicen que cuando la culebra quiere mudar el pellejo, entra por un agujero muy estrecho, para que así pueda despedir la piel: pues el que quiere desnudarse del hombre viejo y vestirse del nuevo, ¿cómo podrá hacer esto en una vida ancha y regalada? No puede haber generacion sin corrupcion, ni puede el hombre llegar á ser lo que no es, si no deja de ser lo que es, lo cual no puede hacer sin gran trabajo.

La vida cristiana se ordena á fin sobrenatural, y presupone fuerzas sobrenaturales; y por eso ella tambien ha de ser sobrenatural, adonde no puede llegar carne ni sangre. ¡Ay de la religion cuando la manera de vivir es ancha y larga, porque así andará el hombre la petrina floja, y vivirá vida larga y regalada, y una largueza pedirá otra largueza, y un regalo otro regalo! Tal habia de ser la vida religiosa, que así como la mar echa de sí todos los cuerpos muertos, y la olla que hierve, á la espuma que dentro tiene; así ella misma despidiese de sí toda la espuma y todos los muertos que tuviese. Esfuércese pues el siervo de Dios, y ponga haldas en cinta, y haga cuenta

(*b*) Eccl. 9. (*c*) Galat. 2.

(*d*) Matth. 16. (*e*) Joan. 12.

que le dice Dios tambien á él (*f*): Levántate y come, que gran camino te queda por andar.

Pues (tornando al propósito) como sean dos cosas las que habemos de tener ante los ojos en este negocio, que son extirpar los vicios y plantar virtudes, conforme á esto tendrá este tratadillo dos partes principales. La una tratará de la mortificacion de los vicios y siniestros de naturaleza. Y la otra de las virtudes y de toda la renovacion del hombre interior. No porque estas partes en la práctica y uso sean entre sí distintas (porque no se pueden plantar las virtudes sin arrancar los vicios), sino para que mejor se entienda la materia de que tratamos: especialmente que mas claro conoscemos los vicios que nos combaten, que las virtudes que nos faltan; y así lo que no alcanzáremos por una via, alcanzarémos por otra.

CAPITULO XXXVI.

Primera parte desta instruccion, que trata de la mortificacion de los vicios y pasiones, y de los medios que para esto sirven.

Siguiendo pues esta órden, la primera cosa que se ha de pretender, es echar fuera deste reino todos los jebuseos, y alimpiar esta tierra maldita de todas sus espinas y zarzas: quiero decir, trabajar por vencer la naturaleza, y extirpar todos los malos resabios y siniestros que, parte por la condicion natural de cada uno, y parte por la mala costumbre, se nos han pegado.

Pues segun esto, la primera cosa que ha de hacer el que desea mudarse en otro hombre, es conoscer los resabios del primer hombre, que es conoscer los enemigos con que ha de traer guerra inmortal. Mire muy bien todos los rincones de su conciencia, examine todos los vicios á que se siente mas inclinado; si á odio, si á ira, si á gula, si á pereza, si á invidia, si á parlería, si á lisonjería, si á jactancia, si á vanagloria, si á liviandad y facilidad de corazon, si á regalo y buen tratamiento de su cuerpo, si á soberbia, si á presumpcion, si á lujuria, si á pusilanimidad y flaqueza de corazon, si á apretamiento y escaseza, y así de todos los otros vicios; y determínese de tomar esta tan gloriosa empresa en las manos, como es vencer á sí mismo, y desterrar todos estos monstruos de su ánima, y no descansar ni dar sueño á sus ojos hasta salir al cabo con ella.

Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna via los entenderá mejor, que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias; porque al abrazar de la virtud se declara la contradiccion del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conoce bien sus naturales vicios, hasta que quiere salir dellos; así como el ave que ha caido en un lazo, nunca se siente que está enlazada, hasta que se quiere salir dél. Y porque en esto habia mucho que decir (discurriendo en particular por cada uno de los vicios, y por cada una de nuestras pasiones), y la brevedad deste librito no sufre tanta largueza, contentarme he al presente con remitir al estudioso lector á las fuentes desta materia, que es á los doctores que della tratan.

Para esto le ayudará tambien el exámen ordinario de la propria conciencia (que á lo ménos se debe hacer una vez al dia), en el cual debe entrar en juicio consigo, y sacará plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intencion que tiene en lo que hace, y el fervor y devocion con que lo hace, y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiciere, con algunas maneras de penitencia que para esto debe de tener señaladas, y pedir á Dios instantemente gracia para salir vencedor. Conoscí yo una persona que cuando al exámen de la noche hallaba que habia excedido en alguna palabra, se echaba una mordaza en la lengua, en penitencia de lo que habló; y otra que tomaba una diciplina por esto, y por cualesquier otros defectos: y así puede cada uno trazar su manera de penitencia para castigo de los yerros de cada dia.

Aprovecha tambien á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algun despertador consigo, que le traiga á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, ó cosa semejante, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Aprovecha tambien, y muy mucho, negar el hombre á menudo su propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que así esté diestro para negarla en las ilícitas; y meterse en algunos trabajos no necesarios, para no desfallecer en los necesarios, como dicen que lo hacia Sócrates, y como lo hacen los que quieren ir á la guerra, que ejercitan primero en tiempo de paz lo que han de usar en tiempo de guerra; y no descanse en este negocio hasta tener muerta y sepultada su propria voluntad (si fuese posible), para que no haya lanza en hiesta, ni cosa que resista á la voluntad de Dios, y de aquellos que están en su lugar.

El instrumento general que para todos estos ejercicios se requiere es aquella general fortaleza que arriba dijimos, para vencer todas las dificultades que trae consigo este negocio, pues aquí han de ser vencidas las dos mas poderosas cosas del mundo, que son la naturaleza y costumbre, lo cual no se puede hacer sin este ánimo y esfuerzo general que dicho es. Por lo cual dijo el Señor (*a*) que el reino de los cielos padescia fuerza, y que los esforzados eran los que lo arrebataban. Por donde así como el que labra en materia de hierro, nunca ha de soltar el martillo de las manos (por razon de la dureza de la materia qne labra), así el que trata en materia de los vicios y virtudes, no ha de dar paso sin esta fortaleza, por razon de la perpetua dificultad que hay en esta materia.

Y téngase por dicho que se le han de ofrescer aquí muchas ocasiones de aflojar y desmayar en lo comenzado, y ha de dar muchas caidas, y derramar muchas lágrimas por ellas, y tener grandes descontentos y desconfianzas de sí mismo. Pero tenga entendido que este es el camino real de todos los sanctos, y que esta es la verdadera prueba y ejercicio de la virtud, y esta es la verdadera penitencia, y la lima con que se limpia todo el orin de los vicios, y que no hay otro camino mas acertado, así para el conoscimiento de Dios, como para el conoscimiento y desprecio de sí mismo.

Y ni se desmaye por muchas veces que caiga (ántes si mil veces al dia cayere, mil veces se levante, confiando en la superabundantísima bondad de Dios), ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones; porque muchas veces se vence á cabo de algunos años lo que en mucho tiempo ántes no se venció: para que por aquí claramente vea el hombre cuya sea esta victoria. Y á veces quiere el señor que se guarde algun

(*f*) 3. Reg. 19.

(*a*) Matth. 11.

Jebuseo en nuestra tierra, así para ejercicio de la virtud, como para guarda de la humildad.

Sobre todo esto ayudará mucho á esta mortificacion la diligencia del buen maestro; porque á este principalmente pertenesce tener conoscidas la malas inclinaciones del discípulo, y andar siempre buscando medicinas y remedios para ellas. Entre las cuales una de las principales es enristrar la lanza, y encontrarle en aquellas pasiones y siniestros que tiene, ocupándole en ejercicios humildes, si es altivo, y en obras ásperas, si regalado, y despojándole de lo que tiene, si le sintiere propietario; y sobre todo, haciéndole en muchas cosas negar su propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que esté muy fácil (cuando sea menester) en poder negarla en las ilícitas.

De manera, que así como el buen jinete para hacer un caballo revuelto y obediente al freno no se contenta con llevarlo la carrera derecha, sino dale mil vueltas á una parte y á otra, para que así al tiempo de la necesidad pueda fácilmente revolverse en él; así el buen maestro ha de ejercitar tantas veces á su discípulo en negar sus apetitos, que ya la voluntad habituada y hecha á doblarse, no esté bronca, ni yerta, ni intratable, sino blanda, flexible y obediente para lo que della quisiere hacer. Porque de otra manera vendrá á estar hecha un roble, cuando la quisiéredes doblar en algo, cual estaba la de aquel pueblo á quien dijo Dios por Isaías (*b*): Sé yo muy bien que tú eres duro y tieso, y tu cerviz es como un niervo de hierro, y así desde el vientre de tu madre fuiste quebrantador de mi voluntad, por hacer la tuya.

Este es el principal punto desta crianza, sin el cual todo lo demas es de muy poco valor. Porque ir al coro á sus tiempos, y hacer los oficios que todos hacen, cualquiera virtud, por pequeña que sea, basta; y no se nos da aquí materia para ejercitar las virtudes mas altas, que son: paciencia, obediencia, caridad, humildad, discrecion, subjeccion y otras tales. Las cuales mas perfectamente se descubren en los trabajos, en los abatimientos, en los oficios, en los castigos, y particularmente en las penitencias que se dan sin suficiente causa; porque aquí se da muestra de paciencia, que es grande descubridora de la fineza de la virtud.

Por donde es muy buena prueba dar muchas veces al novicio esta manera de penitencia, porque allí se descubre el valor y la virtud de cada uno. Desta manera probaban y ejercitaban aquellos sanctos padres antiguos á los discípulos que criaban, y si desta manera se criasen agora, las religiones estarian pobladas, no de hombres, sino de ángeles; porque por esta manera de trilla aventarian la paja de la era, y quedaria solo el grano. Mas despues que esta antigua disciplina cesó, están las cosas de la manera que vemos.

Y la misma fortaleza y severidad que el discípulo ha de tener para consigo, ha de tener el maestro para con él, castigando severa y religiosamente las culpas, para ser temido, y avisándole y amonestándole en secreto, para ser amado: guardándose todo lo posible de no tener ni mostrar tema con alguno, ni decir palabra airada ó injuriosa, porque el dia que algo desto hubiere, se borrará todo el negocio; pues consta que el mejor instrumento que hay para acabar todas estas obras, es amor.

(*b*) Isai. 48.

Ni por ser algunos aviesos y flacos debe tener ménos cuidado dellos; ántes (como dice Sant Bernardo) de los otros se debe tener por compañero, y destos, solo por padre y por prelado, tomando por empresa no descansar ni tomar reposo hasta ganarlos para Cristo. Y cuando alguna vez hubiere de castigar, procure guardar aquello de Sant Gregorio, que la lengua sea blanda, y la mano severa; y desta manera emendará los vicios, y no escandalizará las personas. Muchas cosas mas habia que decir á este propósito, mas basta para esto lo dicho; agora pasemos á lo que resta.

CAPITULO XXXVII.

Segunda parte desta instruccion, que trata de las virtudes.

Desmontada ya la tierra de nuestro corazon de todas las espinas y malezas de vicios y pasiones que hay en ella, resta plantar agora diversas flores y plantas de virtudes, para que así se acabe este jardin cerrado, y paraíso de deleites en que mora Dios.

Pues la primera planta, que es como el árbol de vida, que se ha de plantar en medio deste paraíso, es la caridad, que es amar y preciar á Dios sobre todas las cosas. A la cual pertenesce poner la primera piedra deste edificio, que es un propósito firme de no hacer cosa por donde se pierda este tesoro, el cual se pierde por un pecado mortal. Sea pues este el primer fundamento y presupuesto del cristiano, estimar á Dios en tanto, y preciarle tanto, y procurar tanto de mantenerle esta manera de lealtad y fidelidad, que ántes quiera padescer todos los tormentos del mundo (como los padescieron los mártires) que hacer un pecado mortal. Esto ha de traer siempre ante los ojos, esto hemos de tener en todos nuestros negocios, y esto hemos de pedir en todas nuestras oraciones; ántes esta ha de ser la mayor y mas continua de todas nuestras peticiones.

A esta misma caridad pertenesce purificar el ojo de la intencion en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas, no nuestro interese, sino solo el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hiciéremos (ó por nuestra voluntad ó por la ajena), hagamos, no por cumplimiento, no por cerimonia, no por necesidad y por fuerza, no por agradar á los ojos de los hombres, no por interese de la tierra, sino puramente por amor de Dios; como sirve la buena mujer á su buen marido, no por el interes que dél espera, sino por el amor que le tiene. Y no solo al principio ó fin de las obras debe tener esta intencion, sino tambien al tiempo que las hace; de tal manera las debe hacer por Dios, que en ellas esté actualmente amando á Dios. De suerte que cuando estuviere obrando, mas parezca que está amando que obrando, y desta manera no se distraerá en lo que hiciere; porque así obraban los sanctos, y por esto no se distraian. Vemos que cuando una madre ó una mujer está haciendo algun servicio á su hijo ó á su marido (que viene de fuera), que juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel servicio que le hace; pues desta manera se habia de haber nuestro corazon cuando entiende en hacer algun servicio á su Criador.

A esta misma caridad pertenesce, no solo amar á Dios, sino tambien á todas sus cosas; especialmente á las criaturas racionales, hechas á su imágen y semejanza, que son hijos suyos, y miembros de su cuerpo místico; y así

con un mismo hábito de caridad debemos amar á él y á ellos; á él por sí, y á ellos en él y por él; por cuyo amor es razon que sean mirados y estimados, aunque por sí no lo merezcan.

Este amor nos pide no hacer mal á nadie, no decir mal de nadie, no juzgar á nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo, y dar siete ñudos á la boca ántes que tocar en su fama. Y no basta no hacer mal á nadie, sino es menester hacer bien á todos, socorrer á todos, aconsejar á todos, perdonar á quien te ofendió, pedir perdon á quien ofendiste, y sobre todo, sufrir las cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos, segun aquello del Apóstol, que dice (*a*): Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esto es lo que pide la caridad, en la cual está la ley y los profetas, sin la cual el que quisiere fundar religion, nò hará mas que el que quisiese fundar un cuerpo sin ánima, el cual será palo ó piedra, mas no verdadera criatura.

La segunda virtud, hermana de la caridad, es la esperanza, á la cual pertenesce mirar á Dios como á padre, teniendo para con él corazon de hijo, pues que realmente, así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse bueno comparado con él, así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de padre para con aquellos que ha tomado por hijos, como él. Y así todas cuantas cosas en el mundo le sucedieren, prósperas ó adversas, tenga por cierto que todas le vienen para su bien y por su mano, pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia; y en todas ellas acuda luego á él con entera confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recibidos; y sobre todo, en los merescimientos de su Hijo, que aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia dél, y lo encaminará todo para su bien.

Y para esto tenga siempre en la memoria aquel verso de David (*b*): *Ego autem mendicus sum et pauper; Dominus solicitus est mei.* Y si mira atentamente la Escriptura de los salmos, de los profetas y de los Evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia y esperanza, con la cual cada dia cobrará mas ánimo para confiar en Dios. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz ni reposo de corazon, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza; porque sin ella todas las cosas le turbarán, y con ella no tiene de qué turbarse, pues tiene á Dios por Padre, tutor y defensor, como lo es de todos los que esperan en él, á cuya potencia y fortaleza no hay brazo que pueda resistir.

La tercera virtud es la humildad interior y exterior, que es raiz y fundamento de todas las virtudes, á la cual pertenesce que el hombre se tenga por una de las mas viles é ingratas criaturas del mundo, y mas indigna del pan que come, y de la tierra que huella, y del aire con que alienta, y no sienta mas de sí que de un cuerpo hediondo, y abominable, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mismo no puede comportar; y de aquí venga á desear ser despreciado y deshonrado de todos, pues él así deshonró y despreció á su Criador. Ame los oficios mas bajos y viles, el fregar, barrer, limpiar las inmundicias de los otros, así de enfermos como de sanos, y tenga por gracia venir á ser estropajo de todos por amor de Dios; pues

(*a*) Galat. 6. (*b*) Psalm. 39.

él se hizo ménos que todo esto, cuando ofendió á Dios.

La cuarta virtud es la paciencia, que, como dijo Sanctiago (*c*), es obra de perfeccion; y, como dice el Apóstol (*d*), es señal de probacion; porque esta es (como digo) una grande descubridora de la fineza de la virtud, y señaladamente de la prudencia y discrecion. Esta virtud tiene tres grados: el primero, sufrir las tribulaciones é injurias sin murmuracion y querella; el segundo, no solo sufrirlas, sino tambien desearlas por amor de Dios; el tercero, alegrarse en ellas, como se dice de los apóstoles (*e*), que iban alegres delante el Concilio, por haber sido merecedores de padescer injurias por Cristo. Y aunque esta sea obra de muy grande perfeccion, mas el novicio que en el principio de su conversion (cuando mas abundan los fervores de la caridad, y las consolaciones del Espíritu Sancto) no llega aquí, tenga por cierto que aun no es buen novicio, ni ha comenzado prósperamente este camino.

La quinta virtud es la pobreza de espíritu, á la cual pertenesce, no solo el no poseer nada proprio, sino despreciar todas las riquezas por Cristo, como cosas que son materia de soberbia, de invidia, de avaricia, de ira, de pleitos, y de todos los cuidados y desasosiegos del mundo. A esta virtud pertenesce, no solo ser pobre, sino tambien amar la pobreza; y no solo amar la pobreza, sino tambien todos los compañeros della, que son: hambre, sed, frio, cansancio, pobre casa, pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura, pobres alhajas, todo pobre, para ser semejante á aquel Señor que tuvo tan pobre nascimiento, tan pobre vida, tan pobre muerte y tan pobre sepultura. Y el novicio ó religioso que no ha llegado á este punto, no ha llegado á lo fino de la pobreza, ni al fervor del espíritu; y así, ni en Dios, ni en sí mismo hallará la perfecta paz que desea.

La sexta virtud es la castidad, á la cual pertenesce tener un cuerpo y corazon de ángel (si fuese posible), y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones, ó amistades que á esto le pueden perjudicar, aunque sea á veces de personas espirituales; porque, como singularmente dijo Sancto Tomas (*f*), muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre uno y otro amor. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel á Dios, que tenga los ojos quebrados (si fuese posible), para no ver cosa con que se pueda ofender el dador dellos, y cuando algo se ofresciere que mirar, diga dulcemente en su corazon: Señor mio, no tengo yo ojos para ver cosa con que pueda ofender á los vuestros. No plega á vuestra bondad que de los ojos que vos me disteis, y que agora estáis alumbrando con vuestra luz, haga yo armas contra vos. El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga cierto que Dios le guardará, y que con esto ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grande paz.

La séptima virtud es mortificacion de todos los apetitos y proprias voluntades, la cual no es particular virtud, sino general, que comprehende todas las virtudes que tienen por oficio templar y domar las pasiones de nuestro corazon. A esta virtud pertenesce contradecir y mortificar, no solo aquellos apetitos y deseos que se extienden á cosas lícitas, sino tambien á las que son ilícitas, para que con el ensayo y ejercicio de las unas esté el

(*c*) Jacob. 1. (*d*) Rom. 5. (*e*) Act. 5. (*f*) Opusc. 64. cap. de peric. familiarit. mulier.

hombre mas diestro para las otras. Y por esto es muy loable ejercicio, cuando el hombre tiene gana de comer, de beber, de hablar, de recrearse, de salir de casa, de ver esto ó lo otro, contradecir en esto á su voluntad, y quebrantar la naturaleza, para que con este ejercicio esté mas hábil para sufrir el freno de la razon en los otros apetitos mas desordenados, cuales son los de la honra, del interese, del deleite y otros semejantes. Y en esto tambien conviene que ejerciten muchas veces, y casi siempre los maestros á sus novicios (como arriba dije), para que con esto se quebrante la dureza natural de nuestras proprias voluntades, y se haga el hombre mas obediente y mas tratable, y no venga despues á quebrar como palo duro, cuando lo quisieren doblar. Y cada vez que el siervo de Dios en algo desto se venciere, piense que ha ganado una gran corona, y que ha hecho á Dios un tal servicio, como aquel que hizo David cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Betlem (*g*) que él tanto habia deseado, sino ántes resistiendo á su deseo, la sacrificó á Dios.

La octava virtud, hermana desta, es el rigor y la aspereza de todas las cosas, en la mesa, en la cama, en las diciplinas, y en todas aquellas cosas que significó el Apóstol, cuando dijo (*h*): En trabajos y molestias, vigilias, hambre, sed, ayunos, frio y desnudez, etc. Entre otras cosas es grandemente provechosa para todo ejercicio; porque castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface los pecados, y (lo que es de maravillar) corta la raiz de todos los males, que es la cobdicia; pues el hombre que se contenta con poco, no tiene para qué haya de desear lo mucho.

Y no solo libra esta virtud de los otros males, sino tambien de todos los discursos, cuidados y desasosiegos á que están obligados los que quieren regalarse y tratarse bien: así queda el hombre libre y desocupado para darse todo á Dios; por la cual causa fuéron aquellos sanctos padres de Egipto tan dados á esta virtud, y no fué otro el espíritu de Sant Francisco, que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu; porque al fin todo viene á parar en una misma cuenta, la aspereza de los unos, y la pobreza y desnudez del otro.

Cuando esta virtud faltare en las religiones, en ese punto serán destruidas; porque el vicio contrario á esta virtud, que es comer, beber, y regalo del cuerpo, no se contenta con quebrantar la ley sola de los ayunos, mas todas las otras leyes quebranta; porque para buscar y procurar los regalos que pide el vientre, no ha de quedar en pié ninguna ley de la religion, mayormente que un regalo pide otro regalo, y un vicio otro vicio, así como una virtud otra virtud.

Pues el que de tan grandes males quisiere ser libre, asiente en su corazon aquellas palabras del Apóstol, que dice (*i*): Muchos andan (como yo muchas veces os decia, y agora llorando lo digo) hechos enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será muerte, y cuyo Dios es su vientre. Por las cuales palabras verás, que no puede ser mal pequeño el que el Apóstol llora con tantas lágrimas.

La nona virtud es el silencio, llave de la devocion, de la discrecion, de la castidad, de la vergüenza, de la innocencia, y de todas las virtudes, pues dijo el Sabio (*k*): La muerte y la vida están en manos de la lengua.

Cuyas alabanzas quien quiera que quisiere ver, lea los libros sapienciales, y ahí hallará maravillas desta virtud. Haga pues el cristiano siempre oracion á Dios por ella, diciendo con el Profeta (*l*): *Pone Domine custodiam ori meo*, etc. Y tenga por cierto que no es mas posible conservar las otras virtudes sin esta virtud, que guardar un gran tesoro, sin llave y sin cerradura.

Aquí conviene avisar de las circunstancias que se han de guardar al tiempo de hablar, conviene á saber: quién habla, ante quién habla, de qué habla, cómo habla, con qué intencion habla, con otras semejantes, para que así se desvíe el hombre de todas las rocas que hay en esta navegacion.

La décima virtud, hermana y compañera del silencio, es la soledad, que es como antemuro del silencio; la cual debe amar y procurar con toda diligencia el que desea guardar la innocencia, y conservar la paz, y ocupar bien el tiempo, y gozar de los regalos del Espíritu Sancto, y subir y bajar por los grados de aquella escala que describe Sant Bernardo (*m*) para los encerrados, que son leccion, meditacion, oracion y contemplacion. Para alcanzar esta virtud conviene quebrantar la naturaleza, y hacerse el hombre fuerza, hasta que venga á hacer hábito de huir la compañía, y amar el recogimiento y la soledad, y hacer vida con ella.

Y señaladamente conviene huir la compañía de los distraidos y livianos; porque esta es una de las mayores pestilencias que hay en el mundo. Porque no daña tanto un perro rabioso ni una víbora ponzoñosa, cuanto una mala compañía: pues es cierto, como dice el Apóstol (*n*), que las malas palabras corrompen las buenas costumbres. Escriba pues el siervo de Dios en su corazon aquello del Sabio (*o*): El que anda con sabios será sabio, y el amigo de los locos será uno dellos.

Item, aquello del mismo (*p*): El que toca á la pez, ensuciarse ha con ella; y el que trata con soberbios, no carecerá de soberbia. Esta virtud han de celar mucho los maestros de novicios, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

La undécima virtud es la mesura y composicion del hombre interior, á la cual pertenesce aquello que dice Sant Augustin (*q*): En vuestro andar, estar y vestir, y en todos vuestros movimientos no se haga cosa que ofenda á los ojos de nadie, sino lo que convenga á vuestra sanctidad; porque lo contrario es indicio de liviandad de corazon, y de poca virtud, y poco sér, y poca devocion.

Por tanto, uno de los cuidados del buen maestro ha de ser enseñar á su novicio cómo ha de andar, y hablar, y vestir, y conversar, y disputar, y reir, y menear los brazos, y recoger los ojos, con todo lo demas. Item, con cuánta templanza se ha de haber en la mesa, con cuánta honestidad ha de estar en la cama, con cuánta mesura y devocion en la Iglesia, y con cuánta reverencia interior y exterior ante el altar, y así en todos los otros lugares semejantes. Y cuando tratare con los hombres, de tal manera se ha de haber con ellos, que los deje edificados con su ejemplo, y sea para con todos una imágen y dechado de sanctidad. De tal manera que así como el que tocó una cosa olorosa, queda oliendo á lo que tocó, y así como el que tocaba en la ley una cosa sancta, quedaba

(*g*) 2. Reg. 23. (*h*) 2. Cor. 6. (*i*) Philip. 3. (*k*) Prov. 18.

(*l*) Psalm. 140. (*m*) D. Bern. in Scal. Claust. in princ. (*n*) 1. Cor. 15. (*o*) Prov. 13. (*p*) Eccl. 13. (*q*) D. Aug. tom. 2. in Regul. Monach.

sanctificado; así es tambien razon que quede el que hubiere communicado con el siervo de Dios.

La duodécima virtud es el amor entrañable á todas las cerimonias y observancias de su profesion; no solo á las grandes y esenciales, sino tambien á todas las otras por muy pequeñas que parezcan. Porque ninguna cosa se puede llamar pequeña de las que se ordenan á tan alto fin como es amar á Dios. Acuérdese que está escripto (*r*), que el que menospreciare las cosas pequeñas, vendrá á caer en las mayores; y el que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho (*s*): Quiero deciros, que el que teme de caer en las cosas menores, estará mas seguro de caer en las mayores.

Y por el contrario, de los males menores vienen poco á poco los hombres á dar grandes caidas. Sabida cosa es que dice el proverbio, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Así vemos que por una descosedura pequeña se descose todo un vestido, y por un ripio que se caiga de una pared, se cae una piedra grande, y por ahí se va arruinando todo el edificio. Nunca nadie del primer salto fué muy malo, sino poco á poco van subiendo los hombres de menores males á mayores. No hay cosa en la religion que se pueda llamar pequeña; porque por pequeña que sea, por razon del voto hecho ya es acto de religion y de obediencia, que son dos altísimas y excelentísimas virtudes. Porque la religion es la mas excelente de todas las virtudes morales: y con todo esto la obediencia es tal virtud, que dijo della el Profeta (*t*) que valía mas que el sacrificio.

Sobre todo esto te acuerda que el religioso está obligado, so pena de pecado mortal, á caminar á la perfeccion que profesó, y que no está muy léjos deste peligro el que no hace caso de las cosas menores. Y aunque todas las observancias y cerimonias merezcan este aprecio y reverencia, señaladamente la merescen lás que traen consigo dificultad y aspereza, como es el ayuno, el silencio, la abstinencia de carnes; como es las vigilias de la media noche, y el encerramiento, con las disciplinas, y otras semejantes; porque estas hacen que la religion sea imitacion de la cruz de Cristo, y estas nos diferencian principalmente de los hombres del mundo, y estas doman la soberbia de la carne, y nos provocan y llaman á los ejercicios del espíritu: y con ser esto así, ningunas rehusa mas nuestra naturaleza, que es amiga de regalos, y enemiga de trabajos: y por esto aquí conviene poner mayores estribos, donde el edificio es mas pesado, así por la importancia del negocio, como por la grandeza del peligro.

La décimatercia virtud es la imitacion del padre debajo de cuya bandera militan, como los franciscos de Sant Francisco, y los dominicos de Sancto Domingo. En el cual tienen sus hijos que imitar la grandeza de su caridad, el celo de la salvacion de las ánimas, la perseverancia en las vigilias, la continuacion en las oraciones, el rigor de su abstinencia, el amor de la pobreza, el andar á pié, el dormir vestido para levantarse mas lijero á la media noche, y otras cosas semejantes; las cuales deben imitar los que son verdaderos hijos, para que así se parezcan en el espíritu y costumbres á su padre.

La décimacuarta virtud es la discrecion, que es como gobernadora de todas estas otras, y es como una candela que va delante, señalando los pasos de todas las otras virtudes. De la cual dijo el Sabio (*v*): Tus ojos vean siempre lo que fuere justo, y tus párpados vayan delante de tus caminos. Esta tiene por ayudadoras y compañeras á la gravedad, al silencio, al secreto, al consejo, á la oracion, al reposo y asiento del hombre interior y exterior, y á la profunda consideracion de todo lo que ha de hacer y decir, para que todo vaya medido y compasado con la razon, pospuesta toda otra pasion y aficion.

La última virtud es la obediencia; la cual pongo al fin, no como á la postrera de todas, sino como á summario de todas las virtudes, tomándola en cuanto es virtud general, á la cual pertenesce tener el hombre del todo resignada y muerta su voluntad (en cuanto le fuere posible), para que no haya en él cosa que contradiga ó resista á la divina voluntad.

En esta obediencia hay cinco grados, entre los cuales el primero es, obedescer á los mandamientos de Dios; el segundo, á los consejos; el tercero, á las inspiraciones y llamamientos divinos, cuanto entendiéremos que son suyos; el cuarto es, conformarnos con la divina voluntad en todo lo que hiciere ó dispusiere de nosotros, por cualquier via que nos venga, sea próspero, sea adverso, confiando que todo viene de su mano y para nuestro bien, como ya dijimos; el quinto es, obedescer á aquellos que están en lugar de Dios, como á ministros y vicarios suyos, en todo lo que nos mandaren, acordándonos que está escripto (*x*): Quien á vosotros oye, á mí oye; y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia.

En la cual obediencia ponen tres grados, entre los cuales el primero es, obedescer con sola la obra exterior, sin consentimiento de voluntad, ni aprobacion del entendimiento; el segundo, obedescer con la obra y con la voluntad; el tercero, con la obra, y con voluntad y entendimiento, que es el mas subido grado de la obediencia, el cual no se puede hallar sin grande humildad, resignacion y discrecion.

Estas son, amado lector, las principales virtudes con que ha de adornar su ánima el que la desea hacer templo vivo de Dios, y vaso de escogimiento, de quien se pueda decir aquello del Sabio (*y*): Como vaso de oro macizo, adornado de todo género de piedras preciosas. Todo esto se ha tratado aquí summariamente, porque la dilatacion de la materia quedase al enseñador desta doctrina, la cual puede él acompañar con ejemplos de sanctos, y con testimonios de la Escriptura, y con todo lo demas que la leccion, y la experiencia, y el Espíritu Sancto le enseñare.

CAPITULO XXXVIII.

De las cosas que pueden ayudar á poner por obra todo lo dicho.

En todo lo que hasta aquí se ha tratado, no se puede negar sino que hay trabajo y dificultad, porque así el vencer la naturaleza y las costumbres viejas, como el alcanzar las virtudes, tiene dificultad; pues esta es la commun materia de la virtud. Resta pues agora, para cumplimiento de lo dicho, proveer de remedios para facilitar este negocio; porque sin estos muy poco aprovecha conoscer el bien, si no hay fuerzas para obrarlo: así como aprovecha muy poco al enfermo tener el mantenimiento delante, si no tiene apetito para comerlo.

(*r*) Eccl. 19. (*s*) Luc. 16. (*t*) 1. Reg. 15.

(*v*) Prov. 4. (*x*) Luc. 10. (*y*) Eccl. 50.

Pues para esto, uno de los principales medios que hay es la devocion, porque á esta virtud señaladamente pertenesce hacer el hombre hábil para las obras de Dios. De manera que las otras virtudes son como la carga y yugo del Señor, mas esta es como los hombros y alas que ayudan á llevarla.

Para cuyo entendimiento es de saber que la dificultad que hay en este negocio, no nasce de la condicion del vicio, ni de la virtud (porque el vicio es contra la naturaleza, y la virtud conforme á ella; y así en el vicio habia de haber dificultad, y en la virtud facilidad), sino nasce de la corrupcion del subjecto, que es el corazon humano, corrompido y estragado por el pecado (*a*). De donde así como al paladar no sano es desabrido el mantenimiento que al sano es suave, y á los ojos enfermos es penosa la luz que á los puros es amable; así la virtud viene á ser desabrida, y sabroso el vicio; no por lo que son en sí estas dos cosas, sino por la mala disposicion del subjecto, que es nuestro corazon estragado. Pues siendo esto así, necesario es proveer de alguna manera de emplastro y medicina para corregir esta malicia de nuestro corazon, y para ponerlo en tal disposicion, que ame lo bueno y aborrezca lo contrario, porque sin esto no será posible, ni desterrar los vicios, ni ménos alcanzar las virtudes.

Pues esto es lo que proprísimamente pertenesce á la devocion, que es un refresco y rocío del cielo, y un soplo del Espíritu Sancto, y una exhalacion y emanacion de su gracia, y una llamarada de la fe, esperanza y caridad; un maravilloso resplandor y suavidad que nasce de la meditacion y consideracion de las cosas divinas, la cual de tal manera transforma el corazon del hombre, que le hace pesado para el mal, y lijero para el bien, y le da gusto en las cosas de Dios, y disgusto en las del mundo; como Sant Augustin lo declara en el principio del libro IX de sus confesiones, y como él mismo lo cuenta de sí, diciendo que le daban pena todas las cosas del mundo, por la dulzura que hallaba en Dios, y por la hermosura de su casa que él amó. Lo cual sienten cada dia por experiencia las personas espirituales, las cuales el tiempo que están con alguna grande devocion, se hallan muy promptas y lijeras para todo lo bueno, y muy desganadas para todo lo malo; en lo uno hallan grande gusto, y en el otro grande disgusto.

Pues por esto uno de los principales cuidados del que desea aprovechar, ha de ser que procure de conservar y acrescentar este noble afecto de devocion por todos los medios que sea posible, porque tanto le será mas fácil la mudanza de su corazon, cuanto le tuviere mas devoto.

Por donde así como los que quieren labrar ó sellar alguna cera, primero la ablandan entre las manos, y luego le imprimen la figura que quieren; así tambien el que quiere labrar su corazon, é imprimir en él la imágen de la virtud, trabaje por ablandarlo y enternescerlo al calor de la devocion, y así hará dél todo lo que quisiere. Desta manera vemos que lo hacen generalmente todos los que quieren obrar algo en alguna materia dura y dificultosa. Así hacen los que quieren quebrantar una piedra dura, que primero la ablandan con vinagre y fuego, y despues acuden con la herramienta para quebrarla. Y los que quieren enderezar una vara que está torcida, primero la ablandan al calor de la llama, y así la enderezan á su voluntad. Pues el herrero ¿cómo podria labrar el hierro sin el calor de la fragua? Con ella ablanda y enternesce el hierro duro; así lo hace flexible y obediente (como una cera) á los golpes del martillo.

De manera que lo uno sin lo otro no bastaria para su oficio; porque martillo sin fragua sería lo que suelen decir, martillar en hierro frio; y fragua sin martillo, ablandaria el hierro, mas no mudaria su figura. Pues estas mismas cosas son en su manera necesarias en nuestro propósito: conviene á saber, el martillo de la mortificacion para quebrantar y enderezar los siniestros de naturaleza, y el calor de la devocion para enternescer el corazon y hacerlo obediente á los golpes deste martillo.

He dicho esto con tantas palabras y comparaciones, porque me paresce que aquí está la llave deste negocio, y porque aquí clarísimamente se descubre cuánta necesidad tenemos desta devocion para esta mudanza de vida, y por consiguiente cuán errada va la creacion de los nuevos, cuando no se tiene gran cuidado de criarlos en estos ejercicios.

§. ÚNICO.

De los medios por donde se alcanza la devocion.

Resta decir agora de los medios por do se alcanza este buen afecto de devocion, entre los cuales el primero es el uso de los Sacramentos, especialmente de la sagrada Communion, porque el efecto proprio deste noble Sacramento es la espiritual refeccion; que es una singular y excelente devocion, pues ella nos regala, esfuerza y alienta en este camino. Aquí tendrá el buen maestro mucho que decir, así de la virtud inestimable de los sacramentos, como de la manera en que nos habemos de aparejar para recibirlos; porque el que se llega como debe, no podrá dejar de recibir grandísimas visitaciones y resplandores de Dios. Y especialmente ántes de la communion y despues della, conviene tener particular recogimiento y oracion, porque á veces se recibe aquí un tan suave y admirable pasto, que dura despues por muchos dias. Y el que esta suavidad no ha probado, crea que no ha llegado á sentir el efecto nobilísimo deste sacramento, pues teniendo el panar de miel en la boca, y el pan de los ángeles, no ha sentido alguna cosa sobrenatural.

El segundo medio que para esto sirve, es la meditacion y consideracion de las cosas espirituales, como expresamente lo determina el doctor Sancto Tomas (*b*), especialmente de los beneficios divinos, y de la vida de Cristo, etc. Porque desta consideracion del entendimiento resulta en la voluntad este buen afecto y sentimiento que llamamos devocion. Pues esta es una de las primeras cosas en que debe el maestro imponer á su novicio, para que de tal manera se le imprima la devocion, que nunca jamas la pueda olvidar; y así como la naturaleza comienza el cuerpo del animal por el corazon (porque dél procede la vida á todos los otros miémbros), así él comience la vida espiritual por la oracion y consideracion; porque por aquí traerá el espíritu del amor y temor de Dios, con que dé vida á todas sus obras. Para esto le debe señalar sus tiempos, y su manera de ejercicios, platicándole é instruyéndole en particular y muy de espacio lo que en esto debe hacer, y pidiéndole

(*a*) D. Aug. lib. 7. Confes. cap. 16.

(*b*) D. Thom. 22. quæst. 82. art. 3.

cada dia cuenta de lo que oró y meditó, para que así poco á poco le vaya enseñando este camino.

El tercero medio es la leccion de los libros espirituales y devotos, especialmente cuando se leen con atencion y deseo de ser aprovechados con ellos. Porque esta manera de leccion es muy semejante á la meditacion (sino que esta se detiene algo mas en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas mas despacio), lo cual tambien puede y debe hacer el que lee, y así poco ménos fructo sacará de lo uno que de lo otro. Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe, desciende á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, así como la virtud y movimiento del primer cielo, á todos los otros orbes celestiales. Y es muy loable ejercicio leer cada dia en commun á los novicios algun libro espiritual, que tenga avisos y documentos de bien vivir, como es el tratado de Sant Vicente de la Vida espiritual, ó otros semejantes, y despues de la leccion hacer alguna plática espiritual con voz viva sobre lo leido.

Ayudan tambien mucho para esta misma devocion los oficios divinos, en los cuales muchas veces el ánima es arrebatada y embriagada con una maravillosa suavidad, si trabaja por asistir allí con la atencion y devocion que se requiere. Y por esto uno de los cuidados del maestro ha de ser declarar la manera en que el novicio se ha de aparejar con tiempo para venir al coro, y de qué manera ha de asistir en él, no pesado ni tibio; no descaido, sino vivo, despierto, atento y devoto, como persona que está entre ángeles, haciendo oficio dellos. Porque destas dos cosas señaladamente depende el fructo que de aquí se saca: conviene saber, dela manera del aparejo ántes del oficio y de la atencion en el mismo oficio. Y aquí se debe declarar la obligacion que tiene á decir con atencion el oficio divino, y cómo hay tres maneras de atencion, una á las palabras, otra mejor al sentido dellas, y otra mucho mejor al mismo Dios, fijando en él el corazon, y reposando en él. Y puédele tambien enseñar á tener atencion á diversos misterios de la pasion de Cristo, repartidos por las siete horas canónicas, que es gran remedio para los que no entienden lo que cantan.

Otro ejercicio es tambien el servir ó asistir á la misa, considerando allí el misterio que ella nos representa, que es el sacrificio de la pasion de Cristo, donde el hombre sirviendo ó asistiendo á la misa, hace oficio de los ángeles, que ministran y asisten ante la divina Majestad. Asimismo todas las veces que asistiere ó entrare ante el sanctísimo Sacramento, trabaje por estar allí con el temor y reverencia que conviene á tan gran Majestad, que es una cosa digna de ser muy encarecida y emendada, por el descuido que en esto hay.

A la mañana, en levantándose de la cama, haga tres cosas. La primera, dar gracias á nuestro Señor porque le dió aquella noche quieta, y por todos los otros beneficios. La segunda, ofrescer á sí y á todas las cosas que aquel dia hiciere y padesciere para gloria de su sancto nombre. La tercera, pedirle gracia para emplear todo aquel dia en su servicio, y particularmente para resistir aquellos vicios á que se sintiere mas inclinado.

Todos los viérnes, en memoria de la pasion de Cristo, debe hacer alguna cosa particular, ayunando, ó dando limosna, ó tomando alguna diciplina que duela, ó trayendo ceñida á las carnes alguna cosa áspera, por su amor: á las vísperas de communion es razon hacer tambien lo mismo, para mejor aparejarse para este misterio; y cuando tomare la diciplina, debe repartirla en tres partes, una por sí, otra por las ánimas del purgatorio, y la tercera por los que están en pecado mortal.

Estos son los espirituales ejercicios que el buen maestro ha de enseñar á sus discípulos; porque estos son los principales medios é instrumentos con que el Espíritu Sancto suele espiritualizar los hombres, y descarnarlos de toda carne, y hacerlos hábiles para toda virtud.

Y es muy buen medio para esto, los primeros dias de la conversion desocuparlos todo cuanto es posible de todos los negocios y trabajos exteriores; y puestos así en silencio y soledad, enseñarles la manera que en estos ejercicios han de tener, mayormente en la oracion y meditacion. Y cada dia á cierta hora tome cuenta á su novicio de cómo le ha ido en cada cosa destas, cómo en las meditaciones, y qué pensó en ellas; cómo en el coro, y en la misa, y en el exámen de su propria conciencia; cómo en leer libros espirituales, y cómo se recogió ántes y despues de la sagrada Communion, y qué rezó ó meditó en estos tiempos, y cómo se ha con los pensamientos que allí le vienen, y qué paciencia y longanimidad tiene en esperar la visitacion del Señor, y el rocío de la devocion, aunque se tarde, y aunque del todo se le niegue. Y así como él fuere dando cuenta de sí mismo, así le irá conociendo y sabiendo lo que tiene en él, y por consiguiente cómo le ha de tratar.

CAPITULO XXXIX.

Summario de todo lo dicho.

Recopilando pues en summa todo lo dicho, resta ser tres cosas necesarias para la órden y concierto de nuestra vida. La una, mortificar y despedir del ánima todas nuestras malas inclinaciones y vicios; la otra, adornarla y hermosearla con virtudes; y la tercera, procurar por todos estos medios y ejercicios la gracia de la devocion, para que mediante ella podamos acabar lo uno y lo otro. Entre las cuales cosas las dos primeras son como fines, y la tercera como un medio muy principal para conseguir este fin. Y esto hecho, no subirémos al cielo sin escalera, como hacen aquellos que sin ejercicio de devocion quieren subir á la cumbre de la perfeccion.

CAPITULO XL.

De las tentaciones de los nuevos.

Aunque este libro no es mas que breve memorial de lo que el buen maestro ha de enseñar á su discípulo, donde no se hace mas que apuntar las cosas de que ha de tratar; todavía me pareció demas de lo dicho señalar aquí al cabo, con la misma brevedad, las mas communes tentaciones que á los nuevos suelen combatir; para que á lo ménos entiendan ser tentaciones, porque esto es una muy gran parte para vencerlas.

Para lo cual primeramente presuponga el que de nuevo se arma para esta caballería, que ha de padescer grandes encuentros, y muchas tentaciones del enemigo; porque no en balde nos amonestó el Sabio, diciendo (*a*): Hijo, cuando te llegares á servir á Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentacion.

Entre estas tentaciones la primera es de la fe, porque como hasta entónces estaba el hombre como dormido para las consideraciones de las cosas de la fe, cuan-

(*a*) Eccl. 2.

do de nuevo comienza á abrir los ojos y ver los misterios della, luego (como peregrino en extraña region) comienza á vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conoscimiento que tiene dellas, hasta que despues con el uso, viendo el propósito de cada cosa dellas, sosiega su corazon, y viene á parecerle cosa muy conveniente lo que ántes extrañaba.

Otra tentacion es la de blasfemia, representándosele cosas torpes y abominables cuando se pone á meditar las cosas divinas; porque como saca la imaginacion del mundo llena de las imágenes y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo tiene impreso, y así á vuelta de las especies y figuras espirituàles, represéntanse tambien las carnales, que dan gran tormento á la persona. Pero cuanto le dan mayor tormento, tanto tienen menor peligro, porque tanto están mas léjos del consentimiento; aunque el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones es no hacer caso dellas, pues á la verdad mas son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentacion es de escrúpulos, los cuales nacen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales, y por esto andan como el que camina de noche, que á cada paso piensa caer: y especialmente acaesce esto por no saber hacer diferencia del sentimiento al consentimiento; y por eso en cada cosa piensan que consienten. Mas esta tentacion, con el tiempo y conoscimiento de las cosas espirituales, poco á poco se va curando, mayormente en los humildes y subjectos al parescer ajeno.

Otra tentacion es escandalizarse fácilmente de cualquiera cosilla, por la poca experiencia que tienen de las cosas; porque como tienen aprendido que la religion es una perfectísima escuela de perfeccion, y vida de ángeles, y no saben cuánta sea la flaqueza humana para llegar aquí, fácilmente se escandalizan y maravillan de cualquier cosa que vean.

Otra tentacion es desear demasiadamente las consolaciones espírituales, y entristecerse y desconfiar demasiadamente cuando les faltan, y estimarse en mas que los otros que no gozan dellas, midiendo la perfeccion por la consolacion: como quiera que no sea esta la medida cierta, sino la fineza de la mortificacion y de la virtud.

Otra tentacion es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar á otros lo que debian callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres ántes de tiempo, y comenzar á ser maestros ántes que discípulos; y todo esto so color de bien, y con una sombra de virtud; no mirando que el árbol fructuoso ha de dar fructo en su tiempo, y que el oficio proprio del que comienza es poner el dedo en la boca, y tener silencio.

Otra tentacion, y muy commun, es inquietarse con deseos de mudanzas de lugares, paresciéndoles que en otra parte estarán mas quietos, ó mas aprovechados y recogidos. Y no miran que en la mudanza de lugares se mudan los aires, y no los corazones, y que do quiera que el hombre vaya, lleva á sí consigo: esto es, un corazon dañado con el pecado, que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos, y que este no se cura con mudanza de los lugares, sino con ungüento de devocion. La cual (como arriba dijimos) de tal manera muda el corazon del hombre, que por el tiempo que ella reina, no siente tanto los hedores que salen deste muladar de nuestra carne. Por donde el mejor medio que hay para huir de sí, es llegarse á Dios y communicar con él, porque estando en él por actual amor y devocion, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentacion es entregarse demasiadamente con el nuevo gusto y fervor del espíritu á indiscretas vigilias, oraciones y abstinencias, con que vienen á perder la vista, la cabeza y el estómago, y quedar casi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios (como ya yo he visto á muchos), y otros con esto vienen á enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, parte con la falta de los espirituales ejercicios que se dejan por ella, vienen á crecer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud, desamparada del favor y fuerza de la devocion. Otros, habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron: y otros (como dice Sant Buenaventura), vienen por esta ocasion á amarse demasiadamente, y á vivir, no solo mas delicadamente, sino mas disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad, para dar vado á todos sus vicios y regalos.

Otros, por el contrario, pecan por demasiada discrecion y flojedad, rehusando cualquier honesto trabajo por temor del peligro, diciendo que basta para su salvacion guardarse del pecado mortal, aunque no se guarden los rigores y cosas mas menudas. Destos dice Sant Bernardo (*b*): El nuevo que siendo aun animal es discreto, y siendo novicio es sabio, y siendo aun principiante es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho en la religion.

Pero la mas commun tentacion de los novicios es dejar el camino comenzado, y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil mañas. Porque unas veces con tentaciones de pusilanimidad y flaqueza les hace en creyente que no podrán sufrir aquella aspereza de vida. Otras, con fortísimas tentaciones de carne les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados (siendo á la verdad un golfo de continuas tribulaciones y tormentos), alegándoles para esto el ejemplo de muchos patriarcas, que siendo casados fuéron sanctos; haciéndoles creer que podrán para esto hallar compañía conveniente, que sea de un mismo propósito con ellos, y que así criarán sus hijos en temor de Dios. Y aquí les representa las limosnas que pueden hacer en este estado, las cuales no pueden hacer en la religion: que es una gran parte para tener seguro el cielo en el dia del juicio. Otras veces por el contrario pretende engañarles con mas altos pensamientos, poniéndoles delante otras religiones mas apretadas, especialmente de la Cartuja; lo cual hace él por sacarles una vez de la religion por este cabestro, y despues que los tenga fuera de la talanquera, en medio del coso embestir en ellos, y llevárselos en los cuernos. Otras veces enamora demasiadamente los corazones de la soledad, y de aquellos ejemplos y vida de los padres del desierto, para que llevándolos sin compañía por este camino solitario, y teniéndolos solos sin la sombra y consejo de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Estos son las mas communes tentaciones de los que comienzan; para las cuales el buen maestro ha de tener

(*b*) D. Bern. ad Frat. de Mont. Dei, post init.

proveidas y estudiadas sus medicinas. Y muy gran parte de medicina es saber qué son tentaciones; porque la principal astucia del enemigo es hacer creer que la tentacion no es tentacion, sino razon.

TRATADO QUINTO.

DE UNA BREVE DISPOSICION PARA LA CONFESION Y COMMUNION.

CAPITULO XLI.

De las causas por qué algunas personas devotas no hallan de qué confesarse, de que suelen tener gran congoja.

Muchas personas devotas padescen gran trabajo y escrúpulos, porque examinando su conciencia no hallan á veces de qué echar mano para haberse de confesar. Por que como por una parte creen y saben cierto que no carecen de pecados, y por otra al tiempo del confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente, y creen de sí que nunca jamas se confiesan á derechas.

Desto podriamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conocerse el hombre á sí mismo, y entender muy bien todos los rincones de su conciencia; porque el Profeta no en balde dijo (*a*): Los delitos ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos líbrame, Señor. La otra causa es, porque los pecados de los justos, (los cuales dice el Sabio que caen siete veces al dia (*b*), mas son pecados de omision que de comision, los cuales son muy dificultosos de conoscer.

Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vias: conviene saber, ó por via de comision (que es, haciendo algunas obras malas como es hurtar, matar, deshonrar, etc.), ó por via de omision (que es dejando de hacer algunas buenas, como es, dejando de amar á Dios, de ayunar, rezar, etc). Pues entre estas dos maneras de pecados, los primeros (como consisten en hacer) son muy sensibles y fáciles de conoscer; mas los segundos (como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer) son mas dificultosos; porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales (mayormente cuando son simples) que no hacen á veces pecados de comision de que acusarse, y no conocen los otros pecados, que son por via de omision, tengan los trabajos y escrúpulos dichos de no hallar de qué confesarse, y afligirse por esto.

Pues para remedio desto me paresció ordenar este Memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y porque los tales pecados pueden ser, ó contra Dios, ó contra nosotros, ó contra nuestros prójimos, por eso va el Memorial repartido en tres partes, que destas tres maneras de negligencias tratan.

Para lo cual es de saber que hay diferencia entre imperfecciones y pecados veniales. Por donde algunas cosas serán imperfecciones, que no serán pecados; como acaesce dejando de hacer algunas obras virtuosas, que podriamos hacer, á las cuales no siempre estamos obligados. Porque podria hacer mas limosnas de las que hace, y rezar mas de lo que reza, y ayunar mas de lo que ayuna, y así otras cosas semejantes; y faltar en esto no es pecado, mas es desfallecimiento é imperfeccion, pues podria el hombre pasar adelante y aprovechar mas, y no lo hace. Pero con todo esto no deje la persona devota de acusarse deste linaje de cosas: lo uno porque á las veces podrán ser pecados veniales, y lo otro, porque conozca sus imperfecciones, y así se humille ante el vicario de Dios, y trabaje por salir dellas. Aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces (especialmente en las fiestas señaladas), porque no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad; mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le paresciere que mas hace para descargo de su conciencia.

(*a*) Psalm. 18. (*b*) Prov. 24.

CAPITULO XLII.

Memorial de los puntos que se hán de advertir para confesar los pecados de omision.

A la entrada de la confesion se acuse el hombre de las cosas siguientes.

Primeramente de no venir á este sacramento de la penitencia con aquel dolor y arrepentimiento de sus culpas, y con aquel propósito tan firme de apartarse dellas, como debiera, ni traer tan examinada su conciencia como era razon.

Acúsese que el dia de la communion pasada no tuvo aquella devocion y recogimiento que para tan alto huésped se requeria, ni agora para haber de commulgar viene tan aparejado, ni con tanto temor y reverencia como para tan alto Sacramento se requiere.

Acúsese de la poca emienda de la vida, y de no aprovechar en el servicio de nuestro Señor un dia mas que otro.

§. I.

Pecados de omision para con Dios.

Acúsese de no haber amado á Dios con todo su corazon y ánima, y con todas sus fuerzas, así como era obligado.

De no haberle dado tantas gracias por los beneficios recibidos, y por los que cada dia recibe; mayormente por haberlo redimido, y dádole conoscimiento dél, como era obligado.

De no haber hecho las obras de su servicio, ni con aquella pureza de intencion, ni con aquel fervor y devocion que debiera, sino pesada y tibiamente.

De no haber respondido por su parte á las inspiraciones de Dios, y á los buenos propósitos que le envía, y á los aparejos y oportunidades que le ha dado para bien vivir; con lo cual pudiera haber aprovechado mucho mas, si no quedara por su grande negligencia.

De no haber asistido en la misa y en los oficios divinos, y en los lugares sagrados en presencia del sanctísimo Sacramento con aquella devocion y atencion, y con aquel temor y reverencia que pide la presencia de tan gran Majestad.

§. II.

Pecados de omision para consigo.

El hombre tiene en sí muchas partes, porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con sus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad; y así puede haber pecado contra la órden que habia de haber en cada cosa destas.

Acúsese pues primeramente de no haber tratado su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debia, así en el comer, beber, vestir y dormir, como en todas las otras cosas.

De no traer, así la imaginacion, como los otros sentidos exteriores, tan recogidos como debia, sino muy derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y no necesarias.

De no tener mortificados sus apetitos, y tan quebradas todas sus proprias voluntades como debiera.

De no ser tan humilde de corazon y de obra como debria, ni conosciéndose por tan vil y tan miserable como es, ni tratándose como á tal.

De no haber procurado un poco de devocion, ni dádose tanto á la oracion, ni estado en ella con tanto recogimiento y atencion como debria, y haber sido perezoso en levantarse á sus tiempos á ella.

§. III.

Pecados de omision para con el prójimo.

Acúsese de no haber amado á sus prójimos con aquel amor que él queria ser amado, y como Dios manda.

De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro, ó con el consejo que debria y pudiera.

De no haber compadescídose tanto de sus miserias, y rogado tanto á Dios por él como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia, como son guerras, herejías y cautiverios, etc. No haber tenido aquel sentimiento que era razon, ni encomendádolas tanto á Dios como ellas lo merescen.

Los que tienen superiores se acusen de no haberlos obedescido, y reverenciado, y socorrido como debieran.

Y los que tienen súbditos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveido de lo necesario, y tenido dellos aquel cuidado que era razon.

CAPITULO XLIII.

Memorial de los puntos que se han de advertir para confesar los pecados de commision.

Despues que así se hubiere acusado de los pecados de omision, puede luego acusarse de los que llaman de commision, discurriendo por los diez mandamientos, y siete pecados, acusándose de lo que la conciencia le remordiere en cada uno. Y si mas brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse dellas.

Y despues de todo esto se debe acusar de todas las culpas annejas al estado y oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado; como si es religioso, de los tres votos, y de las cosas de su regla; si es juez, médico, ó mercader, etc. de las cosas de su oficio; si príncipe, del suyo, etc.

Acabadas todas las acusaciones, concluirá diciendo: De todas estas culpas, y de todas las demas en que he caido por pensamiento, palabra y obra, me acuso gravemente, y de todo pido á Dios perdon, y á vos, padre espiritual, absolucion y penitencia de mis pecados.

CAPITULO XLIV.

Oracion del angélico doctor Sancto Tomas, para pedir el perdon de los pecados.

Dios mio, fuente de misericordia, á tí llego yo, pecador; tened por bien de limpiar mis pecados. ¡Oh sol de justicia, dad vista al ciego! Oh eterno Médico, curad al llagado! Oh Rey de reyes, vestid al despojado de vuestros dones y gracias! Oh medianero de los hombres, reconciliad al culpado! Oh buen pastor, reducid á vuestro rebaño al que anda tan descaminado!

Dad, Dios mio, misericordia al miserable, perdonad al culpado, dad vida al muerto, haced justo al estragado en maldades, y ablandad con la uncion de vuestra gracia al endurecido corazon mio. ¡Oh Clementísimo! llamad al que huye, traed al que resiste, levantad al que cae; tened al que está en vuestra gracia, y acompañadle en todas sus obras. No olvides al que se olvida de tí; no desampares al que te desampara, ni menosprecies al que peca. Yo cuando te ofendí, Dios mio, hice daño al prójimo, y á mí no perdoné.

Pequé, Dios mio, por flaqueza contra tí, Padre eterno todopoderoso; por ignorancia, contra vuestro unigénito Hijo, sabiduría infinita; y por malicia, contra el Espíritu Sancto piadoso: con estas culpas te ofendí, Trinidad soberana. ¡Ay de mí miserable, cuántos y cuán grandes pecados he cometido, y con qué facilidad! Héte dejado, Señor; inclinóse mi voluntad al amor malo, temí donde no debia temer, con que me aparté de vuestra bondad, y mas quise perderte, que carescer de lo que indebidamente amaba.

¡Oh Dios mio, cuánto daño he hecho con palabras y obras, pecando oculta y públicamente, y con porfía! Por lo cual te pido y suplico por los merescimientos de vuestro piadosísimo Hijo, y intercesion de su sanctísima Madre, que no mireis mi maldad, sino tu inmensa bondad y misericordia, y que me perdoneis piadosamente lo que he hecho, dándome dolor de los pecados pasados, y eficaz remedio para no volverlos á cometer. Amen.

CAPITULO XLV.

Oracion para ántes de la confesion sacramental.

Piadosísimo y clementísimo Señor mio Jesucristo, segura esperanza mia, recíbeme mi confesion, y te suplico me deis contricion de corazon, y lágrimas á mis ojos, para que llore dias y noches todas mis negligencias con humildad y pureza de corazon. Señor, llegue mi oracion á vuestra divina presencia. Si te enojares contra mí, ¿qué ayudador buscaré? ¿Quién tendrá misericordia de mis maldades?

Acuérdate de mí, Señor; tú, que á la Cananea y Publicano llamaste á penitencia, y recibiste al apóstol Sant Pedro deshecho en lágrimas, Señor mio, recibe mis súplicas. Salvador del mundo, buen Jesus, que te ofresciste á la muerte de cruz para salvar los pecadores, mira á mí, miserable pecador, que me valgo de vuestro sancto nombre para socorro de mis necesidades; y no quieras así atender á mi maldad, que te olvides de tu inmensa bondad. Y aunque yo cometí por qué justamente me puedes condenar, tú, Padre mio, no has perdido por donde con misericordia sueles salvar.

Perdóname pues á mí, tú que eres mi Salvador, y ten misericordia de mi alma pecadora. Desata sus ataduras, sana sus llagas. Señor mio Jesucristo, á tí deseo, á tí busco, á tí quiero, muéstrame tu rostro, y seré salvo. Piadosísimo Dios mio, por vuestros merescimientos y intercesion de vuestra sanctísima Madre y sanctos, te suplico envíes vuestra luz y verdad á mi miserable alma,

para que con verdad me muestre todos los defectos que debo confesar, y me acuerde y enseñe á confesarlos con corazon contrito, sin dejar ninguno. Amen.

CAPITULO XLVI.

Oracion para despues de la confesion sacramental.

Amorosísimo Redemptor mio, yo te suplico por vuestros merescimientos é intercesion de vuestra sanctísima Madre y sanctos, que haya sido agradable y tenida por buena esta confesion mia; y que cualquiera cosa que á esta y á las demas que he hecho, le haya faltado de la suficiente contricion, puridad é integridad, lo supla vuestra piedad y misericordia, y segun ella tengais por bien de tenerme mas copiosamente absuelto en el cielo. Amen.

CAPITULO XLVII.

De la devocion y reverencia con que los fieles se deben disponer para recibir la sagrada Communion.

Así como el sancto Sacramento del Altar es el mayor de todos los sacramentos, así pide mayor pureza y aparejo para recibirle. Porque en los otros sacramentos obra la virtud de Dios, mas en este está la real y verdadera presencia del mismo Dios; y por esto, demas de la limpieza del ánima (que ha de preceder por el medio del sacramento de la confesion), pide tambien especial devocion.

Para la cual sirven señaladamente tres cosas. La primera de las cuales es temor y reverencia de la divina Majestad que aquí está; pues creemos verdaderamente que en aquella pequeña hostia está Dios todopoderoso, está el Criador de los cielos y de la tierra, el Señor del mundo, la gloria de los ángeles, el descanso de todos los bienaventurados, el juez de todos los siglos, á quien alaban los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y ante cuyo acatamiento temen los poderes del cielo, no por haberle ofendido, sino porque considerando la majestad y alteza de aquella soberana Majestad, conoscen que no son ante ella mas que unos gusanillos. Aunque este temor no causa en ellos alguna pena, sino summa reverencia, porque entienden que como á aquella infinita bondad y hermosura se debe amor, así á la soberana Majestad se debe temor.

Cresce aun este mismo afecto en el hombre, considerando la muchedumbre de sus pecados y negligencias cuotidianas; porque si los ángeles y principados del cielo le temen, sin jamas haber hecho por qué desde que fuéron criados, ¿cuánto mas debe temer un vil gusanillo, que tantas veces y por tantas vias ofende á su Criador? Esta es pues la primera cosa que el hombre debe considerar cuando se llega á esta mesa, diciendo entre sí con grande reverencia: A Dios voy á recibir, no solo en mi ánima, sino tambien en mi cuerpo.

Mas este temor se ha de templar con la esperanza que el mismo Señor nos da, considerando que él con entrañas de piedad y compasion de nuestra flaqueza y miseria nos convida á su mesa, y nos llama con aquellas suavísimas palabras que dicen (*a*): Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados con el peso de vuestra mortalidad y de vuestras pasiones, porque yo daré refeccion y refrigerio á vuestras ánimas. Y en otro lugar, murmurando los fariseos deste Señor, porque comia con los pecadores, respondió él (*b*) que no tenian necesidad los sanos del médico, sino los enfermos, y que no habia él venido á llamar los justos, sino los pecadores. Pues con estas palabras pueden cobrar ánimo y confianza los pecadores que están arrepentidos de sus pecados, para llegarse á este convite celestial con segura confianza.

Mas para el deseo y hambre que este pan celestial nos pide, será gran motivo considerar los efectos dél, los grandes bienes que por él se communican á los que devotamente lo resciben; los cuales son tantos, que nadie los podrá contar; porque por él se nos da la divina gracia; por él somos unidos é incorporados con nuestra cabeza, que es Cristo; por él nos hacemos participantes de los méritos y trabajos de su sacratísima Pasion, y por él se renueva la memoria della; por él se enciende la caridad, y se esfuerza nuestra flaqueza, y se gusta la suavidad espiritual en su propria fuente, que es Cristo, Señor nuestro; y por él se despiertan en nuestra ánima nuevos propósitos y deseos para todo lo bueno.

Por él se nos da una prenda preciosísima de la vida eterna; por él se perdonan los pecados y negligencias de cada dia, y por él tambien se hace el hombre de atrito contrito, que es resuscitar de muerte á vida; por él tambien se disminuye el ardor de nuestras pasiones y concupiscencias, y lo que mas es, por él entra Cristo en nuestras ánimas, y morando en ellas, se verifica lo que significó, cuando dijo (*c*), que como su Padre estaba en él, y por eso la vida suya era semejante á la de su Padre: así se hace semejante á él en la pureza de la vida quien dignamente dentro de sí por medio deste sacramento lo recibiere; de manera que pueda ya decir con el Apóstol (*d*): Vivo yo, mas ya no yo, porque vive en mí Cristo.

Pues si todos estos efectos obra este pan celestial en las ánimas de aquellos que con limpia conciencia lo comen, ¿qué hombre habrá tan insensible y tan enemigo de sí mismo, que no tenga hambre de pan que tales efectos obra en el que lo recibe dignamente? Pues en la consideracion destas cosas debe el hombre ocuparse el dia y la víspera de la sagrada Communion, para despertar en ella estos tres afectos susodichos, en los cuales consiste la devocion actual que para esta comida se requiere. Para lo cual le ayudarán mucho las oraciones siguientes, leidas atentamente con toda la devocion que le sea posible, porque en ellas habla el ánima devotas palabras y consideraciones para despertar en su ánima estos tres afectos y sentimientos susodichos.

CAPITULO XLVIII.

Oracion muy devota para ántes de la sagrada Communion.

Gracias y alabanzas te doy, Salvador y Señor mio, por todos los beneficios que has querido hacer á esta tan vil y miserable criatura. Gracias te doy por todas las misericordias de que usaste con el linaje humano por el misterio de tu sancta Encarnacion, y señaladamente por tu sanctísimo nascimiento, por tu circuncision, por tu presentacion en el templo, por la huida á Egipto, por los trabajos de tus caminos, por el discurso de las predicaciones, por las persecuciones del mundo, por los tormentos y dolores de tu sanctísima Pasion, y por todo lo que en este mundo padesciste por mí; y mucho mas

(*a*) Matt. 11.

(*b*) Matt. 9. (*c*) Joan. 14 et 6. (*d*) Galat. 2.

por el amor con que lo padesciste, que sin comparacion fué mayor.

Sobre todo esto te doy gracias, porque tienes por bien asentarme á tu mesa y hacerme participante de tí mismo, y de los inestimables tesoros y méritos de tu pasion. ¡Oh Dios mio! Oh Salvador mio! ¿Con qué te pagaré yo esta nueva misericordia? ¿Quién eres tú, y quién nosotros, para que tú, Señor de la Majestad, quieras descender á nuestras casas de barro? El cielo es tu silla, y la tierra es el escaño de tus piés, y todo lo hinche la gloria de tu Majestad; ¿ pues cómo quieres aposentarte en tan viles pajares? ¿Es posible, dice Salomon (*a*), que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo, y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cuánto ménos bastará esta tan estrecha posada? ¡Oh cómo es grande maravilla que aquel que está asentado sobre los querubines, y desde allí mira los abismos, que agora descienda á estos abismos, y ponga allí la silla de su Majestad!

Poco le paresció á tu infinita bondad haber diputado los ángeles para nuestra guarda, sino que tú mismo, Señor de los ángeles, quisisteis venir á nosotros, y entrar en nuestras ánimas, tratar allí por tus manos los negocios de nuestra salud. Allí visitas los enfermos, levantas los caidos, enseñas los ignorantes, encaminas los errados; y finalmente, tú mismo eres el que nos curas de todos nuestros males, y esto no con otras manos que con las tuyas, ni con otra medicina que con tu carne y con tu sangre. ¡Oh, buen pastor, y cuán fielmente cumpliste aquella palabra que nos diste por el Profeta, diciendo (*b*): Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado; yo buscaré lo perdido, y volveré al aprisco lo desechado!

Mas ¿quién será digno de tales mercedes? Quién será digno de tan grande beneficio? Sola, Señor, tu misericordia nos hace dignos de tanto bien. Y pues sin esto nadie es digno, ella sea, Dios mio, la que me favorezca; ella sea la que me haga participante deste misterio, y agradescido á este tan gran beneficio. Supla pues mis defectos tu gracia, perdone mis pecados tu misericordia, apareje mi ánima tu espíritu, enriquezcan mi pobreza tus merescimientos, y lave todas las mancillas de mi vida tu sangre preciosa; porque así pueda dignamente recibir este venerable Sacramento.

Alégrome, Dios mio, cuando me acuerdo de aquel milagro que hizo Eliseo despues de muerto, cuando resuscitó á otro muerto que tocó en él (*c*). Pues si tanto puede el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto mas podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No eres tú, por cierto, Señor, ménos poderoso que tu Profeta, ni mi ánima está ménos muerta que aquel cuerpo, ni es de ménos virtud este tocamiento que aquel. Pues ¿por qué no esperaré yo de aquí otro semejante beneficio? Por qué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fué concebido de Espíritu Sancto? Por qué ha de ser mas honrado el cuerpo del siervo que del Señor? Por qué no resuscitará tu sagrado cuerpo las ánimas que se llegaren á tí, pues aquel resuscitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquel sin buscar la vida recibió lo que no buscaba, por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á tu infinita misericordia, Señor mio, que pues yo la busco por medio deste sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva mas para mí, sino para tí. ¡Oh buen Jesus! por aquella inestimable caridad y amor que te hizo encarnar y morir por mí, húmilmente te suplico me quieras limpiar de todos mis pecados, y adornar con todas las virtudes y merescimientos, y darme gracia para que reciba este sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de apartarme dellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto misterio.

Dame tambien, Señor, aquella pureza de intencion con que reciba yo este misterio para gloria de tu sancto nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa contigo mediante este sacramento de amor, y para ofrescerte este sacrificio por la salud de todos los fieles, así vivos como difuntos, para que todos sean ayudados con la virtud inestimable deste divino Sacramento, que por la salud de todos fué instituido. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amen.

Siguense dos oraciones, que por estar impresas en el tratado antecedente, fol. 194, donde las podrá ver el lector, no se repiten aquí.

CAPITULO XLIX

Oracion de Sant Buenaventura para despues de la communion.

Señor Dios todopoderoso, criador y Salvador mio: ¿cómo he tenido atrevimiento para llegarme á tí, siendo una tan vil, tan sucia y miserable criatura? Tú, Señor, eres Dios de los dioses, Rey de los reyes, y Señor de los señores. Tú la summa de todos los bienes, de toda la honestidad, hermosura y suavidad. Tú eres fuente de resplandor, fuente de amor, y abrazo de entrañable caridad. Y con ser tú como eres, tú ruegas á mí, y yo huyo de tí; tú tienes cuidado de mí, y yo no lo tengo de tí; tú siempre me miras, y yo siempre te olvido; tú me haces muchas mercedes, y yo las menosprecio; y tú finalmente amas á mí, que soy vanidad y nada, y yo no hago caso de tí, que eres infinito é incommutable bien.

Las bajezas del mundo antepongo á tí, benignísimo, y mas me mueve la criatura que el Criador, mas la detestable miseria que la summa felicidad, y mas la servidumbre que la libertad. Y como sea verdad que valen mas las heridas del amigo que los engañosos halagos del enemigo (*a*), yo soy de tal condicion, que mas quiero las engañosas heridas del que me aborresce, que los dulces abrazos del que me ama. Mas no te acuerdes, Señor, de mis pecados, ni de los de mis padres, sino de las entrañas de tu misericordia, y del dolor de tus heridas. No mires lo que yo contra tí hice, sino lo que tú por mí hiciste; porque si yo he hecho cosas por donde me puedas condenar, tú tienes hechas muchas mas por donde me puedas salvar. Pues, Señor, me amas así como lo muestras, ¿por qué te alejas de mí? ¡Oh amantísimo Señor, tenme con tu temor, aprietame con tu amor, y sosiégame con tu dulzor!

Confieso, Señor, que yo soy aquel hijo pródigo que viviendo lujuriosamente, y amando á mí y á tus criaturas desordenadamente, desperdicié toda la hacienda que

(*a*) 2. Paralip. 6. (*b*) Ezech. 4.

(*c*) 4. Reg. 13. (*a*) Prov. 27.

me diste. Mas agora que reconozco mi miseria y pobreza, y vuelvo acosado de la hambre á las paternales entrañas de tu misericordia, y me llego á esta mesa celestial de tu preciosísimo cuerpo, ten por bien mirarme con ojos de piedad, y salirme á recibir con los secretos rayos de tu gracia, y hacerme participante de los fructos y efectos admirables deste dignísimo Sacramento.

Pues por él se da la gracia del Espíritu Sancto, por él se perdonan los pecados, por él se perdonan las deudas que se deben por ellos, por él se acrescienta la devocion, por él se gusta la dulzura espiritual en su misma fuente, por él se renuevan los buenos propósitos y deseos, y por él finalmente se junta el ánima con el Esposo celestial, y lo recibe dentro de sí, para que por él sea regida, defendida y guiada en el camino desta vida, hasta llevarla al deseado puerto de la gloria.

Recibe pues, Padre piadoso, á este hijo pródigo que confiando en tu misericordia se vuelve á tu casa. Conozco, Padre mio, que pequé contra tí, y que ya no merezco llamarme hijo tuyo, ni aun siervo jornalero; mas con todo esto, ten misericordia de mí, y perdona mis pecados. Suplícote, Señor, mandes que me sea dada la vestidura de la caridad, el anillo de la viva fe, y el calzado de la esperanza alegre, con el cual pueda yo andar seguro por el camino fragoso desta vida. Vaya fuera de mí la muchedumbre de los vanos pensamientos y deseos; que uno es mi amado, uno mi querido, uno mi Dios y Señor. Ninguna cosa pues me sea dulce, ninguna me deleite, sino solo él. El sea todo mio, y yo todo suyo: de tal manera que mi corazon se haga una cosa con él. No sepa yo otra cosa, ni otra ame, ni otra desee, sino solo á Jesucristo, y este crucificado. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

ESCALA ESPIRITUAL,

EN QUE SE DESCRIBEN TREINTA ESCALONES POR DONDE PUEDEN SUBIR LAS ALMAS DEVOTAS Á LA CUMBRE DE LA PERFECCION;

POR EL GLORIOSO SANT JUAN CLIMACO.

Traducida en nuestro castellano

POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA, DEL ORDEN DE SANCTO DOMINGO,

Con annotaciones suyas en los primeros cinco capítulos, y en el capítulo xxx, para inteligencia dellos.

A LA MUY ALTA Y PODEROSA REINA DE PORTUGAL, D.ª CATALINA, NTRA. SEÑORA,

EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

ENTRE los libros que han prevalescido contra la injuria de los tiempos, y nos han quedado de aquella gloriosa antigüedad, que traten del instituto y costumbres de la vida religiosa, dos son los que entre todos tienen mas ilustre nombre: las Colaciones de Juan Casiano, y Sant Juan Clímaco. El primero de los cuales hasta agora no ha tenido intérprete castellano, habiéndolo tanto menester, por estar en latin, escuro para los ménos latinos, y para que gozasen de tan excelente doctrina muchos religiosos y religiosas que del todo no lo saben.

El segundo, que es mas breve, aunque no ménos escuro, ha tenido muchos en diversas lenguas; porque él fué originalmente escripto en griego, y despues fué dos veces trasladado en latin. De las cuales translaciones la una es antigua y muy escura y bárbara, y la otra mas nueva, y muy elegante, hecha por un Ambrosio Camaldulense, que con la misma elegancia trasladó poco ha las obras de Sant Dionisio. Tambien ha sido trasladado en lengua toscana y castellana, y en esta otras dos veces. De las cuales translaciones la una es tambien antigua, y tan antigua que apénas se entiende; y la otra es muy nueva, hecha por un aragones ó valenciano, la cual no es ménos escura y difícil que la pasada; así por la dificultad del libro, como por muchos vocablos que tiene peregrinos y extranjeros, como son *bahorrina, soledumbre, intobable*, y otros tales.

Y pareciéndome que bastaria para la inteligencia del libro mudar estos vocablos, y aclarar mas algunos lugares dél, comencé á hacer esto así. Y siéndome forzado recurrir algunas veces á la fuente del original, hallé que en muchas partes era tan diferente el sentido que daba el intérprete, del de la letra del autor, que me fué forzado tomar todo el trabajo de la translacion, de nuevo. El cual me fué tan grande, que si al principio lo entendiera, por ventura no me atreviera á él: aunque todo lo doy por bien empleado, porque salga como conviene á la luz una obra de tan excelente autor, y de tan alta y maravillosa doctrina.

Y si alguno fuere de parecer que no se deben poner estos libros en romance, por no tener aquella gracia en translacion, que tienen en su mismo original; á esto se responde que como en todos los monasterios de religiosos y religiosas hay leccion ordinaria á la comida y cena en sus refitorios, y en muchas órdenes tambien en el coro y capítulo á ciertos otros tiempos, como la tienen los padres augustinos, franciscos, y bernardos, y otros en estos reinos; asimismo en la casa de labor en los monasterios de religiosas, para cuando trabajan de manos, necesario era haber libros sanctos y devotos, en lengua que se pudiesen entender, para estos propósitos: y ningunos paresce que podian armar mejor para esto, que los que escribieron aquellos sanctísimos padres antiguos, cuya sanctidad, y experiencia, y doctrina en las cosas de religion fué tan

señalada; y demas desto puedo aun mas fácilmente excusarme, visto como yo no hice aqui cosa nueva en trasladar este libro (porque ya él estaba de muchos dias ántes trasladado), sino lo que estaba en escuro y perplexo estilo, ponerlo en fácil, fiel y llano, para que se pudiese entender.

Este trabajo (cualquiera que él haya sido) quise ofrescer á V. A., porque demas de ser suyas todas las cosas de nuestra órden y religion, pues con su real providencia y magnificencia es sustentada, tambien entendí que no le viene esta escriptura fuera de su religiosísimo y sancto propósito. Porque así como se lee del bienaventurado Sant Martin que de tal manera hinchia la dignidad de obispo, que no por eso desamparaba el propósito de monje; así V. A. por la piedad y clemencia de nuestro Señor, de tal manera cumple con las obligaciones del estado de reina, que no deja de tener espiritu y costumbres de mas que religiosa: como se lee tambien de aquella bienaventurada vírgen Cecilia, que andando por defuera vestida de brocado, traia junto á las carnes un cilicio. Reciba V. A. con su acostumbrada serenidad este pequeño presente, para que cuando alguna vez fuere á los monasterios de la Madre de Dios, ó de la Esperanza, a respirar con Dios de los trabajos continuos del gobierno, tenga con que recrear algun tanto su espíritu con la leccion deste divino libro. Cuya muy alta y poderosa persona, y estado, nuestro Señor amplifique y engrandezca con perpetuos favores del cielo.

AL CRISTIANO LECTOR, EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Entre cuatro escalones de que Sant Bernardo arma una escala espiritual (*a*), por donde los verdaderos religiosos suben a la cumbre de la perfeccion, el primero es la leccion, el segundo la meditacion, el tercero la oracion, y el cuarto la contemplacion, á quien se ordenan todos estotros. Los cuales grados de tal manera están entre sí trabados, que el primero dispone para el segundo, y el segundo para el tercero, y el tercero para el cuarto. Porque la leccion da materia de meditacion, y la meditacion cuando se enciende despierta la oracion, y la oracion perfecta viene á parar en contemplacion, donde el ánima, olvidada de todas las cosas y de sí misma, dulcemente reposa y se adormece en Dios.

Por aquí pues se ve que la leccion es como simiente y principio de todos los otros grados, y la que señaladamente es pasto y mantenimiento del ánima, recogimento del corazon, y despertadora de la devocion; porque estos son oficios proprios de la palabra de Dios. Pues como la leccion por estos y por otros fines deba ser tan familiar y cuotidiana al verdadero religioso, no sé si para esto se pudiera hallar mas conveniente lectura que la deste bienaventurado padre, que tan alta y divinamente trató en este libro del instituto y costumbres de la vida religiosa. Porque para tratar estas materias, lo que principalmente se requiere es sanctidad y experiencia de las cosas espirituales; porque esta es la que señaladamente hace á los hombres sabios en esta doctrina, como dijo el Profeta (*b*): Por tus mandamientos, Señor, entendí; queriendo por aquí significar que el ejercicio y cumplimiento de los mandamientos de Dios era el principal maestro de la celestial filosofía. El cual magisterio no faltó á este glorioso padre, que despues de haber vivido diez y nueve años debajo de la obediencia de un sancto viejo, estuvo cuarenta en la soledad, perseverando en continuos ayunos, oraciones y ejercicios de virtudes, viviendo vida mas que humana. Por donde las palabras de su doctrina no las ha de tomar el que las lee, como de puro hombre, sino como de hombre escogido de Dios, para que su doctrina no solo aproveche á los de su tiempo, mas á los que viniesen en los tiempos futuros.

Tiene tambien otra cosa esta celestial doctrina, que va toda ella en sus lugares sembrada y confirmada con diversos ejemplos de aquellos sanctos padres que en su tiempo florecieron; y así tambien con algunos insignes milagros, muchos de los cuales el mismo sancto que los refiere, vió con sus proprios ojos. Con lo cual recrea por una parte suavísimamente al lector con la variedad y dulzura de la historia; y por otra con esto nos representa aquella edad dorada, y aquel siglo bienaventurado en que florecieron aquellos gloriosísimos padres, dignos de eterna memoria, que fuéron los Paulos, Antonios, Hilariones, Macarios, Arsenios, y otros ilustrísimos varones que vivian por aquellos desiertos de Egipto, Tébas, Scitia; unos apartados en soledad, y otros presidiendo á grandes compañías y enjambres de monjes, que estaban derramados por todos aquellos desiertos, viviendo vida de ángeles en la tierra. Con cuyos ejemplos humilla nuestra soberbia y confunde nuestra presumpcion, y declarándonos el estado de la verdadera y perfecta religion que entónces habia, nos avergüenza y da á entender la pobreza en que agora habemos quedado.

Abunda otrosí en maravillosas semejanzas y comparaciones; porque como hombre espiritual y divino, todas las cosas que veia espiritualizaba en su ánima, y de todas las flores hacia pana-

(*a*) D. Bern. de Scala Claustral. sive de modo orandi. (*b*) Psalm. 118.

res de miel con que la apascentaba. Lo cual se podrá ver en todo el discurso del libro, y señaladamente en una recapitulacion que hace despues del capítulo de la discrecion.

Declara tambien infinitas maneras de lazos, tentaciones, engaños y artes de nuestros enemigos, como hombre muy experimentado en esta guerra espiritual; y así tambien nos provee de remedios competentes para todo esto. Pero en lo que mas admirable se muestra es en las difiniciones que hace de vicios y virtudes; como es de la caridad, humildad, castidad, obediencia, silencio, ayuno, oracion, etc.; y por el contrario, de la soberbia y vanagloria, avaricia, y otros vicios tales: donde con tanta brevedad y elegancia pinta todas las condiciones y propriedades del vicio y de la virtud, que ni para conoscer la naturaleza destas cosas, ni para la alabanza ó condenacion dellas, parece que se podia mas desear.

Y no es ménos admirable en declarar la causalidad y dependencia que hay entre unos vicios y otros, y asimismo entre unas virtudes y otras: que es una principal parte de la doctrina moral. Porque así como el principal oficio de las otras ciencias es declarar las causas de las cosas, así tambien lo es muy principal en esta ciencia divina; porque entendidos muy bien los vicios que acarrea tras sí un vicio, y las virtudes que pare una virtud, luego se mueve el hombre mas a amar lo uno y aborrescer lo otro, por la fecundidad de bienes ó males que cada cosa destas trae consigo. Lo cual hace este sancto con una singular gracia; porque al fin de cada capítulo donde esto communmente se trata, suele prender el vicio, y ponerlo á cuestion de tormento, y allí le hace confesar toda su genealogía y parentela: esto es, quién es su padre, quién es su madre, quién sus hijos y hijas, y quién sus enemigos y contrarios, y quién finalmente los que le hacen la guerra, y le cortan la cabeza.

Y por esta causa se llama el libro *Escala espiritual*, por la órden y consecuencia con que en él se trata así de los vicios como de las virtudes. Y el mismo autor por esta causa meresció este renombre de Clímaco, que en griego se deriva de un nombre que quiere decir Escala; por haber él ordenado y trazado tan altamente toda la escriptura, con esta órden y consecuencia de grados espirituales, comenzando por el primero, que es la renunciacion del mundo, y acabando en el postrero, que es de las tres virtudes teologales, y de las virtudes heróicas, que son de los ánimos ya purgados, que están en el postrer grado de la perfeccion.

Hace tambien mucho hincapié en la mortificacion de las pasiones y apetitos, que es una de las principales cosas que en esta doctrina se debe mucho encomendar; porque la naturaleza humana, como es enemiga del trabajo y amiga del regalo, cuando se quiere dar á la virtud, andase tras de las florecicas y leche de la devocion y de los gustos de Dios, hurtando el cuerpo al trabajo de las virtudes y ejercicios de la mortificacion, siendo esto fin del otro; porque para esto señaladamente se ha de procurar la devocion, para acabar por ella el negocio de la mortifiacion, y la victoria de nuestra propria voluntad, para que así se dé lugar á la divina. Y carga tanto la mano en esto, como sea cosa tan principal, que á algunos paresció demasiado, por figurárseles que queria hacer un hombre medio estóico, y del todo sin pasiones. Mas no es así, porque él hace proprios capítulos de espirituales y sanctos afectos (como es el llanto, el dolor, y el temor, y el amor, y el gozo espiritual, y otros sanctos afectos), encomendando los buenos, y desterrando los malos, y espiritualizando y sanctificando los indiferentes.

Y aunque esto sea así, todavía se tuvo respecto en la translacion, de interpretar los pasos en que esto se trata, de tal manera que no tenga nadie motivo para errar, ni presumir esto dél: puesto caso que es commun estilo de los doctores, cuando quieren sacar los hombres de un extremo á que están muy inclinados, doblarlos fuertemente hácia el otro, para que así queden en un medio. Y para todas estas cosas no falta á nuestro autor elocuencia, enseñada mas por el Espíritu Sancto que por industria humana: como lo puede ver el discreto lector en mil maneras de metáforas, epítetos y figuras de que usa; y asimismo en muchos afectos suavísimos que entremete en la doctrina, no inventados por arte, sino nascidos del ímpetu interior, y gusto del espíritu; que es la verdadera y natural elocuencia que el arte pretende imitar.

Y esto aun se paresce mas claro en el capítulo v, donde habla de la penitencia, en el cual describe las penitencias y asperezas que hacian los monjes sanctísimos de un monasterio llamado Cárcel, que el vió; las cuales describe y explica con tan grandes afectos, y con tanta elocuencia, cuanta ningun orador del mundo pudiera explicar. Y porque algunos flacos pudieran desmayar ó temer demasiadamente, considerada la grandeza y rigor de las penitencias que aquí se cuentan; por eso al cabo del capítulo se añadió una annotacion, para allanar esto, y enseñar el uso desta doctrina, que sirve, no para desmayar los corazones, sino para ver cuán admirable es Dios en sus sanctos, y para humillar y confundir toda nuestra presumpcion y soberbia con los ejemplos dellos.

Y para los tiempos en que agora estamos, no sé si se pudiera hallar doctrina mas conveniente, donde tan de callada se confundan todas las blasfemias y locuras de los herejes. Porque si es verdad que toda la sabiduría es de Dios, y que él es el maestro y emendador de los sabios; claro está de ver cuánto mas cerca estaba el espíritu deste Señor de enseñar un hombre que despues de diez y ocho años de obediencia vivió cuarenta en soledad vida de ángel, que a unos brutos animales, que no hacian otra cosa sino comer y beber, ni supieron en toda la vida que cosa era ayunar un dia, ni estar una noche con Dios en oracion.

Pues este divino filósofo, lleno desta sabiduría celestial, aprendida en parte deste espíritu, y en parte de los dichos y hechos de aquellos ilustrísimos y sanctísimos padres antiguos, ninguna otra cosa saca por la boca sino gemidos, trabajos, lágrimas, vigilias, ayunos, oraciones, penitencias, obediencia, subjeccion, cantar salmos, sufrimiento de injurias, maceracion de la carne, abnegacion de sí mismo, imitacion de Cristo, castidad, religion, continencia, limosna; añadiendo siempre trabajos á trabajos, y obras á obras, y enseñando desta manera á amar, creer y confiar en Dios. Esta es la filosofía que el Espíritu Sancto enseña á los suyos, y la que profesaron y enseñaron todos los sanctos; lo contrario de la cual dogmatiza la filosofía de la carne, del demonio y del mundo.

Pues por dar parte de todos estos bienes al cristiano lector, tomé yo este pedazo de trabajo en la translacion deste libro; la cual, como dije, hallé mucho mas dificultosa de lo que pensaba. Lo uno por la variedad de las translaciones, donde muchas veces era necesario, oidas las partes, examinar y ponderar el sentido mas conforme á la intencion del autor; y lo otro, porque nuestro autor fué grande amigo de brevedad, ó porque eran muy sabios y experimentados aquellos á quien él escribia, ó por ser él grande amigo del silencio; y así ya que fué compelido á hablar, paresce que estudió en hablar lo ménos que fuese posible. De donde nasce que algunas veces propone cuestiones, y no les responde; otras propone comparaciones, y no las aplica, y así las deja como alegorías ó enigmas; otras veces por una sentencia contraria quiere que se entienda la otra sin explicarla; y otras tambien corta el hilo de la razon, y deja la sentencia suspensa al juicio del lector.

Por las cuales causas con la mucha brevedad se hace escuro y profundo: por donde muchas veces dejando el oficio de intérprete, lo tomó de parafraste, extendiendo la brevedad para la explicacion de la sentencia. Y así como en estos lugares añado palabras y cláusulas, así en otras las quito, por ser de cosas que no convienen para el pueblo rudo; porque con este cuidado se deben trasladar los libros de romance, dejando en su original para los sabios lo que no conviene al pueblo commun; para que así pueda la gente vulgar leer la buena doctrina con mucho provecho, y sin ningun peligro: aunque esto no lo hice mas que en dos ó tres lugares. Y con todas estas diligencias no osaré afirmar que en todo acerté en la translacion, ántes sospecho de mí que en muchas erré, y en muchas errara, si no me ayudaran los comentarios de Dionisio Cartujano, varon doctísimo y religiosísimo, que entre otros infinitos trabajos de escripturas suyas, tomó tambien este de glosar este libro, por la grande utilidad y profundidad que en él halló; porque así lo intitula él en una de sus escripturas, llamándolo, aquel grande, profundo y devoto Clímaco.

Y por cierto no fuera mal empleado el trabajo en hacer algunas annotaciones sobre él, lo cual yo hice brevemente en los primeros cinco capítulos, para declarar el estilo é intencion del autor. Y por esta causa conviene que el lector le lea con toda atencion, y pondere muchas veces sus sentencias; porque algunas veces debajo de breves palabras comprehende grandes avisos: como cuando dice que en la oracion debe estar el hombre ante Dios, como el reo sentenciado á muerte, delante del juez. Y asimismo, que el aparejo mas conveniente que hay para la oracion, es tener perpetua oracion (que es traer el corazon siempre recogido y devoto en cuanto nos sea posible); porque en estas dos sentencias se contienen los dos mayores avisos que en esta materia se pudieran dar.

Y si alguno quisiere en pocas palabras saber el intento de nuestro autor en este libro, sepa que así como Tulio y Quintiliano quisieron en ciertos libros suyos formar un perfecto orador; así él pretende formar aquí un perfecto religioso, y tal, que viviendo en la carne, viva como si estuviese fuera della, segun escribe Sant Hierónimo á Eustoquio. Este es el fin de toda esta escriptura (como al principio y fin della se declara), y á eso se ordena todo lo demas.

VIDA DEL BIENAVENTURADO PADRE SANT JUAN CLIMACO.

Cuál haya sido la ciudad de donde fué natural este devoto varon, y dónde se haya criado ántes que entrase en la gloriosa milicia de su profesion, no se sabe de cierto; mas cuál sea la que agora lo posee y apacienta con eternos é inmortales deleites, mucho ántes de nos lo declaró el apóstol Sant Pablo (*a*); porque es ciudadano de aquella celestial Hierusalem, donde está la compañía de aquellos bienaventurados moradores que gozaron de las primicias de la gracia, cuya conversacion es en los cielos (*b*), donde con ojos purísimos y libres de toda materia y tinieblas, contempla aquella invisible hermosura, y recibe el premio glorioso de sus trabajos. Porque gozando de la heredad del reino celestial, para siempre se alegrará, y cantará con aquellos cuyos piés estuvieron siempre fijos en la senda de la virtud. Mas de qué manera y por qué medios haya alcanzado esta corona, declarar lo hemos agora brevemente.

Siendo este sancto varon mozo de diez y seis años, se ofresció á Cristo en sacrificio sancto y agradable, recibiendo sobre sí el yugo de la vida monástica en un monasterio que estaba en el monte Sinaí, pretendiendo en esto que el mismo nombre y condicion del lugar visible despertase su corazon, y levantase sus ojos á la contemplacion de Dios invisible, y le convidase á ir á él. Desterrándose desta manera, y alejándose de su patria, y amando la peregrinacion, y despidiendo de su corazon toda vana estimacion y confianza de sí mismo, y abrazando la sancta humildad, venció perfectamente aquel demonio que trabaja por hacer que nos tengamos en algo, y confiemos en nosotros mismos.

Y por otra parte inclinando la cerviz, y fiándose de Dios, y subjectándose perfectamente al padre espiritual, pasó sin peligro por las bravas y grandes ondas desta vida mortal. Y aprovechando cada dia mas en este estado, vino á estar en tanto grado muerto al mundo y á todas sus proprias voluntades, que parescia tener un ánima del todo desnuda del proprio parescer y propria voluntad. Lo cual en él era aun mas de maravillar, por haber sido ántes en el mundo enseñado en las ciencias seculares, porque la soberbia é hinchazon de la humana filosofía suele communmente apartar de la humildad y subjeccion de Cristo. Desta manera conversó por espacio de diez y nueve años, hecho un perfectísimo dechado de obediencia y subjeccion, hasta que fallesció el sancto padre que lo tenia á cargo. En cuyas oraciones (como en unas potentísimas armas) confiando, se pasó al estudio y profesion de la vida solitaria. Para lo cual escogió un lugar llamado Thola, que estaba cinco millas de una iglesia; en el cuál perseveró constantemente por espacio de cuarenta años, con grande alegría y fervor de su espíritu. Mas ¿quién podrá con palabras y dignas alabanzas explicar lo que allí pasó en este tan largo espacio? Por que ¿cómo se podria explicar y sacar á luz lo que allí padescio á solas y sin testigos? Pero de algunas cosas pequeñas, y como primicias de su vida, podemos entender algo del instituto della.

Primeramente (cuanto á la manera de su abstinencia) comia de todas las cosas que segun estilo de su profesion era lícito comer, pero de todo poco; porque comiendo de todo, huyese la nota de la singularidad y vanagloria; y comiendo poco, venciese la furiosa rabia de la gula, hablando muchas veces con ella y diciéndole: Calla, calla. Mas con la soledad, y con el poco trato y compañía de los hombres, de tal manera apagó la llama de la lujuria, que ya no le daba pena ni molestia. La avaricia, que el Apóstol llama idolatría, venció con la largueza y misericordia para con los otros, con la escaseza de las cosas necesarias para consigo; porque contentándose con lo poco, no tenia necesidad de cobdiciar lo mucho: que es proprio de esta pestilencia. La accidia y pereza (que con razon se puede llamar una perpetua muerte, ó amortiguamiento del ánima) venció con la memoria de la muerte, y con los ejercicios continuos de piedad. Mas la tirannía de la ira habia él ya degollado con el cuchillo de la obediencia.

Pues que diré de la victoria del mayor de los vicios (que es la soberbia), la cual este nuevo Beleel comenzó á vencer con la mansedumbre de la obediencia; mas acabó la victoria, con su presencia, el Señor de aquella celestial Hierusalem, levantando contra ella la virtud de la humildad, sin la cual ni es posible vencer al príncipe deste mundo, ni la flota de vicios que trae consigo.

¿Pues en cuál parte desta celestial corona pondré la abundancia de sus lágrimas? Rara cosa es esta por cierto, y que en muy pocos se halla. De las cuales queda hoy en dia una secreta oficina (que es una cueva al lado de una montaña, á la raiz de un monte situada), tan apartada de cualquier otra celda, cuanto bastase para cerrar las puertas y oídos al vicio de la vanagloria. Allí levantaba las voces al cielo con tan grandes gemidos, suspiros y clamores, cuanto lo suelen hacer los que reciben cauterios de fuego, y otras medicinas tales, tomando tanta cuantidad de sueño, cuanta bastaba para conservar la claridad y quietud del entendimiento, para que no desfalleciese con la demasía de las vigilias.

Antes que tomase el sueño, tenia por costumbre vacar á la oracion, y á veces escribir algunos librillos: con la cual obra despedia de sí la mortandad de la accidia; pero todo el curso de su vida era perpetua oracion, continuo ejercicio en el amor de Dios, al cual mirando dia y noche en el espejo purísimo de su ánima, llena de castidad, no queria tomar jamas hartura deste manjar (ó por mejor decir, no podia); por lo cual decia David (*c*): *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*

Un religioso llamado Moises, que era de los que profesaban vida solitaria, deseando imitar la vida deste sancto varon, y aprender dél el *A B C* de la celestial filosofía, y vivir debajo de correccion y diciplina, echó á

(*a*) Ephes. 2. (*b*) Philip.

(*c*) Psal. 16.

muchos de aquellos sanctos padres por rogadores, y pidió con grande instancia le quisiese tomar por su discípulo. Ayudado pues de tales intercesores, fué recibido por tal, segun que lo habia deseado. Despues ya de recibido, mandóle una vez el sancto varon que de cierto lugar trajese un poco de buena tierra para echar en un huerto de poco suelo. Yendo pues el discípulo á hacer lo que el Maestro le mandaba, y entendiendo en ello con diligéncia, llegado el mediodía (como hiciese gran calor, porque era el mes de agosto), fatigado del trabajo, acordó de tomar un poco de reposo á la sombra de una grande peña que allí estaba. Mas aquel clementísimo Señor (que tan especial cuidado tiene de sus fieles y siervos), corriendo un gran peligro el sobredicho Moises, le socorrió desta manera. Estando este bienaventurado padre en su celda haciendo lo que siempre solia (que era vacar á sí y á Dios), cayó en él un sueño delicado, y vió en vision una persona de un rostro y hábito venerable, que le reprehendia de su sueño, y le decia: Tú estás aquí seguramente durmiendo, y Moises tu discípulo está en peligro. Despertando pues á gran priesa del sueño, luego se armó con la oracion, rogando atentísimamente por el discípulo, al cual preguntó si le habia acaescido algo; y él respondió que se habia visto en peligro de que una piedra grandísima cayese sobre él estando debajo della durmiendo, y le hiciese pedazos, si no fuera que estando así, le paresció que habia oido su voz que le despertaba, con la cual lleno de temor diera un salto, y escapara del peligro; y esto hecho, viera luego la piedra arrancarse de lo alto, y caer en tierra: lo cual oido por el varon de Dios, que era verdadero humilde de corazon, ninguna cosa le dijo de lo que él habia visto en su vision; aunque por otra parte con secretos clamores y voces de ardentísima caridad cantaba himnos á Dios, y le daba gracias por este beneficio.

Era tambien este sancto varon médico de secretas llagas; porque habia en aquellos tiempos un monje que se llamaba Isaac, el cual como se viese arder con el fuego de una tentacion carnal, vino á él á gran priesa, cercado de mucha tristeza y dolor, y descubrióle con muchas lágrimas y gemidos la secreta herida que traia. De cuya fe y humildad maravillado el varon de Dios, blandamente lo consoló con estas palabras: Estemos ambos, hijo mio, en oracion, y el Señor, que es misericordioso y clemente, no despreciará nuestros ruegos. Y como esto hiciesen, aun no estando acabada la oracion, y estando aun el religioso enfermo en tierra prostrado, hizo el Señor la voluntad de su siervo, para que por aquí se viese haber dicho verdad su Profeta (*d*); y así aquella mala serpiente de la carne huyó, castigada con el azote de la oracion. Mas el religioso que hasta entónces estaba enfermo, viéndose libre de la enfermedad, y curado de tan extraña pasion, quedó atónito y espantado, y dió muchas gracias á Dios y á su grande siervo.

Y como en un tiempo este padre venerable comenzase á apascentar las ánimas de los que á él venían, con el pasto de la palabra de Dios, y les diese á beber largamente del rio de la sabiduría divina, ciertos émulos, inflamados con el fuego de la invidia, procuraron estorbar este fructo que de su doctrina se seguia, diciendo dél que era un parlero y hablador. Pues oyendo esto, y pudiendo confundirlos en virtud de aquel Señor que lo confortaba, queriendo enseñar á los que por causa de edificacion á él venían, no solo con palabras, sino mucho mas con silencio y ejemplo de paciencia, y deseando, á imitacion del Apóstol (*e*), quitar la ocasion de calumniar á los que la buscan, determinó de callar hasta cierto tiempo, y detener la corriente de aquella doctrina celestial, teniendo por mejor que los amadores de la virtud padesciesen este poco detrimento (á los cuales aprovecharia mas con el ejemplo de su silencio), que provocar la ira de aquellos ingratos y malos jueces, para que su malicia y malquerencia no pasase mas adelante. Por donde los mismos émulos, maravillados desta tan grande humildad y modestia, y viendo cómo habian cerrado la fuente de aquella pública utilidad, y sido causa de tan grande daño, ellos mismos, compungidos de lo hecho, vinieron con toda humildad, juntamente con los otros, á pedirle el acostumbrado pasto de su doctrina, lo cual él los otorgó benignamente; y así tornó á proseguir lo comenzado.

Pues como resplandesciese desta manera en todo género de virtudes, y no se hallase otro semejante á él, vinieron todos los monjes del monasterio del monte Sinaí, con un mismo afecto y deseo (como á otro nuevo Moisen, enseñador de la divina ley), y contra toda su voluntad le entregaron el magisterio y regimiento de aquel monasterio, levantando la candela sobre el candelero de la presidencia, para que alumbrase á todos; en lo cual no fuéron engañados ni defraudados de su esperanza. Y así subió él tambien allí al monte (como otro Moisen), y entrando en aquella sagrada niebla, recibió la ley escripta de las manos de Dios, gozando primero de su contemplacion, y subiendo por los escalones de las intelectuales virtudes, abrió su boca á la palabra de Dios (*f*), y trayendo á sí el espíritu, sacó á luz del tesoro de su corazon palabras de vida. Desta manera llegó al fin desta jornada en la presencia de los verdaderos israelitas, que son los monjes, como otro Moisen, sino que difiere dél, en que entró en la tierra de promision, y subió á la celestial Hierusalem, lo cuál al otro no fué concedido. Testigos desto son todos los que por él se han aprovechado de las palabras del Espíritu Sancto y de su gracia, muchos de los cuales por su doctrina han sido salvos, y hoy dia se salvan. Testigo es tambien nuestro padre Juan, abad del monasterio de Raitu, por cuyos ruegos este sancto varon descendió del monte Sinaí, y como otro nuevo contemplador de Dios, nos trajo estas tablas escriptas con el dedo de su espíritu, las cuales por defuera contienen los documentos y reglas de la vida activa, y por de dentro los de la contemplativa.

CARTA DE JUAN,

ABAD DEL MONASTERIO DE RAITU, AL BIENAVENTURADO SANT JUAN CLIMACO, ABAD DEL MONASTERIO DEL MONTE SINAÍ.

Al admirable varon, igual á los ángeles, padre de padres, y doctor excelente: Juan, abad del monasterio del monte Sinaí; Juan, pecador, abad del monasterio de Raitu, salud en el Señor.

Conociendo nos, que tan apartados estamos de la perfeccion, ó venerable padre, la singular y perfecta obediencia que no sabe examinar lo que se manda, especialmente en las cosas que son conformes al talento que

(*d*) Psalm. 144.

(*e*) 2. Cor. 11. (*f*) Psalm. 118

Dios os ha dado, determinamos de suplicaros, y poner por obra aquel mandamiento del Profeta, que dice (*a*): Pregunta á tu padre, y él te enseñará; y á los ancianos, y ellos te responderán. Por lo cual todos por esta carta prostrados ante vos y ante la cumbre de vuestras virtudes, os suplicamos que como commun padre de todos, y como el mas anciano en la lucha de los espirituales trabajos, y mas aventajado en agudeza de entendimiento y en la perfeccion de todas las virtudes, tengais por bien escribir á nosotros, rudos é ignorantes, las cosas que en la contemplacion divina (como otro Moisen) en este mismo monte vistes, y de ahí nos querais traer las tablas divinamente escriptas; quiero decir, una doctrina que propongais al nuevo Israel: conviene á saber, á aquellos que entera y perfectamente han salido del Egipto espiritual, y del mar tempestuoso deste mundo. Y de la manera que con esta divina lengua, así como con otra vara hicistes maravillas en ese mar, así agora, inclinado por nuestros ruegos, nos querais diligentemente enseñar las cosas en que consiste la perfeccion de la vida monástica, como summo maestro della, para consolacion de todos aquellos que esta celestial y sancta manera de vida han escogido.

Y no querria que pensásedes haberos dicho esto por via de lisonja, porque bien sabeis vos, ó sancto varon, cuán léjos está todo género de lisonjas de nuestro propósito é instituto de vida, ántes decimos en esto lo que todos clarísimamente ven, entienden y dicen; y por tanto confiamos en el Señor que recibirémos en breve las letras esculpidas en estas tablas, con las cuales derechamente sean guiados los que sin error desean caminar, y con ellas nos hagais una escalera que llegue hasta las puertas del cielo, la cual lijeramente lleve sanos y salvos todos los que por ella quisieren subir, sin que las espirituales milicias, y los gobernadores de las tinieblas deste mundo y príncipes deste aire, sean parte para impedirles esta subida. Porque si aquel sancto patriarca Jacob, siendo pastor de ovejas (*b*), vió en una ocasion aquella escalera tan terrible que llegaba hasta el cielo, con mucha mayor razon el maestro de las racionales ovejas no solamente verá, mas tambien armará esta escalera que nos haga seguro el camino para Dios, y libre de todo error. Sea Dios siempre con vos, amantísimo y muy venerable padre.

RESPUESTA

DE SANT JUAN CLÍMACO Á LA SOBREDICHA CARTA.

Recibí, sancto varon, vuestra venerable carta, no ménos conveniente á vuestra honestidad y vida religiosa, que á vuestro humilde y limpio corazon, la cual enviastes á este pobre y falto de virtudes; aunque mejor la podré llamar precepto y mandamiento que excedia nuestras fuerzas. Porque vuestra era por cierto, vuestro, y de tal ánima como la vuestra, pedir á nos, rudo, y así en palabras como en obras, ignorantísimo, reglas de doctrina y virtud; porque siempre tuvistes por estilo proponer á vos mismo por ejemplo de humildad.

Mas con todo esto, nos (para confesar la verdad), nunca osariamos acometer esto que excedia nuestras fuerzas, si no nos compeliera el miedo y peligro grande de sacudir de nos el yugo de la sancta obediencia, que es madre de las virtudes. Porque mejor fuera ¡oh admirable padre! que procuráradesla informacion destas cosas, de otros mas ejercitados, porque nos todavía debemos ser contado en la órden de los principiantes. Mas porque nuestros sanctos padres, maestros de la verdadera sabiduría, dicen que la verdadera y pura obediencia consiste en el cumplimiento de las cosas que exceden las fuerzas del hombre, sin deslindar lo que mandan nuestros mayores; por tanto, olvidado de mi flaqueza, vine á acometer osadamente lo que es sobre mis fuerzas; no porque piense decir algo que á vos haya de aprovechar, ó que vos no sepais mucho mejor que nos; porque yo muy persuadido estoy, y así lo estarán todos los varones prudentes, que los ojos purísimos de vuestra ánima (que tan libres están de todas las tinieblas y polvos de las perturbaciones humanas, que causan las tinieblas del entendimiento) sin ningun obstáculo ni impedimento ven la divina luz, y por ella son esclarescidos y enseñados.

Mas con todo eso, temiendo (como dije) la muerte de la desobediencia, y compelido deste miedo á obedescer, juntándose tambien con este miedo el deseo de cumplir vuestro sancto mandamiento, como grato, obediente, é hijo inútil de un sabio pintor, determiné hacer este dibujo, ó por mejor decir, borron, y delinear con mi poco saber las reglas y documentos de la vida espiritual, remitiendo á vos, como á tan gran maestro, añadir los colores, y cumplir las faltas que hubiere, y tratar mas claramente lo que yo no supe explicar.

Mas este nuestro trabajo no lo enviamos á vos, pensando que os haya de ser para algo provechoso, ni nunca Dios quiera que esto pensemos, porque esto sería extremada locura, pues vos sois bastante por virtud de Cristo para enseñar, no solamente á los otros, sino tambien á nosotros, así con palabras como con ejemplos de virtud; mas enviámoslo á esa sancta congregacion, la cual juntamente conmigo es por vos instruida; con cuyas oraciones, como con unas espirituales manos, aliviado del peso de mi ignorancia, quiero ya comenzar á extender las velas de mi pluma, entregando á Cristo como á perfectísimo piloto, el leme de su palabra; y confiando en este socorro y en vuestro mandamiento, daré principio á esta doctrina.

Y ruego á todos aquellos á cuyas manos este libro viniere, que si en él hallaren alguna cosa provechosa, entiendan ser deste tan excelente preceptor, y á él se la agradezcan, y á nosotros paguen con oraciones, suplicando al Señor nos dé el premio de solo este acometimiento, no mirando á las cosas que decimos, porque á la verdad son bajísimas y llenas de ignorancia y simplicidad, sino solamente al propósito y alegría con que esto le ofrescemos, imitando la devocion y promptitud de aquella viuda del Evangelio (*a*), que aunque no ofresció mucho, ofresció con mucha voluntad eso que tuvo. Porque no mira Dios tanto á la muchedumbre de las ofrendas y de los trabajos, cuanto á la alegría del propósito y fervor de la voluntad.

(*a*) Deut. 32. (*b*) Genes. 28.

(*a*) Luc. 21.

ESCALA ESPIRITUAL,

COMPUESTA

POR EL GLORIOSO SANT JUAN CLIMACO.

CAPITULO PRIMERO.

Escalon primero: de la renunciacion y menosprecio del mundo.

Convenientísima cosa es que comenzando á instruir á los siervos de Dios, hagamos principio de nuestra oracion del mismo Dios; el cual, como sea de infinita é incomprehensible bondad, tuvo por bien de honrar todas las criaturas racionales que él crió, con dignidad de libre albedrío: entre las cuales unas se pueden llamar suyas, otras fieles y legítimos siervos, otras del todo punto inútiles, otras extranjeros y apartados dél, otras enemigos y adversarios suyos, aunque flacos.

Amigos de Dios, pensamos nos, rudos é ignorantes, ó sancto varon, que propiamente se llaman aquellas intelectuales y espirituales substancias que moran con él. Siervos fieles son aquellos que sin pereza y sin cansancio obedescen á su sanctísima voluntad. Siervos inútiles son aquellos que despues de haber sido lavados con el agua del sancto Bautismo, no guardan lo que en él asentaron y capitularon. Extranjeros y enemigos son aquellos que están arredrados de su sancta fe. Adversarios y enemigos son los que no contentos con haber sacudido de sí el yugo de la ley de Dios, persiguen con todas sus fuerzas á los que procuran de guardarla. Y dado caso que cada linaje destas personas requeria especial tratado, mas no hace á nuestro propósito tratar agora de cada una dellas, sino solamente de aquellos que justamente merecen ser llamados fidelísimos siervos de Dios, los cuales con la fuerza potentísima de la caridad nos necesitaron á tomar esta carga; por cuya obediencia, sin mas examinar, extenderémos nuestra ruda mano, y tomando de la suya la pluma de la palabra divina, mojarla hemos en la tinta de la escura, aunque clara humildad, y con ella escribirémos en sus blandos y humildes corazones, como en unas cartas, ó por mejor decir, como en unas espirituales tablas, las palabras de Dios, para lo cual tomarémos este principio.

Primeramente presupongamos que á todas las criaturas que tienen voluntad y libre albedrío, se les ofresce y propone Dios por verdadera vida, verdadera salud, sean fieles ó infieles, justos ó injustos, religiosos ó irreligiosos, viciosos ó virtuosos, seculares ó monjes, sabios ó ignorantes, sanos ó enfermos, mozos ó viejos; y esto no de otra manera que la comunicacion de la luz, y la vista del sol, y la comunicacion de los tiempos se ofrescen igualmente á todos sin excepcion de personas.

Y comenzando por las difiniciones de algunos destos vocablos que mas hacen á nuestro propósito, decimos que irreligioso es, criatura racional y mortal que por su propria voluntad huye la vida, la cual de tal manera trata con su Criador, que siempre es como si creyese que no es. Inicuo es aquel que violentamente tuerce el entendimiento de la ley de Dios para conformarlo con su apetito, y siendo de contrario parecer, piensa que cree á la palabra de Dios. Cristiano es aquel que trabaja, cuanto es al hombre posible, por imitar á Cristo, así en sus obras como en sus palabras, creyendo firmemente en la sanctísima Trinidad. Amado de Dios es aquel que ordenadamente y como debe usa de todas las cosas naturales, y nunca deja de hacer todo el bien que puede. Continente es aquel que puesto en medio de las tentaciones y lazos, trabaja con todas sus fuerzas por alcanzar paz y tranquilidad de corazon y buenas costumbres.

Monje es una órden y manera de vivir de ángeles, estando en cuerpo mortal y sucio; monje es el que trae siempre los ojos del ánima puestos en Dios, y hace oracion en todo tiempo, lugar y negocio; monje es una perpetua contradiccion y violencia de la naturaleza, y una vigilantísima é infatigable guarda de los sentidos; monje es un cuerpo casto, y una boca limpia, y un ánimo esclarescido con los rayos de la divina luz; monje es un ánimo afligido y triste, el cual trayendo siempre ante los ojos la memoria de la muerte, siempre se ejercita en la virtud.

Renunciacion y desamparo del mundo es odio voluntario y negamiento de la propria naturaleza, por gozar de las cosas que son sobre naturaleza; del cual deseo (como de su propria raiz) nasce este sancto odio. Todos los que desamparan voluntaria y alegremente los bienes desta presente vida, suelen hacer esto, ó por el deseo de la gloria advenidera, ó por la memoria de sus pecados, ó por solo amor de Dios; y si alguno esto hiciese, y no por alguna destas causas, no sería racionable esta renunciacion. Mas con todo esto, cual fuere el fin y término de nuestra vida, tal será el premio que recibirémos de Cristo, juez y remunerador de nuestros trabajos.

El que procura de descargarse de la carga de sus pecados, trabaje por imitar á los que están sobre las sepulturas llorando los muertos, y no deje de derramar continuas y fervientes lágrimas, y gemidos profundos de lo íntimo de su corazon, hasta que venga Cristo y quite la piedra del monumento (*a*), que es la ceguedad y dureza de su corazon, y libre á Lázaro, que es nuestro ánimo, de las ataduras de sus pecados, y mande á los ministros (que son los ángeles), diciéndoles: Desatadlo de las ataduras de sus vicios, y dejadlo ir á la quieta y bienaventurada tranquilidad.

(*a*) Joan. 11.

Todos los que deseamos salir de Egipto y de la subjeccion de Faraon, tenemos necesidad (despues de Dios) de algun Moisen que nos sea medianero para con él; el cual, guiándonos por este camino con el ayuda, así de sus palabras como de sus obras y de su oracion, levante por nosotros las manos á Dios, para que guiados por tal capitan pasemos el mar de los pecados, y hagamos volver las espaldas á Amalec, príncipe de los vicios; porque por falta deste fuéron algunos engañados, los cuales, confiados en sí mismos, creyeron que no tenian necesidad de guia.

Y es de notar que los que salieron de Egipto, tuvieron á Moisen por guia; mas los que huyeron de Sodoma, tuvieron para esto un ángel que los guió. Los primeros, que son los que de Egipto salieron, son figura de aquellos que procuran sanar las enfermedades de su alma con la cura y diligencia del médico espiritual; mas los segundos, que son los que huyeron de Sodoma, significan aquellos que estando llenos de inmundicias y torpezas corporales, desean grandemente verse libres dellas; los cuales tienen para esto necesidad de un hombre que sea semejante á los ángeles. Porque segun la corrupcion de las llagas, así tenemos necesidad de sapientísimo maestro para la cura dellas.

Y verdaderamente el que vestido desta carne mortal desea subir al cielo, necesidad tiene de summa violencia, continuos é infatigables trabajos, especialmente á los principios, hasta que nuestras costumbres habituadas á los deleites, y nuestro corazon (que para el sentimiento de sus males estaba insensible) venga á aficionarse á Dios, y á ser sanctificado con la castidad, mediante el atentísimo estudio y ejercicio de las lágrimas y de la penitencia; porque verdaderamente trabajo, y gran trabajo y amargura de penitencia es necesaria, especialmente para aquellos que están mal habituados, hasta que el can de nuestro ánimo (acostumbrado á la carnicería y á la golosina de los vicios) lo hagamos amador de la contemplacion y de la castidad, ayudándonos para esto la virtud de la simplicidad, y la mortificacion de la ira, y una grande y discreta diligencia.

Pero con todo esto, los que somos combatidos de vicios, aunque no hayamos alcanzado bastantes fuerzas contra ellos, confiemos en Cristo, y con una fe viva le presentemos húmilmente la flaqueza y enfermedad de nuestra ánima, y sin duda alcanzarémos su favor y gracia, aunque sea sobre todo nuestro merescimiento, si con todo eso procuráremos de sumirnos perpetuamente en el abismo de la humildad. Sepan cierto los que en esta hermosura estrecha, dura y liviana batalla entran, que van á meterse en un fuego, si desean inflamar su corazon con el fuego del divino amor. Y por tanto pruebe cada uno á sí mismo, y desta manera se llegue á comer deste pan celestial con amargura, y á beber deste suavísimo cáliz con lágrimas; porque no entre en esta gloriosa milicia para su juicio y condenacion. Si es verdad que no todos los bautizados se salvan, miremos con temor y atencion no corra tambien este mismo peligro por los que profesamos religion.

Y por esto los que desean hacer firme fundamento de virtud, todas las cosas del mundo negarán, todas las despreciarán, todas las pondrán debajo los piés, y todas las examinarán. Y para que este fundamento sea tal, ha de tener tres colunas con que se sustente, que son: inocencia, ayuno y castidad. Todos los que en Cristo son niños, destas tres cosas han de comenzar, tomando por ejemplo á los que son niños en la edad, en los cuales no hay doblez, ni dureza de corazon, ni fingimiento, ni cobdicia desmedida, ni vientre insaciable, ni movimientos de vicios deshonestos, como quiera que de lo uno se sigue lo otro; porque conforme á la leña de los manjares, así se enciende el fuego de la lujuria.

Cosa es aborrescible y muy peligrosa, que el que comienza, comience con flojedad y blandura; porque suele ser este indicio manifiesto de la caida advenidera. Y por esto es cosa muy provechosa comenzar con grande ánimo y fervor, aunque despues sea necesario remitir algo deste rigor. Porque el ánima que comenzó á pelear varonilmente, y despues algun tanto se debilitó y enflaqueció, muchas veces con la memoria desta antigua virtud y diligencia, como con un estímulo y azote, es herida y provocada al bien. Por donde algunos por esta via volvieron al rigor pasado, y renovaron sus primeras alas.

Todas cuantas veces el ánima se hallare fuera de sí, por haber perdido aquel bienaventurado y amable calor de la caridad, haga diligente inquisicion, y mire por qué causa lo perdió, y ármese contra ella con todas sus fuerzas; porque no podrá introducirlo por otra puerta sino por aquella por do salió. Los que por solo temor comienzan el camino de la renunciacion, por ventura parecerán semejantes al incienso que se quema, que al principio huele bien, y despues viene á parar en humo. Mas los que por solo respeto del galardon, sin otra cosa, se mueven á esto, son como piedra de atahona, que siempre anda de una manera, sin dar paso adelante, ni aprovechar mas. Pero los que dejaron el mundo por solo amor de Dios, estos luego desde el principio merescieron acrescentamiento deste fuego, el cual, como si estuviera en medio de un grande bosque, siempre va ganando tierra y extendiéndose mas.

Hay algunos que sobre ladrillos edifican piedras, y hay otros que sobre tierra levantan colunas, y hay otros que caminando á pié, escalentados los miembros y niervos, mas lijeramente caminan. El que lee, entienda lo que significa esta parábola. Los primeros, que sobre ladrillos asientan piedras, son los que sobre excelentes obras de virtud se levantan á la contemplacion de las cosas divinas; mas porque no están bien fundados en humildad y paciencia, cuando se levanta alguna grande tempestad, caen por falta del fundamento, que no era del todo seguro. Los segundos, que sobre tierra edifican colunas, son los que sin haber pasado por los ejercicios y trabajos de la vida monástica, quieren luego volar á la vida solitaria; á los cuales fácilmente los enemigos invisibles engañan, por la falta que tienen de virtud y experiencia. Los terceros, son los que poco á poco caminan á pié con humildad debajo de obediencia; á los cuales el Señor infunde el espíritu de la caridad, con la cual encendidos y esforzados acaban prósperamente su camino.

Y pues que somos, hermanos, llamados de Dios, que es nuestro Rey y Señor, corramos alegremente; porque si por ventura el plazo de nuestra vida fuere corto, no nos hallemos estériles y pobres á la hora de la muerte, y vengamos á morir de hambre. Procuremos agradar á nuestro Rey y Señor, como los soldados al suyo; porque despues de la profesion desta gloriosa milicia, mas es-

trecha cuenta se nos ha de pedir. Temamos á Dios siquiera como los hombres temen á algunas bestias. Porque visto he yo algunos que querrian hurtar, los cuales, no dejándolo de hacer por miedo de Dios, lo dejaron por el de los perros que ladraban; de manera que lo que no acabó con ellos el temor de Dios, acabó el de las bestias.

Amemos á Dios siquiera como amamos á los amigos. Porque tambien he visto muchas veces algunos que habiendo ofendido á Dios, y provocádole á ira con sus maldades, ningun cuidado tuvieron de recobrar su amistad; los cuales, habiendo enojado á alguno de sus amigos con muy pequeña ofensa, trabajaron con toda diligencia é industria, y con toda aficion y confesion de su culpa por reconciliarse con ellos, metiendo en esto otros terceros, y rogadores, y deudos, ofresciendo con esto muchas dádivas y presentes.

Aquí es de notar que en el principio de la renunciacion no se obran las virtudes sin trabajo, amargura y violencia. Mas despues que comenzamos á aprovechar, con muy poca tristeza ó ninguna las obramos. Pero despues que la naturaleza está ya absorta y vencida con el favor y alegría del Espíritu Sancto, entónces obramos ya con gozo, alegría, diligencia y fervor de caridad. Cuanto son mas dignos de alabanza los que luego del principio abrazan las virtudes, y cumplen los mandamientos de Dios con devocion y alegría, tanto son mas de llorar los que habiendo vivido mucho en este ejercicio, las ejercitan con trabajo y pesadumbre, si por ventura las ejercitan.

No debemos de condenar aquellas maneras de renunciacion que paresce haber sido hechas acaso. Porque visto he yo algunos delincuentes ir huyendo; los cuales como acaso se encontrasen con el rey, sin buscarlo ellos, fuéron recibidos en su servicio, y contados entre sus caballeros, y recibidos á su mesa y palacio. Vi tambien algunas veces caerse descuidadamente algunos granos de trigo de la mano del sembrador; los cuales se apoderaron bien de la tierra, y vinieron despues á dar grande fructo: y vi tambien algunos ir á casa del médico por algun otro negocio, y haber acertado á recibir en ella la salud que no tenian, y recobrado la vista de los ojos casi perdida. Y desta manera acaesce algunas veces ser mas firmes y estables las cosas que suceden sin nuestra voluntad, que las que de propósito se hacian.

Ninguno, considerando la muchedumbre de sus pecados, diga que es indigno de la profesion y vida de los monjes; ni se engañe con este color y apariencia de humildad, para dejar de seguir la senda estrecha de la virtud y darse á vicios; porque este es embuste del demonio, ú ocasion para perseverar en los pecados; porque donde las llagas están muy podridas y afistoladas, ahí señaladamente es necesaria diligencia y destreza del sabio médico, porque los sanos no tienen desto tanta necesidad.

Si llamándonos un rey mortal y terreno á su servicio y á su milicia, no hay cosa que nos detenga, ni buscamos ocasiones para excusarnos desto, ántes dejadas todas las cosas le vamos á servir y obedescer con summa alegría; miremos diligentemente no rehusemos obedescer por nuestra pereza y negligencia al Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses, que nos llama á la órden desta milicia celestial, y despues no tengamos excusa delante de aquel su terrible y espantoso tribunal.

Puede ser que el que está preso y aherrojado con los cuidados y negocios del siglo, dé algunos pasos y ande, aunque con impedimento y trabajo; porque tambien acaesce que los que tienen grillos ó cadenas en los piés andan con ellos, aunque mal y con trabajo. El que vive en el mundo sin mujer, mas con cuidados y negocios del mundo, es semejante á aquel que tiene esposas en las manos: y por esto podrá, si quisiere, correr libremente á la vida monástica ó solitaria: mas el que tiene mujer es semejante á aquel que está de piés y manos aherrojado, el cual es mucho ménos libre y ménos señor de sí.

Oi yo una vez á ciertos negligentes que viviendo en el mundo me decian: ¿cómo podemos, morando con nuestras mujeres, y cercados de negocios y cuidados de república, vivir vida monástica? A los cuales yo respondí: Todo el bien que pudiéredes hacer, hacedlo; no injurieis á nadie, ni digais mentira, ni tomeis lo ajeno, ni os levanteis contra nadie, ni querais mal á nadie: frecuentad las iglesias y los sermones, usad de misericordia con los necesitados, no escandaliceis ni deis mal ejemplo á nadie, ni seais favorecedores de bandos, ni entendais en sustentar discordias, sino en deshacerlas; y contentáos con el uso legítimo de vuestras mujeres, porque si esto hiciéredes no estaréis léjos del reino de Dios.

Apercibámonos con alegría y temor para esta gloriosa batalla, no acobardándonos ni desmayando por el temor de nuestros adversarios, pues Dios está por nuestra parte. Porque ven ellos muy bien, aunque no sean vistos de nosotros, la figura de nuestras ánimas, y si nos ven acobardados y medrosos, toman armas mas fuertes contra nosotros, viendo nuestra flaqueza y cobardía. Por tanto con grande ánimo debemos tomarlas contra ellos; porque nadie es poderoso para vencer al que alegre y animosamente pelea.

Suele usar nuestro Señor de una maravillosa dispensacion con los principiantes y nuevos guerreros, templando y moderándoles las primeras batallas, porque no se vuelvan al mundo espantados de la grandeza del peligro. Por tanto gozáos siempre en el Señor todos sus siervos, y tomad esto por señal de su llamamiento, y de la piedad y providencia paternal que tiene de vosotros. Otras veces tambien acaesce que ese mismo Señor, cuando ve las ánimas fuertes en el principio, les apareja mas fuertes batallas, deseando mas temprano coronarlas. Suele el Señor esconder á los hombres del siglo la dificultad desta milicia (aunque mejor se podria por otro respeto llamar facilidad), porque si esto conociesen, no habria quien quisiese dejar el mundo.

Ofresce los trabajos de tu juventud á Cristo, y en la vejez te alegrarás con las riquezas de una quieta paz y tranquilidad que por ellos te darán; porque las cosas que recogimos y ganamos en la mocedad, despues nos sustentan y consuelan cuando estamos flacos y debilitados en la vejez. Trabajemos los mozos ardientemente, y corramos con toda sobriedad y vigilancia; pues la muerte tan cierta todas las horas nos está aguardando. Y demas desto tenemos enemigos perversísimos, fortísimos, astutísimos, potentísimos, invisibles, y desnudos de todos los impedimentos corporales, y que nunca duermen; los cuales teniendo fuego en las manos, trabajan con todo estudio por abrasar y quemar el templo vivo de Dios.

Ninguno cuando es mozo dé oídos á los demonios, que suelen decir: No maltrates tu carne, porque no vengas á caer en enfermedades y dolencias; porque muchas veces desta manera, so color de discrecion, hacen al hombre muy blando y piadoso para consigo. Y en esta edad apénas se halla quien del todo mortifique su carne, aunque se abstenga de muchos y delicados manjares. Porque una de las principales astucias de nuestro adversario es hacer blando y flojo el principio de nuestra profesion, para que despues haga el fin semejante al principio.

Ante todas las cosas deben tener este cuidado los que fielmente desean servir á Cristo, que con grandísima diligencia busquen los lugares y las costumbres, la quietud y los ejercicios que entendieren ser mas acomodados á su propósito y espíritu; segun que el consejo de los padres espirituales, y la experiencia de sí mismo se lo dieren á entender; porque no á todos conviene morar en los monasterios, especialmente aquellos que son tocados del vicio de la gula y deleite en comer y beber; ni á todos tampoco conviene seguir la quietud de la vida solitaria, especialmente aquellos que son inclinados á ira. Mire pues cada uno diligentemente, como dicho es, el estado que mas le arma.

Porque tres maneras de estados y profesiones contiene la vida monástica. El primero es de vida solitaria, que es de aquellos monjes, que llaman anacoretas: otro es en compañía de dos ó tres que viven en soledad: y el tercero es de los que sirven en la obediencia de los monasterios. Nadie pues se desvie, como dice el Sabio (*b*), destos estados á la diestra ni á la siniestra; sino vaya por el camino real. Entre estas tres maneras de estados, el de medio fué muy provechoso para muchos. Porque ¡ay del solo (*c*)! que si cayere en la tristeza espiritual, ó en el sueño, ó en la pereza, ó en la desconfianza, no tiene entre los hombres quien lo levante. Mas donde están ayuntados dos ó tres en mi nombre, dice el Señor (*d*), ahí estoy en medio dellos.

Pues ¿cuál será el fiel y prudente monje que guardando su fervor entero hasta el fin de la vida, persevere siempre, acrescentando cada dia fuego á fuego, fervor á fervor, deseo á deseo, y diligencia á diligencia?

ANNOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Para entendimiento deste capítulo, cristiano lector, has de presuponer que segun se colige de las Colaciones de los Padres, la renunciacion de que en este capítulo precedente se comenzó á tratar tiene tres grados. El primero es, dejar por amor de Dios todas las cosas del mundo, como el Salvador lo aconsejaba á aquel mancebo del Evangelio (*e*). El segundo, es dejarse á sí mismo, que es dejar la propria voluntad, con todos los apetitos y pasiones de nuestra ánima, para hacer de nosotros mismos verdadero sacrificio, ó por mejor decir, holocausto á Dios. El tercero es, que nuestro espíritu pura y enteramente se ofrezca, traslade y junte con Dios, que es el fin de los grados pasados; porque tanto mas perfectamente se ayuntará nuestro espíritu con Dios, cuanto mas apartado estuviere de las cosas del mundo y de sí mismo. Pues del primero destos tres grados se trata en este primero capítulo, y del segundo en el siguiente, que es de la mortificacion de las pasiones; y del tercero se trata consiguientemente en el capítulo tercero: aunque en cada uno se toca algo de lo que pertenesce al otro. Porque familiar cosa es á este sancto, como lo es á todos los que escribiendo siguen el instincto y magisterio del Espíritu Sancto, no tener tanta cuenta con el hilo y consecuencia de las materias, y con la trabazon de las cláusulas y sentencias, cuanto con seguir el dictámen y movimiento deste espíritu divino que los enseña; como paresce en el autor que escribió aquel tan espiritual libro de *Contemptus mundi*, y en otros muchos; y lo mismo algunas veces se halla en este autor.

En la prosecucion deste capítulo y casi de todo este libro, una de las cosas que hay mucho de notar es el rigor, y trabajo, y diligencia que este insigne maestro pide á todos los que de verdad determinan buscar á Dios, especialmente á los principios de su conversion, hasta deshacer los malos hábitos de la vida pasada; para que se vea claro por autoridad de tan gran varon, cómo no es esta empresa de flojos y regalados, sino de valientes y esforzados caballeros, conforme aquella sentencia del Salvador, que dice (*f*): El reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

CAPITULO II.

Escalon segundo: de la mortificacion y victoria de las pasiones y aficiones.

El que de verdad ama á Dios, y el que de verdad desea gozar del reino de los cielos, y el que de verdad se duele de sus pecados, y el que de véras está herido con la memoria de las penas del infierno y del juicio advenidero; y el que de verdad ha entrado en el temor de la muerte; este tal ninguna cosa en este mundo amará desordenadamente: no le fatigarán los cuidados del dinero, ni de la hacienda, ni de los padres, ni de los hermanos, ni de otra cosa alguna mortal y terrena; mas ántes abominando y sacudiendo de sí todos estos cuidados, y aborresciendo con un sancto odio su misma carne, desnudo, seguro y lijero, seguirá á Cristo, levantando siempre los ojos al cielo, y esperando de ahí el socorro, segun la palabra del Profeta, que dice (*a*): Yo no me turbé siguiéndote á tí, pastor mio; nunca deseé el dia del hombre: esto es, el descenso y felicidad que suelen desear los hombres.

Grandísima confusion es por cierto la de aquellos que despues de su vocacion (que es despues de haber sido llamados, no por hombres sino por Dios), olvidados de todas estas cosas, se aplican á otros cuidados que en la hora de la última necesidad no les puedan valer. Porque esto es lo que el Señor dijo que era volver atras, y no ser apto para el reino de los cielos (*b*). Lo cual dijo él como quien sabía muy bien cuán deleznables eran los primeros principios de nuestra profesion, y cuán fácilmente nos volverémos al siglo, si tuviéremos conversacion familiar con personas del siglo. A un mancebo que le dijo (*c*): Dame, Señor, licencia para ir á enterrar mi padre; respondió: Deja los muertos enterrar sus muertos.

Suelen los demonios, despues que habemos dejado el mundo, ponernos delante algunos hombres misericordiosos y limosneros que viven en el mundo, y hacernos creer que aquellos son bienaventurados, y nosotros miserables, pues carescemos de la virtudes que aquellos

(*b*) Prov. 4. (*c*) Eccl. 4. (*d*) Matt. 18. (*e*) Ibid. 19.

(*f*) Ibid. 11. (*a*) Hier. 17. (*b*) Luc. 9. (*c*) Matt. 8.

tienen. Esto hacen los demonios para que so color desta adúltera y falsa humildad nos vuelvan al mundo; ó si permaneciéremos en la religion, vivamos desconfiados y desconsolados en ella.

Hay algunos religiosos que con soberbia y presumpcion desprecian, como aquel fariseo del Evangelio (*d*), los hombres que viven en el mundo; no acordándose que está escripto (*e*): El que está en pié mire por sí, no caiga. Hay otros que no por soberbia, sino por huir deste despeñadero de la desconfianza, y concebir mayor esfuerzo y alegría por verse entresacados del mundo, desestiman, ó á lo ménos tienen en poco las costumbres de los que viven en él.

Mas oigamos los que tenemos en poco nuestra profesion, lo que el Señor dijo á aquel mancebo que habia guardado casi todos los mandamientos (*f*): Una cosa te falta: ve y vende todos tus bienes, y dalos á pobres, y hazte por amor de Dios pobre y necesitado de ajena misericordia. Pues esto es proprio de nuestra profesion, que tanto excede á la de los que tan virtuosamente viven en el mundo como este vivia. Si deseamos correr lijera y alegremente por este camino, estimándolo en lo que él meresce, miremos con atencion cómo el Señor llamó muertos á los hombres que en el mundo viven, diciendo á uno dellos (*g*): Deja los muertos enterrar sus muertos.

No fuéron causa las riquezas para que aquel mancebo rico dejase de recibir el bautismo; y claramente se engañan los que piensan que por esta causa le mandaba el Señor vender su hacienda: no era esta la causa, sino querer levantarlo á la alteza del estado de nuestra profesion. Y para conoscer la gloria della, debria bastar este argumento: que los que viviendo en el mundo se ejercitan en ayunos, vigilias, trabajos y otras aflicciones semejantes, cuando vienen á la vida monástica como á una oficina y escuela de virtud, no hacen caso de aquellos primeros ejercicios, presuponiendo ser muchas veces adúlteros y fingidos, y así comienzan con otros nuevos fundamentos.

Ví muchas y diversas plantas de virtudes de hombres que vivian en el mundo, las cuales se regaban con el agua cenagosa de la vanagloria, y se cebaban con ostentacion y apariencia de mundo, y se estercolaban con el estiércol de las alabanzas humanas; las cuales trasplantadas en tierra desierta y apartada de la vista y compañía de los hombres, y privadas desta labor susodicha, luego se secaron; porque los árboles criados con este regalo no suelen dar fructo en tierra seca.

Si alguno tuviere perfecto odio al mundo, estará libre de tristeza del mundo; mas el que todavía está tocado de la aficion de las cosas del mundo, no estará del todo libre desta pasion, porque ¿cómo no se entristecerá cuando alguna vez se viere privado de lo que ama? En todas las cosas tenemos necesidad de grande templanza y vigilancia; mas sobre todo nos debemos extremar en procurar esta libertad y pureza de corazon. Algunos hombres conoscí en el mundo, los cuales viviendo con muchos cuidados y ocupaciones, congojas y vigilias del mundo, se escaparon de los movimientos y ardores de su propria carne: y estos mismos entrando en los monasterios, y viviendo libres destos cuidados, cayeron torpe y miserablemente en estos vicios.

Miremos mucho por nosotros, no nos acaezca que pensando caminar por camino estrecho y dificultoso, caminemos por camino largo y espacioso, y así vivamos engañados: angosto camino es la afliccion del vientre, la perseverancia en las vigilias, el agua por medida, y el pan por tasa, el beber la purga saludable de las ignominias y vituperios, la mortificacion de nuestras propria voluntades, el sufrimiento de las ofensas, el menosprecio de nosotros mismos, la paciencia sin murmuracion, el tolerar fuertemente las injurias, el no indignarse contra los que nos infaman, ni quejarse de los que nos desprecian, y bajarse húmilmente á los que nos condenan. Bienaventurados los que por esta via caminan, porque dellos es el reino de los cielos.

Ninguno entra al tálamo celestial á recibir la corona que recibieron los grandes sanctos, sino el que hubiere cumplido con la primera, y segunda, y tercera manera de renunciacion: conviene á saber, que primero ha de renunciar todas las cosas que están fuera de sí, como son padres, parientes, amigos, con todo lo demas. Lo segundo, ha de renunciar su propria voluntad; y lo tercero, la vanagloria que suele algunas veces acompañar la obediencia, porque á este vicio mas subjectos están los que viven en compañía, que los que moran en soledad. Salid, dice el Señor por Isaías (*h*), del medio dellos, y apartáos y no toqueis cosa sucia y profana. Porque ¿quién de los hombres del mundo hizo milagros, quién resuscitó los muertos, quién alanzó los demonios? Estas son las insignias de los verdaderos monjes, las cuales el mundo no merece recibir; porque si él las mereciese, superfluos serían nuestros trabajos y la soledad de nuestro apartamiento.

Cuando despues de nuestra renunciacion los demonios encienden nuestro corazon importunadamente con la memoria de nuestros padres y hermanos, entónces principalmente habemos de tomar contra ellos las armas de la oracion, y encender nuestro corazon con la memoria del fuego eterno, para que con ella apaguemos la llama dañosa deste otro fuego.

Los mancebos que despues de haberse dado á deleites y vicios de carne quieren entrar en religion, procuren ejercitarse con toda atencion y vigilancia en estos trabajos, y determinen de abstenerse de todo género de vicios y deleites; porque no vengan á tener peores los fines que tuvieron los principios. Muchas veces el puerto (que suele ser causa de la salud), tambien lo es de peligros; lo cual saben muy bien los que por este mar espiritual navegan. Y es cosa miserable ver perderse los navíos en el puerto, los cuales estuvieron salvos en medio de la mar.

ANNOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

En este capítulo se trata del segundo grado de la renunciacion de sí mismo, que es de la mortificacion de los apetitos y aficiones sensuales; los cuales dice que tiene mortificados el que de véras y de todo corazon está aficionado á las cosas divinas. Y repite muchas veces esta palabra *de véras*, para dar á entender que no cualquiera grado de devocion causa este afecto, sino la verdadera, grande y entrañable aficion del amor de Dios. Porque así como una lumbre grande escurece y ofusca otra menor, como el sol la de las estrellas, así el amor

(*d*) Luc. 18. (*e*) 1. Cor. 10. (*f*) Matt. 20. (*g*) Ibid. 8.

(*h*) Isai. 52.

de Dios, cuando es muy grande, como fué el de los sanctos, anubla y escurece todos los otros peregrinos amores.

Donde es mucho de notar, que así como un peso cuanto mas sube la una balanza, tanto mas baja la otra, y al reves: así se han estos dos amores de Dios y del mundo. Porque cuanto cresce el amor de Dios, tanto descresce el amor del mundo, y cuanto cresce el del mundo, tanto descresce el de Dios. Y bienaventurado sería aquel que despedido el amor del mundo, con solo el de Dios ó por Dios se sustentase; porque sería como otro espitual Jacob, á quien se dió por bendicion que cojease del un pié, y del otro quedase sano (*i*). Aunque no por esto piense nadie que se excluye por aquí el amor y aficion de los deudos, amigos y bienhechores, porque este es natural y debido, cuando es bien ordenado, amándolos y queriéndolos por Dios y para Dios, compadesciéndonos de sus trabajos. Pero todo esto se ha de hacer de manera que no se enrede nuestro corazon en este lazo con demasiada aficion, como muchas veces acaesce.

CAPITULO III.

Escalon tercero: que trata de la verdadera peregrinacion.

Peregrinacion es desamparar constantísimamente todas aquellas cosas que nos impiden el propósito y ejercicio de piedad, que es honrar y buscar á Dios. Peregrinacion es un corazon vacío de toda vana confianza, sabiduría no conoscida, prudencia secreta, huida del mundo, vida invisible, propósito secreto, amor del desprecio, apetito de angustias, deseo del divino amor, abundancia de caridad, aborrescimiento de la opinion de sabio ó de sancto, y un profundo silencio del ánima. Suele muchas veces al principio fatigar á los siervos de Dios esta manera de vida tan ardua, y el fuego deste deseo, que es alejarse de la patria y de los suyos; el cual deseo nos provoca tambien á querer por amor de Dios ser afligidos y despreciados.

Mas es de notar que cuanto esta peregrinacion es mayor y mas loable, tanto con mayor atencion se ha de examinar; porque no toda peregrinacion, si superficialmente se hace, es digna de ser alabada. Porque si, como dice el Salvador (*a*), no hay profeta que esté sin honra sino es entre los suyos y en su patria, miremos no se nos haga por ventura ocasion de vanagloria la peregrinacion y huida della. Porque la peregrinacion verdadera es un perfecto apartamiento de todas las cosas, con intencion de que nuestro pensamiento nunca (en cuanto sea posible) se aparte de Dios. Peregrino es amador de perpetuo llanto, arraigado en las entrañas por la memoria de su Criador. Peregrino es el que despide y aparta siempre la memoria y aficion de todos los suyos, en cuanto le es impedimento para ir á Dios.

Cuando determinas de peregrinar y apartarte á la soledad, no te detengas en el mundo, esperando llevar contigo las ánimas de los que están enlazados en él; porque no te saltee el enemigo en este tiempo, y te robe ese buen propósito. Porque muchos ha habido que pretendiendo llevar consigo algunos destos perezosos y negligentes, con ellos juntamente perecieron, apagándoseles con la dilacion la llama deste divino fuego y divina inspiracion. Y por eso, luego que sintieres en tí esta llama y divina inspiracion, corre apresuradamente, porque no sabes si se apagará tan presto, y quedarás á escuras.

(*i*) Genes. 32. (*a*) Matt. 13

No todos somos obligados á salvar los otros; porque, como dice el Apóstol (*b*), cada uno dará por sí razon á Dios. Y en otro lugar: Tú, dice él (*c*), que enseñas á otros, ¿como no enseñas á tí? Como si dijera: Las necesidades y obligaciones de los otros no las conoscen todos; mas las suyas proprias cada uno las conosce, y así es obligado á acudir á ellas.

Tú que determinas peregrinar, guárdate del demonio goloso y vagabundo: esto es, del que con título de peregrinacion pretende cebar la curiosidad de nuestros sentidos y el apetito de la gula, que en diversos lugares halla diversos convites y hospederías; porque la peregrinacion suele dar ocasion á este demonio.

Gran cosa es haber mortificado la aficion de todas las cosas perecederas, y la peregrinacion es madre desta virtud. Los que por amor de Dios andan peregrinando, han de dejar todos los afectos del siglo, y estar como muertos á sus cosas; porque no parezcan por una parte apartados del mundo, y por otra que están enlazados con las aficiones dél. Los que se alejaron del siglo no querrian mas ya volver á tener cuenta con el siglo; porque muchas veces los vicios que de mucho tiempo están dormidos, fácilmente suelen despertar. Nuestra madre Eva contra su voluntad salió del paraíso, mas el monje por la suya se desterró de su patria. Aquella fué echada fuera porque no volviese á comer del árbol de la desobediencia; y este, por no padescer peligro de sus parientes carnales, huye como un grandísimo azote y peligro la vecindad destos lugares del mundo; porque el fructo que no se ve con los ojos, no mueve tanto el corazon.

Tambien querria que no ignorases otra manera de engaño que tienen estos ladrones, los cuales muchas veces nos aconsejan que no nos apartemos de los seculares, diciéndonos que mayor corona será, si viendo mujeres, y andando en medio de los lazos, vivimos limpiamente, y vencemos nuestras pasiones luchando con ellas: á los cuales en ninguna manera debemos obedescer, ántes hacer siempre lo contrario.

Despues de haber peregrinado algunos años fuera de nuestra patria, y haber alcanzado algun poco de religion, ó de compuncion, ó de abstinencia, luego los demonios comienzan á combatirnos con algunos pensamientos de vanidad, incitándonos á que volvamos á nuestra patria para edificacion y ejemplo de todos aquellos que ántes nos vieron vivir desordenadamente en el siglo. Y si por ventura tenemos algunas letras, ó alguna gracia en hablar, entónces ya nos aprietan fuertemente á que volvamos al siglo á ser maestros y guardadores de las ánimas de los otros; para que la hacienda que en el puerto adquirimos con trabajo, en el mar alto la perdamos. No imitemos á la mujer de Lot (*d*), sino al mismo Lot; porque el ánima que volviere al lugar de do salió, desvanecerse ha como sal, y quedarse ha hecha una estatua que no se mueve, porque los tales dificultosamente se vuelven á Dios. Huye de Egipto, y de tal manera huye, que nunca mas vuelvas á él; porque los corazones que á él volvieron, no gozaron de aquella quietísima y pacífica tierra de Hierusalem.

Mas con todo esto no es malo que los que al principio de su conversion dejaron la patria, y todas las cosas con ella, por conservarse en la infancia de su profesion, y cerrar la puerta á todas las cosas que les podian dañar,

(*b*) 2. Cor. 5. (*c*) Rom. 2. (*d*) Genes. 19.

que despues de confirmados y adelantados en la virtud, y perfectamente purgados, vuelvan á ella para hacer á otros participantes de la salud que ellos alcanzaron. Porque aquel grande Moises que vió á Dios, y fué escogido para procurar la salud de su gente, muchos peligros pasó en Egipto, y muchas aflicciones y trabajos en este mundo por esta causa. Mas vale entristecer á nuestros padres, que á nuestro Señor; porque este nos crió y redimió, mas aquellos muchas veces destruyeron á los que amaron, y los entregaron á los tórmentos eternos.

Peregrino es aquel que como hombre de otra lengua, que mora en una nacion extranjera entre gente que no conosce, vive consigo solo en el conoscimiento de sí mismo. Nadie piense que desamparamos nuestra patria y nuestros deudos porque los aborrezcamos (nunca Dios quiera que tal sea nuestra intencion), sino por huir el daño que por su parte nos puede venir. En lo cual tenemos, como en todas las otras cosas, á nuestro Salvador por maestro y ejemplo; el cual muchas veces se ausentó de la Vírgen y del sancto Josef, que era tenido por su padre (*e*), y siéndole dicho por algunos: Cata aquí tu Madre y tus hermanos; luego el buen Maestro nos enseñó este sancto odio y libertad de corazon, diciendo: Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

Aquel ten por Padre que puede y quiere trabajar contigo, y ayudarte á descargar la carga de tus pecados: tu madre sea la compuncion, la cual te lave de las mancillas y suciedades del ánima: tu hermano sea el que juntamente contigo trabaja y pelea en el camino del cielo: tu mujer y compañera que de tí nunca se aparte, sea la memoria de la muerte; y tus hijos muy amados sean los gemidos del corazon, y tu siervo sea tu cuerpo, y tus amigos los sanctos ángeles, que á la hora de la muerte te podrán ayudar, si agora procurares hacerlos familiares y amigos tuyos. Esta es la generacion espiritual de los que buscan á Dios.

El amor de Dios excluye el amor desordenado de los padres; y el que cree que estos dos amores juntos se pueden compadescer, él mismo se engaña, pues le contradice el Salvador, diciendo (*f*), que nadie puede servir á dos señores. Por donde dijo él mismo en otro lugar (*g*): No vine á poner paz en la tierra, sino cuchillo; porque vine á apartar á los amadores de Dios de los amadores del mundo; y á los terrenos y materiales de los espirituales, y á los ambiciosos de los humildes, porque de tal porfía y apartamiento como este se alegra el Señor cuando ve que se hace por su amor.

Y mira, ruégote, con atencion, no estés secretamente tomado del amor de tus parientes, y viéndolos andar naufragando en el diluvio de las miserias y trabajos deste mundo, vayas desproveidamente á socorrerlos, y perezcas juntamente en ese mismo diluvio con ellos. No tengas lástima de los padres y amigos que lloran tu salida del mundo, porque no tengas para siempre que llorar. Cuando los tales te cercaren como abejas, ó por mejor decir como avispas, y comenzaren á hacer lamentaciones sobre tí, vuelve á gran priesa, y fortalece tu corazon con la consideracion de la muerte y de tus pecados, para que con un dolor despidas otro dolor. Prométennos muchas veces engañosamente los nuestros, ó por mejor decir, no nuestros, que todas las cosas se harán á nuestra voluntad, y que no nos impedirán nuestros buenos propósitos; mas esto hacen con intencion de atajarnos nuestro camino, y traernos á su voluntad.

(*e*) Matth. 2. (*f*) Ibid. 6. (*g*) Ibid. 10.

Cuando nos apartáremos del mundo, sea nuestro apartamiento en los lugares mas humildes, y ménos públicos, y mas apartados de las consolaciones del mundo. Si fueres noble, esconde cuanto pudieres, y en ninguna cosa muestres la claridad y nobleza de tu linaje; porque no parezcas en las palabras uno y en las obras otro, si las palabras predican humildad, y las obras vanidad. Ninguno de tal manera peregrinó, como aquel grande Patriarca, á quien fué dicho (*h*): Sal de tu tierra y de entre tus parientes, y de la casa de tu padre; siendo por esta via llamado á andar entre gente bárbara y de lengua peregrina. Y los que esa tan admirable peregrinacion procuraron imitar algunas veces, los levantó el Señor á grande gloria; aunque el verdadero humilde debe huirla y defenderse della con el escudo de la humildad, puesto que divinamente le sea concedida.

Cuando los demonios nos alaban desta virtud de la peregrinacion, ó de otra alguna insigne virtud, luego debemos recurrir con grande atencion á la memoria de aquel Señor que peregrinó del cielo hasta la tierra por nosotros, y hallarémos que aunque viviésemos todos los siglos, no podriamos imitar la pureza desta peregrinacion.

Cualquiera aficion desordenada de parientes ó no parientes, que poco á poco nos lleva tras sí al amor de las cosas del mundo, y nos amortigua el fuego del amor de Dios, ha de ser evitada con grandísima diligencia. Porque así como es imposible mirar con un ojo al cielo y con otro á la tierra, así tambien lo es, estando en el cuerpo, y con el ánimo aficionados al mundo, tener pura aficion á las cosas del cielo. Con gran trabajo y fatiga se alcanza la virtud y las buenas costumbres; y puede acontescer que lo que con mucho trabajo y en mucho tiempo se alcanzó, en un punto se pierda. El que despues de haber renunciado al mundo quiere vivir y conversar con los hombres del mundo, ó morar cerca dellos, es cierto que ha de caer en los mismos peligros dellos, y enlazar su corazon en los pensamientos dellos. Y si así no se enlazare, á lo ménos juzgando y condenando á los que así se enlazan, él tambien se enlazará.

§. ÚNICO.

De los sueños en que suelen ser tentados los principiantes.

No se puede negar sino que sea imperfecto nuestro conoscimiento, y lleno de toda ignorancia, porque, como está escripto, el paladar juzga la calidad de los manjares, y el oído la verdad de las sentencias (*i*). De donde así como el sol descubre la flaqueza de los ojos, así las palabras declaran la rudeza de los entendimientos. Mas con todo esto la caridad nos obliga á tratar cosas que exceden á nuestra facultad. Pienso pues ser cosa necesaria añadir á este capítulo algo de los sueños, para que no ignoremos del todo este linaje de engaño de que usan nuestros adversarios. Mas primero conviene declarar qué cosa sea sueño.

Sueño es movimiento del ánimo en cuerpo inmóbil; porque tal suele estar el cuerpo communmente cuando soñamos. Fantasía es engaño de los ojos interiores, en el ánima adormescida; que es cuando lo que no es se re-

(*h*) Genes. 12. (*i*) Job. 34.

presenta como si fuese, por estar impedido el uso de la razon. Fantasía es alienacion del ánima estando el cuerpo velando, que es cuando el ánima está como fuera de sí con la aprehension vehemente en alguna cosa. Fantasía es aprehension ó imaginacion que pasa presto y no permanesce.

La causa por qué en este lugar nos parescio tratar de los sueños, es manifiesta. Porque despues que dejamos por amor de Dios nuestras casas y parientes, y nos alejamos dellos, y entregamos á la peregrinacion, entónces comienzan los demonios á perturbarnos entre sueños, representándonos nuestros padres y parientes tristes y afligidos ó muertos por nuestra causa, y puestos en necesidades ó estrecho de muerte. Pues el que á tales sueños como estos da crédito, semejante es al que corre tras de su sombra por alcanzarla.

Los demonios tambien, tentadores de la vanagloria, á veces se hacen profetas engañosos, revelándonos entre sueños algunas cosas que ellos como astutísimos pueden conjecturar; para que viendo cumplido lo que vimos en sueños, quedemos espantados, y pensemos que ya estamos muy vecinos á la gracia de los profetas, y con esto nos ensoberbezcamos. Y muchas veces acaesce por secreto juicio de Dios, que el demonio salga verdadero para con aquellos que le dan crédito, así como sale mentiroso á los que no hacen caso dél. Y como él sea espíritu, ve todas las cosas que se hacen dentro deste aire; y cuando adivina que alguno ha de morir, dícelo por sueños á alguno destos que son mas fáciles en creer, y así los engaña. Pero ninguna cosa futura sabe de cierta ciencia, sino por conjecturas; porque aun hasta los hechiceros por esta via alguna vez suelen adivinar la muerte.

Muchas veces acaesce que los demonios se transfiguran en ángel de luz, y toman figura de mártires, y así se nos representan entre sueños, y cuando despertamos hínchennos de alegría y soberbia, y esta es una de las señales de sus engaños; porque los buenos ángeles ántes nos representan tormentos, y juicios, y apartamientos; y cuando despertamos déjannos temerosos y tristes. Y los que comienzan á creer al demonio en estos sueños, despues vienen á ser por él engañados fuera de los sueños. Y por esto de locos y malos es dar crédito á tales vanidades; mas el que ningun crédito les da, este es verdadero filósofo: á aquellos debes siempre dar crédito, que te predican pena y juicio. Y si esto te mueve á desesperacion, tambien entiende que esto viene por parte del demonio.

ANNOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

En este capítulo se trata del tercero grado de la renunciacion, que es el continuo deseo de la union de nuestra ánima con Dios; para lo cual se hace el hombre peregrino y extranjero á todas las cosas del mundo, no solo con el cuerpo (huyendo la patria), sino tambien con el ánimo, desterrando de sí el amor desordenado de todas las cosas, para que suelto el corazon destas cadenas, pueda sin impedimento volar á Dios, y unirse con él, y reposar en él, sin que nadie le quite este reposo, ni lo despierte deste sueño. Lo cual perfectamente se hace en la gloria, mas en esta vida imperfectamente. Pues deste tercero grado de peregrinacion se ha tratado en este capítulo, en el cual tambien se tocan muchas cosas, que aunque no sean esencialmente esta peregrinacion, pero unas son causa della, y otras efectos, y otras partes y ramos della, ó cosas que están anejas á ella. Esto dijimos porque no se maraville ó confunda al lector, viendo cosas tan distinctas de las cuales el título promete, ó queriéndolas violentamente reducir todas á solo él.

CAPITULO IV.

Escalon cuarto: de la bienaventurada obediencia, digna de perpetua memoria.

Dicho ya de la peregrinacion y menosprecio del mundo, viene agora muy á propósito tratar de la obediencia, para doctrina de los nuevos caballeros y guerreros de Cristo. Porque así como ántes del fructo precede la flor, así ante toda, la obediencia, la peregrinacion, ó del cuerpo ó de la voluntad. Porque con estas dos virtudes, como con dos alas doradas, se levanta el ánima del varon sancto hasta el cielo; de la cual por ventura habló el Profeta lleno de Espíritu Sancto, cuando dijo (*a*): ¿Quién me dará alas como de poloma y volaré por la vida activa; y por la contemplacion y humildad descansaré?

Y no pienso que será razon pasar en silencio el hábito y las armas destos fortísimos guerreros, los cuales han de tener primeramente un escudo, que es una grande y viva fe y lealtad para con Dios, y para con el maestro que los ejercita; para que despidiendo en todo el pensamiento de infidelidad, usen luego bien de la espada del espíritu, cortando con ella todas sus proprias voluntades; y así tambien se vistan una loriga fuerte de mansedumbre y de paciencia, con las cuales virtudes despidan de sí todo género de injuria y desacato, y de todas las saetas de respuestas y palabras malas. Tengan tambien un yelmo de salud, que es la oracion espiritual, que guarde la cabeza de su ánima. Y demas desto tengan los piés no juntos, sino el uno adelante, aparejado para ejecutar la obediencia, y el otro puesto en la continua oracion. Este es el hábito y estas las armas de los verdaderos obedientes: agora veamos qué cosa sea obediencia.

Obediencia es perfecta negacion del ánima, declarada por ejercicios y obras del cuerpo. Obediencia es perfecta negacion del cuerpo, declarada con fervor y voluntad del ánima. Porque para la perfecta obediencia todo es necesario que concurra, así cuerpo como ánima, y todo es necesario que se niegue cuando la obediencia lo demanda. Obediencia es mortificacion de los miembros en ánima viva. Obediencia es obra sin exámen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, puerto seguro, excusa delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, navegacion sin temor, camino que durmiendo se pasa. Obediencia es sepulcro de la propria voluntad, y resurreccion de la humildad. Porque el verdadero obediente en nada resiste, en nada discierne lo que le mandan, cuando no es claramente malo, fiándose húmilmente en la discrecion de su prelado. Porque el que sanctamente desta manera mortificare su ánima, seguramente dará razon de sí á Dios. Obediencia es resignacion del proprio juicio y discrecion, no sin grande discrecion.

En el principio deste sancto ejercicio, cuando se han de mortificar ó los miembros del cuerpo, ó la voluntad del ánima, hay trabajo; en el medio á veces hay trabajo, á veces descanso; mas en el fin hay perfecta paz, tranqui-

(*a*) Psalm. 54.

lidad, y mortificacion de toda desordenada perturbacion y trabajo. Entónces se halla fatigado este bienaventurado, vivo y muerto, cuando ve que hizo su propria voluntad, temiendo siempre la carga della.

Todos los que deseais despojaros de lo que os impide para pasar esta carrera espiritual; todos los que deseais poner el yugo de Cristo sobre vuestro cuello, y vuestras cargas sobre el de los otros; todos los que deseais asentaros y escribiros en el libro de los siervos, para recibir por este asentamiento carta de horros, que es perpetua libertad; todos los que deseais pasar nadando el gran mar deste mundo en hombros ajenos, sabed que hay para esto un camino breve, aunque áspero (especialmente á los principios), que es el estado de la obediencia, en la cual hay un principalísimo peligro, que es el amor y contentamiento de sí mismo, cuando á alguno le paresce que es suficiente para regir y gobernar á sí mismo; y quien deste se escapare, sepa cierto que á todas las cosas espirituales y honestas primero llegará que comience á caminar. Porque obediencia es no creer el hombre ni fiarse de sí mismo hasta el fin de la vida, ni aun en las cosas que parezcan buenas, sin la autoridad de su pastor.

Pues cuando por el amor del Señor determináremos inclinar nuestra cerviz á la obediencia, y fiarnos de otro, con deseo de alcanzar la verdadera humildad y salud; ántes de la entrada desta milicia (si en nosotros hay alguna centella de juicio y discrecion) debemos con grandísimo cuidado examinar el pastor que tomamos; porque no nos acaezca por ventura tomar marinero por piloto, enfermo por médico, vicioso por virtuoso, y así en lugar de puerto seguro nos metamos en un golfo tempestuoso, y vengamos á padescer cierto naufragio.

Mas despues que hubiéremos entrado en esta carrera, ya no nos es lícito juzgar á nuestro buen maestro en ninguna cosa, aunque en él hallemos algunos pequeños defectos, porque al fin es hombre como nosotros; porque si de otra manera lo hiciéremos, poco nos podrá aprovechar la obediencia.

Para esto ayuda mucho que los que quieren tener esta fe y devocion inviolable con sus maestros, noten con diligencia sus virtudes y obras loables, y las encomienden á la memoria, para que cuando los demonios les quisieren hacer perder esta fe, les atapen la boca con esta memoria. Porque cuanto estuviere esta fe mas viva en nuestro ánimo, tanto el cuerpo estará mas prompto para los trabajos de la obediencia. Mas el que hubiere caido en infidelidad contra su padre, téngase por caido de la virtud de la obediencia; porque todo lo que caresce de fundamento de fe, va mal edificado. Y por esto cuando algun pensamiento te instigare á que juzgues ó condenes á tu prelado, no ménos has de huir dél, que de un pensamiento deshonesto; ni jamas te acaezca dar lugar, ni entrada, ni principio, ni descanso á esta serpiente. Habla con este dragon y dile: ¡Oh perversísimo engañador! no tengo yo de juzgar mi guia, sino ella á mí; no soy yo su juez, sino el mio.

Las armas de los mancebos es el canto de los Salmos, el morrion son las oraciones, el lavatorio las lágrimas, como los padres determinan; mas la bienaventurada obediencia dicen que es semejante á la confesion del martirio, porque en esta hace el hombre sacrificio de sí mismo. Porque el que está subjecto á obedescer al imperio del otro, él pronuncia sentencia contra sí mismo. Y el que por amor de Dios obedesce perfectamente aunque á él le paresce que no obedesce á sí, todavía con esto se excusa del juicio divino, y lo carga sobre su prelado. Mas si en algunas cosas quisiere cumplir su voluntad, las cuales acaesce que el prelado tambien le manda, no es esta pura y verdadera obediencia. Y el prelado hace muy bien en reprehender al que así obedesce; y si calla, no tengo que decir en esto mas de que él toma esta carga sobre sí.

Los que con simplicidad se subjectan al Señor, caminan perfectamente; porque no curan de examinar ni deslindar curiosamente los mandamientos de sus mayores, á lo cual los demonios siempre nos provocan. Ante todas las cosas conviene que á solo nuestro juez confesemos nuestras culpas, y estemos aparejados para confesarlas á todos, si por él así nos fuere mandado; porque las llagas publicadas y sacadas á luz, no vendrán á corromperse y afistolarse, como lo harian si las tuviésemos secretas.

§. I.

De la conversacion, trato y ejercicios maravillosos de una communidad regular y bien concertada.

Viniendo yo una vez á un monasterio, vi un terrible juicio de un muy buen pastor y juez que lo gobernaba. Porque estando yo allí por algun espacio de tiempo, vi un ladron que vino á tomar el hábito, al cual aquel buen pastor y sapientísimo médico mandó que le dejasen estar en toda quietud y reposo por espacio de siete dias, para que en este tiempo viese el estado y órden del monasterio. Pasado este plazo, llamóle el pastor á solas, y preguntóle si le parescia bien morar en aquella compañía; y como él respondiese con toda sinceridad que sí, de muy buena voluntad, tornóle á preguntar qué males habia cometido en el siglo; y como él prompta y discretamente los confesase todos, por mejor probarlo, díjole el padre: Quiero que todas estas culpas confieses en presencia de todos los religiosos. El, como verdadero penitente, y como hombre que aborrescia de corazon todas sus maldades, pospuesta toda humana vergüenza y confusion, respondió que sin dubda lo haria así, y que aun en medio de la plaza de Alejandría las diria á voces, si á él así le paresciese. Ayuntados pues todos los religiosos en la iglesia (que eran por número docientos y treinta) en un dia de domingo, leido el Evangelio, y acabados los divinos misterios, mandó el padre que trajesen á la iglesia aquel reo, que en nada resistia. Trajéronle pues algunos religiosos, atadas las manos atras, y vestido de un asperísimo cilicio, y cubierta la cabeza con ceniza, y diciplinándole mansamente las espaldas, y con este aspecto tan doloroso todos quedaron espantados, y prorumpieron en grandes lágrimas y gemidos, porque ninguno dellos entendia lo que pasaba. Pues como él llegase á las puertas de la iglesia, mandóle aquel sagrado padre y clementísimo juez con voz terrible que estuviese quedo, porque no eres, dijo él, merescedor de llegar á los umbrales desa puerta. Entónces él, herido con el golpe desta voz, la cual con grandísimo consejo y sabiduría aquel verdadero médico habia dado, porque le parescia á él, como despues con juramento nos afirmó, que no habia oido voz de hombre, sino de un terrible trueno; y así temblando y lleno de pavor cayó

en tierra prostrado, y estando así cubriendo la tierra de lágrimas, aquel maravilloso médico que todo esto ordenaba para su salud, y para dar un ejemplo y forma de verdadera humildad, mandóle que dijese en público todos los pecados que habia cometido. Lo cual él dijo con grande humildad, y con grande espanto de los que presentes estaban, sin dejar de decir todas las maneras de homicidios, hechicerías, y hurtos, y otras cosas que ni es lícito decir ni escribir. Y despues de haberse así confesado, mandóle el padre quitar el cabello, y recibir á la compañía de los religiosos. Y maravillado yo de la sabiduría deste sancto padre, preguntéle despues secretamente por qué causa habia hecho una tan extraña manera de juicio como aquella. El,como verdadero médico, por dos causas, dijo, hice esto: la primera, por librar aquel penitente de la eterna confusion con aquella presente confusion, lo cual así fué, porque no se levantó del suelo, ¡oh padre Juan! hasta que del todo recibió perdon de todos sus pecados. Y en esto no quiero que tengas escrúpulo ni dubda, porque uno de los religiosos que presentes estaban, me afirmó despues, que habian visto allí un hombre de alta y terrible estatura, el cual tenia un papel escripto en la mano, y una pluma en la otra, y cuando aquel penitente prostrado en tierra confesaba un pecado, este hombre lo borraba con la pluma. Y cierto con mucha razon, porque escripto está (*b*): Dije: confesaré contra mí mis pecados al Señor, y tú perdonaste la maldad de mi corazon. Lo segundo, hice esto porque tengo aquí algunos religiosos que no han enteramente confesado todos sus pecados, los cuales con este ejemplo se moverán á la confesion dellos, sin la cual nadie puede alcanzar salud.

Otras cosas muchas admirables y dignas de memoria vi en aquella sanctísima congregacion, y en el pastor della, de las cuales estoy determinado contaros algunas; porque estuve allí no poco tiempo, mirando continuamente con grande atencion su manera de conversacion y vida, maravillándome grandemente de ver cómo aquellos ángeles de la tierra imitaban á los del cielo. Porque primeramente estaban entre sí unidos con un estrechísimo vínculo de caridad; y lo que es mucho mas de maravillar, amándose tanto como se amaban, no habia entre ellos atrevimiento ni confianza demasiada, ni soltura de palabras ociosas. Y con esto trabajaban con grandísimo estudio de no escandalizarse unos á otros, ni darse ocasion de mal. Y si alguno entre ellos acontescia tener algun rencor contra el otro, luego el buen pastor lo desterraba (como á hombre condenado) á otro monasterio separado para semejantes delitos. Acaesció que uno dellos maldijo á otro, al cual el sancto pastor mandó que echasen fuera de la compañía, diciendo que no era razon sufrir en el monasterio demonios visibles é invisibles.

Vi yo en aquellos sanctos cosas grandemente provechosas y dignas de grandísima admiracion. Vi una compañía de muchos, que con el vínculo de la caridad eran todos una cosa en Cristo, y todos muy ejercitados en obras de vida activa y contemplativa. Porque en tanta manera se despertaban y aguijaban los unos á los otros para las cosas de Dios, que casi no tenian necesidad de ser para esto amonestados por el padre espiritual. Para lo cual tenian ellos entre sí ciertas maneras de ejercicios y amonestaciones á sus propósitos. Porque si alguna vez acaescia que algunos dellos en ausencia del prelado hablaban alguna palabra ociosa, ó dañosa, ó de murmuracion, el hermano que esto veia, le hacia secretamente cierta señal para que mirase por sí, y moderase sus palabras. Y si por ventura el amonestado no miraba tanto en ello, entónces el otro se prostraba en tierra delante dél, y luego se iba. Si algunas veces se juntaban á hablar, toda la plática era hablar de la memoria de la muerte y del juicio advenidero.

No quiero pasar en silencio la virtud singular del cocinero de aquel monasterio que allí vi. Porque mirando yo cómo perseverando en una continua y perpetua ocupacion, estaba siempre muy recogido, y que demas desto habia alcanzado gracia de lágrimas, roguéle húmilmente me quisiese descubrir cómo habia merescido esta gracia. El cual importunado con mis ruegos, en pocas palabras me respondió: Nunca pensé que servía á hombres, sino á Dios; y siempre me tuve por indigno de quietud y reposo; y la vista deste fuego material me hace siempre llorar y pensar en la acervidad del fuego eterno.

Quiero contar otra manera de virtud singular que vi en ellos. Entendí que ni aun estando asentados á la mesa cesaban de los espirituales ejercicios. Y para esto tenian ciertas señales con que unos á otros secretamente se exhortaban al estudio de la oracion, aun en el tiempo que comian. Y no solo hacian esto cuando estaban á la mesa, sino tambien cuando acaso se encontraban, ó cuando algunas veces se ajuntaban en uno.

Y si acescia que uno cometiese algun defecto, viérades los otros hermanos pedirle con toda instancia que les diese cargo de dar cuenta de aquella culpa al padre espiritual, y recibir la penitencia dello. Y como aquel gran varon conociese esta piadosa contencion de sus discípulos, usaba de mas blanda correccion, sabiendo que el culpado era innocente, y no queria averiguar ni hacer pesquisa del autor del delito. Pues ¿cuándo entre ellos tenian lugar palabras ociosas, ó donaires, ó risas?

Si á alguno dellos acontescia estar porfiando con su hermano, el que acaso por allí pasaba se tendia á sus piés, y desta manera los amansaba. Y si por ventura supiese que algunos dellos todavía tenian memoria de la injuria, luego lo hacia saber al padre, que despues del abad tenia cargo del monasterio, y trabajaba con todo estudio que no se pusiese el sol sobre su ira (*c*). Y si ellos todavía estuviesen endurecidos y porfiados, no les daba licencia para comer hasta que uno á otro se perdonasen, y cuando esto no querian, expelíanlos del monasterio. Era esta diligencia sin dubda muy loable y digna de memoria, de la cual tan grande fructo se seguia y se conoscia.

Habia muchos entre aquellos sanctos varones, muy señalados y admirables en la vida activa y contemplativa, y en la discrecion y humildad. Viérades allí un terrible y celestial espectáculo, que eran unos viejos reverendos, llenos de canas y de muy venerable presencia, los cuales estaban como unos niños aparejados para obedescer, y para discurrir á una parte y á otra; merescïendo grande gloria con este ejercicio de humildad. Vi algunos dellos que habia cincuenta años que militaban debajo de la obediencia, á los cuales como yo pregun-

(*b*) Psalm. 31.

(*c*) Ephes. 4.

tase qué consolacion, ó qué fructo habian alcanzado de tan grande trabajo, unos me respondian que habian por este medio llegado al abismo de la humildad, con la cual estaban libres de muchos combates del enemigo; y otros que por aquí habian llegado á perder el sentimiento en las injurias y deshonras.

Vi otros de aquellos varones, dignos de eterna memoria, con rostros de ángeles, cubiertos de canas, haber llegado á una profundísima innocencia, llena de simplicidad, alcanzada con grande fervor de espíritu y favor de Dios; no ruda é ignorante (cual es la que vemos en los viejos del siglo, que solemos llamar tontos ó desvariados), los cuales en lo de fuera parescian y eran mansos, blandos y agradables, alegres, y que en sus palabras y costumbres ninguna cosa tenian fingida, ni desmesurada, ni falsificada (que es cosa que en pocos se halla); y en lo de dentro estaban prostrados como niños ante los piés de Dios y de sus prelados, teniendo por otra parte el rostro de sus ánimas muy feroz y osado contra los enemigos.

Primero se acabarán los dias de mi vida que pueda yo explicar todas las virtudes que allí vi, y aquella sanctidad que llegaba hasta el cielo: y por esto he tenido por mejor adornar esta doctrina con los ejemplos de sus trabajos y virtudes, por incitaros á la imitacion dello, que con la bajeza de mis palabras, pues es cierto que lo que es mas bajo se adorna y resplandesce con lo mas alto. Mas con todo esto, primeramente os ruego que no penseis que en este proceso diré cosa fingida, ni cosa que no sea verdadera, pues está claro que donde hay falsedad, no puede haber utilidad; y por esto tornarémos á proseguir lo que habiamos comenzado.

§. II.

Prosigue la misma materia de obediencia, contando diversos ejemplos.

Un religioso llamado Isidoro, que era de los principales de Alejandría, entró en este monasterio, y renunció el mundo pocos años ha, el cual yo allí merescí ver. Recibiéndolo pues aquel maravilloso pastor, y conjecturando por el aspecto de la persona y por otras circunstancias ser hombre áspero, intratable, soberbio y hinchado con la vanidad del siglo, determinó de vencer la astucia de los demonios por este arte. Dijo al sobredicho: Isidoro, si verdaderamente has determinado de tomar sobre tí el yugo de Cristo, quiero que ante todas las cosas te ejercites en los trabajos de la obediencia. Al cual respondió él: Así como el hierro está subjecto á las manos del herrero, así yo, padre sanctísimo, me subjecto á todo lo que mandares. Pues quiero, dijo él, hermano, que estés á la puerta del monasterio, y que te derribes ante los piés de todos cuantos entran y salen, y les digas: Ruega por mí, padre, que soy pecador. El obedesció á esto como un ángel á Dios. Y despues de haber empleado en aquella obediencia siete años, y alcanzado por este medio una profundísima humildad y compuncion, quiso el padre, despues deste ejercicio de paciencia, de que tan grande ejemplo habia dado, levantarlo á la compañía de los religiosos, y honrarlo con darle órdenes, como á verdaderamente merescedor dellas; mas él echando al padre muchos rogadores, y á mí tambien entre ellos, acabó con él que le dejese en aquel mismo lugar, como lo habia hecho hasta entonces, hasta que acabase su carrera; entendiendo y significando con estas palabras, que ya su fin y el dia de su vocacion llegaba; y así fué, porque acabados diez dias, el buen maestro le dejó permanescer en aquel mismo lugar, y por medio de aquella subjeccion é ignominia pasó á la gloria, y siete dias despues de su muerte llevó consigo el portero del monasterio, porque el bienaventurado varon le habia prometido que si despues de su muerte tuviese alguna cabida con el Señor, él negociaria cómo fuese su compañero perpetuo, y que esto sería muy presto, y así fué. Lo cual nos fué certísimo indicio de sus merescimientos y su perfecta obediencia, y de su sagrada y divina humildad.

Pregunté yo á este grande y esclarecido varon, cuando aun vivia, qué linaje de ejercicio tenia su ánima cuando moraba á la puerta. No me escondió esto aquel memorable y dulcísimo padre, deseando aprovecharme. Al principio, dijo, hacia cuenta que estaba vendido por mis pecados, por donde con summa amargura y violencia, haciéndome grande fuerza, me derribaba á los piés de todos, y apénas era acabado un año, cuando hacia esto ya sin violencia y sin tristeza, esperando de Dios el galardon de mi paciencia. Cumplido despues otro año, de todo corazon me comencé á tener por indigno de la conversacion del monasterio, y de la compañía y vista de los padres dél, y de la participacion de los divinos sacramentos. Y finalmente víneme á tener por indigno de levantar los ojos y mirar á nadie en la cara; por lo cual enclavados los ojos en tierra, y no ménos el corazon que el cuerpo, rogaba á los que entraban y salian que hiciesen oracion por mí.

Estando asentados una vez á la mesa, aquel grande maestro, inclinando su sagrada boca á mi oreja, me dijo: ¿Quiéres que te muestre un divino seso y prudencia en una cabeza toda blanca y llena de canas? Pues como yo le pidiese esto con toda instancia, llamó de la mesa que estaba mas cercana, á un padre que se llamaba Laurencio, que habia vivido en aquel monasterio casi cuarenta y ocho años, y era el segundo presbítero del sagrario. El cual como viniese, y se pusiese de rodillas delante del abad, recibió dél la bendicion; mas despues que se levantó, no le dijo palabra alguna, sino dejóle estar así en pié ante la mesa sin comer; y era entónces el principio de la comida. El estuvo desta manera en pié, sin moverse, una grande hora y mas: tanto, que yo habia ya vergüenza, y no lo osaba mirar á la cara; porque él era todo cano, como hombre de edad de ochenta años. Y desta manera estuvo sin hablar palabra hasta en fin de la mesa. De la cual, como nos levantásemos, mandóle el sancto abad que fuese á aquel sobredicho Isidoro, y le dijese el principio del Salmo 39.

Y yo, como malicioso, no dejé de tentar á aquel sancto viejo despues, y preguntarle qué pensaba cuando estaba allí: y él me respondió que habia puesto la imágen de Cristo en su pastor, y que del todo no le parescia que este mandamiento habia salido dél, sino de Cristo; por lo cual (¡oh padre Juan!) paresciéndome que estaba no delante de la mesa de los hombres, sino ante el altar de Dios, hacia oracion, y no daba entrada á algun linaje de pensamiento malo contra mi pastor, por la grande caridad y sincera fe que yo tengo para con él. Porque escripto está (*d*): La caridad no piensa mal. Tambien quiero que sepas

(*d*) 1. Cor. 13.

esto, padre, que despues que uno del todo se ha entregado á la simplicidad é innocencia, no da ya tanto lugar ni tiempo al espíritu malo contra sí.

Y cual era este bienaventurado pastor y padre de espirituales ovejas, tal era el procurador del monasterio, que Dios le habia dado casto y moderado como cualquier otro; y manso, como muy pocos. Quiso pues una vez este gran padre tentarlo, reprehendiéndolo para utilidad de los otros, y así mandó (sin haber causa para ello) que lo echasen de la iglesia.

Yo (como supiese que él era innocente de aquel crímen que el padre le ponia) secretamente le alababa y encarecia su innocencia. A lo cual me respondió sapientísimamente, diciendo: Bien sé, padre, que él es innocente; mas así como es cosa cruel quitar el pan de la boca del niño que se muere con hambre; así es cosa perjudicial para el prelado y para los súbditos, si el que tiene á cargo sus ánimas, no les procura todas las horas cuantas coronas viere que pueden merescer, ejercitándolos con injurias é ignominias, objecciones y escarnios; porque en tres inconvenientes cae si esto no hace. El primero, que priva al súbdito devoto del mérito de la paciencia. El segundo, que defrauda á los otros del buen ejemplo de su virtud. El tercero (y muy principal), que muchas veces los que parescen muy perfectos y muy sufridores de trabajos, si á tiempo los dejan los prelados sin probarlos, ó reprehenderlos, ó ejercitarlos con alguna maña, con denuestos é injurias, como hombres ya acabados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenian; porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego del agua (quiero decir, el ejercicio del sufrimiento de las ignominias), suele hacerse silvestre, infructuosa, y producir espinas de pensamientos deshonestos y de dañosa seguridad. Y sabiendo esto aquel grande Apóstol, escribe á Timoteo (*e*) que amoneste y reprehenda á sus súbditos oportuna é importunamente.

Mas como todavía yo replicase á aquel sanctísimo pastor, alegando la flaqueza de la edad, y tambien cómo muchos reprehendidos sin causa, y á las veces con causa, se salian y descarriaban de la manada; respondió á esta objeccion aquel armario de sabiduría, diciendo: El ánima que por amor de Dios está enlazada con vínculo de fe y amor con su pastor, sufrirá hasta derramar la sangre, y nunca desfallescerá; mayormente si ántes hubiere sido espiritualmente ayudada por él en la cura de sus llagas, y regalada con los beneficios y consolaciones espirituales, acordándose de aquel que dijo (*f*) que ni los ángeles, ni principados, ni virtudes, ni otra criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Cristo. Mas la que no estuviere así enlazada y fundada, y (si decir se puede) engrudada con él, maravilla será no estar de balde en el monasterio; porque la obediencia desta no es verdadera, sino fingida.

Y ciertamente aquel grande varon no fué defraudado de su esperanza; mas ántes enderezó y perficionó y ofresció á Cristo muchas destas ofrendas puras y limpias. Deleitable cosa es ver y oir la sabiduría de Dios encerrada en vasos de barro. Maravillábame yo, estando allí, de ver la fe y paciencia insuperable en las ignominias é injurias; y á veces de las persecuciones de los que de nuevo venían del siglo: las cuales sufrian, no solo de la mano del abad, sino tambien de otros que eran mucho menores que él.

Y por esto, para edificacion mia, pregunté á uno de los religiosos que habia quince años que estaba en el monasterio, que se llamaba Abaciro, el cual señaladamente via yo ser injuriado casi de todos, y á veces ser echado de la mesa por los ministros (porque era aquel religioso algun tanto incontinente de la lengua), decíale yo pues: ¿Qué es esto, hermano Abaciro, que te veo cada dia echar de la mesa, y algunas veces acostarte sin cenar? El cual á esto me respondió: Creeme, padre, lo que te digo, pruébanme estos padres mios para ver si quiero ser monje, y no lo hacen porque me quieren injuriar: y sabiendo yo ser esta la intencion del padre y de todos los otros, fácilmente y sin ninguna molestia lo sufro todo. Y pensando esto he sufrido quince años, y espero sufrir mas; porque cuando entré en el monasterio, ellos me dijeron que hasta los treinta años probaban á los que dejaban al mundo. Lo cual, ¡oh padre Juan! tengo yo por muy acertado; porque el oro no se purifica sino en la fragua. Este pues noble Abaciro, el segundo año despues que vine á aquel monasterio, falleció desta presente vida; el cual, estando ya para morir, dijo á los padres: Gracias doy al Señor y á vosotros, padres, que para bien de mi ánima continuamente me tentastes: por la cual causa hasta agora he vivido libre de las tentaciones del enemigo. Al cual aquel sancto pastor justísimamente mandó sepultar como á confesor de Cristo en el lugar de los sanctos que allí estaban sepultados.

Paréceme que haré grande agravio á los amadores de la virtud, si callare la virtud y batalla de un religioso llamado Macedonio, el cual era el primero oficial del monasterio. Una vez pues este religioso varon, dos dias ántes de la fiesta de la Epifanía, rogó al abad del monasterio le diese licencia para ir á Alejandría, por causa de ciertos negocios que le eran necesarios, diciendo que él volveria á entender en su oficio, y aparejar lo que convenía para la fiesta. Mas el demonio, enemigo de todos los bienes, rodeó el negocio de tal manera, que él no pudo venir para el dia de aquella sagrada solemnidad. Y como él volviese un dia despues, el abad le privó de su oficio, y le mandó estar en el mas bajo lugar de los novicios. Aceptó este castigo el buen ministro de paciencia, y príncipe de todos los ministros en el sufrimiento: y esto tan sin tristeza y pesadumbre, como si otro fuera el penitenciado y no él; y habiendo cumplido cuarenta dias en esta penitencia, mandóle el sapientísimo padre volver á su primer lugar. Y pasado un dia, rogóle este religioso quisiese volverlo á dejar en la humildad de aquella ignominia, diciendo que habia cometido en la ciudad un grave delito que no era para decir. Mas sabiendo el sancto varon que decia esto mas por humildad que con verdad, dió lugar al honesto deseo de aquel buen trabajador: viérades allí aquellas venerables canas estar en el lugar y órden de los novicios, pidiendo sinceramente á todos rogasen á Dios por él, diciendo que habia caido en fornicacion de desobediencia. Y este gran varon declaró despues á mí, pobre é indigno, por qué causa habia procurado tan de gana esta manera de humildad y penitencia, diciendo que nunca se habia sentido tan descargado de todo género de tentaciones, y tan lleno de la dulzura de la divina luz, como en aquellos

(*e*) 2. Tim. 4. (*f*) Rom. 8.

dias. De ángeles es no caer; mas de los hombres es caer y levantarse despues cuando esto les acaesciere: mas á los demonios solamente conviene nunca levantarse despues de haber caido.

Un padre que tenia cargo de la procuracion del monasterio me contó esto. Siendo yo mancebo, y teniendo cargo de unos animales, acaesció que vine á desvarar en una grave culpa de mi ánima. Pues como yo tenia por costumbre no tener cosa encubierta en la cueva de mi ánima, tomando por la mano la cola de la serpiente, que es el fin de la obra, luego la descubrí al médico de llagas. El cual sonriéndose con un rostro alegre, y tocándome livianamente en el rostro, dijo: Anda, hijo, y ejercita tu oficio como lo hacias ántes, sin temor alguno: y yo, esforzado con una fe firmísima, y recobrada en pocos dias la salud perdida, corria por mi camino adelante lleno de alegría y temor. Lo cual he dicho, para que por aquí se vea claro el esfuerzo que se sigue de revelar luego nuestras llagas al padre espiritual.

Hay en todas las órdenes de criaturas, como algunos dicen, muchos grados y diferencias. Por lo cual como en aquella compañía de religiosos hubiese diferentes grados de aprovechamientos y espiritus, si el padre entendia haber algunos amigos de ostentacion en presencia de los seculares que venian al monasterio, curábalos desta manera. Hablábales palabras ásperas en presencia dellos, y mandábalos entender en los oficios mas bajos de casa; con lo cual ellos quedaron tan curados, que si algunos señores venian al monasterio, luego huian á gran priesa de la presencia dellos: y así era alegre cosa ver cómo la vanagloria perseguia á sí misma, huyendo la presencia de los hombres, que ella misma ántes procuraba.

No quiso el Señor que me partiese de aquel monasterio sin provision de las oraciones de un sancto y admirable varon, llamado Menna, que tenia el segundo lugar despues del abad en el regimiento del monasterio, que fallesció siete dias ántes que yo me partiese, despues de haber vivido cincuenta años en el monasterio, y haber servido en todos los oficios dél. Celebrando pues nosotros tres dias despues de su fallescimiento el acostumbrado oficio de los difuntos por el ánima de tan grande padre, súbitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitió pues aquel grande padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacía; y esto hecho, vimos todos que de sus preciosísimas plantas (como de dos fuentes) manaba un ungüento suavísimo. Entónces el padre del monasterio, volviéndose á todos, dijo: ¿Veis, hermanos, cómo los sudores de sus cansancios y trabajos fuéron recibidos de Dios como un ungüento preciosísimo?

Deste beatísimo padre Menna nos contaban los padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes, entre las cuales contaban esta: Que queriendo el padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el abad pidiéndole la bendicion (segun era de costumbre, él lo dejó estar así prostrado en tierra desde el principio de la noche hasta la hora de los maitines, y á aquella hora acudió á darle la bendicion y levantarlo del suelo, reprehendiéndole como á hombre impacientísimo, y que todas las cosas hacia por vanidad y ostentacion. Sabía muy bien el sancto padre cuán fuertemente él habia de sufrir esto, por lo cual quiso dar este público ejemplo para edificacion de todos. Y un discípulo deste sancto Menna, que sabia muy por entero los secretos de su maestro (de que algunas veces nos daba parte), preguntándole yo curiosamente, si por ventura vencido del sueño se habia dormido estando así prostrado, afirmónos que estando así habia rezado todo el Psalterio de David.

No dejaré de entretejer en la corona de nuestra obra esta presente esmeralda. Moví yo una vez ante algunos de aquellos sanctísimos ancianos una cuestion de la quietud de la vida solitaria, y ellos con sereno y alegre rostro, sonriéndose, me dijeron: Nosotros, ó padre Juan, como hombres terrenos escogimos instituto y manera de vivir que no se levantase mucho de la tierra, entendiendo que conforme á la medida de nuestra enfermedad nos convenía escoger la manera de los peligros y batallas; pareciéndonos mas seguro luchar con los hombres, que á tiempos se encruelecen, y á tiempos se amansan, que con los demonios, los cuales siempre contra nos están encarnizados y armados.

Otro de aquellos varones dignos de eterna memoria (como me amase mucho en el Señor, y tuviese conmigo estrecha familiaridad), con dulcísimo y alegre corazon me dió en pocas palabras una summa de toda la vida religiosa, diciendo así: Si verdaderamente (pues eres tan sabio) has bien penetrado la virtud de aquellas palabras del Apóstol, que dijo (*g*): Todo lo puedo en aquel que me conforta; y si juntamente con esto el Espíritu Sancto ha sobrevenido en tí con el rocío de la castidad, y te ha hecho sombra con la virtud de la paciencia, ciñe como varon tus lomos con el lienzo de la obediencia, y levantándote de la cena de la quietud, lava con espíritu de contricion los piés de tus hermanos, ó por mejor decir, derríbate á los piés de tus hermanos con un corazon abatido y humillado, y pon á la puerta de tu corazon velas y guardas muy severas.

Trabaja tambien que tu ánima esté siempre fija é inmutable en ese cuerpo tan movedizo, y que tenga una intelectual quietud entre los movimientos y discursos desos miembros lijeros y movibles; y (lo que es sobre todos los milagros) procura en medio de los desasosiegos estar con ánimo quieto y reposado. Refrena la desvariada y furiosa lengua, para que no se desmande en contradecir y porfiar; y pelea contra esta rabiosa señora setenta veces al dia. Enclava en la cruz de tu ánima una dura yunque, la cual martillada muchas veces con injurias, escarnios, maldiciones y denuestos, persevere siempre entera, lisa, llana y sin moverse; desnúdate de todas tus proprias voluntades, como una vestidura de confusion, y así desnudo comienza á correr por la carrera de la virtud.

Vístete, lo que es muy raro y dificultoso de hallar para entrar en esta batalla, una fina loriga de viva fe, la cual ningun tiro de infidelidad pueda romper ni falsear. Deten con el freno de castidad el sentido del tacto, que desvergonzadamente se suele desmandar. Reprime tambien con la continua meditacion de la muerte la curiosidad de los ojos, para que no quieran cada hora mirar vanamente la gracia ó la hermosura de los cuerpos. Refrena tambien con el perpetuo cuidado de tí mismo la curiosidad del ánimo, que descuidado de sí quiere siempre condenar al prójimo: ántes procura siempre de mostrarle y usar con él de toda caridad y misericordia sinceramente. Porque en esto conocerán todos, ó amantísimo

(*g*) Philip. 4.

padre, que somos discípulos de Cristo, si ayuntados en uno nos amáremos unos á otros (*h*).

Aquí, aquí (me decia este buen amigo), aquí ven á estar juntamente con nosotros, y bebe á cada hora escarnios y vituperios así como agua viva; porque habiendo escudriñado el sancto rey David todas cuantas cosas alegres habia debajo del cielo, en cabo vino á decir (*i*): Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar los hermanos en uno. Y si aun no habemos alcanzado este tan grande bien de paciencia y obediencia, no nos queda sino que conosciendo nuestra flaqueza, estemos en la soledad apartados desta batalla, y confesemos ser bienaventurados los guerreros que pelean en ella, y roguemos á Dios les dé paciencia.

Confieso que fuí vencido con las palabras deste buen padre y excelentísimo maestro, el cual con la autoridad del Evangelio y de los profetas, y mucho mas con la fuerza del amor sincerísimo habia contradicho mi parecer. De donde resultó que ya sin ninguna contradiccion, de buena gana diese yo la ventaja y la victoria al estado de la obediencia.

Todavía me queda por contar una muy provechosa virtud de aquellos bienaventurados: y dicha esta, como quien sale del paraíso, volveré á entrar en el zarzal de mi inútil y desgraciada doctrina. Estando nosotros un dia en la oracion, vió el sancto padre ciertos religiosos que estaban entre sí hablando, los cuales mandó poner ante la puerta de la iglesia, aunque fuesen de los clérigos y mas ancianos, y que por espacio de siete dias se prostrasen en tierra á todos cuantos entrasen y saliesen por ella.

Mirando yo una vez uno de los religiosos que estaba mas atento que los otros en el cantar de los Salmos, y que especialmente al principio de los himnos, con la figura y semblante que mudaba, parecia que hablaba con otro, roguéle me dijese qué era lo que aquello significaba; y él, deseándome aprovechar, no me lo quiso encubrir, y así me dijo: Yo, padre Juan, al principio del oficio divino, suelo recoger con gran cuidado mi corazon y mis pensamientos, y llamándolos ante mí, les digo: Venid, adoremos y prostrémonos ante Cristo nuestro Dios y nuestro Rey.

Vi tambien allí un religioso que tenia cargo de mandar aparejar la comida á los hermanos, el cual traia colgado de la cinta un librico pequeño, en el cual escribia cada dia todos sus pensamientos, y daba cuenta dellos á su pastor. Y no solo este, mas otros muchos vi allí hacer lo mismo; porque era esto, como despues supe, mandamiento de aquel sancto pastor.

Echó una vez el padre fuera de la compañía de los religiosos á uno que habia maltratado de palabras á otro religioso, el cual perseveró siete dias á la puerta del monasterio pidiendo húmilmente el perdon y la entrada; lo cual como supiese aquel estudioso guardador de las ánimas, y le dijesen que todos aquellos dias no le habian dado de comer, mandóle decir que si queria morar en el monasterio, habia de estar en la casa de los penitentes. Y como él aceptase esta condicion, mandóle el padre llevar á aquella casa, donde estaban los que hacian penitencia por sus pecados, y así se hizo.

Y porque se ha ofrescido ocasion de hacer mencion deste lugar, la necesidad me obliga á decir algo dél. Estaba pues este lugar apartado por espacio de una milla del monasterio principal, y llamábase cárcel; y así estaba como verdadera cárcel, desnudo de toda humana consolacion. No se veia allí vapor de humo, no vino, no aceite para comer, sino solamente pan y yerbas. En este lugar mandaba encerrar el padre á todos los que despues de su llamamiento habian pecado gravemente, de tal manera, que no los sacaba de allí hasta que el Señor le avisase del perdon de sus yerros. Y no estaban todos juntos, sino apartados cada uno por sí, ó cuando mucho de dos en dos. Habiales puesto el Padre por presidente un grande y señalado varon, que se llamaba Isaac, el cual obligaba á todos aquellos que á su cargo estaban, á tener casi perpetua oracion. Tenian tambien allí mucha abundancia de hojas de palmas, para ocuparse en algo, y desterrar la pereza de aquel sancto lugar. Esta es la vida, este es el estado, y este el propósito de los que de verdad buscan la cara del Dios de Jacob. Digna cosa es por cierto maravillarnos de los trabajos de los sanctos, mas trabajar por imitarlos es lo que nos da salud.

(*h*) Joan. 13. (*i*) Psalm. 132.

§. III.

Prosigue la doctrina de la obediencia, dando diversos avisos y documentos della.

Cuando siendo reprehendidos de nuestros mayores nos afligimos y congojamos, traigamos á la memoria nuestros pecados; porque viendo el Señor el trabajo que él quiere que padezcamos, juntamente nos descargue de los pecados y del trabajo que padescemos, y convierta nuestro dolor en alegría. Porque segun la muchedumbre de los dolores de nuestro corazon, así sus consolaciones suelen alegrar nuestras ánimas (*k*). En este tiempo no nos olvidemos de aquel que dijo al Señor (*l*): Cuántas y cuán grandes tribulaciones me diste, Señor, á sentir: y despues vuelto á mí me resucitastes y sacastes de los abismos de la tierra donde estaba caido. Bienaventurado aquel que provocado cada dia con denuestos é injurias, sufre con paciencia, haciendo fuerza á sí mismo; porque este tal con los mártires se alegrará, y con los ángeles será coronado. Bienaventurado el monje que en todas las horas del dia se estima por merescedor de toda objeccion y confusion. Bienaventurado el que mortificó su propria voluntad hasta el fin de la vida, y entregó todo el cargo y providencia de sí á su espiritual maestro; porque este tal será colocado á la diestra de aquel Señor que fué obediente hasta la muerte.

El que despide de sí la reprehension justa ó injusta, la vida despidió de sí; mas el que la sufre con trabajo ó sin trabajo, presto alcanzará perdon de sus pecados. Representa á Dios en lo íntimo de tu corazon la fe y caridad sincera que tienes con tu padre espiritual, y él secretamente le descubrirá este afecto y amor tuyo para con él; para que de ahí adelante así te ame, y trate los negocios de tu salud con mas estudio y atencion.

El que siempre está aparejado para descubrir todas las serpientes de los malos pensamientos, grande muestra de fe da de sí; mas el que las encubre en lo secreto de su corazon, mal encaminado va. Si alguno quisiere examinar la caridad y amor que tiene para con sus hermanos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento.

(*k*) Ibid. 93. (*l*) Ibid. 70.

El que es porfiado en llevar su parecer adelante, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve á ello; y si esto hiciere tratando con sus iguales, por ventura se emendará con la reprehension de los mayores. Mas si esta pertinacia tuviere contra el parecer de los sabios, ya este mal no se podrá curar con sola arte humana.

El que no es humilde en las palabras, no lo será en las obras; porque el que en lo poco es infiel, tambien lo será en lo mucho, y este tal no hará caso de la autoridad de los mayores, y así trabajará en vano; porque no sacará fructo, sino juicio del estado de la obediencia.

Si alguno guarda su conciencia limpia, viviendo en la subjeccion del padre espiritual, este tal esperará sin temor la muerte, como quien espera un sueño, ó por mejor decir, la vida, sabiendo que á la hora de la muerte no tanto pedirán cuenta á él, cuanto al padre espiritual.

Si alguno sin ser forzado por obediencia recibió algun cargo ó administracion, y en ella despues, contra lo que él esperaba, se desmandó en algo, no atribuya la causa desta culpa á quien le dió las armas, sino á él que las tomó. Porque habiendo recibido armas para pelear con los enemigos, las volvió contra sí, y se atravesó el corazon con ellas. Mas si esto hizo forzado por obediencia, declarando primero su flaqueza, no se congoje; porque si cayere no morirá.

No sé cómo se me habia olvidado, ó amantísimos padres, poneros delante este suavísimo pan de virtud. Vi allí algunos obedientes en el Señor, á los cuales cada dia les maltrataban con deshonras, injurias é ignominias, para que cuando por otra parte fuesen injuriados de véras, estuviesen ya con esta manera de esgrima y ejercicio apercibidos para recibirlas, como acostumbrados á no congojarse con ellas.

El ánima que siempre piensa en la confesion de sus pecados, con este freno se aparta dellos; porque los pecados que huimos de confesar, solemos mas fácilmente cometer, como cosa que se hace á escuras y sin temor de nadie. Cuando estando nuestro padre ausente, lo figuramos y ponemos delante de nosotros, y hacemos cuenta que está mirando nuestra manera de conversar, de hablar, de comer y de dormir, y huimos en todas estas cosas lo que á él desagradaría, entónces creamos que de verdad habemos alcanzado una libre y sincerísima obediencia. Porque los muchachos perezosos y flojos suelen holgarse de la ausencia del maestro, la cual los diligentes é industriosos suelen tener por grande daño.

Pregunté á uno de aquellos muy aprobados varones, cómo la virtud de la obediencia trae consigo á la humildad. A lo cual me respondió: El devoto obediente, aunque tenga don de lágrimas, y aunque resuscite muertos, y aunque sea vencedor en todas las batallas, todo esto piensa que alcanzó por las oraciones de su padre espiritual; y así queda libre de la vana hinchazon de la soberbia. Porque ¿cómo podrá gloriarse de aquellas cosas, las cuales él cree de cierto que no alcanzó por sí, sino por la ayuda de su padre? No tiene el solitario esta manera de socorro, y por esto mas derecho tiene contra él la vanagloria, cuando le representa que por solo su trabajo alcanzó lo que tiene. Cuando el que está debajo de obediencia se escapare de los lazos (conviene saber, de la desobediencia y soberbia), quedará perpetuo obediente y siervo de Cristo.

Trabaja el demonio contra los obedientes, unas veces por ensuciar sus cuerpos con feos humores, otras veces por hacerlos duros de corazon, mal sufridos, secos, infructuosos, amigos de comer y beber, perezosos para la oracion, tentados del sueño, cerrados de entendimiento; para que viéndose así (como gente que ningun fructo saca del instituto de la obediencia), los saque deste estado, y los haga volver atras: y no les deja mirar, que viéndose á tiempos en esta sequedad y pobreza por singular disposicion de Dios, se les da un gran motivo y materia de profundísima humildad.

Muchas veces fué vencido el autor destos engaños con sufrimiento y paciencia, mas vencido este enemigo, luego detras dél se levanta otro con otra tentacion contraria á esta. Porque visto he yo muchos obedientes, devotos, alegres, abstinentes, estudiosos y fervorosos, los cuales con el favor del padre habian alcanzado esto, y vencido muchas batallas; á los cuales acometieron los demonios, diciéndoles que ya estaban dispuestos y hábiles para ir á la soledad, por la cual podrian llegar á la cumbre de la summa y suavísima quietud. Y persuadidos con este engaño, dejando el puerto seguro, se engolfaron en alta mar, y sobreviniéndoles alguna tempestad (como les faltaba piloto que los gobernase), miserablemente fuéron tragados del sucio y salobre mar. Porque necesario es que se revuelva el mar, y se turbe y embravezca, para que así torne á lanzar en la tierra toda la materia y basura que los rios trajeron á él; y así es tambien necesario que sea primero por muchas tempestades ejercitado y trabajado el que del mundo entra en religion, con los ejercicios de la vida monástica y disciplina del padre espiritual, para que desta manera despida de sí toda la inmundicia de pasiones y proprias voluntades que del mundo trajo; y desta manera (si diligentemente lo miramos) hallarémos que despues destas ondas y tempestades se suele seguir grande tranquilidad y bonanza. Y pasados estos ejercicios podemos ya mas seguramente pasar á la vida solitaria.

El que en unas cosas obedesce al padre espiritual, y en otras no, parece que es semejante á aquel que unas veces pone alcogol en los ojos, y otras cal. Porque como está escripto (*m*), si uno edifica y otro destruye, ¿qué hace sino trabajar en vano? No quieras, hijo, (que por amor de Dios obedesces), engañarte con espíritu de soberbia, revelando tus culpas al maestro debajo de otra persona; porque no puede nadie librarse de la eterna confusion sin alguna confusion. Abre, desnuda y descubre al médico tu llaga: manifiéstala, y no te confundas. Mia es, di, esta llaga, mia es esta herida, y la causa della fué, no la culpa de otro, sino la mia; nadie fué autor della; no hombre, no espíritu, no cuerpo, ni otra cosa tal, sino mi negligencia.

Y cuando así te confesares, has de estar en la postura del cuerpo, y en la figura del rostro, y en los pensamientos, como un reo sentenciado á muerte, puestos los ojos en tierra; y si fuere posible, prostrado con lágrimas ante el médico y maestro, como ante los piés de Cristo. Suelen los demonios algunas veces incitarnos á que no nos confesemos, ó á lo ménos á que hagamos esto en nombre de otros, como acusando á otros de algun peca-

(*m*) Eccl. 34.

do; á los cuales en ninguna manera conviene que obedezcamos. Si, como es cierto, la costumbre puede tanto que todas las cosas penden della, y se van tras ellas, sin dubda muy mas poderosa será en el bien, que en el mal; pues tiene un tan poderoso ayudador como es Dios.

No quieras, ó hijo, desfallecer con el trabajo de muchos años, hasta que halles en tu ánima aquella bienaventurada quietud y paz á que todos caminamos. Y si al principio te ofresciste por amor de Dios de todo corazon á todo género de ignominias, no tengas por cosa indigna confesar con rostro y ánimo humilde todas tus culpas á tu ayudador y maestro, como si las confesases á Dios; porque vi muchas veces algunos reos que con miserable hábito, y con la fuerza de la vehemente confesion y suplicacion ablandaron la severidad del juez, y trocaron su dureza en misericordia. Por ende aquel glorioso precursor de Cristo (*n*), ántes que bautizase los que á él venian, les pedia esta humilde confesion de sus culpas, para proveer mejor en su salud.

Y no nos maravillemos si despues desta confesion somos combatidos y tentados; porque mas vale pelear con la soberbia de la carne, que con la soberbia del espíritu. No corras luego, ni te muevas fácilmente cuando oyes contar la vida de los padres solitarios, que llaman anacoretas; porque tú militas en el ejército de los mártires, y aunque te acaezca ser herido en la batalla, no luego has de salirte del ejército de los hermanos; porque entónces principalmente tenemos necesidad de médico, cuando somos heridos. Porque el que teniendo ayudador, tropezó y cayó; si este faltara, no solo cayera, mas del todo peresciera. Cuando alguna vez desta manera caemos, luego los demonios se aprovechan desta ocasion, instigándonos á que huyamos las ocasiones, y nos vamos á la soledad; para que desta manera añada unas heridas á otras.

Cuando acaesciere que nuestro médico clara y evidentemente se excusa con ignorancia ó insuficiencia de sus fuerzas, entónces será necesario buscar otro; porque sin ayuda del sabio médico pocos sanan. ¿Quién podrá negar, si no, que el navío regido por un buen piloto, si viniese á dar en una brava tormenta, del todo peresciera, si careciera de tal gobernador?

De la obediencia, como arriba dijimos, nasce la humildad, y de la humildad la tranquilidad del ánimo. Porque el Señor, como el Profeta dice, se acordó de nosotros en nuestra humildad, y nos libró de nuestros enemigos (*o*). Por donde no será inconveniente decir que de la obediencia nasce la tranquilidad, pues por ella alcanza la humildad, que es madre de la tranquilidad; porque la una es principio de la otra, como Moisen de la ley. Y despues la hija perficiona á la madre: esto es, la humildad á la obediencia, como María á la Sinagoga.

Merescedores son sin dubda de grande pena delante de Dios, los que habiendo experimentado en sus llagas la sabiduría del médico, ántes de estar perfectamente curados lo desamparan y toman otro. No quieras, hijo, huir las manos de aquel que primero te ofreció á Dios; porque no hallarás otro en toda la vida á quien así te renuncies, como á él. No es cosa segura al soldado bisoño entrar luego en desafío; ni tampoco al religioso novicio, que no sabe aun por experiencia la condicion de las pasiones y perturbaciones de su ánimo, pasarse á la soledad; porque así como aquel corre peligro en el cuerpo, así este lo padescerá en el ánima. Mas vale, dice la Escriptura (*p*), estar dos juntos, que no uno; y así es mejor estar el hijo juntamente con el padre, para que con su ayuda y diligencia, entreviniendo la divina gracia, pueda pelear contra la fuerza de sus pasiones y mala costumbre.

Y el que priva al discípulo desta providencia, es como el que priva al ciego de guia, y á la manada del pastor, y al niño de la providencia de su padre, y al enfermo del médico, y al navío de gobernador; lo cual no se puede hacer sin peligro de ambas las partes. Y el que sin ayuda de padre quiere pelear contra los espíritus malos, maravilla será no venir á morir á manos dellos.

Los que al principio de la enfermedad van á curarse á casa de los físicos, miren la calidad de los dolores que padescen; y los que van á la casa de la obediencia, miren la humildad que tienen; porque en aquellos la diminucion de los dolores es señal de mejoría, y en estos el acrescentamiento de la humildad, y del menosprecio, y reprehension de sí mismos es indicio de salud. Séate la conciencia espejo en que mires la subjeccion y obediencia que tienes; porque ella te dirá verdad.

Los que viviendo en soledad están subjectos al padre espiritual, á solo los demonios tienen por adversarios; mas los que viven en congregacion, á los hombres y á los demonios. Y aquellos primeros, como tienen al maestro siempre delante, guardan con mas cuidado sus mandamientos; mas los otros, como algunas veces los pierden de vista, mas veces los traspasan: mas con todo esto si fueren diligentes y sufridores de trabajos, suplirán esta falta con el sufrimiento de las injurias, y merescerán dobladas coronas.

Con toda guarda miremos por nosotros mismos, aunque estemos en religion; porque muchas veces acaesce perderse tambien las naves en el puerto, especialmente aquellas que crian dentro de sí un gusano que las suele roer, que en nosotros es el vicio de la ira. Miéntras estamos debajo de la mano de nuestro maestro, con summo silencio confesemos nuestra ignorancia, y á esto nos acostumbremos; porque el varon callado es hijo de la filosofía, y comunmente es de mucho saber. Vi una vez un religioso súbdito arrebatar la palabra de la boca de su maestro, dando á entender que él se lo sabía todo; y desesperó de la subjeccion deste, viendo que della sacaba mas soberbia que humildad.

Miremos con toda vigilancia, y examinemos con toda diligencia cuándo y cómo se ha de anteponer el ministerio de los prójimos á la oracion; porque no siempre se ha esto de hacer, sino cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad lo pidiere.

Mira tambien atentamente, cuando estás en compañía de los otros hermanos, que no quieras parescer mas sancto que ellos; porque dos males haces en eso: el uno, que turbas á ellos con esta falsa y fingida apariencia; y el otro, que tú sacas de ahí soberbia y arrogancia. Procura ser en lo interior de tu ánimo diligente y solícito; mas no lo muestres exteriormente con el hábito, ó con las palabras y señales desacostumbradas. Y esto debes hacer, aunque no seas inclinado á despreciar y tener en poco los otros; mas si eres inclinado á esto, mucho mas debes trabajar por ser en todo semejante á los herma-

(*n*) Matt. 3. Marc. 1. (*o*) Psalm. 135.

(*p*) Eccl. 4.

nos, y no diferenciarte vanamente dellos. Vi una vez un mal discípulo estar delante de los hombres vanamente gloriándose de las virtudes de su maestro, y pareciéndole que ganaba honra con la hacienda ajena, sacó de ahí deshonra; porque todos se volvieron á él, y le dijeron: ¿Pues cómo tan buen árbol produjo ramo tan infructuoso?

No pensemos haber alcanzado ya la virtud de la paciencia cuando sufrimos fuertemente las reprehensiones de nuestro padre, sino cuando constantemente sufriéremos ser reprehendidos, y aun acoceados de todos los hombres; porque al padre sufrímoslo, porque lo reverenciamos, y le somos deudores desto por el cargo que tiene de nosotros. Bebe con summa alegría las reprehensiones y escarnios que cualquier hombre te diere á beber, no de otra manera que agua de vida; porque el que esto hace, te da una saludable purga con que despides de tí todo regalo y lujuria. Porque sin dubda con este brebaje nascerá en tu ánima una íntima y profunda castidad, y la luz hermosísima de Dios esclarescerá en tu corazon.

Ninguno descuidadamente se gloríe dentro de sí mismo, cuando viere que su vida y ejemplo es notablemente provechoso á la congregacion de sus hermanos; porque los ladrones están mas cerca de lo que nadie piensa. Acuérdate que dijo el Señor (*q*): Despues que hubiéredes hecho todas las cosas que os mandaren, decid: Siervos somos sin provecho, lo que estábamos obligados á hacer, hicimos; y cuando delicadamente examine Dios en su juicio nuestros trabajos á la hora de la muerte, se verá.

El monasterio es un cielo terrenal, y por esto, tales procuremos de tener los corazones, cuales los tienen los ángeles que en el cielo sirven á Dios. Algunas veces los que están en este cielo tienen los corazones como de piedra, otros como de cera; para que los unos por esta via huyan la soberbia, y los otros se consuelen en sus trabajos. Poco fuego basta para ablandar una cera, y un poco de ignominia que se nos ofresce, llevada con paciencia, basta algunas veces para ablandar, y endulzar, y quitar toda la fiereza, toda la dureza, y toda la ceguedad de un corazon. Vi una vez dos que estaban secretamente escuchando, mirando los trabajos y gemidos de un religioso que en esto se ejercitaba; pero el uno hacia esto con deseo de imitarlo, y el otro á fin de que cuando se ofresciese tiempo, desdeñase dello en público, y retrajese al siervo de Dios de su ejercicio. En lo cual verás cuán diferentes hace nuestras obras el ojo de la intencion que tenemos en ellas.

No quieras ser indiscretamente callado, porque no seas desabrido á los otros con la pesadumbre de tu silencio; porque (como está escripto) tiempo hay de hablar, y tiempo de callar (*r*). Ni tampoco seas refalsado en tus palabras, ni querelloso ó criminoso cuando algo te hacen; porque esto es proprio de los perturbadores de la paz y de la concordia. Vi algunas veces las ánimas perescer por una flojedad y pesadumbre de vida, y otras por una aparente gravedad, y maravilléme de ver esta variedad en los vicios; de los cuales, unos son claros y manifiestos, y otros paliados con color de virtud.

El que mora en compañía de religiosos, algunas veces no aprovecha tanto con el canto de los salmos, cuanto con la oracion secreta; porque muchas veces la atencion del canto nos impide para que no alcancemos la virtud y entendimiento dellos. Batalla con todas tus fuerzas, y reprime sin cesar y sin cansar la imaginacion inquieta y derramada, recogiéndote dentro de tí mismo en todo tiempo, y mas en el de la oracion y de los oficios divinos: puesto caso que no pida Dios á los que viven debajo de obediencia, oracion del todo quieta, y sin ningun estruendo de pensamientos.

No te entristezcas si cuando oras, el enemigo te entra sutilmente, y como ladron secretamente te roba la atencion del ánima, sino esfuérzate y confía en Dios, si haces lo que es de tu parte, que es trabajar siempre por recoger los pensamientos que lijeramente corren de un cabo á otro; porque á los ángeles solamente es dado estar libres destos hurtos. El que secretamente está persuadido á no salir desta batalla hasta el primer punto de la vida, aunque mil muertes de cuerpo y alma le cercasen, no es tan fácilmente combatido de pensamientos y fluctuaciones; porque esas dubdas interiores y esta infidelidad y mudanza de lugares, siempre suelen parir ocasiones de peligros y trabajos, y guerra de pensamientos.

Los que son inclinados y fáciles á andar mudando lugares, viven muy errados; porque ninguna cosa suele impedir tanto el fructo de nuestro aprovechamiento, como este linaje de mudanzas, hechas con facilidad y temeridad. Si encontrares con algun médico no conocido, ó con alguna oficina de medicina espiritual, mira diligentemente como un caminante curioso, y examina secretamente todo lo que allí vieres; y si hallares por medio destos oficiales y ministros algun socorro ó remedio para tus enfermedades, especialmente para la hinchazon de la soberbia, que tú procuras evacuar, allégate seguramente, y véndete allí por el oro de la humildad, y haz carta de venta, firmada con la mano de la obediencia, llamando por testigos á los sanctos ángeles, en presencia de los cuales rompe la escriptura de tu propria voluntad, para que desposeido de tí, seas de aquellos que te han de curar y mejorar. Porque si dejado este lugar y sosiego por tu propria voluntad, andas de un lugar á otro, ya pierdes el fructo deste contrato. Por tanto haz cuenta que el monasterio es tu monumento ó tu sepulcro, y la memoria dél te debe amonestar que ninguno sale del monumento hasta la commun resurreccion de todos. Y si algunos salieron, como se hizo en la resurreccion de Lázaro, piensa cómo despues murieron; y ruega tú al Señor no te acaezca á tí espiritualmente lo mismo.

Cuando los flacos y perezosos sienten que les mandan cosas graves, entónces suelen alabar la virtud de la oracion; mas cuando les mandan cosas fáciles, entónces huyen della como de fuego.

Hay algunos que estando ocupados en algun oficio ó ministerio, por la consolacion ó edificacion del hermano, interrumpen el oficio para acudir á su necesidad espiritual, y hacen bien. Mas otros hay que hacen esto por pereza, y otros tambien por vanagloria, diciendo que quieren darse á cosas espirituales; los cuales borran el bien que hacen, con la mala intencion con que lo hacen.

(*q*) Luc. 17. (*r*) Eccl. 3.

§. IV.

Prosigue la misma materia de obediencia, con diversos ejemplos y documentos.

Si estás en algun linaje de vida, y ves claramente que los ojos de tu ánimo están del todo sin luz y sin aprovechamiento, trabaja lo mas presto que pudieres por salir desa manera de vida, y pasar á otra mas probada. Verdad es que el malo en todo lugar es malo, así como el bueno en todo lugar es bueno; puesto caso que no deje de ayudar ó desayudar la condicion del lugar para esto.

Palabras injuriosas y afrentosas muchas veces en el mundo fuéron causa de muertes y de discordias; mas en las religiones la gula y regalo en comer y beber fué causa del perdimiento dellas. Y si tú trabajares por sojuzgar esta rabiosa señora, en todo lugar tendrás quietud y reposo; mas si ella tuviere señorío sobre tí, en todo lugar padescerás peligro.

El Señor alumbra los ojos ciegos de los obedientes para ver las virtudes de sus maestros, y él mismo los ciega para que no vean sus defectos. Lo contrario de lo cual hace el demonio, enemigo de todo bien. Seamos, ó hijos, ejemplo y forma de obediencia; el argento vivo (que llaman azogue) aunque esté debajo de cualesquier otros materiales, siempre está puro y libre de cualquier mistura sucia; y así conviene que esté siempre nuestra ánima, aunque se derrame y envuelva en todos los negocios de la obediencia.

Los que son cuidadosos y solícitos en la guarda de sí mismos, miren muy bien que no juzguen á los descuidados y flojos, porque no sean por esto mas gravemente condenados que ellos. Porque por eso pienso que es alabado Job de justo; porque viviendo en medio de los malos, no se halla que los juzgase. Siempre habemos de trabajar por tener el ánimo quieto y libre de perturbaciones; pero señaladamente cuando nos ponemos á cantar y orar, porque entónces principalmente trabajan los demonios para impedir nuestra ocupacion por esta via.

Aquel sin duda meresce ser tenido por verdadero ministro de Dios, que teniendo el cuerpo en la tierra, y tratando con los hombres, con el ánima está en el cielo por oracion. Las injurias, agravios y menosprecios, en el ánima del obediente son amargas como el acíbar; mas las alabanzas y honras, y buena reputacion en los que andan á caza destas cosas, son dulces como la miel; pero con todo esto el acíbar purga las heces de los malos humores; mas la miel acrescienta la cólera.

Creamos seguramente á los que tienen cargo de nosotros, aunque algunas veces nos manden cosas que así á prima faz parezcan ser contrarias á nuestro propósito y aprovechamiento; porque entónces la fe que para con ellos tenemos se examina en la fragua de la humildad; y este es el mayor argumento de la lealtad que tenemos para con ellos, si mandándonos cosas contrarias á lo que esperamos, sin escrúpulo les obedescemos.

De la obediencia, como ya dijimos, nasce la humildad, y de la humildad la discrecion, como alta y elegantemente lo prueba el gran Casiano en el sermon que escribió de la discrecion; y por la discrecion se infunde en el ánima una lumbre clarísima, la cual algunas veces por especial don de Dios llega á conoscer y prever las cosas futuras.

¿Quién pues no correrá con alegre ánimo por este camino de la obediencia, viendo que trae consigo tanta abundancia de bienes? Desta singular virtud decia aquel excelente cantor (s): Aparejaste, Señor, por la dulzura de tu sanidad, la dulzura de tu mesa y de tu presencia en el corazon del pobre, que es el verdadero obediente y humilde. Nunca jamas en toda la vida caiga de tu memoria aquel gran siervo de Dios, que en todos diez y ocho años nunca con las orejas exteriores oyó de su maestro estas palabras: *Dios te salve*, el cual con las interiores cada dia oia del Señor, no *Dios te salve*, que es palabra incierta y de futuro, sino *ya eres salvo*.

Algunos de los desobedientes, cuando ven la facilidad y blandura del padre espiritual, trabajan por inclinar su voluntad á lo que ellos quieren. Sepan estos pues, que pierden la corona de la obediencia, porque obediencia es perfecta renunciacion de la propria voluntad, y de todo este artificio y fingimiento. Hay algunos que recibido el mandamiento, cuando entienden que no es conforme al gusto é intencion del que lo manda, no lo quieren cumplir. Y otros hay que aunque barrunten ser otra la intencion, todavía obedescen simplemente á las palabras. Aquí es de ver ¿quién destos obedesció mas perfectamente? Y paresce, que aquel que no miró tanto á las palabras, cuanto á la voluntad é intencion.

No es posible que el diablo sea contrario á sí mismo: y esto se persuadan los que negligentemente viven en la soledad ó en el monasterio, á los cuales, cuando el demonio incita á mudar lugares so color de virtud, no es porque ha mudado la voluntad, sino por engañarlos mas sutilmente. Y por eso cuando somos importunamente tentados á que pasemos á otro lugar, tomemos esto por indicio de nuestro aprovechamiento. Porque si allí no aprovechásemos, no seríamos tan tentados del enemigo para que salgamos de allí.

No quiero ser encubridor malo, ni disimulador inhumano, callando en este lugar lo que sería maldad callar. Juan Sobbayeta, excelente varon, y de mí muy amado, me contó cosas admirables de oir, y dignísimas de contar. Y que este varon esté libre de pasiones, y léjos de toda mentira, y así en obras como en palabras limpio, yo soy dello buen testigo, por la experiencia que dél tengo. El pues me dijo lo que se sigue.

Habia en mi monasterio, que es en Asia (porque de allí habia venido este sancto varon), un viejo negligentísimo y muy destemplado. Lo cual no digo yo agora por condenarle, sino por dar testimonio de la virtud. Tenia este pues un discípulo mozo, llamado Acacio, el cual no sé en qué manera lo hubo. Era este mozo simple de ánimo y voluntad; pero en el seso y en la razon prudentísimo: el cual padesció tantos trabajos con este viejo, que parescerian increibles si los quisiese contar; porque no solo lo maltrataba con injurias, deshonras é ignominias, sino con castigo de manos casi cuotidiano. Mas el mozo sufria todo esto, no como insensible, sino como quien entendia lo que esto le importaba. Pues como yo lo viese cada dia en tanta miseria, y tratado como un esclavo, encontrándome con él muchas veces, le decia: ¿Qué es esto, hermano Acacio, cómo te va hoy? El luego me señalaba con el dedo un ojo cárdeno é hinchado, otras veces una herida en la cerviz, y otras otra en la cabeza. Y yo sabiendo que él era obrero de paciencia, decíale: Bien está, bien está: sufre varonilmente, que al cabo verás

(s) Psalm. 67.

el fructo. Habiendo pues pasado nueve años debajo de la obediencia de aquel cruel y áspero viejo, falleció desta vida, y fué sepultado en el cimenterio de los padres; pasados cinco dias despues de la muerte, vino este maestro de Acacio á un gran viejo que allí moraba, y díjole: Padre, Acacio es muerto. Como esto oyese el sancto viejo, respondióle: Verdaderamente, padre, no me persuadirás eso. Dijo entónces el otro: Pues ven, y verlo has. Luego se levantó el sancto viejo, y fué con él al cimenterio, y dió una voz, como si hablara con él cuando estaba vivo (el cual verdaderamente vivia en el cielo) diciendo: Hermano Acacio, ¿por ventura eres muerto? Entónces el sancto obediente, que aun despues de la muerte mostraba su obediencia, respondió desde el sepulcro, diciendo: ¿Cómo puede ser, padre, que muera hombre dado á la obediencia? Entónces aquel viejo que poco ántes se llamaba su maestro, espantado de lo que oyó, cayó en tierra lleno de lágrimas, y pidió al abad del monasterio le diese licencia para edificar una celda á par de aquella sepultura. Y viviendo ya allí templadamente, decia siempre á los padres: Homicida soy.

Otra cosa me contó este sancto varon, como quien lo contaba de otro, y no era otro, sino él mismo, como despues lo averigüé. Otro mancebo fué dado por discípulo en el mismo monasterio de Asia á un monje manso y benigno. Pues como viese el discípulo que el viejo lo honraba y trataba mansamente (que es cosa peligrosa para muchos), pensando prudentemente lo que le convenía, rogó al viejo le diese licencia para irse, lo cual fácilmente alcanzó, porque el viejo tenia otro discípulo. Partióse pues dél con una carta de favor y crédito á un monasterio que estaba en la region de Ponto: y la primera noche que entró en el monasterio, vió en vision ciertas personas que le pedian cuenta de su vida: y despues de aquel terrible y temeroso exámen, diéronle á entender que debia cient libras de oro. Y despertando él, y entendiendo la vision, dijo: Padre Antíoco (porque así se llamaba él), grande deuda tienes á cuestas, y mucho tienes que pagar. Desta manera estuve (dijo él) tres años en el monasterio, obedesciendo á todos sin diferencia, menospreciándome todos, é injuriándome como á peregrino y extranjero, porque no habia allí otro monje extranjero sino yo. Pasados tres años torné otra vez á ver en sueños una persona, la cual me dijo que diez libras de toda aquella summa estaban ya pagadas. En despertando, entendí la vision, y dije: ¿No he pagado hasta agora mas de diez libras? ¿Pues cuándo acabaré de pagar lo que queda? Entónces dije yo á mí mismo: Pobre Antíoco, necesidad tienes de sufrir mas trabajos é ignominias. Entónces comencé á fingirme bobo y tonto, sin dejar por eso de cumplir alguna cosa del cargo que tenia. Y viéndome los padres servir en tal órden, y con tal alegría, echábanme á cuestas todas las mayores cargas y trabajos del monasterio con poca piedad. Y como yo perseverase trece años en este instituto y manera de vida, vi otra vez á los que ántes me habian aparescido, los cuales me dijeron que toda la deuda estaba ya pagada por entero. De donde cada vez que los padres me trataban ásperamente, luego me acordaba desta deuda, y así lo sufria todo con paciencia. Esta historia me contó aquel sapientísimo Juan como en persona de otro, y por eso se puso por sobre nombre Antíoco; mas verdaderamente era él mismo, el cual rompió y borró la escriptura de sus deudas con el mérito de la paciencia.

Agora quiero contar cuán grande haya sido la virtud de la discrecion que este sancto viejo alcanzó por el mérito de su obediencia. Estando él una vez asentado en el monasterio del sancto Sabba, llegáronse á él tres religiosos mozos, deseando ser discípulos suyos, los cuales el padre recibió en su casa con muy alegre rostro, y les hizo toda la caridad y buen tratamiento que pudo, deseando recrearlos del trabajo del camino. Pasados los tres dias, díjoles el viejo: Perdonadme, hermanos, porque soy un mal hombre, y no puedo recibir á ninguno de vosotros. Ellos no se escandalizaron con esto, porque conoscian bien la sanctidad y obras del viejo. Pero como despues de muchos ruegos no pudiesen acabar con él que los recibiese, prostrados ante sus piés le pidieron que á lo ménos les diese una regla de vivir, y enseñase el lugar, y cómo hubiesen de morar. Otorgóles esto el viejo, porque sabía que pedian esto con ánimo humilde y aparejado para obedescer. Y así dijo al uno dellos: Quiere el Señor, hijo, que vivas en lugar solitario, debajo de la subjeccion de algun padre espiritual. Al otro dijo: Ve y vende tus proprias voluntades, y ofréscelas á Dios, y tomando tu cruz á cuestas vive en algun monasterio de religiosos, y así tendrás un tesoro guardado en el cielo. Al tercero dijo: Escribe en tu corazon, y abraza perpetuamente con toda eficacia aquella palabra del Salvador, que dice (*t*): El que perseverare hasta la fin, será salvo. Y si te fuere posible, ve y busca una guia y maestro de tus ejercicios, el mas áspero y mas pesado que pudieres hallar en todo linaje de los hombres, debajo del cual persevera, bebiendo siempre reprehensiones y menosprecios como leche y miel. Al cual respondió el religioso: Padre, y si este fuere negligente, ¿qué haré? Respondió él: Aunque lo veas fornicar, no te apartes dél, sino vuelve á tí mismo, y di: Amigo, ¿á qué veniste? y luego verás deshacerse con esto la hinchazon de tu soberbia, y amansarse el furor de tu ira.

Trabajemos con todas fuerzas todos los que tememos á Dios, porque no se nos pegue alguna malicia, ó astucia, ó aspereza, ó maldad en la escuela de la virtud, por las cuales cosas se impida nuestra carrera; porque suele esto muchas veces acaescer, procurándolo así nuestro adversario. Porque los enemigos del rey no se arman contra los labradores, ó marineros, ó personas tales, sino contra aquellos que han sido armados caballeros por el rey, y han recibido dél el escudo, y la espada, y el arco, y la vestidura militar; contra estos tales se encruelecen, y á estos procuran dañar, y por esto no debe el varon religioso descuidarse.

Vi muchas veces algunos niños de maravillosa simplicidad y hermosura ir á las escuelas á estudiar, y aprender sabiduría, los cuales en lugar desto sacaron astucia y malicia, que se les pegó de la mala compañía de los otros. El que tiene juicio, lea y entienda esto. Imposible es que los que aprenden un arte con todo estudio y diligencia, no aprovechen en ella cada dia; mas unos hay que conoscen su aprovechamiento, y otros que por dispensacion de Dios no lo conoscen. Muy buen cambiador ó mercader es aquel que cada dia por la tarde cuenta sus pérdidas y sus ganancias, lo cual no se puede bien saber, si cada hora no apuntare en un memorial todas sus faltas; porque cuando esto se hace todas las horas del

(*t*) Matt. 10.

dia, fácilmente se conosce por ahí toda la cuenta del dia.

El loco cuando es reprehendido y condenado, afligese y congójase por poner silencio al que le reprehende: prostrado á sus piés pide perdon, no por humildad, sino por ahorrar trabajo. Mas tú cuando fueres reprehendido, calla y recibe ese cauterio de tu ánima, ó por mejor decir, esa lumbrera de castidad; y cuando el médico acabare de quemar, entónces húmilmente le ruega que te perdone, porque en medio del fervor de la reprehension por ventura no aceptará tu penitencia.

Los que vivimos en los monasterios, todas las horas nos conviene pelear; pero especialmente contra dos enemigos: conviene á saber, ira y gula; porque estos dos vicios tienen mas lugar en la compañía que en la soledad. Suele el demonio á los que viven en la humildad de la subjeccion causar un deseo grande de las virtudes que no pueden alcanzar; y por el contrario, á los que viven en soledad hace desear otras virtudes ajenas, y que no pertenescen á su propósito.

Examina diligentemente el ánimo de los malos súbditos, y hallarás en ellos un pensamiento derramado y engañado, un gran deseo de soledad, y de grandes ayunos, y de continua oracion, y de summo menosprecio del mundo, y de una perpetua memoria de la muerte, y de continua compuncion, y de perfecta mortificacion de la ira, y del altísimo silencio, y excelentísima castidad. Las cuales cosas les hace el demonio algunas veces desear, para que so color deste bien los haga pasar á la vida solitaria, no estando aun maduros y dispuestos para ella. Por lo cual el mismo demonio les hizo desear estas cosas ántes de tiempo, para que no perseverasen en la compañía del monasterio, ni alcanzasen esto cuando fuese tiempo.

Mas por el contrario, á los que viven vida solitaria, pone delante la gloria de los obedientes, el cuidado de los huéspedes y peregrinos, el amor de los hermanos, la dulzura de la conversacion familiar, el servicio de los enfermos, y otras cosas que no pertenescen tanto á su estado, para hacer tambien á estos instables como á los otros. Pocos sin duda son los que viven como conviene en la soledad; y solos aquellos son, que notablemente son recreados con la divina consolacion para el sufrimiento de los trabajos, y para victoria de las batallas.

Para acertar á escoger maestro conviene examinar la calidad de tus pasiones é inclinaciones: si te sientes inclinado á lujuria y deleites de cuerpo, busca un padre que no sepa qué cosa es tener cuenta con el vientre, y no que haga milagros, ni que esté aparejado para recibir siempre huéspedes en casa, porque no se te haga esta hospedería materia y ocasion de gula. Si eres duro de cerviz y soberbio, busca padre ferviente y duro, no manso ni blando.

No busquemos padres que con espíritu profético alcancen las cosas advenideras; mas principalmente los escojamos humildes, y tales que sus costumbres y habitacion sea conveniente para la cura de nuestras enfermedades. Trabaja por imitar aquel justo Abaciro, de quien arriba hicimos mencion; porque este es muy buen medio para obedescer promptamente, si pensares dentro de tí que el padre te quiere probar en todas las cosas, porque nunca en esto te engañarás.

Siendo continuamente reprehendido del padre, si miéntras mas te reprehende, mas te sientes en tu ánima con él, conjectura es muy grande que el Espíritu Sancto mora en tí invisiblemente, y que la virtud del Altísimo te hace sombra. No te glories ni alegres, si sufres con paciencia las ignominias, sino ántes llora porque hiciste cosas dignas de ignominia, y indignaste contra tí el ánimo del padre.

Una cosa te quiero decir, de que te maravilles, y mira no dudes della; porque tengo á Moisen por defensor desta sentencia. Aunque sea verdad que de su naturaleza sea mayor culpa pecar contra Dios, que contra el hombre; pero en alguna manera se puede decir que es mas peligroso pecar contra el padre espiritual, que contra Dios. Porque si provocamos á Dios á ira, nuestro padre le aplacará, como hizo Moisen á Dios cuando el pueblo pecó contra el mismo Dios (*v*); mas si ofendemos á nuestro padre, no tenemos quien nos reconcilie con Dios; como no lo hizo el mismo Moisen, cuando contra él pecaron Dathan y Abiron (*x*), los cuales perescieron por falta de reconciliador.

Miremos y examinemos con mucha atencion y vigilancia qué es lo que debemos hacer en cada tiempo, porque algunas veces, cuando somos reprehendidos de nuestro pastor, nos conviene callar y sufrir alegremente, y otras veces conviene dar razon de lo que hicimos. A mí parésceme que debemos siempre callar en todas las cosas que redundan en alguna ignominia nuestra, porque entónces es tiempo de ganar; mas en las cosas que redundan en injuria de otro, conviene dar razon, por la obligacion que á esto nos pone el vínculo de la paz y de la caridad.

Todos aquellos que se salieron de la obediencia, te podrán muy bien declarar la utilidad della; porque entónces pudieron muy bien conoscer el cielo donde estaban, cuando se vieron fuera dél. Aquel que camina á Dios, y procura alcanzar la perfecta quietud del ánima, tenga por gran detrimento pasársele algun dia sin sufrir alguna ignominia ó palabra áspera. Porque así como los árboles que son muy combatidos de grandes vientos, echan siempre mas hondas las raices, así los que están debajo de obediencia tienen las raices de la virtud mas profundas, por los combates que siempre padescen. El que morando en soledad, y no siendo hábil para ella, conosció su inhabilidad, y se entregó á la obediencia, este tal, siendo ciego, abrió los ojos, y sin trabajo vió á Cristo. Estad, estad, otra vez, tornó á decir (*y*), estad, hermanos, los que correis y los que luchais, oyendo lo que aquel Sabio de vosotros dice (*z*): Así como el oro, examinó el Señor los justos en la fragua, ó por mejor decir, en los trabajos de la vida monástica, y recibiólos en su seno así como un perfecto holocausto.

ANNOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

En este capítulo habrás notado, cristiano lector, cuán alto sea el estado de la obediencia, cuán seguro, y de cuánto merescimiento; porque entre otras excelencias que tiene, una dellas es, como dice Sancto Tomas (*a*), que las obras communes de las otras virtudes morales las hace obras de religion, que es la mas excelente de todas ellas; porque cumplir el hombre el voto y la promesa que hizo á Dios, pertenesce á esta soberana virtud: libra tambien al hombre de infinitas perplejidades y con-

(*v*) Exod. 32. (*x*) Num. 16. (*y*) Prov. 17. (*z*) Sap. 3.
(*a*) 2. 2. quæst 104. art. 3.

gojas, porque á lo ménos ya está cierto que no puede errar el hombre en obedescer, pues obedescer al hombre que está en lugar de Dios, es obedescer al mismo Dios, segun aquello que él mismo dice (*b*): Quien á vosotros oye, á mi oye; y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Y esta certidumbre no la tiene el hombre en todas las otras obras buenas que hace, por no saber de cierto, ya que la obra sea buena, si es dado á él entender en ella; porque no es de todos hacer todo lo que es bueno, especialmente cuando excede nuestras fuerzas; como es la obra de enseñar, ó de tener cargo de otros, etc. Por donde dice un grave doctor, que mas querria él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su propria voluntad.

Mas con todo esto no deben tomar de aquí ocasion las mujeres devotas que viven en el mundo, para dar la obediencia tan estrechamente á sus padres espirituales y confesores, que no quieran dar un paso sin ellos. Porque aunque esto de suyo sea bueno (y tales podrian ser las circunstancias, así de la edad, como de los otros requisitos para esto, que fuese conveniente hacerse), mas con todo esto, si algunas dellas faltasen, podia el demonio so color de virtud hacer lo que siempre hace (cuando estas amistades son muy estrechas), que es encender con su soplo los carbones (*c*), y dar malos y desastrados fines á lo que se comenzó con buenos principios. Por esto nadie se debe poner en este peligro (que es muy grande y muy colorado), aunque no por esto se excluye el tomar consejo en cosas graves y escrupulosas con los padres espirituales, porque sin este pocas cosas suceden bien.

Tambien aquí podrás notar una provechosísima y muy loable costumbre que tenian los padres en aquel tiempo en que tanto florescia la disciplina de la vida monástica, que era probar y ejercitar á los que de nuevo venian á la religion, con muchas maneras de reprehensiones, castigos, vejaciones y trabajos. Y esto hacian, no un año ni dos, sino muchos años: con las cuales cosas ejercitaban, y hacian aprovechar en la devocion y en el fervor del espíritu, y en la virtud de la humildad y de la obediencia, y de la mortificacion de las pasiones, y abnegacion de sí mismo, y señaladamente en la paciencia, que es la que mas descubre la fineza de la virtud y de la discrecion. Pluguiese á Dios que esto tambien se platicase agora en nuestros tiempos; porque desta manera muy mas puro y acendrado sería lo que queda en las religiones. Lo cual tanto mas convenía hacerse agora, cuanto mas dificultoso es en estos tiempos expeler de la religion al que ya una vez recibistes.

Y si preguntáreis qué ocasion habia entónces para tantas maneras de ignominias y vejaciones como aquí se piden, pues dice este sancto doctor que tenga el religioso por grande detrimento pasarse algun dia sin sufrir algo desto, puédese responder aquí que en aquel tiempo una de las maneras religiosas de vivir que habia, segun arriba se dijo, era estar dos discípulos á una debajo de la disciplina y correccion de un padre viejo, al cual tambien le servian en todos los servicios de casa, y de fuera de casa, de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde así como el señor á cada paso tiene ocasion para reñir, y reprehender, y castigar á su siervo, por no hacer las cosas tan á su voluntad; así tambien aquellos maestros tenian esta misma ocasion muchas veces al dia. Y así unos por la aspereza de su natural condicion, y otros por ejercicio de virtud, usarian destas ocasiones para tratar ásperamente sus discípulos. Y por ser esto cosa muy ordinaria en aquel tiempo, era necesario que nuestro autor cargase tanto la mano, encareciendo y encomendando la virtud de la paciencia; así para que el discípulo no cayese con la carga y volviese atras, como para no perder materia de tan grande aprovechamiento como esta es. Y dado caso que en nuestros tiempos no tengan los religiosos esta ocasion de virtud tan frecuente; mas puédenla tener los novicios con sus maestros, y los siervos con sus señores, y las mujeres con sus maridos, cuando son ásperos y mal acondicionados; porque el sufrimiento destas cosas, demas de ser de grande merescimiento, es ocasion de grandísimo aprovechamiento. Y así he visto yo por experiencia algunas mujeres casadas, que por este medio subieron á un muy alto grado de perfeccion, mas de lo que nadie podrá creer.

Tambien por la doctrina deste capítulo, y aun de todo este libro, entenderás bien cuánto mas robusta era la virtud de aquellos tiempos que la destos; porque agora lo que mas se platica es tener una lágrima, un poquito de gusto de Dios, y algun poco de oracion, ó algun otro espiritual ejercicio: y esto es á lo que mas se extiende la virtud de muchos. Y aunque la oracion sea tan provechosa y tan loable como es, mas no ha de ser sola, sino acompañada con el ejercicio de las otras virtudes, y especialmente con la mortificacion de la propria voluntad y de las otras pasiones, para lo cual ella principalmente sirve. Porque así como para labrar el hierro no basta ablandarlo con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos, así no basta ablandar nuestro corazon con el calor de devocion, si no acudimos con el martillo de la mortificacion, para labrar en nuestra ánima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester.

En lo cual paresce que en aquellos tiempos estuvo la disciplina de la virtud como en juventud, y que agora está en su vejez, como en mundo que se envejece; pues entónces extendia sus manos á cosas fuertes, y agora rehusa estas, ó se da ménos á ellas; pues vemos el dia de hoy tan poco desta mortificacion en los estudiosos de la virtud, andando buscando cosas que sean de ménos trabajo, y de mas gusto y deleite: por donde con mucha razon exclamó Salomon en el principio de aquel su abecedario, diciendo (*d*): Mujer fuerte ¿quién la hallará? Como si dijera: Muchas ánimas hallaréis devotas y religiosas, que huelgan de rezar, y meditar, y confesar, y commulgar, ayunar, y leer por buenos libros, y tratar de Dios, y dar un pedazo de pan por su amor; dado que esto sea bueno, y muy bueno, mas con todo esto, mujer fuerte, que es ánima fuerte, ¿quién la hallará? Fuerte para vencer la naturaleza, para domar la carne, para quebrantar la propria voluntad, para crucificar las pasiones, para romper con el mundo, para reirse de sus juicios, para poner debajo de los piés todos sus ídolos, para recibir con alegre cara los trabajos, para reirse en las injurias, y confiar en los peligros, para no levantarse con las cosas prósperas, ni enflaquecerse con las adversas, y para andar siempre solícito, fervoroso y diligente en todas las cosas del servicio de Dios, y bien de los prójimos, olvidado de su

(*b*) Luc. 10. (*c*) Job. 41.

(*d*) Prov. 31.

proprio interes: esta manera de fortaleza ¿quién la hallará? Esta manera de espíritu y de vida ¿adónde está? No se halla esta mercaduría tras cada canton, ni en cada tienda, sino de muy léjos es el precio della. Pues esta es la manera de virtud que en aquellos tiempos se usaba y platicaba, que en los de agora corre ménos.

CAPITULO V.

Escalon quinto: de la penitencia.

Penitencia es una manera de renovacion del sancto Bautismo. Penitencia es otro nuevo concierto de vida con Dios. Penitencia es comprador de humildad. Penitencia es repudio perpetuo de toda consolacion corporal. Penitencia es un corazon descuidado de sí mismo por el continuo cuidado de satisfacer á Dios, el cual siempre se está acusando y condenando. Penitencia es hija de la esperanza, y destierro de la desesperacion. Penitencia es reo libre de confusion, por la esperanza que tiene en Dios. Penitencia es reconciliacion del Señor, mediante las buenas obras contrarias á los pecados. Penitencia es purificacion de la conciencia. Penitencia es sufrimiento voluntario de todas las cosas que nos pueden dar pena. Penitencia es oficial de trabajos y tormentos proprios. Penitencia es una fuerte afliccion del vientre, y una vehemente afliccion y dolor del ánima.

Todos los que habeis ofendido á Dios, venid de todas partes, y juntaos, y oid, y contaros he cuán grandes cosas para edificacion vuestra descubrió Dios á mi ánima. Pongamos en el primero y mas honrado lugar desta narracion las obras penitenciales de aquellos venerables trabajadores que voluntariamente tomaron estado y hábito de siervos amenguados. Oigamos, miremos y obremos los que fuera de nuestra esperanza caimos, conforme á lo que viéremos en este dechado. Levantáos y asentáos los que por la culpa de vuestras maldades estáis caidos, y oid atentamente todas mis palabras, é inclinad vuestros oídos los que deseais por verdadera conversion volveros á Dios.

Pues como oyese yo, pobre y falto de virtud, que era grande y muy extraño el estado y humildad de aquellos sanctos penitentes que moraban en aquel monasterio apartado, que se llamaba cárcel, de que arriba hicimos mencion, el cual estaba cerca del otro monasterio mas principal, rogué á aquel sancto padre me hiciese llevar allá, para ver lo que allí pasaba. Concedióme él esto benignamente, no queriendo entristecer mi ánima en alguna cosa.

Pues como yo viniese al monasterio, ó por mejor decir, á la religion de los que lloran, vi ciertamente, si es lícito decir, cosas que el ojo del negligente no vió, y la oreja del descuidado no oyó, y en el corazon del perezoso no cupieron: vi, digo, palabras, ejercicios y cosas poderosas para hacer fuerza á Dios, y para inclinar su clemencia con gran presteza. Porque algunos de aquellos sanctos reos vi estar las noches enteras al sereno velando hasta la mañana. Y cuando eran combatidos y cargados de sueño, hacian fuerza á la naturaleza, sin querer tomar descanso, ántes se reprehendian y injuriaban á sí mismos: y así tambien despertaban á los otros sus compañeros, mirando al cielo dolorosamente, y pidiendo de allí el socorro con gemidos y clamores.

Otros vi que estaban en la oracion atadas las manos atras, á manera de presos y reos, é inclinando hácia la tierra sus rostros amarillos, decian á voces que no eran dignos de levantar los ojos al cielo, ni hablar con Dios en la oracion, por la confusion de su conciencia, diciendo que no hallaban ni de qué ni cómo hacer oracion, y así ofrescian á Dios sus ánimas calladas y enmudecidas, llenas de tinieblas y confusion. Otros vi que estaban asentados en el suelo, cubiertos de ceniza y de cilicio, escondido el rostro entre las rodillas, dando en tierra con la frente. Otros vi estar siempre hiriéndose en los pechos, los cuales parescia que arrancaban el ánima del cuerpo con grandes suspiros. Entre estos habia algunos que rociaban el suelo con lágrimas, y otros que miserablemente se lamentaban porque no las tenian. Muchos dellos daban grandes alaridos sobre sus ánimas (como se suele hacer sobre los cuerpos de los muertos), no pudiendo sufrir el angustia de su espíritu.

Otros habia que bramaban en lo íntimo de su corazon, reteniendo dentro de sí el sonido de los gemidos: y algunas veces no pudiendo contenerse, súbitamente reventaban dando voces. Vi allí algunos que en la figura del cuerpo, y en los pensamientos, y en las obras, parescia que estaban como alienados y atónitos, y hechos como mármoles por la grandeza del dolor, cubiertos de tinieblas, y vueltos casi insensibles para todas las cosas desta vida, los cuales habian ya sumido sus ánimas en el abismo de la humildad, y secado las lágrimas de los ojos con el fuego de la tristeza. Otros vi estar allí asentados en tierra, tristes, abajados los ojos, y meneando muchas veces las cabezas, y arrancando gemidos y bramidos, á manera de leones, de lo íntimo de su corazon.

Entre estos habia algunos que llenos de esperanza, buscando la perfecta remision de sus pecados, hacian oracion. Otros con una inefable humildad se tenian por indignos de perdon, diciendo que no eran bastantes para dar cuenta de sí á Dios. Unos habia que pedian ser aquí atormentados, porque en la otra vida hallasen misericordia: y otros habia que cargados y quebrantados con el peso de la conciencia, decian que les bastaria ser librados de los tormentos eternos, aunque no gozasen del reino de Dios, si esto fuera posible.

Vi allí muchas ánimas humildes y contritas, y con el grande peso de la penitencia inclinadas y abajadas al suelo, las cuales hablaban y decian tales palabras á Dios, que pudieran con ellas mover á compasion aun las mismas piedras; porque desta manera, puestos los ojos en tierra, decian: Sabemos muy bien, sabemos que de todos los tormentos y penas somos merescedores, y con mucha razon; porque no somos bastantes para satisfacer por la muchedumbre de nuestras deudas, aunque juntásemos todo el mundo á que rogase por nosotros. Y por tanto solo esto pedimos, solo esto oramos, por solo esto con toda la atencion de nuestro ánimo, Señor, te suplicamos que no nos arguyas en tu furor, ni nos castigues con tu ira, ni nos atormentes conforme á las justísimas leyes de tu juicio, sino mas blanda y misericordiosamente. Porque ya nos contentariamos con quedar libres de aquella espantosa y terrible amenaza tuya, y de aquellos tormentos ocultos y nunca vistos ni oidos; porque no osamos pedirte que del todo seamos libres de trabajos y penas. Porque ¿con qué rostro, ó con qué ánimo nos atreverémos á esto, habiendo quebrantado nuestra profesion, y ensuciádola despues de aquel primero y misericordiosísimo perdon?

Allí por cierto, oh dulcísimos amigos, allí viérades las palabras de David puestas por obra (*a*): viérades unos hombres cargados de tribulaciones y miserias, y encorvados continuamente, andar tristes todos los dias, echando hedor de los cuerpos ya medio podridos con el mal tratamiento que les hacian: los cuales como vivian sin cuidado de su propria carne, á veces se olvidaban de comer su pan, y otras lo juntaban con ceniza, y mezclaban el agua con gemidos. Los huesos se le habian pegado á la piel, y ellos se habian secado como heno. No oyérades entre ellos otras palabras sino estas: ¡Ay, ay miserable de mí! ¡miserable de mí! justamente, justamente. Perdona, Señor: perdona, Señor. Y otros decian: Apiádate, apiádate, Señor. Muchos dellos viérades allí que tenian las lenguas sacadas á fuera, á manera de perros sedientos: otros que se estaban atormentando y quemando al resistidero del sol; y otros por el contrario, que se afligian con muy recio frio. Otros habia que gustaban un poquitico de agua por no secarse de sed, y con solo esto se contentaban, sin beber todo lo que les era necesario. Otros asimismo comian un poquito de pan, y arrojaban lo demas, diciendo que no eran merescedores de comer manjar de hombres, pues habian vivido como bestias.

Entre tales ejercicios ¿qué lugar podia tener allí la risa, ó la palabra ociosa, ó la ira, ó el furor? Apénas sabían si entre los hombres habia ira; en tanta manera el oficio de llorar habia apagado en ellos la llama del furor. ¿Dónde estaba allí la porfía? Dónde el alegría desordenada? Dónde la vana confianza? Dónde el regalo y cuidado del cuerpo? Dónde siquiera un humo de vanagloria? Dónde la esperanza de deleites? Dónde la memoria del vino? Dónde el comer de las frutas, y el regalo, de la olla cocida, y el apetito y deleites de la gula? De todas estas cosas no habia allí memoria ni esperanza. Mas ¿por ventura congojábalos el cuidado de alguna cosa terrena? Mas ¿por ventura entendian en juzgar allí los hechos de los hombres? Nada desto hallárades allí, sino todo su estudio era llamar al Señor, y sola la voz de la oracion entre ellos se oia.

Unos habia que hiriendo fuertemente los pechos, como si ya estuvieran á las mismas puertas del cielo, decian al Señor: Abrenos, piadoso Juez, la puerta: ábrenos, ya que nosotros con nuestros pecados la cerramos. Otro decia; Muéstranos, Señor, tu rostro, y serémos salvos. Otro decia: Aparesce, Señor, á estos pobrecillos que están en tinieblas de muerte. Otro decia: Presto, Señor, seamos prevenidos con vuestras misericordias; porque estamos muy empobrecidos. Algunos otros decian: ¿Por ventura el Señor tendrá por bien enviar su luz sobre nosotros? Por ventura nuestra ánima ha llegado ya á acabar de pagar esta deuda intolerable? Por ventura volverá el Señor otra vez á tener contentamiento de nosotros, ó le oirémos alguna vez decir á los que están presos, sálid libres; y á los que están asentados en el infierno de las tinieblas, recibid luz?

Tenian la muerte siempre ante los ojos, y unos á otros preguntaban y decian: ¿Qué os parece que será, hermano? Qué fin será el nuestro? Qué sentencia sera aquella? ¿Por ventura nuestra oracion ha podido llegar ya ante la presencia del Señor, ó ha sido con razon desechada y confundida dél? Y si llegó á él, ¿qué tanto pudo? ¿Cuánto le aplacó? Cuánto aprovechó? Cuanto obró? Porque salida de cuerpos y labios tan sucios, poca fuerza habia ella de tener. ¿Por ventura los ángeles de nuestra guarda habrán ya acercádose á nosotros, ó están todavía léjos? Pues si ellos no se nos acercan, inútil y sin fructo será todo nuestro trabajo; porque no tendrá nuestra oracion ni virtud de confianza, ni alas de limpieza con que pueda llegar á Dios, si los ángeles que tienen cargo de nosotros no lo toman y se la ofrescen.

Algunas veces se preguntaban unos á otros, y decian: ¿Por ventura aprovechamos algo, hermanos? Por ventura alcanzarémos lo que pedimos? Por ventura nos recibirá el Señor, y nos recogerá en su seno como ántes? A esto respondian los otros: Quién sabe, hermanos, como dijeron los ninivitas (*b*), si el Señor revocará su sentencia, y alzará la mano de su azote de nosotros? Nosotros á lo ménos no dejemos de hacer lo que es de nuestra parte: si él nos abriere la puerta, bien está; y si no, bendito sea él, que justamente nos la cerró. Nosotros perseveremos llamando hasta el fin de nuestra vida, para que vencido él con nuestra perseverancia, nos abra la puerta de su misericordia; porque benigno es y misericordioso. Con estas y otras semejantes palabras se despertaban é incitaban al trabajo, diciendo: Corramos, hermanos, corramos; porque necesario es correr, y mucho correr, pues caimos de aquel tan alto estado de nuestra compañía. Corramos, hermanos, y no perdonemos á esta sucia y mala carne, sino crucifiquémosla, pues ella primero nos crucificó. Esto es lo que aquellos bienaventurados decian y hacian.

Tenian hechos callos en las rodillas del continuo uso de la oracion, los ojos estaban desfallecidos y hundidos dentro de sus cuencas, y los pelos de las cejas caidos. Las mejillas tenian embermejecidas y quemadas con el ardor de las lágrimas hervientes que por ellas corrian. Las caras estaban flacas y amarillas, y como de muertos. Los pechos tenian lastimados con los golpes que en ellos se daban; y á algunos les salia la saliva de la boca mezclada con sangre. ¿Dónde estaba allí el regalo de la cama, y la curiosidad de las vestiduras? Todo estaba roto y sucio, y cubierto de piojos y pobreza. ¿Qué comparacion hay entre estos trabajos y los de aquellos que son aquí atormentados de los demonios, ó de aquellos que lloran sobre los muertos, ó de los que viven en destierro, ó la pena de los parricidas y malhechores? Todos estos tormentos que contra su voluntad padescen los hombres, son muy pequeños, comparados con las penas voluntarias que estos sanctos padescian. Mas pídoos, hermanos, que no tengais por fabuloso esto que aquí decimos.

Rogaban estos sanctos varones algunas veces á aquel gran juez, al pastor digo, del monasterio (que era un ángel entre hombres), que les mandase echar cadenas de hierro al cuello y á las manos, y los metiese de piés en un cepo, y no los sacase de allí hasta que los llevase á la sepultura.

Mas cuando se llegaba ya la muerte, era cosa terrible y lastimera ver lo que allí pasaba; porque cuando veian á uno estar ya para espirar, miéntras tenia el juicio entero, se ponian los otros al derredor dél llorando, y con un hábito y figura miserable, y muy mas tristes palabras meneaban las cabezas, y preguntaban al que partia,

(*a*) Psalm. 101.

(*b*) Jonæ, 3

diciéndole: ¿Qué es eso, hermano? ¿Cómo se hace contigo? ¿Qué dices? ¿Qué esperas? ¿Qué sospechas? ¿Alcanzaste lo que con tanto trabajo buscabas? ¿Llegaste donde deseabas? ¿Has conseguido tu esperanza? ¿Tienes firme confianza en Dios, ó estás aun todavía vacilando? ¿Alcanzaste verdadera libertad de espíritu? ¿Sentiste por ventura alguna luz en tu corazon, ó estás aun todavía lleno de tinieblas y confusion? ¿Ha sonado en tus oídos aquella voz de alegría que pedia David (*c*), ó por ventura te paresce que oyes la otra que dice: Vayan los pecadores al infierno (*d*), ó atado de piés y manos echadle en las tinieblas exteriores, ó sea quitado el malo, para que no vea la gloria de Dios (*e*)? ¿Qué dices, hermano? Dinos, rogámoste, para que por este medio podamos conjecturar lo que nos está aparejado; porque tu plazo ya es llegado, y nunca lo volverás mas á recobrar; pero nuestra causa está pendiente.

A esto respondian unos, diciendo (*f*): Bendito sea el Señor, que no permitió que cayésemos en los dientes de nuestros enemigos. Otros gimiendo, decian: ¿Por ventura pasará nuestra ánima el agua intolerable, y el encuentro de los espíritus deste aire? Lo cual decian ellos, considerando cuán incierto sea, y cuán terrible, y cuán para temer aquel divino juicio. Otros mas tristemente respondian, diciendo: ¡Ay de aquella ánima que no guardó su profesion entera y limpia; porque en esta hora entenderá lo que le está aparejado!

Pues como yo viese y oyese estas cosas, poco faltó para no caer en alguna grande desesperacion, poniendo los ojos en mi regalo y negligencia, y comparándola con la afliccion de aquellos sanctos. Pues ¿cuál era, si pensais, la figura y manera del lugar donde estaban? Toda era escura, hedionda, sucia y desgraciada: y finalmente tal que merescia bien el nombre que tenia de cárcel. De manera que la figura sola del lugar era maestra de lágrimas y de perfecta penitencia á quien quiera que la mirase.

Mas sin dubda las cosas que á otros parescen dificultosas y imposibles, se hacen fáciles y agradables á los que se acuerdan de cómo cayeron de la virtud y riquezas espirituales que poseian. Porque el ánima que despojada de la primera vestidura de la caridad, cayó de la esperanza que tenia de alcanzar aquella bienaventurada paz y tranquilidad, y perdió el sello de la castidad, y fué despojada de las riquezas de la gracia, y de la divina consolacion, y quebrantó aquel asiento que con Dios tenia capitulado, y secó aquella hermosísima fuente de lágrimas; cuando se acuerda de tan grandes pérdidas como estas, es herida y compungida con tan extraño dolor, que no solo recibe con toda alegría y esfuerzo estos trabajos que dijimos, mas aun procura crucificarse y despedazarse con la violencia destos ejercicios, si en ella queda alguna centella viva de verdadero temor y amor de Dios.

Y tales eran por cierto las ánimas destos bienaventurados, los cuales, revolviendo en su corazon la alteza de la virtud y estado de donde habian caido, acordámonos, decian, de la felicidad de aquellos dias antiguos, y de aquel fervor de espíritu con que serviamos á Dios. Y así clamaban al Señor, diciendo (*g*): ¿Dónde están aquellas antiguas misericordias tuyas, las cuales tan de verdad tuviste por bien mostrar á nuestras ánimas? Acuérdate, Señor, de la mengua y trabajo de tus siervos. Otro con el sancto Job, decia (*h*): ¡Quién me pusiese agora en aquel estado en que yo viví los primeros dias, en los cuales me guardaba Dios, cuando resplandescia la candela de su luz sobre mi corazon, y con ella andaba yo entre tinieblas! Desta manera trayendo á la memoria sus antiguas virtudes y ejercicios, lloraban como unos niños, diciendo: ¿Dónde está aquella pureza de oracion? Dónde aquella confianza con que iba acompañada? Dónde aquellas dulces lágrimas que agora se nos han vuelto en amargura? Dónde la esperanza de aquella purísima y perfectísima castidad, y de aquella beatísima quietud que esperábamos alcanzar? Dónde aquella fe y lealtad para con nuestro pastor? Dónde aquella oracion que haciamos tan eficaz y tan poderosa? Percieron todas estas cosas, y como si nunca fueran vistas, desfallescieron. Y diciendo estas cosas con grandes lamentaciones y gemidos, unos rogaban al Señor que entregase sus cuerpos á todos los trabajos, para que fuesen atormentados en esta vida; otros que les diese algunas grandes enfermedades; otros que los privase de la vista de los ojos, y que quedasen hechos un espectáculo miserable á todos; otros que viniesen á ser toda la vida contrahechos y mendigos, con tal que fuesen librados de los tormentos eternos.

§. ÚNICO.

Prosigue la materia de la penitencia, dando muchos documentos della.

Yo, padres mios, no sé cómo me dejé estar muchos dias entre aquellos sanctos penitentes; y arrebatado y suspenso en la admiracion de cosas tan grandes, no me podia contener. Mas volviendo al propósito de donde salí, despues de haber estado treinta dias en aquel lugar, volvime con un corazon casi para reventar, al principal monasterio; y aquel gran padre, el cual como vió mi rostro tan demudado, y casi como atónito, entendiendo él la causa desta mudanza, díjome:

¿Qué es esto, padre Juan? ¿Viste las batallas de los que trabajan? Al cual yo dije: Vi, padre, vi, y quedé espantado, y tengo por mas dichosos á los que á sí se lloran despues de haber caido, que á los que nunca cayeron, y no se lloran á sí; pues á aquellos sus caidas les fueron ocasion de una segurísima y beatísima resurreccion. Así es por cierto, dijo él; y añadió mas aquella sancta y verdadera lengua.

Estaba aquí, habrá diez años, un religioso muy solícito y diligente, y tan grande trabajador, que como yo le viese andar con tanto fervor, comencé á haber miedo á la invidia del demonio, y á temer no tropezase en alguna piedra el que tan lijeramente corria; lo cual suele acaescer á los que caminan apriesa. Y así fué como yo lo temia. Veis aquí pues dónde se viene á mí, y desnúdame su herida, busca el emplastro, pide cauterio, y angústiase grandemente. Y viendo que el médico no queria tratarle rigurosamente, porque la culpa era digna de misericordia, echóse en el suelo, y tomóle los piés, y regándolos con muchas lágrimas pidió que le condenase á aquella cárcel, diciendo que era imposible dejar de ir á ella. ¿Para qué mas palabras? Finalmente acabó con su fuerza que la clemencia del médico se convirtiese en dureza: que es cosa desacostumbrada y mucho para ma-

(*c*) Psalm. 50. (*d*) Ibid. 9. (*e*) Matth. 22. (*f*) Psalm. 123. (*g*) Ibid. 88.

(*h*) Job, 29.

ravillar en los enfermos. Corre pues á este lugar, y añádese por compañero de los que lloraban, y hácese participante de su tristeza, y herido gravemente en el corazon con el cuchillo del dolor, el cual habia afilado el amor de Dios, tan grande pena recibió por haberle ofendido, que ocho dias despues que allí estuvo dió el espíritu al Señor. Al cual yo, como á merecedor de toda honra traje á este monasterio, y lo sepulté en el cementerio de los padres. Y no faltó á quien el Señor descubrió que aun no se habia levantado de mis viles y sucios piés, cuando el misericordioso Señor le habia perdonado. Lo cual no es mucho de maravillar; porque tomando él en su corazon aquella misma fe, esperanza y caridad de la pública pecadora, con las mismas lágrimas regó mis viles piés; con las cuales tambien alcanzó este mismo perdon. Ya me ha acaescido ver en este mundo algunas ánimas sucias, que servian á los amores del mundo casi hasta perder el seso; las cuales tomando ocasion de penitencia de la experiencia deste amor, trasladaron todo su amor en Dios, y abrazándole con una insaciable caridad, alcanzaron perdon de sus pecados, como aquella á quien fué dicho (*i*): Perdónansele muchos pecados, porque amó mucho.

Bien sé, oh admirables padres, que algunos habrá á quien estas cosas sobredichas parezcan increibles, y otras dificultosas de creer, y á otros que sean ocasion de desesperacion; mas al varon fuerte estas cosas mas son estímulo y saetas de fuego que enciende el fervor encendido en su corazon. Otros habrá que aunque no se enciendan tanto como estos, por no ser tales como ellos, mas con todo eso conociendo por aquí su flaqueza, y confundiéndose, y avergonzándose con este ejemplo, alcanzarán verdadera humildad; y así alcanzarán el segundo lugar despues destos, y quizá los igualarán.

Mas el varon negligente no oiga estas cosas que habemos dicho; porque por ventura no deje de hacer eso poco que hace con demasiada desconfianza, y se cumpla en él lo que el Señor dijo (*k*): Al que no tiene (conviene saber alegría y promptitud de ánimo) eso poco que tiene le quitarán. Verdad es que los tales no solo de aquí, mas de cuantas cosas pueden, toman ocasion para favorecer su negligencia.

Sepamos todos los que habemos caido en el lago de la maldad, que nunca de ahí saldrémos si no nos sumiéremos en el abismo de la humildad, que es proprio de los penitentes. Mas aquí es de notar que una es la humildad triste de los que lloran, y otra la de los que pecan, cuando los reprehende su conciencia; y otra es la que obra Dios en el ánima de los varones perfectos, que es una rica y alegre humildad. Y no curemos de explicar con palabras esta tercera manera de humildad, porque en vano trabajarémos; mas de la segunda manera de humildad suele ser indicio el sufrimiento y la paciencia en las injurias. Algunas veces las lágrimas dan motivo á la presumpcion que nos tiente y tirannice; y no es esto de maravillar, por la ocasion que tiene en este don.

De las caidas de los hombres, y de los juicios de Dios que en esta parte hay, nadie podrá dar entera razon; porque esta materia excede toda la facultad de nuestro entendimiento. Porque algunas caidas vienen por negligencia nuestra, otras por un desamparo de Dios (que con una maravillosa y sabia dispensacion permite caer el hombre, como permitió caer al Príncipe de los apóstoles), y otras hay tambien que vienen por castigo de Dios, merescido por nuestros pecados; mas un padre me afirmó que las caidas que vienen por aquella piadosa providencia de Dios, en poco tiempo se restauran; porque no permitirá él que perseveremos mucho tiempo en el mal que para nuestro provecho permitió.

Todos los que caimos, trabajemos ante todas las cosas por resistir al espíritu de la tristeza desordenada; porque esta suele acudir al tiempo de la oracion para impedirla, privándola de aquella nuestra primera confianza: no te turbes si cada dia caes y te levantas, sino persevera varonilmente, porque el Angel de la Guarda tendrá respecto á eso, y mirará tu paciencia. Cuando la llaga está fresca y corriendo sangre, fácil es el remedio; mas la que está ya vieja y casi afistolada, dificultosísimamente sana; y esto, no sin gran trabajo, ni sin cauterio, hierro y fuego. Muchas llagas hay que el tiempo hace incurables; mas á Dios ninguna cosa es imposible. Antes de la caida nos hacen los demonios á Dios muy piadoso, y despues della muy duro y riguroso.

No obedezcas al que despues de la caida, haciendo tú penitencia, y ocupándote en buenas obras, por pequeñas que sean, te dice que es nada todo cuanto haces por razon de la culpa pasada; porque muchas veces acaesció que algunos pequeños servicios y presentes bastaron para mitigar la ira grande del juez; y así las buenas obras, por pequeñas que sean, aplacan á Dios, especialmente cuando proceden de gran caridad y humildad de corazon. El que de verdad se aflige y castiga por sus pecados, todos los dias que no llora tiene perdidos, aunque en ellos por ventura haga algunas buenas obras; porque su principal intento es hacer penitencia. Ninguno de los que se afligen con lágrimas de penitencia piense luego que estará seguro al fin de la vida; porque lo que está incierto nadie lo puede tener por cierto. Concédeme, Señor, dice el Profeta (*l*), que sea yo refrigerado (conviene saber, con el testimonio de la buena conciencia), ántes que desta vida parta. Este testimonio está donde está el Espíritu Sancto, y donde está una profunda y perfecta humildad; de lo cual nadie puede tener cierta seguridad. Mas los que sin estas dos virtudes salen desta vida, no se engañen, porque todavía tienen que lastar.

Los que sirven al mundo no mueren con esta consolacion que los buenos tienen; mas algunos hay que ejercitándose en limosna y obras de piedad, conoscen el provecho desto al fin de la jornada. El que entiende en llorar y hacer penitencia de sus pecados, debe andar tan ocupado en este negocio, que no tenga ojos para ver las lágrimas, ni las caidas, ni los negocios de los otros. El perro que es mordido de alguna fiera, suele embravescerse contra ella ferocísimamente con el dolor de la herida; y así suele el verdadero penitente embravescerse contra su propria carne y contra el demonio, que le hirieron, y de aquí suele nascer el mal tratamiento y odio sancto contra sí mismo.

Miremos no nos acaezca que el dejar de reprehendernos la conciencia no proceda mas de falsa confianza que de la propria innocencia. Uno de los grandes indicios que hay de estar sueltas ya las deudas, es tenerse el hombre siempre por deudor. Ni por eso es razon desconfiar, porque ninguna cosa hay mayor ni igual que la miseri-

(*i*) Luc. 7. (*k*) Ibid. 19.

(*l*) Psalm. 38.

cordia de Dios; por lo cual con sus proprias manos se mata el que desespera. Tambien es señal de diligente y solícita penitencia, si de verdad nos tuviéremos por merescedores de todas las tribulaciones que nos vinieren, así visibles como invisibles, y de muchas mas.

Despues que Moisen vió á Dios en la zarza, volvió á Egipto (que es las tinieblas del mundo) á entender en los ladrillos y obras de Faraon; mas despues desto volvió á la zarza que habia dejado, ó por mejor decir, al monte de Dios. Asimismo aquel grande Job de rico se hizo pobre; mas despues de empobrecido le fuéron dobladas las riquezas. Quien entendiere el misterio que aquí está encerrado, nunca jamas desesperará. La caida de los que han sido negligentes despues de su llamamiento, muy peligrosa es; porque enflaquece la esperanza de alcanzar aquella quietísima tranquilidad y paz que se halla en Dios, donde tiran todos nuestros intentos. Mas los tales por muy bien librados se tendrian, si se viesen salidos de la hoya en que cayeron.

Mira diligentemeute y considera que no siempre volvemos al lugar de do salimos por el camino que salimos, sino á veces por otro mas corto. Vi yo dos religiosos que en un mismo tiempo, y de una misma manera caminaban; de los cuales el uno (aunque era viejo) trabajaba mucho; mas el otro (que era su discípulo) llegó mas presto que él, y entró primero en el monumento de la humildad, la cual llamo monumento, porque por ella desea el verdadero humilde ser sepultado, aniquilado, y no conoscido en los corazones de los hombres. Y la causa de haber este llegado mas presto, fué porque eso que hacia, hacia con mayor fervor, pureza y diligencia.

Guardémonos todos, y especialmente los que caimos, no vengamos á dar en el error de Orígenes, el cual dijo que el dia del juicio nuestro Señor por su misericordia habia de salvar no solo á los buenos, pero tambien á los malos; el cual error á los malos es muy agradable: con el cual error derogó Orígenes no solo á la verdad divina, mas á la rectitud de su justicia. En mi meditacion (ó por hablar mas claro) en mi penitencia, es razon que arda el fuego de la oracion, el cual queme todo lo que le fuere contrario. Finalmente por concluir esta materia, si deseas hacer verdadera penitencia, séante ejemplo, y dechado, y forma de verdadera penitencia aquellos sanctos reos de que ántes hicimos mencion. Y esto te excusará el trabajo de leer muchos libros, hasta que amanezca en tu casa la luz de Cristo Hijo de Dios, el cual resucite tu ánima con la perfecta y estudiosa penitencia.

ANNOTACIONES SOBRE EL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Aquí puedes muy bien ver, cristiano lector, de la manera que hacen penitencia aquellos á quien Dios infundió espíritu de verdadera y perfecta penitencia, y abrió los ojos con su divina luz para ver la hermosura del mismo Dios, la fealdad del pecado, el engaño del demonio, la vanidad del mundo, el rigor del juicio divino, el terror de las penas del infierno, la excelencia de la virtud, con todo lo demas. Porque del conoscimiento que Dios en el ánima infunde destas cosas, nasce este tan grande sentimiento y penitencia.

Y aunque esto por una parte parezca increible, considerada la flaqueza humana, por otra parte no lo es, considerada la virtud divina, y el espíritu de la penitencia verdadera. Porque si á la caridad pertenesce realmente y con efecto amar á Dios sobre lo que se puede amar, y dolerse del pecado sobre todo lo que se puede doler (por perderse por él Dios, que así como es el mayor bien de los bienes, así perder á él es el mayor mal de los males), ¿qué mucho es tener tan grande sentimiento por un tan grande mal como este es, para quien conosce lo que es? Porque si vemos cada dia los extremos que hacen algunas mujeres por muertes de sus maridos, y algunas madres por la de sus hijos, y otros por otras cosas, por las cuales vienen á caer en la cama, y aun á morir de pena, y á veces á matarse con sus propias manos, ¿qué maravilla es que un ánima que con lumbre del cielo entiende cuánto mayor bien le era Dios que todos estos bienes, y cuánto mas perdió en perder este bien, que en la pérdida de todos ellos, haga todos estos extremos (si así se pueden llamar) por la pérdida de tan grande bien? Qué mucho es hacerse mas por lo que es mejor y mas amado, que por lo que tanto ménos es y ménos amado? Nuestra negligencia hace parescer increibles estas penitencias, porque ellas de suyo no lo son.

Por aquí tambien conoscerás cuáles sean las penitencias que hacen hoy dia los cristianos, pues tan léjos están de parescerse con estas, ni en la fuerza del dolor, ni en el rigor de la satisfaccion. Mas no por eso debe nadie desconfiar y desmayar del todo viendo esto. Porque los sanctos en todas las cosas fuéron extremados y aventajados á todos los otros hombres, así en la alteza de la vida, como en la perfeccion de la penitencia. Por donde así como no desmayamos leyendo sus vidas, así tampoco lo debemos hacer leyendo sus penitencias; porque así como no estamos obligados de necesidad á imitarlos en la perfeccion de lo uno, así tampoco en la de lo otro.

Mas con todo esto utilísimamente se nos proponen sus ejemplos y vidas, y el rigor de sus penitencias, para tres efectos muy principales. El primero, para que por aquí veamos la virtud de la gracia, que en subjectos tan flacos obró tan grandes maravillas, y que así tambien las obraria en nosotros si nos dispusiésemos para ello. El segundo, para que nos encendamos y despertemos á hacer algo de lo que en ellos vemos; pues aunque seamos flacos y para poco, no nos faltará el mismo favor ni el mismo Señor que á ellos no faltó. El tercero, para que ya que no llegamos á esto, á lo ménos siquiera nos confundamos, humillemos y avergoncemos de ver lo que somos y lo que hacemos, comparado con lo que ellos hicieron. La cual consideracion destierra de nuestra ánima toda vana hinchazon y soberbia, y acarrea la humildad, fundamento de todas las virtudes. El cual provecho es tan grande, que le falta poco para llegar al segundo, como en este mismo capítulo está dicho. Este es el fructo que debemos sacar destas lecturas, y para esto se nos proponen, y no para desmayar ni desconfiar leyéndolas.

CAPITULO VI.

Escalon sexto: de la memoria de la muerte.

Así como ántes de la palabra precede la consideracion, así ántes del llanto la memoria de la muerte y de los pecados. Por lo cual guardarémos esta órden, que ántes del llanto tratarémos de la memoria de la muerte. Memoria de la muerte es muerte cuotidiana, que es morir cada dia. Memoria de la muerte es perpetuo gemido en

todas las obras. Temor de la muerte es propiedad natural que nos vino por el pecado de la desobediencia. Temor vehemente de la muerte es indicio grande de no estar aun los pecados del todo perdonados. Esta manera de temor no tuvo Cristo; aunque receló la muerte, para significar en esto la condicion de la naturaleza que habia tomado.

Así como entre todos los manjares es muy necesario y provechoso el pan, así entre todas las maneras de consideraciones es muy provechosa la de la muerte. La memoria de la muerte hace que los que viven en monasterios, se ejerciten en trabajos y asperezas, y que tengan un dulce deseo y apetito de padescer injurias por amor de Dios. Mas á los que viven en soledad apartados de todos los desasosiegos del mundo, hace que dejados todos los otros cuidados, insistan en una perpetua oracion y guarda diligentísima de sus ánimas; las cuales virtudes son madres y hijas de esta virtud, porque nascen de la memoria de la muerte, y ayudan á ella misma; porque cuanto el hombre está mas libre de las otras pasiones y cuidados, tanto mas dispuesto está para pensar en su muerte; y cuanto mas en ella piensa, tanto mas se descuida de todo lo demas.

Así como está clara la diferencia que hay entre el estaño y la plata para los que saben algo desto, aunque tengan entre sí tan grande semejanza; así tambien está clara á los ojos de los sabios la diferencia que hay entre el temor natural de la muerte y el que no es natural: esto es, entre el que procede de la naturaleza, ó de los pecados. Y una de las grandes señales que hay para conoscer cuándo es provechosa la memoria de la muerte, es la negacion de nuestra propia voluntad, y el perder la aficion de las cosas visibles. Muy loable es aquel que todos los dias espera la muerte, mas aquel es sancto, que todas las horas la desea.

Verdad es que no todo deseo de la muerte es digno de ser loado. Porque hay algunos que vencidos con la fuerza de la costumbre, continuamente pecan; y por eso desean la muerte con la humildad, por no pecar mas. Otros hay que no quieren hacer penitencia, y por esto llaman la muerte con desesperacion. Y otros que movidos con espíritu de caridad, desean salir deste cuerpo por verse con Cristo.

Dudaron algunos por qué causa siéndonos tan provechosa la memoria de la muerte, no quiso el Señor que supiésemos la hora della, no mirando cuán maravillosamente ordenó él esto para nuestra salud. Porque ninguno si supiese la hora cierta de su muerte, recibiria luego el bautismo, ó entraria en religion; sino gastando primero todo el tiempo de su vida en maldades y pecados, cuando viese acercarse la hora de su partida, entónces correria al bautismo y á la penitencia, despues de haberse envejecido por tan grande espacio en los vicios; y así su penitencia no sería loable; ni era tanto virtuosa, cuanto necesaria.

Tú que lloras por tus pecados, no des oídos á aquel can que te hace á Dios muy blando ó muy misericordioso; porque esto hace por echar de tu ánima ese llanto que tienes, y ese tan seguro temor. Mas entónces solamente debes encarescer y prometerte la misericordia de Dios, cuando te vieres tentado de desesperacion. El que por una parte trabaja por traer dentro de sí mismo la memoria de la muerte y del juicio divino, y por otra se entrega á los cuidados del mundo, es semejante á aquel que estando nadando quiere dar palmadas con ambas las manos.

La memoria de la muerte, cuando es poderosa y eficaz, quita el apetito de los manjares; los cuales húmilmente quitados, tambien se quitan ó enflaquecen las pasiones con ellos. La falta de la contricion y del dolor ciega los corazones, y la abundancia de los manjares seca la fuente de las lágrimas. La sed y las vigilias quiebran la piedra de nuestro corazon, y quebrada esta saltan las aguas vivas. Duras parescen estas cosas á los amigos de la gula, é increibles á los negligentes; mas el varon ejercitado probará estas cosas alegremente, y despues que las haya probado, alegrarse ha con ellas. Mas el que no las ha probado, quedará triste; porque padescerá trabajos y dificultades en estos ejercicios, hasta que la costumbre de trabajar le haga dulces los trabajos.

Así como los padres determinan que la perfecta caridad hace el hombre perseverante en el bien y lo libra de pecado, por la gran virtud que tiene; así yo tambien determino que el perfecto sentimiento de la muerte libra al hombre de todo vano temor, porque el tal no teme sino lo que es razon de temer.

Muchos son los actos y ejercicios interiores de nuestro espíritu, como son: enderezar la intencion á Dios en todas las cosas que hacemos, memoria de Dios, memoria del reino de los cielos, memoria de la presencia divina (segun el Profeta, que dijo (*a*): Traia yo siempre al Señor delante de mis ojos), memoria de las intelectuales y soberanas virtudes (que son los ángeles), memoria de la muerte, y de los encuentros que se siguen despues della, y de la sentencia del Juez, y de los tormentos del purgatorio y del infierno. Las primeras destas cosas son grandes, mas las postreras ayudan grandemente para no caer en pecado.

Un monje de Egipto me contó que habiendo fijado profundamente la memoria de la muerte en su corazon, y queriendo una vez, porque lo pedia así la necesidad, dar un poco de refrigerio al lodo desta carne; esta memoria á manera de un alguacil, de tal manera lo sobresaltó, que le hizo dejar lo que habia comenzado, y lo que mas es, queriendo él despedir de sí esta memoria, no pudo.

A otro religioso que moraba aquí junto á un lugar que se llama Tholas, acaescia muchas veces quedar como atónito y fuera de sí pensando en la muerte, de tal manera que quedaba despues desto como insensible: y así fué hallado de algunos religiosos, y por ellos llevado en brazos, paresciéndoles que estaba casi muerto.

Tampoco dejaré de contar la historia de un monje solitario que moraba en el lugar llamado Coreb. Este, habiendo vivido negligentísimamente, sin tener algun cuidado de su ánima, finalmente vino á enfermar y llegar á lo postrero. Y despues de haber partídose ya perfectamente el ánima del cuerpo, á cabo de una hora volvió en sí, y rogónos a todos que nos fuésemos de su celda, y cerrada la puerta á piedra y lodo, perseveró doce años dentro della, sin hablar todo este tiempo con nadie, y sin comer mas que pan y agua. Y estando asentado y atónito, revolvia en su corazon lo que en aquel arrebatamiento habia visto: y tenia tan fijo el pensamiento en esto, que nunca mudaba el rostro de un lugar, sino perseve-

(*a*) Psalm. 15.

rando así atónito y callado, no podia contener las fuentes de las lágrimas que por su rostro corrian. Y estando él ya propincuo á la muerte, rompimos la puerta, y entramos todos dentro. Y como le pidiésemos con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion, solo esto nos dijo: Perdonadme, padres. Ninguno de los que de verdad y de todo corazon supieren qué cosa es pensar en la muerte, tendrá jamas atrevimiento para pecar. Así quedaron todos maravillados viendo tan mudado y tan hecho otro aquel que ántes habia sido tan negligente. Y despues que lo enterramos en un cementerio que estaba allí cerca, yendo algunos dias despues á buscar sus sagradas reliquias, no las hallamos: haciéndonos el Señor en esto ciertos de su grande, solícita y loable penitencia; y dando confianza á todos los que la hicieren verdadera, aunque hayan vivido negligentísima vida.

Así como algunos dicen que el abismo es lugar de agua sin suelo, así la meditacion atenta de la muerte cria en nosotros una inefable y profundísima castidad y fervor de espíritu, lo cual se prueba por este hecho que agora acabamos de contar. Porque los justos desta calidad, cada dia añaden temor á temor, y nunca cesan desto, hasta que la misma virtud de los huesos viene á consumirse; como lo significó el Profeta cuando dijo (*b*): Por la continua voz de mis gemidos se me vinieron á pegar los huesos á la piel.

Y tengamos por cierto que este es tambien don de Dios como los otros; pues vemos que muchas veces pasando por las sepulturas y cuerpos de muertos, estamos duros é insensibles; y otras veces estando fuera desto, nos compungimos y enternecemos.

El que está muerto á todas las cosas, este de verdad tuvo memoria de la muerte; mas el que aun todavía está demasiadamente aficionado á las criaturas, no entiende fielmente en su provecho, pues él mismo se enlaza con su aficion.

No quieras descubrir á todos con palabras el amor que les tienes, sino ruega á Dios que él secretamente se lo muestre; porque de otra manera faltarte ha tiempo para esta significacion, y tambien para el estudio de la compuncion.

No te engañes, obrero loco, pensando que puedes reparar la pérdida de un tiempo con otro; porque no basta el dia de hoy para descargar perfectamente las deudas de hoy. Muy bien dijo un sabio, que no se podia vivir un dia bien vivido, sino pensando que aquel es el postrero. Y lo que mas es de maravillar, aun hasta los gentiles sintieron que la summa de toda la filosofía era la meditacion y ejercicio de la muerte.

CAPITULO VII.

Escalon séptimo: del llanto causador de la verdadera alegría.

Llanto, segun Dios, es tristeza del ánima y sentimiento del corazon afligido, el cual busca con grandísimo ardor lo que desea, y si no lo alcanza, búscalo con summo trabajo, y va en pos dello buscándolo con solicitud y tristeza. Puede tambien difinirse así. Llanto es estímulo de oro, hincado por la sancta tristeza en nuestro corazon para guarda dél; el cual despoja el ánima de toda pasion y aficion en que se puede enlazar. Compuncion es perpetuo tormento de la conciencia, la cual mediante el humilde conoscimiento de sí mismo refrijera el ardor y fuego del corazon. Compuncion es olvido de sí mismo, porque por esta hubo alguno que se olvidó de comer su pan. Penitencia es voluntaria y alegre renunciacion de toda consolacion corporal.

La continencia y el silencio son virtudes proprias de los que aprovechan en este llanto; y el no airarse y olvidarse de las injurias, de los que han ya aprovechado en él; mas de los perfectos y consumados en esto es profunda humildad del ánimo, deseo de ignominias, hambre voluntaria de molestias y trabajos, no condenar á los que pecan, tener compasion de sus necesidades segun lo que pudiéremos, y mas aun de lo que pudiéremos. Los primeros son dignos de ser aceptados, los segundos son dignos de ser alabados; mas aquellos son bienaventurados, que tienen hambre de aflicciones é ignominias (*a*); porque ellos serán hartos de aquel manjar que nunca harta.

Tú que alcanzaste la virtud del llanto, procura guardarla con todas tus fuerzas; porque si no está muy fuertemente arraigada en el ánima, suele irse y desaparescer. Y especialmente la hacen huir los desasosiegos, deleites y cuidados de las cosas desta vida; mas sobre todo, el mucho hablar y chocarrear, del todo lo deshace, así como el fuego á la cera.

Atrevimiento paresce lo que diré; pero no deja de tener en su manera verdad. Mas eficaz es algunas veces que el bautismo, porque aquel lava los pecados pasados, y este preserva de los venideros, dando virtud y grande espíritu para evitarlos. Y la gracia de aquel perdemos despues que en la niñez le recibimos, mas con este nos volvemos á renovar; el cual si no fuera dado á los hombres por especial don de Dios, muy pocos fueran los que se salvaran.

La tristeza y los gemidos llaman á Dios, y las lágrimas del temor llevan la embajada; mas las que proceden del amor, dicen que nuestras oraciones fuéron oidas y recibidas del Señor. Así como ninguna cosa tanto arma con la humildad como el llanto, así una de las cosas que mas le contradicen es la risa desvergonzada y secular. Oh continente, trabaja con todas tus fuerzas por conservar esta bienaventurada y alegre tristeza de la sancta compuncion, y nunca ceses de trabajar en ella, hasta que purificado ya del amor de las cosas terrenas, te levante á lo alto, y te represente á Cristo.

No dejes de considerar é imprimir fuertemente en lo íntimo de tu corazon aquel abismo del fuego eterno, aquellos crueles ministros, aquel severo y espantoso Juez, que entonces á ningun malo perdonará, y aquel infinito caos y escuridad del fuego infernal, y aquellas terribles cuevas y mazmorras profundas, y aquellos espantosos despeñaderos y descendidas, y aquellas horribles imágenes y figuras de los que allí están: para que si en nuestra ánima han quedado algunos incentivos de lujuria, ahogados con este temor, dén lugar á la limpia y perpetua castidad, y con la gracia del llanto resplandezca mas que la misma luz.

Persevera en la oracion temblando, no de otra manera que el reo que está delante del juez; para que así con el hábito interior como exterior, mitigues la ira del Señor; porque no desprecia el ánima que está como viuda y opresa llorando delante dél, importunan-

(*b*) Psalm. 101.

(*a*) Matt. 5.

do y fatigando con trabajos al que no los puede padescer.

Si alguno ha alcanzado las lágrimas interiores del ánima, cualquier lugar le es oportuno y conveniente para llorar; mas el que tiene lágrimas exteriores, debe buscar lugares y modos convenientes para este ejercicio. Porque así como el tesoro secreto está mas guardado y mas seguro de ladrones que el que está en la plaza, así tambien lo está el tesoro de las gracias espirituales.

No seas semejante, tú que lloras, á los que entierran los muertos; los cuales hoy lloran y mañana comen y beben sobre ellos, celebrando sus endechas; sino procura ser como los que están condenados por sentencia á acabar en las minas de los metales, que cada hora son azotados y maltratados de los que presiden sobre ellos. El que agora llora, y luego se desmanda en risas y deleites, es semejante al que apedrea un perro goloso con pedazos de pan, que aunque parezca que le persigue y despide de sí, en hecho de verdad lo detiene consigo. Porque este tal paresce que con el llanto despide de sí los deleites, mas no los despide de verdad.

Procura siempre de andar con un semblante triste, pero ese sea con modestia; porque no parezca esto ostentacion de sanctidad. Y trabaja siempre por estar atento y cuidadoso sobre la guarda de tu corazon; porque los demonios no ménos temen la tristeza verdadera, que los ladrones al perro. No pensemos, hermanos, que somos llamados á fiestas y bodas, sino á que lloremos á nosotros mismos. Algunos de los que lloran, trabajan en aquel bienaventurado tiempo por no pensar nada, en lo cual hacen mal, porque no entienden que las lágrimas que proceden sin pensamiento y atencion del ánima, son brutas é impropias á la criatura racional. Porque las lágrimas necesariamente han de proceder de alguna consideracion y pensamiento, y el padre desta consideracion es el ánimo racional.

Cuando te acuestas en la cama, esa postura que en ella tienes, te sea figura del que está muerto en la sepultura, y desta manera dormirás ménos. Y cuando estuvieres comiendo á la mesa, acuérdate de la miserable suerte en que te has de ver cuando seas manjar de gusanos, y desta manera mortificarás el apetito de los regalos. Y asimismo cuando bebieres, no te olvides de aquella encendida sed que los malos padescen entre las llamas del infierno, y así podrás mejor hacer fuerza á la naturaleza.

Cuando nuestro padre espiritual nos ejercita con injurias, amenazas é ignominias, acordémonos de la terrible sentencia y maldicion del Juez eterno, y desta manera con mansedumbre y paciencia, como con un cuchillo de dos filos, degollarémos la tristeza que de allí se suele seguir. Poco á poco, segun que se escribe en Job (*b*), cresce y mengua la mar, y así con paciencia y perseverancia poco á poco van creciendo estos ejercicios de virtudes en nosotros.

Duerma contigo todas las noches la memoria del fuego eterno, y contigo tambien despierte, y desta manera no tendrá señorío sobre tí la pereza al tiempo del levantar á cantar los salmos. Finalmente, hasta la misma vestidura procura que sea tal, que ella tambien te convide á llorar; pues ves que por esta causa se visten de luto los que lloran los muertos.

Si no lloras, llora porque no lloras; y si lloras, conosce que tienes razon de llorar; pues por tus pecados caiste de un tan alto y quieto estado, en un estado tan bajo y tan miserable. Aquel igual y rectísimo Juez suele en nuestras lágrimas tener respeto á la condicion de nuestra naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas; y así vi yo muy pequeñas gotas destas derramarse con trabajo á manera de sangre, y vi otras veces correr fuentes dellas sin trabajo, y estimé en mas la grandeza del dolor de los que lloraban, que la abundancia de sus lágrimas: y así pienso que lo estimó Dios.

No conviene á los que lloran, en cuanto tales, ocuparse en sutiles y profundas cuestiones de teología, las cuales pertenescen á otro oficio y estado mas alto; porque esta especulacion suele ser impeditiva del llanto. Porque el teólogo es comparado al que está asentado magistralmente sobre el trono de la cátedra, empleándose en altas y grandes materias; mas el que llora es comparado al que está asentado en un muladar sobre un cilicio, haciendo penitencia de sus pecados. Y por causa desta desproporcion pienso que aquel gran David, que sin dubda fue doctor sapientísimo, respondió á los que le pedian cantares, diciendo (*c*): ¿Cómo cantarémos los cantares del Señor en tierra ajena? como si dijera: Cuando estamos atentos á la consideracion de nuestros vicios y miserias, no estamos para cantar el cántico de las divinas alabanzas.

Así como las criaturas unas veces se mueven de sí mismas, y otras veces reciben el movimiento de otras; así tambien acaesce esto en la compuncion: por donde cuando nos acaesce que sin procurarlo ni trabajar por ello nos viene un grande llanto y compuncion, aceptemos esto de buena gana, y aprovechémonos dello; pues el Señor se nos entró por las puertas sin ser llamado, ofreciéndonos misericordiosamente esta esponja de la divina tristeza, este refrigerio de lágrimas piadosas, con las cuales se borre la escriptura de nuestros pecados. Y por esto trabaja por conservar esta gracia con la lumbre de los ojos, hasta que ella se vaya de su gana; porque mucho mejor es la virtud desta compuncion, que la de aquella que nosotros alcanzamos por nuestro estudio y trabajo.

No ha alcanzado la gracia del llanto el que llora cuando quiere, sino aquel que llora las cosas que quiere; ni aun tampoco este, sino el que llora como Dios quiere. Algunas veces se mezclan las engañosas lágrimas de la vanagloria con las lágrimas que son de Dios, lo cual entónces virtuosa y prudentemente conoscerémos, cuando viéremos que juntamente lloramos y tenemos malos propósitos en nuestro corazon.

La compuncion, propriamente hablando, es un dolor del ánimo que caresce de toda soberbia, y que no admite alguna consolacion, pensando todas las horas en la resolucion y término de la vida, y esperando como una agua fresca la consolacion de Dios, con que suele visitar á los monjes humildes. Los que con todas sus fuerzas trabajaron por alcanzar este piadoso llanto, suelen communmente aborrescer su vida como materia perpetua de dolores y trabajos, y así tambien aborrescen su proprio cuerpo como á verdadero enemigo.

Cuando en aquellos que parece que lloran segun Dios, vieres por otra parte obras ó palabras de ira, ó de soberbia, ten por cierto que las tales lágrimas no nascen desta saludable compuncion. Porque ¿qué conveniencia tie-

(*b*) Job. 38.

(*c*) Psalm. 136.

nen entre sí la luz y las tinieblas? Natural cosa es á la falsa y adúltera compuncion engendrar soberbia; mas la que es virtuosa y loable, pare grande consolacion. Así como el fuego enciende y consume las pajas, así las lágrimas castas consumen todas las suciedades visibles é invisibles de nuestras ánimas.

Determinacion es de los padres, que es muy escura y dificultosísima de averiguar la razon y valor de las lágrimas, especialmente en los que comienzan; porque dicen proceder ellas de muchas y diversas ocasiones: conviene saber, de la condicion natural del hombre, de Dios, de aflicciones y trabajos bien ó mas sufridos, de la vanagloria, de fornicacion, de amor, de la memoria de la muerte, y de otras muchas causas: por donde examinadas con el temor de Dios todas estas lágrimas, para ver las que nos conviene abrazar ó desechar, trabajemos por alcanzar aquellas que proceden de la memoria de nuestra muerte y resolucion, que son limpísimas y libres de toda engañosa sospecha, porque no hay en ellas olor de secreta soberbia; mas ántes hay mortificacion della, y aprovechamiento en el amor de Dios, y aborrescimiento del pecado, y una hermosísima y felicísima quietud, libre de todo estruendo y perturbacion.

No es cosa nueva ni maravillosa que los que lloran algunas veces comiencen en buenas lágrimas, y acaben en malas; mas comenzar en malas ó en naturales lágrimas, y acabar en buenas, cosa es esta singular y dignísima de alabanza. Y esta proposicion entienden muy bien los que son mas inclinados á vanagloria; porque estos sabrán por experiencia cuán trabajosa cosa sea enderezar puramente á gloria de Dios lo que el amor natural de la honra tan poderosamente llama y procura para sí.

No quieras luego á los principios fiarte de la abundancia de tus lágrimas, así como no se debe fiar nadie del vino recien salido del lagar. No hay quien no conozca ser muy provechosas todas las lágrimas que derramamos segun Dios, mas cuáles y cuánto sean á su provecho, al tiempo de nuestra partida se sabrá.

El que continuamente llorando aprovecha en el camino de Dios, cada dia tiene espirituales fiestas y banquetes; mas el que continuamente se anda en fiestas y banquetes corporales, despues lo pagará en llanto perpetuo. Así como los reos no tienen en la cárcel alegría, así tampoco los monjes tienen verdadera solemnidad en esta vida; y por ventura por esta causa aquel Sancto amador del llanto suspirando decia (*d*): Saca, Señor, mi ánima de la cárcel, para que se alegre ya en tu inefable luz.

Procura de estar dentro de tu corazon como un alto rey, asentado en la silla de la humildad, mandando á la risa que se vaya, y váyase: y al dulce llanto que se venga, y venga: y á tu siervo (*e*), ó por mejor decir tiranno, (que es tu cuerpo) mandándole que haga lo que tú quisieres, y hágalo. Si alguno trabaja por vestirse deste bienaventurado y gracioso llanto, como de una ropa de fiesta, este sabrá muy bien cuál sea la espiritual risa y alegría del ánima. ¿Quién será aquel tan dichoso que haya gastado todo el tiempo de su vida tan piadosa y religiosamente en la conservacion de la vida monástica, que jamas se le haya pasado ni dia, ni hora, ni momento que no haya gastado en servicio de Dios y obras religiosas, pensando siempre con mucha atencion no ser posible recobrar el tiempo pasado, y gozar dos veces de un mismo dia en esta vida? Bienaventurado aquel que levanta sus ojos á contemplar aquellas celestiales é intelectuales virtudes, que son los ángeles; mas tambien lo será aquel, y aun estará muy léjos de caer, que riega siempre sus mejillas con lluvia de aguas vivas; y aun es cierto que por este estado pasan los hombres á aquel primero, que es de tanta felicidad.

Vi yo algunos pobres mendigos muy importunos, los cuales con algunos donaires que dijeron, inclinaron los corazones de los reyes á misericordia; y tambien vi algunos pobres necesitados de virtudes, los cuales, no con donaires ni palabras graciosas, sino humildes y significadoras de dolor y de confusion, arrancadas de lo íntimo del corazon, importunando y perseverando, vencieron aquella invisible naturaleza, y la inclinaron á piedad. El que se ensoberbece con la gracia de sus lágrimas, y condena á los que no las tienen, es semejante al que recibiendo armas del emperador contra sus enemigos, usó dellas contra sí.

No tiene Dios, ó hermanos, necesidad de nuestras lágrimas, ni quiere que el hombre llore puramente por la angustia de su corazon, sino por la grandeza del amor que debe tener á Dios, acompañado con alegría de corazon. Quita el pecado aparte, y luego serán ociosas las lágrimas que por estos ojos sensibles se derraman: pues no es necesario cauterio donde no hay llagas podridas. No habia lágrimas en Adam ántes del pecado, como tampoco las habrá despues de la general resurreccion, destruido el pecado, porque entónces huirá el dolor, la tristeza y el gemido.

Vi en algunos este piadoso llanto, y vilo tambien en otros porque carescian dél; los cuales, aunque en hecho de verdad no carescian dél, pero así se lamentaban como si carescieran, y con esta hermosa castidad de su ánima estaban mas seguros de los ladrones de la vanagloria: y estos son aquellos de quien está escripto (*f*): El Señor hace ciegos á los sabios. Porque algunas veces suelen estas lágrimas levantar á los que son mas livianos, por lo cual les son quitadas por divina dispensacion, para que viéndose privados dellas, las busquen con mayor diligencia, y se conozcan por miserables, y se aflijan con gemidos, dolor y confusion del ánimo: las cuales cosas suplen seguramente la falta de las lágrimas, aunque ellos por su provecho no lo entiendan.

Hallarémos algunas veces, si diligentemente lo miramos, que los demonios pretenden hacer en nosotros una cosa para reir: conviene saber, que despues de muy hartos nos resuelven en lágrimas, y cuando estamos ayunos nos secan las fuentes de los ojos; para que engañados con esto nos entreguemos á los deleites de la gula, madre de todos los vicios, viendo que cuando estamos mas hartos, estamos al parescer mas devotos. A los cuales en ninguna manera conviene obedescer, sino ántes contradecir.

Considerando yo atentamente la naturaleza desta sagrada compuncion, me maravillo mucho de ver cómo lo que por una parte se llama llanto y tristeza, tiene juntamente consigo anexo gozo y alegría, así como el panar la miel. Pues ¿qué se nos da á entender por esto, sino tener por cierto que así como esta es una grande maravilla, así tambien es una grande misericordia y obra de Dios?

(*d*) Psalm. 141. (*e*) Matt. 8.

(*f*) Luc. 8.

porque entonces está dentro de nuestra ánima un dulce deleite, con el cual Dios secretamente consuela á los tristes y desconsolados por su amor.

§. ÚNICO.

Prosigue la materia del llanto.

Mas porque no nos falte ocasion deste eficacísimo llanto y saludable dolor, quiero contar aquí una dolorosa historia para edificacion de las ánimas. Un religioso que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria; el cual despues de haber ejercitádose en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella divina y sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar, llamado Sides, que era de los monjes anacoretas que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida, por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado, al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él allí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la sobredicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia pues ántes de su muerte súbitamente quedó atónito y pasmado, y teniendo los ojos abiertos miraba á la una parte del lecho y á la otra; y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: así es cierto; mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: no es así cierto, mentís, no hice eso. Otras decia: así es verdad, así es; mas lloré y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia: verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y rigurosísimo juicio, en el cual, lo que es aun mas para temer, le hacian cargo de lo que no habia hecho. ¡Miserable de mí! ¿qué será de mí, pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud, en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder, el cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado la gracia de las lágrimas? ¡Ay de mí! Ay de mí! ¿Dónde estaba allí aquella voz del profeta Ecequiel con que pudiera responder (*g*): En cualquier dia que el pecador se convirtiere de su maldad, no tendré mas memoria della? Y aquella que dice (*h*): En lo que te hallare, en eso te juzgaré, dice el Señor. Nada desto pudo responder. ¿Por qué causa? Sea gloria á aquel Señor que solo lo sabe. Algunos hubo que de verdad me afirmaron, que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo, por su mano. Y siendo tal, partió desta vida, pidiéndole tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia y determinacion de su causa.

Así como la viuda, despues de perdido su marido, si le queda solo un hijo, descansa toda sobre él, y no tiene otro consuelo despues de Dios; así el ánima, despues de haber caido y perdido á Dios por el pecado, uno de los mayores consuelos que le queda para el tiempo de su partida, son las lágrimas y abstinencia. Las tales ánimas no requiebran curiosamente la voz cuando cantan los salmos, porque estas cosas interrumpen y apartan el llanto. Y si tú por este medio lo piensas alcanzar, ten por cierto que está muy léjos de tí.

(*g*) Ezech. 18. (*h*) Ibid.

Porque el llanto es un dolor cierto y fijo del ánimo, acompañado con fervor de espíritu, el cual es precursor de aquella beatísima quietud y tranquilidad que se halla en Dios; y en muchos este llanto aparejó el ánima para Dios, y la limpió y consumió en ella todas las espinas y malezas de los vicios.

Un varon de Dios, ejercitado en esta virtud, me contó de sí, diciendo: Determinando yo muchas veces de trabar guerra cruel contra la vanagloria, contra la ira y contra la gula, la virtud del llanto dentro de mí mismo secretamente me decia: No te ensalces con vanagloria, porque me iré de tí. Lo mismo me decia tambien en las otras tentaciones. A lo cual yo respondia: Nunca te seré desobediente hasta que me presentes á Cristo.

La grandeza del llanto meresce consolacion, y la limpieza del corazon meresce lumbre del entendimiento: y esta lumbre es una secreta operacion de Dios, entendida sin entenderse, y vista sin verse. Esto es: lumbre ó iluminacion es una secreta obra de Dios en el alma, mediante la cual se le da un sobrenatural conoscimiento de la verdad; y dícese que es conoscida sin conoscerse, porque siente el hombre la eficacia della en su ánima, mas no sabe cierto de dónde le viene: segun aquello que está escripto (*i*): El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz; mas no sabes de dónde viene ó adónde va. Y asimismo se escribe en Job (*k*): Si viniere á mí, no le veré: y si se fuere, tampoco lo entenderé.

Consolacion es refrigerio del ánimo afligido, la cual en medio de los dolores alegra el ánima dulcemente, así como se alegra el niño cuando despues de haber perdido de vista á su madre la torna á ver, el cual rie y llora juntamente. Porque costumbre es de nuestro Señor cuando ve las ánimas afligidas y derribadas con la consideracion de sus pecados, y peligros, y tentaciones, recrearlas con nuevo espíritu y aliento, y convertir las lágrimas de tristeza en lágrimas de paz y alegría.

Las lágrimas quitan el temor de la muerte, y despues que un temor echó fuera á otro temor, luego una clara luz de alegría viene sobre el ánima, y tras desta alegría se sigue luego la flor de la caridad; porque con estos tales dones cresce esta nobilísima virtud, y juntamente con la experiencia de verse el hombre desta manera esforzado, alegrado y visitado de Dios, lo cual en ella es un grande incentivo de amor.

Mas con todo esto te aviso que no te fíes luego de cualquier gozo, aunque sea interior; mas ántes algunas veces lo aparta de tí, como indigno, con la mano de la humildad; porque si eres fácil en recibirlo, por ventura recibirás al lobo en lugar de pastor, que es al gozo del demonio por el de Dios.

No quieras apresuradamente correr á la contemplacion en tiempo que no es para eso conveniente (que es cuando el estado y obligacion en que estás te llama á otro ejercicio), para que despues esa misma contemplacion (tomada en su tiempo) perpetuamente se junte contigo con castísimo vínculo de matrimonio.

(*i*) Joan. 3. (*k*) Job. 9.

El niño cuando al principio comienza á conoscer á su padre, recibe grande alegría cuando lo ve; mas si él por alguna causa se le ausenta, y despues vuelve á él, hínchese de alegría y de tristeza juntamente: de alegría, por ver á quien tanto deseaba; y de tristeza, acordándose de cuánto tiempo caresció de aquella honesta y hermosa compañía. Pues así tambien el ánima devota se alegra con la dulce presencia y experiencia de Dios, y se entristece cuando le falta. Mas cuando despues esta le es restituida, gózase porque cobró el bien deseado; y entristécese porque ve que lo puede perder otra vez por el pecado.

Tambien la madre del niño algunas veces de industria se esconde, y alégrase si lo ve andar solícito y congojoso buscándola: y con este dolor le provoca á nunca apartarse della, y quererla mas. Pues desta manera lo hace aquella eterna sabiduría con el ánima devota: de la cual algunas veces por cierta dispensacion, sin culpa suya, se aparta; y viéndola entristecida y congojada por pensar que perdió esta presencia por su culpa, alégrase de verla desta manera solícita, y visitándola despues suavemente, enséñala á andar de allí adelante mas cuidadosa, y poner mas cobro en esta gracia. El que tiene oídos para oir, oiga, dice el Señor (*l*).

El que está sentenciado á muerte poco se le dará por salir á vistas, ni por ordenar los andamios para ver fiestas: y así tambien el que está todo entregado al llanto, poco se le dará por los deleites, ó por la gloria del mundo, ó por las ofensas que le hagan. El llanto es un cierto y perseverante dolor del ánima penitente, el cual añade cada dia tristezas á tristezas, y dolores á dolores, cuales padesce la mujer que pare. Por lo cual dijo muy bien un sancto doctor: Algunos veo estar llorando: mas si aquellas sus lágrimas saliesen de corazon, no se moverian tan presto á risa.

Justo y sancto es el Señor, el cual así como consuela á los buenos solitarios y amadores de la quietud, así tambien consuela á los buenos súbditos amigos de obediencia. Y el que no vive como debe en cualquiera destos dos estados, téngase por privado desta gracia. Ten cuidado, cuando estás en lo mas profundo del llanto, de ojear de tí aquel perverso can que te representa á Dios cruel y riguroso; porque si bien lo consideras, ese mismo te lo pinta muy blando y misericordioso cuando te solicita al mal.

El ejercicio de las buenas obras causa la frecuencia y continuacion dellas, y esta continuacion hace hábito, y da gusto en ellas: y el que á este grado de virtud ha llegado, dificultosamente caerá della. Por lo cual dijo un doctor, que communmente no suelen caer los perfectos súbitamente cuando caen, sino poco á poco, descuidándose y aflojando en el fervor.

Aunque hayas subido á un altísimo grado de vida, todavía lo debes tener por sospechoso, si no acompañas con tristeza y dolor. Porque conviene sin dubda, y es muy necesario que los que despues de aquel saludable lavatorio ensuciamos nuestras ánimas, sacudamos la pez de nuestras manos con este fuego, ayudándonos juntamente á esto la misericordia de Dios. Vi yo en algunos el postrer punto adonde podia llegar esta gracia del llanto; los cuales tenian tan herido y traspasado su corazon con el cuchillo del dolor, que venían á echar sangre por la boca; y viendo, acordóseme del Profeta, que dice (*m*) Fuí herido así como heno, y el corazon se me secó.

Las lágrimas que engendran el temor del divino juicio, hacen al hombre temeroso, y diligente, y guardador de sí mismo; mas las que proceden de la caridad, cuando no han llegado á su perfeccion, son fáciles de perder, ó por vanagloria, ó por negligencia, ó por disolucion, ó por demasiada seguridad, si aquel divino fuego no encendiere nuestro corazon, y nos hiciere obrar con grande fervor; porque con esta manera de obrar cresce la caridad. Y no caresce de admiracion ver cómo lo que de su naturaleza es mas bajo, á tiempos hace ventaja á lo que es mas alto: conviene saber, las lágrimas del temor á las del amor imperfecto.

Hay algunas maneras de vicios que secan las fuentes de las lágrimas (como son vicios de carne, juegos, risas, convites y parlerías), y hay otras que parcen mayores males: conviene saber, los vicios espirituales (como es la soberbia, la ambicion y deseo de propria alabanza), por los cuales pecados suele muchas veces caer el hombre en vicios sucios y bestiales. Y así por la primera manera de vicios vino Lot (*n*) á cometer incesto con sus proprias hijas, provocado de los deleites de la gula y lujuria; mas por la segunda vinieron á caer los ángeles del cielo.

Grande es la astucia de nuestros enemigos, los cuales hacen que las fuentes de las virtudes sean fuentes de vicios, y las que son materia de humildad lo sean de soberbia, incitándonos á usar mal de las virtudes principales (que son madres de las otras), presumiendo vanamente dellas, ó jactándonos y gloriándonos dellas, y haciendo de los beneficios de Dios (que eran incentivos de humildad y caridad) motivos de soberbia, vanagloria, estimacion de nosotros y desprecio de los otros.

Suele la figura y disposicion de los lugares mover á compuncion, como son las celdas y monasterios pobres, y puestos entre montes y breñas en lugares solitarios. De lo cual tenemos ejemplo en Elías, en Sant Juan Bautista, y en nuestro Salvador (*o*), que sin necesidad suya, por ejemplo nuestro se apartaba á los montes á orar (*p*). He visto tambien que algunas veces en medio de las plazas y desasosiegos de las ciudades suelen acompañarnos las lágrimas, lo cual puede ser que hagan los demonios, porque viendo cómo no recibimos daño del estruendo y desasosiego del mundo, no temamos permanescer en él.

Una palabra basta algunas veces para perder el llanto que en mucho tiempo se recogió, y sería gran maravilla si una sola bastase para restituir lo que otra destruyó. Lo cual nos debe ser aviso para que pongamos grande cobro en lo que con tanta dificultad se alcanza, y con tanta facilidad se pierde. No serémos acusados, ó hermanos, al tiempo de la cuenta por no haber hecho milagros, ó por no haber tratado altas materias de teología, ni tampoco por no haber llegado á la alteza de la contemplacion; sino si por ventura no lloramos, ó no nos dolemos de todo corazon despues de haber pecado.

CAPITULO VIII.

Escalon octavo: de la perfecta mortificacion de la ira, y de la mansedumbre.

Así como el fuego se apaga con el agua, así con las lágrimas se apaga la llama de la ira y del furor. Y por

(*l*) Luc. 8.

(*m*) Psal. 101. (*n*) Genes. 19. (*o*) Matt. 14. (*p*) Luc. 6.

esto será cosa conveniente que habiendo tratado ya del llanto, tratemos agora de la mortificacion de la ira, que es efecto que se sigue desta causa.

Mortificacion perfecta de la ira es un insaciable deseo de desprecios é ignominias, así como por el contrario, la ambicion es un apetito insaciable de honras y alabanzas. De manera que así como la ira es apetito de venganza, así la perfecta mortificacion de la ira es victoria y señorío de la naturaleza, no haciendo caso, ni dándose nada por las injurias; la cual virtud se alcanza con grandes sudores y batallas. Mansedumbre es un estado constante é inmóbil del ánima, que persevera de una misma manera entre los vituperios y alabanzas, entre la buena fama y la mala.

El principio de la mortificacion de la ira consiste en cerrar la boca estando el corazon turbado; el medio, en tener tambien quieto el corazon con muy pequeño sentimiento de las injurias; y el fin, en tener una estable y fija tranquilidad en medio de los encuentros y soplos de los espíritus malos. Ira es disposicion para el odio secreto, la cual procede de la memoria de las injurias, arraigada en el corazon. Ira es deseo de hacer mal á quien nos ofendió. Furia es un arrebatado fuego y movimiento del corazon, que dura poco. Amargura de corazon es una desabrida pasion y movimiento de nuestro ánimo. Furor es una acelerada pasion del ánimo, que descompone y desordena todo el hombre dentro y fuera de sí.

Así como en saliendo el sol huyen las tinieblas, así en comenzando á cundir y extenderse el suavísimo olor de la humildad, se destierra todo el furor y amargura del corazon. Algunos siendo muy subjectos á esta pasion, son muy negligentes para curarla; y no entienden los miserables aquella amenaza de la Escriptura, que dice (*a*): En el momento de la ira está la perdicion de su caida.

Así como la piedra del molino muele mas trigo en un momento que á mano se podria moler en un dia, así esta furiosa pasion en un momento puede hacer mas daño que otras en mucho espacio. Así vemos tambien que un fuego soplado de grandes vientos hace mayor daño cuando se suelta en el campo, que otro pequeño aunque dure mas espacio. Por lo cual conviene poner gran recaudo en esta tan desaforada pasion.

Tambien quiero que no ignoreis, hermanos mios, que algunas veces los demonios á cierto tiempo astutamente se esconden y nos dejan de tentar, para que nos descuidemos y hagamos negligentes con el ocio y falsa seguridad; para que habituándonos á esta manera de vida floja y descuidada, venga despues á ser incurable nuestro mal.

Así como una piedra llena de esquinas, si se envuelve y refriega con otras piedras, viene á embotarse, y á despuntarse, y á perder aquella aspereza y filos que tenia; así tambien el hombre airado y áspero, si se junta con otros hombres ásperos, y vive en compañía dellos, ha de parar en una de dos cosas; porque con el uso y ejercicio del sufrir vendrá á amansarse, y despuntarse, y perder los filos y aspereza de la ira; ó si no, á lo ménos buscando el remedio con huir las ocasiones del mal, esta huida le será espejo en que vea mas claro su flaqueza, y gane con esto humildad de corazon.

Furioso es un linaje de endemoniado voluntario, el cual tomado de la pasion del furor, contra su voluntad cae y se hace pedazos. Y digo contra su voluntad, porque el furor de la pasion, cuanto disminuye el uso de la razon, tanto impide la libertad de la voluntad. Ninguna cosa conviene ménos á los penitentes que el furor de la ira; porque la conversion ha de ser acompañada con summa humildad, y este furor es grandísimo argumento de soberbia.

Si es cierto que el término de la suprema humildad es no alterarse teniendo presente al que nos ofendió, sino ántes amarlo con sosegado y quieto corazon; así tambien es cierto que el término del furor será, si estando solos nos embravecemos con palabras y gesto furioso contra aquel que nos ofendió.

Si con verdad se dice que el Espíritu Sancto es paz del ánima (*b*), y la ira es la perturbacion della; con razon tambien se dirá que una de las cosas que mas cierran la puerta al Espíritu Sancto, y mas presto le hacen huir despues de venido, es esta pasion.

Como sean muchos y crueles los hijos de la ira, uno dellos (aunque adúltero y malo) ocasionalmente vino á ser provechoso. Porque vi algunos que habiéndose embravescido con la pasion de la ira, y vomitado la causa del furor que de muchos dias tenian en sus entrañas concebida, acaesció curarse con que el que los habia ofendido (entendida la causa de su indignacion) los aplacó con penitencia, humildad y satisfaccion. Y desta manera lo que el furor habia dañado, la virtud de la humildad y mansedumbre lo remedió, conforme á aquello que está escripto (*c*): El varon airado levanta las contiendas, y el sufrido las apaga despues de levantadas. Y en otro lugar (*d*): La respuesta blanda amansa la ira, y las palabras duras despiertan el furor.

Vi tambien algunos que mostrando de fuera una aparente longanimidad y mansedumbre, tenian arraigada la memoria de la injuria en lo íntimo de su corazon; los cuales tuve por peores que los que manifiestamente eran furiosos; pues así escurecian la paloma blanca de la simplicidad y mansedumbre con esta maliciosa disimulacion. Así que con summa diligencia y cuidado conviene armarnos contra esta serpiente de la ira; pues tambien ella tiene por ayudadora nuestra misma naturaleza, así como la serpiente de la lujuria.

Vi algunos que por estar inflamados con el furor de la ira, de puro enojo dejaban de comer; los cuales ninguna otra cosa hacian con esta desaforada abstinencia, sino añadir un veneno á otro veneno. Vi tambien á otros que viéndose tomados desta pasion, tomaron de aquí ocasion para entregarse á los deleites de la gula, por tomar con esto la consolacion que no podian con la venganza; lo cual no fué otra cosa que de un despeñadero caer en otro. Y vi tambien á otros mas prudentes, que como sabios médicos templaron lo uno con lo otro, tomando la refeccion mas moderada, ayudándose desta natural consolacion, juntamente con la razon, para despedir de sí la pasion. De donde sacaron mucho fructo para saberse de ahí adelante regir y no entregarse á la ira. Tambien el canto y melodía moderada de los Salmos amansan el furor, como lo hacia la música de David cuando era atormentado Saul (*e*). Asimismo el deseo y gusto de las consolaciones divinas destierra del ánimo toda amargura y furor, así como tambien destierra las

(*a*) Isai. 54.

(*b*) Galat. 5. (*c*) Prov. 15. (*d*) Prov. ibi. (*e*) 1. Reg. 16.

consolaciones y deleites sensuales; porque no ménos aprovecha este gusto celestial contra el furor de la ira, que contra los deleites de la carne; de los cuales muchas veces aun el furioso no quiere gozar por conservarse en su pasion. Conviene tambien para esto que tengamos repartidos y ordenados nuestros tiempos, y determinado lo que en cada uno dellos debemos hacer, para que así no halle lugar en nosotros la ociosidad y hastío de las cosas espirituales, con que se da la entrada al enemigo.

Estando yo un tiempo por cierto respeto junto á la celda de unos solitarios, oí que estaban entre sí altercando como picazas con gran furor y saña, embravesciéndose contra cierta persona que los habia ofendido, y riñendo con ella como si la tuvieran presente. A los cuales yo amonesté fiel y caritativamente, que no viviesen mas en soledad, si no querian de hombres hacerse demonios, encrueleciéndose y pudriéndose entre sí con semejantes pasiones.

Vi tambien otros, amigos de comer y beber, y de regalos; los cuales por otra parte parescian blandos, amorosos y mansos de condicion (como algunas veces suele acaescer á los tales), con lo cual habian alcanzado nombre de sanctidad. A los cuales yo, por el contrario, aconsejé que se pasasen á la soledad (la cual suele como con una navaja cortar todas las ocasiones destos deleites y regalos), si no querian de criaturas racionales hacerse brutos, dándose á vicios que son proprios dellos.

Otros vi mas miserables que estos, que ni cabian en la compañía ni en la soledad; á los cuales aconsejé que en ninguna manera se gobernasen por sí mismos, y á los maestros dellos benignamente amonesté que condescendiesen con ellos, dejándolos á tiempos en la compañía, y á tiempos en la soledad, y ocupándolos ya en unos ejercicios ya en otros; con tal condicion, que ellos, abajada la cerviz, en todo y por todo obedesciesen á su gobernador.

El que es amigo de deleites hace daño á sí, y (cuando mucho) puede hacerlo á otro con su mal ejemplo; mas el furioso y airado, á manera de lobo, muchas veces perturba toda la manada, y revuelve toda una communidad, hiriendo y mordiendo muchas ánimas. Grave cosa es estar turbado el corazon con el furor de la ira, segun que se quejaba el Profeta, cuando decia (*f*): Turbáronse con el furor mis ojos. Pero mas grave cosa es cuando á la turbacion del corazon se añade la aspereza de las palabras (*g*). Y sobre todo muy mas grave cosa es, y muy contraria á toda la monástica, y angélica, y divina conversacion, querer satisfacer con las manos al furor.

Si quieres quitar la paja del ojo del otro, ó te paresce á tí que la quieres quitar, no la quites con una viga en la mano, sino con otro instrumento mas delicado. Quiero decir: no quieras curar el vicio del otro con palabras injuriosas y movimientos feos, sino con blandura y mansa reprehension. Porque el Apóstol no dijo á su hijo Timoteo, azota ni hiere; sino arguye, ruega y reprehende con toda paciencia y doctrina (*h*). Y si fuere necesario castigo de manos, sea eso pocas veces, y aun no lo debes hacer por tí, sino por mano ajena.

Si atentamente miramos, hallarémos algunos que siendo muy subjectos á la pasion de la ira, son por otra parte muy dados á ayunos y vigilias, y al recogimiento de la soledad; lo cual hace el demonio con grandísima astucia, á fin de que so color de penitencia y llanto, los hace dar á estos ejercicios desordenadamente, para que así los melancolicen, y acrescienten la materia del furor.

Si un lobo, como ya dijimos, ayudado del demonio, basta para revolver y destrozar todo un rebaño, tambien un religioso muy discreto, como un vaso de olio, ayudado del Angel bueno, mudará la furia de la tempestad en serena tranquilidad, y pondrá el navío en salvo; y siendo desta manera ejemplo y dechado de todos, recibirá de Dios tan gran corona por esta pacificacion, cuan gran castigo recibirá el otro por aquella perturbacion.

El principio deste bienaventurado sufrimiento consiste en sufrir ignominias con dolor y amargura del ánima; el medio, en sufrirlas sin esta tristeza y amargura; y el fin, en tenerlas por summa gloria y alabanza. Gózate tú en el primer grado, y alégrate mucho mas en el segundo; mas tente por dichoso y bienaventurado en el tercero, pues te alegras en el Señor.

Noté una vez una cosa miserable en los que están subjectos á la ira, la cual les procedia de una secreta soberbia de sí mismos. Porque habiéndose alguna vez airado, venían despues á airarse de puro corrimiento, por verse vencidos de la ira, y maravilléme mucho de ver cómo estos emendaban una caida con otra caida, y tuve lástima dellos, viendo cómo perseguian un pecado con otro pecado; y espantéme tanto de ver tan grande astucia en los demonios, que faltó poco para desesperar de mi remedio.

Si alguno viéndose cada dia vencer de la soberbia, de la malicia é hipocresía, desea tomar las armas de la mansedumbre y de la paciencia contra estos vicios, este tal trabaje por entrar en la oficina de algun monasterio, como quien entra en una casa de un batan ó de una lavandería; y si perfectamente quiere ser curado, busque la compañía de los religiosos mas rigurosos y ásperos que hallare; para que siendo allí vejado y probado con injurias, y trabajos, y disciplinas, y pisado y acoceado de sus prelados, quede su ánima como un paño batanado y limpio de todas las inmundicias de pecados que tenia. Y no es mucho decir que las injurias y oprobrios son como un lavatorio espiritual para las almas; pues aun el lenguaje commun recibe que cuando habemos injuriado á uno, decimos que lo habemos muy bien enjabonado.

Una es la mortificacion de la ira que procede del dolor y penitencia de los principiantes, y otra es la de los perfectos; porque la primera está atada con la virtud de las lágrimas como con un freno; mas estotra está como una serpiente degollada con un grandísimo cuchillo; que es con la tranquilidad del ánima, que como reina y señora tiene sojuzgadas todas las pasiones.

Vi yo una vez tres monjes que habian sido ofendidos é injuriados, de los cuales, el uno reprimia la ira del corazon con el silencio de las palabras; el otro alegrábase con la ocasion que se le habia dado del merescimiento, aunque se dolia de la culpa del ofensor; mas el otro, no considerando otra cosa mas que el daño de su prójimo, derramaba muchas lágrimas, y así era muy dulce espectáculo mirar estos tres sanctos obreros: al uno de los cuales movia el temor de Dios, al otro el deseo del galardon, y al otro solamente la sincera y perfecta caridad.

(*f*) Psalm. 6. (*g*) D. Aug. lib. 1. de Serm. Dom. in Mont. cap. 5.
(*h*) 2. Tim. 4.

Así como la calentura de los cuerpos enfermos, siendo una, no procede de una sola causa, sino de muchas y diversas, así el ardor y movimiento de la ira (y por ventura tambien el de las otras pasiones) procederá tambien de muchas causas. Y por esto no será razon señalar una sola regla para cosas tan varias. Por lo cual doy por consejo, que cada uno ordene la medicina conforme á la disposicion y diligencia del enfermo. Y segun esto, el primero remedio será que trabaje cada uno por entender la causa de su pasion; y conocida la causa, ponga el cuchillo á la raiz, y busque el remedio, así de Dios como de los hombres: esto es, del magisterio de los varones espirituales.

Pues segun esto, los que desean juntamente con nosotros filosofar en esta materia, entren en una intelectual audiencia, semejante á la que se usa en el siglo, donde suelen los jueces examinar y sentenciar los reos, y ahí procuren inquirir las causas y efectos destas pasiones, y el remedio dellas. Sea pues atado este tiranno con las cuerdas de la mansedumbre, y azotado con el azote de la longanimidad; sea por la caridad presentado ante el tribunal de la razon, y puesto á cuestion de tormento, le sean hechas estas preguntas: Dinos, ó loco y torpísimo tiranno, los nombres de los padres que te engendraron, y los de tus malvados hijos y hijas, y tambien los de aquellos que te destruyen y matan. Preguntado él desta manera, responderá así: Muchos son los que me engendran, y no es uno solo mi padre. Mis madres son vanagloria, cobdicia, gula, y algunas veces la fornicacion. El padre que me engendró se llama fausto. Mis hijas son memoria de las injurias, enemistad, porfía y malquerencia. Los adversarios que agora me tienen preso, son la mansedumbre y la mortificacion de la ira; y la que está puesta en la celada contra mí, es la humildad. Mas quién sea el padre desta, preguntadlo á ella en su lugar.

CAPITULO IX.

Escalon nono: de la memoria de las injurias.

Con mucha razon se comparan las virtudes á aquella escalera que vió Jacob (*a*), y los vicios con aquella cadena que cayó de las manos de Sant Pedro (*b*). Pues las virtudes enlazadas la una con la otra (por razon de una casualidad y consecuencia natural que tienen entre sí) hacen una perfecta escalera que nos sube hasta el cielo; mas los vicios trabados entre sí como eslabones, por esta misma órden y consecuencia que hay en ellos, hacen una espiritual cadena que tiene los hombres presos en el pecado, y los lleva hasta el infierno. Por lo cual habiendo ya declarado como el furor tiene por hija á la memoria de las injurias, es razon que tratemos agora della.

Memoria de las injurias es acrescentamiento del furor, guarda de los pecados, odio de la justicia, destruicion de las virtudes, veneno del ánima, gusano que siempre muerde, confusion de la oracion, perdimiento de la caridad, clavo hincado en el corazon, dolor agudo, amargura voluntaria, pecado perpetuo, maldad que nunca duerme, y malicia que todas las horas se comete. Este escuro y molestísimo vicio es de la órden de los que engendran otros vicios, y son engendrados de otros (como ya dijimos), y por eso tratarémos mas brevemente dél.

(*a*) Genes. 28. (*b*) Act. 12.

El que desterró de su ánima la ira, desterró tambien la memoria de las injurias, que procede della; mas si el padre estuviere vivo, nunca dejará de engendrar tales hijos. Por otra parte, el que conservare la caridad, desterrará la ira; mas el que quisiere sustentar enemistades, á muy grandes trabajos se obliga. La mesa y convite, caritativamente ofrescido, muchas veces reconcilió los desavenidos, y las dádivas y presentes ablandan el corazon. La mesa curiosamente aparejada sirve para granjear amistad; mas muchas veces por la ventana de la caridad se entró la hartura del vientre: por lo cual de tal manera habemos de procurar los bienes, que no abramos la puerta para los males.

Noté una vez que la pasion del odio fué bastante para apartar unos que estaban amancebados de muchos dias; de manera, que la memoria de las injurias (fuera de todo lo que se podia esperar) quebró este tan fuerte vínculo de la fornicacion, y maravilléme de ver cómo un demonio curaba á otro demonio; aunque esto mas fué por dispensacion de Dios (que por todas las vias encamina nuestro bien), que por obra del demonio.

Muy léjos está la memoria de las injurias del grande, y verdadero, y natural amor, mas no lo está la fornicacion; porque muchas veces este amor (aunque limpio) viene á degenerar y desvarar en amor no limpio. Y por eso cuando la condicion de las personas es sospechosa, siempre se debe el hombre celar aun deste amor; porque muchas veces desta manera se caza la paloma, cuando el amor sencillo y natural viene á hacerse sensual.

A quien muerde la memoria de las injurias, acuérdese de las que el demonio le ha hecho, y embravézcase contra él; y el que quiere trabar enemistades, trábelas con su cuerpo, que es un enemigo falso y engañoso, y que miéntras mas se regala, mas nos daña. Suelen los que tienen memoria de las injurias favorecerse con la autoridad de las escrituras, torciéndolas á su sentido, y pretendiendo con ellas, so color de celo, defender su mal propósito. Baste para confundir á estos la oracion que el Salvador nos enseñó (*c*), la cual no podrémos decir si tuviéremos memoria de las injurias.

Si despues de mucho trabajo no pudieres del todo desterrar esta pasion de tu ánimo, á lo ménos trabaja con las palabras y con el rostro por mostrar á tu enemigo que te pesa de lo hecho; para que siquiera por haber tenido esta manera de disimulacion con él, hayas vergüenza de no tenerle el amor que le debes: acusándote y remordiéndote con esto la propria conciencia.

Y entónces te has de tener por libre desa enfermedad, no cuando rogares por tu enemigo, no cuando le ofrescieres dádivas y presentes, no cuando le trajeres á comer á tu mesa, sino cuando viéndole en alguna calamidad espiritual ó corporal, así te compadezcas dél, y así la sientas, como si tú mismo la padescieses.

El monje solitario que dentro de su ánima guarda la memoria de las injurias, es como un basilisco que está dentro de su cueva, el cual do quiera que va lleva consigo su ponzoña. Gran remedio es para desterrar esta memoria, la memoria de los dolores de Jesus, cuando el hombre considerando aquella tan grande clemencia y paciencia, ha vergüenza de verse tal. En el madero

(*c*) Matth. 6.

podrido se engendran gusanos, y muchas veces en los hombres que parescen mansos y amadores de una falsa quietud, está encerrada la ira. El que esta memoria desterró de sí, alcanzará perdon; mas el que la retiene y sustenta, indigno se hace de la divina misericordia. Muy buen medio es el trabajo y la aspereza de la vida para alcanzar perdon de los pecados, mas mucho mejor es el perdon de las injurias; porque escripto está (*d*): Perdonad, y seréis perdonados.

Por donde uno de los grandes argumentos é indicios de la verdadera penitencia es el olvido de las injurias; mas el que guardando las enemistades piensa que hace penitencia, semejante es á aquel que estando durmiendo, sueña que corre. Alguna vez me aconteció ver á unos que saludablemente exhortaban á otros al perdon de las injurias, y teniendo ellos tambien que perdonar, de tal manera se movieron y avergonzaron con sus mismas palabras, que vinieron á perdonar y á curar su propia enfermedad con el remedio de la ajena. Ninguno tenga esta ciega pasion por simple y pequeño vicio; porque muchas veces llega á alterar á los espirituales varones.

CAPITULO X.

Escalon décimo: de la detraccion ó murmuracion.

Ninguno de los que bien sienten habrá que no confiese que de la memoria de las injurias nasce la detraccion. Y por eso convenientemente se ha de poner este vicio despues de sus antecesores en este presente lugar.

Detraccion es hija del odio, enfermedad sutil, secreta y escondida, sanguijuela que chupa todo el jugo de la caridad, fingimiento de amor, destierro de la castidad interior del alma, corrompedora del corazon, y tambien de las palabras.

Así como hay algunas mujercillas que desvergonzada y públicamente son malas, y otras que secretamente cometen mayores culpas; así tambien acaesce entre las pasiones y vicios, que unos son mas públicos y desvergonzados (como es la gula y la lujuria), y otros mas secretos y disimulados (pero mucho peores que estos), como es la hipocresía, la malicia, la tristeza mundana, la memoria de las injurias, y de la detraccion de que hablamos; los cuales vicios, aunque parecen una cosa, tienen otra encubierta, porque so color de virtud y de celo encubren su veneno.

Oí una vez á ciertas personas que estaban detrayendo de otras; y reprehendiéndolas yo desto, queriendo darme satisfaccion de lo que hacian, dijéronme que lo hacian por la caridad y provecho de aquel de quien detraian. Yo les respondí que cesasen de aquella manera de caridad, porque no hiciesen mentiroso á aquel que dijo (*a*): Perseguia yo al que secretamente de su prójimo detraia. Si dices que amas al prójimo, ruega secretamente por él, y no digas mal dél; porque esta manera de caridad es muy agradable á Dios.

Tú que quieres juzgar y condenar al prójimo, piensa cuán diferentes sean los juicios de Dios del de los hombres, pues ves que Júdas estuvo en el coro de los apóstoles, y el buen ladron en el número de los homicidas, y con todo esto en un momento se hizo tan súbita mudanza de entrambos. Si alguno quisiere vencer el espíritu de la detraccion, no atribuya la culpa al que la hizo, sino al demonio que se la hizo hacer; pues este es el autor universal de todos los males. Vi uno que públicamente pecó, y secretamente hizo penitencia; y habiéndolo yo juzgado por malo, despues hallé que ante Dios era innocente, pues él ya con su penitencia le habia aplacado.

(*d*) Luc. 6. (*a*) Psalm. 100.

No tengas demasiado respeto al que delante de tí dice mal de su prójimo; ántes le di: Calla, hermano, porque aunque tú no hagas lo que este hace, puede ser que hagas otras cosas peores, que él por ventura no hará. Pues ¿cómo le puedes condenar? Porque con esta sola medicina ganarás dos cosas: curarás á tí, y tambien al prójimo.

Entre los caminos que hay para alcanzar perdon de los pecados, este es muy breve: conviene saber, no juzgar á nadie; porque verdadera es aquella sentencia que dice (*b*): No querais juzgar, y no seréis juzgados. Muy contraria es el agua al fuego, y así el juzgar al espíritu de la verdadera penitencia. Aunque veas pecar á otro cuando está para espirar, no lo condenes. Algunos hay que públicamente cayeron en grandes pecados; los cuales despues secretamente hicieron mayores bienes. Y por esto se engañan los que juzgan las vidas de los otros, siguiendo mas el humo que el sol: esto es, la sospecha que el claro conoscimiento de la verdad. Oidme (ruégoos) los que sois malos jueces de los otros. Si es verdad (como lo es) que con el juicio que cada uno juzgáre, será juzgado (*c*), claro está que en las cosas que culpáremos a nuestros prójimos, en estas mismas vendrémos por justo juicio de Dios á ser culpados.

La causa porque somos tan fáciles en juzgar los delitos de los otros, es porque no tenemos el cuidado que debiamos tener de llorar y emendar los nuestros. Porque si alguno, quitado aparte el velo del amor proprio, mirare diligentemente sus males, ningun cuidado le fatigará mas en esta vida que este, considerando que no tiene tiempo suficiente para llorarse, aunque le quedasen cient años de vida, y aunque viese el rio Jordan convertido en lágrimas manar de sus ojos. Miré atentamente la figura y naturaleza del llanto, y no hallé en él rastro de detraccion, ni condenacion de nadie.

Los demonios procuran siempre una de dos cosas: ó de hacernos pecar, ó de hacernos juzgar á los que pecan; para que como crueles homicidas con esto segundo destruyan lo primero. A lo ménos señal muy cierta es de que guarda la memoria de las injurias, y de que tiene el corazon dañado con invidia, el que fácilmente vitupera y calumnia la doctrina y las obras del prójimo; porque la causa desto suele ser el espíritu de odio en que miserablemente está el hombre caido y despeñado. Conocí yo algunos que secretamente cometian grandes pecados; los cuales por parescer justos, agravaban y encarescian mucho los pecados veniales de los otros.

Juzgar no es otra cosa que usurpar desacatadamente la silla y dignidad de Dios, á quien solo pertenesce el oficio de juzgar los otros. Condenar al prójimo no es otra cosa que matar el hombre á sí mismo. Así como la soberbia sola sin otro algun vicio es bastante para condenar al que la tiene; así tambien lo es en casos el juzgar y condenar á otro; pues vemos que el fariseo del Evangelio por esta causa fué condenado (*d*).

El sabio vendimiador coge las uvas maduras, y deja las verdes: y el religioso y prudente varon anda siempre

(*b*) Luc. 6. (*c*) Matth. 7. (*d*) Luc. 7.

notando con grande estudio las virtudes de los otros; mas por el contrario, el necio siempre anda escudriñando sus defectos, segun aquello que está escripto (*e*): Pusiéronse á escudriñar las maldades, y desfallescieron, escudriñando en este escrutinio. La summa de todo esto sea, que aunque con los ojos veas pecar á uno, no por eso le condenes ni te fíes dellos; porque tambien estos se pueden engañar.

CAPITULO XI.

Escalon undécimo: de la locuacidad ó demasiado hablar.

Dijimos en el capítulo precedente cuán peligroso vicio es el juzgar á los prójimos, y cómo tambien alcanza parte deste vicio á los varones espirituales que juzgan á otros, aunque mas propriamente se podrá decir ser ellos juzgados y atormentados con su propria lengua. Agora será razon declarar en pocas palabras la causa y la puerta por donde este vicio sale y entra.

Locuacidad es silla de vanagloria, por la cual ella se descubre y sale á plaza. Locuacidad es argumento cierto de poco saber, puerta de la detraccion, madre de las truhanerías, oficial de mentiras, perdimiento de la compuncion, causadora de la pereza, precursor del sueño, destierro de la meditacion, y destruicion de la guarda de sí mismo.

Mas por el contrario el silencio es madre de la oracion, reparo de la distraccion, exámen de nuestros pensamientos, atalaya de los enemigos, incentivo de la devocion, compañero perpetuo del llanto, amigo de las lágrimas, despertador de la memoria de la muerte, pintor de los tormentos eternos, inquisidor del juicio divino, causador de la sancta tristeza, enemigo de la presumpcion, esposo de la quietud, adversario de la ambicion, acrescentamiento de la sabiduría, obrero de la meditacion, aprovechamiento secreto, y secreta subida á Dios, segun aquello que está escripto (*a*): El varon justo asentarse ha en la soledad, y callará; porque levantará á sí sobre sí. El que conosce sus pecados enfrena su lengua; mas el que es parlero, aun no se ha conocido como se debe conoscer. El estudioso amador del silencio llégase á Dios, y asiste siempre delante dél en lo secreto de su corazon; y así es por él familiarmente alumbrado y enseñado.

El silencio de nuestro Salvador puso admiracion y reverencia á Pilato que lo juzgaba, como dicen los evangelistas (*b*). La voz baja y callada, así como es conforme al ánimo humilde, así tambien es contraria y destruidora de la vanagloria. Una palabra dijo Sant Pedro (*c*), y lloró despues de haberla dicho; porque se acordó de aquello que está escripto (*d*): Yo dije: guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua; y del otro que dijo (*e*): Como el caer de lo alto, es caer de la propria lengua.

Ni quiero tratar mucho desta materia, aunque las muchas astucias deste vicio me incitaban á ello. Hablando conmigo un gran varon (cuya autoridad valia mucho para conmigo) de la quietud de la vida solitaria, decia que este vicio se engendraba de una destas cosas: conviene saber, ó del mal hábito y costumbre del mucho hablar (porque como la lengua sea un miembro corporal, siempre entiende en aquello en que está habituada), ó nasce tambien de la vanagloria (que es amiga de hablar), y no

(*e*) Psal. 63. (*a*) Tren. 3. (*b*) Joann. 19. (*c*) Matth. 26.
(*d*) Psalm. 38. (*e*) Eccles. 20.

ménos tambien de la hartura del vientre; porque el mucho hablar siempre anda junto con el mucho comer.

Por donde muchos despues que con trabajar refrenaron el vientre, fácilmente pudieron refrenar la lengua. El que se ocupa en la memoria de la muerte, corta las palabras demasiadas; y el que ha alcanzado la virtud del llanto, huye tambien del mucho hablar, como de fuego. El que ama la quietud de la soledad, cierra la boca; y el que huelga de salir en público, y tratar con los hombres, este vicio lo saca de su celda.

El que ha sentido ya el ardor de aquel altísimo y divino fuego del Espíritu Sancto, así huye el trato y compañía de los hombres del siglo, como el abeja del humo. Porque así como el humo hace daño á las abejas, así la compañía de los hombres al propósito y espíritu del recogimiento. De pocos es hacer que el agua del rio vaya derecha, si no tiene madre por do corra, y riberas que lo detengan; pero de muy pocos es detener la lengua y domar este monstruo tan poderoso.

CAPITULO XII.

Escalon doce: de la mentira.

De la piedra y el hierro saltan centellas, y de la locuacidad y parlería nascen las mentiras. Mentira es destierro de la caridad, y perjurio es negacion de Dios. Ninguno de los que bien sienten, tendrá la mentira por pequeño pecado, viendo con cuán terrible sentencia la condenó el Espíritu Sancto, cuando dijo (*a*): Destruirás á todos los que hablan mentira. Pues siendo esto verdad, ¿qué será de aquellos que acrescientan maldad á su mentira, confirmándola con juramentos? Vi algunos que se gloriaban y preciaban de decir mentiras; y que á vueltas de sus palabras ociosas decian cosas para reir, y provocando con esto los oyentes á otro tanto, les hicieron perder las lágrimas y devocion que en sus ánimas por medio de la palabra de Dios habian concebido.

Cuando los demonios ven que comenzando uno á decir donaires, luego volvemos las espaldas y huimos, entónces pretenden enlazarnos, diciéndonos, ó que no entristezcamos al hermano que habla, ó que no queramos mostrarnos mas sanctos y mas espirituales que los otros. No consientas con este mal pensamiento, sino salte de ahí sin mas tardanza; porque de otra manera llevarás el corazon lleno de las imágenes y figuras de las cosas que oiste, las cuales se te representarán, é inquietarán despues al tiempo de la oracion. Y no te contentes con huir de ahí, sino tambien con religiosa severidad ataja la plática comenzada, si para eso tienes autoridad, atravesando de por medio la memoria de la muerte y del juicio divino. Y por ventura será ménos mal recibir tú desto algun poco de vanagloria, aprovechando por otra parte á los otros, que disimulando con un dañoso silencio, dar oídos á tales cosas, y hacer daño á tí y á los otros.

El fingimiento y la disimulacion es madre de la mentira, y á veces tambien materia della; porque á algunos paresce que no es otra cosa esta disimulacion sino mentira artificiosa, la cual á veces trae consigo anexo el juramento, con que se hace perniciosa. El que teme á Dios, muy léjos está de toda mentira; porque trae siempre dentro de sí un juez muy entero, que es la propria conciencia que le acusa.

(*a*) Psalm. 5.

Así como entre las pasiones y perturbaciones del ánimo hay unas mas perjudiciales que otras; así tambien acaesce esto mismo en las mentiras; porque de una manera juzgamos la mentira que se dice por temor del tormento, y de otra la que se dice sin ningun temor. Item, uno miente por alcanzar algun deleite; otro por el gusto que siente en mentir, por la costumbre que deso tiene; otro por mover á risa los presentes; otro por calumniar ó hacer daño á su prójimo. Y segun esto, á veces es mas grave ó mas liviana esta culpa, segun la materia y calidad della.

Las penas que los príncipes señalaron contra los mentirosos, sirven para desterrar la mentira, mas el ejercicio de las lágrimas y del llanto del todo la destruyen. Muchas veces so color de justa causa ó necesidad nos incitan algunos á decir mentira, y lo que es perdicion de nuestra ánima, nos quieren hacer creer que es justicia; alegando para esto el ejemplo de Raab que fingió una mentira (*b*). Y desta manera dicen que procuran la salud de los otros con su daño proprio: como quiera que diga por otra parte el Señor (*c*) que no aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si padesce detrimento en sí mismo. No sabe el niño qué cosa es mentira, ni tampoco el ánima perfectamente limpiada de toda maldad. El que está tomado del vino en todo dice la verdad, aunque no quiera; mas el que está embriagado con el vino de la compuncion, no sabe qué cosa es decir mentira.

CAPITULO XIII.

Escalon trece: de la accidia ó pereza.

Uno de los ramos que nacen de la locuacidad y mucho hablar, es la accidia ó pereza, como arriba dijimos. Y por esto convenientemente se le da este lugar en esta cadena espiritual.

Accidia es relajacion del ánimo, muerte del espíritu, menosprecio de la vida monástica, odio de la propria profesion. Esta hace á los seglares bienaventurados, y á Dios áspero y riguroso. Para el cantar de los salmos está flaca, para la oracion enferma, para el servicio de casa como de hierro, para la obra de manos diligente, y para la obediencia pesada.

El varon subjecto y obediente está léjos de la pereza, y con el ejercicio de las cosas sensibles aprovecha en las inteligibles. La vida monástica resiste á la pereza, la cual por otra parte es tan perpetua compañera del monje solitario, que hasta la muerte no le dejará, y todos los dias que viviere le combatirá. Pasando la accidia par de la celda del solitario se sonrió, y llegándose á las puertas della determinó hacer ahí su morada. Por la mañana en amaneciendo visita el médico los enfermos, mas la pereza visita los monjes al mediodía.

Esta nos encomienda el recibimiento de los huéspedes, y nos incita á que hagamos limosna del trabajo de nuestras manos. Amonéstanos tambien visitar los enfermos alegremente, alegándonos para esto aquel dicho del Evangelio (*a*): Enfermo estaba, y venisteis á mí. Dícenos que vamos á consolar los tristes y pusilánimes; y siendo ella pusilánime, nos aconseja que vamos á esforzar los que lo son. Estando en la oracion nos trae á la memoria alguna cosa que nos conviene hacer; y caresciendo ella de toda razon, no hay cosa que no haga por tirarnos de allí con cuerdas de razon. Todas estas obras nos aconseja, no con espíritu de caridad ni de virtud, sino para que so color de bien nos aparte de los espirituales ejercicios, por el gran trabajo y desabrimiento que recibe en ellos.

(*b*) Josue 2. (*c*) Luc. 9. (*a*) Matt. 25.

Tres horas al dia acarrea este espíritu de accidia calentura y dolor de cabeza, y otros semejantes accidentes; mas cuando se llega la hora de nona, puesta ya la mesa, resuscita un poco, y salta de su lugar; y cuando vuelve el tiempo de la oracion, torna á enflaquescerse y sentir pesadumbre. A los que están en la oracion fatiga con sueño, y con importunos bostezos les quita el verso de la boca. Los otros vicios y perturbaciones cada uno se vence con su virtud contraria; mas la accidia es muerte perpetua de toda la vida religiosa. El ánima varonil y robusta levanta y resuscita el espíritu muerto y caido, mas la accidia y la flojedad, todas las riquezas de las virtudes destruye en un punto, pues á todos los buenos ejercicios cierra la puerta.

Como sea este uno de los siete vicios capitales, conviene que tratemos dél de la manera que de todos los otros, añadiendo mas lo que agora diré. Cuando no es llega la hora de cantar los salmos, no paresce la accidia; mas al tiempo del oficio divino luego abre los ojos y resuscita. En el tiempo que nos combate la accidia, entónces se descubre cuáles sean aquellos caballeros esforzados que arrebatan el reino de los cielos (*b*); y apénas hay cosa que tanta materia de coronas dé al monje. Si consideras atentamente, hallarás que este vicio cansa á los que están en pié cantando los salmos, y á los que están asentados hace que se recuesten sobre la pared, porque estén mas á su placer. Convídanos á salir de la celda, y hacer ruido ó estruendo con los piés, por no poder tener el cuerpo quieto. El principal remedio contra este mal es el llanto; porque el que llora á sí mismo, no sabe qué cosa es accidia.

Atemos tambien este tiranno con la memoria de los pecados, y azotémoslo con el trabajo de manos, y llevémoslo arrastrando con el deseo y consideracion de los bienes eternos; y estando en pié, sea por órden de juicio preguntado: Dinos, ó remiso y disoluto tiranno, ¿quién es el padre que tan mal hijo engendró? Quién son tus hijos? Quién los que te combaten, y quién, finalmente, el que te corta la cabeza? El entónces á estas preguntas responderá: Yo entre los verdaderos obedientes no tengo sobre qué reclinar mi cabeza; mas moro en compañía de los que buscan la quietud de soledad, si no vienen con gran recato. Los padres que me engendraron y dieron nombre, son muchos; porque unas veces la insensibilidad, y otras el olvido de las cosas celestiales, y otras tambien la demasía de los trabajos me engendran. Mis hijos legítimos son la mudanza de los lugares que por mí se hace, la desobediencia del padre espiritual, el olvido del juicio advenidero, y á veces tambien el desamparo de mi propria profesion. Mis contrarios, que agora me tienen presa, son el oficio del cantar los salmos, y el trabajo de manos, y la memoria de la muerte; mas quien me corta la cabeza es la oracion, acompañada con esperanza firmísima de los bienes advenideros. Mas quién sea el padre de la oracion, á ella lo preguntad en su lugar.

(*b*) Matt. 11.

CAPITULO XIV.

Escalon catorce: de la famosísima y perversa señora la gula.

Determinando tratar de la gula, necesariamente agora mas que nunca habemos de filosofar contra nosotros mismos; porque gran maravilla sería haber hombre del todo perfectamente libre desta señora, si no son los que están ya en la sepultura.

Gula es hipocresía y fingimiento del vientre, el cual despues de harto nos hace creer que tiene necesidad de mas, y despues de lleno hasta reventar, dice que padesce hambre. Gula es inventora de sabores y potajes, y descubridora de nuevos regalos. Cerrástele una ventana, y ella sale por otra; atajástele por una parte, rompe otra; apagaste una llama, y apagada esta resuscita otra; y vencida esta, veniste á ser vencido de otra. Porque como tenga este vicio tantas maneras de objectos que despiertan nuestro apetito, si te escapas de un peligro, vienes luego á dar en otro. Gula es engaño del juicio de la razon, el cual nos hace creer que tenemos necesidad de tragar todo cuanto se nos pone delante; y junto con esto traga el hombre la templanza, la penitencia y la compasion; pues consumiéndolo el gloton, no le queda con qué socorrer al prójimo.

La hartura de los manjares es madre de la fornicacion; y la afliccion del vientre pare la caridad. El que halaga con mano blanda al leon, por ventura lo amansará; mas el que halaga y regala el cuerpo, embravéscelo contra sí. El judío se goza con el sábado y con la fiesta; mas el monje dado á la gula, con el sábado y con el domingo: que es con la fiesta y con la víspera della. Antes de tiempo cuentan los dias que hay hasta la Pascua, y muchos dias ántes comienzan á aparejar la comida para la fiesta. El siervo del vientre anda siempre pensando con qué manjares se regalará; mas el siervo de Dios con qué gracia se enriquecerá. En viniendo el huespéd á casa, luego hierve todo en caridad con el apetito de la gula, y su proprio daño dice que es consolacion del prójimo.

Muchas veces acaesce que pelean entre sí la gula y la vanagloria sobre el triste monje, como sobre un esclavo que se vende en la plaza. Porque la gula le incita á que quebrante el ayuno, y la vanagloria á que no pierda crédito comiendo demasiado. Mas el monje sabio huirá ambos vicios, y á sus tiempos casi con el uno vencerá al otro, porque por no dar mal ejemplo guardará el ayuno, y por conservar la naturaleza, comerá con templanza.

Cuando arde el fuego de la carne, castiguémosla fuertemente, y en todo lugar y tiempo guardemos abstinencia; mas despues de apagado este fuego (lo cual apénas puedo creer que en esta vida puede ser perfectamente), entónces ya puede ser mas encubierta y mas moderada nuestra abstinencia. Vi una vez que algunos padres ancianos daban licencia y bendicion á algunos mozos que no eran discípulos suyos, para beber vino, exhortándolos á aflojar la regla de su abstinencia. A los cuales, siendo personas de autoridad y vida religiosa, y que tengan ya testimonio en el Señor, será razon obedescer moderadamente; mas si fueren flojos y negligentes, no curemos desta licencia y bendicion: mayormente si somos combatidos de los ladrones de la carne.

Cuando nuestra ánima desea y procura manjares diversos y delicados, entendamos que este apetito es suyo proprio natural, y por esto es necesario velar y trabajar con toda industria, peleando con esta potentísima y astutísima engañadora; porque de otra manera levantará contra nosotros grandes batallas, y armarnos ha lazos en que caigamos.

Y para esto conviene primeramente abstenernos de todos los manjares que pueden engordar el cuerpo, y especialmente de los que son calientes, porque no echemos aceite sobre la llama. Y despues destos, de los que son mas suaves y deleitables. Si fuere posible, procuremos comer de aquel género de viandas, que siendo ellas livianas y viles, fácilmente hinchen el estómago, como lo hacen las legumbres, para que con este hinchimiento apaguemos el apetito insaciable; y por otra parte siendo los manjares livianos y viles, sea mas fácil la digestion: para que luego podamos respirar y quedar libres del demasiado calor, como de un azote. Si miramos atentamente, hallarémos que todos los manjares humosos y vaporosos ayudan mucho con su calor á despertar en nuestros cuerpos estímulos y movimientos carnales.

Ríete de aquel espíritu malo que te dice que dilates la hora de la comida despues de la acostumbrada refeccion del monasterio; porque demas que podrá ser esta abstinencia indiscreta, haces mal con esta singularidad, y con no andar conforme con los otros en la hora del comer al paso de la communidad.

Tambien es de notar que una manera de abstinencia pertenesce á los innocentes, y otra á los culpados; porque aquellos no tienen mas movimientos y tentaciones de las que son menester para conoscer que son hombres, y que están vestidos de carne; mas estotros hasta la muerte conviene crudamente batallar, sin admitir treguas ni conciertos de paz. Mas: á aquellos principalmente es dado conservar una perpetua moderacion y tranquilidad de ánimo, mediante la cual perseveren siempre de una manera, como si morasen en aquella altísima region del aire ó del cielo, donde no llegan los torbellinos y nublados deste mundo inferior; mas á estotros conviene trabajar por aplacar á Dios con perpetua compuncion y afliccion del cuerpo y del ánima.

Al varon perfecto es dado vivir en alegría y consolacion, y estar libre de todos los cuidados de las cosas mortales; mas al que está aun en medio de la batalla, luchar y pelear; pero al vicioso y sensual, andar de fiestas en fiestas, y de convites en convites. Los sueños de los glotones son de comidas y banquetes; mas los de los que lloran sus pecados, son de juicios y de tormentos.

Prende tú con rigor el vientre, porque él no te prenda á tí, y despues vengas con vergüenza y confusion á guardar la abstinencia que entónces no guardaste. Muy bien entienden esto los que miserablemente cayeron; mas los verdaderos eunucos del Evangelio (*a*), que son castos, no saben esto por experiencia, puesto que lo pueden saber por especulacion y lumbre de Dios: circuncidemos el pecado de la lujuria con la memoria del fuego eterno; porque algunos de los que cayeron en él, por no haberlo cortado con este cuchillo, vinieron despues cruelmente á cortar sus proprios miembros, lo cual no fué cortar el pecado, sino doblarlo.

Si miramos en ello, hallarémos que todas nuestras pérdidas por la mayor parte nascen deste vicio de la gula. El ánima del que ayuna, ora con sobriedad y atencion; mas la del destemplado és llena de torpes imaginaciones

(*a*) Matt. 19.

y pensamientos. La hartura del vientre secó las fuentes de las lágrimas; mas si él se secare con la abstinencia, producirá fuentes de aguas. El que obedesciendo al vientre pretende vencer el espíritu de la fornicacion, semejante es al que quiere apagar la llama del fuego echándole aceite. Afligido el vientre, se humilla el corazon; y regalado él, se ensoberbece. Vuelve los ojos sobre tí, y mírate al principio del dia, y al mediodía, y á la tarde ántes de la refeccion; y por aquí verás palpablemente la utilidad del ayuno, porque á la mañana está mas vivo el apetito vicioso de la carne; á la hora de sexta está un poco mas amortiguado, y á puesta del sol está ya caido y humillado.

Aflige el vientre, y enfrenarse ha la lengua; porque esta tambien toma fuerza con la muchedumbre de los manjares, segun dijimos. Pelea siempre contra el vientre, y por amor deste procura con todo estudio la templanza y sobriedad; porque si en esto trabajares un poco, luego el Señor será tu ayudador, y obrará juntamente contigo.

En los odres blandos y extendidos cabe mas; pero en estando apretados y arrugados cabe ménos. Pues desta manera el vientre se dilata y desarruga con la repleccion é hinchimiento de los manjares, y así se hace capaz de mas; pero quien por el contrario le hace tener dieta, este lo estrecha y aprieta; y estrechado él así ya con el uso de la templanza, naturalmente se contenta con poco, y ayuna. La sed sufrida con paciencia algunas veces apagó la sed; mas querer apagar la hambre con la hambre, cruel cosa es é imposible; por eso conviene que esta nuestra abstinencia sea tambien discreta. Si alguna vez te molestare ó te venciere el apetito de la gula, dómalo con trabajos; y si esto no puedes por tu flaqueza ó mala disposicion, pelea con oraciones y vigilias contra él.

Y si los ojos se cargaren de sueño, entiende en alguna obra de manos para apartarlo de tí. Mas si no te fatigare, no lo tomes; porque estés mas desembarazado para orar. Porque no es de todos vacar á Dios puramente, y entender en obras de manos en un mismo tiempo.

Tambien te quiero avisar que muchas veces el demonio está sobre nuestro estómago, y hace que el hombre nunca se sienta harto, aunque haya comido á todo Egipto, y bebido á todo el rio Nilo. Despues de haber comido demasiadamente, vase el espíritu de la gula, y envía sobre nosotros el espíritu de la fornicacion: y dándole cuenta de lo que deja hecho, arrebátalo (dice) y tiéntalo, y enciéndelo; porque extendido y lleno el vientre no trabajarás mucho en inflamarlo. El cual viniendo, luego se sonrie; y atándonos de piés y manos con el sueño, hace muchas veces de nosotros lo que quiere, ensuciando nuestros cuerpos y ánimas con imaginaciones é inmundicias, y evacuaciones de sucios humores. Y es cosa digna de grande admiracion ver una sustancia sin cuerpo, cual es nuestro espíritu, cómo es amancillada y escurecida con la fealdad de la inmundicia del cuerpo, y cómo despues por la abstinencia es restituida y vuelta á la delicadez de su natural condicion.

Si prometiste á Cristo de ir por el camino áspero y estrecho, aflige el vientre; porque si lo regalas y extiendes, ten por cierto que has quebrantado el asiento y concierto que con Dios pusiste. Está atento, y oye al Señor, que dice (*b*): Ancho y espacioso es el camino del vientre, que lleva á la perdicion de la fornicacion, y muchos son los que caminan por él; y por el contrario, cuán angosta es la puerta, cuán estrecho el camino del ayuno, que lleva á la vida de la castidad, y pocos son los que van por él.

Príncipe de los demonios es Lucifer que cayó, y príncipe de los vicios como incentivo de todos ellos es la concupiscencia de la gula. Cuando te asientas á la mesa llena de muchos manjares, apercíbete con la memoria del juicio y de la muerte; porque aun con todo esto apénas resistirás un poco á la fuerza de la concupiscencia. Cuando pones el vaso en la boca para beber, acuérdate de la hiel y vinagre que se dió á tu Señor, y con esto beberás con mas templanza, ó á lo ménos con gemido y conoscimiento de lo poco que haces para lo que él hizo por tí. No te engañes, hermano: ten por cierto que nunca serás librado de Faraon, ni celebrarás la pascua celestial, sino comiendo lechugas amargas y pan sin levadura. Las lechugas amargas es la afliccion y violencia del ayuno; y el pan cenceño y sin levadura, es el ánimo libre de toda soberbia. Imprime en lo íntimo de tu corazon aquella palabra del Salmista, que dice (*c*): Cuando los demonios me eran molestos, vestíame de cilicio, y humillaba mi ánima con el ayuno, y lloraba en lo íntimo de mi corazon.

§ ÚNICO.

Del ayuno: contrario á la gula en el mismo grado.

Ayuno es violencia que se hace á la naturaleza, circuncision de todos los deleites del gusto, mortificacion de los incentivos de la carne, cuchillo de malos pensamientos, libracion de los sueños, limpieza de la oracion, lumbre del ánima, guarda del espíritu, destierro de la ceguedad, puerta de la compuncion, humilde suspiro, contricion alegre, muerte de la parlería, materia de quietud, guarda de la obediencia, alivio del sueño, sanidad del cuerpo, causa de tranquilidad, perdon de pecados, entrada y deleites de paraíso. Todo esto es el ayuno, porque para todas estas cosas ayuda y dispone con su virtud, y á todo esto es contraria y enemiga la gula.

Preguntemos pues á este tiranno como á los otros, y aun mucho mas que á todos los otros; á este, digo, que es maestro perverso de nuestros enemigos, puerta de los vicios, caida de Adam, perdimiento de Esaú, muerte de los israelitas, deshonra de Noé, perdicion de los de Gomorra, crimen de Lot, destruicion de los hijos de Helí, adalid y precursor de las inmundicias; preguntemos, digo, á este, quién lo engendró, y quién sean sus hijos, y quién son los que le maltratan, y quién finalmente el que le mata.

Dinos agora pues, ó tiranna y violenta señora de los mortales (los cuales hiciste siervos tuyos, y compraste con el precio de la insaciabilidad), ¿por dónde entras en nosotros, y qué haces despues de entrada, y cuál es tu salida, y cómo escaparémos de tus manos? Entónces ella exasperada con nuestras injurias, feroz y tiránnicamente responderá: ¿Por qué me injuriais siendo mis siervos y vasallos por el pecado? ¿O cómo presumis apartaros de mí estando yo ligada con vuestra misma naturaleza, en pecados concebida?

La puerta por donde entro es la calidad y sabor de los manjares, y la costumbre y obligacion necesaria del co-

(*b*) Matth. 7.

(*c*) Psalm. 34.

mer es causa de mi insaciabilidad, y la causa de mi destemplanza es el mal hábito que tengo de comer ántes de tiempo, y la falta de contricion, y el olvido de la muerte.

Los nombres de mis hijos ¿para qué los quereis saber? porque si me pusiere á contarlos, multiplicarse han sobre las arenas de la mar. Mas todavía os diré los nombres de los mas principales y mas queridos mios. Mi hijo primogénito es atizador de la fornicacion. El segundo, despues deste, es autor de la ceguedad y dureza de corazon. El tercero es el sueño; el mar de los pensamientos, las ondas de las pasiones sucias, y el abismo profundísimo de las secretas invenciones de torpezas, de mí tambien proceden, y hijos mios son.

Mis hijas son la pereza, la parlería, la confianza de sí mismo, las chocarrerías y risas, la porfía, la dureza de cerviz, la desgana para oir la palabra de Dios, la insensibilidad para las cosas espirituales, la prision del ánima, las expensas y gastos excesivos y sumptuosos, la hinchazon de la soberbia, la osadía y aficion á las cosas del mundo. A las cuales cosas sucede oracion sucia, ondas de pensamientos, y algunas veces calamidades y desastres no pensados: despues de los cuales se sigue desesperacion, que es el mayor mal de los males.

La memoria de los pecados es la que me hace guerra, mas no me vence; y la memoria atenta de la muerte tiene conmigo perpetua enemistad. Mas ninguna cosa hay entre los hombres que perfectamente me destruya. El que tiene dentro en su ánima el Espíritu Sancto, y le hace oracion contra mí, inclinado él por estos ruegos, no me deja obrar viciosamente. Mas los que no han probado por experiencia la suavidad deste divino espíritu, todos estos generalmente son mis prisioneros; porque todos estos se enlazan con la suavidad de mis deleites; porque donde faltan los deleites espirituales, no pueden faltar los sensuales.

CAPITULO XV.

Escalon quince: de la incorruptible castidad, la cual todos los mortales y corruptibles buscan con sudores y trabajos.

Oimos agora á la insaciable gula decir que uno de sus hijos era la concupiscencia del vicio carnal. Esto podrémos conoscer por ejemplo de aquel viejo Adam (*a*), padre nuestro; el cual si no supiera qué cosa era gula, no conosciera con esta manera de concupiscencia á su mujer Eva. Y por esto los que guardan el primer mandamiento de la abstinencia, no suelen quebrantar el segundo, que veda la lujuria. Puesto caso que todavía permanescen hijos de Adam, mas un poco menores que los ángeles, pues no son inmortales como ellos. Lo cual ordenó Dios así, porque no fuese inmortal tambien nuestro daño, como dice aquel gran varon, á quien la teología dió sobrenombre, que es Nancianceno (*b*).

Castidad es una virtud que nos hace familiares y vecinos á aquellas substancias altísimas é incorpóreas, que son los ángeles. Castidad es alegre aposento y recámara de Cristo. Castidad es escudo celestial del corazon terreno. Castidad es abnegacion de la naturaleza humana, y un maravilloso vuelo de la substancia mortal y corruptible, á las substancias inmortales é incorruptibles. Casto es aquel que con un amor venció otro amor, y con el fuego del espírtu apagó el fuego de la carne. Continencia es un nombre general de todas las virtudes; porque toda virtud se puede llamar continencia y freno del vicio contrario. Perfectamente casto es aquel que ni entre sueños padesce algun movimiento feo, ni mudanza de su estado. Casto es aquel que no se mueve sensual ni desordenadamente en presencia de cualesquier cuerpos y figuras.

Esta es la regla y este el fin de la perfecta y consumada castidad (si la hay en el mundo), que con la misma simplicidad miremos los cuerpos animados que los inanimados, los racionales que los irracionales. Ninguno de los que trabajan por alcanzar esta virtud piense que por sus trabajos ó industria la ha de alcanzar, porque no es posible que nadie venza su propria naturaleza; porque fuera de toda contradiccion está, que lo que es menor, es vencido por lo que es mas.

El principio de la castidad es no consentir con los pensamientos deshonestos, y á tiempos padescer aquel flujo de humor no limpio, aunque sin imaginaciones torpes. El medio es ser algunas veces inquietado con movimientos sensuales, que proceden de la replecion de los manjares, y por esto sin imaginaciones torpes, y sin llegar el negocio á polucion. Mas el fin es tener mortificados los movimientos desordenados.

No es solamente casto el que guardó limpio el lodo desta carne, sino mucho mas el que subjectó perfectamente los miembros deste cuerpo á la voluntad del espíritu. Grande es por cierto aquel cuyo corazon con ninguna vista se altera, y el que con el amor y contemplacion de la hermosura celestial, vence el peligro de la vista de los ojos, abrasadora de los corazones.

El que triunfa deste vicio con la virtud de la oracion, es semejante al leon que pelea, el cual con facilidad vence. Mas el que luchando y peleando con él lo hace huir, es semejante al que persigue su enemigo, y lo lleva de vencida. Pero el que del todo desarmó y aniquiló el ímpetu desta pasion, aunque viva en carne, ya paresce que resuscitó de la sepultura.

Si es argumento cierto de la verdadera y perfecta castidad no padescer ni aun entre sueños imaginacion ni inflamacion del cuerpo, tambien será fin del vicio carnal, si velando uno padesce flujo deshonesto con sola la representacion de los malos pensamientos.

El que con sudores y trabajos batalla contra este adversario, es semejante al que derriba su enemigo con una honda; mas el que pelea con abstinencia y vigilias, es semejante al que lo hiere con una maza. Pero el que pelea contra él con altísima humildad y perfecta mortificacion de la ira, y deseo de los bienes celestiales, es semejante á aquel que mató su enemigo, y lo enterró debajo de la arena; y por arena entiendo la humildad, que de tal manera vence, que no da materia de vanagloria despues de la victoria, ántes deja al hombre con conoscimiento de que es polvo y ceniza.

De manera que unos tienen este tiranno preso con los trabajos y peleas, otros con profunda humildad, otros con especialísima lumbre y favor del cielo; entre los cuales el primero es comparado con el lucero de la mañana, el segundo con la luna llena y clara, el tercero con el sol de mediodía: aunque todos ellos tienen ya su conversacion en el cielo. Y es de notar que cada uno destos grados dispone para el otro; porque así como despues de la mañana sale la luz, y á la luz succede el sol de me-

(*a*) Genes. 3. (*b*) Vid. Greg Nis Oratione catechetica. cap. 8.

diodía, así entre estos grados el primero dispone para el segundo, y el segundo para el tercero.

La raposa se hace dormida para cazar el pájaro, y el demonio algunas veces finge castidad de nuestro cuerpo, dejándonos á tiempos de combatir, para que con esta falsa confianza nos pongamos en peligros donde vengamos á perescer. No creas en toda tu vida al lodo de tu carne, ni te fies de tí mismo, hasta que despues de resuscitado vayas á recibir á Cristo. Ni tampoco debes confiar, si por virtud de la abstinencia dejas de caer; porque tampoco comia aquel que fué derribado del cielo en los abismos.

Algunos varones doctísimos declaran desta manera qué cosa es renunciacion. Renunciacion dicen que es enemistad y lucha perpetua contra el cuerpo y contra la concupiscencia de la gula.

Los principiantes que caen en el vicio de la carne, communmente caen por darse á deleites y buen tratamiento del cuerpo. Los medianos suelen caer, no solo por regalo de la carne, sino por la soberbia del espíritu, para que por ella conozcan su propria enfermedad y miseria. Mas los perfectos, si caen, caen communmente por juzgar á los otros.

Algunos tuvieron por bienaventurados á los eunucos, por haber nascido tales que viviesen libres deste tiranno señorío de la carne; mas yo tengo por mucho mas bienaventurados á aquellos que se hicieron eunucos con el trabajo y lucha cuotidiana, los cuales con el cuchillo de la razon se hicieron eunucos por el reino de los cielos (*c*).

Vi algunos que cayeron, vencidos mas por la fuerza de la pasion que por voluntad: aunque no pudo faltar voluntad donde hubo culpa. Vi tambien otros que por su voluntad quisieron caer, y no pudieron: los cuales tengo por mas miserables que los que cada dia caen, pues llegaron á tal estado, que despidiéndolos de sí el hedor del vicio, ellos no querian despedirse dél. Miserable es aquel que cayó, mas mucho mas lo es el que fué causa de que otro cayese; porque este tal lleva sobre sí la carga suya y la ajena.

No quierás vencer el espíritu de la fornicacion disputando con él; porque él sabe muy bien disputar, pues ayudado de la misma naturaleza pelea contra nosotros. El que ayudándose de su propria industria presume por sí de vencer su carne, en vano trabaja (*d*). Porque si el Señor no destruyere la casa de la carne, y edificare la del espíritu, en vano trabaja el que con solo ayunar y velar, sin este presidio la quiere edificar. Presenta ante los ojos del Señor la natural enfermedad y flaqueza de tu carne, reconociendo húmilmente tu miseria, y así recibirás en tus entrañas el don de la castidad.

Los que andan inflamados con los ardores de la carne, tienen un perpetuo apetito de ayuntamiento corporal; como me significó uno que esto habia experimentado, el cual volviéndose despues á Dios, vivió con grande continencia. Este espíritu sucio es desvergonzado, feroz, cruel, inhumano; el cual ocupando desvergonzadamente nuestro corazon, hace que el que es combatido dél, padezca dolor y tormento sensible, en el cual arda como una fragua. Hace tambien que el hombre miserable no tema á Dios, desprecie la memoria de los tormentos eternos, aborrezca la oracion, y no se mueva mas con la vista de los cuerpos de los muertos, que si fuesen piedras sin ánima; y en la hora de aquella malvada obra hácelo una bestia bruta, privándole del uso de la razon con la fuerza de la concupiscencia. Y si Dios no abreviase los dias deste espíritu malo (quiero decir), si no enflaqueciese sus fuerzas, no escaparian dél los que están vestidos desta sangre, y deste barro sucio amasado con ella.

Y no es esto de maravillar, porque todas las cosas criadas, naturalmente desean juntarse con sus semejantes; y así la sangre desea á la sangre, y el gusano al gusano, y el cieno al cieno, y la carne tambien á la carne; puesto caso que los monjes que hacemos guerra á la naturaleza, y procuramos alcanzar el reino del cielo, pretendemos con artificio, diligencia y gracia, vencer y engañar á nuestro engañador.

Bienaventurados aquellos que no han experimentado este linaje de batallas, y nosotros tambien supliquemos húmilmente á Dios nos libre deste despeñadero; porque los que en él cayeron, muy léjos están de la subida y descendida de aquella escala que vió Jacob. Y los tales, si desean levantarse, tienen necesidad de muchos sudores, dolores, aflicciones, trabajos, hambre y sed, y summa aspereza, y pobreza de todas las cosas.

Si consideramos atentamente, hallarémos que así como en las batallas visibles no pelean todos de una manera, ni con un género de armas, sino con muchas y diversas, así tambien lo hacen nuestros espirituales enemigos cuando pelean con nosotros; porque cada uno tiene su oficio, y su entrada, y su manera de pelear: que es cosa de grande admiracion. Y de aquí proceden en los tentados unas caidas sobre otras, y unas mas crueles que otras; por donde el que no se repara ó no hace luego penitencia en las caidas menores, presto vendrá á peligrar en las mayores.

Costumbre es del demonio acometer principalmente con todo el ímpetu de malicia, y con todo estudio y arte, y con todas sus fuerzas á los que están en medio de la batalla, y que viven vida monástica, trabajando con todo el ímpetu de su malignidad por derribarlos en algun vicio que no sea conforme á naturaleza; de donde nasce que algunos de los que así son combatidos, tratando con mujeres no son solicitados desta pasion (por donde se tienen ya ellos por seguros y libres deste mal), y no ven los miserables que donde hay mayor caida, no es necesaria la menor.

Porque por dos causas aquellos crueles y malaventurados homicidas (que son los demonios) suelen acometer mas principalmente por esta parte que por otra: lo uno, porque aquí está la ocasion del vicio mas á mano; y lo otro, por ser mas grave esta caida, y merescedora de mayor castigo.

Supo muy bien lo que yo agora digo, aquel mancebo de quien se lee en las vidas de los padres, que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á los asnos salvajes, y los hacia servir en el monasterio á los monjes; al cual comparó el bienaventurado Sant Antonio á un navío cargado de ricas mercadurías, y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabía. Pues este mozo tan ferviente vino despues á caer miserablemente. Y estando él llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo, conviene saber, á Sant Antonio, que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia. Oido esto, lloró el sancto varon, y arrancándose los cabellos de la cabeza, dijo: Una gran columna de la Iglesia ha caido hoy. Y pasados cinco dias murió el sobredicho monje.

(*c*) Matt. 19. (*d*) Psalm. 126.

De manera que el que primero mandaba á las bestias salvajes, fué al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado, y el que poco ántes se mantenia con pan del cielo, fué despues privado deste tan grande beneficio. Y cuál haya sido su caida, no lo quiso declarar el sapientísimo padre Antonio; porque sabía él que era fornicacion, en la cual puede uno pecar corporalmente sin tocamiento del otro cuerpo; para lo cual traemos siempre con nosotros una perpetua ocasion de muerte y de caida, especialmente en la mocedad; la cual no oso declarar por escripto, porque detiene mi pluma aquel que dijo (*e*): Lo que los hombres hacen en secreto, torpe cosa es decirlo, escribirlo y oirlo.

Y llamo muerte á esta carne mia, y no mia (amiga y enemiga mia), pues así la llamó Sant Pablo, cuando dijo (*f*): ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará del cuerpo desta muerte? Mas aquel gran teólogo (de que arriba hicimos mencion) la llama viciosa, esclava, y escura como la noche; y deseaba yo saber por qué causa estos sanctos le pusieron estos tales nombres. Pues luego si (como está ya dicho) la carne es muerte, síguese que el que venciere la carne, no morirá. Mas ¿cuál será aquel que viva, y no vea esta muerte (*g*), quiero decir, la caida de su carne?

Cosa digna es de preguntar cuál sea mayor, el que despues de muerto resuscitó, ó el que del todo nunca murió. Algunos dicen que este segundo es mas bienaventurado. Mas por los otros hace que imitan la resurreccion de Cristo, que despues de muerto resuscitó. Y los que á estos tienen por bienaventurados, paresce que lo hacen por quitar la ocasion de desesperar, á los que mueren, ó por mejor decir, á los que desta manera caen.

§. I.

Prosigue la misma materia de la castidad.

Costumbre es del espíritu de la fornicacion pintarnos á Dios clementísimo perdonador deste vicio, como tan natural á los hombres; mas si miramos atentamente, hallarémos que los mismos demonios que por una parte nos hacen á Dios misericordioso ántes de la caida, despues della nos lo hacen riguroso y severo. De manera que cuando nos incitan á pecar, nos encarescen su clemencia; y despues del pecado, su inviolable justicia, para hacernos desesperar. Y cuando con esta desesperacion se junta una desordenada tristeza, de tal manera derriban nuestro corazon, que ni nos dejan conoscer nuestra culpa, ni hacer penitencia della. Mas muerta la desesperacion, luego vuelven estos tirannos á engrandescernos la misma clemencia, para derribarnos en la misma culpa.

Dios es una substancia purísima, incorruptible y sin cuerpo; y por eso convenientísimamente se deleita con la castidad, incorrupcion y pureza de nuestros cuerpos. Mas por el contrario, aquellos espíritus feos y sucios se alegran summamente con el cieno de la lujuria. Y por eso pidieron al Señor que si los lanzaba del cuerpo de un endemoniado, los dejase entrar en una manada de puercos que allí estaban (*h*); por los cuales es figurado este cieno deste vicio.

La castidad hace al hombre en gran manera familiar á Dios, y semejante á él en cuanto es posible serlo. La tierra rociada con el agua es madre de dulzura, por la suavidad de los fructos que lleva; y la vida solitaria, acompañada con obediencia, es madre de castidad. Algunas veces aquella bienaventurada pureza de nuestro cuerpo, que por medio de la soledad alcanzamos, si nos llegamos al mundo, padesce peligro; mas la que procede de la obediencia, mas firme y mas segura permanesce, por el ayudador que tiene en el padre espiritual.

Vi algunas veces haber venido la soberbia á hacerse ocasion de humildad, cuando conosciendo el hombre con lumbre de Dios la grandeza deste mal, tomó de ahí motivo para humillarse; y viendo esto acordóseme de aquel que dijo (*i*): ¿Quién conoscerá los juicios de Dios y la alteza de sus consejos? Así tambien por el contrario la soberbia y fausto á muchos fué causa de manifiesta caida, y esta misma caida, á los que quisieron aprovecharse della, les vino á ser tambien ocasion y motivo de humildad.

El que pretende vencer el espíritu de la fornicacion comiendo y bebiendo largo, es como el que quiere apagar el fuego echándole aceite, como arriba dijimos. Mas el que con sola abstinencia le pretende vencer, es como el que quiere escaparse á nado, nadando con una sola mano. Por lo cual conviene que nuestra abstinencia ande siempre acompañada con humildad; porque de otra manera nada vale.

El que se ve tentado mas fuertemente de un vicio que de todos los otros, ármese principalmente contra él; porque si este no fuere vencido, poco nos aprovechará pelear con los otros. Y despues que hayamos muerto con Moisen este gitano, luego verémos á Dios en la zarza de la humildad. Siendo yo una vez tentado, sentí en mi ánima una alegría sin fundamento, la cual aquel astuto lobo habia despertado en mí para engañarme, y yo como niño en el saber, pensé que esto era algo; despues conoscí que era engaño: y por aquí entiendo cuán abiertos conviene que tengamos los ojos para conoscer los tales peligros.

Todo pecado que hace el hombre, dice el Apóstol que es fuera de su cuerpo (*k*), mas el pecado de la fornicacion es contra el mismo cuerpo; porque afea con sucios humores la misma substancia de la carne: lo cual en los otros pecados no acaesce. Mas ¿qué quiere decir que cuando los hombres caen en los otros pecados, decimos que fuéron engañados, y cuando pecan en este, decimos que cayeron, y al mismo vicio llamamos lapso ó caida de la carne? Debe ser la causa, que como el mas alto grado de la dignidad esencial del hombre sea la razon natural, la cual del todo sepulta y ahoga este vicio, dejando por entónces al hombre hecho una bestia bruta con la fuerza del deleite, que del todo lo emborracha y empapa sus sentidos, por esto con gran razon se llama caida, pues derriba al hombre del trono de la dignidad racional, en la bajeza de la naturaleza bestial.

El pece huye lijeramente del anzuelo; y así el ánimo amigo de deleites huye la quietud de la soledad. Cuando el demonio quiere enlazar algunos con este vicio, escudriña diligentemente las condiciones é inclinaciones de las partes; y allí pone la centella del fuego, donde sabe que mas presto se levantará la llama. Algunas veces los que son amigos de deleites son compasivos, y misericordiosos, y tiernos de corazon, y así fáciles al parescer para la compuncion; y por el contrario, los amadores de

(*e*) Ephes. 5. (*f*) Rom. 7. (*g*) Psalm. 88. (*h*) Luc. 8.

(*i*) Rom. 11. (*k*) 1. Cor. 6.

la castidad algunas veces son rigurosos y severos; mas ni por esto la castidad pierde su valor, ni aquel vicio su fealdad.

Un varon sapientísimo me propuso esta cuestion: ¿Cuál pecado, dice, es mas grave de todos, dejando aparte el homicidio y la negacion de Cristo? Y como yo le respondiese que la herejía, replicóme él, diciendo: Pues ¿cómo la Iglesia católica recibe los herejes, despues que han abjurado y anatematizado sus herejías, á communion y participacion de los sagrados misterios, y al que cayó en pecado de fornicacion (aunque confiese su culpa y salga de su pecado) no le consiente por espacio de algunos años llegar á estos venerables y divinos misterios, y esto hace por autoridad y ordenacion de los apóstoles? Espantéme yo con esta réplica, y no me atreví á responder á ella; aunque no dejé de entender la fealdad y graveza desta culpa, por la gravedad de la penitencia della.

Escudriñemos diligentemente, y examinemos al tiempo que cantamos los salmos y asistimos á los divinos oficios, si la suavidad y dulzura que allí algun tiempo sentimos es del espíritu de Dios, ó deste espíritu malo; porque á veces tambien allí se mezcla él. No quieras, ó mancebo, ser ignorante y ciego para el conoscimiento de tí mismo y de tus cosas. Porque supe yo una vez, que estando unos haciendo oracion por sus amigos y devotos, la memoria dellos despertó en sus ánimas una centella de amor no limpio, sin entenderlo ellos, ántes pensando que habian cumplido en esto la ley de la caridad.

Algunas veces acaesce caer los hombres en polucion con un solo tocamiento corporal, en lo cual paresce que ninguna cosa hay mas delicada ni mas peligrosa que este sentido del tacto. Y por eso acuérdate de aquel religioso que cubrió su mano con un paño para tocar la de su madre; por cuyo ejemplo debes tú guardar tus manos de cualquier tocamiento proprio ó ajeno. Ninguno (segun pienso) podrá llamarse perfectamente sancto, si perfectamente no hubiere subjectado el cuerpo al espíritu, en la manera que en esta vida se puede esto hacer.

Cuando estamos en la cama acostados, entónces habemos de estar mas compuestos y mas atentos á Dios, porque entónces el ánima, casi despojada del cuerpo, lucha con los demonios; y si se hallare enlazada en algunos deleites, fácilmente desvarará y caerá. Duerma siempre contigo la memoria de la muerte, y despierte tambien contigo, y la devota meditacion de la oracion que nos enseñó Jesus; porque no hallarás ayuda mas eficaz ni mas excelente que esta para este tiempo del sueño.

Algunos piensan que la causa de las poluciones y de los sueños deshonestos procede solamente de la replecion de los manjares; mas yo sé que algunos, puestos en lo extremo de grandes enfermedades y de grandes abstinencias, padescian este mismo daño. Pregunté yo una vez á un muy espiritual y discreto monje lo que se habia de tener acerca desto, y él me dijo lo que se sigue: Hay entre sueños una efusion de humor, que procede de la muchedumbre de los manjares y del regalo del cuerpo. Hay tambien otra que procede de soberbia, cuando por haber pasado mucho tiempo que no padecimos esta injuria, venimos tácitamente á ensoberbecernos por esto. Y acaesce tambien esto mismo, cuando juzgamos ó condenamos á nuestros prójimos. Estos dos casos postreros pueden acaescer á los enfermos, y por ventura todos tres. Y si alguno hay que por la divina gracia se halla libre de todas estas tres causas, merced es que le hace el Señor con esta manera de pureza y impasibilidad. Mas con todo esto, puede uno padescer esta misma ilusion sin culpa suya, por invidia del demonio, permitiéndolo así Dios, para que por esta manera de calamidad esté mas segura y mas guardada la virtud de la humildad. Nadie quiera pensar ni tratar de dia los sueños que tuvo de noche; porque esto es lo que pretenden los demonios cuando estamos durmiendo, para hacer nos guerra velando.

Oigamos tambien otra astucia de nuestros enemigos. Así como los manjares contrarios á la salud, unos dañan luego de próximo, y otros mas adelante, así tambien lo hacen las causas con que el demonio pretende derribar nuestras ánimas. Vi yo ciertos hombres que tratándose regaladamente, no por eso eran luego tentados; y vi tambien otros, que tratando con mujeres y comiendo con ellas, no luego eran acometidos de malos pensamientos. Los cuales, engañados con esta confianza, y viviendo descuidadamente, pensando que en su celda tendrian paz y seguridad, vinieron despues á caer, estando solos, en este despeñadero.

Y cuál sea este peligro que nos puede acaescer, así en el cuerpo como en el ánima, estando solos y sin compañía, sábelo el que lo ha experimentado; mas el que no lo ha experimentado, no lo puede saber. Y en el tiempo deste combate suele ayudar mucho el cilicio, y la ceniza, y la perseverancia constante en las vigilias de la oracion, y el deseo del pan, y la lengua seca y no harta de agua, y la habitacion en las cuevas de los muertos, y sobre todas las cosas, la humildad de corazon; y si fuere posible, el ayuda del padre espiritual, ó del hermano solícito, que tenga canas en el seso, que para esto nos ayude. Porque maravillarme hía yo, si alguno, destituido deste socorro, fuese poderoso para guardar la nave segura en este golfo tan peligroso; aunque á Dios no hay cosa imposible.

Tambien es de notar que no siempre se debe la misma manera de pena á la misma culpa; porque aunque la culpa sea una, las circunstancias de las personas son diversas, y así tambien lo serán las penas; por donde la misma culpa será cient veces mas castigada en uno que en otro. Y esta gravedad se toma de la profesion y estado de cada uno, del órden sacro que tiene, del aprovechamiento en la vida espiritual, y tambien de los lugares, y de las costumbres, y de los beneficios recibidos, y de otras cosas semejantes. Porque escripto está (*l*): A quien mas dieren, mas estrecha cuenta le pedirán.

Un religioso me declaró un admirable y supremo grado de castidad. Decia él que mirando la hermosura y gracia de los cuerpos, se levantaba su espíritu en una grande admiracion de la hermosura y gloria del artífice soberano que los habia formado, y que con este espectáculo se encendia mas en su amor, y derretia en lágrimas. Y era cierto cosa de espanto, ver cómo lo que á otro fuera despeñadero y escándalo, á este sobre toda la naturaleza era materia de merescimiento y de corona. Los tales si siempre perseverasen en esta manera de sentimiento, ya paresce que ántes de la commun resureccion habian alcanzado la gloria de la incorrupcion. Por

(*l*) Luc. 12.

la misma regla nos habemos de regir en oir las músicas y cantos profanos. Porque los que ardientemente aman á Dios, suelen encenderse en su amor, y resolverse en lágrimas, así con las músicas seglares como con las espirituales. Mas por el contrario los carnales y sensuales de ahí toman incentivos de su perdicion.

Algunos, como ya dijimos, son mas tentados estando en los lugares apartados, lo cual no es de maravillar, porque ahí moran de mejor gana los demonios, los cuales por nuestra salud fuéron desterrados á los desiertos y abismos por mandamiento del Señor. Tambien al solitario combaten fuertemente los espíritus malos, para que desconfiado de su aprovechamiento se vuelva al siglo.

Y por el contrario á tiempos se aparta de nosotros estando en el siglo, para que confiados en esta falsa seguridad nos vengamos á detener y embarazar en el siglo. Cierto es que donde somos combatidos, allí tambien peleamos contra nuestro enemigo; porque si no peleamos contra él, hacerse ha nuestro amigo, y no nos combatirá. El tiempo que estamos en el siglo por razon de alguna necesidad, ahí somos amparados por mano del Señor, ó por ventura por la oracion del padre espiritual; porque el nombre del Señor no sea por nosotros blasfemado.

Otras veces acaesce que no sentimos las tentaciones del demonio, por la insensibilidad de nuestra ánima, por estar ya tan habituados á los males, que tenemos ya hechos callos en ella para no sentirlos; ó (como dijo un sancto varon) porque nuestros mismos pensamientos se han hecho ya demonios. Otras veces acaesce que los demonios de su voluntad se van y nos dejan, para darnos materia de soberbia y presumpcion; porque este vicio basta para todos los otros en que nos pudieran derribar.

§. II.

Prosigue la misma materia de la castidad.

Oid otra arte y astucia deste engañador todos los que deseais alcanzar y conservar la virtud de la castidad. Contóme un padre (que habia experimentado este engaño), que algunas veces el espíritu de la fornicacion se escondia hasta el fin, incitando en este ínterin al monje á algunas cosas de devocion, y haciéndole derramar muchas lágrimas cuando alguna vez le acaesce estar hablando con mujeres, persuadiéndole que trate con ellas indiscretamente, y les predique de la memoria de la muerte, del dia del juicio, y de la virtud de la castidad: para que por ocasion destas palabras (dichas con falsa especie de religion) acudan las miserables al lobo como á pastor, y cresciendo el atrevimiento con la costumbre, venga despues el triste monje á ser tentado y despeñado en este vicio. Por tanto procuremos con toda diligencia por nunca ver el fructo que no queremos gustar. Maravilla sería si alguno de nosotros se tuviese por mas robusto que aquel gran profeta David (*m*), el cual, por no poner cobro en la vista, tan feamente cayó.

Es tan alta y tan singular la gloria y alabanza de la castidad, que algunos de los padres se atrevieron á llamarla impasibilidad, haciendo al hombre casto casi celestial y divino. Otros dijeron que despues del gusto y experiencia deste vicio, era imposible llamarse uno verdaderamente casto. Mas yo (apartándome muy léjos deste parecer) digo que no solamente es posible, mas tambien fácil, si él quisiere ingerir el árbol silvestre y montesino en un hermoso y fructuoso olivo, convirtiéndose y juntándose con Dios por verdadera penitencia (*n*). Porque si fuera vírgen en el cuerpo aquel á quien Dios entregó las llaves del cielo, algun color tuviera esta opinion. Por lo cual basta para confundirlos este sancto, que tuvo suegra, y fué casado, y meresció recibir las llaves del reino.

Varia es y de muchos colores esta serpiente de la fornicacion, y así acomete á los vírgenes, incitándolos importunamente á la experiencia deste vicio; y á los que ya lo han experimentado, combátelos con la memoria del deleite pasado, para que otra vez lo quieran experimentar. Y de los primeros hay muchos á quien la ignorancia deste mal hace ser ménos tentados; mas los que han ya pasado por él, mas crueles batallas y turbaciones padescen, aunque algunas veces acaesce lo contrario.

Cuando nos levantamos de dormir pacíficos y quietos, es porque los sanctos ángeles secretamente nos consuelan; lo cual señaladamente hacen cuando nos toma el sueño con mucha oracion y recogimiento. Tambien acaesce levantarnos alegres del sueño por algunas visiones que soñamos, obrándolo así el demonio para nuestro engaño, pretendiendo que por esto vengamos á tenernos en algo. Vi al malo (conviene saber al demonio) ensalzado y levantado, perturbado y furioso como los cedros del monte Líbano (*o*), y pasé delante dél por medio de la abstinencia, y ya no era su furor tan grande; y busquélo despues humillando mis pensamientos, y no se halló rastro dél; porque la abstinencia enflaquece su furia, mas la humildad del todo lo derriba.

El que venció su cuerpo venció la naturaleza, y el que venció la naturaleza ya está hecho superior y mayor que la naturaleza, y aquel á quien esto acaesció muy poco es menor que los ángeles, porque no quiero decir nada. Gran maravilla es por cierto que una cosa material y corporal sea poderosa para combatir y vencer una substancia espiritual y sin materia, como son los demonios; pero mayor maravilla es que un hombre vestido de cuerpo, peleando con la astutísima y enemiga materia deste cuerpo, venza y haga huir á los enemigos espirituales que son sin cuerpo.

Grande fué la providencia que tuvo Dios de nosotros en esta parte; el cual con la vergüenza natural (como con freno) rindió y detuvo el atrevimiento de la mujer; porque si ella de su propria voluntad acometiera al varon, grandísimo peligro corria la salvacion de los hombres.

Los padres que fuéron señalados en la gracia de la discrecion, dicen que una cosa es el primer ímpetu del que tienta, y otra la tardanza en el pensamiento, y otra el consentimiento, y otra la lucha, y otra el cautiverio, y otra la pasion del ánimo. Primer ímpetu dicen ellos que es una imágen que se representa á nuestro corazon, y pasa lijeramente. Tardanza es detenimiento en mirar aquella imágen que se nos representó, ó con alguna alteracion, ó sin ella. Consentimiento es movimiento con que ya nuestro ánimo se inclina y aplica á aquella imágen con algun deleite. Lucha es cuando hay porfía y pelea de parte á parte, y con igual virtud pelea el hombre, y por su propria voluntad vence ó es vencido. Cautiverio es un violento robo de nues-

(*m*) 2. Reg. 11.

(*n*) Matth. 16. (*o*) Psalm. 36.

tro corazon, que se deja llevar de su aficion; el cual derriba y saca el ánima de su asiento y estado. Pasion es propriamente la que por largo tiempo se asienta en nuestro ánimo viciosamente; la cual con la fuerza de la costumbre se transforma en un mal hábito, de donde viene ya por su propria voluntad á abrazar al vicio.

Entre estos grados, el primero (que es el primer ímpetu y acometimiento) es sin pecado, porque no está en manos del hombre impedir estos primeros movimientos. El segundo (que es la tardanza) ya tiene algo de pecado, porque esta ya se pudiera impedir. El tercero (que aquí llama consentimiento), es de mayor ó de menor culpa, segun que el tentado es de mayor ó menor perfeccion. El cuarto (que es la lucha), es causador ó de coronas ó de penas; porque si vencemos, merescemos ser coronados; si somos vencidos, castigados. El quinto (que es el cautiverio del pensamiento) de una manera es reprehensible en el tiempo de la oracion y los oficios divinos, y de otra fuera dellos, y de otra manera en los pensamientos de cosas malas, y de otra en las que no lo son. El sexto (que es la pasion), ó se ha de purgar en esta vida con digna penitencia, ó se ha de castigar en la otra. Y por tanto el que corta con gran presteza y diligencia la raiz de aquel primero movimiento (que es principio de todos estotros), de un golpe cortó á cercen todos estotros males.

Algunos de los padres de mas alto espíritu y discrecion señalan otra especie de movimiento mas subtil que todos los pasados, el cual se llama subrepcion ó titilacion de la carne, que es un movimiento acelerado y momentáneo; el cual á manera de viento pasa por el ánima sin ninguna dilacion de tiempo, y mas lijeramente que todo lo que se puede decir ni imaginar; el cual en brevísimo espacio, sin tardanza y sin consentimiento, y á veces sin obra de entendimiento, con sola la aprehension de los sentidos exteriores de la imaginacion, pasa por el ánima. Si alguno hubiere que conociendo la flaqueza é instabilidad del hombre, hubiere recibido lumbre de Dios para conoscer la subtileza deste pensamiento, este nos podrá ya declarar de la manera que con una simple vista, ó con un tocamiento exterior, ó con el oir alguna música, fuera de toda nuestra intencion y pensamiento, el ánima padezca esta súbita y secreta alteracion de deleite.

Dicen algunos que de los pensamientos deshonestos nascen los movimientos feos del cuerpo; otros dicen por el contrario que del conoscimiento de los sentidos del cuerpo se engendran los malos pensamientos del ánima. La razon de aquellos es, que si el entendimiento ó el ánimo no concurre con nuestras obras, no se podrá seguir movimiento del cuerpo. Mas los otros por el contrario alegan en su favor la malicia y corrupcion de nuestro cuerpo (que nos vino por el pecado), de donde nasce que algunas veces la vista corporal de alguna cosa hermosa, ó algun tocamiento de manos, ó algun olor suave, ó el canto de alguna dulce música, es bastante para engendrar en nuestra ánima malos pensamientos. Mas esta materia enseñará mas claramente el que hubiere recibido mas lumbre del Señor, porque son estas cosas grandemente necesarias y provechosas á los que quieren alcanzar la virtud de la discrecion; mas los que viven con simplicidad y rectitud de corazon no tienen necesidad de tener tanta resolucion en estas materias, puesto caso que ni de todos es la ciencia, ni de todos esta bienaventurada simplicidad, que es una cierta y firme loriga contra todas las malicias del enemigo.

Algunos vicios hay que de lo íntimo del corazon proceden al cuerpo, y otros que por los sentidos del cuerpo entran en el corazon; y este postrero es muy commun á los que viven en el mundo, porque andan entre los objectos y peligros; mas el otro es mas proprio de los que viven fuera del mundo, por estar mas léjos destas ocasiones, que es un grande bien. Lo que yo puedo decir en esta parte es, que buscaréis en los malos prudencia, y no la hallaréis, ni para deslindar estas materias, ni para otra cosa de virtud.

Cuando algunas veces peleamos fuertemente contra el espíritu de la fornicacion, y lo hacemos huir de nuestro corazon con la piedra del ayuno, y con el cuchillo de la humildad, como se ve desterrado del corazon, apégase como gusano á nuestro cuerpo, despertando en él feas alteraciones y movimientos. La cual tentacion señaladamente suelen padescer los que están subjectos al espíritu de la vanagloria; porque gloriándose ellos de verse librados desta peste (que es de la guerra de los pensamientos interiores), vienen (permitiéndolo Dios) á caer en aquella dolencia. Y que esto sea verdad, conoscerlo han ellos despues que se recogieren á la quietud de la soledad; porque si allí hicieren diligente inquisicion y escrutinio de sí mismos, hallarán que este pensamiento estaba escondido en lo secreto de su corazon, como serpiente en un muladar; la cual secretísimamente les daba á entender que por su proprio trabajo y fervor de espíritu habian alcanzado esta virtud. Y no entienden los miserables aquello del Apóstol, que dice (*p*) : ¿Qué tienes que no haigas recibido, ó por sola gracia, ó de mano de Dios, ó por la oracion y ayuda de otro?

Miren pues estos por sí diligentemente, y trabajen con todo estudio por mortificar y desterrar de los escondrijos de su corazon esta culebra sobredicha, con summa humildad, para que librados della puedan ya en algun tiempo desnudarse del todo de las túnicas de pieles (que son los afectos carnales y mortales), y cantar á Dios aquel himno triunfal de la castidad, que aquellos castísimos niños cantan á Dios en el Apocalipsi, por haber sido libres de toda corrupcion (*q*): si con todo esto, despojados ya destos afectos, no carescieren de la humildad dellos.

Tiene tambien por estilo este espíritu malo aguardar al mejor tiempo y sazon que puede para hacer su salto; y así cuando ve que estamos en tal tiempo y lugar que no podemos ejercitarnos en la oracion contra él, entónces principalmente acomete : por lo cual conviene mucho á los que no han aun alcanzado la perfecta oracion del corazon, ejercitarse en la oracion corporal : quiero decir, en levantar las manos en alto, en herir los pechos, en despertarse con gemidos y llantos, y poner los ojos fijos en el cielo, y con estar mucho tiempo de rodillas. Por donde cuando el demonio ve que estamos en parte donde (por respeto de los que presentes están) no podemos hacer esto, entónces mas principalmente nos combate; y cuando no estamos armados con la firmeza y estabilidad del buen propósito, y con la secretísima virtud de la oracion, fácilmente prevalesce contra nosotros.

Por lo cual húrtate presto, si es posible, y recógete en algun lugar secreto, y levanta, si puedes, á lo alto los

(*p*) 1. Cor. 4. (*q*) Apoc. 14.

ojos interiores de tu ánima: y si esto no puedes hacer tan perfectamente, á lo ménos levanta los exteriores al cielo, y extiende en figura de cruz las manos, para que con esta figura y modo de orar desbarates todo el poder de Amalec, y lo confundas. Da voces á aquel que te puede salvar, no tanto con palabras elocuentes y sabias, cuanto con una simple y humilde oracion, comenzando siempre por este verso (r): Apiádate de mí, Señor, porque soy enfermo. Entónces esperimentarás la virtud del muy Alto; y con el socorro de aquel Señor invisible perseguirás invisiblemente los enemigos invisibles. Quien desta manera está acostumbrado á pelear, muy presto, y á vuelta de cabeza, como dicen, podrá perseguir y hacer huir sus enemigos. Mas esta manera de victoria tan acelerada se suele dar en premio deste trabajo á los fieles obreros de Dios, y esto con mucha razon.

Estando yo una vez en el monasterio, puse los ojos en un solícito y virtuoso monje, el cual siendo molestado del demonio con malos pensamientos, no teniendo allí donde estaba lugar conveniente para esta manera de oracion que arriba dijimos, fingió que iba á cumplir con la necesidad natural, y allí comenzó á pelear contra los enemigos con fortísima oracion. Y como yo supiese esto dél, y lo extrañase un poco, por la indignidad de aquel lugar: ¿Por qué (dijo él) te mueve tanto la figura del lugar, como ménos convenible para esto? Perseguíanme pensamientos no limpios: yo en este lugar no limpio hice oracion, y supliqué al Señor me alimpiase dellos, y así lo hizo.

Todos los demonios trabajan primeramente por escurecer y cegar nuestro entendimiento; y esto hecho, incítannos á todo lo que quieren; porque saben ellos que si no estuvieren cerrados los ojos de nuestra ánima, no podrán robar nuestro tesoro. Mas el espíritu de la fornicacion es poderosísimo entre todos los otros vicios, para causar esta ceguedad. El cual despues que se ha apoderado deste homenaje (quiero decir, despues que ha escurecido esta luz), induce á los hombres á hacer cosas de locos. Por lo cual, cuando despues de algun poco espacio el ánima vuelve en sí, no solamente ha vergüenza de los otros, sino tambien de sí misma, acordándose de los torpes actos, y de las palabras y gestos pasados que hizo; y así queda atónita de ver aquella tan grande ceguedad en que cayó. De donde nasce que algunos, avergonzados con este juicio y conoscimiento, vinieron despues á arredrarse deste mal. Despide de tí con todas tus fuerzas aquel enemigo que despues de hecho algun mal recaudo, te impide el hacer buenas obras, y el velar, y orar, acordándote de aquel que dijo (s): Porque mi ánima me es molesta, por haber sido violentamente salteada y derribada de sus enemigos: por tanto yo la vengaré dellos, contradiciendo y maltratando á los que á ella maltrataron.

¿Quién es el que venció su cuerpo? El que quebrantó su corazon. ¿Y quién es el que quebrantó su corazon? El que negó á sí mismo. Porque ¿cómo no quedará despedazado y deshecho el que á su propria voluntad está muerto? Hay entre los viciosos unos mas viciosos que otros, y así veréis algunos haber llegado á tan grande extremo de maldad, que ellos mismos publican con gran placer y contentamiento sus mismas deshonestidades y maldades.

(r) Psalm. 6. (s) Ibid. 34

Mas porque el ordinario remedio deste vicio es la abstinencia y maceracion de nuestro cuerpo, será bien examinar agora cómo nos hayamos de haber en esta parte. Mas de qué manera y por qué via deba yo prender á este amigo mio (que es mi cuerpo) para examinarle y juzgarle como á los otros, no lo sé. Porque primero que yo le ate, se suelta; y ántes que le juzgue, me reconcilio con él; y primero que lo castigue, me amanso é inclino á misericordia, procurando por su salud, y proveyéndole de lo necesario. Pues ¿cómo ataré á aquel á quien naturalmente amo? Cómo me libraré de aquel con quien hasta el fin de la vida estoy atado? Cómo destruiré á aquel que juntamente conmigo me resiste? Cómo haré que sea casto y libre de corrupcion, aquel que es de naturaleza corruptible? Cómo persuadiré con razones á aquel que tomado en sí no sabe qué cosa es razon; pues tanta semejanza tiene con los brutos? Si lo prendiere con el ayuno, entrégome á él, juzgando al prójimo; si dejando de juzgarle alcanzo victoria, luego se levanta contra mí la soberbia. El es mi compañero y mi enemigo, ayudador y adversario, valedor y engañador; pues en unas cosas me es instrumento para el bien, y en otras tira por mí para el mal. Si lo regalo, combáteme; si lo aflijo, debilítame; si le doy descanso, ensoberbécese, y no quiere despues sufrir azote ni castigo; si lo entristezco demasiadamente, póngome en peligro; si lo hiero, no me queda instrumento con que alcance las virtudes. ¿Quién pues entenderá, quién alcanzará este tan grande secreto que está dentro de mí? Quién sabrá la causa desta composicion y deste linaje de armonía tan extraña, la cual hace que yo mismo juntamente me sea amigo y enemigo?

Dime pues, ó compañera mia, ó naturaleza mia (porque no quiero que entre nos haya otro tercero, ni quiero saber este secreto de otro sino de tí), dime pues, ¿de qué manera me libraré de tí, cómo podré huir este natural peligro; pues ya tengo prometido á Cristo de tomar las armas contra tí? ¿Cómo venceré tu tirannía; pues ya determiné hacerte la guerra? Ella pues respondiendo contra sí misma, parece que dirá así:

No te quiero decir cosa nueva, sino lo que ambos juntamente sabemos. Yo tengo un padre dentro de mí, que es el amor natural que una carne tiene á otra carne, cuyo hijo es la inflamacion sensual y deshonesta que suele haber en mí. Tengo tambien una ama que me cria y me regala como á hijo, que es el deleite; y la madre general deste deleite es la gula; porque sin ella no hay deleite corporal. Las ocasiones de la inflamacion interior y de los pensamientos deshonestos, son la memoria del deleite de las obras pasadas. Yo concibo en mí veinte maldades, y despues vengo á parir caidas y miserias; y estas caidas de mí engendradas, vienen despues á causar la muerte de la desesperacion.

Si con todo esto llegares á tener ojos con que profundísimamente conozcas la grandeza de tu miseria y de la mia, hágote saber que humillándote con este conoscimiento hasta los abismos, me atarás las manos; y si quebrantares la concupiscencia de la gula, me atarás los piés para que no pueda pasar adelante; y si pusieres tu cuello debajo de la obediencia, quedarás mas libre de mí; y si poseyeres la virtud de la humildad, me cortarás la cabeza.

CAPITULO XVI.

Escalon diez y seis: de la avaricia, y tambien de la pobreza y desnudez de todas las cosas.

Muchos doctores sapientísimos, despues deste tiranno de que hablamos, suelen poner el espíritu de la avaricia, que es de mil cabezas. Y porque no hay razon que nos, siendo ignorantes, mudemos la órden de los sabios, seguirémos esta misma regla; y así dirémos primero desta enfermedad, y despues del remedio della.

Avaricia ó cobdicia es generacion de ídolos, hija de la infidelidad, inventora de achaques, de enfermedades, profeta de la vejez, adivina de la esterilidad de la tierra, y proveedora de la hambre advenidera. El avariento es quebrantador y escarnecedor del Evangelio. El que tiene caridad reparte los dineros; mas el que dice que tiene uno y otro (conviene á saber caridad y cobdicia), él mismo se engaña. El que está entregado al llanto y dolor de sus pecados, no solo se olvida de la hacienda, sino tambien de su proprio cuerpo, y cada vez que es menester lo maltrata y castiga.

No digas que por amor de los pobres allegas dineros: pues sabes que con dos cornados compró aquella viuda el reino del cielo (*a*). El varon misericordioso y el avariento se encontraron, y el postrero llamó al primero indiscreto. El que venció este vicio quitó de sí la materia de todos los cuidados; mas el que está cautivo dél, nunca hará oracion que sea pura. El principio de la avaricia es pretender hacer limosna; y el fin della es el aborrescimiento de pobres. Miéntras el hombre allega riquezas, algunas veces es misericordioso; mas despues que se ve rico y lleno, aprieta las manos. Vi algunos pobres de dinero, los cuales olvidados desta su pobreza, y conversando con los pobres de espíritu, vinieron despues á hacerse verdaderamente ricos. El monje cobdicioso nunca está ocioso; porque cada hora está pensando aquello del Apóstol, que dice (*b*): El que no trabaja no coma: y lo que en otra parte dijo (*c*): Estas manos ganaron de comer para mí y para todos los que estaban conmigo.

§. ÚNICO.

De la pobreza y desnudez de todas las cosas.

Desnudez y pobreza es destierro de los cuidados, seguridad de la vida, caminante libre y desembarazado, muerte de la tristeza, y guarda de los mandamientos. El monje desnudo es señor de todo el mundo; porque todos estos cuidados puso en Dios, y mediante la fe posee todas las cosas. No tiene necesidad de revelar á los hombres sus necesidades. Todas las cosas que se le ofrecen toma como de la mano del Señor. Este obrero desnudo se hace enemigo de toda la aficion demasiada, y así mira las cosas que tiene como si no las tuviese, y si se pasare á la vida solitaria, todas las cosas tendrá por estiércol. Mas el que se entristece por alguna cosa transitoria, no sabe aun cuál sea la verdadera desnudez. El varon desnudo hace purísima oracion; mas el cobdicioso padece muchas imágines en ella. Los que perseveran húmilmente en la sanctísima subjeccion, muy apartados están de cobdicia; porque ¿qué cosa pueden tener propria los que su proprio cuerpo ofrescieron por amor de Dios al imperio de otro? Verdad es que un solo daño padescen estos, que es estar muy promptos y aparejados para la mudanza de los lugares, que no siempre es provechosa.

(*a*) Luc. 21. (*b*) 2 Thes. 3. (*c*) Act. 20.

Vi yo algunos monjes que por la ocasion que tuvieron de trabajos en algun lugar, alcanzaron la virtud de la paciencia; mas yo tengo por mas bienaventurados á aquellos que por amor de Dios procuraron diligentemente alcanzar esta virtud.

El que ha gustado los bienes del cielo, fácilmente desprecia los de la tierra; mas el que aun no los ha gustado, alégrase con las cosas de acá. El que procura alcanzar esta desnudez, y no con el fin que debe, en dos cosas recibe agravio; pues caresce de los bienes presentes y de los futuros. Guardémonos, ó monjes, no parezca que somos mas infieles y desconfiados que las aves, pues aquellas viven sin solicitud y sin guardar en los cilleros.

Grande es aquel que por amor de Dios renunció la posesion de los dineros; mas aquel es sancto que renunció su propria voluntad; porque aquel recibirá ciento tanto mas, ó de bienes temporales, ó de espirituales; mas el otro poseerá la vida eterna con derecho y título de heredero.

Nunca faltarán ondas en la mar, ni ira y tristeza en el corazon del avariento. El que menospreció la materia de la avaricia, libre está de todos los pleitos y porfías; mas el que ama la hacienda, á veces peleará hasta la muerte sobre una aguja. La fe firme y constante en Dios destierra los cuidados del ánima; mas la memoria de la muerte aun hasta el mismo cuerpo nos hará negar por Dios. No hubo en el sancto Job rastro ni humo de avaricia (*d*), que es amor del dinero: por eso siendo privado de todas las cosas perseveró sin turbacion.

La cobdicia raiz es y se llama de todos los males (*e*); porque esta es la que halló las maldades, los hurtos, las invidias, las muertes, los divorcios, las enemistades, las tempestades, la memoria de las injurias, la crueldad, y finalmente todos los males. Una centella de fuego basta algunas veces para quemar todo un bosque; y una sola virtud (que es esta desnudez) basta para desterrar todos estos vicios susodichos. Y esta virtud nasce del gusto de Dios, y del cuidado solícito de la cuenta que habemos de dar.

Bien sabe el que atentamente lee, que el avaricia es madre de todos los males, cuyo hijo muy principal (entre los otros) es la insensibilidad; porque tales hace ella á sus siervos, que son los avarientos, los cuales están insensibles y duros como piedras para todas las cosas de Dios. Arriba dijimos que la madre de todos los vicios es la gula; y que el hijo segundo suyo (entre los otros) era esta insensibilidad y dureza de corazon. Y pidiéndome la órden que tratase yo del hijo despues de la madre, impidiómelo esta serpiente de muchas cabezas, y servidumbre de ídolos (que es la avaricia), la cual no sé por qué via tiene el tercero lugar (segun difinicion de los padres) en la cadena de los ocho principales vicios.

Habiendo pues ya tratado brevemente deste vicio, tratarémos luego de la insensibilidad, que es, como dijimos, el segundo hijo de la gula; despues de la cual tratarémos del sueño, y de las vigilias, y del temor perezoso y animado; porque estas enfermedades suelen ser proprias de aquellos que de nuevo comienzan á servir á Dios.

(*d*) Job. 1. (*e*) 1. Tim. 6.

CAPITULO XVII.

Escalon diez y siete: de la insensibilidad; conviene á saber, de la mortandad del ánima, y de la muerte del espíritu, ántes de la muerte del cuerpo.

Insensibilidad es carescer de todo sentimiento para las cosas de Dios, así en las fuerzas superiores como en inferiores del ánima, causada de una prolija mortandad y descuido, el cual viene á parar en esta insensibilidad ó privacion de saludable dolor: la negligencia convertida ya en hábito, es negligencia calificada (como si dijésemos, ético confirmado); porque cuando la negligencia desta manera se apoderó y arraigó en el ánima por larga costumbre, se vino á convertir en una dureza y obstinacion habitual; así como el agua de mucho tiempo helada, que se viene á hacer piedra de cristal. Esta insensibilidad es hija de la presumpcion, impedimento del fervor, lazo de la fortaleza, ignorancia de la compuncion, puerta de la desesperacion, destierro del temor de Dios, madre del olvido, el cual despues de engendrado acrescienta la misma insensibilidad, y así viene la hija á hacerse madre de su propria madre.

El insensible es filósofo loco, intérprete de la verdad, condenado por sí mismo, predicador contrario á sí, maestro de ver, ciego. Este tal disputa de la sanidad de las llagas, y él mismo rascándose las exaspera; habla contra la enfermedad, y come cosas contrarias á la salud. Predica contra los vicios, y anda siempre envuelto en ellos, y cuando los hace, indígnase contra sí, y no ha vergüenza de sus mismas palabras. Da voces diciendo, mal hago, y no por eso dejo de perseverar en el mal. La boca predica contra el vicio, y el cuerpo lucha por alcanzarlo. A veces trata de la muerte, y de tal manera vive como si no hubiese de morir. Disputa severamente del apartamiento del cuerpo y del ánima, y él duerme descuidado como si hubiese de ser eterno. Platica de la abstinencia, y trabaja por servir al apetito de la gula.

Cuando lee las cosas del juicio advenidero, comiénzase á sonreir: y tratando de la huida de la vanagloria, en la misma leccion se deja prender della. Hablando de las vigilias se espereza, y luego se deja vencer del sueño. Alaba la oracion, y no huye ménos della que de un azote. Engrandesce la obediencia con summas alabanzas, y él primero que nadie la quebranta. Ensalza á los que no dejan prenderse de alguna aficion del mundo, y no ha él vergüenza de contender y pelear por un pedazo de tan vil paño. Estando airado púdrese con desabrimiento, y torna á airarse por verse á sí desabrido: que es añadir un pecado á otro pecado. Cuando se ve harto, arrepiéntese de haber comido; y pasado un poco de tiempo tórnase á hartar de nuevo. Dice que el silencio es bienaventurado, y él alábalo hablando demasiado. Encomienda la mansedumbre, y á las veces dando él esta doctrina, se aira.

Cuando vuelve sobre sí y se mira, gime; y en meneando la cabeza vuelve otra vez á hacer cosas dignas de gemidos. Condena la risa, y sonriéndose trata de la virtud del llanto. Acúsase algunas veces como cobdicioso de vanagloria, y con esta misma acusacion busca la gloria. Disputa de la castidad, y mira los rostros con corazon deshonesto, y estándose en el siglo, alaba mucho á los seguidores de la soledad y del desierto. Glorifica los misericordiosos, y él sacude de sí y reprehende los pobres. Siempre es acusador de sí mismo, y con todo eso no quiere volver sobre sí, porque no quiere decir, no puedo.

Vi yo muchos destos que oyendo tratar del paso de la muerte y del juicio eterno, derramaban lágrimas, y corriendo aun las lágrimas por los ojos, corrian á la comida: y maravilléme de ver cómo esta perniciosa y hedionda señora, que es la gula, fortalecida con esta grande insensibilidad, pudo cautivar y prender al mismo llanto.

Mas parésceme que hasta aquí con mi poco saber y caudal he descubierto cuanto me paresció que bastaba para ver las heridas y engaños desta endurecida, precipitada y loca señora. Y si alguno hay que ayudado del Señor pueda con su experiencia proveer de remedio para estas heridas, no le pese de darlo. Porque yo claramente confieso en esta parte mi flaqueza, por verme fuertemente preso y tomado desta peste. Ni aun yo pudiera por mí alcanzar sus artes y engaños, si no la hubiera preso con grande fuerza; y examinándola fuertemente, y azotándola con dos azotes, uno del temor de Dios, y otro de infatigable oracion, le hiciera confesar lo que dicho tengo.

Y así esta violentísima y perversísima señora me paresció que decia estas cosas: Los que están aliados conmigo, y son ya familiares mios, viéndolos muertos, se rien; y estando en oracion, están, como unas piedras, duros y llenos de tinieblas; y viendo la sagrada mesa del altar, así se llegan á ella, como si llegasen á comer cualquier otro manjar. Yo cuando veo algunos compungirse y derramar lágrimas, hago burla dellos; y el padre que me engendró me enseñó á matar todos los bienes que nascen del fervor del espíritu. Yo soy madre de la risa, yo soy ama del sueño, yo soy amiga de la hartura, yo siendo reprehendida no me duelo, yo estoy siempre al lado de la falsa y aparente religion.

Espantado pues yo y asombrado con las palabras desta malvada bestia, preguntábale cuál fuese el nombre de su padre; respondióme ella que no tenia un solo engendrador, sino muchos de que ella procedia. A mí, dijo, la hartura me fortalesce, el tiempo me hace crecer, la mala costumbre me confirma, y el que desta estuviere preso, nunca de mí será librado, si no fuere por el brazo poderoso de Dios.

Persevera con grandes vigilias, y piensa con profundísima y perpetua consideracion en el juicio de Dios, y desta manera algun tanto me rendirás. Mira tambien diligentemente la ocasion de donde yo nascí en tí, y pelea constantemente con esa madre que me parió. Entra muchas veces en las cuevas donde están enterrados los muertos, y haz allí oracion, y trae siempre ante los ojos pintada la imágen dellos, sin que jamas sea borrada de tu memoria; y si esta no dibujares dentro de tí con el cincel duro del ayuno, eternalmente nunca vencerás.

CAPITULO XVIII.

Escalon diez y ocho: del sueño y de la oracion, y del cantar los salmos en comunidad.

Sueño es union y recogimiento de las fuerzas de naturaleza, imágen de la muerte, ocio y descanso de los sentidos. Uno es el sueño, y tiene muchas ocasiones y causas de do procede: así como la concupiscencia y las otras pasiones. Porque unas veces procede de la naturaleza, otras de los manjares, y otras de los demonios, y á veces tambien de grandes y excesivos ayunos, con los

cuales fatigada la carne busca consolacion por medio del sueño.

Así como los que están acostumbrados á beber mucho, han de vencer poco á poco esta mala costumbre, si quisieren ser templados; así tambien lo han de hacer los que están acostumbrados á mucho dormir. Y por esto á la entrada de la religion deben los principiantes pelear atentisimamente contra esta pasion, porque es cosa muy dificultosa curar la larga costumbre.

Miremos diligentemente cuando suena la señal de la trompeta celestial que nos llama á los maitines, y hallarémos que juntándose los monjes visiblemente, se juntan los demonios tambien invisiblemente, y unos dellos se ponen al lado de nuestra cama cuando despertamos, y nos incitan á que reposemos otro poquito. Espera (dicen ellos) hasta que se acabe el invitatorio, y así irás á la iglesia: otros entienden en cargarnos de sueño cuando comenzamos á entrar en la oracion: otros nos acarrean entónces sin propósito algun dolor de tripas, vehemente, ó cosa semejante: otros nos mueven á hablar unos con otros en la iglesia: otros representan á nuestra ánima imaginaciones torpes: otros nos amonestan que como flacos nos reclinemos sobre la pared, y á veces nos hacen bostezar á menudo: otros nos mueven á risa al tiempo de la oracion, para que con esto se mueva Dios á indignacion contra nosotros: otros con summa presteza nos incitan á correr con los versos muy apresuradamente; y otros por el contrario á decirlos muy de espacio, no por devocion, sino por el deleite y suavidad que toman en el canto: otras veces pegándosenos á la boca, de tal manera la cierran, que apénas paresce que se puede abrir.

Aquel que cuando ora piensa en lo íntimo de su corazon que asiste delante de la presencia de Dios, estará como una columna inmóbil, y no será de ninguna destas maneras sobredichas escarnecido del demonio. El verdadero obediente es todo esclarescido de Dios cuando se llega á la oracion, y muchas veces es allí maravillosamente consolado y visitado; porque ántes de la oracion se apareja como un fuerte luchador para asistir á Dios, y resistir á los pensamientos desvariados; demas de que por el mérito de su purísimo y perfecto ministerio está ya encendido y abrasado en su amor.

A todos es posible orar en communidad; pero muchos hay que se hallan mejor orando con uno solo; mas la oracion solitaria es de muy pocos. Cantando en el coro con la communidad, no todas las veces te será posible ofrescer oracion pura y libre de varios pensamientos. Mas para ejercicio de tu espíritu debes especular las palabras que se cantan, y orar atentamente cuando esperas que se acabe el verso del otro coro. No mezcles al tiempo destas oraciones canónicas obras de manos, de cualquiera condicion que sean, provechosas ó no provechosas, necesarias ó no necesarias; sino reparte á cada cosa destas su tiempo, lo cual manifiestamente nos representó aquel ángel que enseñó al grande Antonio, que á tiempos oraba, y á tiempos entendia en obras de manos, y trocando así los ejercicios, le declaró lo que habia de hacer. La fragua declara la fineza del oro; mas la calidad de la oracion atentísima descubre el estudio y la caridad de los monjes para con Dios.

CAPITULO XIX.

Escalon diez y nueve: de cómo se han de tomar y ejercitar las sagradas vigilias.

Entre los que están en las casas de los reyes mortales y terrenos, unos hay que están desembarazados y libres (quiero decir, que no tienen otro cargo ni oficio mas que asistir delante dél, como los mas principales de su casa), y otros que tienen oficio de servir en algo, como es traer en la mano las mazas ó insignias de los reyes, ó el escudo, ó la espada. Y es grande la diferencia que hay entre los unos y los otros; porque aquellos primeros suelen ser deudos de los reyes, privados suyos; mas estotros son siervos y ministros de su casa. Esto pasa así en las casas de los reyes.

Agora veamos diligentemente de la manera que nosotros hayamos de asistir á nuestro Dios y Rey soberano en las oraciones y espirituales ejercicios que se celebran en la tarde y en la media noche. Porque unos hay que en estas sagradas vigilias están del todo desembarazados y desnudos de todos los cuidados del mundo, levantando las manos puras á Dios con una perfectísima oracion: otros hay que asisten delante dél en este mismo tiempo cantando salmos: otros leen libros espirituales y devotos: otros mas flacos é imperfectos entienden en alguna obra de manos, para pelear con esto fuertemente contra el sueño: otros hay que se ejercitan en la meditacion de la muerte, procurando por medio desta consideracion alcanzar compuncion y dolor de sus culpas. Entre todos estos, los primeros y los postreros se ocupan en vigilias y ejercicios muy agradables á Dios: los segundos, que cantan los salmos, cumplen en esto con el instituto de la vida monástica, cuyo es proprio este ejercicio: los terceros, que son los que leen y obran de manos, están en el grado mas bajo: puesto caso que Dios estima y recibe los servicios conforme á la pureza de intencion y fervor de espíritu con que se le ofrescen.

El ojo que vela alimpia el alma, y el sueño demasiado la embota y la ciega. El monje velador es enemigo de la fornicacion; mas el dormilon es compañero della. Las vigilias apagan el encendimiento de la carne, y libran de las imaginaciones de los sueños. Los ojos llorosos, y el corazon tierno y atento á la guarda de sí mismo, examina prudentemente todos sus pensamientos, digiere y cuece el mantenimiento de la palabra de Dios con el calor de la meditacion, mortifica y doma las pasiones, aprieta y enfrena la lengua, y ojea de sí todas las vanas imaginaciones y representaciones. El monje velador anda pescando sus pensamientos para examinarlos y juzgarlos; los cuales con el sosiego y tranquilidad de la noche muy fácilmente puede prender y examinar. El monje amador de Dios, así como suena la voz de la campana que llama á la oracion, alegre y contento dice: Alégrate, alégrate; mas el negligente dice: ¡Ay de mí! Ay de mí!

La mesa y la comida puesta á punto declara quién sean los golosos, y el ejercicio de la oracion cuáles sean los amadores de Dios. Los primeros viendo la mesa puesta se regocijan con alegría; mas estotros se paran tristes. El mucho sueño es causador del olvido; mas las vigilias purgan y acrescientan la memoria de Dios. De las eras y del lagar cogen los labradores sus riquezas; mas los monjes las suyas de las oraciones de la tarde y de la no-

che, y de los espirituales ejercicios. El demasiado sueño es un pesado compañero; pues quita á los negligentes la mitad de la vida, y á veces mas.

El mal monje vela cuando está ocupado en fábulas y parlerías; y cuando llega la hora de la oracion, luego se le cierran los ojos. El monje vano muéstrase muy religioso y prudente en las palabras; mas cuando llega la ora de la leccion no puede abrir los ojos de sueño. Cuando sonare la voz de aquella trompeta final, resuscitarán los muertos; y cuando comenzare á sonar la voz de las palabras ociosas, velarán los que dormian. El tiranno del sueño á veces es amigo engañoso; porque despues que estamos hartos dél, vase y combátenos fuertemente con la hambre y sed. Cuando vamos á orar, dícenos que llevemos alguna obra de manos en que entender, porque de otra manera no puede impedir la oracion de los que velan.

Este es el primer enemigo que combate los principiantes, ó para hacerlos mas negligentes al principio, ó para abrir la puerta para el espíritu de la fornicacion. Miéntras no estuviéremos libres deste enemigo, no dejemos de cantar en compañía de los otros; porque muchas veces habrémos vergüenza de dormir, temiendo los ojos de los presentes. Enemigo es de las liebres el can, y tambien lo es el espíritu de vanagloria, del sueño.

Acabado el dia el mercader se asienta á contar sus pérdidas y ganancias, y lo mismo hace el verdadero monje acabado el oficio de los salmos. Abre los ojos despues de la oracion, y verás las cuadrillas de los demonios, los cuales como fuéron de nosotros combatidos en la oracion, así despues della trabajan por engañarnos con malos pensamientos y representaciones. Está atento, y vela sobre tí, para que conozcas aquellos que suelen robar las primicias de nuestras almas, que son los demonios; los cuales en un punto roban lo que se ha ganado en mucho tiempo; y así con estos robos hacen á los monjes andar como cangrejos, ya hácia delante, ya hácia atras.

Acaesce algunas veces entre sueños que estemos meditando las palabras de los salmos, por la costumbre del loable ejercicio en que nos ocupamos; y otras veces acaesce que los demonios causan estos mismos sueños, para que nos ensoberbezcamos con ellos. Otro tercero linaje de sueños no quisiera yo decir sino me compelieran. El ánima que cada dia sin cesar piensa en las palabras de Dios, suele tambien entre sueños ocuparse en el mismo ejercicio. Y esto segundo se da en premio del primer trabajo, lo cual sirve para evitar las imaginaciones y sueños desvariados.

CAPITULO XX.

Escalon veinte: del temor pueril.

Los que se dan á la virtud en los monasterios, no suelen ser tan combatidos del temor pueril; mas los que moran en los lugares apartados y solitarios, trabajen porque no se apodere dellos este temor, que es fructo de la vanagloria, y hijo de la infidelidad.

Temor es pasion de niño en ánima vieja y subjecta á la vanagloria; vieja (digo) en los vicios, y flaca en virtud. Temor es falta de fe cerca de los males que no vemos, porque desta falta de fe suele nascer este temor. Temor es conoscimiento de los peligros ántes que vengan, porque deste conoscimiento y prevision nasce tambien este temor. Puede tambien difinirse así: Temor es una pasion temeraria de nuestro apetito sensitivo, que entristece y desmaya nuestro corazon con la representacion de los males que nos pueden acaescer. Temor es tambien privacion de la verdadera confianza y seguridad.

El ánima soberbia es esclava del temor; porque confiada en sí misma, no meresce el favor y esfuerzo de Dios, y así teme el sonido y la sombra de las cosas, segun que está escripto (*a*): Espantarlos ha el sonido de la hoja que vuela por el aire. Los que lloran, y los que desesperan, igualmente carescen de temor: los unos, porque temiendo sus pecados no hacen caso de los otros vanos temores; los otros, porque teniendo los males por ciertos y presentes, no temen los futuros. Los temerosos muchas veces vienen á estar con esta pasion como insensibles y atónitos, y esto con mucha razon; porque como Dios sea justo, desampara los soberbios, y déjalos en sus manos, porque los otros aprehendan á humillarse por ejemplo dellos. Todos los que son vanagloriosos, suelen ser tímidos y pusilánimes, porque en castigo de su soberbia permite Dios que sean entregados á esta tan vil pasion, que es propria de mujeres, y niños, y hombres viles; y así tambien es justo que los que vanamente, sin tener por qué, se glorían, así tambien vanamente y sin por qué, teman. Mas no se sigue por eso que todos los que carescen deste temor sean humildes; pues vemos que los ladrones, y los que andan á desenterrar los muertos, carescen deste temor, y no por eso son humildes.

No te pese de ir de noche á los lugares donde tuviste algun temor; porque si te dejas vencer de cosa tan poca, vendrá á envejecerse y acompañarte perpetuamente esta pasion tan vil y tan para reir. Y cuando á estos lugares fueres, cíñete las armas de la oracion; y cuando llegares á ellos, levanta las manos, y azota los enemigos con el nombre de Jesus; porque no hay en el cielo ni en la tierra otras armas mejores que estas. Y librado desta peste, alaba á tu librador; porque si le fueres agradescido, él tendrá cuidado de librarte siempre. No puede uno hinchir el vientre con un bocado, sino comiendo poco á poco; y así nadie podrá súbitamente despedir de sí este temor, sino poco á poco. Segun el llanto y dolor de los pecados es mayor ó menor, así lo es esta pasion del temor; porque el que ménos llora, teme mas, y el que mas llora, ménos. Y que esta pasion sea algunas veces del demonio, decláralo uno de aquellos tres amigos de Job, que se decia Eliphaz, cuando dijo (*b*): Pasando el espíritu delante de mí, se erizan los pelos de mi carne.

Algunas veces se extremece y teme el cuerpo, contradiciéndolo la razon; y otras veces teme consintiendo la razon en el temor, y así se communica esta pasion de parte á parte. Cuando se extremece con este mal temor el cuerpo, contradiciéndolo la razon, cerca está la cura desta enfermedad. Mas cuando por ser grande el dolor y contricion de nuestros pecados, estamos promptos y aparejados para recibir todos los males que nos vinieren por ellos, entónces de verdad estamos libres desta pasion.

No es la escuridad ni la soledad la que da armas á los demonios contra nosotros, sino la esterilidad y pobreza de nuestras ánimas. Algunas veces tambien la Providencia divina permite en nosotros esta cobardía y mujeril

(*a*) Levit. 26. (*b*) Job. 4.

flaqueza, para cura de nuestra soberbia. El que es verdadero siervo del Señor, solo al Señor tiene temor; mas el que á este no teme, muchas veces es dejado á que tema su propria sombra. Cuando el espíritu malo invisiblemente asiste á nosotros, espántase el cuerpo; mas asistiendo el ángel bueno, alégrase el corazon de los humildes. Por lo cual, sintiendo por este afecto la presencia de su venida, corramos lijeramente á la oracion; porque nuestro piadoso guardador viene á orar con nosotros, y á ayudarnos.

CAPITULO XXI.

Escalon veinte y uno: de muchas maneras de vanagloria.

Suelen algunos doctores, tratando de los vicios capitales, apartar la vanagloria de la soberbia, y con ella hacen ocho vicios principales; mas Gregorio teólogo, y otros muchos doctores con él, no ponen mas que siete, á los cuales sigo yo en esta parte. La diferencia que hay entre estos dos vicios, es la que hay entre un niño y un hombre, ó entre el trigo y el pan que se hace dél; porque la vanagloria es el principio, y la soberbia el fin. Agora pues tratarémos en este lugar del principio y fin de todos los vicios, que es la malvada soberbia y vanagloria. De las cuales el que quisiere tratar muy por extenso, será semejante al que quisiese curiosamente tratar del peso de los vientos, que sería cosa dificultosa y prolija.

Vanagloria, segun su especie, es mudanza de la órden natural, corrupcion de las costumbres, y descubridora de los defectos ajenos; porque el vanaglorioso muda el órden natural de las cosas, atribuyendo á la criatura lo que es proprio del Criador; y corrompe las costumbres, porque estraga las buenas obras que hace, con el mal fin que las hace, y anda siempre escarvando y acusando los defectos ajenos, para engrandescer á sí con el abatimiento de los otros.

Esto es vanagloria segun su especie, mas segun su calidad vanagloria es disipacion de los trabajos, perdimiento de los sudores, derramamiento de los tesoros, precursor de la soberbia, hija de la infidelidad (pues niega á Dios lo que se le debe), tempestad en el puerto, (pues en las mismas buenas obras padesce peligro), hormiga en la era, que aunque es pequeña, hace daño á todos los fructos y trabajos del labrador.

Espera la hormiga á que se limpie el trigo, y la vanagloria á que se haga monton de riquezas espirituales. Aquella se goza en hurtar, y esta en destruir. Alégrase el espíritu de la desesperacion cuando ve multiplicarse los vicios, y la vanagloria cuando ve crescer las virtudes; la puerta del primero es la muchedumbre de las llagas, y la del segundo la riqueza de los trabajos. Mira diligentemente, y hallarás que esta malvada peste no deja al hombre hasta la muerte y hasta la sepultura; de manera que en todas cuantas cosas hay se entremete: en las vestiduras, en los ungüentos, en las pompas y en los olores, y en todas las otras cosas.

Sobre todas las cosas resplandesce el sol, y en todos los buenos estudios y ejercicios se alegra la vanagloria. Pongamos ejemplo. Ayuno, gloríome de esto; quebranto el ayuno porque no me tengan por abstinente, y gloríome tambien de ver la cautela y disimulacion que en esto tengo. Si me visto bien, soy vencido desta peste; y si me visto mal, tambien me glorío en la vileza de mis vestiduras. Si hablo, soy vencido; y si callo, tambien lo soy porque callo; de manera que como quiera que sacudiere de mí este abrojo, siempre queda una punta para arriba.

El vanaglorioso es fiel honrador de los ídolos, el cual paresciendo en algunas obras que honra y hace veneracion á Dios, procura de agradar á los hombres y no á él. Todo hombre que sirve á esta vana ostentacion, tenga por cierto que su ayuno será sin premio, y su oracion sin fructo; porque lo uno y lo otro hace por respeto de los hombres. El monje amigo de vanagloria en dos cosas padesce daño, porque aflige su cuerpo con trabajos, y no por eso recibe galardon. ¿Quién no se reirá del siervo de la vanagloria, que estando cantando los salmos, movido por ella, unas veces se rie, otras en presencia de todos llora? Esconde alguna vez el Señor de nuestros ojos los bienes que poseemos; mas nuestro alabador, ó por mejor decir, engañador, con sus alabanzas abre nuestros ojos, y abiertos estos, desvanescen todas nuestras riquezas.

El lisonjero es ministro de los demonios, adalid de la soberbia, destruidor de la compuncion, derramador de los bienes, y guia ciega y descaminada, porque, como dijo el Profeta (*a*): Pueblo mio, los que te llaman bienaventurado, esos son los que te engañan. Alta cosa es sufrir las injurias fuerte y alegremente; pero sancta cosa es y justa huir las alabanzas humanas, que son causa de nuestro daño. Vi unos que lloraban, los cuales siendo por esto alabados de otros, se airaron desordenamente por verse alabar; y desta manera, como los que tratan en ferias, trocaron una pasion por otra.

Nadie sabe lo que está en el hombre, sino el espíritu del hombre que está dentro dél (*b*), y por esto hayan vergüenza y enmudézcanse los que en el rostro nos llaman bienaventurados. Cuando vieres que tu prójimo ó tu amigo te maltrata con sus palabras en presencia ó en ausencia, entónces señaladamente has de mostrar tu caridad para con él, y alabarlo. Gran cosa es sacudir del ánima las alabanzas de los hombres; mas mucho mayor es sacudir las de los demonios, cuando tácitamente nos alaban, haciéndonos creer que somos algo.

No es aquel humilde que se abate y dice mal de sí (porque ¿quién hay que no sufra á sí mismo?), sino aquel que maltratado y injuriado de otros, guarda para con ellos salva y entera la caridad. Noté una vez que el espíritu de la vanagloria reveló á un monje los malos pensamientos con que combatia á otro, para que oyendo el combatido de la boca del otro lo que pasaba en su corazon, lo tuviese por profeta, y lo alabase, y predicase por bienaventurado, para que así lo ensoberbeciese. Es este sucio espíritu tan poderoso, que algunas veces hasta en nuestra misma carne despierta unos súbitos tremores y titilaciones.

No dés oídos á este enemigo cuando te aconseja que recibas algun obispado, ó principado de monasterio, ó algun magisterio y oficio preeminente, porque es cosa de gran trabajo arredrar el can del tajon de la carnicería: esto es, mortificar el apetito de la propria honra y excelencia. Suele tambien este mismo espíritu, cuando ve algunos aprovechados en el propósito de la quietud, y en el estado de la tranquilidad y recogimiento, incitarlos á que dejado el yermo vayan al siglo, diciéndoles: corre,

(*a*) Isai. 3. (*b*) 1. Cor. 2.

ve á entender en la salud de las ánimas que perescen.

Así como una es la forma y color de los que nascen en Etiopía, y otra la de las estatuas de piedra; porque una procede de principios naturales, y la otra de artificiales; así una es la vanagloria de los que viven en los monasterios, y otra la de los que moran en la soledad. La primera suele adelantarse á los que vienen al monasterio, incitando los monjes mas livianos á que salgan á recibirlos, y se tiendan á sus piés; de manera que estando ella tan llena de soberbia, finge humildad; y á este propósito compone y endereza las costumbres, el hábito, las palabras y la manera de andar. Habla con la voz baja y mansa, y con todo esto tiene los ojos atentos á las manos de los que vienen, á ver si tienen algo que les dar. Llámalos señores y padres, y remediadores de su vida despues de Dios. Cuando están asentados á la mesa, exhórtalos á abstinencia, y agrava mucho los defectos de los inferiores, para mostrar su celo. A los negligentes en el cantar los salmos, esfuérzalos y anímalos á cantar; y á los mudos y sin voz acreciéntales la hermosura de la voz; y á los que están soñolientos y pesados dispiértalos, y hácelos velar: todo esto á fin de agradar á los que vienen, para ganar crédito con ellos. Lisonjea al que preside en el coro, y desea tener para sí aquella preeminencia; y miéntras los huéspedes se van, llámalo padre y maestro. A los mas honrados alabándolos, hace soberbios, y los despreciados dice que suelen tener memoria de las injurias.

La vanagloria muchas veces á los suyos fué causa de ignominia; porque enojada contra ellos, les hizo hacer cosas con que descubriendo su vanidad y ambicion, vinieron por esto á caer en grande vituperio y confusion. Esfuérzase la vanagloria por hacer á los hombres envanescerse de las gracias naturales y de las sobrenaturales, y con estas armas derriba los miserables. Vi alguna vez que este demonio perturbó y hizo huir á otro su hermano y compañero; porque como una vez un monje estuviese airándose contra otro, y en esta ocasion viniesen ciertos huéspedes seculares, súbitamente desistió de la ira el espíritu de la vanagloria, viendo que no podia servir á ambos espíritus; pues el uno pedia lo contrario del otro. El que se ha entregado á la vanagloria vive dos vidas; porque con el cuerpo y hábito está en el monasterio, y con el espíritu y con los pensamientos vive en el mundo.

Si trabajamos por alcanzar la gracia soberana, trabajemos tambien por gustar la gloria soberana; porque el que gustare la gloria del cielo, fácilmente despreciará la de la tierra. Y maravillarme he yo mucho, si alguno la pudiese despreciar sin este gusto. Muchas veces acaesce que los que en algun tiempo fuéron destruidos y despojados por la vanagloria, entendido despues y condenado este dañoso principio, y mudada la intencion, acabaron con loable fin lo que habian comenzado.

El que se ensoberbece con las habilidades naturales, como es agudeza, sabiduría, leccion, pronunciacion, ingenio, y otras cosas que nascen con nosotros, y no se alcanzan por nuestro trabajo, este tal nunca de Dios recibirá bienes sobrenaturales; porque el que es infiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho, y tal es el siervo de la vanagloria.

Muchos pretendieron á fuerza de trabajos y asperezas corporales alcanzar summa tranquilidad y riquezas de gracia, y todo su trabajo fué veneno; porque no entendieron los miserables, que estos dones no se alcanzan con la fuerza de trabajos, sino con summa humildad; puesto caso que los trabajos acompañados con ella ayudan mucho para toda virtud, como paresce por ejemplo de Daniel y de sus compañeros. El que pretende alcanzar dones de Dios por solos trabajos, puso peligroso fundamento á su deseo; mas el que siempre se conosce por deudor, este recibirá súbitamente riquezas de gracia no esperadas.

Mira que nunca obedezcas al demonio, cuando te aconseja que descubras tus virtudes para edificacion de los oyentes; porque ¿qué le aprovecha al hombre ganar á todo el mundo, si padesce detrimento en sí mismo (*c*)? Ninguna cosa hay que tanto edifique los oyentes como la humildad de las costumbres, y las palabras y manera de conversacion sin fingimiento y sin flojedad; y esto es á los otros ejemplo y motivo para no ensoberbecerse, y no veo yo cosa que mas parte sea para edificar los hombres que esta.

Noté una vez un religioso, que tenia ojos para saber mirar las cosas, y contóme desta manera lo que habia visto. Estando yo (dijo él) una vez en compañía de otros, vinieron á mí los demonios de la soberbia y de la vanagloria, y asentándose á par de mí á un lado y á otro, uno dellos con un su dedo me tocó un lado, aconsejándome que platicase algo de la materia de la contemplacion, ó diese cuenta de alguna obra que hubiese hecho estando en el yermo. Al cual como yo despidiese de mí, diciendo: Vuélvanse hácia atras, y hayan vergüenza los que piensan mal contra mí; luego el otro que estaba al otro lado, díjome á la oreja: Alégrate, porque lo has hecho bien y como gran varon, pues venciste esta desvergonzadísima de mi madre. Al cual yo muy á propósito respondí, con las palabras que se siguen: Apártense luego y hayan vergüenza los que me dicen: Alégrate, que bien hiciste.

Preguntando yo al mismo padre cómo la vanagloria fuese principio y madre de la soberbia, respondióme así: Las alabanzas envanescen y levantan el ánima, y despues que ella así se ha levantado, arrebantándola la soberbia, sube hasta el cielo, y derríbala hasta los abismos. Una honra hay que nos viene por parte del Señor, el cual dice (*d*): Yo honro á los que me honran. Hay otra que nos viene por obra y engaño del demonio, de la cual esta escripto (*e*): ¡Ay de vosotros, cuando os alabaren los hombres! La primera conoscerás claramente, cuando estimándola por tu daño proprio, la contradijeres con todas tus fuerzas, escondiendo tu virtud y modo de vivir donde quiera que te hallares. Mas la segunda conoscerás, cuando hicieres alguna cosa por pequeña que sea, á fin de ser visto de los hombres; porque este malvado espíritu siempre nos incita á fingir y hacer alarde de las virtudes que no hay en nosotros, alegando para esto el Evangelio, que dice así (*f*): Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Algunas veces ha acaescido que el Señor pusiese odio entre el vanaglorioso y la vanagloria, permitiendo que por ella viniese á caer el hombre en alguna grande ignominia, y por eso viniese á aborrescerla.

El principio deste sancto odio es guardar la boca de

(*c*) Matth. 16. (*d*) 1. Reg. 2. (*e*) Prov. 11. (*f*) Matth. 5.

palabras de vanagloria, y amar la vileza é ignominia; el medio es cortar todos los ejercicios y obras de vanagloria, como son las singularidades, hipocresías ó obras tales; y el fin dél, si se puede hallar fin en el abismo, es llegar á hacer cosas en presencia de los otros, que nos puedan acarrear desprecio é ignominia, con tanto que no sean escandalosas, y esto sin sentimiento y dolor: aunque este grado de perfeccion es de muy pocos.

Aquí es de notar que no siempre se ha de usar de una misma medicina contra esta dolencia, sino segun la variedad della, así lo han de ser los remedios. Por esto cuando nosotros mismos llamamos la vanagloria, ó cuando, sin ser llamada, los otros nos la ofrescen, ó cuando tentamos hacer alguna cosa enderezada á vanagloria, acordémonos entónces de nuestro llanto, y de nuestra secreta y temerosa oracion; y con esto nos defenderémos de la importunidad deste vicio y de su desvergüenza, si con todo esto tenemos cuenta con la verdadera oracion. Si esto no basta, arrebatemos lijeramente la memoria de nuestra muerte; y si con esta no vencemos, temamos siquiera la confusion é ignominia que se sigue de la misma vanagloria, porque escripto está (*g*): El que se ensalzare, será humillado, no solo en el siglo advenidero, sino tambien en el presente.

Cuando los alabadores, ó por mejor decir, los destruidores, nos comenzaren á alabar, luego á la hora pongamos delante de nuestros ojos la muchedumbre de nuestros pecados, y hallarnos hemos indignos de las alabanzas que nos dan. Hay algunos que tentados de la vanagloria desean vencerla, cuyos deseos oye Dios, y concede ántes que por sus oraciones se lo pidan; porque no vengan á ensoberbecerse, creyendo que lo alcanzaron por su oracion.

Los que son sencillos de corazon, no son muy tocados deste vicio; porque la vanagloria es destierro de la simplicidad, y una fingida religion y conversacion. Un gusano hay que despues que cresce, le nascen alas con que vuela á lo alto; y desta manera la vanagloria consumada pare la soberbia, que es guia, principio y consumacion de todos los males.

CAPITULO XXII.

Escalon veinte y dos: de la soberbia.

Soberbia es negacion de Dios, invencion de los demonios, desprecio de los hombres, madre de la condenacion, hija de las alabanzas humanas, argumento de esterilidad espiritual, destierro de la ayuda de Dios, precursor de la locura, ministra de las caidas, materia de los pecados, fuente de ira, puerta del fingimiento, castillo de los demonios, guarda de los delitos, obradora de crueldad, riguroso inquisidor de las culpas ajenas, juez cruel de los hombres, adversario de Dios, y raiz de blasfemias.

El principio de la soberbia es el fin de la vanagloria; el medio es menosprecio de los prójimos; y la jactancia de sus virtudes, estimacion de sí mismo y odio de la reprehension. Mas el fin della es negacion del ayuda divina, y confianza en sus proprias fuerzas, y espíritu y obras de demonio.

Oigamos pues atentamente todos los que deseamos librarnos deste despeñadero. Suele esta cruelísima peste tomar ocasion para criarse en nosotros, del hacimiento de gracias; porque no desde luego nos incita á negar á Dios. Vi uno que con la boca daba gracias á Dios, y con el corazon se gloriaba. Testigo es desto aquel fariseo que dijo (*a*): Dios, gracias te doy, etc. Y pues este por boca del Señor fué condenado, claro está que hubo primero soberbia, donde se siguió caida; porque lo uno descubre lo otro.

Dicen algunos filósofos que son doce las pasiones del ánima, que suelen traernos, cuando se desmandan, á cosas feas é ignominiosas; mas el amor desordenado de la propria excelencia, que es raiz de la soberbia, este solo, á las veces, hace tanto daño como todas las otras.

El monje que tiene altos pensamientos, contradice fuertemente á lo que le mandan; mas el que los tiene humildes, no sabe contradecir ni repugnar. Ni puede el acipres inclinarse hasta la tierra, ni el monje soberbio humillarse y obedescer. El hombre de alto corazon desea señorear y mandar, y por este medio se encamina su perdicion; y así lo permite Dios. Si el Señor resiste á los soberbios, ¿quién habrá misericordia dellos? Y si todos ellos tienen el corazon sucio delante dél, ¿quién será poderoso para limpiarlos?

La reprehension en el soberbio es ocasion de mayor caida, y el demonio es el estímulo que los aguija; y el desamparo de Dios hace que vengan á quedar fuera de sí y perder el seso. Y los dos primeros males (que son los dos primeros grados sobredichos de la soberbia) algunas veces los pudieron curar los hombres; mas el tercero, que es negar el ayuda de Dios (como la negaron algunos herejes), él es el que lo puede curar.

El que sacude y desecha de sí la reprehension, da á entender que está tocado desta enfermedad; mas el que con humildad la recibe, libre paresce estar desta pestilencia. Si una criatura tan noble cayó del cielo por sola la soberbia, sin otro algun vicio sensual, razon hay para preguntar, si bastará la verdadera humildad para llevar al lugar de donde la soberbia derriba. La soberbia es perdimiento de los trabajos y de las riquezas de la virtud. Clamaron los soberbios, y no hubo quien los hiciese salvos (*b*); y la causa fué, porque clamaron con soberbia, pues no cortaron las raices y ocasiones de los males por los cuales oraban.

Un sanctísimo y discretísimo viejo reprehendió espiritualmente á un religioso soberbio, al cual él como ciego, respondió: Perdonadme, padre, que ni me glorío vanamente, ni soy soberbio. Al cual el sancto viejo respondió: Pues ¿cómo pudieras tú descubrir mas á la clara que estabas tocado de la soberbia, sino diciendo: No soy soberbio?

A los tales conviene mucho la devota subjeccion, y un humilde y bajo instituto de vida, y leccion y consideracion atentísima de aquellas virtudes clarísimas de los padres, que parescen exceder la naturaleza. Y por ventura desta manera les que dará á estos dolientes alguna esperanza de salud.

Vergüenza es ensoberbecerse el hombre con los atavíos y ornamentos de otro, y extrema locura es levantarse con los dones de Dios, y gloriarse de los bienes para que Dios te determinó ántes que nascieses, pues está claro que esa no es hacienda tuya; porque cierto es que las virtudes que alcanzaste despues de nascido, son de Dios; así como lo es el mismo nascimiento, despues del

(*g*) Matth. 23.

(*a*) Luc. 18. (*b*) Psalm. 17.

cual las alcanzaste. Tambien las virtudes que alcanzaste con el uso de tu ánima, puedes llamar tuyas; pues nadie obra sin el ánima, y esa tambien es dádiva de Dios. Asimismo las victorias que alcanzaste con el ministerio del cuerpo serán tuyas; pues el cuerpo con que trabajaste no ménos es dádiva y obra de Dios, que lo es el ánima. Por donde viene á concluirse que todo es de Dios.

No te tengas por seguro hasta que oigas la sentencia final; pues ves que aquel que habia entrado en el tálamo y asentándose á la mesa, fué despedido della, y atado de piés y manos, y echado en las tinieblas exteriores (*c*). No levantes la cerviz, ni te engrandezcas, siendo (como lo eres) de barro y cieno; pues ves caidas del cielo aquellas nobles inteligencias, criadas con tanta gracia, y libres de toda materia y corrupcion.

Despues que el demonio ha tomado el lugar en los corazones de los soberbios, comienza á aparecerles entre sueños, ó en alguna vision, en figura de sancto ángel, ó de algun mártir, revelándoles algunos secretos, y dándoles algunas maneras de gracias, segun que á ellos se les figura; para que desta manera venga á apoderarse dellos perfectamente, y hacerles perder el seso.

Mira bien que aunque padesciésemos mil muertes por Cristo, no podriamos acabar de satisfacer por nuestras culpas, ni pagarle lo que le debemos. Porque otra es la sangre del Señor, y otra la del siervo: otra (digo) segun la dignidad, no segun la substancia. Nunca dejemos de examinarnos y juzgarnos, ni de poner los ojos en las vidas y costumbres de aquellos clarísimos padres que resplandescieron como lumbre del cielo, examinándonos y cotejándonos con ellos; porque entónces verémos claro que no habemos llegado á los primeros principios de la verdadera sanctidad y religion, sino que todavía vivimos como seglares.

Monje es un ojo del ánimo humilde y desnudo de todo levantamiento y soberbia, y un hábito y figura corporal, no ménos humilde y constante que el mismo ánimo. Monje es el que desafía á los enemigos, así como á bestias fieras, irritándolos y provocándolos á pelear, cuando ellos huyen dél, diciendo con el Profeta (*d*): El Señor es mi lumbre y mi salud: ¿á quién temeré? Monje es un ánimo que está todo absorto y trasladado en Dios, y una perpetua tristeza de la vida; porque á esta perfeccion debe siempre anhelar el verdadero monje. Monje es el que de tal manera está aficionado en el amor de las virtudes, como los carnales y mundanos en el de sus deleites y vicios: esto es (si así se puede decir), tan tahur en lo bueno, cuanto aquellos en lo malo. Monje es una luz que perpetuamente está alumbrando y esclareciendo los ojos del corazon; porque al verdadero monje pertenesce participar continuamente esta divina luz y resplandor. Monje es un abismo de humildad, el cual sacude siempre de sí todo espíritu ajeno: esto es, todo lo que es contrario á la humildad, con la cual principalmente está él ordenado.

La soberbia y el fausto destierran siempre de sí la memoria de los pecados, porque esta es obradora de la humildad. Soberbia es una summa pobreza del ánima: la cual imagina que tiene riquezas, y piensa que tiene luz, estando en tinieblas. Esta abominable pestilencia no solamente no nos deja ir adelante, mas tambien derriba de lo alto.

(*c*) Matth. 22. (*d*) Psal. 26.

El soberbio es como una manzana, la cual de fuera está sana y hermosa, y dentro está toda podrida. El monje soberbio no tiene necesidad del demonio que le tiente, porque él mismo es para sí demonio, enemigo y adversario (*e*). Muy léjos están las tinieblas de la luz, y así lo está toda virtud del soberbio. Hay en las ánimas de los soberbios palabras de blasfemia; mas en las de los humildes, dones del cielo. El ladron no querria ver el sol, ni el soberbio quiere ver los humildes y mansos. No sé de qué manera los soberbios se escondieron de sí mismos; pues teniéndose por libres de pasiones y vicios, al cabo de la jornada vinieron á conoscer su desnudez y pobreza. El que estuviere tocado desta pestilencia, necesidad tiene del socorro de Dios; porque vana es la salud del hombre (*f*).

Hallé yo una vez que esta engañadora sin cabeza, entró en mi corazon, traida en los hombres de su madre, que es la vanagloria: yo entónces atélas entrambas con el vínculo de la obediencia, y azotélas con el azote de la humilde subjeccion y pobreza; y forcélas á que me dijesen de la manera que en mí habian entrado. Estándoles pues yo azotando, confesáronme claramente, y dijeron:

Nosotras no tenemos principio ni nascimiento, porque somos príncipes, engendradoras de todos los vicios. Quien nos hace cruel guerra es la contricion de corazon, acompañada con la subjeccion. No sufrimos estar subjectas al imperio de nadie, y sobre este caso revolvimos aun el cielo. Y para decírtelo todo en una palabra, nosotras somos engendradoras y causadoras de todas las cosas contrarias á la humildad, que son innumerables. Porque todas las cosas que son favorables á ella, son contrarias á nosotras. Nosotras tuvimos lugar en el cielo; y siendo esto así, ¿dónde podrás huir de nosotras?

Nosotras tenemos por estilo levantar tempestades y persecuciones contra los amadores de las ignominias, y de la obediencia, y de la mansedumbre; y contra los que se olvidan de las injurias, y tienen por oficio servir á las necesidades de los prójimos; porque siempre incitamos á los soberbios á que persigan y menosprecien á los tales.

Nuestras hijas son todas las caidas de las personas espirituales, que siempre caen por soberbia: y asimismo la ira, la detraccion, la amargura de corazon, la vocinglería, el furor de la blasfemia, la hipocresía, el odio, la invidia, la contradiccion, la desobediencia, y el querer ser mas regido por su cabeza que por la ajena.

Una sola cosa hay en la cual desfallesce todo el ímpetu de nuestras fuerzas, la cual te descubrimos puestas á cuestion de tormento. Si con entrañable afecto de tu corazon te acusares y humillares siempre delante de Dios, podrás vencernos como unas arañas. Porque (como ves de presente) el caballo de la soberbia es la vanagloria, en el cual estoy subida; mas la sancta humildad se reirá del caballo y del caballero, cantando suavísimamente aquel cántico triunfal, que dice (*g*): Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandescido; pues al caballo y al caballero derribó en la mar: esto es, en el abismo de la humildad.

(*e*) 2. Cor. 6. (*f*) Psalm. 59. (*g*) Exod. 15.

CAPITULO XXIII.

Escalon veinte y tres : de los pensamientos horribles del espíritu de la blasfemia.

Dijimos arriba que desta cruel raiz y madre, que es la soberbia, nasce otra mas cruel y malvada hija, que es la blasfemia : y por eso conviene tratar aquí della. Porque no es quien quiera este enemigo, sino el mas cruel y espantable de todos; y (lo que es mas duro) no es fácil de revelar al médico espiritual, ó descubrir en la confesion. Por donde á muchos vino á ser causa de desesperacion, y de consumirse y perderse toda su confianza; no de otra manera que el gusano consume y corrompe el madero donde está.

Pues este espíritu malvadísimo, este muchas veces en todo tiempo, y señaladamente en el tiempo de la sagrada Communion, nos incita á blasfemar de Dios, y de los sagrados misterios que allí se administran. De donde se infiere claramente que no es nuestra ánima la que habla dentro de sí aquellas malvadas é intolerables palabras, sino el demonio, enemigo de todos los buenos; el cual por eso fué derribado del cielo, porque ensoberbeciéndose allí contra Dios, habló palabras de blasfemias é injurias contra él. Porque si fuesen mias aquellas malvadas y sucias palabras, ¿cómo se compadeceria con esto recibir yo aquel don del cielo, adorándolo y reverenciándolo? Cómo podria yo juntamente maldecir y bendecir?

Muchos ha habido á quien este perversísimo engañador y destruidor de las ánimas hizo salir fuera de sí y perder el seso. Porque ningun pensamiento hay, como ya dijimos, mas vergonzoso, y por eso mas dificultoso de descubrir el médico espiritual. Por lo cual muchas veces vino á envejecerse con el mismo que lo tiene. Porque ninguna cosa hay que tanto fortalezca á los demonios y á los malos pensamientos contra nosotros, como tenerlos encubiertos, sin revelarlos al maestro de nuestra ánima. Ninguno atribuya á sí la causa destas palabras de blasfemia que habla; porque aquel Señor que es conocedor de los corazones, sabe muy bien que estas invenciones y palabras no son nuestras, sino de nuestros enemigos. La embriaguez algunas veces es causa de hacer algun mal recaudo, y la soberbia muchas veces es causa destos pensamientos. Mas el que por estar tomado del vino hizo algun mal recaudo, no será castigado por lo que hizo, sino por la causa por qué lo hizo; y esto mismo acaesce en la blasfemia, que algunas veces procede de la soberbia, como ya está dicho.

Cuando nos ponemos en oracion, entónces principalmente nos perturban estas imaginaciones y pensamientos, y acabada la oracion luego se van; porque no suelen combatir sino á aquellos que pelean contra ellos. Este espíritu malo no se contenta con blasfemar de Dios y de todas las cosas divinas; sino tambien habla intelectualmente dentro de nosotros algunas sucísimas palabras. Y esto hace, ó para que dejemos la oracion, ó para derribarnos en alguna desesperacion. Y por esta via apartó á muchos de la oracion, y tambien de la sagrada Communion; á otros enflaquesció sus cuerpos con espíritu de tristeza, y á otros con demasiados ayunos, sin darles jamas descanso. Y esto hace no solo en los hombres del siglo, mas tambien en los profesores de la vida monástica, haciéndoles creer que ninguna esperanza les queda ya de salud, y que son peores y mas miserables que todos los infieles, y que los mismos gentiles.

El que es tentado deste espíritu de blasfemia, y desea librarse dél, tenga por cierto que no es su ánima la causa destos pensamientos, sino aquel sucísimo espíritu que tuvo atrevimiento para decir al Señor (*a*) : Todas estas cosas te daré, si cayendo en tierra me adorares. Y por esto tambien nosotros, no haciendo caso de las cosas que él dice, seguramente y sin temor digamos (*b*) : Vete en pos de mí, Satanas; porque á mi Señor adoraré, y á él sólo serviré. Tus palabras y tus malos intentos se vuelvan contra tí, y tu blasfemia caiga sobre tu cabeza en el siglo presente y en el advenidero. El que por otro medio quiere pelear contra este espíritu de blasfemia, será semejante al que quisiese detener un relámpago con las manos. Porque ¿de qué manera podrá comprehender, ó resistir, ó luchar contra aquel que súbitamente pasa como viento por nuestro corazon, y habla una palabra en mas breve espacio que un momento, y luego desaparece? Porque los otros enemigos dan priesa, perseveran, detiénense, y dan tiempo á los que pelean contra ellos; mas este, por el contrario, en el punto que se descubre, desaparece; y en hablando una palabra, luego pasa.

Suele este perverso espíritu detenerse mas en las ánimas de los hombres mas puros y simples; porque estos se turban y extremecen mas con este linaje de pensamientos; los cuales creemos que padescen esto mas que los otros, no por su soberbia, sino por invidia del demonio.

Conviénenos tambien dejar de juzgar y condenar los prójimos, y no temerémos los pensamientos de blasfemia; porque esta es una de las raices y causas desta tentacion. Así como el que está encerrado dentro de su casa oye las palabras de los que pasan por la calle, mas él no habla con ellos : así el ánima que mora dentro de sí misma, oyendo las palabras de blasfemias que el demonio habla pasando por ella, túrbase y extremécese, aunque no es ella la que las habla.

El que desprecia este espíritu malo y no hace caso dél, ese vencerá; mas el que de otra manera se quiere defender, especialmente si lo teme mucho, cuanto mas lo temiere, mas veces será inquietado dél; porque el mismo temor despertará muchas veces esta tentacion. Porque el que con palabras quiere vencer este espíritu, es semejante al que quiere tener encerrados los vientos.

Un monje virtuoso fué muy tentado deste espíritu por espacio de veinte años; el cual todo este tiempo nunca dejó de macerar su carne con ayunos y vigilias. Y como con esta medicina no hallase remedio, escribió en una carta esta dolencia, y fuése á un sanctísimo viejo, y postrado á sus piés, sin osarle mirar á la cara, significóle por este medio su pasion. Y despues que el sancto viejo leyó la carta, sonrióse, y levantándole del suelo : Pon, dijo, hijo mio, tu mano sobre mi cuello. Y como el religioso lo hiciese así, díjole el viejo : Sobre mí cargue ese pecado, hijo mio, todo el tiempo que te ha combatido, y que de aquí adelante te combatiere. Tú solamente guarda esto : que lo desestimes, y ningun caso hagas dél. Con las cuales palabras de tal manera cobró esfuerzo y aliento aquel religioso, que ántes que saliese de la celda del viejo, ya la tentacion se habia desvanecido. Esto

(*a*) Matth. 4. (*b*) Ibid.

me contó el mismo á quien habia acaescido, dando gracias á Dios por este beneficio.

CAPITULO XXIV.

Escalon veinte y cuatro: de la mansedumbre y innocencia, no naturales, sino adquiridas; y tambien de la malicia.

Antes del sol sale la luz de la mañana, y ántes de la humildad precede la mansedumbre, como nos lo declaró la misma luz (que es el Señor) cuando dijo (*a*): Aprehended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Justo es pues y conforme á la órden natural gozar de la luz ántes del sol, para que mas claramente podamos despues ver el mismo sol; pues á él nadie puede ver si no ve primero esta luz, como se colige de lo dicho.

Mansedumbre es conservarse el ánima en un mismo estado sin alguna perturbacion, así en las honras como en las deshonras. Mansedumbre es en las perturbaciones y aflicciones del prójimo hacer oracion por él con summa compasion. Mansedumbre es una roca alta que está sobre el mar de la ira, en la cual se deshacen todas sus ondas furiosas, sin caer y sin inclinarse mas á una parte que á otra. Mansedumbre es firmeza de la paciencia, puerta de la caridad, ministra del perdon, confianza en la oracion, argumento de discrecion; porque el Señor, como dice el Profeta (*b*), enseñará á los mansos sus caminos; y es tambien aposento del Espíritu Sancto, segun aquello que está escripto (*c*): ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso, y que tiemble de mis palabras? Mansedumbre es ayudadora de la obediencia, guia de los hermanos, freno de los furiosos, vínculo de los airados, ministra de gozo, imitacion de Cristo, condicion de ángeles, prision de demonios, y escudo contra las amarguras del corazon.

El Señor reposa en los corazones de los mansos; mas el ánima del furioso es aposento del enemigo. Los mansos heredan la tierra, ó por mejor decir, serán señores della; mas los hombres locos y furiosos serán destituidos y desechados della. El ánima mansa es silla de la simplicidad; mas el ánima airada es casa y aposento de malicias.

El ánima del manso recibirá las palabras de la sabiduría; porque el Señor enderezará en el juicio á los mansos, ó por mejor decir, en la virtud de la discrecion. La causa desto es, porque la tal ánima por medio de su quietud y tranquilidad está muy dispuesta y aparejada para ser enderezada y alumbrada del Espíritu Sancto.

El ánima recta es familiar compañera y esposa de la humildad; mas la mala es hija moza y loca de la soberbia. Las ánimas de los mansos serán llenas de sabiduría; mas en el ánima de los airados moran las tinieblas y la ignorancia. El airado y el disimulado se encontraron, y no se halló palabra recta entre ellos. Si abrieres el corazon del primero, hallarás locura; y si el del segundo, hallarás maldad.

La simplicidad es un hábito y disposicion del ánima, que caresce de variedad, y no sabe qué cosa es perversa intencion, ni es movida con algun mal pensamiento. Malicia es astucia, ó por mejor decir, maldad de demonios, ajena de verdad; la cual siempre piensa de sí que no es entendida de los otros. Y dije que es maldad de demonios, porque pecar con malicia, es pecar, no por flaqueza, ni por ignorancia, como suelen pecar communmente los hombres; sino por eleccion y voluntad deliberada, como pecan los demonios, que toda su astucia emplean en buscar cómo hacer mas mal. Hipocresía es estado contrario á la disposicion del cuerpo y del ánima, lleno de sospechas y malas invenciones; porque el hipócrita en todo se contrahace, queriendo parescer otro del que es, sospechando de los otros que son tales como él.

Innocencia es disposicion y estado del ánima alegre y segura, y libre de toda sospecha y astucia; porque el verdadero innocente, así como no hace mal á nadie, así no lo sospecha de nadie. Rectitud es intencion del ánimo, ajena de curiosidad, afecto entero y sin corrupcion, palabra sencilla y sin ningun fingimiento ni artificio, y una limpísima naturaleza de ánimo, que apartado de toda malicia trabaja por conservarse en aquella primera pureza en que fué criado, communicándose á todos, y mostrándose afable y caritativo á todos.

Malicia ó malignidad es perversion de la verdadera rectitud, intencion engañada, dispensacion infiel y no conforme á justicia, juramento artificioso con palabras falsificadas, profundidad de pensamientos subtilísimos, y perversísimos abismos de engaños, mentira acostumbrada y convertida en hábito, soberbia hecha ya como natural, contradiccion de la humildad, fingimiento de la penitencia, alejamiento del llanto, odio de la confesion, defension del proprio juicio y voluntad, causadora de caidas, y estorbadora del levantamiento dellas, sufrimiento de injurias, artificio disimulado, gravedad loca, religion fingida, y vida endiablada.

El malo es semejante al demonio en el hecho y en el nombre, porque así lo llamó el Señor en la oracion que él instituyó, cuando dijo (*d*): Líbranos del malo. Huyamos pues del despeñadero del fingimiento, y del lago de la malicia y astucia, oyendo la sentencia de aquel que dijo (*e*): Los que maliciosamente viven, serán destruidos; y así como la verdura de las yerbas, desfallecerán presto, porque estos son pasto de los demonios. Así como Dios es caridad, así tambien es rectitud é igualdad; y por esto dijo el Sabio en los Cantares hablando con él (*f*): Los rectos son los que te aman. Y el padre deste mismo sabio dijo en un salmo (*g*): Bueno es, dulce y recto el Señor: y así dice que salva á los que participan este mismo nombre, diciendo que hace salvos á los rectos de corazon (*h*). Y en otro lugar (*i*): Justo es, dice el Señor, y amador de justicias, y sus ojos tiene puestos en la rectitud é igualdad.

La primera propiedad de los niños cuando comienzan á crescer, es simplicidad, libre de toda variedad, la cual miéntras tuvo aquel primer Adam no vió la desnudez de su ánima, ni la torpeza de su carne. Buena es y bienaventurada aquella simplicidad natural con que algunos nascen; pero mucho mas bienaventurada y excelente es aquella que desterrada toda malicia, con trabajos y sudores se alcanzó; porque aquella primera es la que está guardada y apartada de todas las perturbaciones, y de toda multiplicidad y variedad de negocios: mas esta es engendradora y sustentadora de una altísima humildad y mansedumbre. Y á aquella primera no se debe muy

(*a*) Matth. 11. (*b*) Psalm. 24. (*c*) Isai. 66.

(*d*) Matth. 6. (*e*) Prov. 2. (*f*) Cant. 1. (*g*) Psalm. 24.
(*h*) Psalm. 7. (*i*) Ibid. 10.

grande galardon: mas á esta segunda débese premio incomparable.

Todos los que deseamos alcanzar el espíritu del Señor, lleguemos á él como discípulos á maestro para aprehender dél, y esto con grandísima simplicidad, y sin ningun fingimiento, ni variedad, ni malicia, ni curiosidad. Porque como él sea purísimo y simplicísimo, así quiere que sean simples é innocentes los que vienen á él; y nunca jamas verás la simplicidad apartada de la humildad.

El malicioso es adivino mentiroso, el cual piensa que por las palabras entiende los pensamientos, y por el hábito, figura y movimientos del cuerpo imagina que penetra todos los intentos y secretos del corazon. Vi algunos hombres rectos haber aprendido á ser maliciosos, de la compañía y ejemplo de los malos; maravilléme de ver cómo pudieron estos perder tan presto la condicion natural con que nascieron, y allende desto el privilegio de la gracia.

Aquí es de notar que los rectos fácilmente pueden caer; mas los perversos dificultosamente pueden mudarse y alcanzar la verdadera rectitud. Verdad es que la peregrinacion, y la subjeccion, y la guarda de la boca pudieron muchas veces maravillosamente mudar y curar muchas cosas que parescieron incurables. Si la ciencia ensoberbece á muchos, mira si por ventura se sigue de aquí que la simplicidad y ignorancia podrá humillar á otros.

Y si quieres un verdadero documento, y un cierto dechado y fin desta sancta simplicidad, pon los ojos en aquel bienaventurado Paulo el Simple, discípulo de Sant Antonio; porque tan grande y tan apresurado aprovechamiento entre los monjes como fué este, ninguno lo vió, ni lo oyó, ni por ventura lo verá.

El monje simple es un jumento racional obediente, el que lleva su carga perfectamente hasta ponerla en manos del que le guia. No contradice el animal al que lo ata, ni el ánima recta al que la manda: sigue al que la trae como él quiere, y hasta que la maten no sabe contradecir. Dificultosamente entran los ricos en el reino de los cielos (*k*); mas los locos, sabios en esta virtud de la simplicidad, entran fácilmente. Las caidas hacen muchas veces templados á los malos, cuando son hombres avisados, dándoles salud é innocencia casi contra su voluntad. Trabaja con todas tus fuerzas por engañar á veces tu prudencia y sabiduría, desestimándola y subjectándola al parescer de los otros; y haciendo esto hallarás salud y rectitud en Jesucristo nuestro Salvador.

CAPITULO XXV.

Escalon veinte y cinco: de la altísima humildad, vencedora de todas las pasiones.

El que con palabras sensibles pretende declarar la naturaleza, los efectos y propriedades admirables de la divina caridad, y de la sancta humildad, y de la bienaventurada castidad, y de la ilustracion y alumbramiento de Dios, y de su sancto temor, y de la seguridad y confianza que los suyos tienen en él, y piensa que podrá por esta via dar á entender la excelencia de las virtudes á los que no las han gustado, parésceme que será semejante á aquel que quisiese con palabras y ejemplos declarar el sabor de la miel á los que nunca la gustaron; porque estos, aunque alcancen por este medio una manera de noticia especulativa de las cosas, no por eso tienen la práctica ni la noticia afectiva, que es la que las aprueba y abraza, y la que hace á nuestro propósito. Y así el uno en vano trabajará, y no alcanzará lo que pretende, por mas cosas que diga del sabor de la miel; mas el otro será ignorante maestro de su doctrina, ó enseñará con el espíritu de vanagloria, usurpando el oficio que no le pertenesce.

Habemos agora llegado á tiempo que nos es necesario tratar de un tesoro escondido en vasos de barro, ó por mejor decir, en nuestros cuerpos, cuya condicion y calidad ni se puede conoscer ni explicar con palabras. Solo un título incomprehensible tiene encima, el cual ha de dar grande y casi infinito trabajo á los que quisieren escudriñar y explicar con palabras lo que en él se comprehende. El título es este: *Sancta Humildad.* Todos los que son movidos por el espíritu de Dios se junten aquí, y entren con nosotros en este intelectual y sapientísimo concilio, trayendo espiritualmente en sus manos las tablas de la sabiduría escriptas por mano de Dios, para que con ellas nos ayuden á entender este secreto. Ayuntados pues desta manera, y hecha diligente inquisicion, examinemos la virtud deste venerable título.

Y comenzando á dar las difiniciones dél, uno decia que esta virtud era olvido atentísimo de todos los bienes que hubiésemos hecho: otro decia que era tenerse el hombre por el mas bajo de todos, y por el mayor pecador: otro decia que era conoscimiento del ánima, mediante el cual ve el hombre su flaqueza, enfermedad y miseria: otro decia que era adelantarse á pedir perdon al prójimo, y aplacar su ira, aunque hubiese sido el que le aplaca el agraviado: otro decia que era conoscimiento de la gracia y misericordia de Dios: otro decia que era sentimiento del ánimo contrito, y negacion de la propria voluntad.

Pues como oyese yo todas estas cosas, comencé dentro de mí mismo á examinar con mucha diligencia y vigilancia la doctrina destos bienaventurados padres, y no la pude entender por solo lo que oi: por lo cual yo á la postre de todos, como el perro que recoge las migajas de la mesa destos beatísimos y sanctísimos padres, queriendo dar la difinicion desta singular virtud, dije así: Humildad es una gracia del ánima que no tiene nombre sino en solos aquellos que tienen experiencia della. Humildad es don de Dios, y un nombre inefable de sus riquezas; porque lo que Dios da á quien da humildad, como no se puede comprehender, así no se puede hablar. Aprehended, dice el Señor (*a*), no de ángel, no de hombre, no de libro, sino de mí; esto es, de mi enseñanza, de mi luz, y de las operaciones interiores que yo obro en vuestras ánimas morando en ellas: de aquí aprehended que soy humilde, manso en el corazon y en las palabras y en el sentido, y hallaréis descanso de batallas, y alivio de la guerra de vuestros pensamientos.

Esta virtud tiene diversos grados, y así tiene diversos efectos y fructos que corresponden á ellos. Por donde así como un parescer tiene la misma vid en el invierno, y otro en el verano, y otro en el estío: así una manera de humildad es la de los que comienzan (que están casi como en el frio del invierno), y otra la de los que aprovechan (que son como el florido verano), y otra la de los

(*k*) Matth. 19.

(*a*) Matth. 11.

perfectos (que son como el estío caluroso), que está en el fervor y consumacion de las virtudes; puesto caso que todos estos grados vienen á parar en una misma alegría y fructo de virtud, y así tiene cada uno dellos sus proprias señales por donde se conoscen.

Porque cuando comienza á florescer en nosotros el racimo desta sancta vid, luego comenzamos á desterrar de nuestra ánima toda ira y furor, y escupir y desechar toda la fama y honra del mundo; puesto caso que esto no se haga sin algun dolor y trabajo por ser á los principios.

Mas despues que esta nobilísima virtud comienza á crecer en nuestro ánimo en la edad espiritual, luego venimos á desestimar y tener en nada todos los bienes que hacemos, y pensamos que cada dia acrescentamos la carga de nuestras deudas con culpas secretas que nosotros mismos ignoramos. Porque dado caso que no todas nuestras obras sean culpables (porque algunas son meritorias y loables), pero muchas otras van acompañadas de muchas negligencias, y todas son bajas para lo que Dios meresce: y por tales conviene que tenga las suyas el humilde siervo de Dios. Y demas desto sospecha este tal que la abundancia de los dones celestiales que ha recibido, le han de ser materia de mayor castigo y tormento; porque piensa que ni los agradesce como ellos merescen, ni usa dellos como debe. Y con esta consideracion queda el ánima entera y humilde en medio de todos estos dones celestiales; porque se encierra seguramente dentro de la clausura y consideracion de la pequeñez, oyendo solamente el ruido y la grita de los ladrones, y permanesciendo segura y libre de todos ellos; porque el conoscimiento desta pequeñez es un castillo inaccesible á todos estos enemigos.

Dijimos brevemente de las flores y fructos desta virtud, que es de los efectos del primero y segundo grado de la humildad. Mas cuál sea el perfecto premio y fructo desta sagrada vid, preguntadlo al Señor los que sois sus domésticos y familiares. De la cantidad desta virtud (que es hasta dónde puede crescer), no lo podré decir. Pues de la calidad della (que es de su dignidad y eficacia) muy mas imposible es decir. Y por tanto hablemos de las propriedades y naturaleza della, así como al principio comenzamos.

La perfecta penitencia y el llanto (con que todas las máculas del ánima se lavan), y la sanctísima humildad, tanto difieren entre sí, como el pan difiere de la harina. Porque primeramente el corazon es quebrantado y molido por la virtud de la contricion y penitencia eficaz, y mediante el agua del perfecto llanto este corazon quebrantado y molido se amasa y mezcla (así como la harina con el agua), y despues cocido con el fuego del Señor se endurece, y resulta hecho el pan de la sanctísima humildad, libre ya de toda levadura, y de todo fausto y hinchazon. De donde viene á juntarse en una virtud esta sancta cadena, compuesta de tres eslabones (ó por mejor decir), no cadena, sino arco del cielo, que resplandesce con sus colores; y así este sagrado ternario tiene sus propriedades, y lo que es señal de la una, es tambien señal para conoscer la otra. Y porque esto está brevemente dicho, procuraré confirmarlo con autoridades y ejemplos.

La primera y principal propriedad que tiene este honestísimo admirable ternario, es un muy suavísimo y muy alegre sufrimiento de ignominias, las cuales el ánima abraza y espera levantadas las manos en alto, para amansar con ellas sus pasiones, y consumir el orin de sus pecados. La segunda propriedad es victoria de toda ira, y con esto templanza en comer y beber, y en todos los otros deleites; porque no se derrame por una parte lo que se recoge por otra, ni busque el hombre este género de deleites y consuelos para pasar aquellos trabajos.

El tercero y perfectísimo grado es una infidelidad fiel (esto es, que no se fie el hombre demasiadamente de sus merescimientos), y continuo deseo de ser enseñado y amonestado de los otros. El fin de la ley y de los profetas es Cristo (*b*), para justicia de todos los creyentes; mas el fin de todas las pasiones desordenadas es la vanagloria y la soberbia de los malos, cuando llega á gloriarse del mal que hicieron: de las cuales pasiones, como sea matadora esta cierva espiritual, que es la humildad, así guarda sano y salvo su amador de todo veneno mortal. Porque ¿dónde paresceré allí el veneno de la hipocresía? Dónde la ponzoña de la traicion? Dónde alguna serpiente que quiera allí hacer su nido, la cual no sea luego echada fuera de la cueva del corazon, y desenterrada y muerta?

Donde está este sancto ternario, que es esta penitencia llorosa y humilde, no hay odio, no apariencia de contradiccion, no rastro de desobediencia, si no fuere en las cosas que son contra la fidelidad que se debe á Dios; porque entónces no es razon de obedescer á la infidelidad. El que como esposo está unido y casado con esta esposa, luego se hace manso, agradable, misericordioso, fácil para la compuncion, y sobre todas las cosas quieto, sereno, obediente, sufridor de freno, alegre velador, y en nada perezoso. Y qué ¿es menester proseguir tantas cosas? Este tal será bienaventurado con una tranquilidad de ánimo que tendrá; porque el Señor se acordó de nosotros en nuestra humildad, y nos libró de todos nuestros enemigos (*c*). El monje humilde no querrá inquirir curiosamente los secretos escondidos; mas el soberbio, hasta de los juicios de Dios quiere disputar.

Una vez los demonios aparescieron visiblemente á un muy discreto y religiosísimo padre, diciéndole que era bienaventurado. A los cuales él respondió sapientísimamente diciendo: Ninguna cosa ganais con esta vuestra tentacion, porque si dejais de alabarme, y os vais vencidos, ganaré con la victoria desta batalla; y si todavía porfiais en alabarme, cuanto vosotros mas me alabáredes, tanto yo mas conosceré cuán léjos estoy desas alabanzas, y con esto me abatiré. Por tanto os id, y así quedaré engrandescido: ó si no quereis iros, darme heis materia de alcanzar mayor humildad. Entónces ellos, heridos con el golpe desta palabra, como con una espada de dos filos, desaparescieron y fuéronse.

Mira no sea tu ánima como canal de agua, que á tiempos corre, y á tiempos está vacía, agotándose con el ardor de la soberbia y de la vanagloria; mas ántes sea fuente perpetua de una bienaventurada tranquilidad: la cual produzca de sí al rio de la pobreza de espíritu, y menosprecio del mundo. Acuérdate, hermano, que los valles multiplican en sí el trigo y fructo espiritual; y valle es el ánima humilde, que permanesce sin mudarse y sin arrogancia entre los montes de la soberbia. No dice la Es-

(*b*) Rom. 10. (*c*) Psalm. 135

criptura: Ayuné, velé, y dormí en el suelo; sino humilléme, y libróme el Señor (*d*).

La penitencia nos resuscita de muerte á vida; el llanto llama á la puerta del cielo, mas la sancta humildad lo abre. Yo adoro la Trinidad en unidad, y la unidad en Trinidad; y así reverencio estas tres virtudes, imitadoras deste venerable misterio, siendo una cosa en la gracia, y diferentes entre sí. El sol alumbra todas las cosas que se ven; y la humildad fortalece y conserva todas las cosas bien ordenadas. Si faltare el sol, todas las cosas estarán llenas de tinieblas; y si faltare la humildad, todas serán hediondas y vanas. Un lugar hay en el mundo, que una vez vió el sol, que fué el suelo del mar Bermejo; y muchas veces acaesció que un solo pensamiento pariese la virtud de la humildad. Un solo dia hubo en que todo el mundo se alegró, que fué el dia de la resurreccion de Cristo; y esta es una virtud que los demonios no pueden imitar.

Una cosa es ensoberbecerse, y otra no ensoberbecerse, y otra humillarse. El que hace lo primero, juzga todas las cosas: el que lo segundo, no juzga á nadie: el tercero, siendo innocente, siempre juzga y condena á sí mismo. Una cosa es ser humilde, y otra trabajar por ser humilde, y otra alabar á los humildes. Lo primero es de los perfectos, lo segundo de los verdaderos obedientes; mas lo otro es comun de los verdaderos fieles.

El que es humilde de corazon, no recibe daño con las palabras ni alabanzas de nadie; porque la puerta no descubre el tesoro que no está en casa. El caballo que está solo, algunas veces parece que corre lijeramente; mas cuando corre en compañía de otros que le hacen ventaja, entónces se ve claro que no era tan lijero como parecia; lo mismo acaesce al religioso cuando está solo, ó cuando está en compañía de otros que le hacen ventaja; porque commun cosa es pensar de sí mucho, el que con ninguno se compara. Argumento es y principio de sanctidad, no gloriarse el hombre con los ojos de la naturaleza; mas el que se gloría en ellos, miéntras padesciere este hedor, no sentirá el olor deste preciosísimo ungüento.

Dice esta sancta virtud: El que está enamorado de mí, y casado conmigo, no reprehenderá, no juzgará, no deseará mandar, no engañará á nadie con palabras sofísticas y dobladas, porque despues deste casamiento no se le pone ley, como tampoco se pone al justo; porque no se llama yugo y carga de ley lo que se hace de pura voluntad.

Una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazon de un fortísimo caballero de Cristo que corria á esta virtud; mas él, movido por inspiracion de Dios, halló un brevísimo atajo para vencer la malicia destos espíritus perversos, y para esto escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes; conviene á saber, de la perfecta caridad, de la angélica humildad, de la limpísima oracion, de la incorruptible castidad, y así de las otras virtudes. Pues cuando aquellos malos pensamientos comenzaban á levantarle, respondia él á los demonios: Vamos á la prueba desto. Y viniendo, leía todos aquellos títulos, y decia á sí mismo: Despues que hubieres alcanzado todas estas virtudes, verás aun cuán léjos estás de Dios; porque despues de todo esto hecho, no eres mas que siervo inútil, que hiciste lo que eres obligado á hacer. Pues si entónces no serías mas, agora ¿qué serás?

(*d*) Psal. 114.

§. I.

Prosigue esta materia, declarando qué cosa sea humildad.

Cuál sea la substancia y la naturaleza deste sol tan claro, que es la humildad, no somos bastantes para decirlo; mas por los efectos y propriedades della, podrémos en alguna manera conoscer su substancia. Humildad es una sombra y proteccion de Dios, la cual hace que no tengamos ojos para ver nuestras buenas obras. Humildad es un abismo de vileza, la cual cuanto es de su parte hace al hombre inexpugnable á todos los ladrones. Humildad es torre de fortaleza contra el ímpetu de los enemigos, contra la cual no será poderoso el hijo, ó por mejor decir el pensamiento de la maldad; y ella derriba ante sí todos sus contrarios, y hará volver las espaldas á todos sus enemigos.

Tiene tambien en su ánimo este magnífico poseedor otras propriedades fuera destas, porque estas (fuera una dellas, que es un profundísimo desprecio de sí mismo, que está escondido en lo íntimo del corazon) son argumentos é indicios de riquezas espirituales á quien quiera que las ve; porque aquella interior no se puede ver. Y conoscerás (segun la manera que esto se puede conoscer) si tienes esta sancta substancia dentro de tí mismo, en la muchedumbre de una inefable luz, y en un amor increible de la oracion, que te acompañará. Porque á los humildes se da muy copiosa gracia, por la cual son grandemente incitados á hacer oracion, en la cual reciben maravillosa luz. Y ántes destas virtudes se le da al hombre un corazon innocente, y muy ajeno de acusar y de indignarse contra los defectos de otros. Asimismo procede desta grande substancia un grande odio de todo género de vanagloria. Y el que profundamente se conosce y se desprecia, ya ha sembrado en la tierra la simiente desta virtud; porque no puede ser que florezca y nazca la humildad, si desta manera no se siembra. El que conosce á sí mismo, ya ha alcanzado una íntima señal del temor de Dios, por el cual caminando diligentemente, llegará á la puerta de la caridad.

La humildad es puerta del cielo, la cual hace entrar en él á todos sus amadores y devotos. Desta pienso que dijo el Señor (*e*), que entrará y saldrá desta vida sin temor, y hallará pasto y verdura en el paraíso. Todos los que quieren entrar por otra puerta con figura sola y apariencia de verdadera humildad, ladrones son y robadores de su propria vida. Nunca dejemos de examinarnos é inquirir nuestras faltas, si deseamos de verdad conoscernos. Y si de todo corazon tenemos siempre al prójimo por mejor que nosotros, justa es para con nosotros la divina misericordia. Imposible es que de la nieve salga llama; pero mas imposible es alcanzar humildad el que busca gloria de los hombres.

Muchos somos los que nos llamamos pecadores, y por ventura así lo pensamos; mas con todo esto el tiempo de la injuria y de la ignominia declara cuál sea nuestro corazon. El que se da priesa por llegar á este quietísimo estado, nunca desista de examinar y mirar atentamente sus costumbres, sus palabras, sus intenciones, sus opiniones, sus preguntas, sus industrias, sus ordenaciones, sus intentos, sus reglas, su instituto de la vida, sus deseos y sus oraciones, ordenando y enderezando todas estas cosas para alcanzar lo que desea, hasta que ayu-

(*e*) Joan. 10.

dándose de Dios y destos documentos de humildad, venga á librar la navecica de su ánima del bravísimo y tempestuosísimo piélago de la soberbia; porque el que desta quedare libre, fácilmente, como aquel publicano (*f*), satisfará por todos sus pecados.

Algunos ha habido que despues de vueltos á Dios y perdonados de sus pecados, los hicieron materia perpetua de humildad, dando bofetadas con ellos á su ánima cuando se les queria ensoberbecer. Otros hay que considerando la pasion de Cristo, y conosciendo por esto cuán deudores le eran, se humillaban de corazon. Otros tambien se humillan y se tienen por vilísimos con la consideracion de los defectos en que caen á cada paso. Otros hicieron muy familiar á sí mismos esta madre de las gracias, poniendo los ojos en las tentaciones, y enfermedades, y caidas que cada dia les succeden. Ha habido tambien otros (y no sabré decir si agora tambien los hay), los cuales tomaron por motivo para humillarse los mismos dones y beneficios de Dios (con que otros se envanescen), aunque hubiesen aprovechado mucho con ellos, teniéndose por indignos destas riquezas, y creyendo que con esto crescia mas la obligacion de sus deudas. Esta es pues la verdadera humildad, esta la bienaventuranza, este el perfecto y consumado premio de los trabajos que en esta vida se pasan por ella.

Cuando oyeres ó vieres alguno que en pocos años alcanzó aquella altísima tranquilidad y paz del corazon (señora de todas las pasiones), piensa que no fué otro el camino que el desta bienaventurada virtud, por donde caminó. Sagrado carro de dos ruedas es la caridad y la humildad; aquella ensalza, y esta conserva á los que están así ensalzados, para que no caigan.

Una cosa es la contricion, y otra el conoscimiento, y otra la humildad. La contricion nasce de la caida; porque el que cae pecando, quebranta su corazon arrepintiéndose, y asiste con vergüenza en la oracion delante de Dios, aunque no sin confianza; y así quebrantado y maltratado, susténtase con este báculo de la esperanza, y con él ojea y echa de sí el can de la desesperacion. Conoscimiento es una verdadera y segura comprehension de su propria medida y pequeñez, y una perpetua memoria aun de los pecados mas livianos. Humildad es doctrina espiritual de Cristo, escondida espiritualmente en lo íntimo de nuestra ánima por aquellos que son merescedores desta virtud.

El que dice que ha ya sentido la fragancia y suavidad desta virtud, y con todo eso se altera y mueve su corazon cuando es alabado, ó entiende la fuerza de las palabras que le dicen, y es tocado (aunque sea poco) con el humo de las alabanzas; este tal no se engañe, porque aun le falta algo para llegar á la cumbre desta virtud. Oí á uno que con todo el afecto de su ánimo decia (*g*): No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu sancto nombre se dé la gloria. Porque sabía este muy bien, que no era cosa fácil guardar la naturaleza entera y libre desta vanidad. De tí, Señor, sea mi alabanza en la iglesia grande (*h*); que es en el tiempo advenidero, porque ántes que este venga, no la puedo oir sin algun peligro.

Si este es el fin y el modo de la mayor soberbia, fingir las virtudes que el hombre no tiene, por alcanzar honra, paresce que tambien será argumento de altísima humildad, representar en casos algunas faltas que el hombre no tenga, por ser tenido en ménos cuenta. De lo cual tenemos ejemplo en aquel bienaventurado padre Simeon, el cual oyendo que el Adelantado de la provincia venía á visitarlo como á varon famoso y sancto, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado á la puerta de su celda, comenzó á comer de aquello á manera de tonto; y visto esto, el Adelantado lo despreció y no hizo caso dél. Y lo mismo hizo otro sancto varon, que despojándose de su vestidura, anduvo desnudo por toda la ciudad sin ninguna manera de concupiscencia, porque era él castísimo.

Estos tales no temen ni hacen caso del decir de los hombres, porque ya han alcanzado por medio de la oracion tal virtud de Dios, que con estas cosas espiritualmente edifiquen á todos y les satisfagan. Mas el que tiene cuenta con esto, no ha alcanzado lo segundo, que es esta maravillosa eficacia de oracion; porque cuando Dios está tan aparejado para oirnos, seguramente podemos hacer esto, considerando que es mejor entristecer á los hombres que á Dios, porque huélgase él cuando ve que corremos alegremente á las ignominias, por acabar de vencer y poner debajo de los piés esta vanísima presumpcion. Y la perfecta peregrinacion, que es menosprecio de todas las cosas perecederas, es la que acomete todas estas empresas tan grandes, por alcanzar victoria de vanidad; porque de grandes varones es consentir en ser desestimados y escarnecidos de los suyos.

Y no te debe perturbar la grandeza destas cosas sobredichas, porque ninguno puede súbitamente subir de un tranco todos los pasos desta escalera espiritual. Verdad es que algunos hechos notables hubo en los sanctos (obrados por especial instincto del Espíritu Sancto), los cuales son mas de maravillar que de imitar; como fuéron estos y otros tales, para los cuales no todos tienen licencia, si no tuvieren el mismo espíritu que tuvieron ellos.

En esto conoscerán todos que somos discípulos de Dios, no porque los demonios nos obedescen, sino porque nuestros nombres están escriptos en el cielo de la humildad. Cuando las ramas de los cedros están estériles y sin fructo, naturalmente suben derechas á lo alto; mas cuando se inclinan hácia la tierra, suelen cargarse de fructo. Bien sabe lo que significa esto el que atentamente lo considera; pues lo mismo espiritualmente acaesce en nuestras ánimas, que cuanto mas estériles están, tanto mas se envanescen y levantan en alto, y cuanto mas se humillan y abajan, tanto mas suelen fructificar.

§. II.

De tres grados de humildad, y de otras cosas que pertenescen á esta virtud.

Tiene esta sancta virtud sus escalones y grados con que sube á Dios, y conforme á esto da diversos fructos, uno como de treinta, y otro como de sesenta, y otro como de ciento (*i*). A este postrer grado han llegado los que alcanzaron la bienaventurada tranquilidad, señora de todas las pasiones. En el segundo están los fuertes caballeros de Cristo, que varonilmente pelean y trabajan por la virtud; mas al primero todos pueden llegar.

El que verdaderamente conosce á sí mismo, nunca será engañado para que quiera acometer mayores cosas de lo que puede, sino fijará el pié seguramente en esta bienaventurado ternario de la humildad, que dijimos.

(*f*) Luc. 18. (*g*) Psalm. 113. (*h*) Ibid. 21.

(*i*) Matth. 13.

Las aves pequeñas temen al gavilan, y los amadores de la humildad el sonido de la contradiccion: esto es, la voz de la desobediencia. Muchos se salvaron sin gracia de profecía, y de ciencia, y de revelaciones, y de milagros y de prodigios; mas sin humildad ninguno jamas entró en el tálamo del cielo; y esta virtud es fiel guarda de aquellos dones; mas aquellos dones algunas veces fuéron ocasion de matar esta virtud en los que no estaban bien fundados en ella. Tambien fué maravillosa dispensacion de Dios para los que no se querian humillar, que nadie conosciese mas claro sus llagas que el ojo de vuestro vecino, el cual no se engaña con amor proprio, como se puede engañar el que las tiene. De donde se sigue que nadie debe agradescer esta virtud del conoscimiento de sí mismo, sino á Dios, y al prójimo que le desengañó.

El que es de corazon humilde, siempre tiene por sospechosa y engañadora su propria voluntad, y por tal la aborresce, y en sus oraciones, ayudándose de una fe firmísima, suele aprehender de Dios lo que le conviene, y obedescer á esto promptamente, y á la voz de sus mayores, no poniendo los ojos en los defectos dellos, sino entregando á Dios con grandísima confianza el cuidado de sí mismo; el cual (cuando fué menester) por medio de una asna enseñó lo que era necesario y convenía (*k*). Este sancto obrero, aunque haga y diga y piense todas las cosas conforme á la voluntad de Dios, ni aun con todo esto se acaba de fiar de sí mismo. Porque el verdadero humilde tiene por grande carga y azote haber de creer á sí mismo, como por el contrario el soberbio haber de creer á otro, y seguir el parescer ajeno.

De ángeles es nunca desvarar en pecado, porque así oí á un ángel de la tierra, que decia (*l*): No me acusa mi conciencia, mas no por eso me tengo por justo, porque el Señor es el que me ha de juzgar. Por lo cual siempre conviene que nos reprehendamos y acusemos, para que con esta vileza voluntaria despidamos y lavemos las culpas no voluntarias que agora nos desagradan, aunque no desagradaron cuando se hacian. Porque si de otra manera lo hiciéremos, á la hora de la muerte será rigurosamente juzgado el que aquí no se juzgó.

El que pide á Dios ménos de lo que meresce, alcanzará mas de lo que meresce, como le acaesció á aquel publicano, que pidiendo perdon alcanzó justicia (*m*); y como paresce en aquel sancto ladron, que pidiendo memoria de sí en el reino, alcanzó el mismo reino (*n*). No puede ser visto el fuego, y así no se ha de ver en la perfecta y sincera humildad ninguna cosa material: conviene saber, ninguna aficion terrena y sensual, lo cual no acaesce cuando voluntariamente pecamos, porque esto es señal de no estar del todo purificada la humildad.

Sabiendo el Señor que con la figura y hábito exterior del cuerpo se representaba la virtud y disposicion del ánima, ciñéndose un lienzo, nos representó un dechado y ejemplo de los ejercicios desta virtud. Porque el ánima se conforma con los ejercicios que hace de fuera, y lo que obra exteriormente, eso mismo concibe interiormente. De donde se infiere que las obras y figuras exteriores de humildad, acrescienten y ejerciten la virtud interior de la humildad. El principado de los ángeles fué á uno dellos materia y ocasion de soberbia, aunque no lo habia él recibido para ensoberbecerse con él. Una manera de corazon tiene el que está asentado en el trono, y otra el que está en el muladar; y por eso por ventura aquel grande y pacientísimo justo estaba fuera de la ciudad asentado en el estiércol (*o*); porque entónces como hombre que habia alcanzado una perfectísima humildad, decia (*p*): Consumido estoy y enflaquecido, y comparado con el lodo y con la ceniza.

Hallo que Manases fué uno de los hombres que mas pecaron en este mundo, pues profanó el templo de Dios con el de los ídolos, é hinchió á Hierusalem de sangre de innocentes (*q*), por el cual si todo el mundo ayunara, no pudiera satisfacer dignamente por sus deudas, y con todo eso pudo la humildad curar males tan incurables. Así dice David (*r*): Porque si tú, Señor, quisieses sacrificio, ofrecértelo hía; pero no te alegrarás con sacrificios. Sacrificio es á Dios el espíritu atribulado; el corazon contrito y humillado, Señor, no lo despreciarás. Esta bienaventurada humildad con decir por boca de David (*s*): Pequé al Señor, habiendo hecho un adulterio y homicidio, meresció oir: Quitado ha el Señor de tí tu pecado.

Sentencia es de aquellos padres, dignos de eterna memoria, que los trabajos y ejercicios de virtud corporales son camino para alcanzar la humildad. Yo añado á esto la obediencia y la rectitud del corazon; porque estas dos virtudes naturalmente contradicen á la hinchazon de la soberbia. Si la soberbia hizo demonios de ángeles, tambien la humildad podrá hacer ángeles de demonios. Por tanto los que están caidos, no desmayen, si trabajan por levantarse. Démonos priesa, y trabajemos con todas nuestras fuerzas por subir á la cumbre desta virtud, ó á lo ménos á subir sobre sus hombros. Y si aun esto nos impide nuestra pereza, no nos dejemos caer de sus brazos; porque el que desos cayere, no alcanzará premio eterno.

Los niervos y caminos por do se alcanza esta virtud, no son hacer milagros, sino la desnudez de todas las cosas, y la peregrinacion del ánima, que es menosprecio cordial de todas ellas, y el encubrir cautamente nuestra sabiduría, y el hablar con simplicidad y sin artificio, y dar limosna, y disimulacion de la nobleza, y el destierro de la vana confianza, y el silencio y freno de la lengua. Porque ninguna cosa ha habido entre las exteriores, que así haya podido algunas veces humillar el ánima, como el estado de la pobreza, y el vivir bajamente como un pobre mendigo. Porque entónces se declara nuestra filosofía y sabiduría, y nuestro amor para con Dios, cuando pudiendo ser grandes, huimos castísimamente la grandeza.

Si algunas veces te armares contra algun vicio, aprovéchate señaladamente para esto de la compañía y socorro de la humildad, y con ella vencerás; con ella andarás sobre las serpientes y basiliscos, y hollarás al leon y dragon (*t*), que es el pecado, y la desesperacion, y el demonio, y el dragon deste cuerpo venenoso. La humildad es un celestial instrumeuto, el cual es poderoso para levantar el ánima del abismo de los pecados hasta el cielo.

Como un religioso pusiese una vez los ojos de su corazon en la hermosura desta virtud, estando atónito y maravillado de verla, rogábale tuviese por bien decirle el nombre del padre que la habia engendrado. Al cual

(*k*) Num. 22. (*l*) 1. Cor. 4. (*m*) Luc. 18. (*n*) Luc. 23.

(*o*) Job. 2. (*p*) Ibid. 30. (*q*) 4. Reg. 21. 2. Paralip. 33.
(*r*) Psalm. 50 (*s*) 2. Reg. 12. (*t*) Psal. 90.

ella sonriéndose, con un semblante sereno, y con un rostro claro y resplandesciente: ¿cómo (dijo) quieres saber cuál sea el nombre de mi padre, pues mi padre no tiene nombre? No te diré eso hasta que poseas á Dios.

CAPITULO XXVI.

Escalon veinte y seis: de la discrecion para conoscer los pensamientos, los vicios y las virtudes.

La virtud de la discrecion tiene tambien sus grados como las otras virtudes. Porque en los que comienzan, discrecion es verdadero conoscimiento así de sus defectos como de su aprovechamiento. En los medianos es una noticia intelectual que sabe hacer diferencia sin algun error entre el bien y el mal, y entre el bien espiritual y natural. Mas en los perfectos es una ciencia alcanzada por lumbre y enseñanza de Dios; y esta ciencia es tal, que con su lumbre puede aclarar las cosas que en otros están escuras, explicando las dudas, y dando la verdadera difinicion dellas.

O por ventura, universalmente hablando, podemos decir que la discrecion es un verdadero y cierto conoscimiento de la voluntad de Dios acerca de lo que debemos hacer en todo tiempo, lugar y negocio; el cual conoscimiento suelen tener los limpios de corazon, de cuerpo y de boca, porque esta manera de limpieza es necesaria para participar los rayos de la divina luz. Discrecion es una conciencia limpia, y un conoscimiento purgadísimo para las cosas de Dios.

El que derribó con religiosa piedad los tres primeros y principales vicios, que son soberbia, avaricia y lujuria, vencidos estos, derribó los otros que de estos tres primeros nascen; mas el que no ha vencido aquellos, no vencerá unos ni otros. El que hubiere oido ó visto algun religioso que haya aprovechado y subido sobre toda naturaleza en la vida monástica, y no entendiere cómo esto sea posible, no haga su ignorancia argumento de incredulidad; porque donde mora Dios, que es sobre toda naturaleza, no es mucho hacerse cosas sobre naturaleza.

De tres principios generales proceden todas las batallas que se levantan contra nosotros: ó de nuestra negligencia, ó de nuestra soberbia, ó de la invidia de los demonios, entre los cuales modos el primero es miserable, y el segundo miserabilísimo, y el tercero bienaventurado. En todas las cosas estemos atentos al testimonio de nuestra conciencia, y por ella miremos la parte por do sopla el aire del Espíritu Sancto, y hácia esa tendamos las velas, siguiendo la manera de vida y ejercicios á que Dios nos llama, cuando son conformes á la lumbre de su doctrina.

Tres maneras de despeñaderos nos aparejan los demonios en todo lo que habemos de hacer segun Dios. Porque primeramente trabajan por impedirnos la buena obra; y si con esto no salen, procuran que se haga indebidamente, faltándole alguna de las circunstancias que ha de tener, especialmente la pureza de la intencion; si en esto fueren vencidos, entónces secretamente se llegan á nuestra ánima, alabándonos y diciéndonos que somos bienaventurados, pues hacemos todas las cosas segun Dios. Contra la primera arte ayuda la consideracion y cuidado solícito de nuestra muerte; contra la segunda la subjeccion y obediencia, y el menosprecio de sí mismo; mas contra la tercera vale el acusarse el hombre siempre, y vivir descontento de sí mismo.

Pero esto es trabajo para nosotros hasta que entre el fuego de Dios en el sanctuario de nuestra ánima; porque entónces no tendrá ese poder en nosotros la fuerza de las malas costumbres. Porque nuestro Señor Dios es un fuego vivo que consume y deshace todos los movimientos y ardores de nuestra concupiscencia, nuestras tinieblas, nuestra presumpcion, y toda nuestra ceguedad interior y exterior, visible é invisible, pues consume todos los pecados.

Lo contrario de lo cual suelen hacer los demonios, que cuando se han apoderado de nuestras ánimas, y escurecido la luz de nuestros entendimientos, ninguna cosa que sea agradable á Dios dejan en nosotros miserables: no templanza, no discrecion, no conoscimiento, no reverencia, sino por el contrario insensibilidad, indiscrecion, privacion de la vista interior y destierro de la contricion. Conoscen claramente esto que dijimos, los que hicieron penitencia despues de haber caido en la fornicacion, y los que desterraron de sí su loca confianza, y los que mudaron en vergüenza su desvergüenza, los cuales cuando despues de aquella tan grande ceguera abren los ojos, y vuelven en sí, se corren y han vergüenza de sí mismos, y de las cosas que hicieron ó dijeron cuando estaban en aquella ceguedad.

Si en el dia de nuestra ánima no se nos hace tarde, poniéndosenos el sol, y dejándonos en tinieblas; miéntras durare esta luz, no hurtarán los ladrones, ni matarán, ni echarán á perder nuestras ánimas. Hurto es perdimiento de la substancia y de la hacienda. Hurto es obrar lo que no es bueno, creyendo que lo es; porque entónces queda el ánima defraudada, y como robada del premio del verdadero bien. Hurto es cautiverio del ánima no conoscido, que es cuando el ánima sin sentirlo queda cautiva y subjecta al demonio. Muerte del ánima es cometer obras malvadas, con las cuales muere el espíritu racional, pues es privado de su verdadera luz y vida, que es Dios. Perdicion es la desesperacion que se sigue despues de acabada la maldad.

Ninguno diga que hay imposibilidad en los preceptos del Evangelio, porque ánimas hubo que hicieron aun mas de lo que les era mandado en el Evangelio. La prueba desto es aquel sancto varon, que amó mas al prójimo que á sí mismo (*a*): esto es, mas que á su propria vida, la cual puso por él, en caso que no era obligado á ponerla.

Estén confiados y esforzados los humildes, aunque sean tentados de diversos vicios y perturbaciones, y aunque caigan en todas estas hoyas, y estén enredados en muchos lazos, y padezcan muchas enfermedades; porque al cabo el Señor los sanará; y despues que estuvieren sanos, vendrán á ser médicos, y lumbreras, y gobernadores de todos, y serán parte para guardar y tener en pié los que estaban para caer, mediante la experiencia de lo que ellos padescieron. Mas si algunos hay que todavía están subjectos á las tentaciones de los vicios pasados, y estos con breves y simples palabras pueden amonestar á los otros (por la experiencia que tienen, como hombres acuchillados, que suelen ser buenos zurujanos), amonéstenlos; porque podrá acaescer que alguna vez habiendo vergüenza desas mismas palabras, se

(*a*) Joan. 15.

esforzarán á bien obrar; mas no por eso tomen cargo de la gobernacion de los otros. Y á los tales podrá acaescer lo que aconteció á unos que estaban caidos en un cenagal, los cuales estando así tan enlodados, avisaban á los caminantes de la manera que habian allí caido, para que no cayesen ellos de la misma manera. Lo cual espiritualmente ha acaescido así algunas veces, y el Señor todo poderoso sacó del cieno á los que desta manera procuraron la salud de los otros. Mas si algunos viciosos de su propria voluntad se quisieron revolcar en el cieno, estos con su silencio nos deben dar doctrina; á imitacion de aquel Señor que primero comenzó á hacer, y despues á enseñar (*b*).

¡Oh monjes humildes! mirad que es grande y bravo este piélago por donde navegais; el cual está lleno de malos espíritus, de rocas, de remolinos, de aguas, de cosarios, de bestias marinas, de vientos tempestuosos, y de bravas ondas. Por las rocas entiendo espiritualmente la ira furiosa y repentina, en la cual muchas veces se despedaza nuestra ánima, como el navío en las peñas de la mar. Por los remolinos entiendo acaescimientos inopinados que cercan nuestra ánima, y la ponen en peligro de desesperar y sumir en los abismos. Bestias marinas llamo estos salvajes y fieros cuerpos nuestros. Cosarios son los cruelísimos espíritus de vanagloria, los cuales nos roban las mercaderías y trabajo de las virtudes que llevamos, cuando nos las hacen hacer por vanagloria. Las ondas son este vientre hinchado y lleno de manjares, que con su proprio ímpetu nos echa á las bestias. Y viento tempestuoso es la soberbia, que bajó del cielo, la cual nos levanta hasta el cielo, y nos derriba en los abismos.

§. I.

De las virtudes y ejercicios de los tres estados: conviene á saber, de los que comienzan, y de los que aprovechan, y de los perfectos, y tambien de otras cosas que aprovechan á la discrecion.

Saben todos los que han aprehendido letras, cuál sea la doctrina de los que comienzan, y cuál la de los medianos, y cuál la de los perfectos. Conviene pues tener gran atencion, y mirar no nos estemos toda la vida en ejercicios de principiantes; porque confusion grande es ver un viejo andar en la escuela con los muchachos. Pues para esto será cosa muy provechosa y saludable saber este espiritual *A B C* de veinte y cuatro letras, que es proprio de los principiantes (aunque no deja en su manera de ser tambien commun á todos), el cual es el que se sigue: Obediencia, ayuno, cilicio, ceniza, lágrimas, confesion, silencio, humildad, vigilias, fortaleza, frio, trabajo, miseria, menosprecio de sí mismo, contricion, olvido de las injurias recibidas, hermandad, mansedumbre, fe simple y ajena de toda curiosidad, destierro de los cuidados del siglo, amable y sancto odio de nuestros padres, repudio de toda desordenada aficion, simplicidad ayuntada con innocencia, y vileza voluntaria.

Mas el fin y las virtudes de los que aprovechan, son estas: Esperanza fácil, quietud, discrecion, memoria continua de la cuenta del juicio final, misericordia, hospitalidad, correccion discreta y modesta, oracion libre de toda perturbacion, destierro de la avaricia.

Mas las virtudes y el fin de aquellos espíritus y cuerpos que religiosamente han llegado en esta carne mortal á la cumbre de la perfeccion, son estas: Corazon fijo siempre ó casi siempre en Dios, sin haber cosa que lo aparte dél; caridad perfecta, fuente de donde manen siempre arroyos de humildad; peregrinacion del ánima, que es olvido y desamparo de todas las cosas transitorias; participacion copiosa de la divina luz; oracion pura y libre de todo derramamiento; deseo de la muerte; aborrescimiento de la vida, en cuanto es materia de peligros; huida del cuerpo á la soledad, abismo de ciencia, casa de misterios, guarda de los secretos divinos, intercesor de la salud del mundo; ser poderoso para hacer fuerza á Dios; ser compañero de los ángeles en su servicio; ser morada espiritual y templo vivo de Cristo; ser procurador de la salud de los hombres, dios de los demonios, señor de los vicios, enseñoreador del cuerpo, reformador de la naturaleza, peregrino entre los pecados, aposento de la bienaventurada tranquilidad, imitador del Señor mediante el ayuda del mismo Señor.

Necesidad tenemos de gran solicitud y vigilancia cuando estamos enfermos; porque cuando los demonios nos ven así derribados, y que no podemos por entónces usar de ejercicios corporales contra ellos por causa de nuestra flaqueza, entónces nos combaten mas fuertemente. Y á los hombres del mundo, cuando así están, combaten con tentaciones de ira, y algunas veces de blasfemia; mas á los que están apartados del mundo, si tienen abundancia de las cosas necesarias, combátenlos con tentaciones de gula y lujuria; pero si están en lugares donde carescen de toda humana consolacion, como conviene á caballeros de Cristo, importúnanlos estos tirannos con tentaciones de accidia y de perpetua tristeza.

Noté una vez que este lobo de la fornicacion por una parte acrescentaba dolores al enfermo, y por otra en medio de los mismos dolores despertaba en él deshonestos movimientos, y molestábalo con evacuacion de feos humores. Y era cosa mucho de espantar ver tan viva y tan encendida la tentacion de la carne entre crueles estímulos de dolores.

Otra vez, llegándome á visitar los enfermos, vi algunos dellos con grande consolacion y compuncion que Dios obraba en sus ánimas, mediante la cual no sentian los dolores que padescian; por donde estaban tan contentos con su enfermedad, que deseaban no carescer della, viendo que por ella (como por una saludable pena) se libraban de muchos vicios y peligros. Por donde vine á glorificar á Dios, el cual con un lodo habia lavado y relavado otro.

Nuestra ánima, que es substancia intelectual, está vestida de un sentido y conoscimiento intelectual, que es aquella lumbre que Dios nos participó para conoscer el bien y el mal. Esta lumbre, que aunque no es nuestra, está en nosotros por mano de Dios, nunca cesemos de esclarescerla y acrescentarla por todos los medios que puede ella crescer; porque estando ella clara y resplandesciente, todos los otros sentidos exteriores tambien lo estarán, obedesciéndola y conformándose con ella, y esto es lo que conoscia un sabio, cuando decia: Hallarás dentro de tí un sentido y una lumbre divina.

La vida monástica ha de ser perfecta en todas las cosas, y así ha de ser ejercitada principalmente en el espíritu y ejercicios interiores, y así tambien en las obras, y en las palabras, y en los pensamientos, y en la mortificacion de las pasiones, y finalmente en todas las cosas;

(*b*) Act. I.

para que, como dice el Apóstol (*c*), sea el varon de Dios perfecto, y esté para todas las buenas obras aparejado. Porque si de otra manera se hace, no será vida monástica, y mucho ménos angélica, como es razon que lo sea.

Una cosa es la providencia de Dios, y otra su ayuda, y otra su guarda, y otra su misericordia, y otra su consolacion. Lo primero pertenesce á todas las criaturas, de que él tiene providencia; lo segundo, á los infieles; lo tercero, á los fieles que de tal manera tienen fe, que tambien tienen caridad; lo cuarto, á los que le sirven en su casa, como domésticos suyos (cuales son los religiosos); y lo postrero, á aquellos que le aman tan entrañablemente, que merescen nombre de familiares amigos suyos, y así son por él maravillosamente consolados.

Muchas veces acaesce que lo que para uno es medicina, para otro sea veneno; y (lo que mas es) lo que para uno, aplicado en un tiempo, es medecina, aplicado en otro, le podrá ser corrupcion. Vi un médico ignorante y mal considerado, que se puso á deshonrar é injuriar un enfermo, estando él quebrantado y turbado, el cual ningun otro beneficio le hizo, sino hacerle desesperar. Vi tambien otro médico ingenioso y sabio, el cual curó la hinchazon y soberbia de un corazon con el cauterio de la ignominia, y con esto evacuó todo el mal humor que en él habia. Vi tambien un enfermo, el cual se puso á beber la purga de la obediencia para curar con ella las inmundicias de su ánima, y vilo moverse, y andar, y no dormir en los ejercicios de la virtud. Y otro vi que teniendo los ojos de su ánima enfermos, perseverando en el silencio y quietud, fué remediado. El que tiene oídos para oir, oiga (*d*).

Algunos hay que naturalmente son inclinados á la continencia, al reposo de la soledad, á la castidad, á la mansedumbre y á la compuncion, y á no presumir de sí mismos: y no sé yo cuál sea la razon desto; porque no me atrevo á escudriñar con curiosidad y soberbia las obras de Dios. Otros hay que por el contrario tienen un natural muy repugnante á todas estas virtudes; los cuales con todo esto insisten con grandes fuerzas en contradecir á sí mismos. Y aunque estos algunas veces desvaran y caen, con todo eso los abrazo yo, y tengo por mejores que los otros, como á vencedores de la misma naturaleza. Esto digo, siendo la compuncion en todas las otras cosas igual.

No tengas, hombre, altos pensamientos, ni te engrandezcas en las riquezas que alcanzaste sin trabajo; porque aquel Señor, que es dador de los dones, y conoscedor de tus males, de tu perdicion y de tu flaqueza, determinó de prevenirte y salvarte con su gracia, por sola su bondad y misericordia.

La doctrina y las costumbres, y la buena ó mala crianza que tuvimos siendo niños, nos acompaña despues que habemos entrado en los ejercicios de la conversacion y vida monástica, y allí nos ayudan ó desayudan, segun lo que ántes fuéron.

La luz de los monjes son los ángeles, y la luz de los hombres son los monjes y la disciplina de la vida monástica. Trabaja pues con todas tus fuerzas por ser un perfectísimo dechado de todos, sin dar jamas á nadie motivo de escándalo ni ofension; porque las obras que los monjes hacen, son ejemplos y reglas de vivir que proponen á todos, y finalmente, si esos (que son la luz del mundo) se hacen tinieblas, los hombres del mundo (que son las tinieblas) ¿cuánto mas se escuresceran? Por tanto, si á mí quereis obedescer, ó monjes obedientes, conviene en todo caso que no seamos instables en nuestras costumbres, ni dividamos nuestra miserable ánima en diversos estudios y aficiones; porque estando así divididos no podrémos pelear contra diez veces cient mil millares de enemigos que pelean contra nosotros, cuyas astucias y engaños no podrémos alcanzar y descubrir; y armémonos principalmente en nombre de la beatísima Trinidad contra los tres principales enemigos de nuestra ánima, que son amor de honra, amor de hacienda, y amor de deleites, que son los tres primeros de los siete vicios capitales, de quien proceden todos los otros.

Porque verdaderamente si anduviere en nuestra compañía aquel que convirtió la mar en tierra seca, tambien nuestro Israel (que es nuestra ánima contempladora en Dios) pasará por la mar deste siglo sin temor de sus ondas furiosas, y verá los egipcios (que son los pecados) ahogados en el mar de las lágrimas. Mas si él no estuviere en nosotros, ¿quién podrá sufrir el bramido de sus olas, que son los furiosos ímpetus y pasiones de nuestra carne? Si resuscitare el Señor en nosotros (dándonos espíritu de vida activa), luego serán disipados sus enemigos. Y si nos llegáremos á él por medio de la vida contemplativa, huirán de su cara y de la nuestra los que á él y á nosotros aborrescen.

Trabajemos por aprehender los mandamientos de Dios, más con sudores y ejercicios de virtudes, que con palabras y leccion de libros; aunque esto tambien no caresce de su fructo. Los que oyen decir de algun tesoro que está escondido, búscanlo con grande diligencia; y por el gran trabajo que pusieron en buscarlo, guárdanlo despues con gran recaudo; porque los que alcanzan riquezas sin trabajo, fácilmente las gastan y desperdician. Dificultosa cosa es vencer las pasiones á que de mucho tiempo estamos acostumbrados; mas los que cada dia las acrescientan obedesciendo á sus apetitos, estos, ó han ya desesperado, ó ninguna cosa alcanzaron con dejar el mundo, pues no dejaron á sí mismos: aunque á Dios ninguna cosa es imposible.

Una cuestion me fué preguntada, dificultosísima de determinar, y que no solo excedia la capacidad de mi ingenio, mas tambien la de todos los otros, y que hasta agora en ningun libro de los que yo he visto, está tratada. Y la cuestion era, cuáles sean los principales hijos de los ocho vicios capitales, y cuál, de los otros mas principales (que son los tres primeros), es el padre y principio de los otros cinco. Yo, confesando claramente mi ignorancia, oí decir á aquellos bienaventurados padres estas palabras: La concupiscencia de la gula es madre de la fornicacion; y la vanagloria de la accidia, y la tristeza desordenada y la ira, son orígen de los otros tres vicios; así como la vanagloria es principio de la soberbia, segun que arriba se declaró.

Yo despues desto quise saber de aquellos varones dignos de eterna memoria, qué vicios eran los que nascian destos ocho principales, y cuál propriamente nascia de aquel. Entónces ellos con un rostro blando y alegre, y sin ninguna repunta de soberbia, me dijeron: Ninguna órden ni razon de prudencia hay en las cosas desvariadas y locas, sino ántes confusion y perversion de toda órden. Y esto probaban con verdaderos ejemplos y

(*c*) 1. Cor. 1. 2. Tim. 2. (*d*) Matth. 11.

razones, trayendo para ello muchos documentos, de los cuales engerirémos algunos en esta obra, para que por ellos se puedan entender perfectamente otros muchos.

Pongamos por ejemplo. La risa sin propósito unas veces nasce de la fornicacion, y otras de la vanagloria, cuando alguno dentro de sí mismo torpemente se gloría; y otras veces nasce de deleites y regalos. El mucho sueño unas veces procede destos mismos deleites, y otras veces del ayuno, cuando los que ayunan se ensoberbescen por esto; y otras veces procede de la pereza, y otras de la misma naturaleza.

El mucho hablar unas veces nasce de mucho comer, y otras de vanagloria. La accidia ya procede de deleites y regalos, y tambien del menosprecio del temor de Dios. La blasfemia propriamente es hija de la soberbia, y algunas veces tambien vendrá de juzgar al prójimo, en la misma culpa que nosotros tenemos, ó tambien de invidia de los demonios.

La dureza de corazon trae su orígen á veces de la hartura, y muchas veces de la insensibilidad, y de la aficion viciosa y carnal. Y esta aficion procede de la fornicacion, y de la vanagloria, y de la avaricia, y de la gula, y de otras muchas causas. La malicia se deriva de la hinchazon y de la soberbia, y tambien de la ira. La hipocresía principalmente procede de estar el hombre muy contento de sí mismo, y de querer regirse por su propia cabeza, y no por la ajena.

Las virtudes contrarias á estos vicios, de contrarias causas se engendrarán; y por no ser mas prolijo (porque ántes me faltaria tiempo que materia de hablar), la que degüella todos estos males, es la humildad; y quien á ella poseyere, será vencedor de todo. La madre de todos los males es el deleite, acompañado con malicia; y quien destos dos males estuviere preso, no verá á Dios; ni nos bastará la victoria del primero, si no venciéremos el segundo.

Aprendamos, hermanos, á temer á Dios, del temor que los hombres tienen á los príncipes, y á las bestias fieras; y aprendamos tambien á amarlo, del amor que los hombres del mundo tienen á la hermosura de los cuerpos; porque no es inconveniente traer ejemplos de los viciosos y de los vicios para las virtudes.

Fuertemente ha degenerado y declinado esta presente edad á la malicia, y toda está llena de soberbia y fingimiento. La cual por ventura hasta agora imita el ejemplo de los padres antiguos, en la aspereza de los trabajos corporales; mas con esto está muy léjos de tener las gracias que ellos tuvieron; como quiera que sea verdad, segun yo pienso, que nunca la naturaleza estuvo tan necesitada dellas como agora. Y justamente padescemos esta falta, porque no se deleita Dios con los trabajos corporales, sino con simplicidad y humildad; y á los que estas virtudes tienen, señaladamente se communica él. Y pues la virtud se ejercita y hace mas perfecta en las aflicciones y trabajos, síguese que no despreciará él al trabajador humilde.

Cuando viéremos algunos de los caballeros de Cristo padescer enfermedades corporales, no atribuyamos la causa desto á sus pecados, sino ántes recibiéndole con pura y simple caridad, como uno de nuestros miembros, y como un soldado que sale herido de la batalla, así le hagamos todo buen tratamiento y servicio. Unas enfermedades nos vienen para purgacion de nuestros pecados, y otras para humillacion de nuestro ánimo. Porque aquel piadoso y clementísimo Señor nuestro, muchas veces, cuando ve algunos mas perezosos para el ejercicio de los trabajos, humilla su carne por medio de la enfermedad, así como por un mas liviano y mas fácil ejercicio; y á veces con esto tambien libra su ánima de algunos vicios y malos pensamientos.

Todas las cosas que nos acaescen, visibles ó invisibles, de necesidad las habemos de tomar, ó virtuosamente, ó viciosamente, ó en una mediana manera. Ví tres religiosos que habiendo recibido un mismo daño, el uno lo sufrió mal, y el otro no recibió por eso demasiada pena, y el tercero lo tomó con grande alegría. Vi tambien algunos labradores que sembraron su simiente con diversas intenciones. Uno sembró por allegar riquezas, otro por pagar á sus acreedores, otro por tener con qué hacer servicios y presentes á su señor, otro para que con la hermosura de la labor y de la mies ganase honra de buen labrador, otro para quebrar con esto el ojo á algunos émulos y enemigos que tenia, otro porque no le tuviesen los hombres por perezoso y holgazan. Estos nombres de labradores y de simientes significan los ayunos, y las vigilias, y las limosnas, y los ministerios y oficios de caridad, y otras cosas semejantes; y los que tales simientes como estas siembran, deben examinar espiritualmente sus intenciones, conforme á lo que aquí está declarado.

Así como acaesce algunas veces que cogiendo agua de la fuente, á vueltas del agua cogemos alguna rana: así tambien ácaesce que cuando queremos ejercitar las virtudes, se entremeten con ellas tambien secretamente algunos vicios que están anexos á ellas, y tienen con ellas semejanza; lo cual es mucho para temer. Declaremos esto por ejemplos. Con la hospitalidad se suele juntar la gula; con la caridad la demasiada familiaridad, la parlería y el amor carnal; con la discrecion se entremete la astucia y la reputacion de la propria suficiencia; con la prudencia se acompaña muchas veces la malicia; con la mansedumbre la pereza; con la afabilidad la lisonja; con la gravedad la ociosidad; con la justicia el celo desabrido ó indiscreto, y la porfía, y el contentamiento de sí mismo, y el regirse por su proprio parescer, y la dureza, y la desobediencia; porque todos estos vicios tienen color é imágen de justicia.

Con el silencio se junta á veces soberbia y presumpcion de querer enseñar á otros, y juicio temerario, descontentamiento de los hechos de los otros, impaciencia contra los que hablan, amargura de corazon, é indiscrecion; con el gozo espiritual se mezcla algunas veces soberbia, jactancia y propria reputacion; con la esperanza anda muchas veces anexa la pereza y la negligencia, y la tibieza de la penitencia y de la contricion; con la caridad se mezcla (demas de lo dicho) el juzgar á los prójimos; con la vida solitaria la accidia, la ociosidad, y el ejercicio inútil y sin provecho; con la castidad, la arrogancia y el desabrimiento; con la humildad el silencio dañoso en el tiempo que es hollada la justicia. Y con todas estas virtudes suele muchas veces juntarse la vanagloria, que es como un colirio de todas ellas, que les unta los ojos, y las dispierta á obrar: ó por mejor decir, como un veneno mortal que las corrompe á todas.

No nos entristezcamos cuando pidiendo algo al Señor no luego somos oidos; porque querria el Señor, si así

conviniese, que todos los hombres en un punto se hiciesen perfectos. Todos los que piden algo al Señor, y no alcanzan luego lo que piden, será por alguna destas causas; ó porque piden fuera de tiempo; ó porque piden indignamente, ó con alguna vanagloria; ó porque si consiguiesen lo que piden, se levantarian con soberbia; ó porque se harian por ventura negligentes, si alcanzasen lo que desean.

§. II.

Prosigue la materia de la discrecion, dando diversos avisos y documentos della.

No hay quien no sepa que los demonios, los vicios y las perturbaciones, que son los movimientos del ánima desordenados, se apartan de nosotros; mas no todos saben en qué manera se haga este apartamiento; lo cual tambien aquí tocarémos brevemente. Suelen apartarse los vicios, no solo de los fieles, sino tambien de los infieles; aunque muchas veces queda uno. Porque este solo deja el demonio, como príncipe de todos los otros, para que hincha el lugar de todos ellos; pues él es tal y tan ponzoñoso, que bastó para derribar aun del mismo cielo. Hay una cierta manera de apartarse los vicios del ánima, y es, cuando la materia dellos se consume y gasta con el fuego del Espíritu Sancto que en el ánima entra, así como la leña se consume con el fuego material. De suerte, que desarraigado el monte y purgada el ánima, quedan mortificados los vicios, si nosotros no los volvemos á resuscitar con nuestra negligencia ó soberbia, ó con tratos y aficiones sensuales.

Algunas veces tambien se van los demonios y nos dejan, porque asegurados y descuidados con la paz y con su partida, durmamos en el camino de Dios, y así nos tomen despues desapercebidos, y vuelvan á saltear el ánima miserable. Tambien sé que estas bestias fieras se suelen esconder por otra manera: conviene saber, cuando el ánima está ya habituada y acostumbrada á mal vivir, y hecha conforme á ellos. Porque entónces ella misma toma las armas contra sí, y se hace enemigo suyo por la fuerza de la costumbre. Ejemplo tenemos desto muy claro en los niños de teta, que como están acostumbrados á mamar, si les ponen los dedos en la boca, maman en ellos, por la costumbre que desto tienen.

Conoscí yo una manera de tranquilidad en el ánima, la cual procedia de una gran pureza y simplicidad; porque justa es el ayuda del Señor, el cual hace salvos á los rectos de corazon (*e*), y los libra de muchos males sin que ellos lo sientan; como acaesce á los niños, que estando desnudos no sienten que lo están; la malicia es vicio que está en la naturaleza: aunque no está en ella naturalmente; porque no es Dios criador de vicios, ántes crió en nosotros muchas virtudes naturales, entre las cuales una es la compasion y limosna, la cual se halla aun entre los gentiles; otra es la caridad, por la cual aquí entendemos el amor natural, el que se halla aun entre animales mudos, que algunas veces muestran y tienen sentimiento unos sobre la muerte de otros; otra la fidelidad que guardan los hombres entre sí; y otra la confianza que tienen; como paresce en los que navegan, y emprestan, y toman medicinas, esperando buen suceso de todas estas cosas. La caridad es natural virtud en nosotros, en la manera que arriba se declaró; y pues el vínculo y cumplimiento de la ley de Dios consiste en caridad, no está muy léjos de nuestra naturaleza el cumplimiento de la ley de Dios, pues tiene esta manera de principio y disposicion en ella: aunque esto no baste sin la divina gracia. Hayan pues vergüenza los que se excusan del ejercicio de las virtudes, alegando imposibilidad.

Yo confieso que son sobre la naturaleza estas virtudes: castidad, humildad, oracion, vigilias, ayunos, mortificacion de la ira, y perpetua compuncion. De algunas destas virtudes son maestros los hombres, y de otras los ángeles, y de otras señaladamente Dios, que es palabra y sabiduría eterna: aunque sea general enseñador de todas.

Regla general es que de dos males inevitables el menor se ha de escoger; y por el contrario, de los bienes el mayor; de donde resulta que cuando estamos en oracion, si por otra parte vienen los hermanos á nosotros, por donde es necesario, ó dejar la oracion, ó despedirse ellos tristes, en tal caso mejor es dejar la oracion, que dejar la caridad; porque la oracion es una particular virtud, mas la caridad abraza todas las virtudes.

Siendo yo mancebo, y llegando una vez á un castillo, y sentándome á la mesa á comer, vime luego tentado de dos vicios: conviene saber, de vanagloria y de gula. Pero temiendo yo el hijo que nasce de la gula, incliméme mas al de la vanagloria; puesto caso que no debiera yo vencer un vicio con otro: aunque muchas veces he notado que en los mancebos el espíritu de la gula suele vencer al de la vanagloria, como paresce que lo pide aquella edad.

Entre los hombres que viven en el mundo, la raiz de todos los males es la cobdicia; mas entre los monjes es la concupiscencia de la gula y la hartura del vientre. En los varones espirituales se hallan algunas veces algunos vilísimos vicios, los cuales por maravillosa dispensacion de Dios quedaron en ellos, para que acusando y reconosciendo en sí las tales poquedades y vilezas, que son sin pecado, alcancen segurísimas riquezas de humildad que nadie les pueda robar.

Dificultosa cosa es que el que vive sin subjeccion alcance luego en los principios verdadera humildad, aunque á Dios ninguna cosa haya dificultosa; porque por experiencia vemos que los que quieren saber alguna arte por sola su cabeza sin ayuda de maestro, desvarían en las cosas que hacen, imitando mas la apariencia de las cosas, que la verdad dellas.

En dos cosas señaladamente pusieron los padres la vida activa, y con mucha razon: la una, en la mortificacion de los apetitos y deleites, lo cual pertenesce á la virtud de la temperancia; y la otra, en la humilde subjeccion y obras de obediencia, con la cual se conserva esta misma vida.

Tambien hay dos maneras de llanto: una que degüella los pecados, con el dolor de la contricion; y otra que cria en nuestros corazones humildad, con el reconoscimiento de las proprias miserias y flaquezas. De los piadosos es dar á quien quiera que nos pide; pero de mayor piedad es dar tambien á quien no nos pide; mas no volver á pedir á quien por fuerza nos tomó algo, pudiéndolo hacer, obra es de aquellos que son ya señores de sus pasiones. En todas nuestras perturbaciones, así en los vicios como en las virtudes, nunca dejemos de exa-

(*e*) Psal. 7.

minarnos, y de escudriñar solícitamente adonde estamos, si en los principios, ó en el medio, ó en el fin.

Todas las guerras que los demonios mueven contra nosotros, proceden de una de tres causas: ó de apetito de deleites, ó de la soberbia y levantamiento de corazon, ó de invidia de los mismos demonios. Los postreros destos son felicísimos, los del medio infelicísimos; mas los primeros perseveran communmente hasta el fin sin provecho, andándose á caza de gustos y deleites.

Hay un afecto interior, ó por mejor decir, hábito virtuoso, el cual se llama sufridor de trabajos; y el que estuviere dotado deste don celestial, no temerá ya ni hurtará el cuerpo á los trabajos, ni les dará de mano. Con este venerable hábito estuvieron guarnecidas y armadas las ánimas de los sanctos mártires, cuando tan fuertemente sufrian los tormentos, y tan poco caso hacian dellos.

Una cosa es la guarda de los pensamientos, y otra la guarda del ánimo; y va tanta diferencia de lo uno á lo otro, cuanto dista el oriente del occidente; porque lo primero es apartar los pensamientos buenos de los malos, para desechar los unos, y coger los otros; mas lo segundo es guardar el ánima de todo afecto desordenado, y de todo distraimiento de pensamientos, teniéndola siempre ó casi siempre tan elevada y fija en Dios, que no dé lugar á nada desto.

Una cosa es orar contra los pensamientos, y otra luchar contra ellos, y otra de todo punto despreciarlos y no hacer caso dellos. De la primera manera usaba aquel que en este tiempo decia (*f*): *Deus in adjutorium meum intende: Domine ad adjuvandum me festina*; y otras cosas semejantes. De la segunda usaba el que decia (*g*): Responderé palabras de contradicion á los que pelean contra mí. Y en otro lugar (*h*): Pusístenos, Señor, para contradecir y pelear contra nuestros vecinos. Mas de la tercera manera es testigo aquel que dijo (*i*): Enmudecí y humilléme, y no abrí mi boca, y puse guardas en ella cuando el pecador se puso contra mí. Y en otro lugar (*k*): Los soberbios (dice él) entendian siempre en hacer mal; mas no por eso me aparté yo de estar contemplando en tí. Entre estas tres maneras la del medio se aprovecha de la primera, que es la lucha de la oracion, porque no se tiene por suficientemente armada con sus proprias fuerzas; mas la primera no puede todas veces rechazar los enemigos tan bien como la segunda; pero la tercera del todo punto sacude y hace huir de sí los enemigos.

Dificultosa cosa paresce, por via de naturaleza, que una substancia espiritual y sin cuerpo sea terminada y encerrada en algun cuerpo; mas al Criador no hay cosa imposible. Así como los que tienen muy vivo el sentido del oler, no pueden dejar de conocer al que trae consigo olores (aunque los traiga escondidos), así el ánima purísima no puede dejar de barruntar la suavidad del olor que ella alcanzó de Dios, ó el hedor de que fué librada cuando esto hay en los otros: quedando la otra gente sin sentir nada desto. No es de todos llegar á gozar de aquella bienaventurada paz y tranquilidad que gozan los perfectos, aunque de todos sea poder salvarse y reconciliarse con Dios.

No tengan que ver contigo aquellos hijos extranjeros (que son los herejes), los cuales quieren escudriñar curiosamente el repartimiento de las gracias y dones de Dios, y las lumbres y revelaciones que él por una secreta é inefable dispensacion reparte á los hombres; diciendo secretamente que Dios es aceptador de personas, pues da á unos y no á otros; porque los tales claramente se conosce que son hijos de soberbia, pues quieren juzgar á Dios: no mirando que donde no hay deudas sino dádivas, no ha lugar la aceptacion de personas.

Muchas veces el espíritu de la cobdicia y de la avaricia finge humildad para granjear con ella lo que desea; y así tambien el espíritu de la vanagloria nos incita á dar limosnas por alcanzar honra; y lo mismo hace el espíritu de la fornicacion, por hallar achaques y ocasiones para pecar. Dicen algunos que los demonios pelean entre sí unos con otros: yo digo que todos ellos están armados y conjurados para nuestra perdicion. Antes de todas nuestras obras, asi exteriores como interiores, han de preceder dos cosas: conviene á saber, grande deseo y firme propósito (que por obra de Dios se crian en nuestras ánimas), porque si esto no precediere, no se sigue lo demas.

Si todas las cosas que hay debajo del cielo, como dice el Ecclesiastés (*l*), tienen su tiempo diputado en que se han de hacer; no dejarán tambien de entrar en esta cuenta las cosas espirituales y sagrados ejercicios. Y por esto miremos diligentemente qué es lo que en cada tiempo se debe hacer.

Y primeramente entre los que pelean, hay tiempo de tranquilidad, y tambien de perturbaciones, por no ser tan diestros los que pelean: hay tiempo de lágrimas, y tiempo de sequedad y dureza de corazon: hay tiempo de subjeccion y obediencia, y tiempo de mandar y llevar el leme en las manos: hay tiempo de ayuno, y tiempo de comunicacion y refeccion: hay tiempo de guerra contra ese cuerpo nuestro enemigo, y tiempo de mortificar el fervor de nuestras concupiscencias: hay tiempo de invierno y tempestad del ánima, y tiempo de serenidad de espíritu: hay tiempo de tristeza de corazon, y tiempo de gozo espiritual; tiempo de enseñar, y tiempo de oir: hay tambien por ventura tiempo en que Dios permite inmundicias y caidas para curar nuestra soberbia; y hay tiempo en que Dios conserva el ánima en su pureza, por razon de su humildad: hay tiempo de lucha, y tiempo de holganza segura; tiempo de recogimiento y quietud solitaria, y tiempo de necesaria (aunque no disoluta) distraccion. Finalmente hay tiempo de infatigable oracion, y tiempo de purísimo servicio y ministerio, sin ningun fingimiento.

Por tanto no tomemos ántes de su tiempo lo que es proprio de cada tiempo, queriendo prevenir las cosas con nuestra soberbia; ni busquemos calor en tiempo de invierno, ni fructo en el tiempo de la sementera (porque tiempo hay de sembrar trabajos, y tiempo de coger gracias inefables); que de otra manera no alcanzarémos en sus tiempos lo que es proprio desos mismos tiempos.

Unos hay que por inefable providencia de Dios reciben el premio de sus trabajos ántes de los mismos trabajos, y otros en medio de los trabajos, y otros despues de los trabajos, y otros en la misma muerte, disponiéndolo así la inefable providencia de Dios. Aquí hay justa causa para preguntar, cuál destas cuatro órdenes de personas sea mas humilde; porque por una parte el que ménos trabajó, y por otra el que mas trabajó, cada uno tiene razon para mas humillarse.

(*f*) Psal. 69. (*g*) Ibid. 118. (*h*) Ibid. 79. (*i*) Ibid. 38.
(*k*) Ibid. 118.

(*l*) Eccl. 3.

Hay un linaje de desesperacion que procede de la muchedumbre de los pecados y de la carga de la conciencia, y de una intolerable tristeza que hace sumir el ánima en el abismo de la desesperacion con la grandeza desta carga. Hay otra manera de desesperacion que nasce de soberbia y presumpcion, la cual soberbia nos hace que nos tengamos por indignos de la calamidad y trabajo que nos vino, siendo ella mucho menor de lo que merescemos.

Y el que mirare diligentemente la condicion deste mal, hallará que este segundo se entrega por eso á todo género de vicios; mas el otro halló su perdicion en el ejercicio de la virtud, pues por no tomar la contricion como debia, vino á padescer naufragio en el mismo puerto: lo cual es grande inconveniente. Mas el uno destos males se remedia con la esperanza y abstinencia, y el otro con la humildad y con no juzgar al prójimo.

No debemos maravillarnos ni turbarnos como en cosa nueva, cuando viéremos algunos que hablando buenas palabras, hacen malas obras; porque por ventura no nos ensoberbezcamos juzgando al prójimo; pues aquella antigua serpiente cayó del cielo por haberse ensoberbecido. Esta forma y regla has de tener en todos tus buenos intentos, y en todo linaje de vida (ora sea en obediencia, ó fuera della, ora sea la obra que haces exterior, ora interior), para conoscer si lo que haces es segun Dios. Cuando siendo principiante pones manos en alguna buena obra, si con la ejecucion della no creciere mas tu humildad, conjectura que no fué toda ella hecha segun Dios. Y esta señal principalmente es para los principiantes; mas para los que están ya mas aprovechados, por ventura será el cesar ó disminuirse con esto las guerras y tentaciones. Pero en los perfectos, la señal desto es abundancia y acrescentamiento de la divina luz.

Las cosas que de suyo son pequeñas, por ventura no lo son en los ojos de los que de verdad son grandes (como paresce en los pecados veniales); mas las que son grandes en la estima de los pequeños, no por eso se sigue que de verdad sean grandes.

Cuando el aire está escombrado de nubes, vemos mas claramente los resplandores del sol; y cuando nuestra ánima está perdonada de sus pecados, y libre de los nublados de las pasiones, entónces participa los rayos de la divina luz.

Una cosa es pecado, otra ociosidad, y otra negligencia y otra vicio, y otra caida. Pecado es quebrantamiento de la ley de Dios, por palabra, ó por obra, ó por pensamiento. Ociosidad es no querer trabajar en la viña del Señor. Negligencia es hacer las obras con flojedad y tibieza. Vicio es pecado público y escandaloso. Caida es añadir el pecado desesperacion, que es el postrero de los males.

Algunos hay que tienen por cosa excelentísima hacer milagros, y ser señalados en las gracias *gratis datas*; no mirando que hay otras gracias muy excelentes, como es la caridad y humildad, y otras virtudes tales; las cuales cuanto son mas ocultas, tanto están mas seguras, y mas léjos de peligro.

El varon heróico que está ya perfectamente purgado, aunque no vea perfectamente el ánima del prójimo, todavía entiende la disposicion que en ella hay; segun aquello que está escripto (*m*): De la manera que resplandescen en el agua los rostros de los que se miran en ella, así los corazones de los hombres están descubiertos á los prudentes. Mas los que van camino de la perfeccion, estos por algunas conjecturas barruntan lo que hay en ellas; segun aquello que tambien está escripto (*n*): La vestidura del cuerpo, y la risa de los dientes, y el andar del hombre dan testimonio dél.

Muchas veces una centella de fuego quema toda una montaña, y un pequeño agujero agota una cuba de vino; y así tambien acaesce que un pequeño vicio, ó una ocasion de pecado, como fué en David la vista de Bersabé, fué causa de grandes daños. Muchas veces acaesce que el descanso y buen tratamiento del cuerpo no despierte el ardor de la concupiscencia, mas ántes por el contrario despierte la virtud del ánima, y el odio del mismo regalo del cuerpo; y otras veces por el contrario acaescerá que con la afliccion y maceracion del cuerpo, haya ardores y movimientos sensuales: para que por aquí veamos cómo no debemos confiar en nosotros, sino en Dios, que por secretas maneras suele mortificar esta carne. Verdad es que así lo uno como lo otro puede ser astucia del demonio, para que por esta via nos haga dejar el ayuno, y tener cuidado demasiado de nuestro cuerpo.

Cuando viéremos que algunos nos aman segun Dios, tengamos cuidado de no ser atrevidos ni demasiadamente confiados para con ellos; porque ninguna cosa hay que mas presto deshaga esta caridad, y la convierta en odio, que esta manera de atrevimiento. Los ojos interiores y la vista de nuestra ánima es muy espiritual, muy hermosa y muy clara, como aquella que despues de los ángeles excede á todas las especies y formas criadas; de donde nasce que aun los hombres viciosos, si del todo no están sumidos en el cieno de su carne, cuando son tratados benigna y caritativamente de los buenos, vengan por aquí á aficionarse á la hermosura de sus ánimas y de sus virtudes, y á veces á convertirse á Dios por este medio.

Si ninguna cosa hay tan contraria á aquella purísima naturaleza de Dios, como la materia, por aquí entenderémos que ninguna cosa habrá tan contraria á nuestro espíritu, como nuestra carne; y al conoscimiento intelectual, como la aficion sensual.

La demasiada solicitud y negocios hacen que los hombres del mundo sientan ménos y gocen ménos de la providencia de Dios; mas en los religiosos hacen que participen ménos la luz y el conoscimiento dél. Los imperfectos y de flaco ánimo entiendan que son visitados de Dios con las calamidades y azotes del cuerpo; mas los perfectos conjecturarán su visitacion con la presencia del Espíritu Sancto, y con el acrescentamiento de las gracias.

Cuando estamos acostados en la cama para tomar reposo, entónces viene el espíritu sucio á tirarnos saetas de pensamientos torpes y sucios, para que no levantándonos por pereza á tomar contra él las armas de la oracion, nos durmamos con estos malos pensamientos, y tales tengamos despues los sueños.

Hay entre los espíritus malos uno que se llama precursor, el cual nos acomete así como despertamos, y trabaja por inficionar el primero de nuestros pensamientos. Mas tú da al Señor las primicias del dia; porque todo él será de aquel que primero lo ocupare.

Un siervo de Dios me dijo una vez una palabra memo-

(*m*) Prov. 27.

(*n*) Eccl. 19.

rable y dignísima, de ser oida. Dende el principio (dijo él) de la mañana sé cuál haya de ser la jornada de todo el dia; dando á entender que cumpliendo enteramente con los ejercicios espirituales de aquella hora, todo lo demas le sucedia bien, y al reves cuando esto no cumplia.

Muchos son los caminos de la virtud y de la perfeccion. De donde nasce que lo que es contrario á uno es saludable á otro; porque la tentacion que á uno vence, á otro corona; y puesto caso que la intencion de ambos fuese agradable á Dios, acontesce que el que tuvo buena intencion al principio, á la prostre fué vencido.

Trabajan los demonios con todas sus fuerzas cuando nos tientan, por hacernos decir ó hacer alguna cosa que no convenga; y cuando no pueden salir con esto, estando ya quietos y vencedores, incítannos á que alabemos á Dios con un soberbio hacimiento de gracias.

Los que todo su gusto tienen ya en las cosas del cielo, si con algunos negocios los apartais desto, luego se vuelven lo mejor que pueden con su corazon al cielo; mas por el contrario, los que tienen su gusto en la tierra, aunque alguna vez se levanten á las cosas del cielo, luego se vuelven con el corazon á las cosas de la tierra.

Una criatura hay que recibió sér de Dios, no en sí apartada, sino en otro, que es nuestro cuerpo; y es cosa maravillosa de ver cómo ella permanesce despues de la muerte, estando fuera de aquel en quien recibió el sér. Las buenas madres paren buenas hijas, y Dios es el criador destas madres (que son las virtudes), las cuales él cria é infunde en las ánimas, de donde nascen las buenas obras, que son hijas espirituales dellas. Y esta regla se puede tambien entender en las cosas contrarias, que son los vicios, cuyo autor es aquel de quien está escripto (*o*): Mentiroso es y padre de la mentira. Moisen, ó por mejor decir, Dios por Moisen manda (*p*) que los tímidos y cobardes no vayan á la batalla; por donde se nos enseña que nadie acometa mayores cosas que las que piden sus fuerzas; porque no venga á ser el postrer yerro peor que el primero (*q*); lo cual señaladamente acaesce en los peligros de la carne.

§. III

Prosigue la materia de la discrecion, donde se dan diversas maneras de avisos y doctrinas para inteligencia de las cosas espirituales, y de las astucias y engaños del enemigo.

Así como el ciervo fatigado con el calor del sol desea las fuentes de las aguas (*r*), así los verdaderos monjes desean entender el beneplácito de la divina voluntad en las cosas que han de hacer, y no ménos de la contraria; y tambien de la que tiene mistura de ambas, como es la obra que en parte le agrada, y en parte le desagrada; cuales son las buenas obras, defectuosa y tibiamente hechas. Esta materia comprehende muchas cosas y muy dificultosas de declarar, para poder saber cuáles sean aquellas obras que se han de hacer luego sin alguna dilacion, por no caer en la amenaza de aquel que dice (*s*): ¡Ay de aquel que anda dilatando de un dia para otro, y de un tiempo para otro! Y asimismo cuáles sean aquellas que se han de hacer despacio, y con mucho consejo, segun aquella sentencia que dice (*t*): Con acuerdo y deliberacion se tratan los negocios de la guerra. Y segun la otra que dice (*v*): Todas las cosas se hagan honesta y ordenadamente. Y no es una de las cosas ménos dificultosas que hay, juzgar brevemente sin error las cosas que son dificultosas de averiguar, pues vemos que aquel divino Profeta en quien hablaba el Espíritu Sancto, muchas veces hace oracion por esto, diciendo (*x*): Enséñame, Señor, á hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios. Y en otro lugar (*y*): Guíame, Señor, con el conoscimiento de tu verdad. Y en otro lugar (*z*): Enséñame, Señor, el camino por donde tengo de ir; porque á tí levante mi ánima, apartándola de todos los cuidados y perturbaciones seculares.

Todos los que de verdad desean aprender cuál sea la voluntad de Dios, trabajen primero con toda diligencia por mortificar la suya. Y tras desto, haciendo oracion con fe é innocente simplicidad, y preguntando con summa humildad y sin perplejidad de corazon el parescer de los padres ó de los hermanos, reciban como de boca de Dios lo que ellos sanctamente les aconsejan, aunque las tales cosas sean contrarias á su intencion, y aunque los que son preguntados no sean muy espirituales ni muy perfectos, porque no es Dios injusto, para que consienta ser engañadas aquellas ánimas que con fe é innocencia húmilmente se subjectaron al juicio y consejo del prójimo. Y aunque sean mudos y ménos sutiles y sabios aquellos á quien pedimos consejo; mas aquel que por los tales habla, inmaterial es é invisible.

Los que esta regla guardan sin andar dudando ni vacilando, están llenos de una grande y profunda humildad. Porque si el profeta Eliseo profetizó y declaró sus misterios al sonido y música de un salterio (*a*), ¿cuánto mas excelente es el espíritu racional y el ánima intelectual, que este sonido mudo, para que Dios quiera enseñar á los humildes por él?

Mas con todo esto hay muchos que no queriendo seguir este perfecto y fácil camino, por estar muy contentos de sí mismos, y querer saber de sí y por sí mismos lo que es agradable á Dios, tuvieron muchos y diferentes paresceres y opiniones sobre este caso. Y á la verdad no faltan limitaciones y reglas con que esto se haya de entender, aunque la humildad echa gran cargo á aquel que es maestro de humildes, y da sabiduría á los pequeñuelos para no dejarlos errar.

Otros hubo que deseando saber lo que en esto se debia hacer, procuraron primeramente de apartar su voluntad de todo género de aficion, sin inclinarse mas á una parte que á otra, y sin tener mas cuenta con el sí que con el no; y presentada al Señor su ánima desnuda de toda propria voluntad por medio de una ardentísima oracion, vinieron despues á cierto tiempo á tener conoscimiento de lo que era mas agradable á la divina voluntad, ó por medio de alguna secreta inspiracion con que Dios los alumbró, ó con quitar perfectamente de su ánima la una de las dos opiniones que los tenian perplejos.

Otros hay que por otro medio alcanzaron cuál era la divina voluntad, que es por los impedimentos y contradicciones que no los dejaron salir con lo que pretendian, lo cual tomaron por respuesta de no ser su voluntad, conforme á aquello que el Apóstol dice (*b*): Quisimos venir á vosotros una y dos veces, y Satanas nos impidió este camino, permitiéndolo así el Señor.

(*o*) Joan. 8. (*p*) Deut. 20. (*q*) Matt. 27. (*r*) Psal. 41.
(*s*) Eccl. 5. (*t*) Prov. 20.

(*v*) 1. Cor. 14. (*x*) Psal. 142. (*y*) Ibid. 24. (*z*) Ibid. 141.
(*a*) 4. Reg. 3. (*b*) 1. Thes. 2.

Otros por el contrario, corriéndoles un próspero tiempo, y sobreviniéndoles un súbito y no esperado socorro, tomaron esto por conjectura de ser esta la voluntad de Dios, acordándose que es general condicion suya ayudar y obrar juntamente con aquel que se dispone á hacer lo que debe.

El que posee á Dios dentro de sí mismo, y goza de los resplandores de su luz, suele ser enseñado por él en aquella segunda manera acerca de lo que debe hacer, así en los negocios acelerados, como en los que piden tardanza, aunque no sea en cierto y limitado tiempo. Mas andar fluctuando y vacilando mucho tiempo en estas determinaeiones y juicio, indicio grande es de ánima que caresce de lumbre, y que es tocada de alguna vanagloria. Porque muy léjos está de Dios la injusticia; el cual nunca cierra la puerta á los que llaman con humildad.

Debemos siempre examinar ante Dios en todas las cosas nuestra intencion, así en las cosas que se han de hacer luego, como en las que se han de dilatar para adelante. Porque todas las cosas que hacemos propriamente por amor de Dios, y no por otros algunos intentos, desnudando nuestro corazon de toda viciosa aficion, y de toda inmundicia, aunque ellas no sean del todo perfectas, serán contadas como si lo fuesen. Porque la inquisicion de las cosas que son sobre nosotros, no suele tener seguros fines. El juicio de Dios es muy secreto acerca de nosotros. Porque por una maravillosa dispensacion muchas veces nos esconde su divina voluntad, conosciendo que si la supiésemos, no le obedesceriamos, y así sería nuestra culpa mayor.

El corazon recto y enderezado á Dios está libre de toda la variedad de las cosas (esto es, de toda instabilidad y fingimiento), y así navega mas seguro en la navecica de la innocencia. Hay algunas ánimas fortalescidas con el amor de Dios y con humildad de corazon, las cuales alegremente acometen algunas obras, que parescen exceder sus fuerzas, como son grandes abstinencias, y vigilias, y largas oraciones, etc. Y hay tambien corazones soberbios que acometen estas mismas obras, no con espíritu de Dios, sino con deseo de honra ó alabanza humana. Mas la intencion de los demonios es incitarnos á este género de obras que exceden nuestras fuerzas, para que no pudiendo hacer lo que queremos, y entristeciéndonos y congojándonos por esta causa, vengamos á dejar de hacer lo que podemos, y así demos materia de reir á nuestros adversarios.

Vi algunas personas que tenian los cuerpos y tambien los espíritus flacos, los cuales considerada la muchedumbre de sus pecados, acometian mayores obras y trabajos de lo que pedian sus fuerzas, con los cuales no podian pasar adelante: á los cuales dije yo que no medía ni estimaba Dios tanto la penitencia por la muchedumbre de los trabajos, cuanto por la grandeza de la humildad.

Muchas veces la persuasion engañosa de algunos fué causa de grandísimos males, y otras veces lo fué la compañía familiar de los hombres perversos, y otras veces la misma ánima perversa basta por causa de su perdimiento, sin ayuda de nadie. Mas el que escapare de aquellos dos primeros peligros, por ventura se librará del tercero. Pero el que está ya en el tercero, en todo lugar será perverso; pues ningun lugar hay mas seguro que el cielo, y allí fué malo Lucifer.

Apartémonos pues de todos los que con mala voluntad pelean contra nosotros, ora sean infieles, ora sean herejes, despues de la primera y segunda correccion, como aconseja el Apóstol (*c*); mas nunca jamas cesemos de hacer bien á los que desean saber la verdad, y de los unos y de los otros usemos para nuestro bien; de los unos para el ejercicio de la penitencia, y de los otros para el de la misericordia.

Muy mal usa de la razon el que oyendo las virtudes de los sanctos (que exceden los términos de la naturaleza) desespera de sí mismo; porque estas le habian de aprovechar para una de dos cosas: ó para incitarlo á la imitacion de aquella sancta fortaleza, ó para darle conoscimiento claro de su propria fragilidad, mediante la de la virtud de la beatísima humildad.

Hay entre los malos espíritus unos mas malos que otros, los cuales nos aconsejan que nunca cometamos el pecado solos, para que así nos hagan merescedores de mayor castigo. Supe yo que uno aprendió de otro una mala costumbre, y el que la enseñó volvió sobre sí, y hizo penitencia, y apartóse del mal; mas con todo eso no le valió su penitencia para alcanzar la emienda de su mal discípulo, aunque le fuese provechosa para sí.

Grandísima es y verdaderamente grandísima, y muy dificultosa de entender la malicia de los demonios, y de muy pocos conoscida, y aun desos pocos (segun yo pienso) no toda conoscida. De aquí nasce que muchas veces viviendo delicadamente y hartos de mantenimiento, velamos con atencion, como si estuviéramos ayunos: y por el contrario, ayunando y viviendo en pobreza, somos miserablemente derribados del sueño. Viviendo apartados en soledad, estamos duros é indevotos, y morando con los otros, muchas veces nos compungimos. Estando muertos de hambre somos tentados entre sueños, y llenos de mantenimiento pasamos sin tentacion. Otras veces con hambre estamos escurecidos y sin sentimiento de compuncion, y despues de haber bebido vino, estamos alegres y fáciles para ella.

Estas cosas declare el que tiene virtud y gracia del Señor, á los que carescen de luz, porque nosotros hasta agora (como quien caresce desta luz) no somos para esto suficientes. Mas con todo esto decimos que no siempre proceden estas alteraciones y mudanzas de los demonios, sino muchas veces tambien de la calidad de la complexion, y desta masa vil y sucia, que no sé cómo nos cupo en suerte cuando nascimos.

Mas para discernir todos estos géneros de acaescimientos (que tan dificultosos son de averiguar), hagamos siempre á Dios sincerísima oracion: y si viéremos que despues della y despues del tiempo della perseveran estas mismas alteraciones, indicio es este grande que no proceden de los demonios, sino de nuestra misma complexion.

Muchas veces tambien la divina Providencia quiere hacernos bien con cosas contrarias, pretendiendo humillar nuestra soberbia por todas vias. Gravísima cosa es querer escudriñar curiosamente el abismo de los juicios de Dios, porque todos los curiosos navegan en la navecilla de la soberbia. Mas con todo eso algunas cosas estamos obligados á decir por causa de la flaqueza de muchos.

Preguntó á uno un varon sabio, cuál era la causa, que

(*c*) Ad Tit. 3.

conosciendo el Señor las caidas de algunos, ántes que cayesen, los habia primero enriquecido con grandes dones. Al cual respondió este: Eso hizo el Señor para hacer mas cautos á los varones espirituales, y mostrar con eso la libertad de nuestro albedrío (que cuando quiere rompe por todo), y para que no tuviesen excusa el dia del juicio los que así cayeron.

La ley vieja, como imperfecta, dijo al hombre (*d*): Mira por tí mismo. Mas el Señor en el Evangelio, como perfectísimo, nos mandó mirar por los hermanos, diciendo (*e*): Si pecare contra tí tu hermano, ve y reprehéndelo entre tí, y él, etc. Por tanto, si tu reprehension, ó (por mejor decir) amonestacion, es limpia y humilde, no dejes de hacer lo que te manda el Señor, especialmente en las cosas que te son posibles; mas si aun no has llegado á esto, á lo ménos cumple diligentemente lo que manda la ley. Y no te maravilles si vieres que por causa de tus reprehensiones tus grandes amigos se te hacen enemigos; porque estos que tan livianos son y tan sensibles, instrumentos son de que el demonio usa para hacer guerra contra los que hacen lo que deben.

Grandemente me maravillo de ver cómo teniendo á Dios todo poderoso y á sus sanctos ángeles por ayudadores para las virtudes, y no teniendo para los vicios por atizador mas que al demonio, estamos tan lijeros y tan fáciles para ellos. Desta materia no quiero ni puedo tratar mas diligentemente.

Si todas las cosas criadas conservan su propria naturaleza, y perseveran en el estado en que fuéron criadas: ¿como (segun dice aquel gran teólogo Gregorio) yo soy por una parte divino, y por otra estoy mezclado con el lodo? Y si alguna criatura permanesce agora en otra disposicion de la que fué criada (como permanesce el hombre, á quien se añadió el pecado original), síguese que ha de apetecer insaciablemente aquello que le es natural. Con toda arte (si decirse puede) y con todo estudio debe cada uno trabajar por levantar este lodo de la tierra, y colocarlo en el trono de Dios; y ninguno para esto se excuse con la dificultad de la subida, porque el camino y la puerta está ya por Cristo abierta para todos, el cual por su pasion nos abrió la puerta deste reino, y con su ascencion nos mostró el camino, y nos enseñó la fe, y confirmó en la esperanza: por donde innumerables sanctos nos han precedido en esta jornada. Oir las virtudes que los padres espirituales obraron, inflama el ánima en el amor de Dios, y oir su doctrina, suele incitar los tales amadores á la imitacion dellos.

La discrecion es candela en las tinieblas, guia de los errados y lumbre de los ciegos. El varon discreto es inventor de sanidad, y purificador de la enfermedad. De dos causas procede maravillarse los hombres de cosas pequeñas: ó de su grande ignorancia, ó del deseo que tienen de conservarse en humildad, por donde vienen á engrandescer y magnificar las obras de sus prójimos.

Trabajemos con todas nuestras fuerzas no solo por luchar, sino tambien por hacer guerra contra los demonios; porque el que lucha, á veces hiere y á veces es herido; mas el que hace guerra, siempre persigue como vencedor al enemigo. El que vence los vicios, hiere á los demonios; y si muestra que tiene pecados, y encubre sus virtudes, con esto engaña á los enemigos, y así se hace mas inexpugnable.

Uno de los religiosos fué una vez injuriado de otro, y no sintiendo con esto alguna alteracion en su ánimo, comenzó secretamente á hacer oracion, y derramar lágrimas en aquella ignominia; y con este linaje de perturbacion escondió sapientísimamente la tranquilidad de su ánimo. Otro tambien de los hermanos, no teniendo cobdicia alguna del primer lugar, por esta misma causa mostró que la tenia. Mas ¿quién explicará con palabras la castidad de aquel que casi con color de pecar entró en el lugar público de las malas mujeres, y allí convirtió luego una mala mujer? Estos tuvieron necesidad de mucha atencion y vigilancia, porque pretendiendo engañar ellos á los demonios, no fuesen por el contrario engañados dellos; aunque estos sin duda son aquellos de quien dijo el Apóstol (*f*): Como engañadores, aunque verdaderos.

Si alguno desea ofrescer á Cristo un corazon casto, y un cuerpo limpio, trabaje con toda diligencia por mortificar la ira y guardar abstinencia, porque sin estas dos virtudes todo nuestro trabajo es inútil.

§. IV.

Prosigue la materia de la discrecion, dando diversos avisos para ella.

Así como son diversas las vistas de los ojos humanos, así son muchas y diferentes las iluminaciones y resplandores que se causan en el ánima por virtud de aquel sol intelectual de quien proceden todas las lumbres. Porque una es la lumbre que causa en nuestra ánima lágrimas corporales, otra la que causa lágrimas espirituales, otra la que entra por los ojos del cuerpo, otra por los ojos intelectuales del ánima, otra por oir la palabra de Dios, otra que de suyo nasce en el ánima con una espiritual alegría, y otra la que nasce de la soledad, y otra de la obediencia. Demas destas hay otra singular, que por su propria naturaleza levanta el ánima sobre sí con una lumbre intelectual, y la junta con Cristo por una tan alta y secreta manera, que no se puede explicar.

Y declarando cada una destas maneras sobredichas, digo que una es la lumbre que viene á producir en el hombre lágrimas corporales, cuando considerando él la gravedad de sus pecados, se resuelve todo en lágrimas exteriores. Otra es la que produce lágrimas espirituales, que es cuando el hombre con esta misma luz considera la muchedumbre de los beneficios y promesas de Dios, y con esto se mueve á una piadosa devocion y amor.

Otra es la que concurre con la vista de los ojos corporales, cuando mirando la fábrica maravillosa deste mundo, y la hermosura y órden de todas las criaturas, nos levantamos á la contemplacion del Criador, como nos lo aconseja el profeta Isaías, diciendo (*g*): Levantad vuestros ojos á lo alto, y mirad quien crió todas estas cosas. Otra es la que concurre con la vista de los ojos intelectuales, cuando considerando la alteza y pureza de aquellas intelectuales substancias, y especialmente de aquella que infinitamente excede á todas ellas, que es Dios, nos levantamos á la contemplacion de la majestad y soberanía del Criador.

Otra es la que interviene oyendo las palabras de Dios, cuando por la predicacion y enseñanza de los otros nos levantamos á la inteligencia de las cosas de la fe y de los misterios divinos. Hay tambien otra espiritual alegría

(*d*) Eccl. 13. (*e*) Matt. 18.

(*f*) 2. Cor. 6. (*g*) Isai. 51.

que procede de la misma ánima, cuando considera las inspiraciones de Dios, y los movimientos espirituales que dentro de sí ha sentido. Hay tambien otra alegría que nasce de la quietud y reposo de la soledad, que es el gozo espiritual de los solitarios, los cuales orando, cantando, meditando y amando, se alegran en el Señor. Hay otra que procede de la obediencia, que es el alegría de los monjes que viven en communidad, los cuales entrañablemente se deleitan en los ejercicios y obras de la sancta obediencia.

Demas destas hay otra singular luz y alegría, la cual levanta al ánima sobre sí, y la junta con Cristo, mediante esta lumbre intelectual por una manera secreta y inefable. Lo cual se hace cuando el ánima por mano de Dios es tocada con un ferventísimo amor, y alumbrada, ó por mejor decir, copiosísimamente llena de lumbre intelectual, mediante la cual viene á estar tan unida, y tan absorta y transformada en el mismo Dios, que ya desfallece en sí, y toda viene á ser arrebatada y sumida en la fuente de aquel clarísimo resplandor, y llevada á las riquezas de su gloria; y así por una manera inefable, y con una grandísima tranquilidad viene á quietarse, y á reposar y dormir, y deleitarse en su mismo Criador; en lo cual consiste la mística teología, que es el conoscimiento afectivo y amoroso de Dios, mediante aquel altísimo don del Espíritu Sancto, y fin de todos los otros dones, que se llama sapiencia; que conosciendo y ardiendo, sabe por experiencia á qué sabe Dios, y se hace una cosa con él mediante este sapientísimo amor.

Hay virtudes, y hay madres de virtudes, que son las causas de las otras virtudes, y estas son las que el varon discreto procura mas alcanzar. Y de las que son madres, suele ser Dios el maestro; mas de las otras lo son los hombres, aunque tambien Dios y el hombre puede ser maestro de las unas y de las otras.

Guardémonos de recompensar la falta de los regalos y deleites corporales con abundancia de sueño, porque esta sería obra de grande ignorancia, si derramásemos por una parte lo que recogemos por otra. Mas por el contrario, vi yo algunos valerosos siervos de Dios, los cuales como alguna vez diesen un poco de mas regalo y mantenimiento á su cuerpo, despues le hicieron pagar al miserable lo que habia comido, teniéndole toda la noche en pié y velando; y con esto le enseñaron á huir y dar de mano á los deleites corporales, por no verse en otra tal.

Suele tentar fuertemente el espíritu de la avaricia á los que nada poseen, y cuando no los puede vencer, póneles delante el socorro de los pobres; y con esto algunas veces viene á enredar, á los que estaban libres y desnudos, en los negocios del mundo.

Cuando algunas veces velamos y estamos tristes por nuestros pecados, traigamos á la memoria aquel mandamiento que el Señor dió á San Pedro, en que le mandaba perdonar, si fuese menester, setenta veces siete (*h*); porque es cierto que esta ley de tanta misericordia que el Señor puso al hombre, muy mas perfectamente la guarda él que el hombre.

Mas por el contrario, cuando nos comenzáremos á levantar por ocasion de nuestros merescimientos, acordémonos de la otra sentencia del mismo Señor, que dice (*i*): Quien guardare toda la ley, y ofendiere en un solo vicio (que es principalmente de la soberbia, por ver que la ha guardado), queda hecho reo y quebrantador de toda la ley.

Hay entre los demonios unos muy malos y invidiosos, los cuales por su propria voluntad se apartan de los sanctos varones, y los dejan de tentar por no darles materia de coronas y merescimientos, tentándolos de cosas con que no los puedan vencer.

No hay quien no sepa que son bienaventurados los pacíficos, pues por tales los predica el Señor (*k*). Mas yo vi tambien ser bienaventurados otros que turbaron la paz, y criaron guerra saludable. Porque supe que dos personas se amaban una á otra con deshonesto amor, y como viese esto un varon sanctísimo y prudentísimo, atravesóse de por medio, y comenzó á sembrar discordia entre ambos; y desta manera con prudencia humana venció la malicia de los demonios, y quebró el lazo de la fornicacion que les tenia armado. Verdad es que ni en este caso ni en otro semejante es lícito mentir, ni inducir á mal; pero alábase este hecho por la raiz de do procedió, que fué la caridad.

Hay tambien otros que por cumplir un mandamiento paresce que quebrantan otro; porque vi yo unos mancebos muy virtuosos, que se amaban segun Dios con castísimo amor, los cuales considerando que otros se escandalizaban desta amistad, concertaron entre sí de apartarse á tiempo, por evitar esta manera de escándalo.

Así como son contrarias entre sí las bodas y el mortuorio, así son la presumpcion y la desesperacion; mas con todo esto los demonios son tan malos, que muchas veces juntan en un mismo sugeto lo uno y lo otro; porque así como á veces hacen un mismo hombre pródigo y escaso, así tambien le hacen presumptuoso y desconfiado.

Hay algunos espíritus malos que suelen al principio de la conversion interpretarnos las escripturas divinas, lo cual principalmente obran en aquellos que son tocados de vanagloria, ó que son enseñados en las ciencias humanas, para que engañándolos poco á poco, los hagan venir á dar en herejías y blasfemias. Y podrémos tomar por conjectura desto la turbacion, y la desordenada y torpe alegría con que se suele derramar nuestra ánima al tiempo que recibe la tal interpretacion, para que por ella se entienda la teología, ó por mejor decir, el engaño y parlería del demonio.

Uno recibe de Dios el principio y órden de la buena vida, y otros no solo el principio, sino tambien el fin. Y la virtud tiene respeto á un fin infinito, que es Dios, como dijo aquel cantor de los himnos celestiales (*l*): Vi el fin de toda la consumacion de la ley, que es tu mandamiento, en gran manera ancho é infinito. Porque si algunos buenos y sanctos trabajadores, despues de haber aprovechado en el ejercicio de las virtudes morales, pasan al de las virtudes teologales, y de los dones intelectuales, especialmente del don de la sabiduría; y si la caridad con esto nunca desfallesce, y si el Señor guarda el principio de nuestra entrada con temor, y salida con amor; sin duda la posesion deste tesoro es un infinito fin, porque nunca dejarémos de aprovechar en él, subiendo continuamente de grado en grado sin cesar por el camino de la perfeccion.

No te maravilles si los demonios algunas veces nos ponen buenos pensamientos, y despues ellos mismos

(*h*) Matt. 18. (*i*) Jacob. 2.

(*k*) Matt. 5. (*l*) Psalm. 118.

contradicen y resisten á estos mismos pensamientos; para que por este medio nos hagan creer que ellos entienden nuestros corazones, juzgando que esta resistencia viene por ellos, y que no puede ser sino que entienden la calidad del golpe, pues acuden con esta manera de resistencia.

No seas muy desabrido y severo juez cuando vieres algunos enseñar cosas grandes, y vivir negligentemente; porque muchas veces con la utilidad de la doctrina se suple el defecto de las obras. Porque no todos tienen igualmente todas las cosas, porque unos se señalan mas en las palabras que en las obras; y otros mas en las obras que en las palabras, y pocos hay que lo tengan todo.

Dios ni hizo cosa mala, ni la crió. Por do paresce que se engañaron los que dijeron que habia algunos vicios naturales en nuestra ánima, no mirando que nosotros somos los que con nuestros abusos pervertimos las propriedades y habilidades naturales que Dios nos dió, usando dellas para mal. Pongamos ejemplo: diónos Dios virtud natural de engendrar para alcanzar hijos, y nosotros usamos deste beneficio para la torpeza de nuestros deleites. Diónos tambien estímulo natural de ira para usar dél contra la antigua serpiente; mas nosotros usamos dél contra nuestros prójimos. Diónos tambien natural celo y amor para alcanzar las virtudes, y nosotros usamos desto para otros viciosos intentos. Tiene tambien nuestra ánima natural deseo de gloria; mas no de la vana, sino de la verdadera y soberana. Tiene deseo de engrandescerse; mas esto contra los demonios, para no subjectarse á ellos. Tiene tambien gozo y alegría; mas esta en el Señor, y en la prosperidad de los prójimos. Recibimos tambien memoria para guardar las injurias; mas esta con los enemigos del ánima. Recibimos tambien apetito para la comida; mas no para la gula y destemplanza.

El ánima diligente y fervorosa provoca y desafía con esto á los demonios; y multiplicadas las batallas, multiplícanse las coronas; porque el que no pelea no será coronado (*m*). El que no se perturba ni enflaquesce en los acaescimientos que se ofrescen, este, como fortísimo guerrero, será por los ángeles honrado y glorificado.

Tres noches estuvo Cristo debajo de la tierra, y despues resuscitó; y el que en tres tiempos venciere, para siempre no morirá. Por los cuales entendemos el principio, medio y fin de la obra, en los cuales tiempos el demonio suele tentar: ó el principio, medio y fin de la vida; porque el que hasta aquí llegare con victoria, para siempre vivirá.

Si alguna vez, despues de haber amanecido ya en nuestra ánima el verdadero sol de justicia, se viene á poner en nosotros, escondiéndonos su graciosa presencia y la luz de su consolacion, de aquí se siguen luego tinieblas en el ánima, y se hace noche; porque en el tiempo desta ausencia todo lo halla el hombre escuro y cerrado, y por ninguna parte le paresce que se le descubre luz, y el cielo se le hace de metal, y la tierra de hierro, y allí es envuelto en tanta escuridad de pasiones y confusion de pensamientos, que á veces sospecha haber perdido ya del todo la divina gracia.

Pues en esta noche, que es cuando dura ésta escuridad del ánima, pasan por nosotros todas las bestias silvestres, y los cachorros de los leones bramando y pidiendo á Dios su manjar: esto es, las pasiones feroces y bestiales de la ira, de la impaciencia, de la indignacion, de la invidia y de la ferocidad, las cuales andan en este tiempo bramando por quitarnos la esperanza de perseverar en el bien comenzado, y buscando de la mano de Dios (esto es, permitiéndolo Dios) este manjar de que se mantienen, que es la perdicion de nuestras ánimas, pretendiendo hacernos, ó por obra, ó por voluntad, ofender á Dios, ó estar pensando en cosas con que nuestras pasiones y malas inclinaciones se aticen y renueven.

Mas despues que torna á salir el sol (que es la luz alegre de la divina consolacion, mediante la virtud de la humildad, con la cual el hombre, convencido por la experiencia de las miserias, se bajó y humilló á Dios), luego todas estas bestias fieras de pasiones y tentaciones se recogen y desaparescen, y se van á aposentar en sus moradas, que es en los corazones de los hombres carnales y sensuales. Entónces dicen los demonios: Magníficamente ha Dios usado de su misericordia con ellos. A los cuales nosotros respondemos (*n*): Magníficamente lo ha hecho el Señor con nosotros; por lo cual estamos muy alegres, y vosotros confundidos y derribados.

Subirá, dice el Profeta (*o*), el Señor sobre una nube liviana (que es, sobre el ánima levantada en alto, y libre de todas las cobdicias de la tierra), y vendrá á Egipto (que es el corazon que poco ántes estaba escurecido), y moverse han todos los ídolos hechos de mano, que son todas las figuras y pensamientos sucios de nuestra ánima.

Si Cristo corporalmente huyó de Heródes, siendo él todo poderoso, aprendan de aquí los malos atrevidos á no meterse en manifiestas tentaciones y peligros. No pongas tú el pié donde pueda desvarar; y no se dormirá el ángel que tiene cargo de tí. En una misma compañía suelen andar la soberbia y la fortaleza y animosidad carnal; así como se suele juntar la zarza con el acipres.

Vivamos siempre con un perpetuo y solícito cuidado de nunca dar entrada en nuestro corazon á cualquier linaje de pensamiento, que nos diga que somos algo, ó que somos para algo. Y si viviendo con este cuidado, halláremos que todavía nuestra ánima es tocada de algun pensamiento destos, entónces de verdad creamos que somos defectuosos y faltos de todo bien.

Haz diligente inquisicion, y busca continuamente todos los indicios y argumentos que tienes para conoscer tus vicios; y entónces conoscerás que son muchos los que tienes: los cuales no podemos perfectamente conoscer, estando tan cercados y enfermos dellos, por flaqueza de nuestro conoscimiento, ó por estar ya de mucho tiempo muy tomados dellos, y muy entregados á ellos: y así tienen en nuestro juicio mas imágen de naturaleza que de culpa.

El Señor mira siempre al propósito y á la intencion; mas en las cosas que se pueden hacer, tambien mira este benigno Señor por la obra. Grande es por cierto aquel que ninguna cosa de las que puede hacer deja de hacer; pero mayor es aquel que por el mérito de su humildad se esfuerza á hacer, ó es levantado á hacer cosas que exceden la facultad de sus fuerzas. Algunas veces los demonios no nos dejan hacer algunas cosas fáciles y provechosas, é incítannos á que hagamos cosas de grande dificultad y trabajo: y así no pudiendo salir con estas, y dejando las otras, quedamos sin andar y sin volar.

Hallo que aquel castísimo Josef (*p*) es llamado bien-

(*m*) 2. Tim. 2.

(*n*) Psalm. 125. (*o*) Isai. 19. (*p*) Genes. 29.

aventurado, porque tan solamente hurtó el cuerpo al pecado, y no porque caresciese de tentacion y movimiento sensual. Cosa es digna de preguntar, en cuántas y en qué maneras meresce corona la huida del pecado. A lo cual brevemente se responde, que en todas las tentaciones y ocasiones de vicios á que el hombre resiste por amor de Dios. Una cosa es huir de las tinieblas, y otra cosa es llegarse al sol de justicia: esto es, una cosa es huir de mal, y otra es hacer bien por solo respeto y amor de justicia. La ceguedad é ignorancia es causa del desórden de nuestro apetito, y este apetito es causa del pecado, y el pecado, de la muerte. Los que salieron de juicio por beber mucho vino, bebiendo agua lo restauraron; y los que escurecieron la lumbre de su entendimiento con los vicios, bebiendo agua de lágrimas la renovaron.

Una cosa es el apetito desordenado de los regalos del cuerpo, y otra el derramamiento del pensamiento, y otra la ceguedad y dureza del corazon. La primera destas dolencias se cura con la abstinencia, y la segunda con la quietud de la soledad, y la tercera la cura la obediencia, y el ejemplo de Cristo, que por nosotros fué obediente hasta la muerte (*q*).

Dos oficios hay que sirven para dar color y limpieza á las vertiduras, y otros dos hay en su manera semejantes á estos, que sirven para purificar las ánimas. El uno es el monasterio ó la profesion de la vida monástica; el cual es como un batan, ó como una espiritual lavandería, donde se purifican y lavan todas las inmundicias y toda la suciedad de nuestras ánimas con los trabajos y ejercicios de la vida monástica. El otro es la vida solitaria, que es como oficina de tintoreros, la cual suele dar color y hermosura á los que con estos ejercicios sobredichos del monasterio despidieron de su ánima los apetitos carnales, y la memoria de las injurias, y el furor de la ira. De manera que la una destas oficinas purifica el ánima con los trabajos, y la otra la esclaresce y perficiona con el recogimiento de la quietud.

Dicen algunos que volver á caer el hombre en los mismos delitos pasados, procede de falta de verdadera penitencia. Mas aquí se podria preguntar, si el no volver á caer en ellos es argumento cierto de haber sido la penitencia verdadera. A lo cual se responde que no se sigue esto de necesidad; pues dado caso que el hombre no vuelva á caer en estos mismos pecados, puede caer en otros: por tanto nadie se tenga por seguro, aunque se vea enmendado; porque no es esta señal infalible de verdadera penitencia, aunque sea grande conjectura della.

La causa por donde los hombres suelen volver á los mismos delitos, unas veces es un profundo olvido de la misericordia y beneficio que recibieron; otras es, cuando vencidos de sus apetitos pintaron á Dios muy piadoso y perdonador de pecados, para atreverse á pecar; y otras es descuidarse ó desconfiar de su propria salud. Y si alguno me tuviere por muy rigusoso, añadiré otra causa á estas: que es una grandísima dificultad y casi imposibilidad de poder prender y sojuzgar á su enemigo, despues que él lo sojuzgó con la tiranía y fuerza grandísima de la costumbre de muchos años, aunque á Dios nada sea imposible.

Tambien es cosa digna de preguntar, cuál sea la causa porque siendo nuestra ánima criatura espiritual, no vea las substancias espirituales que se llegan á ella. Paresce que la causa es esta maravillosa liga y conjuncion que tiene con el cuerpo; la cual solo aquel entiende que la hizo, y de aquí nasce no poder el ánima entender las cosas sino comenzando por los sentidos, y aprovechándose de imágenes corporales.

Preguntóme una vez un padre muy esclarescido en letras le dijese (porque lo deseaba mucho saber) cuáles eran los espíritus malos que ensoberbecian los hombres haciéndolos pecar, y cuáles los que los humillaban. Yo como estuviese dudoso en esta parte, y le certificase que no lo sabía, el que venía á aprehender, me enseñó esto en pocas palabras, diciendo: Darte he yo un motivo de discrecion, y tú despues buscarás con trabajo lo que restare de saber. Digo pues que el espíritu de la fornicacion, y de la ira, y de la pereza, no suelen ensoberbecer el ánimo del hombre, ántes (como vicios viles) lo abaten; mas por el contrario el espíritu que nos incita á desear grandes riquezas, principados y vanidades, y á mucho hablar, estos añaden un mal á otro mal, que es el de la soberbia al de la culpa, y con este se junta el espíritu que nos hace juzgar temerariamente los prójimos y tenerlos en poco.

Si alguno cuando va á visitar los legos, ó cuando es visitado dellos, siente su corazon herido de tristeza, y no recibe desto alegría, como hombre que se ve aliviado y suelto de un lazo, tenga por cierto que ó es tocado de espíritu de vanagloria, ó de amor y aficion sensual. Ante todas las cosas trabajemos por mirar la parte de donde sopla el viento, ó del espíritu bueno, ó del espíritu malo; para que así sepamos volver las velas conforme á lo que pide esta disposicion; porque para lo uno será menester aparejarnos con obediencia, y para lo otro con resistencia.

Amonesta con caridad á los padres ancianos, que en virtudes y ciencia resplandescen, y que han gastado ya sus cuerpos con trabajos y ejercicios virtuosos, que tomen un poquito de descanso; mas á los mozos que por el contrario han gastado la vida en pecados, fuérzalos á que vivan continuamente mortificados, trayéndolos á la memoria el tormento de los fuegos eternos.

No es posible (como ya dijimos en otra parte) que luego á los principios alcancemos perfecta victoria de la gula y de la vanagloria; mas no es seguro querer vencer á la vanagloria tratándonos regaladamente, por no dar con la abstinencia muestra de sanctidad; porque muchas veces acaesce que la victoria de la vanagloria pare otra vanagloria, especialmente en aquellos que son aun principiantes: y por tanto peleemos contra ella, no con regalos, sino con abstinencia. Porque tiempo vendrá (y no tardará, si no fuere por nuestra culpa), cuando el Señor tambien ponga este vicio debajo de nuestros piés.

No son combatidos de los mismos vicios los que en la vejez y en la mocedad se convierten á Dios; sino muchas veces de diversos y contrarios. Por lo cual á los unos y á los otros es muy necesaria la sancta humildad, que es general y certísima penitencia y medicina de los unos y de los otros.

No te turbe lo que te quiero decir: muy pocas ánimas hay (aunque algunas) que tengan el corazon recto y del todo libre de malicia, astucia y fingimiento, especialmente cuando están obligados á tratar y conversar con los hombres; pudiendo estas, si tuviesen buena guia, subir al cielo de un puerto quieto, y perseverar libres

(*q*) Philip. 2.

de los escándalos y desasosiegos que hay en la vida commun.

A los hombres pertenesce curar á los carnales y lujuriosos, y á los ángeles, curar á los inicuos y malvados; mas á Dios pertenesce curar y remediar los soberbios. Y aunque todo esto principalmente pertenezca á él; pero usamos desta manera de hablar, para mostrar los grados de la malicia y la dificultad de la cura que estos males tienen. Por ventura será algunas veces especie de caridad dejar al prójimo, cuando viniere á nuestra casa, hacer en todo su voluntad, y mostrarle de nuestra parte todo buen rostro y alegría. Como sea verdad que la buena penitencia deshace todos los males; así tambien cuando se hace con soberbia ó vanagloria, ó notable negligencia, viene á ser destruidora de los bienes.

Grande discrecion es menester para saber cuándo, y en qué cosas, y de qué manera habemos de pelear contra los vicios, y cuándo habemos de hurtarles el cuerpo y huir dellos; porque muchas veces es mejor que conoscida la flaqueza de nuestras fuerzas, volvamos las espaldas y huigamos, por no morir á manos dellos. Para lo cual es de saber que hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos, como es la ira, la invidia, el rencor, el ódio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignacion, la amargura de corazon, la tristeza, la pereza, la contienda y otros tales. Y por el contrario, hay otros que traen consigo deleite, como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reir, el parlar y otros gustos y contentamientos sensuales; los cuales cuanto mas los miramos y ponemos los ojos en ellos, tanto mas atraen nuestro corazon y lo llevan en pos de sí. Pues contra estos tales vicios habemos de pelear huyendo; que es apartándonos de las ocasiones dellos, y asimismo desviando la vista, la memoria y la consideracion dellos con toda presteza. Mas contra los otros conviene pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza y la condicion dellos, para poder mejor vencerlos. Lo cual se hace con ménos peligro, por no ser estos vicios tan pegajosos como los otros; puesto caso que á la ira y deseo de venganza conviene tambien hurtar el cuerpo, no pensando cosas que nos puedan incitar á furor.

Miremos tambien diligentemente cuándo y de qué manera podrémos evacuar la cólera con alguna medicina amarga, que es mortificar el furor de la ira con la contricion de los pecados. Miremos tambien cuáles sean los demonios que nos incitan á hacer pecados que nos humillan, y pecados que nos levantan, como ya dijimos; y cuáles los que nos incitan á hacer males descubiertos, y cuáles encubiertos so color de virtud; y cuáles los que escurecen nuestro entendimiento con muchedumbre y derramamiento de pensamientos desasosegados, y con deseos y apetitos de cosas sucias; y cuáles los que paresce que lo alumbran para engañarlo, transfigurándose en ángeles de luz (como acaesce á los herejes); y cuáles tambien sean los tardíos y perezosos que nos dejan de tentar mucho tiempo para asegurarnos y tomarnos de sobresalto; y cuáles sean los astutos y mansos, que so color de bien, poco á poco nos van llevando al mal (el cuál peligro tanto mas dificultosamente se conosce, cuanto mayor bien paresce); y cuáles tambien sean los que nos hacen tristes; y cuáles los que nos hacen alegres; porque cuando no pueden derribarnos con desordenada tristeza, procuran derramarnos con vana alegría.

No desmayemos si luego al principio de nuestra conversion nos hallamos muy inclinados á los vicios; porque á la entrada de las virtudes es necesario que nos hagan guerra todas las reliquias de los vicios y malas costumbres pasadas; y los demonios tambien se arman y encruelecen mas en este tiempo contra nosotros, por recobrar su hacienda; y tambien la novedad de la vida buena es pesada para quien está acostumbrado á la mala: y todo esto se ha de vencer para alcanzar entera sanidad. Y demas desto las bestias fieras que estaban dentro de nuestra ánima escondidas, no se entendia en aquel tiempo cuán malas eran; porque no se conoscia el hombre á sí mismo; mas despues cuando comienza á verse, comienza tambien á aborrescerse, y á parescerle, que es peor que cuando estaba en el siglo; no porque así lo sea, sino porque entónces no se veía, y agora se ve.

Cuando los que se acercan ya á la perfeccion, vieren que en algun pequeño delito son vencidos del demonio, trabajen con toda diligencia por aprovechar, en cuanto les sea posible, ciento tanto mas que fué aquello en lo que desfallecieron; para recobrar aquella pequeña pérdida con mayor ganancia. Así como los vientos algunas veces no hacen mas que encrespar un poco la llanura del mar sosegado, y otras veces lo vuelven de bajo arriba levantando las olas hasta el cielo; así has de entender que lo mismo hacen tambien los espíritus malos y tenebrosos. Porque en los que perseveran continuamente en sus vicios, levantan grandes olas de pasiones y tempestades en el mar de su corazon; mas en los que han ya aprovechado, no suelen communmente hacer mas que encrespar las aguas de nuestras pasiones, alterando levemente la paz de su ánima: por donde los tales fácilmente conoscen esta su alteracion, porque persevere todavía en ellos su acostumbrada paz y tranquilidad, con la cual tambien persevera el juicio claro de la razon. Porque á los perfectos pertenece conoscer en su ánima cuál sea la intencion de los demonios, y la de Dios, y la de su propria conciencia. Porque no luego los demonios nos acometen al principio con cosas abiertamente malas, y por eso esta materia es muy escura y dificultosa de determinar.

CAPITULO XXVII.

Breve recapitulacion de lo sobredicho.

En este capítulo se hace una breve recapitulacion de todo lo sobredicho, en que se trata de cómo la fe, esperanza y caridad es principio de las tres partes de la renunciacion que al principio deste libro se trató. Trátase tambien aquí de la causalidad y dependencia que tienen unas virtudes de otras, y unos vicios de otros. Item, declárense muchas cosas espirituales por comparacion y semejanza de cosas naturales. Y al cabo pónese una escalera de todos los grados de las virtudes, comenzando del conoscimiento de Dios, hasta el postrero, que es el cumplimiento de la caridad, y de la bienaventurada tranquilidad.

La fe viva y firme es madre de la renunciacion; porque representándonos la excelencia y hermosura de los bienes advenideros, nos hace despreciar los presentes; así como por el contrario la infidelidad es causa de abrazarlos y estimarlos en mucho.

Tambien la esperanza firme y estable es puerta para despedir las aficiones y pasiones de nuestro corazon; y por el contrario la desconfianza de Dios y de su providencia es causa de la desordenada aficion que los hombres tienen á las cosas terrenas.

La caridad tambien es raiz y causa de menosprecio de todas las cosas transitorias, y de caminar á Dios; porque el que fervorosamente le ama, todas las cosas desprecia, y siempre suspira por él. Mas por el contrario, el amor desordenado de sí mismo hace al hombre amar el camino por la patria, el destierro por el reino y la criatura por el Criador.

La reprehension de sí mismo, y el verdadero y entrañable deseo de la salud espiritual, es causa de la obediencia y subjeccion al padre espiritual. La meditacion de la muerte, y la memoria continua de la hiel y vinagre de Cristo, es madre de la abstinencia. La quietud de la soledad es ayudadora de la castidad, y el ayuno es quebrantamiento y amortiguamiento de los incentivos de la carne. La contricion del ánima es enemiga y contraria á los pensamientos deshonestos.

La fe y la virtud de la peregrinacion es muerte de la avaricia. La misericordia y la caridad entregan el cuerpo á la muerte, si es menester, cuando lo piden estas virtudes. La oracion atentísima y continuada destruye la accidia y tristeza espiritual, como dijo Santiago (*a*). La memoria del divino juicio es causa del fervor y promptitud para bien obrar. El amor de la ignominia, y el canto de los himnos, y la misericordia, son medicina del hurto. La desnudez de todas las cosas quita la tristeza, y hace que nuestra contemplacion sea mas pura, y que no se perturbe con las imaginaciones de las cosas sensibles.

El silencio y la soledad son perseguidores de la vanagloria. Mas si te fuere forzado vivir en compañía de otros, abraza las ignominias, y no tengas empacho de parescer vil y sin honra. El hábito triste y despreciado cura la soberbia visible; mas la invisible curará aquel que es ante todos los siglos. El ciervo dicen que mata todas las serpientes ponzoñosas; mas la humildad á todas las intelectuales é invisibles serpientes.

Por la consideracion de las cosas naturales, si atentamente las miramos, podemos entender la naturaleza y condicion de muchas cosas espirituales; como por los ejemplos siguientes se verá.

Así como es imposible que la serpiente despida de sí el pellejo antiguo, sino entrando por agujero angosto; así nosotros nunca desnudarémos la túnica del viejo hombre, y las costumbres y malos hábitos de muchos años, sino entrando por la estrecha senda de los ayunos y del sufrimiento de las ignominias. Así como no es posible que las aves muy cargadas de carnes, como es el avestruz, vuelen á lo alto del cielo; así tampoco volarán á este lugar los que regalan y engordan su cuerpo.

Así como el cieno despues que se ha secado, no sirve ya á los puercos; así la carne despues de enflaquecida y seca con la abstinencia, no da lugar á los demonios á que se revuelquen y descansen como de ántes en ella. Así como la muchedumbre de la leña verde ahoga muchas veces la llama, y levanta grande humo; así la tristeza desordenada hinche el ánima de humo y de tinieblas, y seca las fuentes de las lágrimas.

(*a*) Jacob. 5.

Así como no vale nada para ballestero el ciego; así tampoco vale para ser discípulo el que contradice y desobedesce. Así como con el hierro duro se labra el blando, como hacen los herreros; así con la compañía del bueno y fervoroso siervo de Dios se cura muchas veces el negligente. Así como los huevos de las aves, si están encubiertos y calientes debajo del estiércol, vienen á recibir vida y producir otras aves; así los malos pensamientos, cuando están escondidos en el corazon sin revelarse á quien los pueda curar, vienen communmente á salir á luz, y á ponerse por obra.

Así como los caballos que corren, con su misma carrera se incitan á correr unos á otros; así tambien lo hacen los que religiosamente viven en alguna sancta compañía. Así como las nubes encubren al sol, así los malos pensamientos escurecen y matan la luz del ánima. Así como el que va sentenciado á muerte, ni habla, ni cura de fiestas, ni de espectáculos, ni de otras cosas semejantes; así aquel que de todo corazon llora sus pecados, no entenderá en regalar su vientre.

Así como los pobres conoscen mas claro su pobreza cuando ven los tesoros de los reyes; así el ánima se humilla cuando lee los ejemplos ilustres y vidas memorables de los sanctos. Así como la piedra iman, por una secreta virtud que tiene, atrae á sí el hierro, aunque no quiera; así la fuerza y tirannía de las malas costumbres que han hecho ya hábito en el ánima, la llevan en pos de sí á lo que está habituada.

Así como el aceite echado en la mar, dicen que mitiga la braveza della; así tambien el ayuno apaga casi violentamente los incentivos furiosos de la carne. Así como el agua represada ó encerrada en los atanores se levanta y sube á lo alto; así el ánima estrechada con angustias y tribulaciones sube á Dios por oracion y penitencia, y alcanza salud.

Así como el que trae olores, aunque no quiera, es conoscido por el olor que trae; así el que trae á Dios en su ánima, por sus palabras y por su humildad no puede dejar de ser conoscido. Así como los grandes vientos revuelven el profundo de la mar; así una de las pasiones que mas trastorna un ánima, es el furor de la ira. Así como los que solamente oyeron las cosas, y no las vieron con los ojos, no tienen tan vivos los deseos dellas; así los castos y puros en el cuerpo, no tienen tan vehementes las pasiones y movimientos sensuales de su ánima.

Así como los ladrones no van de buena gana al lugar donde ven las armas y los ministros de justicia; así tampoco los espirituales ladrones no acometen tan fácilmente al ánima que ven armada con oracion. Así como el fuego no produce de sí nieve; así el ambicioso y deseoso de honras no alcanzará la honra celestial, pues el un deseo contradice al otro. Así como acaesce que una centella puede muchas veces quemar todo un monte, así un solo bien es bastante para destruir todos los males; que es la caridad, la que cubre á la muchedumbre de los pecados.

Así como no podemos matar las bestias fieras sin armas; así no podemos alcanzar la mansedumbre y mortificacion de la ira sin humildad. Así como no puede un hombre naturalmente vivir sin comer; así no conviene que el que desea salvarse, se descuide un momento hasta la muerte; porque este cuidado y vigilancia es lo

que sustenta al hombre en la buena vida. Así como el rayo del sol, entrando por un pequeño agujero en una casa, la alumbra toda, y hace que se vea todo cuanto hay en ella, hasta los átomos muy menudos que están en el aire; así el temor de Dios, entrando en una ánima, le descubre hasta las muy pequeñas culpas que hay en ella.

Así como los cangrejos son fáciles de tomar, porque ya van adelante, ya vuelven atras, y no huyen camino derecho; así el ánima inconstante en sus buenos ejercicios, y que ya va adelante, ya atras, ya rie, ya llora, ya se da á regalos, nunca jamas podrá aprovechar. Así como están fáciles para ser salteados de los ladrones los que duermen muy pesado sueño; así los que viviendo en el mundo (donde los hombres andan entre tantos peligros) trabajan por alcanzar las virtudes, están muy á peligro de ser salteados de los enemigos. Así como el que pelea con un leon, si un poco desvía los ojos dél, luego es muerto; así lo será el que pelea contra su carne, si cuida de mirar por ella, y la regala demasiadamente.

Así como están en peligro de caer los que suben por una escalera vieja y podrida; así están muy cerca de caer los que suben por las honras, dignidades y potencia del mundo, que son muy contrarias á la humildad. Así como no es posible no acordarse del pan el que tiene hambre; así no es posible que se olvide de la muerte y del juicio eterno el que se desea salvar. Así como el agua borra las letras, así las lágrimas quitan los pecados. Y así como aquellos que no tienen agua, buscan otras maneras para raer ó borrar las letras; así las ánimas á quien falta esta agua de las lágrimas, trabajan con tristezas, y gemidos, y entrañable dolor, por borrar y deshacer sus pecados.

Así como la abundancia del estiércol cria muchedumbre de gusanos; así la muchedumbre de los manjares es causa de malos pensamientos, y caidas, y sueños desvariados. Así como el que tiene los piés atados no puede andar, porque le impiden las ataduras; así el que estudia en atesorar en la tierra, no puede caminar al cielo; porque esta aficion lo tiene preso, y así lo impide en este camino. Así como la herida fresca tiene fácil el remedio; así por el contrario, las llagas viejas dificultosamente se curan, ya que se puedan curar.

Así como no es posible que el muerto ande, así no es posible que se salve el que desconfía. El que guardando entera fe comete pecados, es semejante al hombre que no tuviese ojos; mas el que hace buenas obras y no tiene fe, es como el que echa agua en un algibe roto. Así como el navío, si tiene buen piloto, suele con ayuda de Dios navegar prósperamente, y tomar puerto seguro; así el ánima que es gobernada por buen pastor, camina prósperamente al cielo, aunque haya cometido muchos males en el mundo.

Así como el que camina por el camino que no sabe, sin guia, se pierde muchas veces (aunque sea en otras cosas hombre muy prudente); así el que pretende gobernarse por sola su cabeza en la vida monástica, fácilmente se perderá, aunque sea muy enseñado en las otras doctrinas y ciencias humanas. Cuando alguno despues de haber cometido muchos y graves pecados, se halla inhabilitado con falta de salud para hacer penitencia, camine por la estrada de la sancta humildad y de sus ejercicios; porque no hallará otro mas conveniente medio para su salud.

Así como los que mucho tiempo han padescido alguna grave enfermedad, no pueden en un momento alcanzar salud; así tampoco los vicios (y aunque sea un solo vicio) de algunos dias acostumbrados, se pueden vencer en poco tiempo. Trabaja por conoscer la cantidad y los grados de cada uno de los vicios y virtudes que hay en tí, para que así puedas conjecturar mejor la manera de tu aprovechamiento. Así como padescen notable detrimento los que truecan oro por barro; así tambien lo padescen los que por cobdicia de bienes temporales publican los espirituales.

Muchos alcanzaron en breve espacio perdon de sus pecados; mas ninguno alcanzó la bienaventurada tranquilidad súbitamente; porque para esto tenemos necesidad de largo tiempo, y de ayuda de Dios, y de singular gracia suya. Miremos con toda atencion qué género de aves hagan daño á la sementera de nuestras virtudes, cuando está debajo de la tierra, y cuando está en berza, y cuando está ya para segar; para que conforme á esto nos apercibamos y les armemos lazos convenientes.

Así como es cosa indignísima é injusta que se mate el que tiene una fiebre; así en ninguna manera conviene que nadie desespere ántes que se le arranque el ánima del cuerpo. Así como es cosa torpe y deshonesta que el que acaba de enterrar á su padre, se vaya luego á casar en levantándose de la sepultura; así tambien lo es que los que aun están llorando sus pecados, busquen honra y descanso, ó gloria en el siglo presente.

Así como una manera de aposento conviene á los ciudadanos, y otra á los delincuentes; así conviene que sea diferente el estado de los que lloran por sus culpas, y de los innocentes. Así como el emperador no despide de su ejército al caballero que recibió muchas heridas en la batalla por su servicio, ántes lo honra y engrandesce mas; así el Emperador celestial corona y engrandesce al monje que ha recibido grandes encuentros y combates del enemigo.

El juicio y conoscimiento del bien y del mal es natural propriedad de nuestra ánima; mas el pecado escurece y anubla esta luz que Dios nos dió; y la sanidad y entereza deste juicio es principio de la diminucion de los males; de la cual nasce la que llamamos conciencia. Y la conciencia es una amonestacion y reprehension del Angel de la Guarda, que nos fué dado dende el principio de nuestra vida; el cual aunque se dé á todos, mas principalmente se da á los cristianos. De donde nasce que estos communmente pecan con mayor remordimiento de la conciencia, que los que no lo son. Y esta diminucion de males, poco á poco viene á parir el apartamiento y abstinencia dellos. Y esta abstinencia es principio de la penitencia, y la penitencia de la salud, y el principio de la salud es el buen propósito, y del buen propósito nasce el sufrimiento de los trabajos; del cual son tambien principio las virtudes. Y el principio de las virtudes es como una flor espiritual, que promete el fructo de las buenas obras. Y de las virtudes nasce el ejercicio y continuacion dellas; y esta continuacion hace hábito, y este hábito hace al hombre obrar con facilidad y suavidad, y de aquí procede el sancto temor de Dios; y este temor hace guardar sus mandamientos, y la guarda de sus mandamientos es argumento de la ca-

ridad, y el principio de la caridad es abundancia de la humildad, y la abundancia de la humildad es madre de la tranquilidad, y la posesion de la tranquilidad es plenitud de la caridad, y es venir el hombre á ser perfecta morada de Dios, en aquellos que por medio desta bienaventurada tranquilidad son puros y limpios de corazon, á los cuales es dado ver á Dios. A quien sea gloria en todos los siglos.

CAPITULO XXVIII.

Escalon veinte y ocho: de la sagrada quietud del cuerpo y del ánima.

Siendo nosotros miserables como unos esclavos comprados por dinero, y habiendo vivido subjectos á vilísimos vicios, por el mismo caso tenemos un poco de conoscimiento de los engaños, costumbres, imperios y astucias de los demonios, que tan miserablemente y por tan largo espacio estuvieron apoderados de nuestra ánima. Otros hay mas dichosos, los cuales por magisterio del Espíritu Sancto conoscen esto mejor, y por estar ya libres de la tiranníá de ellos.

Porque unos hay que por el dolor de la enfermedad conoscen el bien de la sanidad, y otros hay que por el mismo gozo y descanso de la sanidad conoscen la tristeza de la enfermedad. Por lo cual nosotros, como flacos, tememos mucho de filosofar en esta obra sobre el puerto sosegadísimo de la quietud, como quien sabe bien que siempre asiste á la mesa del sancto convento el perverso can de la vanagloria, buscando algun pedazo de pan, que es alguna ánima que tragar, para llevárselo consigo, é írselo á comer en escondido. Para lo cual deseando no dar lugar á este can con la materia de nuestra doctrina, y de quitar la ocasion á quien siempre la anda buscando, no me paresció ser cosa justa tratar agora de la paz con los guerreros de aquel Emperador soberano, los cuales puestos en medio del fervor de la batalla, pelean con gran virtud y constancia de ánimo. Solamente dirémos esto: que los que fuertemente pelean, recibirán coronas de paz y tranquilidad. Mas porque por ventura no entristezcamos algunos dellos, dejando del todo esta parte por tratar, dirémos un poco desta materia, como debajo de forma de discrecion.

La quietud del cuerpo es un conoscimiento y moderacion de todos los sentidos, y de toda la figura y movimientos del hombre exterior; mas la quietud del ánima es conoscimiento y ciencia de todos los pensamientos y movimientos interiores, y moderacion de todos ellos, y una recta atencion para con Dios, y que de ningunos ladrones puede ser robada; para que desta manera todo el hombre dentro y fuera de sí esté perfectamente compuesto y quieto.

El amigo de la quietud trae siempre consigo un cuidado fuerte, perpetuo y velador, el cual está siempre velando á las puertas de nuestro corazon, ojeando ó matando todos los malos pensamientos que se llegan á él. Esto entenderá muy bien el que ha llegado á lo íntimo de la quietud; mas el que aun es niño y principiante no entiende esto, porque no lo ha probado. El prudente seguidor de la quietud no tiene necesidad de ser enseñado con muchas palabras; porque á la verdad, las palabras se declaran y entienden mejor con las obras.

El principio de la quietud es apartar de nosotros todo el estruendo y desasosiego interior, como cosa que turba el íntimo silencio y paz de nuestra ánima; mas el fin della es no temer ya estos desasosiegos, sino estar en medio dellos quieto y sosegado. El amigo de la quietud, saliendo de la celda, no sale con las palabras della; porque no deja por eso de hablar dentro de su corazon con Dios, como cuando estaba en ella. Es todo él manso, y como un aposento de caridad; muévese dificultosamente á hablar, pero la ira está sin moverse. Mas por el contrario, el que desta virtud caresce, todo esto tiene al reves; y así vive subjecto á las pasiones, y estando con el cuerpo encerrado en la celda, con el espíritu anda derramado por el mundo.

Aquel es verdadero seguidor de la quietud, que trabaja con todas sus fuerzas, estando en cuerpo mortal, por imitar la condicion y tranquilidad de aquellas sustancias espirituales, lo cual es de grande admiracion. El gato está siempre puesto en espía para cazar el raton; mas la intencion del quieto solitario está siempre atenta para cazar el raton intelectual, que es el mal pensamiento, ó el demonio que viene á estragar su ánima. No te parezca vil y bajo este documento; porque si así no lo sientes, no has aun sabido qué es quietud.

El verdadero y profundo monje no es como el flaco que está arrimado al mas profundo, y así se descuida á las veces con las espaldas que tiene en él. Porque el monje tiene necesidad de summa vigilancia, y de un ánima ajena y libre de toda presumpcion. Y muchas veces acaesce que aquel primero, que es el descuidado, ayuda al otro que es cuidadoso; mas al segundo, que es diligente, ayudan los sanctos ángeles. Porque suelen estas intelectuales virtudes asistir juntamente con el espiritual seguidor de la virtud, y ministrar con él, y morar alegremente con él, como en un aposento muy agradable. Mas qué sea lo que acaesce á los que hacen lo contrario desto, al presente no lo quiero decir, pues ello está ya de suyo manifiesto.

Grande es la profundidad de los misterios y doctrinas de nuestra religion, y no podrá el ánima del solitario entrar en ellos sin peligro, si con curiosidad los quisiere escudriñar. No es cosa segura nadar el hombre vestido; ni tampoco tratar los misterios de la teología el hombre apasionado. La celda del verdadero solitario es su mismo cuerpo, donde trae el ánima recogida do quiera que está, y dentro dél está la escuela de la verdadera sabiduría.

El que estando aun subjecto á las pasiones y enfermedades de su ánima, quiere vivir en soledad, semejante es á aquel que saltando del navío en la mar, quiere llegar á tierra con una tabla. No faltará quietud en su tiempo á los que pelean contra su propria carne, si tuvieren quien los sepa guiar; porque el que sin guia la pretende alcanzar, necesidad tiene de virtud de ángeles. Mas yo hablo agora de aquellos que de verdad pretenden alcanzar quietud, así de cuerpo como de espíritu.

El solitario negligente hablará mentiras, y como por figuras querrá dar á entender á los hombres el fructo de su quietud; mas despues cuando deja la celda, pone la culpa á los demonios, y no echa de ver el miserable que él está ya hecho demonio. Vi yo algunos amadores desta sagrada quietud, los cuales por medio della se hartaron, sin jamas hartarse el encendidísimo deseo que tenian de Dios, acrescentando cada dia fuego á fuego, y deseo á deseo.

Solitario es una imágen de ángel terreno, el cual con la carta del deseo, y con letras de sancta solicitud libró su oracion de toda flojedad y tibieza. Solitario es aquel que de verdad puede con el Profeta decir (*a*): Aparejado está mi corazon, Señor, aparejado está mi corazon. Quieto es aquel que dice (*b*): Yo duermo, y vela mi corazon.

Cierra la puerta á la celda de tu cuerpo para no salir fuera della, y la puerta de la lengua para no hablar, y la ventana interior de tu ánima para no dar entrada á los espíritus sucios. La calma y el sol de mediodía declaran la paciencia del marinero, y la falta de las cosas necesarias, la del quieto solitario; porque aquel, enfadado de la calma, se echa en las aguas; mas este, fatigado con la accidia, se va á lo poblado. No temas las ilusiones que el demonio pretende hacerte con algunos sonidos ó estruendos hechizos; porque el verdadero llanto no sabe qué cosa es temor de carne, ni se le da nada por él.

Aquellos cuya ánima sabe orar de verdad, hablan con Dios rostro á rostro, como quien habla con el rey al oído; mas aquellos cuya boca ora, son semejantes á los que hablan al rey delante del senado; mas los que moran en el siglo, son como los que estando en medio del pueblo desasosegado, hablan al rey como de léjos. Y si tú estás diestro en esta arte de orar, entenderás muy bien esto que dijimos. Asiéntate como en una atalaya en lo mas alto de tu ánima, y dende ahí examina y mira á tí mismo diligentemente si sabes hacer este oficio, y entónces entenderás de qué manera, y en qué tiempo, y por cuál parte, y cuántos y cuáles son los ladrones que quieren entrar en tu viña, y hurtar los racimos della.

Cuando el hombre se cansare con el trabajo de manos, levántese y haga oracion, y despues asentándose torne á continuar varonilmente el trabajo de la primera obra. Queria un varon experimentado tratar destas materias sutil y diligentemente; mas temió no divertir con esto, y hacer negligentes á los obreros de la virtud, tratando estas cosas con demasiada sutileza; porque muchas veces acaesce que el ánima vehementemente ocupada en la inteligéncia de las cosas dificultosas, se entibia en aquel aprovechamiento de las sanctas afecciones y devotos ejercicios.

El que disputa de la quietud sutil y diligentemente, y con summa ciencia, por el mismo caso desafía y provoca contra sí á los demonios, que como soberbios desean mas probar sus fuerzas en lo mas fuerte. Porque ninguno puede tan claramente descubrir sus malicias y artes innumerables de empecer, que los demonios tienen, como este tal; porque el que alcanzó esta manera de quietud solitaria, tiene gran conoscimiento de la profundidad de las obras y misterios divinos. Mas no llegará á esta profundidad, si primero no hubiere oido ó visto los desasosiegos y estruendos de las ondas y de los vientos deste mar, y sufrido parte destos trabajos. Confirma esto que dijimos el grande apóstol Sant Pablo (*c*), el cual, si no hubiera sido llevado al paraíso, como á una secretísima quietud, nunca por cierto oyera los secretos y misterios que oyó. El oído del ánima quieta recibirá de Dios grandes cosas. Por lo cual esta sanctísima quietud decia en Job (*d*): ¿Por ventura piensas que mi ánima recibirá dél grandes cosas?

Quieto solitario es aquel que de tal manera, sin aborrescimiento de nadie, huye de todos (por no cortar el hilo de la divina dulcedumbre), como otro alegre y promptamente busca la compañía de todos.

Anda, ve y distribuye todos tus bienes, y repártelos con los monjes pobres y enfermos, para que ellos te ayuden con el socorro de sus oraciones á alcanzar esta solitaria quietud; y toma tu cruz á cuestas por medio de la obediencia, y lleva sobre tí fuertemente la carga de la mortificacion de la propria voluntad, y entónces ven y sígueme; y llevarte he á la posesion desta beatísima y sosegadísima quietud, y enseñarte he, estando en carne mortal, á mirar la esclarescida conversacion y obras de las intelectuales virtudes, que son los ángeles.

Estos nunca se hartan en los siglos de los siglos de alabar al Criador; ni tampoco se harta este, que ya ha entrado en el cielo de la quietud, de hacer el mismo oficio. No tienen cuidado aquellos, como son substancias espirituales, de las cosas corporales; ni tampoco lo tienen estos, que aunque naturalmente sean corporales, mas con la virtud se han levantado ya sobre la naturaleza frágil y corruptible. No están aquellos solícitos de negocios de hacienda, ni de dineros; ni estos temerosos de las persecuciones y azotes de los espíritus malos. No tienen aquellos espíritus celestiales deseo de alguna criatura visible; ni estos, terrenos juntamente y celestiales, tienen apetito de alguna vista ó cosa sensible. Nunca desisten aquellos de arder en caridad, ni estos de contender con ellos en este mismo ejercicio. No ignoran aquellos las riquezas de su aprovechamiento, ni estos del todo ignoran la subida de su amor. Y así no desistirán de trabajar, hasta llegar á la gloria de los serafines, ni se cansarán hasta llegar á ser como ángeles por imitacion de su pureza. Bienaventurado el que esto espera, y mucho mas bienaventurado el que hubiere de ser lo que espera, y ángel será cuando hubiere alcanzado lo que espera.

§. Único.

De diversas diferencias y grados que tiene la quietud.

Notoria cosa es que en todas las maneras de estados y disciplinas hay diversidad de grados, de voluntades y de paresceres, porque no todas las obras de los hombres son luego perfectas, ó por falta del fervor y diligencia con que se han de hacer, ó por falta de virtud, que cuando es imperfecta, hace tambien sus obras imperfectas. Pues conforme á esto decimos que hay diversos grados entre aquellos que entran en este puerto de la soledad, ó por mejor decir, en este piélago y abismo, pues para muchos así lo es.

Hay pues algunos que escogen la vida solitaria para que como flacos se ayuden della para enfrenar su lengua, y los movimientos y pasiones de su cuerpo. Otros hay inclinados á ira, los cuales viviendo en compañía de otros, no la pueden sojuzgar, y por esto quieren morar solos. Otros hay que hacen esto por ser de ánimos levantados y soberbios, por lo cual se determinan de navegar por su proprio parescer y consejo, ántes que por el magisterio de otro. Otros lo hacen porque puestos en medio de los objetos de las cosas materiales y terrenas, no pueden abstenerse del deseo dellas, y por esta causa huyen á la soledad. Otros hay que hacen esto, para que con el aparejo de la quietud se empleen con mayor fervor y estudio en servicio de Dios. Otros por azotar y afligir sus cuerpos, por

(*a*) Psal. 56. (*b*) Cant. 5. (*c*) 2. Cor. 12. (*d*) Job. 4.

los pecados cometidos, mas secreta y mas libremente. Otros tambien habrá que hagan esto por alcanzar crédito y gloria con los hombres. Hay tambien otros (si con todo eso cuando venga el Hijo del hombre halle algunos destos sobre la tierra), los cuales escogieron esta sancta y solitaria quietud por gozar de los deleites divinos, y por la sed ardentísima que tenian del amor y dulcedumbre divina: los cuales no se pusieron en esto, hasta que primero dieron libelo de repudio á todo género de accidia, porque este vicio se tiene por un linaje de fornicacion en la vida solitaria.

Segun la flaca sabiduría que me es dada, como maestro y edificador poco sabio, he contado y asentado los grados desta escalera espiritual; agora vea cada uno en cuál destos grados está: quiero decir, mire si escogió esta vida por vivir por su proprio parescer, por alcanzar gloria de los hombres, ó por la soltura de su lengua, ó por el desenfrenamiento de su ira, ó por huir las ocasiones de los apetitos y aficiones desordenadas, ó por tomar venganza de su cuerpo y de sus culpas, ó por vivir con mayor fervor de espíritu por alcanzar el suavísimo fuego de la divina caridad.

Entre los cuales grados se puede tambien aquí decir que los primeros serán postreros, y los postreros primeros, pues estos que á la postre puse, pretenden el mas alto fin de todos. Siete son las obras de la semana deste presente siglo, que son las que habemos señalado, de las cuales unas son aceptas á Dios, y otras no. Mas entre estas la octava, que es la postrera de las que aquí referí, la cual significa el estado del siglo advenidero, porque sale de la cuenta de la semana desta vida, es como una imágen y primicias de la vida bienaventurada que en él se vive. Mire cautamente el monje solitario las horas y tiempos á que suelen communmente acudir las bestias fieras, que son los demonios, á hacer daño en su hacienda, porque de otra manera no les podrá armar convenientes lazos. Si ya perfectamente se apartó de tí aquella mala hembra, á quien diste libelo de repudio, que es la accidia, no será necesario el trabajo para contra ella; mas si todavía porfiada y desvergonzadamente te acomete, no veo cómo puedas descansar.

Que es la causa porque no hubo menores lumbreras en los monasterios de los tabennensiotas (que fundó Sant Pacomio) que es en el desierto de Scythia, donde estaban aquellos bienaventurados padres anacoretas que vivian en soledad. El que entiende esto, entiéndalo; porque yo, ni lo puedo decir, ni quiero proseguir esta hondura del repartimiento de las gracias y obras de Dios.

Hay algunos que entienden en mortificar y disminuir sus vicios, y otros que viviendo en los monasterios, perseveran en cantar salmos y oraciones, y otros que puestos en el profundo de la soledad, se ocupan atentamente en el ejercicio de la divina contemplacion. Pues segun la calidad de los grados que en esta escalera espiritual pusimos, podrá cada uno determinar la calidad y valor destos ejercicios; y el que por virtud de Dios tiene capacidad para entender y ejercitar algo desto, téngala, y aprovéchese della.

Hay algunas ánimas negligentes que habitan en los monasterios, las cuales hallando allí alguna ocasion para su flojedad y pereza, vinieron á caer perfectamente en el despeñadero de su perdicion. Otros hay por el contrario, que desterraron y sacudieron de sí esta flojedad y negligencia con la compañía y buen ejemplo de los otros; lo cual no solo acaesció á los religiosos tibios y negligentes, mas tambien á los diligentes, que con el ejemplo de los buenos se esforzaron y pasaron adelante.

De la misma regla y discrecion podemos usar entre los que viven en soledad. La cual recibiendo á muchos que al principio eran buenos, despues los reprobó, declarándolos por hombres que holgaban de regirse por su proprio parescer, y de vivir donde pudiesen hacer su propria voluntad, por lo cual procuraron esta manera de vida. A otros recibió de tal manera, que los hizo solícitos y fervientes con el temor de Dios, y con la memoria y cuidado del divino juicio, y de las penas del infierno.

Ninguno de los que sienten en sí perturbaciones de furor, ó de soberbia, ó de hipocresía y fingimiento, ó de memoria de injurias, se atreva ni aun á ver las pisadas de la quietud y vida solitaria; porque no vengan por esto á recibir mayor daño, cayendo en alguna locura ó engaños del enemigo. Mas el que está limpio destas perturbaciones, él conoscerá lo que le conviene: aunque no él solo (segun pienso), sino ayudado del consejo de los sabios.

Las señales, ejercicios y argumentos de los que acertadamente escogieron la quietud de la vida solitaria, son estas: tranquilidad de ánimo, libre de las ondas de las perturbaciones del siglo; purísima intencion, arrobamiento en Dios, afliccion y castigo perpetuo del cuerpo, memoria continua de la muerte, oracion incesable é insaciable, guarda inviolable de sí mismo (que á ningun género de ladrones está descubierta), muerte de la lujuria, olvido de toda mortal aficion que no fuere segun Dios, muerte del mundo, esto es, de todos los apetitos mundanos, hastío de la gula, abundancia de sabiduría, fuente de discrecion, lágrimas promptas y aparejadas en todo tiempo, continuado silencio, y cualesquier otras virtudes que sean conformes á la soledad, y contrarias á la muchedumbre, que suele ser amiga de murmuraciones y parlerías.

Mas las señales de los que escogen este estado indebidamente, son estas: falta de riquezas espirituales, ira demasiada, memoria de la injuria recibida, disminucion de la caridad, espíritu de hinchazon y de soberbia, temor pueril y desordenado, y otros males que de aquí se siguen, los cuales de propósito callaré.

Y pues la materia ha llegado á estos términos, paréceme necesario tratar aquí tambien de los que viven debajo de subjeccion y obediencia, porque con ellos principalmente hablo en este libro. Pues los que deste número legítima y puramente se aplican á esta hermosísima virtud, estas son las señales que (segun la determinacion de los sanctos padres) han de tener; las cuales llegan á debida perfeccion en su tiempo, mas cada dia crecen y se hacen mayores, conviene saber: acrescentamiento de aquella primera humildad con que entraron en la religion, diminucion de la ira (porque ¿qué otra cosa se puede esperar despues de evacuada la hiel de la soberbia sino esta?), ejercicio de la caridad, destierro de los vicios, liberacion del odio que nace de la reprehension, mortificacion de toda deshonestidad y regalo, muerte de la accidia, acrescentamiento del fervor, amor de la misericordia, ignorancia de toda soberbia (que es virtud que pocos alcanzan), aunque de todos meresce ser deseada.

Cuando falta el agua á la fuente, no se puede llamar fuente, y claro está de ver lo que de aquí se sigue: conviene saber, que no merescerá nombre de religioso, quien no tiene estas condiciones de religioso. La mujer que no guarda fe á su marido, ensucia su cuerpo; mas el ánima que no guarda la profesion y asiento que hizo con Dios (que fué de renunciar todas las cosas por vacar á él), esta tal ensucia su espíritu.

Y lo que se sigue de aquella primera culpa, es deshonra, odio, castigo, y lo que es mas miserable) apartamiento y divorcio; mas lo que destotra se sigue, son torpezas, olvido de la muerte, insaciabilidad del vientre, derramamiento de los ojos, obras de vanagloria, sueño demasiado, dureza de corazon, insensibilidad del ánima, plaza de pensamientos, cautiverio de corazon, turbacion de pasiones, desobediencia, contradiccion, infidelidad, corazon sin ninguna prenda de confianza cierta de su salud, mucho hablar, viciosas aficiones (y lo que es mas grave de todo), reputacion y confianza de sí mismo; y (lo que es aun muy mas miserable) un corazon [sin alguna gracia de compuncion, á la cual sucede (en aquellos principalmente que no tienen ejercicio de consideracion) la insensibilidad, que es madre de todas las caidas, y especialmente de la soberbia.

Tres vicios de los ocho capitales suelen principalmente acometer á los que viven en obediencia, que son, ira, invidia, lujuria; mas los otros cinco, que son, soberbia, vanagloria, accidia, avaricia y gula, suelen mas ordinariamente combatir á los seguidores de la soledad. El solitario que pelea contra la accidia, muchas veces gana ménos con esto; porque gasta en esta lucha el tiempo que fuera mas bien empleado en la oracion y contemplacion, con que se vence mejor esta pasion. Estando yo una vez en la celda asentado y cargado deste vicio, en tanto grado que pensaba en dejar la celda, viniendo ciertos hombres á visitarme, y alabándome como á solitario con grandes alabanzas, y predicándome por bienaventurado, luego en ese punto el espíritu de la vanagloria hizo huir de mí al de la pereza; con lo cual quedé maravillado de ver cómo este mal abrojo es contrario á todos los espíritus buenos y malos.

Está atento en todas las horas á mirar los movimientos desa esposa y perpetua compañera tuya, que es tu carne; así los que llaman primeros movimientos, que son sin culpa, como los que se siguen despues destos, que pueden ser con culpa; asimismo las pasiones y apetitos mas vehementes, y las contradicciones que suele haber entre ellos, cuando unos quieren uno y otros otro: todo esto se ha de mirar, para que el hombre se conozca y se reporte con tiempo, y acorte los pasos al enemigo. El que por virtud del Espíritu Sancto alcanzó la verdadera paz y tranquilidad del ánimo, este solo entiende muy bien por experiencia todas estas materias.

El principal negocio desta quietud solitaria es dar de mano, y sacudirse de todos los otros negocios, ora sean lícitos, ora ilícitos: no porque los lícitos sean malos, si no porque pueden ser impeditivos de otro bien mayor; sino es cuando caen debajo de precepto y obligacion. Porque de otra manera, si abrimos la puerta indiscretamente á unos, por allí tambien se colarán unos y otros. La oracion del solitario no sea perezosa, sino devota y continua, y una perpetua ocupacion del ánima con Dios, mediante una ardentísima caridad, la cual ha de ser tan constante y tan fija, que ningunos ladrones la puedan robar. Imposible es que el que nunca jamas aprendió letras, pueda leer; pero muy mas imposible es que el que no libertó su corazon de cuidados y congojas, pueda tener perfecta oracion y contemplacion.

Estando yo una vez en uno destos sanctos ejercicios con un ardentísimo deseo de Dios, vine á quedar fuera de mí, y á parescérme que estaba entre los ángeles, donde el Señor con los rayos de su luz alumbraba mi ánima, deseosa de su presenciá. Y preguntando yo á uno dellos, de qué manera estaba el hermosísimo Hijo de Dios ántes que tomase nuestra forma visible, no me lo pudo enseñar, porque no le dieron licencia para ello. Y rogándole yo que me dijese de la manera que agora estaba, respondióme que estaba en la misma naturaleza y persona divina que ántes, asentado á la diestra del Padre, sobre todas las hierarquías y coros de ángeles. Y replicando yo qué cosa es la diestra, y el estar, y la silla en el Criador, respondióme que era imposible oir esto con oídos corporales. Y encendido mi deseo mas con esta respuesta, rogábale que me llegase á tiempo en que esto pudiese yo saber, aunque fuese desatándome desta carne. A esto me respondió él, que aun no era llegada la hora desto, por falta del fuego incorruptible: que es por no haber llegado tu caridad á tal estado que esto merezca. Cómo haya esto pasado, ó estando mi ánima dentro deste lodo, ó fuera dél, no lo puedo decir.

Cosa es dificultosa y trabajosa vencer el sueño del mediodía en tiempo de estío. Por lo cual entónces principalmente nos conviene ocupar en alguna obra de manos. Tambien sé yo que el espíritu de la accidia suele ser precursor del espíritu de la fornicacion, para que resolviendo y derribando al cuerpo con un pesado sueño, ensucie despues nuestros cuerpos y ánimas con sueños deshonestos. Y si tú á esto resistieres fuertemente, tambien los enemigos te combatirán poderosamente, para hacerte huir del campo, y arredrarte de la batalla, viendo que no aprovechas en ella. Mas tú ten por cierto que ninguna señal hay mas clara para creer que los demonios son vencidos, que combatirnos ellos fuertemente.

Cuando sales de la celda á algun negocio, trabaja mucho por conservar lo que adquiriste en ella, porque suelen las aves volar de presto, y salirse de casa cuando hallan la puerta abierta. Y cuando esto así se hace, nada nos aprovecha la quietud. Un pelito muy pequeño turba la vista, y un cuidado muy pequeño la quietud del ánima. Porque la verdadera quietud es dejar aparte todas las obras de los sentidos é imaginaciones, y despedirse de todos los cuidados, aunque sean lícitos, para vacar á solo Dios: de tal manera, que el que de verdad alcanzó la quietud, viene muchas veces á olvidarse aun de comer su pan, y de las necesidades de su carne. Porque no miente aquel que dice (*e*): El que quiere presentar su ánima pura delante de Dios, no se deja prender de cuidados; porque fuera semejante al que se esfuerza por andar apriesa, y por otra parte ate fuertemente sus piés con un lazo.

Pocos hay que hayan llegado á la cumbre de la filosofía y sabiduría del mundo; mas muy mas pocos son los que han llegado á la cumbre desta celestial filosofía de la quietud; la cual por gusto y experiencia sabe qué

(*e*) 2. Tim. 2.

cosa sea quietarse interiormente, y reposar en Dios, y cantar con el Profeta (*f*): En paz juntamente dormiré y descansaré. El que aun no tiene conoscimiento vivo y amoroso de Dios, no está apto para esta quietud, porque pasará en ella muchos peligros. Esta sancta quietud, que para los que son dignos es saludable, suele ahogar los ignorantes é indignos. Porque el hombre naturalmente es perezoso para las obras en que no toma gusto; y como estos no hayan gustado la dulzura de Dios, vienen á gastar el tiempo en distraimientos de corazon, con que el demonio los prende, ya en tristezas y tedios espirituales, y en otros desordenados movimientos del ánima.

El que hubiere llegado á la hermosura de la perfecta oracion, este huirá de la gente, como el onagro, que es el asno salvaje; porque ¿quién sino esta virtud libertó este piadoso animal, y le apartó de la compañía de los hombres? El que cercado de pasiones mora en el desierto, con gran atencion mira cómo y de qué manera las haya de resistir. Para lo cual vale el dicho de aquel sancto Jorge Arsilayta, que tú, padre reverendo, conoces; el cual siendo yo nuevo y rudo, y enseñándome él cómo me habia de aparejar para la quietud, me dijo estas palabras: Notado he que el espíritu de la vanagloria y de la carnal concupiscencia suelen principalmente por la mañana combatir los monjes, y al mediodía el de la accidia, ira y tristeza; mas á la noche, que es el tiempo de la refeccion de los monjes, acometen los tirannos sucios del vientre, que son los demonios de la gula.

Mas vale el pobre súbdito que vive en obediencia, que el monje solitario que se distrae con diversos cuidados y perturbaciones. El que dice haber entrado en el estado de la quietud con deliberacion y consejo, y con todo esto no examina cada dia lo que en este estado gana, sin dubda, ó no lo tomó con este consejo, ó está tomado del vicio de la soberbia.

Quietud es asistir siempre ante Dios con una perpetua y atentísima devocion y reverencia, estando siempre, en cuanto sea posible, adorándolo, y reverenciándolo, y ofresciéndole sacrificio de alabanza y obediencia en el altar de su corazon. Trabaja porque la memoria de Jesus esté unida con tu espíritu, y entónces conoscerás cuán grande sea la utilidad de la quietud.

La culpa propria del súbdito obediente es hacer su voluntad, y la del monje solitario es cesar de la oracion. Si te alegras sensualmente con la venida de los religiosos á tu celda, sábete que estando en ella, no vacas á Dios, sino á la accidia. Séate ejemplo de perseverancia en la oracion aquella viuda del Evangelio, que importunamente era perseguida de su adversario (*g*); mas ejemplo de quietud te sea aquel grande solitario Arsenio, semejante á los ángeles. Acuérdate pues, ó solitario, del ejemplo deste celestial solitario, el cual muchas veces despedia á los que á él venían, por no dejar lo que era mas, por lo ménos.

Cierto es que los demonios suelen persuadir á unos curiosos visitadores y amigos de andar de una parte á otra, á que vayan muy á menudo á visitar á los muy dados á ejercicios de la quietud, para que por esta via interrumpan el ejercicio destos obreros de Dios. Nota pues, ó muy amado hermano, los que son desta condicion, y no dejes alguna vez entristecer piadosa y religiosamente á los tales, despidiéndolos de tí; porque ya podrá ser que con esta saludable tristeza vengan á emendarse.

Mas con todo esto mira diligentemente no arranques la buena yerba por arrancar la mala: quiero decir, que so color desta virtud no cierres la puerta al que por ventura con saludable sed viene á coger agua de tu fuente. Y así para esto como para todo lo demas te es necesaria la candela de la discrecion.

La vida de los solitarios, y tambien de los que viven en congregacion, se ha de gobernar en todo y por todo conforme al dictámen de la conciencia, y se ha de ejercitar con todo estudio, fervor y devocion. El que anda por esta carrera como debe, trabaja por enderezar y encaminar todos sus deseos, palabras y pensamientos, ejercicios y movimientos, con todo fervor y aficion, obrando todas las cosas segun Dios, y como quien las está haciendo delante de Dios.

Mas si algunas veces es salteado de los demonios, y afloja en este ejercicio, argumento es que no ha llegado á la perfeccion de la virtud. Declararé, dijo el Profeta (*h*), mi proposicion en salterio: esto es, el consejo de mi corazon. Dice esto en persona de los que no tienen aun perfecta discrecion; mas yo declararé mi voluntad á Dios en la oracion, y le significaré mi necesidad, para que él supla en mí esta falta de discrecion, y me enseñe lo que debo hacer en las cosas en que no estoy certificado por su ley.

La fe es ala de la oracion, sin la cual no puede volar á Dios, y así se vuelve á nosotros. Fe firme es un estado de la ánima fijo y fuerte, sin ninguna vacilacion; de tal manera que con ninguna adversidad pueda ser movido; lo cual pertenesce á la fe confirmada con la claridad, y con la inteligencia del ánima purificada. Fiel es el que no solo cree que Dios puede todas las cosas, sino que tambien cree que podrá todas las cosas en él. La fe es dadora de cosas no esperadas; lo cual nos muestra aquel dichoso ladron, que dende la cruz alcanzó el reino (*i*). La gracia es madre de la fe, y el trabajo virtuoso y el corazon recto la confirman y hacen mas perfecta. De las cuales cosas la una, que es la rectitud del corazon, es causa deste trabajo; y el trabajo, de la perfeccion de la fe.

La madre de los solitarios es esta manera de fe tan noble y tan fuera de toda vacilacion; porque si el solitaririo no tuviera esta manera de fe en Dios, ¿con qué se quietará? El temor del juez hace estar al preso encerrado en la cárcel, mas el temor de Dios hace al solitario estar en la celda. Y no tiene aquel tan grande miedo á la cuestion del tormento, cuanto este tiene al exámen del Juez eterno. Summo temor es necesario, ó clarísimo hermano, á tí que vives en la soledad, porque no hay cosa que así ayude á vencer la accidia perseguidora del solitario, como este sancto temor. Mira muchas veces, el que está preso, cuándo el juez ha de venir á la cárcel; mas este buen trabajador mira siempre cuándo ha de venir el que le ha de mandar salir desta vida. Está siempre en aquel una perpetua carga de tristeza, mas en este una fuente de lágrimas.

Si juntamente con esto trajeres en la mano el báculo de la paciencia, presto dejarán los canes, que son los demonios, de atreverse y desvergonzarse contra tí. Pa-

(*f*) Psal. 4. (*g*) Luc. 18.

(*h*) Psal. 48. (*i*) Luc. 23.

ciencia es un ánimo fuerte, que con ningun trabajo es quebrantado, ni desordenadamente perturbado y alterado. Paciencia es estar apercebido y armado contra las vejaciones y trabajos cuotidianos. Paciencia es cortar todas las ocasiones de turbacion, no tomando ni interpretando los hechos ó dichos de los otros por injuria nuestra : ó por estar siempre solícito y ocupado en la guarda de sí mismo.

No tiene tanta necesidad este buen trabajador de mantenimiento, cuanta tiene de paciencia; porque si el mantenimiento le faltare, no dejará de recibir la corona; mas si le faltare la paciencia, perderla ha. El varon paciente es un hombre muerto ántes de la muerte; porque así trabaja por no sentir las adversidades, como si ya estuviese muerto, y de su misma celda hizo monumento donde yace sepultado. La paciencia es hija del llanto y de la esperanza, porque el que destas dos virtudes caresce, siervo es de la accidia ó tristeza.

Trabaje por saber el caballero de Cristo con cuáles enemigos ha de pelear de léjos, y con cuáles de cerca; porque tiempos hay en que luchar con el adversario es materia de coronas, y huir de la lucha hace al hombre perdidoso. De la cual materia arriba se trató, puesto caso que estas cosas no se pueden bien enseñar por palabras, porque no es una la condicion y calidad de todos, ni todos tenemos unos mismos afectos ni de una manera; y por esto no se puede á todos dar una misma regla.

Avísote que muy atentamente te guardes de un espíritu malo, que en todas las cosas te combate sin cesar, en el estar, en el andar, en el asiento, en el movimiento, en la oracion, en el sueño; que es el espíritu de la vanagloria, el cuál aun durmiendo nos hace soñar cosas con que despues nos envanezca. Muchos de los que andan por esta carrera de la sancta quietud, trabajan por ejercitar siempre en sus ánimas aquella obra espiritual que el Salmista significó, diciendo (*k*) : Ponia yo al Señor siempre delante de mis ojos : lo cual se hace andando siempre en su presencia, y trayéndolo delante de sí.

Para lo cual es de saber que no todos los panes espirituales de que el Espíritu Sancto nos provee con sus dones, son de una misma especie. Porque unos hay que se ejercitan en aquello que el Señor dice (*l*) : Con vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas. Otros en aquello que en otra parte dice (*m*) : Velad, y haced oracion. Otros en aquello que está escripto (*n*) : Apareja tus obras para el tiempo de la partida. Otros en aquello que el Profeta dice (*o*): Humilléme, y libróme el Señor. Otros tienen siempre los ojos puestos en aquellas palabras que dicen (*p*) : No son iguales las pasiones desta vida á la gloria advenidera que en nosotros será revelada. Otros atentísimamente están ponderando aquella palabra que dice (*q*) : Entended esto los que os olvidais de Dios; porque no venga quien os arrebate, y no haya quien os libre.

Todos estos corren, mas uno es el que con ménos trabajo recibe la corona, que es el que se da á la divina contemplacion; porque á ella está anexa una grande suavidad (*r*). El que está ya aprovechado, no solamente obra cuando vela, sino tambien cuando duerme; donde muchas veces le acaesce deshonrar é injuriar á los demonios que vienen á él, y predicar castidad y limpieza á malas mujeres. No estés solícito y con cuidado de los huéspedes que han de venir á tí, ni estés muy apercibido para esos; porque el estado y vida del solitario es toda sencilla y libre de todos los cuidados y embarazos.

Ninguno de los que desean edificar la torre ó la celda de la soledad, comience á entender en esto ántes que asentado y recogido en la oracion entre consigo en cuenta, y mire si tiene las propriedades necesarias de la perfeccion, que para esto se requieren; porque no le acaezca que abriendo los cimientos, y no prosiguiendo la obra, dé materia de risa á los enemigos, y de escándalo á los imperfectos.

Examina diligentemente la dulzura y suavidad espiritual que sientes, no sea por ventura procurada por amargos médicos, ó (por mejor decir) por falsos engañadores, que son los demonios, que á veces suelen hacer esto. De noche insiste mucho mas en la oracion, y poco en el cantar de los salmos; y de dia otra vez, segun tus fuerzas, te apareja para lo uno y para lo otro.

La leccion devota ayuda mucho para alumbrar el entendimiento, y recoger el espíritu derramado; porque las palabras de la Escriptura son palabras del Espíritu Sancto, las cuales rigen y enderezan á los que se llegan á ellas. Tú que eres obrero, procura que la leccion sirva para enseñarte cómo has de obrar; porque á esto se endereza la leccion; mas si fueses diestro en el obrar, no te será tan necesaria la leccion. Con todo eso procura siempre alcanzar la verdadera sabiduría, mas con trabajos y virtudes, que con libros.

Ni te atrevas (hasta que estés guarnecido de especial virtud) á leer aquellos libros ó materias que en alguna cosa te pueden dañar, cuando son tales, que exceden tu capacidad; porque cuando las materias son dificultosas y escuras, suelen tambien escurescer y confundir los flacos espíritus y entendimientos. Una sola copa de vino basta para dar noticia de una gran vasija de vino : y una palabra de un solitario á veces descubre á los que tienen sentido, todo el espíritu y perfeccion interior que hay en él.

Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánima contra todo género de levantamiento y presumpcion; porque entre los hurtos espirituales ninguno hay mas peligroso que este. Cuando sales fuera ten gran recaudo en la lengua; porque esta suele en poco espacio derramar y destruir muchos trabajos. Procura tener una manera de vida ajena de toda curiosidad; porque apénas hay cosa que tanto empezca á la vida del solitario, como este vicio, el cual escudriñando la vida ajena, hace al hombre olvidar la suya.

Cuando algunos te vinieren á visitar (demas del servicio de la hospedería) trata con ellos cosas necesarias y provechosas, para que no solo sirvas á sus cuerpos, sino tambien á sus ánimas. Pero si ellos fueren mas sabios que nosotros, procuremos edificarlos más con silencio que con palabras. Mas si fueren hermanos, y del mismo estado que nosotros, con templanza dejemos abrir la puerta del silencio : aunque mejor es tenerlos á todos por superiores.

Queriendo yo una vez impedir á los nuevos en la religion el trabajo corporal (porque no les fuese impedimento, y les ocupase el tiempo del ejercicio espiritual), desistí deste propósito, acordándome de aquel sancto viejo, de quien se escribe que para vencer el sueño de la

(*k*) Psal. 24. (*l*) Luc. 21. (*m*) Marc. 13. (*n*) Luc. 12.
(*o*) Psal. 114. (*p*) Rom. 8. (*q*) Psal. 49. (*r*) 1. Cor. 9.

noche, andaba llevando y trayendo cargas de arena, en un canto del hábito, de una parte á otra.

Así como hablamos diferentemente en el misterio de la sanctísima y beatísima Trinidad, y de la sanctísima Encarnacion del Hijo de Dios (porque allí ponemos una naturaleza en tres personas, y aquí una sola persona en tres naturalezas, que son divinidad, ánima y carne); así unos son los estudios y ejercicios que convienen á la vida quieta y solitaria, y otros los que convienen á la subjeccion y obediencia. Dijo aquel divino Apóstol (*s*) : ¿Quién conoscerá el sentido del Señor? Mas yo digo : ¿Quién conoscerá el sentido del hombre, que con el cuerpo y con el espíritu alcanzó la verdadera quietud y soledad?

CAPITULO XXIX.

Escalon veinte y nueve : de la bienaventurada virtud de la oracion, y de la manera que en ella asiste el hombre ante de Dios.

Oracion, segun su condicion y naturaleza, es union del hombre con Dios; mas segun sus efectos y operaciones, oracion es guarda del mundo, reconciliacion de Dios, madre y hija de las lágrimas, perdon de los pecados, puente para pasar las tentaciones, muro contra las tribulaciones, victoria de las batallas, obra de ángeles, mantenimiento de las substancias incorpóreas, gusto del alegría advenidera, obra que no se acaba, mineral de virtudes, procuradora de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánimo, lumbre del entendimiento, cuchillo de la desesperacion, argumento de la fe, destierro de la tristeza de los monjes, tesoro de los solitarios, diminucion de la ira, espejo del aprovechamiento, indicio de la medida de las virtudes, declaracion de nuestro estado, revelacion de las cosas advenideras, y significacion de la clemencia divina á los que perseveran llorando en ella. Todo esto se dice ser la oracion, porque para todas las cosas ayuda al hombre, pidiendo y alcanzando la caridad, y la devocion, y la gracia, las cuales nos administran todas estas cosas.

La oracion (para aquellos que derechamente oran) es un espiritual juicio y tribunal de Dios, que precede al tribunal del juicio advenidero; porque allí el hombre se conosce, y se acusa, y se juzga para excusar el juicio y condenacion de Dios, segun el Apóstol.

Levantándonos pues, hermanos, oigamos esta grande ayudadora de todas las virtudes, que con alta voz llama y dice así (*a*) : Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os esforzaré (*b*). Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso, para vuestras ánimas, y medicina para vuestras llagas; porque mi yugo es suave, y cura al hombre de grandes llagas.

Los que nos llegamos á hablar y asistir delante de nuestro Dios, no hagamos esto sin aparejo; porque mirándonos aquel longánimo y misericordioso Señor sin armas y sin vestidura digna de su real acatamiento, no mande á sus criados y ministros que atados de piés y manos nos destierren de su presencia (*c*), y nos dén en rostro con la negligencia é interrupcion de nuestras oraciones.

Cuando vas á presentarte ante la cara del Señor, procura llevar la vestidura de tu ánima cosida con el hilo de aquella virtud que se llama olvido de las injurias; porque de otra manera nada ganarás con la oracion. Sea todo el hilo de la oracion sencillo, sin multiplicacion y elegancia de muchas palabras; pues con sola una se reconciliaron con Dios el publicano del Evangelio (*d*), y el hijo pródigo.

Uno es el estado de los que oran; pero en él hay mucha variedad y diferencia de oraciones. Porque unos hay que asisten delante de Dios como delante de un amigo y señor familiar, ofresciéndole oraciones y alabanzas, no tanto por su propria salud, cuanto por la de otros, como hacia Moisen. Otros hay que le piden mayores riquezas y mayor gloria y confianza. Otros piden instantemente ser del todo librados del enemigo. Algunos hay que piden honras y dignidades, otros perfecta paga de sus deudas, otros ser librados de la cárcel desta vida, otros desean tener que responder á las acusaciones y objeciones del divino juicio.

Ante todas las cosas pongamos en el primer lugar de nuestra oracion, que es la entrada de ella, un sincero hacimiento de gracias, y en el segundo lugar suceda la confesion y contricion, que salga del íntimo afecto de nuestro corazon, y despues destas dos cosas signifiquemos nuestras necesidades á nuestro Rey, y hagámosle nuestras peticiones. Esta es una muy buena órden y manera de orar, la cual fué revelada por un ángel á uno de los monjes.

Si alguna vez te viste acusado delante del tribunal de algun juez visible, no tienes necesidad de otro ejemplo para entender de la manera que has de estar en la oracion delante de Dios. Mas si nunca te viste en esto, ni tampoco viste á otros en este mismo auto, pon los ojos en los ruegos que hacen á los médicos los que han de ser cauterizados ó aserrados; para que de aquí aprendas la figura del ánimo con que has de orar.

No uses de palabras adornadas y elegantes en la oracion; porque muchas veces las palabras de los niños pura y simplemente dichas, y casi tartamudeando, bastaron para aplacar á su Padre, que está en los cielos. No trabajes por hablar demasiadas palabras en la oracion; porque no se distraiga tu espíritu, inquiriendo y buscando muchas cosas que decir. Una palabra del publicano aplacó á Dios, y otra fiel palabra hizo salvo al ladron. Hablar mucho en la oracion, muchas veces fué ocasion de hinchirse el ánima de diversas imaginaciones de cosas, y de perder la atencion; mas hablar poco, ó una palabra en la oracion, suele recoger mas el espíritu.

Cuando en alguna palabra de la oracion siente tu ánima alguna suavidad y compuncion, persevera en ella; porque entónces nuestro ángel ora juntamente con nosotros. No te llegues á la oracion confiado en tí mismo, aunque sea grande tu pureza; sino ántes te llega con summa humildad, y así recibirás mayor y mas segura confianza. Y aunque hayas subido hasta el postrer escalon de las virtudes, todavía pide húmilmente perdon de los pecados, pues oyes clamar á Sant Pablo, y decir (*e*) : Yo soy el primero de los pecadores. La sal y el aceite suelen adobar los guisados; mas la castidad y las lágrimas levantan en alto á la oracion.

Si desterrares de tí la ira, y te vistieres de mansedumbre, no pasará mucho tiempo sin que vengas á libertar tu ánima del cautiverio de sus pasiones. Miéntras no habemos alcanzado una fija y estable manera de orar, somos semejantes á los que enseñan á andar á los niños; porque así andamos poco y embarazadamente, como an-

(*s*) 1. Cor. 2. (*a*) Matt. 11. (*b*) Ibid. ibi. (*c*) Ibid. 22.

(*d*) Luc. 18. (*e*) 2. Tim. 1.

dan estos. Trabaja cuanto pudieres por levantar tu espíritu á lo alto, y aun por sacarlo á veces de la inteligencia de las mismas palabras que vas diciendo, para suspenderlo en Dios, en cuanto sea posible: y si por tu imperfeccion cayeres desto, trabaja para volver al mismo hilo; porque propria es de nuestra ánima esta miserable instabilidad, mas á Dios tambien es proprio hacerla estar fija en solo él.

E si en este ejercicio peleares varonilmente sin cesar, presto vendrá en tí el que ponga cerco y términos al mar de tus pensamientos, y le diga: Hasta aqui llegarás, y no pasarás adelante. No es posible atar y tener preso el espíritu; mas cuando sobreviene el Criador de los espíritus, todas las cosas obedescen. Si alguna vez tuviste ojos para mirar la Majestad y resplandor del verdadero sol de justicia, poderle has hablar con el acatamiento y reverencia que se le debe; mas si nunca le miraste con estos ojos, ¿cómo le hablarás desta manera?

El principio de la buena oracion es despedir el hombre de sí luego á la entrada todas las olas de pensamientos que allí se levantan, y con un solo secreto imperio del ánima, que todo esto se sabe sacudir. El medio es estar todo el espíritu atento á las cosas que dice ó que piensa; mas el fin es transportarse y arrebatarse el hombre en Dios.

Una es el alegría de la oracion de los que viven en congregacion y obediencia, y otra la de los que oran en soledad; porque aquella por ventura no caresce algunas veces de imaginaciones y fantasías; mas esta toda está llena de humildad. Si te ejercitares y acostumbrares á traer el corazon recogido, y no dejarlo salir muy léjos de casa, muy cerca de tí estará cuando te asentares á la mesa; mas si lo dejares andar cerrero y suelto por do quisiere, nunca lo podrás tener contigo. Aquel grande obrero, de grande y perfecta oracion, decia (*f*): Quiero decir cinco palabras sentidas en la Iglesia, etc. Mas esto no conviene tanto á los principiantes, y por esto nosotros, juntamente con la calidad, que es el estudio de la devocion, juntamos tambien la cantidad, que es la muchedumbre de las palabras, de que como flacos tenemos necesidad: y por lo segundo venimos á lo primero. Decia un sancto varon: Haz oracion ferviente y limpia por aquel que la hace con corazon sucio y derramado.

Por lo cual es de saber que una cosa es inmundicia en la oracion, y otra destierro, y otra hurto, y otra mácula. Inmundicia es asistir delante de Dios, y revolviendo en el corazon malos pensamientos. Destierro es ser allí el hombre preso y llevado á otra parte con cuidados inútiles. Hurto es cuando secretamente sin sentirlo nosotros se divierte y derrama nuestra atencion. Mácula es cualquier ímpetu de pasion que en aquel tiempo nos sobreviene, el cual amancilla nuestra oracion.

Cuando hacemos nuestra oracion en compañía de otros, procuremos recoger nuestro corazon, y despertar interiormente nuestra devocion sin muestras exteriores. Mas si estamos solos, donde no hay ocasion de alabanzas humanas, ni temor de los ojos de quien nos mira, aprovechémonos tambien de figuras y gestos exteriores para ayudar á la devocion; como son herir los pechos, levantar los ojos al cielo, prostrarnos en tierra, extender los brazos en cruz, y otras cosas semejantes; porque muchas veces acaesce que el espíritu de los imperfectos se levanta con esto, y se conforma con los movimientos exteriores.

(*f*) 1. Cor. 14.

Todos los que desean alcanzar mercedes del rey, y señaladamente los que piden remision de sus deudas, tienen necesidad de grande contricion y sentimiento de corazon. Si nos tenemos por presos en la cárcel, oigamos al que dice á Pedro (*g*): Cíñete la cinta de la obediencia, y descálzate los zapatos de tus proprias voluntades, y desnudo y libre dellos llégate al Señor, pidiéndole en tu corazon el cumplimiento de su sola voluntad; y él luego vendrá en tí, y tomará en su mano el gobernalle de tu ánima para regirla. Y levantándote del amor del siglo, y de la corrupcion de los deleites, despide de tí los cuidados superfluos, aparta las imaginaciones, y niega tu mismo cuerpo.

Porque no es otra cosa oracion, sino alienacion y apartamiento de todo este mundo visible é invisible: esto es, que con tanta atencion te conviertas á Dios, que te olvides de todas las cosas. Por lo cual decia el Profeta (*h*): ¿Qué tengo yo que ver en el cielo, ni qué quise yo de tí sobre la tierra, sino allegarme siempre á tí por medio de la oracion, y sin alguna distraccion? Unos hay que desean riquezas, otros honras, otros otras cosas mortales y terrenas; mas á mí todo mi bien y mi deseo es allegarme á Dios, y poner en él la esperanza de mi tranquilidad, la cual él solo me puede dar.

La fe es ala de la oracion, sin la cual no puede volar al cielo. Los que estamos subjectos á diversas pasiones y perturbaciones, hagamos instantemente oracion á Dios; porque todos los que así la hicieron, llegaron á este puerto de la bienaventurada tranquilidad, despues de pasado el golfo destas pasiones y perturbaciones. Acordémonos de aquel juez del Evangelio, que aunque no temia á Dios como á Dios, mas importunado de la viuda, le hizo justicia (*i*); y no ménos lo hará aquel Juez soberano, si fuere importunado del ánima que por el pecado quedó viuda; porque él le hará justicia del adversario de su cuerpo, y tambien de los otros, que son los malos espíritus.

Suele el Señor encender mas en amor á los hombres agradescidos, oyendo mas presto su oracion. Mas por el contrario dilata la peticion de los canes, que son los ingratos, para que por este medio atizando mas con la dilacion su hambre y su sed, los haga perseverar en su demanda. Porque costumbre es de los canes, si les dan luego el pan que piden, desamparar al que se lo da, é irse con él.

No digas despues de haber estado en oracion, que no aprovechaste nada, porque ya aprovechaste en estar allí. Porque ¿qué cosa puede ser mas alta, que allegarse al Señor, y perseverar con él en esta unidad? No teme tanto el que está ya condenado á la pena de su condenacion, cuanto teme el estudioso amador de la oracion, cuando asiste en ella ante la majestad de Dios; porque no ofenderá allí los ojos de aquel á quien se presenta. Por esto el que verdaderamente es sabio y entendido, con la memoria deste ejemplo puede sacudir de sí en este tiempo todo género de pasion, de ira, de congoja, de derramamiento de corazon, de cansancio, de hastío, y de cualquier otra tentacion ó pensamiento desvariado.

Aparéjate para la oracion con perpetua oracion, que

(*g*) Act. 12. (*h*) Psalm. 72. (*i*) Luc. 18.

es con traer siempre el corazon recogido y devoto; y desta manera entrarás luego en calor, comenzando á orar, y aprovecharás mucho en poco tiempo. Conoscí yo algunos que resplandescian en la virtud de la obediencia, y que procuraban con todas sus fuerzas traer siempre á Dios en su memoria, los cuales corrian lijeramente el estudio de la oracion, donde muy presto recogian su espíritu, y derramaban de sí fuentes de lágrimas; porque ya estaban para esto aparejados por medio de la sancta obediencia.

Cuando cantamos en el coro los salmos en compañía de otros, suelen inquietarnos las imaginaciones, mas que cuando oramos en soledad; pero con todo eso aquella oracion es ayudada con el fervor y ejemplo de los otros, y estotra muchas veces combatida con el vicio de la accidia.

La fidelidad del caballero para con su capitan se descubre en la guerra; mas la caridad del verdadero monje para con Dios se conosce en la oracion, si está en ella como debe. De manera que la oracion es la que declara el estado y disposicion en que tu ánima está. Por lo cual con mucha razon dicen los teólogos que ella es un verdadero espejo del monje.

El que se ocupa en alguna obra, y no quiere desistir della llegado el tiempo de la oracion, no siendo obra de obligacion, entienda que padesce engaño del enemigo; porque la intencion suya es hurtarnos esta hora con los impedimentos y negocios de otra.

Cuando alguno te pide que hagas oracion por él, no te excuses, aunque no hayas alcanzado la virtud de la oracion; porque muchas veces la fe y humildad del que pide, fué causa de salud al que oró. Asimismo no te ensoberbezcas por haber sido de Dios oido cuando oraste por otro; porque la fe de aquel has de creer que valió para con Dios.

Suelen los maestros pedir cada dia cuenta á los muchachos de lo que una vez les enseñaron; y Dios en cada oracion nos pide justamente cuenta de la gracia que nos dió, para ver en qué la empleamos, y cómo la agradescemos. Por lo cual habemos de mirar solícitamente que algunas veces, cuando mas atentamente oramos, los demonios nos tientan de ira; lo cual hacen por privarnos del fructo de la oracion.

En todos los ejercicios de las virtudes, y señaladamente en el de la oracion, conviene ejercitarnos con grande vigilancia y atencion; y entónces el ánima llega á orar desta manera, cuando ha llegado ya á estar señora de la ira. No desconfíes cuando se dilatare el cumplimiento de tus peticiones; porque la hacienda que se ganó con muchas oraciones, con mucho tiempo y con mucho trabajo, mas segura es y mas durable. El que ha llegado ya á poseer al Señor, no tiene tanto que hacer en disponerse para la devocion; porque el Espíritu Sancto ruega dentro dél con gemidos que no se pueden declarar (*k*); porque él es el que lo hace orar desta manera. No admitas en la oracion visiones y figuras sensibles, porque no vengas á perder el seso y salir de tí. Tiene virtud la oracion, que en ella misma se descubren grandes indicios de haber sido recibida y oida nuestra peticion: con lo cual queda el hombre libre de muchas perplejidades y angustias.

Si eres amigo de la oracion, séaslo tambien de la misericordia; porque esta hará que seas misericordiosamente de Dios oido, pues tú tambien por él oiste al prójimo. En la oracion reciben los monjes aquel ciento por uno que el Señor prometió aun en este siglo (*l*), con la abundancia de los bienes que allí se dan, y despues recibirán la vida eterna. El fervor del Espíritu Sancto con que á veces el hombre es visitado, despierta la oracion, y despues que la ha despertado y llevado al cielo, él se queda en nuestra ánima y se aposenta en ella.

Dicen algunos que es mejor la oracion que la memoria de la muerte; yo con todo eso alabo en una persona dos substancias, y así tambien alabo en un mismo ejercicio estas dos virtudes; puesto caso que la oracion, absolutamente hablando, sea mas excelente; porque se llega mas á Dios hablando con él, y está mas cerca de la contemplacion, y por ella tambien se alcanzan muchas cosas que se piden; lo cual no tiene la memoria de la muerte, aunque para otras valga mucho.

El buen caballo cuanto mas entra en la carrera, mas hierve, y mas desea pasar adelante. Por esta carrera entiendo el cantar de los salmos, y por este caballo el monje que los canta, el cual miéntras mas entre en esta espiritual carrera, mas se enciende en devocion, y mas desea pasar adelante. Y este tal caballo es el que desde léjos huele la guerra (*m*), y así aparejándose con tiempo para ella, se hace inexpugnable al enemigo.

Cruel cosa es quitar el agua de la boca del que tiene sed; pero mas cruel cosa es apartarse de la oracion el ánima cuando ora con un grande afecto de compunccion, y privarse deste tan dulce estado, y tan digno de ser deseado, ántes que perfectamente se acabe esta oracion. Y por tanto nunca te apartes de la oracion hasta que veas perfectamente acabado por divina dispensacion el fuego y el agua que allí se te dió (que es el fervor de la caridad, y en el agua de la compunccion), porque por ventura en toda la vida no hallarás otro lance tan aparejado para negociar el perdon de tus pecados, como este.

Muchas veces acaesce que el que ha comenzado á gustar de Dios en la oracion, pierde con una palabra lo que tenia en las manos, y ensucia su ánima, y estando en la oracion no halla lo que desea como solía; y por esta palabra entiendo, ó algun pensamiento desvariado que allí recogimos, ó por ventura alguna palabra de jactancia que despues de aquella hora hablamos. Una cosa es contemplar con el corazon las cosas celestiales y divinas, y otra es que el mismo corazon, á manera de príncipe ó de pontífice, haga oficio de mirarse á sí, y examinar los animales que ha de ofrescer á Dios en sacrificio (que son las pasiones que ha de mortificar, y las obras de justicia que ha de hacer), para que se conozca á sí misma, y entienda todo lo que hace.

Algunos hay, como dice Gregorio teólogo, que viniendo sobre ellos el fuego del Espíritu Sancto, de tal manera los abrasa, que los purifica, porque aun no estaban bien purgados; mas otros hay á quien este divino fuego despues de purgados alumbra, segun la medida de su perfeccion; porque este mismo fuego unas veces es fuego que consume, y otras lumbre que alumbra. De donde nasce que algunos acabando su oracion salen della como de un horno de fuego que los ha purgado, y así sienten en su ánima una manera de alivio y descargo

(*k*) Rom. 8.

(*l*) Marc. 10. (*m*) Job. 39.

del peso de sus culpas; puesto caso que desto no se puede tener evidencia cierta. Mas otros hay que salen della llenos de luz, y vestidos de dos vestiduras: conviene saber, de alegría y de humildad.

Mas los que han orado, y no salen de la oracion con alguno destos afectos, pueden conjecturar de sí que han orado á manera de judíos, más con el cuerpo que con el espíritu. Si el cuerpo llegándose á otro cuerpo contrario recibe dél alguna impresion ó alteracion, ¿cómo no la recibirá el que con manos innocentes se llega al sacratísimo cuerpo de Cristo? Muy bien podemos contemplar por nosotros mismos á nuestro celestial y clementísimo Rey, conforme á la semejanza de algun rey terrenal; el cual algunas veces por sí mismo, y otras por otras secretas maneras, hace mercedes á los suyos, conforme á la calidad de la humildad que en nosotros se halla, segun la cual se reparten y comunican estos dones.

Así como es abominable al rey de la tierra el que estando delante dél habla familiarmente con los enemigos dél; así tambien lo es el que asistiendo delante de Dios en la oracion, abre por su voluntad la puerta á pensamientos sucios. Cuando se llegare á tí este perverso can, hiérelo con las armas espirituales; y si todavía perseverare ladrando desvergonzadamente, no ceses de herirle.

Pide mercedes á Dios por medio del llanto; busca por la obediencia, y llama por la longanimidad; porque el que desta manera pide, recibe; y el que así busca, halla; y al que así llama, le abren.

Si estando en oracion quieres rogar á Dios por alguna mujer, mira que esto sea con tal recaudo y discrecion, que el demonio no te saltee de traves, y te robe el corazon. Asimismo cuando en la oracion lloras y acusas tus pecados, sea de tal manera que no tomes ocasion con la representacion é imaginacion dellos para enlazarte en alguna pasion. Cuando se llega el tiempo de la oracion, no has de tratar allí de los cuidados necesarios, ni de otros negocios peregrinos, aunque sean buenos; porque no te robe aquel ladron lo que es mejor, con esta ocasion; sino cerrada la puerta á todas estas cosas, como dice el Señor, ora á tu padre en escondido (*n*).

El que trae continuamente el báculo de la oracion en la mano para sostenerse en él, no tropezará; y si le acaesciere tropezar, no caerá del todo; porque la oracion le ayudará á levantar; pues ella es la que piadosamente hace fuerza á Dios.

Cuánta sea la autoridad de la oracion, entre otros argumentos no es el menor ver los impedimentos é imaginaciones que el demonio nos representa al tiempo que estamos cantando los salmos en communidad; porque no haria esto aquel perverso enemigo, si no sintiese el gran provecho que de ahí nos viene. Tambien se conosce el fructo desta virtud con la victoria deste mismo enemigo, y de sus tentaciones, porque, como dice el Profeta (*o*): En esto, Señor, conoscí que me quisiste, en que no consentiste alegrarse mi enemigo sobre mí. En el tiempo de la batalla, dice el Salmista (*p*), clamé, Señor, á tí con todo mi corazon: esto es, con mi cuerpo, y con mi ánima, y con mi espíritu; porque donde están estos dos postreros ayuntados, allí está el Señor en medio dellos.

Ni los ejercicios corporales ni los espirituales igualmente convienen á todos, sino unos mas á unos, y otros á otros. De aquí nasce que unos se hallan mejor con cantar mas apriesa, y otros mas de espacio; porque los unos con uno se defienden del distraimiento de los pensamientos, y los otros dicen que con esto guardan mejor la disciplina de la religion.

Si continuamente hicieres oracion al Rey del cielo contra tus enemigos, ten esfuerzo y confianza; porque ántes de mucho tiempo y trabajo ellos mismos de su propria voluntad se irán de tí, porque no querrán aquellos impuros y malos espíritus darte ocasion y materia de tantas coronas con sus tentaciones; y demas desto, ellos huirán azotados con el azote de la oracion. Ten siempre fortísimo ánimo y constancia en este ejercicio, y así tendrás á Dios por maestro de tu oracion, porque él te enseñará cómo has de orar.

Nadie puede aprender con palabras á ver, porque esta es cosa que naturalmente se hace, y no se aprende. Y así digo yo que nadie puede perfectamente aprender por doctrina de otro cuánta sea la hermosura de la oracion, porque ella tiene en sí misma á Dios por maestro; el cual enseña al hombre la sabiduría, y da oracion al que ora, y bendice los años y obras de los justos.

CAPITULO XXX.

Escalon treinta: del cielo terrenal, que es la bienaventurada tranquilidad; y de la perfeccion y resurreccion espiritual del ánima, ántes de la commun resurreccion.

Veis aquí cómo nosotros estando en un profundísimo lago de ignorancia, y puestos en medio de las perturbaciones obscuras, y de la sombra de la muerte deste miserable cuerpo, con grande atrevimiento y osadía queremos comenzar á filosofar deste cielo terreno, que es de la bienaventurada tranquilidad. Este cielo que vemos está hermoseado con estrellas, y no ménos está adornada esta bienaventurada tranquilidad con el ornamento de las virtudes. Porque ninguna otra cosa pienso que es esta tranquilidad, sino un íntimo y espiritual cielo de nuestra ánima, adonde no llegan las impresiones peregrinas y turbulentas que se crian en la media region de nuestra sensualidad; en el cual cielo puesta el ánima del varon perfecto, desprecia todos los engaños de los demonios, como cosa de escarnio.

Aquel pues de verdad y propriamente posee esta tranquilidad ó impasibilidad, que purgó ya su carne de toda mácula de corrupcion; levantando su espíritu sobre todas las criaturas, olvidándose de todas ellas, subjectó á sí todos sus sentidos, no usando dellos sino conforme á razon; y asistiendo siempre con su ánima ante la cara del Señor, trabaja sobre la medida de sus fuerzas por llegarse muy mas á él, haciéndose una misma cosa por amor, contemplacion é imitacion dél.

Otros hay que difinen esta bienaventurada tranquilidad, diciendo que es resurreccion del ánima ántes de la resurreccion del cuerpo. Dando á entender que no era otra cosa este estado sino un traslado é imitacion de aquella pureza y vida de los bienaventurados, en cuanto segun la condicion desta mortalidad es posible. Otros dicen que esta virtud es un perfecto conoscimiento de Dios, el cual es tan alto, que tiene el segundo lugar despues del conoscimiento de los ángeles.

Pues esta perfecta perfeccion de los perfectos, segun me dijo uno que la habia gustado, de tal manera sanc-

(*n*) Matt. 6. (*o*) Psal. 40. (*p*) Ibid. 118.

tifica el hombre, y así lo arrebata y levanta sobre todas las cosas terrenas, que despues que ha entrado en este puerto celestial, la mayor parte desta vida carnal gasta en estar absorto y arrebatado en Dios, de manera que su conversacion es, como el Apóstol dice (*a*), en los cielos.

De aquel estado habla muy bien en un lugar aquel que lo habia experimentado, diciendo (*b*): Grandemente, Señor, han sido levantados y ensalzados los dioses fuertes de la tierra. Donde llama dioses á estos divinos hombres que están levantados sobre todas las cosas. Tal fué uno de aquellos sanctos padres de Egipto, de quien se escribe que cuando algunas veces orando en compañía de otros, levantaba las manos en alto, se quedaba así alienado de los sentidos, sin abajarlas. Así como tambien se lee del beatísimo padre Silon, que por esta causa, orando con otros, no osaba levantar las manos en alto.

Hay entre estos bienaventurados uno mas perfecto que otro. Porque unos hay que aborrescen grandemente los vicios, y otros que insaciablemente están enriquecidos de virtudes. Tambien la castidad se llama en su manera tranquilidad, y con razon; porque es como unas primicies de la commun resurreccion, y de la incorrupcion de las cosas corruptibles.

Esta tranquilidad mostró que tenia el Apóstol, cuando dijo (*c*) que poseía en su ánima el sentido del Señor. Y esta misma enseñó que poseia aquel glorioso Antonio, cuando dijo que ya no habia miedo á Dios, porque la perfecta caridad habia echado fuera el temor. Y lo mismo mostró que tenia aquel glorioso padre Efrem, de Siria, el cual viéndose en este estado, rogó á Dios que le volviese y renovase las batallas antiguas, por no perder la ocasion y materia de las coronas. ¿Quién así entre aquellos padres gloriosos alcanzó esta tranquilidad ántes de la gloria advenidera, como este siro? Porque siendo entre profetas tan esclarescido el rey David, dijo (*d*): Concédeme, Señor, un poco de refrigerio; mas este glorioso caballero hallábase muchas veces tan lleno deste celestial refrigerio, que no pudiendo la flaqueza del subgecto sufrir la grandeza desta consolacion, decia: Deten, Señor, un poco las ondas de tu gracia.

Aquella ánima ha llegado á poseer esta virtud, que así está transformada, inclinada y aficionada á las virtudes, como los hombres muy viciosos á sus vicios.

Por donde si el fin del vicio de la gula es llegar á tal extremo, que sin tener alguna gana de comer se incite el hombre á comer, y á romper el vientre con manjares; el fin de la abstinencia será haber llegado á tan grande templanza, que aunque tenga hambre se abstenga del manjar, cuando lo pide la razon, por estar ya la naturaleza libre, y no subjecta al desórden de los apetitos.

Y si el fin de la lujuria es llegar el hombre á tan gran furor y encendimiento de carne, que se aficione á las bestias mudas, y á las pinturas sin ánima; este será sin dubda el fin de la heróica y perfecta castidad: guardar sus sentidos tan innocentes en todas las cosas que viere, como si caresciesen de ánima.

Y si el fin de la avaricia es nunca verse el hombre harto, ni dejar de allegar, aunque se vea muy rico; este será el fin de la perfecta pobreza: no hacer caso ni darse nada aun por las cosas necesarias al cuerpo.

(*a*) Philip. 3. (*b*) Psal. 40. (*c*) 1. Cor. 2. (*d*) Psal. 65.

Y si el fin de la ira es carescer de paciencia en cualquier descanso y reposo que el hombre tenga; el fin de la paciencia será que en cualquier tribulacion que se hallare, piense que tiene descanso.

Y si la cumbre de la vanagloria es fingir el hombre muestras y figuras de sanctidad, aunque no esté presente nadie que lo alabe; el fin de la perfecta humildad será no alterarse nuestro corazon con movimientos de vanagloria en presencia de los que nos están honrando y y alabando.

Y si el piélago de la ira es embravecerse el hombre consigo solo, aunque no haya quien lo provoque á ira; este será el abismo de la longanimidad: conservar la misma ranquilidad de animo, así en presencia como en ausencia del que nos deshonra y maldice.

Y si es especie de perdicion ó de soberbia ensoberbecerse el hombre con un vil hábito y despreciado; argumento será de muy saludable humildad conservar el ánima humilde en medio de las grandes dignidades y hechos ilustres.

Y si es argumento de hombre perfectamente vicioso, obedescer al demonio en todas las cosas que nos propone; este será indicio de beatísima tranquilidad: poder decir con eficacia: No conoscia yo al maligno, ni cuando se desviaba de mí, ni cuando iba, ni cuando venía, porque para todas las cosas estaba ya como insensible.

El que ha merescido llegar á este estado viviendo en la carne, tiene dentro de sí á Dios que lo rige y gobierna en todas sus palabras, y obras, y pensamientos, conforme á su sanctísima ley; puesto caso que no por esto decimos que se haga el hombre impecable. Y este tal puede ya con el Profeta decir (*e*): Oiré lo que habla en mí el Señor Dios, cuya doctrina es sobre todas las ciencias y doctrinas. Y enseñado y aficionado desta manera, dice con el mismo Profeta (*f*): ¿Cuándo vendré y parësceré ante la cara de mi Dios? Porque ya no puedo sufrir la fuerza y eficacia deste deseo, y por eso busco aquella hermosura inmortal que ántes del lodo desta carne determinaste dar á mi ánima cuando para esto la criaste.

El que en tal estado vive (por no gastar muchas palabras), vive él; mas ya no él, porque vive en él Cristo (*g*); como dijo aquel que habia batallado buena batalla, y acabado su carrera y guardado la fe. No basta una sola piedra preciosa para hacer della una corona real; mas aquí no bastan todas las virtudes para alcanzar esta tranquilidad, si en una sola fuéremos negligentes.

Imaginemos agora pues que la tranquilidad es el mismo palacio real que está en el cielo, y que dentro desta noble ciudad, al derredor del palacio, están muchos aposentos y habitaciones. Mas el muro desta celestial Hierusalem entendamos que es el perdon de los pecados; porque á lo ménos aquí ha llegado el que está perdonado.

Corramos pues agora, hermanos, corramos porque merezcamos gozar de la entrada y aposento deste palacio real. Mas si fuere tan grande nuestra miseria, que impedidos por alguna carga, ó pasion, ó tibieza nuestra, no pudiéremos llegar aquí, á lo ménos trabajemos por ocupar alguna morada cerca deste tálamo y palacio divino. Y si aun esto nos impide nuestra tibieza y negligencia, á lo ménos procuremos ser recibidos dentro

(*e*) Psal. 84. (*f*) Psal. 41. (*g*) Galat. 2. 1. Tim. 4.

deste sagrado muro. Porque el que ántes del fin de la vida no entrare en él, despues vendrá á morar en el desierto y soledad de los demonios y de los vicios. Por lo cual oraba aquel Sancto, que decia (*h*): Con ayuda de mi Dios pasaré el muro. Y otro en persona de Dios decia (*i*): Vuestros pecados atravesaron un muro entre vosotros y Dios. Rompamos pues, ó hermanos, este muro, el cual con nuestra desobediencia edificamos. Procuremos recibir el finiquito de nuestras deudas, porque en el infierno ni hay quien sane, ni quien las pueda perdonar. Démonos priesa pues, hermanos, y entendamos en el negocio de nuestra profesion; porque para esto estamos escriptos en la nómina de nuestro celestial Emperador, para pelear en esta guerra. No nos excusemos con la carga de nuestro cuerpo, ni con la condicion del tiempo, ni con ser tan deleznable nuestra naturaleza, pues todos los que fuimos lavados y reengendrados en el bautismo, recibimos poder para hacernos hijos de Dios. Desocupáos, y mirad, y conosced, dice el Señor (*k*), que yo soy Dios, yo soy vuestra tranquilidad, y redempcion de los vicios. Al cual sea gloria en los siglos de los siglos. Amen.

Esta sancta tranquilidad levanta de la tierra al espíritu humilde, y del estiércol de los vicios al pobre; y esta liberacion de los vicios es la limpieza del corazon. Mas la excelentísima y siempre venerable caridad los junta con los príncipes del pueblo del Senor, y los asienta con los espíritus angélicos.

ANNOTACIONES SOBRE ESTE CAPÍTULO DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Para entendimiento deste capítulo es de notar que el autor, como se llega ya el fin del libro y el postrer escalon de la perfecion desta escala espiritual, así trata en este capítulo del estado perfectísimo de los sanctos, y de las virtudes perfectísimas dellos, que se llaman virtudes heróicas, ó virtudes del ánimo ya purgado.

Para lo cual es de saber que en la virtúd se consideran tres grados. El uno al principio, cuando obrando pelea fuertemente contra las pasiones que le resisten, el cual grado aun no meresce nombre de virtud, por la dificultad del obrar. El segundo al medio, que es cuando mortificadas ya las pasiones, obra con facilidad el bien que hace; lo cual es proprio de la virtud, que obra con promptitud y suavidad. Hay otro supremo despues deste, que es de la virtud cuando ha llegado al término de su perfeccion; el cual es de los hombres divinos que están ya purgados de todas las heces y escorias de las pasiones, y de toda la aficion de las cosas terrenales, cuyas virtudes se llaman heróicas, y virtudes de ánimo ya purificado, cuales fuéron las virtudes de algunos grandes sanctos. Pues destas tales virtudes trata en este capítulo este sancto varon.

Y aunque estas virtudes no sean de todos, todavía se ponen aquí para que entendamos hasta dónde puede levantar la divina gracia á los hombres en esta vida; y así veamos lo que perdemos por nuestra negligencia, y tambien para que nos humillemos y abajemos la cerviz de nuestra soberbia, viendo cuán léjos estamos desta tan grande perfeccion que muchos sanctos alcanzaron.

Y no piense el hombre que porque alguna vez llegue á tener alguna virtud, ó algun acto de virtud que en algo se parezca con estas, ya ha llegado á este felicísimo estado; porque una cosa es poseer en todas las ocasiones todas las virtudes con perpetuidad en este grado, y otra es llegar alguna vez á tener alguna virtud semejante á estas, pues dijo Aristóteles que alguna vez acaesce que la vida del sabio parezca en un momento tal, cual es eternalmente la vida del primer principio.

Desta materia vea quien quisiere á Sancto Tomas en la primera Segunda, cuestion sesenta y una, artículo quinto. Adonde hallará cosas aun mas altas que las que en este capítulo se dicen, y aun algunas dichas por boca de gentiles.

CAPITULO XXXI.

Escalon treinta y uno: de la union y vínculo de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

Despues de todo lo que hasta aquí habemos tratado, se siguen las tres virtudes, fe, esperanza y caridad, con las cuales están unidas y trabadas todas las otras virtudes y dones del Espíritu Sancto. Porque todas ellas se ordenan á estas tres, y estas tres enderezan, informan y perfeccionan á todas ellas. Entre las cuales la mayor es la caridad, pues el mismo Dios se llama caridad (*a*), aunque él es caridad increada. La primera destas tres virtudes es como rayo que procede de aquella verdad increada, para alumbrar nuestro entendimiento. La segunda, que es la esperanza, me paresce que es como lumbre, con la cual el corazon es alumbrado para esperar las promesas divinas. La tercera, que es la caridad, es como un círculo perfecto, el cual incluye dentro de sí todas las virtudes, pues es motivo de todas ellas, y á todas communica su perfeccion. Finalmente la primera puede todas las cosas en Dios, la segunda anda siempre alderredor de su misericordia, y libra el ánima de confusion; y la tercera permanece para siempre, y nunca deja de correr, porque el que deste bienaventurado furor está tocado, no puede ya reposar.

El que determina hablar de caridad, determina hablar de Dios; y querer hablar de Dios es cosa peligrosa y perpleja á los que no miran cautamente la empresa que toman en las manos. Dios es caridad, y por eso quien determina de hablar del fin desta virtud, siendo él ciego, se hace semejante al que quiere medir el arena de la mar. Caridad, segun su calidad, es semejanza de Dios, segun que en los hombres se puede hallar.

Porque caridad es una semejanza participada del Espíritu Sancto, el cual esencialmente es amor del Padre y del Hijo; de donde nasce que con ninguna virtud se hace el hombre mas semejante á Dios que con esta. Mas segun su eficacia, caridad es una saludable embriaguez, que dulcemente transporta al hombre en Dios, y lo saca de sí. Mas segun su propriedad, caridad es fuente de fe, abismo de longanimidad y mar de humildad, no porque ella sea causa destas virtudes cuanto á lo esencial dellas, mas eslo cuanto al ejercicio de sus actos. Porque la caridad todo lo cree, todo lo espera, y en todo humilla á aquel que la tiene; finalmente la caridad perfecta es destierro de toda mala intencion y pensamiento, porque la caridad, como dice el Apóstol (*b*), no piensa mal.

La caridad y tranquilidad, y el espíritu y adopcion de hijos de Dios, en solos los nombres se distinguen; porque así como la lumbre, el fuego y la llama concurren

(*h*) Psal. 17. (*i*) Ezeq. 43. (*k*) Isai. 43.

(*a*) 1. Joan. 4. (*b*) 1. Cor. 13.

en una misma obra, así tambien lo hacen estas tres virtudes. Segun la medida ó falta de la divina luz, así tiene el ánima el temor de Dios; porque el que del todo está sin ningun género de temor, ó está lleno de caridad, ó está muerto en su ánima. Verdad es que de la perfecta caridad nasce el verdadero y sancto temor de Dios, el cual tambien acrescienta el mismo amor de Dios de donde nace.

No será cosa desordenada ni fuera de propósito, si tomáremos ejemplo de las cosas humanas para declarar la celeridad de los sanctos deseos, del temor, del fervor, del celo, de la servidumbre y del amor de Dios. Pues segun esto, bienaventurado aquel que así anda hirviendo dia y noche en el amor de Dios, como un furioso enamorado del mundo anda perdido por lo que ama; bienaventurados aquellos que así temen á Dios, como los malhechores sentenciados á muerte temen al juez y al ejecutor de la sentencia; bienaventurado aquel que anda tan solícito en el servicio de Dios, como algunos prudentes criados andan en el servicio de sus señores; bienaventurado aquel que con tan grande celo vela y está atento en el estudio de las virtudes, como el marido celoso en lo que toca á la honestidad de su mujer; bienaventurado aquel que de tal manera asiste á el Señor en su oracion, como algunos ministros asisten delante de su rey; bienaventurado aquel que así trabaja por aplacar á Dios, y reconciliarse con él, como algunos hombres procuran aplacar y buscar la gracia de las personas poderosas de que tienen necesidad.

No anda la madre tan allegada al hijo que cria á sus pechos, como el hijo de la caridad anda siempre allegado á su Señor. Aquel que de verdad trae siempre delante de los ojos la figura del que ama, y lo abraza en lo íntimo de su corazon con gran deleite, ni aun entre sueños puede reposar; mas entónces le parece que ve al que desea, y que trata con él. Esto pasa en el amor de los otros cuerpos, y lo mismo tambien pasa en el amor de los espíritus. Con esta saeta estaba herido aquel que decia (*c*): Yo duermo por la necesidad de la naturaleza, y vela mi corazon por la grandeza del amor.

Tambien debes de notar, ó fiel y sancto varon, que cuando el ciervo ha muerto las bestias ponzoñosas (para lo cual dicen que tiene natural virtud), bebe el agua; y entónces principalmente el espiritual ciervo cobdicia y desfallesce deseando al Señor, abrasado con el fuego de la caridad, y herido con la saeta del amor. La causa de la hambre no es muy fácil de averiguar; mas la causa de la sed es mas clara y notoria, porque todos saben que el ardor del sol es causa della, por lo cual aquel que ardientemente deseaba á Dios, decia (*d*): Tuvo sed mi ánima de Dios, que es fuente viva.

Si la presencia y rostro de aquel que de verdad amamos nos altera, y quitada toda tristeza nos hinche de alegría, ¿qué hará la cara del Señor cuando invisiblemente entra en una ánima pura y limpia de toda mancilla? El temor de Dios, cuando sale de lo íntimo del corazon, suele derretir y consumir toda la escoria de nuestra ánima, por donde oraba el Profeta, diciendo (*e*): Enclava, Señor, mis carnes con tu temor: mas la sancta caridad lá suele abrasar y del todo consumir, segun aquel que dijo (*f*): Heriste mi corazon, heriste mi corazon. Otros hay á quien hace alegres, y hinche de resplandor y de luz, conforme á lo cual dice el Profeta (*g*): En él esperó mi corazon, y así fuí yo por él ayudado, y mi carne con esto refloresció, y mi rostro con el alegría del corazon reverdeció.

Mas cuando ya todo el hombre está unido con la divina caridad, y todo (si decirse puede) amasado con ella, entónces exteriormente muestra una claridad y serenidad, la cual resplandesce en el cuerpo como en un espejo claro. Y esta gloria sensible alcanzó señaladamente aquel grande contemplador de Dios, Moisen (*h*). Los que á este grado han llegado, el cual hace de los hombres ángeles, muchas veces se olvidan del manjar corporal, ántes muy pocas veces tienen apetito dél. Lo cual no es mucho de maravillar, porque si muchas veces una pasion vehemente, como es una tristeza grande, ó cosa tal, hace al hombre olvidar de comer, no es mucho que quien ha gustado deste manjar incorruptible, se olvide de las necesidades naturales del cuerpo corruptible, pues está ya por gracia levantado sobre la naturaleza. Porque el cuerpo está ya hecho como incorruptible, despues de purgado por la llama de la caridad, con la cual se apagaron las otras llamas de apetitos; de donde viene que muchas veces ni aun del mismo manjar que comen reciben gusto. El agua que está debajo de la tierra mantiene y riega las raíces de las plantas; mas las ánimas destos se sustentan y riegan con el fuego de la caridad.

El acrescentamiento del temor es principio de la caridad; mas el fin de la castidad es disposicion para la celestial teología, que es el conoscimiento de Dios. Porque, como dice el Profeta (*i*), los apartados y destetados de la leche (que es de los afectos y deleites desta vida), son especialmente enseñados por Dios. Aquel cuyos sentidos y potencias están perfectamente unidas con Dios, este es por él secretamente en lo íntimo de su ánima instruido y enderezado. Mas los que no están con él ayuntados, no podrán hablar sin peligro dél; pues á los tales reprehende él por su Profeta, diciendo (*k*): Al pecador dijo Dios: ¿por qué tú enseñas mis justicias, y tomas mi Testamento en tu boca?

Aquel Verbo substancial y no criado perficiona la castidad de nuestra ánima, mortificando la muerte con su presencia y siendo esta mortificada, luego el discípulo de la teología es ilustrado de Dios; porque el Verbo de Dios (que procede de Dios), casto es y castificador de las ánimas, el cual permanesce en los siglos de los siglos. Mas el que no conosce á Dios (con esta manera de conoscimiento experimental), cuando habla de Dios, habla dél seca y escolásticamente. Mas la virtud de la castidad perfecta hace á su discípulo verdaderamente sabio, y como tal afirma y confiesa el misterio de la sanctísima Trinidad, que en su ánima resplandesce.

El que ama á Dios tambien ama á su prójimo, y esto segundo es argumento de lo primero. El que ama á su prójimo no sufrirá que se murmure dél en su presencia. El que dice que ama á Dios, y con esto se aíra contra su hermano, semejante es al que estando soñando piensa que corre.

La esperanza es fortaleza de la caridad, porque por esta virtud espera ella su galardon. La esperanza es abundancia de riquezas invisibles. La esperanza es tesoro ántes del tesoro; esta es descanso de los trabajos,

(*c*) Cant. 5. (*d*) Psal. 41. (*e*) Ibid. 118. (*f*) Cant. 4.

(*g*) Psal. 27. (*h*) Exod. 34. (*i*) Isai. 28. (*k*) Psal. 49.

esta es puerta de la caridad, esta es cuchillo de la desesperacion, esta es imágen y representacion de las cosas ausentes. La falta de la esperanza es destierro de la caridad. Mas por el contrario, así como amaneció la esperanza viva, comenzó á parescer la caridad.

Con la esperanza se alivian los trabajos y se suspenden las fatigas; esta es la que anda siempre alderredor de la misericordia de Dios, y esta misericordia alderredor del que en él espera. El monje abrazado con la esperanza, es vencedor de la accidia, de la cual triunfa con el cuchillo que esta le pone en las manos. Esta manera de esperanza viva procede de la experiencia de los dones celestiales, porque el que estos no ha experimentado, no caresce de duda y perplejidad en su esperanza. Esta misma esperanza se enflaquece con la ira, porque la esperanza no confunde ni echa en vergüenza al que espera; lo contrario de lo cual hace la ira, que pone en vergüenza al hombre airado.

La caridad es dadora de profecía. La caridad es obradora de milagros. La caridad es abismo de la luz. La caridad es fuente de fuego, el cual cuanto mas cresce, tanto mas consume y abrasa el ánima sedienta. La caridad es madre de la paz y fuente de sabiduría, raiz de inmortalidad y gloria. La caridad es imitacion y estado de los ángeles, y aprovechamiento de los siglos; que es de todos los escogidos, cuyo aprovechamiento se mide por la caridad.

Dinos pues agora, ó hermosa entre todas las virtudes, ¿dónde apacientas tus ovejas, y dónde duermes al mediodía? Alumbra, rogámoste, nuestras ánimas; riégalas y guíalas en este camino, porque ya deseamos subir á tí; porque tú tienes señorío sobre todas las cosas, y tú agora heriste mi ánima en lo íntimo de mis entrañas, y no puedo esconder la llama. ¿Adónde iré cuando te haya alabado? Tú tienes señorío sobre el poder de la mar de nuestro corazon, y amansas y mortificas las ondas de sus pasiones. Tú humillas y hieres la soberbia de nuestros pensamientos, y con el brazo de tu virtud desbarataste tus enemigos, haciendo inexpugnables á tus amigos. Deseo pues saber de qué manera te vió Jacob arrimada á lo alto de aquella escala. Ruégote quieras enseñar á este cobdicioso preguntador, cuál sea la especie desta celestial subida, cuál el modo, y cuál sea la disposicion y conexion destos espírituales grados, los cuales el verdadero amador tuyo dispuso y ordenó en su corazon para subir por ellos. Deseo tambien saber cuál sea el número dellos, y cuánto el tiempo que para esta subida se requiere; porque el que por experiencia trabajó en esta subida, y vió esta vision, nos remitió á los doctores que nos lo enseñasen, y, ó no quiso, ó no pudo decirnos cosa mas clara.

A estas voces mias la caridad, como una reina que bajaba del cielo, me pareció que decia en los oídos de mi ánimo: ¡Oh ferviente amador! si no fueres desatado de la grosura y materia dese cuerpo, no podrás entender cuál sea mi hermosura; y la causalidad y órden que las virtudes tienen entre sí, te enseñarán la composicion desta escala. En lo alto della estoy yo asentada, como lo testificó aquel grande conoscedor de los secretos divinos, cuando dijo (*l*): Agora permanescen estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad; mas la mayor de todas es la caridad.

Subid pues, ó hermanos, subid ordenados alegremente los escalones desta subida en vuestro corazon, acordándoos de aquel que dice (*m*): Venid y subamos al monte del Señor, y á la casa de nuestro Dios, el cual hizo nuestros piés lijeros como de ciervos, y nos puso en lugar alto, para que seamos vencedores en este camino. Corred, ruégoos, con aquel que dice (*n*): Démonos priesa por salir todos á recibir al Señor en unidad de fe y del conoscimiento de Dios, hechos un varon perfecto, segun la medida de la edad de la plenitud de Cristo. El cual, siendo de treinta años segun la edad visible, está puesto en el trigésimo grado desta escala espiritual, segun la edad invisible, pues Dios es caridad, como dijo Sant Juan (*o*). A él sea alabanza, á él imperio, á él fortaleza, á él ser causa de todos los bienes, así como fué y será en los siglos de los siglos. Amen.

(*l*) 1. Cor. 13. (*m*) Isai. 2. (*n*) Ephes. 4. (*o*) 1. Joan. 4.

FIN DE LA ESCALA ESPIRITUAL.

CONTEMPTUS MUNDI,

ó

MENOSPRECIO DEL MUNDO Y IMITACION DE CRISTO.

Obra compuesta en latin

POR EL V. TOMAS DE KEMPIS, CANONIGO REGLAR DE SANT AUGUSTIN.

Traducido en nuestro castellano con mejor y mas apacible estilo,

por el V. P. M. Fr. Luis de Granada, del órden de Sancto Domingo.

PROLOGO DEL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Tres cosas hay, amado lector, que notablemente aprovechan al ánima que desea salvarse. Una es la palabra de Dios, otra es la continua oracion, otra es el recibir muchas veces el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Estas tres cosas leemos haber sido muy usadas en el principio de la Iglesia cristiana, y por eso fué tan próspera en Dios; y así lo será en todo tiempo cualquiera ánima que estas tres cosas usare, con las cuales se hará una tan fuerte atadura della con Dios, que ni demonio, ni carne, ni mundo sepa ni puedan romperla. Y si es razon que sea muy estimado aquello que nos ayuda á alcanzar una sola cosa destas tres (pues cada una por sí es tan alta y tan preciosa), ¿qué te paresce en cuánta estima debemos tener lo que nos acarrea todas estas tres cosas? Mucho ha hecho un predicador ó un libro, cuando ha hablado ó inducido á cualquier cosa destas: y así es la verdad.

Mas ruégote, por amor de Dios, que sepas mirar y estimar este presente libro, y verás en tí mismo cuán de verdad ha obrado Dios en tí, mediante estas palabras, no una destas tres cosas, mas todas juntas; y no como quiera, mas muy apuradamente. Y dígolo así, porque aunque muchos libros hay que nos enseñan á obrar, y orar, y commulgar; mas mucha diferencia va, como dicen, de Pedro á Pedro y de libro á libro. Cierto no es pequeña obra saber encaminar en el camino de Dios, para que el que camina no caiga en barrancos. Ni es arte pequeña el saber hablar con Dios en la oracion, ni cosa liviana el saberse aparejar para bien recibir el cuerpo de Cristo. Y todo esto hallarás tan abundosamente en esta mesa, tan pobre en pompa de palabras, y tan rica y harta en las sentencias, que cierto yo tengo muy creido que tú me reprehendas, despues de leido, de corto, por no haber sabido alabar este libro como meresce ser alabado. Y dirás con el rey David (*a*): Así como lo oimos, así lo vimos; y aun con la reina Sabá, cuando decia (*b*): Mayor es tu hecho que tu fama. Prueba, toca, gusta, y verás la gran eficacia de aquestas palabras, y comerás un manná que te sepa muy bien á todo lo que hubieres gana, como el otro hacia; lo cual significaba (como Orígenes dice) la virtud que tiene la palabra de Dios, que á quien de buena gana la recibe, obra en él lo que ha menester.

Pues ten una cosa por averiguada: que si te llegas á este libro con alguna atencion y gana de aprovechar, hallarás remedio para tu necesidad. De manera que muchas veces dirás: Este capítulo que agora abrí, al propósito de lo que yo habia menester ha hablado. Aquí, si fueres soberbio, hallarás palabras que te humillen. Si demasiadamente desconfías, y tienes las alas del corazon, como dicen, caidas, aquí hallarás mucho esfuerzo. Si eres descontentadizo y

(*a*) Psal. 47. (*b*) 3. Reg. 10.

congojoso, lleno de voluntad propria, madre de toda maldad y de todo trabajo, aquí te enseñará á poner todas tus cosas en Dios, y vivir en un sancto descuido, debajo de la confianza de aquel Señor que todo lo provee. Y si has sido descuidado, y caes en otro extremo, que es poner diligencia en las cosas que no conviene, aquí hallarás aguijones con que eches de tí aquel falso sosiego. Y si estás alegre demasiadamente, como muchas veces suele acaescer, lee aquí, y templarás tu alegría; y si triste, como mas veces acaesce, irás consolado de aquí; ¿qué diré, sino que verás y sentirás aquí la grandeza de Dios, que mediante unas pocas de palabras, da á entender como es todo en todas las cosas? Todo lo cual remito á tí mismo, si leerlo quisieres; creyendo muy cierto que no me tacharás de vano alabador, viendo tú mismo en tí la misma verdad y provecho.

Y porque tal fuente como esta, que agua tan clara echa de sí para hacer tanto fructo, estaba tan turbia y casi llena de cieno, por no estar el romance tan claro y tan proprio, ni tan conforme al latin como fuera razon, fuí movido con celo desta perla preciosa (que tan obscurecida estaba, y por eso tan poco gozada), de sacarla de nuevo, cotejándola con el latin, en el cual el primer autor la escribió; y quité lo que en el libro hasta aquí usado no habia estado conforme al latin. Declaré lo obscuro, para que en ninguna cosa tropieces; quité lo superfluo, añadí lo falto. Y así con la gracia del Señor trabajé de presentarte este espejo en que tú te mires, cuan limpio y claro yo supe. Y de darte este camino en que andes, el mas llano que yo pude.

Y aun porque lo traigas siempre contigo, do quiera que fueres, se imprimió pequeño como lo ves; para que así como no es pesado en lo de dentro, no lo sea en lo de fuera, y tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro de tus dudas, un arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de tí lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quién es el Señor que tal poder dió á los hombres que tales palabras hablasen. Recibe pues este amigo, y nunca de tí le apartes. Y despues de leido, tórnalo á leer; porque nunca envejece, y siempre en unas mismas palabras entenderás cosas nuevas, y verás algun rastro del espíritu del Señor, que nunca se agota. Y goza á tu placer y con buena voluntad desta dádiva, que el Señor por su infinita bondad quiso darte, y con la cual yo te quise servir en aclarártelo mas que ántes estaba. Y por lo uno y por lo otro da gracias al Señor, y sábete aprovechar dello con el aparejo que las mercedes de Dios deben ser recibidas; ó á lo menos, recíbelo con el amor que yo te lo ofrezco. Y aunque no hemos de mirar tanto el autor que habla, cuanto lo que habla, es bien que sepas que quien hizo este libro no es Gerson, como hasta aquí se intitula: mas fué Fr. Tomas de Kempis, canónigo reglar de Sant Augustin, el cual comienza así: En el nombre de Jesucristo nuestro Señor.

CONTEMPTUS MUNDI,

ó

MENOSPRECIO DEL MUNDO Y IMITACION DE CRISTO.

LIBRO PRIMERO.

CONTIENE AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

CAPITULO PRIMERO.

De la imitacion de Cristo, y desprecio de toda la vanidad.

El que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá lumbre de vida (*a*). Estas palabras son de Cristo, con las cuales somos amonestados que imitemos su vida y costumbres, si queremos ser librados de la ceguedad del corazon, y alumbrados verdaderamente.

Sea pues todo nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo. La doctrina del cual excede á la doctrina de todos los sanctos, y el que tuviese espíritu hallaria en ella manná escondido. Mas acaesce que muchos, aunque á menudo oigan el Evangelio, gustan poco dél, porque no tienen el espíritu de Cristo. Mas el que quiere sabia y cumplidamente entender las palabras de Cristo, conviénele que procure de conformar con él toda su vida. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si caresces de humildad, por donde desagrades á la misma Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen sancto ni justo; mas la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios. Mas deseo sentir la contricion, que saber su declaracion. Si supieses la Biblia á la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharia todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades y todo vanidad, si no amar y servir á solo Dios. Dios summa paciencia es: por desprecio del mundo has de ir á los reinos celestiales. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perescederas, y esperar en ellas. Tambien es vanidad desear honras, y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la carne, y desear cosa por donde despues te sea necesario ser gravemente castigado. Vanidad es desear larga vida, y no curar que sea buena. Vanidad es pensar solamente esta presente vida, y no proveer á lo venidero. Vanidad es amar lo que tan presto pasa, y no apresurarse donde está el gozo perdurable. Acuérdate continuamente de la Escritura, que dice (*b*): No se harta el ojo de ver, ni la oreja de oir. Pues así es, estudia desviar tu corazon de lo visible, y traspásalo á lo invisible; porque los que siguen su sensualidad, ensucian su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

(*a*) Joan. 8. (*b*) 1. Cor. 2.

CAPITULO II.

Cómo debe el hombre sentir húmilmente de sí mismo.

Todo hombre naturalmente desea saber. Mas ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios? Por cierto mejor es el rústico humilde que sirve á Dios, que el soberbio filósofo que dejando de conoscerse, considera el curso del cielo. El que bien se conosce, tiénese por vil, y no se deleita en loores humanos. Si supiese cuanto hay en el mundo, y no estuviese en caridad, ¿qué me aprovecharia ante Dios, que me juzgará segun mis obras? No tengas deseo demasiado de saber; porque en ello se halla grande estorbo y engaño. Los letrados huelgan de ser vistos y tenidos por tales. Por eso muchas cosas hay, que saberlas, poco ó nada aprovechan al ánima; y mucho es ignorante el que en otras cosas entiende, salvo en las que tocan á su salud; las muchas palabras no hartan el ánima, mas la buena vida le da refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.

Cuanto mas y mejor entiendes, tanto mas gravemente serás juzgado, si no vivieres sanctamente; por eso no te ensalces por alguna alta ciencia que sepas, mas teme del conoscimiento que della te fué dado. Si te paresce que sabes mucho, y entiendes muy bien, ten por cierto que es mas lo que ignoras. No quieras saber altivamente; mas confiesa tu ignorancia. ¿Por qué te quieres tener en mas que otro, hallándose otros mucho mas doctos y sabios que tú? Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan, y que te estimen en nada. Esta es altísima y utilísima leccion: el verdadero conoscimiento y desprecio de sí mismo.

Gran sabiduría y perfeccion es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada. Si vieres alguno pecar públicamente, ó cometer cosas graves, no te debes estimar por mejor; porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien. Todos somos flacos; mas tú no tengas á alguno por mas flaco que á tí.

CAPITULO III.

De la doctrina de la verdad.

Bienaventurado aquel á quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que se pasan, mas así co-

mo es. Nuestra estimacion y nuestro sentido á menudo nos engaña, y conosce poco. ¿Qué aprovecha la curiosidad por saber cosas obscuras, pues que del no hacerlas no serémos en el dia del juicio reprehendidos? Gran ignorancia es, que dejadas las cosas útiles y necesarias, muy de gana entendemos en las curiosas y dañosas, y teniendo ojos no vemos. ¿Qué se nos da de los géneros y especies que platican los lógicos? Aquel á quien habla el Verbo eterno, de muchas opiniones es libre. De aqueste Verbo salen todas las cosas, y todos predican este Uno, y este es el principio que nos habla; ninguno entiende ó juzga sin él rectamente. Aquel á quien todas las cosas le fueren en uno, y todas las cosas trajere á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazon, y permanescer pacífico en Dios. ¡Oh verdadero Dios! hazme permanescer uno contigo en caridad perpetua.

Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas: en tí está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, no me hablen las criaturas en tu presencia; tú solo me habla. Cuanto alguno fuere mas unido contigo, y mas sencillo en su corazon, tanto mas y mayores cosas entenderá sin trabajo; porque de arriba recibe la lumbre de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae aunque entienda en muchas cosas; porque todo lo hace á honra de Dios, y se esfuerza á estar desocupado en sí de toda curiosidad. ¿Quién mas te impide y enoja, que la afeccion de tu corazon no mortificado? El hombre bueno y devoto primero ordena sus obras dentro de sí, que las haga defuera, y no le inclinan ellas á deseos de viciosa inclinacion; mas él trae á ellas al albedrío de la derecha razon.

¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza en vencer á sí mismo? Y esto debia ser nuestro negocio, vencer el hombre á sí mismo, y cada dia hacerse mas fuerte, y aprovechar en mejorarse. Toda perfeccion desta vida tiene anexa á sí cierta imperfeccion, y toda nuestra especulacion no caresce de alguna obscuridad. El humilde conoscimiento de tí es mas cierta senda para Dios, que escudriñar la profundidad de la ciencia.

No es de culpar la ciencia ó otro cualquier conoscimiento de la cosa, aunque sea pequeño; porque la tal ciencia en sí considerada buena es, y de Dios es ordenada; mas siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa. Mas porque muchos estudian mas por saber, que bien vivir, por eso yerran muchas veces, y poco ó ningun fructo hacen. ¡Oh, si tanta diligencia pusiesen en extirpar los vicios y sembrar virtudes, como en mover cuestiones, no se harian tantos males y escándalos en el pueblo, ni habria tanta disolucion en los monasterios! Ciertamente el dia del juicio no nos preguntarán qué leimos, mas qué hicimos; ni cuán bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos. Dime: ¿dónde están agora todos aquellos señores y maestros que tú conosciste cuando florescian en los estudios? Ya poseen otros sus rentas, y por ventura, dellos no se tiene memoria; en su vida algo parecian, mas ya no hay dellos memoria. ¡Oh cuán presto pasa la gloria del mundo! Pluguiera á Dios que la vida concordara con su ciencia, y entónces hubieran bien estudiado y leido. ¡Cuántos perescen en este siglo por su vana ciencia, que curan tan poco del servicio de Dios! Y porque mas eligen ser grandes que humildes, por eso se hacen vanos en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño, y tiene en nada la cumbre de la honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo; y verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya.

CAPITULO IV.

De la prudencia en las cosas que se han de hacer.

No se debe dar crédito lijeramente á cualquier palabra ni á cualquier espíritu, mas con prudencia y espacio se deben examinar las cosas segun Dios. Mucho es de doler que las mas veces por nuestra flaqueza ántes se cree y se dice el mal del otro que el bien. Mas los varones perfectos no creen de lijero cualquier cosa que otro les cuenta; porque saben que la flaqueza humana es presta del mal, y muy deleznable en palabras. Gran saber es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su proprio parescer. A esta sabiduría pertenesce no creer á cualesquier palabras de hombres, ni parlar luego á los otros lo que oye ó cree. Toma consejo con hombre sabio de buena conciencia, y ten por mejor ser enseñado del tal, que seguir tu parescer. La buena vida hace al hombre sabio segun Dios, y experimentado en muchas cosas. Cuanto alguno fuere mas humilde en sí, y mas subjecto á Dios, tanto será mas sabio y sosegado en todas las cosas.

CAPITULO V.

De la leccion de las sanctas Escripturas.

En las sanctas Escripturas se debe buscar la verdad y no la elocuencia. Cualquier escriptura se debe leer con el espíritu que se hizo; y mas debemos en ellas buscar el provecho que la sutileza. De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos, como los profundos. No te cures de mirar si el que escribe es de grande ó pequeña ciencia, mas convídete á leer el amor de la pura verdad. No cures quién lo ha dicho, mas mira qué tal es el dicho. Los hombres pasan; la verdad del Señor permanesce para siempre. En diversas maneras nos habla Dios, sin aceptar persona; nuestra curiosidad nos impide muchas veces en el leer las escrituras; porque queremos escudriñar lo que llanamente se debia pasar.

Si quieres aprovechar, lee llanamente con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado; pregunta de buena voluntad, y oye callado las palabras de los sanctos, y no te desagraden las doctrinas de los viejos; porque no las dicen sin causa.

CAPITULO VI.

De los deseos desordenados.

Cuando el hombre desea algo desordenadamente, luego pierde el sosiego. El soberbio y el avariento nunca huelgan; el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz. El que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles; el flaco de espíritu, y que aun está algo inclinado á lo sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos, y cuando se abstiene, muchas veces recibe tristeza, y á sí mismo se indigna presto, si alguno le contradice; y si alcanza lo que deseaba, luego le viene descontentamiento, por el remordimiento de la conciencia; porque siguió su apetito, el cual ninguna cosa le aprovechó para alcanzar la paz que buscaba. En resistir

pues á las pasiones se halla la verdadera paz del corazon, y no en seguirlas. Cierto no hay paz en el corazon del hombre sensual, ni en el que se ocupa en lo exterior, sino en el que anda en fervor espiritual.

CAPITULO VII.

Cómo se debe huir la vana esperanza y la soberbia.

Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en las criaturas; no te afrentes en servir por amor de Jesucristo, y parescer bajo en este siglo. No confíes de tí, y Dios favorescerá tu buena voluntad. No confíes en ciencia ni astucia tuya ni ajena, sino mas en la gracia de Dios, que levanta los humildes, y abaja los presumptuosos. Si tienes riquezas, no te gloríes en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos; sino en Dios que todo lo da, y sobre todo se desea dar á sí mismo. No te ensalces por la hermosa disposicion del cuerpo, que pequeña enfermedad la destruye y afea. No tomes contentamiento con tu habilidad ó ingenio; porque no desagrades á Dios, cuyo es todo bien natural que tuvieres.

No te estimes por mejor que otros; porque no seas quizá tenido ante Dios por peor, que sabe lo que hay en el hombre : no te ensoberbezcas de tus obras; porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, al cual muchas veces desagrada lo que contenta á los hombres. Si tuvieres algun bien, piensa que son mejores los otros; porque conserves la humildad. No te daña si te sojuzgares á todos; mas es muy peligroso si te antepones á solo uno. Continua paz tiene el humilde; mas en el corazon del soberbio hay saña y desden muchas veces.

CAPITULO VIII.

Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.

No descubras tu corazon á quien quiera; mas communica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios : con los mancebos y extraños conversa poco. Con los ricos no seas lisonjero, ni estés de buena gana delante de los grandes, mas acompáñate con humildes, y con los que son sin doblez, y con devotos y bien acostumbrados, y trata con ellos cosas de edificacion.

No tengas familiaridad con ninguna mujer; mas encomienda á Dios todas las buenas: desea ser familiar á solo Dios y á sus ángeles, y huye de ser conoscido de los hombres. Justo es tener caridad á todos; mas no conviene la familiaridad con todos : acaesce que la persona no conoscida resplandesce por fama, y en su presencia paresce obscura. Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestra conversacion, y mas los desagradamos; porque ven en nosotros desabridas y no buenas costumbres.

CAPITULO IX.

De la obediencia y subjeccion.

Gran cosa es estar en obediencia, y vivir debajo de prelado, y no ser suyo proprio; mucho mas seguro es estar en subjeccion que en mando. Muchos están en obediencia mas por necesidad que por caridad. Los tales tienen trabajo, y lijeramente murmuran, y nunca tendrán libertad de ánima, si no se subjectan por Dios de todo corazon. Anda por acá y por allá, que no hallarás descanso sino en la humilde subjeccion al prelado. La estimacion y mudanza del lugar á muchos engañó. Verdad es que cada uno se rige de gana por su proprio parescer, y es mas inclinado á los que concuerdan con él; mas si Dios está en nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parescer, por el bien de la paz. ¿Quién es tan sabio que sepa todas las cosas cumplidamente? Pues no quieras confiar demasiadamente en tu sentido; mas oye de buena gana el parescer de otros. Si tu parescer es bueno, y lo dejas por Dios, y sigues el de otro, mas aprovecharás desta manera. Muchas veces he oido ser mas seguro oir y tomar consejo, que darlo. Bien puede acaescer que sea bueno el voto de cada uno; mas no querer consentir con el parescer de los otros cuando la razon lo demanda, señal es de soberbia y pertinacia.

CAPITULO X.

Cómo se debe evitar la demasía de palabras.

Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres; que de verdad mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intencion, porque presto somos ensuciados y cautivos de la vanidad. Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre hombres. Mas ¿qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La razon es, que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar al corazon fatigado de pensamientos diversos, y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos ó nos son contrarias. Mas ¡ay dolor! que muchas veces vanamente y sin fructo, porque esta exterior consolacion gran detrimento es de la interior y divina. Por eso velemos y oremos, no se nos vaya el tiempo en balde.

Si conviene hablar, sea cosa que edifique. La costumbre de hablar, y negligencia de aprovechar, sueltan la guarda de nuestra lengua. Aprovecha empero y no poco para nuestro espiritual aprovechamiento la devota habla de cosas espirituales, especialmente cuando muchos de un mismo espíritu y corazon se juntan en Dios.

CAPITULO XI.

Cómo se debe adquirir la paz, y del celo del aprovechar.

Mucha paz tendriamos si en los dichos y hechos ajenos (que no nos pertenescen) no quisiésemos ocuparnos. ¿Cómo puede estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y tarde ó nunca se recoge? Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz. ¿Qué fué la causa porque muchos de los sanctos fuéron tan perfectos y contemplativos? Cierto porque estudiaron en mortificarse del todo á todo deseo terreno, y por eso pudieron con lo íntimo del corazon juntarse á Dios, y ocuparse libremente en sí mismos. A la verdad nosotros ocupámonos mucho con nuestras pasiones, y tenemos mucho cuidado de lo que se pasa, y tambien pocas veces vencemos un vicio perfectamente, ni nos avivamos para aprovechar un dia mas que otro : y por eso nos quedamos tibios y frios. Si fuésemos muertos á nosotros mismos, y de dentro desocupados, entónces podriamos gustar las cosas divinas, y experimentar algo en la contemplacion celestial. El mayor impedimento y el todo es que no somos libres de nuestras inclinaciones y deseos, ni trabajamos de entrar por el camino perfecto de los sanctos. Y tambien cuando alguna adversidad se nos ofresce, muy

presto nos caemos y nos volvemos á las consolaciones humanas.

Si nos esforzásemos en la batalla á estar como fuertes varones, ciertamente veriamos el fervor del Señor sobre nosotros. Porque aparejado está á socorrer á los que pelean y esperan en su gracia. El cual nos procura ocasiones de pelear, para que tengamos victoria. Si solamente en las observancias de fuera ponemos el aprovechamiento de la religion, presto se acabará nuestra devocion. Mas pongamos la segur á la raiz; porque libres de las pasiones poseamos nuestras ánimas pacíficas. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos. Mas al contrario lo experimentamos, que nos hallamos mas faltos despues de muchos años, que al empezar. Nuestro fervor y aprovechamiento cada dia debe crecer; mas agora en mucho se estima perseverar en alguna parte del primer fervor. Si al principio hiciésemos alguna resistencia, podriamos despues hacer las cosas con ligereza y gozo. Grave cosa es dejar la costumbre; pero mas grave es ir contra la propria voluntad. Mas si no vences las cosas pequeñas y livianas, ¿cómo vencerás las dificultosas? Resiste en los principios á tu inclinacion, y deja la mala costumbre; porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad. ¡Oh si mirases cuánta paz á tí, y cuánta alegría darias á los otros rigiéndote bien! yo creo que serías mas solícito en el aprovechamiento espiritual.

CAPITULO XII.

De la utilidad en las adversidades.

Bueno es que algunas veces nos vengan cosas contrarias; porque muchas veces atraen el hombre al corazon para que se conozca desterrado, y no ponga su esperanza en cosa del mundo. Bueno es que padezcamos á veces contradicciones, y que sientan de nosotros malamente, aunque hagamos buenas obras, y tengamos buena intencion. Esto ayuda á la humildad, y nos defiende de la vanagloria. Cierto entónces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando somos de fuera despreciados, y no nos dan crédito. Por eso debia el hombre afirmarse del todo en Dios, y no tendria necesidad de buscar otras consolaciones.

Cuando el hombre bueno es atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entónces conosce tener de Dios mayor necesidad; pues que ve claramente que sin él no puede nada bueno. Entónces de verdad se entristece, gime y ora por las miserias que padesce. Entónces le enoja la larga vida, y desea hallar la muerte, por ser desatado y estar con Cristo. Entónces conosce bien que no puede haber en el mundo perfecta seguridad ni cumplida paz.

CAPITULO XIII.

Cómo se ha de resistir á las tentaciones.

Cuando en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones, segun que está escripto en Job (*a*): Tentacion es la vida del hombre sobre la tierra. Por eso cada uno debe tener cuidado, y velar en oracion contra sus tentaciones; porque no halle el diablo lugar de engañarlo, que nunca duerme, buscando por rodeos á quien tragar. Ninguno hay tan sancto ni tan perfecto que no sea algunas veces tentado. Y es muchas veces provechoso al hombre ser tentado; porque es humillado, purgado y enseñado. Todos los sanctos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron y aprovecharon, y los que no quisieron sufrir bien las tentaciones, fuéron habidos por malos, y desfallescieron. No hay órden tan sancta ni lugar tan secreto, donde no haya tentaciones y adversidades. No hay hombre seguro de tentaciones del todo, en tanto que vive; porque en nosotros está la causa, que nascemos con inclinacion de pecado; y una tentacion ó tribulacion ida, sobreviene otra; siempre tenemos que sufrir, porque se perdió el primer estado de innocencia.

Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas mas gravemente. No se pueden vencer con solo huir; mas con paciencia y verdadera humildad somos hechos mas fuertes que todos los enemigos. El que solamente desvía lo de fuera, y no arranca la raiz, poco aprovechará; ántes tornarán á él mas presto las tentaciones, y hallarse ha peor. Poco á poco, con paciencia y larga esperanza (con el favor divino), vencerás mejor que no con tu propria importunidad y fatiga. Toma muchas veces consejo en la tentacion, y nó seas tú desabrido con el que es tentado; mas procura de consolarlo como tú querrias ser consolado.

El principio de toda mala tentacion es no ser constante en el bien comenzado, y no confiar en Dios; porque como la nave sin gobernalle por acá y por allá la baten las ondas, así el hombre descuidado y que deja su propósito, es tentado de diversas maneras. El fuego prueba al hierro, y la tentacion al justo. Muchas veces no sabemos lo que podemos, mas la tentacion descubre lo que somos. Debemos empero velár principalmente al principio de la tentacion, porque entónces mas fácilmente es vencido el enemigo, cuando no lo dejamos pasar de la puerta del ánima. Por lo cual dijo uno: resiste á los principios: tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja.

Lo primero que ocurre al ánima es solo el pensamiento, luego la importuna imaginacion, despues la delectacion y el feo movimiento, y el consentimiento, y así se apodera poco á poco el enemigo, del todo, por no resistir al principio. Y cuanto uno fuere mas perezoso en resistir, tanto cada dia se hace mas flaco, y el enemigo contra él mas fuerte. Algunos padescen graves tentaciones al principio de su conversion, otros al fin, otros casi toda su vida padescen. Algunos son tentados blandamente, segun la sabiduría y juicio de la divina ordenacion, que mide el estado y los méritos de todos, y todo lo tiene ordenado para salud de los escogidos. Por eso no hemos de desesperar cuando somos tentados; mas ántes rogar á Dios con mayor fervor, que tenga por bien de nos ayudar en toda tribulacion. El cual sin dubda, segun el dicho de Sant Pablo (*b*), nos pondrá tal remedio, que la podamos sufrir, y salgamos della con provecho.

Pues así es, humillemos nuestras ánimas debajo de la mano de Dios en toda tribulacion y tentacion, que él salvará y engrandescerá á los humildes de espíritu. En las tentaciones y adversidades se ve cuanto el hombre ha aprovechado, y en ellas consiste el mayor merescimiento, y se conosce mejor la virtud. No es mucho ser el hombre devoto y ferviente cuando no siente pesadumbre; mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con pacien-

(*a*) Job. 7.

(*b*) 1. Cor. 10.

cia, esperanza es de gran bien. Algunos hay que son guardados de grandes tentaciones, y son vencidos muy á menudo de pequeñas; porque se humillen y no confíen de sí en cosas grandes, pues no son grandes en cosas chicas.

CAPITULO XIV.

Cómo se debe evitar el juicio temerario.

Los ojos pon en tí mismo, y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar á otros trabaja el hombre en vano, y yerra muchas veces, y peca fácilmente; mas juzgando y exáminándose á sí, trabaja con fructo; muchas veces juzgamos la cosa conforme á nuestro apetito, mas perdemos lijeramente el verdadero juicio, por el amor proprio. Si fuese Dios siempre el fin puramente de nuestro deseo, no tan presto nos turbaria la contradiccion de nuestra sensualidad; mas muchas veces tenemos algo de dentro escondido, ú de fuera ocurre, cuya aficion nos lleva tras de sí.

Muchos buscan proprio interese secretamente en las obras que hacen, y no lo entienden; y parésceles estar en buena paz cuando se hacen las cosas á su propósito; mas si de otra manera suceden, presto se alteran y entristecen. Por la diversidad de los paresceres muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos. La vieja costumbre con dificultad se deja. Ninguno tacha de buena gana su proprio parescer. Si en tu razon y industria te esfuerzas mas que en la virtud de la subjeccion de Cristo, tarde y pocas veces tendrás lumbre; porque quiere Dios que nos subjectemos á él perfectamente, y que transcendamos toda razon inflamados de su amor.

CAPITULO XV.

De las obras que proceden de la caridad.

No se debe hacer algun mal por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien le hubiere menester, alguna vez se puede dejar la buena obra, ó trocarse por otra mejor; porque desta manera no se pierde la buena obra, mas múdase en mejor. La obra exterior, sin caridad, no aprovecha; mas todo cuanto se hace con caridad, por poco que sea y desechado, todo es fructuoso. Por cierto mas mira Dios el corazon que el don. Mucho hace el que mucho ama, y mucho hace el que hace bien la cosa; y bien hace el que sirve mas al commun que á su voluntad. Muchas veces paresce caridad lo que es carnalidad. Porque la inclinacion de la carne, la propria voluntad, la esperanza del galardon, la afeccion del provecho, pocas veces nos dejan.

El que tiene verdadera y perfecta caridad no se busca á sí en cosa alguna, mas en toda cosa desea que sea Dios glorificado. No ha invidia de ninguno; porque no ama ningun bien proprio, ni se quiere gozar en sí; mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios. A nadie atribuye ningun bien, mas refiérelo todo á Dios, del cual, como de fuente, manan todas las cosas; en el cual finalmente todos los sanctos descansan con perfecto gozo. ¡Oh quién tuviese una centella de verdadera caridad! por cierto que sentiria ser todas las cosas de vanidad llenas.

CAPITULO XVI.

Cómo se han de sufrir los defectos ajenos.

Lo que no puede el hombre emendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otra manera, y pensar que quizá te es así mejor, para que te conozcas y tengas paciencia, sin la cual no son de estimar en mucho nuestros merescimientos. Mas debes rogar á Dios por los tales impedimentos, para que tenga por bien de socorrerte para que lo lleves buenamente. Si alguno amonestado una vez ú dos no se emendare, no contiendas con él; mas encomiéndalo á Dios para que se haga su voluntad á honra suya en todos sus siervos; el cual sabe sacar de los males bien.

Estudia de sufrir con paciencia cualesquier defectos y flaquezas ajenas, mirando que tienes mucho que te sufran los otros. Si no puedes hacerte á tí cual deseas, ¿cómo quieres tener al otro á tu sabor? De gana queremos hacer á los otros perfectos, y no emendamos nuestros defectos proprios. Queremos que los otros sean corregidos estrechamente, y nosotros no queremos ser corregidos. Desplácenos si á los otros es dada larga licencia, y no queremos que cosa alguna nos sea negada. Queremos que los otros sean apremiados con constituciones, y en ninguna manera sufrimos que nos sea defendida cosa alguna. Así paresce claro cuán pocas veces estimamos al prójimo como á nosotros mismos. Si todos fuesen perfectos, ¿qué habria que sufrir por Dios? Mas así lo ordenó Dios, para que aprendamos á llevar las cargas unos á otros. Porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga, ninguno es suficiente para sí, ninguno es cumplidamente sabio para sí. Y por tanto conviene llevarnos, consolarnos, y juntamente ayudarnos unos á otros, instruirnos y amonestarnos. De cuánta virtud sea cada uno, mejor se muestra en la ocasion de la adversidad; porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, mas declaran qué tal es.

CAPITULO XVII.

De la vida de los monasterios.

Conviene que aprendas á quebrantarte á tí en muchas cosas, si quieres tener paz con otros. No es poco morar en congregaciones sin queja, y perseverar fielmente hasta la muerte. Por cierto bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba sanctamente. Si quieres estar bien y aprovechar, estímate como desterrado y peregrino sobre la tierra. Conviene hacerte loco por Jesucristo, si quieres seguir la vida perfecta.

El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificacion de las pasiones hacen al hombre verdadero religioso. El que busca algo fuera de Dios, no hallará sino tribulacion y dolor. Por cierto no puede estar mucho en paz el que no procura ser el menor y el mas subjecto. Advierte que veniste á servir, y no á regir. Mira que te llamaron para trabajar y padescer, no para holgar y parlar. Pues que así se prueban los hombres, como el oro en el crisol, aquí no puede alguno estar si no se humilla de todo corazon por Dios.

CAPITULO XVIII.

De los ejemplos de los sanctos padres.

Mira bien los vivos ejemplos de los sanctos padres, en los cuales resplandesce la verdadera perfeccion, y verás cuán poco y casi nada sea lo que hacemos. ¡Ay de nosotros! ¿qué es de nuestra vida cotejada con la suya? Los sanctos, amigos de Cristo, sirvieron al Señor en ham-

bre, en sed, en frio, en desnudez, en trabajos, en fatigas, con vigilias y ayunos, en oraciones y sanctos pensamientos, y en persecuciones, y muchos y grandes denuestos. ¡Oh cuán muchas y graves tribulaciones padescieron los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y todos los que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo, los cuales en esta vida aborrescieron sus vidas para poseer sus ánimas en la perdurable vida!

¡Oh cuán estrecha y apartada vida hicieron los sanctos padres en el yermo! ¡Cuán largas tentaciones padescieron, cuán continuamente fuéron atormentados del enemigo, cuán continuas y fervientes oraciones ofrescieron á su Dios, cuán fuertes abstinencias cumplieron, cuán gran celo tuvieron al espiritual aprovechamiento, cuán fuerte pelea pasaron para vencer los vicios, cuán pura y recta intencion tuvieron con Dios! En el dia trabajaban, las noches ocupaban en la divina oracion; aunque trabajando no cesaban de la oracion espiritual. Todo el tiempo gastaban en bien. Toda hora les parescia poco para darse á Dios. Y por la gran dulzura de la contemplacion, se olvidaban de la necesidad del mantenimiento. Renunciaban riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos; ninguna cosa querian del mundo, apénas tomaban lo necesario á la vida, y tenian dolor de servir á su cuerpo aun en las cosas necesarias. Cierto muy pobres eran de lo temporal, mas riquísimos en gracias y virtudes. En lo de fuera necesitados, y en lo de dentro eran de la gracia divina y consolacion recreados. Ajenos eran al mundo; mas á Dios cercanos y familiares amigos. Teníanse por nada cuanto á sí, y el mundo los despreciaba; mas en los ojos de Dios eran preciosos y escogidos. Estaban en verdadera humildad, vivian en sencilla obediencia, andaban en caridad y paciencia, y por eso cada dia crescian en espíritu, y alcanzaban mucha gracia ante Dios. Fuéron puestos por dechado en la Iglesia: y mas nos deben estos mover á bien aprovechar, que la muchedumbre de los tibios á aflojar.

¡Oh cuánto fué el fervor de los religiosos al principio de la sancta ordenacion! Oh cuánta la devocion de la oracion, cuánta invidia de la virtud, cuánto florescia en aquel tiempo la disciplina, cuánta reverencia y obediencia hubo al mayor en todas las cosas! Aun hasta agora dan testimonio los rastros que quedaron, que fuéron verdaderamente varones sanctos y muy perfectos, que tan varonilmente peleando hollaron el mundo. Agora ya se estima en mucho aquel que no quebranta la regla, y que con mucha paciencia puede sufrir lo que votó. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro tiempo, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos enoja el no vivir descansados y flojos! Pluguiese á Dios que no durmiese en tí el aprovechamiento de las virtudes, pues viste tantos ejemplos devotos.

CAPITULO XIX.

De los ejercicios del buen religioso.

La vida del religioso debe resplandescer en toda virtud, y que sea tal de dentro cual paresce de fuera. Y con razon debe ser mejor de dentro, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos summa reverencia donde quiera que estuviéremos. Y debemos andar limpios como ángeles en su presencia, y renovar cada dia nuestro propósito, y despertarnos á mas fervor, como si hoy fuese el primer dia de nuestra conversion, y decir: Señor Dios mio, ayúdame en mi buen propósito, en tu sancto servicio, y dame gracia agora que comience hoy perfectamente, que no es nada cuanto hice hasta aquí. Segun es nuestro propósito, así es nuestro aprovechar.

El que quiere bien aprovechar ha menester que sea diligente. Si el que propone firmísimamente falta muchas veces, ¿qué será del que tarde ó nunca propone? Mas acaesce de diversas maneras el dejar nuestro propósito; y dejar de lijero los acostumbrados ejercicios de los buenos, pocas veces pasa sin algun daño. El propósito de los justos mas pende de la gracia de Dios, que del saber proprio; y en Dios confían en cualquier cosa que comienzan. Porque el hombre propone, mas Dios dispone, y no es en mano del hombre su camino.

Si se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado, por piedad ó por el provecho del prójimo, lijeramente se cobra; mas si por enojo de corazon ó negligencia, muy culpable y dañoso se sentirá despues. Esforcémonos cuánto pudiéremos, que aun en muchas faltas caerémos lijeramente; empero alguna cosa determinada debemos proveer, y principalmente remediar la que mas nos estorba. Debemos examinar y ordenar todas nuestras cosas exteriores y interiores, que todo conviene para nuestro provecho. Si no puedes recogerte de continuo, sea siquiera algunas veces, y á lo ménos una en el dia ó la noche. A la mañana propon, á la tarde examina tus obras. Qué tal has sido este dia en la obra, y en la palabra, y en el pensamiento, porque puede ser que ofendieses en esto á Dios y al prójimo muchas veces. Armate como varon contra las malicias del diablo. Refrena la gula, y fácilmente refrenarás la inclinacion de la carne. Nunca estés del todo ocioso; mas lee, ó escribe, ó reza, ó piensa, ó haz algo del provecho commun.

Los ejercicios corporales se deben tomar con discrecion, y no son igualmente para todos. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque mas seguros son para secreto. Mas guárdate no seas mas presto para lo particular que para lo commun; ántes cumplido muy bien lo encomendado, tórnate á tí como desea tu devocion. No podemos todos ejercitar una misma cosa. Una cosa conviene mas á uno que á otro. Tambien segun el tiempo, así placen diversos ejercicios; unos son para fiestas, otros para la semana; unos cumplen para el tiempo de la tentacion, otros para el de paz y sosiego; unas cosas nos place pensar cuando estamos tristes, y otras cuando alegres en el Señor.

Mas en las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios, y invocar con mayor fervor la intercesion de los sanctos. De fiesta en fiesta debemos proponer algo, como si á la hora hubiésemos de salir deste mundo, y llegar á la eterna festividad. Por eso debemos aparejarnos con cuidado en todos los tiempos devotos, y conversar con los devotos, y guardar toda la observancia mas estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos. Y si se dilatare, creamos que no estamos aparejados ni dignos de tanta gloria como se declarará en nosotros, acabado el tiempo. Pues estudiemos para aparejarnos mejor para morir; pues dice el evangelista Sant Lúcas (a): Bienaventurado el siervo que cuando viniere el Señor lo hallare velando; en verdad os digo que lo constituirá sobre todos sus bienes.

(a) Luc. 12.

CAPITULO XX.

Del amor de la soledad y silencio.

Busca tiempo convenible para estar contigo, y piensa á menudo en los beneficios de Dios. Deja las cosas curiosas, y lee tales tratados que te dén mas compuncion que ocupacion. Si te apartares de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y aparejado para pen ar buenas cosas. Los mas principales de los sanctos cuanto podian evitaban las compañías de los hombres, y elegian de servir á Dios en secreto. Dijo uno: Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menor hombre. Lo cual experimentamos por cierto cuando mucho hablamos. Mas segura cosa es callar siempre, que hablar sin errar. Mas fácil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera della.

Por tanto el que quiere llegar á las cosas interiores espirituales, conviénele apartarse con Jesucristo de la gente. Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde de grado. Ninguno manda seguramente, sino el que aprendió á obedescer de buena gana. Ninguno se goza seguramente, sino el que tiene su conciencia limpia. Ninguno habla con seguridad, sino el que calla muy de gana. Mas la seguridad de los sanctos siempre estuvo llena de temor divino. Ni por eso fuéron ménos solícitos y humildes en sí, aunque resplandescian en grandes virtudes y gracia.

La seguridad de los malos nasce de presumpcion, y al fin se vuelve en engaño de sí mismos. Nunca te tengas por seguro en esta vida triste, aunque parezcas buen religioso ó devoto ermitaño. Los mucho estimados por buenos, muchas veces han caido en graves peligros por su mucha confianza. Por lo cual es utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones, mas que sean muchas veces combatidos, porque no estén muy seguros de sí, porque no se levanten con soberbia, ni se derramen demasiadamente en las consolaciones de fuera.

¡Oh quién nunca tomase alegría transitoria! Oh quién nunca se ocupase en el mundo, cuán buena conciencia guardaria! Oh quién cortase todo vano cuidado, y pensase solamente las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuán sosegada paz poseeria! Ninguno es digno de consolacion celestial, sino el que se ejercitare con diligencia en la sancta contricion.

Si quieres arrepentirte de corazon entra en tu retraimiento, destierra de tí todo bullicio, segun está escripto (*a*): Reprehendeos en vuestra cámara. En el recogimiento hallarás lo que pierdes muchas veces por de fuera. El rincon usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio. Si al principio de tu conversion guardares bien el recogimiento, serte ha despues dulce amigo y gratísimo consuelo.

En el silencio y sosiego se perficiona el ánima devota, y aprende los secretos de las escripturas. Allí halla arroyos de lágrimas con que se lave todas las noches, para que sea tanto mas familiar á su Hacedor, cuanto mas se desviare del tumulto del siglo. Pues así el que se aparta de amigos y conoscidos, será mas cerca de Dios y de sus ángeles. Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido proprio hacer milagros.

Muy loable es al hombre devoto salir fuera pocas veces, y huir de mostrarse. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener? El mundo pasa, los deseos sensuales nos llevan á pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento del corazon, y pesadumbre de conciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta; y la alegre tarde hace triste mañana. Y así todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otro lugar que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo, y la tierra, y los elementos, de los cuales fuéron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver que permanezca mucho tiempo debajo del sol? ¿Piensas te hartar? pues cree que no lo alcanzarás. Si todas las cosas vieses ante tí, ¿qué sería sino una vista vana? Alza tus ojos á Dios, y ruega por tus pecados y negligencias. Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que manda Dios. Cierra tu puerta sobre tí, y llama á tu amado Jesus. Está con él en tu cámara, que no hallarás en otro lugar tanta paz. Si no salieres ni oyeres nuevas, mejor perseverarás en buena paz. Pues te huelgas en oir novedades, conviene que te venga turbacion del corazon.

(*a*) Psal. 4.

CAPITULO XXI.

Del remordimiento del corazon.

Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser muy libre; mas refrena todos tus sentidos, y no te dés á vana alegría. Date al remordimiento del corazon, y hallarás devocion. La compuncion descubre muchos bienes, que la soltura suele perder en breve. Maravilla es que el hombre se pueda alegrar perfectamente en esta vida, considerando su destierro, y pensando los peligros de su ánima.

Por la liviandad del corazon, y por el descuido de nuestros defectos, no sentimos los dolores de nuestra ánima. Mas muchas veces reimos cuando debriamos llorar. No es buena la alegría, ni verdadera la libertad, sino en temor de Dios, con buena conciencia. Bienaventurado aquel que puede desviarse de todo estorbo, y puede recogerse á la union de la sancta compuncion. Bienaventurado el que puede renunciar toda cosa que puede amancillar ó agravar su conciencia. Pelea como varon, que una costumbre vence á otra.

Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos. No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira primero por tí, y amonéstate á tí mas especialmente que á todos cuantos quieres bien. Si no eres favorescido de los hombres, no te entristezcas. Mas una cosa te sea grave, que no tienes tanto cuidado de mirar por tí, como conviene á devoto siervo de Dios. Muy útil y seguro es muchas veces que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente segun la carne.

Mas no sentir ó gustar las divinas, nuestra es la culpa, que no buscamos la contricion del corazon, ni desechamos del todo las vanas consolaciones. Conóscete por indigno de la divina consolacion, y muy merescedor de tribulaciones. Cuando el hombre tiene perfecta contricion, luego le paresce grave y amargo todo el mundo. El buen hombre siempre de continuo halla razon para dolerse y llorar. Porque agora se mire á sí, agora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive sin tribulacion en este siglo. Y cuánto mas de verdad se mira, tanto mas halla de qué dolerse. Materia de entrañable dolor son

nuestros pecados, en que estamos tan caidos, que pocas veces podemos contemplar lo celestial.

Si de continuo pensases mas en tu muerte que en largo vivir, no hay duda sino te emendarias con mayor fervor. Si pusieses tambien ante tu corazon las penas del infierno ú del purgatorio, creo yo que muy de gana sufririas cualquier trabajo y dolor, y no temerias ninguna aspereza. Mas como estas cosas no pasan al corazon, y lo que peor es, aun amamos las blanduras, por eso nos quedamos muy frios y perezosos. Muchas veces por falta de espíritu se cansa el cuerpo miserable tan presto. Ruega pues con humildad al Señor que te dé espíritu de contricion, y di con el Profeta (*a*): Hártame, Señor, del pan de lágrimas, y dame á beber lágrimas en medida.

CAPITULO XXII.

Consideracion de la miseria humana.

Miserable eres do quiera que fueres, y do quiera que te volvieres, si no te vuelves á Dios; ¿por qué te turbas si no sucede lo que deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á su voluntad? Por cierto ni yo, ni tú, ni hombre sobre la tierra. No hay hombre en el mundo sin tribulacion, aunque sea rey ó papa. ¿Quién es el que está mejor? Ciertamente el que se pone á padescer algo por Dios. Dicen muchos flacos: mirad cuán buena vida tiene aquel hombre, cuán rico, cuán poderoso, cuán hermoso, cuán gran señor. Mas pára mientes á los bienes celestiales, y verás que todo lo temporal es casi nada, muy incierto, y que agrava; porque no lo podemos poseer sin cuidado y temor.

No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal: basta una vida mediana; que harta verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quisiere ser mas espiritual, tanto le será mas amarga la vida; porque siente mejor y mas claro los defectos de la corrupcion humana; porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar, y estar subjecto á toda la necesidad natural, de verdad es grandísima miseria y afliccion al cristiano devoto, el cual de gana desea ser libre de todo pecado. Por cierto el hombre interior recibe mucha pesadumbre con las necesidades corporales. Por eso el Profeta ruega devotamente que pueda ser librado dellas, diciendo (*a*): Líbrame, Señor, de mis necesidades.

Mas ¡ay de los que no conoscen su miseria, y mucho mas de los que aman esta miseria y corruptible vida! Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad, trabajando ó mendigando, tengan lo necesario; si pudiesen vivir aquí siempre, no curarian del reino de Dios. ¡Oh locos y descreidos de corazon, que tan profundamente se envuelven en la tierra, que no saben sino las cosas carnales! Mas en fin sentirán los míseros cuán vil y cuán nada era lo que tanto amaron. Los sanctos de Dios y amigos de Cristo no curaban de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florescia en este tiempo: toda su esperanza y intencion suspiraba por los bienes eternos; todo su deseo subia á lo que dura para siempre, porque no fuesen traidos á las cosas bajas con el amor de las cosas visibles.

No quieras, hermano, perder la confianza de aprovechar en las cosas espirituales; aun tiempo y hora tienes; ¿por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate en este momento, y comienza, y di: Agora es tiempo de obrar, tiempo de pelear, tiempo convenible para emendarme. Cuando tienes alguna tribulacion, es tiempo de merescer. Conviene pases por fuego y por agua ántes que llegues al descanso. Si no te haces fuerte, no vencerás el vicio. En tanto que traemos este cuerpo, no podemos estar sin pecado, ni vivir sin enojo y dolor. Fácil cosa fuera tener descanso de toda miseria; mas como perdimos la innocencia por el pecado, perdióse con ella la verdadera felicidad. Por eso conviénenos tener paciencia, y esperar la misericordia de Dios, hasta que se acabe la maldad, y la vida trague á la muerte.

¡Oh cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios! ¡hoy confiesas tus pecados, y mañana te tornas á ellos! Agora propones de guardarte, y de aquí á una hora haces como si no propusieras nada. Con gran razon nos podemos humillar, y nunca sentir de nosotros cosa grande, pues somos tan flacos y tan mudables. Por cierto presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia. ¿Qué será de nosotros al fin, cuando ya tan temprano estamos tibios? Ay de nosotros si así queremos ir al reposo, como si ya tuviésemos paz y seguridad; siendo así que aun no paresce señal de verdadera sanctidad en nuestra conversacion. Bien sería menester que aun fuésemos instruidos otra vez como niños en buenas costumbres, si por ventura hubiese alguna esperanza de emienda y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPITULO XXIII.

Del pensamiento de la muerte.

Muy presto será contigo este negocio; por eso mira cómo vives. Hoy es el hombre, y mañana no paresce. En quitándolo de los ojos, se va del corazon. ¡Oh torpeza y dureza del corazon humano, que solamente piensa lo presente, sin cuidado de lo por venir! Habias de ordenarte en todo como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia, no temerias mucho la muerte. Mejor sería huir los pecados que la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? El dia de mañana es incierto, ¿y qué sabes si amanecerás mañana? ¿Qué aprovecha vivir mucho cuando tan poco nos emendamos? La larga vida no todas veces emienda lo pasado; mas muchas veces añade pecados. ¡Oh si hubiésemos vivido un dia bien en este mundo! Muchos cuentan los años de su conversion, y muchas veces es poco el fructo de la emienda. Si es temeroso el morir, puede ser que sea mas peligroso vivir mucho.

Bienaventurado el que tiene siempre la hora de su muerte ante sus ojos, y se apareja cada dia á morir. Si viste morir algun hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche. Y cuando noche, no te oses prometer de ver la mañana; porque muchos mueren súbitamente. Por eso vive siempre aparejado y con tanta vigilancia, que nunca la muerte te halle desapercibido; porque vendrá el Hijo de la Vírgen en la hora que no se piensa. Cuando viniere aquella hora postrera de otra manera comenzarás á sentir de toda tu vida pasada; y mucho te dolerás porque fuiste tan negligente y perezoso. ¡Cuán bienaventurado y prudente es el que vive de tal manera, cual desea ser hallado en la muerte!

Ciertamente el perfecto desprecio del mundo, el ar-

(*a*) Psal. 79. (*a*) Ibid. 24.

diente deseo de aprovechar en la virtud, el amor de la buena vida, el mucho trabajo de la penitencia, la promptitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le darán de vivir bienaventuradamente. Muchos bienes podrias hacer cuando estás sano; cuando enfermo, no sé qué podrás. Pocos se emiendan con la enfermedad, y tambien los que muchas romerías andan, tarde son sanctificados. No confíes en amigos ni en vecinos, ni dilates tu salud á lo por venir; porque mas presto que piensas serás olvidado.

Mejor es agora con tiempo hacer algun bien ante tí, que esperar en el cuidado de otros. Si tú no eres solícito para tí agora, ¿quién tendrá cuidado de tí despues? Agora es el tiempo muy precioso; mas ¡ay dolor, que lo gastas desaprovechadamente, pudiendo en él ganar como eternamente vivas! ¡Vendrá cuando desearás un dia ó una hora para te emendar, y no sé si te será concedida! ¡Oh, hermano, de cuánto peligro te podrias librar, de cuán gravísimo espanto, si agora fueses temeroso y sospechoso de la muerte! Trabaja agora de vivir de tal manera, que en la hora de la muerte puedas ántes gozar que temer.

Aprende agora á morir al mundo, para que despues comiences á vivir con Cristo. Aprende agora á despreciar todas las cosas, para que entónces puedas libremente ir á Cristo. Castiga agora por penitencia tu cuerpo, porque entónces puedas tener confianza cierta. O loco, ¿por qué piensas vivir mucho no teniendo un dia seguro? ¿Cuántos han sido engañados y sacados del cuerpo cuando no lo pensaban? Cuántas veces oiste contar que uno murió á espada, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin, uno es muerto á fuego, otro á hierro, otro en pestilencia, otros á manos de ladrones; y así la muerte es el fin de todos, y la vida de los hombres se pasa así como sombra.

¿Quién se acordará y quién rogará por tí despues de muerto? Agora, agora, hermano, haz lo que pudieres, que no sabes cuándo morirás, ni qué te sucederá despues de la muerte. Agora que tienes tiempo, allega espirituales riquezas inmortales, y no cures, salvo de tu salud y de las cosas de Dios. Hazte amigo de los sanctos, hónralos, imitando sus obras, para que cuando salieres desta vida te reciban en las moradas eternas.

Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, al cual no va nada en los negocios del mundo. Guarda tu corazon libre y levantado á Dios; porque aquí no tienes ciudad durable. Allí endereza tus oraciones de continuo con gemidos y lágrimas; porque merezca tu espíritu despues de la muerte pasar al Señor con mucha honra. Amen.

CAPITULO XXIV.

Del juicio y de las penas de los pecados.

Mira el fin en todas tus cosas, y de qué manera estarás ante aquel Juez riguroso, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dones, ni recibe excusaciones; mas juzgará justísimamente. ¡Oh pecador miserable! ¿qué responderás á Dios que sabe todas tus maldades? Tú que temes á las veces el rostro de un hombre airado, ¿por qué no te provees para el dia del juicio, cuando no habrá quién defienda ni ruegue por otro; mas cada uno tendrá que hacer por sí? Agora tu trabajo es fructuoso, tu lloro aceptable, y tus gemidos se oyen, tu dolor es satisfactorio. Aquí tiene el hombre paciente grande y saludable purgatorio, el cual recibiendo injurias, se duele mas de la malicia del otro que de su injuria. Ruega á Dios por sus contrarios de buena gana, y de corazon perdona las ofensas, y no se tarda en pedir perdon de cualquiera; y mas fácilmente ha misericordia que ira, y procura de hacerse fuerza, y de subjectar su carne del todo al espíritu.

Mejor es agora purgar los pecados y vicios, que dejarlos para el purgatorio. Cierto nosotros nos engañamos por el amor desordenado que tenemos á la carne. ¿Qué otra cosa tragará aquel fuego, sino tus pecados? Cuanto mas aquí te perdonas y sigues la carne, tanto despues mas gravemente serás atormentado.

En la cosa que peca el hombre principalmente será mas gravemente castigado. Allí los perezosos serán pungidos con aguijones ardiendo; los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed; los lujuriosos, amadores de deleites, serán envestidos en pez y azufre ardiendo; los invidiosos aullarán con dolor como perros rabiosos. No hay vicio que no tenga su proprio tormento. Allí los soberbios serán llenos de toda confusion, los avaros serán puestos en miserable necesidad. Allí mas grave será pasar una hora de pena, que aquí cient años de penitencia amarga. Allí no hay holganza ni consolacion; mas aquí algunas veces cesan los trabajos, y consuelan los amigos con refrigerios. Pues agora ten cuidado y dolor de tus pecados, porque el dia del juicio estés seguro con los bienaventurados.

Entónces estarán los justos en gran constancia contra los que los angustiaron y atribularon. Entónces estará para juzgar el que aquí se subjectó húmilmente al juicio de los hombres. Entónces tendrá mucha confianza el pobre y bajo, y el soberbio estará de todas partes espantado. Entónces será tenido por sabio el que aprehendió aquí á ser loco y menospreciado por Cristo. Entónces agradará toda tribulacion y angustia sufrida con paciencia, y toda maldad atapará su boca. Entónces mas se holgará la carne afligida, que si siempre fuera criada con deleites. Entónces mas te aprovecharán las obras sanctas, que las hermosas palabras. Entónces resplandescerá el despreciado vestido, y parescerá vil el precioso. Entónces será mas alabada la pobre casilla, que el palacio dorado. Entónces mas ayudará la constante paciencia, que todo el poder del mundo. Entónces mas ensalzada será la simple obediencia, que toda la sagacidad del siglo. Entónces mas alegrará la pura y buena conciencia, que la enseñada filosofía. Entónces mas se estima el desprecio de las riquezas, que el tesoro de todas las Indias. Entónces mas te consolarás de haber orado devotamente, que de haber comido delicadamente. Entónces mas te gozarás de haber guardado el silencio, que de haber parlado demasiado. Entónces se alegrará cualquier devoto, y llorará todo hombre profano. Entónces mas te agradará la vida estrecha y la recia penitencia, que toda la delectacion terrena.

Aprehende agora á padescer en lo poco, porque despues seas libre de lo muy grave. Primero prueba aquí lo que podrás padescer despues. Si agora no puedes sufrir tan poca cosa, ¿cómo podrás despues los tormentos eternos? Si agora una pequeña pasion te hace tan impa-

ciente, ¿qué hará entónces en el infierno? En verdad no puedes tener dos paraísos, deleitarte en este mundo, y despues reinar en el cielo con Cristo. Si hasta agora hubieses vivido en delectaciones y en honras, y te llevase agora la muerte, ¿qué te aprovecharia?

Pues mira que todo es vanidad, si no amar y servir á Dios. Por cierto los que aman á Dios de todo corazon, no temen la muerte, ni el tormento, ni el juicio, ni el infierno; porque el amor perfecto segura entrada tiene á Dios. Mas quien se deleita en pecar, no es maravilla que tema la muerte y el juicio. Mas bueno es, que si el amor no nos desvía de lo malo, á lo ménos el temor del infierno nos refrene. Mas el que pospone el temor de Jesucristo, no puede estar mucho tiempo en el bien, mas cae muy presto en los lazos del diablo.

CAPITULO XXV.

De la fervorosa emienda de toda nuestra vida.

Hermano mio, vela con diligencia en el servicio de Dios, y piensa muy continuo á qué veniste, y por qué dejaste el mundo: ¿por ventura no despreciaste el mundo para vivir á Dios, y ser hombre espiritual? Corre pues con fervor á la perfeccion, que presto recibirás el galardon de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor y dolor en tus términos. Agora trabajarás un poco, y hallarás despues gran descanso y aun perpetua alegría. Si permaneces fiel y diligente en el servir, sin dubda será Dios fidelísimo y riquísimo en pagar.

Debes tener buena esperanza que alcanzarás victoria; mas no conviene tener seguridad, porque no te aflojes ni te ensoberbezcas. Como uno estuviese congojado y turbado, y entre la esperanza y temor dubdase muchas veces, una vez cargado de angustia arrojóse ante un altar, y revolviendo en su pensamiento, dijo: ¡Oh, si supiese que habia de perseverar! y luego oyó de dentro la divina respuesta, que dijo: ¿Qué harias si eso supieses? Has agora lo que entónces harias, y serás bien seguro. Y en ese punto consolado y confortado se ofresció á la divina voluntad, y cesó la congoja y turbacion, y no quiso mas escudriñar curiosamente para saber lo que le habia de succeder; mas estudió con mucho cuidado inquirir que fuese la voluntad de Dios agradable y perfecta, para comenzar y perficionar toda buena obra. El Profeta dice (*a*): Espera en el Señor, y haz bondad, y mora en la tierra, y serás apascentado en sus riquezas.

Una cosa detiene á muchos del fervor de su aprovechamiento, y es el espanto de la dificultad, ó el trabajo de la batalla. Ciertamente aquellos aprovechan en las virtudes principalmente, que ponen todas sus fuerzas para vencer las cosas que mas graves y contrarias les son; porque allí aprovecha el hombre mas, y alcanza mayor gracia, donde mas se vence y mortifica en el espíritu. Mas no tienen todos iguales los contrarios, ni iguales fuerzas para vencer ni mortificarse. Mas el diligente remediador mas fuerte será para la perfeccion, aunque tenga muchas pasiones, que el bien acondicionado, si pone poco aliento á las virtudes.

Dos cosas ayudan especialmente para mucho emendarse. La una, desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente; y la otra, trabajar con fervor por la virtud que mas le falta. Estudia tambien vencer y evitar lo que mas te desagrada en los otros.

(*a*) Psal. 36.

Mira que te aproveches donde quiera; si vieres ó oyeres buenas obras, mira que te avives á imitarlas. Mas si vieres alguna cosa digna de reprehension, mira que no la hagas. Y si alguna vez la hiciste, emiéndalo presto. Así como tú miras los otros, así otros te miran á ti.

¡Oh cuán alegre y dulce es ver los cristianos devotos y fervientes, bien acondicionados y bien criados! ¡Cuán triste y grave verlos desordenados, y que no hacen aquello á que son llamados! ¡Oh cuán dañoso es ser negligentes en el propósito del llamamiento divino, y ocuparse en lo que no les mandan! Acuérdate del propósito que tomaste, y ponte delante de la imágen del Crucifijo, que mucha razon tendrás de avergonzarte mirando la vida de Jesucristo, porque no estudiaste de conformarte mas á él, aunque haya muchos años que estás en el camino del Señor Dios.

El cristiano que se ejercita y medita devotamente en la vida y pasion sanctísima del Señor, halla allí todo lo inútil y necesario para sí cumplidamente, y no hay necesidad que busque algo mejor fuera de Jesucristo. ¡Oh si viniese á nuestro corazon Jesucristo crucificado, cuán presto y cuán de verdad seríamos enseñados! El obediente solícito todo lo que le mandan acepta y lleva muy bien. El negligente y perezoso tiene tribulacion sobre tribulacion, y de cada parte está angustiado; porque caresce de la consolacion interior, y no le dejan buscar la exterior.

El cristiano que está y vive descuidado, cerca está de caer gravemente. El que busca el vivir mas ancho y descuidado, siempre estará en angustias; porque lo uno y lo otro le descontentará. Dime: ¿cómo vive tanta multitud de religiosos que están encerrados en la observancia? Salen pocas veces, viven apartados, comen pobremente, visten groseramente, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan presto, tienen largas horas, leen continuo, y guárdanse en toda honestidad. Mira los de la cartuja, y los del cistel, y los monjes y monjas de todas las religiones, cómo se levantan cada noche á maitines. Por eso cosa torpe sería que tú emperezases en obra tan sancta, donde tanta multitud de religiosos comienzan á alabar á Dios.

¡Oh si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar á Dios con todo el corazon y con la boca! Oh si nunca comiésemos ni durmiésemos, mas siempre pudiésemos tener el ánima ocupada en Dios! Mucho mas dulce sería que servir á las necesidades de la carne. Pluguiese á Dios que no tuviésemos todas estas necesidades, mas solamente las refecciones espirituales, las cuales gustamos muy tarde.

Cuando el hombre viene á tiempo que no busca su consolacion en alguna criatura, entónces le comienza á saber bien Dios, y contentarse tambien de todo lo que sucede. Entónces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas las cosas; al cual ninguna cosa perece ni muere, mas todas las cosas viven y le sirven sin tardanza. Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamas torna.

Nunca alcanzarás la virtud sin cuidado y diligencia. Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal; mas si te dieres á la devocion, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy lijero por la gracia de Dios y por el amor de la virtud. El hombre que tiene fervor y diligencia, á todo

está aparejado. Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en todos los trabajos corporales. El que no evita los pequeños defectos, poco á poco cae en los grandes. Gozarte has siempre en la noche, si gastares bien el dia. Vela sobre tí, despierta á tí, amonéstate á tí, sea de los otros lo que fuere, no te olvides á tí: tanto aprovecharás cuanto mas fuerza te hicieres.

LIBRO II.

CONTIENE AVISOS PARA EL TRATO INTERIOR.

CAPITULO PRIMERO.

De la conversacion interior.

Dice el Señor (*a*): El reino de Dios dentro de vosotros está. Conviértete á Dios de todo corazon, y deja este mísero mundo, y hallará tu ánima reposo. Aprehende á menospreciar las cosas exteriores, y darte á las interiores, y verás venir á tí el reino de Dios.

Ciertamente el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Sancto; lo cual no se da á los malos. Si aparejares digna morada, Jesucristo vendrá á tí, y te mostrará su consolacion. Toda su gloria y hermosura es de dentro, y allí se agrada. Su continua visitacion es con el hombre interior, y con él habla dulcemente, y tiene agradable consolacion, mucha paz y admirable familiaridad.

Ea pues, ánima fiel, apareja tu corazon á este Esposo, para que quiera venir á tí y morar contigo, que él dice así (*b*): Si alguno me ama, guardará mi palabra, vendrémos á él, y morarémos en él. Pues así es, da lugar á Cristo, y á todo lo demas cierra la puerta. Si á Cristo tuvieres, estarás rico, y bástate. El será tu proveedor y fiel procurador en todo, de manera que no tengas necesidad de esperar en los hombres; porque se mudan muy presto, y desfallescen muy lijeramente; mas Jesucristo permanesce para siempre, y está firmísimo hasta el fin.

No es de poner mucha confianza en el hombre quebradizo y mortal, aunque sea provechoso y amado; ni es de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario; porque los que hoy son contigo, mañana te pueden contradecir, y al contrario tambien. Muchas veces se vuelven como el viento. Pon en Dios toda tu esperanza, y sea en él tu temor y amor. El responderá por tí, y lo hará bien, como mejor sea y convenga. No tienes aquí ciudad de morada; donde quiera que fueres serás extraño y peregrino, y no tendrás jamas reposo hasta que seas unido á Cristo entrañablemente.

¿Qué miras aquí no siendo este lugar de tu reposo? En el celestial ha de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terreno. Todas las cosas pasan, y tú con ellas. Guárdate no te juntes con ellas, porque no seas preso y perezcas. En el Soberano sea tu pensamiento, y tu oracion sea enderezada á Cristo sin cesar.

Si no sabes especular las cosas profundas y celestiales, descansa en la pasion de Jesucristo, y mora muy de gana en sus sacratísimas llagas; porque si te llegas devotamente á las llagas de Jesucristo, gran consuelo sentirás en la tribulacion, y no curarás mucho de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes; pues que Jesucristo fué en el mundo despreciado y denostado por los hombres, y entre los denuestos fué de los amigos y conocidos desamparado en la mayor necesidad. Cristo quiso padescer y ser despreciado, ¿y tú osas quejarte? Cristo tuvo adversarios, ¿y tú quieres tener á todos por amigos? ¿De dónde se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofresce?

Si no quisieres sufrir algo por Cristo, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesucristo nuestro redemptor, y gustases un poco de su encendido amor, no tendrias mucho cuidado de tu provecho ó daño; ántes te holgarias mas de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Dios hace al hombre despreciarse á sí mismo. El amador entrañable y verdadero de Jesucristo, y libre de las afecciones desordenadas, se puede convertir libremente á Dios, y levantarse á sí sobre sí en el espíritu, y holgar en él con suavidad.

Aquel á quien saben todas las cosas á lo que son, no como se dicen ó estiman, es verdaderamente sabio, y enseñado mas de Dios que de los hombres. El que sabe andar dentro de sí, y tener en muy poco las cosas de fuera, no busca lugares, ni espera tiempos para darse á ejercicios devotos. El hombre interior presto se corrige, porque nunca se derrama del todo á las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupacion tomada á tiempos de necesidad; mas como suceden las cosas, así se conforma con ellas el que está de dentro bien ordenado.

Tanto el hombre se estorba y distrae, cuanto atrae á sí las cosas. Si fueses bueno y limpio de corazon, todo te sucederia en bien y en provecho. Por eso muchas cosas te turban y descontentan, porque aun no estás muerto á tí perfectamente, ni apartado de lo terreno. No hay cosa que tanto ensucie y embarace el corazon, cuanto el amor desordenado en las criaturas. Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales, y muchas veces gozarte de dentro.

CAPITULO II.

Cómo debemos tener paciencia con humildad.

No tengas en mucho quien es por tí ó contra tí; mas ten cuidado que sea Dios contigo en todo lo que haces. Ten buena conciencia y Dios te defenderá. Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno.

Si tú sabes callar y sufrir, sin dubda verás el favor de Dios. El sabe bien el tiempo y la manera de librarte, y por eso te debes ofrescer á él en todo. A Dios pertenesce ayudar y librar de toda confusion. Algunas veces conviene para nuestra humildad que otros sepan nuestros defectos, y los reprehendan. Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entónces fácilmente aplaca y mitiga los otros, y satisface á los que están airados con él.

Dios defiende y libra al humilde, y al humilde ama y

(*a*) Luc. 7. (*b*) Joan. 14.

consuela; al humilde se inclina, y al humilde da grande gracia, y despues de su abatimiento lo levanta á la honra. Al humilde descubre sus secretos, y le trae dulcemente á sí, y le convida. El humilde, recibida la injuria y afrenta, está en mucha paz, porque está en Dios y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el mas bajo de todos.

CAPITULO III.

Del hombre bueno y pacífico.

Ponte primero á tí en paz, y despues podrás apaciguar á los otros. El hombre pacífico mas aprovecha que el letrado. El hombre que tiene pasion, el bien convierte en mal, y muy de lijero cree lo malo. El buen hombre pacífico todas las cosas echa á la mejor parte. El que está en buena paz de ninguno tiene sospecha. El descontento y alterado de diversas sospechas, es atormentado: ni él huelga, ni deja reposar á los otros. Dice muchas veces lo que no debria, y deja de hacer lo que mas le convenía. Piensa lo que otros deben hacer, y deja lo que él es obligado.

Ten pues primero amor contigo, y despues podrás tener buen celo con el prójimo. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oir las disculpas de los otros. Mas justo sería que te acusases á tí, y excusases á tu prójimo. Sufre si quieres que te sufran. Mira cuán léjos estás de la verdadera y humilde caridad, que no sabe desdeñar ni airarse sino contra sí. No es mucho conversar con los buenos y mansos; que esto á todos aplace naturalmente: cada uno de grado tiene paz, y ama los que concuerdan con él; mas vivir en paz con los duros, perversos y mal acondicionados y con quien nos contradice, gran virtud y gracia es varonil y muy loable.

Algunos hay que tienen paz consigo y con otros tambien. Y algunos hay que ni tienen paz consigo, ni la dejan tener á otros: enojosos para otros y mas para sí. Hay otros que ni tienen paz consigo, y estudian de poner paz á los otros. Mas toda nuestra paz en este miserable valle mas se conserva en el sufrimiento humilde, que en no sentir contrariedades. El que sabe mejor padescer, tendrá mayor paz. Y este tal es vencedor de sí mismo, y señor del mundo, amigo de Jesucristo y heredero del cielo.

CAPITULO IV.

De la pura voluntad y sencilla intencion.

Con dos alas se levanta el hombre de lo terreno, que son simplicidad y puridad. La simplicidad ha de estar en la intencion, y la puridad en la afeccion. La simplicidad pone los ojos en Dios; la puridad le abraza y gusta. Ninguna buena obra te impedirá, si de dentro fueres libre de todo desordenado deseo. Si no piensas ni buscas, sino el buen contentamiento de Dios, y el provecho del prójimo, gozarás de una interior libertad. Si fuese tu corazon recto, á la hora te sería toda criatura espejo de vida y libro de sancta doctrina.

No hay criatura tan baja ni pequeña que no represente la bondad de Dios. Si tú fueses bueno y puro de dentro, luego podrias ver y sentir bien todas las cosas sin impedimento. El corazon puro penetra el cielo y el infierno. Cual es cada uno de dentro, tal juzga lo de fuera. Si hay gozo en la tierra, el hombre de puro corazon lo posee. Y si en algun lugar hay congoja y tribulacion, la mala conciencia lo siente.

Así como el hierro en el fuego pierde el orin, y se hace todo reluciente, así el hombre que se convierte á Dios enteramente, es despojado de la torpeza, y mudado en nuevo hombre. Cuando el hombre comienza á enfriarse, teme el pequeño trabajo, y toma muy de gana la consolacion exterior. Mas cuando se comienza á vencer varonilmente, y andar en la carrera de Dios, estima por lijeras, cosas que primero tenia por muy graves.

CAPITULO V.

De la propria consideracion.

No debemos confiar de nosotros grandes cosas; porque muchas veces nos falta la gracia y la discrecion. Poca lumbre hay en nosotros, y presto la perdemos por negligencia, y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos de dentro. Muchas veces hacemos mal, y lo excusamos peor. Y á veces nos mueve pasion, y pensamos que es celo. Reprehendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves nuestras. Muy presto sentimos y agravamos lo que de otros sufrimos; mas no miramos cuánto enojamos á los otros. El que bien y derechamente pondera sus obras, no tendrá que juzgar gravemente de otro.

El hombre recogido antepone el cuidado de su ánima á todos los cuidados. El que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otros. Nunca serás recogido y espiritual, si no callares las cosas ajenas, y especialmente mirares á tí mismo. Si del todo te ocupares en Dios, y en tí, poco te moverá lo que sientes de fuera. ¿Adónde estás cuando no estás contigo? Despues de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has ganado si de tí te olvidaste? Si has de tener paz y union verdadera, conviene que todo lo pospongas, y tengas á tí solo ante tus ojos.

Por cierto á muchos aprovecharás, si te guardas libre de todo cuidado temporal: y muy falto serás si alguna cosa temporal estimares en mucho. No te sea cosa alguna alta ni grande, acepta ni agradable, sino Dios, ó cosa que sea puramente por Dios. Estima por cosa vana cualquier consolacion que te viniere de alguna criatura. El ánima que ama á Dios, desprecia todas las cosas sin él. Solo el Eterno y inmenso, que todo lo hinche, es gozo del ánima y alegría del corazon.

CAPITULO VI.

De la alegría de la buena conciencia.

La gloria del bueno es testimonio de la buena conciencia. Si tienes buena conciencia, siempre tendrás alegría. La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades. La mala conciencia siempre está temerosa y inquieta. Suavemente holgarás si tu corazon no te reprehende. No te alegres sino cuando hicieres algun bien. Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni paz interior; porque dice el Señor (*a*): No tienen paz los malos. Y si dijeren: en paz estamos, no vendrá mal sobre nosotros, ¿quién osará enojarnos? no los creas, porque súbitamente se levantará la ira de Dios, y se tornarán en nada sus obras, y perescerán sus pensamientos.

Gloriarse en la tribulacion no es dificultoso al que ama. Porque gloriarse desta manera es gloriarse en la cruz

(*a*) Isai. 48.

de Jesucristo. Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres. La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza. La alegría de los justos es Dios, y por Dios, y en Dios; y su gozo es de verdad. El que desea la verdadera y eterna gloria, no cuida de lo temporal; y el que busca la temporal, y no la desprecia de corazon, señal es que no ama del todo la celestial. Gran reposo de corazon tiene el que no se cura de las alabanzas, ni hace caso de los denuestos.

La limpia conciencia fácilmente se sosiega. No eres mas sancto si te alabaren, ni mas vil si te despreciaren. Lo que eres, eso eres; ni puedes ser hecho mayor de lo que Dios sabe que eres. Si miras lo que eres dentro de tí, no tendrás cuidado de lo que de fuera hablan de tí. El hombre ve lo de fuera, Dios el corazon (*b*). El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien, y tenerse en poco, señal es de humildad; no querer consolacion de criatura alguna, señal es de gran puridad y de confianza cordial. El que no busca de los hombres prueba de su bondad, claro muestra que se encomienda del todo á Dios. Dice el glorioso Apóstol (*c*): No el que se loa á sí mismo es aprobado; mas el que Dios alaba: andar de dentro con Dios, y no embarazarse de fuera en alguna afeccion, estado es de varon espiritual.

CAPITULO VII.

Del amor que debemos tener á Cristo sobre todas las cosas.

Bienaventurado el que conosce qué es amar á Jesucristo, y despreciar á sí mismo por Jesus. Conviene dejar un amor por otro, porque Jesus quiere ser amado sobre todas las cosas. El amor de la criatura es engañoso y mudable; el amor de Jesus es fiel y durable. El que se llega á la criatura caerá con lo caedizo; el que abraza á Jesus, afirmarse ha en él. Aquel ama y ten por amigo, que aunque todos te desamparen, él no te desamparará, ni te dejará perescer en el fin. De los hombres has de ser desamparado alguna vez, que quieras ó no. Tente fuertemente con Jesus viviendo y muriendo, y encomiendate á su fidelidad; que él solo te puede ayudar cuando todos faltaren. Tu amado es de tal condicion que no quiere consigo admitir otra cosa: solo él quiere tener tu corazon, y como rey sentarse en su propria silla.

Si te supieses bien desocupar de toda criatura, Jesus moraria de gana contigo. Cuanto pusieres en los hombres fuera de Jesus, tanto perderás. No confíes ni estribes sobre la caña vacia, porque toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor del campo (*a*). Si mirares solamente á la apariencia de fuera de los hombres, presto serás engañado. Si buscas descanso y ganancia en los hombres, muchas veces sentirás daño; mas si en todo buscas á Jesus, hallarás de verdad á Jesus. Y si te buscas á tí mismo, tambien te hallarás, mas será para tu mal. Por cierto mas se daña el hombre á sí mismo si no busca á Jesus, que todo el mundo y sus enemigos le pueden dañar.

CAPITULO VIII.

De la familiar amistad de Jesus.

Cuando Jesus está presente, todo es bueno, y no hay cosa difícil; mas cuando está ausente, todo es duro. Cuando Jesus no habla dentro, muy vil es la consolacion; mas si Jesus habla una sola palabra, gran consolacion se siente. ¿Por ventura la Magdalena no se levantó luego del lugar donde lloró, cuando le dijo Marta (*a*): El Maestro está aquí, y te llama? ¡Oh bienaventurada hora, cuando el señor Jesus llama, de las lágrimas al gozo espiritual! ¡Cuán seco y duro eres sin Jesus, y cuán necio y vano si cobdicias algo fuera de Jesus! Dime: ¿no es este peor daño que si todo el mundo perdieses? ¿Qué puede dar el mundo sin Jesus? Estar sin Jesus es grave infierno. Estar con Jesus es dulce paraíso. Si Jesus estuviere contigo, ningun enemigo te podrá empecer. El que halla á Jesus halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde á Jesus, pierde muy mucho, y mas que todo el mundo. Paupérrimo es el que vive sin Jesus, y riquísimo el que está bien con Jesus. Muy gran arte es saber conversar con Jesus, y admirable prudencia saber tener á Jesus.

Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesus. Sé devoto y sosegado, y permanescerá contigo Jesus. Presto puedes echar de tí á Jesus y perder su gracia, si te abates á las cosas exteriores. Si destierras de tí á Jesus y lo pierdes, ¿adónde irás? ¿á quién buscarás por amigo? Sin amigo no puedes vivir mucho; y si no fuere Jesus tu especialísimo amigo, estarás muy triste y desconsolado. Pues locamente lo haces, si en otro alguno confías y te alegras.

Ménos mal es tener todo el mundo contrario, que ofendido á Jesus. Pues sobre todos tus amigos sea Jesus amado singularísimamente. Ama á todos por amor de Jesus, y á Jesus por sí mismo. Solo Jesus se debe amar singularísimamente, porque él solo se halla bueno y fidelísimo, mas que todos los amigos. Por él y en él debes amar los amigos y los enemigos, y rogarle por todos, para que le conozcan y le amen. Nunca cobdicies ser loado ni amado singularmente, porque eso á solo Dios pertenesce, que no tiene igual. Ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazon, ni tú te ocupes en amor de alguno; mas sea Jesus en tí, y en todo hombre bueno. Sé libre y puro de dentro, sin ocupacion de criatura alguna.

Conviénete ser desnudo, y tener tu corazon puro á Jesus, si quieres reposar y ver cuán suave es el Señor. Verdaderamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y traido de su gracia, para que dejadas y echadas fuera todas las cosas, seas unido con él solo.

Ciertamente cuando viene la graciosa visitacion de Dios al hombre, luego se hace poderoso para toda cosa; y cuando se va, queda pobre y enfermo, y casi dejado á que lo azoten. En estos tiempos no debes desmayar ni desesperar; mas estar constante á la voluntad de Dios, y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere, á gloria de Jesucristo; porque despues del invierno viene el verano, y despues de la noche vuelve el dia, y pasada la tempestad viene gran serenidad.

CAPITULO IX.

Como conviene carescer de toda consolacion humana.

No es grave cosa despreciar la humana consolacion cuando tenemos la divina. Gran cosa es, y de verdad grande, ser privado y carescer de consuelo divino y humano, y querer sufrir destierro de corazon de gana por la honra de Cristo, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo, ni mirar á su proprio merescimiento. ¿Qué mara-

(*b*) 1. Reg. 16. (*c*) 1. Cor. 10. (*a*) Isai. 40.

(*a*) Joan. 11.

villa si estás alegre y devoto cuando viene la gracia de Dios? Esa hora todos la desean. Muy suavemente camina aquel á quien lleva la gracia de Dios: ¿y qué maravilla si no siente carga el que es llevado del Omnipotente, y guiado por el soberano guiador?

Muy de gana tomamos algun pasatiempo, y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo. El mártir Sant Laurencio venció al mundo con Sixto su sacerdote, porque despreció todo lo que en el mundo parescia deleitable, y sufrió por amor de Cristo con paciencia que le fuese quitado el sacerdote del summo Dios, al cual él mucho amaba. Y así con el amor de Dios venció el amor del hombre, y trocó el placer humano por el buen contentamiento divino. Así tú, hermano, aprehende á dejar algun pariente ó amigo por amor de Dios, y no te parezca grave cuando te dejare tu amigo: sabe que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

De continuo y mucho conviene que pelee el hombre consigo mismo, ántes que se sepa vencer del todo, y poner en Dios cumplidamente su deseo. Cuando el hombre se está en sí mismo, de lijero se desliza en las consolaciones humanas. Mas el verdadero amador de Cristo, y estudioso imitador de sus virtudes, no se arroja á las tales consolaciones, ni busca dulzuras sensibles, mas ántes procura fuertes ejercicios, y sufre por Cristo muy duros trabajos.

Así pues cuando Dios te diere la consolacion espiritual, recíbela con hacimiento de gracias, y entiende que es don de Dios, y no merescimiento tuyo. No te ensalces ni alegres demasiadamente; mas humíllate por el don recibido, y sé mas avisado y temeroso en todas tus obras, porque pasarse ha aquella hora, y vendrá la tentacion. Si te fuere quitada la consolacion, no desesperes luego, mas espera con humildad y paciencia la visitacion celestial, porque poderoso es Dios para tornarte muy mayor gracia y consolacion. Esto no es cosa nueva ni ajena de los que han experimentado el camino de Dios, porque en los grandes sanctos y antiguos profetas acaesció muchas veces esta manera de mudanza.

Por eso decia uno cuando tenia presente la gracia (*a*): Yo dije en mi abundancia: no seré movido ya para siempre. Y ausente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: Volviste de mí tu rostro, y soy hecho conturbado. Mas por cierto entre estas cosas no desespera, sino ruega á Dios con mayor instancia, y dice: A tí, Señor, llamaré, y á mi Dios rogaré: y al fin él alcanza el fructo de su oracion, y confirma ser oido, diciendo: Oyóme el Señor, y hubo misericordia de mí; el Señor es hecho mi ayudador; mas ¿en qué? Responde, y dice: Volviste mi llanto en gozo, y cercásteme de alegría.

Y si así se hizo con los grandes sanctos, no debemos nosotros, pobres y enfermos, desesperar si algunas veces estamos frios, y á veces en fervor de devocion; porque el espíritu se viene y se va segun su divina voluntad. Por eso dice el bienaventurado Job (*b*): Visítaslo en la mañana, y súbitamente lo pruebas. Pues ¿sobre qué puedo esperar, ó en quién debo confiar, sino solamente en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celestial?

Ciertamente aunque esté cercado de hombres buenos, y de religiosos devotos, y de amigos fieles, y aunque tenga libros sanctos, y tratados devotos, y cantos y himnos suaves, todo aprovecha poco, y tiene poco sabor, cuando soy desamparado del favor de Dios, y dejado en la propria pobreza. Entónces no hay mejor remedio que la paciencia, y negándome á mí mismo, ponerme en la voluntad de Dios.

(*a*) Psalm. 29. (*b*) Job. 7.

Nunca hallé religioso que alguna vez no sintiese apartamiento de la consolacion divina, y diminucion del fervor; ningun sancto fué tan altamente arrebatado y alumbrado, que ántes ó despues no haya sido tentado. Por cierto no es digno de la alta contemplacion de Dios el que no es ejercitado en alguna tribulacion por ese mismo Dios. Cierto suele ser la tentacion, precedente señal que vendrá la consolacion. Porque á los probados en tentacion es prometida la consolacion celestial, como dice la Escriptura (*c*): Al que venciere daré á comer del árbol de la vida.

Dase tambien la divina consolacion para que el hombre sea mas fuerte para sufrir las adversidades. Y tambien se sigue la tentacion porque no se ensoberbezca del bien. El diablo no duerme, ni es aun la carne muerta; por eso no ceses de aparejarte á la batalla. A la diestra y á la siniestra están los enemigos que nunca descansan.

CAPITULO X.

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

¿Para qué buscas descanso, pues naciste para trabajo? Ponte á paciencia mas que á consolacion, á llevar cruz mas que á tener alegría. Cierto no hay hombre en el mundo que no tomase muy de gana la consolacion y alegría espiritual, si siempre la pudiese tener; porque las consolaciones espirituales exceden á todos los placeres del mundo, y á los deleites de la carne, los cuales son torpes y vanos; mas los espirituales solos son alegres y honestos, engendrados de las virtudes, y infundidos de Dios en los corazones limpios. Mas no puede ninguno usar de continuo destas consolaciones divinas, como quiere y á su voluntad; porque el tiempo de la tentacion muy pocas veces cesa.

Muy contraria es á la soberana visitacion la falsa libertad del ánima, y la gran confianza de sí. Bien hace Dios dando la gracia de la consolacion; mas el hombre hace mal no atribuyendo todo á Dios, haciéndole gracias. Y por esto no abundan en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al Hacedor, y no lo atribuimos todo á la fuente original. Siempre se debe gracia al que dignamente es agradescido, y es quitado al soberbio lo que se suele dar al humilde. No quiero consolacion que me quite la compuncion y conoscimiento de mí mismo, ni deseo contemplacion que me lleve en soberbia. Por cierto no es sancto todo lo alto; ni todo deseo, puro; ni todo lo dulce, bueno; ni todo lo que amamos, agradable á Dios. De grado acepto yo la gracia que me haga mas humilde y temeroso, y me disponga mas á renunciarme á mí.

El enseñado con el don de la gracia, y avisado con el azote de haberla perdido, no osará atribuirse á sí bien alguno. Mas ántes confesará ser pobre y desnudo. Da á Dios lo que es de Dios, y atribuye á tí lo que es tuyo: esto es, da gracias á Dios por la gracia, y á tí solo atribuye la culpa, y conosce serte debida por la culpa dignamente la pena. Ponte siempre en lo mas bajo, y darte han lo alto; porque no está lo muy alto sin lo hondo. Los

(*c*) Apoc. 6.

grandes sanctos cerca de Dios, son pequeños cerca de sí, y cuanto mas gloriosos, tanto en sí mas humildes. Son llenos de verdad y de gloria celestial, y no son cobdiciosos de gloria vana. Y los que están fundados y confirmados en Dios, en ninguna manera pueden ser soberbios. Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien reciben, no buscan ser loados unos de otros, mas buscan la gloria que de solo Dios viene, y cobdician que sea Dios glorificado sobre todos en sí mismo, y en todos los sanctos, y siempre tienen esto por fin.

Pues, hermano, sé agradescido en lo poco, y serás digno de recibir mayores cosas. Ten en muy mucho lo poco, y lo mas despreciado por singular don; porque si miras á la dignidad del dador, ningun don te parescerá pequeño. Por cierto no es poco lo que el soberano Dios da. Y aunque dé penas y azotes, se lo debemos agradecer, que siempre es para nuestra salud todo lo que permite que nos venga. El que desea guardar la gracia de Dios, agradézcale la gracia que le ha dado, y sufra con paciencia cuando le fuere quitada. Haga oracion continua para que le sea tornada, y sea cauto, prudente y humilde, porque no la pierda.

CAPITULO XI.

Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo.

Jesucristo tiene agora muchos amadores de su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolacion, y muy pocos que quieran la tribulacion. Muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia; todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por él. Muchos siguen á Jesus hasta el partir del pan, mas pocos á beber el cáliz de la pasion. Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman á Jesus cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben dél consolaciones; mas si Jesus se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarian ó desesperarian.

Mas los que aman á Jesus por el mismo Jesus, y no por su propria consolacion, bendícenlo en la tribulacion y angustia, tambien como en la consolacion. Y si nunca les quisiese dar consolacion, siempre lo alabarian y bendecirian, y le harian gracias. ¡Oh cuánto puede el amor verdadero de Jesus sin mezcla de amor proprio! Muy claro está que se pueden llamar mercenarios los que siempre buscan consolaciones. Ciertamente mas se aman á sí mismos que á Cristo, los que de continuo piensan en sus ganancias y provechos.

¿Dónde se hallará que uno sea tal que quiera servir á Dios de balde? Pocas veces se halla alguno tan espiritual que esté desnudo de todas las cosas. ¿Quién hallará el verdadero pobre de espíritu desnudo de toda criatura? De muy léjos y muy preciado es su valor. Si el hombre diere su hacienda toda, aun no es nada. Si hiciere gran penitencia, aun es poco. Aunque tenga toda la ciencia, aun está léjos. Y si tuviere gran afeccion y muy ferviente devocion, aun le falta mucho, y es una cosa que ha mucho menester: que dejadas todas las cosas deje á sí mismo, y salga de sí del todo, y tan del todo, que no le quede nada de amor proprio. Y cuando conosciere que ha hecho todo lo que debe hacer, piense haber hecho nada, y no tenga en mucho tener de que le puedan estimar por grande; mas llámese en verdad siervo sin provecho, como dice la verdad (*a*): Cuando hubiéredes hecho todo lo que os he mandado, aun decid: siervos somos sin provecho. Y así podrá ser pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta (*b*): Uno solo y pobre soy. No hay alguno mas rico, ni mas libre, ni mas poderoso, que aquel que sabe dejarse á sí, y á toda cosa, y ponerse en el mas bajo lugar.

CAPITULO XII.

Del camino real de la sancta Cruz.

Esta palabra paresce dura á muchos, que dice (*a*): Niégate á tí mismo, y toma tu cruz, y sigue á Jesus. Mas muy mas duro será oir aquella postrera palabra: Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno. Por cierto los que agora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerán entónces oir la palabra de la eterna damnacion. La señal de la cruz estará en el cielo cuando nuestro Señor vendrá á juzgar. Entónces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se llegarán á él con gran confianza. Pues así es, ¿por qué temes tomar la cruz por la cual van al reino?

En la cruz está la salud y la vida, en la cruz está la confusion de los enemigos, en la cruz está la infusion de la suavidad soberana, en la cruz está la fortaleza de corazon, en la cruz está el gozo del espíritu, en la cruz está la summa virtud, en la cruz está la perfeccion de la sanctidad; y no está la salud del ánima ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz.

Toma pues la cruz, y sigue á Jesucristo, y irás á la vida eterna; él vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú tambien la lleves y desees morir en ella. Porque si murieres juntamente con él, vivirás con él. Y si fueres compañero de la pena, serlo has de la gloria. Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otro camino para la vida, y para la verdad y entrañable paz, sino el camino de la sancta Cruz, y continua mortificacion. Ve donde quisieres, que no hallarás mas alto camino en lo alto, ni mas seguro en lo bajo.

Dispon y ordena todas las cosas segun tu parescer y querer, que no hallarás sino que has de padescer algo por fuerza ú de grado, y así siempre hallarás la cruz. O sentirás dolor en el cuerpo, ó tribulacion en el espíritu; á veces te dejará Dios, á veces te perseguirá el prójimo. Y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni refrigerado con ningun remedio ni consuelo; mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere. Porque quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulacion sin consuelo, que te subjectes del todo á él, y te hagas mas humilde con la tribulacion.

Ninguno siente así de corazon la pasion de Cristo, como aquel á quien acaesce sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada, y te espera en cualquier lugar. No puedes huir donde quiera que fueres; porque por mas que huyas llevas á tí contigo, y siempre hallarás á tí mismo. Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro y de fuera, que en todo hallarás cruz; y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merescer perpetua corona.

Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, adonde será el fin del padescer,

(*a*) Luc. 17. (*b*) Psal. 24. (*a*) Matt. 16.

aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste y háceste mas pesado, y todavía conviene que lo sufras. Si desechas una cruz, sin dubda hallarás otra, y puede ser que mas grave.

¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los sanctos fué en este mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasion. Porque convenía que Cristo padesciese y resuscitase de los muertos, y así entrase en su gloria (*b*). Pues ¿cómo buscas tú otro camino, sino este camino real de la sancta Cruz? Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio, ¿tú buscas para tí holganza y gozo?

Yerras, yerras si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está señalada de cruces, y cuanto mas altamente alguno aprovechare en el espíritu, tanto mas graves cruces hallará muchas veces; porque la pena de su destierro cresce mas por el amor. Mas este tal así afligido de tantas maneras, no está sin el remedio de la consolacion; porque siente el gran fructo que le cresce por llevar su cruz. Porque cuanto mas se subjecta á la cruz de su voluntad, tanto mas la carga de la tribulacion se convierte en confianza de la divina consolacion. Y cuanto mas se quebranta la carne por la tribulacion, tanto mas se esfuerza el espíritu por la interior consolacion.

Y algunas veces tanto es confortado del afecto de la tribulacion y adversidad por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulacion; porque se tiene por mas acepto á Dios, cuanto mas y mas graves cosas pudiere sufrir por él. Esto no es virtud humana, sino gracia de Jesucristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborresce y huye, lo acometa y ame con fervor de espíritu. No es segun la fragilidad humana llevar la cruz, amar la cruz, y castigar el cuerpo, y ponerlo en la servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo, y desear ser despreciado, y sufrir toda cosa con daño, y no desear cosa de prosperidad en este mundo.

Y si miras á tí, no podrás por tí cosa alguna destas; mas si confías en Dios, él te dará fortaleza del cielo, y hará que te obedezca el mundo y la carne, y no temerás al diablo si fueres armado de fe, y señalado de la cruz de Jesucristo. Aparéjate pues como bueno y fiel siervo de Cristo á llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor, crucificado por tu amor. Aparéjate á sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida, y así será contigo Jesus adonde quiera que fueres, y de verdad que halles á Jesus donde quiera que te escondieres.

Así te conviene, y no hay otro remedio para escapar el dolor y la tribulacion de los malos, sino sufrir. Bebe con deseo el cáliz del Señor si quieres ser su amigo, y tener parte con él. Encomienda á Dios las consolaciones, y haga su divina Majestad lo que mas le agradare. Y tú dispon tu voluntad á sufrir las tribulaciones, y estimarlas por grandes consolaciones; porque no son condignas las pasiones deste tiempo para merescer la gloria venidera que se revelará y descubrirá en nosotros (*c*), aunque tú solo pudieses sufrirlas todas.

Cuando llegares á esto, que la tribulacion te sea dulce por amor de Jesucristo, piensa que te va bien; porque hallaste paraíso en la tierra. Cuando el padescer te paresce grave, y procuras de huirlo, cree que te va mal; y donde quiera que fueres te seguirá el rastro de la tribulacion.

Si te dispones á hacer lo que debes, conviene á saber, á sufrir y morir, á la hora te hallarás mejor, y tendrás paz. Y aunque fueses arrebatado y llevado hasta el tercero cielo con Sant Pablo, no estarás ya por eso seguro de no sufrir alguna contradiccion; que nuestro Señor dijo, hablando del mismo Sant Pablo (*d*): Yo le mostraré cuántas cosas le convendrán padescer por mi nombre. Pues luego el padescer te queda si quieres amar á Jesus, y servirle para siempre.

Pluguiese á Dios que fueses digno de padescer algo por el nombre de Jesucristo. ¡Cuán grande gloria te quedaria! Cuánta alegría darias á los sanctos de Dios! Cuánta edificacion sería para el prójimo! Ciertamente muchos loan la paciencia, aunque pocos quieren padescer. Con razon debrias sufrir algo de grado por Cristo, pues hay muchos que sufren mas graves cosas por el mundo. Sabe de cierto que conviene morir viviendo; y cuanto mas muere cada uno á sí mismo, tanto mas comienza á vivir á Dios. Ninguno es suficiente á comprehender cosas celestiales, si no se abaja á sufrir adversidades por Jesucristo.

No hay cosa á Dios mas acepta, y no hay cosa para tí en este mundo mas saludable, que padescer muy de buena voluntad por Jesucristo. Y si te diesen á escoger, mas debrias desear padescer cosas adversas por Jesucristo, que ser recreado de consolaciones; porque en esto parescerias mas á Jesucristo, y serías mas conforme á sus sanctos.

Que cierto no está nuestro merescimiento ni la perfeccion de nuestro estado en muchas consolaciones y suavidades, mas en sufrir grandes pesadumbres y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuera mejor y mas útil para la salud de los hombres, que sufrir adversidades, por cierto Cristo lo hubiera enseñado por palabra y ejemplo; mas él manifiestamente amonesta á sus discípulos, y á todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice (*e*): Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Así que, leidas y bien escudriñadas todas las cosas, sea esta la postrera conclusion: que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios (*f*).

(*b*) Luc. 24.

(*c*) Rom. 8. (*d*) Act. 9. (*e*) Matt. 16. (*f*) Act. 1.

LIBRO III.

DE LA CONSOLACION INTERIOR.

CAPITULO PRIMERO.

De la habla interior de Cristo al ánima fiel.

Oiré lo que habla el Señor Dios en mí (*a*). Bienaventurada el ánima que oye al Señor que habla en ella, y de su boca recibe palabra de consolacion. Bienaventuradas las orejas que reciben en sí las sutiles inspiraciones divinas, y no curan de las murmuraciones mundanas. Bienaventuradas las orejas que no escuchan la voz que Bien de fuera, mas la verdad que habla y enseña de dentro. Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exteriores, y muy atentos á las interiores. Bienaventurados los que penetran las cosas interiores, y estudian con ejercicios continuos de aparejarse cada dia mas á recibir los secretos celestiales. Bienaventurados los que se ocupan en solo Dios, y se sacuden de todo impedimento del mundo.

¡Oh ánima mia! mira muy bien esto, y cierra las puertas de tu sensualidad, porque puedas oir lo que el Señor Dios habla en tí. Tu amado dice (*b*): Yo soy tu salud, y tu paz, y tu vida; consérvate cerca de mí, y hallarás paz. Deja las cosas transitorias, y busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? Qué te ayudarán todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador? Por eso, dejadas todas las cosas, débeste dar á tu Criador apacible y fiel, porque puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPITULO II.

Cómo la verdad habla dentro del alma sin ruido de palabras.

Habla, Señor, que tu siervo oye (*a*). Yo soy tu siervo, dame entendimiento para que sepa tus verdades (*b*). Inclina mi corazon á las palabras de tu boca. Corra tu habla así como rocío. Decian en el tiempo pasado los hijos de Israel á Moises (*c*): Háblanos tú, y oirte hemos; no nos hable el Señor, porque quizá morirémos.

Yo, Señor, no te ruego así; mas con el profeta Samuel con humilde deseo te suplico (*d*): Habla, Señor, que tu siervo oye. No me hable Moises, ni ninguno de los profetas; mas háblame tú, Señor, lumbre de todos los profetas, que tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; ellos, sin tí, ninguna cosa aprovechan: pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu. Muy hermosamente dicen; mas callando tú, no encienden el corazon. Enseñan letras, mas tú abres el sentido. Dicen misterios, mas tú declaras el entendimiento de los secretos. Pronuncian mandamientos, mas tú ayudas á cumplirlos. Muestran el camino, mas tú das esfuerzo para andarlo. De fuera obran solamente, mas tú instruyes y alumbras los corazones. De fuera riegan, mas tú das la fertilidad. Ellos llaman con palabras, mas tú das el entendimiento al oído.

Pues no me hable Moises, mas tú, Señor Dios mio, eterna sabiduría; porque no muera y quede sin fructo, Señor, si fuere amonestado, y solamente oyere de fuera, y no fuere encendido de dentro. Plegue á tí que no me sea condenacion la palabra oida y no obrada, conoscida y no amada, creida y no guardada. Habla pues tú, Señor, que tu siervo oye; pues que ciertamente tienes palabras de vida eterna. Háblame de cualquier manera para consolacion de mi ánima, y para emienda de mi vida, y para perpetua gloria y honra tuya.

(*a*) Psal. 84. (*b*) Ibid. 34. (*a*) 1. Reg. 3. (*b*) Psal. 118.
(*c*) Exod. 20. (*d*) 1 Reg. 3.

CAPITULO III.

Las palabras de Dios se deben oir con humildad; y cómo muchos no las estiman como deben.

Oye, hijo mio, mis palabras, palabras suavísimas que exceden toda la ciencia de los filósofos y letrados. Mis palabras son espíritu y vida, y no se pueden pensar por humano seso. No se deben traer al sabor del paladar; mas débense oir con silencio, recibirse con humildad y con gran deseo, y decir (*a*): Bienaventurado es, Señor, el que tú enseñares y mostrares de tu ley; porque lo guardes de los dias malos, y no sea desamparado en la tierra.

Dice el Señor: Yo enseñé á los profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta agora. Mas muchos son muy duros y muy sordos á mi voz. Muchos de mejor grado oyen al mundo que á mí, y ántes siguen el apetito de su carne que mi voluntad. El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y sírvenle con gran deseo; yo prometo cosas grandes y eternas, y entorpécense los corazones de los mortales.

¿Quién me sirve á mí en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores? Ten vergüenza, Sidon, dice el mar. Y si quieres saber la causa, oye. Porque por un pequeño beneficio van los hombres muy largo camino; y por la vida eterna con dificultad alzan el pié del suelo. Buscan los hombres viles ganancias, y por una blanca pleitean á las veces torpemente, y por cualquier miseria no temen fatigarse de noche y de dia. Mas ¡ay dolor! que emperezan de fatigarse un poquito por el bien que no se muda, por el galardon que no tiene estima, y por la soberana honra y gloria sin fin.

Ten pues vergüenza, siervo perezoso y lleno de quejas, que aquellos se hallan mas aparejados para la perdicion, que tú para la vida eterna. Y alégranse mas para la vanidad, que tú para la verdad; y algunas veces les miente su esperanza; mas mi promesa á ninguno engaña, ni deja vacio al que confía en mí; yo daré lo que tengo prometido, y cumpliré lo que he dicho, si fuere alguno fiel y perseverare en mi amor hasta el fin. Yo soy galardonador de todos los buenos, y fuerte examinador de todos los devotos.

Escribe tú mis palabras en tu corazon, y trátalas con mucha diligencia; que en el tiempo de la tentacion las habrás bien menester. Lo que no entiendes cuando lo lees, conoscerlo has en el dia de la visitacion. En dos maneras suelo visitar mis escogidos, que son tentacion y consolacion; y dos lecciones les leo cada dia, una reprehendiendo sus vicios, otra amonestándolos al crescimiento de las virtudes. El que entiende mis palabras, y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero dia.

(*a*) Psal. 93.

CAPITULO IV.

Oracion para pedir la gracia de la devocion.

Señor Dios mio, tú eres todo mi bien. ¿Quién soy yo para que te ose hablar? Yo soy un pobrísimo siervo tuyo, un gusanillo desechado, muy mas pobre y mas digno de ser despreciado, que sé ni oso decir. Mas acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo, nada valgo. Tú solo eres bueno, justo y sancto. Tú lo puedes todo, tú lo das todo, tú lo cumples todo, solo el pecador dejas vacio. Acuérdate, Señor, de tus misericordias, y hinche mi corazon de tu gracia, pues no quieres que estén tus obras vacias. ¿Cómo me podré sufrir en esta mísera vida, si no me esfuerza tu gracia? No me vuelvas el rostro. No dilates tu visitacion. No desvíes tu consolacion; porque no sea mi ánima como la tierra sin agua. Señor, enséñame á hacer tu voluntad: enséñame á conversar ante tí digna y húmilmente, que tú eres mi sabiduría, que en verdad me conosces, y conosciste ántes que el mundo se hiciese, y yo en el mundo nasciese.

CAPITULO V.

Debemos conversar delante de Dios con verdad y humildad.

Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillo corazon. El que anda delante de mí en verdad, será defendido de malos encuentros, y la verdad le librará de los engañadores, y de las murmuraciones de los malos. Si la verdad te librare, serás verdaderamente libre, y no curarás de las palabras vanas de los hombres.

Señor, verdad es así como dices, y así te suplico que lo hagas conmigo. Tu verdad me enseñe, y ella me guarde y me traiga hasta el fin saludable; la verdad me libre de toda mala afeccion y desordenado amor, y así andaré contigo en gran libertad de corazon.

Yo te diré, dice Dios, las cosas rectas y agradables á mí. Piensa tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te estimes ser algo por tus buenas obras; que en verdad pecador eres, y obligado á muchas pasiones. De tí siempre vas á la nada, y luego caes y eres vencido, presto te turbas y deshaces, no tienes cosa de que te puedas alabar, y tienes muchas de que te puedas tener por vil; porque mas flaco eres de lo que puedes pensar. Por eso no te parezca grande cosa alguna de cuantas haces, ni la tengas por preciosa ni maravillosa, ni la estimes por digna de reputacion ni por alta. No hay cosa verdaderamente de loar y desear sino lo que es eterno. Agrádete sobre toda cosa la eterna verdad, y desagrádete sobre todo tu gran vileza. No temas ni huyas cosa alguna tanto como tus pecados, los cuales te deben mas desplacer que todos los males del mundo.

Algunos no andan delante de mí llanamente; mas con una curiosa vanagloria quieren saber mis secretos, y entender cosas altísimas, no curando de sí mismos ni de su salud. Estos tales muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad contra mi voluntad.

Teme mis juicios, y espántate de la ira del Omnipotente, y no quieras disputar las obras del muy alto; mas escudriña tus pecados y maldades, en cuántas cosas pecaste, y cuántos bienes dejaste por negligencia.

Algunos tienen la devocion solamente en sus libros, otros en imágenes, otros en señales y figuras exteriores, otros me traen en la boca, y poco en el corazon. Hay otros que alumbrado el entendimiento, y purgado el afecto, suspiran siempre á las cosas eternas, y oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven á las necesidades naturales. Estos ciertamente sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad, que los enseña á despreciar lo terreno, y amar lo celestial, aborrescer el mundo, y desear el cielo de dia y de noche.

CAPITULO VI.

De los maravillosos efectos del divino amor.

Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de mí, pobre. ¡Oh Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion! Gracias te hago que á mí, indigno de consolacion, algunas veces recreas con tu consolacion. Bendígote siempre, y glorifícote con tu unigénito Hijo, y con el Espíritu Sancto consolador, para siempre jamas. ¡Oh Señor Dios mio, amador sancto mio! cuando tú vinieres en mi corazon, alegrarse han todas mis entrañas: tú eres mi gloria y alegría de mi corazon; tú eres mi esperanza y refugio mio en el dia de mi tribulacion.

Mas porque aun yo soy flaco en el amor é imperfecto en la virtud, tengo necesidad de ser confortado y consolado de tí; por eso visítame, Señor, continuamente, é instrúyeme en sanctas doctrinas. Líbrame de mis malas pasiones, sana mi corazon de mis aficiones desordenadas y vicios; porque sano y bien purgado, sea hábil para amarte, y constante para sufrir, y firme para perseverar.

Gran cosa es el amor, gran bien para toda cosa. El solo hace lijero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga sin carga, hace dulce y sabrosa toda cosa amarga. El nobilísimo amor de Jesus nos compele á hacer grandes cosas, y siempre mueve á desear cosas perfectas. El amor quiere estar arriba, y no quiere ser detenido de cosas bajas. El amor quiere ser libre y ajeno de toda afeccion mundana, porque no se impida su interior vista, ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun daño ó pérdida. No hay cosa mas dulce que el amor, ni mas fuerte, ni mas ancha, ni mas alegre, ni mas cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra.

Porque el amor nasció de Dios, y no puede holgar sobre todo lo criado, sino en ese mismo Dios. El que ama, vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido, toda cosa da por el todo, y tiene todas las cosas en todas; porque huelga en un summo bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien. No mira á los dones, pero vuélvese al dador dellos.

El amor nunca sabe modo, hierve sobre toda manera. El amor no siente carga, ni estima los trabajos; más desea, que puede. No se queja le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede en Dios: en conclusion, para todos es bueno. Y muchas cosas cumple y pone por obra, en las cuales el que no ama, desfallesce y cae. El amor siempre vela, y durmiendo no se duerme, fatigado no se cansa, angustiado no se angustia, espantado no se espanta; mas como viva llama y ardiente hacha sube arriba y pasa seguramente. Si alguno ama, conosce lo que habla esta voz (*a*).

Gran clamor es en las orejas de Dios el encendido y

(*a*) D. August. tract. 26. in Joan.

abrasado afecto del ánima que dice: Dios mio, amor mio, tú, todo mio, yo, tuyo, ansánchame en el amor, porque aprenda á gustar con la boca del corazon tus secretos, y cuán suave es el amar, y derretirse, y nadar en el amor. Sea yo preso del amor, saliendo de mí por él con gran fervor y admiracion. ¡Oh Señor, cante yo cantar de amor! Sígate yo, amado mio, á lo alto, y desfallezca mi ánima en tu loor, alegrándome de tu amor. Amete yo mas que á mí, y no me ame á mí sino por tí, y ame á todos en tí los que de verdad te aman, como manda la ley del amor que sale resplandesciente de tí.

El amor es presto y limpio, piadoso, alegre, delectable, sufrido, fiel, prudente, varonil; espera largo tiempo, y nunca se busca á sí mismo; porque en buscándose alguno á sí mismo, luego cae del amor. El amor es muy mirado, humilde, recto, y no liviano, ni regalado, ni entiende en cosas vanas; medido, casto, firme, reposado, y guardado en todos sus sentidos. El amor es subjecto y obediente á los prelados, y á sí mismo vil y despreciado. A Dios, devoto y agradescido; confía siempre en él con viva esperanza, aun en el tiempo de la sequedad, cuando no gusta de Dios; porque no vive ninguno en amor sin dolor.

El que no está aparejado á sufrir toda cosa, y estar á la voluntad del amado, no es digno de ser llamado amador. Conviene al que ama abrazar de muy buena voluntad toda cosa dura y amarga por el amado, y no apartarse dél por cosa contraria que le acaezca.

CAPITULO VII.

De la prueba del verdadero amador.

Hijo, no eres aun fuerte y prudente amador. ¿Por qué, Señor? Porque por una contradiccion pequeña faltas en lo comenzado, y buscas la consolacion con mucha ansia. El constante amor está fuerte en las tentaciones y tribulaciones, y no cree las astucias engañosas del enemigo. Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades. El discreto enamorado no considera tanto el don, cuanto el amor del que lo da; más mira la voluntad, que la merced. Todas las dádivas pone debajo del amado. El amador noble no huelga en el don, mas en mí sobre todo don. Pero si algunas veces no gustas tan bien de mí ú de mis sanctos como deseas, no por eso es ya todo perdido.

Aquel buen afecto dulce que recibes algunas veces, obra es de la presente gracia, y un sorbito de licor de la patria celestial, sobre lo cual no debes mucho estribar, porque va y viene; mas pelear contra los malos movimientos del ánima, y desechar las persuasiones del enemigo, señal es de insigne virtud y de gran merescimiento. Pues luego no te conturben las imaginaciones diversas, de cualquier manera que te vengan; mas guarda firme tu propósito con recta intencion á Dios. No es engaño cuando súbitamente eres arrebatado alguna vez á lo alto, y luego te tornas á las vanidades acostumbradas del corazon; porque mas lo sufres contra tu voluntad, que las haces de grado. Y cuanto mas te desplacen y las contradices, tanto es mayor mérito y no perdicion.

Sábete que el enemigo antiguo del todo se esfuerza por impedir tu buen deseo, y vaciarlo de todo devoto ejercicio, como es honrar á los sanctos, la piadosa memoria de mi pasion, la útil contricion de los pecados, la guarda del proprio corazon, el firme propósito de aprovechar en la virtud. Tambien te pone muchos pensamientos malos por enojarte y espantarte, para desviarte de la oracion y de la sagrada leccion.

Desagrádale mucho la humilde confesion, y si pudiese, él haria que no comulgases; no lo creas, ni hagas caso dél, aunque muchas veces te arme lazos.

Y cuando te trajere al pensamiento malas cosas y sucias, atribúyelo á él, y dile: vete de aquí, espíritu sucio; ten vergüenza, desventurado: muy sucio eres; tú me traes tales cosas á las orejas. Apártate de mí, malvado engañador, que no tendrás parte en mí. Jesus estará conmigo como fuerte capitan, y tú serás confuso. Mas quiero morir y sufrir cualquier pena, que consentir á tí. Calla, enmudece, no te oiré mas aunque mas me importunes. El Señor es mi lumbre y mi salud, ¿á quién temeré (*a*)? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Aunque se pongan contra mí huestes, no temerá mi corazon; el Señor es mi ayuda y mi redemptor.

Pelea como buen caballero, y si alguna vez cayeres por flaqueza, cobra mayores fuerzas que las primeras, confiado de mayor favor mio. Y guárdate mucho del vano contentamiento de la soberbia. Por esto muchos son engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable. Séate aviso para perpetua humildad la caida de los soberbios, que locamente presumen de sí.

CAPITULO VIII.

Cómo se ha de encubrir la gracia debajo de la humildad.

Hijo, mas útil y mas seguro te es esconder la gracia de la devocion, que no ensalzarte con ella, ni estimarte, ni hablar mucho della, mas despreciarte, y tenerla como dada á persona indigna. No es bien arrimarse demasiadamente á esta afeccion, porque se puede mudar presto en contrario. Piensa cuando estás en devocion, cuán miserable y cuán menguado sueles ser sin ella.

No está la perfeccion de la vida espiritual solo en tener gracia de consolacion, mas en sufrir con paciencia y humildad cuando te fuere quitada. En tal manera que nunca entónces tengas pereza en el estudio de la oracion, ni dejes caer del todo las buenas obras que sueles hacer; mas como mejor pudieres haz de buena voluntad lo que es en tí; ni por la sequedad ó angustia que sientes, de todo te descuides. Porque hay muchos que en el punto que las cosas no les suceden á su placer, luego se hacen impacientes ó perezosos. Porque no está siempre en la mano del hombre su camino; mas á Dios pertenesce el dar y consolar cuando quiere, y cuanto quiere, y á quien quiere, como á él le agrada, y no mas.

Algunos indiscretos se destruyeron por la gracia de la devocion; porque presumieron de hacer mas de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, siguiendo mas el deseo de su corazon que el juicio de la razon: y porque se atrevieron á mayores cosas que Dios queria, presto perdieron la gracia, y quedaron menguados y viles los que pusieron en el cielo su nido: para que humillados y empobrecidos aprehendan á no volar en sus alas, mas esperar debajo de mis plumas.

Los que son nuevos y sin experiencia en el camino del Señor, si no son regidos por consejos de discretos, fácilmente serán engañados y destruidos. Y si quieren seguir mas su parescer, que creer los ejercitados, serles

(*a*) Psal. 26.

ha la salida peligrosa, si no quieren retraerse de su proprio parescer. Los que se tienen por sabios, tarde sufren con humildad ser corregidos de otros. Mejor es saber poco con humildad y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contentamiento. Mejor te es á tí tener poco, que mucho de donde te puedas ensoberbescer.

No hace discretamente el que se da todo á la alegría, olvidando su pasada pobreza y el casto temor mio; el cual siempre teme perder la gracia recibida. No lo hace como varon virtuoso el que anda desesperado en el tiempo de cualquiera adversidad ó tribulacion, y ménos confiado piensa y siente de mí de lo que conviene. El que demasiadamente se asegura en el tiempo de la paz, muy caido y medroso se hallará en el tiempo del combate. Si supieses ser siempre humilde y pequeño en tus ojos, y reglar y moderar bien tu espíritu, no caerias tan presto en los peligros y ofensas.

Buen consejo es que pienses cuando estás en devocion de espíritu, lo que puede venir apartándose aquella luz. Y cuando se te apartare, piensa que otra vez puede volver: la cual yo te quité de industria á tiempos, para tu seguridad y gloria mia. Más aprovecha muchas veces la tal prueba, que si tuvieses á tu voluntad cosas prósperas.

Porque los merescimientos del hombre no se han de estimar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque el hombre sea entendido en la Escriptura, ó porque esté subido en dignidad; mas si fuere fundado en verdadera humildad, y lleno de caridad, y si pura y enteramente buscare siempre la honra de Dios, si se reputare por nada, y verdaderamente se despreciare y holgare de ser abatido mas que honrado.

CAPITULO IX.

De la vil estimacion que debe el hombre hacer de sí mismo ante los ojos de Dios.

Hablaré yo á mi Señor, como sea polvo y ceniza (*a*). Y si mas desto me estimare, tú estás contra mí, y mis maldades hacen verdadero testimonio contra mí, y no puedo contradecir. Mas si me envileciere y me volviere nada, y cesare de toda propria reputacion y presumpcion, y me tornare polvo como soy, serme ha tu gracia benigna, y tu luz será cercana á mi corazon, y toda estimacion se hundirá en el valle de mi poquedad. Allí me mostrarás qué soy, y qué fuí, y de dónde vine; que fuí de nada, y no lo conoscí. Si soy dejado á mis fuerzas, todo es enfermedad y nada. Mas si tú, Señor, me mirares, luego soy fortificado y lleno de nuevo gozo. Y es cosa maravillosa, que así á deshora soy levantado y abrazado de tí con tanta benignidad, yo, segun mi propria pesadumbre, que siempre voy á lo bajo.

Esto, Señor, hace tu amor, que sin yo merecerlo me previene y me socorre en tanta multitud de necesidades, y me guarda de graves peligros, y me libra de innumerables males. Yo me perdí amándome; mas buscándote á tí y amándote, he hallado á mí y á tí, y con este amor tuyo me conozco mas profundamente ser nada. Porque tú, Señor dulcísimo, haces conmigo mucho mas de lo que merezco, y mas de lo que oso rogar ó esperar. Bendito seas, Dios mio, que aunque soy indigno de todo bien, tu nobilísima y infinita bondad nunca cesa de hacer bien aun á los desagradescidos y muy desviados

(*a*) Genes. 18.

de tí. Conviértenos á tí, para que seamos agradescidos, humildes y devotos; que tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

CAPITULO X.

Todas las cosas se deben referir á Dios, como á último fin.

Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin. Si deseas de verdad ser bienaventurado, con este propósito se purificará tu deseo, que se abate muchas veces á tí mismo y á las criaturas; porque si en algo te buscas, luego faltas á tí y te secas. Pues atribuye toda cosa principalmente á mí, que soy el que doy todas las cosas. Pues así considera cada cosa como venida del soberano bien, y por eso todas las cosas debes reducir á mí como á su proprio principio.

De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico; y los que me sirven de buena voluntad, recibirán gracia por gracia, y los que se quisieren glorificar fuera de mí, ó deleitarse en algun bien particular, no serán confirmados en el verdadero gozo, ni se ensancharán en su corazon; mas serán angustiados y impedidos de muchas maneras. Por eso no te apropries á tí alguna cosa de bien, ni atribuyas á algun hombre la virtud; mas refiérelo todo á mí, que sin mí no tiene el hombre cosa alguna. Yo lo di todo, y quiero que se me vuelva todo, y con gran apremio requiero que me hagan gracias por ello. Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria.

Y si la gracia celestial entrare y la verdadera caridad, no habrá invidia, no quebranto de corazon, ni te ocupará el proprio amor. Ciertamente la divina caridad vence todas las cosas, y ensancha todas las fuerzas del ánima. Si tienes seso, en mí solo te gozarás, en mí solo tendrás esperanza (*a*); porque ninguno es bueno sino solo Dios, el cual es de loar sobre todas las cosas, y debe ser bendito en todas.

CAPITULO XI.

En despreciando el mundo es muy dulce cosa servir á Dios.

Otra vez agora hablo yo, Señor, y no callaré, mas diré en las orejas de mi Dios y mi Señor y mi Rey que está en el cielo: ¡Oh Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste para los que te temen (*a*)! Pues ¿qué será á los que te aman? Qué será á los que te sirven de todo corazon? Verdaderamente muy inefable es la dulcedumbre de tu suavísima contemplacion, la cual das á todos los que te aman. En esto has mostrado singularmente la dulzura de tu caridad, que como no fuese, me hiciste, y como anduviese errado léjos de tí, me tornaste á tí para que te sirviese, y mandásteme que te amase. ¡Oh fuente de amor perpetua! ¿qué diré de tí? ¿Cómo puedo olvidarme de tí, que tuviste por bien acordarte de mí? Aun despues que yo me perdí y perecí, hiciste conmigo, tu siervo, misericordia allende de toda esperanza, y sobre todo merescimiento me diste tu gracia y tu amistad. ¿Qué te daré yo por esta gracia? Porque no se da á todos, que, dejadas todas las cosas, renuncien al mundo y tomen vida recogida. ¡Oh Señor! ¿y qué maravilla es que yo te sirva, á quien toda criatura debe servir?

No me deberia parescer mucho servirte yo; mas ántes esto me debe parescer muy maravilloso que tú ten-

(*a*) Luc. 18. (*a*) Psal. 30.

gas por bien de recibir por siervo un tan pobre y indigno, y juntarlo con tus amados siervos. Señor, todas las cosas que tengo y con que te sirvo, tuyas son. Mas en verdad tú, Señor, me sirves mas á mí, que yo á tí. Claro está que el cielo y la tierra que criaste, para el servicio del hombre están aparejados, y hacen cada dia todo lo que les mandaste. Y esto poco es, pues aun los ángeles criaste y ordenaste en servicio del hombre. Mas á todas estas cosas excede que tú, Señor, tuviste por bien de servirle, y le prometiste de darte á tí mismo.

¿Qué te daré yo, Señor, por tantos millares de bienes? ¡Oh si pudiese yo servirte todos los dias de mi vida! Oh si pudiese solamente siquiera un solo dia hacerte algun digno servicio! Verdaderamente tú solo eres digno de todo servicio, y de toda honra y alabanza eterna. Verdaderamente eres mi Señor, y yo, pobre siervo tuyo, que soy yo obligado á servirte con todas mis fuerzas, y nunca me debo cansar de loarte; así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, ruégote, Señor, lo cumplas.

Grande honra y gloria es servirte, y despreciar todas cosas por tí. Por cierto grande gracia tendrán los que de voluntad se subjectaren á tu sancto servicio, y hallarán suavísima consolacion del Espíritu Sancto los que por amor tuyo desecharen todo deleite carnal. Alcanzarán gran libertad de corazon los que toman estrecho camino por tu nombre, y por él desechan todo cuidado mundano. ¡Oh agradable y muy alegre la servidumbre de Dios, con la cual se tornará el hombre verdaderamente libre y sancto! Oh sagrado estado el servicio del religioso, que hace al hombre igual á los ángeles, apacible á Dios, espantable á los demonios, y á todos los fieles católicos muy fructuoso y loable! Oh servicio digno de ser abrazado y siempre deseado, con el cual se meresce el summo bien, y se adquiere el gozo que dura para siempre sin fin!

CAPITULO XII.

Los deseos del corazon se deben examinar y moderar.

Hijo, aun te conviene aprehender muchas cosas que aun no has bien aprehendido. Señor, ¿qué son estas cosas? Que pongas tu deseo dél, do segun mi voluntad, y no te enamores de tí mismo; mas sé afectuoso amador de mi voluntad, y seguidor della. Los deseos te mueven muchas veces, y te fuerzan mucho; mas considera si te mueves mas por mi honra, ó por tu provecho.

Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier manera que yo lo ordenare; mas si algo tienes escondido de lo proprio que tú buscas, mira que eso es lo que mucho impide y agrava. Guárdate pues, no confíes mucho en el deseo que tuviste, sin consultarlo conmigo; porque puede ser que te arrepientas, y te descontente lo que primero te agradaba, y como mejor lo encubrias. Por cierto no se debe seguir luego cualquier deseo que paresce bueno, ni ménos huir de golpe de toda afeccion que á prima faz paresce contraria. Conviene algunas veces usar de freno aun en los buenos ejercicios y deseos, porque no caigas por demasía en distraimiento del alma, y porque no causes escándalo á otros con tu indiscrecion, ó por la contradiccion de los otros te turbes y caigas luego. Tambien á veces conviene usar de fuerza, y contradecir animosamente al apetito sensitivo, y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere; mas trabajar que esté subjecta al espíritu, aunque le pese. Y tanto debe ser castigada y enfrenada, hasta que esté aparejada á todo, y sepa contentarse con lo poco, y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra cosa alguna desabrida.

CAPITULO XIII.

Declara qué cosa sea paciencia, y la lucha contra los apetitos sensuales.

Señor Dios mio, segun oigo, parésceme que la paciencia me es muy necesaria, porque muchas adversidades acaescen en esta vida. Porque en cualquier manera que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin guerra y dolor. Así es, hijo, y no quiero yo que busques tal paz, que carezca de tentaciones, y no sienta contrariedades; mas cuando fueres ejercitado y probado en diversas tribulaciones, piensa que has hallado el camino de la paz. Si dices que no puedes llevar tantos trabajos, ¿cómo podrás despues sufrir el fuego del purgatorio?

De dos trabajos siempre se debe escoger el menor. Por eso, porque puedas escapar de los tormentos eternos, estudia de sufrir por mí los males presentes. Piensa tú, qué poco ó nada sufren los hombres del mundo. Aun en los muy delicados no cabe esto. Mas podrás decir que tienen muchos deleites, y siguen sus apetitos, y con eso sienten poco sus tribulaciones. Puesto que sea así, que tengan cuanto quisieren, dime, ¿cuánto les durará? Mira que los muy abundantes en el siglo, como humo desfallescerán, y no habrá memoria de los gozos pasados, y aun en tanto que viven no huelgan en ellos el temor, congoja y amargura; que de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí las mas veces reciben la pena del dolor. Justamente se hace con ellos, porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los cumplen con amarga confusion.

¡Oh cuán breves, oh cuán falsos, oh cuán desordenados y torpes son todos! Mas como embriagados y ciegos no lo entienden los tales, sino como animales mudos, por un poco de deleite corruptible se dejan caer en la muerte del ánima (*a*). Por eso mira tú no vayas tras tus desordenados deseos, mas apártate de tu voluntad. Deléitate en el Señor, y darte ha lo que pidieres en tu corazon.

Y si de verdad quieres haber placer y ser consolado en mí abundantísimamente, tu bendicion será en el desprecio de toda cosa, y en cortar de tí todo deleite de acá abajo, y así serte ha dada copiosa consolacion, y cuanto mas te desviares del consuelo, tanto hallarás en mí mas suaves y mucho mas poderosas consolaciones; mas mira que no las alcanzarás sin que tengas alguna tristeza y trabajo. La costumbre te hará contradiccion, mas vencerla has con otra mejor. La carne murmurará, mas refrenarse ha con el fervor del espíritu. La serpiente antigua te instigará y desabrirá, mas con la oracion huirá, y con el trabajo provechoso le cerrarás la puerta.

CAPITULO XIV.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Cristo.

Hijo, el que procura de quitarse de la obediencia, él mismo se quita la gracia. El que quiere tener cosas proprias, pierde las communes. El que no se subjecta de grado al superior, señal es que su carne no le obedesce

(*a*) Eccl. 18. Psal. 36.

á él perfectamente, mas que muchas veces echa coces y gruñe.

Aprende pues á subjectarte presto á tu prelado, si deseas tener tu carne subjecta. Muy presto se vence el enemigo de fuera, cuando el hombre interior está entero. No hay enemigo mas enojoso ni peor que tú mismo á tí, si no estás bien concorde con el espíritu. Muy necesario es que tú tengas el verdadero desprecio de tí mismo, si quieres vencer la carne y la sangre.

Mas porque aun te amas desordenadamente, temes subjectarte del todo á la voluntad de otros: dime, ¿qué gran cosa es que tú, polvo y nada, te subjectes al hombre por mi amor, cuando yo omnipotente y altísimo, que crié todas las cosas de nada, me subjecté al hombre por tí? Híceme el mas humilde y mas bajo de todos, porque vencieses tu soberbia con mi humildad.

¡Oh polvo! aprende á obedescer. Aprende, tierra y lodo, á humillarte y encorvarte á los piés de todos. Aprende á quebrantar tus quereres, y ponerte á toda subjeccion. Enciéndete contra tí mismo, y no sufras que viva en tí la hinchada soberbia. Ponte tan subjecto y pequeño que te huellen como al lodo de las plazas. ¡Oh hombre vacío! ¿de qué tienes quejas? ¡Oh pecador torpe! ¿qué puedes contradecir á quien te maltrata, que tantas veces á Dios ofendiste, y tantas mereciste el infierno? Mas perdonéte porque tu ánima fué preciosa en mi acatamiento, porque conoscieses mi amor y fueses siempre agradescido á mis beneficios, y te dieses continuo á la verdadera humildad y subjeccion, y sufrieses con paciencia tu proprio menosprecio.

CAPITULO XV.

Cómo se han de considerar los secretos juicios de Dios, porque no nos elevemos en la prosperidad.

Señor, tú manifiestas tus juicios sobre mí, y hieres mis huesos con temor y temblor. Espántase mucho mi alma, estoy atónito, y considero que los cielos no son limpios en tu presencia. Si en los ángeles hallaste maldad y no los perdonaste, ¿qué será de mí? Cayeron las estrellas del cielo, y yo, polvo, ¿qué presumo? Aquellos cuyas obras parescian muy loables, cayeron á lo bajo, y los que comian pan de ángeles, vi deleitarse con el manjar de los puercos.

¡Oh Señor, que no hay sanctidad si tú apartas tu mano! No basta discrecion, si tú dejas de gobernar. No hay fortaleza que ayude, si tú dejas de conservar. No hay castidad segura, si tú no la defiendes. Ninguna propria guarda aprovecha, si tú no velas sobre nosotros; porque en dejándonos, luego nos sumimos y perescemos. Mas visitados por tí, vivimos y somos levantados. Mudables somos, mas por tí somos firmes. Enfriámonos, mas por tí somos encendidos.

¡Oh cuán bajamente debo sentir de mí! ¡En cuán poco me debo tener, aunque parezca que tengo algun bien! ¡Oh Señor, y cuán profundamente me debo someter debajo de tus profundos juicios, donde no me hallo ser otra cosa sino nada y ménos que nada! ¡Oh carga inmensa! Oh piélago que no se puede nadar, donde no hallo cosa en mí sino ser nada en todo! Pues ¿dónde está el escondrijo de la gloria? Dónde está la confianza de la virtud concebida?

Absorbida está toda vanagloria en la profundidad de tus juicios. ¿Qué es toda carne en tu presencia? ¿O quizá gloriarse ha el barro contra el que lo formó (*a*)? ¿Cómo se puede engreir con vanos loores el corazon que está verdaderamente subjecto á Dios? No enloquecerá todo el mundo al que tiene la verdad subjecto, ni se moverá por mucho que lo loen el que tiene puesta toda su esperanza en Dios. Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallescerán; mas la verdad del Señor permanescerá para siempre (*b*).

CAPITULO XVI.

Cómo debes decir en todas las cosas que deseares.

Hijo, di así en cualquier cosa que quisieres: Señor, si te agradare, hágase esto así. Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre. Señor, si vieres que me conviene, otórgame esto para que use dello á honra tuya, y si conosces que no es provechoso á mi ánima, desvía de mí este deseo.

Que no todo deseo procede del Espíritu Sancto, aunque parezca justo y bueno al hombre. Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu ó malo, ó si te mueve tu propria voluntad. Muchos son engañados al fin, que parescia en el principio ser movidos y inducidos por buen espíritu. Y por eso con verdadero temor y humildad de corazon debes desear y pedir cualquier cosa que al pensamiento ocurre para desearla, y especialmente con entera renunciacion cometerlo todo á mí, y decir:

¡Oh Señor! tú sabes lo mejor, haz esto ó aquello como mas te agradare, y dame lo que quisieres, y cuanto quisieres, y cuando quisieres. Haz conmigo como sabes, para que sea mayor honra tuya. Ponme donde quisieres, yo estoy en tu mano, vuélveme y revuélme á la redonda: ves aquí tu siervo aparejado para todo. No deseo, Señor, vivir para mí; mas plega á tu misericordia que viva dignamente para tí.

CAPITULO XVII.

Oracion para pedir el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Otórgame, benignísimo Jesus, tu gracia, que esté conmigo, y obre conmigo, y persevere conmigo hasta el fin. Dame gracia con que desee y quiera siempre lo que es mas agradable á tu majestad: tu voluntad sea la mia, y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme muy bien con ella. Séame, Señor, un querer y no querer, contigo, y no pueda querer ni no querer, salvo lo que tú quieres ó no quieres. Dame, Señor, que muera á todo lo que es en el mundo. Y dame, Señor, que ame por tí ser despreciado y olvidado en este mundo. Dame que sobre todo lo deseado huelgue en tí, y se pacifique mi corazon en tí. Tú eres la verdadera paz del corazon, tú solo eres felicidad. Fuera de tí toda cosa es dura y sin sosiego. En esta paz, que es en tí un summo y eterno bien, dormiré y holgaré (*a*).

CAPITULO XVIII.

En solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

Cualquiera cosa que puedo desear ó pensar para mi placer, no la espero aquí, mas en la otra vida. Que aunque yo solo tuviese todos los placeres del mundo, y pudiese usar de todos los deleites, cierto es que no podrian durar mucho; así que, ánima mia, tú no podrás ser consolada cumplidamente sino en Dios, que es consolador de los pobres, y recibe los humildes. Espera un poco,

(*a*) Isai. 29 (*b*) Psal. 111. (*a*) Ibid. 4.

ánima mia, espera la promesa divina, y eterna abundancia de todo bien en el cielo.

Si cobdicias muy desordenadamente las cosas presentes, perderás las eternas. Las temporales sean para usar, y las celestiales para desear. No puedes ser harta de cosa temporal, porque no eres criada para ella. Aunque tengas todos los bienes criados, no puedes ser bienaventurado; mas en Dios que crió todas las cosas, consiste tu bienaventuranza y tu felicidad. No como la que se muestra y es loada de los locos amadores del mundo; mas como la esperan los buenos fieles de Cristo, y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazon, cuya conversacion es en los cielos.

Vano es y breve todo placer humano; el bienaventurado placer es el que se siente de dentro de la verdad. El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á Jesus, consolador suyo, y dícele: ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo, y tenga yo, Señor, por consolacion querer de grado carescer de todo humano consuelo: y si me faltare tu consolacion, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo, que no estarás siempre airado, ni me amenazarás para siempre.

CAPITULO XIX.

Todo nuestro cuidado se ha de poner en solo Dios

Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero, que yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre, y sientes como el humano afecto te enseña.

Señor, verdad es lo que dices; mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que cuanto yo puedo tener de mí. Muy á peligro vive el que no pone todo su cuidado en tí. Señor, esté mi voluntad firme y recta en tí, y haz de mí lo que quisieres, que no puede ser sino bueno lo que tú hicieres de mí. Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú; y si quieres que esté en luz, tambien seas bendito. Si me quieres consolar, bendito sea tu nombre: y si me quieres atribular, tambien seas por todo bendito para siempre.

Hijo, así debes estar si quieres andar conmigo. Tan prompto debes estar para padescer, como para gozar. Y tan de gana debes querer ser pobre mendigo, como abundante y rico.

Señor, muy de gana padesceré por tí todo lo que quisieres que venga sobre mí. Sin diferencia quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, y darte gracias por todo lo que me acaesciere. Guárdame, Señor, de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno. Con que no me apartes de tí para siempre, ni me quites del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí.

CAPITULO XX.

Debemos llevar con igualdad las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

Hijo, yo bajé del cielo por tu salud, y tomé tus miserias, no por necesidad, mas por la caridad que me traia, porque tu aprendieses la paciencia, y sufrieses sin indignacion las miserias temporales. Desde la hora de mi nascimiento hasta la muerte en la cruz no me faltaron dolores que sufrir; yo tuve muy gran falta de las cosas temporales; oi muchas veces grandes quejas de mí; sufrí mansamente denuestos y afrentas; por los beneficios recibí desagradescimientos, y por los milagros blasfemias, y por la doctrina reprehension.

Señor, si tú fuiste tan paciente en tu vida, principalmente cumpliendo la voluntad del Padre, justo es que yo, pobrecillo pecador, segun tu voluntad sufra por mi salud la carga de mi corruptibilidad, hasta cuando tú quisieres. Aunque la vida presente es cargada, ya por tu gracia es muy meritoria, y mas tolerable y clara para los flacos por tu ejemplo y de tus sanctos, y aun mucho mas consolatoria que fué el tiempo pasado en la vieja ley, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino era muy obscuro; cuando tan poquitos tenian cuido de buscar el reino de los cielos, y aun los que eran justos y se habian de salvar entónces, no podian entrar al reino celestial, hasta que llegase tu pasion, y el pago de tu muerte sagrada. ¡Oh cuántas gracias debo dar á tu sacratísima Majestad, que has tenido por bien demostrarme á mí y á todos los fieles la carrera recta y buena para tu eterno reino! Tu vida, dulce Jesus, es nuestra carrera, y por la sancta paciencia vamos á tí, que eres nuestra corona. Si tú no fueras delante enseñando, ¿quién procurará seguirte? ¡Ay, ay, cuántos quedarian atras si no mirasen tus ilustrísimos ejemplos! Y si dando tantas maravillas de tus señales y doctrinas estamos aun tan tibios, ¿qué hariamos si no tuviésemos tanta claridad para seguirte?

CAPITULO XXI.

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente.

Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, y considera mi pasion y de los otros sanctos, que aun no has resistido hasta derramar sangre. Poco es lo que padesces en comparacion de los que tanto padescieron, tan fuertemente tentados, y tan gravemente atribulados, y de tan diversas maneras probados y ejercitados. Conviene pues traer á tu memoria las cosas muy graves de otros, para que lijeramente sufras tus pequeñuelos trabajos. Y si tus males no te parescen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia. Mas sean grandes ó pequeños, estudia de llevarlos con paciencia. Cuanto mas te dispones á padescer, tanto mas sabiamente haces, y mas merESCES, y con mas dulzura lo llevarás, teniendo el ánimo ejercitado sin pereza.

No digas: no puedo sufrir esto de aquel hombre, ni es razon que yo sufra tales cosas; dañóme gravemente, levántame cosas que nunca pensé; de otro sufriria de grado todo lo que debo sufrir. Indiscreto es el tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quién la ha de galardonar, ántes mas se ocupa en hacer caso de las personas y de las injurias que le hacen. No es verdadero paciente el que no quiere sufrir sino lo que le paresce, y de quien él quisiere. El verdadero paciente no mira quién le persigue, si es prelado ó igual suyo, ó mas bajo, ó si es buen hombre, ó malo y indigno; mas sin hacer diferencia todo daño de cualquier criatura, y todas cuantas veces sucede cualquier mal, todo lo recibe de grado, como de mano de Dios, y estímalo por gran ganancia; porque no hay cosa por pequeña que sea, que padescida por amor de Dios pase sin galardon.

Pues aparéjate á la batalla si quieres tener victoria; sin pelear no podrás venir á la corona de la paciencia. Si

no quieres padescer, rehusas ser coronado; mas si deseas ser coronado, pelea varonilmente, y sufre con paciencia. Sin trabajo no se puede alcanzar la holganza; sin pelear no se puede haber la victoria.

¡Oh Señor! haz que me sea posible por tu gracia lo que me paresce imposible por naturaleza. Tú sabes cuán poco puedo yo padescer, y luego soy derribado con pequeña contradiccion. Séame, Señor, por tu nombre, muy amable, y muy suave y deleitable cualquier tribulacion, y deséela yo; porque el padescer y ser atormentado por tí es gran salud para mi ánima.

CAPITULO XXII.

De la confesion de nuestra flaqueza, y de las miserias desta vida.

Confieso yo, Señor, contra mí mi injusticia, y confesarte he mi flaqueza. Pequeña cosa me derriba y entristece. Muchas veces propongo de pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentacion, siento grande angustia. Muy vil cosa es á las veces de donde me viene grave tentacion; y cuando me pienso algun tanto seguro, cuando no me cato, me hallo algunas veces de un soplico casi vencido. Mira pues, Señor, mi bajeza, manifiesta á tí por cada parte. Ten misericordia de mí, y líbrame del lodo, porque no sea atollado, y quede vencido del todo. Esto es lo que de continuo me rechaza, y pone en confusion delante de tí, que tan flaco y deleznable soy para resistir las pasiones; y puesto que no me llevan del todo al consentimiento, enójame por cierto, y agrávame mucho su persecucion, y estoy muy descontento de vivir cada dia en esta contienda. Y de aquí conozco yo mi flaqueza; que las abominables tentaciones é imaginaciones que me persiguen, mas fácilmente vienen sobre mí, que van.

Pluguiese ya á tí, fortísimo Dios de Israel, celador de las ánimas fieles, de mirar el trabajo y dolor de tu siervo, y estar con él en todo y por todo donde quiera que fuere. Esfuérzame con fortaleza celestial, de manera que ni el hombre viejo, ni la miserable carne, aun no bien subjecta al espíritu, pueda enseñorearme: contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos.

¡Ay, que tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias! todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos; en partiéndose una tribulacion, viene otra; y aun ántes que se acabe el combate de una, sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amargúras, subjecta á tantos casos y miserias? Cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias? Y con todo esto vemos que es amada, y muchos la quieren para gozarse en ella.

Muchas veces es reprehendido el mundo que es engañoso y vano, mas no se deja de lijero cuando los apetitos sensuales señorean; mas unas cosas nos inclinan y atraen á amarlo, y otras á aborrescerlo. A amarlo incítanos el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y la soberbia y fausto de la vida. Mas las penas y miserias que se siguen destas cosas, causan odio y enojo en el mismo mundo.

Mas ¡ay! que vence la mala delectacion al ánima que está dada al mundo, y tiene por deleites estar envuelta en espinas. Esto hace, porque aun no ha visto ni gustado la suavidad interior de Dios, ni el sabor de la virtud. Mas quien perfectamente desprecia al mundo, y estudia de servir á Dios en sancta disciplina y recogimiento, sabe que está prometida la divinal dulzura á quien en verdad se renunciare, y ve cuán gravemente yerra el mundo.

CAPITULO XXIII.

Solo se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas.

Anima mia, sobre todas las cosas te huelga siempre en Dios, que es la eterna holganza de los sanctos. Otórgame tú, dulcísimo y amantísimo Jesus, holgarme en tí sobre todas las cosas criadas, y sobre toda salud y hermosura, sobre toda gloria y honra, sobre toda potencia y dignidad, sobre toda ciencia y sutileza, sobre todas las riquezas y artes, sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama y loor, sobre toda suavidad y consolacion, sobre toda esperanza y promesa, sobre todo merescimiento y deseo, sobre todos los dones que puedes dar y enviar, sobre todo el gozo y dulzura que el ánima puede recibir, y en fin, sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre la corte del cielo, y sobre todo lo visible é invisible, y sobre todo lo que tú, Dios mio, no eres.

Porque tú, Señor, eres bueno sobre todo; tú solo altísimo, tú solo potentísimo, tú solo muy suficiente, y muy lleno, y muy placentero; tú solo hermosísimo y muy amoroso, tú solo nobilísimo y muy glorioso sobre todas las cosas. En tí está todo bien perfectamente; junto estuvo y estará. Por eso, poco es y no satisface cualquier cosa que me das, ó revelas, ó prometes de tí mismo, no te viendo ni poseyendo cumplidamente. Porque no puede mi corazon holgar y contentarse verdaderamente, si no descansa en tí trascendiendo todos los dones y todo lo criado.

¡Oh esposo mio, amantísimo Jesus, amador purísimo, Señor de todas las criaturas! ¿quién me dará plumas de verdadera libertad para volar y holgar en tí? ¡Oh cuándo me será otorgado ocuparme en tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mio! ¡Cuándo me recogeré del todo en tí, que no sienta á mí por tu amor, mas á tí solo sienta sobre toda manera y sentido, y en manera no manifiesta á todos!

Agora muchas veces doy gemidos, y sufro mi miseria con dolor; porque me acaescen muchos males en este miserable valle, los cuales me turban á menudo, y me entristecen y anublan, y muchas veces me impiden, distraen, halagan y embarazan, porque no tenga libre entrada á tí, y no goce de tus alegres brazos, los cuales gozan sin impedimento los espíritus bienaventurados.

Muévate, Señor, demas de mi suspiro, la gran destruicion que hay en la tierra. ¡Oh Jesus, resplandor de la eterna gloria, consolacion del ánima que va peregrinando, ante tí está mi boca sin voz, y mi callar te habla! ¿Hasta cuándo tarda de venir mi Señor? Venga á este tu siervo pobrecillo, y hágame alegre. Envíe su mano, y libre á mí, miserable, de tanta angustia; ven, que sin tí ningun dia ni hora tendré descanso; que tú eres mi alegría, y sin tí, vacía está mi mesa.

Miserable soy, y casi encarcelado y preso en grillos, hasta que tú, Señor, me recrees y pongas en libertad, y me muestres tu amigable rostro. Busquen otros lo que quisieren en lugar de tí, que á mí ninguna otra cosa me agrada, ni agradará, sino tú, Dios mio, esperanza mia, salud eterna. No callaré, ni cesaré de rogarte hasta que tu gracia vuelva, y tú hables de dentro, y me digas: Yo

soy, vesme aquí, pues me llamaste: tus lágrimas y el deseo de tu ánima, y tu humildad, y la contricion de tu corazon me han inclinado y traido á tí.

Y respondí: Señor, yo te llamé y deseé gozarte: aparejado estoy á dejar toda cosa por tí; mas tú primero me despertaste para que te buscase. Bendito seas, Señor, que hiciste con tu siervo esta bondad segun la multitud de tu misericordia. Señor, ¿qué mejor cosa puede hacer tu siervo delante de tí, que humillarse muy de verdad, acordándose de su propria maldad y vileza? No hay cosa semejante á tí en todas las maravillas del cielo y de la tierra. Señor, tus obras son muy buenas, tus juicios rectos, tu providencia rige todas las cosas, y por eso honra y gloria sea á tí, sapiencia del Padre, á tí alabe y bendiga mi boca, mi ánima, y juntamente toda cosa criada.

CAPITULO XXIV.

De la memoria de los innumerables beneficios.

Abre, Señor, mi corazon en tu ley: enséñame á andar en tus mandamientos, otórgame entender tu voluntad, y con gran reverencia y entera consideracion acordarme he de tus beneficios generales y especiales, porque pueda de aquí adelante húmilmente hacerte gracias. Mas yo sé, y así lo confieso, que no puedo pagarte los debidos loores y gracias que debo por las mercedes que en el mas pequeño punto me haces. Yo menor soy que todos los bienes que me has hecho, y cuando miro tu nobleza, desfallesce mi espíritu por su grandeza.

Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos de fuera ú de dentro, natural ó sobrenatural, son beneficios tuyos, y alaban á tí, bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes, puesto que uno reciba mas que otro, todo es tuyo, y sin tí no se puede alcanzar cosa alguna. El que mas recibe, no puede gloriarse de su merescimiento, ni enloquecerse, ni desdeñar al menor.

Porque aquel de verdad es mayor y mejor, que ménos se atribuye á sí, y es muy agradescido y humilde. Y el que se estima por mas vil que todos, y se tiene por mas indigno, está mas aparejado á recibir mayores dones. Y el que recibió ménos, no se debe entristecer, ni airarse, ni tener invidia del que mas tiene; ántes debe mirarte á tí, y loar en gran manera tu bondad, que tan copiosamente y tan de grado repartes tus dones sin exceptuar personas. Todas las cosas proceden de tí, y por eso en todo debes ser loado.

Tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y por qué tiene uno ménos y otro mas, no conviene á nosotros discernirlo, sino á tí que sabes determinadamente los merescimientos de cada uno. Por eso, Señor, por gran beneficio tengo no tener muchas cosas de las cuales se me siga (en lo de fuera) loor y honra ante los hombres.

Así que, cualquiera que considerare la pobreza y vileza de su persona, no solo no recibirá agravio, ni tristeza, ni abatimiento, mas consolacion y muy grande alegría, considerando que tú, Dios mio, escogiste para familiares y servidores los pobres bajos y despreciados del mundo. Testigos son desto tus mismos apóstoles, los cuales estableciste príncipes sobre toda la tierra. Mas conversaron en el mundo tan sin queja, y fuéron tan humildes y sencillos, sin malicia ni engaño, que se gozaban en sufrir injurias por tu nombre, y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborresce.

Por eso ninguna cosa debe tanto alegrar al que ama y reconosce tus beneficios, como tu sancta voluntad, y el buen contentamiento de tu eterna disposicion; lo cual le debe tanto consolar, que quiera tan de grado ser el menor de todos, como desearia otro ser el mayor. Y así tan pacífico y tan contento debe estar en el mas bajo lugar, como en el mas alto; y tan de grado ser despreciado, como si fuese el mas honrado del mundo; porque tu voluntad y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas. Y mas se debe consolar y contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos ó que puede recibir.

CAPITULO XXV.

Cuatro cosas que causan gran paz.

Hijo, agora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad. Señor, haz lo que dices, que huelgo de oirlo. Hijo, trabaja de hacer ántes la voluntad de otro, que la tuya: escoge siempre tener ménos, que mas: busca siempre el lugar mas bajo, y estar subjecto á todos: desea de contínuo que se cumpla en tí enteramente la voluntad de Dios. Este tal entra en los términos de la paz y reposo.

Señor, este tu breve sermon mucha perfeccion contiene en sí; pequeño es en la plática, mas lleno de sentencia y abundante en fructo. Que si pudiese por mí ser fielmente guardado, no debria nascer en mí tan presto la turbacion, porque cuantas veces me siento desasosegado y pesado, hallo haberme apartado desta doctrina. Mas tú, Señor, que puedes todas las cosas, y siempre deseas el provecho del ánima, acrescienta en mí mayor gracia, para que pueda cumplir tu palabra, y hacer lo que cumple á mi salud.

CAPITULO XXVI.

Oracion para los malos pensamientos.

Señor Dios mio, no te alejes de mí. Dios mio, mira en mi favor, que se han levantado contra mí varios pensamientos y grandes temores que afligen mi ánima (*a*). ¿Cómo pasaré sin lesion? Cómo los destruiré? Yo iré, dice Dios, delante de tí, y humillaré los soberbios de la tierra, abriré la puerta de la cárcel, y revelarte he los secretos de las cosas escondidas. Hazlo así, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos. Esta es mi esperanza y singular consolacion: confiar de tí, y llamarte de todas mis entrañas, y esperar en paciencia tu consolacion.

CAPITULO XXVII.

Oracion para alumbrar el entendimiento.

Alúmbrame, buen Jesus, con la claridad de tu eterna lumbre, y saca de mi corazon toda tiniebla. Refrena las muchas vagueaciones, y quebranta las tentaciones que me hacen fuerza. Pelea fuertemente por mí, y vence las malas bestias, que son los deseos halagüeños, para que se haga paz en tu virtud, y la abundancia de tu loor suene en el sancto palacio (que es la limpia conciencia). Manda á los vientos y á la tempestad, y di al mar que se sosiegue, y al cierzo que no sople, y será gran bonanza.

Envía tu luz y tu verdad que juzgue sobre mí; porque soy tierra vana y vacía, hasta que tú me alumbres. Derrama de arriba tu gracia, y riega mi corazon; minístrame aguas de devocion para regar la haz de la tierra, por-

(*a*) Psal. 70.

que produzca fructo bueno y perfecto. Levanta el ánima cargada del peso de los pecados, y ocupa todo mi deseo en cosas celestiales; porque gustada la suavidad de la felicidad eterna, me descontente todo lo terreno.

Arrebátame y líbrame de toda pasadera consolacion de las criaturas; porque ninguna cosa criada basta para consolar y sosegar cumplidamente mi apetito. Júntame á tí con un nudo de puro amor inseparable; porque tú solo bastas al que te ama, y sin tí todas las cosas son desagraciadas.

CAPITULO XXVIII.

Cómo se ha de evitar la curiosidad de saber vidas ajenas.

Hijo, no quieras ser curioso, ni tener vanos cuidados. ¿Qué te va á tí desto ú de lo otro? Sígueme tú á mí: ¿qué te va á tí, que aquel sea así, ó así, ó que el otro hable, ó viva á su placer? No conviene á tí responder por otros; por tí solo has de dar razon; pues ¿por qué te entremetes? Mira que yo conozco á todos, y veo cuanto se hace, y de qué manera está cada uno, y qué piensa, qué quiere, y á qué fin va su intencion. Por eso á mí se deben encomendar todas las cosas, y tú conservarte en buena paz.

Deja al bullicioso moverse cuanto quisiere, que sobre él vendrá lo que dijere ó hiciere; que no me puede engañar. No tengas cuidado de la sombra de gran nombre, ni de ser conoscido, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres; porque esto causa grandes distracciones y tinieblas en el corazon. Muy de grado te hablaria mi palabra, y te revelaria mis secretos, si tú aguardases con diligencia mi venida, y me abrieses la puerta de tu corazon. Mira que estés sobre aviso, y vela en oracion, y humíllate en todas las cosas.

CAPITULO XXIX.

En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento.

Hijo mio, yo dije (*a*): La paz os dejo, mi paz os doy, y no os la doy como el mundo la da. Todos desean la paz; mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenescen á la verdadera paz. Mi paz, con los humildes y mansos de corazon, está. Tu paz será en mucha paciencia: si me oyeres y siguieres, podrás usar de mucha paz.

Pues, Señor, ¿qué haré? Mira en toda cosa lo que haces y lo que dices, y endereza tu intencion á agradarme á mí solo, y no cobdicies ni busques cosa fuera de mí. De los hechos ó dichos ajenos no juzgues presumptuosamente, ni te entremetas en lo que no te han encomendado; y desta manera podrá ser que poco ó tarde te turbes.

Nunca sentir alguna turbacion, ni sufrir alguna fatiga de corazon ú de cuerpo, no es desta tierra, sino del estado de la eterna holganza. Por eso no estimes haber hallado verdadera paz, si no sintieres alguna pesadumbre. Ni ya todo es bueno, si no tienes algun adversario; ni está la perfeccion en que todo te succeda segun tu querer. Ni te estimes por muy singular y muy amado, si tuvieres gran consolacion y gran dulzura; porque en estas cosas no se conosce el verdadero amador de la virtud: que no está en todo esto la perfeccion del hombre.

Pues ¿en qué, Señor? En ofrescerte de todo tu corazon á la divina voluntad, no buscando tu interese en lo poco ni en lo mucho, en lo temporal ni en lo eterno. De manera que en cualquier cosa con rostro igual dés gracias á la summa bondad, pesándolo todo con un mismo peso.

(*a*) Joan. 14.

Si fueres tan fuerte y sufrido en la esperanza, que quitada la consolacion interior aparejes tu corazon para sufrir mayores cosas, y no te justificares, diciendo que no debrias pasar tales ni tantas cosas; mas si me tuvieres por justo y sancto en todo lo que yo ordenare, entónces cree que andas en el camino de la verdadera paz, y tendrás esperanza muy cierta que verás mi rostro otra vez con mucha alegría. Y si llegares á menospreciarte del todo, sabe que te gozarás con abundancia de paz, segun la posibilidad desta peregrinacion.

CAPITULO XXX.

De la excelencia del ánima libre, y cómo la humilde oracion es de mayor mérito que la leccion.

Señor, esta obra es de varon perfecto, nunca aflojar la intencion de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado: no á manera de torpe, mas con una excelencia de libre voluntad, sin llegarse con desordenada afeccion á criatura alguna.

Ruégote, piísimo Dios mio, que me guardes de los cuidados desta vida, porque no me envuelva demasiadamente en las necesidades del cuerpo, y con el deleite sea detenido, y mi ánima ocupada, ó con el trabajo quebrantada. No digo tan solamente de las cosas que la vanidad mundana con tanta afeccion desea; mas tambien de aquestas miserias que penosamente agravan el ánima de tu siervo con la commun maldicion de la muerte, y detienen para que no pueda entrar en la libertad del espíritu cuantas veces quisiere.

¡Oh Dios mio, dulzura inefable! tórname en amargura toda consolacion sensual que me aparta del amor de la eternidad, y me trae á sí malamente con sola muestra de un bien presente delectable. ¡Oh Dios mio! no me venza la carne y la sangre, no me engañe el mundo y su brevísima gloria, no me derribe el diablo con su astucia. Dame fortaleza para resistir, y paciencia para sufrir, y constancia para perseverar. Dame por todas las consolaciones del mundo la suavísima uncion de tu espíritu, y por el amor sensual infunde en mi ánima el amor de tu sancto nombre. ¡Oh cuán grave y pesado es al espíritu que ama, el comer, y el beber, y el vestir, y todo lo demas que pertenesce á la sustentacion del cuerpo!

Otórgame, Señor, usar de todo lo necesario muy templadamente, no me ocupe en ello con sobrado deseo. No es cosa lícita dejarlo todo (porque se ha de sustentar la humana naturaleza); mas buscar lo superfluo y lo que mas deleita, la ley sancta lo defiende; porque de otra manera la carne se levantaria contra el espíritu. Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano á tener el medio entre estas cosas.

CAPITULO XXXI.

El amor proprio nos estorba mucho el bien eterno.

Hijo, conviénete darlo todo por el todo, y no ser nada tuyo. Mira que el amor proprio mas te daña que todo el mundo; cuanto es el amor y afeccion, tanto se apegan las cosas mas ó ménos. Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, estarás libre de toda cosa. No cobdicies lo que no te conviene tener, ni quieras tener cosa que te

pueda impedir y quite la libertad interior. Maravilla es que no te encomiendas á mí de lo profundo de tu corazon, con todo lo que puedes tener ó desear. ¿Por qué te consumes con vana tristeza? Por qué te fatigas con superfluos cuidados!

Está á mi placer y voluntad, y no sentirás daño alguno. Si andas á escoger á tu apetito, nunca tendrás reposo, ni serás libre de cuidado; porque en toda cosa hay falta, y en cada lugar habrá quien te enoje. Y así no cualquier cosa alcanzada ó multiplicada de fuera aprovecha, sino la que es despreciada y cortada del corazon de raiz. No entiendas esto solamente de las rentas y de las riquezas, mas tambien del deseo de la honra y vanagloria, todo lo cual pasa con el mundo. Poco hace el lugar si falta el espíritu del fervor; ni durará mucho la paz buscada por afuera, si falta el verdadero fundamento y la virtud del corazon. Quiero decir, que si no estuvieres en mí, bien te puedes mudar, mas no mejorar; porque venida la ocasion, hallarás lo que huías, y mas adelante.

CAPITULO XXXII.

Oracion para pedir la limpieza de corazon, la sabiduría celestial y la prudencia.

Confírmame, Señor Dios, por la gracia del Espíritu Sancto: dame esfuerzo para que sea fortalecido en el hombre interior, y desocupa mi corazon de toda inútil solicitud, porque no sea traido de variables deseos por cualquier cosa vil ó preciosa, mas que mire todas las cosas como transitorias, y á mí mismo que paso con ellas; porque no hay cosa que permanezca debajo del sol, ántes todo es vanidad y afliccion de espíritu. ¡Oh cuán sabio es el que así lo piensa!

Señor, otórgame la sabiduría celestial, para que aprehenda á buscarte y hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todo, y entender todo lo que criaste como es segun la órden de tu sabiduría. Otórgame, Señor, prudencia para desviarme del lisonjero, y sufrir con paciencia al adversario; porque muy gran sabiduría es no moverse con cada viento de palabras, ni dar la oreja á la sirena que malamente halaga; que así se anda seguramente el camino comenzado.

CAPITULO XXXIII.

Contra las lenguas de los maldicientes.

Hijo, no te enojes si algunos tuvieren mala opinion y crédito de tí, y te dijeren lo que no querias oir. Tú debes pensar de tí pequeñas cosas, y tenerte por el mas flaco de todos. Si andas dentro de tí, no pesarás mucho las palabras que vuelan. Gran discrecion es callar en tal tiempo, y convertirse á mí el corazon, y no turbarse por el juicio humano. No sea tu paz en la boca de los hombres, que si echaren las cosas á bien ó á mal, no serás por eso otro del que eres.

¿Adónde está la verdadera paz y la verdadera gloria? En mí solo por cierto, y el que no cobdicia contentar á los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz. Del desordenado amor y vano temor nasce todo desasosiego de corazon, y toda turbacion de sentidos.

CAPITULO XXXIV.

Oracion para rogar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulacion.

Señor, sea tu nombre para siempre bendito, que quisiste que viniese sobre mí esta tentacion y tribulacion; yo no puedo huirla, mas tengo necesidad de recurrir á tí para que me favorezcas, y me la conviertas en bien. Señor, agora estoy atribulado, y no le va bien á mi corazon; mas soy muy atormentado de la presente tentacion. ¡Oh Padre muy amado! ¿Qué diré? Preso estoy de grandes angustias; sálvame en esta hora. Mas yo soy venido en este trance para que seas tú glorificado cuando yo fuere muy humillado y librado por tí.

Plégate, Señor, de librarme, que yo pobre, ¿qué puedo hacer? ¿Adónde iré sin tí? Dame paciencia, Señor, tambien esta vez, y ayúdame, Dios mio, y no temeré por mas atribulado que sea. Y agora entre estas angustias, ¿qué diré, salvo, Señor, que sea hecha tu voluntad? Yo bien he merescido ser atribulado y angustiado, convieneme sufrirlo, y ojalá con paciencia, hasta que pase la tempestad y haya bonanza. Poderosa es tu mano, potentísima para quitar de mí esta tentacion, y amansar su furor, porque del todo no caiga; así como otras muchas veces lo has hecho conmigo, Dios mio, misericordia mia; y cuanto á mí es mas dificultoso, tanto es á tí mas fácil; que esta mudanza, de la diestra del muy Alto es.

CAPITULO XXXV.

Cómo se ha de pedir el favor divino, y de la confianza de cobrar la gracia.

Hijo, yo soy el Señor que esfuerzo en el dia de la tribulacion, vente á mí cuando no te hallares bien. Lo que mas impide la consolacion celestial, es que muy tarde te vuelves á la oracion, y que ántes que me ruegues con atencion, buscas muchas recreaciones y consolaciones en lo exterior. Y de aquí viene que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas que yo soy el que libro á los que esperan en mí; y fuera de mí no hay consejo que valga ni aproveche, ni remedio durable.

Mas cobrado ya aliento despues de la tempestad, esfuérzate con la luz de las misericordias mias, que cerca estoy para reparar toda cosa perdida, no solo cumplida, mas abundante y colmadamente. ¿Por ventura hay cosa difícil para mí, ó seré yo como el que dice y no hace? ¿Adónde está mi fe? Está firme y persevera; sé constante y esforzado, que el consuelo en su tiempo te vendrá. Espérame, espera, que yo vendré y te curaré.

La tentacion te atormenta, y vano temor te espanta, ¿qué aprovecha tener cuidado de lo que está por venir, que puede acaescer ó no, sino para tener tristeza sobre tristeza? Bástale al dia su trabajo (*a*). Vana cosa es y sin provecho entristecerte ó alegrarte de lo que quizá nunca acaescerá. Mas cosa humana es ser burlado con tales imaginaciones, y tambien es señal de poco ánimo dejarse burlar tan lijeramente del enemigo. Mira que él no cuida que sea verdadero ó falso aquello con que burla ó engaña, ó si derribará con amor de lo presente, ó con temor de lo porvenir.

Pues no se turbe tu corazon ni tema. Cree en mí, y ten mucha confianza en mi misericordia, que cuando tu piensas estar mas léjos de mí, estoy yo muchas veces mas cerca de tí. Y cuando tú piensas que es todo perdido, entónces muchas veces está cercana la ganancia del merescer. No es todo perdido cuando alguna cosa te acaesce en contrario. No debes juzgar como sientes al presente,

(*a*) Matt. 6.

ni embarazarte, ni congojarte con cualqüiera contrariedad que te venga, como que no hubiese esperanza de remedio.

No te tengas por desamparado del todo, aunque te envíe á tiempos alguna tribulacion, que desta manera se pasa al reino del cielo. Y sin dubda mas convenible es así á tí, y á todos mis siervos, que os ejerciteis en adversidades, que si todo sucediese á vuestro sabor. Yo conozco los pensamientos escondidos, y mucho conviene para tu salud que algunas veces te deje desabrido; porque podria ser que alguna vez te ensoberbecieses en lo que bien te sucediese, y pensases complacerte á tí mismo en lo que no eres. Lo que yo te di, te lo puedo quitar, y tornártelo cuando quisiere. Cuando te lo diere, mio es; y cuando te lo quitare, no tomo lo tuyo, que mia es cualquiera dádiva buena, y todo perfecto don.

Si te enviare alguna tribulacion ó angustia, no te indignes, ni se caiga tu corazon, que luego te puedo enviar favor, y mudar cualquier angustia en gozo. En verdad justo soy, y mucho de loar en hacerlo así contigo. Si algo sabes y miras de verdad, nunca te debes entristecer tan de caida por las adversidades; mas gozarte mas, y agradescerlo, y tener por principal alegría, que afligiéndote con dolores no te dejo pasar sin castigo. Así como me amó el Padre, yo os amo, dije á mis amados discípulos (*b*); los cuales ciertamente no envié á gozos temporales, mas á grandes peleas; no á honras, sino á desprecios; no á holgar, sino á trabajar, y hacer gran fructo en paciencia. Hijo mio, acuérdate destas palabras.

CAPITULO XXXVI.

Se debe despreciar toda criatura para hallar al Criador.

Señor Dios mio, menester he aun mayor gracia si tengo de llegar adonde ninguna criatura me pueda impedir; porque en tanto que alguna cosa me detiene, no puedo volar libremente á tí. Aquel por cierto deseaba volar, que decia (*a*): ¿Quién me dará plumas como de paloma, y volaré, y holgaré? Qué cosa hay mas sosegada que el ojo simple? ¿Y qué cosa hay en el mundo mas libre que el que no desea nada? Por eso conviene trascender todo lo criado, y desamparar del todo á sí mismo, y estar en lo mas alto del entendimiento, para ver á tí, Criador de todo, que no tienes semejanza alguna con las criaturas. Y el que no se desocupare de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino.

Y por eso se hallan pocos contemplativos; porque poquitos saben desasirse del todo de las criaturas. Para esto es menester singularísima gracia, que levante el ánima, y la suba sobre sí misma; y si no fuere el hombre levantado en espíritu, y libre de todo lo criado, y todo unido á Dios, poco es cuanto sabe, y de poca estima es cuanto tiene. Mucho tiempo será pequeño y terreno el que estima alguna cosa por grande, sino solo el único, inmenso y eterno bien. Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar.

Por cierto gran diferencia hay entre la sabiduría del hombre devoto espiritual, y la ciencia del estudioso letrado. Muy mas noble es la doctrina que mana de arriba de la influencia divina, que la que se alcanza con trabajo por ingenio humano. Muchos se hallan que desean la contemplacion; mas no estudian de ejercitar las cosas que para ella se requieren.

Hay tambien otro grandísimo impedimento, y es estar los hombres muy puestos en las señales, y en cosas sensibles, y tener muy poco cuidado de la mortificacion de sí mismos. No sé qué se es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que somos llamados espirituales, que tanto trabajo y cuidado ponemos por las cosas transitorias y viles, y con dificultad y muy tarde nos recogemos á pensar nuestras cosas interiores. ¡Ay dolor! que al momento que nos habemos un poquito recogido, nos salimos afuera, y no pensamos nuestras obras con estrecha examinacion; no miramos adonde se hunden nuestras afecciones, ni lloramos cuán sucias son nuestras cosas. Toda carne habia corrompido su carrera, y por eso se siguió el gran Diluvio (*b*). Porque como nuestro afecto interior esté corrupto, necesario es que la obra exterior (que es señal de la privacion de la virtud interior) tambien se corrompa.

Del puro corazon procede el fructo de la buena vida. Miramos cuanto hace cada uno; mas no pensamos curiosamente de cuánta virtud procede. Con gran diligencia se pesquisa si alguno es valiente, rico, hermoso, dispuesto, ó buen escribano, ó buen cantor, ó buen oficial; mas cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto, y recogido, poco se platica. La naturaleza mira las cosas exteriores del hombre; mas el que tiene la gracia, conviértese á lo interior. La naturaleza muchas veces se engaña; la gracia pone su esperanza en Dios porque no sea engañada.

CAPITULO XXXVII.

Cómo debe el hombre negarse á sí mismo, y desviarse de toda cobdicia.

Hijo, no puedes poseer libertad perfecta si no te niegas á tí mismo del todo. Todos los que son amadores de sí mismos, están en prisiones, son cobdiciosos, ociosos y vagabundos, buscan continuo las cosas delicadas, y no las que son de nuestro Señor Jesucristo. Componen y inventan lo que no ha de permanescer; porque todo lo que no procede de Dios perescerá.

Toma esta breve y perfectísima palabra. Déjalo todo, y hallarlo has todo. Deja la cobdicia, y hallarás reposo. Trata esto en tu pensamiento, y cuando lo cumplieres entenderás toda cosa. Señor, no es esto obra de un dia, ni juego de niños: parésceme que en esta summa se encierra toda la perfeccion cristiana. Hijo, no debes volver atras, ni caerte luego en oyendo la carrera de la perfeccion; ántes debes provocarte y animarte á seguirla, ó á lo ménos á suspirar por ella con vivo deseo.

¡Oh si hubieses llegado á tanto que no fueses amador de tí mismo, y estuvieses puramente á mi voluntad! entónces me agradarias mucho, y pasarias tu vida en gozo y paz. Aun tienes muchas cosillas que debes dejar, que si no las renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides. Yo te aconsejo que compres de mi oro acendrado (*a*), para que seas rico; que es la sabiduría celestial, que huella todo lo bajo. Desprecia la sabiduría terrena, y el humano contentamiento, y el tuyo proprio.

Yo te dije que se deben comparar las cosas mas viles con las preciosas y altas. Al parescer humano ¿cuán vil, pequeña y casi olvidada parescerá la verdadera sabidu-

(*b*) Joan. 15. (*a*) Psal. 54.

(*b*) Genes. 6. (*a*) Apoc. 3.

ría, que no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandescida en la tierra! la cual está en boca de muchos, mas en la vida andan muy apartados della; y ella es por cierto una perla preciosísima escondida á muchos.

CAPITULO XXXVIII.

De la mudanza del corazon, y en qué debemos tener toda la intencion.

Hijo, no quieras creer á tu deseo, que lo que agora deseas, presto se te mudará. Y en tanto que vivieres, subjecto estás á mudanza aunque no quieras; y agora te hallarás alegre, agora triste, agora sosegado, agora turbado, agora devoto, agora indevoto; ya estudioso, ya perezoso, agora pesado, agora lijero; mas sobre estas mudanzas está el sabio bien enseñado en el espíritu; y no mira lo que siente, ni de que parte sople el viento de la mudanza; mas toda su intencion pone en la perfeccion del debido y perfecto fin. Porque así podrá él mismo quedar sin lesion en tan varios casos, enderezando á mí sin cesar, el ojo de su sencilla intencion. Y cuanto mas puro fuere el ojo de la intencion, tanto irá mas constante entre la diversidad de las tempestades.

Mas en muchas cosas se obscurece el ojo de la intencion, mirando de presto lo delectable que se ofresce; y tarde se halla alguno tan libre que en todo busque á Dios puramente. Así vinieron los de Hierusalem á Betania, á María y á Marta, no solo por Jesus, mas por ver á Lázaro. Débese limpiar el ojo de la intencion, para que sea sencillo y recto, y enderezarlo á mí sin fin avieso.

CAPITULO XXXIX.

Que al que ama es Dios muy sabroso en todo y sobre todo.

¡Oh mi Dios y todas las cosas! y ¿qué cosa hay que mas deba querer? ¿Y qué mayor bienaventuranza puedo yo desear? ¡Oh sabrosa y dulcísima palabra para el que ama á Dios, y no al mundo, ni á lo que en él está! Dios mio y todas las cosas. Al que entiende basta lo dicho, y repetirlo muchas veces es cosa de grande alegría al que ama. Ciertamente estando tú, Señor, presente, todo es alegría y placer, y ausente, todo enojoso. Tú haces el corazon reposado, y das paz y alegría de fiesta. Tú haces sentir bien de toda cosa, y loarte sobre todas las cosas, y en todas las cosas. No puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin tí. Y si ha de agradar, conviene que tu gracia sea presente, y sea guisada con tu sabiduría. A quien tú sabes bien, ¿qué no le sabrá bien? Y á quien tú no eres sabroso, ¿qué cosa le podrá agradar?

Mas ¡ay! que los sabios del mundo faltan en tu sabiduría, y los carnales tambien. Porque en lo uno hay vanidad, y en lo otro muerte. Mas los que te siguen con desprecio del mundo, mortificando su carne, estos son verdaderos sabios; porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu. A estos tales eres tú sabroso y dulce, y cuanto hallan en las criaturas, todo lo refieren á loor de su Criador.

Mas es de mirar que es diferente en gran manera el sabor del Criador y el de la criatura, el de la eternidad y del tiempo, el de la luz increada y el de la luz criada. ¡Oh luz perpetua que trasciendes toda luz criada! envía de tu altura resplandor que penetre todo lo secreto de mi corazon. Limpia, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con todas sus potencias, para que se junte á tí con alegres arrebatamientos. ¡Oh cuando vendrá esta bendita deseada hora, para que tú me hartes con tu presencia, y me seas todas las cosas en todas las cosas! En tanto que esto no se me diere, no hay cumplido gozo.

Mas ¡ay dolor! que vive aun el viejo hombre en mí; no es del todo crucificado, no es del todo muerto, aun cobdicia contra el espíritu, y mueve guerras interiores, y no consiente estar en reposo el reino del ánima. Mas tú que señoreas el poderío del mar, y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame; destruye las gentes que buscan guerras, quebrántalas con tu virtud. Ruégote, Señor, que muestres tus maravillas, y sea glorificada tu diestra; porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino en tí, Dios mio.

CAPITULO XL.

En esta vida no hay seguridad de carescer de tentaciones.

Hijo, no hay seguridad en esta vida: en tanto que vivieres tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas, por todas partes te combaten; por eso, si no traes bien el escudo de la paciencia, no estarás mucho tiempo sin herida. Demas desto, si no pones tu corazon fijo en mí con pura voluntad de sufrir por mí todo cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batalla, ni llegar á la victoria de los bienaventurados. Conviene pues romper varonilmente toda cosa, y pelear con mucho esfuerzo contra todo lo que viniere; porque al vencedor se da el manná, y al perezoso mucha miseria.

Si buscas holganza en esta vida ¿cómo hallarás la eterna? No procures mucho descanso; mas ten mucha paciencia. Busca la verdadera paz, no en los hombres ni en las otras criaturas; mas en mí solo. Por amor de Dios debes aceptar de grado todas las cosas adversas, como son trabajos y dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, confusiones, reprehensiones, humillaciones, correcciones y menosprecios. Estas cosas aprovechan para la virtud, y prueban el nuevo caballero de Cristo, y fabrican la corona en el cielo. Yo daré eterno galardon por breve trabajo, é infinita gloria por la confusion que presto se pasa.

¿Piensas tú tener siempre consolaciones espirituales á contentamiento y á sabor de tu paladar? Mis sanctos no las tuvieron; mas tuvieron diversas tentaciones y molestias, y graves desconsuelos; mas sufriéronse en todas con paciencia, y confiaron mas en mí que en sí; porque sabían que no son equivalentes todas las penas deste tiempo para merescer la gloria venidera (*a*). ¿Quiéres tú hallar luego lo que muchos despues de muchas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron? Espera en el Señor, y trabaja varonilmente; esfuérzate, y no desconfíes ni huyas. Mas pon tu cuerpo y tú ánima por mi gloria constantemente, que yo seré contigo en toda tribulacion, y te lo pagaré muy cumplidamente.

CAPITULO XLI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

Hijo, pon tu corazon firmemente en Dios, y no temas el juicio humano cuando la conciencia no te acusa. Bueno y rebueno es padescer en tal manera; y no es grave al corazon humilde que confía mas en Dios que en sí mismo. Los mas hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito; y tambien satisfacer á todos

(*a*) Rom. 8.

no es posible. Aunque Sant Pablo trabajó de contentar á todos en el Señor, y se hizo todo conforme á todos, mas tambien no tuvo en nada el ser juzgado del mundo. Harto hizo por la salud y edificacion de los otros.

Cuanto pudo y en sí era, hizo; mas no se pudo escapar que no le juzgasen y despreciasen. Por eso todo lo encomendó á Dios, que sabe todas las cosas, y con la paciencia y humildad se defendió de las malas lenguas, y de los que piensan maldades y mentiras, y las dicen como les vienen á la boca. Mas tambien respondió algunas veces, porque no se escandalizasen algunos flaquitos de verlo callar.

¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal, que hoy es y mañana no paresce? Teme á Dios, y no te espantarás de los hombres. ¿Qué te puede hacer el hombre con palabras ó injurias? A sí se daña mas que á tí, y cualquier que sea no podrá huir el juicio de Dios. Tú pon á Dios ante tus ojos, y no contiendas con palabras quejosas. Y si te paresce que al presente sufres confusion ó vergüenza sin merescerlo, no te enojes por eso, ni disminuyas tu corona por impaciencia; mas mírame á mí en el cielo, que puedo librar de toda vergüenza y confusion, y dar á cada uno segun sus obras.

CAPITULO XLII.

De la total renunciacion de sí mismo para alcanzar la libertad de corazon.

Hijo, déjate á tí, y hallarme has á mí. No quieras escoger ni tener propria cosa alguna, y siempre ganarás, porque negandote de verdad, sin tomarte á tí, te será acrescentada mayor gracia. Señor, ¿cuántas veces me negaré, y en qué cosas me dejaré? Siempre y en cada hora, y así en lo poco como en lo mucho, ninguna cosa excluyo. De todo te quiero hallar desnudo; porque de otra manera ¿cómo podrás ser mio y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad de dentro y de fuera? Cuanto mas presto hicieres esto, tanto mejor te irá. Y cuanto mas pura y cumplidamente, tanto mas me agradarás, y mucho mas ganarás.

Algunos se renuncian, mas con alguna condicion, que no confian en mí del todo, y por eso trabajan en proveerse. Tambien algunos al principio lo ofrescen todo; mas despues, combatidos de alguna tentacion, tórnanse á sus propriedades, y por eso no aprovechan en la virtud. Estos nunca llegarán á la verdadera libertad, ni á a gracia de mi dulce familiaridad, si no se renuncian del todo, haciendo sacrificio de sí mismos muy continuamente, sin el cual ni están ni estarán en la union con qué se goza de mí. Muchas veces te dije, y agora te lo torno á decir:

Déjate á tí, renúnciate, y gozarás de una grande paz interior. Dalo todo por el todo. No busques nada. Está y sosiega puramente y sin dubdar en mí, y poseerme has, y serás libre en el corazon, y no te hallarán las tinieblas. Esfuérzate para esto, agoniza por esto, trabaja en desear esto, que te puedes despojar de todo proprio amor, y desnudo seguir al desnudo Jesus, morir á tí mismo, y vivir á mí eternalmente, y así huirán todas las falsas é inicuas imaginaciones, y los superfluos cuidados, y tambien se apartara el temor demasiado, y el amor desordenado morirá.

CAPITULO XLIII.

Del buen recogimiento en las cosas exteriores, y del recurso á Dios en los peligros.

Hijo, con diligencia debes mirar que en cualquiera lugar, y en toda ocupacion exterior estés muy dentro de tí, libre y señor de tí mismo, y que tengas todas las cosas debajo de tí, y no seas tú subjecto á ninguna cosa, porque seas señor de tus obras y regidor, no siervo ni comprado, mas verdaderamente pases en la suerte y libertad de los hijos de Dios, los cuales tienen debajo de sí las cosas presentes, y contemplan las eternas; que miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial, á los cuales no atraen las cosas temporales para que estén asidos á ellas; mas sírvense dellas como yo lo ordené por mi sabiduría, que no puse cosa en lo criado, sin órden.

Si en cualquiera cosa que te acaesciere estás firme, y no juzgas della segun la apariencia exterior, ni miras con el ojo sensual lo que oyes y ves, mas luego en cualquiera cosa entras á lo interior, como Moises en el tabernáculo á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y vendrás instruido de muchas cosas presentes y por venir. Siempre tuvo Moises recurso al tabernáculo para determinar lo que no sabia, y tomó el remedio de la oracion, por librar de los peligros y maldades á los hombres. Así debes tú huir y entrarte en el secreto de tu corazon, y allí pedir con atencion el socorro divino en todo tiempo y para toda cosa. Por eso se lee que Josué (*a*) y los hijos de Israel fuéron engañados de los gabaonitas, porque no consultaron primeramente con el Señor; mas creyeron de presto á las blandas palabras, y fuéron con falsa piedad engañados.

CAPITULO XLIV.

No sea el hombre importuno en los negocios.

Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y yo los dispondré bien en su tiempo. Espera mi ordenacion, y sentirás gran provecho. Señor, muy de grado te ofrezco todas las cosas, porque muy poco puede aprovechar mi cuidado. Pluguiese á tí que no me ocupase en los acaescimientos que me pueden venir, mas me ofresciese sin tardanza á tu voluntad.

Hijo mio, muchas veces negocia el hombre la cosa que desea; mas cuando ya la alcanza tiene otro parescer; porque las afecciones no duran mucho acerca de una misma cosa; mas de una cosa nos llevan á otra. Pues no es luego muy poco dejarse tambien á sí en lo poco. Este es el verdadero aprovechar: negarse el hombre á sí mismo, y ya negado, luego es libre y seguro. Mas todavía el enemigo antiguo, adversario de todos los buenos nunca cesó detentar, y de dia y de noche pone muchos lazos para prender, si pudiere, algun descuidado. Por eso velad y orad, porque no caigais en tentacion (*a*).

CAPITULO XLV.

No tiene el hombre ningun bien de sí, ni tiene de qué alabarse.

Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes dél (*a*); ó el hijo del hombre para que lo visites? Qué ha merescido el hombre para que le dieses tu gracia? Señor, ¿de qué me puedo quejar si me desamparas; ó cómo justamente podré contender contigo si no hicieres

(*a*) Josue, 9. (*a*) Matth. 26. (*a*) Psalm. 8.

lo que te pido? Por cierto una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: Nada soy, Señor. Ninguna cosa tengo buena de mí; mas en todo soy falto, y voy siempre á nada. Y si no soy ayudado de tí, informado de dentro, todo me hago torpe y disoluto.

Mas tú, Señor, eres uno mismo, y permanesces para siempre. Siempre eres bueno, justo y sancto. Todas las cosas haces muy bien y justamente, y las ordenas con tu sabiduría. Mas yo que soy mas inclinado á caer que á aprovechar, no soy durable siempre en un estado, porque siete tiempos se mudan sobre mí; pero luego me va mejor, cuando te pluguiere y extendieres tu mano ayudadora, porque tú solo sin humano favor me puedes ayudar, y confirmarme tanto que no se mude mas mi rostro en cosas diversas, mas en tí solo se convierta y descanse mi corazon.

Que si yo supiese desechar toda consolacion humana, agora sea por alcanzar devocion, ó por la necesidad que tengo de buscarte (porque no hay hombre que me consuele), con razon podria yo esperar en tu gracia, y gozarme del don de la nueva consolacion. Muchas gracias sean á tí, Señor, de quien viene todo y todas las veces que me sucede bien. Yo vanidad soy, y nada tengo delante de tí, hombre mudable y enfermo, ¿De dónde pues me puedo gloriar; ó por qué cobdicio ser estimado? Por ventura de la nada: y esto es vanísimo.

Por cierto la vanagloria es una mala pestilencia y grandísima vanidad, porque nos aparta de la verdadera gloria, y nos despoja de la gracia. Porque en contentarse el hombre á sí, descontenta á tí. Y cuando desea los humanos loores, es privado de las virtudes.

Verdadera gloria y sancta alegría es gloriarse el hombre en tí y no en sí, y gozarse en tu nombre y no en su propria virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por tí. Sea alabado tu nombre y no el mio. Magnificada sea tu obra y no la mia. Alabado sea tu sancto nombre, y no me sea á mí atribuida cosa alguna de los loores de los hombres. Tú eres mi gloria y alegría de mi corazon. En tí me glorificaré y ensalzaré todos los dias; de mi parte no hay de qué, sino en mis flaquezas. Busquen los hombres, como dijo Cristo (*b*), la honra de entre sí mismos, y toda la alteza del mundo; yo buscaré la gloria que es de solo Dios; que toda la gloria humana, y toda la honra temporal comparada á tu eterna gloria es vanidad y locura. ¡Oh verdad mia, misericordia mia, Dios mio, Trinidad bienaventurada! á tí solo sea alabanza, virtud, honra y gloria para siempre jamas. Amen.

CAPITULO XLVI.

Del desprecio de toda honra temporal.

Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y tú ser despreciado y abatido. Levanta tu corazon á mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano. Señor, en ceguedad estamos, y la vanidad muy presto nos engaña. Si bien me miro, nunca me ha sido hecha injuria por criatura alguna, por eso no tengo de que me quejar justamente de tí. Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razon se arman contra mí todas las criaturas: justamente me viene la confusion y el desprecio, y á tí, Señor, la alabanza, la honra y la gloria. Y si no me aparejo á tanto, que huelgue muy de gana ser despreciado, y desamparado, y tenido por nada, no puedo ser pacificado y confirmado en lo interior, ni alumbrado espiritualmente, ni unido á tí perfectamente.

(*b*) Joan. 8.

CAPITULO XLVII.

No se debe poner la paz en los hombres.

Hijo, si pones tu paz con alguno por tu parescer, y por conversar con él, movible estarás y sin sosiego. Mas si corres á la verdad, que siempre vive y permanesce, no te entristecerás por el amigo si se fuere ó se muriere. En mí ha de estar el amor del amigo, y por mí se debe amar cualquiera que en esta vida te paresce bueno, y mucho amas.

Sin mí no vale nada ni durará la amistad, ni es verdadero el amor que yo no junto. Tan muerto debes ser á las afecciones de los amigos, que deseases (por lo que á tí toca) estar solo del todo. Tanto se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo placer humano. Y tanto mas alto sube á Dios, cuanto mas bajo desciende en sí, y se tiene por mas vil.

El que se atribuye á sí algo de bien, impide la venida de la gracia de Dios en sí; porque la gracia del Espíritu Sancto siempre busca el corazon humilde. Si te supieses perfectamente apocar y vaciar de todo amor criado, yo entónces manaria en tí abundantes gracias. Mas cuando tú miras á las criaturas, se aparta de tí la vista del Criador. Aprende á vencerte todo por el Criador, y entónces podrás llegar al conoscimiento divino. Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó se mira desordenadamente, nos daña y estorba de gozar del summo bien.

CAPITULO XLVIII.

Contra las ciencias vanas.

Hijo, no te muevan los hermosos y sutiles dichos de los hombres, porque no está el reino de Dios en palabras, sino en virtud (*a*). Mira mis palabras, que encienden los corazones, y alumbran las ánimas, provocan á contricion, y traen muchas consolaciones. Nunca leas cosa para mostrarte mas letrado, mas estudia en mortificar los vicios, porque mas te aprovechará que saber muchas cuestiones dificultosas. Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, á un principio te conviene venir.

Yo soy el que enseño al hombre la ciencia, y doy mas claro entendimiento á los pequeños, que ningun hombre puede enseñar. Al que yo hablo, luego es sabio, y aprovecha en el espíritu. ¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y cuidan muy poco del camino de servir á Dios! Tiempo vendrá, cuando parescerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de todos los ángeles, á oir las lecciones de todos, que será examinar las conciencias todas, y escudriñar á Hierusalem con candelas (*b*). Y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas.

Yo soy el que levanto en un punto el humilde entendimiento, para que entienda mas razones de la verdad eterna, que si hubiese estudiado quince años. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusion de paresceres, sin fausto de honra, sin combate de argumentos. Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno, y aborrescer lo presente, y buscar y saber lo eterno, y poner toda esperanza en mí, y huir las honras, sufrir los estorbos, y

(*a*) 1. Cor. 4. (*b*) Soph. 1.

fuera de mí no cobdiciar nada, y amarme á mí sobre todas cosas con fervor. Porque uno amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas, y hablaba maravillas. Y mas aprovechó con dejar todas las cosas, que con estudiar sutilezas.

A unos hablo cosas comunes, á otros especiales. A unos me muestro dulcemente con señales y figuras, á algunos revelo misterios con mucha lumbre. Una cosa dicen los libros, mas no enseñan igualmente á todos. Porque yo soy interior doctor de la verdad, escudriñador de corazones, conoscedor de pensamientos, y movedor de las obras. Reparto á cada uno segun juzgo ser digno.

CAPITULO XLIX.

No se deben buscar las cosas exteriores.

Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante, y estimarte como muerto sobre la tierra, á quien todo el mundo es crucificado. A muchas cosas te conviene hacer sordo, y pensar lo que cumple para tu paz. Mas útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar á cada uno su parescer, que entender en porfías. Si estás bien con Dios, y miras su juicio, lijeramente te darás por vencido. ¡Oh Señor, á qué somos venidos, que lloramos el daño temporal, y por una pequeña ganancia trabajamos y corremos; y el daño espiritual pasa en olvido, y tarde ó con dificultad vuelve á la memoria! Lo que poco ó nada vale es muy mirado, y lo que es muy necesario se pasa con descuido. Porque todo hombre se va á lo exterior; y si presto no vuelve en sí, de grado se está envuelto en ello.

CAPITULO L.

No se debe creer á todos, y cómo fácilmente se resbala en las palabras.

Señor, ayúdame en la tribulacion (*a*); porque vana es la salud del hombre. ¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la habia? Cuántas veces tambien la hallé donde ménos lo pensé? Por eso vana es la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en Dios. Bendito seas, Señor Dios, en todas las cosas que nos acaescen. Flacos somos y mudables, presto somos engañados y mudados. ¿Qué hombre hay que se guarde tan segura y discretamente en todo, que alguna vez no caiga en alguna dubda ó engaño? Mas el que confía en tí, Señor, y te busca de corazon sencillo, no resbala así tan de presto. Y si cayere en alguna tribulacion, de cualquier manera que fuere en ella enlazado, presto será librado por tí, ó consolado, porque no desamparas tú, Señor, hasta la fin, al que en tí espera.

Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo. Tú, Señor, tú solo eres fidelísimo en todo, y fuera de tí no hay otro tal. ¡Oh cuán bien supo el ánima sancta que dijo (*b*): Mi ánima está firmada y fundada en Cristo! Y si yo estuviese así, no me congojaria tan presto el temor humano, ni me moverian las palabras injuriosas. ¿Quién puede proveer en todo? Quién basta para guardarse de los males venideros? Si lo muy mirado con tiempo lastima muchas veces ¿qué hará lo no proveido, sino herir gravemente? Pues ¿por qué, miserable de mí, no miré y me proveí? Por qué creí de lijero á hombres? En fin, hombres somos, y hombres flacos y quebradizos, aunque por muchos seamos estimados y llamados ángeles.

Señor, ¿á quién creeré, á quién creeré sino á tí (*c*)? Verdad eres, que no puedes engañar ni ser engañado: mas el hombre todo es mentiroso de sí, y enfermo, mudable y caedizo, especialmente en palabras: en tanto que con muy grandísima dificultad se debe creer ni tener por verdad lo que paresce verdadero segun lo exterior.

¡Con cuánta prudencia nos avisaste que nos guardásemos de los hombres, y que son enemigos del hombre los proprios de su casa (*d*)! Ni es de creer luego, si alguno dijere; ves aquí, ves allí (*e*). Mi daño me hizo avisado; quiera Dios que sea para mas guardarme, y no me quede necio todavía. Díceme uno: mira que seas avisado, cata que te aviso, guárdame secreto en esto que te digo. Y miéntras yo callo y creo que está secreto, el mismo que me lo encomendó no pudo callar, mas descubrióse á sí y á mí, y fuése.

Defiéndeme, Señor, de aquellas ficciones, y de hombres tan indiscretos, que nunca caiga en sus manos, ni yo cometa tales cosas. Pon en mi boca palabra verdadera y firme, y desvía léjos de mí la lengua cautelosa. De lo que no quiero sufrir, me debo mucho guardar. ¡Oh cuán buena cosa y cuán pacífica es callar de otros y no creer lijeramente todas las cosas, ni hablarlas de lijero despues!

Descubrirse á pocos y buscar siempre á tí, Señor, que miras al corazon, y no moverse por cada viento de palabras, mas desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perficionen segun el buen contentamiento de tu voluntad. ¡Oh cuán seguro es para conservar la gracia huir la vana apariencia, y no cobdiciar las cosas de fuera que causan admiracion; mas seguir con toda diligencia las cosas que causan emienda y fervor de vida! ¡A cuántos ha dañado la virtud mostrada ántes de tiempo; y cuán sana fué la gracia guardada con el callar, en esta vida quebradiza, que toda se dice tentacion y milicia (*f*)!

CAPITULO LI.

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.

Hijo, está firme y espera en mí. ¿Qué cosas son palabras sino palabras? Por el aire vuelan: no hieren al que está firme. Si eres culpado, determina de emendarte de buena gana. Si no hallas en tí culpa, ten por bien de sufrirlas por Dios. Y muy poco es que sufras siquiera palabras algunas veces, pues aun no puedes sufrir graves azotes.

¿Y por qué tan pequeñas cosas te pasan el corazon, sino porque aun eres carnal, y miras mucho mas á los hombres de lo que conviene? Que porque temes ser despreciado, por eso no quieres ser reprehendido de tus faltas y buscas sombrecillas de excusaciones. Mas mira mejor, y conoscerás que aun vive en tí el amor del mundo, y el vano amor de agradar á los hombres. Porque en huir de ser avergonzado y apocado por tus defectos, se muestra muy claro que no eres verdadero humilde, ni eres del todo muerto al mundo, ni el mundo á tí.

Mas oye mis palabras, y no cuidarás de cuantas dijeren todos los hombres. Di: si se dijese contra tí todo cuanto maliciosamente se pudiese fingir, ¿qué te dañaria? Si del todo lo dejases pasar, y no lo estimases en

(*a*) Psalm. 107. (*b*) S. Agath

(*c*) Psalm. 115. (*d*) Matt. 10. (*e*) Luc. 12. (*f*) Job. 7.

una paja, ¿podríate por ventura arrancar un cabello?

El que no está dentro en su corazon, ni me tiene á mí ante sus ojos, presto se mueve por una palabra áspera. Mas el que confía en mí, y no en su proprio parescer, vivirá sin temer á los hombres. Yo soy el juez, y conozco los secretos todos; yo sé cómo se pasan las cosas, y conozco muy bien al que hace la injuria, y tambien al que la sufre (*a*). De mí salió esta palabra : Permitiéndolo yo, acaesce esto; porque se descubran los pensamientos é imaginaciones de muchos corazones. Yo juzgo al culpado é innocente; mas quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto.

El testimonio de los hombres muchas veces engaña; mas mi juicio es verdadero : siempre está firme, aunque muchas veces está escondido y de pocos conoscido; pero nunca yerra ni puede errar, aunque á los ojos de los necios no parezca recto. A mí pues has de recurrir en cualquier juicio, y no estribes en el proprio saber. Por cierto el justo no será conturbado por cosa que el Señor Dios ordene sobre él.

Y si algun juicio fuere dicho contra él injustamente, no cuidará mucho dello, ni se ensalzará vanamente si otros tornaren por él con razon; porque piensa que yo soy escudriñador de los corazones, y que no juzgo segun la haz y parescer humano. Que muchas veces se halla, en mis ojos, culpable el que por juicio humano paresce de loar.

Señor Dios, justo juez, constante y paciente, que conosces la flaqueza y poquedad de los hombres, sé tú mi fortaleza, y mi firmeza y confianza, que no me basta mi conciencia. Tú sabes lo que yo no sé, y por eso me debo humillar en cualquiera reprehension, y llevarla con mansedumbre. Perdóname, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez. Mejor es á mí tu misericordia copiosa para alcanzar perdon, que mi pensada justicia para defender lo secreto de mi conciencia : por eso ya no me puedo tener por justo. Porque quitada tu misericordia, no será justificado en tu acatamiento todo hombre que vive (*b*).

CAPITULO LII.

Todas las cosas graves se deben sufrir por la vida eterna.

Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, ni te derriben del todo las tribulaciones; mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere. Yo basto para galardonarte sobre toda medida. No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores. Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males. Vendrá una hora cuando cesará todo trabajo y ruido. Poco y breve es lo que pasa con el tiempo. Esfuérzate pues como haces, y trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardon. Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre con buen corazon lo adverso; que la vida eterna digna es desta y de otras mayores peleas. Vendrá la paz en el dia que el Señor sabe.

Por cierto no será dia ó noche como las deste tiempo; mas luz perpetua, claridad infinita, paz firme, holganza segura, y para siempre duradera. No dirás entónces (*a*): ¿Quién me librará del cuerpo desta muerte? Ni dirás (*b*) : ¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro! Porque la muerte será destruida, y la salud vendrá sin defecto; no habrá congoja, vendrá la bendita alegría, y la compañía dulce y hermosa.

¡Oh, si tú vieses las perdurables coronas de los sanctos en el cielo, y de cuánta gloria gozan agora los que eran en este mundo despreciados y tenidos por indignos de vivir, por cierto luego te humillarias y te bajarias hasta la tierra, y hasta los abismos della, y desearias ser subjecto á todos, ántes que no mandar á uno! Y no cobdiciarias los alegres dias de aquesta triste y tan amarga vida; mas te gozarias de ser atribulado por mí, y te holgarias de ser tenido por nada entre los hombres.

¡Oh, si gustases aquestas cosas, y las rumiases profundamente en tu corazon : no osarias quejarte ni por pensamiento! ¿No te paresce que son de sufrir todas las cosas por la vida eterna? No es de pequeña estima ganar ó perder el reino de Dios. Levanta pues tu rostro en el cielo, mira que yo y todos mis sanctos (los cuales tuvieron grandes y continuos combates en este siglo), agora se gozan, y son consolados y seguros, y huelgan en paz, y permanescerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPITULO LIII.

Del dia de la eternidad, y de las angustias desta vida.

¡Oh bienaventurada morada de la ciudad soberana! Oh dia ilustrísimo de la eternidad, que no lo obscurece noche, mas siempre reluce la summa verdad! Oh dia alegre y para siempre seguro, sin mudanza en contrario! Oh si ya amaneciese este dia, y se acabasen los tiempos! Luce por cierto á los sanctos una perpetua claridad; mas á los que en esta peregrinacion están, no así, sino de léjos como en espejo.

Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel dia; mas los hijos de Eva, desterrados, gimen de ver cuán amargo y enojoso sea este de acá. Los dias deste tiempo, pocos y malos, llenos de dolores y trabajos, donde se ensucia el hombre con muchos pecados, y se enreda en muchas pasiones, y es angustiado de muchos temores, y distraido con muchos cuidados, confundido con errores, envuelto en vanidades, quebrantado con muchos trabajos, agravado de tentaciones, enflaquecido con muchos deleites, y atormentado de pobreza.

¡Oh! ¿cuándo se acabarán todos estos trabajos! Cuándo seré librado de la miserable servidumbre de los vicios? Cuándo me acordaré, Señor, de tí solo? Cuándo me alegraré cumplidamente en tí? Cuándo estaré sin impedimento en la verdadera libertad, sin ninguna pesadumbre del alma y cuerpo? Cuándo tendré firme paz de dentro y de fuera, guardada de toda parte? Cuándo será paz firme y paz sin turbacion? ¡Oh buen Jesus! ¿Cuándo estaré para verte? Cuándo contemplaré tu gloria? Cuándo me serás todo en todas las cosas? Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual has aparejado eternalmente á tus escogidos?

Dejádome has pobre y desterrado en la tierra de los enemigos, donde hay continua guerra y graves desastres. Consuela, Señor, mi destierro, y mitiga mi dolor; porque á tí suspira todo mi deseo. Todo el placer del mundo me paresce pesada carga. Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo comprehenderte. Deseo afijarme á las cosas celestiales, mas agrávanme las temporales, y las pasiones no mortificadas; con el pensamiento me quiero levantar sobre todas las cosas, mas soy forzado de subjectarme á la carne contra mi voluntad. Así yo,

(*a*) Luc. 2. (*b*) Psal. 142. (*a*) Rom. 7. (*b*) Psal. 119.

miserable, peleo conmigo, y á mí mismo me soy enojoso; cuando el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

¡Oh, Señor, y qué padezco cuando pensando en la oracion cosas celestiales, se me ofresce un tropel de cosas carnales! Dios mio, no te alejes de mí, ni te desvíes con ira de tu siervo. Alumbra, y resplandezca tu relámpago, y destrúyelas. Envía tus saetas, y contúrbense todas las fantasías del enemigo. Recoge todos mis sentidos á tí. Hazme olvidar todas las cosas de mundo, y otórgame desechar y menospreciar de presto las imaginaciones de los vicios. Socórreme, verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna. Venga tu santidad, y huya de tu presencia toda torpeza.

Perdóname por tu sanctísima misericordia todas cuantas veces pienso alguna otra cosa fuera de tí. Verdaderamente confieso mi mísera costumbre, que muchas veces estoy en la oracion fuera de lo que debo. Porque muchas veces no estoy allí donde tengo el cuerpo, mas adonde mis pensamientos me llevan. Donde está mi pensamiento, allí estoy; y donde va mi pensamiento á menudo, es señal que allí está todo mi amor. Lo que naturalmente deleita, ó por costumbre me aplace, eso se me ofresce luego. Por lo cual, tú que eres verdad, dijiste (*a*): Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

Si amo el cielo de grado, pienso en sus cosas. Y si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades, y entristézcome de sus adversidades. Si amo la carne, muy muchas veces imagino sus cosas. Y si amo el espíritu, huelgo en pensar en cosas espirituales. Y de todas las cosas que amo, hablo de grado, y oigo hablar, y las imaginaciones traigo conmigo á mi casa.

Bienaventurado aquel que por tu amor da licencia á todo lo criado que se aparte de su memoria, y hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, porque esclarescida su conciencia, te ofrezca oracion pura y limpia, y sea digno de estar entre los coros angélicos, echadas de dentro y de fuera de sí todas las cosas terrenas.

CAPITULO LIV.

Del deseo de la vida eterna, y cuántos bienes están prometidos á los que pelean bien.

Hijo, cuando sientes en tí un deseo vivo de la eterna beatitud, y deseas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, ensancha tu corazon, y recibe con todo amor esta sancta inspiracion. Da muchas gracias á la soberana bondad, que lo hace tan bien contigo, visitándote con clemencia, moviéndote con ardor, levantándote con poderosa mano, para que no caigas en tierra por tu propria pesadumbre.

Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó esfuerzo, mas por solo el querer de la soberana gracia, y del respecto divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te aparejes á los combates que te han de venir, y trabajes de llegarte á mí con todo corazon, y servirme con abrasada voluntad.

Hijo, muchas veces arde el fuego, mas no sube la llama sin humo; así los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales, mas no son libres del amor de la propria affeccion; y por eso no hacen tan puramente por la honra de Dios lo que con muy gran deseo me piden. Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad; por cierto no es puro ni perfecto lo que va inficionado y manchado del proprio interese.

Pide, no lo que es para tí delectable y provechoso, mas lo que es para mí aceptable y honroso. Que si derechamente juzgas, debes anteponer mi ordenacion á tu deseo, y á cualquiera cosa deseada, y seguir mi ordenacion y no tu querer. Yo conozco tu deseo, y bien he oido tus largos gemidos: ya querrias tú estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna y la casa celestial llena de gozo. Mas aun no es venida esta hora, aun es tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de examinacion. Deseas ser lleno de summo bien; mas no puede ser agora. Yo soy: espérame hasta que venga el reino de Dios.

Primero has de ser probado en la tierra, y ejercitado en muchas cosas. Algunas veces serás consolado; mas no te será dada cumplida hartura. Por eso esfuérzate mucho, así en hacer como en padescer las adversidades contra la naturaleza. Conviénete que te vistas del hombre nuevo, y ser mudado en otro hombre. Conviénete hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres. Lo que agrada á los otros irá delante; lo que á tí contenta, no se hará. Lo que dicen los otros será oido; lo que dices tú será contado por nada. Pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás. Otros serán muy grandes en la boca de los hombres; de tí no se hará cuenta. A los otros se encargarán los negocios; tú serás tenido por inútil. Por esto se entristecerá la naturaleza; mas será gran cosa si lo sufrieres callando.

Desta manera en estas cosas y otras semejantes es probado el fiel siervo del Señor, para ver cómo sabe negarse y quebrantarse en todo. Apénas se hallará cosa en que mas te convenga morir á tí mismo, como es en ver y en sufrir lo contrario á tú voluntad; principalmente cuando paresce sin razon y de poco provecho lo que te mandan hacer.

Y porque tú siendo mandado no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te paresce cosa dura andar á la voluntad de otro, y dejar tu proprio parescer. Mas piensa, hijo, el fructo destos trabajos, el fin cercano y el muy grande galardon, y no te serán graves; mas una fuerte consolacion de tu paciencia. Porque por esta poca voluntad que agora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo.

Allí hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear. Allí tendrás en tu poder todo el bien sin miedo de perderlo. Allí será tu voluntad una con la mia para siempre, y no cobdiciarás cosa extraña ni particular. Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, ninguno te impedirá ni contradirá, mas toda cosa deseada tendrás presente juntamente, y hartarás todo tu afecto, y colmarlo has, hasta encima. Allí te daré yo gloria por la injuria que sufriste, y palio de loor por la tristeza; y por el mas bajo lugar la silla del reino perpetua. Allí parescerá el fructo de la obediencia, alegrarse ha el trabajo de la penitencia, y la humilde subjeccion será gloriosamente coronada.

Agora pues inclínate húmilmente debajo la mano de todos, y no cuides de mirar quien lo dijo, ó quien lo mandó; mas ten grandísimo cuidado, agora sea pre-

(*a*) Luc. 21.

lado, ó igual, ó menor el que algo te pidiere ó mandare, que todo lo tengas por bueno, y estudies de cumplirlo con pura voluntad. Busque cada uno lo que quisiere, y gloríese este en esto, y aquel en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú ni en esto ni en aquello, sino gózate en el desprecio de tí mismo, y en la voluntad y honra de Dios. Una cosa debes desear: que por vida ó por muerte sea Dios siempre glorificado en tí:

CAPITULO LV.

Cómo se debe ofrescer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

Señor Dios, Padre sanctísimo, agora y para siempre seas bendito, que así como tú quieres ha sido hecho, y lo que haces es bueno. Alégrese tu siervo en tí, no en sí ni en otro alguno; porque tú solo eres alegría verdadera, esperanza mia y corona mia. Tú, Señor, eres mi gozo y mi honra. ¿Qué tiene tu siervo sino lo que ha recibido de tí sin merescerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y hecho por mí (*a*). Pobre soy, y lleno de trabajos desde mi mocedad, y mi ánima se entristece algunas veces hasta llorar, y otras veces se turba consigo por las pasiones que se levantan.

Deseo el gozo de la paz, pido la paz de tus hijos, que son apascentados por tí en la lumbre de la consolacion. Si me das paz, y derramas en mí tu sancto gozo, será el ánima de tu siervo en cumplida alegría, y muy devota en loarte. Mas si te apartares (como muchas veces lo haces), no podrá correr la carrera de tus mandamientos, mas ántes hincará las rodillas para herir sus pechos; porque no le va como los dias pasados, cuando resplandescia tu candela sobre su cabeza, y era defendida de las tentaciones que venían debajo la sombra de tus alas.

Padre justísimo, digno de ser loado para siempre, venida es la hora en que tu siervo sea probado. Padre, digno de ser amado, justo es que tu siervo padezca algo por tí en esta hora. Padre, digno de ser siempre honrado, venida es la hora que tú sabías eternalmente que habia de venir, en la cual tu siervo esté un poco abatido en lo de fuera; mas viva siempre interiormente delante de tí, sea despreciado y humillado un poco, desechado ante los hombres, sea quebrantado con pasiones y enfermedades, porque resuscite contigo en la alba de la nueva luz, y sea clarificado en los cielos.

Padre sancto, así lo ordenaste y quisiste, y lo que mandaste se ha hecho. Por cierto gran merced es esta que haces á tu amigo, en que padezca algo, y sea atribulado en este mundo por tu amor. Cuantas veces permites que se haga, y de cualquier manera que se hiciere, no se hace cosa en la tierra sin tu consejo y providencia, ni sin causa. Señor, bueno es para mí que me has abatido (*b*), porque aprenda tus justificaciones, y destierre de mi corazon toda soberbia y presumpcion. Provechoso es para mí que la confusion ha cubierto mi rostro, porque así busque á tí para consolarme, y no á los hombres.

Tambien aprendí en esto á temblar de tu espantoso juicio, que afliges al justo con el malo, mas no sin igualdad y justicia. Gracias te hago, Señor, que no dejaste sin castigo mis males, mas afligísteme con azotes de amor, hiriéndome con dolores y angustias de dentro y de fuera. No hay quien me consuele debajo del cielo, sino tú, Dios mio (*c*). Médico celestial de las ánimas, que hieres y sanas, y pones en graves tormentos, y sacas y libras dellos; sea tu correccion sobre mí, y tu castigo me enseñará. Padre mio muy amado, vesme aquí en tus manos, yo me inclino á la vara de tu correccion. Hiere mis espaldas y mi cuello, para que enderece mi torcido querer á tu voluntad.

(*a*) Psal. 87. (*b*) Ibid. 118. (*c*) Tobiæ, 13. Psal. 17.

Hazme piadoso y humilde discípulo, como lo sueles hacer, para que ande á todo tu querer. Todas mis cosas y á mí te encomiendo para que las rijas; mejor es aquí ser corregido, que en lo por venir. Tú sabes todas las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia. Antes que se haga sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te avise de las cosas que se hacen en la tierra. Tú, Señor, sabes lo que me conviene, y cuánto aprovecha la tribulacion para limpiar el orin de los vicios.

Haz conmigo tu deseado contentamiento, y no deseches mi vida pecadora, á ninguno mejor ni mas claramente conoscida que á tí. Señor, otórgame saber lo que debo saber, amar lo que se debe amar, y loar lo que á tí solo es agradable, y estimar lo que te paresce precioso, y aborrescer lo que en tus ojos es feo. No me dejes juzgar segun la vista de los ojos, ni sentenciar segun el oido de los ignorantes; mas dame gracia que pueda discernir entre lo visible y lo espiritual con verdadero juicio, y sobre todo buscar siempre la voluntad de tu contentamiento.

Muchas veces se engañan los sentidos en juzgar, y los mundanos en amar solamente lo visible. ¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro le alabe? El falso engaña al falso, el vano al vano, y el ciego al ciego, y el enfermo al enfermo cuando lo ensalza. Y mas verdaderamente lo echa en vergüenza cuando vanamente lo alaba. Porque cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no mas, como dice el humilde Sant Francisco.

CAPITULO LVI.

Debemos ocuparnos en cosas bajas cuando cesan las altas.

Hijo, no puedes estar continuo en el ferviente deseo de las virtudes, ni en el mas alto grado de la contemplacion. Necesario es por la corrupcion del pecado original que desciendas algunas veces á cosas bajas, y tambien á llevar la carga desta vida, aunque te pese. En tanto que traes el cuerpo mortal, enojo sentirás y pesadumbre de corazon. Por eso conviene gemir muchas veces estando en la carne, por el peso de la carne. Porque no puedes ocuparte perfectamente en los estudios espirituales, y en la divina contemplacion. Cuando así te hallares pesado, conviene que tomes obras exteriores, y que te recrees en buenos actos, esperando mi venida con firme confianza. Y sufre con paciencia el destierro y la sequedad del espíritu, hasta que otra vez yo te visite, y seas librado de toda congoja.

Yo te haré olvidar los enojos, y haré que goces de gran reposo interior. Yo extenderé ante tí los prados de las escripturas, para que ensanchado tu corazon corras la carrera de mis mandamientos, y digas (*a*): No son iguales las pasiones deste tiempo en comparacion de la gloria que nos será manifestada.

(*a*) Rom. 8.

CAPITULO LVII.

No se estime el hombre por digno de consuelo, pues lo es de tormentos.

Señor, no soy digno de tu consolacion, ni de alguna visitacion espiritual, y por eso justamente lo haces cuando me dejas pobre y desconsolado. Que puesto que yo pudiese derramar tantas lágrimas como el mar, no sería aun digno de tu consolacion. Por eso no soy digno sino de ser azotado y castigado, porque yo te ofendí gravemente muchas veces, y pequé mucho y en muchas maneras. Así que bien mirado no soy digno de bien alguno por pequeño que sea.

Mas tú, piadoso y misericordioso Dios, que no quieres que tus obras perezcan, por mostrar las riquezas de tu bondad en los vasos de tu misericordia, aun sobre todo merescimiento tienes por bien de consolar tu siervo sobre toda manera humana. Por cierto, Señor, tus consolaciones no son como las humanas.

¡Oh Señor! ¿qué he hecho para que tú me dieses alguna consolacion? Yo no me acuerdo haber hecho algun bien; mas haber sido siempre inclinado á vicios, y muy perezoso á emendarme. Esto es verdad, y no lo puedo negar yo; si dijese otra cosa, tú estarias contra mí, y no habria quien me defendiese. Señor, ¿qué he yo merescido por mis pecados sino el infierno? Yo conozco en verdad que soy digno de todo escarnio, y que no merezco morar entre tus devotos. Y aunque yo oiga esto con tristeza, reprehenderé mis pecados contra mí por la verdad, porque fácilmente merezca alcanzar tu gran misericordia.

¿Qué diré yo, pecador, lleno de toda confusion? No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: Pequé, Señor, pequé, ten misericordia de mí. Déjame un poquito llorar mi dolor, ántes que vaya á la tierra tenebrosa, cubierta de obscuridad de muerte (*a*). ¿Qué es lo que pides principalmente al culpado y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados? De la verdadera contricion y humildad de corazon nasce la esperanza del perdon, y se reconcilia la conciencia turbada, y se repara la gracia perdida, y se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en sancta paz Dios y el ánima que á él se convierte.

Señor, el humilde arrepentimiento de los pecados es á tí sacrificio muy acepto, que huele mas suave en tu presencia que el incienso. Este es el ungüento agradable que tú, Señor, quisiste que se derramase sobre tus sagrados piés, porque nunca desechaste el corazon humillado. Allí está el lugar del refugio para el que huye de la cara del enemigo; allí se emienda y se alimpia lo que en otro lugar ha sido contrahecho y ensuciado.

CAPITULO LVIII.

La gracia no se mezcla con los que saben las cosas terrenas.

Hijo, preciosa es mi gracia; no sufre mezcla de cosas extrañas ni de consolaciones terrenas. Mucho conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas recibir en tu ánima su influencia. Busca lugar secreto, huélgate de morar contigo, deja las pláticas, y ora devotamente á Dios, para que te dé compunccion de corazon, y pureza de conciencia: estima todo el mundo en nada.

(*a*) Job. 10.

El vacar á Dios antepon á todas las cosas exteriores; porque no podrás vacar ni gustar de mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio. Por eso conviene desviarte de conoscidos y de amigos, y tener el ánima privada de todo placer temporal. Así lo ruega el apóstol Sant Pedro, que todos los fieles cristianos se abstengan en este mundo como peregrinos (*a*).

¡Oh cuánta confianza tendrá el que está á la muerte, si siente que no le detiene cosa alguna deste mundo! Mas el ánima flaca no entiende aun qué cosa sea tener el corazon apartado de toda cosa, ni el hombre animal conosce la libertad del hombre interior. Mas si quiere ser verdadero espiritual, conviene que renuncie los de léjos y los de cerca, y se guarde de todos, y mas de sí mismo. Si te vences á tí perfectamente, todo lo demas lo juzgarás fácilmente.

La perfecta victoria es vencerse á sí mismo. El que tiene obediente la sensualidad á la razon, y la razon á mí en todas las cosas, aquel es verdadero vencedor de sí mismo y señor del mundo. Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y poner la segur á la raiz, porque arranques y destruyas la secreta y desordenada inclinacion que tienes á tí mismo, y á todo bien proprio y corporal.

Deste amor desordenado que se tiene el hombre á sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer; el cual vencido y señoreado, luego hay gran paz y sosiego. Mas porque pocos trabajan de morir perfectamente á sí mismos, y porque no salen del proprio amor, por eso se están envueltos en sí, y no se pueden levantar sobre sí en espíritu. Mas el que desea andar conmigo libre, conviene que mortifique todas sus desordenadas afecciones, y que no se pegue á criatura alguna con amor de concupiscencia.

CAPITULO LIX.

De los movimientos de la naturaleza y de la gracia.

Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, que muy contraria y sutilmente se mueven: en tanto, que con dificultad se conoscen sino por varones espirituales. Todos desean el bien, y en dichos y hechos buscan algun bien, y por eso muchos se engañan so color del bien.

La naturaleza es astuta, y trae á muchos enlazados y engañados, y siempre se pone á sí por principal fin; mas la gracia conversa y anda sin doblez, desvíase de todo color de mal, no busca engaños, mas hace todas las cosas puramente por Dios, en el cual descansa como en su fin. La naturaleza no quiere morir de gana, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sojuzgada; la gracia estudia en la propria mortificacion, y resiste á la sensualidad, quiere ser subjecta, desea ser vencida, no quiere usar de su propria libertad, huelga de estar debajo de correccion y disciplina, no cobdicia señorear á alguno, mas servir y estar debajo de la mano de Dios, y por Dios está aparejada á obedescer con toda humildad á cualquier humana criatura.

La naturaleza trabaja de continuo por su interes, y tiene el ojo á la ganancia que le puede venir; la gracia considera el provecho de muchos y no el suyo. La naturaleza muy de gana recibe la honra y la reverencia; la gracia fidelísimamente atribuye á solo Dios la honra y la

(*a*) 1. Petr. 2.

gloria. La naturaleza teme la confusion y el desprecio; mas la gracia alégrase en sufrir injurias por el nombre de Jesus. La naturaleza ama el ocio y la holganza corporal; mas la gracia no puede estar ociosa, ántes abraza de buena voluntad el trabajo.

La naturaleza quiere tener cosas curiosas y hermosas, y aborresce las viles y groseras; mas la gracia deléitase con cosas llanas y bajas, no desecha las asperezas, ni rehusa de vestir ropas viejas. La naturaleza mira lo temporal, y gózase de las ganancias terrenas, entristécese del daño, y aírase de cualquier palabra injuriosa; mas la gracia mira las cosas eternas, y no está arrimada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se aceda con duras palabras, porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde ninguna cosa peresce.

La naturaleza es cobdiciosa, y de mejor gana toma, que da, y ama las cosas particulares; mas la gracia es piadosa y commun para todos, evita la singularidad, y conténtase con lo poco, y tiene por mayor felicidad dar que recibir (*a*). La naturaleza inclínanos á las criaturas y á la propria carne, á la vanidad y á distraimientos; mas la gracia llévanos á Dios y á las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo, y aborresce los deseos de la carne, y refrena los pasos vanos, y averguénzase de parescer en público.

La naturaleza de gana toma cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos; mas la gracia en solo Dios se quiere consolar, y deleitarse en un summo bien sobre todo lo visible. La naturaleza cuanto hace es por su proprio interese y ganancia, y no puede hacer cosa de balde, mas espera alcanzar otro tanto, ó mas ó mejor, ó loor ó favor, y cobdicia que sean sus cosas y sus dádivas muy estimadas; mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio sino á solo Dios, y de lo temporal no quiere mas que cuanto basta para conseguir lo eterno.

La naturaleza se alegra de muchos amigos y parientes; gloríase del noble lugar, y del gran linaje; sigue el apetito de los poderosos, lisonjea los ricos, regocija á sus iguales; la gracia aun á los enemigos ama, y no se ensalza por los muchos amigos, ni estima el lugar ni linaje de donde viene, si no hay en ello mayor virtud; más favorece al pobre que al rico, tiene mayor compasion del innocente que del poderoso; alégrase con el verdadero, y no con el mentiroso; amonesta siempre á los buenos que sean mejores, y que por las virtudes imiten al Hijo de Dios.

La naturaleza luego se queja del trabajo y de la mengua; mas la gracia sufre con buen rostro la pobreza. La naturaleza todas las cosas retorna á sí, y por sí pelea y porfía; la gracia todo la refiere á Dios, de donde originalmente mana; ningun bien atribuye á sí, ni presume vanamente; no contiende ni prefiere su razon á las otras; mas en todo sentido y entendimiento se subjecta á la sabiduría eterna y al divino exámen.

La naturaleza desea saber y oir nuevos secretos, y quiere mostrarse de fuera, y experimentar muchas cosas con los sentidos; desea ser conoscida, y hacer cosas de donde proceda loor y fama; mas la gracia no cuida de entender cosas nuevas y delgadas; porque esto todo nasce de la vieja corrupcion, como no haya cosa nueva ni durable sobre la tierra. Así que enseña á recoger los sentidos, y á evitar la vana pompa y contentamiento, y esconder húmilmente las cosas maravillosas y dignas de loor, y busca como saque de toda cosa y de toda ciencia provechoso fructo, y el loor y honra de Dios. No quiere que él ni sus cosas sean pregonadas; mas desea que Dios sea glorificado en sus dones, que los da á todos de purísimo amor.

Aquesta gracia es una lumbre sobrenatural, y un singularísimo don de nuestro Señor Dios, y propriamente una señal de los escogidos, y una prenda de la salud eterna, que levanta los hombres de lo terreno á amar lo celestial, y de carnales los hace espirituales. Así que cuanto mas la naturaleza es apremiada y vencida, tanto es de mayor gracia infundida, y cada dia es reformado el hombre interior, segun la imágen de Dios, con nuevas visitaciones.

(*a*) Act. 20.

CAPITULO LX.

De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

Señor Dios mio, que me criaste á tu imágen y semejanza, otórgame esta gracia, la cual me mostraste ser tan preciosa y muy necesaria á la salud; porque yo pueda vencer mi dañada naturaleza, que me lleva á los pecados y á la perdicion. Yo siento en mi carne la ley del pecado que contradice á la ley de mi alma (*a*), y me lleva cautivo á consentir en muchas cosas á la sensualidad; y no puedo resistir á sus pasiones, si no está presente en mi corazon tu sanctísima gracia, derramada con amor ardentísimo. Menester es tu gracia, y muy grande gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su mocedad; porque despues de la caida de Adan quedó corrupta por el pecado; y así desciende en todos los hombres la pena desta mancilla.

De manera que la misma naturaleza que fué criada por tí buena y derecha, ya se cuenta por vicio y enfermedad de la naturaleza corrupta, porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la trae á lo malo y á las cosas exteriores. Y una poquita fuerza que le ha quedado, es como una centellita escondida en la ceniza. Esta es la razon natural, cercada de grande obscuridad, que tiene todavía un juicio libre del bien y del mal, y conosce la diferencia de lo verdadero y de lo falso; aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le paresce bueno, ni usa de la cumplida luz de la verdad, ni tiene sanas sus afecciones.

De aquí viene, Dios mio, que yo segun el hombre interior me deleito en tu ley (*b*), sabiendo que tu mandamiento es bueno, justo y sancto; y juzgo que todo mal y pecado se debe huir; mas con la carne sirvo á la ley del pecado, pues obedezco mas á la sensualidad que á la razon. De aquí es que tengo un buen querer, mas no hallo poder para lo cumplir. De aquí procede que propongo muchas veces hacer muchos bienes; mas como falta la gracia para ayudar á mi flaqueza, con poca contradiccion torno atras y desfallezco. De aquí tambien viene que conozco la senda de la perfeccion, y veo claramente cómo la deba seguir; mas agravado del peso de mi propria corrupcion, no me levanto á cosas mas perfectas.

¡Oh Señor, y cuán necesaria me es tu gracia para comenzar el bien, y para crecer en él, y para perficionar-

(*a*) Rom. 7. (*b*) Ibid. 7.

lo! Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; mas en tí todo lo puedo, confortado con ella. ¡Oh gracia verdaderamente celestial! sin tí ningunos son los merescimientos proprios; no valen nada los dones naturales, ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio, ni la elocuencia, ni hay cosa en los hombres, que valga algo ante tí, Señor mio, sin tu gracia. Porque los dones espirituales, communes son á buenos y á malos; mas la gracia y amor es proprio don de los escogidos: con la cual señalados, son dignos de la vida eterna.

Tanto es altísima esta gracia, que ni el don de la profecía, ni la operacion de milagros, ni ningun saber, por sutil que sea, es estimado en algo sin ella. Aun mas digo, que ni la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes son á tí aceptas sin caridad y gracia. ¡Oh beatísima gracia, que haces al pobre de espíritu rico en virtudes, y al rico en lo temporal, tornas humilde de corazon!

Ven y desciende á mí, y hínchemе de tu consolacion, porque no desmaye mi ánima de cansancio y sequedad de corazon. Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, que de verdad me basta tu gracia, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea. Si fuere tentado y atormentado de tribulaciones, no temeré los males estando tu gracia conmigo. Ella es mi fortaleza, ella es mi consejo y mi favor: mucho mas poderosa es que todos los enemigos; muy mas sabia que cuantos saben; maestra es de la verdad, y enseña la disciplina, alumbra el corazon, consuela en los trabajos, y destierra la tristeza, quita el temor, y aumenta la devocion, y produce dulces lágrimas. ¿Qué soy yo sin ella sino un madero seco, y un tronco sin provecho? ¡Oh Señor! prevéngame tu gracia siempre, y acompáñeme, y hágame continuamente muy diligente en buenas obras, por Jesucristo tu Hijo. Amen.

CAPITULO LXI.

Que debemos negarnos, y seguir á Cristo por la cruz.

Hijo, cuanto puedes salir de tí, tanto puedes pasarte á mi. Así como perdiendo la cobdicia de lo exterior se gana la paz interior, así la negacion y desprecio interior causa la union y amistad de Dios. Yo quiero que aprendas la perfecta negacion de tí mismo en mi voluntad, sin queja ni contradiccion.

Sígueme, yo soy carrera, verdad y vida (*a*). Sin camino no hay por donde andar; sin verdad no hay por donde acertar, y sin vida no hay quien pueda vivir. Yo soy la carrera que debes seguir, la verdad á quien debes creer, y la vida que debes esperar. Yo soy carrera que no puede ser cegada, y verdad que no puede ser engañada, vida que no puede ser acabada. Yo soy camino muy derecho, verdad summa, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada.

Si permanescieres en mi carrera, conoscerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la bienaventuranza. Si quieres entrar á la vida, guarda los mandamientos (*b*); si quieres conoscer la verdad, créeme; si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes; si quieres ser mi discípulo, niégate á tí mismo (*c*); si quieres poseer la vida eterna, desprecia esta presente; si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo.

Y si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo; que solo los siervos de la cruz hallan la carrera de la bienaventuranza, y de la verdadera luz. Señor mio Jesucristo, porque tu carrera es estrecha y despreciada en el mundo, otórgame que desprecie yo el mundo contigo, que no es mejor el siervo que el señor, ni el discípulo que el maestro (*d*). Ejercítese tu siervo en imitar tu vida, que en ella está mi salud y la sanctidad verdadera. Cualquiera cosa que fuera della oigo ó leo, no me harta ni recrea del todo.

Hijo, pues sabes esto, y has leido tanto, si lo hicieres serás bienaventurado. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama, y yo le amaré, y me manifestaré á él, y le haré asentar conmigo en el reino de mi Padre (*e*). Pues, Señor, así como lo dijiste y prometiste, así me da tu gracia para que yo lo merezca. De tu mano recibí la cruz, y yo la llevaré hasta la muerte, así como tú me la pusiste.

La vida del buen cristiano cruz es; mas es guia para la gloria; pues ya es comenzada, no conviene tornar atras. Ea, hermanos mios, vamos juntos, que Jesus será con todos nosotros: por él tomamos la cruz, por él perseveremos en ella. Jesus, que es nuestro capitan y adalid, será nuestro ayudador. Mirad que nuestro Rey va delante de nosotros, y que peleará por nosotros: sigámosle con esfuerzo, y no nos espantemos; estemos aparejados á morir con ánimo en la batalla; no demos tal afrenta á nuestra honra, que huyamos de la cruz.

CAPITULO LXII.

No debe acobardarse el que cae en algunas flaquezas.

Hijo, mas me agrada la paciencia y humildad en lo adverso, que la mucha consolacion y devocion en lo próspero. ¿Por qué te entristece una pequeña cosa hecha ó dicha contra tí, que aunque mas fuera no debias enojarte? Déjalo agora pasar, porque no es lo primero ni nuevo, ni será lo postrero, si mucho vivieres. Harto esforzado te muestras cuando ninguna cosa contraria te viene, y aconsejas muy bien, y consuelas y esfuerzas á otros; mas cuando viene á tu puerta alguna súbita tribulacion, luego te falta consejo y esfuerzo.

Mira tu flaqueza, pues la ves por experiencia aun en muy livianos acaescimientos; mas sábete que se hace por tu salud cuando estas ó otras cosas semejantes acaescen. Pon me á mí en tu corazon como mejor supieres, y si te tocare la tribulacion, á lo ménos no te derribe ni embarace mucho tiempo. Súfrela á lo ménos con paciencia, si no puedes con alegría. Y si oyes algo contra razon, y sientes alguna indignacion, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que escandalice á algun flaco: presto se amansará el ímpetu que en tu corazon se levantó, y el dolor interior se volverá en dulzor, tornando la gracia. Vivo yo, dice el Señor, aparejado para ayudarte, y para consolarte mucho mas de lo acostumbrado, si confías en mí, y me llamas con devocion.

Sosiega tu ánima, y apercíbete para trances mayores. Y aunque te veas muchas veces atribulado, ó gravemente tentado, no es ya por eso todo perdido. Hombre eres y no Dios, carne y no ángel; ¿cómo puedes tú estar siempre en un mismo estado de virtud, pues le faltó al ángel en el cielo, y al primer hombre en el paraíso? Yo soy el que levantó con entera salud á los llorosos, y traigo á mi

(*a*) Joan. 6. (*b*) Matt. 19. (*c*) Ibid. 19.

(*d*) Joan. 13. (*e*) Ibid. 14.

divinidad los que conoscen su enfermedad. Señor, bendita sea tu palabra, dulcísima para mi boca mas que la miel y el panar. ¿Qué haria yo en todas mis angustias si tú no me consolases con tus sanctas palabras? Llegando yo al puerto de la salvacion, ¿qué se me da ver por donde pasé, ó qué padescí? Dame, Señor, buen fin, y dulce partida deste mundo. Dios mio, acuérdate de mí, y guíame por recto camino á tu reino.

CAPITULO LXIII.

No se deben escudriñar las cosas altas y los juicios ocultos de Dios.

Hijo, guárdate de disputar de altas cosas, y de los secretos juicios de Dios: ¿por qué uno es tan desamparado, y otro tiene tanta gracia? ¿Por qué está uno afligido, y otro tan altamente ensalzado? Estas cosas exceden toda humana capacidad; que no basta razon alguna para investigar el juicio divino. Por eso cuando el enemigo te trajere esto tal al pensamiento, ó algunos hombres curiosos lo preguntaren, responde aquello del Profeta (*a*): Justo eres, Señor, y justo tu juicio. Y aquello que dice (*b*): Los juicios del Señor, verdaderos son y justificados en sí mismos. Mis juicios temidos han de ser, no examinados, dice Dios; porque no se comprehenden con humano entendimiento.

Tampoco no te pongas á disputar de los merescimientos de los sanctos, cuál sea mas sancto ó mayor en mi reino. Estas cosas siempre causan contiendas, y disensiones sin provecho, y crian soberbia y vanagloria, de donde nascen invidias y discordias, en tanto que quiere uno preferir locamente un sancto á otro, y otro quiere aventajar á otro. Ciertamente querer saber y inquirir tales cosas, ningun fructo trae, ántes desagradan mucho á los sanctos. Que yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual mas consiste en verdadera humildad, que en la propria estima.

Algunos con celo de amor danse á unos sanctos mas que á otros; y esto mas va por afecto humano que divino. Yo soy el que hice á todos los sanctos, yo les di la gracia, yo les he dado la gloria, y yo sé los méritos de cada uno: yo les previne con bendiciones de mi dulzura, yo conoscí mis amados ántes de los siglos. Yo los escogí del mundo, y no ellos á mí; yo los llamé por gracia, y traje por misericordia, y yo los llevé por diversas tentaciones; yo les envié consolaciones magníficas: yo soy el que les di mi perseverancia, yo coroné su paciencia, yo conozco el primero y el último, yo los abrazo á todos con amor inestimable. Yo soy de loar en todos mis sanctos, yo soy de bendecir sobre todas las cosas, y debo ser loado por cada uno de cuantos he magnificado y predestinado, sin preceder algun merescimiento suyo.

Por eso quien despreciare á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque yo hice al chico y al grande (*c*); y el que quisiere apocar á alguno de los sanctos, á mí apoca, y á todos los otros de mi reino. Todos son una cosa por el ñudo de la caridad, todos de un voto, todos de un querer, y todos se aman en uno; y lo que mas es, que mas me aman á mí que á sí, ni que á todos sus merescimientos; porque levantados sobre sí, sacados de su proprio amor, pasan del todo en mi amor, y en él huelgan con mucho gozo. No hay cosa que los pueda apartar ni bajar; porque llenos de la eterna verdad, arden en fuego de caridad que no se puede apagar.

Callen pues los hombres carnales, no disputen del estado de los sanctos, pues no saben amar sino sus particulares bienes. Quitan y ponen á su parescer, no como agrada á la eterna verdad. Muchos hay llenos de ignorancia, mayormente los que saben poco de espíritu, que tarde saben amar á alguno con perfecto amor espiritual. Tambien hay muchos que los lleva el afecto natural, y la amistad humana, y inclínanse mas á unos sanctos que á otros, y así como sienten de las cosas bajas, así imaginan las celestiales. Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos, y lo que saben los varones espirituales, por lo que les enseña Dios.

Pues guárdate, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden tu saber, mas trabaja que puedas ser siquiera el menor en mi reino. Ya que uno supiese cual es mas sancto que otro en el reino del cielo, ¿qué le aprovecharia si no se humillase ante mí por este conoscimiento, y se levantase á loar mas puramente mi nombre?

Mucho mas agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus proprios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán léjos está de la perfeccion de los sanctos, que el que disputa cuál es el menor ó mayor sancto. Mejor es rogar á los sanctos con devotas oraciones, y con humildes lágrimas invocar su favor, que con una vana pesquisa escudriñar sus secretos. Ellos están bien y muy contentos si los hombres se quisiesen sosegar y refrenar sus vanas lenguas. No se glorían de sus proprios merescimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á mí. Porque yo les di todo cuanto tienen, por infinita caridad, y tan llenos estan de amor divino, y de abundancia de gozo, que ninguna parte de gloria les falta, ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza.

Todos los sanctos cuanto mas altos están en la gloria, tanto mas humildes son en sí mismos, y mas cercanos á mí, y muy mas amados de mí. Por lo cual se dice que arrojaban sus coronas ante Dios, y se postraron de rostro ante el Cordero, y adoraron al que vive sin fin (*d*). Muchos preguntan quién es mayor en el reino de los cielos, que no saben si serán dignos de ser contados con los menores. Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor, donde todos son grandes; porque todos se llamarán hijos de Dios, y lo serán. El menor será grande entre mil, y el pequeñito, en gente muy poderosa.

En el Evangelio se dice que preguntando los discípulos quién fuese el mayor en el reino de los cielos, oyeron estas palabras (*e*): Si no os convirtiéredes y os tornáredes pequeñitos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por eso cualquiera que se humillare como un pequeñito, aquel es el mayor en el reino del cielo.

¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse de su voluntad con los pequeñitos, porque la puerta baja del reino celestial no les dejará entrar (*f*)! Ay de los ricos que tienen aquí sus consolaciones, que cuando entraren los pobres en el reino, quedarán ellos fuera llorando! Gozáos, humildes, y alegráos, pobres, que vuestro es el reino de Dios, si andais ciertamente en verdad.

(*a*) Psalm. 118. (*b*) Ibid. 18. (*c*) Sapient. 6.

(*d*) Apoc. 4. (*e*) Matt. 18. (*f*) Luc. 6.

CAPITULO LXIV.

Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

Señor, ¿qué confianza tengo yo en esta vida, ó cuál es mi mayor placer de cuantos hay debajo del cielo, sino tú, Dios y Señor mio, cuya misericordia no tiene cuento? ¿Adónde me fué bien sin tí, ó cuándo me puede ir mal estando tú presente? Mas quiero ser pobre por tí, que rico sin tí. Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin tí el cielo. Donde tú, Señor, estás, allí es el cielo; y donde no, es muerte é infierno. A tí deseo, y por eso es necesario dar gemidos y voces en pos de tí con viva oracion. Por cierto yo no puedo confiar en alguno que me ayude en las necesidades que se me ofrescen, sino en tí solo, Dios mio. Tú eres mi esperanza, tú mi confianza, tú mi consolador, y muy fiel en todas las cosas. Todos los de acá buscan sus intereses: tú, Señor, solo mi salud y mi aprovechamiento, y todas las cosas me conviertes en bien.

Aunque algunas veces me dejes en diversas tentaciones y adversidades, mas todo lo ordenas para mi provecho; que sueles en mil maneras probar tus escogidos. Y tanto debes ser loado y amado cuando me pruebas, como si me colmases de consolaciones celestiales. En tí pues, Señor y Dios mio, pongo yo toda mi esperanza y refugio, y en tí, Señor, pongo toda mi tribulacion y angustia; porque todo lo que miro fuera de tí, lo veo flaco y movible.

Porque no me aprovecharán ciertamente los muchos amigos, ni me podrán ayudar los defensores valientes, ni los consejeros discretos me darán respuesta provechosa, ni los libros de los letrados me podrán consolar, ni alguna cosa preciosa librar, ni algun secreto lugar defender, si tú mismo no estás presente, y me ayudas, y esfuerzas, y consuelas, y desengañas y guardas. Porque todo lo que paresce algo para ganar la paz y bienaventuranza, es nada si tú estás ausente, ni da en verdad bienaventuranza alguna; y así tú eres fin de todos los bienes, alteza de la vida, abismo de palabras, y esperar en tí sobre todo es grandísima consolacion para tus siervos.

A tí, Señor, levanto mis ojos; en ti confío, Dios mio, Padre de misericordias. Bendice, Señor, y sanctifica mi ánima con bendicion celestial, para que sea morada sancta tuya, y silla de tu eterna gloria, y no haya cosa en este templo de tu dignidad que ofenda los ojos de tu majestad. Mírame, Señor, segun la grandeza de tu bondad, y segun la multitud de tus misericordias, y oye la oracion deste pobre siervo tuyo, desterrado tan léjos en la region de la sombra de la muerte. Defiende y conserva el ánima deste pequeñuelo siervo, entre tantos peligros desta miserable vida; y acompañándola tu gracia, guiala por la carrera de la paz á la patria de la perpetua claridad. Amen.

LIBRO IV.

DEL SANTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

AMONESTACION DEVOTA Á LA SAGRADA COMMUNION.

LA VOZ DE CRISTO.

Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, y yo os recrearé, dice el Señor (*a*). El pan que yo os daré es mi carne; por la vida del mundo (*b*). Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros (*c*). Haced esto en memoria de mí. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está, y yo en él (*d*). Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son (*e*).

CAPITULO PRIMERO.

Con cuánta reverencia se ha de recibir Jesucristo.

Cristo, verdad eterna, estas son tus palabras, aunque no fuéron pronunciadas en un tiempo, ni escriptas en un mismo lugar. Y pues son palabras tuyas, fielmente y muy de grado las debo yo todas recibir. Tuyas son, tú las dijiste, y mias son tambien pues las dijiste por mi salud. Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean mas estrechamente ingeridas en mi corazon. Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor; mas por otra parte mis pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos misterios. La dulzura de tus palabras me convida, mas la multitud de mis vicios me desvía.

Mándasme que me llegue á tí con buena confianza si quisiere tener parte contigo, y que reciba el manjar de la inmortalidad si deseo alcanzar vida y gloria. Tú, Señor, dices: Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, y yo os recrearé. ¡Oh dulce y admirable palabra en la oreja del pecador, que tú, Señor Dios mio, convidas al pobre y al mendigo á la communion de tu sacratisimo cuerpo!

Mas ¿quién soy yo, Señor, que presuma llegar á tí? Veo, Señor, que en los cielos de los cielos no cabes, y tú dices: Venid á mí todos. ¿Qué quiere decir esta tan piadosa misericordia, y este tan amigable convite? ¿Cómo osaré ir, que no conozco en mí cosa buena? ¿De qué puedo presumir? ¿Cómo te introduciré en mi casa, viendo que tantas veces ofendí tu benignísima cara? ¿Los ángeles y arcángeles tiemblan, los sanctos y los justos temen, y tú dices: Venid á mí todos? Si tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién osaria creerlo? Y si tú no lo mandases, ¿quién osaria llegarse á tí?

Veo que Noé, varon justo, trabajó cient años en fabricar una arca para guarecerse con pocos; pues ¿cómo podré yo en una hora aparejarme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo? Moises, tu gran siervo, y tu amigo especial, hizo el arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro muy puro para poner en ella las tablas de la ley; y yo, criatura podrida, ¿osaré recibir tan familiarmente á tí, hacedor de la ley, y dador de la vida? Salomon, que fué el mas sabio de los

(*a*) Matt. 11. (*b*) Joan. 6. (*c*) 1. Cor. 11. (*d*) Joan. 6. (*e*) Ibid. 6.

reyes de Israel, en siete años edificó en loor de tu nombre un magnífico templo, y celebró ocho dias la fiesta de su dedicacion, y ofresció mil sacrificios pacíficos, y asentó con mucha solemnidad el arca del Testamento, con trompas y regocijos, en el lugar que estaba aparejado; y yo, miserable, el mas pobre de los hombres, ¿cómo te meteré en mi casa, que dificultosamente gasto con devocion una hora? Y aun pluguiese á tí, mi Dios, que alguna vez fuese media.

¡Oh Dios mio, y cuánto estudiaron aquellos por agradarte! ¡Y ay de mí, cuán poquito es lo que yo hago cuán poco tiempo gasto en aparejarme para la communion! Pocas veces estoy del todo recogido, y muy ménos de toda distraccion limpio. Por cierto en la presencia saludable de tu deidad no me debria ocurrir pensamiento alguno superfluo, ni me habia de ocupar criatura alguna; porque no voy á recibir en mi aposento algun ángel, mas al Señor de los ángeles.

Y aun mas, que hay grandísima diferencia entre la arca del Testamento con sus reliquias, y tu preciosísimo y purísimo cuerpo con sus inefables virtudes, y entre los sacrificios de la vieja ley (que figuraban los venideros), y el verdadero sacrificio de tu cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios.

Y pues así es, ¿por qué yo no me enciendo mas en tu venerable presencia? Por qué no me aparejo con mas fervor para te recibir en el sacramento, pues los antiguos sanctos, patriarcas y profetas, y los reyes, y los príncipes con todo el pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino? El devotísimo rey David bailó con todas sus fuerzas ante el arca de Dios, y acordándose de los beneficios otorgados á los padres en el tiempo pasado, hizo órganos de diversas maneras, y compuso salmos, y ordenó que se cantasen; y aun él mismo con alegría los cantó muchas veces en su arpa, inspirado de la gracia del Espíritu Sancto, y enseñó al pueblo de Israel á loar á Dios de todo corazon, y bendecirle y predicarle cada dia en consonancia de voces.

Pues si tanta era entónces la devocion, y tanta la memoria del divino loor delante del arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devocion debo yo tener, y todo el pueblo cristiano, en presencia del sacramento, en la communion del excelentísimo cuerpo de Jesucristo? Muchos corren á diversos lugares por visitar reliquias de sanctos, y maravíllanse de oir sus milagros; miran los grandes edificios de los templos, besan los sagrados huesos guardados en oro y seda; ¿y estás tú aquí presente delante de mí en el altar, Dios mio, Sancto de los sanctos, Criador de todas las cosas, Señor de los ángeles, y aun no te miro con devocion?

Muchas veces la curiosidad de los hombres, y la novedad de las cosas que van á ver, es ocasion de ir á visitar cosas semejantes, y dello traen muy poco fructo de emienda, mayormente cuando con liviandad andan de acá para allá sin contricion verdadera. Mas aquí en el sacramento del altar enteramente estás tú presente, Señor mio, Dios hombre Jesucristo, en el cual sacramento se recibe copioso fructo de eterna salud todas las veces que le recibiéremos digna y devotamente. Y á esto no nos trae alguna liviandad, ó otra curiosidad, ni sensualidad; mas la firme fe, esperanza devota, y pura caridad.

¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros, cuán suave y graciosamente lo ordenas con tus escogidos, á los cuales te ofresces en este sacramento para que te reciban! Esto en verdad excede todo entendimiento. Esto especialmente atrae los corazones devotos, y enciende los afectos. Y los mismos verdaderos fieles tuyos, que toda su vida ordenan para se emendar, deste sacramento dignísimo reciben continuamente grandísima gracia, devocion y amor de virtud.

¡Oh admirable gracia, escondida en este sacramento, la cual conoscen solamente los fieles cristianos, mas los infieles y los que en pecados están no la pueden gustar! En este sacramento se da gracia especial, y se repara en el ánima la virtud perdida, y se torna la hermosura afeada por el pecado. Y tanta es algunas veces esta gracia, que del cumplimiento de la devocion no solo el ánima, mas aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.

Por eso es muy mucho de llorar nuestra tibieza y negligencia, que no vamos con vivo fervor á recibir á Cristo, en el cual consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar. Porque él es nuestra sanctificacion y redempcion, él es la consolacion de los que caminan, y eterno gozo de los sanctos. Así que mucho es de llorar el descuido que muchos tienen en este tan salutífero sacramento, que alegra el cielo, y conserva el universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazon humano, que tan poco mira á tan inefable don, ántes de la mucha frecuentacion ha venido á mirar ménos en él! Por cierto si este sanctísimo Sacramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrase por un solo sacerdote en el mundo, maravilla sería con cuánta aficion irian los hombres á aquel lugar á ver aquel sacerdote de Dios, para oirle celebrar los divinos misterios. Mas agora hay muchos sacerdotes, y ofréscese Cristo en muchos lugares, para que tanto se muestre mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada Communion es mas libremente extendida por el mundo.

Gracias se hagan á tí, ó buen Jesus, pastor eterno, que tuviste por bien de recrear á nosotros, pobres y desterrados, con tu precioso cuerpo y sangre, y tambien convidarnos con palabras de tu propria boca á recibir tus divinos misterios, diciendo: Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os recrearé.

CAPITULO II.

Cómo se da al hombre en el sacramento la gran bondad y caridad de Dios.

Señor, confiado de tu bondad y de tu gran misericordia, vengo enfermo al Salvador, hambriento y sediento á la fuente de la vida, pobre al Rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado á mi piadoso consolador. Mas ¿de dónde á mí tanto bien, que tú vengas á mí? ¿Quién soy yo para que te me dés á tí mismo? ¿Cómo osa el pecador parescer ante tí? ¿Y cómo tú tienes por bien de venir al pecador? Tú conosces á tu siervo, y sabes que ningun bien hay en él porque merezca que tú le hagas tan grandísima merced. Yo confieso, Señor, mi vileza, y reconozco tu bondad; loo tu piedad, gracias te hago por tu excelentísima caridad.

Por cierto por tí mismo haces todo esto, no por mis merescimientos; mas porque tu bondad me sea mas manifiesta, y me sea communicada mayor caridad, y la

humildad sea loada mas cumplidamente. Y pues así te place, Señor, y así lo mandaste hacer, tambien me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien. Plégate, Señor, que no lo impida mi maldad. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesus, cuánta reverencia y gracias con perpetua alabanza te son debidas por la communion de tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ninguno se halla que la pueda explicar!

Mas querria saber ¿qué pensaré en esta communion cuando me quiero llegar á tí, Señor, pues no te puedo honrar debidamente, mas deseo recibirte con devocion? Qué cosa mejor y mas saludable pensaré, sino humillarme del todo ante tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí? Alábote, Dios mio, y para siempre te ensalzaré. Despréciome y subjéctome á tí en el abismo de mi vileza. Tú eres el Sancto de los sanctos, y yo el mas vil de los pecadores, y te inclinas á mí que no soy digno de alzar los ojos á tí.

Veo, Señor, que tú vienes á mí, y quieres estar conmigo; tú me convidas á tu mesa, y me quieres dar á comer el manjar celestial, el pan de los ángeles, que no es otra cosa, por cierto, sino tú mismo, pan vivo, que descendiste del cielo, y das vida al mundo. He aquí, Señor, de dónde procede este amor, y se declara que lo tienes por bien. Esta bondad tuya, Señor, es la causa porque tal amor nos tienes, y porque tan gran benignidad nos muestras.

¡Cuán grandes gracias y loores se te deben por tales mercedes! ¡Oh cuán saludable fué tu consejo cuando ordenaste este altísimo sacramento! ¡Cuán suave y cuán alegre convite, cuando á tí mismo te diste en manjar! ¡Oh cuán admirable es tu obra, Señor! Cuán grande tu virtud! Cuán inefable tu verdad! Por cierto tú dijiste, y fué hecho todo el mundo; y así esto es hecho, porque tú mismo lo mandaste.

Maravillosa cosa y digna de creer, y que vence todo humano entendimiento es que tú, Señor Dios mio, verdadero Dios y hombre, eres contenido enteramente debajo de la especie de aquel poco de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe. Tú, Señor de todos, que no tienes necesidad de alguno, quisiste morar entre nosotros.

Por este tu sacramento conserva mi corazon sin mácula; porque pueda muchas veces con limpia y alegre conciencia celebrar tus misterios, y recibirlos para mi perpetua salud; los cuales ordenaste y estableciste, Señor, principalmente para honra tuya y memoria continua de tu pasion. Alégrate, ánima mia, y da gracias á Dios por tan noble don, y tan singular refrigerio como te fué dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas deste misterio, y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redempcion, y te haces particionero de todos los merescimientos de Jesucristo; porque la caridad de Cristo nunca se apoca, y la grandeza de su misericordia nunca se gasta. Por eso te debes disponer siempre á esto con nueva devocion de ánima, y pensar con atenta consideracion este gran misterio de salud. Y así te debe parescer tan grande, tan nuevo y alegre, cuando celebras ó oyes misa, como si fuese el mismo dia en que Cristo descendió y se hizo hombre en el vientre de la Vírgen, ó aquel en que puesto en la cruz padesció y murió por la salud de los hombres.

CAPITULO III.

Que es cosa provechosa commulgar muchas veces.

Vesme aquí, Señor: vengo á tí, porque me vaya bien en este don tuyo, y sea alegre en tu sancto convite, que tú, Dios mio, aparejaste con dulzura para el pobre. En tí está todo lo que puedo y debo desear; tú eres mi salud y redempcion, mi esperanza y fortaleza, mi honra y mi gloria. Pues alegra, Señor, hoy el ánima de tu siervo (*a*), que á tí, Señor Jesus, he yo levantado mi ánima.

Agora te deseo yo recibir con devocion y reverencia; deseo, Señor, meterte en mi casa, de manera que merezca yo como Zaqueo ser bendito de tí, y contado entre los hijos de Abraham. Mi ánima desea recibir tu sagrado cuerpo, y mi corazon desea ser unido contigo. Date, Señor, á mí, y basta; porque sin tí ninguna consolacion satisface; sin tí no puedo ser, y sin tu visitacion no puedo vivir: por eso me conviene llegarme muchas veces á tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino, si fuere privado deste celestial manjar.

Porque tú, benignísimo Jesus, predicando á los pueblos, y curando diversas enfermedades, dijiste (*b*): No quiero consentir que se vayan ayunos, porque no desmayen en el camino. Haz pues agora conmigo desta manera, pues te dejaste en el sacramento para consolacion de los fieles. Tú eres suave hartura del ánima, y quien te comiere dignamente, participante y heredero será de la eterna gloria.

Necesario es á mí por cierto, que tanto trabajo, y tantas veces peco, y tan presto me hago torpe y desmayo, que por muchas oraciones y confesiones, y por la sacratísima Communion me renueve, y me limpie y encienda; porque absteniéndome de commulgar mucho tiempo, podria ser que cayese del mi sancto propósito. Los sentidos del hombre, inclinados son al mal desde su mocedad (*c*), y si no socorre la medicina divina, luego cae el hombre en lo peor.

Así que la sancta Communion retrae del mal, y conforta en lo bueno. Y si commulgando y celebrando soy tan negligente y tibio, ¿qué haria si no tomase tal medicina, y si no buscase remedio tan grande? Y aunque no estoy aparejado para celebrar cada dia, yo trabajaré de recibir los misterios divinos en los tiempos convenibles, y hacerme he participante de tanta gracia; porque es una principalísima consolacion del ánima, fiel en el tiempo desta peregrinacion, que acordándose muchas veces de su Dios, reciba devotamente á su amado.

¡Oh maravillosa voluntad de tu piedad para con nosotros, que tú, Señor Dios, Criador y vida de todos los espíritus, tienes por bien de venir á una pobrecilla ánima, y hartar su hambre con toda tu divinidad y humanidad! Oh dichoso espíritu, oh bendita ánima, que meresce recibir con devocion á tí, Señor Dios suyo, y ser llena de gozo espiritual en tu recibimiento! Oh cuán gran Señor recibe! Oh cuán amado huésped aposenta! ¡Cuán alegre compañero acoge! Cuán fiel amigo acepta! Cuán hermoso y noble esposo abraza; mas de amar que todo lo que se puede amar ni desear! ¡Oh muy dulce amado mio, callen en tu presencia el cielo, la tierra y todo su arreo; porque todo lo que tienen de loar y de mirar, de la bondad de tu franqueza es, y nunca llegarán á tu hermosura, cuya sabiduría no tiene cuento.

(*a*) Psalm. 85. (*b*) Matt. 15. (*c*) Genes. 8.

CAPITULO IV.

Cómo se conceden muchos bienes á los que devotamente commulgan.

Señor Dios mio, anticipa á tu siervo con bendiciones de tu dulzura, porque merezca llegar digna y devotamente á tu magnífico Sacramento. Despierta mi corazon en tí, y despójame de la pesadumbre del cuerpo, y visítame en tu salud, para que guste en tu espíritu suavidad; la cual está escondida en este sacramento muy cumplidamente, así como en fuente.

Alumbra tambien mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio, y esfuérzame para creerlo con firmísima fe; porque esto, Señor, obra tuya es, y no de humano poder. Es sagrada ordenacion tuya, y no invencion de hombres. No hay por cierto ni se puede hallar alguno suficiente por sí, para entender cosas tan altas, que aun á sutileza angélica exceden. Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué puedo escudriñar y entender de tan altísimo Sacramento? Señor, en simplicidad de corazon, en buena y firme fe, y por tu mandado vengo á tí con esperanza y reverencia, y creo verdaderamente que estás presente aquí en este sancto Sacramento Dios y hombre. Y pues quieres, Salvador mio, que yo te reciba, y que me junte á tí en caridad, suplico á tu clemencia, y demando me sea dada una muy especialísima gracia, para que todo me derrita en tí y rebose de amor, y que no cure mas de otra alguna consolacion.

Por cierto este altísimo y dignísimo Sacramento es la salud del ánima y del cuerpo, y medicina de toda enfermedad espiritual; con él se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen y disminuyen, dase mayor gracia, la virtud comenzada cresce, confírmase la fe, esfuérzase la esperanza, enciéndese la caridad, y extiéndese.

De verdad, dulcísimo y suavísimo Señor, muchos bienes has dado y siempre das en este dulcísimo Sacramento á los que te aman, cuando te reciben, Dios mio, recibidor de mi ánima, reparador de la humana enfermedad, y dador de toda consolacion. Que tú les infundes gran consuelo y fortaleza contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su proprio desprecio los levantas á la esperanza de tu defension, y con una nueva gracia los recreas y alumbras de dentro; porque los que ántes de la communion se habian sentido congojosos y sin devocion, despues recreados con manjar y beber celestial, se hallan muy mejorados.

Y esto, Señor, haces así con tus escogidos, porque conozcan verdaderamente, y manifiestamente experimenten que no tienen nada de sí, y sientan la bondad y gracia que de tí alcanzan; porque de sí mismos merescen ser frios, duros, indevotos; mas de tí, Señor, alcanzan ser fervientes, alegres y devotos.

¿Quién llega con humildad á la fuente de la suavidad que no traiga algo de suavidad? ¿O quién está cerca de algun gran fuego, que no reciba algun calor? Y tú, Señor, fuente eres siempre llena y muy abundosa, fuego que continuamente arde y nunca desfallesce. Por tanto, si no me es lícito sacar del hinchimiento de la fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mi boca al agujero de algun cañito celestial, para que á lo ménos reciba de allí alguna gotilla para refrigerar mi sed, porque no me seque del todo. Y si no puedo del todo ser celestial, ni puedo abrasarme como los serafines, trabajaré á lo ménos de darme á la oracion, y aparejaré mi corazon á lo ménos para buscar siquiera una pequeña centella del divino incendio, mediante la humilde communion deste sacramento que da vida.

Todo lo que me falta, buen Jesus, Salvador sanctísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar á todos, diciendo (*a*): Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, y yo os recrearé. Yo, Señor, trabajo, y estoy atormentado con sudor de mi rostro, y con dolor de mi corazon; cargado estoy de pecados, y combatido de tentaciones; envuelto y agravado de muchas y malas pasiones; no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino tú, Señor Dios, Salvador mio. A tí me encomiendo y todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna. Recíbeme para honra y gloria de tu sancto nombre, tú, Señor, que me aparejaste tu cuerpo y sangre en manjar y en beber, y otórgame, Señor Dios, Salvador mio, que crezca el afecto de mi devocion con la continuacion deste misterio.

CAPITULO V.

De la dignidad del sacramento, y del estado sacerdotal.

Aunque tuvieses la pureza de los ángeles, y la sanctidad de Sant Juan Bautista, no serías digno de recibir ni tratar este sanctísimo Sacramento, porque no cabe en humano merescimiento que el hombre consagre y trate el sacramento de Cristo, y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio, y grande es la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles; que solo los sacerdotes ordenados en la Iglesia derechamente, tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo, y el sacerdote es ministro de Dios, y usa de palabras de Dios por el mandamiento y ordenacion de Dios; mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, al cual está subjecta cualquier cosa que quisiere, y le obedesce á todo lo que mandare. Y así mas debes creer á Dios todo poderoso en este excelentísimo Sacramento, que á tu proprio sentido, ó alguna señal visible. Y por eso con temor y gran reverencia debe el hombre llegar á este sacramento.

Mira pues, sacerdote, qué oficio te han encomendado por mano del obispo, mira cómo eres ordenado y consagrado para celebrar. Mira agora que muy fielmente y con devocion ofrezcas á Dios el sacrificio en su tiempo, y te conserves sin reprehension. Mira que no has aliviado tu carga; mas con mayor y mas estrecha caridad estás atado, y á mayor perfeccion estás obligado.

El sacerdote debe ser adornado de todas virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida; su conversacion no ha de ser con los communes ejercicios de los hombres, mas con los ángeles en el cielo, y con los perfectos en la tierra. El sacerdote vestido de las sagradas vestiduras, tiene lugar de Cristo para rogar humilde y devotamente á Dios por sí y por todo el pueblo.

El tiene la señal de la cruz de Cristo ante sí y detras de sí, para que de continuo tenga memoria de su pasion. Ante sí en la casulla trae la cruz, porque mire con cuidado las pisadas de Cristo, y estudie de seguirle con fervor. Detras tambien está señalado de la cruz, porque sufra con paciencia por amor de Dios cualquiera adversidad ó daño que otros le hicieren. La cruz lleva delan-

(*a*) Matt. 11.

te, porque llore sus pecados, y detras la lleva, porque llore por compasion por los ajenos, y sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrescer el sancto sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia.

Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, y alegra á los ángeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, y da reposo á los difuntos, y hácese participnero de todos los bienes.

CAPITULO VI.

Pregúntase qué se debe hacer ántes de la communion.

Señor, cuando yo pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y hállome confuso; porque si no me llego, huyo la vida, y si indignamente me atrevo, caigo en ofensa. ¿Pues qué haré, Dios mio, ayudador mio, consejero mio, en las necesidades? Guíame por tu carrera derecha, y enséñame algun ejercicio convenible á la sagrada Communion. Por cierto utilísimo es saber de qué manera deba yo aparejar mi corazon con reverencia y devocion á tí, Señor, para recibir saludablemente tu sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPITULO VII.

Del exámen de la propria conciencia, y del propósito de la emienda.

Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, tratar y recibir este sacramento con grande humildad de corazon, y con devota reverencia, con entera fe, y con piadosa intencion de la honra de Dios. Examina tu conciencia con diligencia, y segun tu poder, descúbrela, y aclárala con verdadera contricion y humilde confesion de tus pecados, de manera que no te quede cosa grave, ó te remuerda é impida de llegar libremente al sacramento. Ten aborrescimiento muy grande de todos tus pecados generalmente. Y por los pecados y delitos que cada dia cometes, duélete y gime mas particularmente de todo tu corazon.

Y si hay disposicion, confiesa á Dios todas tus miserias en lo secreto de tu corazon; gime y llora, y duélete con entera voluntad, que aun eres tan vano, y tan carnal y mundano, tan vivo en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencias, tan mal guardado en los sentidos exteriores, tan revuelto en vanas fantasías, tan inclinado á las cosas exteriores, y negligente á las interiores, tan lijero á la risa y á la desórden, tan duro para llorar y arrepentirte, tan aparejado á flojedades y regalos de la carne, tan perezoso al rigor y al fervor, tan curioso á oir nuevas, y á ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las cosas bajas y despreciadas, tan cobdicioso de tener muchas cosas, tan encogido en dar, y avariento en retener, indiscreto en hablar, mal sufrido en callar, descompuesto en las costumbres, importuno en las obras, tan desordenado en el comer, tan sordo á las palabras de nuestro Señor Dios, presto para holgar, tardío para trabajar, despierto para las fábulas, tan dormilon para las sagradas vigilias, muy apresurado para acabarlas sin atencion, muy negligente en decir las horas, muy tibio en celebrar, seco y sin lágrimas en commulgar; muy presto distraido, muy tarde ó nunca bien recogido, muy de presto conmovido á ira, aparejado para dar enojos; muy presto para juzgar, riguroso á reprehender; muy alegre en lo próspero, y muy caido en lo adverso, proponiendo de continuo grandes cosas, y nunca poniéndolas en efecto.

Confesados y llorados estos y otros defectos tuyos con dolor y descontento de tu propria flaqueza, propon firmísimamente de emendar tu vida, y mejorarla de continuo. Y despues con total renunciacion y entera voluntad ofréscete á tí mismo en honra de mi nombre en el altar de tu corazon, como sacrificio perpetuo; que es, encomendándome á mí tu cuerpo y tu ánima fielmente, porque merezcas dignamente llegar á ofrescer el sacrificio, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo, porque no hay ofrenda mas digna, ni mayor sacrificio para quitar los pecados, que en la misa y en la communion ofrecerse á sí mismo pura y enteramente en el sacrificio del cuerpo de Cristo. Si el hombre hiciere lo que es en su mano, y se arrepintiere verdaderamente, cuantas veces viniere á mí por perdon y gracia, dice el Señor (*a*), vivo yo, que no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva, porque no me acordaré mas de sus pecados, mas todos le serán perdonados.

CAPITULO VIII.

Del ofrescimiento de Cristo en la cruz, y de la propria renunciacion.

Así como yo me ofrescí á mí mismo por tus pecados á Dios Padre de mi voluntad, extendidas las manos en la cruz, desnudo el cuerpo, en tanto que no me quedaba cosa que todo no pasase en sacrificio para aplacar al Padre, así debes tú cuanto mas entrañablemente puedes, ofrescer á tí mismo de toda voluntad á mí en sacrificio puro y sancto cada dia en la misa, con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa mas quiero de tí, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquier cosa que me das sin tí, no me curo dello, porque no quiero tu don, sino á tí. Así como no te bastarian á tí todas las cosas, sin mí, así no puede agradar á mí cuanto me ofresces, sin tí. Ofréscete á mí, y date todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio. Ya ves cómo yo me ofrescí todo al Padre por tí, y tambien di todo mi cuerpo y sangre en manjar por ser todo tuyo, y que tú quedases todo enteramente mio; mas si te estás en tí mismo, y no te ofresces muy de gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda, ni será entre nosotros entera union.

Por eso ante todas tus obras haz ofrescimiento voluntario de tí mismo en mis manos, si quieres alcanzar libertad y gracia. Por eso hay tan pocos alumbrados y libres de dentro, porque no saben del todo negarse á sí mismos. Esta es mi firme sentencia: que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas (*a*). Por eso si tú deseas ser mi discípulo, ofréscete á tí mismo con todos tus deseos.

CAPITULO IX.

Que debemos ofrescernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos.

Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra, y yo deseo ofrescerme á tí de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre. Señor, con sencillo corazon me ofrezco yo á tí por siervo perpetuo, en servicio y sacrificio de perpetuo loor. Recíbeme con este sancto sacrificio de tu preciosísimo cuerpo, que te ofrezco hoy en presencia de los ángeles que están presentes invisiblemente.

(*a*) Ezech. 33. (*a*) Luc. 14.

Y ruégote, Señor, que sea para salud mia, y de todo el pueblo.

Señor, ofrézcote todos mis pecados y delitos, cuantos yo cometí delante de tí y de tus ángeles; desde el dia que comencé á pecar hasta hoy, todos los pongo sobre tu altar, que amansa tu ira, para que tú, Señor, los enciendas todos juntamente, y los quemes con el fuego de tu caridad, y quites todas las mancillas de mis pecados, y limpies mi conciencia de todo pecado, y me restituyas la gracia que yo perdí pecando, perdonándome plenariamente, y levantándome por tu bondad al beso sancto de la paz.

¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos húmilmente, llorando y rogando á tu misericordia sin cesar? Ruégote que me oigas con misericordia aquí donde estoy delante de tí. Todos mis pecados me descontentan mucho, y no quiero mas cometerlos; pésame dellos, y cuanto yo viviere me pesará mucho; aparejado estoy á hacer penitencia y satisfaccion con todo mi poder. ¡Oh Dios mio, perdona mis pecados por tu sancto nombre, salva mi ánima que redimiste por tu preciosa sangre! Ves aquí, Señor, yo me pongo en tu misericordia, yo me renuncio en tus manos: haz conmigo segun tu bondad, y no segun mi malicia.

Tambien te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque son muy pocos y imperfectos, para que tú los emiendes y sanctifiques, y los hagas agradables á tí y aceptos, y traigas siempre á la perfeccion; y á mí, hombrecillo inútil y perezoso, lleves á muy bienaventurado y loable fin.

Y tambien te ofrezco todos los sanctos deseos de los devotos, y todas las necesidades de mis padres, hermanos, amigos y parientes, y de todos mis conoscidos, y de todos cuantos han hecho bien á mí y á otros por tu amor, y de todos los que desearon y pidieron que yo orase, ó dijese misa por ellos y por todos los suyos, vivos ó difuntos, porque todos sientan el gran favor de tu gracia, y de tu consolacion y defension; y librados de todo peligro, de toda tribulacion y mal, sean muy alegres, y te dén por todo altísimas gracias y crecidos loores.

Tambien te ofrezco estas oraciones y sacrificios agradables, especialmente por los que en algo me han dañado, enojado, afrentado ó vituperado, y por todos los que yo alguna vez enojé, turbé y agravié, afrenté y escandalicé, así por obra como de palabra, por ignorancia ó á sabiendas.

Porque tú, Señor, nos perdones á todos juntamente nuestros pecados, y las ofensas que hacemos unos á otros. Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha, todo deseo de venganza, ira y contienda, y toda cosa que puede estorbar la caridad, y disminuir el amor del prójimo. Señor, habed misericordia y piedad de los que te la demandan. Da tu gracia á los necesitados, y haz que seamos tales, que seamos dignos de gozar de tu gracia, y que aprovechemos para la vida eterna.

CAPITULO X.

No se debe dejar lijeramente la sagrada Communion.

Muy á menudo debes recurrir á la fuente de la gracia y de la divina misericordia, á la fuente de la bondad y de toda la limpieza; porque puedas ser curado de tus pasiones y vicios, y merezcas ser hecho mas fuerte y mas despierto contra todas las tentaciones y engaños del diablo.

El enemigo sabiendo el grandísimo fructo y remedio que está en la sagrada Communion, trabaja por todas las vias que él puede estorbarla á los fieles y devotos cristianos, porque luego que algunos se disponen á la sagrada Communion, padescen peores tentaciones de Satanas, que ántes; porque el espíritu maligno, segun se escribe en Job (*a*), viene entre los hijos de Dios para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos muy temerosos y dubdosos, porque así disminuya su afecto, ó acosándolos les quita la confianza, para que desta manera, ó dejen del todo la communion, ó lleguen á ella tibios y sin fervor.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y fantasías, por mas torpes y espantosas que sean; mas quebrarlas todas en su cabeza y procurar de despreciar al desventurado, y burlar dél, y no se debe dejar la sagrada Communion por todas las malicias y turbaciones que levantare.

Muchas veces tambien estorba para alcanzar devocion la demasiada ansia de tenerla, y la gran congoja de confesarse. Por eso haz en esto lo que aconsejan los sabios, y deja la ansia y escrúpulo, porque estas cosas impiden la gracia de Dios, y destruyen la devocion del ánima.

No dejes la sagrada Communion por alguna pequeñuela tribulacion ó pesadumbre; mas confiésate luego, y perdona de buena voluntad las ofensas que te han hecho, y si tú has ofendido á alguno, pídele perdon con humildad, y así Dios te perdonará de buena gana.

¿Qué aprovecha dilatar mucho la confesion, ó la sagrada Communion? Límpiate en el principio, escupe presto la ponzoña, toma de presto el remedio, y hallarte has mejor que si mucho tiempo lo dilatares. Si hoy lo dejas por alguna ocasion, mañana te puede acaescer otra mayor; y así te estorbarás mucho tiempo, y estarás mas inhábil. Por eso lo mas presto que pudieres sacude la pereza y pesadumbre; que no hace al caso estar largo tiempo con cuidado, envuelto en turbaciones, y por los estorbos cuotidianos apartarte de las cosas divinas.

Antes daña mucho dilatar la communion largo tiempo; porque es causa de estarse el hombre ocupado en grave torpeza. ¡Ay dolor! que algunos tibios y desordenados dilatan muy de grado la confesion, y desean alargar la sagrada Communion, por no ser obligados á guardarse con mayor cuidado. ¡Oh cuán poca caridad, oh cuán flaca devocion, oh cuán poco amor divino tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada Communion!

¡Cuán bienaventurado es, y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y con tanta puridad guarda su conciencia, que cada dia está aparejado á commulgar, deseoso de hacerlo, si así le conviniese, y no fuese notado! Si alguno se abstiene algunas veces por humildad, ó por alguna causa legítima, de loar es, por la reverencia; mas si poco á poco le entrare la tibieza, debe despertarse, y hacer lo que en sí es; y nuestro Señor ayudará á su deseo por la buena voluntad, la cuál él mira especialmente.

Mas cuando fuere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad, y devota intencion de commulgar; y así no carescerá del fructo del sacramento. Porque todo hombre devoto puede commulgar cada dia

(*a*) Job 2.

y cada hora espiritualmente ; mas en ciertos dias, en el tiempo ordenado, debe recibir el sacramento del cuerpo de nuestro Redemptor Jesucristo, con amorosa reverencia.

Y mas se debe mover á ello por loor y honra de Dios, que por buscar su propria consolacion. Porque tantas veces commulga secretamente, y es recreado invisiblemente, cuantas se acuerda devotamente del misterio de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo, y de su preciosísima Pasion, y se enciende en su divino amor.

Mas el que no se apareja en otro tiempo, sino para la fiesta, ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal aparejado. Bienaventurado el que se ofresce á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó commulga. No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar, mas guarda una buena manera, y confórmate con los de tu conversacion : no los enojes; mas sigue la via commun segun la órden de los mayores : y mas debes mirar el aprovechamiento de los otros, que tu propria devocion y deseo.

CAPITULO XI.

El cuerpo de Jesucristo y la sagrada Escriptura son muy necesarios al ánima fiel.

¡Oh dulcísimo Jesus! ¡Cuánta es la dulzura del ánima devota que come contigo en tu convite, en el cual no se da á comer otra cosa sino á tí, que eres único y solo amado suyo, muy deseado sobre todos los deseos de su corazon! ¡Cuánto dulce sería á mí en tu presencia con todas mis entrañas derramar lágrimas, y regar con ellas tus sagrados piés como la piadosa Magdalena!

¿Mas adónde está agora esta devocion? ¿A dónde está el copioso derramamiento de lágrimas sanctas? Por cierto, Señor, en presencia tuya y de tus sanctos ángeles todo mi corazon se debia encender y llorar de gozo; porque en este sacramento yo te tengo presente verdaderamente, aunque encubierto debajo de otra especie; porque no podrian mis ojos sufrir de mirarte en tu propria y divina claridad, ni todo el mundo podria sufrir el resplandor de la gloria de tu Majestad. Y así, en esconderte en el sasacramento, has tenido respecto á la mi gran flaqueza. Ya tengo y adoro verdaderamente aquí á quien adoran los ángeles en el cielo; mas agora en fe, y ellos en clara vista sin velo. Conviéneme aquí contentarme con la lumbre de la fe verdadera, y andar en ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y se vayan las sombras de las figuras.

Cuando viniere lo que es perfecto, cesará el uso de los sacramentos. Porque los sanctos, y bienaventurados, y perfectos que están en la eterna bienaventuranza y en la gloria celestial, no han menester medicina de sacramentos; pues gozan sin fin en la presencia divina, contemplando cara á cara su gloria; y transformados de claridad en claridad en el abismo de la deidad, gustan el Verbo divino encarnado, que fué en el principio, y permanesce para siempre.

Acordándome destas maravillas, cualquier placer (aunque sea espiritual), se me torna en grave enojo. Porque en tanto que no veo claramente á mi Señor Dios en su gloria, no estimo en nada cuanto en el mundo veo y oigo. Tú, Dios mio, eres testigo que cosa alguna no me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso, sino tú, Dios mio, á quien deseo contemplar eternalmente. Mas esto no se puede hacer en tanto que dura la carne mortal. Por eso conviéneme tener mucha paciencia, y subjectarme á tí en todos mis deseos. Porque tus sanctos, que agora gozan contigo en tu reino, cuando en este mundo vivian, esperaban en fe y grande paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron creo yo; lo que esperaron espero; y adonde llegaron finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar. En tanto andaré en fe, confortado con los ejemplos de los sanctos.

Tambien tengo sanctos libros, que son para consolacion y espejo de la vida, y sobre todo el cuerpo sanctísimo tuyo por singular remedio y refugio. Yo conozco que tengo grandísima necesidad en esta vida de dos cosas, sin las cuales no la podria sufrir, detenido en la cárcel deste cuerpo: que son mantenimiento y lumbre. Así que me diste como á enfermo tu sagrado cuerpo para recreacion del ánima y del cuerpo, y pusiste para guiar mis pasos una candela, que es tu palabra. Sin estas dos cosas yo no podria vivir bien; porque la palabra de tu boca luz es del ánima, y tu sacramento es pan de vida.

Tambien estas se pueden decir dos mesas puestas en el sagrario de la sancta Iglesia, de una parte y de otra. La una mesa es el sancto altar, donde está el pan sancto, que es el cuerpo preciosísimo de Cristo : la otra es de la ley divina, que contiene la sagrada doctrina, y enseña la recta fe, y nos lleva firmemente hasta lo secreto del velo, donde está el Sancto de los sanctos.

Gracias te hago, Señor Jesus, luz de la eterna luz, por la mesa de la sancta doctrina que nos administraste por tus sanctos siervos los profetas y apóstoles, y por los otros doctores. Gracias te hago, Criador y Redemptor de los hombres, que para declarar á todo el mundo tu caridad, aparejaste tan gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu sanctísimo cuerpo y sangre, para alegrar á todos los fieles con el sagrado convite, embriagándolos con el cáliz de la salud : en el cual están todos los deleites del paraíso, y comen con nosotros los sanctos ángeles, aunque con mayor suavidad.

¡Oh cuán grande y venerable es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es otorgado consagrar al Señor de la Majestad con palabras sanctas, y bendecirlo con sus labios, y tenerlo en sus manos, recibirlo con su propria boca, y mostrarlo á otros!

¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán sancto el cuerpo, cuán sin mancilla el corazon del sacerdote, donde tantas veces entra el hacedor de la pureza! De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea sancta y honesta, pues tan continuamente recibe el sacramento de Cristo. Sus ojos han de ser simples y castos, pues miran el cuerpo de Cristo. Las manos han de ser puras y levantadas al cielo por oracion, pues suelen tocar al Criador del cielo y de la tierra. A los sacerdotes especialmente se dice en la ley (*a*) : Sed sanctos, que yo, vuestro Señor y vuestro Dios, sancto soy.

¡Oh Dios todo poderoso, ayúdenos tu gracia para que los que recibimos el oficio sacerdotal, podamos digna y devotamente servirte con buena conciencia en toda pureza! Y si no podemos conversar en tanta innocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los males que habemos hecho ; porque podamos de aquí

(*a*) Levit. 11.

adelante servirte con mayor fervor en espíritu de humildad y propósito de buena voluntad.

CAPITULO XII.

Débese aparejar con grandísima diligencia el que ha de recibir á Cristo.

Yo soy amador de pureza, y dador de toda sanctidad; yo busco el corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso. Aparéjame un palacio grande, bien aderezado, y haré contigo la pascua con mis discípulos. Si quieres que venga á tí, y me quede contigo, limpia de tí la vieja levadura, y limpia la morada de tu corazon; desecha de tí todo el mundo, y todo el ruido de los vicios. Asiéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus pecados en amargura de tu ánima. Cualquier persona que ama á otra, apareja buen lugar y muy aderezado para recibirla. Porque en esto se conosce el amor del que hospeda al amado.

Mas sábete que no puedes cumplir este aparejo con el mérito de tus obras, aunque un año entero te aparejases y no tratases otra cosa en tu ánima; mas por sola mi piedad y gracia se permite llegar á mi mesa: como si un pobre fuese llamado á la mesa de un rico, y no tuviese otra cosa para pagar el beneficio, sino humillándose, y agradescerlo.

Haz lo que es en tí y con mucha diligencia, no por manera de costumbre, ni por necesidad; mas con temor, y reverencia, y amor, recibe el cuerpo del Señor Dios tuyo, que tiene por bien de venir á tí. Yo soy el que te llamé, y el que mandé que se hiciese así; yo supliré lo que te falta, ven y recíbeme. Cuando yo te doy gracia de devocion, da gracias á Dios, no porque eres digno, mas porque hubo misericordia de tí.

Y si no tienes devocion, y te sientes muy seco, continúa la oracion, da gemidos, llama, y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, ó una gota de saludable gracia. Tú me has menester á mí, que no yo á tí. No vienes tú á sanctificarme á mí; mas yo á sanctificarte y mejorarte. Tú vienes para que seas por mí sanctificado y unido conmigo, para que recibas nueva gracia, y de nuevo te enciendas para mejor perfeccion. No desprecies esta gracia; apareja continuamente con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí tu amado.

Y tambien conviene que te aparejes á la devocion y sosiego no solo ántes de la communion, mas que te conserves y guardes en ella despues de recibido el sanctísimo Sacramento. Ni se debe tener menor guarda despues, que el devoto aparejo primero; porque la buena guarda despues es muy mejor aparejo para alcanzar otra vez mayor gracia. Porque de aquí viene á hacerse el hombre muy indispuesto, por desordenarse y derramarse luego en los placeres exteriores. Guárdate de hablar mucho, y recógete á algun lugar secreto, y allí goza de tu Dios, pues tienes al que todo el mundo no te puede quitar, yo soy á quien del todo te debes dar. De manera que ya no vivas mas en tí, sino en mí, sin ningun cuidado.

CAPITULO XIII.

Cómo el ánima devota con todo su corazon debe desear la union de Cristo en el sacramento.

Señor, ¿quién me dará que te halle solo, y te abra mi corazon, y te goce como mi ánima desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva; mas tú solo me hables, y yo á tí, como suele amar el amado á su amado, y conversar un amigo con otro? Esto ruego, y esto deseo: que sea unido todo á tí, y aparte ya mi corazon de todo lo criado, y que por la sagrada Communion, y por la frecuencia del celebrar, aprehenda mas á gustar cosas celestiales y eternas. ¡Oh Señor Dios mio! ¿cuándo estaré todo unido contigo, y absorto en tí, y del todo olvidado de mí, y que tú seas en mí, y yo, Señor, en tí, y que así estemos juntos en uno?

Verdaderamente tú eres mi amado, escogido en muchos millares, con el cual desea morar mi ánima todos los dias de su vida. Verdaderamente tú eres muy pacífico, en tí está la summa paz y la verdadera holganza; fuera de tí todo es trabajo, y dolor, y miseria infinita. Verdaderamente tú eres Dios escondido, y tu consejo no es con los malos; mas con los humildes y sencillos es tu habla. ¡Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, que tienes por bien para mostrar tu dulzura de mantener tus hijos del pan suavísimo que desciende del cielo! Verdaderamente no hay otra nacion tan grande que tenga sus dioses tan cerca de sí, como tú, Dios nuestro, estás cerca de tus fieles, á los cuales te das para que te coman, y gocen con gozo continuo, y para que levanten su corazon en el cielo.

¿Qué gente hay alguna nobilísima, como es el pueblo cristiano, ó qué criatura hay debajo del cielo tan amada como el ánima devota, á la cual entra Dios á apascentar de su gloriosa carne? ¡Oh inexplicable gracia! Oh maravillosa bondad! Oh amor sin medida, dado singularmente al hombre! ¿Qué daré yo al Señor por esta gracia y caridad tan grande? No hay cosa mas agradable que le pueda yo dar que es mi corazon todo entero, para que se junte á él entrañablemente. Entónces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi ánima fuere unida perfectamente á Dios. Entónces me dirá él: Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo. Y yo le responderé: Señor, ten por bien de quedarte conmigo, que yo de buena voluntad quiero estar contigo. Esto es todo mi deseo, que mi corazon esté unido contigo.

CAPITULO XIV.

Del encendido deseo de algunos devotos á la sagrada Communion del cuerpo de Cristo.

¡Oh Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen (*a*)! Cuando me acuerdo de algunos devotos á tu sacramento, que llegan á él con gran devocion y afecto, quedo muy confuso y avergonzado en mí, que llego tan frio y tan tibio á tu altar, y á la mesa de la sagrada Communion, y me hallo tan seco y sin dulzura de corazon, y que no estoy enteramente encendido ante tí, Dios mio, ni soy llevado ni aficionado del vivo amor, como fuéron muchos devotos, los cuales del gran deseo de la communion, y del amor que sentian en el corazon, no pudieron detener las lágrimas, mas con la boca del corazon y del cuerpo suspiraban con todas sus entrañas á tí, Señor y Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otra manera, sino recibiendo tu cuerpo con toda alegría y deseo espiritual.

¡Oh verdadera y ardiente fe la de aquestos! la cual es manifiesta prueba de tu sagrada presencia. Porque estos verdaderamente conoscen á su Señor en el partir

(*a*) Psal. 30.

del pan; pues su corazon arde en ellos tan vivamente, porque Jesus anda con ellos. ¡Oh cuan léjos está de mí muchas veces tal afeccion y devocion, y tan grande amor y fervor!

Séme piadoso, buen Jesus, dulce y benigno. Otorga á este tu pobre mendigo, siquiera alguna vez, sentir en la sagrada Communion una poca de afeccion entrañable de tu amor; porque mi fe se haga mas fuerte, y la esperanza en tu bondad crezca, y la caridad ya encendida perfectamente con la experiencia del manná celestial, nunca desmaye ni cese.

Por cierto, Señor, poderosa es tu misericordia para concederme esta gracia tan deseada, y visitarme muy piadosamente en espíritu de abrasado amor, cuando tú, Señor, tuvieres por bien de hacerme esta merced. Y aunque yo no estoy con tan encendido deseo como tus especiales devotos, no dejo yo, mediante tu gracia, de desear tener aquellos sus grandes y encendidos deseos, rogando á tu Majestad me hagas particionero de todos tus fervientes amadores, y me cuentes en su sancta compañía.

CAPITULO XV.

La gracia de la devocion con la humildad y propria renunciacion se alcanza.

Conviénete buscar con diligencia la gracia de la devocion, pedirla sin cesar, esperarla con paciencia y buena confianza, recibirla con alegría, guardarla húmilmente; obrar diligentemente con ella, y encomendar á Dios el tiempo y la manera de la soberana visitacion hasta que venga. Debes humillarte, especialmente cuando poca ó ninguna devocion sientes de dentro; mas no te caigas del todo, ni te entristezcas demasiadamente. Dios da muchas veces en un momento lo que negó en largo tiempo. Tambien da algunas veces en fin de la oracion lo que al principio dilató de dar.

Si la gracia de continuo nos fuese dada y otorgada siempre á nuestro querer, no la podria bien sufrir el hombre flaco. Por eso en buena esperanza y humilde paciencia se debe esperar la gracia de la devocion. Y cuando no te es otorgada, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á tí y á tus pecados.

Algunas veces pequeña cosa es la que impide la gracia y la esconde (si poco se debe decir, y no mucho, lo que tanto bien estorba). Mas si perfectamente vencieres lo que estorba, sea poco ó sea mucho, tendrás lo que pediste.

Luego que te dieres á Dios de todo tu corazon, y no buscares esto ni aquello por tu querer, mas de todo te pusieres en él, hallarte has unido y sosegado; porque no habrá cosa que tan bien te sepa como el buen contentamiento de la divina bondad.

Pues cualquiera que levantare su intencion á Dios con sencillo corazon, y se despojare de todo amor ó desamor desordenado de cualquiera cosa criada, estará muy dispuesto y digno á recibir la divina gracia, y el don de la devocion; porque nuestro Señor da su bendicion donde halla vasos vacíos. Y cuanto mas perfectamente alguno renunciare las cosas bajas, y fuere muerto á sí mismo por el proprio desprecio, tanto mas presto viene la gracia, y mas copiosamente entra, y mas alto levanta el corazon ya libre.

Entónces verá, y abundará, y maravillarse ha, y ensancharse ha su corazon en sí mismo; porque la mano del Señor es con él, y él se puso del todo en su mano para siempre. Desta manera será bendito el hombre que busca á Dios en todo su corazon, y no ha recibido su ánima en vano. Este, cuando recibe la sagrada Communion, meresce la singular gracia de la divina union; porque no mira á su propria devocion y consolacion, mas á la gloria y honra de Dios.

CAPITULO XVI.

Cómo se han de manifestar á Cristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia.

¡Oh dulcísimo y muy amado Señor, á quien yo deseo agora recibir devotamente! tú sabes mi enfermedad, y la necesidad que padezco, y en cuántos males y vicios estoy caido, cuántas veces soy agravado, tentado, y ensuciado. A tí vengo por remedio, á tí demando consolacion y alivio. A tí, Señor, que sabes todas las cosas, hablo, á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazon, y que solo me puedes consolar y perfectamente ayudar. Tú sabes mejor que ninguno lo que me falta, cuán pobre soy en virtudes. Veisme aquí delante de tí, pobre y desnudo, pidiendo gracia y misericordia.

Harta, Señor, á este tu hambriento mendigo, enciende mi frialdad con el fuego de tu amor, alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia: vuélveme todo lo terreno en amargura, todo lo contrario y pesado en paciencia, todo lo criado en menosprecio y olvido. Levanta, Señor, mi corazon á tí en el cielo, y no me dejes vaguear por la tierra. Tú solo, Señor, desde agora me seas dulce para siempre, que tú solo eres mi manjar, mi amor, mi gozo, mi dulzura, y todo mi bien.

¡Oh si me encendieses del todo en tu presencia, y me abrasases y mudases en tí, para que sea hecho un espíritu contigo por la gracia de la union interior, y por derretimiento de tu abrasado amor! No me consientas, Señor, partirme de tí ayuno y seco; mas obra conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces maravillosamente con tus sanctos. ¿Qué maravilla si todo ya estuviese hecho fuego por tí, y desfalleciese en mí, pues tú eres fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que limpia los corazones y alumbra los entendimientos?

CAPITULO XVII.

Del abrasado amor y del grande afecto de recibir á Cristo.

Oracion para ántes de recibirle.

¡Oh Señor! con summa devocion, con abrasado amor, con todo mi afecto te deseo yo recibir, como muchos sanctos y devotas personas te desearon en la communion, que te agradaron muy mucho en la sanctidad de su vida, y tuvieron devocion ardentísima. ¡Oh Dios mio, amor eterno, todo mi bien, bienaventuranza que nunca se acaba! yo te deseo recibir con muy mayor deseo, y muy mas digna reverencia que ninguno de los sanctos jamas tuvo ni pudo sentir.

Y aunque yo sea indigno de tener todos aquellos sentimientos devotos, mas ofrézcote yo todo el amor de mi corazon muy graciosamente, como si todos aquellos inflamados deseos yo solo tuviese; y aun cuanto puede el ánima piadosa concebir y desear, todo te lo doy y ofrezco con humildísima reverencia y con entrañable fervor.

No deseo guardar cosa para mí, sino sacrificarme á

mí, y á todas mis cosas á tí de muy buen corazon y voluntad. Señor Dios, Criador mio, Redemptor mio, con tal afecto, reverencia, y loor y honor, con tal agradescimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y puridad te deseo recibir hoy, como te recibió y deseó tu sanctísima Madre la gloriosa Vírgen María, cuando al ángel que le dijo el misterio de la Encarnacion, con humilde devocion respondió (*a*): Hé aquí la sierva del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Y como el bendito mensajero tuyo, excelentísimo entre todos los sanctos, Juan Baptista, en tu presencia, lleno de alegría se gozó con gozo de Espíritu Sancto, estando aun en las entrañas de su madre; y despues, mirándote cuando andabas entre los hombres, con mucha humildad y devocion decia (*b*): El amigo del esposo que está con él y le oye, alégrase con gozo por la voz del esposo. Pues así, Señor, yo deseo ser inflamado de grandes y sagrados deseos, y presentarme á tí de todo corazon.

Por eso, Señor, yo te doy y ofrezco á tí los excesivos gozos de todos los devotos corazones, las vivísimas afecciones, los excesos mentales, las soberanas iluminaciones, las celestiales visiones, con todas las virtudes y loores celebradas, y que se pueden celebrar por toda criatura en el cielo y en la tierra, por mí y por todos mis encomendados, para que seas por todos dignamente loado, y para siempre glorificado. Señor Dios mio, recibe mis votos y deseos de darte infinito loor y cumplida bendicion; los cuales justísimamente son debidos segun la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco hoy, y te deseo ofrescer cada dia y cada momento, y convido y ruego con todo mi afecto á todos los espíritus celestiales, y á todos tus fieles, que te alaben y te dén gracias juntamente conmigo. Alábente, Señor, todos los pueblos, y las generaciones y lenguas, y magnifiquen tu dulcísimo y sancto nombre con grande alegría é inflamada devocion. Merezcan, Señor, hallar gracia y misericordia cerca de tí todos los que devotamente celebran tu sanctísimo Sacramento, y con entera fe lo reciben, y cuando hubieren gozado de la devocion y union deseada, y fueren maravillosamente consolados y recreados, y se partieren de la mesa celestial, yo les ruego que se acuerden de mí, pobre pecador.

CAPITULO XVIII.

No sea el hombre curioso escudriñador del sacramento, sino humilde imitador de Cristo, humillando su sentido á la sagrada fe.

Mira que te guardes mucho de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo sacramento, si no quieres ser sumido en el abismo de las dudas. El que es escudriñador de la Majestad, será ofuscado y confundido de la gloria (*a*). Más puede obrar Dios, que el hombre entender; pero permitida es la piadosa y humilde pesquisa de la verdad, que está siempre aparejada á ser enseñada, y estudia de andar por las sanas sentencias de los padres.

Bienaventurada la simpleza que deja las cuestiones dificultosas, y va por el camino llano y firme de los mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devocion queriendo escudriñar cosas altas. Fe te demandan y buena vida, no alteza de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes ni alcanza tu rudo entendimiento y ingenio las cosas que están debajo de tí, dime, ¿cómo quieres entender lo que está sobre tí? Subjéctate á Dios, y humilla tu entendimiento á la fe, y darte ha lumbre de ciencia, segun te fuere útil y necesario.

Algunos son gravemente tentados de la fe del sacramento, y esto no se ha de imputar á ellos, sino al enemigo. No cuides ni disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dubdas que el diablo te pone. Cree á las palabras de Dios, cree á sus sanctos y á sus profetas, y huirá de tí el enemigo. Muchas veces aprovecha al siervo de Dios que sufra estas cosas, porque el demonio no tienta á los infieles y pecadores, porque ya los posee seguramente; mas tienta y atormenta en diversas maneras á los fieles y devotos.

Pues anda con sencilla y cierta fe, y llega al sanctísimo Sacramento con humilde reverencia; y lo que no puedes entender, encomiéndalo seguramente á Dios todopoderoso. Dios no te engaña. El que se cree á sí mismo demasiadamente, es engañado. Dios con los sencillos anda, y se descubre á los humildes, y da entendimiento á los pequeños, abre el sentido á los puros pensamientos, y esconde la gracia á los curiosos y soberbios.

La razon humana flaca es y engañarse puede; mas la fe verdadera no puede ser engañada. Toda razon natural debe seguir á la fe, y no ir delante della, ni quebrarla. Porque la fe y el amor aquí muestran mucho su excelencia, y obran secretamente en este sanctísimo y excelentísimo Sacramento. Dios eterno é inmenso, y de potencia infinita, hace grandes cosas, que no se pueden escudriñar en el cielo ni en la tierra, y no hay que pesquisar de sus maravillosas obras. Y si tales fuesen las obras de Dios que fácilmente por humana razon se pudiesen entender, no se dirian ser maravillosas ni inefables.

* A gloria de Jesucristo nuestro Señor, hace fin el presente tratado intitulado: *Contemptus mundi*, agora nuevamente traducido en romance, por muy mejor y mas apacible estilo.

* *Con estas palabras concluye su traduccion el V. P. M. Fr. Luis de Granada, del órden de Sancto Domingo.*

Esta nota se halla en la edicion de Madrid, del año de 1753.

(*a*) Luc. 1. (*b*) Joan. 3. (*a*) Prov. 25.

VIDA

DE FRAY BARTOLOME DE LOS MARTIRES,

DEL ÓRDEN DE SANCTO DOMINGO

Arzobispo y señor de Braga, en el reino de Portugal.

POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA, DE LA MISMA ORDEN.

Declara en ella cómo sin demasiado aparato y grande familia podrá un prelado acabar todo lo que pertenesce á su oficio, teniendo todas las partes que se requieren; que son virtud, prudencia, diligencia en los negocios, y largueza en las limosnas.

CAPITULO PRIMERO.

Del nascimiento, vida y ejercicios del Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de los Mártires, hasta que fué electo arzobispo de la sancta iglesia de Braga.

Como los cielos están siempre en continuo movimiento, así paresce que las cosas de la vida humana ruedan tambien con ellos, pues vemos nunca permanescer en un mismo sér. Lo cual señaladamente se paresce en las vidas de los cristianos que agora viven, si las comparamos con las de los que al principio del Evangelio precedieron. De los cuales escribe Sant Lúcas (*a*), que siendo tantos y de tan diferentes estados, tenian todos un corazon y un ánima en Dios. Y en esto verémos cuánto han desdicho las costumbres de la cristiandad presente, de aquella que entónces floresció.

Lo mismo en parte se podria verificar en los estados de los sacerdotes y de todas las dignidades eclesiásticas, y muy mas particularmente en los prelados, los cuales si se compararen con los Ciprianos, Augustinos, Ambrosios, Gregorios y otros tales, verémos claramente la diferencia que han causado los tiempos entre los unos y los otros. Entónces florescia la observancia de aquel cánon del concilio Cartaginense cuarto, donde se manda que el obispo tenga una pobre casa y pobres alhajas para su servicio; y verémos cuánto ha prevalescido la costumbre y mudanza de los tiempos; pues aquel cánon ya está olvidado por la costumbre que en contrario hay. Y la razon que para esto se puede dar es la variedad de los tiempos presentes, que pide esta autoridad y aparatos que vemos agora, para acabar muchas cosas que sin ella no se acabarian, por la malicia de los tiempos y soberbia de los hombres; que si no es con este linaje de autoridad, no se quieren subjectar ni obedescer.

Bien veo que no caresce esto de fundamento y razon; mas como en las otras cosas, así en esta se debe tener respecto á aquella commun sentencia, *nequid nimis*; porque medio tienen las cosas, el cual abraza la virtud, desechando los extremos por viciosos. Para que vean nuestros tiempos (á quien echamos la culpa de nuestros defectos), que sin tanto resplandor y aparato, no faltando la virtud, se puede muy bien gobernar la Iglesia, propondré aquí un ejemplo muy notorio de nuestra edad.

(*a*) Act. 4.

Se verá claramente cómo este prelado, cuya vida escribimos, pudo gloriosamente gobernar sus iglesias, y acabar cosas que ninguno de sus antecesores, aunque algunos fuéron hijos de reyes, pudieron acabar, sin ayudarse para eso, ni de la nobleza del linaje, que suele poder mucho en estas cosas, ni deste resplandor ni autoridad temporal. Servirá esta historia para los que fueren celosos de la salvacion de sus almas y de sus ovejas. Reciban este desengaño, y tengan este ejemplo que imitar; y los que no lo hicieren, no tengan con quien honestamente excusarse.

Aunque sin este ejemplo debria bastar la autoridad de la sancta Escriptura, donde nuestro Señor por el profeta Ecequiel reprehende el aparato de los prelados, dándoles en rostro, diciendo (*b*) que imperaban con autoridad y con potencia; y si esto era inconveniente en aquella ley que con el resplandor de las riquezas del templo pretendia mover á reverencia los corazones carnales de aquellos hombres, ¿cuánto mas lo será en la nuestra, que, como escribe Sant Hierónimo, fundó Cristo pobre, y sus apóstoles pobres, y los sucesores dellos otros tales? Lo cual entendia muy bien nuestro religiosísimo Arzobispo, el cual en el concilio Tridentino propuso en aquel sacro senado esta querella, señalando los prelados de cierta nacion, los cuales venían mas como grandes señores del mundo, que como ministros de Cristo; y lo que aquí propuso con palabras, guardó todos los veinte y tres años gobernando su iglesia. Mas ya es tiempo que entremos en su vida, y veamos cómo vino á esta dignidad, y cómo vivió, y cómo enseñó, y cómo se conosció, y cómo despues viéndose cargado de años se descargó deste oficio, y (como él decia) quitó de sí esta barra de hierro que grandemente le atormentaba.

Comenzando por lo que se suele escribir por los principios, fué este insigne prelado de la ciudad de Lisboa, hijo de honestos padres, no ricos, sino de humilde fortuna;

(*b*) Ezech. 34.

para que por aquí se vea cuánto puede la gracia que así levanta y ennoblece la naturaleza. Siendo pues ya de edad competente, determinó de hurtar el cuerpo á los peligros y lazos del mundo, entrando en la religion de nuestro Padre Sancto Domingo, el año de 1527, en el convento de Sancto Domingo de Lisboa. Y despues de los ejercicios de su noviciado, hizo profesion á 20 de noviembre de 1529, siendo general el maestro de la órden Fr. Francisco Ferrariense. Estudió con tanta diligencia sus artes y teología, que de allí á algunos dias le asignaron por lector en el insigne monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que por otro nombre se llama de la Batalla, donde leyó muchos años teología; y así se hizo muy consumado teólogo, y recibió el grado de maestro en teología el año de 1551, en el Capítulo general que la Orden celebró en Salamanca. Aprendió latinidad de once años, y entró en la Orden de trece á catorce : de manera que fué dos años novicio.

Mas tornando al propósito, en aquel tiempo en que se ocupaba en el estudio de la teología escolástica, hurtaba el tiempo que podia para el estudio de la teología mística (que se alcanza con devotas oraciones y meditaciones), leyendo tambien los teólogos que della trataron; como Sant Dionisio, Sant Buenaventura, Sant Bernardo, Gerson, y otros tales; de los cuales, como solícita abeja, recogia las flores de las sentencias mas dulces y devotas que en ellos hallaba, de que recopiló un tratado breve que él traia siempre consigo; despues de acrescentado, se imprimió debajo deste título : *Compendio de la vida espiritual.*

Y como él escribia esto, no para sacar á luz, sino para sí solo, no procuró entónces tanto poner las cosas por órden, cuanto recoger allí todos los buenos bocados que hallaba, con que él despertase su devocion. Mas venido este tratado á mis manos de otras personas virtuosas, parecióme que debia imprimirse y salir á luz, para que sirviese á la utilidad de muchos lo que este Padre habia hecho para sí solo.

Deste monasterio de la Batalla le mandaron ir á Evora, á leer teología á Don Antonio, hijo del serenísimo infante Don Luis. Y aquí se ofresce ocasion de declarar el valor y entereza de su virtud, porque siendo levantado el dicho Don Antonio por rey en aquella tierra, y siendo el arzobispo requerido y persuadido del pueblo, para que se conformase con ellos, nunca el amor que tenia á su discípulo, ni el alboroto ni persecucion del pueblo, fuéron parte para moverle un punto de entereza de la justicia debida á la majestad del rey Don Felipe, nuestro señor; por donde le fué necesario ausentarse del furor del pueblo, y acogerse á Galicia hasta que esta tempestad se acabase.

Despues de esta lectura, fué electo por prior del convento de Benfica, muy contra su voluntad, aunque la casa era muy aparejada para su devocion y espíritu, y para pegar el fuego que en su pecho ardia, á los súbditos que allí vivian. Y porque no se divirtiesen los nuevos súbditos saliendo á otras partes á estudiar las artes, él mismo, á cabo de tantos años de lector de teología, les leyó un curso de artes; y á vueltas deste estudio de las letras, trataba con gran diligencia de ocupar los religiosos en ejercicios de oracion, y diversas mortificaciones; á los cuales entre otras cosas, decia : Hermanos, ya no os tengo de decir que traigais los ojos bajos, y los brazos recogidos, y el paso sosegado, y la habla baja y religiosa; sino que os deis mucho á la oracion; porque si así lo hiciéredes, como ella tiene virtud para componer el hombre interior, así la tiene para componer el exterior; y esta es la verdadera composicion, que procede de lo interior del ánima, y que dura mas; pero sin oracion esotra composicion es postiza y fingida, y como máscara, que como no tiene raices luego se cae, y suelta en risas, y parlerías, y cosas desta calidad. Desta manera el siervo de Dios gobernó aquel monasterio todo el tiempo que tuvo cargo dél.

Morando en esta ciudad de Lisboa tuvo communicacion con algunas personas espirituales; y platicando diversas veces con ellas, aprovechó mas en el estudio de la mística teología, á la cual era muy aficionado; y lo que él habia aprehendido en las escuelas de los efectos y virtud de la gracia, y de la caridad, y de la devocion y alegría espiritual, veíalo platicado por experiencia en estas personas. Y no es esto cosa nueva, ni de poco fructo; porque otros excelentes y humildes teólogos suelen aprovechar mucho en el conoscimiento de Dios y de la verdadera teología tratando con personas espirituales. Porque en las ánimas y vida destas hallaban y veian verificado y declarado mas perfectamente lo que ellos habian estudiado y leido; lo cual es muy conforme á el estilo de nuestro Señor, que toma por instrumentos las personas mas humildes, para confundir y enseñar las almas.

Por donde á los que desean aprovechar en esta divina teología, convendria que así como los que han estudiado medicina, andan con un médico famoso para estudiar la práctica della; así á los teólogos escolásticos, acabados sus estudios, sería muy provechoso tratar familiarmente con personas espirituales, para ver, platicando con ellos, lo que ellos estudian en los libros : para que juntamente con la ciencia, tengan tambien gusto y experiencia de las cosas de Dios, que es proprio de la mística teología, la cual gustando con la voluntad cuán suave y amable es Dios, enseña á el entendimiento estas perfecciones mismas divinas, conforme á lo que dice el Profeta (*c*) : *Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus*; donde primero dice : Gustad, y despues ved : para que se entienda que del gusto de la voluntad se sigue el conoscimiento del entendimiento, que es proprio desta mística teología.

CAPITULO II.

De como fué electo en arzobispo de Braga.

En este tiempo, gobernando este reino de Portugal la serenísima y cristianísima reina Doña Catalina, mujer que fué del rey Don Juan el Tercero, vacó el arzobispado de Braga; y como ella era de tan extremada virtud y cristiandad, deseaba hallar una persona muy religiosa para aquella iglesia, para que ella seguramente descargase su conciencia. En este tiempo un padre que confesaba á su Alteza, y tenia muy familiar conoscimiento deste padre, le dió informacion de sus letras y virtud, y religion; y entre otras cosas le informó que puesto en esta dignidad no habia de mudar nada del trato y humildad que en su Orden tenia, así en el tratamiento de su persona, como de su casa y familia.

Y dando crédito su Alteza á esta informacion, se deter-

(*c*) Psal. 33.

minó de nombrarlo para este cargo; pero ántes deste nombramiento fuéron tantos los opositores, y los fautores de otros, mayormente de los nobles, los cuales están persuadidos que todas las dignidades y honras se les deben por título de su nobleza, que fatigaron á su Alteza con tantas contradicciones y quejas, que cansada con estas cosas vino á decir: Plegue á Dios que miéntras yo gobernare, todos los prelados deste reino sean inmortales, porque no me vea otra vez en otro tal conflicto como este. Mas con todo esto la cristianísima señora, fundada en temor de Dios, resistió con estas armas todos los golpes y contradicciones; perseverando constantemente en lo que, segun Dios habia determinado.

Y mandando llamar á este padre, siendo actualmente prior de Benéfica, le declaró su determinacion. Y alegando él por su parte las razones que tenia para excusarse de tan gran carga, propuso para ellas su insuficencia; mas su Alteza le respondia que tenia otras informaciones de personas sin sospecha, diferentes de lo que él decia. A lo cual replicó él, diciendo que otras habia de quien se tenia mejores informaciones en los tiempos pasados; los cuales como se vieron puestos en dignidades, se mudaron de lo que eran, y que á él podria acaescer lo mismo. A lo cual su Alteza, como sabia, respondió: Ellos no se mudaron, sino descubrieron lo que eran; mas el buen padre, ni con estas razones ni con otras se pudo inclinar á lo que su Alteza mandaba.

En este tiempo el padre provincial que entónces era de nuestra provincia, le llamó á capítulo despues de completas, y en presencia de todo el convento de Sancto Domingo, de Lisboa, despues de haberle hecho una plática conforme al propósito, haciéndole postrar en tierra, le mandó en virtud de sancta obediencia, so pena de excommunion mayor, *latæ sententiæ*, que aceptase aquel nombramiento que su Alteza habia hecho en él. Entónces atemorizado con este tan riguroso mandamiento del prelado, que estaba en lugar de Dios, no disputando si podia ó no podia ponerle esta obediencia, húmilmente obedesció; y lo que no pudo acabar la Reina con toda su autoridad y razones, acabó la obediencia del superior: fiando en nuestro Señor que lo que aceptaba por este medio, él lo encaminaria á próspero fin.

Y levantado en pié dijo estas palabras en presencia de todos: Yo soy tenido en esta provincia por hombre amigo de mi parescer; en esto propongo agora de serlo, que en todo cuanto sea posible, y se compadezca con esta dignidad, no tengo de mudar la manera de vida que he tenido hasta aquí en la religion, así en el servicio y tratamiento de mi persona, como en todo lo que tocare á mi casa y familia. Y vuelto á un crucifijo dijo con un efecto de sancto: Cristo, no me desampares.

Despues de consagrado, miéntras estuvo en Lisboa, jamas salió fuera á caballo, nunca se ocupó en materia de dineros ni rentas, ocupado todo en lo que habia propuesto, en lo cual se conservó todo el tiempo que rigió aquella iglesia. Y pretendiendo el obispo de Sancto Tomé, y abad del monasterio de Libanes, fraile desta órden, y vecino suyo, persuadirle que se autorizase mas en la casa y familia, y acompañamiento de su persona; y poniéndome á mí por tercero para esto, ni él ni yo pudimos acabar con él lo que se le pedia, alegando el ejemplo de Sant Martin, del cual se escribe, que entrando en el obispado procuró ser el mismo que era, conservando la misma humildad en el corazon, y la misma pobreza en el vestido: de tal manera cumplia con la dignidad de obispo, que no dejaba el propósito y estilo de monje.

Luego que tomó la posesion del arzobispado, y vió la carga espiritual y temporal que sobre sí tenia, y la cuenta que habia de dar de tantas ánimas, y tantos negocios temporales que aquella prelacía tiene, por razon de la jurisdiccion temporal que está annexa á ella, era tan grande la afliccion y angustia de su ánima, que los dias y las noches se le pasaban en llamar á nuestro Señor, y suplicarle abriese camino para descargarle de aquella barra de hierro tan pesada; y con esto se le ponia delante la cuenta tan estrecha que habia de dar de tantos millares de ánimas, y el temor de las penas del infierno; las cuales se le representaban tan al vivo, como si las viera con los ojos. Movido con estos temores escribió al Papa, dándole cuenta de su insuficiencia, y pidiéndole con grande instancia le descargase de aquella carga, protestando que todas las faltas que hiciese en aquel oficio cargasen sobre su conciencia.

Pero aunque eran estas sus diligencias y deseos, no por eso aflojaba en el cumplimiento de su ministerio, esforzándose al trabajo, y pidiendo á nuestro Señor espíritu y fuerzas iguales á él. Y andando visitando, sentian los visitadores, que dormian en el mismo aposento (por ser estrecha la posada), que se levantaba de noche, y se ponia de rodillas en un canto de la cámara, y con muchas lágrimas y suspiros pedia á nuestro Señor ayuda para cumplir con aquella tan grande obligacion.

Mas esto es poco para declarar las angustias y temores que su ánima padescia: y por acortar palabras, diré una cosa, que si no pasara por mí, no la creyera. Y fué así: que pocos meses despues que tomó la posesion del arzobispado, pasando yo por ellí, insistió conmigo con todas sus fuerzas que negociase con su Alteza le quitase aquella carga, encaresciéndome tanto las angustias que su ánima con ella padescia, que llegó á decirme estas palabras: Yo no me ahorcaré, porque es ofensa de Dios; mas ya he llegado á sentir las angustias que padesce un hombre cuando se ahorca. De lo cual yo recibí tan grande pena y desconsolacion, por lo que tocaba á la honra de Dios y de nuestra órden, que no lo sabré explicar.

Mas esto que yo ví y sentí, el suceso del gobierno deste padre me ha declarado que fué una singular y admirable providencia de Dios, por los grandes bienes que deste temor se siguieron. Porque como escogiendo nuestro Señor á Sant Pablo por ministro y instrumento para procurar la salvacion de las almas, le dió un tan entrañable amor y deseo de la salvacion dellas, que cobdiciaba expenderse todo por causa de su remedio, hasta llegar á querer ser anatema de Cristo, redemptor nuestro, por la salud de sus hermanos; así en el ánima deste siervo suyo infundió este tan gran temor, para que lo que en el Apóstol obraba el amor, en este obrase este sancto temor, el cual tambien no carescia de amor; porque este es el estilo de aquella divina sabiduría, que dispone todas las cosas suavemente; y esta la consecuencia y órden de sus obras; la cual proporciona siempre las causas conforme á los efectos que quiere producir; y así da grandes fuerzas á los que han de hacer grandes cosas.

Y no se maraville nadie de atribuir tanto á este temor; pues el bienaventurado Sant Hierónimo (*a*), despues

(*a*) Tom. 1. lib. de Custodia Virgin. ad Eusth.

de haber contado aquella espantosa penitencia que hacia en el desierto, viene á concluir que el temor grande que habia concebido de las penas del infierno, le habia condenado á aquella carcelería; aunque muy bien se entiende que ni en el un temor ni en el otro faltaba caridad y amor.

Y este temor le fué, todo el tiempo que gobernó, una agudísima espuela, la cual le heria su corazon de tal manera, que de dia y de noche nunca descansaba ni perdia un punto de tiempo que no le emplease en su oficio; era de tal modo, que ya no vivia en sí ni para sí, sino todo estaba transformado en el cuidado de lo que habia de hacer.

Bien podia yo agora divertirme aquí, y llorar la condicion de nuestros tiempos, considerando cuán diferentes ojos tienen los hombres para saber mirar los oficios y dignidades eclesiásticas, viendo con cuánta sed y hambre se procuran estas sillas, las cuales este varon de Dios que tenia ojos para mirarlas, las aborrescia mas que la misma muerte, y con tanta ansia queria huir dellas, con cuanta las procuran los que de tales ojos carescen.

Pues volviendo á nuestro propósito, entendió el siervo de Dios la carga que sobre sí tenia; parecióle que á él decian, y que con él hablaban aquellas palabras de los proverbios de Salomon, que dicen así (*b*): Hijo, si saliste por fiador de algun amigo tuyo, mira que estás enlazado y obligado con las palabras de tu boca. Por tanto haz lo que te digo, hijo mio, y trabaja por librarte; porque has caido en las manos de tu prójimo; y por tanto discurre, date priesa, despierta á tu amigo, no dés sueño á tus ojos ni te descuides; trabaja por librarte, como la cabra montés de la mano del que la tiene, y como el ave del lazo del cazador. Paresce que estas palabras inspiró Dios á este siervo suyo, segun el cuidado y diligencia que de dia y de noche tenia en procurar el bien de sus ovejas.

Este era todo su cuidado, este su oficio, este su manjar, como dijo el Salvador (*c*). Esto era lo que velando y durmiendo traia siempre ante los ojos, trabajando en esta viña del Señor, de tal manera que se hallase descargado el dia de la cuenta ante el padre de familias, y merescedor de la paga prometida. Y con tanta ansia entendia en este negocio, que podia decir con el Profeta (*d*) que ni entraria en la morada de su casa, ni se acostaria en su cama, ni daria sueño reposado á sus ojos, ni descanso á los dias de su vida, hasta hallar lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob: el cual mora en las almas puras y limpias. Esto se verá claro en la vida y proceso deste solícito y vigilante pastor.

Entrando ya pues nuestro buen pastor por las puertas de la obediencia en este aprisco, la primera cosa que hizo fué mirar el dechado que habia de imitar, por ordenar conforme á él su vida, porque en esto se acierta todo, ó se yerra todo lo que adelante se ha de hacer. Y para esto desviando los ojos de nuestros tiempos, púsolos en los de aquellos antiguos padres de gloriosa memoria, de quien arriba hicimos mencion (cuya sanctidad y vida está ya por el commun consentimiento de la Iglesia aprobada), á los cuales con todas sus fuerzas procuró imitar. Y salió tan perfectamente con ello, que decia muchas veces el muy ilustre señor Don Fernando Martinez, que fué por embajador del rey de Portugal al concilio de Trento, y trató muy familiarmente con él: Yo no sé cómo vivian Sant Agustin y Sant Ambrosio, y los otros sanctos obispos; mas no sé qué mas harian, ni de qué otra manera vivieran, de como este padre vive.

(*b*) Prov. 6. (*c*) Joan. 4. (*d*) Psal. 131.

Este ejemplo con otros tales de nuestra edad, de que aquí no hago expresa mencion, bastantemente nos declaran que aun en estos tiempos, donde las cosas de la virtud están tan caidas, es posible imitar aquellos sanctos pontífices que en los tiempos pasados florescieron.

Y para mayor cumplimiento, la primera cosa que él hizo fué sacar del Pastoral de Sant Gregorio, y de los otros sanctos pontífices, la manera de vida que los imitadores dellos han de seguir, para lo cual recopiló un tratado, que llamó: *Stimulus pastorum*, en el cual trata muy en particular de las virtudes proprias del obispo. Esto es, de su doctrina, de sus limosnas, de su familia y casa, y otras cosas semejantes; el cual tratado dejó en poder del ilustrísimo cardenal Borromeo, y dél vino á mis manos, y yo, vista la utilidad y importancia del libro, sin licencia del autor le hice imprimir.

CAPITULO III.

De la sobriedad, modestia y humilde tratamiento de su casa, persona y familia.

Descendiendo pues en particular á la vida de nuestro pastor, en la primera parte desta historia trataremos de las virtudes principales que en él resplandescieron, y en la segunda, del cuidado y diligencia con que ejercitó su oficio pastoral. Acordándose pues primeramente de aquellas palabras del Eclesiástico (*a*), que dice: Trabaja por restaurar y remediar á tu prójimo; mas mira que de tal manera procures la salud ajena, que no pierdas la tuya. Asimismo consideraba aquel saludable consejo que el Apóstol escribió á su discípulo Timoteo, diciéndole (*b*): Mira por tí, y por el oficio que tienes de dar doctrina, porque desta manera salvarás tu ánima, y las de aquellos que te oyeren.

Donde es de notar que primero dice que mire por sí, y despues por el oficio que tiene, porque de lo primero se sigue lo segundo; porque el que está ya medrado y aprovechado en sí, fácilmente podrá aprovechar á otros. Lo cual es imitar la órden que vemos en las plantas, que primero se arraigan en la tierra y crescen, y despues de crescidas dan fructo, y no ántes. Contra lo cual hacen los que quieren aprovechar á los otros, no estando ellos aprovechados en sí, y quieren ser primero maestros, sin haber sido buenos discípulos, y limpiar las conciencias ajenas, teniendo mancilladas las suyas: siendo verdad lo que el mismo Eclesiástico dice (*c*): *Ab immundo quid mundabitur?* Y por ser muchos los que caen en este yerro, dice el bienaventurado Sant Bernardo (*d*) que tenemos hoy en la Iglesia muchas conchas, que primero quieren derramar, que recoger en sí lo que despues hayan de derramar.

Considerando pues esto nuestro buen pastor, entendió que primero habia de reformar su vida y su casa que las ajenas; por tanto determinó guardar lo que al principio habia prometido, que era conservar en su persona y en su casa la templanza y la modestia que él habia tenido en el monasterio; lo cual de tal manera cumplió, que ántes excedió la obra á la promesa, que faltó.

Porque su cama era como la que tenia en el monaste-

(*a*) Eccl. 29. (*b*) 1. Tim. 4. (*c*) Eccl. 34. (*d*) D. Bern. serm. 18. in Cant.

rio, muy estrecha, con sus mantas de lana, y sin cortinas, y sin otro algun aparato; ni en ella se vió nunca sábana, si no fuese por dolencia, tampoco camisa de lino, sino de lana; en toda su casa no habia una antepuerta, ni un paño de armas, ni cosa semejante, sino tan desnuda como la celda de un pobre fraile.

Pues la familia era tambien proporcionada con lo demas, que era lo que en ninguna manera se podia excusar; y esta húmilmente vestida, sin haber escudero en su casa, ni hombre de capa y espada, ni camarero que le vistiese ó desnudase, porque él solo se vestia y desnudaba, como lo usaba estando en su monasterio.

La comida era una sola racion de vaca ó carnero; porque el pescado se lo defendian los médicos por la mala disposicion de una pierna. Al vino echaba tanta agua, siendo hombre de edad, que mas parecia agua envinada, que vino; y si por caso le ponian algun manjar mas exquisito en la mesa, en tocando en él lo mandaba dar á los pobres; y ofresciéndose huéspedes para comer con él, no queria extenderse á hacer larguezas demasiadas, sino acordándose que aquella era mesa de obispo, acrescentaba muy poco mas de lo ordinario por honra dellos.

Y quien esta templanza culpare, puede culpar á Sant Agustin, en cuya vida se escribe que habiendo convidado á algunos obispos, uno dellos mas curioso, fué á ver lo que estaba aparejado, y viendo el poco recaudo que habia, preguntó al sancto varon, qué tenia proveido para la comida y para los convidados. Respondió él: *Et ego vobiscum nescio*. Esto es, tampoco lo sé yo como vosotros. La causa desto es, porque los sanctos varones traen siempre tan levantado el corazon en las cosas altas y divinas, que se avergüenzan divertirse en cosas tan bajas. Y esto aun entendia Séneca, filósofo gentil, el cual dice: *Major sum, et ad majora natus, quam ut sin mancipium corporis mei*; que quiere decir: Mayor soy, y para mayores cosas nascí, que para ser esclavo de mi cuerpo.

Y con ser tales las comidas de nuestro pastor, no eran mas regaladas las cenas, porque queria tener los ejercicios de su recogimiento y oracion en la noche, ántes de comer cosa alguna: y por esto en los dias de cena mandaba poner en su antecámara un par de huevos con pan y vino, y despues de haber estado buena parte de la noche con Dios, y tomada ya esta cena tan larga su ánima, salia á su antecámara solo, y sin servicio alguno comia sus dos huevos; y cuando era dia de ayuno, poníanle allí la colacion, y muchas veces la hallaban entera á la mañana, y dábanla á pobres, y con esta manera de abstinencia, y con otras asperezas y disciplinas, castigaba su carne, y la subjectaba al espíritu, acordándose de lo que el Apóstol dice (*e*): Castigo mi cuerpo, y hágole servir al espíritu, para que no sea yo reprobado habiendo predicado á los otros. Y para dar á entender cuán vil cosa era el cuerpo, solia decir que el alma del hombre era como un ángel encerrado en el cuerpo de un caballo. Porque cierto es cosa admirable entre las cosas de Dios ver los altibajos de nuestra ánima.

Y parte deste rigor guardaba aun en las dolencias. Por donde aconsejándole los compañeros en una mala indisposicion, que se regalase algun tanto, respondió él: ¡Oh carne y sangre, cuántos abogados tienes!

Era tan amigo de la pobreza y virtud evangélica, que le pesaba cuando le daban un hábito nuevo, y holgaba mas con el que estaba ya usado, y dándole uno, el otro mandaba dar á los pobres. En esto se conformaba con el glorioso Augustino, el cual dice de sí mismo: Confieso que tengo vergüenza de traer una vestidura de paño fino, y por esto la vendo cuando me la dan, para que pues la vestidura no puede ser commun, el precio lo sea.

Y como él era tan modesto en su traje, así queria que lo fuesen los clérigos. Y particularmente extrañaba tanto en algunos traer en las mangas de la camisa aquellas lechuguillas, que cuando en algunos las veia, las cortaba, condenando en los eclesiásticos toda demasía.

(*e*) 1. Cor. 9.

CAPITULO IV.

De los ejercicios espirituales, y de su oracion y meditacion.

Era este varon de Dios muy amigo y grande encarecedor de la virtud de la oracion, como arriba declaramos, y lo que él tanto encomendaba á los otros, mucho mas lo tomaba para sí. Pero de tal manera se daba á la oracion, y á tratar con Dios, que recelaba no le acaesciese lo que á Moisen, que por estar tan despacio en el monte tratando con Dios, vino el pueblo á aflojar y á adorar á un becerro. Y por eso repartia el tiempo de tal manera, que á imitacion del summo pastor Jesucristo, el dia gastaba con los prójimos, y las noches con Dios.

De tal manera que tocadas las Ave Marías se recogia en su aposento, donde muchas veces se oian sus clamores y suspiros con que trataba con Dios: y en esto gastaba buena parte de la noche, y en estudiar los sermones que habia de predicar, los cuales algunas veces estudiaba estando de rodillas, para oir de nuestro Señor lo que habia de predicar al pueblo en este lugar. Y en este tiempo de las sanctas viligias no entrevenia otra cosa sino Dios, despidiendo de su corazon todo otro cuidado y pensamiento. Y con ser él de su naturaleza muy cuidadoso de lo que habia de hacer, habia recibido esta particular merced de nuestro Señor, que en recogiéndose en su cámara no le inquietaba nada la memoria de los negocios que estaban á su cargo, con ser tantos.

Y si en este tiempo alguno llamaba á su cámara con algun negocio, despedíalo, diciendo: *Sufficiat diei malitia sua* (*a*). Tenia tambien un vaso de agua á su cabecera para lavar los ojos en despertando por la mañana, por estar mas libre del sueño, y mas atento á nuestro Señor.

Y no se contentaba él con este ejercicio de la noche, sino andando camino y visitando, lo cual hacia todo el año, sacado adviento y cuaresma, que residia en su iglesia conforme al concilio. Siempre echaba delante los compañeros y los mozos un buen trecho, y él se quedaba solo orando y meditando, y dando suspiros, que á veces se oian; y muchas veces puestos los brazos en cruz, traia los ojos levantados al cielo, y puestos en Dios; y su divina Majestad se encargaba de mirar donde su jumento ponia los piés, y andando desta manera su camino, tomaba ocasion de cuantas cosas se le ofrecian para levantar su espíritu al cielo, mayormente cuando pasaba por algunos grandes riscos, porque se le representaban aquí las montañas en que los monjes antiguos hacian vida solitaria. Y así pasando por un lugar destos comenzó á alabarlo mucho, y diciéndole los compañeros que era aquella la peor tierra del mundo, respondió que era muy

(*a*) Matt. 6.

buena *ad elevandam mentem*, como hombre que todos sus pensamientos traia en Dios.

Y este tiempo del caminar tenia él por el mayor de sus regalos, porque en él se entregaba todo á nuestro Señor, sin impedimento de negocios. Y así en lugar del tiempo que le faltaba en casa, se aprovechaba del que tenia en los caminos; por donde si preguntando él á algun caminante que encontraba, cuánto habia de allí al lugar, le decia que estaba cerca; le pesaba, por ver que se le acortaba el tiempo de su recogimiento y ejercicio interior.

Y andando caminando, de tal manera repartia y ordenaba las jornadas, que nunca perdiese la misa. Estando en la ciudad decíala ántes que entrase en los negocios, á tiempo que la oyesen todos los que venían á negociar con él. Con esta cuotidiana refeccion procuraba renovar y atizar el fervor de la caridad y devocion, que con la mucha ocupacion de negocios suele resfriarse. Sabía él muy bien que este fervor en el estado de la naturaleza corrupta es como el calor en el agua que está al fuego, la cual apartada dél, poco á poco se va resfriando hasta volver á su naturaleza. Lo cual espiritualmente experimentan cada dia las personas dadas á la oracion; pues en apartándose della, luego sienten remitirse el calor de la devocion que en la oracion habian adquirido.

Y por tanto el que quiere siempre estar devoto, trabaje en cuanto le sea posible por nunca apartarse deste divino fuego; de modo que ha de ser como horno de vidrio, que siempre arde, y no como horno de pan cocer, que á tiempos deja de arder. Este divino calor procuraba nuestro buen pastor conservar con la misa de cada dia. Verdad es que de propósito dejaba un dia de la semana de decir misa, para renovar con esto la memoria del temor y reverencia que á este divino Sacramento se debe.

CAPITULO V.

De su grande caridad para con los prójimos, y señaladamente para con los pobres.

Porque sería cosa prolija tratar de todas las virtudes que resplandescieron en la vida deste siervo de Dios, solamente haré aquí mencion de dos principales, en que él fué muy extremado, que son caridad y humildad. La una, que es fundamento de todas las virtudes; y la otra, que es la primera y reina dellas; las cuales nos dejó el Salvador al fin de la vida muy encomendadas con aquel ejemplo memorable del lavatorio de los piés, que fué obra de grande humildad y caridad; porque lo uno y lo otro nos representa aquel lavatorio. Y como el varon de Dios tenia esto muy entendido, en estas dos virtudes procuró señalarse.

Digamos pues de su caridad para con los prójimos; porque por esta se entenderá la que tenia con Dios. Pues primeramente, acordándose de lo que el Salvador dice (*a*): Lo que hicistes á cualquiera destos pequeñuelos hermanos mios, á mí lo hicistes; por eso no miraba á los pobres como á pobres, sino á la persona de Cristo, á quien representaban. Y así nunca se importunaba con ellos, como muchos hacen. La órden que en esto tenia era, que despues de haber pagado los salarios á sus criados y oficiales de justicia, y familiares de casa, todo el remanente dello se gastaba con todo género de pobres, así de viudas recogidas, y de otros pobres envergonzantes, como de otra manera de pobres; y á los envergonzantes mandaba dar cada mes cierto dinero, pan, y vestidos, y mantos, para venir á las iglesias; y allende desto vestia cada año mas de cuatrocientos pobres, y á muchos daba calzas y zapatos. Y para esto enviaba por el mes de octubre á la feria de Bayona por paño para lo susodicho; y al Algarbe por pasas y almendras para los dolientes; de modo que á Dios hacia Señor de las rentas de su Iglesia, y él servía de procurador y despensero desta hacienda.

Tenia tambien una particular devocion, que hasta hoy dia, estando recogido en su monasterio, la conserva; porque de todo lo que le ponen delante partia siempre la mitad para algunos pobres, así del pan, como de la carne, fruta, y de lo demas; en lo cual parescia tenia por convidado á Cristo en el pobre; y así partia amigablemente la mitad con él.

Tenia en Braga médico señalado, con salario, para todos los pobres. Holgaba tener los pobres delante de sí cuando comía; porque decia que estos eran los banquetes por cuyo medio traspasamos todas nuestras caridades y obras pias al cielo.

Y cada dia se daba limosna general á cuantos pobres se juntaban en su casa, que eran mas de mil los pobres ordinarios de su puerta; y tenia ordenado á sus criados, que ninguno despidiesen sin limosna; y entendiendo cuánto mas necesaria es la limosna espiritual que la corporal, como verdadero padre tenia cuenta con lo uno y con lo otro. Cada dia ántes de partir la limosna, mandaba á un padre sacerdote que les platicase la doctrina cristiana; y estas y otras tales son las invenciones de los fieles y prudentes siervos de Dios, que él puso sobre su familia, para que les dé á sus tiempos su medida de trigo.

Tenia tambien especial cuidado de los enfermos de la ciudad y de los hospitales, proveyéndolos de medicinas, azúcar, y otras cosas de dolientes, y de médico que los curase. Lo mismo hacia con los padres del monasterio de Sant Fructuoso, y con otros monasterios de monjas pobres.

Mandaba tambien recoger en su casa los peregrinos, y acostumbraba á decir que en aquella casa él solo era peregrino, y que todo lo que en ella habia era de pobres: ni conoscia á otros parientes sino es estos. Y á una hermana monja que tenia en el monasterio del Rosario de Lisboa, dábale tasadamente cada año lo necesario, sin alguna demasía. Ni con pobres de otro obispado tenia cuenta, diciendo que toda la renta de aquel arzobispado era de los pobres dél.

Y lo que mas es, en tiempo de esterilidades y hambres tenia él la hambre ajena por suya. Acudia con grande caridad y providencia, como verdadero padre de pobres, á socorrer esta necesidad, enviando á comprar trigo donde habia mas abundancia, en el reino ó fuera dél.

Y con ser tan largo para con los pobres, y tener tantas necesidades á su cuenta, no por eso trataba de subir ni acrescentar sus rentas; ántes en esto tenia gran moderacion; porque ni los arrendadores dejasen de ganar andando las rentas bajas, ni por otra parte perdiesen andando altas, y se encaresciese el precio de las cosas, como acontesce cuando andan altos los arrendamientos. Por eso procuraba que sus arrendadores fuesen las personas mas abonadas de la tierra. Y con esta moderacion no crecian sus rentas; y á sus recibidores mandaba que

(*a*) Matt. 25.

las cobrasen con toda suavidad, excusando prisiones y vejaciones.

Y con ser tantas las cargas que tenia á su cuenta, y tan poca la renta, bastaba para todo, por tomar él para sí tan poco: y tambien porque á veces nuestro Señor, como Padre piadoso, acrescentaba la hacienda que tan bien repartia. Por donde aconteció, que tomando la cuenta al cillerero del trigo que estaba á su cargo, le hallaron mas de mil y quinientos alqueires (una medida de cuatro celemines de Castilla de pan) de mas de lo que se metió en el granero; en lo cual no pudo haber yerro. Porque tomando el libro del recibo y gasto, sobrar tan grande cantidad, manifiesta obra paresce del que es padre de misericordia, y padre de pobres. Otra vez le entregaron docientos cruzados, ó escudos, que sobraron de visitacion; y dando cada dia dos ó tres ducados de limosna, le duraron dos años, no habiendo ni aun para uno solo.

Y aunque tenia personas deputadas para repartir limosnas, siempre queria él traer dinero consigo para quien le pidiese; porque no sufria su corazon que le pidiesen, y representasen el nombre de Dios en balde, y desta manera cumplia y entendia lo que el Salvador dice (*b*): *Omni petenti te tribue*. Quiere decir: da á todos los que te piden. Y ya le acontesció encontrar en el camino un clérigo con una ropilla tan rota, que se le parescian las carnes; y llamándole consigo á su casa, y no habiendo en ella ningun dinero que dalle, le dió el manteo que traia; y sobre todas estas limosnas tenia otras mas secretas que corrian por su mano.

Y como persona tan dada á obras de caridad, propuso y votó en el sancto concilio de Trento, que los obispos, despues de haber tomado lo necesario para el gasto de su casa y familia, lo demas quedase aplicado á los pobres, como patrimonio de Cristo. Y desde el concilio todo su cuidado era escribir á Braga que se tuviese muy grande con los pobres. Cuando se retiró al convento de Viana, tenia una celda cuya ventana caia hácia el campo, y por allí acudian los pobres á pedir limosna, y él se la daba; y cuando no tenia otra cosa, les echaba la cama. Sucedió esto tantas veces, que fué necesario mudarle á otra celda; porque cuando pensaban que tenia cama la habia dado de limosna.

Con esta tan grande liberalidad y entrañas de misericordia para con los pobres, siendo tan pobre para sí, robó los corazones de sus súbditos, y los aficionó grandemente á su persona y doctrina. Porque verdadera es la sentencia de Salomon, que dice (*c*): *Victoriam, et honorem acquiret, qui dat munera: animam autem aufert accipientium*. Que quiere decir: Victoria y honra alcanzará el que da dádivas, y con ellas roba los corazones de los que las reciben. Y por esta ocasion, sin andar muy acompañado y rodeado de criados, le amaban y reverenciaban sus súbditos, no como á hombre de la tierra, sino del cielo, pues en él atesoraba, y no en la tierra.

Deste tan grande fructo carescen los prelados que quieren tener grande casa y familia; porque no les queda nada, ó muy poco, para ganar las voluntades de sus súbditos con beneficios. Debrian los tales acordarse del ejemplo del Salvador (*d*), el cual queriendo lavar los piés de los discípulos, se ciñó un lienzo tan apretado, que sobrasen dos cabos para limpiarlos despues de lavados. En lo cual dió ejemplo á los que están en su lugar, para que de tal manera tomen lo necesario para sus personas y dignidades, que sobre paño para limpiar los piés; que es para socorrer á los pobres de Cristo.

(*b*) Luc. 6. (*c*) Prov. 22. (*d*) Joan. 13.

Pasemos de aquí á otro mas alto grado de caridad, que es el amor de los enemigos. Fué uno de sus beneficiados á Roma, y acusó al buen padre de muchas falsedades; de las cuales se purgó bastantemente, mostrando claramente lo contrario de lo que fué acusado. Por donde su Sanctidad, sabida la verdad, mandó castigar á su acusador. Y el rey de Portugal informado del caso, le desnaturalizó de sus reinos; de modo que la calumnia redundó en daño del calumniador, y mayor gloria del calumniado, como suele siempre suceder á los que persiguen los buenos. Porque Pio V, de gloriosa memoria, que entónces presidia en la Iglesia de Dios, le envió un breve, en el cual le decia que lo tenia por bienaventurado, pues era perseguido por hacer justicia, y que estuviese cierto que aunque viniesen contra él seiscientos testigos contestes, ningun crédito se les daria. Entónces el pobre beneficiado, viéndose perdido, no tuvo otro remedio sino venir y echarse á los piés del arzobispo con muchas lágrimas, y él mismo hizo otro tanto; y tomándole en los brazos, lo levantó, y abrazó, y acabó con su Sanctidad y con el Rey que fuese perdonado. Así favoresce la divina Providencia á los prelados, que pospuestos los temores y respetos humanos, hacen lo que deben, aunque les cueste caro.

Y desta manera de benignidad usó con otros calumniadores; que estando una noche platicando con ciertos padres, unos hombres desalmados, por haber sido castigados, quisieron vengarse; y llegando al pié de la ventana donde él los podia oir, le deshonraron, llamándole hereje y luterano, y otros tales nombres, que el furor de la ira les inspiraba. Mas otros buenos hombres desde sus ventanas los reprehendieron ásperamente, alegando que decian mal de un hombre sancto. Entónces él con rostro manso y sereno, oyendo las voces de los unos y de los otros, no quiso que se hiciese inquisicion de la desvergüenza de aquellos; venciendo con disimulacion los descomedimientos ajenos, que es una de las propriedades que Séneca pone en el hombre sabio, que son: *Scire contemnere, et contemni*, que es saber despreciar, y saber ser despreciado.

CAPITULO VI.

De la virtud de la humildad que tuvo.

Pasemos de la virtud de la caridad á la de la humildad, conservadora desta misma caridad; porque como el fuego se conserva envuelto en la ceniza, así dicen que el fuego de la caridad se conserva en la ceniza de la humildad. Fué pues siempre nuestro arzobispo muy aficionado á esta virtud, la cual aunque tiene sus raices en lo interior del ánima, pero de aquí redunda en lo de afuera, así en las palabras como en las obras, y en el tratamiento de la persona, y hasta en el mismo hábito y vestidura; porque todas estas cosas se parescen á la madre que la engendró, que es el conoscimiento de la propria vileza y desprecio de sí mismo; y digo desprecio, porque no basta este conoscimiento para hacer al hombre humilde, si no se junta con el desprecio de sí mismo; porque la humildad no tiene su asiento en el entendimiento, aunque

dél procede; sino en la voluntad, que es el desprecio de sí mismo.

Pero de tal manera era nuestro pastor humilde, que nunca por eso perdió la gravedad que á su dignidad y oficio pertenecia. Mas esta no era postiza ni fingida (cual es la de muchos otros), sino la que procede del mismo peso de la virtud. Y por esto no ménos le obedecian y reverenciaban los suyos, que si fuera un grande príncipe. Y con ser en todas las cosas humilde, no queria por eso perder un punto de la preeminencia de aquella dignidad, y de los privilegios de su iglesia, los cuales fué compelido á jurar solemnemente cuando tomó la posesion. Por donde cuando vino á las cortes de Tomar, siempre trajo cruz levantada, como Primado que pretendia ser, hasta la cámara de su Majestad (aunque otros prelados reclamaban), por no menoscabar el derecho de su Iglesia. Y aun á mí acontesció otra cosa semejante; porque imprimiendo yo el libro de que arriba hicimos mencion, llamado *Stimulus Pastorum*, y poniendo al principio el autor, que era él, no quise poner *Primas*, paresciéndome que por la humildad que siempre en él conoscí, se ofenderia desto; mas no fué así: ántes paresciéndole que en alguna manera derogaba esto á la preeminencia de su iglesia, me mandó rasgar aquel primer pliego, y imprimir otro en que se pusiese aquella palabra de *Primas*; porque la virtud de la humildad no excluye lo que pertenece á la autoridad de la dignidad.

Mas volvamos á la humildad. Subia él por una escalera tan despacio, que un amigo suyo que iba á su lado le preguntó por qué subia tan despacio. Respondió él: Voy pensando en los grados que los sanctos escriben de la humildad, alegando para esto lo que el Profeta dice del varon justo (*a*): *Ascensiones in corde suo disposuit*, etc. Desta manera los grandes siervos de Dios, como andan transformados en Dios, en todas las cosas se les representa Dios; así como el que tiene sobre los ojos un vidrio verde, todas las cosas que ve le parescen verdes.

Exhortaba tambien á sus oficiales y amigos que se guardasen mucho del peligro de la vanagloria, que es viento muy sutil, y entra por do quiera; mayormente cuando halla motivo en las buenas obras que hacemos. Porque es tal la naturaleza deste vicio, que como sea verdad que los otros vicios son combatidos de las virtudes, solo este toma ocasion para hacernos guerra con ellas. Por donde cuanto el hombre fuere mas virtuoso, tanto mas se debe recatar deste vicio, que hace armas de las virtudes para destruirlas.

Veráse tambien la humildad interior de su ánima en lo que diré: Un padre muy religioso y muy familiar suyo andaba muy deseoso de morir; y así suplicaba á nuestro Señor le sacase desta vida. Preguntóle pues á este siervo de Dios, si tenia este mismo deseo; el cual pensando un poco lo que le responderia, le dijo que no tenia tal deseo. Y preguntando por qué, respondió que si nuestro Señor fuese servido, deseaba vivir mas tiempo para purgar las negligencias que habia cometido en el arzobispado. Con esto cesó luego la tentacion de aquel padre, diciendo que si un varon tan sancto deseaba vivir porque tenia culpas que purgar, cuánto mas lo habia él de desear, pues tenia tanto mas porque temer.

Era tambien muy modesto y humilde en las disputas. Cuando se examinaban los que se habian de ordenar, oia primero el parescer de los asistentes, y seguíalo, siendo él tan grande letrado, que por sí pudiera muy bien determinar las dificultades; mas en todo se habia como menor de todos, siendo á la verdad el mayor; por ejemplo de aquel Maestro de humildad, el cual, (como él mismo dijo (*b*), estaba entre sus apóstoles y discípulos como ministro, y no como señor.

Esta misma virtud hacia que no tuviese por agravio apelar de su sentencia para el superior (como otros lo tienen), diciendo que emendaria sus faltas y ignorancias. Y por tanto no solo no se agraviaba, mas ántes se holgaba dello. Porque como verdadero humilde no fiaba mucho de su parescer; y como temeroso de Dios procuraba por esta via descargar su conciencia; y como prudente hurtaba el cuerpo al peligro de su ánima, remitiendo á otros la carga.

Y aunque tenia breve de Sant Pio V, de gloriosa memoria, no solo para que no le pudiesen poner suspension en materia de reformacion y correccion, sino tambien en cualquiera otra materia, con un adjunto ó acompañado de dos que le señalaba, para que sentenciase las causas *appellatione remota* (cosa que á nadie fue concedida), nunca quiso usar desta facultad; sino ántes holgaba que apelasen dél, por la razon susodicha.

Y por esta misma, cuando en alguna causa estaban los votos partidos, y en la resolucion quedaba solo en él, no queria tomar esta carga sobre sí; sino llamaba á otro letrado de mucha confianza, para que así quedase mas libre y segura su conciencia. Porque el temor grande de Dios que moraba en su ánima, le hacia siempre tener ante los ojos la hora de la muerte y de la cuenta, procurando cuanto era posible hallarse descargado en ella.

Recibia tambien mucha pena, como verdadero humilde, cuando oia sus alabanzas. Acaesció pues que cierta persona le dijo muchas cosas en su alabanza, y despues vino á pedirle una que no habia de concederle; mas él entónces dijo muy á propósito, no sin donaire, aquello del Evangelio (*c*): *Omnis homo primam bonum vinum ponit, et cum inebriati fuerint, tunc id quod deterius est.* Mas ya es tiempo que presupuesto el fundamento á estas virtudes personales, comencemos á tratar de las que pertenescen al oficio pastoral.

CAPITULO VII.

Del oficio de la visita del arzobispado.

Primeramente declaremos la manera y órden que este pastor vigilantísimo guardaba en sus visitaciones, en las cuales se ocupaba todo el año, sacando los tiempos que el sancto concilio Tridentino manda asistir en la catedral. Llegando pues al lugar que habia de ser visitado, y convocado el pueblo, y juntado en la iglesia, luego por la mañana decia misa, y crismaba, y predicaba doctrina llana, acomodada á la capacidad de los oyentes; y particularmente reprehendia el vicio de la carne, que en aquella tierra reinaba mucho; y aquí muchas veces se encendia y exclamaba contra los que por este vicio bestial desechaban á Dios de su alma.

Acabado de crismar y predicar, sentábase á una mesa á visitar, y dos visitadores en otras dos; y desta manera, siendo el lugar pequeño, en una mañana quedaba visitado; aunque muchas veces se acababa el oficio con el dia, y á esta hora se iba á comer, bien cansado; y si es-

(*a*) Psal. 83.

(*b*) Luc. 22. (*c*) Joan. 2.

taba algun otro lugarcillo cerca, en la tarde le visitaba, y predicaba otra vez.

Y acaesció una vez, estando ya á caballo para partirse, llegar un hombre con un hijo suyo para que le crismasen, y apearse de la mula, y mandar proveer el recaudo para este oficio; y diciendo los visitadores que bastaria ir aquel hombre al lugar que estaba delante, respondió él que no era justo; que aquel hombre pedia su derecho, y él era deudor dél: y así se apeó y crismó al hijo. Y con ser tan grande el arzobispado, como se ha dicho, nunca buscó ministro que le ayudase al oficio pontifical, sino él solo por sí lo hacia todo.

Acabada la visitacion del dia, conferia con los visitadores lo que habian hallado, y él hacia de toda la visitacion un memorial de todos los delincuentes en un cartapacio que siempre traia en el seno; y por ahorrar tiempo en escribir, y guardar mayor secreto, usaba destas cifras: que si los testigos eran de clara fama, ponia una *O* clara; y sino ponia una *O* escura; y si eran de sospecha, ponia una †. Y para mayor claridad tenia repartido el arzobispado en ciertas partes, y de cada una tenia un libro ordenado por abecedario; y estos libros traia él consigo ordinariamente, sin que persona alguna los viese.

En los cuales de letra suya traia escriptas las culpas de los delincuentes, con las notas que declaramos. Asimismo en estos libros traia escriptos los beneficiados y virtuosos de quien habia de fiar; y de algunos decia: Este paresce varon de Dios; y de otros: Es varon de clara fama; de otros decia: Este sabe letras; y de otros: Nada saben; y de otros: Poco saben. Traia tambien aquí escriptas todas las obligaciones de las iglesias, y de los cargos de misas y rentas dellas; y por aquí entendia de la manera que se habia de haber en cualesquier negocios, cuando venian á sus manos; y con la diligencia destos libros sabía cuanto pasaba en su arzobispado.

Y demas desto, las obligaciones que mas le cargaban de presente escribia á su modo en papeles pequeños, y los pegaba en la pared de su aposento, donde los pudiese ver, y cada dia los leia; y así mandaba acudir con el remedio necesario con mucha diligencia, y no descansaba hasta ejecutar lo que pedia cada negocio. Pues ¿quién no reconosce en estos cuidados y providencia la diligencia y vigilancia deste buen pastor? Quién no echa de ver el cuidado que siempre tuvo de acudir á sus obligaciones, sin que jamas se le imputase género de cobardia, por dificultosos que fuesen los negocios que trujese entre las manos? Quién no ve cuán ingenioso y solícito es el temor de Dios, y de la cuenta que se le ha de dar de las ovejas redimidas por su sangre? pues de tal pecho como este proceden todas las invenciones y diligencias.

Mas no paran aquí; otras aun nos quedan que referir, bien conformes á esta solicitud y cuidado con el nombre de obispo, que quiere decir especulador, como Dios llamó al profeta Ecequiel (*a*), cuando lo envió á predicar; pues tan presentes tenia él en los libros los delincuentes que él habia de remediar. Acaesció reprehender un clérigo honrado; y diciéndole el clérigo: V. S. Ilustrísima es mi enemigo, respondió él: ¿Enemigo? aquí os traigo escripto dentro de mi pecho. Y sacó su cartapacio, y mostróle allí su nombre, y con este donaire comenzó á tratar de su remedio.

No perdonaba á ningun linaje de personas, y mucho ménos á las mas poderosas; porque como él tenia á Dios por su parte, así tenia el ánimo y el corazon esforzado para semejantes encuentros. Y en esto imitaba al sancto rey Ecequías, el cual viendo que tenia á Dios de su parte, por ser fiel guardador de sus sanctos mandamientos, cobró ánimo para rebelarse contra la potencia del rey de los asirios, y así se escribe dél (*b*). Lo cual le sucedió mas prósperamente de lo que él pudiera desear; porque escripto está que todos los que esperan en Dios nunca serán confundidos: esto es, que no les saldrán en vano sus esperanzas.

Acaescióle pues saber él de un hombre noble, muy esforzado y temido de todos, que habia muchos años que estaba apartado de su legítima mujer, y envuelto con otras: con quien los prelados pasados no se podian averiguar por el temor que dél tenian. Mas contra un hombre tan poderoso prevalesció otro mas poderoso, que era el espíritu de Dios. Porque despues de haberle reprehendido y afeado con muy ásperas palabras el estado en que estaba, le dijo que no le habia de absolver ni admitir en ninguna iglesia, hasta que fuese á su casa y hiciese vida con su mujer. Y aunque él hizo fieros, y braveó, diciendo á otros que habia de matar al arzobispo, pero finalmente se apagó toda esta furia, y vino rindiéndose á la Iglesia, y pidiendo perdon, y cohabitó con su mujer; y desta manera reconciliado con la Iglesia, y con la compañera, de ahí á pocos dias murió en paz.

Otra vez andando visitando en la comarca de la villa de Chaves, supo que un corregidor habia quebrado las puertas de la iglesia de la misma villa, y sacado un preso della. Acudió luego el buen pastor, celoso de la honra de Dios y de la inmunidad de la Iglesia, y mandó hacer una procesion, llevando las cruces cubiertas con un velo negro, cantando los clérigos el salmo (*c*): *Quare fremuerunt gentes*, etc. Y llegados á la iglesia con esta procesion, hizo un sermon al propósito de lo que el caso pedia, y luego mandó pronunciar la sentencia de excomunion, y apagar las candelas vueltas hácia abajo; con las cuales cosas quebrantó la dureza del corregidor, y vino á confesar la culpa y pedir perdon, el cual le fué concedido; mas con tal penitencia, que estuviese el domingo á la puerta de la iglesia con aquella hacha en los hombros con que habia quebrado las puertas de la iglesia, y que juntamente restituyese el preso: lo cual todo se cumplió enteramente. Hecho esto quedó muy en paz y amistad con el dicho corregidor; porque nada desto hacía el siervo de Dios con ímpetu de ira, sino con celo de justicia; y como esto entendian los delincuentes, quedaban emendados y no enemistados.

No mudaba Proteo tantos semblantes y figuras cuantas este prudentísimo pastor mudaba, acomodándose á lo que pedia el remedio de las ánimas, imitando al Apóstol que hacia lo mismo: como significó, diciendo (*d*): *Omnia omnibus factus sum, ut omnes facerem salvos.* Porque como él era señor de sí mismo y de sus afectos, no seguia el movimiento dellos, sino lo que convenía á la cura de sus enfermos; y así á unos trataba con grande humildad y mansedumbre, y con lágrimas de compasion de ver su perdimiento, con que los cautivaba y rendia; y con otros usaba del rigor que pedian sus culpas.

A un clérigo facineroso, que andaba á sombras de tejados y por los montes hecho bandolero, le hizo llamar,

(*a*) Ezech. 3.

(*b*) 4. Reg. 18. (*c*) Psal. 2. (*d*) 1. Cor. 9.

asegurándole que ningun mal le haria; y como paresciese delante dél, lo asentó en una silla, y hincándose de rodillas, y derramando muchas lágrimas por verle tan perdido, le movió á compuncion: y desta manera lo emendó y tuvo en su casa mucho tiempo.

Con este se hubo como cordero; mas para con otros era un leon cuando el negocio lo pedia. Y así visitando una villa donde el juez della estaba amancebado, y por ruegos desta mala compañía torció muchas veces la justicia, mandóle parescer ante sí, y indignado sanctamente contra él, le dijo: Vos sois un gran ladron; y espantado el juez, y diciéndole: Mire V. S. Ilustrísima cómo habla, le respondió: Yo os lo probaré; porque estáis amancebado públicamente con fulana, y los que quieren algo de vos negocian por su medio lo que quieren, y así robais la justicia de las partes, y esto es ser ladron. Y luego remedió este mal echando la mujer de la tierra.

Estando para decir misa de pontifical, y comenzándose á vestir una Dignidad para decir el Evangelio, la cual estaba en la tierra algo infamada, le mandó que no se vistiese con él, por no honrar la culpa honrando la persona culpada. Y finalmente con su buena diligencia sacó á luz este negocio; que por secreta que estaba la mujer en su casa, la hubo á las manos, y la echó de la tierra. Y este mismo beneficiado que tanto sintió este golpe, despues que cayó en la cuenta, tuvo por gran beneficio la cura que en él se habia hecho; y así lo agradesció.

A otro hombre principal, que tambien estaba en pecado, persuadió y obligó con la autoridad que tenia á morar en la ciudad de Braga, y á tratar familiarmente con los padres de la Compañía, y desta manera lo emendó.

Hay en aquel arzobispado un pedazo de tierra muy lleno de riscos y montañas, la cual mucha parte del año está cubierta de nieve, que se llama el Barroso; y así por esto, como por la aspereza de los campos, que no se pueden andar á caballo, nunca fué visitada por ningun prelado de los pasados, sino por solo Sant Giraldo; por lo cual estaba la tierra tan desamparada de sacerdotes, que se les pasaba los dos y tres meses sin oir misa, y sin tener quien les enseñase la doctrina cristiana; y así encontrando por el camino con un viejo, y preguntándole si sabía los mandamientos, y cuántos eran, respondió que diez; y preguntándole cuáles eran, mostró los diez dedos de las manos. Y llegando á noticia desta gente que el Arzobispo iba á visitar, y teniendo fama de su sanctidad, determinaron de hacerle un recibimiento de cantares devotos. Y el principio de uno era: Bendita sea la sanctísima Trinidad, hermana de nuestra Señora: tanta era la rudeza de aquella gente. Pues esta visitó nuestro Arzobispo: y asentado en aquellos riscos les predicaba, doctrinaba y crismaba.

Y porque los clérigos de misa no querian habitar en aquella tierra, saco él de allí muchos mozos, hijos de vecinos, y llevólos á Braga, y sustentólos en su casa, y hízolos enseñar todo lo que era menester para ser sacerdotes; ordenándolos despues de haber estudiado, sin tener patrimonio, por tener bula de su Sanctidad para ello; y despues de llegados á este estado, los enviaba á su naturaleza. Y con esta invencion proveyó el prudente pastor á la necesidad de aquella gente inculta.

Era infatigable en el trabajo de visitar, y apénas habia quien pudiese durar con él. Mas el ejemplo del visitador y la virtud de los visitadores que le acompañaban, los hacia durar en el trabajo, y para esto y para los ministros de la justicia, así eclesiástica como secular, que tambien estaba á su cargo en la ciudad de Braga, buscaba los mejores y mas virtuosos letrados que habia en el reino: los cuales eran tales, que muchos dellos tomó el Rey nuestro señor para su servicio.

Entre otras virtudes suyas, era esta muy notable y digna de ser predicada; la cual fué, que en todos los veinte y tres años que gobernó aquella iglesia, no se halla que llevase pena de dinero, ni tampoco usaba de excommunion sino en cosas muy urgentes, por no enlazar las ánimas con censuras. Mas el modo que tenia para castigar y emendar los culpados, era mandarlos evitar de las iglesias. Y finalmente se avergonzaban y arrepentian, y se apartaban del pecado, ó se casaban con las mujeres que eran participantes con él, ó con otras; y desta manera, tan sin sangre y tan sin costa de dineros, remedió gran número de personas. Y cuando el negocio de estos casamientos se impedia ó se dificultaba por pobreza, él, como buen pastor, los ayudaba de su hacienda.

Aquí hay razon para lamentar el abuso que para esto hay en muchas partes, porque castigan á los que hallan culpados, en uno ó en dos ducados por la primera vez, y por la segunda cargan la pena pecuniaria, quedándose en la misma tierra con la persona culpada; y á trueque de un poco de dinero se aseguran hasta otra visita en su pecado; y desta manera el fructo de la visitacion no es emendar pecados, sino sacar dineros para la cámara del obispo, no sin escándalo del pueblo, que ve que todo el negocio de la visitacion pára en humo.

Usaba tambien nuestro pastor de artificio para sacar á luz la verdad; para lo cual no se hallaba suficiente prueba. Porque llamando á los que estaban infamados, y preguntándoles cuánto tiempo habia que estaban apartados, y respondiendo ellos el cuánto, de aquí tomaba alguna conjetura para rastrear la verdad, ó á lo ménos para confirmar á aquel confitente en su buen propósito; y con estas diligencias procuraba limpiar la tierra de los pecados.

Usó tambien de otro artificio para remediar á una mujer adúltera, mandándola parescer ante sí. Mas el marido, escandalizado desto, fuése tras ella. Entónces el sabio pastor dijo al marido: Tengo noticia que tratais ásperamente á vuestra mujer, que es contra la ley del matrimonio; por tanto os quise avisar á vos y á ella, para que vivais en paz y servicio de Dios. Y llamando á la mujer, díjola: Yo ando buscando invenciones para avisaros, porque vuestro marido no os corte la cabeza; por tanto mirad por vos, porque no perdais cuerpo y ánima juntamente.

Andando él visitando por la comarca, dió peste en la ciudad de Braga; y pudiera él muy bien continuar en este tiempo su visita, y proveer de limosnas para los dolientes de la ciudad, por no poner en peligro su persona, cuya vida tanto importaba para el bien de sus ovejas; mas no curó él destas filosofías, sino como buen pastor puso á peligro su vida, por acudir á la necesidad corporal y espiritual de sus ovejas. Y dejada la visita, vínose á la ciudad de Braga, donde estuvo todo el tiempo del mal, visitando cada dia los heridos, y proveyéndolos de todo lo necesario. Y con esta providencia y con el mérito deste

sacrificio, en que este buen pastor se ofresció á Dios, duró la peste ménos tiempo de lo que se pensaba. Este ejemplo (aunque mas no hubiera) basta para entender la virtud y vigilancia deste prelado; pues segun la difinicion del Príncipe de los pastores (*e*), aquel es buen pastor que pone á peligro su vida por la de sus ovejas, como aquí lo vemos.

Bastaba para loa de nuestro pastor lo que aquí se ha referido; mas la caridad suele ser ingeniosa para procurar el bien de la cosa que se ama. Lo cual vemos en los diversos medios que este amador de Cristo buscó para aprovechar sus ovejas, las cuales amaba como cosa tres veces encomendada á Sant Pedro por el mismo Cristo, al cual dejaba en su Iglesia (*f*). Y considerando el que pasaban de mil docientas y veinte y seis iglesias las que tenia á su cargo, y la necesidad que tenia de ministros idóneos para curarlas, procuró con gran brevedad fundar en aquella ciudad un colegio de los padres de la Compañía, proveyéndole con iglesias annexas á él, con renta competente, y con obligacion de tener por lo ménos cuatro clases de gramática, y leccion de artes y de casos de conciencia, donde hay mas de mil y quinientos estudiantes. El cual colegio, demas del fructo cotidiano que hace en confesar y predicar y administrar los sacramentos en esta ciudad y su comarca, sirve para enseñar las dichas ciencias, con que los estudiantes aprenden y se habilitan para el ministerio de todas estas iglesias de Braga.

Aquí se me ofresce notar á los que mormuran de tantos estudios y colegios como hay en este reino; los cuales si supiesen la obligacion que tienen los reyes de Portugal, encargada por los summos pontífices, para dilatar la fe y predicar el Evangelio en el medio mundo que está á su cargo, entenderian que, aunque todo este reino fuese de colegios, era poco para cumplir con esta obligacion de acudir á tantas naciones de bárbaros infieles, muchos de los cuales están dando voces y pidiendo la fe, y muriendo de hambre por no haber para tantos pan.

Pero dejando esto aparte, solamente diré lo que á este arzobispado de Braga toca, por parescerme que no saben qué cosa es razon y cristiandad los que desto mormuran. Porque, siendo verdad que este arzobispado tiene mas de mil y docientas iglesias, síguese que ha de tener necesariamente otros tantos curas. Y estos forzosamente han de ser confesores, y para esto han de saber algo de casos de conciencia, porque de otra manera pecarán mortalmente oyendo confesiones. Porque si es pecado hacer uno oficio de médico si no sabe medicina, así lo es hacer uno oficio de confesor, que es ser médico de las almas, sin saber lo que se requiere para esta cura. El cual pecado es tanto mas grave, cuanto es mayor el daño de las ánimas, que han de durar para siempre, que el de los cuerpos, que se acabará mañana. De aquí nasce que, siendo los confesores ignorantes, ellos se van al infierno, y llevan tras sí los penitentes, porque, como dijo Cristo nuestro redentor (*g*), si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo. Pues por esto digo que los que desto mormuran no saben qué cosa es cristiandad; porque siendo uno de los principales sacramentos de la Iglesia cristiana la confesion, y ser necesario para ella, demas de las dos llaves de órden y de jurisdiccion, la ciencia, ¿en qué razon cabe confesar la necesidad deste sacramento en la Iglesia cristiana, y no querer que haya doctrina para la administracion dél? Y si es tan grande el número de las iglesias, lo ha de ser el de los enseñados para ellas.

Para este mismo ministerio procuró con toda diligencia fundar el seminario que mandó el sancto concilio de Trento, para que allí se criasen ministros en buenas costumbres y doctrina para este oficio. En lo cual entendió con tanto calor y diligencia, que en medio año, juntando muchos oficiales, hizo casa bastante para sesenta moradores; y el primero contribuyó de su mesa ciento y veinte mil maravedís de renta para él, y hizo que todos sus beneficiados contribuyesen para lo mismo. Lo cual acabó fácilmente; lo uno por su virtud y ejemplo; y lo otro, por ser poco lo que cabe á los prebendados. Porque á quien tiene cient mil maravedís de renta, no le caben mas de dos mil de contribuciones. Y como sean muchos los beneficiados en tan grande prelacía, hay renta bastante para la sustentacion del seminario, en el cual se crian los naturales del Barroso, de que arriba hicimos mencion.

Mas no para aquí la diligencia y cuidado de nuestro buen pastor. Porque considerando él que el pasto de las ánimas es la palabra de Dios, y viendo que no era posible proveer de predicadores á tan grande número de iglesias, proveia á lo ménos de predicadores mudos, que son libros sanctos. Para lo cual compuso él un catecismo, en que declara copiosa, llana y devotamente todos los puntos principales y documentos de la doctrina cristiana, para que los curas en lugar de sermon lean un pedazo deste libro, y sobre la leccion digan lo que Dios les diere á entender. Y para las fiestas señaladas de nuestro Señor y de su bendita Madre, escribió tambien sus breves sermones y colaciones, en que declara el misterio de la fiesta y historia della; el cual anda junto con el mismo catecismo; y está entendido que el pueblo huelga mucho con lo uno y con lo otro.

Y así con esta diligencia y con la de los padres de su órden, han desterrado muy gran parte de la rudeza y ignorancia extendida por toda aquella tierra. A esta diligencia juntó otra, que fué impetrar de su Sanctidad un jubileo para los que se confesaren y comulgaren las cuatro pascuas del año; y con este cebo tan sabroso se ha movido gran parte de la gente á frecuentar los sacramentos de la confesion y de la sagrada Communion, que es otro pasto y mantenimiento mas suave de las ánimas.

El fructo que se ha seguido, así del trabajo de la visitacion, como destas providencias que habemos referido, es que estando la gente de aquella tierra tan envuelta en vicios sensuales, que no se tenia por infamia este vicio, están las cosas ya tan mudadas, que muchos se han emendado; y el que no lo está, es tenido por infame; habiendo ántes llegado las cosas á aquel estado miserable que condena Séneca, diciendo que entónces estarán perdidas las repúblicas, cuando los vicios tuvieren nombre de estilo y costumbres de la tierra; porque de ahí se sigue que el vicioso no se tiene por infame.

Y no contento con su vigilancia, buscaba fieles ayudadores para llevar esta carga donde quiera que los hallaba, á imitacion del rey Saul, que donde quiera que hallaba un varon fuerte le juntaba consigo para servirse dél en la guerra. Pues así este Padre buscaba los mejores letrados y de mejor vida que habia en la tierra, y

(*e*) Joan. 10. (*f*) Ibid. 21. (*g*) Matt. 15.

demas de darles competente salario, los tenia de las puertas adentro de su casa, para aconsejarse con ellos cada hora que fuese necesario, mandándolos que tuviesen siempre abiertas las puertas para oir las partes, y encomendábales que cuando hubiesen de condenar alguno, mirasen primero á sí y á sus faltas, y despues diesen las sentencias.

Y la clemencia que encomendaba á los otros, guardaba él en sus determinaciones, procediendo mas por amor y benevolencia, que por censuras y rigores de justicia. Lo cual se entenderá por un concilio provincial que celebró en la ciudad de Braga con los obispos sufragáneos, donde se ordenaron muchas leyes prudentísimas y muy acomodadas al bien comun de toda aquella provincia; y teniendo por cierto los eclesiásticos que él con su celo y religion los habia de apretar mucho, no fué así, porque al tiempo de publicar los decretos, él mismo, en nombre de la clerecía, apeló para la sancta Sede apostólica, de algunos dellos que parescian demasiadamente rigurosos; y así quedaron todos entendiendo que él, como piadoso y vigilante pastor, usaba de blandura cuando convenía; y con su mucha prudencia y autoridad alcanzó muchas declaraciones del sacro concilio de Trento en dubbas que habia, y hizo muchas constituciones nuevas, y reformó los estilos de la audiencia de Braga, con que se puede agora gobernar muy suavemente.

Acerca de los que se habian de ordenar ponia grandísima diligencia, doliéndose de los abusos que en esta parte hay. Porque muchos de los ordinarios encomiendan el exámen á sus oficiales, algunos de los cuales son como mercenarios, que no pretenden mas que llevar su salario, haciendo este oficio superficialmente, y mas por cumplimiento que con deseo de acertar. Y así aprueban á algunos que no debieran, porque donde no hay temor de Dios no se hace cosa á derechas. Por tanto, nuestro buen pastor, aunque tenia muy buenos oficiales, queria él tambien entender en esto, demas de haber encomendado el exámen á los padres de la Compañía.

Y no contento con la suficiencia de las letras, no hacia ménos caso de sus costumbres; y para esto los mandaba hablar con algunos hombres prudentes, de quien tenia confianza, para que le diesen informacion de su capacidad, y despues al tiempo de la matrícula estaba él presente con dos letrados suyos, y veia los papeles y diligencias que habian de traer de su buena fama y costumbres, y miraba los libros que consigo traia de la visitacion, para ver si hallaba alguno comprehendido en ellos. Y aconteció hallar algunos culpados y tocados de algunos vicios; y á los tales reprehendia y no les daba las órdenes hasta que le constaba la emienda.

Con esta diligencia condenó la negligencia de algunos prelados que contentos con la suficiencia de letras, no miran tanto por lo que toca á las costumbres, siendo esto lo principal. Y cuando nuestro prelado celebraba este sacramento de las órdenes, lo administraba con grande majestad, como quien tenia los ojos abiertos para conoscer la dignidad dél. Y ponia grandes miedos á los que tomaban órdenes, haciéndoles pláticas sanctísimas, como las hiciera cualquiera de los padres antiguos que conoscian la alteza deste ministerio.

Bastaba el trabajo continuo de los caminos y visitaciones de todo el año, para que cuando viniese á la ciudad tomase un poco de reposo; mas no era así, porque el tiempo que en ella residia predicaba la cuaresma, y adviento, y fiestas principales, y domingos; y esto con gran fervor y espíritu, no cuidando de sutilezas, sino de lo que convenía para reformacion de las costumbres.

CAPITULO VIII.

De la ida al sancto concilio de Trento.

Estando nuestro buen pastor ocupado en la gobernacion de su iglesia, fuéron convocados los prelados para ir al concilio de Trento; y aunque él pudiera excusarse de tan largo camino por la dolencia que tenia en una pierna; pero movido con un grande ardor y deseo de ayudar por su parte á la reformacion de las cosas, se esforzó como gigante á correr este camino, no llevando consigo mas compañía de la que era necesaria, como quien iba mas confiado en la providencia de nuestro Señor para aprovechar en algo, que en el aparato y fausto de la compañía.

Iba por su compañero el P. Fr. Enrique de Brito, fraile de su órden, muy religioso, que despues fué por sus méritos y virtud arzobispo de Goa, y llegando á alguna ciudad donde habia monasterio de su órden, enviaba la gente de su familia á alguna posada, y él solo con su compañero iba á posar á los monasterios, en alguno de los cuales era conocido y tratado como merescia; y en otros pasaba como cualquiera de los huéspedes ordinarios, postrándose en tierra ante el prior, y pidiendo su bendicion, como es costumbre de los huéspedes que vienen de camino.

En el insigne convento de Sant Estévan, de Salamanca, lo hizo así: y siendo despues conoscido por razon de un padre portugues que estaba allí estudiando, el padre prior y todos los padres del convento, y señaladamente los viejos, se echaron á sus piés, pidiéndole su sancta bendicion, con tanto amor y reverencia como si fuera nuestro padre Sancto Domingo, por la fama que habian concebido por sus grandes virtudes y evangélica vida. Y el sancto varon, cuando así los vió, les dijo: ¡Oh padres mios! ¿para qué hacen eso? ¿No me dejarán darme un hartazgo de fraile, que ha dias que ando muy léjos de serlo?

Y en este monasterio dió órdenes á muchos religiosos dél en el oratorio de los novicios, y diólas con aquella gravedad y sanctidad cual solia darlas, predicando y engrandeciendo la dignidad dellas, para que entendiesen los que las recibian la obligacion y cargo que tomaban para sí. Lo cual fué materia de grande edificacion para todos, especialmente para los padres viejos que allí asistian, por haber renovado la religion y manera con que los padres antiguos administraban este sacramento.

Llegado pues á Trento, asistiendo á las cosas del concilio, todo su intento era que se tratase de la reformacion de los abusos, y se dejasen otras cosas que eran de ménos sustancia, alegando que hacer lo contrario era imitar á Faraon, que mandaba matar los hijos varones, y guardar las mujeres flacas.

Quejóse públicamente en el concilio del fausto en que vivian algunos prelados, señalando la nacion donde mas se hallaba este estilo, defendido con imágen y título de autoridad: como quiera que sea mayor la que nasce de

la virtud y celo de la honra de Dios y salvacion de las almas, que la de cualesquier otros medios humanos.

Allí tambien propuso y dió su voto, que se hiciese un decreto en que se mandase á los prelados que, despues de tomada la renta que convenía á la decencia de sus estados, lo demas se gastase en obras pias. Mas no pudo salir con lo que pretendia, porque hubo otros muchos votos en contrario.

Era tenido por muy libre en votar, como hombre que tenia á Dios en su pecho, y no tenia ojos para mirar á mas que á solo él; y así acontesció que, tratándose de la reformacion, y diciendo que los ilustrísimos y reverendísimos cardenales no tenian necesidad de reformacion, volviéndose para donde estaban los cardenales asentados, les dijo que ellos eran la fuente donde todos los demas prelados habian de beber, y por eso convenía estar esta fuente muy limpia, pues eran tantos los que habian de beber en ella. ¿Quién pues no verá aquí estar este pecho lleno de Dios, pues en las barbas y presencia de tres cardenales, que representaban la persona de su Sanctidad, á quien todos los padres del concilio reverenciaban, osase decir unas palabras de tanta libertad? ¡Oh cuán grande cosa es el temor de Dios, pues donde este reina echa fuera como mas poderoso todo otro temor humano!

En este tiempo el cardenal de Lorena, tio del rey de Francia, determinó de ir á Roma á verse con su Sanctidad y tratar con él sus negocios, en cuya compañía fué nuestro buen pastor, no solo para visitar aquellos sanctos lugares, donde están los cuerpos de los apóstoles, sino para pedir á su Sanctidad algunas cosas que le parescian convenientes para socorrer las necesidades de sus ovejas, porque para eso ningun camino rehusaba. Y como en todos los lugares se hiciese gran recibimiento al dicho señor, nuestro prelado hurtaba siempre el cuerpo á todas las honras, y se iba por otro camino.

Y llegando á un lugar adonde se veia Roma, apeóse de la mula, y mandó apear á todos sus criados, y lleno de alegría en el Espíritu Sancto, hincado de rodillas comenzó á decir: ¡Ah sancta madre nuestra! ¡Oh escuela de religion cristiana! ¡Oh columna y fundamento de la verdad, de donde sale la luz del mundo y el conoscimiento del summo bien; donde están los cuerpos de los sagrados apóstoles, con otros mártires innumerables! Hizo allí un grande sermon á los suyos del amor con que habian de tratar las cosas de aquella sancta madre, de donde salia la doctrina católica, la cual cuanto mas vieja tanto mas habia de ser amada; añadiendo á esto, que con justísima razon pusiera nuestro Señor el gobierno de su Iglesia entre los italianos de aquella ciudad.

Y desde este lugar se fué á pié con su familia á Roma, donde fué muy bien recibido del Papa y de los cardenales, por la fama de su virtud y libertad con que habló en el concilio. Fuése á aposentar al monasterio de su órden, porque no quiso ir á casa del embajador de Portugal, por excusar el aparato y regalo de las mesas de los embajadores, como hombre habituado á la templanza de la vida monástica; y quejándose el embajador á su Sanctidad de haberse ido á posar al convento, y no á su casa, respondió su Sanctidad (como tenia ya sabida la templanza del buen pastor): Dadle vos dos huevos asados duros, y aceptará vuestra posada.

Presidia entónces en la Iglesia católica Pio IV, el cual le convidó y mandó poner su mesa junto á la suya; donde acaesció una cosa notable; y fué, que dándole audiencia su Sanctidad la primera vez en presencia de algunos cardenales y obispos, y mandándole el Papa que se sentase, él con su acostumbrada libertad (que no la habia perdido en Roma), respondió: Sanctísimo Padre, yo no puedo sentarme estando los obispos hermanos mios en pié. Y paresciéndole á su Sanctidad que tenia razon, y usando de su acostumbrada benignidad, mandó que todos se sentasen.

El dia que comió con el Pontífice, viendo que la mesa se servia con bajillas de plata, díjole que por qué no se servia de porcelanas, que era un servicio muy hermoso. A lo cual su Sanctidad respondió: Decid vos al cardenal Don Enrique que me las envíe, y yo comeré en ellas. Y sabiendo esto nuestro serenísimo cardenal, le envió un gran presente dellas.

Mas aquí se debe advertir que era tan grande el descontento que nuestro arzobispo recibia de ver bajilla de plata en las mesas de los obispos, que aun la extrañó en la mesa de su Sanctidad, y por esto le convidó con las porcelanas. Bien veo que muchos se ofenderán con este parescer, alegando que se sirven de plata, porque á la hora de la muerte hallen allí fácil remedio para pagar á sus criados. Es tan ingenioso el amor proprio, que siempre halla razones y color de piedad para las cosas que quiere; y es tan sutil, que como dicen los sanctos, en todas las cosas se entremete, y aun en los muy divinos ejercicios, sin que se entienda; por lo cual los que hilan mas delgado en el servicio de Dios, y le quieren ofrescer un sacrificio puro y limpio, siempre viven recatados deste contrario que traen dentro de sí, y examinan muy bien el intento que en eso tienen, por no engañarse con la apariencia del bien. Otros medios hay para satisfacer á los criados, sin dar de sí esta nota; que es servirse como grandes señores, resplandesciendo sus aparadores y mesas con vasos de plata, estando la tierra llena de lágrimas y necesidades de pobres, cuyos padres han de ser ellos.

Mas tornando al propósito, demas deste favor, el Papa le otorgó á nuestro prelado otras gracias y facultades para proveer algunas necesidades de sus ovejas; y entre estas una fué poder dispensar en el fuero de la conciencia en primer grado de afinidad. Asimismo le concedió, que cuando algun juez procediese contra él con censuras, su confesor le pudiese absolver *in foro conscientiæ.* Y demas desto le otorgó un jubileo perpetuo, de que arriba hicimos mencion, para sus súbditos, confesándose las cuatro pascuas del año. Y entendiendo que, como persona tan amadora de la pobreza, no tenia tan buena cabalgadura para caminar, le dió una mula suya, blanca, muy hermosa, y le hizo otros favores.

CAPITULO IX.

De las principales cosas que acabó nuestro arzobispo.

Juntemos agora el fin con el principio. Digo pues que mi intento principal en esta historia fué declarar, que sin demasiado aparato y grande familia podrá un prelado acabar todo lo que pertenesce á su oficio, teniendo las otras partes que se requieren, que son virtud, prudencia, diligencia en los negocios, y largueza en las limosnas. Y con esto, gravedad en sus costumbres: no la

que es artificiosa y postiza, sino la que nasce del mismo peso y dignidad de la virtud; lo cual bastantemente quedará probado, si declaráremos las cosas que este buen pastor intentó y acabó en el tiempo que gobernó su iglesia.

Porque primeramente con su cabildo (que es la cosa para que mayor poder y autoridad se requiere, por ser los cabildos muy privilegiados y graves) acabó lo que ninguno de sus antecesores (aunque algunos dellos fuéron hijos de reyes) pudieron acabar. Porque estaba su cabildo en posesion inmemorial de señalar los visitadores de la ciudad de Braga, así para el clero como para los legos; de donde se seguia que ni el pastor conosciese la cara de sus ovejas, ni (lo que mas es) la vida de los eclesiásticos, que cuanto conviene que sea mas perfecta, tanto conviene que sea mas sabida y emendada. Pues entendiendo nuestro pastor la desórden deste abuso, confiado en Dios y en la razon de la justicia, puso el pecho á extirparlo de su iglesia. Y despues de muchos lances y lites que en este conflicto se pasaron, finalmente se acabó el negocio tan prósperamente, que por muchas razones que los capitulares alegaron contra su pastor, no solamente no prevalescieron, mas ántes fuéron gravemente reprehendidos por Pio V, de sancta memoria, por estas palabras: *Non erubuerint tamquam suspectum recusare venerabilem fratrem nostrum Bartholomæum, archiepiscopum Bracarensem.* Y desta manera se concluyó este tan grande negocio; y la concordia fué tal, cual convenía para el servicio de nuestro Señor y bien de la justicia. Y esta fué que el prelado visitase por sí solo la clerecía de la ciudad de Braga; y para la visita de los legos desta ciudad, nombrase él dos capitulares, los cuales le diesen cuenta de lo que hallasen en la visita; para que así el prelado tuviese noticia entera de la vida y costumbres de los súbditos, que está tan á su cargo.

Y demas desta, que se puede nombrar por una notable hazaña, acometió otra no de menor fructo, sin tener ejemplo que imitar ó alegar en todo este reino, y aun mas adelante, que fué fundar el seminario que el sancto concilio ordenó, para criar ministros en letras, recogimiento y buenas costumbres, para el servicio de tantas iglesias que en este arzobispado hay; pues, como ya dijimos, pasan de mil y docientas y veinte y seis, para las cuales no era posible hallar idóneos ministros hechos, si no se trabajase por hacerlos. Porque si el turco (aunque este ejemplo sea profano) tiene cuidado de criar soldados para la guerra desde niños, para que aprehendan á matar hombres, ¿cuánto mas lo debe tener la Iglesia para criar ministros desde mozos y para salvar las ánimas? Este decreto del concilio agradó tanto á nuestro pastor, que dió por bien empleada jornada tan larga por esta causa. Y acabado este decreto con otros tales, llegando á la posada, se hincó de rodillas, dando gracias á nuestro Señor por lo que estaba tan bien ordenado, diciendo que bien se parescia el Espíritu Sancto asistir en los concilios, pues establescian en ellos tan saludables decretos.

Con estas dos cosas tan señaladas juntaré la tercera, no ménos provechosa, que fué fundar allí el colegio de los padres de la Compañía, así para enseñar los del seminario, como para tanta muchedumbre de clérigos que para aquella prelacía son necesarios, segun ya dijimos.

Y demas desto, porque Viana es una gran villa y de mucho trato, por ser puerto de mar, fundó en ella un monasterio de su misma órden, desde los primeros cimientos, y lo dotó bastantemente con un monasterio antiguo que estaba anejo á la mesa episcopal, para que allí viviesen letrados que respondiesen á los casos de conciencia, y juntamente con esto predicasen y confesasen en la tierra. Y este monasterio, junto con el colegio susodicho, son dos plantas que siempre están dando fructo de saludable doctrina, no una vez en el año, sino todos los dias del año.

Pues todas estas cosas acabó nuestro pastor con su pobre casa y familia; la cual no solamente no le fué impedimento para obras tan grandes, ántes le fué mucha ayuda; porque por haber sido él tan pobre para sí, demas de las limosnas que arriba contamos, tuvo tambien caudal para edificar estas dos tan señaladas casas.

Acabó tambien otra cosa de grande importancia, que fué tener paz con los señores de la comarca, y especialmente con el vizconde de Ponte de Lima, con quien sus antecesores habian tenido pleitos sobre los derechos de sus patronazgos; con el cual de tal manera compuso los negocios, y quedó tan en su gracia, que llegando á visitar su lugar, le salió él á recibir, y le pedia húmilmente su bendicion.

Y cuando algunos otros señores, por virtud de sus patronazgos, le presentaban algun ministro ménos digno, de tal manera y con tales palabras y cortesía lo excluia, que no quedaban ofendidos los señores, por tener entendido que en nada le movia pasion, sino razon y temor de Dios.

De otras cosas muchas que nuestro pastor acabó no se hace aquí mencion, sino destas, por ser tan señaladas; con lo cual los prelados temerosos de Dios y deseosos de su salvacion, verán por experiencia que sin mucho aparato de pajes y escuderos pueden muy bien cumplir con la obligacion de su oficio, y acabar cosas dificultosas y grandes; porque al prelado que religiosamente vive y tan liberalmente gasta lo que tiene con los pobres, Dios, y los hombres, y el mismo mundo, los favoresce y ayuda en todas sus cosas.

Y los que esta manera de vida tan humilde y pobre condenaren, condenen tambien á Sant Augustin, de quien se escribe (*a*) que solas las cucharas tenia de plata, mas todos los platos de que se servia eran de barro ó de madera; y las otras alhajas de su casa eran tales, que á la hora de su muerte no hizo testamento, porque como pobre de Cristo, no tenia de qué hacerlo. Condenen á Sant Ambrosio que hasta los cálices de plata mandaba fundir para rescatar cautivos; lo cual el sancto varon no hiciera si él tuviera con qué rescatarlos. Condenen á Sant Exuperio, de quien escribe Sant Hierónimo estas palabras (*b*): *Sanctus Exuperius Tolosanæ urbis episcopus, esuriens, pascit alios: et ore pallente jejuniis, fame torquetur aliena: nihil illo ditius, qui corpus Domini canistro vimineo, sanguinem portat vitreo.* Que quiere decir: Sant Exuperio, obispo de Tolosa, padesciendo él hambre, da de comer á otros; y trayendo el rostro amarillo por su poca comida, padesce tormento con la hambre ajena; y no hay cosa mas rica que este prelado, el cual por dar toda la hacienda que tiene á los pobres, trae

(*a*) In ejus vita, cap. 22. (*b*) D. Hier. tom. 1. epist. ad Rust. circ. finem.

el cuerpo de nuestro Señor en un canastillo de mimbres, y su sangre preciosa en un vaso de vidrio. Este era el estilo y la vida de aquellos padres, que eran regidos, no por espíritu humano, sino divino; el cual los movia á esta manera de vida pobre y humilde. Y pues los sanctos pontífices que esta manera de vida escogieron son alabados y celebrados en la Iglesia por grandes prelados, no tienen muy buena excusa los que escogen otra manera de vida contraria á esta, pareciéndoles que es mas á propósito para hacer bien el oficio pastoral. Ni pueden con razon alegar la mudanza de los tiempos, que pide otra cosa; pues en este mismo tiempo vivió este prelado con esta misma templanza. Y tambien el reverendísimo Sant Cárlos Borromeo, de feliz memoria (prelado que ya le tiene puesto la Iglesia en el catálogo de los sanctos), y otros que aquí podríamos nombrar; sin que esta modestia menoscabase su autoridad; y no solo eso, sino que ántes la acrescentase muy mucho mas, teniendo el pueblo por nuevos hombres venidos del cielo á los que, pudiendo ser ricos con el mundo, quisieron mas ser pobres con Cristo.

CAPITULO X.

De cómo dejó el arzobispado

Dijimos al principio de la manera que nuestro pastor entró en el arzobispado, que fué por la puerta real de la obediencia. Agora veamos de la manera que salió. Sant Bernardo escribe al papa Eugenio (*a*) que mire mucho por sí, por razon del peligro en que vive. Porque luego (dice) recibirás grande pena con la muchedumbre de negocios que te apartarán de los brazos de tu madre Raquel; y de ahí á poco, continuándolos, sentirás la misma pena, aunque ya no tan grande; y así, finalmente, con la continuacion dellos vendrás á criar callos en tu ánima, y á no sentir el daño que recibes.

Este es un commun peligro en que se ven los varones recogidos y virtuosos cuando el mundo los saca á plaza y constituye en dignidades; que ninguna cosa hay tan áspera y dificultosa, que la costumbre (especialmente de muchos dias) no la haga fácil y aun suave. Pues deste tan commun peligro de tal manera libró nuestro Señor á nuestro pontífice, que no solamente no bastó la costumbre de veinte y tres años que gobernó aquella iglesia, para criar estos callos en su ánima, mas ántes, cuanto mas continuaba este oficio, tanto mas sentia el peso de la carga. Y así sus voces ordinarias en cartas y fuera dellas eran: Estas tribulaciones de mi corazon se han multiplicado. Y de la manera que Sant Gregorio se lamenta en el principio de sus Diálogos (*b*) de haber salido del puerto seguro y quieto de su monasterio al piélago de los negocios del pontificado, así se quejaba este varon, y así gemia y suspiraba por aquella quietud y silencio que habia perdido.

Este descontento (demas de haber escripto á su Sanctidad, como se ha dicho) le hacia escribir á todos los que para esto le podian ayudar; y tanto mas apretaba este negocio, cuanto mas le iban faltando las fuerzas y la salud para los trabajos. Y en este tiempo escribió á Fr. Luis de Granada, alegando estas y otras razones; para que yo las representase al serenísimo rey Don Enrique, suplicándole se contentase con tantos años de trabajos, y le dejase descansar. Lo cual hice por la grande instancia con que me pedia hiciese oficio de fiel amigo para con él (y no sé si de infiel para con Dios). Mas este escrúpulo me quitó el prudentísimo y cristianísimo Rey, estando en la cama enfermo del mal que fallesció, diciéndome: Dejadlo, que así como está hace mas fructo que todos cuantos le pueden suceder.

Y así en este tiempo no se pudo efectuar su deseo, hasta que yendo á las cortes de Tomar, y siendo benignamente recibido de su Majestad, así por la fama de su sanctidad, como por la rectitud y entereza que habia tenido en las alteraciones pasadas del reino; deseando hacerle todo favor y merced, él no pidió otra cosa sino una carta de favor para su Sanctidad, para que quisiese dar descanso y libertad á veinte y tres años de trabajo. Vista pues por su Majestad la razon y instancia con que él pedia esta carta, se la otorgó, escribiendo á su Sanctidad muy encarescidamente sobre ello. Y desta manera se le cumplió aquel tan grande y tan antiguo deseo de su libertad.

Pero entre tanto que las bulas venían, él quedó con la misma administracion del arzobispado que ántes. Y porque ellas tardaron algun tanto, y era razon que no se le negase el estipendio de aquel trabajo, hubo dificultad en la justificacion y derecho que en esto habia, y comenzóse á intentar pleito sobre ello. Lo cual era tan ajena cosa de la condicion deste Padre, que impetró de su Majestad que esto se determinase por jueces árbitros, sin figura de juicio, y así se hizo. Y lo que de aquí se concluyó fué que se diese lo que merescia el tiempo de su trabajo; lo cual no queria este para atesorar en la tierra, sino en el cielo, y acabar aquel monasterio de su órden; porque para sí no era mas que una tasada sustentacion.

Y por eso, tratándose de la pension que se le habia de dar, no pidió mas que solo eso. Mas su Majestad no tuvo respecto á lo poco que él, como pobre fraile, pedia, sino á lo que mas convenía; y así le mandó dar mil ducados de pension, de los cuales daba al monasterio de Viana, donde se recogió, lo necesario para su persona, y una mula y dos mozos que le acompañan cuando va á predicar por los lugares de la comarca; y lo demas reparte con sus grandes amigos, que son los pobres de Cristo.

Recogido pues en este monasterio, que él mismo fundó, vive como cualquiera de los religiosos, hallándose en todas las horas del coro, sin faltar á alguna, y empleándose y entregándose todo á nuestro Señor, sin algun otro cuidado y obligacion, alegrándose y dando muchas gracias á Dios, porque de un mar tan inquieto de negocios, lo trajo á un puerto de la quietud y recogimiento tan deseado: experimentando en sí lo que Salomon dice (*c*), que es árbol de vida el cumplimiento del deseo.

Era tanto el gusto que tenia en la oracion, que hacia algunos movimientos con la boca, notables, de que se inquietaba todo el coro. Y preguntándole un dia el padre Fr. Juan de la Cruz (qué fué provincial dos veces de aquella provincia, y era su amigo) que por qué hacia aquellos ademanes; respondió que iba imaginando cuando oraba, que chupaba la sangre de Cristo, y de la sua-

(*a*) D. Bern. lib. 1. de Consider. in princip. (*b*) D. Greg. in Prolog. Dialog.

(*c*) Prov. 19.

vidad que desto sentia, nascian, sin reparar en ello, aquellos ademanes.

Mas no contento con el fructo de su proprio aprovechamiento, tambien procura, en cuanto le es posible, el de sus hermanos; porque pudiendo ya descansar (por pasar de los años que la ley antigua diputaba para los ministros del templo), no lo hace así, porque teniendo en un cuerpo flaco esforzado el espíritu, va á predicar los domingos por los lugares comarcanos. Y para esto se levanta á las tres de la mañana, y reza en el coro con los religiosos las horas hasta nona, y luego se apareja para decir misa, y hace que la oigan los dos mozos que van con él, mandándoles luego almorzar, porque no tomen nada del pueblo donde va á predicar. Y si llega muy temprano á él, predica ántes de la misa, y despídese del pueblo, avisándole que ya él y los suyos han oido misa, porque no se escandalicen los flacos, yéndose ántes della.

Siendo este su gran cuidado, y el que siempre ha tenido, de no dar motivo de ofension á nadie. Y llega este cuidado á términos, que cuando come huevos en viérnes delante de otros, dice que no extrañen lo que hace, porque tiene bula de su Sanctidad para esto. Y la costumbre que ántes dijimos que tenia en el arzobispado de partir la comida con los pobres, tambien la tiene agora. En todo lo que es contra su regalo, sigue lo que la órden y la obediencia mandan, sin admitir ninguna particularidad en la mesa, cama, hábitos y tratamiento de su persona.

Es en aquella tierra tenido por sancto, y con este presupuesto asisten á su misa muchos dolientes de diversas enfermedades, para pedirle la bendicion, haciéndoles la señal de la cruz. Lo cual él á los principios extrañaba mucho; mas ya agora no lo extraña tanto, ántes á todos recibe benignamente, y les da su bendicion. El suceso desto (que es dar la salud á los dolientes), no se ha procurado saber, y por eso nada osamos afirmar, sino algunas cosas de que despues harémos mencion : aunque yo mas caso hago de los ejemplos de las virtudes que nos edifican, que de los milagros que nos espantan; pues estos los pueden hacer alguna vez hombres malos; mas las virtudes no caben sino en los verdaderamente buenos.

En aquella villa de Viana estaba una mujer casada, cinco dias habia con dolores tan recios de parto, que no hablaba ni comia cosa de sustancia, y las comadres que allí asistian tenian por cierto que la criatura de que estaba preñada ocho meses habia, estaba muerta; porque ya les olia mal, y el médico que esta historia me contó le aplicaba los remedios que la medicina enseña para despedir la criatura muerta. Viéndose pues desconfiados de todo remedio humano, acudieron al divino, y como en aquella tierra este Padre es tenido de todos por sancto, procuraron haber alguna cosa de sus vestidos para socorrer á la doliente, y dando cuenta desto al padre Fr. Juan de la Cruz (que es muy familiar amigo suyo), dióles una túnica que tenia en su poder, que era del siervo de Dios, sin que él lo supiese; y vistiéndola á la doliente, luego á la hora habló y dijo : Sana estoy, y prosiguió adelante la salud, y cumplidos los nueve meses, parió un hijo vivo y sano.

Sabido esto en la tierra, de ahí á pocos dias estaba otra mujer de parto tres dias habia, sin poder despedir la criatura : acudió entónces la parte á pedir la misma túnica; diósele, y luego parió.

Un doliente tenia dentro de la garganta una esquinencia que le ahogaba : procuraron los parientes haber una cinta deste Padre, y no faltó quien la hubo á las manos sin saberlo él. Púsose sobre el doliente, y luego echó por la boca toda la ponzoña de sangre y materia que tenia dentro, y con esto recibió salud.

Una mujer le presentó un muchacho de poca edad, con una parte de la cara cancerada, con el mal que llaman *noli me tangere*; y presentado al arzobispo tres veces, y haciéndole la señal de la cruz, quedó sano, como hoy dia se muestra en esta ciudad.

Llegando un navío á la barra del pueblo, que venía cargado de trigo, levantóse una tan brava tormenta, que estaba el navío para perderse en unos bajíos de aquella barra, donde poco ántes se habian perdido otros dos navíos, con tormenta : acudieron los pescadores con sus barcos á favorecerle, y las mujeres destos y la gente del pueblo estaban en la playa dando voces, por el peligro de sus maridos. Oyendo pues el Padre las voces, y entendiendo el peligro, se recogió luego á su celda á hacer oracion, y con esto escapó el navío de aquel evidente peligro; lo cual todos atribuyeron á su oracion.

Pero sobre todos estos milagros es mayor la sanctidad deste varon de Dios, el desprecio de sí mismo y de cuanto poseia; el cual milagro encaresce el Eclesiástico por estas palabras (*d*) : Bienaventurado el rico en quien no se halla mácula de pecado, ni fué tras el oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarle hemos? porque hizo maravillas en su vida. Y habiendo sido aprobado y examinado con el dinero, fué hallado perfecto; por tanto su gloria será eterna, y sus limosnas recontará toda la Iglesia y la congregacion de todos los sanctos.

Estos son pues los milagros que nos dan testimonio de la verdadera sanctidad; lo cual significan aquellas palabras que dicen (*e*) que fué probado y examinado como el oro, y fué hallado perfecto. Para lo cual es de saber que (como dijo un sabio) la piedra que llaman toque declara cuál sea oro verdadero, y cuál el falso; mas ese mismo oro es el toque en que se conoscen los buenos y los malos; porque, segun los hombres precian ó desprecian el oro, así juzgamos de su virtud y sanctidad.

Pues segun esto, si despreciar el dinero, que es cosa tan baja, es tan grande argumento de virtud y sanctidad, mas lo será haber despreciado honras, dignidades y mandos, que son cosas tras que todos los hijos de Adam tan perdidos andan, que se meten por lanzas por ellos; los cuales este varon de Dios, no solo despreció, mas hizo tantos extremos por huir dellos, cuantos hacen otros por alcanzarlos; porque claramente se ve que no es esta obra de la naturaleza, sino de la divina gracia; no de carne ni de sangre, que ama las cosas de la tierra, sino del espíritu de Dios, que siempre aspira para las del cielo.

Al fin desta historia me paresció explicar de qué principios procedió esta tan grande solicitud y vigilancia de nuestro pastor, para que se estime en mucho lo que fué causa de tanto bien: que fué el haberse dado mucho por los ejercicios espirituales de la oracion y meditacion, en que este siervo de Dios siempre se ocupó. Porque con la

(*d*) Eccl. 31. (*e*) Prov. 12.

continuacion destos ejercicios se va criando y arraigando en el ánima un profundo temor de Dios, el cual le hacia en su oficio trabajar sin descansar.

Mas cuán amigo él fuese destos sanctos ejercicios y del recogimiento y virtud que para ellos se requiere, se entenderá por lo que él dijo á un familiar amigo suyo. Porque morando él ántes de su eleccion en el monasterio de Sancto Domingo, de Lisboa, y hallándose allí inquieto con muchas ocasiones de negocios y visitaciones, dijo á este su amigo: Holgárame que sin culpa mia se levantara alguna tempestad contra mí, para que por ella me tuvieran preso en una celda; porque allí podria yo mas libremente buscar á Dios y á mí. Esto pues nos declara cuán amigo era de su recogimiento y ocupacion interior, quien tomaba por partido verse preso, por estar suelto y desocupado.

Vivia con gran cuidado de la pureza de su conciencia, y en excusar cualquiera pecado, aunque fuese muy venial. Lo cual se entenderá por lo que aquí diré. Escribia por mano de un religioso, pidiendo cierto favor al Rey para una persona, alegando en la carta que le tenia muchas obligaciones. Y escripta ya gran parte della, dijo: Tener yo algunas obligaciones, es verdad; mas muchas, no. Y mandó romper la carta, y comenzar otra. Y diciéndole el escribiente que no reparase en aquello, y porfiando en esto, no quiso quietarse, sino dijo: Tengo sesenta años, y no quiero hacer cosa que tenga que confesar. Otros ejemplos semejantes se dejan por evitar prolijidad: en que se paresce bien que el Espíritu Sancto moraba en esta ánima.

Digo pues que de los ejercicios de la oracion, acompañados con la pureza de la vida, salen hombres perfectos y grandes prelados, como en nuestro arzobispo se ha visto. Aquí tienen los prelados impresa la imágen pastoral, y de los medios y ejercicios que para eso les han de ayudar, para que, siguiendo este ejemplo, reciban del príncipe de los pastores el premio de sus trabajos, con tantos grados de gloria, cuantas ánimas encaminaron al cielo con su industria.

CAPITULO XI.

De algunos milagros y cosas memorables que sucedieron en vida del sancto arzobispo D. Fr. Bartolomé de los Mártires.

Diciendo una vez misa el sancto arzobispo (ya retirado al rincon de su celda), muy fuera de su costumbre, en llegando á las oraciones del sacro cánon, se detuvo mucho en ellas, y despues abrevió mucho la misa. Lo uno y otro paresció una gran novedad al hermano que la ayudaba. Imaginó que habia tenido algun accidente el arzobispo, causa de aquella novedad. A toda diligencia acudió á su celda. Acabada la misa, dió cierta cantidad de dinero á un criado suyo llamado Hernando Fructuoso; rogóle que á toda diligencia y priesa fuese al pueblo, donde encontraria un viejo, dándole las señas por las cuales le conosceria; al cual habia de dar aquel dinero: y adviértese que aquel pobre hombre llevaba una soga dabajo de la capa, que habiendo sucedido una gran desgracia, de las que el mundo llama infortunios, el demonio le habia puesto en la cabeza que se ahorcase, que con la muerte se acabarian aquellas miserias: haciendo olvidar el padre de mentiras las summas á que venía el miserable hombre en el infierno. Diéronle el dinero, y tomó mejor acuerdo.

Hallábase en aquel lugar un hombre ciego, el cual se llamaba Manuel: concibió grandes esperanzas que por medio de la intercesion del sancto arzobispo le daria Dios salud. Con esta seguridad y confianza iba á la iglesia del convento cada dia, y oia la misa del arzobispo, y acabada le suplicaba que le dijese los evangelios. Hízolo así algunos dias, haciéndole la señal de la cruz sobre los ojos, con que cobró vista el ciego, y vistió el hábito de la religion.

Un niño del mismo lugar nasció con una carnosidad grande en un carrillo: enfermedad que con los remedios cresce, y ninguno tiene si Dios milagrosamente no le da. Afligida la madre, llevó tres dias el niño al arzobispo, haciéndole siempre la señal de la cruz en aquella parte enferma; con que el niño cobró entera salud.

Un mancebo padescia una gravísima enfermedad, y fué tan en crescimiento el mal, que habiendo recibido ya la Extrema-Uncion, diéronle una caperucilla del arzobispo; púsola sobre su cabeza el doliente, y cobró salud.

Una mujer estuvo cinco dias con sus noches con dolores de parto muy recios, y el mayor inconveniente y peligro era que la criatura estaba ya muerta; con que ni los médicos con los remedios hacian cosa de consideracion para que echase la criatura. Estaba tan acabada ya la mujer con el trabajo y tan rendida al mal, acabadas las fuerzas, y de manera que no podia hablar; llorábanla ya por muerta los de casa. Una mujer del barrio, que se halló allí presente, persuadióla que buscase alguna cosa de los hábitos ó vestidos del arzobispo. Trajéronla una túnica, vistióla, y luego al punto comenzó á hablar muy claramente, y á voces altas dijo: Sean gracias á Dios, yo estoy ya buena; y luego parió el hijo vivo. Lo mismo sucedió y con la misma túnica á otra mujer que habia tres dias que estaba fatigadísima con recios dolores de parto. Esto mismo acontesció á otra mujer puesta en el mismo peligro, que poniéndola un escapulario del sancto arzobispo, parió luego.

Diversas veces en tormentas y en borrascas que se ofrescian en la mar, haciendo el siervo de Dios la señal de la cruz, se acababan. Y llegando una vez ciertos bajeles cerca del puerto de Viana, en gran peligro y á punto de anegarse, haciendo la señal de la cruz el arzobispo, se sosegó la mar, y las naves llegaron al puerto en salvamento. Y era en los pensamientos de los mareantes tan cierto el socorro que el cielo enviaba por manos del arzobispo, que viendo los que se hallaban en tierra tener peligro algun bajel en el mar, suplicaban al siervo de Dios hiciese oracion, y con ella se acababa el peligro.

Todas las veces que salia del monasterio con su compañero para ir á la casa de Sant Salvador de Torre, anexa á su monasterio, donde iba por atender á la oracion con mayor sosiego y ménos ruido, le rodeaba innumerable gente del pueblo, unos puestos de rodillas le besaban las manos, otros el escapulario y los hábitos. Muchos á la ida y á la vuelta le acompañaban; las mujeres que no podian salir de casa, puestas á las ventanas, pedian la bendicion al siervo de Dios.

Confesaban algunos que se embarcaban con él en el rio, que lloviendo á toda furia, quedando todos mojadísimos, solo el arzobispo no lo quedaba. Cuando domingos y fiestas salia á predicar á las iglesias vecinas, eran ejércitos de pobres los que le acompañaban, pi-

diendo su bendicion y limosna; cuya compañía era gratísima al sancto, y mas cuando se hallaba con dineros que repartir.

Hasta aqui debió de dejar escripto el V. P. M. Fray Luis de Granada. Porque habiendo muerto á 31 de diciembre del año de 1588, y el sancto arzobispo D. Fray Bartolomé de los Mártires, habiendo muerto á 16 de julio del año de 1590, claramente consta no haber podido escribir la muerte del señor arzobispo. Y asi paresce que la breve relacion de su muerte, que se refiere en el capítulo siguiente, debió escribir el ilustrísimo señor D. Fr. Juan Lopez, obispo de Monópoli, en la cuarta parte de la historia de Sancto Domingo, de donde se ha trasladado á esta historia.

CAPITULO XII.

De la dichosa muerte del ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fr. Bartolomé de los Mártires.

Con los muchos años crescieron los achaques al sancto arzobispo; las pasiones de la orina le traian atormentadísimo sin poder orinar, y apretáronle de manera, que aunque el sancto viejo deseaba encubrir la causa de su mal, y los dolores que le traian atormentadísimo, no pudo ser de manera que la calidad de la dolencia no venciese el ánimo y la determinacion del sancto. En medio de los dolores repetia muchas veces estas palabras: *Domine, da hic patientiam, et postea indulgentiam.* Señor, dadme aquí paciencia, y despues indulgencia y perdon. Cresció la violencia del mal, con que comenzó á desfallescer muy apriesa: eran las molestias mayores, y estas llamaban á la muerte; pero si bien la enfermedad crescia, y las fuerzas se acababan, el oficio de la oracion á Dios fué en su siervo lo que siempre. Usaba de unas oraciones devotísimas, que llaman los sanctos jaculatorias, con las cuales alababa al Señor, reconosciendo por obra de su misericordia los dolores que padescia, y juntamente suplicaba por la salud eterna de su alma. Ya habia llegado á estado en el cual vivia con olvido de todas las cosas temporales que tiene el mundo; pero en lo que tocaba en regalos del espíritu y el amor de Dios, hablaba cosas muy á propósito y de celestial sabiduría.

Murió lleno de años (que es lo que se dice de algunos de los sanctos patriarcas antiguos), y muy lleno de merescimientos. Falleció á los 16 de julio, año de 1590, mártes, á hora de completas, hallándose presentes los frailes y los canónigos de la sancta iglesia de Braga, que todos ellos acompañaron la partida sancta del arzobispo con oraciones y lágrimas. Y porque no todas veces quiere Dios que la honra de sus siervos comience en la otra vida, sino que en esta se honren los sanctos; el nuevo arzobispo de Braga D. Fr. Augustin de Jesus le dió el sanctísimo sacramento de la Extrema-Uncion. Hallóse presente á su fallescimiento en compañía del cabildo de su catedral de Braga, el cual proveyó todo lo que fué necesario para que el sancto se enterrase con la autoridad que convenía á su dignidad, dando muestra del grande amor que tenia á su predecesor ya difunto.

Apénas habia amanecido el dia siguiente, cuando fué el concurso de gente tan grande, que fué necesario llevar el cuerpo del difunto por las calles públicas del lugar, para que todos se consolasen con la vista del cuerpo sancto. Entre tanto que le aparejaban para enterrarle, rompieron las vestiduras del sancto viejo, no dejaron en su celda cosa ni paño, por pequeño y viejo que fuese, de los que el siervo de Dios usaba, que no se partiese dedo á dedo entre los que se hallaron presentes, llevando cada uno su parte, alegre con tan preciosas reliquias.

Hubo grandes diferencias entre el cabildo de Braga sobre dónde se habia de sepultar el cuerpo; y aunque el arzobispo que se hallaba presente quisiera favorecer la parte de los canónigos, pero la instancia que hicieron los frailes y la villa de Viana, fué de manera que no quiso que se sentenciase la diferencia. Tuvieron los de Viana miedo á alguna violencia, y acudieron algunos dellos armados, con resolucion de aventurar hacienda y vida en razon que el cuerpo del sancto quedase en su tierra. Acabadas las exequias, el arzobispo en hábito pontifical (despues de haber predicado un gran sermon el padre Fr. Jorge, de la órden de Sant Augustin, y compañero del señor arzobispo) hizo el oficio de la sepultura, honrando no solamente la dignidad del arzobispo difunto, sino la virtud de un gran sancto. No hubo hombre en la villa de Viana que no celebrase el entierro con muchas lágrimas; que lloraban todos como si á cada uno le hubiera faltado el padre. Pasado un mes del entierro, treinta soldados armados asistieron á la sepultura, en la cual pusieron este epitafio: *Ardère et lucère jubet, qui luxit, et arsit: luxit enim exemplis, arsit; amore Dei*: palabras que en breve summa declaran la sanctidad del arzobispo, y el grande ejemplo con que vivió.

Unas letras hay del papa Pio IV, escriptas al cardenal de Portugal, Enrique, rey que fué despues del reino, en las cuales hace mencion del crédito que el concilio de Trento tuvo de la bondad, religion y devocion del arzobispo, respondiendo á una carta del cardenal, que le escribió en recomendacion del arzobispo. Hay tambien un breve del papa Gregorio XIII, remitido al arzobispo, en que dice que le hace cierta gracia por los grandes merescimientos de su persona.

VIDA

DEL

VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA,

PREDICADOR APOSTÓLICO DEL ANDALUCÍA,

en que se manifiestan las partes que ha de tener el predicador evangélico;

COMPUESTA

POR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA,

de la órden de Sancto Domingo.

AL CRISTIANO LECTOR EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA.

Por algunas personas devotas (que conoscieron al V. P. M. Juan de Avila, y se aprovecharon de su doctrina) he sido muchas veces importunado quisiese escribir algo de su vida, como persona que lo trató y concursó mucho tiempo. Y con ser esta peticion muy justa, y entender yo resultaria de aquí mucha edificacion á sus devotos, todavía me paresció cosa que sobrepujaba á la facultad de mis fuerzas. Porque despues que me puse á considerar con atencion la alteza de sus virtudes, parescióme cierto que ninguno podria competentemente escribir su vida, sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo. Porque sus virtudes son tan altas, que claramente te confieso que las pierdo de vista; y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así tambien para escribirlas. Mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las communes virtudes que agora vemos en nuestros tiempos, y subir á otra clase mas alta de otros nuevos hombres, en quien (por estar la carne muy mortificada) reina el espíritu de Dios mas enteramente; el cual hace á los hombres semejantes á sí, y diferentes de los otros que de la alteza de este espíritu carescen.

Y para decir algo de lo que siento, leyendo las vidas de los sanctos pasados, y mirando la de este siervo de Dios (que él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo), aunque confieso que en ellos habria mas altas virtudes, pues están puestos por un perfectísimo dechado dellas en la Iglesia; me paresce que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque vi en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvacion de las almas, un estudio continuo y trabajo para adquirirlas, con otras virtudes suyas que adelante se verán.

Pues por exceder esta materia tanto mis fuerzas, quisiera (como dije) excusarme; mas venció la caridad y el deseo de aprovechar á los hermanos, y especialmente á los que están dedicados al oficio de la predicacion. Porque en este predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propriedades y condiciones del que este oficio ha de ejecutar.

Y porque la principal cosa que en las historias se requiere es la verdad, diré luego de qué fuente cogí todo lo que escribiere. Primeramente aprovechéme de los memoriales que me dieron dos padres sacerdotes, discípulos muy familiares suyos, que hoy dia son vivos, que

fuéron el P. Juan Diaz, y el P. Juan de Villaras, que perseveró diez y seis años en su compañía hasta la muerte; cuyas palabras, que pasaron con el dicho Padre, y me será necesario referir aquí algunas veces, cuando la historia lo pidiere. Ayudarme he tambien de lo que yo supiere, por haber tratado muy familiarmente con este Padre (como dije), donde nos acaesció usar algun tiempo de una misma casa y mesa; y así pude mas de cerca notar sus virtudes, y el estilo y manera de su vida. Tambien ayudarán para lo mismo sus escripturas, las cuales estos padres susodichos sacaron á luz; mayormente en sus cartas, en las cuales descubre el espíritu y celo que tenia de la salvacion de las almas. Y como sean muy diferentes las materias que en ellas se tratan, así descubre él mas la luz y experiencia que en todas ellas tenia. Y porque no todos tendrán estas cartas, me será necesario ingerir aquí algo de lo que en ellas sirviere para nuestro propósito.

Tambien me paresció no escribir esta historia desnuda, sino acompañada con alguna doctrina, no traida de fuera, sino nascida de la misma historia. Porque no es de todos ingenios saber ponderar las cosas que leen, y sacar dellas la doctrina que sirve para la edificacion de sus almas; en lo cual es razon que provea el historiador, pues es deudor á todos los hombres, sabios y ignorantes.

VIDA
DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA,

PREDICADOR APOSTÓLICO DEL ANDALUCÍA.

CAPITULO PRIMERO.

De los principios de la vida del V. P. Juan de Avila.

Aquel solícito padre de familias que á todas las horas del dia anda cogiendo obreros para cultivar su viña, jamas deja pasar edad alguna que no despierte algunos muy señalados obreros, que con su trabajo y industria ayuden á esta labor. Entre los cuales fué él servido de llamar este nuevo obrero, cuya vida comenzamos á escribir para gloria del mismo padre de las familias, y deste obrero que él escogió; suplicando al mismo padre, que pues este siervo suyo con tantos trabajos procuró su gloria, me dé él parte de su espíritu, y palabras con que yo pueda dignamente glorificar á este tan grande glorificador suyo; pues es justo que sea glorificado en la tierra, el que tanto procuró todo el tiempo que vivió por glorificar al que reina en el cielo.

Y aunque va poco en saber el orígen de los padres que los siervos de Dios tuvieron en la tierra (pues tienen á Dios por padre en el cielo), todavía se suele esto escribir para gloria de la tierra que este fructo produjo, y de los padres que lo engendraron. Fué pues este siervo de Dios natural de Almodóvar del Campo, que es en el arzobispado de Toledo. Sus padres eran de los mas honrados y ricos deste lugar; y lo que mas es, temerosos de Dios, porque tales habian de ser los que tal planta habian de producir: y no tuvieron mas que solo este hijo.

Siendo el mozo de edad de catorce años, le envió su padre á Salamanca á estudiar leyes, y poco tiempo despues de haberlas comenzado, le hizo nuestro Señor merced de llamarle con un muy particular llamamiento. Y dejado el estudio de las leyes, volvió á casa de sus padres. Y como persona ya tocada de Dios, les pidió que le dejasen estar en un aposento apartado de la casa, y así se hizo, porque era extraño el amor que le tenian. En este aposento tenia una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó á hacer penitencia y vida muy áspera. Su cama era sobre unos sarmientos, y la comida era de mucha penitencia, añadiendo á esto cilicio y disciplinas. Los padres sentian esto tiernamente; mas no le contradecian, considerando (como temerosos de Dios) las mercedes que en esto les hacia. Perseveró en este modo de vida casi tres años. Confesábase muy á menudo, y su devocion comenzó por el Sanctísimo Sacramento, y así estaba muchas horas delante dél: y de ver esto y la reverencia con que comulgaba, fuéron muy edificados, así los clérigos, como la gente del lugar. Pasando por allí un religioso de la órden de San Francisco, y maravillado de tanta virtud en tal edad, aconsejó á él y á sus padres que lo enviasen á estudiar á Alcalá, porque con sus letras pudiese servir mejor á nuestro Señor en su Iglesia, y así se hizo.

Ido á Alcalá, comenzó á estudiar las artes, y fué su maestro en ellas el P. Fr. Domingo de Soto; el cual, vista la delicadeza de su ingenio, acompañada con mucha virtud, lo amaba mucho, y sus condiscípulos eran muy edificados con su ejemplo. Y en este tiempo se llegó á su amistad y compañía Don Pedro Guerrero, arzobispo que despues fué de Granada, que en este estado fué siempre muy su devoto y favorescedor de sus cosas.

Antes que acabase sus estudios fallescieron sus padres; y despues de acabados (y saliendo de los aventajados de su curso, así por su buen ingenio como por la diligencia del estudio), siendo ya de edad competente, se ordenó de misa, la cual, por honrar los huesos de sus padres, quiso decir en su lugar; y por honra de la misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer (como persona que tenia ya mas altos pensamientos), dió de comer á doce pobres, y les sirvió á la mesa, y vistió y hizo con ellos otras obras de piedad.

Mas, dejados aparte estos principios, comenzarémos á tratar de lo que toca al oficio de su predicacion. Y porque es estilo de nuestro Señor, cuando escoge una persona para algun oficio, darle todas las partes y virtudes que para él se requieren, declararémos aquí las que á este siervo suyo fuéron concedidas; en las cuales verá el cristiano lector la imágen de un predicador evangélico, que es lo que yo en esta historia pretendo declarar, con ayuda de aquel Señor que estas partes y gracias le concedió; lo cual otros escriptores hicieron, aunque en diferentes materias. Porque Jenofonte, clarísimo orador y filósofo de Grecia, escribe la historia de Ciro el mayor (que es el que restituyó los judíos á su tierra despues del cautiverio de Babilonia; cuyas victorias y triunfos escribe, no solamente Herodoto, sino lo que mas es, el profeta Isaías muchos años ántes que él nasciese), en la cual historia trabaja por dibujar las virtudes que un muy acabado y perfecto rey ha de tener; y porque este rey (aunque muy valeroso) no las tenia todas, y esas que tenia no eran verdaderas virtudes, sino aparentes, suple él y pone de su casa lo que á él le faltaba. Mas aquí entiendo formar un predicador evangélico, con todas las partes y virtudes que ha de tener; mas no poniendo yo nada de mi casa, sino mostrándolo en la vida y ejercicios deste nuestro predicador. Y para llevar algun órden en esta historia, trataré primero de las virtudes y

gracia que nuestro Señor le concedió para este oficio; y luego de las virtudes especiales de su persona, y despues del oficio de su predicacion y fructo della, que de todo lo susodicho se siguió.

CAPITULO II.

Primera parte, de cómo nuestro predicador procuró imitar al apóstol Sant Pablo en el oficio de la predicacion, y de las principales partes que para este oficio se requieren.

Pues habiéndose determinado este siervo de Dios de emplearse todo en el oficio de la predicacion, para lo cual tantos años habia trabajado en las letras, deseando por este medio procurar, no honras ni dignidades, sino la salvacion de las ánimas; la primera cosa que hizo fué procurar las expensas que para este oficio se requieren. Y estas eran las que el Salvador declaró, cuando dijo (*a*): Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo; lo cual cumplió él tan enteramente, que venido á su patria, repartió toda la herencia que de sus padres le habia quedado con los pobres, sin reservar para sí mas que un humilde vestido de paño bajo; en lo cual cumplió lo que el mismo Señor dijo á sus discípulos cuando los envió á predicar (*b*), mandándoles que no llevasen bolsa ni alforja, sino sola fe y confianza en Dios, porque con esta provision nada les faltaria. Lo cual tambien se cumplió en nuestro predicador; porque todo el tiempo que vivió, ni tuvo nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; mas ántes siendo pobre remedió á muchos pobres, y así pudo decir aquello del Apóstol (*c*): Vivimos como pobres, mas enriquecemos á muchos, y como quien nada tiene, y todas las cosas posee.

Asentado ya este fundamento, determinó buscar una guia á quien seguramente pudiese seguir, y no halló otra mas conveniente que al apóstol Sant Pablo, dado por predicador de las gentes. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol á esto convida á todos los fieles, diciendo (*d*): Hermanos, sed imitadores mios, como yo lo soy de Cristo. Y aunque este ejemplo sea tan alto que nadie pueda llegar á él, mas (como dice un sabio) más alto subirán los que se esforzaren por subir á lo alto, que los que, perdida la esperanza desto, se quedaron en lo bajo. Y cuán bien haya sucedido á este Padre poner los ojos en este dechado, adelante se verá.

§. I.

Del amor de Dios que ha de tener el predicador, y el que tenia este Padre.

Comenzando pues por las principales partes y virtudes que el perfecto predicador ha de tener (si alguno hay que llegue á serlo), la primera es amor grande de Dios. Lo cual se entiende por las palabras y cerimonia con que el Salvador encomendó á Sant Pedro el oficio de apascentar sus ovejas, preguntándole si le amaba mas que los otros sus compañeros (*e*); y repitiendo tantas veces esta pregunta, que el mismo Apóstol se angustió con ella, á cada una dellas añadia: Apacienta mis ovejas. Pues con la repeticion destas preguntas del amor de Dios, nos da el Salvador á entender que la primera y mas principal parte que se requiere para la salvacion de las ánimas es el amor de Dios (cuando está muy encendido), por las grandes ayudas y fuerzas que para este oficio nos da. Lo cual por sus pasos contados irémos declarando en el proceso desta historia. Y por esto, escogiendo el Salvador al apóstol Sant Pablo para este ministerio (*f*), le infundió una tan grande caridad y amor de Dios, que (como él dice) ninguna cosa de cuantas habia criadas (que él allí cuenta por menudo) habia de ser parte para apagar la llama deste divino amor que en su corazon ardia. Y este fué el que le hizo salir vencedor en tantas batallas y contradicciones del mundo, y el que nunca le pudo atapar la boca ni atar la lengua, estando atado y preso, para dejar de predicar el nombre de Cristo.

Entendia tambien esta doctrina nuestro predicador; el cual, siendo preguntado por un virtuoso teólogo, qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicacion, brevemente le respondió: Amar mucho á nuestro Señor. Esto dijo como quien tenia experiencia de cuántas ayudas nos da este amor para ejercitar este oficio. Porque deste amor primeramente nace una sed insaciable de la gloria de Dios; y porque él es glorificado con la sanctidad y pureza de vida de sus criaturas, de aquí les nasce un tan entrañable deseo desta pureza, que de dia y de noche otra cosa no piensan ni sueñan; y no hay trabajo ni peligro á que no se ofrezcan alegremente por ella, teniendo por ganancia perder la vida por salvar un ánima. Lo cual nos muestra el Apóstol en su persona, no solo por los inmensos trabajos y persecuciones que padesció, sino mas particularmente por aquellas palabras que escribe á los fieles de Corinto, donde dice (*g*): De muy buena voluntad me entregaré y ofresceré de todo corazon por vosotros á la muerte, aunque amándoos yo mas, sea ménos amado de vosotros. Y en otro lugar (*h*): Si yo, dice él, fuere sacrificado y padesciere muerte por haberos predicado el Evangelio, en esto me gozaré y alegraré juntamente con vosotros, y vosotros tambien os alegrad conmigo, dándome el parabien desta gloria. Tal es pues el amor para con los prójimos que deste amor divino procede, y tal el deseo de la salvacion dellos, que bastó para hacer que el Apóstol se ofresciese á ser anatema de Cristo por amor dellos (*i*). Y este mismo amor y deseo hizo que corriese por todo el mundo, cercando la mar y la tierra, y se ofresciese á todos los peligros y trabajos por esta causa, como él lo declaró cuando dijo (*k*): Todas las cosas sufro por amor de los escogidos, porque ellos alcancen la heredad que Dios les tiene aparejada.

Este es pues el principal instrumento que sirve para este oficio. Porque como el amor de los padres para con los hijos les hace trabajar y sudar para criarlos y sustentarlos, y á veces ir hasta el cabo del mundo, atravesando los mares por buscarles remedio de vida; así el amor sobrenatural que el Espíritu Sancto infunde en los corazones de los que han de ser padres espirituales, les hace ofrescer aun á mayores trabajos y peligros con deseo de aprovecharles. Porque no es menor ni ménos eficaz este amor espiritual que el carnal para este oficio. Lo cual testifica Sant Ambrosio por estas palabras (*l*): No es menor el amor espiritual que tengo á los hijos que engendré con la palabra del Evangelio, que si corpo-

(*a*) Luc. 14. (*b*) Ibid. 9. (*c*) 2. Cor. 6. (*d*) 1. Cor. 4.
(*e*) Joan. 21.

(*f*) Rom. 8. (*g*) 1. Cor. 12. (*h*) Philip. 2. (*i*) Rom. 9.
(*k*) 2. Tim. 2. (*l*) Amb. lib. 1. de Offic.

ralmente los engendrara, porque no es ménos poderosa la gracia que la naturaleza.

Esto pues verémos agora verificado en nuestro predicador, porque estaba tan encendido y transformado en este amor y deseo de salvar las ánimas, que ninguna cosa hacia, ni pensaba, ni trataba sino cómo ayudar á la salvacion dellas. Lo cual hacia él con sus continuos sermones, y confesiones, y exhortaciones, y públicas lecciones, ayudando á los presentes con la doctrina, y á los ausentes con sus cartas. Y no solo por su persona, sino por medio de los discípulos que habia criado á sus pechos, enviándolos á diversas partes para que hiciesen esos mismos oficios. Y para esto determinaba de criar ministros, que á su tiempo diesen fructo y pasto de doctrina al pueblo. Para lo cual procuraba que en las principales ciudades del Andalucía hubiese estudios de artes y teología, y él proveia de lectores adonde no los habia. Y en otras partes donde se ofrescia mas comodidad, procuraba que hubiese colegios de teólogos para lo mismo. Y no contento con esto, tambien se extendia su providencia á dar órden como se diese doctrina á los niños, para que juntamente con la edad cresciese en ellos la piedad y el conoscimiento de Dios. Todas estas obras y industria eran centellas vivas que procedian de aquel fuego de amor que ardia en su corazon y le causaba este deseo. De lo cual todo se trata adelante mas en particular.

§. II.

Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este Padre.

Deste mismo amor y deseo procedia tambien el grande fervor y espíritu con que predicaba; porque decia él que cuando habia de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado. En la cual palabra queria significar que como los que cazan con aves procuran que el azor ó el halcon con que han de cazar vaya templado, esto es, vaya con hambre, porque esta le hace ir mas ligero tras de la caza; así él trabajaba por subir al púlpito, no solo con actual devocion, sino tambien con una muy viva hambre y deseo de ganar en aquel sermon alguna ánima para Cristo, porque esto le hacia predicar con mayor ímpetu y fervor de espíritu. Este deseo es un especialísimo don del Espíritu Sancto, sin cuya virtud nadie (por mucho que haga) lo podrá alcanzar. El cual deseo nos representa los dolores de parto que tenia aquella misteriosa mujer que Sant Juan vió en su revelacion (*m*); de la cual dice que padescia grandes tormentos por parir. Lo cual nos representa el ardor y deseo que los amadores de la honra de Dios tienen de engendrar hijos espirituales que le honren y glorifiquen. Y este mismo deseo es el que les da, no solo fervor y eficacia para predicar, sino tambien les enseña cosas con que prendan y hieran los corazones.

Y porque somos tan de carne que no entendemos la dignidad y peso de las cosas espirituales sino por ejemplo de las carnales, imaginemos agora lo que haria una madre, si supiese cierto que un solo hijo que tenia quisiese ir á desafiar á otro hombre, y matarse con él. Pregunto pues, en este caso ¿qué haría? qué diria? ¿Con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraria revocar al hijo de tal mal camino, y cuán ingeniosa y elocuente la haria para esto el amor dél? Pues por aquí entenderémos lo que obra en los grandes amadores de Dios el deseo de la salvacion de las ánimas, y el dolor de su perdicion; y cuántas y cuán eficaces razones les trae para esto á la memoria este mismo amor y dolor.

Y quien quisiere entender algo deste espíritu, lea los profetas, que fuéron los predicadores que Dios escogió para reprehender los pecados del mundo; y señaladamente los primeros capítulos del profeta Hieremías, y verá en ellos tanta elocuencia divina, que ni Tulio, ni Demóstenes supieran usar de tanta variedad de figuras, y sentencias, y exclamaciones, para afear y encarescer la ingratitud y malicia de los hombres, como este profeta lo hace, porque la indignacion y sentimiento que el Espíritu Sancto criaba en sus corazones, les daba cosas que decir, con que confundiese los hombres desconoscidos y rebeldes á Dios.

Y este mismo espíritu y sentimiento tenia nuestro glorioso padre Sancto Domingo, de quien se escribe (*n*) que ardia su corazon como una hacha encendida, por el dolor de las ánimas que perescian. Y este dolor le hacia decir cosas maravillosas cuando predicaba, para confundir y mover los corazones de los que le oian. Y así preguntándole una vez dónde habia leido aquellas cosas tan excelentes que predicaba, brevemente respondió que en el libro de la caridad; porque el deseo tan encendido que tenia de la conversion de las ánimas, le enseñaba á decir estas maravillas para convertirlas.

Pues en este libro (que para todos está abierto) habia tambien leido en su manera este siervo de Dios, y este le hacia predicar con tan grande espíritu y fervor, que movia grandemente los corazones de sus oyentes; porque las palabras que salian como saetas encendidas del corazon que ardia, hacian tambien arder los corazones de los otros; porque es tan grande la fuerza deste espíritu, y excede tanto el commun estilo y lenguaje de los predicadores, que, como los magos de Faraon (*o*), vistas las señales que hacia Moisen, entendieron que allí entrevenía el dedo de Dios, que es la virtud y fuerza sobrenatural suya; así cuando este Padre predicaba, movido con este grande soplo y espíritu de Dios, luego entendian los hombres que aquellas palabras salian de otro espíritu mas alto que el humano.

Pues el que de véras y de todo corazon desea aprovechar y mover los corazones de los otros, pida él á nuestro Señor le dé el afecto y sentimiento que quiere causar en ellos. Lo cual nos enseñan los mismos maestros de la elocuencia, aunque en diferente materia. Uno de los cuales, tratando de la manera que el orador ha de mover los corazones de los que le oyen, comprehende en pocas palabras cómo esto se ha de hacer, diciendo que la summa de todo este artificio consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover á los otros (*p*); *Ut à tali, inquit, animo proficiscatur oratio, qualem facere judicem volet. An ille dolebit, qui audiet me, cum hoc dicam non dolentem? irascetur, si nihil ipse, qui in iram concitat, idque exigit, simile patiatur? siccis agenti oculis, judex lacrymas dabit? Fieri non potest. Nec incendit nisi ignis, nec madescimus nisi humore, nec res ulla dat alteri colorem, quem ipsa non habet.* Quiere pues decir este maestro de la elocuencia,

(*m*) Apoc. 12.

(*n*) Eccl. in Hymn. Matut. (*o*) Exod. 8. (*p*) Fab. lib. 6. cap. 5.

que de tal corazon y sentimiento salgan las palabras, cual es el que quiere imprimir en los ánimos de los otros; porque de otra manera, ¿cómo podrá mover á dolor quien no se duele con lo que me dice? ¿Y cómo podrá mover á ira y indignacion el que me quiere mover á ella, si él no la tiene? ¿Cómo haré llorar á los otros, si yo, que esto pretendo, tengo los ojos enjutos? No es posible, porque no calienta sino el fuego, ni nos moja sino el agua, ni cosa alguna da á otra el color que ella no tiene. Esto escriben los que enseñan de la manera que habemos de mover los corazones de los que nos oyen, sin lo cual (como este autor dice) nunca se moverán.

Mas este afecto no se despierta en nosotros con las reglas que ellos dan, porque este es (como dijimos) un especialísimo don del Espíritu Sancto, el cual por ningun arte ni regla se puede alcanzar, porque no basta toda la facultad y industria humana para hacer lo que obra el Espíritu divino. Y porque no todos los predicadores tienen este espíritu, ni mueven los corazones, ni los apartan de los vicios; porque por experiencia vemos cuán lleno está el mundo de predicadores, y no vemos esa mudanza de vida en los oyentes. Lo contrario de lo cual mostrarémos adelante, cuando tratarémos del fructo de los sermones deste Padre.

Aquí es bien avisar que una de las cosas que mas enciende este deseo de aprovechar, es haber ya aprovechado sacando algunos de pecado, ó haciéndolos mudar la vida de bien en mejor; porque no se puede ofrescer lance de mayor ganancia que la salvacion de una ánima, ni hay trabajo mas bien empleado que el que obra lo que la sangre de Cristo obró. Pues cebado el predicador con este tan grande fructo de su trabajo, y alegre con ver un ánima librada de las gargantas del dragon infernal, y restituida á su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas á este fin. Y concibe en su ánima una nueva alegría y confianza de su salvacion, esperando que no permitirá nuestro Señor que se pierda quien á otros libró de la perdicion. Lia, mujer del patriarca Jacob (q), despues que se vió parida de tres hijos, se alegró mucho, diciendo: Agora me querrá mas mi marido, porque le he parido tres hijos. Pues segun esto, ¿cuánta alegría y confianza tendrá el que con el oficio de la predicacion hubiere engendrado, no tres, sino muchos hijos espirituales para gloria de Cristo? Pues este cebo tan dulce animó tanto á nuestro predicador, que le hacia noche y dia trabajar para esta caza, y este le daba el fervor y espíritu con que predicaba, y le hacia encaminar todas las palabras y razones que predicaba á este fin.

§. III.

Del sentimiento que se debe tener de los que caen en pecado, y el que tuvo este Padre.

Mas porque como es cierto que no hay amor sin dolor; como el amor de los prójimos nos hace procurar con estas ansias la salud de sus ánimas, y alegrarnos con el remedio dellas; así, por el contrario, sus caidas son á los tales amadores materia de tan gran dolor, que no los alegra tanto la salud de los que se convierten, cuanto los aflige la tristeza de los que caen. Con este dolor llora el Apóstol la caida de algunos de los fieles de Corinto, por estas palabras (r): Con mucha tribulacion y angustia de mi corazon os escribí, y con muchas lágrimas, no para daros pena, sino para que veais el amor que os tengo, el cual me es causa deste dolor. Y mas adelante en la misma carta renueva esta querella, diciendo (s): Tengo temor que no os hallaré de la manera que yo querria, y que cuando viniere á vuestra tierra, halle pasiones y disensiones entre vosotros, etc., y con esto me humille Dios y llore los pecados de los que le han ofendido y no han hecho penitencia dellos. Desta manera lloraba y sentia este piadoso Padre las caidas de sus hijos, teniéndolas por suyas proprias; y por esto decia que le humillaba y afligia Dios con ellas. Pero aun mas claramente muestra él este sentimiento en la carta que escribió á los de Galacia, porque se habian desviado de la sinceridad del Evangelio; lo cual fué para el sancto Apóstol un intolerable tormento; y heridas sus piadosas entrañas con este golpe, paresce que se estaba deshaciendo por sacarlos deste tan grande error. Y así les dice (t): Hijuelos mios, que os vuelvo agora de nuevo á engendrar con dolores de parto, para que sea formado y renovado Cristo en vuestros corazones. Y porque por carta no podia significar la grandeza deste su dolor, añade luego diciendo: Quisiera hallarme agora con vosotros y mudar mi voz, porque me confunde esta vuestra caida. Y decir mudar mi voz, es decir querria mudar mil semblantes y figuras, y usar de todos cuantos medios y razones pudiese, y tentar todas las vias posibles, ya con ruegos, ya con lágrimas, ya con temores y amenazas de la divina justicia; y finalmente querria deshacerme todo delante de vosotros para libraros de tan grande mal. Todo esto comprehende aquella breve palabra, mudar mi voz.

Este es pues el dolor y sentimiento que tienen los espirituales padres, cuando ven que los hijos que ellos engendraron á Cristo cayeron en alguna culpa, y con su caida entristecieron los ángeles, y alegraron los demonios. Pues desta manera sentia este imitador y discípulo de Sant Pablo las caidas de sus espirituales hijos; como él lo declara en una carta que escribe á un predicador, cuyas palabras, por ser mucho para notar, me paresció ingerir aquí.

Pues en esta carta, despues de haber explicado los grandes trabajos que se pasan en la criacion destos hijos para que no mueran, dice así: Porque si mueren (créame, padre) que no hay dolor que á este se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazon del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno, no con ver que si unos mueren otros nascen, no con decir lo que suele ser suficiente consuelo en todos los otros males (v): El Señor lo dió, el Señor lo quitó, su nombre sea bendito; porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra del mismo Dios, y acrescentamiento del reino del pecado (nuestro contrario bando), no hay quien á tantos dolores tan justos consuele. Y si algun remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, porque el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traicion no llorar al que los ángeles lloran en su mane-

(q) Genes. 29.

(r) 2. Cor. 2. (s) 2. Cor. 12. (t) Galat. 4. (v) Job. 1.

ra, y el Señor de los ángeles lloraria, y moriria si posible fuese. Cierto la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nascimiento y bien de todos los otros.

Por tanto, á quien quisiere ser padre conviénele tener un corazon tierno y muy de carne para haber compasion de los hijos (lo cual es muy gran martirio), y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte dellos da; porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos dias que no entienda sino en llorar. Lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazon traspasado destos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprehendido de Moisen porque no habia hecho su oficio sacerdotal, dijo él (*x*): ¿Cómo podia yo agradar á Dios en las cerimonias con corazon lloroso? Acá, padre, mándannos que siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazon querria; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De suerte que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste. Y así no es el corazon del padre, sino un recelo continuo, y una continua oracion, encomendando al verdadero padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de la vida dellos, como Sant Pablo decia (*y*): Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor. Hasta aquí son palabras de la dicha carta, tan sentidas y tan dignas de ser impresas en nuestros corazones, como ellas lo muestran. Las cuales bastantemente declaran el espíritu, y el celo y deseo que este siervo de Dios tenia de la salvacion de las ánimas, pues tanto sentia sus caidas.

§. IV.

Del amor que ha de tener y mostrar á los prójimos; y del que tenia este predicador.

Y no solo imitaba al Apóstol en este doloroso sentimiento susodicho, sino tambien en otra cosa que grandemente ayuda á la edificacion de los prójimos, que es en la ternura del amor que el sancto Apóstol tenia y mostraba á sus hijos, con que robaba y cautivaba sus corazones, y hacia que amasen y estimasen la doctrina, por ser de la persona que amaban y estimaban; porque cuando la persona es agradable, todas sus cosas tambien lo son. Este amor muestra el Apóstol en todas las cartas que escribe á sus espirituales hijos. Y así, en la que escribe á los de Tesalónica, dice así (*z*): Habémonos hecho como niños entre vosotros, y como una ama que cria y regala á sus hijos, amándoos con tan grande amor, que quisiéramos ofresceros, no solo el Evangelio, sino tambien nuestras vidas, por la grandeza del amor que os tenemos. Y en otra que escribe á los fieles de la ciudad de Filipis, encendido con este amor, concluye su carta con estas palabras (*a*): Por tanto, hermanos mios amantísimos y muy deseados, gozo mio y corona mia, perseverad, carísimos mios, en el Señor. Y á los de Corinto, despues de haber echado perlas preciosas por aquella boca sanctísima, en cabo dice así (*b*): Nuestra boca está abierta para enseñaros á vosotros los de Corinto, y nuestro corazon está dilatado y ensanchado con la caridad y amor que á todos vosotros tengo, y así todos cabeis en él, y no estrecha, sino holgadamente; mas vuestro corazon está para mí estrecho. En las cuales palabras este divino amador con unos sanctos celos se queja que no corresponden ellos con amor á la grandeza del amor que él les tenia, porque cabiendo todos ellos holgadamente en su corazon, él no cabia con esta anchura en el de todos ellos. Pues desta manera este amoroso Padre, así en estos lugares, como en otros de sus cartas, mayormente á los principios dellas, trabaja, como prudente ministro del Evangelio, por aficionar los corazones de los fieles á su persona, porque desta manera los aficionase á su doctrina.

(*x*) Levit. 10. (*y*) 1. Thes. 3. (*z*) 1. Thes. 2. (*a*) Philip. 4. (*b*) 2. Cor. 6.

Pues siendo este cebo de amor un medio tan eficaz para cazar las ánimas, no era razon que á este nuestro cazador, y tan solícito imitador del Apóstol, faltase este mismo cebo. Y lo que desto puedo en summa decir, es que no sabré determinar con qué ganó mas ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras, que á todos mostraba; porque así los amaba, y así se acomodaba á las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciéndose, como el Apóstol dice (*c*), todas las cosas á todos, por ayudar á todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorria á los tentados, enseñaba los ignorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar los caidos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre, como lo aconseja el Apóstol (*d*). Todas las necesidades de los prójimos tenia por suyas, y así las sentia y les procuraba el remedio que podia. Con esto se juntaba una singular humildad y mansedumbre (que son las dos virtudes que hacen á los hombres mas amables); y sobre todo, era tan señor de la ira, que no pienso (por cosas que acaesciesen) que jamas le viese nadie airado; afligido sí por los males ajenos, gozándose con los que se gozan, y llorando con los que lloran.

Esta caridad y amor para con todos muestra él en el principio de sus cartas, declarando el amor y memoria que tiene de aquellos á quien escribe, y el deseo de su aprovechamiento, y cuidado de encomendarlos á nuestro Señor. Mas no aprendió él esto de los preceptos de los retóricos (que así mandan que se haga cuando quieren algo persuadir), sino aprendiólo del espíritu de la caridad que en su corazon ardia; la cual hacia saltar estas centellas de amor afuera, porque lo que abundaba en el corazon, salia por la boca. En lo cual tambien imitaba á su maestro Sant Pablo, que lo mismo hace al principio de sus cartas, como ya dijimos; porque el Espíritu Sancto, que enseñaba al Apóstol comenzar sus cartas declarando la memoria, y el cuidado y amor que tenia á aquellos á quien escribia, enseñó á este su imitador y discípulo á hacer lo mismo. Desta manera pues mostraba este siervo de Dios á los presentes con palabras, y á los ausentes con cartas el amor entrañable que á todos tenia; lo cual de tal manera se persuadian los que con él familiarmente trataban, que cada uno pensaba que él era el mas privado de todos, ó singularmente amado, porque así amaba á todos, como si para cada uno tuviera un corazon; lo cual es proprio del

(*c*) 1. Cor. 9. (*d*) Galat. 6.

amor que se funda en Dios, porque lo que se ama por interese, cesando este, cesa el amor; mas lo que se ama por Dios, que es por hacer su sancta voluntad, miéntras esta dura, siempre se ama.

Pues con estas muestras y obras de amor aficionaba á sí los ánimos de aquellos con quien trataba; porque como no hay cosa que encienda mas un fuego que otro fuego, así no hay cosa que encienda mas un amor que otro amor. Y aficionados á sí los corazones, se aficionaban tambien á todas sus palabras y obras, y desta manera leian sus cartas. Por donde el que recibia una suya, la preciaba mas que un gran tesoro. Desta manera pues el prudente ministro con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimia el sello de la doctrina en ellos.

§. V.

De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador.

Con todo lo que hasta aquí está dicho no habemos aun llegado á lo que mas de cerca sirve al oficio de la predicacion, que es la ciencia y elocuencia que para este oficio son necesarias; la una para saber las cosas que se han de predicar, y la otra para saber cómo se han de explicar; y si dijéremos que estas dos facultades nos da tambien la caridad, como todo lo demas que hasta aquí se ha dicho, no erraremos en ello; porque cuanto á la primera, que es la ciencia, tambien esta en su manera nos enseña la caridad; como el Apóstol lo significa cuando, escribiendo á los fieles de la ciudad de Filipis, dice así (*e*): Esto pido, hermanos, á nuestro Señor, que vuestra caridad mas y mas abunde en toda sabiduría, y en todo buen sentido y juicio, para que sepais escoger lo mejor y lo que mas os conviene. En las cuales palabras vemos cómo el Apóstol atribuye á la caridad el conoscimiento de las cosas que pertenescen á nuestra salud.

Mas yo aquí, demas de la virtud de la caridad, añado que este ministro de Dios tuvo particular don de ciencia y elocuencia para este ministerio. Y en declarar lo que toca á la elocuencia, no me detendré mucho, porque bastará decir que los que entienden en qué consiste la summa de la verdadera elocuencia, no la echarán ménos en las escripturas deste Padre, porque no consiste la fuerza desta facultad en multiplicar muchas palabras que signifiquen lo mismo, ni en algunas florecicas de metáforas y vocablos exquisitos; porque, como dice un gran maestro deste artificio (*f*): *Majori animo aggrediendo est eloquentia; quæ si toto corpore valet, ungues polire, et capillum reponere, ad curam suam non existimabit pertinere.* Quiere decir: Con mayor ánimo ha de abrazar el hombre la elocuencia, la cual, si tuviere el cuerpo esforzado y valiente, no hará caso de tener cortadas las uñas y el cabello muy peinado. Pues esta manera de verdadera y sólida elocuencia se verá en muchos lugares de las escripturas deste Padre, mayormente en sus cartas. En las cuales unas veces consuela los tristes, otras esfuerza los pusilánimes, otras exhorta á padescer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, á poner toda su confianza en Dios, y otras á otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones, y consideraciones, y testimonios, y ejemplos de la Sancta Escriptura, que deja al hombre consolado, y esforzado, y persuadido en lo que él pretende.

Y para prueba desto no quiero alargar los plazos, sino véase la segunda carta del primer tomo de su Epistolario, en la cual esfuerza á un predicador á no hacer caso de las persecuciones de los malos. Lo cual le persuade con tanta fuerza de razones, que bastarian para persuadir y convencer un corazon de piedra. Pues ¿cuál otro es el fin de la verdadera elocuencia sino este? Porque, como el fin de la medicina es sanar, así el de la elocuencia es persuadir. De donde se sigue que, como aquel será mejor médico que mas enfermos sanare, así aquel será mas elocuente que con mayor eficacia persuadiere. Y los que esto pretenden hacer con solas palabras, sin los niervos de las razones, son como árboles cargados de hojas y de flores, sin fructo alguno; y por eso podrá ser que estos deleiten los oídos, mas no moverán los corazones.

Ni tampoco en el lenguaje de las palabras con que explica sus conceptos (que es la menor parte de la elocuencia), caresce della. Para prueba desto alegaré el ejemplo de Demóstenes, príncipe de los oradores de Grecia; el cual es alabado entre todos los oradores, porque siendo sus razonamientos y oraciones muy estudiadas, no mostraba algun linaje de artificio y estudio, por ser su lenguaje tan proprio y tan natural, que si la naturaleza hablara, paresce que de aquella manera hablara. Pues este lenguaje, ajeno de toda afectacion y artificio, que basta para explicar el predicador sus conceptos, es el que mas conviene para persuadir y mover los corazones. Y si algunas veces usa de metáforas, son de las que mas al proprio explican las cosas que quiere declarar, nascidas de las mismas cosas que trata, y no acarreadas de fuera. Porque los predicadores que hacen lo contrario, y pretenden mostrarse elegantes y buenos romancistas, sepan que muy poco aprovecharán. Porque los oyentes que tienen algun juicio entienden, que el que así predica se va escuchando, y saboreando, y floreando en lo que dice; pretendiendo mas mostrarse muy buen hablador, que deseoso de aprovechar. Y cuanto mas elegante fuere, tanto ménos aprovechará, porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos, que dice (*g*): *Jacent sensus in oratione, in qua verba laudantur.* Quiere decir, que pierden los hombres la atencion á las cosas cuando son muy elegantes las palabras; porque estas hurtan la atencion á las sentencias, y no miran lo que se les dice, por mirar cómo se les dice. Lo bueno que tienen los tales predicadores es que siempre salen con lo que pretenden; porque su intencion principal es agradar mas á los oídos que herir los corazones, y desear mas las alabanzas del pueblo que la gloria de Cristo. Mas el que desea cumplir con él, y no pende del decir de los hombres apasionados, sino del testimonio de Dios y de su conciencia, procure que su lenguaje sea como el deste Padre, ajeno de toda curiosidad, y vanidad, y artificio; y así obrará mas con sus buenas razones, que con elegantes y pulidas palabras.

Y el que quisiere ver algunos lugares de sus escriptos tratados con grande elocuencia, lea en el Audifilia, en el capítulo treinta y dos, el cual va impreso con este tratado, de la manera que amplifica la divina miseri-

(*e*) Philip. 1. (*f*) Fab. lib. 8.

(*g*) Fab. lib. 8.

cordia y la facilidad con que perdonó al rey Ecequías, revocando la sentencia que estaba ya promulgada. Y lea tambien en este mismo libro el capítulo sesenta y ocho, donde trata este lugar de los Cantares (*h*): Salid, hijas de Sion, y veréis al rey Salomon con la corona que le coronó su madre, etc. Y no deseará mas elocuencia que la que aquí verá. Mas esta no salida de los preceptos y reglas de los retóricos (aunque muy conforme á ellos), sino de la caridad y de las entrañas de compasion que este amador de Cristo les tenia. Porque propriedad es de todos los afectos y pasiones (cuando son vehementes) hacer á los hombres elocuentes, mayormente el amor y el dolor. Y destas dos fuentes procedió aquí la elocuencia deste lugar, en el cual la pluma escribia lo que el amor y el dolor (ó por mejor decir) el Espíritu Sancto le dictaba.

CAPITULO III.

De la especial lumbre y conoscimiento que á este siervo de Dios fué dado.

Hasta aquí habemos tratado de la elocuencia de nuestro predicador: agora será razon tratar de lo que importa mas, que es la ciencia y la especial lumbre de nuestro Señor, que para este oficio le fué dada. Y porque desto no tenemos revelacion, mostrarse ha por las conjecturas y indicios que esto nos testifican.

Entre los cuales el primero es el fructo admirable y extraordinario sobre todo lo que se puede explicar, que hizo con sus sermones en muy gran parte del Andalucía; sacando muchas ánimas de pecado, y esforzando á otras á mudar la vida, de lo cual tratarémos adelante. Porque siendo proprio de la palabra de Dios no volver á él vacía, como el Profeta dice (*a*), mas ántes acabar prósperamente todo lo que pretende; argumento es que eran palabras de Dios, dadas á este su siervo, las que este tan excelente efecto hacian.

Mas pasemos á otro mayor indicio desta gracia, que es la facilidad y presteza que tenia, así en el estudio de los sermones, como en las cartas que escribia. Porque él me decia que la noche que precedia el dia del sermon, le bastaba para estudiarlo. Y con ser tales los sermones, y frecuentados de tantos oyentes, que las mas veces duraban dos horas, no le costaban mas que el estudio de una noche (de modo que mas tiempo se gastaba en predicarlos que en estudiarlos), costando á otros el trabajo de una semana, y el revolver unos y otros libros. Mas, como se dice del grande Antonio, que tenia la memoria por libros, así él tenia por libros en su pecho la lumbre del Espíritu Sancto, que le enseñaba todo lo que habia de decir.

Mas en un tiempo, determinando ser mas breve en los sermones, me decia que estudiaba mas para esto. En lo cual entenderémos que eran tantas las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrescia, que tenia necesidad de mas estudio, no para hallar que decir, sino para acortar lo que se le ofrescia que decir. Mas de la eficacia de sus sermones ya dije que tratariamos adelante: agora dirémos de sus cartas, en las cuales no es ménos admirable que en los sermones.

(*h*) Cant. 3. (*a*) Isai. 55.

§. I.

De la excelencia de sus cartas.

Y primeramente, como este siervo de Dios (segun que al principio dijimos) determinó cumplir lo que el Apóstol nos pide, que seamos imitadores suyos como él lo era de Cristo (*b*); viendo él, como el sancto Apóstol, no solo con palabras en presencia, sino con cartas en ausencia, pretendia atraer todos los hombres á Cristo; así este humilde discípulo y imitador suyo de ambas cosas se aprovechaba para que de presente y ausente siempre tratase este mismo negocio. Y así entre cuantos predicadores hubo en su tiempo, él solo se señaló en está diligencia, escribiendo tantas maneras de cartas para diversas necesidades, como vemos agora impresas; las cuales nunca él imaginó que saliesen á luz, como agora han salido por industria y diligencia de sus fieles discípulos, que de diversas partes las recogieron. Y así como hombre transformado en este deseo de salvar las ánimas, en todo tiempo y lugar trataba dél, en casa y fuera de casa, predicando en público, y escribiendo en secreto.

Pues en estas cartas verémos la especial facultad y gracia que nuestro Señor le habia dado. Porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribia, cuantas eran las necesidades que se le ofrescian, á todas acudia tan de propósito, como si en solas aquellas estuviera ocupado. Desta manera consuela los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusilánimes, socorre á los tentados, llora á los caidos, humilla á los que de sí presumen. Y es cosa de notar ver ¡cómo descubre las artes y celadas del enemigo! ¡Qué avisos da contra él! Qué señales para conoscer los hombres su aprovechamiento ó desfallescimiento! ¡Cómo abate las fuerzas de la naturaleza! Cómo levanta las de la gracia! ¡Con qué palabras declara la vanidad del mundo, y la malicia del pecado, y los peligros de nuestra vida! ¡Cuán copioso y continuo es en exhortarnos á la confianza en la providencia paternal de Dios, y en los méritos y sangre de Cristo!

Y como sea verdad lo que el Apóstol dice (*c*), que todas las escripturas sanctas sirven para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolacion que nos dan, se esfuerce nuestra esperanza; es cosa para notar cuánta eficacia tienen sus palabras para movernos á la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes, y para consolar los desconsolados. En las cuales cosas es tan extremado, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta (*d*): *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est, verbo.* Quiere decir: El Señor me ha dado una lengua discreta para que sepa yo con mis palabras sustentar á los flacos, para que no caigan.

Y no contento con esto, avisa tambien á las personas de diversos estados lo que deben hacer, imitando al Apóstol, que al fin de sus cartas hace lo mismo; y conforme á esto da sus documentos á los señores de vasallos para cumplir con la obligacion de sus estados. Así tambien da sus avisos á los sacerdotes, para que dignamente celebren; y á los predicadores, para que fructuosamente prediquen; y á las vírgenes desposadas con Cristo, para que guarden con todo estudio el tesoro de su pureza vir-

(*b*) 1. Cor. 11. (*c*) Rom. 15. (*d*) Isai. 50.

ginal; y así á todos los demas. En lo cual paresce que el pecho deste Padre era una espiritual botica, donde el Espíritu Sancto habia depositado las medicinas necesarias para la cura de tantas enfermedades como padescen nuestras ánimas, que sin dubda son mas que las de los cuerpos.

Y aunque lo dicho sea cosa notable, mas á mi rudeza confieso que espanta mas la facilidad y presteza con que estas cartas se escribian. Porque con ser ellas tales y tan acomodadas, y (si decir se puede) armadas con razones tan fuertes para persuadir lo que pretende; era tan fácil en escribirlas, que sin borrar ni emendar nada (porque no le daban sus ocupaciones lugar), como salian de la primera mano, las enviaba. Los hombres de ingenio, cuando quieren escribir una cosa bien escripta, le dan mil vueltas, leyéndola y releyéndola, quitando y poniendo, y pensando cada palabra (del cual trabajo no estaba libre Demóstenes, maestro de la elocuencia; porque por esto se decia que sus oraciones olian á candil). Y con ser esto así, siendo las cartas deste Padre tales cuales habemos dicho, no le costaban mas trabajo que el de la primera mano. Por donde pudiera él en su manera decir aquello del profeta David (*e*): Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy apriesa. Lo cual dice, porque así él como los otros profetas (que escribian inspirados por el Espíritu Sancto) no estaban deliberando ni pensando las palabras; sino como órganos suyos abrian su boca, y él meneaba la lengua como le placia. Lo cual en su manera vemos en este siervo de Dios, pues así le corria la vena de lo que habia de escribir con la facilidad que está dicho.

En las cuales cartas se debe tambien notar que, como muchas dellas se escribian á grandes señores, y otras á otros medianos, tambien hay otras escriptas muy de propósito á personas bajas, á las cuales con la misma caridad escribia él muy largo y muy de propósito, segun que la necesidad lo pedia, reconosciendo con el Apóstol que era deudor á sabios y ignorantes (*f*). Y siendo condicion natural de los hombres avisados y discretos holgar de hablar con otros tales, y no con personas bajas y groseros entendimientos; este siervo de Dios tan de propósito y tan largo escribia á estos, como á los discretos y grandes señores, como persona que no miraba en los hombres mas que á solo Cristo que nos redimió con su sangre, de donde les viene la verdadera nobleza, en cuya comparacion toda otra nobleza es nada.

Concluyendo pues esta materia, digo que cualquier hombre prudente que leyere estas cartas y notare lo que aquí habemos apuntado, que es la variedad de las materias, la alteza de las sentencias, la fuerza de las razones y lugares de la Escriptura con que se tratan, y sobre todo la facilidad y presteza con que se escribieron, luego entenderá que el dedo de Dios entrevenia aquí.

Y lo que entre estas cosas mas nos maravilla es, que no solo tenia esta facultad y gracia en la materia de las cosas espirituales, de que él tenia experiencia, sino tambien en las que pertenescen al buen gobierno de una república cristiana; como claramente se ve en una larga carta que escribió al asistente de Sevilla, en la cual le da tantos avisos y documentos para el buen gobierno della, como si toda la vida hubiera gastado en negocios de república. Los cuales, si se guardasen, tendriamos una república mas bien ordenada que la que trazó Platon. Ni se espante desto nadie, porque del espíritu que este Padre tenia se escribe que es *Unicus et multiplex* (*g*). Esto es, que con ser sencilla, es multíplice; porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza.

Y es de creer que esta facultad y conoscimiento alcanzó él por medio de su oracion, que él tenia luego por la mañana, como adelante tratarémos. Y así vemos cumplido en él lo que el Eclesiástico dice (*h*): Que el varon justo luego por la mañana entrega su corazon al Señor que lo crió, y que abrirá su boca en la oracion, y pedirá perdon de sus pecados. Y añade luego el fructo desta oracion, diciendo: Porque si el gran Dios y Señor quisiere, henchirlo ha de espíritu de sabiduría; y él así lleno deste espíritu, derramará como lluvia las palabras de su sabiduría. Y alabarán muchos esta sabiduría, y eternalmente nunca será olvidada. Vemos pues los que hoy somos vivos el cumplimiento destas palabras y favores de Dios, pues oimos, cuando él vivia, su doctrina, y agora cuán alegre y suave es la memoria dél en los corazones de los que con ella aprovecharon cuando lo oyeron, y agora aprovechan, y aprovecharán siempre cuando la leyeren.

§. II.

Del alteza de sus conceptos.

Sobre estos indicios tenemos otro mucho mayor y mas digno de ser advertido que los pasados, que es la alteza de los conceptos que tenia de las virtudes, y de todas las cosas espirituales. Por donde un insigne teólogo, que habia leido algo de sus obras, se maravillaba de ver cuán bien habia entendido este varon de Dios el negocio de la cristiandad. Y pensando yo en la causa desto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del commun de los otros hombres virtuosos, necesariamente ha de tener los conceptos de las virtudes y de las cosas divinas mas altos que ellos, porque haya proporcion y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden; como la que hay entre la imágen que dibuja el pintor, y la forma que él tiene concebida en su entendimiento; porque desta interior (como de causa formal) procede la figura exterior que él dibujó.

Pues para la inteligencia desto (que grandemente nos importa) será necesario referir aquí algunos conceptos suyos, sacados de sus mismas escripturas, y especialmente de sus cartas, en las cuales verémos lo que él sentia de todas estas cosas. Y este es á mi juicio uno de los mayores fructos que desta historia se pueden sacar, si trabajare el deseoso de la perfeccion por tener los mismos conceptos y paresceres en todas las cosas espirituales, que este varon de Dios tenia. Por esta causa no se espante el cristiano lector que me detenga algo en esta parte, ingiriendo aquí mayores pedazos de sus cartas, porque demas del fructo susodicho, las cosas que aquí entremetemos contienen sentencias dignísimas de ser leidas.

Para la inteligencia desto se ha de presuponer que una de las principales partes de la filosofía cristiana es saber estimar y ponderar la dignidad y quilates de todas las cosas espirituales, pesándolas, no con el peso de Canaan, que es el juicio engañoso de los hombres del mundo, que dicen de lo bueno mal, y de lo malo bien; sino con

(*e*) Psal. 44. (*f*) Rom. 1.

(*g*) Sap. 7. (*h*) Eccl. 39.

el peso del sanctuario, que es el juicio de Dios y de sus sanctos. Los cuales dan á cada cosa su peso, y conforme á él su amor y aficion. Desta gracia se gloría la Esposa en los Cantares, diciendo (*i*): Que el Esposo habia ordenado en ella la caridad: esto es, que supiese guardar órden en el amor, amando cada cosa como ella merescia ser amada. Lo cual no podia ser sino dándole conoscimiento del valor y precio de las cosas, para que así las preciase, y guardase el amor que á cada una se debe dar. Lo cual importa tanto para el estudio de la virtud, que dijo Séneca: *Quid tàm necessarium, quam pretia rebus imponere?* Esto es: ¿Qué cosa hay tan necesaria como saber el precio y valor de cada cosa?

Pues volviendo al propósito, digo que uno de los mayores indicios que tenemos de haber recibido este siervo de Dios especial lumbre del Espíritu Sancto, es la alteza de los conceptos y paresceres que tenia, así de las virtudes como de todas las cosas espirituales. Lo cual verémos á la clara, notando algunos conceptos que él tenia destas cosas, explicados por las mismas palabras que leemos en sus escripturas, que aquí referirémos.

§. III.

Lo que sentia del oficio de la predicacion.

Pues comenzando por la estima y concepto que él tenia del oficio de la predicacion, léase la primera carta del primer tomo de su Epistolario, y en ella se verá la estima que él tenia de la alteza deste oficio, y de la pureza de la intencion que en él se debe tener, y las oraciones y lágrimas de que el predicador se ha de ayudar, pidiendo á nuestro Señor la conversion de las ánimas (haciendo mas caso destas que de sus palabras), y el cuidado, y trabajo, y paciencia que ha de tener en criar y conservar los hijos espirituales que con la semilla de la palabra de Dios hubiere engendrado, y el sentimiento y dolor entrañable que ha de tener cuando algunos destos viere caidos. Pues quien esta carta leyere y notare, verá cuán léjos están deste espíritu muchos de los que ejercitan este oficio. Los cuales, aunque cuando están para subir al púlpito hacen oracion para que les suceda bien el negocio, mas Dios sabe de qué espíritu procede esta oracion, si del amor proprio y temor del mundo, ó del amor de Dios y deseo de salvar las ánimas. Porque este amor proprio que dentro de nuestro pecho traemos es tan sutil, que en todas lás cosas se entremete, y tan escondidamente, que apénas hay quien lo conozca, y muchas veces miente y engaña á su mismo dueño, como dice Sant Gregorio.

Pues el predicador que quisiere entender muy de raiz la alteza deste oficio que sirve á la salvacion de las ánimas, para la cual crió Dios todas las cosas, y él mismo se hizo hombre, y murió por ellas, y ejercitó en la tierra este mismo oficio (cuyo sustituto y como vicario es el predicador), lea y pondere esta primera carta, y tendrá el concepto y juicio que deste tan alto oficio se debe tener, porque cierto ella es dignísima de ser leida.

§. IV.

Lo que sentia de la dignidad del sacerdocio.

Pasemos de la dignidad del predicador á la del sacerdote, y verémos cuán diferente concepto y estima tiene este Padre de la dignidad sacerdotal, de la que el comun de los hombres tiene. Lo cual declara él muy bien en la séptima carta del dicho tomo, respondiendo á un mancebo que le pedia consejo sobre si tomaria órdenes de misa; cuyas palabras quise referir aquí, que son las que se siguen.

«En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibia nadie si no era para ser obispo, ó tener cura de ánimas, ó alguna persona eminente en la predicacion de la palabra de Dios; y los demas que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados mas bajos. Y entónces tenian grados bajos y vida altísima; todo lo cual está agora al reves; que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores ó hostiarios. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres destos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo mas alto del templo, de allí los derribe; porque la enseñanza de Cristo no es esta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad, y buscar mas sancta y segura humildad (aun en lo de fuera), que ponerse en lo alto, adonde mas y mayores vientos combaten.

»¡Oh si supiésedes, hermano, qué tal habia de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la sanctidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, á semejanza de nuestro maestro y redentor Jesucristo en la cruz. Hermano, ¿para qué os quereis meter en tan hondo piélago y obligaros á cuenta estrecha para el dia postrero, pues por bajo estado que tengais, aun os parescerá aquel dia gran carga, cuanto mas si os cargais de carga que los hombros de los ángeles temblarian della?

»Buscad aquel modo de vivir que mas segura tenga vuestra salvacion, y no que mas honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parescer bien algun dia á vos, y á cuantos lo contrario os dijeren. Los cuales, como no saben qué cosa es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo á su hermano, primo, pariente ó amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y parésceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, este averiguadamente de carne. Y de aquí vienen muchos á tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir á Dios.

»¡Oh abusion tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase desto Jesucristo nuestro redentor (*k*), porque no le buscan por él, sino por el vientre dellos; y castigarles ha como á hombres despreciadores de la Majestad divina. Cierto mejor sería aprehender un oficio de manos, como muchos sanctos de los pasados lo hicieron, ó entrar en un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algun sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos manda-

(*i*) Cant. 2.

(*k*) Joan. 6.

do por nuestro Dios y Señor lo contrario. Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagais, si quereis agradar á Dios y permanescer en su sancto servicio.

»Y esto es lo que siento del sancto sacerdocio, al cual querria mas que reverenciásedes de léjos, que no abrazásedes de cerca, y que quisiésedes mas esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de epístola, y despues de dos ó tres años de evangelio, y quedáos allí si no hubiere unas grandes conjecturas del Espíritu Sancto, que es Dios servido levantaros al grado mas alto. Y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conoscer la dignidad de los enfermos á quien servis, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratais, y haced cuenta que estáis en escuela de aprehender paciencia, y humildad, y caridad, y saldréis mas rico que con cuanto el Papa os puede dar.»

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se ve claro cuán diferente concepto y estima tenia este Padre de la dignidad sacerdotal, de la que los hombres agora tienen; los cuales tan sin escrúpulo y aparejo procuran esta dignidad, como si fuese algun oficio mecánico, mas para buscar mantenimiento para sus cuerpos, que remedio para sus ánimas. Y cual es la entrada en este sanctuario, tal es la devocion y reverencia con que lo tratan.

A algunos por ventura parescerá riguroso este parescer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes; mas este Padre pesa las cosas con el peso del sanctuario (que dijimos), esto es, con la estima que desta dignidad tuvieron los sanctos antiguos, por cuyo parescer él se regía, y no por el que la malicia ó la mudanza de los tiempos tiene. Sant Cipriano en una de sus epístolas declaró al pueblo que habia hecho lector á un mancebo, porque habia sido muy constante en la confesion de la fe en medio de los tormentos; y por esto se excusa de no haber tomado su parescer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobacion de los hombres, donde entrevenia el de Dios. Digo pues que si para dar á uno grado de lector (que es de las órdenes mas bajas) tanto consejo era menester, ¿qué será necesario para la dignidad de sacerdote, la cual recusó Sant Márcos evangelista, y el glorioso padre Sant Francisco, y aceptó Sant Augustin, mas no por su voluntad, sino forzado por obediencia de su obispo? Pues por el parescer destos se gobernaba este Padre, y no por el juicio y estilo de los tiempos.

§. V.

Lo que sentia del aparejo para celebrar.

Visto cuán altamente siente este siervo de Dios de la dignidad sacerdotal, síguese que veamos lo que siente del aparejo para celebrar. En lo cual tambien podrémos entender cómo él se aparejaba para este oficio, pues es cierto que un tal varon no habia de enseñar á otros lo que él no hacia; ántes es de creer que excedia él mucho en lo que á los otros aconsejaba. Y esta consideracion pertenesce á la historia de las virtudes y vida deste religioso Padre, de que aquí tratamos; y así con las mismas palabras que él enseñaba á otros, entenderémos lo que él tomaba para sí. Y en este ejemplo verán los sacerdotes temerosos de Dios de la manera que se han de aparejar para celebrar. Pues en la séptima carta del primer tomo de su Epistolario, entre otras cosas enseña á un sacerdote de la manera que se debe aparejar para decir misa, por estas palabras.

«Sea (dice él) la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz (*l*): *Ecce sponsus venit, exite obviam ei.* Y pues el haber de recibir á un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir; ¿cuánto mas razon es que del todo nos ocupe el corazon este huésped, que aquel dia hemos de recibir, siendo tan alto y tan á nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideracion rece sus horas, y despues póngase de reposo, á lo ménos por hora y media, á mas profundamente considerar quién es el que ha de recibir; y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente á su Dios, y pregúntele: Señor, ¿quién te ha traido á manos de un tal pecador, y otra vez al portal y pesebre de Betlem? Acuérdese de Sant Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El centurion no le osa meter en su casa. Y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprehenda á temer hora y obra tan terrible, y á reverenciar á tan gran Majestad. Piense que esto es un traslado de la vida y muerte del Salvador, y de aquella obra cuando el Padre eterno envió á su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo. Y así viene agora á aplicarnos la medicina y riquezas que entónces nos ganó en la cruz. Luego suplique á nuestra Señora por el gozo que hubo en la encarnacion, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que ella recibió en sus entrañas. Acabada la misa, recójase media hora ó una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdon del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele él dar gracia por gracia.»

Hasta aquí son las palabras de la primera carta; mas en otra ántes desta prosigue la misma materia, enseñando á un sacerdote la manera deste aparejo. Y así le dice que la primera cosa que debe considerar, es mirar que aquel Señor con quien vamos á tratar es Dios y hombre, y junto con esto considerar la causa porque al altar viene. Cierto, Señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre, considerar de verdad: á Dios voy á consagrar, y á tenerlo en mis manos, y hablar con él, y á recibirlo en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester para hacer segun nuestra flaqueza lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar: al bien infinito voy á recibir? Quién no tiembla con amorosa reverencia de aquel de quien tiemblan los poderes del cielo? ¿Y no solo de ofenderle, sino de hablarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? Quién no confía con tal prenda? Quién no se esfuerza á hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y finalmente esta consideracion, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre, y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideracion de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente desta consideracion, nos son fortísima ayu-

(*l*) Matt. 25.

da para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Y enciérrese dentro de su corazon, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor, que por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, y reverenciarlo y amarlo como es razon.

Y luego mas abajo dice : «¡Oh Señor! ¿y qué siente un ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida y enriquecida con celestiales gracias, para tratar á Dios humanado, y coteja los brazos della, y sus manos, y sus ojos, con los proprios? ¿Qué confusion le cae? ¿Por cuán obligado se tiene con tal beneficio? ¿Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir á ellas por las palabras de la consagracion? Estas cosas, Señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazon, y le hacen desear que en acabando la misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor : *Scitis quid fecerim vobis* (*m*)? ¡Oh Señor! ¿quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora? ¿Quién lo gustase con el paladar del ánima? Quién tuviese balanzas no mentirosas para pesarlo? ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! Y cómo en acabando la misa le sería gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*, hasta otro dia que tornase á decir misa.

»Concluyamos ya esta plática tan buena, y tan propria de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, nos haga otra; pues dádivas suyas, sin ser estimadas, y agradecidas, y servidas, no serán provechosas. Antes, como Sant Bernardo dice, el ingrato *Eo ipso pessimus, quo optimus* : cuanto es mejor, es pésimo. *Vide serm. contra ingratitud.* Miremos todo el dia cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos, y traigamos todo el dia este pensamiento : Al Señor recibí, á su mesa me asenté, y mañana estaré con él; y con esto huirémos todo mal, y nos esforzarémos al bien.»

Hasta aquí son palabras de la carta; las cuales nos declaran por una parte lo que este varon de Dios sentia del aparejo para tratar este tan alto sacramento ; y por otra nos da materia para llorar, considerando con cuán diferente aparejo celebra el dia de hoy la mayor parte de los sacerdotes. Y pues por falta de este aparejo y reverencia dice el Apóstol (*n*) que castigaba Dios á los fieles de Corinto, no es maravilla que por esta misma culpa castigue hoy Dios con tantos azotes al pueblo cristiano; pues los que tienen por oficio aplacar á Dios, y ofrescerle sacrificio por los pecados del pueblo, lo hacen de tal manera, que han menester quien aplaque á Dios por ellos; y así viene á cumplirse lo que amenaza Dios por su Profeta, diciendo (*o*) : Busqué entre ellos algun varon que entreviniese por ellos, y me fuese á la mano para que no destruyese la tierra, y no le hallé, y por eso derramé sobre ellos mi ira.

§. VI.

De la caridad y amor para con los prójimos.

Mas porque el fin, así desta historia como de todas las escripturas católicas, es inducir los hombres al aborrescimiento de los vicios y amor de las virtudes; de algunas destas comenzarémos agora á tratar, declarando los conceptos que este siervo de Dios tenia dellas, estimándolas diferentemente de lo que el commun de los hombres las estiman. Lo cual tratamos aquí, no solo por entender los conceptos y paresceres deste Padre, sino para imitarle, sintiendo de las cosas lo que él sentia : dice que en la caridad consiste la summa de toda la ley.

Pues para cumplir con lo que nos pide esta virtud, nos provee este Padre de dos consideraciones en el libro de Audifilia; la una de las cuales procede de mirar el hombre á sí, y la otra de mirar á Cristo. La primera se funda en aquella palabra del Eclesiástico, que dice (*p*) : De lo que quieres para tí, entiende lo que debes hacer para con tu prójimo. Pues desto que pasa en el hombre, así en sentir sus trabajos, como en desear los remedios, aprenda y conozca lo que el prójimo siente; pues es de la misma naturaleza dél, y con aquella misma compasion los mire, remedie y sufra, con que mira á sí mismo y desea ser remediado. Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser mas abominable que querer misericordia en sus yerros, y venganza en los ajenos? ¿Querer que todos lo sufran con mucha paciencia, paresciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir á nadie, haciendo de la pequeña mota del defecto ajeno una grande viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no meresce llamarse hombre, pues no mira á los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escriptura dice (*q*) : Tener peso y peso, medida y medida, abominacion es delante de Dios. Para dar á entender que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar, es desagradable ante los ojos divinos, y su castigo será que, pues él no mide á su prójimo con la misericordia que quiere que midan á él, que mida Dios á él con la crueldad y estrecha medida que él midió á su prójimo. Porque de otra manera oirá lo que la Escriptura dice (*r*) : Quien cerrare el oído á la voz del pobre, él llamará y no será oido. Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad : miremos pues si nos hacemos sordos á ella, que así se hará Dios á la nuestra. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida que con la que á su prójimo midiere; no piense alcanzar perdon quien no da perdon. Desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, y injuria el injuriador, y caridad el caritativo. Porque sembrar espinas en el prójimo, y querer coger de Dios higos, no es posible. Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida de remediar sus penas; maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso; los cuales llaman, piden, buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos á la ley que Dios en su Evangelio tiene publicada, diciendo (*s*) : Con la medida que midiéredes seréis medidos; verian que ellos son los que faltan á Dios, y no Dios á ellos. Quéjense de sí, que no tienen caridad con su prójimo, que Dios mucha tiene; y no es razon, ni quiere hacerla con quien á su prójimo no la hace.

Despues deste motivo de amor que nasce de mirar el

(*m*) Joan. 13. (*n*) 1. Cor. 11. (*o*) Ezech. 22.

(*p*) Eccl. 31. (*q*) Prov. 20. (*r*) Ibid 21. (*s*) Matt. 7.

hombre á sí mismo, añade dos cristianísimas consideraciones, que proceden de mirar á Cristo; de las cuales trata en el capítulo noventa y cinco y noventa y seis del dicho libro décimo. Pues cuanto á la primera destas consideraciones dice así:

«Poned los ojos en Cristo, y pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien dellos, y con cuán excesivo amor y dolor ofresció en la cruz su vida por ellos. Y así como mirándoos á vos, mirastes á los prójimos con ojos humanos, así mirando á Cristo, los miraréis con ojos cristianos, quiero decir, con los ojos que él los miró, etc. *Cap.* 95.»

Despues desta consideracion primera, que procede de mirar á Cristo, añade otra no ménos admirable que la pasada, sacada tambien de mirar al mismo Cristo; en la cual dice así:

«Aunque sea verdad que de los bienes que nuestro Señor hace á un hombre, no busca ni quiere retorno (pues él de nada tiene necesidad, y por pura bondad hace todo lo que hace), mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos.» Esta consideracion prosigue aun mas altamente, á mi juicio, que la pasada, en el capítulo noventa y seis del dicho libro, adonde remito al cristiano lector; el cual va impreso con este tratado, por haber parescido que da testimonio de nuestro predicador, como obra tan admirable suya.

§. VII.

De la virtud de la penitencia, y dolor de los pecados.

Despues de la caridad se sigue que tratemos del dolor de los pecados, que son muerte desa misma caridad; porque, como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y cresce y descresce con él, porque miéntras uno mas ama, mas le pesa por haber ofendido al que ama.

Pues como haya muchas cosas que nos muevan al dolor y aborrescimiento de los pecados, una de las mas principales es considerar que ellos pusieron al Hijo de Dios en la cruz, porque si no hubiera pecados, no padesciera él lo que padesció. Mas para la inteligencia desto se debe presuponer que el Padre eterno, por las entrañas de su infinita bondad y misericordia, pudiendo remediar al mundo por otros muchos medios, si quisiera, escogió el mejor de todos, que fué determinar que su unigénito Hijo fuese nuestro redemptor y suficientísimo reparador y remediador de todos nuestros males; el mayor de los cuales era estar enemistados con él.

Pues la primera y principal obra deste reparador era reconciliarnos con su Padre; y esta reconciliacion habia de ser satisfaciéndole en rigor de justicia con el sacrificio de su pasion, por todas las deudas y ofensas del linaje humano. Y porque estas deudas, demas de ser gravísimas, por ser contra majestad infinita, eran tambien ellas (cuanto es de parte de la especie humana) por tantos beneficios obligadas á penas gravísimas, quiso él padescer gravísimos dolores y injurias, para que fuese mas copiosa esta satisfaccion. Supuesto este fundamento, procede la fuerza desta consideracion, como este Padre la escribió á un señor, exhortándole al dolor y arrepentimiento de los pecados, por estas palabras:

«Y si V. S. pregunta: ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados? dígole yo que lo principal sea, que por lo que él hizo mataron á su padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habria, que por una cosa que hubiese hecho, viniese tanto mal á su padre, que le quitasen la hacienda, y la casa, y la ropa, dejándole desnudo en camisa, y despues le deshonrasen, y difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen, y despues matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo. No sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazon lo que habia hecho; pues pudiera lijeramente excusar por donde tanto mal le vino á su padre.

»Dígame, señor, ¿quién empobresció á Cristo, quién lo deshonró, quién lo azotó, quién lo coronó y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé, pararon tal á él, su cuerpo atado á una columna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió él su vida buena. Pues ¿cómo tendrémos alegría, habiéndose hecho tan mala obra á quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no habia de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, mas carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrescer los pecados, que decirnos que padesció Cristo por ellos lo que padesció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimar en poco, como saber que fuímos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh quién lo supiera ántes que hubiera pecado, para morir ántes que pecar!

»Pensábase el hijuelo que no hacia nada en lo que hacia. Despues vino á pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacia. ¿Cómo podemos mirar al padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos, y cómo este padre nos quiere mirar, y no nos aborresce como á deshonradores dél, y verdaderos parricidas, y que merecen, no cualesquier tormentos, mas muy crueles? ¡Oh divina bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacia. Yo digo que no solo con estos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo heciste lo que con aquellos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos, y todos te debemos aquella oracion, y quizá algunos mas que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote.

»Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y á todos conviene lo que dices, que no saben lo que hacen. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fructo de sus malos placeres tan caro habian de costar á tu real Majestad, no reventara ántes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos; y agora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu sancta Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de véras; con todo eso, á sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa. No es razon, Señor, que queramos bien á quien á nuestro padre mató; y pues los pecados te mataron, aborrecellos tenemos, si amamos á tí. David dice (*t*): Los que amais al Señor, aborreced la maldad; y tiene razon, porque pecado y Dios, bandos son contra-

(*t*) Psal. 96.

rios, y es imposible contentar á entrambos. Escoja el hombre de cuál quiere ser, que es imposible ser de entrambos. Porque cualquiera dellos quiere servidores leales y que por ellos mueran.

»¿Qué escogerémos, Señor? ¿el cieno de los aljibes rotos ó la vena de las aguas vivas? Señor, ¿qué escogerémos? ¿ser malos con el mundo ó buenos con Dios? ¿Qué escogerémos? ¿buscar privanzas de criaturas ó del Criador? ¿Arder con los demonios en el infierno ó reinar con Dios en el cielo? ¡Oh hijos de Adan! ¿hasta cuándo seréis de corazon pesado (*v*)? Y convidándoos Dios con la verdad, que para siempre ha de durar, y hace durar á los de su bando, ¿quereis seguir la vanidad, que hace parar en nada á los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis á una parte y á otra, ya siendo de un bando, ya de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque él solo basta á hacer dichosos á los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado; ¿por qué seguis bando de muerto, y quereis dar vida á vuestro capital enemigo? No ameis al pecado, y no vivirá; mas trabajad de lo deshaced con dolor y penitencia, para que se deshaga el mal que hicisteis amándolo.»

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales hallará el verdadero penitente un poderoso motivo para aborrescer el pecado, y tener entrañable dolor dél.

Otro motivo no ménos eficaz escribe él á un sacerdote, diciéndole que suplique á nuestro Señor le haga merced de descubrirle los deméritos de su proceso, y le haga entender quién ha sido él en la vida pasada para con Dios, y quién Dios para con él. Esto es, qué bienes ha recibido de Dios, comenzando desde que nasció, y cuán mal ha respondido á ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano, solamente hace entristecerse el hombre un poco; mas cuando viene del espíritu de Dios, es tan lúcido, y hace ver al hombre en sí tal indignidad, que le paresce milagro sufrirlo la tierra, y cáusale grande admiracion, creyendo lo que la fe enseña; y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por ofender al Señor, pondria las manos en sí mismo; y desea que todas las criaturas venguen la injuria hecha al Criador. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se debe notar que este sentimiento y dolor de los pecados, unas veces viene del espíritu humano, y otras del espíritu divino; porque es muy familiar doctrina deste Padre, en muchos lugares explicada, que los sentimientos y afectos devotos que tenemos, unas veces proceden de nuestro buen espíritu, cuando hacemos lo que es de nuestra parte; mas otras veces proceden de un especialísimo auxilio y tocamiento del Espíritu Sancto, el cual es de tan grande virtud y eficacia, que sobrepuja tanto todos los otros sentimientos que por otra parte vienen, que no lo podrá entender sino quien lo ha experimentado.

§. VIII.

De la verdadera humildad y conoscimiento de sí mismo.

Son muy hermanas entre sí la humildad y la penitencia; y así son los humildes y los penitentes, porque los humildes reconoscen sus pecados; mas los penitentes los lloran: aquellos se humillan ante Dios por ellos; mas estos piden húmilmente el perdon dellos. Y por esta causa (aunque no estoy en esta escriptura obligado á guardar órden en las materias que se tratan, sino declarar lo que este siervo de Dios siente en ellas), despues de haber declarado lo que él siente de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, apuntaré en breve lo que siente de la virtud de la humildad, segun lo pude colegir de sus escripturas. Y tiene él esta virtud por tan esencial y tan necesaria para nuestra vida, que viene á determinar que casi todas las tentaciones y ceguedades espirituales, y ausencias y desamparos de nuestro Señor, y aun algunas caidas, son por él permitidas ó enderezadas á fin de hacernos verdaderos humildes; no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio. Y es tan propria esta virtud de la religion cristiana, y estuvo tan léjos de ser conoscida de los filósofos, que ni el nombre della se halla en sus escripturas.

Mas este siervo de Dios, que tenia otra lumbre mas alta, ninguna otra virtud mas veces (como dije) encomienda en sus escripturas. Donde verémos la contradiccion que hay entre la doctrina de los filósofos y la deste Padre. Porque los filósofos, y los herejes pelagianos discípulos dellos, ensalzan cuanto pueden las fuerzas y virtud de la naturaleza humana; mas por el contrario, todo el estudio deste Padre es abatirlas, declarando la flaqueza y malicia del corazon humano, llamándolo un abismo profundísimo, que solo lo conosce aquel soberano Señor, de quien se escribe (*x*) que estando sobre los querubines, desde este lugar tan alto alcanza á ver lo mas profundo de todas las cosas criadas, y señaladamente la malicia de nuestros corazones, como él lo declaró por Hieremías, diciendo (*y*): Malvado es el corazon del hombre, y ¿quién lo conoscerá? Yo, que soy Dios y escudriño lo íntimo y mas secreto dellos. Lo mismo nos declara el Eclesiástico, el cual, tratando de la profundidad de la sabiduría de Dios, entre otras alabanzas suyas, dice (*z*) que penetró y entendió lo que habia en el abismo y en el corazon del hombre. En la cual combinacion del abismo y corazon humano comprehendió en estas dos palabras la profundidad de la flaqueza y malicia de nuestro corazon, comparándolo con el abismo. Y en otro lugar, declarando mas la grandeza desta malicia, dice (*a*): ¿Qué cosa mas mala que lo que piensa la carne y la sangre? Esto es, ¿qué cosa peor que los pensamientos y deseos del corazon humano, desamparado de la divina gracia, que es donde no hay mas que carne y sangre? Y en consecuencia desto dice en otro lugar (*b*): ¿Qué cosa hay entre todo lo criado mas mala que el ojo del hombre? Esto dice, porque este es el portero de nuestro corazon, y el que le da materia para todas las cobdicias y maldades que en él se forjan.

Pues volviendo á nuestro propósito, en el conoscimiento desta flaqueza y miseria de nuestro corazon se funda en parte la virtud de la humildad, la cual, como Sant Bernardo dice (*c*), es desprecio de sí mismo, el cual procede del verdadero conoscimiento de sí mismo. Esta virtud faltó á aquel ángel que fué criado tan hermoso. Por lo cual dice dél nuestro Salvador (*d*) que no estuvo en la verdad (que es en la verdadera estima y co-

(*v*) Psal. 4.

(*x*) Psal. 79 et 98. (*y*) Hier. 17. (*z*) Eccl. 42. (*a*) Ibid. 17. (*b*) Ibid. 31. (*c*) D. Bern. de duodecim. gradib. humilitat. in commun. (*d*) Joan. 8.

noscimiento de sí mismo), y por esto dió tan gran caida, que del mayor de los ángeles (segun la opinion de Sant Gregorio) fué hecho el mayor de los demonios; y escarmentado en la cabeza deste, nos aconseja este Padre que estemos en espíritu de verdad; y cuál sea este espíritu, declara él en una carta suya por estas palabras:

«¿Cuál es el espíritu de verdad, sino el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazon se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que habemos de vivir; y sin esto en mentira vivimos. Y algunas veces, cuanto mas bien paresce que tenemos, estamos peores, faltándonos esto. Porque confiando en esto y en otras cosas, paréscenos que somos algo; y no es así delante de los ojos de aquel que mira los corazones, y dice (*e*): Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el juicio de Dios condena? No sabe el mundo tener por malo ni castiga á uno que se paresce bien á sí mismo, y se contenta de sí con soberbia. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede á sí mismo, como si llegase un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviere delante de un juez de acá, habiendo hecho un feo delito.»

Hasta aquí son palabras desta carta, en la cual no trata de propósito, sino como de paso, de la virtud de la humildad. Mas en estas pocas, junto con las que ántes destas precedieron de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, verá el cristiano lector cuán altamente sentia este varon de Dios lo que pertenesce á la fineza desta virtud.

Mas es aquí de saber que aunque lo proprio de la humildad sea despreciarse el hombre y tenerse en nada, pues cuanto es de su parte nada es; mas este desprecio y desestima de sí mismo, que está en la voluntad, procede del conoscimiento de su bajeza y vileza, que está en el entendimiento. Y porque desta raiz nasce la flor hermosísima desta virtud, síguese que veamos cuán perfectamente siente este Padre desta bajeza y miseria del hombre. Porque cuanto mayor fuere este conoscimiento, tanto será mas profunda la raiz y fundamento de la humildad.

Pues en una carta suya por un singular modo declara primeramente la necesidad que tenemos deste proprio conoscimiento. Lo uno para la reverencia que á Dios debemos; al cual habemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos dello. Lo otro, porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engrie, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor sancto, y hácese liviano, como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad; cuyo fin es ser llevada acá y acullá, hasta ser perdida. Nunca vi seguridad de ánima sino en el conoscimiento de sí mismo. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprehenderse á sí mismo. Cosa muy provechosa para nuestra emienda examinar nuestros yerros.

¿Qué cosa es el hombre que no se conosce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo; medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa; y finalmente, hombre sin hombre? pues quien no se conosce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe, ni se posee á sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que, olvidados de sí, tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, olvidando las suyas; porque como las ajenas sean dellos mas de continuo y mas de cerca miradas, parescen mayores que las suyas, que las miran de léjos; y así (aunque grandes) paréscenles pequeñas; de lo cual vienen á ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su flaqueza propria, no han compasion de la ajena. Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese lijero sufrir cualquier falta ajena. Si alguno maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus proprias caidas. De manera que si queremos huir desta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables, caminemos por el remedio al misericordioso Jesus; porque él se dice Jesus, que es Salvador, no de otros por cierto, sino de los que conoscen sus proprias miserias, y las gimen y reprimen; ó no pudiendo, desean recibir los sanctos sacramentos, y así son curados y salvos.

Y aunque para conoscer á nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los sanctos; mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males. ¿Quién hay que no haya errado en lo que mas quisiera acertar? Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando de serle provechosas, que despues no haya visto que le han traido daño? Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa mas ciega que quien aun no sabe lo que ha de pedir á Dios? como dice Sant Pablo (*f*), que pidiendo á Dios le quitase un trabajo, pensando que pedia bien, le fué dado á entender que no sabía lo que pedia ni lo que le cumplia. ¿Quién se fiará de su deseo y parescer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Sancto pide lo que no le cumple alcanzar?

Grande por cierto es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que nos conviene acertar. Y ya que una vez Dios enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra naturaleza, y cómo damos de rostro en lo que vemos, que era razon que no cayéramos? ¿A quién no ha acaescido proponer muchas veces el bien, y haberse caido y vencido en lo que pensó mas verse en pié? Hoy lloramos nuestros pecados con intencion de evitarlos; y estándose las lágrimas en las mejillas, se nos ofresce alguna ocasion en que, llorando porque caimos, hacemos de nuevo por qué llorar; y recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho, y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaesce algunas veces por algun pecado echar su gracia de nosotros.

¡Qué caña tan vana que á tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio; ya tiene deseo del cielo, ya del mundo; ya aborresce, y luego ama lo aborrescido; vomita lo que comió, porque le hacia mal estómago, y luego lo torna á comer como si nunca lo hubie-

(*e*) Apoc. 3.

(*f*) 1. Cor. 12.

ra vomitado. ¿Qué cosa puede haber de mas variedad de colores, que un hombre desta manera? ¿Qué imágen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job (*g*) que nunca el hombre estaba en un estado; y la causa es porque al hombre le llaman ceniza, y á su vida viento! Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza (*h*). No pienso que habrá cosa mas espantable de mirar, si mirar lo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo dia; toda su vida es mudanza y flaqueza. Y conviénele bien lo que la Escriptura dice (*i*) : El necio es mudable como la luna.

¿Qué remedio tendrémos? Por cierto conoscernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático á nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesus, para que nos cure como á aquel curó. De aquel dice la Escriptura (*k*), que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua de carnalidad, de tibieza y de malicia. Y si miramos cuántas deudas debemos á Dios de la vida pasada, cuán poca emienda hay en la presente, dirémos, y con verdad (*l*) : Rodeádome han dolores de muerte; peligros del infierno me han cercado.

¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Quién es aquel que no mira con cient mil ojos no resbale en aquel hondo lago, donde para siempre llore lo que temporalmente rió? Quién no endereza su camino porque no le tomen por desencaminado de todo bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no ve, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerto no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos, y que mal nos quieren. Lo que en ello nos va es perder ó ganar á Dios para siempre. ¿Por qué entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor dellas? Por qué no buscamos remedio ántes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio? ¿Cuando las doncellas locas den voces, y les sea dicho : No os conozco (*m*)? Conozcámonos pues, y serémos conoscidos de Dios. Juzguémonos y condenémonos, y serémos absueltos por Dios. Pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará. Consideremos nuestras miserias, y aprehenderémos á ser piadosos en las ajenas. Porque, segun la Escriptura dice (*n*), de lo que hay en tí aprehenderás lo que hay en tu prójimo.

Hasta aquí son las palabras de las cartas, en las cuales verá el hombre como en un claro espejo sus faltas y miserias, para que así se conozca, y conoscido se humille, y despues de humillado pida socorro al ayudador de los humildes, que es Cristo Jesus.

§. IX.

De la virtud de la confianza, y de la grandeza del beneficio de nuestra redempcion en que ella se funda.

Despues destas virtudes dirémos tambien de la esperanza y confianza en Dios, que es una de las tres virtudes teologales. Digo pues que aunque sea grande la estima que este varon de Dios tiene de todas las virtudes, y la facultad y gracia para exhortarnos á ellas; pero mucho mas en estas cartas se señala en alabar la virtud de la confianza en Dios, y exhortarnos á tenerla. Esto se verá en sus cartas, las cuales, como por la mayor parte son consolatorias, necesariamente habia de aprovecharse desta virtud para esforzar á los flacos y desmayados con la carga de sus pasiones y pecados, con las sequedades espirituales y ausencias de nuestro Señor, con las cuales quiere probar la firmeza de su fe y constancia.

Y aunque para animar á esta virtud haya muchos motivos en las sanctas Escripturas, pues, como el Apóstol dice (*o*), todas ellas sirven para fundar esta esperanza; pero el principal motivo que para esto hay es el beneficio de la pasion de nuestro Redemptor, pues nos consta que todo cuanto él padesció y meresció fué para nosotros, pues él de nada tenia necesidad. Solos los trabajos y dolores fuéron suyos; mas el fructo dellos todo es nuestro; y con tales prendas seguramente podemos esperar el remedio de nuestros males. Pues deste tan grande motivo se aprovecha este Padre en todas las cartas consolatorias que escribe con tanta fuerza y eficacia de razones para esforzar corazones flacos, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta (*p*): El Señor me ha dado una lengua sabia y discreta, para que sepa yo consolar con mis palabras á los que están caidos y desmayados.

Lo cual señaladamente hace él en una carta que aquí me paresció ingerir; porque es tanta la fuerza de la verdadera elocuencia que en ella muestra, y es tan copiosa y tan rica la vena de los misterios que aquí descubre para animarnos á confiar, que ningun hombre habrá tan desmayado, aunque sea como una piedra, que no se esfuerce y cobre espíritu con esta carta. En la cual tambien verá el cristiano lector la especial lumbre que este Padre habia recibido de nuestro Señor para entender la grandeza del beneficio y misterio de nuestra redempcion, de que luego tratarémos. Y esta carta tan notable y tan consolatoria no fué escripta para consolar á algun gran señor, para que sospechemos que habia él adelgazado mas la pluma que para las otras personas, porque no se escribió sino á una persona de mediano estado. Y para la consolacion desta le dió nuestro Señor todas estas perlas preciosas: corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad, como si fuera otro el que dictara, y él el que escribiera. Y aquí tambien se verá claramente cumplida aquella notable sentencia de Salomon, que dice (*q*) : Los pensamientos del varon robusto y esforzado serán siempre en abundancia; mas todos los flojos y perezosos viven en pobreza. En la cual sentencia nos da á entender que los que se esfuerzan á andar con fervor y diligencia por el camino de la perfeccion, cuanto mas aprovecharen en este propósito, tanto mayor luz y mayor conoscimiento se les da, como lo podrémos notar en esta carta, la cual contiene grande copia de sentencias y piadosas consideraciones para nuestro esfuerzo y edificacion. Comienza pues la carta así :

«No tengais por ira lo que es verdadero amor, que así como la malquerencia suele halagar, así tambien el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escriptura (*r*), las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborresce; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprehende, en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvideis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte

(*g*) Job. 14. (*h*) Ibid. 7. (*i*) Eccl. 27. (*k*) Marc. 9. (*l*) Psal. 17. (*m*) Matt. 25. (*n*) Eccl. 32.

(*o*) Rom. 15. (*p*) Isai. 50. (*q*) Prov. 21. (*r*) Ibid. 23.

lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habeis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces, pidiendo para nosotros misericordia? ¿Y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oido? ¿No sabeis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podia matar? Nadie pues aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (cuanto es de su parte) de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera.

»No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe, y penitencia, y sacramentos de la sancta Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazon que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó á su cargo, como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (*s*): *Longè à salute mea*, y pidió perdon dellos sin los haber cometido; y con entrañable amor pidió que los que á él se quisiesen llegar fuesen amados, como si para él lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó. Porque segun ordenanza de Dios, somos tan uno él y nosotros, que ó hemos de ser él y nosotros amados, ó él y nosotros aborrescidos; y pues él no puede ser aborrescido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en él con fe y amor; ántes por ser él amado, lo somos nosotros, y con justa causa.

»¿Pues qué mas pesa él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que él sea aborrescido? Y mas ama el Padre á su Hijo, que aborresce á los pecadores que se convierten á él; y como el muy amado dijo á su Padre (*t*): Quiero, Padre, que donde yo estuviere estén los mios, porque yo me ofrezco por el perdon de sus pecados, y porque sean incorporados en mí. Venció el mayor amor al menor aborrescimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay ñudo tan fuerte de amor.

»Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías desta manera (*v*): ¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de tí, porque en mis manos te tengo escripto. ¡Oh escriptura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propria carne! Y la sentencia de la letra dice (*x*): Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí. Tal pues escriptura como esta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraida con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto no os escandaliceis ni turbeis por cosas destas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos (y en testimonio de amaros) se enclavaron en cruz; y un poco mas abajo dice así:

»Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos á él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios, ó si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazon, y cuando nosotros nos paresce que estamos alanzados, cuán cercanos estamos á él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que es á boca llena nuestra esperanza; que ninguna cosa tanto me puede atemorizar cuanto él asegurar. Mudéme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo, á escuridad y abismo de infierno: cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante, que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mio hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

»¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazon huyen á tí! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, ayuda que á ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defensor de las viudas. Firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdon huyen á tí. Tú defiendes de la ira de Dios á quien á tí se subjecta; tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin tí, y que se desteten de tu dulce conversacion, y estando tú ausente, se levanten en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima; mas tú no los olvidas.

»Dícesles que se aparten de tí, y vas tú á orar al monte por ellos; piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas rogando por ellos (*y*). Y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando á tu infinito saber paresce que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas (que para tí todo es firme), y acércaste á los tuyos cuando ellos piensan que están mas léjos de tí, y dícesles estas palabras de confianza: Yo soy, no querais temer. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en tí y de tí no se fía de lo mas entrañable de su corazon, si quiere emendarse y servirte!

¡Oh si dijeses tú á los hombres cuánta razon tienen de no desmayar con tal capitan los que quieren entrar á servirte; y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien tú eres, basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conoscido fueses, Señor, no habria quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: Yo soy, no querais temer. Yo soy aquel que mato y doy vida; meto en los infiernos y saco dellos (*z*). Quiere decir, que atribulo al hombre (hasta que le paresce que muere), y despues le alivio, y recreo, y doy vida. Meto en desconsolaciones que parescen infierno, y despues de metidos no los olvido; mas sácolos, y por eso los mortifico, para vivificarlos. Para eso los meto, para que no se queden allá; mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que despues de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente; y os querré li-

(*s*) Psal. 21. (*t*) Joan. 17. (*v*) Isai. 49. (*x*) Hier. 31.

(*y*) Matt. 14. (*z*) 1. Reg. 2.

brar, porque todo soy bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé.

»Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mia; yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas; yo Señor vuestro, que con mí sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandesceros, si á mí quisiésedes servir, porque fuisteis con grande precio comprados (*a*). Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforceis á pasar algunos por mí, y tengais esperanza de ser librados, pues teneis en mí tal librador.

»Yo vuestro padre, por ser Dios, y vuestro primogénito hermano, por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué temeis deudas, si vosotros con la penitencia y confesion pedis suelta dellas? Yo vuestra reconciliacion, ¿qué temeis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué temeis enojo de Dios? Yo vuestro defensor, ¿qué temeis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué temeis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartais de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teneis hambre? Vuestro mi corazon, ¿qué temeis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué temeis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles, para defenderos; vuestros mis sanctos, para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirvais; vuestro el cielo, para donde vendréis; vuestros los demonios y infiernos, porque los holleis como á esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganais la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona; vuestra es la muerte, porque os será el mas cercano paso para la vida.

»Y todo esto teneis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas teneis, si vosotros con vuestra mala vida no las quereis perder á sabiendas.

»No desmayeis, que no os desampararé aunque os pruebe; vidrio sois delicado; mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parescer mas fuerte mi fortaleza: de vuestros pecados y miserias saco yo manifestacion de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amais y de mí os fiais. No sintais de mí humanamente segun vuestro parescer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazon, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que no pongais dubda en ser amados (en cuanto es de mi parte), pues veis tales obras de amor de fuera, y corazon tan herido de vuestro amor de dentro.

»¿Cómo negaré á los que me buscais para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrescíme á sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he á los brazos y corazon de cristianos donde descanso? Díme á azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está subjecta? No volví la faz á quien me la heria, ¿y volverla he á quien se tiene por bienaventurado en mirarla para adorarla?

»¿Qué poca confianza es esta, que viéndome de mi voluntad despedazado en manos de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos? Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? A quién desamparé que me llamase? ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios; importuno yo á los que no me quieren; ruego yo á todos conmigo: ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los mios, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor?

»Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas encúbrolo por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan bien, como no saber ella de sí, sino remitirse á mí. En aquella ignorancia está su saber, en aquel no saber está colgada su firmeza, en aquella subjeccion su reinar. Y bastar le debe que no está en otras manos, sino en las mias, que son tambien suyas, pues por ella las di á clavos y cruz, y mas son que suyas, pues hicieron por el provecho della mas que las proprias suyas. Y por sacarla de su parescer, y que siga el mio, le hago que esté como en tinieblas, y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mi servicio, librarla he y glorificarla he, y cumpliré lo que dije (*b*): Sé fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida.» Hasta aquí son las palabras de la carta, las cuales declaran muy bien lo que arriba della dijimos.

§. X.

Del singular conoscimiento que el P. M. Juan de Avila tenia del misterio de Cristo.

En todo lo que hasta aquí se ha dicho vemos los conceptos que este siervo de Dios tenia, así de la confianza que debemos tener en nuestro Señor, como de la grandeza del beneficio de nuestra redempcion, en que ella principalmente se funda, como en esta carta se ha visto. Y como en otras muchas cosas procuraba este varon de Dios imitar en su manera al apóstol Sant Pablo (que él habia tomado por ejemplo y maestro), así tambien procuraba imitarle en este conoscimiento del misterio de Cristo. Del cual conoscimiento se preciaba tanto el Apóstol, que llegó á decir (*c*) que ninguna otra cosa sabía, sino á Cristo, y ese crucificado. Y con haber él sabido las maravillas y secretos del tercero cielo, y haber allí oido palabras que no era lícito hablar á hombre mortal: con todo eso dice que no sabía mas que á Cristo crucificado; no porque mas no supiese, sino porque todo lo demas que sabía era poco en comparacion desta sabiduría; ó por mejor decir, porque en este misterio sabía todo cuanto para nuestra salvacion se puede saber, que es todo lo que comprehende y trata la teología cristiana.

Porque esta ciencia tiene dos partes: una especulativa, que principalmente trata del conoscimiento de Dios, y otra que llaman práctica, que trata de las virtudes y de los vicios sus contrarios; y todo cuanto comprehenden estas dos partes, nos enseña mas perfectamente el misterio de la cruz, que todos cuantos libros hoy están escriptos. Porque ¿qué cosas me pueden dar mayor conoscimiento, así de la bondad de Dios como de las otras perfecciones suyas, que haber querido él morir en cruz

(*a*) 1. Cor 6.

(*b*) Apot. 2. (*c*) 1. Cor. 2

por la salud de los hombres? Y siendo verdad lo que el Apóstol dice (*d*): Que Cristo se ofresció á la muerte por librarnos de toda maldad, y fundar un pueblo agradable á Dios, seguidor de buenas obras (que es ser enemigo de los pecados, y amador de las virtudes), ¿qué cosa se puede escribir mas eficaz para aborrescer los pecados y amar las virtudes, que haber el mismo Dios bajado del cielo á la tierra, y padescido en cruz por esta causa? Por lo cual, con mucha razon dice el Apóstol, que no sabía mas que á Cristo crucificado; porque en esto sabía perfectamente todo cuanto para nuestra salvacion y sanctificacion era necesario.

Pues cuán grande haya sido la luz y conoscimiento que este varon de Dios tuvo deste misterio, no sé con qué palabras lo pueda explicar. Mas quien notare con atencion todo lo contenido en esta carta que acabamos agora de referir, no podrá dejar de entender algo deste misterio: esto es, de la bondad, y caridad, y misericordia de nuestro Señor que en él resplandesce; y la grandeza del remedio, y consolacion, y salud que por él nos vino, y los motivos grandes que en él se nos dan para amar, y servir, y confiar en él.

Pero otro indicio mas notable hay que este, el cual es que en todas las cartas que hasta agora se han impreso, que pasan de ciento y cuarenta, no creo que se hallará alguna en la cual no sean las principales razones y consideraciones della fundadas en este misterio; y así podrá este Padre en su manera decir con el Apóstol, que no sabía otra cosa sino á Cristo crucificado. Y como sea verdad que lo que abunda en el corazon sale por la boca (*e*), argumento es que estaba su pecho muy lleno de Cristo, pues así le salia por la boca.

Por donde algunas veces le oí decir que él estaba alquilado para dos cosas: conviene saber, para humillar al hombre, y glorificar á Cristo. Porque realmente su principal intento, y su espíritu, y su filosofía era humillar al hombre, hasta darle á conoscer el abismo profundísimo de su vileza; y por el contrario, engrandescer y levantar sobre los cielos la gracia, y el remedio, y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo. Y así muchas veces, despues de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conoscimiento de su miseria, le vuelve luego y casi lo resuscita de muerte á vida, esforzando su confianza con la declaracion deste summo beneficio, mostrándole que muchos mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar. Mas cuándo nuestro Señor le concedió la luz y conoscimiento deste misterio, adelante lo apuntarémos en su lugar.

§. XI.

Del don que tenía de consejo y de discrecion de espíritus.

A la facultad y oficio del perfecto predicador (que aquí describimos) conviene tener (demas de lo dicho) don de consejo y de discrecion de espíritus, por las muchas cosas desta calidad que ocurren á él. Y estos tambien tuvo este nuestro predicador muy enteramente. Por lo cual de muchas partes acudian á él á pedirle consejo y determinacion de las dudas de sus conciencias.

Y por no faltar á tantas cartas que sobre estas materias se le escribian, usaba desta providencia: que tenia en su aposento un ovillo hincado con clavos á trechos en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribian; y así trabajaba por satisfacer á todos. Otros tambien acudian á él por oir alguna palabra de edificacion, y por este concurso tan continuo de diversas personas, dijo una persona discreta que este Padre entre los siervos de Dios era como señor de salva, por la mucha gente que con él negociaba y pendia de su consejo, porque de mas de cient leguas venian á él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarian; y él á unos aconsejaba que fuesen religiosos de tal ó tal órden, á otros que se casasen, á otros que tomasen órdenes sacros, y así á otros de otras maneras, segun la informacion que le daban. Y con todas estas importunidades no solo no se cansaba, mas ántes (como solícito obrero) decia que esta era la gloria del predicador, ofrescérsele materia en que pueda aprovechar; y á veces, cuando acertaba á venir alguna persona (aunque fuese de baja suerte) estando él comiendo, se levantaba de la mesa á oirla; y á los que desto se maravillaban, decia que él no era suyo, sino de aquellos que lo habian menester.

Mas aquí se ha de notar que ordinariamente en todas las preguntas de cosas graves siempre acudia á la oracion, y la pedia tambien á la persona que pedia consejo; porque como prudente y visto en las sanctas escrituras, se acordaba que está escripto (*f*) que los pensamientos de los mortales son temerosos, y sus providencias inciertas y dudosas. Y acordábase tambien de lo que Salomon dice (*g*), que es grande la afliccion del hombre, porque ignora las cosas pasadas, y por ningun mensajero puede tener noticia de las venideras. Pues como el prudente varon entendia esto, y conoscia que el suceso de los negocios que se esperan está por venir, y este nadie sabe cuál será sino solo Dios; por esto tenia por cosa peligrosa dar parescer en esto sin encomendarlo mucho á nuestro Señor, así por su parte, como del que este consejo pedia.

Y para esto alegaba aquella muy celebrada sentencia del rey Josafat (*h*), el cual viéndose en aprieto, hablando con Dios, decia: Como no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Acordábase tambien del yerro en que cayó Josué y los príncipes del pueblo cuando recibieron en su tierra los gabaonitas; y la causa del yerro señala la Escriptura, diciendo (*i*) que esta fué haberse guiado por su proprio parescer, sin haber consultado á nuestro Señor. Pues como entendia esto el siervo de Dios, siempre queria que en negocios graves precediese el socorro de la oracion.

Acaesció pues que un hombre le consultó sobre cierto negocio, y no le agradó su respuesta. Mas el dia siguiente este hombre confesó y commulgó, y acabando de commulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decian: á mí tu voluntad, y á mi siervo tu parescer, y esto no es engaño. Entendió el hombre esto, y otro dia fué al Padre á pedirle se determinase en lo que le habia de aconsejar, porque él venia determinado de cumplirlo; y no le dijo por entónces nada de aquel movimiento que habia sentido en su corazon; mas despues se lo vino á declarar.

Y como le habia dado nuestro Señor don de consejo, así le dió discrecion de espíritus; de lo cual pudiera referir aquí algunos ejemplos, en los cuales declaró no ser

(*d*) Tim. 2. (*e*) Matt. 12.

(*f*) Sap. 9. (*g*) Eccl. 8. (*h*) 2. Par. 20. (*i*) Josué 9.

cosas de Dios las que por tales eran tenidas; y así entendió que las cosas de Magdalena de la Cruz eran del demonio; y esto determinó en tiempo que volaba su fama por todo el mundo, y estando en Córdoba nunca se pudo acabar con él que la fuese á ver.

Acaesció tambien que una gran religiosa, por nombre Teresa de Jesus, muy conoscida en esta nuestra edad por grande sierva de Dios (aunque al principio perseguida de muchos que no conoscian su espíritu), viéndose tan acosada de algunos, acudió á uno de los señores inquisidores, dándole cuenta de sus cosas para que él las examinase. Mas él respondió que al Sancto Oficio principalmente pertenescia castigar las herejías que se les proponian; mas que la avisaba que en el Andalucía habia un gran siervo de Dios (que era el padre Avila), y de grande experiencia en las cosas espirituales; que le diese por escripto cuenta de toda su vida, y que se quietase con lo que él respondiese. Ella lo hizo así, y él despues de haber sido muy bien informado del caso, la respondió en una carta que se quietase y entendiese que no habia en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta ví yo, y no se pone aquí por ser cosa larga, y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos.

CAPITULO IV.

Segunda parte desta historia, en la cual se trata de las virtudes personales y particulares del V. M. Juan de Avila.

Hasta aquí habemos tratado, segun nuestra rudeza, de las virtudes y facultades que dió nuestro Señor á este su siervo para el oficio de la predicacion. Agora será razon tratar de las virtudes particulares de su persona. Y bien se me entiende que esta segunda parte habia de ser la primera, pues la órden de las cosas pide que primero se trate de las virtudes de la persona, que de las que pertenescen á su oficio. Porque desta manera procede la naturaleza en la procreacion de las plantas; las cuales no dan fructo hasta estar crecidas y medradas en sí; ni los animales engendran luego en nasciendo, sino despues que han llegado á perfecta edad. Mas con todo esto no guardamos aquí esta órden, por ver que estas virtudes personales de que aquí queremos tratar penden mucho de las que pertenescen al oficio; aunque (para decir la verdad) tambien estas en su manera pertenescen á él.

§. I.

De su oracion.

Entre los dones y gracias que nuestro Señor reparte á sus siervos, se cuenta la de la oracion, como lo declara el mismo Señor por el profeta Zacarías, diciendo (*a*) que derramaría sobre la casa de David, y sobre los moradores de Hierusalem (que es la Iglesia) espíritu de gracia y de oracion. Tuvo pues nuestro predicador este don, y fué maestro, y predicador, y encarescedor desta virtud, y de la necesidad que tenemos della. La cual tenia por tan necesaria para alcanzar las virtudes, como la tierra, de agua para fructificar, y por tal se juzgaba el Profeta cuando se hallaba sin ella; y así hablando con Dios, decia (*b*): Mi ánima, Señor, está como tierra sin agua, delante de tí. Por tanto, Señor, óyeme muy apriesa, porque desfallesce mi espíritu. Pues quien quisiere saber cuán encarescidamente encomienda nuestro predicador esta virtud, lea el capítulo setenta del Audifilia, y verá lo que este Padre sentia della. Porque realmente ella es el fundamento de toda la vida espiritual, por tener por oficio pedir siempre la divina gracia, que es el ánima desta vida. Y aunque los sanctos sacramentos, especialmente el del Altar, sean tan poderosos para dar gracia; pero esto hacen cuando se reciben, que es á sus tiempos debidos; mas la oracion es de todos los tiempos y horas, así del dia como de la noche, y de todos los lugares. Y por esta causa, y por otros muchos fructos que se siguen desta virtud, la encomendaba este Padre, así en sus sermones, como en sus cartas, muy encarescidamente.

(*a*) Zachar. 12. (*b*) Psal. 142.

Y lo que él encomendaba á otros, mucho mas lo tomaba para sí; y así tratando yo con él familiarmente esta materia, me vino á decir que en el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenia cada dia dos horas de oracion por la mañana, y otras dos por la noche. Mas esto pagábalo el sueño, porque se acostaba á las once, y despertaba á las tres de la madrugada, y así tenia tiempo para esto. Mas despues que por las muchas enfermedades (que luego contarémos) no continuaba tanto el oficio de predicador, el tiempo que quitaba á la predicacion acrescentaba á la oracion; porque en esta disposicion tenia esta órden: que toda la mañana hasta las dos de la tarde gastaba con Dios, y en la misa, cuando la podia decir. Y en este tiempo no admitia negocio alguno, por importante que fuese; mas desde las dos hasta las seis daba audiencia á los que á él venian. Y desde esta hora hasta las diez se recogia, y trataba con Dios los negocios de su ánima y de las ajenas, y así eran sus vigilias muy continuas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo. Y decia muchas veces, y aun lloraba, viendo cuán pocas viudas habia en Naim, que llorasen los hijos muertos: esto es, cuán pocos sacerdotes que gimiesen por tantas ánimas muertas en pecado. Y en estas vigilias entraban las del juéves y viérnes. Porque decia él que quien se acostaba y podia acabarlo consigo de dormir toda la noche del juéves, habiendo sido preso en este dia nuestro Salvador, y pasado tal noche, y el viérnes estando muerto, que no correspondia á la obligacion de la grandeza deste beneficio; exhortaba tambien á la meditacion desta sagrada Pasion, de la cual trató divinamente en el sobredicho libro de Audifilia, escribiendo allí cosas de grande ternura y devocion, y declarando los grandes y inestimables fructos que desta sancta meditacion se cogen.

Acudian á él tambien muchas personas religiosas, y otros de diversos estados á tratar con él cosas particulares desta virtud. Y era cosa muy notable ver la satisfaccion con que se apartaban de su presencia, glorificando á nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discrecion en estas materias, dando consejos, y enseñando caminos de grande seguridad, y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Y es familiar consejo y doctrina suya que nos lleguemos á la oracion, mas para oir que para hablar; y mas para ejercitar los afectos de la voluntad, que la especulacion del entendimiento: ántes me dijo él una vez que lo ataba como á loco, para que no fuese parlero en la oracion. Por donde en una carta que escribe á un sacerdote le declara esto por una comparacion, diciendo que una cosa es hablar con el rey, y otra estar con acatamiento y reverencia en presencia dél. Y así decia que una cosa

es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia, y una voluntad amorosa y temerosa delante dél, que es un modo fácil y devoto, y aparejado para recibir particulares favores de nuestro Señor, poniéndose el hombre como aquel hidrópico del Evangelio delante de nuestro Salvador, esperando húmilmente el beneficio de su salud.

§. II.

De la modestia en su conversacion.

Como nunca un vicio anda solo, así no hay virtud que no traiga consigo otra virtud. Y así de la oracion tan continua de este Padre procedia la mesura y composicion de su hombre exterior, y el modo de tratar de su persona. Porque no se podia hallar reloj mas concertado, y que mas á punto diese sus horas, que lo era su vida. Antes me paresce que habia llegado en esto á tener una participacion de la inmutabilidad de los bienaventurados.

Porque entre tanta variedad de negocios y de personas con quien trataba, nunca mudaba aquel semblante y serenidad de su rostro; la cual manifiestamente procedia del recogimiento y composicion del hombre interior, que redundaba en el exterior. Porque á no tener tan firmes raices dentro, fácilmente se alterara y mudara con la variedad de los negocios que se le ofrescian. Acaesció estar una vez diez ó doce dias en el colegio de los padres de la Compañía de Jesus, en Montilla, y nunca en todo este tiempo perdió esta su acostumbrada mesura y serenidad, imitando aquella modestia que el sancto Job muestra que tenia, cuando dice (c) que la luz de su rostro no caia en tierra : queriendo significar que nunca perdia la gravedad y mesura de su persona por cosas que acaesciesen. Y como esto notase uno de los padres de aquel colegio, pensó que esta mesura y gravedad conservara allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo á uno de sus familiares discípulos. Mas él le desengañó diciéndole que esto era perpetuo en aquel Padre en todo tiempo y lugar; de modo que aun andando por casas, y (lo que mas es) estando enfermo en cama, siempre conservaba esta misma serenidad: tan grande era el hábito que desto tenia adquirido.

Pues ¿qué diré de la mesura de sus ojos? Sant Vicente en el tratado de la Vida Espiritual aconseja al religioso que no extienda la vista mas de cuanto ocupa la estatura de un crucifijo. Esto paresce que habia leido este Padre; á lo ménos así lo guardaba, porque poco mas que esto extendia comunmente la vista de los ojos.

Acaesció tambien, estando en Córdoba, entrar con un padre amigo suyo en un jardin muy hermoso, donde habia muchas cosas que mirar; mas como él no mudase el semblante y sosiego que solia tener, díjole el padre que con él iba : Mire V. R. esto, y mire lo otro. Al cual él respondió con su acostumbrada mansedumbre: No hace eso á mi caso. Esto dijo porque cuando queria levantar el corazon á Dios, no se ayudaba desta consideracion de las criaturas, teniendo el misterio de Cristo por mas excelente motivo para esto. Porque si no podemos en esta vida conoscer á Dios sino por sus obras, ¿ qué obra mas excelente que la sagrada humanidad, para venir por ella en conoscimiento de la soberana deidad? Mas los que no han recibido aun lumbre para conoscer la alteza deste misterio, ayúdanse de la hermosura de las criaturas para levantar sus corazones al amor y conoscimiento del Criador. Y así aconsejaba él á los que se dan á leer las sagradas escripturas, que señaladamente se diesen á la parte della que trata deste divino misterio, por la gran ventaja que esta hace á todas las otras.

(c) Job. 29.

Mas volviendo á nuestro propósito, pensando yo cómo podria representar con palabras el semblante y honestidad que este Padre tenia en su rostro, se me ofresció una comparacion de los pintores; los cuales teniendo una tablica en la mano donde están diversos colores, algunas veces juntan tres ó cuatro colores, y hacen un tercero de todos, proporcionado á lo que quieren pintar. Pues así me paresce que el semblante y mesura deste Padre no representaba una sola virtud, sino una como mistura de otras; porque en él se veia una gravedad, no sola, sino acompañada con humildad, mansedumbre y blandura natural. Porque todo esto pudiera notar cualquier hombre prudente que lo mirara, pues está escripto (d) : Por la manera de la vista se conosce el hombre, y por la figura del rostro el que es cuerdo y sesudo. Y en otro lugar dice Salomon (e) que como resplandescen en el agua los rostros de los que en ella se miran, así ven los varones prudentes los corazones de los hombres. Porque son nuestros ojos unas como vidrieras, por donde se traslucen mucho los afectos interiores de nuestro corazon.

Y no ménos guardaba él esta modestia en sus palabras que en lo demas. Porque palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y así entendia él aquello del Apóstol que dice (f) : *Scurrilitas, quæ ad rem non pertinet.* La cual palabra glosaba él, diciendo que palabras de chocarrería no pertenescian á la gravedad del instituto de la vida cristiana. Su risa tambien era tal, que (como se escribe de Sant Bernardo) mas necesidad tenia de espuelas que de freno.

De lo dicho puedo yo ser buen testigo, porque si no le conosciera mas que por algunas visitaciones, pudiera engañarme con lo que de presente veia; mas como la communicacion fué por muchos dias, como al principio dije, usando de una misma casa y mesa, no pude dejar de maravillarme, viendo que en todo tiempo nunca vi en él en una hora mas que en otra. Suelen los hombres communmente acabando de comer soltar la lengua en palabras alegres ó risas. Mas yo nunca vi en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de una larga y devota oracion. Lo cual no pudiera perpetuamente conservarse, si no fuera por el recogimiento y union interior que tenia siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el horno de su corazon caliente, para que al tiempo del recogimiento no fuese menester mucha leña de consideraciones para meterlo en calor.

Pues esta mesura y composicion del hombre exterior hacia que todos los que con él trataban le tuviesen una singular reverencia y acatamiento. Y no solo estos, sino todos los señores y prelados con quien trataba le tenian un grande respeto, porque su rostro era un como sobrescripto que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto. Por lo cual algunos decian : Este hombre con solo verlo nos edifica.

(d) Eccl. 19. (e) Prov. 27. (f) Ephes. 5.

§. III.

De la virtud de la pobreza.

Cuán annexa sea la virtud de la pobreza á los predicadores evangélicos, claramente lo mostró el Salvador cuando envió sus discípulos á predicar (*g*). Por lo cual (como al principio dijimos) la primera cosa que nuestro predicador hizo cuando se dedicó á este oficio, fué dar toda la hacienda que de sus padres habia heredado, á los pobres. Y demas desto, ninguna cosa tuvo ni tomó todo el tiempo que vivió, sino unos pocos de libros y un recado para decir misa. Y acordándose que aquel Señor que él tanto amaba murió en la cruz desnudo, desto solo que tenia hizo donacion á un discípulo suyo por escriptura pública, seis años ántes que falleciese. Y ofresciéndole canongías, y rogándole con ellas, y siendo llamado á la corte, por la fama que corria de su vida y doctrina, siempre se excusó con toda humildad. Y aunque entendia que en la corte se podia hacer mas fructo, por estar allí la fuente de la justicia y de todo el gobierno; pero él de tal manera queria servir al provecho commun, que no queria poner á peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la corte lo inquietarian; tomando él para sí el consejo que daba á sus predicadores, á los cuales solia decir: No mas hijos, que leche; ni mas negocios, que fuerzas.

La hacienda con que se sustentaba era la fe y confianza muy firme que tenia en la providencia paternal de nuestro Señor. Y así leyendo una vez en Córdoba á los clérigos, mostró una Biblia pequeña que consigo traia, y llegando á aquel paso del Evangelio en que nuestro Señor dice (*h*): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas os será dado: dijo que habia echado una raya en este lugar, y fiándose desta palabra y promesa del Salvador, que jamas le habia faltado cosa de las necesarias para la vida. Y en confirmacion desto me dijo una vez que si un ginoves le diera una cédula en que esto le prometiera, se tuviera por bien proveido y seguro que nada le faltaria. Pues ¿cuánto mas se debia fiar de la palabra y promesa del mismo Hijo de Dios, la cual es tan cierta, que, como él dice (*i*), ántes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras?

Decia él tambien á un familiar discípulo suyo, que habia nuestro Señor cumplido con él á la letra aquella palabra en que promete al que por él dejare su hacienda, ciento tanto mas en esta vida (*k*); pues no solamente nada le habia faltado, mas ántes le habia dado mucho mas para ayudar y socorrer á muchas necesidades. Y así pudo él decir con el Apóstol (*l*): Vivimos como pobres; pero enriquecemos á muchos. Porque era grande el cuidado que tenia de acudir á las necesidades de los pobres y de los hospitales. Y así fué el que dió calor á aquel solemne hospital que se hizo en Granada junto al monesterio de Sant Hierónimo. Y demas desto todas las personas que se querian convertir ó entregar al servicio de nuestro Señor, hallaron en él abrigo y remedio, no sólo para sus ánimas, sino tambien para sus cuerpos, cuando era necesario. Y me acuerdo haberle enviado yo á Granada una destas personas, que se queria apartar de pecado, y él la recibió benignamente, y la proveyó de lo necesario, porque para todo le favorecia nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria que por él habia escogido.

Y no contento con esto, con ser pobre de espíritu queria tambien ser pobre de cuerpo. Y por eso holgaba con la ropa pobre y vieja, y pesábale con la nueva. Por donde el arzobispo de Granada, Don Gaspar, mandaba á sus criados que le hurtasen el bonete ó el manto viejo, y le pusiesen otro nuevo. Y una señora devota suya tuvo manera con que le hurtasen el manto viejo, y le pusiesen otro nuevo. Y como él se levantase por la mañana, y no hallase su manto, comenzó á decir: Dénme mi manto, dénme mi manto. No hubo nadie que en esto le obedesciese, esperando vencerle con la necesidad; mas ni esto bastó. Y siendo víspera de Navidad, se vistió una sobrepelliz sobre la sotana vieja que traia, y desta manera fué á las vísperas de la fiesta. Y como esto vieron, finalmente le volvieron su manto.

Preguntóle uno de sus familiares discípulos cómo lo pasaba en Sevilla cuando comenzó á predicar, y no era tan conoscido como despues lo fué. A esto respondió que moraba en unas casillas con un padre sacerdote, sin tener nadie que le sirviese. Y cuando iba á decir misa, pedia á alguno de los que allí se hallaban que le ayudase á misa. Y cuanto á la comida, dijo que comia de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y fruta, sin haber cosa que llegase á fuego; mas algunas personas devotas le hacian á veces limosna, con que compraba lo dicho.

Su celda y cama, y todo lo que habia para su servicio estaba tódo dando olor de pobreza. Y tan amigo era desta virtud, por acordarse de la pobreza en que el Salvador (que él tanto amaba) nasció, vivió y murió, que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta, como verdadero pobre, si no le fueran á la mano.

Decíale yo una vez que el bienaventurado Sant Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella. El uno es cortar la raiz de todos los males, que es la cobdicia; y lo otro, porque contentándose el religioso con lo que es puntualmente necesario (lo cual á pocas vueltas se halla), queda libre y desocupado para emplearse todo en la contemplacion de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio con la tierra. A esto me respondió que no era esta la principal razon deste glorioso Padre, sino el amor grande y muy tierno que tenia á Cristo; y por esto, viéndole nascer y vivir tan pobre, que no tenia sobre qué reclinar su cabeza; y sobre todo morir desnudo en cruz, que no podia él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió.

§. IV.

De la virtud de su abstinencia.

Hermana muy conjunta y familiar de la pobreza es la abstinencia; porque ni el pobre tiene manjares ricos, ni la abstinencia los consiente; y así se ayudan estas dos virtudes una á otra. La abstinencia deste Padre era la que el Apóstol escogia para sí, cuando dijo (*m*): Teniendo alimentos y con que nos cubramos, estamos contentos. Pues así él tomaba lo necesario para sustentar la vida, mas no para irritar la gula; y cuando era convidado á comer fuera de su casa, y veia algun manjar curioso, decia luego: Traigan cocina, traigan cocina; porque no queria mas que el comer ordinario que bastase para

(*g*) Luc. 10. (*h*) Matt. 6. (*i*) Ibid. 24. (*k*) Ibid. 9. (*l*) 2. Cor. 6.

(*m*) 1. Tim. 6.

sustentar las fuerzas que pide el oficio de la predicacion.

Y aun en esto faltaba muchas veces, esperando mas las fuerzas de la providencia de nuestro Señor, que de los medios humanos. Por lo cual, estando en Granada algo flaco y con necesidad de comer carne, la señora marquesa de Mondéjar, viendo por una parte el fructo de sus sermones, y por otra el impedimento de su flaqueza, decia que le habian de obligar á comer carne en Cuaresma, porque no se perdiese lo mas por lo ménos. A lo cual él respondió, estando yo presente, diciendo que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y socorros de Dios sobrenaturales, que es razon que testifique por la obra lo que dice con la palabra; fiándose en muchos casos de Dios, cuando de los remedios humanos se siguen algunos inconvenientes que tienen apariencia de mal, como es comer carne en Cuaresma quien predica la abstinencia della.

Ni en las comidas ordinarias decia quiero esto ó lo otro, sino tomaba lo que le ponian delante, no siendo cosa muy curiosa, como ya dijimos. Acaesció una vez, estando cenando en un monasterio nuestro, que le pusieron primero un cierto manjar, y junto con él unas sardinas, que él holgara de comer acabado el primer plato; mas un niño que servia á la mesa, ignorantemente levantó este plato. Acudió entónces el Padre con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: Sea así como vos quereis. Esta palabra tan simple da bien en qué filosofar; porque declara cuán resignado estaba este Padre, y cuán sin voluntad, y tan ajeno de tener querer y no querer, pues no se atrevió á decir á un niño: deja el plato; porque á ser hombre el que servia, no me maravillara tanto de no querer él dar nota de que tenia apetito de algo; mas guardar esta moderacion con un niño, esto es lo que mas admira.

Bebia el vino muy templado, y probábalo primero para ver si estaba bastantemente aguado; acordándose que Sant Augustin se acusa (*n*), como verdadero humilde, que estando muy léjos de toda embriaguez, alguna vez habia excedido los términos de la templanza. Por lo cual este siervo de Dios examinaba primero lo que habia de meter en casa, para quedar perfectamente señor de sí, y no faltar en sus estudios y ejercicios; porque, como aconseja Sant Hierónimo (*o*), despues de comer pueda el hombre leer y orar. Mas en este tiempo, que es despues de la refeccion ordinaria de cada dia, aconsejaba el tener silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras ó porfías con el calor de la comida.

§. V.

De la paciencia en las enfermedades.

Pasemos de estas virtudes á otras de mayor dificultad y merescimiento, cual es la paciencia en las cosas árduas y dificultosas, en la cual se prueba la fineza de la virtud; pues no quiso nuestro Señor que saliese su siervo deste mundo sin corona de paciencia, ni que caminase por otro camino que él caminó, que fué de cruz. Y así dirémos primero de la paciencia en las enfermedades, y despues de la que tuvo en las injurias, que es aun de mayor perfeccion.

Comenzaron pues sus enfermedades poco despues de los cincuenta años de su edad. Porque uno de los fructos que cogió del continuo trabajo de predicar, y mas tan largos sermones, y predicados con tan grande fervor y espíritu, que hacia estremecer los corazones, fué estragársele todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestros cuerpos. Porque tenia el estómago muy perdido; y con esto, dolores de ijada y de riñones, y gota artética, con dolores agudísimos en las junturas de los brazos y piernas; y junto con esto recias calenturas.

Dijo él á un familiar discípulo que lo curaba, que le iba mejor con los dolores, con ser tan recios, que con las calenturas. Lo uno, y mas principal, porque nuestro Salvador padesció dolores; y lo otro, porque la calentura le ocupaba muchas horas del dia, y lo recio de los dolores duraba como seis horas. Y pasadas estas, podia rezar y leer, y dar audiencia á los prójimos que venian á aconsejarse con él; y por esto solia él llamar á las calenturas impedimentos ó estorbos; no haciendo caso del trabajo que daban, sino del tiempo que ocupaban, con que impedian los buenos ejercicios, teniendo esto por mayor mal que el dolor.

Y solia él decir en lo mas recio de los dolores y de las enfermedades: Señor, mas mal y mas paciencia. Un dia estuvo apretadísimo y muy angustiado con los dolores, y decia: ¡Ah Señor, que no puedo! En este tiempo se le aplicaban remedios de medicina, y rezaban los que allí estaban la letanía, y el dolor no cesaba. Y decia á los que presentes estaban: Hermanos, esto ha de ser así hasta que nuestro Señor quiera. Pasado este aprieto, dijo él á uno de sus familiares discípulos, que una noche tuvo un aprieto como este, y los hermanos que le servian andaban muy cansados, y así estaban durmiendo, y la lumbre se habia apagado, y creciendo todavía el angustia, por no despertar á los que le servian, pasaba su trabajo á solas. Y vencido de la fuerza del dolor, pidió á nuestro Señor se lo quitase; y luego durmió un poco, y despertó sin dolor y sin angustia. Dijo entónces á uno de sus discípulos: ¡Oh qué bofetada me ha dado nuestro Señor esta noche!

Palabra es esta mucho para notar, y lenguaje que no entenderá la carne y la sangre; mas entendíalo este varon de Dios, porque conoscia el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veia que con su peticion habia perdido parte de este merescimiento; y junto con esto reconoscia que nuestro Señor le habia humillado y dado conoscimiento de su flaqueza, pues rehusó como flaco llevar la carga. Y filosofando sobre esta materia, dijo un dia cuando le apretaban estas enfermedades: Tan admirable es Dios con el enfermo al rincon, como con el predicador en el púlpito.

Y quien quisiere saber qué tanto tiempo duraron estas tan graves enfermedades, sepa que duraron por espacio de diez y siete años. Cosa es esta que me ha puesto en grande admiracion, y dádome á entender cuánto agradan los trabajos, llevados con paciencia, á nuestro Señor, pues habiendo este siervo suyo trabajado tantos años en en oficio tan agradable á Dios, como es la predicacion, y ganado tantas ánimas, y criado y enseñado tantos discípulos, y fundado tantos estudios, trabajando dias y noches, y ganado tantas coronas, cuantas ánimas, sacó de pecado; á cabo de tantos merescimientos, cuando en su vejez habia de descansar de tantos trabajos, le proveyó nuestro Señor de otros muchos, mayores que los pasa-

(*n*) D. August. lib. 10. Confes. cap. 31. (*o*) D. Hieronym. tom. 9. in Regul. Monac. de temperat. jejun.

dos; pues en aquellos habia gustos y consolaciones, y en estos gravísimos dolores.

Por lo cual entiendo cuán grande sea el mérito de los dolores, pues tan á manos llenas hinchió nuestro Señor á este su siervo dellos. Séneca prueba que los trabajos y infortunios desta vida no son malos, por haberlos padecido Caton, que él tenia por hombre virtuoso. Pues segun esto, ¿con cuánta mayor razon probarémo los mismo, pues tanta parte de trabajos dió nuestro Señor á este tan grande siervo suyo?

No consiente Dios que su gracia y sus dones estén ociosos. Los mercaderes no quieren tener su dinero muerto én la arca (donde nada gana), sino negocian y tratan con él para acrescentarlo. Pues conforme á esto, donde nuestro Señor ve que hay mucho caudal de gracia, procura darle materia en que se emplee, y no hay materia de mayor ganancia que las tribulaciones llevadas con paciencia; pues, como el Apóstol dice (*p*), las tribulaciones desta vida, que duran un momento, nos son materia de un eterno é incomprehensible galardon.

Y entre innumerables ejemplos que desto hay, no es el menor el de Sant Lorenzo mártir, el cual, despues de tres veces azotado con cruelísimos y diversos azotes, diciendo él: ¡Oh buen Jesus! recibe mi espíritu, oyó una voz de lo alto que le dijo: Aun muchas batallas te quedan para pelear. Dijo esto el Señor, porque entendia tener el sancto mártir fortaleza y gracia para padescer mas; y porque no perdiese él este acrescentamiento de su corona, le ofresció materia de mas paciencia. Y el argumento y prueba de ser esta la causa de los trabajos que nuestro Señor envía á sus siervos, es la paciencia y contentamiento que tienen con ellos; porque el piadoso Señor que provee lo uno, provee tambien lo otro, como lo vemos en este su siervo.

Mas sobre todo lo dicho es de notar, que en medio de tantas enfermedades no dejaba él de ayudar las ánimas en todo lo que podia, haciendo exhortaciones en monasterios de monjas, de quien tenia particular cuidado, por ser esposas del Señor, consolando y enseñando á muchas personas las cosas necesarias á su salud, escribiendo muchas veces cartas espirituales, en que le dió nuestro Señor tanta gracia y discrecion de espíritu, que era única medicina, para cualquier suerte de necesidades espirituales y trabajos, una carta de su mano; tanta era la gracia, y espíritu, y eficacia con que sabía consolar y dar ánimo á quien tenia necesidad de consuelo.

Estas pues eran sus ocupaciones en medio de sus enfermedades y dolores; ni se contentaba con esto, mas tambien cuando venía alguna fiesta grande, particularmente del Sanctísimo Sacramento, ó de nuestra Señora (de las cuales solemnidades era devotísimo), luego se levantaba de la cama, dándole fuerzas aquel Señor que le daba la enfermedad. Y predicaba de ordinario ocho sermones, uno en cada dia de la octava del sancto Sacramento; y esto con tan buena disposicion corporal, que parescia estar del todo sano; mas luego pasados los ocho dias, volvia como de ántes á la misma enfermedad; y esto duró muchos años, y en particular fué mas notable su fervor y eficacia en los sermones en lo último de su vida.

(*p*) 2. Cor. 4.

§. VI.

De la paciencia en las injurias.

Y aunque este linaje de paciencia sea de grande merescimiento, otro hay de mucho mayor, que es la paciencia en las injurias. Y por esto no quiso nuestro Señor que este su siervo perdiese esta segunda corona de mas alta paciencia. Y así lo quiso sellar con su sello, dándole á beber del cáliz que él bebió, cuando dijo (*q*): No es mayor el siervo que su Señor; si á mí persiguieron, á vosotros perseguirán; y si calumniaron mis palabras, tambien calumniarán las vuestras.

Y así acaesció á este Padre, pues sus palabras fuéron calumniadas y denunciadas en el Sancto Oficio, diciendo dél que cerraba la puerta de la salvacion á los ricos, y otras cosas desta calidad. Por lo cual los señores inquisidores de Sevilla mandaron que estuviese recogido hasta averiguarse su causa. Era entónces vivo el maestro Párraga, regente del nuestro colegio de Sancto Tomas, persona á quien autorizaban muchas letras, edad y sanctidad. Este pues, conosciendo la virtud y sanctidad deste Padre, y el grande fructo que hacia con su doctrina, me contó que le aconsejaba muy ahincadamente que tachase los testigos que habian depuesto contra él, alegando que, como un hombre en su legítima defension puede matar á su agresor, así puede tachar los testigos que le infaman. Mas ni con esta razon ni con otras pudo acabar con él esto, alegando que estaba muy confiado en Dios y en su innocencia, y que esta le salvaria; pues Dios nuestro Señor, como dijo Sant Augustin (*r*), nos ama y no desampara, mayormente en tiempo de la tribulacion; ántes dice él en el salmo (*s*), hablando con el justo: Con él estoy en la tribulacion, librarlo he, y glorificarlo he. Lo cual á la letra cumplió con este su siervo; el cual salió de aquella calumnia mas probado y acreditado, ordenando los señores inquisidores que predicase un dia de fiesta en la misma iglesia dónde ántes predicaba, que era en Sant Salvador, iglesia grande, y colegial de Sevilla; y en apareciendo en el púlpito, comenzaron á sonar las trompetas con grande aplauso y consolacion de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja (*t*), comenzó el sermon exhortando los oyentes á que hiciesen oracion por los que le habian calumniado.

Mas en el tiempo deste entretenimiento ni este Padre estuvo ocioso, ni nuestro Señor olvidado dél, pues es tan cierta condicion suya consolar á los que por su amor padescen trabajos; de tal manera, que á la medida de las tribulaciones reparte las consolaciones, como dice el salmo (*v*).

Y así tratando una vez familiarmente conmigo desta materia, me dijo que en este tiempo le hizo nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fué darle un muy particular conoscimiento del misterio de Cristo: esto es, de la grandeza desta gracia de nuestra redempcion, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, y grandes motivos para alegrarnos en Dios, y padescer trabajos alegremente por su amor; y por eso tenia él por dichosa aquella prision, pues por ella aprendió en pocos dias mas que en todos los años de su estudio.

En lo cual vemos haber hecho nuestro Señor con este

(*q*) Matt. 10. (*r*) D. August. sup. Psal. 90. (*s*) Psal. 90.
(*t*) Matt. 5. (*v*) Psal. 93.

su siervo una gracia muy semejante á la que hizo al profeta Hieremías. Porque estando por la verdad que predicaba preso, le consoló nuestro Señor en la cárcel con una gloriosísima y muy alegre revelacion, diciéndole (x): Llámame, y oirte he, y revelarte he muy grandes y verdaderos misterios que tú no sabes. Porque allí le reveló la reparacion de Hierusalem despues del cautiverio de Babilonia, y la renovacion del mundo por la venida de Cristo, declarándole todo esto en todo el capítulo treinta y tres, por grandes y magníficas palabras. Pues desta manera consoló nuestro Señor á este su siervo, estando preso, dándole especial lumbre y conoscimiento del misterio de nuestra redempcion, que es la mas alta filosofía de la religion cristiana.

Ni faltaron despues desta otras persecuciones y emulaciones; porque no de balde dijo el Salvador (y): Si al padre de la familia llamaron Beelcebub, ¿cuánto mas á los de su casa? Y si la invidia tanto persiguió á este Señor, que lo trajo á la muerte, como Pilato lo entendió (z), ¿qué maravilla es perseguir ella á los suyos? No sin causa dijo Séneca: *Si nullos tibi inimicos facit injuria, multos faciet invidia.* Quiere decir: Si estás libre de enemigos porque á nadie hiciste injuria, no faltarán otros que lo sean por invidia.

Así pues le sucedió á este siervo de Dios; porque viendo algunos predicadores la fama y el grande concurso con que sus sermones eran oidos, y viéndose á sí mas olvidados, teniendo por injuria propria la prosperidad ajena, eran muy molestados deste gusano, el cual roe las entrañas de donde procede, como víbora que rompe los ijares de la madre de donde nasce. Destas contradicciones padesció este Padre muchas, mayormente en el principio de su predicacion, hasta que finalmente con la prueba y fineza de su virtud venció la invidia. Mas nunca por estas contradicciones perdió la paz y serenidad de su ánima, que siempre conservaba; y no solo no habló palabra alguna contra sus émulos, mas ántes procuraba por todos los medios que podia aplacarlos y sacarles aquella espina del corazon. Mas con esto que ellos hacian para dañar, daban á este Padre materia para merescer; porque sabía él (como quien tantas veces lo habia escripto y predicado) ser proprio de los hijos de Dios hacer de las piedras pan, y medicina de la ponzoña, y crecer en la virtud con lo que otros descrescen. Y así declaró él á uno de sus familiares discípulos el provecho que estas contradicciones habian causado en su ánima.

§. VII.

De la devocion que tenia á nuestra Señora.

Como este Padre era tan amigo del Cordero, así tambien lo era de la oveja que lo parió y crió. Quiero decir, que como era tan amigo del Hijo, así lo era de la Madre. Porque es tan grande la union y liga que hay entre Hijo y Madre, que quien ama mucho al uno ha de amar mucho al otro, y pues la carne del Hijo es tomada de la misma sustancia y carne de la Madre, es forzoso que quien mucho ama al Hijo, ha de amar mucho á la Madre. Y por aquí entendia la alteza y dignidad desta Señora, filosofando y haciendo argumento de la dignidad del Hijo, para conoscer la de la Madre. ¿Por qué engrandesce la fe católica y toda la teología la humanidad de Cristo nuestro Señor, sobre todo lo que pueden hombres y ángeles comprehender? Porque ya que Dios se quiso abajar á tomar nuestra humanidad, tal habia de ser ella que no fuese deshonra, sino grandísima gloria, hacerse tal hombre cual se hizo. Pues por aquí tambien entendemos la dignidad y excelencia de la Madre; porque ya que este Señor quiso tener madre de que nasciese, tal habia de ser la madre, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria suya ser hijo de tal Madre.

Entendia pues esto muy bien nuestro predicador; y así era grande la devocion que á esta Señora tenia. La cual se le parescia bien en la ternura y devocion de los sermones que della predicaba. Y aquí cabe decirse una cosa que declara mas en particular esta su devocion. Pidiéronle estando en Granada que en un sermon encomendase al pueblo ayudase con sus limosnas á la fábrica de la iglesia mayor, que entónces se comenzaba con advocacion de nuestra Señora. Y entre otras razones y persuasiones, dijo: Yo iré allí, y tomaré una piedra sobre mis hombros, para poner en la casa que se edifica á honra de la Madre de Dios. Y dió nuestro Señor tanta eficacia á esta y otras palabras que sobre esto dijo, que se allegó una copiosísima limosna, mayor de lo que se puede encarescer. Y los pobres que no tenian dinero vendian en almoneda sus cosas para dar limosna á esta obra. Y todas las veces que la encargó, fué ayudada de muchos con mucha largueza.

Aconsejaba siempre y predicaba con maravilloso fervor esta devocion á las doncellas, aconsejando virginidad y pureza; y así muchas por su medio dejaron el mundo, siendo grandes en estado, y hicieron voto de castidad, y otras entraron en religion. Acontesció en Sevilla que un hombre principal, estando muy tentado de matar á su mujer por celos que tenia, fué á hablar con este varon de Dios, y á tomar con él parescer, y fuéronse á una iglesia que estaba cerca, y oyóle todo lo que tenia que decir en este caso; y despues de muchas razones, no estando esta persona convencida, le dijo: Mucho me duele que os aprovechen tan poco los consejos que os doy; y pues todavía quedais tan fatigado, os ruego os vais delante de aquella imágen de nuestra Señora, que está allí, y le supliqueis os remedie en tan gran afliccion como teneis; y esta persona lo hizo así, y sintió luego en su corazon remedio y alivio en su trabajo, y fué luego á decírselo á este Padre, y ambos glorificaron á Dios por esta merced que les habia hecho en haberle librado desta tan grande afliccion y engaño que tenia de su mujer.

§. VIII.

De la devocion que tenia al sanctísimo sacramento del Altar.

Declaramos poco ántes el especial lumbre y conoscimiento que este Padre tenia del misterio de Cristo. Pues la misma luz y gracia que nuestro Señor le dió para este misterio, le dió para el conoscimiento del sanctísimo Sacramento del Altar. Y no es esto de maravillar, por ser tan vecinos entre sí estos dos misterios; pues el mismo Señor que fué sacrificado en el monte Calvario, es el que se sacrifica en la misa.

Y así era admirable la devocion y reverencia que este varon de Dios tenia á este divinísimo Sacramento; la cual crecia con las consolaciones y gustos que con este pan celestial recibia. Y aunque ambos misterios eran

(x) Hier. 33. (y) Matt. 10. (z) Ibid 27.

para él de grande edificacion y consolacion; pero del primero tenia fe aun muy viva; mas del segundo, juntamente con la fe, tenia gusto y experiencia, por las grandes y cotidianas consolaciones y favores que con él recibia.

Los cuales eran tales, que predicando una vez dijo que por la gran experiencia que tenia de la virtud y efectos que este divino Sacramento obra en las almas, no solo no le era dificultosa la fe deste divino misterio, sino ántes muy fácil y suave. Y como sea verdadero el commun proverbio que cada uno cuenta de la feria como le va en ella, como á él iba tan bien con el uso deste sacramento, así predicaba dél cosas altísimas y con grande espíritu.

Y no contento con las alabanzas de la viva voz, escribió tambien mas de cient pliegos de escriptura sobre el evangelio desta fiesta tan gloriosa, los cuales están en poder de uno de sus muy familiares discípulos.

Mas no se contentó él con comer este bocado á solas, sino partiólo con todos sus hermanos. Quiero decir, que predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la sagrada Communion, y esto en tiempo que no la habia en la tierra. Por lo cual padesció muchas persecuciones y contradicciones, así de los prelados, como de otras personas que extrañaban este negocio, no porque él fuese nuevo (pues nasció con el mismo Evangelio en tiempo de los apóstoles), sino porque la malicia y negligencia de los hombres habia hecho nueva la cosa mas antigua y mas provechosa de toda la religion cristiana. Mas como él no se movia por el sentido del mundo, sino por el espíritu de la verdad, que en su corazon moraba, fiado dél se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichosas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron.

Y demas desto, para despertar la devocion de los fieles predicaba todos los ocho dias de las octavas de su fiesta, como arriba dijimos, y procuraba que la procesion deste dia se hiciese con mucha solemnidad. Y demas desto, estando en Granada, predicaba todos los juéves en el Sagrario de la iglesia mayor, adonde acudia mucha gente, con ser dia de trabajo. Y para mayor acrescentamiento desta devocion, escribió cartas á los summos pontífices, suplicándoles ordenasen que todos los juéves del año se rezase del sanctísimo Sacramento. Y á los sacerdotes hacia pláticas familiares, declarándoles la devocion y reverencia con que se habian de aparejar para celebrar. Y á los que desto eran predicadores ó discípulos suyos, aconsejaba que exhortasen en sus sermones á la frecuencia deste sacramento, y por este medio se vinieron á ganar y remediar muchas almas. Y así á él, como á todos los suyos, hizo nuestro Señor por aquí grandes mercedes.

Mas de tal manera exhortaba él á esta frecuencia, que se tuviese respecto á la vida y costumbres, y aprovechamiento de los que lo frecuentaban; y que conforme á esto el prudente confesor alargase ó estrechase la licencia para commulgar; como paresce por las cartas que él escribió á algunos predicadores sobre esta materia, llenas de prudencia y discrecion, como quien tanta experiencia tenia destas cosas.

Decia él misa con tantas lágrimas y devocion, que la ponia á los que la oian. Y con decirla desta manera, dijo una vez á uno de sus discípulos: Deseo decir bien misa un dia; y otra vez dijo al mismo, que cuando acababa de recibir á nuestro Señor en la misa, no quisiera abrir la boca. Esto puede interpretar cada uno como le paresciere. Sant Bernardo dice (*a*) que la boca es un instrumento muy aparejado para vaciar el corazon; y por ventura lo diria por esto, deseando atapar la boca del horno, para que el fuego de amor que con este sacramento se enciende, no saliese afuera; ó tambien diria esto por parescer á su devocion ser cosa indigna que entrase otra cosa por la boca por donde Dios entró. Decia tambien que toda su vida deseó morar en una casa que tuviese una ventana para el sanctísimo Sacramento. Este deseo era efecto proprio del amor, el cual en ninguna parte huelga mas que donde está la presencia de la cosa amada. Agora le habrá nuestro Señor cumplido mas enteramente este deseo, pues le verá cara á cara. Y si tanto se alegraba viéndolo debajo del velo con que acá se nos muestra, ¿qué será mirarlo sin velo en su misma gloria y hermosura?

Decíale una vez uno de sus familiares discípulos: Señor, ¡si fuera Hierusalem de cristianos, para que nos fuéramos poco á poco allá, á vivir y morir en aquellos lugares sanctos, donde el Salvador obró nuestra redempcion! Oyendo él esto con su acostumbrada serenidad, respondió: ¿No teneis ahí el sanctísimo Sacramento? Cuando yo dél me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra.

Este lenguaje no es para todos, sino para aquellos á quien nuestro Señor ha dado especial gusto deste pan celestial, y particular lumbre para conoscer la grandeza de la caridad que el Salvador nos mostró en él, queriendo aquella soberana Majestad, que beatifica los ángeles en el cielo, morar con los pecadores en la tierra, y aposentarse dentro de nuestros cuerpos y ánimas, para sanctificarlas y hacerlas semejantes á sí en la pureza de la vida, y despues en la alteza de la gloria. Pues el que esto conosce no solo por fe viva, sino tambien por experiencia y particular lumbre del Espíritu Sancto, no es maravilla que el tal hombre dijese que acordándose deste divinísimo Sacramento, se le quitase el deseo de cuanto hay en la tierra.

Y como era tan grande el deseo que tenia de recibir cada dia este pan de los ángeles; y como por las grandes enfermedades y flaqueza que padescia tenia necesidad de comer algo á las dos ó á las tres de la mañana, procuró breve de su Sanctidad para poder commulgar ántes destas horas. Y este breve le alcanzó el padre Salmeron del papa Paulo IV, año de 1558, informando á su Sanctidad de los méritos y enfermedades deste siervo de Dios; en el cual le concedió que despues de las doce de la media noche que pudiese decir misa, ó commulgar de mano de otro que la dijese.

Finalmente, era tan grande la devocion que tenia á este divinísimo Sacramento, que tomó por un linaje de recreacion y alivio de su enfermedad, escribir cosas devotísimas dél. Y como tenia singular devocion á este sacramento, así la tenia al misterio de Cristo, y á su sanctísima Madre (como ya dijimos), diciendo que aunque toda la vida quisiese escribir destas tres cosas, nunca le faltaria materia para ellas. Y lo mismo decia del Espíritu Sancto, porque como él experimentaba tan á la continua los efectos y influencias dél en su ánima, de aquí tambien procedia grande devocion para con él, y que esta

(*a*) D. Bern. serm. de Triplici Custodia.

tambien le daria motivo para que nunca le faltase que decir, así deste divino espíritu, como de las otras cosas susodichas.

Porque la devocion (como dicen los sanctos) es lengua del ánima; y así vemos que cuando ella está devota, sabe decir mil cosas muy devotas y cordiales á nuestro Señor; lo cual no sabe hacer cuando no lo está. Por donde no es maravilla que teniendo este Padre tan grande devocion á estas cosas susodichas, ella le diese siempre materia que poder decir dellas.

CAPITULO V.

Tercera parte de la predicacion deste siervo de Dios, el maestro Juan de Avila, y del fructo que con ella hizo.

Del varon justo se escribe que será como el árbol plantado par de las corrientes de las aguas (*a*), el cual dará su fructo en su tiempo, y nunca le faltarán las hojas, y en todo lo que hiciere será prosperado.

Veamos pues agora qué fructo dió nuestro árbol, plantado par de las corrientes de las aguas de las sanctas escripturas, y criado con la lluvia de la gracia y con el aire y soplo del Espíritu Sancto, y cultivado con la labor y ejercicio de las virtudes. Porque llegado á esta perfeccion, y aprovechado en sí, es razon que comience á dar fructo y aprovechar á los otros.

Tomando este negocio desde el principio de su predicacion, es de saber que, deseando este Padre emplear sus fuerzas y letras en servicio de nuestro Señor y edificacion de las ánimas, parescióle escoger para esto el lugar donde hubiese mas trabajo y mas necesidad, y ménos honra y aplauso del mundo; y así le paresció que debia navegar á las Indias. Para lo cual se le ofresció commodidad, juntándose con el obispo de Trascala, que lo queria llevar consigo á las Indias. Vino pues para esto á Sevilla, y estaba allí esperando tiempo, y aparejándose para la navegacion.

Mas nuestro Señor, que lo tenia escogido para otro lugar (y que muchas veces declara su voluntad imposibilitando la nuestra), impidió esta jornada por una nueva manera. Porque los dias que estaba aguardando por tiempo para su viaje, yendo cada dia á decir misa á una iglesia, decíala con tanta devocion y reverencia, y con tantas lágrimas, que oyéndola el P. Contreras (persona de mucha reputacion y virtud), movido con esta ocasion, comenzó á communicarle y querer saber dél el intento que tenia, y conoscido su propósito, trabajó por apartarle dél, diciéndole que harto habia que hacer en el Andalucía, sin pasar la mar.

Mas como él no queria desistir de su propósito ni faltar á la compañía, acudió el dicho padre á el señor don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, inquisidor general, dándole noticia de la persona y del fructo que podia della esperar en este su arzobispado; persuadiéndole que le mandase llamar, y obligase por obediencia á quedar en él. Llamado pues el Padre, alegando lo que arriba está dicho, y excusándose todo lo posible, despues de muchas razones, finalmente el Espíritu Sancto, que por los pontífices declara muchas veces su voluntad, de tal manera le aficionó á este Padre, que le mandó por precepto de sancta obediencia que se quedase en su arzobispado: y así se quedó. Y luego le mandó que predicase; y aunque él se excusó, como nuevo en aquel oficio, todavía lo hubo de hacer. Y el sermon fué en la iglesia de Sant Salvador, dia de la Magdalena, asistiendo allí el arzobispo con otra gente principal. Y fué este el primer sermon que predicó.

Contó despues el Padre á uno de sus discípulos, que se habia hallado muy apretado ántes que subiese al púlpito, y muy ocupado con vergüenza. Y como así se viese, levantó los ojos á un crucifijo que allí estaba, diciendo estas palabras: Señor mio, por aquella vergüenza que vos padecisteis cuando os desnudaron para poneros en la cruz, os suplico me quiteis esta demasiada vergüenza y me deis vuestra palabra, para que en este sermon gane alguna ánima para gloria vuestra. Y así le fué concedido. Y dijo despues el Padre á uno de sus discípulos, que habia sido este uno de los grandes sermones que habia predicado, y de mas provecho; y así dejó á los oyentes grandemente maravillados, viendo el espíritu y fervor con que predicó.

Comenzó pues á predicar con este mismo fervor (como siempre solia), y así movia grandemente los corazones de los que le oian. Aquí se allegó á él el P. Contreras, de que arriba hicimos mencion, y algunos clérigos virtuosos, que trataron familiarmente con él, y se aprovecharon de su doctrina. Predicaba tambien en los hospitales, y seguiale mucha gente. Comenzó tambien á dar órden en las escuelas de los niños, y á predicar la doctrina cristiana por las plazas. Y en este oficio perseveró en Sevilla por algun tiempo.

Mas porque los predicadores son nubes, como los llama Isaías (*b*), que andan regando diversas tierras, do quiera que la voluntad del summo Gobernador los encamina, como se escribe en Job (*c*); de Sevilla pasó á otros lugares del mismo arzobispado, como fué Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma y Ecija, y gastaria nueve años predicando en estos lugares, comenzando él su predicacion de los veinte y ocho ó treinta años de su edad; y en todos ellos con notable fructo y aprovechamiento, y llamamiento de muchos, por muy duros que fuesen. Un dia oíle yo encarescer en un sermon la maldad de los que por un deleite bestial no dudaban de ofender á nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Hieremías (*d*): *Obstupescite cœli super hoc*, etc. Y es verdad cierto que dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parescia que hacia temblar las paredes de la iglesia. Y sería larga cosa de explicar el fructo que con sus sermones se hacia; aunque adelante tratarémos algo de esto en particular.

Despues destos lugares susodichos vino á Córdoba en tiempo del obispo D. Fr. Juan de Toledo, y continuó allí su predicacion por muchos dias, con grande concurso de oyentes, y satisfaccion de todos. Y tendida la red del Evangelio, entraron muchos peces en ella de diversas personas, así de caballeros y clérigos, y de otras personas de menor calidad. Y estuvo tambien allí en tiempo del obispo D. Cristóbal de Rojas, y por su consejo ordenó allí un colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen á predicar por los lugares vecinos.

En este tiempo se celebró un sínodo en esta ciudad; en el cual predicó á solos los clérigos apartadamente, á los cuales deseaba él mas aprovechar que á todos los otros, por ser ellos los ministros de los sacramentos y de la palabra de Dios; y con este ardor y deseo les pre-

(*a*) Psalm. 1.

(*b*) Isai, 50. (*c*) Job. 37. (*d*) Hier. 2.

dicó con tan grande fervor y espíritu, que hubo entre ellos muchas mudanzas; porque unos se determinaron de mudar la vida, y otros de seguir á él, y entregarse á él por sus discípulos, y á otros que parescian personas de ingenio envió á estudiar á Salamanca. Los cuales, acabado sus estudios, y volviendo al Padre (despues de aprovechados con su doctrina y compañía), enviaba á predicar y confesar á diversas partes. Y estos fuéron muchos y de mucho provecho.

En este tiempo ordenó el que en aquella insigne ciudad de Córdoba, afamada de grandes ingenios, hubiese leccion de artes y teología, y él proveyó de lectores de los discípulos que tenia. Y duró esto hasta que los padres de la Compañía de Jesus fundaron allí un colegio, los cuales sucedieron en este oficio. Y en este tiempo él leia en las tardes una leccion de la Sagrada Escriptura, con grande concurso y aprovechamiento de los oyentes. Y era muy notable lo mucho que en esta ciudad trabajaba, y lo mucho que lucian sus trabajos.

§. I.

De cómo predicó en Granada.

De Córdoba fué á Granada, en tiempo de D. Gaspar de Avalos, arzobispo que era de Granada, gran prelado y siervo de Dios. En esta ciudad paresce que le renovó Dios su espíritu; porque cebado con el fructo que se habia hecho en Córdoba y en otros lugares, y cobrando nueva esperanza con la virtud y sanctidad del prelado de aquella ciudad, se ofresció de nuevo al trabajo de la predicacion. Al principio della, entendiendo el buen pastor la excelencia y aficacia de su doctrina, se alegraba de cómo Dios le habia dado tal ayudador para descargo de su obligacion. Y luego lo aposentó en un cuarto apartado de su misma casa, y de su consejo se ayudaba en todas las cosas de importancia.

Comenzó pues aquí este Padre á predicar con nuevo fervor y espíritu; y así respondió el fructo al trabajo, porque aquí se ofrescieron muchos á ser sus discípulos, y particularmente se hizo gran provecho en los maestros y doctores del colegio desta ciudad, del cual hubo muchos que trataron familiarmente con él, aprovechándose de su doctrina y profesando nueva vida. Y como la ciudad de Granada es tan grande, y hay en ella mucha clerecía y muchos estudiantes, así hubo muchos destos aprovechados con su doctrina. A lo cual tambien ayudaba la religion y sanctidad del prelado, que favorescia mucho todas las cosas de virtud. Y ayudaba tambien el ejemplo de muchas personas que se habian señalado en la virtud con la doctrina que oian. Y florescia con esto la frecuencia de los sacramentos. Y de los discípulos habia algunos mas familiares, que comian con él á su mesa en un pequeño refitorio que tenia.

Y hízose tambien aquí un colegio de clérigos recogidos para servicio del arzobispado, y otro de niños para enseñar la doctrina cristiana. Y pudiera referir aquí las personas insignes que fuéron tocadas de nuestro Señor, que despues fuéron doctores en teología y muy útiles á la Iglesia con su ejemplo y doctrina; y por ser muchos dellos vivos, no me paresció referir aquí los nombres dellos. Y porque en esta ciudad sucedieron prósperamente estas y otras cosas semejantes, alegrándose el Padre del fructo de sus trabajos, cuando nombraba esta ciudad, la llamaba él mi Granada, por haber allí lucido tanto su trabajo; porque paresce que la mano de Dios entrevenía en este negocio, favoresciendo á este su fiel siervo, que dia y noche no pensaba ni trataba sino de amplificar su gloria.

Viendo pues el religiosísimo arzobispo el fructo que se hacia en su iglesia con la doctrina deste Padre, insistia mucho en tenerlo siempre consigo, así para su consejo, como para el bien de las ánimas; y así le decia: Hermano maestro, estáos aquí con nosotros; mirad que aquí servis mucho á nuestro Señor. A lo cual él respondió: Reverendísimo señor, todo lo que nuestro Señor fuere servido haré, como es razon. Mas no contento el arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra dello. Mas ni toda esta importunidad (ni ofrescerle la canongía magistral que entónces vacó) bastaron para obligarle á disponer algo de sí, como hombre que no era suyo, sino del Señor, que lo habia escogido para aquel oficio. Y entendia él que los que este oficio tienen han de atender á la voluntad del Señor, y por ella han de disponer de su asiento y de sus caminos. Por lo cual este siervo de Dios no se quiso prendar, ni dar palabra de estar en un lugar (como hacen muchos), y por esto es su predicacion de poco fructo; porque en un lugar sobra la doctrina, y en otros falta; ahitando á los unos con la continuacion della, y dejando á otros perescer de hambre con su falta. A los cuales, demas de la caridad, debia inclinar á mudar lugar el nuevo gusto y fructo que reciben los nuevos oyentes con el nuevo predicador.

§. II.

Predicó en Baeza.

Cultivada ya en Granada, segun sus fuerzas, esta viña del Señor, fué á Baeza á predicar, y fundar un insigne colegio, para el cual una persona principal y rica dejó renta suficiente. Y viendo que en la ciudad habia bandos antiguos y muy sangrientos entre Benavides y Carvajales, por haber intervenido muerte y sangre en ellos; tal gracia y fuerza dió nuestro Señor á la palabra de su siervo (que tan agriamente se dolia del perdimiento de las ánimas) que allanó mucha parte destos bandos; y lo que no habia podido hasta entónces el brazo del rey, pudo el deste pobre clérigo, ayudado de Dios. Y junto con este fructo tan señalado, hubo tambien particulares llamamientos de caballeros y de señores principales, y de otra gente popular; porque la palabra de Dios en la boca deste su siervo, do quiera que predicase, era fuego que encendia los corazones, y martillo que quebrantaba la dureza de muchos; porque por esto le puso Dios estos dos nombres en Hieremías (*e*).

Y así sucedió aquí una cosa notable, que en una casa principal donde se hacian las juntas de los que traian bandos, y se forjaban las enemistades, vino á fundarse un colegio muy formado, el cual se hizo despues universidad, con gran facultad para poder allí graduarse. Y como este Padre fué siempre tan devoto de que en la primera edad, ántes que resucitase la malicia, fuesen los niños instruidos en doctrina cristiana y buenas costumbres, dió órden como se hiciese allí colegio de niños para este efecto. Y porque esta universidad no solo fuese escuela de letras, sino tambien de virtudes (sin las cuales aprovechan poco las letras), trajo el Padre para la fun-

(*e*) Hier. 23.

dacion desta universidad los discípulos señalados que habia dejado en Granada. Y porque, como el Salvador dice (*f*), el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que con ser el mas pequeño de las semillas, viene á hacerse árbol; así se ha visto en la fundacion deste colegio, porque del colegio particular se hizo universidad, á la cual acuden de aquella tan poblada tierra gran número de estudiantes. Y lo que mas es, los maestros fundadores de la universidad eran hijos legítimos y muy familiares del P. Avila, criados con la leche de su doctrina, y instruidos en su manera de predicar; y con esto han hecho mucho fructo en aquella tierra, y tales han procurado hacer á sus discípulos. Y así han salido desta universidad hombres señalados en letras y virtud, los cuales con su doctrina y ejemplo han hecho mucho fructo en diversos lugares de aquel obispado de Jaen. Y así el grano de mostaza que era tan pequeño, vino á hacerse árbol y extender sus ramas por todas aquellas partes.

Este fué uno de los negocios mas deseados y procurados deste Padre, porque desde el principio de su predicacion siempre entendió que convenía haber doctrina, así para enseñar á mozos, como para criar clérigos virtuosos. Y tratando desto, y viendo que del mundo no se podia esperar este beneficio, solia él decir: Tengo de morir con este deseo. Mas despues que en aquel tiempo llegó á su noticia el instituto de los padres de la Compañía de Jesus, que era conforme á lo que él deseaba, alegróse grandemente su espíritu, viendo que lo que él no podia hacer sino por poco tiempo y con muchas quiebras, habia nuestro Señor proveido quien lo hubiese ordenado tan perfectamente, y con perpetua estabilidad y firmeza.

§. III.

Predicó tambien en Montilla.

Predicó tambien una cuaresma en Montilla, con tan grande fervor y aprovechamiento, que como contó la señora Doña Teresa, hermana de la señora Marquesa, se hicieron mas de quinientas confesiones generales. Y confirmaba lo dicho, añadiendo que esto sabía porque acudian muchos á ella para que les procurase confesores: tanta era la prisa que habia de confesar; y no por via de jubileo, sino por la impresion que habian hecho las palabras deste siervo de Dios en los corazones de las gentes.

De allí volvió á Córdoba, y de allí partió para Zafra, año de 1546, y allí predicó con el fructo acostumbrado de las ánimas y de los señores de aquel Estado, que aunque eran cristianísimos, todavía recibieron grande edificacion con la doctrina y ejemplo deste Padre. Y el señor conde D. Pedro, que es en gloria, trataba muy familiarmente con él, y concibió tan grande estima de su discrecion y entendimiento, que decia muchas veces que ningun oficio público tratara con este Padre, en que no fuera consumado y aventajado en él, por ser su entendimiento universal en todo género de materias; porque tal convenía que fuese el sugeto donde nuestro Señor habia de infundir el tesoro de sus gracias. Y vivia este señor tan cuidadoso de su salvacion, que ofresciéndole el cargo de mayordomo mayor del Príncipe, que despues fué y es el Rey nuestro señor (cargo principal que tuvo el duque de Alba), no lo aceptó, aunque fué muy importunado de amigos y deudos. Lo cual hizo, no solo por sus indisposiciones, sino por recelo de los peligros del ánima que hay en la vida cortesana, y mas en semejantes cargos.

Y no ménos aprovechó la señora condesa de Feria con la doctrina deste siervo de Dios; y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones y fuera dellas, dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfecta. De modo que en estado de casada ya la encaminaba nuestro Señor á la perfeccion de la vida que pensaba tener de monja, si nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde ántes de la suya; lo cual amenazaban sus continuas enfermedades; por las cuales esta señora, miéntras fué casada, mas fué enfermera que casada.

Perseveró pues el Padre algun tiempo en esta villa, por la gran devocion que estos señores le tenian, y por ver cuán rendidos estaban á su parescer y consejo en todo lo que tocaba al gobierno de su Estado y de sus ánimas; y por eso no dejaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la doctrina á los niños, porque en todos los lugares que podia ordenó esto; y así lo encomendaba á sus discípulos cuando los enviaba á algunos lugares á predicar y confesar.

Y en este mismo tiempo leia cada dia una leccion de la epístola canónica de Sant Juan Evangelista, en la iglesia del monasterio de Sancta Catalina, y á esta leccion (entre otros oyentes) acudian la señora Marquesa y la señora Condesa; la cual iba mas alegre á oir esta leccion, que si fuera á todas las fiestas del mundo.

Despues desto acordaron estos señores de irse al marquesado de Pliego; y en esta ciudad de Pliego cresció tanto la enfermedad del señor Conde, que lo llegó á lo postrero; y á este trabajo, como fiel amigo, acudió el P. Avila, que se halló presente á este dolor, el cual fué tan grande cuanto yo nunca vi otro mayor; por ser tan grande la pérdida que se perdió en aquel señor de tanto valor, virtud y entendimiento, como á todo el mundo es notorio; y querido de su madre sobre todos los señores sus hermanos.

Quedó pues la señora Condesa (que á la sazon estaba enferma con calentura continua) viuda de veinte y cuatro años, determinada en el propósito (que arriba dijimos) de ser monja en Sancta Clara de Montilla, que es un muy principal y solemne monasterio; y tomó aquel estado y hábito con tanta voluntad y devocion, que despues de haberlo vestido, me dijo que su ánima habia vestido aquel hábito tan de corazon, y con tanta alegría lo recibió, por verse despedida del mundo y aposentada en compañía de las esposas de Cristo.

Mas cuando la señora Marquesa la vió vestida del hábito, enterneciése en gran manera, porque allí se le tornó á representar el fallecimiento del hijo tan querido, y la mudanza de la señora Condesa, no ménos amada, que no podia contener las lágrimas. Y acudió luego al P. Avila para que deshiciese lo hecho. Mas como él no se movia por lágrimas de carne, y tenia conoscido el intento y propósito de esta señora, despues de haberle hablado, la confirmó en su sancto propósito, y consoló cuanto pudo á la señora Marquesa.

Y aquí se me ofresce ocasion para decir algo desta señora monja, no por lo que á ella toca, sino al padre

(*f*) Matt. 13.

Avila (cuya historia escribo), por la parte que él tuvo en el propósito y vida desta señora. Séneca escribe á Lucillo, su familiar amigo, á quien él habia instruido y animado á la virtud (y para quien escribe todas sus cartas) estas palabras: *Assero te mihi: meum opus es.* En las cuales da á entender que la virtud de aquel su amigo era obra suya, y él era todo suyo, pues su doctrina le habia dado aquel tan honroso sér que tenia de hombre virtuoso. Pues conforme á esto, digo que aunque la alteza del linaje y nobleza de condicion haya esta señora recibido de sus progenitores; mas el sér espiritual, que es sobrenatural y divino, recibió en muy gran parte de la doctrina y documentos deste siervo de Dios; el cual visto cuán aparejada era la tierra de su corazon para sembrar en ella la palabra de Dios, hizo aquí el oficio de buen labrador, y acudió la mies de las virtudes con tanta abundancia, como á todo el mundo es notorio.

De aquí procedió que, considerando ella cómo todo aquel sér espiritual, y todos los favores y consolaciones que del Espíritu Sancto recibia le habian venido por la doctrina deste Padre, era tan grande la devocion y reverencia que le tenia, y el deseo que nuestro Señor se lo conservase en la vida, que en cuantas cartas me escribia esto era lo principal, porque á los deudos amaba como á deudos de carne, mas á este como á padre de su buen espíritu. A aquellos amaba con tasa y medida; mas á este, como á ministro de Dios, con toda devocion. La communicacion y aficion para con estos excusaba y templaba, porque no le ocupasen el corazon, que ella queria tener desocupado para solo Dios; mas la deste procuraba, porque en él amaba al mismo Dios. De donde vino á ser que, en nasciendo un hijo á la señora Marquesa su hija, y estando tódos alegres con el nuevo heredero que Dios habia dado á aquellos señores, me escribió una carta, diciendo: El idolillo es nascido, pida V. R. á nuestro Señor que no tenga él demasiado lugar en mi corazon.

Por este ejemplo podrá entender el cristiano lector la alteza y dignidad del sér espiritual, para cuyo entendimiento conviene saber que en el varon justo hay dos maneras de sér, uno natural y otro sobrenatural; el uno procede de la naturaleza, el otro de la gracia; el uno recibimos de nuestros padres, el otro del Espíritu Sancto; el uno nos hace hijos de hombres, semejantes á ellos en la vida natural y herederos de sus bienes; mas el otro nos hace hijos de Dios, semejantes á él en la pureza de la vida, y herederos de su gloria. Bien se ve pues aquí la ventaja que hace el un sér al otro sér, pues el uno es humano y el otro divino. Siendo pues esto así, no es maravilla que la persona que por la doctrina, y ejemplo, y oraciones de algun padre ha recibido este sér espiritual, le tenga mayor devocion y respeto que al padre carnal, pues deste recibió mayor beneficio, y así es justo que le corresponda con mayor devocion y agradescimiento.

Desta señora no puedo decir mas, sino solo lo que pertenesce á la vida del P. Avila, pues lo que se dice de los efectos, redunda en gloria de su causa. Mas esto no puedo dejar de decir, que la Emperatriz nuestra señora estando en esta ciudad de Lisboa, me preguntó si conoscia á esta señora monja; yo respondí que sí, y de mucho tiempo. Entónces S. M. me dió una carta escripta de su mano para ella, y una preciosísima relíquia del sagrado leño, ricamente engastada y labrada, y puesta en un gran rosario de cuentas, mandándome que le enviase esto, y le pidiese que ella enviase á S. M. alguna cosa suya. Yo lo hice así, y la señora monja me escribió que todo esto habia recibido; mas la respuesta de lo que S. M. pedia, me paresce que la habia de poner en confusion, porque excusarse y no obedescer á mandamiento de tal señora era cosa dura; mas darle algo de lo que se pedia, como por reliquias de mujer sancta, era peligro de vanagloria; mas en esta perplejidad halló un discretísimo medio, con que quitó la gloria de sí, y la puso en su P. Avila. Porque en lugar de lo que S. M. pedia della, le envió un excelentísimo sermon que el dicho Padre habia hecho el dia de su profesion, treinta años habia. Y desta manera la prudentísima señora hurtó el cuerpo á la honra, y satisfizo á la demanda. Por lo dicho podrémos entender cuánto es mayor el precio de la virtud que la alteza del linaje; pues por la virtud meresció esta señora tan gran favor y honra de S. M.

§. IV.

De algunos señalados llamamientos de personas principales por la doctrina deste venerable Maestro.

Hasta aquí habemos tratado de los lugares en que este Padre predicó, y de la eficacia de su doctrina, y de muchas personas de diversos estados que se ofrescieron á nuestro Señor por ella; porque la palabra de Dios en su boca era, como el Apóstol la llama (*g*), espada de dos filos, la cual heria muy poderosamente los corazones de los que le oian; porque los hombres prudentes que lo oian, decian que era nuevo lenguaje el suyo, muy diferente de los otros. Y aunque contando los lugares en que predicó, apuntamos en commun los llamamientos de personas á quien nuestro Señor con sus palabras tocó; mas aquí me paresció escribir algunos mas señalados que hubo entre ellos, que serán como espirituales triunfos de la palabra de Dios, que se apoderó, no de los cuerpos, sino de los corazones de los hombres, librándolos del cautiverio del príncipe deste mundo.

§. V.

De la señora Doña Sancha.

Entre estos pondrémos en el primer lugar á la señora Doña Sancha, hija legítima del señor de Guadalcázar. Esta señora residia en Ecija y estaba para ir á ser dama de la Reina, por tener la discrecion y las otras partes que el mundo precia para este estado. Mas nuestro Señor la tenia ojeada para otro mas alto, que era hacerla esposa suya. Y el principio desto fué determinar ella de confesarse con este Padre. Y entrada en el confesionario, comenzó á crugir el manto de tafetan que traia, por lo cual el Padre la reprehendió agriamente, porque viniendo á confesarse y llorar sus pecados, venía tan galana, que despues, andando el tiempo, decia ella por donaire á este Padre: ¡Cuál me paraste aquel manto! Fué esta confesion de tan admirable eficacia, que totalmente derribó todo cuanto el mundo en aquel corazon con tan hondos cimientos habia fabricado. Y cierto, segun fué tan grande y tan súbita la mudanza, podemos con razon decir que fué miraculosa.

El bienaventurado Sant Bernardo, predicando en Flándes, convirtió á un gran señor de aquella tierra, por nombre Landulfo, á que dejase el mundo y se hiciese

(*g*) Hebr. 4.

monje en el monasterio de Claravalle, y cuando le vino á dar el hábito dijo el sancto que no era ménos admirable entre las obras de Dios la conversion de Landulfo, que la resurreccion de Lázaro. Y esto mismo podemos con razon decir de la mudanza desta señora.

La cual recogida en un lugar apartado de la casa de sus padres, hizo una religiosísima vida, perseverando en continua oracion, y acompañándola con grandes ayunos, cilicios y disciplinas, que despues de su fallescimiento se hallaron; haciéndose un holocausto vivo, que todo entero se quema para gloria de Dios. Y porque es estilo infalible deste Señor communicar su gracia conforme al aparejo y disposicion que halla en el ánima; como el aparejo era tan grande, así eran grandes los favores, y consolaciones, y regalos con que nuestro Señor la visitaba. Y decia el mismo Padre muchas veces cosas muy señaladas de su grande humildad, obediencia y caridad: en confirmacion de las cuales virtudes contaba el mismo Padre las grandes mercedes que nuestro Señor le habia hecho, manifestándole secretos admirables, y revelándole su muerte, y lo que habia de acontecer en su enfermedad.

Y no será razon callar yo aquí una cosa notable que pasó con ella, estando muy enferma en casa de sus padres, por lo cual se verá la fortaleza y alteza de su espíritu. Díjome pues que tenia escrúpulo si por ventura ella habia sido causa culpable de aquella grande y larga enfermedad que padescia. Yo respondí que me diese cuenta de la causa, y vista esta se entenderia si tenia culpa en esta materia.

Ella me respondió que de una de dos causas le paresció haber procedido aquella enfermedad. La una fué que, viendo que en aquel año que corria de treinta y tantos se detenia mucho el agua lluvia (la cual amenazaba grande esterilidad y hambre), ella se afligió en tanto grado, por la compasion de los pobres, que ofresció á nuestro Señor su salud y vida por ellos, suplicándole que le diese cualquiera enfermedad que fuese servido, á cuenta de remediar aquella presente necesidad. Esto decia que podria por ventura ser la causa de la enfermedad grave que padescia.

Otra causa me dijo, dignísima de ser oida para gloria de la gracia de Cristo y de la fe y religion cristiana, que tanto aborresce el pecado. Y esta fué que, siendo poderosamente tentada del espíritu de la fornicacion, con aquel soplo infernal con que él hace arder las brasas de nuestras pasiones, viendo ella que esto tocaba á la fe y pureza virginal que ella habia ofrescido á su esposo, concibió en su ánima tan grande indignacion contra su carne, y contra el espíritu malo, que no contenta con los remedios ordinarios de la señal de la cruz y de la oracion, acometió otro mas poderoso y mas extraordinario.

Porque, acordándose que Sant Benito en otra batalla semejante venció al enemigo desnudándose y arrojándose en un zarzal, curando con las heridas del cuerpo las del ánima; y acordándose tambien que el glorioso padre Sant Francisco en otro semejante conflicto triunfó del enemigo por una nueva manera, que fué desnudándose de noche en medio del invierno, y haciendo una gran pella de nieve, con otras mas pequeñas, y diciendo: Francisco, estas pellas chiquitas son tus hijos, y esta grande es tu mujer: por tanto abrázala como á tal. Y desta manera el sancto varon con el gran frio del cuerpo apagó el fuego que habia encendido el enemigo.

Considerando pues nuestra vírgen estos hechos heróicos, esforzada con el mismo espíritu, se metió en un grande tinajon de agua fria; y desta manera, con la frialdad de la carne apagó la llama que el enemigo en ella habia encendido, dejándolo avergonzado y confuso, por verse por tan alta manera vencido, considerando que habia dado materia de esclarescida victoria á quien pensaba vencer en aquella batalla.

Pues por este ejemplo verá el cristiano lector la alteza del espíritu desta esposa de Cristo, y verá tambien cuán grande es el temor que los perfectos cristianos tienen de ofender á Dios, y cuán extraño el aborrescimiento del pecado, pues á tales trances se ponen por no caer en él. Porque sin dubda esta paresce haber sido la causa de la enfermedad desta vírgen de Cristo; porque uno de los accidentes della era que, cargándole cuanta ropa podia sufrir en la cama, no podia entrar en calor; por do paresce que aquella grande frialdad de tal manera penetró y se apoderó de todo su cuerpo, que ninguna ropa bastaba para entrarlo en calor.

A esta esposa de Cristo escribió el P. Avila aquel excelente tratado de *Audi filia, et vide*, etc., que es muy acomodado al estado del propósito virginal; el cual estimaba ella en tanto, que lo llamaba mi tesoro. Mas despues de los dias della lo acrescentó el Padre, y enriqueció con tantas y tan graves y devotas sentencias, que con mucha razon se puede llamar un gran tesoro. Esto baste desta vírgen.

§. VI.

De Doña Leonor de Inestrosa.

En la misma ciudad de Ecija hubo una señora principal, grande discípula deste Padre, mujer de Tello de Aguilar, que es un mayorazgo noble en aquella ciudad; el nombre desta señora era Doña Leonor de Inestrosa, noble alcuña de aquel linaje. Mas ella trocó esta por otra mas noble; porque escribiéndome algunas cartas, se firmaba Doña Leonor del Costado, por ser ella devotísima desta rosa hermosísima. Posaba en casa desta señora el P. Avila, y cumplióse en ella lo que el Salvador promete, diciendo (*h*): Que si en la casa donde fueren recibidos hubiere algun hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz: quiere decir, hacerse ha participante de vuestros bienes y gracias.

Dos cosas notables diré desta señora. La una fué que, fallesciendo una hija suya de once ó doce años, á mediodía, dije yo (que presente me hallé) que se debia llevar á enterrar aquella tarde, recelando la pena que ella como madre recibiria teniendo toda la noche el cuerpo difunto de la hija en casa. A esto respondió ella: Padre, ¿por qué tengo yo de recelar de tener toda la noche un cuerpo sancto en mi casa, como lo era el desta niña? Y díjome despues que fué tan grande la consolacion que en su ánima recibió, considerando que aquella niña iba á gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podia explicar. Y añadió mas, que recibió grande pena con las señoras que en aquel tiempo acudieron á visitarla, porque le impedian algun tanto el gusto de aquella grande consolacion, en la cual quisiera ella estar ocupada noches y dias. Este lenguaje ¿cómo lo entenderá el mundo? mas entendíalo el Apóstol (*i*), el cual aconseja á los

(*h*) Luc. 10. (*i*) 1. Thes. 4.

cristianos que no imiten á los gentiles, que lloran sus muertos, porque no esperan otra vida; mas el cristiano que participa el espíritu desta señora, alégrase con la esperanza firme de la vida advenidera.

Otra cosa notable me contó ella, y fué esta: que estando con dolores de parto, no se halló presente el padre Avila, que en estos tiempos la socorria (como huésped agradescido) con el favor de sus oraciones. Y como ella se vió desamparada deste socorro, presentóse con el espíritu á nuestro Señor con una profundísima humildad. Y aquel Señor, que sabe agradescer la hospedería que se hace á sus siervos, asistió en lugar del buen huésped, y me certificó ella en toda verdad que en el punto del mayor dolor que se tiene en los partos, ninguno sintió, porque el Señor, por su especial providencia y amor que tenia á esta buena ánima, dispensó con ella en la pena á que están sentenciadas todas las mujeres en sus partos.

Era esta señora muy temerosa de conciencia, porque aunque era lenguaje suyo muy usado decir que nuestro Señor la amaba, dubdaba ella de su amor para con él. Y así este Padre la escribia muchas cartas para templar estos demasiados temores y esforzarle su confianza; las cuales cartas andan impresas con las otras suyas, y entre ellas es una excelentísima, que está en el fin del primer tomo de su Epistolario, muy eficaz para esforzar á personas desmayadas y desconfiadas. Commulgaba esta señora con mucha devocion, y decia muy discretamente que tenia gran reverencia el dia de la communion á sus pechos, por haber recibido en ellos tan grande majestad.

Y con ser tantas sus virtudes, no quiso nuestro Señor que saliese desta vida sin una gran corona de paciencia. Porque cinco años ántes que fallesciese le nació un cancro en el pecho, el cual todo este tiempo iba siempre labrando poco á poco, con un humor tan maligno, que le carcomia hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazon le acabó la vida. Y la causa por donde nuestro Señor visita algunas veces sus grandes siervos desta manera, es por no privarlos de la gran corona de la paciencia, cuando la persona tiene virtud y gracia para poder con la carga.

§. VII.

De otra señora.

Salgamos de Ecija y vengamos á Córdoba, donde este Padre, entre otras cosas que en su lugar apuntamos, hizo una de las mayores hazañas que se han visto en nuestros tiempos, porque predicaba en sus sermones algunas palabras enderezadas á sacar algunas mujeres que por pobreza estaban en pecado, y repetia aquellas palabras con que los hijos de los profetas daban voces á Eliseo, diciendo (*k*): *Mors in olla, vir Dei, mors in olla.* Y así clamaba él, diciendo: Pobrecita miserable, la muerte está en la olla, la muerte está en esa olla de que te sustentas. Rejalgar es eso que comes, que trae consigo, no muerte temporal, sino muerte eterna.

Con estas palabras y con otras semejantes, que herian de agudo los corazones, se movió, entre otras personas, una mujer noble, á la cual su pobreza habia traido á un estado tan miserable, que estaba envuelta años habia con un personaje, de quien tenia ya tres hijos. Mas nuestro Señor (cuya misericordia no tiene cabo) tocó el corazon desta mujer con un tan grande tocamiento, que se determinó de todo corazon de salir de aquel estado miserable; mas no hallaba manera para esto, por su pobreza, y por ser el personaje poderoso y estar muy apoderado della con la posesion de tantos años. Siendo desto sabidor el P. Avila, y certificado de la firmeza y propósito della, confiado en Dios, se determinó de sacar esta ánima de pecado.

Para lo cual era menester mucha industria y fortaleza, y mucha costa para acabar este negocio, por tener un tan poderoso contrario, el cual bramaba como la osa cuando le hurtan los hijos, y amenazaba muertes y otras cosas; y con todo esto el Padre llevó adelante su propósito, y de primera instancia la mujer se salió de su casa y se fué al monasterio de Sancta Marta, y de ahí la hizo el Padre llevar á Montilla, para asegurarla con la autoridad y sombra de la marquesa de Pliego. Y porque se temian que el personaje (que estaba siempre en espía) saldria con mano armada á saltearla en el camino, fué menester que el Padre hiciese oficio de buen capitan, y proveyese de gente de á caballo y de un alguacil de justicia, para sacarla de Córdoba y llevarla al lugar susodicho.

Y porque ni allí estaba bien segura del enemigo, dió órden como de allí fuese llevada á Granada, adonde con la doctrina del Padre, caminando por sus pasos contados, llegó á tanta perfeccion, que por consejo del mismo Padre (con ser tan limitado en las licencias para commulgar) commulgaba cada dia con grande aprovechamiento de su ánima. Y así podemos decir que donde abundó el delito, abundó la gracia.

Y en esta vida perseveró treinta años, acabándola sanctísimamente; y en todo este tiempo el Padre la proveyó de todo lo necesario miéntras vivió, llevando hasta la fin con grande constancia, y perseverancia, y fidelidad lo que habia comenzado, sin jamas faltar á aquella ánima que, fiada de su palabra, se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivia, y (lo que mas es) el amor de las hijas, y de un hijico que ella muy tiernamente amaba.

Y aunque en este hecho se ofrescieron al principio grandes dificultades, y peligros, y recelos de murmuraciones, y juicios del mundo, y mucha costa, que para llevar esto adelante era menester; mas el Padre, lleno de confianza en Dios, ni reparó en la costa, ni receló la infamia, ni temió el peligro, ni rehusó el trabajo; sino cerrados los ojos á todos los juicios del mundo, y abiertos á solo Dios, acometió esta hazaña tan gloriosa, por sacar una ánima del cautiverio miserable en que vivia, por la cual Cristo diera su sangre, si la pasada no bastara. Y el suceso deste negocio, y la sanctidad y perseverancia desta nueva Magdalena, declaran haber sido esta obra de Dios.

Ni rehusará mi buen amigo y señor D. Antonio de Córdoba, hijo de la cristianísima señora marquesa de Pliego, que lo ponga yo en la lista destos triunfos, aunque otros tambien tienen parte en él; porque estudiando él en Salamanca, y tratando familiarmente con los padres de la Compañía de Jesus, le comenzó nuestro Señor á abrir los ojos para ver la vanidad y engaño del mundo. Y junto con esto comenzó tambien á recogerse y darse á la oracion y ejercicios de penitencia. Fué desto avisada la señora Marquesa por los criados que le servian, que muy tiernamente lo amaba, por su mucha

(*k*) 4. Reg. 4.

discrecion y virtud. Y refiriéndome esto su señoría, me dijo que habia respondídoles por carta : Dejadle hacer lo que hace, porque eso es medio para que él sea mas virtuoso. Porque os digo, P. Fr. Luis, que no hay mayor contentamiento en el mundo que ver virtud en quien bien quereis. Vió esta señora la hermosura de la virtud con los ojos que dicen que la miraba Platon (porque ella realmente es la mas hermosa cosa del mundo), y por eso dijo estas palabras tan de notar. En este mismo tiempo se vió este señor con el P. Francisco (espejo de toda virtud y sanctidad, y menosprecio del mundo), y le dijo que le queria tomar cuenta de la lumbre que nuestro Señor le habia dado.

Viendo pues el P. Avila la disposicion grande que en este señor habia, le aconsejó que entrase en la Compañía de Jesus, por donde nuestro Señor le habia comenzado á llamar. Y no fuéron menester muchas persuasiones, segun él estaba ya movido; y así lo hizo, renunciando todas las esperanzas que el mundo ofrescia á quien tantas partes y tanta nobleza tenia, por seguir la humildad y pobreza de Cristo. Y esto fué en tiempo que el papa Julio III lo habia ya nombrado para cardenal. Y como la entrada fué tan privilegiada de Dios, así lo fué la estada y perseverancia hasta la muerte.

Y entre otras virtudes suyas, era grande amigo de la oracion y predicador della. Y así encomendando esta virtud en un sermon, se maravillaba cómo los hombres, en vida tan acosada de trabajos, y de necesidades, y tentaciones, podian vivir sin el socorro desta virtud. Y discurriendo por todos los estados, decia : Mujercica, ¿cómo puedes vivir sin oracion? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oracion? Y repitiendo estas mismas palabras, discurria por todas las otras calidades de personas. Y tenia él mucha razon de maravillarse, pues no tenemos otro remedio, despues de aquella desnudez en que nuestros padres nos dejaron, sino recurrir con la oracion á la misericordia de nuestro reparador.

Y no dejaré yo de decir aquí una cosa que parescerá menuda entre tantas otras virtudes; pero es digna de que sea sabida de los que están obligados á rezar el oficio divino. Díjome pues una vez que rezásemos maitines, y puesto de rodillas añadió, diciendo : Algunos convidan á rezar á otros como á oficio de muy poca importancia, con estas palabras : Andad acá, digamos *Pater noster* por prima, ó por tercia, etc. No me paresce (dijo él) que se debe comenzar la hora sin alguna preparacion interior del ánima, y así lo hagamos agora. Y desta manera estuvimos ambos de rodillas un razonable espacio, recogiendo el corazon. Y esto hecho, comenzamos á rezar muy pausada y devotamente. Pluguiese á Dios que con este mismo espíritu y aparejo rezasen todos los clérigos el oficio divino, porque desta manera serían sus ánimas muy aprovechadas; mas de otra manera es poco el fructo que de aquí se saca, porque es pequeño ó ninguno el aparejo con que se reza.

Y por no salir de la Compañía de Jesus, me paresció poner aquí al P. Diego de Guzman, hijo segun la carne del conde de Bailen, y segun el espíritu del padre Avila, y tan devoto suyo y tan agradescido al beneficio de su llamamiento, que por ruegos suyos tomé yo el trabajo de escribir esta historia, prometiéndome el ayuda de sus oraciones y misas por él. Y así confío en nuestro Señor que sus oraciones habrán suplido mis faltas. Y con todo esto no diré dél mas que lo que sé por vista de ojos. Y esto es, que ántes que entrase en la Compañía se juntó con un padre muy virtuoso y docto, y ambos andaban juntos por diversos lugares, sin algun aparato de criados, aprovechando á la salud de las ánimas en todo lo que podian, repartiendo entre sí los oficios, porque el que era teólogo predicaba con grande fervor y espíritu; mas el otro tomaba á cargo enseñar la doctrina á los niños, y ayudando con su buen ejemplo y consejo á todos. Y despues de haber ejercitádose en este oficio evangélico, ambos entraron en la Compañía de Jesus. Y el uno, despues de haber trabajado muchos años en la viña del Señor con mucha edificacion de las ánimas, está ya gozando del denario diurno, que es del premio que el Señor de la viña le prometió por concierto, por ser de los que comenzaron á trabajar á la hora de prima, y sufrió todo el peso del calor y del dia. Mas estotro padre hoy dia vive, y segun entiendo, persevera en el mismo oficio de enseñar la doctrina á los niños.

Tambien el bendito padre Juan Ramirez fué de los llamados á la hora de prima, porque de muy pequeña edad comenzó á servir á nuestro Señor, guiado por el P. Avila, por cuyo consejo entró en la Compañía, despues de haber predicado muchos años fuera della; en la cual perseveró hasta la muerte, habiendo cuarenta años que predicaba en España en diversas provincias y ciudades, con grandísimo fructo y consolacion de las ánimas. Y cual fué la vida, tal fué el fin della. Porque estando muy al cabo de una grave enfermedad por la Semana Sancta, trayéndole el miércoles della el sanctísimo Sacramento, alegróse tanto de verlo, que dijo estas palabras muy suyas : ¡Oh amado! ¿es posible, es posible que yo haya de morir el dia que vos moristeis por mí? Así lo dijo, y así lo pidió á nuestro Señor, y así se lo concedió, sacándole desta vida con este regalo á la misma hora que el Salvador espiró en la cruz, como todos los que se hallaron presentes lo testifican. Y así su enterramiento fué tan acompañado y tan glorioso, como fué la hora de su acabamiento.

Al fin de todos estos llamamientos pondré el de Juan de Dios, del cual habia mucho que decir si no estuviera escripta su vida, y bien escripta. Este hermano fué de nacion portugues, natural de Monte Mayor el nuevo. Y fué mucho tiempo pastor de ganado, despues soldado, y al fin trabajador; venido á Granada, y oyendo un sermon al P. Avila, dia de Sant Sebastian, de tal manera le tocó nuestro Señor, y de tal manera hirió su corazon, que hizo tan grandes extremos, que todos lo juzgaron por loco; pero no creo que lo era, por la razon que diré.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de contricion y dolor de pecados. Una commun y ordinaria, y otra extraordinaria; cual fué la de la Magdalena, que entró en medio del dia al tiempo que el Salvador estaba comiendo con sus discípulos y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como habia allí que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos á todo esto. Y en la vida de nuestro P. Sant Vicente Ferrer se escribe que, predicando él con aquel grande espíritu que el Señor le habia dado, hubo hombres que heridos con la fuerza de sus palabras, daban voces en presencia del pueblo, confesando sus pecados. Y en el capítulo quinto de Sant Juan Clímaco, en que trata de la penitencia, cuenta cosas espantosas de las penitencias de aquellos monjes.

Y por esto no me escandalizan estos extremos que se vieron en Juan de Dios; mayormente siguiéndose despues desto una tan grande sanctidad como fué la de su vida, testificada con la solemnidad admirable con que toda la ciudad de Granada y todas las órdenes se juntaron á celebrar su enterramiento. Pues como el principio de la conversion deste hermano fué por la doctrina del P. Avila, así tambien lo fué el proceso de su vida, en la cual verémos á la letra cumplido lo que el Apóstol dice (*l*), que escoge Dios los estropajos y heces del mundo para hacer obras muy grandes, como lo vemos en este hermano, el cual quiso nuestro Señor que, habiendo sido pastor, y trabajador, y soldado, fuese autor de una nueva religion, para remedio de enfermos y pobres, que se va cada dia extendiendo por el mundo, confirmada ya por autoridad de la sancta Sede apostólica.

CAPITULO VI.

De los medios con los cuales se consiguió el fructo y aprovechamiento de las ánimas de que hasta aquí se ha tratado.

Visto este fructo tan señalado, ó por mejor decir, estos tan gloriosos triunfos que se siguieron de la doctrina deste evangélico predicador, su historia está pidiendo que declaremos por qué medios alcanzó estos triunfos, para que así los que desean triunfar de nuestro commun adversario y del pecado que él trajo al mundo, sepan el camino. Y aunque esto en parte está ya declarado con los ejemplos de las virtudes deste Padre, que aquí habemos referido, todavía añadirémos algo á lo que está dicho.

Pues entre las ayudas de que él se aprovechó para este efecto, la primera y mas principal era la oracion, suplicando íntimamente á nuestro Señor diese virtud y eficacia á su palabra, acordándose que como la red de Sant Pedro, trabajando toda la noche con fuerzas humanas, ningun pece habia prendido (*a*), mas ayudada con las divinas, hinchió ambas las navecicas dellos. Entendió este varon de Dios que esto mismo acaesce á los predicadores en esta pesquería espiritual de las ánimas. Y por esto acudia él á nuestro Señor en la oracion, diciéndole que en su nombre tenderia la red. Esta era la primera y mas principal ayuda de que este pescador se valia para este oficio, afirmando que los hijos espirituales que con la predicacion se ganaban, mas eran hijos de lágrimas que de palabras.

La segunda cosa que hacia era ordenar todas las sentencias y razones de su predicacion á fin de sacar las ánimas que estaban caidas y muertas en pecado, y tambien á dar doctrina para conservar las que estaban ya en pié. Mas lo primero era lo que señaladamente pretendia. Y así de la manera que cuando un pescador va á pescar, su intento es trabajar por volver á su casa con ganancia: así lo pretendia este Padre en sus sermones, y esto le hacia tener por cosas impertinentes las que para este propósito no servian. Y esto le hacia hablar siempre al corazon, sin divertirse á otras materias sutiles ó curiosas.

Tenia tambien otra cosa, que aunque llevaba el sermon muy bien enhilado, como persona de letras y ingenio, mas yendo de camino y prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decia algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos; ó para esfuerzo de los tentados, ó para consuelo de los tristes, ó para confusion de los soberbios, ó para personas de diversos estados, de modo que de un camino hacia muchos mandados. Por donde, estando yo asentado oyendo un sermon suyo par del licenciado Vargas (que despues fué embajador en Venecia), considerando él lo que tengo dicho, acudió él muy bien, diciendo que su predicacion era red barredera, porque iba dando avisos á todo género de personas. Mas por esta razon yo la comparaba con esta invencion que agora la malicia humana ha inventado, encerrando muchas pelotillas en los arcabuces para hacer mas mal; pero este siervo de Dios buscaba esta invencion para mas aprovechar.

Y porque es commun sentencia de los doctores (*b*) que la doctrina moral predicada en commun aprovecha ménos, y por eso conviene descender á tratar en particular así de las obras virtuosas, para ejercitarlas, como de las viciosas, para evitarlas; por tanto este sabio predicador descendia muchas veces á tratar destas obras. Y para declaracion desto pondré aquí un ejemplo de Sant Leon, papa (*c*), en el cual desciende á tocar en particular lo uno y lo otro, por estas palabras: «Sean, hermanos, nuestras delicias las obras de piedad, y el uso de los manjares que nos crian para la eternidad. Alegrémonos en dar de comer á los pobres, y deleitémonos en vestir la desnudez ajena con las ropas necesarias. Sientan nuestra ayuda y humanidad los enfermos, y la flaqueza de los dolientes, y los trabajos de los desterrados, y el de las viudas desconsoladas; en las cuales cosas ninguno hay tan pobre, que no pueda ejercitar alguna parte de caridad; porque no es pequeña la hacienda del que tiene el corazon grande, ni el mérito de la piedad se mide con la grandeza de la dádiva, porque nunca caresce de merescimiento, en el que poco tiene, la riqueza de la buena voluntad. Mayores son las dádivas de los ricos, y menores las de los medianos; mas no es diferente el fructo de las obras, donde no se diferencia el afecto de los que las hacen. Y en esta oportunidad de ejercitar estas virtudes hay otras, que se ejercitan sin menoscabo de nuestros tesoros y sin diminucion de nuestra hacienda, si despedimos de nosotros los vicios deshonestos, si huimos de demasiados comeres y beberes, si se doma la concupiscencia de la carne con las leyes de la castidad, si los odios se mudan en caridad, si las enemistades se convierten en paz, si la paciencia apaga la ira, si la mansedumbre perdona la injuria, si de tal manera se ordenan las costumbres de los señores y los criados, que el poder de aquellos sea mas blando, y la disciplina destos mas devota.» Hasta aquí son palabras de Sant Leon, papa, las cuales bastan para que se entienda este documento susodicho (que es descender á estos actos particulares), el cual sirve grandemente para que la doctrina del predicador sea mas provechosa.

Tenia tambien nuestro predicador otra cosa: que no se contentaba con mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrescimiento del pecado; sino tambien proveia de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, y especialmente contra el pecado mortal, que comprehende á todos. Lo cual es contra algunos predicadores, que contentos con mover los corazones, no proceden á dar avisos y remedios particulares, conforme á lo que

(*l*) 1. Cor. 1. (*a*) Luc. 5.

(*b*) D. Tom. 2. 2. in Prolog. (*c*) S. Leo. ser. 2. in Quadragesim.

piden estos movimientos. Los cuales compara muy bien Plutarco, diciendo que los que exhortan á la virtud, y no enseñan los medios para alcanzarla, son semejantes á los que atizan un candil, y no le proveen de aceite para que arda. Lo contrario de lo cual hacen los predicadores cuyo intento es aprovechar de véras, y guiar casi con la mano á los que desean emendar; como este nuestro predicador lo hacia, el cual trabajaba con todas las fuerzas de su espíritu por sacar los hombres de pecado, y instruirlos, como un maestro de novicios, en la carrera de la virtud.

Y para declarar qué manera de remedios eran los que él tomaba contra el pecado, saldré un poco de la historia para declarar esto mas de raiz. Es pues agora de saber que no nascen los pecados de la ignorancia que los cristianos tienen de lo bueno y de lo malo, porque (demas de la lumbre natural con que Dios crió al hombre) esto nos enseña la fe que tenemos y la ley que profesamos; mas procede esto de la corrupcion de nuestro apetito sensual, que rehuye lo que le manda la ley, porque, como dice el Apóstol (*d*), la ley es espiritual; mas yo soy carnal, aficionado á las cosas de carne, que son contrarias á las del espíritu. De modo que está el hombre carnal como un enfermo que tiene postrado el apetito del comer, el cual sabe que le va la vida en comer, y con todo eso no puede arrostrar al manjar. Pues así este hombre por la parte que tiene fe, entiende que su salvacion consiste en guardar la ley de Dios, mas el apetito desordenado de su carne no arrostra á ese manjar, y así se deja morir perseverando en sus pecados. Esta dolencia procede de la corrupcion del pecado original en que somos concebidos. Porque aquella ponzoña que imprimió la antigua serpiente con su infernal soplo en los corazones de nuestros primeros padres, se derivó tambien en los de sus hijos, y esta es la que de tal manera estragó y pervirtió nuestro corazon, que le hace aborrescer todo lo que le ha de aprovechar, y apetecer todo lo que le ha de dañar; como acaesce tambien á los enfermos que tienen el paladar estragado.

Pues ¿qué remedio? Vemos que contra la ponzoña de las víboras y serpientes inventaron los hombres la medicina que llaman de la triaca, la cual dicen que se compone de gran número de materiales acomodados á este remedio. Pues conforme á esto digo que la doctrina de la religion cristiana (que es perfectísima, como enseñada por el mismo Dios), entendiendo que el orígen de todo nuestro mal nasce deste soplo de aquella antigua serpiente, nos provee de otra finísima triaca contra ella, compuesta de tódas las cosas que sirven para remedio desta ponzoña (que es para contrastar á la corrupcion de nuestro apetito), y con esto nos preserva de la muerte del pecado.

Preguntaréis: ¿pues qué cosas son esas? Respondo que estas son el huir las ocasiones de los pecados, el exámen cotidiano de la conciencia, los ayunos, el silencio, la soledad, la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de la lengua, y la del corazon, resistiendo con toda presteza á la primera entrada y acometimiento del mal pensamiento.

Mas entre todos estos remedios los mas principales son los sacramentos de la confesion y de la sagrada Communion, la oracion, la leccion de la palabra de Dios, la meditacion de la muerte, y del juicio divino que se sigue despues della, y del misterio y beneficio de la sagrada Pasion, que es único remedio contra el pecado, pues por desterrarlo del mundo padesció y murió el Hijo de Dios.

(*d*) Rom. 7.

Destos postreros seis remedios trata nuestro predicador divinamente en el libro de Audifilia. Y destos mismos se aprovechaba él en sus sermones, como de remedios y medicinas eficacísimas contra el pecado, y para movernos á todo género de virtud y sanctidad.

Pues volviendo al propósito, estos son los materiales que entran en la composicion desta espiritual triaca que dijimos, con la cual se remedia el daño que de la ponzoña de aquella antigua serpiente se derivó en todos los hijos de Adam. Desta medicina, con todas las partes de que ella se compone, procuraron siempre usar los grandes sanctos, la cual aplicaron al remedio desta ponzoña, y con ella de tal manera sanaron, que no solo se libraron de todos los pecados mortales, sino tambien de muchos veniales; y no solamente no sentian contradiccion y repugnancia en la guarda de los mandamientos divinos, sino tan grande suavidad, que podia cada uno decir con el Profeta (*e*): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas.

Mas porque no es de todos usar de todos aquellos materiales que dijimos, use cada uno de los mas que pudiere, porque cuanto mas tomare dellos, tanto mas perfectamente sanará y tanto mas libre estará de todo pecado, y mas aventajado y medrado en toda virtud.

Esta es pues la medicina que se halla en sola la religion cristiana, donde se enseñan y practican los remedios contra la dolencia de la naturaleza humana, y contra la tiranía y malicia del pecado. De los cuales casi nada supieron los filósofos y sabios del mundo; y por eso, aunque escribieron altamente de los vicios y de las virtudes, y se vendieron por maestros dellas; mas ni ellos fuéron virtuosos, ni hicieron tales á sus discípulos, ni tuvieron mas de la virtud, que la barba prolija y el hábito diferente, con que engañaban al mundo. Porque aunque sabian mucho de la naturaleza de las virtudes, pero faltábales esta medicina, sin la cual la carne prevalesce contra el espíritu, y el apetito sensual contra la razon.

Esto me paresció referir aquí summariamente, que eran las medios mas ordinarios de que este Padre usaba para encaminar las ánimas á nuestro Señor. Mas querer declarar todos los otros modos de que usaba para este fin, nadie sería poderoso para explicarlos, porque estos eran infinitos, como de hombre enseñado por Dios, y que siempre andaba todo absorto en este pensamiento; porque como un muy diestro capitan que tiene puesto sitio sobre un castillo muy fuerte y muy proveido de defensores, anda siempre ocupado en pensar por qué via lo podrá mejor entrar, así este ministro de Dios andaba siempre ocupado en pensar diversos medios con que pudiese apoderarse del corazon humano, que es el castillo mas inexpugnable del mundo; mayormente cuando es defendido por aquel fuerte armado del Evangelio, que tan á recaudo tiene lo que posee (*f*).

(*e*) Psal. 118. (*f*) Luc. 11.

CAPITULO VII.

De la dichosa muerte del venerable maestro Juan de Avila.

Ya es tiempo que lleguemos al fin de la jornada, en la cual quiso nuestro Señor sacar á su fiel siervo deste desierro, y darle la corona merescida por tanto número de ánimas como encaminó á su servicio, y por tantos trabajos con enfermedades de tantos años padescidas (de que tratamos arriba en la segunda parte). Mas no quiso este tan largo remunerador de trabajos que la muerte caresciese de nuevos merescimientos, con los dolores que en ella padesció. Porque el año de 1569 por el mes de marzo, estuvo este siervo de Dios muy apretado con recios dolores de la ijada y de los riñones, y al principio de mayo siguiente, dia de la aparicion del arcángel Sant Miguel, su grande devoto, le comenzó un dolor en el hombro y espalda izquierda. Y paresció entónces á un padre que tenia cargo dél, que esta indisposicion era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas. Y así le preguntó: ¿Siente vuesa merced que nuestro Señor lo quiere llevar para sí? Respondió que no.

Otro dia por la mañana vino el físico, y despues de haberle visitado, entendió que estaba muy al cabo, y así lo dijo al padre susodicho, añadiendo que si tenia de qué hacer testamento, lo hiciese. El padre respondió que no tenia de qué hacerlo, porque como habia siempre vivido pobre, así moriria pobre. Y llegándose el médico al enfermo le dijo: Señor, agora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades: vuesa merced se está muriendo; haga lo que es menester para la partida.

Entónces el Padre levantó los ojos al cielo, y dijo: *Recordare, virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona.* Y dijo luego: Quiérome confesar. Y añadió: Quisiera tener un poco de mas tiempo para aparejarme mejor para la partida. Estaba allí presente la señora Marquesa, y parescióle que debia decir misa el padre susodicho que tenia cargo dél, el cual preguntó al siervo de Dios, de quién queria que dijese misa, si del sanctísimo Sacramento, ó de nuestra Señora, que eran sus especiales devociones. Respondió que no, sino de la resurreccion, como hombre que comenzaba ya á consolarse con la esperanza della. Entónces mandó la señora Marquesa traer hachas para darle el sanctísimo Sacramento. Y cuando se lo traian, dijo: Dénme á mi Señor, dénme á mi Señor. Esto sería á las ocho ó nueve de la mañana; y el dolor que habia comenzado la tarde ántes, se pasó á la ijada izquierda, y subió al pecho y al corazon.

Pasada casi media hora despues que recibió la sagrada Communion, pidió la extrema-uncion; y diciéndole que aun no era tiempo, que podia esperar algo mas, respondió todavía que fuese luego, porque él queria estar en todo su acuerdo para oir y ver lo que en este sacramento se decia y hacia; y así se hizo: y esto fué á la hora del mediodía, y el dolor iba cresciendo y apretándole el pecho, porque ni este tan breve espacio queria nuestro Señor que caresciese de merescimiento, pues no habia de carescer de galardon eterno.

Preguntóle entónces la señora Marquesa ¿qué queria que hiciese por él? Respondió: Misas, señora, misas. Llegó entónces el padre rector del colegio de la Compañía, y díjole: Muchas consolaciones tendrá agora V. R. de nuestro Señor. Respondió él: Muchos temores por mis pecados.

No es razon que pasemos de corrida por todas estas palabras, pues todas son de mucha consideracion. Porque sin dubda gran jornada debe ser esta postrera, pues un tal varon que tan aparejado estaba (pues cada dia confesaba y commulgaba) dice que quisiera tener mas tiempo para aparejarse; y gran juicio debe ser el desta hora, pues este tan grande siervo de Dios teme la tela dél, y pide socorro de misas, que sirven para alivio de las penas del purgatorio. Porque ya que tuviese algo que purgar (lo cual no se debe creer de tales virtudes y tal vida), ¿no bastaban diez y siete años de tan grandes enfermedades, como está dicho, mayormente valiendo mas un dia de los trabajos padescidos voluntariamente en esta vida, que muchos de las penas del purgatorio, que tienen mas de necesidad que de voluntad?

Y si nos espantan estos temores en tal persona, no ménos lo deben hacer los de otros grandes sanctos, que así temian la cuenta desta hora. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo, y mayor entre los monjes del desierto, como mostrase mucho temor en esta hora, y sus discípulos maravillados le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? Respondió el sancto varon: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Lo mismo preguntaron los discípulos en la misma hora al sancto monje Agaton, y él respondió que temia porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios, y muy diferentes de los nuestros. Sant Hilarion, espejo de toda sanctidad, viendo que su ánima recelaba la partida, la esforzaba diciendo: Sal, ánima mia, sal; ¿que temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y temes la muerte? Pues ¿qué diré del pacientísimo y innocentísimo Job, que no tenia par ni semejante en la tierra? ¿Cuánto muestra que temia la tela deste juicio, cuando decia (*a*): Qué haré cuando se levantare Dios á juzgar? y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé?

Pues por estos ejemplos entenderá el cristiano, que los temores deste Padre, no solo no son argumentos de imperfeccion, mas ántes lo son de grande prudencia y perfeccion. Porque por esto dijo el Eclesiástico (*b*): Conserva el temor de Dios, y envejécete en él. Esto es: aunque seas criado viejo y antiguo en la casa de Dios, no por eso dejes este temor. Y Salomon (*c*): Bienaventurado, dice él, es el hombre que está siempre temeroso. Justo era el sancto Simeon; mas con toda su sanctidad y justicia era temeroso, porque (como dice una glosa) cuanto mas tenia que perder, tanto mas tenia por qué temer. Mas en este siervo de Dios (demas de lo dicho) habia otra causa para temer, que era una profundísima humildad, en la cual habia él echado muy profundas raices; la cual virtud, cuanto hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto mas le hace temer mirándose á sí, donde no ve sino defectos y flaquezas. Y con este sancto temor acabó la vida este siervo de Dios, dejándonos, con este clarísimo ejemplo de su temor, la razon que todos tenemos de vivir y morir con él.

Preguntó luego la señora Marquesa dónde queria que se sepultase su cuerpo, porque su señoría y la señora Soror Anna, que lo tenian por padre de sus ánimas (como arriba declaramos) quisieran que se sepultara en Sancta Clara; mas él respondió que no, sino en el colegio de

(*a*) Job. 31. (*b*) Eccl. 2. (*c*) Prov. 18.

los padres de la Compañía, á los cuales, como habia amado en vida, quísoles dejar esta prenda en su muerte.

Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho, y uno de sus discípulos, que tenia un crucifijo en las manos, se lo entregó, y él lo tomó con ambas manos, y besóle los piés y la llaga preciosa del costado con grande devocion, y abrazólo consigo. Y púsole tambien en la mano una cuenta de indulgencias que él tenia consigo, para que pronunciase el nombre de Jesus, el cual pronunció muchas veces con el de la Vírgen nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y decia á nuestro Señor. Bueno está ya, Señor, bueno está. Llegó el dolor hasta las once ó doce de la noche, y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz muy flaca, Jesus María, Jesus María, muchas veces. Un padre le tenia el crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos de las que suelen hacer algunos enfermos; mas ántes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en la vida, conservó en la muerte. Y apénas estuvo un cuarto de hora sin habla, y con esta paz y sosiego dió su espíritu á nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia, á la que recibiria luego en la gloria, junto con la corona merescida con tantos trabajos y tanto fructo en las ánimas de los fieles.

Y cuál sea el grado de gloria que allí recibiria, declara nuestro Señor en el Evangelio, diciendo (*d*) que el que hiciere y enseñare, esto es, el que guardare los mandamientos de Dios, y los enseñare á guardar á otros, será grande en el reino de los cielos. Y por este oficio se debe especial gloria y corona á los que han entendido en ayudar á salvar á otros, conforme á las palabras de Daniel, que dice (*e*): Los que fueren justos resplandescerán como el cielo; mas los que enseñan á otros á serlo, resplandescerán como estrellas en perpetuas eternidades.

Y esto nos pronostica en este siervo de Dios el dia en que nasció, que fué de la Epifanía, donde la estrella guió aquellos sanctos Reyes al pesebre del Salvador; pronosticándonos en esto que el Niño que ese dia nasció, habia de ser estrella resplandesciente en la Iglesia de Dios, que habia de encaminar muchas ánimas al servicio de su Criador; como consta por todo lo que hasta aquí se ha dicho. Y como nasció en este dia, que nos representa el oficio para que Dios lo escogia, así murió el dia que el sancto Job acabó (segun la cuenta del martirologio romano), para dar á entender que no solo habia de recibir corona de doctor, sino tambien de paciencia, la cual conservó tan enteramente en diez y siete años de las enfermedades que dijimos.

Fué nuestro predicador muy devoto del apóstol Sant Pablo, y procuró imitarle mucho en la predicacion y en la desnudez, y en el grande amor que á los prójimos tuvo. Supo sus epístolas de coro. Fuéron maravillosas las cosas que deste sancto Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia, y así en las epístolas que nuestro predicador escribió, le imita maravillosamente, y es de ver que todas las veces que se le ofrescia declarar alguna autoridad deste sancto Apóstol, lo hacia con grande espíritu y maravillosa doctrina, como consta de todos sus sermones y escriptos.

(*d*) Matt. 5. (*e*) Deut. 12.

Hallará el cristiano lector en esta vida que habemos escripto, muchas cosas de que con razon se pueda edificar y maravillar, y especialmente del fervor y sed insaciable que este varon de Dios tenia de la salvacion de las ánimas; la cual por tantos medios y invenciones procuraba, predicando, escribiendo cartas, ordenando estudios y colegios, sustentando pobres, y respondiendo á todas las horas á los que venían á tomar su consejo.

Pero de lo que yo mas me maravillo, es ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdia aquella acostumbrada mesura y serenidad del hombre exterior, ni tampoco el recogimiento y ejercicios del interior. Y la causa desto paresce haber sido la órden de su vida; porque el dia daba á los prójimos, mas la noche, á imitacion de Cristo, gastaba con Dios. Y demas desto, de tal manera trataba con los prójimos, que no perdia del todo la union de su espíritu con él, procurando (como enseña Sant Juan Clímaco) conservar la quietud interior del ánima entre la variedad y muchedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos.

Y aunque las virtudes y la vida que habemos historiado basta por milagro, pues fué tan diferente de la de los otros hombres; mas todavía sus discípulos cuentan algunos milagros suyos, los cuales no me atreví á escribir, por no estar autenticados por los ordinarios. Murió este Padre á 10 de mayo de 1569. Fué muy sentida su muerte, así de la señora Marquesa, que lo tenia por padre, como de la señora Soror Anna, que en el mismo lugar lo tenia; y toda la clerecía de las iglesias, y las religiones de Sant Augustin y Sant Francisco, y los padres de la Compañía de Jesus llevaron su cuerpo á la iglesia de la misma Compañía, donde está sepultado en la capilla mayor á la parte del Evangelio; y hízose en la pared un arco para poner la caja en que está el cuerpo, y una losa, en la cual están escriptos estos versos:

MAGISTRO JOANNI AVILÆ,

PATRI OPTIMO, VIRO INTEGERRIMO, DEIQUE AMANTISSIMO, FILII EJUS IN CHRISTO P.

Magni Avilæ cineres, venerabilis ossa magistri,
Salvete, extremum condita ad usque diem.
Salve dive pater, pleno cui flumine cœlum
Affluxit, largo cui pluit imbre Deus.
Cœli rore satur, quæ mens tua severat intus,
Mille duplo retulit fœnore pinguis ager.
Quas Tagus, ac Bœtis, quas Singilis alluit oras,
Ore tuo Christum buccina personuit.
Te patrii cives, te consulturus adibat
Advena: tu terris numinis instar eras.
Quantum nitebaris humi reptare pusillus,
Tantum provexit te Deus astra super.

IPSE LECTORI.

Avila mi nomen, terra hospita, patria cœlum.
Quæris quo functus munere? messor eram.
Venerat ad canos falx indefessa seniles,
Quæ Christo segetes messuit innumeras.

PROTESTACION.

Conformándome con los breves de la Santidad de Urbano VIII, protesto que en todo cuanto se ha escrito en estas obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada, así hablando de la persona y virtudes de dicho V. P. M., como del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de los Mártires, y del V. M. Juan de Avila, como de otra cualquiera persona de quien y de cuya virtud se haya ofrecido hacer relacion, no es mi intento se le dé mas autoridad y certeza que la fe humana permite; y á estas obras solo se les dé la autoridad que Su Santidad intenta, reservando el título de santo, milagro, profecía, etc., para cuando el Espíritu Santo inspire se califiquen por tales, y el Romano Pontífice, como cabeza desta Iglesia visible y vicario de Cristo, lo declare por tal.

Fr. Dionisio Sanchez Moreno,
del órden de Predicadores.

Laus Deo, Beatisimœque Virgini Mariœ Rossarii, et dilectissimo suo B. Dominico patri nostro.

LOS SEIS LIBROS

DE LA

RETORICA ECLESIASTICA,

O DE LA MANERA DE PREDICAR,

ESCRITOS EN LATIN

POR EL V. P. M. Fr. LUIS DE GRANADA,

VERTIDOS EN ESPAÑOL,

DE ORDEN DEL ILMO. Sr. OBISPO DE BARCELONA.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

No he pensado en ser alabado ni conocido por traductor de los seis libros de la Retórica Eclesiástica, ó del modo de predicar, que escribió en lengua latina el V. P. M. Fr. Luis de Granada; pero me ha parecido que bajo de este nombre debia advertir en un prólogo lo que quizá desearán saber algunos lectores. Ni pudiera arrogarme todo el mérito que tuviere esta version; porque la verdad es, que el Ilmo. Sr. D. Josef Climent, muchos años há, siendo canónigo magistral de la santa iglesia de Valencia, encargó á una persona muy versada y muy perita en las lenguas latina y española, que vertiera esta Retórica. Pero vertida, se suspendió su impresion, hasta que elegido Su Ilma. obispo de la santa iglesia de Barcelona, me mandó que la viera, para publicarla. La vi en efecto, y reconociendo la gran facilidad y destreza con que aquel sugeto en poco tiempo tradujo en romance, así la prosa, como los versos latinos, observé que los deseos que tuvo de complacer prontamente á Su Ilma. no le permitieron rever su traduccion. Y como por otra parte son varios los gustos de los hombres, me tomé la licencia de mudar muchas voces y muchas frases. Así vertida esta Retórica, quiso Su Ilma. tomar el trabajo de cotejarla con el original latino que yo leia. Y empleados en esto muchos dias, se mejoró en gran parte la version: y se hubiera perfeccionado, si lo hubieran permitido otros cuidados. Esto no obstante, juzgó Su Ilma. que así podria ser útil á sus feligreses, y por no privarles de esta utilidad dispuso que se imprimiera.

Yo, aunque fuera el único traductor de esta obra, no me detuviera en ponderar el mérito que en sí lleva este trabajo, y en acordar las leyes que debí y procuré observar; porque apénas hay traductor que en su prólogo no pondere lo uno y manifieste lo otro. Pero cualquiera conocerá que es mas fácil vertir una obra escrita por un autor con un mismo estilo, que no la que se compone de testimonios de diferentes autores, de los cuales cada uno tiene el suyo; como sucede en esta Retórica, que, á mas de los textos de la Sagrada Escritura, está llena de autoridades de Ciceron, de Quintiliano, de San Agustin, y de ejemplos de San Cipriano, de San Juan Crisóstomo, de Virgilio, y de otros muchos elocuentísimos oradores y poetas: de suerte que bien puede decirse que la mitad de la obra no es del V. Granada.

Sin embargo se ha puesto el posible cuidado para vencer esta dificultad, y conservar no solo el sentido, sino la enerjía de las cláusulas mas elegantes, vertiéndolas en palabras y frases españolas, y usando del estilo mas ó ménos elevado, segun lo piden los originales, para que no parezca ser version, ó á lo ménos, que no aparezca una disonancia que ofenda. Los textos de la Sagrada Escritura se han vertido, añadiendo á veces para su mayor inteligencia alguna palabra, segun lo han practicado muchos sabios en sus versiones. Pero algunos ejemplos latinos se han dejado de vertir, porque solamente en aquella lengua son adagios, ó tienen la propiedad ó la impropiedad que se nota.

En algunos capítulos he añadido nuevos parágrafos, que no habia en la Retórica impresa

en Lisboa, que me ha servido de original; por parecerme que pedia esta division la diversidad de las materias de que en ellos se trata. Y aunque añadí números, con el ánimo de formar un índice de los ejemplos y cosas mas notables, despues me pareció omitirle, porque siendo esta una obra que debe estudiarse muy de propósito y de espacio, basta el índice general de libros, capítulos y parágrafos; pudiendo y debiendo cualquiera hacer el índice, ó apuntar lo que le parezca mas notable ó mas útil para su instruccion.

Finalmente juzgo que vertida en español esta Retórica, nos libramos los españoles del cargo que nos hacian los extranjeros, de que haciamos ménos aprecio de una de las obras mas preciosas y excelentes de nuestra nacion, que el que ellos hicieron, así reimprimiéndola, como vertiéndola en su propia lengua. Y espero que se logrará el recto fin que se ha propuesto el Ilmo. Sr. obispo de Barcelona, pues en esta Retórica vertida, sus feligreses no solo podrán aprender las reglas que pertenecen á la invencion y disposicion de los sermones, sino tambien la elocucion ó locucion pura española; habiendo procurado no mezclar en esta version voces ni frases extranjeras. Sobre todo tengo la honra de haber obedecido á Su Ilma. y la satisfaccion de haberle manifestado la profunda veneracion que le profeso y le he profesado desde mis primeros años.

Fr. LUIS DE GRANADA

DESEA LA BONDAD, LA ENSEÑANZA Y LA CIENCIA Á LA UNIVERSIDAD DE ÉBORA,

MADRE DE VIRTUDES Y LETRAS.

Habiéndote engendrado, digámoslo así, de sus entrañas el Sermo. cardenal D. Enrique, nuestro señor, oh fecunda madre y maestra de virtudes y ciencias; y habiéndote alimentado, y promovido desde tus primeros años á la madurez y dignidad de que ahora gozas; y teniendo puestos y empleados todos sus cuidados y pensamientos en tí sola, para perficionarte y adornarte de todos los dones: es justo por cierto que nosotros que lo debemos todo á este clementísimo Príncipe, dándote el parabien de tu felicidad, que te deseamos muy cumplida, procuremos tambien con nuestro trabajo, cualquiera que él sea, ayudar en algo tus estudios. Pues como principalmente enderezas tus esfuerzos á este blanco, que es hacer á tus alumnos insignes predicadores de Cristo, que rieguen con raudales de celestial doctrina la mies del Señor; juzgamos que hariamos un servicio importantísimo, si te dedicáremos este Librito, que trata de la manera de predicar, con el cual instruyeses á los rudos y bisoños en este oficio, para ejercerle como conviene. Lo que hicimos con tanto mayor gusto, por cuanto amonesta San Agustin (*a*), que el arte de bien hablar, para cuyo estudio debe señalarse oportuno tiempo, ha de aprenderse en la juventud. Y en efecto, con tanta mas facilidad lo conseguirán tus alumnos, cuanto mas llenamente están por tí imbuidos en las ciencias dialécticas y filosóficas. Porque, como prueba claramente el padre de la elocuencia, Ciceron, en los libros que escribió Del Orador, bajo de la persona de Lucio Crasso (*b*), de estas fuentes mana la alabanza de la misma elocuencia. Para que tratásemos pues de esta arte de bien decir, fué necesario recoger algunos preceptos de las oficinas de los retóricos, con el fin de que la enseñanza de esta arte, al modo que las demas, sirviese tambien á la sagrada teología y al ministerio de la divina palabra. Así tratamos en estos libros de las cuatro partes principales de la elocuencia, es á saber, de la invencion, de la disposicion, de la elocucion, y de la mas importante de todas, que es la pronunciacion, que tambien llaman accion. Y ciertamente, si no escribimos de la pronunciacion cosas mejores que otros, por lo ménos escribimos mas: por cuanto, sin su ayuda, todas las otras, por mas excelentes que sean, vienen al cabo á ser frias y lánguidas, y por consiguiente muertas. Porque ¿qué cosa puede haber tan acre y tan magnífica, que no descaezca, si la pronunciares con un gesto y con una voz remisa ó desmayada? Mas á la invencion, que contiene la materia de probar y amplificar, señalamos, ya lugares comunes, ya tambien propios y singulares. Los lugares comunes, de donde se toman argumentos para todas las cuestiones, los traen puntualmente los dialécticos en los libros de los Tópicos. Así que de esos hablamos muy poco, porque su conocimiento pertenece á los dialécticos; y de ellos escribió pocos dias há concisa y claramente el R. P. Pedro de Fonseca en sus Instituciones dialécticas; quien con ejemplos muy oportunos, sacados de las sagradas letras, que es lo que á nuestro propósito pertenece, ilustró los preceptos del arte. A cuya obrilla remitimos al estudioso predicador. Pero nos ha parecido haber de escribir con mas copia y extension de los lugares singulares, que tomándose de las circunstancias de cosas y de personas privadas, pertenecen especialmente al orador, y tienen gran fuerza para probar y amplificar (*).

(*a*) S. Aug. de Doct. Christ. lib. 4, cap. 3. (*b*) Cicer. de Orat, lib. 1, cap. 3. (*) Los dos ejemplos de San Juan Crisóstomo, que puso aquí el autor por habérsele olvidado (como él mismo confiesa) cuando explicó el lugar *de las circunstancias*, al que pertenecen, se hallarán colocados en el lib. 3, cap. 3.

Recibe pues, oh gloriosa madre, este pequeño don, con que adotrines á tus hijos en el ministerio de la divina palabra, en cuyo piadoso y fiel ejercicio está puesta gran parte de la salud humana. De lo cual ya tienes experiencia, esparciendo por varios lugares de esta diócesis á muchos de tus hijos condecorados con la borla doctoral, los cuales con la semilla de la doctrina saludable fecundan los campos de las iglesias. Así que de razon y de justicia te conviene aquel oráculo de los Proverbios (*c*): «Los prados se han abierto; las verdes yerbas han aparecido, y se ha recogido el heno de las montañas.» Mas cuida con suma diligencia de estrecharte con Dios con incesantes ruegos, para que guarde muy largos años con buena salud á tu Padre y bienhechor, que te colmó de tantos dones, y aun te colmará de otros muchos; para que al fin, cuando pase á mejor vida, te deje entera y en todas las partes acabada; y vea á los hijos de tus hijos y á su Iglesia, insigne y establemente adornada con el trabajo y doctrina de ellos. *Vale.*

PROLOGO DEL AUTOR.

Habiéndome dedicado en estos diez años, amigo letor, con no pocos trabajos y vigilias, á escribir sermones, y habiendo llegado ya la obra casi al fin con el favor de Dios, comencé á pensar entre mí con mas atencion, qué fruto podria sacar de este tan largo y tan penoso trabajo; y á contemplar aquellas palabras de Salomon (*a*): «¿Para quién trabajo, y por qué me privo a mí mismo del uso de mis bienes?» Pues proponiéndome yo en estos sermones promover en algun modo la gloria de mi Señor y la salud de las almas, entendí al fin, que este mi trabajo habia de acarrear poco provecho. Y no me ha parecido conveniente ocultar el motivo que tuve para juzgarlo así. Porque es constante que son tres los oficios principales de un perfecto predicador: es á saber, inventar, hablar y pronunciar. A la invencion pertenece hallar señaladas y esclarecidas sentencias, y estas acomodadas á su designio; porque así dirá aptamente que es la virtud principal de la invencion. A la elocucion toca explicar convenientemente toda la fuerza de la sentencia que hubiere hallado, y declarar con las palabras los sentimientos del ánimo, de tal suerte, que lo que él mismo concibiere, hablando lo transfunda en los ánimos de los oyentes. A la pronunciacion incumbe acomodar la voz, el gesto y el rostro á las mismas cosas que dice.

Y realmente la invencion de sentencias insignes, si miras á la dignidad de las cosas, es excelentísima; á cuyo estudio debe dedicarse el predicador toda la vida. Porque siempre procurará añadir algo á lo inventado, para que, segun la sentencia del Salvador (*b*), «saque de su tesoro doctrinas antiguas y modernas.» Con todo eso la elocucion y pronunciacion, si atiendes á la condicion de los oyentes: esto es, á la ruda é ignorante muchedumbre, que no concibe las cosas segun lo pide su dignidad, sino conforme al modo con que se explican y se pronuncian, han de tener el primer lugar. Pues vemos que los rudos é imperitos oyentes, si algo dijeres con acrimonia y vehemencia, tambien vehementemente se conmueven; y á este modo conciben el mismo afecto que expresares con las palabras, voz y semblante. Mas al contrario, se debe reparar que muchos predicadores, aunque dotados de erudicion, ciencia de muchas cosas y agudeza de ingenio, si por otra parte son incultos, bárbaros y rudos en el decir, causan fastidio á los oyentes.

Pero no basta hablar con propiedad, si á esto no acompaña un buen modo de pronunciar. Porque vemos á muchos que, en medio de ser insignes en la ciencia de cosas muy buenas y en el modo de hablar, por carecer de esta destreza de pronunciar son tenidos en poco y desestimados, especialmente si su voz es ronca, flaca, débil ó áspera é ingrata al oído, poco flexible y mal acomodada á las cosas que se dicen. Así, considerando yo con mas atencion la naturaleza de estas cosas, concibo que al modo que los filosófos atribuyen dos formas á la materia, una que da la esencia, otra la existencia, que sientan ser la última perfeccion de la cosa; así tambien parece que la invencion se ha de tener como materia; la elocucion como primer forma, y la pronunciacion como segunda; pues consta que la ruda é indigesta invencion se pule y adorna con la elocucion, y con la pronunciacion toma cierta faz y semblante, que imprime y representa á los entendimientos de los oyentes. Y como en todas las cosas se tenga en mas la forma, que la materia que recibe la forma, me admiro que muchos predicadores, gastando tanto tiempo y trabajo en la invencion, que se ha como la materia, no se cuiden casi nada de la elocucion y pronunciacion, cuando sin estas formas, el vulgo necio comunmente menosprecia las invenciones mas excelentes.

Perteneciendo pues (para volver al intento) mi antecedente trabajo á sola la invencion de las cosas, la cual, si no va acompañada del buen modo de hablar y pronunciar, habia de aprovechar muy poco, para que fuese útil me resolví á escribir tambien algo, segun las fuerzas de mi corto ingenio, del modo de decir y pronunciar, para no faltar en esta parte tan precisa á los

(*c*) Proverb. 27. (*a*) Eccles. 4. (*b*) Matth. 13.

deseos y aprovechamiento de los predicadores, y para no malograr el gran trabajo que tuve en escribir los sermones. Confiado pues en la divina ayuda, he emprendido una cosa que sobrepuja á mis fuerzas, más por deseo de ayudar en algo, que fiado de mi ingenio. Así pasando los ojos por los preceptos del arte oratoria que estudié siendo mozo, determiné entresacar los que me parecian mas necesarios para este empleo. Porque, así como el orador toma mucho del dialéctico, por el parentesco de su arte, siendo el fin de entrambos persuadir hablando, así entre el cargo del orador y del predicador hay mucha afinidad, por cuanto no ménos el predicador que el orador procura persuadir; y uno y otro no hablan en las escuelas con eruditos, sino en público con el vulgo, el cual no solo se ha de convencer con razones, sino que tambien se ha de conmover con afectos, y atraer blandamente con varios modos de decir, y con la elegancia de la oracion. Así que, de la oficina de estos tomé algunas cosas acomodadas á nuestro oficio, las cuales, cuanto lo sufre la brevedad de este Librito, procuré ilustrar con ejemplos de los santos padres.

Porque como los retóricos acomodaron todo este artificio de hablar á las controversias civiles, pusieron tambien ejemplos pertenecientes á estas, los cuales convienen poco á nuestro designio. Y querria yo, que no solo los ejemplos, mas tambien los preceptos mismos, perteneciesen únicamente á la facultad de predicar, y que nada hubiese en esta obra, que tuviese resabios de las letras de los gentiles. Pero habiéndose sacado toda esta doctrina de las fuentes de los retóricos que la inventaron para tratar las causas judiciales, no fué posible dejar de mezclar en esta obra preceptos y ejemplos de decir, que parecian ménos pertenecientes á nuestro propósito. Los cuales, esto no obstante, no serán totalmente ociosos, pues por unas cosas facilmente se entienden las otras, que las son semejantes. Y quizá habrá otro que se halle mas desocupado, y segun que es fácil añadir algo á lo inventado, acabe mas llena y felizmente esta obra que nosotros empezamos, y nos haga la misma retórica, por decirlo así, de todo punto cristiana.

Saqué pues algunos ejemplos de las sagradas letras, y principalmente de los libros de los profetas. Porque los profetas fuéron unos celestiales predicadores, que envió Dios para enseñar á los hombres y reprehender sus malas costumbres, los cuales, sin arte hablaron muy artificiosamente, esto es, elocuentísimamente, como que hablaron inspirados, no del espíritu retórico, sino del Espíritu Santo, quien siendo sus obras perfectas, comunicó tambien á los mismos el don perfectísimo de enseñar y de decir. Porque «el que lo contiene todo, tiene tambien la ciencia de la voz, y hace discretas las lenguas de los infantes (*c*)».

De lo cual pudiendo alegar casi inumerables ejemplos, propongo al piadoso predicador los quince primeros capítulos de Jeremías, para que los lea de espacio; en los cuales este divino orador se arrebata con tanta fuerza de decir, abunda de tantas figuras de la oracion, de tantos afectos de tantas metáforas, y de otros tropos de esta naturaleza; se enardece con tal acrimonia de hablar, se reviste de tantas personas, y muda la oracion en tantos semblantes y figuras, que ni Perícles, de quien se dijo que fulminaba rayos y confundia á la Grecia, merece compararse en manera alguna con este divino orador, cuyo espíritu y afecto, abrasado con el celo de la gloria de Dios, ojalá procurasen exprimir é imitar todos los predicadores. Con igual ímpetu se eleva tambien en muchos lugares el profeta Ecequiel; mayormente quando reprehende los pecados de los judíos, y cuando les da en rostro el delito de su perfidia é ingratitud; lo que hace, con admirable afluencia de decir, en el capítulo XVI. Del mismo argumento, y con semejante grandilocuencia y alteza de palabras y afectos, habla Moyses en aquel sublime cántico que empieza (*d*) : « Oid, cielos, lo que hablo, oiga la tierra las palabras de mi boca.»

Pero no sin gran reflexion hemos llenado alguna vez de muchos ejemplos las reglas que damos. Porque no escribimos para los niños que se instruyen con el cuidado y magisterio de los retóricos, sino para los predicadores, á quienes han de servir de maestro los ejemplos, puesto que ellos declaran aptísimamente á los mismos preceptos. Constando pues esta facultad de decir, como enseñan los retóricos, de arte, imitacion y ejercicio, los ejemplos sirven á la imitacion, á cuyo modelo debemos formar nuestros sermones. Pero nosotros, queriendo dar gusto tambien en esto al estudioso letor, hemos escogido principalmente los ejemplos que estuviesen entretejidos de graves sentencias, para que aunque no fuesen ejemplos del arte, fuesen sin embargo dignos de ser leidos. Pero al traer dichos ejemplos, no habiendo añadido cosa alguna de nuestra casa, hemos suprimido algo que parecia ménos necesario, para no fastidiar al letor con la demasiada extension.

Mas, para que entienda el predicador el órden que hemos seguido en esta obra, es de advertir que son cinco las principales partes del orador : es á saber, invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion. Pero de estas partes excluimos la memoria, por cuanto esta mas depende de la naturaleza que del arte. Así, quitada esta parte, nos proponemos dar razon de las otras. Porque si bien es verdad que emprendimos especialmente este trabajo por la necesidad de la elocucion y pronunciacion, esto no obstante de las otras dos partes : es á saber,

(*c*) Sap. 1 et 10. (*d*) Deut. 32.

de la invencion y disposicion, quisimos dar aquellas reglas que parecen mas acomodadas, no á las controversias civiles, como hacen los retóricos, sino al oficio de la predicacion.

Pero ántes de tratar de esto, hemos de hablar del orígen, utilidad y necesidad del arte retórica, y de su artífice el predicador : quiero decir, de sus estudios, de sus costumbres, y de la dignidad del oficio, para lo cual sirve el primer libro. El segundo contiene el modo de probar y de argüir. El tercero da reglas de amplificar y mover los afectos. El cuarto describe varios géneros de sermones, y diversos modos de predicar, y la razon y el órden de las partes del sermon. El quinto trata de la elocucion. El sexto enseña el modo de pronunciar, y da algunos documentos de bien decir. Y en estos seis libros comprehendemos todo este artificio.

Y aunque en los primeros libros tratamos de las cosas que pertenecen al modo de la invencion, la que dijimos ser la primera entre las cinco partes de esta arte; sin embargo, por cuanto la elocucion va tan unida y conexa con la invencion, que apénas se puede separar de ella, juzgamos que tambien se la habian de juntar muchas cosas que pertenecian al arte de la elocucion, en donde parecia que lo pedian la naturaleza y parentesco de las cosas. Esto nos pareció que debiamos advertir al estudioso predicador, ántes de comenzar esta obra, para hacerle manifiesta la razon del plan que hemos seguido en ella.

LOS SEIS LIBROS

DE

LA RETORICA ECLESIASTICA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Del orígen del arte de la retórica.

1. Dios, aquel soberano Criador y Gobernador de todas las cosas, que todo lo dispuso en número, peso y medida, de tal suerte crió la naturaleza humana, que sembró al mismo tiempo en nuestros ánimos las semillas de las ciencias y virtudes, para que cultivándolas despues nosotros, las perficionásemos, parte con el socorro divino, parte ayudados de nuestra industria y trabajo. Y omitiendo los oficios de la religion, y demas virtudes morales, cuyas semillas nacieron tambien en nuestras almas con la naturaleza misma, ¿qué cosa hay tan propria de la criatura racional, como el discurrir, disputar y persuadir? Con todo, la propia razon y experiencia escogitó una arte de raciocinar y argüir, y halló diferentes reglas, por cuyo medio aquello mismo que hacemos sin maestro, por instinto y merced de la naturaleza, lo hiciésemos mejor con el arte y doctrina. Y esto no solo sucedió en el estudio de las ciencias y virtudes, sino tambien en las demas artes que miran al adorno del cuerpo. Pues los hombres al principio del mundo, obligándolos y enseñándolos la necesidad, ejercian los oficios de albañiles, carpinteros y sastres; mas despues con el cuidado y diligencia se inventaron artes particulares para estas cosas, con las cuales, lo mismo que con sola la natural industria se ejecutaba con ménos acierto, se ejecutó despues mas perfecta y cumplidamente. De aquí dimanó aquella sentencia de todos bien recibida: «Con el arte se perficiona la naturaleza;» porque esta dió el principio, pero el arte la perfeccion, y como que añadió forma á las cosas, dándolas la última mano. Por tanto, se ha de tener por muy verdadera la sentencia de Fabio, que dice (*a*): «No hay cosa perfecta, sino en donde el arte ayuda á la naturaleza.»

2. Y viendo que hombres rudos con solo su natural entendimiento hallan razones con que persuaden y convencen una cosa, hasta atraer á su dictámen á los que ántes la contradecian, fuéron inventando los hombres mas sabios una arte de decir, con que esto mismo pudiera conseguirse mas perfecta y cómodamente. Porque haciendo esto imperfecta y desaliñadamente los hombres rudos é ignorantes, y ejecutándolo otros, dotados de agudo ingenio y doctrina singular, con muchísima

(*a*) Instit. lib. 11, cap. 3.

elegancia y hermosura, y con una cierta dignidad, observaron los primeros inventores el modo de hablar de unos y de otros, y con esta observacion escogitaron el arte de bien decir. Pues no ménos dan motivo para tales observaciones los favorecidos de la naturaleza en el hablar y discurrir, que los que groseramente hablan y discurren. De aquellos puede tomar el oyente advertido las perfecciones que debe imitar, y en estos debe notar los defectos de que debe huir. Por eso cierto predicador discretísimo, consultado por un principiante sobre la manera de predicar bien, le envió á oir á otro predicador muy malo, y le mandó que observase atentamente el modo con que predicaba, aconsejándole que no hiciese nada de lo que el otro hacia; con lo cual sería al fin muy posible saliese famoso orador, evitando los defectos de aquel.

3. Así pues los primeros escritores del arte oratoria, oyendo á los que hablaban bien y mal, hallaron los preceptos del arte; y así lo practicó Aristóteles muy cumplidamente ántes que Ciceron, padre de la elocuencia, quien dice (*b*): «Recogió Aristóteles todos los antiguos escritores del arte, contados desde aquel su príncipe é inventor Tisias; y con gran claridad y distincion escribió y explicó los preceptos de cada uno de ellos, aventajándose tanto á todos en la suavidad y brevedad de explicarse, que ninguno conoce que los preceptos de ellos se sacaron de sus mismos libros; ántes bien los que quieren entender lo que aquellos enseñaron, acuden á Aristóteles, como á un maestro mucho mejor. Por manera que este grande hombre se puso de manifiesto á sí mismo y á cuantos le precedieron, para que conociésemos á los demas, y á sí, por él mismo. Mas los que de este aprendieron, aunque trabajaron muchísimo en las principales partes de la filosofía, como lo habia hecho el mismo cuyos pasos seguian, sin embargo nos dejaron tambien muchísimas reglas de hablar. Asimismo nacieron de otra fuente otros maestros de orar, los cuales, si de algo sirve el arte, nos ayudaron muchísimo en este particular.»

CAPITULO II.

Utilidad y necesidad de la retórica.

1. Por lo que hasta aquí hemos dicho, se deja ver bastantemente que los que predican al pueblo, pueden

(*b*) Cicer. de invent. lib. 2.

socorrerse mucho con la ayuda del arte retórica. Y creyendo que las otras artes son necesarias para la mas cabal inteligencia de la sagrada teología, ¿por qué no hemos de emprender igualmente el estudio del arte de bien decir, para ejercitarnos mas felizmente en el empleo de predicador? Sabido es cuán de antiguo llamaron nuestros teólogos las criadas al alcázar, esto es decir, que atrajeron á toda la filosofía racional, natural y moral, al obsequio y firmeza de la sagrada teología. Y en nuestros dias se gloría Jerónimo Vidas, famoso poeta, de haber llevado al rio Jordan á las musas, de haberlas limpiado de la suciedad que se las pegó de los poetas gentiles, y de haberlas consagrado á la historia evangélica y á la alabanza de los santos. Siendo pues esto así, ¿por qué razon no acomodarémos al oficio de predicar, la retórica ó arte de bien decir, inventada por Aristóteles, príncipe en todas las ciencias, aumentada y enriquecida con gran estudio por otros doctísimos varones que le siguieron? Porque si los que se dedican al estudio de la filosofía y teología, aprenden primero el arte dialéctica, para que instruidos con sus reglas puedan fácilmente argüir, responder á los argumentos, y persuadir su intento, no ménos se debe aprender el arte de la retórica, para que podamos persuadir al pueblo lo que queremos: esto es, no solo decirlo de suerte que crea ser verdad lo que decimos, sino que ejecute lo que ya creyó ser verdadero y honesto, que es lo mas dificil de conseguir.

2. Por lo que, si nadie puede loablemente ejercitarse en las disputas filosóficas y teológicas, si no está diestro en el arte de disputar, así apénas, sin el socorro de la retórica, podrá alguno predicar bien, á no estar inspirado por el Espíritu Santo, como sucedió á los apóstoles y profetas, ó no está dotado de un ingenio muy feliz y de una natural facundia, lo que en muy pocos se encuentra. Lo cierto es que con mas elegancia y facilidad ejercerá el ministerio de la palabra el que con diligente estudio se ayudare de esta arte. Por tanto, no sin razon debe culparse la negligencia de muchos predicadores, que suben al púlpito sin el subsidio de esta arte. A la verdad tengo por cosa indignísima, que un empleo tan noble, tan necesario en la Iglesia, y el mas difícil de todos, se ejerza sin ningun principio ni regla; siendo así que hasta los oficios mecánicos no pueden ejercitarse bien sin haberlos ántes aprendido. De aquí proviene que entre tantos predicadores que se oyen en los templos, apénas se encuentra uno ú otro que hable al intento copiosa y elocuentemente, y aun son muchos ménos los que mueven á penitencia á los malos, y los inducen al amor de la virtud.

§. I.

3. Y porque en esta materia soy testigo poco abonado, traeré testimonios de insignes autores. Sea el primero Plutarco, el mas grave de todos los filósofos, quien hablando de esta facultad de orar, en su Política, dice así: «No debemos pensar que la retórica es la que persuade, sino la que ayuda á persuadir; por lo que debe enmendarse el dicho de Menandro: «Quien persuade son las costumbres del orador, y no la oracion;» porque á la verdad entrambas cosas concurren: es á saber, las costumbres y la oracion; si no es que alguno quiera decir, que solo el piloto gobierna la nave, y no el timon: que el ginete es quien hace dar vueltas á un caballo, y no la brida; y en fin, que la ciudad solamente se gobierna con la vida y costumbres de los oradores, y no con sus oraciones. Ciertamente ambas cosas son menester, usando de ellas como de timon y brida, con que el hombre, animal muy flexible, segun le llama Platon, se gobierne y se vuelva como la nave desde la popa. A la verdad un hombre particular con un vestido ordinario jamas podrá gobernar bien una ciudad y arreglar las costumbres del vulgo, si le falta la prenda de orador elocuente, con que persuada, mueva, enderece y guie aquella multitud. Suelen decir que el lobo no puede ser cogido por las orejas; pero el pueblo se deja grandemente llevar por ellas.»

4. Demetrio Falereo declara con gran propiedad esta virtud y fuerza de la retórica, comparándola á las armas, y principalmente á la espada; y diciendo que cuanto vale la espada en la guerra, tanto vale la oracion en la república; pues allí todo lo hace el valor, y aquí la persuasion. Por eso Pirro, rey de los epirotas, solia decir, que mas ciudades habia sujetado á su imperio la elocuencia de Cineas, su orador y legado, que toda la fuerza de sus ejércitos. Así lo refiere Valerio Máximo.

5. Pero á estas alabanzas de varones tan insignes, añadiré lo que acerca de la utilidad y excelencia de esta arte dice el mas juicioso de los retóricos, Quintiliano. Hace pues mencion primeramente de algunos que vituperaban esta arte, y luego emprende su defensa exponiendo la grande utilidad y dignidad de ella, por estas palabras (*a*): «Muévese la cuestion de si es útil la retórica. Y algunos suelen declamar contra ella con mucha vehemencia; y lo peor es que para acusarla se valen de las mismas fuerzas de esta arte. Dicen que la elocuencia libra del castigo á los facinerosos, y con sus fraudes saca culpados á los mismos inocentes: que se pervierten los buenos intentos, y se excitan no solo tumultos populares, sino tambien implacables guerras. Por estos motivos, dicen, fué desterrada de los lacedemonios; y tambien en Aténas, en donde se prohibia al actor que conmoviese los afectos, se abandonó casi totalmente la facultad de orar.»

6. A esta calumnia responde así el mismo Quintiliano: «Segun esto de nada aprovecharán los generales, ni los ministros de justicia, ni la medicina, ni, en fin, la mas sublime ciencia, habiéndose visto no pocas veces delitos muy infames en los que abusan del nombre de filósofos. Despreciemos tambien los manjares, porque muchas veces causaron enfermedades. Nunca nos pongamos debajo de tejado, porque alguna vez se desploma sobre los habitadores. No se labre espada para el soldado, porque un ladron puede valerse del propio acero. ¿Quién no sabe que el fuego y el agua, sin lo que no hay vida, y por no detenerme en lo terreno, que el sol y la luna, astros principales, tambien á las veces dañan? ¿Por ventura la elocuencia no recobra frecuentemente del miedo á los pechos de los soldados, cuando mas atemorizados? ¿Y persuade á los que entran en tantos riesgos de batallas, que no hay vida como la honra? A la verdad, ni lacedemonios ni atenienses me harán mas fuerza que la práctica del pueblo romano, que siempre honró muchísimo á los oradores. Yo ciertamente no imagino que los fundadores de las ciudades pudieron

(*a*) Instit. lib. 2, cap. 7.

por otro medio haber conseguido congregar aquella vaga multitud, sino excitándola con doctos razonamientos. Ni los legisladores lograron, sino á fuerza de su elocuencia, que los hombres se sujetasen al yugo de las leyes. Aun los mismos preceptos de vivir, siendo naturalmente honestos, tanto mas sirven para rectificar el corazon, cuanto con mayor claridad se proponen. Por lo cual, aunque las armas de la facundia puedan manejarse bien y mal, no es razon tener por malo aquello de que se puede usar bien. Así que, estas cuestiones las mueven solamente los que colocaron la mayor importancia de la retórica en sola la fuerza de persuadir; mas si la ciencia de bien decir se ordena al fin que nos proponemos, de que el orador sea hombre de bien, debemos confesar que ciertamente es útil.

»Y á la verdad Dios, aquel Príncipe, Padre de todo y Criador del mundo, en ninguna otra cosa diferencia mas al hombre de los brutos, que en la facultad de hablar. Pues vemos en aquellos mudos animales unos cuerpos mas aventajados en magnitud, fuerzas, firmeza, sufrimiento y agilidad, y que no necesitan tanto de ayuda exterior, pues sin maestro saben naturalmente entrar y salir con mas presteza; pacer, y pasar á nado las aguas; y los mas se visten de su propio cuerpo para defenderse del frio; tienen armas innatas, y casi obvio el alimento: todo lo cual cuesta á los hombres muchos afanes. Diónos pues Dios en recompensa la razon, y quiso con ella hacernos compañeros de los dioses inmortales.

»Pero ni aun esta razon nos ayudaria tanto, ni en nosotros tanto resplandeceria, si lo que en la mente concebimos, no lo pudiésemos tambien expresar con la lengua; que es lo que mas falta á los demas animales, en quienes descubrimos alguna inteligencia y discurso: porque el labrar las grutas, tejer los nidos, criar sus hijuelos y sacarlos al campo, como tambien guardar para el invierno la provision, y hacer algunas obras que nosotros no podemos imitar, como son la cera y la miel, tal vez son efectos de alguna razon; mas por cuanto carecen de habla, se llaman mudos é irracionales. En fin, á los hombres que no pueden hablar, ¡de cuán poco les sirve aquel ánimo celestial! Por tanto, si lo mejor que hubimos de los dioses es la palabra, ¿qué cosa hemos de reputar por mas digna de nuestro cultivo y aplicacion, ó qué mas hemos de procurar enseñar á los hombres, sino lo que los hace tan superiores á los otros animales? ¿No es por ventura una bella cosa alcanzar con un mismo entendimiento, y con las mismas palabras de que todos usan, tanta gloria y aplauso, que parezca que uno no habla, ni que ora, sino que relampaguea y truena, como le sucedió á Perícles?»

7. Mas si alguno piensa que estos testimonios se han de tener en poco por ser de gentiles, ponga la vista en las columnas de la Iglesia y clarísimas lumbreras del mundo, que son los santísimos doctores latinos y griegos, y verá que ninguna parte de elocuencia faltó en sus escritos. Sobre lo cual Juan Anglo, obispo cicestrense, en el prólogo de la Historia Eclesiástica que acaba de escribir en latin, dice así: «¿Qué dirémos de los escritos de los antiguos griegos, que explicaron las sagradas palabras de Dios, con agudeza en la averiguacion de la verdad, y con afluencia para convencer los entendimientos humanos? Porque me persuado que no hay hombre tan ajeno de razon, que no les atribuya la mayor elocuencia. ¿Quién, ó mas discreto en las palabras, ó mas frecuente en las sentencias, ó mas igual en los números, y en toda la estructura de la oracion, que el Crisóstomo? De Aristóteles, dijo Tulio, que en su tiempo fué un rio de oro: y nosotros podemos justamente decir del Crisóstomo, que de su boca de oro sale un dorado y divino rio de elocuencia. Sus palabras son tan propias, y fluyen tan suavemente, que no puede haber cosa mas tersa y dulce: sus sentencias son tan sabias, que parecen infundidas por Dios, no inventadas por ingenio humano: su composicion de palabras de tal modo organizada, que no va jamas por largos rodeos que causen confusion, sino que siempre se contiene en sus justos límites. Nada hay en él que no represente una imágen de perfecta elocuencia. Y si hablase en la lengua extraña como en la suya propia, lo que no es posible, causaria admiracion su discretísima elocuencia.

»¿Quién mas diligente que el gran Basilio en adornar la oracion, mas copioso en amplificarla, ni mas limado en todo el artificio oratorio? Cuando reprehende á los vicios, nadie mas conmovido: cuando excita á la virtud, nadie mas ardiente: cuando describe las cosas, nadie, por decirlo así, mejor pintor: en él se halla valentía para convencer, y admirable suavidad para templar. Con tanta facilidad revuelve la oracion á cualquier lado, que en las materias mas graves levanta muy alto el estilo y se arrebata mas vehemente: en las leves fluye con suavidad y blandura, aflojando algo de la vehemencia. Por lo que cierto erudito no reparó en llamarle el Demóstenes cristiano.

»¿Qué diré de Gregorio Nacianceno? ¿Quién punza con mas agudo aguijon? Quién ciñe y estrecha mas la oracion? Puede llamarse Tucidides en la prosa, y Homero en el verso. En la oracion es breve y compendioso, y como de Tucidides dijo Tulio, al número de las palabras iguala el número de las sentencias. No se ve en él un vago modo de decir, sino ajustado á sus puntos: no difuso, sino conciso. Hace el verso armonioso y lleno, enriquecido con las sentencias de Cristo, discreto con las voces de Homero. Por lo que, ora siga el género suelto y libre de oracion, ora atado al metro, como suelen los poetas, siempre aparece grande, y siempre excelente en el decir. Con cuánto anhelo se aplicó al estudio de la elocuencia, él mismo lo declara en la oracion fúnebre de su hermano Cesario, donde refiere que este fué á Alejandría á estudiar la filosofía; pero que él enardecido con el amor del arte oratoria, por explicarme con sus mismos términos, permaneció de asiento en las academias de Palestina, entónces muy florecientes. En cuyo estudio hizo tales progresos, que Libanio, sofista, celebérrimo profesor de esta arte en aquellos tiempos, preguntado de sus discípulos quién le parecia digno de ocupar aquella cátedra despues de su muerte, respondió: «Aquel Gregorio, si no fuese cristiano.» Porque Libanio era idólatra. Baste de escritores griegos.

»Entre los latinos ocupe el primer lugar San Jerónimo, cuya destreza en escribir fué tanta, que casi llenó todos los números de la elocuencia. Cuando sale al campo contra los herejes, nadie mas intrépido ni mas valeroso. Cuando responde á sus calumniadores, ninguno mas ardiente ni mas acre. Cuando refiere algunos sucesos, nadie mas elegante. Cuando hace una oracion fúnebre, ninguno mas apto para consolar, ni mas fa-

cundo para alabar. Cuando habla familiarmente por cartas con los amigos y parientes, ninguno mas suave, ninguno mas culto. Causa admiracion ver en toda su oracion, cómo las cosas iguales comparadas con las iguales, las contrarias referidas á las contrarias, ya las palabras duplicadas, ya las repetidas, ya las brevemente mudadas, ilustran bellísimamente las sentencias. Despréciese pues San Jerónimo, ó apréciese por los cristianos la elocuencia. No intento con esto inducir á que busquemos el vano aplauso que tan presto se desvanece, ántes deseo que el pueblo reconozca siempre, que todo lo ordenamos á la edificacion de la Iglesia y á la verdadera gloria de Dios, á quien es debido todo el honor y toda la honra.»

8. Pero es razon que á San Jerónimo se junte el santísimo mártir Cipriano, cuya elocuencia alaba Lactancio Firmiano por estas palabras (*b*): «Fué Cipriano el primero, el principal y el esclarecido; porque se adquirió gran nombre en la profesion de la retórica, y escribió muchísimas cosas admirables en su género. Era de un ingenio fácil, facundo, suave y claro, que es la mejor prenda del estilo; tal, que no podrás discernir, si fué mas agraciado en el hablar, ó mas fácil en explicarse, ó mas eficaz en persuadir.» Y aun San Jerónimo admira grandemente la elocuencia del mismo Lactancio, á quien llama «Rio de tuliana elocuencia». Este pues luego, al principio de sus Divinas Instituciones, recomienda la facultad oratoria con estas palabras: «De mucho, dice, me ha servido haberme ejercitado en pleitos fingidos, para abogar ahora en la causa de la verdad con mas copia y facilidad; porque, aunque esta puede sin elocuencia defenderse, como muchos varias veces lo han practicado, con todo se debe ilustrar, y en cierto modo pulir con la claridad y limpieza del lenguaje, para que ya con su misma fuerza, ya armada de la religion, ya hermoseada con lo brillante del estilo, conmueva mas fuertemente á los ánimos.»

§. II.

9. Mas para que nadie imagine que defendemos la causa de la elocuencia con solos los ejemplos de los santos padres y no con sus testimonios, pondré delante á un solo Agustino, que en el lib. 4 de Doct. Christ., no solamente dió muchas reglas pertenecientes á esta arte, las que ilustra con muchos ejemplos, sino que tambien la encarga por estas palabras: «Persuadiendo la retórica cosas verdaderas y falsas, ¿quién osará decir que la verdad debe estar desarmada en sus defensores contra la mentira, de suerte que los que intenten persuadir ficciones, sepan hacer en el exordio, benévolo, atento y dócil al oyente, y que ignoren esto los que defienden la verdad: aquellos narren las cosas falsas con brevedad, claridad y verosimilitud; y estos las verdaderas, con tal desaliño, que cause tedio el oirlas, no sea fácil entenderlas, y aparezcan increibles: que aquellos con falaces argumentos impugnen la verdad y defiendan la falsedad; y que estos ni se atrevan á defender la verdad, ni á refutar la falsedad: que aquellos atemoricen, contristen, alegren, y ardientemente exhorten, moviendo como quieren los ánimos de los oyentes, impeliéndolos al error; y que estos en defensa de la verdad tardos y frios dormiten? ¿Quién ha de haber tan necio que tal piense? Teniendo pues á mano el arte oratoria, que en gran manera sirve para persuadir lo bueno ó lo malo, ¿por qué no se aplican los buenos á estudiarla para militar por la verdad, cuando vemos que los malos se sirven de ella para inducir á la iniquidad y al error? Así que, bajo este supuesto, las observaciones y preceptos de que se compone la que llamamos elocuencia y facundia, deben estudiarlos en edad proporcionada, dedicando para ello el tiempo necesario, los que pueden aprenderla prontamente. Porque los primeros oradores romanos no repararon en decir, que no pueden aprender la retórica perfectamente, sino los que pueden aprenderla presto.»

10. Con este tan ilustre testimonio, no solo podré autorizar mi nuevo designio, sino tambien granjearme la gratitud de los aplicados á este ministerio, mayormente de los muy ocupados, por haberles excusado dos molestias: una de revolver varios y confusos preceptos de retóricos que ellos enseñaron en abultados volúmenes: otra de escoger los que principalmente fuesen acomodados á nuestro instituto; porque ellos inventaron muchas cosas para tratar las controversias civiles en los tribunales de justicia, que de ningun modo son de nuestro intento.

§. III.

11. Pero si alguno dijere que la observacion del arte es causa de parecer que no predicamos con todas véras y movidos del Espíritu Santo, á este respondo que al modo que el que aprende por reglas de gramática la lengua latina, cuando empieza á hablarla ó escribirla atiende á las reglas para no faltar á ellas; mas cuando con el largo uso y práctica de hablar bien tiene el hábito adquirido, ya entónces no piensa como ántes en los preceptos, sino que con sola la costumbre habla perfectamente, sin duda con arte, pero sin atender al arte; así estos preceptos del arte oratoria algo pueden entibiar al principio el fervor del espíritu; pero una vez que esta arte ha pasado con la costumbre á ser en algun modo naturaleza, los excelentes artífices llegan á hablar tan retóricamente, como si hablaran con solas las fuerzas de la naturaleza. A la verdad el hábito, radicado con el mucho ejercicio, al cual los filósofos llaman simple calidad y no multiplicada, se convierte de modo en naturaleza, que parece innato y no adquirido. ¿Creerá acaso alguno que á San Crisóstomo, á San Basilio, á su hermano San Gregorio Niceno y á San Cipriano, que fuéron elocuentísimos y hablaron con grandísimo artificio, les fué de estorbo la retórica para tratar la causa de Dios con ardentísimo celo y afecto, y para convertir á los hombres del vicio á la virtud?

12. Mas para que en este punto nada quede sin satisfacer, responderé á los que con este pretexto desprecian los estudios de la elocuencia, diciendo que San Jerónimo llevó fuertes azotes por haber sido mas ciceroniano que cristiano. Porque si bien el mismo San Jerónimo, escribiendo á Rufino, dice haber sido esto un sueño, con todo reconocemos que fué azotado justamente, no por haber sido ciceroniano, sino porque se habia dedicado tanto al estudio de Ciceron, que totalmente somitia el de las sagradas letras, por causarle tedio su estilo humilde. Ciertamente vemos que hay muchas cosas necesarias para vivir, cuyo inmoderado uso viene á ser dañoso. ¿Qué cosa hay mas necesaria para conservar la vida que la comida, la bebida, el calor

(*b*) Lact. Firm. Instit. lib. 5.

natural y la sangre? No obstante, ninguna de estas cosas, una vez desordenada, deja de acarrear la enfermedad ó la muerte. Del mismo modo es permitido apetecer con moderacion las honras y riquezas; sin embargo su apetito, cuando llega á ser tan destemplado que el hombre no repara en quebrantar la divina ley, es dañosísimo. Y así aplicarse uno tanto á leer á Ciceron, que no se cuide del estudio de las sagradas escrituras, ¿quién ha de haber que no lo juzgue reprehensible? Justamente pues fué castigado San Jerónimo por este motivo.

13. Pero á la objecion que algunos hacen contra la elocuencia, fundados en que San Pablo dijo haber anunciado á Cristo, no con sabiduría de palabras: esto es, no valiéndose de la retórica y filosofía, ya responde el mismo Apóstol, añadiendo imediatamente que esto lo hacia para que el fruto de su predicacion no se atribuyera á otro que á la cruz de Cristo. En efecto, la mayor gloria de la cruz de Cristo consistió en haber abatido las aras del demonio con las obras y doctrina de unos rudos pescadores, que en ninguna ciencia humana se hallaban instruidos; en haber quebrantado el poder y fiereza de los emperadores, y en haber sujetado al mundo á su imperio. Y para que tanta gloria no viniese á obscurecerse por ningun lado, no debió propagarse la fe de Cristo con la facundia de insignes filósofos ó esclarecidos oradores, á fin de que una tan grande obra no se atribuyera mas á la sabiduría del siglo, que á la virtud de Dios todopoderoso, y á la de su cruz.

14. Y si bien algunos dicen que los infelices herejes de nuestro siglo impugnaron la fe católica con solas las armas de la elocuencia, este argumento está ciertamente por nuestra parte. Porque si tan grande es la fuerza de la elocuencia que puede persuadir las mentiras mas descaradas, ¿cuánto mas esta misma fuerza ó enerjía podrá defender las certísimas y santísimas verdades de la fe católica, y descubrir los engaños é impiedad de los herejes, mayormente siendo ellos tan malditos, que cuanto se escribe contra sus blasfemias desaliñadamente, lo rien, lo silban, y ni aun lo reputan digno de leerse? Despreciar pues el estudio de la elocuencia por este motivo, fuera lo mismo que juzgar no deber nosotros usar de las balas en la guerra, porque con ellas ha sujetado el turco mucha parte de la cristiandad á su imperio; cuando por lo mismo es certísimo que debemos valernos de las mismas armas, que tanta fuerza tienen para pelear contra él.

15. Todo lo dicho en este capítulo hemos juzgado conducente advertir en recomendacion de esta arte, ya para responder á las objeciones de algunos, ya tambien para que el piadoso predicador se aplique á aprenderla con mas gusto y diligencia, pues tanto le puede ayudar para ejercer su ministerio felizmente. Y pues que ya se ha dicho lo bastante en alabanza de la retórica, ántes que entremos en los preceptos particulares de ella, digámos tambien algo del artífice, esto es, del predicador, de sus estudios, costumbres, y de la dignidad y facultades de tan sagrado oficio.

CAPITULO III.

Del oficio de predicar y de su gran dignidad.

1. Para que con nuestras instrucciones pueda el predicador en su ministerio aprovecharse á sí mismo y á los prójimos, parece debido, ántes de empezar la obra, prescribirle algunos documentos de no poca utilidad para todos los que intentan dedicarse á este cargo. Entre estos sea el primero y principal, que ante todas cosas considere el predicador y tenga bien conocida la majestad y dignidad de su oficio. Y en primer lugar lo podrá conocer poniendo los ojos en la dignidad de aquellos á quienes Dios encargó este ministerio, que fuéron los santísimos profetas, y despues sus hijos los apóstoles. Pero es mucho mas de admirar que el mismo Señor de los apóstoles y profetas se haya dignado de venir al mundo y ejercitar por sí mismo este empleo. Porque «habiendo hablado Dios de muchas maneras en otro tiempo á los padres por sus profetas, en estos últimos tiempos nos habló en su Hijo, por quien hizo los siglos, constituyéndole su universal heredero (*a*)». Y por eso dice de sí el mismo Hijo (*b*): «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.» Y por Isaías dice (*c*): «Tus ojos verán á tu maestro, y tus oídos escucharán la voz de quien detras te avisa: este es el camino, andad por él.» Y por Joel dice tambien (*d*): «Hijos de Sion, alegráos en vuestro Dios y Señor, pues os ha dado al doctor de justicia.» De los cuales lugares y de otros que fuera largo referir, consta con evidencia cuán grande sea la dignidad de este ministerio, pues confesamos haber sido su ministro y príncipe el mismo Hijo de Dios, verbo y sabiduría del Padre. A este divino Señor sucedieron despues los apóstoles, que recibiendo las primicias del Espíritu Santo, fundaron la Iglesia con su doctrina; porque de ellos es aquella voz (*e*): «Mensajeros somos de Cristo, y como que os exhorta Dios por nuestro medio.»

2. Y no solamente la dignidad de los ministros, sino tambien el fin del ministerio, manifiesta claramente su dignidad. Pues el fin es la gloria de Dios y la salvacion de las almas, á las cuales, despues de haberlas sacado el evangélico predicador de la garganta del dragon infernal, va conduciendo á los pastos de la felicidad eterna, y se aplica á perficionar la obra de la muerte y sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. Ni este gran beneficio intenta hacerlo á uno ú otro, sino á cuantos oyeren su voz. Y si, como es justo, medimos por el fin la dignidad de la materia, nada puede imaginarse ni mayor ni mas alto que este fin. A lo que se añade lo que comunmente decimos, que un bien es tanto mas divino cuanto mas se comunica; y el fruto y provecho de los sermones á todos los hombres se extiende sin limitacion alguna.

3. La grandeza pues del mérito compite con la dignidad del oficio; porque de tal manera dispuso el Criador la naturaleza de las cosas espirituales, que las mas dignas y honestas tuviesen una utilidad y mérito igual á su dignidad, si no en esta vida, en la otra. Y se ve en este mismo ministerio, en el cual no puede discernirse si es mayor el provecho ó la dignidad, como á cada paso testifican las sagradas letras. Y así San Jaime, apóstol, dice (*f*): «Quien redujere al pecador descaminado, librará su alma de la muerte y esconderá la muchedumbre de sus pecados.» Y el Señor asegura en el Evangelio (*g*): «El que hiciere y enseñare, se llamará grande en el reino de los cielos.» El profeta Daniel afirma (*h*): «Los que fueren sabios, brillarán como el resplandor del firmamento; y los que instruyen á muchos en la virtud,

(*a*) Hebr. 1. (*b*) Joann. 18. (*c*) Isai. 30. (*d*) Joél 2. (*e*) 2. Cor. 5. (*f*) Jacob. 5. (*g*) Matth. 5. (*h*) Dan. 12.

serán como astros en perpetuas eternidades.» Por eso el divino Maestro los llama (*i*): «Sal de la tierra, luz del mundo, antorcha sobre el candelero, y ciudad puesta sobre el monte.»

4. En fin tal es la grandeza del mérito y dignidad atribuida por el Señor á este santo ministerio, que al modo que para los vírgines y mártires hay en los cielos cierto y glorioso distintivo, que llaman aureola, la cual en los primeros remunera el verdor de su carne incorrupta, con singular gloria, y en los segundos la constancia de su invicta fortaleza, así tambien los doctores tienen prevenida en el cielo semejante aureola y corona; porque no solo practicaron la virtud y la justicia, sino que con la enseñanza de su ministerio inflamaron tambien á otros en el mismo amor á la virtud: lo que se cuenta entre los mayores elogios del divino precursor San Juan Bautista, pues de él se dice (*k*) que con su doctrina habia de atraer para Dios á muchos hijos de Israel.

CAPITULO IV.

De la dificultad de este sagrado ministerio.

1. Mas como naturalmente suceda que nada hay sublime y grande en las cosas, que deje de ser arduo y dificultoso, es ciertamente tan difícil este sagrado oficio, si se ejercita útil y rectamente, cuanto tiene de digno y provechoso. Porque siendo el principal oficio del predicador, no solo sustentar á los buenos con el pábulo de la doctrina, sino apartar á los malos de sus pecados y vicios: y no solo estimular á los que ya corren, sino animar á correr á los perezosos y dormidos: y finalmente no solo conservar á los vivos con el ministerio de la doctrina en la vida de la gracia, sino tambien resuscitar con el mismo ministerio á los muertos en el pecado; ¿qué cosa puede haber mas ardua que este cuidado y esta empresa? Lidian á la verdad contra esto las fuerzas y poder de la naturaleza caida, é infecta con la podre del pecado original, propensa siempre á los vicios: milita tambien la costumbre depravada, por no decir envejecida, de muchos, cuya fuerza es tan grande que, como Séneca decia, no son suficientes todas las armas de la filosofía para sacar del corazon una peste tan arraigada.

2. Pues ¿qué diré del mundo dado todo al demonio? Qué referiré de las malas compañías, malos ejemplos y consejos, injurias, afrentas, engaños y lisonjas de los malvados, entre quienes forzosamente se ha de vivir? ¿Con qué palabras podré yo declarar las fuerzas, las asechanzas de aquella antigua serpiente, y las tentaciones y varios ardides que tiene para dañar? ¿Acaso no está bastantemente comprobada la verdad de lo que está escrito en el libro de Job (*a*): «Aplicando su mano poderosa, esto es, la de Dios, fué sacada la culebra enroscada»? Porque, ¿qué otra mano que la de un Dios omnipotente era bastante para sacar fuera esta enroscada culebra, que con las vueltas de su cola aprieta y ahoga las almas de los pecadores? Miéntras que el fuerte armado guarda su atrio ó zaguan, si no viene otro mas fuerte que él, que lo desarme y reparta sus despojos, es indecible cuán sosegadamente guarda él su puerta y retiene sus presos, pues de tal suerte cierra y obstruye todos los sentidos y resquicios por donde pueda entrarles alguna luz, que por un cierto modo recóndito y prodigioso, viendo no vean, y oyendo no oigan ni entiendan.

3. Ni nos embaraza poco la condicion de una y otra fortuna, ó adversa ó próspera, pues miéntras que aquella aflige mucho, no entienden los hombres sino lo que puede aliviar su pobreza y trabajo: como sucedió á los hijos de Israel, oprimidos en Egipto, que no quisieron oir de la boca de Moises las palabras del Señor, por la angustia de los trabajos que los oprimian. Mas luego que el aire de la fortuna comienza á soplar favorable, y viene todo á pedir de boca, se llenan de suerte los estrechos espacios del corazon humano, que se hace sordo á casi todo lo demas. Así lo experimentó y expuso San Agustin por estas palabras: «Cuando yo contemplo á los amadores de este siglo, no sé cuándo la predicacion pueda ser oportuna para curar sus almas; porque cuando tienen como prósperas las cosas de este mundo, menosprecian con su soberbia los avisos saludables, oyéndolos como cuentos de viejas; pero cuando los aprietan las adversidades, mas presto procuran salir de donde entónces se angustian, que tomar remedio para curarse.»

4. En suma, para decir mucho en pocas palabras, es tan ardua y difícil empresa reducir al hombre de la esclavitud de la culpa á la libertad venturosa de la gracia, que llega á decir San Gregorio: «Si atentamente consideramos las cosas invisibles, consta ciertamente, que es mayor milagro convertir á un pecador por medio de la predicacion y oracion, que resuscitar á un muerto.» Por estas razones y autoridades fácilmente podrá entender el predicador, cuán grave negocio se le ha confiado, y cuán pesada carga se impuso sobre sus hombros: y así con cuánto anhelo debe procurar, no solo aplicar un ánimo y un estudio correspondiente á esta dificultad, sino tambien, y aun mucho mas, con qué piedad, respeto y humildad debe portarse con Dios, para que la bondad y providencia divina, que casi todas las cosas hace por medio de causas segundas, quiera servirse de él, como de instrumento apto para obra tan grande. Y de aquí comprehenderá tambien, si no busca su gloria, sino la de su Señor, y la salud de las almas, cuánto mas debe adelantar este negocio con oraciones, que con sermones; mas con lágrimas, que con letras; mas con lamentos, que con palabras; y mas con ejemplos de virtudes, que con las reglas de los retóricos.

CAPITULO V.

De la pureza y rectitud de intencion en el predicador.

1. Tambien hay en esta empresa otra dificultad, acaso no menor, y que no necesita ménos de celestial ayuda y favor: es á saber, la rectitud y pureza de intencion que debe tener el predicador en el uso de su ministerio. Quiero decir, que olvidado de sí, de sus comodidades y de su honor, ponga fija su mira en la gloria de Dios y salvacion de las almas: atienda solamente á aquella, búsquela, piense en ella, téngala siempre delante de sus ojos, y jamas aparte de ella el pensamiento, para pensar en sí mismo. Porque es cosa indigna, que cuando se trata de la gloria del omnipotente Dios, y de la salud ó muerte eterna de las almas, despreciando el hombre cosas de tanta importancia, en que consiste la suma de las cosas, cuide de su pundonor, y sienta mas que peligre esta vana inútil aura del rumorcillo

(*i*) Matth. 5. (*k*) Luc. 1. (*a*) Job. 26.

popular, si por desgracia su oracion es ménos agradable al auditorio, que la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

2. Pero ¿quién habrá tan enamorado de sí, olvidado de Dios, que si conoce que predomina en su ánimo esta ambicion, no se avergüence de una deformidad tan fea, cual es el desprecio de Dios? Armenia, matrona clarísima, como refiere Francisco Senense, volviendo á su casa de un convite del rey Ciro, alabando todos su hermosura, y preguntándola su marido qué la habia parecido, respondió: Yo jamas, mi querido esposo, aparté de tí mis ojos, y así ignoro cuál sea la hermosura de marido ajeno. Pues si esta mujer pensaba que era gravísimo delito poner los ojos en otro que en su marido, aunque fuese un rey, ¿cuánto mas detestable será, cuando se trata de la gloria de Dios y de la felicidad eterna de los hombres, pospuestas estas totalmente, andar solícitos por aquella honrilla que se desvanece mas presto que la sombra? Cuando el profeta Eliseo (*a*) envió su criado con el báculo á resuscitar á un niño, le mandó, que puestas faldas en cinta acudiese corriendo allá con la mayor velocidad que pudiese, sin detenerse á saludar ni responder á los que encontrase en el camino; con lo cual dió á entender, que aquellos á quienes Dios encomienda el cuidado de resuscitar las almas muertas por el pecado, con el báculo de la severidad divina, y virtud de las palabras evangélicas, deben con tantas véras entregarse á la importancia de este ministerio, que olvidados de todo respeto humano, en esto solo piensen, en esto mediten los dias y las noches; ni por dependencia alguna de este mundo se abstengan de esta ocupacion: para que á la grandeza del ministerio corresponda el cuidado y diligencia del ministro. Porque si un padre fuese corriendo á llamar al médico para una hija que estuviese pariendo, y en peligro, por la dificultad del parto, ¿por ventura en este lance podria estarse mirando los juegos del pueblo, ó algunas farsas semejantes, ó poner su atencion en estas cosas? Siendo pues de nuestra obligacion, no salvar los cuerpos humanos de algun riesgo, sino las almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo, sacándolas de la garganta misma de la eterna muerte para restituirlas á inmortal vida, ¿qué cosa puede haber mas perversa y detestable, que el que constituido un hombre en tan alto empleo, vuelva aun los ojos al humo de una vanísima gloria?

3. Esta deformidad de hacer un hombre su negocio cuando Dios le encarga el suyo, desdice tanto de toda buena razon, que apénas hay términos para poder explicarla; y esto no obstante es dificultosísimo no incurrir en ella. Porque la pureza y rectitud de intencion, que se pide en el predicador evangélico, tiene un poderosísimo enemigo entrañado en lo íntimo del hombre, que la está combatiendo, cual es el apetito de la honra y de la propia excelencia: afecto tan vehemente en muchos, que el innato amor de la vida y la propension al carnal comercio que, como dicen los teólogos, reina entre las demas pasiones de la naturaleza corrompida, y á este tenor los otros deseos, se rinden á la ambicion de la honra y de la gloria. Porque ¿cuántos vemos cada dia exponer al mayor riesgo su vida, siendo así que no hay en lo humano cosa tan amable al hombre; y aun buscar la muerte, por no padecer algun detrimento en su honra? Cuántos hay que contienen puros á sus cuerpos, no tanto por temor de Dios, cuanto por miedo de su deshonra? Ni son necesarias muchas razones para explicar la fuerza y tiranía de este exorbitante afecto. Póngase el hombre á su vista los acaecimientos de todos los tiempos: considere todas las ruinas del orbe terráqueo: contemple las guerras que Alejandro Magno, Julio César y otros reyes y emperadores, así de romanos como de otras naciones han emprendido: mire tambien los duelos que vemos cada dia entre los hombres; y comprehenderá fácilmente, que casi todas estas llamas nacieron del fuego de esta ambicion. Y si fia poco de testimonios extraños, mírese á sí por de dentro, escudriñe sus pasiones, y á poca costa reconocerá cuánta es la fuerza de esta calentura.

4. Esta podredumbre pues del linaje humano corrompe en extremo la pureza de la intencion, que como dijimos, es necesaria para desempeñar bien este encargo: pues este afecto es tanto mas vehemente, cuanto la honra y gloria es mayor y á mas se extiende y comunica: y la fama de un gran predicador no se ciñe á los límites de la ciudad en que vive, sino que vuela hasta las naciones y reinos extraños. Así oimos que en Roma ó en Milan hay un predicador muy excelente, que en la facultad de orar aventaja muchísimo á los demas. Ni esta es fama de fuerzas de cuerpo y fortaleza, en que tambien no pocos brutos nos exceden mucho: ni tampoco es gloria de riquezas ó hermosura, que es frágil y pasajera; sino de ingenio, de destreza, de elocuencia, de noble erudicion y aun de bondad, que debe brillar en el sermon de un excelente predicador. Cuya gloria cuanto es mas digna y aventajada, tanto nuestro deseo, sediento de gloria, se arrebata y precipita tras él con mas ardor.

5. Pero ¿qué diré del miedo de la ignominia, que de tal suerte preocupa los entendimientos de algunos al principio del sermon, que hasta los miembros del cuerpo se les descoyuntan y tiemblan las rodillas al ir á predicar, ni hay forma de poder sacudir de sí este miedo? ¿De dónde procede esta pasion tan cobarde, sino del miedo y riesgo de la afrenta á que entónces se exponen los oradores? ¿Y de dónde nace este tan gran temor de la ignominia, sino del desordenado amor de la gloria? Un entendimiento pues embarazado y lleno de estos dos afectos, ¿qué lugar dejará en el ánimo para que, dando de mano á todo lo demas, enteramente se ocupe en la gloria de Dios y salvacion de las almas? Claro está pues que no es fácil guardar esta pureza de intencion en el ejercicio de este empleo, si el predicador no procura alcanzarla de Dios como un don suyo raro y singular, con muchas lágrimas, muchas oraciones y méritos de virtudes.

6. Y no piense que practicando esto con cuidado y diligencia, está totalmente libre del riesgo de esta mancha; porque en esta parte siempre se ha de tener á sí por sospechoso. Pues como sabiamente dice San Gregorio: «Engáñase las mas veces el entendimiento, y finge en las buenas obras amar lo que no ama; y respeto de la gloria mundana, finge aborrecer lo que estima.» Y el mismo santo doctor explica cuán grande es el peligro de esta intencion, exponiendo aquellas palabras del justo Job (*b*): «Si yo fuere sencillo, esto mismo lo ignorará mi alma», de esta suerte: «Mas hay algunas

(*a*) 4. Reg. 4.

(*b*) Job 9.

cosas que aun cuando se están haciendo, no podemos entenderlas fácilmente. Muchas veces nos damos á la predicacion para aprovechar con esto á nuestros prójimos; pero si no damos gusto á quien hablamos, de ningun modo es bien recibido lo que predicamos. Y cuando procura el entendimiento agradar con provecho; torpemente deciende al amor del propio aplauso: y el mismo que procuraba librar á otros del cautiverio de las culpas, comienza á servir esclavo á sus favores. Es pues la ambicion de la alabanza como un ladroncillo que se junta por un lado con los que van derechamente su camino, para quitar la vida á los pasajeros con la espada que llevaba escondida. Y como la intencion de la utilidad propuesta se tuerce por el amor propio, viene de una manera monstruosa á acabar la culpa, aquella misma obra que comenzó la virtud. Muchas veces desde los principios mismos pretende una cosa el pensamiento, y luego la accion manifiesta otra.»

7. Pero muchos predicadores, y especialmente los jóvenes, se guardan tan poco de evitar este peligro, que ni aun siquiera le conocen. Porque así como en muchas regiones el torpe vicio de la embriaguez no se tiene ya por vicio ni por afrenta, por haberle quitado el horror la costumbre depravada de los hombres; así es tan familiar y natural á muchos de los predicadores esta vanagloria, que apénas reparan en ella, y ni aun la tienen por pecado. Mas los que agitados del temor de Dios escudriñan con diligente y maduro exámen á sí mismos y todos los senos de su conciencia, sin dejar nada en su interior que no registren, viven muy medrosos de este riesgo. Años pasados tuve muy estrecha amistad con un predicador, varon piadoso, que como me refirio él mismo, quando empezó á predicar preveia poco al modo que otros el peligro de esta vanidad. Mas como andado el tiempo abrió mas los ojos y consideró en sí mismo lo que ántes dijimos, quedó tan atemorizado y confuso, que pensó en abandonar del todo el empleo de predicar, y se abstuvo de él por mucho tiempo. Pero luego que precisado de la obediencia volvio á emprenderlo, procuraba con grandísimo cuidado fortalecerse de muchas maneras y con muchas oraciones contra este comun enemigo de los predicadores. He dicho brevemente lo que convendria decirse con mas extension, para amonestar á los ministros de la divina palabra velen sobre este riesgo ocultísimo, en una cosa que es la mas precisa de todas para desempeñar este oficio. Pues como toda la razon de las cosas ordenadas á cierto fin, debe tomarse del mismo fin; claramente se infiere que mal constituido este, queda destituido lo demas de órden, de razon, y tambien de merecimiento.

CAPITULO VI.

De la bondad y costumbres del predicador.

1. Ahora comencemos ya á examinar las consecuencias de lo que hemos dicho. Primeramente, si tal es la dignidad y majestad de este oficio, que tiene por su príncipe y autor al mismo Hijo de Dios, y el predicador es su enviado en la tierra; ¿cuál convendrá que sea la pureza é integridad del que es destinado para tan alto empleo? Verdaderamente ni la naturaleza de las cosas sufre que se obscurezca la vida del orador en el esplendor de tan alta dignidad, sino que se requiere que anden á porfía la limpieza é integridad de la vida, con la dignidad del ministerio. Por lo que enviando el Señor al profeta Jeremías á corregir las malas costumbres de su pueblo, le santificó estando aun escondido en el vientre de su madre y ántes de salir á luz. Y asimismo purificó los labios de Isaías de toda mancha de impureza y de pecado, por medio de un querubin que fué volando hácia él, y con el fuego celestial que este tomó del altar de Dios, para que como idóneo ministro suyo reprehendiera los vicios de un pueblo malvado y rebelde. ¿Qué diré de los apóstoles, á quienes en el dia de Pentecostes llenó el Señor de tanta gracia del divino espíritu, para formarlos buenos maestros de la doctrina evangélica? Qué de Pablo, á quien no solo llenó del propio espíritu, si que le levantó hasta el tercer cielo para que aprendiera entre los ángeles lo que despues habia de enseñar entre los hombres?

2. Pero me parece que todavía excede á todos estos ejemplos el no haber emprendido el mismo Hijo de Dios este oficio de enseñar, ántes de prepararse con ayunos de cuarenta dias, con oraciones, y con el retiro del desierto; no porque él hubiera menester tal disposicion siendo fuente de pureza y sabiduría, sino para que los doctores de la Iglesia aprendieran con este ejemplo la pureza é inocencia de vida con que deberian disponerse para ejercer este celestial empleo. Porque sabía aquel soberano Maestro, cuánto mas eficaces serían, para conciliarse la fe y ordenar la vida de los hombres, los ejemplos ilustres de virtudes, que las palabras cultas y limadas. Por lo que despues de haber llamado el mismo Señor á los predicadores, antorcha puesta sobre el candelero para alumbrar á cuantos viviesen en la casa de la Iglesia, añade inmediatamente (*a*): «De tal modo resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.» Con cuyas palabras claramente manifestó cuánto mas ilustrarian la gloria de Dios esclarecidas obras de virtudes, que palabras selectas y limadas. Lo que tambien declara aquella profecía de Isaías (*b*): «Y serán llamados en ella los valientes de la justicia, plantel del Señor para glorificarle.» Y á la verdad, ¿qué cosa puede manifestar mas el esplendor de la divina gloria, que la hermosura y constancia de la vida de un varon justo, de un fiel ministro de Dios, perfecto y ejemplar?

3. Finalmente, si traemos á la memoria los anales y aumentos de la Iglesia, hallarémos que se ha aumentado y enriquecido mucho mas con los ejemplos de los hombres santos, que con las palabras de los sabios. ¿De cuántos monjes, que vivian en la tierra como ángeles, fué padre el rudo Antonio? Por él se dicen aquellas palabras de San Agustin (*c*): «Levántanse los indoctos, y nos arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia nos estamos aquí revolcando en la carne y en la sangre.» ¿Qué diré tambien de Francisco, que sin letras puso en el paraíso de la Iglesia tantos planteles de virtudes, más con ejemplos de santidad, que con elegantes palabras? ¿Qué de aquel Simeon, llamado el Estilita, cuya vida escribió su coetáneo y familiar amigo Teodoreto, quien destituido de todas letras, y puesto sobre una coluna, convirtió á inumerables de la idolotría á la fe de Cristo, con los ejemplos de su admirable vida? Tambien Santa Catalina de Sena, vecina á nuestros tiempos, con ser

(*a*) Matt. 5. (*b*) Isai. 61. (*c*) Lib. 8, Conf.

mujer y sin letras, convirtió á tantos de una vida desreglada, á la piedad y justicia, que cuatro confesores que de continuo la asistian con permiso del sumo pontífice Gregorio XI, apénas tenian tiempo para reposar oyendo las confesiones de aquellos que la santa reducia al amor de la virtud y justicia, más con el esplendor de su vida que con su doctrina.

4. He dicho brevemente esto, no por deprimir en modo alguno el don de la doctrina, sino para que entienda el piadoso predicador cuánto le importa que su vida sea inculpable y pura. Lo cual en pocas palabras comprehendió Séneca, cuando escribiendo á su Lucilo, dijo: «Haz eleccion de tal maestro, que mas te admires al verle que al oirle.» Por eso Lactancio Firmiano, dice (*d*): «Quien da documentos de bien vivir, no debe dejar senda abierta á excusa alguna, imponiendo á los hombres la necesidad de obedecer, no con violencia, sino por vergüenza. ¿Y cómo podrá precaver las excusas de los discípulos, si quien enseña no hace lo que enseña, yendo delante y dando la mano al que le ha de seguir? Ciertamente no pueden tener duracion las cosas que uno enseña, si no las practica primero: porque la naturaleza de los hombres, propensa á los vicios, quiere hacer ver, que no solo tiene licencia, sino tambien razon para pecar.»

5. San Pablo (omitiendo los demas compañeros suyos en este ministerio) obró de suerte, que mas de una vez se proponia á sí mismo por ejemplar á la imitacion de los fieles á quienes enseñaba la palabra de la vida: pues dice en un lugar (*e*): «Sed, hermanos, mis imitadores, como yo tambien lo soy de Cristo.» Y en otra parte (*f*): «Entendámonos: á nadie hicimos mal, á nadie hemos pervertido, á nadie hemos engañado.» Y otra vez, escribiendo á los filipenses (*g*): «En adelante pensad, hermanos, en cuantas cosas son verdaderas, honestas, justas, santas, en cuantas son amables y de buena fama; las cuales aprendisteis, y escuchasteis, y oisteis, y visteis en mí.» Así este buen maestro no solo proponia á los oídos las cosas que deberian oir con provecho, sino que tambien ponia delante de sus ojos los ejemplos, para que al mismo tiempo que los admirasen, los moviesen á su imitacion.

6. Pero de los que andan por otro camino, esto es, de los que viven de otro modo del que enseñan que conviene vivir, dice San Gregorio: «Hay algunos que con escrupuloso cuidado escudriñan las reglas espirituales; pero lo que con su inteligencia alcanzan, lo atropellan con su vida. De repente enseñan lo que no aprendieron por sus obras, sino por su meditacion: y lo que con sus palabras dicen, con sus costumbres lo contradicen.» Por lo cual el mismo santo padre amonesta gravemente á los predicadores por estas palabras: «Conviene primero limpiarse, y así limpiar á otros; primero hacerse sabio, y así hacer á los demas sabios; hacerse luz, y así alumbrar á los otros; acercarse á Dios, y así hacer que otros se le acerquen; santificarse, y así santificar á otros; tener limpias las manos, y así alargar á los demas la mano.»

7. Y por no hacer caso muchos de este precepto de un varon tan santo, con razon se queja San Bernardo de que tengamos hoy en la Iglesia muchísimos canales, pero muy pocas conchas; pues dice (*h*): «Tienen tanta caridad aquellos por quienes fluyen al pueblo los raudales de la divina palabra, que ántes de llenarse quieren derramar; siendo así que debiera esto hacerse muy de otra manera, segun que lo da á entender el Salmista en aquel versillo (*i*): «Regoldó mi corazon una palabra buena.» Porque ¿qué otra cosa es regoldar, sino pronunciar una palabra buena, de la hartura del corazon, el alma saciada con los manjares de la divina palabra?» A los mismos tambien censuró gravísimamente Séneca, cuando dijo (*k*): «A ninguno tengo por ménos benemérito de los hombres, que á los que aprendieron la filosofía como un artificio venal, y viven de otro modo que enseñan se ha de vivir; presentándose á sí mismos por ejemplo de su inútil enseñanza, miéntras que viven sujetos á todos los vicios que reprehenden. Un tal maestro no podrá serme de mas provecho que en una tormenta un piloto mareado. Se ha de manejar con mas destreza el timon cuando el mar está mas embravecido, se ha de luchar con el mismo mar, se han de amainar las velas. ¿En qué puede entónces ayudarme un piloto que está todo aturdido y vomitando? ¿Cuánta mayor borrasca piensas tú que corre la vida que una nave? En este lance no se ha de hablar, sino que se ha de gobernar.»

8. ¿Pero qué necesidad hay de tantos argumentos para probar una cosa tan manifiesta, cuando los mismos retóricos difinen así al orador: «Un baron bueno, diestro en hablar»? Porque si el orador que trata de las servidumbres de las casas, y de que se vuelva un depósito para ser creido de los jueces, ha de ser varon justo, y se busca mas en él la probidad de la vida que la inteligencia del arte, ¿qué dirémos de un predicador cuyo total cuidado y oficio consiste en mover á los hombres al odio de los vicios y al amor de las virtudes, mas con sus obras que con sus palabras? Pues con mucha razon se dijo (*l*): «¿A quién limpiará un sucio?»

9. Todo esto nos hace conocer cuál sea el motivo por qué en nuestro siglo, resonando continuamente casi todos los templos con las voces y clamores de los predicadores, vemos tan poca enmienda en las costumbres y tan pocas conversiones. Pues siendo la palabra de Dios fuego, y como un martillo que quebranta las piedras; si este fuego no abrasa los pechos helados, y este martillo no ablanda los corazones de hierro, ¿cuál puede ser la causa, sino que este negocio se trata mas con palabras que con ejemplos; mas con letras, que con lamentos; mas con el estudio de la elocuencia, que con piadosas oraciones; mas con el cuidado de adquirir aplausos, que de desterrar vicios; y finalmente, con mayor ansia de hacer su nombre célebre, que de conseguir la gloria del Altísimo y la salud de las almas? Y esto ¿qué otra cosa es sino enterrar el talento, cuando vemos que el ministerio que se les ha cometido no le enderezan á la gloria de Dios y salvacion de los hombres, sino á las conveniencias é intereses temporales: esto es, para vivir con mas anchura y regalo, para conseguir un puesto de mas honrosa dignidad, para ganar estima y nombre en el pueblo, y para percibir mas pingües rentas de la Iglesia? Cuando vamos con tanto anhelo tras de estas cosas, ó tenemos en poco la gloria de Dios y salvacion de las almas, ó la ponemos en el ínfimo lugar. Pero bien cla-

(*d*) Divinar. instit. lib. 4. (*e*) 1. Corinth. 4. (*f*) 2. Ibid. 7. (*g*) Philip. 4.

(*h*) S. Bern. Serm. 17. Sup. Can. (*i*) Ps. 44. (*k*) Senec. epist. 108. (*l*) Eccli. 34.

ramente dió á entender el real Profeta cómo se habrá Dios con semejantes operarios, cuando dice en un salmo (*m*): «¿Cómo te atreves, pecador, á predicar mis leyes, y á tomar mis palabras en tu boca?» y lo demas que se sigue. Todos estos pertenecen á la suerte de aquellos de quienes dijo el Salvador en el Evangelio (*n*): «Dicen y no hacen: imponen cargas pesadas é insoportables, y no quieren tocarlas con su dedo.»

CAPITULO VII.

De la caridad que debe tener el predicador.

1. Pero aunque la bondad de la vida y el ejercicio de las virtudes no pertenezca solamente á los predicadores, sino tambien á todos los hombres, sin embargo la caridad, de la cual procede el empleo de predicar, debe sobresalir en el predicador. Porque de ella nace un ardentísimo amor de la gloria de Dios, y un fervorosísimo deseo de la salud de las almas, que es el principal fundamento de este oficio. Así el que se destina á este ministerio debe tener tanta sed de la gloria de Dios y salvacion de los hombres, cuanta ni el mas avaro, de las riquezas; ni el mas ambicioso, de las honras; ni ningun general, de la victoria y triunfo de sus enemigos. Porque este ardentísimo deseo, que proviene de la raiz de la caridad, es tan propio de los predicadores evangélicos, y tan necesario para cumplir con su oficio, que en mi dictámen aquel que esté destituido de este ardor y deseo, hará bien en no emprender este oficio.

2. En este deseo se abrasaba aquella santa mujer del Apocalípsis (*a*) que se congojaba por parir, porque tenia tan vivos deseos de parir hijos para su Esposo, que no temia pasar por todos los tormentos del cuerpo y por todos los castigos de los tiranos, con tal que diese á luz á su celestial Esposo esta generacion espiritual. De estos vehementes deseos de ganar almas á Dios fué figura Raquel, tan deseosa de tener hijos, que dijo á Jacob, su marido (*b*): «Dame hijos, que si no me moriré.» Finalmente, el rey David ¿con cuánto celo de la salud de las almas se abrasaba, con cuán agudo sentimiento de dolor lloraba su muerte y ruina, diciendo (*c*): «Vi á los que quebrantaban tu ley, y me consumia, porque no guardaban, Señor, tus mandamientos; y (*d*): «El celo de tu casa se me come, y los oprobrios de los que te ofenden cayeron sobre mí»? En cuyas palabras nos da á entender el santo Rey, que no ménos le atormentaban las ofensas que hacian los hombres á Dios, que si le hicieran á él mismo los mayores oprobrios é ignominias.

3. Fuera de esto, el Apóstol, ¿en cuántos lugares manifiesta el deseo, el celo y la caridad de su corazon (*e*)? «¿Quién enferma, dice, y yo no enfermo? Quién se escandaliza y yo no me abraso?» Y á los de Galacia (*f*): «Hijitos mios, por quienes otra vez siento dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros.» Esto es, herido de nuevo con el grande dolor de vuestra perdicion, me dispongo con gran celo y esfuerzo á pariros segunda vez y volveros á Cristo. De este fuego interior se desprendieron aquellas centellas de las siguientes palabra (*g*): «Quisiera ahora hallarme entre vosotros y mudar mi voz (esto es, transformarme en todas las figuras del orar), porque me confundo en vosotros.» Que es decir, porque estoy falto de consejo, y lleno de tristeza y congoja, y no sé adonde volverme ni qué consejo tomar. ¿Y con qué dolor, con qué lágrimas testifica él mismo haber escrito la primera carta á los de Corinto (*h*), por haber entendido que se habian apartado de la sencillez del Evangelio? Mas ¿qué nos dan á entender aquellas palabras del mismo (*i*): «Todo lo aguanto por los escogidos, para que ellos logren tambien la salvacion;» y las otras (*k*): «Me he hecho un todo para todos, para salvar á todos?» Y escribiendo á los de Tesalónica (*l*): «Queríamos daros, dice, no solo el Evangelio, sino tambien nuestras almas, porque os habeis hecho estimadísimos de nosotros.»

4. Y nadie me oponga que este celo solamente fué de los pechos apostólicos que recibieron la plenitud del espíritu, y que nosotros, que hemos nacido en esta hez del mundo, no recibimos aquella abundancia de celestiales dones, para que podamos arder en semejante fuego. Sea así enhorabuena. Pero es cierto que aun ántes de la gracia del Evangelio se abrasaban en este mismo ardor y deseo los profetas, como lo dan bien á entender las lágrimas que vertian por los pecados de los hombres, y los tormentos y muertes que padecieron por la severidad y acrimonia con que los reprehendian. Mas despues de la predicacion de los apóstoles, ¿cuántos santos padres y doctores ardieron con semejante celo? De nuestro padre Santo Domingo, entre otras prendas de suma alabanza, tambien se cuenta que ardia su corazon como una hacha encendida, por el dolor de las almas que se perdian. Y abrasado de este ardor, y movido del espíritu divino, fué el primero que concibió el designio de establecer en la Iglesia un nuevo órden de predicadores, que en efecto fundó é instituyó. Porque era tan encendida su caridad para con los hombres, tan vivo el sentimiento de la perdicion de las almas, que no perdonaba incomodidad ni trabajo, velando los dias y las noches, instando oportuna é importunamente por la conversion de los pecadores. De manera que alguna vez ayunó una cuaresma entera á pan y agua, reclinando las noches sobre una tabla los miembros fatigados de todo el dia, para que unas mujeres que le hospedaban y habian sido engañadas con falsa maña de los herejes, se redujesen á la sinceridad de la fe católica, como lo consiguió.

5. Esta buena intencion, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro de este oficio. Ni las escuelas todas de los retóricos, ni todos sus preceptos, podrán ayudar tanto para hacer bien este oficio como este divino ardor. Porque este afecto, por sí solo, que es como la mente y alma de este artificio, da al predicador casi todo lo que ha menester. Este enseña á despreciar todo aquello que mas sirve para deleitar á los oídos con el sonido armonioso de las palabras y agudeza de los conceptos, que para instruir y dar salud á las almas. Este divino ardor obliga á buscar todos los modos de persuadir y mover al corazon, y á asestar todas las máquinas á los entendimientos de los oyentes, para infundirles el temor de Dios, y moverlos al aborrecimiento del pecado y de la mala vida. Este, cuando se ofrece la ocasion, mueve afectos poderosos, da admirables documentos para vivir bien, levanta con la acrimonia y enerjía los ánimos descaecidos de los oyentes, y despierta á los dormidos. Este exclama, arguye, ruega, reprehende, espanta, es

(*m*) Ps. 49. (*n*) Matth. 23. (*a*) Apoc. 12. (*b*) Gen. 30. (*c*) Ps. 118. (*d*) Ps. 68. (*e*) 2. Corinth. 11. (*f*) Galat. 4. (*g*) Ibid.

(*h*) 2. Corint. 2. (*i*) 1. Timoth. 2. (*k*) 2. Corinth. 9. (*l*) 1. Thesal. 2.

pasma, se admira, y se transforma en todos los afectos y figuras del decir. Resuscita los muertos, habla á los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla cielos, tierras, mares, y como arrebatado de un furor profético, exclama (*m*): «Tierra, tierra, oye el sermon de Dios;» y (*n*): «Pasmáos, cielos, en esta desventura: desquiciáos, puertas del cielo; » y (*o*): «Raza perversa y depravada: ¿así correspondes al Señor, pueblo necio é insensato?»

6. Estas expresiones y otras muchas inspira este ardentísimo deseo al ánimo del predicador, que á veces está que no coge en sí y parece que está para reventar, cuando ve la religion despreciada, los vicios dominantes, los entendimientos ciegos, los pechos endurecidos é insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas. Así no hay piedra que no mueva, ni deja cosa que no intente para sacar á los hombres de la misma garganta del dragon, y librarlos de la eterna ruina que les amenaza. Tan grande es la fuerza y el poder de este ardor, que solamente puede mover é inflamar aquel celestial espíritu. Por tanto, no sin razon dijimos ser este el maestro principal de esta obra y artificio. Este es aquel espíritu de los valerosos, que como un torbellino bate una pared: esto es, rompe y hace temblar los pechos, por mas que endurecidos con la vieja costumbre de pecar. Esta es aquella voz del Señor que hace rajas los cedros, que apaga la llama del fuego, que hace parir de miedo á las ciervas, y que rompe finalmente por todo lo que se le resiste. Esta voz pues, este ánimo, este ardiente y concitado deseo, debe tener cualquiera que se dispone á ejercer dignamente este profético y apostólico ministerio. Por lo cual, preguntando un varon piadoso que comenzaba á predicar, á un maestro consumado y de larga experiencia en esta arte, de qué necesitaba mas para ejercerla con acierto: «Nada mas, respondió él, sino que el predicador esté abrasado en ferventísimo amor de nuestro Señor Jesucristo.»

7. El que con este afecto pues ama al Señor, estará muy sediento de su gloria y de la salvacion de las almas por quienes dió el mismo Señor su vida; y con igual afecto abominará de las cosas que el Señor infinitamente aborrece, que son los pecados y delitos de los hombres. Y así sucederá que cuando hayan de tratarse estas materias, no hablará de prisa, con descuido ó con pereza; sino con fervor, con fortaleza, conforme á la dignidad de los asuntos, y de modo que imprima en los ánimos de los oyentes aquel afecto que anticipadamente manifiesta él mismo con la voz, con el semblante, con el gesto, con la acrimonia y valentía en el decir. Viniendo pues, como ántes dijimos, este afecto y ardor, no de la naturaleza, sino del Espíritu Santo y de su poderosa gracia, no puede el pueblo dejar de admirar, respetar y reverenciar á quien oye declamar con este ardor, por comprehender que se esconde allí alguna otra cosa mas grande, superior al poder y facultad humana, y que «está allí el dedo de Dios». Cuyo conocimiento conmueve y atierra fuertemente los corazones de los hombres, ya sea por entender que les habla Dios por humana boca, y que los está llamando á sí, ya sea porque de aquella desusada acrimonia infieren la dignidad de la materia que se trata. Diciendo pues Ciceron que no hay elocuencia que no admire, cierto es que con ninguna cosa se excita mas la admiracion de los oyentes, que con esta valentía de orar.

8. Si por ventura preguntare algun predicador virtuoso, de qué manera puede uno penetrarse de este ánimo y afecto; la respuesta es muy fácil, mas no lo es así el medio para conseguirlo. Porque como este ardor provenga, segun se dijo, del encendido amor de Dios, que no puede encontrarse sino en el conjunto de todas las virtudes, notoriamente aparece que este ánimo ha de adquirirse con la inocencia y pureza de la vida. En cuyo estudio, es cierto, ayuda mucho la pureza de intencion, de que poco ántes hablamos, con la cual busca el hombre con buen celo, no su gloria, sino la de su Señor. Ayuda tambien á esto la verdadera humildad, con la cual el piadoso predicador, y especialmente aquel que ejerce este cargo por precepto de sus superiores, se postra delante de Dios, y reconociendo por una parte su indignidad, y por otra la necesidad de la obediencia, pide al Señor que le conceda misericordiosamente espíritu y valor para el desempeño de este oficio. A esta humildad pertenece que el hombre sacuda de sí toda propia confianza para practicar este empleo, y que no piense que con su erudicion ó elocuencia, ó con lo sonoro de su voz y lo elegante de su pronunciacion, ó con la opinion y fama popular, ó con la mucha práctica y destreza de predicar puede conseguir cosa alguna; si por otra parte no le socorre el cielo y no se reviste de la virtud que desciende de lo alto. Traiga pues á la memoria la dificultad de esta empresa, segun que bastantemente lo declaramos arriba, y entenderá que el único remedio que le queda, es dirigir todo su espíritu y sus ruegos á Dios, como el santísimo rey Josafat. De él espere el buen suceso de su trabajo, de él la salvacion de las almas, de él la fuerza y facultad de orar; no de los socorros humanos de la elocuencia y erudicion. Porque si el unigénito Hijo de Dios atribuia á su Padre, no solo la doctrina que predicaba, sino tambien el fruto de ella, diciendo (*p*): «Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me envió;» y: «Las palabras que yo os digo, no nacen de mí mismo;» y: «El sermon que habeis oido, no es mio, sino de aquel que me envió, esto es, de mi Padre;» ¿quién habrá tan insolente y desvergonzado que se atreva á apropiarse algo en el empleo de enseñar? Desterrada pues esta impía confianza propia, nada negará el piadoso Señor que ama la obediencia y verdadera humildad, al que en verdad es humilde y hijo de obediencia.

9. A mas de esto contribuirá mucho para mover la sed de la salvacion ajena, considerar las cosas que poco ántes dijimos de la dignidad de este empleo, y grandeza del mérito. Porque no habiendo, segun San Gregorio, sacrificio alguno mas acepto á Dios que la salud de las almas, y estando, como él mismo dice, en mayor privanza con Dios aquel que lleva mas almas á su amor, cualquiera que procura granjearse este divino amor, fervorosamente anhelará por atraer á muchísimos á su amor, para que al cabo venga él mismo á salir con su deseo. Aquí viene el insigne merecimiento, y juntamente el galardon de este trabajo, que prometen las sagradas letras á los piadosos predicadores. Esto declara Santiago apóstol, cuando dice (*q*): «Hermanos mios, si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y algun otro

(*m*) Jerem. 22. (*n*) Ibid. 2. (*o*) Deut. 32.

(*p*) Joan. 7 et 14. (*q*) Jacob. 5.

le convirtiere, debe saber que quien hiciere convertir al pecador descaminado, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.» Otrosí dice Salomon (*r*): «El que da con abundancia, será saciado, y el que embriaga, será tambien embriagado.» Porque ciertamente es justo delante de Dios, justísimo Juez, que en todas las obras se retorne á los hombres igual por igual: y asimismo, que aquel que con su afan y doctrina alimenta y enriquece de bienes espirituales á las almas de los otros, sea alimentado por el Señor, y enriquecido de semejantes bienes, con los cuales adornado y mejorado pueda comparecer seguro ante el tribunal del supremo Juez, y decir con el Apóstol (*s*): «¿Cuál es nuestra esperanza, ó cuál es nuestro gozo, ó nuestra corona de gloria? ¿Por ventura no lo sois vosotros delante de Jesucristo Señor nuestro, en su advenimiento.

10. No ménos aprovechará al predicador, si considerando la razon de su nombre, tuviere presente que el Señor le llama pescador de hombres. Y pues el pescador cuando echa la red pone su principal cuidado en no sacarla vacía, así el pescador de almas primeramente deberá procurar y hacer todo el esfuerzo posible para ordenar sus acciones de modo que llene la red evangélica de semejante presa: esto es, que pesque para Jesucristo las almas de los que se pierden. Y lo conseguirá sin duda si dice tales cosas, y de tal modo las dice, que pueda herir los pechos endurecidos, y con la luz de su doctrina dar noticia de la verdad á los que yacen en tinieblas y en la noche obscura de la culpa; para que conociendo su miserable estado y el peligro de su alma, se compungan de corazon, y finalmente se reduzcan al camino de la salud. A cuyo fin debe no pocas veces poner ante los ojos, ya la hora incierta de la muerte, ya la severidad del juicio divino, ya las horrendas llamas del infierno, ya la eternidad de las penas. Aunque no siempre deberá enderezar contra estos su oracion; porque siendo deudor á sabios y á ignorantes, á buenos y á malos; así como conviene inducir poderosamente á unos á la justicia y piedad, así deberá blanda y suavamente instruir y adotrinar á otros. Al modo pues que un pescador se ve triste cuando sacó de las aguas la red vacía, así el pescador de las almas, si se portó tan flojo en su oficio que pueda presumir por esta señal no haber cogido nada, deberá dolerse, no de su ignominia, sino de esta pérdida.

11. Ni tampoco es pequeño estímulo para predicar, haber sacado algunas almas de las ondas de este grande mar, y haberlas conducido á puerto de salvacion. Porque con esto el rostro hermosísimo de la virtud y justicia levanta en el ánimo del piadoso predicador un amor admirable, y le estimula á aquel modo de instruir con que puede acrecentar este incomparable tesoro de las almas. Así como los que mantienen alcones para cazar aves, cuidan primero que se ceben ántes en alguna presa fácil, para que despues se vayan con mas ahinco á perseguir las aves de que ya gustaron, así los predicadores, que pusieron en libertad algunas almas, sacadas á viva fuerza de la garganta del infernal dragon, suelen aplicarse con igual celo y trabajo á coger otras. De este modo Agesilao, rey de los lacedemonios, hostigaba los ánimos de sus soldados á la batalla, mostrándoles los preciosos despojos de los enemigos que poco ántes habian cogido en la guerra. Así, póngase el predicador á la vista el noble botin de las almas que quitó al diablo de entre zarpas, para disponerse á tan alto empleo con mayor gusto y alegría. Cualquiera pues que presentó á Cristo, Señor nuestro, semejantes despojos: esto es, el que parió para Cristo nuestro Señor hijos espirituales con la semilla de la divina palabra, podrá ciertamente gloriarse con Lia, y servirse de aquellas sus palabras (*t*): «Ahora me querrá mas mi marido, porque le he parido tres hijos.»

12. Mas sobre todo, para conseguir este afecto de caridad, ayuda maravillosamente el estudio de la santa oracion y contemplacion, en la cual contempla nuestro entendimiento las cosas espirituales y divinas. Así sucederá que venga á encenderse en amor de ellas, y á nutrir y fomentar todos los piadosos afectos, para contemplar las cosas espirituales, de lo cual tratarémos luego. De suerte, que los que sin esta interior mocion del espíritu divino quieren conseguir la fuerza y acrimonia en el decir, que hasta aquí describimos, pensando que con el arte y una fingida y aparente enerjía alcanzarán este verdadero afecto, son muchas veces ridículos, y de muchas maneras se engañan á sí mismos, mayormente si su vida no se conforma con este modo de orar. Porque si el pincel de un Apéles no pudo llegar á retratar tan al vivo á un niño que llevaba unas uvas, que no conociesen las avecillas el engaño de la pintura, ¿con qué cara piensa alguno que ha de conseguir con el arte lo que es don particular del Espíritu Santo, y don verdaderamente preciosísimo? Porque si el arte no puede llegar á tal punto que imite perfectamente á la naturaleza, ¿cómo podrá representar la enerjía del divino espíritu, que es superior á la naturaleza misma?

CAPITULO VIII.

Del estudio de la santa oracion y meditacion, que ha de tener el predicador.

1. Ademas de la integridad de vida y pureza de intencion que enseñamos deber hallarse en el predicador, pedimos tambien un estudio particular de la santa oracion, el cual no puede dejar de tener quien está dotado de esta pureza de vida y de intencion. Y nadie me juzgará nimio ó supersticioso en pedir tantas virtudes, si considerare prudentemente la razon de este oficio. En efecto, muchas mas virtudes desea en el doctor eclesiástico San Bernardo, quien despues de haberse quejado gravemente, segun ántes dijimos, de que tuviésemos en la Iglesia muchas canales, pero poquísimas conchas, por cuanto los predicadores quieren derramar primero que llenarse, explica lo que ellos deben acaudalar ántes, por estas palabras (*a*): «Mirad qué de cosas se nos han de infundir primero, para que osemos derramar, dando de la plenitud, no de la escasez. En primer lugar la compunccion, en segundo la devocion, en tercero el trabajo de la penitencia, en cuarto la obra de piedad, en quinto el estudio de la oracion, en sexto el ocio de la contemplacion, en séptimo la plenitud del amor.» ¿Ves pues cómo entre estas prendas pide este varon santísimo el espíritu de devocion, el estudio de la oracion, y el ocio de la contemplacion? Y el mismo otra vez, en la carta 201, á cierto abad, enseña que tres cosas le eran precisas para promover la salvacion de los hombres. «Ahora, dice, restan tres cosas, doctrina, ejemplo y oracion; la mayor

(*r*) Prov. 11. (*s*) Thesalon. 2.

(*t*) Gen. 29. (*a*) S. Bernar. Serm. 18. in Cant.

de todas es la oracion, porque esta es la que alcanza la gracia y eficacia á la obra y á la voz.»

2. Mas dejando aparte que esta misma pureza de vida y de intencion apénas se halla sino en un pecho saciado en la contemplacion de las cosas de Dios, es constante sentir de los santos padres, que los doctores evangélicos reciben en la oracion lo que despues dan al pueblo, como se vió en los profetas, príncipes de este oficio, que recibian del Señor lo que al pueblo comunicaban. Y esto significan aquellas palabras del Profeta (*b*): «Reciban los montes la paz para el pueblo, y los collados la justicia.» Por lo que dice San Gregorio: «El Redemptor del género humano, de dia hacia milagros en beneficio de los hombres, y velaba toda la noche en el monte, ocupado en la oracion, para dar á entender á los perfectos predicadores que no dejen del todo la vida activa por el amor de la especulacion, ni desprecien los gozos de la contemplacion por la demasiada aplicacion al trabajo, sino que beban en el retiro de la contemplacion lo que han de derramar sobre sus prójimos.»

3. A mas de lo dicho, siendo el fin de este ministerio la salud de las almas, y la penitencia y conversion de los hombres perdidos, es necesario que el predicador, no solo con palabras, sino tambien, y aun mucho mas con ruegos y con lamentos, implore el socorro del Señor, para que adelante y prospere sus piadosos deseos y trabajos. Debe pues acordarse de lo que pasó á San Pedro, que trabajando toda una noche con sus compañeros no pescó nada; mas habiendo echado la red en el nombre del Señor, cogió una gran cantidad de peces. Por esto San Agustin aconseja al predicador, que si quiere salir con su intento, se valga mas de ruegos á Dios que de palabras. Pues dice así (*c*): «Trabaje el predicador en que le oigan con inteligencia, con gusto, con obediencia, y no dude que puede mejor lograrlo con la piedad de las oraciones, que con la fuerza y copia de razones; para que orando por sí y por sus oyentes, ántes sea orador que maestro; y llegándose la hora, ántes de mover la lengua, levante á Dios su sediento espíritu, para que regüelde lo que hubiere bebido, ó vacie aquello de que se hubiere llenado.»

4. A esto se añade, que como en sentir del mismo padre San Agustin y de todos los varones elocuentes, tanto al oficio del orador, como al del predicador pertenezca enseñar, deleitar y mover; y el enseñar sea de necesidad, el deleitar de suavidad, y en conmover y persuadir consista la victoria, ¿cómo podrá el predicador mover afectos si él no está movido? «Mal podrán, dice San Gregorio, las palabras que salen de un corazon frio encender en sus oyentes deseos celestiales, no pudiendo una cosa, que en sí misma no arde, encender á otra.» Sobre lo cual no repararé alegar aquí la sentencia del príncipe de los retóricos, Quintiliano, que en el libro VI de las Instituciones Oratorias, hablando del modo de excitar los afectos, dice así: «La suma de todo este artificio, en mi sentir, consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover á los otros. Porque la imitacion del llanto, del enojo y de la cólera será ridícula, si á las voces y al semblante no acompaña tambien el ánimo. En efecto, ¿qué otra es la causa de que los que lloran penetrados de un verdadero reciente dolor, expliquen tan vivamente sus sentimientos, y que la ira vuelva á veces elocuentes á los ignorantes, sino la fuerza interior del ánimo, y la verdad misma de los afectos de que están poseidos? Por tanto, en las cosas que queremos sean verosímiles, seamos nosotros parecidos á los afectos de los mismos que realmente los padecen, y nazca la oracion del ánimo que quisiera imprimir en el juez. ¿Se dolerá por ventura el que me oyere, no doliéndome yo de lo que le digo? ¿Se indignará aquel, si el mismo que le mueve á la ira y lo procura, no la tiene? ¿Llorará el juez, hablándole con los ojos enjutos? Es imposible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que dé á otra el color que ella no tiene. Primero pues debe hacernos fuerza, lo que queremos que la haga al juez; y que nos apasionemos, ántes que intentemos apasionarle.»

5. Estas razones de aquel excelentísimo maestro convencen, que lo que principalmente conduce para mover los afectos es convencernos ántes nosotros mismos. Pregunto pues, ¿quiénes son los que están dominados de los afectos de las cosas divinas, ahora sean estos acres y ardientes, ahora sosegados y suaves, sino aquellos mismos que con la continua meditacion de las cosas divinas y con el estudio de la santa oracion procuran dia y noche calentar, nutrir y aumentar el afecto de la devocion? Porque su primer cuidado es levantar con semejante ejercicio su pensamiento á Dios, alimentar la devocion y encender piadosos afectos en sí mismos. Muchos de ellos tienen tan dispuesto y tan preparado el ánimo, que una chispa que los toque de la palabra divina, al instante se encienden como una pólvora. Por lo que de uno de los compañeros del bienaventurado San Francisco, que del todo estaba dado á la contemplacion de las cosas divinas, se refiere haberle sucedido muchas veces, que con solo oir la voz Paraíso casi se arrebataba en éxtasis de puro deseo y regocijo. Ultimamente, como el fuego prende con facilidad en la leña seca, mas no así en la verde y húmeda, así los predicadores aplicados al estudio de las cosas divinas y de devocion, fácilmente, como leña seca, se inflaman en el fuego de la devocion y amor, con el cual encienden los ánimos de los oyentes; mas los que no tienen devocion, como leña húmeda, ni á sí mismos se encienden, ni pueden encender á los demas.

6. Todo cuanto hemos dicho resume San Próspero en el libro primero de La Vida contemplativa, en estas palabras: «El predicador no confíe en la elegancia de las palabras, sino en la virtud de sus obras: no se deleite con las aclamaciones del auditorio, sino con los llantos: no procure ganar aplausos, sino gemidos, y derrame él primero las lágrimas que desea derramen sus oyentes, y así los encienda con la compunccion de su corazon.» Habiendo pues dicho del oficio y dignidad del predicador lo que nos ha parecido oportuno, en el libro siguiente empezarémos á tratar del arte misma, emprendiéndola, como dicen, desde su primer cuna.

(*b*) Ps. 71. (*c*) S. August. 4 de Doct. Christ.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

Qué sea retórica, cuál su materia, cuál su oficio y fin, y cuáles sus partes.

1. Retórica es una «arte de bien hablar», ó una «ciencia de hablar con prudencia y adorno» sobre cualquier asunto. Porque aunque el nombre retórica signifique aquella parte de la elocuencia que contiene meramente los preceptos del arte, aquí tomamos nosotros la retórica por la elocuencia, que es aquella habilidad de explicarse con prudencia, con claridad, con abundancia y con armonía: esto es elocuencia, que no viene á ser otro que una sabiduría que habla copiosamente. De lo cual se infiere, cuánto se engañan los que piensan ser la elocuencia un tumultuario amontonamiento de vocablos sinónimos, y un afectado gracejo y donaire de hablar; siendo así que no hay cosa mas opuesta á la verdadera elocuencia. Porque no es la elocuencia aquella vana y casi pueril cadencia de palabras que muchas veces se ostenta y hace insolente alarde en el pueblo; sino, como dijimos, una sabiduría que habla con discrecion y afluencia, la cual se insinua dulcemente en los ánimos de los prudentes. Quita pues la sabiduría, y seguirse ha la ruina de la elocuencia. Así que, cuanto uno hablare con mayor prudencia y gravedad, guardando al mismo tiempo la pureza del lenguaje, tanto mas insignes muestras dará á todos de su elocuencia.

2. Ademas de esto, decimos que la materia de una arte es aquella en que se ejercita toda el arte, y la facultad que del arte se forma. Por lo que, así como decimos que la materia de la medicina son las enfermedades y heridas, porque de ellas trata toda la medicina, así llamamos materia del arte retórica aquellas cosas en que el arte y facultad oratoria se versa. Unos juzgaron ser estas cosas mas, otros ménos. Porque Georgias Leontino, casi el mas antiguo de los retóricos, hizo juicio que de todas las materias puede hablar perfectamente el orador. Donde parece que sujeta á este artificio una materia infinita é inmensa. Mas Aristóteles, que acrecentó con muy buenas reglas y perfecciones esta arte, juzgó que el oficio del retórico se ejerce en tres géneros de cosas, demonstrativo, deliberativo y judicial. Demonstrativo es el que se emplea en la alabanza ó vituperio de alguna determinada persona. Deliberativo es el que, puesto en disputa ó en consultacion civil, lleva consigo la pronunciacion de la sentencia. Judicial es el que, puesto en juicio, contiene acusacion y defensa, ó pedimento y recusacion. Y en nuestra opinion es verdadero decir, que el arte y facultad del orador se versa en la materia de estos tres géneros. Este es tambien el sentir de Ciceron, que abrazamos con gusto, con tal empero que entendamos que, si bien la materia de esta arte se limita á estos términos, con todo su parte principal, esto es, la elocucion, de la cual la misma elocuencia tomó el nombre, se extiende dilatadísimamente á todas las facultades de todos géneros. Porque muchos filósofos, médicos, jurisperitos, matemáticos y teólogos instruidos en la reglas de esta parte, esto es, de la elocucion, hablan con muchísimo primor y elocuencia.

3. De estos tres géneros de causas omitirémos al judicial, (que fué el que mas practicaron los retóricos, habiendo inventado el arte de bien decir ó de orar, para tratar en juicio las causas civiles), por considerarle nosotros como ajeno de nuestro propósito, pues no damos reglas á los abogados, sino á los predicadores. Así nos contentarémos con el deliberativo, esto es, suasorio, y con el demonstrativo. De aquel nos valemos para persuadir las virtudes y para disuadir los vicios; de este para celebrar las alabanzas de los santos.

4. El oficio de esta facultad parece ser, decir á propósito para persuadir; el fin, persuadir efectivamente con la enerjía del decir. Entre el oficio pues y el fin hay esta diferencia: que en el oficio se atiende qué es lo que deba hacerse; en el fin, qué es lo que al oficio convenga. Así decimos ser el oficio del médico procurar derechamente y por buenas reglas la salud; el fin, sanar efectivamente con la curacion. Sabrémos pues cuál sea el oficio y cuál el fin del orador, cuando dirémos que su oficio es lo que debe hacer, y su fin aquello por cuya causa lo debe hacer.

5. Mas como la razon de las cosas que se hicieron para conseguir algun fin, debe tomarse del mismo fin, de este mismo fin se vendrá en conocimiento de lo que debe hacer y tener el predicador. Porque primeramente, para hablar á propósito, para persuadir, es menester que enseñe, que incline, que deleite. Al dialéctico que pretende probar una cosa dudosa, le basta que enseñe: esto es, que convenza con argumentos lo que quisiere. Pero como el orador no acostumbra solo conciliarse la fe de sus oyentes, sino tambien moverlos á obrar alguna cosa, á mas de probar con argumentos, debe con la hermosura del estilo y variedad de las materias deleitarlos, conmoviéndolos con afectos é impeliéndolos á obrar. Y así enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, rendir es propio de la victoria; de lo cual hablarémos mas difusamente en su lugar. Y ciertamente enseñar, como dice Rodulfo (*a*), es cosa fácil y que cualquiera, aunque de corto entendimiento, lo puede hacer; mas consternar con los afectos al oyente y transformar su ánimo del modo que tú quieras, atraerle ademas de esto, y con el gusto de oir tenerle suspenso, esto solamente queda para los ingenios grandes y mas favorecidos de las musas.

6. De este mismo oficio ó fin colegimos tambien las partes que debe tener el orador ó predicador. Porque conviene que haya en él invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion. La invencion es el acto con que el entendimiento busca y halla cosas verdaderas ó verosímiles, aptas á persuadir lo que se intenta. Disposicion es el órden y distribucion de las materias, que muestra lo que y en dónde se ha de colocar. Elocucion es un buen acomodamiento de las palabras proporcionadas para decir las cosas y sentencias inventadas. Memoria es una firme percepcion de las cosas y palabras antecedentemente sabidas. Pronunciacion es un temperamento ó moderacion de la voz, del semblante y del gesto con decoro y gracia.

7. Mas para conseguir todo esto, son precisas tres cosas: arte, imitacion y ejercicio. El arte es la regla que prescribe el medio y la razon para hablar con acierto. La imitacion es la que nos impele con diligente razon á

(*a*) Rodulf. Agricol. lib. 1, Topic.

querer asemejarnos á algunos en el decir. El ejercicio es un continuo uso y costumbre de hablar. Son pues menester los preceptos del arte: lo primero, para juzgar no solo de los escritos de los varones elocuentes que nos proponemos imitar, sino tambien de nuestras mismas producciones; lo segundo, para ayudar á la naturaleza, la cual, si no es muy buena, á lo ménos puede algun tanto corregirse; y como escribe Ciceron, aunque algunos dotados de grandes talentos consigan sin reglas gran facundia, no obstante, el arte es guia mas segura que la naturaleza; porque lo que haces con sola la luz natural, eso mismo con el arte lo harás con mucho mas acierto y primor.

8. Sin embargo nadie imagine que en las reglas del arte se encuentra tanto socorro, que con ellas solas juzgue estar ya suficientemente instruido para orar. Pues ninguno alcanzará la palma de la elocuencia sin las otras dos partes, esto es, la imitacion y el ejercicio; de las cuales la una consiste en la mucha leccion de varones elocuentes, y la otra en el continuado uso de escribir. Ni aun basta leer mucho, si leyendo no reparas con diligencia en todas las figuras de hablar, en las sentencias, en las frases, en los tropos, y finalmente en cuanto pertenece á las reglas de la invencion y elocucion, para que de esta manera te hagas familiares los preceptos del arte, y los tengas siempre aprontados y como á la mano. Pues hay muchos que leen las obras de varones muy elocuentes, y contentándose solamente con el conocimiento de las cosas, sin observar los modos de hablar, no hacen ningun progreso.

CAPITULO II.

Cómo se diferencia la retórica de la dialéctica

1. Pero para que comprehendamos con mayor claridad la difinicion de la retórica, que da gran luz para conocer radicalmente su razon y esencia, se ha de explicar con alguna extension, en qué convenga con la dialéctica y en qué se diferencie de ella. Porque declarada la semejanza y diversidad de las cosas entre sí muy afines, se colige su difinicion, pues consta por sentencia del filósofo, que la retórica tiene parentesco con la dialéctica, y que se contiene debajo de ella, como de ciencia superior, así como la música debajo de la aritmética. Sobre lo cual cantó así Arias-Montano:

Huic, soror est ventre ex uno concepta gemella:
Præcipuè Logicem dixerunt nomine Graii,
Quæ rationis opes, vires, nervosque ministrat
Dicenti, vivos adbibet germana colores:
Hæc vincit, victum illa sequi, paréreque suadet.

Es del arte retórica excelente
Hermana la dialéctica melliza:
A quien sabia la Grecia antiguamente
Acomodó esta voz propia y castiza.
Es facultad, que al orador prudente
Nervio, fuerzas, razon le caudaliza:
La hermana color le da. Esta ha vencido:
Hace aquella seguir al ya rendido.

2. Lo cierto es, que el fin de una y otra ciencia es el mismo, y unas mismas las razones por donde se llega á este fin. El fin de entrambas es persuadir y hacer creer lo dudoso, para lo cual se valen de diversas razones y argumentos. Pero ambas tienen cuestiones desemejantes, distintos oyentes, y siguen tambien diferente manera de hablar. Porque como unas cuestiones se ordenan para entender, otras para obrar; y por eso aquellas se llaman especulativas, estas prácticas; la dialéctica se versa mas en las cuestiones del primer género, y nuestra retórica, esto es, la eclesiástica, de que nos proponemos hablar, trata mas veces de las del segundo. Porque, si bien á primer vista parezca otra cosa, siempre intenta persuadir ó disuadir, cuando aparta á sus oyentes de la maldad ó los excita al amor de la virtud y piedad.

3. Tambien hay muchísima diferencia entre los oyentes, con quienes hablan el dialéctico y el predicador. Porque aquel de ordinario disputa en las escuelas con los doctos; este con el pueblo, que mejor se gana con ejemplos y afectos, que con razones filosóficas. De donde procede asimismo aquella diferencia entre la dialéctica y la retórica que Cenon explicó con el ejemplo de la mano cerrada y abierta, diciendo: «Que la dialéctica es como el puño, y la retórica como la mano abierta:» por ser mas breve el estilo de aquella, y el de esta mas difuso y extendido. En efecto, el estilo dialéctico parece que solamente une los nervios y huesos del cuerpo, y los coloca en sus propios lugares; mas la retórica con la elegancia y afluencia de la oracion, como que añade sangre, carne, piel, color, hermosura y ornato. Así los que carecen de estas cosas son llamados de los retóricos, secos y ayunos.

4. Esta postrer diferencia se colige de las antecedentes. Ni con ménos propiedad se explica esto mismo con el ejemplo de los pintores, los cuales primero delinean todos los miembros de una imágen, como en bosquejo, y despues añaden varios colores y adornos, y lo demas que se requiere para una perfecta y acabada pintura. Aquello primero declara el oficio de la dialéctica, y esto último el de la retórica. Esta pues última diferencia nace de las dos superiores que poco ántes dijimos. Porque la ruda y necia muchedumbre ha de ganarse con largas oraciones; pues para que ella no solo sepa y entienda, sino que haga lo que queremos, importa aterrarla y conmoverla, no solamente con silogismos, sino tambien con afectos y con un gran golpe de elocuencia, la cual pide, no un razonamiento breve y angosto, sino acre, vehemente y copioso.

5. De esto hay un ejemplo muy propio en Séneca, que en gracia de la enseñanza me plugo insertar aquí. Dice pues de esta manera (*a*): «Cenon, varon muy grande y fundador de esta fortísima y santísima secta, quiere disuadirnos y apartarnos de la embriaguez. Ten cuenta ahora cómo prueba que un hombre de bien no ha de ser borracho. Nadie fia un secreto de un borracho, pero le fia de un hombre de bien: luego no es hombre de bien el borracho. No es dueño de sí el ánimo tomado de la embriaguez. De manera, que así como las mismas tinajas del mosto revientan, y la fuerza del calor hace sobresalir cuanto hay en el fondo; así cuando el vino hierve, todo lo que está escondido en lo mas hondo sale y se pone de manifiesto. Los atestados de vino, así como no detienen el manjar rebosando el vino, tampoco un secreto: igualmente derraman lo suyo que lo ajeno.

»Mas si quieres concluir que un hombre de bien no debe embriagarse, ¿para qué te vales de silogismos? Di cuán torpe cosa sea cargar el estómago mas de lo que puede llevar, y no conocer su medida; cuántas cosas hacen los borrachos de que se avergüenzan los sobrios, y que la embriaguez es con todo rigor una locura voluntaria. Démos que aquel hábito de embriagarse dure por muchos dias, ¿dudarás acaso del furor? No es ménos

(*a*) Senec. Epist. 83.

locura ahora, aunque dure ménos. Ponte á considerar el ejemplo de Alejandro de Macedonia, que en un banquete atravesó con la espada el cuerpo de su amantísimo y lealísimo Clito, y despues que conoció su delito, se deseó la muerte, y ciertamente la merecia.

» Todo vicio enciende y descubre la borrachera. Quita la vergüenza que ataja los malos intentos; pues son mas los que dejan de pecar por vergüenza, que los que lo dejan por buena voluntad. Luego que se toma el ánimo del demasiado vigor del vino, todo lo mal escondido sale fuera. No causa los vicios la embriaguez, sino que los descubre. Entónces el lascivo no busca el aposento, sino que luego y sin tardanza suelta la rienda á sus apetitos. Entónces el deshonesto confiesa su mal y lo publica. Entónces el desvergonzado, ni contiene la lengua ni la mano. Crécele al insolente el orgullo, al cruel la crueldad, al envidioso la malicia: todo vicio se descubre y se manifiesta.

» Junta á esto aquella ignorancia de sí mismo, palabras dudosas y mal declaradas, la vista turbada, el paso trémulo, vahidos de cabeza, los mismos techos movedizos, como si un torbellino hiciera mover toda la casa, los dolores de estómago cuando el vino bulle, y estira las entrañas mismas. Y aun entónces tal cual puede pasarse miéntras él conserva sus fuerzas. ¿Pero qué dirémos cuando un fatal sueño le postra, y lo que fué embriaguez pára en ahito? Ponte á considerar la gran mortandad que causó la pública borrachera. Esta hizo que gentes muy valerosas y guerreras se entregasen á sus enemigos. Esta abrió las murallas defendidas con guerra pertinaz de muchos años. Esta á hombres rebeldísimos, que rehusaban el yugo, sujetó á voluntad ajena. Esta con el vino sojuzgó invencibles escuadrones. Al mismo Alejandro, de quien poco ántes hice mencion, y á quien tantas jornadas, tantas batallas, tantos inviernos que habia pasado allanando la dificultad de los tiempos y de los lugares, tantos rios caudalosos cuyo orígen se ignora, tantos mares no pudieron detener ni dañar; la destemplanza en la bebida, y aquella hercúlea y fatal copa le arrojó al sepulcro. »

6. Hasta aquí Séneca, cuyas palabras quise poner á la letra, porque clarísimamente muestran la diferencia del estilo dialéctico y retórico. Sin embargo no debe el retórico hablar siempre de este modo, sino cuando el asunto requiere mas la amplificacion que la prueba. Porque el retórico en las pruebas imita la brevedad y sutileza de los dialécticos; mas de tal manera, que, como ántes dijimos, la oracion no conste solamente de nervios y huesos, sino tambien de carne y piel: esto es, que se vista del ornato oratorio.

7. Fuera de esto, el oyente no solo debe ser doblado con la fuerza de la oracion, sino que tambien debe ser recreado con la dulzura y elegancia de ella. Así, como enseña San Agustin (*b*), atiende con mas gusto, se coge á ménos costa, y es llevado adonde le impeles. Porque nadie se inclina á hacer, lo que oye de mala gana. Mas esto, con un estilo angosto y seco, cual es el de los dialécticos, de ninguna manera puede lograrse. Por lo que dice el mismo San Agustin: « Si los oyentes mas presto deben ser movidos que enseñados, sin duda es menester mayor golpe de elocuencia para que no se entorpezcan en hacer aquello mismo que ya saben. Ahí son precisas obsecraciones y reprehensiones, concitaciones y apremios, y todo lo demas que sirve para conmover los ánimos. Pero esta manera de hablar no requiere un razonamiento breve y angosto, sino vehemente, acre y copioso. » De todo lo cual se ve claro en qué convienen entre sí estas dos artes, y en qué se distinguen, y cuánto mas difícil es impeler á obrar la voluntad de los hombres, que convencer su entendimiento y precisarlo con razones al asenso.

(*b*) Lib. 4 de Doct. Christ.

CAPITULO III.

Toda oracion se compone de tres partes: exposicion, argumentacion y amplificacion.

1. Siendo la oracion un instrumento del arte retórica con que ejerce el orador su oficio, quien atentamente considerare el motivo y todas las partes de la oracion, claramente hallará que todo hombre, ó sencillamente expone algo, ó lo prueba ó reprueba, ó lo amplifica para conmover el ánimo. Exponemos pues con estilo sencillo, ó con narracion histórica, con la cual declaramos nuestro intento, ó lo que ha sucedido ó puede suceder. Probamos con argumentos y razones, con las cuales intentamos hacer creible lo dudoso. Amplificamos, cuando con una oracion extendida, manifestando ser la cosa en su genero excelente, concitamos el ánimo del oyente á ira, compasion, tristeza, odio, amor, esperanza, miedo, admiracion, ó á cualquiera otro afecto. No ignoro yo que son comunes, como luego verémos, los lugares y argumentos de probar y amplificar; pero porque el modo de tratarlos es diferente, hemos querido mas, para facilitar la enseñanza, separar el uno del otro.

2. Mas, porque ningun discurso ni oracion hay entre los hombres que no se verse en estos tres géneros, hemos de explicar con diligencia en esta arte el modo con que cada uno de ellos se debe practicar. Así se logrará que el predicador entienda fácilmente, cuando ocurriera alguno de estos en el sermon, la manera con que puede tratarlo oportunamente. Y siendo el modo de probar y argüir el principal de estos tres, de donde tambien procede, segun dijimos, la facilidad de amplificar, en primer lugar se hablará de este y luego de los demas. Y porque el buen órden de hablar pide que tratemos ántes de las cosas mas comunes, y despues de las ménos comunes, que se contienen bajo de aquellas, primeramente expondrémos este método y razon comun de probar, que pertenece á todo género de sermones, y en seguida las reglas y argumentos propios de cada sermon: órden que siguieron Ciceron en Los Retóricos, y Aristóteles en Los Tópicos; pues aquel propuso como una selva para hallar todos los generos de argumentos, y despues descendió á tratar de cada una de las causas. Y Aristóteles del mismo modo describió todos los lugares que pertenecen á todas las cuestiones, y luego se pasó á explicar las cuestiones en particular, en que se controvierte algo acerca del género de la cosa, de la difinicion, del propio ó accidente.

CAPITULO IV.

Division de la cuestion.

1. Por cuanto toda razon de argüir y probar, de que hemos de hablar en este segundo libro, está destinada para decidir alguna cuestion, parece conveniente explicar primero de cuántas maneras sea la cuestion que

puede disputarse. Dos son pues los géneros de cuestiones, uno indefinido ó indeterminado, que en griego se llama *thesis*, y en latin *propositum*: otro definido ó determinado que se llama en griego *hypothesis*, en latin *causa* ó *controversia*. La tésis inquiere de las cosas en general, sin designar personas, tiempos ni lugares; mas la hipótesis, de las cosas en particular, que se contienen en las personas, tiempos y lugares. Tésis es: «Si se debe casar un hombre.» Hipótesis: «Si se debe casar un filósofo, ó un viejo, si en este tiempo, si en aquel lugar, si en aquellas costumbres: si ha de ser con forastera, si sin dote, si con vieja, si con moza, si Pompeyo con Julia.» Llaman circunstancias aquellas con que se vuelve definida la cuestion, como son: persona, cosa, causa, tiempo, lugar y modo, de que tratarémos en lugar mas conveniente.

2. La cuestion indefinida es en dos maneras; pues ó bien pertenece al conocimiento, cuyo fin es la ciencia, como «Si es la tierra esférica: si se halla verdadera amistad en el mundo»: ó bien pertenece á la accion, v. gr.: «Si ha de gobernarse la república: con qué cosas ha de cultivarse la amistad.» Tres son los géneros de la primera: «Si sea, lo que sea, cuál sea,» y sus semejantes, que los dialécticos enseñan en el tratado de los temas simples y compuestos. Si sea: como «Si hay pigmeos: si siempre ha estado el mundo: si ha de durar siempre el mismo». Qué sea: como «Qué es alma». Cuál sea: como «Si el cielo es colorado: si es loable ó útil estudiar filosofía».

3. De la otra cuestion, cuyo fin no es la ciencia sino la accion, hay dos géneros: uno para el oficio, otro para concitar movimiento en el ánimo, ó para aplacarle, ó bien para quietarle del todo. Para el oficio, así como si se busca: «Si deben engendrarse hijos.» Para mover los ánimos, cuando se hacen exhortaciones para defender la república, y para alcanzar la gloria y la alabanza. De cuyo género son las quejas, las incitaciones y las comiseraciones llorosas; como tambien la oracion que sosiega el enojo, ó quita el miedo, ó comprime el regocijo demasiado, ó sacude la melancolía.

4. Por esta division de la cuestion entendemos tres cosas que son muy necesarias para esta arte. Primeramente, que para la cuestion indefinida se requiere una fuente de invencion; otra para la definida, las que dijimos llamarse en griego *thesis* é *hypothesis*. Así para tratar la tésis se sacan los argumentos de aquellos lugares principalmente, que los griegos llaman *topicos*; mas para la hipótesis, de los lugares de las circunstancias que se atribuyen á las cosas ó personas, por cuanto semejantes cuestiones, como poco ántes hemos dicho, se contienen en las circunstancias de las cosas y personas. Pues aunque los argumentos que nacen de las circunstancias, tambien se reduzcan á los lugares de los tópicos, como que en su recinto comprehenden todo género de argumentos, con todo eso, por ser las circunstancias muchas y de muchas maneras, y por tomarse muchos argumentos de ellas, debió segregarse de aquellos lugares un peculiar tratado suyo, en el cual aquellas cosas, que allí brevemente se insinuan, se tratasen mas copiosa y extendidamente.

5. Esta misma division de la cuestion hace que entendamos lo que Ciceron y demas escritores de esta arte enseñan, es á saber: que la cuestion definida la hemos de reducir á la indefinida, esto es, la hipótesis á la tésis. Lo cual, para que se vea en un ejemplo, cuestion definida es: «Si debe aprenderse la filosofía de Aristóteles.» De esta es como cierta parte aquella indefinida: «Si se debe aprender la filosofía:» á la cual el orador trasladará la definida. Pero de este asunto se tratará mas largamente en su lugar.

6. Tambien esta division de la cuestion sirve para que sepamos que de un modo han de tratarse las cuestiones, cuyo fin es la ciencia, y de otro las que se llaman de accion. Porque en aquellas basta que declaremos la esencia de la cosa, ó que probemos la dudosa; pero en estas no solo debe ser instruido el oyente, sino que tambien debe ser impelido á obrar algo, causando algun movimiento en su ánimo; lo que sin duda pide mayor fuerza é ímpetu de oracion, como hemos enseñado, cuando señalamos la diferencia de la retórica y dialéctica. Esto así supuesto, comencemos á hablar de la invencion de los argumentos con que se tratan las téses ó cuestiones indefinidas.

CAPITULO V.

De los lugares de donde se sacan los argumentos con que principalmente se trata la cuestion indefinida.

1. Destinándose toda invencion de argumentos para probar ó amplificar, es preciso que cuantas cosas prueban ó amplifican un asunto, convengan de algun modo á las cosas mismas que pretendemos probar ó amplificar, ó se opongan tambien á ellas, siendo una misma la ciencia de las cosas entre sí contrarias. A las mismas cosas convienen unos predicados intrínseca, y otros extrínsecamente. Porque el género, la especie, la diferencia, la definicion, las propiedades, los accidentes, las partes, el todo, las causas y los efectos, en todas las cosas se hallan naturalmente, pues no hay cosa que no tenga estos como parentescos y atributos. Porque esta es como una genealogía comun á todas las cosas, y como cierto árbol de linaje, segun le pintan los teólogos, que ántes y despues de sí tienen á la derecha y á la izquierda en cierto modo sus parientes. Y se ponen delante el género de la cosa, el todo, las partes y las causas de donde la cosa procede: detras los efectos que se siguen de las causas: á la diestra y siniestra, la diferencia de la cosa, la difinicion, las cualidades propias y sus accidentes; si no es que quieras mas colocar entre los efectos á estos dos últimos, por cuanto salen de la forma de la cosa como de su causa.

2. A estos atributos que sobrevienen á las cosas, unos llaman adyacentes, otros adjuntos, y los dividen en tres tiempos: antecedentes, concomitantes y consiguientes. De los cuales, unos se juntan á las cosas necesariamente, otros no; y á estos postreros llaman comunmente los dialécticos, accidentes. Todo esto pues que variamente se junta á las cosas, se dice convenirles intrínsecamente; pero extrínsecamente decimos convenirles los semejantes, desemejantes, mayores, menores, los iguales, los ejemplos, los testimonios y los oráculos que hubo sobre la tal cosa. A estos atributos pues de todas las cosas llamaron lugares, tanto los dialécticos como los retóricos; por sacarse de ellos como de sus lugares y como de sus almacenes todos los argumentos, ya sea para probar, ya sea para amplificar; de los cuales Aristóteles, Ciceron, Boecio y otros muchos insignes

escritores, y en estos tiempos Rodulfo Agrícola, escribieron difusamente.

3. Y estos autores en la primer division distribuyen todos los lugares en artificiales y en inartificiales ó sin arte. A este segundo género pertenecen varias autoridades y testimonios, ya divinos, ya humanos, y así mismo diversos ejemplos: esto es, dichos ó hechos insignes. A aquel primer género se refieren todos los demas lugares, que hemos numerado, los cuales, ó están dentro de la misma substancia de la cosa, ó por alguna razon están unidos á ella, ó necesaria ó innecesariamente. Dícense pues estos artificiales, por cuanto de ellos se sacan pruebas y argumentos con la destreza é ingenio del orador; aquellos inartificiales, porque de ellos se sacan argumentos, no con el ingenio del orador, sino que tomados de otra parte se traen en comprobacion de la causa, aunque su conveniente y hermoso manejo pertenezcan muchísimo al arte, si no es que pensemos, como dice Rodulfo, que Lucano dijo sin arte:

Quis justius induat arma,
Scire nefas; magno se judice quisque tuetur.
Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.

Quien mas justamente
Vista el arnes,
Es asunto arduo
Malo de saber:
Pues á cada uno

Defiende un gran Juez.
La causa victoriosa
A Dios agradó;
Pero la vencida
Agradó á Caton.

4. Mas estos últimos lugares, aunque solo comprehenden ejemplos y testimonios, parte divinos, parte humanos; con todo, nos descubren un inmenso campo de pruebas y argumentos, puesto que cuanto se contiene en todas partes, ora sea en las divinas letras, ora en los sagrados cánones y concilios, ora en los libros de los filósofos, historiadores, y de todos los sabios, sirve para este lugar. Porque las pruebas que dimanan de estos lugares, de ningun modo se adquieren con el arte é ingenio del orador, sino con la varia y mucha leccion de autores de todas clases.

5. Pero volviendo al intento, la suma de esta arte es, que quien ha de probar ó impugnar alguna proposicion ó verdadera ó falsa, averigüe cuidadosamente todo lo que conviene al sujeto y predicado, como llaman los dialécticos, de la tal proposicion: esto es, toda la genealogía, digámoslo así, de una y otra voz, es á saber: el género, la especie, la difinicion, y lo demas que arriba insinuamos; porque de todos estos, como lugares, se sacan los argumentos. Pues cuando se prueba que alguna cosa conviene al sujeto y predicado con debida colocacion de términos, no hay duda en que verdaderamente se afirma lo uno de lo otro; siendo cierto que las cosas que convienen en un tercero, es fuerza que tambien convengan entre sí: y al contrario, si discuerdan, forzosamente han de discordar entre sí. Lo que Rodulfo demuestra con un ejemplo muy claro. Porque si quieres juzgar si dos columnas, v. gr., que están á alguna distancia, son ó no iguales, aplica á entrambas una vara, y si esta es igual á ambas, juzgas que son ellas iguales; si desigual, desiguales. La misma pues es la razon de argumentar. Llámase medio aquel tercero aplicable á entrambas partes, el cual se toma de todos estos atributos de las cosas que arriba mencionamos.

6. Será del caso ilustrar esto mismo proponiendo algunos ejemplos. Tomemos, v. gr., por asunto recomendar á los hombres el ejercicio de la santa oracion, y exploremos las cosas que la convienen, para que de ellas traigamos argumentos para persuadir. El género de esta virtud es la religion, la mas excelente de las virtudes morales: su difinicion es la elevacion del pensamiento á Dios, ó la demanda á Dios de una cosa honesta: la causa principal de la oracion es el Espíritu Santo, que nos induce á orar, y que aboga por nosotros con indecibles gemidos: las causas que impelen á orar son las miserias cotidianas de esta vida, los riesgos muy inminentes, y la grandísima propension del corazon humano á lo malo, que necesita de un continuado socorro del divino númen, y tambien la suma bondad de nuestro Dios, que ordena que le pidamos, y promete socorrer á los que le piden. Los efectos de la oracion son: primeramente merecer el aumento de la gracia y gloria, así como las demas obras de las virtudes hechas en caridad; lo segundo, satisfacer á Dios por las culpas cometidas; lo tercero, conseguir lo que le pedimos, si lo pedimos debida y religiosamente; lo cuarto finalmente, cobrar ánimo, llenarse y colmarse de la luz del cielo y de dulzura espiritual; y omito algunos otros efectos que fuera largo de contar. Sus partes son la oracion vocal y mental, ó por mejor decir, las que refiere el Apóstol, cuando dice (*a*): «Pido ante todo, que se hagan oraciones, obsecraciones, peticiones, acciones de gracias, etc.,» cuyas palabras puntualmente explica Casiano en las Colaciones de los Padres (*b*).

Los adjuntos á la oracion son los que necesariamente se la juntan, fe, esperanza, caridad, atencion y demas virtudes, sin las cuales no puede ser la oracion agradable á Dios. Los que ordinariamente á ella se siguen son: la pureza de la vida, amor del retiro, una mies de santos deseos, y la fortaleza de ánimo contra el pecado, la devocion y alegría para todas las obras de piedad, y el menosprecio de las cosas humanas. Porque gustada la dulzura espiritual, que es compañera de la devota oracion, toda la carne se vuelve desabrida. He dicho que estas cosas por lo comun son adjuntos de la oracion, porque vemos que algunos tienen oracion, y esto no obstante se descuidan en el cultivo de las virtudes. Los semejantes á la oracion son la leccion, meditacion y contemplacion; porque tambien en estos ejercicios se levanta el pensamiento á Dios. Contrario á la oracion es el olvido de Dios, que es orígen de todos los males, como la oracion es fuente y principio de todos los bienes. Los ejemplos y testimonios, ó de las sagradas letras ó de los santos padres, que recomiendan la oracion, y declaran su provecho y necesidad, son innumerables y ocurren á cada paso.

Así estos argumentos que dijimos ser sin arte, no los da el ingenio del orador, sino la memoria y la letura de todo género de autores. Tambien el olvido de Dios, que se opone á la oracion, podrá, no ménos que cualquiera de los otros lugares, socorrernos para la invencion. Pues habiendo explicado los males que se siguen del olvido de Dios, será fácil entender cuán recomendable sea la oracion que nos libra de tantos males, miéntras de continuo levanta el entendimiento á Dios. Así que, por este ejemplo claramente aparece cuánta copia de argumentos se adquiere con esta arte; pues de estos atributos de la oracion que hemos notado, se sacan á poca costa diferentes argumentos para recomendarla.

(*a*) 2. Tim. 2. (*b*) Collat. 9, cap. 8.

7. Mas con todo eso, entre estos lugares el mas fértil es el que se toma de los efectos y de los adjuntos, estén ellos juntos á la cosa necesaria ó innecesariamente, como poco ántes dijimos. Porque, aunque es mejor conocer las cosas por sus causas y principios; con mas frecuencia y facilidad argüimos de las causas por sus efectos, siéndonos estos mas notorios que aquellas. Con el uso pues de este lugar de los efectos y adjuntos, alabamos por una parte las virtudes cuando explicamos sus frutos y efectos, y todo, cuando va unido á ellas; y por otra reprehendemos tambien los vicios, cuando acordamos y amplificamos los efectos, y todos los males que consigo traen.

8. Séneca saca muchísimos argumentos de estos dos lugares contra la ira, por estas palabras (*c*): «Me pediste, Novato, que te escribiera de qué modo podria aplacarse la ira. No sin causa me parece que tuviste un especial miedo á esta pasion, la mas cruel y rabiosa de todas. Porque en las otras se halla alguna quietud y placidez; mas esta toda es ímpetu y perturbacion: como logre dañar á otro, no se cuida de sí: se arroja sobre las lanzas enemigas, y no piensa en otro que en vengarse. Así algunos varones doctos dijeron, que la ira es una breve locura; porque tampoco es dueña de sí misma, olvidada de su honor y de sus obligaciones, pertinaz y empeñada en lo que emprendió, sorda á la razon y á los consejos, agitada de motivos vanos, inhábil para conocer lo verdadero y justo, y muy parecida á las ruinas que se hacen pedazos sobre lo que cogieron debajo. Y para que sepas que los poseidos de la ira son unos locos, repara en la misma figura de ellos. Pues así como son señales ciertas de hombres furiosos, el semblante audaz y amenazador, la frente ceñuda, el rostro indignado, el paso apresurado, la inquietud de las manos, el color demudado, los suspiros frecuentes y arrancados con vehemencia; así son las señas de los airados las mismas. Arden y centellean sus ojos, toda su cara inflamada con la sangre que del corazon se arrebató á la cabeza; tremolan sus labios, rechinan sus dientes, pónese tieso y erizado el pelo, el aliento forzado y jadeando; sus artejos, que retorciéndose hacen ruido; su llanto y bramido; su lenguaje atropellado y mal declarados los vocablos; muchas palmadas, pateada la tierra, y todo el cuerpo conmovido y haciendo muchas amenazas: feo y horroroso aspecto de los que se depravan y embravecen.

»No sabrás si hay algun vicio mas aborrecible y mas disforme. Los otros pueden disimularse y mantenerse en secreto, la ira se descubre y sale á la cara, y cuanto mayor es, tanto mas á la cara hierve. Si quieres mirar pues sus efectos y daños, no hay peste que tan caro le haya costado al linaje humano. Verás muertes, venenos, recíprocas miserias de los reos, ruinas de ciudades, destruccion de naciones enteras, cabezas de príncipes puestas en almoneda, casas incendiadas y fuegos no contenidos en el recinto de las murallas, sino grandes espacios de tierras abrasadas por las llamas enemigas. Pon la vista en los fundamentos de ciudades nobilísimas que apénas queda señal de ellas, destruyólas la ira. Mira yermos por muchas millas despoblados, la ira los hizo tales. Mira tantos capitanes que la fama celebra, hechos ejemplos desventurados.» Todo esto es de Séneca, que trae muchas otras cosas semejantes. Con cuyo ejemplo se ve cuán fecundo es este lugar, que se toma de los efectos y adjuntos de las cosas.

9. A este modo tambien Architas, tarentino, como leemos en Ciceron (*d*), por los mismos lugares reprehende y disuade el deleite. Dice pues: «La naturaleza no dió á los hombres peste mas mortal que el deleite del cuerpo, cuyo torpe apetito incita todas las pasiones á gozarle con temeridad y desenfreno. De aquí nacen las traiciones á la patria, de aquí las ruinas de las repúblicas, y de aquí las secretas inteligencias con los enemigos. No hay finalmente maldad, no hay infamia á que no haya impelido el desordenado amor del deleite. Los estupros, los adulterios y todos los demas delitos semejantes no tienen otro incentivo que el del deleite. Y no habiendo la naturaleza ó otro Dios dado al hombre cosa mas noble que el entendimiento, nada hay mas opuesto á este don divino que el deleite. Pues dominando la liviandad no queda lugar ninguno para la templanza, ni donde reina el deleite puede subsistir la virtud. Y para que esto pudiera entenderse mejor, ordenaba que se figurasen en la imaginacion á uno incitado de tan gran deleite corporal, cuanto mayor pudiera sentirse; juzgaba que nadie podria dudar que todo el tiempo que así se deleitase, nada podria revolver en su mente, nada podria conseguir con la razon ni con el pensamiento. Por tanto, que nada hay tan detestable, nada tan pestilencial como el deleite, puesto que siendo este mas intenso y durando por mas tiempo, apagaria del todo la luz de la razon.»

10. San Cipriano, juntando á estos dos lugares la difinicion y comparacion, nos aparta de la peste de la envidia por estas palabras (*e*): «¡Cuál polilla del ánimo es, ó qué corrupcion de pensamientos envidiar á otro la virtud ó la dicha que tiene, aborrecer en él los méritos propios ó los beneficios de Dios, convertir en mal suyo los bienes ajenos, y hacer pena suya la gloria de los otros! A los tales no da gusto el manjar, no puede agradar la bebida, siempre se suspira, se gime y se duele. Y como los envidiosos nunca explican su envidia, dias y noches sin cesar el pecho oprimido se despedaza. Tienen término los otros males, y cualquier delito que se comete, despues de consumado fenece. Cesa la maldad en el adúltero, cometido el adulterio. Espira en el ladron el encono, hecho el homicidio. El cosario da fin á la rapacidad con la presa poseida, y pone límite al falsario su engaño logrado. Pero la envidia ó los celos no tienen término. Es un mal que siempre dura y un pecado interminable. Y cuanto mas medrare aquel á quien se envidia, tanto en mayor incendio arde el envidioso con las llamas de la envidia. De aquí proviene el semblante amenazador, la vista indignada, la amarillez en el rostro, el temblor en los labios, el rechinamiento de dientes, palabras rabiosas, oprobrios desenfrenados, prontas las manos para muertes violentas, y cuando estas no empuñan la espada, van siempre armadas del rencor del ánimo furioso.» Nos hemos detenido en explicar esto con tantos ejemplos, para que claramente viere el estudioso predicador que todos los argumentos con que probamos ó amplificamos algo, se han de tomar de lo que se atribuye á las cosas y está naturalmente junto con ellas.

(*c*) Senec. lib. 2 de ira, cap. 1.

(*d*) Cicer. lib. de Senec. (*e*) Serm. de Zelo, et Livor.

CAPITULO VI.

De otras dos fuentes de argumentos: esto es, del género de la cosa y de sus contrarios.

1. Acabamos de señalar la primera y principal fuente de los argumentos, que nace de los atributos de aquellas voces que se ponen en cuestion: esto es, de lo que llaman sujeto y predicado. A mas de esta hay otras dos, de las cuales tambien se toman argumentos para tratar la misma cuestion: es á saber, el género de la cosa, ora sea uno, ora muchos; y el contrario, ó sea uno ó muchos. Del género vaya este ejemplo: Quiere uno apartar á otros del crímen del adulterio. Para esto considere los géneros que hay del adulterio. Su género próximo es la deshonestidad, el mas remoto el pecado mortal. El que disuade pues del adulterio, podrá declarar primero, cuánto peligro hay en permanecer mucho tiempo en pecado mortal, acordando todos los males que trae consigo el pecado; los que podrán colegirse de todos los lugares: esto es, de todas aquellas cosas que al pecado se atribuyen. Descendiendo despues al género imediato ó próximo de la deshonestidad, podrá decir aquello del Apóstol (*a*): «Todo pecado que cometiere el hombre, cualquiera que sea, está fuera del cuerpo; mas quien fornica, peca contra su cuerpo: esto es, afeándolo y manchándolo torpemente. De la misma manera podrán tratarse tambien los demas males que se atribuyen á la impureza. En tercer lugar llegará á tratar de los propios atributos del adulterio, para argüir por las propiedades de la cosa, que es mucho mas oportuno.

2. Los argumentos que se traen de los géneros de las cosas, tienen su fuerza de aquella regla del filósofo que se pone en los antepredicamentos: «Cuando uno se predica de otro, como de especie contenida en él, cuanto se dice del predicado, se dice tambien del sujeto.» Mas claro: lo que conviene al género, tambien conviene á la especie inferior á él. Pues es constante que todas las razones superiores convienen á las inferiores, y como hablan los dialécticos, se predican de ellas.

3. Ni aquello que es contrario á las mismas cosas de que vamos hablando, ofrecerá ménos materia para los argumentos, por cuanto, como enseñan los filósofos, la ciencia de los contrarios es una misma. Lo cual, como en las demas cosas, ha lugar principalmente en las costumbres. Porque cierto es que cuanto mas abominable manifestares á la soberbia, deshonestidad, avaricia é iracundia, tanto mas alabarás la humildad, castidad, liberalidad y mansedumbre, que de tantos males y daños nos libran.

4. Así San Cipriano, despues de haber expuesto la utilidad, la necesidad y demas alabanzas de la virtud de la paciencia, acuerda los males de la impaciencia, para amplificar de este modo las perfecciones de la paciencia, que de tan gran mal nos libra. Dice pues así (*b*): «Y para que brille mas, ó carísimos hermanos, el bien de la paciencia, consideremos por el contrario los males que acarrea la impaciencia. Porque así como la paciencia es un bien propio de Cristo, así al contrario la impaciencia es un mal del diablo. Y al modo que aquel en quien habita y permanece Cristo se halla pacífico, así está siempre impaciente aquel cuyo ánimo posee la malicia del demonio, etc.» Y poco despues concluye así: «Y para no ser largo, refiriéndolo todo por menudo, baste decir, que todo cuanto la paciencia edifica para la gloria, lo destruye la impaciencia para la ruina. Por tanto, hermanos carísimos, bien considerados los bienes de la paciencia y los males de la impaciencia, tengamos paciencia, por la cual permanecemos en Cristo, para poder llegar á Dios con Cristo.»

(*a*) 1 Corinth. 6. (*b*) S. Cipr. Serm. de Patien.

CAPITULO VII.

El predicador debe tener un perfecto conocimiento de aquellas materias de que ha de predicar, para poder valerse de los lugares susodichos.

1. Dejando sentado que los argumentos deben sacarse de todo aquello que naturalmente conviene á las cosas, aparece claro que para esto nos importa tener ántes una ciencia cumplida de los asuntos de que hemos de predicar. En efecto, previniéndome el dialéctico que inquiera el género de la cosa, su difinicion, propiedades, afecciones, causas, efectos, partes y otras cosas semejantes, ¿qué me aprovechará esta prevencion, si yo no conociere primero todo esto? ¿Y cómo podré yo conocerlo sin la ciencia cabal de la materia que presta todo esto? Así que considerando yo con atencion esta arte de los tópicos, me parece semejante á las artes que, aunque realmente dan método y modo de hacer las cosas, no obstante toman de otra parte la materia, como el arte de los boticarios, que enseña las yerbas de que este ó aquel medicamento debe componerse, recibiendo de otra parte las yerbas con que compone los tales medicamentos. A este modo pues el dialéctico, en las cuestiones que trata, enseña á explorar lo que naturalmente conviene y se atribuye á las cosas, para sacar de ahí argumentos proporcionados á su instituto. Pero estos atributos no los inventa él mismo, sino que los toma de aquellas facultades que disputan de estas cosas, como de propia materia.

2. Se infiere pues de esta consideracion, que el predicador debe estar instruido en toda la filosofía moral y doctrina cristiana. Porque como él deba hablar continuamente de las virtudes y vicios, de los mandamientos de la ley de Dios, de los sacramentos y de los misterios de la fe cristiana, que se contienen en el símbolo, debe tener, en cuanto le sea posible, una ciencia cabalísima de todo esto, para que así pueda de aquello que se atribuye y conviene al asunto, tomar argumentos que sean conducentes para exhortar ó disuadir, probar ó reprobar, y amplificar ó disminuir. Mas todo esto ¿de dónde puede recogerse sino de la varia leccion de las santas escrituras y antiguos padres? Debe pues, ántes de emprender este ministerio, tener el pecho lleno de varia y diversa leccion, para que (*a*) «como docto maestro en el reino de los cielos, saque de su tesoro cosas nuevas y antiguas». Y así aquellos que, cuando emprenden este cargo, empiezan á leer los escritos de los santos padres, no sacan lo nuevo y viejo, sino solamente lo nuevo, contra este consejo de Cristo, Señor nuestro. En lo cual debe imitar á los gusanillos de la seda, que por muchos dias no hacen otro que hartar sus cuerpecillos con hojas de las moreras, y luego despues que acabaron de crecer, dia y noche no paran de hilar su seda. Por lo que San Gregorio reprehende á los que se meten á ejercer este empleo sin esta diligente preparacion, diciendo: «Vean

(*a*) Matth. 13.

aquellos, á quienes la edad ó imperfeccion impide el oficio de predicar y con todo los mueve su precipitacion, no sea que cuando emprenden intempestivamente lo que no pueden, pierdan aquello mismo que podrian conseguir á su tiempo. Porque los pollos de las aves, si quieren volar ántes de tener todas las plumas, en vez de subir á lo alto, caen á lo mas profundo, y asimismo si la mujer da á luz ántes de tiempo la prole concebida, no llena la casa, sino el sepulcro.»

3. Mas en este estudio lo primero es que tenga buena eleccion de libros, de suerte que escoja, no las cosas comunes y vulgares que ocurren á cada paso, sino las muy notables y excelentes, dichas de modo que no halaguen á los oídos con el sonido y retintin de las palabras, sino que tengan fuerza y peso por la agudeza y gravedad de las sentencias, y digan mucho en pocas palabras; para que en su uso y ponderacion ponga el predicador un poquito de su casa. Lo segundo y muy necesario es, que prevenido ántes un cuadernillo con los títulos de todas las cosas que suelen ser los asuntos de los sermones, ponga en sus lugares lo que hubiere hallado: y á este modo tambien irá apuntando muchas cosas pertenecientes á los Evangelios que la Iglesia lee en los domingos ó dias festivos. Tengo pues por muy útiles y necesarios al predicador estos lugares propios y singulares; para que si hubiere de predicar de la humildad, caridad, paciencia, abstinencia, ejercicio de la oracion; y al contrario, si de la soberbia, avaricia, inhumanidad, consulte estos lugares, y de este repuesto y como prontuario tome lo que le pareciere mas acomodado á su sermon.

4 Ni debe contentarse solo con lo que lee, sino que debe aprovecharse de cuantas cosas hubieren dicho grave y sentenciosamente otros, sean predicadores ó personas de cualquier clase, y de lo que á él mismo pensando en otra cosa se le ocurriere siendo de alguna importancia y peso para su ministerio: todo lo cual debe apuntarlo brevemente en alguna esquela, para que cuando tenga oportunidad lo escriba en los respectivos lugares de su cuadernillo ó cartapacio. Porque las cosas que son nuestras las tratamos con mas afluencia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo. Así con este cuidado y diligencia, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias exquisitas.

5. De la licion de las santas escrituras procuremos escoger los lugares mas recónditos, que con su novedad y dignidad exciten á los oyentes: muchos de los cuales pueden recogerse de los libros de los profetas y de la Sabiduría. Porque los lugares mas obvios y mas frecuentemente repetidos, mueven ménos; si no es que con alguna insigne exposicion, de comunes los hagamos en cierto modo nuevos. Tambien se ha de poner cuidado en ilustrar muchos lugares de las escrituras con alguna señalada interpretacion ó glosa; ya sea ponderando la fuerza y gravedad de una sentencia, ó ya desentrañando un tropo, si le hay, ó una énfasis, que con frecuencia se oculta en una voz. Ni conviene tampoco usar de muchos testimonios de la Escritura para probar una ú otra verdad, lo que algunos practican mas para ostentar su memoria y erudicion, que para edificar; sino que debe guardarse tasa y tener eleccion: ni se ha de pensar lo que sugiere el engañoso amor de nuestra invencion, sino lo que pide el asunto. Que ciertamente no faltará lugar en que podamos despues aprovecharnos de estas cosas que entónces omitimos.

6. Aquellos pues que con diligente estudio, leccion y meditacion adquieren este tesoro en buen tiempo, serán graves y acres en el decir, y con su trabajo harán grandísimo fruto. Pero los que vacíos, secos y estériles emprenden este ministerio, ¿qué fruto podrán sacar, sino dejar tales á sus oyentes cuales se dispusieron ellos para predicar? Por lo que el mayor estudio del predicador debe emplearse en la leccion de las divinas escrituras y santos padres, con cuyas invenciones debe tambien acrecentar y enriquecer las suyas. Porque la vena del ingenio humano es muy angosta, y si no se ayuda con los estudios de otros como con el aumento de otras velas, ciertamente alumbrará muy poco. De aquí provinieron en nuestro siglo tantos sermonarios, en cuya leyenda apénas hallamos cosa señalada; porque satisfechos sus autores con las invenciones y trabajo de su ingenio, y llevados del amor de sus cosas, creian que tambien habia de agradar á los demas lo que como parto de su ingenio les agradaba á ellos. Necesita pues el predicador de mucha y varia leccion, y de observar las sentencias insignes; porque no creo que por otra causa dijeron los antiguos: «Que el poeta nace, y el orador se hace,» sino porque aquella facultad se adquiere principalmente por merced de la naturaleza; mas esta con estudio, meditacion, continua leccion, mucho ejercicio é imitacion.

7. De los autores sagrados, Jeremías, por no hablar de los demas profetas, aunque, como dice San Jerónimo, ménos culto en la eleccion de las voces que Isaías, á mí me parece admirable predicador. Porque usa de tantas figuras y afectos de hablar, de tanta fuerza y acrimonia de palabras, y de tantos modos amplifica el furor del Señor, y declama contra las malas costumbres de los hombres, que apénas puede imaginarse cosa ó mas grave, ó mas vehemente, ó mas acomodada á la grandeza del asunto.

8. De entre los padres de la Iglesia, quien mas debe leerse es San Crisóstomo, por ser elocuentísimo, y tan acomodado á los oídos del pueblo, que apénas una vez aparta el sermon de su saludable enseñanza. Este pues varon admirable importará muchísimo, no solo para la gravedad de las sentencias, sino tambien para la copia y eficacia del decir, y para el modo de manejar los ánimos: mayormente si el predicador con la continua leccion se le hiciere familiar. Porque dice bien San Agustin en su libro de Doctrina Cristiana (*b*): «Si con el trato de los que hablan, aprenden los hombres á hablar, ¿por qué con el trato de los elocuentes no se han de hacer elocuentes? Porque, ¿de dónde manaron los preceptos de la elocuencia, sino de la observacion de aquellos que por la naturaleza misma eran hechos á propósito para orar?» Y añade el mismo santo (*c*): «Si tienen un ingenio agudo y ardiente, más fácilmente se pega la elocuencia á los que leen y oyen á los elocuentes, que á los que siguen reglas de elocuencia; principalmente juntándose el ejercicio de escribir ó de dictar.»

(*b*) Aug. lib. 4 de Doct. Christ. (*c*) Ibid.

CAPITULO VIII.

De los lugares de las circunstancias de las cosas, y de las personas.

1. Fuera de estos lugares comunes, se asignan tambien otros de las circunstancias de las personas y cosas, los cuales se refieren asimismo á los arriba dichos, y dimanan de ellos; pero se tratan separadamente por cuanto pertenecen á ciertos géneros de cuestiones, cuya naturaleza tocan mas de cerca que aquellos lugares comunes que se extienden muchísimo. En este lugar pues conviene traer á la memoria lo que dijimos al principio de este segundo libro, es á saber, que hay dos géneros de cuestiones: unas que constan de voces comunes, que los retóricos llaman indefinidas ó téses; otras que están metidas dentro de las circunstancias de las cosas y personas, esto es, que constan de nombres propios y singulares, las que dijimos llamarse definidas ó hipóteses. El ejemplo de las primeras es cuando predicamos de la fealdad del adulterio en comun: de las últimas, cuando predicamos determinadamente del adulterio de David, amplificando la fealdad de entrambos. A este modo tambien alabamos en comun la obediencia y castidad, y amplificamos en particular la obediencia de Abrahan y la castidad de Josef. Así á estas cuestiones, que dijimos llamarse téses, son proporcionados aquellos lugares primeros; mas para estas postreras sirven muchísimo, no solo aquellos, sino estos que se traen de las circunstancias de cosas y personas, pues comprehenden aquello que conviene á cosas y personas singulares. Pero cuáles sean aquellas ya lo explicarémos.

2. A las personas, segun enseñó Ciceron (*a*), se atribuyen estas once circunstancias: nombre, naturaleza, crianza, fortuna, hábito, afecciones, estudios, consejos, hechos, casos, oraciones. El nombre es el que se pone á cada persona, como Pedro, Juan, etc.

3. En la naturaleza se considera el sexo, la nacion, la patria, el parentesco, la edad, la dignidad. Sexo, si es varon ó mujer. Nacion, si es griego ó bárbaro. Patria, si es ateniense ó lacedemonio. Parentesco, qué ascendientes, qué deudos tiene. Edad, si es niño ó mancebo, de edad provecta ó viejo. En la dignidad se considerarán los bienes ó males que dió la naturaleza al cuerpo ó al ánimo, de este modo: si está sano ó enfermo, si es de alta ó de baja estatura, si hermoso ó feo, veloz ó pesado, si es sutil ó boto, si tiene memoria ó no la tiene, si es cortesano, amigo de sus amigos, honesto, pacífico, ó lo contrario. Y todo lo que se considera dado por la naturaleza al ánimo ó al cuerpo, se debe considerar en la naturaleza; porque lo que se gana con la industria pertenece al hábito, de lo cual se hablará despues.

4. En el sustento ó crianza cumple considerar, con quién se crió, con qué costumbre, y á direccion de quién. Qué maestros tuvo en las artes liberales, qué ayos, qué amigos tiene, en qué negocio, granjería ó artificio está empleado, cómo administra su hacienda, qué conduta tiene en su casa.

5. En la fortuna se inquiere si es esclavo ó libre, rico ó pobre, privado ó con potestad; y si con potestad, si justa ó injustamente: feliz, esclarecido, ó al contrario: cuáles hijos tenga. Y si se tratare de algun muerto, tambien deberá considerarse de qué muerte murió.

6. Hábito llamamos una constante y cumplida perfeccion del ánimo ó del cuerpo en alguna materia, como la posesion de una virtud, de algun arte, ó de cualquiera ciencia. Y así propio alguna conveniencia corporal, no dada por la naturaleza, sino adquirida con el trabajo y la industria.

7. Afeccion es una repentina mudanza del alma ó del cuerpo por alguna causa, como la alegría, la códicia, el miedo, la molestia, la enfermedad, la flaqueza, y otras de este género.

8. Estudio es una continua y vehemente ocupacion del ánimo, aplicado con gran voluntad á alguna cosa, como á la filosofía, poesía, geometría, etc.

9. Consejo es una razon premeditada de hacer ó no hacer algo.

10. Los hechos, casos y oraciones se considerarán por tres tiempos: qué haya hecho, ó qué le haya acaecido, ó qué haya dicho: ó qué hace ahora, qué le sucede, qué dice: ó qué ha de hacer despues, qué le ha de acontecer, ó con qué estilo ha de hablar. Y ciertamente estas cosas parecen ser atributos de las personas: de todos los cuales pueden sacarse argumentos, ya sea para probar, ó ya para amplificar.

11. Pero pocas veces se toman argumentos del nombre de la persona que pusimos en primer lugar, si no es cuando el mismo nombre se impuso á la persona por algun motivo particular, como el glorioso nombre de Jesus. Y tambien el de Abrahan, de Sara, de Isaac, de Israel, de Josef, de Juan, de Pedro, y así de otros.

12. Mas de los nombres apelativos bien se traen argumentos, y llámanse de la etimología del nombre, cuyo lugar es el mas próximo á la difinicion, y se cuenta entre los lugares del primer órden. Así de este lugar arguye San Jerónimo á Eliodoro en esta forma: «Tú, que eres monje, ¿qué haces entre las gentes del mundo?» Y á Nepociano: «El clérigo, dice, interprete primero su vocablo; y entendida la difinicion de su nombre, esfuércese á ser aquello que se dice. Porque si la voz griega *cleros* en latin se dice *sors*, por eso se llaman clérigos, ó porque son ellos de la suerte del Señor, ó porque el Señor es su suerte.

13. Por el linaje exhortamos al estudio de la virtud, para que no degenere el hombre de las costumbres y nobleza de sus padres. Y de aquí tambien tomamos motivo para amplificar la maldad de los que degeneraron de esta nobleza, y para conjeturar las costumbres de los que nacieron de padres ruines. De donde vino el refran: «De mal cuervo, mal huevo.» Es malvado, porque es hijo de padres malvados.

14. De la nacion: Es cartagines, luego pérfido: es de Creta, luego embustero. Porque los cretenses, como dijo tambien el Apóstol (*b*), «siempre son mentirosos, malas bestias, barrigas pesadas.» Asimismo Daniel dijo á un viejo deshonesto (*c*): «Raza de Canaan, y no de Judá, la hermosura te engañó.» Y el Señor por el Profeta (*d*): «Tu orígen y tu casta de la tierra de Canaan: tu padre amorreo, y tu madre cetea.» En donde se coligen de la patria de los malos las costumbres depravadas del pueblo, cuales eran las de estas gentes.

15. Por el sexo probamos la inconstancia de las mujeres, segun aquello: «La hembra es animal siempre vario y mudable. Tambien probamos la vehemencia de los afectos. Porque es la mujer un animal sujeto en ex-

(*a*) Cicer. lib. 1 de Inv.

(*b*) Ad. Tit. 1. (*c*) Dan. 13. (*d*) Ezech. 16.

tremo á las pasiones. De donde vino aquel dicho de Publio Mimo: «O ama, ó aborrece la mujer: no hay medio.» Tambien amplificamos por el sexo aquella maravillosa constancia de la madre de los siete Macabeos, cómo, y la de las Santas Felicitas y Simforosa, que toleraron la muerte de sus hijos con un pecho mas que varonil. Así San Cipriano, de las mujeres que sufrieron con gran fortaleza los suplicios, dijo: «La hembra atormentada muéstrase mas fuerte que los varones que la atormentan.»

16. De la edad: Hase de perdonar porque es niño. Terencio (*e*): «Galanteó miéntras lo sufrió su edad.» Es de creer que sea hombre de buen consejo, ó que esté bien en lo que hace, porque es anciano.

17. De la educacion y enseñanza: Es avieso, porque está mal criado, y desde sus primeros años aprendió picardías: tuvo malos y necios maestros.

18. De la afeccion del ánimo: Habiendo sido este siempre un facineroso, ¿qué mucho que negara la deuda? Acá se refieren los bienes y males del ánimo.

19. De la condicion y fortuna: Este, porque recogió algun dinero, tiene mucho orgullo. El pobre donde quiera es despreciado. A este lugar pertenece aquello del Eclesiástico (*f*): «Si fueres rico, no estarás libre de pecado.» Y lo otro del mismo (*g*): «Habló el rico y todos callaron, y levantaron su dicho hasta las nubes. Habló el pobre, y dicen: ¿Quién es este?»

20. De la crianza: Es malo, porque se hace con malos. Así Salomon (*h*): «El que anda con sabios, será sabio: el amigo de necios, saldrá como ellos.» Asimismo (*i*): «Quien toca la pez, ensuciarse ha con ella: y quien trata con soberbios, se vestirá de soberbia.»

21. De los estudios: No es amigo de divertimientos, porque es aplicado á las letras.

22. De los hechos: A Pompeyo ha de confiarse la guerra contra Mitridates, porque acabó muchas guerras con gran felicidad.

23. Las cosas y negocios tienen estos siete atributos: cosa, causa, lugar, tiempo, ocasion, modo, facultades ó instrumentos. La cosa ó negocio es un resúmen breve de todo el negocio que incluye la suma del hecho, de esta suerte: La muerte violenta del padre: la traicion á la patria.

24. Causa es aquella por la cual se averigua el por qué, y el fundamento ó motivo de algun hecho; bajo cuyo nombre abrazamos la causa eficiente, y el fin que obligó á emprender la obra.

25. El lugar tambien: Si es sagrado ó profano: público ó privado: si es ó fué ajeno, ó si del mismo de quien se trata.

26. Tiempo es una cierta parte de la eternidad, con significacion positiva del espacio de un año, de un mes, de un dia, de una noche. Ocasion es parte de tiempo, que trae consigo la oportunidad de hacer alguna cosa, ó de no hacerla. Por lo que se diferencia en esto del tiempo, pues aunque en el género se entienda ser entrambos uno mismo; pero en el tiempo se declara en cierto modo el espacio que se mira en los años, en el año, ó en alguna parte suya; mas en la ocasion se entiende unida al espacio de tiempo cierta sazon de obrar.

27. Modo es, en el cual se averigua cómo y con qué intencion se hizo la cosa. Sus partes son la prudencia y la imprudencia. La prudencia se deduce de las cosas que haya hecho en secreto, en público, con fuerza ó por persuasion. La imprudencia se conoce por las excusas, que se dan, como son: la ignorancia, el acaso, la necesidad; y por la pasion del ánimo, esto es, el enfado, la cólera, el amor, y lo demas que se versa en semejante género.

28. Facultades son aquello con que se hace alguna cosa mas fácilmente, ó sin lo cual es imposible hacerse. En cuyo género se ponen tambien los instrumentos con que la cosa se hizo. La facultad y ocasion suelen dar grande oportunidad para hacer algo.

29. Estas son pues las circunstancias que se atribuyen á las personas ó negocios particulares, de las cuales dimanan los argumentos en las proposiciones que dijimos llamarse hipóteses, las que se notan mas sucintamente con estas voces: quién, lo qué, por qué, cuándo, dónde, cómo. Quién: como griego, valiente, cobarde, y lo demas que hemos dicho atribuirse á las personas. Lo qué, ó cuál, ó cuánto: como el hurto, el sacrilegio, lo honesto, lo torpe, lo útil, lo nuevo, lo atroz, etc. Por qué: por odio, por ira, por la esperanza del lucro, etc. Cuándo: de dia, de noche, etc. Dónde: en el templo, en el bosque, etc. Cómo: á vista de todos, con cuchillo, con dolo, con veneno, con garrote, con ensalmos, por medio de mensajeros, etc.

30. Pero el uso principal de las circunstancias se descubre en el amplificar y disminuir. Porque no hay circunstancia que juntándose á una cosa no la engrandezca ó apoque. Lo que declararémos en su lugar con ejemplos, por los cuales el predicador estudioso comprehenderá cuánto fruto podrá coger de este tratado de las circunstancias.

31. Mas aunque los argumentos para tratar las cuestiones, que dijimos llamarse hipóteses, se saquen de estos lugares de las circunstancias que ahora hemos referido; con todo ha de procurarse, como advertimos al principio, reducir la hipótesis á la tésis, esto es, la cuestion singular á la comun que de ordinario suele ocupar la primera parte de la oracion. Porque los filósofos estilan descender de lo mas á lo ménos comun, y del género á la especie. Por ejemplo: si queremos exhortar á algun amigo á que profese en la religion de la Cartuja, primero hablarémos en recomendacion y alabanza de la vida monástica en comun, y despues vendrémos á las particulares circunstancias del amigo y de la Cartuja, que parecerán conducentes á esta exhortacion. Pues, como dice Ciceron (*k*), son muy primorosas aquellas oraciones que se extienden muchísimo, y de una controversia privada y singular pasan á explicar la virtud del género univesal, para que los oyentes, entendida la naturaleza, el género, y cuanto hay en la materia, puedan hacer juicio de cada cosa de por sí. Y para cumplir esto el excelente orador, siempre que puede aboca la controversia de las personas y tiempos singulares, y la transfiere á la oracion de género universal.

32. Pero así como reducimos la hipótesis á la tésis siempre y cuando la razon del argumento nos da ocasion, así al contrario algunas veces descendemos de la tésis á la hipótesis, como si uno en general quiere apartar á los hombres del pecado torpísimo de la desho-

(*e*) Teren. in And. ac 2, fc. 6. (*f*) Eccli. 11. (*g*) Ibid. 13.
(*h*) Prov. 13. (*i*) Eccli. 13.

(*k*) Lib. 3 de Orat.

nestidad, luego que hubiese explicado los males que acompañan á este vicio, podrá descender á las circunstancias particulares de las personas, declarando los daños que les acarrea, v. gr.: si el hombre fuere anciano, si mozo, si noble, si dado á las letras, si administra oficio público, si está ordenado *in sacris*: si fuere mujer, y mayormente si casada, etc. Pues en todos estos cuán feo y disforme sea este vicio á cada uno de ellos, podrémos demonstrarlo en particular por las circunstancias mismas de las personas, de esta suerte: Si fueres viejo, mira esas canas que te exhortan á continencia y honestidad, y te están enseñando que esa edad no ha de amancillarse con liviandades de amantes, sino que debe hermosearse con loables estudios de virtud y sabiduría. Si jóven, no consientas que la flor bellísima de tu edad sea ajada con la torpeza de este vicio, que en pos de sí te arrastre cautivo, y creciendo con la edad, te vaya persiguiendo hasta la vejez. A este modo podrán tratarse las demas circunstancias personales con mas ó ménos extension.

CAPITULO IX.

De las formas de los argumentos.

1. Así como todas las cosas, sean naturales ó artificiales, se componen de materia y forma, así la argumentacion, que es obra del arte, contiene tambien su materia y forma; y al argumento llaman materia, y forma á la argumentacion. El argumento es una invencion que prueba una cosa dudosa: la argumentacion, una apta y conveniente explicacion del argumento por medio de la oracion. Habiendo pues hablado sucintamente de las fuentes de donde se sacan los argumentos, el mismo asunto requiere que tratemos de las formas con que han de explicarse los mismos argumentos. Y aunque parezca que esto mas toca á las reglas de la elocucion, que á la invencion; con todo, por la afinidad y trabazon de estas dos cosas, pareció tratar de ellas en este lugar; y de la misma manera juntarémos tambien con estas algunas otras que pertenecen á la disposicion de los argumentos, para que la doctrina perfecta de esta parte, enseñada en un lugar, se retenga mejor.

§. I.

De la induccion.

2. De estas formas pues ó maneras de argumentar, dice Ciceron así (*a*): «Toda argumentacion, ó debe tratarse por induccion, ó por raciocinacion. Induccion es una oracion que por medio de cosas no dudosas logra el asenso de aquel á quien se dirige, con cuyos asensos hace que él conceda alguna cosa dudosa, en fuerza de la semejanza de aquellas, á que ántes asintió.» Hay un ejemplo de esto en San Cipriano, quien con la induccion de cosas semejantes prueba que hay Dios, por estas palabras (*b*): «Para probar el imperio de Dios tomemos un ejemplo de la tierra. ¿Cuándo jamas la sociedad de un reino empezó con buena fe, ó feneció sin sangre? Así la alianza de los tebanos se deshizo..... así no coge un reino á dos mellizos romanos que cupieron en un vientre. Pompeyo y César fuéron deudos, y rompió todos los vínculos del parentesco la emulacion del mando. Ni tú en esto te admires del hombre, pues anda en esto conforme toda la naturaleza. Un solo rey tienen las abejas, una guia los rebaños, un pastor los ganados mayores; con mucha mas razon ha de ser uno el director del mundo, que á todas cuantas cosas hay en él con su voz manda, con su razon provee, con su virtud perficiona.»

3. El mismo otra vez arguye del propio modo (*c*): «Es delicada la jactancia cuando no hay riesgo: el conflicto en las adversidades es la prueba de la verdad. El árbol de hondas raices, aunque los vientos le combatan, no se mueve; y el bajel bien calafateado, por mas que le combatan las ondas, no se agujera; y cuando se trillan parvas en una era, los granos robustos y sólidos hacen burla de los vientos, llevándose un soplo las lijeras pajas.»

4. De este mismo modo argüimos cuando juntamos muchos ejemplos que prueban lo mismo. Así Matatías, padre de los Macabeos, cercano á la muerte, animó á sus hijos á defender la religion y justicia, proponiéndoles los ejemplos de Abraham, Josef, Finees, Josué, Caleb, David, Ananías, Azarías, Misael y Daniel. Y añadió al fin (*d*): «Y así id corriendo de generacion en generacion, y hallaréis, que de ninguno de los que esperaron en Dios, se frustró la esperanza.»

§. II.

Del silogismo ó raciocinacion.

5. La imediata y mas perfecta forma de argüir es el silogismo, que Ciceron llama raciocinacion, cuyas leyes y naturaleza enseña muy de lleno el arte dialéctica, que principalmente trata de esto. Solamente es de advertir lo que pertenece á nuestro propósito; y es, que diciendo los dialécticos que todo silogismo consta de tres enunciaciones, conviene á saber, de proposicion, asuncion y conclusion, á cuyas dos primeras llaman mayor y menor; con todo, por cuanto los retóricos juntan pruebas á la proposicion y asuncion, divídenla en cinco partes: sin embargo puede tener no mas cuatro, cuando solo la una parte necesita de prueba; y tambien puede tener no mas tres, cuando ninguna de las dos la necesita. Pero es llenísima la que consta de cinco partes. Cuyo ejemplo pone Ciceron por estas palabras (*e*): «Mejor se cuidan las cosas que se administran con consejo que sin él. Esta parte cuentan la primera: despues discurren, que conviene probarse con diferentes razones, de esta manera: La casa que se gobierna con prudencia, está mas bien proveida y equipada de todo, que aquella que inconsideradamente y sin ningun consejo se administra. Un ejército bajo de la conduta de un sabio y prudente capitan, en todas sus partes se gobierna mejor que el que está gobernado por la ignorancia y temeridad de alguno. Lo mismo sucede en un navío; porque aquella nave acaba felizmente su viaje, que tiene un peritísimo piloto.

»Estando apoyada de este modo la proposicion, y pasadas las dos partes de la raciocinacion, en la tercera parte dicen, que lo que quieras hacer manifiesto, conviene tomarlo de la fuerza de la proposicion, de esta manera: Nada de todo lo criado se gobierna mejor que el universo. En cuarto lugar, introducen otra prueba de esta asuncion, así: Porque el oriente y ocaso de los signos guardan determinado órden; y las mudanzas del año, no solo por cierta precision se hacen siempre de un modo,

(*a*) Lib. 1 de Invent. (*b*) Lib. de Idol. vanit.

(*c*) Serm. de Mortal. (*d*) 1 Machab. 2. (*e*) Lib. 1 de Invent.

sino que tambien están acomodadas á las utilidades de todas las cosas; y las mutaciones del dia y de la noche siempre constantes, jamas dañaron á nadie. Todas las cuales cosas son señal, de que no sin gran consejo se gobierna la máquina del mundo.

»En quinto lugar introducen aquella complexion, que ó infiere solo lo que se sigue de todas las partes, de este modo: Luego el mundo se gobierna con consejo; ó habiendo traido brevemente á un lugar la proposicion y asuncion, junta lo que de ellas se concluye, á este modo: Y si mejor se ejecuta lo que con consejo, que lo que sin él se administra; y de todas las cosas ninguna se gobierna mas bien que el universo: luego con consejo se gobierna el universo. De esta suerte pues juzgan que la argumentacion tiene cinco partes.» Hasta aquí Ciceron, que distribuyó con buen órden las partes de la raciocinacion.

6. Sin embargo, este órden se invierte con elegancia muchas veces, cuando comenzando la raciocinacion de la asuncion, acaba en proposicion mayor; la cual de la asuncion prueba, que la conclusion se infiere. Y esto sucede, cuando la proposicion contiene una sentencia universal que copiosamente podemos expender como un lugar comun, v. gr.: si exhorta alguno á la mortificacion de la carne, porque con ella satisfacemos á Dios por los delitos cometidos, formará un silogismo, de este modo: «Es preciso que satisfagamos á Dios por las culpas; es así que principalmente esto se hace con el ayuno y mortificacion de la carne: luego debemos con estudio y diligencia ejercitar esta virtud.»

7. Este órden es recto. Mas puede aquella proposicion mayor guardarse para el fin, y ponerse en lugar comun, en el cual hablemos de la necesidad de la satisfacion, para podernos librar de las penas amarguísimas del fuego del purgatorio, cuya acerbidad podrémos amplificar para esto mismo. Y tratada extensamente, si pareciere, esta proposicion, volverémos otra vez á la conclusion primera, para que claramente se entienda hácia dónde nos hubiéremos encaminado.

8. De esta fuente nacen muchas veces digresiones que vuelven mas espléndida la oracion, refiriendo las cosas singulares á los lugares comunes de vicios y virtudes. De la misma forma, cuando exhortamos á obras de misericordia, podemos discurrir con extension sobre cuán acepta sea á Dios la virtud de la misericordia. Cuya sentencia podemos sin duda tratar, ó ántes ó despues de la conclusion. Así el Señor en el Evangelio, despues de haber pronunciado esta sentencia (*f*): «Quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos que en mí creen, etc.,» pasa á un lugar comun tratando de la gravedad del escándalo, pues añade: «¡Ay del mundo por los escándalos! Preciso es que haya escándalos,» y lo démas que despues añadió en este sentido. La cual oracion está en lugar de proposicion mayor; porque de esta sentencia se sigue bien aquella conclusion propuesta al principio, es á saber: «Quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos, etc.»

9. Puede pues la raciocinacion encerrarse en una oracion muy breve, como aquella:

Rem. am. Finem qui quæris amori;
Cedit amor rebus, res age, tutus eris (*g*).

¿Quieres al amor impuro
Dar fin? trabaja noche y dia.
Cede amor á la porfía;
Labra y estarás seguro.

Aquí están muy brevemente embebidas todas las partes del silogismo. Tambien se ha de poner cuidado en que no siempre siga el predicador aquella exacta formalidad de los dialécticos, que suelen usar en las disputas. Porque la argumentacion popular requiere otro hábito y figura de hablar. Sea ejemplo aquella noble raciocinacion del poeta:

Credo equidem, nec vana fides, genus esse Deorum (*h*).

Yo, cierto, me persuado,
Y no es vana mi creencia,
Que es de dioses su ascendencia.

Esta proposicion se prueba con el silogismo siguiente:

Degeneres animos timor arguit Heu, quibus ille
Jaciatus fatis, quæ bella exhausta canebat (*i*)!

Un bajo corazon se rinde al miedo.
¡Ah cuán mal le ha el duro hado perseguido!
¡Las guerras que acabó, y ha referido!

Porque la proposicion mayor está sencillamente proferida. Mas al llegar á la menor exclama: «¡Ah, cuán mal, etc.» Porque ¿cuánto mas vehemente es esto, que si con llano estilo hubiera dicho: «¿Aquel fué agitado de los hados, y narraba haber fenecido muchas guerras?»

10. Ni tampoco es necesario juntar siempre aquellas tres partes, sino que alguna vez nos contentarémos con dos, cuando es notoria alguna de ellas, á lo que llaman entimema. Tambien á veces no consta mas que de una que llaman epiquerema. Así San Ambrosio, exagerando el dolor de la Vírgen purísima en la muerte de su Hijo, dice: «Ni tenia la Vírgen el consuelo de que habia de parir otro hijo.» En cuyo lugar puso Vírgen por el nombre de María, que era el medio, como dicen los dialécticos, en esta argumentacion; en el cual va toda la fuerza del argumento.

§. III.

Del dilema, en latin *complexio*.

11. A mas de las sobredichas formas de argumentar, que ocupan el primer lugar entre las demas, se encuentran tambien otras, que por ser de valor y agudeza no vulgar, me plugo añadir aquí. Es pues el dilema una oracion, en que se reprehende cualquiera de las dos cosas que concedieres. Ciceron introduce á la patria, hablando de este modo con Catilina: «Por tanto vete, y líbrame de este miedo: si verdadero, para que no me acabes: si falso, para que en fin deje de temer.» Y en una carta á su hermano Quinto: «Si las iras son implacables, es extremado rigor; si exorables, extremada lijereza.»

12. Díjose dilema, porque así aprieta y fuerza por los dos lados, que, ó por el uno ó por el otro, coge al contrario. Por cuyo motivo se llama tambien silogismo cornudo. Porque de tal suerte se disponen en él las astas de la argumentacion, que quien de la una se libra cae en la otra. Ciceron la llama *complexio*. Si ella es verdadera, nunca es reprehendida; si falsa, se desvanecerá de dos modos, ó por conversion, ó por depresion de una parte.

13. «Viendo yo, dice Varron, segun escribe Tulio (*k*), diligentísimamente explicada la filosofía en lengua griega, fuí de parecer, que si algunos de los nuestros deseasen aprenderla, siendo peritos en la lengua griega, leerian ántes las obras griegas que las nuestras.

(*f*) Matth. 18. (*g*) Ovid.

(*h*) Virgil. lib. 4, Æneid. v. 12. (*i*) Ibid. v. 13 et 14. (*k*) Acad. quæst. lib. 1.

Y en caso de ser desafectos á las artes y ciencias de los griegos, no se cuidarian de lo que sin griega erudicion no puede entenderse. Así no quise escribir lo que ni los indoctos podrian entender, ni los doctos procurarian saber.» Despues Ciceron convierte este dilema contra él, de esta manera: «Antes bien leerán los escritos latinos, los que no podrán los griegos; y los que podrán leer los griegos, no despreciarán los suyos.»

14. A este modo el predicador podrá reconvenir á Heródes, que noticioso del vaticinio de Miquéas, mandó degollar á los niños inocentes, con este dilema: «Dime, pérfido: ó crees lo que anuncia la estrella y lo que vaticinó el Profeta, ó no lo crees. Si no lo crees, riete de estas necias invenciones y sueños de los hombres. Mas si lo crees, como muestras creerlo, pues consultas á los profetas, ¿qué locura es que tú, vilísimo gusanillo, quieras quebrantar los designios y decretos de la Majestad divina, y hacerte superior á la misma Divinidad?» San Cipriano tambien contra Demetriano: «¿Qué viene á ser, dice, esta insaciable rabia carnicera y este cruel deseo nunca bastantemente satisfecho? Una de dos: ó es delito ser cristiano, ó no lo es. Si es delito, ¿por qué no matas al que lo confiesa? Y si no lo es, ¿por qué persigues al inocente? Yo mismo pues debí sufrir el tormento si negase.»

§. IV.

Del sorites.

15. Hay tambien otro género de argumentacion, que los griegos llaman *sorites*, el cual abraza muchas argumentaciones amontonadas, de donde tomó el nombre. Con este género prueba Ciceron que solamente es bueno lo que es honesto (*l*): «Porque lo que es bueno, sea lo que fuere, debe apetecerse; lo que debe apetecerse, debe ciertamente aprobarse; lo que debe aprobarse, debe ser agradable y acepto: luego tambien ha de atribuírsele dignidad: bueno es pues todo lo que es loable. De lo que se sigue, que solamente es bueno lo que es honesto.»

16. A este género de argüir llaman los dialécticos *de primo ad ultimum*; del cual se vale San Jerónimo con estas palabras (*m*): «Ningun profeta es honrado en su patria. Mas donde no hay honor, ahí está el menosprecio; donde está el menosprecio, ahí es frecuente la injuria; donde hay injuria, ahí está la indignacion; donde está la indignacion, ahí no hay reposo; donde no hay reposo, ahí el entendimiento se distrae muchas veces de su intento; donde por inquietud se quita algo del estudio, lo que se quita hace de ménos aquel; y donde hay de ménos, no puede llamarse perfecto. De esta cuenta sale aquella suma, que un monje no puede ser perfecto en su patria. Y no querer ser perfecto, es delinquir.»

§. V.

De la enumeracion ó expedicion.

17. Hay tambien otra argumentacion que se llama enumeracion, en la cual despues de expuestas muchas cosas y quitada la fuerza á las demas, la restante necesariamente se confirma de este modo: Constando haber sido muerto un hombre, es preciso que alguno le haya muerto, ó por enemistad, ó por miedo, ó por esperanza, ó por amor de algun amigo; y si nada hay de todo esto, síguese que este tal no le mató. Porque, ¿quién comete un delito sin ninguna causa? Es así que ni hubo enemistades, ni miedo alguno, ni esperanza de algun provecho por la muerte de aquel, ni dicha muerte importaba á ningun amigo de este: resta pues no haber sido este quien le mató.

§. VI.

De la sujecion.

18. Imediata á la enumeracion está la sujecion, porque cuanto se trata por enumeracion puede con mucha mas elegancia hacerse por sujecion. «Esta se hace, como dice Cornificio (*n*), cuando buscamos lo que puede decirse contra nosotros; y luego despues añadimos lo que conviene se diga, de esta manera: Pregunto pues ¿De dónde este juntó tanto dinero? ¿Por ventura heredó gran patrimonio? Pero los bienes paternos se vendieron. ¿Le sobrevino alguna herencia? No se puede decir tal cosa: ántes bien todos los suyos le desheredaron. ¿Ganó algun premio por pleito ó en juicio? No solo no le ganó, sino que ántes bien le condenaron á pagar una gran cantidad, de que salió fianza. Luego, si como todos veis, no se hizo rico por estos medios, ó á este le nace oro en su casa, ó adquirió el dinero por modos ilícitos.»

19. El obispo Osorio coligiendo del cautiverio largo de los judíos, que Dios les ha abandonado por su perfidia, se vale de esta forma de argüir, aguda y elegantemente. Dice pues así (*o*): «¿Qué negocio tratan? Qué maldades hacen? Qué delitos cometen por los cuales Dios, á quien en otro tiempo tenian tan propicio, ahora de todo punto los desampare? ¿Sacrifican á los ídolos? Antes de tocarlos se horrorizan. ¿Admiten dioses fingidos? Antes al contrario se desvanecen con el motivo de que adoran á un solo Dios. Y esto es verdad. ¿Acaso se han hecho fieros por sus costumbres bárbaras é inhumanas? Mas ellos se alaban de muy justos y piadosos. ¿Pues qué viene á ser? ¿Se ponen á orar á Dios con poca reverencia? Antes bien son continuas sus oraciones, sin que por eso sean oidos. Pues si no adoran los ídolos, ni invocan dioses vanos, ni derraman sangre humana, ni se amancillan con la impureza de fraudes impías; ¿por qué Dios á los mismos que recibió bajo su amparo, los destituye por tanto tiempo de su socorro? ¿Por qué con tan duraderas plagas persigue á una nacion consagrada á su culto?»

CAPITULO X.

De la coleccion y sus partes.

1. Entre estas formas de argüir se cuenta en primer lugar la coleccion, como que es una plenísima argumentacion. Porque ella enseña lo que debemos tomar para la prueba, y juntamente el órden con que lo hemos de disponer. Por lo cual, segun yo siento, este género de argumentacion no parece que toca tanto á la razon de la elocucion como á la de la invencion y disposicion, segun que ella misma no obscuramente lo declara. Porque consta de cinco partes, que son: proposicion, razon, confirmacion de la razon, adorno, y complexion ó conclusion.

2. Proposicion es, por la cual sumariamente mostra-

(*l*) Tuscul. quæst. lib. 5. (*m*) Ep. ad Heliodor.

(*n*) Lib. 4, ad Heren. (*o*) Lib. 1 de Sap.

mos qué viene á ser lo que queremos probar. Razon es la causa que demuestra ser verdad lo que intentamos, con una breve sujecion. Confirmacion de la razon es la que con muchos argumentos fortifica la razon brevemente expuesta. Adorno es el de què nos valemos para adornar y enriquecer la materia confirmada con la argumentacion. Complexion ó conclusion es la que concluye recogiendo las partes de la argumentacion.

3. De esta distribucion aparece qué es lo que añade la argumentacion oratoria sobre la dialéctica: pues el dialético se contenta solo con la proposicion, razon y conclusion; siendo estas tres las partes con que principalmente combate, aunque algunas veces añada sus confirmaciones, especialmente del lugar *ab auctoritate*. Mas el orador principalmente se funda en las confirmaciones y adornos, de los cuales lo uno sirve grandemente para la fuerza, y lo otro para la cultura y elegancia. Tratemos ahora en particular de estas cinco partes.

4. Sin embargo dejo de hablar aquí de la proposicion y razon, porque estas dos partes tocan principalmente al dialéctico. Mas de las otras que añade el orador sobre el dialéctico, y el predicador sobre el orador, por ser propias de nuestro instituto, hablarémos algo mas difusamente. La confirmacion pues con que guarnecemos y fortificamos á la razon, suele tomarse especialmente de los lugares externos, que los dialécticos llaman extrínsecos. Porque como los dialécticos establezcan tres géneros de lugares internos, que se traen de la esencia y substancia de la cosa: externos, que se toman de otra parte, fuera de la cosa: y medios, que parte están en la cosa y parte fuera de ella; las razones con mas frecuencia se toman de los lugares internos y medios; pero las confirmaciones principalmente se sacan de los externos: es á saber, de los semejantes, desemejantes, repugnantes, ejemplos, y de varios testimonios y autoridades de escritores.

5. Para que pues el sermon sea erudito ha de enriquecerse con estos lugares externos, cuanto le sea dable á cada uno. Pues señaladamente se diferencian los sermones eruditos de los que no lo son, en que estos solo están proveidos de proposiciones y razones, que cualquiera fácilmente halla; mas aquellos están ilustrados con escogidas máximas y testimonios de las divinas escrituras y santos padres. Las cuales, como dijimos en su lugar, han de adquirirse con mucha leccion y continuo estudio, y colocarse en lugares comunes; para que cuantas veces se hubieren menester, estén á mano. Y en efecto estos lugares los apruebo mucho mas, y tengo por mas necesarios y propios del predicador, que aquellos que llaman tópicos. Porque como los tópicos se extienden tanto, no sugieren con facilidad lo que conviene á nuestro asunto, mas estos le tocan mas de cerca.

§. I.

Del adorno.

6. Ya dijimos ser la cuarta parte de la argumentacion oratoria la exornacion ó el adorno, que en latin tambien se llama *expolitio*; conviniéndola estos nombres, porque en ella está casi todo el culto y ornato de la argumentacion, y en la misma muestra principalmente el orador la fuerza del arte y de su ingenio. Pues entre las demas partes la elocucion es propia del hombre prudente; pero el ornato no es sino del discreto y elocuente. Este adorno principalmente ha lugar, cuando la razon, ó la confirmacion, ó asimismo la proposicion tiene una fuerza y una enerjía oculta, que no pudo explicarse brevemente; y entónces el prudente predicador, luego que cuerda y agudamente penetró toda la valentía y gracia que se ocultaba en ella, la propropone á los oyentes para que la vean y como que la miren.

7. Hállanse infinitos ejemplos de esto en los santos doctores, algunos de los cuales quise yo, para hacer mas inteligible la materia, juntar en este lugar. Eusebio Emiseno, tratando de la mortandad de los Inocentes, adorna la proposicion de este modo: «Mueren, dice, por Cristo los niños: por la justicia muere la inocencia.» Esta es la proposicion. Síguese luego el adorno: «¡Cuán dichosa edad que aun no puede hablar á Cristo, y ya merece morir por Cristo: y no teniendo cuerpo para las heridas, ya le tiene para la pasion! ¡Cuán dichosamente nacieron, pues á la primera entrada del nacimiento les salió á recibir la vida eterna! Hallaron luego al principio de la vida el fin de la vida; mas con el mismo fin de la vida compraron el principio de la eternidad. No parecen aun maduros para la muerte; mas dichosamente mueren para la vida: apénas habian probado la presente, y ya reciben la venidera: apénas los habian puesto en las cunas, y ya reciben las coronas: son arrebatados de los brazos de sus madres, y de ahí son llevados á los coros de los ángeles.»

8. Tambien el mismo Eusebio exorna este testimonio de Isaías (*a*): «Nos ha nacido un pequeñuelo, y se nos ha dado un hijo,» refiriendo lo uno á la sagrada humanidad y lo otro á la divinidad por estas palabras: «Un pequeñuelo nos ha nacido, y se nos ha dado un hijo. Fué dado pues por la Divinidad, nacido de Vírgen: nacido, quien habia de sentir el fin; dado, quien ignoraba el principio: nacido, quien era mas jóven que su madre; dado, quien no era ménos antiguo que el padre: nacido, quien habia de morir; dado, de quien la vida habia de nacer. Y así fué dado el que ya era, y nacido el que no era. Allí manda, aquí se humilla: para sí reina, y para mí milita.»

9. San Gregorio propone la comparacion del mercader que busca buenas margaritas, y la exorna diciendo: «El reino de los cielos, dicen ser parecido á un hombre comerciante que busca buenas margaritas: halla una preciosa, y vendiéndolo todo, la compra despues de hallada.» Esta es la proposicion, que luego adorna y explica á este modo: «Cualquiera pues que perfectamente conociere la dulzura de la vida celestial, segun lo sufre nuestra posibilidad, abandona con gusto cuantas cosas habia estimado en la tierra. En su comparacion todo es nada: dèja lo poseido, esparce lo que ha juntado, abrásase el corazon en las cosas del cielo, nada de lo terreno le gusta, mira como feo todo lo vistoso con que le lisonjeaba el mundo, porque ya en su mente solo resplandece la claridad de la perla preciosa.» De estas exornaciones abunda San Gregorio en todas partes, pues lo que una vez expuso, lo vuelve á explicar mas largamente; y toda la enerjía que estaba oculta en la sentencia, la saca á luz con cierta frase aguda y propia de su estilo.

10. Así San Bernardo en un sermon (*b*): «Gozáos, carísimos, dice, en el Señor, que entre los continuos

(*a*) Isai. 9. (*b*) S. Bern. Serm. de S. Vict.

beneficios de su piedad regaló al mundo á un San Victor, con cuyo ejemplo se salvásen muchos: gozáos, vuelvo á decir, porque quitado á los ojos mortales, se acercó á Dios para que muchos mas se salven por su mediacion.» Esta proposicion está dividida en dos partes, manifestándonos que de los varones santos nos vienen dos provechos: es á saber, el del socorro y el del ejemplo. Despues junta el ornato, por el cual, lo que se dijo en breve, lo explica y adorna con estas palabras: «Fué visto en la tierra, para que sirviese de ejemplo: fué elevado al cielo, para que sirva de patrocinio. Aquí instruyó para la vida; allá convida para la gloria. Hácese medianero para el reino, el que fué incitador para la obra.»

11. Así tambien San Cipriano, con el ejemplo de la viuda Sareptana, que con un poquito de harina sustentó á Elías, nos exhorta á dar limosna, y añade al ejemplo este ornato: «Ni ella se detuvo en complacer á Elías, que le pedia de comer, ni con ser madre, prefirió sus hijos á Elías en la hambre y necesidad. No se da una porcion de la abundancia, sino un todo de lo poquito; y padeciendo hambre los hijos, primero se alimenta otro. Ni en la miseria y hambre viene ántes al pensamiento la comida, que la misericordia; para que miéntras en una obra saludable se desprecia carnalmente la vida, espiritualmente se conserve el alma. Ni la madre quitó á los hijos lo que dió á Elías, ántes les acrecentó el bien con lo que benigna y piadosamente hizo. Y esto, que ella aun no tenia noticia de Cristo, aun no habia oido sus preceptos, y sin haber sido redimida con su pasion y cruz, retornaba por su sangre la comida y la bebida. Para que con esto se vea cuánto peca en la Iglesia el que, prefiriendo á sí y á sus hijos á Cristo, guarda sus riquezas, y no comunica su gran patrimonio con los pobres necesitados.» Este ejemplo demuestra de qué modo debemos adornar y amplificar los ejemplos ó los símiles que se traen de lo menor ó de lo mayor, cuando se explica por una contraposicion la desigualdad de las cosas y de sus circunstancias.

12. Y para que mas claro se entienda cuánta fuerza tiene este argumento, pondré otro bellísimo ejemplo de la vida del rey San Eduardo, quien, juntamente con su santísima mujer, conservó incorrupta la flor de su virginidad hasta la muerte. Así pues leemos en su vida, escrita por el monje y abad Arrihévalo: «Ambos juntos, rey y reina, recíprocamente se convienen en guardar la castidad; ni juzgan que deban poner en este convenio otro testigo que á Dios.» Esta es como la proposicion, que sencilla y brevemente narra la cosa. Síguese despues la exornacion, que la extiende y atavía elegantemente por estas palabras: «Aquella se hace consorte en el espíritu, no en la carne. El marido en el pensamiento, no en la obra. Persevera entre ellos el amor conyugal sin acto conyugal, y los abrazos de una casta dileccion sin perjuicio de la virginidad. Es aquel amado, mas no corrompido; es ella querida, pero no tocada; y como una nueva Abisag calienta al rey con su amor, pero no le disuelve con liviandad; halágale con obsequios, mas no le afemina con cariños.»

13. Pienso pues deber advertir en este lugar, que cuando traemos agudas y breves sentencias, ya sea de las sagradas letras, ya de los santos padres y filósofos, que en poco encierran mucho, procuremos sacarlas á luz, poniéndolas como delante de los ojos de los oyentes: materia que pertenece á la exornacion. De este género es aquella sentencia de San Bernardo (*c*): «¡Ay de los que son llamados á los trabajos de los fuertes, y no comen el manjar de los fuertes!» Y el mismo de la esposa, que se apoya sobre su amado, dice (*d*): «En vano se fatiga, si en él no estriba.» Asimismo Séneca (*e*): «Quien se resolvió á no desear, puede competir en la felicidad con Júpiter.» Estas sentencias y otras semejantes, en pocas palabras encierran muchísimo y muy digno de observacion, cuya fuerza debe mirar y ponderar atentamente el predicador, y despues producirlo y sacarlo á luz, lo cual ciertamente pertenece á este género de ornato. Mas nadie lo conseguirá fácilmente, si no se ayuda de la agudeza del ingenio, y de una diligente inquisicion y consideracion de la materia.

14. He declarado estas cosas con tantos ejemplos, para que, mirando el predicador agudamente la fuerza y, por decirlo así, la fecundidad de las sentencias, las sepa sacar y desenvolver con palabras. Porque hay algunos tan estériles y ayunos, á quienes los retóricos llaman áridos, que dicen las cosas, no con estilo oratorio, sino dialéctico, usando de palabras llanas sin amplificacion alguna. Lo cual es mas proporcionado para las escuelas y ejercicio de la disputa, que para la predicacion; pues de una manera debe haberse en las escuelas entre varones doctos, y de otra en un sermon al pueblo. Otros por el contrario, queriendo huir de este vicio, dan en el de expresar una misma cosa con muchas voces, que significan lo propio, sin ninguna variedad de figuras ó sentencias, lo que sirve mas á la ostentacion que al provecho. Porque si alguno atentamente considerare los ejemplos que propusimos, hallará fácilmente que en estas exornaciones, una cosa que realmente es la misma, no tanto se explica con otras voces, como con otras sentencias y figuras. Mas otros aun mas fea y fastidiosamente repiten á menudo una misma sentencia con los mismos términos, vicio que llaman los retóricos tautología, no ocurriéndoles lo que suele vulgarmente decirse, que (*f*) «col repetida quita la vida».

15. Al adorno se sigue la conclusion, la cual se deja al juicio del orador. Porque no siempre es necesaria, sino cuando la oracion se hubiese extendido mucho; que entónces conviene poner otra vez como en camino á los oyentes, y resumir toda la argumentacion con la brevedad posible; no sea que, si gastamos largo razonamiento para esto, majemos los oídos de los oyentes, repitiendo muchas veces unas mismas cosas.

CAPITULO XI.

De los afectos que deben esparcirse por todo el cuerpo de la argumentacion, y aun por toda la oracion.

1. Así como el orador añade sobre el dialéctico la confirmacion y el ornato, en lo cual se contiene principalmente toda la fuerza y elegancia de su argumentacion, así tambien el predicador añade sobre el orador los afectos y la acomodacion ó descenso á cada cosa de por sí. Permítaseme usar de estos nombres. Pues aunque sea regla del retórico ir sembrando afectos por todo el cuerpo de la causa, en cualquier parte en que lo pide la grandeza del negocio, singularmente toca esto al predicador,

(*c*) S. Bern. Serm. in Cœn. Dom. (*d*) Id. Serm. 91, super Cant.
(*e*) Senec. De vit. beat. (*f*) Crambe bis posita. mors. Hinc Juven. Sat. 7, v. 155. Occidit miseros crambe repetita magistros.

cuyo principal oficio, no tanto consiste en instruir, cuanto en mover los ánimos de los oyentes; siendo cierto que mas pecan los hombres por vicio y depravacion de su afecto, que por ignorancia de lo verdadero; y los afectos depravados, como un clavo con otro, han de arrancarse con afectos opuestos.

2. Siendo pues los afectos de dos maneras, conviene á saber, suaves y acres, que los griegos llaman *ithi* y *pathi*, entrambos deben conmoverse conforme la naturaleza de los asuntos que se tratan. Así siempre, y cuando se comprobare ser grande en su género alguna cosa: esto es, se mostrare por la argumentacion, ó por cualquiera otra razon, que es sumamente miserable, ó admirable, ó detestable, indigna, ó tambien arriesgada, deben entónces moverse los afectos que pida la naturaleza misma de la cosa. Como por ejemplo, habiendo referido María, hermana de Moises, aquel señalado prodigio en que los mares abiertos dieron seguro camino al pueblo de Dios que salia de Egipto, se mueve así con piadoso afecto hácia Dios (*a*): «¿Quién, Señor, entre los fuertes es semejante á tí? Quién es semejante á tí? Grande en la santidad, terrible y loable, y obrador de maravillas.» Mas esto pertenece á los afectos mas suaves. Con mas vehemencia levanta el estilo Habacuc, profeta, cuando acuerda este milagro, porque despues de haber dicho (*b*): «Hiciste camino en el mar á tus caballos en el lodo de muchas aguas,» exclama al punto: «Oí, y mi vientre fué trastornado: de la voz temblaron mis labios.» Con cuyas palabras explicó el gran miedo de su alma, y la gran admiracion y pasmo de cosa tan grande.

3. Así tambien, luego que expusimos la infinita bondad de nuestro Salvador, que determinó venir al mundo, tomar figura humana, y ofrecerse en sacrificio por todos aquellos que habia experimentado ingratos y malvados, para volverlos propicio á su Padre, y restituir á eterna vida á los que estaban ya destinados á muerte eterna; luego que, vuelvo á decir, hubiéremos expuesto todo esto con una dilatada oracion, encenderémos así los afectos de amor y de agradecimiento: «Atendida bien esta benignidad de Dios, ¿no levantará un incendio de amor? No inflamará los ánimos en el ardor de la piedad? No obligará á exponerse á todos los riesgos de perder la vida, para que un amor manifestado con la profusion de la sangre, le paguemos con la efusion de nuestra sangre? ¿Por ventura no insinuó esto el Apóstol, cuando dijo (*c*): «El amor de Cristo nos constriñe?» esto es, tanta fuerza del divino amor, no solo excita y persuade, sino que apremia, fuerza y violenta los corazones mas empedernidos, para que, si les pesaba el amar, no les pese el corresponder con amor al que así ama. Porque ¿quién habrá tan de hierro, cuyas entrañas no ablande esta tan gran fuerza de amor?»

4. Pero estos afectos son mas templados. Mucho mas vehementes son aquellos en que el mismo Apóstol, propuesta la grandeza del mismo beneficio, se enardeció, diciendo (*d*): «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que para ello baste? Cierto estoy que ni la muerte ni la vida,» y lo demas que se sigue: lo cual verdaderamente lleva consigo una maravillosa fuerza y ardor de caridad apostólica, con igual acrimonia y aseveracion de voces.

(*a*) Exod. 15. (*b*) Habac. 3. (*c*) 2, Corinth. 5. (*d*) Rom. 8.

5. No con menor afecto, aunque en causa desemejante, Jeremías, despues de haber expuesto el pecado de la idolatría, introduce al mismo Señor (lo que lleva consigo mayor acrimonia) hablando así (*e*): «Pasmáos, cielos, de lo que sucede; desquiciáos, puertas del cielo, y de golpe venid al suelo, porque dos maldades ha cometido mi pueblo: á mí me han dejado fuente de agua viva, etc.» Ni se encendió ménos Moises en el cántico, cuando dijo (*f*): «Raza perversa y depravada, ¿así correspondes al Señor, pueblo loco é insensato? Por ventura, él mismo no es tu Padre, que te dió el bien que tienes, te hizo, y te crió?» Y otra vez (*g*): «Este pueblo no tiene juicio ni prudencia. ¡Ojalá conociera y entendiera mi conducta, y previera el funesto fin que está reservado á mis enemigos!»

6. Hay de esto un ejemplo muy á proposito en el libro primero De la Sabiduría, donde el obispo Osorio, despues de expuesta y amplificada aquella horrenda maldad que cometieron los judíos en la muerte de Cristo Señor nuestro, así prorumpe en afectos de indignacion: «Todos los pecados de odio, de envidia, de crueldad, de fiereza é impiedad, no digo de los que pueden maquinarse contra los hombres, sino de los que pueden cometerse contra Dios mismo por hombres audacísimos y abandonados, juntos en un lugar, de ningun modo igualaran la mas pequeña parte de tan indecible atrocidad. Si pudieran hablar los mudos elementos, habian de acusarlos de este malvadísimo crímen, por haber dado la muerte al gobernador de todas las cosas, por quien los elementos existen. El cielo sería testigo contra ellos, por cuyo delito se vió puesto en tinieblas y obscuridad. La tierra los condenaria por tan fiera maldad, pues con horrorosos sacudimientos indicó cuán enorme delito cometieron unos hombres impíos en la muerte de Cristo. El mar sumergiria en sus ondas una gente tan rebelde y cruel, por haber visto menospreciar la majestad de un Señor, á cuyo imperio obedeció en cualquier tormenta.»

7. Y San Cipriano, en el sermon de La limosna, habiendo propuesto aquella sentencia del Señor (*h*): «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan», se enardece contra los avarientos é inhumanos, por estas palabras: «Dios apacienta las aves, y á los pájaros se les da su alimento diario, y no falta comida ni bebida á los que no tienen conocimiento alguno de Dios. Tú, cristiano; tú, siervo de Dios; tú, dedicado á obras buenas; tú, querido del Señor, ¿piensas que ha de faltarte algo; aun si no piensas que quien á Cristo alimenta, no es de Cristo alimentado; ó que faltará provision de la tierra, á quien se franquea la celestial y divina? ¿De dónde tan incrédula imaginacion? De dónde este malvado y sacrílego pensamiento? ¿Qué hace un pecho fementido en la casa de la fe? Qué? ¿Cómo se llama aun y se nombra cristiano, quien absolutamente no cree á Cristo?»

8. Y poco despues: «¿Qué te lisonjeas, dice, con estos ineptos y necios pensamientos, como si el miedo y ansia de lo venidero te retrajese de las obras? ¿Por qué pretextas ciertas sombras y embaimientos de excusas vanas? Antes confiesa de llano la verdad; y puesto que no puedes engañar á los sabios, descubre lo secreto y recóndito de tu mente. Las tinieblas de esterilidad cercaron tu corazon, y ausentándose de él la luz de la verdad, cegó el pecho carnal la profunda y alta obscuridad de

(*e*) Jerem. 2. (*f*) Deut. 32. (*g*) Ibid. (*h*) Matth. 6.

la avaricia: eres cautivo y esclavo de tu dinero: atado estás con las cadenas y grillos de tu codicia, y habiéndote desatado Cristo, tú te ataste de nuevo: guardas el dinero, que guardado no te guarda: amontonas hacienda, que te abruma con su peso; ni te acuerdas de lo que Dios respondió á un rico, que con necia complacencia se jactaba de la gran abundancia de sus frutos (*i*): «Necio, dice, esta noche te pedirán el alma. ¿Tantas cosas pues como juntaste, para quién serán? ¿Por qué te acuestas solo sobre tu tesoro? Por qué amontonas para tu castigo el paso de tu patrimonio, haciéndote mas pobre para Dios cuanto mas rico fueres para el siglo?»

9. El mismo en el libro del Hábito de las Vírgines, despues de haber propuesto aquella formidable sentencia del Señor por Isaías (*k*): «Por eso las hijas de Sion se ensoberbecieron, y anduvieron con el cuello erguido,» declama contra los atavíos profanos de las vírgines, de esta manera: «Entronizadas, dice, cayeron; aliñadas, merecieron la torpeza y fealdad; vestidas de seda y púrpura, no pueden vestir á Cristo; adornadas de oro, de perlas y collares, perdieron los adornos de cuerpo y alma. ¿Quién no abomina y huye de los que á otros ocasionó la ruina? Quién apetece y toma para sí lo que sirvió de cuchillo y dardo para matar á otro? Si tomada una bebida muriera el que la bebió, entenderias ser veneno lo que bebió aquel. Si comido un manjar matase al que le comió, sabrias ser mortífero lo que comido pudo matar: ni comieras ni bebieras lo que vieras haber muerto ántes á otros. Pues ¿cuán gran ignorancia es, cuán gran locura querer una cosa que siempre ha dañado y daña? ¿Y pensar que tu misma no perezcas con lo que sabes haber otras perecido?» Y lo demas que en la misma sentencia allí se sigue.

10. Pues á este modo nosotros, luego que hubiéremos amplificado la gravedad del pecado mortal, ó la atrocidad y eternidad de las penas que padecen los condenados en el infierno, podrémos enardecernos poderosamente contra aquellos que con tanta facilidad, y sin ningun temor ni remordimiento de conciencia cometen tantos pecados mortales por cosas de nonada. Los cuales verdaderamente, si no con palabras, á lo ménos con las mismas obras y costumbres parece que testifican, que ni los mueve la severidad de la divina justicia, ni estiman las grandes promesas de Dios; ántes al contrario las reputan por nada, y en cierto modo parece que le dicen al dueño de todas las cosas: «Señor, yo no aprecio mucho tu amistad y gracia, ni el cuidado y providencia paternal que me ofreces en la vida presente, ni tampoco admito la herencia del cielo que para despues me prometes. Así quédate con tus dádivas, y dalas á quien te pareciere, que yo mas estimo este breve deleite de la carne, ó una corta ganancia, que todas estas tus promesas: y mas tambien que la sangre que derramaste en la cruz.» Pues ¿qué cosa mas horrible que este desprecio y deslumbramiento? Qué mas execrable? ¿Puede acaso imaginarse que tengan ningun sentido los que cayeron en tan horrenda noche de ceguedad?

11. De esta manera pues, cuando hubiéremos probado ó amplificado la grandeza de alguna cosa, podrémos enardecernos é inflamar los afectos del auditorio, segun fuere la naturaleza de las cosas que tratamos. Lo que, por ser lo mas eficaz en el decir, alaba Quintiliano, discurriendo sobre el modo de mover los afectos, con estas palabras (*l*): «Aquí se esmere el orador, esta es su obra, este su trabajo: sin el cual todo lo demas es desnudo, seco, flaco y desabrido. Tanto que el espíritu, digámoslo así, y el alma de esta obra está en conmover los afectos.» Pues si en tanta manera se recomienda este oficio á los abogados, siendo así que en algunas ciudades bien gobernadas se ordenaba á los oradores que hablasen sin prólogo y sin afectos, ¿que deberémos decir del predicador, cuyo único ó principal cargo es conmover los ánimos de los oyentes, y encenderlos en el temor de Dios, aborrecimiento del pecado, desprecio del mundo, amor de las cosas celestiales y en otros piadosos afectos? Mas cómo deba esto hacerse, lo explicarémos con alguna extension en el libro siguiente, donde hemos de tratar sobre la manera de amplificar y mover los afectos.

CAPITULO XII.

Del acomodamiento ó descenso á cosas particulares.

1. He querido llamar acomodamiento ó descenso á cosas particulares, á la otra parte ó funcion que el predicador añade sobre el orador; porque es propio de aquel, despues de haber difinido ó probado generalmente alguna sentencia moral, descender á las acciones singulares de virtudes ó vicios, exhortando á aquellas, y retrayendo de estos. Pues, como ántes enseñamos, este es el blanco de todo el sermon y al que todo lo demas debe referirse. Porque no siendo el fin de la doctrina moral la especulacion, sino la accion, la cual se versa en obras particulares; ciertamente el que desea tratar bien esta doctrina, cuanto dijere en comun sobre este punto debe acomodarlo á las acciones en particular. Por lo que habiendo acusado el Señor con gravísimas palabras en boca de Isaías la malicia é impiedad de los judíos, y vaticinado la futura destruccion de su reino, añade lo que ellos deberian hacer para aplacar á la majestad de Dios, á quien tenian enojado, por estas palabras (*a*): «Laváos, estad limpios. Apartad de mis ojos la maldad de vuestros pensamientos. Cesad ya de obrar perversamente: aprended á bien obrar. Buscad el juicio, socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viuda, y venid y argüidme, dice el Señor.»

2. Esto mismo hace tambien el Maestro celestial en el Evangelio. Porque, habiendo profetizado muchas cosas de aquel tremendo dia del juicio, luego de lo que habia dicho sacó al punto saludables documentos, por estas palabras (*b*): «Andad con tiento, no sea que se graven vuestros corazones con la hartura y la embriaguez, y con los cuidados de esta vida, y os sobrevenga de repente aquel dia; porque como un lazo vendrá sobre cuantos están sentados en la superficie de la tierra. Así, velad orando en todo tiempo, para que seais tenidos por dignos de libraros de todo esto que ha de suceder, y dignos de parecer con confianza delante del Hijo del hombre.» A este modo tambien el real Profeta, despues de haber expuesto el poder y justicia del reino de Cristo, aplicó esta sentencia á la conduta de la vida, diciendo (*c*): «Y ahora, ó reyes, entended; instruíos, los que juzgais la tierra. Servid al Señor con temor, y regocijáos en él con temblor. Abrazad estrechamente la disciplina, etc.» Y San Gregorio, declarando aquel lugar del

(*i*) Luc. 12. (*k*) Isai. 3.

(*l*) Instit. Lib. 7. (*a*) Isai. 1. (*b*) Luc. 21. (*c*) Psal. 2.

santo Job (*d*): «Si comí los frutos de la tierra sin dinero», brevemente comprehendió la proposicion, adorno y acomodamiento, en estas palabras: «Comer sin dinero los frutos de la tierra, es cobrar las rentas de la Iglesia, sin pagar á la misma Iglesia el precio de la predicacion. Come pues los frutos de la tierra sin dinero, quien percibe los provechos de la Iglesia para el uso de su cuerpo, mas no ejercita el ministerio de la exhortacion. ¿Qué decimos á esto nosotros los pastores, que corriendo delante de la venida del riguroso Juez, si bien hemos tomado el oficio de pregoneros, nos comemos el sustento de la Iglesia sin desplegar los labios?»

3. Pero esto se ha dicho brevemente. En cierto sermon (*e*) hemos hablado con mayor extension sobre aquel lugar de San Juan (*f*): «Esto decia tentándole.» Pues luego que enseñamos que Dios permite las tentaciones, ya por varias causas, ya tambien principalmente para que conozcan los hombres su firmeza ó su flojedad, inferimos así: «Porque es perfecta virtud la que tentada no cae, que provocada no es vencida, que ni en lo próspero se engríe, ni en lo adverso desfallece, y la que tan firmes raices echó en el alma, que al modo que el fuego agitado de un viento recio, léjos de apagarse se enciende mas, así ella de muchos modos combatida, no solo no se rinde vencida, sino que todavía, como elegantemente dijo allá uno, cobra nuevo esfuerzo con la herida. Pues por esta doctrina puede conjeturarse qué virtud sea verdadera, cuál falsa, cuál imperfecta, cuál consumada. Así no es perfectamente honesta la mujer que guarda su honestidad sin haberla nadie provocado, sino la que tentada de muchas maneras, conserva entero y sin mancilla el pudor. Asimismo no es perfectamente manso quien no se irrita, no habiendo sido afrentado por otro, sino aquel que maltratado de palabras, no vuelve ninguna ofensiva. No es del todo humilde el que no apetece honras, sino el que no se indigna aunque le priven y despojen de ellas. No es perfectamente pacífico aquel á quien todo le viene á pedir de boca, sino el que puesto en medio de las calamidades puede decir con el Profeta (*g*): «Probaste, Señor, mi corazon, y me visitaste de noche, etc.» No es cumplidamente obediente el que no cometió ningun pecado de inobediencia, sino el que contra su propia voluntad y dictámen sigue el dictámen y la voluntad ajena.» Con este ejemplo se echa de ver fácilmente cuánta luz y utilidad se da á la doctrina, cuando se desciende á estas cosas en particular. Pues de esta manera saben los oyentes conocerse á sí mismos, y juzgar lo que deben sentir de sí propios.

4. En este lugar debe tambien quedar advertido el predicador, que no solo, concluida la argumentacion, descienda á esta enumeracion de cada cosa en particular, sino tambien frecuentemente en otros tiempos donde quiera que se le presentare ocasion de enseñar; pues todos los que verdaderamente y de corazon desean aprovechar á otros, deben principalmente seguir este modo de enseñar. Así el doctor de las gentes, Pablo, recomienda en las cartas á sus fieles muchos ejercicios de virtudes. Qué de cosas amontona en el cap. XII de su carta á los romanos, cuando dice: «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que exhibais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable á Dios;» y lo demas que hasta el fin del capítulo se sigue. Lo cual este varon divino, desnudo de elocuencia humana, va diciendo con tanta elocuencia y lo adorna con tantas luces de palabras y sentencias, que parece que nada pudo decirse ni mas copiosa ni mas elegantemente.

5. Pero para que no lo tomemos todo de los ejemplos de las sagradas letras, añadiré dos sacados de una de las homilias de Eusebio Emiseno, quien exponiendo aquel lugar de la leccion evangélica, donde se dice que «los magos se volvieron por otro camino», lo acomoda así á particulares acciones: «Aquello tambien de que se volvieron por otro camino, entendamos que conviene con mas especialidad á nuestro provecho y salud. Pues por la mudanza del camino se entiende la emienda de la vida. Así nosotros vamos por otros caminos, cuando nos negamos al hombre viejo, cuando dejamos la soberbia tomando la humildad, cuando convertimos nuestro espíritu de la ira á la paciencia, cuando condenamos los envejecidos deleites, nuestras pasadas costumbres y antiguos deseos. Pasamos ciertamente de un camino á otro, cuando con el amor de la honestidad y pobreza pisamos todos los apetitos, cuando con la castidad sujetamos á la lujuria, y dejando siniestras sendas caminamos espiritualmente por la recta del Evangelio.» Y un poco mas abajo, exhortándonos á la imitacion de Cristo y á seguir sus pasos, distribuye toda la materia en partes, de este modo: «Es cierto, dice, que seguimos las pisadas de Cristo, cuando dejado el camino terreno caminamos por el espiritual, cuando la obediencia y humildad rigen el timon del entendimiento, cuando despreciados los apetitos de la tierra, la esperanza de los bienes venideros ocupa al entendimiento iluminado; cuando lo mas profundo del corazon suspira por aquella hermosura de los bienes del cielo. Andamos, vuelvo á decir, por saludables caminos, cuando el alma, condenados todos los deleites de las cosas presentes, solo piensa cuándo vendrá á dejar la estancia de su cuerpo, y le recobrará otra vez en la resurreccion universal, para que con él reciba el bien ó mal segun sus obras.»

6. Quizá parecerá á alguno que he sido algo prolijo en esta amonestacion; pero dejará de admirarse cualquiera que considerare el oficio de los predicadores y el abuso de algunos de ellos. Porque verdaderamente siento muchísimo ver á algunos tan olvidados de su obligacion y empleo, que nada ménos hacen que lo que, segun la profesion de su oficio, deben hacer. Pues siendo el fin del predicador ordenar cuanto dice á la salud de las almas, á corregir las costumbres, á dar reglas de virtud, al menosprecio del mundo, al temor y amor de Dios y á otras cosas semejantes, algunos de tal suerte andan divagando por cosas ociosas y superfluas, que los miserables oyentes, que no por otro habian acudido allí que para sacar alguna doctrina provechosa, se vuelven del sermon totalmente secos y ayunos. ¿Quién pues sufrirá que un médico á quien se confia un enfermo, esté distraido y no se cuide de su obligacion? Cualquiera pues que desea hablar al intento y desempeñar bien su oficio, nunca ha de apartar los ojos, al modo que un diestro ballestero, del blanco de su ministerio, para encaminar á él toda la eficacia de su oracion. Y así como los albañiles jamas asientan en la obra ninguna piedra sin aplicar luego la escuadra y la regla, para comprobar si está ó no á plomo, así el fiel y prudente dispensador de la divina

(*a*) Job. 31. (*e*) Dominic. 4, Quadrag. (*f*) Joan. cap. 6. (*g*) Psal. 15.

palabra, cuantas cosas se propone decir, las ha de medir por esta regla. Por eso cuando pensó algo para predicar, pregúntese primero á sí mismo: «Esto ¿qué conduce para la salud de las almas? Qué para componer las buenas costumbres? Qué para ajustar la vida de los hombres á los divinos enseñamientos?» Y si lo que ha pensado sirve poco para esto, por mas sutil y agudo que le parezca, si tiene juicio y no apetece acreditarse vanamente con el pueblo, lo repudiará como cosa ociosa y ajena de su instituto. Pero no obstante juzgo que no será inútil poner á la vista en este lugar, como en un mapa, todo cuanto debe el predicador ajustar y traer á su sermon.

7. Luego que el predicador subiere al púlpito, y contemplare desde allí la multitud que le rodea, imagínese que aquella es una muchedumbre de enfermos que en otro tiempo circuian la piscina para ser curados de sus enfermedades, y que él es, como un ángel enviado del cielo para procurar la salud, no de uno ó de otro, sino de todos los que tiene delante, con los varios medicamentos de la divina palabra. Finja pues en su ánimo que hay allí muchos cojos, los cuales, si bien conocen el camino de la verdad, ó por pereza, por flojedad de ánimo, ó espantados con el miedo del trabajo, rehusan entrar en él: otros tan secos, que ningun jugo tienen de devocion, ningun sentimiento de humanidad y de misericordia: otros ciegos, que no teniendo ninguna luz del conocimiento de las divinas letras, andan á obscuras y á cada paso tropiezan.

8. Hay tambien otros vicios vecinos á estos, que muchas veces deplora el piadoso predicador. Pues ve que otros arden en llamas de avaricia y de ambicion: esto es, que tienen por Dios al dinero y á los honores vanos del siglo; otros que se pudren de puros celos y envidia; otros que se están abrasando en odio contra sus hermanos y en deseos de venganza; otros que hinchados con el espíritu de soberbia, miran con tedio y con menosprecio á los demas; otros que se queman en el fuego de la lascivia; otros que arrebatados de la cólera, se arrojan con dicterios y oprobrios contra los demas, cargándoles de injurias y maldiciones; otros que por el contrario, con ánimo abatido halagan y adulan torpemente á sus mayores; otros que tienen sus almas venales, y por cosas de nonada las sujetan al yugo del demonio y del pecado.

9. Pues ¿qué diré de aquellos que en cierto modo padecen flujo de pensamientos y afectos, y ni les ponen ningun estorbo, ni tienen juicio para discernir entre lo justo é injusto? Qué de aquellos que padecen el mismo flujo, digámoslo así, en los ojos y en la lengua: esto es, que ni ponen á sus ojos guarda, ni á su lengua freno, sino que parlan cuanto les viene á la boca y codician cuanto ven? Qué de aquellos tan disolutos y estragados en sus costumbres, y tan insensibles para todas las cosas espirituales y divinas, que no solo pecan sin ningun remordimiento, sino (*h*) «que se huelgan, cuando hacen mal, y saltan de placer en las cosas pésimas»? Qué de aquellos, «cuyo Dios es su vientre,» y que todos los cuidados de la vida emplean en el regalo y deleite del cuerpo, ni tienen cuenta con su alma y con la vida venidera, como si todo se acabara con la vida presente, y no tuvieran esperanza de lo futuro? Junta tambien á estos aquellos seis pecados que aborrece el Señor, y el séptimo que detesta su alma (*i*): esto es, ojos sublimes, lengua mentirosa, manos derramadoras de inocente sangre, corazon que maquina pensamientos pésimos, piés lijeros para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras, y el que siembra discordias entre los hermanos.

10. Pero en casi todo esto pecamos contra los hombres. ¿Cuánto mas atroces pues serán aquellos pecados que cometemos contra el Padre celestial, á quien debiéramos amar sobre todas las cosas, en quien debiéramos poner toda nuestra esperanza y felicidad, cuyos órdenes debiéramos obedecer, cuyo santo nombre debiéramos venerar, á quien debiéramos anteponer á todas las cosas, á quien debiéramos dar gracias inmortales por los beneficios innumerables que nos hizo, á quien debiéramos tener siempre en la boca y en él corazon, y pensar en él dias y noches? Pero ¿cuán léjos están de agradecer estas mercedes muchos de los cristianos, que, como dice el Apóstol (*k*), parece que viven sin Dios en este mundo? Así piense el predicador que muchos de sus oyentes padecen estas enfermedades, que todas son de muerte, y lo que es mas, de muerte eterna. ¿Qué cosa pues mas indigna que el que está destinado á curar tan grandes males se ande como volando por el aire en cazar moscas, y divirtiéndose en otras cosas al tiempo en que debiera aplicar la medicina á tan graves dolencias?

11. Mas por cuanto al médico pertenece no solo curar los males, sino tambien prescribir á los sanos el modo de conservar la salud, en esto imitará tambien el predicador el cuidado y prudencia del médico, especialmente no siendo bastante para la perfecta justicia apartarte del mal, si juntamente no obras bien. Luego pues que hubiere apartado al pecador de las malas obras, debe tambien exhortarle á las buenas, esto es, á todos los ejercicios de las virtudes, principalmente habiéndose de vencer los vicios con los actos de las virtudes opuestas. En primer lugar deberá estimular á aquellas que, á mas de ser virtudes insignes, sirven tambien muchísimo á excitar los deseos de las otras. En cuya clase señaladamente se colocan el continuo ejercicio de la oracion, la atenta meditacion de la pasion del Señor, y de los demas beneficios divinos, el frecuente uso de los sacramentos, la devota leccion de libros piadosos, la mortificacion de las pasiones, la guarda diligente y solícita del corazon, la afliccion de la carne, la moderacion de los sentidos exteriores, y mayormente de los ojos y de la lengua, con todas las obras de misericordia y humanidad, tanto corporales como espirituales, con que socorremos á nuestros prójimos.

12. Ultimamente, á ejemplo de San Pablo (*l*), debe el predicador hacerse un todo para todos, para hacer salvos á todos. Procure pues aterrar á unos, alentar á otros, consolar á aquellos, esto es, á los que gimen oprimidos de varias calamidades y trabajos. Y (*m*) «habiéndose escrito todo lo que está escrito, para nuestra enseñanza, y para que por la paciencia y consolacion que nos dan las escrituras, tengamos esperanza en Dios», confirme á los justos, levante á los caidos, anime á los cobardes, estimule á los que corren, á los obstinados en sus maldades amedréntelos con el temor del divino juicio, y á todos, y á cada uno de por sí aplique las medicinas que convengan para su salud.

(*h*) Prov. 2.

(*i*) Prov. 6. (*k*) Ephes. 2. (*l*) 1, Corinth. 9. (*m*) Rom. 5.

13. Despues se ha de dirigir el sermon á los diversos estados y fortunas de los hombres, y á las varias ocupaciones de la vida. Lo cual acostumbra hacer el Apóstol á lo último de sus cartas, cuando con solicitud prescribe á los amos y criados, padres y hijos, maridos y mujeres, viudas y ricos de este mundo, lo que en su estado cumple hacer á cada uno. Lo que tambien practicó San Juan Bautista, cuando á todos los que acudian á él, daba, segun el estado de cada persona, varios preceptos de vivir.

14. Pues á estas cosas y á sus semejantes debemos ajustar cuanto predicamos, si queremos piadosa, fiel y prudentemente repartir á los hambrientos el pan de la celestial doctrina; no granjearnos el aplauso popular. Aunque ni por eso dejará de ser saludablemente aplaudido quien así predica, pues consta por la experiencia, que nada concilia mas la aficion del pueblo, y nada escucha él con mas atencion, que aquello que es mas á propósito para curar sus heridas.

CAPITULO XIII.

De los adornos de sentencias y epitonemas.

1. Las sentencias y epifonemas se numeran entre los varios adornos de la elocucion. Sin embargo, por estar ellos muy enlazados con la manera de inventar, plúgome colocarlos aquí, mayormente, porque así como juntamos los afectos y acomodamientos á la argumentacion oratoria, y los hicimos como partes suyas, así tambien las sentencias y epifonemas se mezclan á menudo con la misma argumentacion. Pero este género de ornato suelen desestimar los que procuran demasiado la brevedad, los cuales ignoran cuán buena parte quitan con esto al sermon, no digo solo de hermosura, sino tambien de utilidad. Y en esto mismo tambien me parece que hay diferencia entre el predicador y el orador, porque este rara vez y con suma modestia usa de estos adornos, no sea que parezca que mas entiende en dar á los hombres reglas de bien vivir, que en defender su causa; pero el predicador, como no entiende en defender causas, sino en reformar las costumbres de los hombres, usa principalmente de estas dos virtudes de la oracion; y esto en tanto grado, que las exposiciones de los Santos Evangelios principalmente consisten en esto, para que cuando la ocasion lo pida, saquemos sentencias y epifonemas, con las cuales enderecemos las costumbres y la vida de los hombres; y cuando en efecto las confirmamos con varios testimonios de las escrituras y santos padres, conseguimos hacer un sermon lleno. Así no hay que admirarse si nosotros nos servimos de estas dos virtudes mas que los oradores, contándolas, como las contamos, entre los preceptos de la invencion.

§. I.

De las sentencias.

2. Es la sentencia una oracion tomada de la vida, la cual manifiesta brevemente lo que hay ó lo que conviene haber en la vida, de este modo: «Es difícil que reverencie á la virtud quien siempre experimentó favorable á la fortuna.» A mas: «Debe tenerse por libre quien á ninguna torpeza sirve.» Tambien: «Tan pobre es el que no tiene lo que le basta, como aquel á quien nada puede bastar.» Asimismo: «Debe escogerse la mejor regla de vivir: la costumbre la volverá agradable.» Estas sentencias sencillas no deben reprobarse; porque la narrativa breve, si no necesita de razon, deleita grandemente. Pero tambien debe recibirse aquel género de sentencia que se confirma añadiendo la razon, por ejemplo: «Todas las razones de bien vivir han de establecerse en la virtud, porque sola la virtud está sujeta á nuestra voluntad; fuera de ella todas las cosas están bajo el dominio de la fortuna.» Otrosí: «Los que atraidos de la fortuna de alguno procuraron su amistad, todos estos luego que cayó su fortuna desaparecen; porque como se fué lo que causó la amistad, nada queda por donde puedan mantenerse en ella.»

3. Hay asimismo unas sentencias que se dicen de dos modos, ó sin razon, ó con ella. Sin razon, de esta manera: «Yerran los que en los sucesos prósperos piensan ya haberse librado de todos los golpes de la fortuna. Sabiamente piensan los que en tiempos favorables barruntan los adversos.» Con razon, de esta suerte: «Los que imaginan que conviene perdonar las culpas de la gente moza, se engañan; porque aquella edad no es embarazo para los buenos ejercicios: así con prudencia obran aquellos que corrigen á los mancebos, para que toda su vida posean las virtudes que adquirieron en su tierna edad.» Todo esto es de la Retórica Hereniana.

4. Salomon en los Proverbios usa frecuentísimamente de sentencias que constan de cosas contrarias. Lee el cap. x, que comienza: «El hijo sabio alegra á su padre; mas el hijo necio entristece á su madre.» Tambien el xi está lleno de las mismas sentencias: «La balanza falsa es abominacion delante de Dios; y el peso igual, voluntad suya.» Y las demas que se siguen.

5. Quintiliano añade á las sentencias lo que dicen en griego *gnomas*, que así se denominan por parecerse á los consejos y decretos. Bajo de este nombre comprenhendemos los adagios que contienen alguna notable sentencia, los cuales añaden una fe y un adorno nada vulgar á la oracion; de los cuales debe abundar el predicador en su lengua. Si bien en este género hay algunos demasiadamente humildes y casi sórdidos, que desdicen de la autoridad y gravedad del predicador.

6. Hay tambien sentencias solo alusivas á la cosa, como: «Nada hay tan popular como lo bondad.» Tal cual vez á la persona, como es aquello: «El príncipe que quiere saberlo todo, por fuerza ha de ignorar mucho.» Hay asimismo sentencias rectas, hay tambien de figuradas. Son rectas: «Tanto le falta al avaro lo que tiene, como lo que no tiene.» Figuradas, como: «Qué ¿tan gran desdicha es el morir?» Rectamente hubiera dicho: «No es desdicha morir.» Con todo, aquello es mas agudo. Recto es: «Dañar es fácil, aprovechar difícil.» Mas en pluma de Ovidio, con mayor enerjía dice Medea: «Guardar pude: ¿pregúntasme si perder puedo?» Casi esta misma sentencia vuelve Ciceron á la persona: «Nada, dice, tienes, César, mayor por tu fortuna, que el que puedas; ni mejor por naturaleza, que el que quieras conservar á muchísimos.»

7. Hay un género de sentencias, no tomado de los autores, sino fingido por nosotros para comodidad del asunto que tenemos presente, las que podrán mezclarse en todas las partes de la oracion. Y por tanto no pocas veces nacen de un lugar muchas sentencias, porque no solo coinciden en las pruebas, sino tambien en la narracion y en la conmocion de los afectos. Y no rara vez se

hacen transiciones por sentencias, las cuales si se aplican en su lugar, harán el sermon mas que medianamente copioso, y esto no sin gravedad y gracia. Hay tambien sentencias que se llaman católicas, ya comunmente recibidas de todos, cual es aquella: «La envidia es suplicio de sí misma;» y: «La ira es una locura breve, y por cierto tiempo.»

8. Hay tambien otro tácito y sutil género de sentencias, que frecuentemente se compone de epítetos, como: «La juventud precipitada: el amor inconsiderado: el deleite cebo de pecados: la vejez impertinente y mal acondicionada: la filosofía desterradora de vicios: la historia maestra de la vida.» Así Virgilio: «Y abrásase en secreto y vivo fuego.» Lo que Ovidio explicó diciendo: «Arde mas el fuego cubierto.» Asimismo en la narracion: «La parte mayor vence á la mejor,» lo explicarás, si dijeres: «Ordinariamente sucede que la parte mayor vence á la mejor.»

9. Cualquiera pues que desea adornar su sermon de sentencias semejantes (y todos deben desearlo) explore con prudencia la naturaleza de las cosas de que habla, y cuanto hallare en ellas de oportuno y conducente á la enseñanza de la vida, explíquelo con breves razones; porque, como ántes dijimos, la sentencia es la que brevemente demuestra lo que hay ó conviene haber en la vida.

10. Unas veces proceden las sentencias de las mismas cosas que se dicen, otras se traen como causas y razones de lo que decimos. Así San Gregorio, de la murmuracion de los fariseos contra el Señor, porque admitia pecadores, arguye de este modo: «De lo cual inferimos, que la verdadera justicia tiene compasion, y la falsa, indignacion.» A veces tambien de una razon ú otra se siguen muchas sentencias. Así Séneca, en la carta consolatoria á Polibio sobre la muerte de su hermano: «Séate tambien de consuelo el pensar que no se te hizo agravio en la pérdida de un tal hermano, sino merced; pues por tanto tiempo te fué permitido gozar de su piedad. Injusto es quien quitó al dador la libre disposicion de su dádiva. Avaro, quien no tiene por ganancia lo que recibió, sino por daño lo que retornó. Ingrato, quien mira como á injuria el término del deleite. Necio, quien piensa que no hay mas fruto que el de los bienes que están presentes; que no se satisface con los pasados, y tiene por mas seguros los que se fuéron, porque de ellos no puede recelarse que fenezcan. Demasiado ciñe sus contentos quien entiende que solamente goza los que disfruta y ve, teniendo por un nonada el haberlos poseido.»

11. Pero San Cipriano usa de las sentencias en lugar de razones, para confirmar lo que persuade, por estas palabras: «No solo debe temerse la persecucion y lo que abiertamente combate á los siervos de Dios para derribarlos y abatirlos. Mas fácil es la cautela, donde es manifiesto el temor. Y el corazon ántes se dispone para el certámen cuando el contrario confiesa serlo. Más hay que temerse y recelarse de un enemigo, cuando á escondidas embiste; cuando, engañando con semblante de paz, maquina ocultas asechanzas.» El mismo en una carta á los confesores, para que terminen con un fin glorioso los felices principios de su confesion, dice así: «Habeis de trabajar en que despues de estos principios se llegue tambien á los aumentos, y que en vosotros se perficione lo que empezasteis ya á ser con felices rudimientos.» Esta es la proposicion, á la que se añaden razones sacadas de las sentencias, de este modo: «Poco es haber podido alcanzar algo; más es poder conservar lo mismo que se alcanzó.» Así tambien: «La fe misma, y el nacimiento saludable, no vivifica recibido, sino guardado. Ni el obtento precisamente, sino el acabamiento perfecto, guarda al hombre para Dios.» Estas reglas dan ordinariamente los retóricos sobre los ornatos de las sentencias; en los cuales el que quiera hacerse rico, lea de los autores gentiles á Séneca, y de los nuestros á San Gregorio, que en esta parte fuéron grandes artífices.

§ II.

Del epifonema.

12. Hemos juntado á las sentencias los epifonemas, por diferenciarse poco de ellas. Es pues el epifonema, como dice Fabio, una suma aclamacion de la cosa que se ha contado ó probado, como es aquello:

Tantæ molis erat romanam condere gentem (a).

Empresa tan pesada y ardua era
Fundar á Roma y su nacion guerrera.

Mas porque esta difinicion es un tantico obscura, procuraré explicarla mas claramente, de modo que, cualquiera que estuviere versado, por poco que sea, en la dialéctica, entenderá esta explicacion fácilmente. Los dialécticos llaman corolario á lo que infieren de las difiniciones, exposiciones ó conclusiones. Así el epifonema de que tratamos ahora, es cierta especie de corolario; porque el corolario es muy extendido, diciéndose corolarios todas las cosas que se deducen de las susodichas, ora sea una sola, ora muchas. Así que, el epifonema ciertamente es corolario, pero contraido á cierta y determinada materia, porque no todo cuanto se saca de las cosas que hemos tratado es epifonema, sino tan solamente aquello que contiene admiracion ó amplificacion de la cosa de que se trata, ó alguna sentencia insigne: esto solo es epifonema.

13. De este modo Tulio en la defensa de Milon dice; «Intentando un tribuno del ejército de Cayo Mario, deudo suyo, violar el casto pudor de un soldado, fué muerto por el mismo á quien violentaba.» Aquí se refiere brevemente el hecho, al cual añade luego Ciceron un epifonema, de este modo: «Quiso mas el honesto jóven exponerse al peligro de perder la vida, que sufrir una torpeza.» Esta sentencia se sigue claramente de la cosa referida, la cual amplifica la constancia y virtud de aquel jóven, puesto que él apartó de sí esta infamia aun con riesgo de la vida.

14. Algunas veces el epifonema contiene tambien la causa del hecho: es á saber, cuando esta se colige de la misma esencia de la cosa. Porque así como por las causas los efectos, así por estos se rastrean y conocen las causas. Tal es aquello de San Juan (b): «Muchos tambien de los principales creyeron, pero no se atrevian á confesarlo por miedo de los fariseos, no fuese que por esto los echasen de la sinagoga.» Este es el efecto. Ahora añade la causa el Evangelista: «Porque mas estimaron la gloria de los hombres, que la de Dios.» Esta oracion contiene á un tiempo la causa del hecho, y la sentencia respectiva á las personas. Sulpicio Severo, en la Vida de San Martin, despues de haber referido aquel razona-

(a) Virg. Æneid. 1, v. 27. (b) Joan. 11.

miento que hizo á Dios el Santo, estando ya á la hora de la muerte: «Señor, si aun soy necesario á tu pueblo, no rehuso el trabajo: tu voluntad se cumpla;» añade un epifonema como este: «¡Oh varon inefable, á quien ni venció el trabajo, ni pudo vencer la muerte; pues ni temió morir, ni rehusó vivir para padecer!»

15. De esta misma manera podrán juntarse en cualquiera leccion evangélica muchos epifonemas semejantes á estos. Tomemos por ejemplo la vocacion del evangelista San Mateo, su obediencia, y el convite de los publicanos. ¿Cuántos epifonemas que encierran admiracion y amplificacion, pueden recogerse de esta licion sagrada? «¡Qué largueza de piedad y de misercordia la del Señor, que llamó á un publicano á la dignidad de un apostólico y evangélico empleo!» Mas: «¡Oh asombrosos juicios de Dios, que dejados otros muchos verdaderamente justos, quiso escoger para tan alta gloria á un hombre ocupado en sórdidas ganancias! Oh y que fuerza tambien la de aquel divino espíritu que trocó de esta suerte el corazon de un hombre con una sola palabra! Y ¡cuánta aquella obediencia que á una voz del Señor que le llamaba, abandonó cuanto tenia! ¡Cuán grande asimismo aquella su caridad y alegría, con que convidó á sus amigos y á los publicanos al banquete del Señor, para que con sus avisos y ejemplos, y con su trato y comunicacion suavísima los atrajera á su amor; y á ejemplo suyo, abandonándolo todo, siguiesen al mismo Señor!» Demas de esto: «¡Cuán grande fué la mansedumbre, amor y humildad del mismo Señor, que ni desdeñó los convites de unos pecadores, con el fin de atraerlos benignamente á sí, ni le dieron cuidado las murmuraciones de los fariseos!» Y despues: ¡«Cuán crecida la malicia de los fariseos, que dieron el nombre de vicio á la virtud que no tenian ellos, para que no pareciese que eran inferiores á Cristo en este oficio de caridad!» No es dudable que todas estas cosas son epifonemas que se coligen de esta sagrada historia; y nosotros, tratándolas mas difusamente, hicimos en la fiesta del mismo Apóstol un sermon entero.

16. Es admirable San Ambrosio en este género, quien con epifonemas principalmente ilustra y amplifica la fortaleza y constancia de la vírgen Ines en una edad tan tierna. Dice pues así (*b*): «El nombre de vírgen es título de honesta vergüenza. ¿La nombraré mártir? Prediqué bastante. Harto elogio es el que no se busca, sino que se tiene. Celebren á esta Santa los viejos, los jovenes, los niños. Nadie es mas loable que aquel á quien pueden todos alabar. Cuantos hombres, tantos pregoneros que, cuando hablan, engrandecen á la mártir. Dícese que á los doce años padeció el martirio. ¡Qué crueldad mas detestable que la que no perdonó á tan tiernecita edad! Mas ¡qué fuerza la de la fe, que halló un tal testimonio en aquella edad! ¿Quedó acaso en aquel cuerpecillo lugar para la herida? Pues la que no tuvo donde recibir el acero, tuvo con que vencer al acero. ¡Nuevo género de martirio! No bien era idónea para la pena, y ya es madura para la victoria. Difícil para el combate, fácil para la corona. Ninguna novia iria tan aprisa al tálamo, como ella al lugar del suplicio. Todos bañados en lágrimas, ella con los ojos enjutos; maravillábanse muchos que fuese tan pródiga de su vida, que no bien la habia perficionado, y ya la daba como si la hubiese enteramente gozado. Pasmábanse todos de que fuese ya testigo de la Divinidad, la que por su tierna edad aun no podia serlo de sí misma. Hizo finalmente que se la creyese lo que decia de Dios, cuando todavía no se podia creer en lo que dijese de los hombres; porque lo que excede á la naturaleza, es sin duda del Autor de la naturaleza. Estuvo en pié, hizo oracion, dobló la cervíz. Vieras temblar al verdugo como si él mismo fuera el ajusticiado; temblar la diestra del sayon, y amarillar su rostro temeroso del peligro ajeno, no temiendo la niña el suyo propio.»

(*b*) S. Amb. lib. 1, de Virg.

17. En esta oracion hallará fácilmente el estudioso letor casi todas las cláusulas entretejidas con epifonemas, los cuales, á una cosa por sí misma ilustre, la vuelven, con no vulgar agudeza, mas ilustre y admirable. Este es pues el mas donoso aliño de la oracion, en que abundan los que son dotados de muy agudo ingenio; porque cuanto mas de lleno comprehenden la naturaleza de la cosa, tanto mas consecuencias deducen de lo susodicho: las cuales, cuando amplifican la cosa, se dicen epifonemas. La narracion y exposicion de las cosas es fácil á cualquiera, aunque de ingenio tardo; mas el considerar y sacar sutil y brevemente las sentencias, y todo lo demas que contiene admiracion ó amplificacion, y se infiere de las cosas ya expuestas ó probadas, es propio del epifonema, y pide un ingenio no vulgar. Su uso principal está en las cláusulas. Por eso se llama epifonema una suma aclamacion de lo que se ha contado ó probado. En fin, todo lo que en las cláusulas hiere agudamente al oído, es epifonema.

18. Así San Agustin, expuesta sucintamente la pasion del felicísimo mártir Vicente, añadió epifonemas que elevan prodigiosamente la constancia invencible del mártir, y amplifican la cosa expuesta (*c*). «Si en esta pasion se considera la paciencia humana, llega á ser increible; si se reconoce el poder divino, deja de ser admirable. Tan gran crueldad atormentaba el cuerpo del mártir, y tanta tranquilidad se manifestaba en su voz; tan grande aspereza de penas se encrudelecia en los miembros, y tal seguridad sonaba en las palabras, que pensáramos que padeciendo Vicente, hablaba uno, y era atormentado otro... Los tormentos nos hacian mas esclarecido al mártir, porque traspasado de muchas y varias heridas, no dejaba la pelea, sino que la renovaba con mas ardimiento. Pensaras que le endurecia la llama, no que le quemaba.» En estas palabras, lo que expuesta la constancia del mártir se colige agudamente, amplifica y hace la cosa admirable, justamente se dice que es epifonema.

CAPITULO XIV.

De la prolepsi, que se llama en latin *præsumptio ó anticipatio.*

1. Despues de las sentencias y epifonemas me pareció añadir tambien la prolepsis. La cual, aunque se pone entre las figuras de sentencias pertenecientes á la elocucion, como los epifonemas y sentencias, no obstante, porque conviene muchísimo con la razon de inventar, como tambien aquellas, y contiene gran parte de adorno, de utilidad y consejo, resolví colocarla en este lugar, juntándola á la argumentacion, si bien no tiene ella ménos lugar en las restantes partes de la invencion. Porque así como lo que decimos produce de sí sentencias y epifonemas, así de estas mismas nace la bondad de la oracion. Mas diré primero lo que trae Fabio sobre esta fi-

(*c*) Aug. Serm. 276, alias 12 de Sanct.

gura. Dice pues (*a*): «Sirve grandemente en las causas la anticipacion, que llaman prolepsis, cuando ocurrimos á lo que se nos puede ojetar. Lo cual, aunque no es de poca monta en las otras partes, principalmente conviene al proemio. Y si bien es de un solo género, tiene con todo diversas especies. Porque ya es una cierta prevencion, como aquella de Ciceron contra Q. Cecilio: «¡Que venga á acusar quien siempre habia defendido!» Ya cierta confesion, como en favor de Rabirio Póstumo, el cual, tambien por dictámen suyo, confiesa que merecia reprehension por haber prestado al rey una porcion de dinero. Ya cierta prediccion, como: «Hablaré pues, no por abultar el delito.» Ya cierta emienda: «Ruégoos me perdoneis si he sido prolijo.» Ya una preparacion muy frecuente, si con muchas palabras suele decirse la razon por qué hemos de hacer algo, ó por qué lo hicimos. Se confirma tambien la fuerza y propiedad de las voces: ó con anticipacion, como: «Aunque aquello no fué castigo, sino prohibicion del delito;» ó con reprehension, cual es aquello: «Los ciudadanos, vuelvo á decir, si es que se me permite llamarlos con este nombre.»

2. Mas porque Quintiliano habla de esta figura con demasiada brevedad, insinuaré yo lo que siento de ella con un ejemplo familiar de los dialécticos, los cuales establecen que hay dos conceptos de las cosas: uno que llaman directo, y otro reflejo. Dicen ser directo, cuando tan solo sencillamente concebimos aquello que la voz ó la oracion propuesta significa. Reflejo, cuando reflexionamos sobre aquello mismo que directamente concebimos, examinando alguna particularidad en lo que concebimos, ya sea glosando, ó ya tambien contradiciendo. De este pues postrer concepto del ánimo dimana esta virtud con que el cuerdo predicador hace en cierto modo el papel del discreto oyente; y cuanto este, pensando entre sí, podria apuntar, ponderar ú oponer, él mismo para los que son mas tardos lo apunta, pondera ó satisface. Y así hace en cierto modo dos papeles, del que predica, y del que oye; y sale al encuentro con prudencia á estos callados pensamientos.

3. Sucede, por ejemplo, que algunas cosas que dijimos, á primera vista aparecen dichas arrogante, soez ó confusamente, ó con ménos utilidad ó sutileza, ó larga ó cortamente, ó con aspereza ó con desahogo, ó poco al intento. A estas pues, como quejas del discreto oyente, debe ocurrirse con brevedad, manifestando con alguna razon que no lo dijimos inconsideramente, sino con maduro acuerdo, ó que de otra suerte sería imposible hacerse. Así San Crisóstomo, queriendo reprehender á los que abrigaban en sus casas hermanas adoptivas, é insistiendo en que el motivo de tal cohabitacion era ménos honesto, suavizó la aspereza de su reprehension con esta figura. Dice pues así (*b*): «Traerémos aquí la que sospechamos ser la principal causa de esta cohabitacion. ¿Y cuál es? Si no diere en el blanco, os doy licencia para que me redarguyais. ¿Y con qué motivo? ¿Con qué pretexto? Me parece que el trato y comunicacion con una mujer, aun sin matrimonio ni cópula, tiene algo de deleite. Lo cual, si no lo siento bien, no sé qué me diga. Os digo mi dictámen: diré luego no solo el mio, sino el de ellos mismos; porque tambien lo sienten ellos así. Y se pone esto en claro, si se repara que de ningun modo tendrian en poco tanta gloria y tantos escándalos, si no tuvieran un grande y vehemente deleite en esta cohabitacion. Os suplico me perdoneis, y que no haya enojo, porque no quisiera temeraria y absolutamente conciliarme enemigos. No soy tan infeliz y miserable, que quiera temerariamente agraviar á todos; pero me duelo y aflijo mucho de que por una parte se blasfeme la gloria de Dios, y que por otra se vaya perdiendo la salvacion de muchos por este deleite de la cohabitacion, que tiene mayor atractivo que el casamiento legítimo. Esto que ahora tal vez os parece extraño, luego que yo os declare lo que vais oyendo, vosotros mismos me seréis testigos.»

Y un poco mas abajo, queriendo nuevamente suavizar lo fuerte de la reprehension, usa de estas palabras: «Ni nos enojemos mucho con ellos, ni gastemos mala condicion y humor. Porque quien quiere curar á un enfermo, no lo intenta lograr con ira y con azotes, sino que aplica los medicamentos con gran tiento y con blandos ruegos. Nosotros, aunque pudiéramos castigarlos é indignarnos contra ellos, como que estamos puestos en la clase de jueces, con todo eso no lo hacemos; sino que ántes bien nos parece mejor seguir la costumbre de los médicos. Por tanto suplicamos y exhortamos, y en caso necesario nos echamos á los piés de ellos, por si acaso salimos de esta suerte con lo que emprendimos.» En cuyas palabras bien claro se ve con cuánto artificio y prudencia ocurre el Crisóstomo á todo cuanto pudiera embarazar la causa que trataba.

4. Fuera de esto, cuando se ha de predicar de un asunto algo obscuro, ó sutil, ó tambien ilustre, ha de pedirse atencion á los oyentes sin arrogancia ni ostentacion alguna. Suelen asimismo por esta figura, entretejerse oportunamente algunas exclamaciones breves, que manifiesten la dignidad, necesidad y peso de las cosas que decimos. Pero como algunas de ellas pertenezcan mas á los maridos, otras á las mujeres, unas á los amos, otras á los criados, unas á los ricos, otras á los pobres; esto mismo conviene tambien insinuarlo brevemente, para llamar la atencion de aquellos á quienes tocan con mas especialidad.

5. Demas de esto, cuando referimos lo que aparece maravilloso é increible, no solo deben moverse los afectos con la grandeza de la cosa, sino que tambien se debe corroborar su verdad con alguna razon, y tal cual vez confirmarla asimismo con juramento. Así San Jerónimo (*c*): «Santa Melania, dice, verdadera nobleza de nuestros tiempos entre los cristianos, caliente aun el cuerpecillo de su esposo, perdió dos hijos á un tiempo. Voy á decir una cosa increible, pero no falsa, juro á Cristo: No derramó una lágrima, sino que arrodillada á los piés de Cristo: «Con mas desembarazo, dijo, te serviré, Señor, pues me libraste de tan pesada carga.»

6. Así tambien el santo Job, habiendo de hablar de la cosa mas admirable del mundo, especialmente en su tiempo, es á saber, del misterio de la resurreccion de la carne, y de la encarnacion del Señor, usó de una prefacioncilla muy adecuada (*d*): «¿Quién, dice, me concederá que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se escriban en un libro con un punzon de hierro, y sobre planchas de plomo, ó que se graben con cincel en un pedernal?» Y luego añade una cosa sobremanera ad-

(*a*) Instit., lib. 8, cap. 2. (*b*) S. Chris. Opusc. contra eos, qui subintroductas habent. tom. 1, pag. 228, edit. S. Mauri.

(*c*) Epist. 39, ad Paulam. (*d*) Job. 19.

mirable: «Sé de cierto que mi Redentor vive, y que en el dia postrero he de resuscitar de la tierra,» y lo que se sigue. Lo cual se hace tambien á veces con un largo razonamiento. Así Teodoreto, en la Vida de Simeon Stilita, queriendo referir aquel nuevo y nunca oido género de vida de un hombre puesto al sereno sobre una altísima coluna, para que no fuese increible cosa tan nueva y admirable, hízola creer con este símil: «A la manera, dice, que aquellos á quienes cupo en suerte ser reyes de los hombres, á vuelta de algun tiempo mudan las figuras de la moneda, unas veces grabando imágenes de leones, otras de estrellas y otras de ángeles, intentando hacer mas estimable el oro con la novedad del cuño; así tambien el Rey soberano de todo, añadiendo á la piedad y religion verdadera, como ciertas figuras y caractéres, estos nuevos y varios modos de vivir, no solo mueve las lenguas de los cristianos, sino tambien las de los infieles para que le alaben.»

7. Del mismo modo cualquiera que se dispone á celebrar las virtudes de Santa Catalina de Sena, y á referir aquellas señales prodigiosas de la amistad con que Dios la unió consigo: esto es, la de haberse desposado Cristo Señor nuestro con ella de un modo maravilloso, haber guardado tres dias en su poder el corazon de la Santa separado de su pecho, y haber rezado con ella las horas canónicas; todas estas cosas, que parece exceden la fe humana, debe hacerlas creibles, mostrando la infinita bondad de Dios, su asombroso amor á los santos, y otras obras suyas dignas de mayor admiracion.

8. He traido estos ejemplos de un precepto que se extiende muchísimo. Pero la agudeza del predicador, su prudencia, y la observacion de los autores se lo declararán mejor que los preceptos. Porque esta virtud es propria del predicador y orador, los cuales, hablando de ordinario con gente ruda é indocta, deben por estos medios instruirla y moverla. Es admirable en esta figura San Gregorio el teólogo, con cuya leccion comprehenderá mejor el lector prudente la razon de esta observacion, que con las reglas del arte, si leyere atenta y cuidadosamente sus escritos. Cualquiera pues que notare diligentemente las reglas que dió Fabio sobre esta figura, y nosotros advertimos, y juntamente lo que fuere observando en la leccion de los autores, alcanzará fácilmente su razon y naturaleza.

9. De esto pues que dijimos hasta aquí, consta haber añadido nosotros á la coleccion, que dicen los retóricos constar de cinco partes, otras cinco muy útiles y necesarias al predicador: esto es, afectos, acomodamientos, sentencias, epifonemas y prolepsis; pero no todas ellas tienen lugar en cualquier argumentacion. Cuales pues le tengan, podrá inferirlo el prudente predicador, de la naturaleza de las cosas de que trata.

10. El conocimiento de estas partes es sobremanera útil; porque así queda advertido el predicador, que cuando haya de probar alguna proposicion, debe buscar primero las razones de los lugares que mencionamos ántes, y principalmente de aquel que dijimos llamarse intrínsecos. Averigüe despues las confirmaciones de las razones que nacen especialísimamente de los lugares extrínsecos. En tercer lugar, si la naturaleza de la cosa lo requiere, añadirá una exornacion, que no pertenece á la confirmacion sola, sino á cualquiera otra parte de la argumentacion. En cuarto lugar, bien atendida la naturaleza de las cosas de que predica, mire si le dan materia para mezclar los afectos, acomodamientos, sentencias y epifonemas. Porque todo esto nace de la naturaleza misma de las cosas; no de otra manera que la forma, como dicen los filósofos, se educe de la potencia de la materia.

11. Pero la prolepsis, que indica la naturaleza de la confutacion, no nace precisamente de la naturaleza de las cosas que decimos; es á saber, cuando dan asunto á la duda, sino que tambien se colige de la capacidad y condicion de los oyentes, segun poco ántes deciamos. Así estas figuras que pertenecen á la elocucion, las quisimos juntar con la doctrina de la invencion: por cuanto como dejamos dicho, nacen de las mismas entrañas de las cosas de que hablamos, las que darán asunto al predicador si íntima y profundamente las considerare. Y no tendré á mal que se añada á ellas la exclamacion, que tambien se cuenta entre las figuras de la elocucion; la cual viene muy bien cuando espontáneamente nace de la naturaleza misma de las cosas; de suerte, que mas parezca nacida de sí misma, que traida de industria por el ingenio del predicador.

CAPITULO XV.

Del género de elocucion con que han de tratarse las susodichas argumentaciones.

1. Para acabar de tratar llena y cumplidamente esta parte, parece falta solo que declaremos ahora sucintamente el género de elocucion y figuras que debemos usar en la argumentacion; para que habiendo discurrido ántes sobre la invencion de los argumentos y sobre sus formas, nada quede que desear acerca de la parte de esta doctrina. Sobre lo cual, despues de haber tratado Fabio difusamente de los silogismos y demas formas de argumentaciones, á lo último dice así *(a)*: «Paréceme haber descubierto lo mas sagrado de los preceptores de las artes; sin embargo queda lugar al consejo. Porque como yo no condeno que tal cual vez se use en la oracion de un silogismo, así de ningun modo quiero que toda ella esté tejida y como embutida de silogismos y de entímemas. Pues de esta manera, mas parecida sería á los diálogos y disputas dialécticas, que á los ejercicios de nuestra oratoria; que realmente son entre sí muy diferentes. Porque aquellos hombres doctos que buscan la verdad entre los doctos, mas menuda y escrupulosamente lo escudriñan todo y lo apuran: como que justamente se apropian el derecho de inventar y juzgar. Mas nosotros hemos de acomodar la oracion á los juicios ajenos, y las mas veces hemos de hablar á una gente totalmente imperita y verdaderamente iliterata, á la cual no podemos persuadir las cosas mas justas y verdaderas, si no la atraemos con el deleite, la arrastramos con la enerjía, y á veces la conmovemos con los afectos.

»Rica y hermosa quiere ser la elocuencia, y no lo conseguirá quien la ciñere á ciertas y frecuentes conclusiones, dispuestas en una misma forma, sino que incurrirá en menosprecio por la bajeza, en aborrecimiento por la servidumbre, en hartura por la abundancia, y en fastidio por la prolijidad. Llévese pues, no por trochas, sino por campos; fluya, no como las fuentes por angostos caños, sino como los caudalosos rios por todos los valles, y hágase camino si alguna vez no le hallare. Porque

(a) Quint. Inist. lib. 5, cap. 14.

¿qué cosa mas mísera que aquella ley de los que van siguiendo las letras al modo de los niños de escuela, y guardan, como suelen decir los griegos, la ropa que les dió la madre? Acaso la proposicion y conclusion por los consiguientes y repugnantes ¿no inspira, no aumenta, no varía por mil figuras, de suerte que no parece labrada á mano y aprendida con arte, sino que ella nace y proviene de la naturaleza misma, confesando ser ella su maestro? ¿Qué orador jamas habló así? ¿Por ventura en Demóstenes mismo no se hallarán poquísimas cosas de estas? Mas cogiéndolas ahora los griegos, que eso solo hacen peor que nosotros, las eslabonan y enlazan de modo que no se pueden desenvolver: coligen lo cierto, y prueban lo manifiesto, y llámanse por esto semejantes á los antiguos. Preguntados despues á quién imitan, nunca lo dirán.» Pero de las figuras tratarémos en otra parte.

2. Ahora tengo que añadir, que no me conformo con los que piensan que si bien deben proponerse los argumentos con lenguaje puro, claro y distinto; mas no copioso y adornado. Porque confieso que los argumentos deben ser distintos y claros, y aun en las cosas menores el estilo y las voces muy propias y usadas. Pero si el asunto fuere mayor, comprehendo que no se les debe quitar adorno alguno, como no cause obscuridad. La translacion misma no pocas veces da muchísima luz, pues hasta lo mismos jurisconsultos que ponen tanto trabajo en la propiedad de las palabras, osan decir que la costa es lo que bañan las olas. Y cuanto mas áspera es una cosa por su naturaleza, tanto mas conviene suavizarla con el deleite: asimismo la muy sospechosa debe proponerse con disimulo, contribuyendo mucho el deleite para conciliarse la fe de los oyentes. Si ya no es que juzgamos que se explicó mal Tulio en esta misma argumentacion: «Las leyes enmudecen entre las armas, y las mismas leyes á veces nos obligan á tomar las armas.» Pero debe haber en esto medida, de manera que sirvan de adorno, no de embarazo.

3. Hasta aquí hemos hablado sucintamente de la principal parte de la invencion, que es de la razon de probar, y de las formas de los argumentos, que parece debian tratarse en comun; ahora se sigue que comencemos en el libro siguiente á discurrir sobre la manera de amplificar, que tiene afinidad con esta, y es importantísima á los predicadores.

LIBRO III.

EN QUE SE TRATA DEL MODO DE AMPLIFICAR, Y DE LOS AFECTOS.

CAPITULO PRIMERO.

En qué se diferencia la amplificacion de la argumentacion.

1. Hemos querido separar á la amplificacion, que consta ser una parte de la invencion, de la argumentacion, y de la manera de probar de que hemos hablado hasta aquí; no porque totalmente esté separada de ella, sino porque la argumentacion se extiende muchísimo á todo género de cuestiones, en las que buscamos si existe ó no la cosa, qué sea, cuál, por cúyo respeto es, y otras cosas á este modo. Mas la amplificacion se contrae á ciertos géneros de cuestiones ó proposiciones, en las cuales se disputa de sola la grandeza y amplitud de lo cosa: esto es, cuando nos esforzamos á manifestar ser alguna por extremo indigna en su género, calamitosa, alegre, triste, miserable, amable, aborrecible, formidable ó apetecible, y otras cosas de esta naturaleza. Pues por este medio abrimos camino para mover las pasiones, persuadir, disuadir, alabar ó vituperar; porque para estas tres cosas principalmente conduce la razon de amplificar. Y así la amplificacion, como cierta argumentacion, está contraida á determinado género.

2. Tambien se distinguen estas dos partes de la oracion en el modo de tratar los argumentos. Porque la argumentacion se vale de silogismos, esto es, de un género de oracion en cierto modo redondeado, aunque el orador trata el silogismo con mas extension que el dialéctico. Pero el razonamiento de la amplificacion es mas semejante á la exposicion y enumeracion, que á la argumentacion. Así San Pablo amplifica con la enumeracion de sus trabajos esta proposicion (*a*): «¿Ministros de Cristo son? Aunque me exponga á incurrir en la nota de imprudente, me atrevo á decir que yo lo soy mas que ellos,» por estas palabras: «Yo he padecido mas trabajos, he sufrido mas prisiones, he llevado mas golpes, y me he visto á menudo á las puertas de la muerte,» con lo demas que despues se sigue.

(*a*) 2, Corint. 11.

3. Ultimamente se diferencian tambien por el fin; porque es propio de la argumentacion probar la cosa, y con la fuerza reducir el entendimiento al asenso. Mas es propio de la amplificacion, no solo convencer al entendimiento para que crea ser la cosa máxima en su género, sino inducir tambien á la voluntad al amor, ó al odio, ó á otro cualquier afecto.

4. La invencion de las cosas que sirven para la amplificacion, se tomará de los mismos lugares de donde se sacan los argumentos. Porque si la amplificacion, como poco há dijimos, es como cierta especie de argumentacion, se infiere que la invencion de entrambas procede de los mismos lugares. Sin embargo, algunos lugares destos sirven mas para amplificar: es á saber, aquellos que manifiestan lo mucho que hay en una ó en otra cosa, como son los lugares que se toman de las partes, de las causas, de los efectos, y de los contiguos á estos, es á saber, de las circunstancias, como de los antecedentes y consiguientes. Todas las cuales cosas se confirman ó aumentan con ejemplos, con símiles y con testimonios de las escrituras ó santos padres. De lo que luego pondrémos ejemplos.

5. Pero es preciso acordar aquí lo que ántes dijimos: es á saber, que de dos modos son las proposiciones que se prueban ó amplifican, esto es, hipóteses ó téses, que en latin se dicen *finitæ* ó *infinitæ*, y en español definidas ó indefinidas. La definida ó hipótesis es: si quiere uno amplificar ó la obediencia de Abrahan, dispuesto á sacrificar á su hijo, ó el adulterio que cometió David con la mujer de Urías: una y otra proposicion será definida,

porque toca tan solamente á estas personas. Al contrario, si en general quiere alguno alabar la obediencia y vituperar el adulterio, será la proposicion indefinida, por cuanto se extiende universalmente á todo género de personas. Esta proposicion pues indefinida busca principalmente los argumentos ó razones de amplificar, en aquellos lugares que mencioné arriba. Pero la definida, que está envuelta de circunstancias, no solo de estos lugares, sino tambien de todas las circunstancias, levanta y amplifica la cosa. Lo cual es bien sabido de los teólogos que, para conocer la gravedad de los pecados, enseñan ser las circunstancias en dos maneras: unas que agravan notablemente los pecados y que tambien mudan á veces la especie de ellos, las cuales dicen haberse de descubrir precisamente en la confesion de los pecados; otras que no agravan tanto, y que no es preciso confesarlas. Con este ejemplo pues de los pecados fácilmente entenderán los teólogos, en qué manera deben tambien aumentarse y amplificarse por las circunstancias los oficios de las virtudes que se atribuyen á ciertas personas y tiempos, siendo una misma la ciencia de los contrarios. Pero será del intento que ilustremos con ejemplos estas mismas cosas que dijimos.

CAPITULO II.

De la amplificacion tomada de las partes.

1. Los profetas amplifican por partes los desventurados sucesos de diversos reinos; los cuales no satisfechos de haber referido con una sencilla narracion la ruina y destruccion de un reino, enumeran todas las calamidades que acompañan aquella devastacion. Así Jeremías en sus Lamentaciones amplifica la ruina de Jerusalen, así tambien la desolacion de Babilonia en los capítulos L y LI. De la misma suerte Ecequiel se lamenta de la ruina de Tiro, de Egipto y de los asirios, cuando cuenta largamente todas las riquezas de estos reinos, que habian de ser saqueadas. A este modo amplifica tambien Joab los servicios que hicieron á David sus vasallos, y las lágrimas intempestivas de este, diciéndole (*a*): «Confundiste hoy todos los rostros de tus siervos que salvaron tu vida y la de tus hijos, y la de tus hijas, y la vida de tus mujeres, y la vida de tus concubinas.» Donde vemos claramente aumentada la cosa por la enumeracion de sus partes.

2. De esta manera tambien San Gregorio, el teólogo, en la homilía de los siete Macabeos amplifica la constancia de su madre, que teniendo delante de sus ojos todos los linajes de tormentos, no pudo ser derribada del alto grado de su virtud y constancia. Y dice así: «Nada pudo torcer, ablandar ni enflaquecer el valor y firmeza de su ánimo. No los instrumentos destinados para descoyuntar los miembros, no las ruedas puestas á su vista, no los mas extraordinarios géneros de tormentos, no las puntas de aceradas uñas, no las bestias enfurecidas, no las espadas afiladas, no las ollas que hervian, no el fuego que se atizaba, no la confusa tropa, no los archeros que oprimian, no la vista de sus hijos, no el destrozo de los miembros, no las carnes que se despedazaban, no los arroyos de sangre que corrian, no la flor de la edad ajada, no los males presentes, no las amarguras que la aguardaban.» En cuyo lugar amplifica

(*a*) 2 Reg. 19.

el Nacianceno la maravillosa fortaleza de esta mujer, con la enumeracion de las partes, esto es, de todo género de tormentos.

3. A este mismo modo amplifica Lactancio Firmiano la amargura de la cruz del Señor, discurriendo por partes, esto es, por todos sus llagados miembros. Introduce pues al Señor, hablando en este modo:

Vertice ad usque pedes me lustra, en aspice crines
Sanguine concretos, et sanguinolenta sub ipsis
Colla comis, spinisque caput crudelibus haustum
Undique diva pluens vivum super ora cruorem:
Compressos speculare oculos, et luce carentes,
Aflictasque genas: arentem suspice linguam
Felle venenatam, et pallentes funere vultus.
Cerne manus clavis fixas, tractosque lacertos,
Atque ingens lateri vulnus: cerne inde fluorem
Sanguineum, fossosque pedes, artusque cruentos.
Flecte genu, lignumque Crucis venerabile adora.

De cabeza á piés me mira,
Repara en la cabellera
Cuajada con sangre mia:
Y la cerviz muy sangrienta
Debajo del pelo mismo;
Traspasada la cabeza
Con las crueles espinas,
Que de todas partes echa
Sobre mi Divino Rostro
Viva sangre en copia inmensa.
Mira los ojos hundidos,
Y la luz en ellos muerta,
Afligidas las mejillas:
Repara en la lengua seca
Emponzoñada con hiel,
La tez pálida y funesta.
Mira las manos clavadas,
Brazos tirados á fuerza,
Y la herida del costado.
Ve despues mi sangre suelta,
Traspasados ambos piés,
Mis coyunturas sangrientas.
Arrodíllate ahora
Y el sacro leño de la Cruz adora.

En cuyo lugar ves amplificado el todo, enumeradas las partes que llaman integrales; pues mas aumenta una cosa la distinguida enumeracion de cada parte de por sí, que la proposicion confusa de toda la materia.

4. De esta forma tambien el segundo comentario *de rerum copia* amplifica esta proposicion: «Con el lujo lo disipó todo». Esta sentencia, así compendiada y hecha como un ovillo, podrá devanarse ó desenvolverse á este modo, si vamos enumerando las muchas maneras de posesiones, y explicamos los varios modos de perderse una hacienda. «Cuanto habia heredado de su padre y madre, cuanto le habia tocado por muerte de otros parientes, cuanto se le habia juntado del dote de su mujer, que ciertamente no era poco; cuanto se le habia añadido de los legados, que era muchísimo; cuanto habia recibido de la liberalidad del príncipe, cuanto caudal habia recogido en la guerra, todo el dinero, vasos, ropas, campos, heredades, junto con los mismos cortijos y rebaños; en suma, todos los bienes muebles ó raices, y en fin hasta la familia misma, de tal suerte los consumió, sorbió y devoró en pocos dias en amores torpísimos de rameras, diarias glotonerías, espléndidos banquetes, borracheras nocturnas, en figones, golosinas, ungüentos, juegos de fortuna, devaneos, que no le quedó ni un solo maravedí.» En donde aquellas dos palabras «lo disipó todo y en el lujo», se explican por sus partes.

5. De esta manera pues se aumenta el todo con la enumeracion de las partes que en él se encierran. Llamamos todo, primeramente á lo que encierra en sí muchas partes, como en el ejemplo propuesto del lujo, voz que, como se ha explicado, contiene en sí muchísimos vicios. A mas llamamos todo á lo que tiene alguna señal universal adjunta, como en el propio ejemplo decimos, «haberlo disipado todo,» en el cual vamos refiriendo todas las cosas que se contienen bajo de aquella señal de universalidad. A esto llaman descenso y ascenso los dialécticos, con los cuales argüimos, ó del todo á la enumeracion de los singulares, ó de los mismos singulares

al todo. Finalmente llamamos todo á lo que no se comprehende en cosas particulares, sino en las partes que los dialécticos llaman integrantes. De lo cual dimos un ejemplo de Lactancio. Donde quiera pues que se incidiere en algun todo de estos tres géneros, si lo pide así el asunto, podrá de este modo amplificarse. Sin poner mucho cuidado ocurren ejemplos á cada paso en las sagradas letras y en los escritos de los santos padres, especialmente en el Crisóstomo, y Gregorio, el teólogo.

CAPITULO III.

De los adjuntos, esto es, de los antecedentes, concomitantes y consiguientes.

1. Amplificamos la cosa por los antecedentes que se contienen en la clase de los adjuntos, siempre que no contentos con haber dicho una sola vez el éxito de una cosa, del cual lo demas que le precedió puede entenderse, mencionamos tambien en particular todo aquello por lo cual se llegó al éxito. De esta regla se propone este ejemplo en el mismo comentario: «Un mozo muy perdido y derramado tuvo un hijo en una doncella.» Esta sentencia podrá extenderse y amplificarse por los antecedentes, así: «Estaba miserablemente enamorado de aquella doncella, porque era de singular hermosura. Despues impaciente con su amor solicitó con promesas el ánimo sencillo de la jóven: corrompióla con regalos, la ablandó con halagos, la atrajo á su amor recíproco con agasajos, vencióla con porfías, en fin gozóla. Al cabo de algun tiempo empezó á entumecerse el vientre de aquella mujer por haber concebido: finalmente parió un niño.» Otro ejemplo: «Ciceron deshizo enteramente los esfuerzos de Catilina.» Esta sentencia se podrá extender y dilatar de este modo: «Marco Tulio Ciceron, siendo cónsul, con su gran sagacidad olió al instante los malvados intentos de Catilina, que por medio de unos jóvenes muy disolutos proyectaba la ruina y total extincion de la ciudad de Roma: rastreólo con particular desvelo, averiguólo con suma prudencia, descubriólo con admirable celo del bien de la república, con elocuencia increible lo probó, con gravísima autoridad lo refrenó, con las armas lo extinguió, con gran felicidad lo acabó.»

2. De esta manera de amplificar, como ántes dijimos, podrémos valernos principalmente en aquellas cosas que, examinada su naturaleza, se sabe haberlas precedido otras muchas. Porque las causas, ya sean físicas, ya morales, van delante de sus efectos, por cuyo medio llegamos á explicarlas. Así podrémos tratar aquel lugar del capítulo II de San Lúcas: «Simeon habia tenido revelacion del Espíritu Santo, que no moriria sin ver ántes al unigénito del Señor.» Es de creer pues que precedieron muchas cosas á esta divina revelacion. Porque primeramente el varon santísimo, abrasado con el amor de la gloria de Dios y salud de las almas, se congojaba en extremo considerando á casi todo el mundo cubierto con las sombras del paganismo; y que aun en aquel corto rincon de la Judea se iba extinguiendo la justicia, y en lugar de la religion verdadera dominaba por lo comun la supersticion é hipocresía. Sabía muy bien que el mejor remedio de tantos males consistia únicamente en la venida del Salvador, que habia de traer consigo la luz del Evangelio para desengaño de las gentes. Clamaba pues, y con inenarrables gemidos pedia que se adelantase su venida, sabiendo que estaba escrito (*a*): «Los que os acordais del Señor, no calleis ni persevereis en silencio delante de él, hasta que establezca y ponga á Jerusalen por ojeto á la alabanza de toda la tierra.» A estos ruegos del varon santo, á estos llantos, á estas continuas lágrimas, el piadoso y compasivo Señor, que atiende á la oracion de los humildes y no desprecia sus ruegos, dió esta agradabilísima y gustosísima respuesta: «que no moriria sin ver ántes al ungido del Señor.»

3. De esta suerte tambien podrá amplificarse el fin y la intencion del bienaventurado patriarca Santo Domingo, con que pidió se fundase en la Iglesia la órden de Predicadores; pues no pudo este varon santísimo escogitar tan gran designio, sin arder primero como una hacha en el celo de las almas que se perdian, y sin pedir incesantemente al Señor esto mismo con muchos ayunos, oraciones y lágrimas.

4. Amplificamos la cosa por los concomitantes y consiguientes, cuando vamos refiriendo aquello que siempre ó á menudo acompaña ó se sigue á ella, ora sea malo, ora bueno, conveniente ó desconveniente. Como si uno quiere acusar á otro de haber sido autor de alguna guerra, de este modo amplificará su temeridad: «Exhausto para mantener bárbaros soldados el erario, quebrantada con trabajos la juventud, las mieses holladas, los rebaños robados, las aldeas y cortijos á cada paso incendiados, los campos incultos, los muros derribados, las casas saqueadas, los templos despojados, tantos padres viejos sin hijos, tantos hijos niños sin padres, tantas matronas viudas, tantas doncellas indignamente desfloradas, tan depravadas las costumbres con la licenciosa libertad de los mancebos, tantas muertes, tantos lloros, tantas lágrimas. A mas de esto las artes extinguidas, las leyes violadas, la religion acabada, todo lo divino y humano confundido, la policía de la ciudad corrompida. Todo, vuelvo á decir, todo este tropel de males que nacen de la guerra, á tí solo lo atribuirémos si realmente fueres causa de la guerra.»

5. Este lugar de los concomitantes y consiguientes es grandemente útil para amplificar las virtudes, por lo que conviene á ellas, ó para exagerar tambien los vicios, refiriendo los males que dimanan de ellos. Cuyo lugar parece nacer de aquel que se toma de los efectos y adyacentes. Es pues muy necesario al predicador este modo de amplificar, mayormente cuando exhorta al amor y ejercicio de la virtud, ó cuando aparta de los vicios, lo cual pertenece al género suasorio ó disuasorio. Así San Cipriano en el sermon de Los celos y de La envidia, pondera bellísimamente el veneno de ella con estas palabras: «Se extiende muchísimo la varia y fecunda ruindad de los celos. Es raiz de todos los males, fuente de estragos, plantel de delitos, materia de culpas; de ahí se levanta el odio, de ahí procede la osadía. Cuando uno no puede contentarse con lo suyo, viendo mas rico á otro, encienden los celos á la avaricia; cuando mira á otro en mas alto empleo, excitan la ambicion. De aquí viene romperse el vínculo de la paz del señor, de aquí violarse el amor fraternal, de aquí adulterarse la verdad, cortarse la union, y resaltar las herejías y cismas miéntras que se murmura de los sacerdotes, miéntras que se tiene envidia á los obispos, miéntras que alguno

(*a*) Isai. 62.

se queja de que no le ordenaron, ó se indigna de que otro le haya sido preferido.»

6. San Juan Crisóstomo amplifica por todos los adjuntos y circunstancias aquella prediccion del Señor, con que dijo (*b*): «Habia de ser celebrada en todo el mundo la memoria de aquella mujer que le ungia la cabeza,» de este modo (*c*): «En todas las iglesias, dice, oímos que se nombra esta mujer. En todas las ciudades hay cónsules, duques, varones y mujeres nobles, y á cualquiera parte del mundo que fueres, hallarás que oyen todos con sumo silencio lo que hizo esta mujer. Reinas hay, y muy grandes señoras, que en medio de haber hecho innumerables beneficios á sus vasallos, ni aun su nombre es conocido; mas esta pobre mujer que solamente derramó un poco de ungüento, es celebrada en todo el orbe. Ni la distancia tan inmensa del tiempo extinguió su memoria, ni la extinguirá jamas; y esto no siendo de suyo el mismo hecho señalado. Porque ¿qué tenia de grande derramar el ungüento? Ni era célebre la persona, pues era una mujer ordinaria. Ni habia muchos testigos, pues pasó esto solamente entre los discípulos. Ni el lugar era notable, pues que no hacia esto en algun teatro público, sino en una casa privada, en la presencia de solos diez hombres. Y con todo eso, ni la humildad de la persona, ni el corto número de testigos, ni la obscuridad del lugar, ni ninguna otra cosa pudo borrar su memoria, sino que ántes bien es ahora mas famosa esta mujer, que cuantas reinas y reyes hubo: ni edad alguna sepultó semejante hecho en el olvido.»

7. Pero de esta amplificacion tenemos en el mismo santo Padre otro ejemplo muy oportuno, en el cual califica por uno de los mas estupendos milagros la «conversion de todo el mundo», acabada por la predicacion y sudores de San Pablo, amplificando el negocio por todas sus circunstancias, y haciéndole sumamente admirable. Dice pues así (*d*): «¿Cómo pudo Pablo con aquella arte tan mecánica inspirar tanta virtud, cuanta el mismo suceso testifica? Pues un hombre plebeyo, humilde, y al parecer de los gentiles un charlatan, que se ocupaba en curtir pieles, se aprovechó tanto en la virtud, que en el espacio apénas de treinta años sojuzgó al imperio de la verdad á los romanos, persas, partos, medos, indios, scitas, etíopes, sauromatas, sarracenos, y á todo el linaje humano.

»Responde pues, ¿de dónde le vino á este artesano vulgar y público, el que permaneciendo en la esfera de su arte, y llevando la herramienta en la mano, haya así filosofado y enseñado á filosofar á otros, esto es, á las gentes, á las ciudades y á las regiones, sin pericia ni enerjía alguna? Porque oye lo que él mismo dice (*e*): «Aunque imperito en el idioma.» Y en otra parte confiesa no tener dineros. «Hasta ahora, dice (*f*), padecemos hambre, y sed, y desnudez, y nos dan de bofetadas.» ¿Y qué digo dineros, cuando él muchas veces ni tenia el sustento necesario, ni vestido con que cubrirse? Y que por su profesion no fuese esclarecido, lo muestra su discípulo, diciendo (*g*): «Que quedaba con Aquila y Priscila, por ser de su misma arte, pues todos eran curtidores.» Así que no fué noble por sus abuelos, quien se muestra haber sido de tan baja arte, ni por su patria tampoco, ni por su gente. Y esto no obstante, solamente con salir y dejarse ver, desbarató todos los designios de sus enemigos, los confundió todos, y al modo de una voraz llama que prende en las pajas ó en el heno, consumió y redujo á cenizas todas las máquinas del demonio, y lo convirtió todo en lo que quiso. Pero ¿tal vez sería él un noble y erudito orador? Tampoco, como él mismo lo confiesa, diciendo (*h*): «Y yo cuando vine á vosotros para anunciaros el Evangelio de Jesucristo, no vine con los discursos sublimes de una elocuencia y sabiduría humana, porque no he hecho profesion de saber otra cosa entre vosotros, sino á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. Y mi locucion y mi predicacion no consiste en limadas palabras de humana sabiduría.»

»Mas por ventura ¿el mismo asunto de la predicacion era idóneo para atraer á sí á los oyentes? Oye tambien lo que pronuncia él mismo sobre esto (*i*): «Por cuanto los judíos, dice, piden milagros, y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos á Cristo crucificado, que para los judíos es escándalo, y para los gentiles necedad.» Pero ¿quizá gozó él de salvoconducto, y de una entera libertad? Al contrario, nunca respiró ni estuvo exento de peligros. «Y yo, dice (*k*), miéntras que estuve entre vosotros, estuve siempre en un estado de flaqueza, de temor y de temblor.» Siendo pues él un predicador por una parte imperito, y por otra tambien pobre y sin nobleza; y lo que predicaba no solo no recomendable, sino al contrario muy ofensivo; y los mismos oyentes pobres, flacos, y absolutamente ningunos; y amenazando peligros tan frecuentes, tan varios, no solo á los maestros, sino tambien á los discípulos; y siendo crucificado el que proponia por ojeto á la adoracion, ¿no aparece clarísimamente, que esta tan grande obra fué acabada con una cierta inefable divina virtud?» Hasta aquí el Crisóstomo, quien así como es frecuentísimo en examinar los adjuntos y circunstancias, es tambien un artífice prodigioso (*).

8. Por estos tres lugares, es á saber, por los antecedentes, concomitantes y consiguientes, describe bellísimamente el obispo Osorio la miseria de la vida humana, con estas palabras: «Cuán pesada y cuán amarga sea la condicion de la vida humana, cuán llena de trabajos, nadie puede bastantemente declararlo ni referirlo. Porque si comenzamos por el nacimiento de cada uno, y recorriendo con el discurso todas las partes de la vida, llegamos últimamente á su paradero, ninguna hora verémos, ó exenta de dolor, ó inmune de trabajo, ó libre de temor, sino á toda su edad sujeta á infinitas dificultades, y envuelta entre grandísimas ansias y zozobras.

»Damos principio á la vida con el llanto, y atados todos los miembros, arrojados al suelo, barruntamos con los lloros inmensos trabajos. Y siendo así que los otros animales nacen cubiertos y vestidos de ciertos resguardos que les dió naturaleza, solo al hombre vemos desnudo y desproveido de todo, y miserablemente impedido, gimiendo en el principio de la vida, lamentándose ya de la miseria de su estado en el mismo instante del nacer. ¿Mas quién podrá explicar con palabras la fuerza y muchedumbre de enfermedades que embisten al punto aquella tierna y flaca naturaleza? ¿Qué cuidado

(*b*) Matth. 26. (*c*) S. Chrysost. Homil. 5, adv. Judeos. (*d*) Homil. 4, de laud. Pauli. (*e*) 2 Corineb. 11. (*f*) 1 Corinth. 4. (*g*) Actor. 18.

(*h*) 1 Corinth. 2. (*i*) 1. Corinth. 1. (*k*) Ibid. 1. (*) Estos dos ejemplos de S. Juan Crisóstomo son aquellos de que se habló en la nota puesta al pié de la Dedicatoria del autor á la universidad de Ebora.

en las amas que los crian? Qué solicitud en los padres? ¿Y á qué riesgos no están expuestos los niños en aquellos primeros meses de su infancia?

»Apénas crecen en la edad, empiezan á turbarse mas y mas con el miedo y la codicia. Todos los males que ántes sentian ménos, se les agravan mas de cada dia. Luego que llegan á la pubertad, se levanta en ellos un alboroto tempestuoso, que fatiga á los míseros mortales, y no les permite parar en ningun lugar. Porque de ahí empiezan á invadirles acerbos amores, y de ahí turbulentas discordias y riñas, les trastornan su ánimo. Pues ¿qué cuando amarguísimos deleites comprados con muchos dolores, enflaquecen todos sus miembros? Qué cuando un tropel de dolores derriban de un golpe á todo el hombre? Qué despues, cuando en la edad adulta el deseo de mandar inflama su ánimo? Qué cuando la envidia mata al mismo y le consume?

»Añade, si te parece, las pesadumbres de un matrimonio, las desgracias de la familia, las solicitudes de la vida, y la confusion de los pleitos. Añade la deleznable fe de los amigos, las traiciones de los compañeros, los torbellinos y borrascas de las dependencias civiles. ¿Qué diré pues de los achaques y molestias de la edad avanzada, y de la fealdad de un cuerpo consumido? Qué en fin de la horrorosa figura del mismo cadáver? ¿Hay por ventura en el mundo cosa mas hedionda, mas espantable á la vista, ó mas contagiosa y pestilente? Así que en una suma brevedad de vida, gira por todos lados una inmensa multitud de males: á un trabajo sucede otro, un dolor se eslabona con otro dolor, y muchas veces á una afliccion y llanto se sigue otro mayor. Por donde viene á concluirse, que no hay en la tierra cosa mas desdichada que el hombre.» En este ejemplo se amplifica toda la materia, primeramente por las partes de la vida humana, delineadas por su órden; despues por las miserias que acompañan á cada una de ellas.

CAPITULO IV.

De la amplificacion por las causas, efectos y circunstancias.

§. I.

De la amplificacion por las causas.

1. San Basilio amplifica por las causas la grandeza de la pasion y dolor de los santos cuarenta mártires, poniendo puntualmente á la vista todas las causas que pudieron aumentar aquel dolor. Dice pues (*a*): «Habiendo visto el tirano la constancia de los mártires y su libertad en responder, se encendió todo en ira; y meditaba consigo qué máquina inventaria para labrarles una muerte juntamente amarga y prolija. Hallóla en fin, y ved cuán penosa. Habiendo considerado el clima de la region, que era frigidísimo, y la estacion del año, que era el invierno, teniendo observada una noche en que se aumentase muchísimo el frio, y por otra parte soplase entónces en ella el desapiadado aquilon, mandó que puestos desnudos al sereno muriesen helados en medio de la ciudad. Bien sabeis todos los que habeis probado el rigor del invierno, cuán insufrible sea esta especie de tormento. Ni es posible darla claramente á conocer, sino á los que la han experimentado. Porque un cuerpo expuesto al frio, primeramente todo se pone cárdeno, helándose la sangre. Despues se calienta y comienza á hervir; rechinan los dientes, se encogen las fibras, y toda la mole del cuerpo involuntariamente se aprieta. Un agudo dolor y una indecible afliccion que penetra hasta los tuétanos, causa en los que se hielan un sentimiento intolerable. Córtanse las extremidades del mismo, cuando las partes extremas como que se queman con fuego. Porque el calor, ahuyentado de los extremos del cuerpo, y retirándose á lo mas hondo, deja muertas las partes de donde se ausenta; y entónces á aquellas en que se reconcentra, las aflige con dolores, viniéndose por la congelacion á paso lento la muerte.

»Entónces pues fuéron condenados á pasar la noche al sereno, cuando el estanque imediato á la ciudad, en que los santos padecieron, se habia puesto como una llanura para correr caballos; y trasmudado en hielo, y en fuerza de la frialdad convertido en continente y tierra firme, daba sobre su espalda paso seguro á los moradores. Los rios que perennemente fluyen, habian dejado de fluir; y las aguas, de su naturaleza blandas y líquidas, se habian puesto duras como una piedra. Los violentos soplos del cierzo quitaban la vida á todo viviente. A este tiempo pues, luego que los santos oyeron la órden (ved aquí conmigo su invencible constancia), cada uno de ellos, habiéndose quitado hasta la camisa, caminaba con regocijo por el frio á la muerte, animándose recíprocamente, como si fuesen á recoger los despojos de sus enemigos.» Hasta aquí San Basilio, que explicadas de esta manera todas las causas del dolor, exageró su grandeza, y por consiguiente la constancia de los mártires.

§. II.

De la amplificacion por los efectos.

2. Frecuentísimamente amplificamos las cosas por los efectos, que alguna vez se cuentan entre los consiguientes ó concomitantes, cuando ponemos á los ojos toda su prole, digámoslo asi, y su fecundidad. De este modo recomienda San Bernardo el estudio de la consideracion, por los frutos que de ella nacen. Pues dice (*b*): «Primeramente la consideracion purifica la misma fuente de donde nace, que es el alma: despues de esto rige los afectos, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida, y finalmente da al hombre conocimiento de las cosas divinas y humanas. Esta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas y escudriña las secretas; busca las verdaderas, examina las verosímiles y explora las fingidas. Esta es la que ordena lo que se ha de hacer, y piensa en lo hecho; en la prosperidad presiente las adversidades, y en estas se muestra insensible.»

3. Nos servimos pues muchas veces de este lugar, traido de los efectos, por el cual vamos refiriendo las conveniencias ó desconveniencias que se subsiguen, principalmente en los sermones suasorios ó disuasorios. Porque de ellos pretendemos probar, que la cosa de que tratamos debemos abrazarla si exhortamos, ó evitarla si disuadimos.

§. III.

De la amplificacion por los lugares comunes, y juntamente por las circunstancias.

4. Es plenísima amplificacion la que procede de los lugares arriba dichos, y juntamente de todas las cir-

(*a*) Homil. 19, in Sanct. 40, Martir. n. 5.

(*b*) S. Bern. de Consid. lib. 1, cap. 7.

cunstancias de las cosas y personas. Hállase un ejemplo de esto muy á propósito en Santo Tomas (*c*), quien con la enumeracion de todas las partes, causas y circunstancias, prueba que el dolor de la pasion del Señor fué el mayor de todos. Y en verdad este ejemplo es muy oportuno, y declara todo cuanto hasta aquí hemos dicho. Pues por él manifiestamente aparece, que la amplificacion es una especie de argumentacion con que el mismo santo doctor prueba esta proposicion, es á saber: «El dolor de la pasion del Señor fué el mayor de todos.» Así remito al curioso lector á este ejemplo.

5. De la misma manera amplificamos la conversion del mundo hecha por los apóstoles, así por los lugares que mencionamos ántes, como por las circunstancias de cosas y personas. Por la persona de los apóstoles, porque eran en corto número, de bajo linaje, de lenguaje bárbaros, destituidos de armas, de dinero, de poder, de sabiduría mundana, y que confesaban no saber mas que á Cristo, y este crucificado. Por la cosa, porque predicaban lo que era áspero de obrar y mucho mas difícil de creer: esto es, que un hombre crucificado entre ladrones era el sumo Dios, criador de todo, y las demas cosas que enseña nuestra fe de la santísima Trinidad, sagrada Eucaristía, y resurreccion de la carne. Y en lo que mira á la razon de causa aliciente, apénas proponian premios algunos en esta vida, sino prisiones, azotes, destierros, confiscacion de bienes, muertes y tormentos que habian de padecer por causa de la religion. Al contrario, crece la grandeza de la cosa por las personas de los perseguidores; porque eran reyes, emperadores, pueblos y naciones, y por fin todos los hombres de todas clases. ¿Y de qué manera? Con fiera crueldad, con odio inhumano, con increible ímpetu de furor. Hasta los padres se ensañaban atrocísimamente contra sus hijos, y los maridos contra sus mujeres.

Pero ¿con qué máquinas é instrumentos combatian contra ellos? Esto lo explica San Cipriano por estas palabras (*d*): «A los inocentes justos, amigos de Dios, privas de sus casas, quitas las haciendas, cargas de cadenas, encarcelas, castigas con cuchillo, bestias y llamas. Aplicas largos tormentos para despedazar los cuerpos; multiplicas un gran número de suplicios para destrozar las entrañas. Ni puede saciarse tu fiereza y crueldad con los tormentos usados, sino que ingeniosa la crueldad inventa castigos nuevos.» Pero veamos qué adelantó el mundo con todas esas máquinas y tormentos. Tan léjos estuvo de poder quebrantar la virtud de los santos apóstoles y mártires, que ántes bien quedó á sus plantas rendido y preso; y asolados los templos de los falsos dioses, adoró la cruz de Cristo: comenzó á imitar su pobreza y paciencia, á no hacer caso por el amor de Cristo, de todo el dinero y riquezas del mundo, á deshechar los deleites de la carne, y abrazarse con todos los tormentos. Por este ejemplo puede verse cuánto importa para amplificar cosas grandes, examinar las diferentes circunstancias, ya de las cosas, ya de las personas.

6. A este modo exagera San Juan Crisóstomo la calamidad del patriarca Jacob, por todas las circunstancias diligentísimamente recopiladas, cuando los demas hijos le contaron la muerte desgraciada de su hijo Josef. Dice pues así (*e*): «Habiendo ya crecido el hijo de su amantísima consorte, y confiando consolarse en la pérdida de la madre con la compañía del hijo, entónces se le aparejan los mayores desconsuelos; pues mostrándole al padre los hermanos de Josef su camisa ensangrentada, afligieron su corazon con muchas penas. Porque no lloraba Jacob la muerte sola de su hijo, sino tambien el mismo género de muerte; y realmente tenia muchos motivos para afligirse. El ser hijo de una mujer tan amada, mejor que todos los demas; el mas querido, en la misma flor de la edad, enviado por él; el no haber muerto en casa, ni en la cama, ni en la presencia de su padre, y sin decirle ni oirle una palabra; el no haber sido su muerte como la de todos, sino despedazado vivo por la crueldad de las fieras; el no poder hallar sus reliquias para darlas sepultura; y en fin eran mas sensibles estas amarguras, sobreviniéndole en su extrema vejez, y no en su juventud, cuando las hubiera podido mejor sobrellevar. A la verdad era un espectáculo lastimoso ver sus venerables canas afeadas con el polvo, desnudo su pecho, rasgada su túnica, y oir aquellos lamentos que no admitian consuelo. «Rasgó pues Jacob, dice el texto (*f*), sus vestiduras, y se ciñó los lomos con un cilicio, y de este modo lloraba por muchísimos dias á su hijo.»

7. Pero si alguno desea ver ejemplos muy propios y elegantes de esta amplificacion, lea los libros segundo y tercero de la Providencia, del mismo santo Padre, en los cuales, para consolar á un monje estagirita, energúmeno, exagera con una divina copia y facundia los trabajos y desastres de los santos patriarcas Noe, Abraham, Jacob, Moises y David, expuestas y amplificadas todas las circunstancias de personas y cosas. Porque con estos ejemplos, mucho mas que con las reglas del arte, podrá el predicador aprender la manera de amplificar, que importa muchísimo para todo.

8. Lo dicho hasta aquí pertenece al artificio de inventar, esto es, de donde deben tomarse los argumentos con que podamos amplificar lo que deseamos. Mas á estas maneras de amplificar añadirémos otras que trae Quintiliano, y parecen propias de este lugar.

CAPILULO V.

De los modos de amplificar de Quintiliano (*a*).

1. La primera especie de amplificar ó disminuir está en el mismo nombre de la cosa; como cuando llamamos muerto al herido, ladron al que es perverso; y al contrario, decimos que apénas tocó el que dió golpes, y que ofendió el que hirió. Esta primer manera de amplificar parece que pertenece á la hipérbole, de que hablarémos en su lugar; la cual suele dar á las cosas nombres que exceden la comun inteligencia. Y esto es muy natural, y usado de aquellos que intentan aumentar ó disminuir alguna cosa, llevando la oracion mas allá ó mas acá de lo que la cosa en sí tiene.

2. Este género crece y se hace mas notorio, si se juntan palabras mas significativas ó de mayor sentido, y se comparan con los mismos nombres, en cuyo lugar hemos de ponerlas. Como Ciceron contra Verres (*b*): «No hemos traido, dice, á vuestro tribunal á un ladron, sino á un salteador; no á un adúltero, sino á un extirpador de la honestidad; no á un sacrílego como quiera, sino á un enemigo de los sacrificios y religiones; no á un asesino, sino á un cruelísimo verdugo de los ciudadanos y

(*c*) S. Th. 3, p. q. 46, art. 6. (*d*) S. Cipr. Lib. ad Demetrian.
(*e*) D. Chris. Ad Stagir. lib. 2, n. 11.
(*f*) Genes. 37. (*a*) Instit. lib. 8, cap. 4. (*b*) Accus. in Verr. lib. 7.

de sus aliados.» Porque de aquel modo se hace de suerte que sea mucho; de este que sea mucho mas.

3. Veo que la amplificacion consta principalmente de cuatro géneros: incremento, comparacion, raciocinacion y congerie. El incremento es muy poderoso cuando hasta las cosas mas pequeñas parecen grandes. Esto sucede ó con un grado, ó con muchos, por los cuales se viene no solo á lo sumo, si que en cierto modo se llega alguna vez mas allá de lo sumo. Basta para todo esto un ejemplo de Ciceron (*c*): «Infamia es atar á un ciudadano romano, maldad azotarle, casi parricidio quitarle la vida. ¿Qué diré pues crucificarle? Cosa tan maldita no tiene condigno nombre con que llamarse.» Porque si fuese solo azotado, habia crecido un grado, suponiendo ser maldad tambien lo que era inferior. Y si tan solamente fuese muerto, habia subido por muchos grados. Pero habiendo dicho que matarle fué casi parricidio, como si esto fuese nada, añadió: ¿Qué diré crucificarle? Así que, habiendo llegado á lo sumo, era preciso faltasen palabras para explicar lo que era aun mas.

4. De esta manera de amplificar podemos usar en los asuntos que contienen bajo de sí muchas cosas grandes en el mismo género, cual es el prodigioso beneficio de nuestra redencion, superior á toda alabanza. Porque grande es aquello que tambien admira el Profeta cuando dice (*d*): «¿Quién es el hombre por que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre que así le visitas?» Pero mayor es lo que dice Moises, no haberse oido desde la creacion del mundo, que el pueblo escuchase á Dios hablando á los hombres de en medio de el fuego, é instruyéndole con celestial doctrina. Pues si esto es tan grande y tan admirable, ¿qué será vestir el mismo Dios cuerpo mortal, por la salud de los hombres? ¿Tratar con los hombres en la tierra, y ser atado, herido y condenado por ellos? ¿Pues qué ser puesto en una cruz entre malhechores y facinerosos? Esta dignacion tan grade de la divina bondad, ¿qué facundia podrá amplificarla dignamente? Hácese tambien de otro modo el aumento sobre lo sumo, como el que usó Virgilio hablando de Lauro.

. . . . quo pulchrior alter,
Non fuit, excepto Laurentis corpore Turni (*e*).
Mas hermoso que él, ninguno;
Salvo el cuerpo únicamente
Del gentil Turno Laurente.

Porque sumamente hermoso es aquel á quien nadie aventaja en hermosura. Despues, á este se le añadió algo mas.

5. Hay tambien un tercer modo, al cual no se va por grados, como: «Que no hay mas, lo mas grande, lo que nada hay mayor.» Por ejemplo: «Mataste á tu madre. ¿Qué diré que sea mas, que el que á tu misma madre mataste?» Porque tambien es este un género de aumentar; abultar tanto una cosa, que no pueda crecer mas.

6. Crece la oracion no tan claramente, pero no sé si por esto mismo con mas eficacia, cuando indistintamente en el contexto y curso se sigue algo mayor que lo primero, como del vómito de Antonio dijo Ciceron (*f*): «Tú, por esa garganta, por esos costados, con esa robustez de cuerpo propia de un gladiador, bebiste en la boda de Hipias tanto vino, que te fué necesario vomitar el dia siguiente á vista del pueblo romano. Si esto te hubiera acontecido sobre la mesa entre las copas, ¿quién no lo tendria por torpeza? Pues en medio del pueblo romano, tratando negocios públicos, un general de la caballería, en quien un regüeldo pareceria mal, vomitando llenó su seno y todo el tribunal de indigestos vinolentos manjares.» Cada una de estas cosas tiene aumento. Pues era cosa de por sí mal vista, el vomitar en un congreso; en un congreso, aunque no fuese de un pueblo; de un pueblo, aunque no fuese el romano, aunque no tratase algun negocio, aunque este no fuese público, aunque no fuese un general de la caballería. Pero otro dividiria estas cosas, y se detendria en cada grado; este corre hácia arriba, y llega á lo sumo de un vuelo.

7. Pero así como esta amplificacion camina siempre á lo mas alto, así la que se hace por comparacion toma el incremento de cosas menores. Pues elevando lo que está debajo, es fuerza levantar lo que está puesto encima. Tómase pues esta razon de amplificar, de la comparacion de cosas desiguales, que los dialécticos llaman argumentos traidos de lo menor ó mayor, con la diferencia que cuando son argumentos, prueban algo; mas aquí probando, amplifican y muestran que la cosa es mas grande. Quien usa de esta manera de amplificar, imita el arte y destreza de los pintores, los cuales, cuando quieren que algun color insigne resalte entre los demas, le ponen otro debajo que haga á aquel mas divisado. Así el que habla de este modo, se vale de ejemplos y símiles, en cuya comparacion la cosa que quiere alzar de punto parezca la mas excelsa.

8. Hállanse ejemplos de esto á cada paso en las sagradas letras. Así el Señor por Jeremías (*g*) amplifica con el ejemplo de los recabitas la destemplanza y desobediencia de su pueblo. Y tambien por el mismo Jeremías amplifica, con el ejemplo de los gentiles, la perfidia del mismo pueblo, con oracion fuerte y figurada, diciendo (*h*): «Pasad á las islas de Cetin, y enviad á Cedar, y considerad profundamente, y ved si cosa semejante ha sucedido, si mudó esta nacion sus dioses (y en verdad, que ellos no son dioses); pero mi pueblo mudó su gloria en un ídolo. Pasmáos, cielos, sobre esto, etc.» Del mismo modo declara el Señor la ceguedad é ingratitud de los judíos con el ejemplo de los ninivitas y de la reina Sabá, mayormente cuando añade la circunstancia de la persona (*i*): «Hé aquí á quien es mas que Jonas;» y: «Hé aquí á quien es mas que Salomon.»

9. Mas se debe procurar que en semejantes comparaciones examinemos con diligencia las circunstancias de una y otra parte que pueden elevar la cosa, pues no solo se comparan los todos á los todos, sino tambien las partes á las partes. Así Ciceron contra Catilina (*k*): «Acaso Cipion, varon nobilísimo, pontífice máximo, ¿no mató, siendo un mero particular, á Tiberio Graco, que transtornaba un poco el estado de la república? Nosotros pues siendo cónsules, ¿toleraremos á Catilina, que á fuego y sangre desea acabar con todo el mundo?» Aquí se compara Catilina á Graco; el estado de la república al orbe de la tierra; una mediana mudanza, á muertes, incendios y desolacion; y un particular á los cónsules. Las cuales cosas, si alguno quiere amplificarlas, tiene lugares llenos para cada una de ellas.

10. Así San Cipriano amplifica este argumento traido de lo menor, esto es: «Si castiga un dueño á un esclavo delincuente, ¿por qué Dios no ha de castigar al hombre

(*c*) Accus. in Verr. lib. 3. (*d*) Ps. 8. (*e*) Æneid. 7, v. 650. (*f*) Cic. Philip. 2.

(*g*) Jerem. 35. (*h*) Id. 2. (*i*) Matth. 12 (*k*) Orat. 1.

pecador?» Y comparadas las circunstancias, dice así (*l*): «Tú exiges el servicio de tu esclavo, y siendo hombre, obligas á otro hombre á que esté á tus órdenes y te obedezca. ¿Y siendo en vosotros una misma la suerte en nacer, una misma la condicion en morir, semejante la materia de vuestros cuerpos, comun la naturaleza de vuestras almas, y viniendo de este mundo y saliendo de él con un mismo derecho y una misma ley, con todo eso, si no te sirven á medida de tu gusto, si no obedecen al imperio de tu voluntad, orgulloso, rígido exactor de la servidumbre, castigas con azotes, afliges y atormentas con hambre, sed, desnudez, y no pocas veces con hierro y cárcel, y no reconoces á tu Dios y Señor, cuando tú mismo ejercitas así tu dominio?»

11. De este mismo modo de amplificar solemos tambien usar, comparando las virtudes con las virtudes, y los vicios con los vicios por todas las circunstancias. Así tambien el mismo San Cipriano demuestra ser mas grave el pecado de los cismáticos, que el de los lapsos, esto es, de los que sacrificaron á los ídolos, por estas palabras (*m*): «Peor pecado es este que el que parece haber cometido los que cayeron en la idolatría, los cuales sujetos al rigor de la penitencia pública, imploran la divina piedad con todo género de penosas satisfacciones. Aquí la Iglesia es buscada y rogada, allí es impugnada. Pudo aquí ser necesidad, allí es la voluntad la delincuente. Aquí el que cayó, á sí solo se hizo el mal; allí el que intentó introducir la herejía ó cisma, engañó á muchos trayéndolos consigo. Aquí el daño es de una alma sola, allí el peligro es de muchísimos. Ciertamente este reconoce que pecó, y gime y llora; aquel ufano en su pecado y lisonjeándose en sus delitos, aparta los hijos de su madre, las ovejas de su pastor, y perturba los sacramentos de Dios. Y habiendo pecado una vez el que cayó en la idolatría, aquel cada dia peca. Ultimamente el lapso que padeció martirio, puede alcanzar los prometimientos del reino eterno; aquel, si fuese muerto fuera de la Iglesia, no puede llegar á conseguir los premios de la Iglesia.»

12. Hay tambien otro modo de amplificar, al cual Fabio (*n*) puso el nombre de raciocinacion, por cuanto esta amplificacion puesta en una parte aprovecha para otra, y para que una cosa crezca, se aumenta otra, y de ahí se va llevando la razon á lo que deseamos elevar. Estando Ciceron para darle en rostro á Marco Antonio su vino y vómito: «Tú, dice (*o*), con esas fáuces, con esos costados, con esa robustez de un gladiador.» ¿A qué fin las fáuces y costados para la borrachera? Hacen muy bien su papel. Porque considerando esto podemos hacer juicio, cuánto vino beberia él en la boda de Hipias, pues que no pudo llevarle ni digerirle en medio de su gran robustez y corpulencia. Luego si lo uno se sigue ó se colige de lo otro, no es impropio ni desusado el nombre de raciocinacion, en la cual se saca la amplificacion, de los consiguientes. Pues Ciceron infiere haber sido tanta la fuerza y exceso del vino, de que el vómito no fué casual ni voluntario, sino necesario; y de que Antonio no arrojó lo que poco ántes habia comido, como suele suceder alguna vez, sino los manjares que restaban indigestos del dia antecedente.

13. Este mismo aumento se logra por la comparacion con los antecedentes. Así Virgilio, diciendo (*p*) que Eolo á ruegos de Juno volvió á un lado una cóncava montaña con la punta de su cetro, y que por la puerta que les abrió salieron en horrísono escuadron los vientos, hizo ver cuán grande sería la tormenta. Tambien pertenece aquí lo que hacemos cuando disminuimos adrede unas cosas de sí atrocísimas y que nosotros hicimos extremadamente odiosas, para que parezcan peores las que se han de seguir, como lo hizo Ciceron, cuando decia (*q*): «Leves son en este reo estos delitos: el capitan del navío de esta nobilísima ciudad, redimió con dinero el miedo de las baquetas; es de hombres: otro dió dinero para que no le quitasen la vida; es ordinario. Mas no quiere el pueblo romano que se acuse á Verres de crímines ordinarios; nuevos los pide, los desea nunca oidos, no piensa que se hace aquí la causa á un pretor de Sicilia, sino á un cruelísimo tirano.» En este lugar usó Tulio de la raciocinacion, de la cual los oyentes coligiesen cuán grande fuese lo que se inferia, pues comparado esto con aquello, parecia una cosa humana y corriente. A esto llaman permision ó concesion algunos, cuando el que está hablando parece que sufre y permite alguna injusticia, con el fin de que las cosas que despues ha de decir aparezcan mas graves.

14. Así San Cipriano, contra aquel enemigo de Cristo, Demetriano: «¿Es poco, dice, estar vuestra vida amancillada con diversidad de furiosos vicios, con la iniquidad de mortales crímines, con el cúmulo de sangrientas rapiñas? ¿Es poco, que la verdadera religion se destruya con falsas supersticiones; que aun, ademas de esto, estás afligiendo con injustas persecuciones á los que son siervos de Dios, dedicados á su majestad y nombre? ¿No basta que tú mismo no reverencies á Dios, sino que á mas persigues con sacrílegas vejaciones á los que le honran?» Este modo de aumentar consigue de una manera semejante, lo que el incremento de que hablamos arriba. Porque con el incremento abultamos las cosas que antecedieron, para que parezca mayor la que despues queremos aumentar; mas aquí, las cosas que realmente son muy grandes, las hacemos pequeñas y las atenuamos, para que en su comparacion parezca mucho mas grande lo que queremos amplificar. Así tambien con lo uno se suele aumentar lo otro: como cuando el valor de Cipion se amplía por las alabanzas militares de Anníbal, y aplaudimos la fortaleza de los galos y alemanes, para que resplandezca mas la gloria de Cayo César.

15. Tambien es un género de amplificacion, aquel que se hace por relacion á una cosa que no parece dicha por su respeto. Tal es aquello (*r*): «No tienen por indignidad los príncipes troyanos, que por la hermosura de Helena los griegos y troyanos sufriesen tantos males por tan largo tiempo. ¿Cuál pues debemos creer que sería su belleza? Pues no dice esto un Páris que la robó, ni un jóven, ú otro del vulgo, sino los viejos prudentísimos y los consejeros de Príamo. Aun el mismo rey, aniquilado con una guerra de diez años, despues de tantos hijos perdidos, puesto en el mayor peligro, á quien debia serle odioso y abominable aquel rostro, de donde habia dimanado el orígen de tantas lágrimas, oye estas cosas, y llamándola hija y poniéndola á su lado, to-

(*l*) S. Cipr. Lib. ad Demetr. (*m*) Lib. de Unit. Eccles. (*n*) Instit. lib. 8, cap. 4. (*o*) Cic. Philip. 2.

(*p*) Æneid. 1, v. 85. (*q*) Cic. Acus. in Verr. lib. 5. (*r*) Homer. Iliad. 3.

davia la excusa, y niega que ella sea la causa de tantos males.

16. Y aun por los instrumentos de que usaron aquellos héroes, se nos da tambien á conocer su grandeza; perteneciendo á esto el escudo de Ayace, y la lanza de Aquíles. De cuya virtud usó hermosamente Virgilio en el cíclope (*s*). Porque ¿qué concepto haré yo de aquel cuerpo que manejaba el tronco de un pino? Qué de Demoleo, que sobrevestido de una cota de multiplicadas mallas, que apénas dos hombres forcejando llevarian en hombros, iba corriendo á los alcances de los troyanos dispersos? A este modo en el libro primero de los Reyes (*t*) se demuestra lo agigantado del cuerpo y fortaleza de Goliat por «su lanza, cuya hasta era tan gruesa como el ensullo ó plegador de los tejedores», y por su «loriga, que pesaba cinco mil siclos». Y en el Deuteronomio (*v*) la altitud de cuerpo del rey Basan se manifiesta asimismo por la grandeza de «su cama de hierro, que tenia nueve codos de longitud, y cuatro de latitud». Esta amplificacion de cuerpos y de fuerzas produce tambien otra amplificacion: esto es, la de David, que mató á Goliat; y la del pueblo de Israel, ó por decirlo mejor, de la divina fortaleza con que él sojuzgó á un tan poderoso rey. Es parecido esto á lo que se llama énfasis, con la diferencia de que esta consiste en la palabra, y aquella en la cosa; y es tanto mas eficaz, cuanto la misma cosa es mas firme que las palabras.

17. Puede asimismo atribuirse á la amplificacion la congerie de palabras y sentencias de un mismo significado. Porque si bien no suben por grados, con todo, á manera de monton se levantan. Tal es aquello de Túlio (*x*): «¿Qué hacia, ó Tuberon, aquella tu espada desnuda en la batalla de Farsalia? ¿Contra quien se dirigia su punta? ¿Qué significaban tus armas? ¿Cuál era tu intencion, tus ojos, tus manos, el ardor de tu ánimo? ¿Qué deseabas? Qué querias?» Esto es semejante á la figura que llaman sinatroismo. Pero allí hay congerie de muchas cosas, aquí multiplicacion de una. Esta suele crecer tambien en todas las palabras, que se levantan mas y mas: «Estaba delante el alcaide, el ejecutor de justicia, el alguacil Sextio, muerte y terror de los aliados y ciudadanos romanos.»

18. La misma es casi la razon de disminuir. Porque los mismos escalones hay para los que suben, que para los que bajan. Bien sé que á muchos puede parecer la hipérbole especie de amplificacion, porque tambien sirve para entrambas partes; pero por cuanto excede este nombre, se dejará para los tropos. La aseveracion es tambien del caso para manifestar la fuerza y extension de las cosas, cuando poniendo adverbios, nombres ú otras partes, amplificamos ó en alabanza ó en vituperio, v. gr.: «En extremo me gusta la leccion de Séneca. Es indecible cuánto te favorece el suegro. No puedo ponderar con palabras cuánto me deleita Ciceron.» Sabido y practicado es tambien aquel modo de amplificar con que aumentamos la especie, cotejándola con el género: «Acarreando todas las artes liberales un gran provecho y ornamento á los hombres, excede á todas la filosofía.»

19. Esto es lo que enseñan los retóricos sobre el modo de amplificar, cuyas reglas se aclarecen mas, y se ilustran proponiendo ejemplos, los que debe observar el estudioso predicador, leyendo los doctores sagrados, y aquellos en primer lugar que fuéron celebrados por su elocuencia, como lo son por lo comun los griegos; para que salga eminente en esta parte, que es la principal en la predicacion. En Ecequiel hallarás tres ejemplos muy propios de esta regla, llamada por Fabio raciocinacion, la cual diciendo una cosa se endereza á otra. Porque estando para amplificar la desgracia y ruina de Tiro, amplifica primero con larga y magnífica oracion, en el capítulo XXVII, su gloria, sus inmensas riquezas y su famoso comercio. De semejante manera, en el capítulo XXXI, habiendo de profetizar la destruccion del reino de los asirios, primeramente pondera su gloria: y con el mismo órden en el capítulo siguiente amplifica la ruina de Egipto. De la misma suerte y con muy brillantes palabras exagera la ingratitud y maldades del pueblo de Israel, habiendo ántes referido con mucha extension los beneficios divinos. Porque así habla el Señor á su pueblo bajo del nombre de una mujer, en el capítulo XVI: «Pasando junto á tí, te vi postrada y ensangrentada, y te dije estando cubierta de tu sangre: Vive... Hícete crecer como la yerba del campo, y te aumentaste y engradeciste,» y lo siguiente. De la propia suerte tambien el profeta Natan (*y*) acriminó el adulterio de David, habiendo expuesto primero los beneficios divinos, que el Señor le habia hecho. Pero de tales ejemplos están llenos los libros de los profetas.

(*s*) Æneid. 3, v. 659. (*t*) 1 Reg 17. (*v*) Deut. 3. (*x*) Cic. pro Q. Rosc. Am.

(*y*) 2 Reg. 12.

CAPITULO VI.

De las descripciones de las cosas.

1. Así como tratando de la invencion de los argumentos, expusimos tambien las formas de las argumentaciones, que parecian mas pertenecientes á la elocucion, para que las cosas que en la oracion van juntas, la tratara tambien el arte juntamente: así tambien ahora, habiendo hablado de los lugares ó fuentes de donde se saca el modo de amplificar, quisimos unir á estos lugares las figuras que sirven grandemente á la amplificacion, y pertenecen mas á la elocucion; para que las cosas entre sí muy cercanas se pusiesen juntas, y tuviera el predicador á la vista, cuando algo quisiere amplificar, lo que ha de decir y cómo lo debe decir. Mas entre los adornos de la elocucion que sirven á la amplificacion, se cuentan en primer lugar las descripciones de las cosas y de las personas; las cuales aunque sirvan tambien para otros usos, poniéndose muchas veces por puro divertimiento, con todo, la practica frecuente de ellas consiste en amplificar y exagerar la cosa. Porque habiéndose inventado la amplificacion para conmover los afectos, nada los conmueve mas que el pintar una cosa con palabras, de manera, que no tanto parezca que se dice, cuanto que se hace y se pone delante de los ojos; siendo notorio que se mueven muchísimo todos los afectos, poniendo á la vista la grandeza de la cosa. Lo cual ciertamente se logra con las descripciones, ya de cosas, ya de personas. De las cuales empezarémos luego á tratar.

2. Descripcion es exponer lo que sucede ó ha sucedido, no sumaria y lijeramente, sino por extenso y con todos sus colores, de modo que poniéndolo delante de los ojos del que lo oye ó lo lee, como que le saca fuera de sí y le lleva al teatro. Llámanla los griegos *hypoty-*

posis, porque representa la imágen de las cosas: bien que este vocablo se acomoda siempre que se pone algo á la vista. Este género pues consta principalmente de la explicacion de las circunstancias, mayormente de aquellas que mejor representan una cosa y hacen mas llena la narracion: esto es, que muestran los afectos, costumbres y genio de cada persona en particular. Sin embargo se ayuda mas que medianamente de comparaciones, semejantes, desemejantes, imágenes, metáforas, alegorías, y de otras cualesquiera figuras que ilustran un asunto, para lo cual aprovechan grandemente los epítetos. Mas para expresar bien todo esto no solo contribuyen el arte y el ingenio, sino tambien el haber visto por tus ojos lo que deseas manifestar, ó haberte hallado presente; y mas, si lo sufre la calidad de la materia, haberlo probado y experimentado en tí mismo. Como si pretendiese alguno mostrar el temblor y tristeza de un hombre agonizante, solícito de su salvacion, y acongojado de la conciencia de sus culpas, importaria no poco haber aprendido esto mismo en su propio peligro y experiencia.

3. De esta manera San Gregorio el Teólogo pinta en su Apologético con estos colores la tranquilidad y la dicha de la vida contemplativa, que él mismo habia experimentado. «Nadie por cierto me parece mas feliz que aquel hombre que, teniendo los sentidos corporales cerrados y comprimidos, puesto fuera de la carne y del mundo, recogido en sí mismo y sin tocar nada de las cosas humanas, sino á fuerza de la mayor necesidad, conversando consigo y con Dios, pasa una vida superior á todas las cosas visibles; y trayendo consigo imágenes divinas y simulacros puros, no mezclados con algunas formas terrestres y vanas, es y se hace mas y mas de cada dia un purísimo espejo de Dios y de las cosas divinas, y juntando una luz á otra luz, esto es, á una mas obscura otra mas clara, disfruta ya los bienes del siglo venidero y conversa con los ángeles; y aunque todavía vive en la tierra, deja la tierra, y en el espíritu se traslada al cielo. Si alguno de vosotros se siente penetrado de este amor, entiende lo que digo, y perdonará fácilmente el afecto que entónces tuve.»

San Cipriano tambien amplifica con una descripcion la liviandad de ciertas vírgines, por estas palabras (*a*): «Algunas no se corren de acompañar á las que se casan, mezclar palabras deshonestas entre aquella desvergonzada libertad; oir lo que no es decente, y decir lo que no es lícito; observar y estar presentes á torpes conversaciones y convites temulentos, en los cuales se enciende la yesca de la lujuria; animan á la esposa que se deje desflorar, y al esposo á que lo ejecute. ¿Qué lugar tiene en las bodas la que no quiere bodas? ¿Cómo puede estar alegre y gustosa en donde los deseos y pensamientos son tan diferentes de los suyos? ¿Qué se habla, qué se ve allí? ¿Cuánto no se aparta de su propósito la vírgen, miéntras la que no vino honesta se vuelve deshonesta? Por mas que en el cuerpo y en el alma se quede vírgen, con los ojos, oídos y lengua disminuye lo que tenia.

»Mas ¿qué diré de las que se van á los baños comunes? Prostituyen á los ojos lascivamente curiosos, unos cuerpos dedicados al recato y pudicicia. Las que desnudas ven y son vistas torpemente de los hombres, ¿no los escandalizan? ¿No solicitan y provocan los deseos de los que las están mirando, á gozarlas y corromperlas? Vea cada uno, dicen, la intencion con que allí viene, que yo solo me cuido de refrescar y lavar el cuerpo. No te justifica esta defensa, ni te excusa del pecado de lascivia y desvergüenza. Semejante lavatorio ensucia, no lava; no limpia los miembros, sino que los mancha. A nadie miras con torpe intencion, pero eres mirada torpemente. No amancillas con torpe recreacion tus ojos; pero miéntras á los otros recreas, tú misma te amancillas. Haces del baño un espectáculo, y aun son mas feos esos teatros adonde concurres. Allí toda la vergüenza se desnuda; abandónase con el vestido de la ropa el honor y recato del cuerpo, y la virginidad se descubre desnuda, para ser notada y manoseada.»

4. En San Gregorio Niceno tenemos un ejemplo muy apropiado á este asunto, quien en la homilía del Nacimiento del Señor, copiosamente describe el cruelísimo estrago de los niños inocentes, por estas palabras: «¿Por qué se publica aquel bando tan horroroso? Para que los pobrecitos infantes sean degollados. Pero ¿qué delito cometieron? Qué motivo dieron para su muerte y suplicio? Un delito solo se les acrimina, que es haber nacido y salido á luz. ¿Y por esto era razon llenar de sayones la ciudad? ¿Quién pues delineará y decribirá con palabras tantas calamidades? Quién puede pintar al vivo cómo el verdugo puesto junto al infante con la espada desnuda, le mira con fieros fulminantes ojos, y arrojando por la boca espumas y furores, le agarra con la mano siniestra para traerle á sí, miéntras que la madre mas le estrecha con sus brazos, y ofreciendo su propia cerviz á la punta de la espada, tuerce la cabeza por no ver con sus ojos degollar al hijo de sus entrañas? Quién podrá manifestar los tiernos afectos de los padres, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, y todo cuanto á un mismo tiempo estaba sucediendo? Quién puede bastantemente lamentarse, teniendo á la vista tantos y tan lastimosos objetos, ya en los niños inocentes que al tocar el pecho reciben en sus entrañas una mortal herida, ya en las afligidas madres, que al poner la teta en los labios del tierno infante, ven su seno bañado con la sangre que él mismo derrama? Muchas veces el verdugo de un golpe de espada traspasa al hijo y á la madre, de modo que mezclándose la sangre que sale de las heridas del hijo y de la madre, forman un sangriento rio.

»Fuera de esto, habiendo dado Heródes la inicua órden de que pasasen á cuchillo no solo á los niños recien nacidos, sino tambien á cuantos tuviesen ménos de dos años, segun refiere el Evangelista (*b*), sin duda sería doblada la pena de aquellas madres que en el discurso de los dos años habian parido dos hijos. Porque, ¿qué espectáculo ver á dos verdugos ocupados contra una misma madre: uno que agarra al niño que anda á su rededor, y otro que arranca de su pecho al que está mamando? ¿Cuán consternada se hallaria la infeliz madre, partido su corazon entre sus dos hijos que abrasaban con igual fuego sus entrañas? Cuán perpleja y confusa sin saber á cuál de los dos sayones ha de seguir, viendo que el uno por un lado y el otro por otro, llevan al degüello á sus hijos? ¿Acudirá al recien nacido, que aun echa un confuso y mal distinguido lloro? Pero oye al otro que ya habla, y con balbuciente voz implora llo-

(*a*) Lib. de Hab. Virg.

(*b*) Matth. 2.

roso el socorro de su madre. ¿Qué hará, adónde irá, á qué lado se volverá, á qué voz de las dos retornará su clamor, á cual de los dos gemidos corresponderá con el suyo? Qué muerte de estas dos llorará, siendo la de entrambos para la pobre madre un torcedor que la aprieta igualmente en lo mas vivo de su corazon?»

7. Podemos usar de las descripciones, ó mas largas ó mas cortas, donde lo pidiere el caso. De aquellas se sirve San Crisóstomo, cuando pretende persuadir á Basilio su indignidad para el ministerio episcopal; las cuales me pareció poner aquí, porque contienen doctrina singular, y demuestran clarísimamente la razon de su máxima enerjía. Queriéndose pues disculpar con Basilio de haber rehusado la dignidad episcopal, dice haber sido la causa, por una parte la grandeza y dificultad de este oficio, y por otra su propia indignidad y flaqueza. Amplifica tambien despues con increible elocuencia el miedo y afliccion que le consumia luego que comenzó á tratarse este negocio, por estas palabras (*c*): «Desde ese mismo dia en que tú me hiciste sospechar que se pensaba en darme el obispado, presentí que mi cuerpo se desunia casi del alma: tan grande era el pavor, tanta la tristeza que ocupó mi ánimo. Porque contemplando á mis solas por una parte la gloria, la santidad, la belleza espiritual, la prudencia y aseo de la Esposa de Cristo; y considerando por otra los vicios de mi alma, no podia contenerme de llorar con gemidos y con sollozos, ya por ella, ya por mí tambien. En tan grande perturbacion viví entónces, no sabiéndolo tú, ántes bien creyendo que yo gozaba de una gran tranquilidad. Así probaré ahora descubrirte la consternacion de mi ánimo, por si acaso de ahí te moverás á perdonarme, y dejarás en fin de reprehenderme. Mas ¿cómo podré descubrirla? Porque si la quieres ver patentemente con tus ojos, no es dable de otra manera que descubriéndote y desnudándote primero mi corazon. Y pues esto es imposible, procuraré representarte por medio de una obscura imágen, el humo de mi gran tristeza.

»Finjamos que á una jóven, hija de un rey, y rey tan grande que domine toda la tierra que registra el sol, la pide uno por esposa. Supongamos mas, que se halla en ella una hermosura tan extraordinaria, maravillosa y sobrehumana, que aventaje con notorio exceso á cuantas mujeres hermosas haya habido jamas en el mundo. Demas de esto, que sea tal la virtud de su ánimo, que deje muy atras á todos los hombres, á cuantos hubo, digo, ó haya de haber algun dia: que sea otrosí tan excelente en la honestidad de las costumbres, que sobrepuje los términos que prescribe la filosofía. En fin que sea tal, que la gracia de su rostro y la belleza de sus ojos obscurezca la universal gentileza de su cuerpo. Y añadamos, si te parece, que su amante, no solo por las prendas que referimos, arda en amor de la doncella; sino que á mas de esto se sienta por ella agitado de no sé qué furor, que exceda sin duda á los mas locos enamorados que jamas hubo en el mundo. A esta sazon pues, y miéntras este pretendiente se abrasa así con este hechizo y furor, llega á saber por otra parte que con aquella misma princesa á quien tanto estima, habia de casarse un no sé qué hombrecillo vil y bajo, de obscuro y sórdido linaje, de cuerpo mutilado, y finalmente el peor de todos los mortales. ¿Por ventura no te hemos representado aquí una pequeña parte de nuestro dolor? ¿Piensas acaso que no te hemos satisfecho con esta imágen que acabamos de pintar? Realmente yo así lo creo, por lo que mira á retratar la tristeza de mi corazon, por cuyo solo motivo hemos hecho esta pintura.

»Sin embargo, para ponerte mas á la vista el tamaño de mi miedo y horror, segunda vez me paso á otra hipótesis y descripcion. Ponéos delante de los ojos un ejército compuesto de soldados de infantería, de caballería y de marina, y que cubra el mar la muchedumbre de las galeras. A mas de esto, que de una y otra parte cubran las campañas y las cumbres de los montes regimientos de infantes y de ginetes; asimismo que el metal de las armas puesto contra el sol resplandezca, y que sus rayos reverberen en los yelmos y escudos; el estruendo de las lanzas y relinchos de los caballos que lleguen hasta el cielo; ni se vea mar ni tierra, sino por todas partes cobre, por todas hierro. Estén tambien prevenidos y armados contra estos unos feroces y terribles varones. Váyase ya llegando la hora del combate; despues coja alguno de repente á un mozo criado en el campo, que no entienda de otra cosa que de su zampoña pastoril y de su cayado, y armándole de todas piezas, le vaya llevando en torno de aquel ejército, mostrándole los escuadrones con sus cabos, los saeteros, honderos, centuriones, capitanes, coraceros, ginetes y darderos; las galeras, sus capitanes, y en ellas amontonados los soldados y un sin número de máquinas navales; enséñele asimismo todo el ejército enemigo, y en él unos aspectos horrendos y temibles, con armas muy diferentes de las de los otros, su multitud inmensa, las cimas, precipicios y asperezas de las montañas; muéstrele tambien á los adversarios montados en caballos voladores como por encanto, y andar por el aire armados de punta en blanco, explicándole igualmente la fuerza y forma de aquel encantamiento. Cuéntele despues las calamidades de la guerra; la violencia de los tiros y dardos que caen como la nieve; aquella gran lobreguez y tinieblas, negrísima noche ocasionada de la infinita muchedumbre de las saetas que tapan los rayos del sol con su espesura; el polvo nada inferior á una densa nube que ciega los ojos de todos, los arroyos de sangre, los gemidos de los que caen, los clamores de los que quedan en pié, los montones de hombres tendidos en el suelo, las ruedas teñidas de sangre, los caballos, que tropezando en los cadáveres, caen de hocicos con sus ginetes; la tierra toda que contiene confusamente todas estas cosas, sangre, arcos, saetas, uñas de caballos, cabezas de hombres mezcladas con ellas, brazos, cuellos, espinillas y pechos atravesados, sesos traspasados con espadas, y hasta los ojos de los hombres ensartados en las puntas rotas de los dardos.

»Refiera asimismo los males y desastres de una armada naval. Unas galeras que se están abrasando en medio de las aguas; otras que se van á pique con toda la gente armada, el ruido espantoso de las ondas, el tumulto de la tripulacion, el clamor de los soldados, la espuma de las olas, que mezclada con sangre va entrando á un tiempo en todas las naves; unos cadáveres que están tendidos sobre los mismos bancos de las naves, otros que se van á fondo, otros que van nadando, otros que la fuerza del tempestuoso mar los arroja á la costa, otros que envueltos entre las mismas ondas casi cierran el

(*c*) Lib. 6 de Sacerd. num. 12 et 13.

paso á las naves. En fin, cuando puntualmente hubiere mostrado todas las tragedias de la guerra, añádale tambien las calamidades del cautiverio y la esclavitud, mas dura que la misma muerte. Y despues de todo esto, mándele luego montar á caballo, y que vaya á ser caudillo de aquel ejército. ¿Juzgas tú ahora que aquel muchacho podria tener valor para oir la sencilla narracion de estos sucesos, sino que ántes bien á la primer vista al punto habia de desmayarse?

»Ahora bien, no imagines que encarezco aquí mucho este asunto; ni porque encerrados en este cuerpo, como en una cárcel, nada de lo invisible podemos absolutamente ver, hagas juicio que son grandes las cosas que dejo referidas. Verdaderamente, si te fuera concedido mirar con tus mismos ojos aquel obscurísimo ejército del demonio y su furioso combate, vieras sin duda una cosa mucho mas grande y mas horrible. Porque no hemos de pensar que hay allí cobre ó hierro, caballos, carros, ruedas, fuego ni dardos, como los que vemos, sino otras máquinas mucho mas terribles que las dichas. Ciertamente no necesitan estos enemigos de corazas, no de escudos, no de espadas ni de lanzas: una sola mirada de aquella execrable tropa es tan horrenda, que basta á separar el alma del mismo cuerpo, si esta no fuere muy valerosa, y aun ántes de ayudarse de sus fuerzas no sintiere en sí el socorro de la clemencia divina. Y á la verdad, si fuera posible que desnudándonos de este cuerpo, ó tambien, que junto con él, mirásemos con nuestros propios ojos clara é intrépidamente todo el ejército del demonio, y la guerra que tiene declarada contra nosotros, vieras sin duda no arroyos de sangre ó cuerpos muertos, sino tantas caidas de almas y tan graves heridas, que toda aquella pintura que hice de la guerra, mas podria parecerte divertimiento y juguete de niños, que una guerra. Porque fuera de que son muchísimos los que salen cada dia heridos de esta guerra, sus heridas causan otro mas cruel género de muerte; porque cuanto va del alma al cuerpo, tanto va de una á otra muerte. Y cuantas veces el alma recibe una herida y cae, yace aquí postrada y atormentada con los remordimientos de su mala conciencia; mas despues que separada del cuerto salió de este mundo, va condenada á un eterno suplicio. Y si por desgracia hubiere alguno que no sienta las heridas del diablo, su enfermedad se aumenta con su propia indolencia. Porque aquel á quien una herida ni duele ni entristece, fácilmente recibirá otra, y despues de esta, tercera; siendo cierto que aquel maldito no pára de herir hasta el postrer aliento, cuantas veces encuentra al alma descuidada é insensible á las primeras heridas.

»Despues de esto, si quieres considerar la manera del combate, hallarás ser este muy diferente del otro, y mucho mas formidable. Porque nadie hay que haya sabido tantas maneras de fraudes, artificios y engaños, como aquel malvado enemigo. En esta parte tiene él mayor fuerza y poder; ni es posible que ninguno tenga tantos ni tan implacables odios contra sus mayores enemigos, como los que tiene él contra la naturaleza humana. Si á mas de esto examina alguno la gran crueldad con que él combate, sería un despropósito compararle con los hombres. Si escogieres las mas bravas y sañudas fieras, cotejándolas con el furor y locura de este, en su comparacion las hallarás en verdad mansísimas y humanísimas: tan rabioso es el furor que este maligno vomita contra nuestras almas.

»Añade que suele durar poco entre los hombres el tiempo de la pelea, y que en esta corta duracion median algunos intervalos. Porque el mismo órden natural dispone, que la noche que sobreviene al mismo trabajo de la batalla, el tiempo de la comida, y otras cosas á este tenor, dejan de tal suerte respirar al soldado, que pueda arrimar las armas, desahogarse algun tanto, tomar aliento, y con otras muchas cosas recobrar las primeras fuerzas. Pero á quien combate con el demonio nunca se le permite dejar las armas, tomar el sueño, especialmente si pretende salir ileso de la batalla. De donde necesariamente se sigue una de dos: ó que caiga y perezca desarmado, ó que vele continuamente con las armas en la mano. Porque él con su tropa está continuamente observando nuestros descuidos, más atento y aplicado á procurarnos la muerte, que lo estamos nosotros mismos á defender nuestra vida.

»Finalmente, para que acabemos de una vez, el no ver nosotros en manera alguna al enemigo, y el que de repente y de improviso nos embista, lo que suele causar infinitos males á los que no estuvieren perennemente de centinela, hace ciertamente que con mayor dificultad y trabajo puedas salir bien de esta guerra que de aquella. ¿En este campo pues quisiste tú que yo fuese capitan de los soldados de Cristo? Esto mismo ¿qué otra cosa sería que constituirme capitan del diablo? Porque si quien debe poner en órden á los demas, é instruirlos en el manejo y ejercicio de las armas, es cabalmente el mas cobarde y el ménos disciplinado de todos, precisamente se ha de seguir de ahí que sea traidor á los que están fiados á su conduta, y haga mas de capitan del diablo, que de Cristo.» Hasta aquí San Crisóstomo, cuyas palabras plúgome traer para este precepto, no solo porque, como dijimos, enseñan con un ejemplo clarísimo la manera de describir, sino tambien por la singular doctrina que contienen.

8. En este ejemplo pues se ha de considerar tambien aquella razon de amplificar que notó Quintiliano, en la cual con un ejemplo desigual, esto es, traido de mayor ó menor, examinamos todas las circunstancias, para que comprobemos ser mucho mayor aquello de que tratamos. A este modo, haciendo San Crisóstomo en este lugar un paralelo, demuestra notoriamente cuánto mas temibles sean los escuadrones de los demonios, que cualquier ejército bien armado.

9. Pero conviene prevenir en este lugar, que los razonamientos de las personas, y aquel género de semejante, que llaman los retóricos «imágen símil», de que hablarémos en sus lugares, dan muchísima luz á estas descripciones de cosas. Lo cual claramente se ve en la siguiente descripcion, de que se valió San Gregorio el Teólogo, para amplificar la constancia de la madre de los siete Macabeos. Dice pues de esta manera (*d*): «Pero la insigne madre estaba sorprendida á un tiempo de gozo y de afliccion, y se hallaba constituida en medio de estos dos afectos. Porque así como se deleitaba sumamente en la fortaleza de sus hijos y á la vista de sus combates, así por el contrario se hallaba sobresaltada de temor, considerando el incierto fin de la pelea y la magnitud increible de los tormentos. Por eso, al modo que una ave-

(*d*) Gregor. Homil. de 7 Machab.

cilla vuela en torno de sus polluelos cuando los agarra una culebra ú otra bestia traidora, así ella dando vueltas al rededor de sus hijos, gemia, rogaba y alentaba á los combatientes. Finalmente nada dejaba de decir ni de hacer para volverlos mas prontos y aparejados á la victoria. Recogia las gotas de su sangre, tomaba los pedazos de sus miembros, adoraba sus reliquias; á este le detenia, á aquel le entregaba, al otro le disponia, y á todos clamaba: «Ea, hijos mios; ea, soldados valerosos, y en cuerpo mortal casi incorpóreos; ea, príncipes de la ley y patronos de mi cana vejez, y de la ciudad en que os criasteis y que os elevó á tan gran virtud, tened buen ánimo: de aquí á poco ya habrémos triunfado, de aquí á poco yo seré la mas feliz entre las mujeres, y vosotros entre los jóvenes los mas felices.» Y este género de semejanza es el mas importante para poner delante de los ojos una cosa.»

10. Otros géneros tambien de símiles ó semejanzas, y de ejemplos que se toman de lo igual, de lo mayor ó menor, semejante, desemejante, ó de su contrario, sirven muchísimo para amplificar las cosas, como ya expusimos en su lugar con Quintiliano. En cuyo género podrá el prudente letor advertir principalmente dos cosas de San Crisóstomo, que en esta parte es excelentísimo. La una es que en los ejemplos desiguales, esto es, traidos de mayor ó menor, desenvuelve puntualmente y amplifica las circunstancias de las personas que contienen la razon de la desigualdad. Y no contento de haber comparado una cosa muy grande con otra igual, procura tambien que la que quiere exagerar aparezca todavía mucho mayor. De esta manera en el «Sermon en que reprehende á los que mantenian en su casa hermanas adoptivas», para demostrar el peligro de ellos trae el ejemplo del santo Job, que recataba sus ojos para no ver á las doncellas; y el del apóstol San Pablo, que castigaba su cuerpo y le esclavizaba por temor de hacerse réprobo.

11. Dice pues así: «Aquel santo Job, que se habia encumbrado sobre toda virtud, y libre de todas las redes del demonio, y el primero y el único que manifestó tanto valor, que excediendo con su continencia á todo hierro y diamante, enflaqueció el poder del diablo, temió de manera tal combate, y tuvo por tan imposible habitar con una vírgen sin contaminarse, que no solo se mantuvo léjos de esta cohabitacion, sino que se privó absolutamente de ver y de encontrar á alguna, imponiéndose la ley de no mirar á ninguna, porque sabía claramente que era difícil, y acaso imposible, no solo al que cohabita, sino aun tambien al que mira con curiosidad el rostro de una doncella, evitar el daño que de ahí nace. Por cuyo motivo decia (*e*): «En vírgen, ni aun he de pensar.» Pero si Job os parece pequeño para el certámen, aunque realmente ni de su estiércol somos dignos; si piensas que este ejemplo es inferior á tu magnanimidad, pon los ojos de la consideracion en aquel clamorosísimo pregonero de la verdad, que da la vuelta á todo el mundo, y pudo decir aquellas palabras de gran sabiduría (*f*): «Que ya no es él el que vive, sino Cristo en él; y que estaba crucificado para el mundo, y el mundo para él; y que cada dia se moria.»

»Este pues incomparable varon, con tanta gracia de espíritu, y despues de tantas suertes de combates, despues de tan innumerables peligros, despues de un tan grande y diligente estudio de la sabiduría, nos declara y enseña, que miéntras respiráremos y estuviéremos cercados de esta carne, nos importa pelear siempre y trabajar, y que jamas con el ocio se adquiere la templanza, sino que es preciso sudar y afanarse. Y así para lograr este trofeo, decia (*g*): «Mortifico yo mi cuerpo y le sujeto al espíritu, no sea que predicando á los demas yo sea reprobado.» Esto decia para declarar la rebeldía de la carne, la rabia de la lujuria, la batalla continua, y la vida puesta siempre en un conflicto.» En cuyos ejemplos se ve claro con cuánto cuidado desenvolvió y amplificó San Juan Crisóstomo las circunstancias de las personas, es á saber, de los santos Job y Pablo, para que cada uno fácilmente comprehendiera en cuán grande riesgo se verian los que estuviesen muy distantes de aquella firmeza y perfeccion de ánimo.

12. De la observacion sobredicha hay en el mismo sermon clarísimos ejemplos, los cuales dejo, por no ser mas prolijo en cosa harto manifiesta, á la leccion del estudioso predicador. Pues este sermon contra los que abrigan hermanas adoptivas en su casa, es ciertamente muy digno de que le lean todos; porque demas de estar lleno de un gran celo de la gloria de Dios, es una pieza elocuentísima. Será tambien ejemplo de esta observacion la semejanza que poco ántes trajimos de la batalla naval, tomada del mismo autor, en la cual este varon divino, despues del paralelo de entrambas milicias, expone cuánto mas atroz y temible sea el combate y peligro de la milicia espiritual.

CAPITULO VII.

De las descripciones de personas.

1. Despues de las descripciones de las cosas, síguese la descripcion de las personas, la cual es de diferentes especies. Y aunque no todas pertenezcan á la manera de amplificar, de que ahora tratamos, el método de enseñar pide, que pues hemos declarado las descripciones de las cosas, declaremos tambien ahora las de las personas. La primer especie de ellas es, cuando con pocas palabras pintamos el ingenio de la persona, sus costumbres y demas circunstancias que arriba dijimos atribuirse á las personas, sea para alabarlas, ó para vituperarlas; al modo que Salustio describió las personas de Catilina, de César y de Caton. Y en las sagradas letras se describe brevemente la vida del santísimo Job, de Tobías y de Judit, en el viejo Testamento; y la vida y costumbres de Simeon y de Ana, en el Testamento nuevo. Aunque semejante género de descripcion, mas suele usarse para enseñar que para amplificar.

2. Pero hay otra cosa mas ajustada á nuestro propósito, que es la que llaman notacion, que tiene su uso cuantas veces pintamos á un enamorado, á un lascivo, á un avaro, á un gloton, á un borracho, á un dormillon, ó á un charlatan, jactancioso, fanfarron, envidioso ó calumniador. Es admirable en este género de descripcion Juan Casiano, el cual en los libros que compuso sobre los remedios «de los ocho vicios capitales», pinta con muchísima propiedad el genio, costumbres, hechos, dichos, de los que están manchados con ellos.

3. Semejantes notaciones, notas ó descripciones del carácter de las personas, parece se toman de los concomitantes, consiguientes y efectos, y del lugar que lla-

(*e*) Job. 31. (*f*) Galat. 2 et 6 et 1, Corinth. 16.

(*g*) 1. Corinth. 9.

man los dialécticos *a communiter accidentibus*. Para enseñanza traeré aquí solamente dos ejemplos, remitiendo al estudioso predicador á aquellos libros donde podrá ver los demas. Describe pues Casiano en el libro x, De la acidia, al que padece este mal, que algunos ancianos llamaban «demonio meridiano», de esta manera: «Habiendo este demonio sitiado la miserable alma, engendrá en ella horror del lugar, tedio de la celda, aversion y menosprecio de sus hermanos, así de los que viven con él, como de los que habitan léjos, teniéndolos á todos ó por negligentes ó por poco devotos. Hácele tambien haragan y perezoso para todo trabajo de puertas adentro de su celda. No le deja reposar en ella ni ocuparse en la leccion; gime á menudo de que nada se aprovecha al cabo de tanto tiempo que mora en ella, y se duele de perseverar mas en aquel sitio, donde se reconoce vacío de todo espiritual aprovechamiento; pareciéndole que pudiendo gobernar á otros, y aprovechar á muchos, á nadie ha edificado, ni ganado á alguno con su enseñanza y doctrina. Alaba los monasterios que están muy distantes. Describe tambien aquellos lugares mas útiles al aprovechamiento, y mas convenientes á la salud. Pinta asimismo la suave compañía de aquellos monjes y su conversacion.

»Al contrario, todo cuanto ve allí le parece áspero, y que no solo no le son de edificacion los hermanos que moran en aquel lugar, sino que aun la misma comida le cuesta demasiado trabajo. En fin, piensa que no puede salvarse si permanece en aquel lugar, y no deja la celda, en que ha de perecer si se detiene mas en ella, y no procura irse cuanto ántes á otra parte. Fuera de esto, á la hora quinta y sexta siente tanta debilidad en su cuerpo y tanta hambre, que se imagina quebrantado como si hubiera hecho una gran jornada, y tenido un trabajo pesadísimo, ó como si hubiera estado dos ó tres dias sin comer. A mas acongojado, mira acá y acullá, y suspira de que no se le acerca ningun hermano; sale y entra muchas veces en su celda, y mira á menudo al sol como que tarda á ponerse. Y de esta manera, en una desatinada confusion del ánimo se llena de una negra sombra y se vuelve pesado é inútil para todo ejercicio espiritual; de suerte que con ninguna otra cosa piensa poder hallar remedio á tanta batería, que con la visita de algun monje ó con el único alivio del sueño. Luego el mal mismo le sugiere que haga las honestas y necesarias salutaciones á sus hermanos, y visitas á los enfermos que están léjos. Le dicta tambien algunos piadosos y religiosos oficios; como que debe buscar á los padres ó madres, y apresurarse á saludarlos con frecuencia; que es grande obra de caridad visitar á menudo á aquella mujer religiosa y dedicada á Dios, mayormente cuando se halla destituida de todo el socorro de sus padres, y que es mucho mas santo y mas conveniente facilitarla lo que no la dan sus padres, y ejercitarse en estas obras de piedad, que residir en la celdilla sin fruto ni provecho alguno.»

4. El mismo Casiano describe tambien en el libro XII las costumbres y genio de un monje soberbio, en esta forma: «Cualquiera que estuviere dominado del mal de la soberbia, no solo se desdeña de guardar la regla de sujecion y obediencia, sino que ni quiere dar oídos á la recta doctrina de la mayor perfeccion. Y cunde tanto en su corazon el hastío de la palabra espiritual, que si por suerte se entablare tal conversacion, no puede tener su vista fija en un lugar, sino que como un atolondrado la lleva ya á una ya á otra parte, y torciéndola la pone en donde no corresponde. En vez de saludables suspiros, arroja salibas de su garganta seca, gargajeando y escupiendo sin cesar. Juegan los dedos y se menean como los de un escribiente, y á este modo todos los miembros del cuerpo se mueven de acá para allá; de manera que, miéntras dura la conferencia espiritual, le parece estar sentado sobre un borbollon de gusanos ó sobre agudísimos palos; y cuanto en aquella sencilla conferencia se dijere para edificacion de los oyentes, aprehende él que se dijo para su reprehension, y ocupado en sus sospechas todo el tiempo que se emplea en el exámen de la vida espiritual, no solo no toma de ahí como debiera lo que conviene á su aprovechamiento, sino que procura con cuidadoso desvelo averiguar las causas por qué cada cosa se dijo, y conjetura dentro de sí, allá en su corazon, lo que puede oponer á ellas.

»Tras de esto una voz desentonada, unas palabras severas, una respuesta amarga y turbulenta, un andar engreido y liviano, la lengua lijera y mordaz, nunca amiga del silencio sino cuando él concibiere en su pecho cierto rencor contra su hermano; así su silencio, léjos de provenir de compuncion ó humildad, es indicio manifiesto de indignacion y soberbia, no siendo fácil discernir qué sea en él mas detestable, ó aquella excesiva y descocada alegría, ó esta cruel y venenosa fiereza. Porque en aquella se halla un lenguaje importuno, una lijera y fatua risa, y un desenfrenado y mal disciplinado orgullo; mas en esta un silencio lleno de ira y de ponzoña, y que solo se guarda para que el rencor contra el hermano, encubierto con la taciturnidad, pueda durar mas tiempo, y no por ejercitar con esto la virtud de la humildad y de la paciencia. Y como este mismo, hinchado de orgullo ocasione fácilmente disgustos á todos, y se desdeñe de humillarse á sí mismo, para dar satisfaccion á su hermano ofendido, de la misma manera rehusa y menosprecia la que el otro le ofrece.» Hasta aquí Casiano, que pintó al vivo y con sus propios colores el género y costumbres de un monje perezoso y soberbio.

5. San Bernardo describe las costumbres de los murmuradores, que con un color fingido de vergüenza, pretenden encubrir la malicia reconcentrada que ellos mismos no pueden reprimir, por estas palabras (*a*): «Verás que un murmurador va echando ántes unos grandes suspiros, y con un cierto modo de gravedad y circunspeccion, con el semblante modesto, cejas caidas y voz lastimosa, echa luego la maldita, tanto mas persuasible cuanto creen los que le escuchan que él lo dice contra su voluntad, y mas con afecto compasivo que malicioso. Me duelo, dice, en el alma, porque le estimo como sabeis, y porque jamas pude corregirle de esto; á mí bien me constaba, mas por mí nunca se hubiera sabido, por otro se ha descubierto. No puedo negar la verdad, dígolo con dolor, mas ello es así. Realmente él es excelente en muchas cosas, pero en este particular, si hemos de decir verdad, no tiene la menor excusa.»

6. San Jerónimo en una de sus cartas describe con esta propia figura la humildad fingida, diciendo (*b*): «Huyendo la humildad fingida, sigue la que es verdadera, la que enseñó Cristo y en la cual no esté embebida la soberbia. Porque muchos siguen la sombra de esta

(*a*) S. Bern. super Cant. serm. 24. (*b*) Epist. 22, ad Eust.

virtud, pocos la verdad. Es cosa fácil vestir uno pobremente, saludar con sumision, besar las manos y las rodillas, inclinando hácia el suelo la cabeza, y bajando los ojos mostrar humildad y mansedumbre, interrumpir las pláticas con blanda y remisa voz, suspirar á menudo y clamar á cada palabra ser un pecador y un hombre miserable; pero á vueltas de eso si fuere zaherido, no mas que con una palabrita, verás al instante levantar las cejas, erguir la cerviz, y mudar repentinamente aquel suave son de palabras en un furioso clamoreo.» Con estos ejemplos será fácil entender qué es lo que requiere esta figura de la oracion.

CAPITULO VIII.

Del razonamiento fingido.

1. Hay tambien una figura que se llama *sermocinatio*, esto es, razonamiento fingido, que se cuenta entre las descripciones de personas, y no sé yo si hay cosa que mas pertenezca al oficio del predicador, que esta, no solo para el modo de amplificar, sino tambien para otros fines. Así me incumbe explicar con mayor diligencia su razon y naturaleza, y traer algunos ejemplos para ilustrarla. Pero pondré primero la difinicion y ejemplos de Cornificio: «Razonamiento fingido es cuando se atribuye el discurso á alguna persona, y se expone con respeto á la dignidad del que habla, en esta forma. Estando llena de soldados la ciudad y encerrados todos en casa y amedrentados, llega uno con el uniforme de soldado, la espada ceñida y empuñando un dardo. Síguenle cinco mozos con el mismo traje militar. Métese de repente en la casa, despues en voz alta: «¿Donde está, dice, el dichoso dueño de esta casa? ¿Cómo es que no se me presenta? ¿Qué callais?» Aquí todos aturdidos de temor, enmudecieron. La mujer de aquel infelicísimo se echa á los piés de este con muchas lágrimas: «Perdona, dice, y por aquellas cosas que mas dulces te son en esta vida, apiádate de nosotros. No quieras extinguir á los extinguidos. Lleva moderadamente tu fortuna, nosotros tambien fuimos felices, conoce que eres hombre.» Pero él, «¿Por qué no me le entregais? Y vosotros, ¿por qué no dejais de llorar á mis oídos? No se escapará.»

»Entre tanto, se da aviso al dueño del arribo del soldado y de que á grandes gritos le amenaza con la muerte. Así, advertido el dueño de todo lo que pasa: «Oyes, dice, Gorgia (aya de los niños), escóndelos, defiéndelos y has de modo que lleguen sin daño á la adolecencia.» Apénas habia dicho esto, cuando hé aquí al soldado: «¿Te sientas, dice, atrevido? ¿No te quitó mi voz la vida? Sé pasto de mis oídos, y harta mi indignacion con tu sangre.» Aquel con ánimo varonil: «Temia, dice, quedar vencido; mas ahora veo que no quieres haberlas conmigo en juicio, donde ser vencido es cosa torpísima, el vencer gloriosísima. Matarme quieres, matarme has ciertamente, pero no pereceré vencido.» Mas el soldado: «En el postrer trance de tu vida, ¿aun hablas sentenciosamente y no quieres suplicar al que ves dominar?» Entónces la mujer: «Antes bien este ruega y suplica, y yo, señor, te pido que te compadezcas; y tú, esposo mio, por los dioses inmortales abrázale. El es dueño, vencídote ha, vence tú ahora tu ánimo. ¿Por qué, responde, por qué, mujer, no callas? No digas lo que es indigno de mí, y cuídate de la que debes cuidar. ¿Acaso piensas que la muerte me ha de quitar la vida, y á tí toda la esperanza de vivir bien?» Con esto apartó de sí á su mujer llorosa, y cuando iba á decir no sé qué, digno sin duda de su virtud, le atravesó el otro con la espada.» Entiendo que en este ejemplo se ponen en la boca de cada uno las palabras acomodadas á su decoro y dignidad, que es lo que mas conviene observar en este género.

2. Hay tambien algunos razonamientos que pueden llamarse consiguientes, como si referido un suceso preguntarais á vuestros oyentes: «Segun vuestro juicio, en semejante lance ¿cómo os parece, que hablarian aquellos? Por ventura ¿no hablarian así?» Y luego despues poner el razonamiento.

3. Es frecuente esta figura en el libro de La sabiduría. Lee el segundo capítulo de ese libro, en donde se halla un largo razonamiento de los hombres malvados, los cuales se incitan al lujo y á la impiedad, de esta manera: «Corto y fastidioso es el tiempo de nuestra vida, y no hay refrigerio en la postrimería del hombre, ni hay memoria de que nadie haya vuelto de los abismos, porque fuímos criados de la nada, y despues de este mundo vendrémos á ser como si no hubiésemos sido... Venid pues, gocemos de los bienes presentes, y hartémonos del uso de las criaturas, entre tanto que somos jóvenes. Bebamos á discrecion el vino mas precioso, llenémonos de ungüentos, y no dejemos pasar la flor de la edad. Coronémonos de rosas ántes que se marchiten; no haya prado en que no se apaciente nuestra lujuria», y lo demas que se sigue.

Y en el capítulo v del mismo libro se describe el miedo y horror que tendrán los pecadores en el último dia del juicio, y sus funestos soliloquios, por estas palabras: «Entónces los justos se levantarán con grande ánimo contra los que los afligieron y oprimieron. Viéndolos los impíos se turbarán con un temor horrible, y serán sorprendidos de admiracion por su repentina y no esperada salud y gloria, gimiendo por la angustia de su espíritu, diciendo entre sí con rabioso arrepentimiento. Estos son de los que algun dia haciamos escarnio, y eran como el blanco de nuestros improperios; nosotros, insensatos, teniamos á su vida por una locura, y á su muerte por una deshonra. Ved ahora cómo son contados entre los hijos de Dios, y su suerte está puesta entre los santos. Luego erramos el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol de inteligencia no salió sobre nosotros, etc. ¿Qué nos aprovechó la soberbia y la vana ostentacion de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como la sombra que vuela, etc.»

4. A un modo semejante describe Salomon en los Proverbios, primero la desvergüenza de una mujer adúltera, despues la acomoda el razonamiento correspondiente, y dice (*a*): «Considero á un jóven loco que pasa por las plazas, junto á la esquina, y anda á la sombra cerca de la calle de la casa de ella, á boca de noche», y lo demas que se sigue. Y en el propio libro describe tambien el mismo Salomon las conversaciones con que los malos pretenden hacer compañero de sus maldades á un hombre incauto, desta manera (*b*): «Hijo mio, si los pecadores te indujeren con halagos, no les creas: si dijeren, ven con nosotros, armemos asechanzas contra la vida, paremos lazos ocultos contra el inocente que no nos ha hecho ningun mal... hallarémos toda suerte de

(*a*) Prov. 7. (*b*) Ibid. 1.

bienes y de cosas preciosas, llenarémos nuestras casas de despojos, prueba fortuna con nosotros, y no haya mas de una bolsa para todos: hijo mio, no andes con ellos.» Con la misma figura amplifica Isaías la soberbia del rey de los asirios. Porque despues de haber dicho de él el Señor (*c*): «¡Ay de Asur, que él mismo es la vara y el palo de mi furor, y yo he hecho á su mano el instrumento de mi cólera, etc. Mas él no lo juzgará así, sino que su corazon será para destruir, y para perdicion de no pocas gentes. Porque dirá: ¿Mis príncipes por ventura no son tambien reyes? etc.»

5. Ni solo significamos por esta figura lo que dicen las personas, sino tambien lo que con razon debieran decir. Así Jeremías, para ponderar la ingratitud de los hijos de Israel, expresa él mismo lo que ellos debieran decir, por estas palabras (*d*): «Y no dijeron: ¿Dónde está el Señor, que nos hizo subir de la tierra de Egipto? Dónde está el que nos condujo por el desierto, por tierra inhabitable y sin camino? etc.» Y mas abajo (*e*): «Y no dijeron: Temamos al Señor, que nos da la lluvia temprana y tardía, que nos guarda la abundante cosecha de cada año.» Y otra vez (*f*): «No dijeron los sacerdotes: ¿Dónde está el Señor? etc.»

6. De este modo tambien atribuimos un soliloquio á un hombre que se amonesta á sí mismo, y se exhorta á alguna obra de virtud. Por lo que Eusebio Emiseno persuade á un varon fiel que examine su vida y costumbres, por estas palabras: «Cada uno ponga su conciencia á la vista del hombre interior; cada dia nos corrijamos á nosotros mismos, y cada dia nos tomemos cuenta de nuestras obras y palabras. Cada alma háblese en el secreto de su corazon á sí misma, y diga: Veamos si he pasado este dia sin culpa, sin envidia, sin murmuracion. Veamos si hoy he hecho alguna cosa conducente á mi aprovechamiento y á la edificacion de los demas. Pienso que hoy he mentido, que he perjurado, que fuí vencido de la ira ó concupiscencia, que á nadie hice bien, y que ni el temor del infierno me ha hecho gemir. ¿Quién me volverá este dia, que así perdí en cosas vanas y consumí en dañosos y malísimos pensamientos?»

7. En la misma forma solemos describir la tácita exhortacion del Espíritu Santo, acomodando el discurso al mismo Espíritu; en el cual, propuesto el peligro de nuestra vida, la condicion incierta de la muerte, las penas del infierno, y acordándonos los premios celestiales y beneficios divinos, llamando á la puerta de nuestro corazon, procura reducirnos de una vida facinorosa á otra penitente y santa. Y á esta manera podemos describir las diferentes sugestiones de los demonios, ajustándoles las palabras correspondientes á su malicia. Así tambien pueden exponerse las razones con que los hombres depravados se consuelan á sí mismos en sus maldades, y se prometen la salvacion; declarando en el razonamiento lo que cada uno de ellos dice dentro de sí. Porque ellos se prometen larga vida, y se proponen, para templar los remordimientos de su conciencia, la misericordia de Dios, la sangre de Cristo, el ejemplo del buen ladron, el arrepentimiento á la hora de la muerte, y otras cosas de esta naturaleza.

8. Tambien nos servimos de esta figura muy cómodamente en amplificar las gloriosas batallas de los mártires, cuando explicamos las palabras con que respondian á los jueces, ó con que se animaban á sí mismos á la constancia en la fe, y á la paciencia. Hállanse ejemplos muy propios de esto en San Basilio en la homilía de Los cuarenta mártires. Y en San Gregorio el Teólogo, en la homilía de Los siete Macabeos, donde refiere las palabras con que la madre animaba á sus hijos á tener paciencia, y con que ellos mismos se excitaban á la constancia de la propia virtud. A cuyos ejemplos remito al estudioso predicador.

(*c*) Isai. 10. (*d*) Jerem. 2. (*e*) Ibid. 5. (*f*) Ibid. 2.

CAPITULO IX.

De la conformacion.

1. Con el razonamiento ó conversacion fingida se da mucho la mano la conformacion, que usada en su lugar, tiene todavía mayor enerjía. De la cual dice así Cornificio: «La conformacion es, cuando alguna persona que no está presente, se finge que lo está, y cuando una cosa muda ó informe se hace elocuente y formada, y se le atribuyen palabras ó alguna accion que la corresponda, de esta manera: Si esta invictísima ciudad hablase ahora, ¿no hablaria en esta forma? Yo, aquella adornada de muchísimos trofeos, ilustrada con nobilísimos triunfos y clarísimas victorias, estoy ahora, ó ciudadanos, molestada con vuestras sediciones: aquella á quien ni la maliciosa Cartago con engaños, ni la valerosa Numancia, ni Corinto, erudita con sus ciencias, pudo derribar ¿sufriréis que sea ahora atropellada y hollada de unos vilísimos hombrecillos? A mas: si ahora mismo reviviera Lucio Bruto y se pusiera aquí á vuestros piés, ¿no es cierto que se explicara de esta forma? Yo arrojé á los reyes, vosotros introducis á los tiranos. Yo introduje la libertad que no habia, vosotros no quereis conservar la establecida. Yo con peligro de mi cabeza liberté la patria, vosotros sin peligro alguno no procurais vivir libres.»

2. Esta conformacion, aunque se transfiera á muchas cosas mudas é inanimadas, aprovecha muchísimo en las partes de la amplificacion y en la comiseracion. Así Ciceron contra Catilina, traidor á la patria, induce á esta misma, hablando de este modo (*a*): «Ella, ó Catilina, así trata contigo, y callando, en cierta manera habla: Ya tantos años há que no hubo ninguna infamia, sino por tí, ninguna maldad sin tí. A tí solo fuéron permitidas é impunes las muertes de muchos ciudadanos, á tí solo la molestia y robo de los socios. Tú, no solo tuviste valor para desautorizar las leyes y los tribunales, sino tambien para abatirlas y quebrantarlas. Y aunque todas estas cosas no debian sufrirse, en el modo que pude las sufrí; pero verme yo ahora toda consternada de miedo por tí solo, á cualquier ruido que se oiga ser temido Catilina, no haber designio que contra mí pueda formarse, en que no se mezcle tu delito, en ningun modo es tolerable.»

3. Así tambien el obispo Osorio atribuye á la misma patria un razonamiento contra los padres que no castigan las licenciosas y corrompidas costumbres de sus hijos. Dice pues así: «¿Qué responderás á la patria, si ella te reconviene con estas palabras? Hombre, ¿por qué razon, en cuanto está de tu parte, maquinas mi ruina? Por qué intentas apestarme? Por qué te empeñas en degollar á la madre que debias abrazar con toda piedad? En mis leyes y ordenanzas naciste y te criaste; por mí fuiste

(*a*) Cicer. Orat. 1 in Cat.

sacado, no solo de entre las fieras, sino tambien de la fiereza de las costumbres, y cultivado en toda humanidad; con mi resguardo no solo pasaste la vida con benignidad y clemencia, sino tambien con seguridad; porque si vivieras en una soledad ó en un páramo, no solo temerias los destrozos de los brutos, sino que entre tí y las crueles bestias no habria diferencia. Por mi ayuda pues lograste hallar socorro en los peligros, remedio en las enfermedades, consuelo en los trabajos, enseñanza en la perturbacion, alivio en los cuidados. Necesitando á un tiempo tu vida de tantas cosas, todas ellas te fuéron por mí franca y graciosamente suministradas. Mas si piensas que no es así, apártate de mí, huye de mi luz y compañía, y escóndete en un desierto, y veamos de qué manera puedes al fin sustentar tu vida sin mi ayuda. El que abundes pues de riquezas, que conserves la humanidad, que pases la vida seguramente, que disfrutes gustoso de la luz, todo eso á mí me lo debes. Luego mas debo ser tenida yo por tu madre, que aquella que te parió. Luego si me dieres la muerte, no solamente es preciso que confieses ser hombre ruin, sino impío y malvado parricida.

«Pero dirás acaso que tú jamas tuviste el pensamiento de matarme. ¿Por ventura dejas de conocer que mi vida y salud consiste en las costumbres y honestidad de los ciudadanos? ¿Tan fuera de juicio estás, que no ves que si al llegar aquellos á la edad madura se embruteciesen con torpezas, necesariamente me habia de caber por la maldad de ellos una desastrada y funesta suerte? ¿Ni consideras que los hijos que engendraste, no tanto para tí, cuanto para mí, los engendraste? Pues ¿por qué dejas que se sepulten en el cieno de la torpeza? Por qué disimulas sus pecados? Por qué cebas su inconsiderada concupiscencia? Por qué sufres que se acabe en ellos de todo punto el pudor? Finalmente, ¿por qué permites que abandonen el amor de la honestidad y se entreguen á la lascivia? Porque ¿qué otra cosa hay que así acarree la ruina y muerte de las repúblicas, como la corrompida y viciosa educacion de los ciudadanos? Luego los ciudadanos que crian mal á sus hijos, me pierden, me apestan, me maquinan el último exterminio. Si esto dice la república á los hombres negligentes en la crianza de sus hijos, ¿os viene acaso al pensamiento absolver del reato de un gravísimo y atrocísimo pecado, á unos hombres que se descuidan en asunto de tanta importancia?»

4. No es infrecuente tambien en las sagradas letras esta figura. Así en Salomon y en el Eclesiástico celebra la sabiduría sus propias alabanzas, y convida á los hombres á su amor. Como es aquello (*b*): «O varones, á vosotros clamo, y mi voz se dirige á los hijos de los hombres, etc.» Tal es tambien aquello del mismo: «La sabiduría predica fuera, y levanta su voz en las plazas: en los atrios de las puertas de la ciudad profiere sus palabras, diciendo: ¿Hasta cuando, pequeñuelos, amais la infancia, y los necios codiciarán las cosas que les son dañosas, etc.?» Hay un librito del Combate de vicios y virtudes, que unos atribuyen á San Leon, papa, otros á San Agustin, donde á los vicios, como si fueran cosas animadas, se les atribuyen palabras, con que se hagan agradables á los hombres y se insinúen en su amor. Y al mismo tono las virtudes responden por sí y defienden su causa y dignidad contra los vicios.

(*b*) Prov. 8 et 1.

5. Mas San Cipriano introduce al mismo Dios hablando contra las mujeres que afeitan su cara con extraños colores, de este modo (*c*): «Ruégote, la que esto haces, ¿no temes que cuando llegue el dia de la resurreccion, tu Hacedor te desconozca, y que viniendo tú á recibir sus premios y promesas, te deseche y excluya; é increpándote con la rigidez de censor y de juez, diga: No es mia esta obra, ni esta imágen es la nuestra? Pues ensuciaste la tez con postizos arreboles, con adulterino color mudaste el pelo, tu cara está contrahecha, tu semblante corrompido, ese rostro no es el tuyo, no podrás ver á Dios, puesto que no tienes los ojos que Dios hizo, sino los que el diablo contrahizo. A él has seguido. Imitaste los rutilantes y pintados ojos de la serpiente, peinada por tu enemigo para arder en su compañía. Esto, pregunto, ¿no deben pensarlo los siervos de Dios? ¿No han de temerlo siempre dia y noche?»

6. El mismo Cipriano tambien, queriendo exagerar la inhumanidad y perversidad de aquellos hombres que haciendo unos gastos exorbitantes en cosas vanísimas, no alargan siquiera un dinerillo al pobre de Cristo, induce con muchísima propiedad al demonio, usando de esta misma figura. Dice pues así (*d*): «Ponga cada uno delante sus ojos al diablo, que sale en público, acompañado de sus esclavos, esto es, con el pueblo de infidelidad y de muerte, y que desafía á la plebe de Cristo en su presencia y tribunal, á un exámen de comparacion, diciendo: Yo por estos que ves conmigo no llevé bofetadas, ni sufrí azotes, ni padecí cruz, ni derramé sangre, ni redimí á mi familia con el precio de la pasion y cruz, ni les prometo el reino del cielo, ni, restituida la inmortalidad, los llamo nuevamente al paraíso, y me hacen unos regalos muy preciosos y muy grandes, adquiridos por mucho y muy largo tiempo, con sumptuosísimos aparatos: empeñando ó vendiendo su hacienda, para aparejarme los regalos; y si no saliere á gusto del mundo, el mundo mismo los llena de oprobrios, los silba, y á veces enfurecido los apedrea.

»Muéstrame tú, Cristo, hombres tan francos entre los tuyos, aquellos ricazos, aquellos que abundan de inmensos caudales, y que presidiendo y mirándolo tú, hagan otro tanto en la Iglesia, obligando ó distribuyendo sus bienes, ó por mejor decir, asegurando mas su posesion, los depositen en los tesoros celestiales. Con estos dones caducos y terrenos de los hombres, nadie se alimenta, nadie se viste, nadie come ni bebe: todos los bienes, entre el furor del que come y el error del que mira, se consumen con la pródiga y necia vanidad de engañosos deleites. Tú allí eres vestido y sustentado en tus pobres, tú prometes la vida eterna á los que trabajan en tu servicio; y esto no obstante, apénas los tuyos se igualan en el número á mis desventurados, siendo así que los honras con mercedes divinas y con premios celestiales. ¿Qué respondemos á esto, amantísimos hermanos? ¿Con qué razones defendemos la conduta de los ricos? Con qué excusa disculpamos el que seamos ménos que los esclavos de Satanas, y que ni aun en cosas pequeñas retornemos á Cristo el precio de su pasion y sangre?» Hasta aquí Cipriano, cuyo sermon indica bastantemente lo mucho que se aumentó la indignidad del asunto de que se trata, con esta figura.

(*c*) S. Cipr. de Habit. Virg. (*d*) Ibid. Lib. de Opere et de Eleemosina.

7. Hállanse en San Jerónimo en el epitafio de Blesila, dos ejemplos ajustadísimos de esta figura, los cuales no me pesará juntar á éstos. Porque sintiendo en extremo Paula la muerte de su hija Blesila, introduce á la misma Blesila, hablando de esta suerte (*e*): «¿Qué cruces te parece ahora que padece nuestra Blesila, qué tormentos sufre por ver á Cristo algo enojado contigo? Clama ella ahora viéndote llorosa: ¡Oh madre mia! si en algun tiempo me amaste, si mamé la leche de tus pechos, si fuí enseñada con tus documentos, no sientas mi gloria, ni hagas de manera que nos dividamos para siempre. ¿Piensas que yo estoy sola? Tengo en tu lugar á María, Madre de Dios. Veo aquí á muchas que ántes no conocia. ¡Oh cuánto mejor es esta compañía! Tengo á Ana, que en otro tiempo profetizaba en el Evangelio; y para que mas te goces, en tres meses he recompensado los trabajos de tantos años. Hemos recibido una palma de castidad. ¿Te compadeces de mí, porque dejé el mundo? Mas yo me lastimo de la suerte de aquellos á quienes aun encierra la cárcel del siglo; á quienes cada dia batallando en la campaña, arrastran á la perdicion ahora la ira, ahora la avaricia, ahora la lujuria, ahora los incentivos de diversos vicios. Si quieres ser mi madre, procura agradar á Cristo. No reconozco por madre, á quien disgusta á mi Señor. Habla ella estas y otras muchas cosas que callo, y ruega á Dios por tí.»

Y no contento aun con esta oracion de Blesila, introduce tambien al mismo Señor, que habla á Santa Paula, diciendo (*f*): «¿No recelas que el Salvador te diga: Te irritas, Paula, porque tu hija se ha hecho hija mia? ¿Te indignas de mi juicio, y con lágrimas rebeldes injurias al poseedor? Sabes bien qué es lo que pienso de ti y de todos los tuyos. Te abstienes de comer, no por amor del ayuno, sino por desahogo de tu dolor. No estimo yo esa templanza. Esos ayunos son enemigos mios. No admito ninguna alma que se aparta del cuerpo contra mi voluntad. Tales mártires téngalos la necia filosofía: tenga á Cenon, á Cleombroto ó á Caton. Sobre ninguna reposa mi espíritu sino sobre el humilde, el sosegado, y el que tiembla de mis palabras. ¿Esto es lo que me ofrecias en el monasterio? Qué, ¿con un hábito diverso del de las otras matronas, te parecia que eras ya mas religiosa? ¿Esa alma que llora, está vestida de seda? Sorprendida mueres, y como si no hubieras de caer en mis manos, ¿vas huyendo de mí como de un juez cruel? Tambien en otro tiempo huyó Jonas, animoso profeta, pero le cogí en lo profundo del mar. Si creyeras que tu hija vive, nunca suspiraras de que hubiese pasado á mejor vida. ¿Esto es lo que yo habia ordenado por mi Apóstol, que no os contristaseis por los difuntos á manera de los gentiles?»

8. Jeremías tambien, para aliviar los ánimos de los cautivos, hace que la misma ciudad de Jerusalen hable á sus hijos, en estos términos (*g*): «Oid, comarcanos de Sion: me ha enviado Dios una gran pena; porque vi á mi pueblo, á mis hijos y á mis hijas en el cautiverio á que los redujo el Eterno. Los sustenté con gusto, y los dejé con lloro y llanto.»

9. Estos dos últimos géneros de descripciones, á mas de otros grandes provechos, tienen tambien el de inclinar en cierta manera el recto curso é ímpetu de la oracion á una como especie de diálogo, acomodando los discursos á diversas personas que el mismo predicador debe representar, y pronunciándolos con la misma figura de voz y gesto con que los pronunciarian aquellos á quienes los mismos discursos se atribuyen. Lo que sirve muchísimo, no solo para la variedad y gracia de la oracion, sino tambien de la pronunciacion.

10. Despues de las descripciones de cosas y de personas, se numeran tambien las de tiempos y lugares, las que me pareció omitir, por convenir poco á nuestro intento. Pueden verse dos clarísimos ejemplos de esto en Lactancio en el poema Del fénix y De la Resurreccion del Señor: en el primero de los cuales se describe bellísimamente el lugar, y en el otro el tiempo.

(*e*) S. Hier. Epist. 39, ad Paulam, al. 25. (*f*) S. Hier. loco cit.
(*g*) Baruch 4.

CAPITULO X.

De los afectos en general.

1. Despues del modo de amplificar, conviene tratar inmediatamente de los afectos; aunque de esto en gran parte hayamos hablado, cuando expusimos la manera de amplificar. Porque los afectos, como dicen los filósofos, se concitan parte con la grandeza de las cosas, parte con ponerlas delante de los ojos. Hácese aquello con la amplificacion; esto con la descripcion de las cosas y personas. Uno y otro hemos explicado hasta aquí. Y así la amplificacion y descripcion de las cosas, aunque son muy poderosas para persuadir ó disuadir, alabar ó vituperar; no ménos, sino aun mucho mas conducen para mover los afectos. Sea pues esta la primera advertencia: que cuando tratando de un asunto queremos conmover los ánimos de los oyentes, mostremos ser en su género de grandísima importancia, y si lo sufre su naturaleza propongámosle como patente á sus ojos.

2. De lo cual dan un ejemplo muy al propósito las Lamentaciones de Jeremías, en las cuales aquel santísimo varon, no movido de humano sino de divino espíritu, exagera prodigiosamente de este modo la ruina de la ciudad santa y la calamidad de sus ciudadanos. Porque todo lo que comprehendia aquella desgracia, esto es, todas sus partes y circunstancias, las enumera y amplifica, y pone ante los ojos todo aquel suceso. Esto muestran aquellas palabras (*a*): «¡Cómo esta ciudad llena de pueblo está tan solitaria! etc.» Y: «Los nazareos mas puros que la nieve, mas blancos que la leche, etc.» Y: «Todas sus puertas destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus vírgines desaseadas, y ella oprimida de amargura.» Y luego la oracion del mismo Profeta, añadida á sus lamentaciones, compendia toda la calamidad.

3. Fuera de esto ayuda tambien muchísimo á conmover los ánimos, el que nosotros, que pretendemos mover á los otros, estémos vehementemente conmovidos. Sobre lo cual no repararé en repetir aquí las palabras de Fabio, que cité arriba. Este pues, habiendo tratado de cómo deben ser movidos los afectos, concluye así este lugar (*b*): «Si fuera bastante observar las reglas dadas, habria ya cumplido en esta parte, pues no omití nada de cuanto leí ó aprendí, y me pareció oportuno. Pero yo intento descubrir lo mas interior de este lugar, que está del todo oculto, lo que no he aprendido de ningun maestro, sino por mi propia experiencia, y guiándome

(*a*) Thren. 1. (*b*) Quint. lib. 6, c. 53.

la misma naturaleza. La suma pues, segun todo lo que yo alcanzo, de mover los afectos, consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover á los otros. Porque la imitacion del llanto, del enojo y de la cólera será ridícula, si á las voces y al semblante no acompaña tambien el ánimo. En efecto, ¿de qué otro principio nace, que los que lloran penetrados de un verdadero reciente dolor, expliquen con tanto acierto y viveza sus quejas, y que la ira vuelva á veces elocuentes á los ignorantes, sino de la fuerza interior del ánimo y de la verdad misma de los afectos de que están poseidos? Por tanto en las cosas que queremos hacer verosímiles, seamos nosotros parecidos en los afectos á los mismos que realmente los padecen; y nazca la oracion de tal ánimo, cual quisiera imprimir en el juez. ¿Acaso se dolerá el que me oyere, no doliéndome yo cuando lo digo? ¿Se indignará aquel, si el mismo que le mueve á ira y lo procura, no la tiene? ¿Sacará lágrimas al juez quien le habla con ojos enjutos? Es imposible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que dé á otra el color que ella no tiene. Primeramente pues debe hacernos fuerza lo que queremos que la haga al juez, y que nos apasionemos, ántes que intentemos apasionarle.»

4. ¿Mas cómo se hará que nos conmovamos no estando en nuestra mano los movimientos? Probaré tambien hablar de esto. Lo que llaman los griegos *phantasias*, llamémoslas nosotros visiones: por las cuales de tal suerte se representan en el ánimo las imágenes de las cosas ausentes, que parece que las miramos con los ojos, y que realmente las tenemos presentes. Aquel que las concibiere bien, será eficacísimo para mover los afectos. Así llaman *euphantasioton* al que se fingirá muy al vivo las cosas, las voces, los actos, conforme á lo natural: lo que nos sucederá fácilmente, si queremos. Para quejarme de que hayan asesinado á un hombre, ¿no tendré á la vista todo aquello que es creible haber acontecido en el caso presente? ¿No saldrá de improviso aquel matador? No se asustará el otro sobrecogido? No exclamará, ó rogará, ó huirá? No veré al que hiere ó al que cae herido? No se imprimirá en el ánimo, la sangre, el pavor, el gemido, y en fin la postrer boqueada del que espira?

5. »Seguiráse la enerjía nombrada por Tulio «ilustracion y evidencia», que no tanto parece que dice, como que demuestra; y se seguirán los afectos, no de otro modo que si nos halláramos presentes á las mismas cosas. Mas cuando será menester la compasion, pensemos que á nosotros mismos ha acontecido aquello de que nos quejamos, y persuadámoslo á nuestro ánimo. Seamos nosotros mismos los que nos quejemos de haber padecido las pesadumbres, aflicciones é indignidades. No tratemos la cosa como ajena, tomemos por un poco tiempo como propio aquel dolor. De esta manera hablarémos, como hablariamos si nos hallásemos en semejante caso. Vi muchas veces á los comediantes salir aun llorando, despues de haber representado algun papel muy tierno. Pues si en escritos ajenos sola la pronunciacion acompaña así á los afectos fingidos, ¿qué harémos nosotros que debemos pensar aquellas cosas para poder movernos, como si estuviésemos en lugar de los que peligran? Representamos al huérfano, al naufragante, al que está puesto en algun peligro; ¿pero de qué servirá imitarlos, si no nos revestimos tambien de sus afectos? Yo pues, tal cual soy, y creyendo haber adquirido alguna fama, no debí disimular estas cosas con que frecuentemente fuí movido; de modo que no solo derramé lágrimas, sino tambien mostré la palidez en el rostro y un dolor parecido al verdadero.»

6. Pero ninguna arte puede dar los piadosos afectos del ánimo en órden á las cosas espirituales, si no asiste aquel divino espíritu, que con su soplo inspire este movimiento á nuestros corazones; del cual estuvieron llenos los profetas y varones evangélicos. En efecto esto es lo que nos insinúa aquel aspecto de los santos animales que describió el profeta Ecequiel (*c*), el cual era como de un fuego de carbones ardientes, y como de unas lámparas encendidas, pues no solo alumbraban los entendimientos de los hombres con las lámparas encendidas, sino que tambien inflamaban con los carbones de fuego sus voluntades en amor de las cosas divinas. Así herido de este afecto clamaba Jeremías (*d*): «¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche los hijos de la hija de mi pueblo, que han sido muertos?» Y (*e*): «O vosotros todos los que pasais por el camino, etc.» Y (*f*): «Desfallecieron mis ojos por las muchas lágrimas que virtieron: mis entrañas se han conturbado: mi corazon está batido por el suelo, al ver la ruina de la hija de mi pueblo.»

7. Penetrado del mismo sentimiento decia el Apóstol (*g*): «¿Quién enferma, y yo no enfermo? Quién se escandaliza, y yo no me quemo?» Y (*h*): «Hijitos mios, por quienes siento de nuevo dolores de parto, hasta que se forme Cristo en vosotros, quisiera estar ahora con vosotros, y variar de palabras, segun lo pidiere vuestra necesidad, porque estoy confuso, sin saber cómo he de hablaros.» Cualquiera pues que tuviere este ánimo y sentimiento, no hay duda sino que movido y encendido él mismo, podrá mover y encender á otros. Así quien no pueda librarse de esta carga y oficio, debe implorar de Dios con humilde y piadoso ánimo y con frecuentes oraciones este don, que, como dijimos, es don del Espíritu Santo, el cual descansa en los corazones de los humildes.

CAPITULO XI.

De los afectos en particular.

1. Esto se ha dicho de los afectos en general. Pasemos ya á tratar de ellos en particular, prescribiendo á cada uno sus lugares y el modo de hallarlos. Hay pues unos afectos que son propios de los oradores, otros de los predicadores. Porque los oradores suelen de ordinario mover los ánimos de los oyentes á comiseracion ó á indignacion. Mas los predicadores acostumbran moverlos al amor de Dios, al aborrecimiento del pecado, á la confianza en la divina misericordia, al temor del divino juicio, al gozo del espíritu, á la tristeza saludable, á la admiracion de las cosas divinas, al menosprecio del mundo, y á la humildad de corazon ó sumision de ánimo.

2. Aristóteles en el libro segundo de la Retórica, á Teodectes escribe copiosamente de casi todos los afectos: es á saber, de la ira, mansedumbre, amor, ódio, temor, osadía, vergüenza, indignacion, misericordia, y otros semejantes. Y al mismo tiempo explica con estilo

(*c*) Ezech. 1. (*d*) Jerem. 9. (*e*) Thren. 1, v. 11. (*f*) Ib. 2, v. 11. (*g*) 2 Corinth. 11. (*h*) Galat. 4.

filosófico las causas con que cada afecto suele conmoverse en el ánimo. Así para mover los afectos que arriba mencionamos, seguirémos el método de este prudentísimo filósofo. Deben pues considerarse atentamente aquellas cosas que suelen excitar en nosotros el amor de Dios, el aborrecimiento del pecado, la esperanza, en Dios, el temor, y demas afectos semejantes. Mas explicar en particular todas estas cosas, no es obra de un libro sino de muchos, siendo cierto que gran parte de los libros sagrados y de los santos padres, principalmente se ordena á engendrar estos afectos en nuestros corazones. A nosotros nos bastará aquí haber mostrado, como con el dedo, las fuentes de los afectos, y haber enseñado el camino que debemos seguir en los otros.

§. I.

Del amor de Dios.

3. Estimulan al amor de Dios su infinita bondad, su caridad, su mansedumbre, su hermosura, su cognacion y su beneficencia. Porque la bondad (para que empecemos por ella) es, como dicen los filósofos, el ojeto de la voluntad humana. Y Dios no solo es bueno, sino tambien una inmensa bondad, sumo y universal bien, que comprehende y encierra toda bondad, como él mismo dijo á Moises (*a*): «Yo te enseñaré todo lo bueno.» Finalmente, es tan bueno Dios, que se dice no haber nada bueno en su comparacion, como el Salvador declara (*b*): «Nadie es bueno, sino solo Dios.»

El amor tambien que nos tiene, y pusimos en segundo lugar, nos incita á que le retornemos un mutuo amor. Pues de tal suerte nos amó el Señor, que dice (*c*): «Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos.» Y (*d*): «Tanto amó Dios al mundo, que llegó á dar á su unigénito Hijo.» Y (*e*): «En perpetua caridad te amé; por eso compasivo te fuí atrayendo.» Y este divino amor de tal modo nos obliga á corresponderle, que dice el Salvador (*f*): «Fuego vine á poner en la tierra, ¿y qué tengo de querer sino que arda?»

Tambien la blandura y mansedumbre concilian amor. Mas esta virtud así se la apropió el Salvador, que dice (*g*): «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.» Y el Apóstol (*h*), dejando aparte las demas virtudes del Señor, ruega á los fieles por la mansedumbre de Cristo.

La hermosura asimismo atrae poderosamente al amor de sí misma; la cual se dice en griego *kalon*, de llamar, porque llama á sí todas las cosas y las trae con la fuerza y poderío del amor. Y Dios es aquel, de cuya inmensa hermosura el sol y la luna se maravillan: y él mismo dice de sí (*i*): «La hermosura del campo en mí se halla.» Ni sola la del campo, sino tambien toda la hermosura celestial y terrena en él solo se contiene, y de quien toda hermosura se deriva á todas las cosas que son hermosas, siendo cierto que nadie puede dar lo que no tiene. Cualquiera pues que desea conocer de lleno la naturaleza y condicion de esta belleza, lea á Platon en el convite, en el cual introduce Sócrates á una mujer discurriendo admirablemente de la naturaleza de esta soberana hermosura.

Síguese luego la cognacion ó el parentesco que tenemos con Dios, de cuyo linaje somos, como enseña San Pablo con el testimonio de un poeta gentil. Tambien este es un grande estímulo de amor. Porque, como haya entre deudos participacion de una misma sangre y linaje, es consiguiente que quien ama á sí mismo, ame tambien á los que son de su ascendencia y sangre. Entre los parentescos, el de padres y hijos es muy grande; y de Dios nuestro Señor dice el Profeta (*k*): «¿Por ventura no es él tu Padre, que te dió el bien que tienes, te hizo y te crió?» Porque no solo es formador del cuerpo, sino tambien criador del alma; y por eso él mismo es de quien se deriva el nombre de toda paternidad en el cielo y en la tierra, en cuya comparacion, así como nadie es bueno, así nadie sobre la tierra debe apellidarse padre. Por lo que con razon dice el Profeta (*l*): «Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me recibió.» Y Isaías (*m*): «Y ahora, Señor, tú eres nuestro Padre; y Abraham no nos ha conocido, é Israel nos ignoró.» ¿Cuánto pues debe ser mas estimado un tal padre? Pero hay otro parentesco mucho mas estrecho y unido, y que enciende mayor llama de amor, que es el de marido y mujer, por la cual (*n*) dejará el hombre á su padre y madre. Mas este nombre plenísimo de amor se le apropió Cristo nuestro Señor en el libro de los Cantares, para significar su ardentísimo amor para con nosotros, y el nuestro, esto es, el de las almas santas para con él. Y él mismo se desposa con el alma fiel, inflamada con la fe y la caridad. Uno y otro nombre, el de padre y el de esposo tomó por el Profeta, cuando dijo (*o*): «Llámame pues desde ahora padre mio y caudillo de mi virginidad.» ¿Con qué amor pues deberémos amar á tal esposo?

Resta la beneficencia, que comprehende todos los beneficios de Dios, ó del cuerpo, ó del alma, ó de la naturaleza, ó de la gracia, ó comunes, ó privados, y entre todos estos, el sumo y máximo beneficio de nuestra redencion. ¿Qué palabras pueden ó declarar, ó aun contar la muchedumbre y grandeza de estos beneficios? Verdaderamente con mas facilidad podrá contarse la multitud de las estrellas, que los beneficios de Dios. Pues cuantos son los beneficios del Señor, otros tantos son los incentivos que se aplican á nuestro corazon, para que enciendan el fuego de amor para con él. Finalmente (por decirlo todo en una palabra), todas las razones de amar que se hallan en las criaturas, se encuentran aumentadas con infinitas ventajas en este sumo bien. Por lo que solo el amor infinito que arde en el divino pecho, satisface cumplidamente á esta infinita bondad; al paso que los demas amores, aunque sean los de los mismos bienaventurados, son infinitamente menores que los que aquella inmensa bondad y hermosura se merece. De estas fuentes pues nacen las razones y estímulos de caridad, con que encendemos el amor de Dios en los helados pechos de los hombres.

§. II.

Del temor de Dios.

4. Con este ejemplo que hemos propuesto, podrá el predicador, parte con el estudio y meditacion, y parte con la leccion de las sagradas letras y santos padres, hallar las razones con que pueda mover en los ánimos de los oyentes los demas afectos. Entre los cuales procure principalmente inducir al odio y detestacion del

(*a*) Exod. 33. (*b*) Marc. 10. (*c*) Joann. 15. (*d*) Ibid. 3. (*e*) Jerem. 31. (*f*) Luc. 12. (*g*) Matth. 11. (*h*) 2 Corinth. 10. (*i*) Ps. 49.

(*k*) Deut. 32. (*l*) Ps. 26. (*m*) Isai. 63. (*n*) Gen. 2. (*o*) Jerem. 3.

pecado mortal, y al temor de la divina justicia : cuyo saludable temor aguzan en primer lugar la muchedumbre de las culpas, la incierta condicion de la vida, la inevitable necesidad de la muerte, el abismo de los juicios divinos, el pensamiento en la cuenta que ha de darse, la formidable severidad del juicio final, la amargura y eternidad de las penas del infierno, y otras cosas de esta naturaleza.

Es ciertamente utilísimo este afecto de temor para consternar los pechos empedernidos de los mortales. Porque, como sean los hombres amadores por extremo de sí mismos, aunque carezcan del amor de Dios, temen no obstante poderosamente, por causa de este mismo nimio amor de sí mismos, cualquiera cosa que comprehenden serles muy dañosa. De donde proviene, que empezando por un temor servil, y aborreciendo los pecados por solo el miedo de las penas, poco á poco van llegando á un amor de hijos. De esta manera el apóstol valenciano San Vicente Ferrer redujo á verdadera penitencia una multitud de personas casi infinita; porque en sus sermones frecuentísima y vehementísimamente excitaba este miedo del divino juicio y de las penas eternas. Por tanto el predicador, sediento de la salud de las almas, debe promover á menudo estos afectos, y principalmente proponer, y como hacer ver con los ojos á sus oyentes la acerbidad y eternidad del infierno, empleando en esta ponderacion toda la fuerza de su elocuencia. Pues nunca orando podrá amplificar tanto estas penas, que no sea su oracion infinitamente inferior á lo que pide la grandeza del asunto. En cuya materia toda el arte y toda facultad de orar se queda muy atras.

La misma dinosis, que se cuenta principalmente entre las virtudes del orador, la cual no solo iguala, mas aun excede la dignidad y atrocidad de la cosa, en lo que dicen fué muy aventajado Demóstenes, es sin embargo insuficientísima para amplificar la amargura de estas penas, como ellas se merecen. Y tan léjos está de hacerlas mayores de lo que realmente son, que con ningun encarecimiento podrá mostrarlas tan grandes como son. Mas aunque sea muy inferior lo que en este punto se dice, no obstante, eso mismo que se dice puede mover eficazmente los corazones de los hombres, aunque sean de acero. A este fin debe el predicador tener muchas cosas apuntadas en sus cartapacios, y bien digeridas con la meditacion, para que pueda con ellas excitar este afecto, y conmover despues una grande admiracion, por haber muchos, que creyendo todas estas cosas con certísima fe, no viven de otra suerte que si las tuviesen por cuentos de viejas.

5. Luego pues que por estos medios halláremos los argumentos con que se conmueven estos afectos, se han de juntar los modos de amplificar, con los cuales amplifiquemos lo que hubiéremos hallado; y esto mismo lo confirmarémos con ejemplos, paridades, disparidades, y con testimonios de escrituras y santos padres.

§. III.

Del afecto de compasion.

6. En las causas judiciales es precisa en el defensor la querella, en latin *conquestio*, con la cual procura inclinar á compasion los ánimos de los jueces ó de los oyentes. Mas la conmocion de este afecto pocas veces tiene lugar en los sermones; sin embargo se ofrece alguna vez, como cuando amplificamos la amargura de la pasion del Señor, ó el dolor de la sacratísima Vírgen cuando perdió á su Hijo por tres dias, ó cuando huyó con él á Egipto, ó lo que fué mucho mas lastimoso, cuando lo vió morir en la cruz y le encerró en el sepulcro. Podrá tambien caber este afecto, explicando los combates de los mártires. Pues aunque esto suceda rara vez, pero por cuanto lo que enseñan los retóricos sobre este movimiento de los ánimos es digno de ser leido, lo quiso ingerir en este lugar, de lo cual podrá el prudente predicador escoger lo que le pareciere mas conveniente á su propósito.

7. De este afecto pues dice así Ciceron (*p*) : «La querella es una oracion con que se concilia la misericordia de los oyentes. En esta conviene primeramente hacer blando y compasivo el ánimo del oyente, para que pueda moverse mas fácilmente por la querella. Esto convendrá hacerse con lugares comunes, por los cuales se demuestra la flaqueza humana, y la fuerza que tiene para con todos la fortuna. Con cuya razon, grave y sentenciosamente dicha, se humilla muchísimo el ánimo de los hombres, y se gana para la misericordia, cuando en el mal ajeno considera su flaqueza. Despues ocupa el primer lugar la misericordia, en el cual se manifiestan los bienes que tuvieron, y los males que ahora padecen. En el segundo, que se divide en tres tiempos, se demuestra en qué males se vieron, se ven, y se han de ver. En el tercero se llora cada incomodidad de por sí; como en la muerte del hijo las delicias de su niñez, el amor, la esperanza, el consuelo, la educacion, y todo lo que pueda decirse en cualquier otro género de incomodidad por via de querella.

»En el cuarto se proferirán cosas torpes, humildes, sórdidas, é indignas de la edad, linaje, fortuna, honor antiguo, y beneficios que padecieron ó han de padecer. En el quinto todas las incomodidades en particular se pondrán ante los ojos, de modo que quien las está oyendo imagine que las ve, y se mueva á compasion, no solo con las palabras, sino con la misma cosa como si la tuviere presente. En el sexto se demuestra hallarse entre miserias sin pensarlo; pues esperando alguna dicha, no solo dejó de conseguirla, sino que cayó en la mayor desgracia. En el séptimo ponemos á los mismos oyentes en un caso semejante, y les pedimos, que al vernos, se acuerden de sus hijos, ó de sus padres, ó de alguno á quien deban querer bien. En el octavo se dice, que se hizo algo que no convenía, ó que dejó de hacerse lo que convenía, de este modo : «No me hallé delante, no lo vi, no oí su postrer voz, no recibí su ultimo aliento.» A mas : «Murió á manos de sus enemigos, quedó en tierra enemiga sin sepultura por muchos dias, despedazado de las fieras, y careció en su muerte de las honras comunes.» En el nono se atribuye la oracion á cosas mudas é inanimadas, como si acomodas los discursos de alguno á un caballo, á una casa, á un vestido, con lo cual el ánimo de los que oyen y estimaron á alguno, se conmueve vehementemente.

»En el décimo se demuestra la pobreza, flaqueza y soledad. En el undécimo se recomiendan los hijos, los padres, el entierro de su cuerpo ú otra cosa semejante. En el duodécimo se llora la separacion de aquel con quien has vivido con grandísimo gusto, como de tu pa-

(*p*) Cic. Lib. 1 de invent.

dre, hijo, hermano ó camarada. En el terciodécimo nos querellamos con indignacion de ser maltratados de aquellos que no era razon nos maltratasen, como de nuestros deudos, amigos, favorecidos, que pensábamos habian de ayudarnos, ó por aquellos que no pueden maltratarnos sin indignidad, como por nuestros esclavos, libertos, dependientes y suplicantes. En el cuartodécimo, que se toma por modo de obsecracion, se ruega á los oyentes con humilde y reverente oracion que tengan misericordia. En el quintodécimo demostramos querellarnos, no de nuestra desgracia, sino de la de aquellos á quienes debemos amar. En el sextodécimo manifestamos, que tenemos un ánimo misericordioso para con los demas; pero demostramos con todo eso que le tenemos dilatado, excelso y sufrido en los trabajos, y que lo será en cualquier acontecimiento. Porque muchas veces el valor y magnificencia, acompañada de gravedad y autoridad, aprovecha mas para mover á misericordia, que no el abatimiento y los ruegos. Pero conmovidos ya los ánimos, no convendrá detenerse muy largo tiempo en la querella. Pues, como dijo el retórico Apolonio, «nada se seca mas presto que las lágrimas.»

CAPITULO XII.

De las figuras de elocucion, que sirven para conmover los afectos.

1. Lo que hemos dicho hasta aquí del movimiento de los afectos, mas pertenece á la invencion que á la elocucion. Ahora pareció juntar á esto algunas figuras de elocucion que especialmente conducen para el mismo fin. Así, despues de amplificada ó probada una cosa insigne, se ha de dispertar el ánimo del oyente, que ya empezaba á conmoverse por la grandeza de la cosa, con figuras á propósito para esto. Entre las cuales la primera y mas corriente es la exclamacion, como aquella en que prorumpió el Apóstol impelido del afecto de caridad (*a*): «¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién así os hechizó para no obedecer á la verdad? etc.» Ni siempre ha de empezar la exclamacion por esta interjecion *oh*, sino que cuantas veces rompe una pasion vehemente, hay exclamacion. Cual es aquella (*b*): «¡Generacion mala y perversa! ¿Así correspondes al Señor, pueblo loco é insensato? ¿Por ventura no es él tu padre? Habiendo podido decir: «¡Oh generacion mala! etc.» como el Señor en el Evangelio (*c*): «¡Oh raza incrédula y depravada! ¿Cuánto tiempo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo he de aguantaros?» Tambien aquella voz del mismo Señor, señal de su dolor (*d*): «¡Ay del mundo por causa de los escándalos!» Es exclamacion.

2. Pero es vehementísima aquella que consta de muchas exclamaciones, cual es la de San Gregorio el Teólogo, en la oracion fúnebre de su hermana Gorgonia, mujer muy santa, cuyas virtudes celebra él, y principalmente sus sagradas vigilias en el ejercicio de la oracion. Pues habiendo narrado el asunto, exclama de esta manera: «¡Oh noches desveladas, y cantos de salmos, y estacion que acaba al amanecer! Oh David, solamente dejan de ser prolijos tus cánticos á los animos piadosos! Oh tiernos miembros, tendidos en el suelo y mortificados con mayor aspereza de la que pueden sufrir las fuerzas naturales! Oh fuentes de lágrimas derramadas en la tribulacion, para coger la mies con regocijo! Oh clamor nocturno, que penetra las nubes y llega hasta Dios!

(*a*) Galat. 3. (*b*) Deut. 32. (*c*) Matth. 17. (*d*) Ibid. 18.

Oh fervor de espíritu, que con el deseo de la oracion ni teme á los perros de la noche, ni á las lluvias, ni á los truenos, ni al granizo, ni á la obscuridad! Oh naturaleza mujeril, que por la comun batalla de la salvacion excediste á la varonil, haciendo ver que con el nombre de varon y hembra, no se diferencian las almas, sino solamente los cuerpos!»

3. Pero es mucho mas acre la exclamacion, cuando se junta con el apóstrofe; en la cual, conmovido el ánimo por la grandeza de la cosa, dirige sus palabras á las cosas mudas é inanimadas, cual es aquella (*e*): «¡Pasmáos, cielos, sobre esto; y sus puertas caéos de golpe! etc.» Y tambien lo es aquella con que se exclama ántes de exponer el asunto, lo cual raras veces sucede, mas sucede en esta (*f*): «¡Oye, cielo; y percibe, tierra, mis palabras en tus oídos; porque el Señor Dios ha hablado!» Y semejante á esta (*g*): «¡Oid, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca!» Con todo eso, aquella voz que sale impelida de la grandeza del deseo, si no es mas acre, es sin duda mas brillante y mas suave (*h*): «¡Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y lluevan las nubes al justo: ábrase la tierra, y brote al Salvador!» Estas voces nacieron sin duda del mas ardiente deseo; y de un fervoroso afecto de agradecimiento y alegría, aquellas (*i*): «¡Cielos, alabad al Señor, porque él ha hecho misericordia; tierra, llénate de cabo á cabo de alborozo y alegría; montes, bosques y toda su leña, resonad alabanzas, porque el Señor redimió á Jacob, y estableció su gloria en Israel!» Y San Gregorio, en el epitafio de Nepociano, habla á la misma muerte con estas palabras (*k*): «¡Oh muerte, que divides á los hermanos y cruelmente separas á los que están unidos con el mas estrecho vínculo de amor! etc.»

4. Es contraria de esta figura, aquella otra en que no hablamos á cosas mudas é inanimadas, sino que á ellas mismas les atribuimos palabras y afectos humanos. Lo cual siendo, como es, vehementísimo, es tambien frecuentísimo en las sagradas letras. Como aquello del Salmista (*l*): «Aplaudirán los rios con la mano, y darán saltos de placer los montes á la presencia del Señor; porque vino, etc.» Y (*m*): «Regocíjense los cielos y alégrese la tierra... gozaránse los campos, y todo cuanto en ellos hay. Entónces saltarán de alborozo todos los leños de las selvas ante el rostro del Señor; porque viene, etc.» Y (*n*): «La misericordia y la verdad se salieron al encuentro; la justicia y la paz mutuamente se besaron.»

5. Próxima á estas es la hipérbole, que en latin se llama *superlatio*, cuyo uso es tambien frecuente en las santas escrituras. La cual aunque levanta la cosa sobre la comun creencia, mas no sobre el modo. Tal es aquella voz en el Salmo XVII: «Y entonó el Señor desde el cielo, y el Altísimo hizo oir su voz; él hizo caer granizo y carbones de fuego. Y arrojó sus saetas y los deshizo; multiplicó sus rayos y confundiólos. Y aparecieron las fuentes de las aguas, y se descubrieron los cimientos del orbe terráqueo.» Queriendo demostrar con estas horrendas voces el ímpetu y la ira de la majestad de Dios contra los impíos. A este mismo modo Dios por Isaías (*o*): «¡Turbaré, dice, al cielo, y temblará la tierra por la indignacion del Señor de los ejercitos.» Y ex-

(*e*) Jer. 2. (*f*) Isai. 1. (*g*) Deut. 32. (*h*) Isai. 45. (*i*) Ibid. 44. (*k*) S. Hier. Ad Heliod. Epist. 60. (*l*) Psal. 97. (*m*) Ibid. 95. (*n*) Ibid. 84. (*o*) Isai. 13.

plicando San Jerónimo este lugar, dice ser hipérbole en la cual el santo Profeta encarece la vehementísima ira de Dios. Semejante á esto parece tambien aquello del mismo Profeta (*p*): «¡Callé siempre, me contuve en el silencio, sufrido fuí; mas ahora me haré sentir, y hablaré como mujer que va de parto; á un tiempo disiparé y tragaré; talaré los montes y los collados, y secaré toda la yerba de ellos!» Palabras con que se da á entender la grandeza del divino furor.

6. La repeticion de interrogantes tiene tambien fuerza y acrimonia, y es muy poderosa, no solo para mover los afectos, sino tambien para variar la oracion. Y es mas vehemente y elegante, cuando en una misma serie de oracion fluyen muchos interrogantes distinguidos con ciertos incisos ó miembros: como aquello del Apóstol (*q*): «¿No soy libre? No soy apóstol? ¿Por ventura no vi á nuestro Señor Jesucristo? ¿No sois vosotros obra mia en el Señor?» Y un poco despues: «¿Quién jamas milita á su sueldo? Quién planta una viña, y no come de su fruto? Quién apacienta un ganado, y no come de la leche del ganado? ¿Acaso esto que os digo es un puro razonamiento humano? ¿No lo dice tambien la misma ley?»

7. Asimismo, habiéndose explicado la gravedad del pecado mortal, se podrá aterrar con estas interrogaciones á los que de ningun modo quieren apartarse de sus pecados: «¿Hasta cuando, ó hombres miserables, hasta cuando abusaréis de la paciencia de Dios? ¿Cuánto tiempo permaneceréis en este infelicísimo estado? ¿Qué fin pondréis á tantas maldades? ¿Nada os ha de conmover el gran peligro en que os veis? Nada el temor del juicio divino? Nada la incierta condicion de la muerte? Nada el pensamiento de la cuenta que habeis de dar? Nada el miedo del suplicio eterno? Nada el riesgo de la enemistad con Dios? Nada tantos beneficios divinos, que nos convidan al amor del bienhechor? Nada el imperio de la Majestad divina, que despreciais? Nada la cruz de Cristo, los clavos, la lanza, las salivas, las prisiones, los azotes padecidos por vuestra causa? ¿Cuál es aquel pecho, que con tantas máquinas no se mueve, con tantos arietes no se bate, con tantos rayos no se postra? ¿Cómo puede ser agradable á los tales, ó la comida ó el sueño, viviendo en tal estado, en que si la muerte les cogiere de repente, lo que no pocas veces acontece, inmediatamente serán arrojados á los infiernos? ¿Qué sentido les queda á los que se atreven á dormir en pecado tantas noches, teniendo enojado y contrario al Criador de todas las cosas, sin cuya virtud é influencia ni aun respirar podemos? ¿Quién no reconoce aquí las fuerzas y poder de Satanas, que tan poderosamente ciega al hombre, y que así le aprisiona como con grillos de diamante?

8. Despues de probado y amplificado el asunto cae muy bien la obsecracion, por la cual pedimos algo con ahinco á los oyentes. Así San Pablo (*r*): «Ruégoos, dice, por la misericordia de Dios, que de vuestros cuerpos hagais una hostia viva, etc.» Y otra vez (*s*): «Yo, el mismo Pablo, os pido por la mansedumbre y humildad de Cristo, etc.» Y en otro lugar (*t*): «Os ruego yo, preso por el Señor, etc.» Así San Crisóstomo, despues de haber hecho una fuerte invectiva contra los que mantenian en sus casas hermanas adoptivas, concluyó el sermon con la obsecracion siguiente: «Ruego pues y suplico, y me postro á vuestros pies, y ofrezco plegarias á todos: dejáos persuadir, y salgamos de esta embriaguez; tengamos juicio, y reconozcamos el honor que nos hizo Dios; y oigamos á Pablo que está clamando: «No seais esclavos de los hombres,» y dejémonos de servir á las mujeres, que son la peste y ruina comun de todos.»

9. Pueden pues los predicadores usar frecuentísimamente de esta figura, la cual si nace de unas entrañas de caridad, tiene gran fuerza para mover los ánimos. Hay un predicador en España, no ménos famoso por su santidad, que por la doctrina y dignidad de su oficio, cuyos oyentes, entre sus muchas insignes alabanzas, lo que mas celebran es que suele usar á menudo esta obsecracion: «Os ruego, hermanos, por el amor de Dios, que no queramos pecar mas.» La cual sentencia pronuncia él con tal figura de voz y de semblante, que claramente manifiestan su afecto llenísimo de caridad, con lo cual suele conmover eficazmente los ánimos del auditorio.

10. A esta se sigue la adjuracion, que tiene todavía mayor fuerza, y aparece en aquellas palabras de San Pablo (*v*): «Yo os conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos en su venida gloriosa y en el establecimiento de su reino, de anunciar la palabra, etc.» El religiosísimo P. Francisco Titelman, despues de haber declarado la magnitud de algunos astros, en sentir de Tolomeo, de Alfragano y de otros doctísimos astrónomos, y de haber añadido que hay algunas estrellas que son mayores treinta y cinco veces que la tierra, otras setenta, otras noventa, y otras que se llaman de primera magnitud, ciento y siete veces, asombrado exclama así (*x*): «Conjúrote, letor, cualquiera que seas, que con cristiano corazon consideres una y muchas veces, en vista de lo dicho, cuán miserable sea la suerte de aquellos hombres que por unas angostísimas chozuelas de este mundo, pierden aquella anchura inmensa del reino de los cielos. Y vuelve á considerar cuán desdichados son, y cuán mal se quieren los que andan á cuchilladas por semejantes cosas, y recíprocamente se engañan, trastornando todos los derechos divinos y humanos. Pues aunque uno solo lograse el imperio universal del orbe terráqueo, lo que ninguno de los mortales hasta ahora ha conseguido, ¿que mas hubiera robado, que un solo punto? En sus manos, ¿qué otra cosa tiene que un punto? En un átomo tiene su imperio. Aquellos pues que riñen ó pleitean por una mínima partecilla de tierra, es á saber, por un campito, por una triste heredadilla, por una casilla ó barraquilla, ¿qué intentan, qué buscan, sino poseer una pequeñísima partecilla de este punto, esto es, de toda la tierra? ¡Oh vanos cuidados de los hombres! Oh ciegos corazones! Aprende, ó miserable, cuán gran tesoro pierdes por una cosilla tan mínima; y por un estrecho nidito de hormigas, cuán espacioso palacio abandonas, miéntras antepones la tierra al cielo.

11. La optacion tambien explica el afecto del ánimo que desea, como (*y*): «Es gente sin consejo y sin cordura. Ojalá tuvieran luz de sabiduría é inteligencia, y previeran el funesto fin que está aparejado á mis enemigos.» Y aquello (*z*): Quien me dará alas como de paloma y volaré y descansaré.» Y aquello otro (*a*): «Hasta cuándo los pecadores, Señor, hasta cuándo se gloriarán con in-

(*p*) Isai. 42. (*q*) 1 Corinth. 9. (*r*) Rom. 12. (*s*) 2 Corinth. 10. (*t*) Ephes. 4.

(*v*) 2 Timoth. 4. (*x*) Franc. Titelm. in Com. de cœlo, et mundo. (*y*) Deut. 32. (*z*) Ps. 54. (*a*) Ibid. 93.

solencia los pecadores?» De la misma suerte dice el Señor á Moises, de los hijos de Israel que prometian obediencia (*b*): «Todo lo hablaron bien. ¿Quién les dará que tengan tanto juicio que me teman, y guarden todos mis mandamientos, para que así ellos como sus hijos, sean felices por una eternidad?» El santo Job tambien (*c*): «¿Quién, dice, me podrá procurar esta gracia, que me pongais á cubierto, y me escondais en el infierno? etc.» Y «¿Quién me dará que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se graben en un libro? etc.» Así propio Jeremías, ofendido de los pecados del pueblo, clama (*d*): «¿Quién me dará en el desierto una choza de pasajeros, para huir de mi pueblo, porque todos son adúlteros, y una cuadrilla de prevaricadores?»

12. Contraria de esta es la imprecacion, como aquella de la reina Dido:

Sed mihi vel tellus optem prius ima dehiscat,
Vel pater omnipotens adigat me fulmine ad umbras,
Pallentes umbras Erebi, noctemque profundam,
Ante pudor, quam te violem, et tua jura resolvam (*e*).

Mas ántes, plegue á Dios, mil muertes muera,
La tierra se abra, y donde estoy me hunda,
Con fiero rayo Júpiter me hiera,
Y en el horrible infierno me confunda,
Do hay siempre horror, do siempre persevera
Noche tenebrosísima y profunda,
Oh santa castidad, que te haga ultraje,
Y que tu ley quebrante y homenaje.

No es infrecuente en las sagradas letras esta figura. Así el santo Job (*f*): «Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo, concebido se ha este hombre.» Y Oséas (*g*): «Perezca Samaria, porque provocó á su Dios á ira, etc.» Y en el salmo (*h*): «Sus mesas se vuelvan en lazo en presencia de ellos mismos, etc.» Pero de estas imprecaciones están llenos los libros de los profetas y de los salmos, las cuales no tanto se han de considerar como maldiciones ó imprecaciones de males, cuanto como profecías de venideras desgracias. Podemos usar de esta figura cuando ponderando la acerbidad de las penas infernales ó la severidad del juicio final, expresamos las voces de los condenados, con las cuales su rabiosa lengua maldice á los padres, amas, maestros, y en fin al dia en que nacieron, y á sí mismos.

(*b*) Num. 36. (*c*) Job. 14. et 19. (*d*) Jerem. 9. (*e*) Virgil. Æneid. 4, v. 24. (*f*) Job. 3. (*g*) Ose. 14. (*h*) Ps. 68.

13. Tambien la admiracion debe contarse entre las figuras que sirven á los afectos, cuyo uso es frecuente en las sagradas letras; cuales son aquellas de Jeremías (*i*): «¡Cómo esta ciudad tan populosa ha venido á quedar tan desierta y arruinada!» Y (*k*): «¡Cómo el oro se ha obscurecido! Cómo ha mudado su color, que es tan hermoso!» Y (*l*): «¡Cómo el Señor, en su saña, cubrió de tinieblas á la hija de Sion!» Tambien Isaías (*m*): «¡Cómo caiste del cielo, Luzbel, tú que aparecias tan brillante por la mañana! etc.» Y el Salmista (*n*): «¡Qué tienes tú, mar, que huiste; y tú, Jordan, por qué retrocediste! Os alborozasteis, montes, brincando como carneros, etc.» Mas en este lugar se dobla la figura, cuando á la admiracion se junta el apóstrofe. Se ve pues ser esto figura, porque lo que sencillamente pudiera decirse: «Esta ciudad populosa ha venido á quedar desierta y arruinada;» se profiere y se hermosea de este modo la misma sentencia con mayor fuerza.

14. Hay asimismo otras figuras que sirven tambien mucho para la acrimonia, y para amplificar los asuntos, cuales son la repeticion, conversion, complexion, interpretacion, sinatroismo ó congerie, contraria, contencion, y algunas otras que pondrémos entre las demas figuras de la elocucion. Pues aquí solo hemos querido referir las que contienen notorios afectos. Y si alguno rehusare contarlas entre las figuras, no me opondré mucho, con tal que comprehenda la fuerza y naturaleza de ellas.

15. Esto es lo que me pareció decir en comun sobre el modo de amplificar. Porque habiendo nosotros enseñado al principio del segundo libro, que toda oracion se compone de tres partes, conviene á saber, argumentacion, amplificacion y exposicion, y se haya hablado ya de las dos primeras, restaba que hablásemos ahora de la tercer parte, esto es, de la exposicion; pero de ella tratarémos algo en el siguiente libro, cuando se ofrezca hablar de la narracion y del género magistral. Pues de entrambos modos exponemos alguna cosa, ó cuando referimos un suceso, ó cuando explicamos lo recóndito ú obscuro.

(*i*) Thren. 1. (*k*) Ibid. 4. (*l*) Ibid. 2. (*m*) Isai. 14. (*n*) Ps. 113.

LIBRO IV.

QUE EXPLICA LOS GÉNEROS DE SERMONES EN PARTICULAR, ÓRDEN Y RAZON DE SU DISPOSICION.

CAPITULO PRIMERO.

De las seis partes de la oracion.

1. Expusimos hasta aquí las comunes reglas de la invencion, que universalmente pertenecen á todo género de sermones. Ahora parece que pide el buen órden de doctrina, que descendamos á tratar las particulares especies de sermones, y que expliquemos qué es lo que cada uno de ellos requiere, y qué añade el predicador sobre el orador. Dijimos ya que segun el sentir de Aristóteles y Ciceron, la materia del arte retórica se versa en tres géneros de causas: judicial, deliberativo y demonstrativo. En el género judicial acusamos ó defendémos; en el deliberativo persuadimos, disuadimos, exhortamos, retraemos, pedimos, aconsejamos, etc.; en el demonstrativo alabamos ó vituperamos las personas, las cosas, los hechos.

2. Añadióse á estos el género magistral ó didascálico, y añadiéronle aquellos que pretenden que este género de causa tenga mayor extension, de modo que no solo abrace la cuestion definida, sino que se extienda tambien á la indefinida, y á cualquiera materia que pueda tratarse con órden. En este género se contienen las téses ó lugares comunes, y los simples y compuestos, los que trata el orador con método dialéctico. Con este mismo escribió Ciceron los libros *De officiis*: y no hacen otro Santo Tomas y los demas maestros de teología cuando hablan de Dios, de los ángeles, del alma, de

la fe, esperanza, caridad, y demas virtudes; de cuya naturaleza, género, especie, partes, causas y efectos tratan. El fin de este género es el conocimiento; con todo, el predicador lo enderezará todo al arreglo de la vida. De estos cuatro géneros el judicial no es de nuestra inspeccion, segun arriba dijimos; así trataremos separadamente de los otros tres, que son los que mas convienen á nuestro propósito.

3. Mas importando mucho para todo género de sermones, y en especialidad para el suasorio, que es el que mas pertenece á nuestro intento, conocer las principales partes, y como miembros de cada oracion, será necesario que ántes de todo las expongamos sucintamente. Seis pues son las partes de una oracion llenísima y perfecta: exordio, narracion, proposicion, á que se agrega la particion ó division, confirmacion, rechazamiento ó confutacion, y conclusion ó peroracion.

4 El exordio es un principio de la oracion, por el cual se dispone el ánimo del oyente para oir. La narracion es una exposicion de cosas sucedidas, ó como si hubieran sucedido. La proposicion abraza la suma de la causa, á la cual se junta la particion, que descubre los miembros de la oracion. La confirmacion es una exposicion de nuestros argumentos, con aseveracion. La confutacion es la solucion de los lugares contrarios. La conclusion es un término artificioso de la oracion.

5. Estas partes las enseñó la naturaleza y manda guardar este órden: que ántes que hablemos del asunto propuesto, se concilien en el principio los ánimos de los oyentes; despues se vayan demonstrando las cosas, luego se entable la controversia, en seguida se confirme lo que intentamos, despues se rechacen aquellas cosas que pueden oponerse, y al fin de la oracion se amplifique y aumente lo que hace á nuestro favor; se enflaqueza y deshaga lo que favorece á los contrarios. La oracion pues que consta de estas partes, es como un cuerpo compuesto de todos sus miembros y perfecto en su género. La primera parte sirve para conciliar los ánimos, la última para conmoverlas. La confirmacion y confutacion pertenecen al enseñar y probar, á la cual se encaminan las demas. De estas partes se compone la cumplida y perfecta oracion. Así empecemos á declarar lo que requiere cada una de ellas.

§. I.

Del exordio.

6. El exordio es aquello con que el ánimo de los oyentes se dispone para oir: esto quiere decir, para que tengamos benévolos, atentos, dóciles á los oyentes. Los retóricos enseñan aquí muchas cosas sobre captar la benevolencia. Lo cual se consigue de cuatro modos: por respeto de la persona del orador, de la de los contrarios, de la de los oyentes, y de las cosas mismas. Y dícese esto de la persona de los contrarios, si es que los hubiesen inducido al odio, envidia ó desprecio; lo cual es muy ajeno de nuestro oficio. Nos bastará pues si los hacemos atentos y dóciles, por cuyo medio nos conciliarémos tambien su favor y gracia. Porque los tendrémos atentos si enseñáremos que les hemos de hablar de cosas grandes, nuevas, desacostumbradas; ó de unos negocios que pertenecen á la república, ó á los mismos que están oyendo, ó al culto de Dios y á la religion, como tambien si los rogamos que nos oigan con atencion, y si exponemos por su órden las cosas de que hemos de hablar. Podrémos tener dóciles á los oyentes, si expusiéremos brevemente la suma de la causa y los hiciéremos atentos; pues dócil es aquel que quiere escuchar con atencion.

§. II.

De la narracion.

7. Los retóricos que, como dijimos ántes, inventaron esta arte para tratar las causas principalmente judiciales, despues del exordio pusieron la narracion, la cual es casi precisa para tratar bien de semejantes causas. Mas este género de narracion conviene poco á nuestro propósito. Sin embargo hay otros cuatros géneros de narraciones, que ocurren no pocas veces en los sermones. El primero es cuando para confirmar alguna cosa, mencionamos algunos sucesos que se hallan en la Santa Escritura ó en la vida de los santos. El segundo es el que se trata para fin de amplificar. El tercero es el que sirve á una alegoría ó tropo. El cuarto se versa en la explicacion del Evangelio: de los cuales vamos á hablar ahora brevemente.

8 Decimos pues que es el primer género el que refiere los hechos y ejemplos de los santos. Como si contamos la historia de Josef, vendido por sus hermanos, ó la de David, Tobías, Judit, Ester, del profeta Jonas ú otras semejantes, que en varias partes del sermon referimos con alguna utilidad. Mas nadie piense que es fácil á cualquiera decir con artificio y elegancia semejantes ejemplos. En este negocio es donde reina principalmente la elocuencia, para hacer agradable la narracion, porque en ella han de intervenir los movimientos del ánimo, las palabras acomodadas al carácter de las personas, las que hacen familiar la oracion, como tambien algunas breves descripciones que pongan la cosa delante de los ojos. Debe igualmente convenir el género de oracion á las cosas mismas. Lo cual se logrará si se expusieren las cosas alegres agradablemente, las serias gravemente, las insignes hermosamente, y dolorosamente las tristes.

9. Y aunque estas narraciones sean desemejantes á las de las causas judiciales, con todo deben tener las mismas virtudes que los retóricos atribuyen á aquellas. Pues quieren que toda narracion sea breve, clara, verosímil y agradable. La breve y agradable se oye con mayor gusto, la clara mas fácilmente se entiende, la verosímil mas prontamente se prueba. En el principio de la narracion ordinariamente se estila poner cierta preparacion, y al fin una como peroracion y transicion á la contencion: lo cual debe tambien observarse en las demas partes para que haya entre ellas enlace y conexion, con que se unan apta y elegantemente. Estas cosas pues conviene que tenga la narracion; y sabiendo ya lo que debe hacerse, convendrá sepamos ahora de qué manera debe hacerse.

10. Podrémos narrar una cosa brevemente si empezáremos á referirla desde donde fuere necesario, y no desde su primer principio; si sumariamente, y no por menudo la contáremos; si no la continuáremos hasta el fin, sino hasta allí donde convenga; si no usáremos de transiciones; si no nos desviáremos de aquello que comenzamos á referir; y si de tal suerte expusiéremos el éxito de las cosas, que pueda saberse tambien lo que pasó ántes, aunque nosotros lo callemos. Como si dijere: «He vuelto de la provincia,» se entiende que me

partí á ella. Y generalmente es mejor pasar por alto, no solo lo que daña, sino tambien lo que ni daña ni aprovecha. Váyase tambien con cuidado de no decir despues lo que ya dijimos ántes, para no repetir fastidiosamente dos ó mas veces una misma cosa, como si dijéremos: «Desde Aténas vino Simon una tarde á Megara: así que llegó á Megara, puso asechanzas á una doncella: despues que le puso asechanzas, la forzó en el lugar.»

11. Narrarémos una cosa con claridad, si exponemos primeramente lo que primeramente sucedió, guardando el órden de las cosas y de los tiempos como ellas sucedieron, ó como parezca que hubieran podido suceder. Donde deberá considerarse, que nada digamos confusa, torcida, ambigua, ni nuevamente; que no nos pasemos á otro asunto, que no lo contemos desde su orígen, que no lo prosigamos prolijamente, que nada omitamos de cuanto al asunto pertenece, y observemos lo que se previene acerca de la brevedad. Porque cuanto mas breve, tanto mas clara y de mas fácil inteligencia será la narracion. Verosímil será, si hablamos así como lo pide la costumbre, la opinion, la naturaleza; si se guarda el órden de los tiempos, la dignidad ó decoro de las personas, el motivo de los consejos, la oportunidad de los lugares, para que no pueda oponerse, ó que hubo poco tiempo, ó que no hubo causa, ó que el lugar no fué proporcionado, ó que los mismos hombres no lo pudieron hacer ó sufrir. Será en fin agradable la narracion, si contiene cosas nuevas, no esperadas, grandes y de peso.

12. El segundo género de narracion dijimos que era aquel que se toma por motivo de amplificar, esto es, con que queremos amplificar los esclarecídos hechos de los santos ó los depravados ejemplos de los malos. De esta manera amplifica Orígenes la obediencia de Abraham en el sacrificio de su hijo; Gregorio Nacianceno la vida y muerte del glorioso mártir Cipriano; San Basilio el martirio de los cuarenta soldados; y San Crisóstomo la constancia y valor de aquellos tres jóvenes que mandó Nabucodonosor echar en el horno. Cuyo género de narracion requiere todavía mayor fuerza de elocuencia que el arriba dicho. Porque á este sirven principalmente aquellas dilatadas descripciones de las cosas y personas, y todo lo demas que dejamos dicho de la amplificacion en el libro antecedente. Pero nada puede ayudarnos mas á la inteligencia de este artificio, que haber leido bien los escritos de los sobredichos santos padres, notando diligentemente los primores del arte que hay en ellos. Mas de este asunto discurrirémos con alguna extension, cuando hubiéremos llegado al género demonstrativo.

13. El tercer género es el que sirve á la alegoría y místicos sentidos de las santas escrituras. Y porque antiguamente los santos padre, y en especial Orígenes, se detuvieron muchísimo en explicar estos sentidos místicos, y esto mismo es muy importante para el oficio de predicador, explicaré brevemente lo que me parezca deberá decirse sobre este punto. En primer lugar pues, entre los sentidos místicos, unos pertenecen á reformar las costumbres, otros á explicar el misterio de Cristo: á aquellos llaman tropología, á estos alegoría. Aquellos se refieren á la filosofía moral, estos á la fe de Cristo. Aquellos á la ley y enseñanza de la vida, estos á la explicacion de la gracia del Evangelio. Por lo cual la dignidad de la alegoría se entiende ser mayor que la de la tropología, respeto de que la tropología contiene la declaracion de la divina ley; pero la alegoría demuestra el beneficio de la divina gracia; aquella realmente instruye al entendimiento, mas esta, habiendo propuesto la grandeza de la divina gracia y de la divina bondad y misericordia, enciende la voluntad. Y así debiendo el predicador, como ántes dijimos, enseñar, doblar, ó inclinar y deleitar, la tropología solo enseña, mas la alegoría no solo enseña, sino que tambien dobla y deleita. Deleita, poniendo ante los ojos la felicísima noticia del Evangelio y de la divina liberalidad y gracia; pero inclina, cuando habiendo expuesto esta tan superior grandeza de la divina bondad y caridad, enciende eficazmente las voluntades de los hombres al recíproco amor de Dios, al aborrecimiento del pecado, y á la esperanza de su salvacion.

14. Mas como el nombre de alegoría comprehende muchas cosas pertenecientes al misterio de Cristo, aquel género de alegoría es mas excelente que principalmente declara el soberano beneficio de nuestra redencion, el mérito de la pasion del Señor, y la admirable fuerza y eficacia de la divina gracia que por él se nos concede. Porque estas cosas exactamente expuestas y amplificadas, arrebatan maravillosamente los entendimientos humanos á la admiracion de cosas tan grandes, é inflaman poderosamente el amor de la divina bondad, benignidad, caridad y misericordia. Pero nadie podrá encender estos afectos con el uso de las alegorías, si ántes no hubiere adquirido esta tan grande gracia de la dignacion divina, parte con el estudio y doctrina, y parte con el secreto magisterio del Espíritu Santo, recibiendo de él no solo el conocimiento, sino tambien el sentido de ella. Pero esto pertenece á la teología mística, la cual mas conoce la dignidad de las cosas divinas amando y gustando, que no entendiendo, cuyo maestro cierto y legítimo es el Espíritu Santo. Aquel pues que hubiere aprendido con tan soberano maestro, no hay duda que podrá con la práctica de semejantes alegorías encender los ánimos de los hombres en el amor de Dios y aborrecimiento del pecado, y transfundir en otros con su elocuencia el movimiento y afecto mismo de que él se sintiere penetrado.

15. Pero hay algunos, especialmente en esta nuestra edad, que contentándose con solo el sentido que llaman literal, huyen de los sentidos místicos. Otros hay por el contrario, que en casi todos los lugares de las santas escrituras procuran indagar estos sentidos; en lo cual fué notado Orígenes en otro tiempo por San Jerónimo, pues habla así de él: «Pasease por las libres campañas de la alegoría, é interpretando los nombres de cada uno, hace pasar su ingenio por sacramentos de la Iglesia.» Debe pues haber tasa en esto, y se debe ir por el camino medio, esto es, por el real; que es decir, que en ningun lugar busquemos alegorías, sino cuando el mismo asunto parece que pide el sentido místico. Porque cuando el Señor en el Evangelio (*a*) hace barro con su saliva y le pone en los ojos del ciego, y le envía á los baños de Siloe, y (*b*) cuando retira de la muchedumbre el sordo y mudo, y escupiendo toca su lengua y le mete los dedos en sus oídos, y gime y mira al cielo, claramente nos dan á entender todas estas cosas que aquí se oculta algun misterio.

(*a*) Joan. 9. (*b*) Marc. 7.

16. Juzgo pues que en este asunto debe guardarse esta regla que dió el mismo Orígenes: que cuantas veces se encuentre alguna cosa en la Historia Sagrada ó en los preceptos, sacrificios y ceremonias de la antigua ley, que á primer vista se halle ser ociosa, ó solamente en la apariencia supersticiosa ó ménos conforme á la razon y equidad, busquemos allí el sentido místico, para que aquello que en la letra parece poco conveniente á la dignidad del escritor ó legislador, se halle en el sentido místico ser muy conveniente. Por ejemplo (*c*): parece poco ajustado á la equidad de la divina ley, que la mujer que pariere un hijo esté inmunda por siete dias, y que se abstenga de tocar cosa sagrada; y que si pariere hija, se doble este tiempo de la inmundicia legal. Asimismo (*d*) ¿por qué causa el varon limpio, que por órden del Señor quema una vaca purgativa de las inmundicias legales, y que recogiendo sus cenizas las alza en lugar muy limpio, debe lavar su ropa y quedar inmundo hasta la tarde por disposicion de la ley, cuando es cierto que nadie se ensucia por obedecer á la divina ley, ni por tocar cosa limpísima? A mas de esto se manda que se escoja una vaca roja y sin mancha, que nunca haya llevado yugo; y que se debe sacrificar y quemar fuera de los reales, no en el templo; y que de tal suerte sea quemada, que tambien con ella se quemen á un tiempo su piel y su estiércol; ¿quién pues creerá que todas estas cosas carezcan de misterio? ¿Y qué dirémos del sacrificio del leproso limpiado? Tantas cosas encierra, que si nada espiritual y arcano designaran, no pareciera negocio digno de un Dios legislador.

17. En el capítulo XIV del Levítico leemos tambien del mismo leproso: «Será llevado al sacerdote, el cual saliendo de los reales así que reconociere curada la lepra, mandará al que se está purificando que ofrezca por sí dos gorriones vivos, que lícitamente se pueden comer, leña de cedro, grana é hisopo; y á mas mandará inmolar uno de los gorriones en un vaso de barro sobre las aguas corrientes, y teñirá al otro vivo, como tambien el leño de cedro, la grana y el hisopo, con la sangre del gorrion inmolado, y con ella rociará siete veces al que ha de expiarse, para quedar bien limpio, y soltará al gorrion vivo, para que vuele al campo.» Explicando pues estas y otras semejantes leyes, dice Orígenes: «Si creemos que son divinas estas leyes, es preciso que confesemos esconderse en ellas algo espiritual y divino, digno de tan gran legislador. De otra suerte, me atrevo á decir que mas convenientes y saludables fuéron á los hombres las leyes de los atenienses ó de los lacedemonios. Mas ordenando el mismo Señor (*e*) en el sacrificio del cordero pascual, que este sea de un año, que sea sin mancilla, que se coma en una casa, que no se desmenucen sus huesos, que nada se guarde de él para el otro dia, sino que se queme al fuego su resíduo, y finalmente, que se coma asado y no cocido; ¿quién estará tan fuera de juicio que no crea que todas estas cosas estan llenísimas de sentidos misteriosos?» Y aquí San Gregorio, de haber mandado el Señor que nada crudo comieran del cordero, colige resueltamente que en estas cosas hay sentido espiritual oculto. De otra manera ocioso fuera mandar que nadie comiese carnes crudas, puesto que nadie las come, sino las bestias carniceras.

18. Sentado esto, síguese que declaremos en qué modo han de tratarse estos sentidos místicos. Lo primero pues expondrémos clara y sucintamente, como poco ántes dijimos de la narracion, ó la ley misma, ó la historia de la cosa sucedida; mas con la inteligencia de que así de una como de otra, hablemos sola y precisamente aquello que pertenece á la explicacion del sentido místico, omitiendo todo lo demas, que no fuere necesario para el conocimiento de la historia. Como por ejemplo: si del sacrificio de aquella vaca, de que poco há hice mencion, quisiere yo declarar la gracia de la redencion de Cristo, y la virtud de los sacramentos, que de su pasion sagrada dimana; omitiendo el otro misterio de la misma ley, conviene á saber, de aquel que quemó la vaca y que guardó sus cenizas en lugar limpio, que asimismo se dice estar inmundo hasta la tarde, solamente haré mencion de lo demas que pertenece á la sagrada humanidad de Cristo; para que de este modo no cargue inútilmente la narracion de muchas cosas, cuyos misterios no quiero declarar.

19. Al contrario, si quisiere enseñar que el linaje humano, condenado á muerte por la culpa del primer padre, no fué resuscitado por la ley de Moises, sino por el beneficio de la encarnacion del Señor; por el cual reconociendo los hombres aquella infinita bondad y caridad de Dios, comenzaron á arder en amor suyo, solo narraré, de la historia del niño que resuscitó Eliseo, aquellas cosas que sean del caso para explicar este misterio (*f*): Como que la huéspeda del santo varon acudió al mismo; que el profeta envió á su criado con el báculo para que le pusiera sobre el cadáver; que no obstante eso no pudo resuscitar al muerto hasta que vino su amo, quien ajustando su cuerpo al del difunto niño, la carne de este entró en calor, abrió el niño los ojos, y al fin vino de este modo á recuperar la vida que habia perdido. Puesta así á los ojos la ley ó la historia, deberá demostrarse en primer lugar, con aquellas razones que poco ántes insinuamos segun el sentir de Orígenes, que estas cosas ocultan algun misterio. Porque, hablando de Eliseo, ¿á qué propósito el Señor, autor de la vida y de la muerte, habria querido resuscitar á un muerto, por una tan nueva manera, que no parecia ser conducente al intento?

20. Luego pues que con estas razones se hubiere despertado la atencion de los oyentes, y movido en ellos el deseo de entender este misterio, emprenderémos entónces su explicacion, acomodando cada una de sus partes, á cada parte de la historia ó de la ley, y esto en cuanto lo permitiere la claridad de la oracion, valiéndonos de voces translaticias, que se entiendan aludir á la ley ó historia propuesta; lo cual se ha de ejecutar con tal moderacion, que aparezca la oracion sembrada, mas no cubierta de metáforas, para que no induzca obscuridad, y la locucion alegórica no toque en enigmática. Mas en estas alegorías de ningun modo convendrá, como algunos hacen, detenerse mucho en la interpretacion de los nombres, sino que explicándolos con brevedad, importará pararse en aquello por cuyo respeto se trajo la alegoría, y amplificar á veces con largo razonamiento aquello que intentamos.

21. Añado en postrer lugar, que siendo muchas las reglas que se dan acerca de esto, las que nosotros no podemos comprehender en pocas palabras, el estu-

(*c*) Lev. 12. (*d*) Num. 19. (*e*) Exord. 12.

(*f*) 4 Reg. 4.

dioso predicador que desea emplearse loablemente en la explicacion de estos sentidos místicos, debe leer con cuidado los libros que escribió Orígenes sobre el Pentateucon de Moises, y de él aprenderá muy de lleno el modo con que debe tratarse esta principal parte de la teología. Hay tambien una obra en este género de argumento, de Rodulfo Flaviano, sobre el Livítico, digna por cierto de que la lean los predicadores aplicados. Hállase á mas una obra de alegorías y sentencias morales, recopilada de treinta padres antiguos, en la que el piadoso predicador hallará recogidas muchas cosas en este género dignas de saberse.

22. Restaba el cuarto género de la narracion, que se practica en la exposicion de la letra del Evangelio, cuya fuerza y razon explicarémos poco despues en su lugar.

§. III.

De la proposicion y particion.

23. La proposicion es la que brevemente comprehende el estado y suma de toda la causa. Esta pues es principio de toda la confirmacion, que jamas puede omitirse. Si la proposicion no es simple, se la junta la particion ó division, que es una breve relacion ó enumeracion de las partes de la proposicion. Y es en dos maneras: una que se usa tan solamente en el género judicial, por la cual declaramos qué es aquello en que convenimos con los contrarios, y qué es lo que se queda en cuestion. Otra de que podrá usarse en todo género de causas, es aquella por la cual explicamos de cuántas y de cuáles cosas hemos de hablar, y mostramos el órden que hemos de guardar en el discurso, para que aparezca qué es lo que se ha de decir, de qué materia ó en qué lugar, lo que hace al oyente sobremanera dócil, dándole á conocer el órden con que ha de tratar cada parte de aquellas que propuso, y esta misma da gran luz á la memoria, que es útil y necesaria, no solo al orador, sino tambien á cualquiera que discurre sobre cualquier asunto.

24. Mas aquí debe atenderse á que no sea obscura la particion, ni demasiado larga, ni de muchas maneras, y á que no se confundan los géneros mezclados con las partes. Pues ella por tres calidades principalmente se hace recomendable, por la perfeccion y brevedad, y por no constar de ordinario mas que de tres miembros, ó alguna vez de cuatro. Bien puede suceder que alguna parte de la division, por facilitar mas su inteligencia, se haya de subdividir, como lo hizo Tulio en la oracion por la ley Manilia, tratándose de elegir capitan para la guerra contra Mitridates. Pues la primera division fué: «Paréceme que lo primero ha de ser hablar del género de la guerra, luego de la grandeza, despues de elegir capitan general.» Y habiendo concluido los dos miembros propuestos de la division, luego que llegó al tercero, usó de esta division: «Mi dictámen es, que en un gran capitan se deben hallar estas cuatro circunstancias: valor, inteligencia en las cosas de la guerra, autoridad y felicidad.» Esto se ha dicho de la particion en general, de que mas abajo dirémos algo.

25. Hay otras muchas cosas que enseñan los dialécticos, de la razon y naturaleza de la division, las cuales deberán tomarse de ellos. Y por lo que mira á nuestro intento, se ha de reparar tambien que los miembros de la division vayan entre sí unidos, esto es, que se contengan unívocamente bajo de un mismo género. En lo cual faltan muchos insulsísimamente, pues contentándose solo con el sonido del nombre, juntan miembros muy desemejantes, bajo de un nombre mismo. De lo que tengo vergüenza de poner algun ejemplo. Ciertamente caen en esta falta los que poniéndose á explicar la «ciudad fundada sobre un monte», hacen monte al santo de quien han de predicar, luego á la Iglesia, despues al alma de un varon justo; y así dicen que ellos han de hacer un sermon de tres montes. En cuyo género podrán verse á cada paso casi innumerables vicios en muchos autores que escribieron sermones.

26. Mas porque muchos gravemente faltan en este modo de dividir (defecto que induce confusion en todo el cuerpo del sermon, cuyo concierto pende del modo y órden de la division), diré en breve lo que en esta parte deba considerar el predicador. Ante todas cosas mire bien lo que pretende hacer en todo su sermon, esto es, ponga los ojos en el blanco de su oracion. Despues considere las razones con que quiere persuadirlo, y con maduro acuerdo póngalas en buen órden, y así al cabo podrá recoger las partes de la division, que comprehendan la suma de toda la causa. Esto se descubre en aquella division ciceroniana, que poco ántes referimos, dejando las demas reglas que sobre esto pueden darse, al juicio del prudente predicador; puesto que en sentir de Ciceron, todo este buen método de donde nace la division, mas bien lo enseña la prudencia, que las reglas del arte.

§. IV.

De la confirmacion y confutacion.

27. Hemos dicho que la cuarta y quinta parte de la oracion son la confirmacion y confutacion, que algunos comprehenden debajo del nombre de contienda y prueba, por cuyo respeto se han introducido y deben tratarse aquellas partes. Pues la contienda contiene la disputa de toda la cuestion, y consta de confirmacion y confutacion, de las cuales aprovecha, aquella para probar, esta para rechazar; aquella arguyendo concilia crédito á la causa, esta disuelve los argumentos de los contrarios, que ó se ojetaron ó se pueden ojetar. A esta parte de prueba pertenecen todas las cosas que se han dicho en el libro segundo, tanto sobre la invencion de los argumentos, como sobre las formas de las argumentaciones; todas las cuales manan de las fuentes de los dialécticos. Pero debiendo procurar el predicador no solo instruir, que es propio de los dialécticos, sino tambien deleitar y mover, es mas lustrosa y adornada la confirmacion de los oradores, que aquella enjuta argumentacion de los dialécticos, á quienes sin embargo confiesan deber los retóricos toda la robustez y nervio de la oracion, si quieren probar ó reprehender algo con argumentos. Mas con qué figuras de oracion se hayan de ilustrar y adornar las argumentaciones retóricas, queda explicado en el libro antecedente, donde tratamos de la manera de argumentar.

§. V.

Del rechazamiento ó confutacion.

28. Ciceron enseña con qué argumentos se deshace, se enflaquece ó se disminuye la confirmacion del contrario, casi con estas palabras: «Es reprehendida toda argumentacion, cuando de las cosas que se han propuesto no se concede alguna, ó muchas; ó cuando concedidas,

se niega que se infiera de ellas la conclusion, ó si el mismo género de argumentacion se demuestra ser vicioso, como cuando enseñamos haberse tomado en las premisas cosas falsas por verdaderas, ó si contra una firme argumentacion, se pone otra, tanto ó mas firme.» Estas cosas las explica él mas por extenso en el libro primero De la Invencion, Cornificio, lib. II, *Rhet. ad Heren.*, y Quintiliano, lib. V, cap. XIII. Tambien usamos de otros modos: de diminucion, cuando nos reimos de los argumentos del contrario; de excusa, como si se alega la edad, la imprudencia, el sexo; de deprecacion, de recíproca acusacion, de inversion de las armas con que se nos ha embestido.

§. VI.

De la conclusion ó peroracion.

29. «Peroracion, segun enseña Tulio (*g*), es la última parte de la oracion, ó un remate y éxito artificioso de ella, el cual ordinariamente se compone de enumeracion ó de afectos. Enumeracion es por la cual las cosas que se dijeron difusa y separadamente, se proponen en resúmen y juntas. Si la enumeracion se trata siempre de una misma manera, entenderán todos claramente que se trata con algun artificio. Pero si se usa con variedad, podrá evitarse esta sospecha y fastidio. Por lo cual convendrá hacer lo que para mayor facilidad hacen muchos, que es tocar cada una de las cosas de por sí, y de este modo pasar brevemente todas las argumentaciones. Mas despues, lo que es mas dificultoso, decir qué partes hayas expuesto en la division, de las cuales prometiste hablar y traer á la memoria las razones con que hayas confirmado cada parte. En seguida preguntar á los oyentes qué es lo que ellos querrian que se les demostrase, de esta suerte : «Enseñamos esto, allanamos aquello.» Así refrescará la memoria el oyente, y pensará que no le queda mas que desear. Y en estos géneros, como ántes deciamos, recorrer separadamente tus argumentaciones; y luego, lo que lleva mas artificio, juntar las contrarias á las tuyas, y cuando dijeres tu argumentacion, mostrar entónces de qué manera hayas deshecho lo que se ojetaba contra ella. Así, por una breve comparacion volverá á enterarse la memoria del oyente, de la confirmacion y de la reprehension.

30. »Y convendrá tambien variar estas cosas con otros modos de accion. Porque pudiendo repetir como en propia persona, para advertir lo qué y en qué lugar lo dijiste, con todo puedes introducir alguna persona ó cosa, y atribuirla toda la enumeracion. Alguna persona en esta forma : «Porque si se presentare el legislador y os preguntare, ¿qué dudais, qué podeis decir habiéndoseos demostrado esto y esto?» Y aquí asimismo, como en propia persona, será permitido correr de una á una todas las argumentaciones, ya reduciendo á las particiones cada uno de los géneros, ya preguntando al oyente qué es lo que desea, ya, en fin, haciendo esto por comparacion de las argumentaciones suyas con las contrarias. Mas la cosa se introducirá si el razonamiento se atribuyere por enumeracion á alguna cosa de estas, á la ley, al lugar, á la ciudad, al monumento, de esta manera : «¿Qué si pudieran hablar las leyes? ¿Por ventura no se quejarian ante vosotros de estas cosas? ¿Qué mas deseais, jueces, habiéndoseos hecho llano esto y esto?» Tambien en este género será lícito usar de todos los mismos modos. Pero es comun precepto para toda enumeracion, que de cada una de las argumentaciones, no pudiendo decirse todas otra vez, se escoja lo que fuere gravísimo; y esto así escogido, se diga con la mayor brevedad que fuere posible, para que no parezca que se repite la oracion, sino que únicamente se renueva la memoria.»

(*g*) Cic. Lib. 1. de invent, cap. 52.

31. Semejantes cosas á estas dice Fabio, las cuales aunque pertenezcan mas á las causas judiciales, con todo, de estas podemos entresacar muchas que conduzcan no poco á nuestro intento, mayormente en la peroracion del género suasorio. Porque de los semejantes fácilmente se sacan los semejantes. Dice, pues Fabio (*h*) : «Las cosas que volverémos á tocar en la peroracion, se han de decir brevísimamente, y recorriendo, como dicen los griegos, las principales. Porque si nos detenemos, ya no será hacer enumeracion sino distinta oracion. Mas las cosas que parezcan haberse de mencionar, hánse de decir con algun peso, excitarse con aptas sentencias, y variarse asimismo con figuras. De otra suerte, no hay cosa mas enojosa que aquella larga repeticion, como que desconfía de la memoria de los jueces. Son innumerables, y es muy buena la que trae Ciceron contra Verres : «Si el mismo padre fuera juez, ¿qué diria probándose estas cosas?» Despues juntó la enumeracion. O como él mismo y contra él mismo, con la invocacion de los dioses, cuenta los templos despojados por el pretor. Tambien es lícito dudar, si acaso se nos ha pasado algo por alto, y qué responderán los contrarios á esto y esto; ó qué esperanza le queda al acusador despues de dadas todas sus defensas.

32. »Es muy agradable aquella enumeracion, si acontece que se traiga algun argumento del contrario, como si dices : «Mas no tocó esta parte de la causa, ó quiso mas callarla por malicia; ó se acogió á los ruegos, y con razon, pues sabía esto y esto.» Pero no han de enumerarse todas las especies, para que no parezca que no hay mas que lo que acaso ahora dijere, cuando tambien nacen ocasiones, ya de las causas, ya de los dichos de los contrarios, ya de ciertos acontecimientos. Ni se han de referir tan solamente nuestras cosas : tambien ha de pedirse á los contrarios que respondan á algunas. Mas esto si hubiere lugar á la accion, y si propusiéremos las cosas que no pueden ser rechazadas.»

33. La otra parte de la peroracion dijimos que consta de afectos; y ciertamente en las causas judiciales se esfuerzan los retóricos á excitar las pasiones de ira y comiseracion. El acusador procura mover á indignacion contra el delito que acrimina. El defensor se vale de la comiseracion para librar al reo. Así aquel, luego que probó haberse cometido el delito, amplificando su atrocidad, clama por la venganza y castigo; este al contrario, toda vez que probó con argumentos la inocencia del reo, exhorta al perdon y á la misericordia. Por lo que aparece que los afectos de la peroracion han de convenir y andar hermanados con la razon de la causa que se haya tratado.

34. A este modo pues el prudente predicador, conforme á la razon del argumento y materia que principalmente trató en su sermon, dejada la sutileza de la argumentacion debe desplegar las velas para amplificar; pero de modo que la amplificacion misma, que unas veces ha

(*h*) Quint. lib. 6, Instit. cap. 1.

de ser mas extensa, otras mas sucinta, tenga coherencia con la parte precedente de la oracion. Y así, si persuadimos probada con argumentos la dignidad y utilidad del asunto, añadirémos estímulos al fin de la exhortacion; y al contrario, si disuadimos, incitarémos fuertemente al odio, desprecio y aborrecimiento del asunto. Lo que si bien debe sembrarse con variedad por todo el contexto del sermon, sin embargo ocupa en el fin el primer lugar; porque entónces es cuando ha de doblarse el oyente, ó bien para apartarle de alguna torpe accion, ó bien para moverle á las honestas. Conforme á lo cual dice San Agustin (*i*): «Si los oyentes mas han de ser movidos que enseñados, es necesario usar de mayor enerjía para que no se entorpezcan en hacer lo mismo que ya saben, y para que acomoden su asenso á las cosas que confiesan ser verdaderas. Y ahí es donde son necesarias las obsecraciones, reprehensiones, concitaciones, apremios, y todo lo que conduce para mover los ánimos.» Y un poco despues: «Mas cuando se enseña lo que se ha de hacer, y por esto se enseña, para que se haga, en vano se persuade ser verdad lo que se dice, en vano agrada el modo mismo con que se dice, si no se dice de modo que se logre el que se haga. Conviene pues que el predicador elocuente, cuando persuade alguna cosa que deba hacerse, no enseñe solo para instruir, no deleite solo para entretener, sino que convenza y doble para triunfar.»

35. Poco ántes, en el mismo capítulo, sobre lo mismo habia dicho el santo Doctor: «Así como has de deleitar al oyente para obligarle á oir, así has de inclinarle para moverle á obrar. Y así como se deleita, si hablas con dulzura, así se rinde, si ama lo que prometes; si teme lo que amenazas, aborrece lo que reprehendes, abraza lo que celebras, se duele de lo que encareces deber dolerse, se regocija cuando predicas alguna cosa alegre, se compadece de los que pones á la vista dignos de compasion, huye de los que con horror gritas deber guardarse, y todo lo demas á que puede llegar una grande elocuencia, al fin de conmover los ánimos de los oyentes, no para que sepan lo que han de hacer, sino para que hagan lo que saben ya que cumple hacer. Pero si aun lo ignoran, sin duda alguna han de ser ántes enseñados que movidos.» Así podrán usarse estos afectos y figuras que refirió el santo Doctor despues del epílogo ó enumeracion, que es la otra parte de la peroracion. Pues probada ya la causa, como si se hubiese juntado un gran monton de leña, facilísimamente se levanta la llama de los afectos. La cual será tanto mas ardiente, cuanto la prueba fuere mas firme y eficaz.

36. Juzgo que por último debo advertir que el epílogo de los argumentos debe preceder á esta postrer parte de la oracion, que Tulio llama amplificacion. Porque no solo se recoge la suma de los argumentos para que se refresque la memoria de los oyentes, sino para que todas las cosas á un tiempo y brevemente amontonadas, asalten juntas y de golpe los ánimos de los oyentes, y hagan en ellos el efecto que deseamos. A esta enumeracion de argumentos se sigue oportunamente la amplificacion, con la cual ó apartamos de alguna maldad, ó exhortamos al amor de aquella virtud de que hemos hablado en el sermon, aplicando para esto acres y fuertes estímulos.

(*i*) S. August. Lib. 4, de Doct. Christ., cap. 4.

37. Es tambien un modo de perorar muy acomodado, cuando no exhortamos determinadamente á una sola virtud, sino á todos los oficios de las virtudes, á las cuales se promete el galardon de la vida eterna. Género de peroracion de que usó San Pablo elegantísimamente en la carta á los romanos, que concluyó con la enumeracion de casi todos los oficios y virtudes. Y no solo esta carta, sino tambien la escrita á los hebreos, y las demas, las remató con estas exhortaciones de virtudes y de diversos oficios ú obligaciones de cada uno.

38. Mas alguna vez no será inútil discurrir de la gloria celestial y de la buena dicha de los santos en el reino de su Padre, para que coronemos el banquete de la espiritual doctrina con este delicadísimo plato de las almas. Lo que practicó muy hermosamente San Cipriano en el sermon De la mortalidad. Estos dos últimos géneros de peroracion podrán venir bien en todos los sermones, de cualquier asunto que sean. Porque las cosas que son, ó mas poderosas para doblar y rendir los ánimos, ó de mayor gusto para recrearlos, se han de guardar siempre para la postrer parte de la oracion, por la cual se hace juicio de todo el sermon.

39. Se ha dicho esto de las seis partes de la perfecta oracion, las cuales como tengan su primer lugar en el género suasorio y disuasorio, de que luego tratarémos, nos ha parecido hablar de ellas en este capítulo con especialidad.

CAPITULO II.

Del primer modo de predicar en el género suasorio.

1. Explicadas estas partes de la perfecta oracion, resta que descendamos á tratar de los peculiares modos de predicar; y primeramente del suasorio y disuasorio que arriba dijimos estar comprehendidos bajo del género deliberativo. Es pues tan propio del predicador este género, que en todos los sermones, ya sean de santos, ya de los beneficios de nuestra redencion, ó ya se versen en la delaracion de los Evangelios y demas libros sagrados, debemos proponernos por blanco de todo el sermon y de cada parte de él, exhortar á los hombres á la piedad y justicia, y hacerlos concebir horror á los vicios, que es lo que á este género pertenece. Porque á esto se ha de ordenar siempre toda nuestra oracion.

2. Pero harto dijimos ya de este género, cuando enseñamos la fuerza y razon de las seis partes de la oracion, las cuales en ningun lugar mas fácilmente se hallan que en este género suasorio. No obstante eso, lo que dijimos de estas partes, lo acomodarémos aquí á este modo de predicar.

3. El exordio pues en este género hará en primer lugar atento al auditorio, habiendo expuesto la dignidad ó necesidad del asunto de que hemos de predicar. Porque todos oyen atentamente aquellas cosas que son muy decorosas, ó que discurren serles muy necesarias. Por ejemplo: si quiere alguno desarraigar con su predicacion los odios envejecidos de los hombres, podrá decir en el exordio, ser este un gravísimo pecado, diciendo San Juan (*a*): «El que aborrece á su hermano, es homicida.» Despues, que este delito está clavado en el pecho de muy antiguo, en cuyo tiempo pare este pecado innumerables pecados. Finalmente, que este delito se

(*a*) 1 Joan. 3.

extiende muchísimo, siendo cierto que á cada paso se hallan hombres importunos y malvados que dan á todos ocasiones de iras y de enojos; y que por eso mismo es importante, que un tan gran peligro y mal tan trascendente, que de sí produce tanta muchedumbre de delitos, se arranque de raiz de los corazones de los oyentes. Y así, al contrario, para persuadir una virtud, ponderarémos brevemente alguna insigne alabanza suya, su conveniencia ó necesidad, y cuánto nos importa tener bien explorada y conocida su dignidad.

4. Así San Cipriano, en el sermon De la paciencia, empieza por esta necesidad, diciendo: «Habiendo de hablar, hermanos carísimos, de la paciencia, y debiendo predicar de sus utilidades y conveniencias, ¿de dónde empezaré mejor que de la necesidad, que veo teneis ahora vosotros mismos de la paciencia para oirme, de tal suerte que ni aun esto mismo que ois y aprendeis lo podeis hacer sin paciencia? Porque entónces en fin se aprenden eficazmente las palabras y razones saludables, cuando se oye con paciencia lo que se dice. Ni hallo, carísimos hermanos, entre los caminos de la celestial enseñanza, por los cuales la profesion de nuestra esperanza y fe se dirige á conseguir los premios de Dios, que haya ninguno ó mas útil para alcanzar la vida, ó para llegará la gloria, que el que nosotros, que para cumplir con los preceptos del Señor vamos fundados en el obsequio de temor y devocion, conservemos con todo cuidado la paciencia. Hasta los filósofos publican tenerla; pero tan falsa es en ellos la paciencia, como la sabiduría.»

5. La narracion apénas tiene lugar en semejantes causas; pero la proposicion y division es necesaria. La proposicion, para que entiendan los oyentes adónde principalmente se encamina nuestro sermon. Punto en que faltan gravemente algunos predicadores, los cuales, como no proponen al principio el blanco de su sermon, apénas hay uno de los oyentes que alcance adónde van á parar y qué intentan hacer; y así queda incierto y perplejo el oyente, sin comprehender lo que puede colegir de la doctrina. Lo primero pues ha de ser proponerse el intento, para que el oyente vea claro adónde se enderezan aquellas sentencias y razones.

6. Imediata á la proposicion está la division, que divide el asunto en partes. Y esta ha de tomarse frecuentemente de los géneros de las cosas que son apetecibles y aborrecibles; aquello cuando persuadimos, esto cuando disuadimos. Porque siendo tal la condicion ó la naturaleza de la voluntad humana, que nada puede querer, sino lo bueno ó lo que se viste con apariencia de bueno, hemos de procurar nosotros manifestar que todas las razones de bien se hallan en lo que persuadimos. Así siendo tres los géneros de bienes que los filósofos establecen, es á saber, honesto, útil y deleitable, conviene que nos esforcemos en probar, cuanto nos sea posible, que estos mismos se hallan en lo que persuadimos. Pero los retóricos, para facilitar mas la enseñanza, añaden á los dichos tres géneros de bienes, estos otros tres: seguro, fácil, necesario. Y todos estos ó los mas de ellos, pretenden hallarse en lo que persuaden.

7. Por lo honesto persuadió el celestial Maestro, cuando dijo á aquel mancebo (*b*): «Si quieres ser perfecto, anda y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, etc.» Por lo útil persuade San Pablo, cuando dice (*c*): «Y así, hermanos, permaneced firmes y constantes, trabajando sin cesar en la obra de Dios, sabiendo que vuestro trabajo no quedará sin recompensa en el Señor.» De lo deleitable arguye el Salvador, para inducirnos á la obediencia de los mandamientos divinos, diciendo (*d*) ser suave el yugo de la divina ley, y su carga lijera. De lo seguro se vale el Apóstol, cuando dice (*e*) que se casen los frágiles, para evitar el peligro de la fornicacion. Por lo fácil, los esclavos de Nahaman Syro le exhortaban á obedecer el mandamiento del Profeta, diciendo (*f*): «Padre, aunque te ordenase el Profeta una cosa ardua, deberias sin duda hacerla; cuanto mas, que no os dijo, sino: Ve y lávate, y quedarás limpio.» Tambien Moises al pueblo (*g*): «Este precepto, dice, que yo te impongo hoy, no es sobre tus fuerzas, ni está léjos, ni en el cielo, para que digas: ¿Quien de nosotros puede subir al cielo, para que nos le traiga, para que le oigamos y pongamos por obra? Ni está de la otra parte del mar, etc.» Y segunda vez en otro lugar (*h*): «Y ahora, ó Israel, ¿qué te pide el Señor, sino que ames á tu Dios y Señor, y guardes sus mandamientos, y que estimes y sirvas á tu Señor Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, para que seas feliz?» Por lo necesario estrecha el Señor, cuando dice (*i*): «Si no hiciéredes penitencia, pereceréis todos de la misma manera.»

8. Añaden tambien á estas partes lo laudable, que si bien va unido siempre á lo honesto, hay no obstante algunas virtudes, entre las contenidas bajo de él, que merecen para con los hombres grande alabanza: como es la magnanimidad, la liberalidad, la magnificencia, la fortaleza, la prudencia y otras tales. Y porque los hombres son sumamente ambiciosos de alabanza y gloria, se ha de demostrar que tambien esta parte de alabanza se halla en lo que persuadimos. De cuyo lugar tomó motivo Júdas Macabeo para mover á sus soldados á una batalla arriesgadísima, diciéndoles (*k*): Que de ninguna manera anublasen y obscureciesen su gloria con una vergonzosa fuga. Con este cebo de la alabanza se cogen especialmente los reyes y los grandes. Así Ciceron, para exhortar á los romanos á emprender la guerra contra Mitridates, se vale de este mismo lugar en su oracion por la ley Manilia: «Y pues que, dice, apeteceis mas que todas las naciones la alabanza y la gloria; deberéis borrar aquella mancha, que contrajisteis en la otra campaña contra Mitridates, etc.» Por último debemos no solo referir, sino tambien por todos los medios posibles amplificar todos los frutos, provechos y alabanzas que consigo trae lo que persuadimos.

9. Pero de diferente manera disuadimos, cuando probamos ser torpe, dañoso, arriesgado, afrentoso, desagradable, difícil, ó si ser puede, imposible, aquello de que amedrentando apartamos. De este lugar postrero se valió el justo Josef, para repeler la torpeza, cuando respondió á la mujer adúltera (*l*): «Mira que mi amo, habiéndomelo fiado todo, no sabe lo que tiene en su casa, etc. ¿Cómo puedo yo hacer esta infamia, y pecar contra mi señor?» De uno y otro hay bien claros ejemplos en el capítulo XXVIII del Deuteronomio, en los cuales va explicando Moises, con un magnífico razonamiento, todos

(*b*) Matth. 19.

(*c*) 1 Corinth. 15 (*d*) Matth. 11. (*e*) 1 Corin. 7. (*f*) 4 Reg. 5. (*g*) Deut. 30. (*h*) Ibid. 10. (*i*) Luc. 13. (*k*) 1 Machab. 9. (*l*) Gen. 39.

los bienes, que se siguen de la piedad y justicia: y así mismo los horribles y espantosos males que están aparejados para castigo del pecado. Lo cual tiene grande eficacia en el persuadir, hiriendo por entrambos lados la voluntad de los oyentes: miéntras por uno propone los bienes que la atraen, y por otro los males que la amedrentan, para que así los contenga en su deber.

10. A la confirmacion se sigue la confutacion, por la cual, como ántes dijimos, rechazamos y apartamos de en medio todo lo que embaraza y retarda los ánimos del auditorio, para no obedecer á nuestros preceptos. De esta manera San Cipriano, en el sermon De la limosna, despues de haber referido los muchos frutos y provechos de esta virtud, deshace y desbarata lo que podia apartar á los hombres de este ejercicio de benignidad. Dice pues así: «Si temes y recelas, no sea que si empezares á ejercitar mucho la liberalidad, venga á ménos tu patrimonio por tu largueza, estad seguro en esta parte, etc.» Luego rechaza la excusa de otros, que dicen guardar la hacienda para sus hijos, con estas palabras: «Mas tampoco, hermanos, impida ó aparte á un cristiano de obrar bien, aquella imaginacion de que puede excusarse, por atender al bien de los hijos,» y lo demas que se sigue.

11. Viene en último lugar la peroracion ó epílogo, que, como ántes dijimos, tiene dos oficios: uno es hacer una muy breve recapitulacion de todos los argumentos, para que con la mucha fuerza y peso de las razones, arrastremos á nuestro sentir los ánimos de los oyentes; y el otro mover los afectos, con los cuales obliguemos á ejecutar lo que ya habemos probado; manifestando ser cosa indignísima no hacer caso de un negocio tan saludable, si persuadimos; ó abrazar y perseverar en uno tan pernicioso, si disuadimos. Servirános de ejemplo San Cipriano en el sermon De la paciencia. Porque despues de haber expuesto las alabanzas y frutos de la paciencia, cierra la oracion con este epílogo: «La paciencia es la que nos encomienda y guarda para Dios: ella es la que templa el enojo, la que enfrena la lengua, gobierna el entendimiento, conserva la paz, rige la enseñanza, quebranta el ímpetu de la incontinencia, humilla la violencia de la altivez, apaga el incendio del odio, refrena el poder de los ricos, sostiene la miseria de los pobres, defiende la feliz integridad en las vírgines, la laboriosa castidad en las viudas, y el indivisible amor en las casadas. Hace en lo favorable humildes, en lo adverso valerosos, en los oprobrios y denuestos sufridos; enseña á perdonar luego á los delincuentes; y si eres tú el que delinques, á perseverar é importunar con ruegos; vence las tentaciones, tolera las persecuciones, corona las penas y los martirios.»

12. A estas partes, que son comunes al predicador y al orador, añade aquel algo de propio y de particular: es á saber, que cuando hubiere exhortado al ejercicio de alguna virtud ó apartado de algun vicio, perorada la causa, muestre el modo con que deba prácticarse la obra de la virtud, ó huirse la accion torpe. Porque dice muy bien Plutarco, «que los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda». Así el que exhorta al ejercicio de la limosna, debe enseñar despues de la exhortacion cómo ha de hacerse útilmente, esto es, no con estrecha mano, sino larga y liberal; siendo cierto que (*m*) «quien poco siembra, poco coge». Demas de esto que se haga con ánimo pronto y alegre, pues (*n*) «ama Dios al que da con bizarría». Que sea otrosí la limosna oculta, de suerte que (*o*) «no sepa tu izquierda lo que hace tu diestra». Que dés tambien por afecto de caridad y de compasion, que es propio de la misericordia; y así otras cosas. A este mismo modo, luego que hubiéremos exhortado al estudio de la oracion, debe tratarse de la preparacion del ánimo para orar, del modo de orar, y de las condiciones de que necesita la oracion para ser eficaz. Si no queremos que se diga que predicamos para ostentacion, y no para la salvacion de las almas.

13. Y para mayor enseñanza propondrémos algunos ejemplos de nuestros escritos. Al fin del libro que escribimos De la oracion y meditacion, añadimos tres tratados en este género suasorio, de las tres partes de la satisfaccion: es á saber, oracion, ayuno y limosna, los cuales con mas facilidad que los preceptos mismos indicarán lo que requiere este género de argumento. En el otro volúmen que intitulamos en español Guia de pecadores, copiosamente tratamos en dos libros este mismo argumento, en los cuales exhortamos al amor de la virtud. Porque primeramente en el exordio nos conciliamos la atencion, asegurando que íbamos á hablar de la cosa mas necesaria de cuantas hay en la vida. Despues tratamos las partes de lo honesto, explicando la infinita bondad de Dios, y sus incomparables beneficios, que nos ejercitan y piden de justicia nuestra obediencia y amor. Luego se explicó cuán útil y deleitable sea el camino de la virtud, exponiendo doce insignes privilegios de que gozan los buenos en esta vida. Tras esto refutamos y deshicimos con la mayor claridad todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud, mostrando cuán vanas y frívolas son. Y en el último capítulo de ese libro resumimos todos los argumentos, y con todas nuestras fuerzas movimos los afectos de temor y amor, para encender con ellos los ánimos flojos, al amor de la virtud, y miedo del divino númen. Esto en el primer libro. En el segundo tratamos del modo con que debe adquirse y ejercitarse la virtud.

14. Mas en este género parece deberse principalmente aconsejar, que con las razones arriba mencionadas amplifiquemos cuanto nos sea posible los bienes y los males, las comodidades é incomodidades que proponemos en este asunto para persuadir ó disuadir. Porque cuánto mas las abultáremos, tanto con mayor vehemencia persuadirémos.

15. Tambien es de advertir que hay dos géneros ó calidades de hombres: uno ignorante y rústico, que siempre prefiere la conveniencia á la honestidad, otro bien instruido y civilizado, que antepone á todo la dignidad. Para con este tienen mayor nervio los argumentos que se traen de lo honesto, mas para con aquel los que se toman de lo útil. Esto sea dicho en breve del género suasorio.

CAPITULO III.

Del segundo modo de predicar en el género demonstrativo, que sirve para las fiestas y alabanzas de los santos.

1. Así como el modo de predicar que acabamos de describir, se halla en el género suasorio, así el que se practica en las festividades de los santos pertenece al gé-

(*m*) 2 Corinth. 9. (*n*) Ibid. (*o*) Matth. 6.

nero demostrativo, del cual usamos en alabanza ó en vituperio de alguna persona determinada. Los retóricos sientan ser su fin el que aparezca digno de alabanza aquel á quien alaban, ó de vituperio al que vituperan. Pero en sentir de San Basilio, los loores de los santos de ninguna suerte se sujetan á las leyes de los encomios. Porque no pretendemos principalmente mostrar que ellos fuéron santísimos, sino procurar que nuestra vida se arregle y conforme á la suya, y hacer ver el admirable poder del espíritu divino, que á hombres por su naturaleza frágiles, enfermos, concebidos en pecado é inclinados á lo malo, de tal manera los transformó, que los hizo casi iguales á los ángeles, y superiores al mundo. En este género los retóricos forman el elogio por todas las circunstancias de las personas que arriba referimos, esto es, mencionando y amplificando la estirpe, padres, patria, dotes de naturaleza, crianza, fortuna, estudios, dichos, hechos, y otras cosas de este género. Casi con este órden escribió San Gregorio el Teólogo la salabanzas de San Basilio, de su hermano Cesario, y de su hermana Gorgonia. Pero cuando nosotros predicamos de los santos, no siempre seguimos este órden; pues solo referimos de ordinario los hechos y dichos insignes, y alguna vez tambien los milagros, y los amplificamos cuanto podemos, y nos esforzamos á excitar á los oyentes á la imitacion de ellos.

2. En este género tiene su principal uso el modo de amplificar, con el cual, ya por la naturaleza de la cosa y de sus partes, ya por todas las demas circunstancias atribuidas á las cosas y á las personas, ilustramos y amplificamos, predicando los esclarecidos hechos de los santos. Así el Apóstol á los romanos, por las circunstancias de la persona, amplifica la fe de Abrahan, por estas palabras (*a*): «Y no se enflaqueció en la fe, ni consideró que su cuerpo, teniendo casi cien años, estaba ya como muerto, y que la virtud de concebir estaba extinguida en Sara. En la repromesa de Dios tampoco dudó por desconfianza, sino que fué fortalecido con la fe, dando gloria á Dios, sabiendo muy bien que es poderoso Dios para cumplir cuanto tiene prometido. Y su fe se le imputó á justicia.» Así Orígenes, en la homilía Del sacrificio de Isaac, amplifica por todas las circunstancias la veloz y pronta obediencia de Abrahan en tan grave y lastimoso caso.

3. Mas para enseñar manifiestamente cuánto aprovecha en este genero la virtud de amplificar, referiré aquí un ejemplo bien claro de esto, tomado del libro que escribió Séneca á Sereno (*b*), donde expuesto primero el caso, amplifica aquel dicho del filosofo Estilpon: «Todos mis bienes llevo conmigo,» con estas palabras: «Demetrio, que hubo por renombre Poliorcetes, esto es, conquistador de plazas y ciudades, habia tomado á Megara, y preguntando al filósofo Estilpon si habia perdido algo: «Nada, dijo, porque conmigo están todas mis cosas.» Siendo así que su hacienda habia sido despojo de los enemigos, sus hijas robadas, y saqueada su patria. Mas él le privó en parte de la victoria, atestiguando que tomada la ciudad, no solo quedaba invicto, sino ileso, pues que tenia consigo los bienes verdaderos, en los cuales no se puede echar la mano; no reconociendo como suyos los esparcidos y saqueados, sino por adventicios y fortuitos, por lo que no los estimaba como propios. Pues es deleznable y mal segura la posesion de todo aquello que nos viene de fuera. Piensa tú ahora si un ladron, un calumniador, un vecino poderoso, ó algun ricazo podria injuriar á un hombre á quien ni la guerra, ni aquel enemigo tan versado en el arte de combatir ciudades, no le pudo quitar nada. Entre las relucientes espadas, entre el alboroto del militar saqueo, entre las llamas, entre la sangre, entre el estrago de la plaza, entre el estrépito de los templos que se desplomaban sobre sus dioses, solo un hombre hubo sin sobresalto.

»Así no tienes por qué juzgar atrevida la promesa, de la cual, si no te merezco fe, te daré fiador. Apénas crees que pueda haber un hombre de tanta fortaleza y de ánimo tan excelso. Pero hé aquí que sale en medio quien dice: No tienes que dudar, si puede un hombre nacido levantarse sobre lo humano; si está mirando con seguridad los dolores, desdichas, llagas, heridas, grandes movimientos de cosas que están bramando junto á sí, y que sufra las adversidades con alegría, los sucesos prósperos con moderacion, ni rindiéndose á aquellas ni fiándose en estos; y que sea uno mismo entre cosas diversas, ni piense que nada es suyo, sino él solo, y en aquella parte que mas vale. Aquí me teneis delante para probároslo. Cierto es que á las órdenes de este conquistador de tantas plazas, con golpes del ariete se baten las fortificaciones, que de repente vienen al suelo las elevadas torres, minándolas ocultamente, y que crecen las trincheras y parapetos para igualar los castillos mas elevados; sin embargo, no pueden hallarse ingenios bélicos que trastornen un ánimo constante. Desnudo me escapé yo de casa, y en un universal incendio huí por entre las llamas y la sangre. No sé qué suerte corren mis hijas, si acaso peor que la pública. Yo, solo y anciano, y viéndome cercado de enemigos, confieso que sin embargo tengo enteros y sin menoscabo mis bienes, tengo y poseo todo lo que fué mio. No hay razon porque tú victorioso, me creas á mí vencido. Venció tu fortuna á la mia. Aquellos caducos bienes que mudan de dueño, no sé dónde paran. Por lo que á los mios toca, conmigo están y estarán conmigo. Perdieron los ricos sus haciendas, los lujuriosos sus amores, y con gran dispendio de su pudor sus queridas rameras; los ambiciosos la córte, los tribunales y los lugares destinados para hacer en público infamias; los usureros perdieron sus escrituras, con que la avaricia falsamente alegre sueña riquezas. Así yo todo lo tengo entero y salvo. Por tanto, pregunta á estos que lloran, que se lamentan, que por el dinero ofrecen sus cuerpos al cuchillo, que con el seno cargado huyen del enemigo.»

»Así que debes tú, Sereno, tener por cierto que aquel varon perfecto, lleno de divinas y humanas virtudes, nada pierde. Sus bienes están circunvalados de sólidas é invencibles fortalezas. No compares con él los muros de Babilonia, que penetró Alejandro; no las murallas de Cartago y de Numancia, rendidas á una misma mano; no el Capitolio ó la Ciudadela: estas cosas están expuestas á la invasion enemiga; mas aquellas que defienden á un sabio, están seguras de la invasion y de la llama, no dan ninguna entrada, elevadas quedan, inexpugnables, iguales á los dioses. Ni tienes que decir, como acostumbras, que este nuestro sabio en ninguna parte se halla. Porque no formamos una imágen grande de una cosa fantástica, sino que cual la confirmamos, tal

(*a*) Rom. 4. (*b*) Senec. lib. ad Serenum. Quod in Sap. cap. 5.

la exhibimos y mostramos. Acaso le paren tarde los siglos. Ni cosas grandes y que exceden al modo comun y ordinario se engendran á menudo... Luego nadie puede hacer mal ni bien á un sabio. A la manera que lo divino, ni pide socorro ni puede ser dañado; pues el sabio está vecino é imediato á los dioses, y es semejante á Dios en todo, ménos en la mortalidad.»

4. He propuesto este ejemplo de Séneca, para que el estudioso predicador vea el modo con que puede, orando, amplificar los ilustres hechos y dichos de los santos; advirtiendo que esta sola voz: «Todos mis bienes traigo conmigo,» la ilustró Séneca con tan larga oracion, y con tantas palabras y sentencias. Pues si Séneca ponderó con tan magníficas palabras y sentencias estos hechos señalados de los hombres, ¿qué haría él si hubiese escrito las peleas y combates de nuestros mártires y vírgines, que dieron un maravilloso espectáculo á Dios, á los ángeles y á los hombres? Y si alguno desea ver ejemplos muy propios de esta amplificacion, lea en San Crisóstomo el segundo y tercer libro de La Divina Providencia, donde él amplifica con admirable facundia la paciencia y los trabajos de Noé, Abrahan, Jacob, Moises y David. Con cuyos ejemplos podrá instruirse en esta virtud de que hablamos.

5. Querrá saber quizas el estudioso predicador de qué manera podrá amplificar las esclarecidas virtudes de los mártires y demas santos. Para esto pues no dejará de ayudarle algo entender bien las reglas y razones de amplificar, que dimos en el libro tercero. Despues leer con aplicacion las obras de los padres mas elocuentes que se ejercitaron en este género con grande alabanza, é ir notando puntualmente las razones con que celebraron ellos las virtudes de los santos, y á su imitacion formar los panegíricos. Porque mucho mas con ejemplos que con preceptos podrá discernir lo que sea mas propio y mas decoroso en este género.

6. Pero todas estas cosas aprovechan poco, si no asiste aquel celestial espíritu de quien dice el Apóstol (*c*): «Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos hizo.» Esto es, para que ilustrados con su luz sepamos apreciar la dignidad y grandeza de sus virtudes y dones. Porque si nadie puede sin arte distinguir el oro verdadero del falso, y conocer el valor y estimacion de las piedras preciosas y margaritas, mayormente cuando están envueltas y obscurecidas con el polvo y lodo, ¿quién podrá sin divina luz dignamente estimar y admirar los dones de Dios, que sobrepujan á todo sentido? La reina Saba, habiendo visto el palacio de Salomon (*d*), y aquellos órdenes de criados, coperos y músicos, sus vestidos, sus oficios, y en fin el aparato de la casa real; atónita de la grandeza y esplendor de todas estas cosas, se dice que no tuvo aliento para mas. Si uno tuviera tal perspicacia de entendimiento que pudiera mirar la opulencia del verdadero Salomon, esto es, las investigables riquezas de Cristo y las virtudes y nobilísimos hechos de sus siervos, no hay duda que mucho mas que la reina Saba se arrebataria en admiracion y éxtasis.

Mas no es de todos tener tales ojos que puedan ver el oculto resplandor de Cristo y de su Iglesia (*e*), «estando toda su gloria allá interiormente en franjas de oro.» Pues dice la Iglesia de sí misma (*f*): «Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen.» Negra ciertamente por de fuera; mas resplandeciente por de dentro con admirable luz de hermosura. ¿De qué manera? «Así, dice, como las tiendas de Cedar y como las pieles de Salomon.» Porque estas tiendas y pieles de Salomon, por afuera estaban afeadas y atezadas con el ardor del sol; pero por dentro brillaban con adorno y aparato real. Pero ¿qué cosa pudo retratar mas al vivo el ornato de la Iglesia, que mostrándose de fuera vil y abatida á los ojos de los hombres carnales, en sus santos mártires y demas hombres divinos, y especialmente en aquellos que pasaban una vida pobre en los desiertos? Con todo eso de tal suerte brillaba á los ojos espirituales con el resplandor y dignidad de las virtudes, que arrebataba en pasmo y admiracion á los que la estaban mirando.

¿Quién pues no queda absorto al oir decir á San Pablo (*g*): «Si me hago víctima sobre el sacrificio de vuestra fe, en esto me gozo y me congratulo con todos vosotros; y de esto mismo gozáos vosotros y congratuláos conmigo?» ¿Quién jamas oyó tal materia de alegría y de gratulacion? Quién no se pasma al ver á San Andres, que con tanto alborozo de devocion saluda á la cruz que le estaba prevenida, la alaba, la desea, y con tanto gozo y seguridad la abraza? ¿A quién no asombra un San Lorenzo, alegrándose entre las llamas de sus tormentos; y un San Vicente, increpando la flojedad de los verdugos; y un patriarca Santo Domingo, anhelando por el martirio, y deseando le cortasen todos los miembros de su cuerpo? Pues ¿qué diré de la vírgen Ines, que á los trece años de su edad era superior á los fuegos y á los cuchillos? Qué de la noble vírgen Eufemia, venciendo las ruedas, fuegos y fieras, y quejándose de la injusticia que la hacia el juez, porque siendo noble la posponia á los plebeyos en el martirio?

Y para que vengamos de los mártires á los confesores, ¿á quién no deja atónito el que un San Alejos, en la misma casa de su padre, y en presencia de sus padres y esposa, que con perenne llanto lamentaban su ausencia, hubiese tolerado por espacio de diez y siete años, con tanta paciencia hasta la muerte, una vida tan pobre y austera, entre las repetidas injurias de sus mismos criados? ¿Quién no reconoce el poder de la divina gracia al ver que un Eduardo, rey de Inglaterra, desde su mocedad hasta el último dia de su vida, vivió en perpetua castidad con una nobilísima y hermosísima vírgen y legítima esposa suya, siéndole forzoso vivir y tratar con ella de continuo, y servirse ambos de una misma casa y mesa?

7. Muchos piensan que no deben predicarse los milagros de los santos, porque con su recuerdo mas se declara la santidad de los santos, que se instruye y edifica la vida de los oyentes. Pero yo veo que con su narracion puede declararse grandemente la infinita bondad de nuestro Dios, su inestimable caridad con los suyos, su fidelidad, su paternal cuidado y providencia; pues los ha honrado tanto, que quiso que no solo á las palabras y al imperio de ellos, sino tambien á las cenizas, vestidos, pañuelos, ceñidores, y al polvo en fin de sus sepulcros, sirviesen los elementos del mundo, que se les rindiesen los demonios, cediesen las enfermedades, y que las leyes de la naturaleza, á que viven sujetos los

(*c*) 1 Corinth. 2. (*d*) 3 Reg. 10. (*e*) Ps. 44.

(*f*) Cant. 1. (*g*) Philip. 2.

reyes y emperadores del mundo, les estuviesen obedientes.

¿Mas qué menciono yo estas cosas? Habiendo un ciego pedido á Dios le diese vista, le fué ordenado que bañase sus ojos con aquella agua con que el rey Eduardo, de quien poco há hablamos, se lavaba las manos: bañólos, y al instante recibió la vista. Pregunto ¿cuán grande fuerza de amor á los suyos descubrió Dios con este indicio, cuando quiso dar este tan grande honor á una agua sucia, sin otra virtud que la de haber tocado las manos de su siervo? Pero ¿cuántos milagros de estos leemos en las vidas de los santos, que clarísimamente atestiguan y celebran esta indecible benignidad y misericordia del Señor con los suyos? En mi sentir, ni el resplandor del sol, luna y estrellas, ni el cielo, la tierra y los mares dan tan claras muestras de la divina bondad, como el ver que todas estas cosas que estableció y enlazó el Señor con sus eternas leyes é imperio, se rindan y obedezcan á la insinuacion y al polvo de los santos. Cuya bondad, manifestada con estos clarísimos argumentos, es increible cuán grande llama de amor levante en los hombres piadosos, y cuán grande deseo encienda de servir á un Señor de quien nada ménos podrán ellos esperar, si leal y puntualmente le sirvieren. Esto quise decir en breve de la comemoracion ó historia de los milagros, con la cual podrá el piadoso predicador excitar los ánimos de los oyentes al amor de la divina bondad.

8. No declara ménos estas mismas riquezas de la bondad y amor de Dios, el cuidado y providencia paternal que el fidelísimo y amantísimo Señor mostró en las peleas de sus mártires. Porque á mas de la invencible constancia que les dió para sufrir tan crueles suplicios, los recreaba y consolaba en los tormentos con admirables favores, milagros y prodigios celestiales. Era frecuente apagar los fuegos, amansar las feroces bestias, hacer pedazos las ruedas aceradas, enfriar el aceite hirviendo, curar sus heridas, y hacer que los ángeles enjugasen la sangre que ellos vertian; reintegrarles los miembros que les habian cortado, visitarlos en la cárcel, y sustentar con manjar del cielo á los transidos de la hambre. Con cuyos portentos se fortalecian de tal suerte en la verdad de nuestra fe, que no solo permanecian firmes é inmutables en ella, sino que con el testimonio de los milagros, convertian á la fe y excitaban al martirio á los mismos infieles.

¿Quién pues por estas señales no conoce claramente aquellos inmensos tesoros de la divina bondad, y aquellas entrañas llenísimas de caridad y de misericordia con los suyos? Quién dejará de amar ardentísimamente á un Dios tan bueno? Quién no deseará perder mil veces la vida entre tormentos por su gloria? ¡Oh fidelísimo amigo de los justos! Oh verdadero ayudador en los trances y tribulaciones! Este cuidado y providencia paternal que el Señor tiene de los suyos, declaró el Sabio, cuando hablando de la increada sabiduría, dijo (*h*): «Esta no desamparó al justo vendido, sino que le defendió de las manos de los pecadores, y con él bajó á la hoya, y no le dejó en las cadenas hasta ponerle en la mano el cetro del reino, etc.» Cualquiera pues que enseñado con el magisterio del Espíritu Santo, hubiere recibido no solo la inteligencia, sino tambien el sentimiento de estas cosas, sin duda podrá celebrar con dignas alabanzas los esclarecidos hechos y milagros de los santos, y con estos argumentos y ejemplos podrá excitar los ánimos de los oyentes, no ménos al conocimiento que al amor de la bondad de Dios.

(*h*) Sap. 10.

9. Estas pues (volviendo á nuestro propósito) son las riquezas de nuestro verdadero Salomon; estos los insondables tesoros de Cristo; esta es aquella virtud, ó como otros vierten, poderío del Evangelio (*i*) para salvar á todo creyente; la cual hace al hombre superior al mundo, á sí mismo, y á la naturaleza.

10. De aquí tambien podrá tomarse motivo para admirar la fuerza y poder de la divina gracia, que dotó de tan excelente virtud y pureza á una mortal y frágil criatura. De aquí podrá igualmente reprehenderse la ceguedad y locura de aquellos hombres que, por miedo del trabajo y dificultad, rehusan tomar el camino de la virtud que imaginan áspero y dificultoso, siendo cierto que la virtud de la gracia y del amor de Dios, no solo hace suave la obediencia de los mandamientos divinos, sino que hasta las cruces y fuegos vuelve sumamente agradables.

11. De aquí se podrán asimismo reprehender con acrimonia los flojos y perezosos, que no quieren hacer cosas muy lijeras, cuando todos los santos, compuestos de la misma carne y sangre, y concebidos en pecado como ellos, hicieron cosas mucho mas pesadas. Así cualquiera, que por merced del Señor hubiera logrado tal entendimiento y espíritu, que sepa pesar con igual balanza, y segun el peso del santuario, estos tan grandes dones del Espíritu Santo, podrá seguramente con su oracion transfundir en los ánimos de los oyentes el mismo afecto de que se sintiere penetrado, y celebrar al fin con las debidas alabanzas las virtudes y hechos gloriosos de los santos. Pero porque son muy raros aquellos á quienes cupo tal felicidad, ningunos sermones suelen ser mas molestos y difíciles á los predicadores que los panegíricos. Mas el que no pudiere practicarlo así, tiene á la mano prevenido el remedio: es á saber, que exponga, segun costumbre, la letra del Evangelio que se lea en ese dia, y ó bien introducirá en la misma glosa, donde el lugar lo pidiere, las insignes virtudes del santo, ó las propondrá en la postrera parte del sermon.

12. En el libro siguiente tratarémos de las figuras de las sentencias, y entre ellas de la contencion demonstrativa, con la cual comparamos la persona con la persona, ó una cosa con otra, por motivo de alabanza ó de vituperio.

CAPITULO IV.

Del tercer modo de predicar, que contiene la exposicion de la letra del Evangelio.

1. Hay tambien un tercer modo de predicar, y muy usado, que consiste en la exposicion de la letra del Evangelio. Y así explicaré brevemente cómo deba portarse el predicador en este género de sermones. Primeramente, ántes de explicarse la licion del Evangelio, debe recitarse con brevedad, mas con tal brevedad, que no carezca la narracion de hermosura y elegancia; porque no ha de ser ayuna y seca, como hacen algunos muy insulsa y desagradablemente, sino aseada, con cierta cultura y aliño propio de ella. Pues el predicador en este asunto

(*i*) Rom. 1.

debe hacer mas de parafraste ó glosador que de intérprete, procurando referir con alguna mayor extension lo que dijeron los santos evangelistas con estilo breve y llano. Ni esto ha de hacerse así siempre, mayormente cuando la letra del Evangelio fuere mas larga de lo regular, como sucede en la historia de Lázaro, cuatro dias difunto, y en la de la Samaritana (*a*); ó cuando parezca mas conveniente unirla con la misma explicacion, lo cual se deja al juicio del predicador. Pues lo que decimos no son leyes grabadas en bronce, para que no sea lícito hacerse de otro modo, cuando parezca mas conveniente.

2. Declarada sucintamente la letra del Evangelio, se seguirá su explicacion. Antes de la cual no será fuera de propósito comenzar por alguna sentencia ó lugar comun que cuadre al intento, y detenerse un poquito en ella; y así finalmente inclinar á lo que hemos de decir, al principio de la explicacion. Mas será inportante que ántes de la exposicion ó narracion de la letra del Evangelio, se insinúe lo que á ella precedió en el contexto de la historia evangélica, esto es, cuando las cosas que se siguen penden de las antecedentes. Así, cuando explicamos aquella sagrada licion (*b*): «Mi carne verdaderamente es manjar, etc.,» ha de tomarse el exordio del milagro de los cinco panes, con el cual, queriendo el Señor convertir los judíos á la fe, y ellos al contrario pidiéndole un milagro, como fué el manná concedido á sus padres en el desierto, se aprovechó de esta ocasion y comenzó á decir cuánto mas noble pan y manjar habia de dar él al mundo, el cual no daria á los hombres una vida corporal y pasajera, sino eterna. Así tambien aquella parábola del padre de familias, que llama á los jornaleros al cultivo de su viña, pende de aquella pregunta de Pedro, que deseaba saber el premio prometido á los que por Dios lo abandonaron todo; á quien el Señor, despues de haber expuesto la grandeza de este premio, habla en aquella parábola de varias maneras de premiar, unas veces de justicia, y otras de gracia.

3. Este exordio pues le concluirémos brevemente, para que con esta ocasion no se quite el tiempo destinado para la explicacion del Evangelio. En cuyo asunto pecan muchos de dos maneras: ó bien empleando en esta connexion la mayor parte del sermon, ó bien enlazando sin necesidad lo antecedente con lo consiguiente. Porque hay muchos que de tal modo se propusieron ciertas comunes reglas de predicar, que lo que es propio y decente en un sermon, creen que en todos lo es; y lo que establecen haberse de hacer una vez, juzgan que do quiera se debe hacer.

4. Hay tambien otro género de exordio, de que debemos usar algunas veces para que preparémos los ánimos de los oyentes á escuchar. Porque todo lo que sirve de embarazo para que los oyentes se muevan ó se persuadan, se ha de quitar al principio de la oracion. Impide muchísimo el fruto de los sermones, el que muchos asisten á ellos mas llevados de la costumbre que del deseo de aprovechar; otros los oyen por mera curiosidad, y otros bostezando y sin ninguna atencion, y así se salen vacios y ayunos del sermon. Convendrá pues al principio de la predicacion ir apartando estos y semejantes impedimentos, declarando el gran peligro de los que así oyen. Porque si el remedio de nuestros males consiste en la medicina de los divinos enseñamientos, ¿que esperanza le quedará al enfermo á quien habiéndosele aplicado tantas veces este medicamento, de nada le aprovechó?

5. De estos tres modos de principio podrá usarse en sermones semejantes. Mas déjase al juicio del predicador cuándo conviene valerse de este ó de aquel principio. Porque en esta doctrina solo ha de tenerse por invariable, el que nada se haga invariablemente; sino que conforme sean los Evangelios, los tiempos y los oyentes, así todo ha de variarse, segun la prudencia del orador.

6. Ademas de esto, en órden á la misma explicacion del Evangelio, juzgo deber advertir, lo primero, que haga cuenta el predicador de tratar solamente tres ó cuatro ó á lo mas cinco lugares. Porque si excedieren de estos, se habrá de interrumpir muchas veces el discurso del sermon, siendo forzoso aflojar y enfriar con frecuencia el ímpetu del decir, y formar un nuevo exordio y recobrar nuevo aliento. Añádese que como el cargo principal del predicador sea conmover los afectos, y estos no pueden moverse, si no es habiendo ya probado y amplificado el asunto; se sigue bien que cuanto mas larga y vehemente fuere la prueba y amplificacion, tanto mas vivos afectos se podrán mover. Cualquiera pues que determina tratar ménos lugares, tiene realmente mas tiempo para poder probar y amplificar mas copiosamente los asuntos, y encender así mas ardientes afectos. Conveniencia que no tiene el que en una hora de tiempo, que nos dan para predicar, resolvió tratar muchos lugares de la leccion del Evangelio. Porque de gran copia de leña suele encenderse grande llama; mas de poca, pequeña. Porque si, como dice el Sabio (*c*), «segun es la leña del bosque, así arde el fuego»; mas prudencia es digerir pocos lugares copiosamente, que con estilo enjuto ir brevemente recorriendo muchos.

7. Debe tambien advertirse, que no violentemos en la misma explicacion las Escrituras, como hacen muchos. De modo que el sentido propio ni lo corrompamos, ni lo arrastremos por fuerza; sino que tomemos aquello que la Escritura ofrece literalmente al dispierto y estudioso letor; y con especialidad escojamos, no lo que sirve á la curiosidad ó á una ociosa agudeza; sino lo que sea poderoso y eficaz para componer las costumbres y corregir los vicios.

8. Pero las sentencias que sacare de la leccion sagrada, procure confirmarlas con otros testimonios de la Escritura y santos padres; pues, como dice San Jerónimo (*d*), «el sermon del presbítero debe estar sazonado con la sal de las escrituras». Y en la alegacion de los lugares de la Escritura, me parece deben observarse estas cuatro reglas. Primeramente, que en cuanto se pueda no sean muy triviales, ni comunes, ni obvios á cualquiera, excepto si se ilustran con alguna insigne exposicion; sino que los lugares que deban exponerse, sean los mas recónditos, y nada vulgares; cuales son muchos de los que se contienen en los libros de los profetas y De la sabiduría, que con su novedad atraen los ánimos de los oradores y de los oyentes.

9. A mas ha de haber discrecion en alegar estos lugares, no sea que atraidos del amor de la propia invencion, como sucede á muchos, echemos mano de lo primero que nos ocurriere; sino que escojamos los que fueren mas propios y menos triviales

(*a*) Joan. 4 et 10. (*b*) Joan. 6.

(*c*) Eccl. 28. (*d*) S. Hieron. ad Nepot.

10. Fuera de esto se ha de reparar en que no carguemos de testimonios superfluos una verdad que por sí es harto clara, ó que queda ya probada; lo cual practican algunos, más por ostentar su memoria y erudicion, que porque haya necesidad.

11. Despues debe tambien mirarse que las sentencias que trajéremos ó de las sagradas letras, ó de los santos padres, de tal suerte las interpretemos, que conservando fiel é íntegramente el sentido de las sentencias, las virtamos con tan propio y agraciado estilo en nuestra lengua, que no parezcan traducidas de la latina, sino nacidas en la nuestra. En lo cual faltan muchos de muchas maneras: unos vierten los testimonios latinos de modo que guardan la propiedad de la lengua latina, y así quitan gran parte de gracia á las sentencias. Porque como cada lengua tenga su propio dialecto y modos de hablar, la habilidad y perfeccion de un traductor es convertir las propiedades de la lengua latina en las de otra lengua, que tengan igual valor. Otros, por huir de este defecto, gastan una ridícula retórica, y deleitándose en un estilo pomposo y redundante, ni conservan la gravedad ni la verdad de la sentencia que alegaron.

12. Mas para que digamos algo en este lugar de la elocucion, es sin duda un método muy acomodado para explicar muchos lugares del Evangelio, proponerlos en forma de cuestion ó duda. Por ejemplo: en el Evangelio del Régulo, que pide la salud para su hijo (*e*), se puede inquirir primeramente, por qué le trata el Señor de infiel, siendo así que parecia tener fe quien pedia la salud para su hijo, pues no pediria la salud al que no creyera Salvador. Despues de esto: ¿por qué al príncipe que asímismo le pedia salud para su hija, no le dió tal respuesta, ántes se fué con él, y en el propio camino, estando dudoso en la fe, le fortaleció benignamente; siendo así que riñó terriblemente al Régulo y no quiso ir con él? Asimismo, ¿por qué razon quiso su Majestad ir de su motivo, y no rogado, á la casa del centurion, que pedia la salud para su esclavo (*f*); y á la casa de aquel Régulo ni aun rogado quiso ir? Cada cuestion de estas se ha de mover, proponiendo las razones que haya de dudar. Y despues se ha de dar la respuesta, y se ha de confirmar y acomodar al provecho de los oyentes. Porque todo lo que en el sermon viene en forma de diálogo, fuera de que llama la atencion con la misma duda, conduce muchísimo para variar la pronunciacion. Por lo que San Crisóstomo, grande artífice de los modos con que se deben tratar los ánimos, dispierta muchas veces al oyente que se duerme, con frecuentes preguntillas.

13. Ultimamente es de advertir, que cuando citamos algun testimonio de la Escritura, de ninguna suerte nos contentemos con la mera interpretacion que se hace en lengua vulgar, como lo hacen aquellos que traducen palabra por palabra el latin en lengua materna, sino que se ha de procurar, que en el testimonio alegado ponderemos algo digno de reparo. Lo que sucede cuando, ó explicamos el énfasis que se encierra en esta ó aquella palabra, ó desentrañamos alguna metáfora. Porque toda semejanza á breve espacio reducida, es metáfora, y por eso se ha de explicar por ella. A veces dilatamos ó amplificamos tambien una sentencia abreviada, á cuyo fin podrán ayudar los modos de dilatar y amplificar que arriba expusimos.

14. Baste haber advertido esto brevemente; porque el cabal conocimiento de esta materia se adquiere con el estudio de toda la vida, siendo esto lo que principalmente hacemos cuando estudiamos las sagradas letras. Ni nos contentamos precisamente con su inteligencia, sino que ponderamos tambien lo que contiene algo digno de reparo. Mas esta advertencia no ha lugar en los testimonios de la Escritura que pertenecen á la mística interpretacion de los nombres, como cuando decimos, que por el nombre de agua se significa la gracia y sabiduría de Dios, ó por el nombre de cáliz la suerte que á cada uno le cupo, ó que por el vocablo oleo debe entenderse la misericordia. Así en estos basta que hayamos brevemente manifestado por otro lugar el significado de la voz.

(*e*) Joan. 4. (*f*) Luc. 7.

CAPITULO V.

Del cuarto modo de predicar, mezclado de los ántes dichos.

1. Hay un cuarto modo de predicar, mezclado de los que dijimos, y muy frecuente en San Crisóstomo, el cual tiene dos partes principales: la una contiene la declaracion de la letra del Evangelio, la otra se versa en este género suasorio ó disuasorio, en el cual suele tratar el Santo los lugares comunes de virtudes y vicios con que, ó anima á una virtud, ó aparta de algun vicio, refiriendo y amplificando los bienes y males, conveniencias y desconveniencias de ambas cosas. Acerca de lo cual, nada hay de particular y propio que en este género deba prevenirse. Porque, componiéndose este modo de predicar, de los dos antecedentes, por la doctrina de las partes de que consta el todo, puede fácilmente comprehenderse. Sin embargo, en este género hay el riesgo, de que miéntras queremos cumplir con ambas partes, nos alarguemos en el sermon mas de lo justo, de lo cual los predicadores deben huir mucho, no sea que, fastidiando al auditorio, perdamos la gracia y fruto de todo lo que se dijo bien; siendo cierto, que el oyente fatigado no atiende á lo que dices, y pierde por otra parte el gusto y memoria de lo que oyó.

2. Esto así supuesto, no será fuera del caso cotejar entre sí estos cuatro modos de predicar, para que se entienda la razon, dignidad y provecho de cada uno de ellos. Y ciertamente me parece que todos estos, y cualesquiera otros que se hallen, pueden reducirse á tres capítulos. El primero puede llamarse simple ó sencillo, cuando se trata uno ú otro argumento, ya en el género suasorio, ya en el demonstrativo. En el suasorio, cuando persuadimos á una virtud ú otra, ó disuadimos de algun vicio. Como lo hace San Cipriano en los sermones De la paciencia, De la limosna, De la mortalidad, De la envidia, y lo mismo tambien no pocas veces los demas padres. En el demonstrativo, cuando todo el sermon ensalza y amplifica las virtudes, hechos famosos, ó insignes milagros de algun santo; lo que muchas veces practican estos mismos.

3. El segundo modo explica la letra del Evangelio, en la cual se van declarando varios puntos y documentos de útil enseñanza para las costumbres, segun lo pide la razon de cada lugar. Cuyo género de predicar siguieron tambien frecuentemente los santos padres. Por lo cual nadie debe adoptar tanto uno de estos dos modos de pre-

dicar, que desprecie al otro, puesto que uno y otro fuéron practicados de los santos padres, y nadie puede justamente reprehender lo que se defiende con su ejemplo y autoridad. Esta manera de predicar es agradable á los oyentes por la variedad de las materias; es útil por los diversos documentos que se dan para la vida, y es tambien muy fácil al mismo predicador. Porque no necesita de aquellas seis partes que mencionamos ántes, ni de artificiosa disposicion de argumentos, pues sigue el órden y serie de la leccion evangélica; ni tampoco pide mucha erudicion en el predicador, no habiendo ingenio tan corto, ni caudal tan pobre, que para cada una de las partes de la explanacion no tome algo de otro lugar, con que pueda ilustrarlas y enriquecerlas. Pero este modo de predicar, así como es agradable al oyente y fácil al predicador, así tambien parece que es poco vehemente. Pues á la causa, ya probada con argumentos, son consiguientes la amplificacion de las cosas y los afectos mas concitados; los cuales, como ya dijimos, son tanto mas vehementes, cuanto la prueba es mas larga y mas robusta. Y en la explicacion del Evangelio no pueden ser muy largas semejantes pruebas; puesto que, quien dentro de una hora ha de tratar muchas cosas, y estas entre sí muy diversas, no puede detenerse mucho en ninguna, y por consiguiente la prueba breve y ayuna no podrá excitar afectos muy fuertes.

4. Añade tambien que aquel ardor é ímpetu de decir, en que consiste casi toda la eficacia de la oracion, frecuentemente se ha de enfriar é interrumpir. Porque cuantas veces nos pasamos de una materia á otra muy diversa, tantas es necesario que allí pare y se corte aquel ímpetu. Ni nadie es tan dueño de sus afectos, que pueda fácilmente dejar el afecto con que ya estaba movido, y tomar aquel nuevo que se levanta de cosas desemejantes.

5. Así podrá ser mas ardiente la oracion, cuando en toda ella tratamos únicamente esta ó la otra cosa; como cuando exhortamos al amor de los enemigos, al ejercicio de la limosna, de la humildad, de la caridad, de la paciencia; porque la varia y mayor fuerza de los argumentos da mas copiosa materia para mover los afectos. Pero esto es muy difícil. Lo primero, porque pide en el predicador mayor facundia y mas fértil copia de sentencias; para que con la variedad y abundancia de materiales pueda evitar aquella hartura que se causa tratando siempre una misma cosa. Lo segundo, y no sé si mucho mas difícil, es ajustar y acomodar á la confirmacion, en que estriba toda la fuerza de la causa, las demas partes del sermon: es á saber, el exordio, division, confutacion y peroracion. Porque un sermon de esta naturaleza es como un cuerpo perfecto, compuesto de sus partes, las cuales, á la manera de los miembros de un cuerpo, deben unirse entre sí, y tener mutua correspondencia. Bien que este trabajo se recompensa por la razon que habemos dicho, de que semejante sermon es mas vehemente y mas proporcionado para mover los ánimos.

6. Pero si alguno me pregunta cuál de estos modos de predicar debemos seguir mejor, aunque no soy yo tal que pueda arrogarme este juicio, no obstante, insinuaré brevemente mi sentir segun lo que alcanzo. No apruebo á los que siguen tan solamente una forma de predicar, de suerte, que lo que una vez hacen, juzgan que siempre se ha de hacer. Parece pues mas conveniente que usemos ya de este, ya de aquel género de predicar, segun lo pida la naturaleza y dignidad de los asuntos, ó tambien la utilidad ó necesidad de los oyentes. Así unas veces se empleará todo el sermon en la declaracion de la letra del Evangelio, otras irá siguiendo este ó aquel argumento en el género suasorio ó demonstrativo. Y de esta suerte se evitará el hastío que puede engendrarse de tratar una cosa sola, explicando varias cuestiones sobre un mismo asunto. Por ejemplo, si predicamos de la caridad, en la primer parte se hablará en alabanza y recomendacion de la caridad; en la segunda, de las cosas que ayudan á conseguirla; y en la tercera, de los principales impedimentos de la caridad, que deben removerse. Asimismo, habiendo de predicar de la humildad, se discurrirá con el mismo órden, añadiendo los diferentes grados y señales de la verdadera humildad.

7. Del mismo modo podrá predicar tambien de la virtud de la oracion; en cuyo argumento podrá á su arbitrio decir algo de la disposicion del ánimo para orar, y de las diversas virtudes con que la oracion eficaz se ha de sostener y ayudar, como son, fe, humildad, devocion, ayuno y misericordia. Y con esta repetida diversidad de una misma cosa podrá evitarse la hartura y hastío. Puedo defender este juicio mio con la autoridad de los santos padres, á quienes vemos versados en uno y otro género de predicar. Con todo, entre estos modos de predicar, el cuarto, que poco ántes apuntamos, me parece de todos el mas acomodado, porque declara la letra del Evangelio, y va despues siguiendo uno ú otro argumento. Y este modo de predicar, como ántes dije, veo haber gustado á aquel consumado predicador San Crisóstomo. Podráse pues usar de este con mas frecuencia, y de los demas, conforme á la naturaleza y condicion de los asuntos, y segun fuere la elocuencia y capacidad del orador. Porque no á todos los ingenios ni tampoco a todos los asuntos vienen bien unas mismas cosas.

CAPITULO VI.

Del género de sermon didascálico ó magistral.

1. Hay tambien otro género de sermones que llaman didascálico, el cual mas se ordena á enseñar que á mover. Y puede ocurrir alguna vez, por alguna particular razon, especialmente en algunas partes del sermon que lo requieren, cuando el pueblo no solo debe ser movido, sino tambien enseñado. Lo que sucede cuando queremos dar cumplida noticia y ciencia de alguna cosa.

2. En este género pues, por la mayor parte, se ha de guardar este órden: que demostremos primero qué sea la cosa, despues, cuál sea, esto es, qué calidades y afecciones tenga. Tambien averigüemos sus causas y efectos; y al fin sus partes por medio de la division. Así el que ha de tratar de la naturaleza de la gracia, busca, lo primero, qué sea gracia; lo segundo, qué propiedades tenga: despues las principales causas y efectos que obra en el alma del varon justo; y finalmente, contará y examinará las partes de la gracia, con la division de diversas gracias. Santo Tomas y los demas escritores de teología están llenos de estos ejemplos. Mas Aristóteles trae otro método no muy desemejante á este. Porque enseña que probemos primero la existencia de la cosa, despues su esencia, luego cuál sea, y al fin, por qué tal sea. Y tratándose con este órden de doctrina convenien-

tísimamente cualquier asunto, no hay duda que ha de considerarse como el mejor. Si bien no será necesario proseguir todas estas cosas, cuando constare de una ó muchas.

3. A estas, como cuatro gradas, se reduce todo lo que puede decirse sobre cualquier asunto, explicándose tambien de este modo las causas y efectos de las cosas cuyo conocimiento produce ciencia. Así pues en el tratado de cualquier virtud, se discurre lo primero, sobre si la virtud propuesta es ó no necesaria para la perfeccion humana: lo que se reduce á la cuestion, si existe la cosa. Despues cuál sea su materia, luego sus ojetos, despues sus sujetos: lo que pertenece á la cuestion de la esencia. Luego cuáles sean las afecciones y condiciones de la virtud: lo que toca notoriamente á la cuestion de la cualidad. A lo último, de qué suerte la podamos conseguir: lo que se reduce á la cuarta cuestion, en la que se trata de las causas é impedimentos de las virtudes. Y así, todo cuanto se disputa de una cosa, se reduce á aquellas cuatro cuestiones, y se trata casi con el mismo órden.

4. Pero el predicador debe tener presente en este mismo tratado, en qué se diferencia principalmente el maestro ó doctor, del predicador. Porque el doctor de la escuela solo procura instruir y enseñar al entendimiento, mas el predicador debe mover la voluntad, y encenderla en amor de la piedad y justicia: y por tanto ha de poner, en cuanto le sea posible, su conato en asestar y enderezarlo todo á este blanco.

CAPITULO VII.

De la disposicion.

1. Hemos tratado hasta aquí de la invencion de los argumentos: resta ahora que digamos brevemente del órden y disposicion de ellos. El órden pues, por lo que toca á este lugar, es una apta colocacion de los argumentos entre sí, para persuadir; la cual nadie deja de ver cuán necesaria sea al orador. Porque así como para fabricar una casa no basta amontonar las piedras y demas materiales, si la mano del albañil no se aplica á disponerlos y colocarlos, y así como para hacer la guerra no son hábiles los soldados por mas fuertes y valerosos que sean, si no se ordenan en forma de ejército, bajo la conduta de un diestro general; así tambien los argumentos sacados de los lugares dichos están desordenados, y no son aptos para lograr el fin, si no se colocan y disponen á propósito para persuadir. Porque los ejércitos perturbados, ellos mismos se embarazan; y tambien los miembros del cuerpo á poco que se disloquen, pierden el uso y vigor que ántes tenian. Así es preciso que la oracion destituida de esta virtud ande perturbada, y que sin director vaguee, y no tenga igualdad ni union; que repita muchas cosas, y que pase por alto otras, al modo del que anda perdido de noche por lugares no conocidos, y que no proponiéndose fin ni principio se gobierne por el acaso mas que por el consejo.

2. Lo primero pues que pide el buen órden ó disposicion es, que nos arreglemos al precepto que ántes impusimos: esto es, que usemos de principio, narracion, division, confirmacion, confutacion, conclusion; y en conformidad de las reglas dadas, sigamos este órden en el decir. Asimismo con arreglo á los preceptos del arte, no solo dispondrémos todas las causas por el discurso del sermon, sino tambien cada argumentacion de por sí, como en el libro segundo hemos enseñado: esto es, exposicion, razon, confirmacion de la razon, exornacion, complexion. Esta disposicion pues es en dos maneras: una procedida de las reglas del arte por oraciones, otra por argumentaciones.

3. En la confirmacion y confutacion de los argumentos conviene guardar esta disposicion: las argumentaciones mas robustas conviene colocarlas en las primeras y últimas partes de la causa; las medianas, y ni útiles para decir, ni necesarias para probar, interponerlas y colocarlas en medio; pues aunque dichas separadamente y de por sí, sean endebles, juntas con las demas se hacen firmes y probables. Porque narrado el asunto, luego espera el ánimo del oyente saber de dónde pueda confirmarse la causa. Por lo cual conviene que al instante se proponga alguna firme argumentacion. Y respeto de que lo muy recientemente dicho con facilidad se encarga á la memoria, es útil que cuando concluyamos el sermon, dejemos en los ánimos de los oyentes alguna reciente argumentacion muy firme.

4. Hay tambien otro órden de doctrina, que debe guardarse en cualquier género de sermon. Porque lo primero que debemos tratar es aquello que ó es necesario para la inteligencia de lo que se sigue, ó le acarrea mayor luz. Demas de esto se ha de proceder siempre de lo mas á lo ménos comun, del género á la especie, de lo mas fácil á lo mas difícil, de lo mas á lo ménos conocido. Y así vamos subiendo de los efectos á sus causas, y de lo que percibimos por los sentidos, á lo que conocemos con el entendimiento; porque las cosas que nos son mas vecinas y familiares, nos son tambien mas conocidas. De esta manera, como dice el Apóstol (*a*): «Las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad, se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que sus criaturas nos dan.» Hasta aquí expusimos lo que nos parecia deberse enseñar acerca de la invencion y disposicion; ahora pasarémos á la elocucion, que es la parte principal de esta arte.

(*a*) Rom. 1.

LIBRO V.

PROLOGO.

Nunca pensé, amigo letor, cuando comencé á escribir este librito, que descenderia á estos menudos preceptos de la elocucion. Pero dirigiéndose la institucion de esta arte al fin de hablar bien, que consta de muchas partes y virtudes, y todas ellas tan unidas y entre sí trabadas, que apénas puede una ú otra entenderse con perfeccion sin el conocimiento de las otras; me pareció que para que nuestra instruccion no viniese á quedar defectuosa y manca, y el estudioso predicador no anduviera divagando por oficinas de retóricos y por sus in-

trincadas reglas, sería conveniente recopilar con la mayor claridad y método que pudiese, todo aquello que juzgase mas necesario á nuestro propósito, procurando ilustrarlo para mayor claridad con muchísimos ejemplos de San Cipriano, varon el mas elocuente y primoroso en el decir de todos los padres católicos. De modo que así como los retóricos creen que los ejemplos de un solo Ciceron son bastantes para ilustrar todos los preceptos y adornos de la elocuencia, así entiendo yo que basta este Ciceron cristiano para esclarecer todos los preceptos de la elocucion. Cuanto y mas que este no solo sirve para explicar los preceptos, sino tambien para formar las costumbres y arreglar bien la vida.

CAPITULO PRIMERO.

De la alabanza y calidad de la elocucion, tomadas del libro VIII de Fabio.

1. «De aquí adelante, dice Fabio (a), tratarémos ya de la elocucion, parte, en sentir de todos los oradores, la mas difícil de la obra. Porque hasta Marco Antonio dijo: que habia visto muchos discretos, mas ningun elocuente. Piensa ser bastante á los discretos decir lo que convenga, pero decirlo con primor es propio de un varon elocuentísimo. Cuya virtud si en ninguno se halló hasta su tiempo, ni aun en el mismo Antonio, ni en L. Craso, sin duda faltó en estos y en los anteriores, por ser ella sumamente difícil. Y Marco Tulio es de sentir, que la invencion y disposicion son de hombre prudente, mas la elocuencia, de orador. Y por tanto trabajó principalmente sobre los preceptos de esta parte; lo cual se conoce claramente haber hecho con mucha razon, si atendemos al nombre mismo de la cosa de que hablamos. Porque hablar elocuentemente no es otro que sacar á fuera y llevar á los oyentes lo que concibieres en tu mente. Sin lo cual son infructuosas las demas partes, y semejantes á una espada escondida y puesta en su vaina. Esto es pues lo que principalmente se enseña, esto es lo que nadie puede alcanzar sin arte, en esto se ha de emplear el trabajo, esto es lo que pide ejercicio, lo que pide imitacion: aquí se consume toda la edad; en esto, sobre todo, es un orador superior á otro orador; en esto unos géneros de decir son mejores que otros. Porque ni los asiáticos ó los viciados en cualquier otro género dejaron de ver ó de poner en su lugar las cosas; ni los que llamamos secos, fuéron ignorantes ó ciegos en las causas, sino que á estos les faltó juicio y modo en la elocucion, á aquellos enerjía; para que se vea que en esto consiste el vicio y la virtud de la oracion.

2. »Mas no por esto se ha de poner solamente el cuidado en las palabras; lo que es forzoso prevenga, para ocurrir y oponerme á los que, cogiéndome la confesion que acabo de hacer, omitida toda diligencia en la eleccion de las cosas, que son los nervios de las causas, envejecen en el vano estudio de las voces; lo que hacen por amor del decoro en el decir, que en mi opinion es hermosísimo cuando se sigue, mas no cuando se afecta. Los cuerpos sanos bien complexionados y fortalecidos con el ejercicio, toman de un mismo principio la hermosura y las fuerzas. Porque ellos están no ménos colorados que robustos; pero si alguno despues de cortada la barba y puesto arrebol en la cara, los vistiera mujerilmente, en vez de hermosearlos, los afeará. El adorno propio aunque magnífico, segun leemos en el verso griego, añade autoridad á los hombres; mas el afeminado y lujurioso, sin adornar al cuerpo, desnuda al alma. A este modo aquella elocuencia trasparente y de varios colores de que algunos usan, afemina las mismas cosas que se visten de aquel traje de palabras. Quiero pues se ponga cuidado en las palabras, pero solicitud en las cosas. Porque regularmente las mejores voces están juntas con las cosas, y con su luz se descubren. Mas nosotros las buscamos, como que se esconden siempre y se retiran. Así nunca pensamos encontrarlas cerca de aquello de que se ha de hablar, sino que las buscamos en otros lugares, y despues de halladas las hacemos violencia.

3. »Con mayor ánimo ha de emprenderse la elocuencia, la cual si es robusta en todo el cuerpo, juzgará ser muy ajeno de su cuidado pulir las uñas y aliñar el pelo. Pero ordinariamente sucede que con esta diligencia se empeora la oracion. Porque no son mejores las palabras traidas de léjos, sino las mas sencillas y nacidas de la misma verdad; pues las que manifiestan estudio, y quieren parecer fingidas y compuestas, no caen en gracia, y pierden el crédito, por causa de que ofuscan los sentidos, al modo que la mucha grama sufoca los sembrados. En efecto, lo que derechamente se puede decir, llevados del amor á las palabras, lo echamos por rodeos; lo que está bastante dicho, lo repetimos; lo que con una palabra estuvo claro, lo cargamos de muchas, y las mas de las cosas juzgamos mejor representarlas, que decirlas. Pero ¿qué? Ya no agrada ninguna cosa que sea propia, creyéndose poco discreto lo que otro hubiere dicho. Del mas corrompido poeta tomamos tambien metáforas ó figuras, teniéndonos solo por ingeniosos, cuando se necesita de ingenio para ser entendidos. Ni nos detenemos en que Ciceron con bastante claridad haya establecido, que apartarse del vulgar modo y comun costumbre de hablar, es el mayor vicio que puede haber en el decir.

4. »Pero aquel fué duro y nada erudito: lo entendemos mejor nosotros, que tenemos asco de las cosas que dictó la naturaleza, y no buscamos adornos, sino afeites, como si hubiera palabras de algun valor, no siendo conformes á las mismas cosas. Ciertamente si toda la vida se ha de trabajar para que ellas sean propias, claras, primorosas, y que se coloquen bien, perdióse todo el fruto de los estudios. Sin embargo verás á muchos que se paran en cada una de ellas, y cuando las hallan, las pesan y miden. Lo cual aun cuando se hiciera con el fin de que usásemos siempre de las mejores palabras, sería con todo abominable semejante infelicidad, pues detiene el corriente del decir, y con la demora y desconfianza enfria el calor de la imaginacion. Realmente miserable y pobre es, digámoslo así, el orador que no puede sufrir que se le pierda una palabra. Mas ni aun esta perderá, quien se hubiere primero instruido en la manera de hablar, y con mucha y proporcionada leccion hubiere adquirido un copioso caudal de voces, juntando á esto el arte de colocarlas; y despues fortaleciere todo esto con el mucho ejercicio, para tenerlo siempre á la mano y á la vista; siendo cierto que á quien lo practicare así, le ocurrirán las cosas con sus nombre. Pero esto pide un estudio anticipado, y un caudal adquirido y como ate-

(a) Quint. Instit. lib VIII, in prooem.

sorado, puesto que este anhelo de buscar, juzgar y cotejar estas cosas, se ha de tener miéntras aprendemos, no cuando oramos.»

5. Y el mismo Qintiliano, un poco mas abajo, dice: «Este cuidado tiene su tasa ó medida. Porque cuando las voces son expresivas, hermosas y aptamente colocadas, ¿para qué trabajamos mas? No obstante nunca cesan algunos de inquirir con ansia y detenerse en cada sílaba; los cuales tambien, despues de haber encontrado términos bellísimos, buscan alguno que sea muy rancio, remoto é inopinado; no haciéndose el cargo, que está falta de sentido la oracion, cuyas palabras se alaban. Téngase enhorabuena muy gran cuidado en la elocucion, con tal que sepamos que nada debe hacerse por respeto de las palabras, pues ellas han sido inventadas para significar las cosas, y por consiguiente aquellas merecen suma aprobacion, que mas bien declaran nuestros sentimientos, y que obran en los ánimos de los jueces lo que queremos. Esas deben hacer sin duda admirable y gustosa la oracion. Pero no así admirable, como admiramos los prodigios, ni así gustosa la oracion, como los torpes deleites, sino de modo que se alabe la decencia y dignidad.»

6. Esto se ha dicho en general sobre la calidad de la elocucion: ahora vengamos á sus singulares partes ó virtudes. En las cuales guardarémos este órden: que en primer lugar pondrémos las virtudes pertenecientes á la elocucion, despues los vicios opuestos á ella.

CAPITULO II.

De las cuatro principales virtudes de la elocucion, y en primer lugar de la latinidad (*).

1. Cuatro cosas, dice Ciceron, deben principalmente atenderse en la elocucion: conviene á saber, que hablemos latina, clara, adornada y apta ó congruamente al asunto que se trata, cualquiera que fuere. De las cuales cosas hemos de hablar separadamente en este libro.

2. Es pues lo primero que la oracion sea latina y correcta, lo que toca principalmente al oficio del gramático, á quien incumbe hacer juicio de la congruidad ó incongruidad de la oracion. Y esto no solo ha de mirarse en la lengua latina ó griega, sino en cualquiera otra. Porque cada idioma tiene no solamente sus frases ó propiedades, sino tambien su sintáxis y construccion de voces, de que suelen usar los que son peritos en aquella lengua, y deben tambien observar los que desean hablar pura y correctamente.

3. Mas contra esta primer virtud, que es el fundamento de todas las otras, hay tres vicios, es á saber: barbarismo, solecismo y *barbaralexis*. El barbarismo se comete en la diccion, cuando echamos mano de algunas voces de que no usan los peritos en la lengua que hablamos. El solecismo se halla en la oracion cuando las voces que son ciertamente latinas, se unen mal, esto es, contra los preceptos del arte de la gramática. La *barbaralexis* es semejante al barbarismo, como cuando usamos de alguna locucion forastera, mezclando en el idioma español voces latinas, ó en el latino españolas; lo que procura evitar el lenguaje castizo y propio.

(*) No hemos querido tomarnos la licencia de omitir ó mudar la palabra latinidad que se halla en el original. Pero dirigiéndose esta *Retórica Eclesiástica* para instruccion de los que han de predicar en lengua española, no podemos dejar de advertir que debe aplicarse á esta lo que el autor enseña de la latina.

4. Y no será fuera del caso advertir aquí, que así como huimos de las voces extranjeras, huyamos tambien con gran cuidado de las frases é idiotismos peregrinos, defecto en que incurren frecuentemente varones elocuentísimos. En Tito Livio, varon de maravillosa facundia, notó Asinio Polion que su estilo en cierto modo tenia resabios de paduanismo. Por tanto, si posible fuere, dice Fabio, todas las palabras y la voz sepan á alumno de esta ciudad, para que parezca el estilo perfectamente romano, no advenedizo. Vicio de que no carecen algunos predicadores, que hablando en lengua vulgar, mezclan frases de la lengua latina ó hebrea; como en especial se echa de ver cuando traducen en su lengua los testimonios de la Escritura ó de los santos padres.

CAPITULO III.

De la segunda virtud de la elocucion, que es la claridad.

1. Hase de guardar con gran cuidado la claridad, tanto en cada voz de por sí, como en muchas juntas, esto es, en el contexto de la oracion. Lo primero se logra con que las voces sean propias, de las cuales debe constar la mayor parte del discurso, aunque esta propiedad no se ha de tomar á la letra; porque si bien todas las cosas tienen y se entienden por su propio nombre, no siempre usamos de él; debiendo evitar las palabras obscenas, sórdidas y bajas. Son bajas ó humildes las que son inferiores á la dignidad de las cosas ó del órden. Pero ni aun en esto se descubre toda la habilidad del orador; bien que merecen mas que mediana aprobacion y alabanza los que entienden que nunca se dicen las cosas con mayor propiedad que cuando usamos de las voces mas significativas. Así dijo Caton: «Que Cayo César emprendió, estando muy sobre sí, la ruina de la república.» Así tambien los romanos llamaron Tibia al cruel y diligente Aníbal. Y de la misma suerte se dicen propias las voces bien transferidas.

2. Las palabras que significan mas de lo que suenan, parece que pueden colocarse entre las claras, pues ayudan á la inteligencia. Lo cual hace la énfasis, de que en su lugar hablarémos.

3. Pero hay mayor obscuridad en el contexto y continuacion del discurso, que en las mismas palabras. Por lo que ni sea tan largo el razonamiento, que no pueda la atencion seguirle, ni en la transposicion tan tardo, que al fin venga á parar en hipérbaton.

4. Tambien ha de evitarse la ambigüedad, no solo la que hace un sentido incierto, como: *Chremetem audivi percusisse Demeam*, sino tambien aquella, que aunque no pueda turbar el sentido, incurre sin embargo en el propio vicio de palabras, como si uno dijera: *Visum a se hominem librum scribentem*; pues aunque sea claro que el hombre escribe el libro, lo compuso mal, y cuanto estuvo de su parte lo hizo dudoso. Tambien con la interposicion ó paréntesis de que usan, así oradores como historiadores, para poner en medio de la oracion alguna sentencia, se suele impedir la inteligencia, si no es que lo que se interpone sea breve.

5. Hay tambien en algunos una hojarasca de voces huecas; los cuales, queriendo apartarse del uso comun de hablar, agradados de ciertos fantásticos relumbrones, cargan de una copiosa locuacidad todo cuanto quieren

decir: despues juntando y mezclando aquella misma serie con otra semejante, la extienden mas allá de lo que ningun aliento puede durar.

6. Otros hay, que émulos de la brevedad, aun las palabras necesarias quitan á la oracion; y como si bastase saber ellos lo que quieren decir, no se cuidan de los demas. Pero yo dijera que las palabras que no entiende el oyente segun su capacidad, son ociosas.

7. La claridad pues, á nuestro gusto y juicio, ha de ser la primer virtud de la elocucion, las palabras propias, el órden recto, la conclusion nada prolija, y que nada falte ni sobre. De esta manera aplaudirán los doctos el discurso, y le entenderán los rudos. Esta es la regla de la elocucion. Porque en los preceptos de la narracion se enseña el modo con que ha de observarse la claridad de las cosas, y en todas es una misma la razon. Porque si no dijéremos mas ni ménos de lo que es menester, y lo dijéremos con órden y distincion, serán manifiestas y entendidas las palabras, aun de los ménos atentos.

8. Mas San Agustin, segun aquel griego refran: «Habla tan basto como quisieres, como hables claro,» aconseja que usemos de voces ménos latinas, si fueren mas claras y perceptibles (*a*). «Porque ¿de qué sirve, dice, la pureza del lenguaje, cuando no la acompaña la inteligencia del oyente, no habiendo absolutamente ningun motivo de hablar, si lo que hablamos no lo entienden aquellos á quienes hablamos para que nos entiendan? Aquel pues que enseña, excusará todas aquellas palabras que no enseñan. Y si en lugar de ellas puede usar de otras puras que se entienden, esto será lo mejor; pero si no puede, ó porque no las hay, ó porque de pronto no ocurren, usará tambien de voces ménos puras, con tal que la misma cosa se enseñe y aprenda con perfeccion.» Y un poco despues dice (*b*): «Es insigne calidad de los buenos ingenios amar en las palabras la verdad, no las palabras. Porque ¿qué aprovecha una llave de oro, si no puede abrir lo que queremos? ¿O qué daña la de madera, si puede hacerlo, cuando no buscamos otra cosa sino abrir lo que está cerrado?»

9. Hay otra obscuridad que no está en las voces, sino en las cosas mismas, cuando algunos predicadores proponen á una ruda é indocta muchedumbre, cuestiones recónditas y difíciles, sacadas de los arcanos de la filosofía y teología, para hacer con esto alarde de su ingenio, y granjearse con el pueblo crédito de eruditos. Mas de ningun modo parece que estos pueden decir con el Apóstol (*c*): «No nos predicamos á nosotros mismos, sino á nuestro Señor Jesucristo; mas nosotros, siervos vuestros, por Jesus.» Ciertamente es cosa en extremo indigna, que en el lugar y oficio en que procuramos apartar á los otros del vicio de la jactancia y vanidad, caigamos nosotros en el mismo vicio que reprehendemos. Pero si contra esta costumbre de muchos vale poco mi amonestacion, valga siquiera la de San Agustin, que dice (*d*): «Hay ciertas cosas que no son de suyo entendidas, ó lo son apénas, por mas que se esfuerce el predicador en explicarlas con toda claridad; las cuales raras veces, si insta alguna necesidad, ó nunca absolutamente han de predicarse al pueblo.»

(*a*) S. Aug. lib. 4 de Doct. christ. c. 4. (*b*) Cap. 11. (*c*) 1 Cor. 4.
(*d*) S. Aug. lib. 4 de Doct. Christ. c. 9.

CAPITULO IV.

De la tercera virtud de la elocucion, que consiste en el adorno.

1. «Vengo ahora, dice Fabio (*a*), al adorno, en el cual sin duda se lisonjea mas el orador, que en las demas partes del decir. Realmente es corto el mérito de los que hablan con pureza y claridad, pues esto mas es carecer de vicios, que tener alguna gran virtud. Ni contribuye poco á una causa este adorno, porque los que oyen con gusto están mas atentos, creen con mas facilidad, se prenden ordinariamente con el mismo deleite, y no rara vez se transportan de admiracion; porque la espada causa algun terror á los ojos, y los mismos rayos no nos confundirian tanto si se temiera solo una violencia, y no el mismo relámpago. Así dijo bien Ciceron escribiendo á Bruto: «La elocuencia que no pone en admiracion á los oyentes, no merece el nombre de elocuencia.» Y Aristóteles es tambien de sentir, que debe procurarse en gran manera esta admiracion. Mas importa, vuelvo á decir, que este adorno sea robusto, varonil y santo; que no ame la liviandad afeminada, ni el color de arrebol sobresaliente, sino que aparezca lucido por sus fuerzas, digámoslo así, y por su sangre.

2. »Es esto en tanto grado verdad, que estando en esta parte vecinos los vicios á las virtudes, los que gustan de los vicios quieren cubrirlos con el nombre de virtudes. Por lo que ningun vicioso me diga que soy enemigo de los que hablan culto. No niego que esta sea virtud, pero no la concedo á ellos. Por ventura ¿tendré yo por mas bien cultivado un campo, en que alguno me mostrare azucenas, violetas, y copiosos surtidores de agua, que el otro lleno de mieses y de cepas cargadas de racimos? ¿Elegiré yo ántes el estéril plátano y los cortados arrayanes, que los olmos enlazados con las parras y los fértiles olivos? Tengan en buen hora aquellas cosas los ricos; aunque ellos ¿qué serían si nada mas tuvieran? Acaso ¿no se ha de añadir algun adorno á los árboles fructíferos¿ ¿Quién lo niega? Tambien plantaré yo mis árboles con órden y á cierta distancia. ¿Y qué cosa mas vistosa que aquellas cinco hileras, que miradas de cualquier parte aparecen rectas? Con esto se logra el que chupen igualmente el jugo de la tierra. Las puntas del olivo, que se levantan demasiado, las cortaré con hierro, así se esparcirá en torno con mayor hermosura, y luego echando mas ramas dará mas fruto. El caballo, cuyas ijadas son delgadas, es mas hermoso y tambien mas veloz. Mas bello se hace á la vista un atleta, cuyos brazos fortaleció el ejercicio, y él mismo es mas aparejado á la pelea. Nunca la verdadera hermosura anda apartada de la utilidad.»

3. Mas San Agustin, de este adorno de la oracion con que grandemente se recrean los ánimos de los oyentes, dice así: «Al modo que muchas veces deben tomarse amargos saludables, así debe evitarse siempre la dulzura perniciosa. Pero ¿qué cosa mejor que una medicina dulce? Porque cuanto mas allí se aparece la suavidad, tanto mas fácilmente aprovecha la medicina. Hay pues varones eclesiásticos que trataron no solo con sabiduría, sino tambien con elocuencia las palabras divinas. Y son tantos, que ántes faltará el tiempo para leer sus obras, que falten estas á los mas estudiosos.»

(*a*) Quint. lib. 8, cap. 3.

CAPITULO V.

Del adorno que hay en cada palabra de por sí.

1. Por cuanto así el adorno como la claridad de la oracion, está en cada palabra de por sí ó en muchas juntas, consideremos primero lo que requiere cada palabra, y despues lo que muchas juntas. En cuya materia debe sentarse en primer lugar, que así como la claridad consta principalmente de palabras propias, así el adorno, de transferidas ó con cualquier otro tropo figuradas. Mas como frecuentemente muchas palabras significan una misma cosa, lo cual se dice sinonimia, siempre han de escogerse las mas acomodadas y mejores. Porque es constante que entre estas mismas voces hay unas mas sonoras que otras, mas grandes, mas decentes, mas sublimes, mas brillantes, mas gustosas. Como por ejemplo, son mas sonoras : *quamquam, moderatio* y *concertare*, que si dijeres : *etsi*, *modestia*, *confligere*. Mas grandes son : *immanis, contrucidare, optimus, officiosisimus*, que estas : *magnus, necare, bonus*, *officiosus*. Tambien es mas lucida la palabra *bos* que *vacca*. Y generalmente de las palabras simples se tienen por mejores aquellas que ó son muy llenas, ó son de un sonido muy agradable. Y ciertamente siempre son mejores las honestas, que las torpes; ni en oracion erudita han de tener jamas lugar palabras sórdidas.

2. Pero en lo que pertenece al uso, en el cual tiene mas lugar la observacion, se han de escoger tales palabras, que se ajusten á la naturaleza y dignidad de las materias de que hablamos. Porque á cosas atroces convendrán tambien palabras que sean ásperas al oído, y las que en un asunto grande son aptas y magníficas, en uno humilde serían entumecidas; al contrario, las que son humildes para asuntos grandes, son á propósito para los menores. Y al modo que en una oracion lucida es notable, y como un lunar, una palabra humilde, así otra sublime y brillante disuena en una conversacion familiar, y se hace viciosa porque sobresale en la llanura.

3. Esto se ha dicho de las palabras propias. Las transferidas, de que ahora se ha de hablar, no pueden aprobarse, sino en el contexto. Mas no carecen de adorno, sino cuando son inferiores á la dignidad del asunto de que ha de hablarse.

CAPITULO VI.

De los tropos.

1. Constando la claridad ó perspicuidad principalmente de términos propios, como poco ántes dijimos, y el adorno de metafóricos, ó con otro cualquier tropo figurados, comencemos á tratar ya de los tropos, y con tanto mayor gusto, cuanto el uso de ellos es mas frecuente en los libros profetales. Pues todos los escritos de los profetas abundan de metáforas y alegorías, por cuanto hablan de cosas muy grandes, ó cuando reprehenden los delitos de los hombres, ó cuando intiman á los pecadores las penas vengadoras de sus pecados, ó bien cuando prometen grandes beneficios de la divina gracia á los hombres piadosos y que cumplen con su obligacion; y así con las semejanzas de cosas grandes suelen ellos amplificar y poner delante de los ojos las que ellos mismos llaman tambien muy grandes. Y para que esto claramente se vea, citaré algunos lugares de los profetas.

2. Tal es aquel lugar de Isaías (*a*) : «Y saldrá una vara de la raiz de Jesse, y de su raiz subirá una flor, etc.» Donde con el nombre de vara significó el poder, y con el de flor la hermosura del Señor, Salvador nuestro. Tambien están llenos de alegorías los siguientes testimonios (*b*) : «Habitará el lobo con el cordero, etc.» Y en el cap. VIII : «Por cuanto este pueblo desechó las aguas de Siloe, que corren sin murmullo, etc.» Despues diseña y amplifica la destruccion venidera del pueblo por la inundacion de un rio. Y en el cap. XXXV declara con bellísimas metáforas la conversion y alegría de los gentiles, cuando dice : «Se alegrará la tierra desierta é intransitable, dará saltos de placer la soledad, y florecerá como azucena,» y lo que se sigue. Jeremías, al cap. IV, señala con el nombre de leon al rey de los asirios, cuando dice : «Subió el leon de su guarida, etc.» Y Ecequiel designa en el cap. XVII al mismo rey con el nombre de una grande águila, diciendo : «Una águila poderosa, de grandes alas, muy corpulenta, llena de plumas y de diversidad de colores, vino al Líbano, y cogió el meollo del cedro, etc.» Para manifestar la soberbia y atrocidad de Faraon, rey de Egipto, llámale dragon, con estas palabras (*c*) : «Mira cómo voy hácia tí, dragon grande, que estás echado en medio de tus rios, y dices : Mio es el rio, y yo me hice á mí mismo.» Estos ejemplos se hallan casi en todas las páginas de los profetas; los cuales sin embargo quise traer aquí, para mostrar la utilidad y uso de los tropos. Pues es notorio que las cosas grandes y atroces se abultan con estos nombres, y que su magnitud se manifiesta mas con estas voces, que con las propias.

3. Es pues el tropo una «mudanza de palabra ó de frase de su propia significacion á otra con enerjía». Empecemos pues por aquel que, siendo como es frecuentísimo, es tambien el mas hermoso. La translacion, digo, que en griego se llama *metáfora*, porque su extension es muy grande. Engendróla la necesidad constreñida de la pobreza, mas despues la extendió la recreacion y el gusto. Pues así como el vestido fué primero inventado para guardarse del frio, y despues comenzó á usarse tambien para adorno y decencia del cuerpo, así la translacion de los vocablos se inventó por pobreza, y se frecuentó por gusto. Es pues la metáfora la «translacion de un nombre ó verbo de aquel lugar, en que es propio, á otro en que falta el propio, ó que es mejor que el propio el transferido». Esto lo hacemos, ó porque es necesario, ó porque es mas expresivo, ó porque es mas decente. Hasta los rústicos en latin decian por necesidad *gemmare vites* (*), y ahora decimos : «estar lozanas las yerbas, alegrarse los sembrados.» Los oradores llaman á un hombre áspero ó duro, por no hallar nombre propio el para estas afecciones. Así para mayor expresion se dice : «encendido en cólera, inflamado de la codicia, y caido en el error;» porque los vocablos propios no podian expresar tan bien las cosas, como estos transferidos. Mas por adorno se usan aquellas expresiones : «luz de la oracion, claridad del linaje, tempestuosas asambleas, y rios de elocuencia;» y Ciceron, en la defensa de

(*a*) Isai. 11, v. 1. (*b*) Isai. 11, v. 6. (*c*) Ezech. 29.

(*) No hemos vertido esta frase : *Gemmare vites*, que Ciceron y Quintiliano pusieron entre las translaciones de la lengua latina: porque echar yemas las vides, que es lo que en español significa *gemmare vites*, no parece que sea translacion, siendo la voz yema ó hiema propia para significar el boton que arrojan los árboles.

Milon, llama á Clodio «fuente de su gloria», y en otro lugar «mies y materia».

4. Sin embargo parece cosa digna de admiracion, que todos se deleiten mas con las voces transferidas y ajenas, que con las propias. Cuando una cosa no tiene su nombre y vocablo propio, como pié en la nave, en la vid yema, obliga la necesidad entónces á que tomes de otra parte lo que no tienes. Pero aun teniendo los hombres muchas voces propias, gustan de las ajenas, si están bien transferidas. Y no es otra la causa, sino que la translacion es semejanza contraida á una palabra sola, y los ánimos se agradan mucho de la semejanza. Pero hay esta diferencia: que aquella se compara á la cosa que queremos expresar, esta se dice por la cosa misma. Es comparacion, cuando digo que el hombre hizo esto ó lo otro, como un leon; translacion, cuando digo del hombre, es un leon.

5. Toda la fuerza de la metáfora es de cuatro maneras. Cuando en cosas animadas se pone una por otra, como refiere Livio, que «Caton solia ladrar á Cipion». Las inanimadas se toman por otras del mismo género, como: «Nada hay mas suave que la armonía de las virtudes.» O por cosas animadas las inanimadas, como: «Dos rayos de Marte los Cipiones.» Y de ahí principalmente nace una maravillosa sublimidad, la cual, próxima á la osadía, se va levantando por medio de la translacion, cuando á las cosas sin sentido damos ciertas acciones y ánimos, como:

. . . . *pontem indignatus Araxes* (*d*).
Se indignó contra el puente el rio Araxes.

Y aquello de Ciceron (*e*): «¿Qué hacia, ó Tuberon, aquella tu desnuda espada en la batalla de Farsalia? Qué costado heria aquella punta? ¿Cuál era el sentir de tus armas?»

6. No pocas veces, por la grandeza de las cosas, usan las sagradas letras de esta misma metáfora con que á cosas inanimadas atribuyen afectos y acciones humanas, y aun convierten la oracion á ellas mismas. Tal es aquello (*f*): «Los rios aplaudirán con la mano: juntamente los montes brincarán de gozo en presencia del Señor.» Y en otro lugar (*g*): «Entónces saltarán de contento todos los árboles de los bosques delante del Señor, etc.» Porque la grandeza del asunto, es á saber, la venida de Cristo nuestro Señor al mundo, parece que requeria esto, atestiguándolo el mismo Dios, que dijo (*h*): «Si estos callaren, vocearán las piedras.»

7. Se debe huir en las translaciones la desemejanza, cual es la de aquel verso de Enio:

Cœli ingentes fornices,
Las grandes bóvedas ó arcos del cielo.

Debe tambien atenderse á que la semejanza no se traiga de léjos. Así mejor diria, «escollo del patrimonio,» que Sirte; mejor «sumidero de los bienes», que Caríbdis; porque con mas facilidad se llevan los ojos del alma á las cosas vistas que á las oidas. Hay tambien algunas translaciones humildes ó bajas v. g.: «Es una verruga de piedra;» otras mayores de lo que pide la materia, como, *tempestas comessationis*; otras menores, como, *comessatio tempestatis* (*).

(*d*) Virg. Æneid. 8, v. 728. (*e*) Cic. pro Q. Ligario c. 3. (*f*) Ps. 97. (*g*) Ibid. 95. (*h*) Luc. 19. (*) Parece que estas locuciones, *tempestas comessationis* y *comessatio tempestatis*, vertidas en español son inusitadas y nada significan con enerjía.

8. Pero así como el moderado y oportuno uso de las metáforas, hermosea la oracion, así el frecuente la obscurece ó la hace fastidiosa, y el continuo para en alegoría y enigma. Por lo que si temes que parezca la oracion un poco dura, se temperará proponiendo muchas veces algun verbo, como si en otro tiempo, muerto Marco Caton, se dijera: «Quedó huérfano el Senado,» fuera algo duro, mas si se dijera: «Quedó huérfano, digámoslo así, el Senado,» sería algun tanto mas suave. Porque la translacion debe ser vergonzosa, de suerte que parezca que fué llevada á un lugar ajeno, no que le asaltó; y que vino como con ruegos, no por fuerza. Tambien se ha de ir con gran cautela, en que no pensemos que todo lo que es permitido á los poetas, es adaptable á la prosa. Así ni diré «pastor del pueblo», porque lo dijo Homero (*i*); ni «remar las aves con sus alas», porque con grande hermosura lo usó Virgilio (*k*). A la verdad no hay modo mas florido en cada una de las palabras, ni que mas ilustre una oracion, que este; y por eso con razon nos hemos detenido tanto en explicarlo.

9. La «sinécdoque es un tropo en que por la parte se entiende el todo, ó al contrario; ó por lo antecedente el consiguiente». La cual descripcion comprehende aquellos ocho modos con que autores gravísimos escribieron hacerse la sinécdoque. Entiéndese por la parte el todo, como por la popa el bajel, la espada por la punta, ó por el techo la casa. Ciceron (*l*): «Apartamos sus puntas de nuestros cuellos.» Entiéndense asimismo muchos por uno, como cuando dijo Livio: «El romano vencedor de la batalla;» y Virgilio:

Hostis habet muros (*m*).
El enemigo ocupa las murallas:

ó por la forma ó especie el género:

. . . . *Dentesque sabelicus exacuit sus* (*n*).
El puerco sabélico amuela los colmillos:

por cualquier puerco: ó por la materia la obra hecha: así el acero se toma por la espada, el pino por la nave, y el oro ó plata por la moneda de estos metales. Ciceron: «Hombres armados y puestos en determinados sitios con el hierro.» Mas por el contrario se declara la parte por el todo, como en aquello de Virgilio:

Fontemque, ignemque ferebant (*o*).
Traian fuente y fuego.

De cuyo género es ó cuando de muchos se entiende uno; Ciceron á Bruto: «Hemos, dice, engañado al pueblo, y hecho parecer que somos oradores,» siendo así que hablaba de sí solo; ó cuando del género se entiende la parte sujeta á él; Virgilio:

Prœdamque ex unguibus ales,
Projecit (*p*).
Y de las uñas soltó el ave la presa.

Tambien de lo antecedente se muestra lo siguiente, como cuando dice el mismo poeta:

Adspice aratra jugo referunt suspensa juvenci (*q*):
Mira cómo llevan los bueyes colgados del yugo los arados.

De lo susodicho se ve claro, que la translacion se inventó para mover los ánimos y poner casi á la vista las cosas, como tambien que la sinécdoque sirve para enriquecer el lenguaje.

(*i*) Hom. Iliad. 4. (*k*) Virg. Georg. 4, v. 58. (*l*) Cic. in Catil. 3. (*m*) Virg. Æneid. 2, v. 290. (*n*) Ibid. Georg. 3, v. 255. (*o*) Ibid. Æneid. 12, v. 119. (*p*) Ibid. Æneid. 12, v. 255. (*q*) Ibid. Eclog. 2, v. 66.

10. Ni se aparta léjos de este género la metonimia, en la cual entendemos las causas por los efectos, ó los efectos por las causas, el contenido por el continente, ó la cosa por su señal. Declaramos los efectos por las causas cuando el inventor ó autor se pone por la cosa inventada. Virgilio :

. . . . onerantque canistris.
Dona laboratæ Cereris (r) :

Cargan en las banastas los dones que trabajó Céres.

A este modo ponemos á Platon, Aristóteles, Demóstenes, en lugar de sus escritos. Ciceron : «Dicen que leyó atentamente á Platon, que oyó tambien á Demóstenes.»

11. Por los efectos se significa la causa, cuando decimos : Se ha descubierto ó hallado el sacrilegio por el sacrílego, y la maldad por el malhechor. De donde los mejores autores dicen con elegancia : «Temor acongojado, triste vejez, y muerte amarilla.» Virgilio :

. . . . mæstumque timorem.
Mittite (s).

Apartad de vosotros el congojoso temor.

Y Horacio :

Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres (t).

Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente.

12. Tambien se entiende agraciadamente lo contenido, por el continente. Así las ciudades se llaman bien morigeradas, así el siglo se dice feliz, y así Roma y Aténas se ponen frecuentemente por los romanos y atenienses. Virgilio :

. . . . Cœlo grattisimus amnis (v).

Rio muy agradable al cielo,

esto es, á sus moradores. Ciceron (x) : «Omitiendo, dice, aquella inventora de todas las ciencias, Aténas (quiere decir los atenienses), donde la mayor fuerza de la elocuencia se inventó y perficionó.»

13. Aquí pertenece tambien aquello en que por el poseedor se entiende la cosa poseida, y el ejército por su capitan. Virgilio :

. . . . Jam proximus ardet.
Ucalegon (y).

Ya arde el próximo Ucalegon,

esto es, su casa vecina. Así del hombre á quien disipan la hacienda, decimos que se le tragan. Y que «sesenta mil hombres fuéron muertos en Canas por Anibal», esto es, por sus tropas.

14. Finalmente se demuestra por la señal la cosa significada. Por donde la toga, que es símbolo de la paz y del ocio, se tomaba por la paz; y las mazas ó manojos de varas, por el magistrado :

Illum non populi fasces, non purpura regum
Flexit (z).

No le doblaron las mazas del pueblo, no la púrpura de los reyes.

A la metonimia, como dijo Ciceron, llaman los retóricos hipalage.

15. La antonomasia pone alguna cosa en lugar del nombre, como «conquistador de Cartago y de Numancia», en lugar de Cipion, y «príncipe de la elocuencia romana», por Ciceron. Y por epíteto :

(r) Virg. Æneid. 8, v. 180. (s) Ibid. Æneid. 1, v. 206. (t) Hor. Lib. 1, Od. 4. (v) Virg. Æneid. 8, v. 64. (x) Cic. De Orat. lib. 1, cap. 2. (y) Virg. Æneid. 2, v. 311. (z) Virg. Georg. 2, v. 895.

Et arma viri thalamo quæ fixa reliquit,
Impius (a).

Y las armas del varon, que el impío dejó clavadas en el lecho.

Donde puso Virgilio impío en lugar de Enéas. Así á Aristóteles llamamos por excelencia el filósofo, y á Virgilio el poeta. Distínguese la antonomasia de la perífrasis, en que aquella se refiere á solos los nombres de las personas, mas la perífrasis, de que tratarémos despues, se extiende latísimamente á lo demas, que mejor se significa con algun rodeo, que con nombre propio.

16. Al epíteto, ó *appositum* en latin, le hace Diómedes una especie de antonomasia. Y ordinariamente es un nombre adjetivo, añadido á un nombre propio para adornar, amplificar ó señalar. No pocas veces se junta tambien á otros nombres que no son propios de personas. Ni hace al caso que estos epítetos sean ó no sean nombres adjetivos, como de cualquier modo se atribuya alguna propiedad, no solo á las personas, sino tambien á las cosas, como «la precipitada juventud», «el precipitado, loco é imprudente amor», el deleite «cebo de males,» la «impertinente y mal acondicionada» vejez, la filosofía «desterradora de vicios», la historia «maestra de la vida».

17. En los poemas se podrá usar de epítetos naturales, como la «blanca» nieve, los «líquidos» cristales, la noche «fria», el «deleznable» rio, el «dorado» sol. En prosa no convendrá usarlos, á ménos que tengan alguna énfasis, y pertenezcan al propuesto asunto. Como, no recabarás tan injusto pleito de un Arístides «justísimo». Y delante de un Caton, «severísimo censor de las costubres,» ¿te atreves á cometer liviandades? Esto se hará principalmente cuando se citan ejemplos ó sentencias; el «eruditísimo» y juntamente «diligentísimo» Aristarco; Ciceron, «príncipe de la elocuencia;» Platon, «autor gravísimo.» Y sobre todo se adornan los epítetos con translaciones, como, la «desenfrenada» codicia, los «locos» edificios, etc. Suele tambien en Virgilio hacerse el epíteto con la mezcla de otros tropos, «torpe necesidad, triste vejez.» Pero es tal la condicion de esta virtud, que toda oracion sin epíteto queda desnuda y como desaliñada, aunque no por eso se ha de cargar de muchos, porque se hace larga y embarazosa, y semejante á un ejército que tuviese tantos vivanderos como soldados, en el cual siendo doblado el número, no serian dobladas las fuerzas.

18. Pero á veces se multiplican con tanta elegancia los epítetos, que ellos mismos sirven como de difinicion ó descripcion, y aun frecuentemente explican toda la naturaleza de la cosa y sus propiedades : Así San Juan Clímaco (b) : «La soberbia, dice, es negacion de Dios, invencion de los demonios, desprecio de los hombres, madre de la condenacion, hija de las alabanzas humanas, argumento de esterilidad espiritual, destierro de la ayuda de Dios, precursora de la locura, ministra de las caidas, materia de los pecados, fuente de ira, puerta del fingimiento, castillo de los demonios, obradora de crueldad, riguroso inquisidor de las culpas ajenas, juez cruel de los hombres, adversario de Dios y raiz de blasfemias». Asimismo Orígenes, de la mujer cananea dice : «La mujer, principio de la culpa, arma del diablo, destierro del paraíso, madre del delito, corrupcion de la ley antigua, venía al Señor Jesus.» Así tambien el apóstol San Júdas, hablando en su canónica de los falsos

(a) Ibid. Æneid. 4, v. 495. (b) S. Joan. Clim. Scal. grad. 23.

apóstoles, dice (c): «Estos son la afrenta y la deshonra de los convites de caridad, comiendo en la mesa sin ningun miramiento, y sin otro cuidado que el de saciarse á sí mismos; estos son nubes sin agua, que se las llevan los vientos; árboles que no florecen sino en otoño; árboles estériles, dos veces muertos y arrancados de raiz; furiosas ondas del mar, de donde salen, como una inmunda espuma, sus suciedades é infamias.»

19. La *catachresis*, que rectamente decimos abusion, acomoda á las cosas que no tienen nombre propio, otro mas cercano. Así Virgilio:

. . . . . *equum divina Palladis arte....*
Ædificant. (d)

Fabrican un caballo con el arte divina de Pálas.

Y los griegos llamaban *pyxides*, que significa vasos de boj, á los vasos, de cualquier materia que fuesen. Y tambien se llama parricida el matador de madre ó hermana. Este tropo, segun enseña Fabio (e), es muy semejante á la metáfora, pero con todo se distingue de ella, porque la *catachresis* ó abusion acomoda á una cosa que está sin nombre, el de otra vecina ó cercana; mas la metáfora, aunque no falte nombre, le toma ajeno de cualquiera parte, solo con que la cosa tenga semejanza. ¿Qué es mas cercano ó propincuo al matador de un padre, que el matador de la madre, hermana ó hermano? Este pues se llama por abusion parricida, porque no tiene nombre en la lengua latina. Por el contrario, ¿qué cosas mas distantes que el árbol y la república? Y sin embargo se dice «república floreciente» con una voz transferida del árbol, por alguna semejanza con él. De donde se ve que aunque sean parecidos estos dos tropos, no obstante son diversos.

20. La alegoría, que se interpreta inversion, muestra una cosa en las palabras y otra en el sentido, y aun á veces la contraria. Así Virgilio:

Sed nos inmensum spatii confecimus æquor...
Et jam tempus equum fumantia solvere colla (f).

Mas habiendo nosotros caminado
Tanta llanura, inmenso trecho andando,
Ya es tiempo de quitar á los caballos
El duro yugo, y al reposo dallos.

Que es decir en sentido propio:

Mas nosotros un inmenso
Tratado habemos escrito:
Y es justo que descansemos
Y que demos fin al libro.

Frecuéntase en la oracion la tal alegoría, pero pocas veces toda ella: las mas va mezclada de voces claras. Toda lo es en esta oracion de Ciceron: «De esto verdaderamente me admiro y me quejo, que de tal suerte quiera un hombre atropellar á otro con palabras, que aportille hasta la nave en que él mismo navega.» Mas aquel género de alegoría entreverado es frecuentísimo: «Yo ciertamente entendí siempre, decia el mismo Ciceron (g), que Milon solamente habria de aguantar las demas borrascas y tormentas en aquellas olas de los congresos.» Si no hubiera añadido estas últimas palabras «olas de los congresos», sería alegoría pura; con ellas la mezcló.

21. Pero es mucho mas hermoso aquel género de oracion, en que se ve mezclado el adorno de estas tres cosas: semejanza, alegoría y translacion. Así dice Fabio: «¿Qué estrecho de mar hay, que tenga tantos movimientos, tan varias agitaciones, mudanzas, ondas, cuantas perturbaciones y mareas tienen los congresos generales del pueblo? Un dia ó una noche no mas que se atraviese de por medio, basta muchas veces á trastornarlo todo: y un pequeño airecillo de rumor hace tal vez mudar todos los sentimientos. Porque esto principalmente ha de mirarse, que acabes en el mismo género de translacion que comenzaste; pues hay muchos que habiendo tomado principio de una tempestad, acaban en incendio ó en ruina, que es una inconsecuencia de cosas feísimas.»

22. A mas de esto los escritos de los profetas están ilustrados, entre otros tropos, de bellísimas alegorías, y de una consecuencia admirable de palabras. Cual es aquella de Isaías (h): «De la viña plantada por el amado, en un lugar elevado, pingüe y fértil.» La cual alegoría tambien con no menor elegancia va siguiendo David en siete versillos continuados, diciendo (i): «Trasladaste de Egipto la viña, arrojaste los gentiles, y la plantaste... Extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus mugrones hasta el rio, etc.»

23. La ironía, que llaman burla, es alegoría, que no solo muestra una cosa en el sentido y otra en los términos, sino lo contrario; y ó bien se entiende por la pronunciacion, ó por la persona, ó por la naturaleza de la cosa. Porque si alguna de ellas disiente en las palabras, se ve ser diferente la voluntad de la oracion. Ciceron contra Clodio: «Tu integridad te justificó, creeme; tu vergüenza te libró; la vida, que llevaste, te guardó.» Y Turno en Virgilio:

Meque timoris
Argue, tu Drance, tot quando stragis acervos
Teucrorum tua dextra dedit (k).

Y tú, Drances valeroso,
Dame de cobarde el trato;
Pues que tu diestra mató
Tanto monton de troyanos.

24. La perífrasis, en latin *circuitio*, y en español circunloquio ó rodeo de palabras, al modo que la alegoría no se hace en un vocablo solo, sino en muchos; cuando lo que podia decirse en una, lo decimos con muchas palabras, para que así sea la oracion mas llena ó expresiva. Lo cual se hace muy á menudo, cuando para mayor hermosura juntamos un caso oblicuo al recto, como: «La providencia de Cipion quebrantó las riquezas de Cartago,» en lugar de decir: «Cipion arruinó á Cartago.» Así decimos: «Admirar la hermosura y elegancia de la virtud,» por decir «admirar la virtud». Y: «Aborrecer la fealdad y torpeza del pecado,» por «aborrecer al pecado». Figura de hablar de que usa frecuentísimamente y con gran primor el elocuentísimo Osorio.

25. Mas este tropo consta de otros modos: conviene á saber, de etimología, notacion ó nota, y difinicion. La etimología cuando explicamos la razon del nombre: como si uno llama heredipeta al que apetece y solicita herencias ajenas, ó gloton á un hombre dado á la gula, ó filósofo á un hombre aficionado á saber, gramático al que enseña las letras, hacendado al que tiene mucha hacienda, gran ganadero al que posee gran porcion de ganados.

26. De notacion constará este tropo, cuando describimos con ciertas señales accidentales alguna cosa, como si uno entendiendo la ira, dice: «El hervor del ánimo

(c) Jub. Canon. v. 12. (d) Æneid. 2, v. 15. (e) Quintil. Instit. lib. 8, cap. 3. (f) Georg. 2, v. 541. (g) Cic. pro Mil. cap. 2.

(h) Isai. 5. (i) Ps. 79. (k) Virg. Æneid. 11, v. 383.

ó de la bílis,» que induce amarillez en el semblante, ardor en los ojos, temblor en los miembros. Tambien es de este género aquello : *Qui digito scalpunt uno caput.* «Los que con un dedo se rascan la cabeza», con que se notan los delicados y poco varoniles. O si dices : *Cubito se emungit.* «Límpiase las narices con el codo», significando al que vende especias.

27. Constará de difinicion, como si uno dice : «El arte de bien hablar» por la retórica : *peculator* al que robó al tesoro público : «hombre tirano» al que con violencia hubiere oprimido las leyes y libertad de los ciudadanos.

28. Esto sea dicho de los tropos, los cuales, como ántes dijimos, dan á la oracion muy grande adorno : de todos los cuales es una misma la razon y naturaleza : es á saber, en lugar del nombre conocido y propio de una cosa, sustituir otro que sea mas primoroso, ó mas expresivo, ó que tenga tambien la fuerza de prueba y de argumento. Y para manifestar la fuente de esta virtud, que da mucha luz á esta facultad, debe saberse, que de ningun modo puede usarse un nombre por otro, sino es que le sea muy cercano y como deudo. Lo son de las cosas aquellos que arriba dijimos atribuirse á las cosas ó personas de donde procedan los tópicos, esto es, los asientos de los argumentos, cuales son el género de la cosa, la especie, la difinicion, las propiedades, los accidentes ó sean antecedentes, ó concomitantes, ó consiguientes, las causas, los efectos, el todo, las partes, los semejantes y lo demas de este género.

29. Teniendo pues todas estas cosas fuerza de argumento, deberá un perito artífice usar á menudo de estos atributos de las cosas, en lugar de las cosas mismas, para que sea la oracion mas vehemente, por cuanto semejantes nombres equivalen al argumento, ó como dicen los dialécticos, tienen virtud de medio. Así, aquella sabia mujer dijo á Joab (*l*), que ponia sitio á la ciudad de Abela : «¿Por qué precipitas la herencia del Señor?» En la cual oracion amplificó el mal de un asedio con la palabra «precipitar», y con la voz de «herencia» que puso por el nombre propio de la ciudad, expresó la fuerza del argumento, verdaderamente acre. Por cuyo ejemplo se ve claro, que para todos los usos á que sirven los tópicos, sirven tambien los tropos, que de ellos traen orígen. Contándose pues la semejanza entre los tópicos, y siendo ella á proposito para probar, amplificar, ilustrar las cosas, ponerlas delante de los ojos, y para deleitar ; síguese que tambien la metáfora, que dicen ser una breve semejanza, sirve para todos estos usos, y que ocupa el primer lugar entre todos los tropos.

30. Tambien debe advertirse que esta facultad importa muchísimo, no solo para el ornato del sermon, sino tambien para entender los escritos de los profetas, que usan con mucha frecuencia de estos tropos. Porque si en sus escritos advirtiere uno con diligencia las expresiones de que ellos usan en lugar de los nombres propios de las cosas de que hablan, hallará que no solo usaron de metafóricas y alegóricas locuciones, sino tambien de otros tropos, cuando ponen el efecto por la causa, ó la causa por el efecto, ó el todo por la parte, ó la parte por el todo, ó el nombre propio por el comun, ó el comun por el propio, ó los instrumentos por la cosa hecha con ellos, ó las circunstancias de las cosas por ellas mismas.

(*l*) 2 Reg. 20.

31. Tal es aquello de Jeremías (*m*) : «Preguntad y ved si son los hombres los que paren. ¿Pues por qué vi yo á los hombres que tienen sus manos sobre sus lomos, como una mujer que está en los dolores de parto?» Donde por los consiguientes significó la grandeza de la calamidad. Semejante á esto es aquello del mismo (*n*) : «Llamad á las mujeres lloradoras, y enviad por las que están mas léjos, etc.» queriendo mostrar con estas señales la amargura de la desgracia venidera. Y cuando Amos, encareciendo la inhumanidad de los ricos, dijo (*o*): «Nada padecian por la afliccion de Josef,» puso el nombre propio por el comun de los pobres y miserables, como notó San Agustin, quien recomendó sobremanera este tropo del Profeta. Y cuando dijo el Apóstol (*p*) : «No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer á sus apetitos,» puso el efecto por la causa del pecado, es á saber, por la concupiscencia y cebo de donde nacen los pecados. Mas por el contrario, cuando dijo (*q*) : «Los hombres con la fe se justifican,» puso la parte por el todo; porque la fe es la raiz y fundamento de todas las cosas que se requieren para la justificacion, en cuyo lugar puso la fe. Así leyendo en las escrituras *quinquagesimum caput* ó *quinquaginta capita*, entendemos el todo por la parte principal.

Pero en su lugar explicarémos de qué manera pueda adquirir el predicador copia de términos muy cultos, en los que se hallen estas bellezas de los tropos.

CAPITULO VII.

Del ornato que se halla en las voces juntas, y en primer lugar de las figuras.

1. Habiendo dicho poco há, que el ornato ó adorno de la oracion está puesto parte en cada voz de por sí, parte en muchas juntas; ya que hemos hablado de los tropos, que sirven para la primera parte del adorno, resta que hablemos ahora de la postrera, que se descubre en las voces juntas. Mas este adorno principalmente consta de figuras, de composicion, y de diversas formas de hablar, ajustadas á la dignidad de los asuntos. De estas pues se ha de tratar en la parte que resta de este libro, empezando de las figuras, dichas en griego *schemas*, en las cuales está puesta la parte mas importante del ornato y elegancia. Usólas Demóstenes con tanta frecuencia, que casi todo lo que dice procura adornarlo con alguna figura semejante. A título de lo cual muchos imaginan, como escribe Ciceron, que fué sumamente admirable su elocuencia.

2. Hase pues de explicar primero la difinicion y division de la figura. La figura, como difinen los retóricos, es una forma de oracion apartada del modo comun y mas obvio, con el cual la locucion recta se muda en otra con mayor enerjía. Para que declaremos esto llenamente, conviene saber : que al modo que á un mismo cuerpo se le pueden acomodar muchos vestidos, de los cuales unos vienen bien á la gentileza, otros á la gravedad, otros al llanto y tristeza, otros á la humildad y santidad ; así una sentencia misma puede explicarse, y en cierto modo vestirse de figuras y formas diferentes, de las cuales, unas representen hermosura, otras gravedad, otras fuerza y acrimonia. Es propio pues de un artífice erudito escoger aquella figura, y como hábito que mejor

(*m*) Jer. 30. (*n*) Ibid. 9. (*o*) Amos 6. (*p*) Rom. 6. (*q*) Ibid. 3.

cuadre, para pronunciar la sentencia, ó para nuestro intento. Pongamos ejemplos de esto.

3. Podia decir el Apóstol lisa y llanamente (*a*): «Si alguno enferma, tambien enfermo yo: si alguno se escandaliza, tambien me quemo yo.» Mas, apartándose de este modo de hablar sencillo y mas obvio, lo dijo con mucha mayor vehemencia y elegancia, por la figura de interrogacion. «¿Quién cae enfermo y no enfermo yo? ¿Quién se escandaliza y no me abraso yo?» Semejantemente podia decir (*b*): «Nada podrá apartarme del amor de Cristo, etc.» Pero cuánto mas acre y mas elegante modo es: «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Por ventura habrá tribulacion, ó angustia, ó peligro, etc., que para ello baste?» Mas: con simple oracion podia decir (*c*): «No pueden los hombres invocar á Dios, de quien nada oyeron; ni oir, si no se les anuncia: ni nadie le puede anunciar, si Dios no le envía.» Pero con mucha mayor elegancia dice: «¿Cómo invocarán á aquel, en quien no creyeron; ó cómo creerán en aquel, de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo oirán hablar, si no hay quien les predique? ¿Y cómo los predicadores les predicarán, si no son enviados?» Aquí se juntan á un tiempo muchas virtudes de elocuencia; porque hay repeticion, interrogante, gradacion, y tambien miembros de oracion de casi igual número de sílabas. Tambien San Gregorio hubiera podido decir sencillamente: «Es de admirar que venga al Señor una mujer pecadora; y asimismo es de admirar, que ella propia sea misericordiosamente arrastrada, y benignamente recibida por él.» Pero cuánto mas elegante es explicar esta sentencia con oracion figurada, de este modo: «¿De qué nos admiramos pues, hermanos, de María que viene, ó del Señor que la recibe? ¿Diré que la recibe, ó que la trae? Mejor diré que la trae y la recibe juntamente.» A este modo Sedulio, habiendo podido decir: «Aquella primer mujer, y la antigua serpiente, nos hicieron muchísimo daño;» con mucho mas primor y vehemencia dijo:

Heu noxia conjux!
Noxia tu magis, an draco perfidus ille?
Perfidus ille draco, sed tu quoque noxia conjux (*d*).

¡Oh consorte perniciosa!
¿Es aquel dragon mentido,
O eres tú mas venenosa?
Bien falsa la sierpe ha sido:
Tú tambien, mujer dañosa.

Del mismo modo solemos sencillamente decir: «Es compañera de la virtud la envidia, que persigue de ordinario á los hombres de bien.» Pero con mayor fuerza decimos por exclamacion: «¡Oh envidia, compañera de la virtud, que á los buenos de ordinario sigues y aun persigues!» Con estos ejemplos puede, en mi dictámen, entenderse fácilmente la difinicion y uso de la figura.

4. A la difinicion se sigue la division. Porque en dos maneras son las figuras: unas de palabras, otras de sentencias. Las de palabras son aquellas que constan de una agraciada y primorosa colocacion de las mismas palabras, quitada la cual, se muda ó quita la figura. Las de las sentencias son aquellas que no están puestas en las voces, sino en las cosas mismas, como cuando exclamamos, ó preguntamos, ó suplicamos, ó decimos que dudamos algo, ó tambien lo deseamos. Cuéntanse asimismo entre las figuras de sentencias, las descripciones de cosas y de personas, esto es, las raciocinaciones, notaciones, sentencias y epifonemas de que ántes hablamos, y muchas otras fuera de estas.

5. Mas como las figuras de palabras sirven de adorno y elegancia á la oracion, debe considerarse atentamente de dónde se origine este adorno, cuyo conocimiento será importantísimo para el uso de ellas. Débese pues saber, que la gracia y hermosura de todas las cosas, que se percibe por los sentidos ó por el entendimiento, consta principalmente de cierta proporcion y simetría de partes, entre sí aptamente ordenadas. Así aquel peritísimo Arquitecto de todas las cosas, que quiso hacerlas todas hermosísimas, las hizo con número, peso y medida; y al hombre mismo, entre lo demas, le crió de tal naturaleza, que se deleitase muchísimo con los números, y apta simetría de las cosas. Y por esta causa la hermosura lisonjea á los ojos, la armonía de las voces ajustada á sus números, recrea los oídos, y los versos de los poetas, que están elegantemente atados á las leyes del metro, nos deleitan. Por lo que no es de extrañar que el adorno, que consiste en las figuras de las palabras, esté constituido en una apta y elegante colocacion y proporcion de las voces. Mas qué entienda yo por el nombre de proporcion (permítaseme usar de esta voz), lo declararán fácilmente los ejemplos que voy á proponer.

6. Tomemos aquella sentencia de Eusebio Emiseno: «Es crueldad de fieras estimar á Dios en ménos, porque dió mas: de suerte, que por eso reciba de tí ménos honra, porque dió mas dignidad.» Ves aquí claramente una proporcion entre voces contrarias y de semejante cadencia. El mismo Eusebio, exponiendo aquel lugar (*e*): «Un niño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado,» dice así: «Nos ha nacido el que para sí era. Fué dado por la divinidad, nacido de una Vírgen. Nacido, quien sintiera el fin: dado, quien ignoraba el principio. Nacido, quien fuese aun mas jóven que la madre: dado, quien ni el padre le fuese mas anciano. Nacido, quien muriese: dado, de quien la vida naciese. Y así se ha dado el mismo que era: ha nacido el que no era. Allí domina, aquí se humilla. Para sí reina, y para mí milita.» El mismo tambien, hablando de la resurreccion de los cuerpos, dice así: «La misma carne será honrada con premios, que fué probada con suplicios. La misma se gozará en los dones, que triunfó en los dolores: la cual, por eso con paciencia se dolió afligida, porque con fe creyó que sería restaurada.»

7. En todos estos ejemplos, ¿quién no ve el número y proporcion de semejantes, de desemejantes y de contrarios que mutuamente entre sí se corresponden? De la misma suerte se halla tambien á veces un número y proporcion igual en las antífonas y versículos eclesiásticos: cual es aquello en las alabanzas de San Martin: «¡Oh varon inefable, ni vencido por el trabajo, ni vencible por la muerte; que ni temió morir, ni rehusó vivir!» Aquí se ve cómo se corresponden las voces: «trabajo y muerte, vencido y vencible, morir y vivir, temer y rehusar.» En todos estos ejemplos es la oracion con puntos y comas por cualquier lado redonda, de que tratarémos en su lugar.

8. Mas, porque San Agustin, omitiendo tambien á los demas padres, se deleitó en grande manera en este género de locucion, referiré con gusto algunos ejemplos suyos, que San Próspero Aquitanio apuntó y recopiló;

(*a*) 2 Corint. 11. (*b*) Rom. 8. (*c*) Ibíd. 10. (*d*) Sedul. Carm. Pasch. lib. 2, v. 6.

(*e*) Isai. 9.

los cuales, fuera de que son dignos de que se lean, darán muchísima luz á este precepto. Dice pues así: «La ley de Dios fué dada, para que se buscase la gracia; y la gracia fué dada, para que se cumpliese la ley, que no se podia cumplir, no por vicio suyo, sino por el vicio de la naturaleza corrompida; el cual vicio habia de ser descubierto por la ley, y curado por la gracia.» El mismo: «La divina bondad por eso en gran manera se enoja en este mundo, para no enojarse en el venidero; y aplica misericordioso el castigo temporal, para no dar justiciero un suplicio eterno.» El mismo: «Es verdadera la confesion, y buena la oracion, cuando es uno mismo el sonido de la boca y del corazon; pues hablar bien y vivir mal, no es otro que condenarse con su propia voz.» El mismo: «Con tal afecto y deseo ha de ser Dios venerado, que él mismo sea la paga de su veneracion. Porque quien reverencia á Dios para merecer otra cosa mas que á él mismo, no venera á Dios, sino aquello que conseguir desea.» El mismo: «No sabe el pecador que le castigan, sino cuando con notorio suplicio sintiere, sin querer, cuán grave mal sea el que ejecutó queriendo.» El mismo: «No ha de juzgarse mala aquella muerte á que precedió una buena vida; porque no hace mala una muerte, sino lo que se sigue á la muerte. Así los que por fuerza han de morir, no deben ansiarse mucho del achaque de que mueren, sino á qué parte los han de echar, muriendo.»

El mismo: «Cualquier daño que á los justos causan los injustos dueños, no es pena del delito, sino exámen de la virtud; porque el bueno, por mas que sirva, es libre; mas el malo, aunque reine, es esclavo, y no de un hombre, sino (lo que es mas sensible) de tantos dueños como tiene vicios.» El mismo: «El diablo soberbio condujo á la muerte al hombre ensoberbecido. Cristo humilde redujo á la vida al hombre obediente. Porque así como aquel altivo cayó y derribó al que consentia, así este humillado resucitó y elevó al que creia.» El mismo: «En las cosas espirituales, cuando la menor se junta á la mayor como la criatura al Criador, ella se hace mayor de lo que era, no él. Y ser mayor es ser mejor, porque la criatura que se allega al Criador, no se hace mas crecida en la estatura, sino mayor en la virtud.» El mismo: «Todos los dichosos tienen lo que quieren. Así son desdichados los que, ó no tienen lo que quieren, ó tienen lo que bien no quieren. Luego mas cerca está de la dicha la voluntad recta, aun no alcanzando lo que desea, que la siniestra, aunque haya obtenido lo que desea.» El mismo: «Quien alaba á Dios en las maravillas de sus beneficios, alábele tambien en los terrores de sus venganzas. Porque tambien halaga como amenaza. Si no halagara, no habria exhortacion; si no amenazara, no habria enmienda.»

9. En todos estos lugares se echa de ver, aun de los ménos atentos, un cierto aseo de proporcion, con que una voz se contrapone á otra, y tienen mucha correspondencia. Mas no hay lugar en que no sean muy frecuentes y obvios semejantes ejemplos, de manera que se me puede justamente reprehender que haya cargado de tantos una cosa tan notoria. Sin embargo, lo hice para manifestar que esta parte de decoro y belleza que se descubre en las figuras de las palabras, mana de la misma fuente de donde suele manar toda la hermosura de las otras cosas, que constan de arte ó naturaleza; y al mismo tiempo para que de esta suerte quedasen avisados los que desean hablar con elegancia, que procuren reducir á esta forma de locucion aquello que por su naturaleza es capaz de esta hermosura; porque esta gracia de la oracion debe ir siguiendo á la naturaleza de las cosas, mas no afectarse. Y aun cuando dirémos una verdad notoria, debe usarse con gran parsimonia de este género de locucion, para que evitemos el peor vicio de todos, que es la afectacion; porque quita el crédito que debe darse al orador.

10. Los padres San Agustin, Eusebio Emiseno, San Pedro de Rávena y San Bernardo se deleitaron tanto en este modo de hablar, que apénas usan con mas frecuencia de otro género de elocucion. Y San Gregorio á estos números ciñe casi todas sus sentencias. Lo que hace con tan agraciada hermosura San Pedro de Rávena, que por esta razon principalmente mereció el nombre de Crisólogo. Y aunque los retóricos mandan usar parcamente de esta figura, por causa de tener ella mas de gusto y de suavidad, que de gravedad; con todo es cierto que estos padres, que arriba mencionamos, frecuentísimamente usaron de ella, como lo muestran sus escritos.

11. Pero volviendo al asunto porque dije esto, se ha de saber, que muchas figuras de palabras manan de esta fuente de proporcion. Y advertimos que la proporcion es de tres maneras: ó de un verbo al mismo verbo que se corresponde con cierto órden y número, ó de un semejante á otro, ó de un contrario á otro contrario, de cualquier modo que lo sea; porque los dialécticos cuentan diversos géneros de contrarios. De estos tres géneros de proporciones nacen como tres clases de figuras, que consisten en las palabras, á las cuales, despues de haber hablado de ellas, añadirémos algunas otras, en parte semejantes y en parte contrarias, pues entrambas pertenecen á un mismo órden y tratado.

CAPITULO VIII.

De la primera clase de las figuras de palabras.

§. I.

De la repeticion.

1. En la primera clase, en que se repite una misma palabra con elegancia, ocupa la repeticion el primer lugar, que es cuando en cosas semejantes y diversas se toman continuadamente los principios de una misma palabra. Así San Cipriano dice (*a*): «Si somos hijos de Dios, si hemos empezado ya á ser templos suyos, si habiendo recibido al Espíritu Santo, santa y espiritualmente vivimos; si de la tierra hemos alzado los ojos al cielo, si hemos levantado el pecho, lleno de Dios y de Cristo, á lo soberano y divino, no hagamos sino lo que es digno de Dios y de Cristo.» Y él mismo despues contra algunos confesores de Cristo, que vivian un poco relajados, bajo del nombre de uno solo declama en esta forma (*b*): «Es confesor; mas despues de la confesion el peligro es mayor, porque está mas provocado el enemigo. Es confesor; tanto mas firme debe estar en el Evangelio del Señor, habiendo conseguido del Señor gloria por el Evangelio. Es confesor; sea humilde y quieto, sea en sus acciones por la disciplina modesto, para que el que se dice confesor de Cristo, imite á Cristo,

(*a*) S. Cip. Lib. de Unit. Eccles. (*b*) Ibid.

á quien confiesa. Confesor es de Cristo; pero si despues no se blasfema la dignidad y majestad de Cristo. La lengua que confiesa á Cristo, no sea maldiciente, no turbulenta, no se oiga estruendosa con oprobrios y rencillas. Pero si despues fuere culpable y detestable, si diere á conocer su confesion con malas palabras, si manchare su vida con torpe fealdad, finalmente, si abandonando la Iglesia, donde es hecho confesor, y rompiendo la concordia de la unidad, mudare la fe primera con la posterior perfidia, no puede lisonjearse por la confesion, etc.»

§. II.

De la conversion.

2. La conversion es por la cual no repetimos, como ántes, la primer palabra, sino que volvemos encontinente á la última. San Cipriano (*c*): «Dios no puede verse: es mas claro que lo que se ve; ni tocarse: es mas puro que el tacto; ni valorarse: excede todo valor. Y por eso entónces estimamos dignamente á Dios, cuando le llamamos inestimable.» El mismo (*d*): «Aquel, cualquier que sea á quien persigues, podrá escaparse y librarse de tí, tú de tí mismo huir no puedes; á cualquier parte que huyeres, topas con tu enemigo: el contrario está siempre en tu pecho, la ruina está encerrada dentro. Atado y preso estás con indisoluble ñudo de cadenas, eres cautivo de una envidia dominante, ni consuelos algunos te alivian.»

Semejante á esto es aquello del Apóstol (*e*): «Hebreos son, tambien yo; israelitas son, tambien yo; semilla de Abrahan son, tambien yo; ministros de Cristo son, aunque me exponga á incurrir en la nota de imprudente, me atrevo á decir que yo lo soy mas que ellos.» Asimismo Séneca (*f*): «Esta es, dice, una eterna infamia de Alejandro, que no borrará ningun valor, ninguna felicidad de sus armas. Porque cuantas veces uno dijere: mató muchos millares de persas; le opondrán: tambien mató á Calistenes. Cuantas veces se dijere: mató á Darío, que poseía entónces un grande imperio; se le opondrá: tambien á Calistenes. Cuantas veces se dijere: todo lo venció, hasta el Océano, al cual domó tambien con nuevas armadas, y extendió su dominio, desde el ángulo de Tracia, hasta los fines del Oriente; se dirá: pero mató á Calistenes. Aunque excediese todos los antiguos ejemplos de capitanes y de reyes, de todo lo que hizo, nada es tan grande como la maldad de haber muerto á Calistenes.»

§. III.

De la complexion.

3. La complexion es la que abraza los dos adornos precedentes, de manera que se repita muchas veces el mismo verbo primero, y volvamos á menudo al mismo postrero. San Cipriano: «No está solo, quien en la fuga tiene por compañero á Cristo. No está solo, el que guardando el templo de Dios, donde quiera que estuviere, no está sin Dios.»

Pero es sucinta esta complexion. Puede ser mas extendida. De lo cual no tendré reparo de traer un ejemplo del santísimo Buenaventura, cuyo estilo, aunque no fluya con mucha suavidad, mas por el peso de las sentencias no debe ser ménos agradable á los buenos ingenios, que aquel que está adornado con mucha cultura y elegancia de palabras. Encarga pues con este género de adorno el ejercicio de la oracion, diciendo (*g*): «Si quieres tolerar con paciencia las adversidades, seas hombre de oracion. Si quieres vencer las tentaciones y tribulaciones, seas hombre de oracion. Si quieres mortificar tu propia voluntad, con todas sus aficiones y deseos, seas hombre de oracion. Si quieres conocer las astucias de Satanas y defenderte de sus engaños, seas hombre de oracion. Si quieres vivir alegremente y caminar por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oracion. Si quieres ejercitarte en la vida espiritual y no seguir los apetitos de la carne, seas hombre de oracion. Si quieres sacudir de tu alma las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oracion. Si quieres sustentar tu alma con la grosura de la devocion y con santos pensamientos y deseos, seas hombre de oracion. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazon en el camino de Dios, seas hombre de oracion. Finalmente, si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oracion; porque en ella se recibe la uncion y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas.»

De esta misma figura se vale San Gregorio, de este modo (*h*): «Considero, dice, á los padres del nuevo y viejo Testamento, David, Daniel, Amos, Pedro, Pablo y Mateo, y los estoy mirando, sin pestañear, con los ojos de la fe. Llena pues el Espíritu Santo á un mocito tañedor de cítara, y le hace salmista; llena á un muchacho abstinente, y le hace juez de los ancianos; llena á un pastor vaquero, y le hace profeta; llena á un pescador, y le hace príncipe de los apóstoles; llena á un perseguidor, y le hace doctor de las gentes; llena á un publicano, y le hace evangelista. Pues ¿cuán desatinados somos los que no buscamos este Espíritu?» Aquí se puede ver que los principios y fines de las palabras son unos mismos.

§. IV.

De la figura *traductio*.

4. *Traductio*, que en griego se llama *polyptoton*, y en español muchedumbre de finales, es la que hace, que poniéndose muchas veces una misma palabra, no solo no ofenda ó enfade, sino que vuelva la oracion mas aseada, de esta manera: «Quien nada tiene en la vida mas agradable que la vida, este no puede con la virtud cultivar la vida.» Mas: «¿Llamas tú hombre al que, si fuera hombre, jamas hubiera pedido tan cruelmente la vida de un hombre? Pero era enemigo; luego quiso de tal suerte vengarse de su enemigo, que se hallase ser de sí mismo enemigo.» Otrosi: «Deja á los ricos con sus riquezas, tú prefiere la virtud á las riquezas. Porque si quisieres comparar las riquezas con la virtud, apénas te parecerán bastante idóneas las riquezas que son criadas de la virtud.»

Mas repítense los mismos nombres. Primeramente en diversos casos, cual es aquello:

Imprecor arma armis, pugnent ipsique nepotes.
Littora littoribus contraria, fluctibus undas (*i*).

Con deseo vehemente
Pido armas á las armas:

(*c*) S. Cip. Lib. de vanit. idol. (*d*) Ibid. Lib. de Zel. et liv.
(*e*) 2 Corinth. 11. (*f*) Senec. Nat. quæst. lib. 6, c. 23.

(*g*) S. Bonav. Lib. Medit. Vitæ Chr. cap. 36. (*h*) S. Greg. Homil. 30. in Evangel. (*i*) Virg. Æneid. 4, v. 628.

Y sus mismos descendientes
Echen mano á las espadas:
Las costas del mar airadas
Dén contra las otras costas:
Y sus ondas mas hinchadas
Se estrellen con otras ondas.

Elegantemente dice tambien Pico de la Mirándula, hablando con Dios, así:

Namque tua es nostris major clementia culpis.
Et dare non dignis, res mage digna Deo est.
Quamquam sat digni, si quos dignatur amare,
Qui, quos non dignos invenit, ipse facit (*k*).

Porque mas que nuestras culpas
Es tu elemencia divina:
Y dar á los ménos dignos,
Es cosa de Dios mas digna.
Si bien harto dignas son
Las almas que amar te dignas;
Que las que no encuentras serlo
Tú mismo las haces dignas.

A esto, como ya dijimos, llaman los griegos *polyptoton*.

5. Tambien pertenece aquí la *epanalepsis*, esto es, la vuelta desde la última á la primer palabra. Como aquello de Virgilio:

Multa super Priamo rogitans, super Hectore multa (*l*).

Mil cosas á menudo preguntando
De Príamo, y otras mil del fuerte Héctor.

Asimismo aquello de Ciceron contra Verres: «Muchos y graves dolores se inventaron para los padres, para los parientes muchos.» Lo que tambien sucede entrometiendo alguna sentencia, de este modo: «Los bienes, ¡triste de mí! (pues consumidas ya las lágrimas, aun queda el dolor hincado en el corazon), los bienes, vuelvo á decir, de Neyo Pompeyo, andan sujetos á la durísima voz de un pregonero.»

6. Próxima tambien de esta es la *anadiplosis*, la cual repite una misma palabra al fin de la oracion antecedente y principio de la siguiente. Cual es aquello:

Urbs Etrusca solo. Sequitur pulcherrimus Astur,
Astur equo fidens, et versicoloribus armis (*m*).

. . . . Ciudad del suelo
Toscano. Sigue el hermosísimo Astur,
Astur, que de su veloz caballo fia,
Y en sus armas pintadas se gloria.

Así Ciceron contra Catilina (*n*): «¡Oh tiempos, oh costumbres! De esto está enterado el Senado, el cónsul lo ve, y con todo esto vive. ¿Vive? Aun mas: Viene al Senado, etc.» Y de esta manera tambien se repite la oracion, como aquello de Sedulio, que alegamos arriba: *¡Heu noxia conjux!* etc. Tambien se parece á esto aquello de Juan Pico de la Mirándula:

Sed premit, heu miseros, tantæ indulgentia sortis.
Quos fecit natos gratia, culpa reos.
Culpa reos fecit, sed vincat gratia culpam:
Et tuus in nostro crimine crescat honor (*o*).

Mas, ¡ay! que aqueja á los tristes
Un don de bien tan excelso;
A quienes hizo la gracia
Nacidos, la culpa reos.
Hízolos reos la culpa;
Mas lleve la gracia exceso
A la culpa, y la honra tuya
Crezca en el delito nuestro.

7. Es tambien parecida á esta la epiceusis, en latin *conduplicatio*, la cual duplica una misma voz, ó una misma sentencia. Una misma voz, como: «Tú, tú encendiste aquellos fuegos.» Y aquello otro:

Me me adsum, qui feci: in me convertite ferrum (*p*).

Yo estoy aquí, yo que lo hice:
Volved contra mí el acero.

(*k*) Picus Mir. (*l*) Virg. Æneid. 1, v. 754. (*m*) Ibid. Æneid. 10, v. 180. (*n*) Cicer. Orat. 1, in Cat. (*o*) Picus Miran. (*p*) Virg. Æneid. 9, v. 427.

Y Ciceron contra Catilina (*q*): «Vives, y vives, no para dejar, sino para acrecentar tu osadía.» Una misma oracion, de este modo: «¿No te comoviste cuando te besó los piés tu madre? ¿No te comoviste?» El mismo: «¿Aun te atreves á venir ahora á la presencia de estos, traidor á la patria? Traidor, digo otra vez, á la patria, ¿á venir te atreves á la presencia de estos?» Mueve por extremo al oyente la repeticion de una voz misma, y hace mayor herida, al modo que un dardo que hiere muchas veces una misma parte del cuerpo.

§. V.

De la gradacion.

8. La gradacion mana tambien de esta fuente de repeticion, que hace como una cadena de palabras, y es muy apropiada para instruir y deleitar. San Cipriano, en el sermon De la envidia, dice: «Tener celos del bien que veas, y envidiar á los mejores, parece á algunos culpa leve: de aquí es, que reputándose leve, no se teme; no temiéndose, se menosprecia; menospreciándose, no se evita fácilmente.» Asimismo San Gregorio: «Se ha de considerar de qué manera viene cada uno á la cumbre del gobierno; y llegando legítimamente á ella, cómo viva; y viviendo bien, cómo enseñe; y enseñando bien, con cuánta reflexion conozca cada dia su flaqueza.» Y el Apóstol (*r*): «La tribulacion, dice, obra es de paciencia; la paciencia, de probacion; la probacion, de esperanza; y la esperanza no confunde.» Y otra vez (*s*): «A los que en su ciencia previó y predestinó, á estos llamó; y á los que llamó, tambien los justificó, etc.» Y en el mismo capítulo, por interrogacion y repiticion, dice con muchísimo primor: «¿Cómo le invocarán, si no creen en él? ¿Y cómo creerán en él, si no han oido hablar de él? etc.» Y como allá dijo otro: «No sentí estas cosas y no las persuadí; ni las persuadí, que luego no empezase á hacerlas; ni empecé á hacerlas y no las perficioné; ni las perficione sin probarlas.» En este último ejemplo no solo hay decoro, sino fuerza tambien y acrimonia. Hasta aquí de las figuras que consisten en la repeticion de una misma palabra.

9. En estas figuras no es la falta de palabras la que obliga á repetirlas, sino una cierta gracia y donosidad que en ellas se halla; la cual mas fácilmente puede juzgarse por los oídos, que explicarse con palabras. Esta virtud, como todas las demas, tiene tambien su vicio próximo, que llaman tautología, esto es, una viciosa repeticion de un mismo vocablo, que no se hace por decoro, sino por falta de términos, de que tambien son jueces los oídos, como aquella: «Porque la razon de que no haya razon, no es razon de dar fe á la tal razon.»

CAPITULO IX.

De la segunda clase de figuras, que consisten en la semejanza de las palabras.

§. I.

De la igual.

1. De las figuras del segundo órden, que consisten en la proporcion de palabras semejantes, que mutuamente se corresponden, se cuentan cuatro principales, es á saber: la igualdad, la final semejante, la final de un mismo sonido, y la denominacion.

(*q*) Cicer. Orat. 1, in Cat. (*r*) Rom. 5. (*s*) Ibid. cap. 8.

2. La igual, que los griegos llaman *isocolon* y los latinos *compar*, es la que se compone de miembros que constan de igual número de sílabas. Esto no se ha de hacer con la enumeracion de las sílabas, que sería cosa pueril, sino con el uso y ejercicio que facilitan, que por cierto sentimiento y gusto del entendimiento, percibido por el oído, se haga un miembro igual al antecedente. San Cipriano (*a*): «El mundo mismo testifica su fin con el ejemplo de la decadencia de las cosas. No tiene el invierno tan copiosas lluvias para criar las semillas. No tiene el estío el acostumbrado calor para madurar las mieses. Ni en lo templado del verano están los sembrados alegres. Ni los otoños son tan abundantes de frutos.» Pero de tales ejemplos do quiera hay abundancia.

§. II.

De la final semejante, y final de un mismo sonido.

3. La final semejante, en griego *omoyoptoton*, y en latin *similiter cadens*, se dice adorno, cuando en una misma construccion de palabras hay dos ó mas que se construyen con casos semejantes. Pero la final de un mismo sonido, en griego *omoyotoleuton*, en latin *similiter desinens*, es cuando, aunque no haya casos en las palabras, son las terminaciones semejantes. Ejemplo de uno y otro se ve en estas palabras de San Cipriano contra Demetriano: «Ciertamente es trabajo vano y de ningun provecho, ofrecer la luz á un ciego, las palabras á un sordo, y la sabiduría á un bruto; no pudiendo entender el bruto, ni recibir luz el ciego, ni tampoco oir el sordo.»

4. Mas son en este género muy donosas y muy agradables aquellas frases, en las que no solamente los extremos, sino tambien los medios, se corresponden de muchas y varias maneras. En las cuales, cuánta sea la variedad, lo declaran los ejemplos. San Cipriano á Donato: «Toma, dice, no cosas discretas, sino fuertes; ni afectadamente aliñadas con lenguaje culto, para lisonjear los oídos del pueblo, sino con ruda verdad sencillas, para celebrar la piedad divina. Toma lo que se siente, ántes que se aprende; no aquello que por espacio de tiempo con largo conocimiento se recoge, sino lo que luego por el atajo de la gracia presurosa se adquiere.» El mismo contra Demetriano: «Quien se incita á lo malo engañándole la mentira, mucho mas se incitará á lo bueno constriñéndole la verdad.»

Todavía es mas larga, pero no ménos adornada, aquella sentencia de San Agustin, con que comparando en un bienaventurado mártir el dia de su nacimiento al de su muerte, dice así: «En aquel dia, del fastidioso vientre de la madre salió á esta luz que lisonjea los ojos de la carne; mas en este dia, de una profundísima cárcel salió á aquella luz que alumbra la vista del alma. Viviendo justamente, vino á una preciosa muerte; mas injustamente muriendo, partió á una gloriosa vida.»

§. III.

De la *paranomasia* ó denominacion.

5. La denominacion, en griego *paranomasia*, y en latin *annominatio*, es una manera de hablar, en que con una pequeña mudanza de una palabra en otra, se varía el sentido de la oracion. Como cuando dijo San Cipriano sobre El traje de las vírgenes: *Capilli tibi non sunt, quot Deus fecit, sed quos diabolus infecit* (*b*). «Tú no tienes el pelo que Dios hizo, sino el que el diablo contrahizo.» Y en el sermon De la mortalidad: *Defunctos fratres non esse lugendos, cum sciamus, non eos amitti, sed præmitti* (*c*). «No hemos de llorar á nuestros hermanos difuntos, sabiendo que no los hemos perdido, sino que nos han precedido.» Tal es tambien aquella sentencia de Fabio: *Nihil putamus esse perfectum, nisi ubi natura cura juvatur* (*d*): «Nada juzgamos perfecto, si lo que la naturaleza ha dado no lo perficiona el cuidado.» Asimismo muchísimas de San Bernardo, quien usa con mucha frecuencia y gracia de esta figura, como: *Benigna charitas afluit, non defluit.—Futuram hominis gloriam dæmon vidit, et invidit* (*e*). «El diablo vió y envidió la gloria venidera del hombre.» Y aquella: *Cain munera Deus non respicit quia illum despicit* (*f*). «No aprecia Dios los dones de Cain, porque le desprecia.» Tambien: *Magna superbia est uti datis, quasi innatis* (*g*). «Gran soberbia es usar de lo que Dios ha dado, como si no fuese prestado.» Y á este modo otras muchas en el mismo.

CAPITULO X.

De la tercera clase de figuras de palabras, que constan de nombres ó cosas opuestas.

§. I.

De los contrarios en general.

1. El tercer órden de figuras consiste en la proporcion de los contrarios; en las cuales hay tanto donaire y gracejo, que de cualquier modo que los contrarios se junten, adornan grandemente la oracion; y no solo la hácen gustosa, sino eficaz. Tal es aquello contra Catilina: «Venció á la castidad la lascivia, al temor la osadía, á la razon la locura.» Ni tiene ménos fuerza y eficacia aquello de San Cipriano en la carta á Cornelio contra los novacianos, pues dice así: «Por ventura, hermano amantísimo, ¿se ha de deponer para esto la dignidad de la Iglesia católica, y la autoridad y potestad sacerdotal, para que digan los que están fuera de la Iglesia, que quieren juzgar de la cabeza de la Iglesia, los herejes de un cristiano, los enfermos de un sano, los heridos de un entero, los caidos del que está en pié, los reos del juez, los sacrílegos del sacerdote?» Ni con ménos acrimonia reprehende Isaías el soberbio y lascivo adorno de las mujeres, diciendo (*a*): «Y les trocará el ámbar en hediondez, y la cintura rica en andrajo, y el rizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio.»

2. Mas por ser esta figura muy primorosa, la ilustrarémos con muchos ejemplos, para que de esta manera pueda entenderse su vario uso. San Cipriano (*b*): «Enhorabuenas, dice, deben darse cuando se separan de la Iglesia los malvados, para que con su cruel y venenoso contagio no inficionen á las palomas y ovejas de Cristo. No pueden unirse ni juntarse la amargura con la dulzura, las tinieblas con la luz, la lluvia con la serenidad, la guerra con la paz, con la abundancia la esterilidad, con las fuentes la sequía, con la bonanza la tempestad.» El mismo (*c*): «De la manera que Satanas se transfigura como en un ángel de luz, así soborna á sus ministros á

(*a*) S. Cip. Lib. ad Demetrianum.

(*b*) S. Ciprian. de Hab. Virg. (*c*) Ibid. Serm. de Mort. (*d*) Quint. Instit. Lib. 11, cap. 3. (*e*) S. Bernard. (*f*) Ibid. (*g*). Ibid.

(*a*) Isai. 3. (*b*) S. Cip. Lib. de Unit. Eccles. (*c*) Ibid.

modo de ministros de justicia, tomando la noche por el dia, la muerte por la salud, la desesperacion so color de esperanza, la perfidia bajo el pretexto de fe, al Anticristo bajo la voz de Cristo; para que aparentando cosas verosímiles, frustren con sutileza á la verdad.» El mismo en el sermon De la limosna: «El Hijo de Dios quiso ser hijo del hombre, para hacernos á nosotros hijos de Dios. Humillóse para levantar al pueblo que ántes estaba postrado. Fué herido para sanar nuestras heridas. Sirvió para dar libertad á los esclavos. Padeció muerte, para que muriendo diera inmortalidad á los mortales.»

El mismo tambien en el sermon De la pasion, hablando de la paciencia admirable de nuestro Salvador, dice así: «En la misma hora de la pasion, ¿qué oprobrios, qué denuestos, qué befas tan afrentosas no toleró? De manera, que aquel que con su saliva poco ántes habia dado vista á los ciegos, recibia con paciencia las salivas inmundas de los que le escupian en el rostro; aquel en cuyo nombre azotan sus siervos al diablo y á sus ángeles malos, sufria ahora los azotes mismos; el que corona á sus mártires con flores eternas, era coronado con espinas; el que da palmas á los vencedores, era abofeteado con las palmas de las manos; el que viste á los demas el traje de la inmortalidad, era desnudado del vestido terreno; el que da la comida del cielo, era allí alimentado con hiel; y se da á beber vinagre al que habia propinado la bebida saludable.» De esta misma figura usó el Apóstol, cuando dijo (*d*): «Maldícennos y bendecimos; padecemos persecucion y aguantamos; nos dicen injurias y retornamos oraciones.» Tambien el Hijo de Dios testifica por Isaías (*e*) que le envió su Padre «para dar á los afligidos una corona en lugar de la ceniza, oleo de regocijo en lugar del llanto, y un vestido de gloria en lugar del espíritu de tristeza».

3. Es tambien muy hermoso aquel género de contrarios, de que usa en alabanza de los mártires San Basilio, por estas palabras: «No mira el mártir los peligros, mira las coronas; no le amedrentan las llagas, sino que cuenta los premios; no ve á los sayones que por aquí bajo le azotan, sino á los ángeles alegres que desde arriba aclaman á los hombres; no atiende á los temporales riesgos, sino á la eternidad de los premios.»

§. II.

De la cohabitacion.

4. Hay tambien figura de cohabitacion, con la cual los contrarios se juntan á un tiempo en una misma cosa ó persona, lo que los dialécticos enseñan poder hacerse bajo de diferentes razones. Así del ave fénix, que despues de muerta resuscita, dice Lactancio: «La misma sin duda, pero no ella propia; porque es la misma, y no es la misma, habiendo conseguido con el bien de la muerte eterna vida.» Tal es aquello de la Retórica hereniana: «Estás presente, quieres estar ausente; te ausentas, deseas volver; en la paz buscas la guerra, en la guerra deseas paz.» Así San Gregorio: «Se desdeñan los justos, mas no desdeñándose; desesperan, mas no desesperándose; conmueven la persecucion, mas amando.»

(*d*) 1 Corint. 4. (*e*) Isai. 61.

§. III.

De la *paradiastole* ó separacion.

5. La *paradiastole*, en latin *discriminatio*, y en español separacion ó discernimiento, es una figura contraria á la precedente. Porque así como allá se unen cosas contrarias, así aquí las muy semejantes se separan. De esta elegantísima figura usó elegantísimamente el Apóstol, cuando dijo (*f*): «En todo padecemos tribulacion, pero no nos angustiamos; nos hallamos en dificultades insuperables, mas no por eso sucumbimos; somos perseguidos, pero no abandonados; somos humillados, mas no confundidos; estamos abatidos, pero no enteramente perdidos.» Así San Cipriano desune las cosas semejantes de este modo (*g*): «Una cosa es, dice, que falte ánimo para el martirio, otra que el martirio faltase al ánimo.» De la misma manera Séneca, hablando de un hombre haragan y ocioso, dice: «No vivió mucho, pero existió mucho.» El mismo (*h*): «Vamos, dice, no adonde se debe ir, sino adonde se va; ni vivimos por razon, sino por semejanza. Y queriendo mas cada uno creer, que juzgar, nunca se juzga de la vida, siempre se cree.» Y otra vez (*i*): «Procuremos saber lo que es mejor se haga, no lo que mas se acostumbra hacer.» Y el mismo (*k*): «Mis riquezas, dice, las quitó la fortuna, no las arrancó.» Y San Agustin (*l*): «De tal suerte han de amarse los hombres, que no se amen sus errores; porque una cosa es amarlos porque Dios los hizo, otra aborrecer lo que ellos hacen.»

Asimismo San Cipriano (*m*): «Nosotros, amantísimos hermanos, que somos filosófos, no en las palabras sino en las obras; ni llevamos la sabiduría en el vestido, sino en la verdad; que mas hemos conocido la solidez de las virtudes, que la jactancia ostentosa de ellas; que no hablamos cosas grandes, sí que las hacemos; como siervos que somos y honradores de Dios, manifestemos con espírituales obsequios la paciencia que aprendimos con doctrinas celestiales.» En la carta que los presbíteros romanos enviaron al mismo Cipriano, acerca de los caidos, escriben así entre otras cosas: «Sobre todo conviene la vergüenza á aquellos en cuyos delitos se condena una alma desvergonzada. Llamen enhorabuena á las puertas, mas no las rompan. Lleguen al lindar de la Iglesia, mas no para pasar de él. Hagan de centinela á las puertas de los reales del cielo, pero armados con tal modestia que entiendan haber sido desertores. Vuelvan á tomar el clarin de sus oraciones, mas no toquen con él al arma.» En estos ejemplos se ve claramente que las cosas que parecen semejantes, se separan con razon, y se explica cuánto entre sí se diferencien.

§. IV.

Del contrario en las sentencias.

6. Tambien hay contrario en las sentencias, que cuentan los dialécticos entre los argumentos que se traen de los contrarios. Mas por ser este género de argumentacion mas adornado que los otros, se pone entre los adornos. Tal es aquello: «El que siempre ha sido enemigo de sus cosas, ¿como esperas que sea amigo de las ajenas?» Mas: «El que conociste infiel en la amistad, ¿cómo crees que pueda ser fiel en las enemistades?» A este género de

(*f*) 2 Corinth. 4. (*g*) S. Cip. lib. de Mortal. (*h*) Senec. de Vit. beat. cap. 2. (*i*) Ibid. loco cit. (*k*) Ibid. Ad Seren. (*l*) S. Aug. Enarrat. in Ps. 118. (*m*) S. Cip. de Bono pat.

contrario se reducen tambien los argumentos *ab imparibus*, esto es, de mayor á menor, de esta manera: «¿Con los que desalojamos de los montes, tememos combatir en la campaña? Los que siendo muchos no podian igualarse con nosotros que éramos pocos; ¿ahora que ellos son mas pocos, tenemos miedo de que nos sean superiores?

§. V.

De la contencion ó contienda.

7. Imediata á la figura precedente está la contencion, que consta no tanto de contrarios, como de cotejo de circunstancias desiguales. La cual, del mismo modo que la antecedente, mas pertenece á las figuras de las sentencias, que á las de las palabras; mas porque tiene el semblante de contrario, quisimos en gracia de la enseñanza juntarla á estas. Frecuentísimamente la practicamos, cuando proponiéndose un símil ó ejemplo, con que queremos probar ó amplificar algo, desenvolvemos las circunstancias de las dos cosas, para que mostremos ser igual, menor ó mayor lo que intentamos.

8. Así Ciceron por la ley Manilia: «Nuestros progenitores, dice, muchas veces movieron guerras por unos mercaderes ó marineros injuriados; ¿cuál pues debe ser vuestro ánimo, sabiendo haber muerto á un tiempo tantos millares de romanos? Porque unos embajadores fuéron tratados con arrogancia, quisieron nuestros antepasados extinguir á Corinto, que era la luz de toda la Grecia; ¿y sufriréis ahora vosotros, que viva seguro un rey que quitó la vida á un embajador consular del pueblo romano, atormentándole con cárceles, azotes, y con todo género de suplicios? Aquellos no sufrieron ver ultrajada la libertad de los ciudadanos romanos; ¿vosotros no haréis caso de que se les quite la vida? Aquellos defendieron el derecho de una legacía, violado solamente de palabra; ¿y dejaréis vosotros sin venganza á un embajador del pueblo romano, muerto con todo género de suplicios?» Añade luego la conclusion con estas palabras: «Ved no sea que así como fué de suma honra para aquellos dejaros á vosotros un imperio de tanta gloria, así á vosotros os sirva de ignominia no poder defender y conservar el que recibisteis.» Pero de esta contencion discurrirémos mas largamente, cuando llegue el caso de tratar de los ejemplos.

§. VI.

De la conmutacion.

9. A este género de contrarios pertenece la conmutacion, que se dice en griego *antimetabole*, y es una contrariedad de sentencias con inversion ó revuelta de la postrera á la primera, de este modo: «Conviene que comas para vivir, no que vivas para comer.» Asimismo: «Por eso no hago versos; porque no los puedo hacer como quiero; y como puedo, no quiero.» Mas: «Si el poema es una pintura que habla, debe ser la pintura un poema mudo.» Otrosi: «Lo que se dice de él, no puede decirse; lo que puede decirse, no se dice.» A mas: «Porque eres necio callas; mas no porque callas eres necio.» Y en las sagradas letras (*n*): «No eligió el Señor la gente por el lugar, sino al lugar por la gente.» Asimismo dijo Jesucristo (*o*): «El sábado se hizo por causa del hombre, no el hombre por causa del sábado.»

(*n*) 2 Machab. (*o*) Marc. 2.

CAPITULO XI.

De la cuarta clase de las demas figuras de palabras.

1. Despues de estos tres géneros de figuras, que dijimos consistir en cierta proporcion de palabras que recíprocamente se corresponden, resta el cuarto género de figuras, en las cuales no tan claramente se descubre esta proporcion, aunque no está del todo sin ella. En esto principalmente se diferencian las figuras de palabras de las figuras de sentencias: que en aquellas de tal modo se colocan las palabras, que ofrecen á primer vista cierta imágen de proporcion, de donde dimana toda la hermosura y gracia de una oracion. Por lo que sucede, que semejantes figuras de palabras contribuyen muchísimo para deleitar, que es lo que se cuenta entre los tres oficios de la oracion.

§. I.

Del ayuntamiento.

2. La primera pues entre estas figuras es el ayuntamiento, que en griego se dice *zeugma* y en latin *adjunctio*, en la cual se refieren muchas sentencias á un solo verbo colocado al principio ó al fin, cada una de las cuales le pediria si se pusiera sola. Hácese pues poniendo ántes el verbo, al cual están mirando los otros, de este modo: «Venció la lujuria al recato, al miedo la osadía, á la razon la locura.» O poniéndole despues, con que se encierran mas: «Ni tú, Catilina, eres sugeto, á quien jamas, ó de la torpeza el pudor, ó del peligro el miedo, ó del furor la razon, te haya hecho retirar.» Puede tambien estar en medio, el cual basta para los antecedentes y consiguientes: «La hermosura de un rostro, ó la aja el tiempo ó la enfermedad.» Y porque aquel verbo puede ponerse en estos tres lugares, esto es, en el principio, medio ó fin, hicieron los griegos tres especies de *zeugma*, es á saber, *protozeugma*, *mezozeugma* y *hyperozeugma*, con las cuales significasen esta diferencia.

§. II.

De la disyuncion.

3. La contraria de esta es la disyuncion, por la cual á cada miembro de la oracion se le junta su verbo, siendo así que uno hubiera podido bastar para toda ella. Pues así como por aquella figura nos explicamos con mas brevedad, así con esta con mas elegancia y primor. De esta manera San Cipriano contra Demetriano, dice: «¿Qué peleas con la flaqueza de la carne terrena? Combate con el valor del ánimo; quebranta la fuerza de la razon; destruye la fe; con argumentos, si puedes, vence.» El mismo en el sermon De la mortalidad: «Si se postra la avaricia, se levanta la lujuria; si se reprime la lujuria, sucede la ambicion; si la ambicion se menosprecia, se exaspera la ira.» Asimismo Ciceron *pro Archia*, hablando de sus estudios, dice así: «¿Por qué he de correrme yo, que há tantos años que vivo de manera, que en ningun tiempo jamas, ó mi comodidad, ó mi ocio me ha abstraido del estudio, ó el deleite retraido, ó el sueño finalmente le ha retardado?» Y en la misma oracion: «Los colofonios dicen que Homero es paisano suyo, los de Chio se le apropian, los salaminios le reclaman, y los de Esmirna aseveran que es suyo.»

§. III.

De la distribucion.

4. La distribucion es en dos maneras: la una se halla en las sentencias, de que se tratará cuando de las figuras de sentencias; la otra en las palabras, la que es propia de este lugar y muy parecida á la antecedente, esto es, al ayuntamiento, aunque mucho mas adornada. Fuera de esto, aquella repite muchas palabras que significan una misma cosa; mas esta junta verbos y nombres diversos, que son muy adecuados á las cosas. En cuyo género es San Cipriano no ménos frecuente que elegante. Así hablando sobre la violencia de una costumbre depravada, en su carta á Donato, dice: «Forzoso es que la embriaguez incite, como solia, con tenaces halagos; que la soberbia hinche, que encienda la ira, que la rapacidad inquiete, que la crueldad hostigue, que la ambicion deleite, y la liviandad precipite.» El mismo, en el libro Del hábito de las vírgenes: «Llevan las vírgenes la imágen del hombre celestial, estables en la fe, humildes en el temor, fuertes para sufrirlo todo, mansas para aguantar la injuria, fáciles para hacer obras de misericordia, unánimes y concordes en la fraternal paz.»

El mismo contra Demetriano: «Tú, dice, que juzgas á los otros, sé alguna vez juez de tí mismo. Ve registrando los rincones de tu conciencia. Verás que ó bien estás hinchado de soberbia, ó que eres ladron por la avaricia, ó cruel por la iracundia, ó pródigo en el juego, ó borracho por la pasion del vino, ó envidioso por los celos, ó incestuoso por la lujuria, ó por crueldad violento: y ¿extrañas que vaya de aumento el debido enojo contra el género humano, dando cada dia nueva materia de castigo?» El mismo en el sermon De la paciencia exhorta, con el ejemplo del Señor, á hacer bien á todos, hasta á los ingratos, por estas palabras: «Vemos que Dios por una admirable disposicion de su providencia tolera igualmente á los facinorosos, que á los inocentes; á los impíos, que á los religiosos; disponiendo, que así, á los unos como á los otros obsequien los tiempos, sirvan los elementos, soplen los vientos, fluyan las fuentes, crezcan con abundancia las mieses, maduren sus racimos las viñas, abunden de frutas los árboles, se pongan frondosas las selvas, reverdezcan los prados.»

§. IV.

De la interpretacion.

5. La interpretacion, en griego *synonímia*, tambien pertenece á las figuras de las palabras, y se halla en la oracion, cuando muchas palabras de una misma significacion se juntan para instar, aumentar, y tal cual vez tambien para hablar con mayor claridad. Así San Cipriano en el sermon De los caidos: «Duélome, hermanos, duélome con vosotros. Con cada uno junto mi pecho. Tengo parte en vuestras penas y en vuestros llantos. Gimo con los que gimen, lloro con los que lloran, creo estar postrado con los postrados. Mis miembros están tambien heridos con aquellas saetas del destruidor enemigo, pasaron mis entrañas crueles espadas.» El mismo en el sermon De la envidia: «Si se fuéron ya las tinieblas de tu pecho, si la noche está retirada de ahí, si se disipó la obscuridad, si alumbró tus sentidos el resplandor del dia, si empezaste á ser hombre de luz, sigue las cosas que son de Cristo; porque Cristo es luz y dia. ¿Qué caes en las tinieblas de los celos? Qué te envuelves con el nublado de la envidia? ¿Por qué con la ceguera de ella misma apagas toda la lumbre de la paz y del amor?»

Tambien Ciceron: «Siendo pues esto así, sigue, Catilina, la ruta que tomaste: sal ya de la ciudad. Abiertas están las puertas: marcha.» El mismo, del propio Catilina: «Fuése, salióse, escapóse, precipitóse.» Tambien es bellísima aquella interpretacion de Jerónimo Vida, hablando con Dios en un himno:

Sisque aliis metus, ut libet, ac formidinis horror;
At mihi blandus amor, mihi sis placidissimus ardor.
Noctes, atque dies toto te pectore versem:
Te sine, sit mihi dulce nihil, te præ omnibus optem,
Unum depeream: totis hunc sensibus æstum
Implicitem: hunc imis exardens ossibus hauriam,
Hoc mihi solvantur flagrantes igne medullæ:
Hos mihi mens unos semper suspiret amores.

Sed, Señor, como sea vuestro gusto,
Miedo á los otros y espantoso susto;
Mas para mí sed luego
Suave amor y sosegado fuego.
En mi pecho te lleve noche y dia,
No haya sin tí dulzura el alma mia:
A tí tan solo sobre todos quiera,
Por tí de amores muera.
Por todos mis sentidos
Estos volcanes tenga yo metidos,
Estos en que estoy siempre volteando
De mis tuétanos vaya yo sacando;
Mis meollos ardiendo
Con esta llama se anden consumiendo.
Estos solos amores
Deseo, ¡oh alma! que incesante llores.

6. Mas la copia de vocablos sinónimos que sobre todo es necesaria para esta figura, no solo se adquiere con la *synonímia*, sino tambien con tropos, y principalmente con metáforas y alegorías, cuando lo que está dicho con palabras propias, lo significamos con metafóricas. Cual es aquello del mismo Jerónimo Vida, hablando con el Señor:

Nam quamvis hominen admoneas, foveasque, tegasque;
Quidlibet audendi est tamen omnibus æqua potestas,
Et nobis laxas nostri usque relinquis habenas.

Pues aunque el hombre avises y recojas,
Tienen todos libre su albedrío
De cometer cualquiera desvarío:
Y dejas nuestras riendas siempre flojas.

Este postrer versillo dice alegórica ó metafóricamente lo mismo que habia expresado en los tres antecedentes, con términos propios.

7. Y no tan solamente las palabras, sino que tambien se hacinan las sentencias que expresan una misma cosa, cual es aquello: «La perturbacion del entendimiento y una obscura sombra de maldades, y las ardientes hachas de las furias conmovieron á este.»

8. En esta misma conformidad se juntan tambien las voces mistas, y de un mismo significado ó de diversos. Cipriano, Del traje de las vírgenes: «Si tú ricamente te aderezas y andas en público con nota de todos, atraes á tí los ojos de la juventud, arrastras tras tí los suspiros de los mancebos, alimentas el deseo de impurezas, enciendes la yesca del pecado; de modo que aunque tú no perezcas, esto no obstante pierdes á los otros, y en cierta manera das el cuchillo y el veneno á los que te miran; no puedes excusarte con que eres casta y honesta en el alma.»

9. Aquí conviene advertir al predicador, que no cargue á una misma sentencia de muchas voces sinónimas, sino es que haya de ponderar una cosa, ó explicar al-

guna sentencia obscura, que no puede bastantemente expresarse sino de esta manera. Lo que con poca advertencia hacen algunos, que juntan temerariamente muchos vocablos de igual valor: cosa con que el mismo predicador se desacredita, dando muestras manifiestas de vanidad y afectacion.

§. V.

Del *synatroismo* ó amontonamiento.

10. Se acerca mucho á esta figura el *synatroismo*, en latin *congeries*, y en español amontonamiento, de que hicimos mencion en los modos de amplificar; con la diferencia que la interpretacion es la multiplicacion de una sola voz; mas el *synatroismo* es una agregacion ó amontonamiento de muchas cosas de que solemos usar principalmente cuando ponderamos y amplificamos los asuntos. En la cual se juntan muchos verbos ó comas, ó miembros de la oracion, interponiendo conjunciones, ó lo que es mas vehemente, quitándolas tambien. Cipriano contra Demetriano: «A los inocentes, justos, amigos de Dios, quitas su casa, despojas de su hacienda, cargas de cadenas, encierras en la cárcel, castigas con cuchillo, bestias, fuego.» El mismo (*a*): «¿Qué unidad pues guarda, qué amor conserva, el que loco con el furor de la discordia divide en bandos la Iglesia, destruye la fe, turba la paz, disipa la caridad, profana el sacramento?»

A este género pertenece lo de Isaías (*b*): «En aquel dia encalvezará el Señor, y pelará las cabezas de las hijas de Sion: les quitará los adornos del calzado, las lunitas y los collares, las manillas, las ajorcas y los rebozos, los turbantes, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, etc.» A esto se parece tambien aquello del Apóstol (*c*): «Hasta la hora presente sufrimos la hambre y la sed, la desnudez y los malos tratamientos; y no tenemos domicilio estable, y trabajamos con mucha pena con nuestras propias manos.»

11. Pero esta figura, que es muy semejante á la frecuentacion, de que despues hablarémos, parece que pertenece mas á las figuras de sentencias. Su principal uso se descubre en ponderar y amplificar. Es muy natural, y ocurre á cualquiera, por ignorante que sea, esta manera de amplificar; por la cual decimos haber muchas circunstancias en una cosa, que la abultan y exageran. Hasta aquí de las figuras de palabras. Pasarémos ahora á las de sentencias, en las cuales, aunque no se halla tanto gusto, hay mayor nervio de elocuencia.

CAPITULO XII.

De las figuras de sentencias, y primero de las que parece ser mas pertenecientes á la instruccion.

1. Siendo tres, como dice San Agustin, los principales oficios del predicador, conviene á saber, enseñar, persuadir y deleitar, de los cuales hablarémos en su lugar, todas las figuras, ya sean de voces, ya de sentencias, causan principalmente estos tres efectos, puestas donde corresponde. Por ejemplo: la transicion, que para mayor claridad expone brevemente lo que se dijo, y se debe decir, pertenece con especialidad al enseñar: y sin embargo esta misma añade enerjía y acrimonia á la oracion, de este modo: «Gravísimas cosas habeis oido; mas graves todavía las oiréis.» Pero entre las figuras hay algunas que son mas propias para deleitar, que para enseñar ó inclinar, como son las figuras de palabras, de que hasta aquí hemos hablado, aunque algunas de ellas tienen fuerza y actividad, cuales son: la repeticion, conduplicacion, interpretacion, y *synatroismo* ó amontonamiento.

(*a*) S. Cipria. de Simplic. Prælat. (*b*) Isai. 3. (*c*) 1 Cor. 4.

2. Mas los contrarios, como declaran los ejemplos que propusimos, no solamente tienen una muy agraciada hermosura, sino tambien enerjía y acrimonia. Y si bien las figuras de sentencias quizá valen ménos para deleitar, conducen muchísimo para instruir y convencer, Así para mayor claridad las hemos dividido en dos clases, de las cuales la primera contiene las figuras que mas pertenecen á enseñar, y la postrera las que sirven mas para torcer, esto es, instar y conmover los ánimos: aunque no niego que muchas de ellas sirven juntamente para todo. Porque los ejemplos y símiles unas veces descubren y aclarecen la cosa, otras adornan la oracion y recrean, y tal cual vez amplifican y engrandecen un asunto; por cuyo motivo se cuentan entre los modos de amplificar, como en su lugar expusimos. Así tambien las descripciones de cosas y de personas, no solamante ayudan para torcer ó persuadir, que es su oficio principal, sino que algunas veces sirven tambien para instruir y deleitar.

CAPITULO XIII.

De la primera clase de las figuras de sentencias, que pertenecen principalmente á la instruccion.

§. I.

De la difinicion.

1. Es cierto que la difinicion se coloca entre los lugares de argumentar. Sin embargo, se pone entre las figuras de sentencias, porque conduce no poco, así para la claridad, que es propia de ella, como para el adorno de la oracion. Ella pues es la que abraza breve y absolutamente las calidades propias de alguna cosa, de esta manera: La majestad de la república es «en la que reside la dignidad y grandeza de la ciudad». Tambien: Injurias son, «las que ofenden al cuerpo con golpes, ó á los oídos con dicterios, ó á la vida de alguno con torpezas». Mas: «Esta no es diligencia, sino codicia;» porque la diligencia es, «una cuidadosa conservacion de lo suyo»; la codicia, «un injusto deseo de lo ajeno». Otrosi: «Esto no es valor, sino temeridad:» porque el valor es, «un menosprecio del trabajo y del peligro, por razon de la utilidad y de la recompensa de la propia comodidad;» la temeridad es, «un arrojo inconsiderado é imprudente á los trabajos, sin premeditado exámen de los peligros». Tiénese pues por conveniente adorno la difininicion, porque propone con tal claridad, y con tal brevedad explica la fuerza y poder de cualquier cosa, que no parece que convino decirse con mas palabras, ni se cree haberse podido decir con mas perspicuidad.

2. Esta breve y perfecta razon de difinir es tomada de la oficina de los dialécticos. Hay otra mas larga y copiosa, que sirve para la alabanza ó vituperio, la cual pertenece mas á los retóricos. De vituperio, como San Cipriano en la carta á Cornelio, hablando de Novaciano: «Mas duro, dice, es con la soberbia de su filosofía del siglo, que pacífico con la mansedumbre de la filosofía del Señor: desertor de la Iglesia, enemigo de la misericordia, abolidor de la penitencia, maestro de la sober-

bia, corrompedor de la verdad, arruinador de la caridad.» Mas por motivo de alabanza, el mismo Cipriano, Del traje de las vírgines, difine la disciplina de este modo: «La disciplina es la guardia de la esperanza, el escudo de la fe, la guia del camino de salud, el fomento y nutrimento de la buena índole, la maestra de la virtud; y hace que siempre permanezcamos en Cristo, y que vivamos continuamente en Dios, que lleguemos á las celestiales promesas y á los divinos premios.» El mismo, hablando de la oracion del Padre nuestro: «Los preceptos evángelicos, dice, no son otro que magisterios divinos, fundamentos para edificar la esperanza, fortalezas para asegurar la fe, nutrimentos para corroborar al corazon, gobernalles para dirigir el rumbo, presidios para lograr la salvacion; los cuales, instruyendo en la tierra á los dóciles entendimientos de los fieles, los llevan á los reinos celestiales.»

§. II.

De la division.

3. Tambien la division, así como la difinicion, se pone entre los lugares de argumentar. La cual, por cuanto añade claridad y cierto ornato á la oracion, se coloca entre las figuras de las sentencias. Ella pues distribuye todas las cosas, unas veces en formas ó especies, otras en partes. Y el argumento se deriva de ella en este modo: «Dos cosas pueden mover á los hombres á torpes granjerías, la pobreza y la avaricia. Conocímoste avariento en la division y particion de tus hermanos, ahora te vemos pobre y menesteroso; pues ¿cómo puedes mostrar que no fuíste causa del mal cometido?» Entre esta y aquella division, que es la tercera de las partes de la oracion de que en otro lugar hemos tratado, hay esta diferencia: que aquella divide por enumeracion ó exposicion las cosas de que se ha de hablar en toda la oracion; mas esta luego se explica, y añadiendo en dos ó mas partes brevemente las razones, adorna la oracion. Hállase tambien un cierto semblante de division en estas palabras de San Cipriano (*a*): «El primer título de la victoria es confesar al Señor, preso por manos de los gentiles. La segunda grada para la gloria es con una prudente retirada reservarse para el Señor. Aquella confesion es pública, esta es privada.»

§. III.

De la sujecion.

4. La sujecion se coloca entre las formas de los argumentos, porque tiene fuerza de argumentar. Y esta misma se cuenta entre las figuras, porque es de exquisito primor. Frecuentemente usamos de ella en la confutacion, cuando respondemos á lo que puede oponerse contra nosotros, con una breve sujecion de la razon. Asi pues, San Jerónimo, en la carta á Heliodoro, en que le exhorta á la vida solitaria, satisface á las tácitas ojeciones de este modo: «¿Temes la pobreza? Pero Cristo llama bienaventurados á los pobres. ¿Te amedrenta el trabajo? Mas ningun atleta se corona sin sudor. ¿Piensas en la comida? Pero la fe no teme la hambre. ¿Has miedo de lastimar en el duro suelo tus miembros consumidos de los ayunos? Mas el Señor se acuesta contigo. ¿Pónete horror el desaliñado pelo de tu sucia cabeza? Pero tu cabeza es Cristo. ¿Te espanta la inmensa soledad del yermo? Mas paséate en espíritu por el paraíso. Cuantas veces con la contemplacion allá subieres, tantas no estarás en el desierto. ¿Sin los baños se pone áspera y dura la piel de tu cuerpo? Pero el que una vez se lavó en Cristo, no necesita de lavarse otra.» Y para responder brevemente á todo, oye al Apóstol que dice (*b*): «No tienen proporcion los sufrimientos de la vida presente, con aquella gloria que algun dia se descubrirá en nosotros.»

5. Con esta misma figura celebra y alaba San Cipriano á los felicísimos confesores de Cristo que estaban condenados al trabajo de las minas, por estas palabras (*c*): «El cuerpo en las minas no se abriga con cama y colchones; pero con el refrigerio y consuelo de Cristo se recrea. Las entrañas fatigadas de los trabajos, yacen en el suelo; mas echarse con Cristo no es pena. Sin el uso de los baños se ensucian los miembros, por el sitio é inmundicia desfigurados; mas por dentro espiritualmente se limpia lo que por fuera carnalmente se empuerca. Hay allí poco pan; pero no vive el hombre con pan solo, sino con la palabra de Dios. Falta ropa á los que tienen frio, pero bien vestido y aderezado está el que viste á Cristo. La cabeza medio trasquilada tiene espeluzado el cabello; pero siendo Cristo la cabeza del varon, preciso es que lo que es insignia para el nombre del Señor, parezca bien en aquella cabeza, cualquiera que sea. Esta deformidad tan aborrecible y fea á los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será premiada?»

§. IV.

De la distribucion.

6. A la division es semejante la distribucion, que contamos entre las figuras de palabras. Pero hay otra distribucion en las sentencias, cuando ciertos negocios se reparten en muchas cosas, ó personas determinadas, de este modo: «El que de vosotros, ó jueces, estime la reputacion del Senado, es fuerza que aborrezca á este; pues siempre y con grandísimo descaro combatió al Senado. El que desea ver lucidísima en la ciudad la clase de los caballeros, debe desear que este sea severísimamente castigado; para que no sea él con su torpeza la mancha y desdoro de un estado nobilísimo. Los que teneis padres, mostrad en el castigo de este, que los hombres impíos no son de vuestro agrado. Los que teneis hijos, haced un ejemplar de cuán graves penas tiene prevenidas la ciudad para semejantes hombres.»

Mas: «Es obligacion del Senado ayudar á la ciudad con su consejo. Es obligacion del magistrado granjear con su trabajo y diligencia la voluntad del Senado. Es obligacion del pueblo elegir y aprobar por sus votos las cosas mejores, y los sugetos beneméritos. Es obligacion del acusador acriminar; del defensor, deshacer y rechazar; del testigo, decir lo que supiere ó hubiere oido; del cuestor, contener á cada uno de estos en su obligacion.»

7. Tambien San Cipriano en el sermon De los caidos dice lo siguiente de las depravadas costumbres de su tiempo: «No hay devota religion en los sacerdotes, no fe íntegra en los ministros, ni misericordia en las obras, ni en las costumbres disciplina. La barba en los hombres relamida; el rostro en las mujeres desfigurado con afeites. Los ojos, obras de la mano de Dios, adulte-

(*a*) S. Cypr. Lib. de laps.

(*b*) Rom. 8. (*c*) S. Cipr. Epist. 77.

rados; los cabellos, mentidamente teñidos. Fraudes astutos para engañar á los sencillos corazones, dolosas voluntades para sorprender á los hermanos.» A este modo el profeta Ecequiel (*d*) describe los diversos delitos de su tiempo, la disciplina y costumbres de todos, corrompidas. Al contrario el Apóstol en el v y vi capítulo de su carta á los de Efeso, exhorta á personas de diversos estados, como son, maridos, mujeres, hijos, padres, esclavos y señores, á los ejercicios de las virtudes que incumben á cada uno. Lo que ojalá hicieran á menudo en sus sermones los predicadores de nuestro siglo, para que por la voz viva del predicador supiese cada cual lo que le cumple hacer segun su estado.

8. Y no es ménos hermosa ni ménos usada aquella especie de distribucion de que nos valemos con frecuencia en las descripciones, cual es aquella de Nason:

Jamque aliquis posita monstrat fera prœlia mensa,
Pingit et exiguo Pergama tota mero.
Hac ibat Simois, hic est Sigeia tellus:
Hic steterat Priami regia celsa senis:
Illic Æacides, illic tendebat Ulysses,
Hic lacer admissos terruit Hector equos (*e*).

Y alguno sobre la mesa
Muestra las fieras batallas,
Y con un poco de vino
Decifra de Troya el mapa:
Por acá el Simois corria,
Esta es la Sigea estancia:
Aquí de Priamo viejo
Estuvo el excelso alcázar.
Por aquella parte Aquíles,
Por esta Ulíses andaba:
Aquí á sus caballos dió
Miedo Héctor, partido en rajas.

Así tambien, describiendo Maron varios frutos de las tierras, dice:

Hic segetes, illic veniunt fœlicius uvæ:
Arborei fœtus alibi, atque injusa virescunt
Gramina. Non ne vides, Croccos ut Tmolus odores,
India mittit ebur, molles sua thura Sabæi?
At Chalybes nudi ferrum, virosaque Pontus
Castorea, Eliadum palmas Epirus Equarum (*f*).

Aquí la mies, allá mejor terreno
Tiene el racimo, y acullá la fruta
Del árbol logra su solar mas bueno:
Y por sola su próvida conduta
Nace la grama como el fértil heno.
¿Ves cómo da azafran la tierra enjuta
Del Tmolo? Piensas tú, como yo pienso,
Que el Indio da marfil y Saba incienso?
Los Calibes desnudos dan acero,
El Ponto da el castor de fino cuero:
Y en la famosa Epiro
Ventajas grandes en sus yeguas miro.

9. San Cipriano, en la carta á Donato, enlaza una y otra especie de distribucion, por estas palabras: «Arden en todas partes los delitos, y á cada paso un nocivo veneno inficiona los depravados ánimos en todo género de pecados. Este suplanta un testamento, aquel le recibe con pernicioso engaño. Aquí se despojan los hijos de las herencias, allí las usurpan los extraños. El enemigo pone asechanzas, el calumniador embiste, el testigo infama, y en todas partes la venal audacia de una voz, como prostituta, saltea con criminales mentiras.»

§. V.

De la raciocinacion.

10. La raciocinacion es de dos maneras: una que sirve á la amplificacion, á la cual, como dijimos arriba, da Fabio este nombre; otra que se cuenta entre las figuras de sentencias, muy semejante á la sujecion, de que poco ántes hemos hablado: solo que la sujecion se coloca entre las formas de argumentaciones, y por eso preguntando recorre todas las partes, para llegar á una ú otra; mas la raciocinacion no está ceñida á esta enumeracion de partes, aunque en el preguntar y responder se le parece. Es pues la raciocinacion una figura por la cual nos preguntamos á nosotros mismos la razon por qué decimos cada cosa, y nos pedimos á menudo la explicacion de cada proposicion de por sí. Como si dijéremos: «Nuestros mayores, si condenaban á una mujer por algun pecado, en un solo juicio la daban por convencida de muchos delitos. ¿De qué manera? Porque á la que habian juzgado deshonesta, la consideraban tambien convencida de hechicera. ¿Cómo asi? Porque es forzoso que tema á muchísimos la mujer que prostituyó su cuerpo á un torpísimo apetito. ¿Cuáles son estos? El marido, los padres, y los demas á quienes toca la infamia de su desdoro. ¿Y qué se sigue despues? Es necesario que procure maleficiar, de cualquier modo que pueda, á los que tanto teme. ¿Y por qué? Porque ninguna honesta razon puede reprimir á la que la enormidad del pecado hace medrosa, la destemplanza atrevida, y el natural mujeril inconsiderada. ¿Pues á qué condenarla de hechicera? Discurrian, que la mujer liviana necesariamente lo era. ¿Por qué? Porque ninguna causa pudo mas fácilmente incitar á un tal delito, que el torpe amor y la desenfrenada lascivia: no pudiéndose persuadir que tenga el alma pura la mujer cuyo cuerpo estuviese corrompido. ¿Pues qué en los hombres? ¿Observaban en ellos esto mismo? No por cierto. ¿Cómo así? Porque los hombres para cada delito tienen sus apetitos que los impelen: á las mujeres uno solo las lleva á todas las maldades.»

Mas: «Con sano consejo resolvieron nuestros mayores no quitar la vida á ningun rey á quien hubiesen hecho cautivo con las armas. ¿Y por qué? Porque sería cosa injusta que el poder que nos hubiese dado la fortuna, lo empleásemos en el suplicio de aquellos á quienes la misma fortuna habia puesto poco ántes en un estado soberano. ¿Pues no habia él capitaneado al ejército contrario? Dejo de acordarme de eso. ¿Por qué causa? Porque si bien es de hombres de valor considerar como enemigos á los que combaten por la vitoria, es fuerza reconocer que tambien son hombres los vencidos, para que el valor pueda disminuir la guerra, y la humanidad aumentar la paz. Pero por ventura aquel, si hubiese vencido, ¿hubiera hecho lo propio? En verdad no hubiera sido tan sabio. ¿Pues por qué tú le perdonas? Porque estoy acostumbrado á detestar tal crueldad, no á imitarla.» Este adorno viene grandemente para el sermon, y vuelve atento el ánimo del oyente, así por la hermosura de las palabras, como por la expectacion de las razones. Por este ejemplo se ve bien claro la manera con que pueda cada uno preguntarse y responderse á sí mismo.

11. Es pues esta figura, como dije, muy útil para el modo de predicar, porque imita en cierta manera la naturaleza del diálogo, y con el semblante y variedad de él, suaviza el derecho curso é ímpetu de la oracion, con que á veces los oyentes se fatigan. Fuera de esto llama la atencion cuando con aquello de que el predicador duda ó pregunta, por la misma razon se ve precisado el auditorio á dudarlo y á esperar la respuesta, y de este modo se ceba y entretiene con varias preguntas y respuestas.

(*d*) Ezech. 22. (*e*) Ovid. Epist. Penel. ver. 31. (*f*) Virg. Georg. 1.

Es esto tanta verdad, que no faltaron autores muy graves que dispusieron en forma y figura de diálogos los sermones que escribieron. De lo cual siendo muchas las conveniencias, no es la menor de todas el que la apta variedad de la pronunciacion, y el diferente tono de la voz, tiene muy atentos á los oyentes; porque este modo de preguntar y de responder pide de su naturaleza gran variedad, tanto en los mismos asuntos, como en la pronunciacion: de manera que las cosas, no tanto parece que se dicen en el púlpito, como que en cierto modo se representan en un teatro.

§. VI.

De la diminucion.

12. La diminucion se encuentra en la oracion, cuando diciendo haber en nosotros ó en los que defendemos alguna cosa insigne, ó por naturaleza, ó por fortuna, ó por industria, para no dar muestras de arrogante ostentacion la disminuimos y apocamos con palabras, de este modo: «Digo, jueces, en defensa de mi derecho, que he procurado con aplicacion y con industria no ser de los ménos inteligentes en el arte militar.» Si hubiese dicho «de los mas inteligentes», aunque fuese verdad, con todo hubiera parecido arrogante: ahora se dijo lo que basta para evitar la envidia y granjearse la alabanza.

Lo propio sucede en este otro ejemplo: «¿Por qué motivo cometió el delito? Fué por avaricia, ó por necesidad? ¿Por avaricia? No; pues fué maniroto con sus amigos, que es señal de liberalidad, la cual es contraria de la avaricia. ¿Por necesidad? Tampoco; pues es cierto que su padre le dejó, no quiero encarecerlo mucho, una hacienda no muy corta.» Tambien aquí se ha evitado decir, «grande ó muy pingüe». Tal es aquello de San Cipriano en la carta á Donato: «¿Pero cuál ó cuán grande es el concepto que de mí has formado? La angosta medianía de un corto ingenio no produce frutos sino muy tenues, y de ningunos está cargado el mio, como parece que correspondia á la fecundidad del suelo. Sin embargo lo emprenderé con las fuerzas que puedo.»

§. VII.

De la detencion.

13. La detencion, en latin *commoratio*, se halla en la oracion cuando en un lugar muy firme, en que consiste ó se contiene toda la causa, se hace larga mansion y se vuelve muchas veces al mismo lugar. Es muy conveniente usarla, y es esto propriísimo de un buen orador, porque así no se da lugar para que el oyente aparte la atencion de una cosa firmísima. No puede darse de esto un ejemplo idóneo, respeto de que este lugar no está separado de toda la causa, como algun miembro, sino que, á la manera de la sangre, está esparcido por todo el cuerpo del sermon. Podrá usar de ella el predicador cuando desea imprimir en los ánimos de los oyentes alguna verdad muy necesaria para la salvacion; para que, repitiéndose lo mismo muchas veces, comprehendan la dignidad é importancia del negocio. Así San Jerónimo en su carta á Demetriades: «Junto, dice, el fin con el principio, ni me contento con haberlo advertido una sola vez. Ama la ciencia de las escrituras, y te amará la sabiduría. Y esto discurro que ordenó el Apóstol á Timoteo, cuando dijo (*g*): «Insta, oportuna é importunamente.»

§. VIII.

De la frecuentacion.

14. Es muy semejante á esta figura la frecuentacion, con la cual las cosas esparcidas por toda la causa, se recogen en un lugar para que la razon sea mas grave, ó mas fuerte, ó mas criminal, de esta suerte: «En fin, ¿de qué vicio está exento este hombre? ¿Qué causa teneis, jueces, para que querais librarle? El abandona su propia pudicicia, y pone asechanzas á la ajena: es codicioso, destemplado, desvergonzado, soberbio, impío con sus padres, ingrato con los amigos, molestísimo á sus deudos, rebelde á sus superiores, fastidioso á sus iguales, cruel con sus súbditos, y finalmente insufrible á todos.»

15. Podemos usar de esta figura en el fin del sermon, principalmente en los suasorios, cuando todos los argumentos que propusimos en el discurso del sermon los juntamos brevemente en uno, para que con todos ellos de un golpe asaltemos los ánimos del auditorio, y en cierto modo los violentemos. Sobre lo cual hemos hablado en el libro antecedente, cuando tratamos de las partes del género suasorio.

16. Y no solo en el fin del sermon será bueno refrescar la memoria de los oyentes con esta misma figura, sino tambien en sus partes, do quiera que se concluyere alguna disputa ó argumento largo; y no solamente para que se acuerden, sino tambien para que con la fuerza de los argumentos dén asenso y se convenzan. En cuyo género no solo importa juntar los argumentos mas fuertes, sino tambien los mas débiles, pues hieren, si no como rayo, á lo ménos como granizo. Y la misma figura es tambien muy del caso para amplificar, cuando aprieta y reduce como á un cuerpo todas aquellas cosas que aumentan un asunto. Sobre lo cual se habló arriba.

§. IX.

De la brevedad.

17. La brevedad es, decir una cosa con solas aquellas palabras que son menester, de este modo: «De paso tomó á Lemos, despues dejó guarnicion en Társis, luego en Bitinia tomó á una plaza, y habiendo dado vuelta al Helesponto, al instante se apoderó de Abydo.» Mas: «Ahora cónsul, ántes tribuno, despues era el primero de la ciudad. Entónces marcha á la Asia, luego es desterrado y declarado enemigo, despues es aclamado emperador, y al fin cónsul.»

18. Una brevedad reducida á pocas razones, en poco dice mucho. Por lo que se ha de usar muchas veces, cuando el tiempo no sufre demora, ó cuando necesita la cosa de larga narracion. Por cuyo motivo San Ambrosio, sobre San Lúcas, comprehende mucho en poco, por estas palabras: «El nacimiento del Señor no solo recibió testimonio de los ángeles y pastores, sino tambien de los ancianos y justos. Toda edad, y uno y otro sexo, y los milagros sucedidos confirman la fe. Una vírgen engendra, una estéril pare, un mudo habla, Isabel profetiza, un mago adora, Juan encerrado en el vientre se regocija, una viuda confiesa, un justo espera.» Aquí se echa bien de ver las muchas cosas que se han comprehendido en tan pocas palabras, porque esto bastaba para

(*g*) 2 Timoth. 4.

explicar lo que pertenecia al asunto propuesto. Cuya oracion, cuanto mas breve, tanto mas poderosa es para aumentar.

CAPITULO XIV.

De la segunda clase de las figuras de sentencias, que tienen mayor fuerza y acrimonia.

1. Síguese despues otra clase de figuras de sentencias, las cuales, aunque para todo sirven, pero principalmente ayudan para conmover los ánimos de los oyentes, pues tienen mas fuerza y acrimonia que las antecedentes. Empecemos pues de aquella que está mas en uso, y vale para mas cosas, es á saber, la interrogacion.

§. I.

De la interrogacion.

2. La interrogacion ó pregunta es simple ó figurada. La simple es preguntar de esta manera (*a*) : «Buen maestro, ¿qué haré de bueno para alcanzar la vida eterna?» Y es figurada siempre que no se pone para preguntar, sino para instar. San Cipriano en el libro de La unidad de la Iglesia, dice : «¿Qué hace en un pecho cristiano una fiereza de lobos, una rabia de perro, un veneno mortal de sierpes, y una braveza sangrienta de bestias?» El mismo en el propio lugar : «¿Qué unidad guarda, qué amor conserva, el que loco con el furor de la discordia divide en partes la Iglesia, destruye la fe, turba la paz, disipa la caridad, profana el sacramento?» El mismo en el sermon De la envidia : «¿Qué te precipitas en las tinieblas de los celos? Qué te cubres con el nublado de la envidia? ¿Por qué con su ceguedad apagas toda la lumbre de la paz y amor? Qué, ¿te vuelves otra vez al diablo á quien habias renunciado? Qué ¿te asemejas á Cain?» No hace ménos fuerza aquella interrogacion del mismo en el sermon De los caidos : «¿Acaso imaginas que puede luego aplacarse un Dios, á quien con palabras pérfidas negaste, á quien quisiste mas preferir tu hacienda, y cuyo templo con sacrílego contagio profanaste? ¿Piensas que fácilmente se apiadará de tí aquel que dijiste no ser tuyo?»

3. Mas estos ejemplos sirven para la indignacion : el siguiente del mismo Cipriano, en el sermon De la limosna, sirve mas á la admiracion y al deseo: «¿Cuál, amantísimos hermanos, dice, será la gloria de los que trabajan? ¿Cuán grande y extremada su alegría, cuando comenzará el Señor á pasar muestra á su pueblo, y á distribuir los premios prometidos á los méritos y obras nuestras, á dar el cielo por la tierra, lo eterno por lo temporal, lo grande por lo pequeño?» Insta tambien aquel interrogante ó pregunta del mismo, en el sermon De la mortalidad : «¿Quién es el que estando en tierras muy remotas no se apresura por volver á su patria? Quién el que, dándose prisa por navegar á los suyos, no desea con grande ansia un viento en popa, para poder cuanto ántes dar un abrazo á los que bien ama? Creemos que el paraíso es nuestra patria, y ya empezamos á tener por nuestros padres á los patriarcas : ¿pues por qué no aceleramos el paso y corremos, para que podamos ver á nuestra patria y saludar á nuestros padres?»

4. Pero siendo la virtud principal de la oracion, que no sea floja y amortiguada, sino viva y enérjica, esto mas que otras figuras lo causa la interrogacion, la cual ni al predicador ni al oyente deja desmayar ó dormir. Porque siempre es mas fuerte la sentencia que se dice por interrogacion, que por una oracion sencilla; y cuanto mas larga, tanto es mas primorosa, cual es aquella induccion hermosísima del Apóstol, que corre con varios ejemplos y semejanzas (*b*) : «¿Quién, dice, sirve en la milicia á sus expensas? Quién planta una viña y no come de su fruto? Quién apacienta un rebaño y no come de la leche del rebaño? ¿Por ventura digo esto por un movimiento humano? ¿La ley misma no lo dice así?» Y lo demas que en esta figura se sigue y antecede.

§. II.

De lo preocupacion.

5. La preocupacion, en latin *occupatio*, es una figura por la cual decimos que pasamos por alto, ó que ignoramos ó no queremos decir aquello que entónces principalmente decimos. San Cipriano, en la carta á Cornelio : «No hablo de los fraudes hechos á la Iglesia : omito las conjuraciones, adulterios, y varios géneros de delitos. Una cosa entiendo, que no debe callarse, de la maldad de ellos, en la cual no va mi causa, ni la de los hombres, sino la de Dios, es á saber : que imediatamente al primer dia de la persecucion, cuando todavia hervian las maldades recientes de los delincuentes, y humeaban en torpísimos sacrificios, no solo los altares del demonio, sino las mismas manos y rostros de los caidos, no cesaron de comunicar con ellos y de oponerse á que hiciesen penitencia.» Este ornato es útil si aprovecha advertir ocultamente una cosa que no convenga manifestar á otros, ó si el asunto es largo, popular, llano ó imposible, ó si puede fácilmente reprehenderse.

§. III.

Del cortamiento de la sentencia.

6. El cortamiento, en latin *præscisio*, se halla en la oracion, cuando despues de dichas algunas cosas, lo restante que se comenzó á decir, se deja al juicio de los oyentes, así : «Yo no contiendo contigo, porque el pueblo romano á mí... No quiero hablar, no sea que alguno me tenga por arrogante; pero á tí te consideró muchas veces digno de afrenta.» Mas : «Te atreves ahora á decir esto, tú que poco há en casa del otro... No me atrevo á proseguir, no sea que diciendo lo que tú mereces, parezca haber dicho alguna cosa ménos digna de mí.» Aquí la tácita sospecha se hizo mas atroz que la explicacion mas clara.

Tambien el real Profeta dió á entender con esta figura el gran deseo de su ánimo, cuando dijo (*c*) : «Mi alma se ha turbado en gran manera; mas tú, Señor, ¿hasta cuando?...» Y el mismo en otro lugar (*d*) : «Y mi cáliz que embriaga...» Porque lo que despues se sigue, «¡cuán insigne es!» ha sido añadido por el traductor para explicarlo, como lo muestra la version de San Jerónimo del texto hebreo, en el cual no se hallan esas palabras. Con esta misma figura demuestra el Eclesiastes una grande pasion de ánimo en cosas indignísimas, las que hablando subió al mas alto punto, interponiendo un razonamiento cortado, y haciendo pausas en el mismo calor del decir, cuyo afecto, por no poderle explicar con razones, le insinúa callando. Cosa que cuando en verdad

(*a*) Matth. 19.

(*b*) 1 Corinth. 9. (*c*) Ps. 6. (*d*) Ibid. 22.

se hace de corazon, suele conmover poderosamente á los oyentes. San Jerónimo, reprehendiendo encubiertamente los vicios de algunos hombres, y no declarando bien lo que queria significar, cerró la sentencia con este breve cortamiento (*e*): «Sabes, prudente letor, como yo mismo lo que callo, y lo que mas digo callando.»

§. IV.

De la énfasis.

7. Vecina de esta es la énfasis, que da mas profundo sentido del que por sí declaran las mismas palabras. Hay dos especies de ella: una que significa mas de lo que dice, otra que significa aun aquello que no dice. La primera se halla en la oracion de Ciceron por Ligario á César: «Y si en tan alta fortuna no hubiese tanta bondad cuanta tú por tí, por tí, vuelvo á decir, tienes, yo entiendo lo que digo.» Calló pues aquello que no obstante eso entendimos, es á saber, no faltar hombres que le impelian á ser cruel.

8. Hay tambien énfasis en las palabras vulgares: «Conviene ser varon.» Y «aquel sí que es hombre». Y en las sagradas letras (*f*): «Un hombre nacido de mujer;» la voz «mujer» tiene énfasis, que San Gregorio explicó diciendo: «¿Qué valor tiene consigo el que es nacido de flaqueza?» Así tambien el Apóstol á Timoteo (*g*): «Medita, dice, estas cosas, está en ellas.» Con sola la voz «está», comprehende muchas cosas, el estudio, el cuidado, el amor, la ocupacion, la diligencia, y así otras; pues todas las fuerzas del alma y todo el tiempo, dando de mano á todo lo demas, quiso que se pusiese en solo esto. Porque énfasis es cuando decimos: «Por estos ojos lo ví, no tienes que negarlo.» Asimismo cuando Absalon dió órden á sus criados que matasen á su hermano Amon, y añadió (*h*): «No querais temer, yo soy quien os lo mando;» aquella palabra «yo» tiene énfasis. Tambien cuando dice el Salvador (*i*): «Yo soy quien os lo digo, amad á vuestros enemigos, etc.» Y cuando el Apóstol dice (*k*): «El Señor le conceda hallar piedad en aquel dia,» el pronombre «aquel», tiene no vulgar énfasis. Es no poco frecuente en las sagradas letras esta figura, en cuya exposicion se ocupa no pequeña parte de la erudicion teológica.

§. V.

De la duda.

9. La duda, en latin *dubitatio*, es la manifestacion de la incertidumbre del orador, v. gr. «Hizo por este tiempo gran daño á la república la necedad ó la malicia, como convenga llamarse, de los cónsules, ó uno y otro.» Tambien: «¿Esto osaste decir tú, hombre el peor de todos los mortales? No sé con qué nombre te apellide, que sea digno de tí y de tus costumbres.» Asimismo San Jerónimo: «Nuestros doctores de tal suerte llenaron sus libros de elocuencia, que ignores qué es lo que debas admirar principalmente en ellos, si la erudicion profana ó la ciencia sagrada.» Igualmente San Cipriano á Celerino, confesor de Cristo, y él mismo nacido de padres mártires, dice de este modo: «No hallo á quien llame mas feliz, si á aquellos de posteridad tan esclarecida, ó á este de orígen tan glorioso.» Otrosí Eusebio Emiseno en la homilía Del nacimiento del Señor: «¿Qué será, dice, lo primero ó último que admire, haberse concedido la fecundidad sin corrupcion, ó haber quedado la virginidad mas gloriosa por el parto? Pero no es maravilla que así pariese, siendo tal aquel con quien se desposó.» Asimismo San Gregorio, hablando de la Madalena (*l*): «¿De qué nos admiramos, hermanos, de que María venga, ó de que el Señor la reciba? ¿Que la recibe diré, ó que la trae? Mas bien diré que la trae, y juntamente la recibe.»

10. Tambien por esta figura preguntamos qué dirémos ó de dónde empezarémos. San Cipriano en el sermon De los caidos: «¿Qué haré en este lugar, amantísimos hermanos, fluctuando en tan varia marea de pensamientos? Qué ó cómo hablaré? Mas necesarias son las lágrimas que las palabras.» Otrosí San Bernardo á Eugenio: «¿Por dónde comenzaré? Paréceme bien empezar por tus ocupaciones.»

§. VI.

De la concesion.

11. La concesion es una figura por la cual concedemos algo al sugeto contra quien disputamos; pero de tal suerte se lo concedemos, que no dañe á nuestra causa y propósito, ó que ciertamente en nada favorezca al otro. Así concedemos á los ambiciosos, que deseen la honra; mas la verdadera y sólida, no la fútil y vana. De la misma manera á los avaros, que adquieran riquezas; mas no las frágiles y caducas, sino las que han de durar eternamente. A este modo permitimos diversiones y deleites, no torpes y carnales que transformen al hombre en bruto; sino espirituales y castas delicias de que gozan los ángeles.

12. Así el obispo Euquerio exhorta al amor de la verdadera vida, por estas palabras: «El deseo de la vida nos ensartó en el deleite de lo presente. Pues á los que amais la vida, para la vida os convidamos. Nunca mejor se persuade que cuando se pide se haga lo mismo que se desea. Para darte vida vengo embajador de parte de Dios. Pero os amonestamos que en lugar de una vida corta, que todos amais, ameis la eterna. Porque no sé cómo amamos la vida, si no deseamos que ella sea la mas hermosa. Así, lo mismo que nos agrada siendo perecedero, agrádenos mas si puede ser perpetuo; y lo que tanto estimamos acabándose presto, apreciémoslo mas careciendo de fin.»

Asimismo San Cipriano, Del vestido de las vírgenes: «Te llamas hombre poderoso y rico, y piensas usar de lo que quiso Dios que poseyeses. Usalo enhorabuena; mas para cosas saludables. Usalo; mas para buenas artes. Usalo para los fines que te ordenó Dios, que te mostró el Señor. Conozcan los pobres que eres rico, conozcan los menesterosos que eres hombre adinerado. Dale á Dios tu hacienda á logro, da de comer á Cristo. Adquiérete posesiones; pero mas las celestiales, cuyos frutos sean continuos y perenes, del todo exentos de las injurias del tiempo, que ni el añublo los gaste, ni el granizo los hiera, ni el sol los queme, ni la lluvia los corrompa.» Tambien el mismo, en el sermon De la mortalidad, dice así: «Tema enhorabuena morir, pero aquel que sin haber renacido del agua y del espíritu, está destinado á los fuegos infernales. Tema morir quien no se alista bajo la cruz y pasion de Cristo. Tema morir quien ha de pasar de esta muerte á segunda muerte. Tema morir quien al

(*e*) S. Hier. Ad Nepotian. num. 13. (*f*) Job. 14. (*g*) 1 Timoth. 4. (*h*) 2 Reg. 13. (*i*) Matth. 5. (*k*) 3 Timoth. 1.

(*l*) S. Greg. Homil. 33, num. 1.

ausentarse de este mundo, con interminables penas ha de sufrir eternas llamas. Tema morir aquel á quien se le concede algun tiempo mas, para que entre tanto se le difiera su tormento y su gemido.

§. VII.

De la exhortacion.

13. Practícase la exhortacion como demuestra la misma voz, cuando á un tiempo y con un ímpetu de oracion juntamos muchos consejos y preceptos, con los cuales exhortamos á que se haga ó no se haga alguna cosa. Es pues la exhortacion como una conclusion de que solemos usar despues de la prueba ó amplificacion de alguna cosa, de que tambien, como ántes dijimos, usamos cómodamente en el epílogo del sermon suasorio. Tal es aquella exhortacion del Señor por Isaías, con que despues de ponderadas las maldades del pueblo de Israel, aplica el remedio á los pasados y venideros males, por estas palabras (*m*): «Laváos, limpiad vuestras conciencias, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestros pensamientos; cesad de hacer mal, aprended á hacer bien; haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la viuda; y hecho esto, venid y argüidme, dice el Señor.»

14. San Cipriano contra Demetriano concluye así la argumentacion: «Atended pues, miéntras hay tiempo, á la verdadera y eterna salud; y porque ya está cerca el fin del mundo, volved vuestros corazones á Dios nuestro Señor, con el temor del mismo. Aunque tarde, buscad á Dios; porque ya mucho tiempo há que avisando por medio del Profeta, exhorta y dice (*n*): «Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma.» Creed al que de ningun modo engaña, creed al que predijo que habia de suceder todo esto, creed al que galardonará con vida eterna á los creyentes, creed al que castigará con eternos suplicios en los infiernos á los incrédulos.»

El mismo en el sermon De la envidia, despues de haber exagerado el mal de la envidia, cierra la oracion así: «Con estas consideraciones debe confortarse el ánimo, amantísimos hermanos. Con semejantes ejercicios debe fortalecerse contra todos los tiros del diablo. Esté en las manos la divina Escritura, en los sentidos el pensamiento del Señor. Jamas cese la oracion continua. Persevere la operacion saludable. Empleémonos siempre en obras espirituales, para que cuantas veces llegare el enemigo, cuantas probare acercarse, halle el pecho contra sí cerrado y armado.» Y el mismo poco despues: «Vomita la hiel venenosa, arroja la ponzoña de las enemistades, límpiese la mente que tenia sucia una continuada envidia. Toda la amargura que dentro habia hecho asiento, se suavice con la dulzura de Cristo. Ama á los que ántes aborrecias, estima á los que envidiabas con injustas murmuraciones. Imita si puedes á los buenos; si imitarlos no puedes, gózate siquiera y congratúlate con los mejores, házte con vínculo de amor partícipe de ellos, házte coheredero suyo con union de caridad y lazo de hermandad. Se te perdonarán tus deudas, cuando tú las perdonares. Serán bien recibidos tus sacrificios, cuando con pacífico corazon te llegarás á Dios.

(*m*) Isai. 1. (*n*) Ps. 68.

§. VIII.

De la suspension.

15. La suspension, en latin *sustentatio*, es una figura con que los ánimos de los oyentes se suspenden por algun tiempo, y luego despues se añade alguna cosa no esperada. Como Ciceron contra Verres: «¿Qué despues? ¿Qué pensais? ¿Por ventura un hurto, ó algun robo?» Y habiendo tenido largo tiempo suspensos los ánimos de los jueces, añadió lo que era mucho peor. Alguna otra vez, cuando el predicador hubiese movido la expectacion de algun negocio gravísimo, deciende al que es lijero, ó de ningun modo criminoso. De esta manera podemos amplificar la lijereza de los fariseos, que pensaban deber ser acusados los discípulos del Señor, porque comian sin lavarse las manos. Lo primero pues exponemos la dignidad de los escribas y fariseos, y de aquellos mayormente que venían de Jerusalen: todos los cuales de comun acuerdo, viniendo al Señor, le propusieron su acusacion con una larga arenga (*o*): «¿Por qué, dicen, traspasan tus discípulos las tradiciones de los antiguos?» Delito por cierto grande é insufrible, hallándose escrito (*p*): «No traspases los lindes antiguos, que pusieron tus padres». Mas veamos cuál sea este delito, cuál esta transgresion: «No, dicen, lavan sus manos, cuando comen el pan.» ¿Que cosa mas ridícula que esta acusacion? ¿Este era aquel círmen que unos maestros tan grandes querian ojetar de comun acuerdo? De esta figura pues usamos en dos lugares: ó cuando queremos colegir de este modo alguna cosa leve, ó ponderar alguna grande y no esperada, para que aquello que por su naturaleza es grande, precediendo esta preparacion, aparezca mayor.

§. IX.

De la ironía.

16. La ironía, cuando se comete en una voz, ó en pocas, es tropo, en el cual por el nombre propio de la cosa se pone otro. Cual es aquello que dijo Juno á Vénus y á Cupido, que se gloriaban de haber vencido á una mujer:

Egregiam vero laudem, et spolia ampla refertis
Tuque, puerque tuus (*q*)!

¡Por cierto bella alabanza
Y despojos de gran cuenta
Tú y tu hijo conseguisteis!

17. Mas cuando se comete en un razonamiento largo, se cuenta entre los adornos de las sentencias. Así San Cipriano contra Pupiano, que negaba que el mismo Cipriano fuese obispo, declama con una fuerte ironía, diciendo: «¿Con que si no nos hubiéramos disculpado contigo, y quedado absueltos de la sentencia, en seis años ni la hermandad hubiera tenido obispo, ni la plebe caudillo, ni el rebaño pastor, ni gobernador la Iglesia, ni Cristo prelado, ni Dios sacerdote? Venga Pupiano y dé la sentencia. Muestra por lo claro el juicio de Dios y de Cristo, para que no parezca que tan crecido número de fieles encargados á nuestro cuidado, salió sin esperanza de salud ni de paz.» Y luego: «Ten á bien, y dígnate pronunciar y confirmar nuestro obispado con la autoridad de tu juicio, para que Dios y su hijo Cristo te puedan dar las gracias, de que por tí un prelado y rector ha sido restituido á su altar, é igualmente á su plebe.» Y

(*o*) Matth. 15. (*p*) Prov. 22. (*q*) Virg. Æneid. 4, v. 93.

poco despues: «¿Cómo es que no cayeron en este escrúpulo los mártires llenos del Espíritu Santo, que escribiéron desde la cárcel á Cipriano, obispo? Si no es que todos estos que conmigo comunican, conforme á lo que escribiste, están contaminados por nuestra inmunda lengua, y perdieron así la esperanza de la vida eterna, con el contagio de nuestra comunicacion. Solo Pupiano, íntegro, puro, santo, casto, que no quiso mezclarse con nosotros, será el único que habite en el paraíso y reino de los cielos.»

18. No faltan tambien ejemplos de esta figura en las sagradas letras. Así Jeremías (*r*): «Esforzáos, dice, hijos de Benjamin, en medio de Jerusalen, y en Tecua tocad la bocina, y sobre Betacar levantad el estandarte; porque de la parte del Norte se ha visto un mal, que os amenaza con una ruina grande.» El mismo en otra parte se vale de la propia ironía, cuando despues de enunciada la venida de los caldeos, añade (*s*): «Aprestad el escudo y rodela, y marchad al combate; juntad los caballos y montad los jinetes, ponéos los yelmos, limpiad las lanzas, vestíos el arnes. ¿Mas qué? Yo los vi cobardes, y que volvian la espalda, etc.» Tal es tambien aquello de Salomon (*t*): «Regócijate pues, jóven, en tu juventud, de suerte que tu corazon esté con alegría durante tu primera edad; anda segun el camino de tu corazon, y segun las miras de tus ojos; y sabe que Dios te hará dar cuenta en su juicio de todas estas cosas.» Semejante es tambien aquello del Apocalípsis (*v*): «El que hace injusticia, hágala aun; y el que anda en sucieda-des, ensúciese aun.»

§. X.

Del ejemplo.

19. Es constante que el ejemplo y símil ó semejanza, son lugares de argumentar; pero cuentánse entre las figuras, por lo mismo que adornan mucho la oracion, y mas cuando se aplican para dar lustre ú ornato al asunto. Mas, porque estos dos adornos de la oracion tienen entre sí gran parentesco, y se tratan casi de un mismo modo, hablarémos de entrambos en este lugar.

20. Ejemplo es una proposicion de algun hecho ó dicho pasado, con nombre de autor cierto. Tómase de las mismas causas que el símil. Hace mas adornada la materia, cuando no se toma sino por causa de dignidad. Hácela mas perceptible, cuando lo que es obscuro lo vuelve claro. Mas probable, cuando lo hace mas verosímil. Pónela ante los ojos, cuando expresa con tal perspicuidad todas las cosas, que casi pueda tocarse con la mano lo dicho. Pero sobre todo mueven los ánimos las cosas antiguas esclarecidas, las de nuestra patria y casa, esto es, cada una á su nacion, cada una á su linaje; ó las muy inferiores, como las mujeres, niños, esclavos, bárbaros. Aplicánse los ejemplos, ó como semejantes, ó desemejantes, ó contrarios. Tambien, ó como mayores, ó menores, ó iguales. La desemejanza ó desigualdad consta de género, modo, tiempo, lugar, y casi de las demas circunstancias susodichas.

21. Se aumentan y crecen los ejemplos con la manera de tratarlos. Podrá pues comenzarse por la alabanza del autor ó nacion de donde se trae el ejemplo, de este modo: si alguno citare un ejemplo de Plutarco, podrá decir ántes, que este autor es el único y mas grave de todos, por haber juntado á la elocuencia de historiador, una suma inteligencia de la filosofía; de suerte que no solo se ha de considerar en él la fe de la historia, sino tambien la autoridad y juicio de un gravísimo y doctísimo filósofo. De la misma forma, si alguno quiere traer el ejemplo de Marco Atilio Régulo, que por cumplir su palabra volvió á ponerse en manos de sus enemigos, podrá empezar á hablar de esta manera: «Entre tantos insignes decorosos hechos de la virtud romana, jamas hubo proeza ni mas bella ni mas loable que la de M. Atilio.» Alabanzas de esta naturaleza podrán ponerse mas largas ó mas breves, segun que el lugar lo pidiere; pero se pondrán aquellas que son mas á propósito para la materia que se trata. Como si el ejemplo requiere fe, se alabará al autor por grave y fidedigno. Si lo que traes quieres que parezca piadoso, recomendarás su piedad. Y así de las otras materias.

22. Mas por lo que mira al modo de tratarlos, unas veces sea sucintamente, donde el asunto es tan claro, que no requiere muchas razones; cual es aquel de San Jerónimo (*x*): «Acuérdate de Dares y de Entello.» Otras mas extensamente, como el mismo San Jerónimo en su prefacion á toda la Sagrada Escritura, para encargar el amor y estudio de la sabiduría, refiere la peregrinacion de Pitágoras, Platon y Apolonio. Pero cuando los ejemplos son desiguales ó desemejantes, podrán extenderse mas por comparacion y contienda: es á saber, cuando manifestamos que lo que traemos por razon y conveniencia de nuestra causa, es semejante, desemejante, contrario, igual, mayor ó menor; y ese cotejo se toma de todas las circunstancias de cosas y de personas.

23. Ayúdase tambien con el artificio de la oracion, cuando con voces ó figuras acomodadas, unas cosas se disminuyen, otras se levantan. Demas de esto, el que deseare tratar copiosísimamente un ejemplo, explicará en cada uno las partes de semejanza ó desemejanza, y las comparará entre sí por via de contienda. En San Bernardo hay de esto un ejemplo cumplidísimo en la Vida del santo obispo Malaquías, con el cual va comparando su vida y costumbres con las de otros obispos. Mas porque este adorno suele ser corriente en el púlpito, traerémos otros ejemplos de él, tomados del lib. II de *Rerum copia*.

24. Si uno exhorta á otro que lleve con moderacion la muerte del hijo, y saca de entre los ejemplos de los gentiles alguna mujer que sufrió con fortaleza la muerte de muchos hijos, despues de narrado el suceso, hará esta comparacion: «Lo que pudo una débil mujer, tú, varon con tantas barbas, ¿no aguantarás? Aquella venció al sexo y al afecto de madre; ¿tú dejarás vencerte de alguno de estos? Aquella con invencible corazon sufrió la pérdida de muchos hijos; tú, por uno que perdiste, ¿lloras inconsolable? Añade que los hijos de aquella todos juntos perecieron en un naufragio, esto es, con una muerte nada gloriosa; mas el tuyo murió valerosamente peleando en la guerra. Aquella no tuvo destino honroso que dar á sus hijos; tú empleaste á tu hijo en defensa de la patria. Aquellos realmente y de todo punto perecieron; el tuyo vivirá siempre con inmortal gloria. Aquella daba gracias á la naturaleza por haber sido un tiempo madre de tantos hijos; tú solo haces memoria de haber perdido un tan buen hijo. Aquella no tenia esperanza de

(*r*) Jer. 6. (*s*) Ibid. 46. (*t*) Eccles. 11. (*v*) Apoc. 22.

(*x*) S. Hier. Epist. 120, alias 91, Ad Augustinum.

resarcir su orfandad, pues ya por su edad no era capaz de tener hijos; tú tienes una mujer fecunda y una edad todavía florida y robusta. Lo que pues una mujercilla bárbara ejecutó, ¿no ejecutarás tú, varon romano? Lo que pudo despreciar una mujer sin letras, ¿te acobarda á tí tan adornado de ellas y tan eminente filósofo? En fin la fortaleza que mostró una pagana, ¿no la mostrará un hombre cristiano? Aquella, creyendo que ya no hay vida mas allá de la muerte, tuvo no obstante por indecente el llanto; tú, informado de que solo verdaderamente viven los que con alabanza partieron de esta vida, ¿aun clamas sin cesar que se te murió un hijo? Y lo que aquella volvió con resignacion á la naturaleza, ¿no lo volverás tú á Dios que lo recobra? Aquella con esfuerzo obedeció á la necesidad; ¿tú te resistes á Dios?»

25. Por esta forma aparece bastantemente, segun yo pienso, de qué modo deben cotejarse los ejemplos; y aun en las verdaderas causas, como hay mayor copia de circunstancias, es mas fácil hallar varios cotejos. Voy á advertir de paso, que con semejantes paralelos pueden mezclarse no sin gracia las sentencias y epifonemas. Como en este mismo ejemplo, despues de la primera comparacion: «Lo que pudo una débil mujer, ¿tú, varon con tantas barbas, no podrás?» podrian añadirse estas sentencias: «La naturaleza distinguió el sexo; tú no distingues el ánimo. De una mujer nadie espera que merezca la alabanza del valor; el varon, si no es valeroso, ni aun el nombre merece de varon. Varon significa dos cosas, un sexo mas robusto, y un ánimo invicto. Torpemente pues lleva barbas, á quien una mujer supera en el valor.» Mas despues de esta contienda: «Aquella no tenia destino honroso que dar á sus hijos; tú empleaste á tu hijo en defensa de la patria;» podian juntarse casi á este tenor las siguientes sentencias: «Grande consuelo es del dolor tener con que puedas cohonestar tu desgracia. Así como en nada se emplea un hijo con mas justicia que en defensa de la patria, así tambien ni con mas gloria.» Y despues de aquella contraposicion: «Aquellos realmente y de todo punto perecieron; el tuyo vivirá siempre con inmortal gloria,» se podrian añadir estas sentencias: «Mucho mas felizmente se vive con la buena fama, que con este comun aliento. La vida del cuerpo, aun cuando no sobrevenga alguna adversidad, es breve y calamitosa, y en fin semejante á la de los brutos; aquella es esclarecida y perdurable, que lleva á los hombres á la compañía de los santos.» Y á esta misma manera podrán juntarse sentencias á cada parte de las comparaciones. Pero bastará haber de paso insinuado esto.

26. Estos ejemplos que propusimos, con harta claridad explican la naturaleza de esta figura; bien que para mayor enseñanza fuéron algo prolijos. Mas cuando se trata un asunto serio, débese tratar con mas ó ménos extension, segun fueren las cosas de que hablamos. Arriba prevenimos, que San Crisóstomo siempre que con algun símil ó ejemplo sube hasta lo sumo lo que dice, procura con la comparacion de algunas circunstancias hacer todavía mayor la cosa que amplifica.

§. XI.

De la comparacion demonstrativa que pertenece al órden de los ejemplos.

27. Hay una comparacion, que en latin tambien se llama *contentio*, la cual es muy comun, singularmente en el género demonstrativo, cuando por razon de alabanza ó viperio, cotejamos una persona con otra. Así San Gregorio Nacianceno, en la oracion de las alabanza de San Basilio, le compara con todos los famosísimos padres del Viejo y Nuevo Testamento, es á saber, con Noe, Abraham, Jacob, Josef, Moises, David, Juan Bautista, Pedro, Pablo, y los demas padres; y dice que imitó sus virtudes, ó que las igualó. Y comienza así: «Ea pues, habiendo habido muchos varones ilustres por su piedad, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, legisladores, capitanes, profetas, doctores, fuertes hasta derramar la sangre, cotejemos con ellos á nuestro Basilio; para que por aquí echemos de ver cuál fué.» Hay tambien comparacion de cosas, como si alabando uno la historia la compara con las ciencias mas excelentes. Y en estas la razon es en dos maneras; porque ó bien apocas los bienes de una parte, y ponderas los de la otra; ó de tal suerte exageras las alabanzas de la una parte, que prefieras no obstante, ó ciertamente iguales lo que emprendiste alabar. En el vituperar ponderas los vicios; mas de tal modo, que muestres con todo eso ser mas infame, ó tanto, aquel contra el cual declamas.

28. En estas cosas se ha de observar, que lo que se trae para la comparacion, sea por una parte reconocido de todos, y por otra que sea insigne: como si comparas á un buen príncipe con Trajano, ó con Antonino el Filósofo; y al contrario, al malo con Neron ó Calígula. Asimismo si comparas á un hombre maldiciente con Zóilo é Hiperbolo; ó á un hombre murmurador con Dipsas ó Régulo; ó á un hombre afeminado en deleites con Sardanápalo.

29. Mas todavía subirá de punto, y será mas copiosa la comparacion, si como insinué poco ántes, para la alabanza ó vituperio de un hombre ó de una cosa, se aplican muchas personas ó cosas; como si alguno, para elogiar á un príncipe, entresaca de muchos lo que en cada uno sobresalió mas; por ejemplo: la felicidad y presencia de espíritu de César, la magnanimidad de Alejandro, la urbanidad de Augusto, la afabilidad de Títo, la justicia y clemencia de Trajano, el menosprecio de la gloria de Antonino, y así de los demas. Lo mismo se ha de practicar vituperando. Fuera de esto, si acriminando la ira, la cotejas con una extraordinaria embriaguez, con un frenesí, con la gota coral, ó con un espiritado; ó si acriminando á una venenosa maldita lengua, la cotejas con el aliento de un hombre apestado, con el resuello de las serpientes, que tienen un veneno eficacísimo, con el vapor de algunos lagos ó cuevas, que causan muertes repentinas.

§. XII.

De la semejanza.

30. El símil ó semejanza es una oracion que transfiere á una cosa algo semejante, tomado de otra desigual. Y sirve, ó para adorno, ó para prueba, ó para mayor claridad, ó para poner la cosa delante de los ojos. Y así como se toma por cuatro causas, así se dice de cuatro modos: por contrario, por negacion, por brevedad, por cotejo. A cada una de las causas por que nos valemos de la semejanza, acomodarémos tambien su propio modo de pronunciar. Por causa de adorno se toma del desemejante ó contrario, de este modo: «No porque una casa, una nave, ó tambien un vestido nuevo, es mejor

que uno muy usado, así tambien ha de ser mejor un amigo nuevo que un antiguo; porque la fe de aquel es todavía dudosa y poco estable; esta, al modo del oro, que se acrisola con el fuego, es probada y reconocida con muchas experiencias y largo tiempo.» Llámase símil por contrario, porque negamos que la cosa que proponemos, sea semejante á la que aprobamos.

31. Mas para prueba de una proposicion se trae algun símil por negacion, de este modo: «Ni el caballo indómito, aunque sea de buena casta, puede ser idóneo para los servicios que se desean de él; ni el hombre indocto, aunque sea ingenioso, puede alcanzar la virtud.» Esto se hizo tanto mas probable, cuanto es mas verosímil, que no puede la virtud conseguirse sin doctrina, como ni el caballo sin domar puede ser útil. Tomóse pues para probar, mas se dijo por negacion, como se ve claro por la primer palabra del símil.

32. Para hablar mas claro usamos de la semejanza por brevedad, de esta forma: «En la amistad no debes portarte como en el certámen de una corrida, de modo que reducido á ciertos términos, no procures excederlos, llevando tu afecto hasta donde pueda llegar.» Porque este es un símil, para que se entienda mas claro, que no tienen razon los que reprehenden á aquellos que despues de muerto el amigo cuidan de sus hijos; pues aunque un corredor no debe correr con mayor velocidad de la que necesita para llegar al término de la carrera; sin embargo, un amigo debe tener tanta estimacion á su amigo, que la lleve mas allá de lo que este pueda sentir. Dícese semejanza por brevedad, porque no está una cosa separada de otra como en las demas, sino que entrambas están junta y confusamente pronunciadas.

33. Para poner delante de los ojos un ojeto, se tomará la semejanza por cotejo, así: «Al modo que un citarista cuando saliere de gala, vestido de ropa talar dorada, manto de púrpura de diversos colores matizado, y con corona de oro adornada de brillante pedrería, llevando en su mano una primorosísima cítara taraceada de oro y marfil, y á mas de esto, siendo él de figura, rostro y talle hermosos; despues de haber movido con todo esto una grande expectacion en el pueblo, impuesto silencio, prorumpe en una voz sumamente desagradable, acompañada de un movimiento feísimo del cuerpo; cuanto mayor era su adorno y mas ventajoso el concepto que de él se habia formado, tanto es mayor la burla y desprecio que de él se hace: de la misma suerte, si uno estuviere colocado en un eminente lugar, y abundara de todos los bienes de fortuna y naturaleza, pero ni tuviere virtud ni capacidad para adquirir las ciencias, que son maestras de la virtud; cuanto mas distinguido fuese por sus empleos y riquezas, tanto mas debe ser burlado, despreciado, y arrojado de la compañía de los buenos.» Este símil con el adorno de entrambos extremos, y el cotejo de la impericia de aquel figuron, con la necedad é indignidad de este, por una razon semejante pone á la vista todo el asunto. Hase dicho por cotejo, porque con el símil propuesto todas las cosas iguales se han referido.

34. En los símiles convendrá observar con diligencia, que al traer un símil, procuremos usar de palabras acomodadas para explicar la semejanza, con respeto á la cosa, por cuya causa ella se trajo, de este modo: «Así como las golondrinas vienen en el verano, y acosadas del frio se van;» de esta semejanza por translacion tomamos las palabras para decir: «Así tambien los falsos amigos acuden en el tiempo sereno de la vida; mas luego que ven el invierno de la fortuna, todos vuelan.»

35. Sería muy fácil la invencion de los símiles, si pudiere uno ponerse frecuentemente ante los ojos todas las cosas animadas é inanimadas, mudas y que hablan, feroces y mansas, de la tierra, del aire y del mar; las adquiridas artificiosa, casual y naturalmente; las usadas y no usadas; y de estas procurare sacar alguna semejanza para poder adornar, instruir ó declarar mas una cosa, ó ponerla ante los ojos. Pero no es necesario que toda una cosa sea en todo semejante á otra, sino que debe tener semejanza en aquello mismo en que se compara. Hay cierto librito recogido De los símiles de San Crisóstomo, y de otros autores, que podrá ayudar mas que medianamente al estudioso predicador para la invencion de los símiles. Pero tendrá presente, que las semejanzas de ningun modo deben tomarse de cosas sórdidas y humildes, ni tampoco de obscuras y demasiadamente sutiles y de difícil inteligencia: aquello porque mancha la oracion, y esto porque la obscurece, y principalmente perjudican á lo mismo para que fué inventada la semejanza.

36. Fuera de esto, en lo que mira al modo de tratarlas, así como los ejemplos, segun poco ántes dijimos, se tratan unas veces sucinta, otras mas extendidamente, así tambien las semejanzas. Porque alguna vez se notan con una sola palabra, como: «No entiendes que has de volver las velas.» O «Deja de lavar el ladrillo»: de suerte que ya vengan á ser, ó alegoría ó metáfora. Otras veces se explica con mas extension, y se acomoda mas claramente. Lo que hace Ciceron en defensa de Murena: «Si aquellos, dice, que del golfo llegan al puerto, suelen prevenir con buen celo á los que se hacen á la vela las tempestades, piratas y escollos; siendo natural que favorezcamos á los que entran en los mismos riesgos en que nos vimos nosotros; yo, que despues de haber padecido una gran borrasca, estoy viendo de cerca la tierra, ¿con qué ánimo puedo mirar á este, que veo ha de pasar grandísimas tormentas?»

37. Este símil de Ciceron imita San Jerónimo en la carta á Heliodoro, diciendo: «Y yo no os amonesto como quien llega al puerto con la nave y las mercaderías enteras; sino como quien habiendo naufragado poco há, arrojó la tempestad á la orilla, aviso con temerosa voz á los que quieren navegar, que entre aquellas ondas, la Caríbdis de la lujuria consume y traga la salud: allí el apetito sensual, al modo que el escollo de Scyla, con rostro risueño de doncella nos halaga y atrae, para que naufrague la castidad; aquí se ven gentes bárbaras en la ribera; aquí el demonio como pirata, con toda su chusma lleva cadenas para los que ha de apresar. No querais pues creer á nadie, no os tengais por seguros; aunque el mar se os muestre quieto como un estanque, y aunque apénas levante el viento unas pequeñas olas sobre la superficie del agua, este campo tiene muy grandes montes. Dentro está el peligro, dentro está el enemigo. Aparejad las jarcias, tended las velas. Fijad la cruz de la entena en vuestras frentes. Aquella bonanza es tempestad.»

38. Si alguno quiere aquí cotejar cada uno de los peligros que de los vicios ó viciosos, ó de otra parte, ame-

nazan á las buenas costumbres, con cada uno de los que suelen poner á los navegantes en riesgo de la vida; despues manifestar por comparacion lo mayor ó menor, y asimismo lo semejante ó contrario; y por fin adornarlo todo con sentencias y epifonemas, como fueren cayendo; sin duda hará un largo sermon, segun se ve en este ejemplo: «Así como cuanto una cosa es mas preciosa, tanto suele guardarse con mas cuidado y gastarse con mas tiento; así con el tiempo, que nada hay mas precioso, se ha de tener la mayor economía, para que ni un instante se pase sin fruto. Porque si suelen darse curadores á los que pródigamente derraman las piedras preciosas y el oro, ¿qué locura será consumir torpemente en el ocio y en deshonestidades el tiempo, que es el mas bello don del Dios eterno? En verdad cuando pierdes el tiempo, ¿qué otra cosa pierdes sino la vida? ¿Y qué cosa puede haber mas amable que la vida? Cuando se pierde una pequeña perla, llámasla pérdida; y cuando todo un dia se pierde, esto es, una buena parte de la vida, ¿no la llamas pérdida? Mayormente cuando perdida aquella, puede por otra parte recuperarse; mas la pérdida del tiempo es del todo irreparable.

»Demas de esto aquellas cosas que para tí perecen, de ordinario aprovechan á otro; pero el dispendio del tiempo á nadie puede ser útil. Ningun daño hay del cual no saque alguno algun provecho, á excepcion del daño del tiempo. A esto se añade, que la pérdida de las riquezas fué muchas veces saludable; pues las mas veces dan ellas materia á los vicios, de suerte que vale mas inconsideradamente expenderlas, que solícitamente conservarlas. Cuando el uso de cada cosa es mas honesto, tanto su profusion es mas torpe. Pero nada hay mas bello, ni mas ilustre, que emplear bien las buenas horas. Aquellas por mas que tú las guardes, con todo, sucede muchas veces, que ó te las arrebata el acaso, ó te las quita el hombre: de modo, que la pérdida, si bien te hace calamitoso, mas no culpado. Pero la pérdida del tiempo, por cuanto no sucede sino por culpa nuestra, no solo nos vuelve miserables, sino tambien infames. ¡Pésima calidad de infamia cuando á nadie pueda darse la culpa, sino á aquel que padece el daño! Con aquellas podias mercar heredades y casas; con el tiempo, á mas de otros ornamentos del ánimo, podias granjearte la inmortalidad. No hay porcion de vida tan breve, en la cual no puedan darse largos pasos para la felicidad. Finalmente de las riquezas mal gastadas, en todo caso habrás de dar cuenta á tu padre; mas de las horas mal empleadas, á Dios.» Pero basta haber insinuado cuánta extension puede darse al cotejo, si quiere alguno componer y adornar á este modo cada una de las circunstancias.

39. Este ejemplo se ha tratado un poco mas extendidamente para mayor enseñanza. Pero se ha de advertir, que cuando la semejanza se trae de menor ó mayor, se debe mostrar muy claramente esta desigualdad, para que la fuerza del argumento aparezca mayor. Tomemos por ejemplo este argumento de menor: «Si el dueño castiga á su criado delincuente; ¿por qué no castigará Dios al hombre pecador?» Quien ignora el arte, de este modo lo diria. Mas ve cuán de otra manera lo dijo San Cipriano contra Demetriano: «Tu exiges el servicio de tu esclavo, y siendo hombre, obligas á otro hombre á que esté á tus órdenes y que te obedezca; y siendo en vosotros una misma la suerte del nacer, una la condicion del morir, la masa del cuerpo semejante, comun la naturaleza del alma racional, y que con un mismo derecho y una misma ley, ó se viene á este mundo, ó despues se sale de él; con todo eso, si no se te sirve á tu gusto, si no se condesciende al imperio de tu voluntad, orgulloso rígido exactor de la servidumbre, castigas con azotes, afliges y atormentas con hambre, sed, desnudez, y no pocas veces con hierro y cárcel; y ¿no reconoces á tu Dios y Señor, cuando tú mismo ejerces así tu señorío?» En este ejemplo juntó San Cipriano una suma copia con una suma brevedad. Porque suma brevedad es lo que dijo: «¿No reconoces á tu Señor, cuando tú mismo ejerces así tu señorío?» Pues comprehende en brevísimas palabras toda la comparacion, que podia amplificar mas, exponiendo la grandeza de la majestad de Dios. Pero la explicó muy copiosamente la semejanza que precedió.

40. Aunque el uso de ejemplos y símiles ayude no poco para persuadir, especialmente se logra esto, cuando se aplican por induccion, como lo ejecutó frecuentemente Sócrates. El ejemplo por induccion se aplica de esta manera: «Dime, ¿qué fruto sacó Demóstenes de su maravillosa elocuencia? A mas de otras incomodidades, un desastradísimo y miserable fin. ¿Qué premio Tiberio y Cayo Gracos? Una muerte, y esta mísera, y no muy honrosa. Pues ¿qué el tan celebrado Antonio? Tambien le asasinaron cruelísimamente á puñaladas los ladrones. Ea pues, ¿qué dirémos de Ciceron, padre de la elocuencia? ¿Qué paga le dió ella? ¿Acaso fué otra que la de una muerte amarga y miserable? Anda ahora, y con tantos desvelos esfuérzate á llegar á la cumbre de la mayor elocuencia, que tan funesta fué á los varones mas insignes.»

41. El símil se aplica por induccion de este modo: «De la náutica, por ventura ¿no discurrirá mejor un marinero que un médico? Y del arte de curar ¿no hablará con mas acierto un médico que un pintor? Y de los colores, sombras y líneas ¿no razonará con mas propiedad un pintor que un zapatero? ¿Un carretero no sabrá mejor gobernar un carro que un marinero?» Si se cotejan muchísimas cosas de estas, hacen sumamente probable la verdad, de que es forzoso que hable cada uno mejor en aquella materia que mejor supo. Así San Cipriano, en el libro De la unidad de la Iglesia, dice: «La Iglesia es una, y con el aumento que la da su fecundidad, se extiende y llega á ser una muchedumbre; del mismo modo que siendo muchos los rayos del sol, la luz es una; siendo muchos los ramos del árbol, es una la fuerza fundada en profundas raices; y al modo que cuando manan muchos arroyos de una fuente, aunque dilatándose por la gran copia de sus aguas, aparezca una muchedumbre derramada, no obstante en el orígen se conserva la unidad. Aparta el rayo del cuerpo solar, la unidad de la luz no sufre division. Desgaja un ramo del árbol, desgajado no podrá brotar. Corta el arroyo de la fuente, cortado se secará. Así tambien pues la Iglesia, alumbrada con la luz del Señor, extiende sus rayos por todo el orbe; pero una es la luz que por todas partes se difunde, ni la unidad del cuerpo se separa. Con la copia de fertilidad extiende sus ramos por toda la tierra. Dilata anchamente los arroyos que con largueza corren; mas una es sin embargo la cabeza, uno el orígen, y una la madre colmada de hijos por su fecundidad.»

42. Esto se dijo de los tropos y figuras, ya de las palabras, ya de las sentencias, cuyo número, esencia, fuerza y nombres explican con gran variedad los autores, tanto griegos como latinos, y no solamente discuerdan ellos entre sí mismos, sino, lo que es mas de admirar, el mismo Ciceron anda muy vario, quien así como fué elegantísimo en el decir, fué tambien diligentísimo en dar reglas. Pues, como observa Quintiliano, puso muchas figuras en el lib. III Del orador, que despues desechó, no habiendo hecho mérito de ellas en El orador que escribió despues. Algunas puso entre los adornos de las palabras, que son lumbres de las sentencias. Algunas ni aun son figuras. Ya el número de ellas no fué ántes fijo, ni podrá nunca serlo. De lo que hallo dos causas: una es, que por autoridad del mismo Quintiliano todavía pueden formarse y discurrirse nuevas figuras; otra, que tanto las figuras de palabras como de sentencias, no se distribuyen en formas ó especies, cuyo número es determinado, sino en partes y como miembros, de que hay un número infinito.

CAPITULO XV.

Del uso de las figuras.

1. No sirve mucho haber aprendido los nombres y difiniciones de las figuras, si no sabemos el uso de ellas, esto es, de qué modo y en qué cosas principalmente debemos usarlas. Y esto ha de colegirse de los tres principales oficios de un predicador. Porque á él pertenece en primer lugar enseñar á los oyentes, despues deleitarlos, y finalmente inclinarlos. Y enseñar, dicen que es de necesidad, deleitar de suavidad, inclinar de victoria. Algunas pues de las figuras sirven principalmente para enseñar, otras para deleitar, otras para inclinar y mover los afectos. Y cierto para enseñar sirven principalmente las figuras que pusimos entre las formas de argumentos, á las cuales pueden juntarse la raciocinacion, que poco há contamos entre las figuras de sentencias, y algunas otras que conducen para probar ó para exponer los asuntos. Entre las cuales justamente se pone la transicion, que exponiendo lo que se dijo y lo que se ha de decir despues, alumbra con esta distincion la oracion. Y fuera de esto, como poco ántes advertimos, tiene alguna vez acrimonia y enerjía. Y á mas de otras figuras, hay algunas que especialmente pertenecen al deleitar, cuales son las que pusimos entre las figuras de palabras, en la segunda y tercer clase, que consisten en la proporcion de semejantes y contrarios.

2. Pero de las demas figuras, ya sean de palabras, ya de sentencias, muchas parecen tener fuerza y actividad, aunque hay otras, y no son pocas, que sirven para todo esto. Porque bien cierto es que las descripciones de cosas, personas, lugares y tiempos, unas veces valen para deleitar, otras para amplificar, y alguna vez tambien para enseñar. Lo mismo dijimos de los contrarios, que fuera de la hermosura y gracia, tienen tambien en su lugar acrimonia y vigor. Porque á la verdad, ¿qué efectos no causan los ejemplos, y en especialidad los símiles? ¿Qué hay que dé mayor luz á las cosas obscuras que los símiles? Qué dejamos de amplificar con ellos ó de ponerlo delante de los ojos? A mas de esto, ¿cuán gran deleite no causa un símil traido á sazon?

3. Será pues de la obligacion del estudioso predicador, no solo saber el número, nombres y naturaleza de las figuras, sino tambien, y aun mucho mas, el uso de ellas; para que de este modo sepa bien de qué figuras ha de usar en cualquier parte del sermon. Mas pudiendo una sentencia misma explicarse y en cierta manera vestirse de muchas figuras, será del cargo de un sabio artífice elegir ántes aquella figura que con mas claridad, brevedad y propiedad explique su sentir. Hasta aquí de las figuras: en adelante se ha de tratar de la composicion.

CAPITULO XVI.

De la composicion.

1. A los tropos y figuras de que se habló hasta aquí, se sigue la tercera parte del ornato, que consiste en la composicion y en la apta y armoniosa colocacion de las palabras. La cual, como dice San Agustin, no ha de olvidar del todo el predicador, aunque ella se halle pocas veces en las sagradas letras. Estas son sus palabras (*a*): «A la verdad debe confesarse que este adorno de la elocucion, que se hace con cláusulas armoniosas, no se halla en nuestros autores. Lo cual no me atrevo á afirmar si debe atribuirse á descuido de los intérpretes, ó si ellos de propósito, que es á lo que mas inclino, omitieron estos adornos, pues yo confieso que no lo sé. Lo que sé es, que si alguno, inteligente en esta armonía, compone las cláusulas de aquellos con la ley de los mismos números, lo que fácilmente se logra mudadas algunas palabras que signifiquen lo propio, ó trocando el órden de lo que hallare, conocerá que nada de lo que aprendió en las escuelas de los gramáticos ó retóricos, faltó á aquellos divinos varones. Y hallará muchos géneros de elocucion de tanto primor, que hasta en nuestra lengua, pero principalmente en la suya, son hermosos; de los cuales ninguno se encuentra en las letras con que estos se desvanecen.

»Pero ha de irse con tal circunspeccion, que miéntras que las cláusulas se ajustan á los números, no se quite el peso á las divinas y graves sentencias. Porque aquella armoniosa arte donde de lleno se aprenden estos números, es tan cierto que no faltó á nuestros profetas, que el doctísimo varon Jerónimo hace mencion de algunos metros que solamente se hallan en la lengua hebrea, y por conservar la verdad ó el sentido en las palabras no los virtió en latin. Yo si he de manifestar mi sentir, el que ciertamente conozco mejor que otros y que el de los demas, así como en mis discursos no dejo de usar con la modestia posible de algunas cláusulas armoniosas, así me gustan mas en nuestros autores, por lo mismo que rarísimamente las hallo en ellos.»

2. Este ejemplo podrá seguir cualquiera que piensa escribir algo con elegancia. Porque la oracion armoniosa y las palabras bien adornadas tienen de suyo, que sin ostentacion ni esplendor de palabras recrean tan encubiertamente el ánimo del letor, que el mismo que se deleita no sabe dar la razon por qué tanto se deleita. La misma composicion ayuda tambien mas que medianamente al entendimiento, cuando los miembros de la oracion de tal suerte se corresponden y enlazan, que hacen clarísimo su sentido. Pero esto se entiende para escribir, porque en lo que toca á predicar, como lo reconocen tambien los que de este asunto escribieron, semejante numerosa composicion no es tan necesaria, y

(*a*) S. Aug. de Doct. Christ. lib. 4.

por eso, dejando á un lado las reglas que dan en gran número los retóricos acerca de esto, concluiré esta parte con la mayor brevedad.

§. I.

De la composicion en general.

3. Cornificio dice : « La composicion es un arreglo de palabras que hace todas las partes de la oracion igualmente aseadas. » Y se conservará si huyéremos los frecuentes encuentros de vocales que vuelven la oracion prolija y penosa, como esto : *Vaccæ Æneæ, amenissimæ impendebant*. Y asimismo, si evitáremos la demasiada repeticion de una misma letra, de cuyo vicio dará ejemplo este verso de Ennio :

O Tite, tute, tati, tibi, tante, Tyranne, tulisti :

y este del mismo poeta :

Quidquam, quisquam cuiquam, quod conveniat, neget?

Y tambien si huyéremos la continuada repeticion de un mismo vocablo, como esta : *Nam cujus rationis ratio non extet, ei rationi non est fidem habere* : « Porque no es razon dar fe á la razon, de cuya razon no hay razon.» Y si no usáremos continuadamente de vocablos consonantes, de este modo : *Flentes, plorantes, lacrimantes, obtestantes* : « Llorando, suspirando, lagrimando, rogando. »

4. Igualmente para conservar una buena composicion, es preciso evitar la transposicion de palabras, sino cuando la necesidad y mayor elegancia lo requieren; defecto que es muy frecuente en Lucilio, como esto del libro primero :

Has res ad te scriptas, Luci, missimus Æli.

Tal es aquello de Policiano : *Legit epistolam mihi nuper ad se tuam Picus hic Mirandula noster*. Cuya composicion es pueril y ajena de toda gravedad. Otrosí conviene huir la larga y no sostenida continuacion de palabras, la cual por un lado ofende los oídos del oyente, y por otro fatiga el aliento del predicador.

§. II.

De las dos especies de composicion.

5. Cualquiera que desea alcanzar perfectamente la razon ó el modo de la composicion, lo que para escribir con arte es necesario, debe saber que hay una composicion simple ó sencilla, y otra doble ó compuesta. La simple no está sujeta á la ley de los números, ni tiene períodos muy largos, y de ella usamos nosotros en el trato familiar, y los sagrados escritores en muchísimos lugares. Porque la verdad sencilla se complace en la sencillez de estilo. Tal es aquello del Génesis (*b*) : « En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba estéril y vacía, y estaban las tinieblas sobre la faz del abismo, y el espíritu de Dios andaba sobre las aguas. Y dijo Dios : Hágase la luz, y fué hecha la luz, etc. »

6. La composicion doble, apartándose de esta sencillez, usa de oraciones torcidas y largas. Cuyas partes, y como miembros, es preciso explicar, para que conocidas, se conozca mas fácilmente el todo que de ellas resulta. Pues así como en la mano consideramos la mano misma como un todo, luego el dedo, como miembro de ella, y en fin los artejos del dedo, que son varias partes de este miembro ; así advertimos semejantes partes en la oracion. Porque son como artejos las comas, que en griego se llaman *commata*, y en latin *cæsa* ó *incisa*. A mas de estos, hay unos como miembros, que los griegos llaman *cola*, los latinos con el mismo nombre *membra*. Hay asimismo períodos que los latinos llaman unas veces ámbito, otras comprehension, otras circunscripcion, los cuales constan de muchos miembros.

7. Pero hallándose en el lib. IV de Doctrina Cristiana, de San Agustin, ejemplos de todo esto, sacados de la segunda epístola á los corintios, seguirémos nosotros en esta parte lo que él hizo. Las comas pues ó incisos son aquellas cuatro (*c*) : « Yo he padecido mas trabajos, he sufrido mas prisiones, he llevado mas golpes, y me he visto á menudo á las puertas de la muerte.» Y asimismo aquellas catorce : « He andado frecuentemente en viajes, en los peligros sobre los rios, en los peligros de los ladrones, en los peligros de la parte de los de mi nacion, en los peligros de la parte de los paganos, en los peligros en medio de las ciudades, en los peligros en medio de los desiertos, etc. » Miembros son estos : « ¿ Quién enferma y yo no enfermo con él? Quién se escandaliza y yo no me quemo? » El período de dos miembros se halla en el mismo : « Siendo vosotros sabios, sufris con gusto á los imprudentes. » De tres miembros, cuando dice : « En lo que alguno se atreve, con mi imprudencia digo, que tambien me atrevo yo.» De cuatro miembros, cuando dice : « Lo que digo, no lo digo segun Dios, sino que hago aparecer la imprudencia en tomarlo, como motivo para gloriarme. » Bien puede un período tener mas miembros ; pero cuando los miembros constan de casi igual número de sílabas, dijimos, hablando de las figuras de las palabras, que se llama *isocolon* ó *coigual*.

8. San Agustin, despues de haber celebrado con admirables alabanzas la divina elocuencia de todo este lugar, y haber notado sus hermosuras, pondera sobre todo la variedad de la composicion, porque fluye esta oracion ahora con comas, ahora con miembros, ahora con períodos, y lo que es mas hermoso, entremezcla períodos, unas veces despues de comas, otras despues de miembros : con los cuales la composicion de la oracion se varía, se quita el hastío del letor, y se da lugar para respirar. Lo cual consta haber practicado el Apóstol, no con arte humana, sino con divina sabiduría, á la que sigue y acompaña la verdadera elocuencia. Pues es propio de la sabiduría concebir y pesar las cosas bien y dignamente ; mas de la elocuencia proferir con la correspondiente oracion lo que así hubieres concebido. A esta sabiduría suele seguirse una verdadera y natural elocuencia, de que usan especialmente los varones santos, los cuales son sin arte muy artificiosos y elocuentes. Porque bien dice aquel (*d*) : « Si viva y profundamente concibieres una cosa, ni te faltarán palabras ni modo para explicarla. » De la misma variedad usa San Ambrosio, cuando en su libro De la virginidad va refiriendo las virtudes y alabanzas de la Vírgen Santísima ; pues con la misma hermosura y gracia, unas veces despues de comas, otras despues de miembros, interpone períodos de uno ó de dos miembros, como verémos en el capítulo siguiente.

9. Tambien se ha de saber que la forma del período es de dos maneras : la una, con que hablamos por incisos ó por miembros ; la otra, con que hablamos redondamente, esto es, con que corre la oracion encerrada

(*b*) Gen. 1.

(*c*) 2. Corinth. 11. (*d*) Horat. in Art. poet.

como en un círculo, no acabando la sentencia sino en el fin; y así representa la imágen de un perfecto silogismo, ó á veces de una proposicion hipotética: y esto ya mas breve, ya mas largamente, segun lo requiere la razon ó argumentacion propuesta. Esto, á mas de los ejemplos que se propusieron poco há de la epístola de San Pablo, tambien lo declaran los siguientes. Fluye por miembros aquel período de San Cipriano contra Demetriano: «El mundo testifica su decadencia con el ejemplar de la que tienen sus cosas. No tiene tan copiosas lluvias el invierno para criar las semillas. No maduran tan bien como solian los frutos que ha de sazonar el estío. Ni en el tiempo del verano están las mieses tan lozanas, ni en las frutas de los árboles son tan fecundos los otoños. No se sacan tantas losas de mármoles de los cavados y fatigados montes. Exhaustos ya los metales prestan ménos riquezas de plata y oro, y las pobres venas de cada dia se acortan y disminuyen.» Pero corre por comas ó incisos el período que despues se sigue: «Falta el labrador en los campos, en la mar el marinero, el soldado en la campaña, la inocencia en la plaza, la justicia en el juzgado, en las amistades la concordia, en las artes la inteligencia, la disciplina en las costumbres.» Mas semejantes períodos, si bien pueden ser de dos miembros, pero tienen mas gracia cuando son de tres ó tambien de cuatro miembros; de los cuales aquellos se llaman en griego *tricola*, estos *tetracola*. *Tricola*, v. gr. aquello: «Venció á la castidad la lujuria, al temor la osadía, á la razon la locura.» *Tetracola*, como aquello de San Cipriano (*e*): «A la manera que el sol de sí mismo resplandece, el dia alumbra, la fuente riega, la lluvia rocía: así aquel celestial espíritu se difunde.» Tambien cada voz de por sí hace la oracion distinguida ó cortada, como aquello: «Con la acrimonia, con la voz, con el semblante amedrentaste á los enemigos.»

10. El período pues, en el cual, como ántes dijimos, corre la oracion como encerrada en un círculo, y, segun dice Aristóteles, de tal suerte corresponde el fin al principio, que se perficiona cumplidamente la sentencia, unas veces es mas corto, otras mas largo. Corto es aquel:

Finem qui quæris amori,
Cedit amor rebus, res age, tutus eris.

¿Quieres dar fin al amor?
Estáte siempre ocupada;
Que es antídoto al veneno
De las amorosas ansias.

Aquí hay un silogismo perfecto. Tambien es breve aquel de San Cipriano en el sermon De los caidos: «Nadie, hermanos, nadie cercene esta gloria de los confesores: cuando se pasó el dia señalado para los que negaban, cualquiera que dentro del dia no negó, confesó ser cristiano.» Algo mas largo es aquel período del mismo, con que comienza el sermon De la paciencia, de este modo: «Habiendo de hablar, hermanos amantísimos, de la paciencia, y debiendo predicar sus utilidades y conveniencias, ¿de dónde empezaré mejor, que de que ahora mismo veo ser tambien necesaria vuestra paciencia para oirme? Pues ni aun esto mismo, que es oir y aprender, podeis hacerlo sin la paciencia.» Un poco aun mas largo es aquel período que despues se sigue: «Entre los demas caminos de la celestial doctrina, por donde la profesion de vuestra fe y esperanza se dirige á conseguir los premios de Dios, no hallo, carísimos hermanos, nada mas útil para la vida y para la gloria, que el que aquellos que andamos por el camino de la ley de Dios con religioso temor y devocion, conservemos sobre todo con el mayor cuidado la paciencia.»

(*e*) S. Cipr. Lib. de Idol. vanit.

11. Sirven corrientemente para semejantes períodos las conjunciones adversativas, «aunque, si bien, bien que, etc.,» y asimismo las comparativas: «así, así como, al modo que, etc.;» porque donde median estas partículas no se perficiona el sentido de la oracion, hasta el fin de ella, lo cual es propio de este período en que hablamos redondamente. Tambien los participios se inventaron principalmente para que muchos verbos se encerrasen debajo de un período, porque los participios tienen fuerza de verbos.

12. A estas tres especies de composicion, artículos, miembros y períodos, añádese la cuarta, llamada de los griegos *peribole*, que quiere decir circuito ó rodeo. Y es una oracion torcida y prolongada, la que ordinariamente consta de mas miembros que el período vulgar, y este rodeo es propio de historiadores, por el cual muchos miembros y comas se siguen unos á otros con tal igualdad, que sea clara la construccion, sin embargo de ser muy larga. De la *peribole* al período no hay mas diferencia, sino que en el período la consecuencia y union, tanto de cosas como de palabras, debe estar bien trabada; mas la *peribole* es una historial y larga construccion de la oracion, que no tiene los antecedentes y consiguientes tan trabados entre sí, que no pueda muy fácilmente resolverse en sus miembros. Pero conviene poner cuidado en que no sea aquella mas larga de lo justo, y cause obscuridad y tedio. En una palabra, el período es un rodeo de la oracion retórica, la *peribole* es un rodeo de la oracion histórica. Tal es aquella oracion de Sanazar, Del parto de la Vírgen, en que magnífica y figuradamente describe el regocijo que tuvieron los santos padres que estaban en el limbo, con la noticia de la encarnacion del Hijo de Dios, por estas palabras:

Intere á maneis desendit fama sub imos,
Pallenteisque domos veris rumoribus implet:
Obtatam adventare diem, quo tristia linquant
Tartara, et evictis fugiant Acheronta tenebris,
Immanemque ululatum, et non lætabile murmur
Tergemini canis, adverso qui carceris antro
Excubat insomnis semper, rictuque trifauci
Horrendum, stimulante fame, sub nocte profunda
Personat, et morsu venienteis adpetit umbras (*f*).

La fama entre tanto baja
A las almas del infierno,
Y las pálidas moradas
Llena de rumores ciertos,
De que el deseado dia
Se acerca, en que dejen ellos
El triste limbo, y vencidas
Las sombras, vayan huyendo
Del abismo, del aullido
Fiero y horrible estruendo
Del perro de tres gargantas,
Que en el calabozo opuesto
De la cárcel siempre vela;
Y del hambre á impulso terco
Ladra en la profunda noche
Con horror por tres gargueros:
Y se engulle de un bocado
Las sombras que van viniendo.

13. Se añade á esta una quinta especie de construccion, á la cual llama Aristóteles *camptera*, los latinos *tractatus* ó *nexus*, ó dilatacion de espíritu, que realmente es lo mismo que la *peribole* que hemos difinido; con la diferencia de que es un tantico mas larga, y

(*f*) San. Lib. 1.

cuanto mas larga, tanto es mas elegante, con tal empero que guarde tasa en esta extension. Sera ejemplo aquello de San Cipriano en su carta á Cornelio, en la cual el Santo defiende, con un modo de decir magnífico, la dignidad de su obispado contra los herejes que negaban que fuese obispo, y hablaban mal de su vida y eleccion. Dice pues así: «Pero lo digo, porque lo digo provocado, lo digo afligido, lo digo violentado: cuando se substituye un obispo en lugar del difunto, cuando es elegido por voto comun del pueblo, cuando es protegido en la persecucion con el auxilio divino, fielmente unido á todos sus colegas, accepto á su grey en los cuatro años de obispo, dedicado á la enseñanza en la paz de la Iglesia, y en la persecucion proscrito con la señal y nombre de su obispado, tantas veces pedido para ser echado á los leones, y con el testimonio de la merced divina honrado en el circo ó anfiteatro; cuando un tal hermano se ve impugnado por ciertos hombres desesperados y perdidos, y descomulgados; entónces aparece quién impugna, es á saber, no Cristo que constituye ó protege á los sacerdotes, sino aquel que siendo contrario de Cristo y enemigo de la Iglesia, persigue con sus vejaciones al prelado de la Iglesia, con el designio de que, quitado el piloto, embista con mayor atrocidad y violencia para hacer naufragar la nave de la Iglesia.»

14. Se han de usar pues estas cinco especies de construccion, segun fuere la naturaleza de los asuntos que tratamos. Con lo cual se logrará que evitemos con la variedad el hastío, y démos á las mismas cosas como su propio traje y color. Mas será del cargo de un artífice inteligente considerar cuándo deba usar de estas ó de las otras, porque una perfecta observacion de esto no es posible comprehenderse en las reglas del arte. Pero lo cierto es, que los incisos y miembros no pocas veces se usan para instar, en especial cuando son muchos. De los períodos usamos con mas frecuencia, unas veces argumentando, otras en los exordios, si bien aquí de mas largos, allí de mas reducidos. La *peribole* es mas acomodada para las narraciones y amplificaciones de la historia. Aunque todas estas cosas tambien han lugar en las otras partes de la oracion. Hasta aquí de la composicion, que dijimos ser la tercera parte del adorno, con la cual fluye la oracion blanda, agradable y claramente. En adelante se ha de tratar de la cuarta virtud de la elocucion, que es hablar aptamente.

CAPITULO XVII.

Del modo de hablar aptamente.

1. Hasta aquí se ha hablado de las tres virtudes de la elocucion, es á saber, de la latinidad, claridad y adorno. Tambien hemos discurrido del adorno, que se halla algunas veces en las palabras, otras en las figuras, otras tambien en la composicion. Síguese la manera de hablar aptamente, la cual es la parte mas principal de la locucion adornada. Ciceron en pocas palabras comprehendió brevemente toda su naturaleza y razon, cuando en el lib. II Del orador dice, que un mismo género de oracion no conviene á toda causa, ni oyente, ni persona, ni tiempo: acomodar pues la oracion á estas cosas, apta y proporcionadamente, es en fin hablar aptamente. Lo cual, como dice Fabio, no solo se atiende en la elocucion, sino tambien en la invencion. Porque si aun las palabras tienen tan gran peso, ¿cuánto mayor las cosas mismas?

2. Cuatro son pues las cosas que principalmente debe observar quien desea hablar aptamente: es á saber, que la oracion convenga al que la dice, al que la oye, y en fin á las cosas mismas de que trata, y al cargo que ejerce. Esto es, quién habla, á quién habla, de lo que habla, y lo que quiere principalmente conseguir hablando. Debe pues considerarse en todo esto: cuál sea lo mas decente, lo que pertenece no solo á las reglas del arte, sino al juicio de la prudencia, que es el que dirige las cosas que han de hacerse, y tambien las que han de decirse. Mas entre los oficios del orador es el mayor y mas difícil entender qué sea lo mas decente en cualquier caso. Pues de aquí nace aquel decoro que debe procurarse en todas las cosas. Pero hemos de tratar por su órden qué sea lo mas decente en estas cuatro cosas que arriba mencionamos.

3. Lo primero pues se ha de tener consideracion de aquel que habla, porque no á todos conviene una misma oracion. De una manera deben hablar los jóvenes, de otra los viejos, de otra los varones principales, de otra los humildes y privados, de otra los ministros de inferior órden, de otra los obispos y prelados superiores. Pues muchas cosas son lícitas á unas personas, que no lo son igualmente á otras. Lo que ciertamente se ve en los sermones de San Crisóstomo, en cuyos exordios capta la benevolencia de los oyentes, unas veces manifestándoles su amor, su cuidado y providencia paternal, y otras aplaudiendo las virtudes de ellos. Esto pues que á un obispo y varon santísimo era muy decente, no lo sería así á otros. Porque siendo la retórica, en sentir de Fabio, una prudencia de hablar, y la obra principal de la prudencia, saber qué sea mas decente en el obrar; no ménos será propio de ella ver lo que es mas decente á cada persona en el decir. Por lo cual, habiendo Lísias leido á Sócrates la oracion que habia compuesto en su defensa, este le dijo: «Excelente y elegante oracion es; pero no conviene á Sócrates.» Pues era mas á propósito para el oficio judicial, que para un filósofo, y tal filósofo. Despues preguntado por Lísias, por qué, si tenia por buena la oracion, juzgaba que no le cuadraba á él; respondió: «¿No puede suceder muy bien, que un vestido ó un calzado sea bien hecho, y muy hermoso, y que no obstante eso no se ajuste á alguno?»

4. Pero á todos generalmente toca que nada digan de que puedan con razon ofenderse los oyentes: esto es, que nada digan con insolencia, nada con arrogancia, nada con descaro, nada con desvergüenza, nada injurioso, nada soez, nada chocarreramente, nada baja, nada licenciosa, indecente y viciosamente; sino que todo el carácter de la oracion represente modestia, humanidad, caridad, celo de la comun salvacion, y un deseo fervoroso de la verdadera piedad. Mas esta modestia que debe resplandecer en todas las partes del sermon, señaladamente conviene á los exordios, los cuales deben ser humildes y vergonzosos.

5. Estas virtudes en el decir, si bien las tuvieron los otros padres, las muestra principalmente en todas partes San Cipriano. Nada encontrarás en él, que pueda parecer traido para ostentacion del ingenio. Tal es su locucion en todas partes, que siempre te parezca que oyes hablar á un obispo verdaderamente cristiano, y desti-

nado al martirio. Arde el pecho en piedad evangélica, y al pecho corresponde la oracion. Habla cosas muy discretas, pero aun mas fuertes que discretas. Declara este afecto de piedad y de amor, cuando repite frecuentísimamente en sus sermones esta voz llenísima de caridad: «Hermanos amantísimos.» Pero señaladamente declaró este afecto en el sermon De los caidos, con estas palabras: «¿Qué haré en este lugar, amantísimos hermanos, fluctuando en tan varia congojosa zozobra del entendimiento? Qué diré, ó cómo me explicaré? Más que voces son menester lágrimas, para exprimir el dolor con que debe llorarse la llaga de nuestro cuerpo, con que debe lamentarse la gran pérdida de un pueblo algun dia numeroso. Porque, ¿quién hay tan duro y tan férreo, quién tan olvidado del amor de hermano, que puesto entre las diferentes ruinas de los suyos, y entre las lúgubres, y con la mucha miseria desfiguradas reliquias, pueda tener los ojos enjutos? ¿Y que no reviente luego en lloros, para manifestar ántes con las lágrimas, que con la voz, sus gemidos?» ¿Quién en estas palabras no echa de ver un pecho apostólico, y un amor mas que de padre? Este ánimo pues, este dolor por la ruina de tantas almas que perecen, procure imitar el predicador, y manifestarle en su sermon en cuanto le sea posible.

6. Pero en este lugar no tanto hemos de procurar mostrar nuestra habilidad, cuanto huir los defectos ó vicios; porque aquello está muy cerca de la ostentacion, si es con exceso; y en esto nada puede haber que sea demasiado. Y entre otros vicios que debemos huir, advierte Fabio (*a*), «que principalmente debe huirse toda viciosa jactancia de sí mismo, por causar ella en los oyentes no solo fastidio, sino las mas veces odio. Porque nuestro entendimiento tiene naturalmente algo de sublime y de erguido, que no sufre superior. Y por eso levantamos con gusto á los abatidos, ó que se someten, porque parece que lo hacemos esto como mayores; y cuantas veces se aparta la emulacion, entra en su lugar la humanidad. Pero el que sobremanera se engrie, se cree que oprime y desprecia, y que no tanto se hace él mayor, como que hace menores á los demas. Por consiguiente los inferiores le envidian, siendo este vicio propio de los que ni quieren ceder, ni pueden porfiar; y á mas los superiores le mofan, y los buenos le condenan».

7. No están libres de este vicio los que, por ostentar ingenio y erudicion, tratan en los sermones cuestiones dificultosas, que nada conducen á la salvacion de las almas; porque con esto quieren hacer una vana ostentacion de sí mismos. Ni pecan ménos los que, deseando lograr fama de elocuentes, amontonan sin discrecion muchísimos vocablos, que significan lo mismo; para hacerse admirar del imperito vulgo y necio auditorio, con esta facilidad de hablar y lijereza de lengua, siendo así que nada puede haber mas contrario á la elocuencia. Estas cosas pues y sus semejantes son las que debe el predicador en parte temer, y en parte observar.

8. La misma razon natural enseña, que no solo debe atenderse quién habla, sino tambien aquellos delante de quiénes se habla. Porque de una manera se ha de hablar á los hombres rústicos y agrestes; de otra á los eruditos, nobles ó varones principales, y oídos delicados. Entre estos debe ser la oracion sublime y bien trabajada, entre aquellos mas vehemente. A mas de esto, de un modo conviene hablar á monjes y vírgenes consagradas a Dios y á hombres dedicados al estudio y contemplacion de las cosas divinas, y de otro á los que sin ningun temor de Dios se abandonan á todo género de maldades. En fin segun la diversidad ya de las personas, ya de los vicios que se cometen en el pueblo, debe variarse el sermon. De lo cual tenemos por maestro el Apóstol que prescribió á Timoteo (*b*), qué habia de enseñar á los maridos, qué á las mujeres, qué á los viejos, qué á los jóvenes, qué á los ricos. Y tambien el Eclesiástico parece que nos advirtió esto mismo, cuando dijo (*c*): «Ve á consultar á un hombre sin religion sobre cosas santas, á un injusto sobre la justicia, á una mujer sobre aquello de que tiene celos, á un hombre tímido por lo que mira á la guerra, á un comerciante sobre el tráfico de sus mercancias, á un comprador sobre lo que ha de venderse, á un envidioso sobre el reconocimiento de las gracias recibidas, á un impío sobre la piedad, á un hombre sin honor sobre la honestidad, al que trabaja en los campos sobre lo que mira á su trabajo, á un asalariado para un año sobre lo que debe hacer hasta el fin del año, á un criado perezoso sobre la aplicacion al trabajo. De ninguna manera tomes consejo de los susodichos sobre todas estas cosas.»

9. Con estas palabras enseña claramente el Eclesiástico, que el sermon se ha de variar segun la variedad de los oyentes. Mas esto lo advierten poco los que cuando no hay en el auditorio obispos ni gobernadores de ciudades, ni jueces de causas, suelen echar truenos y rayos contra ellos; no siendo esto á propósito para instruir la plebe, sino para conmover y aguzar la indignacion y encono, que acaso concibieron contra aquellos: lo cual es muy ajeno de la piedad cristiana. Pero estas cosas miran á la persona de los oyentes.

10. Ahora consideremos qué sea lo mas decente á las cosas mismas de que hablamos, y al oficio del predicador. Mas perteneciendo esto, no solo á la elocucion, sino tambien á la invencion, ya en el libro antecedente, tratando del modo de inventar, hemos dado algunas reglas que se han de observar, para que sepa el predicador lo que es decente en este género. Sin embargo, para que no dejemos de decir algo en este lugar, por lo que toca á la manera de inventar, debe juzgarse que habla aptamente aquel que, conforme á la causa que trata, dice cosas muy acomodadas y propias, y sobre todo pertenecientes al asunto; ni se divierte de él, ni se anda por lugares comunes ó peregrinos, y en nada convenientes á su designio, á ménos que lo pida así la razon del argumento. Porque el que así anda divagando, aunque hable quizás con elegancia, de ningun modo habla aptamente; pues no trata de aquello de que se propuso hablar. Vicio en que caen los predicadores, que olvidando su instituto, que consiste en corregir y mejorar las costumbres de los hombres, tratan de cosas ajenas y en nada conducentes á este fin; y así dejan volver á sus casas ayunos y vacios á los pobres oyentes, que van al sermon con el fin de aprovecharse.

11. Pero esta observacion de las cosas mismas pertenece, como acabamos de decir, á las reglas de la invencion. Y mas adelante declararémos qué género de invencion convenga á los mismos asuntos, segun su

(*a*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 1.

(*b*) 1 Timoth. 5. (*c*) Eccli. 37.

naturaleza y variedad; en lo que consiste principalmente la dificultad de esta obra. Pues lo que hasta aquí dijimos, aunque muy necesario, cualquiera predicador medianamente instruido, fácilmente lo podrá advertir y ejecutar, especialmente si está penetrado del amor de los prójimos. Mayor dificultad tiene lo que se sigue, y que no pende tanto de la prudencia comun, como de las reglas del arte, de un juicio maduro, y del ejercicio de predicar.

§. I.

De los modos de elocucion que piden los varios géneros de causas, y los diferentes oficios del predicador.

12. Conviene saber, que no á todas las causas y argumentos viene bien un mismo género de elocucion. Porque esto sería lo propio que querer acomodar un mismo vestido á diversos estados de personas, como á amos y esclavos, á hombres y mujeres, á eclesiásticos y seculares; siendo notorio, que á cada persona de estas conviene un vestido y adorno especial, conforme al estado y condicion de cada una de ellas. Así que un género de elocucion se requiere en las causas pequeñas, otro en las medianas, otro en las graves.

13. En órden á lo cual dice Fabio (*d*): «Adquirida la facultad de escribir, etc., el primer cuidado es el de hablar aptamente; lo que demuestra Tulio ser la cuarta virtud de la elocucion, y en mi dictámen la mas necesaria. Porque siendo vario y de muchas maneras el adorno de la oracion, y viniendo bien uno á una, y otro á otra, si no fuere ajustado á las cosas y personas, no solo no ilustrará la oracion, sino que ántes bien la destruirá y volverá en contrario la fuerza de los argumentos. Porque, ¿qué aprovecha que las voces sean latinas, expresivas y limpias, si no tienen congruencia con las cosas que deseamos persuadir al oyente? Si usamos de un estilo sublime en causas de poca monta, de bajo y comun en las grandes, de alegre en las tristes, de suave en las ásperas, de amenazador en las súplicas, de sumiso en las concitadas, de cruel y violento en las agradables; esto vendrá á ser lo mismo que poner á los hombres collares y perlas, vestidura rozagante que, siendo adornos mujeriles, afearian á los varones; ó lo mismo que poner á las mujeres el vestido triunfal, que es el mas augusto de todos, y de ninguna manera decente á ellas.»

14. Y el mismo Fabio en el lib. VIII, hablando del vario adorno de la oracion, explica casi la misma sentencia, aunque con alguna mayor claridad, por estas palabras: «Aquello es mas digno de observacion, que este mismo honesto adorno, segun el género de la materia, debe ser diverso. Y comenzando de la primera division, no convendrá uno mismo á las causas demostrativas, deliberativas y judiciales. Porque aquel género dirigido á ostentacion, solo pide el deleite y placer de los oyentes, y por eso ostenta todas las artes del decir, y expone el adorno de la oracion, como que no arma asechanzas ni se ordena á la victoria, sino tan solamente al fin de la alabanza y de la gloria. Por tanto, todo lo que fuere popular en las sentencias, limpio en las palabras, gustoso en las figuras, magnífico en las translaciones, en la composicion bien trabajado, al modo de un mercader de elocuencia, lo dará á ver y casi á palpar. Porque el suceso se refiere á él, no á la causa.

(*d*) Quintil. lib. 11, cap. 1.

15. »Mas donde se trata un asunto serio y el combate es verdadero, la fama tiene el último lugar. Fuera de esto no debe uno ansiarse de las palabras, cuando las materias que se tratan son de grande importancia. Ni esto se dice para que no haya en estas ningun ornato, sino para que cuanto mas escaso, severo y disimulado, tanto sea mas acomodado á la materia. Porque para persuadir al senado se pide un género de decir mas sublime, al pueblo mas concitado, y en tela de juicio las causas públicas y capitales le piden mas exacto. Pero á un negocio privado, y á las causas, que son mas frecuentes, de cortos intereses, convendrá una locucion pura y de poco estudio. Porque ¿quién no se avergüenza de pedir clausuladamente cierto dinero prestado, ó llenarse de afectos sobre la servidumbre de un desagüe, ó sudar sobre el recobro de un esclavo?»

16. Pero Cornificio reduce á tres todos estos géneros de hablar, por estas palabras (*e*): «Los géneros de hablar, que nosotros llamamos figuras, son tres, en los cuales se versa toda oracion no defectuosa: á la una nombramos grave, á la otra mediana, á la tercera endeble. Grave es aquella que consta de una grande y adornada construccion de palabras graves. Mediana es la que consta de una mas humilde, pero no de una ínfima y vulgarísima calidad de vocablos. Endeble es la que baja hasta rozarse con la costumbre vulgarísima de hablar. La oracion será de figura grave, si se fueren aplicando y acomodando á cada cosa las palabras de mayor adorno que se pudieren hallar, ora sean propias, ora transferidas; si se escogieren sentencias graves, que se tratan en la amplificacion y comiseracion; y si se aplicaren adornos de sentencias ó de palabras que tuvieren gravedad. En la figura mediana se versará la oracion, si como ántes dije, la bajáremos un poco sin decender á lo mas ínfimo. En fin el género endeble es el ínfimo y ordinario modo de hablar.»

17. Estos tres géneros de hablar, que se han de acomodar á las cosas mismas que decimos, segun la naturaleza y variedad de ellas, dice San Agustin con Ciceron, que tambien convienen principalmente á los tres oficios del orador ó predicador. Estas son sus palabras (*f*): «Dijo un varon elocuente, y dijo verdad, que de tal suerte debe hablar un elocuente, que enseñe, deleite é incline.» Despues añadió: «Enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, inclinar de victoria. De estas tres cosas la del primer lugar, esto es, la necesidad de enseñar, está puesta en las cosas que decimos. Las dos restantes en el modo con que las decimos. Porque así como debe ser deleitado el oyente para obligarle á oir, así debe ser inclinado para que se mueva á obrar. Y así como se deleita, si hablas suavemente, así se inclina, si ama lo que prometes, teme lo que amenazas, aborrece lo que reprehendes, abraza lo que alabas, se duele de lo que ponderas deber dolerse, se regocija cuando predicas algo digno de alegría, se compadece de los que tú orando le muestras ser dignos de compasion, huye de los que propones con horror deber guardarse; y todo lo demas que en fuerza de una grande elocuencia puede hacerse para conmover los ánimos de los oyentes, no para que sepan lo que han de hacer, sino para que hagan efectivamente lo que saben ya deberse hacer.

(*e*) Cornif. ad Heren. lib. 4, cap. 8. (*f*) S. Aug. de Doct. Christ. lib. 4.

18. »Mas si aun lo ignoran, no hay duda que ántes han de ser enseñados que movidos. Y tal vez conocidas las cosas mismas, serán de suerte movidos, que no sea menester se muevan ya con mayores fuerzas de elocuencia. Lo que no obstante es bien se haga, cuando es necesario. Y entónces lo es, cuando sabiendo lo que han de hacer, no lo hacen; y por esto es de necesidad el enseñar, porque pueden los hombres hacer y dejar de hacer lo que saben. Pero ¿quién dirá que deben ellos hacer lo que no saben? Y por eso el inclinar ó doblar el ánimo no es de necesidad, porque no siempre es necesario, toda vez que se conforme el oyente con el que enseña, ó tambien con el que deleita. Por eso pues el inclinar es vencer; porque puede suceder que sea enseñado y deleitado, mas no convencido. Así cuando se enseña lo que se ha de hacer, y para esto se enseña, para que se haga, en vano se persuade ser verdad lo que se dice, en vano agrada el mismo modo con que se dice, si al fin no se dice de suerte que se haga. Conviene pues que el predicador elocuente, cuando persuade algo que deba hacerse, no solo enseñe para que instruya, sino que incline tambien para que venza.»

19. De estos tres oficios del predicador colige el mismo Santo, que son tres los géneros de orar, ó tres las formas y figuras que corresponden á estos tres oficios. Dice pues así en el mismo lugar: «Debiendo cumplir tres cosas el varon elocuente, esto es, que enseñe, que deleite y que incline, el mismo autor de la elocuencia romana dice, que pertenecen tambien al mismo estos tres géneros de hablar, cuando añade: Aquel será elocuente que podrá decir las cosas pequeñas sumisamente, las moderadas templadamente, las grandes magníficamente, como si añadiera tambien aquellos tres, y así explicase una propia sentencia, diciendo: Será pues elocuente aquel que podrá decir sumisamente las cosas pequeñas para que enseñe, templadamente las moderadas para que deleite, magníficamente las grandes para que incline.» Por cuyas palabras se ve claro, que estos tres géneros de hablar pertenecen á los tres oficios del predicador, que son enseñar, deleitar y mover.

§. II.

De los tres géneros ó caractéres de la elocucion, y de los adornos de que principalmente consta cada uno de ellos.

20. Pidiendo la variedad de las causas, de que ántes hablamos, y estos tres oficios del predicador, que ahora expusimos, diferente razon y hábito de elocucion, se ha de decir ahora conforme al sentir de San Agustin, cuántos sean estos, y de qué adornos principalmente consten. Tres son pues, como deciamos, los géneros ó caractéres de decir: uno sumiso, tenue y agudo: otro vehemente, copioso y grave: y el tercero interpuesto é intermedio, y como templado, en el que ni se halla la sutileza del género antecedente, ni la eficacia del subsiguiente.

21. En el género sumiso y agudo la forma de la oracion debe ser libre y suelta de la prision de los números, mas no vaga: de suerte que parezca andar con despejo, no divagar licenciosamente. Debe tambien omitirse la diligencia de juntar palabras, y se ha de apartar todo adorno sobresaliente. Pondránse sin embargo agudas y frecuentes sentencias; se usarán vergonzosa y parcamente los adornos de palabras y sentencias con los tropos, pero podrán ser mas frecuentes las translaciones, aunque no tanto como en el género de hablar magnífico.

22. El género templado es un poco mas fértil y robusto, que este humilde de que se habló, si bien mas sumiso que aquel sublime de que se hablará. A este convienen todos los adornos de la oratoria, y se halla muchísima suavidad en esta oracion. Al mismo vienen bien todas las luces, así de palabras como de sentencias. Hay en este género muy poco nervio, pero muy grande suavidad.

23. El magnífico, grave, abundante, adornado, tiene realmente la mayor enerjía; porque unas veces quebranta, otras se insinúa en los sentidos, siembra nuevas opiniones, arranca las sembradas. Aquí el orador llamará tambien á los difuntos, como á Apio el ciego. Por su boca exclamará tambien la patria, y hablará con alguno, como se ve en la oracion que dijo Ciceron contra Catilina en el Senado. Aquí tambien alentará con amplificaciones, y podrá sacar y mover todo género de afectos, segun la naturaleza del asunto que tratare.

24. Pero en lo que toca á la eleccion de palabras, este género de hablar las quiere magníficas y sonoras: y en asuntos atroces, como ántes dijimos, ásperas al mismo oído, y digámoslo así, estruendosas. De los tropos sacará ilustres metáforas, epítetos, hipérboles, y así otros. De esta naturaleza son aquellas palabras del Profeta (*g*): «Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada se tragará las carnes.» Y: «Mi furor se ha encendido como una llama impetuosa, y penetrará hasta lo mas profundo del infierno: y se tragará la tierra con sus plantas, y abrasará los cimientos mismos de las montañas.» Pues «embriagar de sangre las saetas, y la espada tragar las carnes», son unas metáforas insignes y atrevidas, de que ántes hablamos. Mas «tragarse la tierra, y abrasar los cimientos de los montes», parece ser hipérbole, la cual es sumamente acomodada para aumentar la cosa. Tambien los epítetos y adverbios que significan *epitasis*, esto es, incremento, pertenecen principalmente á este género.

25. Todo lo cual muestra brevemente aquella oracion de San Cipriano en su carta á Cornelio, donde dice: «Los gentiles y judíos amenazan, y los herejes y todos aquellos cuyos entendimientos y voluntades están poseidas del diablo, cada dia con voz furiosa testifican su venenosa rabia; mas no porque amenazan, se ha de ceder; ni porque el contrario y enemigo tanto blasona y se arroga en el mundo, es por eso mayor que Cristo. Debe, ó hermano, permanecer en nosotros inmóbil la fortaleza de la fe, y la virtud estable debe resistir como una roca, que con su firmeza y corpulencia quebranta los embates y acometimientos de las ladradoras ondas.»

26. Mas de esta figura hay un ejemplo muy proporcionado en la Retórica hereniana, el cual por sí solo podrá enseñar, aun sin reglas algunas del arte, lo que requiere este género de decir. Y por tanto, aunque la sentencia que en él se trata, se aparte algo de nuestro instituto, sin embargo nos pareció insertarla en este lugar, siendo fácil á cualquiera formar y perficionar una cosa semejante por otra. Dice pues así (*h*): «¿Quién hay de vosotros, ó jueces, que pueda inventar un castigo que sea bastantemente proporcionado para el que

(*g*) Deut. 32. (*h*) Lib. 4, cap. 8.

pensó vender su patria á los enemigos? ¿Qué maleficio puede compararse con este delito? Qué suplicio puede hallarse que sea correspondiente á esta maldad? Nuestros mayores impusieron muy grandes castigos á los que desflorasen á una doncella romana, forzasen á una matrona, hiriesen á alguno, ó al fin le matasen; y para este atrocísimo y sacrílego exceso ¿no dejaron una singular pena? En otros maleficios á uno ó á pocos llega la injuria del pecado ajeno; mas los reos de este delito maquinan por todos medios atrocísimas calamidades á todos los ciudadanos. ¡Oh ánimos feroces! Oh pensamientos crueles! Oh hombres inhumanos! ¿Qué es lo que osaron hacer ó pudieron pensar? ¿De qué manera los enemigos', arrancados los sepulcros de los mayores, batidas las murallas, entrarian con ímpetu y algazara en la ciudad? De qué suerte saqueados los templos de los dioses, los primeros y mejores hombres degollados, otros cautivados, las matronas y doncellas nobles sujetas á la lacivia enemiga, se arruinaria la ciudad abrasada de un voracísimo incendio? Así estos malvados no piensan haber salido con su intento, sino viendo reducida á cenizas su santísima patria. No puedo, ó jueces, explicar con palabras la indignidad de este hecho. Ni me cuido de ello, conociendo que no lo necesitais. Pues vuestro mismo corazon, amantísimo de la república, bastantemente os enseña que al traidor que quiso quitar á todos sus haciendas, le arrojeis con ignominia de la ciudad que él quiso sepultar bajo la nefaria dominacion de torpísimos enemigos.» Hasta aquí Cornificio, que con este magnífico género de orar pondera la indignidad y atrocidad de la traicion.

27. De las figuras de palabras y sentencias que dijimos tener enerjía y acrimonia, pertenecen principalmente á este género las descripciones de cosas y de personas, la conformacion, y aquella congerie ó amontonamiento que se dice en griego *synatroismo*, con que se juntan á un tiempo muchas cosas en un lugar, que abultan la grandeza del asunto. La composicion requiere períodos mas prolongados y una figura torcida de oracion, que encierra muchos incisos y miembros, de los cuales poco ántes hemos hablado; habiendo propuesto ejemplos del mismo San Cipriano. Todos los modos de amplificar, de que tambien hablamos en su lugar, sirven señaladamente á este género. En el cual, una que otra vez, pidiéndolo la dignidad de la materia, es lícito, digámoslo así, tronar, relampaguear, é invocar al cielo y á la tierra, segun es de ver en el exordio de Isaías (*i*): «Oye, cielo; y recibe mis palabras en tus oídos, tierra; porque el Señor Dios ha hablado.» Y el Señor por Jeremías (*k*): «Pasmáos, cielos, sobre esto, etc.»

CAPITULO XVIII.

De los asuntos en que debamos usar de estas tres figuras ó géneros de decir, conforme al dictámen de San Agustin, en el lib. IV de la Doctrina Cristiana.

1. Habiendo enseñado lo que cada una de estas figuras requiere, y los adornos de que principalmente se compone, el buen órden pide que no conviniendo estas formas á todas las causas y argumentos, expliquemos á cuáles convenga mejor cada una de estas. Y este trabajo nos ahorró San Agustin en el lib. IV de la Doctrina Cristiana; quien proponiendo varios ejemplos de las sagradas letras y santos padres, trató extendidamente esta parte principal del arte retórica. Pero porque de paso mezcla con este precepto algunas otras cosas; para evitar la confusion que de ahí podia seguirse, hemos procurado escribir separadamente en este lugar con las mismas palabras de San Agustin, las cosas que principalmente tocan á este precepto.

2. Este santo Padre, despues de haber dicho con Ciceron, que aquel sería elocuente que dijese las cosas pequeñas sumisamente para enseñar, las medianas templadamente para deleitar, y las grandes magníficamente para inclinar ó mover, dice así: «Aquel insigne orador podria manifestar estas tres cosas en las causas judiciales; mas esto no puede ser en las cuestiones eclesiásticas, cuyo modo de tratarlas deseamos enseñar. Porque en aquellas se dicen pequeñas las cosas cuando se ha de juzgar sobre materias pecuniarias; grandes cuando se trata de la salud y vida de los hombres; y aquellas donde nada de ellas se ha de juzgar, y nada se hace para que el oyente haga ó resuelva, sino tan solamente para que se deleite, llamaron como medias entre las dos; y por esto «módicas», esto es, moderadas, porque este nombre «modo» dió el suyo á las cosas módicas. Pues decimos módicas por pequeñas, abusiva, no propiamente.

3. »Mas en nuestras causas, debiendo dirigir cuanto decimos, singularmente desde el púlpito, á la salud de los hombres, y no á la temporal sino á la eterna, todo cuanto predicamos es grande; tanto, que ni aun lo que dice el doctor Eclesiástico sobre adquirir ó perder las cosas pecuniarias, debe parecer pequeño, ora sea grande, ora corta la cantidad de dinero. Porque no es pequeña justicia la que ciertamente debemos guardar hasta en poco dinero, diciendo el Señor (*a*): «Quien es fiel en lo mínimo, tambien es fiel en lo grande.» Pues lo que es mínimo, mínimo es; pero ser fiel en lo mínimo, cosa grande es. Porque así como la razon de redondez, esto es, que del punto céntrico á los extremos se tiren iguales todas las líneas, es la misma en un plato grande que en un dinerillo; así tambien donde lo pequeño se obra justamente, no es ménos grande la justicia.

4. »Sin embargo, debiéndo este maestro ser predicador de cosas grandes, no siempre debe decirlas magníficamente, sino sumisamente cuando algo se enseña, y templadamente cuando algo se vitupera ó aplaude. Mas cuando ha de hacerse algo, y hablamos con los que deben hacerlo y no quieren, entónces aquellas cosas que son grandes, deben decirse magnificamente, y á propósito para inclinar los ánimos. Y alguna vez de una misma cosa grande se habla sumisamente, si se enseña; templadamente, si se alaba; y magnificamente, si se impele al ánimo rebelde para que se convierta. Porque, ¿qué cosa hay mayor que Dios? ¿Acaso se deja de aprender por eso? ¿O el que enseña la unidad de la Trinidad debe usar mas que de un discurso sumiso, para que una cosa difícil pueda cuanto es dable entenderse? ¿Acaso se buscan aquí adornos y no enseñamientos? Acaso ha de inclinarse el oyente para que haga algo, y no ántes instruirse para que aprenda? Fuera de esto, cuando se alaba á Dios, ó por sí mismo, ó por sus obras, ¿cuán dilatado campo se presenta al que tiene facundia, para una locucion hermosa y lucida? ¿Cuánto puede alabarse aquel á quien nadie alaba dignamente, y á quien nadie

(*i*) Isai. 1. (*k*) Jerem. 2.

(*a*) Lucæ 16.

deja de alabar en algun modo? Pero si él no se venera, ó si los ídolos ó demonios, ú otra criatura se veneran juntamente con él, ó mas que él, sin duda debe ponderarse magníficamente cuán grave delito sea este, para retraer á los hombres de cometerle.

5. »El Apóstol nos da un ejemplo de la locucion sumisa, en donde dice (*b*): «Decidme los que deseais sujetaros á la ley, ¿no habeis leido la ley? Pues escrito está que Abraham tuvo dos hijos, uno de esclava, otro de mujer libre; pero el que nació de la esclava, nació segun la carne; mas el de la libre, nació en virtud de la promesa de Dios: cosas que son dichas por alegoría. Porque estas dos mujeres son los dos testamentos ó alianzas: el uno, que ha sido establecido en el monte Sinaí, y que no engendra sino esclavos, es figurado por Agar. Pues Sinaí es un monte de la Arabia, que representa la Jerusalen de aquí bajo, que es esclava con sus hijos. Mas la Jerusalen que está arriba, es verdaderamente libre, la cual es nuestra madre.» Y tambien, cuando en el mismo lugar dice (*c*): «Hermanos mios, me serviré del ejemplo de una cosa humana y ordinaria: cuando un hombre ha hecho testamento en la debida forma, nadie le puede anular ni invertir. Las promesas de Dios se hicieron á Abraham y á su casta. La Escritura no dice á sus castas, como si hubiera querido designar á muchos; sino á tu casta, esto es, á uno de tu casta, que es Jesucristo. Lo que yo pues os digo es, que habiendo Dios hecho y autorizado un testamento, la ley que fué dada cuatrocientos y treinta años despues, no le anula ni frustra la promesa.»

»Y porque podia ofrecerse al pensamiento del oyente, á qué fin pues se dió la ley, si por ella no se conseguia la herencia; él mismo se hizo esta ojecion, y dice como preguntando: «¿Para qué pues la ley ha sido establecida?» Despues responde: «Se puso para hacer conocer los pecados que se cometiesen quebrantándola, hasta la venida del Hijo, á quien designaba la promesa: y esta ley ha sido dada por los ángeles por la interposicion de un medianero. Pero medianero de uno no le hay; y no hay mas que un solo Dios.» Y aquí ocurria lo que él mismo se propuso: «¿Luego la ley es contra las promesas de Dios?» Y respondió: «De ninguna suerte.» Y da la razon, diciendo: «Porque si la ley que ha sido dada, hubiera podido dar vida, se podria decir con verdad, que la justicia se conseguia por la ley; pero la Escritura incluyó á todos los hombres bajo del pecado, para que lo que Dios habia prometido, se diese por la fe de Jesucristo á los que creyesen en él.» Todo esto que se ha dicho, concierne al género de hablar sumiso.

6. »Mas es templada la diccion en estas palabras apostólicas (*d*): «No reprehendas al anciano, sino ruégale como á padre, á los mancebos como á hermanos, á las ancianas como á madres, á las mozas como á hermanas.» Igualmente en aquellas (*e*): «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una ofrenda viva, santa, agradable á sus ojos.» Y casi todo el lugar de esta misma exhortacion tiene un género de locucion moderado, donde es mas hermoso todo aquello en que las cosas propias fluyen congruentemente con las propias, como deudas correspondidas, segun es de ver en lo que se sigue (*f*): «Teniendo todos nosotros dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado, el que ha recibido el don de profecía, use de él segun la regla de la fe; el que es llamado al ministerio de la Iglesia, se aplique á su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, se dedique á enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte á los otros; quien hace limosna, la haga con simplicidad; quien gobierna á sus hermanos, lo haga con vigilancia; quien se emplea en obras de misericordia, hágalas con alegría. Vuestra caridad sea sincera y sin doblez: tened horror al mal, adherid fuertemente al bien. Cada uno tenga á su prójimo un afecto y un cariño verdaderamente fraternal. Adelantáos unos á otros con testimonios de honor y de cortesía. No seais perezosos en el cumplimiento de vuestra obligacion: conserváos en el fervor del espíritu, acordándoos que es el Señor á quien servis. Regocijáos en vuestra esperanza, sed sufridos en los males, perseverantes en la oracion, caritativos para cocorrer las necesidades de los santos, prontos á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen, bendecidles, y no querais maldecirles; regocijáos con los que se regocijan; llorad con los que lloran, teniendo recíprocamente unos mismos piadosos sentimientos.» ¿Y cuán hermosamente todo esto así dicho se concluye con un círculo de dos miembros (*g*)? «No aspireis á cosas altas, sino acomodáos á las mas bajas y mas humildes.» Y algo despues: «Pagad, dice, á todos las deudas, el tributo á quien debeis el tributo, los impuestos á quien debeis los impuestos, el temor á quien debeis temer, y el honor á quien debeis honrar.» Palabras que corriendo por miembros, se cierran con el mismo circuito que junta estos dos miembros: «Pagad á todos lo que les debeis, quedando solamente deudores del amor que unos se deben á otros.»

7. »Mas el género sublime ó magnífico de decir, principalmente se diferencia de este género moderado, en que no tanto consta de los adornos de las palabras, cuanto de los afectos violentos del ánimo. Porque si bien es capaz de casi todo aquel ornato, no le echa ménos si no le tuviere, pues se deja llevar de su propio ímpetu; y si la hermosura de la locucion ocurriere, no la toma por deseo del adorno, sino que la arrebata con la fuerza de los asuntos. Porque al ojeto de que se habla, basta que las palabras convenientes nazcan del ardor del pecho, sin que se escojan por industria. Así, si un hombre valeroso se arma de un acero dorado y adornado de ricas piedras, atentísimo á la pelea hace con las armas lo que hace, no por ser preciosas, sino porque son armas, sin embargo él es el mismo, y muestra igual valor, aun cuando con armas hendidas hace prodigios.

8. »Intenta el Apóstol persuadir, que por el ministerio del Evangelio se sufran con paciencia todos los males de este siglo, con la consolacion de los dones de Dios. Verdaderamente el asunto es grande y le trata magníficamente, sin que falten los adornos de la elocucion. «Ved aquí ahora, dice (*h*), el tiempo favorable; ved aquí ahora el dia de salud. Y nosotros procuremos no dar en manera alguna motivo de escándalo, para que nuestro ministerio no sea deshonrado, sino que en todo nos portemos como ministros de Dios, haciéndonos recomendables por una gran paciencia en los males, en las necesidades, en las extremas aflicciones, en las llagas, en

(*b*) 1 Galat. 4. (*c*) 1 Galat. 3. (*d*) 1 Timot. 5. (*e*) Rom. 12. (*f*) Ibid.

(*g*) Rom. 13. (*h*) 2. Corinth. 6.

las prisiones, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos; por la pureza, por la ciencia, por una dulzura perseverante, por la bondad, por los frutos del Espíritu Santo, por una caridad sincera, por la palabra de la verdad, por la fuerza de Dios, por las armas de justicia para combatir á la derecha y á la izquierda; entre el honor y la ignominia, entre la mala y la buena reputacion; como seductores, aunque sinceros y veraces; como desconocidos, aunque muy conocidos; como siempre muriendo, y no obstante viviendo; como castigados, mas no hasta ser muertos; como tristes, y siempre en la alegría; como pobres, y enriqueciendo á muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo.» Vedlo todavía enardecido: «¡Oh corintios! mi boca está abierta, y mi corazon se dilata por el afecto que yo os tengo.» Y lo demas que fuera largo referir.

9. »Tambien dice á los romanos que las persecuciones de este mundo se vencen por la caridad, con la esperanza segura en la ayuda de Dios. Habla pues con grandeza y ornato (*i*): «Sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios, de los que él ha llamado, segun su decreto, por santos. Porque á los que el Señor ha conocido en su presciencia, tambien los ha predestinado para ser conformes á la imágen de su Hijo, á fin de que él fuese el primogénito entre muchos hermanos. Y aquellos á quienes predestinó, tambien los llamó; y á los que llamó, asimismo justificó; y á los que justificó, finalmente glorificó. ¿Qué dirémos despues de esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no escaseó á su propio Hijo, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo dejará de darnos tambien con él todos los bienes? ¿Quién acusará á los escogidos de Dios? Dios mismo es el que justifica, ¿quién osará condenarlos? Jesucristo murió, y no murió solamente, sino que resucitó y está á la diestra de Dios, en donde intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó espada que para ello baste? No por cierto, segun que está escrito por el Profeta: Por tí, Señor, todo el dia somos entregados á la muerte, y tratados como ovejas destinadas á la carnicería. Mas en todos estos males salimos vencedores por aquel que nos amó. Porque cierto estoy, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la alteza de los cielos, ni la profundidad de los infiernos, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios que tenemos por Jesucristo.»

10. »Pero aunque toda la carta del Apóstol á los de Galacia está escrita con estilo sumiso, á excepcion de lo último, en donde la locucion es templada, con todo interpone cierto lugar con tal movimiento del ánimo, que sin ninguno de los adornos que se descubren en los sobredichos ejemplos, no pudiera decirse sino magníficamente. «Vosotros, dice (*k*), observais los dias y los meses, los tiempos y los años. Yo temo no sea que en vano haya trabajado en vosotros. Sed para conmigo como yo soy para con vosotros. Yo os lo ruego, hermanos mios. Jamas me habeis ofendido en cosa alguna. Vosotros sabeis que cuando yo os anuncié primeramente el Evangelio, estuve entre las persecuciones y aflicciones de la carne, y que vosotros no me habeis menospreciado ni desechado á causa de estas pruebas que he sufrido en mi carne, sino que me recibisteis como á un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo. ¿Dónde está pues el tiempo que vosotros estimais por tan dichoso? Os puedo dar testimonio que estabais entónces prontos, si fuera posible, á arrancaros los ojos para dármelos. ¿Me he vuelto pues enemigo vuestro porque os he dicho la verdad? Ellos se estrechan fuertemente con vosotros; mas esto no nace de buena voluntad, pues quieren separaros de nosotros, para que os unais estrechamente con ellos. Ya veo que en todo tiempo teneis buen celo por los hombres de bien, y no solo cuando estoy entre vosotros. Hijitos mios, por quienes siento de nuevo los dolores del parto, hasta que Cristo se forme en vosotros. Quisiera estar ahora delante de vosotros, y mudar la voz segun lo pidiere vuestra necesidad, porque estoy confuso, sin saber cómo he de hablaros.» ¿Por ventura aquí se contraponen unas palabras contrarias á otras contrarias, ó están ordenadas con alguna gradacion, ó se percibieron incisos ó períodos? Y sin embargo no se entibió el afecto grande en que sentimos estar hirviendo la locucion. Pero estas palabras del Apóstol de tal suerte son claras, que no dejan de ser profundas, y de tal manera escritas y encomendadas á la memoria, que no solamente necesitan de lector ú oyente, sino tambien de expositor, si alguno, no contento con la superficie de la letra, busca la profundidad del sentido.

11. »Por lo que, veamos estos géneros de hablar en los que aprovecharon con su leccion en la ciencia de las cosas divinas y saludables, y la suministraron á la Iglesia. El bienaventurado Cipriano usa del género sumiso de hablar, en el libro en que disputa del sacramento del cáliz (*l*). Porque allí se decide la cuestion, en que se busca: «Si el cáliz del Señor debe tener agua pura, ó mezclada tambien con vino.» Mas para ejemplo es menester entresacar algo de ese lugar. Despues del principio de la carta, comenzando ya á soltar la cuestion propuesta, dice: Has de saber que estamos advertidos, que en el ofrecimiento del cáliz se observe la tradicion del Señor, y que no hagamos otro que lo que el Señor hizo primero por nosotros, para que el cáliz, que en memoria suya se ofrece, se ofreza mezclado con vino. Pues diciendo Cristo (*m*): «Yo soy la vid verdadera,» la sangre de Cristo no es ciertamente agua, sino vino; ni la sangre con que somos redimidos y vivificados, puede parecer que está en el cáliz, cuando en él no hay vino con que se demuestra la sangre de Cristo, que se comprueba con el testimonio de todas las escrituras.

»En efecto, hallamos en el Génesis haber precedido esto mismo acerca del sacramento de Noé, y que allí hubo una figura de la pasion del Señor (*n*); porque bebió vino, se embriagó, se desnudó en su tienda, se acostó dejando desnudos y descubiertos los muslos, y aquella desnudez del padre fué notada del hijo mediano, y publicada fuera, y cubierta por los otros dos hijos, mayor y menor, con lo demas que no es necesario referir aquí, siendo bastante mencionar esto solo, es á saber: que mostrándonos Noé una figura de la verdad venidera, no bebió agua sino vino, y así representó la imágen de la pasion del Señor. Vemos asimismo en el sacerdote Melquisedec figurado el misterio del sacra-

(*i*) Rom. 8. (*k*) Galat. 4.

(*l*) S. Cipr. Epist. 63, ad Cæcilium. (*m*) Joan. 15. (*n*) Gen. 9.

mento del Señor, segun lo que la divina Escritura testifica y dice (*o*): «Y Melquisedec, rey de Salem, ofreciendo pan y vino (porque era sacerdote del sumo Dios) bendijo á Abraham.» Y que Melquisedec fuese la figura de Cristo, lo declara en los Salmos el Espíritu Santo, diciendo al Hijo, en persona del Padre (*p*): «Antes del lucero de la mañana te engendré... Tú eres el Sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedec.» Esto, y algo mas de esta epístola de Cipriano, tiene un modo de locucion sumisa; lo que fácilmente pueden observar los letores.

12. »Tratando tambien Ambrosio del Espíritu Santo, para demostrar que es igual al Padre y al Hijo, usa del sumiso género de decir, no obstante que es grande el asunto, porque no pide adornos de palabras, ni conmocion de afectos para inclinar los ánimos, sino doctrinas. Entre otras cosas pues dice en el principio de esta obra: Movido Gedeon del oráculo (*q*), habiendo oido que en medio de faltar millares de pueblos, en un solo varon libraria el Señor su plebe de los enemigos, le sacrificó su cabrito; y, segun la órden del ángel, puso sus carnes y el pan cenceño, y lo roció con caldo. Y luego que tocó estas cosas con la punta de la vara que traia el ángel de Dios, salió fuego de la piedra, y de esta suerte se consumió el sacrificio que se ofrecia. Con cuya señal parece haberse declarado que aquella piedra tuvo figura del cuerpo de Cristo, porque está escrito (*r*): «Bebian de la piedra que los seguia, y la piedra era Cristo.» Lo que sin duda hizo relacion no á su divinidad, sino á su carne, que inundó los corazones de los pueblos sedientos, con el perenne rio de su sangre. Ya entónces pues fué declarado el misterio de que el Hijo de Dios, crucificado, en su carne borraria todos los pecados del mundo; y no solo los delitos de obras, sino tambien los malos deseos del ánimo. Porque la carne del cabrito significa la culpa de la obra, el caldo los halagos del apetito, segun que está escrito (*s*): «Porque tuvo el pueblo un apetito malísimo, y dijeron: ¿Quien nos dará de comer carne?» El haber pues el ángel alargado la vara y tocado la piedra, de la cual salió fuego, manifiesta que la carne del Señor, llena del divino Espíritu, quemaria todos los pecados del linaje humano. Y así dice el Señor (*t*): «Fuego vine á poner en la tierra, etc.» En las cuales palabras principalmente se ocupa Ambrosio en enseñar y probar el asunto.

13. »Del género templado es aquella alabanza de la virginidad, que se halla en Cipriano (*v*): Ahora, dice, hablamos con las vírgenes, cuya gloria, cuanto es mas sublime, tanto mayor debe ser el cuidado de conservarla. Son ellas aquella flor del renuevo de la Iglesia, la honra y ornamento de la belleza espiritual, fecunda materia de alabanza y honor, obra entera é incorrupta, imágen de Dios, semejante á su santidad, y la porcion mas ilustre del rebaño de Cristo. Por ellas se goza, y en ellas largamente florece la gloriosa fecundidad de nuestra madre la Iglesia, cuyo gozo de cada dia tanto mas crece, cuanto la virginidad gloriosa mas se multiplica.

»Y en otro lugar al fin de la carta: Así como llevamos, dice, la imágen de aquel que fué formado del cieno, así llevemos tambien la imágen de aquel que vino del cielo. Esta imágen lleva la virginidad, lleva la integridad, lleva tambien la santidad y verdad. La llevan las que, acordándose de los divinos enseñamientos, y perseverando en la religion y justicia, son estables en la fe, humildes en el temor, fuertes para tolerar todos los trabajos, mansas para sufrir las injurias, fáciles para hacer misericordia, unánimes y concordes en la fraternal paz. Cada una de estas cosas debeis vosotras, ó buenas vírgenes, observar, amar y cumplir; pues vacando á Dios y á Cristo, á quien os consagrasteis, y habiendo escogido la mejor parte, vais delante de todos hácia al Señor. Las que sois provectas en edad, sed maestras de las jóvenes. Las de menor edad, servid á las mayores y estimulad vuestras iguales. Incitáos con mutuas exhortaciones, y provocáos recíprocamente á la gloria con una santa y virtuosa emulacion. Perseverad con fortaleza, caminad con espíritu, llegad con felicidad. Y entónces solamente os acordeis de nosotros, cuando empiece á ser honrada en vosotras la virginidad.

14. »Tambien Ambrosio con templado y adornado género de elocucion propone á la Madre de Dios por ejemplar á las vírgenes, para que la imiten en sus costumbres, diciendo (*x*): Era vírgen no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma, que con ningun engañoso deseo corrompia su sincero afecto. En el corazon humilde, en las palabras grave, en el ánimo prudente, en el hablar contenida, aficionada á la leccion; poniendo la esperanza, no en lo incierto de las riquezas, sino en la oracion del pobre; aplicada á la labor, vergonzosa en la conversacion, hecha á buscar por director de su espíritu, no á algun hombre, sino á Dios; á no dañar á nadie, á desear bien á todos, á reverenciar á sus mayores, á no envidiar á sus iguales, á huir la jactancia, á seguir la razon, y á amar la virtud. ¿Cuándo ella ofendió á sus padres, ni aun por señas? Cuándo disintió de sus deudos? Cuándo se fastidió del humilde? Cuándo se burló del flaco? Cuándo desvió de sí al menesteroso? Acostumbrada á visitar tan solamente aquellos congresos de varones, á quienes ni avergozara la misericordia, ni faltara la vergüenza. Nada ceñudo en los ojos, nada descocado en las palabras, nada ménos vergonzoso en las acciones. No era su gesto afeminado, ni su andar disoluto, ni su voz desentonada; de suerte que la compostura de su cuerpo era como un retrato de su alma y una figura de su bondad. Porque la buena casa desde el mismo zaguan debe conocerse, y al modo de la luz del farol, que puesta dentro alumbra fuera, luego á la primer entrada ha de mostrar que ninguna obscuridad se esconde dentro. ¿Qué diré pues de la parsimonia de su comida, y de su gran oficiosidad, sobrepujando lo uno á la naturaleza, y casi faltando lo otro á la naturaleza misma? Allí ningun tiempo ocioso, aquí continuados los dias con el ayuno, y cuando tenia gana de comer, tomaba de ordinario el manjar que le venía delante, y sirviese á la necesidad, no al regalo.

15. »Puse esto por ejemplo de este género templado, porque en él no se trata de que hagan voto de virginidad las que todavía no le hicieron, sino de cuáles deben ser las que le hicieron. Pues para tomar una resolucion tan grande como esta, es necesario excitar el ánimo, y encenderlo con un género de decir magnífico. Pero el mártir Cipriano, en el libro Del traje de las vírgenes, no escribió sobre hacer voto de virginidad; mas este obispo (Ambrosio) enfervoriza á ello con estilo sublime.

(*o*) Gen. 14. (*p*) Ps. 109. (*q*) Judic. 6. (*r*) 1 Corinth. 10. (*s*) Num. 11. (*t*) Luc. 12. (*v*) S. Cipr. de Hab. Virg.

(*x*) S. Amb. de Virg. lib. 2, cap. 2.

16. »De lo que escribiéron ambos sacaré ejemplos de locucion grande. Pues uno y otro declamaron contra aquellas que con afeites coloran, ó ántes bien descoloran su rostro. El primero (San Cipriano) tratando esta materia, dice entre otras cosas: Si un pintor retratase con colores propios el rostro de alguno, su figura y talle, y en el retrato ya concluido pusiese otro la mano, para reformar, como si fuese mas perito, lo ya formado y pintado, pareceria una grave injuria, que provocaria á justo enojo al artífice primero. ¿Piensas tú que ha de quedar impune tan perversa temeraria audacia, con ofensa del divino Artífice que te hizo? Pues aunque demos que no seas deshonesta é incestuosa con los hombres, con tus afeites provocativos no puedes huir de que, corrompiendo y amancillando las cosas que son de Dios, seas peor que una adúltera. Lo que imaginas que te adorna, lo que piensas que te aliña, es una oposicion manifiesta á la obra de Dios, una prevaricacion de la verdad. Una voz hay del Apóstol, que amonesta (*y*): «Purificad la vieja levadura, para que seais una nueva masa, así como sois verdaderamente panes puros y sin levadura; pues que Cristo nuestro cordero pascual ha sido sacrificado. Y así celebremos esta fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de la malicia y de la corrupcion; sino con los panes acimos de la sinceridad y verdad.» ¿Perseveran por ventura la sinceridad y verdad, cuando se corrompe lo que es sincero, y con adulterados colores y postizos afeites se trueca en mentiroso lo verdadero? Tu Señor dice (*z*): «No puedes hacer un cabello blanco ó negro;» ¿y tú quieres ser tan poderosa que desmientas la voz de tu Señor? Con atrevido conato y sacrílego desprecio tiñes tus cabellos, y con mal presagio de lo venidero, empiezas ya á darles el color de llamas. Mas es largo para traer aquí todo lo que se sigue.

17. »Aquel postrero (San Ambrosio) hablando contra las tales, dice: De aquí, esto es, de que pinten su cara con colores buscados, temiendo desagradar á los maridos, nacen los incentivos de los vicios, y con el adulterio del rostro van trazando el adulterio de la castidad. ¿Cuán gran locura es esta, dejar el rostro que las dió la naturaleza, y buscar una pintura, y confesarse feas, temiendo parecerlo á sus maridos? Porque ella es la primera que pronuncia de sí misma, que desea mudar lo que la dió la naturaleza, y así miéntras procura parecer bien á otro, ántes se parece mal á sí misma. Mujer, ¿para que buscamos otro juez mas justo de tu fealdad, que á tí propia, que temes ser vista? Si eres hermosa, ¿para qué te escondes? Si fea ¿por qué te finges hermosa, no habiendo de conseguir ningun favor de parte de tu juicio, ni del error ajeno? Aquel esta amando á otra, tú quieres agradar á otro; y te enojas de que ame á otra aquel, que de tí toma licion para adulterar. Eres por cierto ruin maestra de tu agravio. Aquella que tuvo alcahuete, huye de serlo. Y aunque vil mujer, con todo, no peca por ajeno gusto, sino por el suyo propio. Casi son mas tolerables los crímines en el adulterio, porque allí se adultera la castidad, aquí la naturaleza.

18. »Bastantemente aparece, segun yo pienso, que con esta facundia poderosamente se impelen las mujeres ya al pudor, ya al temor, para que no adulteren su rostro con afeites. Por lo que no reconocemos este género de locucion por sumiso ó templado, sino por absolutamente magnífico. Y en estos dos de que quise hacer mencion, como tambien en otros varones eclesiásticos, que dicen buenas cosas, y las dicen bien, esto es, con agudeza, con adorno y ardor, segun lo pide la materia, pueden hallarse estos tres géneros en sus muchos escritos ó dichos, y leyéndolos ú oyéndolos, junto con el ejercicio, podrán aprovecharse los estudiosos.

19. »Ni piense alguno que no es buen método mezclar estas cosas, debiendo variarse por todos los géneros la diccion, cuanto congruamente pueda hacerse. Porque cuando la oracion es prolija en un género, tiene ménos atento al oyente; mas cuando se pasa de uno á otro, aunque se alargue, camina con mas decencia; bien que cada género de por sí tiene sus variaciones en el modo de hablar de los elocuentes, las cuales no dejan enfriar ni entibiar los sentimientos de los oyentes. Sin embargo mas fácilmente se puede aguantar por largo tiempo el género sumiso solo, que el puramente magnífico. Pues cuanto ha de excitarse mas la conmocion del ánimo, para que el oyente nos dé asenso; tanto ménos puede detenerse en ella mucho, habiéndose excitado lo bastante. Y por eso se ha de andar con cuidado, no sea que queriendo levantar mas lo levantado, caiga tambien de aquel punto adonde con la excitacion habia subido. Mas interponiendo lo que debe sumisamente decirse, bien se vuelve á lo que es necesario decirse magníficamente, para que el ímpetu de la locucion vaya alternando como las ondas del mar. De donde se sigue que el sublime género de decir, si ha de durar mucho, no debe estar solo, sino que ha de variarse con la mezcla de los otros géneros, y á aquel se atribuya toda la oracion, cuya copia prevalece.

20. »Pero importa saber qué género debe emiscuirse con otro género en ciertos y necesarios lugares; pues aun en el género sublime, siempre, ó casi siempre, deben ser templados los principios. Y está al arbitrio del elocuente decir sumisamente algunas cosas que pudieran decirse magníficamente, para que las cosas que se dicen grandemente se hagan mas grandes en comparacion de las otras, y resalten mas, como con sus sombras.

21. »En cualquier género en que deben soltarse ñudos de cuestiones, es necesaria la agudeza, que es muy propia del género sumiso. Y por esta razon se debe tambien usar de este género en los otros dos, cuando en ellos es preciso alabar ó vituperar, no intentándose la condenacion ni la absolucion de alguno, ni mover á hacer algo; mas en cualquier otro género que estas cosas ocurrieren, se ha de usar y entremezclar el género templado. En el género magnífico encuentran sus lugares los otros dos, y lo mismo en el sumiso. Mas el género templado, si bien no siempre, por lo ménos alguna vez, necesita del sumiso, mayormente, si como dije, ocurre alguna cuestion cuyo ñudo debe soltarse, ó si algunas cosas que pudieran adornarse, no se adornan, sino que se dicen con humilde estilo, para que puedan al modo de unas eminencias sobresalir mas los otros adornos. El estilo templado no requiere género grande, porque se usa de él para deleitar los ánimos, no para moverlos. Y no porque el auditorio á menudo aclame al orador, ha de imaginarse que habla en estilo sublime; no proviniendo esto sino de las agudezas del género sumiso y de los adornos del templado. Pues muchas veces el género sublime con su peso comprime las voces, pero exprime las lágrimas.

(*y*) 1 Corinth. 5. (*z*) Matth. 5.

22. »Finalmente, disuadiendo yo al pueblo de Cesarea de Mauritania de un combate civil, ó por mejor decir, mas que civil, al cual llamaban caterva, por motivo de que no solamente los ciudadonos, sino tambien los deudos, los hermanos y hasta los padres é hijos, divididos en dos bandos, con piedras, por algunos dias continuos, y á cierto tiempo del año públicamente peleaban, y cada cual mataba al que podia; en esta ocasion, digo, procuré arrancar y arrojar de los corazones y costumbres de aquellos tan cruel y envejecido mal, predicando con un estilo en cuanto me fué posible el mas magnífico; pero nada juzgué haber conseguido, cuándo oí que me aclamaban, sino cuando los vi que lloraban. Porque con las aclamaciones indicaban ser instruidos y deleitados, pero con las lágrimas movidos. Así viéndolas, dí por corregida ántes que lo manifestasen las obras aquella bárbara costumbre, que viniendo de padres, abuelos, y aun de mas léjos, podia llamarse imemorial, y tenia hostilmente sitiados, ó por mejor decir, poseidos sus pechos. De suerte que concluido el sermon, moví sus ánimos y lenguas á dar gracias á Dios. Y ved ahí, que despues de casi ocho ó mas años que han pasado, con el favor de Cristo, nada de esto se ha intentado en aquella ciudad.

23. »Tenemos á mas otras muchas experiencias, que nos enseñan haber mostrado los hombres, no tanto con el clamor, cuanto con el gemido, alguna vez con las lágrimas, y últimamente con la mudanza de su vida, el efecto que obró en ellos la grandeza de una sabia locucion. Es verdad que muchos se mudaron con el género sumiso de hablar; pero fué pasando á saber lo que ignoraban, ó á creer lo que les parecia increible, mas no para hacer lo que ya sabian deber hacerse, y no querian hacer. Porque para ablandar una dureza semejante, es necesario remontar el estilo. De suerte que las alabanzas y vituperios, estando como están en el género templado, cuando se dicen con elocuencia, de tal modo mueven los corazones, que no solo se deleitan con la elocuencia en las alabanzas y vituperios, sino que tambien ellos desean vivir loablemente, y huyen de vivir ignominiosamente.»

24. Y poco despues prosigue el mismo San Agustin: «Aquello que se dice con un género templado y de modo que deleite con la misma elocuencia, no debe usarse por sí mismo, sino para que los oyentes con el deleite del decir, mas pronta y firmemente asientan á lo que útil y honestamente se dice, caso que ellos por ser doctos y estar bien dispuestos, no necesiten de enseñanza ni de mocion. Porque siendo generalmente el oficio del elocuente en cualquier de estos tres géneros, hablar aptamente para persuadir, y el fin persuadir hablando lo mismo que se intenta; no hay duda que en cualquiera de estos tres géneros habla el elocuente para persuadir: de modo, que si no persuade, no logra su fin. Pues en el género sumiso persuade ser verdad lo que dice; en el sublime persuade que se hagan las cosas, que ya se sabe que deben hacerse, y con todo no se hacen; en el género templado persuade que habla él con hermosura y adorno. Mas nosotros ¿para qué necesitamos de este fin? Apetézcanle los que hacen vanidad de hablar bien una lengua, ostentándolo en los panegíricos y en aquellas oraciones en que el oyente no ha de ser enseñado, ni movido á hacer cosa alguna, sino tan solamente deleitado.

25. »Pero nosotros ordenamos este fin á otro fin, de modo que intentemos conseguir con el estilo templado lo mismo que deseamos lograr con el sublime: es á saber, que los hombres amen las virtudes y aborrezcan los vicios, si no es que estén tan depravados, que se juzgue necesario usar del estilo sublime para convertirlos, ó si ya son virtuosos, para que prosigan en serlo con mayor aplicacion y firmeza. Así usarémos del adorno del género templado con cordura y sin jactancia; no satisfaciéndonos con el fin de que se deleite el oyente, sino ántes bien procurando que con esto mismo se mueva á hacer lo que deseamos persuadir.» Todo esto se ha escogido á la letra de San Agustin, con lo cual lo que concierne á los tres géneros de decir, ó á las tres formas de oracion, queda expuesto tan copiosa y claramente, que á poca costa podrá entender cualquier predicador, de qué carácter de locucion deba usar en cualquier sermon, ó parte de él.

26. A esto que el santo Doctor explicó con tanta copia, é ilustró con tantos y tan propios ejemplos, no parece faltar otra cosa sino que precavamos lo que advierte diligentemente Cornificio, y es: «Que usando de estos tres géneros de decir, no vengamos á caer en los vicios que les son vecinos. Porque á la figura grave, que es laudable, está muy cercana la otra, que debemos evitar, y hablando con propiedad puede llamarse hinchada. Porque al modo que la hinchazon se asemeja muchas veces á la buena complexion del cuerpo, así la oracion hueca é hinchada se antoja muchas veces grave á los ignorantes; cuando se dice con palabras nuevas ó antiguas, ó transferidas con dureza de otra parte, ó mas graves de lo que requiere el asunto, de esta manera: «Quien vende la patria á los traidores, no llevará el correspondiente castigo, si fuere precipitado en las lagunas de Neptuno. Pésele pues á este, que levantó montañas de guerra, y quitó las campañas de la paz.»

27. »Muchos habiendo declinado á este género, se apartaron de aquel adonde iban; y engañados con la apariencia de gravedad, no pueden ver la hinchazon de la oracion. Los que se encaminan á un mediano género de oracion, si no pudieron llegar á él, llegan perdidos á la imediacion de aquel género, que llamamos fluctuante y disoluto; porque sin nervios ni artejos fluctúa de acá para acullá, y no puede firme y varonilmente desenvolverse. Y es de esta manera: «Queriendo hacernos la guerra nuestros aliados, habrian discurrido una y muchas veces qué podrian hacer; pues de su voluntad lo harian, y no tendrian aquí muchos auxiliares, y hombres malos y atrevidos. Porque suelen pensar largo tiempo todos los que quieren emprender grandes negocios.» Tal modo de hablar no puede tener atento al oyente; porque todo él se escorre y nada comprehende con perfeccion. Los que no pueden cómodamente ejercitarse en aquella graciosísima sutileza de palabras, vienen á parar en un género de oracion sin jugo ni sangre, al cual no es impropio llamar árido ó seco, como es, por ejemplo, este: «Vino pues él aquí á los baños: dijo luego á este: este tu esclavo me dió de puñadas. Despues este le dijo: me pondré á pensarlo. Despues aquel le trató mal de palabras, y alzó mas y mas la voz delante de muchos.» Ya se ve que este es un lenguaje frívolo y sórdido, pues no tiene lo que es propio de un género sumiso, el cual requiere una oracion compuesta de voces puras y selectas.»

CAPITULO XIX.

De la materia del género sublime ó magnífico.

1. Teniendo el género magnífico de oracion, sublimidad y fuerza para conmover los ánimos, que es el principal y particular oficio del predicador, debe este procurar elegir en cada sermon una ú otra cosa ó tambien muchas, que exponga con esta figura de decir. A esto pertenecen, como se colige de los ejemplos de San Agustin, todas aquellas cosas que siendo muy grandes en su género, son tambien poderosísimas para conmover los ánimos: de las cuales para mayor enseñanza apuntarémos brevemente algunas en este lugar. Así será muy propio del sabio predicador exagerarlas con las razones y adornos que poco ántes expusimos, y predicando, hacerlas ver tales como son.

2. Pertenecen pues á este género las cosas que se dicen de la severidad del juicio final, de la atrocidad y eternidad de las penas que padecen los pecadores en el infierno, de la gravedad del pecado mortal. La cual amplificada, podemos enardecernos contra aquellos que cometen tantos pecados mortales sin ningun remordimiento de conciencia. Y del mismo modo nos enardecemos contra aquellos que, por motivos de nonada, esto es, por una pequeña ganancia, ó tal vez sin ninguna conveniencia propia, no reparan en ofender como de balde á la Majestad divina, y perder su amistad y gracia. Lo que amplifica el mismo Señor por Jeremías, diciendo (*a*): «Pasmáos, cielos, sobre esto; y vuestras puertas se caigan de espanto; porque dos males hizo mi pueblo, etc.»

3. De la misma suerte ponderamos tambien el peligro de aquellos que, luego despues de haberse confesado, recaen en las mismas culpas, y toda la vida juegan este juego, y asimismo de aquellos que de dia en dia van difiriendo su conversion; y mucho mas de los que dilatan la penitencia hasta el último dia de su vida, y tambien de aquellos que se hallan envueltos en una fatal costumbre de pecar, cuya conversion es tan difícil, que dice el Señor por Jeremías (*b*): «Si puede un etíope mudar su piel, y el tigre sus varios colores, de la misma manera podréis vosotros obrar bien, cuando os hubiereis acostumbrado al mal.» Pero todavía es mayor el peligro de los pecadores, que con la misma costumbre pasan á ser endurecidos y obcecados.

4. Del mismo modo amplificamos el sumo beneficio de nuestra redencion, con que el soberano Criador de todo, para hacernos participantes de su divinidad y gloria, se dignó padecer por nosotros el atrocísimo suplicio de la cruz, y derramar su preciosa sangre. En el cual beneficio todas las cosas son verdaderamente tan grandes, que no pueden ser mayores, esto es, el mérito, el premio, el suplicio, la dignidad del que da, y la indignidad del que recibe. De aqui pasamos con ímpetu á encarecer, ya la malicia de los hombres, ya el delito de su ingratitud, que ni aun con tanta bondad de su Dios se abstienen de pecar, ni dan á su Redentor las debidas gracias por tan grande beneficio. Ni es diferente la razon de amplificar los demas beneficios divinos, y el desconocimiento de los hombres, y mayormente de aquellos que se valen de dones divinos, no para gloria del bienhechor, sino, lo que es mucho mas indigno, para ofensa suya.

(*a*) Jerem. 2. (*b*) Ibid. 13.

5. De este género de argumento se vale Moises con prodigiosa grandilocuencia, no inspirado del espíritu retórico, sino del profético, en aquel cántico que empieza (*c*): «Oid, cielos, lo que habló, etc.» Donde primero pondera los beneficios divinos, despues la ingratitud y maldades del pueblo, y á lo último con un estilo magnífico los castigos de la justicia divina, que se ejecutarán con los hombres malvados. Y con semejante órden y afluencia de decir trata el mismo argumento Ecequiel (*d*) en la metáfora de una vírgen ántes desamparada, y despues escogida por Dios para esposa suya, engrandecida y adornada de muchas riquezas; la cual, no obstante esto, faltó á la fidelidad ofrecida á su esposo, y cometió adulterio. Con la propia figura de oracion Amos exclama contra los principales del pueblo de Israel, por estas palabras (*e*): «¡Ay de vosotros que vivis en Sion, en la abundancia de todas las cosas, y que poneis vuestra confianza en el monte de Samaria, sugetos de la primera distincion, cabezas de los pueblos, que entrais con pompa en las asambleas de Israel! Pasad á Calane, etc.» Admira San Agustin la grandilocuencia de este lugar en el lib. IV de Doctrina Cristiana, y declara copiosamente sus varios adornos. Pero estos ejemplos, que en gracia de la enseñanza hemos traido, se ordenan á mover el afecto de indignacion. En cuyo género de amplificacion prevalece principalmente, aquella que los griegos llaman *dinosis,* que aumenta y eleva sobremanera la indignidad de una cosa; de la cual hablarémos luego.

6. Pero nadie instruido con estos ejemplos imagine que este género de oracion sirve tan solamente para estos afectos. Porque cualquier otro asunto, ora sea muy feliz y alegre, ora triste y por extremo lamentable, debe tratarse con este género de oracion. De uno y otro hay un ejemplo muy del intento, en el libro De los caidos, de San Cipriano. Trata al principio una cosa de suma alegría, porque da el parabien á la Iglesia de la insigne gloria y fortaleza de sus confesores, con que delante de los jueces infieles habian confesado la fe de Cristo con ánimo constante. Despues se lamenta con una oracion tristísima de la miserable ruina é inconstancia de los caidos, que habian abandonado la fe por temor de los tormentos. Al principio pues del sermon alaba á los gloriosos confesores por estas palabras: «Llegó ya el dia tan deseado, y resplandecio el mundo con los rayos de la divina luz, despues de la horrible y negra sombra de una larga noche. Miramos con alegres ojos á los confesores con la fama de un buen nombre esclarecidos, y con los aplausos de virtud y religion gloriosos; y dándoles santos ósculos, abrazamos con insaciable gusto á los que tanto tiempo há eran deseados. Presente está la cándida cohorte de los soldados de Cristo, que con estable union rompieron por la tempestuosa fiereza de una violenta persecucion, preparados á padecer la cárcel, armados para tolerar la muerte. Vosotros sois los que resististeis con esfuerzo al mundo, los que disteis á Dios un glorioso espectáculo, y los que fuisteis ejemplos á los hermanos que os seguirian. ¡Con cuánta alegría, volviendo vosotros de la batalla, os recibe en su seno nuestra madre la Iglesia! ¡Cuán dichosa, cuán regocijada os abre sus puertas, para que unidos en tropa entreis por ellas, trayendo trofeos del enemigo vencido! Con los varones triunfantes vienen tambien las mujeres, las cuales pe-

(*c*) Deut. 32. (*d*) Ezech. 18. (*e*) Amos 6.

leando con el siglo, vencieron igualmente al sexo. Vienen asimismo las vírgenes con doblada gloria de su milicia, y los niños superiores á la edad en sus virtudes, etc.» Hay asimismo otros argumentos que piden este género de decir, los cuales podrá cualquiera fácilmente entender de lo que hemos dicho.

7. Pero debe advertirse en este lugar, que la amplificacion de un asunto da entrada á otro. Como por ejemplo, cuando amplificáremos la severidad del juicio final ó las penas del infierno, será lícito indignarnos contra la estupidez y ceguedad de muchos hombres que, sabiendo esto por fe certísima, no tienen reparo de arrojarse precipitadamente á todo género de maldades, y aun á los suplicios infernales, sin sentir dolor alguno.

CAPITULO XX.

De otras virtudes del adorno.

§. I.

De la enerjía.

1. A mas de estas cuatro virtudes del adorno, que pusimos en los tropos, figuras, composicion, y en la manera de hablar aptamente, hay tambien otras pertenecientes al mismo adorno, que tocarémos brevemente ahora. Entre ellas ocupa el primer lugar la enerjía, que se llama en latin *evidentia* ó *representatio*, la cual propone y muestra evidentemente á los ojos la cosa, para que se mire. Acerca de la cual dice Fabio (*a*): «Grande virtud es decir las cosas de que hablamos, claramente, y de un modo que parezca que se miran. Lo cual unas veces se hace con breve razonamiento, otras con largo. De este modo describe Ciceron un desordenado convite, por estas palabras: «Pareciame ver á unos entrando, á otros saliendo, algunos titubeando del vino, otros bostezando de lo que bebieron el dia antecedente. La tierra estaba sucia, barrosa del vino, cubierta de espinas de pescados, y de marchitas flores.» ¿Qué mas viera el que hubiese entrado?

2. »Así tambien crece la lástima de las ciudades conquistadas. Porque, si bien el que dice haberse rendido una ciudad, abraza cuanto pasa en tal fortuna, con todo no penetra tanto en los afectos esta como breve noticia. Mas si descubres todo lo que estaba encerrado dentro de una palabra, se verán las llamas esparcidas por las casas y templos, el estruendo de los techos que se caen, un como alarido de clamores diferentes, la incierta fuga de unos, los últimos abrazos que otros dan á los suyos, los lloros de los niños y mujeres, la triste suerte de los viejos que alargaron su vida hasta aquel dia; asimismo el saqueo de lo humano y de lo divino, idas y venidas de los que traen despojos, y vuelven por mas, muchos atados con cadenas delante su saqueador, la madre que forceja por retener su criatura, pendencias entre los vencedores, si hay en alguna parte mayor ganancia. Pues aunque, como he dicho, abarque todas estas cosas una conquista, sin embargo es mucho ménos decir en general el todo, que explicar todas las circunstancias por menudo.»

3. De cuyos ejemplos consta, que á este género de virtud pertenecen principalmente las descripciones de cosas y de personas, de que tratamos en el lib. III de

(*a*) Quint. Instit. lib. 8, cap. 3.

esta obra; porque estas de tal suerte ponen las cosas á los ojos, que el que las dice, no parezca que las dice, sino que las pinta; y el que las oye, no tanto que las escucha, cuanto que las ve.

4. A esta virtud tambien pertenece aquel género de semejanza, que es tan á propósito para explicar materias obscuras; con el cual de cosas familiares y notorias manifestamos las que son mas ocultas y obscuras, y las sacamos como de las tinieblas á la luz. Porque, como dice Aristóteles, es natural en nosotros que procedamos de las cosas mas conocidas, y que se perciben por el sentido, á las ménos conocidas, y que solo por el entendimiento se comprehenden. Las sagradas letras usan de este género de semejanza, unas veces con mas brevedad, otras con mas extension. Tal es aquello (*b*): «Como una oveja será llevado al matadero, y como cordero enmudecerá ante aquel que le trasquila.» Y en Jeremías (*c*): «¿Quién es este que va subiendo como rio caudaloso, y se hinchan sus ondas como las de los rios? A manera de un caudaloso rio se engruesa el Egipto, y sus ondas espuman como las de los grandes rios.» Y el Señor en el Evangelio (*d*): «¿Cuántas veces, dice, quise congregar tus hijos, como la gallina junta bajo de las alas sus polluelos, y no quisistes?» Mas largas son aquellas en Isaías (*e*): «Como el leon que ruge delante de su presa, cuando le saliere al encuentro la multitud de los pastores, no temerá á la voz de ellos, ni le espantará su muchedumbre; así bajará el Señor de los ejércitos sobre el monte Sion para pelear.» Y el mismo en otro lugar (*f*): «Así como sueña el hambriento que come, y cuando dispertare está su estómago vacío; y como el sediento sueña que bebe etc., así se hallará la multitud de estas naciones que habrán combatido contra el monte Sion.»

5. La énfasis, como enseña Fabio, pertenece tambien á esta misma virtud, pues expresa la cosa con su propísimo nombre, y el mas significativo de su naturaleza; la que pusimos entre las figuras de las palabras. Tambien pertenece á este género el cortamiento de la sentencia, en latin *præcisio*, que significa mas con lo que calla que con lo que dice; la que contamos tambien entre las figuras de las sentencias.

§. II.

De la *dinosis*.

6. Tambien hay otra virtud á la cual los griegos llaman *dinosis*, que quiere decir gravedad, de la cual usamos, exagerando la indignidad de una cosa. En cuya virtud dicen que Demóstenes fué muy excelente. Porque por ella se consigue, que la indignidad de una cosa aparezca tan grande como es, y algunas veces mayor aun de lo que es. Ojalá nos concediese el Señor tal copia de elocuencia, que pudiésemos con nuestra oracion, no digo ponderar mas de lo que es, sino igualar siquiera la indignidad y castigos del pecado, y la estupidez de muchos fieles, y el ningun cuidado que tienen de su salvacion, y otras cosas semejantes; y diciéndolas, mostrarlas tan grandes como ellas son. Pero ¿qué facultad oratoria puede ponderarlas dignamente? Sin embargo hemos de procurar llegarnos tan cerca como sea posible, á explicar la grandeza de estas cosas, para que podamos

(*b*) Isai. 53. (*c*) Jerem. 46. (*d*) Matth. 23. (*e*) Isai. 31.
(*f*) Ibid. cap. 29.

con un saludable y necesario temor hacer temblar y mover los ánimos de los perezosos é ignorantes.

§. III.

De la copia.

7. Es tambien virtud ó propiedad del adorno de la oracion su abundancia y copia, cual la vemos en San Crisóstomo. Pues así como los oídos eruditos gustan de la brevedad y agudeza de las sentencias, y de un estilo sucinto; así los rudos é indoctos se mueven con la copia ó abundancia de razones. A esta copia pertenece que traigamos á la causa cuanto se puede decir apta y cómodamente, segun el asunto lo pidiere, y no pasemos por alto nada de cuanto sea conducente á su defensa. A mas se requiere, que lo mismo que decimos lo digamos, no con estilo indigesto y angosto, sino copioso; de manera que saquemos á luz y manifestemos toda la eficacia que se esconde en las cosas mismas. Lo cual, cuando explicamos ántes las partes de la coleccion, dijimos que era propio de la exornacion; y de ello citamos ejemplos de San Cipriano, San Gregorio Niceno, y Eusebio Emiseno.

8. Asimismo pertenece á esta virtud evitar la tautología de que arriba hicimos mencion; la cual es una viciosa repeticion de un mismo vocablo, hecha por falta de ellos, cuando el que predica es tan pobre de términos, que habiendo de explicar una misma cosa, no encuentra otro término de igual valor con que expresarla. Pues quien desea tener copia ó afluencia, debe estar rico, no solo de conceptos, sino tambien de términos; no sea que por falta de ellos se vea precisado á repetir cien veces una misma palabra, como muchos hacen.

9. Añádese, que al modo que la virtud de la liberalidad tiene dos vicios cercanos, que son avaricia y prodigalidad, de los cuales uno se aparta del medio de la virtud por defecto, y el otro por exceso; de la misma suerte tiene la copia de uno y otro modo sus opuestos vicios. Porque primeramente es contraria á la copia la sequedad del estilo, vicio comun á bárbaros é imperitos, los cuales declaran los sentimientos de su mente con ayuno y estéril estilo. Estos pues no ven, como ántes dijimos, que el estilo dialéctico y escolástico dista del retórico, en que aquel solamente consta de nervios y de huesos, este añade á estos piel, carne, sangre, y la hermosura del color.

10. Mas por redundancia ó exceso se opone á la copia aquel vicio que se llama asiatismo, de los asiáticos, que usaban de oraciones muy prolijas é innecesarias, y se dilataban con un vano amontonamiento de palabras. Y por la misma razon se opone tambien la macrología, de que despues hablarémos.

§. IV.

De la variedad de la oracion.

11. Es tambien la variedad no vulgar virtud de la oracion, á la cual es contrario un vicio muy fastidioso, cual es la homología, que no quita el fastidio con alguna gracia de variedad, sino que toda ella es de un color. Primeramente pues debe juntarse mucho y vario caudal de cosas, que sugerirá la varia leccion, así de nuestros autores, como tambien de los gentiles. A lo cual ayudan maravillosamente, no solo las sentencias, sino tambien los ejemplos, los símiles, los apotegmas. Tambien se debe usar de aquellos tres géneros de hablar, de que hasta aquí tratamos, ínfimo, templado y magnífico, los cuales concilian gran variedad á la oracion.

12. Mas juntándose muchos miembros en una misma serie de oracion, para que no cause fastidio la prolija relacion de los asuntos, conviene que se use de variedad de figuras, que libre la oracion de aquella pesada continuacion de cosas. A lo cual, aunque conducen muchísimo otras figuras, sobre todas la interrogacion. Así San Ambrosio, en el ejemplo que alegamos poco há, despues de haber referido muchas virtudes de la Vírgen Santísima, con recto curso de oracion, varió el estilo con este interrogante: «¿Cuándo esta ofendió á sus padres ni aun levemente? Cuándo apartó de sí al pobre? Cuándo se desdeñó del humilde?» Despues con la repeticion, aumentó tambien la variedad: «Nada ceñudo en los ojos, nada desatento en las palabras, nada ménos vergonzoso en la accion,» y lo demas que se sigue.

13. Finalmente, todas las figuras, tanto de palabras como de sentencias, sirven á esta variedad de estilo; porque así como pueden las personas vestirse de este ó del otro traje, así tambien las sentencias pueden adornarse con este ó con el otro ornato de palabras y de figuras. Lo cual, para que se haga mas llano, pondrémos algunos ejemplos, con que recomiendan los retóricos esta manera de variar. «No es morir cosa miserable: ¿Tan miserable cosa es morir? Nada hay mas vano que tú: ¿Hay por ventura cosa mas vana que tú?» Aquí se ha variado la figura por interrogante. «No te has grangeado mucha fama: ¡Linda fama por cierto has adquirido! De esto no se cuida el pueblo: Estos cuidados matan al pueblo.» Aquí se mudó la figura de la oracion por ironía. «Tiene grande amor al dinero: ¡Oh buen Dios, y cuanto ama al dinero!» Por admiracion mudó de color la oracion. «Por una parte desprecia á Dios, por otra á los hombres: No sé á quién menosprecia mas, si á Dios ó á los hombres.» Aquí se transfiguró la oracion por la duda. «Nada hay para mí, ni mas precioso, ni mas estimable que la fama: Que me muera, si algo estimo en mas que la fama.» Aquí por juramento se varió la locucion.

«Es hombre de una vanidad extraordinaria, ¡oh singular vanidad de hombre!» Aquí por exclamacion. «No solo desfloró algunas vírgines, sino que tambien corrompió con incesto á una consagrada á Dios: A muchas vírgines estupró, por no hablar ahora de aquella consagrada á Dios que corrompió con incesto.» Aquí se varió el estilo por ocupacion. «¿De dónde viene esa tu jactancia, siendo como eres de obscurísima extraccion, sin ninguna hacienda, sin ningunas letras, sin ninguna gentileza, sin ningun ingenio? ¿Qué es lo que tienes para ser tan insolente? ¿Nobleza de nacimiento? Pero eres de obscurísimo linaje. ¿Riquezas? Pero eres mas pobre que Iro. ¿Erudicion? Mas ni aun saludaste las buenas letras. ¿Hermosura? Pero eres mas feo que el mismo Tersites. ¿Ingenio? Pero le tienes torpísimo. ¿Pues qué viene á ser esa jactancia tuya, sino una mera locura? Aquí mudó de traje el estilo, por sujecion.

14. Varíase tambien el estilo por equipolencia, de que tratan asimismo los dialécticos. Esta consta de addicion, de negacion, de detraccion de ella, de su repeticion, y de palabras contrarias. Como: «Obtiene el primer lugar: no está en el último lugar. Varon muy docto: varon de ninguna manera indocto. Todo lo hizo: no dejó nada por

hacer. Gústame : no me disgusta. Aceptó el partido : no rehusó el partido.» A esta forma pertenecen las que declaran accion y pasion : «Llevó de aquel una grande herida : hízole una grave herida. En Ciceron se desean por los doctos algunas cosas : los doctos desean algunas cosas en Ciceron.»

15. Es igualmente fácil la manera de variar por dicciones relativas, las cuales pertenecen tambien al género de los contrarios : «No quiere ser mujer de aquel : no le quiere por marido. Rehusa ser suegro de aquel : no se acomoda á que sea aquel su yerno. Me avergüenzo de esta nuera : me corro de ser suegra de esta. No deseo otro padre : de ningun otro quiero ser hijo. ¡Oh y cuán feliz soy con tal maestro! ¡feliz yo en ser tu discípulo!» Baste esto sobre las virtudes de la elocucion: pasemos ahora á los vicios opuestos á ellas.

CAPITULO XXI.

De los vicios opuestos á la elocucion, y principalmente al adorno.

1. Porcuanto hemos hablado de las virtudes de la elocucion, y con singularidad de las de la oracion adornada, resta que siendo los vicios contrarios de las virtudes, digamos tambien algo de los vicios de la oracion, para que evitándolos con cuidado, podamos alcanzar mas de lleno las virtudes. Y habiéndose dicho en el principio de este libro, que son cuatro las principales virtudes de la elocucion, es á saber : que sea la oracion correcta, clara, adornada, apta y acomodada á las cosas que se dicen; expusimos cuáles fuesen los vicios contrarios á la oracion emendada y clara, juntamente con las virtudes mismas. Pero los defectos de la oracion adornada y apta, por ser muchísimos, los guardamos para este lugar; por cuanto no pudieran ellos fácilmente discernirse, sino es conociendo primero las virtudes. Y reduciendo á breve suma toda la materia, cualesquiera cosas que se oponen á las que dijimos ser necesarias para hablar adornada y aptamente, son defectos de la oracion.

2. Y requiriendo el adorno en primer lugar aquellas tres circunstancias, que son eleccion de voces ajustadas á las mismas cosas, figuras de palabras, y sentencias acomodadas á ellas, suave y armoniosa colocacion, todo lo que se opone á esto es vicio. Ni es menor vicio, si la oracion no se ajusta á las personas y cosas.

3. Mas conteniéndose doce varios vicios bajo de esta comun advertencia, será del intento irlos refiriendo en particular, y apuntarlos con sus propios nombres, para que con mayor claridad se comprehendan. Comencemos de aquel vicio que conviene ante todos evitar á toda persona honesta, es á saber, el *cacemphaton*, esto es, pronunciacion obscena, en que se incurre cuando decimos alguna palabra torpe ó ménos honesta. De lo cual no es decente poner ejemplos, para que no démos en el mismo vicio que mandamos evitar. Pero cuando forzosamente ha de hablarse de una cosa semejante, nos valdrémos de la perífrasis ó de algun otro tropo.

4. Es vicio muy cercano al sobredicho la *tapinosis*, por la cual se disminuye con palabras ó sentencias la grandeza ó dignidad de una cosa : es á saber, cuando á una cosa honesta ó espléndida la damos un nombre sórdido y poco conveniente á la dignidad de la tal cosa. De lo que es contrario en la naturaleza, si bien igual en el error, dar á cosas de poca entidad, nombres que excedan en el modo, como si alguno llamare «mal hombre» al parricida, ó «malvado» al dado á una ramera, porque aquello es poco, y esto demasiado; pues las voces deben corresponder á las cosas, excepto cuando queremos alzar de punto alguna, de lo cual se dijo en los modos de amplificar.

5. La *tautologia* es una viciosa repeticion de un mismo vocablo, hecha no por gala, sino por pobreza, lo que acaece á ingenios estériles y nada ejercitados, que dicen lo mismo con las mismas voces, y como que repiten una misma cantinela, y tocan una misma cuerda. De donde vino el refran : *Crambe bis posita mors* (*a*) : Col repetida quita la vida. Ha de aplicarse pues la variedad de palabras, cuando ha de expresarse muchas veces una misma cosa, para que en el propio contexto no se repita muchas veces una misma palabra.

6. La pleonasmos es una superflua añadidura de un vocablo, como (*b*) : «Así habló por su boca.» Y así no sin gracia Ciceron, declamando contra Panza, quien habia dicho que «una madre trajo al hijo diez meses en su vientre»; él le reprehendió diciendo. «Pues qué ¿otras suelen llevarlos en el zapato?» Porque todo vocablo que no ayuda á la inteligencia ó al adorno, se puede llamar vicioso. Pero excúsase esto cuando se hace para afirmarlo mas, cual es aquello :

Vocemque his auribus hausi (*c*).
Yo mismo percibí la voz por estos oídos.

Y : «Por estos ojos lo ví, no lo niegues.»

7. La *macrologia* es un modo de hablar redundante ó prolijo, cual es aquello : «Los embajadores, no habiendo conseguido la paz, se volvieron á su casa, de donde habian venido.» Aquí se ha pecado en una sentencia breve. Peor es cuando de esta misma manera se yerra en toda la oracion, esto es, cuando aquellas cosas que podian brevemente decirse y entenderse, se tratan con largas y perplejas razones, lo que maja y mata al oyente cuerdo.

8. *Cacozelon*, que es una mala afectacion, viciosamente se difunde en todo género de decir. Porque lo hinchado, lo débil, lo muy dulce, lo abundante, lo transferido y lo regocijado, caen bajo de un mismo nombre. Finalmente *cacozelon* se llama cualquier cosa que excede los límites que prescribe la virtud, y se halla cuantas veces el ingenio carece de juicio, y se engaña con la apariencia del bien, y realmente es el vicio peor de cuantos hay en la elocuencia. Porque los demas se evitan, este se busca. Da pues en este vicio, cualquiera que afecta un modo de hablar superior á sus fuerzas, y al que no está acostumbrado.

9. *Brachylogia*, esto es, conciso, que ocurre cuando hablamos de un asunto grave con demasiada brevedad y estrechez, requiriendo un razonamiento mas largo y abierto. Y si el orador, precisado á dirigir su discurso á otra parte, no pudiere detenerse, convendrá que dé la razon por qué encerró una materia dilatada, en tan angostos términos.

10. *Miosis*, que quiere decir diminucion, es semejante al vicio antecedente, ménos en que se hace con mas palabras : como cuando la oracion, sobre una materia grande y ardua, es mas tenue y sencilla de lo justo, y de lo que corresponde á su dignidad y naturaleza. Lo

(*a*) Unde Juven. sat. 7, v. 155 : *Occidit miseros crambe repetita magistros.* (*b*) Virg. Æneid. 1, v. 618. (*c*) Ibid. Æneid. 4, v. 359.

que sucede si uno habla de una materia grande y esclarecida con lenguaje ordinario, bajo y servil. Porque es propiedad de la elocuencia usar de un estilo igual al carácter de los asuntos.

11. *Bomphyologia*, esto es, hinchazon, vicio contrario de la *miosis*, que se comete cuando cosas tenues y livianas se expresan con un estilo afectado, entumecido, pomposo y demasiadamente remontado. Como si uno en carta á un amigo, ó á rústicos é ignorantes, usara ridículamente de cláusulas magníficas. Vicio que rie Horacio en el Arte, de esta suerte:

Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?
Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus (*d*).

Que cosa traerá digna
De tan gran fanfarronada
Aqueste prometedor?
De dolor van las montañas;
Mas ¿qué nacerá después?
Una ridícula rata.

Esto mismo reprehende Fabio por estas palabras (*e*): «Así como en causa capital parecen bien en un abogado la solicitud, la diligencia, el cuidado, y todas aquellas como máquinas para amplificar la oracion; así en los negocios y juicios pequeños todo esto es vano é intempestivo. Y ciertamente fuera digno de risa quien tomando asiento para orar delante de un juez acerca de una materia levísima, usase de aquella confesion ciceroniana: «Que no solo sentia su ánimo conmovido, sino que hasta su mismo cuerpo se horrorizaba.»

12. *Asiatismo*, esto es, un género de oracion asiático, inmoderado en las voces y figuras, pero vacío de substancia; porque usaban de este género de hablar los asiáticos, de quienes se tomó el nombre de este vicio, como poco ántes dijimos.

13. *Homoiologia*, vicio por extremo enfadoso, que no evita el tedio con alguna gracia de variedad, sino que toda ella es de un color; y se descubre destituida del arte retórica; porque siempre corre á un mismo tenor, á modo de una enfadosa cantinela, no bien distinguida ni variada por números ni sonidos, y por lo mismo pesadísima á los ánimos y á los oídos. Y este vicio es muy vecino del antecedente, y contrario del siguiente.

14. *Picilogia*, colorado, vicio contrario al antecedente, donde nada hay recto ó propio en la oracion, sino que toda ella es nimiamente figurada, semejante á un vestido de varios colores, ridículamente pintado y cosido. Tal es de ordinario el estilo de Apuleyo; y esto mismo se dice por otro término «demasiadamente florido», por cuanto abusa pueril y afeminadamente de florecillas de figuras.

15. *Periergia*, esto es, curiosidad, y digámoslo así, superflua oficiosidad, que dista de la elocuencia del mismo modo que el curioso del diligente, y la supersticion de la religion. Esta pues se halla cuando gastamos muchas palabras y nos detenemos sobrado inútilmente en cosas de nada, y en sentencias muy leves. Vicio muy familiar á los que afectan afluencia.

(*d*) Hor. de Art. Poet. v. 138. (*e*) Quintil. lib. 11, cap. 7.

16. *Cacofonia*, esto es, un sonido absurdo ó disonante, como cuando las letras y sílabas, dura y fragosamente se juntan, chocan y rechinan entre sí. Ha de evitarse este vicio, principalmente en el verso; á no ser que una cosa alborotada requiera tal aspereza. Este vicio es contra la suavidad y simetría de la composicion.

17. *Arithmon*, esto es, sin números, es una oracion que carece de números y de tolerable composicion: como si uno continúa las cláusulas breves con voces puramente breves, ó las largas con puramente largas, ó si suena con seguidas comas, ó abunda de continuados miembros, ó si anda siempre pomposamente por períodos. De cuyo vicio hablan Fabio (*f*) y Ciceron (*g*). Por tanto conviene cierta templanza de sílabas que suenen bien á los oídos delicados, como escribe Pontano en su obra de Euphronia.

18. *Oniconomiton*, que quiere decir indistinto, vicio semejante al de arriba, que peca contra el decoro de la oracion y de la disposicion: en la cual no hay economia alguna, sino que todo se mezcla confusamente de arriba abajo; y se comete de ordinario con muchas palabras en una oracion larga, que carece de arte y órden, y no tiene artificio ni natural disposicion. Pero no es este vicio contra la elocucion, sino contra la disposicion oratoria de que hemos hablado arriba. En el cual caen no pocas veces muchos predicadores, mayormente cuando suben al púlpito poco prevenidos.

19. A mas de estos vicios refiere Fabio (*h*) brevemente otros. Porque es ruda la oracion en que no hay agudeza alguna. Es igualmente sordida aquella en que no se halla ninguna brillantez, ninguna cultura ni elegancia de palabras. Estéril y ayuna, la que con ninguna abundancia ni afluencia se adorna y se dilata: como es la de los imperitos, que no saben el arte. Es asimismo triste, la que nada tiene de alegre ni de florido con que gane al oyente. Es tambien desagradable, la que no tiene suavidad ni gracia. Es vil y semejante á la sórdida, en la que nada se dice con exactitud. Así pues como deben huirse estos vicios, así las virtudes contrarias deben procurarse: las que sin duda conseguirá fácilmente cualquiera que se esfuerce á guardar lo que hasta aquí se ha dicho del adorno de la oracion. Y baste esto acerca de las virtudes y vicios de la elocucion.

(*f*) Quint. Instit. lib. 8, cap. 4. (*g*) Cic. In Oratore perfecto, cap. 9. (*h*) Quint. Instit. lib. 8, cap. 3.

LIBRO VI.

EN EL CUAL SE TRATA DE LA ACCION Ó PRONUNCIACION, Y DE OTRAS CIERTAS AYUDAS PARA PREDICAR.

PROLOGO.

RESTA la parte mas útil de esta obra, é igualmente la mas difícil de escribirse, á la cual llaman los retóricos pronunciacion ó accion, de cuyos nombres aquel pertenece á la figura de la voz, este al gesto y movimiento del cuerpo. De esta virtud Fabio y Cornificio escribieron mas difusamente que los demas retóricos. Y Cornificio recomienda tanto esta facultad, que no repara en decir que no sirven mas al orador la invencion, disposicion,

elocucion y memoria, sin la pronunciacion, de lo que sirve la pronunciacion sola sin todas estas. Pero cuán dificultoso sea dar reglas sobre este asunto, lo declara el mismo, por estas palabras (*a*): «Ninguno, dice, ha escrito con diligencia del modo de pronunciar, habiendo todos pensado que apénas podia escribirse con claridad, de la voz, semblante y gesto, cosas que pertenecen á nuestros sentidos; pero siendo de la mayor importancia esta instruccion para que el orador pueda desempeñar con acierto su oficio, no debe mirarse con descuido.» Y el mismo tambien, habiendo dado reglas en órden al gesto del cuerpo, añadió estas palabras: «No ignoro cuán grande negocio haya emprendido, intentando expresar los movimientos del cuerpo con palabras, y las voces con la pluma. Mas ni he confiado que esto podia hacerse de manera que de estas cosas pudiese escribirse con bastante exactitud, ni porque acaso esto no pudiera hacerse, pensaba que fuese inútil lo que hice, sino que quisimos advertir aquí lo que convendria, dejando al ejercicio y práctica lo demas. Pero es bien se sepa que la buena pronunciacion consigue que parezca que la cosa se hace de véras.»

Nosotros pues, caminando sobre las huellas de estos autores, omitido lo que ellos escribieron abundantemente para tratar las causas civiles, y pudiera dar fastidio al que leyere, solamente escogerémos lo que mas hiciere á nuestro propósito, porque no parezca que hemos dejado de instruir al predicador en una cosa que, como poco despues verémos, es la mas excelente de todas. Pero por cuanto varones tan elocuentes enseñan que es difícil dar reglas de pronunciacion, se nos habrá de perdonar el que, no sabiendo nosotros explicar nuestros sentimientos, expongamos ménos llena y abiertamente lo que debe decirse de ella. Pues si bien de esta virtud ni podamos enseñarlo todo, ni enseñarlo con estilo fácil y claro, sin embargo, por ser cosa de grande importancia, de ningun modo deben menospreciarse las reglas que se pueden dar. Porque estas podrán excitar los ingenios de los que leyeren, á meditar las que faltan, y que no pueden expresarse con palabras.

Pocos dias há dí con un libro escrito en frances, que trataba del arte y manera de cazar; el cual desciende tan por menudo á cada una de las reglas de esta arte, que con las mismas notas que los músicos ponen en sus papeles para cantar, designa la figura de voz y el sonido con que deben los cazadores llamar á los perros é incitarlos á la caza. Admiré por cierto la diligencia de unos hombres que no se contentaron con dar preceptos para esto, sino que igualmente se propusieron, no hablando sino escribiendo, enseñar un cierto género de voz y canto con que hubiesen de ser llamados los animales. Pues si estos pusieron tanto cuidado y aplicacion en cosa de nonada, ¿por qué nosotros nos quedarémos atras tratando de una cosa la mas importante de todas, y sumamente necesaria á los predicadores? Así yo no me contentaré con proponer las observaciones y preceptos que acerca de esto han dado los varones elocuentísimos que mencioné arriba, sino que juntaré tambien los que pude conseguir con el largo uso de predicar, y procuraré ilustrarlos y declararlos con varios ejemplos.

(*a*) Cornif. Ad Heren. lib. 3, cap. 11.

CAPITULO PRIMERO.

De la necesidad y alabanza de la pronunciacion.

1. No veo de qué modo pueda mejor declararse cuánta sea la necesidad y utilidad de una recta pronunciacion, que haciendo presente lo que muchas veces he visto y lo que todos están viendo, es á saber, que apénas hay quien pueda oir con paciencia los sermones de muchísimos predicadores, á quienes ni falta erudicion en el disputar, ni elocuencia en el escribir, ni piedad y religion en la vida. De lo cual no es otra ciertamente la causa, sino que están destituidos de esta sola virtud de la pronunciacion.

2. Y de estos dice el vulgo que verdaderamente son hombres eruditos, pero que no tienen gracia para predicar; queriendo significar por esta palabra gracia, la virtud de la accion y pronunciacion. Esta es pues la parte que mas sobresale en el decir; sin la cual el predicador mas docto no podrá ser contado en este número. Y el medianamente instruido en ella, podrá aventajar á los mas doctos. Pues hubo niños que con la dignidad de la accion parecieron elocuentes, y muchos hombres discretos que por la fealdad de la accion han sido tenidos por niños. De cuya diferencia no parece ser otra la causa principal, sino que los oyentes se mueven segun aquella impresion que hacen en sus ojos y oídos el semblante y palabras del predicador.

3. Así San Bernardo en la carta LXVI, dice: «Suele ser mas accepto el sermon vivo que escrito, y mas eficaz la lengua que la letra; ni el dedo que escribe expresa tanto el afecto como el semblante. Porque no tanto suelen atender los hombres á lo que dices, ó con qué palabras lo dices, cuanto al rostro y accion con que lo dices.» Y es esto en tanta manera verdad, que si pronuncias una cosa indignísima con voz lenta y desmayada, ellos la conciben del mismo modo, ni se moverán segun lo pide su indignidad. Mas por el contrario, si ponderas una injuria, aunque lijera, con acrimonia de voz y rostro, causarás semejante conmocion en el ánimo de los oyentes. Porque la pronunciacion, como dijimos en el primer libro, es la última forma de la oracion, que engendra en los ánimos del auditorio tales movimientos y afectos, cuales los muestran la voz, semblante y gesto del que habla.

4. Ni tan solamente sirve mucho la apta pronunciacion para conmover los ánimos, sino tambien para conciliarse la fe de los oyentes. Lo cual muestra Ciceron (*a*) contra Calidio. Acusó este á Gallo, á quien defendia Marco Tulio; y afirmando el acusador que él probaria con testigos, escrituras y cuestiones, que el reo le habia preparado veneno; mas pronunciando un hecho tan atroz con semblante plácido, voz lángida, y con el gesto poco movido, tomando la palabra Marco Tulio: «Por ventura, dijo, si estas cosas fuesen verdaderas, las dirias tú de esta manera? Tan léjos está que inflamases nuestros ánimos, que casi nos dormimos en este lugar.»

5. Pero todavía será mejor oir cómo Fabio alaba esta virtud en el lib. XI De las instituciones oratorias (*b*): «Tiene la pronunciacion, dice, una maravillosa fuerza y poder en la oracion. Porque no tanto importa la calidad de lo que dentro de nosotros mismos compusimos,

(*a*) Cic. in fragm. Orat. pro Q. Gal. (*b*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, initio.

cuanto el modo con que lo pronunciamos. Pues cualquiera se mueve segun oye. Por lo que ninguna prueba que alega un buen orador, es tan firme que no pierda sus fuerzas si no se ayuda con la aseveracion del que habla. Es preciso que todos los afectos desmayen, si con la voz, semblante, y con casi toda la compostura del cuerpo no se animan. Y habiendo hecho todo esto, podemos tenernos por felices si llega á encenderse el juez con nuestro fuego; no siendo dable que le movamos estándonos quietos, y que deje de entibiarse con nuestra frialdad. Tenemos el ejemplo en los comediantes, que añaden tanta gracia á las mas excelentes producciones de los poetas, que nos deleitan infinitamente mas oidas que leidas; y tambien se hacen escuchar en ciertos intermedios, de modo que lo que no tiene ningun lugar en las librerías, lo tenga muy distinguido en los teatros. Pues si en cosas que sabemos que son fingidas y vanas puede tanto la pronunciacion, que mueve la ira, las lágrimas y congojas, ¿cuánto es necesario que sea mas poderosa donde son verdaderas?

6. »Realmente soy de dictámen que una oracion, no mas que mediana, asistida con las fuerzas de la accion, ha de tener mas peso que la mejor, destituida de ella. Así Demóstenes preguntado qué fuese lo sumo en el orar, dió la palma á la pronunciacion, y á ella misma dió el segundo y tercer lugar, hasta que se le dejó de preguntar, de manera que pudo parecer que la juzgó, no la principal sino la única. Y aun por eso estudió tanto él mismo con Andrónico Hipocrites, que, admirándose los rodios al oir leer su oracion, no sin razon parece haber dicho Esquines: «¿Qué fuera pues si la hubieseis oido á él mismo?» Y Ciceron es tambien de sentir que la accion es la única que prevalece en el decir. Y cuenta que Cn. Lentulo ganó con ella mas fama, que no con su elocuencia. Con la misma C. Graco concitó las lágrimas de todo el pueblo romano, llorando la muerte de su hermano. Antonio y Craso pudieron mucho, y mucho mas aun Q. Hortensio; de lo cual es buen testimonio el de sus escritos, muy inferiores sin duda á la fama de un hombre que fué tenido mucho tiempo por príncipe de los oradores, y alguna vez por émulo de Ciceron, y últimamente, miéntras vivió, el primero despues de él; para que se vea que agradaba en su boca lo que nosotros no encontramos en sus obras.

7. »Y ciertamente como las palabras puedan mucho por sí, y la voz añada fuerza propia á las cosas, y el gesto y movimiento signifique algo, es preciso que juntándose todo á un tiempo, resulte un todo perfecto. Sin embargo hay algunos que juzgan por mas fuerte, y solamente digna de varones aquella accion ruda, y cual nace del ímpetu natural de cada uno; pero estos son aquellos mismos que suelen reprobar el cuidado, el arte, y el esplendor en el decir, y todo lo que se adquiere con estudio, reputándolo por cosas afectadas y poco naturales, ó aquellos que afectan la imitacion de la antigüedad en la rusticidad de las palabras, y tambien del sonido mismo, como dice Ciceron haber hecho L. Cotta. Mas ellos lisonjéense allá con su pensamiento, juzgando que basta á los hombres haber nacido para ser oradores, que nosotros les pedimos que perdonen nuestro trabajo; estando persuadidos que nada es perfecto, sino lo que hace la naturaleza ayudada de la industria. Sin embargo no me opongo á que tenga el primer lugar la naturaleza, porque ciertamente no podrá pronunciar bien aquel á quien faltare la memoria para retener lo escrito, ó una facilidad pronta para hablar de repente, ó si tuviere algun embarazo insuperable en la lengua. Y tambien puede ser tanta la deformidad del cuerpo, que no pueda vencerse con ningun arte. Ni puede ser buena la pronunciacion de quien tenga una muy mala voz, porque de la buena y firme podemos usar como queremos; mas la mala ó débil impide muchas cosas, como es levantarla y exclamar; y obliga muchas veces á bajarla y torcerla para suavizar las fáuces roncas, y fortalecer el pecho fatigado con el anterior desapacible canto. Pero hablamos de esto con aquel á quien no se dan reglas en vano.»

8. Dividiéndose pues toda accion en dos partes, es á saber, voz y gesto, de las cuales este mueve los ojos, y aquella los oidos, por cuyos dos sentidos se introducen en el alma todos los afectos, se ha de hablar primeramente de la voz, despues del gesto que se acomoda á la voz. Pero ántes que démos singulares observaciones y preceptos de esta parte, conviene explicar á qué fin se refiera todo esto; para que conocido el fin de la cosa, percibamos mas fácilmente las que se ordenan á él.

CAPITULO II.

A qué fin ó blanco se deben encaminar los preceptos de esta parte.

1. Aunque los retóricos nos hayan dejado muchos y varios preceptos concernientes á la buena pronunciacion, mas todos se refieren á un solo fin, esto es, á que hablemos del modo que la naturaleza misma y el comun y natural modo de hablar dicta que se ha de hablar; y apartarse de él, así como es contra naturaleza, es tambien contra el decoro. Ni toda la observacion del arte tira á otra cosa que á enseñar este natural modo de hablar. En lo cual yerran notablemente los que piensan que debe ser otra la figura de la voz cuando predican, que cuando hablan; siendo así que la misma naturaleza de las cosas pide en ambas partes un mismo modo de accionar y pronunciar, con sola la diferencia, que cuando hablamos la voz es mas baja, y cuando predicamos, por ser mas espacioso el lugar y mayor el concurso de los oyentes, la misma se ha de levantar para que sea oida de todos. Por lo que es mas de admirar que haya tan pocos predicadores que en esta parte lleven por guia á la naturaleza, no pareciendo á primer vista nada mas fácil que seguir aquel instinto y movimiento que es dado á todos por la naturaleza.

2. Mas para que pueda manifestar abiertamente lo que siento en esta parte, apuntaré lo que me sucedió á mí y á cierto predicador bisoño. Rogóme pues este que le oyese cuando predicaba, para que despues le advirtiese lo que me pareciere digno de reprehension. Pero él echó todo el sermon que habia aprendido á la letra, sin variar en nada la voz, como si recitara de memoria algun salmo de David. Y volviendo á casa concluido el sermon, vi en el camino á dos mujercillas que altercaban entre sí y reñian. Las cuales, así como hablaban movidas de verdaderos afectos del ánimo, así tambien mudaban las figuras y tonos de la voz, conforme á la variedad de los mismos afectos. Yo entónces dije á mi compañero: Si aquel predicador hubiese oido á estas mujercillas, é imitara esta misma manera de pronunciar, nada

le faltara para una perfecta accion, de que enteramente se halla destituido.

3. De donde se colige, que al modo que los pintores cuando pintan árboles, aves ú otros animales, procuran representarlos al vivo lo mejor que pueden, de suerte que el que los mira, no tanto piense que ve cuerpos pintados, cuanto vivos; así el predicador observe diligentemente el modo natural de hablar de todos los hombres, y principalmente de aquellos que hacen esto mas apta y elegantemente, y con cierta dignidad; y con esta única observacion habrá conseguido cuanto difusamente hemos enseñado aquí. Reparé una vez en cierto pintor que pintaba en una tabla un niño Jesus con ademan de tener en su mano un pajarillo; y para pintarle bien, tenia uno vivo en su mano, para que así al fin la efigie saliese mas semejante al original. Asimismo pues nosotros debemos observar con atencion y diligencia el modo natural de pronunciar, de que usan varones dotados de elegante ingenio en las conversaciones familiares; para que podamos imitarlos en cuanto nos sea posible cuando predicamos. Pero aunque esto parezca muy fácil y natural, muchos, como ya dijimos, de ninguna suerte lo consiguen; y mucho ménos aquellos que, siendo pobres de palabras, y no sabiendo hablar de repente, aprenden los sermones á la letra; y así los pronuncian con un mismo tenor de voz, segun lo acostumbran los ciegos mendigos. He dicho todo esto, para que entienda el estudioso predicador, á qué fin deben dirigirse los preceptos de esta parte. Porque todo se encamina á que usemos de aquel modo de pronunciar que la naturaleza misma prescribió á todos, sin que ninguno le enseñe. Y quien llegare á poseerle, no necesita mucho de nuestras reglas.

CAPITULO III.

De las cuatro principales virtudes de la pronunciacion.

§. I.

De la primera virtud de la pronunciacion, que es el que sea correcta, ó carezca de todo vicio.

1. Es muy conveniente y natural aquella particion que hace Fabio, diciendo que en la pronunciacion deben atenderse las mismas virtudes que pusimos para la elocucion. Porque dice así (*a*): «No de otra manera ha de ser la pronunciacion que la oracion misma. Pues así como esta debe ser correcta, clara, adornada y apta, así tambien aquella será emendada, esto es, carecerá de vicio, si fuere la lengua expedita, y la voz agradable y urbana, quiero decir, que nada tenga de rústico ó extranjero. Porque no sin causa se dice, bárbaro ó griego. Pues por la habla conocemos los hombres, no ménos que por el sonido los metales. Así vendrá á ser lo que Ennio alaba, cuando dice que Cetego fué de una habla muy suave; no lo que Ciceron reprehende en los otros, de quienes dijo, que mas ladraban como perros que hablaban como hombres.» Cuidará tambien que no inmute la sencillez natural de la voz, como hacen algunos para darla cierto sonido mas lleno. «Y así la misma voz sea lo primero, por decirlo así, sana, esto es, que no tenga ninguno de los defectos de que acabo de hablar; á mas no sea absurda, ruda, feroz, dura, áspera, varia, muy abultada ó tenue, hueca, agria, apocada, muelle, afeminada, y el aliento ni corto, ni poco durable, ni difícil de cobrarse.»

(*a*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, paulo post. initium.

2. Por cuanto en el gesto tambien y en el movimiento del cuerpo hay sus vicios, de ellos asímismo hemos de hablar brevemente en este lugar, por andar ellos juntos con los vicios de la pronunciacion, aunque de esto tratarémos mas copiosamente, como lo hemos prometido, en su lugar. «Hase pues de procurar, segun advierte el mismo Quintiliano (*b*), que cuantas veces se hubiere de exclamar, el conato sea del pecho, no de la cabeza; de suerte que el gesto se acomode á la voz, el semblante al gesto. Tambien ha de observarse que la cara del orador esté derecha, que no se tuerzan los labios, que la inmoderada abertura no estire la boca, ni esté el rostro boca arriba, ni los ojos metidos en el suelo, ni la cerviz inclinada á algun lado. Tambien en la frente puede haber vicios. Vi á muchos cuyas cejas se levantan al esforzar la voz, las de otros encogidas, las de otros tambien entre sí opuestas, subiendo la una hasta los cabellos, mientras que la otra casi cerraba el ojo. Son estas cosas de una importancia infinita, como despues dirémos. Y nada indecoroso puede ser agradable.»

§. II.

De la segunda virtud de la pronunciacion, que sea clara.

3. «Será clara la pronunciacion, dice Fabio (*c*), si articulare los vocablos enteros, parte de los cuales suele tragarse, parte cortarse, no profiriendo muchos las postreras sílabas, miéntras que se regodean en el sonido de las primeras. Porque las palabras deben ser bien declaradas; mas así como esto es necesario, así es pesado y enfadoso detenerse é ir como contando todas las letras; pues se juntan muchas veces las vocales, y algunas de las consonantes siguiéndose vocal, no se sienten... Principalmente para adquirir esta virtud ayuda la distincion, esto es, que la oracion esté dividida en pequeñas partes, del mismo modo que los miembros del cuerpo: esto es, que el que ora empiece, y acabe donde conviene... Pero en las mismas distinciones gastarémos unas veces mas tiempo, otras ménos. Porque importa atender al sentido, para dar fin al razonamiento. En donde pues el sentido de la oracion perfectamente acaba, me detendré y descansaré, y luego proseguiré haciendo un nuevo exordio.

4. »Hay tambien en algunas ocasiones ciertas pausas sin respiracion aun en los períodos, como en aquel: «En el congreso del pueblo romano, administrando un negocio público un general de caballería, en quien un regüeldo sería mal parecido,» y lo restante, tiene muchos miembros. Porque hay sentidos, y sentidos: y así como es una la circunlocucion, así en estos espacios se debe parar un poquito, sin interrumpirse el contesto: y al contrario es preciso recoger á veces, y como hurtar el aliento, sin que se perciba la pausa, de modo que, si se recoge con poca reflexion, no causa ménos obscuridad, que la distincion viciosa. La virtud de distinguir, aunque sea de poca entidad, con todo, sin ella no puede tener la accion ó pronunciacion ninguna otra.» Todo esto es de Fabio, que en pocas palabras recomendó de tal suerte esta virtud, que siente no haber otra alguna sin ella.

5. De lo cual se echa de ver que faltan gravemente

(*b*) Quintil. lib. 1, cap. 11. (*c*) Quintil. Instit. lib. 11, cap. 3, paulo post initium.

aquellos que en casi todo el sermon hablan con tanta velocidad, que en ninguna parte paran, nada distinguidamente dicen, sino que de un aliento é ímpetu lo corren todo. Y predican así, ó porque desconfiados de su memoria recelan se les ha de olvidar algo, si lo dijeren de otro modo; ó porque su ánimo está tan poseido de miedo y zozobra, que no les deja libertad, y apénas les permite atender á lo que dicen, ni al modo con que lo dicen. Vicio que ciertamente debe contarse entre los mayores; en el cual caen sin embargo muchos predicadores, y señaladamente aquellos que son rudos y como bisoños en este empleo, ó que predican muy amedrentados.

6. De ahí tomó motivo el mismo Fabio para decir: «Ni con la demasiada corriente han de confundirse las cosas que decimos; porque con ella perece la distincion y el afecto, y á veces tambien se suprimen algunas sílabas de las palabras. A cuyo vicio se opone la demasiada lentitud; porque muestra la dificultad de hablar, y la misma detencion distrae los ánimos. Sea pues la lengua pronta, no precipitada; moderada, no perezosa. Ni el aliento recogido á menudo corte la sentencia, ni se alargue tanto que desfallezca. Por lo que, los que han de decir alguna cláusula muy larga, deberán recoger la respiracion; con tal empero que esto no lo hagamos por mucho tiempo, ni con ruido, ni absolutamente de modo que se manifieste; en las demas partes se recobrará muy bien entre los intervalos de la oracion. Mas debe ejercitarse para que dure muchísimo, á imitacion de Demóstenes que, para lograrlo, subiendo alguna cuesta recitaba los mas versos que podia.»

§. III.

De la tercera virtud de la pronunciacion, que sea adornada.

7. «Es adornada la pronunciacion, continúa Fabio, á la cual favorece una voz fácil, grande, feliz, flexible, firme, dulce, duradera, clara, limpia, que corte el aire y se asiente en los oídos. Porque hay alguna acomodada al oído, no por su magnitud, sino por su propiedad; y porque siendo muy flexible, tiene en sí todos los sonidos, y la proporcion para subir y bajar segun se requiera, ó como suele decirse, todo el órgano necesario; y está acompañada de la firmeza del pecho, y de una respiracion tan fuerte y dilatada, que difícilmente se rinda al trabajo. No conviene á las oraciones el sonido muy grave, ni el muy agudo, como en la música. Porque aquel, poco claro y demasiadamente lleno, no puede dar ningun movimiento á los ánimos; y este, muy sutil y excesivamente claro, no siendo natural, ni puede doblarse con la pronunciacion, ni puede aguantar el aumento por mucho tiempo. Porque es la voz como los nervios, que cuanto es mas remisa, tanto es mas grave y llena; cuanto mas se levanta, tanto es mas sutil y aguda. Así la muy baja no tiene vigor, la muy alta está á riesgo de quebrarse. Deben pues usarse unos medios sonidos, y estos excitarse cuando la vehemencia ha de aumentarse, y templarse cuando ha de disminuirse.»

8. A este adorno pertenece tambien, que la voz, cuanto sea dable, salga con cierta suavidad, no afeminada ó afectada, sino varonil y natural; lo cual así como en el canto, así tambien en la oracion halaga y entretiene los oídos. Y para que podamos conseguir esto, hemos de procurar que, cuando nos hallamos en lo mas fuerte del discurso, no levantemos la voz sobre nuestras fuerzas, de modo que se dañen las arterias ó pulmones. Porque así se exaspera de algun modo la voz, y contrae cierta ronquera desagradable, que tambien ofende los mismos oídos de los oyentes. Por eso dice Fabio: «La voz no ha de levantarse sobre las fuerzas, porque con el mayor conato muchas veces se sufoca, y es ménos clara.» Conviene pues moderar aquel ímpetu, no apurarle de modo que la voz se dañe, y no baste para lo restante. Mas practicar esto pide una destreza particular; porque aquel ímpetu del ánimo muchas veces arrebata de tal manera á la razon, que no la permite repararlo. Lo que conduzca á esta dulzura y firmeza de la voz, lo enseña la Retórica hereniana con alguna extension, cuya doctrina me ha parecido poner en este lugar.

9. Primeramente amonesta (*d*) «que empecemos á hablar con voz baja, sumamente apacible, pues se hieren las arterias, si ántes de dulcificarse con blanda voz se llenan de un clamor acre. Tambien convendrá usar de largos intervalos, porque se recrea la voz con la respiracion, y con la detencion descansan las arterias. Y conviene aflojar el continuado clamor, y pasar al razonamiento, pues las mudanzas son causa de que no desentonándonos en ningun género de voz, permanezca siempre entera. Así debemos evitar las agudas exclamaciones de la voz, porque se golpean y maltratan las arterias con la aclamacion aguda y demasiado sutil: y si la voz tiene algun esplendor, le pierde. Sin embargo al fin de la oracion convendrá decir muchas cosas de un aliento; porque la garganta ya se calentó, se llenaron las arterias, y la voz, manejada con variedad, se redujo á cierto sonido igual y constante. Así lo que es útil para la entereza de la voz, es tambien agradable á los oyentes.

10. »Muchas veces á la naturaleza de las cosas corresponde justamente cierta gracia, como sucede en esta materia; porque lo que dijimos que sirve para conservar la voz, pertenece asimismo á la suavidad de la pronunciacion, de manera que lo mismo que aprovecha á nuestra voz, se aprueba con el gusto del oyente. Es útil para la firmeza de la voz una voz sosegada en el principio. Porque ¿qué cosa mas desapacible que el clamor en el exordio de la causa? Los intervalos fortifican la voz; los mismos vuelven con la division mas adornadas las sentencias, y dejan al oyente tiempo de pensar. La intermision del clamor conserva la voz, y la variedad deleita sobremanera al oyente, cuando detiene su ánimo con el razonamiento, ó le mueve con el clamor. La exclamacion aguda daña á la voz y á la garganta, y ofende al oyente, pues tiene algo de rústico, y es mas propio de la vocinglería de las mujeres, que de la dignidad varonil del orador. A lo último de la oracion una voz sostenida es remedio para la voz. Pues qué, ¿por ventura esta misma no calienta vehementísimamente el ánimo del oyente en la conclusion de toda la causa?»

11. Hace tambien adornada la pronunciacion la variedad de la voz, acomodada á los mismos asuntos, de la cual hablarémos luego; porque esto mas pertenece al modo de pronunciar aptamente, bien que no contribuye ménos á su adorno. Pues el arte de variar, por una parte da cierta gracia y recrea los oídos, y por otra descansa al predicador con la misma mudanza del trabajo: así como hay

(*d*) Ad Heren. lib. 3, cap. 12.

sus veces de estar en pié, de pasear, de sentarse, de acostarse, y nada de esto podemos aguantarlo por mucho tiempo.

CAPITULO IV.

De la cuarta virtud de la pronunciacion, que es ser apta.

1. Hasta aquí hemos dicho de las tres virtudes de la pronunciacion, esto es, del modo de pronunciar con emienda, con claridad y adorno. Falta la cuarta, y ciertamente la principal y mayor, que es la virtud de pronunciar aptamente, y la que acomoda á las cosas mismas que predicamos una figura de voz conforme á la naturaleza de ellas, y ayuda maravillosamente á excitar la atencion de los oyentes, y á evitar su fastidio. Porque á cada mudanza é inflexion de la voz, el ánimo del oyente, que cuelga de la boca del predicador, percibe dentro de sí tantos movimientos cuantos sonidos este muda; pues entiende que no en vano tuerce él la recta forma de pronunciar, variándola ya con esta, ya con la otra figura de voz, y de esta suerte renueva á menudo la atencion, y evita con la variedad el hastío.

2. Acerca de esto dice así Fabio (*a*): «Ya es tiempo de decir cuál sea la apta pronunciacion; y ciertamente es aquella que se acomoda á las cosas de que hablamos; lo que por lo comun proviene de los propios movimientos de los ánimos, y suena la voz segun es herida. Mas como haya unos afectos verdaderos, otros fingidos é imitados; los verdaderos naturalmente revientan, como son los de los que se duelen, enojan, indignan; pero carecen de arte, y por eso no han de formarse con reglas del arte. Al contrario los que se fingen con la imitacion tienen arte, mas no naturaleza, y por lo mismo en estos es lo primero apasionarse bien, y concebir las imágenes de las cosas, y moverse como si fueran verdaderas. Así la voz, como una mensajera causará en los ánimos de los oyentes la impresion que de nosotros recibiere. Porque es una señal y como dechado del ánimo, que tiene las mismas mudanzas que él. En materias pues alegres fluye llena, sencilla, y tambien en cierto modo alegre. Pero en una contienda, erguida, emplea todas sus fuerzas, y como nervios... Mas halagando, confesando, satisfaciendo, rogando, es blanda y sumisa. De los que persuaden, aconsejan, prometen y consuelan, grave; en el miedo y vergüenza, contraida; en las exhortaciones, fuerte; en las disputas, redonda; en la compasion, inclinada y llorosa, y como adrede obscura... en la exposicion y razonamientos, derecha; y media entre el sonido grave y el agudo. En afectos concitados se levanta, en los apacibles se baja, conforme al modo de una y otra cosa, ó mas alta ó mas baja.»

3. De estas palabras claramente se colige cuál sea la apta pronunciacion. Porque esta es la que no corre á un tenor mismo, sino aquella que, como ántes dijimos, conforme á la variedad y naturaleza de los asuntos, muda la voz de cuando en cuando, y profiere las cosas grandes con gravedad, las medianas con templanza, las sumisas con suavidad, las atroces con vehemencia y acrimonia, para que la voz corresponda al ánimo y á las palabras, y á las cosas que decimos. Acerca de lo cual dice así el mismo Fabio (*b*): «Evitemos aquella que en griego se llama *monotonia*, que es un mismo tenor de espíritu y sonido; no solo para que no lo hablemos todo á voz en grito, que es locura; ó con un mismo tono, que carece de movimiento; ó con un bajo murmullo, con que tambien se debilita toda la fuerza; sino tambien para que en unas mismas partes y afectos haya algunas declinaciones de la voz, no muy grandes, segun que lo requiere, ó la dignidad de las palabras, ó la naturaleza de las sentencias, ó el fin, ó el principio, ó la transicion. Al modo de los que, pintando con diferentes colores, hacen unas partes mas sobresalientes que otras, sin lo cual ni aun á los miembros hubieran dado sus líneas.

4. »Propongámonos aquel exordio de Ciceron en la famosísima oracion en defensa de Milon. Por ventura casi á cada distincion, aunque en un rostro mismo, ¿no debe como mudarse el semblante? «Aunque recelo, jueces, no sea cosa indigna, que tenga miedo, quien comienza á orar en favor de un varon esforzadísimo.» Y si bien por todo el propósito ó asunto es angustiado y sumiso, pues es exordio, y exordio de una persona solícita; sin embargo es preciso que sea algo mas llena y levantada la voz, cuando dice: «orar por un varon esforzadísimo,» que cuando, «Aunque recelo,» y «es cosa indigna», y «tener miedo». Ya es conveniente que crezca la segunda respiracion, y con un natural conato diciendo ménos medroso lo que se sigue, se muestra la grandeza de ánimo de Milon: «Y de ninguna manera sea decente, perturbando mas á Tito Anio la salud de la república, que la suya propia.» Despues viene una como reprehension de sí mismo: «¿Que no pueda y otra era á su causa igual grandeza de ánimo?» Luego se sigue aquella expresion mas envidiosa: «Pero esta nueva forma de un nuevo juicio espanta los ojos.» Mas aquellas palabras ya suenan, como dicen, á boca llena: «Los cuales á cualquier lado que se vuelvan echan ménos la antigua costumbre de la curia, y el primer estilo de los juicios.» Porque lo siguiente es tambien ancho y espacioso: «Pues no está vuestro tribunal circuido del concurso que solia.» Lo cual noté, para que se viera que hay alguna variedad de pronunciar, no solo en los miembros de la causa, sino tambien en los artículos, sin la cual nada es mayor ni menor.»

5. Mas estas cosas se han dicho en general de las virtudes comunes de pronunciar: resta que atentamente consideremos, qué modo de pronunciacion deba aplicarse á cada una de las partes de la oracion. Y para que tratemos mas cumplidamente y por su órden esta parte, y no parezca que pasamos en silencio la menor circunstancia, seguirémos aquel método que la dialéctica y demas ciencias suelen guardar, las cuales reducen toda la materia y sus partes á los primeros elementos. Así los dialécticos que se proponen tratar del silogismo, ántes de llegar á esto, hablan de las partes del silogismo, esto es, de las proposiciones de que él se compone. Y porque las proposiciones constan de voces particulares, tratan asimismo de ellas en los libros de los predicamentos; y despues de haber tratado todo esto, pasan á explicar la razon de los silogismos. Este método pues seguirémos tambien nosotros, explicando el arte de pronunciar; y en primer lugar discurrirémos de las principales partes de la oracion; en segundo de diferentes sentencias que se contienen en las mismas partes; y últimamente, cómo deba pronunciarse cada una de las palabras de que constan las sentencias.

(*a*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, paulo ante medium. (*b*) Quint. ibid. paulo antea.

CAPITULO V.

De los modos de pronunciacion que convienen á las tres principales partes de la oracion, esto es, á la exposicion, argumentacion y amplificacion.

1. Para declarar lo que en primer lugar pusimos, debemos tener en la memoria lo que dejamos dicho al principio de esta obra: conviene á saber, que toda oracion se compone de exposicion, argumentacion y amplificacion. Hasta los rudos saben que una manera de pronunciar se requiere en la exposicion, otra en la argumentacion, y otra en la amplificacion. Mas estas tres partes tambien contienen debajo de sí otras. Pues inmediatos á la exposicion están el exordio, la narracion, la proposicion y la division. En la argumentacion unas veces aprobamos, otras reprobamos y confutamos; y en unas ocasiones disputamos con mayor sosiego y sutileza; en otras con mayor acrimonia, ímpetu y vehemencia. En la amplificacion es mayor la variedad, porque en esta realzamos y amplificamos la grandeza de varias materias; y á mas de esto nos esforzamos á excitar diferentes afectos, como de amor, odio, admiracion, dolor, miedo, y otros semejantes movimientos del ánimo, entre los cuales cuentan los retóricos en primer lugar la indignacion y comiseracion. En el modo pues de tratar estos afectos debe ser tan varia la accion, como son diferentes los afectos mismos, segun en su lugar mostrarémos. Ahora consideremos, qué es lo que requiere cada parte de estas.

2. A la exposicion, que es la primera de las tres partes de la oracion, está muy cercana, como hemos dicho, la accion del exordio y narracion; porque estas tres no piden accion fuerte y concitada, sino apacible. Así en la exposicion, cuando exponemos algun asunto ó lugar obscuro, sin argumentacion, hay necesidad de una pronunciacion sosegada; bien que distinguida con intervalos, y variada un poco la voz, segun la naturaleza de las sentencias: de suerte que con la misma pronunciacion parezca que sembramos en los ánimos de los oyentes las cosas que demostráremos.

3. Del exordio dice Fabio de esta manera (*a*): «Al exordio conviene muy de ordinario una pronunciacion suave; porque para conciliar el favor, nada hay mas agradable que la vergüenza... Y así parecerá bien la voz templada, el gesto modesto, la toga sentada en el hombro, un movimiento sosegado de los costados á una y otra parte, puestos los ojos en un mismo lugar.» En lo cual no levemente suelen faltar algunos predicadores, que por ostentar erudicion ó ingenio, ó por mostrar cierto despejo, comienzan á predicar de manera que no carecen de alguna sospecha de arrogancia, y aun por esta libertad de accionar, hacen juicio los oyentes que no se tiene de ellos ninguna consideracion. Otros luego en el mismo exordio de la oracion usan de una accion muy viva, en especial cuando es numeroso el concurso de sus oyentes; porque entónces, ya por el mayor calor y brio que han concebido para predicar, ya para que la voz sea de todos oida, la esfuerzan y levantan mas de lo justo: de donde nace, que á la mitad de la oracion no solo les falta la voz, sino tambien las fuerzas. Y así los que empezaron con denuedo, faltándoles las fuerzas, acaban el discurso lenta y desmayadamente. Mas estos no consideran aquel dicho comun que «de la llama no debe levantarse humo, sino del humo la llama». Conviene pues que el sabio predicador refrene con prudencia en este tiempo el ímpetu de su ánimo, teniéndole guardado para lo mas grande y mas necesario.

(*a*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, circa finem.

4. Síguese la narracion. Esta pide, como dice Fabio, mas extendida la mano, mas despejado el gesto, y parecida la voz á una conversacion. En los asuntos que no contienen algunos movimientos del ánimo, ó cosa semejante que requiere diferente modo de accionar, convendrá por lo comun un sonido simple. Así es mas difícil la accion de la narracion, que la de la argumentacion ó amplificacion; porque en estas partes el ardor de disputar ó amplificar, y el movimento del ánimo instruyen y ayudan á la accion. Pero la narracion, como deba ser ménos activa, y de ningun modo ardiente ni concitada, solo ha de templarse con el arte y prudencia del predicador. Aunque no niego que hay algunas narraciones que admiten estos afectos, cuya accion no es tan difícil. Se necesita pues de variedad de voces en toda narracion, para que cada cosa parezca que se refiere del mismo modo que sucedió. Lo que queremos mostrar qué se hizo con diligencia, lo pasarémos de prisa. Despues irémos mudando á todas partes así las palabras como la pronunciacion, de modo que ya sea acre, ya compasiva, ya triste, ya alegre. Si ocurrieren en la narracion algunos dichos, demandas, respuestas ó algunas admiraciones en lo que nosotros narráremos, lo advertirémos puntualmente, para que con la voz expresemos los sentidos y ánimos de todas las personas.

5. La accion mas varia es la de las pruebas; porque proponer lo que has de decir, dividirlo en partes, y explicar lo que convenga y se halla en la controversia, son cosas semejantes á la exposicion, de que hablamos ahora. Pero la argumentacion, ordinariamente mas ágil, mas viva y mas presurosa, requiere tambien un gesto correspondiente á la oracion, esto es, una briosa celeridad. En algunos casos importa dar prisa y espesar la oracion. Aquí convendrá levantar mas la voz, sostenerla, y articular las palabras aceleradamente con clamor, para que el sonido pueda igualar al rápido curso de la oracion.

6. A veces entre las pruebas ocurre la aseveracion, que vale mas que las pruebas mismas; y entónces descúbrase confianza y valor, mayormente si acompaña la autoridad. Pero cuando las razones y pruebas son dificultosas de entender, como sucede cuando se sacan de los arcanos de la filosofía ó teología, entónces se debe refrenar este ímpetu y usarse de una accion sosegada, de una voz aguda y de largos intervalos, para que con esta distincion sea la oracion mas clara, y se dé tiempo y espacio á los oyentes de pensar y percebir lo que se dijo. Porque la velocidad y volubilidad de la lengua, no solo á los de tardo ingenio, sino aun á los eruditos, es de estorbo para entender lo que se dice. Esta manera pues de argumentar y probar es mas parecida á la exposicion y demonstracion, que no á la argumentacion.

7. Mas la amplificacion, que comprehende la tercera parte de la oracion, tiene su primer lugar en los afectos, los cuales, como dijimos poco ántes, requieren tan diferente tono ó figura de voz y de accion, cuanta es la variedad de ellos mismos. El primer cuidado pues que debe tenerse para esto, es que se hallen verdaderamente en nosotros tales afectos y movimientos del ánimo, por-

que entónces reventarán ellos con su fuerza natural; y así como son movimientos verdaderos, así conmoverán verdaderamente á los oyentes. Ni hace mas el arte que imitar á la naturaleza, á la cual ninguna arte puede llegar, por mas consumada que sea. Y esta es la razon por que los declamadores nunca causan los efectos que los varones santos, agitados por el espíritu de Dios, y movidos de verdaderos afectos, pudieron causar en su predicacion. Aquel pues que estuviere así movido, entenderá claramente, sirviéndole el mismo afecto de maestro, con cuán desemejante figura de voz deban tratarse los afectos. Porque la compasion y tristeza requiere un género de voz flexible, lleno, interrumpido, con tono lastimero. El miedo otro humilde, perplejo y demiso. Otro la fuerza, levantado, vehemente, amenazador, con cierta imitacion de gravedad. Otro el gusto, esparcido, suave, tierno, regocijado y remiso. Otro la ira, agudo, incitado y cortado; porque en la ira la voz debe ser atroz, áspera, espesa, y frecuente en la respiracion: ni el aliento puede ser durable cuando se esparce sin medida.

8. Síguese despues otra regla de pronunciacion, la cual pertenece á las sentencias particulares que se contienen bajo de estas principales partes de la oracion que arriba mencionamos, de la cual ya dijimos algo cuando tratamos de la manera de pronunciar aptamente. Mas, porque esta parte contiene la primera virtud de pronunciar, un poco despues tratarémos de ella con mas extension, proponiendo varios jemplos. Ahora pasemos á la otra.

9. Pues falta lo que en tercer lugar ofrecimos sobre la pronunciacion de cada voz en particular. Porque no solamente en las sentencias, sino tambien en cada palabra de por sí se ha de usar frecuentemente de esta y la otra figura de voz (*b*). «Por ventura estas palabras, dice Fabio, «cuitadillo, pobrecito,» ¿no deben decirse con voz sumisa y encogida; y estas otras, «fuerte, vehemente, ladron,» con voz levantada y movida? Porque á las cosas se añade enerjía y propiedad con la tal correspondencia, la cual si falta, indicará la voz uno, y el ánimo otro. ¿Pero qué diré? Unas mismas palabras, mudando de pronunciacion, señalan... preguntan, escarnecen, disminuyen. De distinta suerte se dice: *Tu mihi quodcumque hoc regni* (*c*); y: *Cantando tu illum* (*d*)? y: *Tune ille Æneas* (*e*)? y: *Meque timoris argue tu Drance* (*f*). Y por no ser largo, revuelva cada uno dentro de sí esto ó aquello por todos los afectos, segun quiera, y verá ser verdad lo que decimos.»

10. Muchísimas palabras se hallan en las sagradas letras, que han de articularse con esta valentía de voz. Tal es aquello (*g*): «En mi furor se prendió fuego, y arderá hasta lo mas profundo del infierno. Y se tragará la tierra con sus plantas, y abrasará los cimientos de los montes.» Y: «Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada se tragará las carnes.» Aquí cada vocablo de por sí requiere un particular lleno de voz, junto con acrimonia. Tal es aquello de San Crisóstomo (*h*): «Como leones que respiran fuego, salgamos de aquella mesa espantando á los demonios.» Mas en esto debe irse con cuidado para que no torzamos la voz de su natural sonido, afectando otro demasiadamente hueco y retumbante. Porque nada afectado, nada que desdiga de lo natural, puede ser agradable. Vicio que padecen los que teniendo una voz tenue y muy delgada, quieren con los carrillos hinchados, digámoslo así, remedar este lleno y acrimonia de voz.

(*b*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, circa finem. (*c*) Virg. Æneid. 2, v. 82. (*d*) Ibid. Egl. 3, v. 25. (*e*) Æneid. 1, v. 621. (*f*) Æneid. 11, v. 384. (*g*) Deut. 32. (*h*) S. Chris. Hom. 61. ad Pop. Antioch.

CAPITULO VI.

Del gesto y movimiento del cuerpo.

1. Dijimos que la perfecta manera de pronunciar y de accionar consiste en la apta figura de voz y en el gesto del cuerpo. Y habiéndose dicho lo bastante de la figura y variedad de la voz, se sigue que digamos algo del gesto y movimiento del cuerpo: y en primer lugar lo que observó Fabio, que trató esta parte con exquisita puntualidad, como quien casi no omitió ninguna parte del cuerpo, á la cual no acomodara su figura y gesto. «El gesto pues primeramente, como él mismo dice (*a*), concuerde con la voz, y lo uno y lo otro, conviene á saber voz y gesto, á un tiempo obedezca al ánimo. Pues de cuánta importancia sea este en una oracion, se ve bastante en que muchas cosas se dan á entender aun sin palabras. Porque no solo las manos, sino tambien las señas declaran nuestra voluntad, y en los mudos sirven de lengua; y corrientemente sin voz se hace y se entiende la salutacion, y del rostro y manera de entrar se echa de ver la disposicion de los ánimos. Tambien el enojo, alegría y halagos de los animales que no hablan, se conoce por los ojos y por otras señales del cuerpo.

2. »Ni es de extrañar que estas cosas, que consisten en algun movimiento, puedan tanto en los ánimos, cuando la pintura, obra muda y siempre de una misma figura, de tal manera penetra en los mas retirados afectos, que algunas veces parece que sobrepuja á la fuerza misma del decir. Al contrario, si el gesto y rostro no corresponden á las palabras, de suerte que lo triste lo decimos alegres, y afirmamos algo con repugnancia, ni tienen fuerza, ni merecen fe las palabras. El decoro proviene tambien del gesto y movimiento, y por eso Demóstenes solia componer su accion mirándose á un grande espejo. Tanto fiaba á sus ojos lo que habia de hacer, aunque el cristal vuelva las imágenes al reves.

3. »Mas lo principal, así en la accion como en el cuerpo mismo, es la cabeza, tanto para el decoro de que hemos hablado, como tambien para la significion del decoro. Conviene pues que la cabeza esté derecha y conforme á lo natural. Porque estando caida, se demuestra bajeza; levantada, arrogancia; inclinada á un lado, flojedad; y muy firme y tiesa, cierta barbarie del ánimo. Compase tambien con la misma accion los movimientos, de modo que concuerde con el gesto, y se acomode á las manos y costados. Porque el aspecto siempre se vuelve al mismo lado que el gesto, exceptuando los casos en que convendrá reprobar ó no conceder, ó apartarla de nosotros, de suerte que parezca que aquello mismo que contradecimos con el rostro, lo repelemos con la mano. Cual es aquello:

Dii, talem terris avertite pestem (*b*).
Echad, ó dioses, esta peste de la tierra.

Y:

Haud equidem tali me dignor honore (*c*).
No me doy por servida de tal honra.

(*a*) Quintil. Instit. lib. 11, cap 3, ante medium. (*b*) Virg. Æneid. 3, v. 620. (*c*) Ibid. 1, v. 339.

3. »Pero la cabeza muestra é indica muchos afectos, y de muchísimas maneras. Porque á mas de los movimientos de consentimiento, disentimiento, y de confirmacion, tiene tambien los de vergüenza, de duda, de admiracion y de indignacion, notorios y comunes á todos; aunque los maestros del teatro tuvieron por vicioso formar con sola ella el gesto. Tambien sus repetidos ademanes no dejan de ser viciosos; y el sacudirla y rodearla, erizado el cabello, es de fanáticos.

5. »En el gesto el rostro es sobre todo. Con él nos mostramos rendidos, con él amenazadores, con él tristes, con él alegres, con él tiernos, con él erguidos, con él sumisos; de él están pendientes los hombres, á él miran, en él ponen la vista aun ántes que hablemos; con él amamos á algunos, con él aborrecemos, con él entendemos muchísimas cosas; este suple muchas veces por todas las palabras... Pero en el mismo rostro tienen gran fuerza los ojos, por los cuales principalmente se descubre el ánimo, de modo que aun sin moverlos, en el regocijo brillan, y en la tristeza en cierta manera se anublan. A mas de esto les dió la naturaleza lágrimas, que son señales del alma, las cuales, ó con el dolor revientan, ó con la alegría manan. Con el movimiento se ponen atentos, distraidos, soberbios, airados, apacibles, ásperos: todo lo cual se ha de figurar segun el acto lo pidiere... Los labios impropiamente se estiran, se cortan, se aprietan, se desunen, descubren los dientes, y se vuelven á un lado, y casi hasta la oreja... Lamerlos y morderlos es tambien cosa fea; debiendo ser moderado su movimiento hasta en el pronunciar las palabras; porque se debe hablar mas con la boca que con los labios. Conviene que la cerviz esté derecha, no yerta ó atras caida...

6. »Las manos, sin las cuales sería la accion manca y débil, apénas puede decirse cuántos movimientos tengan, como sea cierto que casi igualan la copia misma de las palabras. Porque las demas partes ayudan al que habla, estas estoy casi por decir que ellas mismas hablan. En efecto ¿no pedimos con ellas, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, suplicamos, abominamos, tememos, preguntamos, negamos, descubrimos gozo, tristeza, duda, confesion, arrepentimiento, modo, copia, número y tiempo? Estas mismas ¿no concitan, ruegan, inhiben, otorgan, admiran, se avergüenzan? En el señalar los lugares y personas, ¿no tienen las veces de los adverbios y pronombres? De manera que en tanta variedad de idiomas para con todas las gentes y naciones, este me parece el lenguaje comun de todos los hombres. Y estos gestos, de que he hablado, salen naturalmente con las voces mismas.» A mas de esto el mismo Fabio enseña muchas otras cosas del movimiento y compostura de los dedos y de las manos, las cuales nosotros omitimos de propósito por convenir ménos al nuestro.

7. Aprobamos aquella disposicion de mano y dedos, con que se juntan al pulgar los dos dedos siguientes, ó cuando sujetos al pulgar los otros, solo el índice está derecho y extendido; postura de dedos que sirve para casi todo lo que decimos. A veces tambien separado el pulgar se unen bien los cuatro restantes, cuando ó arrimamos la mano al pecho, ó tambien cuando desechando algo, la retiramos de él. Pero la siniestra sola nunca acciona bien, frecuentemente se acomoda á la diestra, mayormente cayendo el índice de esta sobre el pulgar ó índice de la siniestra, ó alternando los movimientos, unas veces hiriendo el pulgar, otras el índice. Aquí añadieron rectamente los antiguos preceptores, que la mano diera principio y fin, juntamente con el sentido; de otra manera la accion se antepondria ó se pospondria á la voz; y uno y otro es cosa fea. Tambien es de advertir que no disuene la voz del gesto, ó el gesto de la voz. Por lo que el sofista Polemon, presidiendo en el certámen de las fiestas olímpicas, privó de los premios á un representante de tragedias, que pronunció «¡oh Júpiter!» señalando á la tierra, y «¡oh tierra!» alzando la mano al cielo, diciendo que este hizo con la mano un solecismo. Dejamos al juicio de la comun prudencia y del natural instinto las demas reglas que pueden darse sobre la accion del cuerpo y de los miembros.

CAPITULO VII.

De los vicios de la pronunciacion, accion y gesto.

1. Así como en el libro antecedente, despues que expusimos las virtudes de la elocucion, apuntamos algunos vicios comunes de ella, así tambien me pareció hacer ahora lo mismo cuando tratamos de la manera de pronunciar. Pues aunque es cosa fácil, conocidas las virtudes, conocer los vicios, siendo vicio cuanto se opone á la virtud, con todo será mas clara la enseñanza si se señalan separadamente los vicios. El primer vicio pues, y el mas corriente, es la igualdad de la voz, á que llaman los griegos monotonía, esto es, un cierto sonido de voz cuando aquel que predica pronuncia casi todo el sermon con un mismo tenor de voz, sin alguna inflexion ó variedad en ella, como acostumbran hacer los que recitan el sermon que decoraron. En este vicio caen ordinariamente los principiantes en este empleo, porque oprimidos del miedo y cierto temblor de un ejercicio no acostumbrado, apénas ponen la mira en otro que en que no se les vaya de la memoria lo que han de decir. Pero nadie predicará jamas bien, sin que sacudido este miedo y cuidado, quede libre y dueño de sí mismo, para que atienda con prudencia á lo que dice, y al modo con que lo dice.

2. De este vicio es contrario el de la desigualdad de la voz, en el cual pecan los que pretenden huir de aquel primero. Porque así acaece de ordinario, que los que procuran evitar este vicio, dan en el opuesto, como sucede á aquellos que huyendo la mancha y deshonra de la avaricia, caen en el hoyo de la prodigalidad. Así, para que declinen aquel unísono tono de voz, unas veces la levantan temerariamente á lo mas alto, y otras la abaten á lo mas bajo, no segun la naturaleza de los asuntos, sino segun su antojo; lo que por un lado ofende gravemente los oídos del auditorio, y por otro parece que descubre un loco y temerario desahogo. Los hombres graves y de ingenio sano abominan sobremanera este modo de predicar.

3. Hay otro vicio de igualdad, que parece estar mezclado de ambos; pues tiene junta la igualdad con la desigualdad. Pero este vicio es tan oculto, que difícilmente puede mostrarse con palabras. Porque algunos procurando evitar esta unisonancia de la voz, toman cierto modo de pronunciacion, que tenga tambien sus inclinaciones y variedad de voz, y no se aparte de la comun y familiar costumbre de hablar, la cual acomodan indis-

tintamente á todas las partes del sermon. Porque, ó bien narren algo, ó arguyan, ó ponderen una cosa y la amplifiquen, casi siempre retienen una misma manera de pronunciar; que es lo propio que querer uno acomodar un mismo género de vestido á todas las partes del cuerpo. Vicio que un oyente nada lerdo descubrirá en algunos predicadores. Con cuya advertencia entenderá mas fácilmente lo que apénas podemos nosotros explicar con palabras en este lugar.

4. Hay tambien otro vicio de demasiada pausa, de que algunos usan en casi todo el sermon, pronunciando con lentitud y con largos intervalos, lo cual léjos de despertar y conmover á los oyentes, muchas veces les da sueño. Contrario de lo cual es el vicio de la demasiada celeridad, que es mas comun, ya sea porque desconfían de su memoria si no predican así, ó porque carecen de aquel despejo y serenidad con que predican los que, nada oprimidos del temor, son dueños de sí mismos y de las cosas que se predican. Porque estos unas veces suelen hablar apriesa, otras de espacio, usando ya de largos, ya de breves intervalos, conforme á la naturaleza y dignidad de los asuntos. Pues uno y otro es defecto, pronunciarlo todo con voz presurosa, ó todo con pausada. Por lo cual se debe usar de variedad, no ménos en la figura de la voz, que en la prisa ó pausa. Aunque en caso de faltar en uno de estos dos extremos, pecan quizá mas gravemente los que hablan con demasiada velocidad, que los que con demasiada lentitud. Pero al principio del sermon, miéntras el ánimo del predicador no está aun enardecido, así como con razon se alaban las sentencias apacibles y suaves, así tambien la accion apacible, sosegada, y distinguida con largos intervalos, que dé algun espacio al predicador para recapacitar lo que dice.

5. No ménos que en la tardanza y en la velocidad, se notan sus vicios, no muy desemejantes á estos, en la acrimonia, languidez y flojedad. Porque hay algunos de ingenio acre y vehemente, que en casi todo el sermon predican como agitados de algun furor, lo que proviene no rara vez de cierto temblor del ánimo. Pues al modo que las plantas se ingieren de las plantas, así los afectos de los afectos; y de esta suerte toman los unos la fuerza y el ímpetu de los otros. Los que predican pues de este modo dan en el inconveniente, que cuando pronunciaren con acrimonia una cosa indigna, no conmueven á los oyentes, por considerar estos, que todas las cosas que aquellos dicen, ahora sean leves, ahora graves, las pronuncian con igual ímpetu de voz. Por tanto conviene tener eleccion, para que sepamos lo que debe pronunciarse con mas fuerte, y lo que con mas blanda voz, y así démos á cada una de ellas el derecho y el hábito que la corresponde. Sin embargo, no niego que estén mas bien dispuestos á predicar los que son acres y ardientes, con tal que sepan gobernar su ardimiento, y en sus lugares se valgan de él; y que aun cuando de él deban usar, no suelten todas las riendas á su fervor, para que no dañen la garganta de modo que exasperen la voz y contraigan cierta ronquera bronca y desapacible. Y será bien que estos reparen, que no luego que se comienza el sermon, han de tomar este tono de pronunciar; porque, si ántes de tener preparados á los oyentes, rompieren en este afecto, parecerá que enloquecen como embriagados.

6. Pero á aquellos predicadores que se proponen imitar á otros, que son los mas aventajados en este ejercicio, y no solo procuran asemejárseles en la elocuencia, sino remedar tambien su modo de accionar y de pronunciar, debo advertir que lo practiquen con circunspeccion y cordura. Porque como lo primero que se mira en la accion es el decoro, conviene que entiendan que no todas las cosas son á todos decorosas. «Pues hay en esto, como dice Fabio (*a*), cierta razon oculta, que no puede explicarse; y así como con verdad se dijo, que lo principal del arte es el decoro en lo que hagas, así esto ni puede estar sin arte, ni todo ello puede enseñarse con el arte. En unos no tienen gracias las virtudes, en otros agradan los mismos vicios. Vimos que los famosos comediantes Demetrio y Estratocles, dieron gusto con diferentes virtudes... porque el natural de ellos fué diverso. La voz de Demetrio fué mas suave, la del otro mas fuerte... Por tanto conózcase cada uno, y para formar la accion no solo se instruya en las comunes reglas, sino consulte tambien su natural.»

7. Así el mismo consejo que da Fabio sobre la leccion é imitacion de los autores mas célebres, debemos tomar para imitar la pronunciacion de los predicadores insignes. Dice de este modo (*b*): «No se persuada luego el letor, que cuanto hayan dicho los grandes autores es perfecto; porque tambien yerran alguna vez, y se rinden al trabajo, y lisonjean al gusto de sus ingenios, y no siempre están en lo que hacen, y á veces se fatigan, pareciendo á Ciceron, que tal cual vez dormita Demóstenes, y á Horacio tambien el mismo Homero. Verdaderamente son grandes, pero al fin hombres. Y á estos que cuanto en aquellos hallaron lo tienen por cánon de elocuencia, sucede imitar lo peor, porque esto es muy fácil; y luego siguiendo los vicios de los hombres grandes, se creen ya muy semejantes á ellos.» Estos son los comunes vicios de la pronunciacion y accion: ahora resta insinuar los vicios que de ordinario se hallan en el gesto.

8. Y empezando por los dedos y manos, el primer vicio es alargar la palma vuelta hácia arriba, extendidos todos los dedos, al modo de los que piden limosna. En el segundo, diferente de este, incurren algunos que aprietan de tal modo todos los dedos, como hacen los que quieren sacar agua de alguna fuente, lo cual no es ménos indecoroso. El mostrar alguna cosa con el pulgar vuelto, lo tiene Fabio por mas recibido, que decoroso al orador.

9. En el movimiento de los brazos se peca tambien de muchas maneras. Porque primeramente es vicio alargar el brazo derecho, y accionar con el codo; como yo noté en un predicador harto hábil. Otro vicio de los brazos es extenderlos sobrado hácia arriba, ó hácia abajo, ó hácia los lados, á manera de los que están crucificados. Así dice Fabio (*c*): «Los preceptores prohiben alzar la mano sobre los ojos, ó bajarla del pecho, por ser muy vicioso empezar la accion en la cabeza, y concluirla en el vientre.» Asimismo dice: «Dar palmadas (lo que hacen ahora frecuentemente muchos predicadores) es de farsantes.» Pues aunque esto sea tal cual vez bien visto en un asunto muy grande, el repetirlo

(*a*) Quint. Instit. liq. 11, cap. 3, pænes finem. (*b*) Instit. lib. 10, cap. 1, post initium. (*c*) Quint. Instit. lib. 11, cap. 3, pænes medium.

mucho ofende los oídos y los ojos de los oyentes; mayormente cuando está enardecido el que hace esto, y los otros lánguidos, ó acaso ménos atentos. Ni con menor fealdad dan algunos palmadas en el púlpito, siendo esto tan vicioso como aquello.

10. «Mas herir el muslo, decia Fabio (*d*) de los oradores de su tiempo, lo que se cree haber hecho Cleon el primero de todos en Aténas, está en uso, y parece bien en los airados, y excita tambien al oyente,» Y Ciceron lo desea en Calidio, diciendo: «No se hirió la frente, no el muslo...» Aunque sea lícito por lo que toca al muslo, disiento por lo que toca á la frente.» Y el mismo describe el vicio de los hombros por estas palabras (*e*): «Tambien se sacuden los hombros, vicio que se cuenta haber corregido Demóstenes, valiéndose del medio de orar en un púlpito angosto, pendiente una lanza en tal disposicion, que si con el calor del decir se olvidare de evitar este vicio, con la herida se emendara.»

11. ¿Pues qué diré de aquellos que con piés y brazos, y con el inquieto movimiento de todo el cuerpo, mas parece que luchan, que no que accionan? Porque ya doblan por medio el cuerpo, ya bajándole se esconden dentro del púlpito, ya como que salen de él, y se levantan en alto. Así pues como la accion desmayada carece de movimiento, así la accion demasiado viva es indecorosa y fea. Ha de haber medida en las cosas, y todos los extremos se apartan de lo recto, y ofenden á los que miran.

12. Resta otro vicio, al cual el deleite y la ignorancia de los oyentes puso nombre de virtud, y consiste en remedar parte con el gesto, parte con la voz, los dichos y hechos de otros, á manera de comediantes. Fabio (*f*) «pone el ejemplo en uno, que para indicar á un enfermo, se tomara el pulso segun hacen los médicos, ó para significar á un tañedor de cítara, hiciera el ademan de herir con sus manos las cuerdas; lo cual debe estar muy léjos de la accion. Porque el orador debe diferenciarse muchísimo de un bailarin, para que el gesto se acomode mas á los sentidos que á las palabras: lo que acostumbraron hacer tambien los representantes algo graves. Pues así como permitiré arrimar la mano al pecho cuando habla de sí propio, y alargarla hácia á aquel á quien señala, y otras cosas semejantes; así no me acomodo á que remede todos los estados, y que demuestre cuanto diga.

13. »Y esto conviene observarse no solo en las manos, sino en todo gesto y voz. Porque en aquel período (*g*): «Estuvo el pretor del pueblo romano en chapines, etc.;» no se ha de imitar la inclinacion de Verres, recostado sobre una mujercilla. O en aquella: «Era azotado en la plaza de Mecina;» no debe torcerse el movimiento de los costados, cual suele hacerse al golpe de los azotes, ó prorumpir en voces semejantes á las que saca la fuerza del dolor. Pareciéndome tambien que obran pésimamente los comediantes que ocurriendo en la representacion algun razonamiento de viejo ó de mujer, pronuncian con voz trémula y afeminada: lo que prueba hallarse alguna imitacion viciosa, aun en aquellos cuya arte toda consiste en la imitacion».

14. Hasta aquí Fabio, el cual, si en un orador que discurre de materias tocantes al uso de esta corta vida, reputa esta imitacion indecorosa, ¿qué diria el mismo del predicador evangélico que discurre de la vida perdurable, y de los suplicios eternos? Ni me hace fuerza que los oyentes alaben comunmente esta imitacion; pues alaban lo que halaga sus oídos, y lo que les da materia de entretenimiento y risa; al modo que alaban un representante que contrahace bien las voces y hechos de los hombres. Lo cual reprehenden sin embargo los varones graves y eruditos, cuyo juicio debemos ántes seguir, que procurarnos el aplauso popular. Pues tienen como cosa indigna que la autoridad de un doctor eclesiástico degenere en los gestos y liviandad de los comediantes.

15. Hay asimismo otros vicios del rostro, que enseña Fabio deber evitarse en la primera instruccion del que camina para retórico, por estas palabras (*h*): «Cuidará tambien, que cuantas veces se hubiere de exclamar, sea aquel esfuerzo del pecho, no de la cabeza, para que el gesto se acomode á la voz, el rostro al gesto. Igualmente se ha de observar que esté derecha la cara del orador, que no se tuerzan los labios, que la inmoderada abertura no estire la boca, ni esté caido atras el rostro, ni metidos los ojos en el suelo, ni inclinada la cerviz á un lado ú otro. Porque la frente peca de muchas maneras. Vi yo á muchos cuyas cejas se levantaban al esforzar cada palabra, las de otros que se encogian, las de otros tambien que se contraponian, subiendo la una hasta la cabeza, y bajando la otra hasta casi apesgar al ojo. Aun estas cosas son de una importancia infinita, como despues dirémos. Y nada indecoroso puede ser agradable.» Avertidos estos vicios, que brevemente expusimos, conocerá fácilmente el prudente predicador los demas de la accion ó pronunciacion.

CAPITULO VIII.

De las diferentes maneras de pronunciar en las sentencias.

1. Todo esto que se ha dicho de la facultad de pronunciar y accionar, lo habemos copiado casi á la letra de Quintiliano, príncipe de esta arte; pasando en silencio aquellas cosas que nos han parecido ménos convenientes á nuestro propósito, ó que podrian causar fastidio ú obscuridad al letor. Pero juzgamos ser esto lo suficiente para que el predicador capaz, instruido con estas doctrinas, pueda entender por sí mismo las otras. Mas por cuanto esta virtud de pronunciar, como al principio dijimos, es sumamente importante; y muchos ningun trabajo tendrán por excusado como la alcancen perfectamente, entendí que debia tambien complacerlos. Y así esto mismo, que hasta aquí se ha enseñado en general de la figura de la voz, resolví explicarlo con ruda, digámoslo así, y grosera minerva.

2. Sin embargo de ningun modo intento instruir en este lugar á un predicador acabado, sino llevar desde los primeros rudimentos de esta arte al bisoño y casi niño en ella. Porque al modo que los maestros de la escuela que enseñan el arte de leer ó escribir, comenzando primero de los elementos de las letras, suelen ir subiendo á cosas mayores, perficionarlos de suerte, que sepan despues leer ó escribir sin tropiezo; así yo, corriendo por muchísimos géneros de sentencias, de que constan las principales partes de un sermon, y apuntando la figura de voz con que cada una de ellas se debe

(*d*) Quint. Loco cit. (*e*) Id. ibid. (*f*) Ibid. Instit. lib. 11, cap. 3.
(*g*) Cic. 7, in Ver. cap. 33.

(*h*) Quint. Instit. lib. 1, cap. 11.

pronunciar, abriré fácil entrada, para que entienda de qué modo deban pronunciarse las demas. Pues lo que Fabio dijo en general, acomodaré yo tambien á especiales y singulares sentencias, procurando ilustrarlo con varios ejemplos: en cuya pronunciacion podrá ejercitarse cualquiera que desea salir perfecto en esta facultad.

3. Ni esto mismo hago yo sin autoridad del propio Fabio, que aconseja se aprendan de memoria lugares insignes de los autores, en los cuales podamos ejercitar diferentes maneras de pronunciacion. Sus palabras son estas (*a*): «Será muy bueno encomendar algo á la memoria, con que te ejercites; porque quien ora de repente, si ha de cuidar del tono de su voz, pierde aquel afecto que se concibe de las cosas mismas, y así convendrá tomar de memoria muchos y varios lugares, que tengan clamor, disputa, razonamiento y dobleces, para que á un tiempo nos dispongamos para todo.» Y otra vez ordena el mismo Fabio (*b*), que el principiante de retórica procure aprender de algun representante de comedias esta natural forma de pronunciar; aunque en ese mismo lugar, como en todos, enseña que una es la pronunciacion del orador, y otra la del representante.

4. Y tambien previene lo que ahora dijimos, esto es, que deben escogerse algunos lugares insignes, en cuya pronunciacion se ejerciten los principiantes. Porque dice así (*c*): «Debe tambien enseñar el comediante, de qué manera se ha de narrar, con qué autoridad se ha de persuadir, con qué movimiento se levante la ira, qué inclinacion sea decente á la comiseracion. Lo cual se hará así bellísimamente, si entresacare ciertos lugares de las comedias, y los mas idóneos para esto, quiero decir, que sean semejantes á las acciones. Esos mismos serán no solo utilísimos para pronunciar, sino tambien muy acomodados para aumentar la elocuencia. Y esto miéntras que la débil edad no sea capaz de cosas mayores. Mas cuando convendrá leer oraciones, cuando ya irá sintiendo sus virtudes, asístame entónces una persona diligente y entendida, y no solo me forme con la leccion, sino tambien me haga aprender las cosas escogidas de lo leido, y decirlas en pié claramente; y en qué modo sea conveniente accionar, para que con la pronunciacion ejerza desde luego la voz y memoria.»

5. Pero por cuanto no nos es permitido ni decoroso á nosotros escoger lugares de las comedias, en cuya pronunciacion nos ejercitemos, alegarémos algunos lugares de las escrituras sagradas, y primeramente los que muestran una figura de diálogo, que parecerán mas acomodados para el ejercicio de esta facultad. Y si en estos ejemplos me entretuviere demasiado, nadie con razon debe conmigo enojarse. Pues soy deudor á sabios y á ignorantes; y habiendo mostrado hasta aquí á los sabios la manera de pronunciar, me esforzaré ahora á explicar esta misma á los mas rudos. Pero confesando ingenuamente la verdad, lo que mas me movió á este trabajo, fué el ver muy pocos predicadores que posean esta recta y natural manera de pronunciar. Lo cual es tanto mas de sentir, por cuanto esta ignorancia cae en algunos que, estando instruidísimos en las otras partes de la elocuencia, por faltarles esta virtud, pierden absolutamente todo el fruto de su trabajo y de la comun utilidad. He pensado pues (si es que nosotros podemos hacer algo) precaver esta pérdida de la pública utilidad, con este nuevo método de enseñar.

(*a*) Quintil. Instit. lib. 11, cap. 3. (*b*) Id. ibid. lib. 1, cap. 11. (*c*) Ibid. loc. cit.

CAPITULO IX.

Varios ejemplos de sentencias entresacados de las sagradas letras.

1. Insinuaré en breve lo que principalmente quiero tratar en este lugar. Dijimos arriba que la manera de pronunciar se divide en tres partes. Porque un modo de pronunciar hemos dicho que conviene á las principales partes del sermon, esto es, á la exposicion, á la prueba y á la amplificacion; otro á las diferentes sentencias que se hallan en estas partes; y otro muchas veces á cada voz en particular de las que se contienen en estas sentencias. Pero por cuanto la mayor perfeccion de la pronunciacion consiste en pronunciar aptamente semejantes sentencias, esta parte, que tocamos arriba de paso y con brevedad, la hemos guardado para este lugar; para que, cuanto fuese posible, tratásemos de ella copiosamente, y la ilustrásemos, como he dicho, con varios ejemplos.

2. Mas ántes confesaré mi insuficiencia, porque de ninguna suerte podré expresar con la pluma las diferentes inflexiones y figuras ó tonos de la voz. Una cosa empero cumpliré, que es advertir al prudente letor, que se debe usar ya de este, ya de aquel tono de voz en las diferentes partes de cualquiera sentencia que se hubiere propuesto; el cual él mismo, no siendo del todo incapaz, fácilmente conocerá por sí. Pero porque recorrer todos los géneros de sentencias, y señalar á cada una de ellas su diferente modo de pronunciar, fuera materia de una obra casi infinita, tuve por método el mas acomodado, que propuestas algunas figuras de palabras y de sentencias, de que hemos hablado en el segundo y quinto libro de esta obra, consideremos qué manera de pronunciar requiera cada una de ellas. Porque así como todas las figuras tienen un como gesto y forma particular de elocucion, así tambien requieren su peculiar forma de pronunciar. Comencemos pues á hablar de aquellas que expresan algun afecto y movimiento del ánimo, porque en estas aparece mas el modo de pronunciar.

3. La primera figura, que así me place llamar en este lugar á esta y otras como esta, es la manifestacion del deseo, en latin *optatio*, la cual requiere su cierta forma de pronunciar, esto es, que exprese el afecto de un ánimo deseoso; como aquella de la Esposa en los Cantares (*a*): «¿Quién me procurará la dicha de haberte por hermano, chupando los pechos de mi madre, á fin de que te encuentre fuera, y te dé un ósculo?» Pero es mas viva, mas afectuosa é indignada aquella manifestacion de deseo de Jeremías (*b*): «¡Quién me pondrá en el desierto en una choza de pasajeros, para huir de mi pueblo, porque todos son adúlteros y una cuadrilla de prevaricadores!» Mas piadosa y como de un compasivo es aquella (*c*): «¡Quién dará agua á mi cabeza, y una fuente de lágrimas á mis ojos, y lloraré dia y noche los muertos de la hija de mi pueblo!» Asimismo aquella (*d*): «Ojalá supieran y entendieran mi conduta, y previesen el funesto fin que está reservado á mis enemigos.» En todas estas debe guardarse una misma figura de voz,

(*a*) Cant. 8. (*b*) Jerem. 9. (*c*) Id. Ibid. (*d*) Deut. 32.

bien que con alguna desemejanza, conforme á la naturaleza de las sentencias.

4. Contraria á esta es la maldicion ó imprecacion, cual es aquella (*e*): «Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo: concebido es el hombre.» Tambien es vehemente aquella maldicion de Dido en Publio Maron:

Sed mihi vel tellus optem prius imo dehiscat,
Vel pater omnipotens adigat me fulmine ad umbras...
Ante pudor, quam te violem, aut tua jura resolvam (*f*).

Mas ántes plegue á Dios mil muertes muera,
La tierra se abra y donde estoy me hunda,
Con fiero rayo Júpiter me hiera,
Y en el horrible infierno me confunda...
¡Oh santa castidad, que te haga ultraje,
Y que tu ley quebrante y homenaje!

Esta maldicion debe pronunciarse con voz fuerte y horrorosa. Mas la bendicion, así como es contraria á esta, así desea una muy diferente figura de voz, cual es aquella del Profeta (*g*): «El Señor le conserve y le dé vida, y en la tierra le haga feliz,» y lo siguiente. Con este tenor de voz se ha de pronunciar todo aquel salmo, que comienza (*h*): «Oígate el Señor en el dia de la tribulacion, etc.» Semejante figura de voz requieren tambien aquellas bendiciones frecuentes en las sagradas letras, cual es aquella de Isaac á Esaú (*i*): «Ves ahí á mi hijo, que echa un olor semejante al de un campo que el Señor ha colmado de bendiciones: mi Dios te haga crecer, te dé del rocío del cielo y de la grosura de la tierra,» y lo demas que se sigue.

5. Semejante á esta es la obsecracion, la cual requiere una voz blanda y muelle, pero no afeminada. Tal es aquella de San Pablo (*k*): «Mas yo, Pablo, yo mismo, que os hablo, os ruego por la dulzura y modestia de Cristo; yo que, segun algunos, estando presente parezco bajo y menospreciable entre vosotros, y ausente me porto con vosotros con arrojo. Os ruego que cuando estaré presente, no me vea obligado, etc.» A la obsecracion está muy cercano el convite ó llamamiento á la justicia y piedad, el cual requiere semejante suavidad de voz, cual es aquello del Señor en el Evangelio (*l*): «Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados.» Con semejante blandura de voz, ó digámoslo así, blandilocuencia, ha de ser pronunciado aquel convite del real Profeta (*m*): «Venid, hijos, y escuchadme; yo os enseñaré el temor del Señor.»

6. Fuera de estos hay otros muchos movimientos y afectos del ánimo, que así como son varios, así piden tambien varios modos de pronunciar. Porque de diferente manera nos quejamos y lamentamos de nuestra suerte; como cuando el Profeta con piadoso y afligido ánimo se queja, diciendo (*n*): «¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás? ¿Será esto para siempre? ¿Hasta cuándo apartarás de mí tu rostro? ¿Cuánto tiempo llenaré yo mi alma de la inquietud de tantos designios diferentes, y mi corazon cada dia de dolor? ¡Hasta cuando se elevará mi enemigo sobre mí! etc.» Así el santo Job (*o*): «¿Hasta cuándo diferis vos el perdonarme, y darme algun ensanche para que pueda un poco respirar?» Pero con mayor acrimonia se queja el profeta Habacuc, cuando dice (*p*): «¿Hasta cuándo, Señor, clamaré yo á tí, y no me escucharás? Hasta cuándo levantaré el grito hácia vos padeciendo violencia, y no me salvarás?» Y Miquéas (*q*): «¡Desgraciado de mí, que estoy reducido á recoger racimos al fin del otoño, despues que ya la vendimia se pasó! ¡No he hallado un solo racimito para comer, y he deseado en vano higos de primer flor! Ya no se encuentra santo en la tierra, ni hay persona de un corazon recto.»

7. Con esta misma interjeccion «¡ay!» no solo nos dolemos de nuestra desgracia, sino que tambien cominamos á otros muertes y suplicios. Así Amos (*r*): «¡Ay de vosotros que vivis en Sion en la abundancia de todas las cosas, y que poneis vuestra confianza en la montaña de Samaria; grandes, que sois las cabezas de los pueblos, y entrais con fastuosa pompa en los congresos de Israel!» Así el Señor en el Evangelio (*s*): «¡Ay de vosotros, dice, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres el reino de los cielos!»

8. A la cominacion ó amenaza es parecido el afecto de indignacion. Así el Señor por Ecequiel (*t*): «Y llenaré, dice, mi furor, y daré contigo en el desierto, y te haré el oprobrio de las gentes que están á tu rededor... Y serás oprobrio y blasfemia, escarmiento y pasmo en las gentes que están en tu contorno, cuando hiciere en tí los juicios en mi furor, en mi indignacion y en toda la efusion de mi cólera. Yo, el Señor, lo he dicho. Cuando yo arrojaré crueles saetas de hambre contra ellos, las cuales serán de muerte... Y arrojaré sobre vosotros hambre, y bestias muy dañosas hasta acabaros: pestes y hambres pasarán por tí, y pondré la espada sobre tí. Yo, el Señor, he hablado.» De la misma suerte el Señor por Isaías (*v*): «Callé, siempre guardé silencio, sufrí, hablaré como la mujer que va de parto, destruiré y juntamente me sorberé, yermaré los montes y los collados, y secaré toda su yerba.» Así el mismo Señor en el cántico (*x*): «Fuego se prendió en mi furor, y arderá hasta lo mas hondo del infierno; y se tragará la tierra con sus plantas, y abrasará los cimientos de los montes. Dientes de bestias arrojaré contra ellos, con el furor de las que sobre la tierra arrastran y serpean,» y lo demas que se sigue en este sentido. En estas palabras se ve claramente, que la atrocidad de la indignacion pide igual atrocidad en la pronunciacion, para que el tono de la voz corresponda á la oracion y sentencia.

9. Ocurre tambien no pocas veces el afecto de admiracion. Tal es aquello de Isaías (*y*): «¿En qué ha parado este amo desapiadado? ¿Cómo el tributo que él tan rigurosamente exigia, ha cesado?» Y: «¿Cómo caiste del cielo, Lucifer, que nacias por la mañana? Caiste en tierra, el que llegabas á las gentes, etc.» Tambien á veces se mezcla con otros este afecto. Así en el mismo Isaías se junta con la indignacion (*z*): «¿Cómo te has hecho ramera, ciudad fiel, llena de juicio?» Con el dolor en Jeremías, cuando dice (*a*): «¿Cómo esta ciudad, llena de pueblo, ha quedado tan desierta? etc.» De esta manera lamenta David la ruina de sus amigos, diciendo (*b*): «¿Cómo cayeron los valerosos, y las armas bellicosas perecieron?»

10. La ironía que hay en las sentencias no carece de algun afecto de amargura, la que debe manifestar la

(*e*) Job. 3. (*f*) Virg. Æneid. 4. v. 24, 25 et 27. (*g*) Ps. 40. (*h*) Ibid. 19. (*i*) Gen. 27. (*k*) 2. Corint. 10. (*l*) Matth. 11. (*m*) Ps. 33. (*n*) Ibid. 12. (*o*) Job. 7. (*p*) Habac. 1.

(*q*) Micch. 7. (*r*) Amos. 6. (*s*) Matth. 23. (*t*) Ezech. 5. (*v*) Isai. 42. (*x*) Deut. 32. (*y*) Isai. 14. (*z*) Ibid. 1. (*a*) Thren. 1. (*b*) 2. Reg. 1.

pronunciacion. Así el Señor en el Evangelio (*c*): «Dejadlos andar, que ciegos son y guia de ciegos, etc.» Tambien tiene semblante de ironía aquello del Apóstol: «Comamos y bebamos, que mañana morirémos.» Y el Señor en el Apocalipsi (*d*): «El que hace injusticia, hágala aun; y el que anda en suciedades, ensúciese aun.»

11. El cortamiento que hemos contado entre las figuras de sentencias, expresa muchas veces un grande afecto, no hablando, sino callando. Así el real Profeta (*e*): «Mi alma está muy turbada; mas tú, Señor, ¿hasta cuando?» Porque el afecto del que desea se cortó en este vocablo; y embarazado con la agudeza del dolor no pudo proseguir mas adelante, pues falta el verbo «no me perdonarás», ú otro semejante. Diferente afecto de ánimo insinuó, cuando dijo (*f*): «Mi cáliz, que embriaga;» pues en el hebreo está cortada la oracion. Porque la partícula *quam præclarus est*, fué añadida por el traductor para mayor claridad. Con una oracion así cortada podemos significar una grande pasion de ánimo, cuando levantamos al punto mas alto la dignidad, ó lo que es mas corriente, la indignidad de alguna cosa. Al cual, así que llegamos, se encalla la oracion, como que no encuentra el que predica ningun modo de hablar bastante digno con que poder explicar lo que resta. Así que el predicador, como atónito, se para, se pasma y calla: con cuyo silencio, cuando el ánimo del orador está verdaderamente conmovido, se concitan vehementemente los ánimos de los oyentes. Tan grande fuerza del divino espíritu puede hallarse en el predicador, que acabe alguna vez el mismo sermon con un cortamiento semejante, y deje de esta suerte suspensos y temblando á los oyentes. Cosa que, como será ridícula si se hace por el arte solo del predicador, así cuando se practica por un ánimo penetrado del celo de la gloria divina, es sobre manera eficaz para mover los ánimos.

12. Tienen algo de afecto estos géneros de oraciones, que luego pondrémos; y en primer lugar la aseveracion, la cual, como dice Fabio, vale á veces mas que las pruebas mismas. Pues esta requiere cierto denuedo y acrimonia en la voz y en el semblante, que descubran la confianza de su causa. Tal es aquella, de Pablo (*g*): «Mirad, yo Pablo os lodigo: si os haceis circuncidar, de nada os servirá Cristo. Otra vez declaro á todo hombre que se circuncida, que será obligado á guardar toda la ley.» Y en otra parte el mismo (*h*): «Si nosotros no tenemos mas esperanza en Jesucristo que para las cosas de esta vida, somos mas miserables que todo el resto de los hombres.» Y el mismo (*i*): «No querais errar. Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los impúdicos, etc., poseerán el reino de los cielos.

13. Con la aseveracion tiene alguna semejanza la abjuracion, como es aquella del pontífice Caifas (*k*): «Por Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres Cristo.» Semejante acrimonia y virtud de aseverar requiere el juramento. Así David (*l*): «Vive el Señor, Dios de Israel, que me prohibió ofenderte, que si no hubieses salido luego á mi encuentro, de aquí á la primera luz de mañana no le hubiera quedado á Nabal en vida ni hombre ni bestia de su casa.» De esta manera Elías, á Abdías, que estaba temblando, le anima con este juramento (*m*): «Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que hoy me presentaré delante de él», esto es, del rey Acab. Así á David, que lamentaba la muerte de su hijo Absalon, le dice Joab (*n*): «Ahora pues levántate y déjate ver de tus servidores; háblales y testifícales la satisfaccion que tienes de ellos. Porque te juro por el Señor, que si no salieres, no ha de quedar contigo ni uno siquiera esta noche; y te será esto peor que todos cuantos males vinieron sobre tí, desde tus primeros años hasta el dia de hoy.» ¿Quién no ve cuán grande acrimonia de voz requiere esta oracion?

14. Tiene tambien la adhortacion una figura de afecto, la cual, con la misma voz y con cierta velocidad de pronunciar, representa el imperio y la autoridad del que manda, cual es aquella del Señor por Isaías (*o*): «Buscad el juicio, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended á la viuda, y esto hecho, venid y argüidme, dice el Señor.» De la misma suerte por el mismo (*p*): «Rompe las cadenas de la impiedad, descárgate de todos los fardeles que te oprimen, deja libres á los que están aquejados por la servidumbre, y quiebra todo lo que carga á los otros, parte su pan al hambriento,» y lo demas que se sigue.

15. No dista mucho de la adhortacion la correccion, cual es aquella de Salomon (*q*): «¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Cuándo dispertarás de tu sueño? Un poquito dormirás y otro poquito dormitarás, etc.» Y el mismo (*r*): «¿Hasta cuándo niños amais la infancia, y los necios apetecerán lo que les es dañoso, y los imprudentes aborrecerán la ciencia?»

16. La exclamacion y apóstrofe tambien contribuyen muchísimo para conmover los afectos, las cuales no expresan este ó el otro afecto, sino que á todos se acomodan. Porque de cualquier afecto grande es lícito prorumpir en exclamacion y apóstrofe. A la compasion pertenece aquella exclamacion de Jeremías (*s*): «¡Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante al mio!» Mas sosegada indignacion tiene aquella (*t*): «¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que han dicho los profetas!» Pero mas fuerte aquella de Pablo (*v*): «¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os hechizó, que no obedecieseis á la verdad?» Mas todavía es mucho mas acre aquella (*x*): «¡Oh generacion incrédula y depravada! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Cuánto tiempo os sufriré?»

Ni es necesaria la partícula «oh» para todas las exclamaciones; porque sin ella y tambien con otras interjeciones con que prorumpe un afecto vehemente, se hace la exclamacion. Tal es aquella del Bautista (*y*): «Casta de víboras, ¿quién os enseñó á huir la cólera que ha de venir sobre vosotros?» De la misma suerte tambien aquella voz del Señor por Isaías (*z*): «¡Ah, me consolaré en la pérdida de mis adversarios, y yo seré vengado de mis enemigos!» Así tambien el Señor en el Evangelio, reventando el gran dolor de su ánimo, dice (*a*): «¡Ay del mundo por causa de los escándalos!» Y: «¡Ay de aquel hombre por quién viene el escándalo!» De esta misma manera el Angel en el Apocalípsis introduce á los mismos hombres, admirándose y lamentán-

(*c*) Matth. 12. (*d*) Apoc. 22. (*e*) Ps. 6. (*f*) Ibid. 22. (*g*) Galat. 5. (*h*) 1 Corinth. 15. (*i*) 1 Ibid. 6. (*k*) Matth. 26. (*l*) 1 Reg. 25.

(*m*) 3 Reg. 18. (*n*) 2 Ibid. 19. (*o*) Isai. 1. (*p*) Ibid. 58. (*q*) Prov. 6. (*r*) Ibid. 1. (*s*) Thren. 1. (*t*) Luc. 24. (*v*) Ad Galat. 3. (*x*) Luc. 9. (*y*) Ibid. 3. (*z*) Isai. 1. (*a*) Matth. 18.

dose de la destruccion de Babilonia (*b*) : «¡Ay, ay de tí, Babilonia, ciudad grande, ciudad tan fuerte, tu condenacion es venida en un momento!» Tambien se cuenta entre las exclamaciones aquella de Jeremías (*c*) : «¡Ah, ah, ah, Señor Dios mio! los profetas sin cesar están diciéndoles : No veréis el cuchillo ni la guerra, y no habrá hambre entre vosotros.»

Así pues como la letra *o*, así igualmente la *a* sirve con mucha comodidad á las exclamaciones. Porque una y otra, por cuanto llena la garganta, es muy á propósito para exclamar. Pero de estas la *a* me parece mas acomodada y fácil para pronunciar, y descubre ménos el artificio del orador, siendo como cierta señal del natural afecto que prorumpe. La cual, si con prudencia la maneja el predicador en sus lugares, no moverá poco los afectos de los oyentes.

17. Semejante á la exclamacion es la apóstrofe, como que siempre va junta con ella, y la misma, así como la exclamacion, sirve para todos los afectos. Vehemente es aquella (*d*) : «Oye, cielo; y recibe mis palabras en tus oídos, tierra; porque el Señor ha hablado por su boca.» Y nada ménos aquella de Moises (*e*) : «Al cielo y á la tierra cito hoy por testigos, que luego habeis de perecer en la tierra que, pasado el Jordan, habeis de poseer.» Ni es ménos vehemente aquella (*f*) : «Pasmáos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto. Porque dos males ha hecho mi pueblo, etc.» Así tambien aquella en Ecequiel (*g*) : «¡Oh espada, espada! sal de la vaina para verter sangre, afilate para matar y resplandecer.» Mas con muy otra figura de voz debe pronunciarse aquella apóstrofe suavísima (*h*) : «Rociad, cielos, de lo alto, y lluevan las nubes al justo; ábrase la tierra y produzca al Salvador.» Del mismo modo aquella :

Flecte ramos arbor alta
Tensa laxa viscera.
Baja las ramas, tronco alto,
Y las entrañas ablanda.

Pues en uno y otro caso la voz de la pronunciacion debe representar un afecto de ánimo deseoso. Pero diferente afecto de este requiere aquella apóstrofe de David (*i*) : «Montes de Gelboé, ni el rocío ni la lluvia caigan jamas sobre vosotros, ni haya en vuestras faldas campos de los que se ofrezcan primicias, porque ahí fué abatido el escudo de los valerosos.»

18. La interrogacion tambien admite por una parte todos los afectos, y por otra requiere una pronunciacion notoriamente diversa del comun lenguaje, y esa muy varia, segun la calidad de los afectos y sentencias. Con voz blanda y sencilla pregunta aquel jóven (*k*) : «Buen maestro, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?» Asimismo aquello (*l*) : «¿Qué conversaciones son estas que recíprocamente teneis en el camino, y cómo es que estáis tan tristes?» Pero con semejante voz preguntamos deseando (*m*) : «¿Quién me dará que se escriban mis palabras? Quién me dará que se estampen en un libro? etc.» Todos los miembros de esta interrogacion deben ser pronunciados con un mismo tenor de voz, pero con algun fervor y ahinco. Así tambien aquella (*n*) : «¿Quién se debilita, sin que yo me debilite con él? Quién se escandaliza, sin que yo me abrase?» Pero mas viva es aquella (*o*) : «¿Por qué atropellais mi pueblo, y por qué magullais á golpes las caras de los pobres?» Y (*p*) : «Generacion depravada y perversa : ¿así correspondes á tu Señor, pueblo loco é insensato?» Este interrogante ha de proferirse con cierta manifestacion de ira y enojo. Como tambien este (*q*) : «Por ventura ¿no tomaré satisfaccion de estos excesos, dice el Señor, ó no me vengaré de nacion tan mala?»

Con voz de un ánimo perplejo é indeciso y congojoso ha de pronunciarse aquella pregunta (*r*) : «¿A quién hablaré, ó á quién llamaré para que me escuche?» Y : «¿Quién es el hombre sabio que comprehenda esto, á quien se le pueda hacer entender la palabra del Señor, á fin de que él la anuncie á los otros? ¿Por qué razon pereció esta tierra y está abrasada como un desierto, de suerte que no hay quien pase por ella?» Fuera largo acordar todas las preguntas de las sagradas letras; porque no hay parte en ellas en que no haya gran copia de tales ejemplos, en cuya varia y desemejante pronunciacion podrá ejercitarse el predicador, para que con esto consiga la verdadera y natural forma de pronunciar.

19. Tambien el razonamiento fingido, que hemos referido entre las figuras de sentencias, y es el que introduce hablando á diferentes personajes, sirve asimismo á diversos afectos. Y por eso en ellos requiere desemejante figura de voz. Porque de un modo pronunciamos aquel razonamiento (*s*) : «Y no dijeron : temamos al Señor, que nos da á su tiempo la lluvia temprana y tardía, que nos asegura el colmo de la annual cosecha.» De otro modo aquel (*t*) : «No gimas en tus postrimerías y digas : ¿Por qué aborrecí la enseñanza, y mi corazon no se rindió á las reprehensiones, ni oí la voz de los que me enseñaban, y no incliné el oído á mis maestros?» De otro aquel : «Dijeron los impíos en el desvarío de sus pensamientos : breve y tedioso es el tiempo de nuestra vida, y el hombre no tiene que esperar ningun bien despues de la muerte,» y lo demas que se sigue en el cap. II De la sabiduría. De otra manera aquel con que los impíos, admirando la suerte dichosísima de los justos, dicen (*v*) : «Estos son los que han sido en otro tiempo el ojeto de nuestras burlas, y que dábamos por ejemplo de personas dignas de toda suerte de oprobrios. ¡Insensatos de nosotros! Su vida nos parecia locura, y su muerte deshonrada. Y sin embargo, véislos elevados al honor de hijos de Dios, y de coherederos de los santos. Luego anduvimos errados del camino de la verdad, etc.» De otra manera aquel (*x*) : «Tomaré residencia de la fiereza del insolente corazon del rey Asur, pues dijo : por la fortaleza de mi brazo, he hecho yo estas cosas grandes, y mi sabiduría es la que me ha esclarecido; yo he quitado los antiguos lindes de los pueblos.»

20. Entre las figuras hay tambien otras que requieren un particular tono de voz, las cuales no será inútil referir por ejemplo, en este lugar. La primera de ellas es la repeticion, en que se repite el mismo nombre al principio de la oracion. Pide pues esta que el mismo nombre se repita con un propio tenor de voz. Así en Jeremías (*y*) : «Espada contra los caldeos, dice el Señor, y contra los vecinos de Babilonia, y contra sus príncipes y sabios; espada contra sus adivinos, que parecerán ne-

(*b*) Apoc. 18. (*c*) Jerem. 14. (*d*) Isai. 1. (*e*) Deut. 14. (*f*) Jerem. 2. (*g*) Ezech. 21. (*h*) Isai. 45. (*i*) 2 Reg. 1. (*k*) Luc. 10. (*l*) Ibid. 24. (*m*) Job. 19. (*n*) 2 Corint. 11.

(*o*) Isai. 3. (*p*) Deut. 32. (*q*) Jerem. 5. (*r*) Ibid. 6 et 9. (*s*) Ibid. 5. (*t*) Prov. 5. (*v*) Sap. 5. (*x*) Isai. 10. (*y*) Jerem. 50.

cios; espada contra sus valerosos, que temerán: espada contra sus caballos y carruajes, y contra todo el vulgo que está en medio de ella; espada contra sus tesoros, que serán saqueados.»

21. La conversion tambien pide lo mismo al fin, que la repeticion al principio. Pues así pronunciamos aquello de San Pablo (z): «Cuando era niño, hablaba como niño, sabía como niño, pensaba como niño, etc.»

22. La complexion, que retiene la naturaleza de entrambas figuras, en la cual concuerdan entre sí los principios y los fines, guarda asimismo en el pronunciar la figura de entrambas. De lo cual dimos un ejemplo hablando de esta figura.

23. La conduplicacion, en griego *epizeusis*, que repite una voz ó tambien una oracion, así como se parece á la aseveracion, así ordinariamente requiere semejante manera de pronunciar. Así el Señor por Isaías (*a*): «Por mí, por mí mismo haré que mi nombre no sea blasfemado, y mi gloria no la daré á otro.» Y otra vez (*b*): «Yo soy, yo soy quien borro tus culpas por amor de mí.» Mas fuertes aquellas de Ciceron: «Tú, tú encendiste aquellas llamas.» Y en la oracion: «¿No quedaste conmovido cuando la madre te abrazaba los piés; no quedaste conmovido?» Así tambien aquella: «¿Tú te atreves á venir á la presencia de estos, traidor á la patria? Traidor, digo, á la patria, ¿tú te atreves á venir á la presencia de estos?» Y: «¿A tu madre mataste? ¿Qué diré mas? A tu madre mataste.»

24. La correccion tambien pide una singular manera de pronunciar, cual es aquella de San Gregorio (*c*): «¿Qué admiramos pues, hermanos? ¿A María que viene, ó al Señor que la recibe? ¿Que la recibe diré? etc.» Así aquel viejo terenciano, habiendo dicho que tenia un hijo, añadió (*d*): «¿Qué digo yo que lo tengo? ántes bien le tuve, Cremes; si ahora le tengo ó no le tengo, es incierto.»

25. Tambien la duda requiere otra forma de pronunciar, como aquella de Eusebio Emiseno: «¿Cuál será lo primero ó lo postrero que yo admire: que sin consorcio de varon se confirió la fecundidad, ó que por el parto quedó la virginidad mas gloriosa? Pero no es mucho si así parió: tal era aquel con quien se habia desposado.» Así San Cipriano en el sermon De los caidos: «¿Qué haré en este lugar, amantísimos hermanos, ondeando en tanta variedad de pensamientos? ¿Qué ó como hablaré? Más que voces, son menester lágrimas.»

26. Pero entre las otras figuras, apénas desea alguna mayor diversidad en el pronunciar, que la raciocinacion y sujecion, las cuales requieren una casi semejante naturaleza, y semejante forma de pronunciar, respeto de que constan de frecuentes preguntillas y respuestas. De donde viene haberse de variar de cuando en cuando la figura de la voz, por motivo de que de un modo preguntamos, y de otro nos respondemos á nosotros mismos, como á otra persona. Por tanto, no dejará de ser útil á los principiantes ejercitarse en la pronunciacion de estas dos figuras. Ya pusimos ejemplos tratando de ellas, los cuales no es necesario repetir aquí. Mas de estas cosas se ha dicho lo que basta, para que cada uno fácilmente entienda de qué manera de pronunciar debe usar en las demas sentencias que no se pueden reducir á estas. Pues todos los preceptos que dimos hasta aquí, se ordenan á que la pronunciacion se ajuste aptamente á la naturaleza de los asuntos y sentencias

(z) 1 Corint. 13 (*a*) Isai. 48. (*b*) Ibid. 43. (*c*) Homil. 33, n. 1. (*d*) Ter. Heaut. Act. 1, scen. 1, v. 42.

CAPITULO X.

De algunos ejemplos tomados de las sagradas letras, en cuya pronunciacion pueden ejercitarse los rudos en este oficio.

1. Por cuanto, como poco ántes dijimos, aconseja Fabio encomendar algo á la memoria en que puedan ejercitarse los que desean conseguir la habilidad de pronunciar, pensé hacer una cosa útil, si á mas de los ejemplos que ántes propuse de las santas escrituras, trajere tambien otros algo mas extensos, que requieren diferente manera de pronunciar, en los cuales puedan ejercitarse los rudos en este artificio, para que aprendan la perfecta forma de pronunciar.

2. Tomemos pues primero aquel lugar del salmo 49. «Dijo Dios al pecador, ¿cómo tienes atrevimiento para predicar á otros, y tomar mis palabras en tu boca?» Estas dos preguntas han de pronunciarse á tono de quien reprehende y se admira. Lo que despues añade, se ha de pronunciar con otra inflexion de voz: «¡Tú aborreciste la diciplina, y echaste al trenzado mis palabras!» Y lo demas que se sigue hasta aquello: «¡Y ponias lazos para hacer caer al hijo de tu madre!» Todos estos miembros han de ser pronunciados con un propio tenor y viveza de voz, y han de distinguirse con sus intervalos, por contener todos una misma relacion de pecados, si no es aquella sentencia: «Si veias un ladron, corrias con él,» que se diferencia algun tanto en la pronunciacion de los miembros antecedentes y consiguientes. Síguese despues: «¡Estas cosas hiciste tú, y yo callé!» Esta voz es de uno que se admira, y como que se pasma de tan largo silencio. Y por eso en este lugar debe parar un poquito la pronunciacion; pues así lo requiere la razon de admiracion. Pero lo que se sigue despues: «¡Pensaste inicuamente que seré semejante á tí!» manifiesta mayor acrimonia é indignacion del que habla, y mayor aun lo que luego añade: «¡Yo te argüiré y te pondré á tí mismo delante de tu cara!» porque conviene pronunciarse esto con gesto y voz amenazadora. Síguese despues otra manera de pronunciar muy diferente de estas: «Entended esto, los que os olvidais de Dios, no sea que algun dia os arrebate y no haya quien os libre;» porque esta sentencia ha de pronunciarse con la voz de quien cuerda y tempestivamente avisa y aparta del riesgo que amenaza. Con este ejemplo pues, notoriamente se ve cuán varia manera de pronunciar deba usarse en estos pocos versillos.

3. Tomemos otro ejemplo de la primera carta de Pablo á los de Corinto, donde reprehende los pleitos de los corintios. Dice pues así (*a*): «¿Cómo es que alguno de vosotros, teniendo alguna diferencia con su hermano, se atreve á llevarla al juzgado de los inicuos, y no al de los santos?» Este interrogante y los tres que despues se siguen, piden la figura de voz de quien reprehende con acrimonia, se admira y apremia. Mas lo que despues se sigue: «Si tuviereis pues diferencias entre vosotros tocante á las cosas de esta vida, tomad por jueces en estas materias á los mínimos de la Iglesia;» esto todavía debe pronunciarse con mayor vehemencia. Porque esta oracion: «á los mínimos de la Iglesia,» tiene un semblante

(*a*) 1 Corinth. 6.

de hipérbole ó de ironía, que despues corrige cuando añade: «para vuestra confusion lo digo.» La cual sentencia requiere sin duda otra figura de voz. «¿Y es posible que no se halle entre vosotros un solo sabio, que pueda ser juez entre sus hermanos?» Este interrogante pide una voz de quien se admira, y con clarísima razon convence á los que pleiteaban. En aquella partícula: «Y es posible,» parece que se ha de hacer un tantico de detencion. Pues el silencio unas veces mas largo, otras mas corto, tiene en la pronunciacion una énfasis nada vulgar. Pero lo que imediatamente añade: «¿Mas se vé á un hermano pleitear contra su hermano, y aun delante de los infieles?» Esta sentencia pide la misma acrimonia y admiracion de voz, con tal empero que aquella circunstancia, «¡y aun delante de los infieles!» se deba pronunciar con mayor esfuerzo y voz, para que la indignidad de la cosa sobresalga mas.

Síguese despues otra manera de pronunciar, cuando añade: «Esto ya es un pecado en vosotros, tener pleitos los unos contra los otros.» Pero urge con mucha mayor fuerza donde añade: «¿Por qué no sufris ántes las injusticias? Por qué no sufris ántes que os engañen?» Pues esta doble interrogacion se debe pronunciar con espíritu y brio mayor. Demas de esto pide diferente figura de voz lo que se sigue: «Pero vosotros sois los que injurias y engañais, y esto á vuestros mismos hermanos.» En la cual sentencia aquella partícula: «¡y esto á vuestros mismos hermanos!» debe sobresalir como aquella de arriba: «¡y esto delante de los infieles!» Porque en una y otra se colige de las diferentes circunstancias de las personas la indignidad de la cosa que debe mostrar la pronunciacion. Síguese luego otra figura de voz cuando añade: «¿Por ventura ignorais vosotros, que los injustos no poseerán el reino de Dios?» De la cual dista un poco lo que despues añade: «No os engañeis. Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los impúdicos, etc. no poseerán el reino de Dios.» Todos estos artículos se han de pronunciar con mayor vehemencia y celeridad; bien que de suerte, que con sus intervalos se distingan. Pues la aseveracion, que se dice valer á veces mas que las pruebas mismas, requiere vehemencia é ímpetu en el aseverante.

4. Mas contribuyendo muchísimo al ejercicio de esta facultad aquellas oraciones, en las cuales intervienen diferentes personas, y son á modo de diálogos, tambien de estas traerémos algunos ejemplos; y primeramente aquello de San Mateo, donde refiere que los escribas y fariseos fuéron á verse con el Señor, para reprehenderle la negligencia y mala crianza de sus discípulos. Dicen pues así (*b*): «¿Por qué razon tus dicípulos traspasan las tradiciones de los antiguos?» Esta reprehension ha de pronunciarse con gran severidad y entereza de voz, para que remedemos la persona de los escribas y fariseos, que creian ser muy gran pecado, comer sin lavarse las manos, contra la tradicion de sus mayores. Pero con cuán diferente voz conviene proferirse la respuesta del Señor, cuando dice: «¿Y por qué vosotros traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion? Porque Dios dijo: Honra á tu padre y madre,» y lo demas que se sigue. Todo este razonamiento desea una voz de quien reprehende y se indigna. Pero sin embargo, es mas acre y vehemente lo que despues añade: «Hipócritas; bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, etc.» Porque esto viene á ser como traspasar con el puñal de la palabra de Dios á los que adulteran la divina ley.

Muy desemejante figura de voz requiere lo que dicen despues los discípulos al Señor: «¿Sabes que los fariseos, habiendo oido esta palabra, se han escandalizado?» Pues esto se ha de pronunciar con voz baja, como quien habla en secreto al oido. Pero aquello que se sigue ha de pronunciarse con una voz entera, aseverando: «Todo plantío que no plantó mi Padre celestial, será arrancado.» Al punto se ha de pronunciar con diferente voz lo que añadió Pedro, cuando dijo: «Explícanos esta parábola.» Mas de cuán otra manera ha de ser pronunciado lo que respondió el Señor despues: «¡Qué! ¿todavía vosotros estáis sin inteligencia? ¿No entendeis, que cuanto entra en la boca va al estómago, y en seguida se despide por el lugar secreto? etc.»

5. Si alguno desea otros ejemplos, no faltan en la historia Evangélica, y en primer lugar los que están á modo de diálogo, como cuando el Señor con largo razonamiento habla á la mujer Samaritana hasta la venida de sus dicípulos, preguntando ella, y el Señor respondiendo. Así tambien, cuando rehusa Pedro que el Señor le lave los piés, y el Señor insiste en el ministerio comenzado.

6. Pero en San Gregorio Nacianceno hay un ejemplo muy propio de esto, en la oracion fúnebre en que celebra las virtudes del gran Basilio, y en especial su admirable constancia en la fe contra el prefecto del emperador arriano. Cuya historia me plugo traer en este lugar, no solo por ser utilísima á nuestro asunto, sino tambien por contener una historia muy digna de saberse. Dice pues así Gregorio: «¿Mas en qué modo, ó con qué estilo que sea bastantemente digno, comprehenderé yo, ó la osadía del prefecto, ó la virtud y sabiduría con que Basilio le resistió? ¿Oyes tú? dice el prefecto, llamándole por su propio nombre, porque todavía no juzgaba deber llamarle con el nombre de obispo. ¿Qué razon tienes para atreverte á resistir á tan grande emperador, y oponerte solo entre todos con obstinacion y rebeldía? ¿A qué se enderezan estas palabras, respondió Basilio, y qué rebeldía es esta? Pues realmente no lo entiendo. ¿Por qué no profesas, dijo él, la religion del emperador, reducidos y vencidos ya todos los otros? Porque no lo quiere, dice Basilio, mi Emperador: ni puedo adorar á criatura alguna, siendo yo tambien criatura de Dios, y mandando Dios lo sea. Mas al fin, dijo él, ¿qué te parece que somos nosotros que mandamos esto? ¿Por ventura nada? Ea, di, ¿no tienes por grandeza y honra juntarte con nosotros, y tenernos por compañeros? A esto Basilio: Ciertamente vosotros sois prefectos y esclarecidos, no lo niego; pero de ningun modo mas excelentes que Dios. Para mí fuera grande honra y timbre teneros por compañeros: ¿y por qué no, siendo tambien vosotros criaturas de Dios? pero así como lo son algunos otros de estos que están sujetos á nosotros. Pues el Cristianismo no se dicierne por la dignidad de las personas, sino por la entereza de la fe.

»Conmovido de estas razones el prefecto, y encendido en mayor saña, se levantó del tribunal, y prosiguió en tratarle con mas aspereza. «¿Con que tú no temes esta potestad? ¿Por qué he de temer? respondió Basilio. ¿Qué

(*b*) Matth. 15.

sucederá? Qué padeceré? Cómo ¿qué padecerás? repuso aquel; uno de los muchos castigos que están en mi mano. ¿Cuáles son estos? añadió Basilio: haced que los sepamos. La confiscacion de bienes, dijo aquel, el destierro, los tormentos, la muerte. Entónces Basilio: Si tienes algun otro, amenázame con él; porque de todos los que has referido hasta ahora, ninguno nos toca. ¿De qué manera, dice aquel, entiendes mis palabras? Porque en cuanto á lo primero, dijo Basilio, no estoy sujeto á la confiscacion de bienes, pues que nada tengo; si no es que necesites de estos paños rotos y consumidos, y de unos pocos libritos en que viene á consistir toda mi riqueza. Ni conozco algun destierro, pues que no estoy reducido á ningun lugar; y ni aun tengo por mia esta tierra que ahora habito, y reputo por propia toda aquella á que fuere arrojado; ántes bien por mejor decir, sé que toda la tierra es de Dios, en la que soy extranjero y peregrino. Y los tormentos, ¿qué lugar habrán en mí, no teniendo yo cuerpo? Si no es que hables de la herida primera; porque sola esta puedes hacerme. Despues de esto tendré á gran merced la muerte; porque mas presto me trasportará á Dios, para quien vivo y á quien sirvo en mi ministerio, y hácia quien camino dias há, y apriesa, estando ya medio muerto.

»Atónito de estas palabras el prefecto: Nadie, dijo, me habló (y añadió su nombre) hasta el dia de hoy de esta manera, ni con igual libertad. Porque tampoco, dijo Basilio, diste acaso con un obispo. Que á haber dado con él, te hubiera hablado del mismo modo que yo, viniendo á disputa sobre esto mismo. Porque en otras materias, ó prefecto, somos piadosos y mansos, y los mas humildes de todos, segun que por ley nos está ordenado; y no somos orgullosos, no digo contra tan gran poder, mas ni aun contra cualquier plebeyo y hombre de la mas baja esfera. Pero cuando se atraviesa y corre riesgo la honra y gloria de Dios, entónces á él solo atendemos, estimando en nada todo lo demas. Pues el fuego, el cuchillo, las bestias y las uñas que despedazan las carnes, ántes nos sirven de gusto que de espanto. Así cárganos de oprobrios, amenázanos, haz cuanto te se antoje, goza de tu poder, oiga tambien estas cosas el emperador; que en verdad de ningun modo nos vencerás, ni nos llevarás al extremo de que asintamos á una doctrina impía, ni aun cuando nos amenazares con tormentos mas atroces.» En pronunciar pues estos y semejantes lugares, podrán ejercitarse cuantos desean conseguir con perfeccion esta habilidad.

CAPITULO XI.

Cuál deba ser la vida del perfecto predicador, y en qué tiempo principalmente, ó con que moderacion y afecto debe ejercer el cargo de predicar.

1. Hemos concluido, amigo letor, lo que nos parecia deberse decir en estos libros del modo y del oficio de predicar. Falta ahora, que en lugar de epílogo, recojamos algunos documentos, ya de lo dicho, ya de otras partes; los cuales deba tener siempre á la vista nuestro predicador, como á puntos principales de este oficio; y quien puntualmente los observare, no hay duda que saldrá insigne artífice de esta divina obra. Pero ántes que tratemos de esto, se ha de traer á la memoria lo que en el primer libro de esta obra dijimos del mismo predicador. Sobre cuyo asunto, cuatro cosas me parece deben sentarse brevemente: es á saber, quién, cuándo, con qué economía, y con qué fin deba el predicador ejercitar su empleo.

§. I.

Quién es el que debe predicar, y en qué tiempo.

2. Por lo que toca á lo primero, aquellos santos padres que poblaban los desiertos de Egipto, creian que aquel principalmente estaba en sazon para este oficio, que hubiese ya aprovechado para sí, y que con la larga costumbre de bien vivir, hubiese compuesto todos los afectos y movimientos de su ánimo, para que, pasando en cierto modo la virtud á ser naturaleza, con poquísimo cuidado pudiese gobernar las costumbres y acciones suyas, y contenerlas en su deber. Porque quien está sujeto á sus apetitos y pasiones, y quien todavía se ve precisado á combatir de continuo con los desenfrenados movimientos de la carne, no es aun hábil para ocuparse todo en refrenar los apetitos ajenos, necesitando de todo su conato para moderar los suyos. Porque instruir á otros y atraerlos al amor de la virtud, es de perfectos, y de aquellos que echaron ya hondas raices en la virtud. Lo que nos enseña la naturaleza en las plantas y animales; porque ni los árboles recien plantados dan luego el fruto; ni los animales, así que nacen, son fecundos, sino cuando llegó su cuerpo á una justa magnitud. Y siendo muy natural á los vivientes engendrar semejantes á sí, sin embargo no ejecutan esto sino en la edad adulta y perfecta. Por lo que importa que esté ya experimentada y fortalecida la virtud que debe engendrar virtud en los otros. Y por consiguiente dice bien San Bernardo, hablando con el predicador (*a*): «Darás á tu voz voz de virtud, si efectivamente practicares lo mismo que aconsejas; porque la voz de la obra es mas eficaz que la de la boca.»

3. Añade tambien, que ocupándose el principal oficio del predicador en explicar la naturaleza de las virtudes y vicios, ¿quién podrá ó entender, ó decir esto mas ajustadamente, que aquel que publicó perpetua guerra á los vicios, y se dió enteramente al estudio de las virtudes y de la ley de Dios? Pues aunque para el oficio de predicar sea necesaria la exquisita doctrina y erudicion, sin la cual todo sermon fuera temerario y ciego; pero cuando á esta se allega la pureza y santidad de la vida, es cosa maravillosa cuánto se ayuda con ella la doctrina. Lo cual declaran muy bien los escritos de los santos padres, en los cuales puede verse cuánta fuerza y luz haya añadido á la doctrina de ellos la santidad y la inocencia de su vida. Así el real Profeta (*b*): «Tuve mas inteligencia que todos los que me instruian; porque los testimonios de tu ley son el ojeto de mi meditacion. Entendí mas que los viejos, porque busqué tus mandamientos.» Dos cosas hay que contribuyen muchísimo á la sabiduría: el estudio y la experiencia; aquel pertenece á los maestros, esta á los ancianos (*c*): «Porque en los antiguos hay sabiduría, y en la mucha edad prudencia.»

4. Pero el amor y estudio de la divina ley, ilumina en tanta manera los entendimientos de los justos, que se aventaja á los maestros y á los provectos en la edad. De donde viene aquello del Eclesiástico (*d*): «El alma del varon santo descubre mejor alguna vez la verdad, que siete exploradores, sentados en una altura, para atalayar

(*a*) S. Bernard. Epist. 201. (*b*) Ps. 118. (*c*) Job. 12. (*d*) Eccli. 37.

lo que pasa.» Porque dejando aparte la luz de la divina gracia, y aquellos dones insignes del Espíritu Santo que se conceden para alumbrar y perficionar la vista del entendimiento humano, ¿cuánto, pregunto, contribuye para lograr el conocimiento de virtudes y vicios, haber sudado y trabajado mucho tiempo en la escuela de la virtud y piedad? Pues así como (*e*) «los que navegan por la mar, cuentan los peligros de ella» : así los que van por la senda de las virtudes, y procuran huir del ancho camino de los vicios, estos, no solo leyendo, sino mucho mas peleando, aprendieron cumplidamente la entrada y salida de este camino, las batallas y vitorias, los trabajos y dolores, y las diferentes artes de pelear, y los riesgos de la vida. Porque, ¿quién hablará mejor del modo de cazar, que un cazador? ¿Y del arte de pescar, que un pescador? ¿Quién sabrá con mas acierto los rodeos y atajos de los caminos, que el continuo viajero (*f*)? «El que no es tentado, dice, ¿qué sabe?» Quien jamas manejó las armas espirituales, quien nunca combatió en campaña abierta con el enemigo, quien se le entregó preso y cautivo, quien nunca ha luchado con sus pasiones, quien ningun trabajo pasó por la honestidad y virtud, ¿de qué manera podrá perfectamente disputar de este combate espiritual?

5. Por esta causa pues hizo mofa Aníbal del filósofo Formion, que se metia á disputar de materias de guerra, siendo notoria ridiculez é imprudencia que un viejo, que jamas habia visto al enemigo, ni los reales, osase mover disputas de asuntos militares delante de quien por tantos años habia peleado con el pueblo romano, vencedor del mundo. Con cuyo ejemplo sin obscuridad entenderémos, cuán de otra manera hablan de la milicia espiritual los que valerosamente se ejercitaron en ella, que los que ni aun de léjos la saludaron. ¿Quién pues podrá hablar mejor de las consolaciones y regalos del divino espíritu, de los coloquios interiores del alma fiel con el celestial Esposo, del ardor é ímpetu de la caridad, de aquella sobria embriaguez del espíritu con que son arrebatadas á Dios las almas de los santos, que aquel que experimentó mucho y por largo tiempo estas mismas cosas? De lo cual claramente se infiere con cuánta verdad dijo el Profeta (*g*) : «La observancia de tus mandamientos me dió entendimiento.»

Mas no hemos dicho esto con ánimo de disminuir la necesidad ó la estimacion de la doctrina, sin cuya luz andarian los mortales en densísimas tinieblas de errores, y sin la cual nadie debe tomarse el cargo de enseñar en la Iglesia; sino para que mostrásemos, como poco ántes dijimos, cuánta copia de luz y de calor añade la entereza y santidad de la vida, á los estudios y doctrina de la sagrada teología.

6. De lo dicho fácilmente podrá colegirse lo que en segundo lugar pusimos, esto es, en qué tiempo deba el predicador emprender este oficio. Porque si este oficio solamente pertenece á los que se arraigaron sólidamente en la virtud, síguese que nadie que no haya llegado á esta firmeza y solidez de virtud, debe ejercer este empleo. Y por eso el Profeta con razon compara al varon justo con un árbol plantado junto á la corriente de las aguas (*h*), «el cual, dice, dará su fruto en su tiempo.» Pues no todas las cosas vienen bien á todos tiempos, diciendo rectamente Salomon (*i*) : «Tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos.» Aquello mira á la vida privada de los justos, que gozan de las delicias del espíritu, y de los abrazos del celestial Esposo; esto á la pública, que toda se ocupa en procurar la salud de los otros.

7. Muy elegantemente notó Orígenes, que aquel grande amador de la sabiduría llame unas veces á la misma sabiduría «esposa», y otras «hermana». Pues aunque sea desemejante la razon de uno y otro nombre, eso no obstante entrambos convienen á la sabiduría, la cual en un tiempo debe ser esposa, y en otro hermana. Y ciertamente en el tiempo en que es esposa, está destinada á los abrazos de su solo esposo, ni puede comunicarse á otro; mas luego que se hizo hermana, bien puede casarse con otros. Primeramente pues escógela por esposa, de cuyas delicias tú solo goces (*k*) : «Porque su conversacion nada tiene de desagradable, ni su compañía de fastidioso, sino que se encuentra en ella la satisfaccion y la alegría.» Despues sácala en público, como á hermana castísima, y dala á gozar á otros. El trastorno de este órden hace que el predicador se perjudique á sí mismo, y no pueda aprovechar á otros. Porque levantar á otro, no es para el que está caido, y nadie puede dar á otros lo que él mismo no tiene. El parto inmaturo, ó de árboles ó de animales, jamas llega á ser perfecto. Así sucede que el trabajo intempestivo del predicador es ciertamente inútil para otros, y de perjuicio y detrimento para sí. Lo que declara San Bernardo por estas palabras (*l*) : «Esparces y pierdes lo tuyo si ántes de llenarte todo, á medio henchir, te das prisa en derramar, arando contra ley en el primogénito del buey, y trasquilando al primogénito de la oveja. Quiero decir, que te privas de la vida y salud que intentas dar á otro, cuando, vacío de buena intencion, te hinchas con el viento de la vanagloria.»

§. II.

Circunspeccion y rectitud con que se ha de ejercer este ministerio.

8. Síguese despues lo que pusimos en tercer lugar, esto es, la economía y prudencia de que ha de usar el predicador en su oficio. Lo que en pocas palabras enseña el Eclesiástico, cuando dice (*m*) : «Recobra al prójimo segun tu virtud, y mira por tí no caigas.» Porque el órden de la caridad pide esto : del cual se gloría la Esposa en los Cantares (*n*). Pide pues este órden que de tal manera aproveche el predicador á otros, que no se falte á sí mismo; de tal suerte mire por la salud ajena, que no abandone la suya propia; de tal modo sea liberal con los otros, que no sea escaso para sí; de tal manera piadoso, que consigo no sea cruel; de tal suerte, en fin, saludable, que no sea inútil para sí, descuidando de sí mismo.

9. Esto nos enseñan aquellas cinco vírgines sabias, que prudentemente se excusaron de dar el aceite que las pedian las otras necias, diciendo (*o*) : «No sea caso que no baste el aceite para nosotras y vosotras; id ántes á los que le venden, y compradle para vosotras.» Esto mismo nos enseña el Apóstol, cuando dice á Timoteo (*p*) : «Mira atentamente por tí y por la instruccion de los otros, porque de este modo te salvarás á tí mismo y á los que te oyen.» Donde en primer lugar se previene

(*e*) Eccli. 43. (*f*) Ibid. 34. (*g*) Ps. 118. (*h*) Ibid. 1. (*i*) Eccles. 3.

(*k*) Sap. 8. (*l*) S. Ber. Sup. Cant. serm. 64. (*m*) Eccli. 29. (*n*) Cant. 2. (*o*) Matth. 25. (*p*) 1 Ad Timoth. 4.

al predicador que mire por sí; y en segundo, que se ocupe en instruir al pueblo. Debe pues tener conocidas y exploradas sus fuerzas, para que primero tome para sí lo que necesitare, despues emplee en los otros el tiempo y oficio que le sobrare. Porque esto es lo que insinuó el Eclesiástico, cuando dijo (*q*): «Recupera á tu prójimo segun tu virtud:» conviene á saber, que no emprendas cosas superiores á tus fuerzas, sino que sea la carga igual á tu virtud y poder.

10. Acerca de lo cual dice Séneca (*r*): «Cuantas veces intentares alguna cosa, tómate á un tiempo la medida á tí, á lo que aparejas, y á aquellos para quienes lo aparejas.» Y el mismo otra vez: «Para que pueda el ánimo estar quieto, no debe agitarse ni fatigarse en hacer muchas cosas, ni en apetecer las muy grandes, que superen sus fuerzas. Es fácil proporcionar á la cerviz un peso lijero, y tambien trasportarle á esta ó á la otra parte sin caer.» Debe pues imitar el predicador á los que sacan los panales de las colmenas, que jamas los agotan, de suerte que no dejen á las abejas repuesto de miel para comer en el invierno. Asimismo los pastores que ordeñan á las ovejas, hacen cuenta de los corderos que sustentan con su leche, para que no perezcan por falta de alimento.

11. A este modo pues debe el predicador alimentar á los otros con el pasto de la celestial doctrina, pero de suerte que tambien se sustente á sí propio con ejercicios espirituales, y con el trato interior con Dios. Porque tendrá que sufrir la hambre y el ayuno, si descuidado de sí y hambriento, solamente se cuida del sustento ajeno. En lo cual imitará no solo la condicion y naturaleza de los animales, sino tambien la de los árboles y aun de las tierras. Porque los árboles que un año dan gran cosecha, en el siguiente descansan del acostumbrado trabajo de dar frutos; igualmente los campos fértiles que produjeron un año abundante mies, en el siguiente, para que se recobren, se les permite estar sin el ordinario cultivo. Pues si la tierra, criada para dar frutos, necesita de este alternativo descanso, ¿cuánto mas nuestro espíritu, que saca las fuerzas de otra parte que de la naturaleza, necesitará de esta misma vicisitud, y mezcla de trabajo y quietud, para que apurado no desfallezca, si, entregándose al cuidado de otros, descuida enteramente de sí?

12. Mas, porque no me hallo tan autorizado que se me deba creer sobre mi palabra, alegaré sobre este asunto el sentir de San Bernardo, varon santísimo, que trató las cosas de Dios, no tanto con humano estudio, cuanto con inspiracion y magisterio divino. Así pues escribe él al sumo pontífice Eugenio (*s*): «Oye lo que redarguyo, lo que aconsejo. Si todo lo que vives y sabes lo das á la accion, nada á la consideracion, te alabo: en esto no te alabo.» Y pienso que nadie lo alabará que haya oido de Salomon (*t*): «Quien se ocupa poco en la accion, adquirirá la sabiduría.» Ciertamente, ni á la misma operacion conviene que no la preceda la consideracion. Así, queriendo tú ser todo de todos, á imitacion de aquel que se hizo todo para todos (*v*), alabo la humanidad como sea llena. ¿Mas cómo llena, estando tú excluido de ella? Tambien tú eres hombre: luego para que sea entera y llena la humanidad, recójate tambien dentro de sí el seno que recibe á los demas. De otra suerte, ¿de qué sirve, segun el dicho del Señor (*x*), que ganes á todos, perdiéndote á tí? Por lo que teniendo todos, sé tú uno de los que tienen. ¿Qué razon hay para que tú solo te defraudes de tus dones? ¿Hasta cuándo has de ser (*y*) «espíritu que va y no vuelve?» ¿Hasta cuándo no te ha de tocar tambien tu vez de recibirte á tí mismo entre los otros? Deudor eres á sabios y á ignorantes, ¿y solo á tí te niegas? El necio y el sabio, el esclavo y el libre, el rico y el pobre, el varon y la hembra, el viejo y el jóven, el clérigo y el lego, el justo y el pecador, todos te participan igualmente, todos beben de tu pecho, fuente pública, ¿y tú apartado te estarás sediento? Si es maldito el que deteriora su patrimonio, ¿qué será aquel que se priva enteramente de él? Corran enhorabuena tus aguas por las plazas: hombres, jumentos y ganados beban de ellas: aun tambien da de beber á los camellos del criado de Abraham; pero entre los demas bebe tú tambien de la fuente de tu pozo. «El extranjero, dice (*z*), no beba de él.» ¿Por ventura eres tú extranjero? ¿Para quién no lo serás si lo eres para tí?» Todo esto es, á la letra, de San Bernardo, á cuyo testimonio nada tengo yo que añadir; quedando mas que bastantemente explicado por este santísimo varon lo que deseamos.

13. En cuarto lugar, segun pienso, debe añadirse á lo que hasta aquí dijimos, que quien resuelve ejercitarse en este divino ministerio, atienda con diligencia con qué espíritu é intencion le emprende: esto es, que vea si entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, ó si sube por otra parte. La puerta, ó bien es el ardiente deseo de la verdadera caridad, ó la obediencia de los superiores. Porque nadie debe subir á esta grada de honor, si no es llamado de Dios, como Aaron. Pues dijo bien el Apóstol (*a*): «¿Cómo predicarán si no son enviados?» Y ser enviados, es ser destinados por Dios para esta obra. Ni basta que la misma obra sea de suyo piadosa y santa para que deba uno emprenderla, si no tiene fuerzas suficientes para llevar la carga: quiero decir, si no está adornado de las virtudes de que hicimos mencion.

14. La entrada segura en este oficio es la obediencia, que nada tiene que deliberar, nada que examinar; no perteneciendo á esta virtud examinar los preceptos, sino cumplirlos puntualmente. Pero ni aun en esto hay tanta seguridad que se permita dormir á sueño suelto. Pues Saul (*b*) tomó por mandado del Señor el gobierno del reino, del cual quiso él huir, procurando esconderse; y esto no obstante, vemos que en el puerto de la obediencia padeció por su culpa (*c*) un desastrado naufragio. Así tambien no pocos ejercen este cargo por precepto de sus superiores; los cuales engreidos con este destino, ó van tras el airecillo del favor popular, predicando al gusto del pueblo, ó se desvanecen con las alabanzas que les dan otros: así sucede que los que comenzaron con espíritu, degeneran y se consumen en los afectos de la carne.

15. Mas si quisiera explicar con razones, de cuántos modos diferentes se falta en esta parte, y cuán grande riesgo de su salvacion corren muchos, y cuánto se alucinen estos con la apariencia de una buena obra, daria

(*q*) Eccli. 29. (*r*) Senec. lib. 3. de ira, cap. 6. (*s*) S. Bern. de Consid. Lib. 1, cap. 5. (*t*) Eccl. 38. (*v*) 1 Corinth. 9.

(*x*) Matth. 16. (*y*) Psalm. 77. (*z*) Prov. 5. (*a*) Rom. 10. (*b*) 1 Reg. 10. (*c*) 1 Reg. 13.

materia á dolores y lamentos interminables. Por lo cual tuve por mas acertado pasar en silencio cosa tan grave, que tocarla lijera y superficialmente. Hasta aquí hemos hablado de la persona del predicador, y de la integridad de su vida: emprendamos ahora lo que poco ántes ofrecimos.

CAPITULO XII.

De las cosas que ayudan principalmente á ejercer bien el oficio de predicador.

1. Por cuanto en estos libros hemos explicado muchas cosas necesarias para ejercer con fruto el oficio de predicador, las cuales apénas se hallará quien pueda tenerlas todas presentes, convendrá mucho entresacar algunas pocas, que en esta obra son las principales, y que casi abrazan en su recinto cuanto hasta aquí hemos dicho.

2. Lo primero, y máximo, y la causa de casi todo es el espíritu celestial, del cual sin duda estaba lleno el que decia (*a*): «Mas yo he sido lleno de la fortaleza, de la justicia y virtud del espíritu del Señor, para anunciar á Jacob su crímen, y á Israel su iniquidad.» Este espíritu da la entereza y santidad de la vida; este levanta llamas de caridad en el pecho del predicador; este enciende una ardentísima sed de la salvacion de los prójimos; este excita un tristísimo dolor de las almas que se condenan; este obliga á hacer á Dios continuas plegarias por ellas: todas las cuales cosas dijimos ser necesarias á un predicador evangélico. Sobre lo cual dice así San Bernardo (*b*): «De buena gana oigo la voz de aquel doctor que mas procura mi llanto que su aplauso. Verdaderamente te muestras tórtola si enseñas á gemir, y si deseas persuadir, mas debes procurarlo gimiendo que declamando.» Pero porque de este asunto se dijo ya mucho en el libro primero de esta obra, al presente solo me atrevo á decir resueltamente, «que para predicar bien, mas ayuda este celestial espíritu, que todos los preceptos de los retóricos recogidos en uno». Mas como este sea un don de Dios, y don ciertamente nobilísimo, se debe pedir con continuos ruegos á aquel Señor (*c*), «que da un espíritu bueno á los que se le piden.» Porque nadie confíe, que con arte y fingimiento ha de poder hacer lo que con la virtud y fuerza de este divino espíritu. «Pues el fingimiento ó simulacion, como dice juiciosamente Fabio (*d*), se descubre él mismo por mas que se procure ocultar; ni fué jamas tan grande el poder de la elocuencia, que no titubee y se ataje siempre que las palabras no concuerdan con el ánimo.»

3. En segundo lugar, despues de la gracia del Espíritu Santo, á quien damos la primacia, entra la habilidad de pronunciar, la cual es increible cuán grande imperio tenga en el decir; de la cual, habiéndose dicho tanto, nada hay que debamos añadir en este lugar.

§. I.

Copia ó afluencia de palabras, y modo de adquirirla.

4. En tercer lugar se ha de recoger abundancia de términos, la cual de ningun modo podrá alguno adquirir perfectamente, sino con la mucha leccion de los libros que están escritos en la lengua nacional, de que usamos en los sermones. Lo cual cuán necesario sea al predicador, se ha de explicar, dando las razones.

5. Es constante que la suma de la elocuencia consiste en que á la dignidad de las cosas corresponda una locucion igual: esto es, que predicando, hagamos cada cosa tan grande como es, para que el estilo no sea inferior al peso y dignidad de las materias. De manera que, como la sombra al cuerpo, así las palabras deben seguir la naturaleza de las cosas, y unirse con ellas; para lo cual dos cosas son necesarias: una es, que concibamos dignamente los asuntos de que hemos de hablar, y toda su fuerza y naturaleza; la otra es, que esto mismo que concebimos en el entendimiento, lo declaremos plenísimamente por medio de las palabras y de la oracion, y nuestro mismo pensamiento lo transfundamos en algun modo á los ánimos de los oyentes.

6. Pero cuán difícil sea conseguir esto, podrá entenderse, explicando la diferencia entre el modo de hablar de los ángeles y de los hombres. Porque los ángeles, mayormente los de superior órden, así como por ménos especies entienden mas cosas, así en brevísimo espacio de tiempo manifiestan á otros sus conceptos. Mas por lo que toca á los hombres, es la vena del humano entendimiento tan angosta, que necesita de mas tiempo para comprehender mas cosas, y de muchos términos para explicarlas. Así los ángeles, al modo de los vasos de boca muy ancha, cuanto tienen dentro lo vacian en un instante; mas el entendimiento de los hombres, y la lengua, intérprete del entendimiento, como una vasija de boca estrecha, de gota en gota, por decirlo así, y por largo espacio de tiempo exprimen con muchas palabras la naturaleza de una cosa.

7. Para lograr esto, se ha de tener aprestado gran caudal de voces, para que el predicador no tenga necesidad de pararse á cada concepto que hubiere formado de las cosas, y como mendigar de puerta en puerta, de qué modo debe proferirle. Ni ha de adquirirse solamente una muchedumbre de términos desordenada y confusa, sino una copia de ellos muy selecta, que con grandísima claridad y propiedad expriman nuestra mente. Porque unas palabras explican la naturaleza de las cosas con mas claridad, otras con mas elegancia, otras con mas enerjía. Pero todavía es mas difícil que las palabras se acomoden á los asuntos; siendo cierto que unas palabras sirven á cosas alegres, otras á tristes, otras á grandes, otras á atroces. Pues conviene que en las materias atroces, hasta los mismos términos sean atroces y ásperos al oído.

8. Para tener pues á la mano esta copia de términos idóneos, se necesita, como hemos dicho, de mucha leccion de libros, los mas bien escritos en lengua vulgar. Ni basta leer mucho tumultuariamente y de prisa. Es menester leer sosegadamente y con reflexion, notando con diligencia las frases y modos de hablar de la lengua, y todos los vocablos que por razon de algun tropo se apartan de la propia significacion, ó que expresan la cosa con exquisita enerjía y propiedad. Y ante todo conviene observar las metáforas y alegorías insignes, las cuales, por comprehender cierta semejanza en una ó en pocas palabras, es indecible cuánto agracien á la oracion, y cuánto valgan, no solo para explicar y adornar los asuntos mismos, sino tambien, y aun mucho mas para amplificarlos y engrandecerlos. Así unas cosas

(*a*) Mich. 3. (*b*) S. Bernard. Super Cant. Ser. 59. (*c*) Luc. 11.
(*d*) Quint. lib. 11, cap. 1.

grandes, cuya grandeza sin embargo no alcanzamos, las explicamos con vocablos transferidos de cosas grandísimas; como cuando llamamos al demonio «leon, dragon, serpiente antigua, enemigo del género humano, príncipe de las tinieblas, bestia cruel, etc.» Por cuyo motivo los libros de los salmos y profetas, hierven en todas partes de metáforas y alegorías.

9. Así que procurará el predicador con continua leccion atesorar un gran caudal de estas insignes metáforas. De las cuales debe usar con prudencia y con la debida moderacion, esto es, de manera que no sea demasiado frecuente la metáfora, ni tampoco dura ú obscura, como lo son algunas sacadas de lo interior de la filosofía; y mucho ménos baja, como son las que se toman de cosas viles y sórdidas. Ni tampoco se alargue mucho, como hacen muchos, que, una vez tomada la metáfora, no saben apartarse de ella. Con lo cual sucede, que esforzándose á vestir diversas cosas con un mismo traje, digan muchas dura, impropia y poco honestamente. Porque la oracion en gran parte debe constar de una locucion propia. Ayudará pues á la memoria notar esto mismo en los libros, poniendo algunas virgulillas ó señales; para que cuando los volvemos á leer, advertidos con estas señales, nos paremos allí, y encarguemos á la memoria é imitacion lo que hubiéremos notado.

10. Y no solamente debemos apuntar cuando leyéremos, la gracia y hermosura de los tropos, sino tambien las figuras señaladas, tanto de palabras, como de sentencias, de que en el libro antecedente hemos hablado; y en fin todo cuanto es propio del arte; para que así, renovadas con varios ejemplos las reglas del arte, queden en la memoria mas firmes, y se tengan siempre como delante de los ojos, y se presenten al orador sin buscarlas. Los que son diligentes en esta parte, escriben en un cuadernillo, que á este fin tienen prevenido, los lugares insignes que observaron leyendo; para que con la frecuente leccion se hagan mas expeditos para la imitacion de aquello que escogieron. Lo cual deben hacerlo muchas veces, y principalmente cuando hubieren de predicar, para que con esta diligencia tengan á la mano copia de palabras.

§. II.

Sentir de Quintiliano sobre esto mismo.

11. Cuán provechosa sea semejante leccion, fácilmente se echa de ver; porque siendo tres las cosas que hacen á un hombre elocuente: es á saber, arte, imitacion y ejercicio, la leccion pertenece á la imitacion, que nos pone á la vista lo que debemos seguir é imitar en la oracion. Pero será muy del intento, no solo que apoyemos con la autoridad de Fabio esto mismo que hemos dicho, sino que lo expliquemos tambien mas extensamente. Este pues enseña (*e*), cuán precisa es al orador la copia de términos, y el modo de adquirirla, por las palabras siguientes: «Así como es necesario tener conocidos estos preceptos de elocuencia, así no tienen ellos la enerjía que es menester para decir, si no se les juntare una firme facilidad, que los griegos llaman *exis*, esto es, hábito. Y sé que suele disputarse, si conseguimos mejor esa facilidad, escribiendo, ó leyendo, ó hablando: lo que debiéramos examinar con mayor cuidado, si con una de estas cosas pudiéramos contentarnos. Pero están todas entre sí tan enlazadas y confundidas, que si alguna de ellas faltare, en vano se habria trabajado en las demas. Porque no será jamas sólida ó robusta la elocuencia, si no toma fuerzas con el mucho ejercicio, y no teniendo ejemplar que le dirija, es vano su trabajo. Aquel pues que supiere de qué modo deba decirse cada cosa, si no tuviere prevenida como á la mano la elocuencia para todos los lances, será como el que duerme sobre tesoros encerrados.»

12. Y luego: «No hay duda que ha de acaudalar algunas riquezas, de las cuales pueda valerse siempre que fuere menester. Estas consisten en provision de cosas y de palabras. Pero las cosas son propias de cada causa ó comunes á pocas: los vocablos han de prevenirse para todas, que si hubiere uno para cada cosa, ménos estudio pedirian, porque todos en un punto se presentarian juntos con las cosas mismas. Mas siendo unos mas propios que otros, ó mas elegantes, ó mas eficaces, ó de mejor cadencia, no solo deben saberse todos, sino que deben tenerse presentes, y por decirlo así, á la vista; para que cuando se presentaren al juicio del orador, pueda fácilmente escoger los mejores. Yo sé muy bien que algunos han estilado aprender de memoria una coleccion de vocablos sinónimos, para que con mayor facilidad ocurriese uno de entre muchos; y cuando hubiesen usado de alguno, si dentro de breve rato fuese menester otra vez, por huir la repeticion, echasen mano de otro, con el cual se pudiese entender lo mismo: lo que siendo pueril y de un infeliz trabajo, es tambien de poca utilidad, pues solo recoge una confusa muchedumbre, de la cual toma lo primero que le viene. Mas nosotros hemos de adquirir la copia con juicio, poniendo la mira en la fuerza del orar, no en una voluble charlatanería. Y esto lo conseguirémos, leyendo y oyendo lo mejor. Porque con este cuidado no solo conocerémos los mismos nombres de las cosas, sino cuál sea el mas propio y conveniente para cada lugar. Pues en la oracion casi todos los vocablos se admiten, excepto algunos pocos ménos decentes.»

13. Y poco despues: «Todos los vocablos, exceptuando los sobredichos, son en alguna manera muy buenos, porque tambien alguna vez se necesita de humildes y vulgares, y los que en la parte mas culta parecen sórdidos, son propios donde el asunto lo pide. Mas para que sepamos esto, y para que conozcamos no solo el significado de las voces, sino tambien sus formas y medidas, á fin de colocarlas debidamente en su lugar, es preciso haber leido y oido mucho. Pues es indubitable, que por los oídos adquirimos la primera y principal noticia de la lengua; y en confirmacion de esto se refiere, que unos niños criados de órden de los reyes en un desierto por nodrizas mudas, si bien profirieron algunas palabras, con todo no supieron hablar. A mas de esto debemos advertir que hay algunos vocablos que significan una misma cosa; de modo que nada importa que uses de este ó de aquel; v. gr. *ensis* y *gladius*: otros, que, aunque sean nombres propios de algunas cosas, por tropo tienen un mismo sentido, como *ferrum* y *mucro*. Así abusivamente llamamos sicarios á todos lo que hicieron una muerte con cualquier arma que sea, y otras veces manifestamos las cosas con rodeos de muchos vocablos, como dijo Virgilio (*f*): *Et pressi copia lactis,*

(*e*) Quintil. Instit. lib. 10, cap. 1, initio.

(*f*) Ecl. 1, v. 82.

por decir, «mucha leche.» Y variando de frases, explicamos lo mismo, como «sé, no ignoro, no se me escapa, no se me pasa por alto, ¡quién ignora! y nadie duda». Mas tambien es lícito tomar las palabras de lo que está mas cerca: porque «entiendo, siento y veo», valen muchas veces lo mismo que «sé»: cuya abundancia y riquezas nos dará la leccion, para que las usemos, no como ocurrieren, sino tambien como convenga. Pues no siempre pueden usarse promiscuamente, diciéndose bien que el entendimiento «ve», mas no que los ojos «entienden».

14. Fuera de esto, adquiriéndose, como se adquiere, la copia de palabras leyendo y oyendo, el mismo Fabio prefiere el leer al oir, por estas palabras: «En los que leen, dice, es mas libre y acertado el juicio que en los que oyen, á quienes por lo comun preocupa el afecto al orador, ó perturban las voces de los que le aplauden. A veces tenemos vergüenza de disentir á lo que él dice, prefiriendo nuestro dictámen al suyo: á veces agradan á muchos las mayores necedades, y no pocas los aduladores alaban aquello mismo de que no gustan; y al contrario sucede, que ingenios depravados reprueban lo mejor. La leccion es libre; ni con el ímpetu de la accion pasa corriendo, sino que se puede repetir muchas veces, ora dudes, ora quieras fijarla en la memoria. Repitamos pues una y muchas la misma leccion; y al modo que mascamos y casi liquidamos los manjares para que con mayor facilidad se digieran, así la leccion se ha de tomar de memoria, y se ha de proponer á la imitacion, no cruda sino bien desleida y como rumiada: y esto solamente se entiende de la leccion de los libros que son muy buenos y muy selectos, poniendo en ella el mismo cuidado que ponemos en escribir. Y no debemos contentarnos con examinar por partes lo que contienen los libros, sino que, leidos una vez, debemos volver á leerlos por entero, y reparar en aquellas oraciones en que frecuentemente se hallan ocultadas de industria muchas virtudes.»

§. III.

Utilidad de la afluencia de palabras.

15. Ahora expondré brevemente las utilidades que conseguirá el predicador con la abundancia de términos. Primeramente cualquiera que se adquiriere un copioso caudal de palabres idóneas, explicará sus pensamientos llenísima y clarísimamente, que es lo mas propio de la elocuencia. Porque siendo las voces, segun enseñan los filósofos, señales de las pasiones del alma, quien abundare de voces y con la continua leccion las tuviere como á la mano, con mayor facilidad, brevedad y enerjía expresará sus sentimientos, y por consiguiente con ménos estudio y trabajo adornará su sermon. Porque quien es rico de palabras, fácilmente podrá explicar su mente así hablando como escribiendo, que es el segundo trabajo y el principal despues de la invencion de las cosas.

16. Finalmente este mismo apresto de vocablos es tambien causa de que en gran parte nos libremos del miedo y temblor que sorprende á muchos predicadores. Este miedo pare dos gravísimos inconvenientes que aniquilan casi toda la fuerza del decir. Porque en primer lugar quita el juicio al orador, que oprimido con el mucho miedo, no prevé bastantemente lo que debe decir, ni cómo lo deba decir; lo que viene á ser lo mismo que entregar en una tormenta el gobernalle á un piloto adormecido. El entendimiento pues debe gobernar el timon de la oracion, y reflexionar lo que ha de decir, para que la lengua no vaya delante del entendimiento, sino el entendimiento delante de la lengua: lo que no puede ser, cuando preocupado del miedo está destituido en gran parte de su agudeza y luz; de suerte que con mucha dificultad previene lo que se ha de decir.

17. Este mismo miedo, como al principio dijimos, embaraza tambien la pronunciacion, que requiere grandísima serenidad y, digámoslo así, señorío en el predicador; para que estando muy sobre sí, en un mismo espacio de tiempo atienda con prudencia á lo que dice, y á la figura y variedad de la voz con que lo dice. Mas esta libertad en el predicar la logra cumplidamente, quien tiene abundancia de palabras; porque esta hace que en cualquier período, aunque comenzado inconsideradamente, pueda al fin hallar salida sin incurrir en algun error ni turbacion. Y por consiguiente pierde el predicador en gran parte el miedo, sabiendo que tiene apercebido el remedio para todos los tropiezos. Por lo que no debe tratarse con descuido un negocio que tantos socorros nos suministra para predicar.

18. Pero nadie discurra que esta copia de términos se atesora con el designio de que expresemos una misma cosa con muchos nombres de una propia significacion, como algunos ineptísimamente practican. Porque esto si no se hace en su lugar, no tiene sustancia y está lleno de una vana ostentacion, y por tanto nada es mas opuesto á la verdadera elocuencia. Ni tampoco pedimos, que desviándonos del comun modo de hablar, usemos siempre de las voces mas selectas: porque esto da indicio de curiosidad, desvanecimiento y de afectada elocuencia, y á mas quita el crédito al predicador. Pues ¿á qué fin atesoramos esta copia de términos? No para otro, sino para que con brevedad, facilidad, y lo que es mas principal, con toda enerjía declaremos, como poco ántes dijimos, nuestros sentimientos, y esto sin ninguna impropiedad ó rusticidad del lenguaje. Mas aquel adorno de palabras y de estilo es sobre todos loable, que va siguiendo los mismos asuntos; de modo que la elegancia no parezca traida de fuera, sino nacida de las cosas mismas. Así amonesto que se eviten, al modo que los navegantes los escollos, todos los vocablos inusitados y que muestran alguna sospecha de artificio. Porque realmente á los oyentes cuerdos parece cosa indignísima, que donde se tratan negocios de tanta importancia, se ponga mas cuidado en las palabras que en las cosas. Sobre lo cual ya hemos dicho mucho al principio del libro antecedente, conforme al sentir de Fabio.

19. Me he detenido tanto en esto, porque á costa de muchas experiencias he aprendido de cuánta utilidad sea esta facultad para predicar bien. No ignoro empero que algunos sin este trabajo, y aun sin estudio alguno del arte, hablan con grandísimo adorno; mayormente los que con el mucho ejercicio de predicar se han adquirido una cosecha abundante de palabras. Mas estos, como dice Fabio, tienen pocos imitadores de su excelente naturaleza é ingenio, pero muchísimos de su descuido. A este fin pues nos aplicamos al arte, para que los que no recibimos de la naturaleza tan noble habilidad de hablar, por beneficio del arte la consigamos; y lo que aquellos deben á la esclarecida índole de su ingenio, nos lo dé el artificio é industria. Porque aun aque-

llos mismos á quienes formó y dispuso la naturaleza para hablar bien, lo harian todavía con mucha mas afluencia y adorno, si perficionasen su naturaleza con el arte y la enseñanza.

20. Mas porque hemos dicho que la leccion de los libros escritos en la lengua del pais contribuye á granjearse copia de términos, tenga presente el estudioso predicador, que la elocuencia no solamente está en las palabras, sino tambien y mucho mas en las sentencias. Lo que no solo indican las figuras de sentencias, de que tratamos en el libro antecedente, sino tambien las diferentes maneras de amplificar, probar, narrar, describir y hacer los exordios, que hemos expuesto en los demas libros, las cuales no tanto consisten en las palabras como en las sentencias. Para que nuestra oracion se adorne con estas virtudes, debemos proponernos para la imitacion algunos autores: conviene á saber, á San Cipriano, San Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, y al Niseno, hermano del gran Basilio, y á otros padres semejantes, en quienes encontrarémos ejemplos elegantísimos de la facultad oratoria. Unos y otros autores deben leerse con atencion, para que con la leccion de aquellos podamos adquirir abundancia de términos, y por la de estos imitar las demas virtudes de la elocuencia. Así sucederá que ayudados de estos ejemplos podamos predicar apta y adornadamente. Pues dice bien Fabio (*g*): «Toda la razon de la vida consiste en que queramos hacer nosotros lo mismo, que en los demas aprobamos. Así siguen los niños las figuras de las letras para enseñarse á escribir. Así los músicos atienden á la voz de sus maestros; los pintores á las obras de los antepasados; los labradores toman ejemplo del cultivo, que la experiencia ha comprobado. Finalmente vemos que los principios de toda disciplina se forman con arreglo al ejemplar que se propone. A la verdad es preciso que seamos semejantes ó desemejantes á los buenos, y la naturaleza pocas veces nos hace semejantes, la imitacion muchas.»

§. IV.

El ejercicio é imitacion.

21. En postrer lugar, es de advertir que las reglas del arte y la leccion de los autores, sin estilo y ejercicio de escribir, por lo que toca al modo de orar, son de muy poco fruto. Porque aquellas dos primeras se ordenan á esto último como á su fin, quitado el cual, es forzoso que aquellas sean inútiles. Y aun aquellas mismas se socorren muchísimo con el uso y ejercicio de escribir. Así vemos que sucede lo que dicen los filósofos: es á saber, que las causas mutuamente se causan, esto es, que se ayudan con recíprocos socorros. Porque es constante que los preceptos del arte y la leccion de los buenos autores, contribuye en gran manera al uso de escribir y de hablar; siendo el arte una guia que describe la razon y órden de hablar; y la leccion, á mas de que confirma los preceptos del arte, sugiere abundancia de términos idóneos, y nos pone en cierto modo delante de los ojos un ejemplar que podemos ver y copiar con la pluma. Mas la práctica misma de escribir, fuera de que habilita con el propio ejercicio, muestra por la experiencia qué es lo que le falta principalmente al que escribe, esto es, de qué adornos de palabras ó de sentencias se halla mas destituido. Por lo que sucede que se dedica con mucha mas atencion y diligencia á la leccion de los buenos autores, y á la observacion del arte, para poder socorrer su pobreza con las riquezas que la leccion le subministra.

22. De ahí se infiere ser verdad lo que suele decirse, que la pluma es el mejor maestro de la lengua, y por eso Fabio la alaba con estas palabras (*h*): «El ejercicio de escribir, así como es trabajoso, así tambien es muy provechoso. Y no en vano le llama Marco Tulio «el mejor hacedor y maestro del decir»... Conviene pues escribir con gran diligencia, y muchísimo. Pues al modo que la tierra profundamente cavada es mas fértil para engendrar y alimentar las semillas, así la instruccion no tomada de la superficie, da con mayor copia los frutos de los estudios, y mas fielmente los conserva. Porque sin estas diligencias previas, la misma facultad de hablar de repente, solo dará una locuacidad hueca, y palabras que nacen en los labios. Allí están las raices, allí los fundamentos. Allí están encerradas las riquezas como en un tesoro sagrado, de donde se saquen cuando lo pidiere el caso para los lances repentinos. Cobremos fuerzas, ante todo, que sean bastantes para el trabajo de los certámenes, y que no se consuman con el uso. Pues ninguna cosa grande quiso la naturaleza que se haga de priesa, y á cada obra muy hermosa puso su dificultad; estableciendo tambien esta ley en los nacimientos, que los animales mayores estuviesen mas tiempo encerrados en las entrañas de sus madres.»

23. Mas, aunque sean muchos los géneros de argumentos en que puede el profesor de elocuencia ejercitar su estilo, en ninguna cosa podrá con mas provecho ejercitarse, que en traducir en lengua vulgar algunos escritos elegantísimos de los santos padres, como son muchísimas oraciones de San Basilio, principalmente aquellas que escribió en alabanza de Gordio, y de los cuarenta soldados mártires. Así pueden vertirse muchas obras de San Crisóstomo, como los dos libros Del modo de orar, los tres De la divina Providencia, dirigidos á Estagirio, monje energúmeno, y los seis Del sacerdocio; en los cuales libros hallará todas las virtudes de la elocuencia, y especialmente los modos admirables de amplificar. En traducir pues estos ó semejantes escritos, no solo ejercitará y formará el predicador el estilo, sino que hallará tambien muchos y muy esclarecidos adornos de la oracion, á cuyo ejemplar procurará él mismo componer sus obras cuando llegue el caso de escribirlas.

24. Y de paso advertimos que con el ejemplo de estos elocuentísimos padres y de otros, podrá entenderse, que las reglas del arte retórica en ningun modo se oponen al espíritu divino, pues vemos uno y otro en estos santísimos varones que, llenos por una parte del Espíritu Santo, é instruidos por otra con el estudio del arte y de la elocuencia, escribieron con el mayor artificio y elegancia. Lea el que gustare el sermon *De lapsis*, de San Cipriano, y justamente podrá dudar qué cosa deba mas admirar en él, si una fuerza soberana de elocuencia, ó un ardentísimo afecto de caridad y de piadoso dolor con que se lamenta con tristísima oracion de la caida y miserable ruina de los *lapsos*. Porque el arte, con la costumbre de mucho tiempo, vuelta en algun modo en naturaleza, y el entendimiento impuesto ya de antemano

(*g*) Quintil. Instit. Lib. 10, cap. 2.

(*h*) Quint. Instit. lib. 10, c. 3, initio.

en los preceptos del arte, no tanto por ella, como por sí mismo provee lo que debe decirse sin consultar al arte, y por eso, no solo no resiste al Espíritu Santo que agita é inflama la humana mente, sino que tambien acomoda á él el ministerio de la voz, para que ayudado de la afluencia de las palabras, eche sus llamas afuera. Lo cual he dicho, para que nadie discurra que por enseñar tantos preceptos, cierro yo la puerta al Espíritu Santo, ó que opongo algun embarazo, mayormente habiendo ya dado el primero y mas alto lugar á este Espíritu.

§. V.

Virtudes y utilidades de la invencion.

25. Entre estas cosas, damos el cuarto lugar á la invencion, la cual aunque naturalmente sea la primera, no obstante la dimos el postrer lugar, porque sirve como de materia á la elocuencia, que segun ántes dijimos, se debe cultivar y en cierto modo animar con las virtudes de la elocucion y pronunciacion, como con ciertas formas. Ni esto debe causar admiracion, viéndose que unos bellísimos inventos son poco agradables, y por lo mismo, ménos útiles á los oyentes si los predicadores carecen de la gracia de la elocucion y accion; y al contrario, si ellos tienen esta gracia, sus mas vulgares y trillados conceptos agradan á los oyentes.

26. La primera virtud de la invencion es la eleccion, la que, segun dice Fabio, separaron muchos de la invencion, como una nueva parte de la oracion : de tanta importancia pensaban que era ella. A esta pues pertenece que no nos contentemos de inventos vulgares, sino que escojamos los mejores y acomodados á nuestro intento. Porque hay algunos de tan corto ingenio, que dejando las cosas mas insignes y no alcanzando su enerjía, van en busca de lo que es mas vulgar y obvio aun á los rudos. Para lo cual es muy necesaria la fuerza y agudeza del ingenio, con que al modo de plateros peritos, examinemos el valor y calidad de los metales, y separemos el oro fino del adulterado.

27. Pero hay muchos que estiman mas de lo que es razon las invenciones de sus ingenios, por rudas que sean, engañados del amor propio, comun enfermedad del linaje humano, al modo que los padres juzgan á sus hijos aunque feos, muy dignos de su amor y muy hermosos. Y quien se viere libre de esta enfermedad podrá juzgar mucho mejor de las invenciones. Aunque no faltan otros que están tan léjos de este afecto, que nada propio les agrada. Uno y otro es vicio, amar todo lo suyo, y no amar nada. Y no sé, dice Fabio, quiénes son los que faltan mas: si aquellos á quienes todo lo suyo agrada, ó aquellos á quienes nada suyo agrada. Mas los esclarecidos inventos y sentencias escogidas, tienen tambien esto, que con su esplendor y dignidad aficionan el ánimo del orador, que con esta disposicion escoge á poca costa palabras muy propias y figuras de hablar muy ajustadas á la materia, con las cuales enuncia lo que él concibió en su ánimo. Y este afecto mismo, no solo da habilidad para hablar bien, sino tambien fuerza y brío para accionar, de manera que el afecto, que él mismo concibió en su ánimo, lo traslada al de los oyentes con la misma vehemencia y calor de la accion. Pues así como dicen los filósofos que las formas de las cosas corpóreas se sacan del mismo seno y potencia de la materia, así tambien de alguna ilustre y esclarecida sentencia se sacan dos formas en el decir, es á saber, la elocucion y accion.

28. Es otra virtud de la invencion, escoger, principalmente para predicar, aquello que pide la naturaleza del argumento, la condicion y la necesidad de los oyentes. Pues de estos dos respetos, se toma en primer lugar la razon de hablar aptamente; aunque mas cuenta que de los argumentos, se ha de tener de los oyentes, á cuya enseñanza se ha de dirigir como al blanco todo el sermon. No atendiendo esto muchos y solo considerando lo que requiere la naturaleza del asunto, habiéndose extendido mas en la materia de lo que corresponde á la utilidad de los oyentes, los dejan casi vacíos y ayunos. Así algunos, tratando de las calumnias y del odio de los fariseos contra el Señor, teniendo á mano muchos lugares de la historia evangélica, que convienen en lo mismo, procuran recogerlos y amontonarlos todos, y en esto emplean toda ó la mayor parte del sermon, descuidando enteramente de la instruccion de los oyentes. Mas los tales, como parados en el camino y embelesados en mirar lo que ocurre en el mismo camino, se olvidan del fin adonde debian encaminarse. Porque es innegable que todo cuanto decimos ha de ser conducente á plantar las buenas costumbres y á arrancar las malas, solamente pues se ha de predicar lo que conduzca á este fin. Por tanto, así como los carpinteros ó albañiles todo lo que hacen lo arreglan al nivel, y nada aprueban que de él se desvíe en un ápice; así el predicador se ponga siempre á los ojos este, ó bien blanco ó nivel, y nada piense convenirle por mas nuevo, sutil ó gustoso que sea á los oídos del pueblo, que no pertenezca á este instituto. De otra suerte téngase por traidor, si tratando la causa de Cristo y de las almas, se cuida mas de su negocio que del de Cristo, y tiene mas cuenta consigo que con la salud de las almas.

29. A esta observacion pertenece que el lenguaje del orador se acomode á la diversidad de los oyentes. Sobre lo cual dice así San Gregorio Magno (*i*) : «Segun enseñó, ántes que nosotros, Gregorio Nacianceno, de venerable memoria, no una misma exhortacion conviene á todos, porque no todos son de unas mismas costumbres, dañando muchas veces á unos lo que á otros aprovecha. Ordinariamente las yerbas, que son alimento para unos, son muerte para otros. Un leve silbo sosiega á los caballos, y hostiga á los gozques. El medicamento que mitiga este accidente, agrava á otro. El pasto que conforta la vida de los robustos, quita la de los niños. Conforme pues á la calidad de los oyentes, debe formarse la elocucion de los doctos, para que á cada cosa se le dé lo que le conviene, y sin embargo nunca se desvíe del fin de la comun edificacion.» Y el mismo otra vez en el propio libro habla así de esta virtud : «Nuestra lengua sea fomento á los buenos, aguijon para los malos : reprima á los soberbios, sosiegue á los airados, aguce á los perezosos, incite con la persuasion á los desidiosos, amoneste á los tercos, halague á los ásperos de genio, consuele á los desesperados, para que los que nos llamamos maestros, mostremos á los viandantes el camino de la salud.»

30. Y para que pueda el predicador ejecutar cómodamente todo esto, debe tener bien conocidas, y aun notadas en un papel, las costumbres de los hombres á

(*i*) S. Greg. in Prol. 3, p. Past.

quienes predica, y asimismo los pecados públicos de que mas adolece el pueblo, como tambien sus medicamentos y remedios, para que todo su sermon se enderece á esto mismo, y para que á cualquier lado que la fuerza del argumento le empujare predicando, se acuerde que debe volver otra vez á lo mismo, porque en vano parece que se dice todo cuanto de este fin se desvía.

31. Pero especialmente suelen practicarlo esto aquellos, que de tal manera se dieron á este oficio, que pueda con justicia recaer en ellos el nombre de fiel jornalero, con que los llamó el Señor en el Evangelio. Porque estos no solo se ocupan continuamente en la salvacion de las almas predicando muchos sermones, sino tambien oyendo las confesiones de los penitentes. Así con esto no solamente aprenden cada dia las costumbres de los hombres, sus vanos cuidados y comunes maldades, sino lo que mas es, conciben tambien en el ánimo un justo enojo contra ellas, y una piadosa compasion de los pecadores: de donde se sigue que declamen con mayor ímpetu y ardor contra sus vicios. Y aun con esto llegan á comprehender y atinar los verdaderos y saludables remedios de los vicios, puesto que cada dia se ven precisados á tratar y discurrir de las medicinas convenientes á semejantes enfermedades. Ni descubren solamente por este medio los vicios generales que cunden en el pueblo, sino tambien las perversas opiniones de las cosas, y las sofísticas y aparentes razones que los inducen á los vicios, y para combatirlas se arman de robustísimas razones.

32. Hay entre nosotros un insigne predicador que principalmente se ocupa en confutar con fortísimas razones las vulgares falaces opiniones y dictámenes, con que los hombres perdidos intentan cohonestar sus maldades. Porque como todo vicio proceda de algun error del entendimiento, ó de alguna siniestra persuasion, es gran prudencia poner la segur á la raiz para arrancar de cuajo todas las plantas que no plantó el Padre celestial. Y el conocimiento de estas opiniones ó vicios hace que prediquemos aptísimamente, y que tengamos tambien mas atentos á los oyentes, siendo cierto que oyen con mayor atencion los hombres, lo que llegan á entender que mas les importa.

33. Mas dejamos á la prudencia del predicador la circunspeccion que debe guardar en reprehender semejantes vicios, para que en vez de saludables medicinas, no dé veneno al pueblo, ó materia á algun grave resentimiento. Sin embargo me pareció que debia aquí advertir que no crea fácilmente á los acusadores, cuando delatan las costumbres de sus superiores ó prelados. Porque ellos, llevados muchas veces de motivos livianos, ó conmovidos de su pasion particular, les achacan falsos delitos, y creyéndoles los predicadores, al instante los acriminan en sus sermones, sin ningun grave testimonio ó exámen de la acusacion. Con lo cual concitan contra sí la ira y enojo de los superiores, perdiendo para con ellos no solo el fruto, sino tambien la fe que se merece su doctrina. Por cuyo motivo en ninguna parte es mas necesaria la prudencia del predicador, que en increpar los vicios de algunas personas, para que no calle lo que debe decir, y no diga temerariamente lo que debe callar.

34. De diferente manera, pero quizá con no menor perjuicio, pecan los que con motes y graciosidades mueven al pueblo á risa. Pues estos se hacen una gran injuria á sí mismos, miéntras que con la misma predicacion se desacreditan; no pudiendo nadie persuadirse que pretendan de véras apartar de los vicios los que así procuran halagar al oido, captar el aplauso, y mover la risa del pueblo. De aquí es, que declarando San Jerónimo aquel lugar de Isaías (*k*): «Pueblo mio, los que te llaman feliz, esos mismos te engañan», dice de este modo (*l*): «Es doctor eclesiástico aquel que mueve á lágrimas, no á risa; que reprehende á los pecadores, que á ninguno llama dichoso ni afortunado.» Y á Nepociano: «Enseñando tú, dice, en la Iglesia, no se levante el clamor del pueblo, sino el gemido: tus alabanzas sean las lágrimas de los oyentes.»

35. Tambien debe el predicador pasar en silencio las cosas demasiadamente sutiles, y que exceden la capacidad del pueblo, porque en vano se dice lo que no se entiende. Y los que practican lo contrario, mas procuran ostentarse á sí, que instruir al pueblo. Conforme á lo cual, exponiendo San Gregorio aquel lugar del santo Job (*m*), «Sobre ellos destilaba mi palabra,» dice así (*n*): «Debe atender el predicador á no predicar mas de aquello que pueda el oyente comprehender, no sea que miéntras junta unas cosas fáciles á otras sublimes, y que no han de aprovechar, procure él mas su ostentacion que el provecho de los oyentes.»

36. En postrer lugar debe añadirse, que esto mismo que hemos dicho, no sirve sin un estudio y trabajo pertinaz; pues no pretendemos formar un predicador vulgar y ordinario, sino á uno muy singular y provechoso á los hombres. Y si Ciceron no tiene por elocuencia la que no causa admiracion, siendo así que aquella elocuencia de los gentiles apénas tenia otra cosa que vocablos y adornos de elocucion que pudiese causar esta admiracion, ¿qué deberá sentirse de la elocuencia cristiana, que toda se emplea en explicar los altísimos y admirables arcanos de la celestial filosofía, y que no tanto con la hermosura de las palabras, cuanto con la gravedad y majestad de las cosas, arrebata en admiracion los humanos entendimientos? ¿Cuán grande pues será la ignominia del predicador evangélico, si no tiene suspensos los ánimos de los oyentes, poniéndoles á la vista no tanto palabras hermosas como admirables misterios? Pues esta gloria tan grande no se alcanza con la ociosidad y pereza, sino con un estudio y trabajo ímprobo; siendo necesario haber leido muchos y varios libros en el discurso de su vida, y siendo inevitable un gran estudio y fatiga para cada sermon.

37. Con este estudio se disponia Demóstenes para orar, por lo que comunmente se decia que sus oraciones olian á candil, significando por esta voz sus desvelos en componer la oracion. Cuyo vulgar testimonio confirmo él, soliendo decir, «que sentia mucho que algun herrero ú otro artesano le ganase á trabajar mas de mañana.» Y él mismo, preguntado de qué manera habia adquirido tanto caudal de elocuencia, respondió: «Gastando mas aceite que vino.» Con esta pues aplicacion y trabajo logró llegar á obtener el mismo lugar entre los oradores griegos, que Ciceron entre los latinos: y aun él, como dice Fabio, hizo al mismo Ciceron tan grande como es: á quien, como escribe San Jerónimo en una

(*k*) Isai. 3. (*l*) S. Hieron. Sup. Isai. lib. 2, cap. 3. (*m*) Job. 29. (*n*) S. Greg. Moral. lib. 20, cap. 2.

carta (*o*), pertenece aquel bellísimo elogio: «Demóstenes te quitó que no fueses el primer orador, tú á él que no fuese solo.» Y á uno y otro excitó un ardentísimo deseo de la gloria humana á conseguir con grande trabajo esta habilidad de orar.

38. Pero á nosotros no nos es permitido aplicarnos á este estudio con este afecto y voluntad, prohibiéndosenos (*p*) ofrecer sacrificio á Dios con fuego ajeno. Así que debemos pedir á Dios con oraciones continuas aquel fuego que envió sobre los apóstoles, para que inflamados con el ardentísimo amor de su gloria y de la salud de los prójimos, nada dejemos de hacer, y ningun trabajo perdonemos, con el fin de ganar las almas de muchos para Cristo, autor de nuestra salud. Pues se necesita de mucha leccion, de mucha meditacion y agitacion del ánimo, y de mucho cuidado y aplicacion, para que podamos componer un buen sermon, enriquecido de cosas buenas y bien dichas. Estudio que no puede dejar de ser muy molesto, siendo indispensable repetir unas mismas cosas muchas veces, y encargarlas á la memoria; lo que no carece de fastidio y molestia, la que debe vencer el ardiente amor á Cristo.

39. Ni alguno se crea bastantemente instruido para predicar, si toma de memoria los mejores sermones de algun varon esclarecido. Porque nadie podrá desempeñar dignamente este cargo, si lo que recogió de otra parte, no lo vuelve y revuelve de tal manera en su ánimo, que con la añadidura de muchas cosas, y con el modo de tratarlas, de ajenas las haga en cierta manera suyas, de suerte que no parezcan buscadas en otra parte, sino nacidas en casa, lo cual no es de poco trabajo y ocupacion. Pues cuanto aquel á quien procura imitar, es mas aventajado en esta facultad de orar, tanto es mas dificultoso acomodar á su ingenio humilde lo sublime. Pues esto viene á ser lo mismo que querer uno acomodar las armas doradas de Saul al pequeño cuerpo de David. Así esto es lo que el estudioso predicador debe ante todo tener presente, para que pueda fielmente ejercitar su empleo. Lo restante en breve lo dirémos.

CAPITULO XIII.

De qué manera deba el predicador adornar su sermon.

1. Esto así presupuesto, ha de insinuarse brevemente de qué manera deba el predicador adornar y escribir su sermon. Para esto pues conviene tener presente, que de las cinco partes de la retórica, de que hemos hablado en el lib. II de esta obra, tres son necesarias para escribir: la invencion, disposicion y elocucion. El primer trabajo consiste en hallar lo que digas. A cuyo hallazgo ó invencion contribuirán el caudal y tesoro de sentencias recogido de antemano; cómo tambien el arte de inventar, de que tratamos en los libros antecedentes; y á mas de esto una diligente y estudiosa leccion, con la cual se acrecientan los tesoros de la invencion. Pero habiendo hablado poco há del modo de inventar, nada es menester añadir aquí, sino tan solamente que á esta asidua leccion junte el predicador, en cuanto le sea posible, un piadoso afecto del alma, para que aquel afecto que él hubiere concebido dentro de sí leyendo, le traslade, predicando, á los ánimos de los oyentes. Mas si leyendo hallare algo que con especialidad le mueva, deténgase allí, revuélvalo, y rúmielo en su ánimo, y no pierda la ocasion que se le ha ofrecido de aprovecharse de aquel piadoso afecto. Y todo lo que leyendo ó meditando encontrare, apúntelo brevísimamente en un papel, para que con esto tenga á la vista cuanto hubiere hallado, y pueda escoger y ordenar lo que fuere mas á propósito.

2. Despues de la invencion el cuidado imediato es el de la disposicion. Así luego que hubiere elegido lo mas apto de aquel amontonamiento, y como selva de cosas, es preciso ponerlo en órden y colocarlo en sus lugares. Lo que debe hacer de modo que en las sentencias ó testimonios de las escrituras nada haya torcido, nada violento, sino que todas las cosas se coloquen aptamente en sus puestos; lo que acostumbra observar San Crisóstomo con particular cuidado. Mas esta parte de la oracion necesita principalmente, como enseña Tulio, de juicio y de prudencia. Y lo que el arte enseña sobre esto, lo expusimos ya en el lib. IV de esta obra, á cuyo lugar remitimos al estudioso predicador.

3. Cuando hubiéremos dispuesto las cosas inventadas, se sigue el postrer y máximo trabajo de la elocucion, que es como la última forma de la invencion. Porque la primera forma es la disposicion, que á manera de los huesos del cuerpo, distinguidos con las junturas, acomoda las cosas en sus lugares; mas la última es la elocucion que, como dijimos en su lugar, añade á los huesos y nervios, carne y sangre, color y hermosura. Mas de esta elocucion es la meditacion como madre; de la cual procede la fuerza y adorno de toda elocucion. Porque al modo que los pintores conciben ántes en la idea la imágen que quieren pintar, cuyo ejemplar sigue la mano; así el predicador debe primero concebir dignamente las cosas, para que despues la pluma siga la guia y órden del ejemplar propuesto. Con cuyo símil entendemos, que las cosas que se hacen segun el ejemplar propuesto, son tales, cual es el ejemplar mismo. Porque ¿qué puede seguirse de un mal ejemplar, sino una obra mala? Así sucede, que cualquiera que concibiere muy bien las cosas, asimismo las dirá muy bien. Porque dicho se ha con muchísima verdad (*a*): «Lo que se sabe sentir, se sabe decir.»

4. Debe pues el predicador darse enteramente á la meditacion. «Porque esta, como dice Fabio (*b*), en muy pocas horas abraza muchas y grandes causas. Esta, cuantas veces se interrumpe el sueño, se ayuda de las mismas tinieblas de la noche. Esta, en medio de los negocios, encuentra algun vacío: ni sufre estar ociosa. Ni solamente dispone el órden de las cosas dentro de sí misma, que esto bastaria; sino que tambien une las palabras, y teje de tal manera toda la oracion, que nada le falta mas que la mano. Porque se encomienda mas fielmente á la memoria lo que no puede escribirse.»

5. Mas para esta meditacion se han de buscar tiempos y lugares proporcionados. El tiempo mas acomodado es el de la madrugada, ó el de la noche, cuando ni los domésticos hacen ruido, ni hay estruendo que nos distraiga del pensamiento. Asimismo la soledad y obscuridad del sitio aclarece mas la vista del entendimiento para discurrir. Pero el lugar sagrado, y en especial aquel donde está reservada la sagrada Eucaristía, es sobre todos los otros el mas á propósito. Porque la presencia real de Cristo, Señor nuestro, con un modo admirable compone y recoge el entendimiento del hombre piadoso,

(*o*) S. Hieron. Ad Nepocian. n. 8. (*p*) Hebr. 9.

(*a*) Horat. In Art. Poet. v. 40. (*b*) Quintil. Instit. lib. 10, cap. 6.

y le induce á pensar mas lo útil y saludable, que lo curioso y sutil. Pero es de advertir, que luego que empezáremos á recapacitar entre nosotros las cosas que tenemos prevenidas, comencemos primero el discurso por aquellas que, cuando se leian, conmovieron mas nuestro ánimo, y entendimos ser mas provechosas á los oyentes. Porque estas fácilmente encenderán nuestro pecho como hicieron ántes: con cuyo afecto encendido el entendimiento, será mas apto para meditar lo restante, desde el principio hasta el fin.

6. En esta consideracion debemos procurar, que cuantas veces hubiéremos propuesto algun argumento, ó explicado algun misterio, apliquemos lo que dijimos al fin de nuestro ministerio: esto es, á la instruccion de la vida cristiana, ó á un piadoso movimiento de los ánimos. Tambien aquello que dijimos en el libro antecedente ser materia del modo de decir sublime ó magnífico, ha de usarse donde el lugar lo requiriere. Porque esto es muy poderoso para inclinar los ánimos de los oyentes. Y el inclinar, ya hemos dicho arriba conforme al sentir de San Agustin, que entre los tres oficios del predicador, es el principal. Convertir pues continuamente á esto el curso del sermon, sobre ser muy útil y loable, es tambien muy gustoso á los oyentes discretos y al pueblo, estando persuadidos casi todos por un instinto natural, que el oficio del predicador ha sido instituido para instruccion de la vida cristiana, y reforma de las costumbres.

7. En fin, á esta meditacion seguirá feliz y fácilmente el estilo. Pues, como dice San Jerónimo, «las cosas, que bien sabemos, bien las decimos». Y aquellas sabemos bien, que por mucho tiempo hemos recapacitado, y que para penetrarlas profundamente, hemos fijado en ellas la vista de nuestro entendimiento. Por eso al principio, miéntras que aun no se ha formado estilo, convendrá sin duda escribir en la lengua nativa todo el sermon, palabra por palabra. Aunque, si no atendemos con cuidado á las reglas del pronunciar, no deja de haber algun riesgo de que se pronuncie todo en un mismo tono de voz, como hacen aquellos que suelen recitar lo que decoraron. Pero luego que el mismo estilo con el contínuo ejercicio se hubiere formado y fortalecido, conbendrá entónces disminuir el trabajo de escribir. Así aquellas cosas que son llanas y fáciles, deberán escribirse brevemente, ya sea en latin, ó en la lengua vulgar; pues el predicador podrá cómodamente explicarlas de repente.

8. Mas los lugares difíciles convendrá escribirlos del mismo modo que han de predicarse, cuales son los miembros y coiguales, de que usa San Cipriano con muchísima frecuencia y elegancia (*c*): «Los preceptos evangélicos, dice, amantísimos hermanos, no son otro que divinos magisterios, cimientos para edificar la esperanza, fortaleza para corroborar la fe, nutrimentos para refocilar el corazon, gobernalles para dirigir el rumbo, guarniciones para lograr la salvacion; los cuales, al paso que instruyen en la tierra á los ánimos dóciles, los conducen á los reinos celestiales.» Y el mismo otra vez á Donato: «Es necesario que con porfiados halagos incite siempre, como solia, la embriaguez, que hinche la soberbia, encienda la ira, inquiete la rapacidad, hostigue la crueldad, deleite la ambicion, precipite la lujuria.» Así que semejantes oraciones, si tal cual vez ocurrieren, y deben ocurrir algunas, porque son muy hermosas, se han de escribir primero á la letra, y encomendarse tambien fielmente á la memoria, para que no nos perdamos en el sermon.

(*c*) S. Cip. De Orat. Dominic.

CAPITULO XIV.

Cómo deba preparar su ánimo el predicador, cuando ha de predicar.

1. Para que démos fin á esta nuestra obra, juzgué que se debia escribir tambien de qué suerte deba un predicador disponer su ánimo, cuando está ya á punto de predicar. A la manera pues que es ley de los cazadores tener ántes hambrientos á los azores, para que acometan mejor á las aves; así nosotros, para esta espiritual montería de las almas, de que el Señor hace mencion por Jeremías (*a*), debemos prepararnos con los afectos convenientes de nuestro ánimo. Para conseguir esto conviene primeramente, que la víspera del sermon por la noche perseveremos en la oracion, suplicando humildemente á aquel que es el autor y gobernador de la sabiduría, en cuya mano estamos nosotros y nuestros sermones; á aquel, vuelvo á decir, que hace discretas las lenguas de los infantes, que ordene felizmente á la gloria de su nombre el curso de nuestro sermon; y que por su clemencia nos conceda á nosotros la pureza de intencion, y á nuestros oyentes el deseo de aprovechar. Conocí yo cierto piadosísimo predicador que hacia al Señor esta oracion no solo con muchas lágrimas, sino tambien con muy rigurosas disciplinas.

2. Al dia siguiente celebre con la mayor humildad y devocion que pudiere los sacrosantos misterios del cuerpo y sangre del Señor, y procure llevar consigo al púlpito el calor de la devocion, que con la asistencia de Dios hubiere concebido en la sagrada celebracion. Porque esto mismo le ayudará sumamente á predicar bien.

3. Mas luego que hubiere subido al púlpito, ántes de comenzar á predicar, dirija cuanto ha de decir á la gloria del comun Señor, y á la salud de las almas, y pida humildemente al mismo Padre de las misericordias, que nada se le ponga ante los ojos, sino solamente su gloria. Porque realmente es cosa indignísima, que donde se versan negocios de tanta importancia, y donde el mismo Dios, cuya causa se trata, se halla presente, se vuelvan los ojos al vano aplauso del aura popular, posponiendo á Dios, juez del mundo. Así procure el predicador imitar en esta parte la fidelidad y honestidad de Armenia, mujer insigne, la cual, como dijimos, volviendo á casa de un convite de Ciro, y alabando todos su gentileza, la preguntó su marido qué le habia parecido de la hermosura de Ciro, y respondió: «Nunca, esposo mio, aparté los ojos de tí, y así totalmente ignoro cuál sea el rostro de marido ajeno.» Pues si esta mujer en presencia de su marido no fué osada á poner los ojos ni aun en Ciro, que era rey, y en extremo hermoso, ¿quién sufrirá que ante el Rey de los siglos, se vuelva el pensamiento á rumorcillos vanos del vulgo?

4. Y por cuanto el antiguo enemigo embiste muchas veces como por asechanzas al predicador ocupado, sugiriéndole ocultamente vanos pensamientos, miéntras que predica; él mismo al principio y ántes que comience á predicar, conjure y deteste cualquier vanidad, que

(*a*) Jerem. 6.

indeliberada y furtivamente le acometiere en el discurso del sermon, y ofrezca á Dios su entendimiento puro y casto. Y para que lo pueda cumplir mejor, pinte en su imaginacion, y figúrese á Cristo, Señor nuestro, que viene á juzgarle acompañado de millares de santos; y propóngase á sí mismo sepultado en la pared de enfrente del púlpito, para que de una parte el temor del juez soberano, y de la otra el miedo de la muerte futura, preserven al predicador del peligrosísimo y ocultísimo viento de la vanagloria: «La cual, como dice San Bernardo (*b*), lijeramente vuela, y lijeramente penetra, pero no causa lijera herida.»

5. Mas para que con mayor alegría y pureza emprenda su cargo, vuelva á la memoria lo que expusimos en el libro primero, de su admirable fruto y utilidad, la que procuraré explicar de algun modo con este nuevo ejemplo. Finjamos que hay un príncipe aventajado en virtud y piedad, y no solo rico en bienes temporales, sino tambien en misericordia y benignidad, quien, entre otras excelentes virtudes, tenga tambien la de llamar un dia de cada semana mil pobres á su casa, para poner en el seno de cada uno cierta suma de dinero para sustento de su pobre vida. ¿Quién no celebraria á este príncipe con los mayores elogios? Quién no ve que esta obra es muy del agrado de Dios, amante de los pobres, y muy saludable al príncipe? Pues si esta obra es dignísima de suma alabanza, ¿de qué alabanzas, pregunto yo ahora, reputarémos digna la obra de un piadoso predicador, que todos los domingos, teniendo á la vista un gran concurso de pueblo, suministra, no dinero que aprovecharia á sus cuerpos perecederos, sino el alimento espiritual, el pasto de la vida, y la bebida de eterna salud para provecho de sus almas? En efecto, con el único ministerio de la voz, á todas las almas de los circunstantes recrea, instruye, consuela, alumbra, y de tal modo alumbra, que alcanzando á todos la luz de la doctrina, no luce ménos para cada uno, que si él solo gozara de este beneficio.

6. A otras dos cosas tambien debe atender el predicador ántes de comenzar el sermon, es á saber, á la elocucion y pronunciacion. Quiero decir, de qué modo deba explicar con palabras sus pensamientos, y con qué figura de voz haya de pronunciarlos. A aquello toca principalmente el que la lengua no se adelante al entendimiento, para que no nazcan solamente en los labios las palabras, sino que procedan con juicio de lo mas profundo del pecho. Porque así como los músicos peritos primero dictan con el entendimiento lo que la mano tañendo ejecuta, siendo maestra la razon, y la mano una criada obediente, así el varon elocuente con solícito y prudente juicio primero considera lo que despues ha de pronunciar la lengua. De lo cual se echa de ver, cuán libre de todo miedo y perturbacion deba estar el ánimo, pues en un mismo espacio de tiempo debe ir delante, y regir la velocidad del discurso y la volubilidad de la lengua, y tambien gobernar la accion. De otra suerte, si el juicio, maestro del decir, no se adelanta á todas las cosas, nada podrá prodentemente decirse ni aptamente pronunciarse. Por cuyo motivo los exordios del sermon, miéntras que todavía no se enardeció el ánimo del predicador, conviene que sean sumisos y distinguidos con largos intervalos, para que se dé al pensamiento algun espacio para prevenir lo que decimos. Porque poco á poco predicando se enardecerá el ánimo, y entónces todo se le ofrecerá mas fácilmente al que predica. Pues este ardor del ánimo, si tiene quien le rija, es grande maestro de orar.

(*b*) S. Bern. Serm. 6, sup. Psalm. 90.

7. Mayor dificultad tiene el gobernar la accion. Porque la elocucion se ayuda del trabajo y estudio que se puso de antemano, mas la pronunciacion toda es del tiempo presente. De todo lo que arriba dijimos acerca del modo de pronunciar, tenga entónces el predicador presentes dos cosas. Primeramente huya de aquellos defectos frecuentísimos de igualdad y desigualdad que en el mismo lugar reprehendimos. Procure despues que lo que haya de predicar, lo pronuncie distinta, apta y adornadamente. Porque en estas virtudes se encierra toda la habilidad de pronunciar bien. Con lo que se conseguirá, que la pronunciacion, como tambien la elocucion, sea emendada, clara, apta y adornada. Y sin duda hablamos distinguidamente, cuando distinguimos con sus espacios las partes, miembros y artículos de la oracion. Aptamente cuando acomodamos á las sentencias y palabras su figura de voz y gesto del cuerpo, cuya materia tratamos poco ántes difusamente. Pronunciamos adornadamente, cuando procuramos que salga la voz con cierta natural dulzura, esto es, que no ofenda los oídos de los oyentes con alguna aspereza, para que si no halaga, á lo ménos no los exaspere. Esto podrán conseguir mas fácilmente aquellos á quienes dotó la naturaleza de una voz clara y suave, si no desestimaren este cuidado en pronunciar. Porque no es bueno usar siempre de acrimonia, sino cuando el asunto lo requiere: bien que no debe ser infrecuente, para que no desmaye el sermon. Así este ímpetu y ardor de ánimo, como dijimos ántes, debe regirse y templarse de manera que no se dañen las arterias, ni con bronca y desapacible aspereza ofenda la voz á los oídos.

8. Tendrá pues siempre el predicador á la vista estas principales virtudes de la accion; y para contemplarlas en una ojeada, no será inútil que se proponga por ejemplar á su imitacion algun insigne predicador de su tiempo, si por dicha le hubiere oido, ó á otro, que sin serlo, sea sobresaliente en la virtud ó gracia de la pronunciacion. Con lo cual conseguirá tener presente toda aquella perfeccion de pronunciar, que consta, como ántes vimos, de muchas reglas. Y si hubiere oido á dos grandes predicadores que se diferencien en el modo de decir y de pronunciar, tome de cada uno lo que mejor le parezca y mas se le acomode.

9. Tambien ha de considerar muy atentamente, que cuando predica, poniendo gran cuidado en la elocucion, debe aplicar alguna parte de este á la pronunciacion; porque en los intervalos se da bastante lugar para atender á uno y otro. Pues la razon, que por grande beneficio de la Divinidad fué dada á los mortales, tiene tanta fuerza, que á un mismo tiempo puede considerar lo que ha de decir, cómo lo ha de decir, y de qué manera ha de acomodar á las cosas que dice la figura de la voz y gesto del cuerpo. Porque si la misma razon estuviere ántes bien instruida, podrá disponer de forma todas estas cosas, que aquel primer cuidado del decir no excluya los demas.

PERORACION.

Esto tuve que decir, amigo letor, sobre la manera de predicar. Mucho mas, que me iba ocurriendo, hubiera dicho, si otras ocupaciones y embarazos me lo hubieren permitido. Sin embargo juzgo que esto bastará al estudioso predicador, para que él por sí mismo pueda hallar y observar lo demas. Pues con verdad dijo Salomon (*a*) : «Dale ocasion al sabio, y se hará todavía mas sabio.» Oigo tambien que algunos varones insignes en estos nuestros tiempos han publicado preciosos libros de la manera de predicar, que todavía no han llegado á mis manos : lo que aconsejo se lean con atencion. Así se logrará que esta divina facultad, acrecentada con lo que muchos inventan y añaden, sea del todo perfecta. Pues de este modo crecieron todas las artes, y llegaron á la cumbre de su perfeccion, como Aristóteles enseña. Y el que sean necesarias las producciones y observaciones de muchos para el oficio de predicar, lo declara la excecelencia del mismo oficio; no sabiendo decidir si es mayor su provecho ó su dificultad, segun lo da á entender el cortísimo número de insignes predicadores que vemos en todos los siglos y edades. Ni fué mayor en lo antiguo la copia de oradores, que la de predicadores insignes en nuestro siglo. Pues el mismo padre de la elocuencia, Ciceron, refiere (*b*), que en sola la ciudad de Roma hubo muchísimos, así filósofos, como matemáticos, jurisperitos, músicos, poetas y capitanes muy excelentes en su facultad, y no obstante dice que apénas hubo en cada siglo un orador tolerable. Y enseña ser la causa de esto la multitud de conocimientos de todas las cosas, y las muchas y diferentes prendas, así del ingenio como de la naturaleza, que se requieren para ejercer felizmente el oficio de orador; entre las cuales cuenta la gracia de pronunciar y accionar, la cual sola, cuán grande sea, como él mismo dice, lo declara la liviana arte y profesion de los comediantes; pues trabajando todos ellos en la composicion del semblante, voz y gesto, con todo nadie ignora cuán pocos hay y ha habido que puedan mirarse con paciencia. Todo esto pues de tal manera se requiere para el uso perfecto de este cargo, que si falta una ú otra circunstancia, la facultad oratoria es menguada y manca, y aun ninguna, solo con que le falte la gracia de la pronunciacion; porque falta el instrumento y órgano que cómodamente lleve nuestros pensamientos y conceptos á los oídos de los oyentes. Mas siendo tres las principales partes del orador, invencion, elocucion y pronunciacion, y del modo de inventar muchos hayan dicho mucho, quisimos nosotros tratar mas largamente la elocucion y pronunciacion, partes de otros omitidas, por ser estas, de que otros no hicieron caso, las mas necesarias para predicar. Tenga pues á bien el benévolo letor nuestra tarea; la que si pareciere poco útil, servirá á lo ménos para instigar á los ingenios de los eruditos á inventar cosas mas útiles y mejores, lo que reputarémos por un crecido galardon de nuestro trabajo.

(*c*) Prov. 9. (*d*) Cic. De Orat. lib. 1, cap. 2 et seq.

FIN DEL TOMO III Y ÚLTIMO DE LAS OBRAS DE FR. LUÍS DE GRANADA.

INDICE.

BREVE MEMORIAL Y GUIA DE LO QUE DEBE HACER EL CRISTIANO.

COMPENDIO DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL.

VIDA DEL BIENAVENTURADO P. SANT JUAN CLÍMACO. 285

ESCALA ESPIRITUAL, COMPUESTA POR EL GLORIOSO SANT JUAN CLÍMACO.

CONTEMPTUS MUNDI, O MENOSPRECIO DEL MUNDO Y IMITACION DE CRISTO.

VIDA DE FR. BARTOLOME DE LOS MARTIRES.

VIDA DEL V. M. JUAN DE AVILA. — al cristiano lector. 449

LOS SEIS LIBROS DE LA RETORICA ECLESIASTICA, O DE LA MANERA DE PREDICAR.

FIN DEL ÍNDICE.





